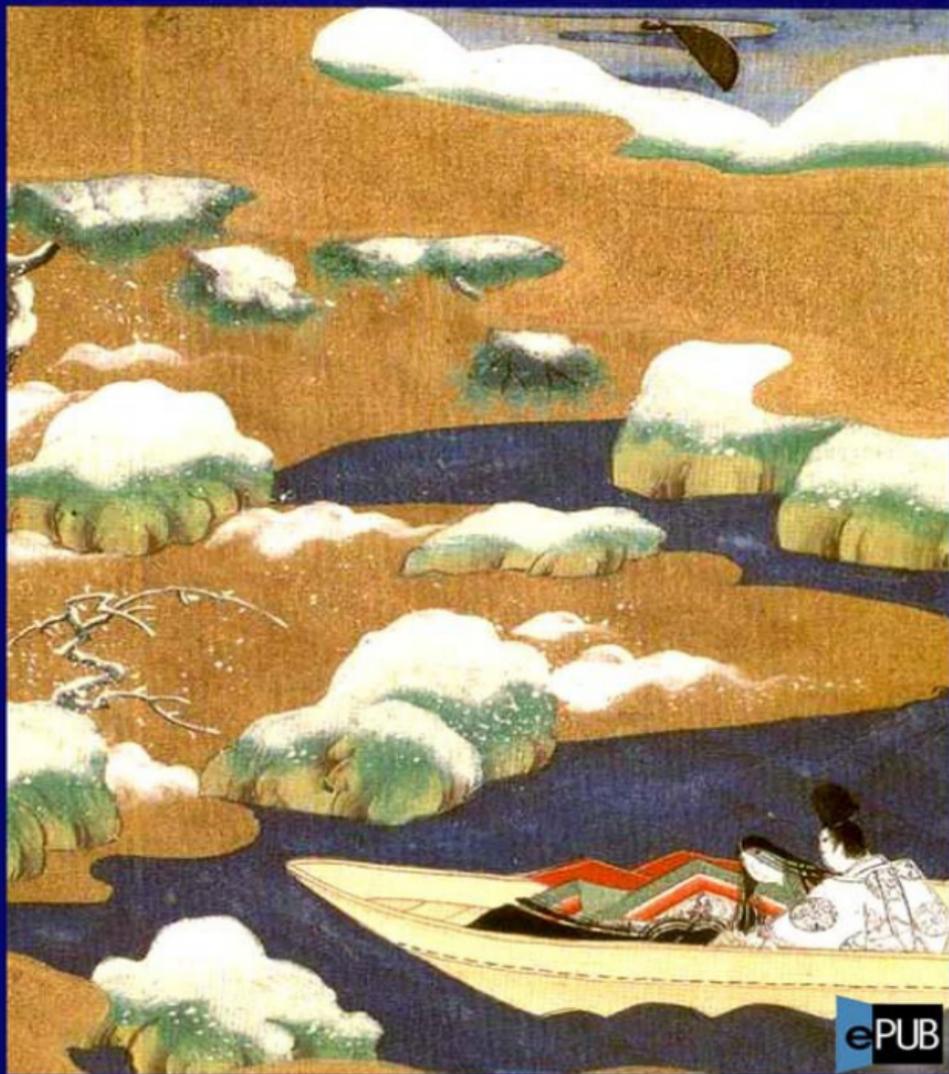


MURASAKI SHIKIBU
LA HISTORIA DE GENJI



Cuando en 1925 aparece en Inglaterra la primera versión occidental de **La historia de Genji**, los críticos quedaron admirados ante su magnitud literaria y el insospechado mundo que revelaba, de una sensibilidad y desarrollo narrativo sorprendentes. La novela no sólo era una de las más antiguas del mundo, comparable en calidad con los grandes clásicos occidentales, sino que además tenía la particularidad de haber sido escrita hace mil años por una mujer japonesa. Sin saberlo, **Murasaki Shikibu** había escrito la primera novela psicológica del mundo. La primera gran obra literaria de carácter universal capaz

de hacer un retrato minucioso de toda una sociedad, en este caso, de una de las más refinadas de la Edad Media. Debido a su gran extensión y a la sociedad que retrata, se ha comparado **La historia de Genji** con la obra inmortal de *Proust*, entre otras cosas, porque su tema central es también la meditación sobre el tiempo. Aunque no se debe olvidar que todo el trasfondo de esta novela descansa sobre una visión esencialmente budista, y que para la dama **Murasaki** todo el brillante mundo amoroso, tan pleno de intrigas cortesanas, que describe con tanta precisión, no es otra cosa que una bella y triste sucesión de escenas cuyo fugaz esplendor tiene, en realidad, la misma consistencia de los

sueños.

Esta es la primera traducción fiel y completa que se realiza a nuestra lengua de este gran clásico universal. Para ello, **Jordi Fibla** se ha basado en la más reciente versión inglesa de **Royall Tyler**, profesor emérito de japonés de la universidad nacional de Australia, publicada en 2001 por Penguin. De su meticulosa traducción, el *New York Times Review* ha dicho que se trata del trabajo «*más detallista y fiel que existe en el mundo hasta el momento*». Por eso, esta edición además de ajustarse pulcramente a la versión original, ha querido conservar sus cerca de mil notas, además

de sus 104 ilustraciones, tan necesarias para un acercamiento al remoto y poético mundo que nos describe Murasaki.

La primera parte de **La historia de Genji** es en sí misma un libro completo, pues narra, a través de los primeros 41 capítulos de la obra, toda la historia del príncipe Genji, desde que recibe su nombre en el pabellón de la paulonia, hasta su muerte solitaria en un templo en donde vive retirado del mundo. La segunda parte comprende los últimos once capítulos de la obra. La narración del último tercio de la novela se reanuda tras un lapso de ocho años desde la muerte de Genji. Encontramos a Kaoru, hijo tardío

de Genji, que según dicen desprende un olor maravilloso desde su nacimiento, y también a Niou, el nieto de Genji. Los dos jóvenes son grandes amigos, pero también serán duros rivales en el amor; primero, con las hijas de un príncipe viudo que vive retirado en Uji; y luego, con la bella Ukifune, que se encontrará atrapada entre dos pretendientes. La sucesión de amores imposibles y la desdicha que estos acarrearán, constituirán el melancólico telón de fondo con el que concluye esta obra cumbre de la literatura japonesa culminando así una larga saga familiar que abarca más de 75 años.

Jordi Fibla, reconocido por la calidad de

sus numerosas traducciones de literatura anglosajona, ha traducido también, junto a su mujer, japonesa, algunas obras literarias de Japón a partir de su lengua original. Es un buen conocedor de la cultura nipona, dentro de cuyo ámbito **La historia de Genji** siempre ha ocupado para él un lugar destacado.

Murasaki Shikibu (973- c. 1013) perteneció a una familia aristocrática de rango medio. En 998 contrajo matrimonio, pero enviudó dos años después. Su destino en la corte estaba dedicado principalmente al servicio de compañía de la emperatriz Akiko, en gran parte debido a su gran talento como narradora.

Murió a los cuarenta años. De su vasta obra se conservan algunos fragmentos de su diario, un buen número de poemas y esta obra clásica que encabeza las letras japonesas.



eBooks con estilo

Murasaki Shikibu

**La historia de
Genji**

ePUB v1.0

RufusFire 08.05.12

más libros en epubgratis.me

En portada: *Una embarcación a la deriva*
(Cap. 51)

Escuela Tosa. Siglo XVII



CASA ASIA

Este libro ha recibido una ayuda a la investigación del programa de becas integradas Ruy de Clavijo 2005, concedida anualmente por Casa Asia.

Segunda edición, 2006

Título original de la edición inglesa: *The Tale of Genji*

Edición original y prólogo: *Royall Tyler*

Traducción: *Jordi Fibla*

EDICIONES ATALANTA, S. L. Mas Pou,
Girona.

La historia de Genji

Primera parte

Introducción

La *historia de Genji* fue escrita hace mil años en Japón, pero está al alcance de cualquier lector de hoy. Las notas son útiles, pero no imprescindibles. Un clásico tan importante, escrito en una lengua antigua y que trata de un mundo ya desaparecido, ha sido objeto de innumerables estudios, pero los pensamientos y los sentimientos de sus personajes se mantienen tan frescos como siempre.

Si el *Genji* contiene digresiones, argumentos paralelos, relatos dentro de

otros relatos y variaciones del punto de vista, lo mismo sucede con muchas otras novelas largas. Algunos lectores consideran que el relato no es en realidad una narración, sino una serie de cuentos más o menos independientes, pero tampoco es éste un fenómeno nuevo, puesto que las novelas publicadas en forma de folletines a menudo constan de entregas o secuencias de entregas más o menos autónomas. Sea como fuere, otros estudiosos ven en esta obra una unidad y un plan más vastos. Muchas novelas extensas como el *Genji* se ocupan de la historia de una familia desde puntos de vista discrepantes, y revelan secretos que el lector comparte entonces, mientras que

algunos personajes los desconocen. Otros aspectos del *Genji* pueden recordar los cuentos populares o las leyendas, la tragedia o la ópera. Es cierto que la novela inglesa del siglo XIX no prepara al lector para enfrentarse a una heroína (Murasaki) que muere a los dos tercios del relato, un héroe (Genji) que muere poco después, entre dos capítulos, y un capítulo final que no ata cabos sueltos. Estas y otras cosas, como la posibilidad del matrimonio múltiple de que gozan los hombres, diferencian sin duda este relato de otras obras más familiares, pero también le confieren una peculiar capacidad de fascinación.

La narración consigue este efecto

gracias a que dota constantemente de una asombrosa realidad a los personajes y los escenarios donde éstos se desenvuelven. No se trata de un relato ampliamente descriptivo, pero los eficaces toques que aporta permiten componer una imagen viva en la mente. A lo largo de los siglos, numerosos lectores lo han considerado una crónica de la vida en la época en que se escribió. La experiencia de leerlo se asemeja a la de contemplar, a través de una ventana pequeña pero muy nítida, un mundo espacioso y completo.

Por su riqueza y variedad, *La historia de Genji* recompensa no sólo la lectura, sino también la relectura. Una mayor familiaridad con la obra revela nuevas

profundidades. El primer atisbo que el lector tiene de Murasaki ya no es, por lo tanto, el de una muchacha desconocida cuyo relato se puede contar en unas pocas páginas, sino el de una gran mujer vista en la infancia, como la viera el mismo Genji. Las fuentes del éxito y el fracaso posteriores resultan claras, y también, por consiguiente, los tempranos movimientos de la pasión. La relectura también puede aumentar el conocimiento de los aspectos más insólitos de la obra. La mayor parte de la narración se entiende perfectamente como la elaboración de emociones humanas con las que estamos familiarizados, pero, a la larga, las corrientes subterráneas que conforman la

vida se contemplan de una manera más profunda e intensa, aunque no tan personal, que los lugares comunes de la ambición, el amor, el resentimiento y el orgullo. Las repetidas referencias al karma, o destino, y a lo sobrenatural adquieren entonces un nuevo significado.

El valor de la obra

Con toda probabilidad, *La historia de Genji* debe de ser la novela más antigua que todavía hoy se reconoce, en general, como una obra maestra. Su autora fue una mujer cuya obra figura en la literatura y la cultura japonesas a la altura de los poemas homéricos, las obras de

Shakespeare y *En busca del tiempo perdido* de Marcel Proust en Occidente. Unas pocas décadas después de su conclusión, a comienzos del siglo XI, ya se consideraba un clásico, y los escritos acerca de la narración se han multiplicado en el transcurso de los siglos. El gran poeta Fujiwara no Shunzei (1114-1204) afirmó incluso que su estudio era indispensable para todo el que deseara componer poesía, y estas palabras se tuvieron en cuenta durante mucho tiempo. La popularidad del relato proporcionó también importantes e imperecederos motivos a la pintura japonesa.

En los tiempos modernos, las publicaciones tanto académicas como

populares sobre el *Genji* siguen acumulándose con rapidez. Cuatro grandes autores del siglo XX lo han traducido al japonés moderno, uno de ellos tres veces, y otros muchos han realizado además traducciones modernas. Se trata de una obra sobre la que los eruditos levantan su carrera académica. El *Genji* no es sólo un libro, sino también un fenómeno cultural: ha inspirado versiones cinematográficas, teatrales, de danza, ha servido de base a novelas modernas, se ha adaptado al teatro tradicional Kabuki y el teatro musical, ha sido tema de tebeos (*manga*) y de óperas... Un billete de banco de curso legal reproduce una de sus escenas. La traducción pionera de Arthur

Waley (1933), seguida por la de Edward Seidenstick (1976), han dado fama a la obra en el mundo de habla inglesa, y también existen traducciones completas y directas del original en alemán, francés, ruso, chino (dos en este idioma) y coreano. En la actualidad se están realizando, además, traducciones al checo, al finés y al italiano.

Una de las máximas ambiciones de muchos caballeros de alcurnia que pueblan el mundo de *La historia de Genji*, cuando la corte se hallaba en la ciudad imperial que es la Kyoto de hoy, era la de ofrecer una de sus hijas al emperador o al príncipe heredero. Por esta razón, normalmente el emperador

tenía una serie de relaciones reconocidas con mujeres, no tanto por codicia sexual como por el hecho de que se requería de él que hiciera accesible su prestigio, de una manera relativamente amplia, a los miembros más encumbrados de la aristocracia. Por debajo de su única emperatriz (chûgû), tenía varias consortes (nyôgo) y, en un nivel aún más inferior, cierto número de «íntimas» (kôï). Su dama encargada del personal (naishi no kami), que en teoría era una funcionaria de palacio, en la práctica también podía ser una esposa subalterna. Estas mujeres imperiales no estaban en un pie de igualdad. Normalmente, la emperatriz se elegía entre las consortes, pero en modo

alguno todas las consortes tenían esperanzas realistas de alcanzar semejante éxito, y las íntimas no tenían ninguna en absoluto. El rango que les correspondía por su origen era demasiado bajo, y carecían del necesario apoyo político.

Genji, el héroe de la narración, es hijo del emperador y de una íntima que ha perdido a su padre y carece de toda clase de apoyo, más allá del afecto personal que le profesa el emperador. Eso no es suficiente. El emperador anhela nombrar a Genji príncipe heredero en lugar del primogénito, que es hijo de una consorte, pero sabe que la corte jamás lo aceptaría. En consecuencia, desea apartar a Genji de la familia imperial dándole un apellido

(los emperadores japoneses no tienen ninguno), de manera que pueda prestar sus servicios en el reino como plebeyo y funcionario de alto rango del gobierno.

El nombre que recibe, Minamoto, fue impuesto por primera vez al hijo de un emperador histórico en 814, por lo que conlleva unas asociaciones apropiadas. Cuando el muchacho lo recibe de su padre (en el capítulo I, «El pabellón de la paulonia»), se convierte en «un Genji», es decir, un portador del nombre (*ji*) Minamoto (*gen* es otra lectura del mismo ideograma). Esta estratagema le permite pertenecer a ambas esferas, la imperial y la plebeya, y por lo tanto le aporta las máximas posibilidades como personaje.

Algunos lectores contemporáneos insisten en que *La historia de Genji* trata menos del mismo Genji que de las mujeres que pueblan el relato, de sus sentimientos, sus experiencias y sus destinos. No obstante, es a Genji a quien la narración regresa una y otra vez durante su vida. Es, por así decirlo, su hogar. Por ello en este resumen vamos a seguir su historia, sin mencionar a lo largo del camino a un gran número de personajes y escenas. La intención no es exagerar la importancia de Genji ni reemplazar la lectura del texto, sino tan sólo orientar a quienes están a punto de comenzar el libro.

Al final del primer capítulo, Genji

está casado con la hija de un cortesano que detenta un poder considerable. Nadie le consulta sobre la cuestión, y en realidad es demasiado joven para que el matrimonio le afecte gran cosa. Su esposa, a quien los lectores conocen como Aoi, sigue viviendo en casa de sus padres, algo que era normal, mientras que él reside, como lo venía haciendo, en el palacio imperial. (En cuanto al significado de la frase «a quien los lectores conocen», véase «La narración, la cortesía y los nombres» en la página 22.) La madre de Genji murió demasiado pronto después de que él naciera, tanto que no pudo conocerla, pero oye decir que la futura emperatriz (Fujitsubo) se le parece

mucho, y al inicio de la pubertad llega a adorarla. Más adelante hará secretamente el amor con Fujitsubo, y el hijo que tienen será el heredero del trono.

No obstante, Fujitsubo está en realidad más allá de su alcance, y él anhela una mujer que pueda ser sólo suya. Encuentra este amor especial en una chiquilla que se le parece. Murasaki, la sobrina de Fujitsubo, cuenta unos diez años cuando él la ve por primera vez. La educa personalmente y, cuando la muchacha tiene la edad suficiente, se casa con ella. Es el auténtico y gran amor de su vida, y su muerte (en el capítulo 40, «La ley») le destroza. Entretanto, sin embargo, habrá conocido a otras muchas mujeres.

Da la impresión de que el Genji adolescente ama a Fujitsubo porque la gente asegura que ella se parece a su madre, y es muy consciente de lo que le atrae, de un modo tan extraordinario, de Murasaki. Estas sustituciones han dado mucho juego, y ciertos lectores han sugerido que todas las demás mujeres de Genji son del mismo modo sustitutas de su madre. Sin embargo, el relato hasta la muerte de Genji no apoya esa opinión. Fujitsubo muere en el capítulo 19 («Jirones de nube») y se desvanece de los pensamientos expresados del personaje tras el capítulo 20 («La campánula»).

En el segundo capítulo («El árbol de retama»), el adolescente Genji presencia

una conversación en la que tres hombres jóvenes comparten los secretos de sus amoríos. Es la famosa conversación en torno a «evaluar a las mujeres en una noche lluviosa», que abre los ojos de Genji a posibilidades más amplias. Más adelante, en el mismo capítulo, Genji se dedica a explorar tales posibilidades, y en varios de los siguientes inicia nuevas aventuras amorosas. Debido a este comportamiento se le ha considerado un botarate, un libertino o algo peor. Sin embargo, varios de estos capítulos son muy divertidos, y es posible que la autora sólo se propusiera presentar las variedades de la locura de un amante juvenil en una serie de brillantes

episodios que abarcan desde la obsesión trágica hasta el desastre total y cómico. Además, en varias ocasiones la narradora insiste en que Genji jamás olvidaba a una mujer que se hubiera cruzado en su camino una sola vez, y el relato sustenta esta afirmación.

Genji, el amante, tiene una postura arrolladora, es encantador y elocuente, y parece gozar de unos medios materiales ilimitados a lo largo de toda su vida. Es muy joven y, naturalmente, tiene poca influencia y responsabilidad en el mundo, pero a medida que avanza en edad y rango, al tiempo que progresan sus extraordinarias dotes naturales, no tarda en poseer fuerza política y, por lo tanto,

en endurecerse la oposición política contra él. Siendo Genji siempre dispuesto a la aventura, no puede resistirse a hacer el amor con una de las hijas (conocida por los lectores como Oborozukiyo) de su principal enemigo político, y el desastre se desencadena cuando el caballero lo descubre en la cama con la joven. Por desgracia, la hermana mayor de ésta (madre del heredero imperial) no es sólo poderosa, sino que además posee un temperamento maligno. Indignada, se propone de inmediato destruir a Genji, que se ve obligado a exiliarse voluntariamente.

Genji viaja a Suma, una franja de tierra en el Mar Interior que actualmente

se encuentra dentro de los límites municipales de Kobe, y como ha caído en desgracia, debe partir sin Murasaki. El relato trata por extenso la intensidad de su sufrimiento mientras languidece en soledad. Tiene extraños sueños en los que se le aparecen su padre y otros seres sobrenaturales. En cuanto la tormenta empieza a amainar, un rico y excéntrico caballero (el novicio de Akashi) llega en una nave para invitarle a un lugar llamado Akashi, situado un poco más allá, siguiendo la línea de la costa, y Genji acepta.

En Akashi, Genji conoce a la hija del caballero (la señora de Akashi), que está embarazada cuando por fin avisan a

nuestro personaje para que regrese a la ciudad. Genji ya tiene un vástago (Yûgiri) de su primera esposa, fallecida unos años antes, y, por supuesto, también tiene su hijo secreto (el futuro emperador Reizei) con Fujitsubo. Esta nueva criatura, la última, es una niña que, pasado el tiempo, tras el largo reinado de Reizei, será emperatriz. Ella es quien elevará a Genji a la suerte suprema de un noble que carece de rango imperial: la de ser abuelo de un emperador.

Tras su triunfante regreso del exilio (capítulo 13, «Akashi»), Genji es, por encima de todo, un hombre poderoso. Aunque sigue siendo sensible a los encantos de ciertas mujeres, lo cierto es

que no consuma ninguna relación nueva. Parece preocupado ante todo por la belleza y el prestigio.

Entre los capítulos 14 y 33, el único cortejo serio de Genji se dirige a una princesa (Asagao), con la que claramente había tenido algún tipo de relación cuando era muy joven (capítulo 2). Esta nueva relación con ella llega pronto (capítulo 20), no dura mucho y es un fracaso total. Los estudiosos de la obra, intrigados por lo que le impulsa a llevar a cabo tales intentos, han sugerido como explicación la nostalgia de Genji por Fujitsubo. Tal vez su posición en rápido ascenso le ha recordado que, aunque ame profundamente a Murasaki, ante el mundo

ésta no es realmente digna (como lo sería la princesa) del importante personaje en que él se ha convertido.

En el capítulo 33 («Hojas tiernas de glicina»), Genji ha llegado a unas alturas extraordinarias. Se ha hecho construir una magnífica finca con cuatro mansiones interconectadas, cada una relacionada con una de las cuatro estaciones del año y que alberga a una dama importante para él, en un terreno que parece haber recibido de una amante de extrema distinción, la llamada Refugio de Rokujô (Rokujô no Miyasudokoro, ya fallecida). Se trata de una incomparable finca en Rokujô («Sexta avenida»). Más notable todavía es que el emperador, su hijo secreto, le ha

nombrado emperador retirado honorario. No existía ningún precedente histórico de semejante medida en la época en que transcurre el relato. Ahora Genji descuella claramente en su mundo.

Luego, en el capítulo 34 («Brotos primaverales I»), Genji responde a la llamada de su medio hermano, el emperador retirado Suzaku. Cuando era un joven e ineficaz emperador, la madre de Suzaku le obligó a perseguir a Genji y sus aliados. Ahora se propone renunciar al mundo, y su hija preferida es todavía demasiado joven e inmadura. En consecuencia, quiere que Genji cuide de ella: en otras palabras, que la despose. Genji accede. Tal vez confía en que será

una nueva y más joven Murasaki, puesto que también esta muchacha es sobrina de Fujitsubo. Sin embargo, es una presa en pos de la cual van los jóvenes más ambiciosos de la corte, y posee la única cosa de la que Murasaki carece: el rango que le permitiría ser la esposa incluso de un emperador retirado honorario.

Por desgracia, eso es todo lo que puede ofrecer, pues por lo demás es una completa nulidad. Genji comprende demasiado tarde que ha cometido un grave error. Ni siquiera él puede permitirse desairar a la hija del emperador retirado Suzaku, pero de todos modos, cuando Murasaki enferma, la abandona durante semanas para cuidar de su amada. Pasado

el tiempo, esta actitud da lugar a un nuevo desastre. Un hombre joven entra sigilosamente en el aposento de la hija de Suzaku cuando casi todo el personal está ausente y le hace el amor (capítulo 35, «Brotos primaverales II»).

Genji no tarda en descubrirlo, y monta en cólera. Para empeorar las cosas, ahora ella está embarazada, y cuando llega el momento trae al mundo a Kaoru, un niño de quien la gente supone erróneamente que es hijo de Genji. El amante muere de culpa y vergüenza poco después del nacimiento. La hija de Suzaku, pese a las tenaces objeciones de Genji, se hace monja. Entretanto, Murasaki sigue enferma. El nuevo matrimonio de Genji ha

sido un desastre.

Murasaki muere al cabo de dos o tres años, cuando tiene poco más de cuarenta. Genji, por entonces cincuentón, la sobrevive casi como un espectro del hombre que fue. Parece que, después de que el lector sepa de él por última vez, abandona la vida mundana, se retira a un templo y fallece al cabo de uno o dos años.

La autora

Murasaki Shikibu nació hacia 973, en el seno de una familia aristocrática de nivel medio que era proveedora de los gobernadores provinciales. Se trataba de

la familia Fujiwara, muy amplia y, en algunas de sus otras ramas, poderosísima, pero no hay constancia de su nombre propio, puesto que Murasaki Shikibu es un sobrenombre. Shikibu, que significa «gabinete del ceremonial», se refiere a un cargo que en cierta época ocupó su padre, mientras que «Murasaki» es el nombre de su heroína de ficción. El padre, Fujiwara no Tametoki (fallecido en 1029), sirvió como gobernador en las provincias de Harima, Echizen (adonde ella le acompañó en 996) y Echigo, y era también especialista en lengua china. Ella contrajo matrimonio en 998 ó 999, y quedó viuda en 1001. Su hija Katako (o Kenshi), más adelante conocida como Daini no Sanmi,

nació probablemente en 999 y debió de morir hacia 1080. Más o menos en 1006, Murasaki Shikibu fue destinada al servicio de la emperatriz Akiko (o Shôshi), sin duda debido a su talento como narradora. El último dato que se tiene de ella es de 1013, y es posible que muriese al año siguiente. Además de *La historia de Genji*, dejó unos fragmentos de diario (*Murasaki Shikibu nikki*, gran parte de los cuales describen acontecimientos ocurridos en palacio en 1008) y una colección personal de poemas (*Murasaki Shikibu shû*), probablemente compilada después de su muerte.

Nada indica con exactitud la fecha en

que Murasaki Shikibu comenzó su relato ni cuándo lo terminó, pero, a juzgar por las anotaciones de su diario, la obra tal como existía en 1007 ó 1008 era suya, y desde entonces *se* la ha reconocido como la autora de los cincuenta y cuatro capítulos. No obstante, hay en el texto indicios de que no todos los capítulos fueron escritos en el orden actual. *La historia de Genji* destaca por la brillantez de su estilo, pero también deja una impresión de haber sido magníficamente corregido.

Pocos lectores y eruditos han dudado de que Murasaki Shikibu fuera la única autora de la obra, pero las pruebas existentes a favor de la autoría exclusiva

no son incuestionables. Es improbable que el relato mencionado en su diario fuese la obra completa, y es posible que desde ese momento hubiera seguido escribiendo durante años, tal vez con paréntesis más o menos largos, mientras su visión de las cosas variaba con la edad y cambiaba el público al que iba dirigida la obra. Sin embargo, es del todo cierto que un texto como el presente ya existía en 1021, cuando una joven regresó a la capital desde una provincia lejana y recibió una copia completa del *Genji* como regalo de su tía. En su madurez, la Hija de Takasue, como se la conoce, escribió un texto autobiográfico (*Sarashina nikki*) en el que describía el

deleite producido por la lectura del *Genji*. Sus «más de cincuenta capítulos» concuerdan con los cincuenta y cuatro actuales, y menciona a Ukifune, la heroína de los cuatro últimos. Así pues, las pruebas a favor de la autoría única son sugerentes pero incompletas.

Un erudito del siglo XV es la primera persona de quien se tiene constancia que sugirió la posibilidad de que la hija de Murasaki Shikibu, y no ésta, escribiera el último tercio del libro (capítulos 42 a 54). Al parecer, esta idea permaneció más o menos en el olvido hasta que la poetisa Yosano Akiko (1878-1942) la propuso bajo un nuevo aspecto. Akiko publicó dos traducciones pioneras del *Genji* al

japonés moderno, y cuando terminó la segunda estaba segura de que Murasaki Shikibu sólo había escrito hasta el capítulo 33. Atribuyó los capítulos 34 a 54 a la hija de Murasaki Shikibu. Otros han puesto en tela de juicio la autoría de los capítulos 42 a 54 ó del 42 al 44, y recientes análisis por medio de ordenador han revelado discrepancias de estilo estadísticamente importantes entre los capítulos 45 a 54 y los restantes, además de considerables diferencias entre algunos de los capítulos anteriores.

Si Murasaki Shikibu no fue la única autora, no existe ninguna prueba conocida que señale realmente a su hija. No obstante, la distinguida poetisa Daini no

Sanmi es la única candidata identificable de un modo plausible. Una o varias personas pudieron haber añadido nuevos capítulos en 1021, de la misma manera que otros trataron de hacerlo más adelante, y, por diversas razones, tal vez prefirieron permanecer en el anonimato y ceder el mérito a la autora reconocida de la narración. No es probable que esta cuestión llegue a ser resuelta.

El manuscrito y los textos

No se ha conservado ningún manuscrito del relato de fecha más o

menos cercana a la época en que vivió Murasaki Shikibu. Los primeros fragmentos textuales conocidos aparecen en la *Genji monogatari emaki*, una serie incompleta de ilustraciones de finales del siglo XII. En el siglo XIII, el texto se estaba corrompiendo a causa de las sucesivas copias, y dos eruditos, cada uno por su cuenta, se dispusieron a restaurarlo. Uno de ellos fue Minamoto no Mitsuyuki (fallecido en 1244), cuya obra completó, en 1255, su hijo Chikayuki (fallecido en 1277). Puesto que Mitsuyuki era gobernador de la provincia de Kawachi, su texto revisado se conoce como *Kawachi-bon* («texto Kawachi»).

El gran poeta y hombre de letras

Fujiwara no Teika (1162-1241) inició un proyecto similar más o menos por la misma época. Teika escribió en su diario que su copia desapareció en la década de 1190, y que, por lo tanto, se aplicó a reunir y cotejar otras. Completó la obra en 1225. Se conservan cuatro capítulos del llamado *Aobyôshi-bon* («Texto de cubierta azul») escritos de su puño y letra, y su texto revisado, en copias posteriores, ha sido el normativo desde el siglo XIV. Todas las ediciones modernas accesibles se basan en la línea *Aobyôshi-bon*. La presente traducción se atiene a las anotadas expertamente que figuran en tres magníficos compendios de los clásicos japoneses: *Shin Nihon koten zenshû*

(publicado por Shogakukan), *Nihon koten shûsei* (Shinchosha) y *Shin Nihon koten bun-gaku taikai* (Iwanami).

Además de las líneas *Kawachi-bon* y *Aobyôshi-bon*, existe también un conjunto de manuscritos denominado *beppon* («otros textos»). Desde el punto de vista de la persona no especializada, sobre todo el lector de una traducción, no existe ninguna discrepancia importante entre la línea *Kawachi-bon* y la *Aobyôshi-bon*, pero el estudio de los *beppon* todavía puede aportar revelaciones de interés acerca de un estado anterior del texto.

El mundo del relato

El lector de *La historia de Genji* debe recordar una cosa esencial, y es que ninguno de los personajes está nunca a solas. Un señor o una dama vivían rodeados por un grupo más o menos amplio de mujeres y, en el exterior de sus aposentos, de hombres. No existían los conceptos de soledad e intimidad. Es cierto que una dama de alcurnia dormía en un espacio cerrado con cortinas, pero no eran más que cortinas, y un número variable de damas de honor dormían a su lado, en el suelo. Cuando un señor iba en secreto y de noche a alguna parte, podía correr el riesgo de llevar consigo sólo a dos o tres ayudantes. Si le decía algo en privado a alguna dama, lo hacía en una

sala donde también había muchas otras.

De todos modos, un señor o una dama que no tuviera cerca más que asistentes o personal doméstico estaba en cierto modo a solas, puesto que esas personas no contaban de un modo esencial. Sólo contaban las relaciones entre las personas de alta posición, y dichos intercambios no se realizaban necesariamente cara a cara. Los buenos modales respetaban la distancia adecuada, que equivalía a mantener el orden social establecido. Un mensajero no podía ver en persona a un gran señor para darle un mensaje oral. Sus palabras debían ser transmitidas, a veces en más de una etapa. Ni siquiera veía al primer intermediario y, por supuesto, no

oía la voz del señor. Del mismo modo, el espacio doméstico —dividido por biombos, cortinas, persianas, etcétera, objetos apenas más sustanciales que las maneras de hablar—, contribuía a mantener las distancias y a que la dignidad no resultase violada.

Estas circunstancias asombran sobre todo en las escenas de cortejo. En muchas de ellas, el hombre se queja de que debe hablar con la mujer por medio de una de las damas de honor que están a su servicio. Por supuesto, el hombre no puede ver a la dama, y es posible que ni siquiera se haga una idea del aspecto que ella tiene. Normalmente no la verá aunque ella le hable de viva voz, puesto que

estará en otra sala, detrás de una persiana o una cortina, y ésta permanecerá entre ambos aun cuando ella permita a su galanteador que entre en la estancia donde se encuentra. Si él decide entonces apartar la cortina e ir directamente al encuentro de la mujer, con ese mero gesto estará reivindicando algo próximo a la intimidad definitiva.

Unos modales tan delicados no sugieren la atmósfera de alegre permisividad que los lectores moralistas, a lo largo de los siglos y muy cerca de nuestra propia época, han creído ver en la obra. Por el contrario, el propósito de dichos modales es impedir la espontaneidad erótica. De manera similar,

el lenguaje es reticente a reflejar esos impulsos. Por ejemplo, la palabra *yume* («sueño») es el término literario que se suele utilizar para designar el acto sexual entre amantes. Algunos lectores se preguntan si los hombres y las mujeres del relato *hacen* algo, puesto que parecen pasarse las noches entregados tan sólo a la conversación, pero el verbo *katarau*, cuyo significado general es «conversar», en realidad se refiere también a otras intimidades. (El mismo eufemismo existe en el francés medieval, y probablemente en muchas otras lenguas.) El verbo «ver» puede tener también un significado más fuerte de lo esperado. Un hombre que «ve» o que «está viendo» a una mujer

(una expresión corriente, al menos hasta cierto punto), está compartiendo *su* vida con ella, y el hecho de que Genji haya «visto» a Utsusemi en una habitación completamente a oscuras (capítulo 2) significa sin ambages que la ha poseído. Con todas las convenciones de la arquitectura, el mobiliario y los modales destinados precisamente a impedir que un pretendiente o un visitante vea a una mujer, el efecto de un atisbo accidental (a través de una ranura en una valla, un agujero en un tabique corredero, una abertura en la cortina) podía ser abrumador. En la ficción, donde la trama puede depender de un momento así, es comprensible que *kaimami* («ver a través

de una grieta») sea un motivo corriente. Desde luego, un hombre también puede mirar adrede a través de una ranura prometedora. Tal vez no debería hacerlo, pero, al menos por lo que respecta a los relatos de ficción, puede que el mundo fuese un lugar más aburrido si no lo hiciera.

En el lenguaje del relato, la expresión *yo no naka* («nuestro mundo», «la vida», «*le monde*») significa también la relación entre un hombre y una mujer determinados. Como sucede a menudo en otras partes, este aspecto de la vida era especialmente absorbente para las mujeres, puesto que dependían en gran medida de los hombres para encontrar su

lugar en «el mundo». Una mujer sólo tenía un refugio fuera de una relación estable con un hombre: podía hacerse monja. Esto no significaba que entrara en un convento o en una comunidad monástica establecida, sino que hacía ciertos votos religiosos, se cortaba el cabello, vestía prendas de colores sencillos y discretos, y permanecía en casa. Era un paso radical, que no se daba a la ligera.

Muchas de las mujeres que aparecen en la narración se hacen monjas de esa manera. Entre los hombres, Genji piensa continuamente en abandonar la vida mundana, y Kaoru después de él, pero ninguno de ellos llega a hacerlo. El único hombre que toma los hábitos de una

manera comparable a la clase de monja que acabamos de mencionar es el excéntrico novicio Akashi, y el único que se ordena totalmente es el emperador retirado Suzaku. Fueran cuales fuesen sus sueños de paz y piedad, lo cierto es que los hombres no tenían el mismo incentivo que las mujeres para dar ese paso.

La pauta de la jerarquía

En una imagen ideal que Japón adoptó de China, el emperador mira al sur para examinar su reino, flanqueado por sus dos ministros, el ministro de la Izquierda (la

izquierda del emperador, al este) y el ministro de la Derecha. Éste es el motivo de que, tanto en la historia real como en el mundo del relato, el recinto del palacio imperial esté situado al norte de la capital, mirando al sur, y de que las residencias de los nobles también miren todas al sur. Ello explica, además, la simetría bilateral del gobierno. Muchos órganos oficiales tenían componentes de Izquierda y Derecha, y en el relato esta división aparece en los cargos que ostentan sus funcionarios. Por ejemplo, el lector conoce a un caballero jefe de la Izquierda y un edecán de la guardia de palacio de la Derecha. En los primeros capítulos la misma simetría aparece en la

lucha de poder entre la facción representada por el ministro de la Izquierda y Genji y la del ministro de la Derecha y su hija, la madre del príncipe heredero. También la ciudad estaba dividida administrativamente en Izquierda y Derecha. Igualmente, la música y la danza de la corte estaban divididas en repertorios de Izquierda y Derecha, mientras que los certámenes, desde los de lucha a los de poesía, se dividían en lados «este» y «oeste».

Todos los puestos estaban asociados a un rango numerado del uno al nueve, y los rangos, a su vez, se dividían en los niveles máximo («tercer rango») y subalterno («tercer rango subalterno»); en

el cuarto rango y los siguientes, los niveles máximo y subalterno se subdividían en grado superior e inferior («cuarto rango subalterno, grado superior»), «sexto rango subalterno, grado inferior»). Los rangos numerados no se suelen hacer explícitos en el texto, pero los personajes tienen una clara conciencia de ellos.

El emperador se hallaba por encima de este sistema numerado. La narradora puede referirse a él como «sin rango» o alguna expresión similar, de la misma manera que algo infinitamente precioso es de valor «inapreciable». Sin embargo, los importantes vástagos imperiales, tanto hombres como mujeres, también tenían su

lugar en la escala del rango. Ejemplo de ello es la princesa con la que se casa Genji. El grado en el que Genji debe reverenciarla no tarda en ser una carga, que resulta todavía más pesada cuando ella asciende en rango.

El emperador no estaba obligado a reconocer a todos sus hijos, en particular los habidos de madres que social o políticamente carecían de importancia, pero la mayoría de los hijos imperiales que tienen relevancia en el relato están reconocidos. Con excepción del mismo Genji, son príncipes y princesas. En este libro, un príncipe (Su Alteza) es, por lo tanto, un hijo del emperador a quien éste ha reconocido formalmente dotándole de

un rango adecuado. Lo mismo puede decirse de una princesa (Su Alteza). No obstante, el término «princesa» también se refiere a una nieta imperial en la línea masculina (no en la femenina). Por ejemplo, Suetsumuhana es princesa porque es la hija del príncipe Hitachi, mientras que Aoi no es princesa aunque su madre lo sea, porque el padre de Aoi (el ministro de la Izquierda) es plebeyo. Aoi, que como persona intimidada, es de muy elevada categoría, y su padre detenta un poder excepcional. Su influencia en el mundo es muchísimo mayor que la de la patética Suetsumuhana, cuyo padre, en cualquier caso, ha fallecido. Sin embargo, Suetsumuhana tiene un aura imperial que

Aoi no posee. Lo mismo sucede con otras princesas del relato, incluso con las que se encuentran en una posición tan desventajosa como Ôigimi y Naka no Kimi. La mayoría de estas princesas, ya sean de primera o de segunda generación, habitan una oscura zona entre el prestigio imperial y lo que parece haber sido considerado como recia vulgaridad plebeya. Una princesa difícilmente puede casarse (con un plebeyo) si no es bajando de categoría, y ésta es razón suficiente para que, en principio, no deba casarse en absoluto; sin embargo, como observa el emperador retirado Suzaku en «Brotos primaverales I», si no contrae matrimonio puede ser peligrosamente vulnerable al

escándalo, de tal modo que un personaje de estas características suele encontrarse en una posición difícil.

Un emperador que no nombra a un hijo como príncipe, pero que de todos modos prefiere no olvidarse de él, puede darle un apellido, lo cual le convierte en plebeyo. Eso es lo que hace el padre de Genji. En las lenguas occidentales se suele llamar a Genji «príncipe», pero en esta traducción hemos optado por otro tratamiento. «Príncipe» es un título formalmente concedido por el emperador a un hijo al que desea reconocer plenamente y retener en la familia imperial. Antes de que Genji reciba su apellido, es un hijo imperial cuya

posición en la vida no está aún determinada, y posteriormente es un plebeyo.

La jerarquía budista que se aprecia en el relato merece también un comentario. Es probable que un religioso de alto rango sea el hermano de un funcionario distinguido, como un príncipe, una princesa o incluso el emperador. Ejemplos de ello son el tío abuelo de Murasaki y el hermano de Suetsumuhana. Los niveles superiores de la jerarquía budista solían estar ocupados por hijos de la más alta aristocracia.

La narración, la

cortesía y los nombres

La narradora del *Genji* es muy consciente del rango social y da por sentado que el lector también lo es. Parece una dama de honor que le cuenta una historia a su señora, y la manera en que se refiere a los personajes es, en la mayor parte de los casos, discreta en extremo. En las pocas ocasiones en que menciona un nombre propio es el del subordinado íntimo de un gran señor o, alguna vez, un paje femenino. Lo normal es que se refiera a un personaje por el título oficial o acostumbrado, si es que lo

tiene. Poseen título los funcionarios de la corte, masculinos y femeninos, y los religiosos budistas. En el relato, los funcionarios cambian de título a medida que progresan en sus carreras.

Las damas de honor son designadas por su *meshina* («nombre de servicio»), que, como en el caso de la autora, alude a un órgano de gobierno o un puesto asociado a un pariente masculino. Así pues, varias damas de honor tienen el mismo *meshina*: por ejemplo, Chûjô (literalmente, «Capitana») y Jijû (literalmente, «Consejera»). En este libro, los *meshina* están transliterados en vez de traducidos, por lo que en la práctica parecen nombres. Las princesas, así como

varios príncipes, se conocen por un número. Así, la Primera Princesa (Onna Ichi no Miya), la Segunda Princesa (Onna Ni no Miya), la Tercera Princesa (Onna San no Miya) o el Tercer Príncipe (San no Miya).

Es posible que las mujeres sin título ni *meshina* que aparecen en el relato carezcan de cualquier apelación. Aoi, la primera esposa de Genji, es un ejemplo. Los lectores la llaman Aoi sólo por conveniencia. «Murasaki», como «Aoi», parece un nombre, pero en realidad la palabra empieza a usarse sólo como un nombre común que alude a Fujitsubo, y no se refiere con regularidad a Murasaki hasta mucho más adelante. A una gran

dama (como, en la práctica histórica, a un gran señor) también se le puede designar por el lugar donde reside. Fujitsubo, por ejemplo, vive en el Fujitsubo («El pabellón de la glicina»), un pabellón situado en el recinto de palacio; Rokujô vive en Rokujô («Sexta avenida»), y la designación normal de Murasaki en una parte considerable de la obra es Tai no Ue (aproximadamente, «la señora [*ue*] de la casa de Genji, que vive en el ala [*tai*] de su residencia»). Otros personajes femeninos se identifican como hijas. Ôigimi, el nombre tradicional de la hermana mayor de Uji, significa simplemente «hija mayor»; Naka no Kimi significa «hija menor».

Seguir con fluidez la suerte de los personajes en el original requiere una comprensión casi instintiva de su mundo, apoyada por la memoria y por las escasas pistas dependientes del contexto que aporta la narración. Por ese motivo, los lectores del remoto pasado finalmente asignaron a los personajes unas denominaciones constantes. La mayoría de las que detentan las mujeres (Yûgao, Oborozukiyo, Hanachirusato, Tamakazura, etcétera) son palabras extraídas de los poemas que ellas escriben o que les dirigen. Un ejemplo descollante entre los hombres, con sus cambiantes títulos, es el amigo más antiguo y colega de Genji, Tôno Chûjô, que aparece por primera vez en

el primer capítulo como teniente chambelán (Kurôdo no Shôshô), y con el tiempo asciende hasta el encumbrado cargo de canciller (Ôkiotodo). Sin embargo, el título que, por razones de conveniencia, le han dado los lectores es el de capitán secretario, el que detenta en el segundo capítulo. También Genji pasa por estos cambios de título. La palabra «Genji» apenas aparece en el texto original.

Esta traducción se atiene en espíritu a la usanza del original, pero no siempre la sigue al pie de la letra. Un personaje con un título oficial o acostumbrado (capitán, comandante, ministro, señora del personal, etcétera) lo conserva, y todos

estos títulos se traducen. Las mujeres que carecen de cualquier título aparecen como en el original, de modo que las mujeres que se distinguen sólo por las menciones ocasionales de «princesa» (*miya*), «hija» (*himegimi*), «su querida» (*onnagimi*), etcétera, tampoco tienen nombre en la traducción. A fin de ayudar al lector, cada capítulo comienza con una lista de personajes (que incluye la manera de designarlo en la traducción, la edad y la apelación acostumbrada). Cuando es necesario, una nota aporta una identificación puntual mediante la apelación acostumbrada. En las notas sólo aparecen este tipo de apelaciones.

Para los personajes más encumbrados,

la traducción adopta también ciertas formas de tratamiento que reconocen el vínculo social entre el narrador de ficción y el personaje, o entre los mismos personajes. Ejemplos de ello son «Su Excelencia» para un ministro o canciller, «Su Alteza» para una princesa, «Su Majestad» para una emperatriz y «Su Eminencia» para un emperador retirado. Puesto que este uso expresa el reconocimiento de comunidad (sólo quienes pertenecen al mundo social de un ministro le llamarían «Su Excelencia»), el uso del título apropiado puede utilizarse en las lenguas occidentales para expresar distancia. En los primeros capítulos, «el ministro» designa con preferencia al

ministro de la Derecha, el enemigo político de «nuestro» bando (el de Genji), mientras que «Su Excelencia» es el suegro de Genji, el ministro de la Izquierda.

El único nombre tradicional utilizado en toda la obra es el del mismo Genji, aunque su título corriente aparece en las oraciones directas o en el monólogo interior. El término de tratamiento reservado para él cuando vuelve del exilio es «Su Gracia». En rigor, «Su Gracia» podría corresponder mejor al título de emperador retirado honorario, que recibe mucho más adelante, pero el prestigio excepcional del que goza inmediatamente justifica esta libertad, que le hace identificable para el lector de

manera constante, al tiempo que reconoce su suprema distinción.

Hemos retenido este rasgo del texto original para preservar el carácter y la estructura del mundo social que la narradora recrea. La narradora de ficción habla desde el interior de esa estructura, y para ella los buenos modales requieren una discreción convencional. Como dama de honor de una gran señora, desde luego ocupa una posición importante en el conjunto de la población de su tiempo, del campesinado hacia arriba, pero los campesinos y súbditos similares no pertenecen a su mundo. El suyo es el de la corte, en el que ocupa un lugar modesto. Su lenguaje debe reflejar ese lugar, del

mismo modo que debe transmitir la manera en que sus personajes pensarían y hablarían entre sí si fuesen reales.

Dicho de otro modo: la ausencia en el relato de nombres personales es un recurso más de distanciamiento, que oculta a un señor o una dama a las miradas ajenas. Quien detenta un título oficial, ya sea hombre o mujer, podría ser identificado adecuadamente por ese título o, en ocasiones, por su residencia, pero un nombre personal, aunque registrado en una genealogía, era demasiado privado para utilizarlo en el habla corriente. La manera en que la narradora se refiere a la gente afirma no tanto su individualidad como su posición en un complejo de

relaciones reconocidas en la comunidad y que tenía un interés absorbente para todos. Así pues, dar a los personajes designaciones invariables (es decir, nombres personales) cambiaría la posición cortesana de la narradora hacia una más moderna e igualitaria. En ocasiones, haría confuso a algún personaje para el lector (pues dicho personaje no podría conocer el sobrenombre tradicional de otras figuras del texto), haría que algún personaje estuviera enterado de los secretos íntimos de otro o incluso que algún personaje, o la misma narradora, se expresara con una familiaridad ofensiva.

La poesía

Por suerte, los rigores de la formalidad dejaban todavía espacio para otra forma de comunicación, fuera del dominio del lenguaje jerárquicamente determinado. Se trataba de la poesía, entonces considerada como la más noble de las artes. Por medio de la poesía, unos podían dirigirse a otros desde el corazón. Muchas anécdotas tempranas cuentan la manera en que un elocuente poema de alguien de rango muy bajo, dirigido a un superior, lograba el reconocimiento de la persona, como si fuera un ser humano situado a su altura. Toda la literatura

japonesa antigua incluye poemas (es posible que la prosa de ficción cristalizara en origen alrededor de la poesía), y *La historia de Genji* contiene 795. A lo largo de los siglos, los lectores los han valorado con frecuencia por encima de la prosa.

En el mundo evocado por el relato era posible recitar o escribir un poema para uno mismo, pero la poesía era ante todo una cuestión de necesidad social. El cortejo requería un intercambio de poemas, como sucedía en muchas otras situaciones de la vida, y quien era claramente inepto en la composición de poemas se encontraba en desventaja social. La gente aprendía a escribir

copiando poemas, adquirirían el lenguaje poético memorizando gran número de ejemplos, y confirmaban lo que sabían al componer versos ellos mismos. Aunque muchos de los poemas del relato se recitan o escriben de manera espontánea, lo cierto es que su espontaneidad refleja el dominio de un conjunto de complejas reglas de dicción, vocabulario y forma. Algunos poemas alcanzaban altas cotas de patetismo, apasionamiento, elegancia o ingenio. Entre los personajes de *La historia de Genji* se dice que el «mejor poeta» es la dama de Akashi.

Los poemas en cuestión se denominaban *tanka* («canción breve»), *waka* («canción japonesa») o simplemente

uta («canción»). Cada uno de ellos consta de cinco secciones de 5-7-5-7-7 sílabas, con un total de treinta y una. Los *tanka* suelen escribirse en una línea continua. Carecen de rima, que sería demasiado fácil y muy poco variada para que resultara interesante, y de metro, puesto que el lenguaje tampoco se presta a ello. Su carácter poético se debe a una serie de sofisticados recursos, entre ellos el juego de palabras, lo cual hace que la mayor parte resulten extremadamente difíciles de traducir.

Los poemas de este libro siguen la firma silábica del *tanka* y se dividen en dos líneas centradas, una de 5-7-5 sílabas y la otra de 7-7. Por supuesto, el sistema

silábico no es una forma natural en las lenguas occidentales, pero diferencia apropiadamente el lenguaje de los poemas del de la prosa. Seguir este sistema suele requerir más palabras en la traducción de las que proporciona el original polisilábico, pero el resultado es apropiado para los poemas integrados en un texto en prosa narrativa. Sin embargo, los poemas citados en las notas no siguen esta forma, y sólo se traduce su significado básico. Los que carecen de atribución de autor son anónimos.

Los lectores y la

lectura en la época de la autora

En el mundo de Murasaki Shikibu, los hombres, aparte de los monjes, eran todos funcionarios, grandes o pequeños. Estudiaban filosofía, historia, leyes y otras materias en chino, aprendían a escribir la lengua china y también componían poesía en chino. Éste era el idioma aprendido, escrito, formal, y su condición era similar a la del latín en la Europa medieval. Naturalmente, también componían poesía en japonés, pero, en principio, la ficción estaba por debajo de su dignidad, puesto que se clasificaba

como fantasía sin valor, idea que no era exclusiva, ni mucho menos, del Japón de aquellos lejanos tiempos. No obstante, es evidente que, de todos modos, algunos hombres eran conocedores de los relatos en prosa, y, una vez el *Genji* llegó a ser ampliamente admirado, fueron hombres quienes de manera más destacada defendieron la calidad de la obra.

Las mujeres quedaban al margen del estudio de la lengua china, pero algunas lo hacían. Murasaki Shikibu escribió en su diario que enseñó a la emperatriz a leer poesía china, aunque tuvo que hacerlo en secreto. El chino se consideraba impropio de señoras. En la narración se menciona a la hija de un erudito que enseñó a su

amante a escribir poesía china, y a unas damas de honor a las que les gustaba llenar sus cartas de caracteres chinos, pero en modo alguno se estimulaba esa dedicación. Que una dama fuese capaz de leer en chino la convertía en peligrosa por poseer conocimientos.

La prosa narrativa escrita fonéticamente en japonés, con escasos caracteres chinos, estaba, pues, especialmente destinada a las mujeres. En el *Genji*, sólo las mujeres leen o escuchan los relatos. En el capítulo 25 («Las luciérnagas»), Genji está hablando con una joven dama que ha estado copiando un relato para sí misma, cuando él se embarca en un discurso considerado como

la defensa que la propia autora realiza de su ficción. Genji parece saber mucho de tales relatos, pero, si le preguntaran, podría decir que los ha oído por casualidad, cuando alguien los contaba a otras personas.

Una mujer que pasara por extrañas o dolorosas circunstancias podría examinar con minuciosidad los relatos en busca de ejemplos como el suyo, de la misma manera que un emperador podría revisar las historias formales de China y Japón en busca de un precedente de su penosa situación, pero, por supuesto, el objetivo habitual de un relato no era otro que el de entretener. Que la esposa imperial incluso tuviese un nuevo relato que contar podía

hacer que su compañía le resultara más agradable al joven emperador o al príncipe heredero, y de esta forma procurarle (tanto a la esposa como a su familia) una ventaja sobre sus rivales. Las pinturas juegan precisamente ese papel en el capítulo 17 («El concurso de pintura»). En *La historia de Genji* no se menciona a nadie que escriba una narración, pero en «El concurso de pintura», las damas de honor, así como varios artistas profesionales, pintan ilustraciones para relatos.

Una gran señora (una emperatriz, por ejemplo) podría haber poseído copias de relatos, pero no parece que los leyera por sí misma, sino que escuchaba a una dama

de honor que le leía el relato en voz alta, exactamente como en el caso del *Genji*, de tal modo que podía contemplar las ilustraciones mientras escuchaba. Esto ha llevado a algunos a hablar de «actuación», tan sólo apoyada por el texto escrito. Desde este punto de vista, el *Genji* podría parecer un guión pensado para dar cabida a improvisaciones, a lecturas efectuadas sin atenerse a lo escrito, y no hay duda de que ciertas damas de honor hacían eso muy bien. Otros creen, sin embargo, que la narración es ante todo una obra literaria. Ciertamente, desde el comienzo la leyeron en silencio personas que, pese a su posición más modesta, tenían la suerte de

disponer de una copia. La hija de Takasue, por ejemplo, dejó escrito que se encerraba en su habitación para leerla día y noche. Innumerables lectores han hecho lo mismo a lo largo de los siglos.

La lectura de «La historia de Genji» en la actualidad

Las mujeres del mundo para el que se escribió el *Genji* tenían mansiones que gobernar o señores y damas a los que servir, y podían estar ocupadas con toda clase de tareas, deberes y pasatiempos.

Aun así, el ritmo de la vida era lento. La narración se ha escrito para lectores que tienen tiempo libre. No sólo es larga, sino que también invita a un grado de participación del lector —una especie de absorción activa— que pocas novelas contemporáneas exigen.

La narración no es nunca apresurada, y sigue caminos entrelazados, indirectos, que pueden interrumpirse sólo para reaparecer más adelante, como una corriente que en ocasiones fluye bajo tierra. Incluso es posible que ésta fuese la manera en que el público al que se dirigía la obra (en especial los más encumbrados) se expresaba al conversar o por escrito. Una joven que aparece en la

narración (la hija de Ômi) posee una belleza y una inteligencia notables, pero habla con excesiva rapidez, y eso basta para que resulte grosera. Además, como acaba de llegar del campo, no comprende el mundo cortesano en el que se ha integrado de un modo tan brusco, y no conoce la prudencia ni el decoro que deben informar cada gesto. Ella cree que si quiere tener el honor de servir al emperador, sólo ha de pedirlo, pero al actuar así se pone en ridículo. Ciertos comentarios por parte de la narradora indican que una gran dama alcanza la cima de la distinción cuando su voz se extingue antes de finalizar la frase, y que una carta escrita en «tinta unas veces oscura, otras

de una palidez que se disipa» podría tener una elegancia particular. No sólo había que hablar en voz baja y con un ritmo medurado, sino también ocultar la ambición bajo un aspecto de exagerada modestia y callando cada vez que guardar silencio fuese la actitud adecuada.

Por otro lado, la narración yuxtapone a menudo elementos y escenas, en vez de establecer una conexión entre ellos, y deja que el lector vea y defina la relación entre ambos. Los momentos o las escenas yuxtapuestos de esta manera no son necesariamente adyacentes. Aparecen juntos, si sucede tal cosa, sólo en la mente del lector, gracias al recuerdo y la asociación estimulados por la lectura

repetida, y pocas veces puede demostrarse su conexión, puesto que la narradora no dice nada al respecto. Pasar por alto esos posibles vínculos no dificulta la comprensión del relato, pero puede hacer que parezca más episódico o fragmentado de lo que realmente es. ¿Es el *Genji* una serie de relatos más o menos relacionados entre sí o posee una estructura narrativa más amplia? El carácter de la narración dificulta decantarse por una u otra posibilidad; además, hasta cierto punto, la narración es aquello que el lector entiende que es. Sus reticencias y silencios apelan a una imaginación informada y participativa.

El relato como ficción y la historia

Es comprensible que a menudo *La historia de Genji* haya sido entendida como una especie de documental sobre la vida en la corte en la época de la autora, pero su héroe es claramente un personaje de ficción. Ciertos toques dispersos sugieren también que el relato fue concebido realmente como una novela histórica y que Genji vivió a comienzos del siglo X, casi un siglo antes de la época de la autora. Por ejemplo, es un maestro del *kin*, un instrumento musical

chino que desempeña un papel destacado en la narración. Sin embargo, las fuentes históricas revelan que la popularidad del *kin* se redujo de manera drástica después de mediado el siglo X y que en la época de la autora ya no se tocaba. Por supuesto, cuando Genji, ya entrado en años, se ve obligado a enseñar a alguien a tocar el *kin* («Brotos primaverales II»), se lamenta de que ya tan pocas personas lo hagan.

Sin embargo, la prueba de que se trata de una obra de ficción estriba, sencillamente, en que lo relatado es más bello que la vida real. No todos los momentos ni las acciones son agradables y, desde luego, muchos son dolorosos de una u otra manera. Más bien la narración

presta elegancia y armonía a cosas que, de otro modo, serían demasiado tediosas o penosas para mantener el interés del lector. Es como si la autora hubiera pintado un pergamino inmensamente largo y bien logrado. El pergamino expresa con exactitud innumerables detalles de la vida cotidiana, muestra escenas turbadoras y, en general, señala los defectos más o menos deplorables de la condición humana. No obstante, selecciona y compone tales cosas en atractivas escenas. Al concluir ciertos pasajes inquietantes, la narradora hace la observación de que le hubiera gustado pintarlos.

La narración presenta numerosas

escenas visualmente brillantes, y es célebre la atención que presta a los aspectos relacionados con la indumentaria. Sin embargo, este interés por los cuadros vivos y hermosos y las vestimentas no demuestra, como algunos han supuesto, que aquellos nobles se pasaran todo el tiempo organizando momentos visualmente perfectos, de la misma manera que la mezcla del incienso en el capítulo 32 («La rama de ciruelo») no implica que apenas tuviesen más que hacer que disfrutar del incienso. De haber sido así, y si, como sucede en el relato, todas sus tentativas hubiesen culminado con éxito, tales escenas habrían sido superfluas. *La historia de Genji* evoca un

mundo en el que muchas cosas se hacen indudablemente con la única finalidad de introducir cierta variedad. Con todo, las crueldades de la vida se manifiestan con claridad a pesar de la elegancia de formas y colores, de los modales, las palabras y los sentimientos tanto como de los objetos. La autora observaba la vida con gran lucidez.

Todo esto contribuye a que el relato de ficción sea más real que la historia misma. Sus personajes más célebres viven con más intensidad en la imaginación que los personajes históricamente documentados, y sus vidas, sus sufrimientos, sus decepciones, sus defectos y su elegancia son un legado

transmitido desde el momento de su concepción y a lo largo de los siglos. Aunque inventados, también son inmortales. Incluso la finca de Genji en Rokujô, cuidadosamente reconstruida en dibujos y maquetas, es de lejos el ejemplo mejor conocido de la arquitectura doméstica de su época. El hecho de que jamás existiera no tiene ninguna importancia.

El lenguaje del «Genji»

Es probable que la lengua de *La historia de Genji* esté próxima a la

hablada en la corte de hace diez siglos. El texto consta de narración expositiva, oración directa, pensamiento silencioso (monólogo interior), comentarios ocasionales por parte de la narradora y poemas, todo ello en un estilo armonioso que permite variaciones de tono y estado de ánimo en virtud del contexto y los personajes. Cuando dos caballeros de alto rango hablan de un tema delicado, su lenguaje transmite la tensión existente entre ellos, y cuando hablan los eruditos, su jerga parece un dialecto local.

El estilo del relato es sin duda un gran logro literario, pero también muy complejo. Los nombres son infrecuentes, y los verbos no suelen tener un sujeto

expreso. Tras ochocientos años de erudición en torno al *Genji*, todavía es posible discutir que tal o cual frase o acción debería atribuirse a otro personaje. Además, el vocabulario es relativamente restringido y las pautas de subordinación disponibles más bien escasas. Ni los recursos del mismo lenguaje ni los requisitos de la discreción estimulan la claridad de expresión, y uno tiene a veces la sensación de que la autora está luchando contra las limitaciones que su medio le impone. No obstante, es indudable que el original resultaba más claro de lo que es ahora, y gran parte de su famoso carácter elusivo puede deberse al desconocimiento, por parte de los

lectores de épocas posteriores, de las referencias, el lenguaje o el giro lingüístico revelador del sentido de una escena determinada.

Los rasgos lingüísticos del original merecen un comentario especial. Éstos se resumen en: una fluidez sin alteraciones, el papel integral que juegan en dicha fluidez los elementos gramaticales indicadores de la posición social del hablante con respecto a su interlocutor o la persona acerca de la que se está hablando, y el uso de ciertas inflexiones modales de los verbos.

Con algunas excepciones puntuales, el original posee una suave fluidez que no puede traducirse a una lengua occidental,

dado que nuestras lenguas se resisten a semejante regularidad sin énfasis alguno, palabra tras palabra y frase tras frase. Sin embargo, es posible conservar la longitud de algunas de las numerosas frases largas y por lo menos seguir el original evitando manifestaciones terminantes que podrían hacer encallar la atención del lector en un sólido objeto mental. Por ejemplo, el original dirá que «Genji decidió actuar de acuerdo con el deseo que albergaba desde hacía mucho tiempo», en vez de decir que «Genji finalmente decidió hacerse monje», y que, como padre que es, deseará «ver a su hija bien instalada», en vez de mostrarlo ansioso por encontrarle un buen marido. (El texto carece de un

término fijo tanto para «matrimonio» como para «marido».)

La existencia del lenguaje cortés y del humilde puede ser la primera dificultad mencionada cuando un japonés se pregunta cómo es posible traducir el relato a una lengua occidental. En japonés moderno todavía es difícil hablar con alguien o acerca de alguien sin definir la propia posición con respecto a esa persona, y otras lenguas requieren un parecido reconocimiento lingüístico de la relación social. No sucede así en lenguas como el inglés contemporáneo, que ofrece medios relativamente escasos para establecer esa relación. La dicción apropiada y la elección del vocabulario

pueden compensar un poco la diferencia, así como la inclusión de expresiones al estilo de «mi señor» o «mi señora», pero es inevitable que la traducción suene relativamente informal.

En años recientes, ciertas inflexiones verbales que aparecen en el *Genji* y otras obras literarias de su época se han convertido en objeto de discusión. La principal de ellas es «-keri», que parece indicar un modo verbal (más que un tiempo) que trae al presente los acontecimientos narrados. Algunos eruditos, para quienes esta cualidad de presencia o inmediatez es esencial para la significación sociopolítica de la literatura femenina, el *Genji* incluido, sostienen que

traducir tales textos utilizando el tiempo pasado equivale a apartarlo de su público en el tiempo y que así se desnaturaliza por completo. Sin embargo, ciertos idiomas carecen de ese tiempo verbal de la inmediatez narrativa, y traducirlo en tiempo presente no sería una ayuda, puesto que el presente es un tiempo, no un modo, y, en cualquier caso, resulta difícil mantenerlo con éxito en las distintas fases de una narración larga. En inglés y en otras lenguas occidentales, normalmente un relato se cuenta en pasado, y la mera experiencia lectora confirma lo erróneo que es creer que los acontecimientos relatados en pasado pierden su inmediatez para quien los lee o escucha. Así pues, el

tiempo básico del relato utilizado en esta traducción es el pasado. No obstante, la mayor parte de los pasajes de monólogo interior están en primera persona del presente.

El cálculo del tiempo

Un último aspecto a tratar es el de los meses del año y las edades de los personajes. A menudo el texto identifica el mes numerado en que un hecho tiene lugar, pero se trata de meses lunares, no solares, y difieren de los meses del calendario moderno. Un mes lunar se produce aproximadamente seis semanas después del mes solar con el mismo

número. Por ejemplo, el primer día del primer mes lunar no es el primero de enero, en pleno invierno, sino el primer día de la primavera (mediados de febrero).

Hacia el siglo XV, los eruditos habían averiguado por lo menos las edades aproximadas de la mayoría de los personajes de cada capítulo, y estas edades se facilitan aquí de acuerdo con el sistema de cómputo japonés, en el que el primer año de un niño es el año de calendario en el que ha nacido, y entra en su «segundo año» con el Año Nuevo. Por ejemplo, un niño nacido en el duodécimo mes cumple «dos años» el primer mes del año siguiente, por lo que su edad va por

delante del cálculo occidental. En el segundo capítulo se dice que Genji tiene diecisiete años: ello significa que se encuentra en su decimoséptimo año y que su edad en Occidente normalmente se contaría como dieciséis. En otras palabras, todas las edades indicadas en la obra suponen un año más de como se contarían en Occidente.

Las ilustraciones

Las ilustraciones del texto son detalles vueltos a dibujar por un artista contemporáneo, que lo hizo basándose en un amplio surtido de material de la Edad Media, en especial pergaminos pintados

(*emaki*). Puesto que no ha sobrevivido ninguna imagen de la época en que se escribió *La historia de Genji*, las imágenes seleccionadas aquí se aproximan en la medida de lo posible a las verdaderas descripciones de objetos y escenas que aparecen en la narración. Algunas de ellas, por ejemplo el juego de *go* del tercer capítulo, proceden del *Genji monogatari emaki* (siglo XII), la serie más antigua que se conoce, pero que, lamentablemente, no contiene todas las ilustraciones del *Genji*. Los lectores interesados en conocer la fuente de cada ilustración pueden consultar la edición del texto original publicada por Shogakukan, que incluye el nombre de las fuentes al

pie.

Royall Tyler

1

KIRITSUBO

El pabellón de la paulonia

Kiri significa «paulonia», y *tsubo*, «un pequeño jardín entre edificios palaciegos». Así pues, Kiritsubo es el nombre del pabellón de palacio en cuyo jardín se alza una paulonia.

El emperador instala en ese lugar a la

madre de Genji, y por ello los lectores la han llamado siempre Kiritsubo no Kôï (la íntima de Kiritsubo), aunque esa denominación no figura en el texto.



Personajes

Genji, desde su nacimiento hasta los
12 años

El Refugio, madre de Genji (la
íntima de Kiritsubo, Kiritsubo no Kôï)

Su Majestad, el emperador, padre
de Genji (Kiritsubo no Mikado)

La madre del Refugio,
abuela de Genji

El hijo mayor del

emperador, nombrado príncipe

heredero a los 7 años, cuando Genji tiene

4 (Suzaku)

La consorte **Kokiden**, madre

del príncipe heredero

Yugei no Myôbu, dama al

servicio del emperador

Un fisonomista de Koma

El gran senescal de la

Derecha (Udaiben)

Una dama del personal

(Naishi no Suke)

Fujitsubo, hija de un emperador anterior, que ingresa en palacio a los 16 años, cuando Genji tiene 11

Su Alteza de la Guerra, el hermano mayor de Fujitsubo (Hyôbukyô no Miya)

Su Excelencia, el ministro de la Izquierda, que se convierte en suegro de

Genji a los 46 años (Sadaijin)

Su hija, la esposa de Genji, que
cuenta dieciséis años al casarse, cuando
Genji tiene 12 (Aoi)

Su hijo, el teniente chambelán (Tô no
Chûjô)

La princesa, hermana del
emperador, madre de Aoi y Tô no Chûjô
(Ômiya)

El ministro de la Derecha,
abuelo del heredero (Udaijin)

En cierto reinado (¿cuál pudo haber sido?), alguien de rango no muy elevado gozaba de un favor excepcional entre todas las consortes e íntimas de Su Majestad. Las demás, que siempre se habían considerado con derecho exclusivo al alto lugar que ocupaban, sentían un profundo desprecio por aquella mujer que les parecía espantosa, mientras que las íntimas de condición inferior eran incluso más desdichadas. La manera en que atendía un día tras otro al emperador no hacía más que provocar inquina contra ella, y tal vez fuese esta creciente carga de rencor lo que afectaba a su salud y con frecuencia le obligaba a recluirse, llena de pena, en sus

aposentos. Pero Su Majestad, cuya dependencia de ella iba en aumento, hacía caso omiso de quienes la criticaban, hasta que su conducta pareció destinada a ser la comidilla de todos.

Los nobles de alto rango y los caballeros del círculo privado sólo podían apartar los ojos de tan triste espectáculo. Decían que tales cosas habían conducido al desorden y la ruina incluso en China, y, a medida que el descontento se extendía por el reino, el ejemplo de Yôkihi [\[1\]](#) acudía cada vez más a las mentes de todos, con muchas consecuencias dolorosas para la dama. Sin embargo, ella confiaba en el afecto clemente y sin igual del emperador y

permanecía en la corte.

Su padre, el gran consejero, había fallecido, y era su madre, dama procedente de una antigua familia, quien se ocupaba de que ella no participara menos en los acontecimientos cortesanos que otras cuyos padres vivían y que gozaban del aprecio general, pero, como no contaba con nadie influyente que la apoyara, a menudo, llegado el momento, tenía motivos para lamentar la debilidad de su posición. [\[2\]](#)

Su Majestad también debió de tener con ella un profundo vínculo en vidas anteriores, ya que le dio un hijo de extrema hermosura. El emperador pidió que le trajeran al niño de inmediato, [\[3\]](#)

pues ansiaba verle, y se quedó asombrado de su belleza. Su hijo mayor, que le había dado su consorte, la hija del ministro de la Derecha, gozaba de poderosos apoyos y todos le agasajaban como el indudable futuro príncipe heredero, pero su aspecto no podía rivalizar con el de su hermano y, en consecuencia, Su Majestad, que aún le concedía todo el debido respeto, volcaba su afecto personal en el recién llegado.

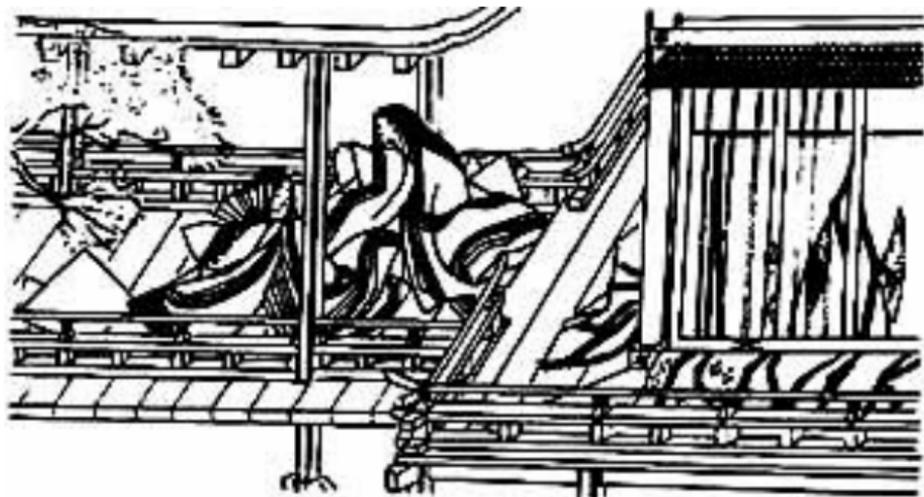
El rango de la mujer nunca le había permitido entrar al servicio habitual de Su Majestad. [4] La insistencia en mantenerla a su lado pese a la buena reputación y el noble porte de la dama significaba que, cada vez que iba a haber música o cualquier otra clase de celebración, lo

primero que él pensaba era pedir que fueran a buscarla. A veces, tras haberse quedado dormido un poco más de la cuenta, le ordenaba que se quedara con él, y esta negativa a permitir que se marchara hacía que la dama pareciera merecedora de desprecio, [5] pero tras el nacimiento del niño se mostraba tan atento que la madre de su primogénito temía que pudiera nombrar príncipe heredero a su nuevo hijo en lugar de al de ella. Esta consorte, a quien el emperador tenía en alta consideración, había sido la primera en llegar hasta él; sus reproches le turbaban más que los de ninguna otra y no soportaba hacerle daño, pues también le había dado otros hijos.

A pesar de la confianza que tenía en la protección de Su Majestad, eran tantos los que la menospreciaban y trataban de encontrarle defectos que, lejos de florecer, y embargada por la aflicción, comenzó a marchitarse. Vivía en el Kiritsubo. Su Majestad tenía que pasar ante muchas otras damas en las continuas visitas que le hacía, así que no era de extrañar que se ofendieran. En las demasiado frecuentes ocasiones en que ella iba a verle, era posible que hubiera una sorpresa desagradable aguardándola en pasarelas y corredores elevados, una sorpresa que ensuciaba horriblemente las faldas de las damas que la acompañaban o que se adelantaban a recibirla, o bien,

víctima de una conspiración por parte de quienes estaban a cada lado, podía encontrarse atrapada en un pasillo entre dos puertas por el que debía pasar forzosamente, y que no hubiese manera de retroceder ni de seguir hacia delante. Al ver cómo le hacían sufrir tales humillaciones, cada vez más frecuentes puesto que las circunstancias favorecían los propósitos de sus enemigos, Su Majestad ordenó que la íntima que llevaba largo tiempo residiendo en el Kôrôden se trasladara a otros aposentos y le cediera su lugar a ella, pues quería que estuviera cerca de él. [6] La mujer desalojada guardaba en su interior un rencor especialmente implacable.

Cuando el niño cumplió tres años, tuvo lugar la ceremonia de la puesta de pantalones, tan impresionante como lo fuera en su día la del primogénito, y para la ocasión se reunieron todos los tesoros del Depósito de la Corte y los Almacenes Imperiales. Esto provocó más quejas, pero a medida que el niño crecía fue revelando una belleza y un carácter tan extraordinarios que nadie le tenía inquina. Los exigentes apenas podían dar crédito a sus ojos, y se maravillaban de que hubiese nacido jamás un niño con tales gracias.



Pasarela

Durante el verano de aquel año, el Refugio [7] de Su Majestad enfermó, pero él no le permitió que se retirase. No se sentía alarmado, puesto que la salud de ella siempre había sido frágil, y tan sólo la instó a que tuviera un poco más de paciencia. Sin embargo, el estado de la dama empeoraba de día en día, hasta que, cuatro o cinco días después, las súplicas entre lágrimas de su madre persuadieron

al emperador de que debía dejarla marchar. Temerosa de sufrir incluso entonces alguna cruel humillación, la dama dejó al niño en palacio y regresó a sus aposentos con gran discreción.

Su Majestad, que ya no podía retenerla a su lado, sufría mucho al pensar que ni siquiera podía despedirse de ella. [8] Yacía allí, tan hermosa y adorable como siempre, pero ahora delgadísima e incapaz de hablarle de su profunda aflicción ni de su pena porque se hallaba en un estado de semiconsciencia, una imagen que alejaba de la mente del emperador cualquier idea de los tiempos pasados o futuros y sólo le permitía decirle, con lágrimas en los ojos y de

cuantas maneras sabía, lo mucho que la amaba.

Al ver que ella no le respondía, sino que sólo yacía sin fuerzas y en apariencia desvanecida, con la luz apagándose en sus ojos, él no tenía el menor indicio de cómo actuar. Incluso tras haber firmado un decreto que concedía a la dama el privilegio de un carruaje tirado por sirvientes, entró de nuevo en el aposento de ella, incapaz de permitir que se marchara.



Carruaje tirado por servidores

—Me prometiste que no me abandonarías jamás, ni siquiera al final — le dijo—. ¡Y no puedes abandonarme ahora! ¡No lo consentiré!

Ella se sintió tan conmovida que pudo susurrar:

Ahora ha llegado el fin, y me llena de pena que debamos separarnos:

el camino que preferiría seguir es el que conduce a la vida.

—Si hubiera sabido...

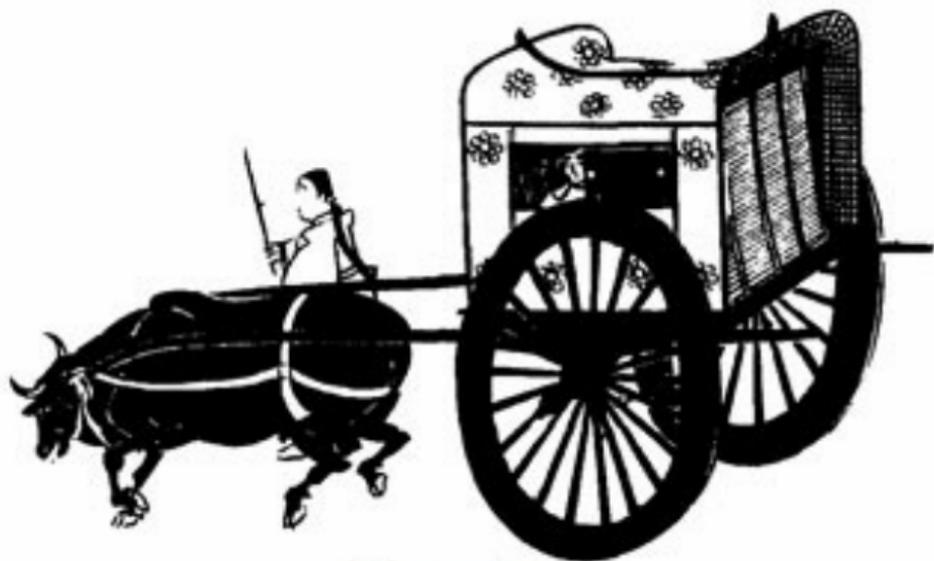
Parecía como si tuviese más que decir pero estuviera demasiado exhausta para seguir hablando, y esto hizo que el emperador decidiera, a pesar del estado en que ella se hallaba, ayudarla a salir del trance que pudiera aguardarle. Sólo a regañadientes consintió en partir, cuando le recordaron con vehemencia que aquella misma noche unos excelentes sanadores empezarían a rezar por ella en su morada.

Con el corazón demasiado abrumado para poder conciliar el sueño, el emperador aguardó la llegada del alba.

Antes incluso de que el mensajero hubiera tenido tiempo de regresar de la casa de la dama, expresó su profunda preocupación. Entretanto, el mensajero oyó lamentos y se enteró de que, pasada la medianoche, ella había exhalado el último suspiro, por lo que regresó compungido. La noticia afectó de tal manera al emperador que se encerró en sus aposentos y se aisló por completo de los que le rodeaban.

Todavía anhelaba ver a su hijo, pero no tardaron en llevarse al niño, pues ningún precedente autorizaba a un menor de duelo a presentar sus respetos al emperador. [9] El chiquillo no comprendía lo que pasaba, y miraba extrañado a las llorosas damas que habían

servido a su madre y las lágrimas que se deslizaban de los ojos de Su Majestad. Semejantes separaciones [\[10\]](#) son tristes en cualquier ocasión, y la misma inocencia del niño hacía que aquélla fuese más conmovedora de lo expresable.



Carruaje

Era el momento de proceder al acostumbrado funeral. La madre de la

difunta, con los ojos anegados en lágrimas, ansiaba elevarse hasta el cielo con el humo de su hija, e insistió en acompañar en su carruaje a las damas de honor durante el cortejo fúnebre. ¡Cuán honda debió de ser su aflicción al llegar a Otagi, donde se estaba llevando a cabo el ritual más imponente!

—Con su cuerpo ante mis ojos, me parece que sigue viva, aunque no sea así —expresó—, y por ello contemplaré cómo se convierte en cenizas, para tener la certidumbre de que realmente ha desaparecido.

Habló con bastante dominio de sí misma, pero al cabo de un momento se apoderó de ella tal paroxismo de dolor

que a punto estuvo de caerse del carruaje.

—¡Ah, lo sabía! —se dijeron unas a otras las damas de honor, sin saber cómo consolarla.

Llegó un mensajero de palacio, seguido por un enviado imperial que leyó una proclama por la que se concedía a la difunta el tercer rango. [11] La escena fue muy triste. Su Majestad jamás la había nombrado siquiera consorte, pero le dolía no haberlo hecho, y había deseado elevar su dignidad por lo menos un grado. Incluso este gesto hizo que aumentara el rencor de muchos hacia ella, pero los más juiciosos comprendieron por fin que el encanto de su aspecto y su porte, así como la dulce gentileza de su temperamento,

habían imposibilitado que aquella mujer inspirara desagrado a nadie. Las damas de honor [\[12\]](#) de Su Majestad entendían ahora que la indecorosa afición que le había tenido el emperador era lo que había llevado a algunos a tratarla con frío desdén, y la recordaban con afecto por la calidez y la amabilidad de su carácter. Era un ejemplo perfecto de «Ahora que se ha ido». [\[13\]](#)

A medida que pasaban los sombríos días, Su Majestad se encargaba con gran cuidado de cada nuevo servicio fúnebre. [\[14\]](#) El transcurso del tiempo mitigaba su pena en tan escasa medida que, cuando oscurecía, no llamaba a ninguna de sus damas para que le atendiera, y se pasaba

el día y la noche llorando, e incluso quienes tan sólo eran testigos de su estado observaban que el otoño estaba muy cubierto de rocío.

«Ella significaba tanto para él que, incluso muerta, ensombrece la existencia de una»: esta frase resumía los sentimientos de la consorte Kokiden, [15] tan implacable como siempre en lo concerniente a la difunta. La mera visión de su hijo mayor bastaba para recordarle a Su Majestad hasta qué punto prefería al menor, y entonces enviaba a una dama de honor o una nodriza [16] de su confianza para que averiguase cómo le iba al niño.

Al anochecer de un día otoñal, borrascoso y repentinamente frío, [17] Su

Majestad, asaltado por los recuerdos con más intensidad que nunca, envió a la dama de honor apodada Yugei no Myôbu [18] a los aposentos de su amor; luego, cuando ella hubo partido bajo una hermosa luna crepuscular, [19] se sumió de nuevo en sus ensoñaciones. Tuvo la sensación de que ella estaba a su lado como lo había estado siempre en noches como aquélla, cuando él la llamaba para que le tocara música y cuando el tañido del instrumento o la más leve palabra que ella le dirigiera eran inequívocamente suyos; pero habría preferido su mera presencia en la oscuridad a aquel vivido sueño. [20]

En cuanto Myôbu llegó a la vivienda y cruzó la puerta, se sintió embargada por la

desolación. La madre, aunque era viuda, había mantenido la casa en buenas condiciones y vivido dignamente por el profundo cariño que sentía hacia su única hija, pero ¡ay!, ahora que estaba abrumada por la aflicción, la maleza crecía alta y los vientos la azotaban cruelmente, hasta tal punto que sólo la luz de la luna se deslizaba con suavidad entre las marañas.

La mujer hizo que Myôbu se apeara en el lado sur de la casa. [\[21\]](#) Al principio no podía hablar.

—Sigo deseando no haber vivido tanto —dijo por fin—. ¡Y me siento muy avergonzada al ver que una enviada de Su Majestad ha tenido que abrirse paso entre esos hierbajos para llegar hasta mí!

Lloraba como si aquello fuese realmente más de lo que podía soportar.

—Después de que la dama encargada del personal os visitara, le habló al emperador de lo apenada que estaba por vos, de su profundo desconsuelo —replicó Myôbu—. E incluso yo, que no pretendo tener unos sentimientos delicados, [\[22\]](#) comprendo muy bien lo que quiso decir.

Luego, después de serenarse un poco, se dispuso a transmitir a la anciana el mensaje de Su Majestad. [\[23\]](#)

—«Durante algún tiempo no me cupo duda de que tenía que estar soñando, pero ahora que el torbellino de mi mente se ha calmado, lo que aún me resulta

agudamente doloroso es no tener a nadie con quien hablar sobre lo que es preciso hacer. ¿Serías tan amable de visitarme en privado? Estoy inquieto por mi hijo, y me turba que esté rodeado de semejante aflicción un día tras otro. Por favor, ven pronto». Tales han sido sus palabras. Las lágrimas acudían a sus ojos una y otra vez, y no lograba terminar sus frases, pero él sabía muy bien, y me di cuenta de ello, que eso podría producir una mala impresión. Me apenaba tanto que he corrido a veros sin haber escuchado todo lo que él tenía que decir. Pero podéis leerlo en esta carta.

Myôbu entregó a la mujer la misiva de Su Majestad.

—Aunque las lágrimas nublen mis ojos, a la luz de estas prudentes y gentiles palabras... —dijo la dama, y se puso a leer—: «Había pensado que el tiempo podría traer consuelos que empezaran a aligerar mi pesadumbre, pero a medida que el transcurso de los días y meses sigue decepcionándome, apenas sé cómo soportar el dolor. Una y otra vez mis pensamientos se dirigen al niño, y me turba en gran manera no poder cuidar de él contigo. Ven a verme en recuerdo de los días que se fueron...».

El emperador había escrito con profundo sentimiento, y al final añadía un poema:

Al oír el suspiro del viento que cubre de rocío el páramo de Miyagi, mi corazón, inconsolable, va hacia las pequeñas frondas de hagi. [24]

Pero la anciana no pudo leerlo hasta el final.

—Ahora que sé lo doloroso que es tener una larga vida, me avergüenza imaginar lo que ese pino debe de pensar de mí [25] —confesó—, y sobre todo por tal motivo no me atrevería a frecuentar la morada de Su Majestad. [26] Es grande su amabilidad al favorecerme con estas repetidas invitaciones, pero me temo que en modo alguno podré ir. Su hijo, por otro lado, parece muy deseoso de hacerlo,

aunque no estoy segura de hasta qué punto comprende lo que sucede y, si bien me entristece que se sienta así, no puedo culparle de ello. Por favor, pon en conocimiento de Su Majestad estos mis más íntimos pensamientos. Temo que la dignidad del niño se resienta si permanece aquí, pues el infortunio me ha señalado y sería un error que se quedara.

El niño estaba dormido.

—Me habría gustado verle para poder informar acerca de él a Su Majestad — dijo Myôbu disponiéndose a regresar—, pero me esperan. Ya debe de ser muy tarde.

—Me gustaría conversar contigo más largamente, para disipar un poco la

insoportable oscuridad de mi corazón [27] —replicó la anciana—. Por favor, ven a verme tú sola cuando lo desees. Siempre venías de visita en ocasiones felices y festivas, y verte ahora aquí, portadora de tan triste recado, le recuerda a una lo dolorosa que llega a ser la vida. Cuando nació, pusimos en ella grandes esperanzas, y mi marido, el difunto gran consejero, me instó hasta casi el momento de expirar que lograrse lo que ambicionaba para ella y le hiciera entrar al servicio de Su Majestad. Me decía: «No te desanimes ni abandones sólo porque yo haya desaparecido». Así pues, la envié allá, aunque pensaba que si tenía que entrar en el servicio de palacio sin

nadie que la apoyara como es debido quizá sería mejor que no lo hiciera. Por desgracia, Su Majestad se encariñó con ella mucho más de lo apropiado para alguien que no merecía ese grado de favor, pero ella parece haber soportado el vergonzoso tratamiento que recibía y haberle servido sin pausa hasta que la carga creciente de los celos de algunas, y la situación cada vez más desagradable a que se veía sometida, la llevaron a enfermar. Y por eso habría yo preferido que Su Majestad no se hubiera interesado tanto por ella. Pero supongo que me expreso así tan sólo porque su muerte me ha sumido en unas sombras tan terribles...

La voz de la dama fue apagándose y se

echó a llorar.

Por entonces se había hecho muy tarde.

—Los sentimientos de Su Majestad son como los vuestros —le aseguró Myôbu—. Dice: «Ahora comprendo lo dañino que fue realmente mi amor por ella, porque mi manera de insistir, en contra de lo que me dictaba la prudencia, de favorecerla hasta el extremo de causar escándalo, significaba que nuestra relación no podría haber continuado durante mucho tiempo. Yo no deseaba ofender a nadie y, sin embargo, por ella provoqué el resentimiento de aquellos a quienes no debería haber dañado, sólo para perderla al cabo y sobreviviría sin

consuelo, lo que supone ahora un espectáculo más lamentable que cualquiera de los que ofrecí antes. Ojalá supiera qué hice en mis vidas anteriores que me ha acarreado todo esto». Así se expresa una y otra vez, y al hacerlo nunca está lejos del llanto. —Myôbu siguió hablando hasta que, con lágrimas en los ojos, concluyó—: Ya es muy tarde, y no debo dejar que pase la noche sin llevar vuestra respuesta a Su Majestad. —Y se preparó apresuradamente para regresar a palacio.

La luna descendía en un cielo de hermosa claridad, el viento se había vuelto frío y los grillos que cantaban entre las hierbas parecían llamarla para que

llorase con ellos, hasta tal punto que casi le resultó imposible abandonar aquella casa en cuyo humilde ambiente anidaba el sufrimiento.

Myôbu, reacia a subir al carruaje, recitó un poema:

Los grillos cascabel pueden cantar hasta cansarse, mas en mi caso no es así, pues durante la noche interminable mis lágrimas caerán sin cesar.

La anciana le respondió:

—No tardaría en culparte. [\[28\]](#)

Aquí donde los grillos cantan, cada vez más desdichados, en las escasas hierbas,

*tú que moras por encima de las nubes
traerías un rocío aún más denso.*

No había tiempo para intercambiar bonitos regalos de despedida, y la dama, en recuerdo de su hija, le dio a Myôbu algunos objetos que había conservado para una ocasión como aquélla: unas prendas de vestir y unos accesorios que su hija usaba para hacerse el tocado.

Como es natural, las jóvenes damas de honor que habían servido a su hija estaban tristes por la pérdida de su señora, pero ahora que se habían acostumbrado al palacio lo añoraban, y los recuerdos de Su Majestad les incitaban a pedir con vehemencia que su hijo se trasladara allí

lo antes posible, pero la anciana estaba segura de que los cortesanos desaprobaban que alguien tan desventurado como ella lo acompañara, y como también sabía hasta qué punto se preocupaba cada vez que perdía de vista al pequeño, era reacia a dejar que se marchara.

Myôbu sintió una punzada de lástima al ver que Su Majestad aún no se había retirado a descansar. Las plantas del patio lucían su esplendor otoñal y, con el pretexto de admirarlas, el emperador había solicitado la compañía de cuatro o cinco de sus más encantadoras damas de honor, con las que ahora estaba conversando. En los últimos días se había

dedicado a examinar las ilustraciones de *La canción del pesar interminable*, encargadas por el emperador Uda y con poemas de Ise y Tsurayuki, [29] así como otros poemas escritos en la lengua autóctona o en chino, siempre que trataran del tema alrededor del cual giraba siempre su conversación.

El emperador interrogó minuciosamente a Myôbu acerca de su visita, y ella le contó en privado lo triste que había sido. Entonces le leyó la réplica de la dama, que había escrito: «Las palabras de Vuestra Majestad me sobrecogen de tal modo que soy indigna de recibirlas. La confusión ante unos sentimientos tan generosos me abruma».

*Desde que se perdió el árbol cuyas
ramas agostaron los crueles vientos,
mi corazón está muy atribulado por la
pequeña fronda de hagi.*

La misiva proseguía en estos términos, que reflejaban un considerable trastorno, aunque Su Majestad comprendía lo afectada que aún se hallaba la mujer y sin duda la perdonaba. [\[30\]](#) Se debatía en vano por dominarse, aunque estaba resuelto a no mostrar ninguna emoción intensa. Un torrente de recuerdos le hizo incluso volver a los días en que había conocido a su amor, y se asombró al constatar cuánto tiempo llevaba ya sin ella, cuando antes le desagradaba su más

breve ausencia.

—Me habría gustado que su madre considerase que valía la pena que ella hubiese entrado a mi servicio, tal como el difunto gran consejero le instó a hacer antes de morir —comentó—. ¡Qué lástima! —exclamó compungido— Sea como fuere, debería poder hacer algo por mi hijo, para que crezca como es debido. Ella debe cuidarse, debe vivir para verlo.

Myôbu le mostró los regalos que había recibido, y el emperador pensó que ojalá fuese aquella la horquilla que su amada le enviaba desde el más allá, [\[31\]](#) pero ¡ay!, no lo era. Musitó:

Oh, si pudiera encontrar un mago que

*fuese en su busca, si pudiera saber,
al menos informado desde lejos, adonde
ha ido su amado espíritu...*

Un magnífico artista había realizado las pinturas de Yôkihi, pero aquello era todo lo que el pincel podía transmitir, y el retrato de su amor carecía del hálito de la vida. El rostro, tan parecido a los lotos del lago Taieki o a los sauces del palacio Miô, [\[32\]](#) era sin duda de una belleza asombrosa, al estilo chino, pero cuando él recordaba lo dulce y bella que había sido su amada era incapaz de compararla con las flores o los cantos de las aves. Día y noche le había asegurado que compartirían un ala en vuelo como aves o

sus ramas como árboles, [\[33\]](#) pero entonces ella murió, y la vanidad que se desprendía de sus promesas le llenaba de un pesar interminable.

El sonido del viento y el canto de los grillos sólo hacían más profunda su melancolía, y entretanto oía a la consorte Kokiden, que desde hacía mucho tiempo no iba a atenderle después del anochecer y que sacaba el máximo provecho de la hermosa luna tañendo un instrumento musical hasta ya bien entrada la noche. Al emperador le desagradaba aquella música y deseaba que cesara. Las damas de honor y los caballeros del círculo privado, que conocían su estado de ánimo notaron que aquellas melodías herían sus oídos. La

infractora, terca y áspera, parecía decidida a comportarse como si nada hubiese ocurrido.

La luna se puso. Su Majestad musitó:

*Cuando, más allá de las nubes, las
lágrimas en un velo de oscuridad ocultan
la luna otoñal,
¿cómo podría haber luz abajo, entre las
humildes hierbas? [34]*

Sus pensamientos estaban puestos en la dama a quien Myôbu había dejado poco antes, y permaneció levantado hasta que los pabilos de las lámparas se extinguieron. [35]

Debía de ser la hora del Buey, [36]

porque el emperador oyó que la guardia de la puerta derecha entraba en servicio. Entonces se retiró a su cama rodeada de cortinas, pues, aunque no podía conciliar el sueño, no deseaba llamar la atención. Cuando se hizo de día y llegó el momento de levantarse, recordó que en otro tiempo ni siquiera se enteraba de que había amanecido, [37] y una vez más estuvo a punto de perderse su sesión matinal en el consejo.

Se limitó a fingir que desayunaba y no se interesó gran cosa por el almuerzo, hasta que sus sirvientes se apenaron al verle en semejante estado. Quienes estaban más próximos a él, damas y caballeros por igual, murmuraban

inquietos acerca de lo alarmante que era la situación. Tal vez su destino había sido amarla, pero que hiciera caso omiso de la reprobación y el enojo de tantos, y que a causa de aquella mujer hubiera desacatado las normas de conducta establecidas, y ahora incluso dejase de lado los asuntos públicos como lo estaba haciendo, eso, susurraban todos, era muy lamentable, y a este respecto citaban ciertos acontecimientos que habían tenido lugar en la tierra situada allende el mar.

[\[38\]](#)

Pasado un tiempo, el niño fue a reunirse con su padre en palacio. Estaba adquiriendo tal apostura que apenas parecía de este mundo, y esto causaba

cierto temor a Su Majestad. [\[39\]](#) En la primavera siguiente, cuando Su Majestad designara al príncipe heredero, anhelaba saltarse a su hijo mayor y favorecer al menor, pero como éste carecía de apoyos [\[40\]](#) y puesto que, en cualquier caso, el mundo en general nunca aceptaría semejante elección, desistió por el bien del muchacho y no hizo público su deseo. «No puede llegar tan lejos —se decían unos a otros—, por mucho afecto que le tenga». La consorte Kokiden se sintió aliviada. [\[41\]](#)

En cuanto a la abuela, seguía inconsolable y sólo deseaba reunirse con su hija, lo cual sin duda fue el motivo de que ella también, para infinito dolor de Su

Majestad, falleciera al fin. El niño tenía entonces seis años. Esta vez comprendió lo que sucedía y lloró. Hacia el final, su abuela, que había estado tanto tiempo a su lado, le dijo una y otra vez cuánto le entristecía abandonarle.

A partir de entonces, el muchacho vivió en palacio de forma permanente. Cuando cumplió los siete años, Su Majestad le hizo efectuar su primera lectura, que llevó a cabo con una brillantez tan insólita que su padre se sintió francamente alarmado.

—Es indudable que ahora no puede desagradar a ninguno de vosotros —dijo a los cortesanos— Al fin y al cabo, ya no tiene madre. Os ruego que seáis amables

con él.

Cuando se lo presentó a Kokiden, la consorte le hizo entrar más allá de las persianas de su aposento y no quería que se marchase, pues la visión del muchacho habría arrancado sonrisas al guerrero más fiero, e incluso a uno enemigo. Ella le había dado a Su Majestad dos hijas, pero ninguna de ellas podía compararse ni remotamente con él. Tampoco ninguna de las otras damas imperiales le rehuía, porque mostraba ya unos modales tan deliciosamente distinguidos que resultaba un compañero de juegos encantador y estimulante. Se aplicaba a los estudios formales de una manera natural, [\[42\]](#) pero también hacía que los cielos resonaran

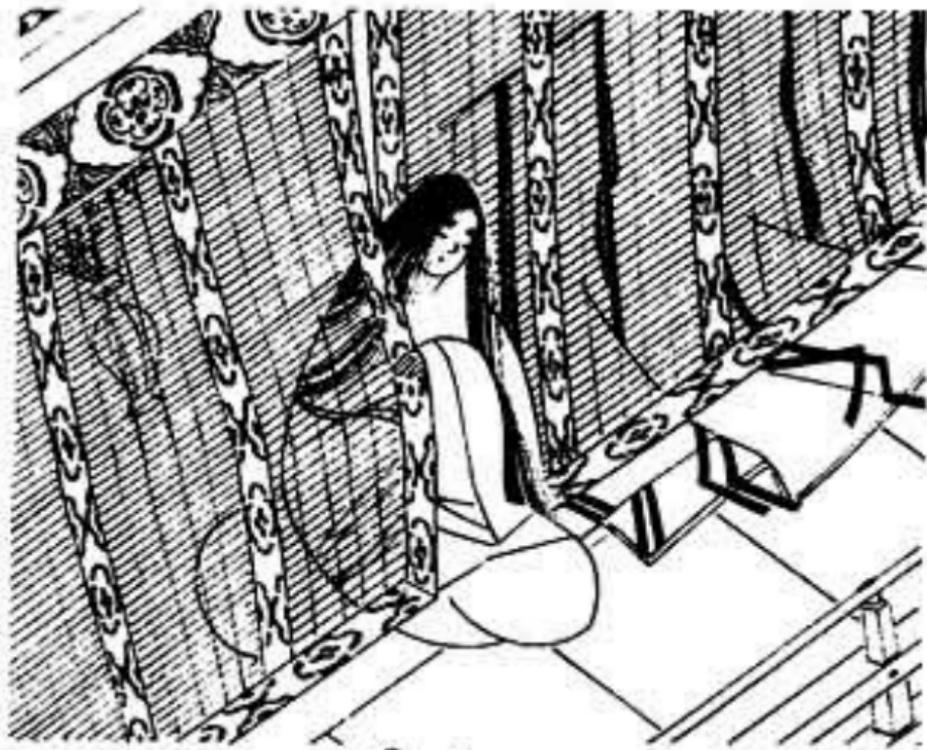
con la música de los instrumentos de cuerda y de la flauta. De hecho, si tuviera que relacionar todo aquello en lo que descollaba, tan sólo lograría hacer que pareciera absurdo.

En esa época Su Majestad se enteró de que entre los miembros de una delegación de Koma [\[43\]](#) se encontraba un experto fisonomista, y como requerir su presencia en palacio habría contravenido la solemne admonición del emperador Uda, envió secretamente a su hijo al Kórokan. [\[44\]](#) El gran senescal de la Derecha, encargado de llevarlo allí, lo presentó como su hijo.

El asombrado fisonomista asintió con la cabeza una y otra vez, lleno de

perplejidad.

—Muestra las señales de alguien destinado a convertirse en el padre de su pueblo y a alcanzar la suprema eminencia de un soberano —manifestó—, pero me temo que semejante destino acarrearía trastornos y sufrimiento. Sin embargo, cuando lo veo como el futuro pilar de la corte y el protector de todo el reino, una vez más parece haber cierto desequilibrio.



Persianas

El senescal era hombre de profunda cultura, y su conversación con el visitante tuvo un gran interés. Intercambiaron poemas, y cuando el fisonomista, que no tardaría en marcharse, escribió uno muy bueno en el que expresaba su alegría por

haber conocido a un muchacho tan extraordinario, junto con la tristeza que le ocasionaba separarse de él, el niño, por su parte, compuso unos versos conmovedores que el visitante alabó sin ambages antes de hacerle espléndidos regalos. También el fisionomista recibió numerosos regalos de parte de Su Majestad. Como sucede en tales casos, corrió la noticia del encuentro y, aunque Su Majestad nunca lo mencionó, el ministro de la Derecha, abuelo del príncipe heredero, se preguntó con suspicacia qué podría significar aquello.

A Su Majestad le impresionó sobremanera que la interpretación realizada por el fisionomista coincidiera

con la que él mismo había hecho gracias a su dominio del arte de la fisonomía, tal como se practicaba en Japón, y en virtud de la cual se había abstenido de nombrar príncipe a su hijo. En consecuencia, decidió que, antes que dejar al muchacho a la deriva como príncipe sin rango, [\[45\]](#) y sin el apoyo de ningún pariente por parte materna, le aseguraría un futuro más prometedor (puesto que, después de todo, su propio reinado podría ser breve) permitiéndole servir al reino como plebeyo; a tal fin, le hizo aplicarse a sus estudios con más diligencia que nunca. Teniendo en cuenta sus dones, era una lástima convertirlo en un súbdito, pero como príncipe sería blanco de la

desconfianza, así que cuando la consulta con un eminente astrólogo confirmó esta predicción, Su Majestad decidió hacer de él un Genji. [\[46\]](#)

Pasaban los meses y los años sin que Su Majestad olvidase a su Refugio perdido. Tras convocar a varias posibles candidatas, llegó a la penosa conclusión de que jamás volvería a encontrar en este mundo otra como ella, pero entonces una dama del personal le habló de otra posibilidad: el cuarto vástago de un emperador anterior, una muchacha conocida por su belleza y criada por su madre, la emperatriz, con el mayor esmero. La dama, que debía su cargo a aquel emperador, había servido muy de

cerca a la madre de la joven señora, por lo que también conocía a la muchacha desde su infancia. De hecho, incluso ahora la veía de vez en cuando.

—He servido en la corte durante tres reinados [\[47\]](#) —le dijo la dama—, y en todos ellos no conocí a nadie como la difunta Refugio de Vuestra Majestad, pero la princesa a que me refiero ha llegado a ser muy parecida a ella. Es un placer mirarla.

Su Majestad abordó a la madre con gran circunspección, impaciente por descubrir qué había de verdad en lo que le habían dicho. Ella recibió la propuesta con cierta alarma, porque sabía lo desagradable que podía ser la madre del

príncipe heredero y aborrecía exponer a su hija al patente desprecio con que la consorte había tratado a su rival, Kiritsubo. Iba posponiendo la decisión de dar su consentimiento, pero he aquí que falleció de repente. En cuanto la hija se quedó sola, Su Majestad pidió en serio su mano, asegurándole que sería para él como una hija. [48] Sus damas de honor, las personas que debían preocuparse por los intereses de la joven [49] y su hermano mayor, Su Alteza de la Guerra, todos convinieron en que estaría mucho mejor en palacio que sola en su casa, y por lo tanto insistieron en que debía ir allá.

Llamaban a la muchacha Fujitsubo. Se

parecía a aquella otra dama hasta un extremo realmente asombroso, pero, como su posición era muy superior, le mostraban respeto de buen grado, nadie podía tratarla a la ligera y no tenía necesidad de someterse a decisiones ajenas. Pese a la generalizada desaprobación, Su Majestad se había mantenido absolutamente fiel a su antiguo amor; aunque seguía sin olvidarla, volcó conmovedoramente su afecto en la recién llegada, que era un gran consuelo para él.

Ninguna de las damas de Su Majestad mantenía una actitud reservada con el joven Genji, sobre todo aquella a la que ahora veía con tanta frecuencia, puesto que casi siempre se encontraba al lado de

su padre. Todas ellas se enorgullecían de su belleza, sin duda con buenas razones, pero no estaban ya en la flor de la juventud, mientras que la nueva princesa era joven y encantadora, y, como es natural, Genji tenía atisbos de ella, por más que la muchacha procurara mantenerse fuera de su vista. No recordaba a su madre, pero su interés juvenil se despertó cuando la dama encargada del personal le habló de lo mucho que la joven se le parecía, y siempre quería estar con ella para contemplarla a su satisfacción.

Su Majestad, que sentía por los dos un profundo cariño, pidió a la muchacha que dejase de ser tan reservada.

—No estoy seguro de por qué lo hace —le dijo—, pero me parece bien que te tome por su madre. No creas que es descortés; sé amable con él. Su cara y sus ojos son tan semejantes a los de su madre que tu propio parecido con ella hace que su actitud sea del todo natural.

Así pues, Genji no perdía ninguna ocasión ofrecida por una florecilla o una hoja otoñal para hacer saber a la muchacha lo mucho que le gustaba. El afecto que le tenía Su Majestad hizo que la consorte Kokiden se enemistase con ella como había hecho con la madre de Genji, hasta que su antigua animosidad recobró todo su vigor y también le tomó aversión a Genji.



Ceremonia de la mayoría de edad

La apostura de Genji era de un frescor y una lozanía indescriptibles, superiores incluso a la celebrada belleza de Su Alteza; para Su Majestad se trataba de una belleza sin par, tanto que los cortesanos le llamaban el Señor Resplandeciente. Puesto que Fujitsubo era tan bella como él

y Su Majestad los amaba a ambos, a ella la llamaban la princesa Luz del Sol.

Su Majestad era reacio a estropear el encanto juvenil de Genji, pero cuando éste cumplió los doce años le concedió la mayoría de edad, se ocupó personalmente de los preparativos y añadió nuevos adornos a la ceremonia. A fin de que el acontecimiento pareciera menos imponente que el del príncipe heredero, celebrado hacía unos años en el Shishinden, y para que todo saliera bien, dio minuciosas instrucciones respecto a los banquetes que serían ofrecidos por los diversos departamentos del gobierno y para todo aquello que normalmente proveía el Almacén de la Corte y el

Granero Imperial, y consiguió que todo lo que proporcionaron fuese perfecto.

Pidió que dispusieran el trono de cara al este en la cámara exterior, oriental, de su residencia, con los asientos para el joven y su padrino, el ministro, ante él.

[50] Genji se presentó a la hora del Mono. Su Majestad pareció lamentar el hecho de que Genji no fuese a tener nunca más el aspecto que tenía en ese momento, con el cabello recogido en dos trenzas gemelas [51] y el rostro radiante por la frescura de la juventud. El tesorero y el chambelán [52] llevaron a cabo sus tareas. Era evidente que el tesorero lamentaba cortar un cabello tan hermoso, y Su Majestad, abrumado por el deseo de

que su Refugio estuviera allí para verlo, necesitó un gran dominio de sí mismo para no llorar.

Cuando, tras colocarse el tocado y retirarse a la antesala, Genji reapareció con atuendo de adulto y bajó al jardín para saludar a su soberano, todos los presentes derramaron lágrimas. Su Majestad, por supuesto, estaba aún más profundamente conmovido, y recordó con tristeza el pasado, cuando la madre del muchacho le daba tanto consuelo. Había temido que el corte del cabello afectara de forma negativa a su belleza, por lo menos mientras fuese tan joven, pero no ocurrió así en absoluto: por el contrario, era más irresistiblemente apuesto que

nunca.



Trenzas gemelas

El ministro que actuaba como padrino y su esposa, Su Alteza, [53] tenían una única y amada hija por la que el príncipe heredero había

expresado interés; sin embargo, tras una larga vacilación, el padre se sentía más inclinado a ofrecérsela a Genji. Cuando sondeó los sentimientos del emperador a este respecto, Su Majestad replicó: «Muy bien, podría ser la compañera adecuada para él, [54] ahora que ya no parece tener a nadie que le cuide». Así, Su Excelencia

se sintió estimulado a seguir adelante.

Genji se retiró a la antesala y ocupó el último asiento entre los príncipes, [\[55\]](#) mientras los reunidos tomaban sake. Su Excelencia le lanzó algunas indirectas acerca de su matrimonio, pero Genji, con la timidez propia de su edad, no le dio ninguna respuesta concreta. Entonces una dama del gabinete de personal envió a Su Excelencia un mensaje de Su Majestad en el que requería su presencia, y Su Excelencia obedeció de inmediato. [\[56\]](#)

Una de las damas de honor de Su Majestad tomó de las regias manos los regalos para entregarlos a Su Excelencia. Consistían, de acuerdo con la costumbre, en un vestido femenino blanco y de talla

muy grande [\[57\]](#) y un juego de prendas femeninas. Al ofrecerle la taza de sake, Su Majestad dio significativa expresión a sus sentimientos:

¿Con ese primer nudo para atar su juvenil cabello has anudado el deseo de que gocen de felicidad duradera en el porvenir? [\[58\]](#)

Con ese ánimo le ató el cabello y con grandes plegarias destinadas a perdurar,

mientras no se desvanezca el tono oscuro del color violeta,

replicó Su Excelencia antes de bajar del largo puente [\[59\]](#) para llevar a cabo sus

reverencias. Allí recibió un caballo de los establos imperiales de la Izquierda y un halcón, en su percha, del gabinete de chambelanes. Los príncipes y nobles de mayor rango se alinearon entonces bajo los escalones [60] para recibir cada uno su regalo.

Aquel mismo día, el gran senescal de la Derecha había preparado para el emperador, siguiendo sus órdenes, manjares exquisitos en cajas de madera de ciprés y cestos de fruta. Eran tantas las bolas de arroz y tantos los arcones de paño [61] —más, desde luego, que en la celebración de la mayoría de edad del príncipe heredero—, que apenas había espacio para todo. La ceremonia de Genji

fue de una generosidad realmente magnífica.

Aquella noche, Su Majestad envió a Genji a la residencia del ministro, donde Su Excelencia le dio la bienvenida y dotó de deslumbradora brillantez al rito [\[62\]](#) que tuvo lugar allí. La familia consideró prodigiosa la belleza de Genji, pese a que todavía era apenas un muchacho, pero a la hija de Su Excelencia, algo mayor, le parecía demasiado joven y le avergonzaba imaginarlo como su pareja.

Su Excelencia gozaba de la más alta consideración por parte de Su Majestad y, además, la princesa que le había dado su hija era hermana de Su Majestad. Así pues, ambos gozaban de la suprema

distinción, y el ministro de la Derecha hacía un mal papel ahora que Genji también se les había unido, aunque estuviese destinado a gobernar algún día el reino como abuelo del príncipe heredero. Su Excelencia tenía numerosos hijos de diversas damas. De Su Alteza tenía, además de su hija, un teniente chambelán [\[63\]](#) a quien el ministro de la Derecha había deseado tener como yerno —a pesar de que no estaba precisamente en buenas relaciones con el padre del joven— y al que, en consecuencia, había emparejado con su amada cuarta hija. Trataba al joven tan bien como el suegro de Genji trataba a éste, y los dos yernos mantenían muy buenas relaciones entre

ellos.

Genji no era libre de vivir en su casa, [64] pues Su Majestad le llamaba demasiado a menudo. En su corazón tan sólo veía la belleza sin par de Fujitsubo. «¡Ah, ella es la mujer con la que deseo casarme! —se decía—. ¡No hay otra como ella!» La hija de Su Excelencia era sin duda muy hermosa y estaba bien educada, pero sentía escaso afecto por ella: otra mujer le había robado el corazón.

Ahora que Genji era adulto, Su Majestad ya no le permitía cruzar las cortinas de Fujitsubo para estar con ella como antes. Cuando había música, ella tocaba el *koto* y él la acompañaba con la

flauta; esto y el leve sonido de su voz a través de las persianas [65] eran sus consuelos, y jamás quería estar en otro lugar que no fuese el palacio. Sólo después de haber atendido a Su Majestad durante cinco o seis días podía, de vez en cuando, pasar dos o tres en la mansión de Su Excelencia, pero era tan joven que al ministro no le importaba realmente y trataba a su yerno con generosidad. Su Excelencia escogió, entre todas las damas de honor disponibles, las menos mediocres. Ellas participaban de los pasatiempos favoritos del muchacho y cuidaban muy bien de él.

Su residencia en el palacio seguía siendo el Kiritsubo, y Su Majestad

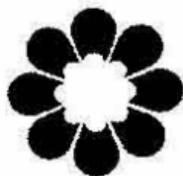
mantuvo juntas a las damas de honor de su madre para que le sirvieran a él. También decretó que el Departamento de Mantenimiento y el Departamento de Artesanía reconstruyeran el hogar de su madre, y lo hicieron con primor. La disposición de los árboles y las colinas del jardín era ya muy agradable, pero, trabajando con mucho ruido y ajetreo, agrandaron el lago de forma muy hermosa. Genji suspiraba sin cesar, deseando que su auténtico amor se trasladase allí para vivir con él.

Dicen que su sobrenombre, el Señor Resplandeciente, se lo puso el hombre de Koma a modo de alabanza.

HAHAKIGI

El árbol de retama

Hahakigi («árbol de retama») es un arbusto con el que se hacían escobas y que tenía la reputación poética de ser visible desde lejos y desaparecer cuando uno se aproximaba. Como título del capítulo, alude a un intercambio de poemas entre Genji y una mujer que le ha decepcionado al mostrarse inaccesible.



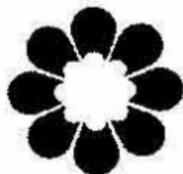
Él escribe:

*Yo, que jamás supe lo que significaba el
árbol de retama, ahora me asombro al
descubrir
que el camino a Sonohara me ha alejado
mucho de mi ruta.*

Ella responde:

*Lleno de pesar porque se ha sabido que
nació en un hogar humilde,
el árbol de retama que viste por un*

*instante se desvanece
y enseguida se pierde de vista.*



Relación con el capítulo precedente

El último acontecimiento claro mencionado en «El pabellón de la paulonia», el matrimonio de Genji con Aoi, tiene lugar cuando él cuenta doce años de edad. En el comienzo de «El árbol de retama» tiene diecisiete. El relato no dice nada sobre los años transcurridos, salvo una alusión en este capítulo a, al menos,

una aventura fallida con
Asagao.

Personajes

Genji, capitán de la guardia de
palacio, 17 años

El capitán secretario, amigo y
cuñado de Genji (Tô no Chûjô)

**El caballero jefe de la
Izquierda** (Sama no Kami)

**El ayudante de
ceremonial Fujiwara** (Tô
Shikibu no Jô)

Su Excelencia, el ministro de la
Izquierda, suegro de Genji, 51 años
(Sadaijin)

La esposa de Genji, 21 años
(Aoi)

Chûnagon, una dama de honor al
servicio de Su Excelencia

Nakatsukasa, una dama de honor

al servicio de Su Excelencia

El gobernador de Kii,

dependiente del ministro de la Izquierda

(Ki no Kami)

El delegado de Iyo, padre del

gobernador de Kii y marido de Utsusemi

(Iyo no Suke)

La hija de Su Alteza del

Ceremonial (Asagao)

Una mujer joven, madrastra del

gobernador de Kii (Utsusemi)

El hermano menor de
Utsusemi, de 12 ó 13 años (Kogimi)

Chûjô, dama de honor de Utsusemi

El Resplandeciente Genji: el nombre era impresionante, pero no así los numerosos y deplorables deslices de su portador; y habida cuenta de la discreción con que se entregaba al libertinaje, para que esta actitud no llegara a oídos de la posteridad y le diera una fama inoportuna, cualquiera que airease sus secretos al mundo era un chismoso terrible. Sea como fuere, la opinión ajena era importante para él, y hacía gala de tal seriedad que no daba pie a un solo rumor subido de tono. ¡El teniente Katano [\[1\]](#) se habría reído de él!

Mientras Genji era todavía capitán, no se encontraba a sus anchas en ningún lugar salvo en palacio, y sólo visitaba a Su

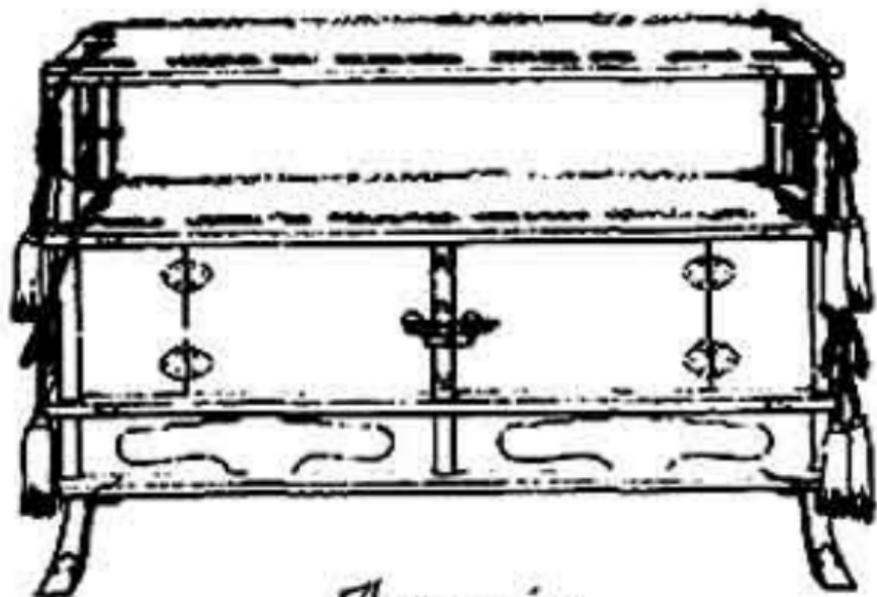
Excelencia de vez en cuando. A veces sospechaban que sus pensamientos eran «una maraña irremediable», [2] que estaban puestos en otra mujer, pero en realidad no sentía inclinación por las aventuras frívolas, triviales o improvisadas. No, lo suyo era el amorío poco común, cargado de dificultad y congoja, pues en ocasiones hacía cosas que no debería haber hecho.

Las primeras lluvias del verano caían sin cesar mientras en palacio se mantenía el aislamiento, [3] por lo que Genji pasaba allí más tiempo incluso del acostumbrado; sin embargo, aunque en casa de Su Excelencia había preocupación y malestar, seguían enviándole todo tipo

de prendas y a la última moda, y sus cuñados estaban siempre con él en sus aposentos de palacio.

Uno de ellos, [\[4\]](#) el hijo de Su Excelencia y capitán como Genji, era un amigo especialmente íntimo con quien tocaba música y se entregaba a otras diversiones de mejor gana que con cualquier otro. La residencia del ministro de la Derecha, [\[5\]](#) donde tan gustosamente cuidaban del joven, le deprimía en lo más hondo, y mostraba una marcada tendencia a las incursiones románticas en otros lugares. Incluso en casa tenía su habitación elegantemente arreglada, y en las constantes idas y venidas de Genji le hacía una compañía tan constante que

ambos estaban juntos día y noche, dedicados al estudio y la música (disciplina en la que era casi tan diestro como el mismo Genji), hasta que, de una manera natural, abandonó toda reserva con Genji: le contaba todo lo que pasaba por su mente y lo trataba como a un amigo del alma.



Armario

Durante aquel día gris había llovido, y la noche también fue lluviosa. No había casi nadie en la cámara del círculo privado, y en la misma habitación de Genji reinaba un inusitado silencio mientras los dos leían a la luz de la lámpara. Cuando el capitán secretario

tomó varias cartas en papel de diversos colores que estaban en el estante de un armario cercano y reveló curiosidad por ellas, Genji puso reparos a que las leyese.

—Puedes leer las que no tienen importancia, aunque algunas podrían ser embarazosas.

—Pero las que consideras personales y comprometedoras son las que me interesan —se quejó el capitán secretario—. Incluso yo recibo cartas perfectamente corrientes de damas de uno u otro rango. Las cartas dignas de ser leídas son las enviadas cuando su autora estaba enojada, o bien cuando oscurecía y ella aguardaba inquieta la llegada de su amante.

Por supuesto, como bien sabía el

capitán secretario, Genji no dejaría las cartas importantes, las que debía mantener en secreto, al alcance de la mano sobre un estante, sino que las habría guardado en alguna parte fuera de la vista, lo cual significaba que aquellas misivas sólo debían de tener un interés secundario.

—¡Qué variedad! —exclamó mientras examinaba cada una. Aventuraba quién era la remitente, y unas veces acertaba y otras se equivocaba por completo. [6]

Genji estaba regocijado, pero con lacónicas réplicas se las ingenió para desviar la atención de su amigo y ocultar lo que deseaba tener a buen recaudo.

—Tú sí que debes de poseer una interesante colección —le dijo—. Me

gustaría verla. Entonces de buen grado pondría a tu disposición el contenido de este armario.

—No creo que desearas leer ninguna de las que tengo. —El capitán secretario aprovechó entonces la ocasión para observar—: Por fin me he dado cuenta de cuán pocas veces se encuentra a una mujer impecable, una que sea sencillamente perfecta. Sin duda hay muchas que parecen muy prometedoras, escriben con fluidez, te dan un poema del todo aceptable y, en conjunto, acreditan en grado suficiente el rango que deben preservar, pero, mira, si insistes en encontrar alguna cualidad determinada, apenas encuentras a la mujer que la posea.

Cada una está demasiado satisfecha de sus propios logros, habla mal de las otras... Cuando una muchacha se encuentra bajo la vigilancia de unos padres que la adoran y lleva una vida protegida y con una brillante promesa de futuro, parece como si los hombres sólo necesitaran saber que tiene algún pequeño talento para sentirse atraídos por ella. Mientras sea bonita e inocente, y lo bastante joven para no pensar en nada más, muy bien puede dedicarse con empeño a aprender algún pasatiempo del que ha visto gozar a otras, y, en efecto, puede llegar a tener una gran habilidad en ello. Y cuando quienes la conocen [\[7\]](#) disimulan sus debilidades y pregonan cualesquiera habilidades

aceptables que pueda tener, a fin de presentar la mejor imagen posible de la joven, ¿cómo se podría pensar mal de ella, no teniendo motivos para sospechar que no es lo que parece? Pero estoy seguro de que cuando la observas con más detenimiento para ver si todo es cierto, sólo puedes terminar decepcionado.

Exhaló un hondo suspiro, con lo cual Genji, que parecía haber llegado por sí mismo cuanto menos a algunas de las tales conclusiones, le preguntó sonriente:

—Pero ¿quieres decir que una muchacha podría no tener nada en absoluto que la hiciese recomendable?

—¿Quién sería lo bastante necio para prendarse de semejante nulidad de mujer?

Estoy seguro de que la que es un fracaso absoluto, sin nada a su favor, y la que es tan superior que causa asombro son igual de poco comunes. Cuando una muchacha es de alta cuna, [8] todo el mundo [9] la mima y es mucho lo que de ella permanece oculto, de tal modo que, naturalmente, parece un dechado de virtudes. Es entre las de rango medio [10] donde se ve lo que una muchacha puede ofrecer realmente y el modo de distinguir a unas de otras. En cuanto a las de baja cuna, [11] no tienen ningún interés.

La aparente familiaridad de su amigo con el tema despertó la curiosidad de Genji.

—Sin embargo, me sorprenden esos

niveles tuyos, el alto, el medio y el bajo. ¿Cómo puedes saber quién pertenece a cada uno de ellos? Hay quien pertenece a una familia encumbrada y, sin embargo, cae y se convierte en un don nadie, mientras que algunos caballeros plebeyos [\[12\]](#) llegan a convertirse en nobles de alto rango, se enorgullecen del modo en que mantienen sus casas e insisten en no conceder nada a nadie. ¿Cómo puedes trazar una línea entre unos y otros?

En aquel preciso momento, el caballero jefe de la Izquierda y el ayudante de ceremonial Fujiwara entraron para unirse a los reclusos. El capitán secretario les dio la bienvenida como emprendedores amantes, al mismo tiempo

que grandes conversadores, y todos se enzarzaron en una acalorada discusión sobre la manera de distinguir a las mujeres de un nivel de las de otro. Contaron algunas anécdotas sorprendentes.

El capitán secretario manifestó:

—Con respecto a quienes alcanzan una posición elevada sin tener derecho a ella por nacimiento, lo cierto es que, a pesar de su rango, la sociedad no experimenta del todo los mismos sentimientos hacia ellos, mientras que en el caso de quienes en el pasado tuvieron una posición encumbrada, pero en el presente carecen de medios y pasan por una mala época, decaen hasta que no les

queda nada más que su orgullo y padecen un infortunio sin fin. Creo que estos dos grupos pertenecen al grado medio.

«Incluso entre los conocidos como gobernadores, cuya función consiste en administrar las provincias y cuyo rango está bien fijado, existen en realidad diferentes niveles, y en la actualidad es posible encontrar interesantes personajes entre ellos. Aquel cuya contemplación causa placer, más que cualquier mediocre noble de alto rango, es el hombre de cuarto rango, cualificado como asesor, [\[13\]](#) con una sólida reputación, de digno linaje y dotado de un modo de ser tranquilo y confiado. Su casa cuenta con todos los lujos, y hasta la última de sus

hijas, sobre las que derrama amor y una riqueza deslumbrante, se educa con gran elegancia. Esas muchachas a menudo se desenvuelven mejor en el servicio de palacio de lo que podríais imaginar.

—Supongo que lo importante es estar a la expectativa de un padre con medios —dijo Genji sonriendo, y el capitán secretario gruñó.

—No sé cómo puedes decir tal cosa. ¡Es absolutamente impropio de ti!

—Cuando el rango de nacimiento de una muchacha y su reputación coinciden —observó el caballero jefe—, cuando inspira el respeto general pero su persona y su conducta siguen decepcionando, está claro que no puedes preguntarte sin

tristeza por qué ha llegado a ser así. Por supuesto, si sus cualidades personales concuerdan con su rango, las das por sentadas y no te sorprenden. Sin embargo, las supremas de entre las elevadas están más allá de mi comprensión, y sería mejor que no dijera nada de ellas.

»En cualquier caso, la muchacha fascinante de veras es aquella de la que nadie ha oído hablar, la que atrae de una manera extraña, que vive sola, oculta en una casa ruinoso y rodeada de maleza. Como nunca habías esperado encontrarte con una mujer como ella, te intriga lo que hace y no puedes evitar querer conocerla mejor. Su padre es un anciano mísero y gordo, la cara de su hermano tampoco es

muy atractiva, y ahí está ella, en los aposentos de las mujeres, muy al fondo, donde no esperas encontrar nada insólito: orgullosa, enérgica y dando un toque de distinción a cuanto hace. Aunque, pese a todo, tenga sus límites, ¿cómo no encantaría a cualquiera semejante promesa? Desde luego, comparada con una mujer impecable de verdad, no está a su altura, pero, aceptándola tal como es, resulta difícil dejarla.

Miró al ayudante de ceremonial, que parecía tomarse estas palabras como una referencia a sus bien consideradas hermanas, puesto que guardaba silencio.

«Oh, venga —se dijo Genji—. ¡Es más que difícil encontrar a una mujer así

entre las de alta cuna!» Sobre su ropa suave y blanca llevaba un solo manto, sin atar en el cuello, [\[14\]](#) y, sentado a la luz de la lámpara, apoyado en una columna, su aspecto era tan magnífico que uno habría deseado que fuese una mujer. A él, las superiores de entre las elevadas no parecían bastarle.

Siguieron hablando de mujeres, hasta que el caballero jefe observó:

—Numerosas son las apropiadas para una aventura, pero cuando eliges a la definitiva, puede que no te resulte fácil encontrar lo que deseas. Es probable que sea tan difícil como hallar a un hombre capaz de defender el reino al servicio de Su Majestad, pero, por muy exigente que

pueda ser ese cargo, para gobernar hace falta más de una o dos personas, y ello explica que los de abajo ayuden a quienes están arriba, del mismo modo que los inferiores obedecen a sus superiores y se remiten de buen grado a su parecer. Pensad en la persona que ha de gobernar sola vuestra pequeña hacienda, y os daréis cuenta de la cantidad de cosas importantes que debe hacer bien. Aun cuando concedamos que si posee esto no cabe duda de que ha de faltarle aquello, y de que has de aceptar lo bueno junto con lo malo, son muy pocas las que pueden arreglárselas de una manera honorable, y por ello, aunque no recomiende ir siempre en pos de las mujeres para compararlas,

no puedo culpar al hombre que, al disponerse a hacer su elección y para ayudarse a decidir, mira un poco a su alrededor en busca de la mujer que realmente le gusta, una que no necesite que él le indique la manera de hacer cualquier cosa, por nimia que sea. Tal vez las cosas no salgan siempre a pedir de boca, pero el hombre que no puede abandonar a una mujer una vez la ha hecho suya merece respeto, y su constancia acredita también los méritos de la mujer hacia la que se mantiene fiel. Es cierto, sin embargo, que mi experiencia personal de las parejas no me ha mostrado ningún ejemplo especialmente admirable ni alentador. Y vosotros, jóvenes señores,

[15] que os andáis con remilgos al escoger entre las más sublimes, ¿qué cotas de perfección se requieren para obtener vuestro visto bueno?

»Mientras una mujer es lo bastante joven y bella, evita hacer todo aquello que pudiera mancillar su nombre. Incluso al escribir una carta, se toma su tiempo para elegir las palabras y escribe con una tinta tan leve que te deja desconcertado y deseoso de una mayor claridad, y entonces, cuando por fin estás lo bastante cerca de ella para oír su débil voz, te habla entre dientes, apenas dice nada y demuestra que es experta en mantenerse oculta. Tomad esto por tretas dulcemente femeninas, y el señuelo de la pasión os

llevará a halagarla: en ese momento ella se volverá inaprensible. Creo que este es el peor defecto que puede tener una muchacha.

»El principal deber de una esposa es cuidar de su marido, y por ello creo que a uno puede irle muy bien sin necesidad de que ella sea demasiado sensible, siempre demasiado delicada con respecto al menor detalle y aficionada en exceso a que la distraigan. Por otro lado, con un ama de casa obediente y anticuada, que se coloca los mechones de cabello detrás de las orejas y no hace más que las tareas domésticas, el marido (que sale de casa por la mañana y regresa de noche, y que difícilmente puede dirigirse a

desconocidos para charlar acerca de cómo le va a Fulano en público o en privado, o sobre aquello que, bueno o malo, le haya sucedido a él mismo) tiene derecho a esperar cierta comprensión por parte de la mujer con la que comparte su vida; en cambio, cuando desea comentar con ella las cosas que le han hecho reír o llorar, o que tal vez le han inflamado con justa indignación y que requieren desahogo, se encuentra con que todo lo que puede hacer es desviar los ojos, y que cuando revela su regocijo o exhala un triste suspiro, ella se limita a mirarle inexpresiva y le pregunta: «¿Qué te ocurre, querido?». ¿Cómo no va a desear él estar en otro lugar? Probablemente no

sea mala idea elegir una esposa de carácter infantil y dócil, y moldearla tan bien como uno sepa hacerlo. Tal vez no puedas depositar en esa mujer una confianza plena, pero sabrás que la formación que le has dado ha obrado un cambio en ella. Es cierto que, mientras la tengas a tu lado, podrás dejar que su encantadora manera de ser te persuada de pasar por alto sus deslices, pero de todos modos lamentarás su incompetencia si, cuando estás lejos de ella, le escribes acerca de algo práctico o entretenido que debe hacerse y su respuesta te demuestra que no sabe nada de ello ni entiende nada. A veces, una esposa que no es especialmente dulce o agradable se

desenvuelve muy bien cuando la necesitas de veras.



Cabello colocado detrás de las orejas

El extenso comentario de esta cuestión por parte del caballero jefe no tuvo por conclusión más que un hondo suspiro.

—Supongo que, al final —siguió

diciendo—, uno debería decidirse por una mujer totalmente digna de confianza, discreta y estable, mientras no haya nada impropio en ella, sin que importe su rango ni su apariencia. Si además de eso posee cierto ingenio o habilidad, puedes estar

agradecido, y si carece de cualquier don, no se te ocurra empeñarte en que lo adquiera. Siempre y cuando sea perfectamente digna de confianza e indulgente, por sí sola obtendrá un mayor atractivo femenino superficial.

»Una mujer puede comportarse con gentil recato, soportar cosas merecedoras de reprobación como si no reparase en ellas y, en una palabra, fingir una indiferencia formal hasta que, a la postre, algo resulta excesivo para ella y allá va, a ocultarse en una aldea de montaña o en una zona deshabitada de la costa, dejando tras ella una carta terrible, un poema desgarrado y una prenda con la que ser recordada. Las damas de honor solían

leerme relatos así cuando era muchacho, y me trastornaban mucho, me parecían tan trágicos que incluso lloraba, pero ahora esas cosas me parecen necias y un tanto fingidas. Digamos que nuestra heroína tiene un auténtico motivo de queja, que abandona a un marido que sin duda le tiene mucho afecto, y se fuga como si ella no supiera nada de los sentimientos de ese hombre, y todo lo que consigue al ofenderlo y poner a prueba su afecto es lamentarlo durante el resto de su vida. Todo esto es sencillamente una necesidad.

»La gente le dice una y otra vez con admiración lo acertada que estuvo al actuar como lo hizo, hasta que ella se deja arrastrar y ahí la tenéis, convertida en

monja. Cuando toma la firme decisión de hacerlo, su serenidad es perfecta y no le pasa por la cabeza la posibilidad de mirar atrás y contemplar su vida anterior. "¡Ah, querida, cuánto lo lamento! —le dirán quienes la conocen cuando vayan a visitarla—. Desconocía por completo que tus sentimientos al respecto fuesen tan profundos". Entretanto, el marido, que a ella nunca le ha desagradado de veras, rompe a llorar al enterarse de todo esto, induciendo al personal de la mujer y a sus damas de más edad a comentar: "Ya ves que, al fin y al cabo, tu marido se preocupa por ti. ¡Y ahora mira lo que has hecho!". Ella se lleva la mano al borde del cabello en la frente y se desespera al

notarlo tan corto. Pierde el dominio de sí misma, se echa a llorar, y su compostura cede una y otra vez cuando tiene motivo para experimentar una nueva punzada de dolor, hasta que el mismo Buda no puede hacer más que sentirse decepcionado con ella. Por lo que puedo ver, un refugio poco entusiasta en la religión tiene más probabilidades de hacerte caer en una mala reencarnación que permanecer en el fango de este mundo.

»Supongamos que esta pareja posee entre ellos el karma suficiente para que el marido encuentre y reclame a su esposa antes de que ella se haya hecho monja: incluso en este caso, es probable que, al volver a estar juntos, cada uno se

preocupe por lo que el otro podría hacer la próxima vez, a pesar del renovado afecto que pueda haber surgido de tantas penalidades vividas en común. Además, es una necesidad que la esposa riña con un marido que se inclina a mirar a otro lado. Aunque sea así, ella siempre puede confiar en que seguirá siendo su marido mientras el primer sentimiento que experimentó hacia ella siga significando algo para él, y en cambio semejante pérdida de los estribos podría distanciarle para siempre. Ella siempre debería tener tacto y, cuando tiene motivos para estar enfadada, sí, debería darle a entender que lo sabe y sacar a colación el asunto de forma suave (sin esa

contención, es muy fácil que se pelee con el marido), porque de esa manera logrará que él la aprecie más. La mayor parte de las veces es la actitud de la esposa lo que hace que las esperanzas del marido se desvanezcan. Sería deliciosamente encantador por su parte mostrarse del todo permisiva y dejarle hacer lo que él quisiera, pero en ese caso parecería que no es merecedora de su respeto. Es una verdadera lástima que, como dicen, un barco sin amarrar se aleje a la deriva.

[\[16\]](#) ¿No estáis de acuerdo?

El capitán secretario asintió.

—No cabe duda de que cuando un miembro de una pareja sospecha que el otro, alguien por lo demás amado y

respetado, le es infiel, la situación se vuelve muy difícil. Pero aunque la persona ofendida, siendo intachable, pueda estar del todo dispuesta a pasar por alto el asunto, tal vez las cosas no sean tan fáciles. En cualquier caso, el mejor remedio cuando algo se interpone entre una pareja es, con toda seguridad, la paciencia.

Al joven le pareció que esta observación era especialmente aplicable a su propia hermana, [\[17\]](#) y, en consecuencia, se sentía molesto y decepcionado porque Genji estaba dormitando y no tenía nada que añadir.

Puesto que él mismo se había nombrado árbitro en esas cuestiones, el

caballerizo jefe prosiguió con su exposición, mientras que el capitán secretario, que estaba deseoso de escucharle hasta el fin, terciaba en la conversación con aire grave.

—Pensad en todo esto desde el punto de vista de las artes —dijo el caballerizo jefe en un tono cantarín—. Pensad, por ejemplo, en el carpintero que hace lo que quiere con la madera. Puede producir objetos que divertirán durante un breve período, que no siguen ninguna pauta determinada y sólo tienen una utilidad menor y pasajera; se trata de piezas realizadas con un asombroso ingenio que él sabe crear con precisión al estilo en boga, de manera que llaman

agradablemente la atención. Y, sin embargo, uno lo distingue fácilmente del auténtico maestro, que trabaja con éxito en formas reconocidas y produce muebles valorados por la corrección de su factura.

»Tornemos otro ejemplo. Cuando en el departamento de pintura se llega a considerar cualificado a un hábil artista para llevar a cabo una obra completa no resulta fácil decir, tan sólo echando un vistazo, si es mejor o peor que otro. Asombrosas plasmaciones de cosas que ningún ojo puede ver (cosas como el monte Hôrai, encolerizados monstruos en mares tormentosos, las furiosas bestias de China o los rostros de invisibles demonios) [\[18\]](#) dejan realmente pasmado

al espectador porque son convincentes aunque no se parezcan a nada real. Sin embargo, montañas y arroyos totalmente corrientes, o las formas habituales de las casas, todos tienen el aspecto que uno sabe que deben tener y están representadas como motivos apacibles y acogedores que se mezclan armoniosamente con las colinas de suaves laderas, cubiertas de densa vegetación, que se extienden de una agreste sierra tras otra y, en primer plano, un jardín vallado: con esta clase de temas, y son numerosos, el artista más grande obtiene un brillante éxito tanto de concepción como de técnica, mientras que el menos dotado fracasa.

»De la misma manera, la caligrafía sin profundidad puede exhibir un trazo alargado aquí y allá y, en general, llamar la atención hasta el punto de que, a primera vista, parezca fruto de una habilidad impresionante, pero aunque la escritura de auténtica calidad pueda carecer de atractivo superficial, al examinar las dos juntas por segunda vez se observará cuánto más cercana está la segunda a lo que debe ser la escritura. Así sucede en todos los empeños humanos, por humildes que sean. Por lo tanto, como veis, no tengo fe en las patentes muestras de afecto que a veces ofrece una mujer. Y os contaré cómo he llegado a esta conclusión, aunque me temo que el relato

es un poco subido de tono.

Se acercó más a Genji, que salió de su sopor, mientras el capitán secretario se sentaba ante él en actitud reverente y con la mano en el mentón. El caballero jefe parecía un predicador a punto de revelar la verdad de la existencia, lo cual era ciertamente divertido; pero en aquel momento los jóvenes estaban deseosos de compartir los momentos más íntimos de sus vidas.

—Hace mucho tiempo —empezó a decir—, siendo yo aún muy joven, cierta mujer significaba mucho para mí. No era de gran belleza, como os he dicho, y yo, joven e inclinado a explorar, no tenía intención de permanecer con ella para

siempre, porque, por más que representara un hogar para mí, me parecía que podía pasármelo mejor, y por ello de vez en cuando me divertía en otros lugares. Esto le provocaba unos celos que no me gustaban nada, y me decía que ojalá se dominara y fuese más paciente; pero lo cierto es que sus violentas sospechas llegaron a ser tan molestas que a menudo me preguntaba por qué se empeñaba en seguir conmigo, puesto que yo era un hombre de tan escaso mérito. Pero, lamentando lo que estaba haciéndole, al final empecé a corregir mi conducta.

»Sabía emplear su limitado talento en llevar a cabo para su marido cosas que en realidad rebasaban su capacidad, y, cauta

como era, no se ponía en desventaja revelando sus defectos: nunca me daba motivos para estar insatisfecho de ella. Me había parecido obstinada, pero ella hacía todo lo que le pedía y era diestra en seguirme la corriente; además, para que su falta de belleza no me ofendiera, se arreglaba todo lo que podía para estar presentable y se ocultaba tímidamente de los desconocidos por temor a avergonzarme, mientras permanecía tan atenta a mis necesidades que me sentía muy satisfecho de nuestra vida en común, con excepción de ese único y detestable defecto suyo que era incapaz de dominar.

»Entonces me dije: “Parece tener un irrefrenable deseo de complacer; pues

bien, debo darle una lección. La amenazaré, le curaré un poco ese defecto y reduciré su locuacidad”. Daba por sentado que, como era realmente tan abnegada, se corregiría si yo le demostraba que estaba harto y dispuesto a prescindir de ella. Me comporté a propósito de un modo frío y distante, y cuando ella se enojaba y me dirigía acusaciones, cosa que nunca dejaba de hacer, yo siempre le respondía: “Si vas a seguir así, por muy fuerte que sea el vínculo entre nosotros, me marcharé y no volveré jamás. Si quieres librarte de mí, no dejes de seguir teniendo esas absurdas sospechas. Si quieres que permanezca a tu lado para siempre, deberás ser paciente y

soportar cosas que pueden ofenderte, y si cambias de actitud, muy alta será mi estima. Una vez me haya establecido adecuadamente y tenga cierta posición en el mundo, no tendrás ninguna rival”. [\[19\]](#)

»Yo estaba satisfecho de mi discurso, pero cuando empecé a explayarme audazmente, ella me dirigió una leve sonrisa y tuvo la desfachatez de decirme: “No me importa lo más mínimo estar contigo durante estos años en los que tu crédito o tu posición no son muy altos, y tampoco me molesta esperar hasta que llegues a ser una persona de importancia. No, eso no me molesta en absoluto. Sin embargo, me resulta detestable la idea de pasar un año tras otro soportando tu

crueldad con la vana esperanza de que te reformes, y por eso creo que ha llegado el momento de que nos separemos”.

»Entonces me enfadé de veras, y me puse a decirle cosas terribles que ella difícilmente podía aceptar. Sin embargo, ella tomó uno de mis dedos, se lo llevó a la boca y me mordió, lo cual me puso furioso. Rugí: “¡No puedo presentarme en sociedad herido de esta manera! Mi cargo, mi rango, que tú pareces tener en tan poca consideración... Dime, mi buena señora, ¿acaso esperas que ahora mantenga la cabeza alta? ¡Por lo que puedo ver, la única posibilidad que me queda es abandonar el mundo!” Y seguí en este tono.

»“Muy bien: a partir de hoy, tú y yo hemos terminado”, concluí, y me di la vuelta para marcharme, doblando el dedo herido. Le dije:

Los dedos doblados para contar las numerosas veces que hemos estado juntos

muestran que esta afrenta tuya no es ciertamente la primera. [\[20\]](#)

»"¡Difícilmente puedes echármelo en cara!"

»Como era de esperar, ella rompió a llorar y replicó:

Para que hables de afrentas: cuando

*secretamente cuento las que me haces,
creo que esta vez por fin debo apartar mi
mano de la tuya.*

»La riña que tuvimos fue considerable, y aunque lo cierto es que si bien aún no me proponía abandonarla, vagabundee de aquí para allá durante varios días sin enviarle una sola línea. No fue hasta bien entrada una pésima noche en la que caía aguanieve, después del ensayo para el Festival Especial del Kamo, [\[21\]](#) cuando todos abandonábamos el palacio, cuando comprendí que no tenía otro hogar adonde ir más que el de ella. La idea de pasar la noche en palacio no me atraía en absoluto, y sabía hasta qué

punto puede ser fría la compañía de una mujer esquiva; así que, tan sólo con la intención de visitarla y sondear sus sentimientos, me dirigí allí sacudiéndome la nieve y mordiéndome las uñas a causa de la violenta situación, pero de todos modos convencido de que ella no dejaría de acogerme en una noche como aquella.

»La débil luz de su lámpara estaba dirigida hacia la pared; un manto grueso y cómodo se calentaba sobre el armazón de un gran incensario; las cortinas que uno esperaba encontrar alzadas lo estaban, y todo daba la impresión de que aquélla era la noche en que ella aguardaba mi regreso. “¡Bien, bien!”, me dije, muy satisfecho, hasta que reparé en que ella no

estaba allí. Vi tan sólo a las mujeres que la atendían, que me informaron de que se había trasladado a casa de sus padres al anochecer. No había dejado ningún poema conmovedor, ninguna nota de aliento, ni una sola prueba de solicitud o consideración. Me sentí traicionado, y aunque me resistía a creer que sus implacables quejas hubieran tenido por única finalidad hacer que la odiara, estaba lo bastante enojado para contemplar esa idea. De todas maneras, las prendas que había dejado preparadas para mí eran de factura aún más hermosa que las de antes, y sus colores más agradables. Incluso después de que me hubiera marchado bruscamente de casa, ella había seguido

ocupándose de todo lo que yo necesitaba.

»Sin embargo, no podía imaginar que hubiera decidido abandonarme en serio, y puse todo mi empeño en hacer las paces con ella, pero, aunque no puedo decir exactamente que me rechazara, no me importunó yendo a esconderse y me envió unas respuestas escritas con tacto, de tal modo que su actitud equivalía a decir: “No puedo seguir viviendo contigo si eres como antes. No volveré a menos que te reformes”. De todos modos, yo no creía que fuera a renunciar a mí y, para darle una lección, no le dije nada acerca de mi voluntad de cambiar. Al contrario, di muestras de una testaruda independencia. Mi actitud le hizo tanto daño que murió. Y

así aprendí que estas cosas no son ninguna broma.

»La recuerdo como el modelo de la esposa digna de confianza. Merecía la pena hablar de cualquier cosa con ella, ya fuese de una moda pasajera o de algo importante. En lo relativo al teñido de paño se le podría haber considerado una dama Tatsuta, y en costura estaba a la altura de Tanabata, [22] y su habilidad en ambas cosas era prodigiosa.

El caballero jefe rememoraba todo esto con profundo sentimiento.

—Yo habría preferido su fidelidad a su maravillosa habilidad para la costura—observó el capitán secretario para tornar más alegre la conversación—. Es

cierto que no tengo ninguna duda de que su espléndida habilidad con el tinte era un don muypreciado. Las flores más sencillas o las hojas otoñales son pálidas y monótonas cuando sus colores no están a la altura de la estación. Por ello resulta tan difícil elegir esposa.

—En cualquier caso —siguió diciendo el caballero jefe—, por la misma época visitaba a una dama muy dotada que escribía poemas con verdadero ingenio y gracia, tenía una hermosa caligrafía y una encantadora habilidad con el *koto*, y destacaba en todo cuanto hacía. Y puesto que su aspecto tampoco dejaba nada que desear, seguí reprendiendo a mi esposa en casa y,

secretamente, veía a esa otra mujer, hasta que llegué a sentir un profundo afecto por ella. La muerte de aquella de quien os he hablado me había dejado muy apenado, como es natural, pero ahora eso había quedado atrás y veía a la otra con frecuencia, hasta que me percaté, como no me había ocurrido antes, de que tendía a ser frívola y coqueta, y por ello, a mi modo de ver, no era digna de confianza. Dejé de visitarla tan a menudo, y entretanto descubrí que ella tenía otro amante en secreto.



Wagon

»Una noche del décimo mes,

bellamente iluminada por la luna, me retiraba de palacio cuando uno de los caballeros del círculo privado se reunió conmigo en mi carruaje. Yo tenía intención de pasar la noche en casa del gran consejero, [23] pero el hombre insistió en que estaba preocupado por una casa donde alguien le esperaba aquella misma noche, y el lugar se encontraba precisamente en el camino que llevaba a donde *ella* vivía. Era posible ver el lago a través de una brecha en el muro del jardín, y parecía una lástima pasar de largo ante una casa favorecida incluso por la luna, [24] así que allá fui también.

»Él debía de haberlo acordado todo con ella de antemano, porque estaba

nervioso cuando se sentó, supongo que en la terraza o tal vez en la galería cercana al portal. Durante cierto tiempo contempló la luna. Los crisantemos habían cambiado de color y eran deliciosos, [25] y las hojas de otoño arrastradas por el viento eran en verdad muy bellas. Mi acompañante se sacó una flauta de los pliegues de la ropa y se puso a tocar unos fragmentos de *Tendrás sombra* [26] y otros temas parecidos, mientras ella le acompañaba expertamente con un *wagon* de bellos tonos que tenía dispuesto y afinado. No lo hacían nada mal. El estilo *richi*, tocado suavemente por una mujer detrás de las persianas, [27] parecía el summum de la elegancia, y a la brillante luz de la luna el

efecto era muy agradable.

»El hombre, encantado, se desplazó a la derecha, y se acercó a las persianas de la mujer.

»“Ninguna pisada parece haber molestado a las hojas caídas en tu jardín”, bromeó, [\[28\]](#) y entonces, arrancando un crisantemo, recitó:

*Con toda la belleza de una casa llena de
música y una luna preciosa,
¿aún no has tocado con éxito para
atrapar a ese hombre cruel?*

«“¡Jamás lo habría pensado de ti!
Pero sigue tocando. ¡No debes ser tímida,
ahora que tienes un público que desea

más!”

»A esta descarada broma, ella replicó maliciosamente:

Porque carezco de palabras con las que acompañar la música de una flauta que se une tan armoniosamente con el recio y errante viento. [29]

»Puesto que apenas se daba cuenta de la desagradable escena que estaba haciendo, a continuación afinó un *sô no koto* para que sonara al estilo *banshiki*, y se puso a tocar a la manera más moderna; lo hacía muy bien, pero yo estaba completamente desanimado. Las seductoras maneras de una dama de honor

a la que ves una y otra vez pueden tener su encanto mientras sigas viéndola, pero cuando visitas a una mujer a quien no tienes intención de olvidar, aunque no lo hagas tan a menudo, cualquier tontería o ligereza por su parte puede desanimarte, y por ese motivo aquella noche le di una excusa y puse fin a la visita.

»Al recordar esas dos experiencias, observo que incluso entonces, joven como era, esa especie de desparpajo gratuito me parecía extraño y ofensivo. Es indudable que en el futuro esa sensación se intensifica. Tal vez vuestras señorías se complazcan tan sólo con la tierna y voluntariosa fragilidad de la gota de rocío, cuyo sino es caer de la flor

arrancada, o con el granizo que se funde al recogerlo de la brillante hoja, [30] pero sé que me comprenderéis cuando hayáis visto transcurrir unos años más. [31] Os ruego que aceptéis mi humilde consejo y os guardéis de la mujer flexible e indulgente. Cualquier desliz suyo puede hacer que su marido parezca un necio.

El capitán secretario asintió como solía hacerlo, mientras Genji sonreía irónicamente, como si estuviera de acuerdo.

—¡Por lo que dices, en ambas ocasiones has hecho de ti mismo un buen espectáculo! —observó, y todos se rieron.

—Os contaré el relato de una persona necia —dijo el capitán secretario—. [32]

Había yo empezado a verme con una mujer que me parecía muy digna de todas las molestias y, aunque suponía que la relación no iba a durar, cuanto más la conocía tanto más unido estaba a ella. No es que la visitara con frecuencia, pero nunca la olvidaba, y la situación se prolongó el tiempo suficiente para que no tuviera duda alguna de que ella confiaba en mí. Por supuesto, había ocasiones en que incluso yo mismo suponía que podría estar celosa, pero ella no parecía reparar en nada. Jamás se quejaba de la escasez de mis visitas, incluso aunque hubiese transcurrido mucho tiempo desde la última; por el contrario, actuaba como si cada mañana me encaminara a su casa y

regresara a la mía por la noche. Esta actitud me conmovía tanto que me prometí no abandonarla jamás. No tenía padres, lo cual hacía que su vida fuese bastante difícil, y la manera en que me demostraba una y otra vez que realmente yo era el único para ella la hacía digna de mi cariño.

»Cierta vez, cuando hacía largo tiempo que no la había visto (era tan discreta que no la apreciaba como era debido), mi mujer, como descubrí más adelante, le envió unas amenazas veladas pero desagradables en extremo. Jamás había pasado por mi imaginación una cosa así, y en el fondo de mi corazón no la había olvidado, pero ella se lo tomó a mal

porque hacía demasiado tiempo que no obtenía de mí más que silencio; así que, dadas sus dolorosas circunstancias, y también, ¿sabéis?, el hijo que tenía, finalmente recurrió a enviarme una clavellina...

El capitán secretario casi tenía lágrimas en los ojos.

—Pero ¿qué decía la carta? —le preguntó Genji.

—Ah, bueno, la verdad es que el contenido era poca cosa:

Sí, la ruina ha llegado al seto de la rústica en la montaña, pero una y otra vez

¡oh, deja que tu compasión toque esta

pequeña clavellina con rocío fresco!

[33]

»Ese recordatorio me hizo ir directamente a su encuentro. Se mostró franca y confiada conmigo, como siempre, pero su expresión era muy triste, y allí, sentada en su humilde casa, mirando por encima del jardín cubierto de rocío y llorando al unísono con los lamentos de los grillos, tuve la sensación de que debía de estar viviendo en un relato antiguo. Le respondí:

*Jamás podría elegir uno entre los
numerosos colores que florecen tan
alegremente,*

y, no obstante, el clavel silvestre que toco es el más hermoso de todos ellos.

[34]

»Dejé de lado la “clavellina” por el momento, a fin de aliviar sus sentimientos maternales con “Ni una sola mota de polvo”, etcétera. Ella replicó suavemente:

A un clavel silvestre que roza un lecho vacío con sus mangas húmedas de rocío, el otoño y la tristeza de sus tormentas han llegado demasiado pronto. [35]

»No vi señal alguna de que estuviera realmente enojada conmigo, porque incluso cuando lloraba me ocultaba las

lágrimas lo mejor que podía en un gesto de timidez, y su firme renuencia a dejarme ver que sabía que yo la había dejado abandonada me hizo creer con tal seguridad que todo iba bien, que volví a alejarme de ella durante largo tiempo, y en ese periodo desapareció sin dejar rastro. Si todavía se encuentra en este mundo, no creo que la vida la trate con amabilidad. Si, cuando la amaba, se hubiera aferrado a mí de una manera clara, jamás habría permitido que desapareciera como lo hizo. En vez de abandonarla, me habría ocupado de su bienestar y la habría seguido viendo indefinidamente. La “pequeña clavellina” era un encanto, y ojalá pudiera encontrarla

de alguna manera, pero hasta ahora no he dado con el menor indicio de su paradero.

»Esto es una pequeña ilustración de lo que estábais comentado. Parecía tan serena que jamás me enteré de que estaba dolida, y mi perdurable sentimiento hacia ella se echó a perder del todo. Incluso ahora que empiezo a olvidarla, lo más probable es que ella siga pensando en mí y que algunas noches se sienta mortificada, aunque no puede culpar a nadie más que a sí misma. Es un ejemplo perfecto de mujer que no es posible conservar durante mucho tiempo y en la que realmente no se puede confiar.

»Así pues, aunque no resultaba fácil olvidar a aquella regañona, vivir con ella

exigía tanto que probablemente cualquiera se habría cansado de ella; la sabihonda que tocaba el *koto* era culpable de pura desvergüenza; y también existen todas las razones para dudar de la frágil dama de la que acabo de hablaros. [\[36\]](#) Y así, al final, es sencillamente imposible elegir entre una mujer y otra. Es lo que sucede con ellas: todas están destinadas a ser exasperantes, de una manera u otra. ¿Dónde encontraréis aquella que posee todas las cualidades de las que hemos hablado y ninguno de los defectos? ¡Enamoraos de la mismísima Kichijôten, [\[37\]](#) y llegaréis a descubrir que es tan santurrona y estirada que también lo lamentaréis!

Todos se rieron.

—Vamos —le instó el capitán secretario al ayudante de ceremonial—, debes de conocer alguna buena historia. ¡Cuéntanosla!

—¿Cómo podrían vuestras señorías interesarse por lo que pueda decir un don nadie como yo?

Pero el capitán secretario se limitó a musitar «Vamos, vamos», e insistió hasta que, tras pensarlo un momento, su compañero empezó a hablar.

—Todavía era estudiante en la Academia [\[38\]](#) cuando conocí a una mujer inteligente. Como aquella a la que quería el caballerizo jefe, podías hablar con ella de los asuntos públicos, su comprensión

de la mejor manera de enfocar la vida era penetrante y, en cualquier tema, su asombroso conocimiento sencillamente no dejaba nada que añadir.

»Todo comenzó cuando visitaba el hogar de cierto erudito para continuar mis estudios. Deduje que tenía varias hijas, y aproveché una oportunidad para trabar conocimiento con aquélla. En cuanto el padre lo descubrió, entró en la estancia con dos tazas de sake y recitó en un tono insinuante: “Escúchame cantar sobre los dos caminos de la vida...”. [\[39\]](#) Yo no tenía tal deseo, pero de todos modos me las arreglé para seguir viendo a la muchacha, a fin de no ofender al padre.

»Ella era muy buena conmigo. Incluso

cuando yacíamos despiertos por la noche, ella se dedicaba a la edificación de mi espíritu o me instruía en cuestiones beneficiosas para un hombre al servicio del gobierno, y ninguna de sus notas estaba estropeada por uno de esos signos *kana*, sino que todas iban envueltas en un lenguaje de formalidad ejemplar. [\[40\]](#) Con tales dones, yo no podría haberla abandonado, puesto que era ella quien me enseñaba a componer como es debido mis poemas de espinazo partido [\[41\]](#) y cosas por el estilo, y le estoy eternamente agradecido por ello. Sin embargo, en cuanto a convertirla en mi querida esposa, a un asno como yo le habría violentado que ella fuese testigo de mis torpes

esfuerzos. Sin duda, vuestras señorías necesitan esa clase de tutela conyugal incluso menos de lo que yo la necesitaba.

[42] Estoy de acuerdo en que todo esto era una necesidad por mi parte, y debería haber renunciado a mi relación con ella, pero a veces el destino te arrastra. Supongo que los necios somos realmente los hombres.

—Pero ¡qué mujer tan extraordinaria!

El capitán secretario quería que terminara su relato. El ayudante de ceremonial sabía que iba a tener que hacerlo, pero aun así arrugó la nariz antes de obedecer.

—Pues bien, llevaba largo tiempo sin visitarla cuando, por alguna razón, fui a

verla. No estaba en su aposento habitual, y me habló desde detrás de un absurdo biombo. “Así pues, ¿está celosa?”, me pregunté, regocijado por semejante tontería y al tiempo totalmente consciente de que aquélla podría ser la ocasión que yo buscaba. Pero no, mi dechado de sabiduría no era mujer que se permitiera quejas frívolas. Conocía demasiado bien el mundo y sus costumbres para enojarse conmigo. En vez de hacer eso, se apresuró a decirme: “Desde hace algún tiempo, me encuentro postrada con una irritante indisposición, y como remedio he tomado un brebaje que contiene polvo del bulbo de fuerte olor, [\[43\]](#) y me temo que mi aliento es demasiado desagradable para

agasajarte como suelo. Sin embargo, aunque no me sea posible hablar contigo cara a cara, espero que me indiques cualquier servicio que desees que te preste”.

»El discurso había sido impresionante. ¿Qué podía responderle? Me limité a decirle “Muy bien”, y acto seguido me levanté y salí. Supongo que ella había esperado algo mejor, porque me gritó: “¡Vuelve cuando el olor haya remitido!”. Me pesó fingir que no la había oído, pero no era aquélla ocasión de vacilar y, además, el olor era realmente agobiante, por lo que, en mi desesperación, volví la cabeza hacia ella y repliqué:

*Cuando esta noche los hábitos de la
araña te advirtieron de mi pronta
llegada,*

*¡cuán extraño es que me hayas dicho:
Vuelve después de mis días del ajo! [\[44\]](#)*

»“¿Qué clase de excusa es ésa?”

»En cuanto hube dicho estas palabras,
salí a toda prisa, pero oí a mis espaldas:

*Si yo te importara tanto que vinieras a
verme sin falta cada noche,*

*¿por qué mis días del ajo habrían de
ofender tanto a tu delicadeza?*

»Oh, sí, era muy hábil para dar
respuestas rápidas —concluyó

serenamente el ayudante.

Los jóvenes caballeros, consternados, supusieron que se había inventado el relato, y entonces se echaron a reír.

—¡No es posible que exista semejante mujer! —exclamó el capitán secretario—. Es como si hubieras trabado amistad con un demonio. ¡Es demasiado inverosímil! —Chascó los dedos [\[45\]](#) y miró furibundo al ayudante, presa de muda indignación—. Vamos —insistió finalmente—, ¡vas a tener que hacerlo mejor!

Sin embargo, el ayudante se mantuvo firme.

—¿Cómo esperáis de mí que mejore lo que acabo de relatar? —inquirió.

—No soporto la manera en que los

mediocres, tanto hombres como mujeres, anhelan hasta tal punto mostrar el mínimo conocimiento que puedan poseer —terció el caballerizo jefe—. No tiene nada de atractivo haber asimilado cosas tan serias como las Tres Historias y los Cinco Clásicos, y, además, ¿por qué razón alguien, sólo por ser mujer, ignoraría por completo lo que importa en este mundo, público o privado? Cualquier mujer normal retendrá muchas cosas, aunque no haya estudiado. De modo que, después de todo, escribe caracteres chinos cursivos y más de la mitad de una carta suya está llena de ellos, incluso las cartas dirigidas a otras mujeres, donde irremediablemente se encuentran fuera de lugar, y uno se

dice: “¡Oh, no! ¡Ojalá fuese un poco más femenina!”. Puede que ella no haya tenido esa intención, pero cuando lean la carta al remitente lo harán en un tono formal y rígido, y dará la impresión de que así es como ella ha deseado que sea desde el principio. Muchas damas de honor veteranas hacen cosas así, ¿sabéis?

»La mujer que se dedica a componer poesía se entusiasma tanto con ella que embute en cada verso alusiones a las grandes obras del pasado, hasta que llega a ser un auténtico fastidio recibir un poema suyo cuando la cabeza de uno está ocupada en otras cosas. No puedes dejar de responderle, y parecerás insensible si las circunstancias del momento te impiden

hacerlo.

»Tomemos los festivales, por ejemplo. Digamos que es la mañana del Festival del Ácoro. Partes hacia palacio con tanta prisa que lo ves todo borroso, y ella te ofrece uno de sus esforzados poemas, vibrante de juegos de palabras; [46] o es la época del Festival del Crisantemo, y te estás devanando los sesos para componer un difícil poema en chino, y he aquí que te llega un lamento de ella, lleno de «rocío de crisantemos» [47] y, como de costumbre, por completo fuera de lugar. También están esas otras ocasiones en que te envía, fuera de temporada, un poema del que luego podrías admitir que no está del todo mal,

y lo hace sin detenerse a pensar que tal vez no estés en condiciones de echarle un vistazo; esto no puede considerarse muy brillante. Sería mejor que se abstuviera de lucir su ingenio y su criterio cada vez que su incomprensión de tus circunstancias hace que te preguntes por qué ha tenido que actuar como lo ha hecho, o maldecir el aprieto en que te ha puesto. Las mujeres deberían fingir ignorancia de lo que saben y, cuando quieren hablar sobre un tema, dejar algunas cosas al margen.

Entretanto, Genji estaba absorto, pensando en una sola dama. [\[48\]](#) Según los criterios establecidos en la conversación de aquella noche, ella no poseía ninguna cualidad en un grado

demasiado alto ni demasiado bajo, lo cual le llenaba de asombro y de un anhelo desesperado.

El debate no tuvo ninguna conclusión, y acabó por caer en un deshilvanado chismorreó que los jóvenes mantuvieron hasta el amanecer.

Aquel día el cielo por fin estaba claro. Genji fue directamente a la casa de Su Excelencia, temeroso de que una reclusión tan larga en palacio pudiera haber desagradado a su suegro. El aspecto del lugar y los modales de la dama eran admirablemente distinguidos, pues ni a uno ni a otra se les podía achacar el menor defecto, y a Genji le pareció que ella debería ser la esposa ideal señalada

como un tesoro por sus amigos la noche anterior, pero, en realidad, semejante perfección le parecía demasiado opresiva e intimidante para que pudiera sentirse cómodo.



Cortina movable

Se entretuvo charlando con jóvenes damas de honor de tan especial valía como Chûnagon y Nakatsukasa, que estuvieron

encantadas de verle, vestido como iba de un modo ligero a causa del calor. Entonces apareció Su Excelencia y conversó con su yerno a través de una

cortina movable, puesto que Genji no estaba presentable; mientras, Genji se reclinaba en un apoyabrazos, hacía muecas irónicas y musitaba:

—¿No hace bastante calor para él? ¡Chsss...! —añadió cuando algunas de las mujeres se rieron. Era la viva imagen de la soltura despreocupada.

Cuando oscurecía, una mujer le hizo esta observación:

—Esta noche el Dios del Medio ha cerrado esta dirección desde palacio.

—Es cierto, mi señor, ésta es una dirección que normalmente deberíais evitar. [\[49\]](#)

—¡Pero Nijô [\[50\]](#) se encuentra en la misma dirección! ¿Cómo voy a evitarla?

Además, estoy exhausto.

Genji se tendió a dormir.

—¡Oh, no, mi señor, no debéis hacerlo!

—El gobernador de Kii, que está al servicio de Su Excelencia, vive en una casa junto al Nakagawa, [\[51\]](#) y el lugar es hermoso y fresco... Recientemente ha desviado el arroyo para que pase por su propiedad.

—Eso estaría muy bien —respondió Genji—, Estoy tan cansado que me da igual cualquier lugar, con tal de que permitan a mi buey cruzar la puerta. [\[52\]](#)

Debía de haber otras muchas casas a las que podría haber ido discretamente para evitar aquella dirección, pero, como

había llegado a la morada de su suegro tras una larga ausencia, no deseaba buscar la compañía de otra dama para poder hacerlo.

Kii se plegó a la petición de Genji, pero al retirarse se lamentó:

—En casa del Delegado de Iyo ha surgido una dificultad y todas sus mujeres se han visto obligadas a trasladarse a la mía. Mi pequeña casa está tan llena de gente que mucho me temo que sea una afrenta a su dignidad.

Genji acertó a oír estas palabras.

—Me satisfará mucho más tenerlas cerca de mí. Temería pasar la noche fuera de casa sin mujeres. Tan sólo tienes que ponerme detrás de sus cortinas móviles.

—Eso es cierto —intervino una dama de honor—. Espero que esta casa sea perfectamente adecuada.

Y enviaron a un mensajero para que anunciara la llegada de Genji. Éste se apresuró a partir con tal secreto y hacia un destino tan intencionadamente discreto que no le dijo a su suegro que se iba, y se puso en marcha tan sólo con sus compañeros más íntimos.

—¡Esto es tan repentino! —se quejó la servidumbre de Kii, pero el séquito de Genji no les hizo caso. Sus hombres pidieron que barrieran el pasillo orientado al este de la casa principal, que lo aireasen y lo dejaran preparado.

El curso del arroyo había sido trazado

con mucha elegancia. [\[53\]](#) Había una valla de broza, como en el campo, y el jardín había sido plantado con esmero. La brisa era fresca, los insectos cantaban aquí y allá y las luciérnagas revoloteaban por todas partes. El lugar era delicioso. Los compañeros de Genji se sentaron a beber sake y contemplar el arroyo que pasaba bajo el puentecillo. [\[54\]](#) Mientras sus anfitriones iban de un lado a otro en busca de un refrigerio, [\[55\]](#) Genji se tranquilizó y, contemplando la oscuridad nocturna, recordó lo que había oído decir la noche anterior sobre las mujeres de nivel mediano y reflexionó en que aquélla debía de ser la clase de lugar donde tales mujeres vivían.

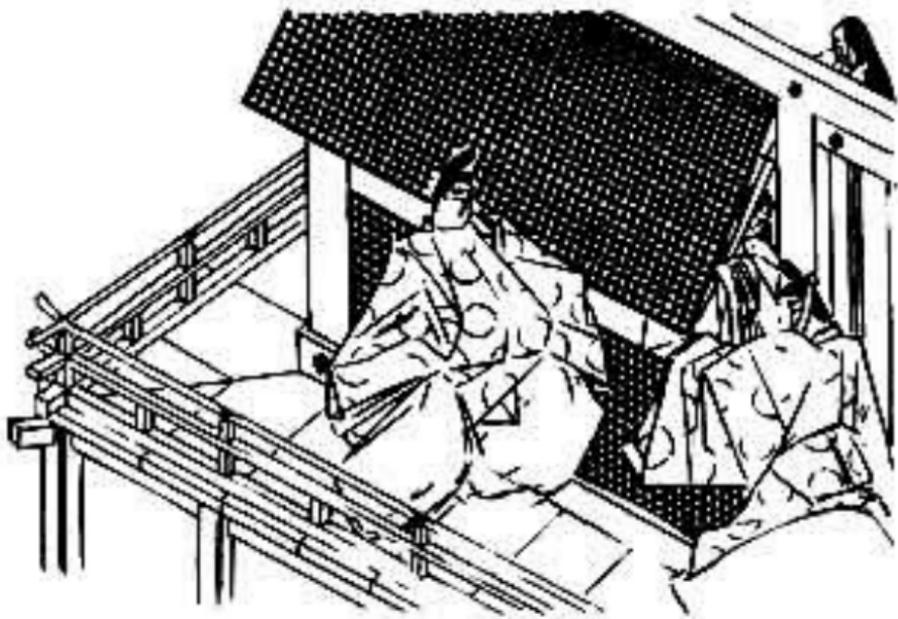
Había llegado a oídos de Genji el rumor de que la mujer joven que vivía allí [56] era orgullosa, y sentía suficiente curiosidad por ella para escuchar con atención, hasta que detectó sonidos reveladores al oeste: el frufú de sedas y las agradables voces de las mujeres jóvenes. En efecto, percibió una risa ahogada que parecía un tanto cohibida.

Los postigos de rejilla habían estado abiertos, pero cuando Kii, con un ademán de desaprobación, los cerró, Genji se acercó sigilosamente allí donde la luz de la lámpara penetraba a través de una rendija por encima de la mampara corredera, por si podía ver algo. No había ninguna ranura que le permitiera ver algo,

pero siguió escuchando y se dio cuenta de que debían de haberse reunido cerca de allí, en la cámara, porque las oía susurrar, y al parecer hablaban acerca de él.

—Es todavía tan joven... Es una lástima que sea tan serio y que ya esté tan bien establecido.

—Aun así, tengo entendido que a menudo visita en secreto a damas adecuadamente prometedoras.



Postigos de celosía

Genji, cuyos pensamientos sin excepción se centraban en ella, se sintió consternado al imaginar que a continuación hablarían de eso en el mismo tono, pero no oyó nada más de interés y dejó de escuchar a hurtadillas. Hablaban de un poema que, junto con unos

dondiegos de día, había enviado a la hija de Su Alteza del Ceremonial, [57] aunque al repetirlo se equivocaban un poco. Genji se dijo que, sencillamente, ella disponía de tiempo y tenía criterio para la poesía. No creía que mereciera la pena mirarla.

El gobernador de Kii regresó con más farolillos, despabiló la lámpara y le ofreció un refrigerio. [58]

—¿Qué hay de las cortinas? —inquirió Genji—. ¡Mal anfitrión es quien no piensa en eso! [59]

—Mi señor, nada me han dicho de lo que pudiera complaceros —se lamentó Kii con deferencia. Genji se tendió cerca de la terraza, como si fuese a dormir, y

sus compañeros también se acomodaron.

El anfitrión de Genji tenía unos hijos encantadores, y Genji ya había visto a uno de ellos como paje en la cámara de la corte. Los hijos del Delegado de Iyo también estaban allí. Uno de los muchachos, un niño de doce o trece años, tenía algo especial. Mientras respondía a las preguntas de Genji acerca de los padres de cada niño, Kii le dijo que aquél era el hijo menor del difunto intendente de la Guardia de la Puerta.

—Su padre, que le tenía mucho afecto, falleció cuando él era pequeño —le explicó Kii—, y ahora está aquí, al cuidado de su hermana mayor. Confío en que llegue a servir en la cámara de la

corte, puesto que muestra aptitudes para el estudio y, en general, es inteligente, pero parece que las cosas no van bien.

—Lo lamento de veras. Esa hermana suya... ¿es tu madrastra?

—Sí, mi señor.

—¡En ese caso, tienes una madrastra increíble! Incluso Su Majestad ha oído hablar de ella. Hace algún tiempo comentó: «Su padre dio a entender que pensaba enviarla al servicio de palacio... Me pregunto qué habrá sido de ella». ¡Ah! —suspiró con la gravedad de un adulto—, uno nunca sabe qué le traerá la vida.

—Es una sorpresa que ella esté aquí. No, cuando se trata del amor y el matrimonio, siempre ha sido imposible

adivinar el futuro, y, por desgracia, siempre ha sido especialmente difícil prever el destino de una mujer.

—¿La mima el Delegado de Iyo? Debe de tenerla en grandísima estima.

—Desde luego, mi señor. A decir verdad, parece adorarla, aunque, como a los demás, [\[60\]](#) me desagrada verlo tan absorto en ella.

—Pero no os la dejaré a ninguno de vosotros tan sólo por lo mucho que os gustan las últimas modas. Es cierto que el Delegado de Iyo no desentona en absoluto y hasta tiene cierta elegancia. Por cierto, ¿dónde se encuentra ella?

—He enviado a todas las damas a la sala de la servidumbre, mi señor, aunque

es posible que no todas ellas hayan podido ir.

Los compañeros de Genji, por entonces completamente bebidos, dormían en la terraza. También Genji se tendió, pero fue en vano. El desagrado que le causaba dormir solo le mantenía despierto, oyendo los sonidos procedentes del otro lado de la mampara corrediza en el lado norte, fascinado al pensar que allí debía de ser donde ahora se ocultaba la dama de la que habían hablado. Se levantó en silencio y acercó a la mampara para escuchar.

—Discúlpame, ¿dónde estás?

Era la voz ronca y suplicante del muchacho que antes le había llamado la

atención.

—Aquí acostada. ¿Está dormido nuestro invitado? Pensé que me hallaría junto a él, pero lo cierto es que está muy lejos.

La adormilada voz de la persona que había hablado tenía un timbre lánguido, muy parecido al del muchacho, y Genji comprendió que debía de ser su hermana mayor.

—Se ha dormido en el pasillo —susurró el muchacho—. Todo el mundo habla de su aspecto, ¡y la verdad es que lo he visto! ¡Es cierto: qué apostura la suya!

—Si fuese de día le echaría un vistazo —respondió ella, somnolienta. Su voz sonaba como si procediera de debajo del

edredón.

«Venga, por favor —pensó Genji—. ¡Pregúntale algo más sobre mí!»

—Dormiré aquí. Pero ¡está tan oscuro..!. —Pareció como si despabilara la lámpara.

Su hermana debía de estar tendida en diagonal al otro lado de la puerta de Genji.

—¿Dónde está Chûjô? [\[61\]](#) —la oyó preguntar— Me siento atemorizada cuando no hay nadie cerca.

—Ha ido al baño en la sala de la servidumbre... Dijo que volvería en seguida.

Esta respuesta procedía de una mujer que yacía un escalón por debajo de ella.



Arcón

Cuando pareció que se había hecho el silencio, Genji trató de mover el pestillo. La puerta no estaba cerrada por el otro lado. En la entrada había una cortina, y a la débil luz de la lámpara vio algo parecido a arcones desperdigados por la

estancia. Avanzó entre ellos hacia donde suponía que estaba la mujer, y llegó al lado de una forma liviana que estaba tendida en solitario. Al oír aproximarse pisadas, la mujer se sobresaltó un poco, pero no reparó en que no se trataba de la dama de honor cuya presencia había deseado hasta que él tiró de su prenda de dormir. [\[63\]](#)

—Has llamado a un *chûjô*, ¿no es cierto?, [\[64\]](#) y he sabido que mi secreto anhelo por ti ha inspirado su recompensa.

Totalmente confusa, ella pensó que estaba teniendo una pesadilla y gritó, pero la ropa de cama sobre su cara ahogó el sonido.

—Esto es tan repentino que

seguramente lo tomarás por un simple capricho mío, y lo comprendo muy bien, pero en realidad sólo quería que supieras que llevo años pensando en ti. Por favor, observa la impaciencia con que he aprovechado esta oportunidad y juzga así hasta qué extremo mi seriedad es digna de confianza.

Tal fue la gentileza con que le habló que ella no podía gritar bruscamente «¡Ha entrado un hombre!», porque ni siquiera un demonio habría deseado oponerle resistencia; pero la impresión recibida y la consternación le hicieron susurrar en tono angustiado:

—¡Seguramente os referís a otra!

Parecía a punto de desmayarse. Genji

sintió compasión y ternura, y llegó a la conclusión de que aquella mujer le gustaba mucho.

—¡Ojalá no dudarás del deseo certero que me ha traído hasta ti! —le dijo—. No me tomaré libertades contigo, te lo prometo, pero debo decirte algo acerca de mis sentimientos.

La tomó en brazos, puesto que ella era muy menuda, y ya la había llevado hasta la puerta corredera cuando llegó alguien, probablemente la Chûjô a quien ella había llamado. La mujer, alarmada por la exclamación de Genji, avanzaba a tientas hacia él cuando un hálito de su penetrante fragancia la envolvió, y entonces comprendió de quién se trataba. Aunque

se sentía escandalizada y aterrada, no podía decir nada. Si se hubiese tratado de una persona corriente, le habría arrancado a su señora de los brazos, pero incluso eso habría entrañado un riesgo, puesto que entonces todos los demás habrían sabido lo que ocurría, de modo que, con el corazón acelerado, se limitó a seguirle mientras él, impertérrito, se dirigía a la habitación interior. [\[65\]](#)

—Ven al alba en busca de tu señora —dijo antes de cerrar la puerta corredera.

La dama podría haberse muerto de vergüenza al imaginar lo que Chûjô debía de estar pensando. Sudaba copiosamente, y su desconsuelo era tan evidente que Genji sintió lástima por ella, pero, como

de costumbre, logró extraer de alguna fuente oculta un manantial de tierna elocuencia para conquistarla.

—¡Esto es increíble! —exclamó indignada—. Puede que sea insignificante, pero ni siquiera yo confundiría jamás vuestra despectiva conducta hacia mí con algo más que un capricho pasajero. Tenéis vuestro lugar en el mundo y yo tengo el mío, y no tenemos nada en común.

A Genji le irritó comprobar que su atrevimiento repugnaba de verdad a la joven, y comprendió sus razones para estar escandalizada.

—No sé nada de tu lugar en el mundo ni del mío —protestó con tono serio—, ¡porque jamás había hecho una cosa así!

Eres cruel al tomarme por un vulgar buscador de aventuras. Debes de haber oído hablar de mí lo suficiente para saber que no fuerzo a nadie a recibir mis atenciones. Yo mismo estoy sorprendido por esta locura, que me ha granjeado tu desaprobación, del todo comprensible. Sólo puedo pensar que el destino nos ha reunido.

Abordó la situación de diversas maneras, siempre con seriedad, y ella se mantuvo irreductible, sin importarle que el riesgo de parecer fría y cruel la disuadiera de negarse a responder como él quería. Aunque flexible por naturaleza, tal era la fortaleza de su virtud que su flexibilidad era similar a la del bambú,

que no se rompe.

El horror y la repulsión que sentía por la tozudez de Genji impresionaron a éste, y las lágrimas de la joven le conmovieron. Le dolía ser culpable, pero sabía que iba a lamentar no haberla poseído.

—¿Por qué te desagradó tanto? —le preguntó en tono acusador cuando ella se negó a calmarse—. Debes entender que lo extraño de todo esto confirma el vínculo que compartimos. ¡No puedo soportar que permanezcas tan encerrada en ti misma, como si no supieras nada de cómo es el mundo!

—Si me hubierais mostrado semejante favor cuando era como fui, antes de acceder a mi actual y desdichada

condición, podría haber acariciado aturdidoras esperanzas y me habría consolado con visiones del día en que, después de todo, pensaríais bien de mí, pero la idea de pasar una noche con vos, cuando no puede haber más, me turba demasiado. No, debéis olvidar que esto ha sucedido. [\[66\]](#)

No era de extrañar que la joven albergara tales sentimientos. Por supuesto, él hizo cuanto pudo por consolarla y convencerla de que sus temores estaban fuera de lugar.

Cantó un gallo, y los habitantes de la casa empezaron a levantarse.

—¡Cuánto he dormido! —exclamó uno de los hombres de Genji.

—¡Que traigan el carruaje de su señoría! —gritó otro.

El gobernador apareció también, y una de las mujeres protestó:

—¡Sólo ha venido aquí para no romper un tabú! ¡No hay ningún motivo para que vuelva a salir corriendo en plena noche! [\[67\]](#)

Genji sufría al pensar en que tal vez jamás volvería a presentarse semejante oportunidad, que difícilmente podría visitar la casa ex profeso y que lo más probable era que ni siquiera pudiese mantener correspondencia con ella.

La joven se había alterado tanto cuando Genji entró en su aposento que él no la había retenido, pero entonces la

atrajo de nuevo hacia sí.

—¿Cómo puedo seguir en contacto contigo? Tu insólita hostilidad y mis sentimientos hacia ti dejarán en mí recuerdos vividos y serán causa de asombro perpetuo.

Las lágrimas que la dama vertía no hacían más que realzar su encanto.

Los gallos cantaban con insistencia. Desesperado, él le dijo:

Puede que haya amanecido, pero cuando aún podría quejarme de tu crueldad, ¿debe el canto del gallo despertarme antes de que tenga todo cuanto deseo?

Humillada por el abismo abierto entre los dos, puesto que ella era quien era, la joven permaneció inflexible a las atenciones de Genji. Sus pensamientos se centraron en la lejana provincia de Iyo y el marido al que solía despedir con gran aversión y desprecio, y la idea de que él pudiera atisbar aquella escena en un sueño la hizo estremecerse. Respondió:

*Ahora que el alba ha roto sobre la
desdicha que todavía deploro,
el mismo gallo alza su voz para
propagar mi lamento en el exterior.*

Ya era completamente de día, y Genji la acompañó hasta la puerta del aposento.

La mantuvo cerrada mientras se despedía de ella, porque tanto dentro como fuera de la casa reinaba ya el movimiento, y le entristecía que aquella puerta estuviera a punto de separarlos, como él suponía, para siempre. Entonces se puso el manto y miró hacia el sur, al otro lado de la barandilla. Al oeste, los postigos se abrieron ruidosamente: las mujeres debían de haber estado mirándole a hurtadillas. Sin duda, las más sensibles estaban emocionadas por la vaga visión de su silueta, perceptible sobre la mampara baja que separaba su parte de terraza de la de Genji. La luna seguía suspendida en el cielo, nítida a pesar de la palidez de su luz, y convertía las grises sombras en un

hermoso amanecer. A un espectador el cielo despejado le hablaba de idilio, mientras que a la otra le inspiraba una altiva indiferencia. Genji se sentía abatido al pensar que ni siquiera podría hacerle llegar una nota, y al marcharse miró hacia atrás una y otra vez.

De regreso a sus aposentos, el insomnio volvió a torturarlo. Pensar en sus propios sentimientos le atormentaba incluso más que no poder volver a verla. No es que la joven tuviera nada extraordinario, pero, como él sabía, representaba muy bien el grado medio del que había hablado con sus amigos, con todo el atractivo que conllevaba, y comprendía hasta qué punto aquel hombre

de amplia experiencia había dicho la verdad.

Aquellos días estaba constantemente al lado de Su Excelencia. Siempre inquieto por los sentimientos de la joven al no recibir ningún mensaje de Genji, llamó al gobernador de Kii y le dijo:

—¿Me otorgarías a aquel muchacho que vi el otro día, el hijo del difunto intendente? Me agradó, y quisiera tomarlo a mi servicio personal. Yo mismo lo presentaré a Su Majestad.

—Nos hacéis a él y a todos nosotros un gran honor, mi señor. Transmitiré vuestra petición a su hermana mayor.

—¿Te ha dado ella hermanos o hermanas? —logró preguntarle Genji, con

el corazón palpitante.

—No, mi señor. Hace dos años que se unió a nuestra familia, pero barrunto que lamenta no haber hecho lo que su padre deseaba y que le desagrada su actual condición.

—¡Qué lástima! La gente habla bien de ella. ¿Es cierto que es hermosa?

—Eso espero, mi señor. Lo cierto es que me mantiene a tal distancia que no estoy más cercano a ella de lo que debería estar un hijastro.

Cinco o seis días después, Kii llevó su joven cuñado a Genji. La belleza del muchacho no era asombrosa, pero tenía cierta apostura, y su distinción era evidente. Genji le llamó para mantener

una charla muy amistosa. El muchacho, a su manera infantil, estaba profundamente complacido e impresionado. Respondió lo mejor que supo a las intencionadas preguntas acerca de su hermana, hasta que su desalentadora compostura hizo que a Genji le resultara difícil seguir adelante. De todos modos, se las arregló para transmitirle su deseo. [\[69\]](#)

Cuando por fin comprendió lo que Genji deseaba, el muchacho se sorprendió, pero era demasiado joven para entender muy bien lo que aquello significaba, y cuando entregó a su hermana una carta de Genji, la contrariada joven derramó lágrimas. Le horrorizaba imaginar lo que él podría estar pensando,

y abrió la carta de modo que le ocultara el rostro. Era muy larga.

Incluso mientras lloro sin saber si ese sueño [70] significa otra noche, un tiempo interminable parece transcurrir sin que mis párpados se cierren.

«No puedo dormir por la noche...».

[71]

La caligrafía de Genji era de una belleza tan extraordinaria que los ojos de la joven se empañaron, y se tumbó para reflexionar sobre el extraño destino que se abatía sobre su vida, por lo demás monótona.

Al día siguiente, cuando le dijeron al hermano menor de la joven que Genji quería verla, él se lo hizo saber y le preguntó qué respuesta debía darle.

—Dile que aquí no había nadie para recibir semejante carta.

El muchacho se echó a reír.

—¿Cómo puedo decirle eso? El lo ha dejado perfectamente claro.

Ella supuso que Genji se lo había contado todo, y se echó atrás.

—Te agradeceré que no seas impertinente. Entonces límitate a no ir.

—El me necesita, no puedo obviar sus peticiones —dijo el muchacho, y fue de todos modos.

A Kii le gustaban demasiado las

mujeres para no pensar que el matrimonio de su madrastra era una verdadera lástima, y siempre estaba deseoso de complacerla, y por eso se ocupaba mucho del hermanito de la joven y lo llevaba a todas partes.

Genji llamó al muchacho.

—Te esperé durante todo el día de ayer. Llevarte bien conmigo parece que no significa nada para ti.

El muchacho se ruborizó.

—Bien, ¿dónde está la respuesta?

El muchacho le explicó lo que había ocurrido.

—No hay nada que hacer, ¿verdad? —dijo Genji—. Ella es imposible.

Sin embargo, le entregó otra carta.

—Puede que no lo comprendas — siguió diciendo—, pero yo la visitaba mucho antes que ese viejo, el Delegado de Iyo. Probablemente ella me consideraba entonces demasiado enclenque para apoyarse en mí, por lo que se buscó un hombre sólido de verdad que cuidara de ella, y ahora se ríe de mí. Pero sé un hijo para mí. Ese refinado marido suyo no durará mucho más tiempo.

Le regocijaba ver al muchacho tan seriamente crédulo e impresionado.

Tenía al hermano de la joven continuamente a su lado y lo llevaba incluso a palacio. Pidió a los encargados de su vestuario que confeccionaran prendas para él, y el muchacho le trataba

realmente como a un padre. Siempre había una nota para que la entregara. Sin embargo, a ella le preocupaba el hecho de que era demasiado joven y si, por desgracia, perdía una de aquellas notas, tal vez a sus tribulaciones se sumaría una reputación de ligereza impropia de su posición, por lo que sus respuestas siempre eran formales; pensaba que lo que constituye la buena fortuna depende, al fin y al cabo, del lugar que una persona ocupa en el mundo. No es que dejara de rememorar la figura y los modales de Genji, tan extraordinarios eran aquella única vez que lo había podido distinguir en la penumbra, pero había llegado a la conclusión de que tratando de

complacerle no conseguiría nada.

Genji pensaba en ella sin cesar, con una mezcla de consternación y anhelo. No dejaba de pensar en lo mucho que le había afectado la aflicción de la joven. Podía correr el riesgo de ir a verla subrepticamente, pero había tanta gente en aquella casa que acabarían por descubrir su mala conducta, y él comprendía con preocupación que algo así sería desastroso para ella.

Mientras pasaba, como de costumbre, un día tras otro en palacio, uno de aquellos tabúes relacionados con las direcciones le favoreció una vez más. Fingió una partida de improviso para ver a Su Excelencia, y entonces se apartó del

camino y se dirigió hacia la casa del gobernador Kii. El sorprendido Kii tomó su visita como un gratificante tributo al arroyo que había hecho desviar para que discurriera por su jardín.

Aquella tarde, Genji había informado de la estratagema al hermano menor de la joven. Por la noche volvió a llamarle, ya que lo tenía día y noche a su disposición. La hermana del muchacho también había tenido noticias suyas. No subestimaba el interés que el ardid revelaba, pero seguía decidida a no entregarle temerariamente su recatada persona y a no añadir nuevos problemas a los que ya había ocasionado aquel primer encuentro, que ahora le parecía un sueño. No, de ninguna manera

caería en las maquinaciones de Genji: no lo recibiría. Así, cuando Genji llamó de nuevo a su hermano menor, ella anunció que le desagradaba estar tan cerca de dónde él se alojaba y que, de todos modos, se sentía indispuesta.

—Me trasladaré a una estancia más apartada para recibir tranquilamente un masaje —añadió, y fue a ocultarse en la habitación de Chûjô, paralela al corredor elevado.

Genji, que había trazado sus planes, hizo que su séquito se retirase temprano y envió una nota a la joven, pero su hermano no pudo encontrarla. Sólo tras buscarla por todas partes, avanzó por la pasarela y finalmente dio con ella.

—¡Creerá que no sirvo para nada! — gritó el muchacho, a punto de llorar de enojo y frustración.

—¡No permitiré que adoptes esa horrible actitud! —le reprendió ella—. Dicen que un niño jamás debe llevar tales mensajes. Dile que no me siento bien y que he pedido a mis damas de honor que me den un masaje. Todo el mundo se preguntará qué estás haciendo aquí.

Pero en el fondo de su corazón sentía que podría recibir a Genji de buen grado, por muy poca que fuese la frecuencia con que se vieran, si no estuviera ya establecida para siempre y se encontrara todavía en su hogar, donde seguían presentes el recuerdo de sus difuntos

padres y las ambiciones que ellos habían albergado para ella. A pesar de su resolución, sufría mucho al pensar que Genji debía de considerar su tenaz rechazo demasiado impertinente. Sin embargo, ya era demasiado tarde para semejantes pensamientos, y tomó la firme decisión de mantener su testaruda frialdad hasta el final.

Genji yacía a la espera, ansioso por averiguar lo que se le ocurriría al hermano menor de la dama y, al mismo tiempo, nervioso por lo que pudiera hacer un muchacho de tan corta edad. Cuando supo que no había ninguna esperanza, la asombrosa obstinación de la joven le hizo detestar de tal modo su propia existencia

que su aflicción fue dolorosamente patente. Durante algún tiempo guardó silencio y sólo exhalaba profundos suspiros. Estaba muy dolido.

Yo, que jamás supe lo que significaba el árbol de retama, ahora me asombro al descubrir que el camino a Sonohara me ha apartado mucho de mi ruta. [\[72\]](#)

«No tengo nada que decir», escribió al final.

También ella estaba todavía despierta, y le respondió:

Lleno de pesar porque se ha sabido que nació en un hogar humilde,

el árbol de retama que viste por un instante se desvanece y enseguida se pierde de vista. [73]

No le gustaba que su hermano, demasiado preocupado por el enojo de Genji para poder dormir, fuese de un lado a otro de aquella manera, puesto que podría despertar sospechas.

Los hombres de Genji dormían profundamente, como de costumbre: sólo el propio Genji se entregaba a vanas y atroces cavilaciones. Le enfurecía que la asombrosa resistencia de la joven, lejos de desaparecer, hubiera alcanzado su cota más alta, y la indignación le tenía fuera de sí, aunque era consciente de que había

sido precisamente la firmeza de carácter de la mujer lo que le había hecho sentirse atraído por ella.

«Que así sea», se dijo, pero estaba tan poco convencido que no tardó en plantear al hermano:

—De acuerdo, entonces llévame al lugar donde se oculta.

—Se ha encerrado en una pequeña habitación y hay varias mujeres con ella... No me atrevería —replicó el niño, que deseaba con desesperación poder serle de más utilidad.

—Muy bien, entonces al menos tú no me abandonarás.

Genji hizo que el muchacho se tumbara con él. El chiquillo apreciaba

tanto la juventud y la gentileza de su señor que, según dicen, Genji le consideraba mucho más agradable que su cruel hermana.

3

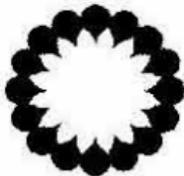
Utsusemi El caparazón de cigarra

Utsusemi significa «el caparazón viejo de una cigarra». En este capítulo Genji sigue asediando a la mujer a quien trató en vano de domeñar en el anterior, y una vez más ella huye, despojándose de una prenda de vestir al hacerlo. Genji la recoge y le envía el poema:

Bajo este árbol, donde la cigarra en época de muda dejó su caparazón vacío, sigo anhelándola, por todo cuanto sé que ella es.

Ella escribe como un comentario privado en su carta:

Así como las gotas de rocío se posan en las alas de la cigarra, oculta en su árbol, secretamente, oh, secretamente, estas mangas están humedecidas con mis lágrimas.



Relación con los capítulos anteriores

«El caparazón de cigarra» es una continuación inconsútil de «El árbol de retama».

Personajes

Genji, capitán de la guardia de palacio, 17 años

El muchacho, hermano menor de Utsusemi, 12 ó 13 años (Kogimi)

La esposa del delegado
de Iyo (Utsusemi)

La dama del ala oeste,
hermana del gobernador de Kii (Nokiba
no Ogi)

Una anciana al servicio
de Utsusemi

Genji no podía conciliar el sueño.

G —Ninguna mujer me había rechazado así jamás —decía—. Esta noche por fin he sabido que amar significa sufrir, y dudo de que pueda sobrevivir mucho tiempo a semejante vergüenza.

El muchacho tendido a su lado lloraba. A Genji le parecía encantador. Menudo y tenue al tacto, con el cabello muy corto, se parecía a su hermana, y tal era probablemente el motivo de que a Genji le resultara tan grato. No se le ocultaba el espectáculo que iba a organizar si insistía en buscarla, y por ello se pasó la noche censurándola vivamente, hizo a su hermano menos preguntas de costumbre y se marchó

cuando todavía era noche cerrada. El niño lo sentía mucho por él y estaba decepcionado.

También ella sentía un amargo pesar, pero no había recibido una sola palabra de él. Tal vez había aprendido la lección, pero aun así sería cruel por su parte abandonar ahora la empresa, a pesar de que, si no cambiaba su reprobable conducta, surgirían dificultades. La joven se decía que sin duda era hora de poner fin a la situación en cuanto pudiera, pero a menudo se sumía en inquietas cavilaciones.

El exasperado Genji no veía cómo podría romper ahora, ni tampoco quería actuar como un bufón.

—Ella es cruel y aborrecible —decía una y otra vez al hermano menor—, pero todos los esfuerzos por alejarla de mi mente han sido inútiles. No puedo soportarlo. Busca una buena ocasión y arregla las cosas para que pueda hablar con ella.

El muchacho apenas sabía cómo hacerlo, pero le complacía que Genji se lo hubiera pedido.

A su manera infantil, estaba ojo avizor, atento a cualquier oportunidad, cuando el gobernador de Kii partió hacia su provincia. Y así, un día al anochecer, cuando la oscuridad envolvía el sendero del amante [\[1\]](#) y las mujeres de la casa estaban tranquilamente a solas, el

muchacho llevó a Genji a la casa en su propio carruaje. A Genji le preocupaba lo que pudiera ocurrir a continuación, puesto que el hermano era demasiado joven; pero no podía contenerse, y salió a toda prisa, vestido con sencillez, para llegar allí antes de que cerraran las puertas.

El muchacho guió el carruaje por la entrada desierta e hizo que Genji se apeara. Por suerte, los guardianes apenas se fijaron en él, puesto que era un niño, y no dijeron nada.

Dejó a Genji en las puertas dobles del este, [2] dobló la esquina hacia el sur para llamar a los postigos de rejilla, y entonces entró.

—¡Puedes entrar directamente! —oyó

Genji quejarse a las mujeres mayores.

—Aquí hace mucho calor —replicó él—. ¿Por qué tenéis los postigos cerrados?

—Esta tarde ha venido la dama del ala oeste. [3] Están jugando al *go*.

«Ah —se dijo Genji—, quiero verla sentada ante su contrincante», y se deslizó entre las persianas. [4] Aún no habían asegurado el postigo por donde había entrado el muchacho, y había una ranura. Genji fue allí, se asomó y miró hacia el oeste. El extremo más próximo de un biombo estaba plegado, y probablemente el calor explicaba el hecho de que una cortina que debería haberle impedido ver el interior estuviera levantada, de tal modo que él podía ver muy bien.

Las mujeres tenían la lámpara a su lado. Lo primero que pensó Genji fue que la dama situada junto a la columna central de la cámara, [5] que le daba la espalda, debía de ser ella. Parecía vestir dos camisas de seda cruzada de un intenso violeta rojizo, con alguna otra prenda encima. Su pequeña cabeza y la delgadez de su figura no causaban una gran impresión, e impedía que su contrincante en el juego le viera la cara. También se esforzaba por ocultar sus manos asombrosamente esbeltas. [6]



El juego de go

Su adversaria miraba al este, hacia Genji, y éste podía verla entera. Vestía un par de camisas muy finas y blancas y lo que parecía un manto violeta, llevado con tal informalidad que la parte delantera estaba abierta hasta el cordón escarlata de la prenda interior: un atuendo despreocupado, por decir lo mínimo. Alta, de piel muy blanca y con hermosas curvas, de cabeza y frente atractivas, boca y ojos deliciosos, su aspecto

deslumbraba. El cabello fino y espeso no era largo, pero le caía en mechones laterales sobre los hombros, y en verdad no había nada en ella que hiciera concebir el deseo de que fuese de otro modo. Nada más placentero que mirarla. No era de extrañar que su padre estuviera tan orgulloso de ella, aunque Genji pensó que un poco de comedimiento mejoraría sus modales. Tampoco parecía torpe, porque hacia el final de la partida, cuando estaba en disputa el último territorio sin dueño, ella parecía actuar con suma inteligencia y agudeza.

—Espera un momento —le dijo su adversaria—, ese lugar está fuera de juego. Terminemos haciendo el

intercambio.

—¡Ay de mí! He perdido, ¿verdad? A ver, ¿cuántas tenemos en las esquinas? ¡Oh! Veinte, treinta, cuarenta.

Contó doblando los dedos, como si hiciera un censo de todos los baños de agua caliente de Iyo. [7] No dejaba de tener cierto encanto.

Su adversaria se cubría la boca con tal esmero que apenas se le veía la cara, pero la mirada de Genji no se apartaba de ella, y tuvo un atisbo de su perfil. Con los ojos quizá un poco hinchados y la forma de la nariz lo bastante vaga para avejentar su rostro, su aspecto no era destacable. En realidad, era más bien feúcha, pero sus exquisitos modales compensaban la

carencia de belleza, y estaba claro que superaba en interés a su contrincante, que era más hermosa.

Sin embargo, la otra mujer poseía vivacidad y encanto, y el creciente abandono de su alegre risa era muy agradable y la dotaba de un peculiar atractivo. «Sí —se dijo Genji—, soy un granuja». Pero su mirada, que recorría minuciosamente la escena, le hizo ver en ella a una mujer más a la que no olvidaría con facilidad. Las otras mujeres que conocía nunca se mostraban desenvueltas —lo único que él veía siempre era una expresión taimada o un rostro que se ocultaba—, y como nunca hasta entonces había espiado a unas mujeres dedicadas a

sus actividades cotidianas, le habría gustado observar a aquellas dos indefinidamente, a pesar de que se sentía culpable de verlas con tal claridad sin que ellas lo supieran. Pero llegaba el hermano menor de la joven, y Genji se apartó de allí con sigilo.

Se apoyó en la puerta que daba a la pasarela. [8]

—Tiene una visitante, mi señor, y no puedo acercarme a ella —le dijo el muchacho con nerviosismo.

—¿Quieres decir que tampoco esta noche me dejará entrar? Es espantoso, no puedo aceptarlo.

—Oh, no, mi señor, buscaré la manera cuando la visitante se haya ido.

«Muy bien —pensó Genji—, tal vez realmente pueda convencerla. Sólo es un chiquillo, pero tiene suficiente juicio para comprender cómo están las cosas y estimar los sentimientos de uno».

La partida de *go* parecía haber terminado, pues oyeron un frufú de sedas y ruidos de personas que se marchaban.

—¿Dónde está el señorito? —preguntó una mujer—. Cerraré este postigo.

Se oyó cómo lo hacía.

—Debe de haberse retirado —dijo Genji—. Anda, ve a ver qué puedes hacer.

El muchacho sabía que su hermana era demasiado recatada para ceder a la persuasión, por lo que se propuso

conducir a Genji hasta ella cuando estuviera más o menos sola.

—¿También está aquí la hermana de Kii? Déjame que le eche un vistazo.

—No puedo hacer eso, mi señor. Hay una cortina delante del postigo.

Sí, claro, pero de todos modos... Genji se sentía culpable y, pese a su regocijo, no deseaba comunicar al muchacho lo que había visto. En vez de eso, le habló de lo ilusionado que estaba por el encuentro de aquella noche.

Esta vez el muchacho llamó a las puertas dobles. Todo el mundo estaba acostado.

—Dormiré aquí, al lado de la puerta corredera —anunció el muchacho

mientras tendía una esterilla en el suelo —. ¡Ven a refrescarme, viento suave!

Las mujeres debían de haberse congregado en el pasillo del este, y la muchacha que le había dejado entrar también se tumbó allí.

El muchacho fingió dormir durante un rato. Luego se levantó, desplegó un biombo cerca de la lámpara y avanzó en la penumbra sin hacer ruido. Y Genji, aunque se temía lo peor, le siguió. Alzó una cortina en el borde de la estancia y penetró con suma cautela, pero en aquel silencio era difícil que el ruido producido por su vestimenta, por leve que fuese, pasara desapercibido.

La joven intentaba alegrarse de que él

la hubiese olvidado, pero últimamente pensaba tanto en aquella experiencia, extraña e irreal, que apenas podía conciliar el sueño. [9] Durante el día cavilaba compungida, mientras que por la noche a menudo yacía despierta. No era primavera y, sin embargo, allí estaba ella, siempre llorosa. [10] Entretanto, su adversaria en el juego de *go*, que había decidido quedarse a pasar la noche, charlaba animadamente, hasta que acabó por echarse. Pareció sumirse enseguida en un sueño apacible.

La hermana del muchacho alzó la vista al oír el frufú y notar la intensa fragancia, y en la oscuridad notó que algo se movía más allá de la prenda colgada del

travesaño de la cortina permanente. [\[11\]](#) Horrorizada, sin detenerse a pensar, se puso en pie y se escabulló en silencio, vestida sólo con una camisa de seda ligera y vaporosa.

Entró él, y le alivió encontrarla allí tendida y sola. Dos de sus damas dormían fuera, en el nivel inferior. [\[12\]](#) Cuando retiró la cobertura para tenderse a su lado, le pareció más corpulenta de lo que había esperado, pero de todos modos no cayó en la cuenta de la verdad. Lo que al final le puso sobre aviso fue el extraño ruido que hacía al dormir y, aunque retrocedió horrorizado, no se le ocultaba que si aquella joven llegaba a adivinar su error, se sentiría herida y él quedaría como un

zopenco. No podía ir en pos de la dama a la que buscaba, pues ella volvería a eludirle y le consideraría un necio por intentarlo. Pero si aquélla era la bella muchacha que había visto a la luz de la lámpara... ¡aprovecharía la ocasión!, lo cual, en verdad, no revelaba precisamente un carácter serio.

Por fin ella se despertó, consternada y sorprendida, y también parecía asustada, pero no dio señales de una alarma profunda o inquietante. La inexperiencia de ella alentaba una juguetona conformidad, y no perdió la cabeza. Genji prefería no decirle quién era, pero sabía que, cuando ella empezara a preguntarse qué había estado haciendo allí, la

conclusión que extraería, aunque no le afectase a él, podría perjudicar a la cruel mujer que protegía su nombre con uñas y dientes, y por ello le dio una desenvuelta explicación del motivo por el que aquel tabú le llevaba allí una y otra vez. Cualquiera con un poco de juicio habría comprendido su juego, pero la muchacha, a pesar de su desparpajo, era demasiado joven para entenderlo.

A él no le desagradaba, pero tampoco veía en ella nada que le atrajera, y seguía absorto, pensando en la exasperante conducta de su atormentadora. ¿Dónde podía haberse ocultado? Debía de considerarle un idiota redomado. Pocas mujeres eran tan obstinadas, y a él le

habría gustado ser capaz de pensar en otra cosa. Entretanto, la juvenil inocencia de la muchacha le conmovía de tal manera que, a pesar de sus reservas y con una verdadera exhibición de sentimiento, le juró que la amaba.

—La gente suele decir que es más romántico seguir tal como estamos que hacerlo público —dijo con calma—. Ámame, pues, como yo te amo. Al fin y al cabo, tenemos motivos para ser discretos y, además, no estoy en condiciones de hacer lo que me plazca. También me duele imaginar la desaprobación por parte de ciertas personas. Por favor, sé paciente y no me olvides.

—¡Es tan embarazoso pensar lo que

los demás sentirían si lo supieran! — replicó ella a esa sarta de lugares comunes—. ¡No puedo escribiros!

—Por supuesto, sería desastroso que alguien lo descubriera, pero podemos mantenernos en contacto gracias a nuestro caballero particular. Finge que no ha ocurrido nada.

Dicho esto, la abandonó, y al salir recogió una fina prenda de la que Utsusemi debía de haberse desprendido al huir. [\[13\]](#)

El muchacho dormía cerca de allí, y se despertó enseguida cuando Genji lo agitó, pues se había acostado inquieto por el cariz que podrían tomar los acontecimientos.

—¿Quién está ahí? —preguntó la voz de una anciana cuando él abrió quedamente la puerta.

¡Maldición!

—¡Soy yo!

—¿Adonde vas en plena noche? —La mujer se encaminó a la puerta.

El muchacho sintió que la odiaba.

—¡No, no, sólo voy a salir un momento!

Empujó a Genji por delante de él. La luna, todavía brillante en el cielo del alba, reveló de improviso una segunda figura.

—¿Quién está contigo? —preguntó la anciana—. Ah, debe de ser Mimbu. Mimbu, creces muy rápido, ¿verdad? —A la mujer que creía que acompañaba al

muchacho siempre le gastaban bromas a causa de su estatura—. ¡Y en menos que canta un gallo tú serás tan alto como ella! —musitó mientras cruzaba la puerta.

El muchacho pensó que se iba a armar un buen escándalo, pero no podía empujar a la mujer para que volviera adentro. Genji se ocultó pegándose a la puerta que daba a la pasarela.

—¿Esperabas a la señora ayer por la tarde? —La anciana llegó a su lado.— He estado acostada en mi habitación [14] con un fuerte dolor de estómago que empezó anteayer, pero ella me llamó de todos modos porque deseaba tener más compañía, así que anoche acudí a su lado pese a mi estado, y el esfuerzo fue

excesivo para mí. —Sin detenerse a esperar una respuesta, gimió—: ¡Ay, cómo me duele! ¡Hablaemos luego! —Y dicho esto, se marchó.

Finalmente, Genji pudo partir. La experiencia de la noche debía haberle enseñado que ir de aquí para allá de ese modo era una insensatez.

Regresó a Nijô con el hermano de la joven en la parte trasera de su carruaje, y le contó lo que había sucedido, aunque deploraba depositar su confianza en un muchacho tan joven, y chascaba los dedos, irritado por la perversidad de Utsusemi. El chiquillo estaba abatido y no dijo ni una sola palabra.

—Parece detestarme tanto que

también yo estoy disgustado conmigo mismo —siguió quejándose Genji—. Cuando le escribo, ¿por qué no me da por lo menos una respuesta cortés? ¡Conmigo ni siquiera tiene la cortesía que le dedica al Delegado de Iyo!

A pesar de todo, se puso la ligera prenda de la joven bajo la ropa para pasar la noche. Pidió al hermano que se tendiera a su lado y siguió hablándole, ya sobre el agravio que había recibido, ya acerca de sus íntimas preocupaciones.

—Eres muy buen chico —le dijo con tono grave—, pero esa hermana tuya es tan odiosa que no voy a poder seguir apreciándote.

El muchacho se sintió consternado.



Caja de escritura

Durante un buen rato, Genji trató en vano de dormir.

Entonces se apresuró a pedir que le trajeran una escribanía y, en papel de doblar, [\[15\]](#) más a la manera de la práctica caligráfica que como una verdadera carta, escribió:

Bajo este árbol, donde la cigarra en época de muda dejó su caparazón vacío, sigo anhelándola, por todo cuanto sé que ella es. [\[16\]](#)

El hermano se guardó la nota en el pliegue de la vestidura y la llevó a la joven. A Genji no le gustaba imaginar los sentimientos de la otra muchacha, pero,

tras considerar la situación, no le envió nada. Mantuvo la prenda ligera, que conservaba el olor de Utsusemi, junto a su cuerpo y se sentó a contemplarla.

Cuando el muchacho llegó a la casa, su hermana le estaba esperando y le dijo lo que pensaba.

—¡Mira lo que has hecho! Puede que hasta ahora haya logrado ocultarlo de alguna manera, pero una no puede hacer nada ante las sospechas de la gente. ¡Me has metido en un buen aprieto! ¿Y qué va a pensar él del modo infantil en que has echado esto a perder?

El hermano, dolorosamente atrapado en medio de los dos, le entregó no obstante la carta de Genji. Ella la tomó y,

a pesar de todo, la leyó. Aquel caparazón de cigarra del que ella se había desprendido... se preguntó con inquietud si había sido salado como el del pescador de Ise, [\[17\]](#) y la embargó la confusión.

En cuanto a la joven del ala oeste, no tenía a nadie en quien confiar, por lo que volvió allí avergonzada y se sumió en secreta melancolía. Aguardó con ansiedad mientras el muchacho iba de un lado a otro de la casa, pero no traía nada para ella. Aunque difícilmente podía saber lo mal que él se había comportado, de todos modos su orgullo debía de sentirse herido en cierto grado.

Entretanto, a pesar de sus muestras de indiferencia, la atormentadora de Genji no

dejaba de pensar en el aparente cariño que el joven le tenía, y aunque era imposible volver atrás, deseaba tanto ser de nuevo como había sido que escribió en el margen de su carta:

Así como las gotas de rocío se posan en las alas de la cigarra, oculta en su árbol, secretamente, oh, secretamente, estas mangas están humedecidas por mis lágrimas.

4

Yûgao La belleza crepuscular

La *yûgao* («belleza crepuscular» o, en un sentido más literal, «rostro nocturno») es una enredadera que en el capítulo se presenta así:

*«Una enredadera de un verde reluciente,
sus blancas flores sonriendo para sí*

*mismas,
trepaba alegremente por lo que parecía
una valla de tablas».*

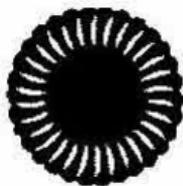
Casi al comienzo del capítulo, una misteriosa mujer le envía a Genji un abanico para que acompañe unas flores de *yûgao* que él acaba de arrancar, y en él encuentra escrito un poema:

*Imagino que bien podrías ser él: el
ligero y plateado rocío
llega para vestir de encanto a una flor
de belleza crepuscular.*

Él responde:

*Deja entonces que me acerque y vea si
eres ella, a quien la trémula luz del
anochecer*

*me permitió discernir vagamente en las
flores
de belleza crepuscular.*



Relación con los capítulos anteriores

El relato de «La belleza crepuscular» se inicia el verano en que Genji tiene diecisiete años y prosigue hasta el décimo mes. La conversación sobre la «clasificación de las mujeres en una noche lluviosa», que aparece en «El árbol de retama», parece haberle inspirado a Genji su acoso tanto de Utsusemi como de Yûgao.

Personajes

Genji, capitán de la guardia de
palacio, 17 años

La nodriza de Genji, esposa
del delegado de Dazaifu, que ahora es
monja (Daini no Menoto)

Koremitsu, hermanastro y
confidente de Genji

El Iniciado, hermano mayor de
Koremitsu

Una joven de unos 19 años (Yûgao)

La dama del caparazón
de cigarra (Utsusemi)

La hija del Delegado de
Iyo (Nokiba no Ogi)

El Delegado de Iyo (Iyo no
Suke)

El Refugio de Rokujô,
viuda de un ex príncipe heredero (Rokujô
no Miyasudokoro)

Ukon, nodriza de Yûgao

El mayordomo

Su hijo, miembro de la guardia de
palacio

El capitán secretario, amigo y
cuñado de Genji (Tô no Chûjô)

Su esposa, hija del ministro de la
Derecha (Shi no Kimi)

La hija que ha tenido con

Yûgao, la «clavellina», de 3 años
(Tamakazura)

Un doctor que fue
maestro de Genji

En los días en que Genji era convocado en secreto a Rokujô, decidió que, camino de allí, visitaría a la que fuera su nodriza, la esposa del delegado de Dazaifu, ya que estaba gravemente enferma y se había hecho monja. Su casa estaba en Gojô. [1]

Cuando vio que la puerta por la que debía entrar su carruaje estaba cerrada, mandó llamar a Koremitsu, [2] y mientras aguardaba contempló el poco atractivo espectáculo de la avenida. Al lado había una casa con paredes nuevas de ciprés entretejido, sobre la que se veía una hilera de postigos con medios paneles. Cuatro o cinco de ellos estaban abiertos, y a través de unas persianas muy blancas y que

daban una sensación de frescura vio las bonitas frentes de varias mujeres que le miraban. [3] Considerando el lugar donde debía de encontrarse el suelo sobre el que estaban de pie, parecían extrañamente altas. Genji se preguntó quiénes serían y por qué se habrían reunido allí.

Como su carruaje era muy modesto y no había enviado escolta alguna por delante, confiaba en que no le reconocerían, así que se asomó un poco. [4] La puerta, abierta y sostenida por un puntal, como un panel de postigo, [5] daba acceso a un espacio muy pequeño. Desde luego, era un lugar de reducidas dimensiones y pobre. Conmovido, Genji recordó «¿Qué hogar es nuestro para

siempre?», [6] y comprendió que la casa bien podría ser un palacio. [7]

Una enredadera de un verde reluciente, sus blancas flores sonriendo para sí mismas, trepaba alegremente por lo que parecía una valla de tablas. «Una palabra te diría, oh, tú, que vienes de lejos», [8] musitó absorto, y en ese momento uno de sus hombres hincó una rodilla en tierra y le dijo: «Mi señor, a esa flor blanca la llaman “belleza crepuscular”. [9] El nombre hace que parezca un señor o una dama, pero ¡hela aquí, floreciendo en esta lastimosa valla!»

Ciertamente, las abigarradas casas del barrio estaban deterioradas y se inclinaban penosamente en todas

direcciones, bordeadas por aleros destartalados, pero la enredadera trepaba por ellos.

—¡Pobres flores! —exclamó Genji—.

Ve y tráeme unas cuantas.

El servidor cruzó la puerta y arrancó las flores, y mientras lo hacía una menuda y bonita doncella que llevaba unos largos pantalones de pura seda amarilla abrió una sencilla pero bella puerta corredera y le hizo señas para que se acercara.

—Toma —le dijo—, dáselas encima de esto... sus tallos no tienen remedio.

Y le dio un abanico blanco e intensamente perfumado.

En aquel momento se abrió la otra puerta, por la que salió Koremitsu. El

servidor le había dado las flores a Genji.

—Mi señor —dijo Koremitsu en tono de disculpa—, lamentablemente, se nos ha extraviado la llave, por lo que os hemos causado muchas molestias. No es posible que os conozca nadie en esta vecindad, pero de todos modos, con vuestro carruaje detenido en esta mugrienta avenida... — Hizo entrar el carruaje y Genji se apeó.

[10]

El hermano mayor de Koremitsu, el Iniciado, su cuñado, el gobernador de Mikawa, y su hermana estaban reunidos en la casa. La llegada de Genji les alegró y se mostraron muy agradecidos.

La monja se puso en pie.

—Ya no me importa —dijo con

lágrimas en los ojos—, pero lo que me hizo difícil renunciar al mundo fue pensar que entonces tendríais que verme de una guisa tan extraña. Sin embargo, ahora que he recibido los Preceptos y he tenido la dicha de esta visita vuestra me siento mucho mejor, y puedo esperar en paz la luz del Señor Amida. [\[11\]](#)

—Que tu enfermedad se haya prolongado durante tanto tiempo sin alivio me ha preocupado y entristecido, pero lamento profundamente que ahora hayas renunciado al mundo de un modo tan patente. Sigue viviendo, te lo ruego, para que me veas ascender todavía más. Cuando lo haya hecho, podrás alcanzar con tanta rapidez como desees el más

elevado de los nueve nacimientos en el Paraíso. Dicen que uno no debe conservar ninguna atadura con el mundo.



Antorcha pequeña

También Genji había hablado a la mujer con lágrimas en los ojos.

Los ojos de una persona tan llena de afecto como una nodriza verán una

perfección inverosímil incluso en el niño menos dotado. No es, pues, de extrañar que la mujer se sintiera honrada por haberle servido íntimamente y que deseara evitar causarle el dolor de su pérdida. Por esta razón no podía dejar de llorar. Sus hijos, azorados en extremo, intercambiaban miradas de soslayo ante una exhibición de sentimientos tan indecorosa en presencia de Genji, como si, después de todo, su madre no pudiera abandonar el mundo al que debía haber renunciado.

El joven estaba muy conmovido.

—Cuando era pequeño, todos aquellos que deberían haberme amado me abandonaron. [\[12\]](#) Había quienes

cuidaban de mí, desde luego, pero tú eras entonces la única persona a la que me sentía unido. Ahora que he crecido y ya no me es posible estar siempre contigo ni visitarte cuando quiero, sigo añorándote cuando estoy demasiado tiempo lejos de ti. ¡Cuánto deseo que no haya una despedida definitiva! [\[13\]](#)

Siguió diciéndole tiernas palabras, y el aroma de las mangas con las que se enjugaba los ojos mientras lo hacía perfumaba la estancia, hasta que los hijos, que un momento antes habían deplorado la conducta de su madre, concedieron de buen grado que ciertamente ella había tenido una gran suerte en la vida, y todos se deshicieron en lágrimas.

Tras encargar nuevos ritos por ella, Genji pidió a Koremitsu que trajera algo para iluminarse al salir, y el muchacho volvió con una pequeña antorcha. Cuando inspeccionó el abanico que ella le había dado antes, notó que estaba impregnado del aroma preferido de su dueña y vio con placer que tenía inscrito un poema:

*Imagino que bien podrías ser él: el
ligero y plateado rocío
llega para vestir de encanto a una flor
de belleza crepuscular. [\[14\]](#)*



Doblado de papel

La caligrafía había sido alterada, pero su gracia y su distinción sorprendieron agradablemente a Genji.

—¿Quién vive en esa casa situada al oeste? —inquirió Genji a Koremitsu—. ¿Lo has preguntado?

«¡Otra vez con lo mismo!», se dijo Koremitsu, pero guardó silencio y se limitó a responder con cierta sequedad:

—Llevo aquí cinco o seis días, mi señor, pero he estado demasiado ocupado cuidando de mi madre para enterarme de

algo referente a la casa vecina.

—Te molesta que te lo pregunte, ¿verdad? De todos modos, creo que tengo motivos para buscar lo que hay más allá de este abanico, y quiero que llames a alguien que conozca al vecindario y lo averigüe.

Koremitsu entró en la finca y preguntó al celador.

—Parece que la casa pertenece a un vicegobernador honorario —le informó finalmente—. Dice que el marido se ha ido al campo, y que la esposa, una mujer joven a quien le gustan las cosas bonitas, recibe a menudo la visita de su hermana, que sirve en otro lugar. Probablemente eso es todo lo que puede saber un

sirviente como él.

«Ya veo —se dijo Genji—. Debe de ser esa joven que sirve. ¡A fe mía que me ha dado ese poema suyo como si fuese una mujer experimentada! Pero no puede ser ninguna que merezca ser tenida en consideración».

Sin embargo, no dejaba de agradarle la manera en que ella lo había abordado, y no tenía ningún deseo de perderse aquella oportunidad, ya que era evidente que en tales cuestiones su manera de ser era impulsiva. En una hoja de papel para doblar, y disimulando su caligrafía, escribió:

Déjame entonces que me acerque y vea si

*eres ella, a quien la trémula luz
del anochecer me permitió discernir
vagamente en las flores de belleza
crepuscular.*

Le pidió al hombre de quien había recibido el abanico que lo entregara.

A pesar de que nunca le había visto hasta entonces, ella había reconocido su perfil al instante, y no había dejado pasar aquella ocasión de abordarle, pero su prolongado silencio la había turbado, y se emocionó cuando le llegó su respuesta. Luego estuvo tanto tiempo hablando con sus damas sobre la respuesta que debía darle que el mensajero de Genji se molestó y regresó con su señor.

Genji partió con mucha discreción. Su escolta sólo llevaba unas antorchas de llama débil. Los postigos de la casa vecina estaban cerrados. La luz de las lámparas que se filtraba a través de los intersticios era mucho más tenue y se movía mucho más que el brillo de las luciérnagas.

No había nada vulgar en las arboledas ni el jardín de la residencia a la que Genji se dirigía, y la dama que se encontraba allí llevaba una vida de elegancia y comodidad extremas. Su actitud distante, jamás tan marcada como ahora, borró de la mente de Genji todo recuerdo de la valla cubierta de enredaderas que acababa de abandonar. Durmió hasta la

mañana del día siguiente y partió a la salida del sol, y su aspecto a la luz temprana evidenciaba por qué todo el mundo le cantaba alabanzas.

Una vez más, pasó ante aquellos postigos. Sin duda había efectuado el trayecto con anterioridad, pero ahora, con el breve encuentro persistente en su memoria, cada vez que pasaba por allí se preguntaba quién moraba en la casa.

Pocos días después se presentó Koremitsu y fue directamente en busca de Genji.

—Mi madre se encuentra más débil que nunca, y he estado haciendo todo lo posible por ella. Desde la última vez que hablamos, visité a alguien que conoce la

casa vecina y le interrogué, pero no me dijo nada con claridad. Una mujer parece haberse mudado allí el quinto mes para vivir de incógnito, pero el hombre me informó de que no habían dicho a la servidumbre nada de ella. Una y otra vez miro a través de la valla, y lo cierto es que he visto a unas jóvenes con una especie de delantal, lo que parece indicar que sirven a una dama. Ayer el sol poniente brillaba en la casa, y vi claramente a una bella mujer que estaba sentada escribiendo una carta. Parecía triste, y las jóvenes que la rodeaban lloraban quedamente.

Genji sonrió y pensó en lo mucho que le gustaría saber quién era aquella mujer.

Koremitsu pensaba que, a pesar del lastre que suponía el alto rango de Genji, sería una lástima que no se tomara algunas libertades, dada su edad y la admiración que causaba en las mujeres. Al fin y al cabo, también los que eran de extracción demasiado baja para que el mundo en general les concediera semejante libertad se encaprichaban de mujeres atractivas.

—Inventé un pretexto y envié una nota, por si podía descubrir algo —siguió diciendo—. Recibí una respuesta enseguida, escrita por una mano experta. Por lo que he podido saber, allí viven varias jóvenes hermosas.

—En ese caso, sigue con tus averiguaciones. Sería muy decepcionante

no descubrir quién es ella.

Aquella era la clase de casa que los amigos de Genji habían menospreciado porque sus inquilinos eran «de baja cuna», pero le excitaba imaginar que descubriría allí a una mujer que era un tesoro inesperado.

El asombroso rechazo de que Genji había sido objeto por parte de la dama del caparazón de cigarra le había llevado a considerarla a duras penas humana, pero si ella hubiera estado más dispuesta a escucharle, podría haberse contentado con esa única y desdichada fechoría, mientras que en sus actuales circunstancias pensaba sin cesar y con profunda irritación en el desagrado que le producía darse por

vencido. Jamás se había interesado por una mujer de tan baja categoría, pero después de aquella noche lluviosa que había pasado conversando sobre los diferentes niveles de las mujeres, la curiosidad parecía haberle infundido un interés sin límite por todas ellas. Desde luego, le apenaba aquella otra muchacha, la que con tanta inocencia estaba esperando su regreso, pero le azoraba imaginar a la primera escuchando fríamente lo que había ocurrido entre ellos, y prefería saber primero cuáles eran las verdaderas intenciones de la dama.

Entretanto, el Delegado de Iyo regresó a la ciudad y se apresuró a presentar sus respetos a Genji. Como era natural, tenía

la piel un tanto bronceada por su viaje marítimo, y a Genji su aspecto le resultaba absolutamente desagradable. No obstante, era de muy buena cuna y bastante apuesto, aunque aparentaba la edad que tenía, y ciertamente se desenvolvía bien. Cuando habló acerca de su provincia, Genji quiso preguntarle cuántos baños de aguas termales había encontrado allí, pero le embargaba una extraña timidez y numerosos recuerdos se agolpaban en su mente. Era raro y necio por su parte sentirse de aquel modo ante un hombre serio y maduro, y recordó la advertencia del caballero jefe, muy acertada en su caso, acerca de entregarse demasiado a una mujer. Su sentimiento de culpa hacia

el Delegado de Iyo le enseñaba que, desde el punto de vista del marido, el rechazo de que había sido objeto por parte de ella era admirable, por muy irritante que pudiera haberle resultado.

Cuando supo que el Delegado de Iyo se proponía entregar a su hija a un marido apropiado y luego partir de nuevo a su provincia, esta vez con su esposa, Genji perdió la cabeza y consiguió el apoyo del hermanito en una descabellada maquinación, para lograr mantener un nuevo encuentro con ella. Por desgracia, dada su alcurnia, era improbable que ni siquiera con la ayuda de ella pudiese llegar a su lado sin que nadie lo supiera; de hecho, la mujer adujo la desigualdad

existente entre ellos, y que la idea le parecía tan degradante que la descartaba rotundamente. Sin embargo, sabía hasta qué punto sería decepcionante y doloroso que él se limitara a olvidarla. Así pues, le respondía en términos afectuosos cada vez que él le escribía, adornando los poemas que incluía en el más insignificante de sus mensajes con expresiones ingeniosamente atractivas para que él la recordara, y se le presentaba como digna de su amor, de tal modo que, pese al enojo por su rechazo, de todos modos a Genji le resultaba imposible olvidarla. En cuanto a la otra muchacha, dio por sentado que lo aceptaría de buen grado, aunque en el ínterin hubiera adquirido un leal señor y

dueño, y por ello ciertos rumores sobre ese particular no afectaron a Genji.

Había llegado el otoño. Problemas de los que sólo podía culparse a sí mismo le abrumaban y hacían que espaciara cada vez más las visitas a Su Excelencia, con lo que el rencor de la dama que habitaba allí iba en aumento.

Entretanto, tras haber superado con éxito las reservas de la gran dama de Rokujô, [\[15\]](#) él había cambiado y, de la manera más lamentable, la trataba como a cualquier otra mujer. Cabe preguntarse por qué no quedaba en él nada de la temeraria pasión que le había poseído al empezar a cortejarla. Ella, que padecía una intensa melancolía, temía al mismo

tiempo que los rumores de un amorío ya embarazoso, por su diferencia de edad, no tardaran en circular, y cuando él no acudía, se pasaba muchas noches amargas, desconsolada por sus tribulaciones.

Una mañana muy brumosa, cuando Genji, todavía adormilado, se marchaba por fin, obedeciendo a la insistencia de su amante, aunque con muchos suspiros, la dama de honor Chûjô alzó un postigo de celosía y apartó la cortina de su señora, como para decirle: «¡Despedios de él, mi señora!». Ella alzó la cabeza y miró al exterior: allí estaba Genji, en pie ante todos los colores del jardín, como si no quisiera perderse su belleza. No, no había ningún otro como él.

Chûjô le acompañó a la galería. [16]
Con una cola de gasa sedosa pulcramente
atada a la cintura por encima de una
prenda sobrepuesta de color de aster [17]
perfecta para la estación, la joven tenía un
porte de deliciosa elegancia. Él la miró y
la hizo sentarse en la barandilla, en la
esquina del edificio. La recatada
deferencia que le mostraba, la longitud de
sus mechones a los lados de la cabeza...
[18] todo en ella le parecía un milagro.

*No quisiera ser tenido como el que
alegremente revolotea de flor en flor,
pero me entristecería no tomar la
campánula de esta mañana.*

—¿Qué me aconsejas? —le preguntó, tomándole la mano, pero ella le respondió con un ingenio consumado:

*Tu prisa por irte antes de que se disipe
la bruma matutina lo aclara todo,
por lo que yo diría que tu corazón se
preocupa poco por tu flor,*

haciendo así que el poema de Genji se refiriese a su señora. Un apuesto paje, con unos pantalones que podrían haber sido confeccionados para aquel mismo momento y que ahora estaban húmedos de rocío, deambulaba entre las flores y le trajo una campánula. Era una escena digna de ser pintada.

Cualquiera que mirase a Genji quedaba prendado de él. Tras un solo atisbo del resplandor que le envolvía, hombres de toda condición (pues el leñador más rudo puede, no obstante, aspirar a hacer una pausa en su trabajo bajo un árbol en flor) [\[19\]](#) deseaban ofrecerle una hija amada, mientras que el sirviente de menor categoría con una hermana a la que consideraba estimable abrigaba la ambición de ponerla al servicio de Genji. Así pues, era casi imposible que una mujer cultivada como Chûjô, que había tenido ocasión de recibir poemas suyos y deleitarse con la proximidad de su belleza, no se sintiera atraída por él. También ella debía de

haber lamentado que él no acudiera con más frecuencia a la casa.

Oh, sí, hay que decir también que Koremitsu le hizo a Genji una descripción pormenorizada de lo que sabía, tras haber espiado a través de la valla, como su señor le había ordenado.

—No tengo idea de quién es —le informé—. Da la impresión de que se esconde de todo el mundo. Sus damas tienen poco que hacer para mantenerse ocupadas. Una y otra vez parecen cruzar al lado sur de la casa, el de las ventanas con medios postigos, y las más jóvenes se asoman cada vez que oyen el ruido de un carruaje. La que creo que es su señora tiene el valor suficiente para hacer lo

mismo. [\[20\]](#) Lo que he visto de su cara parece indicar que es bella. El otro día pasó un carruaje con una escolta, y una muchachita paje que lo miraba exclamó: «¡Mira, Ukon, mira! ¡Por ahí pasa su señoría!» Entonces salió una mujer bastante mayor, diciéndole «¡Chsss...!» y haciéndole gestos para que se callara. «¿Cómo lo sabes? —le preguntó, y añadió—: Vamos, yo misma miraré». Iba a toda prisa por lo que supongo que era la pasarela, cuando se le enganchó la falda, se tambaleó y estuvo a punto de caerse. «¡Cielos! —exclamó—. ¡Ciertamente, al dios de Kazuraki éste no le salió muy bien!» [\[21\]](#) Creo que después de ese incidente dejaron de mirar al exterior. La

muchacha dijo que el caballero del carruaje vestía un manto de gala, y para demostrar que había sido el capitán secretario [\[22\]](#) nombró a varios de los asistentes y pajes que le acompañaban.

—Ojalá hubiera visto yo su carruaje —comentó Genji. Se preguntaba si la joven podría ser aquélla a la que el capitán secretario no podía olvidar.

—Estoy cortejando con éxito a una de las mujeres que viven ahí —siguió diciendo Koremitsu, sonriendo ante el evidente deseo que tenía Genji de saber más—, y ya conozco la casa, pero las jóvenes siguen hablando entre ellas como si estuvieran solas, y yo finjo creerlas. Convencidas de que su secreto está a

salvo, cada vez que un niño amenaza con soltar algo, [23] sortean la dificultad hablando como si no hubieran oído nada y mantienen la ficción de que están solas.

—Echa un vistazo a través de esa valla la próxima vez que visites a tu madre.

A juzgar por la casa donde vivía, al menos por el momento, la joven debía de pertenecer a aquel grado inferior que su amigo había despreciado de una manera tan cortante. «Sí —se dijo Genji—. ¿Y si, en efecto, aguardara aquí un descubrimiento sorprendentemente grato?»

Koremitsu, para quien la idea de decepcionar a su señor era insoportable,

organizó su amplia experiencia del cortejo para idear por fin una manera de introducirlo en la casa. Todo eso constituye un largo relato, por lo que, como de costumbre, lo he dejado al margen.

Puesto que no había logrado descubrir quién era la joven, Genji no le reveló su identidad y la asedió muy disfrazado, [\[24\]](#) con un ardor tan paciente que Koremitsu le cedió su caballo y caminó al lado de su señor.

—Lamentaría que vieran al gran amante aproximarse a pie a la casa, como un sirviente —se quejó, pero Genji, que no confiaba su secreto a nadie más, se había hecho acompañar tan sólo por el

hombre que le había entregado las flores de belleza crepuscular y por un solo paje cuyo rostro no conocería nadie de la casa. Incluso evitó visitar la casa contigua, por si así podían barruntar de quién se trataba.

La joven, llena de perplejidad, ordenó que siguieran al portador de cartas de Genji e intentó descubrir adonde iba éste tras dejarla al amanecer, con la esperanza de averiguar dónde vivía, pero él y sus hombres siempre lograban burlar a los suyos, a pesar de que Genji pensaba tan intensamente en la joven que no podía estar sin ella y aparecía una y otra vez a su lado, atormentado por su indecorosa locura.

Una aventura de esta naturaleza podría

extraviar al hombre más formal, pero hasta entonces Genji siempre se las había arreglado para dominarse y no había hecho nada merecedor de censura. Sin embargo, era extraordinaria la manera en que abandonarla por la mañana o estar lejos de ella sólo durante un día le hacía sentirse tan abatido que se preguntaba si había perdido el juicio, y se esforzaba por recordarse que nada en ella requería aquel grado de pasión. Por sus modales parecía muy joven, pues era una muchacha notablemente dulce y dócil, y poco dada a profundas reflexiones; sin embargo, algo sabía del mundo, y no podía ser de muy alta cuna. Genji no dejaba de preguntarse qué era lo que veía en ella.

Alardeaba de vestir una modesta veste de caza, de cambiarse de disfraz y de no permitir a la joven que le viera la cara, y nunca se acercaba a ella hasta que todos los demás habitantes de la casa estaban dormidos. Era tan parecido a una de aquellas criaturas de forma cambiante de antaño [\[25\]](#) que causaba una profunda angustia a la muchacha, aunque los modales de Genji con ella y su propio sentido del tacto le hacían pensar que podría ser un gran señor. «Debe de ser aquel gran amante a quien debo agradecerle esto», reflexionaba, y sus sospechas recaían en Koremitsu, pero éste se limitaba a fingir ignorancia y seguía visitando alegremente la casa como si no

supiera nada, hasta que la confusión se apoderó de ella y se sumió en una extraña melancolía.

Genji supuso que la muchacha sólo se ocultaría durante un tiempo, y se preguntaba dónde la buscaría si se desvaneciera tras haberle atrapado con tanta inocencia. Le preocupaba no saber nunca qué día podría marcharse ni adonde. Si en ese caso no lograba encontrarla y aceptaba su pérdida, la muchacha no habría sido más que una distracción pasajera, pero ni por un instante creía que pudiera olvidarla con tal facilidad. Cada noche en que la discreción le mantenía alejado de ella, se sentía tan mal que pensó en llevársela a

Nijô, sin que le importara quién fuese ni la vergüenza que podría sentir a causa de los chismorreos. A su pesar, se preguntaba qué vínculo del pasado podría haber despertado una pasión tan devoradora y tan nueva para él.

—Ven —le dijo—, quiero hablarte con tranquilidad en algún lugar donde podamos estar solos.

—Pero sería tan extraño... —protestó ella ingenuamente—. Comprendo vuestros sentimientos, pero eso es algo que no se hace. La idea me disgusta.

«No hay duda de que así es», reflexionó Genji, sonriente.

—Sí —replicó con suavidad—, uno de los dos debe de ser un zorro. Así pues,

permíteme que te embruje.

Ella le permitió salirse con la suya y cedió por completo. Su total sumisión, por curiosa que fuese, era atractiva en extremo. Ella debía de ser el «clavel silvestre» que había descrito, como ahora Genji recordaba, el capitán secretario, pero si se ocultaba debía de tener sus razones, y él se abstuvo de apremiarla. No veía ninguna señal de que de repente ella pudiera enojarse con él y desaparecer, no preveía semejante cambio a menos que la desairase gravemente, e incluso imaginaba, a su pesar, que un poco de frialdad podría aumentar el atractivo de la muchacha.

La quinceava noche del octavo mes,

[26] la brillante luz de la luna se vertía a través de cada grieta en la casa con tejado de tablas, algo que asombraba a Genji, pues nunca había visto hasta entonces una morada como aquella. El alba debía de estar cerca, porque oía las rudas voces de los hombres de las casas vecinas saludándose al despertar.

—¡Cielos, qué frío hace!

—No hay mucha esperanza de hacer negocio este año... ¡No iré al campo! [27] ¡Qué vida esta! Dime, vecino, el del norte, ¿me oyes?

Genji se sentía profundamente azorado por la cháchara y el estrépito que armaban a su alrededor las personas que se levantaban y se preparaban para abordar

sus penosas tareas. El lugar habría hecho que cualquiera con pretensiones quisiera que se lo tragase la tierra, pero la muchacha permanecía serena y no reaccionaba a ningún sonido, por desagradable, ofensivo o lastimero que fuese, y sus modales seguían teniendo una gentileza tan ingenua que tal vez aquella sombría conmoción no significara nada en absoluto para ella. Así pues, Genji la perdonó de mejor gana que si hubiera estado abiertamente avergonzada. Se oía un ruido sordo, un mortero de pedal atronaba casi en su almohada, [\[28\]](#) hasta que Genji comprendió por fin el significado de «detestable barullo». No tenía ni idea de cuál era su origen, tan

sólo sabía que era nuevo para sus oídos y terrible. El surtido de ruidos no era más que una mezcla para él.

El sonido de níveas túnicas golpeadas en la plataforma de abatanar le llegaba de todas partes, y los gansos silvestres graznaban en el



Plataforma de abatanar

cielo. Estos y muchos otros sonidos le producían una emoción dolorosamente aguda. [\[29\]](#) Abrió la cercana puerta corredera, y juntos contemplaron el exterior. En el minúsculo jardín había un bonito macizo de bambúes, sobre los que

el rocío brillaba con tanta intensidad como por doquier. Insectos de todas clases cantaban, y para Genji, que raras veces oía ni siquiera a un grillo en la pared, aquel concierto de gritos casi en sus oídos era una singular novedad, aunque el amor que sentía por la muchacha debía de inclinarle a ser indulgente. Ella, con una suave y recatada vestidura de color violeta y gris claro sobre capas sobrepuestas blancas, era encantadoramente frágil, y aunque no tenía ningún rasgo asombroso, su esbelta elegancia y su manera de hablar conmovían a Genji en grado sumo. Tal vez le favorecería un toque de orgullo, pero él seguía ardiendo en deseos de estar

con ella en un entorno menos restrictivo.

—Ven, pasemos el resto de la noche cómodamente en un lugar cercano. Ha sido demasiado difícil encontrarnos sólo aquí.

—Pero no sé cómo... Esto es tan repentino... —protestó ella con aire inocente.

No importaban las promesas que él le había hecho de que su amor duraría más que esta vida. Inexplicablemente, la dócil confianza de la muchacha había desaparecido, y él apenas podía creer que tuviera mundo. Así pues, prescindió por completo de la cautela y le pidió a Ukon que llamara a su sirviente y que le trajeran su carruaje. Esta demostración de pasión

hizo que, después de todo, las inquietas damas de honor de la muchacha depositaran su confianza en él.

Estaba a punto de amanecer. No se oían los cantos de los gallos. Todo lo que llegaba a sus oídos era la voz de un anciano postrado cuan largo era, sin duda para emprender un peregrinaje a la Montaña Santa. [\[30\]](#) El esfuerzo de estirarse en el suelo y volverse a levantar parecía resultarle muy penoso. Genji se preguntó qué era lo que aquel hombre deseaba tanto en este mundo efímero como el rocío, para insistir en unas plegarias tan extenuantes.

—¡Salve el Guía que ha de venir! [\[31\]](#)
—cantaba el anciano.

Genji se sentía conmovido:
«Escúchale. También él pone su
pensamiento más allá de esta vida».

*Deja que tus pasos tomen el camino que
este buen hombre sigue tan devotamente
y en esa edad que ha de venir mantén
todavía el vínculo que compartimos.*

Genji había evitado los antiguos
versos sobre la «Sala de la Larga Vida» y
transformado «compartir un ala» [32] en
una oración, para que saludaran juntos la
Era de Miroku. Era un gran salto al futuro.

*Tales son los pesares que evidencian el
destino que las vidas anteriores me*

exigen soportar

*que no tengo ninguna fe en que los
tiempos futuros sean mejores.*

Tal fue la triste réplica que ella le dio.

Mientras él intentaba persuadirla, puesto que ella no podía tomar la decisión de partir tan audazmente bajo la luna poniente, ésta se deslizó de súbito tras las nubes y el cielo del amanecer adquirió una gran belleza. Él se apresuró a salir, como de costumbre, a fin de que el día no revelara sus andanzas por el mundo, y, alzando con facilidad a la muchacha, la depositó en el carruaje. Ukon también subió.

Pronto llegaron a cierta finca, [\[33\]](#) y

mientras aguardaban al mayordomo contemplaron los helechos que recorrían los ruinosos aleros del antiguo portal. La oscuridad reinaba bajo los árboles. La niebla se extendía húmeda y densa, y Genji tenía las mangas empapadas tan sólo porque había alzado las persianas del carruaje.

—Jamás había hecho una cosa así — comentó—. Es algo que destroza los nervios, ¿no es cierto?

¿Es posible que, en el pasado, otros también se perdieran así?

En cuanto a mí, nunca he conocido tan extrañas correrías al amanecer.

—¿Has hecho esto alguna vez?

Ella le respondió tímidamente:

La luna errante, insegura de lo que cabe esperar del borde de las montañas, puede fácilmente desvanecerse y desaparecer en pleno cielo. [34]

—Tengo miedo.

A él le divirtió verla tan trémula y temerosa. Supuso que echaba de menos a la multitud que siempre la rodeaba en casa.

Genji pidió que entraran el carruaje y apoyaran sus varas en la barandilla [35] mientras les preparaban su habitación en el ala occidental. La entusiasmada Ukon

recordó el pasado, porque la manera en que el mayordomo iba apresurada y oficiosamente de un lado a otro revelaba la clase de hombre que era el amante de su señora.

Bajaron del carruaje cuando la luz del día empezaba a restaurar la forma y el color del mundo. A pesar de lo imprevisto de su llegada, les habían arreglado muy bien el aposento.

—Veo que no tenéis a nadie más con vos, mi señor —le dijo el mayordomo, un criado de bajo nivel, hombre reservado, también al servicio de Su Excelencia—. Esto dificulta bastante las cosas.

Se aproximó y le preguntó por medio de Ukon si debía reunir un séquito

apropiado. [\[36\]](#)

Genji le hizo callar enseguida.

—He venido aquí adrede para ocultarme. No digas una palabra de esto a nadie.

El hombre se apresuró a proporcionarles el desayuno, aunque realmente carecía de personal para servirlo.

Nunca hasta entonces Genji había pernoctado fuera de su residencia como lo estaba haciendo ahora, y aseguró a la muchacha una y otra vez que la amaría incluso más tiempo del que duraría el flujo del río Okinaga. [\[37\]](#) El sol estaba alto cuando se levantaron, y él mismo abrió los postigos. El jardín, descuidado y

desierto, se extendía a lo lejos, sus antiguas arboledas se alzaban como muros melancólicos. La parte más cercana del jardín y los arbustos carecían de cualquier encanto, la extensión más amplia parecía un brezal en otoño y el estanque estaba cubierto de plantas acuáticas. El lugar resultaba extrañamente inquietante y su aislamiento era total, aunque parecía haber una edificación anexa a cierta distancia.

—Este sitio es de verdad misterioso —dijo Genji—, pero no importa: a mí no me molestarán los demonios.

A la muchacha le ofendía profundamente que él siguiera con la cara cubierta, y Genji convino en que mantener

el embozo no era nada natural, y le dijo:

*La flor a la que ahora ves revelar sus
secretos bajo el rocío del anochecer
brilló primero ante tus ojos en una carta
de hace mucho tiempo.*

—¿Te complace el brillo del rocío?

Ella, mirándole de soslayo, murmuró:

*¡La luz que vi llenar las gotas de rocío
que entonces adornaban una belleza
crepuscular,
no era más que un engaño del último
brillo evanescente del día!*

Él estaba encantado. Cuando se

hallaba tranquilo, su belleza era en verdad extraordinaria, y en aquel marco lo era en un grado alarmante.

—Ese distanciamiento tuyo me duele tanto que me propongo no mostrarte jamás mi rostro. No me digas tu nombre ahora. Me asustas, ¿sabes? [\[38\]](#)

—Ya sabéis, tan sólo soy la hija de una buceadora [\[39\]](#) —respondió ella gentilmente, negándose, como siempre, a decirle más.

—De acuerdo, supongo que es culpa mía. [\[40\]](#)

Genji se pasó el resto del día ya reprobándola, ya susurrándole al oído dulces naderías.

Koremitsu logró dar con ellos y les

llevó un refrigerio. Evitó atender personalmente a Genji porque no quería oír lo que le diría Ukon. Le regocijaba que Genji hubiera recurrido a llevarla allí, y, suponiendo que su belleza mereciera tanta molestia, se congratulaba un tanto amargamente (puesto que muy bien podría haberla poseído él mismo) de su generosidad al cedérsela a su señor.

Mientras contemplaba la puesta de sol en un cielo inefablemente apacible, Genji recordó que a ella le desagradaba la penumbra dentro de la casa. Abrió los postigos externos [\[41\]](#) y se tendió al lado de la muchacha. Se miraron en el resplandor crepuscular y, pese a la inquietud que sentía, ella olvidó las

preocupaciones y se le entregó un poco, de una manera encantadora. Había yacido a su lado durante todo el día, conmovedoramente joven y dulce, embargada de timidez y temor.

Él bajó temprano los postigos de celosía y pidió que encendieran la lámpara. Entonces se quejó:

—Henos aquí, tan próximos como es posible estar, pero en el fondo sigues distanciándote de mí. No puedo soportarlo.

Sabía con qué inquietud Su Majestad debía de estar buscándole, aunque no imaginaba dónde podrían mirar sus hombres. ¡Cuán extraño es este amor! ¡Y en Rokujô, en qué estado debe de hallarse

ella! Ella le hacía sentirse sobre todo culpable, y él comprendía su enojo, por doloroso que pudiera ser. Cuanto mayor era el cariño con que pensaba en la inocencia y la ausencia de malicia ante sus ojos, tanto más anhelaba librarla un poco del orgullo que tal desasosiego le causaba.

Anocheecía cuando se quedó adormilado, y en su sopor vio a una hermosa mujer sentada junto a su almohada.

—Me maravillas —le dijo la dama—, pero no te tomas la molestia de visitarme; no, traes aquí a una criatura tediosa y te desvives por ella. Es un comportamiento abominable y muy equivocado.

Entonces ella sacudió a la mujer que estaba al lado de Genji para despertarla.

Él se despertó, consciente de una presencia opresiva y amenazante. La lámpara estaba apagada. Alarmado, Genji desenvainó la espada, la puso al lado de la muchacha y llamó a Ukon. Ésta se le acercó, también claramente alarmada.

—Ve a despertar al guardián en la pasarela y dile que traiga una antorcha —le ordenó.

—Pero, señor, ¿cómo voy a hacerlo en la oscuridad?

—¡No seas necia! —replicó Genji riendo, y dio varias palmadas. Le respondieron unos ecos misteriosos.

Nadie podía oírle, nadie acudía. Ella

temblaba violentamente, sin poder contenerse. Empapada en sudor, parecía a punto de desmayarse.

—Siempre es tan apocada... —dijo Ukon—. ¡Qué mal lo debe de estar pasando ahora!

Genji sintió compasión por ella, frágil como era y tan dada a pasarse los días contemplando el cielo.

—Yo mismo le despertaré. Con mis palmadas sólo consigo tediosos ecos. Espera aquí, quédate con ella.

Tiró de Ukon para que se acomodara junto a la muchacha, se encaminó a las puertas dobles en el lado oeste y las abrió. La luz de la pasarela también estaba apagada. Se había levantado una

leve brisa, y los pocos hombres a su servicio —sólo el hijo del mayordomo (un joven al que utilizaba para que le hiciera recados particulares), el paje de la cámara privada y su sirviente habitual— [42] estaban dormidos. El hijo del mayordomo respondió a su llamada.

—Trae una antorcha. Que mi sirviente taña la cuerda de su arco [43] y no dejes de gritar advertencias. ¿Cómo puedes dormir en un lugar tan solitario como este? Creí que el señor Koremitsu estaba aquí. ¿Dónde está?

—Estaba a vuestro servicio, mi señor, pero se marchó porque no le dabais órdenes. Dijo que volvería a buscaros al amanecer.

El joven partió hacia los aposentos del mayordomo, tañendo con pericia su arco (pertenecía a la guardia de palacio) y gritando una y otra vez:

—¡Cuidado con el fuego! [\[44\]](#)

Genji pensó en el palacio, donde los caballeros del círculo privado ya debían de haberse presentado para entrar en servicio y donde, en aquellos momentos, la guardia debía de estar anunciándose. [\[45\]](#) Ciertamente, todavía no era tan tarde.

Genji entró de nuevo y avanzó a tientas hasta llegar junto a la muchacha. Esta aún yacía con Ukon postrada a su lado.

—¿Qué es esto? ¡Un temor como el tuyo es absurdo! —reprendió a Ukon—.

En las casas vacías, zorros y qué sé yo sorprenden a la gente dándoles un buen susto... sí, eso es. No van a amenazarnos mientras yo esté aquí.

Hizo que la mujer se sentara.

—Estaba acostada porque me siento muy mal, mi señor. Mi pobre señora debe de estar completamente aterrada.

—Sí, pero ¿por qué habría de...?

La palpó: la muchacha no respiraba. La sacudió, pero estaba como sin vida e inconsciente, y él comprendió con impotencia que, infantil como ella era, un espíritu se la había llevado.

Trajeron la antorcha. Ukon no estaba en condiciones de moverse, y Genji corrió la cortina cercana. [\[46\]](#)

—¡Acércala más! —ordenó. Reacio a aproximarse más a su señor en aquellas circunstancias críticas, el hombre se había detenido al entrar en la habitación—. ¡Te digo que la traigas aquí! ¡Ten un poco de sentido común!

Entonces, a la luz de la antorcha, Genji vio junto la almohada, antes de que la aparición se desvaneciera, a la mujer de su sueño. A pesar de la sorpresa y el terror, pues tenía noticia de tales cosas por lo menos en los relatos de antaño, estaba desesperado por saber lo que había sido de ella, hasta que prescindió por completo de la dignidad, se tendió a su lado y la llamó para que se despertara. Pero ella estaba cada vez más fría y ya no

respiraba.

Genji se había quedado sin habla. No había nadie para decirle qué debía hacer. Debería haber recordado que en tales ocasiones uno necesita sobre todo un monje, [47] pero, a pesar de su deseo de ser fuerte, era demasiado joven, y verla perdida lo trastornó.

—¡Oh, mi amor! —exclamó mientras la abrazaba—. ¡Vuelve a la vida! ¡No me hagas algo tan terrible!

Pero ella estaba ahora totalmente fría y era desagradable al tacto. El terror que antes embargara a Ukon se transformó en una patética tormenta de llanto.

Él recordó que un demonio había amenazado a un ministro en el Shishinden

[48] e hizo acopio de valor.

—No, no —reprendió a Ukon—. ¡No es posible que se haya ido! ¡Qué fuerte suena una voz por la noche! ¡Silencio, silencio!

La súbita calamidad le había confundido por completo.

Llamó al hijo del mayordomo.

—Alguien ha sido extrañamente atacado por un espíritu y parece enfermo de gravedad. Dile a mi servidor que vaya en busca del señor Koremitsu y le haga venir de inmediato. Si el Iniciado está aquí, dile en privado que venga también. Ha de ser discreto y no decirle nada a su madre. Ella desaprueba tales aventuras.

Tomó estas disposiciones con bastante

desenvoltura, pero estaba atormentado y el atroz pensamiento de que él podría causar la muerte de la muchacha [49] llenaba el ambiente de terrores sin cuento. Debía de ser más de medianoche, y se había levantado viento. Los pinos producían el estrépito de un bosque entero sacudido por las ráfagas, y un ave misteriosa lanzaba gritos estridentes; Genji se preguntó si sería un búho. Cuán sombría, solitaria y silenciosa estaba la casa. Oh, ¿por qué había elegido para pasar la noche aquel lugar espantoso?, se preguntó amargamente con vano arrepentimiento. La desesperada Ukon se aferraba a él, temblando como si fuese a morir. Él la rodeó con los brazos y se

preguntó, abatido, qué sería de ella. Sólo él había permanecido lúcido, y ahora tampoco sabía qué hacer.

La llama de la lámpara parpadeó, mientras desde los oscuros recovecos de más allá del biombo que le separaba de la cámara [50] llegaba el ruido sordo y el roce de seres que se desplazaban. Notaba que se aproximaban por detrás de él. ¡Ojalá Koremitsu pudiera venir pronto! Pero era difícil localizar a Koremitsu, y la eternidad que transcurrió mientras el servidor de Genji lo buscaba hizo que aquella noche pareciera un millar.

Por fin, el canto distante de un gallo hizo que sus pensamientos girasen como un torbellino. ¿Qué podía haberle

impulsado a arriesgar la vida en semejante catástrofe? Su temeridad en aquellas aventuras parecía establecerlo como un ejemplo perpetuo. Por mucho que intentara silenciar lo ocurrido, la verdad siempre afloraría. Su Majestad se enteraría, el asunto estaría en boca de todos y la chusma de la ciudad lo pregonaría por doquier. Todo el mundo le conocería sólo como un necio.

Finalmente llegó Koremitsu. Siempre había estado al servicio de Genji, a medianoche o al amanecer, pero precisamente aquella noche era culpable de no haber respondido a la llamada de su señor. Genji le hizo entrar, a pesar de su desagrado, y era tanto lo que tenía que

decirle que al principio no encontró las palabras. Ukon dedujo que Koremitsu estaba allí y lloró al recordar todo lo que había sucedido. También Genji perdió el dominio de sí mismo. A solas, había aguantado lo mejor que había podido mientras sostenía en brazos a su amor, pero la llegada de Koremitsu le había proporcionado el respiro necesario para ser consciente del alcance de su dolor, y durante algún tiempo no pudo hacer más que llorar sin consuelo.

Por fin sus lágrimas remitieron.

—Algo extrañísimo ha sucedido aquí, algo tan horrible que no se puede expresar con palabras. En un momento tan atroz, creo que uno entona las escrituras, así que

he mandado llamar a tu hermano para que lo haga y ofrezca plegarias.

—Ayer regresó a la Montaña [\[51\]](#) —replicó Koremitsu—. Pero todo esto es extraordinario... ¿Podría ser que mi señora se encontrara mal?

—No, no, en absoluto.

De nuevo con lágrimas en los ojos, la belleza de Genji era tan perfecta que tampoco Koremitsu pudo contenerse y se deshizo en llanto. Al fin y al cabo, en aquellos momentos críticos necesitaban a alguien maduro, alguien con una vasta experiencia del mundo. Eran demasiado jóvenes para saber cómo debían actuar.

—El mayordomo no debe descubrirlo, si lo hiciera sería un desastre —dijo

Koremitsu—. Puede que él sea digno de confianza, pero los sirvientes que le rodean divulgarán lo ocurrido. Tenéis que abandonar esta casa de inmediato, mi señor.

—Pero ¿cómo podría estar menos poblado cualquier otro lugar?

—Sí, es verdad. En casa de mi señora, las mujeres dolientes llorarían y se lamentarían, y hay tantas casas alrededor que los vecinos se darían cuenta enseguida. No tardaría en saberlo todo el mundo. En cambio, en un templo de montaña estas cosas no son infrecuentes, y en un lugar así quizá sería posible no llamar la atención. —Entonces Koremitsu tuvo una idea—. La llevaré a

las Colinas Orientales, donde vive como monja una dama de honor que conocí en el pasado. Fue el aya de mi padre, y es muy mayor. La vecindad parece estar llena de gente, pero el lugar donde ella vive es muy tranquilo y está resguardado.

La servidumbre de la finca había vuelto a sus ocupaciones, y el muchacho ordenó que trajeran su carruaje y el de Genji.

Genji no tenía fuerzas para alzar en brazos a la mujer, y fue Koremitsu quien la envolvió en una estera acolchada y la tendió en el carruaje. Era tan ligera que él se sentía más atraído hacia ella que repelido. No la había envuelto del todo, y su cabellera quedaba colgando. Al verla,

las lágrimas anegaron los ojos de Genji, y su pesar alcanzó tal intensidad que resolvió permanecer con ella hasta el final.

Pero Koremitsu no estaba dispuesto a consentirlo.

—Mi señor, debéis volver a Nijô antes de que haya salido demasiada gente.

Le pidió a Ukon que subiera también al carruaje, y entonces le cedió a Genji su caballo y él partió a pie con los pantalones fruncidos recogidos. [52] Era un extraño cortejo, pero el desesperado estado de Genji había alejado de la mente de Koremitsu todo pensamiento acerca de sí mismo. [53] Genji llegó a casa ajeno a lo que le rodeaba y apenas consciente.

—¿Dónde habéis estado, mi señor? — quisieron saber sus mujeres—. Vuestro aspecto no es nada bueno.

Pero él fue directamente a su cama rodeada de cortinas, se llevó la mano al corazón y se entregó a su angustia.

«¿Cómo es posible que no haya ido en el carruaje con ella? —se preguntó desesperado—. ¿Cómo se sentirá si vuelve a la vida? Probablemente supondrá que aproveché la oportunidad para huir y me odiará». Estaba mareado. Le dolía la cabeza, parecía tener fiebre y, en conjunto, se sentía tan mal que pensó que su vida no tardaría en concluir.

Sus damas de honor se preguntaban por qué no se levantaba a pesar de que el

sol estaba alto. Aunque le ofrecieron el desayuno, yació allí, sufriente y con el corazón deshecho. Entretanto, unos mensajeros —los jóvenes caballeros de Su Excelencia— [\[54\]](#) llegaron enviados por Su Majestad, quien, al no encontrar a Genji el día anterior, estaba muy preocupado. Desde detrás de las persianas, Genji invitó al capitán secretario a «entra pero permanece de pie». [\[55\]](#)

—En el quinto mes, una antigua aya mía enfermó tanto que se cortó el cabello y tomó los Preceptos —le explicó—, y con eso pareció que mejoraba, pero hace poco su enfermedad volvió a agravarse y, en su débil condición, quiso verme por

última vez. Accedí porque, después de todo, ha estado cerca de mí desde que era una criatura, y pensé que se sentiría dolida si no lo hacía. Por desgracia, una de sus sirvientas, una mujer que ya estaba mal, murió antes de que pudieran sacarla de la casa. Temerosos de lo que eso pudiera significar para mí, dejaron que transcurriera el día antes de llevársela, pero lo descubrí, de modo que ahora, en un mes lleno de ritos sagrados, esta fastidiosa dificultad significa que sería cargo de conciencia ir a palacio. [\[56\]](#) Te pido disculpas por hablarte así, pero me duele la cabeza desde el amanecer. Debo de estar resfriado.

—Informaré de ello a Su Majestad —

respondió el capitán secretario—. Anoche hubo música y te buscaba por todas partes. No parecía nada complacido. — Entonces habló por sí mismo—: ¿Qué es en realidad esta mancha en que has incurrido? Me temo que tu historia me resulta difícil de creer.

Genji sintió una punzada de alarma.

—Ahórrale los detalles a Su Majestad. Dile tan sólo que me ha afectado una contaminación imprevista. Todo esto es muy desagradable.

Su respuesta parecía despreocupada, pero en el fondo estaba lleno de aflicción. Tal era su angustia que se negaba a ver a nadie. Llamó al superintendente de chambelanes [\[57\]](#) y le pidió que

transmitiera formalmente a Su Majestad un informe sobre su condición. A Su Excelencia le escribió diciéndole que, por la razón que mencionaba, no podía presentarse personalmente en la corte.

Koremitsu acudió al anochecer. Había pocas personas allí, porque los visitantes se habían marchado sin sentarse, al advertirles Genji que estaba manchado. Genji llamó a Koremitsu.

—Dime, ¿te has asegurado de que no hay ninguna esperanza? —se llevó las mangas a los ojos y lloró.

—Sí, mi señor, creo que todo ha terminado —también Koremitsu lloraba—. No he podido quedarme mucho rato. He dispuesto que un anciano y piadoso

monje se ocupe mañana de lo que ha de hacerse, puesto que es un día apropiado.

[58]

—¿Y qué me dices de su dama de honor?

—No creo que pueda superarlo. Esta mañana parecía dispuesta a arrojarse desde un risco, en su anhelo por reunirse con su señora. Quería comunicarlo a la familia de su señora, pero logré persuadirla de que sea paciente y piense las cosas primero.

Genji estaba abrumado.

—Yo mismo me siento muy enfermo y me pregunto qué va a ser de mí.

—No debéis amargaros así, mi señor. Las cosas salen como es preciso que lo

hagan. No se lo diré a nadie, y tengo intención de ocuparme de todo personalmente.

—Supongo que tienes razón. También he intentado convencerme de eso, pero la culpa de haber causado neciamente la muerte de alguien es muy dolorosa. No le digas nada a Shôshô [\[59\]](#) ni a nadie — siguió diciendo, para asegurarse de que Koremitsu mantendría la boca cerrada—. Tu madre, sobre todo, desaprueba estas cosas en grado sumo, y si se enterase jamás podría mirarla a la cara.

Koremitsu le aseguró, para su gran alivio, que incluso les había contado a los monjes del templo una historia muy diferente.

—¡Qué extraño! ¿Qué puede estar ocurriendo? —murmuraron las mujeres al oír retazos de esta conversación—. ¿Dice que está manchado y no puede ir al palacio? Pero ¿por qué están los dos susurrando y rezongando de esa manera?

—Entonces sigue adelante con la buena obra. —Genji le dio a Koremitsu instrucciones para el rito inminente.

—Pero, mi señor —objetó Koremitsu, levantándose—, éste no es momento para actos ostentosos.

Genji no soportaba verle marchar.

—Sé que esto no te gustará, pero no habrá paz para mí hasta que vuelva a ver su cuerpo. Iré allá a caballo.

A Koremitsu le parecía arriesgado,

pero replicó:

—Sea pues, mi señor, si ése es vuestro deseo. Entonces debéis partir de inmediato y estar de vuelta antes de que la noche haya terminado.

Genji se puso el manto de caza que había usado últimamente en sus salidas secretas y partió. Angustiado como estaba y lleno de pesar, tras aquel encuentro con el peligro se preguntó si realmente debía emprender un viaje tan arriesgado, pero los implacables tormentos de la aflicción le hicieron perseverar, pues si no veía entonces el cadáver de la muchacha, ¿cuándo en todos los millones de años futuros volvería a verla como antes había sido?

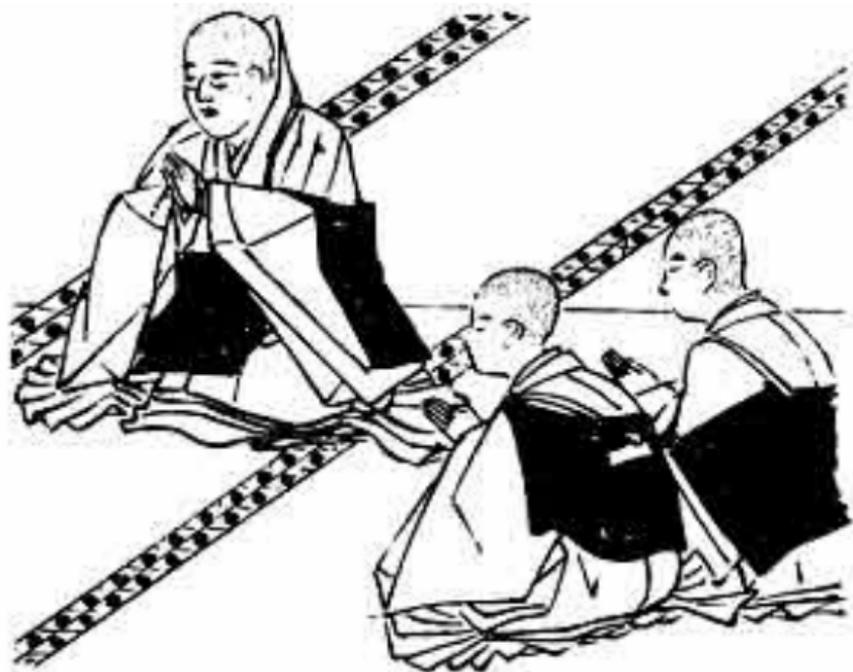
Como de costumbre, llevó consigo a su sirviente y a Koremitsu. El camino parecía interminable. La luna de la decimoséptima noche [60] era tan brillante que, a lo largo de la ribera del río Kamo, apenas se veían las luces de su escolta, [61] y tal era su desesperación que el paisaje hacia Toribeno no le turbaba en absoluto. [62] Por fin llegó.

En la vecindad había algo inquietante, y la casa con tejado de tablas de la monja, contigua a la capilla donde se entregaba a sus devociones, tenía un aspecto desolado. La luz de las lámparas brillaba débilmente a través de las rendijas, y desde el interior le llegaba el llanto de una mujer. Ante la casa, dos o tres monjes

hablaban entre periodos de silencio, invocando el nombre de Amida. [63] El oficio de primera hora de la noche había finalizado en los templos cercanos y reinaba un silencio profundo, mientras que hacia Kiyomizu había luces y señales de densa congregación humana. Un monje venerable, el propio hijo de la monja, cantaba las escrituras en un tono que despertaba un sagrado temor reverencial. Genji tenía la sensación de que iba a llorar hasta que no le quedaran lágrimas.

Al entrar encontró la lámpara vuelta hacia la pared [64] y a Ukon, que yacía detrás de un biombo, y comprendió el profundo dolor de ella. Ningún temor embargaba a Genji. Ella estaba tan

hermosa como siempre, pues todavía no mostraba ningún cambio. La tomó de la mano.



Monjes invocando a Amida

—¡Oh, déjame escuchar tu voz de nuevo! —le imploró sollozando—. ¿Qué vínculo atemporal entre nosotros puede haberme hecho amarte tan brevemente con

todo mi corazón, sólo para que me abandones de forma tan cruel, dejándome lleno de pesar?

Los monjes, que no sabían quién era, se asombraron al ver sus lágrimas y lloraron con él.

Genji ofreció a Ukon la posibilidad de ir a Nijô, pero ella se limitó a replicar:

—¿Qué hogar podría tener, mi señor, ahora que de repente he perdido a la señora a quien jamás dejé en los años transcurridos desde que ambas éramos niñas? Pero quiero que los demás sepan lo que le ha ocurrido. Por terrible que esto pueda ser, no soportaría que me acusaran de no habérselo dicho. —Entre amargas lágrimas, siguió diciendo—:

¡Ojalá pudiera unirme a su humo y elevarme con ella hasta el cielo!

—Es natural ese deseo tuyo —le dijo él, consolándola—, pero así es la vida. Jamás ha habido una despedida sin dolor. Tarde o temprano, a todos nos llega el momento. Anímate y confía en mí. Pero incluso mientras te hablo —añadió de un modo desconcertante— dudo de que yo mismo vaya a vivir mucho más.

—Mi señor —intervino Koremitsu—, pronto amanecerá. Deberíais estar camino de casa.

Mientras se alejaba cabalgando con el corazón encogido, Genji miró hacia atrás una y otra vez.

El viaje estuvo muy cargado de rocío,

[65] y le pareció que erraba a ciegas en medio de la densa niebla matutina. Ella yacía allí, con el aspecto que había tenido en vida, bajo la túnica escarlata de Genji, la que él le había puesto la noche anterior a cambio de una de ella. ¿Cuál había sido el auténtico vínculo entre ellos? Durante el camino trató de aclararlo. Koremitsu estaba de nuevo a su lado para ayudarle, porque en el estado en que Genji se hallaba no estaba muy seguro en la silla, pero, aun así, cuando llegaron al terraplén del río Kamo, Genji cayó al suelo.

—Tal vez tengas que dejarme aquí, junto al camino —dijo desde las honduras de su sufrimiento—. No sé cómo voy a llegar a casa.

El preocupado Koremitsu comprendió que, si hubiera sido juicioso, nunca habría permitido que Genji insistiera en hacer aquel viaje. Se lavó las manos en el río y, acuciado por el tremendo problema que tenía entre manos, invocó a la Kannon de Kiyomizu, [66] pero eso no le hizo ver con más claridad lo que debía hacer. Genji tomó una resolución: invocó en su corazón a los Budas [67] y, con la ayuda que Koremitsu podía prestarle, se las arregló para regresar a Nijô.

Las damas de honor deploraron aquella misteriosa correría de su señor en las profundidades de la noche.

—Esto no tiene buen aspecto —se quejaron entre ellas—. Ultimamente ha

salido más inquieto que nunca para llevar a cabo esas diligencias secretas, y ayer parecía enfermo de verdad. ¿Por qué creéis que deambula por ahí de esa manera?

Postrado allí, parecía encontrarse realmente muy mal, y dos o tres días después estaba muy débil. Su Majestad se preocupó mucho al enterarse de su estado. Pronto se oyeron por todas partes las voces de los sanadores, mientras ritos, letanías y purificaciones se sucedían sin pausa. El reino entero lamentaba que Genji, cuya perfecta belleza ya causaba aprensión, pareciera ahora imposibilitado de seguir viviendo.

En medio de su sufrimiento, Genji

llamó a Ukon a su lado, le cedió una habitación cercana y la tomó a su servicio. Koremitsu logró calmar sus temores, pese a la inquietud que le atenazaba, y prestó ayuda a Ukon para que su presencia allí fuese de utilidad, diciéndose que, al fin y al cabo, no tenía otro refugio. La llamaba cada vez que se sentía un poco mejor y le encargaba tareas, y pronto la muchacha conoció a todo el personal. Aunque no era una belleza, con su negro atuendo de luto [68] la joven estaba perfectamente presentable.

—Resulta extraño que el poco tiempo que pasamos juntos al final haya acortado también mi vida —le dijo Genji a Ukon en privado—. Si me hubiera sido concedido

vivir mucho, habría querido hacer cuanto pudiera por ti, para aliviar el dolor de perder a la señora en quien confiaste durante todos estos años, pero lo cierto es que pronto iré a reunirme con ella. ¡Cuánto me gustaría que no fuese así!

Al ver su debilidad y sus lágrimas, ella olvidó sus propias congojas y sólo anheló que él viviera.

La servidumbre de Genji estaba consternada, y de palacio llegaban más mensajeros que gotas de lluvia caen del cielo. Él lamentaba mucho causarle tal preocupación a Su Majestad, y hacía lo posible por recobrar las fuerzas. Su Excelencia le visitaba a diario y, tal vez gracias a sus atentos cuidados, después de

veinte días de grave enfermedad la indisposición de Genji remitió casi por completo y pareció que iba a recuperarse.

Aquella noche, llegó a su fin la reclusión que el hecho de haber sido contaminado le imponía a Genji y, por consideración a Su Majestad, que se había preocupado tanto por él. se retiró a sus aposentos de palacio. Su Excelencia fue a buscarle en su carruaje y le preguntó solícitamente por su período de aislamiento. Durante algún tiempo Genji sintió como si todo aquello fuese irreal y hubiera vuelto a la vida en un mundo desconocido.

El día vigésimo del noveno mes, Genji se había restablecido del todo. Era

cierto que estaba extremadamente delgado, pero por esa misma razón su belleza había adquirido una elegancia nueva y especial. También era proclive a accesos de ociosa melancolía y de llanto, que producían curiosidad y dieron lugar al rumor de que debía de estar poseído por un espíritu.

Al comienzo de una noche serena llamó a Ukon para hablar con ella.

—Todavía no lo comprendo —le dijo—. ¿Por qué me impidió saber quién era? Habría sido cruel incluso por parte de la hija de una buceadora, si eso era, hacer caso omiso de mi patente amor y mantener tanta distancia entre nosotros.

—¿Por qué habría deseado ocultaros

quién era, mi señor? ¿Cuándo habría considerado oportuno decirnos su nombre, totalmente insignificante? Fuisteis a su encuentro desde el principio de tan extraña guisa que, como ella misma dijo, no podía creer del todo que fuerais real. Vuestra misma insistencia en ocultarle vuestra identidad dejó bastante claro quién erais, pero le dolía que, de un modo tan evidente, parecierais buscarla tan sólo para divertirnos.

—¡Qué desdichada contienda de voluntades! No tenía ningún deseo de permanecer distanciado. Pero, mira, aún tengo muy poca experiencia en la clase de relaciones que otros podrían criticar. En mi posición debo ser cauto con respecto a

muchísimas cosas, sobre todo por temor a los reproches de Su Majestad, y sencillamente no tengo la libertad de cortejar a cualquier mujer que me plazca, porque mis acciones pueden ser objeto de censura con mucha facilidad. Con todo, tras aquel intercambio por azar la primera noche, me sentí tan extrañamente atraído hacia ella que me arriesgué a visitarla pese a todo, y supongo que esto fue prueba suficiente de que el vínculo entre nosotros estaba predeterminado. ¡Qué triste es todo esto, y qué amargo! ¿Por qué tomó una posesión tan completa de mi corazón, si ella y yo estábamos destinados a relacionarnos de forma tan breve? He encargado que pinten imágenes cada siete

días para sus servicios fúnebres: ¿a quién debería dedicarlas en silencio? [69]

—Muy bien, mi señor, no veo razón para no daros las respuestas que buscabais. Tras la muerte de mi señora, sólo deseaba evitar chismorreos acerca de cosas que ella misma había mantenido ocultas cuando vivía. Sus padres murieron siendo ella muy joven. Su padre, conocido como el Capitán de Tercer Rango [70] le tenía mucho cariño, pero parece ser que sufrió sobremanera a causa de su incapacidad de ascender, y al final acabó demasiado desalentado para seguir viviendo. Tras su muerte, ocurrió que Su Señoría el capitán secretario, que entonces era teniente, [71] empezó a

visitarla, y siguió haciéndolo así, fielmente, durante tres años. Pero el pasado otoño ella recibió ciertas aterradoras amenazas efectuadas por la residencia del ministro de la Derecha, [72] y le asustaron tanto, pues era muy apocada, que huyó a ocultarse en la casa de su aya, en la parte occidental de la ciudad. Allí la vida era muy dura y ella quería trasladarse a las montañas, pero este año esa dirección quedó cerrada para ella, [73] y la evitó al conformarse con la pobre vivienda donde, para su consternación, mi señor, al final disteis con ella. Su timidez era tan excepcional que le azoraba que vieran que era desdichada, y cuando estaba con vos

fingía despreocupación.

¡De modo que era eso! Ahora Genji lo comprendía, y el recuerdo de la muchacha le conmovió más hondamente que nunca.

—He oído al capitán secretario lamentar la pérdida de un hijo. ¿Lo tuvo?

—Sí. mi señor, al comenzar la primavera de hace dos años: una niña encantadora.

—¿Dónde está? No debes hablarle de ella a nadie más... entrégamela a mí. Me alegraría mucho tenerla conmigo en recuerdo de su madre, que tanto significó para mí. —Y siguió diciendo—: La verdad es que debería decírselo al capitán secretario, pero entonces tendría que aguantar sus vanos reproches. No veo

ningún motivo por el que no debiera criarla. Te ruego que inventes algo que decirle al aya que debe de tenerla ahora y que la traigas aquí.

—Lo haré de buen grado, mi señor. No me gusta imaginarla creciendo tan lejos, al oeste de la ciudad. Mi señora la dejó allí sólo porque no tenía a nadie más que cuidara de ella como es debido.

Cuando el apacible crepúsculo se fundió con la noche bajo un hermoso cielo, un grillo cantó intermitentemente en el desvaído jardín y los colores otoñales brillaron por doquier. Al contemplar los placeres de esta escena, tan parecida a una pintura, Ukon se preguntó qué hacía en un entorno tan delicioso y se ruborizó al

recordar la casa de las bellezas crepusculares.

La llamada gutural de una paloma entre los bambúes hizo que Genji rememorase, con una punzada de afecto, el aspecto aterrado de la joven al oír el arrullo de una paloma aquella noche en la vieja mansión.

—¿Qué edad tenía? Supongo que estaba bastante claro, por su extraordinaria fragilidad, que no viviría mucho.

—Creo que mi señora tenía diecinueve años. La muerte de su aya me dejó huérfana, y ahora, al recordar lo amable que era el padre de mi señora y cómo me crió con su propia hija, apenas

sé cómo voy a seguir viviendo. A estas alturas, casi preferiría no haber tenido tanta intimidad con ella. ¡He pasado tantos años dependiendo de una señora que, después de todo, era tan frágil!

—Pero es la fragilidad lo que da su encanto a la mujer. No me interesan las mujeres que insisten en valorar su inteligencia. Prefiero una que sea dócil, tal vez porque yo mismo no soy demasiado ingenioso ni estoy demasiado seguro de mí mismo... Una mujer de la que un hombre pueda aprovecharse fácilmente si ella no tiene cuidado, pero aun así prudente y satisfecha de hacer lo que desee su marido. Sé que una mujer así me gustaría más cuanto más viviera con ella y

la fuese formando a mi voluntad.

—Lo siento mucho, muchísimo, mi señor —dijo la llorosa Ukon—. Mi señora se amoldaba a vuestro ideal a la perfección.

El cielo se había encapotado y la brisa se había vuelto fría. Genji murmuró con monótona desesperación:

*Ahora que las nubes me parecen siempre
el humo que se alzó de su pira,
¡con cuánto afecto poso mi mirada
incluso en el cielo nocturno!*

Ukon no pudo darle una respuesta, y él pensó con el corazón doliente: «¡Ojalá mi señora estuviese aún viva!».

En su recuerdo, Genji atesoraba incluso el ruido, que en su momento le había parecido tan insoportable, de las plataformas de abatanar.

—Ahora las noches son muy largas [74] —musitó mientras se acostaba.

El muchacho de la servidumbre del Delegado de Iyo aún iba a atenderle de vez en cuando. pero ya no llevaba a su hermana la misma clase de mensajes, y ella llegó a la desdichada conclusión de que Genji finalmente la había abandonado. Aun así, al enterarse de que él estaba enfermo, lo lamentó. Su partida inminente para un largo viaje a la provincia de su marido le causaba tal sufrimiento, que puso a Genji a prueba

para averiguar si realmente la había olvidado.

«Tengo entendido que no te encuentras bien —le escribió—, pero no puedo expresar adecuadamente mis deseos hacia ti».

Durante tanto tiempo no has querido saber por qué no he preguntado por ti que tal vez comprenderás la confusión de mis pensamientos.

«Pero yo soy la que se ha mantenido perfectamente fiel». [\[75\]](#)

Su carta fue una sorpresa para Genji, que no había olvidado sus sentimientos hacia ella.

«¿Nada ahora por lo que vivir? ¿Son éstas tus palabras o las mías?»

*Cierta vez aprendí de ti lo duro que este mundo puede ser, este caparazón de cigarra,
¡y mira cómo de nuevo dependo de cada palabra tuya!*

«La mía es una esperanza muy remota».

La caligrafía serpenteante que trazaba su mano temblorosa era sumamente atractiva. Le satisfacía y dolía a la vez que él no hubiera olvidado el caparazón de cigarra que ella había dejado atrás en su huida, pero no se había propuesto

atraerlo más, pese al color de aquel intercambio; su único deseo había sido recordarle que, al fin y al cabo, ella no era indigna de su interés.

Genji se enteró de que aquella otra joven había aceptado al teniente chambelán, y se preguntó, incómodo, qué podría pensar el hombre. [76] Al mismo tiempo quería saber cómo le iba a ella, de modo que le envió una carta por medio del muchacho:

«¿Sabes cómo suspiro por ti?»

*Si por lo menos no hubiera hecho aquel
pequeño nudo alrededor del junco cabe
los aleros,*

¿qué excusa tendría ahora para expresar

la gota de rocío de mi queja? [77]

Ató la nota a un alto junco y advirtió al muchacho que tuviera cuidado. De todos modos, como se aseguró a sí mismo con reprensible ufanía, probablemente el teniente le perdonaría si por desgracia la nota le llamaba la atención y veía quién la enviaba.

El teniente estaba ausente cuando el muchacho se la entregó a la joven. Su sentimiento de agravio por el abandono de que Genji la había hecho objeto quedó atemperado por el placer de que se hubiera acordado de ella, y dio al muchacho una respuesta que sólo tenía como excusa el hecho de que la había

compuesto a toda prisa.

*Los susurros que trae el viento
murmurando de lazos pasados dejan al
humilde junco
embargado de melancolía y medio
prisionero de la helada. [78]*

Compensó su mala caligrafía con unas complicadas pinceladas que carecían por completo de calidad. Él recordó su rostro a la luz de la lámpara. ¡Oh, aquella compañera suya, tan remilgadamente sentada frente a ella, era la mujer a la que no podía apartar de su pensamiento! Con todo, aquella criatura sin malicia se había comportado de un modo tan lúcido y

confiado que también su recuerdo resultaba agradable. No, él todavía no había aprendido la lección, y parecía tan susceptible como siempre a los peligros de la tentación.

El día en que se cumplían los cuarenta y nueve, [\[79\]](#) Genji encargó en secreto que leyeran por ella el Sutra en el Salón del Loto [\[80\]](#) del monte Hiei, y aportó las vestiduras y todos los demás accesorios que pudieran ser necesarios para una generosa puesta en escena del rito. Incluso el texto y los adornos del altar eran de la mejor calidad, y el Iniciado, el hermano mayor de Koremitsu, un hombre muy piadoso, lo hizo todo de maravilla.

Genji pidió a un doctor, un antiguo

maestro al que conocía bien, que fuese allí y compusiera la plegaria de dedicación. [81] Cuando escribió lo que deseaba que contuviera, sin nombrar a la difunta sino diciendo que, puesto que una persona por la que sentía mucho afecto había fallecido, la encomendaba ahora a la misericordia de Amida, el doctor le dijo:

—Es perfecta tal como está, mi señor; no veo nada que añadir.

Pese a sus esfuerzos por dominarse, las lágrimas brotaron de los ojos de Genji y le embargó el pesar.

—¿Quién puede haber sido ella? —preguntó el doctor—. Como carezco de cualquier pista sobre su identidad, sólo

puedo maravillarme de la sublimidad del destino que le hizo inspirar una aflicción semejante en tan gran señor.

Genji pidió los pantalones que había encargado en secreto como una ofrenda [\[82\]](#) y murmuró:

*Entre torrentes de lágrimas hoy anudo
esto por última vez, el cordón de sus
pantalones;*

*ah, ¿en qué era aún por venir lo
desanudaré de nuevo?*

Comprendía que hasta ese momento ella había vagado sin descanso, y mientras invocaba apasionadamente la intercesión de Amida, se preguntó qué camino podría

haber tomado al fin. [\[83\]](#)

El corazón le latía con fuerza cada vez que veía al capitán secretario, y quería decirle que la «clavellina» estaba creciendo, pero el temor a los reproches de su amigo le mantenía en silencio. En la casa de las bellezas crepusculares, las mujeres anhelaban saber dónde había ido su señora, pero no podían descubrir nada, sino tan sólo lamentar la extrañeza por lo que había ocurrido, ya que no les llegaba ninguna noticia, ni siquiera de Ukon. Susurraban entre ellas que, a juzgar por su porte, el caballero debía de haber sido «ya sabes quién», aunque, por supuesto, ninguna de ellas podía estar segura, y así presentaron su queja a Koremitsu. Pero

éste les hizo caso omiso, afirmó rotundamente que no sabía nada y siguió con sus asuntos como antes, dejándolas más confusas que nunca. Llegaron a la conclusión de que había sido el hijo enamorado de un gobernador provincial que se la había llevado a provincias por temor al capitán secretario.

La casa pertenecía a una hija [\[84\]](#) del aya, que vivía al oeste de la Ciudad. Con vehementes lágrimas, los tres hijos del aya acusaron a Ukon, para ellos una persona de fuera, por no decirles lo que había sido de su señora porque ellos no le importaban. La misma Ukon sabía bien que iban a reprenderla seriamente, y la determinación de Genji de mantener el

secreto la disuadió de preguntar por la niña, de cuyo destino, en consecuencia, ella siguió dolorosamente desconocedora.

Genji esperaba siempre soñar con su amor perdido, pero, en lugar de eso, la noche siguiente a la celebración del rito de los cuarenta y nueve días tuvo un atisbo de la mujer que había aparecido al lado de la muchacha en la mansión desierta: la vio con el mismo aspecto que entonces, y con un estremecimiento de horror se dio cuenta de que la tragedia debía de haber ocurrido porque ella rondaba la ruinoso casa y se había encaprichado de él.

El Delegado de Iyo partió hacia su provincia a comienzos del décimo mes.

Genji le envió unos regalos de despedida especialmente generosos, «puesto que las damas viajan contigo». También hizo que enviaran regalos especiales (peines increíblemente hermosos, abanicos en abundancia y elaboradas varitas de ofrenda [85]) a cierta dama del grupo, [86] junto con la prenda de ella que él había conservado.

Esto ha sido para mí una mera prenda tuya hasta que volvamos a encontrarnos, pero en todo este tiempo mis lágrimas han deshecho las mangas.

Así le escribió, junto con muchas otras cosas que sería demasiado tedioso

hacer constar.

El mensajero oficial de Genji regresó sin una carta de ella, pero, por medio de su hermano menor, le envió una réplica acerca de la prenda:

*Ahora que se han desprendido las alas
de cigarra y nos hemos cambiado
las ropas veraniegas, sin poder evitarlo
vierto lágrimas, al ver esta prenda de
nuevo.*

Genji seguía pensando que, después de todo, era la extraordinaria testarudez de aquella mujer lo que le había distanciado de ella.

Era aquél el primer día del invierno y,

naturalmente, del lúgubre cielo caía una lluvia fría. Genji se pasó el día mirando al exterior con desaliento y murmurando:



Abanico de madera de ciprés

*Una de ellas ha muerto, y hoy la otra
debe partir hacia no sé qué fin,
mientras llega un crepúsculo de otoño.*

Sin duda ahora comprendía lo doloroso que puede ser un amor secreto.

Hasta aquí había soslayado los padecimientos y las tribulaciones de Genji por respeto a sus resueltos esfuerzos para ocultarlos, y he escrito ahora sobre ellos sólo porque ciertos señores y ciertas damas han criticado mi historia diciendo que parecía ficción, deseosos de saber por qué incluso quienes mejor conocían a Genji habrían de considerarle perfecto, únicamente porque era el hijo de un emperador. Sin duda ahora debo rogar la indulgencia de todos por mi descaro al pintar un retrato tan escandaloso de él.

Wakamurasaki

La joven Murasaki

Waka significa «joven», mientras que *murasaki*, una planta cuyas raíces producen un tinte violeta, significa también el tinte y su color. En poesía, el violeta *murasaki* simboliza relación íntima y pasión duradera. En este capítulo, Genji encuentra a una chiquilla muy parecida a Fujitsubo (es la sobrina de Fujitsubo), que para él es *murasaki*, y a la

que quiere de inmediato para sí.



*¡Cuán alegremente recogería y pronto
haría mía esa plantita silvestre
que brota de la raíz misma compartida
por la «murasaki»!*

Más adelante, *Murasaki* llega a referirse
a la misma muchacha y a servir más o
menos como su nombre.



Relación con los capítulos anteriores

«La joven Murasaki» comienza en la primavera en que Genji tiene dieciocho años, mientras que «La belleza crepuscular» concluye al final del año anterior, pero entre ambos el vínculo narrativo es débil.

Personajes

Genji, capitán de la guardia de

palacio, 18 años

Un hombre santo

Su Reverencia, un distinguido
prelado (Kitayama no Sôzu)

**El hijo del gobernador de
Harima**, servidor de Genji
(Yoshikiyo)

**Un ex gobernador de
Harima**, de unos 50 años (Akashi no
Nyûdô)

Su hija, de 9 años (Akashi no Kimi)

Koremitsu, hermano de crianza y
confidente de Genji

Una niña de unos 10 años
(Murasaki)

Una monja, abuela de la niña y
hermana del prelado, más de 40 años
(Kitayama no Amagimi)

Shônagon, aya de Murasaki

Su Alteza de la Guerra,

padre de Murasaki, de 33 años (Hyôbukyô
no Miya)

El capitán secretario, cuñado
de Genji y gran amigo suyo (Tô no Chujô)

**El senescal de la
Izquierda**, hermanastro de Tô no
Chujô (Sachûben)

**Su Majestad el
emperador**, padre de Genji
(Kiritsubo no Mikado)

Su Excelencia el ministro

de la Izquierda, suegro de Genji,
de 52 años (Sadaijin)

La esposa de Genji, de 22
años (Aoi)

Su Alteza la princesa
Fujitsubo, de 23 años

Ômyôbu, dama de honor de
Fujitsubo

Genji, que sufría de fiebre recurrente, no se restablecía ni con toda clase de hechizos y ritos de curación: [1] la fiebre volvía una y otra vez. Entonces alguien dijo:

—Mi señor, hay un notable asceta en un templo de las Colinas Septentrionales. El verano pasado, cuando la fiebre estaba extendida y los hechizos no servían de ayuda, ese hombre curó a mucha gente de inmediato. No tardéis en ponerle a prueba, os lo ruego. Sería peligroso permitir que la fiebre empeore.

Genji pidió que le hicieran venir, pero el asceta respondió que, como era anciano y estaba encorvado, no salía nunca de su cueva.

—Entonces tendré que ir muy discretamente a verle.

Se puso en marcha antes del amanecer, con sólo cuatro o cinco de sus sirvientes más íntimos.

El lugar se encontraba a cierta distancia de las montañas. Las flores de la ciudad ya habían desaparecido, puesto que era a finales del tercer mes, [2] pero en las montañas los cerezos estaban en plena floración, y cuanto más se alejaba Genji, más encantadores resultaban los velos de bruma, hasta que para él, cuyo rango restringía tanto el poder viajar que todo aquello era nuevo, el paisaje se convirtió en una fuente de asombro.

También el templo le impresionó. El

hombre santo vivía cerca de una alta cumbre entre imponentes rocas. Genji subió allí sin anunciar quién era y vestido con suma sencillez, pero era imposible no reconocerle.

—¡Ah, qué gran honor! —exclamó el asceta, muy nervioso—. Debéis de ser el caballero que deseaba mi presencia el otro día. A estas alturas he perdido todo interés por el mundo, y he abandonado por completo mis prácticas sanadoras. ¿Qué os ha traído hasta aquí, mi señor? —sonreía mientras posaba sus ojos en Genji.

Demostró ser un hombre muy santo. El sol se alzó en lo alto del cielo mientras confeccionaba los talismanes necesarios,

[3] le decía a Genji que se los tragara y seguía adelante con el rito.

Cuando Genji salió un momento y examinó su entorno, se encontró en una altura desde la que se dominaban las viviendas de los monjes. Al pie de un empinado y serpenteante sendero rodeado, como las viviendas pero con más pulcritud, por una valla de broza, se alzaba una hermosa casa cuyas galerías daban a una magnífica arboleda.

—¿Quién vive ahí? —preguntó.

—Esa casa, mi señor, es donde tengo entendido que Su Reverencia [4] ha vivido recluido los dos últimos años.

—Ciertamente, es el lugar ideal para una persona de naturaleza solitaria. Es una

lástima que vista de un modo tan inadecuado. Con toda seguridad sabrá que estoy aquí.



Muchacha paje

Genji veía con claridad que varias muchachas paje de agradable aspecto salían para ofrecer agua sagrada, recoger flores y cosas por el estilo.

[5]

—¡Vaya, ahí vive una mujer! — exclamaron los

hombres que acompañaban a Genji.

—¡No es posible que Su Reverencia

tenga una mujer consigo!

—¿Quién puede ser?

Varios hombres bajaron a echar un vistazo a la casa. Al volver dijeron que habían visto algunas niñas muy lindas, jóvenes damas de honor y muchachas paje.

Mientras el sol ascendía hacia el mediodía y Genji continuaba con el rito, preguntándose cómo se comportaría ahora la fiebre, uno de sus hombres observó:

—En vez de preocuparos, mi señor, deberíais quitároslo de la cabeza de alguna manera.

Genji se acercó a la montaña que había detrás del templo y miró hacia la ciudad.

La bruma velaba el paisaje a lo lejos, y los árboles que retoñaban por todas partes parecían envueltos en humo.

—Todo tiene el aspecto de una pintura —comentó—. ¡Nadie que viva aquí podría desear más!

—Pero, mi señor, esto todavía no es nada. ¡Cuánto más bello sería el panorama sólo con que tuvierais ante los ojos las montañas y los mares de otras provincias!

Alguien más alabó el monte Fuji y otra c u m b r e . [\[6\]](#) Entonces siguieron entreteniéndole: le describieron los bellos pueblos a orillas del mar y las rocosas costas de las provincias del oeste.

—Entre los lugares menos alejados, creo que la costa de Akashi en Harima

merece una mención especial. Ninguno de sus rasgos por separado es extraordinario, pero la vista del mar que se domina desde allí es de algún modo más apacible que en otros lugares. Un ex gobernador de la provincia, un caballero que ahora ha hecho suya la vida religiosa [7] y que cuida con gran esmero de su hija, tiene allí un establecimiento impresionante. Debe de haberle ido bien en el mundo, porque desciende de un ministro, pero, como es un excéntrico, no se mezclaba con la sociedad, renunció a su puesto de capitán de la guardia de palacio y solicitó el cargo de gobernador. [8] Aun así, fue un poco el hazmerreír de su provincia, y le azoraba tanto volver a la Ciudad que,

en lugar de hacerlo, se rapó la cabeza. No es que se retirase a un refugio en las colinas, porque se instaló junto al mar, lo cual es bastante extraño. Es muy cierto, sin embargo, que, aunque la provincia ofrece numerosos lugares apropiados para el retiro, un pueblo en lo profundo de las montañas habría sido penosamente solitario para su mujer y su joven hija; y, además, supongo que allí él mismo se siente más cómodo. Cuando estuve en la provincia, hace algún tiempo, fui a echar un vistazo a su residencia. Es posible que nunca lograra establecerse en la Ciudad, pero la misma escala del puesto que ha ocupado evidencia que ha dispuesto las cosas (al fin y al cabo, era el gobernador)

para pasar el resto de su vida rodeado de lujo. Reza devotamente a fin de prepararse para la vida futura, [9] y de hecho es mejor como monje de lo que jamás fue como caballero.

—Sí, pero ¿qué me dices de su hija?
—inquirió Genji.

—Parece, mi señor, que no le falta hermosura ni carácter. He oído decir que un gobernador tras otro han mostrado respetuosamente su interés por ella, pero el padre los rechaza a todos. «Es muy apropiado para mí haber caído tan bajo —dice—, pero mi hija es todo lo que tengo y pienso en otras cosas para ella». Y a su hija le dice: «Si me sobrevives, si las esperanzas que tengo depositadas en ti

no se realizan y el futuro que quiero para ti no es posible, entonces debes ahogarte en el mar». Tal es, según dicen, la orden solemne que le repite.

Genji se sentía de verdad regocijado.

—¡Pues si su padre pretende que sea la reina del Rey Dragón del Mar, la muchacha debe de ser realmente un tesoro excepcional! —dijo alguno riendo.

—¡Que me vea libre de semejante elevada ambición!

El joven que había estado hablando de ella, hijo del gobernador actual, había ascendido aquel año al rango superior de chambelán. [\[10\]](#)

—Eres bastante emprendedor en cuestiones amorosas —dijo uno de ellos

— Te gustaría ser tú quien le hiciera desobedecer la solemne orden de su padre, ¿verdad?

— ¡Oh, sí, estoy seguro de que siempre acecha por los alrededores de la casa!

— ¡Ya está bien! Debe de ser una muchacha campesina, no importa lo que digáis. Al fin y al cabo, ya veis dónde ha crecido, ¡y sin más que unos padres ancianos de quienes aprender algo!

— No, no, su madre parece de excelente cuna. Gracias a sus relaciones, se las arregla para tener jóvenes damas de honor y muchachas paje que proceden de las mejores familias de la Ciudad, y está proporcionando a su hija una educación magnífica.

—No le parecería tan seguro tenerla aquí si el gobernador asignado a la provincia careciera de escrúpulos.

—Me pregunto qué significa que las ambiciones del padre con respecto a ella lleguen al fondo del mar —reflexionó Genji—, Allá abajo no puede haber mucha diversión, con todas esas algas.

[\[11\]](#)

Genji estaba vivamente intrigado. Su marcado gusto por lo insólito le impediría olvidar la historia de la muchacha, como sus compañeros observaron claramente.

—Parece que hoy no os sube la fiebre, mi señor, a pesar de que el sol no tardará en ponerse. Deberíais emprender el regreso.

Pero el venerable monje puso objeciones a su marcha.

—Mi señor, también parecéis haber caído bajo la influencia de un espíritu, y prefiero que esta noche sigamos tranquilamente con nuestros ritos antes de vuestro regreso.

Todos aprobaron estas palabras. También Genji estaba complacido, puesto que hasta entonces nunca había pasado la noche fuera de casa de aquella manera.

—Muy bien, partiré al amanecer.

A falta de algo mejor que hacer durante lo que quedaba de la larga jornada, penetró en la densa bruma crepuscular y avanzó hacia la valla de broza que le había llamado la atención.

Entonces pidió a los demás que retrocedieran y, en compañía del señor Koremitsu, miró a través de la valla.

Allí estaba ella, frente a él en el lado oeste de la casa, realizando prácticas religiosas ante su Buda personal: [12] una monja. Las persianas estaban un poco alzadas, y ella parecía estar haciendo una ofrenda floral, apoyada en una columna, con el texto de la escritura sobre un apoyabrazos [13] situado delante de ella y cantando con evidente dificultad; su distinción era algo fuera de lo corriente. Con más de cuarenta años y muy delgada, la piel de una elegante palidez, sus mejillas sin embargo conservaban su redondez, los ojos eran bellos y su

cabello estaba cortado con tal pulcritud [14] que a Genji le pareció de un estilo mucho más placenteramente moderno que si lo hubiera llevado largo.

Dos bellas mujeres adultas y algunas muchachas paje entraban y salían de la estancia. Con ellas llegó corriendo una niña de unos diez años, con una vestimenta rosa amarilla [15] algo arrugada sobre un vestido blanco; al contrario que los demás niños, era evidente que en el futuro sería una belleza. El cabello le caía en cascada sobre la espalda como un abanico desplegado, y su cara estaba enrojecida por el llanto.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó la

monja, mirándola—. ¿Te has peleado con una de las muchachas?

Genji las encontró tan parecidas que supuso que eran madre e hija.

—¡Inuki ha soltado a mi gorrioncillo! ¡Y yo lo tenía bien guardado en su jaula!

[16] —exclamó la indignada chiquilla.

—¡De modo que esa estúpida criatura se ha ganado otra reprimenda! —dijo una mujer adulta—. ¡No tiene remedio! ¿Y adonde ha ido? Había crecido y era tan hermoso... ¡Ah! —siguió diciendo mientras se levantaba para salir—. ¡Espero que los cuervos no acaben con él!

Era una mujer hermosa, de bella cabellera larga. Al parecer, estaba a cargo de la niña, puesto que las demás

parecían llamarla aya Shônagon.

—¡Vamos, vamos, qué infantil eres!
—protestó la monja—. Aquí estoy yo, preguntándome si voy a durar este día o el siguiente, pero eso no significa nada para ti, ¿verdad? Lo único que haces es capturar gorriones. ¡Ay de mí, y yo que te digo una y otra vez que eso es pecado!
[\[17\]](#) ¡Ven aquí!

La pequeña se sentó. Su rostro era muy bello, y el tenue arco de sus cejas, la frente desde la que, en un gesto infantil, se había estirado el cabello hacia atrás y el mismo nacimiento del pelo era sumamente hermoso. «¡Me gustaría verla cuando haya crecido!», pensó Genji, fascinado. Incluso lloró al darse cuenta de que era su gran

parecido con la dama que había sido la dueña de su corazón lo que le impedía apartar los ojos de ella.

—Incluso detestas que te lo peinen — dijo la monja acariciando el cabello de la niña—. Pero ¡qué cabello tan lindo! Tu infantilismo me preocupa de veras, ¿sabes? No todo el mundo es así a tu edad, te lo aseguro. Tu difunta madre tenía diez años cuando perdió a su padre, y ella comprendió perfectamente lo que había ocurrido. ¿Cómo te las arreglarías si yo te abandonara de repente?

Lloró tan amargamente que Genji, al contemplar la escena, sintió también una oleada de lástima. Por infantil que fuese, la niña miró a la monja con aire grave, y

luego bajó los ojos e inclinó la cabeza. Ese movimiento hizo que el cabello le cayera hacia delante, reluciendo con el lustre más encantador.

*Cuando nadie puede decir dónde crecerá
por fin la plantita,*

*la gota de rocío que pronto ha de
abandonarla no ve cómo puede irse,*

dijo la monja. Otra mujer, con lágrimas en los ojos y en tono alto y lastimero, replicó:

*¿De veras piensa el rocío fundirse antes
de que pueda saber*

dónde su tierna plantita crecerá por fin y

Su Reverencia apareció, procedente de otro lugar de la casa.

—Este lado parece abierto a las miradas de cualquiera. Hoy no es día para que estés sentada tan cerca de la terraza. Acabo de saber que el capitán Genji está ahora con el hombre santo en lo alto de la montaña, en busca de una cura para su fiebre recurrente. Ha venido con tal discreción que yo no sabía nada, y aunque está aquí ni siquiera he ido a visitarle todavía.

—¡Qué horror! ¡Henos aquí a todos desaliñados, y es verdad que alguien podría habernos visto!

A estas palabras siguió el cierre de las persianas.

—Esta es una oportunidad, si quieres, de ver al Resplandeciente Genji, cuyas alabanzas canta todo el mundo. Su belleza basta para que incluso un abnegado monje olvide sus cuitas y vuelva a sentirse joven. Bueno, iré a saludarle.

Genji le oyó y regresó al lugar donde se alojaba.

¡Qué encantadora niña había encontrado! Aquellos compañeros suyos, a quienes tanto entusiasmaban las mujeres y que siempre estaban explorando nuevos lances de amor, realizaban ciertamente peculiares hallazgos, ¡pero él había encontrado un tesoro durante una salida

casual! Estaba encantado. ¡Qué preciosa niña! ¿Quién podría ser? Ahora anhelaba el placer de tenerla consigo día y noche, para que le sirviera de compensación por la ausencia de la dama que amaba.

Estaba tendido cuando un discípulo de Su Reverencia se presentó y preguntó por Koremitsu. La vivienda era tan pequeña que Genji lo oyó todo.

El discípulo habló en nombre de su maestro.

—Acabo de saber que Su Señoría nos favorece con una visita y, pese a lo repentino de la noticia, yo debería atenderle y hacer grata su estancia aquí, pero me duele que Su Señoría, que conoce mi retiro en este templo, haya decidido de

todos modos mantener su visita en secreto. Realmente debería haberle ofrecido una pobre estera en mi propia vivienda. Todo esto es muy perturbador.

Genji replicó: [\[19\]](#)

—Un poco antes de mediados de este mes empecé a padecer una fiebre recurrente, y la severidad de sus repetidos ataques me movieron a aceptar el consejo de venir aquí apresuradamente. Sin embargo, no anuncié mi visita porque me pareció que si la intervención de un hombre santo fracasaba, sería humillante, y esa consideración hacia él impuso una cautela especial a una persona como yo. Aceptaré de buen grado, si tal es tu deseo.

Genji se azoró al ver que Su

Reverencia se presentaba enseguida. Aunque era monje, su alcurnia le daba derecho a la más alta estima social, y la informal indumentaria de Genji hizo que éste se sintiera incómodo.

Su Reverencia le habló primero acerca de su vida retirada y entonces insistió en su invitación.

—No es más que una vulgar cabaña de broza, [\[20\]](#) mi señor, pero sería un placer mostrarte el arroyo de aguas agradablemente frescas.

Genji se ruborizó al pensar en los extravagantes términos con que su anfitrión había hablado de él a los habitantes de la casa que aún no le habían visto, pero el interés por la chiquilla que

tanto le había encantado le estimuló a ir allí.

El jardín, que realmente estaba muy bien diseñado, lucía las plantas y los árboles habituales. Había fogariles encendidos a lo largo del arroyo, y también luces en los faroles, [21] pues en aquel período del mes no había luna. La habitación del lado sur [22] había sido agradablemente dispuesta para él. La deliciosa fragancia de un incienso poco común llenaba la atmósfera, y el propio aroma que Genji dejaba al pasar era tan distinto a cualquier otro que los habitantes de la casa debían de sentirse intimidados.

Su Reverencia habló de la mutabilidad y de la vida futura mientras

Genji reflexionaba sobre lo espantosa que era su propia transgresión, [23] la manera en que esa pecaminosa obsesión había apartado de su mente todo lo demás, la probabilidad de que le atormentara durante toda su vida y, peor todavía, los sufrimientos que le aguardaban en el más allá. ¡Cuánto deseaba poder vivir como su anfitrión! Pero la figura que había visto a la luz del día aún le llamaba.

—¿Puedo preguntar a Su Reverencia quién es la dama que vive aquí? He tenido un sueño sobre el que desearía consultarte, y acabo de recordarlo.

Su anfitrión sonrió.

—¡De qué inesperada manera vuestro sueño ha entrado en nuestra conversación,

mi señor! Me temo que mi respuesta os decepcionará. Probablemente no sabéis nada del gran consejero inspector, porque ha pasado largo tiempo desde su fallecimiento. Veréis, su viuda es mi hermana, que renunció al mundo cuando él murió, y hace poco, al empezar a fallarle la salud, buscó refugio en mi casa, puesto que yo mismo ya no visito la ciudad. Se ha retirado aquí.

—Con todo, tenía entendido que la hija del gran consejero aún vivía —aventuró Genji—. Por supuesto, no me impulsa ninguna frivolidad, mi interés es completamente serio.

—Sí, tenía una hija. Debe de hacer más de diez años que murió. El difunto

gran consejero la crió con mucho esmero, esperando ofrecérsela a Su Majestad, pero murió antes de que hubiera podido hacerlo, dejando a la que hoy es monja para cuidar de ella tan bien como pudiera, sola por completo. Entretanto, alguien [24] permitió a Su Alteza del Departamento de la Guerra [25] que se relacionara con ella en secreto. Sin embargo, la esposa de Su Alteza es una gran señora, y la desagradable situación le hacía sufrir tanto que al final murió. Oh, sí, he visto con mis propios ojos cómo una persona puede enfermar de pura tristeza y decepción.

«Ah, entonces la niña es su hija — pensó Genji—. Supongo que el hecho de

serlo también de Su Alteza es lo que hace que se parezca tanto a ella». [26] Ahora estaba más deseoso que nunca de tenerla para sí. La niña procedía de unos padres distinguidos, era encantadora y no mostraba el molesto hábito de contestar cuando le reconvenían. ¡Cuánto le gustaría tenerla consigo y criarla como quisiera!

—Es triste lo que me dices — comentó, todavía empeñado en saber con toda certidumbre quién era ella—. ¿No dejó la hija algún vástago que preservara su memoria?

—Sí, lo hizo no mucho antes de morir, y fue otra niña. Me temo que es una gran preocupación para su abuela, quien, a medida que su vida se aproxima a su final,

parece inquieta en extremo por ella.

«¡De modo que yo tenía razón!», se dijo Genji.

—Te ruego que perdones mi atrevimiento, pero ¿tendrías la bondad de aconsejar a la abuela de la niña que me confíe el futuro de su nieta? Tengo ciertas ideas que quisiera poner en práctica, y aunque hay, por supuesto, damas a las que visito, no parecen tan idóneas para mí como podrían, puesto que vivo solo. Puedes atribuirme las más comunes intenciones y, en consecuencia, pensar que ella no tiene aún la edad apropiada, pero en ese caso serías injusto conmigo.

—Mi señor, vuestra propuesta debería ser muy bien acogida, pero ella es todavía

tan joven e inocente que no veo cómo podríais proponer, ni siquiera en broma, favorecerla de ese modo. En cualquier caso, no puedo tomar ninguna decisión, puesto que no me corresponde a mí criar a la niña hasta que sea adulta. Os daré una respuesta tras haber hablado de ello con su abuela. —Su tono era cortante, y a su joven invitado la formalidad con que se expresaba le pareció tan adusta que no supo qué responder. Su Reverencia siguió diciendo—: Aún no he realizado el servicio de tarde. [\[27\]](#) Estaré de nuevo a vuestra disposición cuando haya terminado.

Dicho esto, el religioso se encaminó al salón.

Genji se sentía francamente mal, y además ahora llovía un poco, había empezado a soplar un frío viento de montaña y el estanque bajo la cascada había crecido tanto que el estrépito era más fuerte que nunca. En semejante entorno, el misterioso ascenso y la extinción de las voces soñolientas que cantaban las escrituras no podían sino conmover al visitante. No era de extrañar que Genji, que tenía tanto en lo que reflexionar, no pudiera conciliar el sueño.

Su Reverencia había mencionado el servicio nocturno, pero ya era bien entrada la noche. Era evidente que la monja y las damas de honor que la acompañaban en la cámara [\[28\]](#) no

dormían todavía, porque, a pesar de sus esfuerzos por no hacer ruido, se oía el sonido de las cuentas de un rosario budista contra el apoyabrazos, así como un frufú de seda muy grato al oído de Genji. Puesto que estaban tan cerca, él abrió una ranura en la hilera de biombos que limitaban su aposento y se golpeó la palma de la mano con el abanico. Aunque sorprendidas, ellas no parecieron ver la utilidad de fingir que no le habían oído, pues Genji oyó cómo una de las damas de honor se acercaba a donde él estaba.

—¡Qué extraño! —murmuró la aturdida joven tras retroceder un poco—. ¡Debo de estar oyendo cosas raras!

—He oído decir que, incluso en la

oscuridad, el Señor Buda es una guía infalible —dijo Genji, abrumándola con el juvenil donaire de su voz.

—¿Una guía para qué? No comprendo.

—Es natural que un acercamiento tan repentino por mi parte te deje perpleja, pero confío en que transmitas este mensaje:

*Desde que vi por primera vez las tiernas
hojas de la plantita,
mis mangas de viajero están siempre
húmedas de rocío.*

—Pero, mi señor, no hay aquí nadie que pudiera entender semejante mensaje, como sin duda sabéis. ¿A quién, pues,

deseáis que yo...?

—Te ruego que me concedas mis propias razones para expresarme así.

La dama de honor fue a hablar con su señora, la monja, que se mostró al mismo tiempo perpleja y escandalizada. «¡A fe mía que actúa de acuerdo con los tiempos que corren! —se dijo—. ¡Debe de habersele metido en la cabeza que nuestra chiquilla es lo bastante mayor para estas cosas! Pero ¿cómo habrá podido oír lo que decíamos acerca de la “plantita”?» Estaba tan confusa que tardó mucho en responderle, hasta el punto de temer que fuera descortés.

¡Oh, no compares jamás las gotas de

*rocío que durante una noche se
acumulan*

*en tu almohada con las que en estas
montañas humedecen tantas vestiduras
musgosas! [29]*

—Aquí el rocío nunca se seca.

—Me temo que soy un novato en estos lances de conversación, por medio de una tercera persona —replicó Genji—. Hay algo de lo que quisiera hablar seriamente contigo, si me perdonas mi atrevimiento.

—Sin duda le han inducido a error —dijo la monja a sus mujeres—. Es tan intimidante tenerle aquí que no sé cómo responder.

—Pero, mi señora, estáis haciendo

que se sienta incómodo.

—En fin, supongo que sería distinto si yo fuese joven, pero tal como son las cosas, lo cierto es que no puedo dejar de prestarle oídos cuando se muestra tan interesado.

Y, dicho esto, la monja se acercó a Genji.

—Es posible que, tras mi brusco planteamiento, imagines que tan sólo busco mi diversión —empezó a decir Genji—, pero, como bien sabe el Señor Buda, mi corazón no alberga tales sentimientos.

Constreñido por la serena moderación que revelaba la actitud de la mujer, al principio Genji no pudo decirle lo que

deseaba.

—Oh, no, mi señor, ¿cómo podéis suponer que me tomo a la ligera vuestros sentimientos, ahora que los dos estamos conversando de tan inesperada manera?

—Me ha dolido conocer las dificultades a las que se enfrenta tu nieta, y confío en que tendrás la amabilidad de dejarme ocupar el lugar de la madre que, según creo, ha perdido. Yo mismo era muy joven cuando me fueron arrebatados aquellos que me habrían criado, y la extraña vida que he llevado desde entonces ha carecido de raíces. Su situación y la mía son tan similares que ansiaba rogarte que reconocieras lo mucho que ella y yo compartimos, y por

ello, incluso a riesgo de ofenderte, he aprovechado esta oportunidad única de dirigirme a ti con franqueza.

—Vuestras palabras deberían alegrarme, mi señor, pero la cautela me frena, pues temo que estéis mal informado acerca de algunas cosas. Hay aquí, en efecto, una chiquilla de la que sólo yo soy responsable, por poco que me lo merezca, pero es aún joven en extremo, y dado que no puedo imaginar cómo podríais pasar por alto esa dificultad, no veo la manera de tomarme en serio vuestra proposición.

—Te comprendo perfectamente, pero sigo instándote a no tener una perspectiva limitada de lo que te pido. Te ruego que consideres, en cambio, la naturaleza

excepcional de mi deseo más sincero.

Sin embargo, la mujer seguía convencida de que él no entendía la incongruencia de su proposición, y sus respuestas no concedían nada. Entretanto, Su Reverencia había regresado. «Muy bien —reflexionó Genji mientras cerraba de nuevo la ranura entre los biombos—. Por lo menos es un alivio haber abordado la cuestión».

El alba estaba próximo, y las impresionantes voces que cantaban la Confesión en el Salón de Meditación del Loto les llegaban con el viento procedente de la montaña, mezcladas con el sonido de la cascada.

*El viento errante que sopla por las
vertientes de la montaña aleja el sueño,*

[30]

*y entonces, al oír el estrépito de la
cascada, las lágrimas empiezan a fluir,*

dijo Genji, y Su Reverencia respondió:

*El rápido arroyo de montaña que tanto
te ha sorprendido al humedecer tus
mangas,*

*no inquieta un corazón lavado hace
mucho por sus aguas.*

—Supongo que estoy muy
acostumbrado a ello.

Una densa niebla se extendía por el

cielo cada vez más claro, y las aves de la montaña cantaban por doquier. Flores cuyos nombres Genji ni siquiera conocía cubrían el suelo en un multicolor brocado de pétalos, sobre el que unos ciervos permanecían inmóviles mientras otros deambulaban; la estampa era tan espléndida, que los enfebrecidos pensamientos de Genji se disiparon. Pese a su dificultad para moverse, el hombre santo realizó para él un rito protector. Su voz era indistinguible, pero su cántico del *darani* [31] revelaba una impresionante santidad.

Los hombres que habían ido allí desde la ciudad para escoltar a Genji de regreso a casa se presentaron ante él, le mostraron

su alegría porque la fiebre había remitido y le transmitieron también los buenos deseos de Su Majestad con respecto a su salud. Su Reverencia exploró las profundidades del valle para agasajar a Genji con toda clase de frutas desconocidas fuera de aquellos parajes.

—Ay, mi señor —observó, ofreciéndole sake a Genji—, el solemne juramento que hice de permanecer en la montaña durante todo este año me impide acompañaros, como de otra manera desearía hacer.

—Aunque mi corazón se queda en estas montañas, las amables expresiones de preocupación por parte de Su Majestad no me dejan más alternativa que regresar

—replicó Genji—. Las flores de este año no caerán antes de que vuelva.

Partiré ahora y hablaré a todos en la corte de las cerezas de estas montañas, para que antes de que lleguen los vientos ellos mismos puedan venir a verlas.

Su manera de hablar y el sonido de su voz eran profundamente cautivadores.

Al fin he visto la flor udumbara: así es cómo me siento, hasta que no tenga ojos para ver las flores de cerezo de la montaña, [\[32\]](#)

replicó cortésmente Su Reverencia.

Genji sonrió.

—Lo que tienes ante ti no puede ser la flor de la que hablas, pues sin duda ésa florece una sola vez y a su debido tiempo.

El hombre santo tomó la taza de sake a su vez.

¡Tras haber abierto por una vez en lo profundo de las montañas mi humilde puerta de pino, veo el rostro de una flor que nunca había visto antes!, [\[33\]](#)

le dijo, contemplando a Genji



Vajra

con lágrimas en los ojos, y le dio un *vajra* de dos puntas para que le protegiera. [\[34\]](#)

Entonces Su Reverencia le dio a Genji sus regalos, exquisitamente escogidos: un rosario hecho de semillas embellecidas del árbol llamado bo, procedente del príncipe Shôtoku de Kudara, todavía en su estuche original de estilo chino y presentado en una bolsa de gasa atada a una rama con cinco agujas de pino, y frascos de lapislázuli azul oscuro que contenían diversas medicinas y estaban atados a ramitas de glicina o flores de cerezo. [\[35\]](#) Genji ya había hecho que trajeran los diversos regalos, tanto formales como informales, con los que

recompensar al hombre santo y los demás monjes que habían cantado las escrituras para él, y entonces distribuyó regalos apropiados entre todos, incluidos los leñadores locales. Por fin se despidió, tras hacer una aportación económica para nuevos cánticos de las escrituras.

Su Reverencia entró en la casa y le repitió a la monja todo lo que Genji le había dicho, pero ella se limitó a comentar:

—En cualquier caso, ahora no podemos responderle. Si dentro de cuatro o cinco años su deseo permanece inmutable, entonces tal vez...

Así pues, la respuesta que Genji recibió sólo confirmaba la oposición de

la monja. Por medio de un muchacho que estaba al servicio de Su Reverencia, Genji le envió este mensaje:

*Ahora que he visto vagamente el color de
la flor en la creciente oscuridad,
me resulta muy duro marcharme
mientras la niebla matinal aún se alza,*
[36]

a lo que la monja respondió con una caligrafía rápida de notables carácter y distinción:

*Ya sea cierto o no que nunca desees
abandonar a la flor que aprecias,
aguardaremos para discernirlo en las*

nieblas de cielos futuros.

Genji estaba subiendo a su carruaje cuando llegó un grupo de caballeros de Su Excelencia para acompañarle a casa, y se quejaron de que había desaparecido de su lado cuando estaba con ellos. El capitán secretario, el senescal de la Izquierda y sus demás cuñados habían insistido en ir a buscarle.

—Te habríamos acompañado con gusto en un viaje así —le reprochó el capitán—, y la verdad es que no has sido muy amable al dejarnos atrás. En cualquier caso, sería una gran lástima que diéramos la vuelta e iniciáramos el regreso sin tomarnos un momento de

descanso bajo estas espléndidas flores.

Se sentaron todos juntos sobre el musgo, al abrigo de una roca, y se pasaron la taza de sake. El tumultuoso arroyo que tenían a su lado caía en una hermosa cascada. El capitán se sacó una flauta de un pliegue de su vestidura y tocó, mientras el senescal de la Izquierda cantaba «Hacia el oeste desde el templo Toyora...», [\[37\]](#) siguiendo el ritmo con ligeros golpes de su abanico. Todos aquellos jóvenes caballeros eran ciertamente espléndidos, pero la belleza sin par e impresionante de Genji, sentado con la espalda apoyada en una roca mientras escuchaba con una expresión de profunda congoja, hacía que fuese

imposible tener ojos para nadie más.

Uno de los acompañantes del capitán secretario era, como de costumbre, un músico de *hichiriki*, mientras que a otro joven de buen gusto le habían confiado un *shô*. [38] Su Reverencia le trajo a Genji su propio *kin*. [39]

—Tocad un poco, mi señor —le dijo—. Si os place, quisiera dar a las aves de estas montañas una sorpresa agradable.



Kin

Genji protestó, diciendo que no se sentía en condiciones, pero tocó lo suficiente para no ser descortés. Entonces todos se pusieron en marcha.

Hasta el último de los monjes y jóvenes sirvientes lloraron al verle partir, mientras las ancianas monjas de la casa, que nunca habían visto a nadie como él, se decían unas a otras que Genji no podía ser de este mundo.

Incluso Su Reverencia exclamó con lágrimas en los ojos:

—¡Ah, es triste pensar en qué clase de

karma puede haberle hecho nacer con tal apostura en estos últimos tiempos y en esta pobre tierra nuestra! [40]

A los ojos infantiles de la niña, Genji era tan espléndido que exclamó:

—¡Es mucho más guapo que padre!

—¿Por qué no ser entonces su niñita?

—inquirió una de las damas de honor.

La chiquilla hizo un gesto de asentimiento y pareció muy complacida con la idea. Siempre que jugaba con una muñeca o pintaba, fingía que la figura era el señor Genji con magníficas vestiduras y hacía muchas alharacas.

Genji se dirigió en primer lugar a palacio y le contó a Su Majestad lo que había sucedido. Su Majestad se mostró

consternado por su delgadez. Preguntó por las cualidades del hombre santo, y la larga descripción que Genji le hizo le impresionó lo suficiente para observar:

—Creo que se merece el ascenso a maestro. ¡Cuán extraño es que durante todos estos años haya llevado una vida de práctica religiosa sin haber llamado jamás la atención de su soberano!

En aquel momento llegó Su Excelencia.

—Había pensado que por lo menos debería salir a recibirte, pero entonces pensé que, como te habías ido con tanta discreción, sería mejor que me abstuviera de hacerlo. Ven a pasar algunos días tranquilos con nosotros. Te acompañaré

allí ahora mismo.

A Genji no le entusiasmaba mucho el ofrecimiento, pero se dejó llevar. Su Excelencia le invitó a subir a su carruaje y se instaló modestamente detrás de él. Sus atenciones conmovieron a Genji.

Los habitantes de la mansión aguardaban con ansiedad su llegada. Desde la última visita de Genji, hacía algún tiempo, Su Excelencia había ordenado que se hicieran toda clase de reformas para que el lugar fuese más espléndido que nunca. Como siempre, su hija se escabulló para esconderse y se negó a aparecer hasta que por fin su padre la persuadió de que lo hiciera, y entonces permaneció sentada en el lugar donde la

colocaron las damas de honor, tan inmóvil y perfecta como una dama en una pintura.

«Podría tratar de hablarle sobre lo que se me ocurra —reflexionó Genji—, o contarle mi viaje a las montañas... ¡y sería tan grato que me diera una respuesta amable!» Pero no, ella seguía inflexible, fría e intimidante. El abismo entre ellos se había ensanchado en el transcurso de los años, hasta que él se sintió impulsado a decirle:

—Grande es mi deseo de ver que de vez en cuando me tratas de una manera normal. Por ejemplo, allí estaba yo, mortalmente enfermo, y ni siquiera te interesaste por mi salud... No es que esto sea nada nuevo, lo sé, pero no puedo

evitar sentirme dolido.

Ella habló por fin.

—¿De veras ha sido «tan doloroso ser ignorado»? [\[41\]](#)

Le dirigió una glacial mirada de soslayo que acentuaba el carácter severo de su belleza.

—¡Hablas tan poco que, cuando lo haces, dices las cosas más extraordinarias! Esa no es precisamente nuestra relación. ¡Qué manera de hablar! Intento esto y aquello con la esperanza de que cambies de idea y dejes de rechazarme continuamente, pero, por lo que veo, ¡sólo te desagrado todavía más! Bien, tal vez un día...

Se acercó a la cama rodeada de

cortinas, pero ella no le siguió de inmediato. Como no sabía qué más decirle, Genji se tendió entristecido y, como sin duda se sentía completamente desanimado, fingió que dormía para poder reflexionar mejor sobre todas las dificultades que el amor le había creado.

Todavía ansiaba contemplar el crecimiento de la «plantita», pero sin duda la monja estaba en lo cierto al objetar que era demasiado joven. «¡Es un asunto espinoso con el que abordar a alguien! —se dijo—. ¿Qué deberé hacer para sacarla de su casa y gozar siempre de su compañía? Su Alteza de la Guerra es un caballero bastante amable, pero no tiene nada en especial que lo haga

recomendable, así que ¿por qué la niña se parece tanto a *ella*? Supongo que porque ambas nacieron de la misma emperatriz».

[42] Este vínculo íntimo con ella afianzó su resolución de que debía tener a la muchacha para sí.

Al día siguiente envió cartas a las Colinas Septentrionales. La que dirigió a Su Reverencia daba a entender su deseo sin sombra de duda. A la monja le escribió: «Me sentía constreñido por tu actitud distante y, lamentablemente, no pude llegar a decirte cuanto deseaba. Me alegraría si una nota como la presente te convenciera de que no hay nada frívolo en mis esperanzas...», etcétera. Dentro de la carta colocó otra pequeña anudada. [43]

La visión que de ti tuve nunca, nunca me abandona ahora, oh, cereza de montaña, aunque dejé atrás todo mi corazón a tu cuidado.

«¡Me siento tan preocupado por ti cuando soplan los vientos de la noche!». [44] Naturalmente, su caligrafía, incluso a la manera informal en que la había trazado, dejó asombradas a las ancianas monjas. [45]

¡Qué gran dificultad entrañaba todo aquello! ¿Qué respuesta podría darle ella? Le escribió: «Confieso que he dado poca importancia a las amables palabras que he tenido el privilegio de recibir de ti, y ahora que te ha complacido volver al

asunto, me resulta difícil formular una respuesta. Sin duda no tiene sentido tratar de encontrarla, puesto que ella ni siquiera sabe todavía escribir adecuadamente los signos *kana*. [\[46\]](#) Después de todo,»

*Sólo el tiempo en que las flores se
aferran a la rama en una colina batida
por el viento:
tal es el tiempo durante el que has
abandonado tu corazón,
y esas ocasiones se desvanecen
enseguida.*

«Cada vez estoy más preocupada por ella». Su Reverencia respondió en parecidos términos.

Dos o tres días después, el decepcionado Genji envió allá a Koremitsu.

—La mujer a la que llaman aya Shônagon debe de estar en la casa —le dijo—. Búscala y habla con ella.

¡Nunca dejaba escapar una sola de ellas! Koremitsu recordó con regocijo su inadecuado atisbo de la muchacha y lo joven que le había parecido.

Su Reverencia mostró una gran satisfacción al recibir otra carta. Koremitsu le pidió ver a Shônagon y pasó algún tiempo con ella, transmitiéndole lo que Genji tenía que decirle y contándole ciertos aspectos de su vida. Era un gran conversador, e hizo que todo pareciera

muy convincente, pero la niña era tan extremadamente joven que sus guardianes seguían inquietos por lo que Genji se proponía hacer.

Los sentimientos expuestos en la carta eran sinceros y, como antes, contenía una notita: «Aún me gustaría ver esa caligrafía interrumpida [\[47\]](#) tuya».

*¡Ah, monte Asaka! Mi amor por ti jamás
puede ser superficial...*

*mas ¿por qué se desvanece el rostro en
el manantial cuando me acerco? [\[48\]](#)*

La monja replicó:

Cuentan de un manantial que quien bebe

de él sólo conoce pesar;

superficiales como son tus aguas, ¿cómo podrían reflejar el rostro de ella? [49]

Koremitsu transmitió el mismo mensaje a Genji.

El aya Shônagon escribió su propia respuesta: «Pronto regresaremos a la residencia de mi señora en la ciudad, siempre que su estado mejore, y seguirá deseando comunicarse con vos desde allí». A Genji esto no le pareció alentador.

La princesa Fujitsubo no se encontraba bien y se había retirado de palacio. Genji experimentaba una profunda simpatía por Su Majestad, cuya

angustiosa inquietud era evidente, pero ahora, por fin, también anticipaba febrilmente una oportunidad para sí mismo, y ya no salía. En palacio o en casa, se pasaba las horas diurnas sumido en ensoñaciones y las de la oscuridad acosando a Ômyôbu. [\[50\]](#) Es imposible decir cómo conseguía Ômyôbu preparar esos encuentros, mas para el pobre Genji incluso esos momentos robados [\[51\]](#) con ella parecían del todo irreales. Para Su Alteza, el recuerdo de aquel último y tan desafortunado incidente era una fuente de constante sufrimiento, y había resuelto que nada similar volvería a suceder; sin embargo, pese a su evidente consternación, seguía siendo considerada

y amable, aunque continuaba resistiéndose a Genji con una profunda dignidad hasta entonces tan inalcanzable para cualquier otra mujer que Genji no podía evitar preguntarse, angustiado, por qué nunca era posible encontrarle el más leve defecto.

¿Cómo podía haberle dicho cuanto tenía que decirle? Él mismo debería haber deseado que la oscuridad no terminara nunca, [\[52\]](#) pero... ¡ay!, ahora las noches eran cortas y, después de todo, el tiempo que habían pasado juntos no les había causado más que dolor.

*Todo esto hemos compartido, pero las
noches en que volvemos a vernos
son muy infrecuentes, y ahora que*

vivimos este sueño, ¡ojalá me tragara!

dijo sollozando, a lo que Su Alteza, compadecida, replicó:

Pronto la gente hablará de nuestra historia, aunque deje que nuestro sueño me arrastre hasta que olvide cuál es ahora mi desgracia.

Genji no podía culparla por sufrir semejante tormento, y lamentaba profundamente haberlo causado. Ômyôbu recogió sus prendas de vestir y se las llevó.

De nuevo en casa, Genji yació durante el día entero, llorando. Suponía que ella

se negaba, como de costumbre, a leer una carta suya, y aunque tal era su actitud habitual, el dolor que le causaba era casi intolerable. Durante dos o tres días permaneció encerrado, sin visitar siquiera el palacio, hasta que Su Majestad fue nuevamente presa de tal preocupación por lo que podría ocurrirle a Genji que éste se sintió aterrado.

Su Alteza seguía lamentando su desdichado destino y, entretanto, empezó a sentirse cada vez peor, hasta tal punto que no tenía ánimo para regresar a palacio, pese a los numerosos mensajeros que llegaban de allí instándole a que lo hiciera. No, no se sentía en condiciones, y las silenciosas suposiciones de lo que

aquello podría significar la reducían a la desesperación por lo que iba a ser de ella.

Durante los calores del verano se levantaba cada vez menos. Al tercer mes, su estado era lo bastante evidente para que sus damas de honor lo notaran, y se sintió abrumada por su terrible destino. Como no sabían lo que realmente había sucedido, las mujeres expresaban su sorpresa por el hecho de que todavía no hubiese informado a Su Majestad. Sólo ella comprendía lo que estaba pasando. Mujeres como Ômyôbu o su propia hermanastra, Ben, que la atendía íntimamente cuando se bañaba y que, por lo tanto, tenía ante los ojos todas las señales reveladoras de su estado, no

dudaban de que se trataba de algo sumamente grave, pero ni siquiera podían comentarlo, y Ômyôbu reflexionaba angustiada que, después de todo, el destino había golpeado a su señora. Al parecer, Ômyôbu había informado a Su Majestad de que un espíritu maléfico había hecho confuso el estado de Su Alteza, [53] de modo que al principio había pasado desapercibido. En cualquier caso, eso era lo que creían las damas de honor de Su Alteza. Su Majestad estaba muy preocupado por ella, y el constante desfile de mensajeros que enviaba causaban una mezcla de temor y desesperación.

El mismo Genji tuvo un sueño tan

extraño que hizo llamar a un intérprete de sueños. Como respuesta a sus preguntas, recibió una interpretación que rebasaba por completo los límites de la plausibilidad.

—Veo también, mi señor, que vais a sufrir un revés y que algo requerirá la máxima cautela.

Estas palabras turbaron a Genji.

—No es mi propio sueño. Te he contado el sueño de otra persona. No le digas una sola palabra a nadie hasta que se realice.

Genji se estaba preguntando lo que significaba todo aquello cuando oyó hablar acerca de Su Alteza y comprendió que probablemente él sabía de qué se

trataba. Pero a pesar de sus súplicas, ahora más apasionadas que nunca, Ômyôbu estaba demasiado acobardada por el temor y la culpa para planear ocasiones de encuentro. Las respuestas de la dama a las misivas de Genji, respuestas siempre infrecuentes y de una sola línea, cesaron por completo.

Ella no regresó a palacio hasta el séptimo mes. Su Majestad, que sentía por ella un amor extraordinario, le mostró un renovado afecto. La nueva redondez de su figura y el rostro demacrado por el sufrimiento le aportaban una belleza ciertamente sin par. Como de costumbre, Su Majestad pasaba todo el tiempo en sus habitaciones, y puesto que era la

temporada de la música, siempre llamaba a Genji para que le atendiera y tocara el *kin* o la flauta. Genji procuraba ocultar sus sentimientos, pero cada vez que no lo conseguía y revelaba su tormento, Su Alteza no podía evitar sentirse abrumada por una avalancha de negros pensamientos.

La monja del templo de la montaña se había restablecido lo suficiente para bajar a la ciudad. Genji descubrió dónde vivía y le enviaba frecuentes mensajes. Como era natural, la posición de la mujer no había variado, y como en los últimos meses a él le ocupaban aflicciones más absorbentes, no tenía libertad para pensar en nada más.

A finales de aquel verano se sentía con el ánimo muy bajo, descorazonado. Una hermosa noche iluminada por la luna, se había decidido por fin a visitar a una dama a la que había estado viendo en secreto, cuando el tiempo cambió y empezó a caer una fría lluvia. Se dirigía a las inmediaciones de Rokujô y Kyogoku [54] (bastante lejos, a su modo de ver, dado que se trasladaba allí desde palacio), cuando reparó en una casa de aspecto descuidado y rodeada de añejos árboles que la sumían en la oscuridad.

—Esta es la casa del difunto gran consejero inspector —le explicó Koremitsu, que siempre estaba con él—. El otro día les hice una visita, y me

dijeron que mi señora la monja está ahora muy débil y que ellos apenas saben qué hacer.

—¡Qué noticia tan triste! La verdad es que debería haberla visitado antes. ¿Por qué no me lo hicieron saber? Anda, entra ahí y transmíteles mis saludos.

Koremitsu envió a un hombre para que informara de la llegada de Genji a los habitantes de la casa, diciéndoles que Genji había ido a propósito para visitarles. Así pues, el hombre entró y les anunció que Su Señoría se había complacido en visitarles.

—¡Cuán lamentable es esto! — exclamó una de las alarmadas mujeres—. La salud de la señora es muy preocupante

desde hace días, y no está en condiciones de recibirle. —Pero no podían despedirle sin más, por lo que arreglaron la habitación en el pasillo del lado sur y le invitaron a entrar—. Es un acomodo muy indigno, mi señor, pero mi señora desea por lo menos expresar su agradecimiento. Por desgracia, es una sala muy sombría para una visita tan inesperada. [\[55\]](#)

Genji convino en que, efectivamente, la sala era poco adecuada para semejante ocasión.

—A menudo he pensado en visitarte —empezó a decir—, pero siempre me has dado tan pocas esperanzas que al final me he abstenido de hacerlo. Tu enfermedad,

de la que no había tenido noticia, me aflige mucho.

—Es ciertamente muy loable — replicó la monja— que vengáis a verme ahora que, tras haber tenido siempre problemas de salud, me aproximo a mi fin, y os pido disculpas por no hablaros en persona. Id a su encuentro, por supuesto, cuando ya no sea una niña, si seguís tan predispuesto como lo estáis ahora. Temo que dejarla así, sin un protector, pueda dificultar mi avance por el sendero que tanto anhelo seguir. [\[56\]](#)

Ahora la enferma se hallaba tan cerca que Genji percibió su débil voz.

—Mirad, hay toda clase de razones para estarle agradecidos por su interés —

decía—. ¡Ojalá nuestra chiquilla fuese lo bastante mayor para agradecerse lo apropiadamente! [57]

Él se sintió impulsado a responder:

—¿Por qué habría de exhibir mi impudicia de esta manera si sólo fuese un capricho pasajero para mí? Existe un vínculo insondable entre ella y yo, y sentí un profundo afecto hacia ella nada más verla... de hecho, con una celeridad tan asombrosa que no puedo creer que dicho vínculo exista sólo en esta vida. —Y añadió—: Comprendo que seguir suplicándote sería inútil, pero si al menos pudiera oír el sonido de su voz...

—¡Pero, mi señor, ella ni siquiera sabe que os halláis aquí, y está acostada!

En aquel momento se aproximaron unas pisadas desde el fondo de la casa, y la voz de una niña exclamó:

—¡Abuela, dicen que el señor Genji está aquí, el caballero del templo de la montaña! ¿Por qué no le estás mirando?

[58]

—¡Calla! —le dijeron las escandalizadas mujeres.

—¡Pero ella dijo que verle le hacía sentirse mucho mejor!

Era ésta una grata noticia, pero en consideración a la vergüenza que debían de sentir las mujeres, Genji, a pesar de la satisfacción que sentía, fingió no haber oído nada y puso fin correctamente a su visita antes de partir. «Sí —pensó—. En

efecto, sólo es una chiquilla, pero la educaré adecuadamente».

Al día siguiente le envió a la monja una nota cortés que, como de costumbre, contenía otra más pequeña y pulcramente doblada.

*Desde que estos oídos oyeron el único
grito de la pequeña grulla,*

*he temido con desesperación que mi
barca quedara atrapada entre las cañas.*

«Y eternamente en ese mismo amor...»

[59] Había escrito a propósito con una caligrafía juvenil tan atractiva, que las mujeres instaron a la niña a que la copiara en su cuaderno de modelos caligráficos.

Shônagon compuso la respuesta: «No parece probable que la dama a la que has visitado viva muchos días más y, en consecuencia, va a trasladarse al templo en las montañas. Desea agradecerte tu amable carta aunque ya no pueda hacerlo en esta vida». Genji se sintió profundamente conmovido.

Sus pensamientos se desplazaban de cierta noche otoñal a la muchacha que de una manera tan constante estremecía su corazón, y ciertamente ansiaba más que nunca relacionarse de alguna manera con ella. Recordaba la noche en que la monja se refirió a que no podía dejar que la plantita se marchara, y la añoraba, aunque también sentía una punzada de aprensión,

temeroso de que, si llegaba a ser suya, pudiera decepcionarle, y murmuró:

*Con qué satisfacción recogería y pronto
haría mía esa plantita silvestre
brotada de la raíz misma compartida por
la murasaki. [60]*

En el décimo mes, Su Majestad iba a emprender un viaje oficial al palacio Suzaku. [61] Había elegido como bailarines a los hijos de las familias más importantes, nobles de alcurnia o caballeros de su círculo privado que mostraban aptitudes para ese menester, y todos, desde los príncipes hasta los ministros, estaban ocupados ensayando

sus papeles.

Genji recordó que había transcurrido mucho tiempo desde su último intercambio de correspondencia con la dama de las montañas, y envió allí un mensajero. La única respuesta que obtuvo fue de Su Reverencia, que le escribió: «Exhaló el último suspiro el día veinte del mes pasado, en mi presencia, y aunque la muerte nos sobreviene a todos, la suya es una gran pérdida», etcétera. A Genji la vida se le antojó extraordinariamente frágil mientras leía la misiva, y se preguntó con inquietud cómo le iría a la chiquilla cuyo futuro tanto había preocupado a la dama. Siendo tan joven, ¿no echaría en falta a su abuela? Recordó

la pérdida de su madre, aunque vagamente, y se propuso estar en contacto con la niña. Las respuestas que obtuvo de Shônagon fueron amables.

Cuando supo que el confinamiento por el duelo [\[62\]](#) había terminado y familiares y sirvientes habían regresado a la ciudad, Genji dejó que transcurriera cierto tiempo y entonces, una noche tranquila, fue a hacerles una visita. Era un lugar deprimente y ruinoso, casi desierto, y no le costó imaginar cómo debía de asustar a la chiquilla. Le hicieron pasar a la misma sala de la vez anterior, donde la llorosa Shônagon le contó cómo había llegado el fin de su señora, hasta que las mangas del propio Genji estuvieron húmedas de

lágrimas.

—Tengo entendido que ella irá al palacio de Su Alteza —siguió diciendo Shônagon—, pero su madre siempre detestó la crueldad que había padecido allí, y mi señora creía que, si bien la niña no es desde luego una criatura, a su difícil edad, entre todos los demás hijos de su padre, muy bien podría ser considerada antes una molestia que otra cosa, puesto que aún no comprende muy bien lo que se espera de ella. De hecho, hay una buena razón para creer que mi señora estaba en lo cierto y, por lo tanto, en momentos como los presentes deberíamos recibir con agrado el interés que habéis tenido la amabilidad de manifestar, por superficial

que pudiera ser, y no insistir demasiado en aquilatar vuestros futuros sentimientos hacia ella. Incluso así, mi señor, estamos perplejos y no sabemos qué hacer, puesto que es irremediabilmente inadecuada para vos, y lo cierto es que incluso es más infantil de lo que debería ser a su edad.

—Pero ¿por qué sois tan reacios a aceptar las seguridades que ya os he ofrecido repetidas veces? Que su mismo carácter infantil sea tan atractivo para mí me indica, pues no le encuentro otro sentido, que el vínculo entre ella y yo es en verdad insólito. Me gustaría decírselo así, pero no de una manera indirecta, sino cara a cara.

*Tal vez el joven junco que crece en la
orilla de Waka no es aún para nadie,
pero, escucha, ahora que la ola está alta,
¿puede deslizarse de nuevo hacia el
mar?*

—Eso no estaría nada bien. [\[63\]](#)

—Ni yo me atrevería a pedíroslo, mi
señor.

*Si el brillante junco en la orilla de Waka
se inclinara al encuentro de la ola que se
acerca,*

*sin saber lo que pretende, sin duda su
manera de actuar sería ligera.*

—¡Qué difícil es esto!

Genji la perdonó en parte por coartarle, puesto que ella hablaba con una seriedad nacida de la experiencia. «¿Por qué nunca llega ese día?», [64] cantó para sí, deslumbrando a las damas de honor más jóvenes.

La niña estaba tendida, llorando por su abuela, cuando sus compañeras de juego exclamaron:

—¡Está aquí un caballero con manto de vestir! ¡Debe de ser Su Alteza!

Ella se incorporó, gritando:

—¡Shônagon! ¿Dónde está el caballero del manto de vestir? ¿Está mi padre aquí?

Su voz, al aproximarse, era muy dulce.

—No —dijo Genji—. No soy Su

Alteza, pero eso no significa que no deba gustarte también. ¡Ven aquí! [\[65\]](#)

Ella reconoció la voz del caballero que la había sobrecogido, y lamentó haber hablado. En vez de acercarse más, se apresuró a volver al lado de su aya.

—Vamos —le dijo—. ¡Tengo sueño!

—¿Por qué sigues ocultándote de mí? ¡Duerme entonces en mi regazo! ¡Acércate un poco más!

—Ya veis lo poco que comprende a su edad, mi señor —dijo Shônagon empujándola hacia él.

La niña se sentó con aire inocente, y él deslizó la mano bajo la persiana para tocarla. Notó una deliciosa abundancia cuando su mano llegó al final de su

cabellera, que se derramaba sobre la suave vestimenta, e imaginó la belleza del cabello. Entonces le tomó la mano, y ella, molesta por estar tan cerca de un desconocido, retrocedió y se quejó a Shônagon:

—Pero ¡quiero irme a dormir!

Genji entró en el aposento, en pos de ella.

—Yo soy el que te querrá a partir de ahora. ¡Sé amable conmigo!

—¿Qué estáis haciendo, mi señor? —dijo Shônagon, consternada—. ¡Ay de mí! ¡Os aseguro que no importa cómo le habléis, no conseguiréis nada de ella!

—¿Qué me importa que sea todavía una chiquilla? Espera a ver cuánto la amo:

¡más de lo que nunca la ha amado nadie!

El granizo caía con fuerza y la noche prometía ser mala.

—¿Cómo podéis vivir en esta soledad, siendo tan pocas? —Genji empezó a llorar. De ninguna manera podía abandonarlas—. ¡Cierra los postigos! ¡Parece que esta noche va a ser desagradable, y quiero protegeros. ¡Acercaos a mí, todas vosotras!

Tras decir esto, y como si fuese lo más natural del mundo, entró en el lecho rodeado de cortinas de la niña, [\[66\]](#) dejando a las escandalizadas y asombradas damas de honor inmóviles y mudas. A pesar de su inquietud, Shônagon no podía intervenir con una severa

reprobación, así que permaneció sentada allí sin dejar de suspirar. La niña se puso a temblar de miedo, y Genji, conmovido al notar fría su deliciosa piel, la envolvió en otra camisa.

Sabía perfectamente que se estaba comportando de una manera vergonzosa, pero de todos modos empezó a hablarle suavemente de cosas que, a su manera de ver, podrían agradarle.

—¡Ven conmigo y te llevaré donde hay muchas pinturas bonitas y podrás jugar con muñecas!

Le hablaba con tanta amabilidad que ella, a su modo infantil, dejó de tener tanto miedo, pero aun así no se relajó lo suficiente para sumirse en el sueño, y

siguió dando vueltas en la cama.

El viento rugió durante toda la noche, mientras las damas de honor susurraban entre sí.

—Es cierto, la noche habría sido espantosa sin su presencia. ¡Ah, si ella fuese lo bastante mayor para él...!

La inquieta Shônagon permaneció muy cerca de su pupila.

Genji se marchó antes de que despuntara el día, cuando el viento hubo remitido un poco; parecía muy satisfecho de sí mismo.

—Ya ocupaba constantemente mis pensamientos —manifestó—, pero ahora me preocuparé más que nunca. Quiero llevarla allí donde paso mis monótonos

días y noches. Ella no puede seguir así. ¡Es asombroso que no haya estado medio muerta de miedo!

—Parece ser que también Su Alteza ha dicho que quiere llevársela a vivir con él —replicó Shônagon—. Supongo que se propone hacerlo una vez hayan transcurrido los cuarenta y nueve días de luto por mi señora.

—Estoy seguro de que cuidará de ella, pero a ella debe de resultarle tan desconocido como yo. Al fin y al cabo, nunca ha vivido con él. En cuanto a mí, acabo de empezar a conocerla, pero aun así estoy seguro de que le tengo más apego que él.

Acarició el cabello a la niña, y miró

atrás muchas veces mientras abandonaba la casa.

El cielo, cubierto por una densa niebla, era insólitamente hermoso, y todo estaba blanco de escarcha: una escena que complacería al amante ahíto, pero no suficiente para Genji. Recordó que una mujer a la que había estado visitando recientemente vivía en un punto del camino que iba a tomar, y pidió a uno de sus hombres que fuese allá y llamara a la puerta. Nadie lo oyó. Se vio obligado a encargarse a un ayudante dotado de buena voz que cantara dos veces:

Con la primera luz del amanecer, cuando se alzan nieblas que amortajan los cielos

y confunden la mirada, ¡no puedo pasar de largo ante la cancela de mi amor!

[67]

Entonces, una sirvienta de agradable aspecto salió de la casa y replicó: [68]

¡Si tan duro es pasar de largo ante una cancela tan sólo atisbada en medio de la niebla,

sin duda su endeble puerta no tiene por qué impedirte la entrada! [69]

Luego volvió al interior de la casa y ya no salió nadie. Genji no deseaba retirarse, pero se sentía desprotegido bajo el cielo cada vez más despejado, así que

prosiguió su camino.

Yació sonriendo al recordar con cariño a la deliciosa chiquilla. El sol estaba alto cuando se levantó para escribir su habitual carta, [70] y lo que tenía que decir era tan inusitado que a menudo dejaba el pincel y se entregaba a la ensoñación. Adjuntó a la carta unas bellas imágenes.

Resultó que aquel era el día en que Su Alteza iba a ver a su hija. La casa se había deteriorado de un modo notable en los últimos años, y el hecho de que fuese tan grande y vieja aumentaba todavía más la sensación de adusta soledad.

—¿Cómo es posible que una niña pase un solo minuto en semejante lugar? —dijo

contemplando la escena que tenía ante sus ojos—. Es preciso que la lleve a casa conmigo. [71] No hay ninguna razón por la que debas sentirte incómoda allí. Tendrás a tu aya, que dispondrá de una habitación propia, y habrá niños para que juegues con ellos. Serás totalmente feliz.

Hizo que la niña se le acercara, y percibió el delicioso aroma de sus ropas, adquirido por el contacto con las de Genji.

—¡Qué olor tan agradable! — exclamó, y entonces añadió compungido —: Pero ¡tus ropas están ajadas! [72] ¡Cuán lamentable es que haya pasado estos años con una dama vieja y achacosa! He insistido para que venga y conozca mi

casa, pero, por alguna razón, ella se resiste a la idea, y lo cierto es que también en mi casa ha habido cierta renuencia. [73] Siento que deba trasladarse allí en estas circunstancias.

—Pero ¿es preciso que lo haga, Vuestra Alteza? Ciertamente, esta casa es solitaria para ella, pero debería quedarse aquí un poco más. Echa en falta a su abuela, y apenas come.

Esto también era cierto: la niña estaba penosamente delgada, aunque esto sólo aportaba a su aspecto una gracia más encantadora.

—Pero ¿por qué estás tan afligida? —inquirió Su Alteza, confiando en hacer que la chiquilla se sintiese mejor—. Tu abuela

se ha ido, y por mucho que la llores no volverá. Al fin y al cabo, me tienes a mí.

Al atardecer, cuando Su Alteza se preparó para partir, la niña se sentía tan desdichada que empezó a llorar. También a él se le saltaron las lágrimas.

—Vamos, vamos, no debes estar tan triste —le dijo una y otra vez, intentando consolarla—. Haré que vengas conmigo muy pronto.

Cuando se hubo ido, la niña lloró con desconsuelo. No le preocupaba en absoluto lo que pudiera reservarle la vida; sólo sabía que la dama que siempre la había acompañado no estaría nunca más junto a ella, y, pese a lo infantil que era, el dolor de su pérdida la consumía. Ya no

jugaba como solía hacerlo, y si durante el día se olvidaba de su sufrimiento, éste volvía a acecharla por la noche. Las mujeres se preguntaban cómo podría seguir viviendo de ese modo, y hacían lo posible por consolarla, pero no lo lograban y ellas mismas rompían a llorar.

Hacia el anochecer, Genji envió a Koremitsu a la casa con un mensaje: «Iría yo mismo, pero por desgracia Su Majestad me ha requerido. Me afligí al ver la situación de la niña, y ahora me preocupa mucho». Koremitsu se quedaría para guardar la casa.

—¡Qué espantoso proceder el suyo!
—exclamó Shônagon—. Estoy segura de que esto es un juego para él, pero ¡hay que

ver lo que hace en el mismo comienzo!
[74] Si Su Alteza se enterase, nos acusaría de auténtica locura a quienes estamos a su servicio. No lo olvidéis: ¡jamás debéis ser tan necias como para hacerle alguna insinuación sobre lo que ha ocurrido!

Para la niña, ¡ay!, nada de esto tenía ningún significado.

Mientras le contaba sus cuitas a Koremitsu, Shônagon observó:

—Cuando tenga más edad, dudo de que se libre de lo que el destino le tiene reservado, pero de momento la proposición de tu señor me parece irremediabilmente inapropiada. A decir verdad, ni siquiera puedo imaginar a qué

se refieren todas las cosas extraordinarias que dice. No sé qué hacer. Precisamente hoy Su Alteza ha estado aquí, para advertirnos de que hemos de evitar que esté preocupado por ella y para que la vigilemos siempre como es debido. No sé qué sería lo más acertado, y ahora me preocupa mucho más que antes que alguien pueda tomarse libertades con ella.

Shônagon se abstuvo de quejarse de una manera demasiado directa, porque no deseaba revelarle nada a Koremitsu, que no podía saber de qué le estaba hablando.

Cuando Koremitsu regresó y le contó lo que había oído, Genji experimentó en lo más profundo el apuro de Shônagon, pero la idea de visitarla con regularidad

todavía lo perturbaba, porque si la gente se enteraba de lo que pretendía hacer, sin duda condenarían su dudosa excentricidad, y esa idea no le atraía en absoluto. Y así tomó la decisión de llevarse la niña a casa. Envío repetidas notas, y tras la puesta del sol volvió a enviar a Koremitsu con el mensaje de que confiaba en que no se tomaran a mal ciertas dificultades que le impedían visitarlas en persona.

—Ahora estamos muy ocupadas porque Su Alteza acaba de comunicarnos que de repente tiene intención de llevársela mañana a su residencia —le explicó Shônagon—, Al fin y al cabo, lamento abandonar esta ruinoso casa

donde he vivido tanto tiempo, y las demás también están afligidas.

Tenía poco más que decir y parecía absorta tan sólo en la *c o s t u r a* . [\[75\]](#)

Koremitsu fue al encuentro de Genji.



Costura

Genji estaba en casa de Su Excelencia, pero allí la dama se negaba a recibirle, como de costumbre. Él, sintiéndose frustrado, jugueteaba con un *wagon* [\[76\]](#) y cantaba para sí mismo con una voz agradable «Aquí, en Hitachi, tengo mi campo para pasar la azada...». [\[77\]](#) Entonces llegó Koremitsu. Genji le llamó y le preguntó qué noticias tenía.

El informe de Koremitsu le alarmó. Si la niña iba a casa de su padre, todo intento de sacarla de allí parecería indecente, y le acusarían de haber raptado a una niña inocente. No, tendría que silenciar a las mujeres durante algún tiempo y llevársela antes de que eso pudiera suceder.

—Iré allí antes de que amanezca —anunció—. El mismo carruaje que me ha traído aquí servirá a la perfección para el viaje, y quiero que lleves a uno o dos hombres.

Koremitsu partió para cumplir las órdenes.

Entonces Genji titubeó, al reflexionar con inquietud en que, si alguien lo

descubría, le considerarían un perverso; que un hombre parecería normal en comparación si la gente suponía que la mujer involucrada era lo bastante mayor para saber lo que estaba haciendo y había actuado de acuerdo con él, y que tendría que excusarse cuando Su Alteza descubriera la verdad. Pero a pesar de este torbellino de recelos, no podía dejar pasar aquella oportunidad, así que se dispuso a partir cuando aún era noche cerrada. Su dama estaba contrariada, como de costumbre, y no le perdonaba.

—Mira, acabo de recordar un asunto urgente y debo volver para solucionarlo. No estaré ausente mucho tiempo.

Ni siquiera las damas de honor de la

mujer se percataron de la marcha de Genji. En su habitación se puso un manto y partió sólo con Koremitsu a su lado en el carruaje.

Hizo que un hombre llamara a la puerta del cercado, y un sirviente que no sabía nada abrió. Ordenó que entraran el carruaje sin hacer demasiado ruido. Entonces Koremitsu llamó a las puertas dobles y se aclaró la garganta. Al reconocer su voz, Shônagon salió.

—Su Señoría está aquí —anunció Koremitsu.

—¡Pero ella duerme! Su Señoría anda por ahí muy tarde.

La mujer daba por sentado que Genji regresaba a casa procedente de algún

lugar.

—Tengo entendido que se traslada a casa de su padre, y he de decirle algo antes de que se marche —explicó Genji.

—¿Qué será lo que debéis decirle? — Shônagon sonrió—. ¿Y cómo podría ella daros una respuesta adecuada?

Genji se adentró en la vivienda, dejándola consternada.

—¡Pero ahí dentro yacen mujeres ancianas y desagradables a la vista!

—Supongo que ella está aún dormida. Vamos, la levantaré. No hay excusa para dormir en un amanecer brumoso tan bello.

Traspasó las cortinas. No hubo tiempo ni siquiera para que gritaran.

La niña estaba tendida allí, ajena a

todo. Genji la rodeó con los brazos para despertarla, y cuando ella lo hizo estaba tan adormilada que le tomó por su padre, que había ido a buscarla. No se dio cuenta de su error hasta que Genji le arregló el cabello y le dijo:

—¡Vamos! ¡He venido de parte de Su Alteza! —Ella, sorprendida, sintió miedo —. Tranquila, tranquila, muy bien podría ser yo tu padre —le dijo, y salió del aposento con la niña en brazos.

—¿Qué estáis haciendo, mi señor? —exclamaron Taifu, Shônagon y las demás.

—Ya le he dicho que quiero llevarla a donde pueda sentirme más cómodo con ella, porque me disgusta la imposibilidad de venir aquí a menudo; y ahora, ¿sabéis?,

me consterna saber que está a punto de trasladarse a casa de su padre, lo cual me hará todavía más difícil mantenerme en contacto con ella. Quiero que una de vosotras venga conmigo.

—Mi señor —replicó la angustiada Shônagon—, ¡hoy no es el día apropiado para hacer esto! ¿Qué le diremos a Su Alteza cuando venga? Sin duda todo se arreglará a su debido momento, si habéis de tener lo que deseáis, pero, tal como están las cosas ahora, no nos habéis concedido ni un momento para pensar, y nos estáis poniendo a todas en una situación insostenible.

—Muy bien, alguien puede venir a reunirse con ella más tarde.

Dicho esto, y dejando a las mujeres pasmadas, Genji pidió que le trajeran su carruaje. La niña estaba alarmada y lloraba. Shônagon, que no podía hacer nada por detenerlo, se puso unas prendas de vestir mejores que las que llevaba por casa y subió al carruaje, llevando consigo las ropas que había cosido la noche anterior.

Nijô no se encontraba muy lejos, y el carruaje llegó a palacio antes de que amaneciera.

Genji pidió que lo llevaran al ala occidental y se apeó. Tomó a la niña en brazos sin ningún esfuerzo.

Shônagon titubeó.

—Todavía me siento como si

estuviera soñando. ¿Qué queréis que haga?

—Lo que te plazca. Ahora que he traído aquí a tu joven señora, te acompañaré de regreso a casa, si lo deseas.

Con una sonrisa irónica, Shônagon también se apeó del carruaje. Estaba aturdida por la rapidez con que sucedía todo, y el corazón le latía con fuerza. Lloró al pensar en el enfado de Su Alteza, en el azaroso futuro de su pupila y, sobre todo, en la terrible situación en que se encontraba la niña después de haber perdido a todas las personas en las que podría confiar, pero dominó sus sentimientos lo mejor que pudo, a pesar

de las lágrimas, para no ensombrecer aquel momento [78] con una aflicción aciaga.

El aposento no tenía lecho con cortinas ni otro mobiliario, puesto que Genji no lo habitaba. Llamó a Koremitsu y le pidió que instalara un lecho, además de biombos y otros elementos. Por lo demás, lo único que había que hacer era bajar las cortinas fijas y limpiar un poco la estancia. Genji pidió que le trajeran del ala oriental prendas para dormir y se rumbó.

La niña se preguntaba, temerosa, qué intenciones tendría Genji con respecto a ella, pero logró contener los sollozos.

—Quiero dormir con Shônagon —le

dijo en tono infantil.

—No —replicó Genji con firmeza—. Ya no vas a dormir nunca más de esa manera.

Ella se acostó, derramando lágrimas de desdicha. El aya, que no podía conciliar el sueño, permanecía sentada y aturdida.

Al amanecer, Shônagon miró a su alrededor y se sintió abrumada no sólo por la opulencia del edificio y su mobiliario, sino incluso por la arena del jardín, semejante a un mar de joyas y que parecía reflejar la luz, y empezó a sentirse como una intrusa, aun cuando no había ninguna otra mujer presente. Sólo guardianes de palacio estaban apostados

al otro lado de las persianas, pues Genji alojaba allí a algún invitado de tarde en tarde. Uno de ellos se había enterado de que Genji acababa de traer a una dama a la casa. «¿Quién puede ser? —susurraba—. ¡Debe de estar muy prendado de ella!»

Los sirvientes trajeron agua para lavarse y el desayuno. [79] Cuando Genji se levantó, el sol estaba alto.

—Necesitará a sus damas de honor —le dijo a Shônagon—, Esta noche deberá llamar a las que prefiera. —Envió un sirviente al ala oriental para que trajera algunos niños—. Sobre todo que sean pequeños —añadió. Y así se presentaron allí cuatro niñas muy bonitas.

Ella yacía enfundada en una camisa, y

Genji insistió en que se levantara.

—No debes ser tan adusta —le dijo—. ¿Cuidaría tanto de ti si no significaras mucho para mí? Una mujer debe ser dulce y obediente.

Así comenzó la educación de la chiquilla.

En aquel entorno la belleza de la niña resplandecía más que nunca. Genji le hablaba de una manera cautivadora, le mostraba toda clase de bellas pinturas y juguetes que había hecho traer del ala oriental y hacía todo lo posible por complacerla. Finalmente ella se levantó y accedió a mirar lo que él le mostraba. Su estampa, con la suave ropa sobrepuesta de color gris oscuro [\[80\]](#) y su inocente

sonrisa, hizo que Genji no pudiese dejar de sonreír a su vez mientras la contemplaba.

Cuando Genji se marchó al ala oriental, ella fue a echar un vistazo [81] al estanque y los árboles del parque. El jardín más próximo, ahora cubierto por la escarcha, era tan bello como si se tratase de una pintura, y el desacostumbrado ajetreo de los caballeros de los rangos cuarto y quinto, que entraban y salían del edificio, [82] la convenció de que había ido a parar a un lugar muy agradable. Al poco estaba serenamente distraída por las fascinantes imágenes de los biombos.

Genji no fue a la corte durante dos o tres días, dedicado a lograr que ella se

sintiera a sus anchas. Escribió o pintó toda clase de cosas para mostrárselas, sin duda con la idea de formar un libro con ellas, [83] y las convirtió en una colección atractiva en extremo.

Ella separó una muestra excepcionalmente bella, «La conversación sobre la llanura de Musashi despierta mi queja...», [84] que él había escrito en papel de color *murasaki*, y, en unos caracteres más pequeños, añadió:

¡Su raíz es invisible, y sin embargo cuánto la quiero, a la afín a esa planta que los rocíos de la llanura de Musashi ponen tan lejos de mi alcance! [85]

—Vamos, escribe tú uno —la animó.

—Pero aún no sé escribir muy bien —replicó ella mirándole con la ingenuidad más encantadora.

Él sonrió.

—Todavía no sabes escribir, pero yo te enseñaré.

Su gesto al volverse para escribir y su modo infantil de sostener el pincel arrobaban tanto a Genji que se sorprendía de sí mismo.

—¡Oh, he cometido un error!

Azorada, la niña intentó ocultar lo que acababa de escribir, pero él insistió en verlo.

No tengo la menor idea de por qué

deberías quejarte, y eso me preocupa:

¿quién es, pues, la «afín» a que te refieres y en qué planta piensas?

Los generosos trazos de sus caracteres eran ciertamente inmaduros, pero muy prometedores. [86] Su caligrafía guardaba un gran parecido con la de la difunta monja. Genji pensó que no tardaría en escribir con elegancia, siempre que tuviera un cuaderno de modelos actualizado. En cuanto a muñecas, él le confeccionaba una casa de muñecas tras otra, y en sus juegos con ella encontraba la perfecta distracción de sus cuitas.

Las mujeres que no la habían acompañado se sintieron profundamente

azoradas porque no pudieron decir nada cuando Su Alteza llegó y quiso saber qué le había ocurrido a su hija. Genji les había advertido que guardaran el secreto durante algún tiempo, y Shônagon, que accedió a ello, insistió en que permanecieran en silencio. Sólo le dijeron a Su Alteza que Shônagon se había llevado a su hija para ocultarla, y que no sabían dónde estaba. Él se vio obligado a suponer que, como la difunta monja nunca había querido enviarle a su nieta, el aya de la niña, movida por un celo excesivo, había puesto en peligro el futuro de su pupila al desaparecer con ella en vez de mostrar abiertamente su oposición, y volvió a su residencia con lágrimas en los

ojos. «¡Por favor, si tenéis noticias de ella, hacédmelo saber!», les dijo a las mujeres, incrementando su desasosiego. Su Alteza también hizo infructuosas averiguaciones en la residencia de Su Reverencia. Lamentaba haber perdido a una hija de cualidades tan notables, y no dejaba de añorarla. Incluso su esposa estaba desilusionada, puesto que por entonces la antipatía hacia la madre de la chiquilla se había desvanecido, y había estado esperando a sacar el máximo partido de su autoridad.

Poco a poco, las damas de honor se fueron reuniendo en torno a su joven señora. Sus compañeras de juego, muchachas que servían como pajes e

incluso algunas más pequeñas, [87] se entregaban gozosas a los juegos con una pareja tan sorprendente y elegante. La joven señora [88] todavía lloraba por su abuela las noches en que su amigo estaba ausente y ella se encontraba sola, pero no conservaba ningún recuerdo especial de su padre. De hecho nunca se había acostumbrado a vivir con él, y ahora sólo le interesaba su segundo padre, por el que llegó a sentir un profundo afecto. Siempre iba a saludarle cuando él llegaba a casa, mantenían agradables conversaciones y se acurrucaba en sus brazos, y no mostraba reserva ni timidez con él. En ese aspecto, era tan dulce con él como podía serlo.

Una mujer puede ser tan quejosa y

apresurarse tanto a exagerar la importancia del más leve desliz que el hombre llega a sentir desagrado hacia ella, temeroso de que cualquier cosa que haga dé lugar a ásperos reproches, hasta que un distanciamiento que ninguno de los dos había deseado se convierte en una realidad, pero no fue así en el caso de Genji con su deliciosa compañera. Ninguna hija de la edad que ella tenía puede ser tan libre con su padre, dormir tan íntimamente a su lado, o levantarse con tal presteza al mismo tiempo que él por la mañana, como aquella joven dama lo hacía con Genji, hasta tal punto que éste debió de sorprenderse ante la capacidad que tenía de prodigar su afecto

en un tesoro tan singular.

6

Suetsumuhana

El alazor

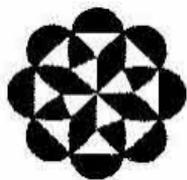
La *suetsumuhana* («alazor») es una flor amarilla o anaranjada de la que se extrae un tinte escarlata, y en este capítulo, donde el escarlata es un motivo recurrente, aparece una mujer a la que los lectores conocen como Suetsumuhana.

Su nombre procede de un poema de Genji:

No es este en absoluto un color que me

*entusiasme; ¿qué pretendía entonces al
dejar que mis mangas rozaran un alazor
florido?*

El capítulo deja claro el propósito oculto
de Genji.



Relación con los capítulos anteriores

«El alazor» cubre más o menos el mismo período —el año en que Genji tiene dieciocho— que «La joven Murasaki», pero hasta el final del capítulo no aparece ninguna conexión narrativa entre ellos. Abarca hasta el quinto mes del año siguiente.

Personajes

Genji, capitán de la guardia de
palacio, de 18 a 19 años

Taifu, una joven dama de honor

Su Alteza, la hija del príncipe
Hitachi (Suetsumuhana)

El capitán secretario, cuñado
de Genji y gran amigo (Tô no Chûjô)

**Su Excelencia el ministro
de la Izquierda**, de 52 a 53 años
(Sadaijin)

Nakatsukasa, dama de honor al
servicio de Su Excelencia

Jijû, dama de honor de Suetsumuhana

Murasaki, de 10 a 11 años
aproximadamente

No, a pesar de los meses transcurridos, Genji no podía olvidar la manera en que una mujer a la que aún amaba había desaparecido como el rocío en una belleza crepuscular, ni a aquellas damas quisquillosas y llenas de orgullo que se mantenían distanciadas de él [1] y eran tan exigentes, que él deseaba sobre todo a la que le había conmovido el corazón al rendírsele por completo.

¡Cuánto anhelaba, incorregible como siempre, encontrar a un ser adorable y dulce, sin un nombre importante que preservar y con quien él no se sintiera obligado a comportarse de la mejor manera posible! No había noticias de ninguna nueva relación, lo cual le

entristecía, y cabe suponer que si hubiera percibido alguna nueva señal de promesa, por lo menos habría enviado a la dama en cuestión unas líneas de aliento. ¿Quién puede dudar, a estas alturas, de que muy pocas le rechazaban o le recibían con indiferencia? De aquellas que mantenían una tenaz frialdad, exhibiendo su gazmoñería y un decoro bajo el que se ocultaba su falta de corazón, podría decirse que desconocían cuál era su lugar; y tampoco mantenían su orgullo durante demasiado tiempo, porque no tardaban en ceder, ignominiosamente, al matrimonio con algún don nadie. Genji abandonó a muchas de ellas por esa razón.

Una y otra vez recordaba irritado a la

mujer del caparazón de cigarra. También a la del junco [2] debía de sorprenderle en ocasiones una nota suya, cada vez que soplabá para ella una brisa favorable. De buen grado él habría vuelto a verla cuando la mujer estaba a sus anchas a la luz de la lámpara. En conjunto, no era hombre que olvidara a ninguna mujer que hubiera conocido.

La hija del aya Saemon, que era su preferida después del aya Daini, [3] servía ahora en la corte, donde la conocían como *taifu*, la *myôbu* del comisionado. [4] Su padre, el comisionado de la Guerra, era de ascendencia imperial. El mismo Genji a veces la visitaba con algún recado, puesto

que era una joven muy dada al galanteo. Cuando no estaba en palacio se encontraba en la casa de su padre, ahora que la madre, casada con el gobernador de Chikuzen, se había trasladado a provincias.

En cierta ocasión, Taifu le contó a Genji que la última y más amada hija de Su Alteza de Hitachi [5] vivía en tristes circunstancias ahora que su padre se había ido.

—¡Qué lástima! —exclamó Genji. Estaba intrigado y quiso saber más.

—Poco es lo que sé acerca de su carácter y su aspecto. Es tan tímida y reservada que cuando la visito al atardecer hablo con ella a través de

cortinas. Su único amigo verdadero parece ser el *kin*.

—Ése es uno de los «tres amigos», aunque uno de ellos sería inapropiado para una dama. [6] Te ruego que me dejes escucharla. Su padre tocaba tan bien que no puedo imaginar que ella no sea la mejor.

—Me pregunto si su música os interesará de veras —respondió ella, casi como si se propusiera aguzar el interés de Genji.

—Estás tratando de tentarme, ¿verdad? Iré en secreto una de estas noches, cuando la luna esté velada. [7] Tienes que acompañarme.

Taifu no quería involucrarse tanto,

pero aun así fue allí una agradable noche de primavera, cuando en palacio reinaba la calma. Su padre había establecido su residencia en otro lugar y sólo visitaba el palacio de vez en cuando, pero Taifu, que nunca se había sentido cómoda en casa de su madrastra, había llegado a ser allí una presencia familiar. [8]

Genji llegó tal como dijo que lo haría, a la hora en que más bella es la luna de la decimosexta noche. [9]

—¡Qué lástima! —exclamó Taifu—. Esta no es en absoluto la noche más apropiada para realzar el tono de un instrumento.

—Aun así, ve con ella y haz que toque un poco. Lamentaría marcharme sin

haberla oído tocar.

Taifu instaló a Genji en su propia habitación, de ambiente cómodamente informal, y, sintiéndose culpable y nerviosa, se encaminó al edificio principal de la finca. Los postigos de celosía todavía estaban abiertos, y desde una ventana Su Alteza contemplaba un ciruelo de deliciosa fragancia. A Taifu el momento le pareció propicio.

—No he podido resistirme a la promesa de una noche tan hermosa, mi señora, al pensar en lo deliciosos que serían los sonidos de vuestro *kin*. Lamento mucho que, en el apresuramiento de mis idas y venidas, nunca tenga ocasión de oíros tocar.

—Tengo entendido que algunas personas aprecian de veras el *kin* — respondió Su Alteza—, pero ¿cómo podría interesar mi manera de tocar a quien frecuenta la sede de Su Majestad?

Pidió que le trajeran su instrumento, y Taifu tembló al pensar en la impresión que podría causarle a Genji.

La dama tocó con mucha suavidad. Era una música muy bonita. No tenía un dominio magistral del instrumento, pero el tono de éste era tan soberbio que a Genji no le desagradó lo que había escuchado. ¡Que el gran señor que era su padre hubiera criado a su hija tan cuidadosamente, en medio de estrictas formalidades abandonadas mucho tiempo

atrás, en una casa tan triste y descuidada, y todo ello por nada! ¡Ah, cómo debía de lamentarse ella! ¡En los relatos antiguos ésa es la clase de lugar que proporciona el ambiente adecuado para toda clase de escenas conmovedoras! Estas reflexiones de Genji avivaron su deseo de acercarse a ella, pero el temor de que ella pudiera considerarle atrevido le hizo dudar.

Taifu, que siempre andaba con mucho ojo, no deseaba que la música de la princesa saciara a Genji.

—Parece que el cielo se está nublando, mi señora —le dijo—. Un invitado mío me ha dicho que iba a venir, y podría pensar que no le hago caso. Pero pronto, cuando tenga tiempo... ¡Dejadme

que cierre los postigos!

Y Taifu abandonó la estancia sin darle más estímulo para que siguiera tocando.

—¡Se ha interrumpido casi antes de empezar! —se quejó Genji—. ¡No he tenido tiempo para decidir siquiera si merece la pena escucharla o no! ¡Qué fastidio!

La música de Su Alteza le había parecido hermosa.

—Permite que me acerque más a escucharla, si no te importa —siguió diciendo, y Taifu vio que estaba intrigado.

—La verdad es que prefiero que no lo hagáis —replicó la mujer—. La sombría vida que ha de llevar es tan deprimente para ella y, en conjunto, su existencia es

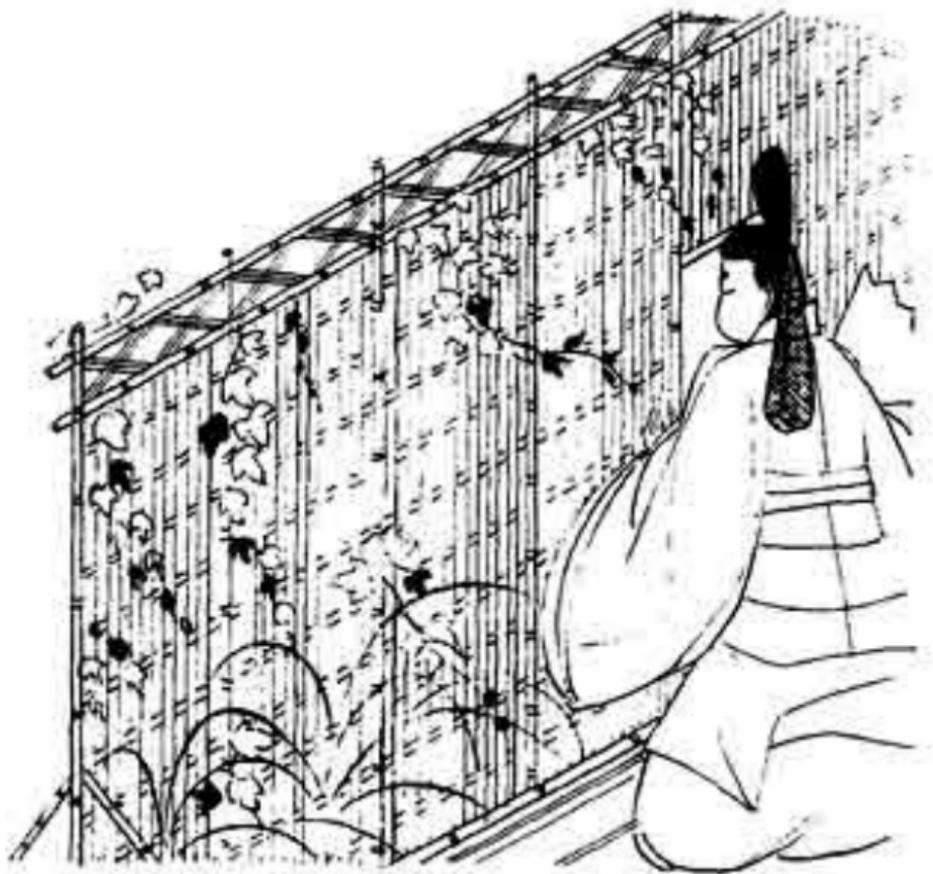
tan triste, que no veo yo cómo podría...

Él convino en que probablemente tenía razón. Uno podía relacionarse perfectamente con mujeres de menos categoría desde el principio, pero el rango de aquella imponía una exquisita consideración, por lo que instó a Taifu a que de todos modos le diera a conocer sus sentimientos en la medida de lo conveniente. Entonces se dispuso a marcharse discretamente, pues sin duda tenía una cita en otra parte.

—Pienso con frecuencia, mi señor, en lo regocijante que es que a Su Majestad le preocupe tanto vuestra excesiva seriedad. Jamás os verá vestido de esta guisa. [\[10\]](#)

Genji se volvió hacia ella, sonriente.

—¡Mejor harías en no resaltar mis faltas como si ninguna de ellas fuese contigo! —replicó—, ¡Si la mía es lo que llamas una conducta licenciosa, entonces conozco a una joven que se las vería y se las desearía para defenderse de ella!



Albitana

A menudo bromeaba con Taifu porque era bastante ligera de cascos, y ella se sintió demasiado avergonzada para decir más.

Genji se dirigió a la casa principal, confiando en oír los sonidos producidos por la dama que estaba en su interior. Cuando llegó a un lugar abrigado donde sólo quedaban los restos despedazados de una albitana, descubrió que otro hombre estaba allí desde el principio. ¿Quién podría ser? Pensó que sin duda era algún galán que tenía puestos los ojos en la dama y estaba oculto en la oscuridad, pero no, se trataba del capitán secretario. Horas antes, al atardecer, habían salido juntos del palacio, y cuando, después de que se hubieran separado, Genji no tomó la dirección de la casa de Su Excelencia ni de Nijô, el capitán ardía hasta tal punto en deseos de saber adonde se dirigía que

lo siguió a pesar de que también tenía una cita. Genji no le había reconocido a causa del jamelgo que montaba y la informal veste de caza que llevaba. Al capitán le intrigó que Genji hiciera una imprevista entrada en aquella finca. Permaneció allí, escuchando la música, y entonces se tumbó, suponiendo que Genji no tardaría en partir. Genji, que aún no sabía quién era el otro y no deseaba que le reconocieran, se alejaba sin hacer ruido cuando el capitán fue a su encuentro.

—Mi señor, fue tal mi desconcierto cuando te marchaste que tomé la decisión de hacerte compañía.

Estábamos juntos cuando empezamos a

*alejarnos de la montaña de palacio,
pero veo que en esta decimosexta noche
la luna se oculta donde se pondrá.*

Genji se sintió al mismo tiempo regocijado y molesto al comprender quién le hablaba.

—¡Vaya jugarreta me haces! —se quejó irritado.

*Ciertamente uno puede contemplar un
brillo que lo ilumina todo,
pero ¿quién desearía buscar el monte
Irusa, allá donde se pone? [\[11\]](#)*

—¿Qué harías tú si alguien te siguiera así? Cuando deambulas por ahí de esta

manera, estarías mucho más seguro con un acompañante. No deberías dejarme atrás. Cuando sales de noche disfrazado, podría ocurrir un incidente embarazoso.



Biwa

A Genji le molestaba que

descubrieran sus andanzas, y se atribuyó todo el mérito de que hasta entonces el capitán secretario no hubiera conseguido localizar a su «clavellina». [\[12\]](#)

Ambos estaban ahora de muy buen humor, y no partieron de nuevo, cada uno hacia su cita, sino que viajaron juntos en un carruaje hasta la casa de Su Excelencia, bajo una luna agradablemente velada por las nubes, tocando sus flautas al unísono.

Entraron con sigilo, puesto que no habían enviado hombres por delante para que les despejaran el camino, y se cambiaron de ropa en una galería desierta, poniéndose mantos de vestir. Entonces se pusieron a tocar la flauta, ofreciendo una

estampa de inocencia, como si acabaran de llegar. Su Excelencia, que nunca se perdía la oportunidad de escuchar un concierto, llegó con su propia flauta de Koma [13] y la tocó de forma muy bella, pues era un músico experto. Entonces pidió que trajeran instrumentos e hizo que varias damas de honor con habilidad para la música tocaran detrás de las persianas. Nakatsukasa [14] era muy diestra con el *biwa*, pero ella, que había rechazado al capitán secretario, no había desdeñado las atenciones de Genji en sus visitas esporádicas, y entonces había visto que su relación con él había llegado a ser de conocimiento público, lo cual, a su vez, le había granjeado el desagrado de la suegra

de Genji. [15] Ahora estaba apoyada en una columna, y era evidente que se sentía desdichada e inquieta. La idea de marcharse a un lugar donde nunca volvería a ver a Genji la entristecía mucho.

Los jóvenes caballeros recordaban la música del *kin* que habían escuchado y pensaban con placer en lo diferente que era aquella triste casa, y el capitán soñaba con la dulce y bella dama que empezaría a cortejar allí después de los largos años de soledad que ella había vivido; él mismo se enamoraría tan temerariamente que se pondría al borde de la locura. Recordaba con una mezcla de enojo y aprensión la manera en que Genji, tan seguro de sí

mismo, deambulaba por ahí... ¿Dejaría él escapar una oportunidad como aquella?

Según parece, pronto los dos escribieron a Su Alteza. Ni uno ni otro obtuvieron respuesta, lo cual les produjo desconcierto e irritación. ¡Era una actitud espantosa por parte de ella! Cualquiera dama que viviera en un lugar como aquel debería en ocasiones expresar con voz patética sus sentimientos, transmitiendo los pesares que conocía tan bien por medio de los huidizos talantes de las plantas, los árboles o el cielo. Al capitán le inquietaba todavía más que a Genji la torpeza, así como la descortesía de la dama empeñada en permanecer encerrada en sí misma, por extraordinaria que fuese

su seriedad.

—¿Has tenido alguna respuesta suya?
—le preguntó en tono quejumbroso a Genji, a quien no podía ocultar nada—. Le he enviado unas líneas para ver qué pasaba y sólo he obtenido un extraño silencio.

Genji se dijo que no quedaba ninguna duda de que su amigo había estado cortejando a la dama, y le respondió sonriente:

—Tal vez no he tenido respuesta de ella porque, para empezar, no estoy tan interesado.

Al capitán le enojó mucho que le diera largas.

Ante semejante indiferencia, Genji

había perdido el interés por una aventura que de todos modos le importaba poco, pero supuso que si ahora el capitán abrumaba a Su Alteza con sus notas, ella cedería ante el más insistente. La idea de lo satisfecha consigo misma que debía de estar tras haber rechazado a su primer pretendiente era más de lo que él podía soportar, así que llamó a Taifu para celebrar un cónclave solemne.

—Es en extremo irritante que me rechace de ese modo sin ni siquiera escucharme —le dijo—. Debe de sospechar que sólo deseo divertirme, cuando en realidad mis intenciones no son en absoluto frívolas. Es imposible que las cosas no salgan mal cuando la otra

persona supone lo peor, y uno siempre acaba por tener la culpa. Yo creía que una mujer bien dispuesta, que vive en paz, sin padres ni hermanos o hermanas que la molesten, sería mucho más agradable.

—Oh, no, mi señor, dudo que ella os convenga. No puedo imaginarla como «el dulce refugio de la lluvia» [\[16\]](#) que os parece que es. Pocas personas son más desesperadamente tímidas y reservadas.

Ella le contó lo que sabía de la dama.

—Al parecer no es ni ingeniosa ni inteligente. Pero, después de todo, las infantiles e inocentes son las más capaces de fascinaros.

Él no la había olvidado.

Durante la primavera y el verano,

Genji padeció fiebres recurrentes, y siguió sumido en su secreta aflicción.

Aquel otoño, mientras la callada y persistente memoria le hacía recordar con anhelo incluso el ruido de las plataformas de abatanar y aquel otro sonido que tanto había ofendido a su oído, con frecuencia escribía a la residencia del príncipe Hitachi; al no recibir respuesta, descargó su indignación sobre la dama por su zafiedad e inexperiencia, juró no darse por vencido y empezó a presionar a Taifu sin descanso.

—¿Qué está pasando? —preguntaba indignado—. ¡Jamás había visto nada igual!

Ella se mostró comprensiva.

—Ni una sola vez le he sugerido que no la merecáis. Tal como yo lo veo, su timidez paralizante es la razón de que no pueda responderos.

—¡Exactamente! ¡A eso me refiero al hablar de inexperiencia! Una muchacha puede ser tímida mientras sabe poco de la vida o es demasiado joven para hacer lo que le plazca, pero yo diría que esta dama ha de dar a todas las cosas la consideración debida. Yo mismo, por alguna razón, me siento apático y deprimido, y me satisfaría mucho recibir una respuesta suya que reflejara ese mismo estado de ánimo. No voy en busca de líos, todo lo que quiero es sentarme un rato en su crujiente terraza. No la

comprendo, y por eso deseo que intervengas, si es necesario sin su permiso. No perderé la cabeza ni cometeré ninguna necesidad.

Taifu le había hablado de Su Alteza, aquella noche en que estaban casi a solas, por el único motivo de que entonces aún tenía él la costumbre de recoger con fingida indiferencia noticias sobre cualquier dama, y ahora a ella le desagradaba que la presionara de un modo tan apremiante. Su Alteza carecía tanto de experiencia como de destreza, y al final la indiscreción de Taifu (así lo temía ésta) podría perjudicarla. Sin embargo, sería una perversidad hacer oídos sordos a las súplicas de Genji.

Incluso en vida de su padre, la vieja mansión ya era tan antigua que nadie iba allí, y ahora los visitantes se esforzaban incluso menos por abrirse paso entre los hierbajos del jardín, de manera que cuando —¡oh, maravilla!— empezaron a llegar las resplandecientes notas de Genji, sus melancólicas damas de honor sonrieron ansiosas y le rogaron:

—¡Oh, mi señora, no dejéis de responderle!

Pero, ¡ay!, su señora, presa de una irremediable timidez, ni siquiera las leía. «Pues bien —se dijo Taifu, que era despreocupada y amante de la diversión—, cuando llegue el momento y él le hable a través de los postigos, si a ella no

le gusta, muy bien, ése será el final del asunto, pero si las cosas van bien y él empieza a visitarla, nadie se lo impedirá». No dijo una palabra de esto ni siquiera a su padre.

Pasado el día veinte del octavo mes, una noche en que la luna se alzó tan tarde que la espera del astro resultó interminable, cuando no había más luz que la de las estrellas y el viento gemía entre los pinos, la dama, llorando, empezó a hablar del pasado. Taifu vio que era el momento oportuno, y entonces debió de enviarle a Genji una nota, porque él no tardó en llegar, como de costumbre con total discreción.

Por fin se levantó la luna, sólo para

iluminarle sombríamente el tramo de deteriorada valla que estaba contemplando cuando, a instancias de Taifu, Su Alteza empezó a tocar suavemente el *kin*. No, no lo hacía mal. La aturdida Taifu, llena de inquietud, deseaba que la música fuera un poco más accesible por su modernidad. Genji entró sin más preámbulos, puesto que no había nadie que pudiera verle, y ordenó que llamaran a Taifu.

—¡Esto es muy embarazoso! — exclamó Taifu, fingiendo sorpresa al enterarse de la llegada de Genji—. Según parece, ha venido para hablar con vos, mi señora. Veréis, siempre está descontento con vos, y como le recuerdo una y otra

vez que no puedo hacer nada por él, ha estado diciendo que se proponía venir y explicaros personalmente sus intenciones. ¿Cómo voy a responderle? No es tan libre como otras personas para hacer lo que le plazca, y sin duda merece por ello cierta consideración. ¡Escuchad lo que tiene que decirnos, con cierta separación entre los dos, si lo deseáis!

Su Alteza se sentía profundamente avergonzada.

—Pero ¡no sé cómo hablar con la gente! —replicó entre lágrimas mientras, presa de ingenuo terror, retrocedía hacia el fondo de la casa.

Taifu sonrió.

—Me duele ver que os comportáis

como una niña, mi señora. Es muy aceptable que la dama más encumbrada conserve una inocencia infantil siempre que tenga a sus padres para cuidar de ella, pero sencillamente no está bien que en vuestra afortunada situación actual permanezcáis siempre encerrada en vos misma.

—Muy bien —dijo Su Alteza, que no era capaz de negarse a nada—. Si lo que quieres decir es que escuche y no responda, es preciso que los postigos de celosía estén apropiadamente cerrados.

[\[17\]](#)

—Pero sería descortés dejarle en la terraza —le recordó Taifu con tacto—. En cuanto a que pudiera hacer algo atrevido o

carente de gusto, no, mi señora, él jamás...



Cojín

Ella misma aseguró la mampara corredera que había entre la cámara y la pequeña habitación del pasillo, [\[18\]](#) y

dispuso allí un cojín para que Genji se sentara.

Puesto que no tenía la menor idea de cómo debía dirigirse a una persona como Genji, Su Alteza se resignó, pese a sus profundos celos, a confiar en que Taifu sabría qué era lo mejor. Una anciana, probablemente su aya, se acababa de ir a su habitación para acostarse. Quedaron dos o tres damas de honor más jóvenes,

que, embargadas por el vivo deseo de tener un atisbo de la tan celebrada belleza de Genji, se preparaban con nerviosismo para el gran momento. En cuanto se hubieron puesto ropas decorosas y estuvieron arregladas como era debido, la señora, sin el menor asomo de la emoción que evidenciaban sus damas de honor, fue a recibir al visitante.

Éste prestaba una elegancia tan cautivadora a la discreción con que había vestido su belleza sin par que Taifu ansiaba mostrárselo a alguien capaz de apreciarlo. «Aquí no hay nada para él, pobre muchacho», pensó. Pero al menos le aliviaba saber que Su Alteza se comportaría con dignidad y

probablemente no haría nada excéntrico en presencia de Genji. Le preocupaba que sus acciones para eludir los constantes reproches de Genji pudieran ahora apenas a aquella cuya difícil situación tanto le afectaba.

A juzgar por el rango de Su Alteza, Genji supuso que no haría alarde de unos encantos como los que estaban en boga, sino que exhibiría un porte de suprema distinción, y, cuando ella, a petición de Taifu, se hubo acercado un poco más, el delicioso aroma que le llegó a Genji y la serena compostura de la dama le convencieron de que estaba en lo cierto. Con gran elocuencia le confesó el anhelo que le había inspirado durante tanto

tiempo, sólo para recibir, de un modo más resonante que nunca, un silencio absoluto.

«¡Me rindo!», gimió Genji para sus adentros, y alzó la voz para decir:

*Ah, cuántas veces me han trastornado
tales silencios,
y me ha sostenido un solo pensamiento:
jamás me dices «¡No hables!».*

—Dime que me vaya, si debes hacerlo. Esta incertidumbre es muy dolorosa. [\[19\]](#)

Una briosa joven llamada Jijû, hija del aya de Su Alteza, se sentía tan azorada que se acercó a su señora y respondió:

*Cierto, nunca toco la campana [20]
como para decir «Se ha acabado el
debate»,*

*pero... ¿no obtener respuesta? Eso sí que
me sorprende.*

Aquella voz tan juvenil y carente de gravedad (pues Jijû había hablado no como una intermediaria, sino como su señora en persona) sonaba en un tono demasiado familiar, teniendo en cuenta quién era Su Alteza.

—Ahora soy yo el silenciado —
replicó Genji lleno de sombro.

*Que no hables significa más que
cualquier palabra; eso lo sé muy bien,*

*pero que calles así ha sido una prueba
difícil de soportar.*

Genji siguió diciendo un torrente de cumplidos, unos en broma y otros en serio, pero nada surtió efecto. Frustrado ante la evidencia de que ella debía de ser muy extraña o que sus sentimientos pertenecían a otro, deslizó suavemente la mampara y entró en la estancia.

¡Qué temible acción! ¡A pesar de que había prometido que no lo haría! Taifu se sintió tan apenada por Su Alteza que desvió la mirada y se retiró a su habitación. Tan célebre era la suprema apostura de Genji que las jóvenes damas de honor perdonaron su conducta y no

fueron capaces de protestar en serio, aunque aquello fuese realmente muy repentino y, por desgracia, su señora no estuviese preparada para algo así. Su Alteza se hallaba paralizada de vergüenza y recato herido, y Genji no la culpaba por eso, puesto que en aquel momento el estado de la dama conmovía fácilmente sus más tiernos sentimientos y porque ella llevaba todavía una vida tan recluida y virtuosa; sin embargo, por otro lado su comportamiento le parecía peculiar y un tanto patético. ¿Qué tenía aquella joven que pudiera haberle atraído? Rezongando, emprendió el regreso muy entrada la noche. Taifu yacía despierta, el oído atento para averiguar cómo iban las cosas,

pero no despertó a nadie para que despidiera a Genji, pues no deseaba revelar que estaba involucrada en aquel asunto, y se escabulló con suma discreción.

Genji regresó a Nijô y se tumbó para reflexionar sobre las interminables frustraciones de su vida y lamentar que una mujer de la nada despreciable categoría que ostentaba aquella princesa pudiera ofrecer tan poco.

Esta amargura embargaba todavía su mente cuando llegó el capitán secretario.

—¡Vaya horas de estar acostado! — comentó—. Sin duda ha de haber un motivo para ello.

Genji se levantó.

—Me he entregado al lujo de dormir solo. ¿Vienes de palacio?

—Sí, he estado allí hace un momento —respondió su amigo con voz entrecortada—. Hoy es el día en que se elige a los músicos y bailarines para el viaje oficial de Su Majestad al palacio Suzaku. Me enteré anoche, y ahora voy a informar a Su Excelencia. He de volver enseguida.

—En ese caso te acompañaré.

Genji pidió que les sirvieran el desayuno, tras lo cual subieron al mismo carruaje, aunque el otro les seguía.

—Aún pareces bastante adormilado —observó el capitán secretario en tono de reprobación, y añadió con cierto

resentimiento—. Tienes mucho que ocultar.

Era aquél un día en el que era preciso tomar muchas decisiones, y Genji se pasó el resto de la jornada en la corte.

Al recordar con una punzada de culpabilidad que debía a la dama por lo menos una carta, [\[21\]](#) finalmente se la envió aquella noche. Como el tiempo era húmedo y él no tenía libertad para salir cuando quisiera, tal vez no quería saber nada de ningún «dulce resguardo de la lluvia».

En la mansión de Su Alteza, Taifu se apenó mucho una vez hubo transcurrido el tiempo en que era de esperar la llegada de una carta. Ella misma estaba

profundamente avergonzada, y ni por un instante se le ocurrió culpar a Genji, ni siquiera cuando la carta que debía haber llegado por la mañana lo hizo por la noche.

Le había escrito:

No he visto ninguna señal de que la bruma vespertina vaya a disiparse, ¡mas, para empeorar las cosas, esta noche llueve sin cesar!

—¡Con qué inquietud pasa el tiempo mientras aguardo un claro en las nubes!

Las damas de honor instaron a su señora que le respondiera de todos modos, pese a su amarga decepción ante

esta prueba de que él no iba a presentarse.

Fue Jijû quien por fin invocó lo tardío de la hora para procurarle a su señora las palabras adecuadas, como había hecho antes:

*Ten la bondad de pensar en aquella que
aguarda la luna [22] en la oscuridad de
la noche,
aunque tu melancolía tenga otra causa
que la suya.*

Estimulada por todas las damas presentes, Su Alteza escribió este poema—en un papel *murasaki* tan viejo que había adquirido un tono gris ceniza— con unos caracteres de asombrosa firmeza, de

estilo antiguo y uniformemente equilibrados por arriba y por abajo. [23] No merecía una mirada, y Genji lo dejó de lado. No le gustaba especular acerca de lo que la dama pensaba de él. Entretanto, Su Alteza lamentaba su mala fortuna sin saber que, aunque él por ahora lamentaba realmente haberse ganado su corazón, comprendía cuál era su deber y estaba decidido a cumplirlo hasta el final.

Su Excelencia insistió en llevar a Genji a casa cuando, a altas horas de aquella noche, se retiró de palacio. Sus hijos, que aguardaban ilusionados la excursión imperial, se reunían para hablar de ella y cada uno ensayaba su propia danza. El clamor de los instrumentos

nunca había sido tan fuerte, pues cada uno estaba empeñado en destacar, y tampoco los suyos eran los habituales, ya que la voz del más grande *hichiriki* y el *sakuhachi* desgarraban ahora el aire, e incluso hicieron rodar un gran tambor hasta la barandilla y lo tocaron ellos mismos. [24] Genji estaba tan absorto que sólo conseguía dedicar algún tiempo a las damas que más significaban para él, y dejó que se interrumpiera toda comunicación con la residencia del príncipe Hitachi. El otoño llegaba a su fin mientras las esperanzas de Su Alteza menguaban.

Cuando la excursión imperial estaba próxima y la atmósfera vibraba con el

sonido de los ensayos musicales, Taifu fue a ver a Genji.

—¿Cómo está ella? —le preguntó Genji sintiéndose culpable.

Taifu se lo dijo.

—Tu absoluta indiferencia es en extremo dolorosa para quienes la acompañan a diario.

Casi tenía lágrimas en los ojos.

Genji comprendió hasta qué punto había traicionado la confianza de Taifu en que nunca trataría a Su Alteza con nada que no fuese la más alta consideración, y se estremeció al pensar la opinión que Taifu tendría de él. Hacia Su Alteza sólo sentía conmiseración al imaginar lo silenciosa y encerrada en sí misma que

debía de estar.

—Estos días no dispongo de un solo momento —le dijo con un suspiro, y añadió sonriente—: Es tan poco lo que ella sabe de las penas del amor... Tan sólo deseo, ¿sabes?, procurarle un mayor conocimiento.

Sus sonrisas y su juvenil encanto hicieron sonreír también a Taifu. Ésta pensó que la situación era irremediable. Él estaba en edad de hacer sufrir a las mujeres, y no era de extrañar que a menudo fuese irreflexivo e hiciera lo que le viniese en gana.

En cualquier caso, cuando aquel período de ajetreo llegó a su fin, Genji retomó sus ocasionales visitas.

Mimaba de tal manera a su pequeña pariente *murasaki*, [25] ahora que la tenía a su cuidado, que visitaba Rokujô cada vez con menor frecuencia; y en cuanto a aquella mansión en ruinas, a pesar de su simpatía le era imposible ir allá o, a medida que transcurrían los días, sentir un gran deseo de profundizar en la extraordinaria reticencia de su inquilina. Pero entonces su estado de ánimo cambió, y llegó a suponer que ella podría tener virtudes encomiables, que tocarla en la oscuridad podría haber dejado sin revelar algunos de sus misterios y que quería verla adecuadamente. Sin embargo, habría sido descortés iluminarla directamente, [26] así que una noche, cuando no

esperaban su llegada, entró a hurtadillas y miró por la ranura entre dos postigos de celosía.

Por desgracia, no pudo ver nada. Las cortinas con soporte, aunque estaban muy desgastadas, habían permanecido en su lugar durante muchos años y nunca las habían apartado, y Genji lamentó no ver más que cuatro o cinco damas de honor. Se habían retirado de la presencia de su señora y estaban tomado una comida que conmovía por su insipidez, en cuencos chinos más o menos del color reservado, verdeceledón, [\[27\]](#) pero en un estado de conservación lamentable y colocados sobre unas pequeñas plataformas. Más allá, en un rincón de la estancia, [\[28\]](#)

estaban sentadas varias mujeres temblorosas, vestidas de un indecible blanco mugriento, con sucios delantales atados a la cintura y un aspecto de extrema ancianidad. Sin embargo, a Genji le divirtió observar que, al fin y al cabo, con aquellas peinetas en el cabello sobre la frente (que casi se les estaban cayendo), tenían sus iguales en otros lugares, en el Pabellón Musical Femenino o en la Sala del Espejo Sagrado. [\[29\]](#) En opinión de Genji, no se parecían en nada al tipo de mujer encargada de atender a una dama.

—¡Por vida mía, y qué frío hace este año! —exclamó una de ellas con lágrimas en los ojos—. ¡Esto es lo que obtienes por

haber vivido tanto!

—¿Por qué pensé alguna vez, cuando vivía Su difunta Alteza, que la vida era dura? —La mujer temblaba de tal manera que casi saltaba del suelo—. ¡Hay que ver la miserable vida que llevamos ahora!

Sus lastimeras quejas eran demasiado dolorosas. Genji retrocedió y llamó al postigo como si acabara de llegar. Con exclamaciones como «¡Tened la bondad de esperar!», las mujeres despabilaron la lámpara, abrieron el postigo y le franquearon el paso.

Jijû no había estado allí recientemente, pues era una de las jóvenes que servían a la sacerdotisa del Kamo. En esta ocasión, todas parecían hasta tal

punto más extrañas y zafias que Genji tuvo la sensación de que apenas conocía el lugar. La nieve que había provocado las ásperas quejas de las mujeres caía con más intensidad que nunca. El cielo tenía un aspecto sombrío, y soplaban un fuerte viento; cuando el viento apagó la llama, nadie se movió para encender de nuevo la lámpara. Genji recordó el peligro a que se había visto expuesto a causa de un espíritu y, aunque la casa donde se encontraba ahora era tan desolada como aquella, le alivió reflexionar en que por lo menos era más pequeña y estaba más habitada, pero sabía que durante aquella inquietante noche apenas le sería posible conciliar el sueño. La escena tenía su encanto, su

patetismo y un curioso atractivo, pero Genji se sintió tan engañado cuando ella permaneció inaccesible e indiferente que no experimentó el menor placer por estar a su lado.

Por fin pareció que amanecía. Genji alzó por sí mismo los postigos y miró hacia el jardín cubierto de nieve. No había huellas de pisadas en aquella vasta extensión, que permanecía vacía y estremecedoramente solitaria.

—¡Mira que hermoso está ahora el cielo! —exclamó Genji, con la sensación de que partir de inmediato sería demasiado cruel, y añadió con cierto resentimiento—: La distancia que mantienes entre nosotros es muy penosa.

Aún no era por completo de día y, con el resplendor de la nieve, el aspecto de Genji era tan extraordinariamente juvenil y apuesto que las ancianas sonrieron al verle.

—Id con él, mi señora [\[30\]](#) —le animaban—. ¡Debéis hacerlo! ¡Es muy importante ser amable!

Ella se aseó a toda prisa, pues, a pesar de su timidez, nunca podía negarse cuando le indicaban lo que debía hacer, y avanzó hacia él. Genji fingió no mirarla y contempló el jardín, pero le dirigió varias miradas de soslayo. ¿Cómo era ella? ¿Cómo le alegraría (ah, necia esperanza) que su intimidad presente hubiera desembocado en algo agradable!

En primer lugar, su altura sentada estaba fuera de lo corriente; era evidente que tenía la espalda muy larga. «¡Lo sabía!», se dijo él con desesperación. Entonces venía el siguiente auténtico desastre: su nariz. Genji reparó en ella al instante. Parecía la montura del *Bodhisattva Fugen*. [31] La nariz era alargada y altiva, ligeramente curvada hacia la punta, donde tenía una tonalidad rojiza: un auténtico horror. El color de su piel era más blanco que la nieve, incluso un poco azulado, y la anchura de la frente, asombrosa, [32] aunque más abajo la cara daba la impresión de alargarse de una manera extraordinaria. Estaba delgada hasta el punto de ser lastimosamente

esquelética: incluso a través de la tela del vestido, Genji podía ver la espantosa angulosidad de sus hombros. ¿Por qué había insistido él en descubrir su aspecto? Pero, al mismo tiempo, la estampa de la dama era tan extravagante que no podía apartar los ojos de ella. La forma de su cabeza y la longitud de su cabellera casi igualaban a las de las grandes damas que admiraba, y observó cómo su cabello se extendía unos dos palmos más allá del borde de su vestido formal.

Puede que sea cruel describir su atuendo, pero los relatos antiguos siempre comienzan con la descripción de las prendas de un personaje. Sobre una ropa sobrepuesta de un rosa sancionado [\[33\]](#)

llevaba un vestido formal oscurecido por la mugre y, encima, una chaqueta muy lustrosa de piel de marta cibelina, [34] sin duda un atuendo distinguido en tiempos pasados, pero terriblemente excéntrico para una dama que, a fin de cuentas, aún era joven. Pero su cara revelaba el frío que podría sentir sin las pieles, y Genji sintió lástima por ella.

También él se quedaba sin habla cada vez que no recibía respuesta, pero trató de conversar con ella para poner a prueba su silencio. Incluso la manera en que ella, llena de vergüenza, se llevaba la mano a la boca era tan rústica y anticuada que a Genji le recordaba el modo en que, durante las ceremonias, los funcionarios

desfilaban con los brazos alzados, y la sonrisa con que acompañaba ese gesto era profundamente desconcertante. Afligido y comprensivo al mismo tiempo, Genji se dispuso a marcharse cuanto antes.

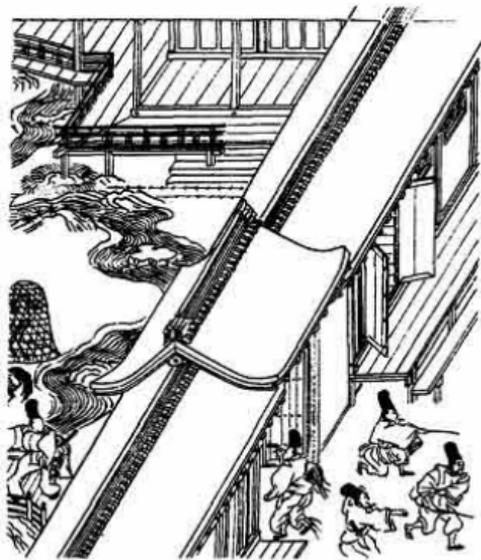
—Estaría mucho más satisfecho si tú, que no tienes a nadie que cuide de ti, recibieras al hombre que ahora tienes — dijo a modo de excusa—. [\[35\]](#) Tu negativa a ceder es tan decepcionante...

Quando el sol matinal ha fundido los carámbanos a lo largo de los aleros, ¿por qué las aguas que hay en ellos permanecen tan congeladas?

Pero ella respondió sólo con un

«Mmm...» y una sonrisa, y su lamentable imposibilidad de encontrar una respuesta era tan patética que él se marchó.

Incluso de noche, cuando la oscuridad ocultaba una infinidad de defectos, era evidente que la puerta central, donde esperaba su carruaje, estaba



Puerta central

peligrosamente alabeada y era endeble, y ahora, en la sombría soledad donde nada parecía cálido salvo los pinos bajo sus espesas vestiduras de nieve, la casa mostraba un notable parecido con una

aldea de montaña. Sin duda era eso lo que aquellos hombres habían querido decir al describirla como «una vieja casa abandonada». Genji pensó: «Ah, cuánto me gustaría que una mujer muy querida viniera a vivir aquí, y entonces echarla de menos y preocuparme por ella. Esa mujer podría apartar mi mente de este anhelo prohibido. Es una lástima que quien vive aquí estropee un lugar tan perfecto al no tener nada que ofrecer. ¿Quién podría soportarla? Si ella y yo somos ahora una pareja, debe de ser porque su difunto padre, que le tenía gran afecto, ha permanecido con ella en espíritu y me ha conducido hasta aquí».

Genji ordenó a uno de sus hombres

que sacudiera un naranjo cargado de fruta, y al hacerlo un pino se liberó también, como en desafío, y con un crujido dejó caer oleadas de nieve. [\[36\]](#) ¡Cuánto anhelaba una mujer, aunque no fuese del todo fascinante, con la que gozar al menos del toma y daca normal!

La puerta por la que debía pasar su carruaje todavía no estaba abierta, y Genji pidió que hicieran venir al portero. Llegó un hombre asombrosamente anciano, acompañado de una mujer que tanto podría ser su hija como su nieta (no era posible determinarlo) y cuyas sucias ropas resaltaban contra la nieve. Era evidente que estaba medio helada, y, envuelta en las mangas, llevaba una

especie de horrenda caja que contenía algunos carbones encendidos. Cuando el anciano no logró abrir la puerta, la mujer entró en la casa en busca de ineficaz ayuda. Al final, los hombres de Genji la abrieron.

*Quien ve estas nieves tan cruelmente
amontonadas en tan anciana cabeza
esta mañana humedece sus frías mangas
con no menos lágrimas.*

—Y el cuerpo del más joven está desnudo —tarareó, sonriendo al recordar de repente aquella figura tan fría con su nariz enrojecida. [\[37\]](#)

¿Qué símil de aquella nariz

encontraría el capitán secretario si él se la mostrara? Le repugnaba imaginar que su amigo, que iba siempre detrás de él, le encontrase en aquel lugar.

Podría haber abandonado a Su Alteza en aquel mismo momento, si ella hubiese sido del todo normal y corriente y no hubiera tenido nada notable en uno u otro aspecto, [\[38\]](#) pero ahora que la había visto se sentía más profundamente solidario que nunca hacia ella, y le enviaba continuos mensajes junto con regalos muy prácticos: no pieles de marta, sino seda y sarga, guata o ropas para las ancianas damas de honor, e incluso (puesto que su consideración abarcaba a todos, al margen de su categoría) para el

viejo portero. Se sintió aliviado cuando comprobó que esta actitud práctica no parecía ofender a la dama, y decidió que en lo sucesivo cuidaría así de ella. Entre sus regalos más insólitos figuraban objetos que normalmente nadie se habría atrevido a darle.

La del caparazón de cigarra, tal como él la había visto aquella noche, relajada y de perfil, carecía por completo de belleza, pero su porte lo compensaba con creces, y no le había desagradado. ¿Podría merecer menos la hija de un príncipe? Era cierto que estas cosas no tenían nada que ver con el rango. La desesperante firmeza de su carácter había sido tal que era él quien al final había

perdido. Esta clase de recuerdos cruzaban por la cabeza de Genji cada vez que la ocasión los evocaba.

El año se acercaba a su final. Genji estaba en su habitación de palacio cuando apareció Taifu. Le gustaba que la mujer le lavara el cabello porque nunca coqueteaba con él, pero Genji a menudo le gastaba bromas o le pedía favores personales, y ella acudía sin que la hubiera llamado cada vez que él tenía algo que decirle.

—Tengo algo extraño de que hablaros, pero me temo que no acabo de saber cómo hacerlo —le dijo Taifu y, sonriente, guardó silencio.

—¿A qué te refieres? Sin duda no

tienes nada que ocultarme.

—Oh, no, mi señor, si se tratara de algún problema mío, por supuesto que, dada vuestra amabilidad, seríais el primero... Pero lo cierto es que el asunto es muy difícil de exponer.

—Me estás engatusando de nuevo, ¿verdad? —replicó él con irritación.

—¡Tenéis una carta de Su Alteza! —le anunció ella, y le tendió la misiva.

—¿A qué viene entonces ese misterio?

A Taifu se le cayó el alma a los pies cuando él tomó la carta, escrita en grueso e intensamente perfumado papel Michinokuni. [\[39\]](#) Desde luego, la caligrafía de Su Alteza había mejorado. El poema decía:

*¡Vestidura de la lejana Catay! Cuán
cruelmente, oh, amor, tu corazón se
vuelve contra mí:*

*¡mira mis mangas y fijate en lo húmedas
de lágrimas que ahora están! [\[40\]](#)*

Mientras él examinaba minuciosamente estas palabras sin comprenderlas, Taifu puso ante él una pesada y anticuada caja y deshizo el nudo del paño que la envolvía.

—Mi señor, es imposible mirar el contenido de esta caja sin sentir un estremecimiento, pero Su Alteza ha insistido en que debéis ponérselo el día de Año Nuevo, y no podía devolvérselo. Tal vez debería haberlo guardado, pero

entonces habría hecho caso omiso de su expreso deseo, de modo que después de que lo hayáis mirado...

—Habrías cometido un grave error al guardarlo. Semejante consideración causa una gran alegría a aquel sobre cuyas mangas humedecidas ninguna mujer amorosa apoya su querida cabeza. [\[41\]](#)

Genji no dijo más. «¡Vaya atrocidad de poema! —rezongó para sus adentros—. Esto debe de ser lo mejor que ella puede hacer... Supongo que Jijû es la dama instruida que normalmente retoca sus poemas y guía su pincel». Lo contempló sonriente, pensando que aquella bien podría ser la ocasión de «despavorida gratitud», dado el esfuerzo que debía de

haberle costado. Taifu, que le estaba observando, se ruborizó.

En el interior de la caja se ofrecía tediosamente a la mirada un manto de vestir de color rojo ciruela, intolerablemente viejo y sin gracia, y del mismo color por ambos lados. [\[42\]](#) «¡Increíble!», se dijo él, y entonces extendió la carta y, de manera informal, escribió en el margen estas palabras, que Taifu leyó a su lado:

No es éste en modo alguno un color que me entusiasme; ¿qué quise decir, entonces, al dejar que mis mangas rozaran una flor de alazor de un rosa tan subido?

«No obstante, he admirado mucho la profundidad del matiz de la flor». [44]

Taifu se compadeció de la dama al comprender que diversos atisbos de ella a la luz de la luna debían de haber dado a Genji una buena razón para quejarse del alazor, pero de todos modos le gustó el poema que él había escrito.

*Puede que la prenda sea pálida,
sumergida como ha estado una sola vez
en el tinte escarlata,
mas ¡oh, cuida por lo menos de no dañar
nunca su nombre!, [45]*

murmuró ella con consumado ingenio, y añadió:

—¡Qué preocupante es todo esto!

Su poema no era una obra maestra, pero, se dijo Genji con amargura, ¡ojalá Su Alteza fuese capaz de hacer al menos eso...! Le dolía que una persona de tan buena cuna revelara semejante estupidez, y temblaba ante la idea de que eso la desacreditara.

Llegaron varias damas de honor.

—Será mejor que ocultemos esto. ¿Quién ha oído hablar jamás de una cosa así? [\[46\]](#)

«¿Por qué se lo he mostrado? —se lamentaba Taifu—. ¡Lo más probable es que ahora me tome también por una

majadera!» Se retiró avergonzada.

Al día siguiente, Genji echó un vistazo a la sala de las damas de honor, donde Taifu atendía a Su Majestad.

—¡Toma! —le dijo—. Esta es mi respuesta a la carta de ayer. ¡Qué mal me lo ha hecho pasar! —Le lanzó la misiva. Las demás ansiaban saber qué era—. Adiós a la doncella del monte Mikasa, tan parecida al rosáceo rojizo de la ciruela [47] —canturreó mientras se marchaba.

Taifu encontró la escena muy divertida, y las mujeres, que no entendían la broma, quisieron saber de qué se reía para sí.

—¡Oh, de nada! —respondió ella—. Lo más probable es que una mañana,

cuando la escarcha cubría el suelo, él viese por casualidad a alguien vestido de seda escarlata con la nariz a juego. No me ha gustado mucho ese fragmento de canción.

—¡Tendrás que explicarte mejor! —dijeron las doncellas, que seguían sin comprender—. ¡Ninguna de nosotras tiene la nariz roja! Debe de haber visto a Sakon no Taifu o Higo no Uneme. [\[48\]](#)

Todas las damas de honor de Su Alteza se reunieron para admirar la respuesta de Genji, que Taifu les leyó:

¿A las noches solitarias, cuando un manto se interpone entre nosotros, querrás que añada otras capas para que

nos mantengan aún más alejados? [\[49\]](#)

El poema estaba escrito en papel blanco, y era todavía más delicioso por haber sido escrito de una manera muy informal.

La noche del último día del año, Taifu entregó la misma caja envuelta en un paño a Su Alteza, ahora con un juego de vestidos que le habían regalado a Genji, un vestido de color uva y una ropa sobrepuesta de color rosa amarilla o algo por el estilo. Era evidente que él desaprobaba el color de la prenda que Su Alteza le había enviado, pero de todos modos las ancianas dijeron:

—Bueno, el escarlata era mucho más

digno. Era tan bueno como estos colores. Además, el poema de nuestra señora estaba muy bien compuesto y tenía sentido, mientras que éste sólo es ingenioso.

En cuanto a su señora, aquel poema le había costado tanto esfuerzo que lo anotó para ponerlo a buen recaudo. Aquel año las damas de honor participarían en la mascarada [50] de los primeros días del nuevo año, así que, como siempre, vibraban en el aire las canciones que estaban ensayando; a pesar del ajetreo, Genji se compadecía de la solitaria princesa. Tras el festival del séptimo día, [51] se retiró de la presencia de Su Majestad, hizo creer que se alojaba en su

habitación del palacio y, por la noche, se presentó en la residencia de la dama. La casa estaba ahora más animada, y ella misma parecía algo más relajada. Genji se preguntaba una y otra vez si sería posible que ella hubiera cambiado de actitud.

Permaneció allí a propósito hasta que el sol se alzó en el cielo. Cuando abrió las puertas dobles que daban al este, los rayos penetraron sin ningún impedimento, puesto que el tejado de la galería situada delante se había derrumbado, y la luz reflejada por la nieve en polvo le permitió ver con facilidad la estancia. Ella se había aproximado un poco y ahora le observaba mientras él se ponía el manto de vestir. La inclinación de su

cabeza y la manera en que caía su cabellera eran encantadoras. Él abrió un postigo de celosía, pensando en cuánto le alegraría que con el cambio de año la personalidad de la dama hubiese aflorado un tanto, pero no lo abrió del todo, pues había aprendido la lección. Tomó un apoyabrazos y lo colocó en la abertura del postigo para mantenerlo abierto, y luego se dispuso a arreglarse el desordenado cabello. Una mujer le trajo la caja de peines chinos y el cofre de tocado que acompañaba a un espejo de pie de increíble vetustez. Sí, ella tenía incluso algunos accesorios masculinos, tan recargados que llegaban a ser cómicos. Ese día llevaba prendas más similares a

las de las otras damas, porque se había vestido precisamente con las prendas de la caja que Genji le había regalado. Pero Genji no reparó en ello; tan sólo observó lo raro que era su vestido formal, que lucía con un airoso dibujo.

—Permíteme oír tu voz de vez en cuando, por lo menos este año. No te preocupes por el tan esperado rui señor; [\[52\]](#) lo que realmente espero es ver un cambio en ti.

—Alegres cantos de primavera... [\[53\]](#)
—replicó ella por fin con voz trémula.

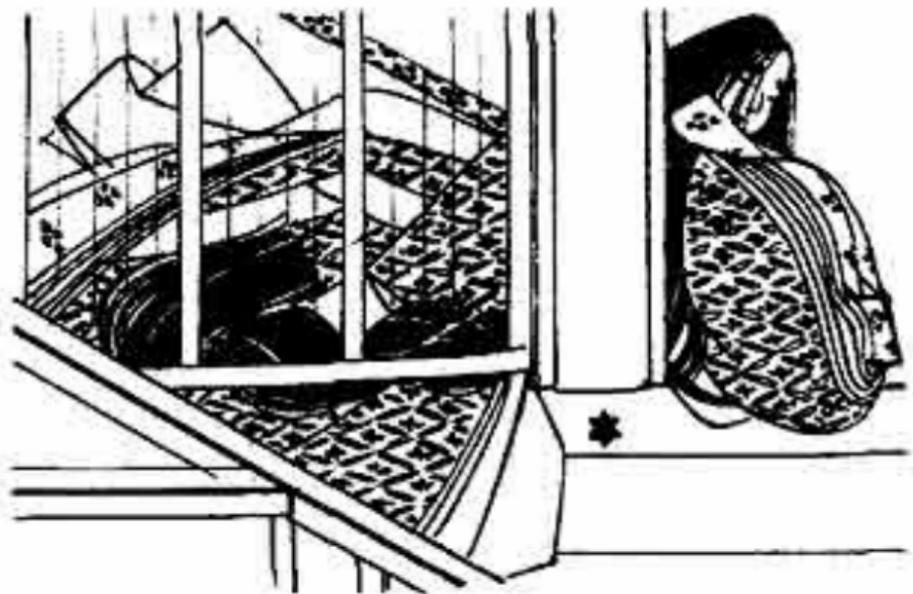
—¿Lo ves? —dijo él riendo—. ¡Estoy seguro de que el año nuevo ha logrado esta mejora!

Entonces Genji se marchó, tarareando

«Debo de estar soñando», [54] mientras ella, apoyada en una columna, le veía alejarse. Se cubría la boca con la mano, pero él aún atisbaba el tono rosáceo rojizo de aquella flor, y un pensamiento invadió su mente: «¡Le hace parecer un adefesio!».

Cuando regresó a Nijô, su joven Murasaki [55] le pareció deliciosamente bella, y, después de todo, le gustaba mucho el color escarlata. El vestido largo que llevaba, sencillo, agradablemente arrugado y del color de la flor del cerezo, [56] unido a la ingenuidad de sus ademanes, le conferían un gran encanto. Por deferencia a las costumbres anticuadas de su abuela, aún no le habían

ennegrecido los dientes, [\[57\]](#) pero estaba maquillada y la nítida línea de sus cejas [\[58\]](#) era muy atractiva. Genji se preguntó sinceramente por qué dedicaba tanto tiempo a sus necias aventuras en vez de permanecer en casa con su querida compañera. Entretanto, los dos se pusieron, como de costumbre, a jugar con muñecas.



Mujer joven con vestido largo

Ella se aplicaba con entusiasmo a hacer dibujos y colorearlos, empleando el color alegremente. Genji también hizo un dibujo, el de una dama con el cabello muy largo, y en la punta de la nariz le puso una mancha roja: [\[59\]](#) sí, seguía siendo fea,

incluso en un dibujo. Al observar en un espejo cercano lo apuesto que era, [60] él mismo se pintó la nariz de un rojo brillante y volvió a mirarse: no, su belleza no podía sobrevivir con aquello en medio de la cara. Su joven señora se echó a reír al verle.

—¿Qué sentirías si estuviera desfigurado de este modo?

—¡Sería horrible! —exclamó ella, y empezó a preocuparse por la posibilidad de que la pintura roja no desapareciera.

Él fingió restregársela y le anunció con seriedad:

—¡No se va! ¡Qué mala pasada me he jugado a mí mismo! ¿Qué dirá Su Majestad?

La niña se acercó a él y se lo limpió cuidadosamente.

—Vamos, vamos —bromeó él—. ¡No me embadurnes como si fuese Heichû!
[\[61\]](#) ¡Con el rojo todavía puedo casarme!

Los dos formaban una pareja encantadora.

El sol era brillante y cálido, y entre todos los árboles en flor que habían echado brotes y estaban envueltos en una bruma primaveral, los ciruelos eran los que más visiblemente prometían florecer. El ciruelo rojo que estaba junto a los escalones que conducían al jardín florecía especialmente pronto, y ya estaba casi teñido de color.

*No sé por qué razón, pero no puedo decir
que me gusten las flores escarlata,
aunque siento gran afecto por las altas
ramitas del ciruelo.*

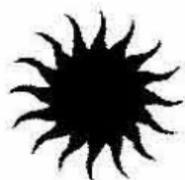
«¡Hay que ver cómo soy!» El perplejo
Genji exhaló un suspiro.

Me pregunto qué les sucederá al final
a todas estas damas.

Momiji no Ga Bajo las hojas otoñales

Ga significa una celebración (un aniversario) de un gran personaje con ocasión de haber alcanzado una edad felizmente avanzada. Aquí el personaje es un ex emperador (el padre o tal vez el hermano mayor del padre de Genji); la ocasión es probablemente su llegada a los

cuarenta o cincuenta años, y la
celebración tiene lugar bajo brillantes
hojas otoñales (*momiji*).



Relación con los capítulos anteriores

«Bajo las hojas otoñales» se inicia el otoño del año en que Genji tiene dieciocho y coincide con la última parte de «La flor de alazor» y, en menor medida, con la última parte de «La joven Murasaki». Prosigue hasta el otoño del año siguiente, cuando Genji tiene diecinueve.

Personajes

Genji, capitán de la guardia del
palacio y luego consultor, entre 18 y 19
años

Su Majestad, el emperador, padre
de Genji (Kiritsubo no Mikado)

Su Alteza, luego Su Majestad, la
emperatriz, Fujitsubo, de 23 a 24 años

El capitán secretario (Tô no
Chûjô)

**La madre del príncipe
heredero**, la consorte Kokiden

El príncipe heredero, de 21 a
22 años (Suzaku)

La esposa de Genji, de 22 a
23 años (Aoi)

La joven dama de Genji,
de 10 a 11 años (Murasaki)

Su Alteza de la Guerra,
padre de Murasaki y hermano de
Fujitsubo, de 33 a 34 años (Hyôbukyô no
Miya)

Ômyôbu, dama de honor privada de
Fujitsubo

Shônagon, aya de Murasaki

Su Excelencia, el ministro de la
Izquierda, de 52 a 53 años (Sadaijin)

**El hijo recién nacido de
Fujitsubo** (Reizei)

Una dama de cámara, de 57
ó 58 años cuando Genji tiene 19 (Gen no
Naishi).

El viaje oficial de Su Majestad al palacio de Suzaku tuvo lugar pasado el décimo día del décimo mes. La excursión iba a tener una brillantez excepcional, y sus damas estaban decepcionadas porque no la verían. Como Genji no quería que Fujitsubo se la perdiera, dispuso un ensayo completo en su presencia.

El capitán Genji danzó «Las olas del mar azul». Su compañero, el capitán secretario, hijo de Su Excelencia de la Izquierda, ciertamente destacaba por su apostura y su habilidad, pero al lado de Genji no era más que un vulgar árbol de montaña al lado de un cerezo en flor. A medida que se intensificaba el sonido y la

música alcanzaba su punto culminante a la clara luz del sol del atardecer, las facciones de Genji y su manera de danzar otorgaban a los familiares pasos una calidad ultraterrena. Su canto de la estrofa podría haber sido la voz de *kalavinka* del Señor Buda en el paraíso. [1] El deleite que experimentaba Su Majestad era suficiente para que tuviera que enjugarse los ojos, y todos los nobles de alto rango y los príncipes lloraban. Cuando finalizó la estrofa, Genji volvió a agitar las mangas para estirarlas [2] y la música respondió elevándose una vez más, mientras su rostro brillaba y era todavía más hermoso.

Incluso en ese momento de triunfo, la

madre del príncipe heredero observó con resentimiento:

—Con el aspecto que tiene, los dioses del cielo deben codiciarlo. ¡Qué desagradable!

A las jóvenes damas de honor que la oyeron este comentario les pareció aborrecible.

Fujitsubo sabía que la danza le habría gustado más si él no la importunara tanto con sus deseos, y se sentía como si hubiera soñado la imagen que ahora tenía de él. Fue directamente a atender a Su Majestad durante la noche.

—«Las olas del mar azul» ha sido lo mejor del ensayo, ¿verdad? —observó—. ¿Qué te ha parecido?

—Ha sido muy bonito.

Estaba demasiado nerviosa para darle una respuesta mejor.

—Su compañero tampoco ha estado nada mal. En la danza y los gestos, la crianza es reveladora. Uno admira a los bailarines profesionales con renombre, [3] pero carecen de esa elegancia natural. La actuación bajo los árboles otoñales puede ser decepcionante ahora que el día del ensayo ha ido tan bien, pero he querido que se esforzaran al máximo para que lo vieras todo.



Kalavinka

A la mañana siguiente Genji le escribió a la dama:

«¿Qué opinión te ha merecido? Mientras danzaba estaba más turbado de lo que cualquiera podría imaginar».

*Mi desdicha apenas me permitía
ponerme en pie y bailar,
¿adivinaste lo que quise decir cuando
agité las mangas?*

«Pero no debo decir más».

Ella replicó, pues era indudable que

no podía alejar de su mente una belleza y una elegancia tan deslumbrantes:

Aquel hombre de Catay que agitó sus mangas hace tanto tiempo lo hizo muy lejos, [4]

pero cada compás que tú has danzado le ha parecido espléndido a mis ojos.

—Oh, sí, muchísimo.

Lleno de alegría por el milagro de una respuesta de Fujitsubo, Genji sonrió al ver que, con su conocimiento incluso de la danza y con su manera de mencionar el reino del otro lado del mar, escribía ya como una emperatriz. Desplegó la misiva y la contempló como si fuese una escritura

sagrada.

La corte entera acompañó a Su Majestad en el viaje oficial, y también el príncipe heredero. Como de costumbre, las barcazas de los músicos navegaron por el lago, y hubo toda clase de danzas de Koma y Catay. [5] La música de los instrumentos y el redoble de los tambores hacían vibrar el aire. A Su Majestad le había impresionado tanto la magia de la figura de Genji durante la puesta del sol aquel otro día, que pidió que le leyeran las escrituras en los diversos templos, y cuantos oían hablar de ello simpatizaban por completo con él, excepto la madre del príncipe heredero, a quien el gesto le parecía absurdamente exagerado. Su

Majestad había incorporado al círculo de músicos [6] a todos los titulares de cargos de reconocido talento entre los caballeros cortesanos de los rangos inferiores. Dos consultores (uno de ellos el intendente de la Guardia de la Puerta Izquierda, y el otro el de la Derecha), estaban al frente de la música de la Izquierda y la Derecha. [7] Cada caballero había elegido a un maestro de primera clase y practicado asiduamente en casa.

Bajo los altos árboles otoñales, de los instrumentos que tocaban cuarenta músicos sentados en círculo se alzó una música indescriptible que se mezcló con el fragor del fuerte viento que soplaba montaña abajo, mientras que en medio del

revoloteo de las brillantes hojas desprendidas, «Las olas del mar azul» resplandecía con una imponente belleza. Cuando la mayor parte de las hojas hubieron desaparecido del tocado de Genji, dejándolo avergonzado por el esplendor de su rostro, el intendente de la Guardia de la Puerta Izquierda recogió unos crisantemos entre los desperdigados ante Su Majestad y sustituyó las hojas con ellos. A la luz menguante, el mismo cielo parecía inclinado a llorar y vertía una ligera llovizna mientras Genji, en su gloria, adornado con crisantemos cuyo color se había desvaído en el otoño hasta adquirir la más encantadora de las tonalidades, exhibía de nuevo las

maravillas de su habilidad. Los movimientos finales de la danza estremecieron a los espectadores, que no podían imaginar que lo que estaban contemplando fuese de este mundo. Entre la multitud poco exigente que se abrigaba bajo los árboles, se escondía entre las rocas o se ocultaba entre los montones de hojas caídas en la ladera de la montaña, aquellos que tenían ojos para ver derramaban lágrimas.

El número más delicioso después de «Las olas del mar azul» fue «Viento de otoño», bailado por el (entonces todavía un muchacho) cuarto príncipe, el hijo de la consorte Shôkyôden. [8] La atención había menguado ahora que las mejores

danzas habían terminado, e incluso es posible que las siguientes deslucieran un poco la fiesta.

Esa noche el capitán Genji adquirió el tercer rango, grado superior, mientras el capitán secretario alcanzaba el cuarto rango, grado inferior. [9] Si cada noble de alto rango tenía razones para alegrarse, [10] cada uno en la medida que le correspondía, era porque el ascenso de Genji conllevaba el suyo propio. ¡Cómo le complacería a cualquiera saber qué méritos de vidas anteriores le permitían deslumbrar a todos los ojos y aportar tanta dicha a todos los corazones!

Su Alteza se había retirado de la corte, y Genji se empeñaba, como de

costumbre, en encontrar la ocasión de verla, sometiéndose así a nuevas quejas por parte de Su Excelencia. Y esto no era todo, pues una dama de honor informó del rapto de la «joven planta», diciendo que Genji había llevado a Nijô a una mujer que vivía con él, y a su señora no le gustó en absoluto. Genji comprendía muy bien que ella opinara así, pues desconocía por completo las circunstancias, pero si le hubiera hablado con franqueza de lo que le abrumaba, como una mujer normal, él podría haberle dado explicaciones y aplacado sus temores; sin embargo, estaba tan decidida a tergiversar cuanto él hacía que difícilmente se podía culpar a Genji por buscar refugio en dudosas

diversiones. Él no hallaba en aquella mujer ningún defecto, ninguna carencia. Era la primera mujer que había conocido, y él confiaba en que, aunque por el momento no apreciase la alta consideración en que la tenía, con el tiempo ella cambiaría de actitud. Genji mostraba sus excepcionales cualidades en la perseverancia inquebrantable de su confianza.

Cuanto más se acostumbraba a él la joven dama de Genji, tanto más mejoraban sus modales y su aspecto, y ahora se acurrucaba contra él como si eso fuera lo más natural del mundo. Seguía alojándola en la misma ala alejada del palacio, porque no quería que los servidores

supieran todavía quién era, y había encargado que le arreglaran primorosamente su aposento. La visitaba día y noche y le daba toda clase de lecciones. Le escribía modelos caligráficos y hacía que los practicara, y tenía la sensación de que había adoptado una hija. Le asignó un departamento doméstico y personal propio, a fin de que estuviera bien cuidada.

Nadie, salvo Koremitsu, podía comprender lo que Genji se proponía. Su Alteza, el padre de la muchacha, aún no sabía nada. Cuando ella recordaba el pasado, como le sucedía a menudo, a quien solía echar de menos era a su abuela. La compañía de Genji alejaba los

pesares de su mente, pero, aunque a veces él permanecía a su lado durante la noche, lo más frecuente era que el servicio requiriese su presencia aquí y allá y tuviese que partir al anochecer, y entonces ella despertaba toda su ternura al dejar bien claro lo mucho que deseaba que no se marchara. Hasta tal punto disgustaba a Genji verla desanimada después de que él hubiera pasado dos o tres días en el palacio o en la mansión de Su Excelencia, que se sentía responsable de una niña huérfana de madre y vacilaba antes de salir. Los informes de todo esto complacieron sobremanera a Su Reverencia, pese a lo irregular que era la situación de la muchacha. Cada vez que

Su Reverencia llevaba a cabo un servicio religioso en memoria de la abuela de Murasaki, Genji aportaba las mejores ofrendas.

Genji deseaba con ansiedad tener noticias de Fujitsubo, así que la visitó en la residencia de Sanjô, adonde se había retirado. Le agasajaron damas de honor como Ômyôbu. Chûnagon y Nakatsukasa. A él le irritó que le trataran como a un invitado de un modo tan evidente, pero se guardó sus sentimientos, y estaba charlando ociosamente con ellas cuando llegó Su Alteza de la Guerra. [\[11\]](#)

Cuando supo que se encontraba allí, Su Alteza recibió a Genji. Como Su Alteza era hombre elegante y de ademanes

lánguidos, Genji especulaba para sí acerca de los placeres de su compañía si él fuese una mujer y, puesto que tenía un doble motivo para sentirse íntimo de aquel hombre, trabó con él una atenta conversación. Su Alteza, por su parte, observó que Genji era mucho más abierto y se mostraba más desenvuelto que de ordinario; le gustó mucho su aspecto y, como no sabía que Genji era su yerno, dejó que su fantasía se entregara también al placer de imaginarlo como una mujer.

Al oscurecer, cuando Su Alteza pasó más allá de las persianas del aposento de su hermana para verla, Genji sintió envidia. Mucho tiempo atrás, el padre de Genji le había permitido hablar con ella

en persona en vez de comunicarse por intermediarios, y ahora sólo podía sentirse herido al ver que ella mantenía semejante distancia entre ellos.

—He sido negligente al no visitarte más a menudo —le dijo con rígida formalidad—, pero, por desgracia, tiendo a ser descuidado cuando no se trata de alguna misión apremiante. Si me necesitaras por cualquier razón, será un placer para mí ponerme a tu servicio.

Dicho esto, se marchó. Ômyôbu no podía hacer nada más por él, puesto que la disposición de Su Alteza hacia Genji era mucho menos cálida que en el pasado, y el evidente desagrado que experimentaba avergonzaba y afligía tanto

a Ômyôbu que las posteriores súplicas que Genji le hizo fueron en vano. «¡Qué pronto ha terminado!», se decía cada uno de los amantes, llorando en silencio, presas de una interminable angustia.

Por otro lado, Shônagon, el aya de Murasaki, se asombraba al ver a la pareja tan feliz, y por ello tenía la sensación de que debía agradecer las bendiciones del Buda al que su difunta señora, preocupada por su nieta, había dirigido tantas plegarias. La dama que vivía en casa de Su Excelencia era sin duda muy noble, y las muchas otras a las que Genji favorecía muy bien podrían crear problemas cuando la niña se hiciera adulta, pero la consideración especial que él mostraba

hacia su pupila era muy tranquilizadora.

El último día del mes, [12] Genji hizo que su joven dama se quitase el luto («Vamos, vamos —le dijo—. Por la madre de tu madre, es suficiente con tres meses»); pero ella había crecido sin padres, y desde entonces no había lucido colores brillantes y vistosos, sino vestidos formales de color escarlata, violeta o amarillo dorado sin estampados, y lo cierto era que estaba muy elegante con ellos.

Genji le hizo una visita cuando iba camino de una salutación matinal. [13]

—¡Qué adulta pareces esta mañana!
[14] —exclamó con su sonrisa más encantadora.

Genji ya estaba atareado disponiendo sus muñecas, colocando sus accesorios en dos armaritos sobre trípodes y llenando la estancia con una colección de casas de muñecas que le había construido.

—Inuki ha roto este perseguidor de demonios, [\[15\]](#) y lo estoy arreglando —le dijo con tono serio.

—¡Qué descuidada! Yo te lo arreglaré ahora mismo. Hoy no tenemos que decir nada triste, [\[16\]](#) así que no debes llorar.

Cuando Genji se marchaba, su imponente presencia en medio del gran séquito hizo que la muchacha y sus damas de honor se acercaran a la terraza para verle alejarse, tras lo cual ella vistió a su muñeco «Genji» y le hizo partir hacia palacio.



Perseguidor de demonios

—A ver si este año te vuelves por lo menos un poquito adulta —le dijo Shônagon, deseosa de reprenderla por pensar solamente en sus juegos—. Una muchacha que pasa de los diez años no

debería jugar con muñecas. Ahora tienes marido, debes ser dulce y tierna con él, ser una esposa como es debido. ¡Ni siquiera te gusta que te arregle el cabello!

«¡Así que tengo marido! —se dijo la niña—. ¡Los hombres a los que todas estas mujeres llaman marido no son dignos de que una los mire, pero el mío sí que es un joven apuesto!» Esta idea supuso una revelación para ella. Con todo, la suma de un año más a su edad parecía haberle afectado. La servidumbre se quedaba desconcertada cada vez que la veían actuar como una niña, pues no imaginaban la inocencia con que los dos dormían juntos.

Como de costumbre, cuando Genji

dejaba el palacio e iba a la morada de Su Excelencia, la dama que vivía allí le parecía tan perfecta que se sentía intimidado, y su ausencia de efusión le hacía pensar: «¡Cuán feliz sería si este año por fin consintieras en relacionarte un poco conmigo!». Pero como ahora ella sabía que había llevado a una mujer a vivir con él en su casa, estaba convencida de que Genji tenía planes sublimes para la recién llegada y sin duda consideraba todo aquel asunto más lamentablemente bochornoso que nunca.

La dama se esforzó por fingir que desconocía la situación y, a pesar de todo, respondió a la jovialidad de Genji a su manera habitual. Tenía cuatro años más

que él, un porte más grave y sereno y una belleza madura que ponía en evidencia la juventud de Genji. ¿Cómo era posible que una mujer así tuviera algún defecto? Genji se dijo para sí que sin duda era su comportamiento disoluto lo que le había granjeado el rechazo de la dama. El altivo orgullo de ser hija única no sólo de un ministro, sino del más grande de todos, y de nada menos que de una princesa, la llevaba a condenar cada uno de los deslices de Genji, mientras que él, por su parte, seguía preguntándose por qué tenía que ser tan condescendiente con ella y tratar una y otra vez de hacerle cambiar de actitud. Tales eran las distancias que los mantenían separados.

Entretanto, Su Excelencia deploraba la mala conducta de Genji, pero, aun así, cada vez que veía a su yerno y hacía todo lo posible por complacerle olvidaba tal desagrado. A primera hora de la mañana siguiente visitó a Genji cuando éste se preparaba para partir, y, al encontrarle vestido, le trajo personalmente un cinturón de pedrería, [\[17\]](#) se puso detrás de él para alisarle el manto y casi sujetó sus zapatos para que se los pusiera. Era una escena muy conmovedora.



Caballero con cinturón de pedrería

—Esperaba con ilusión llevar esto en el banquete de la corte [\[18\]](#) y ocasiones similares —comentó Genji.

—Oh, para esas ocasiones tengo mejores cinturones. Te ofrezco este porque he pensado que es un poco fuera

de lo corriente.

Insistió en que Genji lo llevara. Lo cierto era que cuidar de Genji era en todos los aspectos lo que más le satisfacía, y no podía más que dar la bienvenida y despedir a un hombre semejante, a pesar de que tales ocasiones fuesen infrecuentes.

Genji inició su ronda de visitas de Año Nuevo, aunque no fue muy larga: Su Majestad, el príncipe heredero, Su Eminencia y luego, por supuesto, Fujitsubo, en su residencia de Sanjô.

—También hoy contemplarle es una maravilla —comentaron a su señora las damas de honor de Fujitsubo—. ¡Cuanto más maduro, más aumenta su gran belleza!

Tan sólo atisbarle entre las cortinas desencadenaba en la dama un torrente de confusos sentimientos.

Era preocupante que hubiera transcurrido el duodécimo mes sin ninguna señal del acontecimiento previsto.

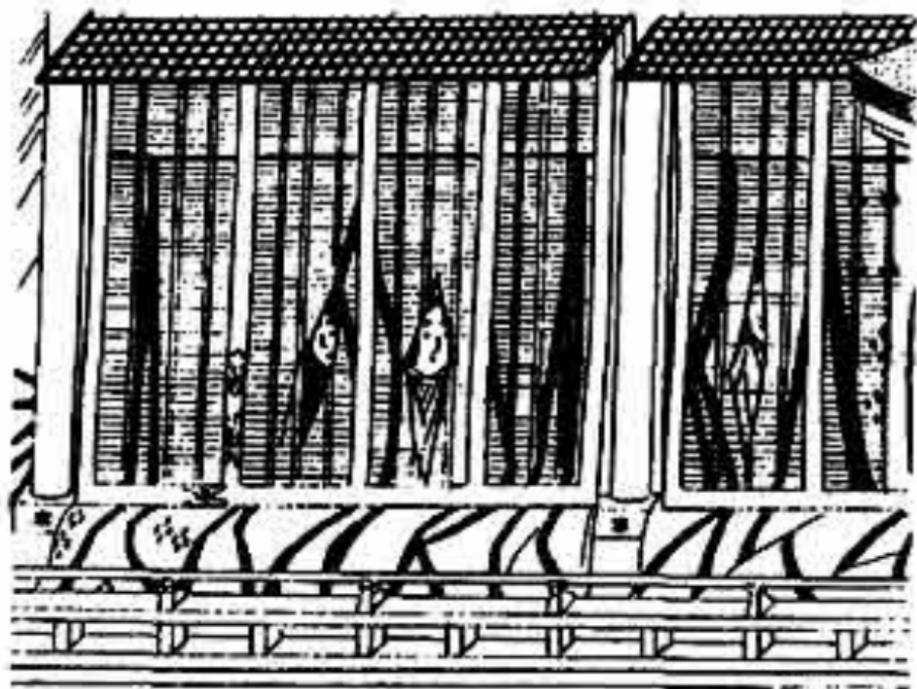
[19] Las mujeres de Su Alteza esperaban ilusionadas que por lo menos el niño naciera aquel mes, y Su Majestad, suponiéndolo también así, proseguía con sus preparativos. Sin embargo, el mes transcurrió sin ninguna novedad. Corrió el rumor de que la culpa era de un espíritu, y entretanto Su Alteza se desesperaba, pues sabía que aquello podía significar su ruina definitiva. [20] Además, se encontraba muy mal. Genji, que cada vez tenía menos

dudas sobre lo que ocurría, encargó ritos en diversos templos [\[21\]](#) sin dar explicaciones.

Puesto que la vida es, en el mejor de los casos, incierta, le atormentaba la perspectiva de que su amor pudiera terminar en tragedia, hasta que, poco después de que finalizara el décimo día del segundo mes, ella dio a luz a un varón, y tanto para Su Majestad como para sus damas de honor la inquietud dejó paso a la felicidad. Ella temía la vida que le esperaba, pero las noticias de que la consorte Kokiden farfullaba imprecaciones contra ella le recordaron que el hecho de que ella muriese tan sólo provocaría regocijo, y esto le dio fuerzas

para recuperarse poco a poco. Su Majestad estaba impaciente por ver al niño.

Genji, que tenía sus propias razones para sentir aprensión, visitó a la nueva madre en un momento en que nadie más estaba con ella.



*Damas que miran a través
de cortinas movibles*

—Su Majestad está ansioso por ver al niño —le dijo—, y he pensado que yo podría hacerlo e informarle.

Pero, como era natural, ella adujo que, dadas las circunstancias, sería inoportuno

y no lo consintió. Lo cierto era que el niño tenía un parecido tan asombroso con Genji que dejaba el ánimo en suspenso. No era posible que semejante parecido le pasara inadvertido a nadie. Su Alteza, acosada por los remordimientos, comprendía que cualquiera que dirigiera apenas una mirada a la criatura lo percibiría y censuraría una transgresión que ella misma había considerado abominable. ¿Qué la llamarían cuando un mundo ansioso de descubrir la más leve falta conociera la verdad? Sumirse en estas reflexiones la conducía a la desesperación.

Cuando Genji logró hablar con Ômyôbu, la cubrió de apasionadas

súplicas, [22] pero sin ninguna perspectiva de éxito. Tal fue la desesperación con que Genji le rogó ver al niño, que hizo que Ômyôbu protestara diciendo:

—¿Por qué insistís contra toda razón, mi señor? Como es natural, le veréis en el momento oportuno.

Pero la actitud de la dama de honor revelaba la aflicción que sentía. El asunto era muy grave, tanto que Genji apenas podía expresarse claramente.

—¿Se me permitirá hablar alguna vez en persona con ella? —inquirió, derramando lastimeras lágrimas.

¿Cuál puede ser el vínculo que nos unió

*mucho tiempo atrás
para que en esta vida debamos
permanecer tan separados?*

—No lo comprendo.

Ômyôbu, que conocía bien el sufrimiento de su señora, no podía dejarle sin réplica, y le susurró:

*La desdicha de sus pensamientos cuando
ella está a su lado y tu aflicción por no
estar ahí.*

*¡Ah, esto es, pues, lo que significa la
oscuridad del corazón! [\[23\]](#)*

—¡Qué pena que ninguno de los dos podáis ser felices!

De esta manera, tras haberle sido negada la comunicación, Genji partió, pero Su Alteza, que temía los riesgos del chismorreo y había sido advertida contra ellos, prescindió de la afectuosa familiaridad que había tenido con Ômyôbu. Siguió tratándola de una manera ecuánime a fin de no provocar comentarios; aun así, para pesar y sorpresa de Ômyôbu, en ocasiones se le notaba su desagrado.

El cuarto mes trasladaron al pequeño príncipe a palacio. Se había desarrollado con más rapidez que la mayoría de los niños, y ya podía permanecer sentado. A Su Majestad le pasó completamente inadvertido el motivo del extraordinario e

inequívoco parecido del niño con su padre, y supuso que era natural que las personas dotadas de una belleza excepcional se parecieran. Su cariño por la criatura no tenía límites. Había sentido lo mismo por Genji, pero al final, cuando resultó evidente que su entorno cortesano no toleraría semejante acción, se abstuvo de nombrar a Genji príncipe heredero, lo cual constituyó una constante decepción, pues le dolía ver la belleza y la distinción del Genji adulto desperdiciadas en un plebeyo. Su nuevo hijo, por otro lado, tenía una madre del rango más elevado y brillaba con una luz tan brillante como Genji, por lo que amaba al pequeño como a una joya impecable, algo que, para Su

Alteza, constituía otro motivo de continuo pesar y angustia.

Cuando Genji, como de costumbre, visitó la residencia de Su Alteza para reunirse con los músicos, Su Majestad apareció con el niño en brazos.

—Tengo muchos hijos —manifestó—, pero tú eres el único al que he visto día y noche desde que eras así. Supongo que el modo en que este pequeño me recuerda aquellos días le hace ser tan parecido a ti. Tal vez todas las criaturas son así.

Sencillamente, Su Majestad adoraba a su hijito.

Genji notó que palidecía. El terror, la humildad, la alegría y la conmiseración le embargaron hasta ponerle al borde de las

lágrimas. Parloteando y sonriendo, tan sobrecogedoramente encantador era el niño que a Genji, a pesar de sí mismo, se le ocurrió la presuntuosa idea de que, si su aspecto era realmente el de aquel pequeño, debía de ser en verdad un tesoro. El tormento de Su Alteza le hacía sudar, y el placer que Genji experimentaba ante la criatura se trocó en una angustia tan intensa que prefirió retirarse.

Una vez en casa, se tendió y, tras esperar a que su nerviosismo desapareciera, decidió ir a casa de Su Excelencia. En la verde extensión del jardín crecían claveles silvestres de vivos colores. Pidió que le arrancaran uno y lo

envió a Ômyôbu junto con la que debería de haber sido una larga carta, y que decía:

*Le veo en esto y, no obstante, en el fondo
no me consuelo,
pues en la encantadora y pequeña
clavellina sólo se posa el rocío más
pesado. [24]*

«Mucho había deseado que la flor se abriera, pero en este mundo todo es imposible». [25] La carta debió de llegar en el momento oportuno, porque cuando Ômyôbu se la mostró a su señora, instándole a que le contestara con «una o dos palabras, mi señora, aquí en los pétalos», [26] Su Alteza se sintió

profundamente conmovida. Con una tinta pálida, como si se hubiera agotado en medio de una línea, se limitó a escribir:

Oh, sé muy bien que él sólo hace que mis mangas se humedezcan con más rocío, y, sin embargo, mi corazón no puede desdeñar una clavellina tan deliciosa.

Ômyôbu se sintió feliz al llevarle esta respuesta a Genji, que estaba tendido, mirando desconsolado el vacío, convencido de que, como siempre, su carta no tendría respuesta. El corazón le latió con fuerza, y el repentino júbilo hizo que le brotaran las lágrimas.

Puesto que permanecer tendido en la

penumbra no le aliviaba, fue en busca de consuelo al ala oeste, como solía hacer. Vestido con una túnica informal, el cabello desgreñado y tocando una dulce tonada con su flauta, echó un vistazo al interior. Allí estaba su joven dama, reclinada en un apoyabrazos, tan dulce y bella como podía serlo y, le pareció a Genji, humedecida por el mismo rocío que aquella otra flor. [\[27\]](#) Adorable o no, estaba decidida a reprocharle que no hubiera ido directamente a verla al llegar a casa, y así, por una vez, se mostró enfurruñada.

—¡Ven aquí! —dijo él, sentándose cerca de la terraza.

Ella tarareó «Cuando la marea es

alta» y se cubrió la boca con la manga en un gesto cautivador. [28]

—Por mi vida, ¿cuándo has aprendido a citar poemas de ese modo? No es bueno que las personas se vean continuamente. [29]

Genji pidió que trajeran un *koto* para que ella lo tocara.

—El *sô no koto* es difícil de tocar porque la cuerda más aguda se rompe con mucha facilidad —comentó mientras afinaba el instrumento para tocar en la modalidad *hyôjô*.



Sô no koto

Ella no pudo seguir malhumorada una vez Genji comprobó el afinamiento tocando unas notas y empujó el instrumento hacia ella, y tocó francamente bien. Todavía era muy pequeña, y la manera en que se veía obligada a inclinarse para producir un vibrato [\[30\]](#) resultaba encantadora.

Genji, embelesado, le enseñó otras piezas con la flauta. Ella era muy rápida, y aprendía las más difíciles después de oírlas una sola vez. Él se sentía satisfecho porque la vivacidad y la inteligencia de la

niña se correspondían con todo lo que había esperado de ella. Cuando él se divirtió tocando muy bien *Hosoroguseri*, pese al peculiar nombre de la pieza, ella le acompañó de una manera todavía infantil pero muy hermosa y fiel al ritmo.

Las lámparas estaban encendidas, y los dos habían empezado a mirar ilustraciones cuando los hombres de Genji, a quienes habían dicho que él iba a salir, se pusieron a carraspear para recordárselo, y alguien observó que parecía que iba a llover. Entonces, como sucedía siempre, la niña se mostró triste y abatida. Dejó de mirar las ilustraciones y se tendió boca ¿bajo, un gesto tan delicioso que Genji acarició la

espléndida cascada de su cabello y le preguntó:

—¿Me echas de menos cuando me ausento?

Ella asintió.

—Yo también te echo de menos. Detesto pasar un día entero sin verte. Pero, mientras seas todavía una niña, debo confiar en tu paciencia y procurar no ofender a otras personas que se sienten heridas con facilidad. Mira, todo esto es muy delicado, y ése es el motivo de que durante un tiempo tenga que salir y hacer estas visitas. Cuando te hayas hecho adulta, no iré nunca a ninguna parte. ¡No quiero que se enfaden porque confío en vivir ma larga y feliz vida contigo!

Sus sinceras y tranquilizadoras palabras no hacían más que azorar a la niña y, en vez de responderle, se limitó a apoyar la cabeza en su regazo y dormirse. Él sintió que se le derretía el corazón, y anunció a sus hombres que, después de todo, no saldría. Las damas de honor se levantaron y le trajeron la cena.

—No voy a ninguna parte —le dijo a la niña después de despertarla.

Entonces, sintiéndose mejor, ella se sentó y cenaron juntos.

—Pues duerme aquí —le pidió, sin tocar apenas la comida, puesto que todavía sospechaba que él podría marcharse.

Genji no veía cómo podría abandonar

jamás a semejante compañera, ni siquiera en el último y más solemne de todos los viajes.

Así, Genji se quedó retenido allí una y otra vez, hasta que la noticia de este proceder llegó a la mansión de Su Excelencia.

—¿Quién es ella? —se preguntaban unas a otras las damas de honor.

—¿Cómo puede tratar de esa manera a mi señora?

—Hasta ahora, nadie ha sugerido quién podría ser.

—Ninguna mujer amable o bien criada acapararía de ese modo el placer de su compañía.

—Debe de ser alguna que conoció en

palacio y a la que ha cobrado tanto afecto que la mantiene oculta por temor a las críticas.

—Dicen de ella que es infantil e inmadura.

También Su Majestad había oído hablar de semejante mujer.

—Me ha dolido mucho saber que Su Excelencia está muy descontento —le dijo a Genji—, y le comprendo muy bien, porque fue él quien hizo cuanto estaba a su alcance para que el simple muchacho que fuiste llegara a ser el hombre en que te has convertido, y ya no eres tan joven como para no apreciar su amabilidad. ¿Por qué, entonces, le tratas de un modo tan desconsiderado?

Genji adoptó una actitud de contrita deferencia y no le respondió.

«Supongo que ella no le gusta», [\[31\]](#) reflexionó Su Majestad compasivamente.

—Sin embargo —observó más tarde —, él no muestra señales de arrojar la cautela por la borda y perder la cabeza por alguna de mis damas de honor ni por ninguna otra mujer. ¿En qué rincones y recovecos puede haberse metido para hacerse acreedor de este grado de resentimiento?

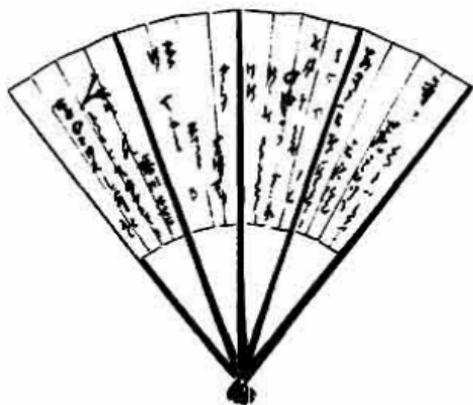
Pese al transcurso de los años, hasta entonces tampoco Su Majestad había perdido interés por tales asuntos, y le gustaban particularmente las sirvientas bonitas e inteligentes: [\[32\]](#) de ahí la

presencia de muchas de ellas entre su personal. Cuando Genji abordaba a cualquiera de ellas, incluso de la manera más informal, no solían rechazarle, pero tal vez las consideraba demasiado fáciles, porque parecía extrañamente desinteresado, e incluso cuando alguna de ellas ponía a prueba sus tretas con él, Genji le respondía con tacto, pero nunca con un comportamiento impropio, de tal modo que algunas le consideraban aburrido.

Había una dama de cámara entrada en años, una señora de cuna impecable, ingeniosa, distinguida y muy respetada por todos, que, sin embargo, era sumamente coqueta, y Genji tenía curiosidad por

conocer el motivo de que, si bien una mujer podía ser, desde luego, ligera de cascos, fuese tan profundamente disoluta en los años de su declive. Cuando la puso a prueba en broma, se asombró al descubrir que a ella sus proposiciones no le parecían en modo alguno incongruentes, pero de todos modos la aventura seguía regocijándole lo suficiente para seguir adelante, aunque, para pesadumbre de la dama, Genji mantenía las distancias por temor a que su relación con una mujer mayor diera pábulo al chismorreó.

Cierta vez,
cuando ella había
terminado de peinar
el cabello de Su
Majestad, éste llamó
a una sirvienta del
vestuario y salió,



Abanico

dejando solos en la habitación a Genji y a la dama. Ella estaba mejor vestida que de ordinario, tenía un porte elegante y un bello tocado, y su indumentaria era de un color agresivo, todo lo cual, para disgusto de Genji, revelaba su renuencia a mostrar su verdadera edad, pero él no pudo resistir la tentación de tirarle del extremo de la cola de su atuendo para ver cómo reaccionaba. Desde detrás de un abanico

profusamente decorado, ella le lanzó la lánguida mirada de sus ojos hundidos y ojerosos, como engastados en nidos de arrugas.

«Nadie de su edad usaría ese abanico», se dijo Genji. Ofreciéndole el suyo a cambio, [\[33\]](#) Genji tomó el abanico de la dama y lo examinó. Pintados en un papel lo bastante rojo para hacer que le brillase la cara vio un grupo de altos árboles de color dorado. A un lado, en un estilo ya pasado de moda pero que no carecía de distinción, estaba escrita la frase «Vieja es la hierba bajo los árboles» [\[34\]](#) en una caligrafía informal.

¡Todo esto está muy bien, pero qué

espantosa idea!

—Lo que aquí tenemos, según veo, es «el bosque en verano», [\[35\]](#) —observó con una sonrisa.

El mero hecho de hablar con ella hacía que experimentase una sensación lo bastante extraña para temer que los vieran, pero semejante preocupación no pasaba por la mente de la dama.

*Siempre que vengas, cortaré para tu
magnífico corcel un festín de hierba
fresca,*

*aunque sólo sean hojas inferiores, ahora
que la mejor estación ha pasado.*

Así dijo ella con desvergonzada

picardía. Él le respondió:

*Si me abriera paso entre la maleza
podrían verme, pues me parece
que a muchos corceles les gustará estar
ahí, bajo los árboles del bosque.*

—Es un poco arriesgado.

Y se levantó para marcharse. Ella le asió la manga y, derramando dramáticas lágrimas, exclamó:

—¡Jamás en mi vida me había sentido tan desdichada! ¡Ah, qué vergüenza, al cabo de tantos años!

—Nos veremos más tarde. Hay otras cosas, ¿sabes...?

Se soltó y siguió su camino, pero la

mujer se le aferró, lamentando airadamente la traición del tiempo. [\[36\]](#)

Entretanto, Su Majestad había terminado de cambiarse y ahora estaba observando esta escena desde la entrada de la sala. «¡Qué extraña pareja!», pensó con cierto regocijo y, riéndose entre dientes, observó:

—Llegan a mí constantes quejas sobre tu falta de interés por las mujeres, ¡pero desde luego a ésta no la has dejado escapar!

Genji no se esforzó por defenderse, aunque se sentía un tanto azorado, tal vez porque la mujer era de las que se alegran de que una aventura suya se conozca siempre que el amante lo merezca.

Cuando el capitán secretario se enteró de que todo el mundo se moría de curiosidad por este incidente, pensó: «Bien, me enorgullezco de no dejar ningún recoveco sin explorar, pero ¡ciertamente jamás habría pensado en esa mujer!». Entonces él mismo inició una relación, deseoso de poner a prueba por sí mismo la rijosidad de la mujer. La dama se dijo que él era una presa prometedora que podría compensarla por el desabrimiento de Genji, pero al parecer sólo le quería a él... ¡Una elección extravagante! El capitán secretario actuó con tanta discreción que Genji nunca descubrió sus andanzas.

Cada vez que se encontraba con Genji,

la dama de cámara reanudaba sus quejas, y él sentía tanta lástima por la mujer a causa de su edad que deseaba consolarla, pero llevar esa idea a la práctica era demasiado deprimente, y durante largo tiempo no hizo nada. Entonces, en cierta ocasión, cuando deambulaba por el Unmeiden, resguardado por la oscuridad y tras un refrescante chaparrón, la encontró tocando su *biwa* con gran pericia. Nadie la superaba en el dominio de ese instrumento, pues se unía a los hombres para tocar en los conciertos ante Su Majestad, y ahora sus sentimientos heridos daban a su música un aire especialmente conmovedor.

—«¿Debo compartir mi suerte con el

cultivador de melones?» —cantaba con muy buena voz.

A Genji no le agradó del todo. [37] Mientras escuchaba, se preguntó si sus sentimientos podrían parecerse a los de aquel otro, mucho tiempo atrás, en Gakushû. [38] Entonces la mujer se detuvo, al parecer embargada por la emoción.

Él se le acercó cantando en voz queda «La cabaña del este», y ella le dijo en su canción «Abre la puerta y entra». [39] Él la consideró una mujer extraordinaria. Entonces, suspirando, ella cantó:

No hay nadie ahí, sin duda, parado y empapado; ¡ah, cuán cruelmente

*mi humilde cabaña del este sufre la
intensa lluvia!*

Él no estaba dispuesto a cargar con toda la culpa de sus tribulaciones, y se preguntó qué había hecho para merecer tales palabras.

*La esposa de otro supone más apuros de
los que merece la pena soportar por
ella;*

*entre esto y aquello, en su humilde
cabaña del este prescindo de hacerla
mía.*

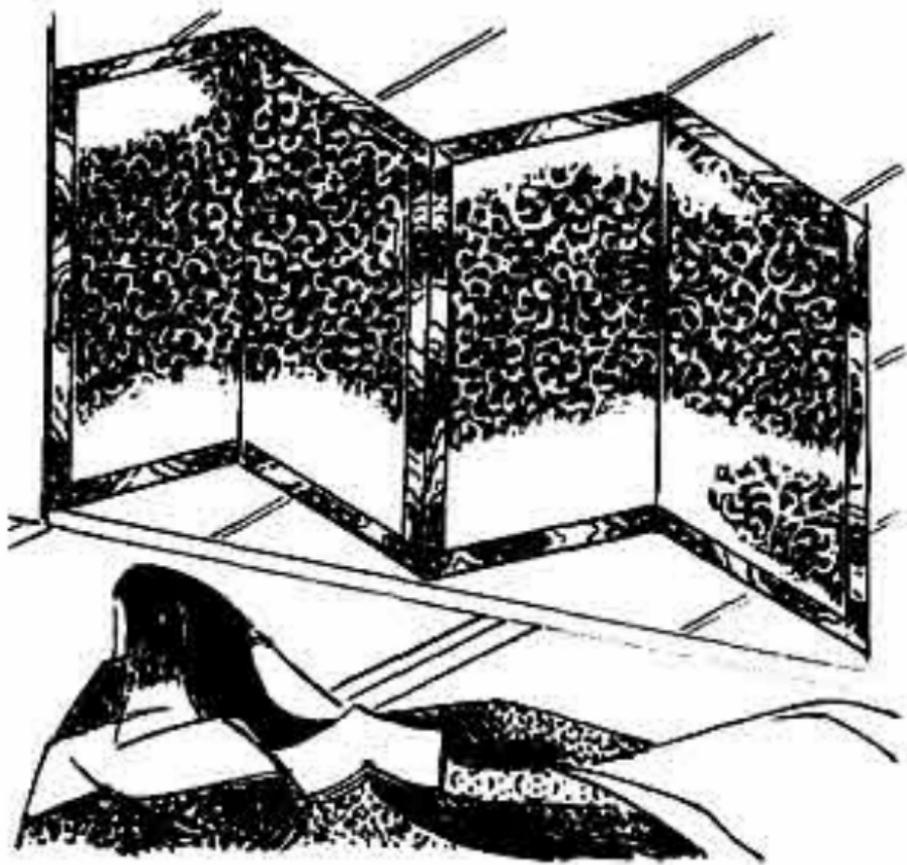
Tenía intención de proseguir su camino, pero comportarse así le parecía

tan cruel que cambió de idea y siguió la corriente a la dama, realizando un intercambio de bromas que le proporcionó cierto goce.

Al considerar que Genji, pese a sus aires inocentes, parecía visitar en secreto a toda clase de mujeres, el capitán secretario se sentía molesto por su exhibición de sensatez y seriedad y sus constantes sermones, y siempre estaba tramando la manera de sorprenderle con las manos en la masa. Ahora se alegraba de haber encontrado la oportunidad. Se tomó su tiempo con la esperanza de asustar y trastornar a Genji lo suficiente para darle una lección.

Un día, a altas horas de la noche

soplaba un gélido viento cuando el capitán secretario, suponiendo que los dos debían de haberse dormido, entró con sigilo en la habitación. Genji le oyó, y que no quería dormir profundamente, pero no le reconoció, e imaginó que el intruso era cierto jefe de mantenimiento que, al parecer, nunca había podido olvidar a la dama.



Biombo

—Mira, esto no me gusta nada, así que me marchó —dijo, pues le resultaba humillante que un hombre de edad madura le descubriera en una situación tan

incongruentemente comprometedora—. Sin duda sabías muy bien que este caballero iba a venir, [\[40\]](#) y no toleraré que me tomen por un necio.

Dicho esto, recogió su manto y se retiró detrás de un biombo.

Sofocando su regocijo, el capitán secretario se acercó al biombo que Genji acababa de desplegar y lo cerró con brusquedad, produciendo un estrépito espectacularmente amenazador. Entretanto, la dama, que actuaba como una belleza orgullosa a pesar de su edad y que sabía algo de aquella clase de situaciones críticas, pues había pasado por varias con anterioridad, no estaba tan aterrorizada como para contener con firmeza al intruso,

aunque temblaba de aprensión por lo que pudiera hacerle Genji. Éste de buen grado habría huido sin ser reconocido, pero imaginar su aspecto en pleno día, con la ropa aleteando a su alrededor y el tocado torcido, le hizo detenerse, pues vio hasta qué punto parecería ridículo.

A fin de evitar que Genji le reconociera, el capitán fingió entonces un acceso de furor y desenvainó la espada, lo cual hizo que la dama exclamara:

—¡Oh, no, querido mío, no!

Y se retorció las manos en actitud suplicante. El capitán tuvo que hacer un esfuerzo para no echarse a reír. El barniz de linda juventud estaba muy bien, pero el espectáculo de una mujer consternada de

cincuenta y siete o cincuenta y ocho años, sumida en la angustia del terror entre dos soberbios veinteañeros, era un completo absurdo.

El ostentoso disfraz y la misma vehemencia de su pantomima hicieron que Genji reconociera al capitán secretario, y se sintió como un idiota al comprender que toda aquella escena había sido tramada en su propio beneficio. Ahora que sabía quién era su contrario, aquello le pareció muy divertido; asió el brazo del capitán que empuñaba la espada y le dio un fuerte pellizco. El capitán se enojó, pero de todos modos perdió el dominio de sí mismo y se echó a reír.

—En serio —le dijo Genji—, ¿seguro

que estás en tu sano juicio? ¡Menuda broma me has gastado! De todos modos, me pondré el manto.

Pero el capitán secretario lo sujetó y no permitía que se marchara.

—¡De acuerdo, entonces tú también!

Genji desanudó la faja del capitán para quitarle el manto. Se zarandearon mutuamente mientras el capitán trataba de impedir que su amigo se saliera con la suya, hasta que cedió una costura y el manto de Genji se descosió.

¡Las fechorías que ocultas pronto pueden estar en boca de todos, ahora que nuestro tira y afloja ha causado un desgarrón en el manto que cubría tantos

pecados!

Esto dijo el capitán, y añadió:

—¡Llévalo ahora y todo el mundo lo sabrá! [\[41\]](#)

Genji replicó:

Semejante manto de verano apenas puede ocultar nada, eso lo sé muy bien, pero ¡qué mal amigo eres al descubrirme de este modo! [\[42\]](#)

Los dos partieron juntos, arrastrando sus prendas de vestir, como grandes amigos.

Genji se acostó, tratando de superar la desazón que le producía haber sido

descubierto. En cuanto a la indignada dama de cámara, a la mañana siguiente le envió unos pantalones y una faja que habían olvidado en su aposento, con el mensaje:

Ninguna queja mía podría aliviar mi sufrimiento, pues ahora la doble ola que se abatió en mi orilla ha retrocedido de nuevo al mar. [43]

«El río está seco...» [44]

«¡No tiene vergüenza!», se dijo Genji. Pensar esto era cruel, pero aun así lamentaba haber trastornado a la dama y, en consecuencia, se limitó a responderle:

*No importan esa ola ni su escandaloso
ataque, eso puedo pasarlo por alto,
pero presentaría una queja contra la
orilla acogedora.*

La faja pertenecía al capitán secretario. Genji observó que era más oscura que su propio manto formal, y observó también que al manto le faltaba el ribete exterior de una manga. [45] «¡Qué ridículo asunto! —se dijo. Empezaba a sentirse mejor—. Supongo que uno está destinado a cometer necedades cuando se deja arrastrar a esta clase de cosas».

Desde su habitación de palacio, el capitán secretario le envió a Genji, envuelta en papel, el ribete de la manga

que le faltaba, con el consejo de que hiciera que se lo volviesen a coser. «¿Cómo se las ha ingeniado para marcharse con la pieza de mi manto?», rezongó Genji para sus adentros. Si él no le hubiera quitado la faja... La envolvió en un papel similar y se la envió, con los versos:

*Por temor a que me culpes, para que la
faja no se rasgue por la mitad y así
suceda
también entre tú y ella, ni siquiera una
sola vez he mirado su brillante color
azul. [\[46\]](#)*

El capitán respondió:

Ahora que nadie excepto tú se ha escapado como lo has hecho con esa faja mía,

no dejaré de culparte por habernos desgarrado.

«¡Mi ira te golpeará al final!»

Ambos partieron cuando el sol estaba alto para atender a Su Majestad. Genji adoptaba un aire de insulsa inocencia que divertía sobremanera a su amigo, pero la jornada estaba llena de memoriales y decretos, y verse el uno al otro con una seriedad tan puntillosa no les permitía más que un intercambio de sonrisas.

Durante una pausa en las sesiones, el capitán secretario se acercó a Genji y, con

una socarrona y detestable mirada, le dijo:

—Confío en que ahora hayas aprendido a no guardar secretos.

—¿Por qué habría de hacerlo? La persona de quien me compadezco es aquella que no ha conseguido nada por su larga espera. Pero, en serio, ¡cunden los rumores!

Los dos se juraron guardar silencio.

[47]

A partir de entonces, el capitán secretario sacaba a relucir el tema cada vez que tenía oportunidad de hacerlo, y así imbuía en Genji con creciente intensidad lo que le debía a aquella fatigosa mujer. Entretanto, Genji no se

acercaba a ella para que no volviese a volcar sobre él la trágica queja de que le había hecho un grave daño.

El capitán secretario ocultó todo esto a su hermana, pero se reservó la idea de decírselo como una amenaza que plantearle a Genji cuando la ocasión lo requiriese. Incluso los hermanastros de Genji, hijos de la más encumbrada de las damas de su padre, sentían un respeto reverencial hacia él y le trataban como al favorito de Su Majestad, pero no así el capitán secretario, que respondía con bravura cada vez que Genji planteaba un desafío y estaba claramente decidido a no ser menos que su amigo. Sólo el capitán secretario era hermano carnal de su

hermana. Sí, Genji era hijo de un emperador, pero él era el hijo predilecto del principal ministro de Su Majestad y de una princesa, y por eso no se sentía en absoluto inferior a Genji. Su persona combinaba todas las cualidades deseables, y no había ningún atributo de excelencia del que careciera.

La rivalidad entre los dos hombres tuvo ciertos giros peculiares, pero sería tedioso describirlos todos.

Parece ser que en el séptimo mes Fujitsubo fue elevada a emperatriz. [\[48\]](#) Genji se convirtió en consultor. Su Majestad llevaría a cabo su deseo de abdicar, y pensaba en el pequeño príncipe como próximo heredero. Sin embargo,

cuando llegara el momento, no habría nadie en una posición adecuada para cuidar de él. Los parientes maternos del príncipe eran todos imperiales y, por lo tanto, estaban excluidos del gobierno, y en consecuencia Su Majestad había deseado que por lo menos el rango de su madre fuese inexpugnable, a fin de reforzar su posición.

Todo esto exacerbaba la agitación de la consorte Kokiden, como no podía ser menos, pero Su Majestad le aseguró: «El reinado del príncipe heredero no tardará en llegar, y tú serás la emperatriz madre. No tienes por qué preocuparte». En efecto, la gente se había quejado, como era de esperar, diciendo que Su Majestad

no podía dejar de lado a una dama que era la madre del príncipe heredero y que había sido su consorte durante veinte años para nombrar emperatriz a otra mujer.

Genji, el nuevo consultor, formaba parte de la escolta de Su Majestad la noche en que entró en palacio con gran ceremonia. Aquella cuya madre había sido emperatriz resplandecía con la belleza de una joya, incluso en la augusta compañía de anteriores emperatrices, y gozaba de tal estima sin precedentes por parte de Su Majestad que todos los demás también la tenían en la más alta consideración. No es, pues, de extrañar que el desesperado Genji la imaginara en su palanquín y supiera que ahora, y de

manera irrevocable, estaba más allá de su alcance. Esta realidad era casi imposible de soportar.

*La oscuridad de mi corazón, que todo lo cubre, no puede tener fin
ahora que he de contemplar cómo se marcha para vivir entre las nubes, [\[49\]](#)*

murmuró para sus adentros. En su caso, era una tragedia.

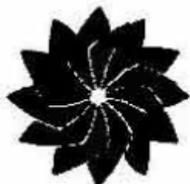
Cuanto más crecía el pequeño príncipe, tanto mayor era su parecido con Genji, pero aunque esta circunstancia atormentaba a Su Majestad, nadie más parecía haber reparado en ella. En verdad, una se pregunta cómo era posible

que una persona hubiera nacido con la apostura de Genji y, al mismo tiempo, pareciera tan distinta a él. Para todos eran como la luz del sol y la luna moviéndose por el cielo.

8

Hana no En Bajo las flores de cerezo

Este capítulo comienza con una fiesta (*en*) para celebrar el florecimiento (*hana*) de un cerezo.



Relación con los capítulos anteriores

Los acontecimientos de «Bajo las flores de cerezo» tienen lugar en la primavera que sigue a los narrados en «Bajo las hojas otoñales».

Personajes

Genji, consultor, 20 años

Su Majestad, el emperador, padre

de Genji (Kiritsubo no Mikado)

Su Majestad, la emperatriz, de 25 años (Fujitsubo)

El príncipe heredero, de 23 años (Suzaku)

La consorte Kokiden, madre del príncipe heredero

El capitán secretario (Tô no Chûjô)

Su Excelencia, el ministro de la

Izquierda, de 54 años (Sadaijin)

Una joven, sexta hija del ministro
de la Derecha (Oborozukiyo)

Koremitsu, hermano de leche y
confidente de Genji

Yoshikiyo, hijo del gobernador de
Harima y sirviente personal de Genji

La joven dama de Genji,
de 12 años (Murasaki)

Su Excelencia, el ministro de la

Derecha, abuelo del príncipe heredero
(Udaijin)

asó el día veinte del segundo mes, y
P poco después Su Majestad dio una
fiesta para celebrar el florecimiento
del cerezo que crecía ante el Shishinden.
[\[1\]](#) A su izquierda y derecha había
recintos [\[2\]](#) para la emperatriz y el
príncipe heredero, a quienes satisfacía
estar presentes, de acuerdo con los deseos
del emperador. La consorte Kokiden se
ofendía cada vez que Su Majestad la
emperatriz recibía tal respeto, pero
acudió, pues no estaba dispuesta a
perderse el acontecimiento.

El día era delicioso, con un cielo
brillante y cantos de aves que alegraban el
corazón, cuando quienes se enorgullecían
de sus habilidades —príncipes, nobles

del más alto rango y demás cortesanos— sacaron sus rimas y empezaron a componer versos en chino. [3] Como de costumbre, la voz con que Genji anunció «He recibido el carácter “primavera”» no se parecía a ninguna otra. El capitán secretario iba detrás de él. Estaba nervioso por la impresión que daría inmediatamente después de Genji, pero mantenía una agradable calma y su voz vibró con admirable dignidad. La mayoría de los demás parecían tensos y cohibidos. Naturalmente, los que pertenecían a los rangos inferiores se sentían más intimidados por el genio de Su Majestad y el príncipe heredero, que sobresalían incluso entonces, cuando tantos otros

destacaban en esa clase de certamen. Avanzaban atemorizados por la immaculada extensión del ancho patio, sin poder evitar que su sencilla tarea se convirtiera en un trabajo penoso. A Su Majestad le conmovieron las representaciones de los avezados, pobremente vestidos y viejos doctores, cuya actuación le procuró también un gran placer.

Por supuesto, había organizado las danzas a la perfección. Cuando se aproximaba la puesta del sol, la danza de la curruca en primavera [4] resultaba encantadora, y, en cuanto terminó, el príncipe heredero, que recordaba a Genji bajo las hojas otoñales, le dio su propio

tocado de hojas y le instó a que danzara de nuevo. Genji, que no podía negarse, se levantó y, con desenvoltura, interpretó la parte en la que el bailarín agita las mangas. El efecto fue incomparable. El ministro de la Izquierda olvidó por completo su desagrado y lloró.

—A ver, ¿dónde está el capitán secretario? —inquirió Su Majestad.

Y entonces tal fue la belleza con que el capitán secretario danzó el «Jardín de flores y sauces» —de una manera más resuelta que Genji y, con toda evidencia, habiendo ensayado muy bien por si se presentaba la ocasión de actuar— que, ante el asombro de todos los presentes, Su Majestad le regaló una túnica. Entonces

los nobles de alto rango danzaron mientras oscurecía, sin ningún orden en particular, pero ninguno de ellos destacó por lo bien o lo mal que lo hacía. Cuando llegó el momento de recitar los poemas, el lector no podía leer de manera continua el de Genji porque los reunidos repetían y comentaban con admiración cada verso. Incluso los doctores estaban impresionados. Su Majestad se sentía sin duda satisfecho, puesto que para él Genji era la gloria de todas aquellas celebraciones.

Mientras contemplaba la figura de Genji, la emperatriz se preguntaba cómo era posible que desagradara tanto a la madre del príncipe heredero, y lamentaba

que a ella misma le gustara demasiado.
Murmuró:

*Si con mirada ordinaria pudiera
contemplar esa flor como lo hacen los
demás,
¿por qué habría de encontrarle algún
defecto?*

Una se pregunta cómo alguien puede divulgar unas palabras que piensa para sí mismo.

El festival terminó muy entrada la noche. Cuando los nobles se hubieron retirado, cuando la emperatriz y el príncipe heredero se hubieron ido y todo quedó en calma bajo la hermosa y

brillante luz lunar, Genji, embriagado, se negaba a aceptar que la velada había llegado a su fin. Como todas las damas de honor estaban durmiendo, se encaminó furtivamente al encuentro de Fujitsubo, por si la fortuna le favorecía a una hora tan intempestiva, pero la puerta que podría haberle dado acceso a ella estaba cerrada, [5] de modo que siguió adelante, suspirando pero sin arredrarse, hacia el largo corredor del Kokiden, donde encontró abierta la tercera puerta [6] No parecía haber nadie en las inmediaciones, puesto que la consorte había ido a atender a Su Majestad. La puerta que daba acceso a las habitaciones interiores también estaba abierta. El silencio era absoluto.

«Así es cómo la gente se mete en líos», [7] se dijo mientras avanzaba en silencio por el corredor. Todo el mundo debía de estar durmiendo. Pero ¿era posible tal cosa? Oyó una voz joven y agradable, que seguramente no era la de una dama de honor corriente, que se aproximaba a él cantando «Incomparable la noche con la luna brumosa...». [8] Genji, jubiloso, le asió la manga.

Ella se asustó.

—¡No hagas eso! ¿Quién eres?

—No tienes nada que temer.

¡Que conozcas tan bien la belleza de la noche profunda me hace suponer que tu vínculo con la luna poniente no es

fortuito!

Dicho esto, la rodeó con sus brazos, la hizo tumbarse y cerró la puerta. La indignación y la consternación de la muchacha le aportaban un delicioso atractivo.

—¡Un hombre...! —gritó ella temblando—. ¡Aquí hay un hombre!

—Puedo hacer lo que me plazca, y que pidas ayuda no te va salvar. ¡Estate quieta!

Ella reconoció su voz y se sintió un poco mejor. No quería parecer fría o distante, a pesar de su conmoción. Él debía de estar bastante ebrio, porque se sentía impulsado a poseerla, y ella era lo

bastante joven y flexible para que, probablemente, la idea de resistirse no pasara en serio por su cabeza.

A Genji la joven le gustaba mucho, y le irritó ver que el alba estaba a punto de llegar. Ella parecía debatirse entre sentimientos encontrados.

—¡Dime tu nombre! —le suplicó Genji—. ¿Cómo puedo ponerme en contacto contigo? ¡Sin duda no querrás que esto sea todo!

Ella replicó con deliciosa finura:

*Si con mi triste sino desapareciese
ahora, ¿de seguro vendrías,
ah, me pregunto, a buscarme en las
herbosas extensiones del páramo? [9]*

—Comprendo. Te ruego que me perdones.

Mientras me esforzara por saber en qué morada encontraría a mi gota de rocío, me temo que el viento soplaría a través de los susurrantes páramos [\[10\]](#)

—Podemos ser sinceros el uno con el otro. ¿O prefieres rehuirme?

Apenas había hablado, cuando las damas de honor empezaron a levantarse produciendo ruido, y hubo mucho movimiento entre el Kokiden y los aposentos de Su Majestad. [\[11\]](#) Ambos corrían peligro. El se limitó a darle su abanico como una prenda de afecto, tomó

el suyo y se alejó.

Algunas de las numerosas mujeres del Kiritsubo [\[12\]](#) estaban despiertas.

—¡Desde luego, sigue practicando sus exploraciones secretas! —susurraban, dándose codazos entre ellas mientras fingían dormir.

Él entró en sus aposentos y se acostó, pero permaneció despierto. ¡Qué encantadora muchacha! Debía de ser una de las hermanas menores de la consorte, seguramente la quinta o la sexta, puesto que hasta entonces no había conocido varón. Había oído decir que la esposa del príncipe virrey [\[13\]](#) y la cuarta hermana, que significaba tan poco para el capitán secretario, eran dos bellezas, y desde

luego, de haberse tratado de cualquiera de ellas, el encuentro habría sido bastante más que una simple travesura. En cuanto a la sexta, su padre se proponía casarla con el príncipe heredero... Sí, eso sería infortunado. Todo era muy difícil, y era improbable que pudiese averiguar con cuál de ellas había yacido aunque lo intentara. Pero ella no había parecido deseosa de poner fin de inmediato a la relación... Así pues, ¿por qué no le permitía comunicarse con ella de alguna manera? Sin duda estas cavilaciones confirmaban su interés por la muchacha, pero, en cualquier caso, cuando pensaba en *ella* no tenía más remedio que admirar lo extremadamente inaccesible que era en

comparación.

La segunda fiesta [14] iba a celebrarse aquel día, y él tenía cosas que hacer desde por la mañana hasta la noche. Tocó el *sô no koto*. El acontecimiento fue más elegante y divertido que el del día anterior. Casi amanecía cuando Fujitsubo fue a atender a Su Majestad.

Como se moría por saber si la de la luna al alba [15] abandonaría ahora el palacio, Genji dispuso que Yoshikiyo, [16] que la vigilaba con un rigor ilimitado, y Koremitsu estuvieran atentos. Cuando se retiró de la presencia de Su Majestad, los dos hombres le informaron.

—Varios carruajes acaban de salir por la puerta norte, [17] donde están

esperando discretamente —le dijeron—. Había allí damas que son parientes de Su Majestad, y cuando el teniente del cuarto rango y el senescal de la Derecha [18] salieron precipitadamente para despedir a los asistentes a la fiesta, dedujimos que quien se marchaba debía de ser la consorte Kokiden. También formaban parte del grupo algunas otras damas, todas ellas muy distinguidas. Había en total tres carruajes.

El corazón de Genji latía con fuerza. ¿Cómo iba a saber cuál de ellas era la muchacha? ¿Y si se enteraba Su Excelencia, el padre de la joven, y armaba un escándalo por su culpa? [19] Eso sería muy inoportuno, sobre todo

mientras aún supiera tan poco de ella. En cualquier caso, no podía soportar su ignorancia actual, y yació embargado por la frustración, incapaz de decidir lo que debía hacer. Pensó con afecto en su joven dama. ¡Cómo debía de aburrirse, y con toda probabilidad sentirse también abatida, puesto que él llevaba varios días sin verla!

El abanico recibido como prenda, triple [\[20\]](#) y decorado, en el lado coloreado, con flores de cerezo y una luna brumosa reflejada en agua, no era una pieza original, pero él agradecía tenerlo porque había visto claramente que la joven lo apreciaba mucho. Su mención de las «herbosas extensiones de páramo» le

turbaba, y entonces escribió en el abanico, que en adelante siempre llevaría consigo:

Todo cuanto ahora siento no lo había sentido jamás, como la luna al alba se desvanece ante mis ojos en los cielos ilimitados.

No se le ocultaba que había transcurrido demasiado tiempo desde su última visita a la mansión de Su Excelencia, pero la inquietud por su joven dama se impuso a todo lo demás y fue a Nijô para animarla. Cuanto más la veía, más encantadora la encontraba, así como dotada de una inteligencia y un encanto excepcionales. Ciertamente su perfección

sin mácula hacía de ella la muchacha adecuada para educarla por su cuenta, como ansiaba hacer. Su única preocupación era que tener un maestro masculino le hiciera familiarizarse demasiado con los hombres. Genji se pasaba el día contándole lo que había hecho últimamente y enseñándole a tocar el *koto*, y aunque ella se ponía tan triste como siempre cuando él volvía a marcharse, ahora estaba acostumbrada a esa situación y no se aferraba a él como antes.

En la mansión de Su Excelencia, la dama se negó, como siempre, a verle. Forzado a la ociosidad y acosado por un inquieto enjambre de pensamientos,

estuvo un rato tocando el *sô no koto* y cantando «Nunca puedo dormir en paz...».

[21]

Su Excelencia se reunió con él y le expresó lo mucho que había disfrutado el otro día.

—A mi avanzada edad he visto los reinados de cuatro ilustres soberanos —le dijo— y, sin embargo, gracias a la calidad de los versos y la armonía de la música y las danzas, los años nunca habían sido tan livianos sobre mis hombros. Ahora tenemos muchos expertos en todas las artes, y estoy seguro de que fuiste tú quien los seleccionó y orientó. Incluso yo, con lo viejo que soy, sentía el impulso de salir allí y danzar dando

traspíés.

—No hice nada para prepararlos. Era mi deber encontrarles los mejores instructores, fueran quienes fuesen. A mi modo de ver, «Jardín de flores y sauces» superó en tal medida a las demás danzas que esa actuación tardará en olvidarse; y si Vuestra Excelencia, desafiando a la edad, os hubiérais aventurado a mostrar la habilidad que tenéis, la gloria del reinado de Su Majestad habría brillado todavía más.

Llegaron el senescal de la Izquierda, el capitán secretario y los demás. Apoyando la espalda en la barandilla, afinaron sus instrumentos y se pusieron a tocar en perfecta armonía.

La dama de la luna brumosa recordaba aquel frágil sueño con suma tristeza. Su padre había decidido que su presentación al príncipe heredero tuviera lugar el cuarto mes, y la perspectiva la llenaba de desesperación. Entretanto, su amante, que creía saber cómo ir a su encuentro si lo deseaba, aún no había descubierto cuál de las hermanas era y, además, dudaba en relacionarse con una familia de la que no había recibido más que críticas. Entonces, pasado el día veinte del tercer mes, el ministro de la Derecha convocó un concurso de tiro al arco al que asistirían numerosos nobles de alto rango y príncipes y al que seguiría una fiesta para celebrar el florecimiento de las flores de

glicina.

Había finalizado la temporada de las flores de cerezo, pero dos de los árboles de Su Excelencia debían de haber consentido en esperar, [22] pues presentaban una gloriosa y tardía floración. Había hecho decorar su residencia, objeto de reciente reconstrucción, de una manera especial para la puesta de la cola de las princesas. [23] Todo respondía al estilo más actual, en consonancia con el gusto recargado de Su Excelencia.

Un día en que coincidieron en la corte, Su Excelencia había extendido también una invitación a Genji, así que su ausencia le decepcionó muchísimo, ya que a su

modo de ver eso ensombrecía la fiesta. Así pues, pidió al teniente del cuarto rango que fuese en su busca, con el mensaje:

*Si con sus alegres tonos las flores que
adornan mi hogar fueran como las
demás,*

*¿por qué aguardaría con tanta ansiedad
para darte la bienvenida ?*

Genji, que se hallaba en palacio, se lo contó a Su Majestad.

—Ciertamente, está satisfecho de sí mismo —observó Su Majestad con una sonrisa—. Ve. pues, dado que parece tan deseoso de tenerte allí. Al fin y al cabo,

está criando a las princesas, por lo que no es precisamente un desconocido para ti. [\[24\]](#)

Genji se vistió con gran esmero, y el sol se había puesto cuando llegó para ser objeto de la bienvenida anunciada.

Vestía una túnica con cola de color uva bajo un manto formal con flores de cerezo, de pura seda estampada. [\[25\]](#) Entre los mantos formales que llevaban todos los demás, su indumentaria mostraba la extravagante elegancia de un príncipe, y su majestuosa entrada causó sensación. Las mismas flores estaban avergonzadas, y los reunidos tardaron algún tiempo en recuperar su anterior animación.

Genji tocó maravillosamente bien, y ya era muy tarde cuando se marchó, con el pretexto de haber bebido tanto que se encontraba mal. Las princesas primera y tercera estaban en la casa principal, y Genji fue a sentarse junto a la puerta del edificio que daba al este. Los postigos de celosía estaban abiertos, y todas las mujeres se habían reunido cerca de la terraza, puesto que era allí donde florecía la glicina. Sus amplias mangas se derramaban vistosamente bajo los postigos, como para la mascarada de Año Nuevo, pero Genji lo desaprobaba y sus pensamientos sólo se centraban en Fujitsubo.

—Para empezar, no me sentía bien —

comentó—, y entonces me he visto obligado a beber tanto que ahora estoy francamente mal. ¿Se me permitirá ocultarme en compañía de Sus Altezas, si no es demasiado atrevimiento pedir tal cosa? —Introdujo medio cuerpo por la persiana que cubría las puertas dobles.

—¡Oh, no, por favor! —exclamó una de ellas—. ¡Sin duda somos las personas humildes como nosotras las que debemos pedir protección a las grandes!

Genji vio que aquellas mujeres, aunque no pertenecían a un rango superior, tampoco eran jóvenes damas de honor corrientes. Su elegante distinción era evidente. Flotaba en el aire una densa fragancia de incienso, y el frufú de las

sedas reflejaba una riqueza ostentosa, pues era aquélla una casa donde se prefería la exhibición de lo que estaba de moda al atractivo más profundo de un discreto buen gusto. Sin duda las hermanas más jóvenes se habían instalado junto a la puerta porque Sus Altezas deseaban mirar desde allí.

No debería haber aceptado el desafío, pero le satisfacía y, con el corazón palpitante, se preguntaba cuál de ellas sería la de su encuentro.

—Ay —cantó con tanta inocencia como era posible, todavía apoyado en una columna—, mi abanico ya no es mío, pues he tropezado con el infortunio... [\[26\]](#)

—¡Qué extraño hombre de Koma!

La que respondió no parecía haberle entendido.

Otra no dijo nada, pero no dejaba de suspirar. Genji se inclinó hacia ella, le tomó la mano a través de la cortina permanente y aventuró:

*¡Con qué tristeza rondo las laderas del
monte Irusa, donde se pone la luna
creciente,*

*anhelando tan sólo ver de nuevo la débil
luna que vi entones!*

—¿Por qué ha de ser así?

Esto debió de ser demasiado para ella, pues replicó:

*Si de veras tu corazón fuese recto y fiel,
¿te extraviarías
incluso en la oscura noche, cuando no
hay luna en el cielo?*

Sí, era su voz. Genji estaba encantado,
aunque, al mismo tiempo... [\[27\]](#)

9

Aoi

Aoi es el nombre japonés de la malva real, planta sagrada en el santuario de Kamo. Crece en el suelo del bosque y sus hojas tienen forma de corazón.

En el Festival del Kamo, la gente decoraba sus tocados y sus carruajes con esta planta, así como con laurel (*katsura*).

La palabra *aoi*, en la grafía del período Heian (*afuhi*), también puede interpretarse como «día del encuentro (de

los amantes)».

Ello permite un juego de palabras, un doble sentido que el lector de la traducción ha de tener en cuenta.

Como título del capítulo, *Aoi* se refiere en particular a un intercambio de poemas, en el festival, entre Genji y la enamorada dama de cámara.

Al ver a Genji con otra mujer (Murasaki) en su carruaje, escribe:

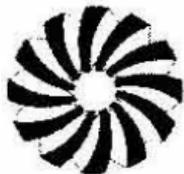
¡Ah, es demasiado duro! Hoy, cuando nuestra aoi me dijo que el dios bendecía nuestro encuentro, veo que otra luce

esas hojas.

Él replica:

Muy picaro, diría yo, fue tu deseo de lucir la aoi, cuando hoy en este lugar de encuentro se congregan hombres de incontables clanes.

Aoi debió de haber sido aceptado como título del capítulo, debido al incidente que tiene lugar el día anterior en el Kamo; y puesto que la persona responsable del incidente es la esposa de Genji, los lectores la conocen como *Aoi*.



Relación con los capítulos anteriores

Hay un salto de unos dos años entre «Bajo las flores de cerezo» y «Aoi». Durante ese intervalo, el padre de Genji ha abdicado, Suzaku (hijo suyo y de la consorte Kokiden) le ha sucedido como emperador y el hijo que Fujitsubo tuvo de Genji ha sido nombrado príncipe heredero.

Personajes

Genji, el comandante de la Derecha,
de 22 a 23 años de edad

Su Majestad, la emperatriz, de 27
a 28 años (Fujitsubo)

Su Eminencia, el emperador
retirado, padre de Genji (Kiritsubo In)

La emperatriz madre, la
consorte Kokiden

El príncipe heredero, hijo de
Fujitsubo, de 3 a 4 años (Reizei)

El Refugio de Rokujô, de
29 a 30 años (Rokujô no Miyasudokoro)

**La suma sacerdotisa de
Ise**, su hija, de 13 a 14 años
(Akikonomu)

**La dama de las
campánulas**, Su Alteza (Asagao)

La esposa de Genji, de 26

años (Aoi)

La suma sacerdotisa de
Kamo, tercera hija de Kokiden (Saiin)

Su Alteza, madre de Aoi y Tô no
Chûjô (Ômiya)

Su Alteza del
Ceremonial, padre de Asagao
(Shikibukyô no Miya)

La joven dama de Genji,
de 14 a 15 años (Murasaki)

Shônagon, el aya de Murasaki

Una dama de cámara,
admiradora de Genji, de 60 y tantos años
(Gen no Naishi)

Su Excelencia, el ministro de la
Izquierda, padre de Aoi y Tô no Chûjô, de
56 a 57 años (Sadaijin)

**El capitán de tercer
rango**, hermano de Aoi (Tô no Chûjô)

El hijo de Genji y Aoi,
desde su nacimiento hasta los 2 años

(Yûgiri)

Chûnagon, una doncella de la
mansión de Su Excelencia

Ateki, una muchacha paje de Aoi

Koremitsu, hermano de leche y
confidente de Genji

Ben, hija de **Shônagon**, al
servicio de Murasaki

La encargada del
vestuario (Oborozukiyo)

El ministro de la Derecha,
su padre, abuelo del emperador (Udaijin)

El cambio de reinado representó una pesada carga para Genji, y tal vez su ascenso en rango [1] explica que renunciara a sus aventuras más ligeras, de modo que para muchas personas multiplicó las aflicciones del abandono al tiempo que él mismo, como en represalia, continuamente lamentaba la crueldad de su propio amor. [2] La constancia con que ella estaba al lado de Su Eminencia era tal que bien podría haber sido una plebeya, y esto parecía desagradar a la emperatriz madre, que se recluía en palacio y no la visitaba. De vez en cuando Su Eminencia organizaba un bello concierto o algún acontecimiento por el estilo, que daba que hablar a todos los

cortesanos, de modo que ella brillaba más que nunca; pero él añoraba entristecido al príncipe heredero, cuya falta de apoyo eficaz le preocupaba, y la solicitud de que Genji cuidara de él produjo en el nuevo comandante una mezcla de alegría y consternación.

Oh, sí, la hija que el difunto príncipe heredero tuviera con el Refugio de Rokujô había sido nombrada suma sacerdotisa de Ise, y su madre, que dudaba del afecto de Genji, se había apresurado a aducir su preocupación por la juventud de su hija como un motivo para trasladarse también a Ise.

Cuando se enteró de su plan, Su Eminencia hizo a Genji ciertas

observaciones:

—Su Alteza, el difunto heredero, la tenía en alta estima y le dedicaba toda su atención, y me parece intolerable que la trates de la manera informal con que podrías tratar a cualquier otra mujer. Considero a la suma sacerdotisa mi propia hija, y por lo tanto apreciaría que evitaras ofender a su madre, tanto por deferencia a su padre como a mí. Con un desenfreno como el tuyo, te arriesgas a una censura generalizada.

La contrariedad que evidenciaba su semblante obligó a Genji a asentir, manteniendo un humilde silencio.

—No seas nunca la causa de la humillación de una mujer —siguió

diciéndole Su Eminencia—. Trata a cada una con tacto y evita provocar su enojo.

Genji se retiró de su presencia contrito, aterrado al imaginar su reacción si llegara a enterarse de lo grande que era la impudicia de su inadmisible pasión.

El hecho de que incluso Su Eminencia conociera su mala conducta y le manifestara lo que pensaba al respecto demostraba hasta qué lamentable extremo se habían visto comprometidos por la aventura sentimental tanto el nombre de la dama como el suyo propio, y, sintiéndose culpable, redobló sus atenciones hacia ella, pero siguió sin dar ninguna señal de que reconocía abiertamente su vínculo. En cuanto a ella, a causa de la vergüenza que

le producía la discrepancia entre sus edades, mantenía una actitud reservada, y él le correspondía con idéntica formalidad. Por entonces la aventura había llegado a oídos de Su Eminencia y todo el mundo estaba enterado, pero la dama seguía sufriendo mucho por la relativa indiferencia que él le mostraba.

La noticia de todo esto reafirmó a la dama de las clavellinas [3] en su decisión de evitar que a ella le ocurriese algo similar, y no solía darle a Genji ni la más sencilla respuesta. Sin embargo, a menudo él pensaba en lo raro que era, y al mismo tiempo muy propio de ella, que no rompiera con él de inmediato.

En la mansión de Su Excelencia nadie

alababa el evidente mariposeo de Genji, pero la dama que vivía allí no se lo reprochaba vivamente, tal vez porque la manera en que él casi alardeaba de su actitud no merecía comentarios. Por una razón muy conmovedora, ella se encontraba bastante mal. [4] Genji estaba sorprendido y simpatizaba con ella. Todo el mundo se sentía complacido, pero los padres de la dama hicieron penitencia por temor a regocijarse demasiado pronto. [5] Estas cosas le mantenían muy ocupado y, aunque nunca se olvidaba de la dama de Rokujô, sin duda sus visitas se habían hecho muy escasas.

Por esa época, la suma sacerdotisa del santuario Kamo dimitió, y le sucedió la

tercera hija de Su Eminencia y la emperatriz madre. Los padres de esta princesa lamentaban ver que su hija seguía tan extraño rumbo, puesto que era una hija predilecta, pero ninguna otra cosa satisfacía a la muchacha. Los ritos que el cargo conllevaba, aunque no fueron desacostumbrados, se realizaron con gran pompa y animación. Cuando llegó la época del Festival, [6] se añadieron numerosos detalles a los actos tradicionales, y hubo toda clase de innovaciones que contemplar. La distinción personal de Su Alteza parecía explicarlo todo.

El día de la Purificación [7] los nobles de alto rango participaron en el

número requerido, [8] pero sólo los más apuestos y los que eran tenidos en mayor consideración. Todos lucían una estampa perfecta por el color de las túnicas provistas de cola, el estampado de sus pantalones exteriores [9] e incluso por la elección de las sillas de montar y las cabalgaduras. Genji también participó, por decreto especial de Su Eminencia. Los carruajes para la excursión habían sido preparados con mucho adelanto. La avenida Ichijô estaba atestada de gente y reinaba en ella un estrépito terrible. Las tribunas colocadas aquí y allá mostraban minuciosos adornos, cada uno de acuerdo con el gusto de su dueño, e incluso asombraba contemplar las mangas que

asomaban por debajo de sus persianas.

La dama que vivía en la mansión de Su Excelencia no solía asistir a tales acontecimientos, y ni siquiera se le había ocurrido ir en esta ocasión, dado que estaba indispuesta, pero sus jóvenes damas de honor protestaron:

—¡Oh, vamos, mi señora, no nos atreveríamos a escabullimos nosotras solas para ir allá! Hoy todo el mundo ansia tener un atisbo de su señoría el comandante [\[10\]](#) en el festival, y dicen que incluso los leñadores más pobres estarán allí para verle. ¡Algunos incluso traen a sus familias desde provincias lejanas! ¡No os lo podéis perder, mi señora!

—La verdad es que últimamente te encuentras bien —le dijo Su Alteza a su hija cuando se enteró—, y tus damas de honor parecen muy decepcionadas.

Así pues, la servidumbre supo de improviso que, después de todo, asistirían al festival.

El sol ya estaba alto cuando partieron con la mayor discreción posible. Su imponente tren de carruajes se vio obligado a detenerse, porque a aquella hora todos los lugares habían sido ocupados y no había ningún sitio adonde ir. Los caballeros se decidieron por un lugar que ocupaban otros hermosos carruajes de damas pero donde no había un nutrido séquito, y empezaron a pedir

que los apartaran. Entre ellos había dos carruajes de mimbre, un poco deteriorados pero con elegantes persianas, a través de las cuales surgían fragmentos de mangas, colas y chaquetas de los colores más hermosos: las prendas de las personas que estaban sentadas en el interior. Era evidente que la ocupante no deseaba ser reconocida.

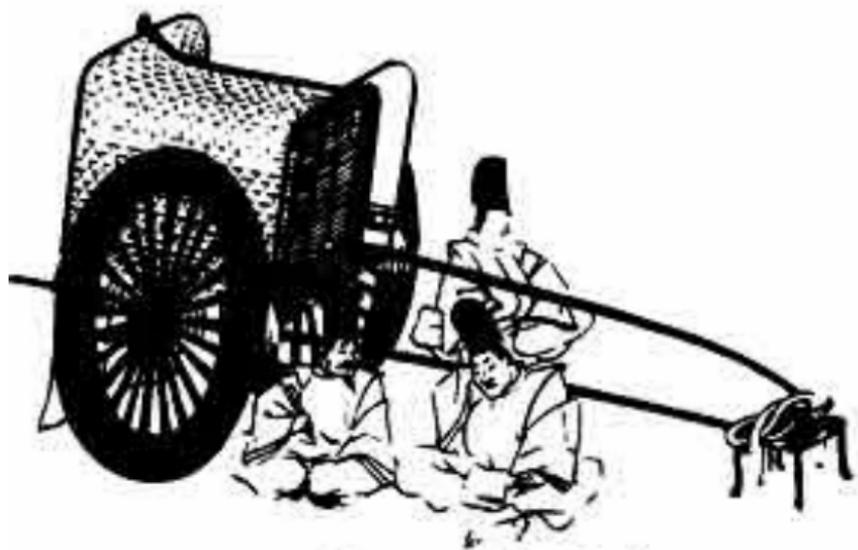
—¡A estos carruajes no se los puede apartar a empujones de esa manera! — insistían a voces sus caballerizos, y no permitían que los tocaran, pero por entonces los jóvenes situados a ambos lados estaban bebidos, armaban jaleo y se desmandaban. El personal más sobrio de la escolta de Su Excelencia les advertía

en vano.

El Refugio de Rokujô, la madre de la suma sacerdotisa de Ise —pues era ella la ocupante del carruaje—, había acudido en secreto al festival en busca de alivio a sus tribulaciones. Sus acompañantes no decían quién era, pero los otros, naturalmente, la conocían.

—¡No aguantaremos tales dislates de esa clase de gente! —gritaron los hombres de Su Excelencia— ¡Deben contar con la protección de su señoría el comandante!

Algunos de ellos, también hombres de Genji, estaban turbados al ver lo que ocurría, pero fingían indiferencia porque intervenir habría sido demasiado difícil.



Carruaje y banquillo de las varas

Cuando todos los carruajes estuvieron en su lugar, el del Refugio de Rokujô había sido empujado hasta quedar detrás del de la última dama de honor, y ella no podía ver nada. No sólo estaba indignada, sino también incomodada en extremo porque la habían reconocido. Con los

banquillos de las varas rotos, de modo que las varas de su carruaje descansaban ahora de cualquier manera en los ejes de las ruedas de otros carruajes, parecía tan ridícula que lamentaba su necesidad y se preguntaba inútilmente por qué había ido allí. De buen grado se habría marchado sin ver el desfile, pero no había espacio para retroceder y, después de todo, su resolución debió de flaquear cuando oyó los gritos de «¡Aquí vienen!» y comprendió que su cruel amante pasaría por allí. Y pasó, en efecto, sin dirigir ni una mirada hacia su carruaje, lo cual llenó a la dama de amarga pesadumbre. [\[11\]](#)

Bajo las persianas de carruajes mucho más adornados de lo habitual, numerosas

damas impacientes formaban un vistoso cuadro al que Genji pareció hacer caso omiso, aunque a algunas les dirigió una mirada de soslayo y una sonrisa. Destacaban los carruajes de Su Excelencia, y él pasó con gravedad ante ellos. La profunda deferencia y el respeto mostrados por su propio séquito clavó en el Refugio de Rokujô el aguijón de su ignominiosa derrota.

*¡Un atisbo huidizo como el de un rostro
reflejado en un arroyo sagrado
me indica con renovada crueldad que no
importo nada!*

No le gustaba que la vieran llorar,

pero sabía hasta qué punto habría lamentado no ver la deslumbrante belleza y la presencia que en aquella gran ocasión brillaban con más intensidad que nunca.

Por su indumentaria y su porte, los caballeros de la escolta de Genji eran dechados de perfección, cada uno de acuerdo con la exigencia de su cargo, y entre ellos los nobles de alto rango lo eran de manera especial, pero la brillantez de aquella única luz parecía eclipsarlos a todos. Era insólito que un comandante estuviera protegido por un caballero privado perteneciente a la guardia de palacio, pero aquel desfile era tan excepcional que por una vez un miembro de la guarda palaciega de la

Derecha había desempeñado esa función. El resto del séquito de Genji era igualmente brillante por su aspecto y sus galas, hasta que dio la impresión de que los mismos árboles y plantas debían inclinarse ante una belleza tan admirada por todos. La manera en que mujeres muy respetables, tocadas con sombreros de ala ancha, [\[12\]](#) o monjas para quienes el mundo era escoria avanzaban tambaleándose y dando traspiés para verle habría merecido de ordinario exclamaciones de desaprobación y horror, pero aquel día nadie podía culparlas. Mujeres con arrugas alrededor de la boca y el pelo envuelto en el vestido [\[13\]](#) le miraban boquiabiertas, con las palmas de

las manos unidas o sobre la frente, en un gesto de estupefacta admiración, mientras los campesinos bobalicones sonreían beatíficamente, sin que se les ocurriera pensar por un momento en el aspecto que ellos mismos tenían. Incluso despreciables hijas de gobernadores, muchachas en las que él no se dignaba reparar, estaban presentes, en carruajes adornados con esmero, pavoneándose y felicitándose unas a otras. Sí, había abundancia de cosas regocijantes que ver. Por supuesto, también estaban allí muchas mujeres con las que Genji se había relacionado en secreto y que ahora sólo podían suspirar porque significaban muy poco para él.

Su Alteza del Ceremonial observaba la escena desde una tarima. «A medida que se hace mayor, su apostura es cada vez más irresistible —se dijo para sus adentros con una sensación de vago temor—. ¡Sin duda hasta los mismos dioses fijan en él su mirada!» Para su hija, [\[14\]](#) que sabía bien, por las cartas que había recibido de él durante años, lo poco que sus sentimientos se parecían a los de otros hombres, sin duda Genji le habría satisfecho plenamente aun cuando hubiera tenido un aspecto de lo más corriente, y, sintiéndose atraída por él, se preguntaba cómo podía ser, además, tan asombrosamente bello. Sin embargo, no deseaba tener una gran intimidad con él.

Sus jóvenes damas de honor no dejaban de alabarle, y ella deseaba que se callaran.

El día del festival propiamente dicho [15] no acudieron espectadores del entorno de Su Excelencia. Lleno de consternación, Genji escuchó de labios de sus hombres el relato de la disputa que había tenido lugar el día anterior por la colocación de los carruajes. «Es lamentable —pensó—, pero, a pesar de su dignidad, ella carece de amabilidad y tacto. No es posible que haya tenido intención de que ocurriera esto, pero supongo que ve tan escasas razones para que las dos se tengan afecto que sus hombres no se refrenaron al actuar como

lo hicieron. El Refugio es tan maniática y reservada por naturaleza... Debe de haber sido una experiencia terrible para ella».

Sintiéndose inquieto, fue a visitarla, pero su hija, la sacerdotisa de Ise, todavía se encontraba en casa, e invocó respeto por el sagrado árbol *sakaki* para conseguir que se marchara. [16] Él lo comprendía perfectamente, pero, sin poder evitarlo, susurró para sus adentros: «¿Por qué ha de ser así? ¡Ojalá fuesen menos quisquillosas entre ellas!».

Aquel día buscó refugio en Nijô, desde donde fue a ver el festival. Cruzó al ala oeste [17] y le pidió a Koremitsu que diera las órdenes para que preparasen el carruaje.

—¿Vais a ir también vosotras, damiselas? [18] —les preguntó, y observó sonriente cómo se vestía la joven dama, con un gusto realmente notable—. Venid, entonces, y veámoslo juntos.

El cabello de la muchacha era más encantador que nunca.

—Parece que no te lo cortan desde hace mucho tiempo —observó mientras lo acariciaba—. Supongo que hoy es un buen día para eso. [19] —Hizo llamar a un doctor del Almanaque para preguntarle por la hora apropiada—. ¡Salid ahora, damiselas! —les pidió, y examinó la deliciosa estampa que las muchachas formaban. La línea de sus cautivadoras cabelleras audazmente cortadas en línea

recta, resaltaba con viveza contra los bordados pantalones exteriores.

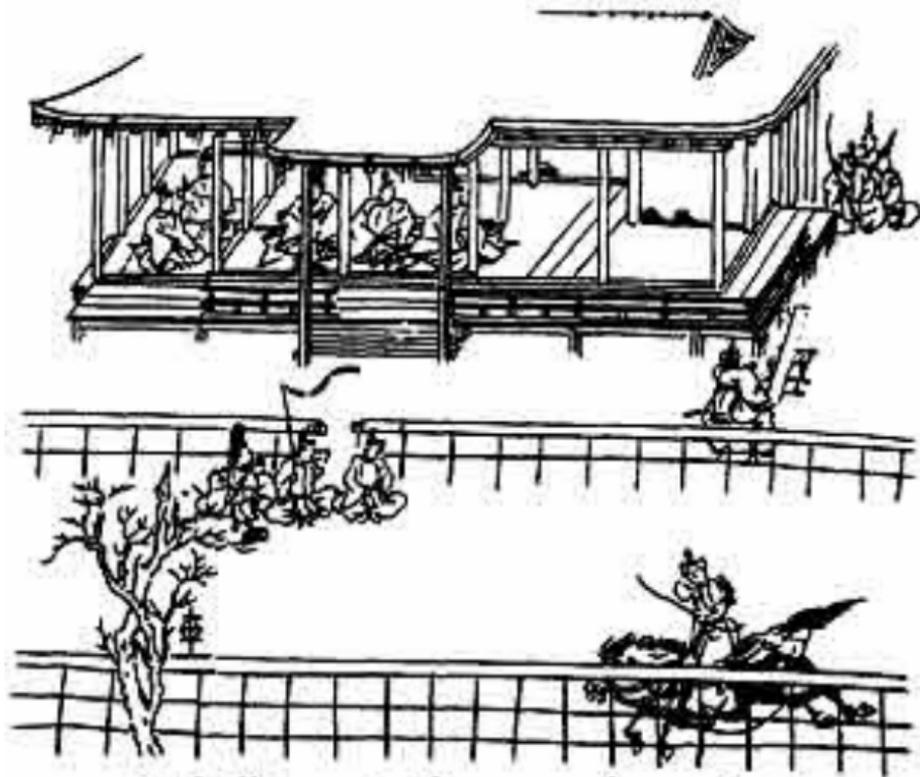
—Yo mismo te cortaré el cabello. Pero ¡hay que ver lo largo que está! ¡Es increíble lo que puede llegar a crecer! — Apenas sabía qué hacer a continuación—. Por largo que lis mujeres lleven el cabello, siempre parecen tenerlo más corto a los lados... ¡pero tú no tienes ni un solo mechón desviado! ¡Me temo que no estarás muy guapa! [\[20\]](#)

Cuando hubo terminado, expresó el deseo «de las mil brazas», mientras Shônagon contemplaba la escena con placer y profunda gratitud.

Genji dijo:

*Suntuosas trenzas como algas del fondo
marino donde no llega la plomada de mil
brazas,*

*sois más y nada más que más para
miraros a diario mientras crecéis. [\[21\]](#)*



Pabellón ante el campo de equitación

Ella se puso a escribir en un trozo de papel. Parecía tan adulta y, al mismo tiempo, tan fresca y juvenil, que daba gozo contemplarla. El papel decía:

*¿Cómo voy a saber si mil brazas también
miden tu amor,
cuando las siempre cambiantes mareas
fluyen y refluyen con tanta inquietud?*

Tampoco en esa ocasión había espacio para un solo carruaje más. Genji no encontró ningún lugar adonde ir, y aguardó junto al pabellón situado ante el campo de equitación. [\[22\]](#)

—Qué abarrotado está esto — observó, y se estaba preguntando si seguiría adelante cuando, desde un carruaje muy elegante del que rebosaba una brillante profusión de mangas, surgió un abanico que hizo una seña a uno de sus hombres.

—¿No te gustaría poner aquí tu carruaje? —le preguntó la ocupante—. Te cedo mi lugar.

A Genji le intrigó qué clase de coqueta podría ser ella, pero, como el lugar era muy adecuado, pidió que llevaran allí su carruaje.

—Te envidio por haber conseguido este lugar —replicó.

Entonces ella rompió un fragmento de un abanico muy bellamente decorado [23] y escribió en él:

*Ah, es demasiado duro! Hoy, cuando
nuestra aoi me dijo que el dios
bendeciría nuestro encuentro, veo que
otra luce esas hojas.*

«No me atrevería..». [\[24\]](#)

Él reconoció la caligrafía: era la dama de cámara. ¡Cómo hacía gala de alegre juventud, a pesar de su edad! Genji estaba tan irritado que respondió:

*¡Muy picaro, diría yo, fue tu deseo de
lucir la aoi, cuando hoy
en este lugar de encuentro se congregan
hombres de innumerables clanes!*

Profundamente herida, la dama replicó:

*¡Cómo lamento el día que deseé lucir la
aoi, esas pérfidas hojas
que tan sólo con un nombre provocan*

tales necias punzadas de esperanza!

Muchas damas se sentían decepcionadas al ver que le acompañaba alguien y que ni siquiera alzaba sus persianas. «El otro día estuvo muy correcto —se decían—, pero hoy se muestra ciertamente despreocupado por su entorno. ¿Quién puede ser ella? Debe de ser una belleza, si está con él».

¡Qué triste escaramuza alrededor de la planta con hojas en forma de corazón! Genji estaba molesto. Desde luego, cualquiera con menos desvergüenza que aquella mujer habría respetado a la dama que estaba con él y se habría abstenido de mantener pláticas imprudentes.

El Refugio de Rokujô jamás había experimentado una amargura y una confusión semejantes. Había renunciado a su cruel amante, pero sabía cuánto le echaría de menos si realmente rompía con él e iba a Ise, y también temía el ridículo al actuar así. Sin embargo, la idea de quedarse a pesar de todo le hacía recelar, temerosa de encontrarse una vez más con el atroz desprecio que ya había padecido. «¿Soy el flotador de la caña de pescar?», [\[25\]](#) se preguntaba angustiada día y noche, y tal vez por esta razón vivía como una inválida, con la sensación de que su mente iba a la deriva.

Genji nunca insistía en que sería una locura que se marchara.

—Comprendo perfectamente que no desees seguir viéndome —argumentaba—, indigno como soy, pero aunque ya estés harta de mí, sería mucho más amable por tu parte que siguieras recibéndome.

Esto hizo que la tormenta de aquel día de Purificación, [26] al que ella había asistido tan sólo para encontrar alivio a su indecisión, le resultara más aborrecible que antes.

Parecía ser que en la mansión de Su Excelencia un espíritu causaba estragos en la dama, y su familia estaba alarmada. Así pues, ésta era una época inapropiada para que Genji buscara aventuras en otra parte, y sólo de tarde en tarde se las arreglaba para visitar al menos Nijô. Le dolía

profundamente que una persona a quien él tenía en tan alta consideración sufriera de ese modo, sobre todo teniendo en cuenta que su estado de salud ya era delicado, y encargó numerosas plegarias y ritos por ella en sus aposentos de la residencia.

Muchos espíritus y fantasmas vivientes [27] se presentaban e identificaban de una manera u otra, pero uno de ellos se negaba a penetrar en la médium y se aferraba a la dama, y, aunque no le causaba una gran violencia, nunca la abandonaba. Su resistencia incluso a los sanadores más poderosos era extraordinariamente tenaz.

Después de tomar en consideración a todas las damas con las que Genji se

había relacionado, la gente empezó a murmurar que sólo el Refugio de Rokujô y la dama de Nijô eran depositarias de sus sentimientos más profundos, de modo que cualquiera de ellas podía sentir unos celos intensos; pero la adivinación efectuada a petición insistente de Su Excelencia no revelaba nada con claridad. Ninguno de los demás espíritus era especialmente hostil. Uno parecía ser el de un aya difunta, mientras que otros eran entes que habían rondado a las familias de sus padres durante generaciones, pero éstos no eran peligrosos y sólo se manifestaban al azar debido al estado de debilidad de la dama, que no hacía más que llorar y, en ocasiones, vomitaba,

presa de un sufrimiento tan insoportable que sus padres se preguntaban con temor y tristeza qué iba a ser de ella.

Su Eminencia se interesaba constantemente por su estado, y la gentil solicitud que demostraba, expresada en las plegarias que tenía la amabilidad de ofrecer por ella, hacía que la necesidad de salvarla fuese aún más imperiosa. El Refugio se estremeció al saber que todo el mundo temía por la vida de la dama. Nadie en la mansión de Su Excelencia sospechaba que aquella pequeña querrela por la colocación de los carruajes había encendido en su corazón una rivalidad que hasta entonces, y durante muchos años, había permanecido latente.

Su atribulada situación la convenció de que había dejado de ser ella misma, y se trasladó a otro lugar para someterse a ritos de curación. La noticia hizo que Genji se preguntara con inquietud y conmiseración qué estado mental había llevado a la dama a actuar así, y resolvió ir a verla. Lo hizo con mucha discreción, puesto que por una vez ella no se encontraba en su propia casa. Le rogó insistentemente que le perdonara el descuido en que la había tenido, y reforzó su petición hablándole del lamentable estado de la dama.

—Personalmente no estoy tan preocupado —le explicó con vehemencia—, pero sufro por sus padres, cuya

inquietud llega a la desesperación, y por ello, ¿sabes?, he pensado que debería permanecer a su lado durante un tiempo. Te agradecería que considerases mi conducta de una manera más indulgente.

Su figura, cuando partía al alba, tras una noche de distanciamientos, era tan encantadora que, una vez más, ella no soportaba ver cómo se alejaba, pero ahora que él tenía una razón para entregarse más que nunca a quien fue la primera en retener su fidelidad, sin duda volcaría en ella su afecto, y la interminable espera no significaría más que sufrimiento. Sus visitas ocasionales sólo servirían para reavivar la desesperación. Tales pensamientos

cruzaban por su mente cuando recibió una carta de él, tan sólo una carta, y hacia la puesta de sol: «Ultimamente parecía haber mejorado un poco, pero de repente ha empeorado de tal manera que no me ha sido posible marcharme».

Para ella esto no era más que otra de sus excusas, y replicó:

*Sabía muy bien que el lodazal del amor
no deja sin humedecer ninguna manga,
mas en el cieno de ese campo me
esfuerzo penosamente con irremediable
dolor.*

«¡Cuán cierto es ese verso sobre el manantial de montaña!» [\[28\]](#)

Para Genji, su escritura destacaba fácilmente en cualquier compañía. «Ah, ¿por qué ha de ser así?», se dijo. Se veía dolorosamente atrapado entre su reticencia a prescindir tanto del espíritu como del aspecto de la dama y su incapacidad de entregarse a ella. Su respuesta llegó a la mujer ya bien entrada la noche: «¿Sólo tus mangas están mojadas? Entonces tus sentimientos no tienen profundidad...».

Es superficial, por cierto, el campo de tus esfuerzos, del todo distinto al mío, pues me hallo completamente inmerso en el cieno profundo del cenagal del amor.

«¿He dejado de responderte en persona sólo porque significas tan poco para mí?»

En la mansión de Su Excelencia, el espíritu estaba muy activo y la dama sufría. El Refugio oyó decir que algunos lo consideraban su propio fantasma viviente o el espectro de Su Excelencia, su difunto padre, pero al buscar en su interior sólo hallaba su propio sufrimiento y ningún deseo en absoluto de perjudicar a la dama, aunque admitía que un alma que errase afligida, como se decía que hacían las almas, muy bien podría actuar de ese modo. Pese a que durante años había sondeado las profundidades de la desesperación, jamás se había sentido,

como le ocurría ahora, totalmente destruida y, después de la Purificación, cuando en aquel estúpido incidente pareció como si la hubieran elegido para ser objeto de desprecio y tratada como un ser carente de valor, sabía que su mente, que se había apartado brevemente de ella, estaba ahora más allá de su control, y tal vez por ello, al dormir, tenía repetidos sueños en los que se dirigía al lugar donde aquella dama (suponía ella) yacía vestida con sus galas, la emprendía a empujones y tirones y la sacudía con una funesta violencia que le era del todo ajena cuando estaba despierta. Una y otra vez tenía la sensación de que no era ella misma y de que —algo que la horrorizaba

—, se había alejado de su propio cuerpo, hasta que se daba cuenta de que, incluso aunque se equivocara, el mundo es tan renuente a hablar bien de cualquiera que por doquier cundiría la jubilosa exageración del rumor. Sabía que en todas partes hablarían de ella. Sin duda dejar atrás una malevolencia aún activa después de la muerte era algo bastante corriente, y tan sólo esto, al contarlo otra persona, provocaría repulsión y temor. ¡Pero que se dijera una cosa tan horrible cuando aún vivía! ¡Qué trágico destino el suyo! No, no podía seguir vinculada a un amante tan cruel. Tales eran sus pensamientos, pero el suyo era un caso de «poner demasiado empeño en olvidar». [\[29\]](#)

La suma sacerdotisa debía haber ido al palacio el año anterior, [30] pero diversas dificultades le habían impedido hacerlo hasta ese otoño. El noveno mes tenía que ir directamente al Santuario del Páramo, [31] lo cual significaba que era preciso realizar con urgencia y al mismo tiempo los preparativos para la segunda Purificación, pero el Refugio se sentía presa de una extraña lasitud y se pasaba el tiempo sumida en desalentadas cavilaciones, lo cual provocaba una profunda inquietud entre su personal, que ofrecía toda clase de plegarias. [32] Sin embargo, su estado no era realmente alarmante, y pasaban los días y los meses sin que manifestase síntomas claros. Genji

la visitaba con frecuencia, pero la dama a la que debía fidelidad estaba tan enferma que apenas apartaba sus pensamientos de ella.

Aún era temprano y la familia estaba desprevenida, cuando de repente ella empezó a dar señales evidentes de que era presa del dolor. Se encargó gran número de plegarias incluso más poderosas, pero aquel único y tan obstinado espíritu se negaba a moverse, hasta que los sanadores más eficaces se sorprendieron ante la inutilidad de sus esfuerzos. No obstante, su ataque fue lo bastante intenso para que el espíritu gimiera bajo aquella tortura y gritara: «¡Oh, por favor, sed un poco más amables conmigo! ¡Tengo algo

que decirle al comandante!».

—¿Qué os dije? —susurraron entre ellas las mujeres—. ¡Ahora lo sabremos!

Condujeron a Genji hasta la cortina que se alzaba cerca de donde yacía la dama. Su agonía era tan clara que Su Excelencia y Su Alteza retrocedieron un poco, pues comprendieron que tal vez ella quería decirle sus últimas palabras. Los monjes que cantaban el Sutra del Loto bajaron sus voces, y el efecto fue impresionante. Genji alzó la cortina y miró. Cualquiera, no sólo su marido, se habría conmovido al verla allí tendida, tan bella y con el vientre tan hinchado, y, puesto que ella era en efecto su esposa, se sintió naturalmente abrumado por la

piedad y el pesar. La larga y abundante cabellera de la dama, atada en el extremo, yacía a su lado, en vivo contraste con la camisa blanca. Genji pensó que estaba más bella y adorable que nunca.

Él le tomó la mano.

—¡Es terrible! ¿Cómo es posible que me hagas esto?

Cuando el llanto la obligó a callar, ella fijó en el rostro de Genji su desfallecida mirada, en el pasado tan llena de reproche y desaprobación, y las lágrimas brotaron de sus ojos. ¿Cómo habría podido él no sentirse profundamente conmovido?

Ella lloraba de un modo tan lastimero que Genji supuso que pensaba en sus

desolados padres, así como en el dolor de abandonarlos.

—No debes inquietarte demasiado —le dijo él para calmarla—. Ya verás como te pones bien. En cualquier caso, ocurra lo que ocurra, tú y yo volveremos a encontrarnos. Ha de ser así. Recuerda el fuerte vínculo que tienes con Su Excelencia y Su Alteza, porque seguirá intacto en las vidas futuras y volverás a estar con ellos.

—No, no, no lo comprendes —le respondió una voz tierna—. Sólo quería que hicieras que me liberasen un poco, tal es mi sufrimiento. No me había propuesto venir en absoluto, pero, ya ves, realmente es cierto que el alma de un ser sumido en

la angustia puede alejarse de él y errar.

*Este espíritu mío que sufre y suspira,
errante por los cielos,*

*oh, detenlo ahora, haz un nudo delante,
donde se encuentran los dos dobladillos.*

[33]

La voz y la actitud no eran las de la dama, sino las de otra persona. Tras superar su asombro, Genji comprendió que estaba en presencia del Refugio de Rokujô. Ay, lo que él había rechazado hasta entonces, considerándolo un rumor malintencionado difundido por ignorantes, resultaba ahora patentemente cierto, y comprendió de pronto que tales cosas en

verdad sucedían.

—Oigo tu voz, pero no te reconozco. Por favor, aclárame quién eres.

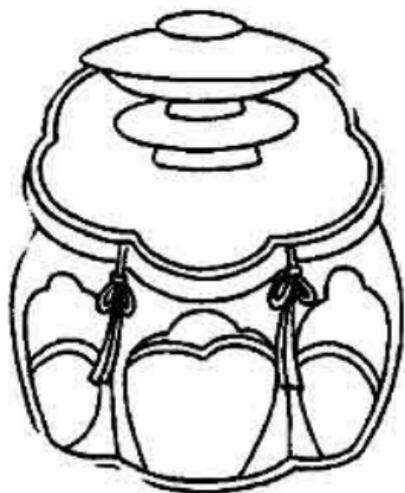
La respuesta no fue dudosa, lo cual le llenó de comprensible horror. Se estremeció al imaginar a las damas de honor que ahora se dirigían al encuentro de su señora.

Cuando los lamentos de la dama remitieron un poco, su madre trajo el agua caliente medicinal por si el dolor le había dado una tregua. Entonces la colocaron en posición erguida y rápidamente dio a luz. [34] La alegría de sus padres era ilimitada, pero los espíritus expulsados por los sanadores, [35] llenos de rabia y celos, alzaron entonces un salvaje

griterío, y lo que estaba por llegar [\[36\]](#) era aún motivo de gran preocupación. Cuando por fin todo terminó bien, sin duda gracias a las insistentes plegarias renovadas en innumerables ocasiones, el abad de la Montaña y los demás eminentes prelados, satisfechos, se enjugaron el sudor y se apresuraron a partir.

A los días de intensa y generalizada inquietud siguió ahora una gratificante calma, y por fin los padres de la dama pudieron respirar tranquilos. Su Excelencia encargó una nueva serie de ritos protectores, pero reinaba una excepcional felicidad a causa del bebé, lo cual hizo que todo el mundo bajara la

guardia. Su Eminencia, Sus Altezas los príncipes y los nobles de alto rango asistieron a las espléndidas celebraciones del nacimiento que animaron las noches siguientes. [37] Estos acontecimientos fueron especialmente brillantes y alegres porque, además, la criatura era varón.



Cuenca de agua para el tocado, sobre un pie

Esta noticia conmocionó al Refugio de Rokujô. «Todos habían creído que aquella mujer estaba a punto de morir... ¡y ahora ha dado a luz sin el menor contratiempo!»,

exclamó para sus adentros. Curiosamente, aún tenía la sensación de que no era ella misma, y sus prendas de vestir hedían a semillas de amapola. [38] A fin de disipar sus recelos, intentó lavarse la cabeza y cambiarse de ropa, pero el olor persistía, hasta que vio en sí misma con horror y, por supuesto, lamentó en su interior (pues no era un asunto del que pudiera hablar con nadie) lo que los demás debían de estar diciendo de ella. Entonces su mente se sumió en un estado de perturbación cada vez más intensa.

Genji, que ahora se sentía algo menos inquieto que antes, se estremecía al recordar aquel momento atroz en que el espíritu se había dirigido también a él. No

se le ocultaba que había errado al no atender a la dama como se merecía durante tanto tiempo, pero tenía graves dudas acerca de cómo se sentiría en su presencia, y por ello, tras una detenida reflexión (pues no deseaba mostrarse poco amable) se limitó a enviarle una carta.

La aprensión de los padres de la dama aún no había desaparecido del todo porque temían las secuelas de una dolencia tan grave, y Genji tuvo el tacto de abstenerse de sus salidas privadas. Ella aún no estaba bien para recibirle como solía hacerlo. El niño era tan hermoso, lo era incluso de una manera tan perturbadora, que Genji pronto se sintió

cautivado por él, y Su Excelencia se alegraba mucho de que, después de todo, las cosas hubieran salido bien, una alegría sólo velada por la preocupación que suponía saber que su hija aún tenía que restablecerse; pero atribuía esta circunstancia a su dificultad para superar lo mucho que había sufrido y, a decir verdad, su padre tenía pocos motivos de temor.

Al ver lo mucho que la encantadora criatura se parecía al príncipe heredero, Genji cedió a los recuerdos envueltos en afecto e hizo una visita a palacio.

—Me siento culpable por no haber visto a Su Majestad durante tanto tiempo —dijo en tono de reproche—, y ahora que

por fin voy allá, confío en que pueda aproximarme un poco más a ti para hablarte. Es demasiado cruel por tu parte que te distancias así de mí. [\[39\]](#)

—En verdad, mi señor —replicó una dama de honor—, tú y mi señora ya no tenéis que presentaros el uno al otro de una manera halagadora, y si bien mi señora está muy desmejorada, no hay motivo para que una cortina deba interponerse entre los dos.

Dispusieron un asiento para él cerca de donde ella yacía, y entró para hablarle. Incluso ahora estaba muy débil, como lo demostraban sus escasas respuestas. De todos modos, el recuerdo de haberla imaginado perdida de veras parecía un

sueño, y, mientras le hablaba de los temores que había experimentado, le asaltó el sombrío recuerdo de aquellas frases que, mientras yacía inerte, brotaron súbitamente de ella.

—Mucho más es lo que tengo que decirte —le dijo Genji—, pero me advierten que no estás en condiciones de escucharme. Anda, tómate la medicina — siguió diciéndole, y también de otras maneras se reveló tan útil que las damas de honor estaban conmovidas y se preguntaban cuándo podría él haber aprendido todo aquello.

Verla allí tendida, tan hermosa pero al mismo tiempo tan delgada y débil que apenas parecía encontrarse entre los

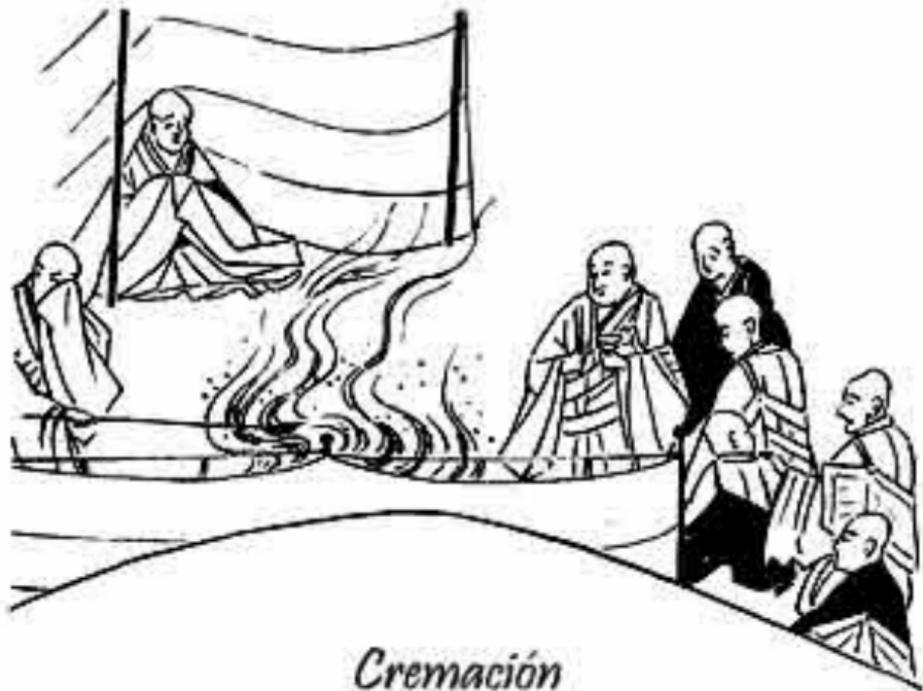
vivos, despertaba el amor y la más profunda simpatía de Genji. El cabello de la dama, que parecía fluir por la almohada, sin una hebra fuera de lugar, le maravillaba, y mientras la miraba se sintió incapaz de comprender cómo había podido verle algún defecto en los años transcurridos.

—Visitaré también a Su Eminencia y estaré de regreso muy pronto. De buen grado me quedaría así contigo, indefinidamente, pero Su Alteza está siempre a tu lado, y me temo que me he abstenido de venir hasta ahora por temor a ser indiscreto. Pero cuando estés en tu aposento habitual, una vez hayas recobrado gradualmente las fuerzas... Uno

de los motivos de que no mejores es que te tratas demasiado a ti misma como si fueses una niña.

Cuando hubo terminado, partió vestido con sus magníficas prendas, mientras ella se quedaba allí tendida y le miraba alejarse durante más tiempo que nunca.

También Su Excelencia partió hacia la corte, puesto que iban a ser anunciados los nombramientos de otoño, [\[40\]](#) y todos sus hijos, que tenían ambiciones personales y siempre estaban a su lado, partieron con él.



Cremación

Como no había nadie levantado, la residencia estaba en silencio cuando la dama sufrió de súbito un violento acceso de vómitos. Antes de que se pudiera avisar al palacio, había fallecido. Todos los presentes en la cámara retrocedieron, conmocionados. Su Excelencia no pudo

llamar al abad de la Montaña ni a cualquier otro monje importante porque cuando empezaron los lamentos ya era de noche. Los sirvientes de la residencia, que ya estaban convencidos de que el peligro había pasado, iban de un lado a otro dando traspiés, cegados por el horror. Los mensajeros que llegaban de lugares lejanos o próximos no encontraban a nadie con quien hablar, porque en la casa reinaba la confusión, y era realmente aterrador presenciar la desesperada aflicción de los padres. El espíritu la había poseído con tanta frecuencia en el pasado que la tuvieron en observación durante dos o tres días, sin tocar su almohada, [\[41\]](#) hasta que los signos de

cambio les convencieron por fin, en su profundo dolor, de que debían abandonar toda esperanza.

Genji había sufrido un golpe tras otro, y la vida le resultaba intolerable. Las condolencias por parte de los más íntimos sólo despertaban en él una impaciencia irritada. Las expresiones de tristeza y pésame de Su Eminencia eran, de todos modos, un gran honor, y Su Excelencia, que también había tenido motivos para regocijarse, se deshizo en lágrimas. A instancias de quienes le rodeaban encargó toda clase de ritos solemnes por si su hija resucitaba, y, lleno de angustia, insistió incluso cuando las transformaciones del cuerpo eran evidentes para todos, pero

después de que, en vano, transcurrieran unos días, por fin se resignó, y llevaron el cadáver a Toribeno entre desgarradoras escenas de aflicción.

El terreno de cremación, aunque muy extenso, estaba totalmente lleno de dolientes, así como monjes de todos los templos, que habían acudido para cantar el nombre de Amida. Enviados de Su Majestad y el príncipe heredero, además de Su Eminencia, iban y venían entre ellos, todos con expresiones del más profundo pesar.

Su Excelencia no podía levantarse.

—Ahora que a mi edad he perdido a una hija en la flor de la juventud —decía, llorando avergonzado ante muchos

dolientes que le daban el pésame—, sólo puedo retorcerme en el suelo.

Durante toda la noche se sucedieron los ruidosos ritos, pero cuando regresó a casa, poco antes del amanecer, sólo se llevó consigo unos pocos y pobres restos.

[\[42\]](#)

Semejantes pérdidas suceden con bastante frecuencia, pero sin duda porque Genji había conocido tan pocas, quizá tan sólo una, [\[43\]](#) sumido en su dolor le consumían las llamas de la añoranza. [\[44\]](#)

Al amanecer la luna todavía brillaba en lo alto, pues había quedado atrás el día veinte del octavo mes, y su presencia prestaba no poco patetismo al cielo cada vez más claro cuando, en penosa sintonía

con los sentimientos de Su Excelencia, a quien veía deambular en las tinieblas de la aflicción de un padre, Genji alzaba los ojos llenos de pesadumbre y murmuraba:

*No, no sé dónde mis ojos podrían buscar
en lo alto el humo que vi alzarse,
mas ahora los cielos sobre mi cabeza me
provocan tristes pensamientos de
pérdida.*

Cuando regresó a la mansión de Su Excelencia, no pudo conciliar el sueño. Las imágenes de Aoi tal como la había conocido en el transcurso de los años desfilaban por su mente y, con vano pesar, se preguntaba por qué a ella le había

ofendido tanto cada una de sus ocasionales diversiones, a las que se había entregado mientras, contento consigo mismo, suponía que ella acabaría por cambiar de idea respecto a él, y por qué había insistido hasta el final en mostrarle su profundo desagrado. Ahora vestir de gris parecía cosa de sueño, y la idea de que el gris de Aoi habría sido más oscuro si ella le hubiera sobrevivido [\[45\]](#) le inspiró:

No puedo hacer más, y el luto que ahora llevo es un gris claro, pero las lágrimas sobre mis mangas han formado profundos charcos.

Entonces invocó el nombre de Buda —al hacerlo su aspecto era más hermoso que nunca— y su discreto canto del pasaje de la escritura que rezaba «Oh, señor Fugen que ves todo el universo manifiesto» [46] superaba a la de los monjes más expertos. La visión de su hijito le hacía verter nuevas lágrimas por «las hierbas del recuerdo» [47] y, no obstante, sin este recordatorio de ella... Pensar en ello le procuraba cierto consuelo.



Lecho rodeado de cortinas

Su Alteza estaba tan postrada que ya no se levantaba para nada, hasta que también ella pareció próxima a la muerte, y, presa de gran agitación, Su Excelencia encargó plegarias para ella. Ordenó que se realizaran los servicios conmemorativos, [\[48\]](#) pues los días iban pasando, y, a causa del carácter tan

repentino del óbito, quiso que fueran unos servicios muy solemnes. ¡No era de extrañar que llorase tanto por su hija, si se considera que un padre quiere incluso al menos favorecido de sus hijos! Él y su esposa habían lamentado no tener otra hija, y para ellos esta tragedia superaba la pérdida de la gema más valiosa.

Genji no iba a ninguna parte, ni siquiera a Nijô, sino que, desde lo más profundo de su sincero dolor, pasaba días y noches orando con fervor. A sus destinos secretos sólo enviaba cartas. En cuanto al Refugio de Rokujô, la suma sacerdotisa de Ise se había instalado ahora en el cuartel general de la Guardia de la Puerta Izquierda, [\[49\]](#) y él invocaba

la estricta pureza que reinaba allí para evitar mantener correspondencia con ella. Ahora sentía una aversión absoluta por el mundo y sus costumbres, ya tan desagradables, y pensaba que, sin aquel nuevo lazo, desde luego adoptaría el continente al que aspiraba, [\[50\]](#) pero cada vez que su mente seguía ese derrotero, de inmediato se ponía a pensar en lo mucho que debía de añorarle la joven dama que estaba en el ala oeste del palacio. Todavía experimentaba un vacío a su lado, por muy cerca de él que sus mujeres pudieran estar mientras de noche yacía solo en su lecho rodeado de cortinas. A menudo permanecía despierto, murmurando «¿Es el otoño la época de

perder tu amor?», [51] y oía, angustiado, a los monjes que él mismo había elegido por sus voces invocando el nombre del Buda Amida.

«¡Oh, qué triste gime el viento en otoño!», pensó, mientras por una vez yacía solo e insomne hasta el alba neblinosa; pero entonces le llegó una carta en un papel azul grisáceo oscuro, atada a unos crisantemos que ahora empezaban a abrirse, y que un mensajero dejó a su lado sin decir ni una palabra. [52] El delicioso efecto agradó a Genji, y observó que la caligrafía era del Refugio.

«¿Has comprendido mi silencio?»

La triste noticia que llega a mis oídos,

*de que una vida puede terminar tan pronto,
hace aflorar las lágrimas a mis ojos,
pero mis pensamientos se posan ante todo en las mangas de los deudos.*

«Sabes que mi corazón está henchido de pesar bajo este cielo».

«¡Su escritura es más bella que nunca!», pensó Genji, que apenas podía soltar la misiva, pero la pretensión de inocencia de la dama le repelía. Con todo, le costaba refrenar el impulso de responderle, al tiempo que detestaba imaginar el daño que causaría a su nombre si lo hacía. Tal vez la dama que había perdido estaba destinada de alguna

manera a tener aquel fin, pero ¿por qué tenía él que haber visto y oído la causa de ello con tanta claridad? Sí, estaba resentido, y, a pesar de sí mismo, no creía que jamás pudiera volver a sentir lo mismo por el Refugio.

Tras un largo titubeo, puesto que la purificación de la sacerdotisa de Ise bien podría presentar alguna dificultad, [\[53\]](#) decidió que sería cruel no responder a una carta que le había sido enviada de una manera tan significativa, y en una hoja de papel malva grisáceo escribió: «Ciertamente, mi propio silencio ha durado demasiado, pero aunque he pensado en ti, sabía que en este tiempo de luto me comprenderías».

Los que perduran y los que se van con demasiada rapidez viven sin excepción como gotas de rocío, y es necio volcar tus sentimientos en su mundo.

«Uno ha de limitarse a dejar que estas cosas pasen. Terminó ya, pues sé que tal vez no leas estas líneas».

Dio la casualidad de que ella estaba en casa, y leyó esta misiva en privado. El agujoneo de su conciencia le hizo entender las insinuaciones de Genji, y comprendió, angustiada, que tenía razón. El suyo era el mayor de los infortunios. ¿Cómo lo encajaría Su Eminencia, cuando el rumor se extendiera? Él y el difunto príncipe heredero, [\[54\]](#) entre todos los

hermanos, habían estado especialmente unidos, y Su Eminencia había accedido de buen grado cuando el príncipe heredero le rogó que cuidara de la actual sacerdotisa de Ise. También había pedido con frecuencia a la madre de la sacerdotisa que se quedara en la corte, aunque ella se había negado a hacerlo por temor a las consecuencias, y ahora, para su asombro, ella se encontraba atrapada en las redes del amor como una muchacha cualquiera y tenía la seguridad de que al final estaría odiosamente en boca de todos. Tales eran los pensamientos que se arremolinaban en su mente y hacían que siguiera sintiendo una gran amargura.

Renombrada por su gran encanto y su

gusto exquisito, su fama había ido en aumento hasta tal punto que, incluso después de su traslado al Santuario del Páramo, su extraordinaria originalidad estimulaba a los caballeros de la corte a seguir mañana y noche el sendero cubierto de rocío que conducía a su puerta. Cuando Genji lo supo no se sorprendió en absoluto, puesto que el genio de la dama era indudable, y no le costó admitir que, si ella se cansaba del mundo y se retiraba a Ise, la echarían muchísimo de menos.

Los ritos conmemorativos se fueron sucediendo, pero Genji permaneció encerrado en la mansión de Su Excelencia hasta el último día. El capitán del tercer rango [\[55\]](#) visitaba con frecuencia a

Genji, afligido por un tedio tan desacostumbrado en su existencia, para hablar de los acontecimientos recientes o distraerle con el habitual chismorreo malicioso, y entonces la escandalosa dama de cámara solía proporcionar la ocasión de su regocijo.

—¡Pobre mujer! —exclamó Genji en tono reprobador—. ¡No debes reírte así de la Honorable Abuela! [\[56\]](#)

Sin embargo, disfrutaba con las palabras de su amigo. Se intercambiaban relatos de sus aventuras sentimentales, incluido el de aquella nubosa decimoséptima noche de otoño, hasta que su enmarañada revisión de este mundo y sus tristes costumbres a menudo finalizaba

con lágrimas.

Una tarde gris, caía una lluvia fría [57] cuando entró el capitán, con un atuendo tan espléndido y vistoso que el de cualquier otra persona habría desmerecido a su lado. Se había puesto un manto de vestir y unos pantalones fruncidos de un gris más ligero que el que había llevado en la temporada recién concluida. [58]

Genji estaba apoyado en la barandilla contigua a la puerta de su aposento, que daba al oeste, contemplando el jardín blanqueado por la escarcha. Soplaban un fuerte viento, la lluvia arreciaba y él tenía la sensación de que sus lágrimas competían con ella mientras murmuraba

para sí, con la mano en el mentón, «¿Se habrá convertido ella en lluvia, en nube? Nunca lo sabré...», [59] y el capitán, cuyo pensamiento siempre estaba centrado en el placer, supo que si él fuese mujer su alma permanecería con Genji en vez de partir hacia el más allá. Genji vestía de una manera muy informal, y cuando el capitán se sentó a su lado se limitó a atarse los cordones del manto. Era un manto de verano, algo más oscuro que el de su visitante, y lo llevaba sobre una sencilla túnica escarlata. [60] El capitán apenas podía apartar los ojos de él. Entonces también se puso a mirar al vacío con una expresión de tristeza.

*Entre todas estas nubes que se deslizan
por el cielo tormentoso
convirtiéndose en lluvia, ¿en cuál ha de
fijar el doliente su mirada?*

—Nadie sabrá jamás adonde ha ido
ella —siguió diciendo como si hablara
consigo mismo.

*Se oscurecen los mismos cielos donde la
que durante tanto tiempo fue mía se
convirtió
en nubes y lluvia, y los aguaceros
invernales aumentan la melancolía
celeste.*

Era evidente que Genji estaba

profundamente afligido.



Manto de vestir veraniego

El capitán no acababa de entenderlo, puesto que hasta entonces Genji nunca había mostrado semejante afecto por su

hermana. Su Eminencia había tenido que hablarle, y sin duda fueron las atenciones de Su Excelencia, así como la influencia moderadora de la relación que tenía la encumbrada familia con Su Alteza, [\[61\]](#) lo que había impedido que al final Genji la abandonara, aunque el capitán había tenido a menudo ocasión de sentirse solidario con él ante su desdicha. Al ver

ahora que Genji debía de haber tenido a su hermana en la más alta estima, él mismo lamentó más que nunca su pérdida. Sumido en un profundo pesar, sintió como si la luz hubiera desaparecido del mundo.

Gencianas y clavellinas florecían entre la hierba agostada. Genji pidió que recogieran unas flores y, cuando el capitán se hubo ido, encargó a Saishô (el aya de su hijito) que llevara una de ellas a Su Alteza, con el poema:

*Esta pequeña y hermosa clavellina, que
ha resistido al invierno en mi seto,
será para mí un símbolo del otoño que se
ha ido. [62]*

«Para ti no puede ser tan bella como la que has perdido». El niño era ciertamente encantador, con las inocentes sonrisas que prodigaba.

Las lágrimas de Su Alteza caían con más facilidad que las hojas de los árboles sacudidos por un vendaval, y no pudo contener el llanto al leerla.

*Me basta con ver esa deliciosa
clavellina en su devastado seto
para que estas mangas mías se vean de
nuevo anegadas por una lluvia de
lágrimas.*

Al ocioso Genji le pareció que Su Alteza de las campánulas comprendería lo

triste que había sido aquella jornada y, aunque ya había oscurecido, le envió una nota. La última había llegado hacía mucho tiempo, pero ahora sus mensajes eran así, y ella no tuvo ningún reparo en leerlo. En papel chino del color que tenía el cielo aquel día, él había escrito:

*Nunca como esta noche tales rocíos han
caído sobre mis húmedas mangas,
aunque he conocido en mi vida muchos
sombrios otoños.*

«Siempre caerán frías lluvias...» [\[63\]](#)

Genji había puesto sumo cuidado en su caligrafía, que era más refinada que nunca, y la princesa convino con sus

damas de honor en que no podía dejar de responderle. «A menudo he pensado en ti —le escribió—, pero difícilmente habría podido...» [\[64\]](#)

*Desde que supe de tu triste pérdida
cuando se disipaban las brumas
otoñales,
mis acongojados pensamientos han ido
de las lluvias a los cielos de invierno.*

Eso era todo, y para él la leve caligrafía tenía un profundo atractivo. Era infrecuente que una mujer a la que uno conocía mejorase con el transcurso del tiempo, y le asombraba cuán cierto era en su caso que «la distancia es el secreto de

un encanto duradero». [65] Puede que ella fuese distante, pero nunca dejaba de responder como debía, y él creía que por esta razón los sentimientos de cada uno por el otro perdurarían, pues sin duda las pretensiones y la afectación que hacen de una mujer un espectáculo para todo el mundo sólo revelan sus peores carencias. No, se dijo Genji, no era de ese modo cómo él se proponía educar a la joven dama que vivía en el ala oeste del palacio. Nunca olvidaba lo mucho que debía de añorarle, pero tenía la sensación de haber acogido a una niña huérfana de madre, y le complacía que mientras estaba ausente por lo menos no tenía que preocuparse por las dudas y los recelos

que la muchacha pudiera albergar con respecto a él.

Al oscurecer, ordenó que trajeran una lámpara y llamó a las mejores damas de honor para hablar con ellas. Durante años había sentido debilidad por la llamada Chûnagon, pero durante ese período de luto no la había abordado. Chûnagon admiraba su tacto.



Muchacha paje con vestido kazami

—Un día tras otro —les dijo con un afecto innegable — os he ido viendo más de lo que acostumbraba, y podéis tener la seguridad de que os

echaré de menos cuando ya no estemos juntos. Al margen de la pérdida que hemos sufrido, pensar en el futuro me resulta doloroso por muchos motivos.

—Por si no fuera suficiente con la oscuridad que nos ha sobrevenido desde la desaparición de nuestra pobre señora —replicó una de ella con renovadas lágrimas—, pensar que también vos mi señor, vais a dejarnos para siempre... — La joven no pudo concluir la frase.

Él la miró cariñosamente.

—¿Dejaros para siempre? ¡Cuán cruel debes pensar que soy! Si tenéis paciencia, no tardaréis en ver lo equivocadas que estáis. ¡Ah, la vida huye con tanta rapidez!

Sus ojos llenos de lágrimas mientras

contemplaba la lámpara eran muy hermosos.

Una chiquilla, una huérfana de la que la difunta señora se había encariñado especialmente, parecía muy triste.

—Ahora, Ateki, debo ser yo el depositario de tu afecto —le dijo Genji llorando amargamente.

La muchacha era muy guapa, con su vestido infantil teñido de un gris más oscuro que el de sus compañeras, un manto negro y unos pantalones dorados.

[\[66\]](#)

—Confío en que las que deseéis honrar el pasado os quedéis al cuidado de nuestro hijito —siguió diciendo Genji—, aunque eso signifique soportar una vida

demasiado tranquila. Si todas os marcháis y no queda nada de la casa tal como la conocí, cada vez sentiré menos ganas de volver.

A pesar de sus palabras acerca del futuro, ninguna de ellas dudaba de que él las visitaría sólo en raras ocasiones, y se sentían más tristes que antes.

En un acto sencillo e íntimo, Su Excelencia había dado a cada dama de honor, según el merecimiento de su rango y categoría, los accesorios que su hija utilizaba a diario, y a algunas de ellas unos recuerdos de más valor.

Genji, consciente de que no podía seguir encerrado indefinidamente, salió para visitar a Su Eminencia. Mientras

sacaban su carruaje y sus hombres se reunían caía una fina lluvia, como si los mismos cielos estuvieran llorando, y el viento agitaba con tal estrépito las hojas de los árboles que las damas de honor estaban desconsoladas. Incluso las damas cuyas mangas apenas habían tenido tiempo de secarse volvían a humedecerlas. Los sirvientes de Genji habían ido presumiblemente a Nijô para aguardar su llegada, puesto que era allí donde pasaría la noche, y aunque sin duda aquélla no iba a ser la última vez que estaba en la mansión de Su Excelencia, los que se quedaron en palacio estaban muy abatidos. Para Su Excelencia y Su Alteza, la partida de Genji sólo significaba un

nuevo pesar.

Genji se dirigió a Su Alteza en una carta: «Hoy he querido visitar a Su Eminencia, puesto que ha tenido la deferencia de expresar su preocupación por mí. Consternado como estoy por haberla sobrevivido todo este tiempo, abandonar mi encierro me causa dolor, y sé que no estoy de ánimo para conversar. Por ese motivo me he abstenido de despedirme personalmente de ti».

Las lágrimas cegaron a Su Alteza cuando leyó la misiva, y fue incapaz de responderle. Fue Su Excelencia quien se reunió de inmediato con él, demasiado emocionado para apartar la manga de sus ojos. Las damas de honor que estaban

presentes compartían su aflicción. La visión de un Genji que lloraba desolado era conmovedora en extremo, pero también de una gran belleza.

Durante algún tiempo, Su Excelencia se esforzó por dominar sus sentimientos.

—A mi avanzada edad cualquier cosa puede hacerme llorar, y por ello serenar los sentimientos que no permiten que mis mangas se sequen es algo que no está al alcance de mi mano. Éste es el motivo de que no pueda presentarme ante Su Eminencia, pues sé que con suma facilidad daría un espectáculo. Explícaselo, por favor, si tienes un momento para hacerlo. Es muy duro perder a una hija de esta manera, cuando a

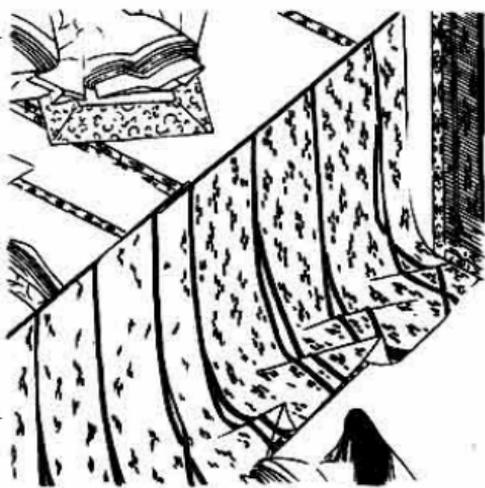
uno le quedan tan pocos años de vida.

El esfuerzo que le costaba dominarse era dolorosamente evidente.

—Ciertamente —respondió Genji, reprimiendo el llanto con dificultad—, uno nunca sabe quién se irá primero y quién quedará, pero experimentar semejante pérdida es una prueba excepcional. Le hablaré a Su Eminencia de vuestro estado, y estoy seguro de que lo comprenderá.

—Entonces ve antes de que oscurezca, porque no veo señales de que la lluvia vaya a cesar.

Genji miró a su alrededor y, por las puertas correderas abiertas y detrás de las cortinas permanentes, vio un grupo de unas treinta damas de honor



Cortinas móviles

vestidas con diversas tonalidades grises, claro u oscuro; la profunda aflicción que sentían era patente en sus rostros llorosos. Genji estaba muy conmovido.

—Será un consuelo que nos visites de vez en cuando —le dijo Su Excelencia—, puesto que alguien a quien no deseas desatender se queda aquí. Pero estas mujeres que comprenden tan poco están

apenadas, y ¿quién puede culparlas? Imaginan que te vas a casa para siempre, y la perspectiva de perder el placer de tu presencia, a la que se han acostumbrado durante estos años, aunque tus visitas hayan sido infrecuentes, les turba más que el pesar de nuestra pérdida común. Nunca te sentiste a tus anchas con ella —siguió diciendo entre lágrimas—, pero, ¡ay!, jamás perdí la esperanza. Sí, ésta es una noche triste, ciertamente lo es.

—Su tristeza me demuestra lo poco que me conocen. Es cierto que hubo ocasiones en que la privé de mi compañía, aunque daba por sentado que todo iría bien, pero ahora, en todo caso, tengo menos razones que antes para no

venir aquí. Me veréis, os lo prometo.

Entonces Genji partió. Tras la despedida, Su Excelencia fue a la habitación del que había sido su yerno. Estaba como siempre, sin que se hubiese alterado el menor detalle de su mobiliario, mas para Su Excelencia estaba tan vacía como un caparazón de cigarra abandonado.

Una escribanía había sido abandonada ante el lecho rodeado de cortinas. A pesar de su tristeza, las jóvenes damas de honor debían de haber sonreído al verle examinar las muestras de práctica caligráfica dejadas allí, enjugándose los ojos mientras lo hacía. Genji había anotado unos antiguos y conmovedores

poemas, chinos y japoneses, en estilo cursivo rápido, con caracteres cuadrados y formales y en otros estilos diversos y desacostumbrados. «¡Qué bellamente escribe!», exclamó para sí Su Excelencia, alzando la mirada al cielo. Debía de ser realmente muy penoso haber perdido a Genji como yerno.

Al lado de un verso escrito por Genji, «¿Quién compartirá ahora conmigo nuestra vieja almohada, nuestro cobertor...», [\[67\]](#) había añadido:

*El espíritu que abandonó su cuerpo debe
de sentir una aflicción aún mayor
por este lecho que compartimos, cuando
todavía no puedo dejarlo y alejarme.*

Y al lado de «Blancas son las flores cubiertas por la escarcha»:

*¡Ahora que te has ido, he pasado muchas
noches quitando el rocío
del clavel silvestre de nuestro lecho
ahora cubierto sólo de polvo!* [\[68\]](#)

Debía de haber pensado en las clavellinas del otro día, porque entre los papeles había algunas marchitas.

—Nada más lejos de mí que minimizar nuestra pérdida —dijo Su Excelencia cuando le mostró los poemas a Su Alteza—, pero me consuela pensar que esta clase de aflicciones nos ocurren a todos y que el antiguo vínculo [\[69\]](#) que

brevemente nos la trajo, al parecer sólo para causarnos dolor, puede haber sido más cruel que amable. Pero a medida que transcurren los días y la añoro cada vez más, parece demasiado difícil de asumir que el comandante vaya a ser pronto ajeno a la familia. Cada vez que estaba ausente y no venía durante uno o dos días, aguardaba con ansiedad su regreso, y una vez que su luz ha desaparecido de mi vida, ¡no sé cómo podré seguir adelante!

Sollozaba sin poder contenerse, tanto que las mujeres más maduras de Su Alteza estaban embargadas por la emoción, y en aquella noche tan fría y deprimente también ellas rompieron a llorar.

Entretanto, las más jóvenes formaban

grupitos y mantenían tristes conversaciones.

—Tal como dice Su Excelencia —observaban—, no hay duda de que tener aquí al joven señor y cuidar de él es un gran consuelo, pero ni siquiera él puede compensar la pérdida de la dama que ha dejado atrás.

Otras decían:

—Tengo intención de irme una temporada a casa y volver más adelante.

Las escenas conmovedoras se sucedían mientras iban despidiéndose unas de otras.

Cuando Genji visitó a Su Eminencia, éste observó algo alarmado:

—Tu delgadez es excesiva. Supongo

que se debe a todos esos días de ayuno.

[70]

Quiso que Genji cenara en su presencia y volcó sobre él las atenciones más conmovedoras.

Cuando visitó a Su Majestad, las damas de honor de palacio le miraron con asombro. Por medio de Ômyôbu, la emperatriz le preguntó:

—¿Cómo te ha ido durante este tiempo que también para mí ha estado lleno de aflicción?

—Sabía de una manera general lo precaria que es la vida, pero verlo con mis propios ojos me ha trastornado, y hasta el día de hoy tan sólo tus amables mensajes me han servido de apoyo.

Sus modales eran incluso más tristemente reservados que en el pasado. Vestido de luto, con un manto formal sin ningún estampado sobre una túnica con cola gris y las colas colgantes de su tocado enrolladas, estaba más atractivo que con sus galas más brillantes. Les manifestó lo preocupado que se sentía porque llevaba mucho tiempo sin ver al príncipe heredero, y la noche estaba bastante avanzada cuando por fin se retiró.

Todos los aposentos de Nijô estaban limpios y ordenados, y el personal, tanto hombres como mujeres, aguardaba su llegada. Las damas de honor veteranas habían regresado, y al verlas vestidas y

maquilladas de la manera más favorecedora recordó con dolor a las afligidas personas de las que acababa de separarse. Se cambió de ropa y fue directamente al ala oeste. Las cortinas y el mobiliario de la nueva estación eran brillantes y alegres, [71] las bellas y jóvenes damas de honor y las muchachas paje, con su grácil porte, formaban un cuadro agradable de ver, y la calurosa bienvenida de Shônagon le satisfizo en grado sumo.

El atuendo de su joven dama realzaba al máximo su belleza.

—¡Hay que ver cómo has crecido durante mi ausencia!

Alzó la pequeña cortina para verla, y

el aspecto de la muchacha al volver la cabeza, sonrojada, era irreprochable. Su perfil a la luz de la lámpara, su cabello, todo le indicaba a Genji que iba a parecerse mucho a aquella otra dama por la que él suspiraba, y estaba encantado.

Él tomó asiento a su lado y le habló de lo que había sucedido durante su ausencia.

[\[72\]](#)

—Ardo en deseos de contártelo todo —le dijo—, pero en estos momentos sería excesivo. Iré a descansar un rato y luego volveré. ¡A partir de ahora nos veremos tanto que es posible que te canses de mí!

A Shônagon le complacía oír todo esto, pero seguía preocupada por él. Tal vez su actitud no fuese muy amable, pero

lo cierto era que él se relacionaba con tantas grandes damas que ella temía que pudiese aparecer alguna nueva y lo echara todo a perder.

Genji regresó a sus aposentos, donde pidió a la dama de honor Chûjô que le frotara las piernas antes de dormir. A la mañana siguiente envió una carta a su hijito. La triste respuesta que recibió le llenó de melancolía.

Como ahora tenía tan poco en que ocuparse, permanecía pensativo, pero aún no podía reunir la energía suficiente para hacer alguna que otra salida nocturna. Era un placer ver que su joven dama había resultado ser todo aquello que él podía desear, y como juzgaba que más o menos

había llegado el momento, empezó a hacerle insinuaciones, pero ella no parecía comprenderle en absoluto.

Genji se pasaba días enteros con ella, dedicados al juego del *go* o a la adivinación de caracteres, [73] y tales eran el ingenio y la gentileza de la muchacha, tan fascinantes eran sus gestos, que después de aquellos años de paciencia en los que su encanto no había ofrecido nada más, él no pudo seguir aguantando esa situación y, a pesar de sus escrúpulos, una mañana, cuando por lo demás no había en sus conductas respectivas ninguna otra cosa que evidenciara el cambio, él se levantó temprano mientras que ella seguía en el

lecho.

—¿Qué puede ocurrirle? —se preguntaban entre sí las mujeres, inquietas —. No debe de encontrarse bien.

Antes de marcharse, él dejó una caja de escritura a su lado, al otro lado de las cortinas. [74] Por fin, cuando no había nadie en las proximidades, ella alzó la cabeza y encontró una nota anudada en su almohada. Al abrirla, llena de perplejidad, leyó:

*Ah, qué distancias nos mantuvieron de
manera tan extraña separados, cuando
noche*

*tras noche yacíamos juntos con sólo
nuestras prendas superpuestas entre*

nosotros.

Daba la impresión de que Genji lo había escrito aprisa y con la mayor facilidad. Ella nunca había sospechado que él tenía tales intenciones, y sólo podía preguntarse amargamente por qué, en su inocencia, había confiado en un hombre que tenía unas ideas tan horrendas.

Él regresó hacia el mediodía.

—No pareces estar bien. Dime, ¿qué te pasa? No será divertido si no podemos jugar al *go*. —Miró a través las cortinas y vio que la muchacha seguía acostada y con las ropas de cama sobre la cabeza. Las damas de honor se retiraron cuando él se le aproximó—. ¿Por qué no quieres

hablar conmigo? Al fin y al cabo no te gusto, ¿verdad? Tus damas de honor deben de estar intrigadas por todo esto. — Apartó el cobertor y vio que estaba empapada en sudor—. ¡No, esto no puede ser! ¡Qué escena estás haciendo! —Pero, pese a sus intentos de consolarla, la muchacha seguía enfurecida con él y se negaba a contestarle—. Está bien — concluyó Genji en tono de reproche—. No vendré más. Tengo la sensación de que no deseas que esté a tu lado.

Abrió la caja de escritura y miró en su interior, pero no contenía nada. «¡Qué chiquilla es todavía!», se dijo, contemplándola con afecto. Se pasó todo aquel día intentando que se sintiera mejor,

y la negativa de la muchacha a ceder sólo hacía que estuviese más preciosa.

Aquella noche les sirvieron los pastelillos llamados jabatos. [75] No hubo ninguna celebración, puesto que Genji estaba de luto, y sólo sirvieron los pastelillos en el ala oeste. Cuando él los vio, con su surtido de colores y presentados en bonitas cajas de ciprés, se encaminó a la parte delantera de palacio y llamó a Koremitsu.

—Mañana por la noche tráeme esos pastelillos, aunque no en tanta cantidad. El día de hoy no ha sido afortunado. [76]

Koremitsu, tan avisgado como siempre, observó la sonrisa de Genji y comprendió al instante lo que quería

decir. No le hizo ninguna pregunta, sino que se limitó a decirle con el semblante perfectamente serio:

—Es verdad, mi señor, una nueva pareja debería elegir el día apropiado para comerlos. ¿Cuántos pastelillos de ratita he de llevarte? [\[77\]](#)

—Más o menos un tercio de los servidos hoy bastará.

Koremitsu, que le entendía a la perfección, se retiró. «¡Realmente sabe lo que se hace!», pensó Genji. Koremitsu no dijo nada a nadie, y él mismo preparó en su casa los pastelillos.

Genji, desesperado por apaciguar a su amor, estaba también muy contento y con la sensación de haber robado una novia.

«¡Lo que antes significaba ella para mí no es nada comparado con lo que significa ahora! —reflexionó—. ¡Qué ingobernable es el corazón! ¡No soportaría pasar una sola noche alejado de ella!»

A altas horas de la noche, con gran discreción, Koremitsu llevó los pastelillos que Genji le había encargado. Era muy consciente de que la presencia de Shônagon, que era mayor, podría intimidar a la joven dama de Genji, por lo que llamó a Ben, su hija.

—Toma, llévalas esto sin hacer ruido —le dijo, y le dio un incensario que contenía los pastelillos—. [\[78\]](#) Van a celebrar un feliz acontecimiento, y tienes que dejarlos al lado de la almohada. Sé

prudente y no hagas nada impropio.

—Pero yo nunca he hecho nada impropio —replicó Ben, sorprendida, mientras tomaba la caja. [\[79\]](#)

—Mira, para empezar evita esa palabra, ¿quieres? No la emplees. [\[80\]](#)

Ben era demasiado joven para comprender lo que él quería decir, pero entregó los pastelillos, deslizándolos a través de la cortina portátil para dejarlos junto a las almohadas. Sin duda Genji fue quien, como siempre, le dio a la muchacha una explicación de los pastelillos.

Las damas de honor no sabían nada de esto, pero cuando Genji pidió que retirasen la caja a primera hora de la mañana siguiente, las más próximas a su

señora comprendieron lo que había sucedido. ¿De dónde podían haber salido aquellos platos? Las pequeñas plataformas talladas eran tan delicadas y los mismos pastelillos estaban confeccionados con tal primor... Era todo tan bonito como podía serlo. [81] Shônagon, que nunca había imaginado que Genji llegaría tan lejos, [82] vertió lágrimas de gratitud ante aquella muestra del ilimitado afecto de su señor.

—Pero ojalá nos lo hubiera dicho a nosotras discretamente —susurraron las mujeres entre ellas—. ¿En qué estaría pensando ese sirviente suyo?

A partir de entonces Genji la echaba de menos y se preocupaba por ella cada

vez que le convocaban a palacio o a la mansión de Su Eminencia, hasta tal punto que sus sentimientos le sorprendían incluso a él. No era insensible a las amargas quejas que le dirigían las señoras a las que visitaba, pero era tan reacio a hacer daño a su nueva esposa al ausentarse una sola noche que dispuso las cosas para que pareciera que estaba enfermo.

—Ya saldré cuando vuelva a estar preparado para enfrentarme al mundo.

Tal era la única respuesta que les daba.

La dama encargada del vestuario seguía teniendo los ojos puestos en Genji, y a la emperatriz madre [\[83\]](#) no le hacían

ninguna gracia los sentimientos que Su Excelencia, su padre, expresaba sobre el particular.

—Al fin y al cabo —decía—, no veo nada malo en que consiga lo que desea, ahora que, según parece, esa orgullosa esposa suya ha desaparecido.

La emperatriz madre, para quien no había nada deshonroso en el hecho de que su hermana entrara al servicio de palacio mientras lo hiciera con dignidad, estaba decidida a ofrecérsela a Su Majestad.

A Genji, que le tenía tanto afecto, esta perspectiva le parecía profundamente decepcionante, pero ahora su estado de ánimo era inadecuado para dividir sus afectos. ¿Por qué hacer tal cosa? Conocía

por propia experiencia el valor de la cautela. Reflexionaba que la vida ya es de por sí bastante breve y, además, él había elegido. Nunca debería haber provocado celos.

En cuando al Refugio de Rokujô, su difícil situación le afectaba mucho, pero las cosas nunca irían bien si la reconocía formalmente, mientras que ella era la mujer adecuada para conversar de vez en cuando, siempre que le permitiese seguir viéndola como en el pasado. Ni siquiera ahora podía decidirse a prescindir de ella.

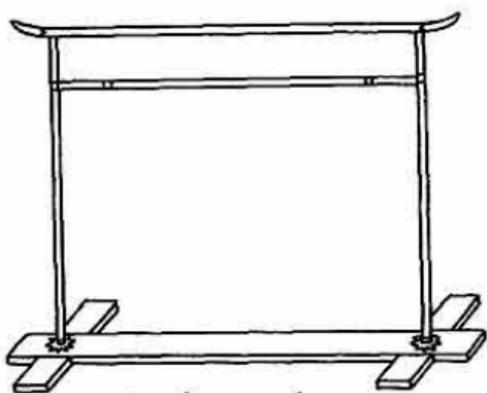
Genji cayó en la cuenta de que la sociedad aún no sabía quién era su nuevo amor, y que esta circunstancia era

negativa para la muchacha. Así pues, decidió informar a Su Alteza, el padre. Invitó a unas pocas personas selectas a la ceremonia de iniciación de Murasaki, en la que a ésta le pondrían la prenda de vestir con cola, a fin de dar al acto más relieve de lo habitual... Lo cual estaba muy bien, si no fuese porque ahora la muchacha sentía un profundo desagrado hacia él. Lamentaba tanto haber depositado en él su confianza y su afecto durante aquellos años que ni siquiera le miraba directamente a los ojos, y sólo evidenciaba aversión ante el más pequeño comentario de Genji. El cambio que la muchacha había experimentado regocijaba y dolía al mismo tiempo a Genji.

—Los años en los que te tuve tanto afecto han sido en vano —se quejaba—, ¡y la manera en que te distancias de mí me duele en lo más hondo!

Tal era la situación cuando llegó el Año Nuevo.

El primer día del año Genji, como de costumbre, visitó a Su Eminencia, y luego a Su Majestad y al príncipe



Bastidor para colgar ropa

heredero. Tras retirarse de palacio, se encaminó a la mansión de Su Excelencia. Al margen de que fuese Año Nuevo, Su Excelencia estaba sumido en sus penosos recuerdos, y la llegada de Genji sólo

consiguió hacer fracasar los esfuerzos que hacía por dominar sus emociones. Los años transcurridos parecían haberle dado a Genji más dignidad y madurez, así como una mayor apostura.

Cuando dejó a Su Excelencia para visitar los aposentos de la dama a la que había perdido, las damas de honor que se encontraban allí mostraron una gran alegría, pues sus visitas eran muy infrecuentes. Genji observó que su hijito había crecido mucho, y las espontáneas sonrisas del niño eran muy conmovedoras. Tenía los ojos y la boca del príncipe heredero, lo cual hizo que Genji experimentara una punzada de alarma ante la posibilidad de que los demás se

preguntaran por el motivo del parecido. Todo estaba igual que antes, y como de costumbre había ropa colgada de los bastidores, pero la ausencia de cualquier prenda femenina lo ensombrecía todo.

Genji recibió una nota de Su Alteza: «Hoy me he esforzado por contener mi aflicción —le escribía —pero no puedo seguir haciéndolo ahora que has tenido la bondad de visitarnos. —Y seguía diciendo—: Mi vista ha estado tan nublada durante estos meses, debido al llanto, que las prendas que te he hecho, como siempre solía hacer, tal vez te parezcan de confección muy torpe, pero confío en que por lo menos hoy te dignes ponértelas».

Las exquisitas prendas que acompañaban este mensaje se unieron a las que ya estabas colgadas de los bastidores. La túnica con cola que Su Alteza deseaba que él se pusiera era tan excepcional en color y factura que Genji supo que no podía dejar de apreciarla, y se la puso. Comprendía lo grande que habría sido la decepción de la dama si él no hubiera ido a visitarla. Le respondió: «He venido para recordarte que la primavera ha llegado, pero en mi cabeza se agolpan ahora tantos recuerdos que apenas sé qué decir».

Durante tantos años has renovado en este día los tonos brillantes que llevo,

*y ahora que vuelvo a ponérmelos, noto
que mis lágrimas caen como lluvia.*

«Mi corazón está desbordado».

Ella le respondió:

*No hay nada nuevo en la llegada del año,
sólo una vieja lluvia:*

*las lágrimas de una madre que envejece
derramadas por todo lo que ha perdido.*

Y ciertamente tenían motivos para
lamentarse.

SAKAKI

La rama verde

El *sakaki* es un árbol de hoja perenne y ancha que se utiliza en el ritual shintoísta, y por ello figura en la escena más recordada de este capítulo: la visita de Genji al Refugio de Rokujô en el Santuario del Páramo.

A su llegada, ella le dirige reproches cuando él desliza una rama de *sakaki* bajo

las persianas:

*Si no se alzan cedros que atraigan la
mirada a la sagrada valla,
¿qué extraño malentendido te ha llevado
a tomar el sakaki?*

Él replica:

*Es aquí donde ella estuvo, la doncella
del santuario a la que conocí, y los
tiernos recuerdos han hecho del aroma
del sakaki el motivo de que tomara una
rama.*

Esta rama de *sakaki* da título al capítulo.



Relación con los capítulos anteriores

La rama verde» sigue a «Aoi» en una secuencia narrativa sin solución de continuidad, desde el noveno mes de ese año, cuando Genji tiene 23, hasta el verano de un año y medio después, cuando tiene 25.

Personajes

Genji, el comandante de la Derecha,

de 23 a 25 años

El Refugio de Rokujô, de
30 a 32 años (Rokujô no Miyasudokoro)

**La suma sacerdotisa de
Ise**, hija del Refugio de Rokujô, de 14 a
16 años (Akikonomu)

Su Eminencia, el difunto
emperador, que fallece cuando Genji tiene
23 años (Kiritsubo In)

**Su Majestad, la
emperatriz**, entonces Su Eminencia

Enclaustrada, de 28 a 30 años (Fujitsubo)

El príncipe heredero, su hijo,
de 5 a 7 años (Reizei)

**Su Majestad, el
emperador**, de 27 a 29 años
(Suzaku)

La emperatriz madre, hija
del ministro de la Derecha (Kokiden)

Su Excelencia, el ministro de la
Derecha, abuelo del emperador (Udaijin)

Su Alteza de la Guerra,

hermano de Fujitsubo y padre de
Murasaki, de 38 a 40 años (Hyôbukyô bo
Miya)

Ômyôbu, una dama de honor al
servicio de Fujitsubo

**La encargada del
vestuario,** luego supervisora del
personal doméstico, hija del ministro de
la Derecha (Oborozukiyo)

Su Excelencia, el ministro de la
Izquierda, que dimite cuando tiene 59

años y Genji 25 (Sadaijin)

La dama de Genji que vive en
el ala oeste, de 15 a 17 años (Murasaki)

Shônagon, aya de Murasaki

**La dama de las
campánulas**, la suma sacerdotisa
del santuario del Kamo (Asagao)

Chûjô, una dama de honor al servicio
de Asagao

Chûnagon, una dama de honor al

servicio de Oborozukiyo

El teniente Fujiwara,
hermano de la consorte Shôkyôden

Ben, una dama de honor al servicio de
Fujitsubo

Un maestro de disciplina,
tío materno de Genji

Un senescal secretario,
sobrino de la emperatriz madre

El abad de la Montaña, tío

de Fujitsubo

El capitán, hermano de la difunta
esposa de Genji, Aoi (Tô no Chûjô)

**El segundo hijo del
capitán**, de ocho o nueve años cuando
Genji tiene veinticinco (Kôbai

A medida que se aproximaba el viaje de la suma sacerdotisa a Ise, la aflicción de su madre, el Refugio de Rokujô, iba en aumento. Ahora que la hija de Su Excelencia, cuyo prominente rango tanto le había contrariado, ya no existía, la gente murmuraba que había llegado su oportunidad, y sus propias damas de honor aguardaban ilusionadas el futuro, pero cuando ella reflexionó sobre el silencio posterior de Genji y su insatisfactoria manera de tratarla, reconoció que algo debía de haberle sucedido, algo que le consternaba, y en consecuencia dejó sus sentimientos de lado y tomó la decisión de partir.

Hasta entonces ninguna sacerdotisa se

había trasladado a Ise en compañía de su madre, pero el Refugio adujo la inquietud que sentía por el bienestar de su hija y se mantuvo firme en su deseo de dejar atrás una vida atormentada, incluso cuando Genji, decepcionado al ver que ella se disponía en serio a marcharse, empezaba por fin a enviarle cartas en las que evidenciaba su afecto. La dama no se sentía en condiciones de recibirle en persona. Se recordó con severidad a sí misma que, si bien él podría considerar cruel su decisión, verle, ahora que no estaba obligada a hacerlo, le pondría las cosas mucho más difíciles.

De vez en cuando iba a pasar una temporada en su casa, pero con tanta

discreción que Genji nunca la encontraba allí. Él no tenía libertad para ir al lugar donde ella vivía ahora, y transcurrían días y meses sin que la visitara. Entretanto, Su Eminencia empezó a encontrarse mal con frecuencia, aunque no caía enfermo de una manera alarmante, y esto abrumaba a Genji con una preocupación más.

Temeroso de que ella pudiera condenar su crueldad y de que otros convinieran en ello, decidió que, después de todo, viajaría al Santuario del Páramo. Sabía que ella iba a partir pronto, pues era el séptimo día del noveno mes, y ciertamente la dama tenía muchas cosas que hacer, pero las repetidas solicitudes de Genji de que le concediera un

momento, aunque fuese tan breve que ni tan siquiera llegase a sentarse, unido al deseo que tenía ella de no parecer demasiado distante, vencieron sus recelos y la persuadieron de que podría conversar con él siempre que hubiera una cortina entre los dos. Y, en ese estado de ánimo, aguardó su llegada con una ilusión que no aparentaba.

En cuanto Genji emprendió la marcha por el vasto páramo, se sintió embargado por la melancolía. Las flores de otoño se marchitaban; entre los matorrales de juncia agostada, los chirridos de los insectos eran débiles y escasos, y en ocasiones, imponiéndose al triste suspiro del viento entre los pinos, le llegaba el

sonido de algún instrumento, aunque tan débil que no podía decir de qué música se trataba. El paisaje era de una belleza intensamente conmovedora. Los diez o más sirvientes de confianza que formaban la escolta vestían con modestia, pero Genji, a pesar del carácter privado de aquel viaje, llevaba prendas elegantes, y su apostura era tal que, a ojos de los gallardos jóvenes que le acompañaban, prestaba al entorno un nuevo encanto. Genji se preguntaba por qué no había ido antes allí, y lamentaba no haberlo hecho.

Al otro lado de una valla de broza baja y frágil había una serie de edificios desperdigados, todos con tejados de tablas y de construcción muy liviana. [\[1\]](#)

El *torii* [2] de madera sin descortezar infundía un respeto sagrado que convertía en reprobables sus preocupaciones personales, y los sacerdotes que se aclaraban las gargantas [3] aquí y allá o que conversaban entre ellos daban al recinto una atmósfera peculiar. El pabellón del fuego [4] resplandecía tenuemente. Como el lugar estaba tan poco poblado, reinaba en él una gran paz, y al pensar en que ella había pasado allí los días y los meses a solas con sus preocupaciones le hizo experimentar una profunda simpatía por la dama.



Valla de broza

Se ocultó en un lugar apropiado del ala norte [5] y anunció su visita, tras lo cual cesó la música y oyó unos prometedores ruidos de movimiento en el

interior. Ella no mostró señales de que iba a recibirle en persona, y a él no le hacía ninguna gracia intercambiar trivialidades con ella por medio de un mensajero.

—No persistirías en mantener la sagrada cuerda entre nosotros si supieras lo difícil que es ahora para mí partir en pos de algo tan personal —le dijo con vehemencia—. Ahora, ¿sabes?, veo con

claridad muchas cosas.

Su petición impulsó a las damas de honor a interceder por él ante su señora.

—Sí, mi señora —le dijeron—, es una pena dejarle ahí fuera. Inspira compasión.

«¿Qué debo hacer? —se preguntó la dama—. No me gusta el espectáculo que estoy dando, ya que si me comporto así tendrá una mala idea de mí; pero preferiría no ir a su encuentro». Sin embargo, no tenía el valor de tratarle con frialdad, y al final salió a regañadientes, suspirando, y deleitó a Genji con la elegancia de su figura. [\[6\]](#)

—Me pregunto si aquí [\[7\]](#) se me permitiría estar en la terraza —dijo, al tiempo que se instalaba allí sin aguardar

autorización.

A la brillante luz de la luna, sus movimientos tenían un encanto inigualable. Demasiado avergonzado para dar excusas convincentes de su largo silencio, Genji deslizó bajo la persiana una rama de *sakaki* que había recogido y le dijo:

—Éste es el color constante [8] que me ha llevado a cruzar la valla sagrada, y ahora, no obstante, cruelmente tú...

Ella le respondió:

*Si no se alzan cedros que atraigan la
mirada a la sagrada valla,
¿qué extraño malentendido te ha llevado
a tomar el sakaki? [9]*

Genji replicó:

*Es aquí donde ella estuvo, la doncella
del santuario a la que conocí, y los
tiernos
recuerdos han hecho del aroma del
sakaki el motivo de que tomara una
rama. [\[10\]](#)*

A pesar del carácter desalentador del entorno, Genji asomó medio cuerpo por debajo de la persiana y se quedó allí, apoyado en el dintel de la estancia.

Durante años, mientras él podía verla siempre que lo deseara y ella misma pensaba en él con añoranza, una orgullosa satisfacción consigo mismo le había hecho

un tanto indiferente a ella, y entonces el sorprendente descubrimiento de su defecto había enfriado por completo su ardor, y le había impulsado a alejarse. Ahora, sin embargo, estaba trastornado porque aquel encuentro le hacía revivir el pasado, y, sin poder evitarlo, derramaba lágrimas por lo que había quedado atrás y lo que aún podría ocurrir. La imposibilidad que mostraba la dama de dominar las emociones que había parecido decidida a ocultar le afectaba cada vez más, y le rogó que, después de todo, renunciara a su plan.

Mientras Genji iba desgranando su queja, con la mirada puesta en un cielo incluso más bello ahora que la luna se

había ocultado, la amargura que había embargado el corazón de Genji se desvaneció por completo, y ella, que había rechazado la idea de aferrarse a él, no se sorprendió al darse cuenta de que sus sentimientos aún seguían presos de una intensa agitación. Entretanto, los jóvenes vastagos de las grandes familias allí reunidos deambulaban por el recinto, aportando a la escena una incomparable elegancia.

Nadie podría transmitir jamás todo lo que se dijeron aquellos dos que, juntos, habían conocido incontables penalidades. La belleza de un cielo al que por fin iluminaba el alba parecía creada sólo para ellos. Genji dijo:

*Denso rocío acompaña a toda despedida
renuente cuando rompe el día,
pero nadie ha visto jamás algo similar a
este cielo de otoño.*

Vacilante y reacio a marcharse, la tomó por la mano con mucha ternura. Soplaban un viento gélido, y el canto intermitente de los grillos reproducía con tal fidelidad el clima de aquel momento que ni siquiera alguien libre de cuidados podría haberlo oído sin sentir una punzada de dolor. No es, pues, de extrañar que, aquejados de una profunda angustia, ninguno de los dos pudiera encontrar palabras de despedida. Ella replicó:

*Nunca ha habido una separación en
otoño que no envolviese el pesar,
pero ¡oh, no lloréis conmigo, grillos del
páramo!*

Genji, que sabía lo vanos que eran sus lamentos, hizo caso de la llegada del alba y por fin emprendió el regreso. El camino que siguió hasta su casa estuvo cubierto de rocío, mientras que ella, una vez perdida su resolución, lamentó la marcha de Genji. Su figura tan recientemente atisbada a la luz de la luna, aquella fragancia suya que persistía en las inmediaciones... Las embriagadas damas de honor abandonaron la discreción para cantarle alabanzas.

—¿Cómo puede mi señora realizar este viaje, cuando ello significa dejar atrás a semejante caballero? —se decían unas a otras entre lágrimas.

Una carta de Genji, mucho más efusiva que de costumbre, hizo que la dama vacilara en su resolución, pero, ¡ay!, no podía volverse atrás. Y él desplegaba tal elocuencia al servicio de los lances de amor, incluso cuando la aventura no le interesaba mucho, que el arrepentimiento y la conmiseración debieron de inspirarle realmente, al reflexionar sobre el hecho de que una mujer que significaba tanto para él iba a partir y a seguir su camino.

Le dio prendas de vestir para el viaje, no sólo a ella sino también a sus damas de

honor. así como otros artículos del mejor y más ingenioso diseño, pero estas cosas no significaban nada para ella. A medida que se aproximaba el día de su partida sus lamentos se hacían más y más persistentes, como si los pensamientos de la cruel reputación que dejara atrás y del triste destino que le aguardaba se renovaran sin cesar. En cuanto a la suma sacerdotisa, era tan joven que le satisfacía el final de los frecuentes aplazamientos y la perspectiva de partir por fin. Algunas personas de su entorno sin duda criticaban el paso sin precedentes que la madre iba a dar, mientras que otras se mostraban solidarias con ella. Aquellos cuya posición les ahorra los reproches por todo

lo que hacen son realmente afortunados. Pero, ¡ay!, quien ha sido elegido para estar por encima de los demás rara vez puede actuar de acuerdo con sus deseos.

El decimosexto día, la suma sacerdotisa de Ise se sometió a los ritos de purificación en el río Katsura. [\[11\]](#) Su Majestad eligió a los caballeros de antepasados más encumbrados y con mayor renombre de lo que era corriente en la escolta imperial [\[12\]](#) y al grupo de nobles de alto rango. También los deseos de Su Eminencia debieron de ejercer su influencia en esa elección.

Cuando la sacerdotisa se disponía a partir, llegó una carta de Genji que contenía las súplicas acostumbradas.

Estaba unida a una cinta de corteza de morera, [13] e iba dirigida «a la suma sacerdotisa de Ise, con reverencia y respeto». [14] «El mismo dios del trueno se abstendría, ¿sabes?», [15] había escrito Genji.

*Vosotros, grandes dioses de la tierra,
que guardáis esta Tierra de las Ocho
Islas, si podéis
ser amables, ¡juzgad a favor de una
pareja para quienes la despedida es tan
dolorosa!*

«No puedo pensar en ti sin desear que no te marches».

También él recibió respuesta, pese a

los trabajos que ocasionaban los preparativos del viaje. La sacerdotisa hizo que la escribiera su dama supervisora:

Si los dioses de la tierra desde lo alto de los cielos emitieran su decreto, podrían apresurarse a denunciar la ligereza con que hablas.

De buen grado Genji habría ido a palacio para presenciar lo que tendría lugar a continuación, [16] pero pensó que podría parecer raro que se despidiera de una mujer que le abandonaba y, en consecuencia, rechazó esa idea y se sumió en sus cavilaciones. La réplica de la suma

sacerdotisa, de un tono tan adulto, le hizo sonreír. Su interés se despertó, e imaginó a la muchacha atractiva a pesar de su edad. Seducido como lo estaba siempre por las complicaciones extrañas, ahora lamentaba no haberla visto por sí mismo cuando ella era lo bastante joven para que fuese posible tal cosa, y se dijo que, después de todo, pasado el tiempo las vicisitudes de la vida quizá propiciarían un encuentro entre ellos.



Carruaje de exhibición

La gran distinción de madre e hija había atraído a mucha gente que acudió en sus carruajes. Llegaron a la hora del Mono. [\[17\]](#) Al Refugio, que viajaba en su palanquín, le entristeció ver de nuevo el palacio al cabo de tantos años, y bajo unas circunstancias tan diferentes de las que su padre, con las grandes ambiciones

que tenía respecto a ella, tan afectuosamente le había acostumbrado a esperar. [18] A los dieciséis años se había casado con el malogrado príncipe heredero, de quien había enviudado a los veinte. Ahora, al contemplar de nuevo la morada de Su Majestad, tenía treinta, [19] y este poema acudió a su mente:

*No, hoy no deseo lamentar de nuevo la
vida que conocí,
pero en el fondo de mi corazón hay un
pesar indefinido y penetrante.*

La suma sacerdotisa tenía catorce años. Era ya muy hermosa, y el esmero con que la vestía y acicalaba su madre le

había aportado una belleza tan turbadora que agitó el corazón de Su Majestad. Éste vertió lágrimas de profunda emoción cuando le puso en el cabello la peineta de la despedida. [\[20\]](#)

Una hilera de carruajes de exhibición [\[21\]](#) estaba situada ante los Ocho Departamentos, aguardando a que saliera la sacerdotisa, y las mangas que asomaban de ellos componían un brillante espectáculo que a más de un caballero de la corte le evocaba su propia y dolorosa despedida. [\[22\]](#) Partió de noche, y cuando el giro desde Nijô a Tôin la hizo pasar ante la residencia de Genji en Nijô, éste se sintió impulsado a enviarle un poema unido a una rama de *sakaki*:

*Ve, pues, si quieres, y abandóname hoy,
pero esas mangas tuyas...*

*¿no las humedecerá el río Suzuka con su
rocío? [23]*

Por entonces había oscurecido, y el alboroto alrededor del Refugio era tan grande que Genji no obtuvo respuesta hasta el día siguiente, desde más allá de la Barrera: [24]

*Tanto si la espuma que salpica desde el
río Suzuka humedece mis mangas como
si no,*

*¿de quién serán los pensamientos que me
sigan a lo largo del camino hasta Ise?*

A pesar del apresuramiento con que había escrito la nota, su caligrafía no dejaba de revelar una gran distinción y elegancia, pero Genji deseaba que hubiera mostrado un poco más de comprensión hacia sus sentimientos. Una espesa niebla lo envolvía todo aquel desdichado amanecer, mientras él, mirando fijamente hacia delante, murmuraba para sí:

*Dejaré que mi mirada repose en el lugar
de donde ella ha partido:*

*¡este otoño, por lo menos, oh, brumas, no
me ocultéis la cima de Osaka!*

No fue al ala oeste, sino que decidió pasar el día a solas, sumido en sus

reflexiones. ¡Qué tormentos debió de experimentar ella durante su viaje!

Al llegar el décimo mes, la enfermedad de Su Eminencia se había agravado, y lo único que anhelaba todo el mundo era que se recuperase. Su Majestad estaba tan preocupado que fue a visitarle personalmente. Su Eminencia, en un estado de gran debilidad, le habló por extenso del príncipe heredero y luego abordó la cuestión de Genji.

—No le ocultes nada, ni importante ni trivial —le dijo—, y busca su apoyo en todo, como yo he hecho hasta ahora. A pesar de su juventud, creo que no has de temer confiarle asuntos de gobierno. Tiene la impronta de quien ha nacido para

gobernar. Éste es el motivo de que, tras considerar la complejidad de su situación, no le nombrara príncipe, sino que decidí que estuviera al servicio del reino como plebeyo. Te ruego que tengas en cuenta mi intención.

Le hizo muchas otras peticiones conmovedoras, pero a una mujer no le corresponde transmitir las, y lo poco dicho aquí de todo ello es más que suficiente. Su Majestad estaba profundamente entristecido y una y otra vez prometió no contravenir los deseos de su padre. Era tan apuesto y mostraba una madurez tan satisfactoria que Su Eminencia se sentía tranquilo y confiado al mirarle. Luego fue necesario poner fin a la visita, y Su

Majestad se apresuró a regresar a palacio, más abrumado que nunca por los tristes presagios.

El príncipe heredero había deseado acompañar a Su Majestad, pero eso habría causado tal agitación que pospuso su visita a otro día. Había crecido muy deprisa y ya era atractivo para su edad, [25] y amaba tanto a su padre que su inocente felicidad cuando volvió a verle conmovió a todo el mundo. A Su Eminencia le afligió mucho ver que la emperatriz lloraba desconsolada. Dio instrucciones al príncipe heredero sobre numerosos asuntos, pero el futuro del niño seguía preocupándole mucho. También dio repetidos consejos a Genji sobre la

manera de servir al reino, y le encareció que cuidara del príncipe heredero. Este se retiró al anochecer, después de que su visita hubiera causado una agitación no menor a la provocada por Su Majestad. Incluso entonces a Su Eminencia le resultaba difícil dejar que su hijito se marchara.

También la emperatriz madre se había propuesto visitar a Su Eminencia, pero la presencia de Su Majestad la hizo vacilar, y entretanto él expiró apaciblemente. La corte estaba desolada. A pesar de su renuncia al trono, había seguido ostentando los poderes de gobierno como lo había hecho durante su reinado, y ahora, cuando Su Majestad era tan joven y

el abuelo de Su Majestad, Su Excelencia de la Derecha, tan irritable e impaciente, los nobles de alto rango y los caballeros del círculo privado refunfuñaban al imaginar lo que podía aguardarles cuando Su Excelencia tomara el poder.

Más intensa era la aflicción que embargaba a la emperatriz y a Genji. Ni que decir tiene que todo el mundo estaba profundamente conmovido al ver a Genji, el más brillante de entre todos los príncipes de su padre, entregado con tal devoción a los ritos fúnebres. Su belleza era perfecta incluso con las grises ropas de luto. El año anterior, el espectáculo de la mortalidad le había convencido de que el mundo es escoria, y este año había

recibido la misma lección, pero, aunque la pérdida le confirmaba en su firme propósito, [\[26\]](#) aún le retenían allí numerosos lazos.

Las consortes de Su Eminencia y otras personas permanecieron en su residencia hasta el cuadragésimonono día, pero en cuanto éste quedó atrás se dispersaron. El día veinte del duodécimo mes, bajo un cielo que amenazaba con clausurar el mundo, Su Majestad la emperatriz se sintió acosada por una melancolía que iba tenazmente en aumento. Puesto que conocía bien el carácter de la emperatriz madre, comprendía lo penoso que sería para ella habitar en un palacio sometido a la voluntad de esa señora, y comprendió

que no podría seguir indefinidamente como estaba, sumida en el recuerdo de aquel noble ser del que había sido íntima durante tantos años. Ahora, cuando las demás se marchaban a sus casas, su aflicción no conocía límites.

Iba a trasladarse a su residencia de Sanjô, adonde le acompañaría Su Alteza de la Guerra. Soplaban un fuerte viento que traía nieve, y cuando Genji llegó a la residencia donde había vivido Su Eminencia, ésta estaba casi desierta. Empezó a hablar del pasado. Su Alteza observó que el pino que crecía ante los aposentos de Su Majestad estaba cargado de nieve y que sus ramas más bajas estaban marchitas. Genji recitó:

*Ese gran pino cuya amplia sombra
inspiró tal confianza, parece, ¡ay!, haber
expirado,
pues han llegado los últimos días del año
y la pinaza más baja cae. [\[27\]](#)*

El poema no era una obra maestra, pero transmitía tan bien sus sentimientos que las lágrimas de Genji humedecieron sus mangas.

Al ver que el lago estaba congelado de una orilla a la otra, añadió:

*Ese rostro que vi, nítido en el espejo
impecable de este lago helado,
no volveré a verlo jamás, y estoy lleno de
pesar.*

Sus toscas palabras tan sólo expresaban el sentimiento de su corazón.

Ômyôbu replicó:

*El año pronto terminará, el arroyo entre
las peñas está preso en el hielo,
y las formas que tan bien conocemos se
desvanecen ante nuestros ojos.*

Muchos otros aportaron sus poemas, pero una no podría dejar constancia de todos ellos.

El protocolo del regreso de Su Majestad siguió la costumbre, y tal vez fue su propio estado anímico lo que rodeó el traslado en una tristeza desmesurada. Al llegar tuvo la sensación de que, lejos

de hallarse en casa, debía de haber partido de viaje, pues cayó en la cuenta de que apenas había vuelto en todos los años transcurridos.

Había llegado el Año Nuevo, pero sin ninguna celebración. Reinaba el silencio. Genji únicamente anhelaba la soledad en palacio. Cuando llegó el momento de anunciar la lista de nombramientos, [\[28\]](#) los carruajes y caballos que siempre se habían apiñado ante su puerta durante el reinado de su padre, y más todavía en los años recientes, fueron escasos y muy espaciados, y pocos también los lechos dispuestos para sus sirvientes. Ahora, la visión del personal doméstico de mayor confianza, el único que quedaba y que,

con toda evidencia, apenas tenía nada urgente que hacer, le recordaba a Genji que, desgraciadamente, así iban a ser las cosas en lo sucesivo.

En el segundo mes, a la encargada del vestuario la nombraron supervisora del personal doméstico, [29] pues la titular anterior, demasiado afectada por la desaparición de Su Eminencia, se había hecho monja. Con sus modales distinguidos y su impresionante rango, entre todas las damas de Su Majestad era ella la que gozaba de la mayor consideración del soberano. La emperatriz madre, que cada vez pasaba más tiempo en casa, adoptó el Umetsubo como su residencia en palacio, mientras

que la nueva supervisora del personal ocupaba el Kokiden. La que había languidecido en la penumbra del Tôkaden [30] ahora vivía en un alegre ambiente y rodeada de innumerables damas de honor; no obstante, en lo más hondo de su corazón se sentía apesadumbrada, pues no podía olvidar lo que había comenzado de una manera tan inesperada. Su correspondencia secreta con Genji debió de proseguir. Él temía las consecuencias de que se descubriese su relación, pero aquella familiar peculiaridad suya probablemente le hacía sentirse más expectante que nunca. La emperatriz madre, con su áspero temperamento, se había contenido en vida de Su Eminencia,

pero ahora parecía empeñada en vengarse por cada motivo de rencor que tenía contra él. Genji no encontró más que decepción, y aunque esto no fue una sorpresa para él, estar en desacuerdo con el mundo de un modo tan extraño le despojaba de todo deseo de aparecer entre la gente.

Su Excelencia de la Izquierda también se sentía descorazonado y no hacía el menor esfuerzo por estar presente en las reuniones cortesanas. La emperatriz madre le guardaba rencor porque en su día no había querido entregar a su hija ahora difunta al que entonces era el príncipe heredero y la había reservado para Genji, y por eso no lo toleraba. Las

relaciones del que fuera suegro de Genji con Su Excelencia de la Derecha también habían sido espinosas, y aunque la fortuna le había sonreído durante el reinado de Su Eminencia, los tiempos habían cambiado, y el de la Derecha era ahora quien mandaba como le venía en gana. No era de extrañar que el ex suegro de Genji se sintiera amargado.

Genji le visitaba como siempre. En todo caso, era más atento con las mujeres que en otro tiempo le sirvieron allí, y mostraba un gran cariño por su hijito; y todo esto agradaba y sorprendía tanto al anciano caballero que aún hacía por Genji cualquier cosa que estuviera en su mano. Antes, la encumbrada posición de Genji le

había cargado de ocupaciones, pero ahora había perdido el contacto con varias damas a las que visitaba, y también había renunciado, por indecorosas, a sus aventuras secretas más desenfadadas, de modo que por una vez su ociosa vida era perfectamente idónea para él.

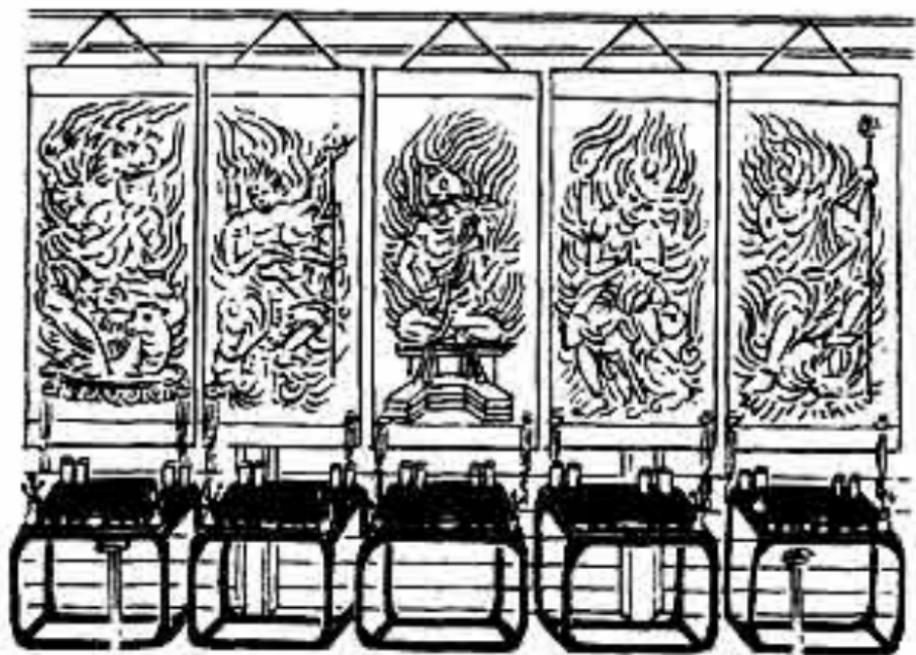
Todo el mundo admiraba la buena fortuna de la dama que vivía en el ala oeste del palacio de Genji. Shônagon lo atribuía en privado a las plegarias de su señora, la difunta monja. Su Alteza mantenía con su hija la correspondencia que le apetecía, lo que sin duda disgustaba a su madrastra, puesto que las hijas a las que aquella dama había creído destinadas a llegar muy alto habían

fracasado y sólo la decepcionaban. El afortunado sino del amor de Genji parecía un relato de ficción.

El duelo había obligado a dimitir a la alta sacerdotisa del santuario del Kamo, y le sucedió la dama de las campánulas. Pocos precedentes autorizaban a una hija imperial a servir como sacerdotisa del Kamo, pero al parecer no había ninguna hija cualificada. A pesar del tiempo transcurrido, Genji no había renunciado a ella, y lamentaba ver que su vida había seguido un rumbo tan desacostumbrado. Es de suponer que aún le escribía y que sus cartas llegaban a ella, como antes, por medio de Chûjô. Un cambio en la suerte no le había impresionado, pero ahora

titubeaba penosamente entre dos aventuras caprichosas que le procuraban poco consuelo.

Su Majestad tenía a Genji en alta estima, como su padre, le había pedido que hiciera, en el lecho de muerte, pero su juventud hacía que fuese todavía demasiado débil y maleable para oponerse con éxito a cualquier cosa que emprendieran la emperatriz madre o Su Excelencia, su abuelo, y en consecuencia las costumbres cortesanas parecían desagradarle en grado sumo.



Rito de los Cinco Altares

La vida acarreaba a Genji un problema tras otro, pero, gracias a su entendimiento secreto con la supervisora de personal, la separación entre ambos no había sido completa, a pesar del riesgo. Genji vio a Su Majestad recluirse al final de un rito de los Cinco Altares, e

inmediatamente se encontraron en lo que, como siempre, parecía un sueño. Chûnagon se las ingenió para llevarlos, sin que nadie los viera, a la sala que recordaban tan bien. En aquel momento había mucha gente en la estancia, y la cercanía de la terraza les atemorizó. No es posible que a ella le fuese indiferente, pues Genji jamás fatigaba ni siquiera a quienes le veían a diario. Ella, por su parte, estaba en la flor de su feminidad y, a pesar de cierta falta de circunspección, la deliciosa juventud y la elegancia de su aspecto la hacían del todo deseable.

No debía de faltar mucho para que despuntara el día cuando un hombre carraspeó junto a ellos y exclamó:

—¡Presente y a vuestro servicio, mi señor!

Genji supuso que el otro oficial de la guardia de palacio estaba oculto en las inmediaciones y que algún bromista entre sus colegas había enviado a aquel hombre para que se le presentara.— [\[31\]](#) Estaba regocijado pero también molesto. Oían gritar al hombre que buscaba a su superior: «¡La hora del Tigre, primer cuarto!». [\[32\]](#) La mujer dijo en un tono triste y encantador:

*Sólo mi corazón explica las numerosas
razones por las que humedezco mis
mangas
cuando el canto del gallo me advierte del*

amanecer y de que te marchas. [33]

Genji replicó:

*¿Quieres decir que he de vivir así, entre
incesantes suspiros?*

*Jamás llegará un alba en la que no
tengas mi corazón.*

Dicho esto, se apresuró a marcharse. El paisaje al amanecer, bajo la brumosa luz de la luna, era muy bello, y pese al disfraz que Genji llevaba su figura era incomparable cuando pasó, lamentablemente sin percatarse de ello, por delante del teniente Fujiwara, el hermano mayor de la consorte Shôkyôden,

[34] que acababa de salir del Fujitsubo y estaba de pie junto a un postigo donde no llegaba la luz de la luna. Genji podría haber sido objeto de ridículo con gran facilidad.

Esta clase de cosas a menudo le llevaba a admirar a la mujer que se mantenía tan distanciada de él, pero dado que esa actitud contrariaba sus deseos, a menudo se inclinaba más bien a guardarle rencor por su discreción. En cuanto a ella, ahora se sentía demasiado incomodada y fuera de lugar para ir a palacio, y estaba disgustada porque ya no podía ver al príncipe heredero. Puesto que no tenía a nadie más en quien confiar, siempre recurría a Genji, y el hecho de que él no

abandonara su desdichada obsesión la hacía desesperarse a menudo. Entretanto, la mera idea de que Su Eminencia no hubiese notado nada cuando vivía la aterraba, y, temerosa de que en cualquier momento pudiese difundirse alguna insinuación de la verdad, con graves consecuencias para el príncipe heredero (puesto que a ella apenas le importaba lo que pudiera significar para sí misma), encargó plegarias y empleó todos los recursos a su alcance para mantenerse alejada de Genji, con la esperanza de que éste se daría por vencido. Pero con el tiempo, y para su horror, él encontró la manera de llegar hasta ella, después de haber tramado cierta estratagema con tanta

discreción que nadie se había enterado. Era como un sueño.

Genji habló durante tanto tiempo que nadie podría repetir jamás lo que dijo, pero ella se mantuvo firme en su negativa de responderle hasta que unos agudos dolores en el pecho alarmaron a Ômyôbu y Ben, sus damas de honor privadas, que volcaron en ella sus cuidados. La amargura y la desesperación cegaban de tal modo a Genji, impidiéndole pensar en el pasado ni el futuro, que perdió la cabeza y no se marchó ni siquiera cuando había amanecido.



Biombo

En la confusión que reinó mientras las inquietas damas de honor se arracimaban en torno a su doliente señora, el consternado Genji se vio obligado a entrar

apresuradamente en el retiro. [\[35\]](#) Las mujeres, frenéticas, se apresuraron a llevarse sus ropas. Su Majestad presa de angustia, sufría ahora episodios de desvanecimiento y estaba en verdad muy enferma. Llegaron Su Alteza de la Guerra y el gentilhomme de cámara de la emperatriz, y Genji se sintió horrorizado

al oír que pedían a voces la presencia de un sacerdote. Ella no se recuperó hasta casi el final del día. No tenía ni idea de que Genji seguía encerrado cerca de allí, y sus damas de honor temían trastornarla de nuevo si se lo decían.

Fujitsubo se trasladó al aposento que ocupaba durante el día. Su Alteza se había marchado, creyendo que ya estaba bien, y ella se encontraba casi a solas. La mayoría de sus damas de honor se habían retirado discretamente detrás de cortinas y biombos, pues en general sólo retenía a su lado a unas pocas.

—¿Cómo vamos a sacar de aquí a su señoría? —se susurraron Ômyôbu y Ben—. Sería terrible que la señora volviera a

sentirse indispuesta esta noche.

Entretanto, Genji abrió en silencio la puerta del retiro, que ya estaba un poco entreabierta, y entró en el lugar donde se encontraba Su Majestad a través de la brecha entre dos biombos. El gozo de una visión tan excepcional hizo que se le saltasen las lágrimas. [36] Ella miraba al exterior, pensando en lo mal que aún se sentía y el poco tiempo de vida que quizá le quedaba, y le ofrecía un perfil de inexpresable belleza. A su lado había unas frutas, por si le apetecía comer. La manera en que estaban dispuestas en la tapa de una caja [37] las hacía muy tentadoras, pero ella ni siquiera las miraba. Absorta en su inquietud por el

rumbo que estaba tomando su vida, parecía conmovedoramente frágil. La línea del cabello, la forma de la cabeza, su cabellera... todos sus encantadores rasgos recordaban a Genji a la dama que vivía en el ala oeste de su palacio.

Al cabo de tantos años, había empezado a olvidar el extraordinario parecido de las dos, y este nuevo recordatorio le procuró cierto consuelo. Tenían también la misma noble dignidad, pero tal vez porque había amado tan profundamente y durante tanto tiempo a la que estaba ante él, ahora constataba que, al madurar, había alcanzado la más alta perfección, y el convencimiento de que realmente carecía de igual le turbaba,

hasta que se deslizó por debajo de las cortinas y su vestimenta hizo un frufú. Era él, Fujitsubo lo supo por su fragancia. Atemorizada y sorprendida, se tendió en el suelo boca abajo.

—Por lo menos mírame, ¿quieres? — le pidió él, frustrado y airado, y la atrajo hacia sí.

Ella se desprendió de su manto para zafarse, pero descubrió con horror que él también le había asido la cabellera sin querer, y su alma se desmoronó ante la certeza de su sino.

El dominio de sí mismo que Genji tanto se había esforzado por mantener le abandonó entonces. Obnubilado y entre lágrimas, derramó un torrente de amargas

quejas, pero a ella le repelía y ni siquiera se dignó replicarle.

—No me encuentro bien —le dijo—, y prefiero responderte en otro momento.

Pero él insistió en su recital de tribulaciones. Sin duda, algunas de sus palabras afectaron a Fujitsubo. No es que todo esto no hubiera sucedido antes, pero de tal manera se oponía ella a que se repitiera que, a pesar de los tiernos sentimientos que experimentaba hacia él, logró mantenerlo a raya hasta que despuntó el día.

Genji se sentía avergonzado por la testarudez con que la había desobedecido, y su dignidad le intimidaba lo suficiente para tratar de apaciguarla.

—No haría nada de lo que pudiera arrepentirme —le dijo en tono suplicante —, si al menos en alguna ocasión pudiera expresarte cuánto sufro.

Un amor como el de ellos debía estar cargado de dolor, y sus sentimientos resistían cualquier comparación.

Las dos damas de honor le instaban con vehemencia a que se marchara ya, puesto que era de día. Consternado al ver el penoso estado de Fujitsubo, le dijo:

—Con gusto moriría de vergüenza por haberte hecho saber que sigo vivo, pero este pecado mío perdurará más allá de esta vida.

Hablaba sumido en una turbadora ensoñación. Y siguió diciendo:

*Si no hay final, hoy y eternamente, de lo
que nos separa,
me pregunto cuántas vidas de
sufrimiento me esperan.*

Suspirando, ella le respondió:

*Déjame, si quieres, cargado con tu
amargura durante todas las vidas
futuras,
pero debes saber que tu verdadero
enemigo es tu corazón, y sólo el tuyo.*

La sencillez de sus palabras estaba por encima de toda alabanza, pero el respeto por sus sentimientos y el temor a la situación en que él mismo se

encontraba, aturdido, le impulsaron a marcharse.

¿Cómo podría reunir el valor necesario para volver a presentarse ante ella? A fin de hacerle saber lo apenado que estaba, ni siquiera le envió una carta. Prescindió de las visitas a Su Majestad y al príncipe heredero y se encerró en casa, donde sus cavilaciones sobre la crueldad de Fujitsubo le mantuvieron prisionero de los tristes tormentos de la nostalgia, hasta que enfermó, pues el espíritu realmente había abandonado su cuerpo. Se preguntó con amargura por qué la vida acumulaba una aflicción tras otra, y resolvió no aceptar más tribulaciones, pero enseguida recordó lo adorable que era su joven

dama, su conmovedora dependencia de él y lo imposible que le resultaría marcharse dejándola allí.

Tras el encuentro con Genji, Su Majestad seguía encontrándose mal. La afligida Ômyôbu le hizo saber que Genji se había encerrado en casa y no había enviado ninguna nota. Pensando en el príncipe heredero, temía que ahora Genji se hubiera vuelto, de un modo alarmante, contra ella, y que, hastiado de la vida mundana, acabara por tomar los hábitos. Finalmente se convenció de que, a menos que pusiera fin a aquella situación, su nombre no tardaría en estar en boca de todos, y que se vería deshonrada en un mundo que, en cualquier caso, no le

causaba más que sufrimiento, de tal modo que prefirió renunciar a un título que, según le habían dicho, la emperatriz madre consideraba que jamás debería haber sido suyo. El recuerdo de las excepcionales disposiciones en su favor por parte de Su Eminencia, el difunto emperador, le hizo pensar en los profundos cambios que se habían producido. Tal vez no fuese a correr la misma suerte que la dama Seki, [38] pero estaba segura de que se vería expuesta al ridículo.

Estas amargas reflexiones sobre lo aborrecible que era la vida mundana le hicieron decidirse a rechazarla, pero hasta tal punto le dolía pasar por ese trance sin

ver al príncipe heredero que antes de nada se dirigió discretamente a palacio. Genji siempre se había puesto a su servicio con la mayor solicitud, pero esta vez adujo que estaba indispuesto para no formar parte del séquito. Se ocupó de sus necesidades con la corrección acostumbrada, [\[39\]](#) pero quienes comprendían la situación estaban muy apenados por él.

El príncipe heredero se había convertido en un hermoso jovencito, y expresó con abundantes muestras de cariño la alegría de ver de nuevo a su madre, pero aunque su amor por el niño hizo flaquear la resolución de Fujitsubo, ésta entendió con toda claridad que la

cambiante fortuna se había cobrado su tributo y que poco quedaba de la corte que ella había conocido. La amenaza constante de incurrir en el desagrado de la emperatriz madre significaba que incluso realizar tan discreta visita al palacio era peligroso, y había momentos lo bastante difíciles como para que el temor por lo que pudiera sucederle a su hijo le turbase profundamente. [\[40\]](#)

—¿Cómo te sentirías si no me vieras durante largo tiempo, y luego mi aspecto hubiera cambiado y no fuese muy agradable? [\[41\]](#)

Él la miró con fijeza.

—¿Lo mismo que Shikibu? [\[42\]](#) Pero ¿cómo podrías tú llegar a tener semejante

aspecto? —respondió el niño, sonriente.

Él era, ¡ay!, demasiado joven para comprenderla.

—La fealdad de Shikibu se debe a su vejez —replicó ella llorando—. No, no, lo cierto es que voy a cortarme el cabello incluso más corto que el suyo y a llevar una túnica gris como los sacerdotes de servicio nocturno, [\[43\]](#) y no podré verte tan a menudo como ahora.

—¡Pero te echaré de menos si te ausentas durante tanto tiempo!

Avergonzado por sus lágrimas, volvió la cabeza, haciendo ondular su encantadora cabellera. Cuanto más crecía, tanto más amable era la expresión de sus ojos, como si llevara sobre el rostro la

máscara de Genji. Los dientes, algo cariados, le oscurecían el interior de la boca, lo cual hacía que su sonrisa fuese tan atractiva que a ella le habría agradado ver semejante belleza en una muchacha. [44] Este inquietante parecido con su padre, que era su único defecto, infundía en ella el temor al mundo y a sus miradas de censura.

Genji le echaba mucho en falta, pero el deseo de hacer que su madre lamentara su crueldad le llevaba a contenerse, hasta que, preocupado por los comentarios que provocaría su indolencia, emprendió un viaje a través de los campos otoñales para, de paso, hacer una visita al Urin'in. [45] Pasó dos o tres días en la sala de

cierto maestro de disciplina, [46] su tío materno, que leía las escrituras y llevaba a cabo ritos de devoción, y mientras estaba allí a menudo se sentía muy conmovido. Las hojas de los árboles habían cambiado, y ante la belleza de los campos otoñales Genji casi se olvidó de la Ciudad.

Convocó entonces a los monjes más dotados para que llevasen a cabo un debate en su presencia. [47] En aquel lugar pasó la noche, pensando, absorto, en la vanidad de todas las cosas, pero hacia el amanecer volvió a recordar a aquella que para él significaba sufrimiento. Entretanto oía el ajetreo de los monjes que ofrecían agua sagrada bajo la

rezagada luna y esparcían crisantemos y hojas de un rojo tenue o brillante: eran sin duda ocupaciones modestas, pero a él le parecían suficientes para aliviar el tedio de su vida y, además, asegurarle una feliz perspectiva de futuro. Una y otra vez pensaba con desaliento en cómo estaba derrochando su existencia.

—A quien pronuncie su Nombre, lo llevará hacia su seno, ni una sola vez lo dejará de lado [48] —recitó lentamente y en tono solemne su anfitrión, mientras Genji, presa de profunda envidia, se preguntaba por qué no abrazaba él aquella clase de vida y acto seguido, de la manera más ignominiosa, sus pensamientos volvían al amor que había dejado en casa.

Pocas veces había estado alejado de ella durante tantos días, y tan grande era su preocupación que le envió numerosas cartas. Le escribió, por ejemplo: «Pensé que podría ver si realmente sería capaz de abandonarlo todo, pero el tiempo avanza con demasiada lentitud y estoy más triste que nunca. Todavía tengo necesidad de más respuestas, y no sé con certeza qué he de hacer. ¿Qué me cuentas de ti?».

Incluso estas líneas, escritas en un estilo informal y en papel Michinokuni, [\[49\]](#) procuraban placer a la vista. Con profundo sentimiento, había añadido:

*Al dejarte ahí, frágil cual temblorosa
gota de rocío sobre una hoja,*

muchos temores me acosan cada vez que soplan los cuatro vientos.

La muchacha lloró, y respondió en una fina hoja de papel blanco:

¡Cómo se enmaraña, cuando sopla el viento, el hilo de araña que pende de esa hoja desvaída, y mi corazón tiembla, temeroso de ser traicionado!

[50]

Eso era todo.

Genji, sonriendo de placer por lo encantadora que era la muchacha, se dijo que su caligrafía no dejaba de mejorar. Su correspondencia era tan abundante que la

escritura de Murasaki se asemejaba mucho a la suya, aunque con un toque añadido de gracia femenina. Se felicitó a sí mismo por haberla educado tan bien en todos los aspectos.

Escribió también a la sacerdotisa de Kamo, puesto que tan corto era el camino de la brisa que soplaba entre ellos. [51] «Tu señora nunca sabrá cómo la he echado de menos bajo estos cielos desconocidos», le expresó con bastante amargura a Chûjô, [52] y a la misma sacerdotisa:

Lejos de mí ofender a los poderosos dioses, pero el atavío que ahora llevas me recuerda sin remedio aquel otoño de

hace tanto tiempo, [53]

«Todo lo que quiero hacer, y neciamente, lo sé, es “volver el pasado al ahora”, [54] pero me siento como si fuese posible...» Había escrito la carta, de un tono tan familiar, en papel chino verde, y lo había atado, de un modo solemne, a una rama de *sakaki*.

Chûjô replicó: «Como tengo tan pocos quehaceres, me entrego a los recuerdos, y entonces, mi señor, mis pensamientos a menudo vuelven a vos, pero, a decir verdad, no sirve de nada». Su carta era larga y reflexiva.

La sacerdotisa había escrito a lo largo del borde de una cinta sagrada:

Hace tanto tiempo, dices... ¿Qué ocurrió entonces que mi atavío de ahora evoca tales recuerdos y, una vez más, te para el corazón?

«Más recientemente...» Su caligrafía, que no mostraba un carácter acentuado, era en cambio técnicamente muy acertada, y los ideogramas cursivos [\[55\]](#) estaban muy bien trazados. Genji se sintió sacrilegamente estimulado al imaginar a la campánula con una belleza más espléndida que nunca. [\[56\]](#)

Recordó que la estación del año era la misma que la de aquella triste ocasión en el Santuario del Páramo, y, de una manera deplorable, reprochó a los dioses la

extraña coincidencia. No dejaba de ser curioso que ahora tuviese tales remordimientos, teniendo en cuenta los años que había dejado transcurrir y que podría haberse ganado la voluntad de la dama si de verdad lo hubiera deseado. Ella misma reconocía el interés especial que le mostraba, y parece ser que en sus réplicas esporádicas se había esforzado poco por desalentarle, lo cual no era del todo admirable por su parte.

Todos los monjes del templo de la montaña, hasta el último de ellos, estaban satisfechos, porque la estancia de Genji, mientras leía los Sesenta Rollos [\[57\]](#) y pedía que le ayudaran a entender los pasajes que le causaban perplejidad,

parecía una brillante recompensa por sus plegarias y una señal de honor a su Buda. [58] La serena reflexión sobre el mundo y sus entresijos debería haberle disuadido de regresar a casa, pero no podía dejar de pensar en su dama, y no se quedó. Antes de marcharse encargó generosamente lecturas de las escrituras en el templo, hizo regalos a cuantos lo merecían — monjes superiores e inferiores y habitantes del lugar— y agotó las posibilidades de hacer obras piadosas. Harapientos leñadores se congregaban aquí y allá, llorando, para verle partir. Iba vestido de luto dentro de su carruaje cubierto con una tela negra, [59] de modo que apenas se le veía, pero el menor

atisbo mostraba que en el mundo no había nadie como él.

Durante su ausencia, la muchacha parecía haber ganado en belleza, si era posible tal cosa, y al encontrar su estado de ánimo tan apagado y aprensivo (pues sin duda la indecorosa confusión de los sentimientos de Genji había sido patente para ella), se sintió conmovido por su poema de la «hoja desvaída» y le prestó más atención que de ordinario.

Las hojas de otoño que él le había enviado desde las montañas eran de un color más brillante que las de su propio jardín, y como no podía dejar de lado el mensaje del abundante rocío que las había mojado, [\[60\]](#) y en cualquier caso

deploraba su propio y prolongado silencio, envió unas cuantas a Su Majestad, aparentemente como un gesto de cortesía.

A Ômyôbu le escribió: «Me ha sorprendido saber que Su Majestad está en palacio, pero aunque no quisiera que desatendiese al príncipe heredero, he preferido no acortar los días que destiné al retiro y la oración, y tal es el motivo de que no hayas tenido noticias mías durante tanto tiempo. Contemplar a solas las hojas otoñales me recuerda la admirable imagen de un brocado en la oscuridad. [\[61\]](#) Por favor, muéstrale éstas a Su Majestad la emperatriz cuando encuentres el momento oportuno».

Eran en verdad unas ramas muy bellas, y mientras las examinaba Su Majestad reparó en la habitual y minúscula nota. Palideció, porque sus damas de honor la estaban mirando, y pensó en lo aborrecible que era Genji al seguir acosándola de aquel modo; sin duda las damas de honor se preguntarían por qué un hombre dotado de un tacto como el suyo se comportaba así. Ella estaba lo bastante enojada para pedir que pusieran las ramas en un florero y las depositaran junto a una columna exterior, y no le dio a Genji más que una réplica correcta, limitándose a generalidades y a expresar su confianza en que le satisfarían los progresos del príncipe heredero. Del

mensaje se desprendía que ella no estaba dispuesta a bajar la guardia, y él lo leyó con amarga decepción, pero como siempre había hecho tanto por ella, ahora temía despertar sospechas, y fue al palacio el día que ella iba a retirarse.

Primero visitó a Su Majestad el emperador, que en aquellos momentos se encontraba ocioso, y hablaron de los viejos tiempos. Su Majestad guardaba un gran parecido con su padre, aunque tenía más donaire y su semblante reflejaba amabilidad y ternura. Los dos se alegraron en extremo de verse. Su Majestad se había enterado de las relaciones de Genji con la supervisora de personal, y él mismo había tenido algún

atisbo de ello, pero le parecía que, al fin y al cabo, no se trataba de una aventura nueva y que, como ya había durado tanto, no había motivo para que cada uno reprimiera sus sentimientos hacia el otro. No le dijo a Genji ni una sola palabra de reproche. Tras haberle interrogado sobre una amplia variedad de cuestiones, incluidos pasajes de los clásicos que no acababa de entender, los dos empezaron a explicar sus respectivos poemas amorosos, [\[62\]](#) y Su Majestad aprovechó la oportunidad para observar lo bella que estaba la suma sacerdotisa el día que emprendió el viaje a Ise. Entonces Genji le habló de aquel extraordinario amanecer en el Santuario del Páramo.

Por fin se alzó la luna de la vigésima noche, [63] y Su Majestad, sintiéndose inspirado, observó que aquel momento requería música. Genji respondió que prefería ir a ayudar a la emperatriz, pues, según tenía entendido, partiría aquella noche.

—Antes de morir, Su Eminencia me encargó que cuidara de ella, y como parece que no tiene ningún otro apoyo, he de ocuparme de su bienestar y el del príncipe heredero.

—Su Eminencia me instó a que lo aceptara como mi propio hijo —dijo Su Majestad—, y procuro estar pendiente de él, pero no sé qué más puedo hacer. En caligrafía y los demás conocimientos

parece más avanzado de lo que corresponde a su edad. A decir verdad, él es quien me aporta mérito, porque yo no hago nada bien.

—En conjunto es muy inteligente y se comporta como un adulto, pero todavía le queda mucho por aprender.

Genji le habló extensamente del joven príncipe y, cuando ya se retiraba, cierto senescal secretario, el hijo del gran consejero Fujiwara y hermano mayor de la emperatriz madre, se encontró con los miembros adelantados de su escolta, que estaban despejando discretamente el camino. El senescal, un joven brillante que estaba muy bien considerado en la corte, se dirigía al Reikeiden. [\[64\]](#) Se

detuvo un momento y entonó con solemnidad: «Un arco iris blanco curvado de un lado a otro del sol; el príncipe heredero tembló». [\[65\]](#)

El indignado Genji no estaba en condiciones de reprenderle. A menudo oía hablar de la alarmante hostilidad de la emperatriz madre y fingía que no se enteraba de nada, a pesar de la irritación que le causaba que un pariente cercano de ella tuviera semejante desfachatez. Pidió disculpas a Fujitsubo por lo tardío de la hora, diciéndole que hasta poco antes había estado con el emperador.

La luna estaba brillante, y Fujitsubo recordaba que en tales ocasiones el difunto padre de Genji habría pedido que

tocaran música y mostrado una viva sensibilidad por la belleza. Lamentaba ver cómo habían cambiado las cosas, aunque el palacio siguiera siendo el mismo. Le envió un mensaje a su visitante a través de Ômyôbu:

*Puede que nueve capas de niebla me
separen del mundo, pues mi anhelo se
dirige
a la luna, tan lejana, que avanza en lo
alto, por encima de las nubes. [\[66\]](#)*

Se hallaba lo bastante cerca para que un atisbo de ella, por fugaz que fuese, reavivara en Genji sus sentimientos de antaño, haciéndole olvidar todo el dolor

que había sufrido. Él replicó:

La clara luna todavía brilla como en los otoños que conocimos hace tantos años, pero las brumas que ocultan su luz son una prueba demasiado cruel.

«“Las brumas, como el corazón”, según dicen... [\[67\]](#) así debe de haber sido hace mucho tiempo».

Fujitsubo no quería abandonar al príncipe heredero, y le aconsejó largamente acerca de la manera adecuada de comportarse, pero le decepcionó comprobar que él no le prestaba demasiada atención. Solía retirarse temprano, pero aquella noche quería estar

levantado hasta que ella se marchara. A ella le conmovió en especial que se abstuviera de suplicarle que se quedara, pese a que le indignaba que su madre estuviera decidida a partir de nuevo.

Genji reflexionó sobre la mordaz insinuación del senescal, y el aguijón de la conciencia le hizo sentir en lo más hondo la censura del mundo. Durante largo tiempo dejó de intercambiar misivas con la supervisora de personal. Los cielos prometían las primeras lluvias invernales cuando fue ella quien tomó la iniciativa y le envió un mensaje:

*Mientras avanzaba el otoño, soplaban
gélidos vientos y yo languidecía,*

*tu silencio, y nada más, dominaba la
sucesión de los días.*

Así le escribía, y a él no le desagradó que en aquella, la más triste de las estaciones, la mujer, impulsada por la intensidad de sus sentimientos, se las ingeniara para hacerle llegar una nota secreta, de modo que hizo esperar al mensajero, abrió el armario donde guardaba el papel chino, eligió una hoja especialmente refinada y preparó el pincel con sumo cuidado. Las damas de honor presentes se daban codazos unas a otras y se preguntaban quién podría ser la dama, pues cada gesto de Genji era el de un amante.

«Me di por vencido al comprender que seguir manteniendo correspondencia contigo no llevaría a ninguna parte —le escribí—. Y mientras sigo sufriendo...»

[68]

¿Son para ti mis lágrimas, que vierto al recordarte con nostalgia, lejos de ti, tan sólo la simple lluvia que vierten los cielos al comienzo del invierno?

«Ojalá estuviéramos de veras en contacto, ¡con qué facilidad podríamos entonces olvidar esta monótona lluvia!» A Genji le había quedado una carta muy apasionada. Numerosas damas debían de haber llamado su atención de esa manera,

y él procuraba que sus réplicas no fuesen desalentadoras, aunque no se sentía profundamente vinculado a ninguna.

Por entonces Fujitsubo estaba muy atareada con los preparativos para el rito de los Ocho Discursos, [69] que seguiría a los ritos religiosos en el aniversario del fallecimiento de Su Eminencia. El día del aniversario, a comienzos del undécimo mes, cayó una copiosa nevada. Fujitsubo recibió un mensaje de Genji:

*Aquel desdichado día en que se lo
llevaron de entre nosotros ha vuelto una
vez más,*

*pero ¿cuándo volveremos a ver al
hombre a quien conocimos tan bien?*

Aquel día también era triste para ella, tanto que le replicó así:

Vivir de este modo es una carga mientras dura, pero la llegada de este día entre todos los demás hace que él parezca presente de nuevo.

Fujitsubo no había hecho el menor esfuerzo por adornar su escritura, mas para Genji ciertamente reflejaba una distinción suprema. Aunque la caligrafía no era asombrosamente peculiar ni a la moda, no podría haber sido atribuida a nadie más que a ella. Genji se esforzó por apartarla de su pensamiento y se entregó a las plegarias, humedecido por los copos

de la evocadora nieve.

La ceremonia de los Ocho Discursos tuvo lugar poco después del décimo día del duodécimo mes. Fue un acontecimiento impresionante. Por orden de Fujitsubo, los rollos de la escritura a los que se consagraba cada día, con sus ejes de jade, sus cubiertas de gasa de seda y sus cajas bellamente decoradas, eran más espléndidos que nunca. Puesto que ella ponía todo su empeño en hacer excepcionalmente bien incluso las cosas más triviales, en esta ocasión sus preparativos fueron a todas luces espléndidos. Los elementos del altar e incluso los paños que cubrían las mesas de ofrendas hacían pensar en el paraíso.

El primer día estuvo dedicado al difunto emperador, el padre de la donante, el segundo a la emperatriz, su madre, y el tercero a Su Eminencia. El día del Quinto Rollo [70] los nobles de alto rango vencieron su temor a ofender [71] y asistieron en gran número al rito. Fujitsubo había elegido tan bien al instructor de la jornada que los pasajes familiares, que comenzaban con el de la recogida de leña y esa clase de cosas, resultaron profundamente inspiradores. [72] Los príncipes incorporados a la procesión llevaban ofrendas muy diversas, [73] pero las preparadas por Genji superaban con mucho a las demás. Tal vez parezca que me repito al alabarle,

pero no puedo evitarlo, porque era una maravilla contemplarlo siempre que uno tenía la buena suerte de hacerlo.

Fujitsubo se reservó para sí el mérito del último día, y todo el mundo se quedó asombrado cuando anunció al Buda que renunciaría al mundo. Su Alteza de la Guerra y Genji se horrorizaron. Su Alteza empezó a ir hacia ella, pero Fujitsubo, tras insistir en que su decisión era irrevocable, convocó al abad de la Montaña y, al finalizar la ceremonia, le informó de que deseaba recibir los preceptos apropiados.

Los presentes se emocionaron cuando el abad, su tío, se acercó a ella y le cortó el cabello, [74] y el sonido del llanto se extendió por la residencia.



Cabello corto de monja

Resulta extrañamente conmovedor cuando alguien, por insignificante y mayor que sea, da el gran paso de abandonar el mundo, y que una gran dama lo hiciera sin haber dado el menor atisbo de ello ni siquiera a su hermano justificaba en mayor medida el incesante llanto. A los presentes el propio rito ya les había parecido lo bastante conmovedor, y todos

se marcharon con las mangas húmedas.

Los hijos de Su Eminencia lo sintieron aún más por ella al recordar los mejores tiempos de Fujitsubo, y cada uno de ellos le dio un mensaje de simpatía. Genji permaneció rezagado, sin saber qué decir y en un estado de sombría confusión, pero, una vez los príncipes se hubieron ido — puesto que de lo contrario la gente se preguntaría qué le ocurría—, fue a su encuentro.

La mansión estaba por fin en silencio, y las mujeres se arracimaban aquí y allá, sorbiendo por la nariz y sonándose. La brillante luz de la luna sobre el jardín nevado evocaba de un modo insoportable escenas del pasado, pero él se dominó lo

suficiente para preguntarle:

—¿Qué es lo que te ha hecho decidirte, y de una manera tan repentina...?

Ella le replicó, como siempre a través de Ômyôbu:

—No ha habido nada brusco en mi decisión, pero sabía que iba a causar revuelo y temía flaquear.

Genji adivinaba su presencia detrás de las persianas, percibía un frufrú de seda causado por las damas de honor que la atendían al desplazarse calladamente de un lado a otro, y estaba conmovido, aunque no sorprendido al colegir por otros sonidos que la aflicción aún no había remitido. En el exterior soplaba un

fuerte viento, pero al otro lado de las persianas la atmósfera era fragante, con el «aroma negro intenso» [75] de Fujitsubo y un rastro del incienso de su altar. La propia fragancia de Genji se mezclaba de una manera tan armoniosa con ambos aromas que uno sólo podía pensar en el paraíso.

Llegó un mensajero del príncipe heredero. El recuerdo de la conversación que había tenido con su hijo hizo que su fortaleza flaqueara de tal modo que no pudo responderle, y fue Genji quien proporcionó la réplica.

Los sirvientes de la residencia estaban demasiado nerviosos para que él pudiera decirle todo lo que deseaba.

*Aunque también yo aspiro a dar mi
corazón a esos cielos*

*en los que brilla una clara luna, seguiré
vagando en la oscuridad de este mundo.*

[76]

Así dijo, y añadió: «Deseo tanto que
fuese posible, pero ¡ay... te envidio tu
decisión!». Esto fue todo lo que pudo
decirle, mientras ella, con sus damas de
honor cerca, no pudo transmitirle nada de
su propio sufrimiento.

El corazón de Fujitsubo estaba
rebosante de emoción.

*He renunciado a las tribulaciones
corrientes que nos acosan a todos,*

pero, ah, ¿cuándo abandonaré en verdad el mundo por completo?

«Las preocupaciones mundanas siguen siendo las mías», añadió Fujitsubo, y sin duda la mensajera había adornado sus palabras. Genji se retiró angustiado, presa de una aflicción ilimitada.

Una vez en el palacio de Nijô, se tendió a solas en su aposento, pero no cerró los ojos, y cada vez que le invadía la repugnancia hacia el mundo, le asaltaba la inquietud por el príncipe heredero. Su padre había deseado que la madre del joven príncipe defendiera al menos la dignidad de su hijo ante todos, pero ahora que la desdicha la había llevado tan lejos,

ella nunca podría recuperar su rango anterior. ¿Y qué ocurriría si también él abandonaba al príncipe? Tales eran los pensamientos que le mantenían despierto una hora tras otra.

Quería proporcionarle a Fujitsubo cuanto era necesario para su nueva vida de reclusión religiosa, así que se apresuró a tenerlo todo listo antes del fin de año. No ha llegado a mi conocimiento una descripción completa de los preparativos. De lo contrario, mi relato habría sido demasiado extenso. Pero es una lástima, porque son precisamente éstas las ocasiones que pueden destilar una buena poesía.

Ahora Genji podía visitar a Su

Eminencia Enclaustrada de una manera más abierta que antes, y a veces incluso hablaba en persona con ella. Su secreto anhelo no le había abandonado, pero la satisfacción de su deseo era ahora incluso menos factible.



Banquete imperial

Había llegado el Año Nuevo, y con él nueva animación en la corte, pero las noticias des banquete imperial y la mascarada sólo sirvieron para que

Fujitsubo se afirmara en su soledad, y mientras se dedicaba serenamente a sus letanías y plegarias, centrando sus pensamientos en la otra vida, tenía la sensación de que dejaba atrás todo cuanto antes la afligía. Aparte de la capilla privada, hizo construir otra especial, al sur del ala oeste del palacio, y entonces se trasladó a ese lugar bastante aislado para sumirse en sus devociones.

Era allí donde Genji la visitaba. El hálito del Año Nuevo no había rozado la morada silenciosa y casi desierta de Fujitsubo, donde ahora no había más que unos pocos y fieles miembros de la servidumbre imperial, [77] con las cabezas inclinadas y, según todos los

indicios, muy abatidos. Sólo los ruanos azules acudieron como de costumbre, [78] y sus damas de honor fueron a verlos. No era de extrañar que los nobles de alto rango, que en el pasado acudían en tropel a visitarla, ahora tomaran un camino distinto para congregarse en la residencia situada al otro lado de la avenida. [79] Esto no sorprendió a Fujitsubo, pero era muy triste, y al ver a Genji, que había ido a su encuentro (una estampa lo bastante espléndida para que valiera por un millar de visitantes) las lágrimas afloraron a muchos ojos.

También Genji parecía muy afectado, y tras mirar a su alrededor se sumió en el silencio. En el recinto donde ella llevaba

su nueva vida, los bordes de las persianas y las cortinas eran de color gris azulado, y a través de los espacios entre ellas Genji vio asomar mangas grises o amarillas: [80] una perspectiva que a él sólo le evocaba mayores honduras de gracia y belleza. «Ciertamente, un gusto de lo más refinado...», [81] murmuró, limitándose a pensar tan sólo en que aquella estampa al aire libre (ahora que la delgada capa de hielo había desaparecido del estanque, y había sauces en la orilla...) era la propia de la estación. También él tenía un aspecto incomparablemente elegante.

Al percatarme ahora de que una monja vive aquí, recogiendo penas como algas

marinas,

*gotas saladas se desprenden de mis ojos
en esta isla de los Pinos. [82]*

Así dijo Genji y, como la cámara era bastante pequeña y estaba en buena parte ocupada por el altar, la respuesta baja de Fujitsubo sonó con mucha nitidez:

*Del mundo que conocí no queda rastro
en esta isla de los Pinos,
y es un milagro que alguna ola venga a
visitarme. [83]*

Él no podía contener las lágrimas, y dijo poco más antes de marcharse, pues las miradas de las monjas que habían

renunciado al mundo le azoraban.

—¡En qué excelente caballero se ha convertido! —le dijeron a su señora las llorosas monjas—. Cuando el mundo entero era suyo y no tenía ninguna preocupación, una se preguntaba cómo alguien tan afortunado podría saber algo de la vida. Pero ahora es muy serio, y esa tristeza que él infunde en casi todo lo que hace te llega al corazón.

Los recuerdos también embargaban a su señora.

Los sirvientes de Su Eminencia no recibieron lo que les correspondía cuando se anunció la lista de nombramientos y, para amarga decepción de muchos, se retiraron los ascensos que deberían haber

sido suyos por norma o por prerrogativa de su señora. [84] No había ningún motivo para que en su nueva condición ella perdiera su antigua dignidad o se viera privada de los emolumentos estipulados, [85] pero esa condición era sin embargo el pretexto de los numerosos cambios a que ahora se veía sometida. Pese a que había abandonado tales preocupaciones, a menudo le dolía ver la aflicción de sus sirvientes, pero su único deseo hondamente sentido era que el ascenso al trono del príncipe heredero se produjera con suavidad, incluso a costa de su propia ruina, y a tal fin dedicaba constantes oraciones. Puesto que tenía una razón secreta para temer lo peor, calmaba

sus temores rogando al Buda que la aligerase de su carga de pecado y le concediera el perdón. Genji percibía los sentimientos de Fujitsubo y los comprendía. Su propia gente con frecuencia sufría decepciones similares; por eso, lleno de repugnancia hacia el mundo, Genji se encerraba en sus aposentos.

Su Excelencia de la Izquierda estaba lo bastante molesto por el cambio que ahora experimentaba su propio mundo, tanto público como privado, para presentar su dimisión, pero Su Majestad recordaba hasta qué punto su difunto padre había confiado en tal consejero y cómo al final lo había recomendado a su

sucesor como un perdurable pilar del reino, y por tanto, lo consideraba demasiado valioso para prescindir de él. Aunque se negó repetidas veces a aceptar su dimisión, Su Excelencia la presentó tenazmente una y otra vez, hasta que por fin pudo retirarse a su residencia. Entonces la otra facción floreció como nunca hasta entonces. Cuando el ministro que mantenía la estabilidad del reino renunció a su cargo, Su Majestad se quedó desamparado, y los cortesanos prudentes no dejaban de lamentarse.

Todos los hijos de Su Excelencia habían gozado de la estima del mundo y vivido libres de preocupaciones, pero ahora estaban en declive, y el futuro sólo

prometía oscuridad al capitán. [86]
Seguía visitando de vez en cuando a la cuarta hija del ministro de la Derecha, pero el trato inadecuado que le daba hizo que su padre lo excluyera de entre sus yernos preferidos. El hecho de que le hubieran omitido (tal vez como advertencia) en la lista de las recientes promociones no le afligió en exceso. Puesto que el mismo Genji estaba ocioso y era evidente que en cualquier caso la vida era traicionera, su situación apenas le sorprendía, y con tal estado de ánimo visitaba frecuentemente a Genji y compartía con él el estudio y los placeres de la música.

Recordaba de qué descabellada

manera había desafiado a Genji en el pasado, y ahora competía de nuevo con su amigo en cualquier terreno, por pueril que fuese. Por supuesto, Genji encargó los ritos más impresionantes para la lectura de las escrituras en primavera y otoño, pero también para ocasiones similares no tan importantes, fuera de calendario, [87] y convocó a los doctores (que, por lo demás, parecían estar ociosos) a fin de entretenerse componiendo poemas en chino, adivinando rimas y cosas por el estilo. [88] En una palabra, se dedicaba a descansar y, en vez de presentarse al servicio en la corte, se divertía como le venía en gana, hasta tal punto que algunos empezaron a hablar de él en unos términos

muy desagradables.

Uno de aquellos días de ocio, cuando caía una mansa lluvia estival, el capitán apareció con un porteador que llevaba una selección apropiada de colecciones de poesía. Genji, además, pidió que abrieran su biblioteca. Tras ordenar que le dieran unos volúmenes de poesía antiguos, raros y curiosos, guardados en unos estuches que no había examinado hasta entonces, llamó discretamente a aquellos cuyos intereses les inclinaban en ese sentido. Los numerosos participantes, unos de la Academia y otros caballeros de la corte, se dividieron por orden de Genji en un grupo de la Izquierda y otro de la Derecha. [\[89\]](#) Los soberbios premios

ofrecidos estimularon una intensa competencia. Predominaban las rimas difíciles mientras el concurso proseguía, y que Genji propusiera una y otra vez la correcta cuando incluso renombrados estudiosos se quedaban perplejos evidenciaba sus excepcionales conocimientos.

—¿Cómo es posible que tenga todos los talentos? —murmuraban, alabándole.

—¡Sin duda su destino ha querido que sea mejor en todo que los demás!

Al final perdió la Derecha.

Dos días después, el capitán dio el banquete del perdedor. Fue bastante modesto, pero las cajas de madera de ciprés eran elegantes y los premios

variados, e invitó a los mismos de la ocasión anterior a componer poemas en chino y cosas por el estilo. Por aquel entonces, los rosales situados bajo la escalinata estaban empezando a florecer, [\[90\]](#) y en una época del año de clima tan suave, más apacible que la de las flores de primavera y otoño, todos se dedicaron alegremente a tocar instrumentos musicales.



Músico tocando el shō

Uno de los hijos del capitán, un chiquillo de ocho o nueve años que acababa de ser presentado en la corte, canto y tocó el *shō* con tal pericia que atrajo la atención del encantado Genji. Era el segundo hijo nacido de la cuarta hija del ministro de la Derecha. Todo el mundo había depositado grandes esperanzas en él y le trataban con afecto, puesto que era muy inteligente, además de guapo. Cuando aumentó un poco el volumen de la música, cantó muy bien «Takasago», [\[91\]](#) con voz

alta y clara. Genji se quitó una de sus prendas de vestir y la puso sobre los hombros del muchacho. [92] Su rostro, enrojecido por la desacostumbrada excitación, era de una belleza sin par, y su piel tenía un brillo extraordinario. visible a través de la seda de las ligeras ropas de verano, hasta que a los instruidos invitados que le miraban desde una corta distancia se les humedecieron los ojos.

—¡Cómo te añoro, azucena mía! — finalizó la canción del muchacho.

El capitán le ofreció a Genji una taza de sake, diciéndole:

*Todos han deseado ver florecer esta
mañana esas primeras flores,*

¡pero contemplo en ti una belleza tan grande como la suya! [93]

Genji tomó la taza, sonriente.

Esas flores que esta mañana han florecido fuera de temporada, parecen haberse marchitado antes de que pudieran mostrar su belleza.

—No soy el que era, ¿sabes? — bromeó, tomando resueltamente el tributo de que era objeto por una cortesía de beodo, pero el capitán reprobó sus palabras y le instó a seguir bebiendo.

Como advierte Tsurayuki, [94] no tiene sentido dejar constancia de todos los

poemas imperfectos recitados en tales ocasiones, por lo que le he obedecido y los he dejado convenientemente de lado.

Tanto en las estrofas chinas como en las japonesas, el único tema de los invitados era la alabanza de Genji, y éste, transportado por visiones de su propia gloria, llegó a declamar, refiriéndose a sí mismo, la estrofa cuyo primer verso dice: «El hijo del rey Bun soy, hermano menor del rey Bu». Fue un gran momento, pero ¿qué podría haber dicho acerca del rey Sei? Tal vez esa consideración le hizo refrenarse. [\[95\]](#)

También Su Alteza visitaba con frecuencia a Genji, y tocaba tan bien que era un perfecto compañero en las veladas

musicales.

Oborozukiyo se retiró por entonces de la corte. Desde hacía tiempo padecía fiebre recurrente, y quería estar libre para encargarse de ritos sanadores. Su familia se alegró al ver que mejoraba una vez comenzaron los ritos, y entretanto, de acuerdo con Genji y con cualquier excusa, se las ingeniaba para recibirle todas las noches.

Era una mujer joven, elegante y cautivadora, ahora más delgada debido a su leve enfermedad, y atractiva en extremo. Genji temía que los descubrieran porque ahora la emperatriz madre también estaba en la casa, pero, como de costumbre, el peligro sólo le estimuló a

multiplicar sus visitas en el mayor secreto. Algunas damas de honor debieron de reparar en esas idas y venidas, pero no informaron a la emperatriz madre para no crear dificultades.

Por supuesto, Su Excelencia no sabía nada de todo esto cuando una noche, poco antes del amanecer, se desencadenó una repentina tormenta y el estrépito de la lluvia y el retumbar de los truenos alarmaron a sus hijos y al personal de la emperatriz madre. Había gente por doquier, las damas de honor se habían apiñado cerca, aterradas, y el desesperado Genji no pudo marcharse antes de que hubiera despuntado el día. Había incluso suficientes mujeres

alrededor del lecho cubierto por cortinas de su amante para que el corazón le latiera con fuerza. Las dos que lo sabían estaban frenéticas.

Cuando cesaron los truenos y amainó la tormenta, Su Excelencia visitó primero a la emperatriz madre. Entonces, mientras un chaparrón repentino ahogaba el ruido producido por su llegada, entró bruscamente en el aposento de su hija menor y alzó las persianas. [96]

—¿Estás bien? Ha sido una noche atroz, y no dejaba de pensar en ti... La verdad es que debería haber venido antes. ¿Ha venido a verte el capitán o el vicechambelán [97] de la emperatriz madre?

Siguió hablando sin pausa, e incluso en aquella apurada situación, cuando la imagen de Su Excelencia de la Izquierda pasó por su cabeza, Genji sólo pudo sonreír ante la gran diferencia que apreciaba entre ambos. ¡Por lo menos, el hombre podría haberse ahorrado sus observaciones hasta haber entrado del todo en la habitación!

Presa del pánico, Oborozukiyo salió de entre las cortinas, tan ruborizada que su padre supuso que aún estaba enferma.

—¿Qué te ocurre? ¡Estos espíritus son una amenaza! Deberíamos haber pedido que prolongaran los ritos. —Siguió hablando hasta que reparó, sorprendido, en una faja violeta que había salido con

ella, enredada en su falda. Vio también en el suelo, al lado de la cortina, una hoja de papel doblada en la que había algo escrito—. ¿De quién es esto? —inquirió, alarmado al pensar en lo que tales hallazgos podían significar—. ¿Qué hacen aquí estas cosas? Dámelas. Vamos, recógelas, y veré de quién son.

Sólo entonces ella miró hacia atrás y vio también el papel. ¿Qué podía responder, cuando era imposible ocultar la verdad? Un hombre de su posición debería haber visto lo azorada que estaba y se habría dominado en consideración al profundo desasosiego que experimentaba, aun cuando fuese su propia hija; pero no, él era demasiado exaltado e irascible para

eso. Cor el papel en la mano, miró al otro lado de la cortina y vio allí, desvergonzadamente repantigado, a un joven que sólo entonces se cubrió a hurtadillas el rostro y se movió para ocultarse. A pesar de su asombro e indignación, no podía exigirle al joven que se identificara. Presa de un furor ciego, salió con el papel en la mano y se dirigió al edificio principal. Oborozukiyo, a punto de desmayarse, pensó que iba a morir. Genji lamentaba una serie de absurdas aventuras que ahora sabía con certeza que le valdrían la pesada carga de la censura de todos, pero hizo cuanto estaba en su mano por consolarla en aquellos momentos de evidente aflicción.

Su padre, hombre obstinado e incapaz de comportarse con discreción, no había ganado nada con el paso de los años —al contrario, su irascible carácter se había agudizado por la edad—, y ahora no iba a vacilar. Presentó su queja a la emperatriz madre.

—He aquí lo que ha estado sucediendo. La caligrafía de este papel pertenece al comandante de la Derecha. Todo esto empezó hace ya mucho tiempo y sin mi permiso, pero le perdoné, teniendo en cuenta quién era, y le dije que, después de todo, le aceptaría, [98] pero él despreció mi propuesta y se comportó tan mal que me disgusté mucho. Sin embargo, lo achaqué al destino y se la ofrecí a Su

Majestad, confiando en que no la consideraría manchada. Al final, sin embargo, la nube bajo la que ella se encuentra le ha impedido ser nombrada consorte, lo cual es una gran lástima, y este último incidente me repugna mucho más que nunca. Sé que así son los hombres, pero esto tan sólo demuestra lo despreciable que es el comandante. Dicen de él que ahora incluso tiene la audacia de acosar a la sacerdotisa del Kamo, que intercambia en secreto correspondencia con ella y fomenta ciertas sospechas, algo que no sólo constituye un evidente riesgo para el reino, [99] sino también para él mismo, tanto que nadie puede dar crédito a semejante locura por su parte; parece

que todos sienten un respeto reverencial por él, como si fuese un dechado de virtudes de nuestro tiempo.

La emperatriz madre se mostró incluso más vehemente que él sobre el particular.

—Puede que mi hijo sea el emperador—replicó—, pero nadie le ha tenido jamás el menor respeto. El ministro de la Izquierda no le ofreció a su preciosa y única hija, a él, el hermano mayor y príncipe heredero; no, se la dio al menor, un mozalbete plebeyo que ni siquiera tenía la edad adecuada. Y cuando confiábamos en enviar a nuestra muchacha al servicio de palacio, ¿puso alguien objeciones a la ridícula posición en que ese Genji la había dejado? Parece ser que todo el

mundo le admiraba tanto que ella sigue sirviendo allí, a pesar del fracaso de nuestro primer plan, pero de todos modos me he sentido obligada a asegurar que la pobrecilla pueda llevar la cabeza alta, aunque sólo sea para demostrar a ese miserable quién es quién. Pero ahora a ella le ha dado por seguir sus inclinaciones secretas. Sin duda lo que dicen acerca de la sacerdotisa del Kamo es bien cierto. ¡Sí, hay toda clase de razones para temer por Su Majestad, dado lo mucho que ese hombre espera del próximo reinado del príncipe heredero!

Esta diatriba le pareció al ministro tan implacable y penosa que se preguntó por qué le había planteado el asunto.

—En cualquier caso —dijo, esforzándose por restablecer la calma—, me gustaría que lo sucedido no se divulgara más. No se lo digas a Su Majestad. Sí, ella es culpable, pero supongo que cuenta con su indulgencia para librarse del rechazo. Adviértela en privado, y si ella no escucha, seré yo quien cargue con la culpa.

Pero el semblante de la emperatriz madre no se serenó. No podía permitir que Genji se burlara deliberadamente de ella y la menospreciara al invadir su casa con semejante descaro cuando ella misma estaba allí y además tan cerca, y esto le proporcionó una buena razón para llevar a efecto las medidas destinadas a lograr la

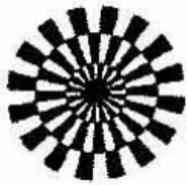
caída de Genji.

Hanachirusato

Flores que caen

Hanachirusato significa «pueblo donde caen las flores». Genji visita a una dama que vive allí y le entrega el siguiente poema:

El deseo vehemente del dulce aroma del naranjo impulsa al cuclillo a buscar el pueblo donde caen unas flores tan fragantes.



Relación con los capítulos anteriores

«Flores que caen» tiene lugar en el período cubierto por «La rama verde», en el quinto mes del año siguiente a aquel en que Fujitsubo ha abrazado la vida religiosa.

Personajes

Genji, de 25 años

Koremitsu, confidente de Genji

Una mujer, en una casa cerca de
Nakagawa

La consorte Reikeiden

Su hermana menor

(Hanachirusato)

El pesar que consumía en secreto a Genji no parecía que fuese a desaparecer jamás, pero ahora que el mismo mundo significaba tan sólo un cúmulo creciente de penas y decepciones, lo rechazaba todo en su desesperación, a pesar de que las tentaciones aún eran numerosas.

La dama conocida como Reikeiden [\[1\]](#) no había dado hijos al difunto emperador retirado; tras su muerte ella se sumió en una existencia cada vez más apurada, y su único alivio parecía ser la amable generosidad de Genji. En palacio, éste había conocido fugazmente a su hermana menor y, siendo él quien era, no la había olvidado, aunque tampoco había tratado

de intimar con ella, de modo que ahora, cuando las dificultades le acechaban por todas partes, recordó lo amarga que debía de ser la vida de aquella dama, y durante una pausa excepcional de las lluvias estivales no resistió la tentación de visitarla.

Partió con mucha modestia, sin escolta que despejara su camino, y al cruzar el Nakagawa, le llegaron los sonidos de un *koto* briosamente tañido al estilo *azuma* desde una casita rodeada de hermosos árboles. El sonido le agradó y, puesto que la casa estaba a escasa distancia de la valla, se asomó un poco para mirar. Desde un gran laurel, el viento le trajo una fragancia que le recordó el Festival del

Kamo, [2] y se emocionó al reconocer aquel encantador lugar, puesto que ya había estado allí.

Se contuvo, pues había pasado tanto tiempo que tal vez ella no le reconocería, pero de todos modos era reacio a marcharse. En aquel preciso momento cantó un cuclillo que pasaba volando. Esto era bastante alentador, por lo que ordenó que dieran la vuelta a su carruaje y, como siempre, pidió a Koremitsu que fuera a la casa con este mensaje:

*Ha vuelto, esclavo del amor que no se
sacia, el cuclillo de ayer a la
valla donde otrora su canto fue tan
breve. [3]*

Las mujeres se encontraban en el lado oeste de lo que a Genji le pareció el edificio principal Koremitsu, que ya conocía sus voces, carraspeó para advertirlas y transmitió su mensaje. Las mujeres parecían jóvenes, y debía de intrigarles quién enviaba la misiva. La dama respondió:

*Conozco bien la canción que traes,
cuclillo, pero ese recuerdo
deja tan nublada como antes la voluntad
del cielo lluvioso.*

Y, en opinión de Koremitsu, fingió incertidumbre a propósito.

—Muy bien, entonces —dijo Genji—.

«Uno confunde el seto». [4]

Dicho esto, reanudó su camino, dejando a la dama secretamente despechada y decepcionada. Con todo, es posible que a ella le asistieran no pocas razones para ser cauta, [5] de modo que él no insistió y se puso a pensar en lo atractiva, entre las damas de esa clase, que había sido la danzarina Gosechi de Tsukuchi. [6] Parece ser que él jamás perdía el interés por ninguno de sus amoríos. El paso de los años no conseguía borrar sus sentimientos por ninguna de las damas a las que había conocido, si bien en muchas esto sólo despertaba las penas de quien suspira por amor.

Cuando llegó a su destino y encontró

el lugar tan silencioso y desierto como había esperado se sintió conmovido. Primero visitó a la consorte Reikeiden y le hizo compañía hasta altas horas de la noche, hablando de los viejos tiempos. Era la vigésima noche y la luna había salido, pero los árboles eran tan altos que mantenían el lugar en la oscuridad, y el aroma del cercano azahar evocaba numerosos recuerdos sentimentales. Las maneras de la consorte revelaban su edad, pero conservaba su carácter amable y su sensibilidad. Genji pensó en que, si bien el difunto emperador retirado no la había tenido entre sus favoritas, de todos modos había apreciado su discreto encanto, y los recuerdos de aquel tiempo se sucedieron

en su mente hasta que le cayeron las lágrimas.

Un cuclillo, tal vez el mismo que había oído antes, cantó de nuevo, y Genji pensó con agrado que tal vez le había seguido. «¿Cómo lo ha sabido?» [7], murmuró para sí, y le dijo a la dama»:

*El deseo vehemente del dulce aroma del
naranja impulsa al cuclillo
a buscar el pueblo donde caen unas
flores tan fragantes. [8]*

Y siguió diciendo:

—Debería haber venido hace mucho tiempo en busca de consuelo, por todos los tesoros que todavía conservo. Hacerlo

así me habría consolado de muchas maneras, aunque también podría haberme entristecido. La gente cambia tanto con los tiempos que, a estas alturas, hay muy pocos con los que pueda compartir el pasado, y tú incluso debes de tener menos que te distraigan de las preocupaciones cotidianas.

Ella mostraba todas las señales de llevar mucho tiempo resignada a la melancolía, como no podía ser menos, y es posible que, para Genji, fuesen sus mismas cualidades las que prestaban un aire especialmente triste a su difícil situación. La dama se limitó a replicar:

Nadie visita este hogar mío venido a

menos, y sólo las flores

*que adornan el árbol junto a mis aleros
te provocan el deseo de venir.*

Aun así, para él seguía sin haber ninguna mujer comparable a ella.

Con suma discreción, Genji se asomó a la sala occidental, [9] donde el asombro causado por su visita y su excepcional apostura debió de hacer olvidar todo cuanto la dama podía tener contra él. Como de costumbre, se expresó de un modo tan amable que sin duda cuanto dijo iba en serio.

Ninguna dama a la que Genji hubiera conocido, por muy breve que hubiese sido el encuentro, carecía de una particular

distinción, como tampoco ninguna de ellas le daba motivos para lamentar cortejarla, y tal vez por ello no surgían fricciones y siempre se llevaban bien. Que aquellas que deseaban más perdieran interés por él era algo que aceptaba como ineluctable característica del mundo. Precisamente por esa razón la dama en cuya casa el cuclillo había cantado a Genji había dirigido sus afectos a otra parte.

12

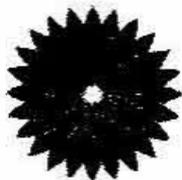
Suma

Suma, una franja de costa al pie de las colinas, se encuentra hoy dentro de los límites municipales de Kobe. Allí vivían las *ama* («gentes del mar»), y en poesía el *ama* típica era una mujer joven dedicada a la obtención de sal, cuyo ardiente amor revelaba el humo de la fogata que utilizaba en su tarea.

Suma era también conocida por ser el lugar donde Ariwara no Yukihiro (818-

893) tuvo que exiliarse. Por esta razón acude a la mente de Genji cuando piensa en abandonar la ciudad.

El capítulo contiene una excepcional abundancia de alusiones a la literatura escrita en chino, sobre todo la poesía de otros dos famosos literatos exiliados: Bai Juyi y el erudito y estadista japonés Sugawara no Michizane (846-903).



Relación con los capítulos anteriores

Existe una laguna entre el verano en que terminan «La rama verde» y «Flores que caen» y el comienzo de «Suma», en el tercer mes del año siguiente. «Suma» finaliza un año después, cuando Genji tiene veintisiete.

Personajes

Genji, de 25 a 27 años de edad

La dama del ala oeste del
palacio de Genji, de 18 a 19
(Murasaki)

La dama de las flores que
caen (Hanachirusato)

Su Eminencia

Enclaustrada, de 31 a 32
(Fujitsubo)

El hijo de Genji, de 5 a 6

(Yûgiri)

Su Excelencia, antes ministro de
la Izquierda, de 60 a 61 (Sadaijin)

El capitán, también nombrado
asesor (Tô no Chûjô)

Chûnagon, una dama de honor de la
mansión de Su Excelencia

Su Alteza, la madre de Aoi y Tô no
Chûjô (Ômiya)

Saishô, el aya de Yûgiri

Su Eminencia, el fallecido padre
de Genji, después de su muerte (Kiritsubo
In)

Su Alteza, el príncipe virrey,
hermano de Genji (Hotaru no Sochi no
Miya)

La ex consorte Reikeiden

Shônagon, el aya de Murasaki

La dama de cámara
(Oborozukiyo)

**Un ayudante de la
Guardia de la Derecha de
Palacio**, hermano del gobernador de
Kii

Ômyôbu, una de las damas de honor
de Fujitsubo

Su Alteza, el príncipe heredero,
hijo de Fujitsubo, de 8 a 9 años (Reizei)

Yoshikiyo, hijo del gobernador de
Harima y sirviente de Genji

El gobernador de Settsu,
uno de los sirvientes de Genji

Su Reverencia, el tío abuelo de
Murasaki (Kitayama no Sôzu)

El Refugio de Rokujô, de
33 a 34 años (Rokujô no Miyasudokoro)

Su Excelencia, el ministro de la
Derecha (Udaijin)

**Su Majestad el
emperador,** de 28 a 29 años
(Suzaku)

El comisionado de
Asuntos Civiles (probablemente
Koremitsu)

El delegado del virrey de
Dazaifu

La danzarina de Gosechi,
su hija

El gobernador de
Chikuzen, un chambelán, hijo del
ayudante del virrey de Dazaifu

El Novicio, de unos 59 o 60 años
(Akashi no Nyûdô)

Su hija, de 17 a 18 (Akashi no Kimi)

**La madre de Akashi no
Kimi**, de poco más de 50 años (Akashi
no Amagimi)

Genji se enfrentaba a un creciente desagrado hacia su persona en un mundo hostil, y sabía que hacer caso omiso de la situación sólo empeoraría las cosas. Era cierto que había pensado en Suma, pero si bien alguien había vivido allí mucho tiempo atrás, tenía entendido que ahora el lugar estaba muy aislado y en los alrededores apenas se encontraba alguna choza de pescadores; sería una soledad excesiva, aunque él no abrigara ningún deseo de vivir entre multitudes pululantes. Por otro lado, el mero hecho de estar lejos de la ciudad le llenaría de preocupación por su hogar. Su mente estaba sumida en una confusión muy poco digna.

Reflexionó largo y tendido sobre lo que pertenecía al pasado y sobre lo que estaba por venir, y ese esfuerzo le trajo no pocas aflicciones. Ahora que estaba pensando en la posibilidad de alejarse del mundo que rechazaba, había muchas cosas de las que le parecía imposible prescindir; sobre todo de su damita, que sufría más cada día y cada noche que pasaban. Uno o dos días lejos de ella causaban inquietud a Genji, aunque estuviese convencido de que «el tiempo los reuniría una vez más», [\[1\]](#) y la muchacha estaba triste. Y ahora se desanimaban al pensar que él podría ausentarse durante años y que, a pesar del anhelo de volver a encontrarse, la vida

podría engañarles y tal vez la partida de Genji sería definitiva. Así pues, a veces él se preguntaba si no haría mejor llevándosela discretamente consigo. Pero sería un error llevar a un ser tan delicioso a una costa tan sombría, donde no tendría más compañía que la del viento y las olas, y Genji sabía que, si hiciera tal cosa, su preocupación sería constante. «¡Si puedo estar contigo no me importan los terrores del viaje!», le decía ella, claramente dolida.

Genji no solía visitar a la dama de las flores que caen, pero ésta, como es natural, también sufría, puesto que sólo su generosidad la sostenía en la deprimente vida que llevaba. Muchas de las damas a

las que él había conocido, por superficial que hubiera sido su relación, se sentían apesadumbradas en secreto ante la perspectiva de su partida.

También recibía constantes mensajes privados de Su Eminencia Enclaustrada, pese al deseo que ella tenía de evitar los dañinos rumores. Ojalá, se decía él, la dama le hubiera mostrado tan afectuosa consideración hacía mucho tiempo; pero no, reflexionaba amargamente, su amor por ella sólo había servido para hacerle experimentar todas las variedades del dolor.

Poco después del día vigésimo del tercer mes, Genji partió de la ciudad. No comunicó a nadie la hora de su marcha, y

la emprendió con el mayor sigilo, acompañado tan sólo por siete u ocho sirvientes de confianza. A las personas hacia las que se sentía más obligado les envió discretas cartas, algunas de las cuales, en la conmovedora plenitud de su elocuencia, sin duda habría merecido la pena leer; pero todo aquello era tan triste y me afectaba tanto que no llegué a informarme con detalle de su contenido.

Dos o tres días antes, Genji había visitado la mansión de Su Excelencia resguardado por la oscuridad. Su furtiva entrada, en un carruaje corriente, de mimbre, que parecía el de una mujer, [2] fue triste y podría haber sido un sueño. En las habitaciones que pertenecieron a la

difunta sólo experimentó soledad y desolación. Las ayas de su hijo y las mujeres que se habían quedado para servirle se reunieron para verle, intrigadas por su visita, y las más jóvenes y atolondradas lloraron ante aquella prueba del talante veleidoso de la fortuna. El niño era muy hermoso y corría de un lado a otro.

—¡Cómo me conmueve que no me haya olvidado después de tanto tiempo! —exclamó Genji, y lo sentó en su regazo, esforzándose visiblemente por dominar sus sentimientos.

Su Excelencia acudió a recibirle.

—Había confiado en ir a verte y charlar de esto y aquello mientras estabas

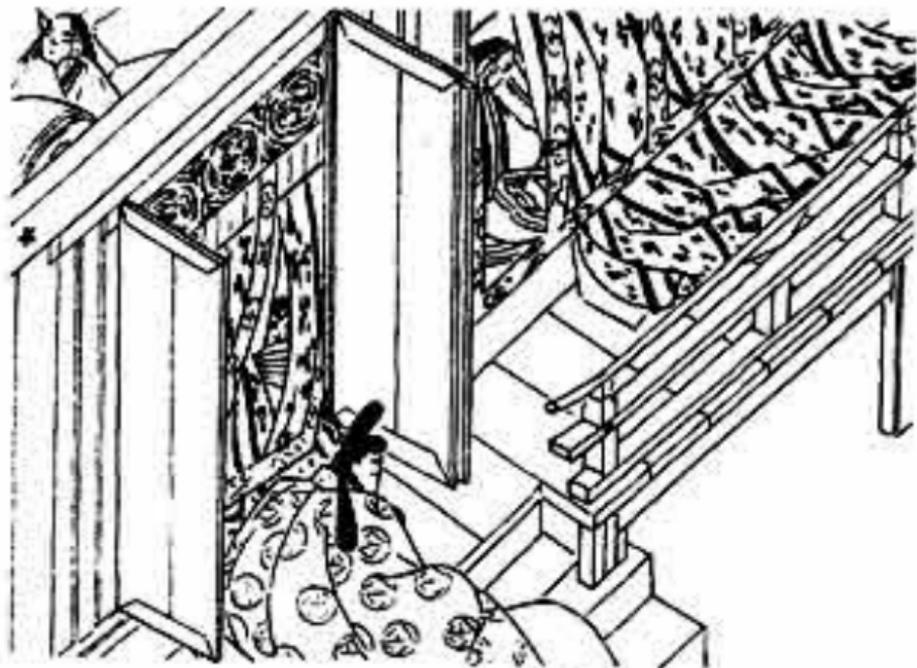
ocioso en casa —le dijo—, pero ahora mi mala salud me impide servir en la corte y me ha obligado a dimitir de mi cargo, y por ello pensé que tal vez no sería bien recibido si iba allá por motivos privados... Ya no necesito preocuparme por lo que piense el mundo, pero lo cierto es que temo el temple maligno de los tiempos. Verte así me recuerda cuánto desearía no haber vivido para ser testigo de una época tan corrupta. Ni en mis más desbocadas fantasías podría haber llegado a imaginar esto. Estoy consternado. — Rompió a llorar amargamente.

—Dicen que cuanto nos sucede es nuestra recompensa por las vidas anteriores, lo cual significa, en una

palabra, que todo esto se debe a mis propios defectos —respondió Genji—. Tengo entendido que en el otro reino [3] también se considera del todo erróneo, por parte de alguien a quien un pequeño desliz le haya granjeado el desagrado de su soberano, vivir como lo hacen quienes no han errado, aun cuando, como es mi caso, no le hayan despojado de su rango y su cargo. La decisión de enviarme a un lejano exilio, pues sé que la han tomado, sólo muestra lo excepcional que es la ofensa que me imputan. No me atrevo a hacer caso omiso de semejante censura tan sólo porque mi corazón es puro y, en consecuencia, he decidido apartarme del mundo antes de enfrentarme a un deshonor

todavía más grande.

Siguió hablando de este modo durante un rato. Entonces Su Excelencia habló del pasado, del difunto padre de Genji y de los deseos que éste había expresado con respecto a su hijo, y en ningún momento se apartó de los ojos las mangas de su manto. Genji tampoco pudo contenerse. Le desgarraba ver a su hijito entrar y salir correteando de la estancia, acercándose primero a un adulto y luego al otro.



Barandilla

—Ella ha desaparecido, lo sé, pero jamás, jamás la olvidaré —dijo Su Excelencia—. Sí, todavía la lloro, pero me consuela pensar cómo le trastornarían tus actuales circunstancias si hubiera vivido, y me alivia que la muerte le haya ahorrado esta pesadilla. Para mí lo más

triste de todo es que su hijo, tan pequeño, se haya quedado con una pareja de ancianos, y sabes que pasará mucho tiempo hasta que vuelva a tener consigo a su padre. En los viejos tiempos, incluso a un hombre que se había portado mal se le ahorraba esto. Sí, todo se debe al destino, y muchos en otras tierras han sufrido como tú. Sin embargo, ellos fueron víctimas de la calumnia. No, para mí esto es sencillamente inconcebible.

Su Excelencia habló durante largo tiempo.

Entonces el capitán [\[4\]](#) se reunió con ellos y bebieron juntos hasta tan tarde que Genji se quedó a pasar la noche, reunió a las mujeres a su alrededor y conversó con

ellas. Chûnagon, a la que favorecía en secreto, estaba muda de aflicción, y él la compadecía en silencio. Cuando por fin todos los demás se hubieron retirado, Genji se dedicó exclusivamente a ella. Ésa debía de ser la razón principal de que se hubiera quedado.

Se marchó muy tarde, cuando amanecía y una hermosa luna se demoraba en el cielo. La gran floración de los cerezos había terminado; la bruma se deslizaba por el pálido jardín, bajo las ramas que iban desprendiéndose de pétalos, para fundirse aquí y allá con las flores que quedaban y crear una escena más hermosa que cualquier noche otoñal. Genji contempló la escena durante un rato,

apoyado en la barandilla. Chûnagon, que sin duda quería despedirse de él, abrió las puertas dobles y se sentó de cara al exterior.

—Es posible que nunca volvamos a vernos, ¿sabes? —le dijo Genji—. No sabía cómo era el mundo y nunca me esforcé lo suficiente por verte, cuando durante todo este tiempo habría sido tan fácil.

Ella lloraba en silencio.

Saishô, el aya del hijo de Genji, le trajo un mensaje de Su Alteza: «Habría querido hablar contigo en persona, pero, aquejada de problemas y aflicción, he vacilado. Me he enterado de que te marchas en plena noche y, a mi modo de

ver, de una manera que se aparta por completo de tus viejas costumbres. [5] Ni siquiera aplazas tu partida porque alguien que te es querido esté durmiendo».

Genji lloró y, como si no lo hiciera para recibir una respuesta, murmuró:

Voy a ver ahora si allá, en esa orilla donde las gentes del mar queman sal, de sus fogatas se eleva un humo tan alto como el que se alzó en Toribeno.

Y siguió diciendo:

—¿Es, pues, éste el dolor de la separación al alba? [6] ¡Ah, tener a mi lado a quien también lo conoció!

Saishô replicó con la voz rota por el

llanto:

—La palabra «separación» es siempre cruel, pero, mi señor, sin duda esta mañana es distinta a cualquier otra.

La hondura de su sentimiento era inequívoca.

Genji replicó a Su Alteza: «Tenía muchas cosas que decirte, y te ruego que comprendas la angustia que me ha mantenido en silencio. Ver al pequeño dormido sólo haría que abandonar este mundo me resultara más difícil y, en consecuencia, he decidido marcharme cuanto antes».

Las damas se asomaron para verle partir. La belleza y la elegancia renovadas de su triste figura, a la luz de la luna

poniente, habrían conmovido hasta las lágrimas a un lobo o un tigre. No era de extrañar que quienes habían tenido el privilegio de conocerle desde su niñez se asombraran al verlo tan cambiado.

Oh, sí, Su Alteza había respondido:

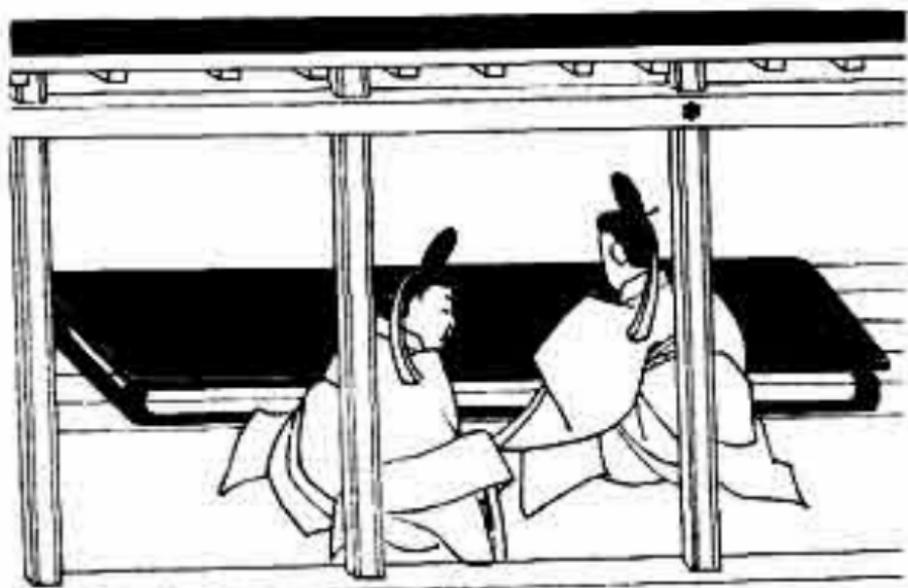
*Entre tú y ella se extenderán con el
tiempo más amplias distancias,
pues ya no verás los cielos que
recibieron su humo.*

Después de su partida, que añadía nuevas congojas a las anteriores, las damas de honor perdieron el último asomo de dignidad y se echaron a llorar.

De nuevo en casa, Genji encontró a

sus propias damas de honor, que no parecían haber dormido, arracimadas aquí y allá, presas de una profunda tristeza. No había nadie en la sala de guardia, y sus sirvientes de más confianza estaban sin duda ocupados en sus despedidas personales, preparándose para acompañarle. Cualquiera que le visitase cometería una falta grave, y quien lo hiciera correría cada vez más el riesgo de sufrir represalias, por lo que donde otrora hubo caballos y carruajes apiñados ante sus puertas, ahora reinaba un árido silencio, y Genji experimentaba la traición de la vida. El polvo se había acumulad» aquí y allá sobre las mesas de servicio, algunas esterillas estaban

enrolladas y él ni siquiera se había ido todavía. Podía imaginar la desolación que se avecinaba.



Mesas de servicio

Se encaminó al ala oeste. Las mu—
chachas paje se habían tendido a dormir
en la terraza y otros lugares —pues ella
había pasado una noche triste e insomne,
con los postigos de rejilla abiertos—, y

sólo ahora empezaban a levantarse. Genji las miró apenado, tan bonitas con sus ropas de servicio nocturno, cuando en otras circunstancias no les habría dirigido ni una sola mirada, y pensó que, con el transcurso de los años, todas ellas se dispersarían.

—Mira, tenía tanto que hacer que he estado levantado hasta muy tarde —le dijo a la muchacha—. Debes de imaginar cosas raras, como de costumbre. No sabes cuánto preferiría no dejarte en unos momentos así, pero, ahora que me voy tan lejos, como es natural he de resolver muchos asuntos urgentes y no puedo estar siempre aquí. El mundo ya es bastante cruel tal como es, y no soportaría que

nadie me acusara de crueldad.

—¿Cosas raras? ¿Podría haber algo más raro que lo que ya está sucediendo?

La muchacha no dijo más.

No era de extrañar que ella estuviera más apenada que nadie. Su Alteza, su padre, estaba un alejado de ella que, desde hacía mucho tiempo, había depositado en Genji todo su afecto, y ahora el temor a los rumores lo disuadía de visitarla o escribirle, lo cual avergonzaba a Murasaki ante sus damas de honor y le hacía lamentar que él hubiera descubierto dónde se encontraba. Se había enterado de una observación que había hecho su madrastra: «¡Su suerte no ha durado! ¡Es execrable! Ama a

cualquiera que la ame, siempre». Esto le dolió tanto que desde entonces renunció a mantener ningún tipo de comunicación con su padre. Realmente se encontraba en una lamentable situación, puesto que Genji era todo lo que tenía.

—Si dentro de unos años todavía no me han perdonado, haré que vengas conmigo, sí, incluso «entre las rocas» [7] —siguió diciéndole Genji—. Pero si lo hiciera ahora, daría pie a un chismorreo inoportuno. Un hombre que ha contrariado a su soberano evita la luz del sol y de la luna, y cometería una grave ofensa si viviera como se le antojara. Soy inocente, pero sé que ésta es la clase de prueba a que nos somete el destino, y ningún

precedente me autoriza a llevar conmigo a un ser amado. No, en un mundo cada vez más demencial, eso no haría más que empeorar las cosas. [\[8\]](#)



Espejo de pie

Cuando terminó de hablar, se durmieron hasta que el sol estuvo alto en el cielo.

Llegaron el príncipe virrey [\[9\]](#) y el capitán. Genji se puso un manto sin estampado para recibirlos, puesto que carecía de rango, pero que por su misma sencillez realzaba aún más su

apostura. Acercó el espejo con pie para peinarse y percibió, a su pesar, la noble

belleza del demacrado rostro.

—¡Estoy mucho más delgado! —
comentó—. ¡Mira mi reflejo! ¡Es en
verdad demasiado duro de ver!

Ella desvió los ojos arrasados en
lágrimas. Genji no podía soportarlo.

*Aunque tenga que irme muy lejos, este
espejo tuyo,
siempre cercano, retendrá la presencia
que dejo contigo.*

*Si fuese cierto que la imagen puede
permanecer cuando la persona se va,
entonces una mirada a este espejo sería
un verdadero consuelo.*

Ella estaba sentada detrás de una

columna para ocultar su llanto. Al verla, él recordó de nuevo que sólo ella, de entre todas las mujeres a las que había conocido, estaba más allá de toda posible comparación.

Su Alteza prosiguió su melancólica conversación hasta que, al anochecer, se marchó.

El pueblo de las flores que caen estaba desolado. Como es comprensible, la ex consorte que vivía allí le escribía con frecuencia, y él sabía que su hermana se sentiría dolida si no la visitaba por última vez. Así pues, aquella noche, a regañadientes, volvió a ponerse en camino. Cuando llegó a su destino, era muy tarde.

La consorte se mostró en extremo jubilosa.

—Sois demasiado amable al honrarnos con vuestra visita —le dijo.

Sin embargo, sería tedioso dejar constancia por extenso de sus observaciones. Tan sólo a él debía la triste sucesión de sus días, y él podía prever que le aguardaba una ruina aún mayor. La casa estaba muy silenciosa. La amplia extensión del lago bajo la débil luz de la luna, la oscura masa de los árboles en la colina del jardín, todo hablaba a Genji de tristeza y desesperanza, y sus pensamientos volaron a su propia existencia futura allá lejos, entre las rocas.

La dama que vivía en el ala oeste de la mansión se estaba preguntando si en verdad él iría a verla, cuando, a través de la patética luz de la luna, percibió la singular fragancia que precedía a Genji, y éste entró sigilosamente en la estancia. Ella fue a su encuentro y dirigió la mirada a la luna. Amanecía mientras ellos seguían hablando.

—¡Qué corta ha sido esta noche! — exclamó Genji—. ¡Y cuando pienso que tal vez nunca volvamos a estar juntos como ahora...! ¡Qué derroche el de estos años, sin que ocurriera nada entre nosotros! Mi historia, pasada y futura, estará en boca de todos, y entretanto resulta que al final nunca he encontrado un

momento de serenidad...

Habló de los tiempos que habían quedado atrás hasta que los cantos de los gallos se hicieron cada vez más frecuentes, y entonces, temeroso de que alguien le viera, se dispuso a marcharse.

La luna poniente, ¡ay!, significaba como siempre que él se alejaba. «Un rostro humedecido por las lágrimas» [\[10\]](#) brillaba realmente en las mangas de color violeta oscuro de la dama, y dijo:

*Por estrechas que sean estas mangas
mías que acogen la cara de la luna,
¡cuánto anhelo detener la luz que
siempre amaré! [\[11\]](#)*

La intensidad de su sentimiento hizo compadecerse a Genji. Turbado como ella, trató de consolarla.

*Llegará un tiempo en que, mientras esta
vida gire y gire, la luna brillará:
desvía por un momento tus ojos de un
cielo demasiado nublado.*

«También yo estoy triste, porque “lágrimas de ignorancia” [\[12\]](#) oscurecen también mi corazón». Partió al despuntar el día.

Genji puso sus asuntos en orden. Entre los sirvientes de más confianza que se resistían a la tendencia a los tiempos estableció grados de responsabilidad en

el cuidado de su residencia. También eligió a los que le seguirían. Pidió expresamente que los objetos destinados a su casa en el pueblo de montaña, [13] artículos de los que no podía prescindir, tuvieran la mayor sencillez posible, y añadió a su equipaje una caja de libros apropiados, entre ellos los *Poemas reunidos*. [14] No se llevó un mobiliario imponente ni túnicas brillantes, pues iba a vivir como un aldeano de montaña. A la dama del ala oeste le confió las damas de honor a su servicio, así como todo lo demás, y también le dio las escrituras de todas sus propiedades importantes: fincas, prados, etcétera. En cuanto a sus almacenes y depósitos, Shônagon le

parecía digna de confianza, por lo que le dio instrucciones para que cuidara de ellos, asignándole a tal fin un personal formado por sirvientes de confianza.

Nunca había prestado atención a Nakatsukasa, Chûjô u otras damas de honor suyas, pero ellas se sentían consoladas sólo con verle, y se preguntaban dónde hallarían solaz en adelante.

—Podéis tener la certeza de que regresaré, si es que vivo lo suficiente —les dijo—, y aquellas de vosotras que quieran esperar deberán servir a vuestra señora.

Hizo que todas las damas de honor, de rango alto o bajo, se pusieran al servicio

de Murasaki.

Naturalmente, envió bonitos regalos a las ayas de su hijito y al pueblo de las flores que caen, pero no dejó de ser generoso con otras cosas de primera necesidad que fueron bien recibidas.

Se las arregló para enviar un mensaje a la dama de cámara. [\[15\]](#) «No me sorprende no haber tenido ninguna noticia tuya —le escribió—, pero estoy más triste y más decepcionado de lo que las palabras pueden transmitir ahora que dejo atrás todo mi mundo».

*¿Que me ahogara en un río de lágrimas
que impidió nuestro encuentro
causó la poderosa inundación que ahora*

me arrastra?

«Al mirar atrás, sé que debo aceptar las consecuencias». Escribió poco, pues el viaje de la carta sería peligroso.

Ella estaba muy trastornada, y las lágrimas desbordaron sus mangas pese a sus intentos de dominarse.

¡Ah, río de lágrimas! La espuma que flota en ese arroyo desaparecerá enseguida,

mucho antes de que la corriente pase riendo sobre bajíos más felices. [\[16\]](#)

Lo que ella había escrito mientras las lágrimas se deslizaban por sus mejillas

era muy hermoso. Genji se preguntó si, a fin de cuentas, no podría intentar verla de nuevo, pero lo pensó mejor y, como estaba rodeado de parientes que le detestaban y ella misma mantenía una gran discreción, renunció a cualquier heroico intento de seguir comunicándose por carta con ella.

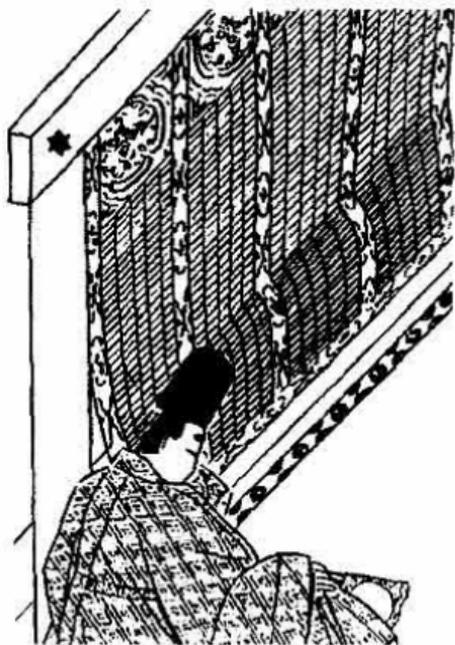
La víspera de su partida, por la noche, fue a las Colinas del Norte para visitar la tumba de su padre, pero primero visitó a Fujitsubo, puesto que en aquella época del mes aún habría luna al amanecer. Ella se sentó detrás de las persianas y le habló en persona. El príncipe heredero le preocupaba muchísimo. La conversación entre dos seres cuyos sentimientos hacia

el otro eran tan profundos debió de ser conmovedora en extremo.

La dulce promesa de la presencia de la dama no había cambiado un ápice, y él experimentó el deseo de regañarla por su crueldad, pero sólo habría conseguido enojarla. Se esforzó por apaciguar el renovado clamor de su corazón y se limitó a decirle:

—Una cosa acude a mi mente, ahora que soy objeto de un castigo tan imprevisto, una sola cosa por la que aún temo a los cielos. Daría de buen grado mi vida por asegurarle al príncipe heredero un ascenso al trono sin conflictos.

Nadie podría culparle de pensar así. Fujitsubo, que compartía completamente sus sentimientos, estaba demasiado emocionada para responder. Él



Persianas

lloraba al recordar el pasado, y su rostro bañado en lágrimas tenía una infinita belleza.

—Voy a visitar la tumba de mi padre —le informó—. ¿Tienes algún mensaje para él?

Pero ella no pudo hablar de inmediato, y pareció debatirse por

controlar sus emociones.

*El hombre al que conocí antaño ha
desaparecido, y el que vive soporta mis
pesares:*

*en vano abandoné el mundo para pasar
el resto de mis días llorando,*

le dijo. Sus corazones estaban demasiado embargados de aflicción para que fuese posible expresar los pensamientos que la desbordaban.

*Cuando se marchó, descubrí cuán lejos
pueden llegar la pena y el dolor,
pero las tribulaciones de esta vida no
hacen más que surgir una y otra vez,*

replicó Genji.

Partió cuando la luna había ascendido, con tan sólo media docena de compañeros y los sirvientes de más confianza. Viajaba a lomos de un caballo. [\[17\]](#) No hace falta decir que todo era tan distinto de sus excursiones de días más felices, que sus compañeros se sentían muy abatidos.

Aquel día de purificación, uno de ellos, un chambelán ayudante de la Guardia de la Derecha de Palacio, había sido asignado a su escolta. Le habían negado el ascenso que le correspondía, no le permitían el acceso al círculo más íntimo del emperador y le habían relevado de sus funciones, todo lo cual explicaba por qué acompañaba ahora a Genji. Al

ver el santuario del Kamo inferior a lo lejos, recordó aquel momento. Desmontó, tomó la brida de la montura de su señor y le dijo:

Recuerdo los días en que todos en procesión lucíamos flores en la cabeza, y la empalizada del Kamo me inspira una gran amargura. [\[18\]](#)

Genji podía imaginar los sentimientos del joven, y sufría por él, puesto que en otra época su brillo había superado al de los demás. También él desmontó y se dió la vuelta para saludar al templo. Entonces dijo a modo de despedida:

*Ahora digo adiós al mundo y sus pesares,
y que el tan sabio dios de Tadasu
juzgue la verdad en el nombre que dejo
atrás. [19]*

Al contemplarle, aquellos jóvenes tan entusiastas de la belleza se sentían llenos de admiración.

Genji llegó a la tumba, y allí acudió a su mente la imagen de su padre como había sido en vida. Sólo un pesar inefable permanecía ahora que incluso él, situado más allá del rango, había desaparecido. Genji le informó entre lágrimas de lo que le había ocurrido, pero el juicio de su padre seguía siendo inaccesible. ¿Qué había sido, ay, de las órdenes que le diera

en su lecho de muerte?

La hierba crecía espesa al lado de la tumba, y a medida que Genji se acercaba parecía haber cada vez más rocío en sus briznas. Entretanto, las nubes habían cubierto la luna y la oscuridad del bosque le envolvía. Tenía la sensación de que no podría encontrar el camino de regreso. Mientras rezaba, se estremecía al recordar a su padre.

*¿Qué es lo que contempla su sombra
cuando me mira, a mí, ante cuyos ojos
la luna en lo alto su amado rostro oculta
tras la nubes?*

Transcurrido un día entero, regresó a

casa y allí escribió también al príncipe heredero. La carta debía ser entregada a Ômyôbu en el aposento de ésta, puesto que él le había encargado que representara al muchacho. «Hoy abandono la ciudad, y el mayor de todos mis pesares es que no puedo visitar a Su Alteza. [20] Te ruego que comprendas mis sentimientos y se los transmitas».

*¿Cuándo mis ojos verán de nuevo la
ciudad florecida en primavera,
ahora que estoy en las colinas, como un
campesino cuyo tiempo ha pasado?*

Ató la carta a una rama de cerezo sin flores.

El juvenil semblante de Su Alteza se puso serio cuando ella se la mostró.

—¿Qué respuestas deseas que le dé?
—le preguntó Ômyôbu.

—Dile con qué rapidez empiezo a echarle de menos, y cómo, ahora que está lejos, me pregunto de veras...

Esta triste respuesta conmovió a Ômyôbu. Al examinar el pasado, cuando Genji había sufrido tanto por sus deseos imposibles, y en los encuentros con su señora, le apenó pensar que ella había ocasionado aquellos tormentos a ambos, puesto que deberían haber vivido libres de preocupaciones, y tuvo la certeza de que sólo ella tenía la culpa.



Veste de caza

Le respondió: —
Mi señor, nada
puedo decir. He
hablado con Su
Alteza. Es una
lástima verle tan
desdichado—. La
dispersión de sus
observaciones
reflejaba su turbado
estado mental.

*Es muy triste que las flores caigan con
tal rapidez; no obstante,
¡oh, primavera huidiza, vuelve y cubre la
ciudad con la elegancia de tus pétalos!*

«Seguramente llegará un tiempo...»

Tal era el sombrío talante de los sirvientes de Su Alteza mientras hablaban entre lágrimas. Nadie que hubiera puesto los ojos en Genji podía presenciar su aflicción sin entristecerse profundamente por él y, por supuesto, quienes estaban a su servicio personal, incluso las doncellas y los limpiadores de las letrinas, [21] personas en las que él nunca había reparado pero que se habían sentido conmovidas por su amabilidad, lamentaban su ausencia.

¿Quién podría haber permanecido indiferente a él dondequiera que fuese? Había estado día y noche al lado de Su Majestad desde que tenía siete años, no le

había expresado ningún deseo que no quedara satisfecho, y en consecuencia todos ellos habían estado bajo su protección y disfrutado de su generosidad. Había entre ellos muchos nobles de alto rango y funcionarios de la corte, y los ejemplos entre los rangos inferiores eran innumerables. Aunque no dejaban de reconocer la deuda que tenían con él, no le visitaban, pues les acobardaba el temple maligno de los tiempos. Por doquier la gente lamentaba su sino y, en privado, deploraba las costumbres de la corte, pero al parecer no veían la necesidad de arriesgar sus carreras para expresar su solidaridad a Genji, y así muchos de ellos le decepcionaban o

enojaban, y todas las cosas le recordaban lo cruel que podía ser el mundo.

El día de la partida, habló serenamente con su amada hasta que oscureció y, como era costumbre, se puso en marcha bien entrada la noche. Llevaba su atuendo de viaje, veste de caza incluida, todo muy sencillo.

—La luna está en lo alto —le dijo—. Sal y acompáñame un poco más para despedirme. ¡Será tanto lo que desearé poder decirte! Por alguna razón, ¿sabes?, no estoy tranquilo cuando paso lejos de ti aunque sólo sean uno o dos días.

Enrolló las persianas y le hizo una seña para que saliera hasta el borde del pasillo. Con el rostro bañado en lágrimas,

ella se detuvo antes de deslizarse al exterior y sentarse, adorable imagen, a la luz de la luna. ¿Qué sería de ella cuando él hubiera abandonado el sombrío mundo que les rodeaba? Esa incertidumbre le causaba una profunda preocupación, pero en el estado en que ella se encontraba ahora sólo temía trastornarla más.

Incluso en vida, los seres pueden separarse: no sabía tal cosa ni siquiera cuando te juraba que estaría a tu lado hasta el final.

Ya ves en qué quedan las promesas... —le dijo, esforzándose por tomarlo a la ligera.

No me importaría dar esta infeliz vida mía si así pudiera retrasar un poco la despedida que de repente está sobre nosotros.

Él no dudaba de que ella había hablado sinceramente, y abandonarla le resultaba casi intolerable, pero no deseaba que el alba le sorprendiera allí, y se apresuró a marcharse.

La imagen de Murasaki le acompañó durante todo el viaje, y subió a bordo de su embarcación lleno de dolor. [\[22\]](#) Entonces los días eran largos, y con viento de popa llegó a su destino a la hora del Mono. [\[23\]](#)

Como nunca había viajado en aquella

dirección, ni siquiera por placer, experimentaba una mezcla de desolación y regocijo. El lugar llamado Pabellón de Ôe había sido lamentablemente saqueado, pues sólo se veían los pinos donde antes se erigía el edificio. [\[24\]](#)

*¿Es entonces mi suerte, incluso más que
la suya, él, que dejó su nombre
en Catay, seguir deambulando y no
conocer nunca un sitio al que llamar mi
hogar? [\[25\]](#)*

Al ver las olas que rompían en la orilla y regresaban al mar, murmuró: «Con qué envidia...», [\[26\]](#) y en sus labios el antiguo poema sonó tan fresco y veraz

que la tristeza embargó a sus compañeros. Al mirar atrás, vio que las montañas que se alzaban a su espalda se fundían con la bruma y se sintió realmente «a tres mil leguas del hogar». [\[27\]](#) No soportaba las gotas que se desprendían del remo del barquero.

*La bruma sobre las colinas puede
ocultarme mi hogar, pero tal vez ese
cielo*

*al que vuelven mis ojos con nostalgia es
también el suyo, más allá de las nubes.*

Todo le abrumaba.

Iba a vivir cerca de donde el consejero Yukihiro había vivido antes que

él, con las «gotas saladas de la maraña marina cayendo mientras penaba». [28] El lugar estaba un poco apartado del mar, entre colinas solitarias. Todo en él, incluso la valla que lo rodeaba, maravillaba a Genji. Los pabellones con tejado de *miscanthus* y lo que parecían galerías con tejado de juncos estaban muy bien hechos. En cualquier otra ocasión, una morada tan novedosa y tan acorde con el entorno le habría encantado, y sus pensamientos regresaron a los placeres del pasado.

Convocó a los supervisores de sus fincas cercanas, y le entristeció ver al señor Yoshikiyo, ahora su sirviente de más confianza, ordenando cuanto debía

hacerse. [29] En muy poco tiempo la obra estuvo hermosamente acabada. Hicieron más hondo el lecho del arroyo, plantaron árboles y a Genji le sorprendió comprobar que realmente podía vivir allí. El gobernador de la provincia [30] era otro de los sirvientes familiares de Genji, e hizo discretamente cuanto pudo por ayudarlo. Los visitantes animaban la casa, a pesar de que Genji acaba de llegar, pero aún se sentía en un territorio desconocido, pues no tenía a nadie con quien hablar de las cosas como era debido, y se preguntaba cómo iba a arreglárselas en los años venideros.

La estación lluviosa llegó cuando la vida empezaba a adquirir por fin un ritmo

normal, y los pensamientos de Genji volvieron a la ciudad: a los numerosos seres amados que vivían allí, a su querida y apesadumbrada dama, al príncipe heredero y a su hijito entregado a inocentes juegos. Envió mensajeros. No pudo completar las cartas dirigidas a su residencia de Nijô y a Su Eminencia Enclaustrada porque las lágrimas le cegaban. A Fujitsubo le escribió:

¿Cómo le va a la monja en su choza de cañas junto al mar en Matsushima. estos días en que el hombre de la costa de Suma gotea agua salada? [\[31\]](#)

«Entre mis aflicciones actuales, el

pasado y el futuro permanecen en la oscuridad y, ¡ay!, el caudal de la crecida va en aumento...» [\[32\]](#)

A la dama de cámara le escribió, como siempre, fingiendo que se dirigía en privado a Chûnagon, pero incluyó esta nota: «Ahora que dispongo de tanto tiempo libre para pensar en el pasado, me pregunto...».

*mientras, en absoluto escarmentado,
en la costa de Suma sigo añorando los
placeres*

*de la maraña marina, oh, doncella entre
las gentes del mar,*

*¿de quién es el fuego para hacer sal que
nunca arde con poca llama? [\[33\]](#)*

Una imagina fácilmente su apasionada elocuencia.

También envió a la casa de Su Excelencia y al aya Saishô instrucciones para la crianza de su hijo.

En la ciudad, sus cartas despertaron intensas emociones en quienes las leyeron. La dama de Nijô se acostó enseguida, apenada y anhelante, y no quería volver a levantarse, de modo que las mujeres a su servicio no sabían qué hacer para consolarla. Un accesorio que él había utilizado a diario, un *koto* que había tocado, el aroma de una túnica que se había puesto: ahora todas estas cosas le recordaban a Genji, como si éste se

hubiera alejado para siempre de su mundo, con unas consecuencias tan funestas que Shônagon pidió a Su Reverencia que rezara por ella. Su Reverencia llevó a cabo un rito protector para ella y Genji, y rogó: «¡Oh, permitid que deje de llorarle como lo está haciendo y goce de una vida libre de preocupaciones!»

Ella le confeccionó camisas de dormir para que las usara en su ausencia. El manto de vestir y los pantalones fruncidos de seda basta y rígida se le antojaron tan diferentes y extraños, que la cara de la que él había hablado, la que estaría «siempre cerca en tu espejo» (y, en efecto, lo estaba) no le consolaba en

absoluto.

Le rompía el corazón ver una puerta por la que él había entrado, una columna en la que se había apoyado. Aunque hubiera sido lo bastante mayor para haber pensado mejor las cosas y sabido más de la vida, habría seguido sintiéndose desdichada, y no era de extrañar que le añorase profundamente, dada su estrecha relación y el hecho de que había sido tanto un padre como una madre para ella en su infancia.

En verdad, si él no estuviera ya entre los vivos, todo habría terminado y ella podría empezar a olvidarle, pero, aunque sabía que Suma no se encontraba lejos, no podía saber durante cuánto tiempo

estarían separados, de modo que no hallaba consuelo a su pesar.

No hace falta decir que Su Eminencia Enclaustrada también sufría, a causa del príncipe heredero. [34] ¿Cómo podría dejarla indiferente la reflexión sobre su karma en vidas anteriores? El temor a los rumores le había hecho ser precavida durante años, pues si le hubie-ra mostrado afecto a Genji, el resultado podría haber sido la censura, así que a menudo había hecho caso omiso de ese afecto para mantener una impasibilidad formal; pero, a pesar de la cruel afición del mundo por el chismorreo, al final él dispuso las cosas de tal manera que nadie dijo nada. Genji había resistido a su pasión

irracional y mantenido su aventura sentimental decorosamente oculta. ¿Podía entonces ella dejar de recordarle con amor? La respuesta que le dio tenía una calidez inusitada. «Ultimamente, cada vez más...»

*...incansable mantiene el fuego bajo el
agua salada: en Matsushima,
mientras transcurren sus años, la monja
amontona el triste combustible de los
suspiros.*

Oborozukiyo le escribió:

*La que siente este amor, la salinera con
su fuego, no se atreve a*

mostrarlo, y aunque se consume, el humo no tiene ningún lugar adonde ir.

«No repetiré cosas que no es necesario decir...»

Su breve nota estaba incluida en la de Chûnagon, que transmitía vividamente la aflicción de su señora. Ciertos pasajes afectaron tanto a Genji, que lloró.

La carta de su amada, la respuesta de la muchacha a su larga y apasionada misiva, era muy conmovedora en numerosos pasajes. Le había escrito:

*Alza hasta tus mangas siempre mojadas
de goteante agua salada, oh, hombre de
la costa,*

*las ropas que llevo cada noche desde que
el líquido camino nos separa.*

Las prendas que ella le había enviado eran hermosas tanto por su color como por su acabado. Era tan hábil en todas las tareas que él no podría haber deseado más, y lamentaba amargamente no tenerla consigo, ahora que ningún asunto absorbente le reclamaba y debería estar viviendo en paz. La imagen de Murasaki estaba ante sus ojos día y noche, y su recuerdo le perseguía de un modo insoportable, hasta que llegó a considerar la posibilidad de llevarla a su lado, sólo para rechazar enseguida la idea por irrealizable y aspirar en cambio a borrar

sus pecados por lo menos en esta infortunada vida. Siguió practicando sin interrupción la práctica del ayuno purificador.

A través de Su Excelencia también tuvo noticias de su hijito, y, aunque le echaba mucho de menos, no se preocupó demasiado porque sabía que volvería a verle y que estaba en buenas manos. Es posible que la preocupación paterna no le absorbiera por completo.

Oh, sí, con toda esta confusión me olvidaba de algo: Genji había enviado un mensajero al santuario de Ise, y también recibió a uno de allí. Ella [\[35\]](#) le había escrito con mucho afecto. El estilo de sus frases y el movimiento de su pincel

mostraban una maestría y una elegancia excepcionales. «Las noticias de las condiciones en que vives, y a las que apenas puedo dar crédito, me dejan, por así decirlo, presa en la noche sin alba; [36] sin embargo, entiendo que no estarás ausente mucho tiempo, mientras que yo, hundida en el pecado, [37] sólo volveré a hablarte en el futuro lejano». [38]

*Piensa cuando puedas en la salinera de
Ise que recoge pesares,
tú que eres de la costa de Suma, donde
oigo el goteo del agua marina. [39]*

«Oh, ¿adonde conducirá esta vida que es tan dolorosa en todos los sentidos?»

Era una larga carta.

Aunque recorro la playa cuando la marea está baja en la bahía de Ise, no hay una sola concha ni nada que pueda hacer en mi aflicción. [40]

Había unido cuatro o cinco hojas de papel chino blanco formando un rollo, en el que había escrito de manera irregular, a impulsos de sus pesares, y los trazos de su pincel tenían una calidad encantadora.

La idea de que Genji se había vuelto contra ella en un momento de crueldad, cuando ella significaba tanto para él, que la había herido y apartado de sí, hacía que su oportuna carta fuese especialmente

conmovedora. Él se sentía tan agradecido y tan solidario con ella que dio una calurosa acogida a su mensajero y lo retuvo durante varios días para informarse con detenimiento de la vida que ella llevaba. El mensajero era un miembro joven e inteligente del personal de su señora. En sus actuales y mermadas circunstancias, Genji no establecía una gran distancia ni siquiera con respecto a un hombre como él, y el deslumbrado mensajero lloró al contemplar su belleza.

Genji redactó una respuesta, y es fácil imaginar lo que dijo: «Si hubiese sabido que iba a abandonar la ciudad, habría sido mejor que, después de todo, te hubiera seguido», etcétera.

Hastiado y solitario, escribió:

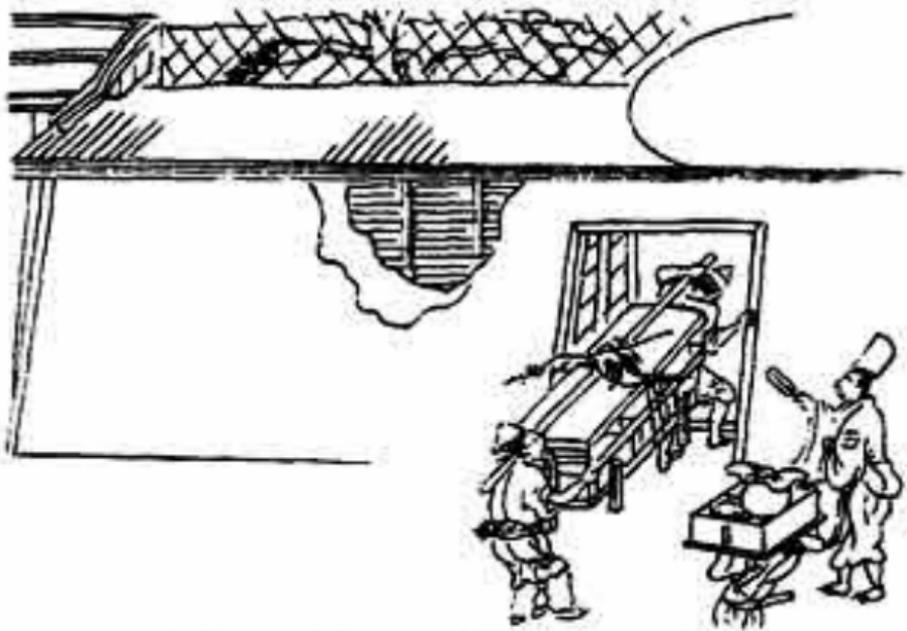
*¡Ojalá también yo hubiera abordado la
barca que Ise empuja suavemente
con los remos, y no hubiese recogido
ningún pesar! [41]*

*¿Hasta cuándo, languideciendo aquí, en
la costa de Suma, debo soñar
y llorar mientras las gotas de agua
salada llueven sobre los troncos de
lamento que encienden las gentes del
mar?*

«No puedo conformarme con no saber
cuándo volveré a hablarte».

De esta manera se mantenía
consoladoramente en contacto con todas

sus damas.



Muro de tierra desmoronado

Se sentía al mismo tiempo satisfecho y desconcertado al ver cómo las damas del pueblo de las flores que caen habían revelado su estado de ánimo en sencillos mensajes de aflicción; [\[42\]](#) pero, aunque ambas cartas eran consoladoras, también

aumentaban su pesar.

*Contemplo los helechos que bordean los
aleros de mi lóbrego hogar mientras
las incesantes gotas de rocío humedecen
mis mangas desoladas, [43]*

había escrito ella, y Genji comprendió que en verdad no tenían ninguna protección salvo los hierbajos de su jardín. Al enterarse de que el muro de tierra se había desmoronado en varios lugares durante las largas lluvias, ordenó a sus sirvientes de la ciudad que llevaran allí hombres de sus fincas provinciales cercanas para reparar los daños.

A Oborozukiyo, la dama de cámara, le

disgustaba en extremo que se riesen de ella, y Su Excelencia, su padre, que le tenía un gran afecto, elevó protestas tan enérgicas a la emperatriz madre y a Su Majestad que éste recapacitó; al fin y al cabo, ella no era ni consorte ni un refugio, sino tan sólo una sirvienta de palacio, y, además, aquel desliz suyo ya le había causado bastantes dificultades. Oborozukiyo obtuvo el perdón de Su Majestad y pudo regresar a la corte, pero incluso así su único deseo seguía siendo el que se había apoderado de su corazón.

La dama fue al palacio el séptimo mes. Su Majestad, que aún le profesaba gran afecto, hizo caso omiso de los malignos chismorreos y la tenía siempre a

su lado, como antes, unas veces regañándola por esto o aquello, otras asegurándole su amor, y actuaba así con suma belleza y elegancia; pero, ¡ay!, en el corazón de la mujer sólo había espacio para los recuerdos de Genji.

En cierta ocasión, cuando estaban escuchando música, Su Majestad observó:

—Su ausencia deja un vacío. Espero que muchos otros lo sientan así incluso más que yo. Es como si todas las cosas hubieran perdido su luz. —Y siguió diciendo: —No he hecho lo que mi padre deseaba, y ese pecado pesará sobre mí. —Las lágrimas acudieron a sus ojos, y ella no pudo evitar que los suyos se humedecieran. —No deseo vivir largo

tiempo, ahora que sé que la vida sólo se vuelve más cruel a medida que uno envejece. ¿Cómo te sentirías si algo me ocurriera? No soporto pensar que semejante separación te pueda trastornar más de lo que ya te trastorna una más benigna. No, no puedo pensar bien del que escribió: «Mientras aún vivo...». [\[44\]](#)

Su actitud era tan amable, y era tal la hondura de su sentimiento, que las lágrimas empezaron a deslizarse por las mejillas de la dama.

—Ah, sí —dijo él—. ¿Por cuál de los dos lloras? —Tras una pausa, prosiguió —: Lamento que todavía no me hayas dado ningún hijo. Quisiera hacer por el príncipe heredero lo que me pidió mi

padre, pero me temo que eso sólo tendría consecuencias desagradables.

Aquellos cuya manera de gobernar le resultaba ofensiva le daban muchos motivos para lamentar la extrema juventud que aún no le permitía ejercer vigorosamente su voluntad.

En Suma, el mar se encontraba a cierta distancia, bajo el cada vez más lastimero viento otoñal, pero una noche tras otra las olas de la orilla, cantadas por el consejero Yukihiro en su poema acerca del viento que sopla en el puerto de montaña, [\[45\]](#) parecían en verdad muy cercanas, hasta tal punto que el otoño en semejante lugar era el epítome de la melancolía. Todo el mundo dormía ya, y

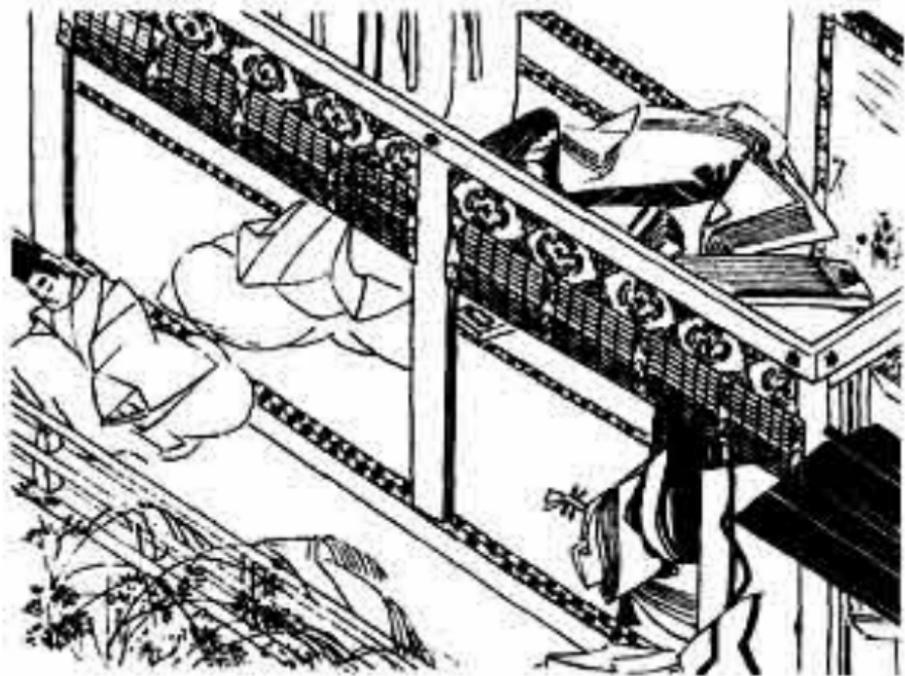
Genji apenas tenía a nadie consigo; yacía a solas, despierto, oyendo, con la almohada alzada, [46] el viento que rugía en el exterior, y las olas parecían romper contra él. Sin saber apenas por qué lo hacía, lloró hasta que su almohada podría haberse alejado flotando. [47] Las breves notas que arrancó de su *kin* le desalentaron, hasta que dejó de tocar y cantó:

*Las olas rompen en la orilla, y sus voces
se alzan para unirse a mis suspiros de
anhelo:*

*¿puede, pues, soplar el viento desde
todas aquellas que me añoran?*

Su voz despertó a sus compañeros, que se sentaron aquí y allá, abrumados por su belleza y sin poder reprimir las lágrimas. ¿Cuáles podían ser en verdad sus sentimientos, ahora que tan sólo por él habían dejado a padres, hermanos y hermanas, parientes que eran lo máspreciado para ellos y a los que sin duda añoraban con frecuencia, para perderse de aquel modo en la soledad de la naturaleza? La idea le apenaba y, al comprender lo descorazonadora que debía de ser para ellos su propia melancolía, se propuso divertirlos con bromas durante el día y animar las horas uniendo hojas de papel de colores en las que escribir poemas o dedicándose a pintar sobre fina

seda china, una actividad que proporcionaba excelentes revestimientos para los biombos. En cierta ocasión había oído una descripción de aquel mar y aquellas montañas, y las había imaginado desde la lejanía; y ahora que las tenía delante, pintó una serie de paisajes incomparables de una costa excepcionalmente bella.



Jardín próximo

—¡Qué grato habría sido hacer venir a Chieda y Tsunenori, [\[48\]](#) de quienes dicen que son los mejores artistas de nuestro tiempo, y que convirtieran estas imágenes en pinturas acabadas! —observaron sus impacientes compañeros.

Genji era tan amable y alegraba de tal manera la vista, que sus cuatro o cinco compañeros se olvidaron de sus preocupaciones y hallaron placer en su cometido de sirvientes de confianza.

Durante un delicioso crepúsculo, cuando el jardín próximo se hallaba en exuberante floración, Genji salió a una galería desde donde se dominaba el mar, y tal era la excelsa elegancia de su figura inmóvil que en aquel marco no parecía de este mundo. Sobre capas de suave sarga blanca y con dibujo de ásteres [\[49\]](#) llevaba un manto de vestir azul oscuro, su faja atada de la manera más informal, y su voz cantando lentamente «Yo, un discípulo del Buda Shakyamuni...» [\[50\]](#)

era más bella que cualquier otra que hubieran oído hasta entonces. Desde los botes de remos de la orilla del mar llegaba un coro de voces que también cantaban. Él los observó sintiendo una punzada de nostalgia, sus contornos vagos frente a la playa como pajarillos transportados por las aguas, y se sumió en la ensoñación mientras los graznidos de los gansos que surcaban el cielo en hileras se mezclaban con el crujido de los remos, hasta que las lágrimas se agolparon en sus ojos y se los enjugó con una mano tan grácilmente pálida contra las negras cuentas de su rosario, que los jóvenes caballeros que suspiraban por las amadas que habían dejado en casa se

sintieron consolados.

*¿Son estos primeros gansos silvestres
compañeros de aquellas a las que amo,
pues sus gritos en lo alto, al cruzar el
cielo, me causan tal congoja?*

dijo Genji. Y Yoshikiyo:

*De qué modo, todos en hilera, un
recuerdo tras otro, se deslizan por la
mente,
aunque los gansos silvestres jamás
fueron amigos de los míos en aquel
mundo lejano.*

El comisionado de Asuntos Civiles:

*Los gansos silvestres que gritan,
abandonando por voluntad propia su
hogar eterno,*

*deben de ver que sus pensamientos
retornan a aquel mundo más allá de las
nubes.*

El ayudante de la Guardia de la
Derecha de Palacio:

*Los gansos silvestres que abandonan su
hogar eterno para volar por el
cielo, sin duda hallan consuelo por lo
menos en no quedarse rezagados.*

«¿Qué le sucedería a uno que hubiera perdido a sus compañeros?» Su padre [52] había sido destinado a Hitachi como vicegobernador, y sin embargo había acompañado a Genji. En el fondo de su corazón probablemente estaba desesperado, pero ponía un loable empeño en parecer despreocupado.

Cuando se alzó la brillante luna, Genji recordó que aquélla era la decimoquinta noche del mes. [53] Echaba de menos la música en palacio, y al imaginar a todas sus damas con los ojos dirigidos al cielo sintió el impulso de contemplar la cara de la luna. «A dos mil leguas de distancia, el corazón de un amigo...», [54] cantó y, como antes, sus compañeros no pudieron

contener las lágrimas. Cruzó de nuevo por su mente con indecible anhelo la ocasión que propició el poema de Su Eminencia Enclaustrada, «Tal vez nueve capas de niebla—», y lloró amargamente al recordar la época en que estaba con ella. «Es muy tarde», le dijeron, pero él se resistía a entrar en la casa.

*Sólo esa visión me consuela un poco,
aunque larga será la espera
hasta que el tiempo me lleve de nuevo a
la ciudad de la luna. [55]*

Genji recordaba cariñosamente el tono íntimo con que Su Majestad le había hablado aquella noche, en el pasado, y

hasta qué punto se había parecido a Su Eminencia, el difunto emperador, y entró cantando: «Aquí está la túnica que tuvo la gentileza de darme...». [56] Era cierto, nunca se había separado de la túnica de Su Eminencia, sino que la llevaba siempre consigo. [57]

Sólo amargura: no, no es eso en modo alguno lo que siento en el corazón, pues tanto la manga izquierda como la derecha están húmedas de lágrimas. [58]

El delegado del virrey de Dazaifu iba por entonces camino de regreso a la ciudad. Como viajaba a lo grande, con un numeroso séquito, no podía acomodar a

sus muchas hijas y a su esposa, y, por tanto, iba por mar. Recorrían la costa de un puerto a otro, y Suma les encantó, pues era un lugar más hermoso que los demás, y la noticia de la presencia del comandante, [\[59\]](#) que se encontraba allí en tan penosa situación, hizo que las hijas más jóvenes y sentimentales que iban a bordo se ruborizaran soñadoramente, hasta que empezaron a acicalarse con la imaginación. No es de extrañar que la danzarina de Gosechi abrigara la profunda esperanza de que no les remolcaran, alejándolos de allí, cuando desde lejos llegaron a sus oídos las notas de un *kin*; y eran tales el lugar, el hombre y el patetismo de la música que cuantos eran

capaces de experimentar los sentimientos más refinados rompieron a llorar.

El delegado del virrey le envió sus respetos: «Me había propuesto visitarte, en cuanto hubiera regresado de tierras lejanas, para hablar contigo de los acontecimientos de la ciudad, y es para mí motivo de profundo pesar descubrir, para mi gran sorpresa, que estoy pasando ante el lugar donde ahora resides. Por desgracia, esta vez debo excusarme, pues muchas personas a las que conozco han venido a saludarme, entre ellas algunos familiares, y, teniendo en cuenta la embarazosa situación que podría producirse, creo preferible abstenerme. Te visitaré en una ocasión apropiada».

El mensaje llegó a través de su hijo, el gobernador de Chikuzen. El joven, que debía a Genji su nombramiento de chambelán, estaba emocionado y triste, pero muchas miradas convergían en él y, pensando en los rumores, se apresuró a marcharse. Genji replicó: «Ahora que estoy ausente de la ciudad, ya no veo a aquellos de los que antes era íntimo, y has sido muy amable al venir a tan lejano lugar...». Dijo lo mismo en su carta de respuesta. El gobernador lloró al marcharse, y su relato de las circunstancias en que se encontraba Genji provocaron en el delegado del virrey y en cuantos habían ido a su encuentro un indecoroso torrente de lágrimas.

La danzarina de Gosechi se las arregló para hacerle llegar un mensaje:

¿Tienes ojos para ver en el cable de remolque que tira y afloja el vaivén de mi corazón, sin remedio arrastrado hacia ti por la música de tu kin?

«¡Oh, no me lo reproches!» [\[60\]](#)

El irresistiblemente apuesto Genji leyó estas palabras con una sonrisa.

Si en verdad desearas que tu corazón se tensase y aflojase como el cable del remolque,

¿pasarías entonces de largo, oh, ola, por la costa de Suma?,

replicó. «¡Jamás pensé en sacar peces del mar!» [61] En cierta ocasión un hombre le había recitado una estrofa al dueño de un establo, [62] y el único deseo de la danzarina de Gosechi era, naturalmente, desembarcar y quedarse allí.

A medida que transcurrían los días y los meses, mucha gente en la ciudad, así como el mismo emperador, tenía frecuentes ocasiones de lamentar la ausencia de Genji. El príncipe heredero, que, como es natural, pensaba constantemente en él, lloraba en silencio, algo que inspiraba una profunda compasión a sus ayas, e incluso más a la misma Ômyôbu.

Su Eminencia Enclaustrada siempre se

había preocupado mucho por el príncipe heredero, y su alarma era aún más grande ahora que habían desterrado a Genji. Al principio sus hermanos los príncipes y los nobles de alto rango más próximos a él se habían interesado por su salud, pero su afectuosa correspondencia con él y la prueba resultante de que seguía gozando de la estima del mundo hicieron que la emperatriz madre, al enterarse de ello, se mostrara muy enojada.

—Tengo entendido que una persona desterrada por edicto imperial ni siquiera puede disfrutar de sabrosos alimentos, así que el hecho de que viva en una buena casa, que se burle de la corte y la difame y que sus aduladores suelten las mismas

tonterías que aquel de quien dicen que llamó ciervo a un caballo... [\[63\]](#)

Corrió la noticia del peligro inminente, y los que se mantenían en contacto con Genji guardaron silencio por temor a las consecuencias.

El paso del tiempo aportaba cada vez menos consuelo a la dama de Nijô. Cuando sus damas de honor del ala este empezaron a servirla, se preguntaban qué podía haber encontrado Genji en ella, pero cuanto más la conocían, tanto más atraídas se sentían por su amabilidad, sus agradables modales, la firmeza de su carácter y su profundo tacto, y ni una sola de ellas se marchó. De vez en cuando veía en persona a las más veteranas, y ellas no

se sorprendían de que él la amara más que a cualquier otra.

Cuanto más tiempo pasaba Genji en Suma, más imposible le parecía soportar la separación, pero una y otra vez se recordaba que, puesto que la vida consistía en dura penitencia incluso para él, sería erróneo llevar allí a la muchacha. En Suma todo era diferente, y la presencia misma de los montañeses, que le resultaban misteriosos, constituía una afrenta y una ofensa. En el aire siempre flotaba humo. Él había supuesto que procedía de las fogatas para fabricar sal, pero entonces descubrió que se trataba de algo que llamaban «broza» y que quemaban en la cuesta que había detrás de

su casa. Su extrañeza le llevó a decir:

*Una y otra vez, mientras los montañeses
quemán broza en sus humildes hogares
día tras día, ¡cuánto anhelo noticias de
mi amor en casa! [\[64\]](#)*

Llegó el invierno, y con él las nevadas. Con los ojos en el severo cielo, Genji tocaba el *kin* mientras Yoshikiyo cantaba para él y el comisionado de Asuntos Civiles tocaba la flauta. Cada vez que ponía el corazón en un bello pasaje, los demás se detenían para secarse las lágrimas. Sus pensamientos se posaban en aquella dama de tanto tiempo atrás, enviada a la tierra de los hunos, [\[65\]](#) y se

preguntaba cómo sería eso, desprenderte así de tu único amor. La idea era tan estremecedora que se puso a cantar «Un sueño tras la helada». [66] La brillante luz de la luna se filtraba en el interior de su pobre refugio e iluminaba todos los rincones. El suelo permitía contemplar el cielo nocturno, [67] y la luna poniente evocaba tal soledad que repitió para sus adentros: «Me limito a viajar hacia el oeste», [68] y dijo:

*¿Adonde voy a ir, vagando por qué
desconocidas tierras, por qué caminos
brumosos?*

*Al hallarme bajo la mirada de la luna,
me siento lleno de vergüenza.*

Mientras que, como le sucedía con tanta frecuencia, yacía insomne bajo el cielo del amanecer, se sintió transportado por los trinos de los chorlitos:

*Mientras al amanecer los chorlitos
congregados en la orilla alzan su
griterío,
yazgo despierto y solo, gozando de un
momento de paz.*

Nadie más estaba despierto, y se lo dijo a sí mismo una y otra vez mientras seguía allí tendido. En las profundidades de la noche se lavaba las manos e invocaba el nombre de Buda, y esto era para sus compañeros tan maravilloso y

ejemplar que nunca se apartaban de él. Ni siquiera hacían breves visitas a sus hogares.

La costa de Akashi se hallaba bastante cerca, [\[69\]](#) y el señor Yoshikiyo, al recordar a la hija del Novicio, [\[70\]](#) le escribió, pero sólo recibió en respuesta un mensaje de su padre: «He de hablarte de un asunto, y te agradecería que me dedicaras un poco de tu tiempo». Yoshikiyo reflexionó sombríamente sobre que, de todos modos, él nunca le daría su consentimiento, e ir a hablar con él sólo significaría marcharse con las manos vacías y quedar como un necio. No fue.

El Novicio aspiraba a unas alturas insólitas, y aunque en su provincia una

alianza con él se consideraba al parecer muy valiosa, su excéntrica mente nunca había considerado la posibilidad de aceptar ninguna de tales propuestas, pero cuando se enteró de la presencia de Genji en los alrededores, le dijo a la madre de su hija: [\[71\]](#)

—Tengo entendido que Genji el Resplandeciente, nacido de la íntima Kiritsubo, ha caído en desgracia y vive en Suma. El destino de nuestra muchacha nos ha traído esta suerte inesperada. Debemos aprovechar la oportunidad y ofrecérsela.

—¡Qué idea la tuya! —replicó la madre—. He oído decir a gente de la ciudad que ya tiene gran número de mujeres distinguidas y que incluso ha

violado en secreto a una de las de Su Majestad. ¿Podría interesarse por una miserable muchacha campesina alguien capaz de ocasionar semejante escándalo?

El Novicio se enojó.

—No sabes de qué estás hablando — replicó con una obstinación impenitente y demasiado evidente—. No estoy de acuerdo contigo. Debes entenderlo. Tendré que buscar una oportunidad de llevársela.

La manera en que cuidaba tanto de su casa como de su hija producía unos resultados deslumbrantes.

—Pero, para empezar, por qué debemos poner nuestras esperanzas en un hombre, por magnífico que sea, que al

parecer ha sido desterrado por sus delitos? —objetó la mujer—. Además, aunque a él le gustara la muchacha, es imposible que llegaran a ninguna parte.

El enojado Novicio se limitó a rezongar:

—Tanto en nuestro reino como en China, las personas que destacan o que son diferentes de los demás acaban siempre estando bajo sospecha. ¿Por qué clase de hombre tomas a ese Genji? Su difunta madre era la hija de mi tío, el gran consejero inspector. Cuando quedó patente su extraordinaria belleza, la enviaron a palacio, donde Su Majestad la eligió para favorecerla hasta que murió bajo el peso de los celos de las otras. Por

suerte, sin embargo, su hijo le sobrevivió. Una mujer debe tener altas miras. Él no la rechazará sólo porque yo viva en el campo.

Su hija no tenía un aspecto notable, pero resultaba atractiva por su elegancia y poseía suficiente ingenio para competir con cualquier gran dama. Como sabía muy bien que su posición dejaba mucho que desear, daba por sentado que ningún gran señor se dignaría reparar en ella y que jamás se uniría a un hombre de alcurnia. Si al final sobrevivía a sus padres, se haría monja o se ahogaría en el mar. Su padre la colmaba de afectuosas atenciones y dos veces al año la enviaba a Sumiyoshi. [\[72\]](#) Lo que el hombre

esperaba en secreto era un favor de los dioses.

El Año Nuevo trajo a Suma días más largos y vacíos, y los pequeños cerezos que Genji había plantado dieron sus primeras y tímidas flores. Bajo aquellos cielos suaves le asaltaban tales recuerdos que lloraba con frecuencia. El día vigésimo del segundo mes quedó atrás, y añoraba con desesperación a quienes le habían hecho emocionarse el año anterior, al abandonar la Ciudad. Sí, en aquellos momentos el cerezo que se alzaba ante el Shishinden estaría en su mejor momento. Ahora todo volvía a él: Su Eminencia aquel otro año, en la fiesta bajo las flores de cerezo, y la belleza y la gracia del que

entonces era príncipe heredero, [73] así como el modo en que había entonado el poema de Genji.

*Nunca dejo de recordar con nostalgia a
las gentes de palacio,
pero hoy lo hago más que nunca, cuando
llevo flores de cerezo. [74]*

La vida era muy aburrida. El capitán, el hijo de Su Excelencia, [75] ahora también consultor, era un joven lo bastante extraordinario para gozar de gran estima, [76] pero el mundo seguía pareciéndole un lugar sombrío y añoraba continuamente a Genji, hasta que llegó a la conclusión de que no le importaba que

le descubrieran y le acusaran, y se presentó sin avisar ante la puerta de Genji. Éste, al ver a su amigo, experimentó tal mezcla de alegría y pesar que ambos derramaron lágrimas.

La casa de Genji tenía un indescriptible aspecto chino. No sólo el ambiente recordaba una pintura, sino que además, y a pesar de su modestia, la valla de bambú entretejido que la rodeaba, los escalones de piedra y columnas de pino eran una agradable novedad. [77] Uno sólo podía sonreír ante la belleza de Genji, pues tenía una estampa deslumbrante, con su veste de caza gris azulado, deliberadamente rústico, y los pantalones fruncidos, que llevaba sobre

una prenda de color rosa autorizado [78] tirando a amarillo, y todo ello al sencillo estilo de un campesino montañés. Se había decantado por un mobiliario sin pretensiones y su habitación estaba abierta y a la vista. Tableros de *go* y chaquete, accesorios surtidos, las piezas para el *tagi*: [79] todo lo había elegido para que armonizase con la vida campestre, y los objetos budistas eran prueba de que invocaba el Nombre.



Tablero de chaquete

Genji cuidó de que la comida incluyera las exquisiteces propias del lugar. Los pescadores habían traído marisco, y él les invitó a acercarse y mostrarlo. Cuando les preguntó por su

vida junto al mar, le hablaron de sus peligros y pesares. A pesar de su jerga incomprensible, [\[80\]](#) Genji tenía la sensibilidad necesaria para comprender que sus corazones se conmovían igual que el suyo, y que así debía ser. Ordenó que les dieran túnicas, y ellos rebosantes de alegría, tuvieron la sensación de que no habían vivido en vano. [\[81\]](#)

Condujeron a los caballos de Genji a un lugar cercano y les dieron arroz sin trillar procedente de una construcción, visible a cierta distancia, que tenía un vago parecido con granero. Su amigo, fascinado, cantó unos fragmentos de Asukai, [\[82\]](#) y hablaron entre lágrimas y risas de la vida que habían llevado.

—La absoluta inocencia de tu muchacho le parece tan triste a Su Excelencia que suspira por ello día y noche —le dijo, y Genji se sintió emocionado.

Repetir toda la conversación o tan sólo una parte de ella sería imposible. Se pasaron is noche sin dormir y componiendo poemas chinos. A pesar de todo, el capitán era consciente de los rumores, así que se apresuró a marcharse, lo cual sólo aumentó el dolor de Genji. Con una taza de sake en la mano, cantaron juntos «Lágrimas de embriagada aflicción llenan de primavera la taza de sake». [\[83\]](#) Sus compañeros lloraban. Todos parecían entristecidos por la brevedad del

encuentro.

Con la primera luz del alba, una hilera de gansos cruzó el cielo. Genji dijo:

*¡Oh! ¿cuándo me iré, en qué primavera,
a buscar el sitio donde nací?*

*¡Qué envidia me consume, al contemplar
a los gansos volando a su lugar de
origen! [84]*

El capitán aún no sentía deseos de marcharse.

*Con pesar duradero el ganso silvestre
sabe que debe abandonar su hogar
eterno, aunque pueda confundir el
camino a la ciudad de las flores. [85]*

Los regalos que le había traído a Genji de la Ciudad eran soberbios. Cuando se separaron, Genji le mostró su agradecimiento regalándole un caballo negro.

—Puede que sea un regalo inoportuno [86] —le dijo—, pero, mira, relincha cada vez que sopla el viento. [87]

Era un caballo muy bueno.

—Conserva esto en recuerdo mío —le dijo su visitante, y le dio, entre otras cosas, una excelente flauta de considerable renombre, aunque eso fue todo, pues no intercambiaron nada que pudiera provocar críticas. [88]

El sol fue alzándose, y el amigo de Genji se apresuró a partir, aunque sin

dejar de mirar hacia atrás. Mientras le veía alejarse lentamente, la expresión de Genji era más triste que antes.

—¿Cuándo volveré a verte? —le preguntó su amigo—. Sin duda éste no va a ser tu destino definitivo.

*Tú que remontas el vuelo hasta casi
tocar las nubes, ¡oh, grulla que vuelas en
lo alto!,
mírame desde el cielo, inocente como el
sol en primavera,*

replicó Genji. Y añadió:

—Sí, mantengo la esperanza, pero los hombres como yo, incluso los más sabios del pasado, nunca han logrado regresar al

mundo del todo, y sigo teniendo dudas. A decir verdad, mis ambiciones de ver de nuevo la Ciudad son escasas.

*Abandonado en las nubes, lanzo en mi
soledad melancólicos gritos,
añorando al amigo de antaño con quien
otrora volé ala con ala, [\[89\]](#)*

respondió el capitán. Y añadió:

—¡Muy a menudo lamento ahora, después de todo, haber disfrutado del innmerecido privilegio de tu amistad!

La partida no fue fácil, y dejó a Genji compungido para el resto de la jornada.

El día de la Serpiente, que caía el primer día del tercer mes, un solícito

compañero observó:

—Mi señor, éste es el día apropiado para que alguien con problemas como los vuestros busque purificación.

Genji así lo hizo, puesto que también quería ver el mar. Tras acotar un espacio con toscas cortinas, convocó al maestro de yin—yang, que iba con regularidad a la provincia, y le pidió que iniciara el ritual. Experimentó una sensación de afinidad al ver que colocaban un gran muñeco en un bote y dejaban que se alejara a la deriva:

[\[90\]](#)

*Arrojado a la vastedad de un mar que
desconocía,
como se arroja a un muñeco, no puedo*

sentir más que un pesar abrumador. [\[91\]](#)

Sentado allí, a la luz brillante del día, su belleza era indescriptible.

El mar se extendía liso a lo lejos, y sus pensamientos vagaron hacia lo que había sido y lo que pudo haber sido.

*Miríadas de dioses deben de sentir
piedad en sus corazones cuando me
miran:*

*nadie llamaría delito a nada de lo que he
hecho,*

dijo. De repente el viento empezó a soplar y el cielo se oscureció. La confusión que siguió puso fin a la purificación. Cayó tal

aguacero que, en medio del alboroto, los caballeros ni siquiera pudieron alzar sus paraguas. Sin previo aviso, un vendaval aullador arrasó con todo. Se levantaron olas gigantescas que les llenaron de terror. El mar brillaba como una colcha de seda bajo los relámpagos, y estallaban los truenos. Se las vieron y desearon para regresar, con la sensación de que un rayo podría fulminarlos en cualquier momento.

—¡Nunca había visto nada igual!

—¡Las tormentas avisan antes de empezar! ¡Esto es terrible y extraño!

Los truenos se sucedían y ahogaban sus exclamaciones, y la lluvia caía con fuerza suficiente para horadar aquello contra lo que se abatía. Mientras se

preguntaban consternados si el mundo estaba llegando a su fin, Genji entonaba con calma un pasaje de las escrituras. Al oscurecer, los truenos cesaron, pero el viento siguió soplando durante toda la noche.

—¡Mis plegarias deben de estar surtiendo efecto!

—¡Si la tormenta hubiese durado un poco más, las olas nos habrían engullido!

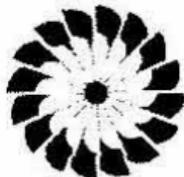
—¡He oído decir que eso que llaman «maremoto» hace desaparecer a la gente, pero nunca había oído hablar de semejante tormenta!

Hacia el amanecer descansaron por fin. Cuando Genji también cedió brevemente al sueño, un ser al que no

reconocía se le acercó, diciéndole: «Te han llamado de palacio. ¿Por qué no vas?». Al despertarse comprendió que el Rey Dragón del mar, gran amante de la belleza, debía de haber puesto los ojos en él. [\[92\]](#) Una amenaza tan misteriosa hacía que el lugar donde ahora vivía le resultase insoportable.

Akashi

Akashi, como Suma, es un trecho de costa al pie de unas colinas. En aquel entonces se encontraba en la provincia de Harima, mientras que Suma, a sólo ocho kilómetros de distancia al este, estaba en Settsu. La frontera entre ellas separaba a Harima de las «provincias domésticas» que, al menos nominalmente, se encontraban directamente bajo dominio imperial.



Relación con los capítulos anteriores

«Akashi» sigue a «Suma» sin solución de continuidad.

Comienza en el tercer mes, cuando Genji tiene veintisiete años.

Personajes

Genji, primero despojado de su rango y luego ascendido a gran consejero supernumerario, de 27 a 28 años de edad.

Un sirviente de Nijô

La dama de Genji en
Nijô, de 19 a 20 años (Murasaki)

Su Eminencia, el padre de Genji,
después de su muerte (Kiritsubo In)

El Novicio de Akashi, de 60
a 61 años (Akashi no Nyûdô)

Yoshikiyo, el consejero subalterno
de Minamoto, sirviente de Genji

La hija del Novicio de
Akashi, de 18 a 19 años (Akashi no
Kimi)

Su madre, a comienzos de la
cincuentena (Akashi no Amagimi)

**Su Majestad, el
emperador**, de 29 a 30 años
(Suzaku)

La emperatriz madre
(Kokiden)

El canciller, padre de la emperatriz
madre, ex ministro de la Derecha, que
fallece (Udaijin)

El príncipe heredero, de 9 a
10 años (Reizei)

Su Eminencia

Enclaustrada (Fujitsubo), de 32 a
33 años

La danzarina de Gosechi

La dama del pueblo de

las flores que caen

(Hanachirusato)

La lluvia y los truenos se sucedieron durante interminables días. Los padecimientos de Genji se multiplicaban sin cesar, hasta el punto de que su pasado y sus perspectivas, igualmente desdichados, le dificultaban en extremo mantener su habitual actitud valerosa, y se preguntaba con desesperación: «¿Qué voy a hacer? Si este tiempo me obliga a regresar a la Ciudad antes de haber obtenido el perdón, se reirán de mí más que nunca. No, prefiero desaparecer en la espesura de las montañas, aunque si entonces empezaran a decir que no puedo soportar un poco de viento y cierto oleaje, las generaciones futuras me conocerán sólo como un

necio».

El mismo ser seguía acosándole en sueños. Los días se sucedían sin que las nubes se disiparan, y su preocupación por la Ciudad iba en aumento, mientras temía con amargura que él mismo pudiera estar perdido; pero nadie acudía a buscarle, pues el tiempo era demasiado terrible para asomar la cabeza al exterior.

Sin embargo, un mensajero procedente de Nijô viajó penosamente hasta aquel lugar, y cuando llegó era apenas reconocible y estaba empapado. El afecto que Genji sintió por aquel hombre, al que ni siquiera se habría dignado mirar si se hubiese encontrado con él por el camino, preguntándose si era realmente humano, le

llegó a parecer degradante, y eso le hizo percatarse de lo profundo que era su desánimo.

Ella había escrito: «Nunca hay una pausa en esta aterradora tormenta, y los mismos cielos parecen haberse cerrado sobre mí, pues ni siquiera puedo salir y mirar hacia donde tú estás».

Cómo ha de soplar el viento donde te encuentras, allá en la costa, cuando pensar en ti

hace que tales olas interminables rompan en mis mangas humedecidas.

Su carta estaba llena de asuntos penosos. La oscuridad pareció engullir a

Genji en cuanto la abrió, y las aguas de la crecida amenazaron con desbordar las riberas.

—También en la Ciudad un viento y una lluvia semejantes se toman como una advertencia funesta y sobrenatural —le dijo el hombre con voz entrecortada—, y tengo entendido que se va a realizar un rito del Rey Benevolente., [\[1\]](#) Todas las calles son impracticables para los nobles que han de ir a palacio, y el gobierno ha tenido que suspender su actividad.

Su confuso relato inquietó a Genji, que pidió que le hiciesen más preguntas.

—Resulta extraño y muy amenazador que desde hace días la lluvia no haya amainado una sola vez y que el viento sea

tan fuerte —siguió diciendo el hombre—, pero no es sólo eso: tampoco había granizado así nunca, con una violencia suficiente para horadar la tierra, ni los truenos habían sido tan constantes.

La cara del mensajero, allí sentado, reflejaba puro terror, y el pesimismo de Genji y sus compañeros no hizo más que aumentar.

Al amanecer del día siguiente, Genji se preguntó si el mundo llegaba a su fin. Aullaba una terrible tormenta, había marejada y en medio del furioso rugido de las olas parecía que ni rocas ni colinas quedarían indemnes. Estallaban los truenos, y los rayos surcaban el aire con una violencia tan pasmosa que los

hombres temían que les alcanzaran en cualquier momento; y ninguno de ellos podía mantener la calma.

—¿Qué hemos hecho para merecer semejante destino? —gemían— ¡Pensar que he de morir sin ver nunca más a mis padres, sin poner los ojos en mi querida esposa ni en mis hijos!

Ante el pánico que embargaba a sus compañeros, Genji se serenó. Pese a su convicción de que ninguna mala acción por su parte requería que llegara al fin de su vida en aquella costa, ofreció serpentinas multicolores [2] a los dioses e hizo numerosos votos, al tiempo que oraba:

—Oh, dios de Sumiyoshi, [3] tu

dominio abarca todas las tierras de los alrededores. Si eres un dios que realmente está presente aquí abajo, te lo ruego, ¡préstame tu ayuda!

Sus compañeros olvidaron sus propias penalidades y lamentaron amargamente que un caballero de tales dones fuese víctima de un destino sin precedentes. Los que aún conservaban cierto dominio de sí mismos hicieron acopio de valor e invocaron a los budas y a los dioses, diciéndoles que darían sus vidas por salvar la de su señor.

—Criado en la plaza fuerte del palacio de nuestro soberano y con todos los placeres a su alcance, sin embargo ha extendido su profunda compasión por toda

nuestra Tierra de las Ocho Islas, [4] ¡y ha rescatado a muchos que se estaban hundiendo! ¿Por qué delito va a engullirle ahora este prodigio de viento y oleaje? ¡Oh, Cielo y Tierra, discernid dónde se encuentra la justicia! Acusado injustamente, despojado de su rango y su cargo, arrancado de su hogar para vagar hasta un lugar lejano y lamentar su suerte al alba y al anochecer bajo sombríos cielos, ¿se enfrenta a este nefasto destino y al fin de sus días para que expíe en esta vida sus faltas de las anteriores? ¡Oh, dioses, oh, budas, si sois juiciosos, os rogamos que atendáis nuestra angustiada plegaria!

Genji se volvió hacia el santuario [5]

e hizo numerosos votos. También pidió que se hicieran votos al Dragón Rey del mar y a innumerables divinidades, con lo cual los cielos redoblaron sus truenos y un rayo alcanzó la galería situada ante las habitaciones de Genji. Las llamas consumieron la galería. Todo el mundo estaba paralizado de terror. Le trasladaron a una construcción que se alzaba detrás de la casa y que él tomó por la cocina, donde todos se acurrucaron, sin distinción de rango, llorando y gritando de tal manera que rivalizaban con los truenos. El día finalizó bajo un cielo tan negro como la tinta.

Por fin cesó el viento, amainó la lluvia y aparecieron las estrellas.

Avergonzados al ver a Genji alojado en tan extraño lugar, consideraron la posibilidad de trasladarlo a la casa principal. Uno de ellos objetó:

—Los restos del incendio son de una fealdad horrenda, la gente todavía va de un lado a otro sin saber qué hacer y, además, el viento se ha llevado todas las persianas.

—Deberíamos esperar hasta la mañana —propuso otro.

Mientras titubeaban, Genji reflexionó sobre lo que había sucedido y, lleno de agitación, invocó a los budas. Salió la luna, y la marca de la marea alta mostró lo cerca de la casa que había llegado el agua. Genji abrió la puerta de broza y

contempló el oleaje, que aún se cernía sobre la costa y retrocedía con violencia. En toda la región circundante no había ningún sabio, nadie familiarizado con el pasado y el futuro, capaz de encontrar sentido a aquellos hechos.

Entonces los humildes pescadores se reunieron donde vivían los caballeros y, pese a la extraña jerga que hablaban entre ellos, un lenguaje que a Genji le parecía impenetrable, nadie les ordenó que se marcharan.

—Si el viento hubiera soplado durante mucho más tiempo, la marea se lo habría tragado todo —decían—. Los dioses han sido amables.

«Desesperación» es una palabra suave

para resumir lo que sentía al oírlos.

*Sin la ayuda de esos grandes dioses que
viven en el mar,
ahora estaría vagando por la vastedad
del océano.*

Tras la interminable confusión de la tormenta, estaba tan exhausto que, sin proponérselo, se había quedado dormido. Mientras permanecía sentado, apoyado en un mueble de aquella habitación indigna de él, su difunto padre apareció ante él tal como había sido en vida, le tomó la mano y le atrajo hacia sí, diciéndole:

—¿Qué estás haciendo en este terrible lugar? Apresúrate a embarcar y alejarte

de esta costa, como el dios de Sumiyoshi querría que hicieras.

Genji se sintió inundado de alegría.

—Desde que nos separamos, Vuestra Majestad, he conocido tantos sinsabores que de buen grado pondría fin a mi vida arrojándome a estas aguas.

—No, no debes hacer eso. Todo esto no es más que un leve castigo kármico. Tampoco yo cometí ofensa alguna durante mi reinado, pero, como es natural, pequé de todos modos, y ahora la expiación de esos pecados me absorbe tanto que no he tenido tiempo para volver la vista hacia este mundo, [6] pero me dolía demasiado verte sumido en esta aflicción. Me zambullí en el mar, emergí en la playa y, a

pesar de mi fatiga, corro ahora a palacio para hablar del asunto con Su Majestad.

Entonces la visión desapareció. Genji, que no soportaba la idea de que se marchase, lloró amargamente y dijo a gritos que iría con él, pero cuando alzó la vista no había nadie allí, sólo la brillante cara de la luna. No tenía la sensación de haber soñado, porque aquella gentil presencia aún parecía estar con él, y, entretanto, unas nubes encantadoras se habían deslizado muy alto por el cielo. Había tenido, claramente y con una brevedad excesiva, la visión que anhelara a lo largo de los años pero que siempre le había eludido, incluso en sueños. Y con esa querida imagen ahora vivida en su

mente, pensó, sorprendido, en la rapidez con que su padre había acudido a salvarle de una terrible desgracia y de la muerte inminente, hasta el punto de que dio gracias a la tormenta, pues sentía una confianza y una alegría ilimitadas en aquella persistente presencia. Con el corazón henchido de alegría, se olvidó de todas las penalidades de su vida actual, y, tanto si lo había soñado como si no, lamentó tanto no haber respondido mejor a su padre que se dispuso a dormir de nuevo, por si él regresaba, pero amaneció antes de que sus párpados se hubieran cerrado.

Dos o tres hombres habían empujado una pequeña embarcación playa arriba y

ahora se aproximaban al refugio del exiliado. Los compañeros de Genji les preguntaron quiénes eran.

—Ha venido desde Akashi el Novicio y ex gobernador —le dijeron—. Agradecería ver al consejero subalterno Minamoto, [7] si está presente, y explicarle lo que desea.

Yoshikiyo no salía de su asombro.

—Conocí bien al Novicio cuando estuve en su provincia, y le hablé con frecuencia a So largo de los años, pero luego nos distanciamos un poco y hace mucho tiempo que no intercambiamos correspondencia. ¿Qué puede haberle traído aquí, por un mar tan embravecido?

Genji recordó su sueño.

—Ve a su encuentro —le dijo a Yoshikiyo, y éste fue a ver al Novicio en su barca.

No comprendía cómo aquel hombre se había hecho al mar con una tormenta tan violenta.

—En un sueño que tuve a comienzos de este mes, un extraño ser me dio un solemne mensaje que me resultó difícil creer —empezó a decir el Novicio—, pero entonces oí: «El día decimotercero te daré otra señal. Prepara una barca y, cuando hayan cesado el viento y la lluvia, navega hasta Suma». Preparé un bote por si acaso, y entonces esperé bajo el viento y la lluvia implacables, y los rayos me hicieron temer por su señoría, tanto que,

al llegar el día señalado, me apresuré a traerle el mensaje; tal vez él no quiera hacerle caso, aunque también en otros reinos a menudo la fe en un sueño ha salvado al país. Un viento misterioso siguió a mi barca cuando zarpé, y mi llegada muestra que el dios me dijo la verdad. Me pregunto si también su señoría ha recibido alguna señal aquí. Me aventuro a confiar en que tendréis la bondad de decírselo.

Yoshikiyo informó discretamente a Genji, y éste reflexionó sobre el asunto. Ni sus sueños ni su vida consciente estimulaban la condescendencia, y a la luz de aquellas aparentes advertencias contempló lo que pertenecía al pasado y

lo que estaba por llegar. «No quiero arriesgarme a ser calumniado por quienes al final transmitirán el relato de mis acciones —reflexionó—, pero si hago caso omiso de lo que bien pudiera ser la ayuda divina, es posible que las cosas sean aún peores y me convierta en objeto de irrisión. Uno evita contrariar incluso a los mortales. Desde luego, también debería haber sido más cauto en las nimiedades y escuchar a quienes son mayores que yo o tienen un rango superior y, en general, son más respetados. No hay nada reprochable en ceder, como observó cierta vez un sabio. [8] Acabo de correr un peligro mortal y he presenciado toda clase de desastres. No, poco importa que

al final incluso mi nombre salga perjudicado. Al fin y al cabo, mi padre y mi soberano me advirtieron en sueños. ¿Puedo seguir dudando?»

Su respuesta se ajustó al tenor de esas reflexiones: «En estas remotas regiones, donde soy un forastero, he sufrido toda suerte de penalidades descabelladas, y sin embargo nadie me trae desde la Ciudad palabras de consuelo. Tu barca de pesca es un grato refugio, [9] cuando aquí mis únicos viejos amigos son el sol y la luna y sus trayectorias por el cielo. ¿Podría ofrecerme tu ribera un lugar tranquilo donde ocultarme?».

El Novicio se alegró mucho y le expresó su agradecimiento.

—En cualquier caso, mi señor, subid a bordo mientras es de día —le dijeron a Genji sus hombres, y él así lo hizo, en compañía de cuatro o cinco de sus compañeros más íntimos.

Sopló el mismo viento, y la embarcación casi voló hasta Akashi. A pesar de que la distancia era muy corta, uno sólo podía maravillarse de la voluntad del viento.

La costa de Akashi era realmente excepcional, y su único defecto consistía en que había allí demasiada gente. Junto al mar o entre las colinas, en la tierra del Novicio se alzaban aquí y allá cabañas con tejado de carrizo a orillas del mar, para los placeres de las estacione, o, junto

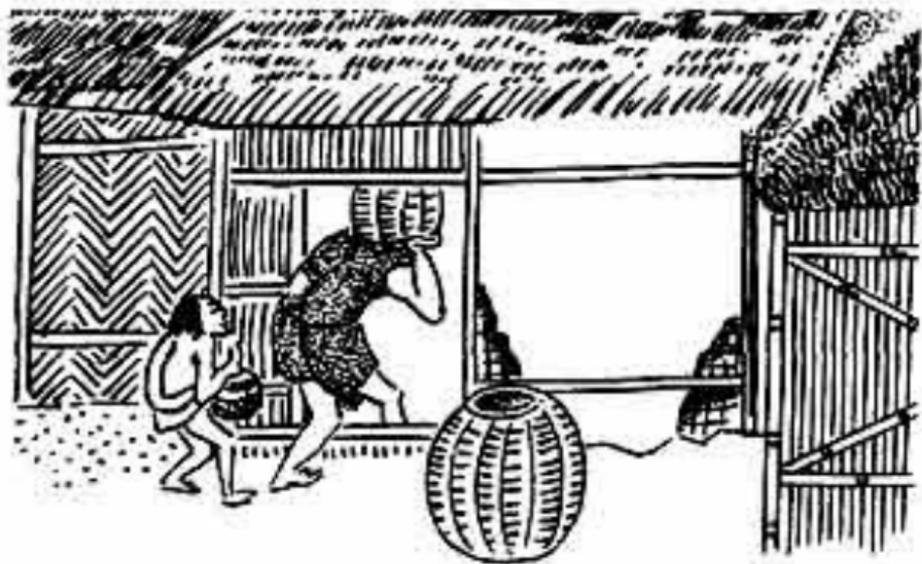
a un arroyo que invitaba a los pensamientos puros sobre la próxima vida, una imponente capilla para la práctica de la meditación. En cuanto a las necesidades de esta vida, había hileras de graneros de arroz repletos de la cosecha del pasado otoño, suficiente para alimentarse hasta la plenitud de la edad, y, por doquier, los tonos agradables del entorno y la estación. En los últimos días el Novicio había pedido a su hija que desalojara la casa situada en la falda de la colina, por temor a las monstruosas mareas y también para que Genji pudiera ocupar libremente la mansión a orillas del mar.

El sol se alzó lentamente mientras

Genji desembarcaba y subía a un carruaje, y nada más verle el Novicio tuvo la sensación de que la edad se disolvía y los años se extendían ante él. Sonriente, se apresuró a inclinarse ante el dios de Sumiyoshi. Ahora le parecía tener en su mano la luz del sol y la luna. No era de extrañar que estuviera pendiente de su invitado.

El emplazamiento de la casa, desde luego, pero también su estilo, el aspecto de las arboledas, las rocas artificiales y las plantas del jardín, la encantadora cala, todo ello habría requerido un genio excepcional para hacerle justicia en una pintura. Era un lugar mucho más luminoso y agradable que aquel donde Genji había

pasado los últimos meses. El mobiliario era soberbio, y realmente el Novicio vivía allí como los más grandes señores de la Ciudad. Incluso los superaba en brillantez y elegancia.



Cabaña

Genji descansó y luego escribió a la Ciudad. El mensajero llegado de allí se encontraba todavía en Suma, quejándose

de los padecimientos que había tenido que soportar durante su duro viaje. Genji le llamó y le pidió que regresara, cargándole de regalos que estaban por encima de su categoría. Es probable que dirigiera un relato detallado de los acontecimientos recientes a monjes conocidos, hábiles intercesores, así como a muchas otras personas. Tan sólo a Su Eminencia Enclaustrada le contó de qué milagrosa forma se había librado de la muerte.

No le resultaba fácil responder a la conmovedora carta llegada de Nijô, y la manera en que dejaba el pincel una y otra vez para enjugarse los ojos revelaba la profundidad de sus sentimientos. «Tras sobrevivir a tan largo catálogo de

horrores, ahora más que nunca quiero dejar este mundo atrás, pero la cara de la que me hablaste, la que veías en el espejo, siempre está presente para mí, y el temor de que esta inquietud bien pueda ser lo único que llegaré a tener de ti aparta de mi mente todas las demás preocupaciones».

*¡Cómo vuela mi anhelo, sobre qué
nuevas distancias, ahora que me he
alejado*

*a lo largo de esa otra orilla a una orilla
que jamás conocí!*

«Todo esto hace que me sienta en un sueño, y me pregunto qué tonterías puedo

decir hasta que no haya despertado de él». Las prolijas y atribuladas divagaciones evidentes en su misiva eran precisamente lo que las hacía merecedoras de una mirada de soslayo, y sus compañeros las tomaron como prueba de su afecto supremo. Sin duda cada uno de ellos tenía su propio y desdichado mensaje que enviar a casa.

Tras las torrenciales lluvias, el cielo era ahora de un azul perfecto, y los pescadores parecían muy animados mientras se dedicaban a sus tareas. Suma, donde apenas se veía algún que otro un refugio de pescadores sobre las rocas, había sido un lugar en extremo inhóspito, y aunque a Genji le desagradaba

encontrarse aquí con tanta gente, el lugar poseía tal belleza que se sentía mucho mejor.

Según todas las apariencias, el Novicio de Akashi se entregaba con devoción a sus prácticas religiosas, pero tenía una seria preocupación: su única hija, que surgía en sus conversaciones con inquietante regularidad siempre que estaba con Genji. Éste ya había reparado con interés en la existencia de la muchacha, y veía que su insólita presencia en aquel lugar podría indicar un vínculo de destino entre ellos, pero mientras estuviera en desgracia se proponía entregarse únicamente a la devoción, y le avergonzaba tanto imaginar a su amada en

la Ciudad acusándole de haber roto sus promesas que no revelaba tales pensamientos a su anfitrión. Aunque era cierto que en ocasiones imaginaba con avidez la excelencia de la muchacha y de su aspecto.

El Novicio, que temía importunarle, visitaba poco a Genji y permanecía confinado en una dependencia situada a escasa distancia. Sin embargo, su único deseo era estar con Genji de la mañana a la noche, y redoblaba sus plegarias a los budas y los dioses para lograr su deseo de alguna manera. Aunque tenía sesenta años, era un hombre todavía apuesto, de una esbeltez atractiva gracias a las prácticas religiosas y de carácter agradable, y tal

vez por esta razón sus considerables cualidades, así como su conocimiento de las costumbres del pasado, hacían olvidar en buena medida su vaguedad y sus excentricidades, de tal modo que su conversación ayudaba a aliviar el tedio de Genji.

Poco a poco le fue contando relatos de tiempos remotos que Genji no había oído jamás, ocupado en sus propios asuntos o en los de la corte, y gradualmente se fue sintiendo tan intrigado, que a veces tenía la sensación de que tal vez había sido una lástima no haber ido antes a conocerle. A pesar de su facilidad de palabra, lo cierto era que al Novicio le intimidaba la distinción de Genji, y que, al margen de

sus peroratas iniciales, estaba demasiado avergonzado para sacar a colación, como ansiaba hacer, el tema que en realidad le interesaba. Sin dejar de suspirar, habló a la madre de su hija de sus inquietudes y su decepción.

En cuanto a la joven, ver a Genji en aquel desierto donde nadie de su propio rango parecía mínimamente presentable le mostró por fin que un hombre así podía existir y puso en total evidencia su posición, pues ella le consideraba completamente inaccesible. Cuando se enteró de los planes que sus padres tenían para ella, le parecieron ridículos, y se sintió más triste que nunca.

Llegó el cuarto mes, y Genji recibió

buenas prendas de vestir y cortinas para el lecho apropiadas a la nueva estación. Estas incesantes atenciones le agobiaban y avergonzaban, pero su anfitrión se mostraba tan noble y cortés en todo momento que no hizo nada que pudiera contrariarle.

De la Ciudad llegaba un continuo torrente de cartas. Una noche serena, con la luna todavía en el cielo y el vasto mar delante de él, vio, por así decirlo, el lago de su propio jardín, junto al que siempre había estado, y, con la isla de Awaji alzándose a lo lejos, una nostalgia inefable pareció envolver al mundo. «Cuán lejos, ay...», murmuró. [\[10\]](#)

¡Ah, qué espléndida vista! La isla de Awaji muestra esta noche cada matiz de belleza y de pesar bajo esta brillante luna. [11]

Sacó de su bolsa el *kin* que no había tocado durante tanto tiempo y arrancó unas notas de sus cuerdas, mientras la emoción embargaba a quienes le contemplaban entristecidos. Su completa y perfecta interpretación de «Kôryô» llegó hasta la casa situada al pie de la colina entre el murmullo de los pinos y el batir de las olas, y emocionó sin duda a las sensibles jóvenes que vivían en ella. Aquí y allá, ancianos que farfullaban y no sabían distinguir una nota de otra se

encaminaron a la playa desafiando al viento. El Novicio no pudo contenerse y, abandonando sus oraciones, se apresuró a sentarse junto a Genji.

—Creo que el mundo que abandoné vendrá a buscarme después de todo —dijo, llorando de alegría—. Esta noche veo sin poder evitarlo la tierra donde rezo para renacer.

Genji rememoró la música de tal o cual ocasión: el *koto* de una, la flauta de otra, una voz que cantaba; recordó las alabanzas que con tanta frecuencia recibía y la manera en que todos le agasajaban y le tenían como su favorito, entre ellos Su Majestad; recordó a sus conocidos y sus vicisitudes de entonces. Hasta tal punto el

presente parecía un sueño que el sonido de las cuerdas que tañía era extrañamente alto.

El Novicio no podía contener las lágrimas de la edad y, tras enviar a alguien a la casa de la colina para que le trajera un *biwa* y un *sô no koto*, se transformó en un trovador de *biwa* [12] y tocó una o dos piezas excepcionales y deliciosas. Cuando insistieron, Genji tocó un poco el *sô no koto*, y su anfitrión se quedó asombrado de su maestría. Incluso un instrumento bastante soso puede tener un sonido espléndido en el momento adecuado, y las notas sonaban sobre el mar mientras la densa y umbría vegetación que les rodeaba sobrepasaba en encanto a

las flores primaverales o los colores otoñales, y el tableteo de un rey de codornices evocaba emocionantes fantasías de «la puerta preferida esta noche». [13]



Trovador de biwa

La dulce música del Novicio, extraída de unos instrumentos de tan soberbio tono, encantó a Genji.

—La música improvisada de una mujer encantadora es de lo más agradable

cuando la toca con este instrumento [14]
—observó sin más propósito que el de

decir algo, y su anfitrión replicó con una curiosa sonrisa.

—¿Dónde podría hallarse un músico que toque de una manera más encantadora que la vuestra? En cuanto a mí, mi habilidad procede de la tercera generación de Su Majestad Engi, [\[15\]](#) y como soy tan incorregible e incapaz de olvidarme realmente del mundo, a menudo recurro a ella cuando estoy muy inquieto, tanto que, para mi sorpresa, hay alguien aquí que ha aprendido lo que toco. Su estilo recuerda a Su Alteza, que me enseñó, a menos que mis pobres oídos hayan percibido en realidad el suspiro del viento entre los árboles. ¡Ojalá pudiera organizar una discreta reunión para que la

escuchéis!

El hombre temblaba y parecía al borde del llanto.

—Para ti, pues, para quien mi *koto* no puede ser nada... [16] He cometido un gran error —dijo Genji, apartando el instrumento—. De alguna manera el *sô no koto* parece haber sido siempre un instrumento femenino. Según la tradición del emperador Saga, [17] su propia quinta princesa sobresalió en su tiempo, aunque la verdad es que nadie ha continuado su línea. Hoy día, quienes adquieren cierto renombre tocan de un modo poco metódico, para su propia diversión, y me alegra que una persona oculta aquí haya mantenido vivo este arte. Pero ¿cómo

podría escucharla?

—No veo ninguna razón para que no lo hagáis. La verdad es que podríais llamarla para que toque ante vos. Al fin y al cabo, incluso entre mercaderes alguien escuchó cierta vez la música con placer.

[18] Hablando del *biwa*, ya en los tiempos antiguos pocos lograban arrancarle su auténtico sonido, pero ella lo toca de una manera muy bella y no comete errores. Me pregunto cómo lo hace. Lamento escucharla en medio del estrépito de las grandes olas, pero lo cierto es que, con todas las aflicciones que uno ha de soportar, a menudo es un gran consuelo.

Su perspicacia deleitó a Genji, que le

ofreció el *sô no koto* y tomó de nuevo el *biwa*.

Ciertamente el Novicio había tocado el *biwa* con un extraordinario dominio. Su estilo ya no se oía, los exóticos movimientos de sus dedos [19] y la vibración que aplicaba a las cuerdas producían unos tonos profundos y claros. Aunque el mar de Ise estaba muy lejos, Genji pidió a uno de sus hombres, que estaba dotado de buena voz, que cantara «¡Vamos, todos a recoger conchas en la prístina playa!». [20] A menudo tomaba las tejuelas y seguía el ritmo de la canción, mientras el Novicio alzaba los dedos de las cuerdas para alabarle. El Novicio pidió refrigerios, que les

sirvieron con una primorosa presentación, y corrió el sake, hasta que pronto la noche se convirtió en una de esas veladas en las que todas las preocupaciones quedan olvidadas.

Era tarde. La brisa marina se había vuelto más fría y la luna poniente brillaba con una luz pura. Cuando reinó la quietud, el Novicio le contó a Genji su historia: poco a poco, le describió sus planes al llegar a aquella costa, su práctica religiosa para la vida futura y, sin que su invitado se lo hubiera pedido, le habló de su hija. Aunque estaba alegre, a menudo Genji también se sentía emocionado.

—Si puedo permitirme decir tal cosa, mi señor —siguió diciendo el Novicio—,

creo que vuestra breve estancia en una tierra tan extraña para vos debe de ser una prueba ideada por los dioses y budas en compasiva respuesta a las continuas plegarias de un viejo monje. Digo esto porque, desde hace dieciocho años, he puesto mi confianza en el dios de Sumiyoshi. He abrigado ciertas ambiciones para mi hija desde que era pequeña, y dos veces al año, en primavera y en otoño, voy en peregrinaje a su santuario. Aparte de mis plegarias para el nacimiento en el loto, [\[21\]](#) en ninguna de mis oraciones del día y de la noche dejo de rogar que me sean concedidos mis elevados objetivos con respecto a ella. Seguramente por mis pecados en vidas

anteriores me he convertido, como véis, en un incorregible aldeano de montaña, pero mi padre tenía el cargo de ministro. Sí, ahora pertenezco al campo y me pregunto con tristeza qué vida les aguarda a quienes vendrán después de mí si me mantengo en un nivel tan bajo, pero he tenido esperanzas desde que nació mi hija. Quiero que se la lleve un gran señor de la Ciudad, y ese deseo es tan profundo que he sufrido la animadversión de muchos y sufrido no pocas experiencias desagradables a causa de mis pretensiones. Sin embargo, nada de eso me importa. Le digo: «Mientras yo viva, haré cuanto esté en mi humilde mano por cuidar de ti. Si desaparezco mientras

sigues todavía como estás ahora, entonces ahógate en el mar».

Entre frecuentes accesos de llanto, le contó a Genji estas cosas y muchas más que sería demasiado prolijo relatar.

Genji atravesaba también una época de aflicción, y escuchó a su interlocutor con lágrimas en los ojos.

—Me he estado preguntando de qué delito se me acusó falsamente para desterrarme a una tierra desconocida, pero lo que has dicho esta noche, que me ha llegado a lo más hondo, me asegura que existe, en efecto, un vínculo de vidas anteriores entre nosotros. ¿Por qué no me has dicho antes lo que viste con tanta claridad? La traición de la vida me ha

asqueado desde que dejé atrás la Ciudad, y, con sólo la devoción para ocupar los días y los meses, me ha invadido el desánimo. Rumores lejanos me habían hablado de esa dama, pero había supuesto con tristeza que ella no querría saber nada de un zascandil. Ahora, sin embargo, asumo que deseas llevarme a su lado. Su consuelo me ayudará a pasar estas noches solitarias.

El júbilo embargó al Novicio.

¿Sabes también lo que es dormir solo?

¡Piensa, entonces, lo que siente ella,

despierta durante las noches

interminables en esta orilla!, [\[22\]](#)

exclamó. «¡E imagina, por favor, mi propia inquietud durante todos estos años!». Aunque no dejaba de temblar, su actitud no carecía de dignidad.

—Pero, sin duda, alguien acostumbrado a vivir en la orilla...

*¡Cómo rae el viaje la larga melancolía
de las noches en vela
que impiden a una almohada de hierba
recoger incluso sueños! [23]*

La actitud despreocupada de Genji aumentaba su atractivo, y su belleza era inefable.

El Novicio siguió hablando de toda clase de cosas, pero eso no importa. Todo

lo que he escrito sobre él es inexacto, y debo de haberle hecho parecer más excéntrico y ridículo de lo que en realidad era. Lo cierto es que experimentó un alivio enorme al ver que sus esperanzas iban camino de fructificar.

Entretanto, hacia el mediodía del día siguiente, Genji envió una carta a la casa de la colina. No se le ocultaba que la dama, que según la opinión común tenía un altísimo nivel, debía de ser una asombrosa rareza en aquellos parajes agrestes y atrasados, y redactó un bello texto en papel coreano de color marrón amarillento:

Al contemplar con tristeza tan

*desconocidos cielos que la proximidad y
la lejanía funden,
a través de las brumas busco los árboles
por encima de tu susurrante refugio.*

«Mi corazón anhelante...» [\[24\]](#) Es posible que eso fuese todo. Naturalmente, el Novicio ya estaba allí, esperando ansioso e impaciente, e insistió en que el enviado de Genji tomara una increíble cantidad de sake.

Como su hija tardaba mucho en responder, entró en su aposento para pedirle que se diera prisa, pero ella no le hizo caso. La deslumbrante misiva de Genji la intimidaba de tal manera que no se atrevía a presentarse ante él, y

atormentadores pensamientos sobre la posición de Genji y la suya propia le afectaron lo suficiente para que tuviera que acostarse. Su padre, desesperado, escribió la nota.

«Por desgracia, vuestra carta tan gentil ha abrumado a una muchacha muy acostumbrada a la vida del campo. Está demasiado atemorizada incluso para leerla. De todos modos, creo que el

*Que vuestra mirada, como la suya,
descanse en estos mismos cielos
que ella siempre ha visto sin duda
significa que vos y ella sois también un
solo ser en vuestros corazones.*

«Pero quizá soy demasiado atrevido...» La había escrito en papel Michinokuni, en un estilo anticuado, pero no faltó de gracia. ¿Atrevido? Sí, se dijo Genji, un tanto disgustado. Regaló a su enviado una espléndida prenda de vestir femenina.

«Nada sé de decretos promulgados a través de un secretario», [\[25\]](#) escribió al día siguiente.

*Ah, cuán cruelmente se me exige sufrir
en mi corazón secreto,
pues, ¿no hay nadie que me pregunte
«¿Cómo te sientes?».*

«No se me ocurren las palabras...»

[26] Había escrito con una caligrafía muy bella. Si a ella no le impresionó, debió de ser porque, dada su juventud, era demasiado tímida; en caso contrario, sin duda todavía se desesperaba al compararse con él, hasta tal punto que la mera idea de que él reparase lo suficiente en ella para cortejarla sólo le causaba deseos de llorar. Así pues, permaneció impasible hasta que, a instancias de su desesperado padre, por fin escribió en papel malva muy perfumado y con tinta unas veces negra y otras de una palidez etérea:

El deseo real de tu corazón: deja que te pregunte por su grado y cómo sientes.

¿Puedes sufrir como dices por alguien a quien no conoces?

La caligrafía y el lenguaje era dignos de la más grande dama del reino.

Todo esto le recordaba gratamente la vida en la Ciudad, pero no era apropiado que escribiera con demasiada frecuencia, así que, cada dos o tres días, aprovechaba el pretexto de una noche lánguida o un delicioso amanecer (momentos que probablemente la inspiraban también a ella). Genji no tardó en llegar a la conclusión, puesto que ella estaba muy lejos de ser una correspondiente indigna, de que no deseaba perderse la oportunidad de conocer a una persona tan

profundamente orgullosa; y, no obstante, la manera en que Yoshikiyo hablaba de ella, como si fuese de su propiedad, le ofendía, y no quería acabar con las esperanzas que aquel hombre alimentaba desde hacía tantos años. Tras reflexionar en ello, decidió avanzar sólo después de que alguien hubiera dado el primer paso hacia él. Pero, ay, aquella cuyo orgullo superaba al de la más grande dama seguía mostrando una reticencia tan exasperante que los días pasaban trabados en una contienda de voluntades.

Ahora que el paso [\[27\]](#) se interponía entre él y la lejana Ciudad, cada vez estaba más preocupado por la amada que vivía allá y se preguntaba qué debería

hacer. No tenerla consigo no era en verdad ninguna broma. [28] ¿Debería haber ido a su encuentro en secreto? La resolución de Genji vacilaba de vez en cuando, pero se decía que no iba a quedarse allí para siempre y que, en cualquier caso, si hacía algo así recibiría numerosas críticas.

Aquel año hubo frecuentes augurios y constantes alborotos en palacio. El día decimotercero del tercer mes, una noche en que cayeron rayos y rugió el viento, Su Majestad soñó que Su Eminencia, el difunto emperador, estaba bajo la escalinata de palacio, fulminándole con una torva mirada mientras él retrocedía aterrado. Su Eminencia tenía mucho que

decirle, y, desde luego, le habló de Genji. Lleno de temor y aflicción, Su Majestad refirió el sueño que había tenido a la emperatriz madre.

—Uno imagina toda clase de cosas en una noche en que llueve a cántaros y en los cielos reina el tumulto —replicó ella—. No debes permitir que eso te afecte demasiado.

Su Majestad contrajo entonces una dolencia de los ojos, tal vez porque su mirada se había cruzado con la de su padre, y el sufrimiento era insoportable. Se ordenó llevar a cabo toda clase de penitencias, tanto en el palacio como en el hogar de la emperatriz madre.

El canciller [\[29\]](#) falleció, algo muy

natural a su edad, pero todos los infortunios se incrementaron con una vaga indisposición de la emperatriz madre que la fue debilitando. Así pues, toda una serie de penalidades asolaron la corte.

—Si Genji está sufriendo deshonra cuando en realidad es inocente, estoy convencido de que habrá represalias —observaba a menudo Su Majestad—. Soy partidario de rehabilitarlo.

—Si haces eso, nadie te respetará —insistía tenazmente la emperatriz madre—. ¿Qué dirá la gente si, antes incluso de que hayan transcurrido tres años, perdonas a un hombre cuyas ofensas le han llevado al destierro?

Transcurrieron días y meses durante

los que Su Majestad permaneció sumido en la vacilación, y entretanto su estado y el de la emperatriz madre empeoraron.

En Akashi, como siempre, había algo nuevo en el viento otoñal, y dormir solo era tan penoso para Genji que de vez en cuando abordaba a su anfitrión.

—Encuentra una razón u otra para traerla aquí —le decía, pues tomar la iniciativa no le parecía conveniente y ella misma no mostraba ninguna señal de alentarle.

Había oído decir que las desdichadas muchachas campesinas eran las que más neciamente se rendían así a la charla halagadora de un caballero procedente de la Ciudad que pasase allí una breve

temporada. «No es posible que me tenga el menor respeto —se decía ella—, y sólo me llenaría de aflicción. Supongo que mientras permanezca soltera, mis padres, con sus imposibles expectativas con respecto a mí, seguirán teniendo cariñosas y fantásticas visiones de mi futuro, pero a mí sólo me harán sufrir. No, es del todo suficiente que me comunique con él por carta mientras sigue en esta costa». Tras haber oído durante años rumores acerca de él, jamás había esperado tener un atisbo de semejante hombre donde ella vivía, pero de hecho lo había tenido, el viento le había traído la música de su *koto* —de la que decían que era soberbia— y estaba muy bien informada de cómo

pasaba él su tiempo; la misma idea de que se dignara a reparar en ella lo suficiente para cortejarla era excesiva para una muchacha que había desperdiciado su vida entre pescadores. Tales eran sus pensamientos, y cuanto más avergonzada se sentía, menos podía contemplar la posibilidad de permitir que él se le acercara.

Sus padres, que veían próximo a realizarse aquello por lo que habían rezado durante tanto tiempo, empezaron a imaginar con inquietud que ahora que la habían ofrecido precipitadamente a Genji, la aflicción se apoderaría de ella si éste la desdeñaba, pues, por muy gran señor que pudiera ser, ése sería un amargo

golpe para ella. Presas de un constante nerviosismo, se decían: «Sí, hemos confiado en los budas y los dioses invisibles sin tener en cuenta los sentimientos de él y el karma de nuestra hija». [30]

—Me gustaría mucho oír su música contra el sonido del oleaje que hemos tenido últimamente —decía Genji a menudo—. Será una gran lástima no poder hacerlo.

El Novicio eligió discretamente un día propicio, desoyendo las diferentes objeciones de la madre, y, por propia iniciativa y sin decir nada a sus acólitos, arregló la habitación de la muchacha hasta que quedó reluciente, y cuando la luna

casi llena [31] se había alzado en todo su esplendor, le dijo jovialmente a su invitado:

—En una noche tan encantadora... [32]

«¡Menudo granuja estás hecho!», se dijo Genji, pero se aseó, se puso un manto de vestir y salió bien entrada la noche. Su espléndido carruaje estaba dispuesto, pero le pareció demasiado ostentoso y prefirió cabalgar. Se llevó consigo sólo a Koremitsu y uno o dos compañeros más. El camino era muy largo. Desde el sendero contempló la extensión de la distante costa, y la luna brillando sobre unas aguas gratas a los amantes de la belleza [33] le recordó a la dama que tanto añoraba, hasta el punto de que sintió

deseos de seguir cabalgando e ir
directamente a su encuentro.

*En esta, noche de otoño, oh, corcel
revestido de luz lunar,
¡remóntate en el cielo, que por unos
momentos pueda estar allí con mi
amada!, [\[34\]](#)*

murmuró para sus adentros



Cortina

La casa, excelentemente construida, estaba muy bien situada y rodeada de árboles. La mansión junto al mar curiosa e

imponente, pero allí, pensó Genji con pesar vida sería solitaria y uno conocería todos los matices de J melancolía. La campana de la sala de meditación contigua sonaba con aire lastimero mientras el viento suspiraba entre los pinos, y las raíces de éstos, aferradas a las rocas, tenían una dignidad propia. Insectos de diferentes tipos cantaban en el cercano jardín. Genji miró con cautela a su alrededor. La parte de la casa donde vivía la hija de su anfitrión estaba especialmente bien cuidada. La bella puerta había dejado entrar la luz de la luna y aún seguía entreabierta. [\[35\]](#)

La renuencia de la muchacha a exponer su persona a las libertades que él

podiera tomarse era tan profunda, que los titubeantes intentos de conversación por parte de Genji sólo tropezaron con una penosa resistencia. «¡Qué aires se da! - pensó Genji-. La gran dama más inaccesible habría cedido de buen grado después de todo este cortejo, pero no, ella no. ¿Me desprecia, entonces, por haber caído en desgracia?» Estaba enojado, y diversos recelos le hacían reflexionar. Forzarla cruelmente sería contrario al buen juicio, pero, si resultaba perdedor en una batalla de voluntades, perdería todo crédito. Una habría deseado mostrar un hombre así, con su tribulación y su enojo, a alguien que supiera en verdad apreciar la belleza. Una cinta de una cortina

cercana rozó las cuerdas de un sô no koto, lo cual hizo que Genji evocase la agradable imagen de la joven tocándolo a solas por su propio placer.

—¿No me permitirás al menos oír tu famoso *koto*? —le preguntó para seguir intentando que saliese.

Ah, ojalá una querida amiga se me uniera en el placer de compartir la dulce charla que tal vez me despertara del sueño de esta triste vida.

Ella le respondió:

¿Cómo podría yo, que vago por la larga

*oscuridad de una noche que
el alba no interrumpe, saber siquiera
qué es un sueño, para participar en la
charla?*

Su vaga figura era muy parecida a la del Refugio, que se encontraba en Ise. Como había estado sola y a sus anchas, sin pensar que pudiera ocurrirle percance alguno, ahora la sorpresa hacía que se pusiese demasiado nerviosa. Entró en la habitación contigua y cerró el tabique deslizante de un modo tan seguro que él no trató de abrirlo a la fuerza. Sin embargo, las cosas no podían terminar así.

La dama, alta y esbelta, tenía una

dignidad impresionante. Genji sentía una gran tristeza al considerar el carácter artificioso de su unión. [36] Ahora que la conocía, sin duda los sentimientos de Genji hacia ella eran todavía más profundos. La noche, por lo general tediosamente larga, pareció llegar en un instante al amanecer. Deseoso de marcharse antes de que alguien pudiera verle, se puso en marcha no sin antes asegurarle que su amor hacia ella era sincero.

Aquel día su carta llegó a la joven con suma discreción. ¿Tal vez había tenido remordimientos de conciencia? Ella no deseaba que nadie lo supiera, y no dio al mensajero una jubilosa bienvenida. Su

padre lamentaba profundamente la situación.

A partir de entonces, a veces Genji la visitaba en secreto. Puesto que la casa se hallaba a bastante distancia, restringía los viajes por temor a encontrarse por el camino con los chismosos pescadores, y esto confirmaba tan penosamente los temores de la muchacha que el Novicio, olvidando su anhelo del paraíso, sólo esperaba señales de la visita de Genji. Era una lástima que la serenidad de sus pensamientos se viera turbada de tal modo.

Genji temía que su dama de Nijô llegara a enterarse de lo que ocurría y le doliera imaginar el extravío de su

corazón, aunque fuese una locura pasajera, lo cual sin duda daba la medida del amor desmesurado que sentía por ella. Siempre que Murasaki había tenido ocasión de conocer y —de una manera tan impropia de ella— protestar por esa clase de aventuras, él se preguntaba por qué había permitido que una tonta diversión la hiciese enfadar, y se decía que ojalá pudiera desandar lo andado y comportarse como era debido. Así pues, pensar ahora en la dama en cuestión sólo despertaba en él una nostalgia que nada podía calmar, así que le escribió una carta más vehemente de lo habitual, que finalizaba con estas palabras: «Debo añadir que, aunque me apena recordar cómo mi

necedad me ha hecho incurrir a veces en tu desagrado, cuando me ha decepcionado incluso a mí, por extraño que parezca he vuelto a tener un pequeño sueño. Comprende, te lo ruego, a través de esta espontánea confesión, que te pertenezco por completo. “Si mi promesa...”». [\[37\]](#) Y siguió diciéndole: «Cada vez que piensa en ti».

Torrentes de agua salada brotan de sus ojos y llora: el hombre de la costa, que cosecha placeres como algas, sólo ha cedido a un capricho pasajero.

La respuesta de Murasaki, escrita con encantadora ingenuidad, finalizaba

diciendo: «El sueño que te has sentido obligado a mencionarme me suscita muchos pensamientos»:

*Con qué inocencia deposité en ti la
confianza de que, una vez unidos,
las olas jamás rebasarían ninguna
colina cubierta de pinos. [38]*

Esta indirecta, más desgarradora por la suavidad de su tono, afectó tanto a Genji que no podía apartar los ojos de la misiva. Ese estado de ánimo se hizo persistente, de modo que durante algún tiempo renunció a viajar en secreto por la noche.

La dama, que no estaba sorprendida,

ahora sentía realmente deseos de poner fin a su vida arrojándose al mar. Como no tenía a nadie más que a sus viejos padres, nunca había esperado recibir el respeto del que otras disfrutaban, pero, a fin de cuentas, durante los meses y años transcurridos no había sucedido nada que le causara angustia. Ahora que conocía las preocupaciones que la vida puede acarrear, le parecían mucho peores de lo que habría podido imaginar, pero mantenía la serenidad y recibía a Genji con toda cortesía. La joven significaba más para él a medida que pasaba el tiempo, pero lamentaba profundamente que una dama de mucha más importancia le esperase llena de ansiedad durante

años, pensando tiernamente en él, y casi siempre dormía solo.

Hizo una serie de pinturas en cuyos márgenes anotó sus pensamientos, de modo que ella pudiera añadir sus respuestas. [39] Era imposible verlos sin emocionarse. De alguna manera, sus corazones debieron de ponerse en contacto a través de los cielos, pues también ella en Nijô, al sentir que la carga de sus pesares era excesiva, empezó a pintar y a anotar en sus obras, como en un diario, los momentos reveladores de su vida. ¿Qué les reservaba el futuro?

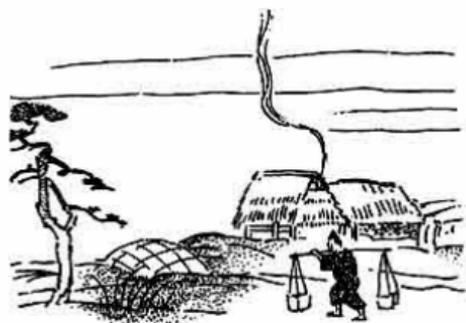
Había llegado el Año Nuevo, y la consternación cundía entre los cortesanos, pues Su Majestad necesitaba tratamiento.

Uno de sus hijos era un niño nacido de la consorte Shôkyôden, hija del actual ministro de la Derecha, pero, con sólo dos años, era todavía demasiado pequeño. [40] Lo más indicado sería que abdicara a favor del príncipe heredero, y al preguntarse quién podría gobernar entonces al servicio del reino, el destierro de Genji le pareció tan escandaloso y ofensivo que finalmente desoyó las reconvenções de su madre y decretó el perdón de Genji. El año anterior la emperatriz madre había empezado a sufrir los ataques de un espíritu maligno, y los oráculos habían hecho frecuentes augurios que turbaban a la corte, mientras que recientemente los trastornos oculares que

una penitencia estricta parecía haber aliviado habían vuelto a empeorar, causando tales sufrimientos a Su Majestad que, pasado el día vigésimo del séptimo mes, promulgó otro decreto para que Genji regresara a la ciudad.

Genji había contado con que su regreso se produciría a su debido tiempo, aunque este mundo traidor no le estimulaba a esperar con ilusión lo que le aguardaba, pero el momento llegó de forma tan repentina que su alegría se mezcló con la tristeza de tener que abandonar aquella costa. El Novicio, que, al enterarse de la noticia, aprobó por completo la decisión imperial, sintió que su corazón se llenaba de pesar. Sin

embargo, no tardó en sobreponerse, puesto que la satisfacción de las ambiciones de Genji también implicaba el cumplimiento de sus propios deseos.



Por entonces Genji pasaba todas las noches con la joven. En el sexto mes, ella empezó a sentirse mal. [\[41\]](#)



Salina

Ahora que él iba a abandonarla, parecía desafortunado valorarla más que antes, y le turbaba verla destinada, de una manera inexplicable, a la aflicción. No hace falta decir que ella también se sentía desesperada, y nadie podría culparla por ello. Al emprender

aquel viaje extrañamente melancólico, Genji siempre había hallado consuelo en la convicción de que algún día regresaría, pero ahora que tenía ante sí esa feliz perspectiva pensaba con tristeza en que tal vez nunca volvería a ver aquel lugar.

Los hombres a su servicio se regocijaban, cada cual según sus circunstancias. Un grupo de caballeros llegaron de la Ciudad para saludar a Genji, lo cual fue agradable, pero tí Novicio lloraba sin parar, y entretanto llegó el octavo mes. Bajo aquellos cielos otoñales, ya bastante tristes de por sí, Genji se preguntaba desconsolado por qué ahora, como en el pasado, seguía entregándose a tan insensatas aventuras

hasta el punto de que quienes estaban al corriente de lo que sucedía rezongaban: «¡Mirad! ¡Ha vuelto a las andadas!». Dándose codazos unos a otros, proseguían: «Durante todos estos meses, sin decir palabra a nadie, ha salido sigilosamente para verla, y ahora la ha hecho desdichada a pesar de todo». Yoshikiyo se sentía violento cuando le susurraban que él había sido el primero que había hablado a Genji de la muchacha.

Aquella noche, Genji fue a verla antes de lo acostumbrado, puesto que dos días más tarde emprendería el regreso. Era la primera vez que la veía apropiadamente, y su serena dignidad le impresionó tanto

que le resultaba muy doloroso abandonarla. Deseaba que ella pudiera acompañarle y estar con él de alguna manera adecuada, y trató de consolarla ofreciéndole garantías al respecto. Su aspecto y su porte no necesitaban descripción, pero su entrega a la práctica religiosa le había aportado una esbeltez de facciones que le prestaba una gracia inefable, y es posible que mientras él, con los ojos arrasados en lágrimas, hacía las promesas más tiernas, ella se preguntara si aquélla no era felicidad suficiente y si no debería renunciar a esperar algo más. La misma belleza de Genji hacía que su propia insignificancia fuese penosamente evidente.

El viento del otoño había cambiado el sonido del oleaje. De la salina se alzaban delgadas columnas de humo, y todo cuanto aportaba peculiaridad al lugar estaba presente en la escena.

*Ha llegado nuestra separación,
y de momento he de dejarte,
pero ruego que el humo que se
alza de tu salina se incline
todavía hacia el camino que he
de seguir.*

Ella contestó:

Las penas como marañas marinas que la



Kin

salinera recoge para amontonarlas en sus fogatas no son más que aquello que la vida trae; no tiene ningún deseo de quejarse.

Aunque las lágrimas apenas le permitían hablar, aún podía darle una elocuente réplica cuando era necesario.

Genji, que siempre había ansiado oírle tocar para él, estaba muy decepcionado porque no lo había hecho.

—Sólo un poco —pidió—, para recordarte con esa música.

Mandó ir a buscar el *kin* que había traído de la ciudad y tañó dulcemente las cuerdas, arrancándoles una deliciosa tonada que llenó de un modo inefable las

claras profundidades de la noche. Al oírle, el Novicio no pudo resistirse, tomó el *sô no koto* y se lo acercó a su hija a través de las cortinas. Su invitación también debió de provocar en la muchacha un llanto copioso mientras tocaba con suavidad, revelando lo que era capaz de hacer. En su momento la habilidad de Su Eminencia Enclaustrada le había parecido a Genji incomparable, pues su brillantez, que a menudo producía al oyente un estremecimiento de placer, también transmitía una imagen de sí misma, lo cual hacía que la música tuviese cualidades en verdad supremas. En cambio, aquella dama sobresalía por su indefectible dominio y por conseguir un

tono envidiablemente absorbente. Su manera de tocar evocaba también sentimientos profundos y afectuosos, y mientras desgranaba unas piezas que él nunca había oído hasta entonces, haciendo numerosas y desesperantes pausas, ansiaba más y se preguntaba con amargura por qué durante todos aquellos meses no había insistido en que ella le proporcionara aquel placer.

Le hizo promesas acerca del futuro.

—Debes conservar este *kin* hasta que podamos tocar juntos de nuevo —le dijo.

Al inesperado regalo que me haces para que crea que me serás fiel honraré en mis pensamientos con una larga

música de lágrimas, [42]

replicó ella en voz tan baja que él apenas pudo oírla, y, con cierta irritación, Genji respondió:

Este koto es tuyo, para que te recuerde a mí hasta que volvamos a encontrarnos, y confío en que no cambiarás el tono de la cuerda central. [43]

«Nos veremos antes de que pierda su afinamiento», siguió diciendo, a fin de estimular la confianza de la joven, pero, como es comprensible, ella estaba sumida en el llanto y la angustia ante la perspectiva de su partida.

El día señalado, él la dejó en la oscuridad previa al amanecer. Incluso cuando ya estaba entre quienes habían acudido para escoltarle, encontró una pausa para enviarle un mensaje:

Lamento que la ola ya vaya a alzarse y a retirarse, dejándote atrás con las penalidades que muy bien puedo imaginar.

Ella respondió:

Esta casa de juncos, donde he vivido tantos años, quedará desolada... ¡ah, cómo anhelo seguir a la ola en retirada! [\[44\]](#)

Las palabras expresaban sus sentimientos con sinceridad, y Genji se esforzó en vano por contener el llanto. A quienes desconocían las circunstancias, la escena les parecía muy natural, pese al lugar donde se hallaban, puesto que él había vivido allí largo tiempo y ahora se marchaba para siempre. Semejante prueba de profundo afecto no le hizo ninguna gracia a Yoshikiyo. Los demás estaban contentos pero al mismo tiempo tristes, pues aquél iba a ser su último día junto al mar, y lo que se decían entre sí indicaba que también tenían sus propias razones para llorar... Aunque no hay necesidad de explayarse en ellas.

Los preparativos del Novicio para el

día de la despedida fueron en verdad espléndidos. Todo el mundo, hasta el último de los hombres de Genji, recibió ropas de la mejor calidad para el viaje.

[45] Una se pregunta cuándo pudo encargarse que las confeccionaran. El traje de Genji era más elegante de lo que es posible describir con palabras, e innumerables baúles de ropa incrementaron la recua de la comitiva. Cada regalo era digno de ser presentado en la Ciudad, y cada uno tenía su propio mérito, pues el donante no había descuidado nada.

En la veste de caza que había recibido, Genji encontró esta nota:

*Tal vez desdeñarás este manto de viaje
por su salinidad, lavado
como ha sido a menudo por el agua
salada de una ola tras otra.*

A pesar de su nerviosismo, Genji se las ingenió para replicar:

*Sí, intercambiamos algo que le ofrezca a
cada uno la presencia del otro:*

*una túnica que esté entre nosotros hasta
el día en que volvamos a encontrarnos,*

[\[46\]](#)

y se la puso en reconocimiento a la amabilidad de la muchacha. Él le envió las prendas que había usado, las cuales

constituyeron, en efecto, un recuerdo gracias al cual ella le tendría siempre presente. ¿Cómo no iba a llenar también sus pensamientos la fragancia que emitía el exquisito manto de Genji?

—A pesar de que al final he dejado este mundo a mi espalda, sigo lamentando no poder acompañaros hoy —le dijo el Novicio.

Ofrecía una triste estampa, con las comisuras de la boca hacia abajo, pero los más jóvenes no pudieron evitar reírse.

*Cansado del mundo, larguísimos años he
vivido junto al salado mar,
y no obstante incluso ahora es cierto que
no puedo abandonar esta orilla, [47]*

le dijo a Genji. «Tal vez hasta la frontera, al menos, puesto que sin duda la oscuridad del corazón va a apoderarse de mí...» [48] Y siguió diciendo obsequiosamente: «Por favor, olvidad mi presunción, pero si alguna vez tenéis oportunidad de pensar en ella...». [49]

Genji estaba muy emocionado, y el arrebol de su rostro le daba un encanto indescriptible.

—Tengo buenas razones para no olvidarla, ya lo sabes. Muy pronto verás cómo soy realmente. ¡Pero me resulta tan difícil abandonar tu casa...! ¿Qué voy a hacer? —inquirió y, enjugándose los ojos:

¿Fue peor aquel pesar, la primavera en

que partí de la Ciudad para venir tan lejos, que el de ahora, cuando en otoño abandono una orilla familiar?

El Novicio estaba emocionado, y lloraba todavía con más intensidad. Apenas podía tenerse en pie.

El estado de su hija era inenarrable. Se esforzaba por permanecer serena y ocultar lo que sentía, pero, justa o injustamente, su penosa situación le hacía experimentar un amargo resentimiento por la partida de Genji y, con la imagen de éste siempre ante ella, sus esfuerzos por contener las lágrimas eran vanos.

Su madre no sabía cómo consolarla.

—¿Por qué se nos ocurrió causarte

este sufrimiento? —le dijo—. La culpa es mía por haber prestado oídos a un hombre tan loco.

—¡Basta! —exclamó el padre—. Él tiene todos los motivos para no abandonarla, y estoy seguro de que se propone hacer algo por ella. —Entonces se dirigió a su hija: —Domínate y toma la medicina. ¡Qué manera de comportarte...!

Sin embargo, él mismo estaba tumbado en un rincón.

Las ayas y la madre de la muchacha condenaban por igual las falsas ilusiones del Novicio.

—Durante años ha deseado tanto verla como él quiere que sea —decían—, que creímos que esta vez lo había conseguido,

pero no, ¡es un desastre!

Su aflicción y la de su hija trastornaba tanto al anciano que se sentía cada vez más confuso, dormía durante el día y de noche se levantaba para sentarse allí, a rezar y restregarse las manos, musitando: «¡Mi rosario ha desaparecido!». Una noche de luna, después de que los sirvientes se hubieran burlado de él, salió a pasear por los alrededores, cayó en el arroyo del jardín, se golpeó el trasero contra una roca decorativa y hubo de guardar cama para recuperarse, lo cual por fin le dio algo más en qué pensar.

Genji viajó a Naniwa, donde llevó a cabo los ritos de purificación, y por medio de un mensajero anunció también a

Sumiyoshi que daría gracias por haber tenido un viaje sin contratiempos y por las bendiciones recibidas como respuesta a sus votos. [\[50\]](#) De repente su séquito se había hecho demasiado numeroso para que por el momento pudiera ir en persona, así que se apresuró a entrar en la Ciudad sin tomar ningún otro desvío.

Cuando llegó a su residencia de Nijô, sus servidores y quienes viajaban con él se encontraron en lo que les parecía un sueño, y se alzó un alarmante tumulto de lágrimas y risas. Después de todo, su amada debía de haber vuelto a valorar la vida que tan poco había significado para ella. Había madurado hasta llegar a ser absolutamente adorable, y el peso de las

penalidades había reducido un poco su cabellera otrora demasiado abundante, lo cual la favorecía mucho. El se sintió entonces profundamente satisfecho al ver que siempre sería suya de aquella manera, pero al pensar así sintió una punzada de dolor por aquella a la que tan a su pesar había abandonado. Sí, era evidente que estos asuntos jamás le darían descanso.



Arroyo del jardín

Empezó a hablar de ella, y los recuerdos dieron tal expresión a su rostro que la dama sentada ante él debió de sentirse inquieta, pues con un «no me preocupo por mí» [\[51\]](#) dejó caer una ligera indirecta que encantó a Genji. Al reparar en que verla era amarla, se preguntó, perplejo, cómo se las había

arreglado para pasar aquellos meses y años sin ella, y experimentó de nuevo inquina hacia el mundo.

Muy pronto le concedieron un nuevo cargo, el de gran consejero supernumerario. Todos sus partidarios recuperaron sus funciones y privilegios anteriores, hasta que por sus talantes y actitudes parecieron árboles invernales para los que por fin había llegado la primavera.

Genji recibió una invitación de Su Majestad, y fue a visitarle. Las damas de honor se preguntaban cómo era posible que un hombre de madura dignidad, como la que tenía ahora, pudiese haber soportado todos aquellos años en un lugar

tan extraño. Las mujeres de edad avanzada que estaban de servicio desde el reinado de Su Eminencia, el difunto padre de Genji, volvieron a expresar su dolor con lágrimas y exclamaciones, y entonces cantaron alabanzas a Genji. Incluso Su Majestad era consciente de que la ocasión requería esmero en todos los aspectos, y se vistió con especial cuidado. Aunque se le notaban los estragos de su larga enfermedad, desde hacía algún tiempo había experimentado cierta mejoría. Conversaron discretamente hasta entrada la noche. La luna de la decimoquinta noche [\[52\]](#) lucía en lo alto, hermosa y serena, mientras fragmentos del pasado cruzaban por la mente de Su Majestad y,

tal vez temeroso del futuro, lloraba.

—¡Cuánto tiempo he estado sin oír tu música, añorado el sonido de instrumentos que antes me eran tan familiares! —exclamó.

El abandonado Niño Sanguijuela, que languidecía exangüe junto al mar, año tras interminable año apenas podía sostenerse en pie, [53]

replicó Genji.

Profundamente conmovido y también avergonzado, Su Majestad dijo:

Ahora que por fin hemos completado el círculo para encontrarnos de nuevo

alrededor

*del sagrado poste, ¡olvida la amargura
de aquella primavera en que nos
separamos! [\[54\]](#)*

El tono en que había hablado no podía ser más afectuoso.

Genji se dispuso a preparar el Rito de los Ocho Discursos para Su Eminencia, su difunto padre. Le satisfizo en extremo ver que el príncipe heredero había crecido mucho, y le observó con profunda emoción. El brillante éxito del príncipe heredero en sus estudios le capacitaba con toda evidencia para asumir con plena confianza los deberes del soberano. Una vez Genji se hubo serenado un poco,

visitó también a Su Eminencia Enclaustrada, y su conversación debió de girar en torno a muchos temas emocionantes.

Ah, sí, sobre las olas en retirada envió una carta a Akashi. [55] Al parecer, fue una misiva larga y escrita a hurtadillas. «¿Cómo estás, cuando las olas una noche tras otra...?»»

*Mis pensamientos van hacia ti,
imaginando brumas matinales a lo largo
de la costa,
mientras tú, en Akashi, pasas noches de
insomnio sumida en la aflicción.*

La danzarina de Gosechi, la hija del

delegado del virrey de Dazaifu, sintió que ya había superado su secreta y desesperada desdicha, y pidió a su mensajero que le diera un mensaje a Genji, con un guiño:

*Quisiera que vieras la rapidez con que la
marinera halló sus mangas
arruinadas cuando dejó que su corazón
penara por la costa de Suma.*

«¡Ahora escribe mucho mejor!», se dijo Genji, adivinando quién le enviaba el mensaje, y replicó:

*No, soy yo quien debería presentarte mi
queja, pues tras tu nota apenas ha*

*habido un momento en que mis mangas
hayan estado secas.*

El inesperado mensaje de la dama hizo que Genji se hiciera una nítida imagen mental de ella, pues aún recordaba lo mucho que le había gustado, pero al parecer en esa época se había abstenido de esa clase de cosas.

Tan sólo escribió al pueblo de las flores que caen, y la dama que vivía allí dudó de él y se sintió más herida que nunca.

Miotsukushi

El peregrinaje a Sumiyoshi

Las sílabas *mi-o-tsu-ku-shi* aparecen en el intercambio poético por el que a menudo se ha recordado este capítulo. Su significado principal es el de «señalizador de canal» (un palo clavado en el fondo de un estuario para señalar el canal), pero también indican «darme

del todo» (en el amor).

Genji ha ido al santuario de Sumiyoshi, cerca de Naniwa, para dar gracias al dios por sus bendiciones. Casualmente, la dama de Akashi llega el mismo día en su propio peregrinaje a Sumiyoshi, pero el nutrido séquito de Genji atesta la playa, hasta tal punto que ella, sintiéndose insignificante, va directamente al puerto de Naniwa. Al enterarse de lo que ha sucedido, Genji va a recorrer Naniwa, donde repara en el canal Horie (un nombre famoso en poesía), señalado por hileras de *miotsukushi*.

Entonces envía este mensaje a la dama:

*Yo, que lo doy todo por tu amor, tengo mi
recompensa, pues hallarte aquí,
donde hay un canal tan profundo,
demuestra la fuerza de nuestro vínculo.*

Ella replica:

*Ya que nada valgo, ningún derecho tengo
a la felicidad;
¿qué me llevaría, pues, a darlo todo por
amor?*



Relación con los capítulos anteriores

«El peregrinaje a Sumiyoshi» continúa lo relatado en «Akashi»: Comienza en el décimo mes, cuando Genji tiene veintiocho años, y llega hasta el undécimo mes del año siguiente.

Personajes

Su Gracia, Genji, que asciende

de gran consejero a ministro de Palacio,
de 28 a 29 años

La emperatriz madre
(Kokiden)

Su Majestad, el
emperador, más adelante Su
Eminencia, de 30 a 31 años (Suzaku)

Su Eminencia, el difunto
padre de Genji, tras su muerte
(Kiritsubo In)

La dama de cámara

(Oborozukiyo)

La dama de Genji en Nijô, de
20 a 21 años (Murasaki)

**Su Alteza, el príncipe
heredero**, más adelante Su Majestad,
el emperador, de 10 a 11 años (Reizei)

Su Eminencia

Enclaustrada, su madre, de 33 a
34 años (Fujitsubo)

El príncipe Shôkyôden,
nombrado príncipe heredero, de 2 a 3

años

Su madre, la consorte Shôkyôden

**Su Excelencia, el
canciller**, ex ministro de la
Izquierda, de 62 a 63 años (Sadaijin)

El capitán asesor, más adelante
consejero supernumerario (Tô no Chûjô)

Su hija, la consorte Kokiden, de 11 a
12 años

Su hijo (Kôbai)

El hijo de Genji, de 7 a 8
(Yûgiri)

La dama de Akashi, de 19 a
20 años (Akashi no Kimi)

Su hija (Akashi no Himegimi)

El aya de la hija

El Novicio, aproximadamente de
61 a 62 años (Akashi no Nyûdô)

La ex consorte Reikeiden

La dama de las flores que
caen (Hanachirusato)

La danzarina de Gosechi

Su Alteza de la Guerra,
hermano de Fujitsubo y padre de
Murasaki (Hyôbukyô no Miya)

El ayudante de la
Guardia de Palacio (de la
Derecha), más adelante en la Guardia de
la Puerta

Yoshikiyo, sirviente de Genji

Koremitsu, confidente de Genji

El gobernador de Settsu,
uno de los sirvientes de Genji

El Refugio de Rokujô, de
35 a 36 años (Rokujô no Miyasudokoro)

**La Suma Sacerdotisa de
Ise**, su hija, de 19 a 20 años
(Akikonomu)

Después de aquel nítido sueño, Genji pensaba a menudo en su difunto padre, y lleno de aflicción deseaba salvarle de alguna manera de los pecados que tan abrumadoramente pesaban sobre él. Una vez de regreso en la Ciudad, de inmediato se preparó para esa tarea, y el décimo mes celebró un Rito de los Ocho Discursos. Todo el mundo se plegó a sus deseos, como en el pasado.

A pesar de que la emperatriz madre se hallaba enferma de gravedad, estaba muy enojada porque no había podido acabar con Genji, pero Su Majestad, que recordaba los últimos deseos de su padre y preveía ciertas represalias, sentía un gran alivio por haberle rehabilitado, pero

la sospecha de que ya no le quedaba mucho tiempo le abrumaba, y quería que Genji estuviera siempre a su lado. Era tan evidente que le satisfacía hablar con él abiertamente de todo que su placer, a su vez, procuraba felicidad a la corte entera.

Como su planeada abdicación se acercaba con rapidez, se sentía apenado por Oborozusiyo, cuya experiencia de la vida había sido tan dolorosa.

—Su Excelencia el canciller ya no existe —le dijo—, la salud de la emperatriz madre me preocupa en sumo grado, y ahora que siento que se acerca mi hora, temo dejarte tristemente sola en un mundo muy diferente. Nunca has tenido tan buena opinión de mí como de cierta

persona, pero mi mayor afecto siempre me ha impulsado a cuidar de ti por encima de todo. Aquél a quien prefieres también puede complacerse en ti, pero no que creo que sus sentimientos se aproximen a los míos, que son mucho más fuertes, y eso es algo muy doloroso. —Empezó a llorar.

Ella, en plena madurez de su belleza, se ruborizó intensamente, y derramó lágrimas hasta que él olvidó sus transgresiones y la miró sólo con piedad y amor.

—Me pregunto por qué no me has dado ni siquiera un hijo —siguió diciendo el emperador—. Es un gran pesar que tengo. Sé que tendrás uno para él, con quien tu vínculo es mucho más fuerte, y

pensar en eso me entristece en sumo grado. Al fin y al cabo, él es lo que es y nada más, y el padre de tu hijo será un súbdito.

Esta y otras observaciones tuyas acerca del futuro llenaron a Oborozukiyo de pesar y vergüenza. El rostro de Su Majestad tenía tal dulzura y su conducta demostraba tan a las claras un ilimitado afecto —que parecía haber ido en aumento con el paso de los años— que, a pesar de los méritos de Genji, ella sólo podía reconocer el sufrimiento causado por sus tibias atenciones, hasta que ya no supo por qué había cedido a sus tendencias juveniles y causado aquel terrible escándalo, que manchaba el

nombre de los dos. Tales recuerdos le hicieron lamentar la vida que había llevado.

La llegada del príncipe heredero a la mayoría de edad tuvo lugar en el segundo mes del año siguiente. Su Alteza, que ahora tenía once años, era alto y serio para su edad, y su cara parecía un calco de la de Genji. Ambos brillaban de un modo tan deslumbrante que todo el mundo cantaba sus alabanzas, pero la madre de Su Alteza estaba consternada y tan solo deseaba fervientemente que no fuese así. Su Majestad miraba al muchacho con placer, y de un modo discreto le hizo saber, entre otras cosas, que se proponía cederle pronto el reino.

La abdicación tuvo lugar el día vigésimo del mismo mes, de una manera lo bastante repentina para disgustar a la emperatriz madre. Su Majestad trató de calmarla diciéndole:

—Ya no voy a tener ninguna importancia, pero espero con ilusión poder verte más a mis anchas.

El príncipe Shôkyôden fue nombrado príncipe heredero. El nuevo reinado empezó, para variar, entre numerosos acontecimientos de original brillantez. Genji fue promovido de gran consejero a ministro de Palacio. Su cargo había sido añadido a los otros, puesto que no había ninguno regular de su clase vacante. [\[1\]](#) Aunque se esperaba de él que ahora

tomase las riendas del gobierno, cedió el papel de regente a Su Excelencia, el ex ministro de la Izquierda, aduciendo que no estaba preparado para asumir las numerosas responsabilidades que el cargo comportaba.

Su Excelencia no quiso aceptarlo.

—La enfermedad me ha obligado a dimitir de mi cargo —explicó—, y ahora que tengo muchos más años, dudo de que pudiera arreglármelas.

Pero también en el otro reino [\[2\]](#) los mismos hombres que desaparecían en las montañas en tiempos inestables y agitados acudían, incluso con el cabello canoso, a servir en tiempo de paz, lo cual les procuraba su reconocimiento como

verdaderos sabios; [3] y por ello todos estaban de acuerdo, tanto en público como en privado, en que no podía haber objeción alguna a que Su Excelencia ocupara una vez más, bajo un nuevo reinado, un puesto que había abandonado debido a su mala salud. Eso era algo que se había hecho otras veces. Por ello interrumpió su retiro y se convirtió en canciller. Tenía sesenta y tres años.

Se había retirado del mundo en parte porque sentía que el mundo estaba contra él, pero ahora prosperaba como antes, y todos sus hijos, que habían languidecido en el desprestigio, obtuvieron cargos elevados. El capitán consultor, en particular, fue nombrado supernumerario.

La hija que tenía con la cuarta hija del difunto canciller había cumplido los doce años, y la criaba con esmero a fin de presentársela a Su Majestad. El hijo [4] que había cantado «Takasago» era ahora mayor de edad. Genji envidiaba a su viejo amigo todos los hijos que había tenido con diferentes mujeres y la consiguiente animación de su casa.

El hijo que él mismo había tenido con la hija de Su Excelencia era de una apostura excepcional, y frecuentaba las cámaras privadas tanto de Su Majestad como del príncipe heredero. Sus abuelos todavía estaban profundamente apesadumbrados por la muerte de su hija, aunque incluso ahora, cuando ella había

desaparecido, la luz que irradiaba Genji levantaba tanto la moral de Su Excelencia que sus años de desesperación quedaban eclipsados por el orgullo de tener semejante yerno. Genji iba a visitarles siempre que podía, pues su buena voluntad no había cambiado, y su diplomática amabilidad hacia las ayas de su hijo, así como hacia las demás sirvientas que llevaban tanto tiempo en la casa, sin duda aportaba felicidad a muchas personas.

Se mostraba afectuoso con quienes le aguardaban en Nijô con el mismo afecto. Deseoso de levantar el ánimo, decaído durante tiempo, de mujeres como Chûjô y Nakatsukasa, les mostró tales atenciones,

a cada una de acuerdo con su posición, que no le quedaba tiempo libre para visitar otros lugares. Encargó que reconstruyeran con magnificencia la mansión un legado de su difunto padre) al este de su residencia en Nijô, y arregló las habitaciones con la idea de instalar allí a la dama de las flores que caen, así como a otras cuyas dificultades le concernían.

Ah, sí... Nunca olvidaba su inquietud por la dama a la que había dejado en Akashi en tan delicada situación y, pese a los apremios de sus asuntos, tanto públicos como privados, que le impedían dedicarle la atención que deseaba, cuando llegó el tercer mes se percató de que el

día podría estar próximo y, embargado por un sentimiento secreto, envió a un mensajero.

El mensajero regresó con rapidez.

—El nacimiento tuvo lugar el día decimosexto —le informó—. La criatura es una niña y todo ha ido bien.

Genji se sintió especialmente feliz al saber que tenía una hija. Se preguntó, enojado consigo mismo, por qué no había hecho trasladar a la madre para que diera a luz en la Ciudad.

Un astrólogo le había predicho que tendría tres hijos, de los que uno sería emperador y otro emperatriz, mientras que el tercero y más humilde de ellos alcanzaría el alto rango civil de canciller.

Según todas las apariencias, había acertado. Expertos fisonomistas habían convenido en que Genji se alzaría al grado más elevado y gobernaría el reino, pero los años de desdicha le habían hecho perder las esperanzas hasta tal punto que la subida al trono del nuevo emperador, que se llevó a cabo sin ningún contratiempo, le llenaba de placer y satisfacción. Admitía que su padre había acertado al apartarle de la línea sucesoria. Su padre le había preferido a sus numerosos hermanos, pero, al reflexionar sobre ello ahora, la decisión de convertirle en súbdito confirmaba que no era él quien debía aspirar al trono; no, nunca se podía decir quién sería

realmente Su Majestad, pero el fisonomista no se había equivocado. Al considerar el futuro, Genji veía en todo esto la influencia y la guía del dios de Sumiyoshi. Sí, también el de ella era un destino extraordinario, y su excéntrico padre ciertamente había acariciado unas ambiciones que estaban del todo fuera de su alcance. ¡Qué lastimoso era, sin embargo, y qué despilfarro, que la persona destinada a tales alturas hubiera llegado al mundo en un lugar tan remoto! Debería traerla a la Ciudad, una vez las aguas hubieran vuelto a su cauce. Dio órdenes para que acelerasen la reconstrucción del ala este de su palacio.

No imaginaba que en un lugar como

Akashi pudiera encontrar a alguien digno, [5] pero entretanto oyó hablar de la hija de quien fuera dama de honor de Su Eminencia, el difunto padre de Genji, una mujer cuyo padre, al morir, había ostentado los cargos de jefe de la administración de palacio y asesor y que, ensombrecida su existencia por la muerte de su madre, en unas circunstancias tan desalentadoras había dado a luz a una niña. A través de la persona que le había hablado de ella, Genji se las arregló para obtener su consentimiento. Todavía joven y sin malicia, y muy deprimida porque se pasaba la vida lamentándose en una casa en ruinas, apenas se detuvo a pensarlo. Le gustaba tanto la idea de estar cerca de él

que se puso a su disposición sin reservas. Genji, que sentía una gran pesadumbre por la muchacha, la envió de inmediato a Akashi.

Cuando tuvo la oportunidad de hacerlo, él había ido con sigilo a visitarla. A pesar de su consentimiento inicial, la muchacha estaba preocupada y en realidad no sabía qué debía hacer, pero la gratificante visita de Genji apaciguó sus temores y la decidió a satisfacer sus deseos.

Era un día de buen augurio, y él la instó a partir de inmediato.

—Sé que te parecerá una extraña crueldad por mi parte —le dijo—, pero tengo una razón concreta. [\[6\]](#) Ten un poco

más de paciencia y recuerda que también yo he languidecido donde jamás pensé que iría.

Y siguió contándole los pormenores del lugar al que se dirigía. Él la había visto antes, porque a menudo la muchacha había servido a su padre, aunque su suerte se había torcido tristemente desde entonces. También su casa, aunque grande, se hallaba en un indescriptible estado de ruina, y los árboles que se alzaban por encima de ella eran tan imponentes que Genji se preguntaba cómo podía vivir en semejante lugar. De todos modos, era joven y bonita, y no podía apartar los ojos de ella.

—Creo que, a fin de cuentas, podrías

seguir aquí... ¿Qué te parece? —le dijo en broma, y a ella le pareció que sí, que en igualdad de circunstancias bien podía buscar consuelo a sus penalidades entrando al servicio personal de Genji.

No es como si hubiéramos sido durante años y años los amigos más íntimos, pero, aun así, ¡cuán dolorosa es nuestra despedida!

le dijo Genji. «Tal vez debería ir contigo».

Ella sonrió.

Esta queja vuestra, porque debemos separarnos de un modo tan repentino,

*sólo puede significar el deseo de ir
adonde va vuestro anhelo,*

respondió ella. Su inteligente respuesta cautivó a Genji.

La joven abandonó la Ciudad en un carruaje. Genji hizo que la escoltara un sirviente de su confianza, al que ordenó que mantuviera un estricto secreto. El equipaje estaba lleno a reventar con la daga [7] y otros regalos igual de apropiados, pues él no había descuidado nada. También hizo gala de una generosidad excepcional con la nodriza. A menudo Genji sonreía imaginando cómo adoraría el Novicio a su nieta, y la profundidad de su cariñoso interés por

ella no dejaba duda alguna de la fuerza de aquel vínculo kármico. En su carta rogaba a la madre que no descuidara jamás a su hija.

Ojalá pronto estas mangas puedan tocarla con sus caricias, ojalá soporte como la roca los roces de ala de ángel hasta una larga edad. [8]

Los viajeros se trasladaron en barco hasta la provincia de Settsu, y desde allí cabalgaron veloces hacia su meta.

El Novicio recibió a la nodriza con muestras de alegría y respeto. Cuando se volvió para hacer una reverencia en dirección a la Ciudad, pensar en el tan

augusto interés de Genji hizo que la pequeña le pareciese todavía más preciosa e incluso le inspiró un sentimiento de temor reverencial.

La niña era tan dulce y adorable que resultaba desconcertante: no era de extrañar que Genji, muy prudente y sabiamente, se propusiera darle todas las ventajas. La nodriza se había sentido como si estuviera soñando al emprender el extraño viaje, pero ahora que estaba con el bebé su aflicción desapareció por completo. Le prodigaba los más tiernos cuidados.

La madre de la niña, que llevaba meses sumida en la pesadumbre, se había sentido cada vez más débil, hasta que

empezó a dudar de que fuera a vivir mucho más, pero el nuevo paso que Genji había dado le hizo recuperarse un poco. Alzó de nuevo los ojos y dio una calurosa bienvenida al mensajero de Genji. Puesto que el mensajero estaba deseoso de regresar cuanto antes, ella escribió algunos de sus pensamientos para Genji:

*Estas pobres mangas mías son
demasiado estrechas: no puedo
acariciarla sola,*

*y miro al alto pino en busca de su amplia
sombra, [9]*

El impulso de ir allá se apoderó de Genji, que ardía en deseos de ver a su

hija.

Hasta entonces había hablado muy poco con la dama de su casa, pero no quería que se enterase por terceros.

—De modo que tal es la situación —concluyó—. ¡Qué extrañas e inoportunas circunstancias! Todo mi interés se vuelca en otra persona, a quien me alegraría ver igual de favorecida, [\[10\]](#) y todo ello es una triste sorpresa y también un fastidio, pues tengo entendido que la criatura es una niña. Supongo que no debería hacerle ningún caso, pero no puedo portarme así. Enviaré a buscarla para que la veas. No debes sentir celos.

Ella se ruborizó.

—¡No lo hagas, por favor! —replicó

ofendida—. Siempre supones que tengo esa clase de sentimientos, cuando yo misma los detesto. ¿Y cuándo crees que he aprendido a tenerlos?

—Ah, sí —dijo Genji con una sonrisa—, ¿quién puede haberte enseñado? ¡Nunca te había visto así! Estás enfadada conmigo por unas fantasías tuyas que jamás se me han ocurrido. ¡Es demasiado duro! —Estaba al borde del llanto.

Los recuerdos del amor sin límites que se habían profesado mutuamente a lo largo de los años y de las cartas que con tanta frecuencia habían intercambiado le decían a Murasaki que las aventuras de Genji eran simples diversiones, y el asunto desapareció de su mente.

—Si estoy tan inquieto por ella —le dijo Genji—, es porque tengo mis razones para estarlo. Si te dijera demasiado pronto cuáles son, no harías más que seguir imaginando cosas. —Tras una pausa, añadió: —Debió de ser el lugar en sí lo que hizo que me atrajera tanto. Supongo que ella representaba una novedad.

Siguió hablándole del humo de aquella triste tarde, de lo que se dijeron, insinuó lo que había visto en el rostro de la joven aquella noche, refirió la magia de su *koto*, y dijo todo esto con un sentimiento tan evidente que su dama se lo tomó a mal.

«Aquí estaba yo —se dijo—

completamente desdichada, y él, tanto si era por simple pasatiempo como si no, ¡compartía su corazón con otra! Pues bien, ¡yo soy yo!» Volvió el rostro y suspiró, como para sí misma. «¡Y en otro tiempo fuimos muy felices juntos!»

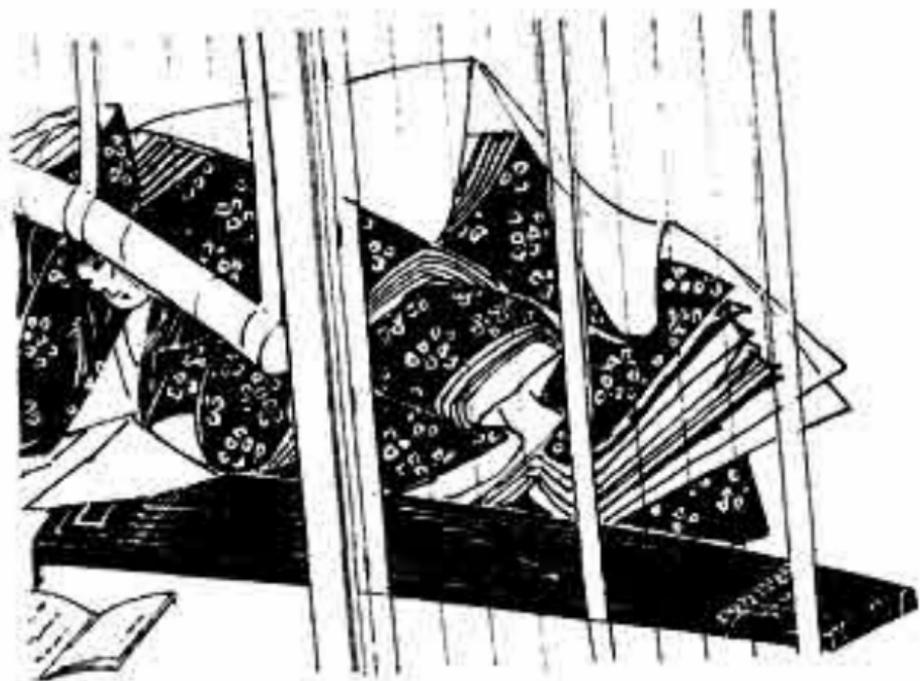
*¡No como los lánguidos penachos de cariñosos amantes que siguen al viento hacia la reunión,
no, sino yo misma como humo quisiera haberme disipado hace tiempo! [\[11\]](#)*

—¿Cómo? ¡Vaya, qué cosas dices!

¿Por quién, entonces, he sufrido tanto, vagando por colinas y mares,

*a veces casi ahogándome en un
interminable mar de lágrimas?*

«¡Ah, ojalá pudiera mostrarte lo que realmente siento! Pero supongo que eso requiere una vida entera, y uno nunca sabe... Piensa que si tanto deseo evitar que otras mujeres me condenen por nada es sólo por ti».



Sô no koto

Tomó el *sô no koto* y lo afinó para tentarla, pero ella no lo tocaba, tal vez despechada por lo hábil con el instrumento que, según Genji, era aquella otra mujer. A pesar de su serena inocencia, su dulzura y su gracilidad, aún

tenía una faceta testaruda y, cuando se ofendía, como ahora, su ira tenía una cualidad tan deliciosa que sólo conseguía aumentar la fascinación de Genji.

Genji calculaba en su fuero interno que el quinto día del quinto mes habrían transcurrido quince días desde el nacimiento de su hija, y pensaba en ella con una curiosidad impaciente y afectuosa. ¡Cuánto más satisfactorio habría sido celebrar el nacimiento en la Ciudad, y cuánto más feliz habría sido la ocasión! ¡Qué lástima que hubiera llegado al mundo en un lugar tan impropio! Si hubiera sido varón no le habría preocupado tanto, pero lamentaba la afrenta de su lugar de nacimiento, y

pensaba que su propio destino imperfecto la había afectado a ella.

Envió un mensajero con instrucciones urgentes de llegar allí el día señalado, y el hombre llegó, en efecto, el día quinto. Genji se había esmerado en los regalos, imaginativos y espléndidamente generosos, y también había incluido otros objetos prácticos. Había escrito:

¿Cómo va a distinguir, el pequeño pino marino cuya vida está en penumbra, la Fiesta del Acoro que hoy tiene lugar en su decimoquinto día? [\[12\]](#)

«Mi corazón ha volado hacia ella, ¿sabes? Decídete a venir, porque no

puedo seguir viviendo así. Te prometo que no has de preocuparte». Como siempre, el Novicio lloró de alegría. No sería nada raro que, en semejante ocasión, la felicidad casi le ahogara en lágrimas.

También él, en Akashi, se había ocupado magníficamente de todo, pero sin el embajador de Genji habría parecido como si la oscuridad engullera sus esfuerzos. Entretanto, la nodriza era feliz en compañía de aquella dama, perfecta y atractiva, y olvidó sus pesares. Otras damas de honor no menos valiosas se habían ido incorporando a la casa a medida que se lo permitían los lazos familiares, pero ellas, que habían dejado de servir en las grandes casas de la

Ciudad, sólo pretendían instalarse tranquilamente allí, «entre las rocas», mientras que la nodriza conservaba todo su orgullo y su desenvoltura. Los relatos que contaba eran dignos de atención, y con respecto a Su Gracia [\[13\]](#) se extendía con femenino entusiasmo sobre su aspecto y la afectuosa consideración en que todo el mundo le tenía, hasta que su nueva señora, que significaba tanto para él y a quien realmente él había dado un hijo, llegó a tener una opinión más elevada de sí misma. Leyeron juntas su carta. «¡Ah — se dijo la nodriza—, unas tienen toda la suerte, mientras que yo no tengo ni un ápice!» Pero el hecho de que Genji no hubiera descuidado preguntar por ella le

satisfizo en sumo grado y se sintió mucho mejor.

Hoy, una vez más, el decimoquinto día de la grulla que llora en el prado de este islote, sin que la vean, nadie ha preguntado por ella, [\[14\]](#)

replicó con gravedad la madre. «Comprende que mi frágil existencia depende del infrecuente consuelo de una carta tuya, pues todo me arrastra hacia la desesperación. En verdad me alegraría tener una razón para esperar ilusionada el futuro».

Genji leyó la carta una y otra vez, y suspiró honda y largamente. Su dama le

miró de soslayo y entonces, con semblante ensombrecido, su mirada se perdió en el vacío mientras musitaba: «La embarcación de remos que abandona la orilla y se adentra en el mar...» [\[15\]](#)

—De modo que quieres insistir en ello, ¿verdad? —replicó Genji, irritado—. En estos momentos me siento apenado por ella, eso es todo. Cuando pienso en cómo es ese lugar, rememoro aquellos días y hablo un poco conmigo mismo. A ti no se te escapa, ¿no es cierto? —Le mostró la cubierta exterior de la carta. [\[16\]](#) La escritura poseía tal carácter que haría avergonzarse a la dama más grande, y Murasaki comprendió los sentimientos de Genji hacia la remitente.

Pero, ¡ay!, mientras sosegaba a su dama había descuidado por completo a otra en el pueblo de las flores que caen. Ahora le absorbían los asuntos públicos, las limitaciones impuestas por su rango exigían discreción, y cabe concluir que no recibió nada de ella que pusiera una nota de alarma en su sensación de seguridad.

Llegó la tediosa estación de las lluvias, cuando poco tenía que hacer en casa o en el exterior, y, recobrada la compostura, fue a hacerle una visita. No sentía ninguna aprensión, pues la familia vivía de su generosidad en las numerosas ocasiones en que, desde lejos, se acordaba de ellos, y no era probable que ella diera muestras de engreimiento y se

quejara, como solían hacer las mujeres modernas.

La casa se había deteriorado de una manera alarmante desde su última visita, años atrás. Le recibió la ex consorte, y ya entrada la noche se dirigió a las puertas dobles en el lado oeste. Brillaba una luna pálida que revelaba en su totalidad la cautivadora belleza de Genji. Más avergonzada que nunca, ella estaba sentada, contemplando el exterior desde la terraza, y su figura inmóvil era muy grata a los ojos. Un rey de codornices lanzó su llamada no lejos de allí.

*Si ningún ave gritara como llamando a
mi puerta,*

*¿qué me haría admitir, alarmada, a la
luna en mi ruinoso morada?,*

inquirió con una encantadora reticencia, que le recordó a Genji lo mucho que estimaba a cada una de sus damas y la difícil posición en que le ponía la misma suavidad de aquella.

*Ya sabes que el ave trata de llamar a
cada puerta, y si eso te alarma,
tal vez descubras que has dejado entrar
a una luna demasiado voluble.*

«Es una preocupación considerable», dijo Genji, aunque ni por un instante sospechó que ella pudiera entregarse a la

impudicia. No había dejado de apreciar la paciencia con que le esperaba año tras año.

La joven le habló de la ocasión en que él le había pedido que «desviara los ojos de un cielo demasiado nublado». [\[17\]](#)

—¿Por qué imaginé que aquél era el peor suplicio que podía padecer? —inquirió—. Ahora mi infortunio es el mismo.

Su actitud tenía un sereno encanto. Como siempre, Genji sacó de alguna parte un torrente de elocuencia para consolarla.

Ni siquiera esto le hacía olvidar a la danzarina de Gosechi, pero no era fácil verla de nuevo, aunque esperaba con impaciencia la ocasión de hacerlo, y no

podía ir a su encuentro. La joven seguía suspirando por él y, pese a los afectuosos intentos de sus padres de hacerle cambiar de idea, había dejado de aspirar a una vida normal. [18] Genji esperaba que su plan de ampliar las dependencias del palacio, incluso cuando hubiera reunido allí a damas como ella, le permitiera ocuparse de cualquier otra que mereciera su atención, si tal mujer aparecía. La mansión tendría todavía unas características más agradables y sería de estilo más moderno que la actual. Había elegido a hombres de buen gusto entre los gobernadores provinciales, y a cada uno le había asignado una tarea a fin de acelerar la construcción.

La dama de cámara ni siquiera ahora podía abandonar las esperanzas depositadas en él. Incorregible como siempre, Genji respondía a sus sentimientos, pero ella, por amarga experiencia, había aprendido la lección y ya no le alentaba como antes. Pese a su feliz regreso, Genji se sentía incómodamente constreñido y echaba en falta la relación con ella.

Su Eminencia, [\[19\]](#) que ahora tenía una visión tolerante de la vida, de vez en cuando organizaba unas reuniones musicales muy placenteras y otras fiestas. Todas sus consortes e íntimas seguían sirviéndole, y sólo la madre del príncipe heredero había dejado de ser favorecida,

pues Oborozukiyo la eclipsaba en el afecto del soberano. En consecuencia, depositó su confianza en su inalienable buena suerte y se marchó para dedicarse al cuidado de Su Alteza.

El alojamiento de Genji en el palacio era, como antes, el Kiritsubo. El príncipe heredero, que vivía en el Nashitsubo, [20] le consultaba como a un amigo íntimo, y Genji le prestaba su ayuda.

Puesto que Su Eminencia Enclaustrada no podía adquirir un nuevo rango, recibía los emolumentos de un emperador retirado. [21] Su personal doméstico había aumentado de acuerdo con su posición, y ella vivía con un lujo impresionante. Sus principales

ocupaciones seguían siendo la devoción religiosa y la realización de obras virtuosas. El temor a presentarse en la corte le había impedido ver a su hijo durante aquellos años de gran preocupación y pesadumbre, pero, afortunadamente ahora podía visitarle todas las veces que quisiese, y era la emperatriz madre [\[22\]](#) quien llevaba una vida muy amarga. En ocasiones Genji la trataba con una cortesía embarazosa, y esto no hacía más que provocarle un disgusto que, a su vez, daba pábulo a chismorreos.

A lo largo de los años, su Alteza de la Guerra había mantenido una actitud desafortunada, y Genji, que condenaba su

sometimiento a la opinión de la corte, ya no mantenía con él los estrechos vínculos de antes. Aunque en general estaba bien dispuesto hacia todo el mundo, a veces mostraba hacia Su Alteza una antipatía que Su Eminencia Enclaustrada veía con pesar y decepción.

El canciller y Genji compartían las responsabilidades de gobierno y utilizaban su poder del modo que consideraban mejor.

El octavo mes de aquel año el consejero supernumerario [\[23\]](#) hizo que su hija entrara al servicio de Su Majestad. Su abuelo intervino personalmente, y la ceremonia se llevó a cabo como todos deseaban. Su Alteza de la Guerra había

criado meticulosamente a su bien considerada segunda hija con una ambición similar, pero Genji no vio por qué razón era preferible a cualquier otra. ¿En qué podía haber estado pensando?

Aquel otoño emprendió un peregrinaje a Sumiyoshi. Su séquito era espléndido, puesto que iba a dar las gracias por muchas plegarias atendidas, y la corte entera, nobles de alto rango y caballeros cortesanos por igual, le ofrecieron sus servicios para el viaje.

Resultó que la dama de Akashi, que hacía el peregrinaje todos los años, también había decidido ir, en parte como expiación por no haberlo hecho el año anterior ni en lo que iba de año debido a

su situación. [24] Hizo el viaje por mar. Al llegar a la orilla, encontró la playa atestada de peregrinos, mientras que una procesión llevaba magníficos tesoros a los dioses. Diez músicos, claramente seleccionados por su apostura y todos ellos vestidos del mismo color, interpretaban una danza. Los hombres de la dama debieron de preguntar por el peregrino que había llegado, pues un lacayo de muy inferior condición se echó a reír y exclamó:

—¡Mirad! ¡Hay aquí gentes que ni siquiera se han enterado de que Su Gracia ha venido a mostrar su agradecimiento!

«¡Ah!, —se dijo ella—, con todos los días y meses que tiene el año, que haya

venido precisamente ahora es demasiado cruel! Presenciar su gloria así, desde lejos, sólo hace que lamente ser quien soy. Sí, tengo un vínculo con él establecido por el sino, pero ¿qué atroz karma es el mío cuando incluso un subordinado tan mísero puede enorgullecerse alegremente de estar a su servicio, mientras que yo, que peno por él, he partido con un desconocimiento total de este gran día?» Estas reflexiones la llenaron de pesar, y lloró para sus adentros.

Incontables mantos formales claros y oscuros avanzaban bajo el verde intenso de los pinos, como si el suelo estuviera cubierto de flores o de hojas otoñales.

Los chambelanes, vestidos de color verde hoja, destacaban entre los jóvenes caballeros del sexto rango, y aquel ayudante de la Guardia de Palacio que había hablado con tan duras palabras de la empalizada del Kamo ahora pertenecía a la Guardia de la Puerta y era también chambelán, con su propio e impresionante cuerpo de asistentes. Yoshikiyo, también oficial de la Guardia de la Puerta, parecía especialmente libre de preocupaciones y, con su manto rojo, [\[25\]](#) tenía un aspecto muy elegante. Aquellos a los que ella había visto en Akashi estaban por aquí y por allá, transformados, brillantes y en apariencia despreocupados, mientras que jóvenes nobles y caballeros de la corte

competían con entusiasmo entre sí, con sus caballos y sillas de montar provistos de relucientes adornos, ofreciendo un deslumbrante espectáculo a los campesinos que los miraban.



Una danza de «Las danzas orientales»

La dama se alteró al reparar en el carruaje de Genji a lo lejos, y no pudo distinguir a la persona que tanto anhelaba ver. Llevaba una escolta de jóvenes pajes, siguiendo el ejemplo del ministro de la

Ribera: [\[26\]](#) eran diez, apuestos y de idéntica estatura, maravillosamente vestidos y con el cabello recogido en trenzas gemelas atadas con cordones blancos con extremos de color violeta oscuro. Juntos producían una impresión de atractiva frescura. El hijo que Genji había tenido de la hija de Su Excelencia, un joven cuyo padre le daba todas las ventajas, tenía sus caballerizos y pajes vestidos de la misma manera, de modo que eran inconfundibles. El cielo de la ciudad de Su Majestad [\[27\]](#) parecía tan distante y tan glorioso que la dama se lamentaba de la insignificancia de su hija. Sólo podía volverse hacia el santuario y rezar.

Llegó el gobernador de la provincia, [28] y preparó una sin duda magnífica recepción para Genji, muy superior a la que se solía ofrecer a un ministro ordinario. La dama se sentía terriblemente fuera de lugar. El mismo dios no repararía en ella ni la escucharía si se mezclaba con la multitud para llevar a cabo su pequeño y tedioso rito, y volver directamente a casa sería demasiado desalentador. No, aquel día haría escala en Naniwa, donde al menos se sometería a purificación. Pensando así, se alejó en su barco.

Genji, que no sabía nada de todo esto, pasó la noche agasajando al dios de diversas maneras. No dejó de lado ningún detalle que pudiera proporcionarle

verdadero placer, y no se limitó a expresar su agradecimiento por las bendiciones otorgadas en el pasado, sino que hizo vibrar el aire hasta el amanecer con música y danzas de gran belleza. Los hombres de su séquito, como Koremitsu, experimentaban una sincera gratitud por la ayuda divina que habían recibido. Cuando Genji salió un momento, [\[29\]](#) Koremitsu fue a su encuentro y le dijo:

Este gran pinar de Sumiyoshi me recuerda muchas penas, cuando vienen a mi mente aquellos días bajo el cuidado del dios. [\[30\]](#)

«Así es, en efecto», se dijo Genji, que

también lo recordaba.

*Ni siquiera unas olas tan impetuosas
como las que rompían en aquella costa
lograrían*

*borrar de mi memoria, al abatirse sobre
mí, Sumiyoshi y sus beneficios.*

—Muy grandes son sus bendiciones—
dijo Genji con razón.

Se apenó mucho al enterarse de que el tumulto de la playa había hecho alejarse a una embarcación procedente de Akashi, y deseó haberlo sabido. Puesto que conocía tan bien las bendiciones del dios, pensó en consolarla por lo menos con una nota, ya que debía de estar dolida. Salió del

santuario e hizo excursiones a otros lugares de la región. En Naniwa llevó a cabo la purificación más solemne. Al ver el canal Horie, [31] musitó: «Ahora no me queda nada salvo tratar de encontrarla aquí, en Naniwa...». [32] Koremitsu, que se encontraba cerca de su carruaje, debió de oírle, porque en cuanto el carruaje volvió a detenerse, le dio un cepillo de mango corto que guardaba en el pliegue delantero de su blusa por si Genji lo necesitaba. Genji se mostró complacido y escribió en una hoja de papel para doblar:

*Yo, que lo doy todo por tu amor, tengo mi
recompensa, pues hallarte aquí, donde
hay un canal*

*tan profundo, demuestra el poder de
nuestro vínculo. [33]*

Le dio el mensaje a Koremitsu, que a su vez lo confió a un sirviente bien informado para que lo entregara.

A ella le latió con fuerza el corazón cuando vio pasar en columna al séquito de Genji; el mensaje, a pesar de su brevedad, la emocionó profundamente, y derramó lágrimas de gratitud.

*Ya que nada valgo, ningún derecho tengo
a la felicidad;*

*¿qué me llevaría, pues, a darlo todo por
amor? [34]*

Le envió el mensaje atado con una cinta sagrada de su purificación en la isla de Tamino. [\[35\]](#) El sol no tardaría en ponerse. El conmovedor paisaje, con la subida de la marea vespertina y las grullas gritando con todas sus fuerzas a lo largo de la ensenada, debió de ser lo que hizo que Genji anhelara estar con ella aunque pudieran verlos.

*Tan húmedas ahora de rocío como en aquellos días que conocimos, mi atuendo de viaje
no halla refugio en el nombre de la isla de Tamino. [\[36\]](#)*

A lo largo del camino disfrutó de los

placeres del viaje y de la música resonante, pero, a pesar de todo, su corazón seguía con ella. Numerosas muchachas que cantaban se habían unido a la procesión, y todos los gallardos jóvenes que acompañaban a Genji parecían favorablemente dispuestos hacia ellas, pero no Genji, pues pensaba: «Todo deleite, todo auténtico sentimiento procede de las cualidades de tu pareja, y un poco de frivolidad, incluso cuando no pasa de ser un juego, basta para desanimarle a uno». La afectación de aquellas muchachas sólo servía para alejarle de ellas.

Aquella que llenaba sus pensamientos dejó pasar la procesión, y al día siguiente

hizo sus ofrendas, [\[37\]](#) puesto que era un día propicio. Finalmente se las había arreglado, en la medida de su capacidad, para dirigir al dios oraciones apropiadas a su posición. Entonces volvió a sentirse embargada por la melancolía, y se pasaba el día y la noche lamentando su desgraciada suerte. Antes de que ella pudiera imaginarlo, a la ciudad llegó un mensajero de Genji. Le decía que no tardaría en ir a buscarla y, no obstante, ella titubeaba, pues aunque sus palabras reflejaban un respeto tranquilizador, temía que cuando su embarcación se hubiese alejado de la isla pudieran aguardarle turbadoras experiencias. [\[38\]](#)

Ella sabía que su padre no la dejaría

marcharse sin sentir una profunda inquietud, aunque también era cierto que desperdiciar su vida allí ahora le causaba más aflicción que antes. Le dio a Genji una respuesta cauta, indecisa.

¡Ah, sí! Cuando el Refugio de Rokujô regresó a la Ciudad, pues había llegado el momento de sustituir a la sacerdotisa de I s e , [\[39\]](#) Genji la proveyó tan generosamente como antes y le mostró tal amabilidad que ella se sintió de verdad agradecida, aunque no lo alentó, pues no deseaba poner a prueba un afecto que en el pasado se había revelado dudoso y que, al margen de cómo fuese ahora, sólo podría volver a trastornarla. Por esa razón él apenas la visitaba. No sabía cómo

podrían cambiar sus sentimientos, incluso aunque se propusiera conquistarla de nuevo, y, además, le parecía que las salidas clandestinas ya no eran apropiadas para él. Lo que anhelaba saber era qué aspecto tenía ahora, ya adulta, la sacerdotisa de Ise.



Reclinada en un apoyabrazos

El Refugio volvió a llevar una vida elegante en su antigua residencia, pues Genji se había ocupado de que la arreglaran y de su mantenimiento. La dama no había perdido su buen gusto y sus

dones; muchas damas de honor distinguidas y gran número de caballeros elegantes se reunían en torno a ella y, a pesar de su aparente soledad, su estilo de vida era muy agradable cuando, de repente, enfermó gravemente, y se sumió en tal desesperación que la alarma por los años que había pasado en un lugar tan pecaminoso [\[40\]](#) la llevaron a convertirse en monja.

Esta noticia hizo que el asombrado Genji fuese a verla, pues, aunque ya no fuesen amantes, seguía siendo alguien con quien le gustaba hablar, y deseaba que no hubiera tomado aquella decisión. Sus expresiones de simpatía y preocupación por ella fueron conmovedoras en extremo.

Ella le ofreció asiento cerca de su almohada y le respondió reclinada en un apoyabrazos, pero incluso esto evidenciaba lo débil que estaba, y Genji lloró amargamente, temeroso de que pudiera ser demasiado tarde para asegurarle su imperecedero afecto.

A ella le conmovió en lo más hondo el interés que Genji le mostraba, y empezó a hablar de la sacerdotisa de Ise.

—Te ruego que pienses en ella cuando pueda tener necesidad de ti, porque ahora se quedará sola. Mira, su posición es peligrosa... No puede recurrir a nadie más. Yo misma no puedo ayudarla, pero confío en vigilarla, mientras me sea posible, hasta que ella esté en condiciones

de cuidar de sí misma. —Tenía dificultades para respirar, y lloraba.

—Jamás la abandonaría, aunque no me hubieras hablado así, y ahora estoy decidido a hacer por ella cuanto esté a mi alcance. Te ruego que no te preocupes por eso.

—Es muy difícil —siguió diciendo ella—. Aunque tuviera a alguien como un padre, alguien en quien pudiera confiar con toda naturalidad, la pérdida de su madre podría revelarse como una gran desgracia. Y si su tutor la mirase entonces con los ojos de un amante, las consecuencias para ella podrían ser en ocasiones crueles, y para algunos sería objeto de desagrado. Sé que es poco

amable por mi parte imaginar tales cosas, pero, por favor, no te permitas nunca pensar así en ella. Mi propia vida me ha enseñado que la mujer nace para soportar muchas penalidades, y de alguna manera quisiera ahorrarle a ella tantas como pueda.



Con la mano en el mentón

Genji no acertaba a ver por qué le hablaba en esos términos, pero replicó:

—Los años recientes me han hecho mucho más juicioso, y lamento que me creas todavía inclinado a mi vida licenciosa de antaño. Muy bien, a su

debido tiempo...

Estaba a oscuras al otro lado de las cortinas, pero a través de ellas veía la tenue luz de una lámpara. «Me pregunto...», se dijo, y miró con sigilo por una abertura entre las telas. [41] Allí estaba ella, con el cabello corto muy hermoso y sorprendente, recostada en un apoyabrazos: su imagen era de una belleza conmovedora y parecía una pintura. Y sí, la muchacha tendida a su lado a lo largo de las cortinas en el lado este debía de ser la sacerdotisa. El pie de la cortina movable había sido fortuitamente empujado a un lado, de modo que Genji pudo verla bien. Con la mano en el mentón, parecía muy triste. Bajo aquella

luz tenue, su aspecto era en extremo atractivo. La manera en que el cabello le caía sobre los hombros y la forma de la cabeza tenían una gran distinción; seguía siendo encantadoramente delicada, y Genji experimentó un vivo interés, aunque, después de haber oído las palabras de la madre, se lo pensó mejor.

—No me encuentro nada bien —dijo el Refugio—. Espero que me disculpes si te pido que te marches.

La dama se tendió con la ayuda de una dama de honor.

—No sabes cuánto lo siento —replicó Genji—. Qué alegría la mía si, al tenerme cerca de ti, te hubieras sentido mejor... ¿Qué es en verdad lo que te aqueja?

Ella se daba cuenta de que la estaba mirando a través de la cortina.

—Me estremezco al pensar el aspecto que debo de tener —replicó—. Aprecio muchísimo tu amabilidad al visitarme, puesto que, como habrás comprendido, no es probable que mi enfermedad siga afligiéndome mucho más tiempo. Ahora que te he hecho conocedor de algunos de mis pensamientos, creo que puedo irme en paz.

—Estoy conmovido y agradecido porque me incluyas entre los merecedores de recibir tus últimos deseos. Tu difunto padre tuvo muchos otros hijos, pero pocas veces me he sentido cercano a ellos, y puesto que a él le complacía considerarla

una hija propia, cuidaré de ella con ese mismo sentimiento. Ahora que he madurado, me decepciona no tener a nadie de quien cuidar.

Su conversación finalizó pronto, y Genji se marchó. Entonces sus generosas atenciones se incrementaron en buena medida, y le escribía con frecuencia.

Ella falleció siete u ocho días después. El golpe hizo que Genji fuese agudamente consciente de lo incierta que era la vida, y se quedó tan apesadumbrado que, en vez de ir a palacio, se dedicó exclusivamente a las inevitables gestiones tras el óbito, como si no hubiera nadie más que pudiese hacerlo. A los miembros de confianza del personal de la ex

sacerdotisa de Ise les quedaron pocas decisiones que tomar.

Genji fue allí personalmente y envió una salutación a Su Alteza.

—Me temo que no estoy en condiciones... —respondió ella por medio de la encargada del personal doméstico.

—Sería una gran satisfacción para mí que me considerases un amigo —le dijo él —, porque tu madre y yo hemos llegado a un acuerdo.

Convocó a sus damas de honor y les dio instrucciones sobre todo lo que debía hacerse. Su actitud les inspiró una total confianza, y él no parecía ser ya el que durante tanto tiempo había sido. Su actitud era completamente distinta. Hizo que

celebraran el rito con la mayor solemnidad y la asistencia de muchos miembros de su propia servidumbre.

Lloró, ayunó y rezó detrás de las persianas bajadas, y a menudo escribía a Su Alteza. Poco a poco ella fue recobrando la compostura y empezó a responderle. Lo hacía con timidez, pero sus damas de honor la animaban, recordándole que no debía decepcionar a Genji.

Un día de fuerte cellisca, Genji imaginó lo triste y desanimada que ella debía de sentirse, y le envió un mensajero. «Me pregunto qué impresión te produce el cielo en este mismo momento», le había escrito en un papel que tenía el mismo

color apagado del cielo.

*Ahora que los cielos están llenos de
copos de nieve que giran, me apena
imaginar*

*a quien se ha ido vagando todavía por el
aire encima de tu hogar.*

Había escrito la carta con especial cuidado, a fin de llamar la atención de una mujer joven, y la misiva resultaba deslumbrante. A la sacerdotisa de Ise no se le ocurría ninguna respuesta, pero sus damas de honor insistieron en que sería descortés asignar la tarea a cualquier otra, de modo que escribió en un papel gris intensamente perfumado, modulando los

trazos para que fuesen más claros o más oscuros según conviniera a lo que estaba diciendo:

*Como nieve sin fundir perduro a
desgana, y en mi oscuridad veo que
no puedo estar segura de quién soy o
adonde voy.*

Su cauta caligrafía, carente por completo de pretensiones, no tenía nada notable, pero Genji percibió en ella encanto y dignidad. Desde que la joven se marchara a Ise, Genji había tenido la sensación de que las cosas no terminaban ahí, y ahora le daba vueltas a la posibilidad de cortejarla, aunque el tacto

le llevaba a seguir conteniéndose, puesto que su madre, la difunta Refugio, le había expresado sus deseos sobre el particular en su lecho de muerte, y la gente —de manera comprensible, ¡ay!— podría abrigar similares sospechas. No, se dijo, por el contrario, atendería castamente las necesidades de la dama, y cuando Su Majestad fuese lo bastante mayor para comprender mejor las cosas, la instalaría en el palacio, dado que, por lo demás, la ausencia de esas acciones había dejado un vacío en su vida, y gozaría teniéndola a su cuidado.

Le enviaba unos mensajes largos y de seriedad impecable, e iba a visitarla siempre que surgía la oportunidad. «Si me

permities que diga tal cosa, me complacería muchísimo que depositaras en mí tu confianza, en memoria de tu madre», le decía; pero ella, reservada por naturaleza y tímida en extremo, no se atrevía a permitirle oír su voz, por débilmente que fuera, hasta tal punto que sus damas de honor, incapaces de persuadirla, sólo podían deplorar su actitud. Genji reflexionaba: «Algunas de ellas, por ejemplo la encargada del personal doméstico, la jefa de las damas de honor y otras con cargos similares, son parientes suyos en la familia imperial, y la mayoría tienen un notable talento. Si logro colocarla como espero, no veo razón por la que a él [\[42\]](#) habría de satisfacerle

menos que cualquier otra. ¡Ojalá pudiera verle mejor la cara!» Es posible que su modo de actuar no fuese exactamente el de un padre afectuoso. Finalmente, incapaz de tomar una decisión, no comentó con nadie el futuro que planeaba para ella. La atención especial que puso en los ritos funerarios sorprendió y satisfizo en gran medida al personal de la dama.

La soledad de la joven aumentaba con el paso de los días y los meses, y como residía en Kyôgoku, al sur de la Ciudad, su vida transcurría en un entorno desierto, con frecuentes accesos de llanto y el aire nocturno resonando a causa de las campanas de los templos de montaña. [\[43\]](#)
No todas las madres, por abnegadas que

fuesen, habrían seguido siendo tan inseparables de su hija o, contra todos los precedentes, la habrían acompañado a Ise, y el amargo pesar porque, tras haber insistido tanto en que su madre la acompañara, no había efectuado con ella aquel último viaje, le impedía encontrar el consuelo.

Entre su numeroso personal doméstico había miembros de rango alto y bajo, pero una vez que Genji, como un padre consciente de sus deberes, prohibió incluso a sus ayas que le transmitieran mensajes de posibles cortejadores, su imponente autoridad aseguró la generalizada aceptación de no someter nada impropio a la atención de Su Alteza,

y jamás llegó a ella ni un atisbo de galanteo.

Su Eminencia no había olvidado la belleza casi turbadora de la sacerdotisa de Ise en aquella solemne ceremonia de despedida que tuvo lugar en el Gran Salón de Estado. «Entra a mi servicio y únete a la sacerdotisa del Kamo y mis demás hermanas», le había instado, y también mencionó el asunto a su madre. Sin embargo, a ésta no le atrajo la idea, porque, mientras que él estaba rodeado de damas de alta alcurnia, dudaba de que su hija tuviera el apoyo adecuado y, además, temía que su salud en extremo frágil pudiera abrumarla con más preocupaciones. Ahora, cuando sus damas

de honor no podían imaginar quién estaría dispuesto a ayudarla, Su Eminencia seguía insistiendo en que entrara a su servicio.

Al enterarse de esto, Genji reprimió el pensamiento que cruzó por su mente, el de contrariar descaradamente a su hermano y llevársela consigo, pero la joven era en verdad muy atractiva y él, tan reacio a dejar que se marchara que decidió hablar de ello con Su Eminencia Enclaustrada.

—No veo claramente qué sería lo mejor, ¿sabes? —le confesó—. Su madre era una dama de gran dignidad e inteligencia, y lamento profundamente la manera en que mis excesos me hicieron acreedor de una reputación desafortunada y de su propio rechazo. Cuando vivía,

nunca olvidó su enojo hacia mí, pero, puesto que hacia el final me habló de la sacerdotisa de Ise, debió de haber oído cosas elogiosas de mí y decidió que, después de todo, podía sincerarse conmigo, y eso es algo triste en extremo. Uno no podría ignorar una cuestión tan penosa ni siquiera en las circunstancias más corrientes, y me gustaría pensar que al menos en el más allá pueda olvidar su amargura. Me pregunto si no sería una buena idea que Su Majestad, todavía tan joven pero con una mentalidad adulta, tuviera a su servicio a una persona algo más madura. Lo dejo en tus manos.

—Es una idea excelente. Desde luego, el interés de Su Eminencia por ella hace

que una vacile antes de decepcionarle, pero podrías limitarte a invocar los últimos deseos de su madre para llevarla a palacio como si tú no supieras nada del asunto. En estos momentos, esa clase de cosas le absorben menos que sus prácticas religiosas, y dudo de que se sienta realmente muy contrariado cuando se lo digas.

—Muy bien —replicó Genji—, si estás de acuerdo y dispuesta a prestarme tu apoyo, hablaré con ella y se lo haré saber. He pensado minuciosamente en todo esto y te he sido muy franco respecto a mi conclusión, pero me inquieta saber lo que otros dirán.

Entonces decidió que fingiría

ignorancia y trasladaría a la joven a Nijô. [44] A Murasaki le explicó: «Eso, en cualquier caso, es lo que he planeado. Tiene la edad apropiada para ser una buena compañera para ti». A ella le agradó la idea y empezó a tomar las disposiciones necesarias para recibirla.

Su Alteza de la Guerra parecía estar preparando cuidadosamente a su hija con la esperanza de lograr cuanto antes el mismo éxito, pero Su Eminencia Enclaustrada se preguntaba, entristecida, cómo reaccionaría Genji ante tales pretensiones, en vista del distanciamiento que había entre ellos. La hija del consejero supernumerario era conocida ahora como la consorte Kokiden. Su

Excelencia la había adoptado como hija, y le procuraba un estilo de vida deslumbrante. [45] Era una excelente compañera de juegos para Su Majestad. [46] Su Eminencia Enclaustrada pensó, y así se lo dijo a otros, que la hija mediana de Su Alteza de la Guerra no haría más que participar en un juego de muñecas, por así decirlo, puesto que tenía su misma edad, mientras que tener a alguien mayor que cuidara de él sería conveniente en extremo, y le dijo a Su Majestad aquello que debía prever. Entretanto, Genji, por supuesto, no descuidaba nada al servicio del reino, y mostraba una entrega tan completa y diplomática en todas las ocasiones que la joven llegó a confiar en

él sin reservas. Su Eminencia Enclaustrada, a causa de su mala salud, no podía atender convenientemente a Su Majestad ni siquiera cuando iba a palacio, así que él necesitaba con urgencia a su lado a una persona algo mayor que él.

Yomogiu Una jungla de matorrales

Yomogiu significa una casa en ruinas con el terreno circundante cubierto de matorrales como la *yomogi* (*Artemisia vulgaris*).



Relación con los capítulos anteriores

La época de «Una jungla de matorrales» coincide aproximadamente con la que va desde «Suma» hasta «El peregrinaje a Sumiyoshi». El tema principal del capítulo se superpone al de este último.

Personajes

Genji, comandante y luego gran

consejero supernumerario, de 28 a 29
años

La hija de Su Alteza de
Hitachi (Suetsumuhana)

Su hermano, monje

Jijû, su hermanastra

La tía de Suetsumuhana,
esposa del delegado del virrey de Dazaifu

Shóshû, tía de Jijû y dama de honor
de Suetsumuhana

Koremitsu, confidente de Genji

En los tiempos en que de la maraña marina se desprendían gotas saladas, [1] muchas damas de la Ciudad penaban también, y las que estaban bien establecidas [2] ciertamente parecían echarle mucho de menos; pero la dama de Nijô podía estar tranquila, pues la correspondencia con él la mantenía informada de su vida, y el triste paso de las estaciones a menudo le aportaba el consuelo de confeccionarle unas prendas, desprovistas de toda marca de rango, como las que ahora él llevaba. Otras damas, en cambio, de las que nadie sabía que se contaban entre sus amores y que habían presenciado su partida sólo en la imaginación, sufrían en secreto los más

cruels tormentos.



Jofaina de agua

La hija de Su Alteza de Hitachi había langudecido tristemente tras la muerte de su padre, pues no tenía a nadie que cuidara de ella, hasta que Genji apareció como salido de ninguna parte para ocuparse lealmente de sus necesidades; y aunque para él, dada su encumbrada posición, tales atenciones eran tan sólo lo

menos que podía hacer, ella, cuyas mangas eran realmente demasiado estrechas para recibirlas, había tenido la sensación de que ahora las estrellas del cielo brillaban en su jofaina de agua. Entonces se produjo agitación en la corte, un trastorno que llenó a Genji de amargura hasta tal punto que pareció olvidarse por completo de la joven, ya que en cualquier caso nunca había sentido un profundo afecto por ella y, una vez Genji estuvo lejos, no volvió a saber nada de él. Lo que quedaba de su generosidad hizo que pudiera mantenerse durante algún tiempo, entre frecuentes accesos de llanto, pero el transcurso de los meses y los años en semejante soledad la sumió en un estado

de desesperada aflicción.

—¡Ah, qué desdichada suerte la de mi señora! —susurraban desconsoladas las mujeres que llevaban largo tiempo a su servicio—. Cuando su señoría se interesó por ella pareció como si un dios o un buda hubiera acudido en su ayuda, y era fácil creer en tal felices alianzas, y aunque sea de esperar que las cosas tomen un giro así, ¡es doloroso verla sin nadie que la provea!

En otra época, cuando vivió de un modo muy similar durante años, su señora se vio abocada a considerar natural su terrible aislamiento, pero los tiempos mejores que habían seguido debían de hacer el presente insoportablemente

doloroso. Entonces, las mujeres con alguna cualidad que las hiciera recomendables se habían incorporado al servicio de la casa, pero ahora se marchaban una tras otra. A ello se sumaba el fallecimiento de algunas de ellas, de tal modo que el número de mujeres de alto y bajo rango fue disminuyendo con el paso del tiempo, hasta que quedaron muy pocas.

La casa, cada vez más deteriorada, se iba convirtiendo en una guarida de zorros; los búhos ululaban día y noche desde los sombríos e imponentes árboles, [3] y horrendas criaturas (espíritus arbóreos y otras por el estilo) a las que antaño la presencia humana había obligado a

ocultarse, merodeaban ahora sin reserva y con muchas penosas consecuencias, hasta que las pocas damas todavía a su servicio exclamaron:

—¡No, mi señora, esto es demasiado! Ese gobernador provincial, el que tan empeñado está en levantar una casa elegante, está muy interesado por vuestros árboles, y aborda una y otra vez al personal para saber si estaríais dispuesta a prescindir de ellos, y nosotras deseamos que lo hagáis, mi señora, ¡y os decidáis a mudaros a algún lugar menos aterrador!

La dama lloraba y no quería oír hablar de ello.

—¡Qué idea tan horrible! Además, otras personas sacarían sus conclusiones.

¿Cómo, mientras viva, podría traicionar jamás la memoria de mi padre? Sé que la finca se encuentra en un lamentable estado de abandono, pero ¡es tan consolador saber que esta casa, en la que todavía percibo su presencia, fue su hogar...!

Varios de los muebles, todos ellos de estilo antiguo y muy usados, seguían siendo tan bellos como siempre, y personas con tediosas pretensiones de elegancia, deseosas de adquirirlos, la abordaban con actitud condescendiente, suponiendo que la pobreza no le dejaba elección, e invocaban al hacerlo el interés especial que para ellos tenían aquellos muebles porque su difunto padre los había encargado a tal o cual artesano. Las

damas a su servicio trataban de convencerla de que aceptara, con la esperanza de aliviar la miseria a la que se enfrentaban un día tras otro.

—¿Qué otra cosa va a hacer una? —decían—. Al fin y al cabo, la vida es así.

Mas, por toda respuesta, ella las reprendía ásperamente.

—Mi padre me dejó este mobiliario en el bien entendido de que cuidaría de él —les decía—. ¿Cómo voy a permitir que mis muebles adornen la casa de cualquiera? Sería demasiado triste desobedecer sus deseos. —Y no lo permitía de ninguna manera.

Nunca recibía visitas, ni siquiera informales. Sólo su reverendísimo

hermano se acercaba a verla en las escasas ocasiones en que iba a la Ciudad, pero también él era tan extremadamente anticuado que incluso como monje tenía un aire de ermitaño pobrísimo y ajeno a este mundo, y apenas reparaba en que debía abrirse paso entre la densa maleza. En efecto, el jardín había desaparecido bajo los carrizos, pobladas plantas de ajeno se alzaban hasta los aleros y la correhuela bloqueaba ambas puertas, al este y el oeste, aunque caballos y bueyes habían abierto senderos sobre el desmoronado muro de adobe. Incluso los jóvenes pastores que los llevaban a pacer allí en primavera y otoño se permitían una conducta escandalosa.



Monja con rosario

El octavo mes del año, cuando tuvo lugar la gran tormenta, las galerías se vinieron abajo. Los aposentos de la servidumbre, que habían tenido un patético tejado de

tablas, se quedaron reducidos al armazón desnudo, y de las mismas sirvientas no quedó ni una sola. Ya no se alzaba humo del hogar donde habían cocinado, y las desgracias se sucedían. Quienes vivían del robo sin duda carecían de imaginación, porque incluso ellos desdeñaban la residencia de Hitachi y

pasaban de largo suponiendo que no tenía nada que ofrecer. Así pues, el interior de la casa permanecía como siempre, pese a los hierbajos que la rodeaban. Había polvo en abundancia, puesto que nadie barría ni limpiaba, pero allí la hija de Su Alteza pasaba sus tristes días rodeada de un mobiliario perfecto.

Las pequeñas diversiones, como relatos o antiguos poemas, ayudan a pasar el tiempo en una casa como aquella, a apartar la mente de la realidad, pero a ella no le interesaban. Ninguna joven tenía que afectar refinamiento para hallar consuelo en la expresión de sus sentimientos por medio de plantas y árboles, [4] en la correspondencia con

amigos de gustos similares o cuando estaba ociosa; pero aquella dama temía tanto al mundo, puesto que su padre la había educado para que lo tuviera, que no hacía gesto alguno hacia nadie con quien pudiera intercambiar al menos alguna nota de vez en cuando. Tan sólo a veces abría un antiguo armario para contemplar las ilustraciones de relatos como *Karamori*, *Hakoya no toji* o *Kaguya-hime*. [5]

El placer que producen los poemas antiguos tiene que ver con el goce de elegir los que tienen temas [6] y autores atractivos, los que son fáciles de entender. Los triviales que conoce todo el mundo, escritos en solemne papel oficial o en grueso Michonokuni, no pueden resultar

más aburridos, pero tales eran los que ella desplegaba en las raras ocasiones en que los miraba. Le avergonzaba entonar las escrituras o practicar los ritos, como tanta gente hace hoy día, y jamás tocaba un rosario, a pesar de que, en cualquier caso, nadie la habría visto hacerlo. [7] Tal era su austero estilo de vida.

Su hermanastra, conocida como Jijû, era la única que en todos aquellos años nunca había dejado de estar a su servicio, pero la muerte de la sacerdotisa de Kamo, a quien Jijû visitaba con frecuencia, la había dejado en una situación tan desesperada que ahora visitaba en ocasiones a una hermana de la madre de su señora, una dama que se había

rebajado a casarse con un gobernador provincial. Esta dama estaba criando a unas hijas muy amadas, y a Jijû se le ocurrió pensar que, entre las jóvenes presentables, podría preferir a alguien que ya había conocido a sus padres antes que a una perfecta desconocida.

La señora de Jijû, tan distante como siempre, le hizo a su tía ciertas insinuaciones que no fueron bien recibidas.

—Lo siento por mi sobrina —le dijo agriamente la tía a Jijû—, pero la verdad es que no puedo hacer nada por ella, habida cuenta de que su madre me despreciaba y me consideraba una deshonra para la familia.

Sin embargo, de vez en cuando le enviaba una nota.

La mayoría de quienes tienen de nacimiento la posición de su tía en el mundo se esfuerzan de veras por cultivar las actitudes de sus superiores, pero caer tan bajo desde una posición tan encumbrada debía de haber sido realmente su destino, pues, lejos de imitar a los nobles, mostraba una actitud del todo plebeya. Ella, que en el pasado había sido despreciada como inferior, quería que su sobrina fuese la criada para todo de su hija. «Sí —reflexionaba— los modales de mi sobrina son anticuados, pero ¡qué magnífica niñera sería!» «Ven a visitarme de vez en cuando —le escribió

—. Somos varias aquí las que deseamos oír el sonido de tu *koto*». También Jijû intentaba despertar el interés de su señora para que fuese allá, pero su señora no deseaba ver a nadie y, puesto que su timidez era increíble, se negaba a responder, una actitud que a su tía le desagradaba en extremo.

Entretanto, el marido de la tía había sido nombrado delegado del virrey de Dazaifu, y ella se proponía ver a sus hijas en una situación adecuadamente holgada antes de acompañarle a aquel lugar. «Me temo que he hecho menos por ti de lo que debería —le escribió obsequiosamente, todavía deseosa de tener a su sobrina con ella—, pero siempre era un consuelo

saber que estabas cerca, y ahora que nos vamos lejos, estoy muy preocupada por ti». No recibió respuesta. «¡Qué repugnante actitud la suya! ¡Qué aires se da! —la denostó con malevolencia—. Bien, puede ser todo lo estirada que quiera; ¡es difícil que al comandante [8] le impresione una mujer que se pasa un año tras otro viviendo en semejante jungla!»

Muy pronto todo el mundo exteriorizaba su regocijo porque Genji había sido perdonado y regresaba a la ciudad. Damas y caballeros competían por convencerle de que le profesaban un afecto perdurable, y esta evidencia de la consideración en que todos le tenían, al

margen de su posición social, conmovía profundamente a Genji. Entre tanto entusiasmo, los días y los meses transcurrían sin ninguna señal de que se hubiera acordado de la hija de Su Alteza de Hitachi.

«Este es, pues, el fin —se dijo desesperada—. Me sentí escandalizada y entristecida por el tratamiento imperdonable que él recibió, y siempre rogué que la primavera le llegara de nuevo, pero al final, cuando supongo que hasta las tejas y los guijarros celebraban su ascenso, sólo me entero de ello como si no me concerniera. Ahora sé que mi pesar por su sufrimiento era en verdad por nadie más que por mí misma. [9] ¡Qué

despilfarro ha sido todo esto!» Se pasaba los días oculta, sumida en el llanto.

«¡Pues claro! —se dijo la esposa del delegado del virrey—. ¿Quién dedicaría ni un solo pensamiento a tan miserable mujer? Dicen que quienes han pecado levemente son aquellos a los que los budas conducen a la salvación, pero en el estado en que ahora se encuentra es demasiado patético que mire a los demás por encima del hombro y mantenga un orgullo adquirido en los tiempos de sus padres». Cada vez estaba más segura de que su sobrina era una necia.

—Vamos, mujer, decídete —le insistía dulcemente—. Cuando la vida se vuelve contra ti, es hora de buscar refugio

en las montañas. [\[10\]](#) Estoy segura de que el campo te parece indigno de ti, pero te prometo que allí nadie te tratará incorrectamente.

—¡Ah, ojalá mi señora lo hiciera! — musitaban entre ellas las desesperadas damas de honor de su sobrina—. ¿Cómo puede mantener esa actitud cuando nada en su situación permite esperar algo mucho mejor?

Por entonces, la misma Jijû tenía relaciones con un joven que parecía ser el sobrino del ayudante del virrey, y puesto que él no estaba dispuesto a dejarla atrás, la joven se preparó, a su pesar, para marcharse.

—Detesto dejaros, mi señora —le

dijo, instándola a ir con ella, pero la dama seguía poniendo todas sus esperanzas en un hombre al que había dejado de ver hacía mucho tiempo.

«Algún día, por distante que sea, algo hará que se acuerde de mí —se decía—. A pesar de sus cariñosas y tiernas promesas, el infortunio me persigue y, sí, ha dejado de pensar en mí, pero vendrá a ayudarme, sé que lo hará, si un soplo de viento le lleva la noticia de mi desesperada necesidad». Por esta razón, cuando su casa estaba más cerca que nunca de venirse abajo, no se separaba de un solo utensilio y persistía valerosamente en vivir como antes. Dada a llorar con frecuencia y cada vez más a abandonarse

a la desesperación, de perfil parecía como si un aldeano de la montaña le hubiera pegado una baya roja en la cara, hasta tal punto que ningún pretendiente sin intenciones del todo serias soportaría verla. Pero no diré nada más, para no parecer demasiado cruel y maliciosa.

Llegó el invierno, su indigencia aumentó y su estado de ánimo pasó al profundo abatimiento. Todo el mundo se reunió con entusiasmo en la residencia de Genji para asistir a al Rito de los Ocho Discursos por el difunto padre del anfitrión. Fue muy significativo que Genji no convocara a monjes corrientes, sino que los eligiera entre los más sabios y, gracias a su larga práctica, entre los más

santos. Por este motivo el hermano de la dama también estaba presente.

Durante el camino de regreso a su casa, el hermano hizo un alto para visitarla.

—Vengo del Rito de los Ocho Discursos celebrado por el gran consejero supernumerario —le explicó— Lo ha hecho todo con mucha nobleza, con numerosos toques tan impecablemente bellos como si se tratase del paraíso. El mismo parece un buda o un *bodhisattva*. Uno se pregunta por qué nació en un mundo tan echado a perder por las cinco profanaciones. [\[11\]](#)

En cuanto hubo dicho esto, reanudó su camino. Era un hombre de pocas palabras,

y no se comportaba con su hermana como cualquier otro podría haberlo hecho, pues nunca hablaba con ella de nada trivial o profano.

A ella le irritó la noticia. «Pues entonces es un buda o un *bodhisattva* muy poco amable —se dijo—, porque aquí estoy yo, condenada a sufrir mientras él me deja cruelmente de lado. Supongo, pues, que realmente se ha ido para siempre». Estaba absorta en tales pensamientos cuando llegó la esposa del delegado del virrey de Dazaifu.

En general, aquella dama no era proclive a semejante familiaridad, pero se había apresurado a ir, llena de brío y buen humor, en un buen carruaje cargado con

regalos de ropas y otras cosas, a fin de persuadir a su sobrina de que la acompañara. Tras ordenar que abrieran la puerta, su mirada abarcó una desolación ilimitada. Las puertas, a la izquierda y la derecha, estaban fuera de sus goznes y ladeadas, hasta tal punto que fueron necesarios varios hombres y mucho ruido y agitación para ayudar a moverlas. ¿Y dónde estaban, se preguntó al entrar, los tres caminos trillados de los que tenía entendido que debían conducir incluso a una vivienda tan desdichada? [\[12\]](#)

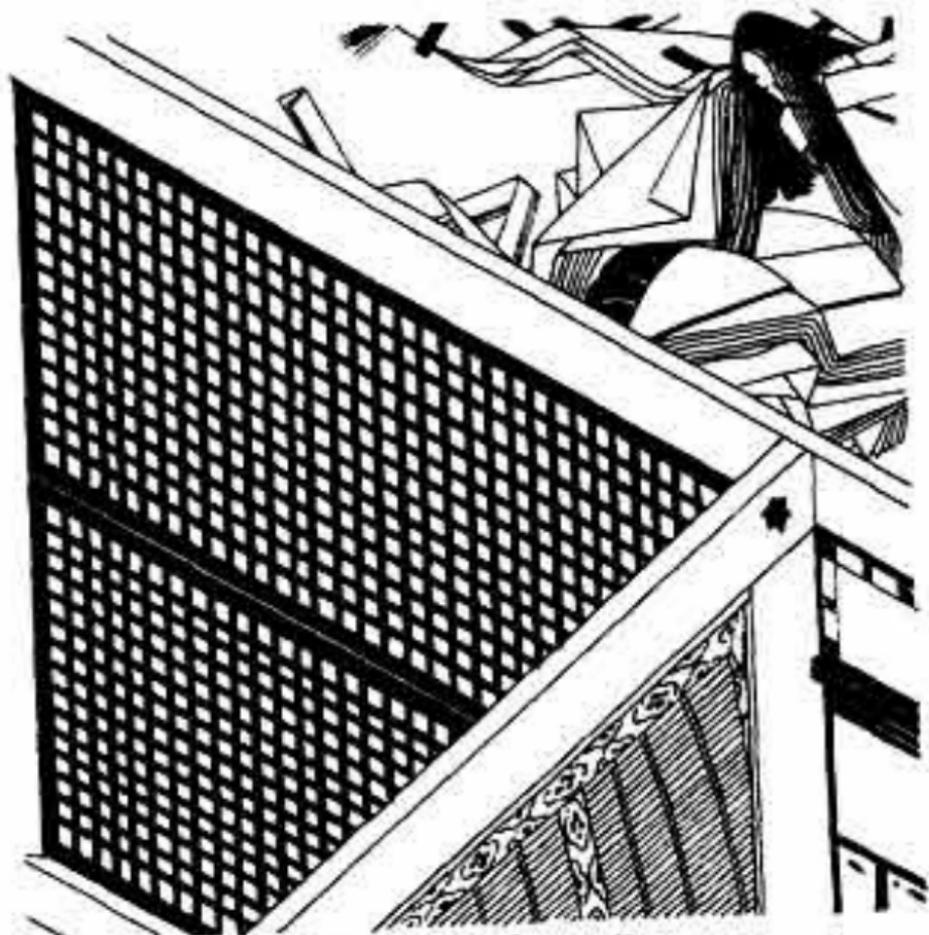
Por fin consiguió que hicieran pasar su carruaje bajo los abiertos postigos de rejilla del lado sur, donde, para creciente horror de su sobrina, [\[13\]](#) Jijû apartó una

cortina muy sucia y fue al encuentro de la recién llegada. El aspecto de Jijû no era el mismo que había tenido, pero, a pesar de los estragos de la edad, conservaba una elegancia y una distinción genuinas, y la visitante habría preferido, ¡ay!, verla en la casa de su señora.

—Tengo intención de marcharme pronto —empezó a decirle—, ¡pero no soporto abandonarte en estas terribles condiciones! Mira, he venido a buscar a Jijû. Siempre has sido demasiado reservada y fría para ir a verme, y creo que por lo menos debes permitir que se quede conmigo. Pero, por qué insistes en quedarte en un entorno tan patético? —Al llegar a este punto debería haberse echado

a llorar, pero lo cierto era que, ante la perspectiva del viaje, estaba muy animada. —Nos hemos distanciado porque tu madre me rechazó, en vida de Su Alteza, por considerarme un borrón en la familia pero yo misma no pude sentirme así durante mucho tiempo. Me sentí sobrecogida al presenciar la buena fortuna que sancionó tu orgullo y te permitió gozar de las atenciones del comandante, y a lo largo de los años hubo muchas ocasiones en las que ni siquiera me atrevía a dirigirme a ti; pero una nunca sabe qué le traerá la vida, y ahora soy yo, la nulidad, quien se encuentra en una situación confortable. Es muy doloroso verte sufrir así, cuando has estado tan por

encima de mí, y aunque me tranquilizaba un poco vivir cerca de ti. incluso cuando no me ponía en contacto contigo, ahora lamento lo alejadas que vamos a estar y también me preocupo por ti.



Postigos de rejilla

Sus palabras no obtuvieron ningún resultado.

—Eres muy amable, pero no soy como

los demás y no veo cómo... No, sólo quiero seguir tal como estoy hasta el final. —Su Alteza no dijo más.

—Desde luego, tus sentimientos son peculiares, pero dudo de que nadie más prescindiera de todas las satisfacciones de la vida para seguir viviendo en este espantoso lugar. Podrías tener un palacio como es debido si el comandante restaurase todo esto, pero me parece que por ahora sólo piensa en la hija de Su Alteza de la Guerra. Dicen que ha abandonado a todas las damas de las que se encaprichó en un momento u otro y con las que tuvo relaciones superficiales. ¡Sin duda no esperarás que venga a verte sólo porque aquí, en esta jungla lamentable,

confías castamente en que lo haga!

«Tiene toda la razón», concedió su sobrina ante este aluvión de palabras, y lágrimas de amargo pesar acudieron a sus ojos. Sin embargo, no dio señal alguna de que fuese a cambiar de idea y, tras pasar el día entero repitiendo sus argumentos, a la puesta del sol la tía se apresuró a marcharse, diciendo: «Bien, al menos me llevaré a Jijû».

Con los ojos arrasados en lágrimas de aflicción, Jijû le dijo en privado a su señora:

—Muy bien, puesto que ella lo desea, iré sólo por hoy, la acompañaré hasta que llegue sana y salva a su destino. Hay cierta verdad en sus palabras, pero no os

culpo, mi señora, por ser tan reacia a partir, y es muy doloroso verme atrapada así entre las dos.

«¡De modo que incluso ella va a abandonarme!», se dijo la dama, triste y enojada; pero no podía detenerla, y lo único que hizo fue llorar con más desconsuelo.

La túnica favorita que podría haberle dado a Jijû como recuerdo estaba demasiado manchada de sal. [\[14\]](#) Puesto que carecía de cualquier otra cosa para recompensar los años de servicio de Jijû, sacó una bella caja y metió en ella una hermosa trenza de más de nueve pies de longitud que había hecho con su propio cabello así como un frasco de incienso y

de fragancia especial para prendas. Se la ofreció diciendo:

*Que jamás se romperían, creí antaño
ingenuamente,
estas largas y brillantes hebras que
ahora triste asombro me producen
al caer y que pronto habrán
desaparecido. [\[15\]](#)*

—Había pensado que siempre estarías conmigo, por muy desesperada que fuese mi situación, ya que, después de todo, *Mama* [\[16\]](#) te confió sus últimos deseos. No es que te culpe de que te vayas, pero ¿quién, te pregunto, ocupará tu lugar?

Sus palabras ocasionaron una

tormenta de lágrimas.

—No penséis en las últimas palabras de *Mama*, mi señora —replicó Jijû con voz entrecortada—, porque he vivido con vos durante los años en que la vida os ha sometido a las pruebas más duras, y que ahora me vea arrastrada a un viaje que jamás me había propuesto hacer y dejaros para ir tan, tan lejos...

*Aunque ahora estas brillantes hebras se
desprendan de vuestra cabellera,
no se romperán: lo juro por los dioses
que se dignan proteger
el camino que se extiende ante mí.*

«Lo que no puedo prometeros es que

siga viviendo».

—Vamos, está oscureciendo —
susurró la tía.

Jijû subió al carruaje que habían acercado a la entrada, sin saber apenas lo que estaba haciendo, y mientras se alejaba, miró atrás una y otra vez.

La princesa se quedó acongojada por la pérdida de una persona que no la había abandonado en todos aquellos años, ni siquiera en las épocas más desesperadas. Entretanto, sus últimas e inútiles damas de honor ancianas decían:

—Hace bien. ¿Cómo podría haberse quedado? ¡Si nosotras mismas apenas podemos soportarlo!

Cada una consideraba las

posibilidades y planeaba su partida. Su señora las oía con desesperación.

En el undécimo mes cayó nieve que solía fundirse en otros lugares, pero en la residencia Hitachi, sumida en una maleza que impedía el paso del sol por la mañana y por la tarde, la nieve seguía tan densa como en la Montaña Blanca allá en Etchû, [\[17\]](#) hasta tal punto que ni siquiera las sirvientas salían al exterior y la señora de la casa languidecía sumida en la apatía y con expresión ausente. No tenía a nadie que la consolase al menos con una ligera observación o que la distrajese con lágrimas o risas, y por la noche, en el mugriento espacio rodeado de cortinas de su lecho, saboreaba toda la desdicha de

dormir sola.

Genji, en su residencia, se entregaba cada vez más al placer excepcional de estar en compañía de su amada, y no se esforzaba por visitar a nadie a menos que tuviera las razones más apremiantes para hacerlo. Se sentía aún menos inclinado a visitar a la hija de Su Alteza de Hitachi, aunque a veces pensaba en ella lo suficiente para preguntarse si seguía viva. Entretanto llegó el Año Nuevo.

En el cuarto mes se acordó del pueblo de las flores que caen y partió discretamente, tras una breve despedida de su amada. Caía una ligera llovizna tras varios días de lluvia, y la luna salió en el momento perfecto. Genji recordó el viaje

que mucho tiempo atrás había hecho al mismo lugar, y estaba rememorando aquella deliciosa noche iluminada por la luna cuando pasó ante la ruina informe de una morada en medio de un auténtico bosque.

A la luz de la luna vio unos hermosos racimos de glicina que se mecían encaramados a un pino gigantesco, y le rodeó su intensa fragancia, que el viento transportaba. Era tan similar al de las flores de azahar [\[18\]](#) que se asomó y vio las densas frondas de un sauce llorón, que se extendían sin encontrar obstáculos a lo largo de un muro de adobe derrumbado. «He visto antes esta arboleda», se dijo, y reconoció la finca del difunto príncipe de

Hitachi. Profundamente conmovido, detuvo su carruaje. Koremitsu le acompañaba, como en todas sus expediciones secretas, y se presentó ante él. Genji le pidió que se acercara más.

—Esta es la residencia de Su Alteza de Hitachi, ¿no es verdad?

—Sí, mi señor.

—Me pregunto si la dama que vivía aquí sigue sumida en sus aflicciones. Debería haberla visitado, pero estas cosas son tan molestas... De todos modos, ve y cerciérate. Parecería un necio si llamara a la puerta equivocada.

Aunque la hija del príncipe de Hitachi estaba cada vez más abatida, sobrellevaba la situación lo mejor que podía. Un día

que se había adormilado soñó con su padre, y al despertar se sentía tan triste que ordenó que limpiaran el borde del pasillo exterior, mojado por el agua que había caído de los aleros, y que asearan su habitación, y murmuró como cualquier otra podría haberlo hecho, aunque era muy poco habitual que ella lo hiciera:

*Cuando estas mangas mías están siempre
humedecidas de lágrimas vertidas por mi
pérdida,*

*¡nuevas gotas de esos aleros en ruinas
han de inundarlas todavía!*

El momento era, desde luego, desgarrador en extremo.

Entró Koremitsu y deambuló en busca de sonidos humanos, pero no encontró señal alguna de que la casa estuviera habitada. Pensó que desde el camino daba la impresión de lo contrario, pero que parecía que allí no vivía nadie. Ya se disponía a regresar al lado de Genji cuando, a la luz de la luna, vio dos postigos de celosía abiertos, detrás de los cuales las persianas se movían. La idea de haber encontrado después de todo a los habitantes de la casa le produjo un estremecimiento de temor, pero se acercó y tosió cortésmente. La voz de una anciana, tras aclararse la garganta, le replicó:

—¿Quién es? ¿Quién está ahí?

Koremitsu le dijo su nombre.

—¿Puedo hablar con la mujer conocida como Jijû? —inquirió.

—Me temo que está ausente, pero aquí hay alguien que podría atenderte tan bien como ella.

La voz era ahora más débil y trémula, pero supo que pertenecía a una anciana a la que había oído en el pasado.

La sigilosa llegada de un apuesto hombre con veste de caza causó tal asombro a aquellos ojos desacostumbrados a tales visiones que era como si le tomaran por un zorro o alguna otra criatura mágica. Koremitsu se aproximó.

—Agradecería saber si Su Alteza

sigue estando como estaba la última vez que la vio mi señor. Creo que éste todavía desea visitarla. Pasaba por aquí esta noche cuando se detuvo. ¿Qué respuesta he de darle? Nada habéis de temer.

Las mujeres sonrieron.

—¿Estaría viviendo todavía mi señora en esta jungla de matorrales si de alguna manera fuese diferente hoy de la que fue? Usa la cabeza y dile lo que te plazca. Para nosotras, que somos viejas, los tiempos que hemos visto aquí han sido una prueba tan cruel y extraña que supera todo lo que pudieras imaginar.

Parecían demasiado dispuestas a hablar.

—Muy bien —replicó Koremitsu,

deseoso de silenciar una locuacidad inconveniente—. Informaré a mi señor.

Volvió al lado de Genji, que le dijo:

—¿Por qué has tardado tanto? Bien, ¿qué has averiguado? ¿No es más que un terreno invadido de ajeno y no queda nada del pasado?

—Me he abierto paso hasta la casa lo mejor que he podido, mi señor. La tía de Jijû, la anciana a la que llamaban Shôshô, es quien me ha respondido. Su voz era la misma.



Paraguas

Koremitsu le contó todo lo que le había dicho.

La noticia afectó sobremanera a Genji, y se preguntó cómo la dama habría podido vivir durante tanto tiempo en

medio de aquella espesura. Lamentó la crueldad de no haberla visitado hasta entonces.

—¿Qué voy a hacer? —preguntó a su amigo—. Una salida secreta como ésta es siempre muy delicada. Sólo podría venir en ocasiones como ésta. Si ella sigue siendo la misma, eso es exactamente lo

que uno esperaría que aceptara.

Sin embargo, se resistía a entrar. Deseaba enviarle una nota deslumbrante, pero abandonó la idea en consideración a su mensajero, a quien, a menos que la lentitud de las reacciones de la dama hubiera cambiado, le haría esperar interminablemente su respuesta. Además, Koremitsu le aseguró que no conseguiría avanzar entre el rocío de tantos matorrales.

—No debes ir hasta que yo haya despejado un poco el camino —le dijo.

Genji musitó para sus adentros:

*Ahora que estoy aquí, la buscaré a través
de su jungla sin senderos,*

para ver si esos hierbajos la han dejado tal como era entonces.

Finalmente bajó del carruaje, tras lo cual Koremitsu le precedió para apartar con el látigo los matorrales cubiertos de rocío.

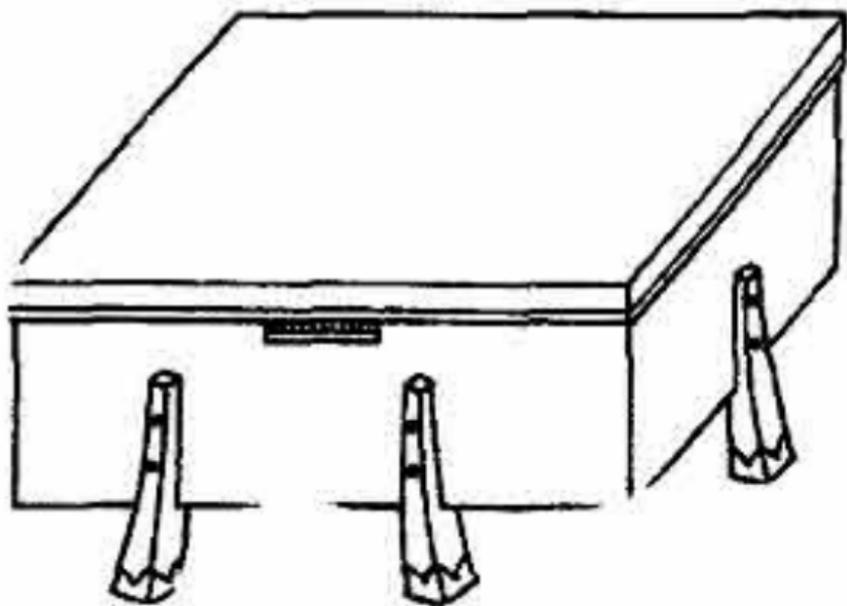
—Tengo un paraguas, mi señor —le dijo, pues las gotas de rocío que caían desde las ramas altas le recordaban los fríos aguaceros otoñales—. El rocío bajo estos árboles es realmente más húmedo que la lluvia. [\[19\]](#)

Las perneras de los pantalones fruncidos de Genji estaban empapadas. De la puerta central, que ya había estado desvencijada incluso en épocas pasadas,

no quedaba ni rastro, y cuanto más se internaba en la finca tanto más cohibido se sentía, aunque le ayudaba que no hubiera nadie que pudiera verle.

La hija de Su Alteza de Hitachi retrocedió ante la presencia de Genji, a pesar de que se alegró al comprobar que había estado en lo cierto al pensar que él aparecería algún día, y no podía decidirse a recibirle. Ni siquiera había mirado las prendas que le había regalado la esposa del ayudante del virrey de Dazaifu, una mujer que le desagradaba, pero cuando sus damas de honor se las trajeron, evocadoramente perfumadas por haber estado guardadas en un baúl fragante, se resignó a cambiarse y pidió que colocaran

cerca aquella sucia cortina movable.



Baúl fragante

Genji entró en la estancia.

—Durante todos estos años de silencio, por lo menos has tenido una presencia constante en mi corazón — empezó a decirle—, pero mi decepción

por la ausencia de cualquier palabra tuya hizo que hasta ahora deseara ponerte un poco más a prueba. Sin embargo, no podría pasar ante una arboleda tan asombrosa, tanto si tus árboles son cedros como si no, [\[20\]](#) y así, como ves, al fin y al cabo he perdido.

Apartó un poco la cortina, pero ella, tan extremadamente tímida como siempre, siguió sin decir nada. De todos modos, la manera en que él había ido a verla demostraba que era serio, y al final hizo acopio del valor necesario para darle una débil respuesta.

—Mi consternación al saber cuán largo tiempo has vivido oculta entre esos matorrales —siguió diciéndole él—,

sumada a mi inmutable afecto, me ha conducido a ti, humedecido por el rocío. Nada sé, sin embargo, de tus deseos al respecto, y me pregunto cuáles son tus sentimientos. Tal vez pueda confiar en que me perdonarás, como le perdonarías a otro, mi negligencia en el transcurso de los años. Si después de esto no te satisfago, confesaré en verdad el pecado de haber incumplido mi palabra.

Parece ser que Genji dijo muchas cosas similares, tiernas si no del todo sinceras, para hacerla salir.

Podría haberse quedado a pasar la noche, pero el estado de la casa, así como el estado de agitación en que se hallaba la dama, le llevaron a excusarse y se dispuso

a partir. Los pinos que crecían en el jardín no habían sido plantados adrede, pero eran impresionantes por la altura que habían alcanzado en el transcurso de los años, [21] y sus cavilaciones sobre la calidad de sueño que tiene la vida le impulsó a decir:

Lo que atrajo mi mirada, cuando la espléndida glicina me tentó a detenerme, fue tu pino, que parecía hablar de alguien que suspiraba cerca. [22]

«Tantos años han pasado, cuando uno los cuenta, y, ¡ay!, es mucho lo que ha cambiado en la Ciudad. Pronto, cuando haya tiempo, debo contarte cómo también

yo languidecí lejos de la civilización. [23] Entiendo que no tienes a nadie más que a mí para oír tu queja por los sufrimientos que has soportado, una estación tras otra, a lo largo de los años. Resulta extraño».

Año tras largo año he suspirado, siempre en vano; ¿son esas flores, pues, todo lo que te hizo mirar hacia aquí y al final fijarte en mi hogar?,

replicó la dama, y un atisbo de ella al moverse discretamente, unido a la fragancia de sus mangas, le sugirió a Genji que había madurado desde entonces.

La luna, que se estaba poniendo, tenía un brillo intenso, pues nada similar a una pasarela quedaba en pie entre las puertas dobles del oeste, y los aleros proyectados también habían desaparecido. A la luz de la luna, Genji miró a su alrededor y vio una habitación amueblada del mismo modo que en el pasado y mucho más elegante de lo que sugería el exterior de una casa tan sumida en las «hierbas de la rememoración». [\[24\]](#) Imágenes de antiguos relatos acudían a la mente, y Genji pensó con tristeza en los años transcurridos allí sin el menor cambio. La conducta resueltamente decorosa de la dama impresionó a Genji, la consideró admirable y digna de su rango y lamentó

que, tras haber aprovechado, movido por la conmiseración, ese mismo motivo para no olvidarla, hubiera perdido el contacto con ella durante tanto tiempo, absorto en sus propias dificultades, hasta tal punto que sin duda le consideraba cruel en extremo. Su dama de las flores que caen era también poco dada a una elegante brillantez, y compararlas mentalmente a las dos excusaba ahora, a su parecer, una multitud de pecados.

Había llegado la estación del Festival y de la Purificación, y Genji recibió toda clase de regalos «para ayudarle en los preparativos», pero se los dio todos a aquellas de sus damas que los merecían. Se mostró especialmente atento con la hija

de Su Alteza de Hitachi, ordenó a sus sirvientes de más confianza que se ocuparan de sus necesidades, y envió hombres para que limpiaran el jardín de maleza y tapiaran con vallas de madera las feas brechas del muro. No visitó a la dama, porque eso no redundaría en su crédito si cualquiera se enterase de cómo la había encontrado. En cambio, le escribió una larga carta para decirle (puesto que estaba construyendo una mansión cerca de Nijô): «Es ahí donde me propongo trasladarte. Por favor, busca a algunas muchachas simpáticas y demás personal para que te atiendan». Su generosidad abarcaba incluso la provisión de servidumbre, y por lo demás era tan

generoso que la jungla de matorrales apenas tenía suficiente espacio para contener todos los regalos. Las regocijadas damas de honor se volvieron hacia donde él vivía con los ojos alzados al cielo.

Por lo que todo el mundo sabía, Genji no sentía ni siquiera un interés superficial por la clase de mujeres que abundan en el mundo, sino que sólo buscaba las que parecían ofrecer algo fuera de lo corriente, algo que le fascinaba; y, sin embargo, allí estaba, y una sólo puede preguntarse por qué, dando gran importancia a una dama cuyo atractivo, en todos los aspectos, ni siquiera llegaba a la mediocridad. Debía de tener un vínculo

con ella desde el remoto pasado.

Algunos miembros antiguos del personal de la dama, de alto y bajo rango, que se habían mostrado despectivos con su empobrecida señora y la había abandonado en cuanto les fue posible, se apresuraron ahora a regresar para ofrecerle sus servicios. Otros se habían acostumbrado de tal modo a su carácter, correcto hasta el punto de una desagradable reticencia, que se encontraban totalmente fuera de lugar en casas como las de dudosos gobernadores provinciales, y ahora todos se sintieron impulsados a volver al mismo tiempo.

Al ascender a nuevas cumbres de gloria, Genji se había vuelto más

reflexivo e impartió sus órdenes con tal acierto que logró un cambio extraordinario, pues la residencia de la dama no tardó en estar muy poblada. Donde antes una fétida vegetación había dado al jardín un aspecto sombrío, ahora corría un arroyo recién desviado, mientras los arbustos cercanos a la casa proporcionaban una fresca sombra, y los jóvenes miembros del personal, en los que él apenas había reparado hasta entonces, pero que ponían gran celo en servirle, se percataban tan claramente del profundo interés de Genji por la dama que la atendían con el mayor esmero.

Ella languideció dos años en la casa de su padre, y entonces Genji la llevó a

vivir a su pabellón del este. [25] No la visitaba con frecuencia ex profeso, pero ella estaba tan cerca que no dejaba de ir a verla cuando tenía que pasar por allí, y el tratamiento que le daba no era degradante.

Me extendería gustosa sobre la sorpresa que se llevó la esposa del ayudante del virrey de Dazaiфу cuando regresó a la ciudad, y sobre cómo Jijû, aunque muy satisfecha, se sentía avergonzada por la pusilanimidad que le impidió esperar un poco más, pero en estos momentos me duele tanto la cabeza que no estoy en condiciones de hacerlo, y me temo que deberé proseguir en otra ocasión, cuando recuerde más. [26]

16

Sekiya En el paso

Sekiya significa «puesto de barrera» (vigilado por un guardián de barrera) y alude a la Barrera de Osaka, entre Kyoto y las provincias del este.

El lugar es el escenario de este corto capítulo.



Relación con los capítulos anteriores

«En el paso» tiene lugar hacia el final del periodo cubierto por «El peregrinaje a Sumiyoshi», desde el noveno hasta el décimo o undécimo mes.

Personajes

Genji, el ministro de Palacio, 29 años de edad

**El vicegobernador de
Hitachi**, antes de Iyo (Iyo no Suke)

Su esposa, la dama del caparazón
de cigarra (Utsusemi)

**El gobernador de
Kawachi** (antes de Kii), hijastro de
Utsusemi (Ko no Kami)

Su hermano menor, ayudante
de la Guardia de la Derecha de Palacio

Un oficial de la Guardia

de la Puerta Derecha,
hermano menor de Utsusemi (Kogimi)

El año siguiente al de la muerte del padre de Genji, el vicegobernador de Iyo fue destinado a Hitachi, [1] e invitó a su esposa, la dama del caparazón de cigarra, a que le acompañara a su provincia. Ella pensaba a menudo en Genji, pues había oído vagos rumores de que iba a trasladarse a Suma, pero ni siquiera tenía posibilidad de recibir una carta suya, y como recelaba de los vientos del monte Tsukuba, [2] los meses y los años transcurrían sin que intercambiaran ni una sola palabra. No había plazo límite para el exilio de Genji, pero por fin volvió a vivir en la ciudad, y en el otoño del año siguiente el mismo Hitachi regresó.

Genji hizo un peregrinaje a Ishiyama para cumplir con un voto el mismo día en que Hitachi llegaba [3] a la barrera. El ex gobernador de Kii, así como otros hijos de Hitachi, habían salido de la ciudad para recibir a su padre, y la advertencia de que la carretera estaría atestada por el paso de su señoría hizo que el grupo se pusiera en marcha al alba, con un convoy apretado y bamboleante de carruajes femeninos. El sol llegó a lo más alto del cielo. En la playa de Uchide, [4] los criados que comían a los lados del carruaje de Genji llenaron la carretera antes de que pudieran siquiera apartarse, anunciando que su señor había rebasado Awata, [5] por lo que más arriba, cerca

de la barrera, todos se apearon, desuncieron los bueyes, pusieron los carruajes aquí y allá bajo los cedros y se retiraron respetuosamente entre los árboles para dejarle pasar. A algunos carruajes se les había permitido rezagarse y a otros se les hizo seguir adelante, pero de todos modos el séquito de Hitachi era muy numeroso. Mangas y faldas de armoniosos colores sobresalían de diez de los carruajes. Su elegancia, en absoluto provinciana, le recordó a Genji los carruajes que aguardaban la partida de cierta suma sacerdotisa de Ise. Cada hombre del nutrido séquito que le acompañaba en aquella peculiar e imponente excursión repararon en ellos al

pasar.

Era el último día del décimo mes. [6] Relucían los diversos colores de las hojas otoñales las extensiones de hierba agostada por la helada atraían la mirada, mientras una brillante procesión de vestes de caza espléndidamente bordadas o teñidas pasaba ante la casi del guardián de la barrera. Genji bajó la persiana de su carruaje y llamó al hermano menor de la dama, que ahora era oficial de la Guardia de la Puerta Derecha.

—Estoy seguro de que no olvidarás pronto que he venido a la barrera para verte —le dijo y sus iban dirigidas a la hermana del joven. Toda clase de recuerdos enternecedores a floraban a su

mente, pero se veía obligado a hacer observaciones inocuas.

También ella había atesorado viejos recuerdos en su corazón, y ahora volvió a sentirse embargada por la tristeza.

Yendo y viniendo no he encontrado aquí ninguna barrera a estas lágrimas mías; tal vez te parezcan el manantial de la cuesta que mana eternamente. [7]

Ella sabía que él nunca lo entendería, y se sentía llena de irremediable pesar.

Cuando Genji regresó de Ishiyama, Kogimi, el hermano menor de Utsusemi, salió a su encuentro. Le pidió disculpas por haber pasado de largo el otro día. [8]

Años atrás, siendo un muchacho, había tenido una relación muy estrecha con Genji, y había gozado de su protección hasta que fue ascendido de categoría; pero entonces, al producirse extraños disturbios en la corte, el temor a los rumores le impulsó a trasladarse a Hitachi, lo cual desconcertó un tanto a Genji, aunque no exteriorizó sus sentimientos. Si bien su disposición ya no era tan afectuosa, Genji seguía contándole entre sus partidarios más fiables. Favorecía en especial al hermano menor del gobernador de Kii (ahora de Kawachi), el que había perdido su puesto en la Guardia de Palacio y le había acompañado a Suma. Ninguno de los

demás dejó de aplicarse la lección, y cuando pensaban en el pasado se preguntaban por qué habían cedido a la opinión mundana.

Genji llamó a Kogimi y le dio una carta para que la entregara. «¡Qué buena memoria la suya para cosas que debería haber olvidado hace mucho tiempo!», se dijo el joven.

«El otro día comprendí lo fuertes que son los vínculos que nos unen —había escrito Genji—. ¿Te ha sucedido a ti lo mismo?»

Apenas dudaba de que volveríamos a encontrarnos en el camino de Ômi, sin embargo, aquellas aguas eran

*demasiado dulces para no traicionar mi
vana esperanza. [9]*

«¡Qué odioso era aquel desgraciado vigilante!» [10]

—Me siento incómodo después de tanto tiempo sin relacionarme con ella — dijo Genji—, pero a menudo pienso en ella, y es como si todo hubiera sucedido ayer. Supongo que mi inclinación a los amoríos sólo hará que se vuelva todavía más contra mí.

Le entregó la misiva al joven, que se la llevó a su hermana.

—Respóndele —le pidió el joven—. Siempre he supuesto que le importo menos que antes, y es asombroso que me

trate con tanta amabilidad, como si nada hubiera cambiado. Comprendo que no te atraiga esta clase de diversiones, pero no puedes darle la callada por respuesta. A una mujer se le puede perdonar que ceda ante un caballero.

Aunque su vergüenza era más profunda que nunca, y tenía menos confianza en todos los sentidos, ella debió de rendirse ante la sorpresa, pues contestó:

¿Ah, qué tendrá la Barrera de Osaka que en ese lugar una ha de seguir su triste camino a través de un bosque de penas? [\[11\]](#)

«Creo que debo de estar soñando».

Genji no podía olvidar a la dama, tanto por la difícil situación en que ella se encontraba como por su exasperante actitud. De vez en cuando socavaba un poco su resolución enviándole nuevos mensajes. Entretanto, Hitachi tenía tales problemas de salud, sin duda debido a su avanzada edad, que las únicas instrucciones que daba a sus hijos concernían a su esposa de alta cuna. «Acatad todos sus deseos —les decía una y otra vez— y servidla exactamente como he hecho yo». Al ver su aflicción ante la lúgubre perspectiva de perder a su marido, algo que se sumaba a un destino ya triste, anhelaba (pues la vida tiene su

final, y ningún lamento puede evitar que acabe) tener la capacidad de dejar su espíritu con ella para que la protegiera, y a menudo hablaba de su pena y su preocupación, puesto que desconocía las intenciones de sus hijos hacia ella. Sin embargo, todas estas inquietudes fueron vanas, y falleció.

Durante algún tiempo sus hijos fingieron que respetaban sus deseos, pero esa buena voluntad sólo era superficial, y hubo muchos momentos dolorosos. Así es el mundo, al fin y al cabo, y la mujer se pasaría la vida lamentando su solitario infortunio.

Sólo el gobernador de Kawachi, que siempre se había interesado por ella, le

mostró cierta consideración.

—Mi padre nos habló de ti con profunda emoción —le dijo—. Comprendo que soy un inepto, pero te ruego que no dudes en hacerme saber si puedo hacer algo por ti.

Sus halagadoras insinuaciones demostraban a las claras lo que se proponía, y ella se dijo que cualquier mujer desdichada que siguiera viviendo de aquel modo tendría que oír una y otra vez cosas tan terribles, así que, sin decir ni una palabra a nadie, se hizo monja. Este drástico paso dejó pasmadas a sus doncellas.

El gobernador montó en cólera y le recriminó:

—Muy bien, puede que no quieras saber nada de mí, pero ¡aún tienes muchos años por delante, y me pregunto cómo te las vas a arreglar!

Parece ser que, al oírle, alguien comentó:

—¡Qué pelmazo entrometido!

EAWASE

El concurso de pintura

La palabra *eawase* significa «concurso de pintura», en el que dos equipos compiten presentando sus pinturas para que sean juzgadas.

No se tiene constancia de que tales concursos tuvieran lugar antes de la época

en que fue escrito el relato, pero el que aparece en este capítulo sigue la pauta establecida en los concursos de poesía (*utaawase*) y, en particular, la de un ejemplo bien documentado que tuvo lugar en palacio el tercer mes lunar del año 960.



Relación con los capítulos anteriores

«El concurso de pintura»

abarca de la primavera al otoño, uno o dos años después de la época en que transcurre «El peregrinaje a Sumiyoshi».

Personajes

Genji, el ministro de Palacio, de 31 años de edad.

Su Alteza, la ex princesa,
la consorte de Ise, de 22 años
(Akikonomu)

Su Eminencia
Enclaustrada, de 36 años
(Fujitsubo)

Su Eminencia, el
emperador retirado, de 33
años (Suzaku In)

La encargada del
personal doméstico de

Akikonomu

Su Majestad, el
emperador, de 13 años (Reizei)

La consorte Kokiden, hija de
Tô no Chûjô, de 14 años

El consejero
supernumerario (Tô no Chûjô)

Su Alteza de la Guerra
(Hyôbukyô no Miya)

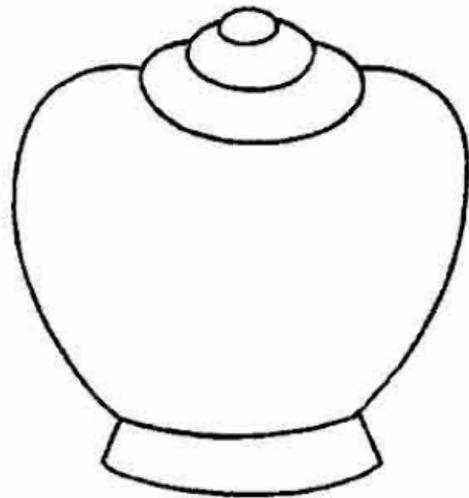
La amada de Genji, de 23
años (Murasaki)

Hei, Jijû y Shôshô, damas de
honor de la Izquierda, el bando del
Umetsubo en el concurso

Daini, Chûjô y Hyôe, damas
de honor de la Derecha, el bando del
Kokiden en el concurso

El príncipe virrey, hermano de
Genji (Hotaru o Sochi no Miya)

La incorporación de Akikonomu, la ex sacerdotisa de Ise, al servicio de palacio tenía el apoyo incondicional de Su Eminencia Enclaustrada, pero Genji temía que no hubiera nadie dispuesto a hacer por ella todo lo necesario, así que se abstuvo de plantear el asunto al emperador retirado Suzaku. Como había decidido llevar a Nijô a Akikonomu, fingió no estar enterado de nada. Sin embargo, aceptó en general las responsabilidades paternas hacia ella.



Recipiente de incienso

Su Eminencia estaba muy decepcionado, pues para guardar las formas había dejado de escribir a la joven. Pero, cuando por fin llegó el día, le regaló las

vestimentas más hermosas, una caja de peines, una caja de artículos de tocador y otra caja de recipientes de incienso, todo ello de calidad extraordinaria, así como inciensos y perfumes para la ropa que llenaban el aire a más de cien pasos a la redonda. [\[1\]](#) Sin duda la posibilidad de que Genji pudiera estar observándole le

hizo estar dispuesto a dar lo mejor de sí.

Genji estaba presente cuando la dama recibió los regalos y la supervisora del personal doméstico los mostró. Una mirada a la caja de peines bastó para que la dama comprobase lo maravillosos que eran, exquisitamente refinados.

En el nudo que decoraba la caja de peines ornamentales vio escrito:

¿Decretaron los dioses, cuando llegó el momento de la partida, y en tu cabello puse el peine de la última despedida, [2] que no volveríamos a vernos?

Esto le dio que pensar. Estaba muy apenado, y los caprichos de su propio

corazón le ver con claridad que Su Eminencia debía de haberse prendado de ella en aquella ocasión, cuando la muchacha partió hacia Ise. ¿Qué sentiría Suzaku al ver sus esperanzas frustradas de ese modo, ahora que ella había vuelto, después de tantos años, y cuándo podría esperar su satisfacción? ¿Estaba amargado en su retiro, tras haber renunciado al trono? Genji pensó que él, si estuviera en su lugar, lo estaría. ¿Qué podría haberle impulsado a actuar como lo había hecho, causándole tal desdicha? Se sentía muy mal. Sí, en el pasado había estado enojado con Su Eminencia, [3] pero, por otro lado, sólo sentía afecto hacia él por la dulzura de su carácter;

confuso por la disparidad de sus sentimientos, pasó por una época de melancólico ensimismamiento.

—¿En qué clase de respuesta piensa ella? ¿Y qué me dices de la carta de Su Eminencia?

Sin embargo, la nerviosa encargada del personal era demasiado discreta para mostrársela. Genji oyó que las damas de honor elevaban en vano protestas a su señora, que en aquellos momentos no se encontraba bien y no tenía ganas de contestar, diciéndole que sería descortés e hiriente por su parte que no lo hiciera, y él intervino:

—Hazme caso, debes hacerlo, aunque sólo sea por las apariencias.

Y, a pesar de su confusión, ella recordó muy vividamente cómo, siendo apenas una niña, le había impresionado la apostura de Genji y cuánto había llorado, y el recuerdo despertó en ella unos pensamientos tan tristes sobre su madre que al final logró decir:

*Cuando me marché, me ordenaste que no
volviera jamás,
y ahora que he vuelto, el recuerdo me
entristece. [4]*

Probablemente eso fue todo. El mensajero recibió diversos regalos. Genji, aunque ansiaba saber qué había dicho la dama, no podía preguntarlo.

La belleza de Su Eminencia era tal que a una le habría gustado que fuese mujer, pero Su Alteza [5] no parecía indigna de él, y habrían hecho buena pareja. Genji se preguntó, incluso indiscretamente, si ella no lamentaría en su fuero interno que él se hubiera llevado una decepción, puesto que, al fin y al cabo, Su Majestad era todavía muy joven. Esa posibilidad le atormentaba, pero no podía echarse atrás. Explicó lo que debía hacerse, [6] le pidió al asesor de mantenimiento, [7] persona de su confianza, que vigilara el cumplimiento de sus órdenes, y partió hacia el palacio.

Por deferencia hacia Suzaku, Genji se abstuvo de hacer ningún ostentoso gesto

paternal y se limitó a asegurar el bienestar de la dama. La residencia de ésta había contado durante mucho tiempo con numerosas y hábiles damas de honor, y ahora incluso las que iban con frecuencia a sus casas se reunieron en torno a ella, de modo que vivía allí con una comodidad admirable. En Genji se reavivó su antiguo sentimiento por la madre de la joven, y pensó: «¡Ah, ojalá viviera todavía! ¡Cuán satisfecha estaría al ver que su hija ha llegado hasta aquí!». Había sido una mujer asombrosa desde cualquier punto de vista, y su desaparición suponía una gran pérdida. ¡No, nunca habría otra como ella! La peculiar distinción de la dama había sido tal que muchas cosas evocaban

su recuerdo.

Su Eminencia Enclaustrada también se encontraba en el palacio. La noticia de que iba a llegar alguien especial despertó el interés de Su Majestad de una manera encantadora. Era bastante adulto para su edad.

—Sí —le dijo su madre—, es una dama muy refinada, y debes cuidar tus modales con ella.

En su fuero interno, le preocupaba que la compañía de una persona adulta pudiera intimidarle. Ella llegó a altas horas de la noche. Era muy discreta y silenciosa, y tan menuda y liviana que él la consideró en verdad muy bella. Por entonces estaba acostumbrado a su ¿ana

del Kokiden, pues se encontraba completamente cómodo con ella, pero la recién llegada tenía un dominio de sí misma tan intimidante, y Genji la trataba con una formalidad tan respetuosa, que le resultaba difícil pensar mal de ella y, en consecuencia, dividía su tiempo entre las dos, aunque cuando se ausentaba durante un día en busca de diversión juvenil casi siempre iba al Kokiden. Tô no Chûjô tenía ambiciosos planes al presentarle a su hija a Su Majestad, y no le hacía ninguna gracia que ahora la muchacha tuviera que competir con la recién llegada.

El emperador retirado Suzaku, al ver la réplica a su poema en la caja de peines,

comprendió lo difícil que sería renunciar a ella. Entonces apareció Genji, y los dos entablaron una conversación durante la que Suzaku mencionó la partida hacia Ise de la suma sacerdotisa, algo a lo que ya se había referido en otras ocasiones, aunque sin manifestar su interés por ella. Genji hizo que la conversación se desarrollara de modo que le permitiera conocer más a fondo los sentimientos de Suzaku sin darle a entender que ya estaba enterado. y cuando supo lo profundos que eran se sintió apenado. Ansiaba saber qué rasgo de la belleza de la joven le había entusiasmado tanto, y le irritaba no poder verlo por sí mismo. Ella tenía unos modales tan comedidos que no le

permitían tomarse ninguna libertad juvenil, pues de lo contrario ya la habría entrevistado, y lo poco de su aspecto que había podido atisbar era tan indefectiblemente alentador que la imaginaba impecable.

Su Alteza de la Guerra no podía dar ningún paso por su cuenta, ahora que Su Majestad estaba tan prendado de ambas damas, así que se tomó su tiempo, confiando en que cuando Su Majestad fuese un poco más mayor de ningún modo rechazaría a su hija.

La actividad que más le gustaba a Su Majestad era la pintura, y tal vez por ello la practicaba con una habilidad extraordinaria. La consorte de Ise también

pintaba muy bien, lo cual hizo que el soberano se interesara por ella. Como cada uno hacía pinturas para el otro, él iba a verla con frecuencia. Se había interesado por los cortesanos más jóvenes que se dedicaban al mismo arte, pero le gustaba más la preciosa dama, puesto que sus pinturas no eran meros ejercicios de copia sino obras completamente personales: cuando estaba a su lado, daba un grácil paso atrás para reflexionar con expresión seria, sobre cuál iba a ser el siguiente trazo de su pincel. Así pues, él la visitaba a menudo, y le gustaba mucho más que antes.

Esta noticia alentó a Tô no Chûjô, siempre tan atrevido para plantar cara a

un desafío, a poner sus ideas en orden («¿Cómo, van a vencerme?»), llamar a pintores expertos, pedirles que jurasen silencio y hacerles producir las obras más bellas en los mejores papeles. «Escenas de relatos que tengan mucho encanto y proporcionen el mayor placer», les dijo, y entonces eligió los relatos más bonitos y más divertidos e hizo que los pintores se pusieran a ilustrarlos. También le pidió a su hija que mostrara a Su Majestad pinturas de la serie de festivales mensuales, realizadas en un formato nuevo y acompañadas de un texto. Cuando Su Majestad quiso mirarlas con la consorte de Ise, los partidarios del Kokiden no quisieron sacarlas, sino que las ocultaron

y no permitieron que Su Majestad las llevara a su rival.

Al enterarse de ello, Genji se echó a reír.

—¡En el fondo, el consejero supernumerario sigue siendo un muchacho! ¡Nunca aprenderá! Se equivoca al disgustarte de esta manera, escondiendo las pinturas a propósito para que no las veas. Pero algunas de las mías son de épocas anteriores; te las daré.

En su residencia, pidió que abrieran los armarios llenos de pinturas y, en compañía de Murasaki, seleccionó cuidadosamente las más adecuadas al gusto moderno. Las que trataban temas como *La canción del pesar interminable*

o la historia de Ôshôkun eran atractivas y conmovedoras, pero también de mal agüero, y decidió dejarlas de lado de momento. [8]

Sacó de la caja que la contenía la relación ilustrada de sus viajes y aprovechó la oportunidad para mostrársela. Habría arrancado lágrimas espontáneas de cualquiera que estuviese mínimamente familiarizado con las penalidades de la vida, aunque el espectador apenas conociera las circunstancias, y a ellos dos les recordó con aún mayor viveza la inolvidable pesadilla en que se habían visto sumidos. Ella le hizo saber lo mucho que se alegraba de que no se la hubiera mostrado

antes.

Antes que lamentarme a solas, como hice entonces, también yo debería haber ido a ver

con mis propios ojos el lugar donde pasan la vida las gentes del mar,

le dijo. «Me habría preocupado mucho menos».

Emocionado, Genji replicó:

Todavía más vividamente que en aquellos tristes días del pasado, cuando las sufrí,

vuelven a mi cabeza esas penalidades, trayendo consigo muchas lágrimas.

Al menos, debía mostrar las pinturas a Su Eminencia Enclaustrada. Eligió los rollos que probablemente tenían menos defectos y que eran, al mismo tiempo, más adecuados para evocar con toda claridad «aquellas costas» [9] cuando, sumido en sus pensamientos, vivía en la casa de Akashi.

Al enterarse de que Genji estaba compilando sus propias pinturas, Tô no Chûjô redobló sus esfuerzos y se mostró más atento que nunca a la excelencia de los rodillos, las cubiertas y los cordones. Era, más o menos, el día décimo del tercer mes. Con un tiempo delicioso, con cielos suaves, y un estado de ánimo expansivo, y puesto que por entonces no

se preparaba ningún festival en palacio, las dos damas se dedicaban exclusivamente a aquella actividad, hasta que Genji vio que también podría esforzarse por llamar la atención de Su Majestad. Empezó a reunir pinturas en serio. Ambos grupos las poseían en gran cantidad. Puesto que las ilustraciones de relatos eran las más atractivas e interesantes, el grupo del Umetsubo [\[10\]](#) utilizó como temas los grandes clásicos del pasado, mientras que el del Kokiden se decantaba por los relatos que eran la maravilla y el deleite de su propia época, los más populares por su modernidad. Las damas de honor de Su Majestad que poseían ciertos conocimientos también

dedicaban su tiempo a evaluar las pinturas.

Por entonces Su Eminencia Enclaustrada se encontraba en palacio, y abandonaba sus plegarias para mirar las pinturas de uno y otro grupo, pues no podía resistirse al deseo de verlas. Cuando oyó los comentarios de las damas de Su Majestad, dividió a las cortesanas en dos bandos, el Izquierdo y el Derecho. En el bando del Umetsubo estaban Hei, Jijû y Shôshô, mientras que en el lado Derecho figuraban Daini, Chûjô y Hyôe, es decir, las damas de honor más inteligentes y sagaces de su época. Sus animados debates le encantaban. En la primera ronda, *El cuento del cortador de*

bambú, el más antiguo de los relatos, se enfrentó al capítulo «Toshikage» de *El árbol hueco*. [\[11\]](#) Los del bando Izquierdo afirmaron:

—Desde luego, este cuento del bambú es bastante vetusto y carece de frescura, pero la princesa Kaguya se mantiene siempre impoluta, sin que el mundo la mancille, y aspira a unas alturas tan nobles que su historia pertenece a la era de los dioses. ¡Está mucho más allá del alcance de cualquier mujer de cabeza hueca! [\[12\]](#)

El grupo de la Derecha replicó que los cielos a los que regresó la princesa Kaguya eran tan elevados que estaban fuera de la comprensión humana, y que

puesto que su vínculo con la tierra se había realizado por medio del bambú, cabía suponer que, en realidad, era de origen despreciable. Era cierto que había iluminado su propia casa, ¡pero su luz jamás había podido compararse con la de la brillantez imperial! [\[13\]](#) Abe no Ôshi gastó un montón de oro, y todo lo que quería obtener de la piel de rata de fuego se desvaneció en una ridícula nube de humo. [\[14\]](#) El príncipe Kuramochi, que lo sabía todo acerca de Hôrai, echó a perder su falsa rama enjoyada. [\[15\]](#) Afirmaban que estas cosas estropeaban el relato.

Las pinturas eran de Kose no Ômi y la caligrafía, de Ki no Tsurayuki. [\[16\]](#) El papel de todas ellas era de calidad

corriente reforzado con brocado chino, con una cubierta de color violeta rojizo y un rodillo de palisandro, una combinación bastante habitual. [\[17\]](#)

Los miembros del grupo de la Derecha comentaron:

—Toshikage estaba abrumado por el ímpetu de los vientos y las olas que le arrastraban a reinos desconocidos, pero aun así llegaba a donde quería ir, divulgaba el conocimiento de su asombrosa maestría por tierras extranjeras tanto como en la nuestra, y alcanzó la fama a la que durante tanto tiempo había aspirado: esto es lo que nos cuenta el relato, y la manera en que las pinturas incluyen tanto a China como a

Japón, así como toda clase de incidentes fascinantes, también hace que sean incomparables. [\[18\]](#)

La obra estaba pintada sobre papel blanco con cubierta verde y rodillo de jade amarillo. Tenía una elegancia deslumbrante, puesto que las pinturas era de Tsunenori y la caligrafía de Michikaze. [\[19\]](#) El grupo de la Izquierda no tuvo nada que replicar.

A continuación compararon los *Cuentos de Ise* con Jósanmi, [\[20\]](#) y de nuevo resultó difícil tomar una decisión. También esta vez la obra de la Derecha fue brillante y divertida, y sus escenas de un mundo familiar para todos ellos, empezando por pinturas del mismo

palacio, la hicieron aún más gratamente atractiva.

Con una flagrante ignorancia de las magníficas profundidades del mar de Ise, ¿deben llevarse ahora las olas unas palabras consideradas tan sólo viejas y aburridas?, [21]

objetó Hei sin convicción.

—¿Va a verse degradado el nombre de Narihira por unos relatos de libertinaje corriente adornados con bonitos colores?

Daini replicó:

Al noble corazón que aspira a volar por encima de las nubes, las profundidades

*de mil brazas le parecen muy
superficiales. [22]*

—Por espléndidas que fuesen las ambiciones de la hija del guarda [23] — afirmó Su Eminencia Enclaustrada—, el nombre de Narihira no debe ser despreciado.

A primera vista, el relato puede parecer muy antiguo, pero, a pesar de los años, ¿vamos a colmar de desdén al pescador de Ise? [24]

Los apasionados argumentos de las damas sostuvieron un debate interminable sobre cada pintura en su rollo de papel.

Entretanto, las más jóvenes, que realmente no sabían de qué iba todo aquello, ansiaban ver las obras, pero ninguna de ellas, ni las de Su Eminencia Enclaustrada ni las de Su Alteza, [25] veían nada, porque la primera las mantenía bien ocultas.

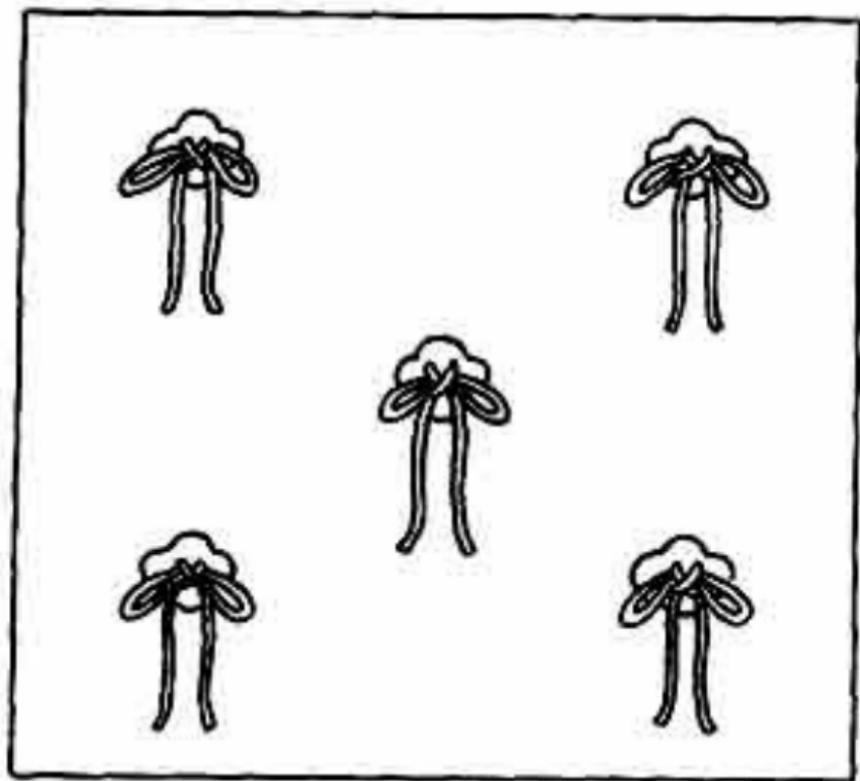
Genji se reunió con ellas.

—Vamos a decidir la victoria y la derrota ante Su Majestad —les dijo, satisfecho por el brío con que cada una de ellas defendía su elección.

Ésa había sido su idea desde el principio, por lo que había mantenido algunas obras excepcionales en reserva, y entre ellas, por razones que sólo a él concernían, había colocado sus dos rollos

de Suma y Akashi.

Tô no Chûjô no se mostraba menos entusiasta. En aquel entonces estaba de moda confeccionar divertidas pinturas en papel [\[26\]](#) y, a pesar de que Genji había advertido de que sería contrario al espíritu del certamen hacer nuevas obras y que deberían atenerse a las que ya poseían, Tô no Chûjô había preparado una sala secreta donde había puesto a trabajar a sus pintores.



Nudos de regalo

Cuando Su Eminencia se enteró de ello, dio pinturas a la consorte de Ise. A los rollos de varios maestros antiguos, en los que aparecían deliciosas escenas de la serie de festivales anuales y sobre los que

Su Majestad Engi había dejado comentarios de su puño y letra, así como otros que él mismo había hecho para conmemorar acontecimientos de su reinado, añadió uno pintado por Kinmochi [27] que mostraba el rito en el Gran Salón de Estado que tanto le había cautivado el día en que Akikonomu partió hacia Ise como sacerdotisa. Eran unas obras deslumbrantes. Su preciosa caja de madera de aloe calada, con sus no menos hermosos nudos de regalo, eran la última moda. El mensaje fue transmitido oralmente por el capitán de la Guardia de la Izquierda de Palacio, [28] que estaba de servicio en el palacio de Su Eminencia. Sobre la escena, llena de

imponente solemnidad, que mostraba el palanquín de la suma sacerdotisa al lado del Gran Salón de Estado, había escrito estas sencillas palabras:

Sí, en mi actual posición, la cuerda sagrada me impide entrar, pero no por ello podría olvidar ni un solo instante cuanto entonces albergó mi corazón. [29]

Habría sido imperdonable que ella no le respondiera, por lo que superó su renuencia a hacerlo. Rompió un fragmento del peine que él le había regalado, lo envolvió en papel chino azul claro y se lo envió con el mensaje:

Ahora que estoy al otro lado de la cuerda sagrada, me parece que todo ha cambiado

y vuelvo a pensar con nostalgia en la presencia de los dioses. [\[30\]](#)

Recompensó con esplendidez al mensajero.

Su Eminencia se sintió profundamente conmovido al recibir este mensaje y deseó poder hacer que volvieran los viejos tiempos. Sin duda le guardaba rencor a Genji, un rencor nacido de lo que él mismo había hecho. Sus pinturas procedían de su madre, y la consorte Kokiden debía de haber recibido muchas de las suyas de idéntica manera. [\[31\]](#) La

encargada del personal [32] también era muy aficionada a las pinturas, y había pedido un buen número para su propia colección.

Se fijó la fecha, y con unos preparativos llenos de belleza pero en cualquier caso ligeros, producto de la improvisación, presentaron a Su Majestad las pinturas de la Izquierda y la Derecha. Las damas de honor prepararon su sitial en la sala, con los asientos de los cortesanos encarados al norte y el sur. Los cortesanos se sentaron en la terraza del Kóróden, [33] cada uno frente a su dama de honor preferida. A la izquierda, las cajas de palisandro que contenían los rollos, cubiertas de seda china de color

uva, descansaban en bases de madera de sapán encima de brocado chino violeta. Seis muchachas paje levaban vestimentas con flores de cerezo estampadas sobre otras de color rojo y de flores de glicina sobre escarlata. Su aspecto era espléndido y parecían muy bien adiestradas. Los rollos de la Derecha, en cajas de madera de aloe, descansaban en bases de madera fragante colocados sobre brocado verde de Koma; el diseño de las bases, así como los cordones que aseguraban el brocado a los pies de las bases, eran de una elegancia extraordinaria. Las muchachas paje llevaban vestimentas con estampado de sauces y rosas amarillas sobre verde.

Todas fueron a depositar las bases y las cajas ante Su Majestad. Las damas de honor se dividieron en dos grupos, uno delante y otro detrás, cada uno vestido en consonancia. [\[34\]](#)

Invitados por Su Majestad, se sentaban allí Su Gracia y el consejero supernumerario. También el príncipe virrey estaba presente aquel día. [\[35\]](#) Genji debía de haberle pedido en privado que acudiese, como amante de la pintura que era, puesto que no había habido una invitación general, y se hallaba en palacio cuando Su Majestad le requirió. Iba a actuar como juez. Algunas de las pinturas eran realmente magníficas, y le resultaba imposible decidirse entre ellas. Las

escenas de las cuatro estaciones, pintadas por los maestros antiguos de una manera tan fluida y con una mirada tan aguda, eran incomparables, pero, a fin de cuentas, su alcance era limitado y no podían transmitir toda la riqueza de las montañas y las aguas, de modo que las obras modernas y más efímeras, que mostraban la comprensión de lo humano y las artimañas del pincel, eran tan vividas y amenas como el legado del pasado, y destacaban por derecho propio. El debate que sobre ellas mantenían los grupos de la Izquierda y la Derecha procuraban gran placer a todos los presentes.

Su Eminencia Enclaustrada se sentaba en la sala del desayuno, [\[36\]](#) cuyas

puertas correderas estaban abiertas. Su presencia satisfacía mucho a Genji, dado lo versada que ella debía de estar en cuestiones artísticas, y cuando el juez titubeaba, a menudo ella le decía una o dos palabras, exactamente como era apropiado que hiciera. Avanzaba la noche y seguía sin decidirse el resultado del certamen.

Al grupo de la Izquierda le quedaba un turno más, y cuando aparecieron los rollos de Suma, el corazón del consejero supernumerario latió



Copas de sake

con fuerza. También su grupo había guardado algo especial para el final, pero aquello, realizado con suma delicadeza durante largo tiempo por un genio artístico, era superior a todo lo demás. Los presentes lloraron, Su Alteza [\[37\]](#) el primero. Las pinturas de Genji revelaban con perfecta inmediatez, mucho más vividamente que cuanto pudieron imaginar durante los años en que se compadecieron de él y lamentaron su alejamiento, todo lo que había pasado por su mente, todo lo que había presenciado y cada detalle de aquellas costas que ellos mismos nunca habían visto. Había añadido aquí y allá unas líneas en caligrafía cursiva, en chino o japonés, y, aunque no formaban aún un

auténtico diario, había entre ellas algunos poemas tan conmovedores que quienes los leían deseaban ver más. Nadie pensaba en otra cosa. La emoción y el deleite imperaban ahora, y todo el interés por las restantes pinturas había quedado eclipsado. No había ninguna duda del resultado: el grupo de la Izquierda había ganado.

Amanecía, y las copas de sake volvían a estar llenas cuando, embargado por sentimientos melancólicos, Genji se puso a hablar del pasado.

—Desde el comienzo de mi juventud me apliqué a los estudios, y tal vez mi padre, el difunto emperador, creyó que podría adquirir realmente cierto

conocimiento, porque me hizo una advertencia. Me dijo: «Quien sabe mucho es objeto de un gran respeto y, tal vez para compensar, quienes se entregan en exceso al saber pocas veces gozan de suerte y larga vida. Quien es de alta cuna, o por lo menos tiene una posición honorable entre sus pares, no debería llevarlo demasiado lejos». Él mismo me instruyó en las artes no académicas, pero en ellas no era especialmente inepto ni estaba dotado de ningún don especial. Pero pintar era distinto, porque a menudo experimentaba el impulso de pintar a discreción, por extraño y ocioso que pueda ser como pasatiempo, y cuando de improviso descubrí que no era un aldeano

de montaña y estudié la verdad de los poderosos mares, me alcé a unas alturas con las que hasta entonces no había podido ni soñar. Sin embargo, seguía estando insatisfecho, puesto que hay un límite a lo que el pincel puede transmitir, y no podría haberlos mostrado estas obras si la ocasión no lo hubiese propiciado. Supongo que se me puede considerar presuntuoso por actuar así.

—Ningún arte ni aprendizaje se puede cultivar sin entusiasmo —replicó Su Alteza—, pero cada uno tiene sus maestros profesionales, y podemos afirmar que todo arte digno de ser aprendido recompensará más o menos generosamente el esfuerzo realizado para

estudiarlo. El arte del pincel y el juego del *go* son los que revelan de una manera más sorprendente el talento natural, pues por lo demás hay personas de carácter muy tedioso que pintan o juegan muy bien, casi sin adiestramiento. De todos modos, entre las personas de alta cuna, las hay con dotes excepcionales que parecen amar todas las artes y se desenvuelven de maravilla en todas ellas. ¿Quién entre los príncipes y princesas del difunto emperador no ha aprendido varias directamente de él? Y solía hablar del arte que mejor respondía a la atención especial que él le prestaba y que superaba a todas las artes, una tras otra: las letras, ni que decir tiene, pero también el *kin*,

para el que poseía un magnífico don, la flauta, el *biwa* y también el *sô no koto*. Nadie estaba en desacuerdo con su valoración, y por ello yo había supuesto que tú también jugabas con el pincel a impulsos de tu estado de ánimo, pero ¡es extraordinario descubrir que pones tan absolutamente en evidencia a los mejores artistas del pasado!

Hablaba atropelladamente, y tal vez fue el sake lo que hizo que, al oír a Genji mencionar al difunto emperador, aflorasen lágrimas a los ojos de todos los presentes.

Se alzó la luna. Había quedado atrás el vigésimo día, [\[38\]](#) y mientras la sala continuaba en la penumbra, el cielo era tan hermoso que Su Majestad pidió que

trajeran los instrumentos la biblioteca. El consejero supernumerario recibió el *wagon* y tocó casi tan bien como el mismo Genji. Su Alteza tocó el *sô no koto*, Genji e *l kin* y Shôshô el *biwa*. Su Majestad llamó también a los mejores cortesanos para que marcaran el ritmo. [39] Era una escena encantadora. Mientras amanecía y los pájaros cantaban, los colores de las flores y los rostros emergían de la oscuridad a la luz de un hermoso nuevo día. Su Eminencia Enclaustrada aportó los regalos para los músicos. Su Alteza recibió de nuevo una túnica. [40]

Genji estaba absorto en sus pensamientos, tratando de decidir qué iba a hacer con sus pinturas. Pidió que

presentaran los rollos con las imágenes de las costas a Su Eminencia Enclaustrada, y cuando ella quiso ver las precedentes y las posteriores, él le hizo saber que se les daría más adelante, una tras otra. Le alegraba ver que también a Su Majestad le encantaban.

Como Genji se ocupaba así de la consorte de Ise, el consejero supernumerario debió de temblar, temeroso de que se resintiera la posición de su hija. Sin embargo, no desesperaba, pues no le cabía ninguna duda de que Su Majestad, que siempre había sentido afecto por la muchacha, seguía teniéndole cariño incluso ahora.

Era aquel un reinado de brillantez

extraordinaria, pues Genji aspiraba a añadir nuevos toques a los festivales de la corte, que serían legados a las generaciones venideras, y se esforzaba en que sus pequeñas diversiones personales alcanzaran la perfección. Pero la vida seguía pareciéndole traicionera, y sin duda su deseo más profundo era retirarse del mundo una vez Su Majestad hubiera madurado un poco más. Todos los ejemplos del pasado que conocía mostraban que quienes en la juventud se alzaban a unas alturas que producían vértigo no perduraban. En ese reinado su rango y su fama se habían elevado por encima de sus méritos. Sí, había sobrevivido a la aniquilación de su

dolorosa caída, pero todavía dudaba de que su gloria fuese duradera. Es de suponer que su deseo de encerrarse en paz, para prepararse para la vida futura y tal vez prolongar ésta, le llevó a buscarse un terreno tranquilo en las colinas, donde ordenó que levantaran un templo y consagraran textos e iconos sagrados; y, no obstante, el anhelo de que sus hijos llegaran a donde él deseaba que lo hicieran le disuadía de actuar sin demora. No es fácil desentrañar lo que realmente se proponía hacer.

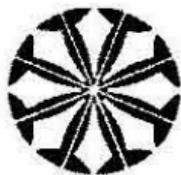
MATSUKAZE

El viento entre los
pinos

Matsukaze significa «viento entre los pinos». El capítulo «Akashi» asocia a la dama de Akashi, su casa y su música con ese sonido, y el motivo reaparece cuando se traslada a Ôi, cerca de la ciudad imperial, donde se dedica a la música.

Su madre dice:

*Aquí, en mi viejo hogar, al que he vuelto
sola y con aspecto cambiado, oigo soplar
entre los pinos un viento cuyo sonido me
es familiar.*



Relación con los capítulos anteriores

«El viento entre los pinos» tiene lugar durante el mismo año que «El concurso de pintura» y aproximadamente en la misma época, el otoño.

Personajes

Su Gracia, el ministro de Palacio, Genji, de 31 años

La dama de las flores que
caen (Hanachirusato)

La dama de Akashi, de 22
años (Akashi no Kimi)

El Novicio, su padre, de unos
64 años (Akashi no Nyûdô)

El guardián de Ôi

Koremitsu

La monja, madre de la

dama de Akashi, de 55 ó 56
años (Akashi no Amagimi)

La hija de Genji, de tres años
(Akashi no Himegimi)

La nodriza de la niña

Un ayudante de la
Guardia de la Puerta

Su Majestad, el
emperador, de 13 años (Reizei)

El chambelán interventor

El capitán secretario

El gran senescal de la
Izquierda

El intendente de la
Guardia

La dama de Genji, de 23 años
(Murasaki)

El pabellón de Genji situado al este ya estaba terminado, e instaló allí a la dama llamada Flores que Caen. Situado a lo largo de la pasarela, desde el ala occidental [\[1\]](#) hasta la casa principal, proporcionaba acomodo adecuado al personal de la administración doméstica y a los sirvientes. El ala oriental la reservó para la dama de Akashi. Encargó que el ala norte fuese especialmente amplia y la dividió en aposentos independientes donde podían alojarse todas las damas a las que sus atenciones, por huidizas que fuesen, habían alentado a confiar en un vínculo duradero con él, y cada aposento tenía un acabado exquisito. Dejó desocupada la casa principal y ordenó

que la amueblaran apropiadamente como una residencia que visitaría a menudo.

Manténía un constante intercambio epistolar con Akashi, y todavía instaba a la dama que vivía allí a que se trasladara a la Ciudad, pero ella seguía teniendo una aguda conciencia del terreno que pisaba. Estaba enterada de la falta de atención que podían sufrir incluso las más grandes damas, aunque no fuesen objeto de un abandono total, y se preguntaba qué consideración disfrutaría ella si pasara a formar parte de semejante compañía, y temía dar el embarazoso espectáculo de la insignificancia de su hija. «¡Sería demasiado amargo que todos se rieran de ella al verse reducida a aguardar las

infrecuentes visitas de Genji!»), se decía. Sin embargo, sería una gran lástima que, por crecer en un lugar como aquel, su hija no pudiera contarse entre las damas de la capital, y nunca podría rechazar de plano la invitación de Genji. Sus padres lo comprendían y, por lo tanto, la misma insistencia de Genji sólo profundizaba su aflicción.

Recordaban que, mucho tiempo atrás, el abuelo de la madre, el príncipe Nakatsukasa, [2] poseía una finca a orillas del río Ôi, [3] una finca que, tras su muerte y por falta de sucesor, se convirtió en una ruina, por lo que llamaron al guardián que siempre había vivido allí.

—Tras decidir que había llegado el

momento de renunciar al mundo, me fui acostumbrando a la oscuridad que hallo aquí —le dijo el Novicio—, pero ahora, en la vejez, un acontecimiento inesperado requiere que busque de nuevo una casa en la Ciudad, y puesto que exponerme de pronto al brillo de la sociedad sería incómodo, así como perturbador para gentes del campo como nosotros, se me ha ocurrido ir a esa vieja casa de Su Alteza. Enviaré todo lo necesario. Te agradeceré que supervises las reparaciones y hagas que el lugar sea más o menos habitable.

—Han pasado muchos años desde que la casa estuvo habitada, y está rodeada de una maleza tan densa que yo mismo me he trasladado a las dependencias de la

servidumbre. Además, Su Gracia está construyendo un templo en las inmediaciones, por lo que el ruido es terrible. Están levantando unas construcciones impresionantes, en las que trabajan gran número de hombres. Si lo que deseas es silencio y tranquilidad, dudo que los encuentres ahí. [\[4\]](#)

—No, no, en absoluto. Mira, hay un asunto en el que cuento con la buena voluntad de Su Gracia. Por supuesto, me ocuparé de todo lo relacionado con la reparación de la casa. Te agradeceré que pongas en marcha cuanto antes los trabajos preliminares.

—Puede que yo no sea el propietario de la casa —respondió el guardián con

una expresión desafiante y la nariz enrojecida—, pero en ausencia de todo sucesor he vivido apaciblemente recluido en ella durante muchos años. Tanto los arrozales como los pastos de la finca se deterioraron tanto que el difunto comisionado de Asuntos Civiles me los concedió, a solicitud mía, y ahora me pertenecen, tras haber correspondido adecuadamente a su amabilidad.

El hombre temía que su disfrute de lo que producían los campos estuviera amenazado.

—No tengo el menor interés por los campos ni nada de eso. Considéralos tuyos como antes. Aquí, en alguna parte, tengo las escrituras y todos los

documentos, pero he abandonado el mundo y sus costumbres y ni siquiera he intentado buscarlos durante años. Ahora voy a poner orden en todo ello.

Su mención de Genji dio en qué pensar al guardián. Entonces llegó una gran cantidad de materiales, y el hombre se puso a trabajar sin dilación.

Genji no sabía nada de todo esto, y no podía comprender por qué razón ella era tan reacia a trasladarse a la Ciudad. Le preocupaba que, si su hijita seguía viviendo allí de aquella solitaria manera, más adelante se hablara de ello y su reputación saliese todavía más perjudicada. Sólo cuando estuvieron terminadas las obras en Ôi el Novicio

comunicó a Genji que ella no estaba dispuesta a mezclarse con la sociedad, y a él le impresionó tan esmerada discreción.

Genji envió allí al señor Koremitsu, a fin de asegurarse de que todo estuviera en buen orden, puesto que Koremitsu siempre le asistía en sus salidas clandestinas.

—El entorno es muy bonito —le informó Koremitsu—, y es como si uno contemplase el mar desde ahí.

Genji pensó que el lugar no sería en absoluto inadecuado para ella. El templo que estaba construyendo se alzaba al sur de Daikakuji, [5] y sus salas, por ejemplo la que se encontraba junto a la cascada, rivalizaban en elegancia con las del mismo Daikakuji. Entretanto, en un

delicioso pinar junto al río, una casa muy sencilla y sin pretensiones tenía todo el encanto de una aldea de montaña. Genji se ocupó incluso del mobiliario.

Con gran discreción, envió a Akashi a sus sirvientes de más confianza. La idea de que había llegado el momento, de que no podía posponerlo más, hizo que ella se sintiera llena de tristeza por tener que abandonar aquella costa familiar, y se apenó profundamente por su padre, que iba a quedarse allí en una penosa soledad. La aflicción la consumía. Se preguntaba por qué parecía destinada a sufrir por diversos motivos en el futuro, hasta tal punto que envidió a las mujeres que nunca habían sido favorecidas por Genji. Para

sus padres, la suerte de aquel viaje, efectuado con tal escolta, significaba la feliz realización de aquello por lo que habían rezado con fervor durante tanto tiempo, y, sin embargo, la inminente separación afectaba al hombre de una manera tan insoportable que se pasaba los días y las noches abstraído, diciendo una y otra vez: «Entonces ¿no volveré a ver a esta chiquilla?»

También su madre estaba muy triste. ¿Quién podría detenerla, puesto que habían pasado muchos años desde que ella y el Novicio habían vivido bajo el mismo techo? De todos modos, era turbador separarse de una persona con la que había pasado tanto tiempo, aunque

raras veces tuvieran mucho que decirse, y, a pesar de la extraña mentalidad y las rarezas del Novicio, allí era al fin y al cabo donde ella se había propuesto vivir los años que le quedaran. Así pues, la repentina partida era muy dolorosa. Las jóvenes damas de honor, a las que tanto había apenado el retiro, estaban muy contentas, pero aún así muchas de ellas humedecieron sus mangas con cada ola que rompía al pensar que nunca volverían a aquella hermosa costa.

Era otoño, y todas las cosas parecían abrumar el corazón. Llegó el día señalado, y al amanecer sopló un frío viento otoñal, mientras los atareados insectos lanzaban sus chirridos y la dama

permanecía sentada contemplando el mar. Su padre se había levantado mucho antes de la temprana hora a la que solía recitar sus oraciones y ahora, mientras lo hacía, se sonaba la nariz. Todos se esforzaban por no decir palabras de mal agüero, pero la situación era más dura de lo que podían soportar. La encantadora chiquilla era para el anciano como una joya que iluminara la noche. Nunca le había permitido alejarse demasiado de él, y ella le tenía un gran cariño; y ahora su propio y extraño aspecto le repelía a sí mismo mientras se preguntaba, entre lágrimas de desdicha que no podía dominar, cómo se las arreglaría para seguir viviendo sin ella.

*Apenas puedo soportar que, por su
brillante futuro, deba irse,
¡y no tengo fuerzas para detener estas
lágrimas de vejez!*

—¡Oh, no debo, no debo! — exclamó,
enjugándose las para ocultarlas.

La monja replicó:

*Estuviste conmigo una vez, cuando
vinimos de la Ciudad... y ahora,
¿he de caminar sola por los senderos a
través de los páramos?*

No es de extrañar que llorase. Cuando pensaba en los años que habían pasado juntos, en las promesas que se habían

hecho, ¡le parecía tan necio volver al mundo que había abandonado, tan sólo por las informales promesas de alguien!

*¿Cómo confiar en un mundo que me
oculta cuándo puedo esperar en esta
vida,*

*después de que me haya ido, verte de
nuevo?*

—¡Por favor, por lo menos acompañanos aquí! —le rogó su hija, pero él le explicó que una cosa y otra lo hacían imposible, aunque la expresión de su rostro revelaba hasta qué punto le trastornaba el viaje.

—En los inicios de mi renuncia al

mundo, por ti vine a esta tierra desconocida, pues confiaba en que aquí podría criarte día a día exactamente como lo deseara, pero entonces muchas cosas me hicieron comprender lo malas que eran mis perspectivas, aunque es cierto que regresar a la ciudad para incrementar la compañía de ex gobernadores poco conocidos no habría servido para arrancar los hierbajos de mi lamentable puerta. No, me asustó que todo el mundo me considerase un necio y deshonar a mi difunto padre. Pronto resultó claro que mi partida había significado el abandono definitivo de la vida que había llevado hasta entonces, y yo mismo creía que eso era lo que realmente había hecho, hasta

que empezaste a crecer y a comprender lo que te rodeaba, porque cuanto más crecías, tanto más me preguntaba, en la interminable oscuridad del corazón de un padre, cómo podía haber ocultado semejante tesoro en este yermo miserable. Sí, rogaba a los budas y los dioses, y lo único que les pedía era que por lo menos tú no te vieras obligada, por culpa de tu incorregible padre, a pasar la vida entera en la choza de un campesino. Todavía lamentaba mi condición en numerosos aspectos, incluso cuando de repente empezaron a ocurrir prodigios, pero cuando nuestra niñita llegó al mundo y lo hizo, después de todo, con un destino formidable, [\[6\]](#) habría sido tal error que

una criatura que tanto promete pasara sus meses y años aquí, junto al mar, que no importa que la añore con desesperación, pues, al fin y al cabo, he abandonado la vida profana para siempre. Sin duda os corresponde a vosotras iluminar el mundo. Por ello lo de menos es que el destino le llene de pesadumbre el corazón de un campesino como yo: la imagino como alguien que, nacido en el cielo, ha venido aquí para padecer sólo brevemente los horrores de los Tres Senderos; [7] y con ese ánimo hoy me despido de ella para siempre. No os molestéis en llorarme incluso cuando os llegue la noticia de que he dejado de existir. ¡No os aflijáis por la separación que nadie puede eludir! —Y

siguió hablando así hasta que concluyó: —¡Pese a mi debilidad, rogaré por nuestra niñita con todo mi fervor, de día y de noche, hasta la misma noche en que me convierta en humo! —El dolor hizo que se le crisparan las facciones.

Un gran convoy de carruajes habría llamado demasiado la atención, y habría sido difícil supervisar el avance de grupos más reducidos. Por esta razón, el hombre que escoltaba a la dama, y que prefería que pasaran desapercibidos, había decidido que viajasen discretamente por mar. Las naves zarparon a la hora del Dragón. [8] Mientras las brumas matinales de la costa, cae tanto habían emocionado al antiguo poeta, iban

haciéndolos desaparecer de la vista del Novicio, [\[9\]](#) éste se decía con pesar y nostalgia que en su corazón jamás volvería a reinar la paz.

Al cabo de tantos años, el retorno abrumaba a la monja, y lloraba.

Cuando esta monja en el fondo de su corazón sólo ansiaba el viaje a la lejana costa,

¡ahora su barco avanza hacia todo aquello a lo que había renunciado! [\[10\]](#)

Y la hija, por su parte:

Ah, ¿cuántas veces llegará y se irá el otoño antes de que sobre

flotante madera regrese a mi hogar?

[11]

Sopló un viento favorable que les permitió llegar el día previsto. Habían viajado modestamente, pues no deseaban que se fijaran en ellos. La casa era bonita, y el panorama que se divisaba desde ella era tan parecido al suyo junto al mar que ella tuvo la sensación de que no se había movido. [12] Epocas muy lejanas volvían a su mente, [13] llenas de recuerdos conmovedores. Las galerías que rodeaban la casa eran muy bellas, y el arroyo que discurría por el jardín, agradable para la vista. La casa carecía aún de la atmósfera propia de una vivienda habitada, pero

sería muy acogedora en cuanto se hubieran instalado. Genji encargó a sus sirvientes de más confianza que les dieran una bienvenida adecuada. En cuanto a su visita, transcurrían los días mientras se preguntaba cómo podría hacer un hueco en sus deberes para ir allá, y esto no mitigaba precisamente la melancolía de la dama de Akashi, que se sentía lánguida y añoraba tanto su hogar que empezó a tocar el *kin* que él le había regalado, y, puesto que no podía seguir ocultando su pesadumbre, fue a tocar un poco a un lugar apartado, donde el viento que soplaba entre los pinos, no sin indiscreción, se unió a su música. La monja, que yacía sumida en la tristeza, se

irguió.

*Aquí, en mi viejo hogar, al que he vuelto
sola y con aspecto cambiado,
oigo soplar entre los pinos un viento
cuyo sonido me es familiar, [\[14\]](#)*

dijo, y la dama:

*Anhelo en mi soledad los amigos que
tenía en el hogar amado,
y balbuceo una tonada campestre que
nadie puede entender.*

Así transcurrían sus sombríos días.
Ahora Genji estaba más preocupado por
ella que nunca, pero temía que ir a

visitarla abiertamente sólo tuviese como resultado que Murasaki, a la que aún no había informado, se enterase de la verdad por alguien diferente de él mismo. Por eso le dijo:

—Tengo que ocuparme de un asunto en Katsura, [\[15\]](#) y me temo que han transcurrido más días de los que quisiera. Además, alguien me está esperando cerca de allí, y me da cierto apuro. También he de ocuparme de que adornen al Buda en el templo del marjal de Saga. [\[16\]](#) Todo eso me llevará dos o tres días.

Ella sabía que Genji había iniciado de repente la construcción de una casa de campo en Katsura, y sospechaba que alojaba allí a la mujer de Akashi, algo que

no le gustaba lo más mínimo.

—Sin duda estarás ausente el tiempo suficiente para que tu hacha necesite un nuevo mango [\[17\]](#) —replicó ella visiblemente enojada—. ¡Cuánto habré de esperar!

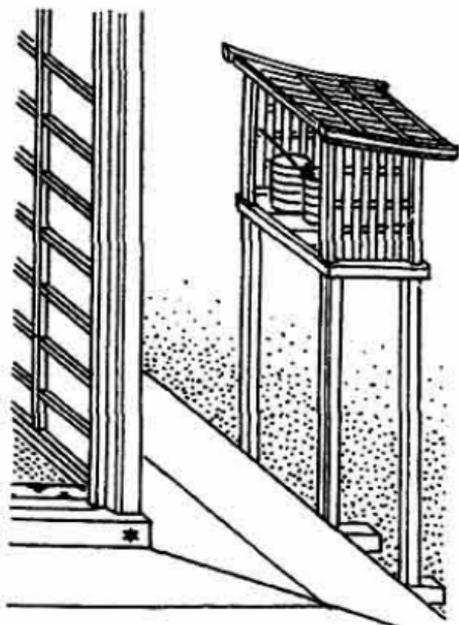
—¡Qué quisquillosa eres siempre! ¡Y eso que tengo entendido que todo el mundo dice que no me parezco nada al que fui!

El sol ya estaba muy alto mientras Genji se esforzaba por calmarla.

Fue a ver a la recién llegada en secreto, con suma cautela y una escolta formada sólo por hombres de su total confianza. Cuando llegó, anochecía. Incluso con una sencilla veste de caza, su

belleza no parecía de este mundo, pero ahora, con un manto de vestir cuidadosamente elegido, su encanto era tan deslumbrante que la luz brilló sobre los oscuros presagios de la dama con respecto a la niña. El momento era muy conmovedor: ¿cómo podría tomar él a la ligera el primer contacto con su hija? ¿Con qué amargura lamentaba Genji el tiempo que habían estado separados! Todo el mundo decía que el hijo que le había dado la hija de Su Excelencia era maravilloso, pero eso se debía a que los tiempos les inclinaban a verle así. A esa edad un simple vistazo bastaba para detectar la brillante promesa de un niño, y la pequeña, con su inocencia y sus

encantadoras sonrisas era absolutamente cautivadora. La nodriza no había tenido muy buen aspecto al partir hacia Akashi, pero ahora estaba más guapa que nunca. Le contó a Genji todo lo que había sucedido desde su marcha, y Genji se maravilló, entristecido, de que su hija hubiera vivido tanto tiempo al lado de aquellas chozas de salineros.



Estante para el agua sagrada

—También este lugar está muy apartado, y me resulta difícil venir aquí. ¡Decídetes, te lo ruego, a ir a donde deseo que estés!

—Prefiero acostumbrarme primero a vivir aquí

—respondió la dama, con toda la razón.

Pasaron la noche asegurándose mutuamente su amor de todas las maneras posibles.

Genji pidió al guarda y a algunos de sus nuevos sirvientes que se ocuparan de lo que debía hacerse. Los hombres de sus

fincas vecinas fueron a visitarle, ya que al día siguiente iría a su casa de campo de Katsura. Ordenó que arreglaran el jardín cercano a la casa, cuyas plantas habían sido aplastadas o estaban rotas.

—Veo que algunas de las rocas artificiales han caído o desaparecido —observó—, pero ¡qué encantador sería este lugar si estuviera bien cuidado! Aunque sería una lástima tomarse demasiadas molestias. No vas a estar aquí indefinidamente, y abandonarlo sería doloroso... Lo fue para mí. [\[18\]](#)

Entre lágrimas y risas, siguió hablando del pasado en tono íntimo, y su belleza al hacer— lo era radiante. La monja le miraba a hurtadillas,

olvidándose de su edad; notaba que sus pesares se disipaban y sonreía.

La dama, embelesada y jubilosa, le veía ir de un lado a otro garbosamente, sin más prenda que la vestimenta interior, [19] dando instrucciones para la mejora del arroyo que emergía por debajo de la pasarela del este. Entonces Genji reparó en el estante para el agua sagrada y recordó algo.

—¿Está también aquí mi señora la monja? ¡Mi indumentaria es lamentable!

Pidió su manto y se acercó a la cortina movable tras la que se encontraba la mujer.

—Considero un impresionante tributo a tu devoción que hayas criado a tu hija

tan libre de toda ofensa. [20] Era necesaria una gran lealtad para abandonar el hogar donde gozabas de tanta paz para volver a este mundo voluble, y no me cuesta nada imaginar cómo debe pensar en ti el Novicio que se ha quedado allá —le dijo en un tono cargado de amabilidad.

—Es un gran consuelo para mí en mi ancianidad que hayas adivinado hasta qué punto me turba este regreso al mundo que abandoné, pero aunque me regocija que el plantón de pino [21] que protegí en aquella costa rocosa tenga ahora su futuro asegurado, no puedo evitar preocuparme por el hecho de que el suelo en el que ha echado raíces sea poco denso. [22]

La mujer lloraba. Genji estaba muy

favorablemente impresionado, y le alentó a seguir hablando acerca del pasado y del estilo de vida del príncipe Nakatsukasa. Mientras tanto el murmullo del arroyo, cuyo cauce había sido desviado, les llegaba como una queja. [\[23\]](#)

*La que tuvo aquí su hogar olvida ahora
muchas, muchas cosas, pero el claro
arroyo sigue parloteando como la señora
de la casa,*

le dijo, y Genji admiró la elegancia con que su voz se extinguió sin afectación. Le replicó:

Tan límpidas aguas no podrían

*conservar un recuerdo del lejano
pasado:*

*tal vez siente, después de todo, que la
señora de la casa no ha cambiado.*

Al verlo allí, en pie y sumido en sus reflexiones, Genji le pareció más bello que ningún otro hombre en el mundo.

Él se encaminó al templo, donde encargó no sólo las habituales letanías a Fugen o las invocaciones a Amida o Shaka que se realizan el día decimocuarto, el decimoquinto y los últimos días del mes, sino también muchos otros servicios. Además, dio instrucciones para que adornaran las salas y proveyeran de mobiliario a los budas.

Regresó bajo una brillante luna.

Entonces volvió a ella aquella noche del pasado, y no dejó de indicarlo, pues ofreció a Genji su *kin*. Él no pudo evitar tocarlo un poco, presa como era de cálidas emociones. Seguía igual de refinado, y ahora experimentó de nuevo lo mismo que entonces.

*Tú que fielmente dejaste este kin afinado
como lo estaba entonces,
¿has oído en su música todo cuanto aún
significas para mí?*

Ella replicó:

Confiada en que, como me prometiste, tu

*corazón no mudaría,
uní mi música llorosa al sonido del
viento entre los pinos.*

Que sus palabras en este intercambio fuesen notables revelaba hasta qué punto rebasaba lo que uno habría podido esperar de ella. Su aspecto y sus modales, que habían madurado de un modo magnífico, cautivaban a Genji, y apenas podía apartar los ojos de su hija. Se preguntaba qué iba a hacer. Sería intolerable dejarla crecer así, en aquella oscuridad, y más adelante su reputación podría resentirse [\[24\]](#) si no la llevaba a Nijô y cuidaba de ella como quería hacer. Pero no dijo nada de todo esto, porque le

atemorizaban un poco los probables sentimientos de su madre, y las lágrimas acudieron a sus ojos. Al principio la niña, como era tan pequeña, se mostró un poco tímida con él, pero pronto le tomó confianza, y cuanto más se arrimaba a él, charlando y riendo, tanto más exquisitamente encantadora se volvía. Verle con la niña en brazos era impagable, y la escena evidenciaba a las claras su suerte excepcional.

Al día siguiente iba a volver a la ciudad, y debería haberlo hecho directamente desde allí, puesto que se levantó un poco tarde, pero mucha gente se había reunido en su casa de campo de Katsura, y en Ôi se presentó también un

grupo de cortesanos.

—¡Qué fastidio! —exclamó mientras se vestía—. No deberían venir a verme aquí.

El apremio de sus deberes exigía que partiera, por más que lamentara hacerlo, y cuando estaba junto a la puerta con un aire de despreocupada inocencia, salió la nodriza con la niña en brazos. Genji acarició tiernamente a la pequeña.

—Sé que es egoísta por mi parte —observó—, pero será muy doloroso para mí no estar contigo. Sin embargo, ¿qué puedo hacer? ¡Estás demasiado lejos!

—Como no sé cuál será vuestra disposición hacia mí en el futuro, mi señor —replicó la nodriza—, ahora me

siento más inquieta que en aquellos años, cuando sabía que no podía veros en absoluto.

Cuando Genji hizo amago de marcharse, la pequeña le tendió cariñosamente los brazos y él se agachó a su lado, con una rodilla en el suelo.

—Es extraño que tenga tantos motivos de pesadumbre. Lamento tanto marcharme... ¿Dónde está tu madre? ¿Por qué no ha salido contigo para despedirse? ¡Eso haría que me sintiera mejor!

La nodriza sonrió y transmitió las palabras de Genji a su señora, que estaba verdaderamente postrada a causa de la aflicción y apenas podía moverse. Genji tuvo la sensación de que exageraba el

papel de gran dama. Su actitud también era exagerada para sus damas de honor, y por ello, aunque contra su voluntad, acabó por salir. Su perfil, oculto a medias detrás de la cortina, tenía una exquisita distinción, y la elegancia de sus modales habría puesto en evidencia a una princesa. Genji se volvió para correr la cortina y hablar con ella en privado, y ella, a pesar de sus esfuerzos por contenerse, esta vez contempló su partida. Genji se hallaba en la cima innegable de su belleza. Siempre alto, ahora estaba algo más entrado en carnes, en armonía con su estatura, y ella pensó que había adquirido una dignidad más grave que antes; pero tal vez sólo fuese su propia predilección lo que le

daba una gracia tan encantadora de la cabeza a los pies.

El chambelán, a quien en el pasado habían privado de su cargo, [25] había sido rehabilitado. Ahora era ayudante de la Guardia de la Puerta. Aquel año había recibido el gorro de capitán y era una persona alegre, muy diferente a la que había sido. Se acercó para tomar la espada de Genji.

—No he olvidado aquellos días — dijo al tener un atisbo de cierta dama que estaba en el interior—, pero no me atrevía a tomarme ninguna libertad. Al alba estaba despierto y oía un viento que me recordaba mucho al que soplaba allá, en la costa, pero no tenía ninguna esperanza

de que pudiera llegaros una nota mía.

—Cuando «las montañas, un pliegue sobre otro», es como si se hubieran «ido detrás de la isla», y cuando yo estaba pensando «hace mucho tiempo ni siquiera el pino», es un verdadero placer encontrar a alguien que no me ha olvidado — replicó ella. [\[26\]](#)

Él se quedó asombrado. «Me lo tengo bien merecido —se dijo—. ¡Y eso que le tenía mucho afecto!»

—Entonces, otra vez será —dijo fríamente, y fue a atender a Genji.

La escolta de Genji despejó el camino con sonoros gritos, y la gran comitiva se puso en marcha. El capitán secretario y el intendente de la Guardia cabalgaban

detrás de su carruaje.

—Me desagrada que me hayáis seguido hasta aquí, porque habría preferido pasar desapercibido —les hizo saber Genji, molesto en extremo.

—Anoche había una luna tan espléndida que lamentamos no haberte acompañado para gozar juntos de su contemplación, y esta mañana hemos venido aquí a través de la niebla. Los colores de los campos son encantadores, aunque aún es demasiado temprano para el brocado en las colinas [\[27\]](#)

—Algunos han aprovechado la salida para cazar con halcón y se han quedado rezagados. No sé qué les habrá ocurrido.

Genji se puso en camino hacia la casa

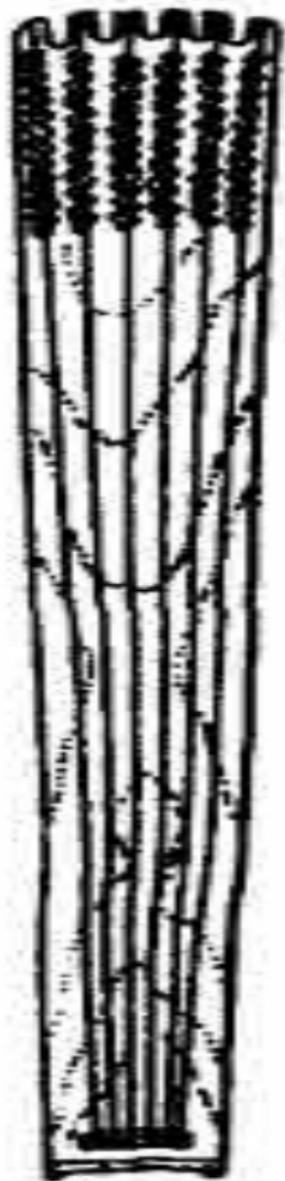
de campo de Katsura, donde pasaría parte de la jornada. La repentina necesidad de recibirle había provocado una gran conmoción en el lugar, y la jerga de los pescadores con cormoranes, cuando los llamaron, le hizo recordar a las gentes que vivían junto al mar. Los jóvenes caballeros que se habían rezagado en los campos llegaron entonces y presentaron un regalo simbólico de pajarillos atados a una fronda de *hagi*.

El sake corrió generoso hasta que permanecer en la orilla del río fue tan arriesgado, a causa de la embriaguez de todos, que entraron en la casa. Cada uno aportó su contribución de estrofas chinas, y la música comenzó a sonar mientras se

alzaba una brillante luna. Fue una velada muy animada. El *biwa* y el *wagon* eran los únicos instrumentos de cuerda, pero había entre los reunidos varios flautistas expertos cuya música armonizó muy bien con la atmósfera de la ocasión, mientras el viento cantaba con ellos a lo largo del río y la luna se alzaba en una noche libre de preocupaciones.

Era bastante
tarde cuando
llegaron cuatro o
cinco cortesanos.
Habían estado de
servicio en la
cámara del consejo,
y cuando empezó a
sonar la música Su
Majestad había
observado:

—Hoy es el
sexto día, y el
encierro en el
palacio debe de
haber terminado.
Estaba seguro de que



Wagon

él vendría aquí.

¿Qué está haciendo?

Cuando supo dónde se encontraba Genji, pidió al chambelán interventor que le llevara un mensaje:

*Puesto que tu paradero está lejos, al
otro lado del río, y luce una brillante
luna,
sin duda el árbol katsura se siente ahí a
sus anchas. [28]*

«Te envidio».

Genji le expresó sus disculpas. Los reunidos alcanzaron nuevas cumbres de embriaguez, estimulados por la música, que en aquel entorno superaba en

majestuosidad a los conciertos de palacio.

Como no tenía nada con que recompensar al mensajero, Genji pidió que le trajeran de Ôi algo no demasiado ostentoso, y recibió lo que había a mano. Llegó en dos cofres de ropa, y Genji puso una túnica de mujer sobre los hombros del chambelán, que se veía obligado a regresar de inmediato. También le confió su respuesta:

*Tan sólo el nombre sugiere proximidad a
esa gloriosa luz, pues en
esta aldea de montaña densa es la
niebla, al alba y al anochecer.*

Probablemente quería decir que

confiaba en una visita imperial.

Sin duda vertió lágrimas de embriagada euforia mientras tarareaba «crece en los cielos», [29] al recordar la isla de Awaji y cómo Mitsune sugería que «debía de ser el entorno». [30]

Así han pasado los meses, y allí, en lo alto del cielo, tan cercana que podrías tocarla,

¡brilla la luna que vi entonces, sobre la isla, de Awaji. [31]

El capitán secretario añadió:

La brillante luz de la luna, que el infortunio veló algún tiempo con tan

*temibles nubes,
por fin vuelve a brillar, y el mundo
puede estar en paz. [32]*

El gran senescal de la Izquierda, algo mayor que los demás y que había estado al servicio íntimo del difunto emperador, dijo:

*La luna llena de medianoche ha
abandonado su orgullosa morada por
encima de las nubes.*

*¿En qué oscuro y lejano valle ocultará
para siempre su luz? [33]*

Muchos otros intervinieron, con distintos estados de ánimo, pero sería

demasiado molesto consignarlo todo. A una le habría gustado pasarse mil años contemplando a Genji y escuchando su conversación serena, informal y un tanto divagadora —muy bien podría haberse podrido el mango del hacha—, pero Genji se había prometido a sí mismo no alargar más su estancia, y se apresuró a regresar a casa. Puso en los hombros de cada hombre una túnica en consonancia con su rango, y sus colores formaban un cuadro en verdad muy hermoso entre las flores del jardín. Algunos miembros bien conocidos de la Guardia de la Puerta, hombres diestros en la danza y la música, sintieron la necesidad de añadir un toque [\[34\]](#) más al interpretar la animada

melodía «Ese caballo mío», y para recompensarles los caballeros se quitaron las túnicas, que pusieron sobre sus hombros como brocado otoñal extendido por el viento. Tal era el alboroto por la partida de Genji que la noticia llegó hasta Ôi, [35] donde la dama permanecía en silencio, abrumada por la aflicción. Genji lamentaba no haber podido enviarle una nota.

Una vez de regreso, descansó un poco y entonces le habló a su dama acerca de Ôi.

—Siento haber estado allí mucho más tiempo del que dije que estaría. Esos atrevidos jóvenes que me sirven fueron a buscarme e impidieron que me marchara.

Tampoco esta mañana me encuentro bien. —Fue a acostarse. Se percataba de que ella estaba irritada con él como de costumbre, pero no prestó ninguna atención a su enfado. —Te equivocas, ¿sabes? —la reprendió—. En cuanto al rango, no hay comparación posible entre vosotras y los. Después de todo, tú eres tú... No lo olvides.

Una imaginaba fácilmente a quién le escribía al caer la noche, vuelto de espaldas a ella, poco antes de partir hacia palacio. Miradas furtivas le decían a la dama que la carta era larga. A sus damas de honor no les gustó la manera en que susurró algo al mensajero al confiarle la misiva.

También se pasó la tarde en palacio, pero, con la intención de apaciguarla, se retiró a altas horas de la noche.

Llegó la respuesta a su carta, y él la leyó sin tratar en absoluto de ocultarla.

—Destruye esto, por favor —le dijo a Murasaki, puesto que la carta no contenía nada que pudiera ofenderla—. ¡Qué difícil es todo esto! No puedo permitir que las cosas sigan como están.

Recostado en el apoyabrazos, pensaba con nostalgia en la remitente y contemplaba la lámpara en silencio.

La carta yacía abierta, pero su dama no le prestaba atención.

—¡Tus pobres ojos! ¡Deben de estar ardiendo, ansiosos de una mirada!

Él sonrió, y su encanto desplazó cualquier otra consideración. Se acercó a ella.

—A decir verdad, ahora que he visto a la pequeña, comprendo cuán fuerte es mi vínculo con ella, y sólo me gustaría que no fuese necesaria tanta cautela para asegurar su éxito. Te ruego que veas las cosas así y llegues a alguna conclusión. ¿Qué vamos a hacer? ¿Crees que podrías cuidar aquí de ella? Ahora tiene la edad del Niño Sanguijuela. [\[36\]](#) Su misma inocencia hace que sea difícil olvidarla. Me gustaría ponerle los pantalones, y confío en que seas tú quien se los ate, si no te importa. [\[37\]](#)

—Mira, no puedo fingir que no me

doy cuenta cuando te impacientas conmigo por sentimientos que en realidad no tengo. Estoy segura de que la chiquilla me encantará. ¡Qué bonita debe de ser a su edad!

Le dedicó una ligera sonrisa. Le gustaban los niños, ciertamente, y ardía en deseos de tener consigo a la pequeña, para mimarla y cuidar de ella.

Genji seguía preguntándose qué haría. ¿Debería traerla a ella a Nijô? Era demasiado difícil ir a visitarla. Al parecer, cuando fue a practicar los ritos en su templo del páramo de Saga le había prometido que lo haría dos veces al mes. Era mejor que ir sólo por la festividad de Tanabata, una vez al año, pero ella,

aunque se había resignado a ese acuerdo,
no podía evitar sentirse dolida.

USUGUMO

Jirones de nube

El título del capítulo procede de un poema recitado por Genji cuando está de luto por Fujitsubo:

Esos finos jirones de nube que se deslizan sobre las montañas, presos en la luz del ocaso, parecen desear que su tono armonice con las mangas de los

afligidos.



Relación con los capítulos anteriores

«Jirones de nube» se inicia en el año (primavera y verano) en que se desarrolla «El viento entre los pinos» y termina el otoño siguiente.

Personajes

Su Gracia, el ministro de Palacio, Genji, de 31 a 32 años

La dama de Ôi, de 22 a 23 años
(Akashi no Kimi)

La monja, su madre, mediada
la cincuentena (Akashi no Amagimi)

La nodriza de la hija de
Genji

La hija de Genji, de 3 a 4 años
(Akashi no Himegimi)

La dama que vive en el
ala oeste del palacio de

Genji, de 23 a 24 años (Murasaki)

La dama que vive en el
ala este del palacio de
Genji (Hanachirusato)

Chujô, una de las damas de honor de
Genji, ahora de Murasaki

El padre de la dama de
Ôi, de 64 o 65 años (Akashi no Nyûdô)

Su Excelencia, el

canciller, ex ministro de la
Izquierda, de 65 a 66 años (fallece)
(Sadaijin)

Su Eminencia

Enclaustrada, madre del
emperador, de 36 a 37 años (fallece)
(Fujitsubo)

Su Majestad el
emperador, de 13 a 14 años
(Reizei)

Cierto prelado

**Su Alteza del
Ceremonial**, padre de Asagao
(fallece) (Shikibukyô no Miya)

**El consejero
supernumerario**, luego gran
consejero y comandante de la Derecha
(Tô no Chûjô)

Su Alteza, la consorte de Ise, hija
del Refugio de Rokujô, de 21 a 23 años
(Akikonomu)

Ôi resultaba todavía más deprimente en invierno, y la dama que vivía allí pasaba sus días sintiéndose completamente perdida.

—No puedes seguir así —le dijo Genji—. Tienes que decidirte a vivir cerca de mí.

Pero ella estaba confusa, porque si ir allá sólo le causaba más sufrimiento, se hundiría en la sima de la desesperación, y ¿de qué le servirían entonces sus lágrimas? [\[1\]](#)

—Muy bien, entonces hablemos de nuestra pequeña. Sería una lástima que ésta fuera la única clase de vida que conozca, y una afrenta también, dado lo que tengo pensado para ella. La dama del

ala oeste ha oído hablar de la niña y a menudo me pregunta por ella, y, una vez sean amigas, pienso organizar una ceremonia de la puesta de pantalones que no pasará del todo desapercibida.

Había abordado el tema con semblante grave.

Que ella lo sospechara desde hacía largo tiempo no hacía más que empeorar las cosas. Reflexionó con toda calma sobre que, fuera cual fuese el tratamiento que ella pudiera recibir allí, sin duda él no esperaba poder ocultar la verdad indefinidamente, pero Genji la tranquilizó.

—No temas —le dijo—. No tienes necesidad de preocuparte. Al cabo de tantos años esa dama aún no tiene hijos,

¿sabes?, y está tan decepcionada que insiste en cuidar de la antigua sacerdotisa de Ise [2] incluso ahora, cuando es del todo adulta. Puedes estar segura de que no desatenderá con ligereza a una criatura como ésta, que no podría desagradar a nadie.

Siguió hablándole de lo admirable que era la dama.

«Sí —se dijo ella—, el poder del destino debe de haberlos unido, y ella ha de ser una maravilla entre las mujeres si las viejas costumbres de este hombre, unas costumbres de las que se rumoreaba hace mucho tiempo, unas costumbres tales que una se preguntaba intrigada quién le induciría a sentar cabeza, han quedado

realmente atrás, superadas del todo. Ella podría ofenderse si yo, que de ninguna manera podría estar a su altura, llamara sin embargo la atención sobre mí. Pero no importa lo que me suceda, porque ciertamente son sus deseos los que podrían asegurar o destruir el futuro de mi hija, y siendo esto así, entonces debería entregar a mi hija cuando aún sea demasiado pequeña para comprender. ¡Pero si lo hago, mi preocupación será muy grande! Sólo ella alivia la opacidad de mis días, y no sé cómo viviré sin ella. Y entonces, ¿qué motivo tendrá él para venir aquí?» Su confusión le hacía sentirse muy desdichada.

Su madre, la monja, le habló desde

una profunda comprensión.

—Eso es una necesidad —le dijo—. Sí, será doloroso no tenerla a tu lado, pero recuerda que es por su bien. Si él habla de esa manera no es por indiferencia. Confía en él y deja que se la lleve. Parece que por parte de madre tiene el rango de hijo imperial, y supongo que el motivo de que Su Gracia sea un simple oficial, a pesar de sus extraordinarias cualidades, es que la categoría del difunto gran consejero era un grado demasiado baja, [3] por lo que le llamaban hijo de una íntima. Desde luego, las gentes de nuestra condición no deben medirse con tales personas. De hecho, es mejor que la madre de un niño, aunque sea princesa o hija de un ministro,

se convierta en la esposa formal del padre; [4] de lo contrario, la gente tendrá a su hijo en menos consideración, y ni siquiera el padre podrá tratarlo de una manera equitativa. En cuanto a tu hija, está muy claro que en tan elevada compañía no le harían ningún caso. Una muchacha cuyo padre le ha dado ese grado adicional de cuidado, a la manera propia de su rango, nunca ha de temer el desprecio de los demás. Y por lo que respecta a la ceremonia de la puesta de pantalones, por mucho que te esmerases, perdida como te hallas en estas colinas, no podrías darle ningún brillo. Deja que él haga lo que considere mejor y observa lo bien que se desenvuelve.

Las personas juiciosas a las que consultaba siempre le daban la misma respuesta, que su hija debería ir a Nijô, así que empezó a ceder. Genji opinaba lo mismo, pero sus sentimientos hacia ella le impedían insistir.

—¿Qué has pensado sobre la ceremonia de la puesta de pantalones? — le preguntó.

—Por lo que puedo ver —respondió ella—, soy tan insignificante que si la retengo a mi lado puedo poner su futuro en peligro, y, sin embargo, sigo sin poder evitar creer que en tu mundo sólo se burlarán de ella.

Genji se solidarizó con ella más que nunca. Pidió que escogieran un día [\[5\]](#) y

ordenó discretamente que se realizaran los preparativos necesarios para recibir a su hija. La madre de la pequeña seguía desesperada por la separación, pero la soportó por el bien de su hija.

—¿Tú también me abandonas? —le preguntó a la nodriza, con lágrimas en los ojos—. Tu conversación ha sido un gran alivio en las numerosas ocasiones en que me he sentido triste o aburrida, y lamentaré muchísimo tu ausencia.

—Sólo pudo haber sido el destino lo que me llevó a vuestro encuentro de manera tan inesperada, y no olvidaré vuestras amabilidades, ni tampoco dejaré de estar en contacto con vos, mi señora, ya que en vuestra gran bondad me

echaréis de menos. Sé que un día no muy lejano vos también vendréis, pero de momento he de abandonaros, y me pregunto cómo será la vida allá, donde jamás imaginé que iría.

La nodriza también lloraba.

Había llegado el duodécimo mes del año. Las nevadas y las tormentas de aguanieve se sucedían, y la aflicción de la dama de Akashi iba en aumento. «¡Qué extraño es que haya nacido para soportar tanta pesadumbre!», se lamentaba, y acariciaba y mimaba más que nunca a su hija. Una mañana, cuando la nevada oscurecía el cielo y estaba absorta, reflexionando en todo lo que había sido y lo que sería, ella, que no solía acercarse a

la terraza, abrigada con varias túnicas blancas se sentó a contemplar el hielo que se extendía por la orilla del río, y a sus damas de honor les pareció que su figura pensativa, las líneas de su cabello y su figura vista desde atrás hacían pensar que su imagen era la de la dama más grande del país.

—¡Cuánto más te añoraré en días así!
—exclamó y, con un encantador suspiro, se enjugó una lágrima.

La nieve puede ser profunda y los senderos de las colinas desaparecer en las nubes bajas, pero, te lo ruego, sigue viniendo aquí, no te alejes para siempre.

La nodriza se echó a llorar y replicó para consolarla:

*Aunque mi destino fuesen las montañas
de Yoshino y sus nieves perpetuas,
¿cómo podría abandonarte, cuando mi
afecto por ti es tan inmenso?*

Genji se presentó en cuanto la nieve comenzó a fundirse. Ella solía aguardarle con ansiedad, pero esta vez sabía lo que le esperaba, y la embargaba una angustia de la que sólo podía culparse a sí misma. «Todo depende de mí —se decía—. Si me negara, él no insistiría. ¡Ah, jamás debería haber aceptado!» Sin embargo, contuvo estos caprichosos impulsos. La

deliciosa estampa de su hija sentada ante ella le recordó que aquella criatura estaba destinada a cosas importantes. Desde la primavera le había crecido el cabello, que ahora tenía la longitud del de una monja y se ondulaba de un modo muy bello; y, por supuesto, el rostro y los ojos también eran encantadores. Genji experimentó tal dolor cuando imaginó la desesperación de la madre al reconocer que su hija pertenecía a otra persona, que se pasó la noche explicándose todo de nuevo.

—¡No, no, lo único que te pido es que la trates mejor de lo que merece su indigna madre!

Entonces perdió el dominio de sí misma y se deshizo en un llanto patético.

La pequeña, en su inocencia, estaba deseosa de subir al carruaje, y su madre la condujo hasta él. Hablaba con mucha claridad, y la madre se sintió abrumada cuando la pequeña, tirándole de la manga, le dijo: «¡Vamos, sube!».

*Ahora que me separan de mi plantón de
pino y de sus años venideros,
¿cuándo la verán mis ojos convertida en
poderoso árbol?*

Las lágrimas le impidieron decir más.

«¡Claro, pobrecilla!», se dijo Genji, y respondió con dulzura:

Puesto que sus raíces han empezado a

*consolidarse en un suelo tan hondo y
nutritivo,
deja que añada a partir de ahora sus
propios mil años a los del pino de
Takekuma. [6]*

Ella confió en que Genji estuviera en lo cierto, pero era más de lo que podía soportar.

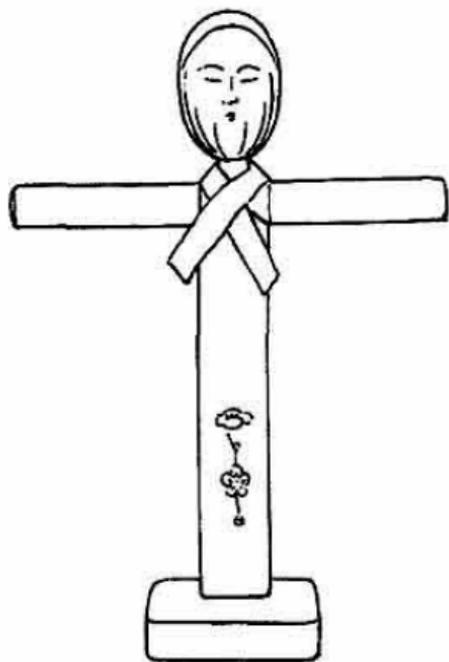
La nodriza y una elegante dama de honor conocida como Shôshô fueron las únicas que subieron a bordo del carruaje, y se llevaron consigo la daga, el niño celestial [7] y otros objetos. Varias damas de honor más jóvenes y muchachas paje viajaban en los carruajes acompañantes, para escoltar al grupo hasta su destino.

Durante todo el trayecto, Genji se sintió culpable por haber hecho tanto daño a la dama que dejaba atrás.

Llegaron cuando ya había oscurecido, y apenas se había detenido el carruaje cuando la magnificencia del lugar, tan diferente a lo que conocían en el campo, les hizo preguntarse cómo podrían vivir allí sin ponerse en ridículo, pero la habitación del pasillo del lado occidental estaba preparada para su pequeña señora y equipada con unos pequeños muebles muy bonitos. El aya tenía su habitación en el lado norte de la pasarela occidental.

La niña, que se había quedado dormida, no lloró cuando la sacaron del carruaje. En su habitación comió unos

dulces y frutos secos, pero cuando comenzó a mirar a su alrededor y no encontró allí a su madre, su encantador rostro evidenció que no tardaría en echarse a llorar, así que llamaron a la nodriza para que la consolara y distrajera. Genji no soportaba imaginar la monotonía a la que se enfrentaba su madre, allá entre las colinas, pero sin duda también era una satisfacción para él poder cuidar de su hija como deseaba, un día tras otro. Se preguntó amargamente por qué una chiquilla tan adorable y perfecta no había nacido en su propia casa.



Niño celestial

Su hija lloró durante un rato, pues echaba en falta a las personas que conocía, pero en general su carácter era dulce y alegre, y pronto se llevó tan bien con la dama que reinaba en la

vivienda de Genji que ésta estaba contentísima de tener consigo a una criatura tan adorable. Siempre la tomaba en brazos y jugaba con ella, y, naturalmente, la nodriza no tardó en convertirse en una sirvienta íntima. Genji trajo también a otra nodriza, una dama de

alto rango con abundancia de leche.

Genji no hizo unos preparativos ostentosos para la ceremonia de la puesta de pantalones, pero de todos modos puso en ello un interés especial. Los accesorios eran muy bonitos y parecían adecuados para muñecas. Los invitados no llamaron la atención, puesto que siempre había mucha gente que iba y venía, de día o de noche. Todos repararon en lo encantadora que estaba la niña con los cordones de los pantalones cruzados sobre el pecho para atar las mangas por detrás.

La dama de Ôi echaba mucho de menos a la niña, y lamentaba su error. Su madre tendía más que nunca al llanto, a pesar de los persuasivos discursos de la

dama, pero se alegraba de lo bien que Genji cuidaba de su nieta. ¿Qué regalos podían enviarle? Sólo podían confeccionar unos vestidos de los colores más bellos y enviarlos a la nodriza y a las damas de honor. Genji sabía que la dama anhelaba sus visitas, y deseaba evitarle la confirmación de sus temores. Así pues, le hizo una discreta visita antes de que finalizara el año. La casa estaba más solitaria que nunca, y a Genji le afligió tanto imaginar los sentimientos de la dama tras perder a la hija cuyo cuidado le había absorbido, que le enviaba continuamente cartas. Por entonces Murasaki había dejado de sentir celos y perdonado a Genji por el bien de la adorable niñita.

Llegó el Año Nuevo. Genji, más despreocupado que nunca, medraba bajo el cielo suave y agradable, y entre quienes se reunían en su impecable y magnífica mansión, el día séptimo se presentó un desfile de caballeros de cierta edad para mostrarle su agradecimiento, [8] y otros más jóvenes acudieron encantados sin ningún motivo en particular. Otros, visitantes de menor rango, podían tener sus pesadumbres privadas, pero era aquélla una ocasión para que todos mostraran al mundo un rostro que reflejaba orgullo y satisfacción.

También la dama alojada en el pabellón oriental del palacio de Genji [9] vivía en excelentes condiciones. Ninguna

de sus damas de honor ni muchachas paje se conducía nunca mal, y ella misma actuaba con la mayor discreción. Un estupendo beneficio de que Genji estuviera tan cerca era que podía visitarla en cualquier momento, cuando tenía tiempo libre, aunque nada indica que alguna vez tratara de pasar la noche allí. Con la apacible inocencia que la caracterizaba, se limitaba a dar gracias por su buena suerte, y hacía gala de una actitud tan serena y tranquilizadora que Genji la mantenía, una estación tras otra, casi al mismo nivel que a su amada. Todos los que estaban a su servicio la atendían con satisfacción, pues era imposible tenerla en baja estima. Las

damas de honor al mando de la supervisora doméstica desplegaban tal eficiencia que todo en sus aposentos y su entorno era impecable.

Genji nunca olvidaba que la vida en las colinas era muy deprimente, y decidió ir allá en cuanto hubiera cesado el apremio de sus compromisos públicos y privados. Para esta visita se preparó con un cuidado excepcional, se puso un manto con flores de cerezo estampadas sobre una túnica de indescriptible encanto, ambas prendas sutilmente perfumadas, y a la clara luz del sol poniente su figura resultaba todavía más impresionante. Su amada le despidió acongojada. La niña se aferraba a sus pantalones fruncidos,

deseosa de irse con él, y Genji se detuvo, profundamente emocionado, poco antes de salir entre las persianas.

—Volveré mañana [\[10\]](#) —cantó para tranquilizarla, y Murasaki, que aguardaba junto a la puerta que daba a la pasarela, le pidió a Chûjô que le dijera:

*Si no hubiera nadie allá, en aquella isla,
para detener su barco,
¿entonces ciertamente esperarí­a que mi
marido regresara mañana!*

La muchacha recitó el mensaje con destreza, y él sonrió encantado.

Iré a ver y, sí, mañana estaré de vuelta, y

no me importará si allá

en la isla ella no ha quedado satisfecha.

La pequeña, que correteaba alegremente sin comprender nada, había cautivado de tal manera a su dama que todos sus sentimientos contra «esa otra mujer» habían desaparecido. ¡Cómo debía de añorarla su madre! «¡Yo la añoraría muchísimo si estuviera en su lugar!», reflexionaba mientras miraba a la niña, y entonces la mimaba juguetonamente y le daba su propio y bonito pecho para que chupara. Era una escena digna de verse. Las damas de honor que la rodeaban susurraban entre ellas: «Vaya, ¿no podría haber sido ella...?» y «¡Ah, qué lástima!».

La dama de Ôi llevaba una vida tranquila y distinguida al mismo tiempo. En su casa reinaba un ambiente extraño, pero en cuanto a ella misma, Genji admiraba siempre que la veía el aspecto y la madura dignidad de su porte, que la situaban muy poco por debajo de las mujeres más grandes del país. Si tan sólo fuese posible hacerla pasar por la hija de otro gobernador provincial, la gente recordaría de buen grado que no era la primera vez que sucedía tal cosa. La fama de cascarrabias que tenía su padre era un problema, pero por otro lado poseía todo lo necesario para que fuese aceptable. Genji no deseaba volver enseguida a casa, puesto que sin duda incluso a él mismo su

visita le había parecido demasiado corta.

—¿Es un puente que se tambalea al cruzarlo en sueños? [\[11\]](#) —dijo suspirando, y entonces tomó un *sô no koto* que estaba a mano e insistió para que ella tomase su *biwa* y le acompañase un poco.

Y es que a menudo recordaba la música de la dama aquella noche en Akashi. La destreza con que tocaba le hacía preguntarse cómo podía haber dominado tan diversos instrumentos. Se tomó el tiempo necesario para hablarle largamente de su hijita.

Muy a menudo se quedaba en Ôi, pese a la atmósfera del lugar, y en ocasiones iba allá con una comida ligera de fruta y arroz al vapor. Realizaba esas visitas con

la excusa de viajar al cercano templo o a su casa de campo de Katsura, y aunque su comportamiento hacia ella no denotaba una intensa pasión, en modo alguno la trataba de una manera desdeñosa, como podría haberlo hecho con cualquier otra mujer, pues era evidente que la tenía en alta estima. Ella también comprendía el alcance de la consideración de Genji hacia su persona, y nunca se tomaba lo que él podría interpretar como una libertad ni revelaba el más ligero roque vulgar; jamás quedaba por debajo de los criterios de Genji en ningún aspecto, y su compañía era siempre un placer. Había oído decir que él se sentía menos cómodo en compañía de las damas más grandes

que en la suya, y que se mostraba rígido y formal con ellas, y tal vez por esta razón a ella le parecía que, si se acercaba más a él, quienes le rodeaban podrían desdeñarla, considerándola carente de interés, y que la preservación de su amor propio radicaba precisamente en lograr que él siguiera haciéndole sus peculiares visitas.

A pesar de lo que dijera su padre en Akashi, el hombre ansiaba saber cuál era la disposición de Genji hacia su hija y cómo le iba a ésta, y puesto que sus mensajeros le mantenían informado sobre estos aspectos, de vez en cuando se sentía angustiado, pero también, y bastante a menudo, le embargaban el orgullo y la

alegría.

Más o menos por entonces falleció Su Excelencia el canciller. [\[12\]](#) Incluso Su Majestad le lloró, pues se había encargado de tareas de mucha importancia. Muchos otros lamentaron especialmente su pérdida, porque incluso durante su breve retiro el reino había sufrido diversos trastornos. Genji le lloró, y también estaba muy entristecido porque a él debía su ocio al haber cedido a Su Excelencia tantas de sus propias responsabilidades, y temía que en lo sucesivo le apremiaran nuevos y tediosos deberes. [\[13\]](#) No estaba inquieto en lo relativo a los asuntos de Estado, porque Su Majestad tenía una madurez superior a

la normal para su edad, pero no había nadie claramente capacitado para ayudarlo, y no veía quién podría asumir esos deberes y dejarle gozar de la paz que anhelaba por encima de todo. Esta situación le turbaba mucho. Contribuyó con más esmero y generosidad a los ritos fúnebres que cualquiera de los hijos o nietos del difunto.

Aquel año el mundo estaba sumido en la confusión. Una serie de oráculos en asuntos de Estado lo habían turbado hasta poner fin a la satisfacción consigo mismo, y en el cielo la luz del sol, la luna y las estrellas brillaba de una manera extraña, y las formas de las nubes enviaban mensajes alarmantes. Los informes de

expertos en diversos campos mencionaban extraños e inquietantes acontecimientos. Su Gracia sufría en el fondo de su corazón, porque sólo él tenía cierta idea de lo que estaba pasando. [\[14\]](#)

Su Eminencia Enclaustrada había estado enferma desde el comienzo de la primavera, y al llegar el tercer mes su estado se agravó tanto que Su Majestad emprendió un viaje oficial para visitarla. Había sido demasiado joven para llorar profundamente la pérdida de Su Eminencia, el difunto emperador, [\[15\]](#) pero esta vez mostraba tal pesar que su madre sintió una profunda conmiseración.

—No esperaba vivir más allá de este año —le dijo—, pero la verdad es que no

me encontraba demasiado mal, y como no deseaba anunciar un presentimiento milagroso de mi muerte, no hice esfuerzo alguno por rezar más que antes por mi felicidad en la vida futura. Pensaba que podría llamarte y tener contigo una charla tranquila sobre el pasado, pero pocas veces me encontraba bien para hacerlo y, ¡ay!, al final no he logrado disipar mis recelos.

Hablaba con una voz muy débil. Aquel año tenía treinta y siete. [\[16\]](#) Su Majestad la miraba compungido, pues en cualquier caso la dama se hallaba en la flor de la belleza juvenil. Sus meses de mala salud ya le habían preocupado, en un año que requería tanta vigilancia, y se sintió

consternado al saber que ella no había tomado ninguna precaución especial. [17] Sólo recientemente se había enterado de su verdadero estado de salud, y había encargado toda clase de ayudas. También a Genji le preocupaba en grado sumo que durante meses ella hubiera supuesto a la ligera que sólo la aquejaban sus molestias habituales. Su Majestad se vio entonces obligado a poner fin a su visita y regresar, en medio de muchas y tristes despedidas.

El dolor había impedido a Su Eminencia Enclaustrada expresarse con claridad, pero al reflexionar larga y calladamente comprendió que, mientras ella destacaba por encima de todas las demás en destino elevado y gloria

mundana, también había sufrido más en su corazón. A pesar de todo, le parecía una gran tragedia que Su Majestad no hubiera tenido nunca un atisbo de la verdad, [\[18\]](#) y tenía la sensación de que eso supondría una eterna carga para su desdichado espíritu.

Teniendo en cuenta tan sólo los intereses de la corte de Su Majestad, Genji lamentaba que sus miembros de más alcurnia fuesen desapareciendo uno tras otro. En privado su pesar era inconmensurable, y no descuidaba el encargo de toda clase de plegarias y ritos. El tormento de no poder decirle a ella, por última vez, todo cuanto él había dejado a un lado en el transcurso de los

años, hizo que se acercara a la cortina movable cercana a donde ella yacía, y allí interrogó a las damas de honor sobre su estado. Todas las que eran más íntimas de la dama estaban presentes, y le informaron en detalle.

—Durante los últimos meses de mala salud, ni una sola vez mi señora cejó en su devoción —le dijeron—, hasta que empeoró tanto que ni siquiera comía un poco de fruta. No hay esperanza para ella, ninguna en absoluto. —Muchas de ellas sollozaban.

Fujitsubo habló con voz tan débil que Genji sólo entendió unas pocas palabras.

[\[19\]](#)

—A menudo he tenido ocasión de

apreciar todo lo que has hecho por Su Majestad, como tu padre te pidió que hicieras, pero he dejado que pasara tanto tiempo sin decírtelo porque no sabía cuándo estaría en condiciones de agradecértelo tan calurosamente como habría deseado, y me temo que ahora es demasiado tarde.

Genji, embargado por la emoción, no podía responderle, y era patético verle deshecho en llanto. Se preguntaba por qué mostraba semejante debilidad cuando los demás le miraban, pero lo cierto era que había sucumbido al abismo de su pesar, incapaz como era —pues— to que de nada sirven los deseos— de impedir la pérdida de una dama a la que conocía

desde hacía tanto tiempo, una dama a la que todos, a su manera, añorarían tan profundamente.

—Soy muy poco útil —replicó—, pero siempre he puesto mi mayor empeño en hacer lo necesario por él, y ahora es para mí un durísimo golpe verte así, cuando la desaparición de Su Excelencia ya me ha enseñado que todo es vanidad. No creo que te sobreviva mucho tiempo.

Mientras Genji hablaba, ella expiró como una llama que se extingue, y él se quedó a solas para llorarla.

Entre las personas cuya importancia gozaba de un reconocimiento generalizado, era Fujitsubo aquella cuya amabilidad se había extendido a todo el

mundo, y aunque aceptar la protección de los poderosos a menudo significa también atraerse conflictos, ella jamás cometía el menor desliz de esa clase, pues no permitía que nadie a su servicio hiciera nada que pudiera disgustar a otros. Con respecto a las buenas obras, bajo el reinado de los grandes soberanos del pasado los hubo que, cuando se veían obligados a ello, las realizaban con grandiosidad y magnificencia, pero la difunta no había sido así. Ella se limitaba a dar cuando podía de sus propios recursos, o de los ingresos procedentes de sus sinecuras, beneficios y emolumentos, [20] y puesto que su generosidad nacía siempre en su corazón, hasta el más tosco

asceta de montaña [21] lloró su pérdida. En su funeral, el sonido de llanto rasgaba el aire. Todos los cortesanos vestían de negro, y la primavera tuvo un final sombrío.



Monje

El cerezo que crecía ante su residencia de Nijô hacía recordar a Genji ocasiones como la fiesta en honor de las flores. [22] «Sólo este año, lo suplico», [23] murmuraba, y se retiraba a su capilla privada para que nadie reparase en él y

pasarse el día llorando. El sol poniente era brillante, cada rama en el borde de las montañas resaltaba con nitidez, y grises jirones de nubes cruzaban el cielo. [\[24\]](#) Aquel que ya no tenía ojos para nada estaba, empero, hondamente conmovido.

Esos delgados jirones de nube que se deslizan sobre las montañas, presos en la luz del sol poniente parecen desear que su tono armonice con las mangas de los afligidos,

recitó, pero, ¡ay!, allí no había nadie para escucharle.

Cuando finalizaron los ritos y volvió

la calma, Su Majestad seguía desconsolado. Cierta prelado, que había servido como capellán a Fujitsubo y a la encumbrada madre de ésta, y en quien Su Eminencia había depositado la mayor confianza con gran reverencia, gozaba también de la devota estima de Su Majestad, pues era un hombre muy santo y había llevado a cabo numerosos votos imperiales. [\[25\]](#) A los setenta años se había retirado para preparar el final de su vida, pero salió de su encierro para rogar por Su Eminencia Enclaustrada y entonces aceptó la petición que le hizo Su Majestad de seguir a su servicio. Cuando también Genji le instó a seguir sirviendo, el anciano consintió.

—Ahora la asistencia nocturna [\[26\]](#) me resulta demasiado penosa —le dijo—, pero me esforzaré en llevarla a cabo, de acuerdo con vuestros augustos deseos.

Una noche serena, poco antes del alba, no había nadie en los alrededores y algunos sirvientes ya se marchaban a casa. El monje estaba hablando con Su Majestad de esto y aquello, aclarándose la garganta de vez en cuando, como hacen los ancianos, cuando le dijo:

—Vuestra Majestad, tengo cosas que decir que son muy difíciles de plantearos, y creo que, si hiciera tal cosa, me haría merecedor de algún castigo. Sin embargo, para mí sería una grave ofensa no hacerlo, y permanecería aterrorizado

por el ojo del Cielo; [27] además, no os beneficiaría en nada que llegase al final de mi vida con estas cosas todavía dolorosamente encerradas en mi corazón.

El anciano monje se detuvo, incapaz de continuar.

Su Majestad se preguntaba qué querría decirle. «¿Será presa de un pesar que le consume tanto que su amargura puede pervivir después de su muerte? [28] Un monje, ¡ay!, puede ser santo y, no obstante, abrigar un abismo de maldad a causa de los celos».

—He depositado mi confianza en ti desde que era niño —le dijo—, y me duele que me hayas ocultado tan profundo rencor.

—Os ruego que me perdonéis, Vuestra Majestad, pero mi tarea consiste en divulgar, más que en ocultar incluso las profundidades del camino esotérico, que el mismo Buda querría que mantuviéramos en secreto. [\[29\]](#) ¿Cómo podría tener mi corazón unos recovecos tan oscuros? No, ésta es una cuestión esencial que afecta al pasado y al futuro, y el rumor maligno al respecto, que perjudicaría a Sus Eminencias difuntas [\[30\]](#) y a Su Gracia que ahora gobierna el reino, al final podría propagarse fácilmente. Un viejo monje como yo no tiene derecho a lamentarse, sean cuales fueren los contratiempos que él mismo pueda causarme. Sí os hablo de esto es

sólo porque los protectores [\[31\]](#) desean que lo haga. Mi querido señor, vuestra madre estaba desesperada cuando fuisteis concebido, y sintió la necesidad de pedirme que rezara, aunque no me correspondía a mí juzgar lo que sucedía. Su temor fue en aumento cuando todo salió mal y acusaron injustamente a Su Gracia, y entonces me pidió que rezara más; y cuando Su Gracia lo supo, añadió todavía más plegarias, seguí practicando los ritos hasta el ascenso al trono de Vuestra Majestad. Eso es lo que sé.

El prudente relato del anciano monje sumió a Su Majestad en un torbellino de horror, asombro, pesar y temor. Como no decía nada, el prelado, temeroso de

haberle enojado, empezó a retirarse discretamente, pero Su Majestad le llamó.

—Si no hubiera llegado a saber esto, habría llevado la ofensa conmigo al más allá, y a decir verdad me turba un poco que no me lo hayas dicho antes. ¿Lo sabe alguien más?

—No, Vuestra Majestad. Ômyôbu y yo somos los únicos que tenemos indicios de la verdad. Eso es lo que me asusta. [\[32\]](#) Esta es la razón de que el Cielo esté ahora haciendo tantas advertencias desastrosas y de que haya tanto malestar en el mundo. Antes erais demasiado joven para comprender, pero ahora que sois mayor de edad y competente para comprenderlo todo, grande o pequeño, el Cielo está

proclamando vuestra ofensa. Todo parece comenzar con los padres de uno. Temía que jamás llegarais a saber cuál fue la transgresión, y por ello os he contado lo que había resuelto olvidar.

Se hizo de día mientras hablaba entre lágrimas, y entonces se retiró.

La verdad de pesadilla que acababa de conocer sumió en el caos la mente de Su Majestad. Temblaba por el difunto emperador, que había pasado por su padre, y le llenaba de piedad y consternación que Su Gracia sirviera al reino como un mero súbdito, y estas dos preocupaciones le causaban tal angustia que no salió hasta que el sol estaba alto en el cielo. Ahora ver a Genji, que llegó

alarmado cuando le dijeron que Su Majestad no se encontraba bien, le resultaba algo en extremo difícil de soportar, y Genji, al reparar en sus lágrimas, supuso que eran por su madre fallecida, puesto que todavía la lloraba tan intensamente.

Aquel mismo día murió Su Alteza del Ceremonial, y la noticia hizo que Su Majestad se lamentara todavía más de que tales trastornos se abatieran sobre el mundo. Dadas las circunstancias, Genji permaneció muy cerca del soberano y ni siquiera pudo volver a su casa. Durante una tranquila conversación, Su Majestad observó:

—Mi reinado parece haber llegado a

su fin. Me siento extraño y lleno de miedo, y estas alteraciones han afectado a todo el reino. Hasta ahora me he abstenido de tomar ninguna medida decisiva, por deferencia a los sentimientos de mi madre, pero la verdad es que preferiría una vida más sosegada.

—No debéis pensar en ello —replicó Genji—. Los trastornos actuales no tienen que estar necesariamente relacionados con la manera, acertada o no, de gobernar. El infortunio puede sobrevenir bajo el reinado más prudente. Incluso en Catay han estallado injustos disturbios bajo el gobierno de un emperador sabio. Lo mismo ha sucedido en nuestro país. [\[33\]](#) Además, a su edad era perfectamente

natural, [34] y no hay ninguna razón de peso para que estemos preocupados.

Genji reunió todos los argumentos que pudo, pero yo no debería repetir ninguno de ellos. [35] Vestido con una indumentaria sobria que, de un modo desusado, tendía al negro, el parecido con Su Majestad era extraordinario. Éste, mucho tiempo atrás, se había percatado del parecido al mirarse en el espejo, pero después de lo que había oído decir, y tras examinar su rostro de una manera más minuciosa, ardía en deseos de abordar el tema con él; y, no obstante, era tan evidente que hacerlo trastornaría a Genji, que tímidamente evitó toda referencia al asunto y pasó a hablar de temas más

corrientes, haciéndolo con una calidez y un afecto insólitos. La aguda mirada de Genji percibió algo extrañamente nuevo en los condescendientes modales del joven soberano, pero no le pasó por la cabeza la posibilidad de que le hubieran dicho la verdad.

Su Majestad estaba deseoso de interrogar a Ômyôbu, pero no deseaba que ésta supiera que ahora él conocía el secreto de su madre. No, se dijo, de alguna manera le insinuaría a Su Gracia qué era lo que sucedía y le preguntaría si la historia ofrecía ejemplos similares. Pero como no se presentó ninguna ocasión apropiada, el muchacho se enfrascó en sus estudios con más ardor que nunca, a fin de

examinar toda clase de obras. Éstas le enseñaron que, mientras que en Catay se habían producido numerosas irregularidades similares, algunas a la vista de todos y otras ocultas, en Japón no se encontraba ningún ejemplo de esa clase. E incluso si algo así sucediera, ¿de qué manera, si se mantenía tan en secreto, podría haberse transmitido su conocimiento? Sí, había varios ejemplos en los que un Genji [36] de primera generación había sido nombrado gran consejero o ministro, luego le habían nombrado príncipe y finalmente había accedido a la dignidad imperial. [37] Su Majestad consideró la posibilidad de invocar la superior capacidad de Su

Gracia para abdicar en él.

Decidió en su fuero interno que, cuando llegaran los nombramientos de otoño, haría a Genji canciller, pero cuando, al hablar de ello, mencionó lo que pensaba hacer, el escandalizado y aterrado Genji le hizo saber que una cosa así estaba totalmente descartada.

—A mi padre le complació preferirme a sus demás hijos —replicó—, pero, ciertamente, jamás se le ocurrió abdicar en mi favor. ¿Cómo podría ahora hacer caso omiso de sus deseos y alzarme a una dignidad que está muy por encima de mí? No, mi único deseo es servir al reino tal como él lo deseaba y, cuando me acerque a la edad madura, entregarme a la

devoción en un retiro tranquilo.

Para profunda decepción de Su Majestad, había hablado sobre el particular tal como lo hiciera en ocasiones anteriores.

Genji prefería posponer su nombramiento de canciller, pese a la confirmación del cargo, y, en consecuencia, sólo fue objeto de un ascenso en rango y un decreto que le permitía entrar y salir de palacio en un carruaje tirado por bueyes. [\[38\]](#) Esto en modo alguno satisfacía a Su Majestad, que dejó claro que, a su parecer, Genji debería ser nombrado príncipe, pero Genji dudaba de que nadie en la corte apoyara semejante pretensión. Además, el

consejero supernumerario acababa de ser nombrado gran consejero y comandante de la Derecha, y una vez hubiera ascendido un escalón más, Genji podría dejarlo todo en sus manos y, de una manera u otra, vivir en paz.

Genji reflexionó más a fondo sobre el asunto. Estaba lleno de pesar por Fujitsubo y, tras haber visto tan turbado a Su Majestad, se preguntaba quién podría haberle revelado su secreto. Ômyôbu había entrado al servicio de la encargada del vestuario, y ahora tenía una habitación en el palacio. [\[39\]](#) Habló con ella y le preguntó si por casualidad su difunta señora le habría dado algún indicio a Su Majestad.

—No, mi señor, desde luego que no —replicó Ômyôbu—. A mi señora le aterraba pensar que una sola palabra del asunto pudiera llegar a oídos de Su Majestad, porque temía que pudiese sufrir por la ofensa.

Una vez más, Genji sintió una nostalgia infinita por una dama de prudencia tan extraordinaria.

El apoyo de Genji a la consorte de Ise había tenido un brillante éxito, y ella gozaba del más alto favor de Su Majestad. En ingenio y belleza, ella no dejaba nada que desear, y él la contemplaba como si fuese un tesoro. En otoño se retiró a Nijô. Él había arreglado de un modo magnífico el edificio principal, y esta vez trató a la

dama como debería hacerlo un padre.

Caía una tenue lluvia otoñal cuando Genji se encaminó al lugar donde vivía la consorte, y una vez en el jardín se sintió tan emocionado por la profusión de colores cargados de rocío que humedeció sus mangas en recuerdo de todos aquellos que ya no existían. Cuidadosamente acicalado y del todo cautivador con su indumentaria de color gris oscuro, y con las cuentas del rosario bien escondidas (pues aquellos tristes acontecimientos habían significado una sucesión de ayunos), entró directamente en el aposento de la consorte, pasando entre las persianas. Ella le habló personalmente, sin que hubiera más que una cortina

movible entre ellos.

—El mal tiempo ha desprendido los pétalos del jardín —le dijo—. Este año ha sido muy triste, pero resulta conmovedor que las flores de la temporada aún muestren su belleza.

Era un placer ver a Genji apoyado en una columna a la luz del sol poniente. Él le habló del pasado y de aquel amanecer en que le había resultado tan difícil abandonar el Santuario del Marjal.

Su Alteza observó lo conmovido que estaba. También ella, quizá solidarizándose con él, mostraba señales de lágrimas que daban a su rostro un aspecto cautivador, y hasta su más leve movimiento era deslumbradoramente

suave y elegante. «¡Qué lástima que nunca la haya visto en realidad!», se dijo Genji. Su corazón latía desbocado.

—En el pasado, cuando debería haber estado libre de preocupaciones, me las ingeniaba para sufrir constantemente a causa de mis costumbres licenciosas, y entre aquellas a quienes hice daño al hacer cosas que no debería haber hecho hay sobre todo dos que jamás se me rindieron y que murieron dolidas. Una de ellas, ¿sabes?, fue tu madre. Al final su estado de ánimo era muy sombrío, algo que siempre lamentaré en extremo, y había confiado en poder aportarle cierto consuelo sirviéndote como lo he hecho y ganándome tu buena voluntad, pero me

temo que el humo que se alzó de su pira pueda perdurar con su negrura incluso ahora. —No dijo nada de la segunda mujer.

—Todo cuanto quería hacer en aquellos años en los que no era nadie se ha ido realizando poco a poco —siguió diciendo—. La dama del pabellón del este, cuyas circunstancias tanto me preocuparon en otra época, está ahora protegida. Es una persona agradable, nos comprendemos mutuamente y no nos creamos dificultades el uno al otro. Ahora que he vuelto, el placer de servir al reino no es en modo alguno pequeño para mí. Pero ¿serás tan amable de comprender que, si mi indocilidad me resulta difícil

de dominar, en todo cuanto he hecho por ti he mantenido un estricto dominio de mí mismo? ¡Lo sentiré mucho si no puedes ofrecerme una sola palabra de simpatía!

La consorte estaba demasiado azorada para replicar.

—Ya veo —dijo Genji—. ¡Ah, qué cruel eres! —Entonces cambió de tema—. Lo que deseo ahora es pasar el resto de mi vida libre de pesares y, recluido, entregarme a las plegarias por la vida futura; pero, en realidad, lamento no tener todavía nada con lo que recordar la presente. [\[40\]](#) Al fin y al cabo, tengo una hija, y, a pesar de sus defectos, ansio verla crecer. Perdóname, pero confío en que desees promover la grandeza de esta

casa ayudándola cuando yo me haya ido.

La manera en que ella le respondió, una mera indicación expresada con una sola e ingenua palabra, encantó a Genji, y siguió hablándole sosegadamente hasta el atardecer.

—Aparte de estas grandes esperanzas mías, quisiera dedicarme a los placeres de las estaciones, las flores, las hojas de otoño, los cielos cambiantes. La gente ha contrapuesto siempre los bosques floridos en primavera a las deliciosas tonalidades de los marjales, y nadie parece haber mostrado jamás cuál de ellas merece claramente la preferencia. Tengo entendido que en China dicen que nada iguala al brocado de las flores

primaverales, mientras que en la lengua de Yamato [\[41\]](#) preferimos el patetismo del otoño, pero a mi entender ambos son seductores, cada uno en su momento, y no puedo distinguir favoritos entre los colores de sus flores o las canciones de sus pájaros. Me propongo llenar un jardín, por pequeño que sea, con suficientes árboles floridos en primavera para que expresen el talante de la estación, o trasplantar aquí hierbas de otoño y, con ellas, los grillos cuyo canto tanto se desperdicia en los campos, y entonces entregárselo todo a una dama para su placer. ¿A cuál elegirías?

La consorte no sabía qué decir, pero no podía cometer la incorrección de no

darle una respuesta.

—¿Cómo podría pronunciarme yo en uno u otro sentido? Pero entre ellas, por iguales que sean, preferiré el crepúsculo, cuando el poeta siente «extrañamente más», porque entonces tengo la impresión de estar más cerca del rocío que se desvaneció demasiado pronto. [\[42\]](#)

Su despreocupada reticencia le pareció a Genji tan encantadora que no pudo dejar de responderle:

*Compartamos entonces nuestros
sentimientos más íntimos, pues aquí, en
mi corazón,
también yo conozco la tristeza del viento
de una noche otoñal.*

—¿En verdad hay ocasiones en que a duras penas puedo soportarlo!

¿Dónde iba a encontrar ella una respuesta? Fingió que no le entendía, lo cual sin duda desencadenó en él un torrente de vanos reproches. Estuvo muy cerca de hacer algo peor, pero ella, naturalmente, estaba horrorizada, y él mismo contuvo sus detestablemente juveniles intenciones. A aquellas alturas, ella abominaba incluso de la refinada elegancia de sus suspiros. Él comprendió que la dama se apartaba de él poco a poco, retirándose discretamente hacia la habitación interior.

—Me has cobrado una cruel aversión, ¿no es cierto? No creo que nadie que

simpatizase de verdad conmigo hiciera tal cosa. Muy bien, pero no me odies por esto, te lo ruego. Sería demasiado doloroso.

Tras decir estas palabras, se marchó. Ella detestaba incluso la suave fragancia que persistía en el aire después de que él se hubiese ido.

—¡El perfume que todavía se aferra a su cojín es indescriptible! —exclamaron las damas de honor al cerrar los postigos—. ¿Cómo se las arregla para que una tenga la sensación de que en él se han abierto las flores en las frondas de los sauces primaverales? [\[43\]](#) ¡Es algo que da miedo!

Genji se dirigió al ala occidental, pero, en vez de entrar directamente, se tumbó cerca de la terraza y, con la mirada perdida, se sumió en sus reflexiones. Pidió que colgaran faroles a cierta distancia, y llamó a las damas de honor para charlar. A pesar de sí mismo, se veía obligado a constatar que aquel viejo hábito suyo, el



Farol colgante

de padecer intensamente por deseos imposibles, no le había abandonado. Aquello era indigno de él. No es que no hubiera hecho cosas mucho peores, pero, al pensar en sus aventuras tempranas, se recordó a sí mismo que los dioses y los budas debían de haberle perdonado los errores cometidos en su irreflexiva juventud, y esa idea le hizo ver hasta qué punto ahora comprendía mejor los peligros del camino que había seguido.

La consorte, llena de vergüenza, lamentaba haberle respondido como si conociera la conmovedora cualidad del otoño, y se acusaba a sí misma tan enconadamente que incluso empezó a

encontrarse mal. Entretanto, Genji estaba del todo sereno y actuaba de una manera más paternal que nunca. Le dijo a Murasaki:

—Resulta conmovedor que el corazón de la consorte tienda al otoño, mientras que tú, comprensiblemente, has entregado tu corazón al alba en primavera. Quisiera darte para tu placer conciertos que armonicen con las plantas y las flores de cada estación. No me conviene estar tan atareado con asuntos tanto del gobierno como personales —insistió, pues ya lo había dicho en otras ocasiones—. He de arreglármelas para vivir más como me place. —Y añadió: —Estoy preocupado por ti...

Imagino que debes de sentirte tan sola...

También se preguntaba constantemente cómo le iría a la dama de aquella aldea de montaña, pero le resultaba muy difícil ir allá porque cada vez tenía menos libertad de movimientos. [\[44\]](#) «Parece resignada a la idea de que no me interesa —se dijo—. ¿Por qué ha de ser tan pesimista? Si se niega a venir aquí porque teme sentirse humillada, es que no comprende su situación». Pero todavía se apenaba mucho por ella, y fue a verla con la excusa de sus invocaciones mensuales a Amida.

La vida en un lugar tan solitario haría que, pasado el tiempo, cualquier cosa

resultara una penosa carga más, y por ello era natural que para la dama ver a Genji fuese un tormento, porque le recordaba lo fuerte que realmente era el doloroso vínculo entre ellos. Genji, que lo entendía así, no podía consolarla. Los fogariles de los pescadores, vistos a través de los tupidos árboles, [\[45\]](#) se mezclaban bellamente con las luciérnagas a lo largo del arroyo que discurría por el jardín.

—Apreciarías mucho más este entorno si ya no estuvieras tan acostumbrada a él —comentó él.

Ella replicó:

Fogariles que recuerdan escenas que nunca podré olvidar, de luces en el mar,

*tal vez sólo signifiquen que mis cuitas
han venido navegando en pos de mí.*

—Mis pesares, al menos, son los
mismos.

*Todavía no sabes qué llamas de leal
afecto arden en mi corazón: tal vez por
ello tus fogariles derraman una luz tan
inestable.*

—¿Quién te ha dicho que la vida es
tan triste? [\[46\]](#) —le reconvino él.

En aquellos momentos se sentía en
paz, de modo que gozó de sus sagrados
pasatiempos y se quedó en Ôi más tiempo
del habitual. Probablemente eso hizo que

ella se sintiera un poco mejor.

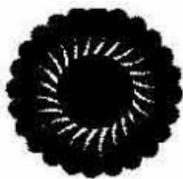
Asagao

La campánula

Asagao («campánula») es la flor que, desde el capítulo «El árbol de retama», se asocia con el cortejo por parte de Genji de la princesa que aparece en este capítulo.

Como título se refiere en particular a un intercambio de poemas entre ella y Genji, después de que éste falle en su intento de

hacerla suya.



Relación con los capítulos anteriores

«La campánula» sigue a «Jirones de nube» y cubre el otoño y el invierno del mismo año.

Personajes

Su Gracia, el ministro de Palacio, Genji, de 32 años

Su Alteza, la ex

sacerdotisa del Kamo
(Asagao)

Su Alteza, la Quinta
Princesa, tía de Asagao

Senji, dama de honor de Asagao

La ex dama de cámara, en
el palacio de la Quinta Princesa, de 70 o
71 años (Gen no Naishi)

La dama del ala
occidental en el palacio de Genji,

de 24 años (Murasaki)

La sacerdotisa del Kamo había
L dimitido porque estaba de luto. [\[1\]](#)

Genji, que mantenía su peculiar costumbre de no suspender nunca un cortejo una vez lo había empezado, le enviaba frecuentes notas, pero ella recordaba los problemas que antes había tenido con él, y sus respuestas nunca pasaban de ser estrictamente correctas. Genji se sentía muy decepcionado.

En el noveno mes oyó decir que ella había vuelto a la residencia de su padre en Momozono, y puesto que era allí donde vivía la Quinta Princesa, fue a verla con el pretexto de hacerle una visita. [\[2\]](#) El difunto emperador había tenido a ambas Altezas en gran estima, y parece ser que

Genji todavía estaba en contacto con ellas. Compartían el edificio principal, al este y el oeste. El lugar era muy tranquilo, y Genji tuvo la sensación de que se había deteriorado de un modo lamentable.

La Quinta Princesa le recibió y habló con él. De ademanes muy anticuados, tendía a carraspear. La viuda de Su Excelencia, [\[3\]](#) la mayor de las dos hermanas, siempre se las había arreglado de una manera notable para que no se le notara la edad, pero no sucedía lo mismo con la otra, de voz pastosa y grave. Así pues, cada una era lo que la vida había hecho de ella.

—El fallecimiento de Su Eminencia fue un gran golpe —le dijo—, y ahora que

también Su Alteza me ha dejado, cuando los años me inclinan de todas formas cada vez más a las lágrimas, sobrevivo aunque apenas tengo conciencia de estar viva. Pero esta amable visita tuya puede que me permita olvidar.

«¡Cómo ha envejecido!», se dijo Genji, sin abandonar por ello su actitud deferente.

—Tras el fallecimiento de Su Eminencia, cuando el mundo dejó de parecer el mismo en tantos aspectos, fui objeto de injustas acusaciones y vagué por tierras desconocidas hasta que Su Majestad tuvo a bien aceptarme de nuevo, lo cual me dejó tan poco tiempo libre que siempre he lamentado no haber podido

visitarte y hablar contigo del pasado.

—Oh, eso fue terrible, terrible, y por muchas razones detesto seguir viviendo de esta manera, siempre igual, cuando estos infortunios [4] muestran lo poco que una puede confiar en el mundo; y, no obstante, la alegría de verte me hace comprender muy bien lo mucho que habría lamentado no saber nada de ti después de esos años.

—La dama se estremeció— ¡En qué hombre tan espléndido te has convertido! Cuando te conocí, siendo tú un muchacho, me intrigó que una luz tan brillante hubiera llegado al mundo, y desde entonces cada vez que nos veíamos temía por ti. La gente me dice que Su Majestad se parece mucho a ti, ¡pero no puedo creer

que sea en verdad comparable a ti!

Habló y habló, y Genji pensó, no sin regocijo, en lo impropio que era cantarle a uno las alabanzas en su propia cara.

—Pero no soy en absoluto el que fui, tras los años de sufrimiento en la rusticidad de la montaña. Nadie puede haber sido jamás tan apuesto como Su Majestad, y, a mi modo de ver, él es una maravilla. ¡No, no, me temo que estás del todo equivocada!

—Esta interminable vida mía podría durar incluso más si pudiera verte de vez en cuando. ¡Hoy me siento como si la vejez no existiera y todas las cuitas de este triste mundo hubieran desaparecido!

—Lloró una vez más—. La Tercera

Princesa [5] tuvo la inmensa suerte de obtener un nuevo y valiosísimo vínculo [6] contigo, y le envidio esa relación tan íntima. Su Alteza, desgraciadamente fallecido, también sentía a menudo una pesadumbre similar. [7]

Estas últimas palabras llamaron la atención de Genji.

—¡Qué feliz habría sido si hubiera podido servirle de esa manera! — exclamó, y entonces frunció el ceño—. Pero lo cierto es que ninguno de ellos deseaba tal cosa.

Genji miró el jardín que se extendía a lo largo del otro lado de la casa, reparó en la especial belleza que tenían las plantas agostadas y sintió el impulso

afectuoso de saber cómo se las había arreglado ella y cuál era su aspecto en la serena melancolía de sus días. No pudo resistirse más.

—Creo que también debería hacer una visita allá —le dijo a la dama—. Sería muy poco amable dejar pasar la oportunidad cuando ya estoy aquí contigo.

Cruzó la terraza para ir a verla. Por entonces ya había oscurecido, pero lo que atisbo a través de los intersticios entre las persianas grises y las cortinas negras era del todo agradable, como también lo era la fragancia que le llegaba desde el interior. Le franquearon la entrada al pasillo meridional, puesto que no podían dejarle en la terraza. Senji habló con él y

transmitió sus mensajes.

—Estar ante las persianas hace que me sienta joven de nuevo —dijo en tono compungido—. Creí que me permitirías entrar, dada mi lealtad durante tus años de dedicación al servicio sagrado.

—Ese pasado es un sueño —respondió ella—, y ahora que ha terminado me pregunto si, después de todo, puedo estar de acuerdo. Espero que me sea posible considerar con más calma tu lealtad.

—Sí —reflexionó Genji—. ¡Éste es un mundo de verdad traidor! [\[8\]](#)

Mientras aguardé en silencio hasta que por fin el dios sancionara mi deseo,

*¡cuántos momentos amargos me hizo
soportar tu frialdad!*

—Me pregunto qué divina prohibición te propones invocar esta vez. Toda clase de trastornos me han afligido desde que fui presa de aquel infortunio. Si empezara a contarte...

La estaba apremiando. Su actitud era algo más amable y mostraba más tacto que en el pasado, pero, a pesar de los años transcurridos, seguía siendo indigna de un hombre de su rango. Ella respondió:

*Si te hubiera pedido con la mayor
sencillez una palabra sobre tus
aflicciones,*

*muy bien el dios podría haberme
acusado de romper mi solemne voto.*

—¡Ah, qué cruel eres! —protestó él con un encanto cautivador—. Los vientos del cielo se han llevado todas mis fechorías de aquellos años.

—¿Cómo creéis que los dioses ven vuestra purificación, mi señor? [\[9\]](#)

Este comentario de una dama de honor irritó a Su Alteza. Los años transcurridos sólo habían confirmado sus profundas reticencias, y su incapacidad de responder hacía que sus mujeres se sintieran incómodas.

—Me temo que nuestra charla se ha convertido en galanteo. —Genji se

levantó y exhaló un profundo suspiro—. Esto, a mi edad, es embarazoso. Creo que el tratamiento que me das me autoriza a pedirte que veas en lo que me he convertido. [\[10\]](#)

Dicho esto, se marchó, dejando tras de sí, como siempre, rumores de alabanzas. Era aquella una estación de hermosos cielos. Mecida por el susurro de las hojas, Su Alteza se quedó pensando en absorbentes momentos de su pasado, y recordó lo divertido que él había sido en ciertas ocasiones, y lo profundamente conmovedor que fue en otras.

Como se había marchado de tan mal humor, Genji permaneció despierto, sumido en sus pensamientos. Pidió que

abrieran los postigos y contempló la bruma matinal. Aquí y allá, las campánulas florecían con aspecto de abandono entre flores moribundas, y él arrancó una de belleza especial y se la envió a la dama. «El sumario tratamiento que me has dado ha sido humillante —le escribió—, y me estremezco al imaginar con qué ojos me has mirado cuando me marchaba. Y, sin embargo...»

¿De veras es posible que la campánula a la que otrora conocí y no puedo olvidar no muestre ya el encanto que tuvo en el ayer?

«Creía que considerarías con

amabilidad mis muchos años...»

Era una carta juiciosa, bienintencionada, y ella comprendió que no responderle equivaldría a acabar con él. Entretanto, sus damas de honor le trajeron una escribanía. La dama escribió:

Sí, el otoño ha pasado, y enmarañada en una valla envuelta por muchas brumas, la campánula palidece y se agosta como si apenas estuviera ahí.

«Tengo lágrimas en los ojos, tu imagen me sienta tan bien...»

Eso era todo, y no tenía nada de notable, pero por alguna razón a él le resultaba difícil dejar la misiva de lado.

Tal vez fuesen las suaves pinceladas o el papel gris azulado que tanto le gustaba. Una hace que sus palabras concuerden con la calidad y el estilo de la persona que escribe, y comentarios que son inocuos cuando se hacen, tal vez ofrezcan dificultades al intentar reproducirlos; por eso hay aquí muchas cosas que he arreglado y que fácilmente podrían ser erróneas.

A Genji le parecía que sería indecoroso por su parte volver a escribirle como lo había hecho en su juventud, pero la idea de haber desperdiciado tantos años mientras ella seguía sin rechazarle nunca del todo hizo que se decidiera a no cejar, y reanudó el

apasionado cortejo.

Fue al ala oriental de su mansión y tuvo una charla con Senji. Algunas de las damas de honor de Su Alteza (aquellas que en apariencia estaban dispuestas a concederle a un hombre lo que deseara, aunque no fuese de muy alto rango) alababan a Genji sin reparar en consideración alguna, pero hacía ya mucho tiempo que los sentimientos de su señora hacia él se habían enfriado, y su edad y posición, como los de él, eran ahora inapropiados para las relaciones sentimentales. Aunque ella aún le respondía del mismo modo a las notas que él le enviaba sobre una absurda flor, temía hacer cualquier cosa que pudiera

dar lugar a chismorreos, y no daba señales de ceder. Así pues, aquella constancia en su resolución, que venía de largo, hacía que apareciera ante los ojos de Genji como un ser único en el mundo, admirable y exasperante al mismo tiempo.



Escribanía

Lo cierto es que la noticia se divulgó de todos modos. «Está cortejando a la antigua sacerdotisa del Kamo —decía la gente—, y la Quinta Princesa no pone ninguna objeción.

Esos dos son tal para cual». Tales chismorreos llegaron a oídos de la dama

que residía en el ala occidental. «No —se dijo al principio—, él no me ocultaría una cosa así», pero entonces empezó a vigilarle y se preocupó al verle más inquieto que de costumbre. «Así pues —reflexionó Murasaki—, ¡ha estado bromeando sobre algo que en realidad se toma muy en serio! Estoy a la altura de ella por mi nacimiento, [\[11\]](#) pero ella tiene una reputación sobresaliente y siempre ha gozado de la más alta estima. Si él vuelca sus sentimientos en esa mujer, estaré perdida. ¿Voy a ser desdeñada, entonces, cuando nunca he tenido ninguna rival digna? —En su fuero interno, estaba muy afligida—. Tal vez no prescindiera por completo de mí, pero aun así todos estos

años en los que me ha mantenido tan cerca de él, cuando nada en mí requería que lo hiciera, ¡podrían desembocar en desaires y condescendencia!» Las cosas que ella podía tolerar eran las que habían provocado sus cautelosos reproches, pero ahora, que se sentía profundamente dolida, no revelaba nada en absoluto. Era tanta la frecuencia con que Genji se sentaba a soñar despierto cerca de la terraza, se quedaba en palacio o pasaba el tiempo escribiendo cartas, que los chismorreos parecían contener una gran parte de verdad. «¡Ojalá me dijera algo!», pensaba ella, y lo detestaba.

Los ritos en honor de los dioses habían sido cancelados [\[12\]](#) Una tarde,

abrumado por el tedio de las horas, Genji decidió hacer una de sus visitas a la Quinta Princesa. Era un crepúsculo delicioso en el que caía una nieve ligera, y él se había pasado el día vistiéndose con especial cuidado y perfumándose expresamente. Una se pregunta más que nunca cómo se le podría resistir cualquier mujer sensible.

Sin embargo, se despidió de ella.

—Tengo entendido que la Quinta Princesa no se encuentra bien y he pensado en hacerle una visita —le dijo poniendo una rodilla en el suelo, pero ella ni siquiera le miró. Su perfil mientras jugaba con la pequeña indicaba que algo no iba bien—. Últimamente te estás

comportando de un modo extraño en ti — siguió diciéndole—. No he hecho nada. Si he pasado algún tiempo fuera de casa es porque me ha parecido que la misma vieja túnica del quemador de sal te aburriría bastante a estas alturas. [13] Dime, ¿qué es lo que puedes haber deducido de eso?

—A menudo la familiaridad engendra desprecio.

Ella le dio la espalda y se tumbó. A Genji no le gustaba dejarla así, pero salió de todos modos, puesto que ya le había anunciado a Su Alteza que iba a ir a verla.

Murasaki se quedó allí tumbada pensando en lo ingenua que siempre había sido. Incluso vestido de gris, Genji, que llevaba prendas de diversas tonalidades

de ese color, estaba más atractivo que nunca, y mientras le veía alejarse, su exquisitamente elegante figura iluminada por la nieve, ella experimentaba un dolor insoportable al pensar que podría abandonarla.

La escolta de Genji estaba formada sólo por sirvientes de confianza.

—Ya no deseo ir a ninguna parte que no sea el palacio —les dijo—, pero la Quinta Princesa se encuentra en una triste situación y, aunque podía confiar en que Su Alteza del Ceremonial cuidara de ella mientras vivía, ahora, ¡ay!, es comprensible que ella desee recurrir a mí.

Les dijo lo mismo a sus damas de honor.

—¡Oh, vamos! —susurraron entre ellas—. Sigue siendo tan amante del amor como siempre... Ése parece ser su gran defecto. Se va a meter en líos.

Habría sido poco digno que Genji entrara por la concurrida puerta del norte, así que, envió a un hombre a la puerta formal del oeste para que anunciara su llegada. Su Alteza, sorprendida porque ya no le esperaba ese día, ordenó que la abrieran. El tembloroso guardián que salió corriendo no pudo moverla de inmediato, y al parecer no había nadie para ayudarle.

—El cerrojo está oxidado —gruñó mientras lo sacudía—, por eso no se abre.

Genji se compadeció de él. «Parece que fue ayer —pensó—, y han pasado treinta años o más. ¡Ah, la vida! ¡Y yo aún me aferro a este alojamiento provisional y doy mi corazón a la belleza de las plantas y los árboles!» [\[15\]](#) —Musitó para sus adentros:

Veo que demasiado pronto la mansión casi se ha desvanecido en una jungla de hierbajos. y las nieves de numerosos años pesan sobre la valla del jardín.

Después de mucho empujarla y tirar de ella, la puerta cedió por fin y Genji entró.

Como de costumbre, habló del pasado

con Su Alteza, en el ala de la mansión que ésta ocupaba, pero, como no oía nada que atrajera su interés, se sintió somnoliento, y ella misma empezó a bostezar.

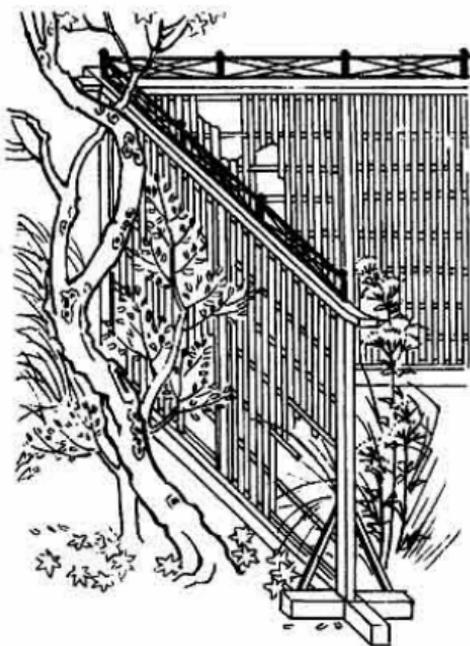
—¡Esta noche tengo tanto sueño que apenas puedo hablar! —dijo ella, y el curioso sonido que no tardó en seguir podría haber sido de ronquidos.

Complacido, él se levantó, y se disponía a salir cuando entró una mujer que carraspeaba de una manera muy anticuada.

—Os ruego que me perdonéis —le dijo a Genji—. Pensé que podrían haberos dicho que yo estaba aquí, pero veo que eso no significa nada para vos. Su Eminencia, vuestro difunto padre, solía

reírse de mí y me llamaba Honorable Abuela.

El apodo
refrescó la memoria
de Genji. Sí, había
oído decir que la
mujer conocida en
otro tiempo como la
dama de cámara se
había convertido en
monja y llevaba a
cabo su práctica



Valla del jardín rota

religiosa al servicio de Su Alteza, pero él
estaba asombrado, pues nunca se le había
ocurrido preguntarse ni siquiera si aún
seguía con vida.

—Me alegro mucho de oír tu voz —le

dijo—, puesto que el reinado de mi padre pertenece ahora al pasado, y esos lejanos recuerdos suyos me entristecen tanto... ¡Por favor, cuida de mí como lo harías del huérfano caído a un lado del camino! [\[16\]](#)

Al aproximarse, la vaga silueta de Genji hizo que la mujer rememorase aquellos días. Volvió a adoptar un aire de coquetería y se puso a farfullar en broma, con una voz que claramente procedía de una boca desdentada y arrugada.

—Siempre me quejé... [\[17\]](#) —dijo con una sonrisa tonta.

¡Qué descaro!

Genji no pudo reprimir una sonrisa al verse convertido de repente en un anciano, pero, al mismo tiempo, el destino

de la mujer le hizo sentir compasión. Algunas de las consortes e íntimas que habían rivalizado con ella cuando se hallaba en la flor de la vida sin duda habían muerto, mientras que otras, sin recursos, habían sido abandonadas a la deriva de un mundo cruel. ¡Sólo había que ver la edad que tenía Fujitsubo cuando murió! No, la vida era demasiado dura, a él mismo le quedaba muy poco tiempo, y allí estaba ella, una anciana frívola, todavía viva, dedicada tranquilamente a sus devociones. ¡Ah, la perfidia de este mundo! Sin embargo, para la Abuela, la expresión pensativa de Genji reflejaba una tierna emoción, y volvió a sentirse joven.

*Al cabo de los años aún no puedo olvidar
lo que vos y yo compartimos,
ni ese nombre, «madre de madre», que él
se complació en darme,*

dijo, y él replicó asqueado:

*¡Cuando hayas renacido, tómate un
tiempo y espera a ver si alguien en esta
vida ha llegado tan lejos como para
olvidar a su madre!*

—¡Ah, el vínculo es ciertamente duradero! Hemos de tener una charla tranquila en otra ocasión. [\[18\]](#) Dicho esto, Genji se marchó.

Los postigos del lado izquierdo de la

casa estaban cerrados, aunque las damas de honor habían dejado uno o dos abiertos, para que su señora no corriera el riesgo de parecer antipática. Había salido la luna, que iluminaba una ligera nevada, y la noche era en realidad encantadora. [19] Recordó divertido que había oído citar como algo nocivo esas mismas palabras pronunciadas con una tonta sonrisa de anciana.

Aquella noche se dirigió con mucha seriedad a la ex sacerdotisa del Kamo.

—Si dominas tu repugnancia y me hablas esta única vez, no te molestaré más —le dijo, yendo al grano.

Pero ella, que incluso hacía mucho tiempo, cuando el mundo pasaba por alto

de buen grado sus juveniles indiscreciones, había rehuido avergonzada la ambición de su padre, [20] no podía al cabo de tantos años, a su edad, avenirse a decirle una sola palabra directamente, y mantenía su resolución con tal firmeza que Genji se impacientó mucho. No es que la dama se mostrara en absoluto seca con él, pero le enfurecía recibir sus respuestas a través de una tercera persona.

Era ya muy tarde, soplabá un fuerte viento, y él se sentía lo bastante desdichado para enjugarse decorosamente las lágrimas.

Eres demasiado cruel, cuando otrora tu

*crueldad no me aleccionó,
para afligirme incluso ahora con una
actitud tan vetusta y cruel.*

La culpa es mía, lo sé..., [\[21\]](#) insistió,
y las damas de honor murmuraron, como
siempre, que aquella situación era una
gran lástima.

*¿Qué provocaría ahora el deseo de
entregarme a ti...? Aunque quizá sea
cierto,
como he oído decir, que las hay cuyos
sentimientos mudan con rapidez.*

—No es propio de mí actuar de modo
distinto a como siempre lo he hecho.

El desesperado Genji dio voz a un torrente de los más amargos reproches, y al hacerlo se sintió como un joven inexperto.

—Por favor, no le cuentes a nadie cómo me he comportado —le susurró con vehemencia—, ni una sola palabra... Todo el mundo se reiría. Podría hablar del río Isara, pero eso sería tomarme una libertad excesiva. [\[22\]](#)

Las damas de honor se preguntaban cuáles podrían ser los motivos de semejante actitud.

—¿Cómo le hace una cosa así?

—¿Por qué insiste mi señora en tratarle con tanta crueldad?

—Nada en él da a entender que la

forzaría irreflexivamente.

—¡Pobre hombre!

A la dama misma nunca le pasaban desapercibidas las grandes cualidades y el formidable atractivo de Genji, pero tenía la sensación de que, si se mostraba comprensiva, se pondría a la altura de aquellas otras mujeres que le tenían tanta estima y, además, revelaría su propia falta de carácter. Por otro lado, la magnificencia de Genji era demasiado imponente, y sería impropio de ella actuar con ternura hacia él. No, le escribiría lo suficiente para mantenerse en contacto, ofreciéndole prudentes réplicas; seguiría conversando de un modo respetable con él y, por lo demás, continuaría practicando

sus devociones para borrar el pecado de todos aquellos años. [23] Si de improviso cediera o diese la impresión de que no quería saber nada más de él, parecería caprichosa y su actitud no dejaría de ser la comidilla de la gente, que, como ella bien sabía, tiene la lengua viperina, y por ello se mostraba formal incluso con sus damas de honor, cultivaba una discreción estricta y, entretanto, se entregaba con creciente ahínco a sus devociones.

Apenas conocía a sus numerosos hermanos y hermanas, porque no eran de la misma madre y, en consecuencia, su residencia estaba cada vez más desierta. Esta circunstancia hacía que todo su personal estuviese de acuerdo en apoyar

al grande y glorioso caballero que le prestaba tales atenciones.

No puede decirse que Genji ardiera de pasión por ella, pero la frialdad de la dama le exasperaba, y detestaba admitir su derrota. En porte y reputación tenía, por supuesto, cuanto se pudiera desear, y él había reflexionado a fondo y adquirido por entonces un conocimiento mucho más amplio y refinado de la gente. Una larga y variada experiencia le recordaba que la renovación de una conducta irregular por su parte con toda seguridad le valdría críticas, pero le preocupaba que el fracaso pudiera provocar risas todavía más sonoras. «¿Qué voy a hacer?», se preguntaba inquieto, y, mientras tanto se

ausentaba de Nijô una noche tras otra, lo cual no era ninguna broma para su dama. [24] Ella lo intentaba una y otra vez, pero en ocasiones no podía evitar llorar.

—Es curioso, pero no pareces la misma, y no puedo imaginar por qué —le dijo mientras le acariciaba el cabello, y la tierna preocupación que reflejaba su semblante hacía que una deseara pintarlos a ambos—. Me ha dolido ver lo mucho que Su Majestad añora a su difunta madre, y sin el canciller... En fin, he estado muy ocupado con cosas que ningún otro podría hacer en mi lugar. Probablemente te preguntes por qué extraña razón en los últimos tiempos me he ausentado tan a menudo, y comprendo tu inquietud, pero te

ruego que dejes de preocuparte. Ya eres del todo adulta, pero lo cierto es que no sueles considerar así a los demás, y precisamente la manera que tienes de entender mal sus sentimientos es lo que te hace tan encantadora.

Le colocó bien un húmedo mechón sobre la frente, pero ella se apartó de él y no le dijo ni una sola palabra.



Haciendo bolas de nieve

—¿Quién puede haberte criado para que seas tan chiquilla?

¡Cuán penoso era, teniendo en cuenta la brevedad de la vida, que ella estuviera tan molesta con él! Pero entonces Genji

volvió a sumirse en la ensoñación.

—Tal vez hayas interpretado mal mis pequeños mensajes a la ex sacerdotisa del Kamo. Si es eso, te equivocas por completo, como verás. Puede que alguna vez bromeé con ella, con una nota atractiva, porque ella siempre se ha mostrado muy distante, y a veces me responde, puesto que ella misma tiene poco con que llenar el tiempo, pero no hay nada serio en ello y no veo ninguna razón por la que debiera venir a ti llorando para contártelo todo. Te ruego que comprendas que no tienes ninguna necesidad de preocuparte.

Se pasó el día entero tratando de hacer que se sintiese mejor.

Por entonces la nieve era muy espesa, y caía con más intensidad. La luz menguante hacía que los pinos y los bambués resaltaran bellamente, y el rostro de Genji adquirió una mayor nitidez.

—Más que la gloria de las flores y las hojas otoñales que una estación tras otra llenan de gozo a todo el mundo, es el cielo nocturno en invierno, cuando brilla la nieve a la luz de la luna, el que, en ausencia de todo color, me habla extrañamente y lleva mis pensamientos más allá de este mundo; no hay mayor maravilla ni deleite. Quien lo llamara sombrío no habría entendido nada.



Ropas holgadas

Pidió que enrollaran las persianas. La luna iluminó con su color único todo lo que tenían delante, mientras el jardín temblaba bajo el peso de la nieve, el arroyo emitía patéticos sollozos y

una desolada extensión de hielo cubría el lago. Genji pidió a las muchachas paje que bajaran e hicieran una bola de nieve. Sus deliciosas figuras y cabelleras relucían a la luz de la luna, mientras que las mayores y más hábiles estaban

encantadoras con sus holgadas ropas [25] y su vestimenta de servicio nocturno con las fajas casi desanudadas; además su cabello, más largo que su vestimenta, resaltaba vivamente contra el blanco de la nieve. Era un placer contemplar a las pequeñas corriendo felices de un lado a otro, dejando caer sus abanicos, con las caras llenas de excitación. [26] Querían hacer rodar la bola de nieve para agrandarla todavía más, pero pese a sus esfuerzos conjuntos no lograban moverla. Algunas se sentaron en el extremo oriental de la terraza, riendo nerviosamente.

—Un día hicieron una montaña de nieve en el jardín de tu tía, la difunta emperatriz. No es que eso sea notable por

sí mismo, pero a ella las cosas más pequeñas siempre le parecían milagrosas. ¡Cómo la añora uno en cada ocasión! Nunca llegué a saber muy bien cómo era, porque se mantenía muy alejada de mí, pero creo que, mientras estuvo en palacio, me tenía en alta estima. Confiaba en ella y le consultaba sobre toda clase de asuntos y, aunque era muy reservada, hablar con ella siempre merecía la pena y hacía perfectamente bien hasta la cosa más nimia. No volveremos a ver otra como ella. Con la serenidad que la caracterizaba, tenía una profunda distinción que ninguna otra podría alcanzar, mientras que tú, que pese a todo tienes tanto de la noble *murasaki*, [\[27\]](#)

posees también un lado difícil, y me temo que puedes ser un poco testaruda. El temperamento de la ex sacerdotisa del Kamo me parece muy diferente. Cuando me siento solo, no necesito ninguna razón en particular para hablar con ella, y ahora ella es realmente la única que exige lo mejor de mí.

—¡Pero la dama de personal [\[28\]](#) destaca por su inteligencia y carácter! Lo que sucedió es muy extraño, teniendo en cuenta cómo evita ella cualquier asomo de indiscreción.

—Eso es cierto. Merece ciertamente que se la mencione como una mujer bella y atractiva. Ahora que pienso en ella, mucho es lo que he de lamentar y lo que

me ha de ser perdonado. ¡Imagina, pues, la de remordimientos que debe de tener un libertino cuando envejece! Al fin y al cabo, creo que he llevado una vida mucho más tranquila que la mayoría.

Hablar de la dama de personal le hizo derramar algunas lágrimas.

—Esa mujer de la aldea de montaña, en la que apenas piensas, comprende más de lo que uno esperaría de ella, pero no pertenece a la misma clase que las otras y paso por alto sus pretensiones. [\[29\]](#) Nunca he conocido a ninguna del todo indigna. ¡Pero tan pocas en este mundo son realmente excepcionales! La dama que languidece en el pabellón oriental sigue teniendo un porte tan atractivo como

siempre, pero hace falta algo más que eso. Me relacioné con ella porque me gustaba mucho su forma de ser, y ella, con gran discreción, ha seguido así conmigo desde entonces. Estoy seguro de que nunca nos separaremos, y le tengo mucho afecto.

Genji habló en este tono hasta bien entrada la noche, acerca del presente y el pasado. El brillo de la luna era cada vez más intenso en medio de la maravillosa quietud. Ella dijo:

*Convertida en hielo, el agua atrapada
entre las rocas ya no puede fluir,
y es la brillante luna la que, libre, se
remonta en el cielo. [\[30\]](#)*

Un poco inclinada hacia delante para mirar al exterior, era la más encantadora mujer del mundo. La manera en que el cabello le caía por la espalda y el rostro evocaron de repente en Genji la figura de la dama a la que había amado, y su corazón, que había estado un tanto dividido, volvió exclusivamente a ella. Graznó un pato mandarín, [\[31\]](#) y Genji dijo:

*Entre toda esta nieve que me trae tiernos
recuerdos de tiempos ya pasados,
¡ah, qué dulce melancolía en el grito de
un pato mandarín!*

Cuando entró de nuevo y se tendió,

pensando todavía en Fujitsubo, la vio vagamente —no era un sueño— y percibió que estaba enojada en extremo. «Prometiste no decirlo jamás, y, sin embargo, ahora todo el mundo sabe lo que hice. ¡Me siento avergonzada, y este sufrimiento mío hace que me resultes odioso!» Le parecía que le estaba respondiendo cuando sintió como si le agredieran y, al despertar, oyó que su amada sollozaba.

—¿Qué pasa? ¿Qué te ocurre?

Le abrumaba una amarga decepción, y el corazón le latía con fuerza. Cuando trató de serenarse, descubrió que había estado llorando, y humedeció sus mangas de nuevo.

Tendido y completamente inmóvil, con su amada junto a él preguntándose qué le había ocurrido, murmuró:

¡Ah, cuán breve ha sido la visión que he tenido mientras, irremediablemente desvelado en una noche solitaria de invierno, he estado prisionero de un sueño!

Tan grande era su nostalgia de ella que se levantó temprano y encargó ritos en diversos templos, aunque no dijo por quién eran. Le torturaba comprender por fin, tras una profunda reflexión, que la cólera de Fujitsubo por lo que le había hecho sufrir estaba justificada y que, a

pesar de su devoción, a pesar de cuanto había hecho por mitigar su falta, había fracasado a causa de ese único desliz que le impedía purificarse de la suciedad de este mundo; y él ansiaba una y otra vez ir a su encuentro en el extraño reino donde ella debía de hallarse ahora, llevarle allí consuelo y compartir su pecado. Sin embargo, mantuvo la cautela, porque la gente se sentiría intrigada si encargaba directamente servicios religiosos por ella, y también a Su Majestad podría remorderle la conciencia. Entretanto se dedicó con fervor a invocar el Nombre de Amida. «¡Ojalá pudiera compartir el loto de ella!», [\[32\]](#) rogó, y, sin embargo:

*Si dejase a mi corazón seguir este anhelo
de buscar el amor que he perdido,
podría, si ella no está ahí, cruzar yo
mismo los Tres Vados».* [\[33\]](#)

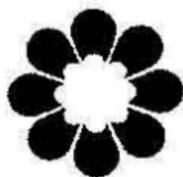
Lo cual, dicen algunos, era una idea detestable.

Otome

Las doncellas

Otome («doncella») se refiere en particular a una muchacha elegida como danzarina de Gosechi. En este capítulo Genji envía un poema que contiene la palabra *otome* a la danzarina de Gosechi ya mencionada en «Flores que caen» y «Suma». Entretanto, Yûgiri, su hijo, repara en una danzarina de Gosechi más joven y le envía un poema que contiene la

misma palabra.



Relación con los capítulos anteriores

«La campánula» acaba en invierno. «Las doncellas» comienza en la primavera siguiente y llega hasta el otoño del año siguiente.

Personajes

Su Gracia, el canciller,
Genji, de 33 a 35 años

La ex sacerdotisa del
Kamo (Asagao)

Senji, servidora de Asagao

Su Alteza, la Quinta
Princesa, tía de Asagao

Su Alteza, la Tercera
Princesa, abuela de Yûgiri (Ômiya)

El comandante, luego Su
Excelencia, el ministro de Palacio (Tô no
Chûjô)

Su hija, de 14 a 16 años (Kumoi no Kari)

Su padrastro, el gran consejero inspector (Azechi no Dainagon)

El Asesor, hijo de Genji, de 12 a 14 años (Yûgiri)

Los doctores de la Academia

El gran senescal de la

Izquierda

El tutor de Yûgiri, escribano
jefe

La consorte de Ise, Su
Majestad la emperatriz, de 24 a 26 años
(Akikonomu)

La consorte Kokiden, hija de
Tô no Chûjô, de 16 a 18 años

Su Señoría del

Ceremonial, antes Su Alteza de la
Guerra, hermano de Fujitsubo, de 48 a 50

años (Shikibukyô no Miya)

La hija de su Señoría del
Ceremonial, una consorte

Las damas de honor de
Ômiya

Su Majestad, el
emperador, de 15 a 17 años
(Reizei)

El intendente de la
Guardia de la Puerta

Izquierda, medio hermano de Tô no
Chûjô

Saishô, el aya de Yûgiri

El aya de Kumoi no Kari

Yoshikiyo, gobernador de Ômi

Koremitsu, gobernador de Tsu y
comisionado de la Ciudad Izquierda

Su hija, una danzarina de Gosechi,
luego dama de cámara

Su hermano, paje de la corte

Su Eminencia, el
emperador retirado, de 35 a
37 años (Suzaku In)

El ex príncipe virrey, ahora
Su Alteza de la Guerra (Hotaru Hyôbukyô
no Miya)

Su Majestad, la
emperatriz madre (Kokiden)

La dama de personal

(Oborozukiyo)

La dama que vive en el
ala occidental del palacio
de Genji, de 25 a 27 años
(Murasaki)

Con el Año Nuevo llegó el final del luto por Su Eminencia, la desaparecida Fujitsubo. El mundo se vistió con nuevos colores, el cambio de ropas para la nueva estación [1] se realizó con brillantez y, por supuesto, cuando llegó la época en que se celebraba el Festival del Kamo los cielos alegraban todos los corazones; sin embargo, la ex sacerdotisa del Kamo tenía una expresión triste y la mirada perdida, y la brisa que soplaba entre las ramas del laurel que crecía en el jardín evocaba muchos recuerdos en las damas de honor más jóvenes. Entonces llegó una nota de Genji en la que conjeturaba que ella debía de gozar especialmente de la paz en aquel

Día de Purificación. «Hoy», le escribía,

*¿Podrías haber creído que las aguas del
Kamo traerían de nuevo este día
mientras tu única purificación sería
quitarte el gris del luto? [2]*

Era una carta formal, minuciosamente doblada, en papel malva y atada a un racimo de hojas de glicina.

Conmovida por la oportunidad del envío, ella le respondió:

*Parece que fue ayer cuando sólo vestía
el gris del luto y hoy
semejante pureza significa para mí que
todo pasa.*

«La vida es tan frágil...»

Eso era todo, pero Genji, como de costumbre, no podía dejar la nota de lado.

Cuando ella se cambió las prendas de luto, él le envió, a través de Senji, una profusión de bien elegidos regalos; el gesto azoró mucho a la dama, pero la ausencia de una carta picara y tentadora que los acompañara silenció cualquier objeción, puesto que él había tenía la costumbre, desde hacía mucho tiempo, de hacerle tales regalos serios en ocasiones públicas, y parece ser que ella no sabía cómo rechazarlos.

Genji no dejó pasar la oportunidad de hacer también algo por la Quinta Princesa, y ésta no se mostró menos emocionada.

—Tan sólo ayer, o así me lo parecía, este joven era sólo un mancebo, ¡y ahora cuida de mí como un hombre hecho y derecho! ¡Es tan apuesto...! ¡Y se ha vuelto mucho más afable y considerado que los demás!

Sus jóvenes damas de honor sonreían al oír estas alabanzas.

—Tengo entendido que Su Gracia te tiene afecto desde hace mucho tiempo — le comentó a su sobrina cuando se vieron —. Es verdad que esto no es nada nuevo para él. Tu difunto padre lamentó que la vida de Su Gracia siguiera otro rumbo, de modo que no pudimos recibirle aquí; a menudo decía cuánto lamentaba que tú hicieras caso omiso de sus preferencias, y

en muchas ocasiones lamentó lo que habías hecho. [3] De todos modos, por respeto a los sentimientos de la Tercera Princesa, no dije nada mientras vivía la hija de Su Excelencia. Pero ahora incluso ella, que era objeto de gran consideración, ha desaparecido, y la verdad es que no veo por qué habría de estar mal que fueras lo que él deseaba, sobre todo cuando una vez más Su Gracia está tan bien dispuesto que casi me parece que tal es tu destino.

Siguió hablando así, a su manera anticuada, con profundo desagrado de su sobrina.

—Mira, ciertamente no tengo intención de entregarme a él ahora,

cuando incluso mi difunto padre me encontraba tan obstinada.

Habló con la severidad suficiente para que la Quinta Princesa no siguiera insistiendo. Le preocupaba el siguiente paso que daría Genji, porque todas las mujeres estaban de su lado, pero él se tomaba su tiempo hasta que sus leales atenciones y su patente afecto suavizaran la actitud de la dama hacia él, y parece ser que nunca consideró la posibilidad de romper a la fuerza su resistencia de esa manera.

Genji estaba haciendo los preparativos para la ceremonia de la mayoría de edad de Yûgiri, el hijo que había tenido con Aoi; se proponía

celebrarlo en Nijô, pero Su Alteza [4] tenía grandes deseos de estar presente y, por consideración a ella, Genji aceptó finalmente que el lugar de la celebración fuese su residencia. El comandante de la Derecha y los demás tíos [5] del muchacho eran todos nobles de alto rango que gozaban de la estima de Su Majestad, y también por ese lado todos contribuyeron con entusiasmo a cuanto el acontecimiento pudiera requerir. Durante días reinó una actividad frenética mientras se realizaban los preparativos de la fastuosa ceremonia.

Al principio, Genji había planeado que su hijo alcanzara el cuarto rango, [6] como todo el mundo esperaba, pero

entonces cambió de idea. El muchacho era muy joven, y su padre se dijo que, en cualquier caso, puesto que ahora podía hacer todo lo que deseara, el gesto sería demasiado evidente. Cuando Su Alteza entró en la sala de los cortesanos vestido de azul claro, Su Alteza se horrorizó y, pobre señora, una difícilmente podría culparla. [7] La próxima vez que Genji la visitó, ella le planteó la cuestión.

—De momento, prefiero no convertirle en adulto demasiado pronto —replicó Genji—. Por diversas razones, preferiría que pasara algún tiempo en la Academia. Con dos o tres años más antes de iniciar su carrera [8] llegará a ser perfectamente capaz de servir a Su

Majestad, y por entonces será todo un hombre. Yo mismo crecí en el palacio y no sabía nada del mundo; me pasaba día y noche atendiendo a mi padre y apenas aprendí las enseñanzas de unos pocos libros. No llegaba a comprender el significado profundo de lo que él se dignaba enseñarme, y entretanto mi conocimiento de los clásicos y mi dominio del *koto* o de la flauta dejaban mucho que desear. Es muy difícil que un hijo inteligente supere a un padre con menos luces, y lo que entonces se transmite a lo largo de las generaciones sólo se desvía cada vez más peligrosamente. Como puedes comprender, esto es lo que dio lugar a mi

decisión. El hijo de una casa noble, uno que ha sido promocionado a su placer y que se deleita en su propia gloria, es improbable que considere el estudio como la actividad a la que debe dedicarse. Prefiere divertirse, aunque mientras tanto se burlen de él en secreto; tratan de congraciarse con él y le obedecen hasta que poco a poco se parece a un gran hombre, pero una vez interviene el cambio y aquel a quien todo se lo debe desaparece, su suerte entra en declive, dejándole desdeñado y sin ningún amigo en el mundo. Después de todo, el aprendizaje es lo que le proporciona los cimientos para el ejercicio del ingenio japonés. [\[9\]](#) Puede que ahora esté

impaciente, pero si al final aspira a convertirse en un pilar del Estado, sabrá conducirse como es debido incluso cuando yo haya dejado de existir. No importa que de momento su posición no sea demasiado sólida, porque ésta es mi manera de cuidarle y no puedo imaginar que nadie le desprecie por ser uno de esos paupérrimos estudiantes de la Academia.

Su Alteza reaccionaba a esta clase de discursos con un suspiro.

—Comprendo que lo has pensado a fondo, pero supongo que el comandante, por ejemplo, sacude la cabeza al enterarse de esta extraordinaria idea tuya, y el mismo joven sufre, porque incluso los hijos del comandante y los del intendente

de la Guardia de la Puerta Izquierda, [\[10\]](#) a los que solía considerar sus inferiores, han ascendido en rango y jerarquía. [\[11\]](#) Esto hace que su color azul claro le resulte odioso, y al menos yo siento lástima de él.

Genji sonrió.

—Veo que tiene contra mí una queja de adulto. ¡Ah, necia juventud! Es la edad. —En realidad, la actitud de su hijo le enternecía—. Su decepción desaparecerá en cuanto adquiera cierto aprendizaje y comprenda un poco más.

El joven recibió su tratamiento académico en el pabellón del este, donde el ala oriental había sido habilitada para el acontecimiento. Nobles de alto rango y

cortesanos se apresuraron a asistir, llenos de curiosidad, pero los doctores debían de estar aterrados.

—Hacedlo bien —les ordenó Genji—. No escatiméis nada y no cejéis en todo aquello que el precedente pueda requerir.

Esforzándose por afectar compostura, los doctores vestían sin la menor vergüenza unas prendas extrañas, que les sentaban mal y que habían tomado prestadas, y todo en ellos ofrecía un espectáculo novedoso, incluida su manera de sentarse, hablar con voz grave y dirigir presuntuosas miradas. Los nobles más jóvenes no podían evitar sonreír. Genji había elegido a unos hombres silenciosos

y serenos para que sirvieran el sake, hombres que difícilmente cederían al alborozo, pero aun así el comandante de la Derecha, Su Señoría de Asuntos Civiles y los demás, que con tanta seriedad les llenaban las tazas, recibieron una buena reprimenda.

—¡Vergüenza deberían daros vuestros modales, señores! ¡Presumís de servir a Su Majestad y, sin embargo, no reconocéis a una persona de mi renombre? ¡Sois unos necios, señores!

Los reunidos se echaron a reír.

—¡Silencio! ¡Exijo silencio! ¡Vuestra conducta es vergonzosa! ¡Debo pedir os que os marchéis, señores! [\[12\]](#)

La censura de los doctores era muy

divertida. Aquellos que nunca habían oído nada igual estaban encantados, y los nobles de alto rango que habían pasado por la Academia sonreían satisfechos. Todo el mundo consideraba magnífico que Su Gracia hubiera decidido que su hijo siguiera estudios académicos. ¿Había murmullos? Ellos les ponían coto. ¿Una observación descarada? Al instante le seguía su reprimenda. Pero a medida que transcurría la noche y, a la luz de las lámparas, sus expresiones de desaprobación se hacían más patentes, fueron adquiriendo un aire de tristeza cargado de un cómico patetismo, y esto, entre otras cosas, hacía que la reunión fuese en verdad extraña y curiosa.

—Quien merece vuestra reprobación es un zoquete tan grande como yo —dijo Genji mientras los miraba desde detrás de las persianas.

Al enterarse de que «algunos estudiantes de la Academia se marchaban porque no había espacio para ellos, se les hizo pasar al pabellón de pesca [\[13\]](#) y se ordenó que les fuesen entregados regalos especiales.



Pabellón de pesca

Cuando la ceremonia terminó y todos se marchaban, Genji llamó a los doctores y otros caballeros letrados para componer más poemas en chino. A tal fin retuvo a los nobles y cortesanos que consideraba más adecuados. Los doctores

compusieron poemas en cuatro pareados rimados, y Genji y los demás aficionados, estrofas de cuatro versos. [14] El Doctor en Letras eligió la redacción de un tema espléndido. [15] Entonces las noches eran cortas, y cuando se leyeron los poemas ya era de día. El lector era el gran senescal de la Izquierda, [16] un hombre de agradable aspecto cuya voz al leer era impresionante en extremo. Gozaba de una estima especial como estudioso. Los poemas alababan de diversas maneras, con numerosas y elevadas referencias, la nobleza con que un joven de alta cuna, con derecho a la gloria y sus placeres, había trabado amistad con las luciérnagas en la ventana y la nieve sobre la rama. [17]

Cada verso poseía tal calidad, como todos en aquellos días convenían con asombro, que una habría deseado que también los conocieran en Catay. No es necesario decir que el poema de Su Gracia era especialmente bueno, pero también revelaba el amor de un padre de un modo tan conmovedor que todos los presentes lloraron mientras lo recitaban. Sin embargo, una mujer no tiene derecho a repetir lo que no puede saber, y como no deseo ofender, lo he omitido.

Entonces Genji se ocupó de la admisión de su hijo en la Academia, [\[18\]](#) y de inmediato le asignó una habitación en su residencia, lo confió solemnemente a un docto tutor y lo dejó entregado a sus

estudios. El joven ni siquiera solía visitar a Su Alteza. [19] Genji dudaba de que allí llegase a aprender nada, puesto que ella le mimaba en exceso y seguía tratándole como a un niño, y por esta razón prefirió confinarlo en un lugar tranquilo. Sólo le permitía hacerle tres visitas al mes.

Al joven le irritaba estar siempre encerrado, y cuanto más se prolongaba la situación, tanto más detestaba a su padre, pues ¿no había otros que habían alcanzado grandes alturas y tenían cargos distinguidos sin que jamás hubieran sufrido de aquella manera? Pero, en conjunto, su actitud era seria y no había nada frívolo en él. Se metió de lleno en la tarea y decidió estudiar aquellos clásicos

lo antes posible y seguir adelante con una carrera de éxito, de modo que al cabo de cuatro o cinco meses había leído entera la obra titulada *Anales históricos*.

Genji, que propuso que hiciera el examen preparatorio, primero lo sometió a prueba en su presencia. El comandante volvió a asistir, lo mismo que el gran senescal de la Izquierda, el comisionado de Ceremonial y el senescal de la Izquierda. Genji llamó al escribano jefe y le pidió que seleccionara pasajes difíciles de los *Anales*, aquellos en los que era probable que los doctores hicieran hincapié en el examen, y pidió al joven que los leyera en voz alta, cosa que él hizo con una fluidez tan perfecta y una

comprensión tan patente que disipó cualquier duda. Su brillante actuación convenció por completo a los reunidos, y se emocionaron hasta el punto de derramar lágrimas.

—¡Ah, si su abuelo hubiera podido estar aquí! —exclamó el comandante, llorando más que ningún otro.

Tampoco Genji podía mantener la compostura.

—Sé que he considerado a otros unos viejos estúpidos, pero el padre decae a medida que el hijo madura, y no me quedan tantos años... En fin, así es la vida —dijo, enjugándose los ojos.

El tutor estaba contento y orgulloso al ver la magnífica actuación del muchacho.

Su rostro, aturdido por la bebida (pues el comandante le llenaba una y otra vez la taza de sake) tenía una delgadez terrible. Era demasiado excéntrico para haber encontrado un empleo a la altura de sus conocimientos, y vivía en la pobreza y el abandono, pero Genji lo había seleccionado porque veía algo especial en él. El hombre parecía destinado a empresas incluso más grandes en el futuro, puesto que ahora disfrutaba del favor de Genji muy por encima de su posición y, por lo tanto, debía a su joven pupilo aquella súbita renovación de su vida.

Innumerables carruajes de nobles se reunieron ante la entrada de la Academia

el día en que el hijo de Genji fue a examinarse. Parecía imposible que quedara algún otro carruaje en alguna parte. El joven, magníficamente vestido y rodeado de solícitos sirvientes, parecía en verdad demasiado distinguido para la compañía en que ahora se encontraba. No es de extrañar que le ofendiera ocupar un asiento tan bajo entre la misma chusma de la ocasión anterior. [20] De nuevo se alzaron voces muy fuertes y regañonas, pero él leyó su texto sin inmutarse. Entonces la Academia aún vivía un buen momento, como en sus primeros tiempos, y gente de todos los rangos acudía deseosa de obtener los conocimientos que impartía, por lo que el número de

estudiosos doctos y bien preparados crecía sin cesar. El hijo de Genji pasó con rapidez los exámenes en todos los niveles, de candidato provisional a candidato y así sucesivamente, y se aplicó de tal manera a sus estudios que estimulaba a sus profesores y a los demás estudiantes a redoblar sus esfuerzos. En la residencia de su padre había muchas ocasiones para componer poemas chinos, y los doctores y otros estudiosos siempre se encontraban allí a sus anchas. Era aquel un reinado en el que el talento, fuera cual fuese su naturaleza, siempre era reconocido.

Entretanto, había llegado el momento de nombrar una emperatriz.

—A la difunta madre del emperador

le complacía que la consorte de Ise se ocupara de atender las necesidades de su hijo —insinuó Genji.

Los cortesanos pusieron objeciones a que volviera a haber una emperatriz que no fuese Fujiwara, [21] y, después de todo, Kokiden había sido la primera en unirse a él, ¿no? Todos ios que en su fuero interno simpatizaban con una u otra estaban inquietos. Quien ostentaba ahora el cargo de Su Señoría del Ceremonial, antes conocido como Su Alteza de la Guerra, [22] disfrutaba incluso de más alta estima en aquel reinado que en el anterior, y su hija, con esperanzas propias, ya había pasado a formar parte del círculo íntimo del emperador. Ella

misma era una consorte de linaje imperial, y con toda seguridad estaría muy próxima a Su Majestad, puesto que era pariente suya por parte de madre, y por ello, insistían sus partidarios, parecía una elección totalmente plausible para atender a Su Majestad ahora que la madre de éste había desaparecido. En consecuencia, cada bando tenía sus pretensiones, pero de todos modos el título recayó en la consorte de Ise. La gente, en general, se asombraba de que la suerte la hubiera favorecido mucho más que a su madre.

Su Gracia ascendió a canciller y el comandante, [\[23\]](#) a ministro de Palacio. Genji le cedió todos los asuntos del gobierno. Este caballero tenía un carácter

resuelto e imponente, y mostraba sagacidad en sus juicios. Había puesto mucho empeño en sus estudios y mostrado gran discernimiento en todos los asuntos, tanto públicos como privados, aunque seguía perdiendo cuando jugaba con Genji a adivinar rimas. Tenía diez o más hijos de diversas mujeres, y la gloria de su casa era comparable a la de Genji, pues cada uno de sus hijos había seguido una carrera de éxito. Por lo que respectaba a las hijas, tenía la consorte y otra, [\[24\]](#) una muchacha de sangre imperial cuyo linaje no era menos distinguido que el de sus demás hijos. Sin embargo, su madre se había casado con el gran consejero inspector, de quien había tenido varios

hijos más, y, en consecuencia, él se la había llevado para confiarla a Su Alteza. Tenía la sensación de que sería un error permitir que su padrastro la tuviera con todos los demás. La joven era encantadora tanto por su personalidad como por su aspecto, aunque él la tenía en mucha menos consideración que a la consorte.

El hijo de Su Gracia había crecido con ella, pero habían vivido separados [\[25\]](#) desde que tenían diez años de edad, cuando el padre de ella le dijo: «Vosotros dos podéis ser buenos amigos, pero no has de conceder tu intimidad a ningún hombre». Sin embargo, el muchacho aún pensaba en ella a su manera juvenil, pese a esta nueva distancia entre ellos, y

siempre estaba deseoso de jugar a muñecas con ella o a aprovechar cualquier oportunidad que ofreciera la contemplación de las flores o las hojas otoñales para enviarle una nota. Ella respondía cálidamente a su indisimulado afecto, y ni siquiera ahora se mostraba muy tímida. Las mujeres que cuidaban de ellos eran reacias a intervenir. «Esas precauciones están muy bien, pero todavía son unos niños —decían—. ¿Cómo podría alguien ser tan cruel como para mantenerlos separados, cuando han estado juntos todos estos años?» Pero mientras la muchacha aún podía ser infantil e inocente, el muchacho, tal vez debido a los momentos picaros que podrían haber

compartido, parecía, a pesar de su juventud, haberse tomado muy a pecho la separación. Como eran tan jóvenes, en ocasiones extraviaban las cartas que mutuamente se dirigían, escritas con una caligrafía aún inmadura pero que encerraba una atractiva promesa, y por ello las damas encargadas de uno y otro tenían cierta idea de lo que ocurría. Pero era indudable que hacían la vista gorda, porque, al fin y al cabo, ¿para qué darlo a conocer?

Los banquetes de celebración [\[26\]](#) habían terminado, no había festivales que preparar en la corte y por fin reinaba la calma. Un anochecer, cuando caía la fría lluvia de la estación y un lúgubre viento

suspiraba entre las frondas de *hagi*, Su Excelencia el ministro de Palacio fue a visitar a su madre. Allí llamó a su hijo y le pidió que tocara el *koto*. Su Alteza, que tocaba bien todos los instrumentos, le había enseñado a tocarlos a su vez.

—Uno preferiría no mirar a una mujer que toca el *biwa* [27] —observó Su Excelencia— pero ¡qué precioso sonido tiene! Pocos en nuestra época han recibido una auténtica enseñanza de su música, tal vez el príncipe Fulano, o Genji Mengano... —Mencionó unos cuantos—. Entre las mujeres, tengo entendido que esa a la que Su Gracia mantiene en aquella aldea de montaña es soberbia. Aprendió de un experto, por

supuesto, pero incluso así uno se pregunta cómo una persona tan alejada de su origen [28] y que ha vivido tanto tiempo como un aldeano de montaña puede tener semejante dominio del instrumento. Su Gracia parece tenerla en alta estima, y habla de ella con frecuencia. En música, al contrario de lo que sucede en las demás artes, la mejor manera de avanzar consiste en tocar mucho con otros y probar diferentes estilos. Es muy infrecuente que alguien que está aislado llegue a ser un intérprete consumado.

Instó a Su Alteza a que tocara.

—Ya ni siquiera sé cómo ajustar el puente —replicó ella, pero de todos modos tocó con mucho gusto—. Esa mujer

es ciertamente afortunada —observó—, pero es que además parece tener unas cualidades personales extraordinarias. Haberle dado la hija que él aún no tenía a su edad, y entonces aceptar cedérsela a una gran dama en vez de quedarse con ella y condenarla a la oscuridad... Dicen que eso revela un carácter excepcional.

Su Alteza habló durante un rato mientras tocaba.

—Lo que le vale respeto a una mujer es su carácter —observó Su Excelencia, y siguió comentando un ejemplo tras otro—. Ahí tenéis a la consorte... No hay nada malo en su aspecto, por lo que puedo ver, y tiene una educación tan buena como la que más, pero su destino quiso que se

viere eclipsada por una mujer del todo imprevista, lo cual sólo puedo tomar como una lección de que nada en este mundo sale jamás como debería. Pero me propongo que por lo menos lo relativo a esta muchacha salga como deseo. El príncipe heredero pronto será mayor de edad, y estoy haciendo planes en mi fuero interno, incluso si esta futura emperatriz de madre afortunada le pisa los talones. En cuanto esté en la corte, me temo que nada la detendrá —concluyó con un suspiro.

—Pero ¿por qué? Su Excelencia, tu difunto padre, estaba convencido de que al final nacería en el seno de esta familia una niña con su futuro, [\[29\]](#) y se empeñó

en asegurar que la consorte tuviera las mejores posibilidades. Esta injusticia nunca habría ocurrido si él siguiera vivo.

Sobre este particular, la mujer estaba muy enojada con Genji. Al contemplar la hermosa cabellera de su nieta y la encantadora manera en que su pelo se movía al tocar, dulce e inocentemente, el *sô no koto*, con aquel rostro delicioso, aquellas tímidas miradas de soslayo y la manera en que su mano izquierda presionaba las cuerdas, le parecía una delicada y perfecta muñeca. Se sentía embargada por una profunda ternura. Tras acompañar durante un rato a su abuela, la muchacha apartó el instrumento.

Su Excelencia tomó el *wagon*, y la

libertad de su manera de tocar, al estilo más reciente, para variar y en la modalidad *richi*, era sumamente agradable. Las hojas de los árboles del jardín se desprendieron hasta que no quedó ninguna, [30] mientras aquí y allá las ancianas se apoyaban unas en otras detrás de cortinas movibles.

—¡Y, sin embargo, cuán ligera la brisa! [31] —cantó Su Excelencia, y observó—: No tiene la profundidad del *kin*, [32] pero ¡que velada tan extrañamente conmovedora es ésta! ¿No tocarás de nuevo?



Flauta

Interpretaron juntos «Viento de otoño», y cuando Su Excelencia cantó también, con una voz soberbia, Su Alteza volvió a emocionarse. En aquel momento

llegó el nuevo y joven caballero, como para aumentar el placer de los reunidos.

—Vamos, entra. —Su Excelencia hizo que el joven se sentara al otro lado de una cortina movable—. ¡Te veo tan poco últimamente...! ¿Por qué estás siempre tan enfrascado en los libros? No te hará ningún bien saber más de lo que requiere tu alta posición, como Su Gracia debe de saber, y lamento que tengas que encerrarte de esa manera, aunque admito que debe de tener sus razones. Anda —siguió diciéndole—, ¡haz algo distinto de vez en cuando! Al fin y al cabo, la flauta también nos aporta las palabras de los antiguos. [\[33\]](#) —Tendió una flauta al joven.

El muchacho tocó con tan encantadora

elegancia que los otros dos instrumentos se detuvieron y Su Excelencia marcó discretamente el ritmo mientras cantaba «Teñido con flores de *hagi*» , [\[34\]](#) etcétera.

—Tu padre, que también adora esta clase de música, se ha librado de la pesada carga de sus deberes, ¿verdad? Sí, en este mundo cruel, uno bien puede confiar en vivir como le plazca.

Pidió que sirvieran sake. Entretanto había oscurecido; encendieron las lámparas y todos compartieron una comida de fruta y arroz hervido. [\[35\]](#) Entonces enviaron a la joven dama a otra habitación.

—Esos dos van a llevarse una gran

decepción —susurraban las ancianas que servían íntimamente a Su Alteza.

Ahora Su Excelencia los mantenía separados de una manera tan estricta que ni siquiera permitía al joven oír el sonido del *koto* de su hija.

Su Excelencia se había levantado como si fuera a marcharse, a fin de intercambiar unas palabras en privado con una de las mujeres, y cuando regresaba sigilosamente oyó aquellos susurros. Escuchó, intrigado. Hablaban de él.

—Se cree muy inteligente, pero no es más que un padre como cualquier otro.

—Algo tiene que ocurrir uno de estos días.

—Dicen que el padre es quien conoce

al hijo, pero no lo creo.

Las mujeres se daban codazos entre ellas. «¡Es terrible! —pensó—. No, no me sorprende, pero son unos niños, y no los he vigilado. ¡Ah, la vida no es más que una serie de complicaciones!» Comprendía perfectamente la situación, pero de todos modos se alejó en silencio.

Los gritos de advertencia de su escolta eran impresionantes.

—¡Entonces mi señor acaba de irse! —se decían las damas de honor—. ¿En qué recoveco puede haber estado escondido? ¡Jugar de esa manera a su edad...!

—¡Cuando noté una vaharada de ese intenso perfume, supe que era el joven

caballero!

Las mujeres lamentaban su cháchara de antes.

—¡Estoy asustada! ¿Y si ha oído algo de lo que estábamos diciendo? ¡Con el genio que tiene!



Monja

Durante el camino de regreso, Su Excelencia reflexionó sobre que todo el mundo pensaría y diría que el matrimonio, aunque no fuese ningún desastre, no

ofrecía brillantes perspectivas. «Ah, esto me irrita de veras. ¡Su Gracia se deshizo

implacablemente de la consorte, y yo había confiado en que quizá por esta única vez, le llevaría la delantera!» En general, siempre se había llevado bien con Genji, y su relación seguía siendo buena, pero recordaba amargamente su larga rivalidad por tales asuntos, y aquella noche durmió poco. «Su Alteza debe de haber notado lo que pasa; ella ha de permitir que sus queridos nietos hagan lo que les plazca». Eso era lo que las mujeres habían dicho, y le enfurecía. Estaba tan enojado que no podía reprimir el impulso un tanto irreflexivo de plantear el asunto.

Dos días más tarde visitó a Su Excelencia. Ella estaba muy contenta por la frecuencia de sus visitas, de modo que

para ella era una ocasión feliz. Se arregló el cabello, que llevaba cortado al estilo de las monjas, se puso un vestido formal y decidió que la entrevista no fuese del todo cara a cara, puesto que, a pesar de que él era su hijo, le tenía cierto respeto reverencial. [\[36\]](#)

Su Excelencia parecía estar de mal humor.

—Es inoportuno por mi parte que te visite así —empezó a decirle—, y no me gusta imaginar lo que tus mujeres deben de pensar de mí. Sé que no soy todo lo que debería ser, pero confiaba en seguir viéndote mientras viva y permanecer siempre cerca de ti. Ahora, sin embargo, gracias a esa incorregible hija mía, ha

sucedido algo que me hace estar enojado contigo, y aunque preferiría que no fuese así, me temo que no puedo evitarlo. —Se enjugó las lágrimas.

Su Alteza palideció bajo el maquillaje, y abrió los ojos como platos.

—¿En qué he podido contrariarte a mi edad? —le preguntó, y él se sintió apenado por ella a pesar de todo.

—Con toda confianza te encomendé a la muchacha y, aunque nunca me he relacionado mucho con ella, tras la decepción de ver que la hija a la que mantenía no lograba progresar en la corte, había confiado en que por lo menos ésta conseguiría algo, y la última sorpresa que me he llevado es un golpe considerable.

Puede que, a lo que parece, él sea el joven más erudito bajo el sol, pero son parientes, algo que la gente encontrará un tanto tedioso y soso, lo cual también será lamentable para el muchacho. Sería mucho mejor para él que le dieran una calurosa bienvenida en alguna parte del todo deseable y sin ninguna relación familiar. También Su Gracia tendrá algo que decir cuando se entere de este curioso emparejamiento entre primos. Y aunque eso estuviera bien, por lo menos podrías habérselo hecho saber, podrías haber organizado una bienvenida pública y hecho algo por convertirla en una ocasión solemne. Sólo puedo deplorar la manera en que has permitido que estos jóvenes

hicieran lo que les venía en gana.

Su Alteza oía hablar por primera vez de todo esto, y estaba conmocionada.

—Comprendo muy bien que hables así, pero no tenía la menor idea de lo que estaban haciendo esos dos. Desde luego, es deplorable, y lo es en particular para mí. También me molesta que me acuses de esa manera. He prestado una atención especial a la muchacha desde que empezó a vivir conmigo, y en mi fuero interno había confiado en que lograría hacer de ella una persona superior incluso en detalles que te pasarían desapercibidos. Nunca me ha cegado tanto el afecto como para haber deseado permitir que sucediera una cosa así antes de que hayan

llegado a la edad adulta. Pero ¿quién te ha dicho eso? Deberías avergonzarte de ti mismo por reñirme así a causa de un rumor divulgado por chismosos malintencionados, porque no ha ocurrido nada serio y sólo estás mancillando el nombre de la pobre muchacha.

—No ha ocurrido nada serio, ¿eh? Pues bien, ¡todas tus mujeres parecen reírse a hurtadillas de ello, y eso es tan irritante como alarmante!

Una vez dicho esto, se marchó. Quienes sabían cuál era el conflicto lo lamentaban de veras. Las mujeres que habían susurrado entre ellas la otra noche estaban incluso más trastornadas y se preguntaban abatidas por qué lo habían

hecho.

Sin que su hija se percatara de ello, Su Excelencia la observó discretamente, y le conmovió contemplar su dulzura y su encanto.

—Es joven, sí —reprochó a sus ayas—, pero yo soy un gran simplón, porque, sin ver nada de su juvenil extravagancia, había puesto en ella grandes ambiciones.

Las mujeres no tenían nada que replicar.

—En estas cosas, mi señor, los antiguos relatos señalan que incluso la amada hija de un soberano puede extraviarse, pero que entonces alguien enterado de la situación generalmente toma las medidas necesarias. Pero en este

caso han estado juntos a diario durante años, y dábamos por sentado que, como son tan jóvenes, no podíamos oponernos a lo que Su Alteza consideraba mejor y separarlos por nuestra cuenta. Entonces, hace dos años, se decidió por fin la separación y, aunque algunos jóvenes parecen arreglárselas de alguna manera para ser precoces en secreto, estos dos mostraban tan pocas señales de extravío que nunca se nos ocurrió que pudiera llegar a ocurrir esto.

Todas suspiraron.

—Muy bien, por el momento mantenedlo en secreto. Al final se sabrá, pero por ahora debéis negar que haya sucedido. La trasladaré a mi casa. La

actitud de Su Alteza es muy decepcionante. En cualquier caso, supongo que vosotras no aprobabais esto.

Las damas de honor recibieron con agrado estas palabras, pese a su aflicción por la joven señora.

—¡Oh, no, mi señor, jamás! ¡Pensad tan sólo en cómo se lo tomaría el gran consejero! [\[37\]](#) El joven caballero es muy respetable, por supuesto, pero ¿qué atractivo puede ver en la unión de la joven con un plebeyo?

Su Excelencia habló con su hija, pero ésta era todavía demasiado infantil y nada de lo que él le dijo la afectó profundamente. Esto le redujo a las lágrimas, y efectuó discretas consultas a

las mujeres apropiadas para encontrar el modo de evitar que la muchacha se echara a perder, mientras reservaba todo su enojo para su madre.

Su Alteza lo lamentaba mucho por los dos muchachos, pero es posible que favoreciera en especial al joven, cuyos sentimientos le parecían enternecedores, y no podía entender por qué su propio hijo estaba tan cruelmente indignado. Hasta entonces él nunca había pensado mucho en la muchacha, y era precisamente la manera en que su madre se había ocupado de ella lo que le había llevado a considerarla apropiada para el príncipe heredero. Además, si el destino de la muchacha era casarse con un plebeyo,

¿había acaso alguno que pudiera compararse con él? ¡Desde luego, el muchacho podría aspirar a alturas muy por encima de las mujeres como ella! Sí, su inclinación por él debía de ser lo que le hacía sentirse tan enojada con Su Excelencia. ¡Cuánto más enfadado habría estado si ella le hubiera permitido adivinar sus pensamientos!

Entonces llegó el joven caballero, que no imaginaba que iba a recibir una reprimenda. La pasada noche la casa estaba demasiado concurrida para que hubiese podido expresar todo lo que albergaba su corazón, y por ello acudió al anochecer, más inquieto que de ordinario. Su Alteza, que solía saludarle con placer,

sonriente, inició una conversación seria en la que, tras los preliminares, le dijo:

—Me encuentro en una posición difícil, ¿sabes?, porque Su Excelencia, tu tío, está enfadado conmigo por tu causa. Has entregado tu corazón con excesiva docilidad, y siento decirte que eso está creando dificultades a otras personas. Habría preferido no decírtelo, pero he pensado que deberías saberlo.

Él la comprendió al instante, puesto que no dejaba de pensar en ello, y se ruborizó.

—¿A qué puedes referirte? He estado tan poco tiempo entre la gente desde que me dedico al estudio que difícilmente puedo haber hecho nada que pudiera

enojar a nadie.

La expresión avergonzada del muchacho despertó la compasión de la dama.

—Muy bien, pero a partir de ahora ve con cuidado.

Dicho esto, cambió el tema de conversación.

Él comprendió angustiado que intercambiar notas con su amiga iba a ser más difícil que nunca. No probó la comida que le sirvieron y fingió que iba a acostarse, pero estaba desesperado y, cuando todos se hubieron retirado, intentó abrir el panel deslizante. [\[38\]](#)

Normalmente nunca estaba cerrado, pero esta vez sí, no se podía mover, y no se oía

ningún ruido al otro lado. El muchacho permaneció allí, abatido, apoyado en el panel. Entretanto, la muchacha se despertó al oír el susurro del bambú agitado por el viento y el débil grito de un ganso silvestre que pasó volando, y en el torbellino de sus sentimientos juveniles musitó para sí: «¿Está tan triste como yo el ganso que vuela en lo alto?». [\[39\]](#)

Él se sintió profundamente turbado al adivinar una dulce presencia juvenil al otro lado.

—¡Abre la puerta! ¿Está Kojijû contigo?

Pero no oyó nada. Kojijû era la hija del aya de la muchacha. Azorada porque él la había oído hablar consigo misma, sin

pensarlo había escondido la cabeza bajo las ropas de cama, y no porque la traviesa jovencita hubiera entendido mal lo que él se proponía. Con las ayas y otras personas acostadas cerca, no se atrevía a moverse, y ambos permanecieron en silencio.

*Cuando en la noche profunda los gansos
silvestres vuelan en lo alto, llamando a
sus parejas,
¡qué crueldad la del viento, que susurra
entonces entre los juncos!*

—¡Y qué frío trae! [\[40\]](#)

Suspirando, regresó al lado de Su Alteza, se acostó y permaneció muy quieto para que ella no le oyese y se despertara.

A la mañana siguiente fue a su habitación, algo avergonzado, y le escribió una carta, pero se sentía desesperado porque no podía encontrar a Kojijû ni acercarse a ella en persona. En cuanto a la muchacha, estaba avergonzada sólo porque había recibido una reprimenda, pero por lo demás seguía tan vivaracha y dulce como siempre, sin pensar apenas en lo que podía esperarle ni en lo que otros pudieran sentir. Ni siquiera puso objeciones cuando sus damas de honor comentaron la situación entre ellas. No se consideraba merecedora de tanta agitación, pero quienes más se preocupaban por su bienestar reprobaban de tal modo su

irreflexivo comportamiento que tampoco podían hacerle llegar una nota a su amigo. Un adulto podría haber encontrado la manera de hacerlo, pero el muchacho era todavía menos adulto que ella, y sólo podía lamentarse.

Su Excelencia, que estaba enfurecido con Su Alteza, no había vuelto desde su última visita. No le dijo a su esposa ni una sola palabra del descubrimiento que había hecho, y se limitó a dejar claro que estaba de mal humor.

—La entrada de la emperatriz ha sido impresionante de veras [\[41\]](#) —concedió —, y la consorte es tan pesimista sobre sus perspectivas que me duele verlo. Voy a tener que retirarla para que se sosiegue

y descanse. Sus mujeres nunca disfrutaban de un momento de paz, pues Su Majestad aún la llama constantemente para que le atienda, y la visita de día y de noche; entre una cosa y otra, parecen estar bajo una gran tensión.

Así pues, fue él quien sin previo aviso llevó a su hija a su casa. Su Majestad se resistió a darle permiso para marcharse, pero Su Excelencia refunfuñó hasta que, a regañadientes, tuvo que ceder, y por fin consiguió sacarla de palacio.

—Puede que te encuentres sin nada que hacer —le dijo—. Trae a tu hermana aquí, así podrás distraerte con ella. La tengo en casa de Su Alteza, donde está muy bien, aunque me temo que no ha

podido evitar el acoso de cierta precoz y cargante compañía, algo del todo inapropiado para ella, a su edad.

De la misma manera brusca, ordenó que llevaran a la muchacha a su residencia. Su Alteza se mostró muy decepcionada.

—Me sentía muy triste y sola después de perder a mi hija, y tener a esta chiquilla en casa me llenaba de alegría. Pensaba que cuidaría de ella durante el resto de mi vida, y confiaba en tener el consuelo de su presencia cada día en mi vejez. Pero, ¡ay!, tu repentina decisión de excluirme es un duro golpe.

—Sólo he dado expresión natural a un descontento que no puedo evitar sentir —

contestó él respetuosamente—. No se trata en absoluto de excluirte de nada. La hija que tengo al servicio de Su Majestad está dolida por el fracaso de sus perspectivas, y últimamente se ha retirado a mi casa, donde me apena verla tan lánguida y abatida. He pensado que la otra muchacha podría venir a pasar una temporada allí, y así se distraerán juntas. De ningún modo tengo en menos tus desvelos por cuidar de ella y criarla.

Él había tomado su decisión, y no iba a cambiarla por nada que ella pudiera decirle. La dama sólo podía sentir un profundo y doloroso pesar.

—Qué cruel puede ser el corazón — dijo entre sollozos—. Incluso esos dos

chiquillos me ocultan cosas de la manera más aborrecible. Pero no importa, porque tú mismo, con toda tu sutil comprensión, te has vuelto contra mí y ahora te la llevas. Pero oye lo que te digo: ella no estará más segura allí que conmigo.

En aquel preciso momento llegó el joven caballero. Ultimamente iba allí con frecuencia, confiando en que se le presentase alguna oportunidad, por remota que fuera. La presencia del carruaje de Su Excelencia hizo que le remordiera la conciencia y se encaminó con sigilo a su habitación. Los hijos de Su Excelencia — el teniente de la Izquierda, el consejero subalterno, el oficial de la Guardia, el asesor y el comisionado— estaban todos

allí, pero a ninguno de ellos se le permitía pasar más allá de las persianas de Su Alteza. El intendente de la Guardia de la Puerta Izquierda y el consejero supernumerario, aunque nacidos de otra madre, visitaban asiduamente a Su Alteza incluso ahora, y todos sus hijos estaban también presentes, pero parece ser que ninguno tenía el encanto de aquel joven caballero. Su Alteza le prefería muy por encima de los demás, mientras que aquella nieta se había convertido en su único solaz: era lo máspreciado para ella y había querido tenerla siempre consigo. Ahora que la muchacha iba a marcharse, su sensación de soledad era abrumadora.

—Bien, me voy a palacio, y volveré a

buscarla al anochecer —le dijo Su Excelencia cuando se disponía a salir.

«Supongo que podría sacar el mejor partido de una mala situación y dejar que las cosas siguieran su curso —pensó, pero la idea todavía le irritaba—. No, una vez que ese joven haya ascendido un poco y parezca adecuado, entonces tal vez pueda sopesar la seriedad de sus intenciones y aprobar el enlace después de todo, pero sólo si se hace como es debido. En cualquier caso, por mucho que los reprendiera no podría evitar que se pusieran infantilmente en evidencia mientras estuviesen juntos, y no es Su Alteza quien pondrá fin a la situación». De esta manera, la languidez de la

consorte le proporcionó la excusa para llevarse a la muchacha, tras presentar diplomáticas peticiones a ambos lados.

[42]

«Supongo que Su Excelencia está enfadado conmigo, pero sé que tú, querida, todavía comprendes cuánto significas para mí. Por favor, ven a verme», le escribió Su Alteza, y ella fue a verla, bella y elegantemente vestida. Tenía catorce años. Aunque era evidente que todavía no era adulta, mostraba una desenvoltura deliciosa y del todo infantil.

—Has sido mi más querida compañera día y noche, y nunca he dejado que te alejaras mucho de mí. Te echaré muchísimo de menos. Ya ha sido para mí

una gran decepción que me quede tan poco tiempo para ver cómo creces. ¡Y qué triste es también, ahora que me dejas, pensar que te marchas!

La dama sollozó. La muchacha, avergonzada, no alzaba la cabeza y permanecía inmóvil, llorando.

Entró Saishô, el aya del joven, y susurró:

—Mi señora, os he tenido en la misma consideración que a mi joven señor, y desearía que no os marcharais. ¡Manteneos firme, aunque Su Excelencia decida casaros con otro!

La muchacha, más avergonzada que nunca, siguió en silencio.

—Vamos, vamos, no le digas esas

cosas. Todos tenemos nuestro destino, y nadie sabe adonde le llevará.

—No, Vuestra Alteza, Su Excelencia parece despreciar a mi señor. ¡Pero preguntad a cualquiera si mi señor es menos encomiable que cualquier otro! — La cólera le hacía ser muy ruda.

El joven caballero las miraba desde detrás de un biombo. Normalmente le habría preocupado que le sorprendieran, pero ahora se limitó a enjugarse las lágrimas de amargura cuando, con una punzada de conmiseración, su aya reparó en él y le presentó un plan a Su Alteza. En la confusión que reinaba después de oscurecer, logró que los dos se vieran.

La timidez les embargaba cuando

estuvieron uno frente al otro, sus corazones latían con rapidez, y al principio sólo lloraron en silencio.

—Me he sentido inclinado a ceder, pues Su Excelencia se comporta de un modo muy cruel —le dijo el joven a la muchacha—, pero sé que si lo hiciera me echarías mucho de menos. ¿Por qué me has impedido que me acercara a ti, cuando estos últimos días podrías habernos ofrecido una oportunidad de encontrarnos?

—Estoy segura de que siento lo mismo que tú.

—¿Me quieres ?

Ella hizo un leve gesto de asentimiento, lleno de infantil inocencia.

Encendieron las lámparas y los indicios de que Su Excelencia regresaba de palacio, sobre todo los ostentosos gritos de su escolta, hicieron que las mujeres se pusieran en movimiento con exclamaciones de sorpresa. La muchacha temblaba de inquietud, pero su obstinado galanteador no pensaba en la reprimenda que podría recibir y se negaba a marcharse.

El aya acudió en busca de la muchacha.



Lámpara de pie

—Oh, no —dijo al ver lo que ocurría —, ¡no puede ser! ¡De modo que es cierto! ¡Su Alteza debe saberlo! —Siguió diciendo en un airado susurro: —¡Esto es terrible de veras! ¡Cómo se lo tomará mi señor el gran consejero, por no mencionar lo que dirá Su Excelencia...! ¡Él es muy apuesto, pero pensar que el destino de ella ha querido que empezara con alguien del sexto rango...!

Ellos podían oírla, ya que ella entonaba sus quejas al otro lado del biombo tras el que se encontraban.

Lo que la nodriza quería decir, pensó el muchacho, era que su rango ni siquiera contaba. Se indignó tanto contra el mundo que el ardor de su pasión se enfrió un

poco. Aquello era demasiado.

—¿Has oído lo que ha dicho? —le preguntó a la muchacha.

¿Cómo puede rechazar por ligeras e indignas estas mangas que debo llevar, teñidas de un tono mucho más intenso, por el escarlata de mis lágrimas? [43]

—¡Qué avergonzado me siento!

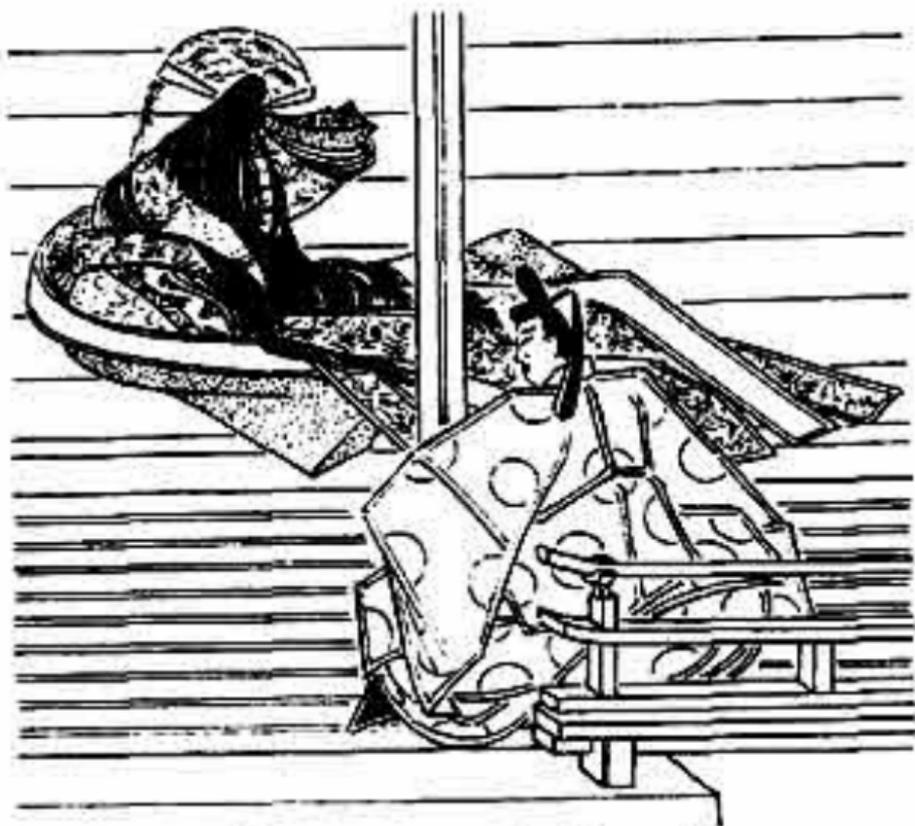
*De las muchas penas que tengo, ay, aprendí a conocer las tonalidades del
pesar:*

*¿cómo es que la túnica entre nosotros ha
adquirido un tinte tan intenso? [44]*

Apenas había acabado de hablar cuando entró Su Excelencia. Ella se vio obligada a seguirle, le gustase o no.

El joven fue a acostarse en su habitación, angustiado por un amargo rencor porque, por así decirlo, le habían dejado atrás. Le alteró tanto oír los tres carruajes alejándose discretamente, que fingió estar dormido cuando Su Alteza pidió que le avisaran de que quería verle, y no se movió. No paraba de llorar. Se pasó la noche suspirando, y cuando la escarcha aún blanqueaba el suelo, se apresuró a volver a su casa. No quería que nadie le viera los ojos hinchados, y puesto que sin duda Su Alteza le llamaría de nuevo, huyó rápidamente adonde

podría estar más tranquilo. Durante el trayecto no dejó de experimentar el sufrimiento que él mismo se había causado. El cielo, todavía oscuro, seguía muy nublado.



Danzarina de Gosechi

*En un amanecer tan cruelmente cercado
por el hielo y la escarcha,
¡cómo se aproxima el cielo y la
oscuridad se hace más profunda bajo*

una lluvia de lágrimas!

Aquel año Su Gracia iba a presentar a una danzarina de Gosechi. No hizo preparativos extraordinarios para la ocasión, pero cuando se acercaba el momento su servidumbre se atareó en la confección de la indumentaria de las muchachas paje y demás elementos de la fiesta. [45] Determinó que los vestidos de las mujeres que acompañarían a la danzarina hasta el palacio [46] se confeccionaran en el pabellón del este, y se encargó de todo lo demás desde su residencia. Su Majestad [47] le ofreció las telas más hermosas para las asistentes y las muchachas paje. La decepción que el

año anterior había causado la cancelación del evento explicaba que este año los cortesanos desearan hacerlo todo del modo más brillante posible, y la gente comentaba que la familia de cada danzarina se afanaba de innumerables maneras por superar a las demás. Quienes aportaban danzarinas eran el gran consejero inspector, el intendente de la Guardia de la Puerta Izquierda y, entre los cortesanos, Yoshikiyo, ahora gobernador de Ômi, y el gran senescal de la Izquierda. Todos hicieron que su danzarina se alojara en palacio, puesto que Su Majestad había decretado que aquel año las danzarinas le sirvieran: por eso todos los caballeros habían deseado tanto que

sus hijas fuesen seleccionadas.

La danzarina que eligió Genji era la hija de Koremitsu, por entonces gobernador de Tsu y comisionado de la Ciudad Izquierda, puesto que se rumoreaba de ella que era una belleza. A Koremitsu le desagradaba la idea, [48] pero otros insistieron.

—Parece ser que el gran consejero presenta a la hija que tuvo de una mujer externa [49] —dijeron—, de modo que, ¿por qué habría de avergonzarte presentar a la tuya?

Al final, y pese a su renuencia, decidió enviarla directamente a palacio. Le hizo aprender la danza en casa con mucha precisión, eligió con esmero a las

mejores damas de honor para que la atendieran y el día señalado, al anochecer, la envió a palacio. Genji, en su mansión, examinó a todas las muchachas paje de sus damas y eligió a las más bonitas. Así pues, cada una de ellas, según su posición, consideró un gran honor que la seleccionara. Genji quiso que desfilaran ante él, como ensayo para su presentación a Su Majestad. Todas eran dignas y, tanto por su aspecto general como por sus rostros, la elección no fue fácil para Genji.

—¡Quisiera poder ofrecerle a Su Majestad una más! —exclamó riendo. Basó su decisión final en la viveza y el porte.

El joven estudioso yacía desconsolado, sin mirar la comida y ni siquiera leer, hasta que salió discretamente a explorar con la esperanza de mejorar su estado de ánimo. Era muy apuesto, de ademanes serenos y elegantes, y tenía una gran distinción, así que a las damas de honor más jóvenes les encantaba verle. Por razones que nadie conocía tan bien como su propia conciencia, Genji no lo permitía acercarse a la señora de Nijô, ni siquiera a sus persianas, sino que le mantenía tan alejado de la dama que él apenas conocía a sus principales damas de honor. Aquel día, sin embargo, parecía haber sido capaz de infiltrarse [\[50\]](#) en medio de la

confusión. Tras bajar del carruaje, habían acompañado a la danzarina al espacio aislado por medio de biombos preparado especialmente para ella en el pasillo, cerca de las puertas dobles. Yûgiri se dirigió a hurtadillas a los biombos y echó un vistazo por una ranura: allí estaba ella, tendida y exhausta. Parecía tener la edad de su amiga, pero era un poco más alta y, en todo caso, bastante más atractiva. Estaba demasiado oscuro para ver con claridad, pero, en conjunto, le recordaba mucho a su amiga, y aunque no podía decirse que la dama le hubiera robado el corazón, se puso lo bastante nervioso para que sus ropas produjeran un frufú. Ella se estaba preguntando inocentemente qué

podría ser aquel ruido cuando él dijo:

*Tú, cuyo privilegio es servir a la diosa
de Toyo—oka,*

*no olvides nunca cómo anhelo
reclamarte pronto como mía. [\[51\]](#)*

«En el interior de la valla sagrada...»

[\[52\]](#)

Su manera de abordarla había sido realmente brusca. La voz era juvenil y agradable, pero ella no podía imaginar de quién procedía, y se sentía un poco alarmada cuando sus damas de honor entraron afanosamente para arreglarle el maquillaje. Aquella agitación hizo que el muchacho, contra su voluntad, se

marchara.

A causa de lo mucho que detestaba el color azul claro de sus ropas, se había mantenido alejado del palacio, pero ahora se encaminó allí porque, en honor al Festival de Gosechi, se permitía llevar mantos de vestir de los colores originales. Por juvenil que fuese su aspecto, lo cierto era que el muchacho estaba muy desarrollado para su edad, y se dirigió allí con ánimo alegre. Agradaba a todo el mundo, de Su Majestad para abajo, y era muy apreciado por todos.

Las danzarinas de Gosechi iban todas exquisitamente acicaladas para su entrada en palacio, pero la de Genji y la del gran consejero causaban verdadera sensación.

Sin duda ambas constituían un placer para la vista, pero el tierno encanto de la de Genji hacía que destacara en especial. Su belleza y su elegancia eran tan extraordinarias que uno apenas podía creer que fuese quien era en realidad, [53] y probablemente por esta razón nadie dejaba de alabarla. Todas las danzarinas eran algo mayores de lo habitual, lo cual hacía que aquel año el festival fuese un poco diferente.

Genji también acudió a echar un vistazo, y recordó a la doncella que le había llamado la atención hacía mucho tiempo. Al anochecer del día del Dragón, [54] le escribió. Cabe imaginar cómo sería su carta.

*Esa bella danzarina juiciosa debió
crecer en su tiempo,
pues el amigo que conocía cuando agitó
sus mangas de ángel es mucho mayor
ahora [\[55\]](#)*

La pobrecilla se sentía emocionada porque, al cabo de tantos años, él todavía se sintiera tentado de expresar tales sentimientos.

*Ya que lo mencionas, recuerdo todo eso
como si fuese hoy: cuando bajé mi
cinta contra el sol me fundí como
escarcha en tus mangas. [\[56\]](#)*

Así le respondió ella, muy

apropiadamente, sobre papel verde con un dibujo [57] y una caligrafía disimulada, la tinta unas veces oscura y otras clara, y con tendencia hacia la cursiva aquí y allá. A Genji le pareció una delicia que alguien como ella escribiera así.

El joven deambuló por allí con un objetivo secreto, ahora que cierta persona le había llamado la atención, pero no le permitían acercarse a ella. Le conminaron a marcharse sin contemplaciones, y, con la timidez de la adolescencia, se resignó suspirando para sí.

Al parecer, Su Majestad había deseado que las danzarinas le atendieran de inmediato, pero ese día les hicieron regresar a sus casas. La hija de Ômi fue a

Karasaki, donde tenían lugar ritos de purificación, y la de Tsu, a Naniwa. [58] El gran consejero entregó una petición para que su hija fuese formalmente admitida en palacio. [59] El intendente de la Guardia de la Puerta Izquierda se llevó una reprimenda por haber presentado una danzarina que no reunía las condiciones exigidas, pero también a ella la pusieron al servicio de Su Majestad. Cuando Tsu observó que quedaba vacante un puesto de dama de cámara, Su Gracia, con profundo pesar de su hijo, premió de buen grado la lealtad de su sirviente. «Si mi rango no fuese el que es —reflexionó el joven—, a mi edad me habría gustado pedirla para mí». La muchacha no significaba tanto

para él, pero la perspectiva de renunciar a ella sin ni siquiera haberle expresado sus sentimientos no hacía más que multiplicar sus motivos para derramar lágrimas.

Un hermano de la muchacha, paje de la corte, acudía a menudo a atenderle, y un día le habló con una vehemencia desacostumbrada.

—¿Cuándo va al palacio tu danzarina de Gosechi?

—Este año, mi señor, o eso tengo entendido.

—Es tan bella que estoy un poco enamorado de ella. Te envidio porque puedes pasar mucho tiempo a su lado. ¿Harás posible que la vuelva a ver?

—¿Cómo podría, mi señor? Ni

siquiera yo puedo verla a mi antojo. ¿Cómo lograría que la viérais cuando ni siquiera a sus hermanos se les permite acercarse a ella?

—Entonces una carta, al menos.

Y el joven caballero le dio una misiva para la muchacha.

Esto fue un golpe, puesto que al paje ya le habían advertido contra tales cosas, pero su señor mostraba una seriedad absoluta, y la compasión pudo más que el sentido del deber. Salió con la carta.

A su hermana le gustó mucho el mensaje... Es posible que fuese inteligente para su edad. Estaba escrito en papel fino de color verde intenso, [\[60\]](#) bellamente doblado, y la caligrafía aún juvenil era

muy prometedora.

*¿Estaba bastante claro, en la plenitud,
del brillante día, que mi corazón
pertenece*

*a la hermosa doncella que danza y a sus
mangas de pluma de ángel? [\[61\]](#)*

Estaban leyendo cuando entró su padre, y ellos, aterrados, no lograron esconder el papel.

—¿Qué es esto? —les preguntó, quitándoles la carta. Los rostros de ambos muchachos se tiñeron de escarlata—. No os proponéis nada bueno, ¿verdad? —rezongó. Llamó a su hijo, que había retrocedido con la intención de

escabullirse—. ¿Quién ha escrito esto?

—Me lo dio el joven caballero de Su Gracia. Insistió en ello.

Una amplia sonrisa apareció en el rostro de su padre

—¡Qué encantadoramente atrevido es ese joven! —exclamó—. Tú tienes su edad, pero no vales gran cosa, ¿verdad?

Tras alabar al remitente de la carta, se la mostró también a la madre de su hijo.

—Ya que el joven caballero se digna reparar en ella, preferiría permitirle que la tenga antes que enviarla al servicio de palacio. Creo que es merecedor de confianza, habida cuenta del hombre que es hoy Su Gracia y que jamás olvida a una mujer que haya conocido. ¡No me

importaría jugar a ser el Novicio de Akashi!

De todos modos, los preparativos siguieron como antes.

Cuando se vio privado incluso de escribir, el joven decidió centrarse sólo en el más noble de sus dos amores, y a medida que el tiempo reforzaba su desesperado anhelo, no podía evitar preguntarse si volvería a verla. Ni siquiera deseaba visitar a Su Alteza. Los recuerdos del lugar donde ella había vivido y donde durante años habían jugado juntos le embargaron hasta que perdió todo deseo de visitar la casa, y volvió a encerrarse en su habitación.

Genji decidió confiárselo a la dama

que vivía en el ala de su pabellón del este. [\[62\]](#)

—Dudo que Su Alteza vaya a vivir mucho más —comentó—, y puesto que le conoces desde que era pequeño, confío en que cuides de él cuando ella haya desaparecido.

La dama aceptó de buen grado y, llena de afecto y amabilidad, se dispuso a hacer lo que Su Gracia le había pedido.

«¡Desde luego, no es ninguna belleza! —se dijo el joven después de tener algún breve atisbo de ella—. ¡Y, sin embargo, mi padre nunca la ha abandonado! ¡Ojalá no me sintiera tan atraído por un rostro que me causa tanto sufrimiento! ¡Y cómo preferiría a una mujer tan amable y

considerada como ella! De todos modos, me compadezco de una mujer a la que no merece la pena mirar. No es de extrañar que Su Gracia, conoedor tanto de su corazón como de su aspecto, mantenga muchos velos [\[63\]](#) entre ellos incluso después de tantos años, aunque para compensar aún le proporcione todo cuanto requiere». (¡Qué inteligencia la suya al pensar así las cosas!) Su Alteza vestía de una manera desacostumbrada, [\[64\]](#) por supuesto, pero aún conservaba su gran belleza, como él suponía desde tiempo atrás que les sucedía a todas las mujeres, mientras que la dama del ala oriental nunca había sido bella, y ahora la edad parecía arrebatarse lo poco que podía

ofrecer; era tan delgada y su cabello raleaba tanto que, por desgracia, uno sentía deseos de hacerlo notar.

Cuando el año llegaba a su fin, Su Alteza se ocupó en la confección de las prendas de Año Nuevo sólo para su nieto. Le preparó muchos juegos de ropa preciosos, pero él se sentía agobiado al verlos.

—¿Por qué me haces tanta ropa cuando es posible que el día de Año Nuevo ni siquiera vaya a la corte? —le preguntó.

—¿Por qué no? Hablas como un anciano decrepito.

—Puede que no sea un anciano, pero me siento decrepito —murmuró él con

lágrimas en los ojos.

Su Alteza le escuchaba apesadumbrada, pues sabía bien qué era lo que le afectaba, y también ella parecía al borde de las lágrimas.

—Un hombre mantiene su orgullo aunque sea de rango humilde —le dijo—. No deberías desanimarte así. ¿Qué excusa tienes para estar taciturno y abatido? Lo único que logras de esta manera es correr un riesgo. [\[65\]](#)

—¿Qué quieres decir? La gente me desprecia porque no tengo más que el sexto rango. Sé que no será así para siempre, pero ahora ir a palacio me resulta penoso. A nadie se le ocurriría desdeñarme así si Su Excelencia siguiera

con vida. Tengo a mi padre, claro, pero pone tanta distancia entre nosotros que no puedo acceder a él con facilidad. Sólo puedo acercarme a él en el pabellón del este. Allí, la dama que vive en el ala oeste es muy amable conmigo. Pero no tendría ninguno de estos problemas si también tuviera madre.

Ahora las lágrimas corrían por sus mejillas, y ver que trataba de ocultarlas conmovió tanto a Su Alteza que lloró todavía más.

—A cualquiera, ya sea de alto o bajo rango, le afectaría la muerte de su madre como te ocurre a ti, pero tú, al contrario que los demás, tienes tu destino en la vida, y estoy segura de que llegará un

momento en el que la gente dejará de despreciarte. No, no debes desmoralizarte. Pero, eso sí, ¡ojalá Su Excelencia hubiera vivido un poco más! Ya sé que la gran influencia de tu padre nos protege de todos modos, pero hay muchas cosas que desearía que fuesen distintas. Tengo entendido que todo el mundo alaba al ministro de Palacio por su carácter excepcional, pero cada vez se parece menos al que era, y lamento haber vivido para verlo, porque me enoja ver a una persona como tú, con todo tu futuro por delante, preso en estas dificultades, por triviales que puedan ser. —La dama había hablado entre sollozos.

Genji no salió el primer día del Año

Nuevo. Llevaron los Ruanos Azules a su residencia, de acuerdo con el precedente establecido por el ministro Yoshifusa, [66] y en los días del festival [67] se dio una nueva magnificencia a la práctica tradicional.

Pasado el día veinte del segundo mes, Su Majestad emprendió un viaje oficial al palacio Suzaku. [68] Era demasiado pronto para que los cerezos estuvieran en su esplendor, pero el tercer mes estaría dedicado al recuerdo de la difunta emperatriz. [69] Las flores tempranas eran tan bellas que Su Eminencia había hecho decorar su residencia con especial esmero, y cuantos le escoltaban en el viaje, especialmente los nobles y

príncipes, se esforzaron por tener el mejor aspecto posible. Todos vestían de verde hoja sobre blanco de flor de cerezo, y Su Majestad de rojo. El canciller estaba presente por orden imperial, y puesto que también él vestía de rojo, más que nunca parecían uno solo y no era fácil diferenciarlos. Todos los reunidos destacaban por su atuendo y su porte. También Su Eminencia había ganado en apostura al madurar, y su elegancia y sus ademanes se habían refinado. Aquel día no convocaron a los académicos, y sólo asistieron diez estudiantes conocidos por su talento en la composición de poesía china. Anunciaron el tema como si fuese para el examen del Departamento de

Ceremonial, [70] probablemente porque el hijo de Su Gracia iba a examinarse en serio. Los estudiantes más pusilánimes, aturdidos e incapaces, subieron a varios botes y quedaron a la deriva por el lago. Pronto las barcazas [71] de la orquesta se deslizaron bajo el sol poniente, y los músicos tocaron preludios a los que el viento que soplabá desde las colinas añadía una bella música propia, mientras el joven caballero mascaba su rencor contra el mundo y se quejaba diciéndose que si su camino no fuese tan difícil, estaría divirtiéndose con los demás.



Danza de «La canción del ruiseñor primaveral»

Cuando danzaron la «Canción del ruiseñor primaveral», Su Eminencia recordó la fiesta bajo los cerezos celebrada mucho tiempo atrás.

—Me pregunto si alguna vez volveremos a ver un acontecimiento similar —comentó, y sus palabras

desencadenaron en la mente de Genji emocionantes recuerdos de aquel reinado.

Cuando la danza terminó. Genji le ofreció una taza de sake.

*El ruiseñor aún canta con la misma
dulzura que ayer,
mas las flores que otrora amó ya no
parecen en absoluto las mismas.*

Su Eminencia contestó:

*Aunque en mi morada la densa niebla me
oculta el variado esplendor palaciego,
todavía oigo el canto del ruiseñor
proclamando que es primavera.*

El ex príncipe virrey, ahora Su Alteza de la Guerra, ofreció la taza a Su Majestad y añadió con agudo ingenio:

El bambú hueco del que surge una música tan dulce de los viejos tiempos ahora incita al ruiseñor primaveral a emitir un canto siempre nuevo.

Su Majestad habló entonces con una elegancia superlativa:

*Cuando el ave primaveral con tanto sentimiento repite su canto que recuerda el pasado,
¿da a entender que las flores de ahora no tienen la belleza que tuvieron*

entonces? [\[72\]](#)

Todo esto tuvo lugar en privado, en una selecta compañía, por lo que es posible que no me hayan llegado algunos poemas, o tal vez nunca fueran puestos por escrito.

Su Majestad pidió que trajeran instrumentos de cuerda, ya que los músicos estaban demasiado lejos para oírlos bien. Su Alteza de la Guerra tomó el *biwa*, Su Excelencia, el ministro de Palacio, se hizo con el *wagon*, y Su Eminencia con el *sô no koto*, mientras que Su Gracia, como de costumbre, recibía el *kin*. No es posible expresar con palabras la calidad de su música, pues todos ellos

eran auténticos virtuosos y tocaban con un perfecto dominio de su arte. Muchos cortesanos estaban allí para cantar el solfeo. [\[73\]](#) Primero interpretaron «¡Ah, maravilloso día!» y luego «El hombre de la flor de cerezo». Aquí y allá, en la isla, encendieron fogariles bajo la luz encantadora de una luna brumosa, y la música de Su Majestad finalizó.

De regreso, aunque ya era muy entrada la noche, Su Majestad visitó a la emperatriz madre, pues le pareció que sería una crueldad desperdiciar aquella ocasión de hacerlo. Su Gracia le acompañó cortésmente. La emperatriz los recibió encantada. Al reparar en los signos evidentes de su avanzada edad,

Genji pensó en Fujitsubo y lamentó que ciertas personas tuvieran una vida muy larga.

—Una anciana como yo se olvida de todo —les dijo—, y sin embargo, ¿sabéis?, vuestra gentil visita me hace rememorar vividamente aquel reinado de hace tanto tiempo. —Empezó a sollozar.

—Ahora que he perdido esas queridas y familiares presencias, ya no reconozco la llegada de la primavera [74] —replicó Su Majestad—, pero este día me ha consolado mucho. A veces debemos...

—También yo os visitaré de nuevo —le dijo Genji.

Sin duda, el corazón de la emperatriz latía con fuerza ante la ruidosa conmoción

creada por la partida de Su Majestad. Le entristecía lo que Genji debía de pensar de ella y lamentaba que hubiera sido tan imposible frustrar su destino de gobernante.

La dama de personal, [\[75\]](#) discretamente sumida en sus meditaciones, evocó muchos recuerdos absorbentes. Probablemente Genji aun permitía que el viento le llevara sus palabras. Cada vez que la emperatriz madre tenía algo que decir a Su Majestad, cada vez que se sentía insatisfecha con las sinecuras y los beneficios que se le concedían o con cualquier otra cosa, se decía que ojalá pudiera volver atrás para impedir el triste declive que su larga vida

le obligaba a presenciar, y lo condenaba todo amargamente. A medida que iba envejeciendo, tanto más malhumorada se volvía, hasta el punto que incluso a Su Eminencia le resultaba insoportable permanecer a su lado.

Aquel día el joven alumno presentó una buena composición y se convirtió en candidato regular. Sólo aprobaron tres de sus compañeros, pese a que Su Majestad había elegido aspirantes con profundos conocimientos y que tenían años de estudios a sus espaldas. Cuando se anunciaron los nombramientos de otoño, recibió el gorro correspondiente a su cargo y le nombraron consejero. Ni por un momento olvidaba a su amor, pero su tío

el ministro le tenía tanta inquina que las posibilidades de acercarse a la muchacha eran nulas. Encontró la manera de hacerle llegar sus cartas, pero la triste situación de los enamorados no varió un ápice.

Genji deseaba encontrar un lugar tranquilo donde vivir, que fuese elegante y lo bastante amplio para acomodar a todas las damas que habitaban en incómodas y remotas aldeas de montaña, y, en consecuencia, escogió un terreno de cuatro *chô* [76] en Rokujô y Kyôgoku, donde se había alzado la antigua residencia de Su Majestad, e hizo que comenzaran las obras. El año siguiente sería el quincuagésimo de Su Alteza del Ceremonial, y, por lo tanto, la dama que

habitaba en el ala occidental del palacio de Genji planeaba una celebración [77] que Genji estuvo totalmente de acuerdo en no pasar por alto. Por este motivo pidió que se acelerase la construcción, pues le parecía que los preparativos se podrían realizar a gusto de todos en la nueva y espléndida finca. Una vez hubo comenzado el Año Nuevo, su participación personal en los preparativos se intensificó, y se dedicó a organizar el banquete, [78] así como a seleccionar a los músicos y danzarinas. La dama del ala oeste supervisó los adornos de los rollos e imágenes sagrados, las vestimentas, las recompensas, [79] etcétera. Genji también asignó tareas a la dama que vivía en el

pabellón oriental. La relación entre ellos no dejaba de crecer en afecto y frecuencia de visitas.

El mundo bullía con todo esto, y Su Alteza del Ceremonial también se enteró de ello. Con una mezcla de amargura y culpabilidad, Su Alteza reflexionó: «Su Gracia siempre se muestra bondadoso con todo el mundo, y sin embargo se ha portado cruelmente conmigo y los míos. A veces me ha avergonzado, ha desairado a familiares míos y me ha mortificado en numerosas ocasiones... Sí, debe de haber alguna razón para que yo le desagrade. Y, sin embargo —al llegar aquí sintió un acceso de alegría—, esta prueba de su consideración y estos preparativos, de los

que todo el mundo habla, llegan como un honor inesperado para mí en una edad tan avanzada, aunque la buena suerte de mi hija, a la que públicamente tiene en la mayor estima y muy por encima de las otras damas, no se haya extendido a mi casa». Sin embargo, la esposa de Su Alteza puso objeciones y consideró que el acontecimiento era una soberana pesadez. Probablemente ahora detestaba más a Genji porque no había ayudado a su hija cuando fue a servir a Su Majestad.

La finca de Genji en Rokujô quedó terminada el octavo mes. Su Majestad, Akikonomu, ocupó los aposentos del sudoeste, sin duda porque era allí donde se había alzado su residencia en el

pasado. Genji se alojó en el ala sudeste. Cedió la nordeste a la dama de su pabellón oriental, y la noroeste a la dama de Akashi. Hizo cambiar la disposición de los promontorios y del lago, cambiando las formas de las elevaciones y los cursos de agua de acuerdo con los deseos de las residentes.

Desde el ala sudeste se dominaban altas colinas, con todos los árboles que florecen en primavera y un lago especialmente bello; y en el jardín próximo, delante de la casa, plantó no sólo pino blanco, ciruelo rojo, cerezos, glicinas, rosas amarillas y azaleas, todos los cuales tienen su mejor floración en primavera, sino también, aquí y allá,

discretos toques de plantas otoñales. En la zona ocupada por Su Majestad plantó, en la colina ya existente, árboles que sin duda brillarían con los suntuosos colores del otoño, convirtió los manantiales en claros arroyos, añadió rocas al riachuelo para que el rumor del agua fuese más intenso y creó una cascada, mientras que en la ancha extensión de su prado recién plantado las flores crecían con toda la profusión de la temporada. El resultado era un otoño que ponía en evidencia a los marjales y a las montañas de Saga y Ôi. La zona del nordeste, con su fresco manantial, era ideal para tener sombra en verano. Bambúes chinos crecían en el jardín próximo, para refrescar la brisa;

altas arboledas ofrecían agradables lugares umbríos, como en una aldea de montaña. El seto era de *deutzia*, y entre las plantaciones de naranjos —cuya fragancia evocaba el pasado—, de claveles, rosas y peonías, crecían también flores de primavera y otoño. El terreno al este del aposento que ocupaba Genji estaba dividido en una pista de equitación con un pabellón y rodeado por una valla entretejida. Al borde del agua crecían densos los ácoros, para los juegos del quinto mes, [\[80\]](#) y en los cercanos establos se guardaban los más soberbios caballos. La parte norte del lado noroeste contenía hileras de depósitos de almacenamiento. A lo largo de la valla

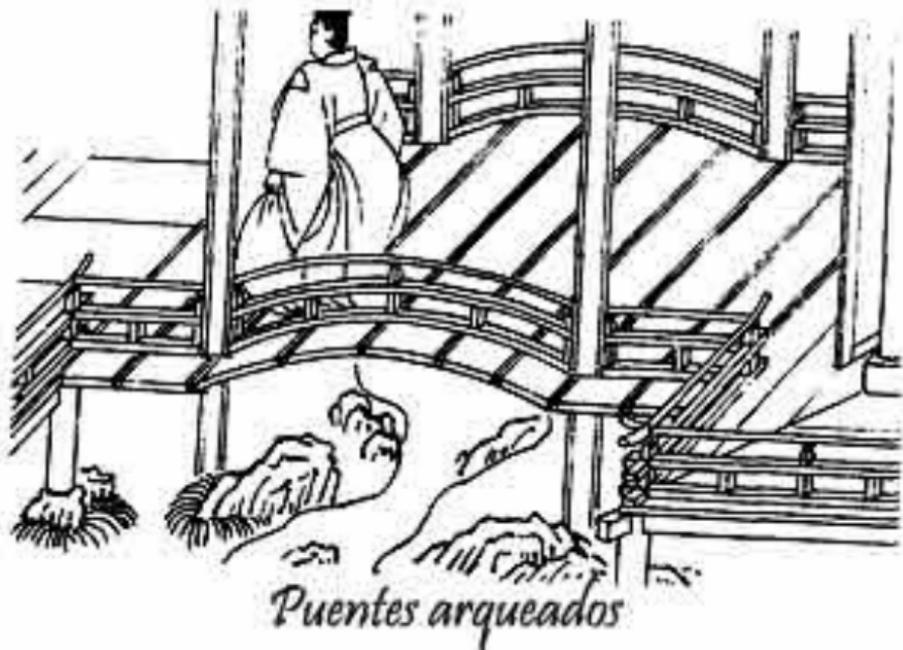
divisoria se alzaba un denso pinar destinado a resaltar la belleza de la nieve. Había una valla entretejida con crisantemos para recoger la escarcha matinal a comienzos del invierno, un bosquecillo de robles [81] y una variedad de árboles sin nombre trasplantados desde la espesura de las montañas.

Genji y su dama se mudaron durante el equinoccio. [82] Él habría querido que todos lo hicieran al mismo tiempo, pero a Su Majestad la idea le pareció ostentosa, así que hubo que esperar un poco. La dama de las Flores que Caen, tan dócil y poco exigente como siempre, llegó la misma noche. No era la estación de florecimiento de las plantas, pero el

jardín seguía siendo encantador. Llegaron en quince carruajes, con una escolta formada sobre todo por caballeros de los grados cuarto y quinto, pero que incluía a los mejores del sexto, así como cortesanos seleccionados por Genji. No era excesivo. Había mantenido un séquito modesto, a fin de no incurrir en la desaprobación del mundo, y no había nada llamativo ni pomposo en él. Tampoco descuidó por completo a aquella otra dama, porque puso al consejero [\[83\]](#) a su servicio, y el consejero la atendía tan bien que una habría dicho que los dos estaban hechos realmente el uno para el otro. Las habitaciones de la zona de las damas de honor estaban amuebladas con más

esmero de lo habitual.

Cinco o seis días después, Su Majestad, Akikonomu, llegó desde palacio, pero no por ello su llegada fue menos ceremoniosa. No hace falta decir que el destino la había favorecido, pero su propia elegancia y dignidad le habían granjeado también la más alta aprobación del mundo. Entre los aposentos de la mansión había tabiques y galerías que Genji había diseñado para estimular una amigable relación entre todas ellas.



En el noveno mes estallaron los colores del otoño, y el jardín de Su Majestad adquirió una belleza indescriptible. Una ventosa noche de otoño depositó flores y hojas de múltiples colores sobre la tapa de una caja y la envió a la residencia de Su Gracia. La alta muchacha paje, vestida con ropas

sobrepuestas de color violeta oscuro bajo un estampado de ásteres y un manto rojizo, llegó con paso airoso por las galerías y los puentes arqueados. Pese a la formalidad de la ocasión, Su Majestad no había podido resistirse a enviar a la encantadora muchacha, que, como llevaba mucho tiempo a su lado, tenía un aire y unos modales mucho más distinguidos que los de cualquier otra.

Su Majestad había escrito:

*Tú, cuyo jardín aguarda tu deseo de
recibir la primavera, contempla al
menos estas*

*hojas otoñales de mi hogar que te ha
traído el viento.*

Las damas de honor más jóvenes dieron a su emisaria una alegre bienvenida. Como respuesta, su señora extendió musgo sobre la tapa de una caja, salpicó el musgo de guijarros que parecían rocas y colocó allí una rama de pino blanco, [84] a la que ató este mensaje:

*Son menudencias, hojas caídas
desperdigadas por el viento: quisiera
que vieses
en el pino aferrado a la roca el color
más puro de la primavera.*

Un examen detenido del pino entre las rocas reveló un excelente trabajo. Su

Majestad quedó encantada por esta prueba del despierto ingenio y la perspicacia de quien lo había enviado, y sus damas de honor también lo alabaron.

—Te ha puesto en un brete con ese mensaje de las hojas otoñales —observó Genji—. Tienes que responderle adecuadamente en la estación de las flores primaverales. Me pregunto si la manera en que has hablado mal de las hojas otoñales no ofenderá a la señora Tatsuta... El poema con que le respondas tendría mayor fuerza si te hubieras retirado y hubieses buscado refugio bajo las flores.

El juvenil encanto de Genji cautivaba indefectiblemente a sus seres queridos, y ello le permitía ir acercándose cada vez

más a su hogar su ideal. Los mensajes y sus respuestas se sucedían.

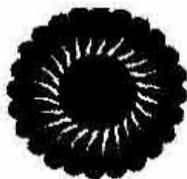
La dama de Ôi pensó que, como ella importaba tan poco, podría pasar desapercibida una vez las poderosas estuvieran instaladas, y llegó el décimo mes. [\[85\]](#) Genji dispuso que tanto su mobiliario como su misma llegada a la mansión le hicieran justicia. En atención a su hija, apenas hizo distinción de protocolo entre ella y las demás, y le dio una bienvenida absolutamente digna.

Tamakazura

La guirnalda de zarcillos

La palabra *tamakazura* se resiste a la traducción, pero aquí nos hemos decidido por «guirnalda de zarcillos». El término se convirtió en el título del capítulo y en el nombre tradicional de Tamakazura porque Genji lo utiliza para referirse a ella hacia el final del capítulo:

*Sí, mi amor sigue vivo, como lo estaba
mucho tiempo atrás; pero,
¡oh, guirnalda de zarcillos, dime qué
largo y sinuoso tallo te condujo hasta
mí!*



Relación con los capítulos anteriores

«La guirnalda de zarcillos» se superpone a la última parte de «Las doncellas». Comienza a principios del año en que Genji tiene treinta y cinco y prosigue, más allá del final de «Las doncellas», hasta el final de ese año.

Personajes

Su Gracia, el canciller,
Genji, de 35 años

Ukon, dama de honor de Murasaki,
antes de Yûgao

El aya de Yûgao

La joven señora, hija de
Yûgao, a quien Ukon llama Fujiwara
Ruri-gimi, de 21 años (Tamakazura)

El marido del aya, delegado
del virrey de Dazai (Dazai no Shôni)

El auditor comisionado,
pretendiente de Tamakazura, de unos 30
años (Taifu no Gen)

Hyôtôda, vicegobernador de Bungo,
hijo mayor del delegado del virrey de
Dazaifu

El segundo hijo

Ateki, ahora Hyôbû, hija
menor del delegado del virrey de Dazaifu

Su hermana mayor

El posadero de Tsubaichi

Sanjô, dama de honor de Tamakazura

El sacerdote del Hasedera

La dama de Genji, de 27 años
(Murasaki)

La hija de Genji, de 7 años
(Akashi no Himegimi)

La dama del aposento en
el nordeste de Rokujô, la

dama del verano (Hanachirusato)

El capitán, de 14 años (Yûgiri)

El alazor (Suetsumuhana)

A pesar de que pasaban los meses y los años, Genji no había olvidado a alguien a quien seguía amando, aunque ella había desaparecido como el rocío de belleza crepuscular, y Genji, tras su amplia experiencia con los sentimientos y las formas de ser de muchas damas, sólo deseaba que ella estuviera viva. Seguía teniéndole afecto a Ukon, pues, aunque carecía de rasgos notables, le recordaba a ella y ahora figuraba entre las damas de honor que llevaban más tiempo su servicio y con las que estaba más familiarizado. Ukon había atendido a la señora del ala occidental desde que él se había trasladado a Suma, cuando había enviado allí a sus damas de

honor, y en aquel entorno había sido valorada por su diligencia y su discreción. Pero en el fondo ella sabía que, si hubiera seguido viva, su señora habría igualado a la dama de Akashi en la estima de Genji, y que, dada la constancia con que discretamente seguía cuidando incluso de las mujeres que significaban poco para él, sin duda también ella, aunque no figurase entre las grandes, se habría mudado a su finca de Rokujô, y esta certeza le causaba pesadumbre.

Ukon había guardado el secreto de Genji. Jamás había revelado el destino de la pequeña a la que había dejado en el distrito occidental de la ciudad y, obedeciendo la advertencia que él le

hiciera de proteger su nombre, puesto que en cualquier caso ya todo había terminado, ella ni siquiera había empezado a hacer pesquisas. Entretanto, el marido del aya había sido nombrado delegado del virrey de Dazaifu, y su familia le había acompañado a su nuevo lugar de residencia. Estas circunstancias explicaban que, cuando la niña tenía cuatro meses de edad, la llevaran a Tsukushi.

Su aya había llorado día y noche, embargada por el vivo deseo de saber adonde había ido su señora. Rezó a los budas y los dioses y buscó en todos los lugares donde era posible que estuviera, pero no averiguó nada. «Muy bien,

entonces no hay nada que hacer —se dijo—. Por lo menos tengo a su hija para preservar su memoria. ¡Qué lástima que esta criatura tenga que realizar con nosotros un viaje tan duro!» Quería ponerse en contacto con el padre de Jaña, pero nunca se presentaba el momento apropiado.

—No sabemos adonde ha ido su madre, y ¿qué diríamos si él nos preguntara? —se recordaban entretanto ella y sus mujeres unas a otras.

—Al fin y al cabo, ella apenas ha tenido nada que ver con él y, en cualquier caso, quedarse con la niña sólo le causaría problemas.

—Me temo que, si lo supiera, no nos

permitiría que nos la llevásemos.



Embarcación

Así pues, tomaron una decisión. La pequeña ya era orgullosa y bonita, y su nodriza se sintió muy apenada cuando la subió a bordo de una embarcación que no estaba en absoluto equipada, y la nave zarpó. La niña, a su manera infantil, todavía recordaba a su madre, y las lágrimas de su nodriza brotaban sin cesar cada vez que ella le preguntaba si iban a buscar a mamá. Sus propias hijas también añoraban a la dama, y ella tenía que

amonestarlas sin cesar y reconvenirse a sí misma, porque estaban poniendo en peligro la travesía. [1]

—Mi señora era en verdad tan joven... ¡Ojalá pudiera haberle mostrado todo esto! —dijo una de las hijas mientras pasaban ante bellísimos paisajes.

Pero la otra hija pensaba con nostalgia en la ciudad, y replicó:

—¡Si mi señora estuviera viva, no nos habríamos marchado!

Con las cabezas juntas, tristemente envidiosas de las olas que retornaban, [2] lloraban al oír a los remeros cantando con sus ásperas voces: «¡Qué lejos hemos llegado, y con qué pesar en nuestros corazones!».

*¿Qué amores lloran nuestros bravos
remeros para que con tristes voces
boguen*

*cantando ante la costa, más allá de la
isla de Ôshima?*

*En el mar sin caminos que se extiende
hacia atrás y hacia delante por lo
desconocido,*

*¿dónde, ay, buscaremos a la dama que
añoramos?*

Así pues, cada una de ellas,
«desterradas a lo más remoto», [3]
expresó lo que sentía en su corazón.

—No olvidaré —repetía el aya como
un estribillo cuando rodeaban el cabo de

Kane, [4] y, al desembarcar, la joven lloró desconsolada al pensar en lo lejos que se encontraban.

Día y noche mimaba a la hijita de su señora. De vez en cuando incluso soñaba con ésta y, al ver a aquella misma mujer [5] a su lado, se sentía entonces tan angustiada, incluso tan mal físicamente, que tenía la terrible certeza de que su señora ya no estaba viva.

El delegado del virrey de Dazaifu había finalizado su periodo de servicio y tenía que regresar, pero la travesía era larga y le preocupaba la falta de hombres y medios para partir de inmediato. Entonces cayó gravemente enfermo, y al notar la proximidad de la muerte pensó en

su pequeña pupila, que por entonces tenía diez años y poseía una belleza asombrosa.

—¿Qué será de ella si también la abandono? Me parecía una desventura para ella que creciera en este desgraciado lugar, pero me proponía llevarla a la ciudad a su debido tiempo, informar a quienes desearan saber de ella y verla dignamente situada, puesto que todas las posibilidades que ofrece la ciudad permitían abrigar grandes esperanzas, ¡y ahora, después de todo, mi vida va a finalizar aquí! —Entonces ordenó a sus tres hijos: —No penséis en nada más que en llevar a esta muchacha de regreso a la ciudad. No importan vuestras obligaciones hacia mí. [\[6\]](#)

Ningún miembro del personal a su servicio sabía de quién era la niña, pues él les había dicho que era una nieta de cuya crianza tenía que ocuparse. Nunca había permitido que nadie la viera y había cuidado de ella con gran esmero. Su súbita muerte fue un golpe tan cruel que su esposa sólo quería marcharse, pero él había tenido muchos enemigos locales cuyas maquinaciones ella temía, [7] y mientras transcurrían unos años extrañamente irreales, su pupila creció hasta convertirse en una joven dama, y no sólo más bella que su madre, sino también, tal vez por lo que debía a su padre, poseedora de una exquisita distinción. Su dulzura y su elegancia eran

perfectas. Muchos galanes rurales intentaron cortejarla cuando se difundió el rumor de sus cualidades, pero nadie de la familia hizo el menor caso, puesto que la simple idea de tal cortejo era una ofensa.

Su aya explicaba a todo el mundo:

—Sí, desde luego es muy bella, pero hay en ella algo que no está nada bien y que me impide darla en matrimonio. Me propongo convertirla en monja y tenerla a mi lado el resto de mi vida.

—Dicen que la nieta del difunto delegado tiene un defecto —se rumoreó—. ¡Qué lástima!

Estos chismorreos eran desconcertantes.

—Tenemos que llevarla de regreso a

la ciudad e informar de ella a Su Excelencia, su padre —dijo el aya—. No creo que él la deje de lado, pues de pequeña la encontraba encantadora.

Desesperada, el aya dirigió numerosas plegarias a los budas y a los dioses.

Sus hijos e hijas habían formado sus propios vínculos en el lugar y se habían establecido allí, y aunque ella, en el fondo del corazón, estaba tan deseosa como siempre de marcharse, lo cierto era que la ciudad había empezado a parecerle muy lejana. Cuanto más conocía el mundo, tanto más decepcionante le resultaba, y empezó a realizar los tres retiros anuales. [8] A los veinte años, la joven dama era plenamente madura y poseía una belleza

asombrosa.

Vivían en la provincia de Hizen, y allí todo el mundo con ciertas pretensiones de nobleza había oído hablar de la nieta del delegado, pero aun así seguían cortejándola, hasta el punto de que los pretendientes se convertían en una molestia. Uno de ellos, un hombre conocido como el auditor comisionado, tenía parientes en Higo, donde gozaba de una alta reputación. Era un guerrero poderoso, pero su marcialidad no estaba reñida con la galantería, y le gustaba coleccionar mujeres bonitas.

—No importa que tenga alguna tara — dijo cuando oyó hablar de la joven dama —. Eso no va a detenerme, por grave que

sea. Cuidaré de ella y cerraré los ojos a sus defectos.

La insistencia de su galanteo alarmó al aya.

—No, no —le dijo al pretendiente—, es imposible. Ella no puede oír tales cosas, porque está a punto de hacerse monja.

Pero esto sólo sirvió para estimular más al caballero, que viajó a la provincia donde ellas vivían. Allí convocó a los hijos del aya.

—Si todo va como deseo, podéis contar con el beneficio de mi influencia —les propuso, y dos de ellos se inclinaron a ceder.

—Al principio convinimos en que ese

matrimonio estaría por debajo de ella — explicaron al resto de la familia—, pero podíamos confiar en que él sería un firme aliado nuestro. ¿Creéis que nos sería posible seguir viviendo aquí si estuviera en nuestra contra? Ella es de alta cuna, ciertamente, pero no significa nada para su padre, y ¿de qué le sirve su alcurnia si nadie la conoce? De momento es afortunada por haber despertado así el interés de ese hombre. Para eso debe de haber venido aquí, a un lugar tan remoto. ¿Qué sentido tiene que ella se apresure a ocultarse? Imaginad lo que él podría hacer si se enojara, y está claro que no aceptará un no por respuesta.

Estas advertencias escandalizaron al

mayor de los tres hermanos, el vicegobernador de Bungo.

—Eso está mal y es una gran vergüenza. Recordad lo que nos dijo nuestro padre. Después de todo, debemos encontrar la manera de llevarla a la Ciudad.

Las hijas lloraban consternadas.

—Su madre se marchó y desapareció sin dejar rastro —decían entre lágrimas—, y lo menos que podemos hacer por ella es ayudarla a que lleve la clase de vida que se merece... ¡En fin, no puedo ni pensar que pase su vida con un hombre así!

Pero el pretendiente en cuestión no sabía nada de esto. Se imaginaba que era

un elegante caballero y sometía a la joven a un vigoroso asedio con sus cartas. Su caligrafía no era mala, y estaba muy satisfecho de sus misivas, aunque escribía con un estilo marcadamente rural que contrastaba con el papel chino coloreado [9] y el penetrante perfume que usaba.

Convenció al segundo hijo para que le llevara a la casa. Era un hombre alto y fornido, de unos treinta años y bastante apuesto, pero mostraba ciertas desagradables actitudes y unos modales bruscos que causaban irritación a quien los presenciaba. Tenía un color saludable, pero su voz era muy áspera, y hablaba en una jerga difícil de entender. Esto sucedía en una noche primaveral muy insólita, si

tenemos en cuenta que el «galanteador nocturno» [10] se presenta apropiadamente en secreto, resguardado por la oscuridad. Aunque no era otoño, desde luego el momento podía ser calificado de «extraño». [11] La «abuela» de la joven le recibió con la esperanza de no herir sus sentimientos.

—El difunto delegado era un caballero tan amable y digno que había esperado llevarme bien con él —empezó a decirle el auditor—, y lo sentí de veras cuando falleció antes de que pudiera hablarle de mis propósitos. Hoy no he permitido que nada me impidiera venir a veros, decidido como estoy a ponerme en su lugar, totalmente a vuestro servicio.

Tengo entendido que la dama que reside aquí pertenece a un linaje excepcional y, en consecuencia, apenas puedo merecerla. Vuestro humilde servidor siempre la respetará y considerará por encima de él. Señora, vuestra manifiesta renuencia sin duda se debe a la desaprobación por lo que habéis oído decir con respecto a mi relación con numerosas mujeres indignas, pero ¿creéis que desearía honrar así a esa clase de mujeres? ¡En modo alguno, y mi amada jamás será menos para mí que la misma emperatriz!

El suyo había sido un discurso vigoroso.

—¡Oh, no, no se trata de eso! Vuestras palabras son muy gratas, pero, mirad, ella

debe de tener el peor de los karmas, porque en privado lamenta que una delicada razón le impida contraer matrimonio, y su desdicha, os lo aseguro, es dolorosa de contemplar.

—¡No os preocupéis por eso! Si es ciega o tiene una pierna rota, me ocuparé de que se cure, pues tengo a los dioses y budas de esta provincia a mi disposición.

Tras esta orgullosa afirmación, insistió en fijar la fecha del matrimonio.

Ella apeló sin éxito a las costumbres rurales:

—Pero este mes es el último de la estación. [\[12\]](#)

Cuando se disponía a marcharse, se detuvo, pensativo, pues deseaba entregar

un poema:

*Si a mi amor alguna vez fuese infiel,
solemnemente juro por
el dios del espejo del santuario de
Matsura. [13]*

Bueno, esto sí que es un poema, [14] si puedo decir tal cosa —dijo sonriente, evidenciando una desmesurada inocencia.

El aya, que estaba aturdida, no se encontraba en condiciones de contestarle, y cuando se lo pidió a sus hijas, éstas le dijeron que estaban todavía más perplejas que ella, por lo que, al cabo de lo que pareció una eternidad, he aquí lo que pudo responder con voz temblorosa:

Si mis sinceras plegarias, que un año tras otro he ofrecido, no tuvieran ningún resultado, puede que condenara tanto al dios como al espejo.

—¡Espera un momento! ¿Qué es lo que has dicho?

El auditor se puso en pie ante ella, y la nodriza palideció de temor.

Sin embargo, las aturdidas hijas le sonrieron valerosamente.

—Tan sólo quiere decir que la joven dama no es como las demás personas —se apresuraron a explicar.

—Naturalmente, sería una gran decepción que las cosas no salieran como

deseáis, pero me temo que mi pobre madre está muy confusa en su ancianidad y lo ha entendido mal.

—¡Ah, ya comprendo! —dijo él, asintiendo—. No, no, el giro de su frase ha sido delicioso. A los de provincias se nos considera unos zoquetes, pero eso no responde en absoluto a la realidad. ¿Qué tiene de extraordinaria la gente de la ciudad? A mí no se me escapa nada. ¡No me miréis por encima del hombro!

Tentado estuvo de recitar otro poema, pero tal vez fuese un esfuerzo excesivo para él, porque se marchó.

El aya habló seriamente con su hijo mayor, temerosa y desesperada al ver que el segundo hijo se había pasado al otro

bando. El joven no sabía qué hacer, y protestó diciendo que, desde luego, no podían permitir que aquel individuo se quedara con ella, pero que sus dos hermanos estaban contra él porque no lo aceptaba, y que insistían en que serían apresados si se convertían en enemigos del auditor y que todo lo que hicieran sólo serviría para empeorar las cosas. Entretanto, la joven dama se hallaba en un estado patético y, como es natural, estaba convencida de que preferiría morir. Todo esto hizo que la nodriza se decidiera a emprender, después de todo, una acción drástica. Sus dos hijas abandonaron a los maridos con los que llevaban muchos años y se marcharon con ella. La mujer

antes llamada Ateki, y ahora conocida como Hyôbu, salió a hurtadillas por la noche con su señora para subir a bordo de la nave. [15] Lograron huir mientras el auditor comisionado se encontraba en Higo, desde donde pensaba regresar el día señalado, el vigésimo del cuarto mes.

La hermana mayor tenía ya tantos familiares en el lugar que no pudo acompañarlas. Cuando llegó el momento de las tristes despedidas, y la menor supo que tal vez nunca vería de nuevo a su hermana, se percató de lo poco que le preocupaba abandonar el que había su hogar durante tanto tiempo. Si miraba atrás con pesadumbre era por el santuario de Matsura que se alzaba en la costa y por

la hermana mayor que dejaba atrás.

*Remamos sin cesar dejando atrás
Ukishima [\[16\]](#) y nuestros pasados
problemas,*

*pero nuestra angustia no cesa, pues no
sabemos adonde vamos,*

dijo, y la joven dama:

*Por interminables caminos en las olas
nuestra nave avanza hacia invisibles
metas,*

*mientras la voluntad del viento me lleva
a través de un amplio mar de pesares.*

Se tendió boca abajo, abrumada por

una sensación de impotencia.

Temían que, al divulgarse la noticia de su huida, el auditor las persiguiera decidido a salirse con la suya, como era seguro que sucedería, y por ello habían insistido en que les proporcionaran una nave rápida, que ahora un viento de popa hacía avanzar con peligrosa celeridad. Pasaron sin contratiempos ante la Costa Atronadora. [\[17\]](#)

—¿Es de piratas esa pequeña embarcación que navega tan veloz? — gritó alguien, pero era inevitable que, más que a piratas aventureros, temieran que aquel hombre terrible fuese en pos de ellas.

*Cuando nuestra desgracia agita una
tormenta atronadora dentro de mi pecho,
¿no hay nada que temer en la Costa
Atronadora [18]*

La noticia de que habían llegado a Kawajiri les alivió un poco. Como antes, las rudas voces de los marineros les emocionaron al cantar «Desde Karatomari bogamos, hacia Kawajiri». [19] El vicegobernador de Bungo se unió a ellos, cantando con profundo sentimiento. «Hemos olvidado a nuestras queridas esposas, a nuestros hijos», seguía diciendo la canción, y él pensó: «Sí, los he dejado atrás... ¿Qué va a ser de ellos? Los hombres que podían haberlos

protegido han venido con nosotros. ¿Qué podría hacer aún ese hombre, impulsado por la cólera, tras haberlos echado de sus hogares?». Y ahora que experimentaba cierto alivio, reflexionó: «Qué necio he sido al marcharme sin pensar dos veces en ellos». Lloró mientras seguía pensando en el triste destino de sus seres queridos, y tarareó: «En vano abandoné esposa e hijos en una tierra bárbara». [\[20\]](#)

Hyôbu, que le había oído, pensaba de la misma manera. «Sí —se dijo—, lo que he hecho es absurdo. ¿Qué pretendía conseguir abandonando al hombre que me ha mantenido durante tantos años para huir así? Tal vez se le pueda llamar “ir a casa”, pero la verdad es que no tengo casa

a la que ir, no tengo amigos ni parientes a los que pedir ayuda. Sólo por una joven he dejado atrás la tierra donde vivía para navegar a merced del viento y el oleaje, y no puedo hacer nada para ayudarme a mí misma. ¿Cómo podría, entonces, ayudarla a ella?» La desesperación se apoderaba de su ánimo, pero era demasiado tarde. Lo único que podían hacer era intentar llegar a la ciudad.

Buscaron a viejos conocidos que aún vivían en Kujô [\[21\]](#) y lograron que les dieran alojamiento, pero aunque ya se encontraban en la ciudad, no era aquella una zona habitada por gentes acomodadas, y permanecieron allí, inquietos, entre tenderos y buhoneros, hasta que llegó el

otoño. No tardó en embargarles la desesperación por lo que habían hecho y lo que les esperaba. Incluso el hombre en el que confiaban, el vicegobernador de Bungo, se sentía como un ave acuática atrapada en tierra firme. Perdido y sin nada que hacer en aquel entorno desconocido, no podía volver y, sin embargo, lamentaba la locura de haberse ido, y entretanto los hombres que le habían acompañado se marchaban para reunirse con parientes en otros lugares o regresar a su provincia.

Le entristecía oír lamentarse día y noche a su madre, convencida de que nunca lograrían sentirse a sus anchas allí.

—Pero ¿por qué? —replicaba él—.

Aquí estoy muy cómodo. Sin duda no hay nada malo en desaparecer aquí y allá al servicio de tu señora. ¿Cómo nos sentiríamos si la hubiéramos abandonado a esa clase de hombres, por muy bien acomodados que estén? —Se esforzaba por consolarla— A los dioses y budas corresponde llevarla a donde sería apropiado que fuera. El santuario de Yawata, que no está lejos de aquí, es como los de Matura y Hakoziaki, [\[22\]](#) donde has rezado. Allí hiciste muchas peticiones a los dioses cuando nos marchábamos. Ahora que estamos de regreso en la ciudad, debes ir directamente allí y dar gracias por la ayuda que hemos recibido.



Mujeres en el mercado

Así pues, hizo que la mujer emprendiera un viaje a Yawata, donde encontró a alguien familiarizado con el lugar y localizó a un santo monje, al que su padre había conocido como secretario de un templo [\[23\]](#) y que seguía allí. De esta manera llevó su peregrinaje a una

feliz conclusión.

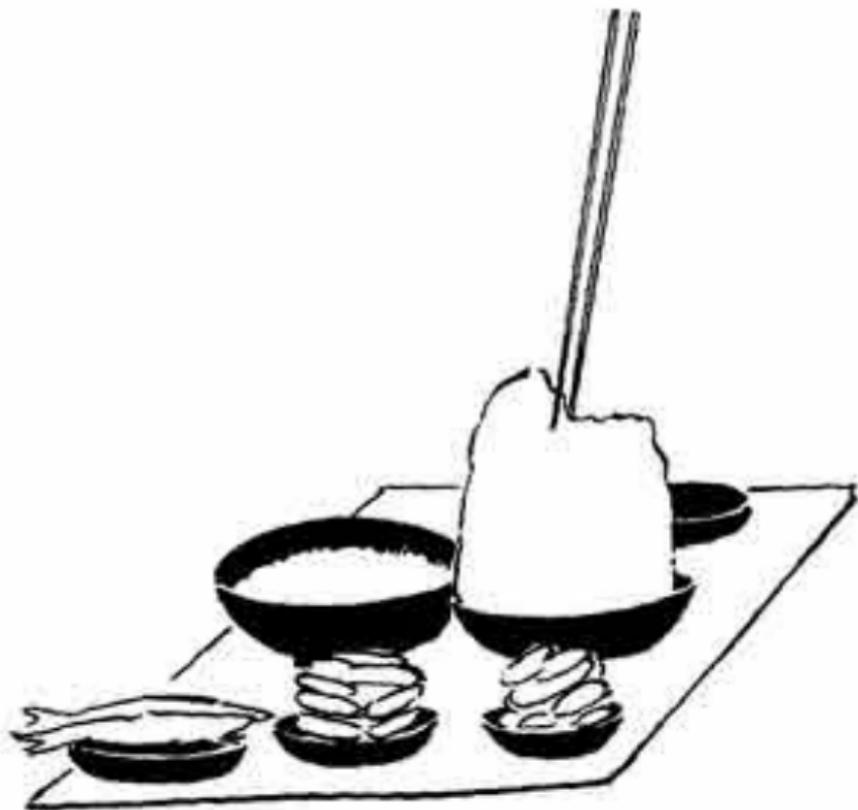
—Luego están los budas, entre quienes Hatsuse es famoso incluso en Catay por conceder su gran ayuda en todo Japón. [24] Sin duda Hatsuse se apresurará a derramar sus bendiciones sobre nuestra señora, puesto que ella siempre ha vivido en nuestra tierra, por lejos que fuese.

Hizo que la mujer volviera a ponerse en camino, y decidió expresamente que deberían viajar a pie. [25] La insólita experiencia era muy penosa para ella, pero hizo lo que le pedían y siguió caminando, aturdida y dirigiéndose al buda: [26] «¿Qué carga de pecados tengo que he de vagar así por el mundo? Si

tienes piedad de mí, llévame donde está mi madre, aunque no se encuentre ya en la tierra, y si todavía vive, ¡muéstrame su cara!». No recordaba a su madre en absoluto, y se había pasado la vida suspirando tristemente por ella, pero ahora, en su estado de desesperación, su sufrimiento se redoblaba. En tal estado, tambaleándose, llegó a Tsubaichi [\[27\]](#) más muerta que viva a la hora de la Serpiente del cuarto día de viaje.

La joven había caminado con muchas dificultades y, aunque la habían ayudado todo lo posible, los pies le dolían tanto que no podía moverse, y no tuvieron más remedio que descansar. El grupo estaba formado por el leal vicegobernador, con

dos arqueros y tres o cuatro pajes, y las tres damas tocadas con altos sombreros, acompañadas por una especie de limpiador de orinales y dos ancianas. Eran muy pocos y permanecían muy unidos. Aprovecharon la oportunidad para aprovisionarse de lámparas de altar y otros artículos, y entretanto el sol empezó a descender en el cielo.



Comida en una bandeja

—Están a punto de llegar otros huéspedes —rezongó el monje encargado del alojamiento—. [\[28\]](#) ¡Estas doncellas hacen lo que les viene en gana!

Poco después llegó otro grupo que, al parecer, también viajaba a pie. Eran dos nobles damas y gran número de criados, tanto hombres como mujeres. Había entre ellos algunos caballeros de aspecto elegante que supervisaban la conducción de cuatro o cinco caballos y procuraban pasar desapercibidos. El monje, que estaba decidido a alojarlos pese a la falta de espacio, se rascaba la cabeza. El primer grupo no tenía ningún otro lugar adonde ir, por lo que trataron de ser útiles y se instalaron al fondo de la sala, a un lado. Una cortina [\[29\]](#) delimitaba el espacio de la joven dama. Los recién llegados parecían estar completamente a sus anchas. Ambos grupos eran discretos

y cada uno hacía lo posible por no molestar al otro.

En realidad, el grupo que acababa de llegar era el de Ukon, que durante mucho tiempo había llorado a su señora. A medida que pasaban los años, cada vez se sentía más desgraciada y fuera de lugar, y había realizado el peregrinaje con regularidad. [30] No le había costado emprender la marcha, puesto que estaba acostumbrada, pero después de caminar tanto estaba fatigada y se había tendido junto a la cortina cuando el vicegobernador de Bungo se le acercó con una bandeja de comida.

—Por favor, dale esto a mi señora — le pidió—. Dile que lamento la

inadecuada presentación.

«Debe de estar por encima de nosotros, sea quien fuere», pensó Ukon, y miró a través de una abertura. Tenía la sensación de haber visto antes a aquel hombre, pero no podía situarlo. Cuando le conoció era muy joven, y ahora tenía la piel muy atezada y era mucho más corpulento, por lo que no le reconocía.

—Mi señora quiere verte, Sanjô — dijo el hombre, y ella se dio cuenta de que también conocía a la mujer que le respondió. La mujer había servido a la misma señora de Ukon, y durante tanto tiempo y de una manera tan íntima que Ukon tuvo la sensación de que estaba soñando. Era una de las que habían

acompañado a su señora a la casa donde se había ocultado. Ukon estaba ansiosa por saber quién era su señora actual, pero las cortinas y los biombos le impedían verla. «Muy bien —se dijo—, tendré que preguntarle. Ese hombre parece ser el que conocí como Hyôtôda. No sé si la hija de mi señora estará ahí». Llena de excitación, llamó a Sanjô desde el otro lado de la cortina, pero la interpelada estaba comiendo y le molestó la interrupción.

—No te recuerdo —dijo finalmente Sanjô—. ¡Qué extraño es que alguien de la ciudad reconozca a una sirvienta que ha pasado los últimos veinte años en Tsukishi! ¿Estás segura de que no me

confundes con otra?

Se acercó más. Vestía una prenda de seda ruda bajo una túnica, y había engordado mucho.

Ukon pensó que también ella debía de estar muy cambiada.

—Mírame otra vez. —Asomó la cara por la abertura de la cortina—. ¿Me reconoces ahora?

Sanjô palmoteo.

—¡Pero si eres tú...! ¡Oh, es increíble! ¿De dónde vienes? ¿Está mi señora contigo? —Se echó a llorar.

El recuerdo que guardaba de aquella mujer cuando era niña hizo que Ukon tuviese dolorosa conciencia de los años que habían transcurrido desde la última

vez que la había visto.

—Pero dime, ante todo, ¿está el aya contigo? ¿Qué le ocurrió a la hijita de mi señora? ¿Y Ateki?

No preguntó por la señora de todas ellas.

—¡Están aquí! La hija de mi señora se ha hecho adulta. ¡Pero debo decírselo al aya!

Todas estaban asombradas.

—¡Debo de estar soñando! —exclamó el aya—. ¡Qué extraordinario es encontrar de nuevo a una persona de la que pensé que era tan detestable! —Se acercó a la cortina.

Apartaron las cortinas y biombos que se interponían entre los dos grupos, pero

al principio sólo podían llorar sin decir nada.

—¿Qué le ha ocurrido a mi señora? Durante todos estos años no he hecho más que rezar para que me fuera dado reunirme con ella, pero estábamos tan alejadas que la comunicación entre nosotras habría sido imposible, y eso me entristecía tanto que deseaba no haber vivido tanto. Pero la niña que dejó atrás era un encanto y siguió atándome a este mundo e impidiéndome ir al otro.

Ukon tenía más dificultad para responderle ahora que en el pasado, al producirse la separación.

—Vamos, vamos —replicó—, no serviría de nada que te lo contara ahora.

Nuestra señora ha muerto.

En cuanto hubo dicho estas palabras, las tres mujeres [\[31\]](#) se echaron a llorar.

El vicegobernador de Bungo pidió a sus hombres que cargaran con las lámparas de altar y se pusieran en camino, puesto que el sol se estaba poniendo, y partieron con más agitación que nunca. Ukon sugirió que fueran juntas, pero con eso sólo despertarían la curiosidad de los servidores, por lo que partieron sin decirle ni siquiera al vicegobernador lo que ocurría y aliviadas porque podían prescindir de las formalidades por ambas partes. Ukon reparó en una joven muy bella que estaba con el otro grupo: vestida con suma discreción, llevaba la cabeza

cubierta con una prenda que parecía una camisa de entretiem po, a través de cuya fina seda el cabello tenía una belleza deslumbrante. Al verla, la mujer se sintió emocionada y triste.

Como era la andarina más curtida, fue la primera en llegar al templo. Los demás llegaron durante el servicio nocturno, tras haber ayudado a la joven, reacia a caminar tanto. El recinto estaba lleno de ruidosos peregrinos. El espacio de Ukon se encontraba cerca del altar, a la derecha de Kannon. [\[32\]](#) El sacerdote [\[33\]](#) que se ocupaba de los demás los había colocado a buena distancia hacia el oeste, tal vez porque apenas los conocía aún, y esto hizo que Ukon consultara con quienes la

rodeaban e invitase a la joven a reunirse con ella. Se lo explicó al vicegobernador, dejó a los hombres donde estaban y condujo a la joven a su lado.

—Yo misma carezco de importancia —le dijo—, pero, puesto que sirvo al actual canciller, puedo tener la seguridad de que me libraré de cualquier cosa desagradable incluso viajando con tanta discreción. Los miserables necios que frecuentan estos lugares menosprecian desvergonzadamente a la gente del campo.

Le habría gustado mucho seguir hablando, pero los sonidos del servicio religioso le hicieron dedicarse a la salutación a Kannon, a quien dijo en su corazón: «Siempre te dije que anhelaba

encontrarla, y ahora que he tenido un atisbo de ella, mi plegaria ha sido atendida. Su Gracia parece ansioso por encontrarla. Por favor, házselo saber, y a ella, te lo ruego, concédele la felicidad».

De todas partes habían acudido campesinos, y también estaba presente la esposa del gobernador provincial. [34] Sanjô sentía envidia de su magnificencia, y rezó fervientemente, con las palmas en la frente: —Oh, Misericordioso, te pido una sola cosa: ¡si mi señora no va a casarse con el delegado del virrey de Dazaifu, que sea entonces la esposa del gobernador de esta provincia! Eso nos beneficiará también a todos, y no seremos ingratos.

A Ukon le pareció que esta plegaria era de muy mal agüero.

—Pero ¡qué campesina eres! ¿De qué consideración crees que el capitán [35] era objeto en aquel entonces? Vamos, ahora que es ministro, con el reino a su disposición, y que sin duda tiene en alta estima a nuestra señora, ¿crees que ella puede acabar siendo la esposa de un gobernador provincial?

—¡Cuidado con lo que dices! —replicó Sanjô— ¡Ahórrame tus ministros! ¿Quieres decir que cuando la dama que vive en la casa del delegado del virrey fue de peregrinaje al Kanzeonji [36] su séquito era menos impresionante que el de un emperador? ¿De qué estás hablando?

La mujer siguió orando con las palmas en la frente.

El grupo de Tsukushi se proponía permanecer tres días en retiro. Ukon, que no había tenido intención de quedarse tanto tiempo, llamó a un sacerdote para decirle que prolongaba su estancia. Deseaba tener una tranquila charla con la joven dama. Puesto que probablemente el sacerdote conocía todo lo que la mujer había escrito en sus peticiones, [37] ella le dijo con naturalidad:

—Esto es por Fujiwara Ruri-gimi, [38] como de costumbre. Espero que reces con fervor por ella. La he encontrado recientemente, ¿sabes? Más tarde ofreceré mi agradecimiento.

Quienes la habían oído estaban conmovidos.

—Eso está muy bien —replicó el sacerdote—. Debe de ser un favor concedido como respuesta a nuestras incesantes plegarias.

Los servicios religiosos prosiguieron ruidosamente durante toda la noche.

Al amanecer, el grupo se dirigió al alojamiento del sacerdote de Ukon. Probablemente iban a tener una conversación tranquila. Era admirable el azoramiento de la joven por vestir de una manera tan humilde.

—Puesto que vivo en compañía de personas tan encumbradas —dijo Ukon—, he visto a muchas grandes damas, pero

durante años no he dudado de que ninguna de ellas podía igualarse por su aspecto a mi actual señora. [39] Pero la niña que tiene ahora es preciosa, y Su Gracia cuida de ella con exquisito cuidado, y por eso es un placer especial ver que mi señora, aquí presente, incluso humildemente vestida, no es menos encantadora. Su Gracia ha conocido a todas las consortes, emperatrices y damas de menor rango que podáis imaginar desde el reinado de su padre y, como le dice a mi señora, la madre de Su Majestad y esa niña que he mencionado son las únicas que le recuerdan lo que realmente significa «una belleza». No conocí a la difunta emperatriz, y no puedo hacer

comparaciones. En cuanto a su hija, todavía está creciendo, por lo que él sólo puede imaginar cómo será más adelante. Pero sigo deseosa de saber quién podría compararse con mi señora. También Su Gracia la considera del todo excepcional, aunque no podría incluirla públicamente en su lista. «¡Eres audaz al estar conmigo!», le dice él en broma. El mero hecho de verlos juntos alarga la vida, y jamás imaginé que mirar a cualquier otra persona pudiera tener el mismo efecto, pero ¿qué le falta a nuestra joven dama, aquí presente, para ser menos digna? Hay un límite, después de todo... ¡Créeme que es notable, aunque no pueda emitir luz desde lo alto de su cabeza para anunciar

que es una maravilla! [\[40\]](#)

Para satisfacción del aya, la mujer contemplaba a la joven con una amplia sonrisa.

—Casi dejé que se estropeará su belleza en aquel inhóspito entorno — replicó el aya—, pero eso parecía una gran lástima. Abandoné mi hogar, dejé a los hijos e hijas que eran mi esperanza de futuro, partí hacia lo que para mí podría ser lo desconocido y llegué a la ciudad. Querida, llévala al lugar al que pertenece. Tú, que sirves en una casa tan importante, seguramente tienes oportunidad de ver a Su Excelencia, su padre. Por favor, habla con él y procura que la reconozca.

La azorada joven permanecía apartada

de ellas.

—Oh, no, yo no soy nadie, pero cuando mi señor me llama por alguna razón, a menudo me pregunta en voz alta qué puede haber sido de ella, y él me escucha. Me dice: «De verdad deseo encontrarla, ¿sabes? Si te enterases de algo...».

—Su Gracia es, desde luego, un refinado caballero, pero colijo que tiene algunas damas muy distinguidas, y desearía que primero te pusieras en contacto con el padre de la muchacha.

A modo de réplica, Ukon le contó lo que había sucedido.

—Mi señor no pudo superar el golpe, ¿sabes?, y desde entonces me dice:

«¡Deseo tanto tenerla conmigo...! Lamento tener tan pocos hijos, y podría decir que he encontrado uno propio». Mi pobre juicio me ha hecho ser demasiado cauta, y dejé pasar demasiado tiempo sin emprender su busca. Entonces oí el nombre de tu marido mencionado en relación con un nombramiento como delegado del virrey de Dazaifu, y lo vi fugazmente el día en que fue a despedirse de Su Gracia, pero no pude hablar con él. Supuse, sin embargo, que debías de haberla dejado en la casa de Gojô, la que está adornada con las bellezas crepusculares. Pero ¡qué terrible...! ¡Pensar que al final podría haber sido condenada a quedarse en el campo!

Siguieron hablando durante todo el día, ya entregadas al recuerdo, ya a invocar el Nombre o a entonar los sutras.

Desde donde se encontraban contemplaron la multitud de peregrinos. Ante ellas fluía el río Hatsuse.

*Si no hubiese recorrido tan largo camino
para hallar el lugar donde se alzan los
cedros,*

*aquí, a orillas del río Furu, ¿habría
llegado a encontrarte? [\[41\]](#)*

—¡Qué feliz me ha hecho esto! —dijo Ukon a la joven dama, que, con su bello rostro bañado en lágrimas, contestó:

*Lo que fue en el pasado el río Hatsuse,
eso no lo sabía en absoluto,
pero mis lágrimas de alegría siguen
fluyendo, porque hoy te he encontrado
así.*

«Todavía es encantadora, pero ¡qué mancha la suya si aún así fuese zafiamente inepta! ¿Cómo se las ha arreglado para crecer de esta manera?» Ukon experimentaba alegría y agradecimiento hacia el aya. Su madre era toda juventud e inocencia, siempre flexible, siempre dispuesta a ceder, pero los modales de la joven revelaban una impresionante distinción y mucho orgullo. «Ciertamente hace que una tenga una alta opinión de

Tsukushi, aunque todas las demás personas que conozco allí parecen proceder directamente del campo. ¡No, no lo comprendo!»

Oscurecía cuando todas se encaminaron al templo, donde pasaron el día siguiente entregados a la devoción. El viento otoñal que soplaba desde el valle que se extendía a partir de allí era frío, pero no reparaban en ello, jubilosas y pensando en otras cosas. Habían temido que nunca podrían volver a levantar la cabeza, pero ahora Ukon les había hablado sobre el padre de la joven dama y la manera en que aseguraba el éxito a todos sus hijos, sin importar quién fuese su madre, y tanto ellas como la joven

señora creían que ni siquiera el más humilde debía temer nada.

Antes de marcharse hablaron de los lugares donde vivían cada una de ellas, puesto que habría sido demasiado terrible perder el contacto de nuevo. La distancia que las separaba no era excesiva, puesto que la casa de Ukon estaba cerca de la finca de Rokujô, y pensaban que esto facilitaría que se vieran.

Ukon fue a Rokujô con la esperanza de encontrar un momento adecuado para hablarle de lo ocurrido a Su Gracia. En cuanto hubo cruzado la puerta le impresionó la vastedad del palacio, y vio multitud de carruajes que entraban o salían. Era un palacio de jade, que

intimidaba y deslumbraba a una humilde visitante. Aquella noche no acudió al lado de su señora y se tumbó sumida en sus pensamientos.

Al día siguiente se sintió halagada porque la llamaron especialmente, por su nombre, entre todas las mujeres jóvenes o ancianas que habían vuelto de sus casas el día anterior. Su Gracia también la vio.

—¿Por qué has estado ausente durante tanto tiempo? Eso no es propio de ti. Supongo que a veces las personas correctas se relajan y se dedican a retozar. [\[42\]](#) Debes de habértelo pasado bien.

Le tomaba el pelo sin piedad, como de costumbre.

—Han pasado siete días desde que partí, mi señor, pero no sé muy bien cómo a he podido hacer eso. Me he encontrado con alguien a quien me alegré de ver, aunque fuese allá, en las montañas.

—¿Y quién era?

Ukon no podía decírselo de inmediato, porque aún no le había dicho nada a su señora, y si se lo decía a él en privado y su señora se enteraba más tarde, podría pensar que Ukon ya no se preocupaba por ella.

—Os lo diré dentro de un momento, mi señor —replicó, y la llegada de nuevas personas le permitió interrumpir la conversación.

Las lámparas estaban encendidas.

Valía la pena ver así a Genji y a la señora de Ukon. serenamente juntos, en casa. Ella debía de tener veintisiete o veintiocho años, y había madurado hasta adquirir la plenitud de su belleza. Ukon pensó que incluso había mejorado durante su breve ausencia. Tras haber encontrado tan hermosa a la nueva joven, no había esperado que ésta saliera perdiendo con la comparación, y sin embargo —¿o acaso lo estaba imaginando?— le parecía ver la diferencia entre una mujer que había sido bendecida por la fortuna y otra que no lo había sido.

Genji iba a acostarse, y la llamó para que le masajeara las piernas.

—Tengo entendido que a las jóvenes

no les gusta hacer esto... Demasiado trabajo —observó—. No, la verdad es que una pareja de viejos se entienden mucho mejor.

Todo el mundo se rió discretamente.

—¡Es cierto! ¿Quién podría quejarse de que Su Gracia pida un favor?

—Pero ¡ojalá no fuera tan bromista!

—¡A mi señora quizá no le gustaría que los viejos intimaran demasiado! —le dijo bromeando a Ukon—. Esto podría crear problemas, si quieres que te lo diga. ¡No es propio de ella que deje pasar una cosa así!

Él era tan encantador y tan divertido... El servicio a Su Majestad no le ocupaba demasiado tiempo, así que se tomaba la

vida con tanta tranquilidad como le apetecía, bromeaba mucho y le gustaba tanto tomar el pelo a las damas de honor que lo hacía incluso con las mayores e íntimas, como Ukon.

—Bueno, dime, ¿con quién te has encontrado? ¿Te has traído a algún santón?

—¡Qué cosas decís, mi señor! No, la persona a la que he encontrado es pariente del rocío que se desvanece demasiado pronto en las bellezas crepusculares.

—Comprendo. Sí, debes de haberte alegrado mucho. ¿Dónde ha estado ella todos estos años?

Ukon dudó de si debía decirle toda la verdad.

—En una pobre aldea de montaña, mi señor. [43] Las personas que la rodean siguen siendo más o menos las mismas, por lo que pudimos comentar de aquellos tiempos. Fue muy triste para mí.

—Espera, no hablemos aquí, delante de alguien que no sabe nada de todo esto —le dijo Genji, que prefería ser discreto.

—¡Oh, no os preocupéis! —terció la señora de Ukon—. ¡Tengo demasiado sueño para escuchar! —Se tapó los oídos con las mangas.

—¿Qué aspecto tiene? Seguro que no es tan bonita como su madre, ¿verdad?

—¡Claro que no, mi señor, no es tan bonita!

—Pero pareces notablemente

satisfecha de ella. Bien —añadió en tono paternal—, ¡no me preocuparé lo más mínimo si se parece a mí!

Tras recibir estos primeros informes, Genji llamó a Ukon varias veces.

—Muy bien —dijo finalmente— En los años transcurridos he tenido ocasión de lamentarme amargamente por desconocer su paradero, y puesto que tus noticias me satisfacen tanto, sería muy triste no hacerlo, después de no haber sabido nada de ella durante tanto tiempo. ¿Para qué decírselo a Su Excelencia, su padre? Él ya tiene muchos hijos que le mantienen muy ocupado, y podría ser un error que ella se integrara ahora en la familia, como el miembro más humilde.

Por otro lado, yo tengo muy pocos, y bien puedo decir que inesperadamente he descubierto otro. La encumbraré, y los jóvenes galanes estarán deseosos de conocerla.

Estas palabras alegraron mucho a Ukon.

—Como deseáis, mi señor. Si Su Excelencia supiera de ella, ¿quién sino vos sería el más indicado para decírselo? Vuestro apoyo puede ayudar de alguna manera a redimir la falta que supone la muerte de su madre.

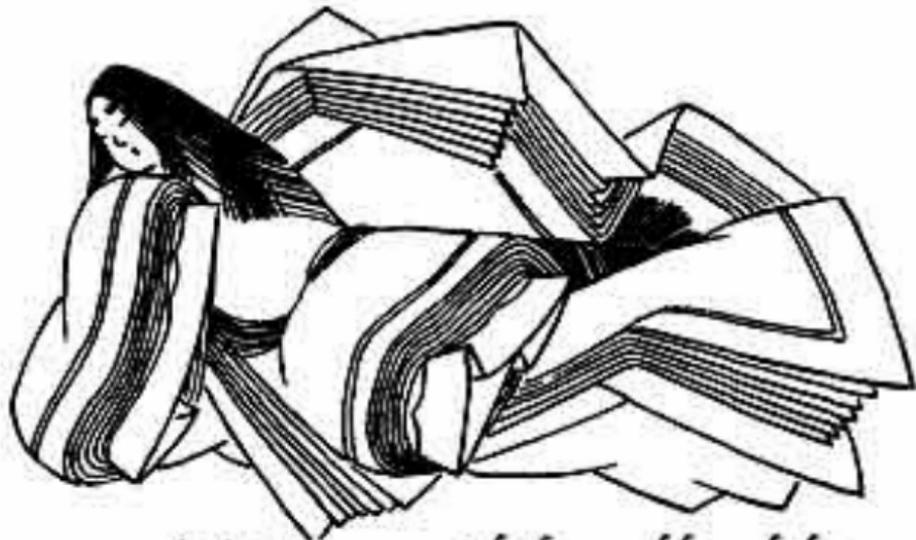
—Todavía me culpas, ¿verdad? — Genji sonrió, pero estaba a punto de llorar —. Durante todos estos años he pensado en el poco tiempo que pasamos juntos. No

he amado a ninguna de las damas reunidas aquí como la amé a ella, y he lamentado en grado sumo que, entre las muchas que todavía pueden dar testimonio de mi perseverancia, tú fueses la única que quedaba para recordármela una vez desapareció. Jamás, jamás la he olvidado, ¡y sería tan feliz si todavía viviera...!

Envió una carta a su hija. El recuerdo de la desamparada flor de alazor [\[44\]](#) no era tranquilizador, habida cuenta de la manera en que la joven había crecido, en el campo, y primero quería ver cómo sería la carta de ella. Adoptó un tono serio y cortés, y escribió a lo largo del borde: «A quien así se dirige a ti...»

*todavía no conoces, mas bastará que
preguntes para saber enseguida qué
duradero vínculo,
tallo a tallo, proclaman los juncos de
Mishima. [45]*

Ukon entregó la misiva personalmente, y también transmitió lo que Genji había dicho. La carta llegó acompañada de ropas para la joven dama y para los que la rodeaban. Debía de haber hablado de todo ello con la dama de Ukon, porque sacó los regalos del guardarropa principal y eligió prendas distinguidas por su color y acabado. Las personas llegadas del campo estaban asombradas.



Mujer con vestido formal kouchiki

El más trivial mensaje de su padre, que podría haber sido incluso una simple excusa, habría hecho muy feliz a la joven dama, pero ella parecía disgustada e hizo saber que no podía irse a vivir a la casa de un hombre desconocido. Sin embargo, Ukon le explicó lo que supondría que se mudara allí, y los demás también la animaron a hacerlo.

—Su Excelencia oirá hablar de vos, mi señora, claro que lo hará, en cuanto os hayáis instalado allí.

—El vínculo entre un padre y una hija no se rompe tan fácilmente.

—Mirad, Ukon no es nadie, y era inimaginable que os llegase a encontrar, pero sin embargo los budas y los dioses la condujeron hasta vos, ¿verdad? Así pues, es evidente que en vuestro caso, mientras vos y vuestro padre gocéis de buena salud...

También recordaron a la joven que no debía perder tiempo en componer una respuesta. La idea era humillante, porque ella sabía lo rústica que debía de parecer. El aya sacó unas hojas de papel chino muy

perfumado y ella escribió:

*¿De dónde sale su tallo, este desdichado
junco que tan poco vale,
que ha arraigado tan hondo en los
pesares que trae la vida?*

Eso era todo, trazado en débiles líneas. Su caligrafía era oscilante e insegura, pero tenía distinción. No, no era despreciable. Genji se sintió más tranquilo.

Cuando se planteó dónde podría vivir ella, se dio cuenta de que no había ningún aposento vacante en el lado sudeste, y además había mucho personal allí y sin duda ella llamaría la atención. El ala

donde se alojaba Akikonomu era muy tranquila, pero allí la joven podría dar la impresión de estar al servicio de Su Majestad. Entonces decidió trasladar la biblioteca al ala oeste del lado nordeste, aunque quedara un poco alejada. La dama que vivía allí [46] compartiría entonces la casa, pero era tan amable y discreta que las dos se llevarían muy bien. Se tomó la decisión de seguir este plan.

Por fin Genji le contó a la dama que reinaba en su mansión la historia completa de lo que había sucedido durante aquellos años. Ella le reprochó que lo hubiera mantenido tanto tiempo encerrado en su corazón.

—Eres injusta —replicó él—. ¿Podría

haberte contado sin necesidad una cosa así incluso de una persona aún viva? Si me sincero ahora es porque significas mucho para mí.

Era evidente que el recuerdo le había causado una gran pesadumbre.

—A menudo he observado también con otras lo mucho que pone de su parte una mujer aun cuando la relación sea más bien superficial, y por ello decidí no dedicarme más al galanteo. Pero entre las muchas mujeres a las que, después de todo, llegué a conocer aunque no debería haberlo hecho, ella es la única a la que todavía recuerdo como incomparable por su inagotable dulzura. Si hoy viviera, desde luego la consideraría a la misma

altura de la dama que vive en el ala nordeste. [47] Las personas son muy diferentes. Es cierto que ella carecía de vivacidad e inteligencia, pero ¡qué noble y gentil era!

—Dudo de que pudiera rivalizar con Akashi —replicó Murasaki.

Todavía sentía celos de la dama, pero al ver a la pequeña, que escuchaba su conversación con dulce inocencia, se sintió enternecida, cambió de idea y decidió que él estaba en lo cierto.

Todo esto sucedía en el noveno mes, pero la joven dama no podía mudarse de inmediato. Su aya empezó a buscar muchachas paje y jóvenes damas de honor adecuadas. En Tsukushi había podido

poner al servicio de su pupila, cuando surgía la oportunidad, a cualquier mujer aceptable que llegase allí procedente de la Ciudad, pero con las prisas y la confusión de su partida las había dejado a todas atrás y no conocía a otras. Al final la Ciudad era tan grande que unas mujeres del mercado las buscaron y se las trajeron. Ella no les dijo de quién era hija la joven dama.

Ukon la llevó primero a su propia casa en Gojô, donde seleccionó a su personal, le preparó el vestuario y se encargó de todo lo necesario. Se mudó a Rokujô el décimo mes.

Genji la confió a la dama del nordeste.

—Una mujer a la que tenía afecto perdió la fe en mí y se ocultó en una pobre aldea de montaña —le explicó—. Pero tenía también una hija pequeña, y me pasé años buscándola en secreto, siempre en vano, hasta que se convirtió en una mujer y por fin tuve noticias de ella por una fuente inesperada. Voy a trasladarla aquí. Mejor tarde que nunca, al fin y al cabo.

»Su madre ha muerto —siguió diciéndole con aire grave—. Ya sé que te he pedido que cuides del capitán, [\[48\]](#) pero seguro que no ha sido una molestia excesiva. Por favor, trátala como a él. Supongo que ella mostrará su crianza rural en muchos aspectos. Enséñale lo que debe saber a medida que vaya surgiendo

la necesidad.

—Comprendo —respondió ella suavemente—. No tenía la menor idea de que existiera esa persona. ¡Es estupendo! Ha sido tan decepcionante para ti haber tenido una sola hija...

—Su madre tenía un carácter muy afable, de una dulzura extraordinaria. Como ves, también tengo mucha confianza en el tuyo.

Las mujeres no tenían ni idea de que la recién llegada era hija de Genji.

—¿Qué ha redescubierto esta vez? —se preguntaban unas a otras—. ¡Qué tremendo coleccionista es!

El grupo de la dama llegó en tres carruajes, y Ukon se encargó de que no

parecieran unas aldeanas. Genji les había proporcionado varias prendas de seda.

Aquella noche fue a verla. Las doncellas habían oído hablar hacía mucho tiempo de el Resplandeciente Genji, pero tras haber pasado varios años apartadas del mundo no esperaban nada especial, y los leves atisbos que habían tenido de él a través de las aberturas en las cortinas, a la tenue luz de las lámparas, las habían dejado aterradas.

—¡Veo que esta puerta es sólo para visitantes especiales! —bromeó él con Ukon cuando ésta se la abrió. Entonces se sentó en la sala del pasillo—. ¡Qué luz tan romántica! Dicen que a una hija le gusta ver la cara de su padre, ¿no estás de

acuerdo?

Empujó un poco a un lado la cortina portátil. La joven dama se sentía muy avergonzada y volvió la cara, un gesto tan adorable que él se sintió muy complacido.

—Sube la luz, ¿quieres? ¡Esto es demasiado insinuante!

Ukon despabiló la lámpara y la acercó más.

—¡No tienes recato! —dijo él riéndose.

¡Ah, sí, aquellos ojos! ¡Cómo ponían en evidencia todo lo demás!

—No ha habido un solo momento desde que te perdí que no pensara en ti con añoranza —empezó a decirle a la joven en un tono totalmente paternal, sin

mostrar signo alguno de que mantenía la distancia entre ellos—, y ahora que estás ante mis ojos tengo la sensación de que estoy soñando. El pasado vuelve a mí tan dolorosamente que no se me ocurre qué decir. —Se enjugó los ojos. Los recuerdos le afectaban de verdad. Contó los años—. ¡Sin duda ningún padre ha estado separado de su hija durante tanto tiempo! ¡Qué pesar me causó ese vínculo! Ya no tienes edad para ser infantilmente tímida, y quiero contarte lo que sucedió. ¿Por qué estás tan callada? —inquirió en tono de reproche.

Demasiado avergonzada para hablar, ella musitó con una voz juvenil que a él le recordó vividamente a su madre:

—Me desvanecí «antes de que pudiera tenerme en pie», [49] y desde entonces nunca me he sentido más que medio viva.

Genji sonrió.

—Entonces, ¿quién salvo yo se apiadará de tu triste destino? —replicó. La respuesta de la muchacha le había parecido muy aceptable.

Después de darle a Ukon una serie de instrucciones, Genji se marchó.

Estaba eufórico porque la muchacha le satisfacía, y le habló de ella a la dama que reinaba en su casa.

—Estaba dispuesto a deplorar su triste estado, teniendo en cuenta la manera en que ha crecido, entre rústicos

montañeses, pero nada de eso... La verdad es que me ha impresionado. Debo hacer saber a la gente que tengo una hija así y confundir a esos caballeros, Su Alteza de la Guerra, por ejemplo, tan aficionados a venir de visita. Los galanes son muy comedidos y formales cuando se presentan, pero eso es sólo porque aquí no ha habido nadie que los encandilara. Voy a armar un alboroto por ella. Veremos lo galantes que realmente son.

—Eres un padre raro. Lo primero que se te ocurre es ponerlos frenéticos. Deberías avergonzarte de ti mismo.

—La verdad es que debía haber armado un alboroto por ti y ponerlos a prueba de la misma manera, si entonces se

me hubiera ocurrido tal cosa. ¡Qué necio era! ¡Perdí mi gran oportunidad!

Se echó a reír, y ella se sonrojó de la manera más juvenil y hermosa. Genji acercó una escribanía y anotó:

*Sí, mi amor sigue vivo, como lo estaba
mucho tiempo atrás, pero,*

*¡oh, guirnalda de zarcillos, dime qué
largo y sinuoso tallo te condujo hasta mí*

[50]

Exhaló un suspiro, y a ella le pareció en verdad profundamente afectado por el recuerdo de alguien a quien en otro tiempo había amado mucho.

También al capitán le habló de la

joven dama que había descubierto, y le pidió que fuera afectuoso con ella. En consecuencia, el capitán fue a visitarla.

—Deberías haberme llamado, aunque apenas soy digno, porque estoy a tu servicio —declaró con tono grave—. Sólo puedo pedirte disculpas por no haberme presentado en cuanto llegaste.

Eran éstas unas palabras penosas para quienes conocían la verdad. [\[51\]](#)

La habitación de la joven dama en Tsukushi había estado muy bien arreglada, pero ahora vieron con la claridad del día hasta qué punto aquel lugar era rural. Aquí las habitaciones estaban perfectamente amuebladas, a la última moda, y en indumentaria y aspecto los caballeros que

ahora aceptaban a su señora como a un miembro de la familia eran tan deslumbrantes que incluso Sanjô despreció al delegado del virrey de Dazaifu. [\[52\]](#) El mero recuerdo de la actitud del auditor comisionado era, desde luego, incalificable. La joven dama reconocía lo que la lealtad del vicegobernador de Bungo significaba para ella, como lo hacía Ukon, que a menudo la mencionaba. El mismo Genji seleccionó y adiestró al personal de la joven, pues temía que alguna negligencia pudiera causar problemas. El vicegobernador de Bungo se les unió. Él, que había pasado tanto tiempo en la oscuridad de lo aldeano, y para quien la residencia de un

gran señor era por lo general inaccesible, ahora, de repente, entraba y salía de día y de noche, haciendo cosas y dando órdenes, y esto le satisfacía en grado sumo. La amable atención de Su Gracia a cada detalle era mayor de lo que se podría haber esperado.

Cuando el año se aproximaba a su final, Genji pensó en el mobiliario de Año Nuevo de la recién llegada y en la indumentaria de sus damas de honor, como hacía por las más grandes de sus damas, aunque suponía desdeñosamente que la crianza de la joven le habría hecho tener unos gustos un tanto rústicos. Se proponía darle esas cosas, pero cuando vio los géneros que los tejedores habían

proporcionado en espléndida abundancia, los vestidos largos, las túnicas formales de todos los colores y estilos, comentó a la señora de su casa:

—¡Qué cantidad de prendas! Debemos repartirlas equitativamente, para que no haya sentimientos heridos.

Genji sacó todo lo que el personal del vestuario y la misma Murasaki habían confeccionado. Ella era una gran experta en ese terreno, y su método de tintado producía tales colores y tonalidades que él contemplaba maravillado su trabajo. Tras examinar las sedas abatanadas, fue eligiendo los colores, tal violeta oscuro, tal rojo, y así sucesivamente, colocó las prendas en cofres de ropa o cajas y, con

la ayuda de expertas damas de honor, compuso juegos para su reparto.

Su dama le miraba.

—La verdad es que hay poco que elegir entre ellas. Cuando haces un regalo así, has de considerar el aspecto de la persona. No hay nada peor que un atuendo que siente mal a su portadora.

Genji sonrió.

—Estas tratando, sin decir nada, de averiguar el aspecto que tienen todas, ¿verdad? Bien, ¿cuál elegirías para ti?

—Pero yo sólo sé lo que el espejo me dice [\[53\]](#) —replicó ella tan avergonzada como siempre.

Recibió un vestido formal de color uva con un fino dibujo en color rosa

ciruela, sobre un hermoso rojo ciruela, y escogió para la niña un vestido largo con estampado de flores de ciruelo sobre una túnica brillante abatanada. Para la dama del verano, [\[54\]](#) un vestido formal azul marino, bellamente tejido pero de color discreto, sobre otra prenda violeta y rojo oscuro, y un vestido largo decorado con rosas amarillas sobre rojo claro para la nueva residente del ala occidental. [\[55\]](#) Aunque fingía no mirar, Murasaki imaginaba el aspecto de la joven dama. Por lo que ella podía colegir (pues Genji había estado del todo acertado), probablemente era como su padre, el ministro de Palacio, de una belleza deslumbrante pero sin elegancia.

Su expresión no revelaba nada, pero de todos modos a Genji le molestó verla tan concentrada.

—Oh, vamos —le dijo—, tu asimilación de las prendas a su aspecto podría irritarles. Éstas son finas prendas, desde luego, pero hay un límite a lo que sus colores pueden hacer, mientras que el aspecto, incluso cuando no es perfecto, siempre tiene algo aceptable.

Sonriendo para sus adentros, eligió para la dama del alazor una seda con un diseño chino de zarcillos, [\[56\]](#) y otro muy bonito, por cierto. Murasaki desaprobaba la distinción personal que sugerían las prendas que él eligió para Akashi: un vestido formal blanco, de estilo chino,

con pájaros y mariposas revoloteando entre flores de ciruelo, sobre túnicas lustrosas de color violeta oscuro. Para la monja del caparazón de cigarra [\[57\]](#) eligió un vestido formal gris azulado muy bello y, entre lo que él mismo había escogido, vestidos de colores amarillo y rosa sancionado; y a cada una le envió una carta pidiéndole que llevara su regalo el día señalado. [\[58\]](#) Sí, Su Gracia quería ver el aspecto que tenía cada una de ellas.

Las damas contestaron con sumo cuidado y recompensaron generosamente al mensajero de Genji, pero la dama del alazor, que vivía en el pabellón situado al este [\[59\]](#) del palacio de Genji y por ello podría haberle respondido con más

coquetería, [60] puesto que estaba algo más alejada, se atuvo estrictamente a la convención, como la persona formal y decorosa que era, y puso sobre los hombros del mensajero una túnica huérfana [61] con rosas amarillas y unas mangas horriblemente sucias.

Escribió su carta en grueso y muy perfumado papel Michinokuni, amarillento por el paso del tiempo: «Perdóname, pero este regalo no es forzosamente lo que habría preferido».

Cuando te llevo, la amargura es mi premio, túnica de la lejana Catay.

De buen grado te devolvería, ahora que tus mangas están húmedas de lágrimas.

La caligrafía era asombrosamente anticuada. Con una sonrisa triste, Genji no podía dejar la misiva de lado, y se preguntaba cómo no había sido más discreto. Le indignaba ver lo que la dama le había dado al mensajero, y éste, al ver su expresión furibunda, se apresuró a marcharse. Las damas de honor intercambiaban susurros y risas. La mujer estaba anclada en el pasado sin remedio, y Genji habría preferido que no le hubiera dado nada al mensajero. Su expresión era lúgubre.

—Esos poetas antiguos nunca podían prescindir de su «túnica de la lejana

Catay» ni de sus «mangas húmedas de lágrimas», ¿verdad? —comentó—. Bueno, supongo que también soy uno de ellos. Sin duda hay algo admirable en seguir por ese sendero trillado y no desviarse jamás por zonas poco exploradas del lenguaje. Menciona que estás entre amigos, por ejemplo, y en una reunión formal de poetas ante Su Majestad tienes que hablar de «los reunidos en un círculo». [63] Y en aquellos espléndidos y antiguos concursos amatorios podías tener la seguridad de que tus palabras surtían efecto con sólo añadir «¡Oh, cruel atormentador!» en la pausa. [64] —Se echó a reír.

»Uno apenas puede parecer muy distinto a ellos si memoriza todos los

manuales y listas de nombres de lugares [65] y en sus propios poemas jamás se desvía de las palabras que proporcionan. Ella me dio cierta vez un libro que Su Alteza de Hitachi, [66] nada menos, había escrito en papel oficial, y estaba lleno de cosas sobre «la esencia de la poesía» o «defectos a evitar», hasta tal punto que temí que pudiera paralizar para siempre a un simplón como yo, así que le devolví el libro. Era demasiada molestia. Para alguien que lo sabe todo acerca de la poesía, la de ella es decididamente trivial.

¡Qué cruel era su regocijo a costa de la pobre dama!

—Pero ¿por qué le devolviste el

libro? —le preguntó Murasaki en tono grave—. Deberías haberlo copiado para enseñárselo a nuestra niñita. Yo tenía algunos así, pero los bichos se los comieron. La gente que se los pierde no sabe lo que hace.

—No puedo imaginar qué bien podría haberle hecho. Para una mujer nunca es apropiado identificarse demasiado íntimamente con algo que le gusta en especial. Aunque tampoco es apropiado que sea del todo ignorante. Para agradar, una mujer sólo necesita tener donaire, serenidad y confianza en sí misma.

Él no mostraba ninguna señal de ir a componer alguna respuesta.

—«De buen grado te devolvería», ha

escrito ella... Sería un error por tu parte que no le devolvieras el favor.

Así pues, él escribió algo después de todo, tan amablemente como siempre. No había ninguna necesidad de esforzarse demasiado.

*Dices que quisieras volver del revés esa
túnica... ¡ah, cómo pienso
en las mangas que extiendes a solas
noche tras interminable noche!*

«¡Qué bien te comprendo!»

Hatsune

El primer canto del
ruiseñor

El título del capítulo, que significa «primer canto [del año]», procede de un poema que la dama de Akashi envía como regalo de Año Nuevo a la hija que no ha visto desde que Murasaki la adoptó:

Una que año tras año a una sola

*esperanza se ha aferrado: ¡oh, permite
que hoy deje de estar triste y oiga el
primer canto del ruiseñor!*



Relación con los capítulos anteriores

«El primer canto del ruiseñor» sigue a «La guirnalda de zarcillos». Este último acaba al final del año en que Genji tiene treinta y cinco, y «El primer canto del ruiseñor» tiene lugar en el primer mes del año siguiente.

Personajes

Su Gracia, el canciller,
Genji, de 36 años

La dama de Genji, de 28 años
(Murasaki)

Chûjô, dama de honor de Murasaki

La hija de Genji, de 8 años
(Akashi no Kimi)

La dama de los aposentos
de verano (Hanachirusato)

La joven dama del ala
oeste, de 22 años (Tamakazura)

Akashi, de 27 años (Akashi no Kimi)

Su Alteza de Hitachi
(Suetsumuhana)

El caparazón de cigarra
(Utsusemi)

El capitán, de 15 años (Yûgiri)

El teniente senescal (Kôbai)

El día de Año Nuevo, el cielo era brillante y no había ni una sola nube.

En la parte interior de los setos, incluso los más humildes, brillaba el verdor entre la nieve, una prometedora neblina de brotes envolvía los árboles, y también los corazones de la gente parecían naturalmente henchidos de alegría. ¡Qué delicias estaban entonces a la vista, en el jardín sembrado de joyas ante la residencia de Genji, y qué mal transmiten las meras palabras la exquisita belleza de los jardines de sus damas! El que se extendía ante los aposentos de primavera, donde el aroma de las flores de ciruelo se mezclaba con la fragancia que se filtraba a través de las persianas,

recordaba especialmente la tierra de un buda vivo, aunque en realidad la señora del lugar vivía allí en paz y del todo a sus anchas. Había asignado a su pequeña las mejores damas entre las jóvenes a su servicio, y las que eran algo mayores, y por ello tanto más satisfactoriamente decorosas por sus modales y su atuendo, se arracimaban ahora aquí y allá, divirtiéndose mientras celebraban el ritual para asegurar una larga vida. Incluso habían traído pasteles espejo [1] para cantar las alabanzas a un año rico con la promesa de mil más. [2] En aquel momento apareció Genji.

—¡Oh, no, nos han sorprendido! — exclamaron ellas, y apartaron las manos

del pliegue delantero de sus túnicas. [3]

—¡Con qué gusto aseguraréis vuestra buena suerte! Espero que a cada una de vosotras le sean concedidos sus deseos. Contadme algunos. No dejaré de rezar por ellos.

Para ellas, su sonriente rostro resumía toda la felicidad del Año Nuevo.

—Estábamos hablando de «incluso ahora veo», [4] mi señor, y acerca de lo que muestra el espejo —replicó la desenvuelta Chûjô—. [5] Pero ¿qué podríamos desear para nosotras?

Las numerosas visitas mantuvieron ocupado a Genji durante toda la mañana, pero hacia la puesta del sol se preparó para ver a sus diversas damas, y para ello

se vistió y acicaló con tal esmero que ciertamente era digno de ver.

—Esta mañana he envidiado a las mujeres que se divertían de esa manera, y ahora debo mostrarle a mi señora uno de esos pasteles —comentó, y se puso a cantarle uno de los poemas de celebración, añadiendo algunas observaciones subidas de tono. [\[6\]](#)

*Una delgada lámina de hielo se ha
fundido en el espejo del lago,
y veo ahí reflejadas dos formas
incomparables,*

le dijo. Formaban una pareja realmente hermosa.

*Claramente veo en el espejo del prístino
lago dos formas destinadas
a perdurar, impecables durante diez mil
años.*

Así intercambiaron las más dulces promesas para siempre. Aquel era el día de la Rata, [7] realmente el día para esperar con ilusión un millar de primaveras.

Cuando Genji llegó al aposento de su hija, las muchachas paje y las doncellas jugaban en el montículo del jardín, arrancando plantones de pino, y las jóvenes damas de honor estaban claramente impacientes por unirse a ellas. Estaban presentando a su señora cestos

orlados y cajas compartimentadas enviadas especialmente desde el lado noroeste de palacio. [8] El intrigante ruiseñor, encaramado en una magnífica rama de pino blanco, debía de tener un significado particular. [9]

*Una que año tras año a una sola
esperanza se ha aferrado.*

*¡Oh, que hoy deje de estar triste y oiga
por fin el primer canto del ruiseñor!*

«La aldea donde ninguno canta...», [10] había escrito la dama, y Genji, que comprendió lo que quería decir, se sintió muy apenado. Parecía que la prohibición de pronunciar palabras de mal agüero le

resultaba demasiado difícil de respetar.

[11]

—Debes responderle tú misma. No puedes impedir que oiga tu «primer canto».

Le proporcionó una escribanía y ella escribió. Su atractivo aspecto nunca cansaba, ni siquiera a quienes la veían a diario, y él se sintió culpable y triste por haberla mantenido separada de su madre durante tanto tiempo.

Muchos años han pasado desde que me separaron de ti, pero el ruiseñor todavía sabe que ella no abandonará el pino desde donde emprendió el primer vuelo.

Como era una niña, hizo ingenuamente lo que le pedían. [\[12\]](#)

En los aposentos de verano parecía reinar una tranquilidad extrema, tal vez porque era otra la estación del año, y reflejaba muy bien el estilo de vida de su ocupante, sin pretensiones pero digno. [\[13\]](#) El paso del tiempo los había acercado más y había hecho más profundo el mutuo afecto que se profesaban. Genji ya no insistía en que hubiera intimidad entre ellos. Se limitaban a asegurarse el uno al otro, con una insistencia excepcional, que su cariño perduraba. Una cortina los separaba, pero ella seguía allí cuando Genji la apartó un poco. El azul celeste era discreto, como él había

previsto, y el cabello de la dama había conocido días mejores. Era muy aceptable tal como estaba, pero él se dijo que debería usar peluca, pues a cualquier otro le habría defraudado un aspecto como el suyo, aunque a él le satisfacía permanecer a su lado. ¿Y si ella le hubiera sido menos fiel y le hubiese rechazado? Cada vez que estaba con ella, le complacía sobre todo su lealtad hacia aquella mujer, así como la firmeza de los sentimientos de ella. Conversaron largo y tendido sobre el año que acababa de transcurrir, y entonces él se dirigió al ala occidental.

La joven dama que vivía allí apenas había acabado de instalarse por completo, pero aún así su estilo de vida era

agradable. Sus bonitas muchachas paje formaban un cuadro encantador, tenía numerosas damas de honor y, a pesar de que el mobiliario era el mínimo indispensable, varios bellos accesorios, aunque todavía incompletos, aumentaban la distinción del ambiente. Ella misma estaba deslumbrante con una prenda que tenía rosas amarillas estampadas perfectamente elegida. Su brillantez disipaba todas las sombras, hasta que no había más que luz y encanto, y uno sólo deseaba mirarla. El cabello le raleaba un poco en las puntas, tal vez debido a las penalidades que había sufrido, y le caía con una elegancia bella y pura. Era tan asombrosa en todos los aspectos que

Genji se daba perfecta cuenta de lo que se habría perdido si no la hubiera conocido, y también comprendía que no estaba en absoluto dispuesto a permitir que se marchara. Aunque ella estaba acostumbrada a verle así, cara a cara, tenía la sensación de que aún se interponían muchas cosas entre ellos, cosas lo bastante incómodas para dar a sus modales una deliciosa reserva.

—Me siento como si te conociera desde siempre —le dijo él—. Es un placer estar contigo, porque mi deseo se ha cumplido. Instálate aquí a tus anchas, te lo ruego, y ven a visitarme si te place. Cierta niña está tomando ahora sus primeras lecciones de *koto*, y confío en

que te unas a ella. Nadie allí te mirará de soslayo ni te mostrará la menor falta de respeto.

—Haré lo que me pedís —replicó ella. Era la respuesta correcta.

Al oscurecer, Genji fue a visitar a la dama de Akashi. Cuando abrió la puerta que daba a la cercana pasarela, la brisa que soplaba entre sus persianas esparció una vaharada de dulce fragancia, y a él le pareció que en eso radicaba la verdadera distinción. La dama no estaba a la vista. Genji miró a su alrededor, preguntándose dónde podría estar, y vio que había papeles y cuadernos de notas desperdigados al lado de la escribanía. Los recogió y les echó un vistazo. Un *kin*

descansaba sobre un cojín con un impresionante bordado chino, mientras que en un bello brasero ardía incienso *jijû* que perfumaba el ambiente y se mezclaba deliciosamente con la fragancia de *ebi*.

[14] En las hojas de prácticas desperdigadas por allí se podía ver una caligrafía muy interesante y original. No es que ella se pavoneara de su conocimiento mezclando muchos caracteres cursivos, [15] sino que se había limitado a escribir de una manera natural y agradable. El poema de respuesta acerca del pino le había gustado tanto que, entre varios antiguos y conmovedores poemas, Genji encontró este:

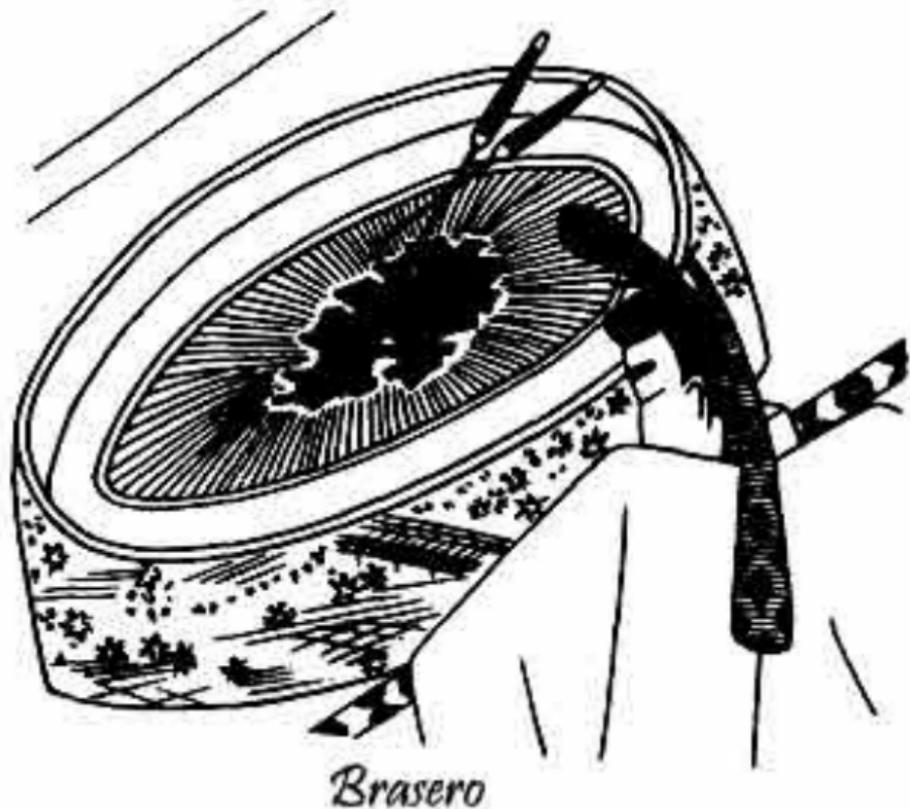
*¡Ah, qué excepcional alegría! Desde las
flores donde ella vive, el pequeño
ruiseñor,
de árbol en árbol ha vuelto al valle que
ella conoció primero!*

¡Tan larga ha sido la espera hasta oír su canción!» Había también versos, como «Mi casa está junto a la colina florida», [16] que había escrito para consolarse. La figura de Genji con los papeles en la mano, sonriente, era suficiente para poner en evidencia a cualquiera.

Acababa de mojar un pincel y empezado a escribir cuando ella entró. Genji pensó en lo discreto que todavía era su porte, en lo agradable que resultaba y

en lo distinta que era a cualquier otra. Vestía de blanco, y su cabellera, que raleaba un poco en las puntas, realzaba hasta tal punto la belleza que él recordaba con afecto que Genji pasó la noche allí, a pesar de que sentía cierta aprensión por las dificultades que podía crearle. Otras damas deploraban el favor de que gozaba la de Akashi. En el lado sudeste podría ser objeto de reproches todavía más severos.

Aún no había amanecido cuando Genji salió. Ella pensó que no tenía motivos para marcharse cuando todavía estaba oscuro, y su aflicción perduró mucho después de que él se hubiera ido.



Ella le estaba esperando, con una desaprobación que a Genji no le costaba nada imaginar.

—No puedo entenderlo —empezó a decirle, haciendo un cómico esfuerzo para apaciguarla—, tan sólo me amodorré,

seguí durmiendo como un muchacho y, ya ves, ¡nadie hizo nada por despertarme!

Como ella no le respondía, se tendió, sin saber qué más hacer, y fingió que dormía, hasta que, cuando el sol estaba alto en el cielo, se despertó.

Se pasó el día rehuyéndola, lo cual no era difícil dado lo mucho que debía hacer por los invitados especiales. [\[17\]](#) Como de costumbre asistieron todos los príncipes y nobles de alto rango. Hubo música, y los regalos y recompensas no tuvieron parangón. Cada visitante dejó claro que no iba a permitir que le superasen, pero no, ¡ninguno podía compararse en nada a su anfitrión! En aquellos días, muchos de ellos, tomados

por separado, eran muy dignos caballeros, pero, ¡ay!, la presencia de Genji los eclipsaba a todos. Incluso los subalternos en los que nadie reparaba cuidaban con esmero su aspecto cuando visitaban su finca. No es de extrañar, por ello, que los nobles jóvenes, con aquello que les absorbía en particular, [18] se mostraran más vehementes y animados que de ordinario. Mientras una suave brisa transportaba el perfume de las flores, sobre todo de los ciruelos que crecían en el jardín, los instrumentos musicales emitían nobles sonidos a medida que oscurecía, y cuando Genji empezó a cantar «Este señor nuestro», [19] las palmas de los que marcaban el ritmo

fueron magníficas. Una y otra vez Su Gracia intervenía, y desde «*sakigusa*» hasta el final su voz fue del todo arrobadora. Su participación, como observaba todo el mundo, hacía que el color y el sonido alcanzaran nuevas cotas en cada ocasión.

Al oír el ruido de caballos y carruajes, las damas sentadas aquí y allá se sintieron como si ahora supieran lo que debía de ser encontrarse en el interior de una flor de loto todavía sin abrir. [\[20\]](#) Esto era todavía más cierto para aquellas damas que estaban muy alejadas, en el pabellón del este, puesto que pasaban los años sin que él les prestase mucha atención, pero en sus pensamientos

comparaban su hogar con el retiro de montaña que no se ve afectado por las penalidades del mundo, [21] pues ¿cómo podrían realmente culparle por desatenderlas? En verdad no tenían otras preocupaciones. La que había elegido la vida de oración seguía con sus devociones sin que nadie la molestara, mientras que aquella cuyo gusto la inclinaba a leer libros de todas clases en silabario *kana* también lograba ver cumplido su deseo, puesto que las disposiciones que Genji había tomado permitía a cada una vivir como quisiera.

Fue a verlas cuando pasaron los días de más ajetreo. La compasiva consideración hacia el rango de Su Alteza

de Hitachi le impulsaba a tratarla, para guardar las formas, lo mejor posible. La maravillosa cabellera de su juventud acusaba el paso de los años, y él se vio obligado a desviar los ojos, apesadumbrado ante un perfil más pálido que una charca al pie de una cascada. Entonces vio que la túnica blanca que él le había enviado era un desastre, presumiblemente a causa de su portadora. La llevaba encima de una vestimenta oscura y mate, almidonada hasta el extremo de crujir, [\[22\]](#) y era evidente que tenía frío, lo cual resultaba patético. ¿Qué podía haber hecho con las otras ropas sobrepuestas que acompañaban a aquella prenda? Sólo el color de su nariz brillaba

claramente entre los velos. Genji suspiró a su pesar y colocó la cortina portátil de modo que se interpusiera entre ellos. Pero la dama no parecía tener la menor idea de por qué lo hacía, y su dócil confianza en la lealtad de Genji era realmente conmovedora. «Pobrecilla —se dijo en aquel peculiar momento de preocupación por ella—, incluso en esta clase de cosas es excéntrica. Bueno, ¡por lo menos me tiene a mí!» También su voz parecía temblar de frío mientras conversaban.

—¿Tienes a alguien que te ayude a vestirte? —le preguntó, incapaz de soportar la situación de la dama—. En una hermosa casa como esta, deberías sentirte completamente cómoda y llevar ropas

suaves y cómodas. No es necesario que te pongas una indumentaria formal.

Torpe o no, ella replicó con una sonrisa.

—Estoy tan ocupada cuidando del maestro de Daigo, [23] que no he tenido tiempo de confeccionarme nada. Él incluso se llevó mi manto de piel, y desde entonces paso frío.

¡Buena pareja hacían, aquellos hermanos de nariz enrojecida!

«Todo esto está muy bien —se dijo Genji—, pero ella está llevándolo un poco lejos». Siempre terminaba mostrándose solícitamente severo con ella.

—Hiciste lo que debías con el

manto... No tiene nada de malo permitir que un asceta de montaña tenga algo con qué abrigarse. Pero ¿por qué no te pones siete de esas finas camisas blancas? No tienes necesidad de escatimarlas. Si me olvido de algo que necesites, házmelo saber. Me cuesta retener las cosas al vuelo, y a veces se me pasan por alto. Supongo que es bastante natural, teniendo en cuenta la cantidad de cosas que compiten por mi atención.

Hizo que abrieran el almacén [\[24\]](#) situado enfrente y pidió que le entregaran prendas de seda y damasco. El lugar no daba una impresión de descuido, pero como él apenas lo visitaba, estaba muy silencioso; el único elemento placentero

eran los árboles del jardín cercano. Genji vio que no había nadie para gozar de su contemplación ni del aroma del ciruelo rojo en flor.

*He venido a visitar de nuevo el árbol de primavera donde viví antaño,
¡y he aquí ante mis ojos, una flor como ninguna que haya visto antes! [\[25\]](#)*

Murmuró estas palabras, y ella a duras penas fue capaz de captar su significado.

También visitó a la dama del caparazón de cigarra, vestida con su hábito de monja. Vivía sin ostentación en un modesto aposento donde sólo dedicaba espacio al Buda, y él se sintió conmovido

por la evidencia de su piedad, pues los rollos de los sutras, los adornos del altar e incluso las simples provisiones de agua sagrada [26] intrigaban por su belleza y demostraban que, incluso ahora, ella era una dama de buen gusto. Se ocultaba de tal manera detrás de una cortina movable de color gris azulado que sólo los extremos de las mangas, con su variedad de colores, [27] invitaron a Genji a reaccionar ante su presencia. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Debería haber imaginado la isla de los Pinos desde lejos [28] —le dijo—. ¡Qué difícil ha sido siempre nuestra relación! De todos modos, por lo menos hemos logrado mantener esta proximidad.

La monja a quien se dirigía también parecía emocionada.

—Que me encuentre por completo en tus manos demuestra lo fuerte que es el vínculo que compartimos.

—Lamento que ahora expíes ante el Buda todas aquellas ocasiones en las que tanto me hiciste sufrir. ¿Te das cuenta de lo que he soportado? Sin duda sabes que no todo el mundo es tan benévolo como yo.

Ella dedujo, con profundo azoramiento, que Genji debía de haberse enterado de aquel desdichado asunto de hacía años. [\[29\]](#)

—¿Qué expiación podría dolerme más que el hecho de que veas lo que ha sido

de mí?

No pudo contener las lágrimas. Ahora era incluso más recatada que en el pasado, y el mismo abismo que se abría ante ellos hacía que a Genji le resultase imposible imaginar que alguna vez pudiera darla por perdida; sin embargo, no podía hablar con ella de nada profundo. Se limitó a charlar inocuamente del pasado y el presente, mientras miraba hacia el lugar donde había estado poco antes, deseando que ella pudiera al menos mantener una conversación como la que había mantenido allí.

Muchas damas vivían así bajo su protección. Él iba a verlas a todas, asegurando afectuosamente a cada una

que, a pesar de su largo silencio, siempre pensaba en ella.

—Mi única preocupación es el viaje que nadie puede evitar. «No sé cuánta vida me queda...» [\[30\]](#) —decía, y cosas por el estilo.

Él las amaba a todas, a cada una de acuerdo con su posición. Con un rango como el suyo podría merecidamente sentirse henchido de orgullo; sin embargo, su modestia era absoluta y las trataba a todas con tacto y amabilidad, como el lugar o el grado lo requerían, de modo que esta manera de actuar sirvió de apoyo a muchas de ellas a lo largo de los años.

Aquel año tuvo lugar la mascarada de los hombres. Tras actuar ante Su

Majestad, los jóvenes nobles fueron al palacio Suzaku, y luego a Rokujô. Era un largo trayecto, y no llegaron allí hasta el amanecer. Una luna perfectamente clara iluminaba la delgada capa de nieve que cubría el jardín, y en aquella época había tantos buenos músicos entre los cortesanos que sus flautas sonaban con gran belleza, en especial cuando tocaban ante Genji. Se había dispuesto de antemano que las otras damas acudirían a ver el espectáculo, y cada una ocupaba ahora un espacio delimitado por cortinas en el ala este u oeste, o a lo largo de una pasarela. La joven dama del ala oeste [\[31\]](#) llegó al lado sur del edificio principal, donde se reunió con la hijita de

Genji, y como la señora de la casa estaba con ella, las dos conversaron sin más que una cortina movable entre ellas.

El alba estaba próxima cuando los actores llegaron al palacio Suzaku, donde se hallaba la emperatriz madre, [32] y aunque Rokujô sólo debería haber sido un alto para abreviar, [33] recibieron allí una calurosa bienvenida que amplió en gran medida lo que el precedente requería. Al despuntar el día, la nieve se iba espesando lentamente, bajo la pálida luz de la luna. ¿Qué encanto podían ofrecer, con sus ropas blancas sobre otras de un suave tono verde hoja, cuando un frío viento que soplaba desde las susurrantes copas de los pinos sólo amenazaba

desolación? Tampoco las flores de algodón de sus tocados regalaban la vista, y, sin embargo, de alguna manera, tal vez en aquel entorno el efecto era tan bello que uno tenía la sensación de que los años se fundían. El hijo de Su Gracia, el capitán, y los hijos de Su Excelencia, el ministro de Palacio, destacaban de la manera más agradable. Bajo un cielo que poco a poco iba aclarándose, entre los copos de nieve que caían aquí y allá y con un frío persistente, se movían como un solo hombre, cantando «El río de bambú» con dulces voces. ¡Qué lástima que ninguna pintura haya podido jamás hacerles justicia! Las mangas, cada una más bella que la de al lado,

desplegándose desde el lugar que ocupaba cada dama, recordaban, por la brillantez y la belleza de sus colores, el brocado primaveral que brillaba a través de la bruma al amanecer. Todo ello constituía un espectáculo bastante satisfactorio, pese a lo extraños que eran los gorros en forma de cúpula, [34] el griterío y la solemne tontería de las bendiciones, [35] algo que en modo alguno podía ser grato al oído. Por fin, todos se retiraron tras haber recibido sus regalos de paño de algodón.

[36]

Cuando ya era totalmente de día, las damas regresaron a casa. Genji durmió un poco y se levantó cuando el sol estaba en lo alto.

—La voz del capitán sólo era un poco menos buena que la del teniente senescal [37] —observó—. ¡Qué espectáculo extraordinario de dignos caballeros tenemos hoy! Los del pasado puede que sobresalieran en la búsqueda del aprendizaje, pero en las artes expresivas apenas han superado a los que tenemos ahora. En cuanto al capitán, la razón por la que decidieron nombrarle todo un oficial es que querían alejarlo de mi insensatez y mi frivolidad, aunque en realidad creo que le convendría que los ojos se le fueran un poco más detrás de las muchachas. Su gravedad y su compostura sólo hacen que resulte más difícil tratar con él. —Pensaba con

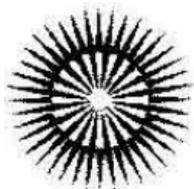
profundo cariño en su hijo—. Me gustaría mucho que estas damas tocaran juntas, ahora que están todas aquí —siguió diciendo, y tarareó «Diez mil primaveras»—. [\[38\]](#) Debo dar mi propio banquete de clausura. [\[39\]](#)

Sacó todos los instrumentos de las bolsas donde estaban cuidadosamente guardados, los limpió y afinó las cuerdas que se habían aflojado. Sin duda sus diferentes damas estuvieron atentas a sus deseos y actuaron en todos los aspectos de un modo que no le decepcionó.

Kochô

Las mariposas

El título del capítulo, que significa «la mariposa» o «las mariposas», pues no hay distinción de número, procede de un intercambio de poemas entre Murasaki y Akikonomu.



*¿Mirarás con recelo, oh, grillo del pino
en la hierba, nostálgico del otoño,
incluso a esas mariposas de mi jardín
florido?*

y

*Ven, parecían decir, y tus mariposas
bien podrían haberme atraído si entre
nosotros no hubiera una hilera tras otra
de rosas amarillas.*

Relación con los capítulos anteriores

«Las mariposas» comienza al final del tercer mes, unos dos meses después del final de El primer canto del ruiseñor», y prolonga la historia de Tamakazura hasta el cuarto mes.

Personajes

Su Gracia, el canciller,

Genji, de 36 años

La dama del ala sudeste,
de 28 años (Murasaki)

**Su Majestad, la
emperatriz**, de 27 años
(Akikonomu)

La dama del ala oeste, hija
de Yûgao, de 22 años (Tamakazura)

Su Alteza de la Guerra,
hermano de Genji (Hotaru Hyôbukyô no
Miya)

**El capitán, hijo de Tô no
Chûjô**, de 20 ó 21 años (Kashiwagi)

El capitán, hijo de Genji,
de 15 años (Yûgiri)

**El comandante de la
Derecha**, de 31 ó 32 años (Higekuro)

Miruko, dama de honor de
Tamakazura

Hyôbu, hija del aya de Tamakazura

El día vigésimo del tercer mes había quedado atrás, y las flores primaverales y los cantos de las aves del jardín eran más deliciosos que nunca, hasta que la gente empezó a preguntarse cómo era posible que durasen tanto. Los bosquecillos en los montículos, el panorama de la isla, [\[1\]](#) las extensiones de denso y reluciente musgo... cuando todo ello parecía inquietar un poco a las mujeres más jóvenes, Genji encargó que construyeran y equiparan unas barcazas de estilo chino, y el mismo día en que las botaron convocó al personal del Departamento de Música para que tocaran a bordo de ellas. Acudieron gran número de princesas y nobles.

Su Majestad estaba entonces en casa. La dama del lado sudeste consideró que era hora de responder al desafío planteado por Su Majestad a alguien «cuyo jardín aguarda para dar la bienvenida a la primavera», [2] y Genji había expresado su deseo de poder mostrarle todas sus flores, pero como ella no podía visitarles sin una razón suficiente, y no tan sólo por el placer de contemplar las flores, pidió que unas jóvenes damas de honor de ella, que sin duda eran aficionadas a la aventura, subieran a una embarcación y remaran hacia ellos a lo largo del lago meridional. El promontorio limítrofe que había alzado entre los jardines no les impidió rodearlo

y avanzar hacia el pabellón de pesca situado al este, donde él había reunido a otras mujeres desde su lado.

Las barcazas, con un dragón y un *geki* en sus respectivas proas, [3] estaban magníficamente adornadas al estilo continental, y los muchachos que manejaban los remos direccionales llevaban trenzas gemelas como en China. Las pasmadas mujeres estaban emocionadas y llenas de alegría al ver que las botaban en un lago tan ancho, y se sentían como transportadas a una tierra desconocida. Cuando llegaron a las grandes rocas de la caleta de la isla, se maravillaron al ver las piedras colocadas como en una pintura. Los árboles,

próximos y lejanos, con las ramas como velos de brocados que se fundían con la niebla, atraían su mirada hacia aquella meta distante, donde pendían las frondas de color verde brillante de los sauces y las flores llenaban el aire de un perfume inefable. Las flores de cerezo, que habían caído ya en todos los demás lugares, allí mantenían en toda su belleza, y las glicinas se entrelazaban en las galerías, abiertas en racimos de tonalidad intensa, una flor tras otra. ¡De qué espléndida manera las rosas amarillas se reflejaban en el agua y se derramaban en soberbia profusión desde la orilla! Las aves acuáticas, exhibiéndose en fieles parejas, revoloteaban con ramitas en los picos,

mientras los patos mandarines trazaban brillantes estelas que se mezclaban con las líneas serpenteantes de las olas, hasta que una sólo deseaba convertir todo ello en una pintura. [4] Aquel día, el mango del hacha de una muy bien podría haberse podrido.



Barcazas con un dragón y un geki

Cuando soplan las brisas, las mismas

*olas parecen florecer con adorables
colores:*

*¿podría, pues, ser éste el tan famoso
cabo de Yamabuki? [5]*

*¡Claro, el mismo lago en primavera debe
de recordar la brillante corriente del río
Ide,*

*pues también en sus profundidades
florece las rosas amarillas! [6]*

*No, no buscaré la montaña que acarrea
la tortuga! ¡Que elija la inmortalidad
aquí,*

*a bordo de esta embarcación, será lo que
me dé fama! [7]*

*Mientras nuestra nave se desliza bajo la
suave luz del sol en un bello día*

primaveral,

*¡cada gota desprendida de los remos se
convierte en una flor!*

Tales eran las naderías con que se divertían las damas de honor, casi olvidándose al hacerlo del lugar al que se dirigían y del lugar de donde venían, porque las aguas espejeantes les hacían olvidarse de sí mismas.

«El ciervo real» sonaba noblemente en el crepúsculo, y fue entonces cuando las damas de honor, a regañadientes, atracaron en el pabellón de pesca y desembarcaron. La estancia estaba arreglada con mucha sencillez, pero también con buen gusto, y tenía la belleza

de un brocado floral. Las danzas interpretadas fueron novedosas y peculiares. [8] Genji había seleccionado a los danzarines con particular atención, y se aseguró de que dedicaran todo su arte a complacer a las espectadoras.

Después de que oscureciera, seguía deseoso de espectáculo. Ordenó que encendieran fogariles en el jardín próximo, convocó a los músicos en el musgo que crecía al pie de la escalinata [9] y pidió a cada uno de los príncipes y nobles que tomara su instrumento favorito, de cuerda o de viento. Cuando los mejores profesionales hubieron tocado en el estilo *sô*, [10] los que estaban sentados por encima de ellos interpretaron la

música brillantemente con el *koto* y los demás instrumentos. Su manera de tocar «¡Ah, maravilloso día!» hizo que los sirvientes más ignorantes se quedaran escuchando entre los caballos y los carruajes agrupados ante la puerta, sonriendo de oreja a oreja, como si la vida por fin mereciera ser vivida. La belleza del cielo, el tono de los instrumentos y el modo musical con ecos primaverales mostraron sin duda a todos los presentes el valor superior de esa estación. La música se prolongó durante toda la noche. Cuando el cambio de modo [\[11\]](#) condujo a «La alegría de la primavera», Su Alteza de la Guerra cantó «El sauce verde» dos veces, de una

manera muy bella. Su Gracia, su anfitrión, se les unió también. Amaneció, y Su Majestad, que se encontraba más allá del montículo, lamentó oír los cantos de las aves.

A pesar de la luz primaveral que siempre brillaba en el lado sudeste, algunos lamentaban que la dama allí alojada no tuviera a nadie para recibir su amor más profundo; [\[12\]](#) entretanto, los comentarios sobre las atenciones que Genji, a todas luces de buen grado, dispensaba a la impecable dama que se encontraba en el ala occidental del lado nordeste se divulgaron hasta que, como él había previsto, muchos caballeros se encontraron bajo el influjo de la dama.

Aquellos que tenían motivos para considerarse dignos no dejaban pasar la oportunidad de hacer patente su interés ni de darlo a conocer, pero sin duda había otros hijos jóvenes y nobles en cuyo interior ardía el fuego reprimido del amor. También estaba afectado el capitán, el hijo del ministro de Palacio, pues no sabía quién era ella.



Danzarín vestido como un pájaro

Su Alteza de la Guerra no escondía sus intenciones, ya que había perdido a la esposa que durante mucho tiempo le había acompañado, y llevaba tres años viviendo penosamente solo. Aquella mañana había

protagonizado un espectáculo muy divertido al hacer cabriolas con flores de glicina en el tocado, con la excusa de una embriaguez muy bien fingida. Genji, complacido en su fuero interno, hizo cuanto pudo por no reparar en él.

—¡Ahora sería el momento de huir, si no tuviera ningún motivo para quedarme! —dijo Su Alteza, muy consternado mientras volvían a llenarle la taza—. ¡Esto es demasiado para mí! —No quiso aceptar más sake.

Tanto he teñido mi corazón con el tono cautivador de la murasaki...

¿por qué ha de importarme que me den por perdido en el dulce abismo de estas

flores?

Le ofreció también a Genji flores de glicina para su tocado.

Genji le sonrió con afecto.

*Entonces, mientras es primavera, cuida
de no alejarte de estas flores,*

y mira si en verdad saltarás al abismo,

[\[13\]](#)

replicó. Apremió tanto al príncipe para que se quedara que Su Alteza renunció a marcharse y añadió así nuevo encanto a los placeres de la mañana.

Aquél era el primer día de lectura de las escrituras por parte de la emperatriz

Akikonomu. Muchos de los que habían ido a oír la música no se retiraron para presentarse tal como estaban, sino que buscaron un discreto rincón donde ponerse el atuendo formal. Algunos que tenían otros compromisos se marcharon. Todos los que habían decidido asistir fueron allá a la hora del Caballo, [\[14\]](#) encabezados por el propio Genji. Asistieron todos los cortesanos. La mayoría de ellos se unieron al séquito de Genji, y la comitiva avanzó con un esplendor imponente.

Murasaki tuvo la gentileza de enviar una ofrenda de flores. Aparecieron ocho muchachas paje vestidas como aves o mariposas (había elegido a las más

bonitas), las aves con flores de cerezo en floreros de plata y las mariposas con rosas amarillas en floreros de oro; las flores eran las de colores más encendidos y las más perfectas de cada especie. La embarcación partió del montículo. Cuando llegaron ante Su Majestad, se alzó una brisa que hizo volar algunos pétalos de flores de cerezo. El día era claro y sereno, y la manera en que habían surgido de la bruma que caía sobre el lago era deliciosa y conmovedora. La carpa de las danzarinas había sido dejada a propósito donde estaba, y la galería entre los dos pabellones se había adaptado para los músicos y provisto de sillas plegables. Las muchachas llegaron a los escalones y

presentaron sus flores. Los portadores de incienso [\[15\]](#) recibieron las flores y permanecieron junto a los recipientes de agua sagrada. Fue el capitán, el hijo de Genji, quien leyó el mensaje de la donante:

*Mirarás con recelo, oh, grillo del pino
en la hierba, nostálgico del otoño,
incluso a esas mariposas de mi jardín
florido? [\[16\]](#)*

Al reconocer la réplica a su poema sobre las hojas otoñales, Su Majestad sonrió.

—Mi señora —insistieron las damas de honor del día anterior, todavía

embriagadas por las flores—, ¡no podéis haber encontrado allí defecto alguno en la belleza de la primavera!

«Las aves» [\[17\]](#) resonó airosamente entre los dulces cantos de los ruiseñores, mientras aquí y allá, sobre la superficie del lago, las aves acuáticas emitían sus propios cantos, y el efecto de la rápida conclusión de la danza fue una delicia sin par. ¡Con qué ligereza revolotearon entonces las mariposas, para aletear por fin en el seto, entre rosas amarillas que caían en cascada!

El chambelán auxiliar de Akikonomu y los demás cortesanos con derecho a ello pasaron sus recompensas de unos a otros [\[18\]](#) y entregaron los suyos a las

muchachas paje. Las que se habían vestido como aves recibieron vestidos largos con flores de cerezo estampadas, y las mariposas, otros con rosas amarillas. Era como si el acto hubiera estado preparado de antemano. Los músicos, según su rango, recibieron una prenda blanca en un rollo de seda. [19] El capitán se había puesto sobre los hombros un vestido largo decorado con glicinas, así como un juego completo de túnicas femeninas.

—Ayer, ¿sabéis?, podríais haber dado rienda suelta al llanto [20] —replicó Su Majestad.

Ven, parecían decir, y tus mariposas

bien podrían haberme atraído si entre nosotros no creciera una hilera tras otra de rosas amarillas. [21]

Es posible que, a pesar de su distinción y talento, el esfuerzo les pareciera a ambas demasiado grande, porque sus poemas no responden precisamente a lo que una habría deseado que compusieran.

Ah, se me olvidaba: las damas de honor de Su Majestad, las que habían participado en la excursión, también recibieron regalos simbólicos. [22] Eran demasiado numerosos para describirlos. Estas pequeñas diversiones se sucedían día y noche, puesto que aquellas damas no

tenían a nadie más que complacer excepto a sí mismas y, en consecuencia, quienes las servían también llevaban una vida sosegada. Se intercambiaban misivas entre sí.

La dama del ala oeste y la que vivía en el sudeste se habían mantenido en contacto desde que se habían conocido en la mascarada. Sin duda a la primera le faltaba carácter en ciertos aspectos, pero tenía una cualidad nacida de su amplia experiencia, parecía amable y, como no había en ella nada que desagradara, todas las damas gozaban de amistosas relaciones con ella. Muchos caballeros la cortejaban, pero Genji evitaba tomar ninguna decisión apresurada, y tal vez

fuese cierta renuencia a comportarse paternalmente con la mujer lo que a veces le hacía considerar la posibilidad de informar a Su Excelencia, su padre. A ella le avergonzaba bastante que el hijo de Genji, el capitán, se aproximara tanto, hasta sus mismas persianas, y respondiera personalmente a sus observaciones, pero las mujeres que la rodeaban no veían ninguna razón por la que el joven no debiera hacerlo, y él mismo era demasiado serio para que jamás se le ocurriera aprovecharse de ella.

Su ejemplo pronto estimuló a los hijos del ministro de Palacio en grado suficiente para permitir que su interés fuera conocido, y adoptaron un aire

trágico, lo cual en privado estimulaba sus sentimientos, aunque no de esa manera, [23] sino porque en el fondo ella anhelaba llamar la atención de su verdadero padre. No le dio a entender nada de esto a Genji, y se dirigía a él con una familiaridad encantadoramente juvenil y llena de confianza. Él veía con toda claridad a su madre en ella, aunque el parecido no era evidente, pero estaba claro que era ella la que mostraba más ingenio.

Cuando llegó el momento de ponerse ropas elegantes para la nueva estación, [24] el mismo cielo adquiría a veces un curioso encanto. Genji disfrutaba del ocio, y se pasaba el tiempo practicando con todos los instrumentos musicales.

Entretanto llegaban cada vez más cartas para la joven dama que ocupaba el ala oeste. Esto complacía a Genji, puesto que no había esperado menos, pero su costumbre de visitarla en momentos inesperados para echar un vistazo a las cartas y aconsejarle a cuáles debía responder era un incordio para la joven, porque significaba que nunca podía sentirse cómoda en casa. Pronto tuvo una buena colección de ardientes cartas de reproche enviadas por Su Alteza de la Guerra, y Genji se rió de buena gana cuando las leyó.

—Siempre he tenido una relación muy estrecha con él —manifestó—, y entre todos los príncipes él es quien más se

merece mi afecto, pero cuando se trata de cosas como ésta, ha mantenido la distancia, lo cual explica por qué me parece al mismo tiempo tan divertido y tan conmovedor observar por fin estos desahogos sentimentales suyos. En verdad tienes que responderle. No puedo pensar en ningún otro corresponsal más digno para una mujer moderadamente cultivada. ¡Oh, sí, tiene muchos rasgos merecedores de alabanza!

Se extendió sobre las virtudes de su hermano para lograr que le pareciera deseable a una mujer joven, pero sólo consiguió que ella se sintiera incómoda.

Las tribulaciones del resuelto y digno comandante de la Derecha [\[25\]](#) parecían

repetir la caída de Confucio en las montañas del amor, [26] lo cual a Genji le parecía cómico a su manera. Entonces, al examinar las cartas con más detenimiento, encontró una en papel chino azul, deliciosamente perfumada y muy doblada.

—¿Por qué esta carta está atada con tantos nudos? [27] —inquirió mientras la abría. La caligrafía era deliciosa.

*Mal puedes saber que sólo pienso en ti,
pues el furtivo manantial
que brota entre las rocas no deja ningún
color a la vista.*

La escritura era fresca y exuberante.

—¿De quién es esto? —preguntó

Genji, pero ella no le dio una respuesta clara. [28]

Entonces llamó a Ukon.

—Quiero que investigues a los remitentes de estas cartas antes de darles una respuesta. Los atolondrados jóvenes de hoy pueden cometer un gran error, y tal vez la culpa no la tendría el hombre. También yo he pensado a menudo «¡Qué terrible es! ¡No la conseguiré!», y la he llamado obtusa o, si ella ha estado un poco por debajo de mí, la he calificado de basta. Pero cuando un hombre no está de todos modos tan interesado, y ella, del modo más aborrecible, hace caso omiso de una sencilla nota sobre el tema de las flores y las mariposas, puede que eso sólo

sirva de acicate; o bien puede uno olvidarse por completo de ella, y ¿quién se lo reprochará? Tampoco es conveniente dar una respuesta elocuente e inteligente a lo que no era más que una nota informal, pues eso puede crear dificultades más adelante. En general, una mujer padecerá por ello al final, si no tiene cuidado y muestra sin más su delicada sensibilidad y su brillante ingenio. Pero Su Alteza y el comandante son demasiado apasionados para expresarse de una manera informal, y sería inconveniente para tu señora tratarlos como si les concediera menos de lo que se merecen. En cuanto a los demás, que están por debajo de ellos, desde luego

debes ser amable en proporción a la seriedad que te parece que tienen.

La dama permanecía sentada con la cara vuelta, revelando un perfil asombroso. Llevaba un vestido largo con rosa sobrepuesto [29] que armonizaba elegantemente con la flor de la estación. [30] Su porte, en otro tiempo caracterizado por una especie de candidez natural (el único rasgo visible de su crianza en provincias) presentaba ahora una flexibilidad impecable, a medida que sabía cada vez más cómo se comportaba realmente la gente, y su uso juicioso del maquillaje realzaba tanto su aspecto, ya de por sí espléndido, que mirarla encandilaba. «¡Qué gran lástima sería —

pensó Genji—, dejar que cualquier otro se la llevara!»

Entretanto, Ukon los miraba, sonreía y pensaba: «No, ¡la verdad es que él es demasiado joven para que ella le llame padre! ¡Qué hermosa pareja hacen, uno al lado del otro!».

—Mi señor —le dijo—, podéis tener la seguridad de que no doy a mi señora cartas de ningún caballero. Supongo que conservamos las tres o cuatro que habéis visto hace un momento porque no queríamos ofender a los remitentes al devolvérselas, pero mi señora jamás... Por lo menos no sin nuestro permiso expreso, e incluso entonces de muy mala gana.

—¿Qué me dices entonces de esta, atada con estos nudos juveniles? Desde luego, está muy bien escrita. —Genji la miraba sonriente.

—El mensajero insistió en dejar esta nota, mi señor. Veréis, Su Excelencia el hijo del ministro de Palacio, el capitán, conoce ya a nuestra Miruko [\[31\]](#) que está de servicio aquí, y fue ella quien la aceptó. Nadie más la ha visto, os lo prometo.

—¡Qué amable por su parte! Esos jóvenes caballeros son todavía subalternos, pero uno ciertamente no desearía ofenderlos de esa manera. Dudo de que haya muchos, incluso entre los nobles de alto rango, que sean objeto de

una estima comparable a la suya. Ninguno de sus compañeros es tan juicioso como él. Bien, ya lo descubrirá a su debido tiempo. Debes darle largas, aunque no bruscamente, por supuesto. Pero ¡qué bella carta!

Durante un rato no pudo dejarla de lado.

—Me temo que no estás de acuerdo con lo que te digo —le dijo a la dama—, pero aún eres demasiado joven y no estás bien establecida para que Su Excelencia te preste atención, y, además, a mi modo de ver sería arriesgado para ti que te unieras ahora a su familia, al cabo de tantos años. Estoy seguro de que se presentará una ocasión apropiada para

que le conozcas de una manera digna, una vez te hayas establecido como lo hacen otras.

»En principio, Su Alteza vive solo, pero es muy aficionado a las damas; frecuenta muchas casas diferentes, o eso tengo entendido, y mantiene a un gran número de mujeres que reciben el desagradable nombre de «concubinas» [32] o algo por el estilo. Una esposa capaz de corregirle en ese aspecto sin irritarle le iría ciertamente muy bien. Por supuesto, una mujer con cierta rareza [33] puede cansar fácilmente a su marido, y en ese sentido deberás andarte con cuidado.

»El comandante te corteja porque su esposa ha envejecido y está cansado de

ella, pero la familia de la mujer, naturalmente, está en contra. Por lo que he reflexionado sobre el asunto, creo que no puede hacerse gran cosa al respecto, aunque no he llegado a ninguna conclusión. En estas cuestiones, a ninguna muchacha le resulta fácil decirle con franqueza a su padre lo que prefiere hacer, pero tú ya has dejado atrás esa edad, y no veo ningún motivo para que no tomes una decisión. Sincérate conmigo como lo habrías hecho con tu difunta madre. Nada sería para mí más lamentable que ver que eres desdichada.

Los graves discursos de Genji la confundían tanto que no se le ocurría nada que responder. No obstante, le pareció

que no decirle nada en absoluto sería una muestra de infantilismo.

—He vivido sin padres desde que tengo uso de razón —aventuró con gran inocencia—, y me temo que no puedo tener una opinión formada.

Genji se mostró comprensivo.

—¿No aceptarás entonces a tu tutor como padre, según el dicho, y reconocerás hasta qué punto me preocupo por ti? [\[34\]](#)

La verdadera naturaleza de su interés por ella era demasiado escandalosa para confesarla. De vez en cuando admitía expresiones insinuantes en su discurso, pero ella no parecía percatarse, y él exhalaba suspiros cuando por fin se

marchó.

En el jardín crecía bambú chino con la fuerza y el verdor de la juventud, y Genji, que envidiaba su flexibilidad, se detuvo a contemplarlo.

¿Ha de crecer ese querido bambú, tan joven cuando lo planté en mi jardín, con el paso de los años hasta que su vida se independice de la mía?, [\[35\]](#)

dijo mientras alzaba las persianas de la joven. «Creo que eso me lo tomaré muy mal».

Ella se deslizó hacia él. [\[36\]](#)

¿Cuál de todos esos años traerá consigo

el momento adecuado para que el joven bambú busque por fin la raíz desde la que empezó a crecer?

—No hay duda de que intentarlo podría tener malas consecuencias — replicó la joven, y él se sintió conmovido.

Pero tal vez ella no lo creía realmente. «¿Oh, cuándo —se preguntó, preocupada y triste— le planteará la cuestión a mi padre?» Y, no obstante, ciertamente valoraba la amabilidad de Genji y suponía que, aunque llamase padre a aquel caballero, no podría tener una intimidad con él como la que tenía con Genji, puesto que nunca había vivido con él; de hecho, a medida que la lectura de

antiguos relatos le enseñaba cómo es la gente y el mundo, se sentía cada vez más tímida y dudaba cada vez más de poder algún día lograr por sí sola que su padre se fijara en ella.

Cada vez más prendado de la muchacha, Genji incluso habló de ella a la señora de su casa.

—¡Qué extraordinario es el atractivo de esa joven! Hace muchos años, su madre adolecía de cierta falta de vitalidad, pero ella, por lo que puedo decir, es despierta, afectuosa y abordable, y no hay ninguna necesidad de preocuparse por ella.

Para su señora, que conocía bien a Genji, esta clase de elogios revelaba un

interés especial, y le comprendió.

—Puede que sea despierta y cace las cosas al vuelo, pero la compadezco si en su inocencia llega a confiar demasiado en ti.

—¿Y qué tengo yo que debiera disuadirla de hacerlo?

—¡Oh, vamos...! ¿Crees que no recuerdo el sufrimiento que tu manera de ser me ha causado tan a menudo? —Le sonrió.

¡Desde luego, a Murasaki no se le ocultaba nada!

—¡Pero me interpretas de un modo totalmente equivocado! —replicó él alzando la voz—. ¡Ella misma no podría dejar de darse cuenta!

No dijo más, pues sabía que la situación era muy delicada, y ahora que ella había visto lo que permanecía oculto en su interior, se esforzó en vano por determinar lo que debía hacer, mientras reflexionaba, compungido, sobre su propio torcido y deplorable temperamento.

Pensaba constantemente en la joven dama y a menudo iba a visitarla y se ponía a su disposición para lo que necesitara. Una noche muy húmeda, después de que hubiera llovido. Genji contempló el denso follaje entrelazado de los olmos y los jóvenes arcos recortados contra un cielo esperanzador, tarareó «...puro y en armonía», [\[37\]](#) observó que sus

pensamientos vagaban hacia la belleza deliciosamente fresca de la muchacha y se encaminó con gran discreción a su encuentro, como de costumbre.

Ella estaba sentada tranquilamente, practicando la escritura, y el azoramiento prestó un color encantador a su rostro cuando se puso en pie. La visión de su serena belleza transportó a Genji de súbito al pasado y, embargado por la emoción, le dijo:

—Estoy seguro de que no te has dado cuenta, pero desde la primera vez que te vi, a menudo he tenido el extraño convencimiento de que la veo a ella ante mí, [\[38\]](#) y es algo muy perturbador. A mi modo de ver, el capitán [\[39\]](#) carece de la

belleza que tuvo antaño, y había supuesto que tampoco tú te parecerías tanto a tu madre, pero ahora veo que tales cosas suceden después de todo.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Jugueteadando con una naranja que estaba a mano entre la fruta, sobre una tapa de caja, siguió diciendo:

*Ahora que este perfume me evoca
aquellas mangas tuyas con fragancia de
azahar,*

*¡no me avengo a creer que tú no seas
ella!*

—Jamás podría olvidarla y, después de todos estos años de desconsuelo,

cuando te veo no puedo dejar de preguntarme si estoy soñando. Es demasiado para mí. Te ruego que no me rechaces.

La muchacha no perdió la compostura cuando él le tomó la mano, pese a la repugnancia que su inexperiencia le hacía experimentar.

*Si la fruta que aquí ves tanto te evoca el
aroma de las mangas que otrora
conociste,*

*no hay duda de que muy pronto
tendremos un prematuro final,*

replicó ella.

Había bajado los ojos en los que se

reflejaba su temor, y su atractivo era inefable. La deliciosa suavidad de sus manos, la tersura de su piel y su figura en conjunto no hacían más que aumentar los turbulentos anhelos de Genji, [\[40\]](#) y esta vez él le habló un poco acerca de sus sentimientos. Ella se preguntó, aterrada, qué debía hacer, y el temblor que se apoderó de ella fue totalmente visible, pero él insistió de todos modos.

—¿Por qué te desagrado tanto? Te aseguro que tengo la intención de mantener esto tan bien oculto que nadie lo descubrirá jamás. Bastará con que no reveles nada en tu conducta. Tal es el afecto que ya te tengo, que estoy seguro de que mi renovado fervor se alzaré entonces

por encima de cualquier otro en el mundo. ¿Voy a ser menos para ti que todos esos de los que recibes cartas? Estoy preocupado por ti, ¿sabes?, porque no es posible que haya nadie, en ninguna parte, tan profundamente interesado por tu bienestar como yo.

Genji tenía una manera muy extraña de ser padre.

La lluvia había cesado, soplaban el viento entre los bambúes y la brillante luz de la luna de aquella deliciosa noche era un bálsamo para el espíritu; entretanto, las damas de honor se habían retirado a cierta distancia, temerosas de entrometerse en una conversación tan íntima. Él siempre actuaba así con ella, pero una oportunidad

tan desusada, y tal vez también la pasión despertada por sus propias palabras, le impulsaron ahora a disimular el frufú de su túnica, tan suave que parecía fundirse, [\[41\]](#) y tenderse junto a ella. Abatida y consternada por lo que sus damas de honor pudieran imaginar, la joven se sentía angustiada. Sabía que semejante desastre no le habría acontecido si hubiese estado con su verdadero padre, tanto si éste la tenía en alta estima como si no, y, aunque no quería llorar, derramó lágrimas, hasta que pareció la encarnación misma de la desdicha.

—Esta actitud tuya es muy cruel. Me parece que cualquier mujer cedería como es debido, incluso ante un perfecto

desconocido, porque así es el mundo; y si tenemos en cuenta la larga e íntima relación que hay entre nosotros, no entiendo por qué este grado de familiaridad por mi parte ha de provocar semejante hostilidad. No volveré a molestarte con mis inoportunas atenciones. Tan sólo busco alivio al aluvión de recuerdos que me abruma.

Le dijo muchas más cosas, con amabilidad y ternura, sobre todo porque le resultaba extraordinaria la manera en que sus sentimientos de ahora eran idénticos a los de antaño. A su pesar y sintiendo remordimientos, no podía dejar de reconocer que su conducta era absurda y licenciosa, y se marchó antes de que

hubiera transcurrido gran parte de la noche, puesto que pronto las damas de honor empezarían también a preguntarse qué estaba haciendo allí.

—Lo sentiré mucho si, en lo sucesivo, te desagrado. ¡Otras personas no se dejan arrastrar tan fácilmente como yo! La ilimitada consideración en que te tengo me disuadiría de hacer cualquier cosa merecedora de reproche. Tal sólo me gustaría hablar contigo de esto y aquello, aliviar la nostalgia del pasado. Confío en que me respondas con ese mismo espíritu.

—Pero, a pesar de sus vehementes súplicas, ella seguía profundamente afectada y disgustada con él—. No tenía la menor idea de que tus sentimientos

hacia mí eran tan negativos. La verdad es que pareces odiarme. —Suspiró—. Te ruego que tengas cuidado de que nadie llegue a sospechar nada —concluyó antes de salir.

Ella no era ya una adolescente, pero, además de ser ignorante con respecto a los hombres, no conocía a nadie con la más mínima experiencia del mundo, y una intimidad superior a la que tenían le resultaba por ello totalmente incomprensible. Estaba tan estupefacta por aquel vergonzoso giro de su destino, que sus damas de honor creyeron que había enfermado y no sabían qué hacer para que se sintiera mejor.

—¡Mi señor es muy atento y amable!

—¡Sin duda, mi señora, vuestro padre verdadero no pondría tal empeño en asegurar vuestro bienestar! —susurraron Hyôbu [\[42\]](#) y las demás, pero la asombrosa conducta de Genji le había vuelto tan detestable a sus ojos que ella sólo podía lamentar su desdichada suerte.

A la mañana siguiente, temprano, llegó una carta de él. Ella aún yacía como si estuviera enferma, pero la leyó a regañadientes cuando sus damas de honor le trajeron un tintero y lo necesario para escribir y la instaron a que respondiera. El papel de la carta de Genji, de una blancura inocente, transmitía distanciamiento, pero la misiva estaba muy bien escrita.

«¡Qué increíble manera de tratarme! Tu crueldad no me resultará fácil de olvidar. Me pregunto qué habrán pensado de todo esto tus damas de honor».

Ni una sola vez yacimos abrazados como amantes..., ¿Por qué entonces, plantita, estás tan tristemente abatida como si algo hubiera ocurrido?

«¡Qué niña eres!»

Esta última y paternal observación repelió en particular a la muchacha, y puesto que ciertamente le habría parecido extraño no responder nada, se limitó a escribir en grueso papel Michinokuni: «Gracias por tu nota. No me encuentro

bien, y por ello espero que me perdones por no responderte». Genji sólo pudo sonreír al ver cómo su recato traicionaba la promesa de su belleza, y le pareció, tan deplorablemente como siempre, que ella era bien merecedora de la amarga queja de un amante.

Como ya había mostrado cómo era en realidad, Genji no se detuvo en indirectas sobre «el pino de Ôta», [43] sino que le escribía tan a menudo y con tal insistencia que ella se sentía cada vez más acosada hasta que, atrapada y sin saber qué hacer, enfermó de verdad. Muy pocas personas sabían lo que le ocurría y, habida cuenta de que todo el mundo, próximo a ella o lejano, admiraba de todo corazón la

paternal actitud de Genji, a ella le parecía que si llegaba a difundirse algún rumor de lo que sucedía sería el hazmerreír de todos y su nombre caería en desgracia para siempre. «Es terrible —se decía a sí misma en un frenesí de inquietud—. Aunque mi padre se enterase de que estoy aquí, probablemente no haría ningún gran esfuerzo, y si llegara a sus oídos una noticia como ésta, es posible que significara el fin».

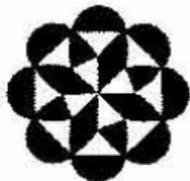
Su Alteza y el comandante, que, de una manera indirecta, habían comprendido que Genji los tenía en alta estima, siguieron cortejándola con tesón. El capitán, el que «surgía entre las rocas», sólo sabía, a través de Miruko, que Genji

aprobaba sus pretensiones, lo cual le había causado una gran alegría, puesto que desconocía la verdad, y parece ser que se entregó con vehemencia a emitir consternadas expresiones de amarga queja.

Hotaru

Las luciérnagas

Hotaru significa «luciérnagas». En este capítulo, Genji proporciona a uno de los pretendientes de Tamakazura, Su Alteza de la Guerra, un atisbo de ella a la luz de las luciérnagas.



Relación con los capítulos anteriores

«Las mariposas» termina en el cuarto mes, y «Las luciérnagas» continúa hasta el quinto.

Personajes

Su Gracia, el canciller,
Genji, de 36 años

La dama del ala

occidental, de 22 años
(Tamakazura)

Su Alteza de la Guerra,
hermano de Genji (Hotaru Hyôbukyô no
Miya)

Saishô, dama de honor de Tamakazura

La dama del ala nordeste
(Hanachirusato)

La dama de Akashi, de 27
años (Akashi no Kimi)

Murasaki, de 28 años

La hija de Genji, de 8 años
(Akashi no Himegimi)

El capitán, hijo de Genji,
de 15 años (Yûgiri)

El capitán de la Derecha,
hijo mayor de Tô no Chûjô, de 20 ó 21
años (Kashiwagi)

**Su Excelencia, el
ministro de Palacio** (Tô no
Chûjô)

Un experto en la interpretación de los sueños

La encumbrada posición de Genji le libraba de todo cuidado y le permitía llevar una vida tan apacible que quienes dependían de él se sentían satisfechos, seguros, y afortunados. Por desgracia, la dama del ala oeste era la única asaltada por dificultades imprevistas y la que padecía a causa de la angustia y la perplejidad. No es que estos problemas pudieran compararse con la amenaza planteada por el temible auditor comisionado, pero se trataba de algo tan distinto a lo que cualquiera podría imaginar acerca de Genji que ella lo mantuvo en secreto, sintiendo un intenso desagrado hacia él. Como por entonces era lo bastante mayor para comprender

muchas cosas, reflexionaba sobre ello desde distintos puntos de vista, volvía a llorar a su madre y lamentaba amargamente su pérdida.

Ahora que Genji se había declarado, también él padecía las consecuencias. El temor a que le descubrieran le impedía enviarle alguna nota, por trivial que fuese, y esto le atormentaba de tal manera que la visitaba constantemente. Cada vez que las damas de honor la dejaban sola y él, una vez más, le revelaba su pasión, ella, sobreponiéndose a la consternación, se limitaba a fingir que no se daba cuenta de nada, puesto que no podía avergonzarle abiertamente. Era sonriente y afable por naturaleza, y sus resueltos intentos de

mantener una actitud cauta y seria no lograban ocultar su delicioso atractivo.

Su Alteza de la Guerra, como los demás, proseguía con su tenaz cortejo. No hacía tanto tiempo que lo había emprendido cuando, tras quejarse a la joven de las lluvias del quinto mes, añadió: «¡Si me permitieras acercarme un poco más...! ¡Ansio tanto descargar lo que encierra mi pecho...!»

Genji vio su carta.

—¿Por qué no? Estoy seguro de que vale la pena ver a estos caballeros dedicados al cortejo. No adoptes una actitud distante cuando te dirijas a él y, por favor, respóndele de vez en cuando.

Le dijo lo que debía escribir, pero

ella sólo podía sentir más repulsión que nunca y, para no hacer lo que le pedía, adujo que estaba indispuesta. Entre sus damas de honor, eran muy pocas las que tenían un rango alto o apoyos. La única excepción era Saishô, hija de un asesor, tío de su madre, mujer de gusto muy aceptable a la que Genji había rescatado de la decadencia de su familia. Tenía buena caligrafía y era en general juiciosa, y Genji le pedía que escribiera réplicas apropiadas a medida que surgía la necesidad. Así pues, la llamó en esta ocasión. En cualquier caso, era evidente que Genji sentía curiosidad por las cartas de Su Alteza.

Tras las lamentables indiscreciones

de Genji, la misma Tamakazura empezó a echar un vistazo de vez en cuando a las desgarradoras misivas de Su Alteza. No es que aquel hombre le interesara en particular, pero por entonces incluso ella había adquirido la astucia necesaria para buscar la manera de evitar el asedio de Genji, que se le había vuelto insoportable.

Su Alteza, asombrada al recibir de ella una réplica aceptable, fue a visitarla muy discretamente, sin tener la menor sospecha de que Genji, a su deshonrosa manera, estaba oculto y esperándole. Ofrecieron a Su Alteza un cojín al otro lado de las puertas dobles, y ella se sentó cerca, con sólo una cortina portátil entre ellos. Genji se había encargado de que un

incienso de seductor aroma flotara en el aire, y, a pesar de su detestable y nada paternal perversidad, su figura perfectamente acicalada era impresionante. Cuando la pobre Saishô se sentó allí, sin saber apenas cómo transmitir las respuestas de su señora, él aumentó su confusión al pellizcarla para reprocharle que fuese tan torpe. En aquella época las tardes eran oscuras, [1] y a la tenue luz del cielo nublado la discreta dignidad de Su Alteza tenía un notable atractivo. Una brisa tenue que se expandía desde el interior, mezclada con la fragancia más nítida del propio Genji, lo envolvían todo en exquisitos olores, y lo que el visitante atisbo de la presencia

de la dama sugería que era incluso más hermosa de lo que él había imaginado. Se declaró con gran dignidad, evitando un tono insinuante, lo cual era una actitud muy peculiar. Genji captó algo de lo que decía, y todo en conjunto le pareció muy divertido.

Tamakazura se había retirado para tumbarse en el pasillo oriental, y Genji añadió sus propios reproches cuando Saishô entró para transmitir las palabras del príncipe.

—Le estás poniendo las cosas muy difíciles a Su Alteza. Siempre es preferible actuar con tacto. No es ésta ocasión para que insistas en comportarte como una chiquilla. No puedes hacer que

una persona vaya de un lado para otro corriendo de esa manera cuando estás hablando con un príncipe. Por lo menos podrías permanecer un poco más cerca de él, aunque prefieras que no oiga tu voz.

Desesperada, y tan reacia a irse como a quedarse, puesto que quedarse podría dar a Genji una excusa para importunarla en cualquier momento, salió para tumbarse de costado detrás de la cortina portátil, al fondo de la cámara. Estaba pensando en la manera de responder a un discurso especialmente largo de Su Alteza cuando Genji se le acercó y alzó la cortina sobre el travesaño. En aquel momento la luz aumentó, y ella creyó, horrorizada, que alguien había encendido

una pequeña antorcha.

Pocas horas antes, Genji había encerrado en fina seda un enjambre de luciérnagas, y ahora, con tanta inocencia como si se alisara la túnica, las había destapado. La súbita luz hizo que ella, consternada, ocultara el rostro detrás de su abanico, y al hacerlo dejó ver un perfil encantador. Genji había razonado que una luz brillante permitiría al visitante tener un buen atisbo de ella. «Estoy seguro de que sólo el hecho de que se trate de mi hija le produce un gran entusiasmo, y no podía suponer que ella poseía tal belleza y elegancia por sí misma. Sembraré un intenso tumulto en ese corazón tan puesto a prueba por el amor». Genji no habría

montado aquel número si ella hubiera sido realmente su hija. No, su comportamiento no era loable. Una vez realizada la hazaña, salió discretamente por otro lugar y regresó a casa.

Su Alteza había estado conjeturando dónde podría encontrarse la joven dama, y el corazón le latía con fuerza cuando llegó a la conclusión de que, después de todo, estaba un poco más cerca de lo que él había pensado. Miraba a través de la abertura de una delicada cortina de vaporosa seda cuando, a menos de diez pies de distancia [2] y a plena vista, se produjo una maravillosa y del todo inesperada explosión de luz. La luz desapareció enseguida, pero no antes de

que su brillo le hubiera mostrado los placeres que ella prometía. No importaba que hubiera sido sólo un atisbo, porque ahora él no podía dejar de pensar ansiosamente en la belleza de aquella esbelta figura recostada, que le había dejado una impresión en verdad perdurable.

Afánate cuanto quieras, esos fuegos que el ardiente insecto nutre con vivo deseo, aunque su grito no se oiga jamás, arden con demasiada fuerza para extinguirlos.

[3]

—¿Me comprendes?

Pensar demasiado en la réplica a

semejante poema daría como resultado algo pedante, así que ella dijo lo primero que se le pasó por la cabeza:

Más bien la luciérnaga que arde con llama interna y no grita, es aquella cuya dedicación ofrece todo cuanto las palabras pueden expresar. [4]

Tras esta improvisada réplica, ella se retiró, dejando al príncipe irritado por el tratamiento cruelmente distante de que había sido objeto. No se quedó hasta el amanecer, puesto que eso habría sido un excesivo atrevimiento por su parte, y partió en plena noche, cuando las frías gotas de lluvia se desprendían de los

aleros. También debió de cantar un cuclillo, pero no me tomé la molestia de oírlo. [5] Las damas de honor alabaron el elegante aspecto del príncipe y el gran parecido que tenía con Su Gracia. Puesto que desconocían la verdad, todas expresaban gratitud y admiración por las atenciones que Genji había tenido aquella noche con su señora.

A la dama le parecía que su propio infortunio explicaba el engañoso celo de Genji. Reflexionaba: «Si mi padre ya hubiera reparado en mí, si hubiese conseguido mi lugar en el mundo y Su Gracia continuara sintiendo lo mismo por mí, no habría nada malo en lo que desea, pero es la extraña posición en que me

encuentro lo que al final podría convertirme en la comidilla de todos». Sus angustiados pensamientos giraban en torno a la misma cuestión día y noche. Sin embargo, Genji seguía decidido a no convertirla jamás en un tedioso espectáculo. Dado su peculiar temperamento, no cabía suponer que sus pensamientos acerca de, por ejemplo, Su Majestad, Akikonomu, fuesen del todo puros, y en ocasiones se dirigía a ella de una manera muy provocativa, aunque la suprema magnitud de su rango le impedía hablarle con demasiada claridad. En cuanto a la joven dama, su carácter afectuoso y su frescura la hacían casi irresistible, hasta tal punto que él a

menudo se permitía actuar con ella con maneras que habrían despertado sospechas si alguien los hubiera visto juntos, pero (lo que no dejaba de ser asombroso) él se abstenía de ir más allá y mantenía así su relación en un peligroso equilibrio.

El día quinto, [6] Genji visitó el pabellón del terreno de equitación y aprovechó la oportunidad para ir a ver a la dama.

—¿Cómo fue todo? —le preguntó—
¿Se quedó Su Alteza hasta muy tarde? No debemos permitirle que se acerque demasiado. Tiene sus desafortunadas peculiaridades, ¿sabes? Al fin y al cabo, pocas personas no han dañado nunca a

nadie o no han sido culpables de alguna falta grave.

Su juventud y su apostura parecían eternas mientras alternativamente alababa a Su Alteza y lo criticaba. Sobre una túnica de tonalidad y brillo exquisitos llevaba un informal manto de vestir tan idóneo que una se preguntaba cómo era posible, pues el tinte parecía superar la habilidad de cualquier artesano de este mundo; incluso su color, el mismo de siempre, le parecía a ella un milagro en aquel día del Festival del Ácoro, y un milagro también su fragancia, que habría completado el placer de su presencia de no ser por las penalidades que él le traía.

Llegó una carta de Su Alteza. Desde

luego, parecía muy refinada, escrita como estaba en fino papel blanco, [7] pero cuando la leyó en voz alta comprobó que no contenía nada memorable.

*Desdeñada por todos incluso hoy, donde
crece sin ser vista,
se ha ocultado bajo el agua la raíz de
ácoro, sin consuelo, abandonada a los
sollozos. [8]*

El príncipe había atado el poema a una raíz espléndida. Antes de marcharse, Genji instó a la muchacha a que respondiera.

—Debéis hacerlo —le recordaron otras personas.

Por alguna razón, ella escribió:

*Pero al verla por fin, qué corta parece
ser la raíz de ácoro que alza
sus patéticos sollozos desafiando al buen
sentido...*

«Y también es un poco infantil». Eso era todo, escrito en tinta tenue. Como era tan meticuloso, probablemente Su Alteza pensó que la caligrafía de la dama mejoraría con un poco más de estilo y se sintió un tanto decepcionado.

Las bolas herbales, todas ellas de una belleza indescriptible, llegaron de todas partes. Los años de padecimiento habían quedado atrás, y como tenía tanto por lo

que estar agradecida, nada era más natural que no desear ofender, en la medida de lo posible.

Genji fue a ver a la dama que vivía en el ala nordeste. [9]

—El capitán [10] ha dicho que traería a sus hombres... Hoy es el concurso de tiro al arco de sus guardias de Palacio. [11] Confío en que estés preparada para recibirlos. Creo que estarán aquí antes del anochecer. Habría querido que la celebración fuese discreta e informal, pero lo cierto es que se está complicando, ya que Sus Altezas han oído hablar de ello y también asistirán. Prepárate, por favor.

Desde el lugar que ocupaba en la galería veía el pabellón que se alzaba en

el terreno de equitación, a corta distancia.

—Las damas deberían mirar desde las puertas abiertas que dan a la pasarela — comentó—. Estos días hay muchos jóvenes oficiales en la Guardia de la Izquierda de Palacio, que fácilmente están a la altura de los cortesanos de menor rango.

A las mujeres les agradó la posibilidad de contemplar el espectáculo, y las muchachas paje del ala occidental acudieron para sumarse a ellas. En la entrada de la galería colgaron nuevas persianas verdes, y tendieron a lo largo unas cortinas del estilo más moderno, que se oscurecían hacia el borde [\[12\]](#) y por detrás de las cuales iban de aquí allá las

muchachas paje, los sirvientes y demás personal. Las muchachas llevaban un atuendo de prendas sobrepuestas, la interior decorada con flores de ácoro y la exterior de vaporosa seda violeta, y las cuatro expertas servidoras, que llevaban vestidos con cola de color cinamono que se oscurecían hacia el borde y chaquetas chinas del color de jóvenes y rosadas hojas, iban especialmente bien vestidas para el festival de la jornada. Las del ala occidental, con prendas escarlata que llevaban con naturalidad bajo vestidos de color rosa, formaban una atractiva estampa en aquel lugar, donde cada bando competía por destacar. También los jóvenes cortesanos de ojos brillantes se

pavoneaban. A la hora de la Oveja, [\[13\]](#) Genji se encaminó al pabellón junto al terreno de equitación y, en efecto, encontró allí a Sus Altezas. Este concurso, al contrario que el que había tenido lugar en palacio, había atraído también a los capitanes y tenientes, y Genji disfrutó de tales novedosas diversiones hasta que oscureció. Las damas apenas entendían lo que sucedía, pero incluso los miembros de la guardia de a pie vestían de la manera más atractiva, y era un placer contemplar su gallarda exhibición de la magia del tiro al arco. El lado sudeste ofrecía igualmente una clara aunque distante vista del terreno de equitación, y también allí había jóvenes espectadoras.

La danza de «Golpear la pelota» y la de los «Dragones gemelos», así como la música de victoria, continuaron hasta que estuvo demasiado oscuro para ver. Los miembros de la guardia recibieron regalos adecuados a su rango. Los que estaban presentes no se marcharon hasta altas horas de la noche.



La danza «Golpear la pelota»

Genji pernoctó allí.

—¡Qué espléndido caballero es Su Alteza de la Guerra! —exclamó durante la conversación con la dama que vivía en

aquel lugar—. Su aspecto no destaca, pero su ingenio y su presencia le dotan de atractivo. ¿Has podido echarle un vistazo? Es cierto que tiene que mejorar en muchos aspectos, pese a las alabanzas que recibe.

—Ya sé que es tu hermano menor —replicó ella—, pero me ha parecido mayor que tú. Entiendo que acude fielmente a hacerte compañía en estas ocasiones, pero no le había visto desde el último atisbo que tuve de él en palacio. Ahora es un hombre muy apuesto y respetable. Podría decirse que Su Alteza el virrey tiene cierto buen aspecto, pero carece de presencia y no parece un príncipe. [\[14\]](#)

«Desde luego, no se le escapa nada»,

se dijo Genji. Sonrió y evitó referirse a los demás asistentes. Desaprobaba a quienes criticaban o menospreciaban al prójimo, y no dijo nada del comandante de la Derecha, [\[15\]](#) aunque, a pesar de la buena reputación que tenía dicho caballero, por algún motivo se sentía muy reacio a mantener una estrecha relación con él.

Ahora su relación con la dama era superficial, y dormían en aposentos diferentes. Se preguntaba, entristecido, por qué se había producido semejante distanciamiento entre ellos. Nada le impulsaba nunca a mirarle con recelo. Hasta entonces ella sólo se había enterado de tales diversiones por terceros, y le

complacía ver que el peculiar acontecimiento de aquel día también confería brillantez al lugar donde ella habitaba.

¿Has escogido, pues, este día para arrancar de la orilla el ácoro que, como bien saben todos, incluso un corcel desdeña?, [\[16\]](#)

dijo ella serenamente.

No era una obra maestra, pero él se sintió conmovido.

¿Cuándo el joven corcel que aspira a la compañía del fiel somorgujo se dejará arrastrar y abandonará al

replicó él. Ciertamente, se trataban de un modo bastante brusco.

—Aunque no nos veamos con frecuencia, te aseguro que cuando estoy aquí contigo me siento muy cómodo — bromeó él, aunque sin alzar la voz, para no turbar la sensación de serenidad que emanaba de ella.

La dama le cedió el lecho con cortinas y fue a acostarse detrás de una cortina movable. Genji convino en que sería impropio que ella durmiera a su lado, y no hizo ningún esfuerzo por invitarla a hacerlo.

Aquel año las largas lluvias fueron

más intensas de lo habitual, y para capear el tiempo persistentemente húmedo las damas se divertían día y noche con relatos ilustrados. La dama de Akashi compuso algunos muy bonitos y se los envió a su hija. Estas cosas intrigaban en especial a la joven dama del ala oeste, que, por lo tanto, se dedicó a copiar y a leer durante todo día. Disponía de varias damas de honor adecuadamente dotadas para satisfacer ese interés. [\[18\]](#) Entre su recopilación de cuentos ella encontró relatos, sobre hechos verídicos o ficticios, de muchos extraordinarios destinos, pero ninguno, ¡ay!, que se pareciera en algo al suyo. Las tribulaciones a las que se enfrenta la

joven dama de *Sumiyoshi* [\[19\]](#) eran notables, desde luego, como también lo era todavía su fama en el mundo actual, y la manera en que se había librado por los pelos del jefe de contaduría ciertamente tenía mucho que ver con los terrores que le había causado a ella el auditor comisionado.

Al verla embelesada por esa clase de obras, que estaban esparcidas por doquier, Genji exclamó:

—¡Oh, no, esto no puede ser! Es evidente que las mujeres han nacido para que las embauquen sin un murmullo de protesta. Apenas hay una palabra de verdad en todo esto, como sabes perfectamente bien, pero ahí estás tú,

sumida en fábulas, tomándolas en serio y escribiendo sin dedicar un solo pensamiento a tu cabello enmarañado por la humedad de este tiempo lluvioso y cálido. —Se echó a reír, pero entonces siguió diciendo: —Claro que sin esta clase de relatos sobre los tiempos pasados, ¿cómo pasaríamos el tiempo cuando no hay nada más que hacer? Además, entre esas mentiras hay, desde luego, algunas escenas plausiblemente conmovedoras, contadas de una manera convincente; y, sí, sabemos que son ficciones, pero aún así nos emocionan y hacen que sintamos atracción, sin ninguna razón de peso, hacia la bonita y sufriente heroína. Podemos ser incrédulos hacia la

flagrante inverosimilitud, y aun así asombrarnos por las maravillas ingeniosamente inventadas, y aunque éstas se hagan pesadas al oírlas de nuevo, ya con ánimo sereno, algunas siguen siendo fascinantes. Estos días, cuando alguien le lee a mi pequeña y me quedo a escuchar, pienso para mis adentros qué buenos conversadores hay en este mundo, y cómo también este relato debe de proceder de la imaginación elocuente y persuasiva de alguien, aunque tal vez no sea así.

—Sí, claro, por diversas razones alguien acostumbrado a decir mentiras no dudará en considerar de ese modo los relatos, pero a mí me parece imposible que no sean verdad. —Empujó el tintero a

un lado.

—He sido muy descortés al hablarte tan mal de los relatos. La verdad es que registran lo que ha sucedido desde la Era de los Dioses. *Las crónicas de Japón* [20] y otros libros similares sólo ofrecen una parte de la historia. ¡Los relatos son los que contienen los detalles realmente valiosos! —Se echó a reír—. No es que los relatos describan con precisión a cualquier persona determinada; más bien la narración empieza cuando todo aquello que el narrador ansia transmitir a las generaciones futuras (aquello, sea lo que fuere, de la vida de la gente que, para bien o para mal, es digno de verse o que, al ser oído, maravilla) rebosa de su corazón.

Para presentar a alguien bajo una buena luz uno sólo resalta lo bueno, y para complacer a otros uno favorece lo que es extrañamente perverso, pero nada de esto, bueno o malo, está alejado de la vida tal como la conocemos. Los relatos no se cuentan de la misma manera en el otro reino, [\[21\]](#) e incluso en el nuestro los estilos antiguo y moderno son, por supuesto, distintos. Pero aunque uno pueda distinguir entre lo profundo y lo superficial, es erróneo rechazar siempre como falso lo que uno encuentra en los relatos. Se habla de «medios convenientes» [\[22\]](#) también en la enseñanza que el Buda, en su gran bondad, nos dejó, y muchos pasajes de las

escrituras parecen contradictorios y por ello hacen dudar a quienes carecen de comprensión, pero al final tienen un solo mensaje, y la brecha entre la iluminación y las pasiones [23] es, después de todo, no más ancha que la brecha que en los relatos separa a los buenos de los malos. Por decirlo con precisión, no hay nada que no tenga su propio valor.

En resumen, había hecho una defensa muy buena de los relatos.

—Pero ¿habla alguno de esos antiguos relatos de un tonto fervoroso como yo? — se le acercó más—. No, ninguna heroína cruelmente distante de las que aparecen en ellos podría pretender que se percatara de nada de una manera tan despiadada como

lo haces tú. ¡Vamos, hagamos nuestro relato mejor que ningún otro y entreguémoslo al mundo!

Ella ocultó la cara.

—Aunque no lo hiciéramos, dudo de que una historia tan extraña pudiera acabar convertida en la comidilla de todo el mundo.

—¿Extraña? ¿Es extraña para ti? ¡No, desde luego no puede haber otra como tú!

*Aunque una preocupación excesiva me
lleva a buscar antiguos relatos como el
nuestro,*

*¡no hallo ninguno de una hija tan
predispuesta contra su padre!*

—¡Incluso la enseñanza de Buda tiene mucho que decir acerca de quienes ofenden la piedad filial!

Como la muchacha no le respondía, él le acarició el cabello, y estaba tan inquieto que por fin ella replicó:

Sí, busca cuanto quieras en los relatos del pasado:

¡jamás encontrarás en el mundo entero un padre con unos sentimientos como los tuyos!

La respuesta de ella le avergonzó, y él no se tomó más libertades. Pero, en la situación en que se encontraba, ¿qué iba a ser de ella?

También la señora Murasaki [24] aducía sus deseos de joven dama y le resultaba difícil dejar de lado los relatos.

—¡Qué preciosa pintura! —exclamó mientras examinaba una de *El relato de Kumano*. [25] La niñita, que sesteaba plácidamente, le recordaba a sí misma muchos años atrás.

—¡Qué perspicaces son incluso estos niños tan pequeños! Yo mismo era tan increíblemente lento... ¡Debería ser famoso por ello! —observó Genji. [26]

Famoso, sí, ciertamente debería haberlo sido, pero por su peculiar colección de aventuras licenciosas.

—Te ruego que no le leas a nuestra pequeña esa clase de relatos traviesos —

le dijo—. Es cierto que difícilmente le interesará una heroína que ama en secreto, pero no debe dar por sentado que tales cosas sucedan en realidad.

La dama del ala occidental se habría escandalizado si le hubiera oído hablar así.

—Es penoso ver a alguien que imita estas cosas de una manera insensata —replicó ella—, pero fíjate entonces en la joven Fujiwara de *El árbol hueco*. Por seria y sobria que sea, jamás se extravía, pero la rigidez de su manera de hablar y su conducta son tan impropios de una dama que muy bien podría hacerlo.

—Eso también puede suceder en la vida real. La gente insiste en salirse con

la suya y pierde el sentido de la proporción. Cuando los padres perfectamente respetables de una muchacha la han educado con esmero para que su principal característica sea la inocencia infantil, y ésta, por lo demás, tiene poco que ofrecer, por lamentable que sea uno se pregunta cuál puede haber sido su idea de la educación. Pero cuando una muchacha se desarrolla como debería, el esfuerzo ha valido la pena y sus padres son merecedores de alabanza. Es muy decepcionante constatar que ni las palabras ni las acciones de una muchacha indican que sea merecedora de las generosas alabanzas que recibe. [\[27\]](#) Uno debe ingeniárselas para no permitir jamás

que personas tediosas alaben a una niña.

Su única preocupación era que nadie encontrara defectos a su hija. Quería evitar que le inculcaran ideas acerca de madrastras malvadas, puesto que los relatos antiguos están llenos de ellas, y por ello había sido estricto al elegir de los relatos que habían copiado e ilustrado para ella.

Manténía al capitán muy alejado de su residencia, pero no le impedía que se relacionara con su hija; de hecho, le estimulaba a visitarla. [\[28\]](#) «No importa gran cosa mientras estoy vivo — reflexionaba—, pero una añeja amistad entre los dos sería muy conveniente cuando yo haya desaparecido». En

consecuencia, le permitía acercarse a las persianas del lado sur de los aposentos de la muchacha, [29] aunque le impedía el acceso a la sala de estar de las damas de honor. [30] Como tenía tan pocos hijos, podía dedicarle una intensa atención. En conjunto, el joven era muy circunspecto y serio, y Genji tenía la sensación de que obraba bien al darle tanta libertad. Cuando el joven vio lo absorta que la pequeña estaba todavía en sus muñecas, recordó los meses y años que había jugado con ella [31] y, en consecuencia, servía como alabardero en el palacio de las muñecas [32] y a veces incluso derramaba también alguna lágrima. Mantenía una correspondencia informal

con gran número de damas, mientras no hubiera nada en ellas que le disuadiera de hacerlo, pero ponía cuidado en no despertar falsas esperanzas. Cuando una le gustaba lo suficiente para pensar en cortejarla seriamente, bromeaba al respecto consigo mismo, puesto que todo lo que en realidad le absorbía seguía siendo el deseo de no haber llevado nunca aquellas mangas azul claro. [33]

Sospechaba que Su Excelencia bien podría ceder y dar su permiso, con sólo que él insistiera tenazmente, pero cada vez que pensaba en el agravio de que había sido objeto, concluía que no podía renunciar al deseo de que su atormentadora lo reconociera, y a la única

que mostraba fervorosa atención, mientras mantenía una compostura externa, era a aquella dama, cuyos hermanos a menudo se hartaban de él. [34] El capitán de la Derecha [35] estaba prendado de la dama que vivía en el ala occidental, pero como su acceso a ella era incierto, recurrió al hijo de Genji, que replicó en tono frío que esa clase de obsesión por otra persona le parecía una necesidad. La relación entre los dos se parecía a la que antaño se había establecido entre sus padres.

Su Excelencia el ministro de Palacio, que tenía muchos hijos de distintas madres, [36] los crió a todos para que alcanzaran la riqueza y el éxito que sus cualidades y su condición [37] les

estimulaban a desear. Como había tenido pocas hijas, lamentaba mucho que la consorte no diese satisfacción a sus esperanzas, y le preocupaba el revés que ahora afectaba a su otra hija. [38] Tampoco olvidaba a su clavellina, [39] y tras haber tenido ocasión de hablar de ella una vez, [40] seguía preguntándose qué habría sido de ella. «¡Pensar que mi niñita quedó atrapada en los temores injustificados de su madre y desapareció! No, cuando se trata de niñas nunca puedes perderlas de vista. ¡Vamos, puede vivir en la miseria y seguir considerándose mi hija. Bien —decidió en un arranque de afecto—, no importa en qué condición pueda encontrarse cualquier muchacha

que se presente como hija mía!» Siempre les decía a sus hijos: «¡Si se presenta alguna mujer que dice ser hija mía, escuchadla! De todas las cosas reprobables que hice por simple diversión, esta fue una de ellas: una mujer que significaba mucho más para mí que cualquier otro ser en el mundo se ofendió por algo y de improviso yo, que tengo tan pocas hijas, perdí a una de ellas. ¡Ojalá nunca hubiera sucedido!».

Recientemente había tenido cierta tendencia a olvidarla, pero al ver que otros eran tan felices con sus propias hijas, seguía lamentando amargamente el derrumbe de sus esperanzas.

Tuvo un sueño y llamó a un experto en

tales menesteres para que adivinara su significado.

—Decidme, mi señor —le preguntó el hombre—. ¿Es posible que hayáis oído hablar de una hija vuestra que perdisteis hace años y que ahora se ha convertido en la hija de otra persona?

Pero él pensó que la gente no solía adoptar una hija. ¿Qué podía significar aquello? Fue entonces cuando empezó a reflexionar de nuevo seriamente en el asunto y a hablar de ello.

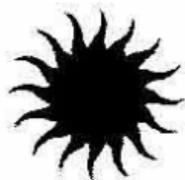
Tokonatsu

La clavellina

Tokonatsu («clavel silvestre») es la misma flor que *nadeshiko* («clavellina»). Debido al relato que Tô no Chûjô hace de Yûgao y su hija en «El árbol de retama», *nadeshiko* se refiere en particular a Tamakazura y *tokonatsu*, a Yûgao. (La razón se explica en el apartado «clavel silvestre» del glosario.)

Esto no siempre resulta evidente en «La clavellina», pero está claro en el poema de Genji que da título al capítulo:

Si él viera la invitadora belleza de la clavellina, tal vez también desearía saber más del clavel silvestre.



Relación con los capítulos anteriores

«La clavellina» sigue directamente a «Las luciérnagas» y se desarrolla durante el sexto mes.

Personajes

Su Gracia el canciller,
Genji, de 36 años

Su hijo, el capitán, de 15 años

(Yûgiri)

Su Excelencia, el
ministro de Palacio (Tô no
Chûjô)

El teniente senescal, su
segundo hijo (Kôbai)

El capitán de la Derecha,
su hijo mayor, de 20 a 21 años
(Kashiwagi)

El consejero Fujiwara, su
tercer hijo

La joven dama del ala occidental, su hija, de 22 años
(Tamakazura)

Su hija, de 17 años (Kumoi no Kari)

Su hija mayor, la consorte, de 19 años (Kokiden no Nyôgo)

Gosechi, una dama de honor de Ômi no Kimi

Chûnagon, dama de honor de la consorte Kokiden

La recién descubierta hija de Tô no Chûjô (Ômi no Kimi)

Un día muy caluroso, Genji fue a tomar el fresco en el pabellón de pesca que se alzaba al este. Le acompañaba su hijo, el capitán. También estaban presentes algunos cortesanos de confianza, que le preparaban exquisiteces como trucha enviada desde el río que discurría al oeste y coto del río cercano.

[1] Los hijos de Su Excelencia llegaron, como de costumbre, en busca de la compañía del capitán.

—Estaba aburrido y amodorrado — afirmó Genji—. ¡Llegáis a tiempo!

Tomaron sake y pidieron agua helada para hacer arroz frío, [2] que comieron ruidosamente.

Soplaba una brisa agradable, pero

cuando el sol empezó a ponerse hacia el oeste en un cielo brillante y sin nubes, el canto de las cigarras se hizo muy agobiante.

—¡Estar junto al agua con este calor es muy agradable! Espero que me disculpéis. —Genji se tumbó de costado—. La música no es muy divertida con esta clase de tiempo, pero uno se pregunta de qué otra manera podría pasar el día. Cuando vosotros, los jóvenes, estáis de servicio debe de ser insoportable. ¡Ni siquiera os podéis aflojar la faja! Por lo menos poneos cómodos aquí, y si conocéis sabrosas anécdotas sobre lo que ha sucedido últimamente, anécdotas que puedan despertarme un poco, quiero

oírlas. No estoy al tanto de las cosas, hasta tal punto que me siento como un anciano.

Un tanto avergonzados porque no tenían nada digno que referir, los hombres permanecían sentados con la espalda apoyada en la fría barandilla.

—Alguien, he olvidado quién, me contó que Su Excelencia ha descubierto a una hija suya de una madre del exterior y que ahora la está buscando. ¿Es cierto?

Genji había dirigido su pregunta al teniente senescal.

—La verdad es que no hay nada extraordinario en ello, mi señor. Esta primavera Su Excelencia manifestó que había tenido un sueño, y una mujer que

oyó vagamente hablar de ello se presentó para afirmar que ella tenía algo que decir al respecto. Cuando esto llegó a oídos del capitán, [\[3\]](#) quiso saber si la mujer tenía alguna prueba. Desconozco el resultado final de todo ello. Pero tenéis razón, últimamente eso ha sido la comidilla de la gente. Estas cosas no le hacen ningún bien a mi padre, y tampoco a su casa, por supuesto.



Terraza y barandilla

Genji asintió.

—Son tantos los gansos que ya tiene, que peca de codicia al insistir en buscar a uno que pueda haberse extraviado. Yo, en cambio, tengo tan pocos que me encantaría encontrar uno así, pero nunca he oído hablar de ninguno... Supongo que no ven la necesidad de darse a conocer. Sea como fuere, ella debe de tener algún

tipo de relación con él. Se afanaba tanto en revolotear por aquí y por allá que no es extraño que la luna sumida en agua turbia no sea del todo impecable. [4]

Sonrió. Su hijo el capitán, [5] que estaba enterado de todo, no podía mantener la expresión seria. El teniente y el consejero Fujiwara estaban muy molestos.

—Podrías recoger esa hoja caída, hijo mío —le dijo Genji en broma a su hijo—. En vez de dejar un nombre dudoso, ¿por qué no embellecerlo después de todo con el mismo adorno? [6]

En estas cuestiones, y a pesar de su relación superficialmente cordial, en realidad Genji y su viejo amigo llevaban

mucho tiempo enfrentados. En este caso concreto, Genji no podía aceptar la manera en que Su Excelencia había desairado y herido al capitán, y no le importaba en absoluto que Su Excelencia descubriera lo contrariado que estaba.

Esta noticia hizo pensar a Genji que, cuando mostrara a Su Excelencia a la joven dama que vivía en el ala occidental, sin duda sería recibida de una manera digna. Se dijo que su padre era un perfecto caballero que poseía numerosas cualidades, alguien que discernía nítidamente entre lo que aprobaba y lo que no, que administraba en consonancia la alabanza o la condena, y que no despreciaría a la joven si él se la

presentara de repente, como salida de ninguna parte, por muy irritado que pudiera estar. La trataría con la mayor consideración.

Al anochecer, la brisa se volvió muy fresca, y los jóvenes no deseaban marcharse. «Podría irme y gozar a mis anchas del aire fresco. ¡Ya soy un poco viejo para esta compañía!» Genji regresó al ala occidental, y los jóvenes caballeros le acompañaron. Era difícil distinguirlos en el crepúsculo, puesto que sus mantos eran todos del mismo color, [7] por lo que pidió a la joven dama que se acercara un poco y le susurró en privado:

—He traído al teniente y al consejero. Parecían muy deseosos de venir... Ha sido

una desconsideración por parte de ese solemne capitán no traerlos él mismo. Supongo que cada uno tiene sus propias esperanzas. La mujer más corriente atraerá el interés que su condición estimula, siempre que permanezca en el refugio de su hogar, y cuanto menos hace mi casa por alimentar el chismorreo, tanto menos la gente parece hacerse grandiosas ideas acerca de ella. Es cierto que viven allí varias damas, pero no están disponibles para que nadie las corteje. Sin embargo, ahora que también estáis aquí, he pensado que podría pasar el tiempo poniendo a prueba la profundidad de sus intereses, y creo que tendré éxito en la empresa.

No había planeado preparar un refinado jardín ante el ala donde vivía la dama porque allí las clavellinas chinas y japonesas florecían con colores armoniosos, trenzando su trayectoria de una manera encantadora a lo largo de la valla baja mientras recogían el brillo de la última luz del día. [8] Los jóvenes caballeros se acercaron a ellas y se detuvieron, decepcionados por no poder arrancar todas las que deseaban.

—Aquí están nuestros instruidos jóvenes —siguió diciendo Genji—. Ambos están adecuadamente capacitados. El capitán de la Derecha [9] es un poco más sosegado y más circunspecto que los demás. ¿Te escribe ya? Eso me intriga.

Procura no ponerle en una situación embarazosa al rechazarlo.

La elegancia y la belleza de su hijo destacaban en tan buena compañía.

—No se me alcanza por qué desagrada a Su Excelencia. Tal vez alguien de ascendencia imperial merezca que se fijen en él entre la auténtica brillantez que le rodea. [\[10\]](#)

—Sin embargo, alguien dijo: «Si venís, mi señor». [\[11\]](#)

—Vamos, vamos, no pido ninguna gran fiesta de bienvenida. [\[12\]](#) Pero los dos se tienen afecto desde que eran niños, y me molesta la manera en que él los ha mantenido separados durante años. Si le parece que el capitán es todavía

demasiado subalterno y muy poco considerado, entonces me pregunto si eso podría significar que sucedió algo perturbador y que lo ha dejado en mis manos. —Exhaló un suspiro.

«Entonces la verdad es que no se llevan bien», pensó ella. La idea de que al final tal vez su padre no llegaría a enterarse de su existencia le parecía deprimente.

Los faroles estaban encendidos, puesto que en aquella época del año no había luna.

—Hace demasiado calor para tenerlos tan cerca —comentó—. El fogaril es más adecuado. —Llamó a un sirviente y le ordenó—: Quiero un fogaril aquí.

Tenía a mano un bonito *wagon*. Lo atrajo hacia sí, tocó las cuerdas y vio que estaba muy bien afinado en el modo *richi*. El tono era encantador, y tocó un poco.

—La verdad es que me habías decepcionado un poco porque creía que la música no te interesaba. Este instrumento tiene un sonido dulce y fresco cuando la luz de la luna es fría en una noche de otoño y te sientas no demasiado lejos de la terraza para tocar mientras cantan los grillos. Tal vez para un concierto le falte carácter, pero por otro lado tiene la maravillosa cualidad de transmitir el timbre y el ritmo de todos los demás. Lo que la gente considera un tanto despectivamente «el *koto* japonés», en

realidad es un instrumento construido de la manera más inteligente. Quienes no saben nada de China creen que es sólo para mujeres. La verdad es que deberías aplicarte a aprender a tocarlo en compañía de otros instrumentos. No tiene grandes secretos, pero dudo de que sea fácil tocarlo realmente bien. De momento nadie es comparable a Su Excelencia el ministro de Palacio. Uno oye el sonido de cada instrumento incluso cuando se limita a jugar con las cuerdas, [\[13\]](#) y de ahí procede la música más maravillosa.

Ella le comprendía muy bien, y tal era su deseo de tocar bellamente que anhelaba oír más música.

—¿Podría escuchar también cuando

haya aquí un concierto? Parece que tanta gente, incluso rústicos montañeses, han aprendido a tocarlo que siempre lo he considerado fácil. Pero supongo que tocar bien de verdad debe de ser diferente. — Revelaba una curiosidad y seriedad absolutas.

—Sí, la gente ha llegado a asociarlo con el Este, [\[14\]](#) pero incluso cuando se celebra un concierto ante Su Majestad es el primer instrumento que se pide a la Biblioteca. Desde luego, no puedo responder por China, pero aquí parece se lo considera el padre de todos los instrumentos. Estoy seguro de que si tu padre te enseña a tocarlo, lo harás de maravilla. Es probable que venga aquí

cuando surja una ocasión apropiada, pero no creo que entonces le sea posible exhibir su habilidad. Los mejores intérpretes de cualquier arte son reacios a hacer eso. Con todo, supongo que al final podrás oírle.

Tocó unas pocas notas, con un tono límpido y absolutamente encantador. Ella pensó que era imposible tocar mejor, y deseó con aún mayor intensidad oír tocar a su padre. Pero no tenía idea de cuándo podría hacerlo.

Genji cantó de una manera muy bella.

—«Suave más allá de las aguas inquietas del río Nuki, el brazo en que se apoya...»

Sonrió un poco cuando llegó a «el

amante al que sus padres rechazan» [15] y el tono trémulo natural [16] en que lo hizo era sencillamente cautivador.

—Anda, toca tú. Un músico no debe sentirse nunca demasiado azorado. Mira, tengo entendido que cierta vez alguien se guardó para sí «Le quiero tanto», [17] pero es mucho mejor que toques audazmente con quienquiera que puedas.

Sin embargo, ella sólo había aprendido a tocar en su lejana provincia, gracias a una anciana que afirmaba tener una vaga relación con la ciudad y la casa imperial, y, a pesar de la insistencia de Genji, temía demasiado cometer errores al tocar.

«Ojalá él tocara un poco más —se

dijo—. Yo podría aprender, después de todo». Tan intenso era su deseo que, por aquella única vez, se acercó más a él.

—¿Qué viento puede soplar entonces para que suene de una manera tan bella?

[18] —inquirió ella, con la cabeza ladeada, cautivadora a la luz de la lámpara.

Genji sonrió.

—A fin de cuentas, tienes buen oído, y para mí el viento otoñal sopla más cortante que nunca. [19]

Él apartó de sí el instrumento. Ella estaba muy desconcertada.

No podía bromear con ella como de costumbre porque las damas de honor estaban a su alrededor.

—Los jóvenes caballeros se han ido, y no se cansaban de las clavellinas. Sí, me gustaría que Su Excelencia viese también este jardín florido, y uno nunca sabe cuándo puede ser demasiado tarde. Habló de ti una vez, hace mucho tiempo, pero lo recuerdo tan bien como si hubiera sido ayer.

La mera mención de ese recuerdo le conmovió profundamente.

*Si él viera la invitadora belleza de la
clavellina,
tal vez también desearía saber más del
clavel silvestre.*

—Por eso he formado un capullo

semejante en torno a ti, y lo lamento.

Ella lloraba.

*¿Quién desearía saber dónde arraigó
primero la clavellina,*

*cuando llegó al mundo tras el seto de un
rústico montañés?*

La manera en que ocultaba sus sentimientos la hacía parecer muy juvenil y dulce.

—«Si él no viniera» [\[20\]](#) —tarareó Genji, y sus sentimientos alcanzaron una intensidad tan dolorosa que tuvo la certeza de que no podría contenerse durante mucho más tiempo.

Su intuición le indujo a desistir

cuando sus numerosas visitas presentaron el riesgo de llamar la atención, y en vez de verla en persona le escribía siempre que tenía ocasión de hacerlo. Sólo pensaba en ella, de día y de noche. «¿Por qué estoy preso en un asunto en el que no debería haberme metido en absoluto y que sólo me hace padecer? Si me dijera que ya está bien y me saliese con la mía, sería un desastre para ella, aparte de las denuncias generalizadas y humillantes de que sería objeto. Al margen de lo que ella pueda significar para mí, incluso yo sé perfectamente bien que jamás podría rivalizar con Murasaki como depositaria de mis sentimientos. ¿Y de qué le serviría unirse a las demás? Sí, estoy por encima

del resto, pero ¿qué clase de renombre tendría ella, cuando terminara como una más de mis mujeres? No, será mucho mejor que se case con un consejero perfectamente inocuo, cuyo afecto no necesite compartir». Cuanto más reflexionaba en este tono, tanto más profundos eran sus sentimientos hacia ella. En otras ocasiones se decía: «¿Debo dejar entonces que se la quede Su Alteza o el comandante? ¿Dejaré de desearla tan sólo porque ya no esté aquí y alguien se la haya llevado? No, es inútil. Lo haría de todos modos». Pero siguió visitándola, y su propuesta de enseñarle a tocar le sirvió de excusa para estar con ella. Al principio la muchacha se mostraba nerviosa y

aprensiva, pero poco a poco, cuando observó que él era comedido y no tenía la menor intención de alarmarla, cedió y ya no retrocedía en su presencia, y conversaba con él como era debido, aunque seguía evitando una intimidad excesiva. Entretanto, el encanto y la belleza de la joven parecían aumentar a ojos de Genji, hasta que él empezó a dudar de que, pese a sus buenos propósitos, fuese capaz de resistirse. «¿Debería insistir entonces en mantenerla aquí [\[21\]](#) y acercarme sigilosamente a ella siempre que pueda para intercambiar unas palabras de consuelo? Detesto pensar en presionarla más mientras ella sigue ajena a la manera de ser de los hombres, pero,

desde luego, si me empeño una vez comprenda mejor las cosas, nada me impedirá acercarme a ella, por muy a menudo que lo haga, ¡y me tendrá sin cuidado el riguroso portero!» [\[22\]](#) Estos eran sus pensamientos, y eran ciertamente vergonzosos. Sería una tortura seguir deseándola cada vez con mayor desespero. «No hay nada que hacer, no puedo prescindir de ella». Tal era la difícil situación en que se encontraban.

Apenas había llegado a oídos del ministro de Palacio que su personal doméstico hacía caso omiso de su nueva hija y que todo el mundo la ridiculizaba cuando, durante una conversación, el teniente observó que Su Gracia el

canciller había preguntado por ella.

—Sin duda lo ha hecho —replicó Su Excelencia—. No hay más que verle: ha admitido en su casa a una muchacha del campo de la que nadie había oído hablar y se desvive por ella. Su Gracia no suele hablar mal de nadie, pero, por lo que respecta a nosotros, jamás desaprovecha una ocasión para criticarnos. Es un gran honor el que nos hace.

—Dicen que la dama que tiene ahí, en el ala occidental de su palacio, es una belleza despampanante. Su Alteza de la Guerra y quienes le rodean están entusiasmados con ella, pero tengo entendido que no avanzan gran cosa. La gente parece dar por sentado que es una

mujer muy notable.

—Oh, vamos, sólo se comportan de esa manera porque suponen que es la hija de Su Gracia. La gente es así. No es posible que sea merecedora de la reputación que tiene. Si de veras tuviese algo fuera de lo corriente, hace mucho tiempo que habríamos oído hablar de ella. Ahí está él, intachable y por encima de todos los demás en prosperidad y gloria, pero la dama que realmente le importa no le ha dado ninguna hija que criar, ninguna a la que atesorar como una joya de verdad perfecta. En general, tener pocos hijos es preocupante. La niña que le dio esa mujer de Akashi está destinada a grandes cosas, aunque su madre sea de baja cuna... Me

parece que en alguna parte debe de haber una razón para que sea así. No me sorprendería que esta nueva muchacha no sea realmente hija suya. Ese hombre tienen sus rarezas, y en él no me extrañaría una cosa así.

Su Excelencia no tenía nada amable que decir de Genji.

—¿Y qué hará con ella, entonces? Imagino que Su Alteza se quedará con ella. Siempre han tenido una intimidad especial y, teniendo en cuenta las cualidades que poseen los dos, deberían llevarse de maravilla.

Todavía estaba resentido con su propia hija. También a él le habría gustado exhibirla y sembrar la agitación

en los corazones de sus pretendientes, y no poder hacerlo le irritaba en grado suficiente para que no tuviera ninguna intención de permitir el matrimonio mientras el rango de aquel hombre siguiera siendo tan bajo. Pensó que podría ceder si Genji abogara en serio por la causa de su hijo, pero que el joven no mostrara la menor impaciencia resultaba muy irritante.



Camisa de seda vaporosa

Todavía se estaba planteando estas cuestiones cuando, de la manera más informal e inesperada, visitó a su hija Kumoi no Kari en compañía

del teniente. En aquel momento ella estaba haciendo la siesta. Parecía muy liviana y dulce, allí tendida con una camisa de vaporosa seda y en absoluto acalorada. Su piel se adivinaba bellamente a través de la finísima tela; tenía la cabeza apoyada en el brazo, y también era encantador el modo en que aún sostenía el abanico mientras su cabello, que no era de una

longitud excepcional, es cierto, pero sí tenía los extremos bien nivelados, se esparcía a su alrededor. Sus damas de honor descansaban, tumbadas detrás de biombos y otros elementos del mobiliario, y no se despertaron de inmediato. Él hizo sonar su abanico, y la manera inocente en que la muchacha le miró fue deliciosa, lo mismo que el rubor que cubrió su rostro.

—¿Por qué estás tendida así, durmiendo con semejante descuido, cuando te he advertido que no lo hagas? No hay nadie cerca de ti. No, esto no puede ser. Una mujer siempre ha de estar alerta y vigilante. No es decoroso que se abandone así. No es que deba mantener una gazmoñería irreductible y pasarse el

tiempo entonando el *darani* de Fudô y haciendo *mudras*. [23] Eso también sería desagradable. Puede parecer muy propio de dama mantener a la gente demasiado alejada y exagerar la costumbre de hablar detrás de biombos y persianas, pero eso no es atractivo ni amable. Lo que creo que Su Gracia el futuro canciller ha enseñado a la futura emperatriz no es exigente, pues sostiene que mujer ha de estar en general familiarizada con muchas cosas y, sin embargo, no ser experta en ninguna en concreto, sin que se la pueda tachar de ignorante. Sin duda hace bien al actuar así, pero los seres humanos tienen determinadas inclinaciones en lo que sienten o hacen, y estoy seguro de que la

voluntad de la muchacha se pondrá de manifiesto cuando crezca y él la entregue al servicio de palacio.

»Tal como eres ahora, me temo que aquello que al principio deseaba para ti ya no es posible, pero cada vez que me entero de lo que la vida ha reservado a otras personas, por lo menos me esfuerzo en que nunca se rían de ti. De momento, te ruego que no respondas a súplicas de nadie ni a los ofrecimientos de servicio. Debes dejarlo todo de mi cuenta.

Mientras le hablaba, pensaba con afecto en lo bella que era.

Al recordar de qué manera su irreflexión había tenido unas consecuencias tan penosas y cómo incluso

entonces ella se había defendido ante su padre con argumentos descarados; sintió remordimiento y vergüenza. Hasta Su Alteza le reprochaba que no siguiera viéndola, pero ella no podía hacerlo porque temía encontrarse allí con la clase de proposiciones de las que su padre acababa de hablarle.

«¿Qué voy a hacer con esta muchacha que tengo ahora en el ala norte? —se preguntó Su Excelencia—. Yo la he traído aquí, y sería necio e indigno por mi parte obligarla a volver sólo porque la gente habla mal de ella. Ojalá no supusieran que me propongo en serio hacer cualquier cosa por ella, sólo porque la tengo aquí. No, la enviaré junto a la consorte para que

la distraiga como si fuese un bufón. Después de todo, no es tan adefesio para que la gente la desprecie como a un monstruo».

Así se lo planteó, sonriente, a su hija la consorte.

—Es tuya. Puedes pedir a tus damas de honor más mayores que corrijan sus modales, y procurar que sean inflexibles. Y, por favor, no hables de ella para no estimular las burlas de las más jóvenes. Tiene una desgraciada tendencia a la frivolidad.

—No veo por qué habría de ser tan extravagante —replicó la consorte—. Sin duda lo que sucede es que los brillantes informes que el capitán [\[24\]](#) nos dio de

ella no responden a la realidad. No sabe qué hacer consigo misma, puesto que la gente habla así de ella, y debe de estar terriblemente cohibida.

Su padre se quedó impresionado. La joven tenía más noble sencillez que belleza absorbente, y una dulzura en sus modales que recordaba a las flores de ciruelo cuando se abren al amanecer; y él tuvo la sensación de que su sonrisa, que parecía dejar tantas cosas sin decir, la distinguía de cualquier otra.

—Sé lo que dijo el capitán —replicó—, pero es joven y sabe muy poco.

La pobre muchacha de la que estaban hablando tenía una triste reputación.

Tô no Chûjô fue a verla, puesto que de

todos modos se encontraba en aquella parte de la casa. Allí estaba ella, casi reventando las persianas, [25] jugando al chaquete [26] con una animada joven llamada Gosechi.

—¡Que sea bajo, que sea bajo! — repetía una y otra vez mientras se frotaba briosamente las manos. [27]

«¡Oh, no!», rezongó Su Excelencia. Hizo un gesto para reprimir los gritos de advertencia de su escolta, [28] se detuvo en la abertura entre las puertas dobles y miró al interior de la habitación a través de un tabique deslizante abierto. Gosechi también estaba muy excitada.

—¡Acaba con ella, acaba con ella! — gritaba mientras blandía el cubilete y se

tomaba tiempo para arrojar los dados.

Tal vez el cubilete escondía sus penas secretas; [\[29\]](#) en cualquier caso, las dos ofrecían un tonto espectáculo. La animada hija de Tô no Chûjô, sus atractivos modales y su cabello bien cuidado compensaban sus defectos, pero su estrecha frente y su vertiginosa manera de hablar la ponían en evidencia. Aunque no fuera exactamente una belleza, él no podía negar que la muchacha había heredado algunos de sus rasgos. Recordó lo que había visto en el espejo y deploró las acciones del karma.

—¿No estás incómoda y a desgana aquí? —le preguntó—. Estoy tan ocupado que apenas puedo encontrar un momento

para visitarte.

Ella le respondió atropelladamente, como de costumbre.

—No, estoy bien aquí. Pero los dados me son adversos, porque no siempre puedo verte, después de tantos años pensando en ti y deseando ver tu cara.

—Comprendo. Tengo tan pocos sirvientes de confianza que al principio había pensado que te sumaras a ellos, pero por desgracia eso no parece posible. Una sirvienta corriente se mezcla fácilmente con las demás, quienesquiera que sean, y en general ni sus palabras ni su aspecto llaman demasiado la atención. Eso habría sido muy indicado para ti, excepto que incluso entonces muy

probablemente pondría a la familia en una situación embarazosa cuando la gente estuviese segura de saber que es la hija de Fulano, de modo que ya ves... —No dijo más, y la confusión que reflejaba su rostro no significó nada para la muchacha.

—Entonces ¿por qué has de preocuparte? Sé que podría ser problemático que me exhibieras de esa manera, ¡pero vaciaría de buen grado los orinales!

Eso era demasiado, y él se echó a reír.

—Esa tarea sería impropia de ti. Te ruego que hables un poco más despacio, si tanto significa para ti servir al padre que has tenido la suerte de encontrar. Podría ayudarme a vivir más tiempo.

Ella respondió con una sonrisa.

—Me temo que mi lengua es incontenible. Mi madre siempre me regañaba por ello, incluso cuando era pequeña. Se quejaba de que me lo pegó Su Reverencia, el abad de Myôhôji, [\[30\]](#) cuando entró en la sala del parto. ¿Cómo podría dejar de hacerlo?

Pese a aquella manera atropellada de hablar que tenía la joven, a él le emocionaba ver lo deseosa que estaba de servirle.

—Bien, entonces tendremos que culpar a ese digno religioso que, como dices, se te acercó más de la cuenta. Él mismo debía de padecerlo a causa de fechorías cometidas en otras vidas. Dicen

que nacer sordo o mudo se debe a haber difamado la enseñanza del Buda, y supongo que esto tiene un origen similar.

La consorte le intimidaba, a pesar de que era su propia hija, y la idea de presentarle a aquella muchacha le resultaba embarazosa. «Se preguntará cómo es posible que no descubriera su extravagancia antes de decidirme a aceptarla —pensó—, y sus damas de honor podrían divulgar sus comentarios por todas partes». Estaba repensándose su plan.

—¡Ahora la consorte se encuentra en casa! —le dijo—. Podrías visitarla de vez en cuando y aprender de ella. Aunque una mujer no tenga nada particularmente

negativo, de todos modos puede mejorar de alguna manera cultivando la compañía de otras.

—¡Qué idea tan estupenda! Durante años y más años, día y noche, he soñado con lograr que mis hermanas me reconozcan como a una de ellas. De buena gana le sacaré el agua del pozo, si así lo quieres, y la llevaré sobre la cabeza.

El entusiasmo hizo que hablase más rápido que de costumbre. No tenía remedio.

—No te preocupes, que no querrá que te deslomes recogiendo leña. [\[31\]](#) Sólo tienes que ir a su lado. Y asegúrate de que estás alejada de ese religioso del que parece haber contraído esa peculiar

manera de expresarte.

Ella no se daba cuenta de que bromeaba; no reparaba en que él, de todos los ministros, era aquel cuyo aspecto, dignidad, exquisitos modales y poderosa presencia eclipsaba a todos los demás.

—Bien —replicó ella—, ¿cuándo será el momento adecuado para que vaya allí?

[32]

—Sólo es cuestión de elegir un día favorable. Claro que ¿por qué darle tanta importancia? Hoy mismo, si lo deseas.

Tras llegar a esta conclusión, Tô no Chûjô se marchó.

Su hija le contempló mientras él se retiraba, majestuoso hasta en sus más leves movimientos y escoltado por

miembros de los rangos cuarto y quinto.

—¡Allá va mi padre! ¡Pensar que soy su hija y, sin embargo, nací en una familia tan pequeña y desdichada!

—La verdad es que impresiona e intimida demasiado —comentó Gosechi—. Deberías haber encontrado un padre más humilde que te quisiera y cuidara de ti.

La joven había hablado en vano.

—¡Ya estás otra vez estropeándolo todo! ¡Eres terrible! ¡No quiero que me digas ni una palabra más! ¡Estoy a punto de adquirir una posición mejor!

Su expresión airada era, después de todo, cautivadora, y a pesar de su extravagante parloteo tenía un encanto que

redimía sus faltas. Su único problema era que, a causa de su atroz rusticidad, y por haber crecido entre personas que vivían en unas condiciones penosamente humildes, no sabía hablar. Incluso unas observaciones carentes por completo de interés parecen encomiables cuando se realizan con gravedad y compostura, y la recitación de poemas [\[33\]](#) que no son nada en sí mismos puede oscurecer el quid de la cuestión y, no obstante, al oírlos por primera vez, resultar fascinantes cuando se recitan con el tono de voz apropiado, dejando espacio a la imaginación y dando la impresión de que se ocultan los comienzos y los finales. Las observaciones más profundas y

absorbentes no tendrán público cuando se expresen con un tono indiferente. Por otro lado, la muchacha tenía un fuerte acento, su vertiginosa manera de hablar producía una sensación de rudeza y era difícil de seguir, y todo cuanto su aya le había enseñado orgullosamente había redundado en unos modales tan peculiares que actuaban en detrimento suyo. No, no era un caso irremediable, ni mucho menos, aunque podía ensartar treinta y una sílabas en un deshilvanado poema a velocidad de vértigo.

—Me ha pedido que vaya a ver a la consorte —le dijo a Gosechi—, y no le gustaría que no me mostrara presta a hacerlo. Iré esta noche. Ah, mi padre me

tiene en gran estima, pero ¿qué papel haré allí si esas damas no quieren saber nada de mí?



En efecto, su reputación estaba en peligro. Le envió de inmediato una carta a la consorte. [\[34\]](#)

«Tan lejos y, sin embargo, tan cerca de tu valla de carrizos, [\[35\]](#) lamento no haber tenido todavía el privilegio de

caminar a tu sombra y temo que hayas preferido levantar una barrera de “No vengas aquí”. [36] No te conozco, y por lo tanto no me atrevo a hablar de la llanura de Musashi... [37] Tu humilde, humildísima servidora».

Había muchos puntos de repetición, [38] y al dorso decía: «¡Ah, me olvidaba! He decidido ir a verte esta noche... Me temo que de otro modo podría cobrarte más afecto a medida que yo te desagradara más. [39] ¡Ah, querida, ah, querida, ojalá tuvieras la amabilidad de leer esto como si contemplaras el río Minase!». [40] Y a lo largo del borde decía:

Tierna como es la planta de la costa de Hitachi, anhela en la Punta de la
Pregunta ver lo antes posible las olas de
la playa de Tago. [\[41\]](#)

«Las aguas del gran río...» [\[42\]](#) La carta estaba escrita en papel verde de doble capa, en una caligrafía agresiva y llena de caracteres cursivos, errantes, irreconocibles y con largas colas por todas partes, y evidenciaba una presunción insoportable. Las líneas se desplazaban hacia el borde y parecía que fuesen a derrumbarse en cualquier momento. La joven contempló su obra con una sonrisa satisfecha; al menos la enrolló debidamente, [\[43\]](#) la anudó y le ató una

clavellina.

Una muchacha muy bonita y segura de sí misma, encargada de retirar los orinales, [\[44\]](#) una recién llegada, se presentó entonces en la sala de estar de las damas de honor en la residencia de la consorte.

—Por favor, dadle esto a su señoría —solicitó.

La sirvienta a la que se había dirigido la reconoció.

—Vaya, eres una muchacha del ala norte, ¿verdad? —exclamó mientras tomaba la carta.

La dama de honor conocida como Taifu llevó la misiva a su señora y se la abrió para que la examinara. Cuando su

señora sonrió y dejó el papel a un lado, Chûnagon, que estaba cerca, también le echó un vistazo.

—Es una carta elegante como pocas que haya visto, mi señora —comentó con evidente curiosidad.

—No entiendo nada de lo que dice. Supongo que no se me da bien la lectura de los caracteres cursivos. —La consorte se la entregó—. Se sentirá decepcionada si mi respuesta es menos imponente. Hazme un borrador enseguida.

Todo aquello era tan divertido que las damas de honor más jóvenes se rieron, aunque no podían hacerlo demasiado abiertamente. [\[45\]](#)

—¿Y cuál es la respuesta de su

señoría? —preguntó la mensajera.

—La carta tiene tantos aspectos espléndidos que no sé cómo responder —dijo Chûnagon—. Sería una vergüenza que pareciera escrita por otra persona.

Se aseguró de que pareciera haber sido escrita de puño y letra de su señora. La carta decía: «Es una gran lástima que, pese a que te encuentras tan cerca, no nos hayamos reunido.

*Así pues, oh, ola, álzate a lo largo de la
costa de Suma, en la lejana
Suruga, junto al mar de Hitachi: ¡el pino
de Hakozaki aguarda! [\[46\]](#)*

—¡Oh, no! ¿Y si la gente cree

realmente que lo he escrito yo? —protestó la consorte cuando Chûnagon se lo leyó.

—Quienes lo escuchen lo sabrán, mi señora.

Chûnagon envolvió la carta y la envió.

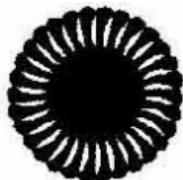
—¡Muy bellamente expresado! ¡Y dice que me está esperando!

La joven dama empapó una y otra vez sus prendas en el incienso más dulce, [\[47\]](#) se aplicó el colorete más brillante, se peinó, se acicaló y se puso muy guapa a su manera. Sin duda hizo toda clase de cosas extraordinarias cuando estuvieron juntas.

Kagaribi

Los fogariles

Kagaribi significa «fogaril», un fuego que se mantiene colgado de una jaula de hierro y se utiliza para la iluminación exterior. La palabra debe su función como título del capítulo a su papel en un intercambio de poemas entre Genji y Tamakazura.



Relación con los capítulos anteriores

«Los fogariles» sigue directamente a «La clavellina». Tiene lugar en el séptimo mes, que en el calendario lunar es el primero del otoño.

Personajes

Su Gracia, el canciller,
Genji, de 36 años

**La dama que vive en el
ala occidental**, de 22 años
(Tamakazura)

El capitán, de 15 años (Yûgiri)

El capitán secretario, hijo
mayor de Tô no Chûjô, de 20 o 21 años
(Kashiwagi)

El teniente senescal, segundo
hijo de Tô no Chûjô, de 19 o 20 años
(Kôbai)

En aquellos días, cada vez que surgía la ocasión todo el mundo hablaba de la nueva hija que tenía Su Excelencia, el ministro de Palacio.

—No —observó Genji—, no puedo comprender cómo alguien, bajo las circunstancias que sean, podría atraer tanto la atención hacia una muchacha que presumiblemente ha estado escondida hasta ahora, y convertirla en semejante espectáculo tan sólo porque ella no se ha estado quieta y ha reivindicado sus derechos. Es un hombre siempre tan precipitado... Supongo que la aceptó sin averiguar gran cosa de ella, y ésta ha sido su reacción al sentirse decepcionado. Mantener la discreción no le habría

costado tanto.



Fogariles

Lo sentía mucho por la joven.

«¡Entonces he sido afortunada!», se decía la joven dama del ala occidental cuando estos sucesos le hicieron ver con

claridad la humillación que podría haber sufrido si ella hubiera buscado la relación con Su Excelencia, aunque él hubiese sido su padre, sin saber cómo era realmente aquel hombre. Ukon había puesto en juego toda su elocuencia a fin de estimular esta conclusión. Genji tenía ese único defecto desagradable, pero lo cierto era que no había tratado de forzarla a aceptarle, como podría haber hecho si lo hubiese deseado, y puesto que por otro lado su dedicación a ella iba en aumento, poco a poco la joven empezó a responderle.

Había llegado el otoño. Cuando empezó a soplar el primer viento frío, Genji añoraba desesperadamente la agitación de las ropas «de mi verdadero

amante», [1] e iba a verla una y otra vez y se pasaba el día entero dándole lecciones de música y cosas por el estilo. La luna de la quinta o sexta noche [2] se había puesto muy temprano. Unas tenues nubes cubrían el cielo, los juncos susurraban [3] y era un momento apropiado para experimentar tiernos sentimientos. Los dos yacían juntos, con la cabeza apoyada en el *koto* de la dama. Él sabía que si pasaba allí la noche alguien podría verlos, y la posibilidad de que ocurriera algo así le hizo suspirar. Por eso se estaba preparando para marcharse cuando llamó a un miembro de su escolta, el comisionado de la Guardia de la Derecha, y le pidió que encendiera los fogariles,

que por entonces estaban casi extinguidos.

El hombre colocó las astillas de pino discretamente bajo el hermoso evónimo [4] de amplias ramas que crecía junto a un arroyo, una refrescante delicia. Entonces retrocedió para encender los fogariles, dejando el jardín contiguo a la casa fresco e inundado por una encantadora luz que realzaba de una manera espléndida todas las gracias de la mujer. Su cabello estaba elegantemente frío al tacto, y su manifiesta discreción le proporcionaba un gran atractivo. Genji no deseaba marcharse.

—Deberías pedir a tus sirvientes que tengan siempre los fogariles encendidos. Un jardín veraniego en una noche sin luna es inquietantemente misterioso y agorero.

*Con el humo de estos fogariles se alza
otro, de deseo,
desde unas llamas internas que arderán,
ahora lo sé, mientras exista el mundo.*

—¡Ah, cuán largo en verdad! [\[5\]](#)
Puede que no me veas humear, pero ¡cuán
lenta y dolo— rosamente ardo por debajo!
Ella se dijo que todo aquello era muy
extraño.

*Que se disuelva entonces en la vastedad
del cielo, si con el humo de los
fogariles surge el tuyo que se alza de
esos otros fuegos invisibles.*

—¡La gente se preguntará qué nos

proponemos!

—¡Sin embargo, mira! [6] —dijo él, y se marchó.

En el ala oriental sonaron las bellas notas de una flauta, [7] acompañadas por las de un *sô no koto*.

—El capitán debe de estar tocando con uno de esos inseparables amigos suyos, supongo que el capitán secretario. [8] ¡Qué sonido tan encantador! —Se levantó para escuchar.

«Estoy aquí, retenido por la bella y fría luz de los fogariles», decía su mensaje. [9] Los tres se presentaron de inmediato.

—El sonido de esa flauta ha sido demasiado para mí. Sonaba como si la

canción del viento se hubiera vuelto otoñal.

Genji sacó el *koto* para tocar una hermosa melodía. El capitán tocó muy bien su flauta al modo *banshiki*, pero el capitán secretario estaba demasiado nervioso para cantar.

—¿Y bien? —inquirió Genji.

El teniente senescal cantó en voz baja, marcando el ritmo y simulando el canto de un grillo cascabel. [\[10\]](#) Genji le hizo cantar dos veces y entonces pasó el *koto* al capitán secretario, cuya habilidad era sin duda casi tan grande como la de su padre.

—Creo que hay alguien más detrás de esas persianas, alguien que también sabe

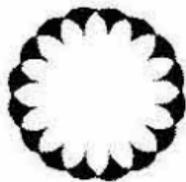
de música. Esta noche debo tener cuidado con el vino. Un viejo que llora en su embriaguez puede ser indiscreto.

Ella pensó que eso era muy cierto y se sintió conmovida. En secreto prestaba mucha atención a cuanto veía y a lo que oía decir a los jóvenes caballeros, sin duda porque su vínculo con ellos estaba destinado a ser fuerte, pero ellos mismos no sospechaban nada, y el capitán secretario, a quien esta vez le parecía que no podría mantener a buen recaudo lo que albergaba su corazón, en realidad se comportó extremadamente bien y ni siquiera permitió que sus sentimientos se reflejaran en la música que tocaba.

Nowaki

El tifón

Nowaki («tempestad») se refiere a los tifones de comienzos del otoño. El acontecimiento esencial del capítulo es un tifón.



Relación con los capítulos anteriores

«El tifón» tiene lugar en el octavo mes, inmediatamente después de la época en que se desarrolla el capítulo «Los fogariles».

Personajes

Su Gracia, el canciller,
Genji, de 36 años

Su Majestad, la
emperatriz, de 27 años
(Akikonomu)

La dama del ala sudeste,
de 28 años (Murasaki)

El capitán, de 15 años (Yûgiri)

Su Alteza, la abuela de
Yûgiri, de unos 70 años (Ômiya)

La dama del ala nordeste
(Hanachirusato)

La dama de Akashi, de 27
años

La dama del ala
occidental, de 22 años
(Tamakazura)

La hija de Genji, de 8 años
(Akashi no Himegimi)

Su Excelencia, el
ministro de Palacio (Tô no
Chûjô)

Su hija, la amada de Yûgiri, de 17
años (Kumoi no Kari)

Aquel año las flores que Genji había plantado en el jardín de Su Majestad regalaban a la vista más que nunca, pues eran de todas las clases y tonalidades, y se entrelazaban en las bajas y bonitas vallas de madera con corteza o sin ella, más perfectas, al parecer, que las mismas flores que crecían en otros lugares, incluso en la manera en que el rocío relucía sobre ellas por la mañana y la noche y les daba el aspecto de joyas. Al ver sus múltiples colores, una se olvidaba de los floridos montículos en primavera, y el corazón vagaba entre sus frescas delicias. El otoño siempre había tenido más partidarios que la primavera en el debate sobre cuál de las dos

estaciones es preferible, y quienes otrora se inclinaron por aquel célebre jardín primaveral, ahora se volvían y miraban a otras partes, como es propio de los seres humanos.

Akikonomu permanecía en casa para gozar de tales bellezas, y entretanto le habría gustado pedir que tocaran música, pero el octavo mes era el de la muerte de su padre, [\[1\]](#) y mientras observaba que la hermosura de las flores iba en aumento, en lugar de marchitarse, como ella había temido que no tardaría en ocurrir, empezó a soplar el viento y los cielos cubiertos de nubes amenazaron con una tempestad peor que cualquiera de las que solían producirse. Aquellos a quienes no les

importaba gran cosa que las flores padecieran, de todos modos se alarmaron ante el desastre, y Su Majestad Akikonomu casi era presa de la desesperación al ver que las dispersas perlas de rocío desaparecían de pétalos y hojas. Ella parecía echar en falta unas mangas lo bastante anchas para cubrir el cielo otoñal. [2] Al anochecer cerró los postigos, y la tormenta, aunque invisible, seguía rugiendo; aunque se sentía muy asustada, siguió temblando por sus flores.

En el ala sudeste el viento había empezado a soplar precisamente cuando estaban trabajando en el jardín, y el vendaval sorprendió de modo cruel a las languidecientes frondas de *hagi*. [3]

Desde la cercana terraza, ella volvió a contemplar la violencia con que el viento se llevaba una y otra vez las gotas de rocío. Genji estaba con su hija cuando se presentó su hijo, el capitán. Éste miró distraídamente por encima del panel movable [4] de la pasarela situada al este y a través de las puertas dobles abiertas, y al reparar en un grupo de damas de honor, permaneció inmóvil y en silencio. Los biombos habían sido doblados y apartados a un lado, a causa del viento, y él pudo ver directamente a una dama sentada en la habitación del pasillo. Su noble porte y su generosa belleza eran indudables: parecía un hermoso y florido cerezo de montaña que emergiera de la

bruma en un amanecer primaveral. Su encanto era como un perfume que lo envolvió mientras la miraba. Era una mujer extraordinaria. Por alguna razón ella sonrió, con un efecto abrumador, cuando el viento alzó las persianas y sus damas de honor las bajaron. Estaba demasiado preocupada por sus flores para dejarlas y entrar. Yûgiri no podía apartar los ojos de ella, pese a los numerosos encantos de las damas de honor, y entonces supo cuánta razón había tenido su padre al prever que podría suceder justamente aquello y mantenerle alejado de una dama que de manera inevitable trastornaría a todo el que la viera.

Se disponía a marcharse por temor a

que reparasen en él cuando Genji, que regresaba de los aposentos de su hija, abrió el panel deslizante interno y entró en la estancia.



El jardín cercano

—¡Qué viento tan horrible y exasperante! Cierra los postigos. Debe de haber hombres por ahí, y podrían verte.

El capitán se aproximó de nuevo y vio que ella le decía algo a Genji, que la miraba sonriente. Le parecía inimaginable que Genji, tan joven, elegante y apuesto, fuese su padre. También ella estaba en la flor de la vida, y le impresionó profundamente la perfección de los dos. Sin embargo, el viento también había alzado la persiana en el lugar de la pasarela donde él se encontraba, y estaba a la vista. Se retiró aterrado y fue hacia la terraza; una vez allí, carraspeó como si acabara de llegar. «¡Lo sabía!», se dijo Genji. Ella debía de haber estado allí, visible: las puertas dobles estaban abiertas de par en par. Al instante comprendió lo que eso debía de

significar.

El capitán estaba exultante. «¡Nunca hasta ahora había sucedido tal cosa! ¡En verdad el viento es capaz de lanzar piedras al cielo! ¡Los dos están muy trastornados, a pesar de sus precauciones, y he visto algo excepcional y maravilloso!»

Aparecieron los sirvientes de la casa.

—El viento será terrible, mi señor — le dijeron—. Aquí es suave porque sopla del nordeste. El pabellón del terreno de equitación y el pabellón de pesca del sur pueden salir volando en cualquier momento.

Ruidosamente, empezaron a tomar las precauciones pertinentes.

—¿De dónde venís? —les preguntó Genji.

—Yo estaba en Sanjô —respondió el capitán—, pero han dicho que la tormenta será tremenda y por eso he venido aquí... Estaba preocupado. Pero quien está atemorizada de veras es Su Alteza. A su edad, el ruido que hace el viento la asusta como si fuese una niña, y lo siento tanto por ella que volveré allí ahora mismo.

—Es una buena idea. La edad debería impedir que la gente retorne a la infancia, pero me temo que eso es lo que sucede.

Genji expresó su simpatía hacia la dama de varias maneras más, y le pidió al capitán que le transmitiera: «Confío en que, a pesar del alboroto, estés en buenas

manos con este joven caballero que cuidará de ti».

No había un solo día en que el siempre correcto joven dejara de presentarse en Sanjô y Rokujô, incluso bajo los embates del viento, y aparte de aquellas ocasiones en las que el aislamiento le confinaba inevitablemente en palacio, ni el apremio de sus deberes oficiales ni las prolongadas o complejas actividades ceremoniales impedían que fuese primero a Rokujô y luego a la residencia de Su Alteza antes de continuar con sus quehaceres, y resultaba conmovedor ver cómo aquel día, con semejante tiempo, realizaba sus visitas de costumbre desplazándose incluso más

veloz que el viento.

Su Alteza se mostró muy contenta de recibirle y se sintió mucho más tranquila.

—Nunca, en toda mi vida, había presenciado una tormenta tan terrible — comentó, temblando sin poder evitarlo—. ¡Pensar que has venido aquí, entre el ruido de las ramas arrancadas, mientras el viento parece despojar al tejado de todas sus tejas!

El que otrora fuese un vistoso y espléndido espectáculo había desaparecido, [5] y ahora el capitán era todo lo que ella tenía en este mundo cambiante. No es que, en conjunto, gozara de menos consideración que antes, pero el ministro de Palacio seguía manteniéndose

muy distante.

El capitán pasó la noche despierto, oyendo el aullido del viento, embargado por una tristeza indefinible. Aparte de la dama por la que siempre suspiraba, no podía olvidar lo que acababa de ver, y esa visión le había provocado unos pensamientos tan alarmantes y prohibidos que, asustado, intentó pensar en otra cosa, pero fue en vano. No podían haber existido muchas como ella, y jamás existirían. Si su padre la tenía a ella, ¿cómo podía ponerse a su altura la dama del ala nordeste? [6] Pensó que no había comparación entre ellas, y admiró la sorprendente amabilidad de su padre. Como era muy serio, no cruzó por su

mente ninguna ambición que le hiciera sentirse culpable, pero si fuese posible quería pasar la vida con una mujer como ella, y no podía evitar la sensación de que, si llegara a hacerlo, ello prolongaría los años que le habían sido concedidos.

Hacia el amanecer, el viento remitió un poco y empezó a caer una lluvia intensa. Le informaron de que la tormenta había derribado unos edificios anexos de Rokujô. Mientras el viento soplaba con furia, mucha gente en aquella extensa y orgullosa finca se reunió alrededor del gran señor y su dama, pero él se percató, sobresaltado, de que la mujer que habitaba en el ala nordeste debía de sentirse muy sola, y partió bajo un cielo

todavía oscurecido. Durante todo el trayecto cayó una lluvia helada y casi horizontal. [7] Bajo aquellos cielos turbulentos, se sentía extraño, como enajenado. «¿Qué es esto? ¿He de sufrir una penalidad más? ¡No, es impensable! ¡Debo de haberme vuelto completamente loco!» Se encaminó al nordeste y allí encontró a la dama, aterrada. Tras hacer lo posible por serenarla, encargó a la servidumbre que emprendieran la reparación de los desperfectos y entonces se dirigió al sudeste, donde los postigos estaban todavía abiertos. Se apoyó contra la barandilla en el punto donde juzgó que se encontraban los dos, y miró el jardín. El viento inclinaba los árboles de la

colina, y por el suelo había muchas ramas rotas. Por supuesto, las plantas se hallaban en un desorden absoluto, y lo mismo sucedía con las tejas, los postigos y las vallas. Se alzó un sol débil, y el rocío relució en el jardín como en un rostro apesadumbrado, mientras el cielo permanecía envuelto en una densa niebla. El joven se enjugó las lágrimas causadas por una emoción irreprimible y carraspeó.

—Parece que el capitán está ahí —dijo Genji—. No creo que ni siquiera haya amanecido. —Yûgiri oyó los ruidos que producía al levantarse. Lo que ella replicó era inaudible, pero él se echó a reír—, ¿Es esta la famosa «separación al alba» por la que nunca te hice pasar, ni

siquiera en los primeros tiempos? [8]
¡Ojalá no tuviera que hacerlo ahora!

Siguieron charlando agradablemente. Las respuestas de la dama no llegaban a oídos del capitán, pero el tono alegre de sus voces revelaba la intimidad que había entre ellos.

El mismo Genji abrió los postigos. Alarmado por hallarse tan cerca, el capitán se retiró a una distancia respetuosa.

—¿Y bien? —le preguntó Genji—. ¿Se alegró Su Alteza de verte anoche?

—Sí, en efecto. Lo sentí mucho por ella... Cualquier cosa puede hacerle llorar.

Genji sonrió.

—Dudo de que esté entre nosotros mucho más tiempo. Haz lo que puedas para que sea feliz. Sin duda le gustaría que Su Excelencia fuese más atento. Tiene un carácter animado y viril, y ha puesto gran empeño en demostrar que siente un escrupuloso afecto filial, pero, ¿sabes?, los suyos no son unos sentimientos profundos. Con todo, también es notablemente inteligente y complicado, y posee muchos más conocimientos de los que esta degenerada época merece, hasta tal punto que, a pesar de lo irascible de su carácter, difícilmente puede haber nadie más irreprochable que él.

»Me preguntaba si Su Majestad había enviado a alguien de confianza para que

cuide de ella ahora que sopla este viento terrible —siguió diciendo, y le dio a su hijo este mensaje para ella—: “¿Qué te ha parecido el ruido que ha hecho el viento la pasada noche? Un viento me ha atrapado a mí también, [9] con una tormenta como ésta, y estoy muy abatido. Me temo que por el momento voy a tener que cuidar de mí mismo”.

El capitán bajó de la terraza y se encaminó a los aposentos de Su Majestad a través de la puerta que daba a la galería. A la luz del amanecer su figura era espléndida. Se detuvo al sur del ala oriental de Su Majestad y vio que en el edificio principal había dos postigos abiertos y las persianas estaban

enrolladas, y que había mujeres sentadas allí a la tenue luz de la mañana incipiente. Eran muchas, todas ellas jóvenes, y estaban apoyadas en la barandilla. La libertad de su comportamiento dejaba alguna duda acerca de su manera de vestir, pero los variados colores de su ropa formaban una bonita estampa a la media luz. Su Majestad había pedido a las muchachas paje que bajaran al jardín para dar rocío a los grillos enjaulados. Cuatro o cinco de ellas, con prendas de tonalidades aster y rosa, túnicas claras u oscuras, todas muy apropiadas para la estación, iban de un lado a otro con jaulas de diversos colores, y arrancaban clavellinas y otras flores para llevarlas a

su señora. Los colores de sus atuendos se fundían con la bruma, y todas tenían un aspecto delicioso. El joven percibió en el viento un aroma de flores de aster y tal fragancia de incienso que tuvo la sensación de que debía de haber acariciado las mangas de Su Majestad. [\[10\]](#) Una elegancia tan exquisita le abrumaba y no se atrevía a continuar, pero, tras carraspear discretamente, siguió adelante. Las mujeres regresaron al interior del edificio sin aparente consternación ni apresuramiento. Cuando Su Majestad llegó por primera vez a palacio, él era un paje y había tenido autorización para entrar a verla, de modo que las damas de honor no se mostraban

demasiado tímidas en su presencia. Tras entregarle su mensaje, aprovechó la oportunidad para darles a Naishi y Saishô [\[11\]](#) sendos mensajes de su parte, puesto que había adivinado que se encontraban allí. Aun así, la noble sobriedad de su entorno hacía pensar en otras cosas, más tristes, que absorbían a las damas.

En el ala sudeste todos los postigos estaban abiertos, y ella contemplaba desde allí las flores a las que tanto le había costado abandonar la noche anterior, unas flores que ahora yacían devastadas, como si nunca hubieran existido. El capitán entregó la réplica de Su Majestad desde los escalones: «Había confiado, como una niña temerosa, en que

podieras protegerme de la tormenta, pero ahora me siento mejor».

—¡Qué extraña timidez la de Su Majestad! —comentó Genji—. Debo de haberla decepcionado... Una noche así podría haber asustado a cualquier mujer.

Entonces fue directamente a verla.

Genji abrió los postigos y entró para ponerse un manto, y el capitán sólo atisbo la manga de un brazo que acercaba una cortina portátil baja. ¡Debía de ser ella! La imagen hizo que el corazón le latiera ruidosamente, o así se lo pareció a él, y desvió la vista.

—El capitán está muy guapo esta mañana —observó Genji en voz baja mientras se miraba en el espejo—. La

verdad es que todavía no es más que un muchacho; tal vez sea necesaria la mirada de un padre para ver a un joven tan valioso. —Parecía satisfecho de la perdurable juventud de su rostro—. Reunirme con la emperatriz siempre me pone nervioso. No hay en ella nada que intimide, pero no puedo evitarlo, tiene tal sutileza... Por muy femenina que pueda ser, oculta una indudable firmeza.

Al salir se dio cuenta de lo abstraído que estaba el capitán, hasta el punto que apenas reparó en su padre, y, al margen de lo que su aguda mirada hubiera percibido, se volvió hacia Murasaki y le dijo:

—Me pregunto si el capitán pudo haberte visto ayer, cuando soplaba aquel

fuerte viento. Las puertas estaban abiertas.

Ella se ruborizó.

—¿Cómo sería posible tal cosa? No oí a nadie en la pasarela.

Mientras se alejaba, Genji pensó que, de todos modos, había algo raro en la actitud del muchacho.

El capitán detectó la presencia de las damas de honor de la emperatriz en la puerta que daba a la pasarela, después de que su padre hubiera pasado a través de las persianas, y se acercó a ellas para intercambiar algunas observaciones jocosas. Sin embargo, sus preocupaciones le hicieron contenerse más de lo habitual.

Desde allí Genji se encaminó directamente al lado norte, donde vivía la

dama de Akashi, y allí, en vez de personal doméstico apropiado, sólo vio a expertas sirvientas que iban de un lado a otro del jardín. Las vallas bajas, en las que se enredaban las campánulas y gencianas que ella había plantado con especial cuidado, estaban desperdigadas por todo el jardín, y las muchachas paje, con sencillos y bonitos atuendos, parecían mirarlas y ordenarlas lo mejor que podían. Ella estaba sentada cerca de la terraza, con el semblante entristecido y tocando el *sô no koto*, cuando oyó los gritos de advertencia de su escolta, y la manera en que se puso un manto sobre su fino e informal atuendo [\[12\]](#) para indicar la deferencia que le debía, dejó a Genji profundamente

impresionado. Sin embargo, él la decepcionó al marcharse de nuevo tras haber permanecido sentado con ella un momento para preguntarle cómo le había ido durante la tormenta.

El sonido del viento al agitar los juncos me parece, en mi desdicha, que acarrea una nueva frialdad», [\[13\]](#)

murmuró para sí.

Embargada por el terror, la dama del ala oeste se había dormido muy tarde, tras una noche de insomnio, y sólo ahora se estaba mirando en el espejo. Genji le pidió a su escolta que no gritara advertencias, y entró en silencio adrede.

Ella estaba allí sentada, su deslumbrante belleza realzada por un brillante haz de luz solar, con los biombos doblados en un rincón y la estancia en completo desorden. Él se sentó a su lado y convirtió incluso la tormenta en una ocasión más para azorarla con sus habituales bromas, lo cual irritó tanto a la dama que al final le espetó:

—¡Esta espantosa obsesión tuya es exactamente lo que anoche me hizo desear que el viento se me llevara!

Genji sonrió encantado.

—¿Quieres marcharte con el viento? No es posible que hables en serio. De todos modos, supongo que estás pensando en alguna otra cosa. Así que es esto lo que poco a poco has ido sintiendo hacia mí.

Bueno, la verdad es que no puedo culparte.

Ella sonrió también al darse cuenta de la franqueza con que él le había hablado, y el rostro que asomaba entre los mechones de su hermoso cabello adquirió un color y una expresión encantadores, un rostro redondeado como la vaina de un farol chino. [\[14\]](#) Una sonrisa tan amplia carecía de cierta dignidad, pero no había nada más en ella que pudiera considerarse criticable.

El capitán ansiaba verla por sí mismo, ahora que su padre hablaba con ella tan atentamente. Detrás de la persiana del rincón había una cortina portátil, pero estaba un poco desviada, y cuando él alzó

suavemente un panel observó que desaparecían todas las barreras y que tenía una visión perfecta. Le desconcertó ver que Genji coqueteaba claramente con ella, y se sintió fascinado. «Son padre e hija —se dijo—, ¡pero ella es demasiado mayor para que él la tome en brazos!» La alarmante extrañeza de la escena le hizo observarla pese al temor a ser descubierto. Ella estaba oculta detrás de una columna y apartaba un poco la cara de Genji, pero éste la atraía hacia sí, y el cabello de la joven se derramaba hacia delante como una ola. La manera complaciente en que la joven se apoyaba en él sugería una completa familiaridad, a pesar de su evidente inquietud y apuro.

«¡No! ¡Esto es imposible! ¿Qué significa? Él no la ha criado personalmente... Eso debe de explicar la clase de sentimientos que ahora muestra hacia ella. Nunca ha dejado ningún rincón sin explorar. ¿Quién puede culparle? ¡Pero esto no me gusta!»

El capitán estaba avergonzado de sus propios pensamientos. Ella era su hermana, sí, pero habida cuenta de su hermosura, no le costaba mucho dar un paso atrás y llegar a la conclusión de que, después de todo, eran hijos de distintas madres, y extraviarse de la misma manera. Aunque ella no estaba a la altura de la dama a la que había vislumbrado el día anterior, ciertamente era de su estilo, y al verla uno no podía evitar sonreír de

placer. Enseguida pasó por su mente una imagen de espléndidas rosas amarillas cargadas de rocío a la luz del sol poniente. La imagen no encajaba en la estación presente, pero de todos modos parecía acertada. Sin embargo, las flores no duran, y sus estambres empiezan a desprenderse muy pronto. La belleza de la joven estaba realmente más allá de tales comparaciones. Nadie acudió a turbarles mientras susurraban ajenos a lo que les rodeaba, pero, por alguna razón que él no podía captar, Genji se puso en pie con una expresión seria en el rostro.

Ella dijo:

Atrapada por el errante y tenaz viento,

*no le queda a
la valeriana más esperanza que
marchitarse y morir al fin.*

El capitán no había podido oírla, pero Genji repitió el poema. Una mezcla de placer y repulsión le instaba a seguir mirando, pero aun así se retiró, puesto que no deseaba que Genji viera lo cerca que había estado de ellos.

Genji replicó:

*Si tan sólo ella accediera a la oculta
llamada del rocío, la valeriana tocada
por
el salvaje viento jamás tendría que
marchitarse o morir. [\[15\]](#)*

—Piensa tan sólo en el flexible bambú.

El capitán debió de haberle entendido mal. Nadie acertaría a oír tales cosas.

Desde allí Genji se dirigió al nordeste. Por alguna razón, tal vez el frío de primera hora de la mañana, varias damas de honor mayores estaban atareadas cosiendo delante de su señora, mientras otras más jóvenes extendían telas sobre lo que parecían unos estrechos cofres. La dama había desperdigado a su alrededor unas piezas muy bonitas de vaporosa seda de color ocre y de una tela rojo ciruela que había sido abatanada hasta darle el lustre más bello.

—¿Es ésta una túnica con cola para el

capitán? —le preguntó Genji—. Espero que se cancele la fiesta en el patio ajardinado de Su Majestad. [\[16\]](#) ¿Qué sentido tendría, después de lo que ha hecho este viento? Creo que vamos a pasar un triste otoño.

«¿Qué puede ser?», se preguntó. Todos los colores eran preciosos, y comprendió que ella era tan diestra en aquellos menesteres como la dama que vivía en el ala sur.

Un manto para él, con un estampado de círculos florales, había sido teñido ligeramente hasta darle una tonalidad perfecta con flores de tradescantia recién cogidas.



Confección de una túnica

—Esta clase de prenda es para el capitán —dijo Genji—. Le sienta mejor a un hombre joven.

Tras varias observaciones más del mismo tenor, prosiguió su camino.

El capitán estaba empezando a cansarse de acompañar a su padre en

aquella tediosa serie de visitas. Además, tenía que escribir una carta, y le preocupaba ver que el sol ya estaba tan alto. Entretanto, llegaron a la residencia de la hija de Genji.

—Ella se encuentra todavía con mi señora —le dijo el aya—. El viento la asustó y esta mañana no podía levantarse.

—El fragor de la tormenta me hizo esperar que podría ser útil aquí —terció el capitán—, pero Su Alteza estaba demasiado inquieta. ¿Cómo está su casa de muñecas?

Las damas de honor sonrieron.

—Incluso el aire agitado por un abanico le hace temer un desastre, así que este viento casi la ha destruido. No

sabemos muy bien cómo repararla.

—¿Tienes algún papel corriente? Lo necesito, y también tu tintero.

Una de ellas se acercó a un armario, sacó un rollo de papel y se lo dio sobre la tapa de la escribanía.

—Oh, no —dijo él—. No me atrevería. [\[17\]](#)

Sin embargo, se sintió un poco mejor al considerar la posición de la dama del ala noroeste, [\[18\]](#) y procedió a escribir su carta. Lo hizo en fino papel violeta. Molió la tinta con esmero y escribió concentrado, deteniéndose de vez en cuando para inspeccionar la punta del pincel. Trazó una imagen muy bonita. Sin embargo, el poema era terriblemente

trivial y, desde luego, no merecía ningún aplauso:

*Que los salvajes vientos soplen esta
noche y las nubes bajas vaguen por el
cielo,*

*no hay manera de olvidarte, no, ¡por más
que lo intente!»*

Lo ató a unas hierbas de andropogon arrancadas por la tormenta. [\[19\]](#)

—El teniente Katano se aseguraba de que su planta o flor armonizara con el papel de su carta —objetaron.

—¡Oh, no había pensado en absoluto en el color! ¿Qué me recomendáis entonces? [\[20\]](#)

Parecía tener poco que decirles a mujeres como aquéllas, y no las halagaba, sino que las trataba con altivo orgullo. A continuación, escribió otra carta y entregó ambas al segundo palafrenero, que, entre muchos susurros, dio una de las misivas a una bonita muchacha paje y la otra a un sirviente cuyo aspecto inspiraba confianza. Las jóvenes damas de honor ardían en deseos de saber a quién iban dirigidas.

Se pusieron en movimiento al saber que su señora regresaba, y empezaron a enderezar las cortinas portátiles y a poner orden en las estancias. El capitán, que por lo general no mostraba tanto interés, estaba ansioso por seguir comparando los

rostros como flores que había visto, y se tomó la molestia de ocultarse lo mejor posible detrás de la persiana cercana a las puertas dobles y mirar a través de una abertura en la cortina portátil. Y de repente apareció ella, saliendo de detrás de un biombo. Había demasiadas mujeres a su alrededor, y a él le irritó descubrir que era muy poco lo que podía apreciar. Su cabello, que aún no le llegaba al suelo, se desplegaba sobre el vestido gris violáceo, y a él le encantó su figura esbelta y menuda. Llevaba dos años sin tener un atisbo de ella, y pensó que desde entonces se había desarrollado de un modo excelente. ¿Cómo sería de adulta? A pesar de las flores de cerezo y las rosas

amarillas que él había visto, se la podría comparar con la glicina... Sí, concluyó, tenía la espléndida belleza de la glicina que florece en un árbol fuerte y se mece con la brisa. «¡Si pudiera estar con mujeres como ella día y noche! —pensó—. ¡Y sería posible, si no hubiese esta odiosa barrera entre nosotros!» El resuelto joven apenas podía contenerse.

Encontró a Su Alteza, su abuela, entregada en silencio a sus oraciones. Muchas jóvenes atractivas estaban a su servicio, pero ninguna de ellas podía compararse en porte, gracia o atuendo a las damas que acababa de ver en su gloria. Eran las bellas monjas, con sus modestos hábitos oscuros como la tinta,

[21] quienes daban realmente a la escena su aire conmovedor. También Su Excelencia estaba allí. Las lámparas estaban encendidas, y ambos hablaban en voz baja.

—¡Ha pasado tanto tiempo desde la última vez que vi a Kumoi no Kari...! — exclamó Su Alteza, llorando abiertamente —. ¡Es demasiado duro!

—No tardará en venir a verte. Parece tener ciertas preocupaciones y ha perdido bastante peso. A decir verdad, creo que uno está mejor sin hijas. No traen más que problemas. —Hablaba con la misma obstinada desaprobación de siempre, y a ella le dolía tanto que no insistió—. Y ahora que tengo una que es del todo

incorregible, no sé qué hacer con ella — siguió diciendo con una amarga sonrisa.

—¡Oh, no, no digas eso! ¡Ninguna hija tuya podría ser así!

—Pues ésta lo es —dicen que él replicó—. ¡Es un desastre! Tengo que arreglar las cosas para que la veas.

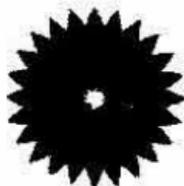
Miyuki

El viaje imperial

Miyuki significa «viaje imperial». En este capítulo, el emperador Reizei realiza una salida invernal a Ôharano, al sudoeste de la ciudad.

La palabra aparece (como un juego de palabras con *miyuki*, «nieve») en un poema que Genji envía como réplica a uno del emperador.

*Nunca como hoy pueden las cuestas de
Oshio,
cuyos pinares cubren las repetidas
nieves,
haber visto el verdadero esplendor.*



Relación con los capítulos anteriores

«El viaje imperial» comienza en el duodécimo mes del año, cubierto en los seis capítulos anteriores, y llega hasta el segundo mes del año siguiente (cuando Genji tiene treinta y siete años).

Personajes

Su Gracia, el canciller,

Genji, de 36 a 37 años

La dama que vive en el
ala oeste, de 22 a 23 años
(Tamakazura)

La dama de Genji, que vive en
el ala sudeste, de 28 a 29 años (Murasaki)

Su Majestad, el
emperador, de 18 a 19 años
(Reizei)

Su Excelencia, el

ministro de Palacio (Tô no
Chûjô)

Su Alteza de la Guerra, el
hermano de Genji (Hotaru Hyôbukyô no
Miya)

El comandante de la
Derecha, al comienzo de la treintena
(Higekuro)

El capitán, hijo de Genji,
de 15 a 16 años (Yûgiri)

Su Alteza, la madre de

Tô no Chûjô (Ômiya)

El capitán, hijo mayor de Tô no Chûjô, al comienzo de la veintena (Kashiwagi)

El teniente senescal, de unos 20 años (Kôbai)

La consorte Kokiden, hija de Tô no Chûjô, de 19 a 20 años

La muchacha de Ômi, hija de Tô no Chûjô (Ômi no Kimi)

Así, Genji examinaba cada posibilidad con la esperanza de que las cosas salieran a su satisfacción, pero su «cascada silenciosa» [1] era una carga triste y conflictiva para la joven que vivía en el ala oeste, y el buen nombre de Genji corría grave peligro, tal como suponía la dama del ala sudeste. [2] Sin duda Su Excelencia, que siempre reaccionaba de una manera muy brusca y no podía tolerar el menor desliz, en cuanto se enterase de la situación la revelaría de inmediato públicamente y Genji quedaría como un necio.

El duodécimo mes, Su Majestad iba a hacer un viaje a Ôharano, [3] y todo el mundo ansiaba estar allí. Todas las damas

de Rokujô, sin excepción, fueron a contemplar el desfile. Su Majestad partió a la hora de la Liebre [4] y giró al sur desde Suzaku a lo largo de Gojô. [5] Los carruajes desde donde las mujeres observaban, formaban una hilera ininterrumpida hasta el río Katsura. No todos los viajes imperiales despertaban tanta expectación, ni mucho menos. Aquel día príncipes y nobles prestaron especial atención a preparar sus monturas y sillas, eligieron sirvientes altos y apuestos y palafreneros a los que vistieron magníficamente, de modo que ofrecían un espectáculo de insólito esplendor. Por supuesto, Sus Excelencias de la Derecha y la Izquierda, Su Excelencia el ministro de

Palacio, los consejeros y cuantos estaban por debajo de ellos asistieron también. Los cortesanos, hasta los rangos quinto y sexto, vestían mantos formales verde hoja sobre túnicas con cola de color uva. Caía una ligera lluvia, de modo que el mismo cielo a lo largo del camino prestaba a la ocasión su propio encanto. Los príncipes y nobles que iban a participar en la cetrería llevaban espléndidas vestes de caza. Los halconeros de la Guardia de Palacio presentaban una insólita profusión de estampados [6] que daban a la escena un toque especial. Todo el mundo se había apresurado a salir para presenciar el espectáculo, y algunos carruajes lastimosamente humildes, pertenecientes a

personas desconocidas, eran tristes de ver con sus ruedas rotas. Muchos elegantes carruajes avanzaban imponentes en las proximidades del puente flotante. [7]

La joven dama del ala oeste también estaba allí. Entre todos los caballeros que pasaban ante ella con sus mejores galas, no veía a ninguno comparable a Su Majestad de perfil, vestido de rojo e inmóvil. Sin que externamente revelara nada, prestaba una atención especial a Tô no Chûjô, su padre, pero el aspecto deslumbrante y la imponente presencia de éste se limitaban a algo superficial. Era con mucho el más impresionante de los súbditos, pero ella no podía apartar los ojos de aquel Único en su palanquín. El

capitán, el teniente o el cortesano Fulano, por quien otras jóvenes desfallecían y suspiraban, exclamando «¡Qué apuesto es!» o «¡Me encanta su estilo!» no significaban nada para ella, pues Su Majestad los eclipsaba a todos. Genji se le parecía tanto que podrían haber sido el mismo hombre, pero, a su modo de ver, Su Majestad superaba un tanto a Genji en dignidad, y suyos eran el aspecto y el porte que realmente maravillaba contemplar. Sin duda jamás había existido otro como él. Ella había supuesto que todos los nobles caballeros eran dechados de hermosura, acostumbrada como estaba a la elegancia de Genji y del capitán, pero hallarse junto a ellos ensombrecía a todos

los demás, que ni siquiera parecían tener ojos o narices y apenas se merecían una mirada. También Su Alteza de la Guerra estaba presente. El comandante de la Derecha, siempre grave e imponente, servía aquel día a Su Majestad vestido de gala y con la aljaba a la espalda, pero su espesa barba negra no era nada atractiva.

[8] ¿Qué podría haber tenido en común semejante cara con la de una mujer bellamente maquillada? La dama tenía grandes dudas acerca de lo que Genji le reservaba, porque el servicio en palacio podía ser terriblemente degradante, [9] pero, aparte de las intimidaciones que acarreaba, la mera perspectiva de servirle y estar con él le parecía sumamente grata.

El palanquín de Su Majestad se detuvo cuando la comitiva llegó a Ôharano. Los nobles comieron bajo una carpa y se cambiaron los trajes cortesanos por vestes de caza. Genji aportó desde Rokujô sake y un refrigerio. Había querido asistir personalmente y hecho saber que iría, pero entonces tuvo que informar a Su Majestad de que su repentino aislamiento por ciertos motivos religiosos se lo impedía. Su Majestad envió al ayudante del chambelán de la Guardia de la Puerta Izquierda con unos faisanes atados a una rama. Fuera cual fuese su mensaje, resultaría una pesadez repetir aquí los detalles de una ocasión como aquélla. [\[10\]](#)

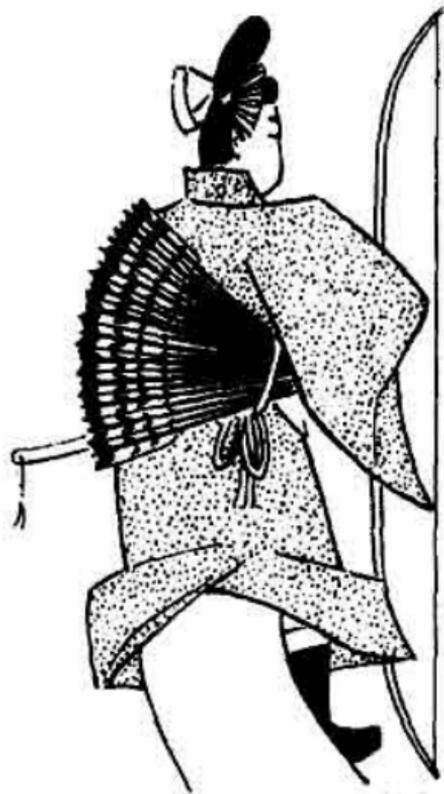
*Oh, ven hoy y favorece de nuevo un lugar
donde otrora se alzaron los faisanes,
aquella vez en el monte Oshio, sobre las
cuestas cubiertas de espesa nieve. [11]*

Tal fue su poema. Algún canciller debía de haber realizado anteriormente un viaje oficial a Ôharano.

Genji le dio al mensajero de Su Majestad una cálida y respetuosa bienvenida, y replicó:

*Nunca como hoy pueden las cuestas de
Oshio, cuyos pinares cubren las
repetidas nieves,
haber visto el verdadero esplendor».*

[12]



Guerrero con arco y aljaba

Sólo recuerdo fragmentos de lo que oí entonces, y todo esto puede ser erróneo.

Al día siguiente, Genji envió una nota al ala oeste: «¿Viste ayer a Su Majestad? Tal vez ahora te sientas mejor dispuesta». Estaba

escrita en sencillo papel blanco, de una manera muy informal, y no era en absoluto insinuante.

Tamakazura la leyó con placer. «¿A qué se refiere?», se preguntó, sonriente,

asombrada de que él la comprendiera tan *Guerrero con arco y aljaba* bien, y le respondió:

Con ese velo de bruma y las vagas nubes matinales que espolvorean la nieve, ¿cómo podría yo, quieres decirme, haber visto toda la luz del cielo? [\[13\]](#)

«No sé qué pensar de todo esto».

Genji le mostró la nota a Murasaki.

—Le pedí con insistencia que lo considerase, como sabes, pero está la emperatriz, y mientras ella se encuentre aquí, eso podría dificultar las cosas. Y cuando Su Excelencia esté informado acerca de ella, entonces deberá tener en

cuenta a la consorte. Eso es lo que parece preocuparla. Una muchacha que ha tenido un atisbo de Su Majestad no puede dejar de congratularse ante la idea de entrar a su servicio íntimo, siempre que no sea demasiado tímida.

—¡Eres terrible! —exclamó ella, y sonrió—. ¡Aunque Su Majestad le haya impresionado favorablemente, no puede tomar ninguna iniciativa por sí misma para entrar al servicio de palacio!

—¡Oh, vamos, estoy seguro de que es a ti a quien ha impresionado!

A la dama del ala oeste le respondió de un modo tan alentador como siempre.

Cuando esa luz resplandece con una

*gloria sin trabas en la extensión del
cielo,*

*¿cómo podría un poco de nieve haber
nublado tanto tu mirada?*

«¡Decídetes y ve allá!»

En cualquier caso, primero él tenía que ocuparse de su ceremonia de iniciación, cuyo acto principal era la colocación de la cola, para la que aportó los objetos más bellos. En su caso toda ceremonia tendía ser a grandiosa y perfecta, aunque fuese una en la que apenas estuviera involucrado, y aquélla, que podría darle la oportunidad de contarle la verdad al ministro de Palacio, prometía ser en verdad imponente.

Se decidió por el segundo mes del nuevo año. Incluso una mujer muy bien considerada y lo bastante mayor para no tener ya que esconder su nombre [14] puede prescindir durante algún tiempo de honrar abiertamente a su deidad ancestral, mientras permanezca en el seno de su familia, y dejar que las cosas sigan envueltas en la vaguedad durante años, pero Genji reflexionó: «Si ésta toma la decisión que le propongo, el dios de Kasuga estará contrariado, [15] y al final la verdad se sabrá de todos modos, dejándome una perdurable y desafortunada reputación como experto en tortuosas estratagemas. No, tal como la gente hace ahora las cosas, sería bastante

fácil para ella adoptar un nuevo nombre [16] si no fuese más que una súbdita, pero en este caso... Además, el vínculo entre padre e hijo sobrevive a todo intento de cortarlo, así que bien podría ser yo quien se lo diga a su padre».

En consecuencia, escribió a Su Excelencia para invitarle a atar el cordón, [17] a lo que Su Excelencia replicó que no podía aceptar porque Su Alteza, su madre, estaba enferma desde el comienzo del invierno. Tampoco era un momento adecuado para el capitán, puesto que se pasaba el día y la noche en Sanjô, demasiado ocupado para pensar en cualquier otra cosa. Genji no sabía qué hacer. Se dijo que la vida es fugaz, que el

fallecimiento de Su Alteza supondría un duelo del que ella [18] tampoco podría sustraerse. «No —se dijo— hablaré mientras Su Alteza esté todavía viva». Así pues, partió hacia la residencia de Su Alteza en Sanjô, con el pretexto de interesarse por su salud.

Por entonces cualquier viaje que emprendiera, por muy privado que fuese, adoptaba la grandiosidad de un desplazamiento imperial, y el creciente esplendor de su presencia hizo preguntarse a Su Alteza mientras lo miraba si era posible que semejante hombre fuese de este mundo, hasta tal punto que sus padecimientos, que hasta entonces no habían hecho más que

agravarse, parecieron cesar y se incorporó para recibirle. No encontró gran dificultad en hablar con él, pese a la evidente debilidad con que se recostaba en el apoyabrazos.

—Sé que tu estado no ha sido tan grave, pero ha afectado mucho a nuestro joven caballero. Parece tan afligido que ha hecho que me preocupara no poco por ti. Cualquier cosa puede asombrarme y dejarme abrumado, puesto que ya no voy a la corte salvo en ocasiones especiales y llevo una vida tranquila, todo lo contrario de quien sirve a Su Majestad. El pasado y el presente aportan numerosos ejemplos de hombres mayores, dolorosamente encorvados por la edad, que de todos

modos han servido al reino, pero, aparte de mi torpeza de nacimiento, parece que también me he vuelto perezoso.

—Hace meses que empecé a notar los padecimientos de la edad —dijo la princesa—, y este año, cuando me parece que no voy a vivir mucho más, me he sentido desolada porque tal vez no volvería a verte ni a hablar contigo, pero hoy noto que aún me queda algún tiempo. A mi edad no tengo por qué apenarme. En mi opinión, quienes siguen viviendo cuando todos aquellos que significaban algo para ellos han desaparecido ofrecen una lamentable estampa, y desearía que mi propia partida fuese rápida, de no ser por nuestro capitán, cuya extraordinaria

amabilidad me ha llevado a preocuparme tanto por su bienestar que así he continuado viva.

Sollozaba sin cesar y le temblaba la voz, como si chocheara un poco, pero Genji comprendía muy bien sus sentimientos y simpatizaba con ella.

Estaban hablando de cosas pasadas y presentes cuando Genji observó:

—Seguro que Su Excelencia el ministro de Palacio viene a verte todos los días. Me agradecería que su visita me permitiera hablar con él. Hay algo que debo decirle, pero hasta ahora me lo ha impedido la falta de una ocasión propicia para hacerlo.

—No viene tan a menudo, ya sea por

los apremios de sus deberes oficiales o por su propia falta de voluntad. ¿Qué es lo que deseas decirle? Ciertamente el capitán tiene motivos para estar molesto con él y, como suelo decirle: «No sé cómo empezó todo esto, pero en cuanto al cruel tratamiento que le das, una vez se ha difundido un rumor es imposible hacerlo retroceder, y la manera en que la gente está hablando de ello hace que la situación sea bastante ridícula». Pero él no es hombre que reflexione sobre lo que ha dicho, y me temo que no entiende de qué le hablo.

Que ella supusiera que estaba pensando en el capitán hizo sonreír a Genji.

—Tengo entendido que podría dejar de considerarlo un error y, después de todo, conceder su permiso, por lo que yo mismo abordé el asunto, pero al ver la severidad con que reprendía al muchacho, lamenté haber intervenido. Como dicen, cualquier cosa puede purificarse de una manera u otra, y no comprendo por qué no deja que la corriente se lleve esto, aunque es cierto que nuestro mundo dificulta que el arroyo vuelva a fluir claro tras un periodo de turbiedad tan lamentablemente prolongado. Tengo la impresión de que cuanto más tiempo tarda en solucionarse una cosa, más probable es que salga mal. Siento mucho haber tenido que enterarme de todo eso.

Siguió hablando en este tono durante un rato, y entonces dijo:

—Por cierto, he de confesar un error con respecto a una joven dama que debería estar apropiadamente bajo su cuidado, debido a que, de la manera más extraña, fui yo quien la encontré, y puesto que he dejado que transcurriera el tiempo sin corregir mi error, en vez de esforzarme por averiguar más decidí crearme la historia que me contaba, puesto que tengo pocos hijos. Sin embargo, no he hecho gran cosa por ella desde entonces, y ahora Su Majestad de alguna manera ha oído hablar de ella y expresa su interés. Se queja en privado de que carece de dama de personal, y que

por eso las dependencias interiores del palacio están mal gobernadas. Las mujeres asignadas a ese menester prestan un servicio inadecuado, y parece ser que los fallos están a la orden del día. «En estos momentos —me dice— las dos damas de cámara expertas y también otras mujeres cualificadas hacen saber que están disponibles, pero ninguna de ellas sirve. La designada siempre ha sido de alta cuna y ha tenido buena reputación, y no se ha visto lastrada por la preocupación hacia su propia casa. Si se trata de buscar competencia e inteligencia, hay algunas cuyos servicios les han valido la promoción incluso cuando carecían de otras habilidades, pero si no se encuentra

ninguna así, sólo es posible elegir entre las que gozan de una reputación generalizada». Esto es lo que dice Su Majestad, y no creo que Su Excelencia pudiera oponerse. El servicio en palacio es siempre un honor, y por lo tanto una ambición encomiable en cualquier persona, de alto o bajo rango. La gente suele creer que las tareas del cargo (la dirección del personal y la responsabilidad de ciertas cuestiones de gobierno) son tediosas y carecen de interés, pero no veo ninguna razón por la que deba ser así. [\[19\]](#) Sólo puedo estar de acuerdo con él en que lo que realmente importa, al fin y al cabo, es la propia disposición de la dama, y cuando a ese

respecto él me preguntó por su edad, comprendí que debía de estar buscando a la hija de Su Excelencia. He querido comentar contigo el mejor modo de proceder. No estoy en condiciones de verle, salvo cuando la ocasión adecuada lo permita. He pensado en una manera de decírselo antes, y le he escrito, pero él parece reacio y ha aducido tu enfermedad para negarse a mantener un encuentro. He concluido que tiene razón, que éste no es el momento oportuno, y he pensado que podría hablar contigo, ahora que estás mejor de salud. Te ruego que se lo hagas saber.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir? Cuando, de una manera imparcial, él ha

llevado a su residencia a varias jóvenes que afirman ser hijas suyas, ¿en qué ha pensado esta muchacha al tomar por padre a quien no lo es? ¿Acaso le parece que tiene motivos para creer que es tuya?

—Es una larga historia —replicó Genji—. Estoy seguro de que Su Excelencia deseará escucharla. Si algo de esto llega a revelarse, provocará tediosos chismorreos, pues interpretarán que conlleva relaciones con alguien de clase inferior, y por ello ni siquiera se lo he dicho todavía al capitán. Te ruego que evites que se sepa —añadió para asegurarse su silencio.

Su Excelencia se enteró en su residencia de la llegada de Su Gracia a

Sanjô.

—¡Qué mal pueden recibir a tan gran señor en una casa tan triste y solitaria! — exclamó sorprendido—. Dudo de que allí nadie sepa agasajar a su escolta ni preparar una sala para recibirle. Supongo que el capitán le habrá acompañado. — Envió a sus hijos y a otros jóvenes caballeros apropiados de entre sus amigos —. Que les sirvan sake y refrigerios — añadió—. Debería ir yo mismo, pero eso sólo complicaría las cosas.

Entretanto, llegó una carta de Su Alteza: «Su Gracia ha venido a visitarnos desde Rokujô y, como la casa está tan desierta, me siento al mismo tiempo azorada por mí misma y preocupada por

él. ¿Podrías venir, discretamente y sin que sea evidente mi petición de que lo hagas? Además, parece ser que quiere decirte algo cuando estéis juntos».

¿De qué podría tratarse? Tô no Chûjô supuso que sería la queja del capitán acerca de su hija. Difícilmente podría discutir si Su Alteza insistiera, puesto que le quedaba tan poco por vivir, y Su Gracia hiciera entonces una petición razonable y vehemente. Le disgustaba la indiferencia que demostraba el joven, pero, si se presentaba una ocasión apropiada, él estaría dispuesto a dejarse persuadir y accedería. Sabía que aún iba a serle más difícil negarse si los dos habían planeado una petición conjunta, y, puesto

que él se caracterizaba por su irremediable espíritu de contradicción, titubeó de nuevo, preguntándose por qué razón, después de todo, no debería hacerlo. Sin embargo, Su Alteza le había escrito, probablemente Su Gracia le estaba esperando y él no deseaba ofender a ninguno de los dos. Decidió ir a ver lo que tenían que decirle.

Con este ánimo se vistió esmeradamente y partió sin más que una modesta escolta. Su llegada en compañía de varios caballeros fue majestuosa e imponente. Estaba entrado en carnes, pero era la suya una robustez armoniosa, gracias a su considerable estatura, y la gran dignidad de su porte y su semblante

era la propia de un honorable ministro. Sobre los pantalones de color uva llevaba una túnica con cola muy larga de color flor de cerezo, y su espléndida elegancia impresionaba. Genji, por su parte, con un manto de color flor de cerezo de sarga china [\[20\]](#) sobre una túnica rojo ciruela, mostraba una desenfadada elegancia imperial más indescriptible que nunca. Pero pese a su brillantez, no podía igualar la magnífica indumentaria del señor que estaba a su lado.

Uno tras otro, sus caballeros se reunieron en torno a él, en un espléndido despliegue. El gran consejero Fujiwara y el comisionado del príncipe heredero, ambos hijos muy estimados de Su

Excelencia desaparecida, [21] tenían un gran éxito. También estaban presentes, como no podía ser menos, cortesanos tan prometedores y bien considerados como los chambelanes jefe, los chambelanes del quinto rango, los tenientes y capitanes de la Guardia de Palacio y los senescales: diez o más excelentes caballeros, todos ataviados a la perfección, y otros muchos colegas de menor rango. Las tazas de sake fueron pasando hasta que todos estuvieron alegres, y el tema de conversación que estuvo en boca de todos fue el gran mérito y la admirable manera de ser de Su Alteza.

A Tô no Chûjô la excepcional reunión le recordaba el pasado, y aunque su

distancia— miento de Genji sólo podría haber reforzado su tendencia a competir con él en todas las cuestiones posibles, por nimias que fuesen, aquella conversación cara a cara les evocaba tantos recuerdos conmovedores que renovaron su amistad y se pasaron el día hablando de una infinidad de cosas, viejas o recientes, que les habían afectado a lo largo de los años.

Su Excelencia ofreció más sake a Genji.

—Habría sido un error por mi parte no haberte visitado —manifestó—, pero sin una invitación tuya temía molestar. Si hubiera hecho caso omiso de tu presencia aquí, habrías tenido una razón más para

declarar el final de nuestra amistad.

—Si así lo declarases estarías en tu derecho, pues es mucho lo que he hecho para merecerlo —replicó Genji, poniendo sobre aviso a su interlocutor.

«Debe de ser esto», se dijo Su Excelencia con aprensión, y adoptó una actitud de respeto deferencial.

—Ambos solíamos estar de acuerdo en todo, tanto en lo público como en lo privado —siguió diciendo Genji— y te consultaba sobre todas las cosas, grandes o pequeñas. Esperaba ilusionado que sostuviéramos el reino como si compartiéramos un ala en vuelo. Pero hace algún tiempo que las cosas empezaron a salir de una manera contraria

a mis esperanzas. Cierto que eso sucede tan sólo entre tú y yo. En términos generales, mi disposición sigue invariable. A medida que transcurren los años, echo de menos cada vez más los viejos tiempos, dado que ahora nos vemos tan poco, y si bien reconozco que has de mantener la dignidad de tu rango, eso no me impide desear, aunque con amargura en ocasiones, que, puesto que somos amigos, atemperes un tanto tu grandeza y me visites.

—Es cierto que entonces nos veíamos con mucha frecuencia —replicó Su Excelencia con circunspección—, hasta tal punto que mi actitud hacia ti llegó a ser demasiado familiar, pues realmente no

había ninguna distancia entre nosotros. Pero, una vez empezamos a servir a Su Majestad, nunca se me ocurrió pensar que compartíamos un ala; más bien nunca dejé de estarte agradecido por la cordialidad con que me favorecías, incluso cuando, finalmente, pese a lo indigno que soy, llegué a servir al reino en el cargo que ahora ostento. Es cierto, sin embargo, que al hacernos mayores nos hemos distanciado en muchos aspectos.

Entonces Genji abordó la cuestión esencial.

—¡Qué conmovedor y extraordinario! —exclamó Su Excelencia, y las lágrimas acudieron a sus ojos de inmediato—. Creo que en cierta ocasión, desbordado

por el pesar, mencioné que desde entonces había tratado de saber qué había sido de ella. Ahora que puedo mantener la cabeza un poco alta en el mundo, tengo hijas más de dudosa valía que andan por ahí, y una de ellas es un caso perdido, pero a veces todavía pienso con afecto en todas, y entonces mi primer pensamiento es para *ella*.

Sus palabras evocaron aquella noche lluviosa en la que habían compartido sus secretos más íntimos, hasta que ambos se entregaron a las lágrimas y la risa.

Era muy tarde cuando se separaron.



Caja de peines

—Este encuentro me evoca tales recuerdos del ayer y me produce tales sentimientos de nostalgia que no tengo el menor deseo de dejarte —le dijo Genji, y él, que no solía mostrar el menor signo de debilidad, tal vez a causa de lo bebido

que estaba, se echó a llorar.

En cuanto a Su Alteza, recordaba a su hija incluso con más añoranza, y el espectáculo de la gloria ahora mucho más grande de Genji le provocaba una tristeza tan amarga que no podía contener las lágrimas. La manera en que humedecía su túnica de salado líquido como cualquier mujer del mar [\[22\]](#) era digna de verse.

Genji no aprovechó aquella excelente oportunidad de hablar del asunto al capitán. Decidió ahorrarse la incomodidad de apremiar a Su Excelencia, pues le parecía que éste no tenía intención de ceder, mientras que su viejo amigo, por otro lado, tenía la sensación de que sería excesivo

atrevimiento abordarlo sin que Genji le empujara a hacerlo. En este aspecto, por lo tanto, siguieron recelando el uno del otro.

—Sé que esta noche debería acompañarte a casa —le dijo Su Excelencia—, pero sólo sería una carga para ti si hiciera tal cosa con demasiada brusquedad. Te visitaré en otra ocasión para agradecerte como es debido el encuentro de hoy.

Genji le hizo prometer que no dejaría de acudir el día que él había mencionado antes, [\[23\]](#) dado que la salud de Su Alteza no le daba motivos de alarma. Ambos estaban de excelente humor, en medio de un estruendo y una algarabía

impresionantes.

—Algo debe de haber sucedido — observó un miembro de la escolta de los hijos de Su Excelencia.

—Apenas se ven, y ahora están alegres... Tal vez Su Excelencia ha conseguido algo que deseaba.

Pero sus conjeturas al azar no dieron ni una sola vez en el blanco de lo que ambos hombres habían hablado.

El carácter repentino de todo aquello despertó las sospechas de Su Excelencia, y empezó a preocuparse, pero dudaba de que debiera aceptar de inmediato a la muchacha y representar para ella el papel de padre. Reflexionó sobre las circunstancias en que Genji debía de

haberla encontrado y se dijo a sí mismo: «No, no es posible que la deje en paz. Sin duda el respeto por sus otras y más grandes damas le ha impedido alardear de ella abiertamente, y la dificultad de mantener una relación, junto con el riesgo del descubrimiento, debe de ser lo que le ha impulsado a hablarme de ella». Esta manera de pensar no era tranquilizadora. Sin embargo, ¿quién podría echárselo a ella en cara? ¿Por qué debía padecer su reputación, incluso aunque fuese él quien en primer lugar le hubiera instado a ello? No le gustaba imaginar los sentimientos de la consorte si Genji hacía entrar a la muchacha al servicio de palacio. Sin embargo, sus reflexiones le hicieron

llegar a la conclusión de que, en cualquier caso, no podía frustrar la decisión de Genji, fuera cual fuese.

El día decimosexto, a comienzos del equinoccio, era una fecha favorable. No había otra cercana, o así informaron a Genji, y, puesto que Su Alteza se encontraba razonablemente bien, se apresuró a iniciar los preparativos. Siguió visitando a la joven dama, pero le contó todo cuanto había revelado a Su Excelencia y, por lo demás, le dijo cuanto ella necesitaría saber. Ella estaba lo bastante agradecida para pensar que ningún padre podría haber hecho más por ella, y se sentía muy feliz.

Entonces Genji tuvo una conversación

privada con el capitán y le puso en antecedentes. «¡Qué extraño es todo esto! —se dijo el capitán—. Ahora comprendo». Ahora que todo estaba más claro, descubrió que su memoria traicionera le suministraba muchas más imágenes de ella que de la joven dama que había sido su tormento. «¡Y yo nunca había pensado en ello!», rezongó, sintiéndose como un idiota. Sin embargo, reprimió su impulso y lo descartó como imposible, lo cual sin duda era prueba fehaciente de su excepcional seriedad.

Llegó, pues, el día, y con él un discreto mensajero desde Sanjô. Pese al poco tiempo disponible, Su Alteza había preparado un juego de bonitas cajas de

peines y otros objetos, acompañados de una carta. «No estaría bien que te hablara tal como estoy ahora, y por ello me he quedado en casa, pero abrigo la esperanza de que te sientas estimulada a vivir tanto como yo. Tal vez debería abstenerme de mencionar mi emoción al saberlo todo de ti, pero, si me lo permites...»

Tanto si procedes de una línea como de la otra, bella caja de peines, siempre serás para mí un tesoro que guardaré de buen grado. [24]

La caligrafía era trémula y en extremo anticuada. Genji estaba allí, supervisando los arreglos.

—Esta es una carta del pasado — comentó al verla—. Fíjate en la escritura. En otro tiempo fue muy buena, pero los años no han sido muy amables con ella. ¡Es doloroso ver cómo le tiembla la mano! —Miró de nuevo la carta—. Pero qué ingenio el suyo en torno a su «bonita caja de peines» —observó, regocijado en su fuero interno—. Muy pocas de las treinta y una letras del poema no se relacionan con ella, y eso no es nada fácil de conseguir.

Su Majestad envió la cola blanca, la chaqueta china, los vestidos, el material para el peinado y los demás artículos, [\[25\]](#) todos ellos de excepcional belleza, así como varias clases de incienso chino

de aroma especialmente intenso, en los tarros habituales. Las otras damas enviaron prendas de vestir e incluso peines y abanicos para las damas de honor, y ninguno de sus regalos desmerecía de los restantes, pues cada una había estado tan deseosa de mostrar su buen gusto que los resultados fueron en verdad satisfactorios.

Las damas que vivían en el pabellón oriental del palacio de Genji [\[26\]](#) se enteraron de estos preparativos, pero desconocían la noticia, pues carecían de suficiente categoría para contribuir ellas mismas a la ceremonia, cuando la hija de Su Alteza de Hitachi, cuyas desfasadas y extrañamente maniáticas costumbres le

impedían perderse semejante ocasión, ofreció lo que la formalidad requería: un vestido largo gris azulado, unos pantalones color de castaña caída o algo parecido, que la gente apreciaba en otro tiempo, y un vestido con topos simulando granizo y cuadros violeta, todo ello primorosamente envuelto y presentado en un hermoso cofre de ropa. [27] Había escrito: «Soy reacia a presentarme, puesto que no soy una persona a la que llegarás a conocer, pero no puedo dejar de pensar en ti en esta ocasión. Estas prendas son indignas, pero tal vez podrías dárselas a tus damas». Parecía ingenuamente amable.

Genji leyó la carta con horror y pensó: «¡Vuelve a las andadas! —Se ruborizó—.

¡Esta mujer es una reliquia inverosímil! Cualquiera tan tímido como ella debería mantener la discreción, pero no, ¡me violenta incluso a mí!».

—Debes responderle —siguió diciendo—, de lo contrario, se sentirá dolida. No soporto la idea de hacerle un desaire cuando pienso en lo mucho que la quería Su Alteza, su padre».

Una manga del vestido tenía fijado un poema escrito en un tono familiar:

Tal motivo de queja tengo, ¡ay!, túnica de Catay, cuando con desespero me digo que tus mangas nunca estarán al lado de las mías. [28]

Igual que en el pasado, su caligrafía era irremediablemente apretujada, enfática, maciza y rígida. A pesar de lo irritado que estaba, Genji no pudo evitar sentirse regocijado.

—¡Piensa en lo que debe de haberle costado escribir este poema, sobre todo ahora, cuando dispone de menos ayuda que nunca! —exclamó con simpatía—. No, no, puede que esté ocupado, pero no tanto como para no responderle en persona. Sin embargo, hay algo que se me escapa. ¿De dónde ha sacado esta idea? ¡No debería haberlo hecho!

Le escribió exasperado:

Túnica de la lejana Catay, túnica de la

lejana Catay una vez más,

*túnica de la lejana Catay ¡una vez y otra
y otra más!*

—Pero, en serio, lo he hecho solo porque esta es su estratagema favorita. — Se lo mostró a la joven dama, en cuyo rostro apareció una sonrisa deslumbrante.

—¡Pobrecilla! —le dijo en tono de reproche—. ¡Mira, creo que te estás burlando de ella!

Pero estoy diciendo demasiadas tonterías.

Al principio, Su Excelencia se había interesado poco por el acontecimiento, pero la extraordinaria revelación de Genji hizo que, después de todo, lo esperase con

ilusión, y él no tardó en llegar. La ceremonia rebasó todo lo que se podría haber esperado. Genji la convirtió en una maravilla. Su Excelencia estaba abrumado por la evidencia de la especial consideración de Genji, y reconoció la extraordinaria calidad de lo que había hecho.

Le admitieron a la hora del Jabalí. [29] Genji había arreglado la estancia de un modo espléndido. aparte de los accesorios habituales, y allí ofreció un refrigerio a los invitados. El brillo de las lámparas era un poco más intenso que de costumbre, pues había ofrecido una bienvenida de especial consideración. Su Excelencia ardía en deseos de ver a la

muchacha, pero era demasiado pronto para eso, y cuando le ató la cola apenas parecía capaz de mantener el dominio de sí mismo. [\[30\]](#)

—Esta noche me comprometo a no hacer ninguna alusión al pasado —le anunció su anfitrión—, y espero que tú tampoco reveles lo que sabes. Disimula ante quienes no están enterados y límitate a seguir la costumbre.

—¡Pero apenas sé de qué otra cosa puedo hablar! —replicó Su Excelencia. Se llevó la taza de sake a los labios y siguió diciendo—: No tengo inconveniente en confesar la gratitud que te debo por tu extraordinaria amabilidad y, sin embargo, no veo cómo podría dejar

de recriminarte que me lo hayas ocultado durante tanto tiempo.

Cruel ha sido la niña del mar que en su costa estuvo largo tiempo oculta, ¡hasta que llegó por fin el momento en que tuvo que ponerse la cola! [\[31\]](#)

No podía retener el flujo de las saladas lágrimas.

Abrumada por aquellas imponentes presencias, la joven dama no sabía qué replicar. Genji respondió por ella:

Las olas la arrojan, indefensa y solitaria, aquí, a esta costa, como un juguete del mar que ningún

pescador querria.

Eres muy injusto.

—Comprendo perfectamente —
respondió Su Excelencia mientras se
retiraba. Eso era en verdad todo lo que
podía decir.

La princesa y los demás estaban
presentes. Figuraban entre ellos muchos
pretendientes, y habían empezado a
preguntarse cuánto tiempo había pasado
desde que entrara Su Excelencia. Entre
sus hijos, sólo el capitán y el senescal
[\[32\]](#) tenían alguna idea de la verdad.
Ambos se sentían al mismo tiempo
complacidos y apesadumbrados por haber
puesto sus miras en ella.

—Me alegro de no haber dicho nunca nada —susurró el senescal.

—Su Gracia parece tener unos gustos fuera de lo corriente.

—Supongo que quiere convertirla en una mujer como Su Majestad.

Genji acertó a oírlos.

—Sé precavido durante algún tiempo más —le dijo a su visitante—, y evita dar a nadie argumentos para la crítica. Quienes están en condiciones de hacer lo que les plazca siempre pueden arreglárselas para salir bien librados de sus propios errores, pero a nosotros puede perjudicarnos lo que diga la gente. Sería preferible dejar que se acostumbren a la idea poco a poco, puesto que tenemos

más que perder que otros.

—Dejaré que tú te ocupes de esto — replicó Su Excelencia—. La manera en que ella te llamó la atención y encontró refugio bajo tu excelente cuidado hace pensar que existe un poderoso vínculo entre vosotros desde vidas anteriores.

Los presentes para Su Excelencia, así como los regalos y la generosidad dispensados a otros, tuvieron, como es natural, su acostumbrada medida, de acuerdo con el rango del receptor, pero Genji lo superó para tratar a todos con magnificencia. Por respeto a la observación que Su Excelencia había hecho acerca de la enfermedad de Su Alteza, prescindió de la música

extravagante.

—Ahora no tienes nada más que interponer en mi camino —observó seriamente Su Alteza de la Guerra en tono serio.

—Su Majestad ha hecho algunas indirectas —replicó Genji—, y he rehusado, pero tendré que tomar otras decisiones en caso de que él vuelva a abordar el tema.

Su Excelencia, el padre de la muchacha, sólo había tenido un atisbo de ella, y deseaba verla bien. La idea de que Genji nunca la habría tenido en tan alta consideración si le hubiese observado cualquier defecto le hacía pensar en ella con afecto e impaciencia. Ahora

comprendía lo acertado que había sido aquel sueño suyo. Sólo a la consorte le explicó toda la verdad.

Genji hizo cuanto pudo para asegurarse de que el asunto no se comentase en el exterior durante cierto tiempo, pero a la gente le encanta el chismorreo. Naturalmente, la noticia se difundió pese a todas las precauciones, y fue extendiéndose hasta que aquella peculiar joven se enteró también, tras lo cual se dirigió, llena de resolución, a ver a la consorte, en un momento en que el capitán [\[33\]](#) y el teniente senescal estaban con ella.

—Tengo entendido que mi señor ha encontrado una hija —manifestó

descaradamente—. ¡Eso es estupendo! ¿Cómo puede ser ella, si estos dos caballeros se interesan tanto? Dicen que ella tampoco tenía una madre digna de mención.

La consorte guardó silencio, escandalizada.

—Estoy seguro de que debe de haber alguna razón por la que la cuidan tan bien —dijo el capitán—. Pero ¿quién te ha dicho eso para que, de una manera tan inconsciente, lo plantees aquí? ¡Imagina que te oyera alguna dama de honor chismosa!

—¡Tonterías! ¡Pero si todo el mundo lo sabe...! Se dice que será la próxima dama de personal. Ésa es la clase de

consideración en que yo pensaba cuando entré al servicio de mi señora, y por eso acepté de buen grado trabajos que no haría ninguna mujer corriente. ¡Eres espantosa!

Su diatriba hizo sonreír a todos los presentes.

—¡Yo tengo interés por ese puesto si queda vacante! —dijo el capitán—. ¡Qué descaro, codiciarlo para ti!

—Oh, no —replicó ella—, ¡alguien que, como yo, no es nadie, no tiene nada que hacer entre grandes caballeros y damas como vosotros! Sí, mi buen capitán, discrepo de ti. Eres el metomentodo que me trajo aquí, ¡y ahora te estás riendo de mí! ¡Éste no es lugar

para una simple mortal! ¡Eres horrible, horrible!

Retrocedió, mirándole furibunda, los ojos entrecerrados por la ira, y no era fácil sentir desagrado hacia ella. Sus palabras convencieron al capitán de que realmente había cometido un error, y mantuvo una expresión seria.

El senescal sonrió.

—La verdad es que no puedo imaginar que mi señora deje de reconocer tu gran mérito. Cálmate, por favor. Pareces dispuesta a convertir grandes rocas en polvo, [\[34\]](#) pero estoy seguro de que lograrás lo que deseas a su debido tiempo.

El capitán se levantó.

—Pero ¿me harás el favor de meterte en la Cueva de la Roca Celestial? [\[35\]](#)
Podría ser más seguro.

Ella se echó a llorar.

—¡Incluso mis hermanos me desprecian! —Entonces se volvió hacia su hermana—. Sólo tu amabilidad me mantiene a tu servicio. ¡Propónme como dama de personal! ¡Debes hacerlo! — insistió aquella mujer que mostraba tanta diligencia en el trabajo y realizaba tareas de las que ni siquiera las muchachas paje se ocupaban.

La consorte, que no podía imaginar sus motivos para decir tales cosas, no sabía qué responder.

Cuando le informaron de su ambición,

Su Excelencia se echó a reír.

—¿Dónde estás? ¡Ven aquí, muchacha de Ômi! —la llamó cierta vez, estando en casa de la consorte.

—¡Aquí estoy! —exclamó su voz, y poco después se presentó.

—Dada la eficiencia con que trabajas, estoy seguro de que desempeñarías bien cualquier cometido —le dijo él con seriedad—. ¿Por qué no me dijiste que querías ser dama de personal?

—Había querido hablarte de ello, pero confié en que, naturalmente, sería mi hermana quien lo hiciera, y ahora oigo decir que van a darle el puesto a otra y me siento como si sólo hubiera soñado con riquezas... Lo único que puedo hacer es

llevarme la mano al corazón. [\[36\]](#) —Su manera de hablar era en verdad muy enérgica.

Su Excelencia reprimió una sonrisa.

—No comprendo por qué eres tan reticente. Si me hubieras dicho lo que deseabas, habría hablado en tu favor ante quien fuese. No importan los derechos que pueda tener la hija de Su Gracia, no imagino que Su Majestad rechazara una recomendación mía efectuada con empeño. Tienes que escribir de inmediato una petición muy bien redactada. Su Majestad no te decepcionará cuando vea la perfección con que tu largo poema [\[37\]](#) expresa tu deseo. Es especialmente sensible a esas cosas, ¿sabes?

La inteligente broma a sus expensas no era en absoluto paternal.

—Un poema en la lengua de Yamato... Sí, puedo escribir uno, más o menos. —La joven se frotaba las manos—. Si eres tan amable de pedírselo adecuadamente por mí, añadiré unas palabras de mi cosecha, por así decirlo, y esperaré su gracioso favor.

Las damas de honor que escuchaban desde detrás de las cortinas portátiles creían que iban a morirse. Algunas reían tanto que tuvieron que retirarse para recobrar la calma. La consorte estaba muy ruborizada y se sentía profundamente avergonzada.

—Cuando las cosas salen mal, sólo

tengo que pasar un rato con esta muchacha de Ômi para sentirme bien de nuevo — declaró Su Excelencia. La joven sólo le servía para hacerle reír.

—Él sólo la atormenta porque está muy avergonzado de ella.

Esto era lo que la gente tenía que decir al respecto.

FUJIBAKAMA

Flores de eupatorio

Fujibakama (*Eupatorium fortunei*), el eupatorio, una especie de agrimonia, es una planta silvestre de la familia de las rosáceas. En otoño da unos racimos de minúsculas flores de color violeta. El título del capítulo procede de la *fujibakama* que Yûgiri menciona en un poema dirigido a Tamakazura (y atado a un ramillete de *fujibakama* en flor):

*He aquí eupatorio cargado del mismo
rocío que cubre tu campo...*

*¡Oh, apiádate entonces de mí, aunque
sólo sea por amabilidad!*



Relación con los capítulos anteriores

«El viaje imperial» llegaba hasta el segundo mes del año en que Genji tiene treinta y siete.

«Flores de eupatorio» cubre los meses octavo y noveno del mismo año.

Personajes

Su Gracia, el canciller,

Genji, de 37 años

La dama, de 23 años (Tamakazura)

El capitán consultor, hijo
de **Genji**, de 16 años (Yûgiri)

Su Excelencia, el
ministro de Palacio (Tô no
Chûjô)

El capitán secretario, hijo
mayor de Tô no Chûjô, de 21 o 22 años
(Kashiwagi)

Saishô, dama de honor de Tamakazura

El comandante, tío del príncipe heredero, de 32 o 33 años (Higekuro)

Su esposa, la medio hermana de Murasaki, de 35 o 36 años (Higekuro no Kita no Kata)

Su Alteza de la Guerra, el hermano de Genji (Hotaru Hyôbukyô no Miya)

El intendente de la

Guardia Izquierda, medio

hermano de Murasaki

Ambos caballeros instaron a la dama en cuestión [1] a que aceptara el nombramiento de dama de personal, pero ella seguía inquieta. Era imposible saber lo que podría arriesgar en semejante compañía, puesto que debía mantenerse en guardia incluso contra el hombre al que creía su padre y, si algo desafortunado sucedía, y Su Majestad y la Consorte se lo recriminaban, ¿en qué situación se encontraría entonces? No estaba en condiciones de afirmar que cualquiera de las dos la tuviera en verdadera estima, y su incierta reputación daba a mucha gente motivos para dudar de ella y estar dispuestos a ridiculizarla. Sí, le aguardaban muchas dificultades, de una

manera u otra. Como ya tenía la edad suficiente para conocer el terreno que pisaba, se sentía inquieta y entristecida en su fuero interno. Al fin y al cabo, estaba perfectamente bien tal como se encontraba ahora, pero las atenciones de Su Gracia eran inoportunas y desagradables, y la joven se preguntaba cuándo se libraría de ellas y aclararía todas las conjeturas que la gente debía de hacer acerca de ella. Su verdadero padre respetaba todos sus deseos, y era tan improbable que adoptase una postura propia que, en cualquier caso, ella tenía la certeza de que se resentiría de las apariencias comprometedoras y desencadenaría un escándalo.

Ahora que su padre conocía su

existencia, Genji la trataba con más desvergüenza que nunca, y esto la sumía en un silencioso estado de angustia. No tenía ningún familiar femenino a quien revelarle siquiera algunas de sus preocupaciones, y no digamos todas ellas, y ¿cómo podría haber proporcionado al menos un atisbo de su inquietud a cualquiera de los dos caballeros, cuyo esplendor le parecía tan imponente? Estaba encantadora mientras contemplaba desde un lugar próximo a la terraza el hermoso cielo crepuscular y reflexionaba sobre todo lo que la diferenciaba de quienes la rodeaban.

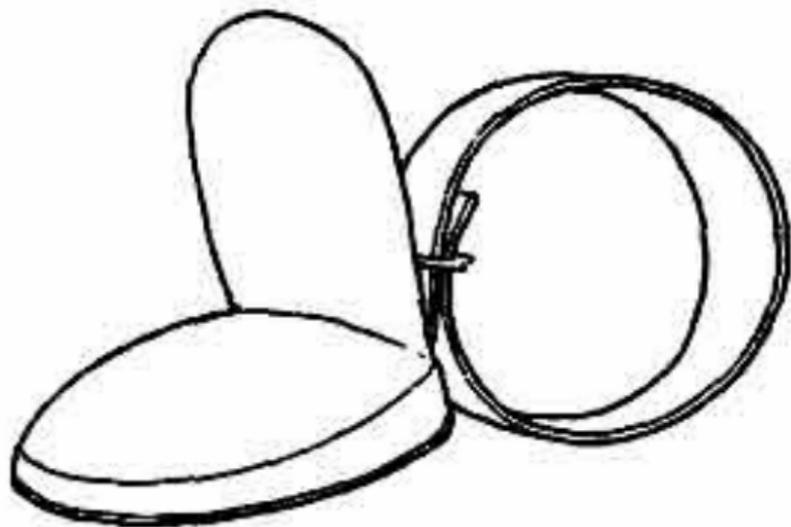
El inusual color de su sencillo atuendo gris claro realzaba su aspecto a la

perfección, y las mujeres a su servicio sonreían al ver el cuadro que formaba cuando llegó el capitán consultor, más elegante y apuesto que nunca, con un manto de vestir del mismo color, aunque de un tono algo más oscuro, y un gorro formal con la cola enrollada. [2] Como de costumbre, se mostró tan amable y atento que ella decidió no mantenerlo a una distancia innecesaria, y puesto que habría sido demasiado cruel cambiar esa costumbre ahora que conocía la verdad, la joven seguía conversando directamente con él, sin más que una cortina movable entre ella y las persianas. [3]

Él le entregó primero un mensaje de Genji sobre las observaciones de Su

Majestad, y entonces pasó a hablarle de lo que él mismo había colegido acerca de la cuestión. Ella le dio una respuesta sosegada, pero su habilidad y simpatía, así como la maravillosa naturaleza de lo que él había atisbado de su presencia mientras ella hablaba, le recordaron el rostro que había visto aquella mañana después de la tormenta, un rostro que había despertado un vivo deseo en él, aunque, considerando equivocados sus sentimientos, los había rechazado, y que ahora, cuando por fin sabía quién era ella, le turbaba todavía más. No, se dijo, que la muchacha entrara al servicio de palacio no era lo que haría decidirse a su padre a prescindir de ella; habida cuenta de las

mujeres fascinantes que ya tenía, con toda seguridad la belleza de la joven iba a crear dificultades.



Gorro de cortesano con la cola enrollada

Pese a la avalancha de sentimientos que le oprimía, logró decirle con bastante frialdad:

—Debo informarte de algo que, según se me ha dicho, no es para oídos de nadie

salvo los tuyos. ¿Puedo hacerlo?

Ante esta indirecta, las damas de honor de la joven se retiraron un poco y desviaron las caras de él tras sus cortinas movibles. Entonces, con gran vehemencia, le transmitió un largo mensaje de Genji, del todo plausible pero inventado, referente al entusiasmo excepcional de Su Majestad y las disposiciones que, en consecuencia, ella debería tomar.

Sin palabras con que responderle, ella se limitó a suspirar tan discreta y dulcemente, de un modo tan conmovedor, que él no pudo soportarlo más.

—Tienes que quitarte el luto este mes —le dijo—, y hoy no es el día apropiado para esta clase de discurso. Según Su

Gracia, tienes que ir a la orilla del río el día decimotercero. [4] Espero con ilusión escoltarte hasta allí.

—En ese caso el viaje podría convertirse en un largo desfile, ¿no te parece? Creo que la discreción se impone.

Era juicioso por su parte dar a entender que preferiría que nadie supiera que había estado de luto. [5]

—Lamento saber que quieres mantenerlo en secreto. Este duelo es para mí el recordatorio de una pérdida insoportable, y ponerle fin supondrá una nueva pena. Pero no comprendo el vínculo que sigue uniéndonos. El color que llevas es la única señal de duelo, por lo que veo.

—Apenas comprendo estas cosas, pero sé que llevar este color resulta extrañamente triste.

Se mostraba más sumisa que de ordinario, y esa actitud aumentaba su encanto de un modo delicioso.

Tal vez el capitán había previsto aquel momento, porque traía consigo unas flores de eupatorio muy bonitas que ahora le deslizó por el borde de una persiana.

—Deberías mirar estas flores... Hay un motivo para que lo hagas [6] —le dijo, pero no soltó los tallos y cuando ella, que no había visto ese detalle, quiso tomarlas, él le tiró de la manga.

He aquí eupatorio cargado del mismo

rocío que cubre tu campo...

¡Oh, apiádate entonces de mí, aunque sólo sea por amabilidad» [7]

«Supongo que quiere decir “al final del camino”», [8] se dijo ella para sus adentros, escandalizada y enojada, pero fingió no darse cuenta y sólo se apartó discretamente de él para replicar:

Ah, si después de todo, el rocío que me has traído aquí procediera de un campo lejano,

entonces estas flores malva claro podrían valerte al menos amabilidad, [9]

—Que hablemos así no significa que

compartamos nada profundamente.

Los labios del capitán dibujaron una tenue sonrisa.

—Superficial o profundamente, estoy seguro de que me sigues muy bien —le dijo—. En serio, conozco el noble estado a que estás llamada, pero me pregunto si comprendes el tenaz caos que reina en mi corazón. Lo he soportado en amargo silencio por temor a desagradarte, pero, ya ves, «no me queda nada» expresa mi propia aflicción. [\[10\]](#) ¿Sabes de veras cómo se siente el capitán secretario? Por cierto, me pregunto por qué he imaginado que hablaba en nombre de otro. [\[11\]](#) Cuando se trata de mis propios intereses, soy un necio, lo sé muy bien. Me siento

celoso y decepcionado cuando veo cómo puede gozar él del consuelo de estar cerca de ti, ahora que sabe la verdad. ¡Tenme al menos cierta simpatía por ello!

Dijo muchas más cosas de este tipo, y con gran sentimiento, pero sería demasiado desagradable anotarlas.

Presas de la repugnancia, ella [\[12\]](#) se había ido apartando cada vez más de él.

—¡Qué cruel eres! —protestó el joven—. Estoy seguro de que sabes muy bien que jamás he cometido ofensa alguna.

Quería seguir hablándole, hablarle un poco más de sus sentimientos, pero ella se retiró del todo diciendo que le había acometido un repentino malestar, por lo que también él se marchó entre patéticos

suspiros.

«¿Por qué he tenido que decirle todo eso?», se dijo arrepentido, preguntándose al mismo tiempo cuándo volvería a ver, aunque sólo fuese entre cortinas y persianas, esa figura ahora grabada en su mente con más nitidez que nunca, o a escuchar su voz, por débilmente que fuese. Llegó a la residencia de Genji absorto en esos tristes pensamientos. Genji salió a su encuentro, y él le dio la réplica de la muchacha.

—No le gusta mucho la perspectiva de entrar al servicio de palacio, ¿verdad? —observó Genji—. Es triste pensar que, dado el trato encantador hacia ella y las súplicas de Su Alteza y esos otros

caballeros de probada fidelidad, ella puede haberle cobrado afecto. Sin embargo, se sintió muy atraída por Su Majestad cuando le vio durante el viaje a Ôharanô. Ninguna joven podría tener un atisbo de él y aun así rechazar la idea de servirle. Por eso decidí hacer las cosas de esta manera.

—Pero ¿cómo podría ella encontrar su lugar allí? —replicó el capitán con la madurez de un adulto—. La emperatriz es una gran dama, y la consorte Kokiden goza de tal consideración que a Tamakazura le resultaría muy difícil competir con ellas, sean cuales fueren los sentimientos personales de Su Majestad. Su Alteza le tiene un profundo afecto y

podría tomárselo a mal, aun cuando ese servicio a Su Majestad no comporte un verdadero título. [\[13\]](#) Eso podría tener desafortunadas consecuencias para nuestra relación con él.

—Sí, es difícil. El destino de Tamakazura no está del todo en mis manos, pero creo que incluso el comandante se ha enojado conmigo. Supongo que es una estupidez por mi parte buscarme la inquina de los demás cuando no tengo ninguna necesidad de hacerlo, pero es que no puedo dejar de lado la desdichada situación de Tamakazura. Jamás he olvidado las conmovedoras palabras que su madre me dijo acerca de ella, y cómo se quejaba de que Su

Excelencia no quisiera saber nada de una persona que procede de una mísera aldea de montaña. Por eso la traje aquí, por su propio bien. La única razón por la que Su Excelencia la toma en serio es el interés que he mostrado por ella. —Su razonamiento parecía del todo plausible—. Creo que sería muy adecuada para Su Alteza, dadas sus cualidades —siguió diciendo— Es elegante, tiene clase, pero también mucho brío, y no es probable que se extravíe... Sí, harían buena pareja. Es perfecta para el servicio de palacio. Tiene buena presencia, no le falta inteligencia, es digna de confianza y desempeña bien sus tareas, y nunca dejaría de satisfacer los deseos de Su

Majestad.

El capitán decidió sondearle un poco más.

—Parece ser que la gente especula en términos poco halagüeños sobre tus motivos para haberla tenido aquí durante todo este tiempo. Su Excelencia dio a entender lo mismo en su respuesta al comandante, cuando éste le abordó para interesarse por ella.

Genji sonrió.

—Todos ellos están diciendo tonterías. En cuanto al servicio de palacio y esa clase de menesteres, todavía me propongo seguir haciendo lo que prefiera Su Excelencia. Una mujer debe obediencia a tres hombres en su vida, [\[14\]](#)

pero sería erróneo confundir las cosas y hacer que me obedeciera a mí.

—En privado, o así lo he sabido de buena fuente, Su Excelencia te agradece tu brillante ardid para dejársela más o menos a él, puesto que tus distinguidas damas llevan tanto tiempo contigo que ella no podría unírseles a estas alturas, y entonces, mientras realiza formalmente las tareas del servicio de palacio, tenerla para ti.

Había hablado con una corrección exquisita.

Sin duda eso era lo que pensaba Tô no Chûjô, y Genji sintió lástima por él.

—¡Qué ideas tan extraordinarias las tuyas! —exclamó—. Supongo que

ahondar de esa manera en las cosas es una característica de su pensamiento. —Se echó a reír—. En cualquier caso, pronto estará todo perfectamente claro. ¡Qué falta de tacto por su parte!

Su actitud era del todo convincente, pero el capitán seguía teniendo dudas.

«¡De modo que eso es lo que deduce la gente!, —reflexionó Genji—. Sería un desastre que alguna vez llegaran a tener razón. Debo convencer a Su Excelencia de que sólo abrigo buenas intenciones». Le inquietaba pensar que Tô no Chûjô fuera lo bastante perspicaz para haber adivinado lo que podría acechar tras la ambigüedad de su propuesta para el servicio de palacio.

La dama se quitó el luto, y Genji le anunció:

—También deberás abstenerte de ir el próximo mes. [\[15\]](#) Será, pues, el décimo.

La noticia decepcionó a Su Majestad y, entretanto, todos los frustrados pretendientes imploraron llorosos a tal o cual dama de honor de Tamakazura, a la que cada uno de ellos favorecía, que hiciera algo mientras aún había tiempo, pero era como si les pidieran que represaran la cascada de Yoshino, [\[16\]](#) y todos recibieron idéntica respuesta, a saber: «No puedo hacer nada».

Desde que diera rienda suelta a sus sentimientos, el capitán estaba muy preocupado por lo que ella debía de

pensar de él, y se esforzaba por dar la impresión de que era tan sólo la amabilidad lo que le impulsaba a servir a la joven como lo hacía. Dejó de cometer la temeridad de sacar el tema a colación, y se comportaba con una discreción ejemplar. Los verdaderos hermanos de la joven, que ahora se sentían incapaces de acercarse a ella, aguardaban con impaciencia la oportunidad de servirla una vez estuviera en palacio.

La trágica pasión del capitán secretario se había desvanecido con tal rapidez que la mutabilidad de sus sentimientos divertía a las damas de honor de Tamakazura, y entonces llegó con mensajes de Su Excelencia. No se

presentó personalmente, puesto que en el pasado sólo había entregado sus mensajes en secreto, y aquella noche iluminada por una brillante luna permaneció oculto bajo el laurel del jardín. Ella, que había hecho caso omiso de sus palabras, ahora de buen grado le hizo sentarse ante sus persianas del lado sur. Le pidió a Saishô que le transmitiera sus observaciones, pues seguía siendo reacia a dirigirse a él en persona.

Él se mostró irritado.

—Que Su Excelencia, mi padre, me eligiera para representarle indica que prefería no dirigirse a ti a través de un intermediario. Yo no importo, pero dicen que existe un vínculo perdurable entre

personas como nosotros. Pensé que tal vez podría contar con tu confianza, si puedo recurrir a una expresión tan anticuada.

—En verdad me gustaría hablar contigo de todo lo que ha sucedido en los últimos años —replicó ella en tono grave—, pero últimamente me ha afectado una extraña indisposición, hasta tal punto que apenas he podido levantarme. Tu reproche sólo sirve para persuadirme de que, después de todo, tienes poca consideración hacia mí.

—¿No me dejarás entrar y sentarme ante tu cortina portátil, si no te sientes bien? En fin, no importa. No debería haber hablado como lo he hecho. — Entonces le dio discretamente los

mensajes de Su Excelencia, haciendo gala de una actitud llena de tacto—. Mi padre no ha podido informarse de los detalles que rodean a tu inminente entrada al servicio de Su Majestad —siguió diciéndole—, pero sobre esa clase de cuestiones puedes consultarle personalmente. Siempre se lamenta de que el temor a ser indiscreto le impide venir a hablar contigo.

»No, no te diré ninguna tontería más —se sintió obligado a añadir—, pero cada vez me molesta más que hagas caso omiso del afecto que te tengo, al margen de las circunstancias. Piensa en tu manera de tratarme esta noche, por ejemplo. Me habría alegrado que me admitieran en el

ala norte [\[17\]](#) y haber podido hablar por lo menos con algunas de tus sirvientas, incluso a riesgo de ofenderte. ¿Cuándo ha sido recibido alguien de esta manera? ¡Ah, qué extraña es nuestra relación en tantos aspectos!

A Saishô le divertía la manera en que él movía la cabeza hacia delante y hacia atrás mientras expresaba su queja, y transmitió sus palabras a su señora, que de inmediato replicó:

—Sí, desde luego, pero preferiría no correr el riesgo de que me consideren accesible con demasiada rapidez. Por ese motivo no puedo expresar ninguno de los sentimientos que han sido una carga para mí en los años recientes, y eso me parece

aún más opresivo.

El capitán secretario se sintió avergonzado y se limitó a responder:

*Nosotros, que nunca hallamos en las
colinas del Hombre y la Doncella las
más profundas honduras,*

*¡al igual que nuestras cartas nos
perdemos en el puente de Odae! [\[18\]](#)*

Nadie, sino él mismo, tenía la culpa de su amargura.

*Ah, mas eres tú en las colinas del
Hombre y la Doncella quien extravió el
camino, y yo,*

siempre preguntándome quién leía

replicó ella.

—Mi señora no parece saber cómo tomar tus cartas —añadió Saishô—. Es su cautela excesiva ante el mundo lo que le impide hablarte cara a cara. Puedes estar seguro de que esta actitud no durará indefinidamente.

—Muy bien —dijo él, y se levantó—. No debo quedarme demasiado tiempo. Cuando llegue el momento, reclamaré la recompensa por mis servicios.

La brillante luna solitaria en un hermoso cielo daba a su figura una gran belleza y distinción, y, envuelto en su manto de vestir, tenía un porte elegante y

atractivo. Aunque ni su belleza ni su elegancia se podían comparar con las de Yûgiri, el capitán consultor, era apuesto a su manera. Las mujeres más jóvenes se maravillaban de que aquellos dos hombres fuesen primos y, como de costumbre, al hablar de él ensalzaban incluso nimiedades que difícilmente lo merecían.

El comandante [\[20\]](#) convocaba una y otra vez al capitán secretario, su suplente en la Guardia de la Derecha de Palacio, y le instaba con vehemencia a que presentara su petición a Su Excelencia. Éste no veía nada malo en él, puesto que era un hombre valioso que prometía convertirse en pilar del reino, pero no

podía oponerse a los planes que Genji tenía para ella, pues concedía que al fin y al cabo Genji debía de tener sus propias razones y, en consecuencia, lo dejaba libre para que hiciese lo que creyera oportuno.



Carta anudada

Este comandante era hermano de la consorte que había dado a luz al príncipe heredero, [\[21\]](#) y, después de Su Gracia y Su Excelencia, era él quien gozaba de la mejor reputación en la corte. Tenía treinta y dos o treinta y tres años. Su esposa era la medio hermana

mayor de la señora Murasaki, según creo... Es decir, la hija mayor de Su Alteza del Ceremonial. Tenía tres o cuatro años más que su marido, y no había nada reprochable en ella, pero cierto rasgo de su personalidad parecía haberle distanciado de ella, puesto que se refería a su mujer como «la vieja» y estaba deseoso de librarse de ella. Tal vez por esa razón a Su Gracia de Rokujô le parecía que el emparejamiento sería indecoroso y tal vez conflictivo. El caballero no tenía ninguna inclinación a las aventuras amorosas, de modo que era un pretendiente de la mayor seriedad. Sabía muy bien, gracias a una fuente interna, que el ministro de Palacio no le rechazaba de plano y que a la dama

le desagradaba la perspectiva del servicio de palacio, y, en consecuencia, no daba cuartel a la dama de honor llamada Ben.

[22] «Su Gracia de Rokujô es el único que no está de acuerdo —decía—, y mientras no vaya contra los deseos de su verdadero padre...»

Llegó el noveno mes. En la hermosa mañana de la primera escarcha, cada una de las mujeres aliadas con un pretendiente llevó a hurtadillas a su señora la carta de éste, como de costumbre, pero la dama no miró ninguna de ellas y pidió que se las leyeran. El comandante había escrito: «Aún había pensado en este mes con esperanza, pero el cielo de otoño sólo me deja más desolado».

Si a alguien le importara, ¡ay!, podría detestar este fatal Mes Largo en el que mi vida depende de la más tenue esperanza. [23]

Al parecer, estaba perfectamente enterado de la decisión de enviarla a palacio el mes siguiente.

Su Alteza de la Guerra había escrito: «Ahora que se ha perdido toda esperanza, no sé qué decir».

¡Aunque mires la luz del sol de la mañana, no relegues al olvido la escarcha en la sombra sobre las brillantes hojas de sasa! [24]

«Si al menos me comprendieras, ¿sabes?, sería un gran consuelo para mí».

Incluso el mensajero que había entregado la misiva —anudada a unas hojas de la parte inferior de una *sasa*, patéticamente marchitas y todavía cubiertas de escarcha— era apropiado.

El intendente de la Guardia Izquierda, [\[25\]](#) hijo de Su Alteza, era medio hermano de la dama más querida de Su Gracia. Visitaba a menudo la residencia y, naturalmente, sabía bien lo que le reservaba el futuro y sufría por ello. Una amarga carta suya incluía este poema:

*No quiero nada más que olvidarte por
fin, y en mi aflicción,*

¡no sé qué hacer ni por dónde empezar!

Los colores del papel, los tonos de la tinta, las variadas fragancias de las cartas... todo ello hizo que las damas de honor comentaran: «¡Qué triste será cuando todos estos caballeros se den finalmente por vencidos!». Por alguna razón, Su Alteza fue el único a quien ella dio una insignificante réplica:

*Por sí solo el girasol puede volverse
hacia la luz, pero aunque sea así,
¿ha de olvidarse de la escarcha matinal?*

La tenue tinta le pareció a él una auténtica maravilla, y la sugerencia de la

joven de que podría sentir algo por él le procuró al menos cierta felicidad. De esta manera, ella recibió numerosas y amargas quejas de este o aquel caballero, aunque sin incidentes notables.

Dicen que tanto Su Gracia como Su Excelencia confiaban en convertirla en un modelo para todas las mujeres.

Makibashira

La hermosa columna

Makibashira significa aproximadamente «columna de fina madera» o «hermosa columna»: de aquí una columna de una casa, con toda probabilidad de ciprés japonés (*hinoki*). La palabra sirve de título al capítulo debido a su papel en el poema que la hija de Higeкуро deja atado a una columna cuando ella y su madre se marchan de la casa de Higeкуро:

*Abandono un hogar que durante largo
tiempo ha sido el mío. ¡Oh, hermosa
columna,*

*a la que tanto he amado, te ruego que no
me olvides aún!*

Es también el nombre tradicional de la
misma hija de Hige-kuro.



Relación con los capítulos anteriores

«La hermosa columna» comienza poco después del final de «Flores de eupatorio», en el décimo mes, y cubre aproximadamente los doce meses siguientes.

Personajes

Su Gracia el canciller,

Genji, de 37 a 38 años

La dama de personal, de 23
a 24 años (Tamakazura)

El comandante de la
Derecha, a comienzos de la treintena
(Higekuro)

Su Excelencia, el
ministro de Palacio (Tô no
Chûjô)

Su Majestad, el

emperador, de 19 a 20 años
(Reizai)

Su Alteza de la Guerra,
hermano de Genji (Hotaru Hyôbukyô no
Miya)

**El intendente de la
Guardia**, medio hermano de
Murasaki

Su hermana, primera esposa de
Higekuro, a mediados de la treintena
(Higekuro no Kita no Kata)

Su Alteza del

Ceremonial, el padre de la
primera esposa de Higeкуро, de 52 a 53
años (Shikibukyô no Miya)

Chûjô, una dama de honor al servicio
de la primera esposa de Higeкуро

Moku, al servicio de Higeкуро

La hija adolescente de
Higeкуро (Makibashira)

La esposa de Su Alteza

del Ceremonial

La dama de la primavera,
la señora Murasaki, de 29 a 30 años

El capitán consultor, hijo de
Genji, de 16 a 17 años (Yûgiri)

El capitán secretario, hijo
mayor de Tô no Chûjô, a comienzos de la
veintena (Kashiwagi)

La muchacha de Ômi, hija
de Tô no Chûjô (Ômi ni Kimi)

No me gustaría que Su Majestad se enterase de esto. Será mejor que, por el momento, no se lo digas a nadie. —Tal fue la advertencia de Genji, pero el caballero [1] no podía contenerse. No había ninguna señal de que el transcurso del tiempo hubiera inclinado a Tamakazura a aceptarle, pues seguía tan descorazonada como siempre por semejante prueba de su desastroso karma, lo cual ciertamente enojaba mucho a su marido, pero también le conmovía y le hacía feliz descubrir que su vínculo con ella era tan fuerte. Cuanto más la veía, más maravillosa la encontraba, y se estremecía al pensar en que ella podría haberse casado con otro, hasta tal punto

que sentía deseos de venerar tanto a la Kannon de Ishiyama como a la dama de honor Ben, a quien entretanto su señora había cobrado tan profundo desagrado que no la quería en su presencia y permanecía confinada en casa. Tras las penalidades sufridas por tantos pretendientes, había recibido la merced uno carente de interés.

También Genji se sentía irritado y decepcionado, pero ahora era demasiado tarde, y celebró la ceremonia [2] por todo lo alto, al juzgar que, como ambas partes [3] estaban por lo demás de acuerdo, estaría fuera de lugar, y a ella no le ayudaría en nada, que él mostrara señales de negar su consentimiento.

El comandante ardía en deseos de

llevarla a su residencia, pero Genji le pidió que tuviera en consideración los sentimientos de otra dama que, por lo que él podía deducir, probablemente no la recibiría con agrado si se mudaba allí de una manera brusca y sin una adecuada deliberación.

—Por favor —le instó—, mantén la compostura y compórtate con un grado suficiente de serenidad y discreción para no hacerte acreedor de la condena ni el odio de nadie.

El padre de la joven, Su Excelencia, observó en privado:

—Ella está mucho mejor así. Me preocupaba en especial que una mujer enviada a la corte sin un apoyo pleno [\[4\]](#)

podiera lamentarlo. Quiero lo mejor para ella, pero, dejando de lado la cuestión de la consorte, ¿qué podría haber hecho?



Camino del festival de un santuario

Era del todo cierto que incluso servir a Su Majestad habría sido un error si la hubieran desdeñado, o si él apenas hubiera tenido tiempo que dedicarle o no le hubiese mostrado consideración. Las noticias sobre los tres poemas que habían

intercambiado Genji y el marido la tercera noche despertaron en Su Excelencia admiración y la más cálida gratitud por la amabilidad de Genji.

Pese al carácter secreto del matrimonio, como es natural a la gente le encantaba comentarlo, y cuando se difundió la noticia los murmullos proliferaron en un ambiente de felicidad. También llegó a oídos de Su Majestad.

—Es decepcionante que su destino se encuentre en otra parte —manifestó—, pero tenía mis esperanzas. Sin embargo, en cuanto a su servicio aquí, seguramente ella desearía renunciar a ello sólo si fuese de una naturaleza un tanto personal.

Llegó el undécimo mes, y con él

muchos ritos en honor a los dioses. [5] Quienes servían en la Sala del Espejo Sagrado también tenían mucho que hacer, pero a ella le contrarió que el comandante permaneciera subrepticamente encerrado con ella durante el día, pese al ajetreo que les rodeaba, mientras las damas de cámara acudían sin cesar a ver a la dama de personal. Su Alteza [6] y los demás estaban todavía más molestos. El intendente de la Guardia protestó ante su hermana, la esposa del comandante, al verse expuesto al ridículo público, y consideró repetidas veces la posibilidad de hacer algo al respecto, pero al final se lo pensó mejor, porque a aquellas alturas ninguna irreflexiva maniobra suya habría

servido de nada. El comandante, que en otro tiempo se había distinguido por la firmeza de su carácter, ya no era el hombre que nunca cometía deslices, pues ahora, con gran regocijo de todo el mundo, su enamoramiento le impulsaba a entrar cada noche y salir cada amanecer con sigilo de los aposentos de Tamakazura, como cualquier amante, de una manera que era totalmente contraria a su anterior forma de ser.

La mujer con la que acababa de casarse perdió su habitual buen humor y se sumió en una profunda melancolía, y aunque con toda evidencia ella no era culpable de lo que había sucedido, experimentaba tal vergüenza y

remordimiento al preguntarse qué podría pensar Genji de ella, o cuando recordaba el tacto y la amabilidad de Su Alteza, que su actitud nunca dejaba de traslucir lo infeliz que se sentía.

Ahora que Genji se había librado de unas sospechas injuriosas para ella, rememoró su pasado y llegó a la conclusión de que en realidad nunca se había interesado por las aventuras amorosas repentinas o extrañas.

—Dudabas de mí, ¿verdad? —le dijo a la señora Murasaki.

De todos modos, había sabido muy bien adonde podía conducirle su encaprichamiento, y cuando la tentación fue acuciante decidió actuar. Pensaba en

ella incluso ahora.

Fue a visitarla casi a mediodía, en ausencia del comandante. La indisposición de la dama, extrañamente prolongada, la había dejado apática y deprimida, pero aun así se levantó cuando él llegó y se refugió detrás de una cortina movable. Genji estaba serio y mostraba una actitud un tanto formal, y limitó su conversación a trivialidades. Por entonces ella estaba acostumbrada a una compañía adocenada y cursi, y percibió con más intensidad que nunca la inefable calidad de la presencia de aquel hombre y la sorpresa por su propia situación embarazosa, y se echó a llorar. Poco a poco la conversación giró hacia asuntos

más personales, y Genji, recostado en un apoyabrazos cercano, la miró a hurtadillas mientras seguía hablando. Ella era realmente muy bonita, y ahora que la nueva dignidad y el encanto de sus rasgos algo más delgados acentuaban su belleza, él lamentó la necesidad de haber permitido que fuese de otro.

*Yo que jamás bebí cuanto anhelaba de
tus aguas, rehusé prometer que
con otro te dejaría cruzar el Río de los
Vados. [7]*

—¡Apenas puedo creerlo! —Se enjugó una lágrima.

Ella ocultó el rostro para replicar:

*¡Ojalá antes de que llegue mi hora de
cruzar el río de los Tres Vados
pudiera fundirme como espuma en una
corriente de lágrimas!*

—¡Un deseo infantil! ¡Dicen que todos hemos de cruzar ese río, y por eso quiero por lo menos tomarte de la mano para ayudarte! —Genji sonrió y siguió diciendo—: Pero, en serio, hay algo que tú misma debes reconocer. Sin duda me concederás que una insensatez como la mía y una seguridad como la tuya no son algo que no se haya visto antes en el mundo.

Estas palabras afligieron tanto a la dama que él se apiadó de ella y cambió el

tema de conversación.

—Lamento mucho lo que Su Majestad ha tenido que decir al respecto, y me gustaría que, por lo menos durante algún tiempo, fueses a palacio. Supongo que te resultará difícil estar con Su Majestad una vez que él te ha hecho completamente suya. Esto no es lo que en principio me había propuesto, pero ya que Su Excelencia está satisfecho, me parece que todo es correcto.

Siguió hablándole larga y resueltamente. Gran parte de lo que le dijo conmovía y azoraba a la joven, pero se limitaba a llorar. Su evidente aflicción turbaba tanto a Genji que en ningún momento se tomó las libertades que le

habían pasado por la mente, sino que le dio consejos sobre lo que debía sentir y la manera de comportarse. No mostró señal alguna de que estuviera deseoso de permitir que se trasladara directamente a casa del comandante Higeкуро.

A Higeкуро no le hacía ninguna gracia la idea de que ella fuese a palacio, pero accedió de todos modos a que lo hiciera durante un breve periodo, porque le pareció que desde allí podría llevarla directamente a su casa. Puesto que le incomodaba aquella situación, nueva para él, de las visitas furtivas, arregló su casa y se puso a renovar en todos los aspectos un lugar que llevaba diez años viniéndose abajo. Nunca pensaba en la probable

aflicción de su esposa, nunca miraba a los hijos a los que había amado, porque si bien un hombre más amable y sensible habría comprendido lo que a otro podría cubrirle de vergüenza, demasiado a mentido su inflexible determinación resultaba ofensiva.

Ciertamente, colocar a su esposa por debajo de otra no habría sido decoroso. Como la muy amada hija de su Muy Estimada Alteza, en principio gozaba de una notable consideración en la corte, y además era bella, pero le afligía un espíritu tan extrañamente persistente que desde hacía años era distinta a los demás, y la frecuencia de las ocasiones en que se mostraba enajenada le había distanciado

de ella, aunque seguía teniéndole la suprema consideración que le debía. Entretanto, naturalmente, cada vez le impresionaba y le encantaba más no sólo la extraordinaria belleza de la dama que ahora ocupaba su corazón de un modo tan sorprendente, sino también la manera en que ella había logrado disipar las sospechas de la gente en torno a su persona.

Su Alteza del Ceremonial se había enterado de estos sucesos.

—Si trae a esa joven de su casa y entonces relega a mi hija ignominiosamente a un rincón, los chismorreos serán intolerables —observó—. Mientras yo viva, por lo menos puede

librarse del ridículo con que él la amenaza.

Había arreglado el ala oriental y anunciado su intención de trasladarla allí, pero aunque la joven estuviera a su lado, el rumbo de su vida ya había sido fijado, y le inquietaba pensar en recuperarla. Entretanto ella padecía unos trastornos mentales cada vez más intensos, una dolencia que le obligaba a permanecer en la cama. Tenía un carácter dulce, tranquilo e infantilmente dócil, pero en ocasiones, cuando sufría un acceso de enajenación, espetaba unas cosas muy desagradables.

El estado ruinoso de la residencia del comandante y el modo de vida de su

esposa, sombrío y recluido, eran muy inquietantes al compararlos con el esplendor de aquella nueva dama, pero la dedicación del comandante a su esposa venía de antiguo y en realidad no había cambiado, y en el fondo de su corazón sentía afecto y lástima por ella.

—Dicen que un poco de tolerancia es lo que puede ayudar a una dama bien nacida a sobrellevar cualquier aventura sentimental de su marido, por fugaz que sea —observó—. Mira, me ha sido difícil expresar lo que he de decirte cuando has estado tan enferma. ¿No te he prometido siempre que te sería fiel? Hace mucho tiempo tomé la decisión de permanecer a tu lado mientras durase tu enfermedad, y

por ello te ruego que no te vuelvas contra mí, debido a tu renuencia a pagarme con la misma moneda. Y están también nuestros hijos, por cuyo bien, como te digo una y otra vez, no tengo ninguna intención de abandonarte. No obstante, con la confusión propia de una mente de mujer, insistes en seguir enojada conmigo. Puedo comprender que te sientas así mientras no hayas visto cuán cierto es lo que te digo, pero confío en que me des el beneficio de la duda y tengas un poco más de paciencia. Su Alteza se ha enterado de todo esto, y el resultado es que me tiene aversión por ello, y ahora, de improviso, dice que quiere que vuelvas con él. Pero ésa es una idea estúpida. ¿Lo dice en

serio o sólo pretende hacerme una advertencia?

Sonrió, y ese gesto causó a su mujer enojo y repugnancia.

Incluso Chûjô y también Moku, [8] cuyo servicio íntimo hacía de ella más o menos una concubina, estaban tan escandalizadas y enojadas como lo estaría cualquiera de aquellas mujeres y, puesto que la misma dama se encontraba entonces en su sano juicio, se sentó y derramó patéticas lágrimas.

—No me extraña que me avergoncéis llamándome rara o perversa, pero es doloroso pensar que mi padre podría oírlo y que mi desdicha desacreditaría también a mi familia. En cuanto a mí, ya

estoy acostumbrada y apenas pienso en ello.

Tal como estaba, de espaldas a él, resultaba conmovedora. Siempre había sido menuda, y la implacable enfermedad le había consumido más las escasas carnes, dándole un aspecto frágil, mientras que su larga y hermosa cabellera, que casi nunca se peinaba, había perdido espesor, como si le hubieran arrancado mechones a puñados. Su figura acurrucada y sacudida por el llanto era patética. Aunque carecía de una notable belleza, conservaba sin embargo la elegancia de su padre, pero, en un estado tan lamentablemente cambiado, ¿cómo podría haber tenido un verdadero atractivo?

—¡En modo alguno me propongo hacer ninguna observación a tu padre! ¡No debes decir cosas tan terribles! —El comandante intentó sosegarla—. Pero el lugar adonde voy ahora es de una esplendidez agobiante, y mis solemnes visitas allí hacen que me sienta tan incómodo que estoy seguro de que todas las miradas convergen en mí. Prefiero el consuelo de traerla aquí. No es necesario que te recuerde el honor supremo de que goza Su Gracia el canciller. Sería desafortunado en extremo que cualquier rumor desagradable llegara a oídos de un caballero de tan penetrante entendimiento. Te ruego que te lleves bien con ella y procures que vuestra relación se deslice

por un cauce tranquilo. Nunca te olvidaré, aunque te mudes a casa de Su Alteza, y, al margen de lo que suceda, mi dedicación a ti se mantendrá, pero también me perjudicaría que la gente empezara a reírse de nosotros, y confío en que verás la manera de apoyarme como yo te apoyo a ti.

—Tu crueldad no me inquieta — replicó ella—. Creo que es mi extraño infortunio lo que turba a Su Alteza y le causa ahora el sufrimiento de verme convertida en el hazmerreír de la gente, y eso me pesa de tal modo que me pregunto cómo podré mirarle a la cara. Tampoco es como si la esposa de Su Gracia fuese una completa desconocida. Que ella, que

creció alejada de la familia, represente ahora el papel de madre de esa manera, en esta época tardía, es tan cruel que Su Alteza no deja de pensar en ello y de manifestar su queja, aunque a mí es algo que apenas me interesa. Observo tan sólo para ver qué harás.

—Concedo cuanto dices, pero esos episodios tuyos hacen probable que se produzcan nuevos incidentes dolorosos. La esposa de Su Gracia no tiene nada que ver con esto... Lleva la vida de una hija protegida, y dudo de que sepa nada acerca de alguien tenido en tan poca estima. No representa en absoluto el papel de madre, que yo sepa, todo lo contrario. Lamentaría mucho que llegara a enterarse de estas

habladurías.

Se pasó el día conversando con ella en este tono.

Una vez el sol se hubo puesto, el sombrío estado de ánimo del comandante se aligeró un poco, y deseó marcharse, pero estaba cayendo una fuerte nevada, y daría un triste espectáculo si insistiera en partir con semejante tiempo. Si ella se ponía furiosa con él, sólo le daría una oportunidad de responderle con indignación; pero no, la actitud serena de su esposa le afligía tanto que apenas sabía qué hacer, y se quedó sentado cerca de la terraza, con los postigos abiertos, mirando al exterior.

La dama reparó en su aspecto.

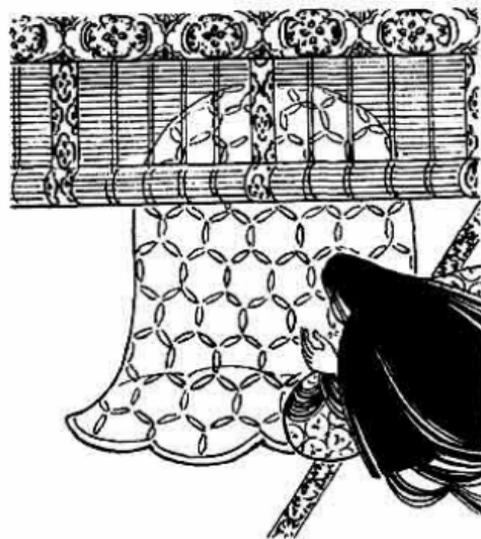
—¿Cómo vas a salir con esta tremenda nevada? —le dijo en un tono incitador—. Creo que es muy tarde.

Ella estaba pensando «Esto es el fin, es inútil que trate de retenerlo», y su semblante reflejaba el gran pesar de esta certeza.

—No, no podría enfrentarme a este tiempo. —Entonces añadió—: Pero sólo por un rato... No me gusta estar ausente, ¿sabes?, porque me preocupa lo que Su Gracia y Su Excelencia puedan pensar cuando se enteren de lo que dicen quienes no comprenden mis sentimientos. Te ruego que mantengas la calma y me permitas poner a prueba tu paciencia. Todo será mucho más fácil cuando la haya traído

aquí. Cuando te comportas así, pierdo cualquier deseo de dividir mis afectos y me siento lleno de cariño hacia ti.

—Aunque te quedaras, sería contra tus deseos —replicó ella en voz baja—, y eso sólo haría las cosas aún más dolorosas. Sé que el hecho de que me recuerdes cuando te hayas ido será suficiente para que el hielo se funda en mis mangas. [\[9\]](#)



Armazón de incensario

Pidió que trajeran un incensario e hizo que dieran a las ropas del comandante un nuevo toque de perfume. Vestida de una manera informal, con unas prendas desgastadas y lisas, ella parecía más débil y consumida que nunca. Era doloroso contemplar su desesperación. Sus ojos, hinchados por el llanto, le desanimaron un poco, pero al observarla con la simpatía que experimentaba ahora, no sentía deseo alguno de culparla. «¡Por lo menos he aguantado mucho! ¡Pero realmente soy

veleidoso, al enamorarme perdidamente de otra!»), se decía a sí mismo una y otra vez. Entretanto, impaciente a pesar de sus fingidos suspiros, siguió vistiéndose. Entonces acercó un pequeño incensario para colocar en él sus mangas y perfumarlas. El resplandor incomparable de Genji ciertamente le eclipsaba, pero su aspecto con aquellas prendas suaves tenía una soberbia virilidad que le situaba de manera visible por encima de los cortesanos normales y corrientes, y que podía intimidar a cualquiera que le mirase.

—¡La nieve ha remitido un poco!

—¡Debe de ser tarde!

Unas voces que llegaban de los

aposentos del personal le estimulaban discretamente a partir. Sus hombres carraspeaban.

—¡Mi pobre señora! —dijeron Chûjô y Moku entre suspiros, en el lugar donde yacían juntas y charlaban.

Su señora estaba recostada muy delicadamente y con perfecta compostura en un apoyabrazos cuando se levantó de repente, tomó el incensario que estaba debajo de un gran armazón, se acercó a su marido por detrás y se lo vació encima. Nadie tuvo tiempo siquiera de gritar. Él se quedó inmóvil, horrorizado. La fina ceniza que había entrado en sus ojos y en sus fosas nasales le confundía y cegaba. Intentó sacudírsela, pero estaba por todas

partes, y tuvo que quitarse todas las prendas de vestir. Las damas de honor de la dama habrían llegado al límite de su paciencia y nunca habrían vuelto a mirarla si hubiesen pensado que estaba en su sano juicio al actuar así, pero, llenas de conmiseración, lo tomaron como un intento más de aquel espíritu de volver a su marido contra ella. Se apresuraron a proporcionarle nuevas ropas, pero la abundante ceniza también le había cubierto los mechones de los costados de la cabeza, y parecía haber penetrado tan profundamente en todo que, en semejante estado, de ninguna manera podría haber visitado a alguien cuya morada estaba siempre immaculada. Desquiciada o no, lo

cierto era que ella jamás se había comportado hasta entonces de una manera tan extravagante. Él chascó los dedos y sintió que toda su simpatía hacia ella se desvanecía, reemplazada por la repulsión, pero se dominó porque en aquellos momentos un escándalo podría ser desastroso. Aunque era noche cerrada, llamó a unos monjes para que ofrecieran ruidosas plegarias. Una difícilmente puede culparle de que los gritos y la cháchara de su mujer le parecieran repelentes.



Sometimiento de un espíritu maligno

Durante toda la noche, hasta que por fin amaneció, la mujer recibió manotadas y sufrió tirones, mientras lloraba con frenético abandono, y durante una breve pausa él despachó una nota. «Ayer por la noche alguien estuvo aquí muy próximo a

la muerte —escribió con severo decoro —, y a ello se añadió la dificultad de salir con tanta nieve, por lo que renuncié a aventurarme. He estado completamente helado. [\[10\]](#) Aparte de ti, me pregunto cómo interpretarán esto los demás».

También mi pobre corazón se arremolinó en el cielo sumándose a la confusión de la nieve [\[11\]](#) mientras abajo dormía triste, solo sobre mis mangas heladas.

«¡Ha sido demasiado duro!»

Era una nota en delgado papel blanco, muy bien escrita, pero no tenía nada que llamara la atención en particular. La caligrafía era muy buena. Ciertamente, se

trataba de un hombre cultivado. La dama de personal, para quien su ausencia por una noche no significaba nada, hizo caso omiso de su grave inquietud y ni siquiera le respondió. Él se sintió abrumado y se pasó el día sumido en la melancolía.

Puesto que su esposa seguía doliente, encargó un Gran Rito solemne y oró con mucho fervor para que por lo menos ella conservara el sano juicio. Pensó que él mismo no habría podido sobrevivir al horror de aquella noche si no hubiese sido consciente de los méritos que en verdad ella tenía.

Tras la puesta del sol, se apresuró a marcharse como siempre. No vestía de una manera apropiada, y era consciente de

lo mal que armonizaban sus prendas; sin llevar ni siquiera un manto de vestir adecuado, su aspecto no era muy agradable. Las prendas externas que llevaba la noche anterior, con quemaduras aquí y allá, emitían un curioso y desagradable olor. También las túnicas se habían impregnado de aquel olor. Que aquello se debía a su esposa era del todo evidente, y se cambió de ropa y tomó un largo baño, pues de lo contrario incluso su amada podría rechazarlo para siempre.

*Del sufrimiento de un corazón que arde
se alzó a mi mente aquel fuego
con el dolor incesante y agudo de la que
siempre se queda sola,*

dijo Moku mientras perfumaba una túnica.

—¿Cómo no se sentiría escandalizado cualquiera que haya sido testigo de la manera en que habéis expulsado a mi señora de vuestra vida?

Se cubrió la boca mientras hablaba, pero su mirada le acusaba, y todo lo que él pudo pensar (¡y con qué crueldad!) fue: «¿Qué he podido ver en una mujer como ella?». ».

¡Ah, cuando esa afrenta mi serenidad confunde, entonces zarcillos de humo se elevan en verdad, cada vez más, de mi ardiente remordimiento!

Al marcharse, dijo suspirando:

—En buen brete me hallaría si llegara a difundirse la noticia de estos extraordinarios sucesos.

Una sola noche separado de su amor sólo le reveló nuevas visiones de su belleza, hasta que apenas pudo imaginarse dividiendo sus afectos con cualquier otra, y todo esto había sido tan frustrante que se encerró con ella durante largo tiempo. La noticia de que el espíritu había persistido en sus violentos desvarios, pese al rito de intercesión y otras medidas, le aterraba, y se mantuvo muy alejado para evitar que cualquier mancha o vergüenza indecible le deshonrara. Cuando iba a casa, permanecía en otro aposento y sólo llamaba a sus dos hijos menores. Siempre

había tratado a su esposa con la mayor consideración, pese a su distanciamiento en los últimos años, y ahora que tenía la certeza de que había llegado el fin, las damas de honor también se lamentaban amargamente.

Su Alteza, el padre de la dama, se enteró de lo que había sucedido.

—No conseguirías más que vergüenza y ridículo si siguieras tolerándole ahora que está a punto de abandonarte abiertamente —le dijo—. [\[12\]](#) ¿Por qué has de seguir aguantándole con tanto coraje, mientras yo siga vivo?

Y, de repente, su padre se la llevó a su casa. Ella misma se hallaba en un periodo de suficiente lucidez mental para

lamentar la calamitosa ruptura. «Podría insistir en quedarme para ver el desarrollo de estos sucesos hasta el mismo final —se dijo—, pero sólo conseguiría parecer un poco más necia por ello». Y decidió marcharse.

Uno de sus hermanos, el intendente de la Guardia, era un noble de alto rango, y su presencia habría atraído demasiado la atención. Así pues, los demás hermanos, el capitán, el consejero y el comisionado de Asuntos Civiles fueron a buscarla en tres carruajes. Sus damas de honor habían asumido desde hacía mucho tiempo que aquel día llegaría, pero aun así, la idea de que realmente había llegado les hacía derramar abundantes lágrimas.

—¿Cómo podemos permanecer con nuestra señora cuando parte de viaje por primera vez al cabo de muchos años y vivirá en unas circunstancias tan incómodamente restringidas? —se preguntaban unas a otras—. Algunas de nosotras deberíamos irnos a casa y aguardar a que esté mejor establecida.

En consecuencia, enviaron sus escasas pertenencias y se dispersaron, cada una hacia su hogar.

Todas, fuera cual fuese su rango, lloraron sin poder contenerse mientras empaquetaban los objetos que su señora necesitaría, ofreciendo al hacerlo una escena de muy mal agüero. [\[13\]](#) Ella llamó a sus hijos, que presenciaban aquel

ajetreo sin comprender nada.

—Ahora que no tengo ninguna duda de mi infeliz destino, no deseo seguir aferrándome al mundo y acepto lo que me aguarde, sea lo que fuere. ¡Será tan triste la separación cuando todavía sois tan jóvenes...! Tú —le dijo a su hija— debes quedarte conmigo pase lo que pase. Me temo que vosotros, los muchachos, tendréis que ver con frecuencia a vuestro padre, aunque es improbable que él os preste mucha atención y es posible que os sintáis por completo perdidos. Tal vez las cosas os vayan bastante bien mientras Su Alteza esté todavía con nosotros, pero en un mundo sometido a la voluntad de Su Gracia y Su Excelencia tendréis que

soportar la carga de su desaprobación y no os será fácil triunfar. ¡Qué atroz será para mí, incluso en la vida futura, si entonces me seguís a las montañas y los bosques! [\[14\]](#)

Lloraba, y ellos, que no comprendían muy bien a qué venía todo aquello, contrajeron los rostros y lloraron con ella.

Reunió a las ayas de sus hijos, que compartieron su pesadumbre.

—También en los relatos antiguos aparecen padres bienintencionados y que, después de todo, resultan ser insensibles, pues cambian con las épocas y adaptan sus acciones a la mutabilidad de los favores —observó una de las ayas.

—¡Pues fíjate en él entonces! —

observó su señora—. De padre sólo tiene el nombre... Ya no piensa para nada en sus hijos y, a pesar de las apariencias, no hará nada por ellos.

El sol se puso, y aquel triste anochecer prometía más nieve. Los hermanos de la dama habían acudido a buscarla, y mientras la instaban a que se apresurase porque, según le dijeron, el tiempo parecía amenazador, ella permanecía sentada con la mirada perdida y enjugándose los ojos. Su hija, que siempre había sido la gran favorita del comandante, yacía boca abajo cerca de ella, preguntándose cómo viviría sin ver a su padre. «¿Y si me marchara para siempre y ni siquiera me despidiera?», se

preguntaba. Parecía totalmente reacia a moverse.

—Tu actitud no está nada bien — protestó su madre.

La niña sólo quería que su padre volviera a casa de inmediato, pero ¿qué posibilidades había de que así fuese, ahora que se aproximaba la noche? Le afligía la idea de que iba a abandonar la columna del ala este, en la que ella se había apoyado tan a menudo, y a partir de entonces pertenecería a otra persona, y por ello pegó unos trozos de papel del color de la corteza de ciprés, escribió en ellos con unas letras minúsculas y, con una horquilla, introdujo el papel en una grieta de la columna:

Abandono un hogar que durante largo tiempo ha sido el mío.

¡Oh, hermosa columna tan amada, te ruego que no me olvides aún!

Las lágrimas casi le impidieron terminar.

—¡Vamos! —dijo su madre.

Esa hermosa columna aún puede recordar tu amor, pero, ¿y entonces qué?,

te pregunto, ¿qué dejo atrás que pudiera retenerme?

Sus damas de honor también estaban tristes, cada una a su manera. Sollozaban

mientras contemplaban con afecto alguna plantita o un árbol en los que hasta entonces apenas habían reparado.

Moku, al servicio de su señor, iba a quedarse, lo cual impulsó a Chûjô a decir:

Por superficial que sea, el arroyo entre las rocas fluye limpio y claro...

¡Sin embargo, la señora de la casa se ve obligada a marcharse! [\[15\]](#)

—¡Jamás creí que llegaría a ver esto!
¡Oh, pensar que debo dejarte!

Moku replicó:

No, entre estas rocas el arroyo está cortado y silencioso, pues no tengo

palabras,

*¡y no es ésta una vida tal que avive el
deseo de quedarme!*

—¡De ningún modo!

Chûjô volvió la vista atrás mientras el carruaje se alejaba, pensando, dolida, que quizá nunca volvería a ver aquel lugar. Su señora miraba cada rama y se volvía una y otra vez, hasta que perdió la casa de vista, no porque su amor viviera allí, [\[16\]](#) sino porque aquél era el lugar donde había pasado tantos años y acumulado tantos recuerdos.

Su Alteza tenía una expresión angustiada cuando salió a recibirla, y su madre lloró sin poder contenerse.

—Creías que el canciller era un magnífico aliado —dijo entre lágrimas—, pero lo único que veo es que siempre ha sido un enemigo. Nunca ha dejado pasar una oportunidad de avergonzar a nuestra consorte, pero tú, como todo el mundo, afirmas que tan sólo desea darnos una lección mientras sigáis teniendo malas relaciones. ¿Crees de verdad que eso es así? En cualquier caso, nunca ha tenido mucho sentido, porque si estuviera tan entusiasmado con esa muchacha, los ejemplos del pasado indican que sus sentimientos deberían haberse extendido a quienes la rodean; pero no, nada de eso: acepta a una especie de hijastra y entonces, por piedad, cuando ha

terminado con ella, ¡caza para ella a un caballero del todo digno de confianza que difícilmente jamás se portará mal! ¿No es eso imperdonable?

—¡Ya es suficiente! —replicó Su Alteza—. No puedes insultar a Su Gracia como te plazca, cuando no es objeto en absoluto de críticas públicas. Es un hombre clarividente, e imagino que ha trazado sus planes y ha esperado durante mucho tiempo volver a mí de esta manera. Es un infortunio que tenga esos sentimientos hacia mí. Siempre se las arregla con mucha habilidad, sin revelar lo que hace, para ayudar o perjudicar a la gente, en virtud de cómo se portaron con él cuando cayó en desgracia. Tan sólo

porque me considera un pariente cercano, hace uno o dos años me ofreció una celebración más brillante de lo que merecía mi casa. Eso debería honrarme para toda la vida.

Sin embargo, su esposa sólo se enfadó más y le espetó toda clase de imprecaciones. Era una mujer de mal genio.

El comandante se enteró de que su esposa se había marchado. «¡Qué extraordinario! —pensó—. ¡Un acceso de celos le ha impulsado a marcharse, casi como si fuéramos recién casados! Pero ella no es tan quisquillosa ni tan vehemente... No, Su Alteza es el responsable de esta tontería. Y también

estaban los niños. Todo esto era muy embarazoso para ellos, y eso le inquietaba».

—Eso es lo que sucedido —le explicó a Tamakazura—. En realidad, creo que así facilita las cosas, pero confiaba en que una persona tan discreta como ella permaneciera tranquila en su rincón. Esta mudanza repentina debe de haber sido obra de Su Alteza. Debo visitarle para hacerle saber la delicada situación en que esto me pone a mí también.

Decidió ir vestido de un modo imponente, con una soberbia prenda externa, [\[17\]](#) una túnica con cola y ramas de sauce estampadas y pantalones gris azulado recogidos en los tobillos, de seda

asargada ligera. Las damas de honor no veían en él nada fuera de lugar, pero la noticia que él le había dado sólo había puesto a su señora ante la realidad de su propio infortunio, y ni siquiera le dirigió una mirada.

Tras partir para decirle a Su Alteza lo que pensaba, se dirigió primero a su residencia, donde salió Moku y le contó todo lo que había ocurrido. Cuando le habló de la partida de su hija, él rompió a llorar, pese a sus viriles esfuerzos por contenerse.

—Entonces, al final ella ha hecho caso omiso de la lealtad con la que durante años he pasado por alto sus numerosas rarezas, como ningún otro se

habría avenido a hacer —replicó—. ¿Qué hombre que se estimara a sí mismo habría permanecido tanto tiempo con ella? Pero es igual, ya no importa, ahora que ella parece ya del todo perdida. Me pregunto qué se propone hacer con los hijos.

Exhaló un suspiro. Contempló la «hermosa columna» y experimentó unos sentimientos tan tiernos por la forma de ser que reflejaba, pese a la escritura infantil, que durante el trayecto a casa de Su Alteza, no paró de enjugarse las lágrimas. En casa de Su Alteza no tuvo ocasión de ver a su esposa.

—¿Y por que deberías verle? — insistió, como era natural, Su Alteza—. No es el primero que cambia de idea

según el viento que sopla. Durante mucho tiempo he oído hablar de lo enamorado que está, y me gustaría saber cuánto tendremos que esperar a que recupere el buen juicio. Verle sólo significaría hacer un mayor espectáculo de tu desdichada condición.

Entonces le transmitieron las palabras del comandante:

—Todo esto hace que me sienta como una criatura. No puedo disculparme lo suficiente por la manera absolutamente displicente en que supuse que ella jamás abandonaría a los hijos. Pero, de momento, sólo puedo rogarte que seas indulgente y confiar en que dejes cualquier acción en suspenso hasta que

todo el mundo vea con claridad que la ofensa que he sufrido es irreparable. — No sabía qué más decir—. Me gustaría tanto ver por lo menos a mi hija... — siguió diciendo, pero no permitieron que la niña saliera.

Su hijo de diez años era paje de la corte y atractivo en extremo. Gustaba a la gente, pues, aunque no destacaba por su hermosura, tenía una inteligencia y una viveza excepcionales. El hijo menor, que ahora contaba ocho años, era muy cariñoso, y tan parecido a su hermana que el lloroso comandante le acarició y le dijo con afecto:

—¡Ahora eres el único que tengo que me recuerda a la hija que he perdido!

Confiaba en que Su Alteza consentiría en reunirse con él personalmente, pero tan sólo recibió por respuesta: «Por desgracia, estoy indispuesto, y dudo de que esté en condiciones de hablar contigo». Entonces se marchó, sintiéndose agraviado.

Subió a sus hijos al carruaje y les habló durante el trayecto. Puesto que no podía llevarlos a Rokujô, se detuvo en su residencia.

—Quiero que os quedéis aquí, donde pueda venir a veros con facilidad —les dijo.

La tristeza de sus semblantes mientras le miraban le afectó profundamente, y sintió que aumentaba la carga de su

preocupación, pero era un gran consuelo ver a su nueva esposa, que era muy bella; que lo era, desde luego, de un modo deslumbrante en comparación con la otra de patética figura. Pronto se sintió mucho mejor. No volvieron a tener noticias suyas en casa de Su Alteza. Su excusa parecía ser el desaire que había sufrido allí, pero a Su Alteza ese comportamiento le pareció represensible.

—Siento muchísimo que incluso yo haya dado motivos de rencor en este asunto —dijo la dama de primavera, [\[18\]](#) suspirando, cuando se enteró de la noticia.

Genji se compadeció de ella.

—Es difícil —le dijo—. Su matrimonio no me convenció del todo, y

Su Majestad también está molesto. Tengo entendido que Su Alteza de la Guerra, entre otros, también se enfadó conmigo, pero, como es un hombre reflexivo, parece haberse informado y prescindido de la animosidad. La gente se enterará de todo esto al final, por mucho que uno se esfuerce en mantener la discreción, y en este caso no creo que haya nada de lo que deba culparme.

En medio de este revuelo, la dama de personal se sumía cada vez más en una melancolía que el comprensivo comandante trataba de disipar. «El plan de que vaya al palacio se ha quedado en nada —reflexionaba—, y lo cierto es que lo suspendí, por lo que Su Majestad debe

de considerarme un zafio celoso, mientras que esos dos caballeros sin duda tienen sus propias ideas al respecto. ¿Es posible que alguna vez un marido no haya confiado en una esposa al servicio de Su Majestad?» Cambió de idea y, al llegar el Año Nuevo, la envió a palacio.

Iba a celebrarse la mascarada de los hombres, el momento oportuno para que ella fuese allí con gran pompa y esplendor. Su Gracia, Su Excelencia y el comandante unieron sus fuerzas para la ocasión, y el capitán consultor [\[19\]](#) le prestó toda su ayuda. Los hermanos de la dama se reunieron para ponerse a su disposición y tuvieron toda clase de atenciones hacia ella.

Se alojó en el lado oriental del Shôkyôden. [20] Puesto que la consorte de Su Alteza [21] ocupaba el lado occidental, sólo un corredor las separaba, pero sus corazones debían de permanecer muy alejados. Era aquélla una época especialmente brillante en la corte, y todas las damas de Su Majestad competían entre ellas. En aquellos momentos tenía pocas íntimas traviesas [22] y le atendían la emperatriz, la consorte Kokiden, la consorte de Su Alteza y la consorte de Su Excelencia de la Izquierda. Las únicas íntimas eran las hijas del consejero y el consultor. [23]

Entonces acudieron los parientes de todas estas damas para participar, y

vestían sus mejores galas, puesto que iba a ser una fiesta fuera de lo corriente. Las lujosas mangas que caían en cascada [24] eran dignas de verse. La consorte y la madre del príncipe heredero [25] presentaban una magnífica estampa, y todo se llevó a cabo con la máxima suntuosidad, pese a que el mismo príncipe era todavía muy joven.

Los participantes en la mascarada se presentaron primero ante el emperador, luego ante la emperatriz y a continuación ante Su Eminencia Suzaku, y por entonces la noche estaba tan avanzada que Genji, en Rokujô, decidió que en esta ocasión no se le iría la mano y los eximió de actuar allí. Al amanecer, habían vuelto del

palacio de Suzaku y estaban actuando para las damas del príncipe heredero; y allí, entre los jóvenes completamente borrachos que cantaban «El río de bambú» a la encantadora luz del alba, estaban cuatro de los cinco hijos del ministro de Palacio, un grupo de muchachos apuestos y de espléndida gallardía cuyas voces se imponían a las de los restantes cortesanos. El octavo de ellos, el hijo que Su Excelencia había tenido de su esposa y que todavía era un encantador paje de la corte, era el gran favorito de su padre. La dama de personal reparó en su presencia al lado del hijo mayor del comandante y dejó que su mirada se posara en él, puesto que era de

la familia. Los colores de las mangas que sobresalían bajo las persianas de sus aposentos constituían un espectáculo más fresco y elegante que cualquier otro que hubiera presenciado ante las más grandes damas de Su Majestad, e incluso las combinaciones de colores, aunque no se apartaban de lo conocido, destacaban con una brillantez excepcional. Tanto ella como sus damas de honor ansiaban vivir un poco más en medio de tan dichoso esplendor. Incluso la guata [\[26\]](#) que ella había distribuido equitativamente a todos los participantes en la mascarada era muy bonita y estaba bien hecha, y aunque aquélla no era más que una parada para abreviar, todos los presentes ansiaban

tener el mejor aspecto en tan animada escena. Por orden del comandante, la recepción de costumbre había sido organizada con especial cuidado.

El comandante permaneció en sus aposentos de palacio [27] y se pasó el día entero recordándole a su amada, una y otra vez:

—Solicitaré tu partida esta misma noche. No me gusta la idea de que ahora puedas sentirte tentada a permanecer aquí de servicio.

Ella no le replicó.

—Mi señor —objetaron las damas de honor—, Su Gracia os dijo que no hay ninguna prisa y que, puesto que mi señora viene tan pocas veces, debería quedarse

hasta que Su Majestad tenga a bien permitir que se marche. ¡Esta noche es realmente demasiado pronto!

Sin embargo, él sólo se sintió molesto por esta actitud. «Se lo he dicho una y otra vez —pensó, suspirando—. ¿Tan difíciles son realmente las cosas entre nosotros?»

Su Alteza de la Guerra, que acompañaba a Su Majestad durante la mascarada, se inquietó al observar que no hacía más que pensar en Tamakazura, imaginándola en sus aposentos de palacio, y, sin poder contenerse, le envió una nota. El comandante se encontraba entonces en la Sala de la Guardia y, puesto que Su Alteza pidió que le llevaran a ella la nota como si procediera de allí, la dama,

aunque con gran renuencia, la leyó.

*Tú que desperdicias tus alas en un
adocenado árbol de montaña,
¡oh, ave, con tu canción me traes ahora
una primavera de lo más irritante! [28]*

«Es una canción a la que no puedo dejar de hacer caso». Ella se ruborizó, llena de simpatía hacia él, y se estaba preguntando qué podría responderle cuando llegó Su Majestad.

El rostro de Su Majestad era de una belleza inefable bajo la brillante luz de la luna, y todo en él recordaba a Su Gracia el canciller. Mientras le miraba, ella se preguntó si era posible que existieran dos

hombres así. El interés curiosamente profundo de Genji por ella había aumentado sus cuitas de una manera cruel; y Su Majestad... ¿por qué le evidenciaba unos sentimientos tan intensos? Quería desaparecer cuando él le hablaba, siempre con tanta amabilidad, de lo infeliz que era porque lo que esperaba no había llegado a suceder. Cuando ella permanecía callada, con el rostro oculto detrás del abanico, le decía:

—¡Qué silencio tan extraño el tuyo! Había supuesto que a estas alturas, y gracias a tu reciente buena suerte, [29] sabrías cuáles son mis sentimientos hacia ti, pero supongo que es propio de tu carácter seguir fingiendo que no te

percatas.

Y siguió diciendo:

*¿Por qué será que mi sediento corazón
recibe con agrado el tono murasaki
cuando el tinte se fija tan mal y en
verdad no podemos encontrarnos? [\[30\]](#)*

¿Es posible que el color no se haya
oscurecido? [\[31\]](#)

Hablaba con una impresionante finura
juvenil, pero ella logró replicarle
recordándose que realmente era como
Genji. Tal vez se proponía agradecerle la
reciente promoción de que había sido
objeto, puesto que aún no le había servido
en absoluto.

*Adrede el tintorero entonces me manchó
con murasaki,*

*¡aunque yo no comprendía lo que el
color podía significar!*

—Después de esto ya lo sé. [\[32\]](#)

Él sonrió.

—Tal vez sea así, pero si sólo ahora el color se ha impregnado en ti, entonces, ¡ay!, es demasiado tarde. [\[33\]](#) De buen grado le pediría a alguien su opinión sobre este particular, si alguien quisiera escuchar mi queja.

La profunda insatisfacción visible en su semblante era sin duda auténtica, y ella se sintió turbada. «¡Qué espanto! No debo hacer nada que le estimule. ¡Cómo acaban

siempre por hacer difíciles las cosas!» Se comportaba de una manera tan decorosa que él nunca lograba entablar una conversación provocativa con ella, como se había propuesto hacer, pero pensaba que el tiempo acabaría por acercarla a su terreno.

La noticia de que Su Majestad había ido a verla llenó de inquietud al comandante, y ella también estaba demasiado alarmada por el peligro que corría su posición para idear algunas razones plausibles por las que él debiera permitirle marcharse. Finalmente, las hábiles súplicas de su padre le consiguieron la autorización para irse.

—Muy bien —dijo Su Majestad—,

conozco a alguien que ha aprendido la lección y no permitirá que vuelvas aquí. Es muy duro. ¡Yo, que fui el primero en ir hacia ti, ahora me he quedado atrás y sólo puedo buscar la indulgencia ajena! Tengo la sensación de que la penosa experiencia de aquel hombre de antaño concuerda perfectamente con la mía. [\[34\]](#)

Estaba decepcionado en extremo. Ella era mucho más bella en persona de lo que los informes le habían llevado a imaginar, y no habría deseado perderla ahora, aunque ella no se había interesado por él desde el principio. Por esa razón se sentía tanto más frustrado y enojado, pero aun así no quería dar una detestable impresión de frivolidad sentimental y, en

consecuencia, le expresó lo que sentía con tal vehemencia que ella se sintió avergonzada y se dijo para sus adentros: «¡Pero me temo que soy lo que soy!».

Pidió un carruaje de mano, que causó la envidia de todas las damas de honor que Su Gracia y Su Excelencia habían enviado a por ella, y no la dejó hasta que llegó el comandante y permaneció solícitamente a su lado, lleno de inquietud.

—Resulta en extremo irritante verte tan bien protegida —se quejó.

*Ahora que nueve capas de bruma deben
mantenernos separados, adorable flor de
ciruelo,*

*¿jamás recibiré de ti el más leve hálito
de tu perfume?*

El poema era anodino, pero es muy posible que a ella le complaciera, puesto que tenía delante a quien se lo decía.

—Amo tanto estos prados que había confiado en pasar en ellos la noche, [\[35\]](#) pero hay alguien más a quien eso podría ofender, y lo cierto es que, cuando me pongo en su lugar, no puedo dejar de sentirme culpable. ¿Cómo voy a mantenerme en contacto contigo?

Su aflicción hizo que, una vez más, ella se sintiera insignificante.

Envíame con la brisa, te lo ruego, un

*hálito de aroma, aunque mi propio
perfume
sea allí indigno entre las flores de otras
ramas? [\[36\]](#)*

No, ella no parecía distanciarse de él, y cuando se marchaba volvió la cabeza hacia atrás para mirarla tiernamente una y otra vez.



Entrega de una carta

El comandante quería llevársela directamente a casa aquella tarde, pero no había dicho nada a nadie porque era muy improbable que recibiera permiso previo

para hacerlo. Entonces anunció de una manera insulsa que, de improviso, se encontraba mal y quería descansar en algún sitio cómodo, pero que se preocuparía si ella no le acompañaba. Dicho esto, se la llevó a casa. Su Excelencia, el padre de la dama, temía que una acción tan brusca pudiera violar el protocolo, [\[37\]](#) pero decidió que una objeción por su parte sin que nadie se la pidiera sólo le valdría la hostilidad del comandante.

—Como te plazca, entonces —le dijo—. En cualquier caso, lo que ella haga nunca ha sido asunto mío.

En Rokujô, Genji consideró ofensivo y arbitrario aquel cambio brusco, pero

¿qué podía hacer? También ella se sentía consternada por la dirección que tomaba el humo del fuego para hacer sal, [38] pero el comandante estaba tan contento que parecía como si se hubiera dado a la fuga con un tesoro robado. A ella, los violentos celos por la manera en que Su Majestad la había abordado le parecían burdos y detestables, y no le hizo ninguna concesión, lo cual enfureció todavía más al hombre.

Su Alteza apenas sabía qué hacer o qué decir, a pesar de sus soberbios discursos, y no recibió una sola palabra del comandante. Ahora que éste tenía lo que deseaba, estaba ocupado día y noche.

Llegó el segundo mes. Genji pensaba

en lo cruel que era la situación. Se sentía continuamente azorado por su propia ira al haber sido sorprendido de esa manera, puesto que nunca había experimentado un afán de posesión tan intenso, y la recordaba con nostalgia. Reflexionó sobre que sin duda el destino había intervenido en todo aquello, pero sólo su descuido le había acarreado semejante aflicción. Entretanto, la imagen de la joven le perseguía día y noche. Le parecía que mientras viviera con aquel individuo tedioso y deprimente, aquel comandante, tendría que renunciar incluso a la más ligera broma con ella y, en consecuencia, se contenía; pero había días de quietud y vacío y lluvia incesante en los que

añoraba con desesperación la época en que iba a verla con frecuencia para charlar y pasar el tiempo con ella, y le escribió una carta. Se la envió en secreto a Ukon, si bien, por deferencia a los sentimientos de Ukon, escribió poco y dejó el verdadero contenido a la imaginación de la dama.

Durante estos largos días, tranquilos y vacíos bajo la incesante lluvia de primavera,

dime, ¿qué recuerdos tienes de aquel hombre en tu antiguo hogar?

«La monotonía agita muchos amargos recuerdos, pero ¿cómo puedo

explicártelos en detalle ahora?»

Ella lloró cuando Ukon encontró un momento para estar las dos a solas y mostrarle la misiva, porque él persistía también en su recuerdo, e incluso más afectuosamente a medida que transcurría el tiempo, y sólo deseaba poder ver de nuevo al padre a quien nunca podría decir que le añoraba o que deseaba estar con él. Como nunca le había dicho ni siquiera a Ukon que le desagradaba su comportamiento en ocasiones desquiciante, sólo podía reflexionar al respecto en su fuero interno. Ukon había tenido algún atisbo de la verdad, pero seguía sin saber con precisión lo que había ocurrido entre ellos.

Ella le contestó: «Es una confesión embarazosa, pero he pensando que quizá querrías saberlo».

*Con las mangas humedecidas por las
gotas que caen de los aleros durante
estas lluvias interminables,
¿cómo no girarían mis pensamientos más
afectuosos en torno a alguien a quien
tanto añoro?*

«Cuanto más tiempo pasa, es cierto, tanto más profunda es mi melancolía, pero no diré más».

Su carta evidenciaba una contención absoluta.

Cuando Genji extendió la misiva y la

leyó, tuvo la sensación de que estaba a punto de derramar sus propias gotas brillantes, pero fingió indiferencia para ocultar sus sentimientos a cualquiera que pudiera estar mirándole. De todos modos, tenía el pecho henchido de emoción, y pese a que recordaba que la emperatriz madre había mantenido alejada de él a otra dama de personal [\[39\]](#) durante el reinado del emperador Suzaku, era aquélla la que, con su inocencia, se había constituido en depositaria de su mayor afecto.

«¡De qué manera el amante de muchas mujeres se crea dificultades! —pensó—. ¿Por qué he de padecer ahora? ¡No, ella no es para mí!» Incapaz de relegar al

olvido sus falsas ilusiones, se puso a tocar el *koto* y desgranó, embargado de emoción, las queridas notas que los dedos de la dama arrancaron un día de las cuerdas. «¡No cortes la planta acuática!», [40] cantó mientras jugueteaba al estilo *azuma*, y la que le añoraba no se habría perdido la magia de la escena, si se le hubiera permitido presenciarse.

Tampoco Su Majestad dejaba de pensar en el rostro y la figura de la mujer a la que había visto tan brevemente. «La que vi me dejó, arrastrando las rojas faldas...» [41] El antiguo poema tal vez era burdo, pero él lo repetía mientras permanecía sentado y sumido en sus ensoñaciones. Le enviaba cartas en

secreto. Ella, convencida ya de que estaba destinada al infortunio, se abstenía de tales indecorosas diversiones y no le estimulaba en sus respuestas. Bien mirado, la excepcional amabilidad de Genji era lo que más le había afectado, y jamás podría olvidarla.

Cuando llegó el tercer mes, el espectáculo de las glicinas y las rosas amarillas en su jardín de Rokujô, preciosas a la luz del sol poniente, recordaba de un modo tan vivido el aspecto que ella tenía cuando se sentaba a gozar del mismo paisaje, que Genji abandonaba su propio jardín primaveral para ir a contemplarlo. El brillo de las rosas amarillas que florecían inocentes en

la valla de bambú chino entretejido era muy agradable.

—El color que llevaré... [42] —
murmuró.

*Ojalá no fuera así, pero el camino que
atraviesa Ide también nos separa a los
dos;*

*no obstante, en silencio, a la amarilla
rosa florecida sigo amando.*

—Mi rostro delata... [43] —siguió
diciendo, pero no había nadie para
escucharle.

Sólo entonces comprendió realmente
que ella se había ido. En verdad el
corazón le jugaba extrañas pasadas.

Quando reparó en una gran cantidad de huevos de pato que alguien había traído, los arregló de manera que parecieran mandarinas y naranjas para enviárselos de una manera informal, [44] y escribió una nota insulsa, a fin de que sus palabras no llamaran la atención de nadie: «Hace mucho, mucho tiempo que no te veo, y podría protestar diciendo que me tratas de un modo extraño, pero conjeturo que esta situación no depende por entero de ti. Lamento que sea difícil reunimos salvo en circunstancias especiales», y continuó así, en tono paternal.

Un patito, ¡ay!, aunque nacido en este nido, ¡sin embargo se ha ido!

Dime, entonces, ¿qué clase de hombre lo ha reivindicado ahora como suyo? [45]

«Pero ¿por qué ha de ser así? ¡No me gusta en absoluto!»

El comandante la leyó, y una sonrisa apareció en su rostro.

—Una esposa ni siquiera puede visitar a sus padres sin una razón suficiente —musitó—. ¿Qué motivos tiene entonces Su Gracia para aferrarse a ti constantemente y quejarse de esta manera?

Sus palabras irritaron a la dama, que no tenía idea de qué podía escribir.

—La verdad es que no puedo responderle —le dijo.

—Déjalo en mis manos.

La manera en que se ofreció voluntario para la tarea era exasperante.

¿Quién, dices tú, debería devolver a un indigno patito, otrora perdido en el nido, y adonde querrías que fuese para recuperar su legítimo derecho?

«Tu aparente desagrado resulta sorprendente, y puede que haya recurrido a un lenguaje un tanto vivido».

Genji se echó a reír, diciéndose: «Que yo sepa, este comandante nunca se ha expresado con tanta imaginación... ¡Uno apenas puede creerlo!». Pero, a pesar de su regocijo, estaba furioso por la manera en que el hombre se había apropiado de

ella.

Con el paso del tiempo, este resultado hizo que empeorase el tormento que sufría la primera esposa del comandante, y su estado mental se deterioró. Gracias a la solicitud del comandante, no le faltaba de nada, y seguía cuidando con esmero de sus hijos, de modo que no podía separarse por completo de ella; en lo relativo a sus necesidades básicas, él seguía siendo tan digno de confianza como siempre. Aunque ardía en deseos de ver a su hija, ella se lo impedía. Con su juvenil inocencia, sufría intensamente debido a la implacable condena a su padre por parte de todo el mundo y a la creciente insistencia en mantenerla alejada de él. Entretanto sus

hermanos, que estaban a menudo en su residencia, de vez en cuando le hablaban con naturalidad de la dama de personal.

—Es simpática, y amable con nosotros —le decían—. Dedicar todo su tiempo a hacer cosas bonitas.

Su hermana les envidiaba y decía, entre suspiros, que ella no había conocido una libertad como la de ellos. ¡Era extraordinaria la manera en que la dama de personal impresionaba a todo el mundo, hombres y mujeres por igual!

En el undécimo mes de aquel año dio a luz a un hijo muy hermoso, y el comandante, que no podría haber pedido más, lo mimaba sin cesar. Pero todo esto resulta fácil de imaginar y no es necesario

que insista. Desde luego, también el padre de la dama se sintió satisfecho por su buena suerte. Por su aspecto y sus cualidades, se encontraba perfectamente a la altura de los demás hijos a los que siempre había apreciado. El capitán secretario [46] estaba muy encariñado con su hermana y la trataba con cálido afecto, pero a veces todavía evidenciaba una cierta decepción, y el encanto del recién llegado sólo le hizo desear que su servicio en palacio hubiera dado fruto. Incluso se tomó la libertad de observar:

—Cada vez que oigo decir, suspirando, a Su Majestad que no tiene hijos, pienso en el honor que habría representado.

Ella todavía realizaba sus tareas oficiales a conciencia, pero ya no parecía haber ninguna posibilidad de que se trasladara a palacio. Sin duda, tal era su destino.

Ah, sí, estaba la otra hija de Su Excelencia, la que tanto deseaba convertirse en dama de personal. Era un poco coqueta, como muchas de su clase, y eso ponía las cosas difíciles a su padre. También la consorte vivía siempre con el temor de provocar algún incidente. Su padre incluso le había prohibido que apareciera en presencia de la consorte, pero ella le hacía caso omiso e iba de todos modos.

En una ocasión, los cortesanos más

selectos se habían reunido en los aposentos de la consorte y estaban tocando una música de ritmo más bien lánguido. Era un delicioso atardecer de otoño, y el capitán consultor, [\[47\]](#) que también se encontraba allí, sorprendía a las damas de honor con su insólita alegría. Estaban expresando su admiración por lo notable que era cuando la muchacha de Ômi se deslizó lenta y pesadamente por su lado.

Los cortesanos tiraron de ella hacia atrás, y ella los miró con expresión torva.

—¡Oh, no! ¿Qué estáis haciendo?

—¡Está a punto de ocurrir algo escandaloso, lo sé! —comentó uno de ellos, y, muy azorados se dieron suaves

codazos.

—¡Él es el único, él es el único! —
dijo ella con entusiasmo, en voz alta y
clara, acerca de aquel joven caballero de
excepcionales cualidades. Era muy
penoso.

*Barco en el mar; si no sabes adonde ir,
perdido entre las olas,
déjame que reme hacia ti, ¡pero dime
cuál es tu puerto!*

Así resonó la voz de la joven, y
entonces añadió:

—¡Siempre remáis con vuestro
botecillo de regreso a la misma
muchacha! [\[48\]](#) ¡No es justo! El indignado

capitán se preguntaba quién sería capaz, en casa de la consorte, de expresarse con semejante rudeza cuando comprendió, regocijado, que aquella debía de ser la joven dama de la que había oído hablar.

*El barquero que ves, aunque inseguro
del rumbo a seguir, juguete de los
vientos,
desdeña aproximarse a una costa a la
que no desea ir,*

replicó. Dicen que eso silenció a la dama.

Umegae

La rama de ciruelo

«*Umegae*» («La rama de ciruelo») es el título de una canción *saibara* que canta en una reunión festiva uno de los hijos de Tô no Chûjô.



Relación con los capítulos anteriores

«La rama de ciruelo» sigue a «La hermosa columna» en secuencia cronológica.

Personajes

Su Gracia, el canciller,
Genji, de 39 años

La dama del lado sudeste,
de 31 años (Murasaki)

Su Alteza de la Guerra,
hermano de Genji (Hotaru Hyôbukyô no
Miya)

La ex sacerdotisa del
Kamo (Asagao)

El capitán consultor, hijo de
Genji, de 18 años (Yûgiri)

El capitán secretario, hijo
mayor de Tô no Chûjô, de 23 a 24 años
(Kashiwagi)

El teniente senescal, de 22 o
23 años (Kôbai)

Su Majestad, la
emperatriz, de 30 años
(Akikonomu)

La joven dama, hija de
Genji, de 11 años (Akashi no
Himegimi)

El príncipe heredero, de 13
años

Su Excelencia, el ministro de
Palacio (Tô no Chûjô)

Su hija, de 20 años (Kumoi no Kari)

Genji planeaba algo excepcional para la ceremonia de la colocación de la cola de su hija. El príncipe heredero iba a llegar a la mayoría de edad en el mismo segundo mes, y presumiblemente a la ceremonia seguiría la presentación de la muchacha al príncipe.

Era el último día del primer mes, y Genji pasó el intervalo de calma en casa y en la corte, mezclando incienso. [\[1\]](#) Al examinar la madera que le había regalado el delegado del virrey de Dazaifu, pensó que tal vez sería mejor la madera añeja, así que pidió que abrieran los almacenes de Nijô y le entregaran toda clase de objetos chinos.

—Cuando se trata de brocados, sargas

y materiales por el estilo —comentó mientras los comparaba—, los antiguos siguen siendo los más bellos y mejores.

Para cubrir los accesorios personales de la muchacha, o como piezas sobre las que descansarían, o para confeccionar los bordes de los cojines, etcétera, eligió entre la gran variedad de sargas y brocados de color carmesí y dorado, [\[2\]](#) de calidad superior a cualquier tela moderna, restos de las regaladas a la corte por la embajada de Koma durante el reinado de su padre, el difunto emperador; y ofreció a sus damas las sargas y gasas que acababa de recibir. Hizo que dispusieran ante él las maderas de incienso antiguas y nuevas y entonces las

entregaran a sus damas con la petición de que cada una efectuara dos mezclas. Todo el mundo en Rokujô y otros lugares tuvo que ponerse manos a la obra en la preparación de soberbios regalos para los invitados, recompensas para los nobles de alto rango, etcétera; pero ahora cada uno también tenía decisiones que tomar, y los morteros de hierro [3] sonaban ruidosamente por doquier.

Genji se encerró en la casa principal y se puso a mezclar de acuerdo con los dos métodos (¿cómo los había aprendido?) que figuran en las Instrucciones de Sôwa. [4] Su dama se había instalado especialmente en lo más recóndito de los aposentos del ala este, a fin de dominar el

método enseñado por el Señor del Ceremonial de Hachijô. [5] Así pues, los dos competían, y el estricto secretismo de ella hizo observar a Genji:

—¡Después de todo, una fragancia gana o pierde según sea más leve o más profunda!



Incensario

Estaba tan absorto en la tarea que apenas parecía el padre de la muchacha por la que iba a celebrarse la ceremonia. Pocas damas les atendían. Las mujeres habían confeccionado los accesorios del modo

más bello posible, y entre ellos el diseño de los tarros y cajas de incienso, así como el estilo del incensario, eran tan originales y curiosos que Genji esperaba con ilusión llenarlos con el mejor incienso una vez hubiera seleccionado los

aromas que ahora todas estaban preparando.

El décimo día del segundo mes caía una lluvia ligera, y el ciruelo rojo situado ante la residencia de Genji estaba en flor, magnífico y emitiendo una fragancia incomparable, cuando Su Alteza de la Guerra llegó para presentarle sus respetos, puesto todo debía estar listo aquel día o el siguiente. Él y Genji siempre habían tenido una intimidad especial, y hablaban animadamente de esto y aquello cuando llegó un mensajero con una carta atada a una rama de ciruelo a la que le faltaban la mayor parte de las flores. [6] El mensajero informó de que procedía de la ex sacerdotisa del Kamo.

Su Alteza oyó hablar de ello.

—¿Qué clase de carta te ha enviado?

—le preguntó con regocijado interés.

Genji sonrió.

—Me tomé la libertad de hacerle una petición, y ella parece haberla satisfecho de un modo magnífico. —Ocultó la carta.

En una caja de madera de aloe [7] había colocado dos tarros llenos de bolas de incienso de considerable tamaño. Los nudos de regalo del azul oscuro representaban una rama de pino y los del blanco, flores de ciruelo, [8] e incluso los cordones que los ataban eran muy bonitos.

—¡Qué objetos tan primorosos! —exclamó Su Alteza, y entonces reparó en el poema escrito con tinta tenue:

El aroma de las flores no permanece en la rama de la que han caído, pero ojalá este incienso

perfume intensamente las mangas que pronto impregnará. [9]

Tras leerlo, lo repitió entre murmullos.

El capitán consultor fue en busca del mensajero, lo detuvo y le dio de beber hasta que estuvo completamente embriagado. Genji pidió que le pusieran en los hombros un juego de túnicas femeninas, junto con un vestido largo de tela china y forro de color rojo ciruela. Respondió en papel del mismo color, y arrancó de su árbol una ramita con flores

a la que ató la misiva.

—Me pregunto qué puede decir esa carta —dijo Su Alteza con cierta animación—. ¿Qué secreto requiere que lo ocultes? —Sentía una intensa curiosidad.

—Sí, ¿qué puede ser? Lamento que imagines que querría guardarte algún secreto.

Genji dejó que su pincel respondiera más o menos:

*Tu rama en flor invade todavía más mi
corazón con su dulce perfume, aunque
hayas*

*suprimido un aroma para que no se note
en el aire.*

—Admito que todo esto puede parecer bastante frívolo, pero ella es mi única hija y creo que hago lo único correcto. Sería incómodo pedírselo a alguien que no sea un pariente, [\[10\]](#) puesto que no es ninguna belleza, y había pensado que podría solicitar a la emperatriz que venga desde palacio. Tenemos una relación muy estrecha, pero su categoría inspira tanto respeto que no me atrevería a exponerla a cualquier vulgaridad.

—Sí, por supuesto —convino Su Alteza—, y tú también debes considerar que ella es alguien cuya buena fortuna merece ser emulada.

Genji aprovechó la ocasión para enviar recaderos para que recogieran los

inciensos que las damas habían mezclado, diciendo que se proponía probarlos todos en la humedad de la noche. [\[11\]](#) Ellas obedecieron y los presentaron de muchas maneras primorosas.

—Te ruego que los califiques. ¿A quién más podría mostrárselos? [\[12\]](#) — dijo Genji. Pidió que le trajeran un incensario e insistió en que su Alteza los probara.

—¡No soy yo quien los conoce! — replicó con modestia Su Alteza, pero estableció finas distinciones de calidad entre ellos, incluso entre los de la misma clase, y así, después de todo, logró decidir cuáles eran los mejores.

Finalmente Genji pidió que trajeran

los dos que él mismo había mezclado. De la misma manera que en palacio el incienso se entierra junto al arroyo que fluye ante los aposentos de la Guardia de la Derecha, él había enterrado el suyo junto al que pasaba bajo la pasarela del oeste de su mansión. El ayudante de la Guardia, hijo del consultor Koremitsu, lo desenterró y el capitán consultor se lo llevó a Genji.

—¡Qué tarea le has impuesto a tu desdichado juez! ¡Mi cabeza está llena de humo!

Habría sido de esperar que el mismo método de mezcla les hubiera sido transmitido a todas ellas, pero no, cada una había hecho las cosas a su manera, y

calificar lo profundo o superficial del logro era una actividad muy interesante.

Entre los muchos que se resistían a la clasificación, el *kurobô* de la ex sacerdotisa del Kamo tenía sin embargo [13] una magnífica cualidad balsámica que lo hacía especial. En cuanto al *jijû*, [14] Su Alteza decidió que el de Genji poseía una fragancia de encanto y elegancia excepcionales. La que reinaba en el ala sudeste de la mansión de Genji había proporcionado tres clases de incienso, de las cuales el *baika* era novedoso y brillante, con un toque fino y personal de peculiar calidad.

—No podría haber fragancias más primorosas que éstas para difundirlas con

las brisas de la estación —observó elogiosamente Su Alteza.

La dama de los aposentos de verano no había deseado competir con las demás, y le daba pavor la mera idea de que el humo de su incienso se elevara en tal compañía. Así pues, se había limitado a preparar uno solo, un *kayô*. [15] Era algo fuera de lo corriente, con una fragancia serena y de una suavidad conmovedora. La dama que habitaba en los aposentos de invierno, a quien le había desagradado la idea de que la superasen en la preparación de fragancias estacionales, había dado con una maravillosa mezcla de incienso para ropa que el difunto emperador Suzaku [16] le transmitió a Su

Majestad y que había confeccionado de acuerdo con el método de los «cien pasos», especialmente seleccionado por el señor Kintada. [\[17\]](#) Tenía una elegancia superlativa que evidenciaba la superioridad de su concepción. Su Alteza reconoció el mérito de todos ellos, lo cual hizo que Genji exclamara:

—¡Desde luego, no eres gran cosa como juez!

Cuando salió la luna, tomaron sake y hablaron de los viejos tiempos. La brumosa luz de la luna era encantadora, tras la lluvia reciente soplaba una ligera brisa y, con el delicioso aroma de las flores que llenaba la atmósfera de un modo inefable a su alrededor, a todos les

sobrevino un estado de ánimo muy tierno.

En la sala de la servidumbre estaban colocando las cuerdas a los instrumentos para ensayar la música del día siguiente, y con tantos cortesanos presentes se oían aquí y allá los bellos sonidos de las flautas. Los hijos de Su Excelencia, el capitán secretario y el teniente senescal, habían llegado desde palacio, en visita puramente formal, pero Genji los detuvo y pidió varios instrumentos de cuerda. A Su Alteza le correspondió un *biwa*, a Genji un *sô no koto* y al capitán secretario un *wagon*, y se pusieron a tocar una animada música que tuvo un efecto delicioso. La flauta del capitán consultor estableció el modo, uno perfecto para la estación, que

resonó en el aire. El teniente senescal marcó el ritmo, y «La rama de ciruelo», [18] la canción que se puso a cantar, tenía una gran belleza. Fue él quien había cantado «Takasago» cuando era paje, aquella ocasión en que los caballeros se reunieron para adivinar rimas. Su Alteza y Genji se le unieron, y la misma informalidad de la ocasión dio a la música de la velada un encanto especial.

Su Alteza ofreció la taza a Genji y le dijo:

Ah, mi corazón podría elevarse siempre más alto al oír el canto del ruiseñor, ahora estas flores deliciosas lo inundan de tal manera con su encanto...

—...y durante mil años, estoy seguro.

[19]

Genji replicó:

*¡Quisiera que vinieses esta primavera a
este hogar mío donde hay tales flores,
hasta que su color y su aroma fuesen del
todo tuyos!*

Le pasó la taza al capitán secretario,
que acto seguido se la ofreció al capitán
consultor.

*Sigue tocando, oh, sigue tocando con tu
flauta durante toda la noche muchas
dulces melodías,
¡hasta que el adormilado ruiseñor*

abandone la percha de su rama!

El capitán consultor respondió:

*Cuando con tacto y sigilo resuelta
parece la misma brisa a evitar ese árbol,
¿de veras querrías que tocara hasta
hacer que huya el pájaro?*

—¡Eres demasiado cruel!

Todo el mundo se echó a reír. El
teniente senescal dijo:

*Mientras no haya bruma deslizándose
entre la luna en lo alto y las flores aquí,
no hay duda de que el pájaro en su rama
seguirá emitiendo su canto. [\[20\]](#)*

Su Alteza no se marchó hasta que hubo amanecido. A modo de regalos, Genji le hizo subir a su carruaje vestido con un manto y un juego de sus propias túnicas, así como dos tarros de incienso que había dejado sin abrir.

*Con tal dulce perfume que se alza de tan
bellas mangas, mi amor,
que aguarda en casa, algo dirá sin
duda... ¡reprobando mi actitud
pecaminosa!*

—dijo Su Alteza.

—¡Qué marido tan pusilánime! —
replicó Genji, riendo, y le siguió mientras
uncían al buey.

*El amor que aguarda en casa te mirará
asombrada cuando vuelvas,
¡al verte soberbiamente vestido con un
brocado de flores!*

—¡Serás todo un espectáculo! —le dijo, y Su Excelencia admitió la derrota a regañadientes.

Entonces Genji puso vestidos largos o túnicas sobre los hombros de los demás jóvenes caballeros.

Llegó al lado sudoeste a la hora del Perro. [\[21\]](#) El ala oeste, donde vivía la emperatriz, había sido preparada para el acontecimiento, y una dama de honor, encargada del tocado de la joven, ya estaba allí. En esta ocasión también

acudió la dama que vivía en el lado sudeste de la mansión de Genji, para ver a la emperatriz. Las damas de honor procedentes de los diversos sectores de Rokujô parecían innumerables.

A la hora de la Rata [22] le pusieron la cola a la joven dama. Las lámparas ardían con llama baja, pero lo que la emperatriz distinguía de ella le pareció grato en extremo.

—Mi confianza en que no la abandonarías me ha alentado a traerla ante ti de esta guisa impertinente [23] —le dijo Genji—. El deseo que un padre alberga en su fuero interno es que esto pueda servir de ejemplo a las generaciones futuras.

[24]

—La grandeza de que has rodeado al acontecimiento ha sido de verdad impresionante, puesto que no tenía ni idea de cómo hacerlo apropiadamente — respondió con modestia la emperatriz, llena de encanto juvenil.

Era un placer para Genji observar la armonía que reinaba entre aquellas encantadoras jóvenes que le rodeaban. La madre de la muchacha se quejaba amargamente de que ni siquiera entonces iba a ver a su hija, y Genji, compadecido, pensó en la posibilidad de invitarla después de todo, pero el temor a lo que los demás pudieran decir le disuadió de hacerlo.

Este tipo de ceremonias implicaban

atender a gran cantidad de minuciosos detalles, incluso cuando se realizaban a la manera ordinaria, y no he dejado constancia de ellos porque el intrincado relato de tan sólo una parte podría ser más perjudicial que beneficioso.

Poco después del día vigésimo de aquel mes tuvo lugar la ceremonia de puesta de los pantalones del príncipe heredero. Su Alteza era un muchacho muy desarrollado, y los cortesanos estaban deseosos de ofrecerle a sus hijas, pero las intenciones de Genji eran tan evidentes que el ministro de la Izquierda y otras personalidades se abstuvieron de hacerlo, temerosos de tener que arrepentirse si daban tal paso.

Al enterarse de ello, Genji observó:

—Esto es desafortunado en extremo.

Sin duda la misma esencia del servicio en palacio es el esfuerzo para alzarse un poco por encima de las demás. La vida será muy triste para esas excelentes muchachas si permanecen encerradas en sus casas.

Entonces pospuso el ingreso de su hija en palacio. Los demás interesados no habían deseado tan sólo entrar en tropel tras ella y, cuando se enteraron de su decisión, la tercera hija del ministro de la Izquierda fue allá. Era conocida como Reikeiden.

Genji acondicionó para su hija el Kiritsubo, que en el pasado había sido su

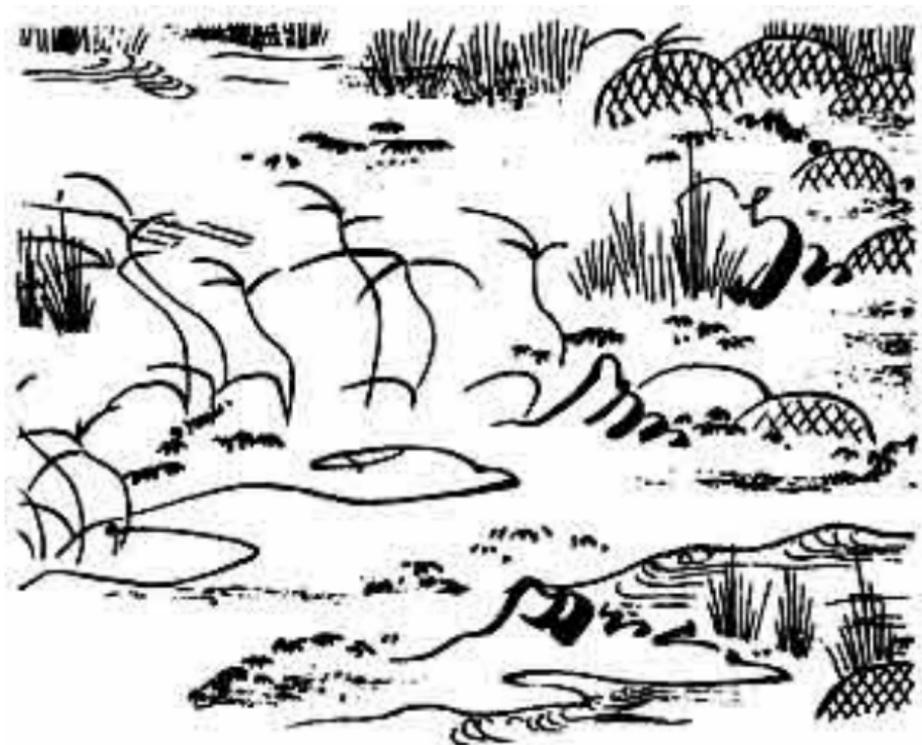
propio aposento en palacio, y decidió que el ingreso tuviera lugar el cuarto mes, porque a Su Alteza no le gustaba la idea de seguir posponiendo su llegada. Mejoró el mobiliario, prestó atención personalmente a los diseños de los accesorios y los bocetos para las pinturas, reunió a los mejores artesanos para que los realizaran, y se ocupó de que lo hicieran todo con el mayor esmero. Para llenar su cofre de libros, eligió volúmenes [\[25\]](#) que podían servirle directamente como modelos de caligrafía. Contenían muchos ejemplos que habían hecho famosos a los mejores maestros del pasado entre las generaciones posteriores.

—Todo está en decadencia,

comparado con los viejos tiempos —le confió Genji a su amor—, y esta tardía época nuestra ha perdido toda profundidad, pero por lo menos ahora la escritura *kana* es superior. La escritura antigua parece firme, pero no transmite amplitud ni generosidad y parece seguir siempre la misma pauta. Sólo más adelante la gente empezó a escribir con una caligrafía realmente fascinante, pero entre los numerosos y sencillos modelos que reuní cuando yo mismo estaba muy interesado en cultivar el «estilo femenino», [\[26\]](#) una línea trazada de modo rápido por el Refugio, la madre de Su Majestad, una línea con la que ella no había querido decir nada y que yo adquirí,

me pareció especialmente notable. Sí, me temo que al final desacredité injustamente su nombre. No había sido esa mi intención, pero le dolió en lo más hondo. Ella comprendía muchas cosas, y tal vez ahora que ha desaparecido su espíritu ha tenido presente cuanto he hecho por Su Majestad y me ha perdonado. La propia escritura de Su Majestad tiene un consumado encanto, pero —bajó la voz para susurrar— carece de cierta gracia. La escritura de Su Eminencia desaparecida [\[27\]](#) mostraba una gran sagacidad y elegancia, pero también tenía un aspecto débil y poco estilo. La dama de personal de Su Eminencia [\[28\]](#) es la que destaca en nuestra época, aunque su

caligrafía presenta muchos detalles caprichosos. Con todo —concluyó generosamente—, ella, la ex sacerdotisa del Kamo y tú misma sois las que realmente escribís como es debido.



Escritura de juncos

—¡Sin duda estoy fuera de lugar entre

ellas!

—¡No seas tan modesta! En cuanto a calidez y dulzura, debes saber que no hay nadie como tú. Cuanto más domina uno los caracteres chinos, tanto más probable es que unos torpes signos *kana* se infiltren en su escritura. —También había confeccionado algunos libros con cubiertas y cordones exquisitos—. Debo pedirles a Su Alteza de la Guerra y al intendente de la Guardia de la Puerta Izquierda [\[29\]](#) que hagan algunos, y yo mismo haré un par de ellos.

También se tenía a sí mismo en alta consideración.

Seleccionó los pinceles y la tinta más exquisitos e hizo peticiones urgentes a las

damas habituales, desconcertándolas de tal manera que algunas rehusaron más de una vez, ante lo cual se limitó a redoblar sus súplicas. Tenía unas bellísimas hojas de papel de Koma, muy finas, y para poner a prueba «a nuestros jóvenes galanes» envió algunas al capitán consultor, al intendente de la Guardia, al hijo de Su Alteza del Ceremonial y al hijo del ministro de Palacio, el capitán secretario, con la orden de que realizaran la escritura de juncos [30] o las pinturas de poemas [31] que les viniera en gana.

Como siempre, fue al edificio principal para escribir. Las flores de cerezo ya habían caído, el cielo era de un sereno azul, y escribió los antiguos

poemas a sus anchas, tal como acudían a su mente, en número asombroso, unos en caligrafía corrida, otros en la sencilla, varios al estilo femenino. [\[32\]](#) Tenía consigo a algunas damas de honor, sólo dos o tres para moler la tinta, mujeres con las que merecía la pena hablar cuando sopesaba uno u otro poema de una antigua y noble colección. Todos los postigos estaban abiertos, y sumido en sus pensamientos cerca de la terraza, con el libro sobre un apoyabrazos a su lado y el extremo del pincel en la boca, su estampa era demasiado espléndida para que una pudiera cansarse de contemplarla. Cualquier persona sensible se habría extasiado al verle ante el papel rojo y

blanco, al contemplar su manera de sostener el pincel y de aplicarse a la tarea.

Cuando anunciaron a Su Alteza de la Guerra, el sorprendido Genji se alisó el manto, pidió otro cojín para su visitante y le hizo entrar enseguida. Su Alteza subió los escalones en actitud majestuosa, con un atuendo espléndido, mientras las mujeres le miraban desde el interior. La grave formalidad con que se saludaron también fue admirable.

—He estado aquí encerrado con poco que hacer —le dijo Genji alegremente— y la inactividad empezaba a cansarme. ¡Llegas en el momento oportuno!

Su Alteza traía su propio libro

terminado, y Genji lo examinó de inmediato. La caligrafía del recién llegado no era muy brillante, pero constituía su pequeño logro, y la escritura era en verdad muy pulcra. Los poemas que había elegido de las antiguas antologías eran claramente poco corrientes, y los había trazado en sólo tres versos cada uno, en pocos y agradables caracteres chinos. Genji estaba sorprendido.

—¡Jamás había esperado de ti tales maravillas! —exclamó emocionado—. ¡Tendré que tirar mis pinceles!

—He pensado que debía esforzarme al máximo, ya que voy a tener el descaro de presentar mi escritura en semejante

compañía —replicó jovialmente Su Alteza.

Genji no podía ocultar los libros que había estado llenando, de modo que los sacó. Ambos los examinaron. Su escritura corrida en rígido papel chino le pareció a Su Alteza un milagro, mientras que su estilo femenino, sereno, dueño de sí mismo, en papel de Koma suave y delgado, de color bonito pero tenue, era incomparable. Su Alteza notó que le brotaban las lágrimas para unirse al flujo de aquellas líneas flexibles que jamás cansarían, y los poemas en escritura corrida, ejecutados con una total libertad en papeles de magníficos colores procedentes del taller de la corte

japonesa, procuraban un placer inefable. El cálido y variado encanto de aquellas obras cautivó tanto a Su Alteza que ni siquiera miró lo que habían hecho otros.

En el trabajo que había presentado, el intendente de la Guardia de la Puerta Izquierda se había empeñado en mostrar lo inteligente que era, pero se notaba algo turbio en el movimiento de su pincel, y también se detectaba el intento por su parte de ocultarlo. Su elección de los poemas era un tanto maliciosa.

Genji apenas permitió ver a su visitante la obra de las damas, y no le mostró nada de lo que había hecho la ex sacerdotisa del Kamo.

Los libros de escritura de junco, cada

uno de ellos diferente a su manera, eran una pura delicia. En el del capitán consultor el agua estaba muy bien trazada, los vivaces juncos recordaban la costa de Naniwa y la mezcla de los dos revelaba una gran desenvoltura. Aquéllas eran también unas páginas en las que con briosa inventiva había intentado un estilo del todo diferente y hecho plena justicia a las letras, la colocación de las rocas y demás elementos.

—Es deslumbrante —dijo Su Alteza apreciativamente—. Hacer esto debe de haberle llevado mucho tiempo.

Aquel hombre, amante de los objetos bellos y que cultivaba una gran elegancia, estaba impresionado en extremo.

Pasaron el resto del día hablando de caligrafía, y cuando Genji sacó una colección de rollos de poesía confeccionados por el sistema de unir diversos papeles, [33] Su Alteza envió a su hijo, el consejero, de regreso a su residencia en busca de algunos de los suyos. Eran cuatro rollos del *Man'yôshû* elegidos y escritos por el emperador Saga, [34] y un *Kokin wakashû* del emperador Engi [35] en tiras de papel chino azul claro pegadas, montadas sobre un papel azul oscuro con un llamativo diseño, rodillos de jade verde oscuro y cordones planos entretejidos siguiendo una pauta ondulante china, todo lo cual tenía un efecto encantador. Su Majestad

Engi había exhibido una maravillosa habilidad para cambiar de caligrafía en cada rollo del *Kokin wakashû*, y acercaron una lámpara para examinarlos.

—Nunca le decepcionan a uno, ¿verdad? —observó elogiosamente Genji — Ahora la gente sólo es capaz de lograr una aproximación afectada.

Su Alteza se los presentó a Genji de inmediato.

—Aunque tuviera una hija, no querría que los viera una persona que apenas sabría qué ver en ellos, y la verdad es que sería un desperdicio —comentó.

Genji colocó unos rollos de caligrafía china en una caja de madera de aloe muy bella y añadió una preciosa flauta de

Koma, para el consejero.

También se enfrascó entonces en el estudio de la escritura *kana*, y buscó a cuantos, de rango alto, medio o bajo, eran conocidos por esa habilidad, a fin de que cada uno escribiera lo que más le gustara. No puso nada de origen bajo en la caja de libros de su hija, y distinguía cuidadosamente el rango de cada redactor cuando pedía un libro o un rollo. Entre todos sus maravillosos tesoros, algunos desconocidos incluso en el reino al otro lado del mar, eran estos libros lo que más despertaban el interés de la joven. También preparó una colección de pinturas para ella. Quería que el diario que había escrito en Suma fuese para su

hija y sus descendientes, pero de momento no se lo dio, pues había decidido no hacerlo hasta que ella supiera un poco más del mundo.

Las noticias de estos preparativos llegaron a Su Excelencia el ministro de Palacio desde lejos, y le dejaron al mismo tiempo muy preocupado y amargamente decepcionado. Su hija estaba ahora en la flor de la juventud y era demasiado bella para permitir que se echara a perder. Detestaba verla aburrida y desanimada, pero el joven que la cortejaba seguía tan sereno como siempre, y si él le abordaba sumisamente parecería tonto. «No —se dijo—, ¡ojalá me hubiera dejado persuadir cuando él se interesaba por ella

tan claramente!» No podía culpar sólo al joven. El capitán consultor se enteró de que había suavizado un tanto su actitud, pero aún estaba demasiado irritado por la brusca manera en que le habían tratado para que fingiera que eso le era indiferente, y aunque a menudo no se sentía en absoluto inclinado al optimismo, puesto que en verdad no tenía interés por nadie más, las pullas de su aya acerca de aquel color azul claro que llevaba sólo confirmaban su resolución de lograr que primero le vieran promovido a asesor.

Genji deploraba la clase de vida extrañamente desarraigada que llevaba su hijo.

—Si has abandonado tus ambiciones

en esa dirección —le dijo—, el ministro de la Derecha y el príncipe Nakatsukasa parecen interesados en ti, y confío en que te decidirás por uno u otro. —Sin embargo, su hijo se limitaba a mantener una actitud de silenciosa deferencia. —A mí tampoco me hizo mucha gracia obedecer las lecciones de mi difunto padre sobre este particular, por lo que no estoy convencido de que deba hacerte pasar por lo mismo —siguió diciendo Genji—. No obstante, la experiencia me indica que lo que él me dijo es tan cierto ahora como siempre. Mientras permanezcas soltero, la gente sospechará que lo haces por alguna razón determinada, y se sentirán tristemente

decepcionados si permites que tu destino te lleve a decidirte por una persona de tediosa grisura. Apuntar demasiado alto es cortejar el fracaso, porque todas las cosas tienen su propia medida, pero eso no es motivo para que te concedas demasiadas libertades. Crecí en palacio, donde nunca podía hacer lo que se me antojara y donde vivía con el temor de que cualquier desliz me convirtiera en un réprobo y que, incluso así, el mundo me condenara por mi libertinaje. No te permitas a ti mismo hacer lo que te plazca mientras tu rango es bajo y tienes escasa importancia. A veces el corazón sigue su propio camino, y es fácil buscarse la ruina a causa de una mujer cuando no hay nadie

a tu lado que estimule tu deseo de dominarte, como muestran los ejemplos de los sabios del pasado. Si te extralimitas y escandalizas a una mujer, tendrás que soportar la carga de su odio, que entonces seguirá atándote a esta vida. Si te casas con una mujer que no te conviene, te será difícil en extremo soportarla violando tus sentimientos, pero de todos modos deberás cultivar la voluntad de reconsiderarlo y ceder a los deseos de sus padres o, incluso si ella, por desgracia, no los tiene, pensar siempre en aquellos aspectos de ella que son más atractivos. La confianza en que al final todo saldrá bien es lo que más importa, tanto por tu bien como por el de

ella.

Siempre que disponía de tiempo libre, se pasaba el rato dando esta clase de consejos.

El joven no necesitaba que le incitaran para prescindir, por el bien de su joven dama, y tal como le estimulaban a hacer los sermones de Genji, incluso del interés más superficial por cualquier otra. Entretanto, ella estaba avergonzada al ver a su padre más atribulado que de ordinario, y culpaba de ello, entristecida, a su mala suerte; pero la aflicción que le causaba su monótona vida no se reflejaba en su semblante, que mostraba una serenidad imperturbable.

Él le escribía unas cartas

conmovedoramente apasionadas cada vez que necesitaba liberar sus sentimientos. Ella podía preguntarse «¿en quién más puedo creer?», [36] pero hay que ser más experimentado para dudar seriamente del corazón de un amante, y muchos pasajes la afectaron profundamente. La gente decía que el príncipe Nakatsukasa había sondeado a Su Gracia y que los dos habían decidido seguir adelante, lo cual debió de significar otro golpe para su padre.

—Eso es lo que tengo entendido —le dijo en privado con lágrimas en los ojos—. ¡Qué cruel es! Supongo que quiere volver conmigo por mi testarudez cuando me abordó al respecto. ¡Qué necia

parecería si cediera!

Profundamente avergonzada, las lágrimas acudieron a sus ojos y desvió la mirada, un gesto que resultaba inefablemente adorable. «¿Qué voy a hacer? —se preguntaba él—. ¿Sigo adelante incluso ahora para ver lo que él siente?» Estas y otras preguntas cruzaban por su mente.

Ella permaneció cerca de la terraza incluso después de que él se hubiese ido, abstraída y desconsolada. «¿Qué extraña es la manera en que mis lágrimas brotan por sí solas! ¿Qué puede él haber pensado de mí?» Mientras permanecía allí sentada, reflexionando sobre tales cosas, le llegó una carta de él, y sí, la leyó. Era larga y

seria. Le había escrito:

*Una crueldad como la tuya no es más
que lo que uno espera en este mundo
nuestro,*

*más, ¿por no olvidarte a ti soy entonces
tan extraño?*

La joven no podía olvidar la frialdad con que él ni siquiera había dado a entender lo que ella acababa de saber, pero, a pesar de su enojo, replicó:

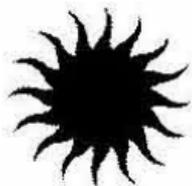
*Que esto fuese todo y que olvidaras
ahora a la que no podrías:*

*¡sin duda es esto lo que significa ceder a
la realidad del mundo!*

Esto desconcertó a Yûgiri, que no podía dejar la misiva de lado. Se quedó sentado, mirándola y sacudiendo la cabeza.

Fuji no uraba
Hojas tiernas de
glicina

«*Fuji no uraba*» («hojas tiernas de glicina») aparece en un antiguo poema que cita Tô no Chûjô en este capítulo, cuando aprueba el matrimonio de Yûgiri con su hija Kumoi no Kari.



Relación con los capítulos anteriores

Hojas tiernas de glicina» sigue a «La rama de ciruelo» en orden cronológico.

Personajes

Su Gracia, el canciller,
luego emperador
honorario retirado, Genji,
de 39 años

El capitán consultor, luego
consejero, hijo de Genji, de 18 años
(Yûgiri)

**Su Excelencia, el
ministro de Palacio**, luego
canciller (Tô no Chûjô)

El capitán secretario, hijo
mayor de Tô no Chûjô, de 23 o 24 años
(Kashiwagi)

El teniente senescal, de 22 o
23 años (Kôbai)

La joven dama, hija de
Tô no Chûjô, de 20 años (Kumoi
no Kari)

La dama del ala oriental
de la mansión de Genji, de 31 años
(Murasaki)

La dama de cámara
Fujiwara, hija de Koremitsu

La joven dama, hija de
Genji, consorte del príncipe heredero,
de 11 años (Akashi no Himegimi)

Su madre, Akashi, de 30 años
(Akashi no Kimi)

Taifu, aya de Kumoi no Kari

Saishô, aya de Yûgiri

Su Majestad, el
emperador, de 21 años (Reizei)

Su Eminencia, el
emperador retirado

Suzaku, de 42 años.

En medio de estos preparativos, [1] el capitán consultor seguía melancólico y abstraído; lo cierto era que incluso a él le sorprendía la profundidad de su afecto. «Si ella es tan dueña de mi corazón, [2] entonces oigo que el guardián de la barrera ha transigido lo suficiente para mostrarse dispuesto a dormir [3] — reflexionó—, pero bien podría llevar esto a buen término de una manera más honorable». Sin embargo, su circunspección iba acompañada de gran desconcierto y dolor. Entretanto su joven dama coligió por lo que le había dicho su padre, si era cierto, que ya no debía de significar nada para él, y por este motivo, de una manera sorprendente, ambos se

dieron la espalda, lo cual sólo demostraba lo mucho que se amaban. A pesar de su obstinación en el pasado, Su Excelencia apenas sabía qué hacer ahora, puesto que si el príncipe Nakatsukasa decidía seguir adelante con sus planes, él se vería obligado a buscar de nuevo una posición para su hija. «Cualquier nueva perspectiva que pueda encontrar será digna de lástima, —pensaba—, y, por lo que a mí respecta, no dudo de que la gente se reiría y bromearía a mi costa. Es inútil que trate de ocultar la mala conducta furtiva por parte de ellos, [4] pues a estas alturas eso también debe de ser de dominio público. Supongo que, después de todo, tendré que poner la mejor cara

posible y ceder».

Tenía dudas sobre si debía abordar a Genji abruptamente para hablar de ello, puesto que, a pesar de la superficial cordialidad que ahora había entre ellos, aún seguían enfrentados, y parecería un necio si lo planteaba con una formalidad excesiva. Se preguntaba cuándo podría encontrar el momento adecuado para hablar del asunto.

El día vigésimo del tercer mes realizó un peregrinaje al Gokurakuji, [\[5\]](#) pues era el aniversario del fallecimiento de Su Alteza, su madre. Le acompañaron todos sus hijos, muy bien ataviados, así como gran número de nobles que en modo alguno eclipsaban al capitán consultor,

que estaba alcanzando la cima de su hermosura viril y cuya figura era la suma de todas las gracias. Desde que se enojara tanto con Su Excelencia, se sentía nervioso en su presencia, y actuaba de una manera tan juiciosa y con un porte tan digno que llamó especialmente la atención de Su Excelencia. Genji había encargado lecturas de las escrituras. El capitán consultor se adelantó para ocuparse de todo lo necesario, y mostró una devoción conmovedora.

Aquella noche, cuando la gente se marchaba, el suelo estaba cubierto de pétalos de flores de cerezo y la bruma lo velaba todo, mientras Su Excelencia canturreaba con garbo antiguos poemas y

soñaba con el pasado. También el capitán consultor, a quien afectaba cada vez más la melancólica atmósfera de la tarde, seguía pensativo y absorto pese a las voces que gritaban: «¡Parece que va a llover!».

Su Excelencia imaginaba que estaba pensando en ella, y le tiró de la manga.

—¿Por qué estás tan enfadado conmigo? Sin duda puedes perdonarme tan sólo con que pienses lo que significan los actos religiosos de hoy para los dos. Mira, no me quedan muchos años por delante, y debo decirte que tu rechazo me ha dolido.

El joven caballero adoptó una actitud deferente.

—Aunque Su Alteza, la difunta abuela, tuvo la amabilidad de darme razones para confiar, vos mismo no parecíais estar de acuerdo, y por ello comprenderéis que no haya deseado tomarme la libertad...

Todo el mundo corrió a casa tan rápido como pudo en medio del aguacero y las ráfagas de viento. El interés del asunto era tan perdurable que el capitán consultor se pasó la noche dando vueltas en la cabeza a lo que Su Excelencia podría haber querido decir con su excepcional tentativa de acercamiento.

Entonces Su Excelencia observó que su resistencia había desaparecido, tal vez gracias a la constancia del capitán en el

transcurso de largos años, y se puso a pensar en alguna oportunidad, por pequeña que fuese, para, aunque fuera de pasada, pero de una manera correcta, promover la cuestión. Entretanto llegó el cuarto mes, y trajo a su residencia tal profusión de flores de glicina que no pudo permitir que aquella gloria pasara desapercibida, y organizó una velada musical para la ocasión. Hacia el anochecer las flores eran más bellas que nunca, y pidió a su hijo, el capitán secretario, que llevara al joven una nota: «La charla que tuvimos aquella noche bajo las flores me dejó con ganas de proseguirla. Si no tienes otro compromiso, te ruego que vengas». La

nota incluía un poema:

*A la débil luz del crepúsculo, la glicina
que rodea mi hogar brilla con vividos
tonos:*

*¿no vendrás entonces a contemplar este
último obsequio de la primavera? [6]*

Lo había atado a una rama de
extraordinaria belleza.

El capitán había esperado una cosa
así, y, con el corazón palpitante, compuso
una réplica cortés:

*Mi mano tanteadora aún podría,
dubitativa, acercarse a la glicina,
cuando*

*entre las sombras crepusculares mi gesto
podría extraviarse.*

—Me temo que me falta valor —le confió a Kashiwagi—. Te ruego que hagas los cambios que consideres necesarios.

—Te acompañaré —dijo el enviado de Su Excelencia.

—¡No necesito una escolta de tal categoría!

Tras enviarle de regreso, [7] el capitán le dijo a su padre lo que había sucedido y le mostró la nota de Su Excelencia.

—Desde luego, algo se propone. Si, en efecto, ha llegado tan lejos, debe de haberte perdonado tu conducta nada filial

en el pasado. [8]

Mientras hablaba, Genji tenía una irritante expresión de triunfo.

—No es posible que el asunto sea tan serio. Tengo entendido que su glicina ha florecido más hermosa que nunca y, dada la serenidad que reina ahora, supongo que sólo desea un poco de música.

—Pues te ha enviado a un mensajero muy especial. Debes ir de inmediato.

Dio su aprobación, y el capitán siguió receloso acerca de lo que podía aguardarle.

—Ese manto que llevas es demasiado oscuro, y a mi modo de ver carece de dignidad. El violeta le conviene a una persona que no pasa de la categoría de

consultor, o a un joven de un rango que no merece la pena mencionar. Vamos, déjame que te vista como es debido. [9]

Genji le envió con un porteador que llevaba un maravilloso manto, junto con un juego de túnicas de exquisita belleza.

De regreso en su habitación, el capitán consultor preparó su aparición con extremo cuidado, dejó que pasara el crepúsculo y entonces llegó justo cuando su anfitrión se estaba preguntando con inquietud si su invitado acudiría o no. Siete u ocho de los hijos de Su Excelencia, el capitán secretario entre ellos, salieron a recibirle. Todos eran jóvenes caballeros de hermosa planta, pero aun así él era incomparable, puesto

que, aparte de la apostura que le caracterizaba, poseía una noble elegancia que dejaba en evidencia a cuantos le rodeaban.

Su Excelencia puso un gran cuidado en el recibimiento que le hizo, alojándole en una sala preparada para la ocasión, pero, antes de salir a saludarle, con el gorro formal en la cabeza, se dirigió a su esposa y sus jóvenes damas de honor.

—¡Miradle! —les dijo—. Se está convirtiendo en un joven de notable apostura, y tiene también una serena y discreta dignidad. Cuando pienso en cómo se eleva con toda claridad por encima de sus pares, debería decir que supera incluso a su padre. Su Gracia tiene un

encanto muy atractivo, y basta con mirarle para sonreír y olvidar las cuitas de este mundo, pero en el servicio del reino es un poco blando y tiende a hacer lo que le da la gana, aunque supongo que eso es bastante natural. En cambio, este joven caballero tiene mayores conocimientos que su padre, y todo el mundo parece conceder que posee una firmeza y una sensatez masculinas admirables.

Dedicaron un momento a los cumplidos apropiados, y entonces se pusieron a admirar las flores.

—Todas las flores de la primavera son una maravilla cuando florecen, pero es tan cruel la premura con que desaparecen que uno se lo reprocha; éstas

son las únicas que se mantienen hasta el verano, y por ello les tengo un cariño tan especial. Incluso su color, ¿sabes?, evoca ritos amorosos.

Las sonrisas de Su Excelencia transmitían un cordial afecto.

Incluso después de que se alzara la luna, las flores eran indistinguibles, pero ellos las alabaron de todos modos, animados por la música y el sake. Su Excelencia no tardó en fingir que estaba bebido e insistía con vehemencia en que su invitado tomara una taza tras otra, aunque tropezaba con un firme rechazo.

—Puede que seas el funcionario más adorado del reino, incluso demasiado bueno en esta época degenerada, pero te

reprocho que hayas abandonado a un viejo. Sin duda incluso los clásicos mencionan el respeto que se debe a los mayores. Supongo que también tú estas familiarizado con la enseñanza de aquel maestro. [\[10\]](#) ¡Créeme, me enoja pensar en el sufrimiento que me has causado!

Tanto si vertía lágrimas de beodo como si no, lo cierto es que se las ingenió muy bien para decirle al joven un par de cosas.

—¡Oh, no, señor mío! —protestó cortésmente el capitán—. ¡De buen grado lo daría todo por el bien de aquellos en quienes el pasado sigue viviendo para mí, y no sé cómo podéis imaginar semejante cosa! Debe de ser la torpeza de mi propio

y necio corazón la que lo ha hecho parecer así.

Aquél era el momento para que Su Excelencia se pusiera a cantar «Hojas tiernas de glicina», [\[11\]](#) y entonces el capitán secretario arrancó un racimo de flores especialmente largo y oscuro y lo depositó al lado de la taza de su invitado. El joven caballero se esforzó por encontrar una respuesta, y entretanto Su Excelencia dijo:

*Me quejaré entonces al bello tono malva
de las flores de glicina,
aunque nada me agrada que hayan
alcanzado al pino. [\[12\]](#)*

El capitán consultor, taza en mano, le respondió con una leve y grácil inclinación de cabeza.

*Ah, ¿cuántas veces he debido padecer,
durante demasiadas primaveras
cubiertas de rocío,*

*para llegar por fin a este día en que se
abren las flores de glicina?*

replicó, y pasó la taza al capitán secretario.

*La tierna flor de la glicina que tanto
recuerda las mangas de una hermosa
doncella,*

sin duda parece aún más hermosa a los

ojos embelesados de quien la contempla.

La taza pasó de mano en mano, pero los poemas se tambaleaban como borrachos, y nadie conseguía mejorarlos.

El estanque mostraba su tranquila superficie espejeante bajo la pálida luna del comienzo de la octava noche. Sí, las hojas de lo alto de los árboles eran esbeltas y nuevas, pero el pino, aunque no era tan alto, se inclinaba de una manera poco decorosa, y de él colgaban unas flores que el mundo rara vez suele ver. El teniente senescal cantó, como de costumbre, «Valla de juncos» con su voz melodiosa. [\[13\]](#)

—¡Qué curiosa canción has elegido!

—bromeó Su Excelencia, y se le unió para cantar «...esta antigua y noble casa» con su no menos buena voz. [\[14\]](#)

La velada era gratamente distendida, y todas las tiranteces entre ellos se desvanecieron.

Se estaba haciendo tarde cuando por fin el capitán consultor se volvió hacia el capitán secretario con toda la apariencia de que se encontraba mal. [\[15\]](#)

—De verdad me siento indispuerto, y dudo de que deba intentar volver ahora a casa. ¿Puedo rogarte que me permitas pasar la noche aquí?

—¡Buscadle un lugar donde dormir!
—gritó Su Excelencia—. Este viejo está demasiado bebido para hacerlo él mismo.

¡Disculpadme, por favor! —Abandonó la sala tambaleándose.

—Bueno, veo que esto va a ser una noche de viajero bajo las flores —observó el capitán secretario—. ¡Esto le dificulta un poco las cosas a tu guía!

—¿Crees que la flor es descocada, unida así al pino? —replicó el consultor—. ¡Podrías haber elegido otra expresión!

[16]

Aunque se sentía personalmente ofendido, el capitán secretario había deseado aquel enlace, puesto que las cualidades del consultor no dejaban nada que desear, y le mostró el camino de buen grado.

El joven pensó que estaba soñando, y

también debía de sentirse en extremo orgulloso de sí mismo. Su joven dama era muy tímida, pero su belleza, que había florecido al hacerse más mujer, le agradaba más que nunca.

—Podría haber pasado a la canción y el relato [\[17\]](#) —se quejó—, pero mi constancia parece haber persuadido a Su Excelencia. ¡Sin embargo, tu ceguera hacia mis sentimientos es extraordinaria! ¿Y te has dado cuenta del tema de esa «Valla de juncos» que ha cantado el teniente? ¡Qué descaro el suyo! ¡Deseaba replicarle con «En Kawaguchi»! [\[18\]](#)

Ella se tomó a mal esta observación.

Sí, Kawaguchi, eres tú quien dio a

*conocer a todos nuestra vergüenza;
¿y para qué lo hiciste, revelando
nuestros secretos? [19]*

¡Eres espantoso! —exclamó como una
chiquilla.

*Abstente al menos, te lo ruego, de culpar
a Kawaguchi por su falta de cuidado,
¡cuando es la barrera de Kukida desde
donde se difunde todo!, [20]*

replicó él con una sonrisita.

—Después de haber esperado durante
tantos años, tengo una sensación atroz y
apenas sé lo que estoy haciendo.

Adujo que estaba bebido y evidenció

con su comportamiento que se encontraba mal, lo cual le permitió hacer caso omiso de la llegada del alba. [21] Cuando las damas de honor no lograron despertarle, Su Excelencia observó con cierta irritación que debía de estar muy ufano para yacer dormido durante tanto tiempo. Sin embargo, se marchó antes de que fuese pleno día, y merecía la pena ver su cara todavía soñolienta al partir.

Su carta llegó a la dama como antes, con las precauciones habituales, pero aquel día no tenía fuerzas para ofrecer una réplica. Se sintió sumamente exasperada cuando apareció Su Excelencia y la leyó, y las damas de honor más mayores, de lengua malévola, se tocaron unas a otras,

regocijadas. La carta decía: «Los aires que todavía te das me han mostrado cuál es mi lugar más claramente que nunca, pero, aunque ese dolor todavía pueda acabar conmigo...»

*Ahórrame tu reproche, cuando mis
manos se queden sin fuerza para escurrir
lágrimas secretas,
si hoy me dirijo a ti con un demasiado
visible goteo de las mangas.*

El tono era sorprendentemente familiar.

Su Excelencia sonrió.

—¡Qué bien escribe ahora! —
observó, entre otras cosas, sin el menor

rastró de sus antiguos recelos.

Cuando vio que ella no estaba dispuesta a responder, le recordó lo que requerían las apariencias y entonces se marchó sin insistir, puesto que la renuencia de la dama era muy natural. Pidió que recompensaran con generosidad al mensajero del consultor, y el capitán secretario le agasajó calurosamente. Hasta entonces aquel caballero se había visto obligado a moverse en secreto, teniendo mucho cuidado de que sus misivas no fuesen descubiertas, pero ese día por fin pudo mantener la cabeza alta. Era un ayudante de la Guardia de la Derecha de Palacio, en quien el capitán consultor tenía depositada la mayor

confianza.

Genji, que se enteró de todo esto, observó al capitán con detenimiento cuando se presentó, más radiante que nunca.

—¿Qué tal te ha ido esta mañana? ¿Le enviaste tu carta? Incluso el hombre más juicioso puede equivocarse con respecto a una mujer, como lo demuestran numerosos ejemplos, y, a mi modo de ver, la manera en que lograste evitar una indecorosa insistencia o impaciencia demuestra que vas un poco por delante de los demás. Desde luego, la posición de Su Excelencia era demasiado inflexible, y supongo que la gente hablará de él ahora que ha cedido de una manera tan absoluta.

Con todo, no debes tomarte libertades ni regodearte como si hubieras vencido. Sé que parece tolerante y sincero, pero tiene unas rarezas impropias de un hombre serio y ciertos rasgos que hacen que no sea fácil tratarle.

Genji soltó una larga perorata, como de costumbre. Pensaba que las cosas habían salido bien y que los jóvenes formaban una pareja encantadora.

Genji parecía mucho más el hermano mayor del joven caballero que su padre, e incluso un hermano sin demasiada diferencia de edad entre ellos. Cuando estaban separados, sus rostros parecían copiados uno de otro, pero cuando estaban juntos cada uno poseía una

hermosura propia. Genji llevaba un manto de color claro [22] sobre una túnica blanca estampada en un relieve también blanco, de estilo más bien chino y de lustrosa transparencia. Incluso ahora su figura mostraba una distinción y una elegancia supremas. El manto de su señoría el capitán era algo más oscuro, [23] y la túnica, teñida de clavo intenso, [24] así como la camisa de suave seda asargada blanca que la acompañaba, transmitían una elegancia cultivada con mucho gusto.

Hicieron traer al Buda de la Purificación [25] y, puesto que el oficiante había llegado tarde, el sol ya se había puesto cuando las damas le

enviaron muchachas paje con las ofrendas que tuvieron a bien hacer, y todas ellas eran tan generosas como cualesquiera de palacio. El rito tuvo lugar exactamente como en presencia de Su Majestad. Acudieron jóvenes caballeros de todas partes y, aunque parezca extraño, se sentían allí más nerviosos e intimidados de lo que jamás habían estado en el ambiente formal de palacio.



El rito de purificación

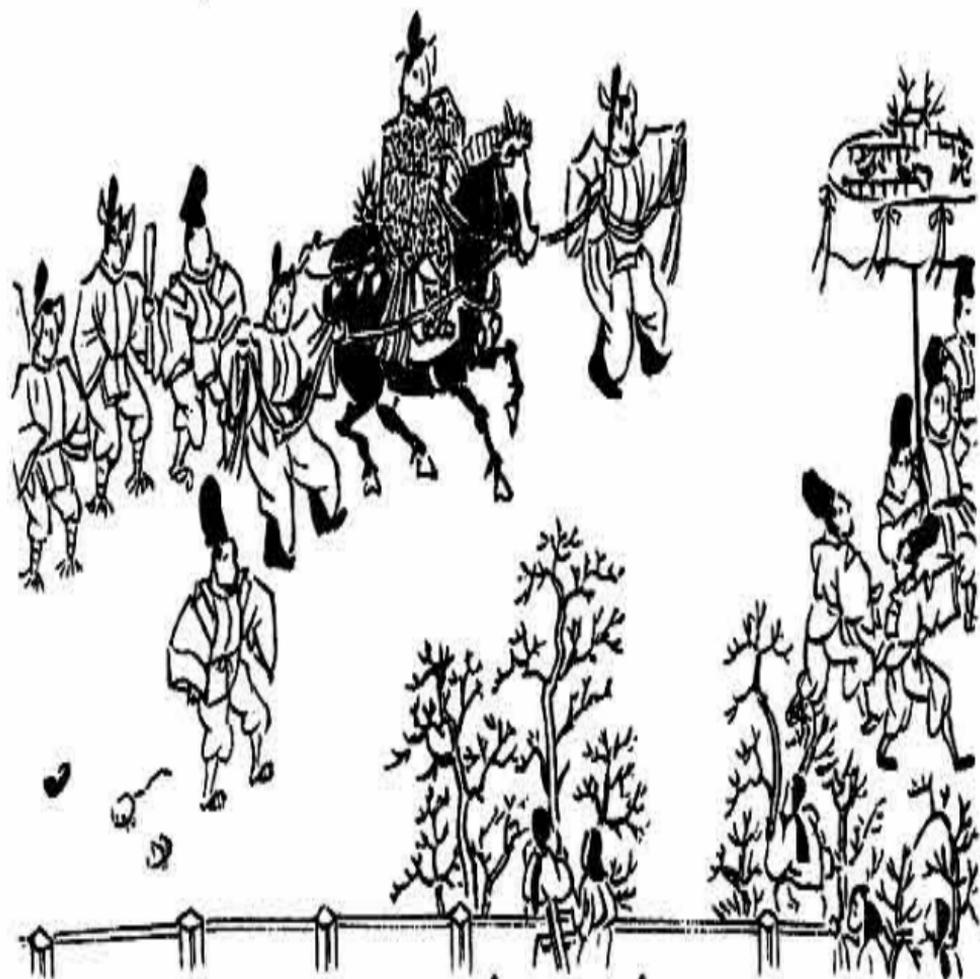
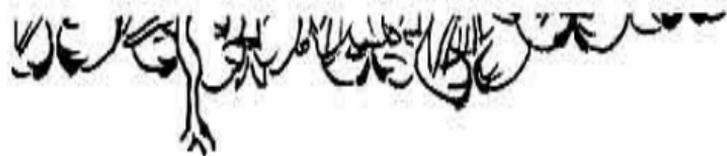
Algunas de las damas de honor jóvenes a las que el capitán había favorecido de una manera superficial le

aborrecieron al verle avanzar, inquieto, más serio y con un atuendo más imponente que nunca. Al cabo de tantos años de paciencia, él y su esposa parecían tan perfectamente satisfechos el uno del otro que nada habría podido interponerse entre ellos. Su Excelencia, que había descubierto que el joven mejoraba cuando se le conocía de una manera más íntima, tuvo a bien colmarle de atenciones. Todavía le decepcionaba haber perdido, pero de buen grado y sin reservas perdonaba a su yerno, la constancia de cuya determinación jamás había flaqueado. Ciertas personas, como su esposa y las damas de honor de ésta, tenían ahora motivos para quejarse de que

la situación de su hija menor era más feliz y mucho más gratificante que la de la hija de la consorte, pero eso no importaba. El resultado satisfacía plenamente a la esposa del inspector. [26]

Ahora los preparativos en Rokujô [27] apuntaban a un día pasado el vigésimo del cuarto mes. La dama que vivía en el ala oriental de la mansión de Genji tenía intención de ir a Kamo para asistir al Divino Nacimiento, [28] y como de costumbre invitó también a las otras damas, pero ellas prefirieron quedarse en casa para no tener que seguir a Murasaki. Una escolta reducida acompañaba al modesto séquito de veinte carruajes, a los que esta sencillez dotaba de un peculiar

encanto.



Enviado imperial

El día del festival, Murasaki partió antes del alba, y durante el camino de regreso ocupó su lugar en la tribuna para contemplar la procesión. Las damas de honor de las otras señoras la seguían en sus carruajes, los cuales ocupaban un espacio tan vasto delante de ella que su imponente número revelaba desde lejos quién era ella.

Genji recordaba la ocasión en que habían apartado el carruaje de la emperatriz madre, el Refugio de Rokujô, dejándolo entre la multitud.

—Fue cruel por su parte [\[29\]](#) permitir que la arrogancia del favor pasajero fomentara una cosa así —comentó—. Ella, que tanto despreciaba a otra, murió

bajo la carga de un gran sufrimiento. — Prefirió guardarse para sí muchas de las cosas que acudían a su mente—. Entre los que quedan, el capitán, [\[30\]](#) un simple súbdito, apenas consigue destacar, mientras que Su Majestad se alza de un modo supremo. Esto me parece conmovedor en extremo. La vida es traicionera, y ése es precisamente el motivo por el que espero dedicar el resto de la mía a hacer lo que me plazca, pero, ¿sabes?, no puedo evitar la preocupación de que, una vez yo haya desaparecido, puedas sufrir penalidades.

Los nobles se habían congregado en las tribunas, y Genji fue a reunirse con ellos.

El enviado de la Guardia de Palacio era el capitán secretario. Estos caballeros se habían reunido primero en la residencia de Su Excelencia, desde donde se habían trasladado para atender a Su Gracia. Otra enviada era la dama de cámara Fujiwara. [\[31\]](#) Altamente considerada, gozaba de tal estima que desde todas partes le llegaban gran número de regalos, hasta del emperador, el príncipe heredero y la misma Rokujô. El capitán consultor incluso le envió un mensaje de felicitación cuando ella se puso en marcha. Habían compartido su intimidad en privado, y la manera en que él se había acomodado a tan gran ventaja turbaba a la joven. Él le había escrito:

*¿Cómo se llama la hoja que todos
lucimos hoy? Ahí está, bien la veo,
pero tanto tiempo ha pasado que ya no
sé su nombre. [\[32\]](#)*

«¡Qué lástima!»

Desde luego, él no había dejado pasar la ocasión, y ella, por un motivo u otro, incluso en medio de la confusión de subir a su carruaje, se las arregló para replicar:

*En cuanto a esa verde hoja que luces
alegremente, tanto si la conoces como si
no,*

*¡sin duda quien ganó laureles hallará el
medio de conocer su nombre! [\[33\]](#)*

«Supongo que para ello hace falta un doctor». Era una réplica ligera, pero a él le dolió. Sí, ciertamente era a ella a quien, después de todo, él había visitado a hurtadillas.

Lo apropiado era que la esposa de un hombre acompañara a su hija al palacio, pero Genji reflexionó en que la suya no podría quedarse allí mucho tiempo y que, en cambio, tal vez era el momento oportuno para prestar su ayuda a ella. [\[34\]](#)

También la señora del ala oriental había llegado a sentir que la larga separación, que sin duda iba a terminar algún día, debía de ser muy triste y dura para la madre de la joven y que por entonces también debía de resultarle

penosa a la misma dama. No, no le gustaba la idea de que las dos se volvieran contra ella.

—Déjala que esta vez vaya con su madre —le dijo ella—. Me preocupa que todavía sea de tan tierna edad y que muchos a su alrededor sean también muy jóvenes. Sus ayas no pueden encargarse de todo, y si no puedo estar personalmente con ella, quisiera dejarla en buenas manos.

A Genji le satisfizo que los pensamientos de Murasaki coincidieran tan bien con los suyos, y le planteó la cuestión a la madre de su hija. Eso era lo que ella había deseado, y estaba muy contenta. Tomó disposiciones para que las

damas de honor de su hija estuvieran tan bien vestidas y fuesen tan perfectas en todos los detalles como las de aquella otra y mucho más grande dama. Su señoría, la monja, que tanto ansiaba vivir para ver a su nieta bien instalada, se había aferrado tenazmente a la vida con la esperanza de poder encontrarla de nuevo algún día, pero ahora se preguntaba, entristecida, cuándo llegaría ese momento.

Aquella noche, cuando la señora del ala oriental acompañó a palacio a la joven dama, la madre de la muchacha caminó humildemente detrás de su carruaje de mano. Esto habría sido humillante de haber pensado por un solo momento en sí misma, pero sólo

lamentaba que ella, la tara en la gema que Genji había pulimentado, de todos modos hubiera vivido tanto.

Genji había querido evitar que la llegada ceremonial de su hija se convirtiera en un espectáculo deslumbrante, pero desde luego el acontecimiento fue extraordinario. La señora que vivía en el ala oriental de su mansión, que había cuidado de ella con abnegada entrega, la apreciaba de veras, y tan sólo deseaba haber tenido una hija propia, una a la que nunca tuviera necesidad de enviar a otra parte. Tanto Genji como el capitán consultor consideraban que éste era su único defecto. Al cabo de tres días, ella se

retiró de palacio.

Las dos damas se conocieron la noche en que una acudió a sustituir a la otra.

—Verla de repente tan crecida le recuerda a uno los muchos años que han pasado, y espero que ya no tengamos que permanecer distanciados —empezó a decir cordialmente Genji, y tuvieron una larga conversación.

Éste fue el comienzo de su amistad. No era de extrañar, reflexionó Genji, asombrado por la elegancia con que hablaba, que se hubiera interesado tanto por ella. Akashi, por su parte, estuvo complacida al trabar conocimiento con aquella dama de distinción suprema y comprendió que Genji la pusiera por

encima de todas las demás. ¿No era un honor dirigirse a ella de aquella manera, como a una igual?, se preguntó. La ceremonia que rodeó a la partida de la dama de Genji tuvo un esplendor insólito, y la autorización para que utilizara un carruaje de mano le confirió nada menos que la dignidad de una consorte, con lo cual Akashi supo, después de todo, cuál era su lugar.

Miró como en un sueño a la encantadora niña, vestida como una muñeca, que estaba ante ella, y las lágrimas que vertieron sus ojos en modo alguno eran las mismas. [\[35\]](#) La vida que tantas penalidades le había acarreado en el transcurso de los años, que sólo le

había impulsado a lamentar su suerte de mil maneras, le parecía preciosa y, en aquel momento de dicha supo cuánto le debía al dios de Sumiyoshi. Su hija estaba ahora con ella para recibir todo su cariño, y mientras que la viveza y la inteligencia poco común de la joven dama le valían con toda naturalidad la estima general, su gracia y su belleza excepcionales atraían intensamente al joven príncipe heredero. Algunas damas de honor de su rival consideraban una mancha que su madre cuidara de ella, pero tales comentarios no podían hacerle ningún daño. No hace falta decir que la nobleza de sus rasgos y su porte era suprema, y puesto que su madre nutría su encantadora distinción con

atenciones que no dejaban de lado el más pequeño detalle, los cortesanos centraban en ella los prodigios de su rivalidad, [36] mientras que su padre prodigaba un cuidado exquisito incluso al aspecto y el porte de aquellas de sus doncellas a las que favorecía.

La señora del ala oriental de la mansión de Genji iba de visita en ocasiones apropiadas. La amistad entre las dos progresaba a ojos vista, pero Akashi nunca presumía de ello, ni su conducta daba pie al más leve comentario desdeñoso, pues tanto su aspecto como su modo de ser se aproximaban mucho al ideal.

Genji nunca había esperado vivir

mucho, y ahora que por fin había visto a su hija instalada en palacio por todo lo alto y que su hijo el capitán, cuya vida, desarraigada adrede, tan poco apropiada había sido para él, se había instalado de un modo admirable, experimentaba la suficiente serenidad de espíritu para realizar finalmente el deseo que acariciaba. [37] Le sería difícil abandonar a la más querida de sus damas, pero ella tenía en Su Majestad a un aliado nada despreciable. A los ojos del mundo, también era la madre de su hija, para quien sin duda ella estaba en primer lugar; no, estaría bien cuidada. La dama de verano añoraría la brillantez de sus visitas ocasionales, pero ella contaba con

el capitán. Le parecía que no tenía necesidad de preocuparse por ninguna de ellas.

El año siguiente cumpliría los cuarenta, y en todos los lugares, y Su Majestad el primero de todos, se estaban preparando para el aniversario. Ese año le concedieron un rango equivalente al de emperador retirado. Sus emolumentos ascendieron, y disfrutó de nuevos beneficios y sinecuras. La vida le ofrecía ya todo cuanto podía desear, pero se invocó un peculiar precedente del pasado, nombraron un personal del emperador retirado para su servicio y adquirió una dignidad tan imponente que, con no poco disgusto por su parte, ya no podía ir de

visita a palacio. Aun así, Su Majestad ansiaba como siempre hacer por él cosas todavía más grandes, y noche y día se lamentaba de que, por deferencia a los deseos del mundo, no pudiera abdicar a favor de Genji.

El ministro de Palacio fue ascendido, [38] mientras que el capitán consultor se convertía en consejero y llevaba a cabo las visitas de agradecimiento. Todo en él, y no en menor grado el creciente resplandor de su rostro y su persona, eran tan irreprochables que su suegro no podía dejar de sentirse agradecido por no haber enviado a su hija al servicio de palacio, donde sólo podría haber salido perdiendo en beneficio de otra.

De vez en cuando el nuevo consejero había tenido ocasión de recordar la noche en que Taifu, el aya de su esposa, le susurró: «¡Pensar que su destino era empezar con alguien del sexto rango!». En consecuencia, ató una nota a un crisantemo que había cambiado muy bellamente de color: [\[39\]](#)

*¿Soñaste alguna vez ante las tiernas
hojas verde claro del crisantemo que le
verías dar unas flores de tan hermoso
color malva? [\[40\]](#)*

«Aquel fue un triste momento, y hay una cosa que oí entonces que no puedo olvidar». Le entregó la misiva con una

sonrisa deslumbrante.

Ella le encontraba muy atractivo, pese a la vergüenza y el pesar que le provocaba.

*Ningún crisantemo cultivado en
semejante jardín desde sus días de
pimpollo
podría languidecer, que yo supiera,
verde claro durante mucho tiempo.*

«¿De dónde habéis sacado semejante idea, mi señor?», protestó ella suavemente.

Semejante elevación de su categoría hizo que la joven pareja tuviera poco espacio en el lugar donde vivía, así que se

mudaron a Sanjô. [\[41\]](#) La mansión estaba bastante abandonada, pero el consejero hizo que la remozaran y estableció allí su residencia tras haber reformado las habitaciones que habían pertenecido a Su Alteza. La residencia estaba llena de conmovedores recuerdos del pasado. Los árboles del jardín que rodeaba la casa, tan pequeños entonces, ahora arrojaban una profunda sombra, y unas matas de cortadera habían vuelto al estado silvestre. Él lo arregló todo, y también encargó que limpiaran el arroyo de plantas acuáticas, de modo que volviera a fluir alegremente.

Cierta vez, en la penumbra de un delicioso anochecer, los dos lo

contemplaban todo y hablaban de lo jóvenes que habían sido y del triste periodo que habían tenido que vivir, y ella rememoró con afecto muchas cosas, aunque avergonzada por lo que sus damas de honor debían de haber pensado. Las que siempre habían servido a Su Alteza seguían allí, cada una en su propia habitación, y ahora se reunieron felices antes sus nuevos señores.

*Sé que eres tú, ¡oh límpido arroyo!, el
dueño de estas rocas que debemos
proteger,
pero dime tan sólo, si es posible: ¿dónde
está aquella a la que otrora amamos?*

dijo Yûgiri, y Kumoi no Kari:

*No veo rastro de aquella a quien
perdimos, estrecho y límpido arroyo,
y, no obstante, cruelmente, ¡aún fluyes
rumoroso como si nada!*

Entretanto, los colores de las hojas otoñales cautivaban a Su Excelencia a lo largo del trayecto desde el palacio a su casa, y fue a reunirse con ellos. El lugar apenas había cambiado desde que sus padres vivieran allí, y era conmovedor en extremo ver a la joven pareja felizmente instalada en aquel apacible entorno. El consejero tenía el rostro un poco enrojecido; parecía más serio que de

costumbre y evidenciaba contención en su porte y sus ademanes. Formaban una espléndida pareja, pero a Su Excelencia le pareció que la bonita cara de la muchacha era como tantas otras que uno encuentra en todas partes, mientras que el aspecto del joven era excepcional. Las ancianas damas de honor se pusieron a su disposición y le entretuvieron con sus anticuadas observaciones. Los poemas que su hija y su yerno habían anotado un momento antes estaban esparcidos por todas partes, y al verlos él manifestó, con lágrimas en los ojos:

—También yo con mucho gusto interrogaría al arroyo, pero un viejo, como lo soy ahora, debe abstenerse. [\[42\]](#)

*No es ninguna sorpresa que finalmente
haya muerto el pino más venerable,
pero el pimpollo que planté se reviste
ahora de musgo. [\[43\]](#)*

Saishô, el aya del joven caballero, no había olvidado lo mucho que Su Excelencia le había hecho enfadar, y añadió con evidente satisfacción:

*A los dos he de buscar la más amable de
las sombras: para estos plantones de
pino,
uno arraigado hace mucho y destinado a
perdurable felicidad.*

Entonces cada una de las ancianas

ofreció similares estrofas, que divirtieron al consejero. Su joven dama escuchaba con rubor y profundamente avergonzada.

Pasado el día vigésimo del décimo mes tendría lugar una visita imperial a la finca de Genji en Rokujô. La excursión prometía ser deliciosa, puesto que los colores del otoño estarían en su mejor momento, por lo que Su Majestad invitó al emperador retirado Suzaku a acompañarle. El resultado fue un acontecimiento admirable y excepcional que asombró a todo el mundo. Genji, su anfitrión, les preparó tal bienvenida que una apenas podía dar crédito a sus ojos.



Paneles de tela

Cuando llegaron Sus Majestades, a la hora de la Serpiente, [\[44\]](#) alinearon de inmediato los caballos de los Establos Imperiales de la Izquierda y la Derecha ante el pabellón situado en el terreno de equitación, y los guardias de la Izquierda

y la Derecha de Palacio se reunieron en filas detrás de ellos exactamente igual que durante el Festival del Ácoro que tenía lugar el quinto mes. Cuando se aproximaba el final de la hora de la Oveja, [\[45\]](#) los reunidos pasaron al edificio principal del lado sudeste. Genji había preparado el camino de una manera magnífica, pues los puentes arqueados y las pasarelas estaban adornados con brocados, y en todos los lugares en los que Sus Majestades habrían sido visibles pendían paneles de tela. Había invitado al jefe de los pescadores con cormoranes adscritos a la cocina imperial, así como a los de su propio personal, para que liberasen sus aves desde las

embarcaciones situadas en la zona este del lago. Los cormoranes capturaron unas carpas pequeñas. [46] Sin embargo, Genji no había pretendido que eso constituyera un espectáculo, y tan sólo se había propuesto ofrecer algo de interés que ver por el camino. La vegetación otoñal que cubría cada montículo era encantadora, pero destacaban en especial las hojas ante el lado sudoeste, [47] y por este motivo él había eliminado los tabiques de la galería interpuesta y dejado la puerta abierta, como para proporcionar a Sus Majestades una vista perfectamente clara. Dispusieron un asiento para cada uno un poco por encima del de Genji, pero este arreglo se modificó a instancias de Su Majestad.

Esto era un honor, desde luego, pero Su Majestad aún lamentaba no poder presentarle a Su Gracia todo el respeto formal que anhelaba mostrarle. Un teniente de la Izquierda trajo el pescado desde el lago, un ayudante de la Derecha, un par de aves capturadas en Kitano por los halconeros del Departamento de Chambelanes, y ambos avanzaron desde el este para hincar un rodilla en el suelo a cada lado de los escalones [48] y ofrecer el obsequio a Sus Majestades. El canciller ordenó que lo preparasen todo y lo sirvieran a los soberanos. También había curiosos refrigerios, confeccionados de maneras que no eran habituales, para los príncipes y los

nobles. Todos bebieron hasta embriagarse. Cuando el sol se ponía, llamaron a los músicos de palacio, que no tocaron una solemne música ceremonial, sino una adecuada para que los pajes de la corte interpretaran unas danzas muy bellas. Como de costumbre, Genji pensaba, sin poder evitarlo, en la celebración bajo las hojas otoñales en el palacio Suzaku. Cuando los músicos tocaron «La gracia de nuestro soberano», [\[49\]](#) fue el hijo menor del canciller, un niño de diez años, quien danzó muy bien. Su Majestad se quitó una túnica y se la regaló, y el canciller bajó los escalones para efectuar las reverencias de agradecimiento.

Entretanto, Genji pidió que recogiera crisantemos en recuerdo de «Las olas del mar azul».

*Estos crisantemos que florecen con tonos
aún más intensos, parece como si
anhelaran*

*otoños del lejano pasado, cuando
alegres agitábamos las mangas. [\[50\]](#)*

Su Excelencia, que en aquella ocasión danzó a su lado, vio que, cualquiera que fuese la superioridad que podían haberle concedido sus dones, los de Genji le alzaban a unas cumbres incomparablemente más altas. La lluvia de comienzos del invierno parecía

armonizar con el estado de ánimo que reinaba en aquellos momentos.

*Estos crisantemos, cuyo color se fusiona
con el de las nubes violáceas,
brillan ante mis ojos como estrella
prístinas en un reino immaculado.*

Tienen su propio tiempo [\[51\]](#) —
replicó.

En el jardín, hojas otoñales de colores oscuros y claros yacían dispersas por el viento como brocado a lo largo de las pasarelas, y unos pajes apuestos, hijos de nobles familias, vestidos de verde hoja, rojo, sapán y uva, el cabello como de costumbre recogido en trenzas gemelas y

las frentes asomando apenas bajo las coronas, danzaron una serie de piezas cortas y se retiraron bajo los brillantes árboles, como si desearan que el sol nunca se pusiera. Los músicos tocaban bajo, hasta que al final los nobles señores pidieron que trajeran instrumentos de la biblioteca y los tocaron por su cuenta.

En el momento culminante del concierto, colocaron instrumentos ante el más grande de todos ellos. Una vez más Su Eminencia Suzaku se sintió conmovido y asombrado ai escuchar, invariable, la voz del «sacerdote de Uda». [\[52\]](#)

A medida que pasan los otoños, en mi humilde aldea se suceden las lluvias,

*y, sin embargo, jamás he visto semejante
resplandor de las hojas.*

Tal vez parecía un poco despechado.

[53]

Su Majestad replicó:

*Me pregunto si éstas son más que meras
hojas otoñales. Se diría un brocado
extendido de un lado a otro del jardín en
recuerdo de los viejos tiempos.*

Sus facciones, que mostraban una creciente madurez, no se distinguían fácilmente de las de Genji. Además resultaba asombroso que el consejero, sentado cerca, también se le pareciera un

poco. En cuanto a la nobleza de los rasgos, se percibía (¿o tal vez era sólo imaginación?) una diferencia de calidad entre los dos, pero él poseía quizás el encanto más puro. Su actuación con la flauta fue una delicia. La voz del teniente senescal destacaba entre las de los cortesanos reunidos para cantar al pie de la escalinata. Sí, al parecer semejante éxito era el destino de ambas casas.

Wakana I

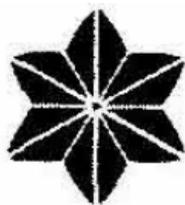
Brotos primaverales

I

Wakana significa «brotos nuevos» o, si son para comer, tal vez algo así como «verdura de primavera». En este capítulo, Tamakazura organiza un banquete *wakana* en honor de Genji por su cuadragésimo aniversario, durante el que Genji emplea la palabra en un poema:

*De tan felices prados arrancados, esos
pimpollos aún pueden dar nuevos brotes
hacia una serie todavía más larga de
años de dicha inacabable.*

Aunque *wakana* vuelve a aparecer como
título de «Brotos primaverales II» la
alusión en ese caso se refiere a un
acontecimiento del todo distinto.



Relación con los capítulos anteriores

«Brotos primaverales I» sigue a «La rama de ciruelo» en orden cronológico, comenzando a finales del año en que Genji tiene treinta y nueve.

Personajes

Su Gracia, el emperador retirado honorario, Genji,
de 39 a 41 años

Su Eminencia, el
emperador retirado

Suzaku, de 42 a 44

Su hija, Su Alteza, la
tercera princesa, adolescente
(Onna San no Miya)

Su Alteza, el príncipe
heredero, hijo de Suzaku, de 13 a 15
años

La consorte, madre del príncipe

heredero (Shôkyôden no Nyôgo)

El consejero, luego comandante de la Derecha, hijo de Genji, de 18 a 20 años (Yûgiri)

El senescal de la Izquierda, servidor de Onna San no Miya, también al servicio de Genji

El aya principal de Onna San no Miya

El intendente de la

Guardia de la Puerta

Derecha, hijo mayor de Tô no Chûjô,
mediada la veintena (Kashiwagi)

**Su Excelencia, el
canciller** (Tô no Chûjô)

Su Alteza de la Guerra,
hermano de Genji (Hotaru Hyôbukyô no
Miya)

El gran consejero, jefe de la
casa real de Suzaku

**Su Majestad, el
emperador**, hijo de Genji y
Fujitsubo, de 21 a 23 años (Reizei)

**Su Majestad, la
emperatriz**, de 30 a 32 años
(Akikonomu)

La dama de personal
(Oborozukiyo)

La señora del ala este, de 31
a 33 años (Murasaki)

La dama de personal, esposa
de Higekuro, de 25 a 27 años
(Tamakazura)

**Su Alteza del
Ceremonial**, padre de Murasaki,
de 54 a 56 años (Shikibukyô no Miya)

Chûnagon, dama de honor de
Oborozukiyo

**El ex gobernador de
Izumi**, hermano de Chûnagon

La consorte Kiritsubo del príncipe heredero, luego

Refugio, hija de Genji, de 11 a 13 años
(Akashi no Nyôgo)

Su madre, de 30 a 32 años (Akashi no Kimi)

Su abuela, la monja, mediados los sesenta años (Akashi no Amagimi)

Su hijo, Su Alteza, el primer príncipe

Su abuelo, el Novicio, de unos 75

años (Akashi no Nyûdô)

Su mensajero

Chûnagon, dama de honor de Onna
San no Miya

Kojijû, hermana adoptiva y dama de
honor de Onna San no Miya

Su Eminencia Suzaku empezó a sentirse indispuerto poco después de la visita de Su Majestad a Rokujô. Su salud nunca había sido vigorosa, pero esta vez tenía un claro presentimiento. A pesar de su antiguo anhelo de dedicarse a la vida religiosa, se había abstenido de ello, como de tantas otras cosas, mientras vivía la emperatriz madre, [1] y por lo tanto hasta entonces había renunciado a la idea. Tal vez a fin de recuperar el valor para hacerlo, ahora decía tener la sensación de que le quedaba poco tiempo y dio comienzo a los preparativos.

Además del príncipe heredero, tenía cuatro hijas, y a una de ellas, la tercera princesa, la quería más que a las otras. La

madre de la muchacha, conocida como Fujitsubo, [2] había sido nombrada Genji por el emperador anterior [3] y se había unido a él cuando aún era príncipe heredero. Ella podría haber esperado un honor todavía más alto, pero carecía de todo apoyo eficaz, y su presencia en tal compañía le causaba una gran tribulación, puesto que su madre era una simple íntima sin linaje digno de mención. Entretanto, la emperatriz madre destinó al príncipe a la dama de personal, que eclipsaba a todas las demás. Eso fue un golpe terrible. Después de su abdicación, la amargura y la decepción parecían abrumarla, pese a la compasión que él personalmente sentía por ella, y murió. Su hija tenía trece o

catorce años. Ahora que él iba a dar pronto la espalda al mundo y retirarse a las montañas, su única y absorbente inquietud era la cuestión de quién la mantendría cuando se hubiera ido.

El templo que había hecho levantar en las Colinas Occidentales [4] estaba terminado, y mientras proseguían los preparativos para su traslado, también se preparó para la ceremonia de iniciación en la que pondrían la cola a la tercera princesa. Únicamente a ella le dio no sólo todo lo que más le agradaba entre los objetos preciosos y el mobiliario del palacio, sino también hasta la última chuchería de algún interés. El resto lo repartió entre sus demás hijos.

Al enterarse de que no sólo no se encontraba bien, sino que realmente se proponía abandonar el mundo, el príncipe heredero fue a ver a su padre. Le acompañó su madre, la consorte. [5] Aunque no era una gran favorita de Su Eminencia, había tenido la extraordinaria buena suerte de darle un hijo varón, y hablaron largo y tendido del pasado. Aconsejó a su hijo sobre todos los aspectos de la gobernación del reino. El príncipe heredero era notablemente adulto para su edad, y el poderoso patrocinio de que gozaba a uno y otro lado [6] procuraba a Su Eminencia una gran confianza en su futuro.

—Por mi parte, abandonaría este

mundo sin ningún pesar —manifestó—, si no fuese por la incógnita de lo que será de todas mis hijas cuando me haya ido, algo que ocupa por completo mis pensamientos y me impide partir definitivamente. A juzgar por cuanto he visto y oído, el destino de una mujer, tanto si le gusta como si no, es el de ser tenida en menos por voluble, y deploro profundamente tal cosa. Cuando estés al frente del reino, no dejes de interesarte por la situación de todas ellas. Unas están ya en buenas manos y no me causan congoja, pero la tercera es todavía muy joven y no tiene a nadie más que a mí. Me preocupa que pueda perderse del todo cuando yo no esté.

Mientras hablaba iba enjugándose las lágrimas.

Le planteó con tacto la misma petición a la consorte, pero la rivalidad que había prevalecido en los días en que la madre de la joven princesa gozaba de un favor especial había dado al traste con cualquier sentimiento de amistad entre ellas, y la consorte difícilmente habría podido desear prestarle a Su Alteza un verdadero apoyo, aunque ya no sintiera hacia ella un especial desagrado.

Esta situación inquietaba a Su Eminencia día y noche. A medida que el año se aproximaba a su final, su estado empeoraba, hasta que ya no salía de su cámara y mantenía las persianas bajadas.

En ocasiones padecía los ataques de un espíritu, pero lo cierto era que no se encontraba continuamente mal; de todos modos, creía que aquella dolencia iba a ser la última. Había abdicado, sí, pero quienes primero cuidaron de él durante su reinado, y cuyo placer aún consistía en servir a tan amable y noble señor, sufrían por él desde el fondo de su corazón. También llegaban con mucha frecuencia mensajeros desde Rokujô. Su Eminencia se alegró en extremo al saber que Genji no tardaría en ir a verle.

Cuando llegó el consejero, el hijo de Genji, Su Eminencia le hizo pasar al otro lado de las persianas y le habló en tono grave.

—Mi padre, en su lecho de muerte, me dio muchas últimas instrucciones —le confi6—, y entre ellas me habl6 en particular de tu padre y de nuestro actual soberano. Sin embargo, como emperador, descubri que habia l6mites a lo que pod6a hacer, y mientras tu padre a6n significaba personalmente mucho para m6, un peque6o incidente me vali6 su desagrado, o por lo menos as6 lo supongo, puesto que nada en los a6os transcurridos desde entonces le ha llevado a revelarme ning6n atisbo de tal sentimiento. El hombre m6s juicioso se enfurece cuando alg6n paso en falso afecta a su buena suerte, y entonces se venga con un acto alocado, como lo confirman numerosos ejemplos del

pasado. La gente ha esperado de él que revele ese mismo deseo en uno u otro momento, pero al final se ha abstenido de hacerlo, e incluso trata con afecto al príncipe heredero. Que los dos tengan ahora las mejores relaciones es algo que aprecio en sumo grado, pero no soy muy inteligente y, además, la oscuridad del corazón de un padre podría tentarme con facilidad a hacer algo que redundase en mi descrédito, [7] y por esa razón prefiero, después de todo, mantenerme al margen. Por lo que respecta a nuestro soberano actual, he hecho cuanto me pidió mi difunto padre, y en consecuencia me congratula ver cómo un señor cuya luz brilla como lo hace la suya en esta época

tardía mantiene muy alto el honor de nuestro linaje. He estado rememorando el pasado desde el viaje del otoño último, y ha acompañado a esos recuerdos un gran anhelo de ver a tu padre. Es preciso que venga. Dile que lo haga.

Mientras hablaba, de vez en cuando derramaba lágrimas. El consejero replicó:

—Nada sé de lo que pudo ocurrir hace mucho tiempo. Desde que me hice lo bastante mayor para servir al reino, he observado lo que sucede en el mundo que me rodea, y ni una sola vez, con respecto a cualquier asunto de mucha o poca monta en la conversación más íntima, le he oído aludir a un desgraciado incidente del pasado. Lo que sí hace es lamentar que,

tras haberse retirado por completo del servicio en la corte, a fin de satisfacer su deseo de paz y tranquilidad, le ha sido tan imposible cumplir con los últimos deseos de su padre que es como si no le concernieran siquiera. Dice: «Era demasiado joven para ser de alguna utilidad cuando reinaba Su Eminencia; había muchos funcionarios mayores y más juiciosos que yo, y nunca pude ponerme a su disposición tan plenamente como lo habría deseado. Ahora que se ha librado de la carga del gobierno para llevar una vida más apacible, me gustaría visitarle y que cada uno pudiera abrirle su corazón al otro, pero incluso ahora mi posición apenas me permite un momento libre y,

entretanto, los días y los meses van pasando».

Aunque aún no tenía veinte años, el consejero era del todo presentable, su figura encandilaba a la vista y era apuesto en extremo. Su Eminencia le miraba con atención, y empezó a preguntarse si no podría confiarle a él a la hija cuyo futuro tanto le preocupaba.

—Tengo entendido que ahora vives en casa del canciller —le dijo—. Nunca pude entender del todo lo que sucedió aquella vez, y gozabas de mi simpatía; recibí la noticia con agrado. Pero, al mismo tiempo, y por otro motivo, deseé no haberme enterado.

El sorprendido consejero se preguntó

a qué podía referirse. Naturalmente, había oído decir cuánto le preocupaba su hija a Su Eminencia, y no era ningún secreto que confiaba en encontrarle un protector apropiado, de modo que él pudiera renunciar en paz al mundo. «Supongo que debe de ser eso», se dijo, pero difícilmente podría demostrar con su respuesta que lo había comprendido de inmediato. Todo lo que dijo fue:

—Tengo poco que ofrecer, y no muchas personas me querrían.

Cuando se hubo ido, las damas de honor que le habían estado observando discretamente se reunieron para comentar lo espléndido de su aspecto y lo juicioso que era.

—¡Es un placer mirarle! —
exclamaban, pero las más viejas y
estúpidas protestaban.

—¡Oh, vamos...! ¡Decid lo que
queráis, pero no podéis compararle con
Su Gracia a esa edad!

Su Eminencia acertó a oírlas.

—Sí —convino—, es cierto, era
excepcional; y ahora, en la plena madurez,
tiene un encanto que a uno le recuerda
todavía más lo que significa decir que
alguien brilla. Cuando su actitud es grave
y solemne, tiene una presencia tan
imponente que uno apenas se atreve a
acercársele, y cuando está relajado y su
estado de ánimo es juguetón, no hay nadie
en el mundo que caiga más en gracia y sea

tan divertido. No, no hay nadie como él. Es una maravilla, y todo en él expresa lo que debe de haber traído a esta vida procedente de las anteriores. Creció en palacio y el emperador le apreciaba por encima de todo, le mimaba sin rebozo y le tenía en mayor consideración que a sí mismo. Pero aun así, él jamás se mostró arrogante, sino que siguió siendo tan modesto que ni siquiera llegó a consejero antes de los veintitantos años. [8] Tenía veintiuno, si no me equivoco, cuando se convirtió al mismo tiempo en consultor y comandante. ¡Ved cómo ha progresado su hijo en comparación! Sus hijos parecen destinados a alcanzar cimas más altas que él. En profundidad de conocimientos y

juicio, su hijo está muy poco por debajo de él, e incluso si exagero, el joven ciertamente ha llegado a gozar de una notable reputación.

La tercera princesa era encantadora, y su juvenil inocencia impulsó a Suzaku a decirle:

—Ansio tanto darte a alguien digno... Alguien que te tuviera en gran estima, que pasara por alto aquello de lo que todavía careces y te enseñara.

Llamó a las ayas más experimentadas para hablar con ellas de la ceremonia en la que le pondrían la cola y otras cuestiones, y mientras hablaban, observó:

—Cuánto deseo que alguien se ocupara de esta princesa y la educara

como lo hizo Su Gracia en Rokujô con la hija de Su Alteza del Ceremonial. No puede existir semejante hombre entre los súbditos, y nuestro soberano actual tiene a su emperatriz. Todas las demás consortes son de gran categoría, y sin un patrocinio apropiado la presencia de la muchacha en semejante compañía sólo sería perjudicial para ella. Debía haberle hecho alguna insinuación a ese consejero [9] cuando aún era soltero. Está muy capacitado a pesar de su juventud, y tiene un brillante futuro por delante.

—El consejero es serio en extremo — replicaron ellas—, y durante muchos años su corazón ha pertenecido a esa joven dama. Jamás dio la menor señal de buscar

algo más, y ahora que la tiene es incluso menos probable que titubee. Es Su Gracia, a juzgar por lo que dicen de él, quien sigue tan susceptible como siempre a lo que cualquier mujer parezca ofrecerle. Por otro lado, está claro que desea intensamente una alianza por todo lo alto y que ha olvidado tan poco a la ex sacerdotisa del Kamo [\[10\]](#) que todavía mantiene correspondencia con ella.

—Sí, pero es precisamente ese mariposeo suyo lo que me preocupa tanto. —De todos modos, Su Eminencia debía de pensar que, al fin y al cabo, también podría dársela a Genji, aunque ciertas personas [\[11\]](#) no la respetaran, siempre que Genji conviniera en ser un padre para

ella—. Por supuesto —siguió diciendo—, cualquiera con una hija a la que deseara ver convertida en una dama como es debido podría tener la esperanza de que viviera con él. Nadie está mucho tiempo en este mundo, y ésa es la clase de vida que uno desearía que llevara su hija. Si yo fuese mujer, incluso su hermana, desearía estar cerca de él. Así lo sentía cuando éramos jóvenes. ¡No es de extrañar que las mujeres no se le puedan resistir!

Debía de estar pensando en la dama de personal.

Uno de los sirvientes de su hija, un senescal de la Izquierda y hermano de su aya principal, había estado durante largo tiempo al servicio íntimo de Genji. El

caballero también prestaba buenos servicios a la tercera princesa, y por ello el aya de ésta le habló la siguiente vez que él se presentó en la mansión. Le comentó lo que Su Eminencia había dicho acerca de su hija y le pidió que informara a Su Gracia cuando tuviera ocasión de hacerlo.

—La hija de un emperador a menudo permanece soltera —le dijo—, pero no hay duda de que la muchacha estará más segura con alguien que cuide de ella en diversos aspectos y le dé el apoyo que necesita. La verdad es que nadie excepto Su Eminencia, piensa gran cosa en ella, y poco es lo que nosotros, pese a nuestro empeño, podemos hacer por ella. No es que todo dependa de mí, pero ¡qué

vergüenza sería para ella verse atrapada en una situación imprevista y convertirse en objeto de rumores comprometedores! Yo podría servirle mejor si su futuro quedase de alguna manera asegurado mientras Su Eminencia todavía vive. Incluso una muchacha de la cuna más elevada es un juguete del destino y tiene que soportar muchas penalidades. Mientras Su Eminencia la favorezca así por encima de sus hermanas, también será de esperar que éstas se sientan celosas. Espero poder arreglármelas para que salga indemne tras pasar por todo esto.

—Me pregunto qué debemos hacer — replicó el senescal—. La lealtad de Su Gracia es extraordinaria. Lleva a vivir

con él a cualquier mujer a la que conoce o que le haya agradado, incluso cuando no tiene unos sentimientos profundos hacia ella, hasta tal punto que ahora tiene muchas damas; pero al final parece haber una sola que lo significa todo para él, mientras que las demás a menudo da la sensación de que llevan unas vidas más o menos vacías. Por notable que pueda ser una dama, no veo cómo ésta podría insistir en ponerse a la altura de Su Alteza, si el destino de ésta es unirse a él como sugieres, pero de todos modos me parece que aún existen motivos para la cautela. A decir verdad, tengo entendido que a menudo bromea en privado diciendo que, si bien su gloria en esta vida es un

honor para esta época tardía por encima de sus merecimientos, con respecto a las mujeres no se ha librado de la censura ni de la decepción personal. Una persona como yo, al tomar esto en consideración, sólo puede estar de acuerdo. Ninguna de las damas que ha tomado bajo su protección es claramente indigna de él, pero sólo se elevan hasta cierto punto, y dudo de que ninguna tenga un rango que realmente le permita igualarse con él. Y así, bien mirado, supongo que si Su Alteza va a vivir con Su Gracia, los dos estarán muy bien emparejados.

Cuando las circunstancias se lo permitieron, el aya informó de esta conversación a Su Eminencia.

—Cuando hablé de esta cuestión con su señoría el senescal —le explicó—, me dijo que sin duda Su Gracia aceptaría de buen grado la idea, puesto que significaría la realización de sus perdurables esperanzas, y añadió que si Vuestra Eminencia lo aprueba, transmitirá vuestra propuesta. ¿Cómo deseáis proceder? Su Gracia es sensible a las gradaciones de rango entre sus damas y se muestra especialmente escrupuloso con su observación, pero incluso una súbdita [\[12\]](#) puede presentar objeciones cuando una recién llegada comparte los favores de los que ella goza, y podría ocurrir algo penoso. Parece ser que ella tiene otros pretendientes. Vuestra Eminencia debería

reflexionar a fondo en el asunto. Su Alteza está por encima del rango, eso es cierto, pero a pesar de cómo es el mundo en nuestros días y que parece haber algunas que alegremente se salen con la suya y viven como les place, ella da la impresión de ser vulnerable en extremo e inexperta, y poco es lo que quienes estamos a su servicio podemos hacer por ella. Las cosas parecen ir mejor cuando personas competentes e inferiores en el escalafón siguen las claras instrucciones que reciben de arriba. Es probable que Su Alteza se sienta perdida si carece de un protector particular.

—A decir verdad, pienso más o menos lo mismo que tú —replicó Su

Eminencia—. Las hijas imperiales como la mía no siempre están felizmente situadas en la vida, y además, cuando una mujer se ha entregado a un hombre, su rango, por elevado que sea, no puede defenderla de tal o cual cosa que pueda lamentar o que, de la manera más comprensible, considere ofensiva, y ésa es la razón de que haya titubeado tan penosamente. Por otro lado, cuando alguien en su posición ha perdido a la persona que más le importaba, [\[13\]](#) de modo que debe seguir adelante sin él y arreglárselas por sí sola, en fin... En el pasado la gente obedecía y jamás se le ocurría hacer nada prohibido por la costumbre, pero hoy día uno no sabe qué

gratuito escándalo puede cruzarse en su vida. Una hija que ayer mismo estaba en casa con sus nobles padres y gozaba de todo su afecto y estima, hoy, según dicen, puede dar el lamentable espectáculo de que su nombre circule por ahí en boca de los más fastidiosos galanes, manche el honor de su difunto padre y cubra de vergüenza su memoria. En una palabra, una elección es tan mala como la otra. Lo que llaman buena suerte en la vida es impredecible para cualquiera, del grado que sea, y eso es lo que tanto me inquieta. Para bien o para mal, una mujer tendrá su destino, sea cual fuere, mientras sea obediente al único responsable de ella, y si más adelante llega una época de

decadencia, por lo menos ella no habrá tenido la culpa. Tal vez parezca que no hay nada malo en que una mujer elija cuando después de todo su elección se revela acertada y el resultado la honra, pero, en realidad, cuanto oigo decir sugiere que el peor error que puede cometer una muchacha es actuar como le place en secreto, tan sólo por algo que alguien casualmente le ha dicho, sin decir una sola palabra a sus padres ni pedir el permiso de quienes deben dárselo. Incluso para una súbdita sin ningún interés, actuar así es necio y nefando. Tampoco se trata de hacer caso omiso de sus propios deseos, lo cual no es menos necio, para encontrarse irrevocablemente

comprometida [\[14\]](#) con alguien a quien nunca ha deseado aceptar; en tal caso su estado de ánimo y su conducta son demasiado fáciles de imaginar. En cuanto a mi hija, que me parece infantil en un grado desconcertante, sería desafortunado en extremo que cualquiera de vosotras se ocupara del asunto y todo acabara por salir a la luz.

Su terrible inquietud por lo que podría ser de ella cuando él hubiera desaparecido hacía que sus damas de honor se sintieran cada vez más incómodas.

—He aguardado el momento oportuno hasta que ella comprenda un poco mejor las cosas —siguió diciendo Su Eminencia

—, pero, ya véis, no puedo seguir siendo paciente, pues temo que nunca podré hacer lo que deseo. Decid lo que queráis, pero Su Gracia de Rokujô sabe lo que importa, y puesto que nadie es más responsable que él, no veo ninguna necesidad de tener en cuenta a la serie de mujeres que le rodean. Al fin y al cabo, todo depende del carácter que tenga el hombre. En dignidad y compostura es un ejemplo para todo el mundo, y merece la mayor confianza. En cualquier caso, ¿con quién más podemos contar? Desde luego Su Alteza de la Guerra es un hombre excelente. Él y la princesa comparten el mismo linaje, [\[15\]](#) y jamás dejaría de prestarle atención ni la ofendería, pero es

demasiado lánguido y afectado para tener mucha envidia, y da la sensación de que le consideran con indulgencia. No, no creo que ese hombre merezca una confianza sin reservas. Por otro lado, está el gran consejero, que, según parece, aspira a administrar la casa de la muchacha. [\[16\]](#) En ese aspecto creo que le sería de mucha utilidad, pero sigo teniendo mis dudas. Un hombre de rango tan mediocre sólo podría causar decepción. También en el pasado un mérito sobresaliente era lo decisivo en esta clase de elección. Creo que sería una gran lástima dejarse impresionar demasiado por la perspectiva de un servicio leal y ferviente. El intendente de

la Guardia de la Puerta Derecha [17] bebe los vientos por ella con gran discreción, o eso me ha dicho la dama de personal, [18] y si tuviera un rango algo más presentable muy bien podría ser merecedor de consideración, pero todavía es demasiado joven e irremediablemente subalterno. Su gran ambición le ha llevado a permanecer soltero, y entretanto su carácter se ha vuelto orgulloso y reflexivo en un grado excepcional. Sus conocimientos son irreprochables, y al final ciertamente llegará a ser un pilar del reino, pero aunque su futuro parezca brillante, no puedo considerarle digno.

No sabía por quién decidirse.

Nadie se dirigía a Su Eminencia para

interesarse por las hijas mayores, por las que él mismo mostraba escaso interés, pero no dejaba de ser extraño que sus conversaciones del todo privadas sobre Su Alteza se hubiesen difundido ampliamente y muchos caballeros estuviesen ahora deseosos de hacerla suya.

El canciller habló a la dama de personal a través de su esposa, la hermana mayor de aquélla.

—El intendente de la Guardia de la Puerta ha permanecido soltero, y está resuelto a casarse sólo con una princesa. Así pues, me sentiré honrado y encantado si se lo transmites así a Su Eminencia cuando él aborde el tema; tal vez entonces

haga llamar al joven.

Así pues, ella comunicó a Su Eminencia los deseos del canciller y le tanteó.

Su Alteza de la Guerra, que había cortejado sin éxito a la esposa del comandante de la Izquierda, [\[19\]](#) sabía que ella iba a enterarse de su siguiente objetivo, así que al principio fue cauteloso para evitar ponerse en ridículo con una elección errónea. La noticia acerca de Su Alteza no podía dejar de haber despertado unos intensos sentimientos de codicia.

El gran consejero temía perder a Su Eminencia cuando éste se retirase a las montañas, pues durante largo tiempo le

había servido estrechamente como jefe de la casa real, y, en consecuencia, debió de hacer cuanto pudo con respecto a Su Alteza para persuadir a Su Eminencia de que le fuese favorable.

Cada vez que esta clase de noticias llegaban al consejero, a quien el emperador retirado había abordado en persona y que había observado el rostro de Su Eminencia mientras lo hacía, se henchía de orgullo al pensar que, si mostraba interés, ciertamente no sería desdeñado, mas por entonces su dama se le había entregado de todo, y durante aquellos años él ni una sola vez se había interesado por otras, aunque podría haber utilizado sus penalidades como excusa.

¿Cómo podía ahora, de repente, cambiar de actitud y hacerla tan desdichada? «No —se dijo—, si me uniera a una mujer de tan elevada condición, nada saldría según mis deseos, nunca estaría tranquilo y sólo conocería la aflicción». En cualquier caso, nunca había sido dado al galanteo, de modo que contuvo su entusiasmo y guardó silencio, pero la idea de que ella se uniera a otro todavía le turbaba, y estaba atento a todos los rumores que circulaban sobre ella.

También el príncipe heredero se había enterado de todo esto, y observó: «En vez de un favor que sea atractivo de inmediato, Vuestra Eminencia debería considerar ante todo aquello que

establecerá un ejemplo afortunado para los tiempos venideros. Un súbdito, por muy respetable que sea, tiene un rango limitado, y si os proponéis elegir a alguien, entonces Su Gracia de Rokujô es quien ha de ser preferido como un padre para ella».

Esto no era más que una observación informal en una carta sobre otros asuntos, pero tenía cierto tono de seriedad, y Su Eminencia no se sorprendió en absoluto. «Eso es muy cierto —le respondió—, y te has expresado muy bien». Como ahora compartía cada vez más la misma opinión, finalmente envió al senescal de la Izquierda para que tanteara a Genji.

Genji ya estaba informado de la

preocupación de Su Eminencia por su hija.

—Lo siento por él —afirmó—. Sin embargo, si es cierto que le queda poco tiempo en este mundo, ¿puedo contar con que le sobreviviré lo suficiente para cuidar de ella? Suponiendo que viva más que él, y es probable que así lo quiera el curso natural de las cosas, nunca miraré a ninguna de sus hijas con indiferencia, y puesto que ha tenido a bien abordarme acerca de una en particular, de buen grado le prestaré una atención especial, pero los caprichos de la vida no permiten albergar ninguna certidumbre ni siquiera entonces.

»En cualquier caso, si me convirtiera en el único referente familiar e íntimo de

confianza de la muchacha, lo lamentaría mucho más cuando me llegara el momento de abandonar este mundo, y ella constituiría un vínculo que me resultaría doloroso romper. El consejero, por ejemplo, parece ser joven y carecer de solidez, pero tiene una larga vida por delante y, en lo que respecta a habilidad, promete prestar una gran fuerza al reino; Su Eminencia no podría estar muy equivocado si él accediera. No obstante, sin duda Su Eminencia ha preferido la discreción, puesto que el joven es serio en extremo y ya parece haber entregado su afecto a otra.

Él mismo no parecía contemplar la idea, lo cual apenó al senescal, dada la

seriedad con que Su Eminencia había sopesado su decisión, así que siguió evocando de una manera más personal lo que había llevado a Su Eminencia a alcanzarla.

—Quiere muchísimo a Su Alteza —respondió Genji, sonriente—, y espero que por ese motivo haya examinado con tal detenimiento todo lo que afecta a su futuro. Pero la cuestión es sencilla: que se la presente a Su Majestad. Sin duda ella encontrará allí a otras que llegaron antes y con las que tendrá que vérselas, pero no importa. No plantean una objeción. La que ha llegado tardíamente no tiene por qué salir perdiendo. En el caso de nuestro difunto padre, le emperatriz madre fue su

primera esposa, cuando él era todavía príncipe heredero, pero entonces Su Eminencia Enclaustrada, que se unió a él mucho después, le arrebató su favor. Tal como lo entiendo, la consorte que dio a luz a la princesa fue la hermana de Su Eminencia Enclaustrada, [20] y dicen que era casi tan hermosa como ella. Su Alteza debe de tener más aspectos recomendables que la mayoría de la gente, habida cuenta de quiénes son sus padres. —Después de todo, debía de sentir curiosidad por ella.

Se acercaba el Año Nuevo. En el palacio Suzaku, Su Eminencia no observaba señal alguna de recuperación, y decidió apresuradamente celebrar una

ceremonia de la puesta de la cola que pasaría a los anales como una maravilla. Mandó preparar el lado oeste del Kaedono, [21] y rechazó las sargas y brocados nativos para la cama con cortinas, cortinas portátiles, etcétera, evidenciando que aspiraba al mobiliario de una emperatriz china, y se esforzó para que todo brillara con un esplendor formal. Hacía mucho tiempo que había invitado a Su Excelencia el canciller a atar la cola y, pese a la habitual y quisquillosa renuencia del caballero, éste acabó por presentarse, puesto que nunca le había negado nada a Su Eminencia. Sus Excelencias de la Izquierda y la Derecha [22] y los demás nobles se las ingeniaron de alguna manera

para estar todos allí, incluso los que tenían apremiantes razones para rehusar. Los ocho príncipes y, por supuesto, todos los cortesanos del emperador y el príncipe heredero también asistieron, porque aquellos magníficos preparativos habían alcanzado gran fama. Su Majestad y el príncipe heredero se sentían especialmente compungidos, pues dieron por supuesto que aquél era el último de tales acontecimientos que Su Eminencia preparaba, y aportaron numerosos objetos chinos del Departamento de Chambelanes y de los Almacenes Imperiales. También hubo deslumbrantes aportaciones por parte de Rokujô. Por otra parte, fue Genji quien proporcionó los regalos, las

recompensas y el obsequio para el canciller presidente.

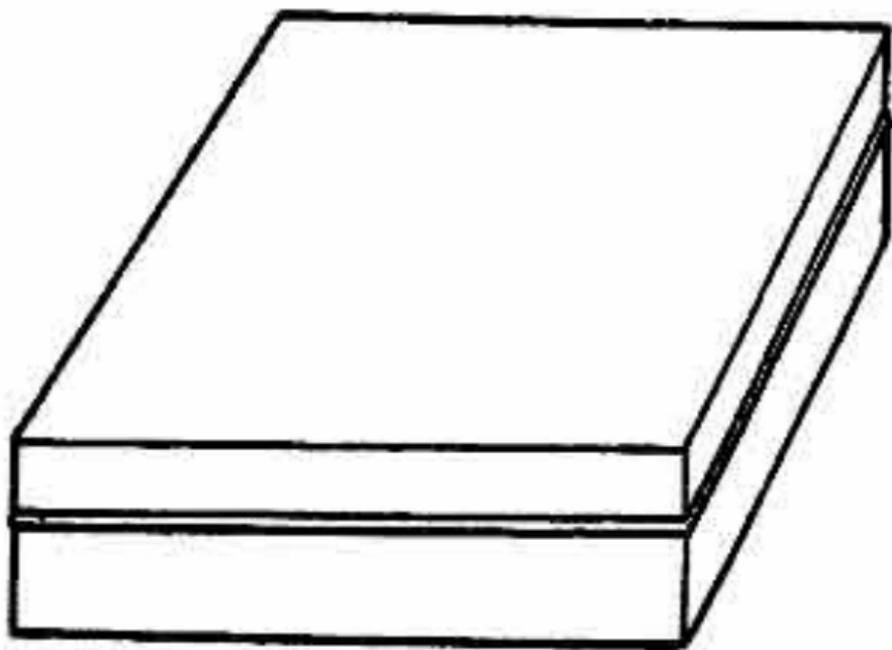
También la emperatriz envió vestidos y cajas de peines, todo ello preparado con exquisito esmero, y el juego de accesorios para el cabello de hacía tantos años, [\[23\]](#) ahora muy bellamente retocados, aunque no hasta tal punto que hubieran perdido su carácter original. Presentó sus regalos la víspera de la ceremonia, y dejó claro de quién procedían. Su mensajero no sólo era el ayudante del chambelán, sino que también había servido a Su Eminencia, y ella le pidió que los colocara ante Su Alteza. Este poema, sin embargo, estaba en el interior de la caja: [\[24\]](#)

*Este peine exquisito, siempre grato en mi
cabello para rememorar el pasado,
desde aquellos días del lejano ayer ha
adquirido la gracia de la edad. [25]*

Estos versos evocaron vividos recuerdos en Su Eminencia. Su Majestad había confiado en que el regalo pudiera transmitir su propia buena suerte, y como el peine era en verdad valioso, también él dejó los viejos sentimientos al margen de su réplica de enhorabuena:

*Que ella, lo mismo que tú, goce esos diez
mil años de dicha que predice
este peine exquisito, hasta que tenga la
gracia de los dioses.*

A pesar de su intenso padecimiento, Su Eminencia se animó, sacó fuerzas de flaqueza y tres días después del acontecimiento se sometió a la tonsura. Siempre que alguien sufre ese cambio, la ocasión es triste, y es natural que sus damas de honor estuvieran profundamente apenadas porque un momento así le hubiese llegado a él. La dama de personal no se apartaba de su lado, y estaba tan desconsolada que él no sabía cómo confortarla.



Caja de peines

—Después de todo, el camino del amor de un padre tiene un final —comentó—, pero esta separación que tanto te aflige es en verdad muy dolorosa.

Hizo un esfuerzo para recostarse en un apoyabrazos, aunque corría peligro

inminente de perder el dominio de sí mismo. El Abad de la Montaña y dos monjes que le ayudaban administraron entonces los Preceptos. La ceremonia que confirmaba la renuncia de Su Eminencia, y en la que se puso el hábito religioso, fue triste en extremo. Ni siquiera los monjes para quienes el mundo era escoria podían contener las lágrimas ese día y, por supuesto, las consortes e íntimas, así como damas y caballeros de todos los grados, lloraban a lágrima viva, algo que dolía en gran manera a Su Eminencia, ya que eran tan contrarios a la paz y la quietud a las que él anhelaba retirarse... salvo que la situación en que dejaba a la princesita seguía pesando en su ánimo.

Había un incesante flujo de mensajeros de palacio y de otros lugares que acudían a informarse de su estado de salud.

Cuando supo que Su Eminencia se encontraba un poco mejor, también acudió Su Gracia de Rokujô. Aunque disfrutaba de los mismos emolumentos y otros beneficios que un emperador retirado, no insistió en el grado de ceremonia que correspondía a semejante dignidad y llegó con un séquito discreto, pese a la alta consideración en que todo el mundo le tenía. Como de costumbre, viajó en un carruaje modesto, acompañado tan sólo por los nobles cuya presencia a su lado era de esperar.

Su Eminencia estaba muy satisfecho

de que por fin hubiera acudido, y olvidó su padecimiento para recibirle. Prescindió de toda formalidad, e hizo que Genji entrase y se sentara a su lado. El triste cambio que había sufrido abrumó a Genji, que derramó lágrimas de pesadumbre y tardó algún tiempo en recuperarse.

—Desde que perdí a mi padre, he comprendido que nada perdura y he anhelado hacer lo mismo que tú —le dijo—. Sin embargo, una y otra vez me he mostrado débil y vacilante, hasta el punto de que me avergüenzo de mi pusilanimidad al verte ante mí de esta guisa. Muy a menudo he llegado a la conclusión de que para alguien como yo

nada serio se interpone en mi camino; y, sin embargo, siempre hay demasiadas cosas que a fin de cuentas me imposibilitan dar ese paso. —Nada habría podido consolarle.

Su Eminencia estaba demasiado desmoralizado para mostrar más coraje, y con una voz muy débil y frecuentes accesos de llanto se puso a hablar de cosas pasadas y actuales.

Le habló de sus sentimientos en el transcurso de los años y, al hacerlo, observó casualmente:

—Tengo que dejar a todas mis hijas, y aquélla para la que aún no he encontrado a nadie me preocupa en particular. La verdad es que no sé qué hacer.

Su circunloquio despertó la compasión de Genji. Éste no podía dejar pasar aquella ocasión, pues a pesar de todo sentía curiosidad por ella.

—Sí, es cierto —replicó—, una princesa sin algún tipo de respaldo personal puede encontrarse en una posición difícil. El príncipe heredero, con sus grandes virtudes, inspira a todo el mundo ferviente confianza en que es el más juicioso de los sucesores imperiales en esta época tardía, y, si le explicaras la situación, no hay duda de que él no la descuidaría ni la trataría con poco respeto; jamás tendrías que preocuparte por su futuro. Sin embargo, su capacidad de actuación es limitada, y no podría

favorecerla una vez ascienda al trono, por mucho que le sea posible reinar de acuerdo con sus deseos. El hombre elegido para mantener a una mujer en todo lo necesario merecerá mucha más confianza cuando los dos se comprometan plenamente y él la cuide y proteja en todas las circunstancias que la vida impone. Si no puedes superar la preocupación por su futuro, deberías seleccionar algunos candidatos adecuados y decidir con suma discreción a cuál de ellos deseas confiarla.

—Estoy por completo de acuerdo, pero eso no resulta nada fácil. Deduzco de los ejemplos del pasado que los soberanos, incluso cuando se han

encontrado en la cima de su poder, normalmente han preferido seleccionar a un caballero teniendo en cuenta esa clase de acuerdo. Por otro lado, ahora estoy demasiado próximo a abandonar esta vida, e incluso si no tengo tiempo para plantear unos requisitos exigentes, entre todas las demás a las que abandonaré es a ella a la que tengo un cariño especial. Así pues, estoy preocupado por ella en muchos aspectos, y entretanto mi estado empeora continuamente y transcurren días y meses que nunca regresarán. Comprenderás que tal sea el motivo de mi desesperación. Sé que mi petición difícilmente puede ser aceptada de buen grado, pero quisiera pedirte que aceptes a

esa joven princesa bajo tu cuidado especial y que seas tú quien decida quién sería una buena pareja para ella. Habría valido la pena abordar al consejero cuando estaba solo, y me decepciona que el canciller se haya adelantado.

—En cuanto a lealtad en el servicio, mi joven señor, el consejero es digno de confianza, pero carece de experiencia, y creo que son muchas las cosas que todavía no comprende. Te ruego que me perdones mi presunción, pero si me ocupara yo mismo de su bienestar, ella apenas notaría cambio alguno con respecto a la vida que ha llevado contigo. Mi única inquietud, ¡ay!, es que, puesto que también a mí me queda poco tiempo,

es muy posible que la decepcione.

Tras decir esto, Genji aceptó.

Al anochecer, todos los caballeros de Su Eminencia y los nobles que acompañaban a Genji fueron agasajados, en presencia de aquellos dos grandes señores, con una comida sin pretensiones, como correspondía a quien acababa de abrazar la vida religiosa, pero presentada y servida con esmero. Se enjugaron las lágrimas al ver que Su Eminencia comía de una manera tan desacostumbrada, del cuenco colocado sobre la mesita de madera de aloe que tenía delante. [\[26\]](#)

Siguieron muchos momentos conmovedores, pero sería tedioso relatarlos todos. Aquella noche Genji se

retiró tarde. Cada caballero recibió una recompensa apropiada a su categoría. El consejero y el jefe de la casa real acompañaron a Genji a su casa. La nieve de la jornada había empeorado el estado de Su Eminencia, y se sentía muy enfermo, pero ahora que la cuestión de su hija estaba solucionada, la paz reinaba en su mente.



Mesita para comer

Una vez en Rokujô, Genji se sintió un tanto agobiado e inquieto. La señora Murasaki [\[27\]](#) ya había oído hablar de la decisión, pero le

resultaba difícil creerla. Se dijo que él también había parecido serio cuando cortejaba a la ex sacerdotisa del Kamo, pero que había evitado llevar el cortejo a aquella conclusión extrema. Ni siquiera se molestó en preguntarle al respecto.

Su confianza ciega inquietó a Genji. «¿Cómo lo interpretará ella? —se preguntó—. Lo que siento por ella no va a cambiar en absoluto, o, si cambiara, sería para intensificarse todavía más. Pero ¿qué dudas abrigará acerca de mis propósitos hasta que por fin la experiencia le demuestre que está equivocada?» Le embargaba la preocupación, pues ahora, al cabo de tantos años, no había nada que los separara. Su intimidad era notable, y

él no tenía el menor deseo de ocultarle nada. Sin embargo, aquella noche se tendió a descansar sin decirle ni una sola palabra.

Al día siguiente nevó, y el aspecto del cielo causaba una sensación de profunda nostalgia. Hablaron del pasado y de lo que estaba por venir.

—Su Eminencia no se encuentra nada bien, y ayer le visité —comentó Genji—. Tuvimos una charla muy conmovedora. La idea de abandonar a Su Alteza, su tercera hija, le causa una gran preocupación, y me lo contó todo. Su congoja me afectó tanto que no pude negarme. Supongo que la gente armará un escándalo. A estas alturas es un asunto bastante embarazoso, y

también indecoroso, y al principio cuando él me abordó a través de otra persona, me las arreglé para mantenerme al margen. Pero cara a cara me habló tanto y con tal seriedad que no pude encontrar ningún argumento convincente para negarme. Se propone vivir muy lejos, en las colinas, [28] y cuando lo haga será el momento de traerla aquí. ¿Te molestará mucho? En cualquier caso, nada cambiará para ti, pase lo que pase. No te disgustes conmigo, te lo ruego. Únicamente siento lástima por ella, pero mi propósito es cuidarla debidamente. Mientras os llevéis bien...

Le inquietaba lo que ella, una dama que con su vivo genio ponía reparos a la

más nimia de sus diversiones, podría sentir, pero su respuesta no reveló nada.

—¡Qué extraordinaria petición te ha hecho! En cuanto a mí, ¿por qué habría de desagradarme esa muchacha? Mi felicidad será perfecta mientras a ella no le parezca ofensiva mi presencia aquí. En cualquier caso, el hecho de que yo esté emparentada con la consorte, su madre, podría inclinarla a simpatizar conmigo.

Su modestia tomó a Genji por sorpresa.

—Me preocupa semejante aceptación, sin la menor arista, y me intriga lo que oculta. Pero lo cierto es que, si lo dices en serio, y si las dos podéis relacionaros de un modo juicioso, entonces te amaré

más que nunca. No prestes atención a las tonterías que diga la gente. Nadie sabe jamás dónde empieza el chismorreó, pero puede malinterpretar de la peor manera las relaciones entre la gente y tener las consecuencias más extrañas. Lo mejor es que te atengas a lo que te dicte tu buen juicio y tomes las cosas como son en realidad. Te ruego que no te alarmes sin una buena razón ni abrigues unos celos sin sentido. —En definitiva, le dio un excelente sermón.

Ella se dijo que Genji se había encontrado con aquella responsabilidad cuando menos lo esperaba y no había podido evitarla. «No voy a protestar ni a decirle nada hiriente. No es como si los

dos hubieran tramado una aventura sentimental, o como si, pese a su renuencia, él aún pudiera dejarse persuadir. Se ha visto obligado a aceptar, y no dejaré que la gente saque la conclusión de que estoy resentida. La esposa de Su Alteza del Ceremonial [29] siempre se cierne sobre mí como una calamidad inminente... Incluso está furiosamente celosa y molesta por ese lamentable asunto del comandante. [30] ¡Cómo se regodeará cuando se entere de esto!»

Era indudable que su corazón no albergaba malicia, pero, por supuesto, no dejaba de tener algún que otro recoveco oscuro. En su fuero interno nunca dejaba

de lamentar que su misma inocencia —la manera en que con tanto orgullo había supuesto durante largo tiempo que los caprichos de Genji no le concernían— ahora sería objeto de irrisión, pero en su manera de comportarse seguía siendo la viva imagen de la confianza ciega.

Llegó el Año Nuevo. En el palacio Suzaku, la hija de Su Eminencia se preparaba para trasladarse a Rokujô, y sus demás pretendientes se sentían muy decepcionados. Su Majestad, por su parte, había confiado en que ella pudiera ir a palacio, pero ahora que el asunto estaba zanjado, abandonó la idea.

Lo cierto es que aquel año Genji iba a cumplir los cuarenta, y Su Majestad, por

lo pronto, se proponía celebrarlo por todo lo alto. En el acontecimiento participaría toda la corte y ya estaba causando una gran expectación, aunque Genji, a quien nunca le habían gustado las ocasiones fatigosamente formales, habría preferido librarse de aquello.

El día vigésimotercero del primer mes, el día de la Rata, su señoría la esposa del comandante de la Izquierda ofreció a Genji una comida a base de brotes primaverales. [\[31\]](#) No le había dicho nada de antemano y había llevado a cabo los preparativos en secreto, de modo que él se vio atrapado y no pudo negarse. A pesar de su modestia, era una dama de demasiada alcurnia para que su llegada no

causara una gran agitación.

El lugar elegido fue el anexo situado al oeste del edificio principal, en el lado sudeste. Los biombos, las cortinas de dintel y el resto del mobiliario eran nuevos. En vez de un trono pomposo, [32] había cuarenta esteras, cojines y apoyabrazos, todos los cuales, por deseo de ella, eran especialmente hermosos. Había también un par de armarios con taracea de madreperla, sobre los que descansaban cuatro cofres de prendas de verano e invierno y, además, tarros de incienso, cajas de medicinas, escribanías, recipientes de agua [33] para fijar los mechones de cabello a los lados de la cara y un cofre de artículos para el

tocado. Ella se había asegurado discretamente de que todo fuese tan bello como era posible. Los soportes de los tocados de flores eran de madera de aloe y sándalo rojo y habían sido tallados con unos magníficos relieves a la moda más reciente, incluso en los adornos dorados y los colores, pues ella, que era una mujer tan inteligente y de tan acendrada elegancia, había dado a todas estas cosas un toque nunca visto hasta entonces. Se había detenido justo en el borde de la ostentación.

Los invitados se reunieron, y Genji estuvo un momento con ella para recibirles. Toda clase de recuerdos debieron de acudir a su mente. Él tenía un

aspecto tan juvenil y apuesto que una se negaba a admitir su edad, y tal era su finura que no parecía un padre. Ella, aunque se sentía profundamente avergonzada al verse de nuevo en su presencia después de tanto tiempo, no estableció una gran distancia entre los dos y conversaron. Le acompañaban sus hijos pequeños. Ella no había querido mostrarle a dos muchachos cuyos nacimientos habían estado tan próximos, [34] pero el comandante insistió en aprovechar aquella oportunidad, de modo que allí estaban, ambos inocentemente idénticos con sus mantos y el cabello peinado con raya en medio.

—A decir verdad, apenas noto que

estoy envejeciendo, pues me siento más joven que nunca —le dijo Genji—, pero que mis hijos me agasajen así de vez en cuando hace que me enfrente a mi edad. Hace algún tiempo el consejero tuvo un hijo, pero es muy independiente y todavía no me ha permitido verlo. Deploro este día de la Rata, pues has sido la primera en contar mis años para celebrarlo. ¡Habría preferido olvidar la vejez un poco más!

La dama de personal había adquirido una madurez espléndida, y estaba más entrada en carnes. Era un placer verla.

Pimpollos de pino he traído hoy, de los prados donde crecen brotes nuevos, para rogar que la eternidad bendiga la

gran roca de donde surgi, [35]

dijo en un tono muy maternal.

Genji tomó con gestos ceremoniosos los brotes primaverales servidos en cuatro bandejas de madera de aloe. Entonces alzó la taza de sake.

*De tan felices prados arrancados, estos
pimpollos aún pueden dar nuevos
brotes hacia un periodo todavía más
largo de años de dicha inacabable, [36]*

le dijo, junto con otras cosas similares, y mientras los nobles iban llegando por el pasillo meridional.

Su Alteza del Ceremonial había sido

reacio a acudir, pero por fin se presentó más tarde, porque le habían invitado y era íntimo de Genji; [37] además, le convenía no dar la impresión de que estaba un tanto contrariado. La manera en que el comandante, pese a lo pagado de sí mismo que parecía, se mostraba tan visiblemente orgulloso de su relación con Genji resultaba en verdad muy irritante, pero los nietos de su Alteza del Ceremonial resultaron ser admirablemente útiles en ambos lados. [38] El consejero, y después de él todos aquellos para quienes era apropiado hacerlo, ofrecieron a Genji cuarenta cestos de fruta y cuarenta cajas de madera de ciprés que contenían exquisiteces. La taza de sake pasó de

mano en mano y todos tomaron brotes primaverales en un caldo ligero. Genji tenía ante sí cuatro mesitas de aloe con tazas y utensilios del estilo más novedoso y elegante.

No llamaron a los músicos de palacio, ya que Su Eminencia aún se encontraba indispuesto. Su Excelencia el canciller había traído instrumentos de viento.

—Jamás en el mundo entero ha podido haber una celebración más bonita o más fascinante que ésta —comentó, e iniciaron un discreto concierto.

Los instrumentos que había elegido tenían un tono soberbio. Entre los presentados para placer de Genji, el *wagon* era el gran favorito de Su

Excelencia, y los sonidos que emitía al tañerlo tan gran maestro eran sublimes. Como nadie más se atrevió a tocarlo, hizo caso omiso de la tenaz negativa del intendente de la Guardia, [\[39\]](#) que lo tocaba muy bien, casi con tanta pericia como su padre. Todo el mundo estaba profundamente impresionado, porque, aunque es cierto que un hijo puede heredar la habilidad de su padre, no parecía posible que lo hiciera con semejante perfección. Las pautas fijas asociadas a cada modo, así como la forma en que se habían transmitido por escrito desde China, hacían que fuese relativamente fácil dominar las piezas, [\[40\]](#) aunque una música resonante que

maravilla y conmueve surja de una lograda improvisación con una serie de instrumentos, todos ellos en armonía. Su Excelencia aflojó las cuerdas y afinó el instrumento de modo que los sonidos fuesen graves para acompañar a los otros, mientras que su hijo tocaba en tono alto y dulce, con unos resultados que asombraron a Sus Altezas, que hasta entonces jamás habían escuchado nada igual. A Su Alteza de la Guerra le correspondió el *kin*. Procedía de los Almacenes Imperiales, y generaciones de emperadores lo habían conservado como un tesoro. Al final de su vida, el padre de Genji lo había legado a su primera hija, que también era muy aficionada a la

música, y Su Excelencia la había persuadido de que lo prestara a fin de dar a la ocasión un último toque de elegancia. Genji, conmovido, recordó con cariño muchas escenas del pasado. Su Alteza, cuya embriaguez le impedía contener las lágrimas, buscó el momento apropiado para ceder el instrumento a Genji, y éste, demasiado emocionado para rechazarlo, tocó una única y singular pieza. No; aunque exento de solemnidad, el concierto de aquella noche fue tan hermoso como era posible. Llamaron a los cantores, que ocuparon los escalones superiores y cantaron con magníficas voces hasta que llegó el cambio de modo. [\[41\]](#) Cuanto más avanzaba la noche, más agradable era la

música, hasta tal punto que, al llegar a «El sauce verde», [42] el mismo ruiseñor en su rama se habría maravillado de tan encantadoras armonías. Las recompensas y regalos fueron de una belleza especial, puesto que el acontecimiento era de carácter privado. [43]

Al rayar el día, cuando la dama de personal se disponía a regresar a su casa, Genji le ofreció sus regalos.

—Como vivo tan ajeno a todo, como si hubiera abandonado el mundo, apenas me percato del paso de los meses y los años, y me siento alarmado cuando me haces ver con tal claridad los muchos que han transcurrido. Visítame de vez en cuando para que puedas ver cuánto más

viejo me he vuelto. Lamento mucho que a mi edad casi nunca disponga de libertad para verte.

Ella le despertaba muchos recuerdos, tanto felices como tristes, y le causaba gran pesar y decepción que tuviera que marcharse con tal premura cuando apenas había tenido un atisbo de ella. Ella misma no sentía por su verdadero padre más de lo que cualquier hija podría sentir, pero ahora que se había establecido en su nueva situación, su gratitud por todas las amables atenciones que Genji había tenido hacia ella no hacía más que aumentar con el paso del tiempo.

Así pues, pasado el día décimo del segundo mes, Su Alteza, la hija de Su

Eminencia, se trasladó a Rokujô. También allí la acomodaron de un modo espléndido. Pusieron su lecho con cortinas en el anexo del oeste, el mismo lugar donde Genji había tomado los brotes primaverales, y las habitaciones de las damas de honor se dispusieron y arreglaron con primor en los dos pabellones de aquel lado y a lo largo de las pasarelas. También trajeron muebles del palacio Suzaku, exactamente igual que sucedía cuando una mujer iba a unirse a Su Majestad. No es necesario describir la ceremonia previa a su traslado, a la que asistieron numerosos nobles. El gran consejero, que había ayudado a administrar el palacio de la princesa,

también estuvo presente, aunque la situación no fuese de su agrado. Cuando hicieron entrar su carruaje, Su Gracia fue al encuentro de la muchacha y la ayudó a apearse, algo que difería del protocolo establecido. Después de todo, él era un súbdito y ella no iba a vivir con él como lo hace una consorte cuando ingresa en palacio, y tampoco se hacían las cosas del todo como sucede cuando el novio es un príncipe. La relación existente entre ellos era muy poco común.

Genji y Su Eminencia se ocuparon de que todo se hiciera con la mayor solemnidad durante tres días. En ocasiones, la dama que vivía en el ala este de la mansión de Genji apenas sabía

a qué atenerse. En realidad, nada de aquello significaba que la recién llegada la eclipsara en serio, pero no tenía costumbre de ver cuestionada su posición y no podía evitar sentirse inquieta, puesto que Su Alteza tenía tantos esplendorosos años por delante y era del todo imposible tomarla a la ligera. Sin embargo, no revelaba nada de tales sentimientos, y al llegar Su Alteza incluso ayudó a Genji en toda clase de detalles, hasta tal punto que él se maravilló más que nunca de lo buena que era.

Su Alteza era muy menuda, escasamente desarrollada, así como infantil e inmadura en extremo. Él recordó su afinidad con la noble *murasaki*, [\[44\]](#) el

momento en que la encontró y la hizo suya, pero ella había sido alegre y atractiva, mientras que aquella muchacha era simplemente infantil. «Bueno, sin duda es mejor así —se dijo—. Por lo menos no insistirá en sus prerrogativas de una manera desagradable». De todos modos, la encontraba lamentablemente insípida.

Durante las tres primeras noches visitó fielmente a Su Alteza, y su Murasaki lo soportó, pero sufría, pues no estaba acostumbrada a semejante situación. Con más fidelidad que nunca, se encargaba de perfumarle las túnicas, pero a menudo caía en ensoñaciones melancólicas, un estado de languidez que realzaba su encanto. ¿Por qué, se

preguntaba Genji, por qué se había dejado persuadir y había permitido que otra mujer se instalara al lado de ella? De la manera más imprudente había consentido que una debilidad gratuita pudiera más que él: eso era lo que había sucedido. Al final Su Eminencia no había elegido al consejero, no, a pesar de su juventud. Estos amargos pensamientos le absorbían sin que pudiera evitarlo, y las lágrimas acudían a sus ojos.

—Te ruego que me comprendas y perdones por ausentarme de nuevo esta noche —le dijo—. Si después de esto te desatendiera, me odiaría a mí mismo. Pero incluso en ese caso he de tomar en consideración los sentimientos de Su

Eminencia.

Al ver lo confuso que estaba, la dama sintió lástima por él y replicó con una leve sonrisa:

—Parece que tú mismo no puedes decidir lo que debes hacer. ¿Cómo, entonces, voy a aconsejarte? Me pregunto qué camino elegirás al final.

No quiso hablar de ello y se recostó, avergonzada, apoyando el mentón en la mano. Entonces acercó un tintero y escribió:

*Ah, cuán confiadamente creí que lo
nuestro duraría sin cesar,
cuando ahora, ante mis ojos, tus
sentimientos mudan.*

Lo había escrito entre unos poemas antiguos, y él tomó el papel y lo leyó. Era un poema muy flojo, pero él sabía lo que quería decirle.

*Muy cierto es que la vida ha de acabar
en su momento, pero este mundo
cambiante jamás ha conocido un vínculo
como el que existe entre nosotros,*

replicó él.

No podía decidirse a dejarla.

—¡No, no, no permitiré que me hagas esto! —insistió ella; Genji salió vestido con sus hermosas prendas, suaves y deliciosamente perfumadas.

Ella debía de sentirse muy intranquila

mientras le veía alejarse. Había habido ocasiones, en el transcurso de los años, en las que había temido que sucediera algo así, pero él parecía haber renunciado para siempre a esas situaciones y por fin ella había llegado a creer que tal renuncia sería irrevocable. Y entonces ocurría esto, para desatar las lenguas de todo el mundo. «Después de todo, tuve la suficiente fortaleza para estar segura de él —pensó—, y mi confianza en él no volverá jamás».

—¡No hay derecho! —se decían sus damas de honor entre suspiros, a pesar de la valerosa demostración de serenidad por parte de Murasaki—. Es cierto que tiene muchas damas, pero todas ellas

ceden el lugar de honor a nuestra señora, y ése es el motivo de que aquí reine la armonía. ¡Pero ésta se valora demasiado a sí misma para aceptar tal estado de cosas! Muy bien podrían darse situaciones desagradables si cualquier pequeño problema causara dificultades.

Su señora fingió que no veía nada preocupante, y siguió conversando agradablemente con ellas hasta bien entrada la noche.

No le gustaba oírles hablar de una manera tan aprensiva.

—Mi señor tiene muchas mujeres — dijo—, pero lo cierto es que ninguna de ellas posee la brillantez de buen tono que él busca, y sin duda le invadía la

sensación de que nos tenía a todas demasiado vistas. Es una suerte que haya venido Su Alteza. En el fondo aún debo de ser una niña, porque me gustaría estar junto a ella, pero la gente parece considerar que existe un abismo entre nosotras. Ojalá no pensarán tal cosa. Sí, es posible imaginar alguna clase de incidente si ella fuese mi igual a los ojos del mundo, o si estuviera por debajo de mí, pero lo cierto es que infunde el mayor respeto y también suscita una gran simpatía, y no veo cómo alguien podría desaprobala.

Nakatsukasa, Chûjô y las demás intercambiaron miradas y murmuraron que era demasiado amable. Mucho tiempo

atrás habían servido a Genji de una manera especialmente íntima, pero desde hacía muchos años estaban al servicio de su señora, por la que sentían un profundo cariño. Llegaron mensajes de las otras damas de Genji, intrigadas por saber cómo encajaba la situación y dándole a entender que tal vez ahora les tocaba a ellas sentirse afortunadas, ya que de todos modos le veían tan poco. «¡Pero son ellas las que me amargan la vida con sus conjeturas! —se dijo—. ¿Por qué debería ser desdichada cuando este mundo ya es tan incierto?»

Al comprender, con una punzada de culpabilidad, que a sus damas de honor les extrañaría que permaneciera levantada

hasta tan tarde, fue a acostarse, y ellas la cubrieron con las ropas de cama. Era cierto, sin embargo, que aquellas noches se sentía sola y, sí, también ofendida. Recordó la época de su estancia en Suma. «Entonces también se había ido —pensó—, tal vez para siempre, y lo único que importaba era estar segura de que seguía vivo; lo de menos era lo que me sucediera... Tan sólo le amaba y sufría por él. Y si, en medio de aquella agitación, los dos hubiéramos desaparecido, tal habría sido el final de todo». La noche era ventosa y gélida, y ella no podía conciliar el sueño, pero no hizo el menor movimiento para no preocupar a las damas de honor que

estaban cerca, y también esto le resultó muy penoso. En lo más profundo de la noche, un gallo lanzó su triste canto.

No deseaba acusarle, pero tal vez su aflicción explique por qué Genji soñó con ella y se despertó alarmado, con el corazón palpitante. Aguardó hasta el canto del gallo y se marchó, fingiendo no reparar en que todavía era de noche. Su Alteza era todavía tan niña que sus ayas estaban cerca, por si las necesitaba. Vio que Genji abría las puertas dobles y salía. Sólo la nieve relucía con la primera luz del alba. Su perfume permaneció en el aire tras él, y un aya murmuró: «La oscuridad lo cubre todo». [\[45\]](#)

Aquí y allá había nieve que todavía se

fusionaba con la blancura del jardín. [46] «La nieve aún se amontona contra la pared», [47] musitó mientras daba unos golpes suaves a un postigo. Pero nada como aquello había sucedido en mucho tiempo; las mujeres fingían dormir y le hicieron esperar antes de abrirlo.

—¡Cuánto han tardado! —le dijo a su dama—. ¡Estoy helado! Supongo que eso se debe al temor que te tengo. ¡Sin embargo, no he hecho nada!

Apartó las ropas de cama, y ella retiró las mangas húmedas para ocultarlas. Nada en su actitud era indicio de recriminación, pero lograba mantener un distanciamiento que a él le intimidaba y regocijaba al mismo tiempo. «Para que hablen de la

dama más grande del reino», se dijo, recordando a la que acababa de dejar... ¡Ella jamás podría comportarse así!

Se pasó el día entregado a los recuerdos, reprochándole que no le perdonara, y entonces no pudo volver a los aposentos de la princesa en el edificio principal. En lugar de hacerlo, le envió una nota: «Me he resfriado a causa de la nieve de esta mañana, y estoy disfrutando perezosamente de las comodidades del hogar».

La réplica del aya le llegó tras pasar de boca en boca: «He informado a mi señora».

«¡Qué respuesta! Sería espantoso que Su Eminencia se enterase de esto». Se

dijo que debía mantener las apariencias durante algún tiempo, pero le resultó imposible. «¡Lo sabía! —siguió diciéndose—. ¿Qué voy a hacer ahora?» Aquella falta de consideración hacia la princesa afligía incluso a su dama.

Por la mañana se levantó como de costumbre y envió una carta a Su Alteza. Aunque ésta no le imponía respeto, la escribió con esmero, en papel blanco:

[48]

*No es grande el trecho que media entre
los dos,*

*¡y sin embargo esta mañana sufro a
causa de unos copos de nieve!* [49]

Ató la misiva a una rama de ciruelo en flor y llamó a un mensajero.

—Entrega esto en la pasarela oeste [50] —le ordenó, y entonces, vestido con sus túnicas blancas, se sentó cerca de la terraza, jugueteando con las flores blancas mientras contemplaba un cielo del que caían copos de nieve para unirse a los pocos y solitarios que aún cubrían el suelo. [51] Cuando un ruiseñor emitió su primer canto desde el extremo de una rama de ciruelo rojo, Genji escondió las flores y murmuró: «¡Hasta mis mangas están perfumadas!». [52] Mirando así a lo lejos a través de los postigos abiertos, no parecía en absoluto un padre ni un hombre que ostentara un título poderoso. Una veía

tan sólo juventud y elegancia.

Como la respuesta de la princesa tardaba en llegar, entró en la mansión y le mostró las flores a Murasaki.

—Así deberían oler las flores —le dijo—. Si uno pudiera dar a las flores de cerezo este perfume, dudo de que la gente se interesara nunca por las de cualquier otra clase. [\[53\]](#) —Y añadió—: Supongo que éstas llaman la atención porque no hay mucho más que mirar. Me gustaría ponerlas al lado de flores de cerezo en su mejor momento.

De este modo se expresaba cuando llegó una respuesta, llamativamente envuelta en fino papel escarlata. Genji se sintió decepcionado. «Qué escritura tan

infantil —se dijo—. Sería mejor que no la enseñara todavía. No es que quiera ocultar sus cartas, pero la verdad, teniendo en cuenta quién es ella, eso podría perjudicarla si no me ando con cuidado». La dejó ligeramente abierta, puesto que su amada se sentiría herida si la ocultaba, y ella la miró de soslayo desde donde yacía, recostada en un apoyabrazos:

*Vagando con el viento en rauda ráfaga
de copos, una nieve primaveral tan
ligera,
lastimosamente frágil, pronto se fundirá
en el cielo. [54]*

La caligrafía era totalmente infantil. «Nadie de la edad de Su Alteza debería escribir así», se dijo Murasaki, y fingió no haberlo visto.

«¡Fíjate en esto!», habría dicho Genji si se hubiera tratado de otra persona, pero no podía hacer tal cosa.

—No has de temer nada —se limitó a decir.

Visitó a Su Alteza a plena luz del día. Se había vestido con mucho esmero, y seguramente impresionó a las damas de honor de la muchacha, puesto que no le habían visto antes. Algunas de las mayores y más experimentadas, entre ellas sus ayas, se dijeron: «Vaya, por lo menos es un placer mirarle, pero ¡habrá

problemas!».

Su Alteza, de un infantilismo encantador, vivía rodeada de una imponente magnificencia, pero a su tierna edad apenas cobijaba algún pensamiento en la cabeza, y era tan menuda que casi desaparecía bajo las diversas prendas de vestir. No se mostró especialmente tímida con él, tan sólo porque no le desconcertaba una cara nueva, como les sucede a muchos niños, y mantuvo una actitud de dulce serenidad. Genji reflexionó sobre que a menudo la gente había tenido la sensación de que, por desgracia, Su Eminencia carecía de gravedad viril y conocimientos, aunque destacaba en aspectos más ligeros como

el gusto y la sensibilidad. ¿Qué podía haber pretendido al criar a la muchacha con aquel grado de ingenuidad? Sin embargo, era evidente que se trataba de su hija preferida. Todo aquello le decepcionaba mucho, pero aun así sus sentimientos hacia ella eran bastante afectuosos. La muchacha haría dócilmente cualquier cosa que él le pidiera, y a modo de respuesta se limitaría a balbucear lo que le pasara por la cabeza. No, no podía abandonarla. Si se hubiera encontrado en semejante situación en su juventud, se habría sentido traicionado, pero la experiencia le había vuelto más tolerante; sabía que las mujeres pueden ser esto o lo otro, pero sólo son lo que son y nada más.

Sencillamente, las había de todas clases. Suponía que un observador desinteresado la consideraría ideal. Era cierto que la dama del ala oriental seguía asombrándole después de tantos años de vida en común, pero lo cierto era que él mismo la había educado adecuadamente. Tras ausentarse una noche o tan sólo una mañana, se preocupaba por ella y la añoraba, y cuanto más vivía, tanto más la amaba, aunque se preguntaba por qué casi con temor.

Su Eminencia se trasladó a su templo aquel mismo mes. A Rokujô llegaron muchas cartas conmovedoras escritas por él. Hablaba de su hija, por supuesto, e instaba repetidamente a Genji a hacer lo

que considerase mejor para ella, sin tener en cuenta su propia opinión al respecto. Pero, en realidad, la princesa era tan joven que seguía preocupándole.

También llegó una carta para la señora Murasaki. «Por favor, sé indulgente con la muchacha que con toda inocencia ha ido a tu residencia, y préstale la ayuda que necesita —le había escrito—. Creo que tienes una razón particular para visitarla». [\[55\]](#)

Este tierno corazón mío que sigue en el mundo al que renunció, aún me detiene, cuando ahora entrar quisiera en el sendero de la montaña.

«Tal vez me consideres muy necio por ser tan incapaz de disipar la oscuridad de un padre».

Genji también la leyó.

—¡Qué carta tan conmovedora! — exclamó—. Debes respetar sus deseos.

Pidió a las damas de honor que sirvieran al mensajero una generosa cantidad de sake. Pensaba que no sería correcto decirle a su dama cómo debía replicar, y como no era el momento de escribir algo meditado y profundo, ella se limitó a expresar lo que sentía:

*Si el mundo al que renunciasteis os
abruma con semejante cuita y tanto os
cuesta romper el vínculo que sentís, no*

os esforcéis en exceso por iros.

Regaló al mensajero un traje largo y un conjunto de túnicas femeninas. Cuando Su Eminencia vio la hermosa caligrafía, lamentó profundamente que una persona tan infantil como su hija acompañara a una mujer tan impresionante.

Entonces, todas las consortes e íntimas de Su Eminencia recibieron permiso para marcharse. La dama de personal, más importante para él que ninguna otra excepto su hija, ocupó la residencia de Nijô, otrora habitada por la emperatriz madre. Había considerado la posibilidad de convertirse en monja, pero él le recordó que un gesto tan precipitado

indicaría que no había pensado en nada más que en seguirle, y al final ella sólo encargó la confección de imágenes religiosas.

Perderla había sido muy doloroso para Genji, que no la había olvidado y desde hacía mucho tiempo quería encontrar el modo de volver a verla y hablar del pasado que habían compartido. Por desgracia, las circunstancias de ambos requerían que evitaran ser objeto de chismorreos, y el recuerdo de aquel trágico escándalo inducía a Genji a extremar la cautela. Sin embargo, anhelaba saber cómo estaba ella, ahora que volvía a carecer de ataduras y que su vida era sin duda mucho más tranquila, así

que, a pesar de sus recelos, empezó a escribirle afectuosas cartas con el pretexto de que se limitaba a interesarse cortésmente por su salud. Ella le respondía, puesto que ya no podían ser lo que cada uno había sido para el otro en su juventud. El mero hecho de ver su escritura, por larga y generosa que fuese la misiva, le dejaba insatisfecho, y envió una carta de súplica a la Chûnagon de antaño.

Llamó al hermano de Chûnagon, ex gobernador de Izumi, y hablaron del pasado con ardor juvenil.

—Tengo algo que decirle —le informó—, pero en persona, con sólo una cortina entre nosotros. Debes convencerla

de que me conceda este deseo, y entonces le haré una visita muy secreta. Deberé tener un cuidado extremo, puesto que en mi posición ya no puedo hacer estas cosas, y sé que no se lo dirás a nadie. Estoy seguro de que podemos confiar el uno en el otro.

Al recibir esta petición, la dama de personal exhaló un profundo suspiro. «Que los dioses me valgan, ¡eso sí que no! Ahora sé un poco más de la vida, y después del sufrimiento que sus costumbres me causaron a lo largo de los años, no puedo imaginar de qué aspectos del pasado hablaríamos, aparte de compadecernos por la situación de Su Eminencia. Aunque el secreto de la visita

no se revelara jamás, seguiría teniendo que rendir cuentas ante mi conciencia». Así pues, respondió que de ninguna manera podía recibirle.

Genji reflexionó sobre que ella no le había puesto reparos en la época en que habían corrido juntos aquellos riesgos. Comprendía que estuviera inquieta por Su Eminencia, ahora que éste había renunciado al mundo, pero todo aquello había sucedido, y por mucho recato que ella tuviera ahora, no le ahorraría a su buen nombre el escándalo que entonces le había afectado. Él había tomado una decisión, y seguiría el camino a través del bosque de Shinoda. [\[56\]](#)

Le dijo a su dama:

—Su Alteza de Hitachi, en el pabellón oriental, [57] lleva largo tiempo enferma, y la verdad es que me siento bastante culpable por haber permitido que el reciente ajetreo me impidiera visitarla. Sin embargo, carecería de tacto si lo hiciera de una manera ostentosa, durante el día. Creo que iré más discretamente, por la noche. No quiero que nadie lo sepa.

Ella se sorprendió al observar que estaba muy nervioso, pero desde la llegada de Su Alteza las cosas habían cambiado y había cierta distancia entre ellos. Así pues, aceptó sin más la explicación que él le daba.

Genji no fue aquel día al edificio principal, [58] sino que sólo

intercambiaron notas. Hasta el anochecer se dedicó a perfumarse la ropa, y entonces, cuando ya había oscurecido, partió en un carruaje con caja de mimbre que le recordaba sus expediciones clandestinas de antaño, y acompañado por cuatro o cinco de sus sirvientes de más confianza. El gobernador de Izumi anunció su llegada.

La noticia susurrada asombró a la dama de personal.

—¡No lo entiendo! —dijo en tono de reproche—. ¿Qué ha podido decirle el gobernador?

Sin embargo, Chûnagon insistió:

—Sería muy desacertado confundir la intención de la visita de mi señor y

rechazarle —le dijo, y al final consiguió que lo admitiera.

Genji se interesó cortésmente por la salud de la dama.

—Ven aquí —la apremió—. El panel puede seguir entre nosotros. De mi malicia de otro tiempo ya no queda ni rastro.

Exhalando suspiros que evidenciaban su renuencia, ella se deslizó hacia Genji. «¡Lo sabía! —se dijo éste—. ¡Sigue sin poder resistirse!» Cada uno era agudamente consciente de los movimientos del otro, y cada vez se sentían más emocionados.

Se encontraban en el ala oriental. [\[59\]](#)
Genji se sentaba en el lugar que ella le

había indicado, en el ángulo sudeste del pasillo, y la parte inferior del panel deslizante seguía firmemente fijado en su ranura.

—¡Me siento como un jovencito! —se quejó—. ¡Ah, podría decirte exactamente cuántos años y meses han pasado, y es terrible por tu parte que finjas no poder hacerlo!

Avanzaba la noche. Los patos mandarines se deslizaban entre las plantas acuáticas lanzando sugerentes graznidos, y la morada silenciosa y casi desierta hacía que Genji pensase en los interminables cambios del mundo. No es que se propusiera imitar a Heichû, pero se sentía inclinado a llorar. [\[60\]](#) Le habló de un

modo razonable, como no lo había hecho en el pasado, pero de todos modos tiró del panel, como si le dijera: «De veras quieres dejar esto así?».

Con tantos meses y años ya perdidos entre nosotros y ahora nuestro encuentro en la Barrera de Osaka, ¿no hay muralla que detenga mis lágrimas! [\[61\]](#)

Ella replicó:

*Las lágrimas, sí, bien pueden manar tan imperiosamente como un claro manantial,
pero el camino que seguimos para encontrarnos se desvaneció hace mucho*

La dama se esforzó por mantenerlo a distancia, pero cuando rememoraba el pasado y se preguntaba a sí misma quién había tenido realmente la culpa del terrible escándalo le parecía que, en efecto, siempre había sabido que volverían a encontrarse, y vaciló; de todos modos, nunca había sabido mostrar un porte severo, y si bien todo cuanto la vida le había enseñado a lo largo de los años, sus pesares y su amplia experiencia en casa y en la corte, la habían llevado a vivir de una manera irreprochable, aquel encuentro que tanto recordaba el pasado le hacía revivir la época en que habían

estado juntos, y parecía tan cercana que le resultaba imposible seguir resistiéndose. Aún poseía juventud, calidez y un agudo ingenio, y el conflicto entre una prudente contención y la pasión del sentimiento le hacía exhalar tales suspiros que Genji se sentía incluso más encandilado que en su primer encuentro. La llegada del día era un suplicio para él, y no quería marcharse.

Al alba, en el aire bajo el cielo fascinante resonaban los dulces cantos de las aves. Las flores de cerezo habían desaparecido, y en su lugar una bruma verde pálido envolvía los árboles. Aquella fiesta que había dado [\[63\]](#) bajo las glicinas... ¡debió de ser más o menos por aquellas mismas fechas!, se dijo

Genji. Muchos años habían transcurrido desde entonces, pero lo que había sucedido aún le conmovía. Chûnagon abrió las puertas dobles para mirarle mientras él se alejaba, y Genji se volvió hacia ella.

—¡Ah, la glicina! —le dijo—. ¿De dónde puede haber sacado su color? ¡Semejante belleza indica un espíritu de peculiar elegancia! ¿Cómo puedo abandonarla?

Era incapaz de marcharse.

La luz del sol que acababa de alzarse sobre las colinas le daba una hermosura deslumbrante, y al cabo de tanto tiempo seguía siendo tal maravilla verle en todo su esplendor que ella apenas podía creer

que perteneciera a este mundo. ¿Por qué?, se preguntaba la dama de honor, ¿por qué su señora no se había casado con un hombre como él? Chûnagon recordaba que ciertas limitaciones habían impedido a su señora llegar a una altura considerable al servicio de Su Eminencia, pues la difunta emperatriz madre había dado demasiada importancia a lo sucedido, y el escándalo consiguiente había manchado su nombre para siempre. «¡Ah, confío en que esto no sea todo, puesto que todavía tienen tanto que decirse!», pensó la dama de honor. Pero Genji temía demasiado que pudieran verlos para ceder a sus impulsos, y a medida que el sol se alzaba su inquietud

iba en aumento. Sus hombres habían acercado su carruaje a la puerta de la galería, y los oía carraspear discretamente.

Llamó a uno de ellos y le pidió que arrancara un racimo de aquellas flores.

No es que haya olvidado la deshonra que sufrí entonces, pero no he aprendido y me siento a punto de arrojarme al abismo de tus flores. [\[64\]](#)

Ella, apesadumbrada, le vio apoyarse en la barandilla lleno de angustia e indecisión. Pese a su atribulado recato, también anhelaba aquellas flores.

*Ese fatal abismo que se abre para
engullirte no lo es en absoluto, pues no
mojaría*

*mis mangas en unas olas tan
impenitentes, [\[65\]](#)*

Genji no podía aprobar su propia conducta juvenil, pero tal vez la negligencia del guardián le tranquilizaba, [\[66\]](#) porque antes de marcharse logró que ella consintiera en un nuevo encuentro. También ella había significado mucho para él en el pasado, pero al fin y al cabo tenían poco tiempo para estar juntos, y él ahora no podía dejar de sentirse intensamente estimulado.

Volvió a casa con sumo sigilo y con

toda claridad recién levantado de la cama, y su amada estaba allí para recibirle. Sabía perfectamente lo que había sucedido, pero no permitió que se le notara, lo cual molestó más a Genji que el ataque de celos que había esperado. Se preguntaba por qué sus andanzas la afectaban tan poco, y esta desazón le hizo prometerle amor eterno y su entrega con más vehemencia que nunca. No podía hablar de la dama de personal, pero ella sabía lo que había sucedido en cierta ocasión y, en consecuencia, le contó un poco.

—Había un tabique entre los dos, ¿sabes?, y el encuentro no ha sido gran cosa. La verdad es que ha resultado

decepcionante. Me gustaría volver si puedo evitar que me vean.

Ella le miró con una leve sonrisa.

—¡Vaya, vuelves a ser el joven galán!

Ahí estás, rememorando el pasado, mientras me abandonas y he de preguntarme qué va a ser de mí.

Al final las lágrimas acudieron a sus ojos, y ofrecía una estampa enternecedora.

—Este malhumor tuyo dificulta mucho las cosas. Preferiría que me pellizcaras para hacerme saber lo que sientes. Nunca te he enseñado a guardarte los sentimientos, y no sé de dónde sale esta actitud.

Hizo lo posible por convencerla, y parece ser que al final tuvo que confesarlo

todo.

No visitó de inmediato a Su Alteza, sino que se quedó donde estaba, consolando a su amada. Esto no significaba nada para Su Alteza, pero las mujeres a cuyo cuidado estaba confiada le hicieron saber que le consideraban un moroso que no paga lo que debe. Él, por su parte, se habría sentido incluso peor si Su Alteza hubiera expresado desagrado, pero en verdad la muchacha no era para Genji más que un juguete atractivo y obediente.

Durante mucho tiempo la consorte Kiritsubo [\[67\]](#) no pudo retirarse de palacio. No tener nunca permiso para salir le resultaba duro a una persona tan

joven y hasta entonces siempre tan libre de hacer lo que quisiera. Aquel verano empezó a sentirse mal, y se indignó cuando el príncipe heredero no le permitió ir directamente a casa. Su estado era delicado, y quienes cuidaban de ella debieron de sentir aprensión, ya que era muy menuda y frágil. Por fin se retiró y le prepararon un aposento en la parte delantera del edificio principal, en el lado este, donde vivía Su Alteza. Pasar ahora mucho tiempo con su hija era un destino que representaba la suma de los deseos de la dama de Akashi.

La señora que vivía en el ala oriental de la mansión de Genji se proponía visitar a la consorte.

—Me gustaría abrir la puerta intermedia y visitar también a Su Alteza —dijo con una sonrisa—. Durante algún tiempo he pensado en hacerlo, pero me ha parecido que debía esperar el momento apropiado. Después de esto las cosas serán más fáciles, si ahora las dos podemos ser amigas.

—Eso sería ideal. Es tan joven... Procura que aprenda lo que necesita saber.

Lo que a ella le intimidaba no era tanto la perspectiva de encontrarse con Su Alteza como con Akashi, y se lavó la cabeza y vistió con tanto gusto que Genji se dijo que sin duda alguna era incomparable.

Previamente, Genji fue a hablar con Su Alteza.

—La dama del ala oriental irá a ver esta tarde a la consorte Kiritsubo —le explicó—, y tengo entendido que le gustaría aprovechar para conocerte. Te ruego que tengas la bondad de recibirla. Es muy simpática. También es joven todavía, y podrías pasarlo muy bien con ella.

—Pero ¡estaré tan azorada...! —replicó Su Alteza ingenuamente—. ¿Qué le diré?

—Debes responder a la gente de acuerdo con lo que te digan. ¡No seas tímida, por favor!

Le explicó detenidamente lo que debía

hacer. «¡Ah, espero que se lleven bien!», se dijo a sí mismo. No se le ocultaba que sería embarazoso revelar la absoluta inocencia de Su Alteza, pero también sería un error por su parte no propiciar el encuentro.

En sus aposentos del ala oriental, Murasaki reflexionó: «Pronto voy a visitar a Su Alteza, pero, ¿está ella realmente por encima de mí? Es cierto que él me tomó amablemente bajo su cuidado en una época en la que mi futuro era incierto, pero aun así...». Los antiguos poemas que escribía para practicar caligrafía evocaban precisamente lo que ocupaba su mente, y al leerlos veía reflejadas sus preocupaciones.

Genji entró en el aposento, y el hombre, que encontraba a Su Alteza y a su propia hija la consorte encantadoras, cada una a su manera, comprendió que, si su compañera habitual sólo tuviera una belleza corriente, sus sentimientos hacia ella no tendrían la intensidad que los caracterizaba. Ciertamente, ella era sin par, con el grado justo de orgullo y dignidad, con su lozanía y los más deliciosos toques de elegancia, pues se hallaba en la flor de la vida, en la cima de su esplendor. Genji se preguntó cómo era posible que un año tras otro ella presentara siempre algún nuevo aspecto que causaba admiración.

Ella había deslizado las hojas escritas

de manera informal bajo la escribanía, pero él las descubrió, las sacó de allí y les echó un vistazo. No había en su habilidad la menor afectación, y su escritura tenía una sencilla y agradable elegancia. El se fijó especialmente en los versos:

*¿Se me acerca más el otoño cada día?
Aquí, ante mis ojos, todas las hojas
verdes de las colinas han tomado los
colores del otoño,*

y, debajo de ellos, como si lo hiciera en broma, había añadido:

El ave acuática luce en sus alas el mismo

verde de antaño,

pero las hojas inferiores de la hagi, no parecen ciertamente las mismas. [68]

En ocasiones ella revelaba un estado de ánimo preocupante, pero él la amaba y admiraba por dominarlo tan bien.

Aquella noche no le necesitaban ni en el ala oriental ni en el edificio principal, así que se las arregló para salir y dirigirse a su cita secreta. Sabía muy bien que debería quedarse donde estaba y esforzarse por cambiar de idea, pero eso era superior a sus fuerzas.

La consorte Kiritsubo sentía mucho afecto por la señora del ala oriental y confiaba en ella más que en su propia

madre, y aquella señora sintió también un gran afecto hacia ella al ver lo hermosa que se había vuelto. Tras una animada conversación, abrió la puerta intermedia y fue al encuentro de Su Alteza. Murasaki se tranquilizó al ver que Su Alteza era todavía una niña y, dirigiéndose a ella de una manera maternal, le habló del estrecho parentesco que había entre las dos. Entonces llamó a Chûnagon, el aya de la princesa.

—He hablado con Su Alteza sobre los antepasados que compartimos, y lamento que, pese a que somos parientes próximas, [\[69\]](#) si no es atrevimiento decir tal cosa, no consideré oportuno visitarla excepto cuando surgiera una ocasión apropiada.

Confío en que a partir de ahora ella me visitará cuando quiera y me señalará cualquier descuido en que pueda haber incurrido.

—Mi señora parece sentirse del todo abandonada tras haber perdido la protección de aquellos en quienes más confiaba —respondió Chûnagon—, y os estoy agradecida en extremo por vuestra amable indulgencia con ella. Estoy segura de que Su Eminencia confía en que haya entre las dos una amistad íntima, ahora que él ha renunciado al mundo, y que también tengáis la bondad de cuidar de mi señora mientras es joven.

—Desde que recibí la gentil comunicación, eso es lo que he anhelado,

pero, ¡ay!, con frecuencia he tenido ocasión de lamentar mi propia falta de capacidad.

Su porte al hablar era sereno y refinado. Cuando se reunió de nuevo con la princesa, le habló en un tono juvenil acerca de ilustraciones de relatos, y le confesó que ella misma nunca había podido abandonar las muñecas. «¡Qué joven es y qué simpática!», se dijo Su Alteza, a quien la dama le gustaba mucho. A partir de entonces se escribían a menudo y gozaban de su mutua compañía cada vez que alguna diversión encantadora les daba ocasión de hacerlo.

La gente chismorrea impúdicamente sobre cualquier persona de semejante

categoría, y al principio les intrigaba saber qué se proponía la dama del ala oriental de la mansión de Genji. «Sin duda Su Gracia ya no la favorece como solía hacerlo —comentaban—. Debe de pensar menos en ella que antes». Cuando resultó que, en todo caso, aquello había reforzado el afecto que le tenía, algunos también le criticaron, pero entonces las satisfactorias relaciones entre las dos damas pusieron fin a todos estos rumores y restauraron una feliz armonía.

En el décimo mes, la señora del ala oriental dedicó al cuadragésimo aniversario de Genji una imagen del Buda Yakushi en el templo que aquél tenía en el páramo de Saga. Ella había planeado que

fuese un acontecimiento discreto, puesto que Genji había prohibido toda ostentación. El estilo de la imagen, las cajas que contenían las escrituras y las envolturas [70] parecían proceder del mismo paraíso. Las plegarias ofrecidas fueron en verdad amplias, pues incluían el Sutra del Rey Victorioso, el Sutra del Diamante de la Sabiduría y el Sutra de la Vida Eterna. [71] Asistieron gran número de nobles. El templo era hermosísimo, y los muchos lugares de interés que se encontraban a lo largo del camino, incluido el sendero que conducía hasta allí a través de los campos y bajo los árboles, con sus colores otoñales, sin duda constituyeron también un estímulo

para asistir. Hubo gran estrépito de caballos y carruajes que se adelantaban unos a otros en su camino a través de los prados emblanquecidos por la escarcha. Cada dama de Rokujô había encargado su propia y solemne lectura de las escrituras.

El ayuno [72] finalizó el día vigesimotercero, y Rokujô ya estaba tan lleno que la patrocinadora celebró el banquete en Nijô, que ella consideraba su hogar. Allí confeccionó las túnicas y todo lo necesario, y las otras damas contribuyeron en la medida de sus posibilidades. Los pabellones, que habían sido destinados a aposentos de las damas de honor, fueron despejados para aumentar el espacio disponible para

agasajar por todo lo alto a los cortesanos, los comisionados, [73] los funcionarios de la mansión de Rokujô e incluso los sirvientes. El anexo del edificio principal se arregló como era de rigor en semejantes ocasiones, y se instaló un trono de madreperla. En la sala occidental había doce mesas de ropa, cada una con las acostumbradas prendas de verano e invierno y prendas de dormir, cubiertas con decorosa seda violeta adornada con figuras, de modo que nadie pudiera ver lo que había debajo. Las dos mesas auxiliares situadas ante el asiento de honor estaban cubiertas de seda china cuyo color se oscurecía hacia la parte inferior. La percha de aloe con el pie en

forma de flor, para colocar los tocados de flores, con sus aves doradas en ramas de plata, procedía de la consorte Kiritsubo; Akashi la había encargado de acuerdo con su propio y muy ingenioso diseño. [74] Su Alteza del Ceremonial [75] se había ocupado de los cuatro biombos situados detrás del asiento de honor, cuyas pinturas mostraban las cuatro estaciones, como era de esperar, pero eran en extremo ingeniosas, y las montañas, valles y aguas reflejaban una imaginación llena de frescura. Dos pares de armarios sobre los que había cofres con objetos se alzaban contra la pared norte. Los demás muebles eran los habituales. Los nobles, los ministros de la Izquierda y la Derecha, Su

Alteza del Ceremonial y otras personalidades se sentaban en el pasillo sur y, naturalmente, también estaban presentes todos los caballeros de rango inferior. A izquierda y derecha de la tarima había espacios delimitados por cortinas para los músicos, mientras que en el este y el oeste se extendían en hilera ochenta recipientes con pastelillos de arroz y cuarenta cofres de paño para regalo.

Los danzarines y músicos llegaron a la hora de la Oveja. [\[76\]](#) Interpretaron «Diez mil años» y «El ciervo real», y luego, hacia la puesta del sol, danzaron el preludio de Koma, [\[77\]](#) seguido de «Los dragones gemelos», una pieza muy poco

habitual. Cuando hubo finalizado, el consejero y el intendente de la Guardia de la Puerta bajaron al jardín y danzaron un pequeño bis, [\[78\]](#) tras lo cual desaparecieron entre los árboles otoñales. Los deleitados caballeros lamentaron que se marcharan. Los que recordaban «Las olas del mar azul» en la maravillosa velada de la excursión del emperador Suzaku los consideraron dignos de sus padres, a los que igualaban en reputación, aspecto e ingenio y superaban ligeramente en rango y cargo, lo cual, en vista de sus edades, sugería que su nacimiento los había destinado desde largo tiempo atrás a tales alturas. Genji se sintió conmovido casi hasta las lágrimas, y muchos

recuerdos acudieron a su mente.

Al anochecer, los músicos se retiraron. Los sirvientes de la casa los acompañaron a los cofres, y cada uno recibió su regalo. Vistos contra al montículo del jardín cuando pasaban a lo largo del estanque, las prendas blancas que llevaban sobre los hombros parecían las vestiduras de plumas de unas grullas que gozaran de sus mil años de vida. Entonces dio comienzo la música de los caballeros, y también fue deliciosa. Genji tenía los instrumentos de cuerda del príncipe heredero; el *biwa* y el *kin* procedían del palacio de Su Eminencia Enclaustrado, y el *sô no koto* de Su Majestad. El tono de todos ellos

recordaba tiempos pasados, y Genji, que intervino en el concierto como ya no solía hacerlo, evocó a su difunto padre en distintos momentos de su vida, y su propia vida en la corte, y reflexionó con amargo pesar y dolor: «Si Fujitsubo hubiera vivido, yo mismo habría organizado para ella una celebración así. ¿De qué otro modo podría haberle demostrado lo mucho que significaba para mí?».

La ausencia de su madre también empañaba la vida del emperador, y el transcurso de los años sólo le hacía sentirse más turbado porque no le era posible, como debería, mostrarle a Genji todo el respeto debido a un padre. Había decidido aprovechar la oportunidad de la

celebración para visitar a Genji aquel año, pero Genji le había advertido repetidas veces que no hiciese nada que pudiera inquietar a la gente, y el emperador se sintió decepcionado al tener que abandonar la idea.

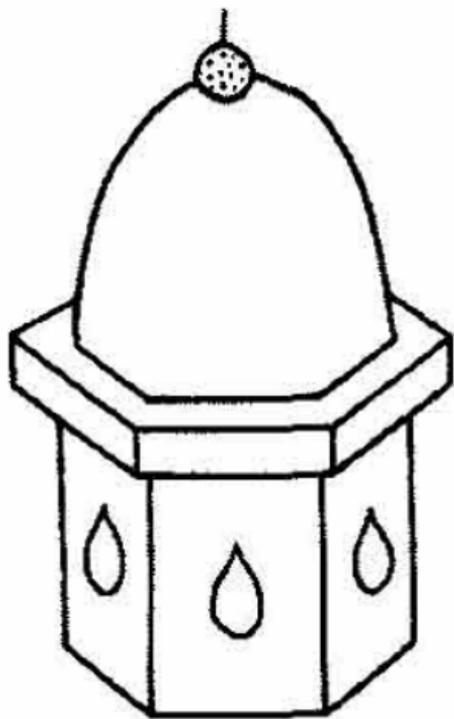
Pasado el día duodécimo del duodécimo mes, la emperatriz se retiró de palacio y, como último acto de lealtad hacia él aquel año, encargó el cántico de las escrituras en los siete grandes templos de Nara, [\[79\]](#) entre los que había distribuido cuatro mil rollos de paño. También dio cuatrocientos rollos de seda a cuarenta templos más cercanos a la ciudad. Reconocía su deuda hacia Genji, y había esperado con ilusión la oportunidad

de mostrarle su gratitud cuando las circunstancias lo permitieran, pues sabía que no habría hecho menos por sus padres si aún vivieran; pero las severas observaciones de Genji obligaron incluso a Su Majestad a abandonar la mayor parte de sus planes.

—De los ejemplos del pasado deduzco que, tras celebrar su cuadragésimo aniversario, uno no puede esperar vivir mucho más, y por lo tanto preferiría que en esta ocasión evitaras cualquier exhibición ostentosa y te reservaras para futuras celebraciones.

Tales habían sido sus palabras, pero el emperador aún quería señalar la ocasión con la debida solemnidad.

La casa principal del recinto ocupado por la emperatriz se decoró para un acontecimiento que tenía toda la grandiosidad de los anteriores. [80] Las recompensas para los nobles y otros invitados importantes



Pastelillo de arroz

emulaban a los especificados para los grandes festivales de la corte. Sus Altezas recibieron vestidos femeninos, mientras que los caballeros del cuarto rango sin méritos para ser consultores, así como los

cortesanos al servicio de Su *Pastelillo de arroz* Majestad, obtuvieron vestiduras blancas de varias capas y un rollo de seda. Eran unas prendas hermosísimas, y fajas y espadas famosas que habían pertenecido al difunto príncipe heredero [81] dieron también a la ocasión un toque conmovedor. Parece ser que el acontecimiento reunió las propiedades más célebres de los reinados anteriores. Los relatos antiguos hacen mucho hincapié en los regalos presentados en tales ocasiones, pero tales listas son aburridas, y yo no podría buscar a todas las personas hacia las que Genji debía mostrar su agradecimiento.

Su Majestad no podía aceptar el

abandono del plan que había concebido, y confió su ejecución al consejero. El titular del puesto de comandante de la Derecha había dimitido recientemente a causa de una enfermedad, y Su Majestad se había propuesto ofrecerle el puesto al consejero, junto con su propia celebración para Genji, pero ahora efectuó el nombramiento de inmediato. Genji se lo agradeció, aunque con modesta circunspección.

—No puedo evitar la sensación de que este repentino honor es prematuro — le dijo al emperador—, puesto que excede con mucho a los merecimientos de Yûgiri.

El nuevo comandante supervisó los preparativos en el lado nordeste. [\[82\]](#)

Procuró que fuesen discretos, pero no era aquélla una ceremonia ordinaria, y aportó, tanto para ella como para las que tenían lugar en otros recintos, todo lo necesario procedente del Depósito de la Corte y el Granero Imperial. [83] El capitán secretario [84] recibió de Su Majestad la orden de proporcionar los pastelillos de arroz y demás vituallas, como si se tratara de un acontecimiento en el palacio imperial. Estaban presentes cinco princesas, los ministros de la Izquierda y la Derecha, dos grandes consejeros, tres consejeros, cinco consultores y casi todos los cortesanos que servían a Su Majestad, el príncipe heredero y Su Eminencia. El canciller, bajo la orientación minuciosa

de Su Majestad, se había ocupado de la decoración y el mobiliario de la sala, y entonces, por orden expresa de Su Majestad, se sumó a los invitados. Satisfecho y asombrado, Su Gracia tomó también asiento. Quedaron uno frente al otro en la cámara del edificio principal. Su Excelencia, por entonces un hombre apuesto y de imponente figura, gozaba visiblemente de la plenitud de la prosperidad y el éxito, mientras que Su Gracia seguía siendo el joven Genji de antaño. Los cuatro biombos plegables que había a sus espaldas tenían inscripciones de puño y letra del emperador sobre seda china decorada con figuras de color verde hierba, escritas sobre pinturas que

también tenían un interés excepcional. Tanto la tinta utilizada como la línea de la escritura eran de una calidad deslumbrante que la identidad del autor no hacía más que realzar. Los instrumentos de cuerda y viento, así como los armarios sobre los que descansaban, procedían del Departamento de Chambelanes. Los acontecimientos de la jornada fueron especialmente interesantes, porque la autoridad personal del comandante era ahora mucho mayor que antes. El sol se puso mientras hombres de los Establos Imperiales de la Izquierda y la Derecha y los oficiales del Cuartel de las Seis Guardias [\[85\]](#) disponían, por orden de precedencia, cuarenta caballos ante los

invitados.



La danza «Diez mil años»

Las danzas como «Diez mil años» y «La gracia de nuestro soberano» se ejecutaron como de costumbre, aunque sólo de manera simbólica, porque

preferían interpretar la música que tanto le gustaba a Su Excelencia. Como lo hacía siempre, Su Excelencia de la Guerra tomó el *biwa*, pues era un maestro excepcional en dicho instrumento. Genji recibió el *kin* y Su Excelencia, el *wagon*. A Genji, la música de Su Excelencia le pareció muy buena y conmovedora, tal vez porque llevaban mucho tiempo tocando juntos, y, en consecuencia, no ocultó su propio dominio del *kin*, que bajo sus dedos produjo un sonido maravilloso. Entonces hablaron de los viejos tiempos y bebieron bastante, puesto que los lazos entre ellos por fin estimulaban la más amigable intimidad, hasta que los placeres de la ocasión y la embriaguez les hicieron

derramar lágrimas que eran incapaces de contener.

Como regalos de despedida, Genji envió al carruaje de Su Excelencia un soberbio *wagon*. junto con una flauta de Koma que apreciaba mucho y un par de cajas de madera de sándalo, una que contenía admirables ejemplos de caligrafía procedentes de China y otras piezas no menos admirables de escritura cursiva japonesa. Los hombres de los Establos Imperiales de la Derecha, que habían acudido en busca de los caballos, danzaron bulliciosamente una pieza de Koma. El comandante entregó sus recompensas a los oficiales del Cuartel de las Seis Guardias. Genji se había

mostrado contrario a toda exhibición de pompa, pues deseaba la máxima sencillez posible, pero sus estrechos vínculos con el emperador, el príncipe heredero, el emperador retirado y la emperatriz le daban un prestigio tan abrumador que la magnificencia del tributo que se le rendía pareció inevitable. Decepcionaba que el comandante fuese su único hijo, pero el joven gozaba de gran reputación entre sus pares y destacaba por su habilidad, aunque el destino trazado por la rivalidad ferozmente celosa entre su madre y el Refugio de Rokujô al final se había manifestado de diversas maneras. [\[86\]](#)

Aquel día la dama del ala nordeste vistió al comandante, mientras es de

suponer que su esposa, en Sanjô, preparaba las recompensas. Vistos desde el sector nordeste, estos acontecimientos festivos ocasionales, incluso los más bonitos e íntimos, parecían muy lejanos, y la dama que vivía allí se preguntaba si alguna vez la admitirían en tan encumbrada compañía, y lo cierto es que así fue, gracias a sus vínculos con el comandante.

Llegó el Año Nuevo. El embarazo de la consorte Kiritsubo tocaba a su fin, así que desde el primer día del primer mes Genji encargó la continua realización del Gran Rito. En todos los templos y santuarios se rezaban innumerables plegarias. Aquella atroz experiencia [\[87\]](#)

le había infundido terror a tales situaciones y, aunque lamentaba y le decepcionaba no haber tenido más hijos, por otro lado se alegraba de que ni la dama del ala oriental ni ninguna de las otras hubieran corrido aquel peligro. La consorte era tan delicada que él dudaba aprensivamente de sus condiciones físicas, cuando, para consternación de todos, en el segundo mes sufrió un cambio sorprendente y se encontró muy mal. Los adivinos recomendaron hacer penitencia por ella en otro lugar, [88] pero él sabía que estaría preocupado si ella se trasladaba a otra parte, y por lo tanto la alojó en el ala media del lado de Akashi. La residencia consistía en dos grandes

alas rodeadas de varias galerías [89] a lo largo de las cuales habían levantado hileras de altares de tierra, y famosos ascetas habían sido llamados para que efectuaran ruidosamente sus ritos ante ellos. [90] La madre de la consorte sabía que su propio destino pendía de un hilo, y estaba muy inquieta.

Por entonces, la venerable monja debía de ser muy vieja y tener sus rarezas, pues para ella ver a su nieta era como un sueño, y fue a su encuentro con la esperanza de que el acontecimiento tuviera lugar pronto. La madre de la consorte nunca había hablado a su hija del pasado, pese a que llevaba con ella largo tiempo, y por ello la monja, rebosante de

felicidad, la abordó ahora y le contó, con voz temblorosa y frecuentes lágrimas, la clase de vida que habían llevado. Al principio, a la consorte aquello le pareció extraño y atroz, y se limitó a mirarla fijamente, pero lo cierto era que había oído hablar de aquella anciana y, pese a todo, se mostró amable con ella. La monja siguió hablándole de las circunstancias que habían rodeado su nacimiento y de cómo había vivido Su Gracia allá en la costa.

—Cuando llegó el momento en que debía regresar a la ciudad, estábamos muy afectados, porque creíamos que eso era el fin y que todo había terminado entre ellos —dijo sollozando—, pero ¡entonces

llegaste tú con tu destino maravilloso y lo cambiaste todo!

La consorte pensó que nunca habría conocido la triste historia de su pasado si ella no se la hubiera contado, y se echó a llorar. No estaba en condiciones de alardear de nada; había sido Murasaki quien la había educado para que fuese más o menos lo que la gente esperaba. Ella se consideraba superior, e incluso cuando servía en palacio había mirado con desdén a las demás. ¡Qué excesivo orgullo el suyo! Suponía que eso era lo que la gente debía de haber dicho a escondidas de ella. Ahora por fin sabía quién era. Siempre había sabido que su madre no gozaba de tanta consideración

como debería, pero, por lo que respectaba a su propio nacimiento, nunca había pensado que pudiera haberse producido en un lugar tan remoto. Tal vez nunca había pensado lo suficiente en ello. Le afligía saber que el Novicio vivía más allá del mundo, como un inmortal, y esto, junto con todo lo demás que había oído decir, la turbaba en grado sumo.

Estaba absorta en pensamientos melancólicos cuando apareció su madre y los ascetas llegaron de aquí y allá para proseguir con sus ruidosos ritos. No iba acompañada de ninguna de sus damas de honor, y la monja había aprovechado esta oportunidad para acercarse mucho a ella.

—¡Esto no puede ser! —regañó la

madre de la joven a la monja—. ¡No puedes visitar a mi señora sin poner delante una cortina baja! [\[91\]](#) Con este viento podría abrirse la suya. Compórtate como un médico, por ejemplo. Ha pasado mucho tiempo desde que eras joven. — Estaba muy irritada.

La monja, que a su modo de ver se estaba comportando perfectamente bien y que apenas podía oír, se limitó a asentir y replicar:

—¿Cómo dices?

En realidad, con sesenta y cinco o sesenta y seis años, no era tan mayor, y vestía el hábito con distinción y desenvoltura. Los ojos hinchados, brillantes por las lágrimas, evidenciaban

que, lamentablemente, había estado rememorando el pasado.

La madre de la consorte se sintió consternada.

—Debe de haberse enfrascado en tontas divagaciones sobre cosas que ocurrieron hace muchos años. Supongo que te ha contado cuentos inverosímiles del pasado, alimentados por ridículas fantasías tuyas. ¡Hace que me pregunte si estoy soñando!

Sonrió compungida mientras miraba a la consorte, tan grácil y bonita, y ahora absorta y apagada como no lo había estado nunca. Le costaba creer que una joven dama de tan elevada posición fuese hija suya. Pensó que enterarse de aquella

triste historia debía de haberle afectado. Ella había tenido intención de decírselo cuando hubiera llegado a lo más alto. Por suerte, lo sucedido no iba a convencerla de que no podía alcanzar tales alturas, pero la pobrecilla debía de sentirse muy abatida.

Una vez hubieron finalizado los ritos religiosos, ordenó que sirvieran un refrigerio a la consorte y le instó a tomar algún bocado. La monja, que sollozaba sin cesar, miraba a su nieta con asombro y deleite. Sonriente y atrozmente boquiabierta, tenía arrugas alrededor de los húmedos ojos. Hacía caso omiso de la expresión reprobadora con que la miraba su hija.

*Ondas de vejez llegan sinuosas a una
orilla generosamente bendecida:*

*¿quién podría culpar a una monja vieja
de su constante goteo de agua salada?*

[92]

—¡En otro tiempo soportaban a los
viejos como yo! —exclamó.

La consorte escribió en una hoja de
papel que estaba al lado de la escribanía:

*Quisiera que esa monja que gotea agua
salada fuese aún mi guía a la lejana*

Awaji,

*que pudiera ver con mis ojos aquella
choza de cañas en la orilla. [93]*

Esto fue demasiado para su madre, que rompió en sollozos.

El que abandonó este mundo sigue para siempre en la costa de Akashi.

¡Ni siquiera él puede haber disipado toda la oscuridad de su corazón!

Con estas palabras trataba de disimular las lágrimas.

«¡Qué lástima que no recuerde nada de aquel amanecer en que le dejamos allí!», se dijo la consorte.

El parto fue fácil, uno o dos días tras el décimo del tercer mes, y, a pesar de su inquietud anterior, no sintió demasiado dolor. Su madre estaba encantada, puesto

que, para coronarlo todo, el bebé era varón, y Genji por fin se sintió aliviado.

Sin duda una serie rutilante de celebraciones por el nacimiento habrían alegrado la vejez de la monja, pero por lo demás se habrían desperdiciado en aquella casa poco espaciosa y aislada, de modo que la consorte se preparó para mudarse de nuevo al ala sudeste. La dama del ala oriental había asistido al parto y estaba encantadora, vestida totalmente de blanco, [\[94\]](#) con el pequeño príncipe en brazos como si fuese su abuela. Todo le conmovía y fascinaba, puesto que ella misma no había tenido hijos ni había estado presente en semejante ocasión. Seguía sosteniendo al niño, pese a lo

difícil que era para alguien sin experiencia, y la verdadera abuela le dejaba hacerlo y entretanto se ocupaba de preparar los baños. [95] Una dama de cámara (la misma que le había dado al príncipe heredero la noticia de su nombramiento) [96] las supervisaba, y le conmovió ver que la madre de la consorte actuaba de una manera tan impecable como aya de baño, [97] puesto que sabía algo de sus antecedentes y estaba presta a deplorar cualquier desliz. Sin embargo, la dama mostraba una distinción tan sorprendente que todo parecía indicar que era merecedora de su buena suerte.

No tendría sentido que relatara en detalle todas las ceremonias que tuvieron

lugar en esa época.

El sexto día la consorte regresó a sus aposentos habituales. Su Majestad patrocinó la celebración del natalicio la noche del séptimo día. Tal vez para sustituir a Su Eminencia, puesto que por entonces había renunciado al mundo, una orden imperial nombró al senescal chambelán, del Departamento de Chambelanes, para que organizara un acontecimiento por todo lo alto. Su Majestad aportó las túnicas que los invitados recibirían como recompensa, y se encargó de que fuesen incluso más hermosas que las utilizadas para una celebración en la corte. También los príncipes y los ministros de Estado se

apresuraron a cumplir con su papel de un modo magnífico.

Genji no trató de imponer sencillez a las festividades; éstas por el contrario, mostraron una grandiosidad tan inaudita, que los toques de elegancia más primorosos y discretos, los que deberían haber sido percibidos y transmitidos a las generaciones venideras, no llamaron en absoluto la atención. Pronto también él tomó al príncipe en brazos.

—El comandante ya tiene varios —observó—, pero sigue prefiriendo que no los vea, y debo decir que se lo reprocho. ¡Ved, de todos modos, qué encantadora criatura tengo!

No era de extrañar que estuviera tan

entusiasmado con él.

Día a día, el pequeño príncipe crecía como si lo estirasen. Genji prescindió de ayas y doncellas inexpertas y sólo eligió para su servicio a las mujeres más preparadas y distinguidas. Como era prudente y circunspecta, la madre de la consorte trataba de pasar inadvertida cuando era necesario y jamás se permitía exhibiciones de orgullo, por lo que todo el mundo la alababa. La dama del ala oriental ya la conocía informalmente, y el encanto del bebé hizo que sus antiguos sentimientos de reproche se transformaran en afecto y respeto. Siempre amante de los niños, se dedicó a confeccionarle muñecos guardianes y sencillos juguetes.

Se pasaba el día y la noche cuidando del pequeño. La monja, con sus ideas anticuadas, estaba molesta en extremo porque no podía ver al pequeño príncipe siempre que lo deseaba, y, ¡ay!, ahora que lo había visto, lo añoraba tanto que su misma vida parecía pender de un hilo.

Cuando la noticia llegó a Akashi, ninguna aspiración a la indiferencia del sabio pudo disipar la alegría del anciano.

—Ahora puedo abandonar este mundo con el corazón ligero —les dijo a sus discípulos.

Convirtió su casa en un templo, al que asignó los arrozales y demás campos circundantes. Lo que se proponía hacer a continuación era encerrarse en un lugar

donde nadie volviera a encontrarle jamás, uno que había hecho suyo mucho tiempo atrás, demasiado recóndito en las montañas de la provincia para que fuese frecuentado. Le quedaba una sola y pequeña preocupación, pero al cabo de tantos años en Akashi la dejó al cuidado de los budas y los dioses y se marchó. En los últimos años sólo había enviado un mensajero a la ciudad cuando existía una necesidad especial, aunque los mensajeros de allá que le visitaron nunca habían regresado sin algún consejo para la monja. Ahora, como un último gesto hacia el mundo que abandonaba, envió una carta a su hija.

«Desde hace unos años habito el

mismo mundo que tú y, sin embargo, tengo la sensación de que es distinto al de antes, y por eso no he escrito, excepto cuando era necesario, ni he tratado de tener noticias tuyas. La lectura de las cartas en *kana* me lleva tiempo, [\[98\]](#) y los momentos dedicados a otra cosa que no sea invocar el Nombre son momentos perdidos. Ése es el motivo de que no te haya enviado nada. He sabido que tu hija está ahora con el príncipe heredero y que le ha dado un hijo. Es una gran alegría. Lo digo porque, aunque sólo soy un asceta de montaña y no deseo la gloria terrena, debo confesar que durante muchos años sólo he pensado en ti, incluso durante los rezos del día y de la noche, y que mis plegarias

han sido por ti, mientras dejaba de lado mis anhelos por el rocío del loto.

»Querida mía, una noche del segundo mes del año en que naciste tuve un sueño. Mi mano derecha alzó el monte Sumeru, [\[99\]](#) y a derecha e izquierda de la montaña el sol y la luna derramaron su brillo sobre el mundo. Yo mismo estaba abajo, en la penumbra bajo la montaña, y su luz no me alcanzó. Entonces puse a flotar la montaña sobre un vasto océano, subí a un botecillo y me alejé remando hacia el oeste. Ése fue mi sueño. Me desperté, y aquella mañana incluso yo empecé a confiar, aunque también me pregunté en el fondo de mi corazón por qué debería esperar con ilusión algo tan

grandioso. Entonces fuiste concebida. A partir de entonces, tanto los escritos seculares como las escrituras sagradas me dieron tantas razones para creer en los sueños que, pese a lo indigno que era, experimenté un temor reverencial y te crié como correspondía. Sin embargo, la tarea parecía rebasar con mucho mis pobres medios, y por eso emprendí el viaje a este lugar, donde dejé que me absorbieran los asuntos de esta provincia y abandoné toda esperanza de que, con la llegada de la vejez, pudiera regresar a la ciudad. Durante el tiempo que he vivido en esta costa he dicho muchas plegarias en mi corazón, pues tú eras mi única esperanza. Afortunadamente, ha llegado el momento

de que muestres agradecimiento porque esa esperanza se haya cumplido. La duda ya no es posible. Ahora que mi ferviente deseo se ha realizado y puedo confiar en el renacimiento como el más elevado de los nueve grados del paraíso, al oeste, más allá de los cien mil reinos budistas, proseguiré mis rezos entre los árboles y las aguas puras de las montañas más distantes mientras aguardo la llamada al trono del loto». [\[100\]](#)

*Ese amanecer se acerca, cuando la luz
tan esperada brillará por fin,
y ahora quisiera hacerte saber lo que
soñé hace tanto tiempo.*

Al llegar aquí, había escrito el mes y el día.

«No trates de saber el mes y el día de mi muerte —había añadido—. ¿Por qué habrías de llevar luto como siempre hace la gente? Piensa que era una presencia transformada [\[101\]](#) y límitate a actuar en beneficio de un viejo monje. [\[102\]](#) Sean cuales fueren los placeres que ofrezca esta vida, no olvides la vida futura. Volveremos a encontrarnos, si puedo dar alcance al lugar adonde anhele ir. Ten fe en que volveremos a estar juntos cuando llegues a la orilla más allá de este mundo».

Acompañaba a esta carta una gran caja sellada de madera de aloe que

contenía los textos de todas las plegarias que había dirigido al santuario de Sumiyoshi.

A la monja sólo le enviaba unas pocas líneas: «El día decimocuarto de este mes abandonaré mi humilde morada y me internaré en las montañas, donde dejaré mi despreciable cuerpo como alimento de osos y lobos. Debes permanecer pacientemente tal como estás hasta que haya llegado el tiempo que preveo. [\[103\]](#) Nos encontraremos de nuevo en la luz». Esto era todo.

La monja leyó la carta y entonces interrogó al santo monje que la había traído.

—Se internó en las montañas sin

caminos tres días después de escribirla — replicó el monje—. Le acompañamos hasta el pie, pero allí nos dio la espalda y siguió adelante con sólo un monje y dos acólitos. Yo sabía que, tras su renuncia al mundo, no volveríamos a afligirnos, pero nos esperaba más tristeza. Colocó a su lado el *kin* y el *biwa*, los instrumentos que tocaba tan a menudo, sentado y apoyado en una columna, entre sesiones de rezos, y tocó una vez más; entonces se despidió del Buda [\[104\]](#) y dejó los instrumentos como ofrendas en la capilla. También dejó la mayor parte de sus restantes posesiones, y lo que no dejó allí lo distribuyó entre los más de sesenta discípulos [\[105\]](#) que tan fieles le han sido

durante muchos años, a cada uno de acuerdo con su categoría. Finalmente, me encargó que viniera a la ciudad y os trajera lo que quedaba. Entonces se retiró a las nubes y brumas de cierta montaña distante, dejándonos a los que permanecíamos en la casa con nuestro dolor.



Caja de documentos

El encomiable monje se había trasladado allí desde la ciudad siendo un muchacho; ahora, ya viejo, seguiría allí, y estaba desolado. Incluso los discípulos

más prudentes del Buda, tan profundamente versados en las enseñanzas que había impartido en el Pico del Buitre, se sintieron muy apenados cuando se extinguió la llama de su lámpara, y, naturalmente, el pesar de la monja rebasaba toda medida.

La madre de la consorte se encontraba en el ala sudeste, y acudió discretamente al enterarse de que había llegado la carta. No era apropiado que lo hiciera sin una razón adecuada, dado el porte solemne que ahora requería su posición, pero había comprendido que sucedía algo turbador y estaba lo bastante preocupada para hacer una visita discreta. Encontró a su madre abrumada, y no pudo retener las

lágrimas cuando acercó la lámpara y leyó la carta. Los recuerdos del pasado — cosas que no habrían significado nada para nadie más— acudieron a su mente, y ella, que siempre había añorado a su padre, comprendió con una punzada de dolor que jamás volvería a verlo. No podía contener los sollozos. El relato del sueño que había tenido su padre le hacía tener fe en el futuro y, sin embargo, también pensaba: «¡Así pues, mi amargura cuando me envió de una manera tan extraña a un lugar al que nunca debería haber ido se debió a su confianza en un pequeño sueño y a su esperanza en alcanzar las alturas que prometía!». Por fin lo había comprendido.

La monja habló al cabo de un largo silencio.

—Gracias a ti, él y yo pudimos enorgullecernos de una buena suerte muy superior a nuestros merecimientos, y sí, es cierto que también tuvimos grandes pesares y preocupaciones. Sé que él no se había distinguido, pero aun así el abandono de nuestro hogar en la ciudad para llevar una vida oscura en un lugar lejano parecía un extrañísimo destino, e incluso entonces era incapaz de imaginar que pudiéramos estar separados, pues durante aquellos años nunca dudé de que, tras esta vida, compartiríamos el mismo lote. Entonces, de improviso, tuvo lugar este acontecimiento extraordinario. Mi

recompensa por volver al mundo que dejé me ha hecho feliz, pero al mismo tiempo no dejaba de echarle de menos ni de preocuparme por él, y al final es muy difícil tener que abandonar esta vida sin verle de nuevo. Sus peculiaridades le llevaron a clamar contra el mundo incluso cuando estaba en él, pero entonces éramos jóvenes y nos teníamos mutua confianza, y el vínculo entre nosotros no podía ser más fuerte. Cada uno tenía una profunda fe en el otro. ¿Por qué debemos estar separadas de él, cuando está tan cerca que sus cartas llegan con rapidez? —La anciana lloraba amargamente.

—Al final, nada significa para mí haberme alzado por encima de otras —

dijo la madre de la consorte—. Poco importan los honores de que ahora gozo, cuando de todos modos soy tan insignificante, pero lo cruel es que ya nunca sabré qué ha sido de mi padre. Supongo que su destino explica todo lo que ha sucedido; y sin embargo, ¡parece una pérdida tan grande que se haya desvanecido para siempre en las montañas y que, dada la fragilidad de la vida, pronto habrá dejado de existir!

Su triste conversación se prolongó a lo largo de la noche.

—Ayer Su Gracia me vio en el ala sudeste —dijo la dama—, y parecerá una rudeza por mi parte que me haya escabullido de repente. A mí no me

importa gran cosa, pero por respeto a la madre de Su Alteza no puedo hacer lo que me plazca.

Al amanecer regresó a sus aposentos.

—¿Cómo está Su Alteza? —le preguntó la monja, derramando lágrimas de nuevo—. ¡Estoy deseando verle!

—Y estoy segura de que le verás muy pronto. Mi señora la consorte parece recordarte con mucho cariño. Según dicen, Su Gracia ha observado que, si bien no desea escrutar el futuro, confía en que, suponiendo que todo vaya bien, vivirás para ver ese día. No sé que habrá querido decir.

La monja sonrió.

—¡Ya ves! —replicó alegremente—.

¡Lo sabía! ¡Mi destino es muy diferente al de cualquier otra persona!

La madre de la consorte fue a reunirse con su hija y se llevó consigo la caja de oraciones.

El príncipe heredero rogaba con frecuencia a la consorte que regresara a palacio.

—No puedo culparle —dijo la señora Murasaki—. Debe de estar muy preocupado por ella, sobre todo después de este notable acontecimiento.

Entonces dispuso las cosas para que el príncipe heredero visitara discretamente a su padre.

El Refugio [\[106\]](#) del príncipe heredero prefería quedarse de momento

donde estaba, pues había aprendido una lección acerca de la dificultad de obtener permiso para retirarse. Aquello por lo que acababa de pasar, una experiencia amedrentadora para una persona tan joven, le había adelgazado un poco el rostro y prestado una espléndida elegancia.

—Todavía no se ha recuperado, y no debería ir hasta que sea capaz de cuidar de sí misma como es debido —manifestó su madre.

Genji no estuvo de acuerdo.

—Con esa nueva esbeltez de facciones, él estará más satisfecho de ella que nunca —comentó.

Una tarde tranquila, después de que la

dama del ala oriental y sus damas de honor se hubieran ido a casa, la madre de la consorte fue a ver a su hija para hablarle de la caja de oraciones.

—No debería mostraros esto, mi señora, hasta que, gracias a vos, las plegarias hayan sido del todo atendidas, pero la vida es demasiado insegura para ello. Hay pequeñas cosas que debería decir os ahora, cuando todavía estoy en pleno uso de mis facultades, porque, si algo me sucediera antes de que estéis en condiciones de decidir por vos misma, no me sería posible, dado quien soy, teneros a mi lado hasta el fin. Sé que el contenido de la carta es extraño e intimidante, [\[107\]](#) pero os ruego que la leáis de todos

modos. Guardad las hojas de las plegarias en un armario cercano, leedlas cuando podáis y, por favor, haced lo que dicen. [\[108\]](#) No habléis de ellas con nadie. Ahora que os he visto llegar tan lejos, también yo preferiría renunciar al mundo, pues no estoy en paz ni mucho menos. No debéis tomar nunca a la ligera la buena voluntad de la dama del ala oriental. Cuando veo lo maravillosa que es, sólo confío en que goce de una vida mucho más larga que la mía. En cuanto a quedarme con vos o no, mi condición es demasiado humilde para permitirme hacer tal cosa, y por ello preferí desde el principio que fuese ella quien estuviera a vuestro lado. Pero nunca imaginé que haría tanto por

vos como lo ha hecho. Tal como están las cosas, no me siento inquieta por vos, vuestra educación ni vuestro futuro.

Siguió hablando en este tono durante largo rato. El Refugio la escuchaba con lágrimas en los ojos. Su madre, que debería haberse sentido del todo a sus anchas con ella, siempre se mostraba correcta y la trataba con una deferencia extrema. La carta estaba escrita con una caligrafía de suma dificultad en cinco o seis hojas de grueso papel Michinokuni, amarillento por el paso de los años pero que todavía conservaba un agradable aroma. Ella se sintió muy emocionada, y su perfil, ahora con los mechones laterales humedecidos, tenía una dulce y

noble gracilidad.

Genji había estado con Su Alteza, [\[109\]](#) y entró de un modo tan repentino en el aposento que ella no pudo ocultar las hojas; se limitó a interponer una cortina portátil para ocultar por lo menos su persona.

—¿Está despierto tu principito? —le preguntó—. No puedo ausentarme ni un momento sin echarle de menos.

El Refugio no le respondió.

—Mi señora lo ha enviado al pabellón oriental —replicó su madre.

—¡Qué extraño es hacer semejante cosa! Vamos, casi se ha apropiado de él, y ese empeño suyo en tenerlo siempre en brazos... ¡Tiene que pedir una y otra vez

que le cambien la ropa mojada! ¿Por qué no lo has pensado un poco antes de permitírselo? ¡Si quiere verle, debería venir aquí!

—¡Eres demasiado cruel! ¿Cómo puedes hablar de esa manera? ¡No habría habido nada malo en que cuidara de él aunque hubiera sido una niña, y no digamos si es un niño, por muy elevada que sea su categoría! [\[110\]](#) ¡Te ruego que no imbuyas en la cabeza de mi señora unas ideas tan crueles!

Genji sonrió.

—Veo que sólo he de dejar que vosotras dos arregléis las cosas a vuestra manera. ¡Qué tontería imaginar que voy por ahí imbuyendo ideas en las cabezas de

la gente! ¡Vosotras parecéis ser las que os ocultáis sigilosamente y decís cosas terribles sobre mí!

Apartó la cortina, y allí estaba ella, apoyada en una columna de la cámara, muy bella y con una compostura intimidante. A su lado estaba la caja, pues le había parecido poco digno apresurarse a esconderla.

—¿Qué hay en esa caja? Debe de significar algo. Supongo que guardas en ella algún larguísimo poema de un amante tuyo.

—¡Eres terrible! ¡Pareces haberte vuelto de nuevo un muchacho, y a veces dices las cosas más increíbles! —Sonreía, pero tanto ella como su hija estaban

claramente molestas. Genji ladeó la cabeza con una expresión socarrona—Aquí están las listas de las oraciones ofrecidas y los votos que aún no han sido agradecidos. [\[111\]](#) Han llegado discretamente desde la cueva [\[112\]](#) de Akashi —le explicó azorada—. Pensé que podría pedirte que las mirases si encontraba el momento de someterlas a tu atención, pero ahora es inoportuno, y te estaría muy agradecida si no abrieras la caja.

Genji comprendió que aquello debía de haber afectado profundamente a la joven.

—¡Con qué ahínco debe de haber orado! Puesto que su vida ha sido larga,

en el transcurso de tantos años debe de haber acumulado numerosos méritos. En este mundo, ciertas personas pueden tener buen gusto y conocimientos, pero por muy inteligentes que sean, cuando uno los conoce bien y sus límites son evidentes, pues tal vez tienen demasiado apego al mundo profano, y desde luego no llegan a la altura del Novicio. ¡Qué extraordinarios han sido el discernimiento y la clarividencia de ese hombre! Jamás se las daba de santo ni se proponía dar una impresión de misticismo, pero lo cierto es que parecía vivir por completo en el reino de más allá de nuestros sentidos, y ahora, desaparecidos todos los vínculos que le ataban, ha renunciado al

mundo para siempre. Me gustaría mucho ir discretamente a verle, si tuviera la libertad para hacer tal cosa.

—Parece ser que ha abandonado su hogar y se ha retirado a una montaña tan remota que allí ni siquiera hay pájaros que canten. [\[113\]](#)

—¡Entonces esto es su testamento! ¿Has estado en contacto con él? Me pregunto cuáles serán los sentimientos de tu madre. Su vínculo con él debe de ser más fuerte que el de una hija con su padre. —Las lágrimas habían asomado a sus ojos —. Es curioso, pero cuantas más cosas he ido sabiendo de él con el paso de los años, tanto mayor es el cariño que le tengo, e imagino lo profundamente

afectada que debes de estar, puesto que tenías una relación mucho más estrecha con él.

La madre de la consorte pensó que el relato que el padre de la joven había hecho de su sueño podría explicar muchas cosas a Genji.

—Tengo una carta suya, escrita de una manera tan excéntrica que es como si estuviera en *siddham*, [114] y creo que algo de lo que dice podría interesarte. Cuando me marché sabía que no volvería a verle, pero es cierto que él todavía significa mucho para mí. —Mientras decía esto sollozaba con decoro.

Genji tomó la carta.

—¡Vaya, es una escritura imponente!

No veo nada vago ni decrepito en ella. En caligrafía, como en tantas otras cosas, se le podría considerar un maestro. A decir verdad, lo único que le faltaba era algunas de las habilidades prácticas de la vida. Supongo que algo sucedería durante el periodo de prudente y valioso servicio que su antepasado el ministro dedicó al reino y que por ese motivo su linaje se extinguió, aunque no puede decirse que no haya tenido sucesión por el lado femenino. Imagino que todo eso ha sido gracias a sus plegarias.

Se enjugó las lágrimas y examinó el pasaje acerca del sueño. Pensó que la gente le criticaba por su ambición desmesurada, y él mismo no podía evitar

la sensación de que nunca debería haberlo hecho. Hasta que nació su hija no tuvo conciencia de lo poderoso que era el vínculo entre los dos, y ni siquiera entonces tenía ni idea de lo que había detrás de aquello, en el pasado oculto. ¡Así pues, aquello era lo que le exigía fe y alimentaba su improbable esperanza! ¡Por él había padecido injustamente tales tribulaciones e ido al exilio! ¿En qué podían haber consistido sus plegarias? Tomó los papeles con gran curiosidad y también con reverencia.

—Tengo algo que añadir a esto [\[115\]](#)
—le dijo a la consorte— Pronto lo pondré en su conocimiento. Ahora que tienes cierta idea de lo que hay en nuestro

pasado, no te tomes a la ligera ni por un momento la buena voluntad de la dama que vive en el ala oriental. La amabilidad pasajera de un desconocido, así como una o dos palabras consideradas, pueden significar más que cualquier vínculo natural o inevitable, y puedo asegurarte que ella no te quiere menos que tu propia madre, incluso aunque ésta se encuentre ahora siempre a tu lado. Podría ser juicioso, basándonos en conocidos ejemplos, [\[116\]](#) considerar que la buena voluntad de una persona como ella es del todo superficial, pero aunque así fuera, y sus intenciones no fuesen realmente amables, no te resultaría difícil que se sintiese culpable por el trato que te da y,

al hacer caso omiso de ese trato y ser por completo franca con ella, hacerle cambiar de actitud. Las personas más agradables siempre tienen sus desacuerdos y distanciamientos, pero los ejemplos indican que siempre se las arreglan para seguir llevándose bien cuando el uno o el otro son realmente intachables. Quien se muestra siempre susceptible, quien no hace esfuerzo alguno por complacer y desdeña al prójimo, es difícil que guste y, además, carece por completo de consideración. No tengo una experiencia muy amplia, pero, al reflexionar en las diferencias entre la gente, me parece que cada uno se distingue de los demás en gusto o logros. Cada persona tiene algún

mérito, no hay nadie que no tenga nada en absoluto que ofrecer, pero lo cierto es que cuando te pones a buscar al ser adecuado para compartir tu vida, no resulta nada fácil elegir. Si hablamos sólo de ser totalmente gentil, creo que podría decirse de mi dama del ala oriental que de verdad es buena y amable. Algunas personas, por bien nacidas que sean, siguen siendo demasiado irresponsables y caprichosas, y eso es una gran lástima.

La madre de la consorte podía imaginar fácilmente a quién se referían estas últimas palabras.

Genji bajó la voz y siguió diciendo:
—Sé que comprendes ciertas cosas, y eso es excelente. Las dos debéis ser

amigas y cuidar juntas de nuestra consorte.

—No es necesario que digas eso, porque cuanto más constato sus excepcionales cualidades, tanto más a menudo hablo al respecto. Ella nunca me habría admitido como lo ha hecho si me hubiera puesto objeciones o si mi existencia le ofendiera. Por el contrario, es tan amable que en verdad me siento azorada. En cualquier caso, siento una gran desazón cuando pienso en lo que la gente debe de estar diciendo, que yo, tan insignificante, siga viva, pero lo cierto es que ella siempre me protege, como si yo nunca cometiera errores.

—Dudo de que realmente haga eso

por ti. Supongo que sólo está preocupada por nuestra consorte, ya que no puede estar siempre con ella, y por ello la deja en tus manos. Pero, al mismo tiempo, la manera en que no llamas la atención hacia ti misma ni haces valer ningún derecho contribuye mucho a que en la casa reine una atmósfera amable, y eso me satisface en grado sumo. Cuando una persona cerril se relaciona con otra, el resultado también puede ser desagradable para la segunda. En ese aspecto, es tranquilizador que ambas seáis irreprochables.

Dicho esto, regresó al ala oriental.

La dama de Akashi pensó que su intento de pasar desapercibida había sido acertado. En cuanto a Murasaki, él

parecía tenerla cada vez en mayor estima. Ciertamente, la dama tenía muchas más cualidades que la mayoría de la gente, y era un placer constatar hasta qué punto era merecedora de aquella atención. El respeto que Genji le tenía a Su Alteza era del todo superficial; no podía decirse que la visitara a menudo, y eso suponía una afrenta para el orgullo de la dama. Las dos eran parientes cercanas, pero ella, la pobrecilla, después de todo estaba a un nivel más alto. Estas reflexiones le hacían ver la amplitud de su propia buena suerte. Las cosas no siempre les iban bien ni siquiera a aquellas señoras, por encumbrada que estuviese su posición, mientras que ella, sin derecho a tales

alturas, ahora no tenía nada que lamentar en la vida. Lo único que la inquietaba era pensar en su padre, que se había internado en las montañas para siempre. Entretanto, su madre, la monja, confiaba en el verso sobre «sembrar semillas en el jardín de la felicidad» [\[117\]](#) y concentraba por entero sus pensamientos en la vida futura.

El comandante podría haber aspirado a unirse a Su Alteza, y la presencia tan cercana de ésta le enardecía. Con el sencillo pretexto de ser cortés, frecuentaba su residencia siempre que tenía ocasión, y así llegó a informarse por extenso sobre ella. Ella mostraba siempre una actitud infantil y era evidente que nada la perturbaba, y aunque el

tratamiento escrupulosamente correcto que le daba Su Gracia podría haber sido un ejemplo para la posteridad, no había indicios de que en realidad significara gran cosa para él. Pocas de sus damas de honor habían llegado a la edad adulta: la mayoría eran bellas adolescentes que hacían poco más que acicalarse, y había tal multitud de ellas [\[118\]](#) que la alegría reinaba siempre a su alrededor; las más discretas no deseaban ponerse en evidencia, y si alguna tenía cuitas secretas, vivir en semejante compañía la impulsaba a compartir el desenfadado regocijo de las demás. Eran como niñas que se entregaran día y noche a juegos infantiles, y Genji, cuyo carácter le

llevaba a conceder que existe una infinidad de diferencias entre los seres humanos, les dejaba hacer lo que quisieran, puesto que les gustaba tanto, aunque aquella situación no le satisfacía en absoluto. Nunca trataba de interrumpirlas, pero ponía todo su empeño en educar a Su Alteza, y lo cierto es que logró inculcarle cierto buen sentido.

El comandante dedujo de todo esto que su padre había encontrado en Murasaki a una mujer realmente excepcional. Sus modales y su manera de ser eran tan discretos que en todos aquellos años ni una sola vez había provocado rumores ni atraído la atención hacia su persona, pues su prudencia era

absoluta; y, no obstante, también se mostraba amable, nunca se rebajaba a menospreciar a nadie y se comportaba con encantadora elegancia. Jamás olvidaría aquel atisbo que tuvo de ella. Su esposa carecía de mucho mérito y no tenía un ingenio digno de mención, aunque eso no obstaba para que sintiera un profundo afecto por ella. La familiaridad había apagado su entusiasmo ahora que todo estaba arreglado entre ellos, y en el fondo todavía le resultaba difícil apartar sus pensamientos de los variados encantos de las damas que vivían en la residencia de su padre, sobre todo de Su Alteza, por supuesto, ya que, a pesar de su alta cuna, su padre no mostraba un gran interés por

ella, y estaba seguro de que se limitaba a mantener las apariencias. No es que pensara en nada indecoroso, pero no quería perderse ninguna oportunidad de verla.



Hombre con un arco corto

El intendente de la Guardia de la Puerta, que visitaba con frecuencia a Su Eminencia

Enclaustrada, había podido constatar sobradamente hasta qué punto valoraba a su hija. En cuanto

comenzaron las deliberaciones, había dado a conocer sus esperanzas, y también

había colegido que Su Eminencia no las consideraba impertinentes. Cuando la joven se unió a otro, él experimentó una decepción demasiado profunda para renunciar del todo a ella, y le procuraba una especie de triste consuelo tener noticias suyas a través de la dama de honor cuyos buenos oficios tan útiles le habían sido. Se enteró de que la gente solía decir que incluso ahora estaba eclipsada por la señora que vivía en el ala oriental de la mansión de Genji, y se quejaba con frecuencia a Kojijû, cuyos senos maternos Su Alteza había compartido.

—Puede que mi atrevimiento sea excesivo, pero ¡yo jamás le habría

causado semejante desdicha! Por supuesto, comprendo que no puedo aspirar a tales alturas.

Como la vida es siempre cambiante, su perdurable esperanza estribaba en que un día Su Gracia pudiera dar el paso que planeaba desde hacía tanto tiempo. [\[119\]](#)

Un agradable día del tercer mes, Su Alteza de la Guerra, el intendente de la Guardia de la Puerta y los demás se reunieron en Rokujô, y Genji salió para conversar con ellos.

—Aquí la vida es tan tranquila que últimamente he tenido muy poco en que ocupar el tiempo —les dijo—. No sucede nada, ni en casa ni en la corte. ¿Cómo voy a entretenerme estos días? El comandante

estaba aquí esta mañana. ¿Dónde puede haberse metido? Es tal mi aburrimiento, que por lo menos había esperado celebrar el habitual concurso de tiro con arco corto. [\[120\]](#) Los jóvenes aficionados a esa práctica estaban todos aquí... Ojalá no se hubieran ido.

Le informaron de que el comandante se encontraba en el ala nordeste, presenciando un juego de pelota que les había pedido que organizaran.

—Es tal vez un juego rudo —observó Genji—, pero es animado y requiere habilidad. Bien, decidle que venga aquí.

El comandante llegó con un grupo de jóvenes caballeros.

—¿Has traído la pelota? —le

preguntó Genji—. ¿Y están contigo Fulano y Mengano?

El comandante respondió afirmativamente.

—¿Por qué no juegan aquí?

El ala este del edificio principal disponía de un espacio discreto para aquel menester, puesto que la consorte Kiritsubo se encontraba en palacio con el pequeño príncipe. [\[121\]](#) Fueron a un lugar adecuado, donde se unían los dos arroyos del jardín. Los hijos de Su Excelencia el canciller —el consultor chambelán, el segundo de la guardia, y los demás que aún no eran adultos— destacaban entre los restantes.

El sol empezaba a ponerse cuando el

día perfecto, sin viento, resultó excesivo para el consultor chambelán, que no pudo seguir participando en el juego. [\[122\]](#)

—¿Lo veis? —dijo Genji—. El consultor no ha podido aguantar. Tanto si son nobles de alto rango como si no, ¿por qué unos jóvenes oficiales de la guardia no habrían de divertirse un poco? A vuestra edad, yo detestaba quedarme sentado al margen, mirando. Pero, desde luego, es poco digno. ¡No hay más que verlos!

El comandante y el intendente bajaron al jardín, y allí, mientras deambulaban entre los magníficos árboles en flor bajo el sol del atardecer, también tenían un aspecto magnífico. El juego de pelota no

es precisamente majestuoso, sino estridente y burdo, pero su interés depende en gran parte de dónde se juegue y quiénes lo hagan. La bruma envolvía los hermosos árboles del jardín, bajo cuyo ramaje, cuajado de flores multicolores o de brotes verdes, los jóvenes competían por una oportunidad de sobresalir, olvidando que era sólo un juego. A todos les brillaba en el rostro la resolución de no ser vencidos. El intendente de la Guardia de la Puerta destacaba entre los demás por su habilidad, aunque sólo participó brevemente en el juego. Era un hombre muy apuesto y elegante, de modales refinados, así que era aún más divertido verle en acción. Genji y Sus

Altezas se situaron en un rincón de la terraza para mirar. Junto al cerezo, al pie de la escalinata, los jóvenes estaban tan entregados al juego que se habían olvidado por completo de las flores.

El despliegue de habilidad era cada vez mayor, y a medida que una ronda seguía a otra [\[123\]](#) crecía la animación de los caballeros de alto rango, cuyos tocados se les inclinaban un poco hacia atrás desde la frente. El comandante sabía bien que un hombre de su categoría no debía abandonarse de aquella manera, pero a los espectadores les parecía más joven y más encantador que los demás, con su suave manto de vestir, adornado con flores de ciruelo, y los pantalones

algo anchos en la parte inferior un poco recogidos. Cuando unos pétalos de cerezo cayeron cual copos de nieve sobre su atractiva figura, llena de animación pero en absoluto desaliñada, alzó los ojos, recogió una rama rota y se sentó con ella en el escalón del medio.

El intendente tomó asiento a su lado.

—Las flores se diseminan con rapidez, ¿verdad? —comentó— Como el viento, deberíamos mantener nuestra distancia. [\[124\]](#)

Miró de soslayo hacia el lugar donde vivía Su Alteza y observó que, como de costumbre, las damas de honor iban de un lado a otro, y los numerosos colores que se veían a través de las persianas o

asomaban por debajo de ellas le recordaron las brillantes ofrendas a los dioses en primavera. [\[125\]](#)

Observó que habían apartado descuidadamente las cortinas portátiles y estaban cerca de la terraza, de una manera nada decorosa. En aquel momento, un gato chino muy pequeño y bonito salió corriendo de debajo de una persiana, perseguido por otro de mayor tamaño, y entonces se oyó un frufú de sedas casi ensordecedor, producido por las mujeres que estaban dentro al correr de un lado a otro llenas de alarma y confusión. El gato aún no debía de estar totalmente domesticado, porque llevaba atado un largo cordón en el que se enredó, y sus

intentos de liberarse alzaron la persiana, de modo que el otro lado quedó a la vista. Nadie se movió de inmediato para bajarla. Las mujeres que habían estado cerca de la columna parecían ruborizadas y un poco asustadas.

Había una cortina contra la persiana, y a un paso de ella se encontraba una mujer joven vestida con una túnica. [\[126\]](#) En esa posición, en el lado este del segundo saliente [\[127\]](#) al oeste de la escalinata, estaba del todo a la vista. La prenda que llevaba tenía numerosas capas de tonos más oscuros a más claros —tal vez flor de ciruelo rojo, como las páginas de un libro—, que hacían resaltar vivamente su figura, y también parecía llevar un vestido

largo de seda decorada con figuras. Su cabello, largo, espeso y muy bien arreglado, llegaba al suelo y se extendía casi un palmo por detrás de ella. Como era esbelta y menuda, la falda parecía muy larga, y tanto el cabello como la figura, vistos de lado, eran de una elegancia inefable. Sin embargo, la luz iba disminuyendo, y el intendente se sintió muy decepcionado al no ver con más claridad en la penumbra del aposento. Sus damas de honor debían de estar absortas en la contemplación de los jóvenes que jugaban ajenos a los pétalos que caían, porque no repararon de inmediato en que estaban a la vista. El aspecto y los movimientos de la joven al volverse para

mirar al gato, que lanzaba fuertes maullidos, reflejaban una juventud encantadora y del todo carente de malicia.

El asombrado comandante no podía tomarse la libertad de acercarse para ofrecer ayuda, así que se limitó a carraspear a modo de advertencia, y entonces la dama desapareció. También a él le habría gustado seguir mirándola y, una vez el gato se hubo liberado, exhaló un suspiro. Al intendente, que estaba prendado de la dama, casi se le paró el corazón, pues ¿quién podía haber sido sino ella? Tal como iba vestida, era imposible confundirla con las demás, y su imagen se le quedó grabada en el corazón. Su semblante no revelaba nada, pero el

comandante no podía creer que no lo hubiera observado, y lo lamentaba por la joven. Para aliviar sus intensas sensaciones, el intendente llamó al gato y lo acarició, y su olor delicioso y su maullido leve y enternecedor le hizo imaginar picaramente que el gatito era su señora.

Genji los miró.

—Éste no es lugar para que se sienten unos nobles de alto rango —les dijo—. Venid conmigo.

Se dirigió al ala oriental y todos le siguieron. Su Alteza permaneció junto a él, y prosiguieron su conversación. Los cortesanos colocaron en la terraza esterillas redondas para que se sentaran.

Aparecieron tortas de camelia, *nashi*, [128] mandarinas y otras cosas, mezcladas con la mayor informalidad en tapas de caja, y los jóvenes comieron alegremente. Entonces les sirvieron sake, acompañado del pescado seco que armoniza con su sabor.

El intendente, que estaba sumido en sus pensamientos, contemplaba sin verlo el cerezo en flor. El comandante le conocía bien y no dudaba de que estaba recordando la figura que, lamentablemente, habían atisbado al otro lado de las persianas. Debía de estar pensando en que había sido una necesidad por parte de la muchacha estar sentada tan cerca de la terraza. «¡Vamos, la dama que

vive aquí jamás habría hecho tal cosa! Por eso ella le interesa a mi padre menos de lo que parecería lógico, dado su encumbrado rango. Su infantil inconsciencia, tanto hacia sí misma como hacia los demás, es ciertamente encantadora a su manera, pero es evidente que también resulta preocupante».

Sin embargo, sus puntos flacos no significaban nada para el intendente, debido al atisbo, por vago que fuese, que había tenido de ella a través de la brecha que casualmente se había abierto en las persianas, y aquello era un feliz augurio de que lo que tanto había deseado iba a realizarse. Lo único que deseaba era volver a verla.

Genji evocó viejos recuerdos.

—Su Excelencia el canciller siempre trataba de superarme, pero sólo en el juego de pelota era incapaz de estar a su altura. En fin, no es más que un juego, y dudo de que esté rodeado de una tradición que merezca ser transmitida a las generaciones futuras, pero, en cualquier caso, parece que esa habilidad se concentra en ciertas familias. Es indudable que la tuya es superior a la mía.

—Para quienes carecemos de verdadera habilidad en el ejercicio de nuestros cargos, no es ésta la clase de fama que impresionará a nuestros descendientes —replicó el intendente con una sonrisa.

—Vamos, vamos. Un logro sobresaliente, de cualquier clase que sea, merece ser transmitido. Sin duda es muy conveniente tenerlo todo escrito en los anales de la familia.

Su carácter juguetón tenía tal encanto que el intendente se preguntó qué podía convencer a una mujer, una vez le había conocido, para mantener su fidelidad a otro hombre. ¿Qué podía hacer él para ganarse el respeto y el afecto de la dama? Cuando se marchó, estaba desesperado al pensar en lo baja que era su condición al lado de la de ella.

Viajó en el carruaje del comandante, y conversaron durante el trayecto.

—Es indudable que la mansión de Su

Gracia es el lugar ideal para pasar el tiempo estos días en que hay tan poco que hacer —empezó a decir el intendente.

—Ha dicho que podíamos ir siempre que podamos, en un día agradable como hoy, para no dejar que las flores se desperdicien. Ve allí con tu arco pequeño antes de que haya finalizado el mes, para que podamos disfrutar de lo que queda de la primavera.

Y así quedó convenido.

Continuaron conversando hasta que llegó el momento de separarse, y el intendente sintió deseos de seguir hablando de Su Alteza.

—Su Gracia parece pasar todo el tiempo en el ala oriental de su mansión —

comentó—. Supongo que tiene a esa dama en una consideración especialmente elevada. Me pregunto cuáles serán los sentimientos de Su Alteza. Su Eminencia la trataba como si fuese su orgullo y su alegría, y ahora ella debe de echar eso en falta. Lo siento por ella.

La observación fuera de lugar impulsó al comandante a replicar:

—No lo entiendes, no se trata de eso en absoluto. Lo que le une tanto a ella debe de ser la manera peculiar en que la educó. Se muestra extremadamente atento con Su Alteza en todos los aspectos.

—Oh, bueno, no hace falta que insistas. Ya sé todo eso. Tengo entendido que la vida de esa dama es una sucesión

de humillaciones. ¡Y pensar que en otro tiempo contó con tanto apoyo...! ¡Nunca había oído nada igual!

*¿Por qué motivo el ruiseñor que así
revolotea de rama en rama, entre las
flores,
evita cada vez el cerezo y nunca se posa
en él?*

—¡Imagina a un ave primaveral que descuida posarse en el cerezo florido! ¡Me parece extrañísimo!

«¡Oh, no! —pensó el comandante ante este arranque lírico—. ¡Qué fastidio! ¡Lo sabía!»

Y dijo:

*¿Cómo esa ave brillante que ha elegido
un árbol de montaña en cuyas ramas
posarse*

*podría cansarse del bello y delicado
tono de las flores de cerezo? [\[129\]](#)*

—Esto es absurdo. ¿Es que va a abandonar a todas las demás?

No le gustaba hablar de aquello, y cambió de tema para evitar la insistencia. Pronto cada uno siguió su camino.

El intendente seguía viviendo solo en el ala occidental de la mansión de Su Excelencia. Llevaba haciéndolo mucho tiempo, por razones personales, y únicamente podía culparse a sí mismo si a veces se sentía perdido y solitario, pero

era lo bastante orgulloso para encontrar alguna razón por la que un hombre como él no tuviera lo que deseara. Sin embargo, después de aquella tarde se volvió demasiado sombrío y taciturno. «¿Cuándo volveré a tener el atisbo de ella que tuve entonces? —se preguntaba—. A una mujer de uno u otro rango perfectamente ordinario, sí, entre las rarezas y el aislamiento, los tabúes direccionales y esas cosas, no me sería difícil encontrar por lo menos un momento para visitarla». Pero allí no podía hacer nada. Estaba demasiado protegida, y ¿cómo podría ingeniárselas para hacerle saber que le tenía un profundo afecto?

Esta cuestión le atormentaba tanto que

escribió a Kojijû como antes había hecho. «¡Qué mal debió pensar de mí el otro día Su Alteza cuando por la voluntad del viento fui a ese noble jardín! Desde entonces he estado profundamente afligido y las ensoñaciones melancólicas han llenado mis días», le decía, entre otras cosas por el estilo. [\[130\]](#)

*Desde lejos la vi pero jamás pude
arrancar esa rama, causa de mis
suspiros,*

*así que aún la echo de menos, floreciente
a la luz del atardecer.*

Sin embargo, Kojijû no estaba enterada de lo que había sucedido, y por

lo tanto no podía entender estas palabras salvo como la vulgar queja de un pretendiente. Llevó la carta a su señora, puesto que en aquellos momentos no estaba acompañada.

—Lamento decirlo que ese caballero está apelando a algo que no concreta y que no puede olvidar —le dijo, sonriente—. Parece hallarse en un estado lamentable, y no estoy segura de que pueda resistirme al impulso de ayudarle.

—¡Lo que dices es espantoso! —exclamó Su Alteza, mientras examinaba la carta abierta.

La «ensoñación melancólica» le recordó enseguida aquel vergonzoso incidente de la persiana, y se ruborizó.

Cuando estaban juntos, Su Gracia siempre se lo recordaba: «No permitas jamás que el comandante te vea, por favor. Eres tan joven en ciertos aspectos que un momento de descuido por tu parte podría darle oportunidad de hacerlo».

Cuando recordaba estas advertencias nunca se le ocurría pensar que alguien más podría haberla visto, porque lo único que llenaba su mente era lo mucho que se enfadaría Genji si el comandante le decía alguna vez que había ocurrido tal cosa. El temor que de inmediato le inspiraba Genji evidenciaba lo infantil que era.

Su Alteza tardó mucho más tiempo del habitual en responder, tanto que la decepcionada Kokijû, que no podía

apremiarla, escribió en secreto la réplica, como lo hacía a menudo: «Estuvisteis muy frío el otro día. ¿Qué quiere decir esa “ensoñación melancólica”, cuando siempre he rechazado que os dirijáis directamente a mi señora?» Entonces escribió:

*¡Basta de peticiones y patéticos suspiros
diciéndome que vuestro corazón
anhela un cerezo de montaña tan alto
que está fuera de vuestro alcance!*

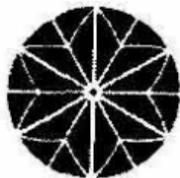
«¡Es inútil, creedme!»

Wakana II

Brotos primaverales
II

Como en «Brotos primaverales I», *wakana* significa «brotos nuevos». Aquí, sin embargo, la palabra se refiere a una ocasión posterior: la celebración del quincuágesimo aniversario del emperador retirado Suzaku. Genji le ofrece un banquete a base de brotes nuevos de las

plantas tradicionales de comienzos de
primavera.



Relación con los capítulos anteriores

No existe ninguna brecha entre «Brotos primaverales I» y «Brotos primaverales II», que comienza el tercer mes del cuadragésimo primer año de Genji y se extiende hasta el final del cuadragésimo séptimo.

Personajes

Su Gracia, el emperador

retirado honorario, Genji,

de 41 a 47 años

El intendente de la Guardia de la Puerta

Derecha, luego también consejero,
hijo mayor de Tô no Chûjô, de mediados
de la veintena a comienzos de la treintena
(Kashiwagi)

El comandante de la Izquierda

, luego ministro de la
Derecha, de mediados de la treintena a
comienzos de la cuarentena (Higekuro)

El comandante de la Derecha, luego gran consejero, hijo de Genji, de 20 a 27 años (Yûgiri)

Su Alteza, el príncipe heredero, luego Su Majestad, el emperador, de 15 a 21 años

La dama de personal, esposa de Higekuro, de 27 a 33 años
(Tamakazura)

La hija del comandante, de la adolescencia al comienzo de la

veintena (Makibashira)

**Su Alteza del
Ceremonial**, el abuelo de

Makibashira, de 56 a 62 años (Shikibukyô
no Miya)

Su esposa (Shikibukyô no Kita no
Kata)

Su Alteza de la Guerra, el
hermano de Genji (Hotaru Hyôbukyô no
Miya)

Su Majestad, el

emperador, luego Su Eminencia, el
emperador retirado Reizei, de 23 a 29
años.

**Su Excelencia, el
canciller**, luego Su Excelencia
Retirada (Tô no Chûjô)

La consorte Kiritsubo,
hija de Genji, de 13 a 19 años
(Akashi no Nyôgo)

Su hijo, que se convierte en príncipe
heredero

**Su Majestad, la
emperatriz**, de 32 a 38 años
(Akikonomu)

**Su Alteza, la tercera
princesa**, de la adolescencia a
comienzos de la veintena (Onna San no
Miya)

La señora del ala oriental,
de 33 a 39 años (Murasaki)

La dama de Akashi, de 32 a
38 años (Akashi no Kimi)

Su madre, la monja, de
mediados los 60 a comienzos de los 70
años (Akashi no Amagimi)

Nakatsukasa, dama de honor de
Murasaki

Su Eminencia

Enclaustrada, el emperador
retirado Suzaku, de 44 a 50 años (Suzaku
In)

La dama de verano, señora
del ala nordeste (Hanachirusato)

Kojijû, dama de honor de
Onna San no Miya

Su Alteza, la segunda
princesa (Ochiba no Miya)

El Refugio, madre de Su
Majestad, fallecida (Rokujô no
Miyasudokoro)

La esposa de Su
Excelencia Retirada, madre
de Kashiwagi (Shi no Kimi)

El intendente comprendió lo que ella quería decir, pero aun así le pareció espantoso que dijera semejante cosa. ¿Y cómo iba a darse por satisfecho con unas simples frases de cortesía? Anhelaba que llegara el momento en que pudiera oír una palabra de la joven pronunciada por ella misma, sin la interposición de nadie, y que él pudiera hablarle también. En conjunto, apreciaba y admiraba a Genji, pero estas reflexiones daban un extraño giro a sus sentimientos.

El último día del mes los jóvenes se reunieron en Rokujô. El estado de ánimo del intendente no era el más adecuado, pero de todos modos fue con la esperanza de que la contemplación de las flores le

hiciera sentirse mejor. El concurso de tiro al arco de los cortesanos [1] en palacio, planeado para el segundo mes, había sido pospuesto (lo que causó una decepción generalizada) debido a que el tercer mes era de luto, [2] así que cuando Genji anunció un concurso propio todos acudieron. El hecho de que los comandantes de la Izquierda y la Derecha estuvieran emparentados [3] hirió en su amor propio a los oficiales subordinados, y aunque el certamen estaría dedicado al arco corto, estaban presentes tantos expertos en tiro al arco de pie [4] que también a ellos se les invitó a demostrar su habilidad.

Los cortesanos así dispuestos se

dividieron en dos líneas escalonadas, delante y detrás. [5] Aquel día la última bruma primaveral parecía doblemente preciosa debido a la inminencia de la puesta del sol y a la maliciosa manera en que la brisa del atardecer hacía más difícil abandonar el refugio de las flores. Todos estaban bastante ebrios.

—Unos premios tan bellos sin duda dicen mucho a favor de las damas de quienes proceden, y sería una lástima dejar que los miembros de la guardia capaces de apuntar a una hoja de sauce a cien pasos se los llevase todos alegremente [6] —comentaron entre ellos los comandantes—. Prefiero un concurso entre hombres un poco menos expertos.

Todos bajaron al jardín. El intendente estaba más pensativo que los demás, y el comandante de la Derecha, que barruntaba cuál era el motivo, no le quitaba el ojo de encima. «No es el hombre que conozco — se dijo compungido—. Esto puede acabar en un desastre». Los dos se llevaban muy bien; eran tan íntimos que se comprendían a la perfección y cada uno toleraba los caprichos y compartía los pesares del otro. El intendente, deslumbrado y presa de un temor reverencial por Su Gracia, rechazaba sus propios pensamientos, puesto que jamás habría deseado causarle la menor ofensa y ésta sería intolerable, pero en medio de su aflicción deseaba por lo menos tener el gato (no podría

expresarle sus sentimientos, desde luego, pero sería un consuelo cuando se sintiera solo) y tramaba con desesperación la manera de robarlo. Pero tan sólo eso ya sería bastante peliagudo.

Intentó visitar a la consorte Kokiden [7] para pasar el tiempo conversando. La admirable formalidad de la recepción y la manera en que ella le impedía verla, le hizo comprender después de todo que si incluso ella, pese a lo que cada uno significaba para el otro, mantenía semejante distancia entre ambos, ¡lo que había sucedido era en verdad extraño y producto de la negligencia! Sin embargo, estaba demasiado encaprichado para tener en menos estima a Su Alteza.

Entonces visitó al príncipe heredero y lo observó atentamente, convencido de que debía parecerse a ella. No tenía encanto alguno, aunque, por supuesto, tan gran señor poseía una elegancia y una distinción propias. El gato de Su Majestad había tenido una camada de gatitos que se distribuyeron entre los cortesanos, y a Su Alteza le correspondió uno. Cuando vio al hermoso cachorro que correteaba por la estancia, recordó al instante aquel otro gato.

—Jamás he visto un gato de cara más linda que el de la tercera princesa en Rokujô —observó el intendente—. He podido verlo un instante, ¿sabéis?

Su Alteza, que adoraba los gatos,

apremió al visitante para que le contara más.

—Es un gato chino —le dijo el intendente—. No se parece en nada a éste. Un gato es un gato, claro, pero aquel está tan bien adiestrado y es tan amistoso que posee un notable atractivo. —Esperaba que estas alabanzas le animarían a verlo por sí mismo.

Su Alteza se puso en contacto con la consorte Kiritsubo, [8] y poco después le trajeron el gato. El cachorrito encantó a las damas de honor, y el intendente observó que Su Alteza deseaba quedárselo. Regresó al cabo de unos días. Su Eminencia Suzaku ya le había favorecido y encargado misiones cuando

era un paje, y ahora que se había retirado a las montañas, el intendente era un visitante habitual del príncipe heredero.

—¡Qué cantidad de gatos! —observó el intendente mientras se preparaba para darle a Su Alteza una lección de *koto*—. Pero ¿dónde está la monada que vi? —Lo encontró y se puso a acariciarlo cariñosamente.

—Sí, es muy bonito —dijo Su Alteza—. Todavía no se muestra muy amigable, pero supongo que eso se debe a que no conoce a quienes le rodean. No tiene un comportamiento mucho mejor con los demás.

—La mayoría de los gatos no reconocen a nadie, pero estoy seguro de

que un gato inteligente tiene alma — replicó el intendente, y siguió diciendo—: Aquí tenéis algunos gatos incluso más hermosos, Alteza. ¿Podrías prestarme éste durante algún tiempo?

En su fuero interno se sentía como un idiota por pedir tal cosa.

Así pues, por fin tuvo el gato, y por la noche se acostaba con el animalito al lado. De día lo acariciaba y jugaba con él. El gato no tardó en tenerle confianza y se acurrucaba en su regazo y restregaba contra él, hasta tal punto que el intendente le cobró un profundo afecto. Un día estaba apoyado en una columna cercana a la terraza, sumido en sus pensamientos, cuando el gatito se le acercó maullando

dulcemente.

—¿Qué impacientes estamos, eh? [9]

Sonrió, acarició al minino y entonces le miró a los ojos:

*Hago de ti mi mascota para tenerla así a
ella, mi desdichado amor:*

*¿qué puedes estar diciéndome cuando
vienes a mí quejumbroso?*

Supongo que también esto es cosa del destino.

El gato maulló de un modo aún más enternecedor, y él lo estrechó contra su seno.

—¡Qué extraño es que le tome tal cariño a un gato! —musitaron las mujeres

a su servicio—. ¡Hasta ahora nunca le habían interesado esos animales!

El príncipe heredero envió a alguien en busca del gato, pero el intendente no quiso devolverlo; se lo quedó para susurrarle dulces naderías cuando estaba a solas con él.

La esposa del comandante de la Izquierda seguía sintiéndose más próxima al comandante de la Derecha que a los hijos de Su Excelencia el canciller. [10] Era una mujer despierta y de trato agradable, y cada vez que el comandante de la Derecha les visitaba le daba una bienvenida tan calurosa, que la compañía de la consorte Kiritsubo [11] palidecía en comparación, y un afecto excepcional

creció entre ellos.

Ella era el orgullo y la alegría de su marido, que por entonces había perdido todo interés por su primera esposa. Le decepcionaba no haber tenido de ella más que hijos varones, y también quería ocuparse de su hija, la de la «hermosa columna», [\[12\]](#) pero el abuelo de la muchacha no lo permitía. «Por lo menos puedo evitar que se rían de ella», decía a menudo Su Alteza del Ceremonial.

Su Alteza gozaba de la mayor estima, y Su Majestad le favorecía de una manera excepcional y no le negaba nada de lo que pedía. Siempre sensible a los vientos que soplaban, era el caballero más popular y respetado de su época, después de Genji y

el canciller. También el comandante estaba destinado a ser una figura principal en la corte, y no era posible tomar a su hija a la ligera. Gran número de caballeros había manifestado su interés por ella en alguna ocasión, pero Su Alteza no se había decidido. Deseaba que el intendente le lanzara alguna indirecta, pero por desgracia al caballero ni siquiera le había pasado tal cosa por la imaginación, tal vez porque ella le interesaba menos que su gato. Ella misma lamentaba que su madre fuese tan rara y excéntrica que apenas existía para los demás, y se sentía atraída por su madrastra, puesto que compartían los animados gustos de la época.

Su Alteza de la Guerra [\[13\]](#) seguía viviendo solo. El fracaso de cada cortejo que intentaba había ensombrecido su vida y le había producido la sensación de que la gente se reía de él. Sin embargo, le parecía evidente que no podía seguir de esa manera y, en consecuencia, insinuó su interés por la joven dama.

—¿Por qué no? —replicó Su Alteza del Ceremonial—. Tras haber dado una hija a Su Majestad, lo mejor que uno puede hacer por ella es casarla con un príncipe. Hoy día todo el mundo valora únicamente a los súbditos vulgares y corrientes; es muy degradante.

Aceptó la propuesta de Su Alteza de la Guerra y dejó de tenerlo en vilo.

Aunque decepcionado porque se quedaba sin motivos de queja, Su Alteza de la Guerra no podía desdecirse, puesto que la alianza era importante, así que empezó a visitar a la joven. El padre de ésta le dio una calurosa bienvenida.

Su Alteza del Ceremonial, que había tenido varias hijas, sabía que por entonces debería haber aprendido la lección, puesto que las muchachas le habían causado no pocas aflicciones, pero le resultaba difícil prescindir de aquella nieta. «Su madre es muy rara —reflexionó—, y su rareza va en aumento con el paso de los años, y en cuanto al comandante, su negativa a hacerme caso parece haberle conducido tan sólo a abandonarla. Es muy

doloroso». Con tal estado de ánimo se ocupó personalmente de preparar los aposentos de su nieta y lo supervisó todo con gran esmero.

Su Alteza de la Guerra siempre echaba de menos a la esposa que había perdido, y sólo quería otra como ella. Su nueva esposa no tenía nada criticable, pero él no encontraba en su persona las semejanzas que deseaba, y tal vez eso explique por qué era tan reacio a visitarla. Su Alteza del Ceremonial estaba muy insatisfecho, y la madre de la joven lamentaba aquel deplorable fracaso siempre que tenía un momento de lucidez en medio de su confusión mental. «¡Lo sabía!», se dijo el comandante. Aquel

príncipe siempre había sido demasiado mujeriego. Al principio, él no había aprobado la unión con un hombre al que detestaba.

La noticia de semejante inconstancia, perpetrada tan cerca, hizo que la dama de personal se preguntara, con una mezcla de tristeza y regocijo, qué habrían pensado Su Gracia y Su Excelencia si a ella le hubiera sucedido lo mismo. Se dijo que ni siquiera entonces había querido verle. Él nunca dejaba de dirigirse a ella de una manera afectuosa y sincera, pero ella imaginaba que al final llegaría a la conclusión de que era insoportablemente aburrida. Esa posibilidad siempre la había avergonzado, y comprendía que

ahora, cuando la esposa de aquel hombre podía escuchar lo que él quisiera contarle, tenía que andarse con cuidado.

Se ofreció para ayudarle en todo lo que pudiera. A través de los hermanos de la joven se mantenía en contacto con ella, haciendo caso omiso de cuanto oía decir de la situación, y el padre de la joven dama continuaba evidenciando su solidaridad e interés, pero aquella mujer maligna, la esposa de Su Alteza del Ceremonial, seguía implacablemente enfurecida. «Sé que un príncipe tiene muy poco que ofrecer —rezongaba—, pero al menos podría ser leal con la muchacha y no causarle problemas».

Sus quejas llegaron a oídos de Su

Alteza de la Guerra. «¡Jamás había oído cosa igual! —se dijo éste—. Entonces también yo buscaba en ocasiones el consuelo de mujeres distintas a la que de verdad amaba, pero ¡jamás tuve que soportar semejantes acusaciones!» Profundamente ofendido, sentía aún más su pérdida, y con frecuencia, cuando estaba muy taciturno, permanecía encerrado en casa. De todos modos, se cumplió el segundo año del matrimonio y ambos se reconciliaron con su vida en común.

Los meses y los años transcurrieron con demasiada rapidez, [\[14\]](#) y pronto se cumplieron dieciocho desde que Su Majestad accediera a la dignidad

imperial. «Es triste no tener un hijo que me suceda, y la vida es decepcionante —decía a menudo—. ¡Cómo preferiría pasar el tiempo hablando con personas que me gustan y haciendo lo que me plazca!» Finalmente enfermó de gravedad y abdicó de repente. Todo el mundo lo lamentó, puesto que todavía se encontraba en la flor de la vida, pero por entonces el príncipe heredero era lo bastante mayor para sucederle en el trono, y la manera en que el reino estaba gobernado apenas cambió.

Su Excelencia el canciller anunció su dimisión y se retiró.

—¿Qué podría tener de malo que cuelgue el sombrero [\[15\]](#) —inquirió—,

cuando la vida es tan traicionera, y nuestro benignísimo soberano ha renunciado a su alto cometido?

El comandante de la Izquierda se convirtió en ministro de la Derecha y tomó las riendas del gobierno. [16] A su hermana, la consorte Shôkyôden, que no había vivido para ver reinar a su hijo, se le otorgó el rango más elevado, [17] pero, ¡ay!, siempre la habían eclipsado, y el gesto pareció bastante vacuo. El hijo mayor de la consorte [18] fue nombrado príncipe heredero. Esto no sorprendió a nadie, pero aun así resultó gratificante, y la ceremonia fue maravillosa. El comandante de la Derecha se convirtió en gran consejero. Se llevaba mejor que

nunca con el nuevo ministro de la Derecha.

En su mansión de Rokujô, Genji estaba decepcionado porque el emperador Reizei no tenía un hijo que le sucediera. El príncipe heredero también era descendiente suyo, pero mientras que ningún conflicto turbó jamás el reinado de Su Eminencia, de modo que la transgresión de Genji no salió a la luz y jamás se conocería, como lo había querido el destino, esa línea no iba a continuar. Genji lo lamentaba y, puesto que no podía comentarlo con nadie, seguía pesándole en el ánimo.

La consorte, que tenía varios hijos, gozaba de la mayor consideración de Su

Majestad. La gente ponía objeciones a que hubiera otra emperatriz no perteneciente a la familia Fujiwara, [19] pero Su Majestad [20] pensó en la amabilidad con que Su Eminencia Reizei la había nombrado teniendo en cuenta que ella carecía de cualquier mérito particular para recibir tal honor, [21] y a medida que transcurrían los meses y los años, tanto más agudamente consciente era de lo mucho que debía a la ayuda recibida de Rokujô. Ahora a Su Eminencia le resultaba mucho más fácil ir allá, como él había confiado en que ocurriría, y esto hacía su vida mucho más placentera que antes.

La tercera princesa [22] todavía

preocupaba a Su Majestad de una manera especial. Nunca había superado a la dama de Genji que vivía en el ala oriental, a pesar de la amplia estima de que gozaba. Los meses y los años transcurridos sólo habían unido más perfectamente a la pareja, hasta el punto de que nada parecía interponerse entre ellos.

—Preferiría abandonar mi vulgar estilo de vida actual y dedicarme a la práctica religiosa —le decía aquella dama seriamente a Genji una y otra vez—. A mi edad, tengo la sensación de haber aprendido todo cuanto deseo saber. Déjame hacerlo, por favor.

—¡Eres demasiado cruel! —replicaba él—. ¡No quiero ni oír hablar de ello! Eso

es lo que yo deseo hacer, y si aún estoy aquí es sólo porque no soporto imaginar lo que sentiría cuando te hubiera dejado atrás y cómo sería entonces tu vida. Una vez haya dado ese paso, puedes hacer lo que gustes. —De ninguna manera estaba dispuesto a transigir.

La consorte veía en ella a su verdadera madre, y la manera en que su madre natural la ayudaba desde las sombras era lo que de un modo tan espléndido aseguraba su futuro. Entretanto, la monja vertía lágrimas de excesiva alegría con la menor excusa, y mientras se enjugaba los enrojecidos ojos era la viva estampa de una vejez feliz.

Genji abrió aquella caja, [\[23\]](#) a fin de

preparar el viaje de la consorte para rezar en Sumiyoshi, y encontró en ella muchos votos exigentes. A sus ofrendas de *kagura* [24] cada año en primavera y otoño, el anciano había unido tales alicientes prometidos de eterna fortuna que, con toda evidencia, nunca había imaginado que cualquier persona menos pudiente que Genji tratara de proporcionarlos. Su escritura rápida y fluida revelaba un aprendizaje magistral, y los budas y dioses difícilmente habrían podido desoír sus peticiones. ¿Cómo era posible que un simple asceta de montaña llegara a concebir algo así? Genji se sintió al mismo tiempo conmovido y perplejo. Tal vez el viejo había sido un santo en vidas

anteriores, llamado por el destino a entrar de nuevo en este mundo de una guisa humilde durante un breve período. Cada vez sentía un respeto más profundo por aquel hombre.

Al principio no dijo nada de lo que aquellos documentos contenían y realizó el peregrinaje como si fuesen propios. Hacía mucho tiempo que había cumplido los votos hechos en aquellos días tumultuosos en que se trasladó a la costa, [25] pero su continuo goce de la vida y su extraordinaria buena suerte hacían que la ayuda de la deidad fuese difícil de olvidar. La noticia de que se llevaría consigo a la dama del ala oriental causó una gran sensación. Lo llevó todo a cabo

con la mayor sencillez posible y omitió muchas cosas a fin de no molestar a nadie, pero su posición imponía ciertos requisitos, y el acontecimiento siguió adelante con una brillantez imponente.

Le acompañaron todos los nobles de alto rango excepto los dos ministros. [\[26\]](#) Había seleccionado a oficiales de la guardia como danzarines, [\[27\]](#) todos ellos hombres apuestos y de idéntica estatura. Ciertos jóvenes galanes se sintieron compungidos y avergonzados por no haber sido incluidos. Por orden de Genji acudieron los mejores músicos, elegidos entre los que por lo general eran llamados a los festivales especiales en Iwashimizu, Kamo y otros lugares, a los que se

sumaron dos célebres músicos de la Guardia de Palacio. Gran número de hombres se presentaron para ejecutar la *kagura*. Los tres grupos de cortesanos (los de Su Majestad, los de Su Alteza el príncipe heredero y los de Su Eminencia) estaban presentes. Los caballos, sillas de montar, mozos de cuadra, sirvientes, lacayos y demás personal armonizaban a la perfección y constituían un suntuoso y colorido espectáculo.

La consorte y la dama que vivía en el ala oriental viajaban en el mismo carruaje, seguido por otro ocupado por la dama de Akashi y, discretamente, su madre la monja. El aya de la consorte viajaba con ellas, puesto que conocía su

historia. Las damas de honor de la señora del ala oriental iban en cinco carruajes, las de la consorte, en otros tantos y las de Akashi en tres. No hace falta decir que todos los carruajes estaban espléndidamente adornados.

—Si tu madre va a venir con nosotros en este peregrinaje —había dicho Genji—, desearía que lo hiciera con todos los honores, para alisarle las arrugas de la edad.

—No sería una buena idea hacerla participar en un acontecimiento tan público —replicó la dama, tratando de disuadirle—. Tal vez podría esperar hasta que las cosas hayan salido como es de esperar.

De todos modos, era imposible saber cuánto tiempo de vida le quedaba todavía a la monja, y estaba tan deseosa de verlo todo que también viajó. Una veía con claridad en ella, más que en aquellos siempre destinados a la gloria, la acción de un destino excepcional.

Era a mediados del décimo mes; las enredaderas de arruruz que se extendían a lo largo de la valla sagrada habían cambiado de color, y las hojas rojizas bajo los pinos anunciaban no sólo con sonido el declive del otoño. [\[28\]](#) Las familiares danzas del Este, [\[29\]](#) tanto más atractivas que las solemnes piezas de Koma o Catay, se fusionaban con el viento y el oleaje; la música de las flautas

ascendía con la brisa a través de los altos pinos, produciendo un estremecimiento de temor reverencial que no se experimentaba en ninguna otra parte; el ritmo, marcado por instrumentos de cuerda en vez de tambores, no era tan majestuoso como grácilmente estimulante, y el lugar prestaba su propia magia al conjunto. Los músicos, cuyas vestiduras tenían adornos de bambú teñidos con añil silvestre, [\[30\]](#) se mezclaban con el verde oscuro de los pinos, y las flores multicolores de sus tocados se parecían tanto a las flores otoñales que era casi imposible distinguirlos. Cuando finalizó «Motomego», los nobles de alto rango se desnudaron un hombro y se pusieron a

danzar. [\[31\]](#) De los mantos negros y sin brillo surgían mangas con capas de color sapan o uva, mientras que las mangas escarlata intenso de las túnicas humedecidas por la llovizna invernal eclipsaban a los pinos y recordaban una alfombra de hojas otoñales. Todas aquellas encantadoras figuras en movimiento se adornaron entonces con altos juncos blancos para danzar una sola vez más y poner fin a la música. Una habría deseado contemplarlas eternamente.

Genji rememoró el pasado, le pareció ver ante sus ojos cuanto había conocido durante aquellos años de vergüenza y evocó con cariño a Su Excelencia

Retirada, [\[32\]](#) pues no tenía a nadie más con quien compartir tales recuerdos. Regresó y envió discretamente un mensaje al segundo carruaje: [\[33\]](#)

¿Quién, sino tú y yo, sabe qué nos ha traído aquí y así puede dirigirse a los pinos de Sumiyoshi, testigos del tiempo de los dioses?

Estaba escrito en papel especial para el doblado. La monja se echó a llorar. La vida que ahora llevaba le hizo pensar en cómo les había dejado Su Gracia en aquella costa cuando la consorte ya estaba en camino, y volvió a reflexionar en su innmerecida fortuna. También añoraba al

hombre que había renunciado al mundo, pero rechazó ese y otros pesares de mal agüero para responder:

Hoy una vieja monja aprenderá una gran lección: ¡que la de Sumiyoshi es una costa pletórica de beneficios!

Era lo primero que había acudido a su mente, pues temía por encima de todo ser lenta en la réplica. Murmuró para sus adentros:

No puedo olvidar cuanto sé del pasado al tener ante mis ojos a estos testigos del dios de Sumiyoshi.

Las danzas y la música continuaron hasta el amanecer. Una luna del vigésimo día brillaba en lo alto, el mar se extendía con magnificencia a lo lejos, y una se estremecía al ver los pinos blanqueados por una intensa escarcha que prestaba a la escena una belleza todavía más conmovedora. Por supuesto, la señora del ala oriental había visto y oído las danzas de cada estación en casa, en su propio jardín, pero casi nunca había cruzado la puerta de la finca, y la novedad del viaje fuera de los límites de la ciudad le llenaba de asombro y placer.

En las profundidades de la noche, la escarcha sobre los nobles pinos de

Sumiyoshi

*¡parece una sagrada guirnalda [34]
otorgada por la deidad!*

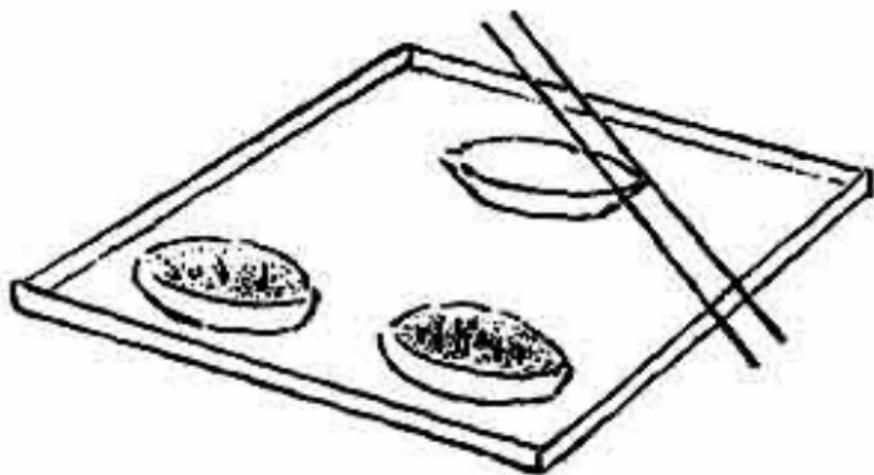
Pensó en la nieve matinal que aparece en el poema «El monte Hira también», [35] del señor Takamura, y tuvo más confianza que nunca en que el honor tributado a la divina presencia había sido aceptado.

La consorte:

*A las hojas de sasaki que sacerdotales
manos ofrecen con reverencia al dios,
¡la escarcha en las honduras de la noche
añade serpentinas blancas!*

Nakatsukasa: [\[36\]](#)

Sí, la escarcha blanca y pura a modo de serpentinas en manos sacerdotales claramente manifiesta a todos que el dios acepta nuestras plegarias.



Comida en una bandeja

Siguieron muchos más poemas, pero no tendría sentido anotarlos todos. Los

poemas compuestos en tales ocasiones suelen fracasar, incluso los de hombres que tienen gran confianza en su propia habilidad, y éstos no merecían la pena; poco partido estilístico se puede sacar de «los mil años del pino» [37] y esa clase de expresiones. Amaneció lentamente, y la escarcha era todavía más espesa. A la luz de los rescoldos de los fogariles, los músicos *kagura*, ya demasiado bebidos para saber lo que cantaban, se entregaban al jolgorio, ajenos al espectáculo que daban, y seguían agitando sus varillas de *sasaki* y gritando «¡Diez mil años!, ¡diez mil años!», hasta que una imaginaba interminables años de felicidad. Estos placeres habían durado demasiado poco,

y una noche como la que una habría deseado vivir mil veces cedió suavemente el paso al día. Los jóvenes caballeros lamentaban tener que marcharse, como las olas que retornan.

La hilera de carruajes se extendía entre los pinos, y una atisbaba entre sus persianas, agitadas por la brisa, algo parecido a un brocado de flores bajo el verde perenne, mientras los encantados sirvientes miraban a los caballeros vestidos con mantos formales que se sentaban ante las elegantes mesitas individuales de la comida. [\[38\]](#)

—Ciertamente, el destino la ha tratado bien —musitaban al llevar a la monja una sabrosa comida en una bandeja de aloe

cubierta de papel gris azulado.

El viaje a Sumiyoshi había sido solemne, cargado con gran profusión de tesoros sagrados, pero durante el camino de regreso se desviaron para contemplar el paisaje. Describirlo, empero, sería una pesadez. El Novicio era el único que, ¡ay!, no estaba allí para verlo, pues se había aislado valientemente en un mundo que ninguno de ellos conocía, aunque, desde luego, su presencia también habría sido embarazosa. Parece ser que por entonces el éxito de la monja también procuraba a los demás un mayor orgullo de sí mismos. Su felicidad despertaba asombro y admiración a cada momento, y todo el mundo la citaba como un modelo

de extraordinaria buena suerte. Cada vez que la hija de Ômi de Su Excelencia Retirada pedía a los dados que le dieran suerte en el juego del chaquete, exclamaba: «¡Monja de Akashi! ¡Monja de Akashi!».

Su Eminencia Enclaustrada [39] se entregaba por completo a la práctica religiosa y hacía caso omiso de los acontecimientos de la corte. Los viajes de primavera y otoño [40] le recordaban el pasado. La única preocupación a la que no había renunciado era la que sentía por su hija, la princesa. En cuanto a su bienestar general, contaba con Genji, pero también le pidió discretamente a Su Majestad que hiciese lo que pudiera. La

joven fue promovida al segundo rango y sus emolumentos aumentaron, lo cual le dio un esplendor más imponente que nunca.

Al ver que con el tiempo su prestigio se alzaba tanto por encima de todas las demás en Rokujô, la dama que vivía en el ala oriental de la mansión de Genji reflexionaba continuamente sobre que, si bien el favor personal de que gozaba era igual al de cualquier otra, poco a poco la edad le haría perder brillo a los ojos de Genji, y prefería abandonar el mundo por decisión propia antes de que sucediera tal cosa; pero le resultaba imposible manifestarlo así con claridad, porque temía que él pudiera condenarla por ser

demasiado atrevida. Incluso Su Majestad sentía un afecto especial por Su Alteza, y Genji, que no quería ser tachado de negligente, después de todo llegó a dividir sus noches equitativamente entre ambas. La dama del ala oriental lo comprendió y lo aceptó, pero aquello confirmaba sus temores, aunque jamás permitió que se le notaran. Se había hecho cargo del cuidado de la primera princesa, el segundo hijo de Su Majestad, y esa responsabilidad era un consuelo en las noches solitarias en que Genji estaba ausente. Lo cierto era que dedicaba un afecto igualmente tierno a todos los hijos del emperador.

La dama de verano le envidiaba que tuviera todos aquellos nietos de los que

cuidar, e insistía en tener consigo a la hija del comandante y a la dama de cámara. [\[41\]](#) La muchacha era bella en extremo, así como muy vivaz y adulta para su edad. Genji también sentía un gran afecto por ella. Siempre había considerado que tenía muy pocos hijos, pero sus descendientes se habían multiplicado, y ahora había tantos por uno y otro lado, que cuidarlos y jugar con ellos aliviaba la monotonía de sus días.

El ministro de la Derecha visitaba a Genji con mayor frecuencia y más familiaridad que en el pasado, y ahora que su esposa [\[42\]](#) era una mujer madura también ella acudía de visita en ocasiones apropiadas, sobre todo, sin duda, porque

Genji había abandonado sus licenciosos caprichos. Ella y la dama del ala oriental se reunían y mantenían agradables charlas. Sólo Su Alteza seguía siendo tan infantilmente displicente como siempre. En cuanto a la consorte, Genji la dejaba ahora por completo en manos de Su Majestad; era Su Alteza quien despertaba su compasión, y cuidaba de ella como si fuera su propia hija.

Ahora que Su Eminencia Enclaustrada sentía que su fin estaba próximo, le embargaba la aprensión y había resuelto apartarse de las cosas de este mundo, pero quería ver a su hija por última vez y, para no volver a experimentar deseos profanos, le pidió a Genji que, con la

mayor discreción, organizara el encuentro.

—Sí, debes hacer eso —le dijo Genji a la muchacha— Ya deberías haberlo hecho sin necesidad de que él lo pidiese. Lamento mucho que haya tenido que esperar hasta ahora.

Reflexionó sobre los pormenores de la visita. Llegó a la conclusión de que ella no podía ir sin más, sino que era necesario algún motivo. ¿Cómo podría proporcionar una buena ocasión para la visita? Entonces cayó en la cuenta de que él no tardaría en cumplir cincuenta años, y ella podría ofrecerle los nuevos brotes primaverales. La distinta clase de atuendo requerido, la comida especial y muchas otras cosas hacían del acontecimiento

algo peculiar, y Genji pidió consejo a sus damas para prepararlo.

Genji se esmeró en la selección de los mejores danzarines y músicos, pues Su Eminencia siempre había sido muy aficionado a la música. A fin de preparar gran número de danzas, envió a la corte a dos hijos de Su Excelencia de la Derecha y tres del comandante, entre ellos uno de la dama de cámara —en otras palabras, todos los pequeños de más de siete años — [\[43\]](#) y también eligió a los hijos de Su Alteza de la Guerra, los de los príncipes importantes y los de los nobles de más alto rango, además de a los hijos apuestos de ciertos cortesanos que probablemente danzarían bien. El acontecimiento iba a

ser algo especial, y todos los que iban a participar en él se esforzaban al máximo. Los maestros de música y danza no tenían un momento de descanso.

Mucho tiempo atrás, la tercera princesa había empezado a practicar el *kin*, pero Su Eminencia estaba preocupado porque se había separado de él a una edad muy temprana.

—Confío en que la oiré tocar cuando venga —comentó en privado—. Estoy seguro de que por lo menos ha dominado el *kin*. [\[44\]](#)

—Desde luego —dijo Su Majestad—. En cualquier caso, su música tendrá una calidad particular. Me gustaría estar presente para oírla cuando muestre a

Vuestra Eminencia lo que sabe hacer.

Estas observaciones llegaron a oídos de Genji, que durante años había dado lecciones a la muchacha, siempre que tenía oportunidad de hacerlo, de modo que ella había mejorado de veras. En cualquier caso, reflexionó Genji, aún no sabía tocar nada digno de tan ilustre oyente, y sería muy embarazoso que se presentara sin ninguna preparación y él insistiera en que tocara. Estaba tan preocupado que empezó a enseñarle en serio.

Le hizo aprender dos o tres magníficas melodías y las más bellas piezas principales, [\[45\]](#) incluidos todos los nobles recursos para transmitir

musicalmente los cambios de las cuatro estaciones o de un tiempo cálido o frío, y aunque al principio ella carecía de confianza, gradualmente fue adquiriéndola y lo hizo muy bien.

—Durante el día hay demasiada gente —le dijo Genji—, y cuando te parece que, después de todo, podrías hacer vibrar alguna nota, siempre surge algo que lo impide. Te enseñaré de noche lo que necesitas saber.

Se excusó en el ala oriental y empezó a dar lecciones a la joven día y noche.

Nunca había enseñado a tocar el *kin* ni a la consorte ni a la señora del ala oriental, y la primera, que ansiaba oír las singulares piezas que, según tenía

entendido, él tocaba últimamente, se las arregló para lograr un permiso excepcional e ir a su casa. Ya tenía dos hijos, [46] y puesto que se encontraba en el quinto mes de embarazo del tercero, adujo los ritos a los dioses como motivo para su visita. [47] Una vez pasado el onceavo mes, recibía con frecuencia cartas de Su Majestad pidiéndole que regresara, pero ella, al escuchar la deliciosa música que sonaba cada tarde, sentía envidia y se preguntaba con resentimiento por qué Genji nunca le había enseñado todo aquello.

Al contrario que mucha gente, Genji sentía una gran admiración por la luna invernal, y a la luz de la nieve en las

encantadoras noches tocaba en armonía con la estación y daba a cada dama de honor presente, si sentía la inclinación a hacerlo, la oportunidad de tocar un instrumento. El fin del año se acercaba, y la señora del ala oriental estaba muy ocupada inspeccionándolo todo para cerciorarse de que estaba bien. A menudo expresaba su confianza de que también ella, alguna agradable noche primaveral, podría oír tocar a Su Alteza. Entretanto llegó el Año Nuevo.

Los actos para celebrar el quincuagésimo aniversario de Su Eminencia Enclaustrada iban a tener un espléndido comienzo con los organizados por Su Majestad, y Genji retrasó un poco

el que planeaba para evitar que coincidieran. Decidió que sería uno o dos días después del décimo del segundo mes. Todos los músicos y danzarines se habían reunido, y los ensayos eran interminables.

—Me gustaría organizar un concierto femenino, a fin de traer tu *kin*, que la dama del ala oriental siempre desea tanto escuchar, junto con el *sô no koto* y el *biwa* de las demás —le dijo a Su Alteza—. Hoy, ninguno de nuestros músicos magistrales puede compararse a las mujeres de Rokujô. La verdad es que aprendí muy poco como es debido, pero de joven tenía el suficiente interés por no perderme nada y aprender todo lo necesario de los mejores maestros y los

más grandes señores, y no me pareció que ninguno de ellos tuviera una profundidad intimidante. Sea como fuere, las cosas han cambiado desde entonces, y hoy día la afectación de los jóvenes hace que su música tienda a ser superficial. El *kin*, sobre todo... Vamos, nadie parece estudiarlo ya. ¡Apenas puede haber alguien que haya aprendido a tocarlo siquiera como tú!

«¡Debe de pensar que ahora lo hago muy bien!», se dijo ella con una sonrisa de inocente placer. A los veintiuno o veintidós años aún parecía inmadura en extremo, y a decir verdad todo lo que tenía era una frágil dulzura. A menudo Genji le recordaba: «Cuando estés en su

presencia procura que vea hasta qué punto te has convertido en una joven refinada». En realidad, ninguna de sus damas de honor dudaba de que sin la ayuda de Genji le habría resultado aún más difícil disimular su infantilismo.

El día vigésimo del primer mes, unas brisas templadas y agradables soplaron bajo los hermosos cielos, y el ciruelo que se alzaba ante la residencia de Genji estaba en todo su esplendor floral. En los demás árboles ornamentales los capullos se hinchaban prometedores, y las brumas primaverales los envolvían.

—Todos estos preparativos significan que habrá mucho que hacer cuando comience el próximo mes —le dijo Genji

a la señora del ala oriental—, y la gente supondrá que cualquier música que toques con Su Alteza es un ensayo. Bien podríamos intentarlo ahora, mientras todavía hay tranquilidad.

La envió al edificio principal. [48] Todas sus damas de honor anhelaban acompañarla, pero Genji dejó atrás a las que carecían de dotes musicales, e incluso entre las más veteranas seleccionó sólo a las que poseían alguna cualidad especial.

Llamó a cuatro muchachas paje que destacaban por su belleza, elegantes y gráciles, con chaquetas de color flor de cerezo sobre violeta gris claro forradas de rojo y pantalones externos de seda escarlata abatanada. Últimamente la

residencia de la consorte había sido objeto de una nueva y alegre decoración, y las mujeres competían por vestir con brillantez. Sus muchachas paje vestían de manera similar, con chaquetas de color sapan sobre verde hoja, túnicas de seda china asargada amarilla y pantalones externos de brocado chino. Las pertenecientes a la dama de Akashi eran más discretas, y las cuatro llevaban chaquetas de color violeta claro u oscuro abatanadas hasta darles el más exquisito lustre sobre verde ceniza, y dos de ellas lucían un rojo ciruela, mientras que las otras dos iban del color de la flor del cerezo. Al enterarse de que aquellas damas la acompañarían, Su Alteza hizo

que sus muchachas paje vistieran con especial cuidado. Sus chaquetas color de uva sobre sauce y verde terroso no eran novedosas ni asombrosamente apropiadas, pero en conjunto lograban un aspecto muy digno e imponente.

Quitaron el panel deslizante separador de la sala que daba al pasillo, de modo que la estancia quedó dividida sólo por cortinas portátiles, y el asiento de Genji estaba preparado en el espacio del centro.

[49] Escogió a los pajes e hizo que se sentaran para aportar el fondo rítmico a la ocasión: el tercer hijo del ministro de la Derecha (el mayor de la dama de personal) con el *shô* y el hijo mayor del comandante de la Izquierda [50] con la

flauta. Colocaron cojines al otro lado de las persianas y un instrumento delante de cada dama. [51] Genji sacó los que más valoraba de sus elegantes bolsas teñidas de añil: un *biwa* para Akashi, un *wagon* para la señora Murasaki y un *sô no koto* para la consorte. Le preocupaba que Su Alteza no hubiera tocado nunca unos instrumentos tan espléndidos, así que afinó para ella el *kin* con el que normalmente practicaba.

—No es que las cuerdas del *sô no koto* se aflojen —le explicó—, pero a veces los puentes resbalan cuando afinas para tocar en concierto, y eso es algo que debes tener en cuenta. Pero dudo de que una mujer pueda tensar lo suficiente las

cuerdas. He de pedirle al comandante que lo haga. Estas dos con la flauta y el *shô* son jóvenes, y no estoy seguro de que sean capaces de mantener el ritmo. —Sonrió—. Que venga el comandante, por favor.



Cojín

Las azoradas damas se prepararon para su llegada. Todas excepto Akashi eran alumnas preferidas de Genji, y éste confiaba, lo mismo que ellas, en que el comandante no escucharía nada impropio. La consorte se sentía del todo a sus anchas porque estaba acostumbrada a tocar para Su Majestad, pero el *wagon*, que tiene un alcance limitado, también carece de unas pautas establecidas de

ejecución, lo cual hace que una mujer tenga más dificultades para tocarlo. Los instrumentos de cuerda se tocan juntos en primavera, y a Genji le preocupaban un poco las notas falsas. [\[52\]](#)

El comandante llegó vestido de una manera exquisita, con un manto de vivo color y túnicas perfumadas, las mangas impregnadas por la fragancia del incienso. Estaba muy emocionado y mucho más nervioso que para un ensayo formal ante Su Majestad. El sol acababa de ponerse. Bajo un evocador e inquietante cielo crepuscular, una espléndida profusión de flores cubría las ramas y evocaba las nieves del año anterior. Perfumes inefables llegaban transportados por una

suave brisa desde el otro lado de las persianas y llenaban la atmósfera que rodeaba la exquisita mansión de unos aromas que atraerían a cualquier rui señor.

[53]

El extremo del *sô no koto* sobresalía un poco por debajo de las persianas. [54]

—Perdóname que te pida tal cosa, pero te agradecería que tensaras bien las cuerdas y las afinaras —le dijo Genji—. No puedo pedírselo a cualquiera, ¿sabes?

El comandante asintió respetuosamente y tomó el instrumento. Tras afinar la cuerda tónica a la nota dominante del modo *ichikotsu*, [55] permaneció sentado un momento sin probarla.

—Por lo menos toca un preludio modal, y pon un poco de empeño en ello.

—¡Pero no tengo suficiente habilidad para tocar en semejante compañía! — protestó con modestia el comandante.

—Tal vez no, pero sería vergonzoso que todo el mundo supiera que has huido de un concierto femenino sin tocar una sola nota —replicó Genji riendo.

El comandante terminó de afinar el instrumento, tocó muy bien el preludio y lo devolvió. Entretanto, los pajes, siempre encantadores con sus mantos de vestir, tocaban de una manera todavía infantil pero muy prometedora.

Una vez los instrumentos estuvieron afinados y las damas iniciaron el

concierto, el *biwa* resonó con una habilidad maravillosa, un toque soberbio y un tono límpido, alzándose por encima de los demás sonidos. El comandante prestaba una atención especial al *wagon*. El dulce hechizo que creaba la dama al tañer las cuerdas [56] tenía una frescura maravillosa; de hecho, la brillantez de su música era equiparable a la de los más célebres maestros de la época, y le asombraba que fuese posible tocar el *wagon* de aquella manera. Era evidente que el tacto de la dama tenía una profunda sensibilidad, lo cual regocijaba a Genji, le aliviaba y hacía que se sintiese muy agradecido. El *sô no koto*, cuyo sonido se percibía a menudo de un modo tan

vacilante entre los demás instrumentos, poseía la gracia más encantadora. El *kin* mostraba todavía cierta inmadurez, pero la intensa práctica le había dado confianza a quien lo tocaba, y su música se mezclaba de la manera más armónica con la de los restantes instrumentos. El comandante pensó en lo bien que sonaban todos juntos, y cantó las notas, marcando el ritmo. [\[57\]](#) De vez en cuando Genji hacía lo mismo con una voz más hermosa que nunca y dotada de una nueva sonoridad ligeramente nasal. La voz del comandante también era excepcional, y en el creciente silencio de la noche la belleza del concierto era inefable.

Entonces la luna se alzaba muy tarde,

y Genji había pedido que colgaran brillantes faroles aquí y allá. Miró a Su Alteza, al otro lado de la cortina, y vio su bella y minúscula figura, que parecía consistir sólo en ropas. Aún carecía por completo de atractivo femenino, pero presentaba la gracia encantadora de las nuevas frondas de sauce a mediados del segundo mes, lo bastante frágiles para que las enrede la brisa causada por el ala de un ruiseñor. Una habría dicho que tal es precisamente el aspecto de una dama encumbrada, pero la no menos elegante consorte tenía más plenitud de formas, y una distinción tan exquisita en figura y modales que parecía un denso racimo de flores de glicina en un amanecer a

comienzos del verano, cuando la glicina carece de rival. [58] Pero por entonces estaba bastante llena, [59] y, como no se encontraba del todo bien, apartó su instrumento y se recostó en un apoyabrazos. Como era menuda, en aquella pose lánguida el apoyabrazos parecía demasiado grande para ella, aunque era del tamaño habitual, y una habría deseado proporcionarle otro más pequeño. Llevaba una prenda color de ciruelo rojo, y su fina y grácil cabellera a la luz de la lámpara le daba un encanto etéreo. Por su parte, la señora Murasaki llevaba, sobre una túnica oscura, tal vez de color uva, una vestimenta de color sapan claro en gran parte cubierta por la

espléndida abundancia de su cabello. Su figura era tan bella y su estatura tan perfecta, que parecía perfumar el aire a su alrededor, por expresarlo desde un punto de vista floral, de tal manera que ponía en evidencia incluso a los cerezos.

Akashi podría haberse sentido abrumada en semejante compañía, pero, dada la imponente nobleza de su carácter, no fue así, y a través de su gracia y su distinción indefinibles se adivinaba la profundidad de sus sentimientos. Llevaba una túnica con un diseño de ramas de sauce sobre otra de color verde hierba con una cola de gasa liviana e intencionadamente modesta, [\[60\]](#) pero nada en su figura o porte habría inducido

a nadie a mirarla con desdén. Sentada en un ángulo de un cojín con una cenefa de brocado de Koma verde ceniza, [61] con el *biwa* ante sí, sólo tenía que rozar grácilmente las cuerdas con la púa para producir el cálido, tierno y evocador sonido de una rama de naranjo arrancada el quinto mes y cuajada de fragantes flores y frutas. [62]

La música que el comandante oía tocar a aquellas damas de exquisita elegancia aumentaba su deseo de escrutar en la penumbra del interior. Sobre todo deseaba ver a la dama del ala oriental, a la que imaginaba más bella de lo que había parecido al tener aquel atisbo de ella. En cuanto a Su Alteza, pensó que si

el destino le hubiera favorecido sólo un poco, podría haberla hecho suya. ¡Ojalá hubiera sido más valeroso! Su Eminencia le había lanzado repetidas indirectas y también le había hablado en privado al respecto, pero no... Se sentía muy incomodado, pero aunque un mero atisbo no le había dado motivo alguno para tenerla en menos consideración, tampoco había supuesto un estímulo. Era aquella otra la que siempre había estado lejos, fuera de su alcance, y suspiró con el anhelo de hacerle comprender al menos la intensidad de sus sentimientos, perfectamente respetables, hacia ella. Pero se dominó muy bien y no hizo nada imprudente ni poco meditado.

El aire se fue enfriando a medida que avanzaba la noche. La luna a la que una aguarda yacente [63]> se alzó, delgada y pálida.

—¡Qué oscura es una noche de primavera con la luna brumosa! —observó Genji—. A mi modo de ver, el otoño, con su conmovedora belleza, trenza la música de los instrumentos con el canto de los grillos para producir una música realmente sublime.

—La brillante luz de la luna en una noche de otoño no deja nada sin revelar —replicó el comandante—, y uno tiene la sensación de que el sonido de las flautas y de los instrumentos de cuerda son igualmente hermosos, pero un cielo que

parece concebido sólo para ese efecto y el rocío que hace brillar los distintos tonos de las flores distraen la vista, seducen el corazón y así, después de todo, limitan los placeres de la música. ¿Cómo podría sobrepasar tal maravilla un sereno concierto bajo una luna velada que apenas asoma entre las vagas brumas de un cielo de primavera? El encanto de una flauta no puede llenar los cielos, os lo aseguro. Los antiguos observaron que a una mujer le conmueve más la primavera, [\[64\]](#) e imagino que eso es cierto. En una noche de primavera es cuando todas las cosas se fusionan de la manera más dulce y armoniosa.

—¡Ya está de nuevo entablado ese

debate! Nadie ha sido nunca capaz de llegar a una conclusión, y me cuesta creer que nosotros, que vivimos en esta era tardía, podamos contribuir en alguna medida a resolverlo. Por lo que respecta a los modos y las piezas musicales, es cierto que el *richi* siempre ocupa el segundo lugar, y supongo que tienes razón [65] Pero tengo mis dudas —siguió diciendo—. Últimamente, Su Majestad les ha pedido a varios caballeros famosos por su habilidad que toquen para él, pero hay pocos que sean realmente buenos... Tal vez los grandes maestros a los que admiraban tampoco sabían tanto. Dudo de que su manera de tocar los distinguiera en particular incluso si se unieran a estas

mujeres, que no son precisamente unas expertas. Es una lástima. ¡Debo de haber perdido un poco el oído después de haber vivido tanto tiempo retirado! ¡Cuán extraordinario es que todos los aquí presentes hayan convertido cada diversión en un éxito tan grande! ¡Me intriga saber hasta qué punto pueden compararse con todas esas personas elegidas como músicos expertos para tocar en palacio!

—Me había propuesto hablar de eso —respondió el comandante—, pero pensé que podría ser una presunción por mi parte decir lo que pienso cuando es tan poco lo que sé. La verdad es que no tengo una opinión formada sobre los maestros del pasado, y tal vez sea ése el motivo de

que el *wagon* del intendente de la Guardia de la Puerta y el *biwa* de Su Alteza de la Guerra [66] siempre me hayan parecido auténticas maravillas de nuestro tiempo. Desde luego, son incomparables, pero la música que he escuchado esta noche es igualmente notable. Tal vez se deba tan sólo a que estaba nervioso porque suponía que éste iba a ser un concierto informal y no me había hecho a la idea de que me encontraría con semejante perfección, pero cantar las notas me parece un desafío. Para que hablen del *wagon*. Su Excelencia es una maravilla, porque sólo él puede modular las notas como le plazca, en armonía con el momento, pero aunque el instrumento no suela sobresalir,

esta tarde ha sido muy impresionante.

—Oh, vamos, no ha estado tan bien. Estoy seguro de que sólo lo dices por cortesía. —Genji sonrió con suficiencia—. Sin embargo, estoy de acuerdo en que aprenden con aprovechamiento. Poco puedo decir del *biwa*, por supuesto, pero estoy seguro de que incluso he conseguido que ese instrumento destaque. La destreza con que toca nuestra dama me sorprendió mucho cuando la oí por primera vez en aquel insólito lugar, y desde entonces ha mejorado de un modo extraordinario.

La manera en que se atribuía el mérito hacía que las damas de honor intercambiaran discretas miradas y se tirasen de las mangas unas a otras.

—En cuanto empiezas a estudiar un arte, no importa cuál sea, resulta que no hay límite a lo que has de aprender, y nunca lo dominas lo suficiente para estar satisfecho. Pero eso no importa, pues, al fin y al cabo, hoy día son tan pocas las personas que profundizan tanto o llegan tan lejos, que todo aquel que realmente ha llegado a alguna parte puede sentirse orgulloso de ese logro, por limitado que sea, y hay que tener en cuenta que el *kin* presenta dificultades excepcionales. Quienes en el pasado lo tocaban como es debido dominaban el Cielo y la Tierra y apaciguaban a ángeles y demonios, [\[67\]](#) y su música tenía ese efecto en todos los demás, hasta que quienes estaban sumidos

en la aflicción se regocijaban y los pobres e indigentes levantaban cabeza, cargados de tesoros y honrados por todo el mundo. Sucedió con frecuencia. Hasta que se empezó a enseñar en nuestro país, los que querían practicarlo pasaban muchos años en tierras extranjeras sin tener un pensamiento para sí mismos, e incluso entonces, a pesar de sus penalidades, les resultaba muy difícil dominarlo. [68] Sí, es evidente que mueve las estrellas y la luna en el cielo, que provoca heladas y nieve fuera de la estación fría y causa un tumulto de nubes y relámpagos, como lo atestiguan numerosos relatos antiguos. Todo el que aprende a tocarlo bien es un tesoro, pero supongo que debe de ser cosa

de esta época tardía, porque ¿dónde hay ahora algún rastro de esos viejos tiempos? Tal vez la manera en que cautivaba el oído de dioses y demonios y les provocaba el deseo de oírlo sea la razón por la que, en cuanto la gente empezó a adquirir un conocimiento vacilante que casi no les llevaba a ninguna parte, se dijo del instrumento que no hacía ningún bien a quienes lo tocaban y que era aburrido. Adquirió esa mala reputación, y debe de ser por ello que ya casi nadie lo practica. Es una lástima. ¿Qué otro instrumento presta tan gran ayuda para aprender y afinar las escalas? Sí, en este mundo nuestro, donde todo parece que va de mal en peor, uno tiene

que ser un excéntrico para abandonar a su familia y partir, solitario, para errar por Koma y Catay. [69] ¿Por qué no adquirir al menos un conocimiento general del instrumento? El desafío que plantea incluso un solo modo es infinito. En los tiempos en que yo tenía tanto interés por aprender todos los modos y las piezas más difíciles, examinaba cada partitura que ha llegado a este país, hasta que no quedaba nadie de quien pudiera aprender, pero aun así estoy seguro de que no toco tan bien como lo hacían los antiguos, y es una gran lástima que no haya nadie que quiera seguir practicando después de mí.

El comandante se sentía totalmente incapaz y negligente.

—Si alguno de los príncipes se desarrolla como espero que lo haga, confío en transmitirle el humilde conocimiento que poseo, cuando sea mayor y siempre que yo haya podido vivir tanto. El segundo príncipe ya es prometedor.

Al oír estas palabras, Akashi vertió lágrimas de orgullo.

La consorte ofreció su *sô no koto* a la señora del ala oriental y se tendió, y aquella dama puso su *wagon* ante Genji. Entonces la música se hizo menos formal, y su interpretación de «Kazuraki» fue deliciosamente briosa. Poco a poco se alzó la luna, y era posible gozar de la contemplación de las flores, así como de

su fragancia. La escena era encantadora.

La consorte había tocado el *sô no koto* con una dulzura fascinante, una vibración profunda y una magnífica claridad de tono que recordaba a su madre, pero quien le sucedió produjo una impresión muy diferente, pues su serena elegancia poseía un encanto que embelesaba, y cada uno de sus adornos daba a la música un toque de pura maestría. El preludeo *richi* que siguió al cambio de modo [70] tenía un sonido lleno de atractiva frescura, y no había nada aproximado en el sonido del *kin* de Su Alteza, que sonaba con mucha claridad. [71] Ahora el modo armonizaba con la primavera, el otoño o cualquier otra estación, y la manera en que ella se

esmeraba por adaptarlo, tal como él le había enseñado a hacer, demostraba lo bien que le había comprendido. La ejecución era muy hermosa, y Genji estaba orgulloso de la joven.

Los dos muchachos agradaron mucho a Genji, pues habían tocado con notable gusto y también con gran empeño.

—Debéis de tener sueño —les dijo—. Creía que esta noche tocaríamos un poco... No imaginé que la velada se fuese a prolongar tanto, pero habría sido una lástima interrumpirla, y mientras trataba de discernir con mi torpe oído qué instrumento me gusta más, se ha hecho muy tarde. Lo siento.

Ofreció al muchacho que había tocado

el *shô* una taza de sake y le puso una de sus túnicas sobre los hombros. El que había tocado la flauta obtuvo un traje con figuras estampadas y unos pantalones, un regalo discreto, simbólico, [72] efectuado por la señora de la casa, [73] mientras que Su Alteza envió una taza de sake al comandante y le regaló un juego completo de túnicas femeninas.

—¿Qué es esto? —protestó Genji—
¡Primero has de honrar a tu maestro!
¡Estoy asombrado!

Entonces, desde detrás de su cortina portátil, Su Alteza le ofreció una flauta, y él la tomó, sonriente. Era una bellísima flauta de Koma. [74] La tocó un poco, y todo el mundo empezó a marcharse, pero

entonces el comandante se detuvo, recogió la flauta que había tocado su hijo y le extrajo unas notas tan deliciosas que Genji vio corroborado el éxito de las enseñanzas que les había impartido, y se felicitó por tan magnífico logro.

El comandante hizo subir a los muchachos a su carruaje y partió bajo una clara luna. Por el camino todavía llegaba a sus oídos, tras el *wagon* de la dama, su maravilloso *sô no koto*, y pensó en ella con añoranza. Su propia esposa había recibido la enseñanza de Su Alteza y de la abuela de ésta, [75] pero se la habían llevado antes de que ese adiestramiento pudiera dar frutos, así que tocaba sin confianza en sí misma y le azoraba

demasiado hacerlo en presencia de su marido. Tenía siempre un aire de ingenua inocencia, no disponía de tiempo para nada más que cuidar de un hijo tras otro y a él le parecía por completo carente de interés. Sólo cuando estaba celosa o enojada la encontraba cautivadora.

Genji se dirigió al ala oriental, mientras su dama se quedaba atrás para hablar con Su Alteza. Regresó cuando ya despuntaba el día, y durmieron hasta que el sol estuvo alto en el cielo.

—Es notable lo bien que Su Alteza toca el *kin*, ¿verdad? —observó Genji—. ¿Qué te ha parecido?

—La primera vez que la oí tocar tuve ciertas dudas, pero lo cierto es que ha

adquirido una gran pericia. ¿Cómo no iba a ser así, cuando has puesto tanto empeño en enseñarle?

—Tienes razón. Supongo que no soy un mal maestro para lograr un avance paso a paso. No se lo he enseñado a las demás porque es una habilidad demasiado exigente y difícil y requiere mucho tiempo, pero me preocupé al saber que Su Eminencia Enclaustrada y Su Majestad suponían que al menos debía de estar enseñándole a tocar el *kin*, de modo que resolví hacerlo, puesto que Su Eminencia me había hecho el honor de confiármela.

»En el pasado, cuando era joven y cuidaba de ti, nunca te di lecciones porque carecía de tiempo libre, y en los

últimos tiempos siempre he estado ocupado con alguna cosa. Ni siquiera he hecho un alto para oírte tocar, y eso que lo has hecho de una manera tan bella en compañía que me he sentido orgulloso de ti. También la expresión del comandante, tan claramente cautivado, ha hecho que me sintiera satisfecho y feliz.

Con tales logros y su competencia en el cuidado de los hijos de Su Majestad, la dama tenía éxito en todos los aspectos, hasta tal punto que Genji incluso temía por ella, al recordar el ejemplo de otras, igualmente perfectas, cuyas vidas no habían sido largas, pues ella tenía esa peculiaridad: era una persona que en todo cuanto llevaba a cabo estaba por encima

de reparos y reproches. Su amplia experiencia de las mujeres convencía a Genji de que las cualidades de Murasaki la hacían incomparable. Aquel año tenía treinta y siete. [\[76\]](#)

Rememoraba con afecto los años que habían pasado juntos.

—Este año debes tener más cuidado que de ordinario y aumentar el número de las plegarias —le dijo—. Es tanto lo que ocupa mi mente que en ocasiones me olvido de las cosas, pero te ruego que pienses en ello, y si te propones hacer algo de envergadura, déjalo de mi cuenta. Es una lástima que Su Reverencia [\[77\]](#) ya no esté con nosotros. En esta clase de asuntos era digno de confianza.

»En cuanto a mí, desde mi infancia crecí en medio de un esplendor que otros no han conocido jamás, y a estas alturas gozo de unos honores que raras veces han sido otorgados a nadie. Pero, al mismo tiempo, también he sido testigo de más tragedias que la mayoría. Primero perdí a seres queridos, y ahora, muchos años después, todavía tengo muchos motivos de pesar y remordimiento. Mis peores transgresiones me han llevado a extremos de amargura, y también he sufrido muchas decepciones, de lo cual parece deducirse que mi recompensa radica precisamente en haber vivido hasta hoy, mucho más tiempo del que jamás había esperado. En tu caso, sin embargo, creo que, aparte de

aquella ocasión en que estuvimos separados, poco ha sucedido, antes o después, que haya sido verdadero motivo de desdicha. La dama más grande del reino, incluso la misma emperatriz, sin duda tiene razones para estar inquieta. Uno nunca se siente a sus anchas en encumbrada compañía, entre la que el espíritu de rivalidad es un constante tormento, pero tú siempre has vivido con tu padre, por así decirlo, y prácticamente no te has encontrado en esa situación. ¿Te das cuentas de hasta qué punto, en este sentido, has sido mucho más afortunada que otras? Estoy seguro de que la repentina presencia de Su Alteza entre nosotros fue una prueba difícil para ti,

pero puesto que te afecta directamente, no habrás dejado de observar cuánto mayor es mi afecto por ti desde que ella llegó. Tú, que tienes tan gran capacidad de comprensión, sin duda lo habrás observado.

—Tal como dices —replicó ella—, supongo que para otras parezco gozar de un favor más allá de mis merecimientos, pero lo cierto es que hay en mi vida más desdicha de la que puedo soportar, y eso es lo que ha inspirado mis plegarias. [\[78\]](#)

—Parecía como si tuviera mucho más que decir y le avergonzara demasiado hacerlo—. Pero, en serio, siento que me queda poco tiempo, y la idea de pasar también este año fingiendo otra cosa me preocupa

mucho. Si tuvieras la amabilidad de concederme lo que cierta vez te pedí...

[79]

—Eso es imposible, ya lo sabes. ¿Qué significaría mi vida sin ti? Mi mayor alegría durante estos años siempre ha sido la de estar contigo día y noche. Lo que siento por ti es extraordinario. Tienes que ser testigo hasta el fin de lo mucho que te amo.

Eso fue todo lo que le dijo, y ella se sintió dolida, puesto que había oído las mismas palabras numerosas veces, y él, conmovido al ver sus ojos arrasados en lágrimas, siguió hablándole para desviar su atención hacia otras cuestiones.

—No he conocido a demasiadas

mujeres, pero he llegado a la conclusión de que cada una tiene sus cualidades y que las ecuánimes y dulces son una minoría. Me relacioné con la madre de Yûgiri cuando era todavía muy joven, pero las cosas nunca fueron bien entre nosotros, aunque ella siempre significó mucho para mí, y ahora lamento que acabáramos separados, aunque no me considero culpable de ello. Ella era de una corrección fuera de toda duda... Admirable desde lejos, podríamos decir, pero muy difícil de tratar en la intimidad.

»El Refugio, la madre de Su Majestad, era una mujer de un refinamiento y una elegancia fuera de lo corriente, pero resultaba penoso estar con ella. Convengo

en que tenía razón al enojarse conmigo, pero su manera de rumiar el asunto, con un rencor tan profundo, era muy desagradable. Tenía un aire tan desalentador que nunca pude gozar con ella de las intimidades cotidianas de la vida; nunca pude bajar la guardia, temeroso de que un trato informal provocara su desprecio, y por ello no tardamos en separarnos. Lamenté su aflicción cuando se produjo el escándalo y su buen nombre se vio comprometido, y lo cierto es que, por ser ella quien era, al final me sentí culpable, pero para compensar mi deslíz me aseguré de que su hija, que de todos modos estaba destinada a ello, llegara a ser emperatriz, sin hacer

caso de la difamación y el resentimiento, y espero que a estas alturas, en el otro mundo, me haya perdonado. Las diversiones superficiales siempre plantean el riesgo de arrostrar graves y dolorosas consecuencias.

Poco a poco fue hablándole de las mujeres de su pasado.

—Al principio miraba por encima del hombro a la madre de la consorte, considerándola indigna de mí, y supuse que era una diversión pasajera, pero su corazón es un abismo insondable. Tiene una profundidad inconmensurable. Cede en la superficie y parece suave, pero su interior alberga una imponente dignidad.

—No conozco a las otras porque no

me han sido presentadas —replicó Murasaki—, pero, naturalmente, a ella la he visto de vez en cuando, aunque siempre con brevedad, y tiene un aire bastante austero y amedrantador. Imagino la impresión que debe de causarle una bobalicona como yo, y sólo espero que la consorte se digne pasar por alto mis defectos.

Genji se sintió muy conmovido al reparar en que Murasaki, que en el pasado había tenido tantos celos de aquella dama, ahora, por puro afecto hacia la consorte, la admitía con indulgencia a su lado.

—No careces de oscuros recovecos [80] —le dijo —, pero es una maravilla lo bien que adaptas tus sentimientos a la

persona y las circunstancias. He conocido a muchas mujeres, pero a ninguna como tú. —Sonrió—. Claro que tienes esa particularidad...

Al anochecer, Genji fue a ver a Su Alteza.

—Debo hacerle saber lo mucho que me gustó su manera de tocar —adujo.

A Su Alteza nunca se le había ocurrido que pudiera desagradar a nadie, y estaba poniendo todo su empeño, como una niña, en la práctica del *kin*.

—Espero que me permitas interrumpir durante algún tiempo las lecciones —le dijo Genji—. Debes concederle un descanso a tu maestro. Tu esfuerzo ha sido recompensado, y ya no he de preocuparme

por ti.

Apartó a un lado los instrumentos y se acostó.

Como hacía siempre por las noches cuando él se ausentaba, la dama del ala oriental permaneció levantada hasta muy tarde y pidió a sus damas de honor que le leyeran relatos. «Estos cuentos antiguos tratan de lo que sucede en la vida —se dijo—, y están llenos de mujeres que se relacionan con hombres veleidosos, de vida disipada o traicioneros, pero al final cada una encuentra al que le conviene. ¡Qué extraña es, qué insegura, la vida que he llevado! Sí, es cierto, como él ha dicho, que he tenido más suerte que la mayoría, pero ¿voy a terminar mis días

agobiada por estos sufrimientos que también otras mujeres consideran odiosos e insoportables? ¡Ah, es demasiado duro!» Se acostó muy tarde y, cuando amanecía, empezó a sentir dolores en el pecho. Sus damas de honor hicieron todo lo que pudieron por ella. «¿Informamos a Su Gracia?», le preguntaron, pero ella se negó, y soportó el padecimiento hasta que se hizo de día. Tenía fiebre y se encontraba muy mal, pero nadie iba en busca de Genji.

Finalmente, un mensajero de la consorte recibió el aviso de que la dama se encontraba mal y ella informó a Genji, que se apresuró a regresar y se alarmó al ver que era evidente que estaba enferma.

«¿Qué te pasa?», le preguntó, poniéndole la mano en la frente. Ardía de fiebre, y él recordó con terror la advertencia que le hiciera el día anterior de que debía tomar toda clase de precauciones. Le sirvieron el desayuno, pero él ni siquiera lo miró. Permaneció con ella el día entero, cuidándola y suspirando. Durante varios días la dama rechazó todo alimento, hasta que ni siquiera pudo incorporarse. Abrumado por la inquietud que le causaba el desconocimiento de la causa del problema, ordenó que se dijeran innumerables plegarias y llamó a los sacerdotes para que realizaran ritos sanadores. El sufrimiento de Murasaki parecía insoportable, pues le dolía todo el

cuerpo, y en ocasiones sufría unos agudos espasmos en el pecho. La interminable penitencia no surtía efecto alguno. Las enfermedades más graves pueden dejar espacio para la esperanza siempre que haya alguna posibilidad de recuperación, pero, por lo que Genji podía ver, ella sólo experimentaba temor y desesperación. Él estaba demasiado absorto para pensar en cualquier otra cosa, y ya no se hablaba de la fiesta de aniversario de Su Eminencia Suzaku. La noticia de la enfermedad de la dama hizo que Su Eminencia manifestara con repetidos mensajes lo preocupado que estaba.

Transcurrió el segundo mes, y el estado de la dama permanecía inalterable.

Genji, presa de indecible aflicción, concluyó que un cambio podría ser beneficioso y la trasladó a Nijô. En su finca de Rokujô reinaba la confusión, y todo el mundo se lamentaba. La noticia entristeció también a Su Eminencia Reizei. El comandante se entregó por completo al cuidado de la dama, consciente de que si ella moría no había ninguna duda de que su padre llevaría a cabo el deseo, que abrigaba desde hacía tanto tiempo, de abandonar el mundo. Aparte del Gran Rito que ya se estaba realizando, encargó otro por su cuenta.

En los momentos de lucidez, la dama hablaba sólo para hacerle reproches.

—¡Qué cruel eres al no concederme lo

que te pido!

Pero para Genji la tristeza y el dolor de verla un solo instante, con sus propios ojos, vestida por deseo propio con el hábito de la renuncia, en lugar de separarse de ella al final de la vida, era más de lo que podía soportar.

—Eso es precisamente lo que siempre he deseado hacer —replicó —, pero la inquietud por lo que sentirías cuando te quedaras sola siempre me detenía. ¿Y ahora me estás diciendo que me abandonarías?

Ésta era su única respuesta, y entretanto ella se iba debilitando de una manera tan alarmante que a menudo daba la impresión de que no tardaría en morir.

Él estaba confuso y no sabía qué hacer, y ni siquiera se tomaba un momento para visitar a Su Alteza. Sus instrumentos musicales, que ya no significaban nada para él, estaban guardados, mientras que la totalidad de su personal se había reunido en Nijô, dejando Rokujô tan vacío como si su luz hubiera desaparecido. Sólo las damas que vivían allí se quedaron, pero daba la impresión de que era Murasaki la que había aportado al lugar su peculiar carácter.

Llegó la consorte, y unió sus esfuerzos a los de Genji para cuidar de la enferma.

—¡Vuestro estado es excepcional, y los espíritus son muy peligrosos! —logró decirle Murasaki en medio de su dolor—.

¡Por favor, volved al lado de Su Majestad!—. Lloró amargamente al ver a la princesita a su lado, [81] y le dijo: — ¡Y pensar que nunca te veré crecer! Sé que te olvidarás por completo de mí.

La consorte no podía contener las lágrimas.

—¡Ten cuidado con lo que dices! —le advirtió Genji—. Te ruego que no pienses esas cosas. Además, estoy seguro de que no estás tan enferma. El corazón decide lo que va a ser de nosotros. Los que tienen un gran corazón son agraciados por la buena suerte, y lo mismo les sucede a los pusilánimes. Los que se elevan a grandes alturas tienen poca paz, los temerarios no duran y quienes poseen un corazón dócil y

tierno son los que con más probabilidad perdurarán.

Ante los budas y los dioses afirmó que ella poseía cualidades excepcionales y que sus pecados eran leves.

Los expertos que llevaban a cabo el Gran Rito, los sacerdotes que oraban de noche y los demás religiosos presentes estaban profundamente afectados ante la evidencia de la angustia que embargaba a Genji, y rogaban con fervor por la enferma. En ocasiones, ésta se encontraba un poco mejor durante cinco o seis días, sólo para ser de nuevo presa de los tormentos, y la situación se iba arrastrando un mes tras otro. «¿Qué va a ser de ella? —se preguntaba Genji

compungido—. ¡Tal vez no mejore jamás!» Ningún espíritu se adelantaba para hablar. No le dolía ninguna parte del cuerpo en particular; tan sólo se debilitaba visiblemente un día tras otro, hasta tal punto que él se sumió en la pesadumbre y la desesperación.

Ah, sí, ahora el intendente de la Guardia de la Puerta era también consejero. [\[82\]](#) En realidad, era el hombre del momento, pues en aquel reinado disfrutaba de la plena confianza de Su Majestad. Sin embargo, la imposibilidad de obtener lo que deseaba seguía abrumándole, a pesar de su creciente reputación, y por ello había hecho suya a la hermana mayor de Su

Alteza, la segunda princesa. No la tenía en alta estima, puesto que su madre había sido una íntima de rango inferior. Poseía más cualidades que otras mujeres, pero él no había superado su antiguo enamoramiento, y estaba tan desolado como el monte Obasute, [83] aunque procuraba que jamás se le notara.

No, aún no había olvidado su anhelo secreto, y la mujer a la que recurrió en busca de ayuda fue Kojijû, la hija de Jijû, el aya de Su Alteza. [84] Puesto que la hermana mayor de Jijû era el aya de Kashiwagi, durante largo tiempo éste había oído hablar de Su Alteza de la manera más familiar. Desde su infancia había oído comentarios sobre lo hermosa

que era y lo mucho que su padre la amaba, y por ello, en primer lugar, se le había ocurrido hacerla suya. Supuso que, estando Genji ausente, la casa estaría silenciosa y medio vacía, y pidió a Kojijû que fuese a verle de vez en cuando, unas visitas durante las que ponía todo su empeño en hacerle cambiar de parecer.

—Durante mucho tiempo he pensado que podría morir de amor por ella —le dijo—, y me duele muchísimo que el acceso que me proporcionaste no haya dado ningún fruto, excepto que tengo noticias de ella y puedo confiar en que esté enterada de mi afecto eterno. Incluso Su Eminencia Enclaustrada parece haberse sentido un poco decepcionado al

saber que, según todos los indicios, las demás relaciones de Su Gracia la han eclipsado, de modo que duerme sola una noche tras otra y tiene poco en que ocupar sus días. Según tengo entendido, él dice que, como deseaba elegir un súbdito capaz de cuidar debidamente de ella, bien podría decantarse por uno que ofreciera garantías de una buena labor. Lo que dijo exactamente fue «A juzgar por lo que oigo, la segunda princesa está en mejor situación y tiene un futuro más seguro», y puedes imaginar mi aflicción cuando escuché estas palabras. Sí, las dos tienen el mismo padre, pero ¡qué gran diferencia hay entre ellas! —Exhaló un hondo suspiro.

—Vamos, vamos, mi señor, ¡vais demasiado lejos! —replicó Kokijû sonriente—. Tenéis a su segunda princesa... ¿Qué más queréis?

Él también sonrió.

—Sí, eso es cierto. Cuando me tomé la libertad de expresar mi interés por ella, tanto Su Eminencia como Su Majestad me consideraron aceptable. «¿Por qué no dejar que sea él quien se ocupe de ella?», tuvo a bien observar Su Eminencia en cierta ocasión. Bueno, si hubiera sido sólo un poco más generoso conmigo...

—Pero ¡eso es imposible, mi señor! Vuestro karma, o comoquiera que lo llamen, es el que es. ¿Imagináis de veras que tenéis la talla para plantear un desafío

y frustrar a Su Gracia, cuando éste ha abordado a Su Eminencia de un modo tan vehemente sobre el particular? Sólo en fecha muy reciente habéis empezado a aumentar de categoría y llevar un color más imponente. [\[85\]](#)

La mujer le hablaba de una manera tan cortante y severa que él decidió guardarse lo que pensaba.

—¡Basta, basta! ¡No voy a hablar del pasado! Tan sólo asegúrate de que mientras dura esta excepcional oportunidad me encontrarás una manera de decirle personalmente lo que siento. ¿Crees que mi conducta sería reprobable? ¡Mírame! Es demasiado terrible contemplar tal idea.

—¿Qué peor conducta es posible imaginar? —replicó ella—. ¡Lo que pretendéis es tremendo! ¿Por qué habré venido?

—¡Vamos, mujer, no te lo tomes así! Exageras. Entre hombres y mujeres, uno nunca sabe qué esperar. ¿Acaso ninguna consorte o emperatriz se ha aprovechado alguna vez de semejante oportunidad? ¡Piensa en Su Alteza! Ahí la tienes, tan bien situada como la que más, pero sin duda con muchos pesares secretos. Su Eminencia la crió con más afecto que a cualquiera de sus demás hijos, y sin embargo ha de relacionarse con personas que no están a su altura, y estoy seguro de que su dignidad se resiente. ¡Ah, lo sé

todo! No, la vida es incierta, y ojalá lo aceptaras así de una vez por todas y dejaras de regañarme como lo haces.

—De modo que la eclipsan... ¿Significa eso que ha de encontrar a alguien más prometedor? No puedo creer que las cosas le fueran mucho mejor. Su Eminencia se la dio a Su Gracia como a un padre, para evitar que quedara desprotegida, y supongo que ésa es la clase de sentimiento que se profesan. Vuestras quejas son injustas.

Por entonces estaba enfadada de veras, y él se esforzó por calmarla.

—Sí, de acuerdo, como está tan acostumbrada a la compañía de un hombre sin par, es difícil imaginar que le satisfaga

la intimidación con un zafio tan poco atractivo como yo. Pero ¿qué daño le haría escucharme durante un momento a través de las persianas? Al fin y al cabo, no es pecado sincerarse con los dioses y los budas.

Le hizo grandes juramentos, y pese a que ella le decía una y otra vez que no estaba dispuesta a plegarse a sus deseos, era joven y carecía de firmeza para resistirse indefinidamente a la infatigable vehemencia con que él insistía.

—Haré lo que pueda si se presenta la ocasión —le dijo—. Hay muchas mujeres alrededor de su cama las noches en que Genji está ausente, y las responsables siempre están cerca para atenderla. No sé

cuándo podré encontrar esa ocasión.

Llena de perplejidad, volvió al lado de su señora.

Él la acosaba un día tras otro, hasta que ella le hizo saber que había encontrado el momento. A pesar de que estaba rebosante de alegría, llegó muy disfrazado. [86] En realidad, sabía muy bien que su comportamiento era escandaloso, y no caía en la cuenta de que la proximidad de Su Alteza podría incrementar su tormento; sólo confiaba en ver más de cerca la figura que nunca había olvidado desde aquella noche de primavera en que atisbo por primera vez su atuendo y que, tras expresarle sus sentimientos, ella se apiadara de él y se

dignara responderle brevemente.

El décimo día del cuarto mes había quedado atrás. Al día siguiente tendría lugar la Purificación, y las doce damas de honor que ayudarían a la sacerdotisa, así como las mujeres más jóvenes y las muchachas paje, estaban muy ocupadas cosiendo y preparándose para el acontecimiento. El número de damas de honor era reducido, y el silencio reinaba en los aposentos de Su Alteza. El capitán Minamoto [\[87\]](#) había llamado con urgencia a Azechi, una de las sirvientas más íntimas, y en su ausencia la princesa sólo tenía consigo a Kojijû. Kojijû vio la oportunidad, y discretamente hizo que el intendente se sentara en el lado este de la

cama rodeada de cortinas. ¿Realmente debería haber permitido a Kashiwagi llegar tan lejos? [\[88\]](#)

Su Alteza se había retirado a descansar con toda inocencia cuando notó la presencia de un hombre a su lado y supuso que era Genji, pero entonces el hombre la alzó de la cama, y ella se sintió angustiada, como si sufriera una pesadilla. Por fin se atrevió a mirarle y vio que era otro. ¡Le estaba hablando, diciéndole cosas sin sentido! Aterrorizada, llamó a sus damas de honor, pero no había ninguna cerca. Al verla así, temblorosa y espantada, empapada en sudor, él la encontró encantadora.

—Sé que no soy nada —le dijo—,

pero sin duda no es éste el trato que merezco por tu parte. Años atrás empecé a tener un impúdico deseo que podría haber reprimido de una vez por todas si lo hubiera confinado en mi corazón, pero lo expresé, Su Eminencia lo oyó y no mostró una firme desaprobación, lo cual por fin me dio esperanzas. Pero, ay, mi insignificancia frustró entonces un fervor más profundo que el de cualquier hombre, y aunque sé que ahora es demasiado tarde, ese pensamiento realmente debe de haber tomado posesión de mí, puesto que, a medida que transcurren los años, me embarga más arrepentimiento, amargura, miedo y amor de los que puedo contener, y por ello ahora me he atrevido a

presentarme aquí, pese a la vergüenza que me hace sentir mi conducta. Pero puedes estar segura de que jamás agravaría mi delito.

Mientras le hablaba, ella cayó en la cuenta de quién era, y su asombro y su espanto eran demasiado grandes para que pudiera articular ni una palabra.

Él trató por todos los medios de persuadirla.

—Comprendo muy bien tu reacción — siguió diciéndole—, pero no es como si esto no hubiera sucedido jamás hasta ahora, y si deseas mostrar una asombrosa crueldad, me sentiré profundamente herido y es posible que, después de todo, la ciega pasión se apodere de mí. Dime

tan sólo que te compadeces de mí, y entonces seré obediente y me marcharé.

Como desde lejos la había imaginado altiva y adusta en la intimidad, había resuelto limitarse a expresarle su tormento sin hacer nada más atrevido, pero cuando descubrió menos altanero orgullo que una dulce y noble complacencia y un encanto cautivador, la consideró única entre todas las mujeres. Todo pensamiento de prudente dominio de sí mismo se desvaneció, y, lleno de confusión, anheló llevársela a algún lugar oculto, en cualquier parte, como si quisiera desaparecer para siempre del mundo.

Por un momento se quedó dormido, y soñó que el gato, que tan importante había

llegado a ser para él, maullaba dulcemente y que se lo había llevado a Su Alteza como regalo. Se despertó preguntándose por qué y perplejo por el significado del sueño.

En cuanto a Su Alteza, la conmoción había paralizado su sentido de la realidad, y permanecía acongojada y muda.

—Tienes que aceptar esta situación como tu destino —le dijo—, algo que no puedes eludir. Tampoco yo tengo la sensación de que es real.

Le habló de aquella noche en que, sin que ella lo supiera, el gato había levantado un extremo de la cortina con su cordel. Ella comprendió con amargo pesar lo que debía de haber ocurrido, y

lamentó su terrible destino. ¿Cómo podría presentarse de nuevo ante Su Gracia? Lloró como una niña desdichada y temerosa, y mientras él la observaba con afecto y remordimiento de conciencia al mismo tiempo, sus mangas ya cubiertas de rocío se humedecieron todavía más al enjugar también las lágrimas de la dama.

Amanecía, pero a él seguía rehuéndole la voluntad de marcharse.

—¿Qué voy a hacer? Tu rechazo me hace temer que jamás podré dirigirme a ti de nuevo. ¡Por favor, dime al menos una sola palabra!

La atormentó con sus súplicas, pero a ella le embargaba demasiada repugnancia y angustia para poder hablar.

—Muy bien, en estos momentos mi único sentimiento es de consternación. ¡Sin duda nadie había sido tratado hasta ahora de semejante modo! —El rencor le hacía temblar—. Entonces es inútil, ¿verdad? Sólo me queda morir, pues esto era mi única razón de vivir. ¡Pensar que esta noche habrá sido la última para mí! ¡Dime por lo menos una palabra de perdón y llegaré a mi fin en paz!

La tomó en brazos y salió con ella del aposento. A la joven le aterraba imaginar lo que él estaba haciendo.

Kashiwagi extendió un biombo en un rincón del pasillo, [\[89\]](#) abrió las puertas dobles y vio que la puerta que daba acceso al lado sur de la galería (la misma

por la que había entrado subrepticamente la noche anterior) estaba todavía abierta. Luego, abrió suavemente el postigo de rejilla con la esperanza de verle un poco la cara, pues el día apenas despuntaba y aún estaba oscuro.

—¡Tu desmesurada crueldad me vuelve loco! —le recriminó—. Si tienes algún deseo de serenarme, dime por lo menos que te apiadas de mí!

Ella quería hablar, pues estaba indignada, pero temblaba como una chiquilla y no podía articular palabra.

La luz del día se fue intensificando, y con ella creció la inquietud.

—He tenido un sueño conmovedor, y te hablaría de él si no me aborrecieras

tanto. Pero es posible que pronto sepas lo que quiero decir.

Lleno de inquietud, partió a la media luz del alba, bajo un cielo más triste que el del otoño.

*Me levanto y parto con el alba, bajo
cielos desconocidos,*

*y observo que mis mangas están mojadas
por un rocío cuyo origen se me escapa,*

dijo, y le mostró una manga humedecida para confirmar su queja.

Ahora que él se marchaba, la dama se sintió mejor y fue capaz de replicar:

¡Ojalá pudiera fundirme con el cielo del

*alba y creer por siempre
jamás que sólo ha sido un sueño!*

Kashiwagi se alejó sintiéndose como si ella siguiera hablando con aquella voz dulce, juvenil y frágil y su espíritu hubiera abandonado su cuerpo y la estuviera escuchando.

En lugar de volver al lado de la princesa, su esposa, fue a la residencia de su padre, donde se tendió; pero sus párpados no se cerraban. Reflexionó sobre lo improbable que era que su sueño fuese cierto, y recordó con afecto la imagen del gato. «¡He hecho algo terrible! —se dijo, temeroso y avergonzado—. Ya no puedo enfrentarme al mundo». Tal

estado de ánimo le llevó a recluirse por completo. Le alarmaba lo que podría suponer para él su abominable conducta, aparte de las posibles consecuencias para Su Alteza; no podía mezclarse con los demás como habría deseado. Se habría enfrentado de buen grado a la muerte si hubiera violado a una mujer del emperador y su acción hubiese salido a la luz y le hubiese costado un sufrimiento como el de ahora; incluso aunque el delito que había cometido no fuese tan grave, el temor y la vergüenza le abrumaban al pensar en que Su Gracia podría mirarle con recelo.

Hay grandes damas con cierta experiencia de la vida, impecables en la

superficie pero en el fondo empeñadas como niñas en salirse con la suya, que ceden las lisonjas y se entregan a la intimidad con otros hombres, pero Su Alteza carecía de tales impulsos. Sumamente tímida por naturaleza, se sentía tan avergonzada como si lo sucedido fuese ya de conocimiento público, y no soportaba salir a la luz del día. Ciertamente comprendía la dureza de su destino.

La noticia de que no se encontraba bien llegó a oídos de Genji, que fue a verla, inquieto por el nuevo infortunio que se unía al que ya le tenía preocupado. No era fácil saber lo que le sucedía, pero ella se mostraba muy reticente y cabizbaja, y

se negaba con recato a mirarle a los ojos, un hecho que él, con gran congoja, atribuyó al resentimiento por su larga ausencia.

Genji le dijo cómo estaba la otra dama.

—Es muy posible que esto sea el fin. Ahora no puedo apartarme de su lado, ¿sabes? Me resulta demasiado difícil abandonarla, teniendo en cuenta que he cuidado de ella desde que era una niña. Por ese motivo durante los últimos meses he prescindido de todo lo demás. Confío en que, cuando haya pasado todo, me mires con otros ojos.

Su Alteza podría haberse echado a llorar, llena de pena y dolor, cuando

comprendió que él no sabía nada de lo ocurrido.

El intendente estaba cada vez más convencido de que se había equivocado, y cayó en una desesperación que no le abandonaba ni de día ni de noche. El día del Festival, los nobles de alto rango, ansiosos por presenciarlo, acudieron para tratar de convencerle de que fuese con ellos, pero él les dijo que no se encontraba bien y se acostó, sumido en un sombrío estado de ánimo. Había abandonado la costumbre de dedicar algún tiempo a la intimidad con la princesa, [\[90\]](#) aunque seguía tratándola con respecto, y permanecía en su aposento, donde se entregaba al tedio, el

abatimiento y la melancolía. Al ver una flor de *aoi* en la mano de una muchacha paje, pensó:

*¡Ah, cuán amargamente lamento ahora
mi maldad, al arrancar una malva
cuando los dioses no me permitían lucir
tal adorno! [91]*

Sí, lamentaba su locura. El estrépito de los carruajes en el exterior no significaba nada para él, y la interminable jornada avanzaba cansinamente en medio de una monotonía que él mismo creaba.

Al observar una conducta tan deprimente, la princesa se sintió dolida y avergonzada y también ella estaba

alicaída. El silencio reinaba en sus aposentos, ya que todas sus damas habían ido a ver el Festival. Abstraída, se puso a tañer el *sô no koto*, y mientras tocaba tenía una noble prestancia, pero su marido seguía lamentando que, si había tenido que unir su vida a la de una princesa, el destino le hubiera impedido hacerlo con la que deseaba.

*Oh, guirnalda de verde entrelazado,
¿qué me hizo recoger la hoja caída,
aunque por su nombre pareciera ser tan
grata como la otra? [92]*

escribió ociosamente, una observación en verdad descortés.

Genji, que ahora casi nunca visitaba a Su Alteza, no estaba en condiciones de hacerlo inmediatamente, y ya se sentía inquieto cuando llegó un mensajero para anunciarle que la dama de Nijô había exhalado el último suspiro. Aturdido, fue a verla con el corazón lleno de oscuridad. La lentitud del viaje era exasperante, y vio que alrededor de la residencia y en la cercana avenida ya se había reunido una agitada multitud. Los llantos y lamentos que surgían del interior causaban aversión. Genji, consternado, entró.

—Últimamente nuestra señora parecía haber mejorado —le dijeron—, y entonces, señor, de repente, ¡así la tenemos!

Todas las mujeres que la atendían lloraban y decían, en un frenesí de aflicción, que querían irse con ella. Los altares para el Gran Rito habían sido desmantelados, y cuando Genji vio



Sanador

que casi todos los sacerdotes se disponían a marcharse, aunque los que aún eran necesarios [\[93\]](#) se quedasen, comprendió con un horror indecible que aquél debía de ser realmente el fin.

—Pero sin duda un espíritu está actuando —les dijo para calmarlas—.

¡No hagáis tanto ruido, por favor! —A estas palabras añadió unas plegarias cada vez más ardientes y entonces llamó a los sanadores de más prestigio—. Puede que su vida haya terminado, pero aun así os pido que la prolonguéis un poco —les dijo—. Tenemos la promesa del señor *Fudô*. [94] Debéis mantenerla en este mundo por lo menos ese tiempo.

Ellos oraron con profundo fervor, hasta que un humo negro se alzó realmente por encima de sus cabezas. [95] «¡Oh, mírame una sola vez más! —rogó Genji en silencio—. ¡Es demasiado triste, demasiado terrible que ni siquiera estuviese contigo al final!» Una imagina fácilmente los sentimientos de quienes

contemplaban la escena, pues dudaban de que la sobreviviera. Tal vez el Buda respondió a su intensa aflicción, porque entonces el espíritu, que durante meses se había negado a manifestarse, se introdujo en una niña, en la que se puso a gritar y rabiarse, mientras la dama de Genji por fin empezaba a respirar de nuevo. Le embargaba una mezcla de temor y felicidad.

Una vez severamente confinado, el espíritu habló:

—Salid todos —ordenó—. Quiero hablar a solas con Su Gracia.

«Durante meses me castigaste cruelmente y me causaste tal dolor que pensé en darte una lección como es

debido, pero incluso ahora, cuando he adoptado esta forma espantosa, verte destrozado por una aflicción que podría costarte la vida ha avivado unos sentimientos del lejano pasado y me ha hecho venir aquí. No, no puedo obviar tu sufrimiento, y por eso aparezco ante ti. No tenía intención de darme a conocer.

La figura llorosa con la cara oculta tras la cabellera parecía el espíritu que él había visto en aquella otra ocasión. [96] Estremecido, con el mismo temor y el asombro de entonces, tomó las manos de la niña y las retuvo para que no hiciera nada embarazoso.

—¿Eres tú de veras? Dicen que los zorros y otros animales salvajes,

empeñados en hacer diabluras, a veces espetan cosas que difaman a los muertos. Di con claridad quién eres, o bien dime algo que lo evidencie, algo que nadie más podría saber. Entonces te creeré, por lo menos un poco.

El espíritu estalló en fuertes sollozos.

*Sí, como soy ahora, mi forma es nueva y
extraña, pero no hay duda,
entretanto, de que tú no dejas de ser el
mismo que siempre rehúsa saber.*

—¡Te detesto, oh, cómo te detesto!

Su aire de orgullosa reserva no había cambiado en absoluto, a pesar del llanto y los lamentos, y llenó a Genji de tal temor

y aversión que sólo deseaba hacer que se callase.

—Te vigilo desde lo alto, y lo que hiciste por Su Majestad me satisfizo y te valió mi agradecimiento, pero tal vez no me preocupo tanto por mi hija ahora que ella y yo habitamos en distintos reinos, porque esa amargura mía, que me hizo aborrecerte, permanece. Lo que me resulta en especial ofensivo, más que el hecho de que me rechazaras y prefirieses a otras cuando estaba entre los vivos, es que cuando conversabas con alguien que me importa, de la manera más insensible, me presentaras como una mujer desagradable. Había esperado, como en aquella ocasión, que por lo menos fueras indulgente con

los muertos y me defendieras cuando otros me calumniaran, y por ello, puesto que tengo esta apariencia espantosa, finalmente las cosas han llegado a este punto. Apenas tengo nada contra esta mujer, pero tú estás muy protegido. Me siento muy lejos y no puedo aproximarme a ti, e incluso tu voz sólo me llega débilmente. Muy bien, haz ahora lo que debes hacer para que mis pecados me sean perdonados. Estos ritos y estas ruidosas lecturas de los textos sagrados sólo me rodean de abrasadoras llamas, y no oigo nada sagrado en ellos. Ése es mi tormento. Por favor, hazle saber a Su Majestad lo que te he dicho. Mientras ella sirva a Su Majestad, tal vez nunca se

permitirá una rivalidad celosa con otras mujeres. Asegúrate de que adquiere el mérito para aligerar el pecado del tiempo que pasó como sacerdotisa de Ise. [97] ¡Cómo deseo que nunca lo hubiera hecho!

Siguió hablando, pero Genji, que detestaba conversar con un espíritu, la encerró [98] y trasladó discretamente a su amada a otro aposento.

Así se divulgó la noticia de la muerte, y Genji sintió una gran aversión al ver que llegaba la gente para darle el pésame. Un noble de alto rango que había ido a presenciar el regreso de la sacerdotisa del Kamo, [99] al enterarse de lo sucedido cuando se disponía a volver, observó de inmediato:

—¡Qué gran pérdida! ¡No es de extrañar que hoy caiga una tenue lluvia, cuando una dama tan dichosa y afortunada ha visto la luz del día por última vez!

—Nadie tan perfecto como ella lo era en todos los aspectos tiene una vida muy larga —susurró otro—. Recordad el antiguo poema: «¿Por qué preferir flores de cerezo?». [\[100\]](#) Cuanto más vive una persona así, gozando de todos los placeres que ofrece la vida, tanto más consideran otras personas que su existencia es una carga. Ahora Su Alteza, la tercera princesa, podrá recobrar el honor que merece.

El día anterior había sido demasiado penoso, por lo que el intendente hizo subir

a sus hermanos menores, el gran senescal de la Izquierda y el consultor Fujiwara, a la parte trasera de su carruaje y fueron a ver el retorno de la sacerdotisa. El corazón pareció detenerse en su pecho cuando oyó lo que estaban comentando. «¿Qué es lo que dura mucho en este triste mundo?», [\[101\]](#) se preguntó en su fuero interno, mientras acompañaba a los demás para visitar a Su Gracia. Como prefería la cautela, puesto que la noticia no era más que un rumor, sólo iba a interesarse por la salud de la dama, pero cuando vio a todo el mundo llorando y lamentándose, supo que era cierto y la lloró a su vez.

Llegó también Su Alteza del Ceremonial y entró, destrozado por la

aflicción. No le habría sido posible transmitir mensajes de nadie. Entonces salió el comandante, enjugándose los ojos, y el intendente le rogó que le dijera lo que había ocurrido.

—La gente habla de una gran desgracia, pero ¡es tan difícil creerlo! —replicó—. La verdad es que sólo he venido a interesarme por el estado de su señoría, que lleva mucho tiempo enferma.

—Su estado ha sido grave durante meses, y esta mañana, al amanecer, dejó de respirar —replicó el comandante—. Un espíritu ha tomado posesión de ella. Tengo entendido que al final ha vuelto a respirar, y ahora el alivio es general, pero aún no hay ningún motivo para el

optimismo. ¡Lo siento muchísimo por ella!

Era evidente que había llorado copiosamente, y tenía los ojos un poco hinchados. El intendente observó con sorpresa, quizá debido a los caprichos de su corazón, lo afectado que su amigo estaba por la situación de su madrastra, de la que ni siquiera había estado nunca cerca.

Genji se enteró de que el intendente y los demás habían llegado.

—Estaba en una situación desesperada —les dijo—, y parecía como si el fin hubiera llegado. Las afligidas mujeres se lamentaban tanto que me vi inmerso en una confusión desesperante. Más tarde encontraré la ocasión

apropiada para agradeceros a todos vuestra amable visita.

Al intendente le remordía la conciencia, pues nunca habría ido allí si no se hubiera visto obligado a hacerlo, y el sentimiento de culpa le hacía sentirse profundamente avergonzado.

Incluso después de que la dama hubiera recobrado la respiración, Genji seguía tan atemorizado que ordenó que se redoblaran los ritos más solemnes. ¡Pensar que una persona que ya fue terrible en vida ahora había adoptado un aspecto tan espantoso en otro mundo! La repulsión que sentía le llevó a interrumpir el contacto con la emperatriz y, en resumen, llegó a la conclusión de que

todas las mujeres son una fuente de grave pecado y que el trato con ellas era aborrecible. ¡El espíritu, recordó con horror, había mencionado cosas que él había dicho en el curso de una conversación íntima y que nadie más podía haber oído! ¡Sí, era ella!

Puesto que su amada anhelaba abrazar la vida religiosa, le cortó un mechón simbólico a modo de tonsura a fin de darle la fuerza necesaria para observar los Cinco Preceptos, y le permitió recibirlos. [\[102\]](#) El sacerdote oficiante estaba tan ennoblecido por el mérito de abstenerse de tales cosas que Genji, sentado más cerca de ella de lo que era decoroso, se enjugaba las lágrimas una y

otra vez, y ambos invocaban al Buda en sus corazones. Así demostraba él que incluso las personas más prudentes pueden perder la serenidad cuando están abrumadas por la aflicción. Durante días y noches de angustia, él pensaba solamente en la manera de salvarla e impedir que le abandonara, y, absorto en sus pensamientos, su rostro tenía el aspecto demacrado del obseso.

Durante el quinto mes, cuando los cielos están tan pocas veces despejados, la enferma mejoró un poco, pero aun así sufría constantes molestias. Genji pidió que hicieran una copia completa del Sutra del Loto y que lo dedicaran todos los días al espíritu, para eliminar su pecado, y

también encargó que se realizaran a diario otras obras sagradas. Asimismo dispuso una lectura completa de las escrituras al lado de su lecho, aunque sólo por parte de sacerdotes cuya pericia era inspiradora. Tras su primera aparición, el espíritu manifestaba de nuevo su queja de vez en cuando, pero nunca abandonaba a la enferma. Con la llegada de un tiempo más cálido su respiración se hizo irregular, y Genji constató con indecible inquietud que se debilitaba todavía más. Incluso en su estado de semiconsciencia, ella observaba con piedad el sufrimiento de su amado. La idea de morir no le afligía, pero sería demasiado egoísta por su parte hacerle contemplar su cuerpo sin vida

cuando era evidente lo mucho que él ya sufría, y por lo tanto se esforzaba por tomar las infusiones medicinales. Tal vez gracias a ello, en el sexto mes incluso podía alzar la cabeza. Él la miraba con asombro, pero todavía le embargaba un gran pesar, y no fue a Rokujô ni una sola vez.

En cuanto a Su Alteza, tras haber sido objeto de aquella penosa intrusión, sufrió un cambio y empezó a encontrarse mal. Su estado no era alarmante, pero al sexto mes comenzó a rechazar por completo el alimento, y estaba muy pálida y desmejorada. El culpable se presentaba ante ella como en un sueño, cada vez que le dominaba un exceso de deseo, pero a

ella sus visitas le causaban la mayor repugnancia. Vivía atemorizada por la posibilidad de que Su Gracia se enterase de lo ocurrido, y aquel joven estaba muy lejos de la comparación con Genji, tanto por su persona como por su rango. Sin duda poseía distinción y elegancia, y para cualquier persona corriente era del todo superior a la mayoría de los hombres, pero desde su infancia se había acostumbrado a un caballero por completo diferente a cualquier otro, y la presencia de éste era ofensiva para ella. Un desdichado karma motivaba ahora la constante precariedad de su salud. Sus ayas eran conscientes de su estado y entre amargos susurros se quejaban de que Su

Gracia apenas la visitara.

La noticia de que estaba indispuesta hizo acudir a Genji. A su amada, a quien afectaba el calor, le habían lavado el pelo y estaba un poco más cómoda. El cabello, extendido a su alrededor en el lugar donde yacía, tardaba en secarse, pero ni un solo mechón estaba enmarañado o fuera de lugar, y era abundante, flexible y hermoso; entretanto, a pesar de su palidez, la piel era de una blancura tan exquisita que parecía casi transparente, y su imagen era del todo encantadora. Aún parecía tan frágil como un caparazón de cigarra. La casa llevaba largo tiempo abandonada, necesitaba reparaciones y daba una sensación de estrechez. Ella contempló

con placer renovado el arroyo y el jardín, que por entonces, gracias a que volvía a gozar de plena lucidez, había sido minuciosamente rehecho, y le sorprendió el hecho de seguir viva.

El hermoso lago, que producía una sensación de frescura, estaba cubierto de lotos en flor, sobre cuyas hojas de color verde oscuro las gotas de rocío brillaban como joyas.

—¡Míralas! —le dijo Genji—. ¡Qué belleza y qué serenidad transmiten! —Ella se enderezó y siguió su mirada de una manera tan conmovedora que a él se le llenaron los ojos de lágrimas mientras seguía diciéndole—: ¡Es casi un sueño verte así! A menudo, ¿sabes?, tengo la

sensación de que también yo me iré pronto.

Ella le respondió con idéntico sentimiento:

¿Duraré tanto como esas gotas que con tal celeridad se desvanecen?

La vida que aún me queda apenas podrá ser más larga

que la del rocío posado en una hoja de loto.

Él replicó:

Prometamos, pues, que no sólo en esta vida, sino también tras ella, seguiremos compartiendo unidos las perlas de rocío

El siguiente destino de Genji era un lugar al que no deseaba ir, pero Su Majestad y Su Eminencia Enclaustrada estarían informados de sus actividades, y habían pasado varios días desde que había tenido noticia de la indisposición de Su Alteza, de modo que allá fue. Su inquietud por la dama que estaba ante él significaba que apenas la había visto, y ni siquiera aquella pausa en las nubes le hizo olvidar que no podía permanecer ausente.

Su Alteza, a quien atormentaba la conciencia, se sentía avergonzada ante él. No respondió a nada de lo que él le dijo, y Genji, que creía comprender, dolido,

sus motivos, lo tomó como un disimulado reproche por su prolongada ausencia y se esforzó por animarla. Llamó también a una dama de honor para preguntarle por la salud de su señora.

—Mi señora se encuentra en un estado delicado, mi señor —contestó ella, y le expuso los síntomas.

—¡Qué extraño! ¡Qué extraordinario al cabo de tanto tiempo!

No dijo más, pero reflexionó sobre que aquello no le había sucedido con las otras mujeres a las que conocía desde mucho antes, y la noticia le pareció casi imposible de creer. Por ese motivo no le dijo nada a Su Alteza y tan sólo pensó con ternura en lo dulce que era su aspecto

cuando no se sentía bien.

Le había costado tanto decidirse a ir que no regresó enseguida, sino que se quedó dos o tres días, que pasó sumido en la preocupación y escribiendo cartas. «¡Cuánto tiene que decir! —observaban quienes desconocían el desliz de su señora—. ¡Esto no presagia nada bueno!» La que se sentía alarmada de verdad era Kojijû.

El responsable del estado en que se hallaba la dama experimentaba unos celos fuera de lugar, y envió a Su Alteza una larga carta en la que manifestaba con firmeza sus sentimientos. Kojijû se la mostró en secreto mientras Genji se encontraba momentáneamente en el ala

oriental y no había nadie más alrededor.

Su Alteza se acostó y no quiso mirarla.

—¡Preferiría que no me enseñaras esas cosas horribles! —le dijo—. ¡Sólo hacen que me sienta peor!

—¡Pero leedla, mi señora! ¡El comienzo basta para que una se apiade de él!

Kojijû acababa de extender la misiva cuando oyó que Genji regresaba y se asustó. Alzó la cortina portátil y huyó. Genji entró en el aposento, para consternación de Su Alteza, y como ésta no podía ocultar bien la carta, la metió debajo del cojín.

Genji se despidió de ella, a fin de

prepararse para regresar a Nijô aquella noche.

—Aquí, en Rokujô, no pareces estar muy mal, mientras que, cuando partí de Nijô, la dama que vive allí parecía hallarse muy débil; siento una gran inquietud por ella. No creas ni por un momento las cosas desagradables que la gente pueda decirte. Pronto tendrás motivos para que tu opinión sobre mí sea más favorable.

Ella solía charlar con él alegremente, pero esa vez estaba muy sombría y no le miraba a los ojos, algo que él tomó como muestra de resentimiento. Permaneció en el aposento de la dama y le habló hasta que el sol por fin se puso.

Se había adormilado un momento, cuando el canto brusco y agudo de una cigarra le despertó. Volvió a ponerse el manto.

—Bueno, será mejor que me ponga en marcha antes de que el camino esté demasiado sombrío. [\[104\]](#)

—Pero dice «aguarda a la luna», ¿no es cierto? —replicó ella en un tono juvenil que tenía un gran encanto.

Mientras se disponía a marcharse, él, sintiéndose culpable, pensó: «Supongo que quiere decir “Te tendré mucho más tiempo”».

Tú, en cuyo oído resuena el agudo canto de la cigarra, ¿me dejarás ahora

como diciéndome: «Empapa tus mangas en el cruel rocío nocturno»?

Estas palabras transmitían con tal dulzura la ingenuidad de sus sentimientos que él volvió a sentarse y exhaló un suspiro de frustración.

¿Cómo, pues, puede sonar en aquella aldea de allá donde otra aguarda?

¡El canto de la cigarra, ay, causa tormento en uno y otro lado!

respondió él, ahora indeciso. Era demasiado doloroso ser tan cruel con ella, y decidió quedarse. De todos modos, permaneció inquieto y abstraído, y no

tomó más que fruta y algún que otro alimento muy ligero antes de acostarse.

Se levantó temprano, con la intención de partir mientras durase el frescor de la mañana.

—He dejado en alguna parte el abanico que tenía ayer —comentó—. Éste no me proporciona una brisa tan agradable.

Dejó el abanico y buscó en la estancia donde había sesteado el día anterior. Allí, sobresaliendo por debajo del cojín algo desplazado de Su Alteza, estaba el extremo de una carta enrollada de color verde claro. El papel tenía una fragancia deliciosa, y la carta parecía haber sido preparada con gran esmero. Observó que

había dos hojas, ambas totalmente escritas. Observó que la caligrafía era de él, no había ninguna duda. La dama de honor que le había instalado el espejo supuso que la carta era suya y no vio nada extraño en que la tuviera en las manos, pero a Kojijû el corazón le latió con fuerza cuando lo vio y reconoció el color de la carta que había llegado el día anterior. «¡No! —exclamó en su fuero interno, sin mirar a Genji, que estaba desayunando—. ¡No, no, no puede ser! ¡Esto es una catástrofe! Pero ¿es posible? ¡Ella tiene que haberla escondido!» Entretanto, Su Alteza seguía durmiendo inocentemente. «¡Qué niña es al dejar una cosa así donde cualquiera puede

encontrarla! —se dijo Genji. El respeto que le tenía se derrumbó—. Después de todo, yo estaba en lo cierto. Siempre me preocupó el hecho de que pareciera ser tan inconsciente».

Cuando él se hubo ido y las damas de honor se dedicaban a sus quehaceres, Kojijû fue a ver a Su Alteza.

—¿Qué habéis hecho con la carta que llegó ayer, mi señora? Esta mañana Su Gracia estaba mirando una casi del mismo color.

La princesa lloraba desconsoladamente. Kojijû la compadecía, pero al mismo tiempo no podía dejar de decirse que la muchacha no tenía remedio.

—¿Dónde la habéis puesto, mi señora? Llegaron visitas y, como tenía mala conciencia, me retiré porque no quería dar la sensación de que tramábamos algo. Su Gracia llegó un poco después. Estaba segura de que la habíais ocultado.

—Pues no. Él entró mientras la estaba leyendo y no podía esconderla con tanta rapidez, así que la metí debajo del cojín en el que estaba sentada. Luego me olvidé por completo de ella.

Kojijû se quedó sin habla. Se acercó a la dama y buscó a su alrededor, pero, naturalmente, la carta no estaba allí. Entonces le dijo lo que pensaba.

—¡Oh, mi señora, esto es espantoso!

¡El caballero estaba aterrado y temía que Su Gracia pudiera enterarse! ¡Ha sido todo tan reciente... y mirad lo que ya ha ocurrido! Le permitisteis que os viera, con esa actitud vuestra tan infantil, y, lejos de olvidarlo, él me ha perseguido desde entonces con sus quejas; pero no podía imaginar que se llegaría a esta situación... ¡Esto significa un desastre para los dos!

Se había visto obligada a hablar así porque Su Alteza era demasiado joven y dócil. La princesa se limitó a seguir llorando y no respondió ni una sola palabra.

Ahora tenía un aspecto claramente enfermizo y rechazaba el alimento.

—¡Pensar que la ha abandonado,

cuando está tan mal, para atender a otra que ahora se encuentra mejor! —se quejaban sus damas de honor.

La carta seguía desconcertando a Genji, y buscó un lugar donde nadie pudiera verle para leerla una y otra vez. Incluso se preguntó si la habría escrito una dama de honor de la princesa cuya caligrafía fuera parecida a la del consejero, pero descartó esa posibilidad porque el estilo era demasiado refinado. No, sólo podía haberla escrito él. La exposición que hacía de cómo había satisfecho por fin su deseo, acariciado desde hacía mucho tiempo, y de sus sufrimientos posteriores era hermosa y conmovedora, pero ¿había de veras

necesidad de relatarlo todo de aquella manera? ¡Que un hombre como aquél escribiera semejante carta!, se dijo Genji. Incluso años atrás, cuando él mismo fácilmente podría haber escrito con aquel grado de pasión, sabía muy bien que una carta podía extraviarse, y al escribir lo hacía de un modo breve e indirecto. Ese grado de cautela no era fácil. A Genji le resultaba imposible sentir mucho respeto hacia el autor de la misiva.

Pero ¿qué iba a hacer ahora con la dama? «¡Por eso se encuentra en tan delicada condición! ¡Ah, qué desastre! ¿Debo volver a su lado como antes, ahora que he visto la atroz verdad con mis propios ojos?—Quería darle el beneficio

de la duda, pero no podía hacerlo—. Ya es bastante deplorable que una mujer por la que uno nunca ha sentido mucho agrado, una diversión pasajera, resulta que tiene relaciones con otro, y entonces uno pierde el interés por ella; pero, en este caso, ¡qué insolencia la de ese hombre! También en los tiempos antiguos hubo quienes podían violar a la esposa de un emperador, pero eso era diferente. No es de extrañar que se den tales casos cuando hay tantas personas al servicio de palacio que atienden al soberano. Sin duda menudeaban las ocasiones para que eso sucediera con mucha frecuencia. Incluso una consorte o una íntima podían incurrir en falta por una u otra razón. No todas son

tan serias como deberían, y suceden cosas extrañas, pero mientras un desliz evidente no salga a la luz, el hombre puede seguir comportándose como antes y pasará muchísimo tiempo antes de que alguien lo descubra. La honro por encima de cualquier otra, sacrifico mis sentimientos personales para tratarla con el mayor respeto, ¿y ella me deja de lado? ¡Es inaudito!»

Chascó los dedos, presa de profunda irritación, y siguió diciéndose: «Cuando una mujer se cansa de rendir servicio dócilmente y del modo más respetable, incluso al emperador mismo, puede que después de todo ceda a súplicas vehementes, amar cuando es amada,

responder cuando siente que debe hacerlo y embarcarse así en una aventura que bien podría ser tan culpable como ésta, pero ¡por lo menos tendría cierto sentido! ¡Sin embargo cuando el engañado es un hombre como yo...! ¡No puedo imaginar cómo ha podido ella compartir su afecto con semejante hombre!» Comprendía amargamente que, a pesar de la ira que sentía, no podía permitirse mostrarla, y pensó en su difunto padre. ¿Lo supo él desde el principio y fingió lo contrario? ¡Ese sí que fue un temible y atroz delito! La reflexión sobre su propio ejemplo le hizo ver que no estaba en condiciones de criticar a alguien perdido en las montañas del amor. [\[105\]](#)

Pese a que fingía que todo iba bien, su disgusto era evidente. Su amada había creído que acudía a su lado desesperado y temeroso de que ella hubiera fallecido, y ahora que no había motivo para ese temor, pensó él no podía dejar de lamentarse por el estado de Su Alteza.

—Ya estoy del todo bien —le dijo—, pero estoy segura de que Su Alteza está enferma, y habría preferido que no vinieras tan pronto.

—Tienes razón. Su estado es un tanto delicado, pero resulta difícil determinar la causa, por lo que he pensado que no hay verdadero motivo de preocupación. Han venido varios mensajeros de Su Majestad, y tengo entendido que hoy ha

llegado otra carta suya. Su Eminencia le ha implorado que haga cuanto pueda por ella, y es probable que tal sea el motivo de que esté tan preocupado. Me temo que el menor descuido por mi parte podría valerme la desaprobación de ambos. — Exhaló un suspiro.

—Pensar que pueda estar enojado contigo me inquieta más que cualquier otra cosa que pueda sentir Su Majestad. Tal vez a ella misma nunca se le ocurriera, pero desde luego hay personas que le muestran las cosas bajo la peor luz, y eso no me gusta lo más mínimo.

—Ah, sí, no tienes parientes que me acosen... Ya significas mucho para mí, pero ¡hay que ver qué profunda es tu

comprensión de las cosas! Incluso tienes en cuenta lo que deben de sentir sus damas de honor, mientras que lo único que yo temo es incurrir en el desagrado de nuestro augusto soberano. ¿Hasta dónde puede llegar la frivolidad de uno? — Sonriente, cambió el tema de conversación—. Iré cuando puedas acompañarme —le dijo, refiriéndose a su vuelta al lado de Su Alteza—. Pongámonos cómodos aquí.

—Me gustaría seguir aquí tranquilamente algún tiempo más. Ve tú primero, y te seguiré una vez sus sentimientos hacia ti hayan mejorado.

Transcurrieron días mientras proseguían su debate.

En el pasado, Su Alteza se había molestado cuando Genji permanecía ausente varios días seguidos, pero esta vez sabía que ella era en parte culpable, y la idea de lo que sentiría Su Eminencia si llegaba a conocer la verdad la angustiaba.

El caballero en cuestión envió un torrente de apasionados mensajes, hasta que Kojijû, desesperada, le explicó lo que había sucedido. Él se sintió horrorizado. ¿Cuándo podía haber sido? Él siempre había supuesto que una cosa así podría acabar sabiéndose, lo cual ya era bastante humillante, y sentía la mirada del Cielo fija en él, pero... ¡que Su Gracia hubiese visto una prueba tan condenatoria...! Vergüenza, temor, remordimiento... Ni por

la mañana ni por la noche había alivio alguno del calor, pero él se sentía helado, y sus pensamientos iban más allá de las palabras. Durante todos aquellos años Su Gracia le había llamado a su lado en cada ocasión, seria o alegre, y él siempre había acudido. ¡Qué bueno y amable había sido al elegirle así para tener hacia él una atención tan excepcional! ¿Cómo podría volver a mirarle a los ojos, ahora que él le aborrecía por su abyecta fechoría? Pero parecería extraño que desapareciera y no fuese nunca más al encuentro de Genji. ¡Eran imaginables las conclusiones que éste sacaría! Lleno de angustia, dejó de ir a la corte. No existía ningún castigo formal por lo que había hecho, pero le

parecía que su vida estaba arruinada, y se aborrecía a sí mismo, pues siempre había sabido que aquello podía suceder. ¡Al fin y al cabo, ella no sabía mantener las distancias, era demasiado atolondrada! ¿Cómo, en primer lugar, había podido ser tan descuidada como para exponerse a la vista de aquella manera más allá de la persiana? Era evidente que el comandante la había considerado irreflexiva. Sin duda quería insistir en sus peores defectos para quitársela de la cabeza. Su exceso de suavidad y sus maneras propias de una dama podían estar muy bien, pero no sabía nada de la vida y jamás se le ocurría vigilar a sus damas de honor, algo que invitaba al desastre, no sólo para ella,

la pobrecilla, sino también para el prójimo. Sin embargo, no podía dejar de sentir simpatía y ternura hacia ella.

El padecimiento de Su Alteza era conmovedor, y aunque Genji estaba harto de la situación, cedía a sus sentimientos e iba a verla. Cada vez que lo hacía, el estado en que la encontraba le llenaba de dolor y hacía que se apiadase de ella, y encargaba toda clase de plegarias por su bienestar. No varió el tratamiento externo que le daba, e incluso redobló sus atenciones y señales de respeto, pero lo hacía sólo para mantener las apariencias, porque en privado seguía terriblemente distante. Los sentimientos enfrentados de Genji también causaban angustia a la

dama. Él nunca le hablaba de lo que había leído, y ella reaccionaba a ese silencio como una niña. «Supongo que eso es lo que es —se decía él—. Está muy bien que se comporte como una dama, pero su exasperante torpeza impide confiar en ella. Sí, el mundo es un lugar peligroso. Nuestra consorte es tan dócil y tierna que probablemente también se sentiría confusa si alguien mostrara ese desesperado deseo de poseerla. Los hombres menosprecian a las mujeres acomodaticias y de humor cambiante, y supongo que por eso pierden el dominio de sí mismos cuando de improviso se encaprichan extravagantemente de una de ellas. La esposa del ministro de la Derecha [\[106\]](#)

creció en regiones vagas y remotas sin ningún apoyo real, pero es despierta e inteligente. En general yo era un padre para ella, pero también había ocasiones en las que tenía unos pensamientos muy distintos, y aun así ella se las arreglaba para fingir que no se daba cuenta y lo dejaba pasar. Cuando Su Excelencia convencía a una dama de honor irreflexiva para que le permitiera llegar hasta ella, esa mujer se aseguraba de que todo el mundo entendiera claramente que ella no tenía nada que ver con el asunto: lo que estaba sucediendo había sido autorizado como es debido y ella era del todo intachable. Al rememorarlo ahora, aprecio su gran astucia. El destino de los

dos era estar juntos, y no importa cómo se iniciara su relación, mientras fuese duradera; pero la gente la respetaría un poco menos si tuvieran la impresión de que había aceptado de buen grado. La verdad es que su manera de actuar era excelente».

Todavía pensaba a menudo en la dama de personal de Nijô, [\[107\]](#) pero por entonces la experiencia le había hecho conocer la aflicción que puede causar esa clase de peligrosa aventura, y la susceptibilidad de la dama causaba que su estima hacia ella no fuese tan intensa como antes. La noticia de que por fin había hecho lo que durante tanto tiempo había deseado hacer [\[108\]](#) hizo que Genji

sintiese una profunda conmiseración, y le envió una carta de inmediato. Le había molestado en extremo que ella no le hubiera dicho ni una palabra acerca de su decisión.

*¿No ha de importarme que ahora lleves
la vida de una monja? Por ti, después de
todo,
sólo por ti, allá en la lejana costa de
Suma de mí se desprendían las gotas de
agua salada.*

«Me has dejado para que lamente que te hayas ido antes que yo, cuando mi corazón está ya tan lleno de las muchas traiciones de la vida, pero confío en que

me pongas el primero entre aquellos a los que, estoy seguro, dedicarás el mérito de tus plegarias».

Añadió a estas líneas muchas más.

Ella había decidido dar ese paso hacía mucho tiempo, pero la oposición que él le había manifestado en el pasado se lo había impedido, y por ello, sin decir nada a nadie, finalmente había decidido llevar a cabo su propósito. Sin embargo, en su fuero interno se sentía desgarrada, porque el antiguo y doloroso vínculo que existía entre ellos no era una nimiedad para ella ni siquiera ahora, y recordaba lo bueno tanto como lo malo. Le escribió una carta resuelta, sincera, pues sabía que esa clase de misiva ya era incompatible con

su nuevo estado y que no habría más. Su escritura era muy hermosa. «Creía que los caprichos de la vida sólo me habrían afectado a mí, pero tu mención de que voy antes que tú hace que me pregunte...»

¿Por qué dejaste en aquel tiempo de zarpar en piadosa embarcación, tú, que eras entonces un pescador a lo largo de la costa de Akashi? [\[109\]](#)

«En cuanto a mis plegarias, que son por todos los seres, ¿cómo no iba a incluirte en ellas?»

La carta, en papel gris azulado oscuro y atada a una rama de anís estrellado, [\[110\]](#) no ofrecía nada fuera de lo

corriente salvo la elegancia suprema de su caligrafía, de la que a él le pareció que nunca podría cansarse. También se la mostró a su amada durante su estancia en Nijô, puesto que todo aquello pertenecía al pasado.

—Me siento avergonzado de mí mismo —le dijo—. No, no me gusta en absoluto. He presenciado gran número de trastornos en mi vida, aunque por fortuna los he superado a todos, y ella y la ex sacerdotisa del Kamo [\[111\]](#) eran las únicas mujeres que quedaban con las que todavía podía hablar libremente de las pequeñeces de la vida y tener una amistad sin complicaciones, las únicas que comprendían el estado de ánimo de cada

estación y a las que nunca se les escapaba nada. Ahora ambas han renunciado al mundo, y la sacerdotisa está especialmente absorta en la práctica religiosa. Entre todas las mujeres que he conocido, nunca he visto otra como ella, porque era una persona de total seriedad y, al mismo tiempo, afectuosa y amable. ¡Debe de ser tan difícil criar a una niña...! No sólo depende de sus padres moldearla para que sea como ellos desean, puesto que tiene el destino que le da su karma y que está por ver, pero aun así hace falta un gran esfuerzo para educarla como es debido. Felizmente, mi buena suerte me ha librado de tener muchas de las que preocuparme. Eso me decepcionaba

cuando era más joven, y a menudo me decía entre suspiros que deseaba tener más hijas. ¡Te ruego que pongas el mayor cuidado en la crianza de nuestra princesa! Hay muchas cosas que la consorte todavía no comprende, y probablemente se preocupa mucho, dado que nunca está lejos de Su Majestad. A las princesas es preciso imbuirles la disposición apropiada para librarse de las críticas fastidiosas y avanzar por la vida sin fricciones. Naturalmente, una mujer de rango inferior tiene un marido que cuida de ella, y eso es una ayuda.



Monja

—Puede que mi ayuda no sirva de mucho, pero no la abandonaré mientras viva —replicó ella—. Sin embargo, no sé...

Aún se sentía desdichada, y envidiaba a las que podían entregarse sin obstáculos a la práctica religiosa.

—La dama de personal de Nijô va a necesitar ayuda para reunir su nuevo vestuario, puesto que aún no tiene la pericia necesaria para hacerse ella misma los hábitos. En fin, ¿cómo se cose una estola? Encárgate de que le hagan una. Le pediré a la dama del nordeste de Rokujô que busque un juego de túnicas. No se sentirá muy cómoda con las prendas adecuadas, pero en cualquier caso lo que se ponga deberá tener un aire religioso.

Le pidió un juego de túnicas gris azulado. Entonces llamó a los operarios del taller de artesanía y les encargó un

juego de los utensilios que necesita una monja, así como cojines, esteras para dormir, biombos, cortinas movibles y demás elementos, y con la mayor discreción supervisó la ejecución de los trabajos.

La celebración del quincuagésimo aniversario de Su Eminencia Enclaustrada en la montaña seguía posponiéndose una y otra vez. Llegó el otoño, pero para el comandante el octavo mes era de duelo [\[112\]](#) y, por lo tanto, inadecuado, puesto que él tenía que supervisar a los músicos, mientras que el noveno era el mes del fallecimiento de la emperatriz madre. Así pues, Genji pensó en celebrarlo el décimo, pero por entonces Su Alteza se

encontraba tan mal que fue necesario posponerlo de nuevo. Ese mes la princesa del intendente fue a visitar a su padre. Su Excelencia Retirada se ocupó de que las ceremonias secundarias fuesen tan solemnes y espléndidas como era posible, y el intendente se animó a sí mismo para asistir. Seguía atravesando un período de mala salud que en él resultaba muy extraño.

Su Alteza seguía tan acosada como siempre por la vergüenza y el remordimiento, y tal vez por ello su estado no hacía más que empeorar a medida que transcurrían los meses, hasta que su situación fue tan alarmante que Genji, a pesar de que no quería saber

nada de ella, lamentaba al mismo tiempo que una mujer tan dulce y frágil tuviera que soportar semejante sufrimiento, y suspiraba a menudo al pensar en qué iba a ser de ella. Se pasó el año absorto en las plegarias de curación.

Su Eminencia, retirado en la montaña, se enteró del estado de su hija y pensaba en ella con tierna añoranza. Le habían dicho que Genji se había ausentado durante meses y apenas la visitaba, lo cual le hacía preguntarse, inquieto, qué habría sucedido y se sentía más contrariado que nunca por las rarezas de la vida conyugal. Su intranquilidad aumentó cuando supo que aquella otra mujer estaba gravemente enferma y que Genji dedicaba todo su

tiempo a cuidarla. Reflexionó, además, sobre que Su Gracia no parecía haber cambiado de costumbres desde entonces. ¿Había sucedido algo desafortunado mientras se encontraba en otra parte? ¿Habrían tomado aquellas inútiles damas de honor de su hija alguna clase de iniciativa sin que ella lo supiera o lo consintiese? Su Eminencia sabía que incluso el intercambio de bromas elegantes que dos personas pueden entablar con naturalidad en la corte puede dar pábulo a insidiosos rumores. Tales pensamientos le imposibilitaban abandonar su preocupación paterna, pese a que había renunciado al compromiso con las cosas de este mundo, y le envió a

su hija una carta larga y seria. Ella la leyó cuando Genji estaba a su lado.

«Casi nunca te he escrito, pues tenía pocos motivos para hacerlo, y me appena recordar ahora cuánto tiempo ha transcurrido desde la última vez que estuvimos en contacto. Han llegado hasta mí las noticias de tu mala salud, y lamento decir [\[113\]](#) que siempre estás presente en mis plegarias. Has de sobrellevar la soledad o las penalidades que comporte la vida. No sería decoroso que en tu expresión se notara el resentimiento o que revelaras que tienes razones para estar contrariada». Tales eran las advertencias que le hacía.

Lleno de pesar, Genji comprendió que

Su Eminencia no podía conocer el secreto desastre y que, por lo tanto, su contrariedad tenía que ver con la noticia del abandono de su hija por parte del hombre al que la había confiado.

—¿Cómo vas a responderle? — preguntó Genji a la dama—. Esta penosa carta me causa una gran desazón. Pese a que lo sucedido me escandaliza, no quiero que nadie piense que no me ocupo de ti. Me pregunto quién puede haberle contado lo ocurrido.

Ella, con un aspecto de suma delicadeza, desvió el rostro de Genji, avergonzada, y la melancolía de su rostro demacrado le aportó una nueva distinción.

—Comprendo muy bien que Su

Eminencia se haya sentido decepcionado al ver que eres tan infantil y que debe preocuparse tanto por ti, y confío en que en el futuro seas mucho más cauta. No quería decirte esto, pero no me gusta en absoluto que Su Eminencia tenga la impresión, por lo que otros le cuentan, de que mi conducta no es la que él desearía, y creo que al menos debería mencionártelo ahora. Puede que te parezca frívolo e indiferente, puesto que tu capacidad de comprensión es tan pequeña y te dejas influir por lo que otros te dicen, y tal vez para ti no soy más que un viejo fatigoso y despreciable. Cualquiera de estos pensamientos es cruel y amargo. Te pido que te contengas por lo

menos mientras viva Su Eminencia, puesto que esto parece ser lo que él quería. Resígnate a seguirle la corriente a un viejo y ahórrame lo peor de tu desprecio. Mi irresolución es permanente, e incluso en el camino que anhelo seguir desde hace mucho tiempo me he quedado ahora rezagado detrás de unas mujeres que, hablando con propiedad, deberían comprender poco de estas cosas, cuando en realidad no tengo motivos para titubear. Sin embargo, me conmovió y satisfizo que él recurriera a mí para cuidar de su hija, y no he querido desilusionarle abandonándote a mi vez, como si todo lo que deseara fuese proseguir mi relación con las demás. Las

mujeres a las que he amado ya apenas se interponen en mi camino. Uno nunca sabe cómo puede irle finalmente a la consorte, pero está teniendo muchos hijos, y creo que puedo confiar en que al menos se las arreglará mientras yo viva. En cuanto a las demás, ahora me preocupan menos, puesto que a su edad nada puede impedirles que abandonen la vida mundana conmigo. Dudo de que Su Eminencia vaya a vivir mucho más, ya que su salud sigue deteriorándose y tiene muy poco ánimo. No debes permitir que unos desafortunados rumores sobre ti le turben. Este mundo es escoria, no es nada. Sería un pecado terrible interponerse en su camino hacia la vida futura.

No le había dicho nada intencionado, pero ella no dejaba de llorar mientras le hablaba, y estaba tan abatida que también él se puso a llorar.



Escritura de una carta

—Ya ves lo entrometido que soy — comentó Genji con modestia—. ¡Hablo de los demás como en el pasado me irritaba que hicieran ellos! ¡Debes de estar más harta que nunca de mí por ser un viejo tan idiota!

Deslizó hacia sí la escribanía de la joven, molió él mismo la tinta, puso el papel delante de ella y le pidió que escribiera, pero a la muchacha le temblaba la mano y no podía hacerlo. «¡No puede haber sido tan lenta en su respuesta a la ardiente carta que leí», pensó amargamente, sin sentir ninguna simpatía hacia ella; sin embargo, le dijo lo que debía escribir.

Así pues, transcurrió el mes durante el

que ella debería haber visitado a su padre. La visita de la segunda princesa había sido magnífica, pero Su Alteza había perdido la frescura de la juventud y ahora no deseaba someterse a comparaciones.

—El undécimo mes es de duelo para mí [\[114\]](#) —observó Genji—, y en el fin de año siempre hay una actividad frenética. También me preocupa que él tenga tantos deseos de verte cuando te estás volviendo cada vez menos presentable. Pero ¿estamos en condiciones de seguir posponiéndolo? Alégrate, por favor, ánimate un poco y haz algo para cambiar ese aspecto demacrado que tienes.

A pesar de todo, la encontraba muy atractiva.

En el pasado, Genji llamaba a su lado al intendente de la Guardia de la Puerta siempre que surgía una ocasión interesante o festiva, pero había puesto fin a esa costumbre y el contacto entre ellos había cesado. Imaginaba que la gente se preguntaba por qué, pero la vergüenza de parecerle un viejo necio y decrepito al intendente cuando se vieran, y de perder la compostura al mismo tiempo, le disuadió de hacerlo, y pronto transcurrieron los meses sin que le llegara un murmullo de protesta. Para la mayoría de la gente, lo único que sucedía era que el intendente estaba enfermo, y en

cualquier caso aquel año no se habían celebrado conciertos en Rokujô, pero el comandante sospechaba que el motivo no era tan simple. El comandante reflexionó sobre que aquel atisbo que ambos habían tenido de la dama debía de haber causado un efecto excesivo en un hombre tan impresionable, pero nunca se le ocurrió pensar que Genji ya estaba enterado de lo ocurrido.

Llegó el duodécimo mes. La fecha se fijó para después del décimo día, y la finca entera vibraba con la música y las danzas. La dama que estaba en Nijô aún no había regresado, pero lo hizo cuando la perspectiva del gran ensayo se reveló demasiado tentadora. Su Señoría la

consorte también estaba en casa. Su hijo más reciente había sido otro varón. Todos sus hijos eran tan encantadores que Genji jugaba con ellos de día y de noche, regocijado por la bendición que le aportaban los años. La esposa de Su Excelencia de la Derecha también acudió al ensayo. El comandante se pasaba la mañana y la noche dedicado a los ensayos preparatorios, hasta tal punto que la dama que vivía en el ala nordeste, donde tenían lugar, ni siquiera asistió al ensayo principal en presencia de Su Gracia.

Genji pensó que no invitar al intendente ni siquiera en una ocasión como aquélla desluciría el acontecimiento, y que además a la gente le

intrigaría su ausencia. Así pues, le hizo saber que le esperaba, pero el caballero adujo una grave dolencia y no se presentó. Sin embargo, no le ocurría nada serio. Genji, comprensivo, se preguntó si no le embargaría el sentimiento de culpa, y le envió un mensaje insistiendo en que asistiese. Entretanto, el padre del caballero también le instaba a aceptar la invitación.

—¿Por qué rechazas ir? —le preguntó—. Tu negativa debe de parecerle muy extraña a Su Gracia, y la verdad es que no estás tan enfermo. ¡Recobra la compostura y ve allá!

Entonces llegó la segunda invitación de Genji, y el intendente, aunque

protestaba en su fuero interno, acudió.

Aún no se habían reunido los nobles de alto rango. Genji hizo que el intendente se sentara, como siempre, junto a las persianas, [\[115\]](#) con las persianas de la cámara bajadas entre ellos. Sí, en verdad estaba muy delgado y pálido, y en viveza y prestancia sus hermanos le eclipsaban, pero tenía un aire meditativo que le confería una considerable elegancia. Su porte, caracterizado ahora por una serenidad excepcional, hizo que Genji lo considerase muy apropiado como pareja de una princesa, si no fuese porque aquellos dos habían mostrado una falta de tacto demasiado imperdonable.

—Recientemente no ha habido

ocasiones festivas, y ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos —empezó a decirle Genji en un tono muy afectuoso, como si no hubiera ocurrido nada—. En estos últimos meses he tenido que ocuparme de las enfermas, y apenas he tenido tiempo libre. Su Alteza tenía que haber organizado los acontecimientos para celebrar el aniversario de Su Eminencia, pero ha sido preciso posponerlos una y otra vez, y ahora que el fin de año se aproxima, sólo puedo ofrecerte una humilde comida, como corresponde a la nueva situación de Su Eminencia. No será una celebración por todo lo alto, pero, como aquí contamos con tantos niños, he pensado que por lo

menos podríamos enseñarles unas danzas para que se luzcan, y entonces, claro, sólo podía recurrir a ti para marcar el ritmo, así que he decidido dejar de culparte por tu prolongado silencio.

Le había hablado en un tono muy afable, pero el rostro del intendente empalideció, y se sintió demasiado avergonzado para encontrar la respuesta apropiada.

—Me apenó mucho saber que ciertas damas han estado enfermas estos últimos meses, pero en primavera yo mismo empecé a sufrir una vieja dolencia que me afecta a las piernas y me dificulta mantener el equilibrio cuando estoy de pie, una afección que ha seguido

afligiéndome hasta tal punto que he dejado de ir a la corte. Prefiero permanecer en casa como si el mundo hubiera dejado de existir para mí. Su Excelencia Retirada me informó de que este año es el del quincuagésimo aniversario de Su Eminencia y me dijo que le corresponde a él más que a nadie celebrarlo como es debido. «Pero me azoraría tomar esa iniciativa», me dijo, «ahora que he colgado el sombrero y abandonado el uso de mi carruaje. Aún eres joven, lo sé, pero comprendes las cosas tan bien como yo, y deberías explicárselo a Su Gracia». Los ánimos que me ha dado me han permitido superar mi grave estado lo suficiente para venir. Si puedo

aventurarme a expresar mi humilde opinión, ahora que Su Eminencia se ha decantado por un estilo de vida tan apacible y piadoso, es muy probable que rechace cualquier celebración con pompa ceremonial, y creo que vuestra propuesta de una celebración sencilla, y satisfacer su anhelo de tener una charla tranquila con Su Alteza, es muy preferible.

Genji le alabó en silencio por no mencionar la celebración del aniversario que la segunda princesa le había ofrecido a su padre, teniendo en cuenta su relación con ella, pues imaginaba que había sido espléndida.

—Muy cierto —replicó—. La mayoría de la gente tomaría esta sencillez

por mera indiferencia, pero tú lo comprendes, y me has corroborado que tengo razón. El comandante ya es del todo competente para servir al reino, pero no parece estar muy dotado para los aspectos más sutiles de la vida, pocos de los cuales son extraños a Su Eminencia. A éste le gusta en especial la música, en la que es todo un experto, y espero que pese a su anhelo de renuncia espere con ilusión gozar en paz del acontecimiento. Encargaos de todo, tú y el comandante, y aseguraos de que los niños que danzarán sepan qué hacer y cómo comportarse. Puede que sus maestros destaquen en aquello que saben, pero por lo demás son unos inútiles.

Aquél era el día del ensayo, y Genji quería asegurarse de que mereciera la pena presenciarlo, puesto que todas las damas de Rokujô estarían presentes. Para la ceremonia propiamente dicha los niños vestirían de rojo sobrepuesto a color uva, pero aquel día llevaban verde hoja sobrepuesto a sapan. Los treinta músicos, vestidos de blanco para la ocasión, actuaron en la galería que llevaba al pabellón de pesca del sudeste. Rodearon el montículo del jardín para presentarse ante Genji tocando «Inmortal en la bruma», [\[116\]](#) mientras caían unos tenues copos de nieve para confirmar que la primavera no estaba lejana y los brotes de ciruelo se hinchaban en la rama. Genji se

sentó junto a las persianas del pasillo, acompañado tan sólo por Su Alteza del Ceremonial y Su Excelencia de la Derecha. Los nobles de menor rango ocuparon la terraza, donde les fue servida la comida sin ninguna ceremonia, puesto que el acontecimiento de la jornada era puramente informal.



La danza «El ciervo real»

El cuarto hijo de Su Excelencia de la Derecha, el tercer hijo del comandante y dos nietos de Su Alteza de la Guerra danzaron «Diez mil años», y en verdad

estaban muy atractivos pese a ser tan menudos. Ninguno de los hijos de las grandes casas sobresalía por encima de los demás; todos eran apuestos y de porte exquisito, y cada uno tenía la distinción que se esperaba de él. El segundo hijo que el comandante había tenido de la dama de cámara y el hijo del consejero Minamoto (que era hijo de Su Alteza del Ceremonial y había sido intendente de la Guardia) danzaron «El ciervo real», mientras que el tercer hijo de Su Excelencia de la Derecha interpretaba «El rey guerrero» y el hijo mayor del comandante, «Dragones gemelos». Hombres y muchachos de las mismas familias interpretaron «Gran paz» y «El retorno de la primavera». Cuando

empezó a oscurecer, Genji pidió que abrieran las persianas, y los placeres del momento aumentaron. Sus nietos eran tan adorables y apuestos, sus danzas ofrecían unas delicias tan novedosas y sus maestros les habían enseñado tan a fondo cuanto conocían, que su propio talento natural, sumado a todo lo demás, hizo de su danza una maravilla. Genji miraba a cada uno encantado, y los nobles de más edad derramaban lágrimas. Su Alteza del Ceremonial, que pensaba en sus propios nietos, lloró hasta que se le enrojeció la nariz.

—Cuanto mayor se hace uno, tanto más difícil le resulta, si ha bebido, reprimir las lágrimas —observó Genji—.

Mirad al intendente de la Guardia de la Puerta Derecha, que sonríe para sí mismo... ¡Qué embarazoso! Pero no importa, ya le llegará su momento. Nadie se libra de la vejez.

Miró detenidamente al intendente, que parecía mucho menos alegre que los demás y tenía realmente un aire tan enfermizo que no era de extrañar que las maravillas de la jornada le pasaran desapercibidas. La manera en que Genji, fingiendo que estaba ebrio, había hablado de él parecía una simple broma, pero aumentó su desesperación, y cuando la taza de sake llegó a sus manos se limitó a tomar un sorbo simbólico, algo que Genji no dejó de notar. Insistió en que se

quedara con la taza y se la llenó una y otra vez, haciendo que se sintiera incómodo y azorado, aunque a pesar de aquel estado su figura era más elegante que la de casi todos los demás.

Demasiado abatido para soportarlo mucho más tiempo, se retiró antes de que la velada hubiera terminado, con una sensación horrible. «No estoy tan bebido —se dijo—. ¿Qué me ocurre? ¿Me han aturdido la inquietud y el temor? No hay ningún motivo para sentirme totalmente destruido, sólo porque él me ha hablado de esa manera. ¡No, esto es ridículo!»

Lo cierto era que no sufría una embriaguez pasajera. Pronto su estado empeoró. Sus consternados padres lo

llevaron a su residencia, aduciendo que estarían demasiado preocupados mientras permaneciera en otro lugar, lo cual fue un golpe cruel para su esposa, la princesa. A lo largo de su tranquila vida en común él sólo había abrigado una vaga esperanza de que ella acabaría por cobrarle afecto, pero ahora que se marchaba, tal vez para siempre, se sentía lleno de pesar y le dolía agudamente la afrenta que suponía dejarla abandonada a su aflicción.

La madre de la esposa, el Refugio, estaba desolada.

—Ciertamente un hijo ha de dar a sus padres lo que les corresponde —le dijo—, pero por regla general un vínculo como el que tienes con mi hija no te

permite abandonarla bajo circunstancias ordinarias. El mero hecho de que propongas tal cosa hasta que te recuperes puede ser muy doloroso para ella. Te ruego que sigas aquí algún tiempo más, a ver si te restableces.

Le hablaba a través de una cortina que se alzaba junto al lecho del yacente.

—Comprendo —respondió—. Tras haberme sido otorgado el inmerecido honor de tener intimidad con vuestra hija, pese a lo indigno que soy, había confiado en reconocer mi deuda mediante una larga vida que os permitiera presenciar mi ascenso desde mi insignificancia actual a una posición más honorable, pero en estas circunstancias me temo que nunca podré

hacerle patente el alcance de mi fervor hacia ella, e incluso ahora, cuando siento que me llaman a abandonar el mundo, dudo de que mi pesadumbre me deje libre para irme. [\[117\]](#)

Por entonces ambos tenían los ojos arrasados en lágrimas.

Su madre se mostró indignada al ver que no se trasladaba a la casa paterna.

—¿Por qué no te apresuras a venir aquí para que pueda verte? Siempre que estoy un poco desanimada, tú eres aquel, entre todos los demás, a quien más deseo ver y que me da el mayor consuelo. ¡No puedes imaginar lo preocupada que estoy!

También él comprendía muy bien los sentimientos de su madre.

—Significo algo especial para ellos —le dijo a su esposa—, tal vez porque soy el mayor, y aún me tienen demasiado cariño y me echan de menos cuando llevan algún tiempo sin verme, por lo que sentiría que faltó a mi obligación si no me reuniese con ellos ahora, cuando siento que mi fin está próximo. Te ruego que vayas con toda discreción y me visites allí si recibes la noticia de que ha llegado el momento de desesperar por mi vida. Te prometo que entonces volveremos a encontrarnos. Soy un hombre de una torpeza y una irresponsabilidad que resultan de lo más extraño, y lamento haberte dado a veces motivos para tener la sensación de que te he abandonado.

¡Pensar que jamás barrunté la posibilidad de que mi vida terminara pronto y supuse que aún tenía muchísimos años por delante...!

Cuando se marchó lloraba sin poder contenerse, y la princesa se quedó atrás, añorándole de un modo indescriptible.

Le esperaban en la mansión de Su Excelencia, y su llegada causó una gran agitación. Sin embargo, una vez allí su estado de salud no empeoró con rapidez ni de una manera alarmante. Llevaba meses sin apenas comer, y ahora ni siquiera probaba una mandarina, con lo cual se iba consumiendo como si lo absorbiera un poder invisible. Todo el mundo se lamentaba al ver postrado a uno

de los hombres más dotados de su tiempo, y nadie dejaba de visitarle. Tanto Su Majestad como Su Eminencia Enclaustrada se interesaban por él con frecuencia, y su profunda aflicción aumentaba la de sus desdichados padres. En Rokujô, Su Gracia pensaba asombrado en lo lastimosa que era la situación, y a menudo preguntaba por él a Su Excelencia. El comandante, que era amigo suyo desde hacía tanto tiempo, tenía mucha más intimidad con él, y estaba sumido en un estado de profunda tristeza.

La celebración del aniversario de Su Eminencia tuvo lugar el día vigesimoquinto de aquel mes. Había poco entusiasmo en un momento en que uno de

los nobles más estimados de la época estaba gravemente enfermo, y sus padres, hermanos, hermanas y muchas otras personas distinguidas relacionadas con él lamentaban en lo más hondo la desgracia, pero el acontecimiento ya había sido pospuesto demasiadas veces, de modo que Genji decidió por fin que no podía seguir cancelándolo. Imaginó, entristecido, cómo debía de sentirse Su Alteza. Hizo que leyeran las escrituras como era debido, en cincuenta templos, y más en casa de Su Eminencia Enclaustrada, a fin de dedicar una imagen de Mahavairochana. [\[118\]](#)

Kashiwagi

El roble

Kashiwagi significa «roble». Tras la muerte de Kashiwagi, la madre de la viuda utiliza la palabra en una respuesta a Yûgiri:

*En verdad se ha ido el vigilante dios que
protegió a este roble,
pero, ¿pueden tan familiares ramas dar
comienzo a una nueva intimidad?*

Este roble no es tanto Kashiwagi como su
viuda, pero el poema dio sus nombres a
Kashiwagi y al capítulo.



Relación con los capítulos anteriores

«El roble» sigue inmediatamente a «Brotos primaverales II».

Personajes

Su Gracia, el emperador retirado honorario, Genji,
de 48 años

El intendente de la

**Guardia de la Puerta
Derecha**, luego gran consejero
supernumerario, de 32 o 33 años
(Kashiwagi)

**Su Alteza, la tercera
princesa**, luego Su Alteza
Enclaustrada, de 22 o 23 años (Onna San
no Miya)

Kojijû, dama de honor de Onna San
no Miya

Su Excelencia Retirada

(Tô no Chûjô)

Su Majestad, la
emperatriz, de 40 años
(Akikonomu)

Su Majestad, el
emperador, de 22 años

Su Eminencia
Enclaustrada, el emperador
retirado, de 51 años (Suzaku In)

La esposa de Su

Excelencia Retirada, la
madre de Kashiwagi (Shi no Kimi)

El comandante de la
Derecha, hijo de Genji, de 27 años
(Yûgiri)

Su Alteza, la segunda
princesa (Ochiba no Miya)

El gran senescal de la
Derecha, hijo de Tô no Chûjô

El hijo nacido de Onna

San no Miya y Kashiwagi

(Kaoru)

La consorte, hija de Genji, de 20 años (Akashi no Nyôgo)

El Refugio, madre de Ochiba no Miya (Ichijô no Miyasudokoro)

El intendente de la Guardia de la Puerta Derecha seguía tan enfermo como antes, y entretanto llegó el Año Nuevo. Veía la aflicción de sus padres y sabía que tener la voluntad de partir era un error, pues constituía un grave pecado, [1] pero ¿dónde iba a encontrar el deseo de aferrarse a la vida? Reflexionó en que incluso de pequeño alimentaba una gran ambición y se esforzaba por superar a sus padres en todo, de modo que abordaba cualquier cuestión, ya fuese pública o privada, orgulloso de sí mismo. Pero entonces uno o dos fracasos le enseñaron que los hombres como él tenían muy pocas esperanzas de éxito, y su vida entera se convirtió en una decepción.

Cada vez anhelaba más prepararse para la vida futura, [2] pero la aflicción que causaría a sus padres le impedía vagar por páramos y montañas, y de una u otra manera logró dejar la idea de lado. ¿A quién podía culpar, excepto a sí mismo, si saber que nunca más podría mostrar su cara al mundo había acabado por llevarle al fondo de la desesperación? Sí, el error era sólo suyo. No tenía a nadie más a quien acusar, ni podía presentar queja alguna ante los dioses y los budas, porque todo aquello debía de ser cosa del destino. Nadie en este mundo es un pino milenario, [3] nadie permanece en él eternamente, y mientras hubiera alguien que le recordara un poco, alguien que le

dedicara un ligero y compasivo pensamiento, tal sería su recompensa por haber ardido con una sola llama. [4] Si viviera, su nombre estaría deshonrado, y tanto ella como él serían objeto de escándalo, mientras que así incluso podría obtener el perdón allí donde entonces sólo estaba condenado. Bien está lo que bien acaba. Tal vez el afecto que había impulsado a Su Gracia a buscar su compañía repetidas veces a lo largo de los años, restauraría sus sentimientos hacia él, siempre que no hiciese nada más que le ofendiera. Así se desgranaban los ociosos pensamientos del intendente y, no obstante, sentía que aquello era demasiado cruel.

Se preguntaba con angustia por qué se había tendido aquella trampa a sí mismo. Su almohada podría haberse alejado flotando, [5] tan interminable era su llanto por el desliz que había cometido, hasta que una pequeña tregua permitió ausentarse a su familia, y entonces le envió una carta a ella. «Debes de haber tenido ocasión de oír que muy pronto todo puede haber terminado para mí. La noticia significa tan poco para ti que ni siquiera preguntas cómo estoy, y lo comprendo, pero, aun así, ¡qué cruel es tu silencio!», le escribió, pero la mano le temblaba mucho y abandonó el intento de decir cuanto deseaba.

*Cuando baya llegado el fin y el humo ya
se alce de los rescoldos de mi pira,
sé que esta llama imperecedera incluso
entonces arderá por ti.*

«¡Oh, dime por lo menos que te
apiadas de mí! Tus palabras de consuelo
harán más soportable mi avance por el
oscuro camino que he decidido seguir».

También le envió a Kojijû una súplica
impenitentemente apasionada. «Tengo que
hablar con ella por última vez cara a
cara», le escribió, y pese a que su osadía
le escandalizaba, Kojijû se sintió llena de
aflicción al comprender que él pronto
habría dejado de existir, pues había
llevado recados entre la casa del

intendente y la de Su Alteza desde que era niña, y los conocía bien a ambos.

—¡Oh, por favor, mi señora, respondedle! —le rogó entre lágrimas—. Me temo que será la última vez.

—Lo que le sucede me apena y en general me solidarizo con él, pues también yo tengo la sensación de que cada día que pasa puede ser el último para mí, pero lo que sucedió fue demasiado horrible, y no quiero ni recordarlo. No, no puedo correr ese riesgo.

Su Alteza se negó en redondo. Aunque no era sensata y seria por naturaleza, probablemente le asustaba el enojo que en ocasiones dejaba traslucir el caballero que tanto la intimidaba. De todos modos,

Kojijû depositó la escribanía ante ella y le rogó y suplicó hasta que, a regañadientes, Su Alteza escribió unas líneas. La dama de honor llevó la carta a su destino secretamente, en la oscuridad de la noche.

Su Excelencia Retirada había llamado a un famoso asceta de las montañas Kazuraki, que de inmediato se puso manos a la obra. El Gran Rito y el canto de las escrituras avanzaban en medio de un estrépito tremendo. También pidió a sus hijos menores que buscaran, dondequiera que la gente les indicara que podían encontrarlos, a otros hombres más o menos santos de todas clases, ocultos en la espesura de las colinas y a los que el

mundo apenas conocía, y también los llamó, hasta que gran cantidad de detestables y repelentes ascetas de montaña empezaron a congregarse en su residencia. El paciente era presa de vagos temores y a veces sólo sollozaba. La mayoría de los maestros de yin—yang, tras practicar la adivinación, informaron de que la causa de la dolencia era el espíritu de una mujer, algo que a Su Excelencia no le resultó difícil creer. Pero la negativa del espíritu a manifestarse era desconcertante, y por ello registró todos los rincones de las colinas.

El alto e impetuoso asceta de Kazuraki cantó el *darani* [6] con una

frenética y temible energía.

—¡Oh, es insoportable! —gritó el intendente—. Sin duda mis pecados son muy graves, pero el *darani* cantado con esa potencia es aterrador, ¡y estoy seguro de que debo morir!

Se escabulló para hablar con Kojijû. Sin embargo, Su Excelencia no estaba enterado de esto, y cuando le dijeron que el intendente estaba dormido se lo creyó.

Así pues, tuvo una discreta charla con el asceta. A pesar de lo animado y alegre que todavía era y de su edad avanzada, ahora hablaba cara a cara con personas como aquel hombre, y les contaba cómo se había declarado la enfermedad de su hijo y cómo, de una manera tortuosa,

había ido empeorando cada vez más. Era triste oírle rogar: «¡Haz algo, por favor, haz que aparezca ese espíritu!».

—¡Escúchale! —le dijo el intendente a Kojijû—. ¡No tiene ni idea de lo que hice! Me valoraría mucho más si el espíritu de esa mujer, que al parecer han encontrado con su adivinación, fuese de veras ella y se aferrase a mí. Pero no tiene sentido argumentar que ésta no es la primera vez que un hombre ha de enfrentarse al error como me sucedió a mí, someter a escándalo el nombre de otra persona y también destruirse a sí mismo, porque aún me siento culpable hacia él, y ahora que sabe lo que hice, retrocedo ante la perspectiva de vivir, lo cual sin duda

confirma la luz especial que él tiene. En verdad mi delito no es tan grave, [7] pero en cuanto me enfrenté a su mirada aquella noche mi alma huyó angustiada y desde entonces no ha vuelto. ¡Por favor, si está rondando Rokujô, que la atrapen y me la devuelvan!

Al hablar, reía y lloraba al mismo tiempo, como un cascarón vacío.

Kojijû le contó que el sentimiento de culpa y la vergüenza también abrumaban continuamente a Su Alteza. Tenía la sensación de que podía verla, con su aire abatido y su rostro demacrado. ¡Así pues, en verdad su alma errante debía de ir hacia ella! Esa idea le hizo sentirse más desdichado que nunca.

—No, jamás volveré a hablar de ella. Lo poco que compartíamos ha quedado atrás, y es terrible pensar que podría detenerme para siempre. Tal sólo deseo saber que el acontecimiento del que soy responsable se ha desarrollado con normalidad. No le he hablado a nadie más de aquel sueño que tuve, pero he pensado mucho en ello y mi inquietud es extrema.

La intensidad de su desesperación conmovía demasiado a Kojijû, que, pese a la atroz locura que él había cometido, también lloraba amargamente.

El intendente pidió que trajeran una lámpara y leyó la réplica de Su Alteza. Esta había escrito muy bien, aunque su caligrafía aún era insegura. «Lamento

mucho saber que estás tan mal, pero ¿qué puedo decir? Sé que me comprenderás. “Incluso entonces arderá por ti”, has escrito...»

Me alzaría contigo, sí, y desaparecería para siempre, dejando que tu humo y el mío decidieran cuál arde con las penas más grandes.

«¿Supones que podría sobrevivirte?»

Eso era todo, pero él se sintió conmovido y agradecido. «Muy bien — dijo —, su humo será todo lo que retendré de esta vida. ¡Qué frágil era!» Ahora sus lágrimas fluían con más rapidez, y escribió su réplica tendido, entre accesos

de llanto. Las palabras no tenían sentido y parecían las trayectorias de extrañas aves.

Aunque me convierta en humo y para siempre me diluya en el amplio cielo, jamás me iré de tu lado, que sigue siendo todo mi deseo.

«Alza la vista, pues, sobre todo al anochecer. No importa que él pueda verte y lo comprenda: déjame tan sólo tener siempre tu infructuosa piedad».

Tras el esfuerzo para escribir estas confusas palabras, se sintió todavía peor.

—Anda, regresa al lado de Su Alteza antes de que haya terminado la noche y dile que casi me he ido. Me duele

contemplar, incluso más allá de mi muerte, el horror de la gente cuando comprenda. ¿Qué antiguo vínculo entre ella y yo puede haber esclavizado mi corazón?

Con lágrimas en los ojos, se dispuso a retirarse. Normalmente hacía que Kojijû se quedase con él para mantener una charla superficial e interminable, y ella, al verle ahora tan silencioso, se sentía incapaz de marcharse.

El aya del intendente también le habló a ella del estado en que se encontraba, llorando sin poder contenerse. La aflicción de Su Excelencia y los demás era desgarradora.

—¡Pero te encontrabas un poco mejor

desde ayer! —protestó Su Excelencia—. ¿Por qué ahora pareces mucho más débil?

—¿Qué puedo decir? —su hijo también lloraba—. Debe de ser porque ya no me queda tiempo.

Aquella noche Su Alteza sintió una indisposición que sus emocionadas damas de honor reconocieron como una señal de que el momento estaba a punto de llegar y, cuando se lo hicieron saber, el alarmado Genji se presentó de inmediato. «¡Qué pena! —se dijo—. ¡Cuánto me alegraría poder ayudarla sin que sigan asaltándome las dudas!» Sin embargo, no deseaba exteriorizar sus pensamientos, por lo que llamó a los sanadores y encargó un Gran Rito perpetuo. Todos los monjes dotados

de poderes de curación acudieron para ofrecer sus ruidosas plegarias.

El nacimiento tuvo lugar a la salida del sol, tras una noche larga y dolorosa. «El secreto sigue a buen recaudo», se dijo Genji cuando le dieron la noticia de que el recién nacido era varón, pero las cosas podrían complicarse si se parecía demasiado a su padre. El riesgo era mucho menor con una niña, puesto que uno siempre podía desviar la atención de ella y, en cualquier caso, pocos la verían. Por otro lado, dada la penosa sospecha, era mejor que el recién nacido requiriese menos cuidados. Pero ¡qué extraño! Aquello debía ser la retribución por lo que había sufrido durante todo ese tiempo.

Tal vez sus pecados serían más leves en la próxima vida, ahora que en la presente cosechaba una recompensa tan sorprendente. Las damas de honor, que no sabían nada de todo esto, suponían que un niño nacido cuando él ya era tan mayor y de una madre tan especial significaría mucho para él, y se entregaron a su servicio con diligencia.



Bandejas dobles

Los ritos que acompañaban al

nacimiento [8] se llevaron a cabo con gran pompa y esplendor. En las celebraciones del natalicio ofrecidas por las damas de Genji, las habituales bandejas, bandejas dobles [9] y bases altas [10] revelaban lo reñida que era la competencia entre ellas. En la quinta noche le correspondió a Su Majestad la emperatriz ofrecer, como un gesto del gobierno, una magnífica comida para la nueva madre y regalos apropiadamente graduados para cada una de sus damas de honor. Se ocupó de que cada detalle fuese perfecto, desde las gachas a los cincuenta servicios de bolas de arroz y las comidas para los diversos funcionarios estatales, sirvientes y mozos de cuadra. Estaban

presentes el resto de los caballeros de su casa, así como los cortesanos de Su Eminencia Reizei.

La séptima noche corrió a cargo de Su Majestad el emperador, también como un gesto del gobierno. A Su Excelencia le habría gustado mucho asistir, pero ahora una sola cosa ocupaba su mente, y no envió más que las felicitaciones acostumbradas. Estuvieron presentes numerosos príncipes y nobles de alto rango. A juzgar por las apariencias, Genji tenía a la madre y al niño en la mayor consideración, pero no le faltaban motivos de amargura y no se esforzó por dar una calurosa bienvenida a los invitados. No hubo música.

A Su Alteza, que ya era tan frágil, la desconocida experiencia le había parecido aterradora, y se negaba a tomar las infusiones medicinales que le ofrecían. Volvió a sumirse en su desdicha y pensaba que hubiese preferido morir. A pesar de sus gestos externos, Genji no prestaba una atención particular al pequeño, que seguía inquieto.

—¡Mira lo poco que parece importarle a Su Gracia! —comentó con descaro una dama de honor entrada en años, apenada por la indiferencia de Genji—. ¡No es que haya tenido muchos hijos, y éste es precioso!

Su Alteza, que había acertado a oírla en parte, pensó con amargura que la

distancia entre ellos no haría más que aumentar, y se sentía lo bastante afligida para llegar a la conclusión de que quería hacerse monja.

Genji no pasó allí la noche, y sólo la visitó durante el día. Miró a la dama asomándose al extremo de la cortina portátil.

—La triste convicción que tengo de que me queda poco tiempo ha hecho que me vuelque en la oración, ya que la vida es tan traicionera, y la agitación que hay últimamente no me alienta a venir. ¿Cómo estás? ¿Te encuentras mejor? Estoy preocupado por ti.

Ella alzó la cabeza.

—Aún dudo de que vaya a vivir, y

dicen que esa clase de pecado es muy grave. [11] Creo que me haré monja, porque me parece que eso podría ayudarme a vivir más, o al menos aligeraría esta carga de pecado si después de todo he de morir.

Hablaba de una manera mucho más adulta que de ordinario.

—No harás tal cosa, en absoluto. Imagino que lo ocurrido te ha asustado, pero no es nada que ponga en peligro tu vida.

Sin embargo, pensaba de distinta manera: «Sería bastante conmovedor ayudarle a hacerlo, si eso es realmente lo que quiere. Lo más probable es que la pobrecilla vuelva a causar sospechas si

continúa viviendo conmigo de esta manera. Dudo de que con la mejor voluntad del mundo pueda cambiar la opinión que tengo de ella, y habrá momentos difíciles. La gente reparará en mi indiferencia, y eso será desafortunado, porque cuando Su Eminencia Enclaustrada se entere, la culpa parecerá ser del todo mía. Su indisposición actual es una buena excusa para permitirle que lo haga... Y también yo podría hacerlo».

Al mismo tiempo, la idea le repelía. Le dolía imaginar algo tan triste, que la joven renunciara a su larguísima cabellera y, al mismo tiempo, a la larga vida que tenía ante sí.

—No pierdas el ánimo —le dijo—.

No va a ocurrirte nada malo. Ahí tienes el ejemplo de alguien que parecía a las puertas de la muerte y que, sin embargo, se restableció. La vida no siempre nos traiciona, ¿sabes?

Ella tomó la medicina. Tendida allí, pálida, delgada y de una fragilidad penosa, desprendía una dulzura tan serena que él sintió que, después de todo, debía ser indulgente y perdonarla, pese a la gravedad de su falta.

Su Eminencia, retirado en el templo de montaña, se sintió aliviado al saber que el momento de su hija había pasado sin complicaciones, y estaba deseoso de verla; pero entonces todas las noticias que le llegaban de ella se referían a lo mal

que se encontraba, y la inquietud trastornaba su vida de oración.

La joven ya había estado débil, y ahora llevaba varios días sin comer, lo cual hacía que su estado fuese muy preocupante. Añoraba a su padre mucho más que durante todos aquellos años en los que no le había visto ni una sola vez.

—¡Puede que nunca vuelva a verle! — exclamó, llorando amargamente.

Genji pidió a un mensajero apropiado que transmitiera esas palabras a Su Eminencia, que se quedó tan anonadado que partió a cubierto de la noche, aunque sabía muy bien que no debía hacerlo.

Su llegada repentina, sin previo aviso, tomó a Genji por sorpresa y le sumió en la

confusión.

—Comprendo que está muy mal por mi parte sucumbir de nuevo a los afectos mundanos —admitió Su Eminencia—, pero la vana ilusión a la que resulta más difícil renunciar es la oscuridad en el corazón de un padre. Estaba descuidando mi práctica religiosa, y el temor a que un resentimiento constante pudiera alzarse entre ella y yo si nos distanciábamos por completo en un momento tan inoportuno ha hecho que me decidiera a obviar la censura y venir aquí.

Vestía de un modo diferente, atractivo y de una elegante discreción, pues había prescindido del hábito religioso, y Genji envidió el aspecto que tenía con su

atuendo gris.

Como de costumbre, Genji comenzó a verter lágrimas.

—No padece de nada concreto — explicó al padre de la joven— Probablemente sucede que se ha debilitado cada vez más durante meses y que lleva demasiado tiempo sin alimentarse como es debido. Te pido disculpas por recibirte en una sala tan impropia —siguió diciendo, y acompañó a Su Eminencia a la cama rodeada de cortinas de su hija, a cuya vera le hizo sentarse en un cojín. Las damas de honor asearon a su señora lo mejor que pudieron y la bajaron al suelo. [\[12\]](#)

Su Eminencia descorrió ligeramente la

cortina.

—Me siento como un monje que ha de realizar el servicio de oración nocturna, aunque, por desgracia, poco es lo que he hecho todavía para adquirir poderes sanadores. Todo lo que puedo ofrecerte es mi propia persona, a la que tengo entendido que ansiabas ver.

Se enjugó los ojos, y Su Alteza también lloró débilmente.

—No creo que pueda seguir viviendo —le dijo ella—. ¡Oh, te lo ruego, ahora que estás aquí, hazme monja!

—Sería una petición admirable si lo dijeras realmente en serio, pero lo cierto es que no sabes cuánto tiempo te queda, y mira, alguien como tú, con un largo futuro

por delante, no sería raro que luego lo lamentase. Sin duda la gente también te criticaría por ello. Sería mejor que te abstuvieras de hacerlo. —Se volvió hacia Genji—. Lo haría si pareciera al borde de la muerte, puesto que ella lo quiere, pero no hay que precipitarse. Creo que un periodo como monja, por breve que sea, le ayudaría.

—Lleva hablando de eso durante días, pero un espíritu maligno puede engañar a una persona haciéndole albergar tal deseo, y por eso no le he hecho caso.

—Por un lado podría ser una equivocación ceder en este caso a un espíritu maligno, aun cuando le hubiera inspirado la idea, pero la verdad es que lo

lamentaría profundamente más adelante si no la hubiera escuchado cuando ya está tan débil y al borde de la muerte.

Su Eminencia reflexionó en silencio sobre que, tras aceptar a la hija que él le ofreciera con una confianza tan ilimitada, Genji no le había mostrado a la muchacha verdadero afecto, algo de lo que, con gran decepción, se había ido enterando en el transcurso de los años, aunque nunca había sido capaz de expresar sus reproches y así se había visto reducido tan sólo a deplorar lo que otros pensaban y decían. Entonces se preguntó por qué no aprovechaba aquella oportunidad para llevársela de la mansión de Su Gracia, sin exponerla al ridículo al dar la impresión

de que ella consideraba a Genji un caso perdido. Aún podía confiar en que Genji cuidaría de ella en los aspectos que más importaban, y aunque sólo fuese por eso había hecho bien en confiársela. Ella no tenía necesidad de rechazarle de una manera inequívoca. No, Su Eminencia arreglaría la casa heredada de su padre y la invitaría a trasladarse allí. Mientras él viviera, quería verla segura y, dijeran lo que dijeren, era harto improbable que Su Gracia la abandonara por completo. Así pues, Su Eminencia tomó esa decisión.

—Estoy pensando en aprovechar esta oportunidad para permitirle adquirir un vínculo con la iluminación mediante los Preceptos.

Estas palabras motivaron una silenciosa protesta por parte de Genji. ¿Qué significaba aquello? Compadecido y consternado, olvidó todo lo que tenía contra ella. Lo que Su Eminencia acababa de plantear era excesivo. Entró en el espacio delimitado por la cortina donde la joven yacía.

—¿Cómo puedes pensar en abandonarme así, cuando me quedan tan pocos años de vida? Tranquilízate por un momento, tómate la medicina y come algo. Estoy seguro de que tus intenciones son buenas, pero ¿cómo vas a entregarte a la vida religiosa cuando estás tan débil? ¡Primero debes cuidar de ti misma!

Pero ella sacudía la cabeza, y las

palabras de Genji le parecían aborrecibles. Lleno de dolor, él vio que, a pesar de su compostura, la dama debía de sentir en verdad que tenía motivos para estar enfadada con él.

Amaneció mientras él seguía con sus vacilantes esfuerzos por disuadirla. Su Eminencia deseaba evitar que le sorprendiera la luz del día en el camino de regreso, y llamó al más válido de los monjes presentes para que rezara y cortase el cabello de su hija. La ceremonia durante la que ella renunció a su densa y hermosa cabellera y recibió los Preceptos fue demasiado patética. Genji, que no podía soportarlo, lloraba sin poder contenerse.

Dado su amor hacia ella y su deseo de que tuviera lo mejor, Su Eminencia estaba profundamente entristecido al ver reducidas a nada todas las esperanzas que había puesto en ella, y también lloraba.

—Mira, ahora debes ponerte bien, y también sería una buena idea que invocaras el Nombre y cantaras las escrituras.

Ya era pleno día, y se apresuró a marcharse. Por entonces Su Alteza estaba tan débil que apenas permanecía consciente, y no había podido gozar debidamente de la visita de su padre, ni siquiera de hablar con él.

—Todo esto ha sido como un sueño, y, debido a la confusión de mi mente, he

sido muy grosero al no mostrarte mi gratitud por la visita que me hiciste hace mucho tiempo y que no he olvidado. [\[13\]](#)

Más adelante te visitaré con ese fin.

Genji ordenó la formación de una escolta para acompañar a Su Eminencia en el camino de regreso.

—En la medida en que sentía que cada jornada podría ser la última para mí —replicó Su Eminencia—, no soportaba imaginarla perdida y sin nadie más que le ofreciera su protección. Por eso te abordé, aunque podrías haber preferido que no lo hiciera, y entonces me sentí en paz durante años. Pero ahora, si ella me sobrevive, puede que no le convenga seguir viviendo entre tanta gente de una

guisa por completo desconocida, y, al mismo tiempo, en alguna aldea de montaña se sentiría demasiado solitaria. Confío en que sigas interesándote por ella, de acuerdo con sus nuevas circunstancias.

—Tan sólo me azora que sientas la necesidad de decir tal cosa. Tal ha sido mi confusión que apenas sé qué es lo que sucede.

Realmente Su Gracia parecía en extremo agitado.

El espíritu que afligía a Su Alteza se apareció [\[14\]](#) durante las plegarias al final de la noche.

—¡Bueno, ahí tienes eso! —despotricó—. Te creías muy listo al haber

recuperado a la otra, [\[15\]](#) lo cual me irritó tanto que permanecí al acecho. Ahora puedo irme.

Soltó una risotada. Genji estaba horrorizado. Así pues, ¿el espíritu también había estado allí desde el principio? Sentía lástima y consternación. Su Alteza parecía haber mejorado un poco, pero era evidente que aún no estaba fuera de peligro. Sus damas de honor no exteriorizaban sus sentimientos, pese a lo trastornadas que estaban, porque reconocían que esa actitud sería más beneficiosa para su señora. Entretanto, Genji pidió que el Gran Rito prosiguiera sin pausa e hizo cuanto podía por ella.

El intendente estaba próximo a la

inconsciencia cuando le llegaron las noticias de Su Alteza, hasta que quedó muy poca esperanza. Pensó en pedir que la princesa, su esposa, acudiera a su lado, pues estaba muy preocupado por ella, pero eso podría dañar su dignidad y, además, los padres del enfermo estaban siempre con él, y le pareció que sería desastroso que por desgracia la vieran. Les dijo que le gustaría visitarla por última vez, pero ellos mostraron su total disconformidad.

Les rogó a los dos que cuidaran de ella. La madre de la joven, el Refugio, nunca había estado a favor de aquella alianza, pero Su Excelencia se la planteó con tanto entusiasmo que ella se dejó

persuadir, y Su Eminencia también accedió, pues no sabía qué otra cosa hacer. La inquietud de Su Eminencia por la princesa le llevó finalmente a observar que, al fin y al cabo, era ella la que había encontrado un protector digno de confianza y que tenía un porvenir prometedor, y el intendente, que había oído esta observación, la recordó ahora con tristeza.

—Cada vez que pienso en que pronto he de abandonarla, lo siento muchísimo por diversas razones —le dijo a su madre—, pero que viva o muera no depende de mí, y lo que más me desazona es la idea de que se sienta profundamente ofendida por la ruptura del vínculo que había entre

nosotros. Sé amable con ella y ocúpate de sus necesidades.

—¡No hables así, te lo ruego! — replicó ella—. ¿Cuánto tiempo supones que viviré, una vez te hayas ido, para hablarme así sobre lo que aguarda en el futuro?

La mujer se deshacía en llanto, tanto que él no podía continuar, por lo que confió el resto de lo que tenía que decir al gran senescal de la Derecha. [\[16\]](#)

El intendente era un hombre tan ecuánime y competente que sus hermanos menores, sobre todo los más jóvenes, le consideraban como un padre, y todos estaban entristecidos al oírle hablar de una manera tan sombría. Todo el personal

de la mansión estaba desolado. También Su Majestad lo lamentaba profundamente. Al enterarse de que el intendente agonizaba, Su Majestad le nombró de inmediato gran consejero supernumerario, y se preguntó si la gratitud del intendente no le daría las fuerzas para hacer una última visita a palacio, pero el enfermo no estaba en condiciones y desde el lecho expresó su agradecimiento por la gratitud de Su Majestad. Su Excelencia se sintió más emocionado que nunca ante aquella evidencia de la alta consideración en que les tenía Su Majestad.

El comandante lamentaba en lo más hondo el estado de su amigo y se interesaba a menudo por él, y el día de su

nombramiento fue a felicitarle en persona. Una ruidosa multitud se había reunido con sus caballos y carruajes apretujados alrededor de la puerta, cerca del ala donde se encontraba el intendente. Éste apenas se había levantado desde el comienzo del año, y recibir a un gran señor de una manera tan informal le hacía titubear, pero también lamentaba haberse consumido de aquel modo sin que se hubieran visto cuando su estado aún le permitía hacerlo debidamente.

—En fin, no importa, entra —le dijo—. Sé que nunca me perdonarás que te reciba en medio de este desorden.

Pidió a los monjes que le rodeaban que salieran un momento y que hicieran

pasar al comandante.

Habían sido íntimos durante tanto tiempo que nada podía interponerse entre ellos, y ningún padre, hermano o hermana podría haber sentido un dolor más profundo ante la perspectiva de la partida definitiva. El comandante confiaba en que la feliz ocasión de la jornada habría animado al enfermo, pero no era así.

—¿Por qué tu salud se deteriora de este modo? Pensé que las felicitaciones de que hoy eres objeto te harían sentir un poco mejor. —Alzó un extremo de la cortina portátil.

—Lamentablemente, ya no soy el que era.

El intendente llevaba puesto el

sombrero, [17] e intentó incorporarse, pero el esfuerzo parecía excesivo para él. Vestía varias prendas blancas y se cubría con el edredón. El aposento estaba limpio y ordenado, el aire olía a incienso y era evidente que, a pesar de su dolencia, el intendente se mantenía atento a los detalles. Muchos hombres gravemente enfermos descuidan el cabello y la barba y ofrecen una imagen lamentable, pero el intendente, pese a lo consumido que estaba, sólo parecía más pálido y más distinguido que antes. Se veía lo débil que estaba cuando se alzaba de la almohada y hablaba, y se notaba lo lastimosamente tenue que era su respiración.

—La verdad es que, habida cuenta del

largo tiempo que llevas enfermo, te has deteriorado muy poco. La verdad es que ahora tienes incluso mejor aspecto que antes. —De todos modos, el comandante se enjugó los ojos—. Nos hicimos la mutua promesa de que ninguno de los dos se iría antes que el otro. ¡Esto es terrible! Ni siquiera logro entender por qué estás tan enfermo. ¡Somos tan íntimos y, sin embargo, todavía no lo sé!

—Yo mismo no puedo decir cuándo mi estado se ha agravado de esta manera. No me aqueja nada definible, y por ello no me di cuenta enseguida de lo que me estaba sucediendo, pero pronto estuve tan débil que a estas alturas mi postración es total. Tal vez las plegarias y los votos me

retienen, pero me iría de buen grado, porque es en verdad muy duro seguir así y, si de mí dependiera, partiría cuanto antes. Con todo, hay muchas cosas que lamentaría abandonar. Mis padres sufrirán todavía más cuando ya no esté aquí para atenderles, y mi servicio al soberano también quedará incompleto. En cuanto a mi propia suerte, ¡ay!, hay algo más aparte de la tristeza que me produce abandonar tantos pesares corrientes, algo que me hace sufrir en secreto, y me pregunto por qué debería confesarlo ahora, cuando mi fin se aproxima. Sin embargo, tengo la sensación de que a pesar de todo debo decirlo, y ¿a quién si no es a ti? Ya sé que tengo a mis hermanos, pero, por diversas

razones, no me es posible decírselo a ellos. Hay un pequeño asunto con el que ofendí a Su Gracia de Rokujô, y durante meses he rogado que me perdonara en mi corazón, hasta que me sentí tan abatido que desesperé de la vida y descubrí que estaba enfermo. Entonces recibí su invitación a asistir al ensayo de música para la celebración del aniversario de Su Eminencia. Por la manera en que me miraba mientras estaba allí, deduje que aún no me había perdonado, y eso me convenció más que nunca de que no me atrevía a seguir viviendo. El horror que sentía levantó una tempestad en mi corazón y, como ves, desde entonces no he vuelto a estar en paz. Lo más probable

es que nunca contara demasiado para él, pero ha significado mucho para mí desde que era un muchacho, y como la incógnita del maligno informe que recibió sigue siendo mi más amarga obsesión en esta vida, es muy posible que también obstaculice mi camino en la próxima. Te ruego que consigas su atención por un momento y le expliques como es debido mis sentimientos, si puedes hacer tal cosa. Si me perdona alguna vez, incluso después de que me haya ido, tuyo será el mérito de haberlo logrado.

Cuanto más hablaba, tanto más esfuerzo parecía costarle. El comandante estaba profundamente emocionado. Tenía su propia idea de lo que aquejaba a su

amigo, pero no podía estar seguro.

—¿Qué es lo que podría remorderte así la conciencia? Su Gracia jamás ha revelado tales sentimientos. Saber lo enfermo que estás le ha sorprendido y causado dolor, y parece muy apenado por tu situación. ¿Por qué no has dicho nada de esto, si te preocupa tanto? Debería haber actuado como mediador entre vosotros, pero supongo que ahora es demasiado tarde.

Lleno de tristeza, se decía que ojalá fuese capaz de hacer que el tiempo retrocediera.

—Sí, es cierto que debería haber hablado contigo en uno de esos momentos en los que me sentí un poco mejor. Sin

embargo, nunca se me ocurrió pensar que mi hora podría llegar tan pronto, y seguí diciéndome neciamente que uno no puede saber cuánto más va a vivir. Te ruego que no hables de esto con nadie más. Si te lo he dicho es sólo para pedirte que hables por mí cuando surja una ocasión adecuada. Te ruego que te mantengas en contacto con Su Alteza en Ichijô [\[18\]](#) siempre que parezca apropiado hacerlo. Sin duda, Su Eminencia llegará a conocer la difícil situación en que ella se encuentra, y confío en que harás lo que puedas por tranquilizarle.



Dos monjes

Debía de tener mucho más que decirle, pero ya no le quedaban fuerzas para hablar, e hizo un gesto con la mano al comandante para que le dejara. Los

monjes que habían acudido a rezar regresaron a su lado, sus padres y los demás se reunieron en torno a él, se produjo una gran agitación y el lloroso comandante se marchó.

La esposa del comandante [\[19\]](#) estaba desolada, por no hablar de la consorte Kokiden. Tan grande era la generosidad del intendente y tan fraternales sus afectos, que la esposa de Su Excelencia de la Derecha [\[20\]](#) también le tenía mucho cariño, le dolía en lo más hondo su desgracia y había encargado ritos por él; pero ese remedio no podía curar lo que le afligía, [\[21\]](#) y no surtió efecto. Murió como se funde la espuma del agua, sin que hubiera podido ver de nuevo a la

princesa.

Sus sentimientos hacia ella nunca habían sido profundos ni sinceros, pero la había tratado con respeto en todos los aspectos corrientes de la vida, y puesto que siempre había sido atento y amable, sin una excesiva familiaridad, ella nunca había tenido motivos de queja. Al recordar su vida en común, pensó que la misma brevedad de la vida de su marido era lo que debía de haberle hecho tan extrañamente indiferente a las cosas corrientes de este mundo, y esta idea era tan penosa que se sumió en una patética melancolía. Su madre lamentaba amargamente el cruel ridículo que sufriría su hija. [\[22\]](#) Como es natural, Su

Excelencia y su esposa sólo deseaban haber precedido a su hijo, y les abrumaba el dolor por esa inversión del orden natural de la vida.



Celebración del día del nacimiento de Kaoru

Su Alteza Enclaustrada, [23] para quien la audacia del intendente siempre había sido aborrecible y que no le deseaba una larga vida, aun así se apiadó de él cuando le llegó la noticia. La manera en que él había previsto el nacimiento de su hijo le parecía confirmar que en verdad aquel terrible acontecimiento había sido

predestinado, y eran tales sus numerosos temores y pesares que también ella rompió a llorar.

Corría el tercer mes, con sus suaves cielos, y llegó el momento de celebrar el decimoquinto día del niño. Muy pálido y guapo, era precoz para su edad y ya balbucía. Llegó Genji.

—¿Te encuentras mejor? —le preguntó—. ¡Ah, qué derroche al hacer lo que hiciste! ¡Con qué alegría te habría visto así cuando eras como antes! Fue una crueldad por tu parte abandonarme de esa manera.

Tenía lágrimas en los ojos, y el tono de su voz era amargo. Se presentaba a diario, y por fin empezó a tratarla con la

mayor consideración.

El decimoquinto día era cuando los padres del niño le alimentaban con mochii, [24] y, debido a los cambios sufridos por Su Alteza, sus damas de honor no sabían qué hacer cuando Genji llegó.

—¿Cuál es la dificultad? —les preguntó—. El hábito de su madre sólo podría significar mala suerte si fuese una niña.

Pidió que embellecieran primorosamente una pequeña habitación en la parte delantera, el ala sur. Las nodrizas del niño vestían de un modo espléndido, los objetos depositados ante él —cestos de fruta y cajas de ciprés con

compartimientos— eran muy bonitos y de variados colores, y las mujeres situadas a ambos lados de las persianas, que no tenían ni idea de la verdad, lo mimaban con inocente placer. Genji lo observaba todo y se decía: «¡Qué deprimente y vergonzoso es esto!».

Su Alteza se puso en pie y se apartó de Genji, muy azorada porque él había movido la cortina que se interponía entre los dos para despejar su frente de los molestos y espesos extremos de cabello que la cubrían. Parecía más menuda y liviana que nunca, y, vista por detrás, nadie le habría notado nada diferente, ya que le habían dejado el cabello muy largo, porque parecía una lástima cortarlo. [\[25\]](#)

Con la serie de capas grises bajo un rojo ciruela que tiraba a amarillo, y con un perfil que aún no se parecía al de una monja, su aspecto recordaba mucho más al de una bonita niña. Su figura producía una impresión de encanto y gracia.

—¡Vaya estampa que tienes! —le dijo Genji—. El gris es un color apagado y deprimente. Me alegra saber que seguiré viéndote, incluso como estás ahora, pero por varias razones lamento en lo más profundo comprender que mis lágrimas, testarudamente inútiles y necias, son lo que te ha llevado a abandonarme así. Ojalá pudieras volver atrás. —Suspiró—. Si me dejas ahora, el pesar y la vergüenza me convencerán de que tú misma me

rechazaste. ¡Te ruego que todavía tengas piedad de mí!

—Dicen que las monjas como yo saben poco de los sentimientos humanos. ¿Qué puedo decir, pues, dado que de todos modos jamás los he conocido?

—¿Por qué dices eso? ¡Ciertamente has tenido ocasión de aprender algo acerca de ellos!

Genji no le dijo nada más y se quedó mirando al pequeño.

Las numerosas ayas que le atendían eran nobles y hermosas. Genji las llamó y les dio instrucciones sobre la manera de cuidarlo.

—¡Y pensar, ay, que ha venido al mundo cuando a mí me queda tan poco

tiempo! —exclamó.

El bebé, delicioso con su piel muy blanca y rollizo, sonrió de una manera encantadora cuando Genji lo tomó en brazos. No se parecía mucho al comandante, tal como lo recordaba cuando era una criatura de pocos días. Los hijos de la consorte [\[26\]](#) habían salido a Su Majestad, y tenían una adecuada distinción imperial, aunque por lo demás carecían de una belleza muy patente. Le conmovía ver que aquel pequeño no sólo era noble sino también hermoso, con unos ojos preciosos y la sonrisa pronta. «Tal vez son imaginaciones mías —pensó—, pero lo cierto es que se le parece mucho. Sus ojos

poseerán una noble serenidad, ¡y qué preciosidad de cara!» Su Alteza Enclaustrada apenas vio lo que él hacía, y sus damas de honor no sabían nada en absoluto. Así pues, sólo en el secreto de su corazón exhaló un suspiro y se dijo: «¡Ah, cuán poco estaba destinado a vivir!».

Sus lágrimas amenazaban con caer como lluvia mientras reflexionaba sobre la fragilidad de la vida, pero se las enjugó disimuladamente porque el carácter de la jornada las prohibía, [27] y tarareó para sus adentros: «Desde hace mucho tiempo conozco la penas del pensamiento silencioso». [28] Se sentía como si su vida hubiera terminado, aunque era diez

años más joven que el poeta, y le embargó la melancolía. Debía de sentir ganas de añadir la advertencia: «¡No salgas a tu padre!». [\[29\]](#)

Una o dos de sus mujeres debían de saber lo que había sucedido. «¡Cómo deseo que ella me comprenda! Pero no, probablemente a ella le parezco un idiota. Lo de menos es el papel que he jugado en esto... Lo siento más por ella que por mí». El semblante de Genji no revelaba tales pensamientos. ¿Qué impresión producían el inocente balbuceo, los dulces ojos y la encantadora boca a alguien que no sabía lo ocurrido? Pero el parecido era muy evidente. Y pensar que él no había dejado más que aquel lastimoso y totalmente

desconocido legado... un hijo que nunca podría haberles mostrado a sus padres, aun cuando sin duda ellos rogaban con lágrimas que tuviera uno. A pesar de su orgullo y su talento, él mismo había sido el causante de su propia destrucción. La lástima y el pesar desalojaron la afrenta del corazón de Genji, y rompió a llorar.

Se acercó a Su Alteza cuando todas las damas de honor de ésta se encontraban en otro lugar.

—¿Qué significa él para ti? ¿Realmente te alegras de haber abandonado a un hijo como éste para dar la espalda al mundo? ¿Cómo has podido hacer semejante cosa?

Ella permaneció inmóvil, ruborizada.

*Si alguien preguntara quién arrojó esa
semilla,*

*¿qué respuesta le dará el pino plantado
en la roca? [\[30\]](#)*

—Qué pena me da —susurró, pero ella siguió tendida sin responderle.

Él comprendió y no siguió insistiendo. ¿Qué podía estar pensando ella? Tal vez careciera de madurez, pero aun así, ¡aquello no podía significar nada para ella! El esfuerzo por adivinar sus sentimientos era demasiado penoso.

El comandante ansiaba saber qué podía significar la insinuación que le había hecho el intendente. «Me habría dicho lo suficiente para comprenderlo,

puesto que ya había llegado tan lejos, si su mente hubiera permanecido despierta un poco más. ¡Qué triste final, y en qué desdichado momento, dejando su historia incompleta de esa manera!» El comandante no podía olvidar el aspecto de su amigo en aquella ocasión, y estaba mucho más afectado que los hermanos del intendente. Reflexionó sobre que Su Alteza Enclaustrada no estaba tan gravemente enferma cuando renunció al mundo, ¡y lo cierto era que no había tenido dificultad alguna para decidirse! Y, en cualquier caso, ¿lo habría permitido Su Gracia? Él había oído decir que cuando su dama agonizaba en Nijô le había rogado con lágrimas en los ojos que le

concediera lo mismo, y a Genji la idea le había irritado tanto que ella acabó por rechazarla. El comandante sopesó todas las pistas. Sí, debió de haber ocasiones en las que el intendente no había logrado dominar aquella evidente inclinación suya. Se las ingeniaba para mantener una serenidad superficial y mostraba una circunspección mayor que la mayoría de los hombres, hasta tal punto que su compostura hacía difícil adivinar qué podía estar pensando e incluso inquietaba a quienes le conocían, pero también tenía un lado débil, y era demasiado sentimental... Ése debía de haber sido el motivo. Por muy intensa que fuese su pasión, ¿cómo podía haber permitido que

un deseo prohibido se apoderase de él y le costara la vida? ¡Qué terrible era para ella! ¿Por qué tenía que destruirse? Quizá, después de todo, tal fuese su destino... ¿Quién podía saberlo? Pero ¡era una acción necia y monstruosa! Tales eran las reflexiones del comandante, pero no dijo nada ni siquiera a su esposa, y tampoco podía planteárselo a Genji sin una razón suficiente. Aun así, anhelaba ver la expresión de Genji cuando le dijera lo que había insinuado el intendente.

Los padres del intendente seguían sumidos en su dolor y ni siquiera se percataban del triste paso de los días, por lo que dejaron en manos de sus hijos e hijas las tareas de preparar las

vestimentas para el funeral, acondicionar la habitación y llevar a cabo todos los demás preparativos. Al gran senescal de la Derecha le tocó encargarse de las imágenes y los textos sagrados. Cada vez que alguien le pedía que interviniera en la lectura de las escrituras, que se prolongaba durante siete días, Su Excelencia decía con expresión ausente, como si ya no estuviera entre los vivos: «Os ruego que no habléis de eso. Mi angustia podría detenerle en su camino».

Como es natural, la princesa que vivía en Ichijô estaba dolida porque no había visto al intendente antes de su muerte, y aunque los sirvientes de más confianza aún acudían a prestarle sus servicios, la

soledad y el vacío de su gran residencia iban en aumento cada día que pasaba. Ver a los mozos de cuadra y a los halconeros que iban y venían sin objeto y desconsolados con los halcones o los caballos favoritos de Kashiwagi le recordaba a menudo hasta qué punto podía renovarse su interminable aflicción. Allí estaban los muebles que él prefería, el *biwa* y el *wagon* que le gustaba tocar, ahora con las cuerdas sin tensar y mudos. ¡Qué dolorosa era ahora la soledad de aquella dama!

Un desolado día, ella miraba tristemente los árboles y las flores del jardín, que siempre vuelven a su debido tiempo, rodeada de damas de honor

vestidas de luctuoso gris, cuando se oyeron los fuertes gritos de advertencia de un escolta y alguien se detuvo ante su casa.

—¡Oh, creía que era mi difunto señor!
—exclamó una de las mujeres llorando—.
¡Lo había olvidado!

Era el comandante, que dio aviso de su llegada. La princesa había supuesto que debía de ser el senescal, el consultor o uno de los otros, como de costumbre, pero entonces entró Yûgiri, con una elegancia imponente.

Dispusieron un asiento para él en el pasillo, ante la cámara. Era demasiado ilustre para tratarlo como a cualquier otro invitado, y el Refugio lo recibió

personalmente.

—Esta tragedia me ha afectado incluso más que si hubiera sido hermano mío —afirmó—, pero las restricciones impuestas por la costumbre me han impedido ofrecerte antes mis condolencias, y ahora mi pesar es más grande que el de otros. Al final de su vida me confió ciertas cosas que no podían dejarme indiferente. Nadie se libra de las penalidades de la vida, pero ahora que él se ha ido, me propongo demostrarte mientras viva, en todo cuanto esté en mi mano, que cuentas por completo con mi lealtad. No habría sido apropiado que te hiciera compañía en unos momentos en los que se dirigían tantos ritos a los

dioses, [31] y por esa razón he pospuesto mi visita, porque permanecer en pie ante ti tan sólo me habría decepcionado. [32] La oscuridad reina en el corazón de todo padre, pero lo que he visto del sufrimiento de Su Excelencia es una vivida indicación del profundo sentimiento de tu hija sobre lo que ella y el intendente compartieron, y confieso que estoy abrumado.

Mientras hablaba, se enjugaba los ojos y se sonaba con frecuencia. Pese a su deslumbrante distinción, era muy cariñoso y amable. El Refugio le respondió con voz llorosa.

—Las penas son lo propio de este mundo inconstante. Ningún dolor que nos causen puede ser nuevo, y con esa

convicción intento ser valerosa, pese a la carga de los años, pero temo por ella, que está desesperada, porque parece reacia a sobrevivirle mucho tiempo y, después de todo lo que he sufrido, me hace temblar la posibilidad de haber vivido sólo para ver el final de todos los seres a los que amo. Al principio no le recibí de buen grado, como tal vez él te dijera, ya que erais tan íntimos, pero observé que era difícil negar el entusiasmo de Su Excelencia y, puesto que también Su Eminencia Enclaustrada parecía del todo satisfecho, supuse que mis sentimientos no prevalecerían. Así pues, le acepté, aunque, para mi gran dolor, esta pesadilla me hace llegar a la conclusión de que

habría sido mejor que insistiera más en mi parecer. Jamás imaginé que las cosas saldrían como lo hicieron. Soy lo bastante anticuada para creer que, por lo general, una princesa tiene que casarse, sean cuales fueren las consecuencias, pero dudo de que le hiciera daño alguno a su reputación si ahora su humo se mezclara con el de su marido, puesto que, en cualquier caso, ha sido su destino verse atrapada en medio. Desde luego, no puedo resignarme a la idea, y sigo prodigándole mis cuidados más tiernos. Tus afectuosas y repetidas expresiones de interés, que sin duda debo a tu amistad con él, han sido un gran consuelo, y deseo que sepas lo agradecida que te estoy. Él no fue tan

atento con ella como podría haber esperado, pero esas últimas y conmovedoras palabras que te dijo son un rayo de luz en la oscuridad.

Yûgiri comprendió que la dama lloraba amargamente y no pudo evitar llorar él mismo.

—Tal vez ésta ha sido en verdad la manera en que un hombre adornado por tantas virtudes estaba destinado a encontrar su fin —replicó—, porque hace dos o tres años empezó a mostrarse muy abatido y melancólico, y yo le advertía con frecuencia, pese a mi propia carencia de sensatez, que un hombre que penetra demasiado en los misterios de la vida y piensa con hondura en las cosas se

distancia demasiado de ellas para resultar atractivo, y sólo pierde el brillo que puede haber tenido, pero a él mi opinión sólo le parecía superficial. Pero es Su Alteza quien me entristece por encima de todo, si puedo decir tal cosa, puesto que está sumida como es natural, en una intensa aflicción.

Tras hablar muy afectuosa y amablemente, y permanecer allí un poco más de lo que se había propuesto, se despidió.

Aunque era cinco o seis años mayor que el comandante, el intendente había conservado por completo la gracia y el encanto de la juventud. El mismo comandante, superaba a todos los demás,

gracias a su vigoroso señorío y a una figura tan viril que sólo el rostro revelaba la verdadera belleza de la juventud. Al contemplarle mientras se marchaba, las damas de honor sintieron cierto alivio de sus pesares. Cerca de la casa se alzaba un magnífico cerezo que le recordó el poema «¡Sólo este año, os lo ruego!», [\[33\]](#) pero éste tenía un timbre de mala suerte y prefirió tararear «No te veré más». [\[34\]](#)

Cuando llega la estación, aún florece como antes, con su belleza inmutable, este familiar cerezo que, sin embargo, ha perdido una gran rama. [\[35\]](#)

Recitó el poema cuando ya se alejaba,

sin pensar en que alguien pudiera oírle, pero el Refugio se apresuró a replicar:

Ahora que ha llegado la primavera, las frondas de sauce que retoñan brillan con perlas de rocío, pues no saben lo que aguarda a las flores caídas de la rama. [36]

Aunque no era tan sagaz como otras damas del emperador Suzaku, ciertamente había destacado por su elegancia e ingenio. Al comandante le parecía que era en verdad merecedora de su reputación.

Fue entonces a casa de Su Excelencia, donde encontró a varios de sus hijos. Tras ser invitado a pasar, entró en la sala de

recepción, donde Su Excelencia se serenó lo suficiente para recibirle. Aunque conservaba su apostura, estaba más demacrado que cualquiera de sus hijos, y tenía la barba más descuidada. [37] La escena era demasiado dolorosa, y el comandante, temeroso de ceder al llanto, se esforzó por ocultar las lágrimas. Su Excelencia no dejaba de llorar al pensar en lo íntimo que el comandante había sido de su hijo. Conversaron largamente.

Cuando el comandante le contó su visita a Ichijô, Su Excelencia humedeció sus mangas todavía más, como con gotas desprendidas de los aleros tras una intensa lluvia primaveral. El comandante había anotado las «frondas de sauce que

retoñan» del Refugio en un papel especial para doblar que ahora ofreció a Su Excelencia. «¡No puedo ver!», se lamentó éste enjugándose los ojos. El poema no tenía nada notable, pero «brillan con perlas de rocío» le conmovió tanto que sus propias lágrimas se desbordaron durante un rato.

—Aquel otoño, cuando falleció tu madre, me pareció que no podía existir una aflicción mayor, pero son tantas las restricciones que rodean a una mujer que rara vez se la ve y en general nunca está presente, y así la pena que sentía por ella también permaneció invisible. La capacidad del intendente dejaba mucho que desear, pero Su Majestad siempre le

tuvo en alta estima, y cuando por fin se hizo hombre, de la manera más natural muchos empezaron a considerarle apto para cargos y ascensos. Cada uno de ellos a su manera debe de sentir emoción y pesadumbre. Pero mi propio pesar no tiene nada que ver con el ascenso ni nada de eso, ni con lo que el mundo pensaba de él. Tan sólo le añoro de una manera insoportable, tal como era. Me pregunto si me recuperaré alguna vez. —Mientras hablaba, Su Excelencia tenía la mirada fija en el cielo.

Aquella noche las nubes fueron de un gris brumoso, y sólo entonces reparó en que las ramas carecían de flores. Escribió en el mismo papel para doblar:

*Mojado por las gotas de lluvia que se
desprenden de los árboles,
esta primavera me ha vestido al revés
con una triste vestidura de niebla! [38]*

El comandante replicó:

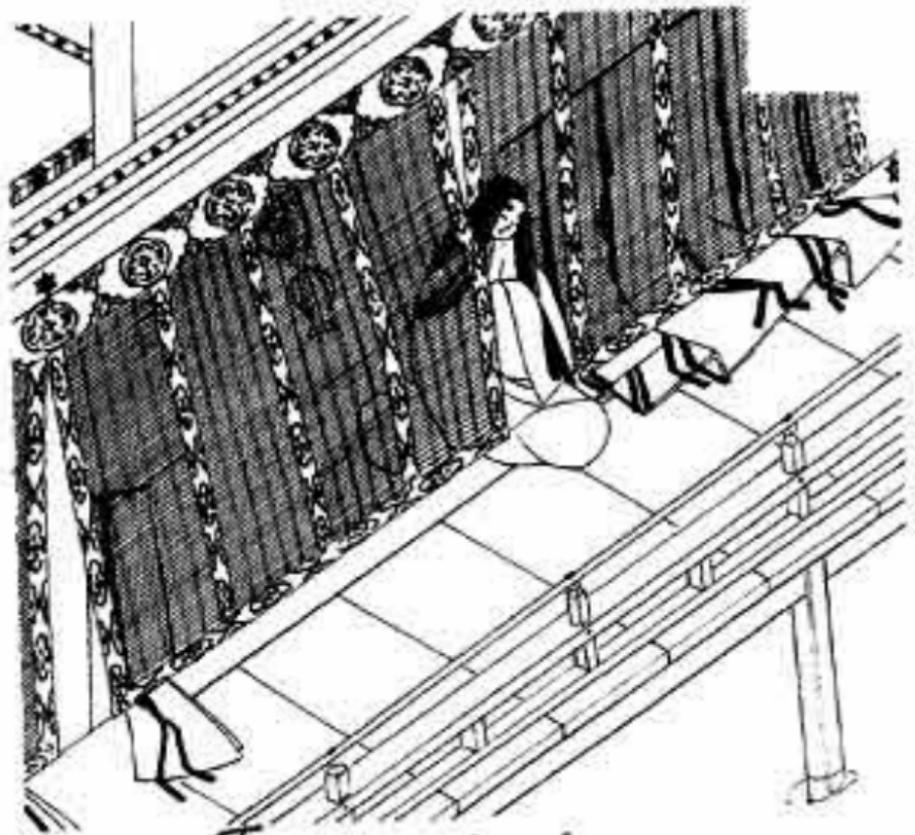
*Aquel a quien hemos perdido sin duda
jamás imaginó dejaros atrás
como para decir que deberíais llevar una
vestidura de niebla nocturna.*

Y el gran senescal de la Derecha:

*¡Ah, es demasiado cruel! Cuando esa flor
cayó antes de su primavera,
¿de quién pensaba que llevaría tal*

vestidura de niebla gris?

Los funerales tuvieron una magnificencia excepcional. La esposa del comandante, por supuesto, y sobre todo él, efectuaron una aportación hondamente sentida a la lectura de las escrituras.



Terraza y persianas

El comandante visitaba a menudo la residencia de la princesa en Ichijô. Los cielos del cuarto mes disiparon un tanto la penumbra del corazón, y el color de los árboles en flor en todas partes era una

delicia, pero en aquella casa sumida en el duelo reinaba el silencio y la aflicción, y por lo tanto él iba allí como lo había hecho tan a menudo. En el jardín había un nuevo verdor, y aquí y allá, en lugares umbríos, donde la capa de arena era delgada, crecía el ajeno. El jardín cercano, antes cuidado con tanto esmero, estaba abandonado ahora a los hierbajos. Allí proliferaban las plantas de cortadera, entre las que él avanzaba humedecido por el rocío, consciente de los cantos de los insectos que traería el otoño. [39] En el exterior de la casa colgaban persianas de Iyo, [40] a través de las cuales tuvo unos refrescantes atisbos de las nuevas cortinas portátiles grises de la estación y del

cabello y las faldas grises de lindas muchachas paje, todo lo cual era muy agradable salvo por la tristeza del color.

Esta vez se sentó en la terraza, donde le pusieron un cojín. A las mujeres les parecía que era descortés dejarle allí, y trataron de persuadir al Refugio para que le recibiera como de costumbre, pero ella no se encontraba bien últimamente y estaba medio acostada. Mientras ellas se esforzaban por distraerle, él miraba apesadumbrado los árboles que crecían en el jardín, indiferentes a las cuitas humanas. Allí se alzaban un roble y un arce cuyas hojas parecían más tiernas que las de los otros árboles y tenían las ramas entrelazadas.

—Me pregunto qué vínculo comparten para que sus ramas mezcladas prometan un futuro tan feliz —comentó, y se acercó discretamente a ellos.

*Si fuese posible, de buen grado
compartiría contigo la íntima amistad de
estas ramas,
¡pues el dios que protege sus hojas se ha
pronunciado por que sea así! [\[41\]](#)*

—¡Es mortificante que le dejen a uno de esta manera, al otro lado de las persianas! —exclamó acercándose al dintel.

Las damas de honor se daban codazos unas a otras.

—¡Qué grácil y lánguida figura la
suya!

El Refugio replicó a través de
Koshôshô, [\[42\]](#) que la estaba agasajando:

*En verdad se ha ido el vigilante dios que
protegió a este roble,
pero ¿pueden tan familiares ramas dar
comienzo a una nueva intimidación?*

—Creo que hablas sin reflexionar y
que tal vez seas frívolo.

El comandante sonrió ante esta
observación, y se enderezó discretamente
cuando coligió que ella había salido
inadvertidamente a recibirle.

—No me he encontrado bien —le dijo

—, tal vez porque mis penas se han prolongado durante mucho tiempo, y apenas he tenido conciencia de la vida que me rodeaba. Sin embargo, la profunda gratitud por tu amabilidad al visitarme me ha impulsado a levantarme y venir a tu encuentro. —En verdad tenía un aspecto enfermizo.

—Es natural que estés afligida, pero sin duda no hasta este extremo —le dijo con dulzura—. Todo cuanto sucede parece ocurrir en su momento. En esta vida todas las cosas tienen su término adecuado.

Desde la primera vez que oyó hablar de la princesa, había intuido que era una mujer profunda, pero también imaginaba con inquietud cuánto más desdichada,

¡ay!, debía de ser porque la gente se reía de ella, y un vivo interés le impulsó a tratar de descubrir cómo era. «Supongo que no posee una gran belleza, se dijo, pero, dando por sentado que no le aqueja una deformidad horrible, ¿por qué debía rechazarla sólo por su aspecto y atormentarse con unos sentimientos que jamás debería haber abrigado? ¡Qué absurda manera de actuar! Al final, lo único que realmente importa es el carácter».

—Espero que me concedas el mismo lugar en tus pensamientos que le otorgabas a él y que no me mantengas a una distancia excesiva.

Genji evitó con sumo cuidado

cualquier insinuación, pero se mostró asombrosamente atento. Con su manto de vestir estaba en verdad muy elegante, y su estatura le daba una imponente dignidad.

—El difunto intendente siempre mostraba una gentileza más dulce y un encanto más noble que cualquier otro —susurraron las damas de honor—, pero la figura de este señor es magnífica, y una no puede dejar de sentirse impresionada por su apostura. ¡No hay nadie como él!

—Ciertamente sería muy grato que viniera de visita a menudo.

—La hierba crece verde en la tumba del comandante de la Derecha [\[43\]](#) —tarareó el comandante.

También esa muerte era reciente. [\[44\]](#)

Los encumbrados y los humildes se unieron en el lamento por el fallecido, en este mundo donde la tragedia se produce siempre con tanta frecuencia, pues, aparte de las cualidades más evidentes que le hacían admirable, era un hombre tan extraordinariamente afectuoso que incluso los funcionarios ancianos y las damas de honor, personas que apenas tenían importancia, le lloraron y lamentaron en lo más hondo su desaparición. No es de extrañar, pues, que Su Majestad pensara en él cada vez que había música y le tuviera en su recuerdo. «¡Ah, el pobre intendente!», decía la gente a cada ocasión. A medida que transcurrían los meses y los días, Genji, en Rokujô, le

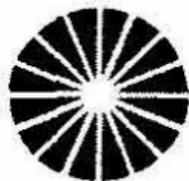
recordaba emocionado cada vez con mayor frecuencia. El pequeño mantenía vivo su recuerdo, aunque eso no servía de ayuda, puesto que nadie más lo sabía. Cuando llegó el otoño, el bebé gateaba.

Yokobue

La flauta

La *yokobue* era la clase más corriente de flauta travesera de bambú en la corte Heian. Era de origen chino, al contrario que la *komabue* (flauta de Koma o coreana), algo más ligera. En este capítulo, la madre de Ochiba no Miya da a Yûgiri una flauta que Kashiwagi tocaba a menudo, y Yûgiri utiliza la palabra en su poema de agradecimiento:

*No ha cambiado gran cosa en la música
de la flauta,
pero ese tono perfecto que falta desde
que él murió
seguirá viviendo eternamente.*



Relación con los capítulos anteriores

«La flauta» comienza más o menos un año después del final de «El roble» y cubre el periodo que va de la primavera al otoño.

Personajes

Su Gracia, el emperador retirado honorario, Genji,
de 49 años

El niño, hijo de Onna San no Miya y
Kashiwagi, de 2 años (Kaoru)

Su Excelencia Retirada
(Tô no Chûjô)

El comandante, hijo de
Genji, de 28 años (Yûgiri)

Su Alteza, la segunda
princesa (Ochiba no Miya)

Su Eminencia
Enclaustrada, el emperador

retirado, de 52 años (Suzaku In)

Su Alteza Enclaustrada, la
tercera princesa, de 23 o 24 años (Onna
San no Miya)

El Refugio, madre de Ochiba no
Miya (Ichijô no Miyasudokoro)

**La esposa del
comandante**, de 30 años (Kumoi
no Kari)

La consorte, hija de Genji, de 21
años (Akashi no Nyôgo)

Su Alteza, el tercer
príncipe, de 3 años (Niou)

Su Alteza, el segundo
príncipe (Ni no Miya)

Mucha gente seguía llorando amargamente el fallecimiento del gran consejero supernumerario. [1]

Su Gracia de Rokujô, que lamentaba la muerte de cualquier persona agradable, aunque apenas la conociera, estaba muy entristecido y le recordaba con frecuencia, pues a pesar de aquella única acción escandalosa, el caballero había sido un compañero constante y por el que sentía un especial afecto. Encargó la lectura de las escrituras en el aniversario de su muerte. La inocencia del niño era tan conmovedora que Genji, a pesar de todo, le cobró gran cariño, y decidió ofrecer en privado cien onzas adicionales de oro [2] por él. Su Excelencia, que

desconocía el motivo, le expresó su humilde gratitud.

El comandante también prestó una considerable ayuda, y él mismo se encargó de patrocinar muchos actos religiosos. Al mismo tiempo redoblaba sus atenciones a la princesa de Ichijô. [3] Su Excelencia y su esposa, que nunca habían esperado ver que recibiría más atenciones que los propios hermanos de su hijo, estaban muy complacidos. La evidencia de la alta consideración en que todo el mundo seguía teniendo al intendente, incluso después de su muerte, les impresionaba más dolorosamente que nunca con la magnitud de su pérdida.

En su retiro de la montaña, Su

Eminencia Enclaustrada se entristeció al comprender que la segunda princesa era objeto de irrisión, y puesto que Su Alteza Enclaustrada se le había unido en la renuncia a las preocupaciones mundanas, se sentía decepcionado por ambas, aunque lo soportaba, pues había resuelto que nada profano le turbaría. Durante las oraciones, reflexionaba sobre que Su Alteza Enclaustrada estaría haciendo lo mismo que él, y ahora que había hecho los votos aprovechaba la menor ocasión para ponerse en contacto con ella.

Los brotes de bambú que crecían en el bosque al lado del templo y las raíces de *taro* extraídas de las montañas cercanas le evocaban la vida en las colinas de una

manera tan conmovedora que le envió cierta cantidad de ambas plantas, junto con una carta que acababa diciendo: «Aunque las nieblas primaverales velen el páramo y la montaña, he pedido que recogieran estas raíces para ti con profundo afecto, tan sólo para hacerte saber lo mucho que significas para mí».

Alejándote del mundo, me sigues por este camino;

¡busca, empero, la misma raíz de paz que busco yo con todo mi corazón! [\[4\]](#)

Ella leyó sus palabras con lágrimas en los ojos. Genji llegó en aquel preciso momento, y le sorprendió ver las altas

bases laqueadas [\[5\]](#) delante de ella.

—¡Qué extraño! —exclamó—. ¿Qué es esto?

Allí estaba la carta de Su Eminencia. Genji la leyó, y le pareció muy conmovedora. «¡Pensar que no puedo verte como deseo, aunque sienta como si cada día pudiera ser el último para mí!», había escrito, entre otras muchas cosas. El pasaje acerca de que ambos encontrarían «la misma raíz de paz» era charla piadosa de escaso interés, pero aún así Genji simpatizaba con el sentimiento que revelaba. «Cuánto lamento haberle creado tal ansiedad al tratar a su hija como lo hice», se dijo.

Ella escribió su réplica con timidez y

regaló al mensajero un juego de túnicas de seda asargada gris azulada. Genji vio un papel que ella había rechazado y que sobresalía al lado de la cortina movable, y lo recogió. Con una caligrafía insegura, había escrito:

*Anhelando la paz de un lugar más allá de
este mundo y sus aflicciones,
pienso en la montaña donde tú has
renunciado a todo.*

—Él parece muy preocupado por ti, ¿sabes? —le dijo—. Este deseo tuyo de estar en otra parte es muy hiriente y cruel.

Su Alteza ya no le recibía directamente, así que él no podía ver que

el cabello sobre su frente era muy bonito y que su cara parecía la de una niña; lo único que percibía de ella era su silueta, y se preguntaba con un sentimiento de culpa por qué había tenido que suceder todo aquello, y, como entre ellos se interponía una cortina movable, procuraba no guardar demasiada distancia.

El pequeño había estado durmiendo con su aya, pero entonces se acercó gateando y tiró de la manga de Genji con un gesto encantador. La falda de su túnica rosa ciruela sobre gasa de seda blanca se extendía larga y holgada a sus espaldas, de modo que una parte considerable de su cuerpo quedaba al descubierto, algo habitual entre niños pequeños pero de

todos modos muy agradable; parecía tallado en flexible madera blanca de sauce. Su cabeza podría haber estado teñida con tradescantia, [6] y si bien la boca bien delineada y los grandes ojos con una expresión de inocencia ciertamente recordaban a otro, esa persona no había tenido ni mucho menos semejante belleza. «¿De dónde procede?», —se preguntó Genji mientras lo contemplaba. No se parecía a Su Alteza. Se dijo que la extraordinaria nobleza y distinción de su rostro no estaría fuera de lugar en su propio espejo.

El niño estaba dando sus primeros pasos. Avanzó inseguro hacia las bases laqueadas sin saber lo que había en ellas,

y alegremente se puso a engullir brotes de bambú y a esparcirlos a su alrededor.

—¡Qué travieso eres! —exclamó Genji entre risas—. ¡Qué manera de comportarse! ¡A ver, que alguien aparte esto de él! ¡Las damas de honor chismosas dirán que no puede resistirse a la comida! —Lo tomó en brazos— Hay algo especial en sus ojos, ¿verdad? Ya sé que no he visto a muchos niños tan pequeños, pero creía que a esta edad todos parecían bebés sin más, mientras que esta criatura tiene algo notable incluso ahora. Esto no deja de ser preocupante. Nuestra primera princesa [\[7\]](#) ya está aquí, y pudiera ser que en el futuro la relación entre ellos fuese tormentosa. Pero, ay, ¿los veré

crecer? «Aunque las flores se despliegan gloriosas...» [8] —Miró al pequeño.

—¡Qué cosas tan terribles decís, mi señor! —protestaron las mujeres.

Deseoso de poner a prueba los dientes recién salidos, el chiquillo tomó un brote de bambú y lo mordisqueó, babeando.

—¡Ciertamente tiene una curiosa idea de la cortesía! —observó Genji.

*No olvido aquel tránsito de amargura,
pero ¡este brotecillo
es demasiado delicioso para rechazarlo
sólo por eso! [9]*

Le quitó el brote de bambú y lo puso de nuevo en su lugar, pero el niño se

limitó a sonreír sin protestar y siguió gateando con rapidez.

A medida que transcurrían los meses y los días, el niño iba adquiriendo una belleza tan alarmante que Genji podría fácilmente haberse olvidado por completo de «aquel amargo incidente». Pensó en que tal vez lo inadmisible había ocurrido tan sólo porque el destino requería que él naciera, en cuyo caso poco podría haberse hecho por evitarlo. «Mi propio karma también es decepcionante en muchos aspectos. Entre todas las mujeres a las que he reunido, Su Alteza es la que debería haber sido la más satisfactoria y aquella que debería haber dejado menos que desear, y, sin embargo, cada vez que

reflexiono sobre lo extraordinario que es verla tal como es hoy, aquel desliz suyo me resulta imposible de olvidar». Lo sucedido aún le dolía mucho.

El comandante seguía intrigado por lo que podían significar las palabras del intendente al despedirse de él, y ardía en deseos de planteárselo a Genji y observar la expresión de su rostro cuando lo hiciera, pero no podía mencionárselo, puesto que imaginaba cuál podía ser la verdad. De todos modos, seguía confiando en que surgiera una oportunidad de averiguar lo que realmente había ocurrido y decirle a Genji lo que tanto había preocupado al intendente.

Una melancólica noche de otoño, el

comandante pensó en la princesa que vivía en Ichijô y decidió visitarla. Al parecer, ella había estado tocando el *wagon*, y, sin apartar del todo el instrumento, pidió que acomodaran al recién llegado en el pasillo meridional. Él atisbó con claridad a las mujeres que habían estado cerca del pasillo cuando éstas se escabulleron hacia el fondo del aposento; el frufú de la seda y la dulce fragancia que se cernió en el aire le produjeron una impresión de elegancia. El Refugio le recibió como de costumbre, y hablaron del pasado. Encontró la casa muy triste y silenciosa, pues estaba habituado a una vivienda llena de gente y movimiento día y noche, así como a la

multitud de sus hijos. La vivienda parecía descuidada, pero el estilo de vida de sus habitantes tenía una gran distinción. Contempló las flores del jardín cercano y la luz crepuscular sobre «la selva llena de insectos que cantan». [\[10\]](#)

Tiró del *wagon* hacia sí. Estaba afinado al modo *richi* y era evidente que lo tocaban con mucha frecuencia, y el aroma que tenía adherido evocaba tiernos sentimientos. Mientras lo tañía, pensaba en cuán fácil era que en un ambiente como aquél un hombre con debilidad por la galantería perdiera el dominio de sí mismo y se comportara de un modo indigno, haciéndose así acreedor del descrédito público. El *wagon* era el

instrumento que su amigo había preferido. Tocó una bonita pieza y comentó:

—¡Ah, qué hermoso tono obtenía él de este instrumento! Sin duda su toque aún está presente en el de Su Alteza. ¡Cuánto me satisfaría que ella me permitiera escucharlo!

—Desde que se rompió el hilo de la vida de su marido, ha olvidado por completo sus antiguas diversiones infantiles [\[11\]](#) —replicó el Refugio—. Cuando la princesa de Su Eminencia practicaba ante él, la consideraba muy diestra, pero ahora está tan ensimismada que ya no es la misma persona. Parece constantemente sumida en la aflicción y, por lo que puedo decir, el instrumento

sólo despierta en ella dolorosos recuerdos.

—No me extraña que así sea. «Si en este mundo hubiera un final...» [\[12\]](#) — musitó el comandante mientras apartaba el instrumento.

—¡Tôcalo entonces, para que pueda escuchar la pulsación del que se fue en la música! ¡Hará mucho bien a mis oídos, puesto que llevo tanto tiempo sumida en la tristeza!

—La cuerda del centro es la que transmitiría su pulsación y produciría un tono en verdad notable [\[13\]](#) —respondió el comandante—. Eso es lo que yo mismo esperaba oír.

Empujó el *wagon* hacia las persianas,

pero no insistió cuando ella no mostró la menor disposición a tocar.

La luna brillaba en un cielo sin nubes mientras hileras de gansos se deslizaban por el cielo, ala con ala. La princesa debía de haber oído con envidia a aquellas aves de cuyas filas jamás se extraviaba ninguna, pues, bajo la fría brisa y con el corazón apesadumbrado, pulsó ligeramente las cuerdas de un *sô no koto*, dando al sonido del instrumento tal profundidad que el comandante se sintió más fascinado por ella. Deseoso de que siguiera tocando, él mismo tomó un *biwa* e interpretó con mucha suavidad «Le quiero mucho».

—No deseo dar la impresión de que

adivino tus pensamientos, pero espero que esta música te impulse a decir algo.

Se dirigió a ella con vehemencia, a través de las persianas, pero la música no había hecho más que aumentar la reticencia de la dama, que seguía sumida en sus tristes pensamientos.

*Observo en ti honduras de avergonzada
reticencia que tan sólo confirman
que el silencio es mucho más juicioso
que un vano intento de hablar,*

le dijo.

Al final, ella tocó un poco y replicó:

Muy bien percibo en tu melodía toda la

*tristeza de la medianoche,
pero yo misma no tengo palabras salvo
mi propia música.*

Fue hermoso, pero demasiado breve. Su manera de tocar tenía la grácil sencillez que el difunto intendente se había esforzado por enseñarle, y el modo era el que él había preferido, pero había tocado sólo una parte de una pieza muy conmovedora, y él estaba decepcionado.

—No hay duda de que mi música ha manifestado el matiz galante de mis sentimientos —dijo de todos modos—. Creo que debo irme ya, pues el difunto intendente podría reprobar que permanezca tanto tiempo contigo en una

noche de otoño. Volveré a visitarte. ¿Tendrás la bondad de no cambiar la afinación de estos instrumentos? De lo contrario me preocuparía, pues es muy poco aquello con lo que uno puede contar en este mundo.

Sin expresarse con claridad, logró sin embargo insinuar lo que deseaba antes de marcharse.

—Sin duda él te habría perdonado los placeres de esta noche —le dijo el Refugio—. Has dedicado tanto tiempo a charlar del pasado de manera inconexa que lamento decir que no me siento más joven por ello. —Como regalo de despedida le dio una flauta—. Siempre me ha parecido que esta flauta transmite la

sensación de su noble pasado, y lamentaba verla encerrada en esta maraña de ajeno. Espero ilusionada oír alzarse su voz por encima de los gritos de tu escolta.

El comandante examinó el instrumento.

—Soy indigno de semejante servidor —replicó.

Sí, también aquél había sido uno de los instrumentos preferidos del intendente. El comandante recordaba haberle oído decir con frecuencia que no obtenía de él el mejor sonido que podía ofrecer, y deseaba que lo tuviera alguien capaz de apreciarlo. Se lo llevó a los labios, sintiéndose más triste que nunca.

—Se me podría perdonar por tocar el *wagon* como lo hice en su recuerdo — dijo tras detenerse en medio del preludio modal *banshiki*—, pero esto es superior a mis fuerzas.

Cuando se marchaba, el Refugio le envió este poema:

Apenas nada ha cambiado en la música de la flauta, pero aquel tono perfecto que falta desde que él murió vivirá eternamente.

No deseaba marcharse, pero se estaba haciendo demasiado tarde.

Cuando llegó a casa, vio que todos los postigos estaban cerrados y que no había

nadie levantado. Ella, [\[14\]](#) sabedora de que su corazón se inclinaba por la princesa y que la estaba cortejando, debía de haberse enojado por su ausencia hasta altas horas, y en cuanto le oyó entrar fingió que estaba dormida.

—«Mi amor y yo en la montaña Irusa»
[\[15\]](#) —cantó él en voz baja pero muy bien modulada, y entonces dijo—: ¿Por qué está todo tan cerrado? ¡Es demasiado lúgubre! ¡Pensar que hay quien ni siquiera está contemplando la luna! —Suspiró, abrió los postigos, enrolló las persianas y se tendió cerca de la terraza—. ¿Cómo es posible dormir con la luna que hay esta noche? Ven un momento aquí. ¡Es una lástima!

Pero ella se sentía molesta y no le hizo caso. Sus hijos estaban aquí y allá por el aposento, emitían inocentes grititos en sueños, y entre ellos estaban tendidas las damas de honor. Formaban una escena muy diferente de la que él acababa de abandonar.

El comandante tocó la flauta e imaginó a la dama todavía sumida en la aflicción después de su partida. «¡Sé que tocará sin cambiar la afinación! Y su madre también es muy experta con el *wagon!*» Tales cosas pasaban por su mente mientras permanecía allí tendido. El difunto intendente había mostrado hacia ella toda la consideración de que era merecedora, pero no parecía haber sentido un profundo

afecto por ella, lo cual intrigaba mucho al comandante. ¡Cuán lamentable sería que resultara que ella careciera de belleza! Eso era algo que muy bien podría suceder con cualquier mujer que gozara de una reputación de hermosura. Contó los años en los que él y su esposa se habían entregado el uno al otro sin ninguno de aquellos complicados misterios e indirectas. ¡No era de extrañar que ella se hubiera vuelto tan orgullosa y dominante!



Flautista

Se quedó adormilado y soñó que el difunto intendente de la Puerta de la Guardia, vestido exactamente como cuando vivía, estaba sentado junto a él y tomaba la flauta y la examinaba. Incluso en sueños deseó que el fallecido no hubiera acudido al oír su sonido.

Ojalá el viento, si puedo tener tal esperanza, toque con esta flauta una música que se transmita a una generación tras otra de mi linaje.

—Pensaba en otra persona —dijo la figura.

El comandante estaba a punto de hacerle una pregunta cuando le despertó el llanto de uno de los niños, asustado en sueños. El niño berreaba y vomitaba leche. Su nodriza se apresuró a levantarse mientras la señora de la casa pedía que acercaran la lámpara, se ponía el cabello detrás de las orejas, aseaba al bebé y lo sostenía en brazos. Desnudó un seno hermosamente redondeado para que

mamara. Era una criatura muy bonita, tan guapo y pálido, y a ella le gustaba consolarlo así aunque no tuviera leche.

El comandante se le acercó.

—¿Qué ocurre? —le preguntó.

La conmoción de las mujeres que esparcían arroz [\[16\]](#) debía de haber disipado por completo su sueño.

—Parece alterado. Supongo que, como de costumbre, ha entrado un espíritu, algo que no es de extrañar cuando vagas por ahí como un jovencito y al volver abres los postigos y admiras la luna.

Este reproche por parte de una mujer tan joven y bonita le hizo sonreír.

—¿He dejado entrar un espíritu?

Estoy de acuerdo en que, si no hubiera abierto ese postigo, no habría entrado. Cuantos más hijos tienes, con más sensatez hablas.

Su manera de mirarla intimidaba a la dama.

—Basta, por favor, ahora no estoy en condiciones de que me veas —se limitó a decirle.

Su timidez y su figura a la brillante luz de la lámpara eran muy atractivas. El alborotado bebé los mantuvo despiertos el resto de la noche.

«¿Qué voy a hacer entonces con esta flauta? —se preguntó el comandante al recordar su sueño—. Era muy importante para él, y yo no soy lo bastante hábil para

tocarla. Haberla recibido de una mujer no significa nada. [17] ¿En qué puede haber estado él pensando? Dicen que si al final de la vida uno ama u odia resueltamente, debe vagar por la oscuridad de la noche eterna. Ése es el motivo por el que no quiero dejar ningún apego a mis espaldas cuando me vaya». En tal estado de ánimo, encargó que leyeran las escrituras en Otagi y otros templos predilectos del difunto intendente, y decidió que, si bien sería una buena obra ofrecer la flauta directamente al Buda, puesto que la había recibido como un preciado regalo, también sería demasiado fácil. Así pues, partió hacia Rokujô.

Genji se encontraba entonces con la

consorte. Había elegido al tercer príncipe, de tres años de edad y el más guapo de los hijos de la dama, para que viviera con él, y el pequeño fue corriendo al encuentro del visitante. [\[18\]](#)



Cuidado de un bebé

—¡Comandante, comandante! —gritó con una expresión traviesa—. ¡Toma a Su Alteza en brazos y llévalo contigo! [\[19\]](#)

El comandante sonrió.

—Vamos, pues. ¡Pero no puedo pasar contigo ante las persianas de su señoría!

[20] Eso sería muy descortés.

Se sentó y tomó al niño en brazos.

—¡Nadie está mirando! ¡Me esconderé! ¡Anda, hazlo!

El encantador pequeño se cubrió el rostro con la manga y el comandante se lo llevó consigo. Encontró allí a Genji, entretenido con el segundo príncipe y su propio hijo de corta edad, [21] que estaban jugando juntos.

—¡El comandante también tiene que llevarme a mí en brazos! —anunció el segundo príncipe cuando vio que el comandante dejaba a su hermano menor en

el rincón. [\[22\]](#)

—¡Pero el comandante es mío! —
protestó el tercer príncipe, asiéndole con
fuerza.

—¡Qué traviosos sois! —les regañó
Genji—. ¡Os estáis peleando por el
guardián de Su Majestad y lo queréis para
vosotros solos! ¡Menudo granuja estás
hecho! —le dijo al tercer príncipe—.
¡Siempre dejas a tu hermano agotado!

El comandante se echó a reír.

—El segundo príncipe es buen chico y
siempre cede, como debe hacer un
hermano mayor. Casi asusta que sea tan
considerado a su edad.

Al sonriente Genji ambos le parecían
deliciosos.

—Éste no es lugar para que se sienta un noble de alto rango como tú —le dijo—. Regresemos.

Sin embargo, en cuanto hizo amago de moverse, el príncipe se aferró a él y no le dejaba marcharse. En el fondo él no creía que debiese tratar al hijo de Su Alteza Enclaustrada como el igual de los otros, pero la madre del muchacho, con su mala conciencia, podría confundir sus motivos para no hacerlo, y era por naturaleza lo bastante amable para prodigarle tantos cuidados como si fuese un tesoro.

El comandante deseaba ver bien al muchacho, por lo que, cuando éste se asomó por la brecha entre dos persianas, recogió una rama florida que estaba en el

suelo y le hizo señas con ella. El chiquillo echó a correr hacia él. Sólo vestía un manto violeta, y su rolliza figura era muy agradable, con su hermosa piel, de una blancura reluciente, y unas facciones más armoniosas que las de los príncipes. Tal vez se debiera a la imaginación del comandante, pero mientras que la mirada del muchacho tenía en cierto modo más fuerza e inteligencia que la del caballero en el que pensaba, el contorno de sus ojos, de asombrosa elegancia, era casi idéntico. Aquella boca, con su brillo peculiar cuando sonreía... Tal vez los ojos le engañaban, pero sin duda Genji debía haberlo percibido. Cada vez estaba más deseoso de ver cómo reaccionaría su

padre cuando le hablara del asunto. Los príncipes, por supuesto, mostraban un orgullo digno de ellos, pero por lo demás eran unos niños de atractivo corriente, mientras que en la gran distinción de aquel muchacho había algo excepcional. ¡Era terrible! El comandante los comparaba y se decía: «Si mi sospecha es correcta, mi padre se equivoca por completo al no informar a Su Excelencia, que llora y se lamenta de que nadie pueda presentarse como el hijo del intendente y que desea de todo corazón que éste hubiera dejado un hijo con el que recordarle». Sin embargo, se contuvo: «Pero no, no es posible. Él no le encontraría ningún sentido a esto». El

pequeño era hermoso y simpático, y al comandante le satisfacía en grado sumo jugar con él.

Fueron al ala oriental, y hablaban tranquilamente cuando el sol empezó a ponerse. Genji sonreía mientras el comandante le comentaba su visita a la princesa en Ichijô del día anterior y cómo la había encontrado. Estaban desgranando diversos recuerdos del fallecido y llorando al intendente cuando Genji observó:

—Sí, la idea de tocar «Le quiero mucho» ciertamente merece que, en lo sucesivo, se cite como un ejemplo, pero, en definitiva, eso le recuerda a uno que una mujer jamás debería hacer el menor

gesto que despierte el interés de un hombre. Mientras le hayas hecho entender que no has olvidado su amabilidad en el pasado y que sigues teniéndole presente en tu recuerdo, creo que es mejor para los dos tener una relación del todo formal y no permitir que te descarríe ninguna tentación vulgar.

«¡Eso es muy cierto! —se dijo el comandante— Eres muy experto en dar consejos al prójimo, pero ¿qué me dices de tu propia galantería?»

—¿De qué manera me descarriaría? —inquirió alzando la voz—. Es evidente que, ahora que he empezado a mostrarle simpatía por la pérdida que ha sufrido, si dejara repentinamente de verla causaría

inevitables sospechas. En cuanto a «Le quiero mucho», sería distinto que ella hubiera sido lo bastante atrevida para provocarlo, pero lo poco que tocó, ante mi insistencia, fue del todo apropiado y, a mi modo de ver, muy bonito. Todo depende de la persona y las circunstancias. Ella ya no es tan joven, ni yo soy dado a una conducta frívola o galante, y supongo que debe de haberse sentido a gusto conmigo, pues su actitud era afectuosa y agradable.

Había encontrado el momento perfecto, y se acercó un poco más a Genji para revelarle el sueño que había tenido. Genji le escuchó, pero no replicó de inmediato. Vio que el sueño tenía sentido.

—Soy yo quien ha de cuidar de la flauta —dijo al fin—. En otro tiempo perteneció al emperador Yôzei. [23] Su difunta Alteza del Ceremonial. [24] que la valoraba en grado sumo, opinaba que incluso de muchacho el intendente había conseguido sacarle un sonido especialmente hermoso, y por ello un día, en una fiesta que dio para celebrar la *hagi*, se la regaló. Probablemente el Refugio no entendió lo que estaba haciendo.

«¿Cómo podría alguien confundir la frase “que se transmita de una generación a otra de mi linaje”? —se preguntó—. Eso era lo que debía de estar pensando. El comandante tiene una mente muy ágil, y

sin duda lo ha comprendido».

El comandante miraba fijamente a su padre y se sentía cada vez más obligado a decir algo. Por un momento no supo qué decir, pero como estaba decidido a insistir en el asunto, observó vagamente, como si acabara de recordarlo:

—Cuando ya estaba cerca del final fui a verle, y una de las cosas que me pidió con insistencia que hiciera, después de que se hubiera ido, era transmitirte las disculpas que te debía. No sé qué querría decir. Hasta ahora no he podido encontrar sentido a estas palabras.

Había hablado como si estuviera del todo perplejo.

«¡Lo sabía!», se dijo Genji. De todos

modos, no veía motivo para reconocer lo que había sucedido, y por un momento fingió incomprensión.

—Me temo que no recuerdo haberle dado nunca motivos para que estuviera resentido conmigo. En cualquier caso, meditaré sobre el sueño que me has contado y te diré qué me parece. Con frecuencia las mujeres nos advierten de lo improcedente que es hablar de un sueño por la noche.

Ésta no era una respuesta satisfactoria, y dicen que el comandante se sintió inquieto por lo que su padre podría pensar de él al haberle planteado la cuestión.

SUZUMUSHI

El grillo cascabel

El *suzumushi* («grillo cascabel») canta en otoño. La noche de la gran luna llena del octavo mes, Genji y Onna San no Miya intercambian poemas en los que alaban ese sonido.

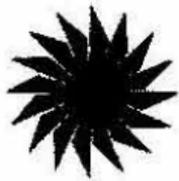
Al de Onna San no Miya,

Conozco desde hace mucho la crueldad

*que a menudo trae el otoño,
y sin embargo no quisiera perderme la
bella canción del grillo cascabel,*

Genji responde:

*Tal vez no desees más que liberarte de
esta pobre morada,
pero la dulce canción del grillo cascabel
nunca envejecerá.*



Relación con los capítulos anteriores

«El grillo cascabel» tiene lugar en el verano y comienzos del otoño del año que sigue a «La flauta».

Personajes

Su Gracia, el emperador retirado honorario, Genji,
de 50 años

Su Alteza Enclaustrada, de
24 o 25 años (Onna San no Miya)

El lector (Kôji)

Su Alteza de la Guerra,
hermano de Genji (Hotaru Hyôbukyô no
Miya)

El comandante, hijo de Genji, de
29 años (Yûgiri)

**Su Eminencia, el
emperador retirado**

Reizei, de 31 años

Su Majestad, la
emperatriz, de 42 años
(Akikonomu)

Aquel verano, cuando los lotos estaban en flor, Genji tomó disposiciones para que hicieran las imágenes sagradas [1] de Su Alteza Enclaustrada y las dedicaran. A tal fin, aprovechó todo cuanto había reunido con destino a la capilla personal de la dama. Pidió que confeccionaran los estandartes [2] con un precioso brocado chino muy curioso, y la señora Murasaki supervisó la costura. Las cubiertas de las bases para colocar flores, con su bonito estampado teñido, eran especialmente bellas, y el tinte se había realizado de una manera muy original. Enrollaron las cortinas nocturnas en los cuatro lados [3] y en el fondo colgaron un mandala del Loto. [4]

Ofrendas de flores de magníficos colores se alzaban ante la imagen en altos jarrones de plata. El incienso que ardía en el altar era chino y su calidad de «cien pasos», y el Amida junto con sus dos *bodhisatvas* [5] eran muy bellos, primorosamente tallados en madera de sándalo blanca. El recipiente del agua sagrada era muy pequeño, como de costumbre, y estaba adornado con lotos azules, blancos y violetas. El incienso, mezclado según el método del «pétalo de loto», con sólo la adición de un poco de miel, [6] difundía una fragancia que se fusionaba perfectamente con la de las flores de loto del altar. Genji había aportado seis ejemplares del Sutra, uno para los seres

sensibles de cada uno de los seis reinos, [7] y él mismo había confeccionado el de la dama. La plegaria que había escrito para acompañarlo expresaba el deseo de que por lo menos aquella escritura preservara el vínculo entre ellos y que se ayudaran mutuamente en el camino. En cuanto al Sutra de Amida, [8] dudaba de que el papel chino fuese lo bastante resistente para una escritura que ella manejaría día y noche, y había hecho llamar a los operarios del taller de papel para que confeccionaran uno adecuado a ese menester. Durante la primavera ella se había dedicado con ahínco a copiar el texto, y el menor atisbo del rolo deslumbraba a quien lo veía. La luminosa

cualidad de la escritura era aún más extraordinaria que las líneas doradas. No hace falta describir el rodillo, la cubierta y la caja. Descansaba sobre una base de madera de aloe en el estrado de las imágenes sagradas.

Una vez terminada la capilla, llegó el lector [9] y los caballeros se reunieron para distribuir el incienso. [10] Cuando se encaminaba allí, Genji echó un vistazo al pasillo del oeste, donde estaba Su Alteza, y la encontró instalada en un entorno caluroso y hacinado, entre cincuenta o sesenta damas de honor lujosamente ataviadas. Las muchachas paje iban de un lado a otro por toda la estancia hasta el pasillo norte, y la atmósfera estaba llena

del humo que brotaba de varios quemadores de incienso. Genji se acercó a las mujeres.

—Cuando queráis perfumar el aire, debéis hacerlo de manera que nadie sepa de dónde procede el humo —les dijo—. Más humo del que jamás se ha alzado del monte Fuji no es una buena idea. No debéis hacer ningún ruido mientras dura la prédica, y también debéis evitar los ruidos y movimientos innecesarios, pues uno ha de escuchar en silencio y con toda su atención. —Era muy apropiado dar unos breves consejos incluso a las jóvenes inexpertas. Su Alteza estaba allí sentada, agobiada por la gente, muy bonita y menuda—. Tu hijo podría causar

molestias —le dijo—. Deberías enviarlo a alguna parte donde no estorbe.

Los paneles deslizantes del lado norte habían sido sustituidos por persianas, a través de las cuales entraron las mujeres. Era conmovedor ver a Genji acomodándolas y explicando luego a Su Alteza el avance del rito.

La visión del hermoso altar instalado en la cámara donde ella había dormido le emocionaba.

—Jamás imaginé que juntos organizaríamos una ceremonia como ésta —le dijo—. ¡Muy bien, imagínanos a los dos alojados en la misma flor, por lo menos en la vida futura!

Con lágrimas deslizándose por sus

mejillas, mojó un pincel en el tintero para escribir en el abanico de la dama, teñido de color clavo:

En nuestra vida futura compartiremos un trono de loto, eso te lo prometo, aunque sea hoy tan triste separarnos como gotas de rocío.

Ella le replicó:

Por más que me prometas un trono para los dos en una sola flor de loto, en tu corazón, sin duda, no deseas de verdad estar conmigo.

—¡Cómo das al traste con mis

esperanzas! —exclamó Genji. Sonreía, pero no era difícil ver lo triste que estaba.

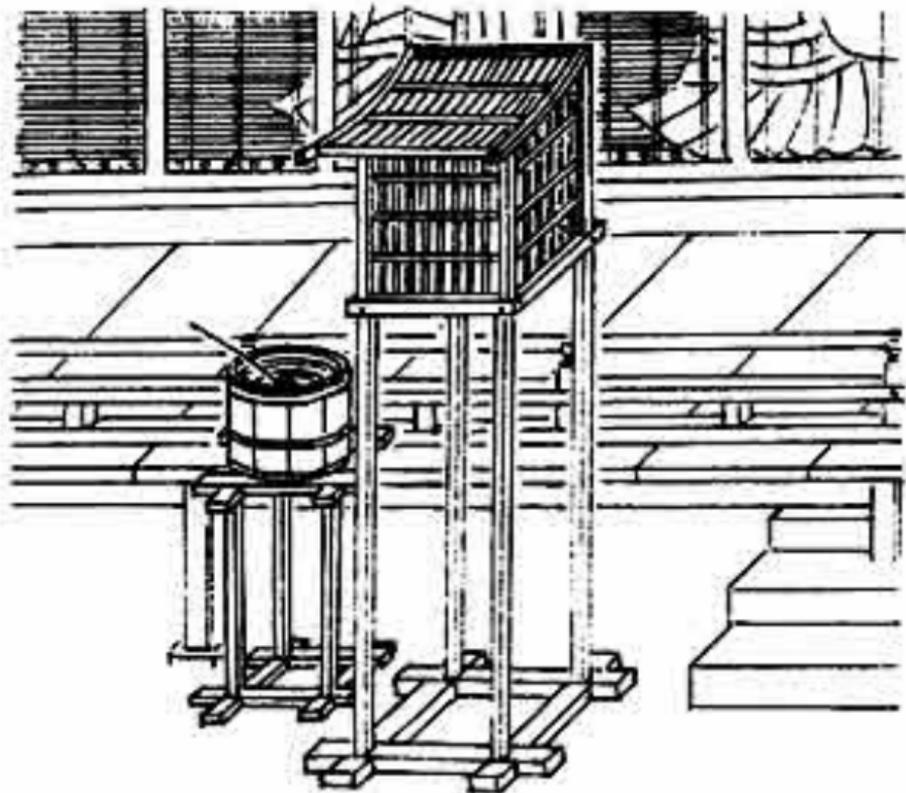
Llegaron todos los príncipes, como de costumbre, y las damas de Rokujô habían aportado con entusiasmo sus propias y generosas ofrendas. Todo lo demás, incluidas las vestimentas de los siete sacerdotes, [11] había sido preparado por la señora Murasaki. Las vestiduras eran de seda asargada, e incluso la manera en que estaban cosidas las estolas debió de haber impresionado a las personas de buen gusto, pero la descripción de estos pequeños detalles sería excesiva. El lector dio una brillante explicación del rito y, con un torrente de la erudita elocuencia que con justicia le había

valido fama, saludó la resolución con que Su Alteza Enclaustrada dejaba atrás cualquier pensamiento de gloria mundana a fin de entregarse por todas las vidas futuras al Sutra del Loto. Era un momento solemne, y los reunidos lloraban.

Genji había confiado en mantener en secreto la inauguración de la capilla privada de Su Alteza Enclaustrada, pero Su Majestad y Su Eminencia Enclaustrada en la montaña se habían enterado del acontecimiento y habían enviado representantes. Las ofrendas para las lecturas de la escritura fueron impresionantes. Un acto organizado por Genji siempre era algo fuera de lo corriente, incluso cuando en principio se

había propuesto que fuese sencillo, y los espléndidos toques añadidos en aquella ocasión significaban naturalmente que los monjes regresarían aquella noche a sus templos cargados con tales riquezas que no sabrían dónde ponerlas.

Los sentimientos de Genji hacia Su Alteza Enclaustrada eran más profundos que nunca y le mostraba una solicitud sin reservas. El padre de la dama le hizo saber que, a fin de mantener las apariencias, sería mejor que ella se trasladara a la residencia que él había propuesto, pero Genji se oponía con firmeza.



Soporte de agua bendita

—Me preocuparía que estuviera tan lejos —explicó—. No poder verla y hablar con ella en cualquier momento del día o de la noche sería demasiado triste para mí. Es cierto que ya me queda poco

tiempo, pero, por lo menos mientras viva, prefiero no verme privado de la oportunidad de manifestarle lo mucho que significa para mí.

Entretanto se encargó de que arreglaran debidamente la residencia de Sanjô, y que llenaran sus almacenes de los mejores productos obtenidos con los emolumentos de la princesa o enviados como ofrendas desde las fincas y los pastos de las provincias. Incluso hizo construir nuevos almacenes y, con un cuidado escrupuloso, guardó en ellos todos los tesoros que pertenecían a la dama o que su padre le había dado en tal abundancia. Las atenciones que le prodigaba continuamente y la amabilidad

con sus numerosas damas, de rango alto o bajo, se debían por entero a la generosidad que le caracterizaba.

Aquel otoño convirtió el jardín que se extendía ante la galería del oeste, hasta el lado este de la valla medianera, [\[12\]](#) en un brezal silvestre, y decoró aquella parte de la casa con una pila de agua sagrada y otros elementos apropiados. También eligió y asignó al servicio de la dama no sólo a las mujeres que se habían hecho monjas por afecto hacia ella, sino también a las más jóvenes, las cuales, aunque todavía se hallaban en la flor de la juventud, se sentían llamadas a pasar el resto de su vida dedicadas a la práctica religiosa. Muchas pugnaban por unirse a

ellas, pero cuando Genji se enteró de lo impacientes que estaban, anunció que no lo permitiría.

—Si hay entre ellas una sola que carezca de verdadera vocación, perturbará a las demás y correrán el riesgo de que las consideren superficiales y atolondradas —advirtió.

Finalmente, sólo una decena de mujeres sirvieron a Su Alteza Enclaustrada vestidas con los hábitos.

Genji pidió que soltaran grillos [\[13\]](#) en el brezal del jardín, y en las noches en que soplaba una brisa algo más fresca iba allí como si fuera para oír su canto. Esto inquietaba bastante a Su Alteza, puesto que él le había dejado bien claro que aún

no renunciaba a ella, y ella era consciente de que no podía permitirle lo que se proponía. No había cambio alguno en su manera de tratarla, pero era evidente que seguía enojado y que en realidad su actitud hacia ella había sufrido un cambio radical. Su deseo de evitar a toda costa que la abordara con semejante estado de ánimo había sido su principal motivación para hacerse monja, y por entonces él debería haberla dejado en paz, pero lo cierto es que el constante asedio de Genji la hacía sufrir tanto que anhelaba trasladarse a otra parte, muy lejos de allí. Sin embargo, carecía de valor para insistir.

El decimoquinto día, al anochecer, Su

Alteza estaba sentada ante el altar, cerca de la terraza, concentrada en invocar el Nombre. Dos o tres monjas jóvenes ofrendaban flores. El recipiente de agua sagrada vibraba, se oían los sonidos del agua utilizada en el ritual, y el ajetreo en torno a unas tareas con las que ella estaba tan poco familiarizada le hacía sentirse muy melancólica. En aquel momento, a la manera imprevista en que solía hacerlo, entró Genji.

—¡Los grillos cantan esta noche en todas partes! —observó, y se unió a ella para cantar, en un tono bajo pero solemne, el gran *darani* del Buda Amida. Había en verdad una multitud de grillos, entre los cuales los cantos de los grillos cascabel

se alzaban magníficos por encima de los restantes—. Todos los cantos de los grillos son hermosos —comentó—, pero Su Majestad [14] prefería sobre todo los grillos del pino, y éstos eran los que recogía en lejanos páramos para soltarlos en el jardín. Pero tengo entendido que muy pocos siguieron cantando aquí. Probablemente los grillos del pino no viven mucho tiempo, pese a lo que sugiere su nombre. [15] La verdad es que sólo cantan en las montañas, donde nadie puede oírlos, o entre los pinares que se extienden en las estribaciones de los bosques, lo cual indica que prefieren la soledad. La discreta animación del grillo cascabel es lo que lo hace tan atractivo.

*Conozco desde hace mucho tiempo la
crueldad que a menudo trae el otoño,
y, sin embargo, no quisiera perderme la
preciosa canción del grillo cascabel,*

dijo ella en voz muy baja, con una
elegancia suave y deliciosa.

—¿Qué quieres decir? —replicó
Genji—. ¡Jamás pensé que te oiría decir
una cosa así!

*Tal vez no desees más que liberarte de
esta pobre morada,
pero nunca envejecerá, te lo aseguro, la
dulce canción del grillo cascabel. [\[16\]](#)*

Pidió que le trajeran un *kin* y lo tocó

como no lo había hecho en mucho tiempo. Ella dejó de pasar las cuentas del rosario budista y, pese a todo, le escuchó. Había salido la luna y tenía un impresionante esplendor. Con la mirada perdida en el cielo, Genji reflexionaba en lo mudable que es este mundo, mientras tocaba de un modo más bello que nunca.

Llegó Su Alteza de la Guerra, pues había supuesto que aquella noche habría música como de costumbre; entonces apareció el comandante, acompañado de cortesanos de su confianza. El *kin* de Genji les anunció dónde se encontraba, y todos fueron a reunirse con él.

—Tengo tan poco que hacer que he deseado oír de nuevo ese peculiar sonido

que durante tanto tiempo he echado de menos —le dijo—, aunque no puede decirse de mi música solitaria que sea un concierto como es debido. Me alegro de que estéis aquí.

Pidió que preparasen un asiento e hizo pasar a Su Alteza. Aquella noche estaba prevista una fiesta para contemplar la luna en presencia de Su Majestad, pero su cancelación les había decepcionado, y la noticia de que la gente se estaba reuniendo en Rokujô hizo que varios nobles se encaminasen allá. Hablaron de qué clase de grillo cantaba mejor.

Varios instrumentos sonaban con un efecto delicioso cuando Genji observó:

—Cada noche de luna tiene su propio

temperamento, pero esta noche el brillo de la luna hace que los pensamientos de uno se remonten muy por encima de este mundo. Ahora que se ha ido, cada vez pienso más en el difunto intendente, y me parece que los acontecimientos, tanto públicos como privados, sin él han perdido su sazón. Apreciaba como nadie los colores de las flores y los cantos de los pájaros, y su gran inteligencia siempre hacía que mereciese la pena conversar con él.

La música que él mismo tocaba le arrancó lágrimas que humedecieron sus mangas. No se le ocultaba que la princesa debía de estar escuchándole desde detrás de sus persianas, pero en las ocasiones

musicales como aquélla era cuando más echaba de menos al caballero, y Su Majestad también le recordaba con afecto.

—Pasemos esta noche reverenciando al grillo cascabel —propuso.

La taza de sake había hecho dos veces la ronda cuando llegó un mensajero del emperador retirado Reizei. El gran senescal de la Izquierda [17] y el comisionado de Ceremonial, [18] decepcionados por la repentina cancelación de la velada musical en palacio, habían llegado con un grupo de compañeros de similares gustos, y Su Eminencia acababa de enterarse de que el comandante y varios más estaban en Rokujô.

*Incluso donde vivo tan lejos del reino y
muy por encima de las nubes,
la luna todavía me recuerda una
deliciosa noche de otoño. [19]*

«Ah, si pudiera mostrarlas...», [20]
había escrito Su Eminencia.

—La verdad es que pocas cosas me ocupan, pero, ahora que se dedica a una vida de sereno retiro, ya casi nunca le visito, y me temo que desea recordarme que me considera desatento —explicó Genji disponiéndose a partir, pese a que daría la impresión de que actuaba de un modo precipitado.

Como antes, tu luna brilla en lo alto muy

*por encima de las nubes,
mientras que este hogar mío es tal que
para mí el otoño ha cambiado. [\[21\]](#)*

El poema podría haber sido mejor, pero probablemente se le había ocurrido mientras acudían a su mente recuerdos lejanos y recientes de Su Eminencia. Ofreció sake al mensajero y le dio una generosa recompensa.

Dispusieron de nuevo los carruajes por orden de rango, se reunió una gran escolta, el suave concierto llegó a su final y el grupo emprendió la marcha. Su Alteza viajaba en el carruaje de Genji, al que seguían los del comandante, el intendente de la Guardia de la Puerta Izquierda, el

consultor Fujiwara [\[22\]](#) y los demás. Se habían puesto túnicas con cola sobre los mantos, que eran demasiado informales, y bajo la luna que se había alzado todavía más en el delicioso cielo nocturno, el discreto desfile avanzó mientras, a petición de Genji, los jóvenes caballeros tocaban las flautas. Genji y Su Eminencia se habían visto en actos oficiales, en medio de una pompa y un ceremonial imponentes, pero Genji recordaba también la época en que había sido un simple súbdito, y ahora, al presentarse ante él con la sencillez de antaño, Su Eminencia se sintió muy sorprendido y encantado. En su madurez se parecía más que nunca a Genji. Por propia decisión había

renunciado a un reinado glorioso, y Genji se emocionó al reparar en la tranquilidad de la vida que ahora llevaba. Los poemas chinos y japoneses que compusieron aquella noche estuvieron llenos de sentimiento, y, como de costumbre, sólo puedo recordar unos pocos. [\[23\]](#) Leyeron los poemas chinos cuando amanecía, y entonces todos los presentes se retiraron.

Antes de regresar a casa, Genji fue a ver a la emperatriz, y los dos conversaron.

—La verdad es que ahora debería visitarle a menudo —comentó Genji—, habida cuenta de la tranquila vida que lleva, porque, incluso en ausencia de cualquier ocasión particular para hacerlo,

me gustaría hablar de toda clase de cosas de un pasado que, a mi edad, jamás olvido. Sin embargo, puesto que en realidad no soy ni una cosa ni la otra, temo pecar de atrevimiento o resultar inoportuno. [24] Tantos jóvenes parecen haberme tomado la delantera [25] que esta vida mudable me ha dejado casi sin consuelo, y he aquí que anhele un lugar apacible donde vivir por fin, muy alejado del mundo, pero el abandono que sentirían quienes se quedasen atrás se interpone en la satisfacción de este deseo.

Había hablado con una seriedad absoluta, y la joven emperatriz le replicó con su serenidad característica:

—Tras haberme pasado años

encerrada en palacio, cada vez deploro más que mi estado actual haga tan difícil concertar un encuentro contigo, y si bien el mundo que ahora tantos abandonan también a mí me resulta aborrecible, aún no te había hablado de tales sentimientos porque siempre he tenido la costumbre de recurrir a ti en primer lugar cada vez que me surge una dificultad, y ahora no podía hacerlo sin vacilación.

—A decir verdad, cuando estabas en la corte sabía que en ciertas ocasiones te veías obligada a retirarte a tu casa y entonces podía esperar con ilusión la posibilidad de saludarte, pero, tal como están las cosas ahora, ¿qué excusa podrías aducir para ir a donde deseas? Sé que la

vida es traicionera, pero nadie rechaza el mundo sin más ni más, sin algún agravio contra él, y siempre hay vínculos que detienen incluso a quien se encuentra en condiciones de hacer lo que le plazca. ¿Qué te mueve a hablar de ese modo? A ciertas personas, una aspiración religiosa como la tuya, que trata de emular el ejemplo de otros, sólo podría parecerles extraña. Debes abandonar la idea de una vez por todas.

Ella coligió con amargura de esta respuesta que él apenas comprendía sus motivos. ¿A través de qué humos infernales podía su madre, el Refugio de Rokujô, vagar ahora en pena? Genji había hecho lo posible por ocultar la manera en

que la madre había anunciado su presencia, ahora detestada, incluso después de su muerte, pero, como no podía ser de otro modo, el chismorreó a que dio lugar había llegado a sus oídos, y el horror consiguiente había hecho que la vida le resultara aborrecible. Anhelaba saber exactamente lo que había dicho su madre en el transcurso de aquellas apariciones, [\[26\]](#) pero no podía decidirse a hablar con claridad y se limitó a abordar la cuestión indirectamente.

—Aunque los datos que tengo son muy vagos, creo que mi madre acarreaba al morir una pesada carga de pecado, algo que no es difícil suponer incluso sin pruebas, pero jamás olvidaré el pesar de

haberla perdido, y me aflige mucho no ser más considerada con ella ahora que se encuentra en el más allá. Cada vez es más profundo mi deseo de aceptar la guía de quienes hablan de consuelo [\[27\]](#) y apagar esas llamas, yo sola si fuese necesario, y ésa es la razón de que me sienta así.

Genji comprendía muy bien su estado de ánimo, y se sintió conmovido.

—Ésas son llamas que nadie puede rehuir, como todos sabemos, pero, aunque la brevedad de la vida recuerde a la del rocío de la mañana, seguimos aferrándonos a lo que tenemos. El santo Mokuren era discípulo del Buda, y dicen que salvó a su madre de inmediato, pero dudo de que vayas a seguir su ejemplo,

[28] y, aunque renunciases al jade en tu cabello, aún podrías lamentar amargamente el abandono de este mundo. Cultiva la resolución que has mencionado y haz lo que sea preciso para liberarla del humo. Comparto tu deseo; no obstante, entre una cosa y otra, me paso los días y las noches de un modo muy alejado de la paz que anhelo. Todo lo que puedo hacer es sumar plegarias por ella a mis propias oraciones, lo cual, como dices, es demasiado poco.

Así se confesaron mutuamente su disgusto por este mundo y su deseo de renunciar a él, pero, en su estado de ánimo prevaleciente, aún no había llegado para ellos el momento de abandonar las

galas y los placeres.

La noticia de la discreta y despreocupada visita realizada por Genji la noche anterior se había difundido por la mañana, y los nobles de alto rango y demás cortesanos reunidos en casa de Su Eminencia aguardaban su regreso. El éxito con que había criado a la consorte del príncipe heredero le producía una gran satisfacción, puesto que se evidenciaba en el actual esplendor de la dama y la clara superioridad del comandante sobre todos los demás, pero era Su Eminencia Reizei, que tanto significaba para él, quien gozaba de su afecto más profundo. También Su Eminencia había anhelado siempre una mayor intimidad con Genji, y la

desdichada excepcionalidad de sus reuniones era lo que le había impulsado a abrazar su actual estilo de vida, más sereno.

En cambio, la emperatriz tenía ahora incluso menos oportunidades de ausentarse que antes, pues estaban continuamente juntos, como cualquier pareja de súbditos, y disfrutaban de una música más brillante y elegante que cualquiera de las que habían oído durante su reinado. Ningún aspecto de sus circunstancias podía dejar de satisfacerla, si no fuera porque la preocupación que sentía por su madre confirmaba el deseo de entregarse a la vida devota. Sin embargo, jamás recibiría el permiso para

hacerlo, y en consecuencia se dedicaba a hacer buenas obras mientras percibía cada vez con mayor claridad el verdadero carácter de este mundo.

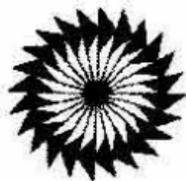
Yûgiri

Niebla nocturna

Una noche brumosa, Yûgiri (la palabra significa «niebla nocturna») visita la casa de campo en las colinas donde Ochiba no Miya se ha retirado con su madre, y allí él le envía el poema que da nombre tanto a él como al capítulo:

*Mientras vela el cielo como niebla
nocturna que a una aldea de montaña*

*trae nueva melancolía, no siento el deseo
de emprender
el camino de regreso a mi hogar.*



Relación con los capítulos anteriores

«Niebla nocturna» comienza más o menos en el mismo punto que finaliza «El grillo cascabel» (los dos capítulos se solapan ligeramente) y se prolonga hasta el invierno del mismo año.

Personajes

Su Gracia, el emperador

retirado honorario, Genji,
de 50 años

Su Alteza de Ichijô, la
segunda princesa (Ochiba no Miya)

El comandante, hijo de Genji, de
29 años (Yûgiri)

El Refugio, madre de Ochiba no
Miya (Ichijô no Miyasudokoro)

Su Reverencia, el Maestro de
Disciplina

**La esposa del
comandante**, de 31 años (Kumoi
no Kari)

Koshôshô, una dama de honor de
Ochiba no Miya y también prima suya

**El gobernador de
Yamato**, primo de Ochiba no Miya y
hermano de Koshôshô

La señora Murasaki, de 42
años

Su Excelencia (Tô no Chûjô)

Su Eminencia

Enclaustrada, de 53 años (Suzaku
In)

La dama del ala nordeste
(Hanachirusato)

El teniente chambelán, uno
de los hijos de Tô no Chûjô

La dama de cámara, hija de
Koremitsu

El comandante, siempre fiel a su reputación de caballero galante, había decidido que Su Alteza la segunda princesa, que habitaba en Ichijô, era exactamente lo que él deseaba, y cultivaba de manera asidua la buena voluntad de la joven, mientras seguía presentando ante el mundo una imagen de respeto a la memoria del fallecido. A medida que transcurrían los días y los meses, cada vez estaba más convencido de que las cosas no podían quedar como estaban. En cuanto al Refugio, puesto que la soledad y la monotonía de su vida iban en aumento, estaba conmovida y agradecida por las atenciones que él le prodigaba, y a menudo sus visitas le

aportaban un gran consuelo.

Él nunca había aventurado la menor indirecta a Su Alteza, pues pensaba que, si de repente empezaba a adoptar la actitud de un pretendiente, no conseguiría sino ofenderla, pero le mostraría la hondura de su afecto, y estaba seguro de que, con el tiempo, ella acabaría por ceder. No desaprovechaba la ocasión de tener un atisbo de la joven, la cual, por su parte, jamás le decía ni una sola palabra. El comandante andaba buscando una oportunidad de expresarse claramente y de aquilatar la respuesta que ella le había dado cuando el Refugio sufrió los graves embates de un espíritu y se trasladó a una casa de campo que tenía en Ono. [\[1\]](#) Fue

allá porque su sanador preferido, un Maestro de Disciplina [2] que siempre la había librado de los espíritus, se había retirado a las montañas y jurado que jamás regresaría para vivir de nuevo entre los hombres, y puesto que el lugar se hallaba en las estribaciones, ella podía pedirle que la visitara. El comandante le proporcionó una escolta e incluso un carruaje, mientras que todos los jóvenes caballeros [3] que en otro tiempo habían sido íntimos suyos estaban demasiado ocupados en sus asuntos personales para dedicarle un solo pensamiento. El senescal [4] había expresado su interés, pero se encontró con tal rechazo que no volvió a insistir en visitarla de nuevo.

El comandante procedió a acercarse de una manera muy discreta y cauta. Al enterarse de que el Refugio había encargado el rezo de plegarias, incluso tuvo la consideración de enviar ofrendas de vestiduras puras [5] para los monjes. Puesto que ella no podía agradecersele, fue Su Alteza quien replicó cuando las damas de honor le hicieron la observación de que una nota escrita por ellas ofendería a tan importante caballero. La agradable escritura, sin pretensiones y realizada en una sola línea, [6] y la calidez de las palabras con que la acompañaba, estimularon más que nunca su deseo de estar con ella, y empezó a enviarle cartas con frecuencia. Las cosas se pusieron

dificiles cuando su esposa reparó en que parecía haber algo entre ellos, y no pudo visitarla de inmediato, como tanto le habría gustado hacer.



Valla de broza

Era a mediados del octavo mes, y el campo se hallaba en todo su esplendor. El comandante ardía en deseos de ver qué clase de vida llevaba ella en las colinas.

—Tengo entendido que el Maestro de Disciplina ha ido a visitarla —explicó con naturalidad—, y hay algo de lo que quisiera hablar con él. Voy a partir, pues, dado que así tendré también la oportunidad de interesarme por la salud del Refugio.

Su discreta escolta sólo estaba formada por cinco o seis hombres con veste de caza. Su destino se encontraba en las profundidades de la montaña, pero las colinas por encima de Matsugasaki, si bien no eran exactamente nobles peñascos, mostraban sin embargo sus colores otoñales, y su belleza le absorbía más que la de aquel soberbio jardín de la Ciudad. [7]

La liviana valla de broza era en verdad elegante, a pesar de que el Refugio se había propuesto permanecer poco tiempo. Un altar con hogar incorporado [8] ocupaba un espacio en el lado este de lo que él supuso que era la casa principal y, puesto que ella ocupaba el ala norte, Su Alteza se encontraba en la parte delantera de la cámara, al oeste. El Refugio habría preferido que su hija no acudiera, por temor al espíritu que le afligía, pero Su Alteza no había querido abandonar a su madre, que, por lo tanto, pidió que colocaran un delgado tabique entre las dos. No le permitía acercarse más a ella, para evitar que el espíritu también la poseyera.

Como no había ningún lugar donde recibir a un invitado, le hicieron sentarse ante las persianas de Su Alteza, [9] desde donde las damas de honor mayores transmitieron sus saludos.

—Te estoy en extremo agradecida por tus amables cartas y por tu consideración al visitarme ahora —replicó el Refugio—. El temor de no poder darte las gracias como es debido, si me sucediera cualquier cosa, ha sido la motivación de mi deseo de vivir un poco más. Había confiado en escoltarte hasta aquí, pero, ¡ay!, me vi detenido en Rokujô y no pude hacerlo. Tantas cosas me absorben a diario que lamento haber sido menos atento contigo de lo que debería.

Su Alteza permanecía sentada y silenciosa al fondo de la estancia, invisible, pero entre un mobiliario tan sencillo y un entorno de semejante austeridad, naturalmente era obvio que se encontraba allí. El frufú que producía su más ligero movimiento lo evidenciaba. El agitado comandante habló, como de costumbre, con Koshôshô [\[10\]](#) y las demás mujeres, mientras intercambiaba mensajes con el Refugio, que se hallaba a bastante distancia de él.

—Mis visitas se prolongan desde hace varios años —observó—, y es muy decepcionante que Su Alteza todavía me reciba tan fríamente. ¡Pensar que incluso ahora, ante sus mismas persianas, le envío

mis saludos a través de persona interpuesta! ¡Jamás he visto nada igual! Mis maneras anticuadas deben de hacerle sonreír, lo mismo que al resto de vosotras... ¡Es tan embarazoso...! No me sentiría tan azorado si hubiera practicado la galantería un poco más cuando era joven y apenas importarle. ¡No, ningún otro a mi edad podría ser tan quisquilloso y pesado!

En verdad, no había nada en él que estimulase un tratamiento displicente, y sus palabras confirmaron a las mujeres lo que suponían desde hacía mucho tiempo.

—Mi señora, no sería apropiado que dejárais de responderle como se merece —decían, dándose codazos unas a otras

— Es como si su queja no significara nada para vos.

He aquí el mensaje que recibió el comandante: «Remediaría como es debido la desdichada incapacidad de mi madre para responderte en persona, pero cuidar de ella en semejantes momentos de peligro es algo que me ha sometido a penosa prueba, y me temo que no puedo hacer tal cosa».

—¿Es esto de Su Alteza? —preguntó él, poniéndose en pie—. ¿Por qué será que siento el sufrimiento de tu madre como si fuese el mío propio? Lo que me ha traído aquí, si puedo decirlo, es la convicción que tengo de lo vital que es para ambas, cuando tú misma has tenido

ocasión de llorar, que conserve la buena salud para verte en tiempos más felices. Lamento mucho que creas que dirijo sólo a ella mi buena voluntad y no percibas la preocupación que desde hace largo tiempo también siento por ti.

Las damas de honor aseguraron a Su Alteza que lo que él había dicho era cierto.

El sol no tardaría en ponerse, la niebla velaba bellamente el cielo y la sombra de la montaña parecía atenuarse, mientras las cigarras cantaban por doquier [11] y las clavellinas de bonitos colores se mecían gráciles a lo largo de la valla. [12] Las flores del jardín cercano, abundantes y llenas de brillo, lucían sus

colores entre refrescantes sonidos acuáticos, mientras los pinos susurraban como un bosque bajo el quejumbroso viento de la montaña, y cuando sonó la campana que indicaba el cambio de turno de los monjes para la lectura perpetua de las escrituras, las voces de ambos se mezclaron un momento, produciendo un efecto impresionante. La melancolía del lugar teñía de tristeza los pensamientos del comandante. No deseaba marcharse. Se oía al Maestro de Disciplina, que oraba cantando el *darani* en tono solemne.

Las mujeres se reunieron con el Refugio, que al parecer estaba muy enferma. No eran muchas las damas de honor que habían seguido a su señora al

campo, y por ello Su Alteza se quedó allí a solas con sus pensamientos. Al comandante, aquel momento le pareció perfecto para una discreta declaración. Ahora la niebla envolvía incluso la casa, y él dijo:



Panel deslizante

—No podré ver el camino de regreso.
¿Qué voy a hacer?

Mientras vela el cielo tal niebla

*nocturna que a una aldea de montaña
trae*

*nueva melancolía, no siento el deseo de
ponerme en camino hacia mi hogar.*

*Sin duda ni siquiera la niebla que
envuelve y silencia la humilde valla del
jardín*

*de una rústica de montaña detendrá
jamás a quien se apresura a irse.*

El débil murmullo de la respuesta
consoló al comandante, y relegó por
completo su propósito de marcharse.

—La verdad es que no sé qué hacer.
No podría ver el camino de regreso a
casa, y sin embargo me dices que tu valla
envuelta en la niebla no tiene por qué

retenerme. Esto es lo que me ocurre por ser tan poco hábil en esta clase de situaciones.

Todavía reacio a marcharse, empezó a abordar los sentimientos que le embargaban amenazando con derramarse, y ella, que siempre había hecho caso omiso de lo que él sentía, aunque lo había percibido a lo largo de los años, deseó, incomodada, que no lo exteriorizara.

Él llamó a uno de sus sirvientes, un miembro de su guardia que recientemente había sido ascendido desde el puesto de ayudante. [\[13\]](#) Cuando el hombre se presentó, su señor le pidió que se aproximara con discreción.

—Tengo que hablar de cierto asunto

con el Maestro de Disciplina —le dijo—. Sé que está ocupado con sus ritos, pero precisamente ahora parece estar descansando. Me quedaré esta noche e iré a verle una vez haya terminado el servicio nocturno. Ocúpate de que los hombres apropiados permanezcan aquí de guardia. En cuanto a los demás, creo que mi finca de Kurusuno está cerca. Que vayan allí y alimenten a los caballos. No quiero que se queden demasiados, charlando ociosamente. La gente podría pensar que no tengo ningún motivo para pasar aquí la noche.

El hombre, que comprendió que el comandante debía de tener sus razones, asintió y se retiró.

—El camino de regreso será demasiado difícil, así que buscaré algún lugar cercano donde pasar la noche — observó entonces con aparente despreocupación—. Te agradeceré que me dejes permanecer aquí, ante tus persianas, hasta que Su Reverencia haya terminado.

«¡Oh, no! —se dijo ella—. ¡Normalmente no se queda hasta tan tarde ni se muestra galanteador como ahora!» Sin embargo, le pareció que sería impropio alejarse con demasiada rapidez o reunirse con su madre de un modo demasiado evidente, así que permaneció sentada en silencio hasta que él empezó a trabar conversación con ella; entonces

entró sigilosamente en el aposento, detrás de la mujer que transmitía sus palabras a la dama. Estaba anocheciendo, la niebla todavía era muy densa y la oscuridad reinaba al otro lado de las persianas. La dama de honor miró hacia atrás, consternada, y Su Alteza se deslizó horrorizada tras el panel en el lado norte de la estancia, mientras el comandante, en pos de ella, le asió la túnica para detenerla. La dama consiguió entrar, pero las faldas quedaron atrapadas y, puesto que el panel situado no se cerraba desde aquel lado, abandonó el intento de cerrarlo y se quedó allí sentada, temblorosa y empapada en sudor. Sus estupefactas damas de honor no sabían

qué hacer. En el lado donde estaba el comandante había un pestillo, pero eso no servía de ayuda, y él no era un hombre al que pudieran sacar de allí a rastras.

—¡Esto es terrible, mi señor! — exclamó la mujer, al borde de las lágrimas—. ¡Jamás lo habría pensado de vos!

—¿Por qué Su Alteza habría de encontrar escandaloso o especialmente desagradable que la visite? Sin duda soy indigno, pero me conoce desde hace años.

Sin perder la calma, se puso a hablar de lo que tanto abrumaba su corazón. Su Alteza no deseaba escucharle; tan sólo lamentaba su necesidad y se estremecía al considerar que era eso lo que él pensaba

de ella. La posibilidad de responderle no le pasaba por la cabeza.

—Tienes la crueldad de una niña pequeña —se quejó el comandante—. Sí, confieso el desvergonzado delito de tener secretos anhelos que mi corazón ya no puede reprimir, pero en cuanto a permitirme cualquier libertad mayor, jamás haría tal cosa sin tu consentimiento. ¡En qué insoportable confusión me encuentro! He tenido todo el derecho a esperar de ti que con el tiempo comprendieras mis sentimientos, y, sin embargo, los has obviado y has mantenido tu frialdad con tal tozudez que no sé cómo abordarte. Puede que mis sentimientos te parezcan extraños y repelentes, pero te

aseguro que mi único deseo es decirte con claridad cuáles son, pues sería muy amargo permitir que languidecieran y muriesen. Te respeto demasiado para actuar de otro modo, a pesar de tu incalificable manera de tratarme. —Le había hablado con una exagerada consideración.

No abrió la mampara deslizante, a pesar de que ella no había cerrado el pestillo.

—¡Pensar que insistes en interponer tan sólo esto entre nosotros...! —exclamó, riendo—. ¡Es conmovedor!

Sin embargo, desistió de hacer cualquier cosa peor. No había estado prevenido ante tan dulce nobleza y gracia.

La había visto muy delgada y frágil, tal vez por el prolongado luto, y las mangas, tan elegantes como informales, del vestido que usaba dentro de casa y que no había podido cambiarse, así como su invitadora fragancia, la hacían en conjunto tan atractiva que la actitud del comandante se suavizó.

Ya era bien entrada la noche y soplaba un lúgubre viento. La canción de los grillos, el bramido de un ciervo, el sonido de la cascada... todo se mezclaba con un efecto tan sensacional y estimulante que el bobalicón más soso habría yacido insomne bajo aquel cielo, pues los postigos seguían abiertos y la luna poniente cernida sobre la silueta de

las montañas dotaba a la escena de un aire demasiado patético para no provocar las lágrimas.

—Tu absoluta imposibilidad de comprender mis sentimientos me ha mostrado al menos hasta qué triste extremo tu corazón es superficial —siguió diciéndole—. No puedo imaginar a otro hombre que tenga una inocencia tan estúpida y tranquilizadora como la mía; cualquiera capaz de hacer lo que desea se reiría de un idiota como yo, y entonces, según creo, haría lo que le viniese en gana. No puedo prometerte que me dominaré indefinidamente, habida cuenta de la intensidad de tu desprecio. No es posible que te hagas la desentendida,

como si esta situación no te afectara.

Puso a prueba toda clase de argumentos y amenazas, que dejaron a la dama abatida y sin saber cómo debería reaccionar. Horrorizada por las repetidas insinuaciones de que su experiencia de la vida debería haberla preparado para ceder, pensó que su posición era en verdad un gran infortunio y sintió deseos de morir.

—Desdichada como soy, reconozco mis defectos, pero apenas sé qué pensar de tu increíble conducta —replicó en voz muy baja y sollozando lastimeramente.

¿He de ser yo aquélla a quien, porque la vida ha enseñado toda la crueldad del

amor,

*deba ver su nombre manchado de nuevo
por los pesares de las mangas húmedas?*

[14]

añadió en un susurro, tras lo cual, para su consternación, él reconstruyó el poema [15] y lo repitió para sus adentros. Ella deseó no haber dicho nada.

—En verdad me he equivocado al expresarme así —le dijo, y añadió con una sonrisa:

*No soy hombre que de suyo te vistiese
jamás con prendas húmedas,
pero unas mangas que incluso ahora se
empapan, difícilmente pueden proteger*

tu nombre. [16]

—Bien podrías resignarte a ello.

La invitó a salir bajo la luz de la luna y, pese a la firme resistencia que ella opuso, la atrajo con facilidad hacia sí.

—Reconoce, por favor, el profundo afecto que te tengo y quédate tranquila conmigo —le suplicó— Sin tu permiso, yo jamás, jamás... —Dejó muy clara su postura. Entretanto amanecía.

Una luna radiante lucía en lo alto, sin que la niebla la velara. A Su Alteza, los delgados aleros del pasillo le parecían en verdad muy estrechos. En una situación tan violenta tenía la sensación de que la luna y ella estaban frente a frente, y sus

esfuerzos por evitar la luz lunar revelaban un encanto inefable. El comandante se puso a hablar decorosamente y en voz baja acerca del difunto intendente, pero aun así se mostraba contrariado porque ella le consideraba inferior a su amigo muerto.

La princesa recordó en silencio que todos los interesados habían aprobado la unión, pese a que el intendente no había ascendido tanto como habría podido, así como la penosa actitud que adoptó hacia ella cuando, pasado el tiempo, llegó a conocerle bien. «No es como si este atropello sólo me concerniera a mí — reflexionó—. ¿Qué pensará Su Excelencia cuando se entere? Aparte de la vulgar

censura del mundo, ¿cómo afectará la noticia a Su Eminencia Enclaustrada? — Cuanto más imaginaba lo que sentirían las personas más cercanas a ella, tanto más se desesperaba—. Puedo mantenerme firme, pero aun así la gente hablará, y aunque mi madre erraría si no se hiciera cargo de la verdad, ciertamente condenará mi descuido cuando lo sepa». La idea era acongojante.

—Por lo menos, vete antes del amanecer —le pidió al comandante. No se le ocurría nada más.

—¡Eres demasiado cruel! ¡Imagina qué pensará el rocío de la mañana cuando te deje como si realmente hubiera ocurrido algo! Así pues, te lo advierto: si

te crees más lista que yo y no quieres saber nada más de mí ahora que me he mostrado como un idiota, ya no podré contenerme, y puesto que hasta ahora no había sentido nada igual, no puedo responder de lo que haga.

También él estaba preocupado. Aún no quería marcharse, pero sabía que en verdad nunca había experimentado una pasión tan intensa. La inquietud por ella y el temor de que pudiera llegar a despreciarle hizo que, por el bien de los dos, decidiera marcharse mientras la niebla aún le ocultase.

Estaba desesperado.

He de partir ahora y atravesar muchos

*velos de espesa niebla matutina,
abriéndome paso entre los juncos y
empapándome con el rocío desprendido
de los aleros,*

le dijo.

—Tampoco tú lograrás que se seque esa vestidura mojada. [\[17\]](#) Es culpa tuya por insistir en que me vaya.

Ella pensó que, en efecto, su nombre circularía por ahí vergonzosamente, pero estaba decidida a responder con honor a los interrogantes de su corazón y, por lo tanto, le dio una respuesta muy fría:

*¿Es, pues, tu excusa que ahora debes
partir por campos cubiertos de rocío*

para obligarme

*finalmente a llevar las prendas mojadas
de la que es culpable?*

—¿Cómo puedes decir tal cosa?

Su severidad le daba un aire al mismo tiempo intimidante y delicioso. Él le había sido leal durante más tiempo del que cualquier otro habría podido serlo, mostrándole su amabilidad de innumerables maneras, y ahora no quedaba nada de todo eso. Se había equivocado, y su conducta licenciosa le hacía sentir de tal vergüenza y remordimiento que lamentaba amargamente lo que había hecho y, sin embargo, temía que una dócil

aquiescencia le hiciera parecer de nuevo un necio. Al partir se sentía del todo desconcertado. El camino de regreso estaba cubierto de rocío.

Como no tenía costumbre de hacer tales expediciones, la emprendida ahora le parecía interesante y desesperante al mismo tiempo. Si volvía a casa, su esposa se preguntaría, llena de suspicacia, por qué tenía la ropa tan mojada, así que prefirió ir al ala nordeste de Rokujô. La niebla matinal aún no había desaparecido, y el comandante pensó en la casa de la dama, donde aún debía de ser más densa. Las mujeres intercambiaron susurros acerca de la insólita salida de su señor. Éste descansó y se cambió de ropa. La

dama que vivía allí siempre tenía bellas prendas a su disposición, tanto de verano como de invierno, y él las sacó de un arcón fragante. [\[18\]](#) Después de desayunar fue a ver a Genji.

Ella no leyó la carta que él le había enviado. Su conducta de improviso escandalosa la había sobresaltado y avergonzado. Era reprensible. Se sentía muy azorada al pensar lo que podría llegar a oídos de su madre, porque aunque ésta no pudiera imaginar semejante cosa, de todos modos notaría que pasaba algo, y además el chismorreó siempre acababa por ser inevitable. La mujer podría asociar los diferentes indicios y llegar a la conclusión de que su hija no le había

dicho toda la verdad. Esta posibilidad le dolía tanto que deseaba que las damas de honor se lo contaran todo de una vez, por aborrecible que fuese para ella. Incluso para ser madre e hija las dos tenían una intimidad fuera de lo común. Era cierto que en los relatos antiguos a veces una hija podía ocultarle a su madre cosas que sabían personas ajenas a la familia, pero para Su Alteza eso era del todo impensable.

—No, no —decidieron las damas de honor—, a mi señora la trastornaría oír un rumor que diera la impresión de que ha ocurrido algo cuando no ha sido así, y eso estaría muy mal.

Las que anhelaban averiguar lo que

ocurriría a continuación sentían curiosidad por la carta y se impacientaban al ver que Su Alteza no hacía ademán de abrirla.

—Vuestra actitud le extrañará, mi señora, y si no le respondéis nada, os considerará infantil. —Ellas mismas se la abrieron.

Sin embargo, la carta no contenía nada censurable, pues él ha habia escrito con una disposición muy conciliadora.

*He dejado mi alma enmarañada en tus
cruelles mangas,
y tan sólo por mi culpa sigo vacío y
perdido. [\[19\]](#)*

«Mi corazón está en otra parte, como algunos han dicho antes, lo sé, pero es cierto: encuentro mi amor por doquier».

[20]

Daba la impresión de que la misiva era mucho más larga, pero ellas no podían verla bien. Aunque no parecía el tipo de carta que podría enviarse en una mañana corriente, el asunto del que trataba estaba por completo fuera de su alcance. El estado de ánimo de Su Alteza despertaba su compasión, y la observaban entristecidas. ¿Qué podría ocurrirle? El le había mostrado su amabilidad de numerosas maneras, y durante mucho tiempo... ¿Era posible que aquella nueva clase de dependencia de él le hubiera

dado motivos para tenerle en mal concepto? La situación era muy preocupante, y la inquietud de las damas de honor destinadas a su servicio íntimo iba en aumento.

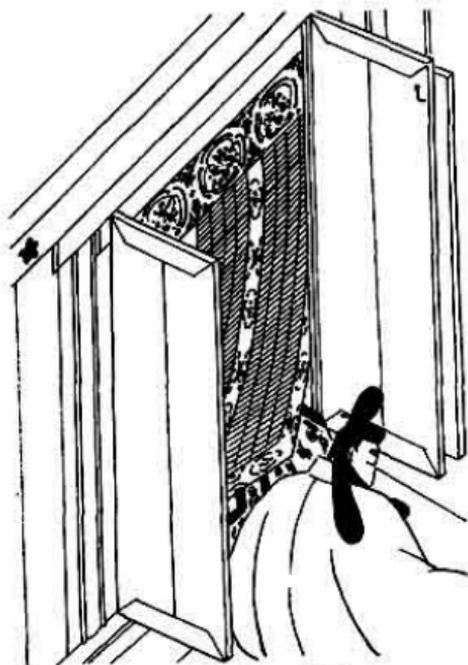
Entretanto, el Refugio no sabía nada de lo que estaba sucediendo. Los ataques del espíritu eran graves, pero en ocasiones la enferma se encontraba perfectamente lúcida. Al finalizar las plegarias del mediodía, el Maestro de Disciplina permaneció a solas con ella, leyendo el *darani*.

—El buda Dainichi [\[21\]](#) nunca miente —le dijo, satisfecho de encontrarla tan bien—. ¿Cómo dejarían de surtir efecto unas plegarias como las mías, ofrecidas

con tanto entusiasmo? El espíritu maligno es en verdad testarudo, pero no es más que un pobre fantasma atrapado en sus propios impedimentos kármicos. [22] — Su áspera voz era vehemente, y sus modales, tan solemnes y severos que intimidaban—. ¡Ah, sí! —dijo bruscamente—. El comandante... ¿desde cuándo viene aquí de visita con regularidad? [23]

—Eso no es cierto. Era amigo íntimo del difunto intendente, y nos ha visitado de vez en cuando durante largo tiempo a fin de mantener la promesa que le hizo. Es cierto que se ha convertido en una presencia familiar, pero esta vez ha venido a propósito para interesarse por

mi salud, y le estoy muy agradecida.



Puertas dobles

—Vamos, vamos, no me digáis eso. No debéis ocultármelo. Esta mañana, cuando me dirigía al servicio religioso, vi a un caballero muy imponente que salía por las puertas

dobles del ala oeste, y mis monjes me han dicho que se trataba del comandante, aunque la niebla era demasiado espesa para reconocerlo yo mismo. Dicen que ayer por la noche envió su carruaje de regreso y que ha pasado aquí la noche. La

intensa fragancia que dejó tras él en el aire, y que casi me produjo dolor de cabeza, me convenció de que en verdad debía de ser él, puesto que siempre se perfuma así. Esto no es nada bueno. Es un hombre de gran talento y, a petición de Su Alteza difunta, [\[24\]](#) he realizado ritos por su bien desde que era un muchacho, de modo que haría con gusto cualquier cosa apropiada por él, pero esto es desacertado, por decir lo mínimo. Hay que tener en cuenta a su esposa, cuya familia es en extremo distinguida y tiene una gran influencia, y que le ha dado siete u ocho hijos. Su Alteza no puede ponerse a su altura de ninguna manera. Ésta es exactamente la clase de pecado que

conduce al nacimiento en un cuerpo femenino maligno y a errar sin fin por la oscuridad de la noche eterna, tal es el terrible castigo que invita. Si la esposa se enfada con ella, vuestra hija lo lamentará. No, no puedo aceptarlo. —El religioso sacudió la cabeza.

—No sé de qué me estáis hablando —replicó el Refugio a semejante avalancha de franqueza—. Él jamás ha dado la menor señal de tener tales intenciones. No me encontraba nada bien, y por ello aguardó tranquilamente a que pudiera recibirle... Eso es lo que dicen mis damas de honor, y supongo que por eso se quedó. Siempre se muestra muy serio y correcto.

Sin embargo, pese a estas

seguridades, en el fondo de su corazón se preguntaba si lo que le decían podría ser cierto. «A veces me ha parecido un tanto excitado —se dijo—, pero se comporta de un modo tan inteligente, y es tan evidente que desea evitar todo aquello que pueda provocar críticas, que he confiado en que no se tomaría ninguna libertad. Tal vez entró directamente al ver que casi no había nadie con ella».

Una vez se hubo ido el Maestro de Disciplina, el Refugio llamó a Koshôshô y le dijo lo que acababa de oír.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Y por qué ella no me lo ha dicho? No puedo creer que eso sea cierto.

Con gran pesar, Koshôshô le contó lo

sucedido, sin omitir la carta recibida aquella mañana y las veladas manifestaciones de Su Alteza.

—Supongo que lo único que él deseaba era hacerle saber lo que durante tanto tiempo ha mantenido oculto en su corazón —comentó la dama de honor—. Por suerte, estaba decidido a contenerse, y por eso se ha marchado antes de que amaneciera. ¿Quién puede habérselo dicho, mi señora?

No se le ocurría la posibilidad de que lo hubiera hecho el Maestro de Disciplina, y suponía que debía de haber sido alguna de las damas de honor.

El Refugio no contestó, pero estaba escandalizada, y las lágrimas empezaron a

deslizarse por sus mejillas. Koshôshô se emocionó profundamente al verla llorar. Se preguntaba por qué le había dicho toda la verdad, y temía que la salud de su señora se deteriorase todavía más.

—Pero la mampara estaba cerrada — insistió para consolarla.

—Aun así, es desastroso que haya tenido la imprudencia de permitir que la viera. No importa lo pura que ella misma se considere. ¿Crees acaso que, después de haber hablado ya tanto, los monjes y los granujas que están a su servicio no dirán nada más? ¿En qué transformará esto el chismorreó? ¿Qué mentiras inventará la gente? ¡Qué inocentes sois todas vosotras!

No pudo continuar, porque aquella nueva penalidad, sumada a su ya dolorosa situación, la había puesto en un estado totalmente patético. Ella, que siempre había aspirado a conservar el honor de su hija, sufría en lo más hondo al pensar que ahora la joven estaría en boca de todos por su conducta frívola y licenciosa.

—Por favor, pídele que venga a verme mientras aún tengo la cabeza más o menos clara. Sé que debería ser yo quien vaya a su encuentro, pero me temo que no puedo moverme. ¡Tengo la sensación de que hace muchísimo tiempo que no la veo!

Tenía los ojos arrasados en lágrimas.

Koshôshô hizo lo que le ordenaba su señora. Su Alteza se arregló el cabello

húmedo y enmarañado sobre la frente y se cambió de ropa para ir, pero no pudo hacerlo de inmediato. ¿Qué pensarían de ella las damas de honor? ¡Cuán cruel consideraría su madre que había sido, si no sabía nada y sólo más adelante se enteraba de lo sucedido! Este pensamiento la llenaba de vergüenza, y volvió a acostarse.

—Me encuentro muy mal —adujo—, y quizá sea mejor que no me recupere. Parece que me han subido los vapores desde los pies. [\[25\]](#)

Pidió que volvieran a masajearse los. Los vapores habían ascendido debido a su intensa aflicción.

—Alguien le ha hablado ya a mi

señora —le explicó Koshôshô—, y cuando ella ha querido saber más, le he dicho exactamente lo ocurrido, aunque con la salvedad de que la mampara estaba cerrada. ¡Os ruego que le digáis lo mismo, mi señora, si vos le informáis! —No le mencionó lo mucho que la noticia había afectado al Refugio.

—¡Entonces era eso!

Su Alteza se sentía desolada, y sus lágrimas iban cayendo en silencio sobre la almohada. Y eso no era todo, puesto que ella no había hecho más que causarle dolor desde el primer e imprevisto cambio de su suerte. [\[26\]](#) Ahora tenía la sensación de que no merecía la pena seguir viviendo. Si aquel caballero se

negaba a renunciar y seguía acosándola, la vida de la princesa acabaría de mala y dolorosa manera. ¡Y no podía ni imaginar el daño que podría haber sufrido su reputación si ella hubiera sido débil y hubiese cedido a la voluntad del hombre! Por lo menos ese pensamiento era un consuelo, pero desesperaba del detestable destino por el que una dama tan encumbrada como ella se había expuesto descuidadamente a la mirada de un varón.

Al anochecer, Su Alteza recibió otra petición de su madre para que fuese a verla, por lo que pidió que abrieran la divisoria entre ellas y fue por allí. [\[27\]](#) Aunque se encontraba muy mal, el Refugio la recibió con gran afecto y respeto: se

incorporó y observó todos los detalles de la cortesía habitual.

—Siento mucho que mi mala salud te obligue a venir —le dijo—. Parece que hayan pasado años desde la última vez que nos vimos, aunque en realidad no son más de dos o tres días. Sé que es una tontería por mi parte, pero piensa que tal vez ésta sea la última vez que estamos juntas, y ¿de qué nos servirá volver a encontrarnos sólo en la vida futura? [\[28\]](#) ¡Cuánto desearía ahora que el afecto no me hubiera atado tanto a la presente, sabiendo que debo abandonarla tan pronto! —Hablaba entre sollozos.

Su Alteza estaba demasiado abrumada por sus aflicciones para hacer algo más

que mirarla en silencio. Muy reservada por naturaleza, no podía hablar en su propia defensa, y se limitó a permanecer allí avergonzada, mientras su madre, compadecida de ella, se abstuvo de interrogarla. Pidió que encendieran una lámpara y trajeran bandejas de comida. Como había oído decir que su hija apenas comía, hizo cuanto pudo para convencerla, pero Su Alteza no probó bocado. El único consuelo para ella era que su madre parecía encontrarse un poco mejor.

Llegó otra carta. Alguien que desconocía las circunstancias la recibió e hizo el anuncio de una misiva dirigida a Koshôshô. Su Alteza se sintió abrumada.

Koshôshô tomó la carta.

—¿Qué dice? —quiso saber el Refugio. En su fuero interno, finalmente había empezado a aceptar la idea y esperaba la visita del comandante, y le inquietaba el hecho de que no se presentara—. Tienes que responderle, no hay alternativa. Nadie saldrá en tu defensa para devolverte la reputación perdida. Puede que tú misma no dudes de tu pureza, pero nadie creerá en ella. Lo mejor que puedes hacer es responderle debidamente y seguir teniendo con él la misma relación que antes. Si no le dices nada, parecerá una provocación por tu parte.

Pidió la carta y Koshôshô se la dio a

regañadientes.

«La experiencia de tu enorme crueldad no ha hecho más que afirmarme en la convicción de que pronto no estaré de humor para tolerar más retrasos».

Represar la corriente sólo revela tus bajíos, pues el arroyo de montaña incluso ahora corre rumoroso hasta que nada pueda ocultar tu nombre. [29]

Era una larga carta, pero ella no la leyó. La misiva [30] no aclaraba las intenciones del remitente, y la insoportable ufanía de éste, unida a su indiferencia de aquella noche, [31] le pareció en extremo ofensiva. Cuando el

afecto del difunto intendente no respondió a sus expectativas, se había sentido muy decepcionada y, pese a la tranquilidad de saber con certeza que no tenía ninguna rival, su posición nunca había sido grata. «Pero esto es terrible —se dijo—. Me pregunto qué estarán diciendo en casa de Su Excelencia».

Resolvió presionar más al comandante. Enjugándose los ojos velados por la enfermedad, escribió con una caligrafía que recordaba las extrañas huellas de un ave: «Ahora Su Alteza está conmigo, puesto que mi estado de salud es preocupante, y le he instado a responderte, pero está tan abatida que verla así es más de lo que puedo

soportar».

*¿Qué es para ti este prado donde
solitaria llora una flor de valeriana,
para que no hayas deseado pasar en él
más de una sola noche [32]*

Eso fue todo lo que pudo decir. Retorció los extremos de la carta [33] y la envió. En aquel momento, mientras estaba allí tendida, sufrió un ataque muy severo. Las damas de honor se lamentaron, diciendo que sin duda el espíritu había desviado su atención. Todos los curanderos que ya habían demostrado su pericia volvieron a practicar sus ritos. Las mujeres pidieron a Su Alteza que se

marchara, pero ella no deseaba sobrevivir a su madre y se negó.

El comandante, que había regresado a Sanjô [34] más o menos a mediodía, se había abstenido de volver aquella misma noche, porque dar la impresión de que realmente había ocurrido algo provocaría un chismorreo prematuro y desafortunado. Su aflicción superaba mil veces a cualquier sinsabor que hubiera experimentado en los últimos años. Su esposa sabía algo de la sigilosa expedición y la noticia no le hizo ninguna gracia, pero fingió ignorancia y se tendió en la sala, donde se distrajo jugando con sus hijos.



Kumoi no Kara roba una carta

La respuesta del Refugio llegó por la noche. La caligrafía era tan extraña que no pudo descifrarla de inmediato, y acercó una lámpara para ver mejor. Le había parecido que su esposa estaba tranquila detrás de una cortina, pero entonces se le

acercó por detrás y le arrebató la carta.

—¡Oh, no! ¿Qué estás haciendo? ¡Deberías avergonzarte de ti misma! Es de la dama que vive en el ala nordeste de Rokujô, que esta mañana estaba resfriada. Eso me preocupó, porque había vuelto directamente a casa después de ver a Su Gracia, así que envié a un mensajero para preguntar por su salud. ¡Léela si quieres! ¿Acaso parece una carta de amor? ¡Qué manera de comportarte! ¡Me saca de quicio esta manera de tratarme como a un idiota, que va en aumento a cada año que pasa! ¡Mis sentimientos no significan nada para ti, ¿verdad?

No se mostraba visiblemente alarmado ni trataba de recuperar la carta,

y por ello, aunque ella la retenía, no la leyó de inmediato.

—¡Quien está tratando a otra persona cada vez más como una idiota eres tú! — replicó ella, intimidada por la compostura de su marido y de una manera tan deliciosamente juvenil que él se echó a reír.

—Puede que tengas razón. De todos modos, esta clase de discusiones suceden continuamente. Lo raro debe de ser que un marido no busque diversión en otra parte, ni siquiera después de haber alcanzado cierta prominencia, y que siga tan trémulamente fiel a su única esposa como un halcón a su pareja. [\[35\]](#) Debo de ser el hazmerreír de la gente. Tampoco redundo

en tu crédito que consigas semejante lealtad de un hombre tan aburrido. Lo que en verdad realza a una mujer es encontrarse entre una serie de otras y ser tenida en un concepto mucho más alto que todas las demás. Es algo que, por otra parte, la mantiene joven en su interior y prolonga todos los placeres y los momentos tiernos de la vida. ¡Siento mucho que debas aguantar a un viejo estúpido como yo, como le sucedió al del cuento! [\[36\]](#) ¿Qué placer hay en eso?

La única finalidad de sus palabras era lograr de alguna manera que ella le devolviera la carta sin dar la sensación de que le importaba que lo hiciera.

—Es un poco duro para tu vieja que

salgas en busca de placer —replicó ella con una sonrisa deslumbrante—. Este nuevo regocijo tuyo me resulta extraño. Deberías haberme acostumbrado antes a él. —Era una queja bastante atractiva.

—¿De dónde sacas la idea de que he cambiado de repente? ¡Qué facilidad tienes para sentir rencor! Alguien debe de haberte contado rumores desagradables... Sin duda alguien que por alguna razón nunca ha sentido una gran simpatía por mí. Supongo que aún menciona esas míseras mangas más azul claro [\[37\]](#) para convencerte. Debe de susurrarte toda clase de cosas horribles. Pero hay alguien más, alguien que no tiene que ver con nada de todo esto, y también lo siento por

ella. [\[38\]](#)

Siguió hablándole en este tono, pero ella estaba demasiado segura de que acabaría saliéndose con la suya para discutir. El aya de la dama, Taifu, escuchaba dolida y silenciosa. [\[39\]](#)

El comandante no se esforzó por buscar la carta, puesto que su esposa la había ocultado después de su pequeño enfrentamiento, y se acostó como si el incidente no le importara. El corazón se le había acelerado. La carta parecía ser del Refugio, y era preciso que la recuperase. ¿Qué podía decirle? Permaneció tendido con los ojos abiertos. Una vez su esposa se hubo dormido, palpó discretamente el lugar donde había estado sentada por la

tarde, pero no encontró la carta. Eso era muy exasperante, puesto que no había podido esconderla en ningún otro lugar. Al amanecer, no se levantó de inmediato, y sólo empezó a buscar por doquier, como si acabara de despertarse, después de que los niños despertaran a su madre y ésta saliera. [40] No pudo encontrarla. La dama había llegado a la conclusión de que no se trataba de una carta de amor y la había desechado, ya que él parecía tan poco interesado en buscarla, y con el trabajo que le daban los niños, atareados en vestir a sus muñecas y jugar con ellas, leer y practicar la caligrafía, mientras el más pequeño gateaba y le tiraba de las faldas, la carta desapareció por completo

de su mente. Entretanto, su marido no podía pensar en otra cosa. Calibró la posibilidad de responder de inmediato, pero titubeó, porque su respuesta probablemente revelaría que no había leído como era debido la misiva del día anterior, y ella podría pensar que la había extraviado.

Cerca del mediodía, después de comer, su inquietud se había tornado insoportable.

—¿Qué has hecho con la carta que llegó anoche? No me has dejado leerla. Hoy debería ponerme en contacto con ella, pero no me apetece visitar Rokujô... Bien, enviaré una nota. No sé qué me habrá escrito, y me intriga.

Le había hablado con tal aparente falta de interés que ella no dijo nada, pues se sentía como una estúpida por haberle quitado la carta.

—¿Por qué no le das una excusa divertida, diciéndole que no te encuentras bien porque anoche te afectó el viento de la montaña? —le propuso.

—Te ruego que dejes de decir esas tonterías. ¿Qué tiene de divertido? La manera en que me tomas por uno cualquiera es embarazosa. Estas mujeres no pueden escucharte sin sonreír entristecidas, hablando como lo haces acerca de alguien tan obtuso. —Entonces abordó de nuevo la cuestión—: Pero la carta... ¿dónde está?

Como ella no hacía ademán de dársela, siguió charlando y entonces se tendió un poco [\[41\]](#) hasta la puesta del sol.

Le despertó el canto de las cigarras y pensó en lo densa que debía de ser la niebla al pie de las colinas. ¡Qué espantosa situación! Estaba impaciente por replicar aunque fuese un tanto tardíamente, de modo que disolvió un poco de tinta en el tintero de la escribanía y se puso a pensar, con expresión ausente, dónde habría ido a parar la carta. Entonces reparó en un pequeño abultamiento en un extremo de su cojín y decidió echar un vistazo. Cuando dio la vuelta al cojín, allí estaba la carta: ¡ella

debía de haberla colocado en aquel lugar! Su consternación era indescriptible. La carta, penosamente difícil de descifrar, sin duda le había costado a la dama un gran esfuerzo. Debía de haber escrito aquello presa de una angustia terrible, y ahora él la decepcionaba por segunda vez. No sabía qué decir y estaba muy enojado con su esposa. La estupidez de esconderla como lo había hecho... Se dijo que no la había educado como era debido. Se culpó amargamente de muchas cosas, y todo ello le hizo sentirse al borde de las lágrimas.

Se preparó para partir de inmediato, pero sabía que, pese a lo que la madre de la mujer anhelada había escrito, ella no le recibiría de buen grado. ¿Qué iba a hacer?

Además, se recordó a sí mismo, aquél era un día de riesgo, [42] y quizá no sería una buena idea ni siquiera aunque ella cediera. Debía pensar en algo mejor. Su meticulosidad era notable.

Compuso con rapidez la respuesta: «Tu singular carta me ha satisfecho en gran manera por numerosos motivos, pero no comprendo tu reproche, y me pregunto qué puedes haber oído».

*Sí, fui a su encuentro entre las tupidas y
enmarañadas matas de los prados
otoñales,
pero no tejí allí una almohada sobre la
que reposar y soñar fugazmente, [43]*

«Tal vez no sea muy sensato que trate de excusarme, pero confío en poder explicar la falta que cometí ayer». Tras escribir por extenso a Su Alteza, pidió a sus mozos de cuadra que ensillaran un caballo veloz y envió al comisionado de la noche anterior.

—Diles que he estado en Rokujô desde ayer por la noche y que acabo de volver a casa —le susurró al mensajero.

Cuando también aquel día finalizó en las colinas sin que llegara ninguna respuesta a la carta que, enojada y sin que le importaran los rumores, ella se había sentido impulsada a escribirle para protestar por su ausencia la noche anterior, el Refugio le consideró un caso

perdido. Truncadas todas sus esperanzas, su reciente alivio desapareció y se vio de nuevo abocada a un intenso sufrimiento. En su fuero interno, Su Alteza no estaba ni sorprendida ni especialmente molesta, y aunque lamentaba haberse puesto en evidencia de una manera tan inesperada en unas condiciones íntimas, el resultado no le parecía tan execrable; sin embargo, el sufrimiento que le había causado a su madre le hacía sentirse tan avergonzada que no podía decirle ni una sola palabra en su propia defensa. La timidez que mostraba y la culpabilidad que se desprendía de su actitud le parecían a su madre muy dolorosas, y le desgarraba el corazón ver que experimentaba una

penalidad tras otra.

—No deseo hablar de un tema desafortunado —le dijo—, pero debo decir que, aunque sin duda tu destino ha jugado un papel en todo esto, tu sorprendente ingenuidad sin duda te causará una considerable desaprobación. Ahora no es posible hacer nada, pero te ruego que tengas más cuidado en el futuro. Yo nada importo, desde luego, pero como he hecho por ti cuanto he podido, confiaba en que a estas alturas sabrías lo que necesitas saber y que no serían para ti una novedad los caprichos a los que nos somete la vida, pero me consterna ver que aún eres una niña, y hasta tal punto te falta la firmeza requerida que sólo desearía

vivir un poco más para protegerte. Por desgracia, es cierto que ninguna mujer de posición respetable puede entregarse decentemente a dos hombres, aunque sea una súbdita, y todavía menos puedes permitir que uno te aborde de esa manera. Supongo que era tu destino, pero me entristecía ver la clase de vida que has llevado estos últimos años. Su Eminencia había aceptado, el padre del caballero estaba claramente dispuesto a aceptarlo y yo cedí porque mi resistencia solitaria habría sido inútil. Sólo pude quejarme ante el Cielo cuando te vi atrapada de aquel modo, aunque no tuvieras ninguna culpa, en una posición tan angustiada. Ahora me temo que habrá rumores

nocivos para los dos. En fin, mientras hagas caso omiso del chismorreo y mantengas una apariencia perfectamente normal, supongo que el tiempo se encargará del resto, ¡aunque debo decir que la insensibilidad de ese hombre parece ilimitada!

Sus lágrimas fluían incontenibles.

No le había permitido decir a Su Alteza ni una sola palabra, y ella tampoco habría sabido defenderse; se limitaba a llorar, y al hacerlo parecía la imagen misma de la inocencia y la dulzura. Su madre la miraba.

—¿Por qué eres menos válida que cualquier otra? —le preguntó—. ¿Qué destino requiere que sufras tanto?

Siguió hablando en este tono hasta que se sintió muy enferma. El espíritu se había aprovechado de su debilidad: de repente se desmayó y el frío se apoderó de sus miembros. El Maestro de Disciplina, muy agitado, se levantó y se puso a rezar ruidosamente. Lo hizo con todo su corazón, porque, tras haber jurado que se recluiría en la Montaña, sin duda temía la vergüenza de romper su altar [\[44\]](#) y volver allá, después de haber tenido la valentía de marcharse, y también debía de estar enojado con el Buda. Su Alteza lloraba desolada.

La carta del comandante llegó en medio de aquella confusión, y cuando el Refugio se enteró de ello, supo que

tampoco podía esperarle aquella noche. ¡Con qué crueldad la gente hablaría de ella! ¿Por qué le había escrito como lo hizo? [\[45\]](#) En medio de tales pensamientos, en aquel mismo momento exhaló su último suspiro. Semejante final no podría calificarse con palabras como «inmerecido» o «cruel». En el pasado había sufrido a consecuencia de aquel espíritu, y puesto que no era la primera vez que había parecido perdida, los monjes redoblaron sus plegarias, suponiendo que estaba poseída como antes. Sin embargo, no había duda de que ahora realmente había fallecido.

Su Alteza sólo pensaba en irse también, y permanecía tendida cerca de

ella. Llegaron sus damas de honor.

—Es demasiado tarde, mi señora — protestaron trivialmente—. Éste es su último viaje, del que no puede regresar. ¿Cómo podríais seguirla?

—¡No, mi señora, no debéis hacerlo! [46] ¡Es una grave ofensa para ambas! ¡Oh, por favor, dejadla!

Intentaron llevársela de allí, pero estaba rígida y como inconsciente. Los sacerdotes rompieron su altar y se marcharon, dejando atrás a los pocos que todavía eran necesarios. [47] Todo había terminado, y sólo quedaban el dolor y la desolación.

Pronto empezaron a llegar los mensajes de condolencia. La noticia dejó

helado al comandante, que escribió de inmediato. Muchas otras muestras de condolencia llegaron desde Rokujô, de Su Excelencia y de otras personas. Su Eminencia, en la montaña, también se enteró del luctuoso acontecimiento, y escribió a la hija una carta muy conmovedora. Hasta que llegó la misiva, ella no alzó la cabeza. «En los últimos días me habían dicho a menudo que tu madre estaba gravemente enferma —le había escrito—, pero lamento decir que suponía que se trataba de su dolencia habitual, y no pensé gran cosa en ello. Aparte de nuestra pérdida, me apena profundamente imaginar el dolor que sientes. Te ruego que halles consuelo al

pensar que estas desgracias nos acaecen a todos». Aunque las lágrimas le cegaban, ella escribió una respuesta.

El Refugio había hablado con frecuencia de lo que deseaba que se hiciera, y su sobrino, el gobernador de Yamato, [48] llegó entonces para ocuparse del funeral, que tendría lugar sin dilación, aquel mismo día. Su Alteza deseaba contemplar los restos de su madre un poco más, pero no hallaría consuelo en eso, así que los preparativos avanzaron con rapidez. En el momento más perturbador [49] llegó el comandante, que se sentía conmovido en lo más profundo por la aflicción que debía de embargar a Su Alteza.

Antes de partir de Sanjô había manifestado:

—Es preciso que vaya ahora, porque los próximos días serán nefastos. [50]

—¡Pero, mi señor, no hay ninguna necesidad de que vayáis con tanta prisa! —protestaron sus mujeres.

Él fue de todos modos.

El camino era largo, y en cuanto entró en la casa le abrumó la inmediatez de la tragedia. Habían ocultado discretamente la ceremonia mediante cortinas. Le hicieron pasar al lado oeste de la casa, y el gobernador de Yamato salió con lágrimas en los ojos para agradecerle su presencia. Se sentó en la terraza al lado de las puertas dobles, apoyado en la

barandilla, y llamó a una dama de honor, pero en aquel momento ellas estaban demasiado aturdiditas para saber lo que ocurría. Por fin apareció Koshôshô, un tanto aliviada por su llegada. Él no podía hablar. En general, no era dado al llanto, pero el carácter del lugar y la atmósfera de duelo que con tal intensidad creaban quienes le rodeaban le recordaban tristemente que la transitoriedad de todas las cosas le afectaba también a él.

—Tenía la impresión de que estaba mejor —dijo cuando se serenó un poco—, y no me sentía alarmado. Un sueño termina muy pronto, pero ¡esto es terrible!

Su Alteza se dijo que aquél era el hombre que había turbado la paz de su

madre. Tal vez a ésta le había llegado su hora, pero el vínculo que tenía con él era tan amargo que ni siquiera le respondió.

—Pero ¡debéis darle a conocer vuestra réplica, mi señora! —protestaron las damas de honor.

—Es un gran señor, y sería imperdonable que no le agradecierais la amabilidad que ha mostrado al venir con tal premura.

—Entonces ocupaos vosotras de eso. Yo no puedo pensar en nada.

Dicho esto, Su Alteza se acostó. Sus damas de honor se mostraron comprensivas.

—En estos momentos mi señora parece fuera de este mundo —le informó

Koshôshô al comandante—, pero le he hecho saber que estáis aquí.

—No puedo ofrecerle ninguna ayuda. Volveré cuando esté menos inquieto y ella se haya serenado. Sin embargo, me gustaría saber cómo ha podido ocurrir esto de una manera tan repentina.

Poco a poco, Koshôshô le contó algo de lo que últimamente había turbado a su desaparecida señora.

—Parecerá que os critico, mi señor —le dijo en tono de disculpa—. Hoy mi confusión va en aumento, y es probable que haya entendido algunas cosas mal. Mi señora no está siempre en ese estado, y confío en que volváis a interesaros por ella cuando esté un poco calmada.

La dama parecía realmente sumida en la mayor aflicción, y el comandante retuvo lo que acudía a sus labios.

—Sí, también yo me siento perdido en la oscuridad. Espero que todavía puedas consolarla lo suficiente para que me dé una respuesta simbólica.

Con estas palabras emprendió el regreso, porque no habría sido decoroso que se quedara y, al fin y al cabo, eran muchas las personas presentes.

Nunca había imaginado que todo terminaría aquella noche, y le desagradaba la premura con que habían organizado el funeral. Convocó a los sirvientes de sus fincas cercanas y les encargó servicios fúnebres. Se ocupó de

que, pese a que el apresuramiento implicaba una sencillez excesiva, el número de asistentes fuese tan nutrido como correspondía a la calidad de la fallecida. El gobernador de Yamato estaba muy satisfecho y le expresó su más profundo agradecimiento. Ahora que no quedaba nada de su madre, Su Alteza permanecía postrada, ajena a la inutilidad de su prolongado dolor. Nadie debería tenerle tanto apego a nadie, ni siquiera a su madre. La estampa que ofrecía sumía en la tristeza y turbaba a sus damas de honor.

—No podéis seguir siendo tan desdichada, y aquí no hay nada para distraeros —le dijo el gobernador

después de que lo hubiera arreglado todo, pero ella estaba decidida a que sus días finalizaran en aquella aldea de montaña, puesto que por lo menos allí se sentía cercana a la colina donde su madre se había convertido en humo.

Los monjes que habían acudido para el confinamiento del duelo se prepararon unas habitaciones de delgados tabiques en el lado este, en la galería cercana, en la sala del servicio y otros lugares, y casi no se les veía. En el pasillo del oeste, ahora desprovisto de toda decoración, Su Alteza apenas reconocía el paso del día y de la noche, pero los meses iban transcurriendo y no tardó en llegar el noveno.

Fuertes vientos soplaban en la ladera

de la Montaña, los árboles estaban desnudos de hojas y todo le oprimía tanto el corazón que el cielo le arrancaba innumerables suspiros y lágrimas. Lamentaba amargamente la incapacidad de dirigir su propia vida. Las mujeres a su servicio estaban abatidas y angustiadas. El comandante iba de visita con frecuencia. Aportaba cuanto podría animar a los solitarios monjes a cantar el Nombre y entretanto le daba a Su Alteza innumerables y sinceras seguridades y le hacía reproches, enviándole unas cartas interminables. Ella ni siquiera las tomaba para leerlas, pues recordaba cómo su ya debilitada madre había muerto convencida de que aquel momento indeciblemente

malévolo había acarreado la ruina de su hija, y sabía con atroz certidumbre que la idea perjudicaría a su madre incluso en la vida futura. La mera mención del comandante bastaba para que aflorasen las lágrimas más amargas y angustiadas. Sus damas de honor apenas sabían qué decirle.

Al no recibir una sola línea en respuesta, el comandante supuso en primer lugar que ella estaba demasiado enojada, pero no era posible que el enfado durase tanto tiempo. Pensó, irritado, que el luto tiene un límite. ¿Cómo era posible que ella no le comprendiera lo más mínimo? ¡Era inmadura sin remedio! Su actitud sería explicable si él la acosara

hablándole de flores y mariposas, pero alguien que realmente comparte tus sentimientos y que se interesa por tus penas merece una respuesta cálida y comprensiva. Él había sentido en lo más hondo la muerte de su abuela, pero Su Excelencia apenas parecía afectado, para él era tan sólo algo natural, y le dolió y afectó que no le rindiera más honores que los exigidos por el decoro público. En verdad fue Su Gracia quien se ocupó de todo, lo cual satisfizo especialmente al comandante. Fue entonces cuando intimó con el intendente. Era un hombre muy sereno y reflexivo, y le pareció que sus sentimientos eran más profundos y afectuosos que los de otras personas.

Tales pensamientos llenaban el tiempo libre del comandante día y noche.

Entretanto su esposa seguía preguntándose qué ocurría entre él y Su Alteza. No podía imaginar a qué había obedecido el intercambio de correspondencia con la madre de Su Alteza, así que pidió a su hijo pequeño que le llevara una nota al lugar donde yacía contemplando el cielo crepuscular. Ella le había escrito:

*¿Cómo he de tomar la pena que percibo
en ti para poder consolarte:
es la viva a quien amas o la muerta a
quien lloras?*

Él sonrió tristemente. ¡Qué insinceridad la suya, después de todo lo que ella había imaginado y dicho, fingir la creencia de que tal vez él lloraba a aquella dama! Le respondió de inmediato, de una manera por completo informal:

¿Por qué habría de sentir una aflicción parcial cuando el huidizo rocío, tan presto ido, no sólo a las vidas de las frágiles hojas se refiere?

«Mi melancolía lo abarca todo».

Sí, todavía le ocultaba algo, ella lo sabía, y maldijo el rocío sobre la frágil hoja. Estaba enojada y dolida.

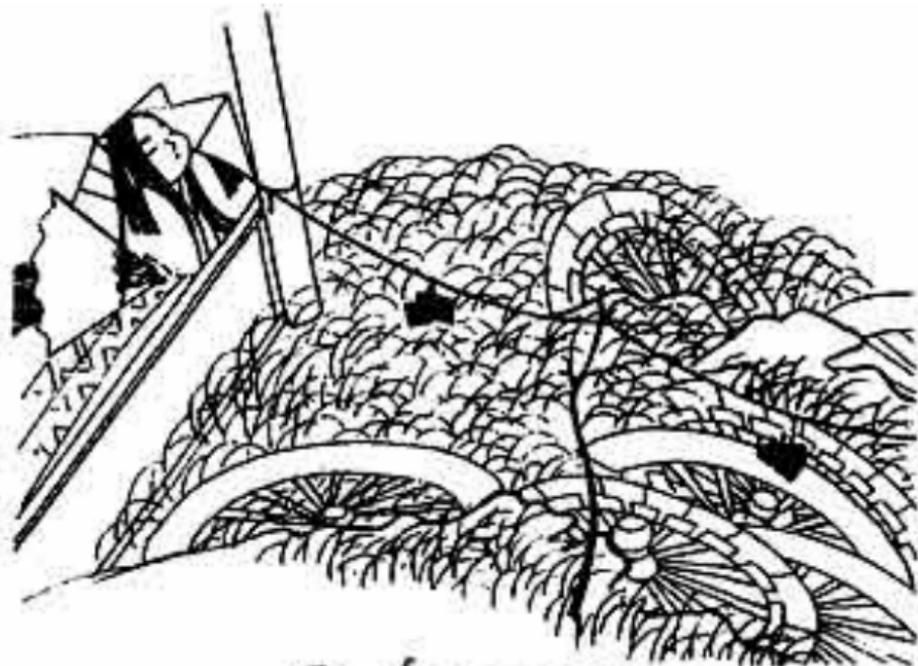
El comandante partió de nuevo,

deseoso de saber cómo le iba a Su Alteza. Con frecuencia se decía a sí mismo que debía actuar con suavidad una vez hubiera pasado el retiro del duelo, pero ese grado de contención era superior a sus fuerzas. ¿Por qué seguía tan empeñado en defender la causa perdida del honor de la dama? Bien podría hacer lo mismo que otros y satisfacer por fin sus deseos. Ya no discutiría el asunto con su mujer. Apelaría a la autoridad de la carta de reproche que le había valido aquella única ocasión, aunque Su Alteza le detestara por ello. No, sería inútil que ella se presentara como intachable.

Era un poco más del décimo día del noveno mes, y nadie, por insensible que

fuese, podría haber dejado de animarse por el panorama otoñal de los páramos y las colinas. El viento de montaña que desnudaba los árboles y provocaba una tormenta de hojas de arruruz traía consigo el débil canto de las escrituras y la invocación del Nombre. El lugar sacudido por las ráfagas estaba casi desierto; un ciervo se había detenido junto a la valla del jardín, sin que le afectaran las tejuelas tendidas en los campos, [51] mientras que otros bramaban quejumbrosamente entre las plantas de arroz verde oscuro y la cascada [52] rugía como para librar a los afligidos de las penas que los atenazaban. Entre la hierba los grillos lanzaban sus cantos lastimeros, con voces

desfallecientes, mientras altas y blancas gencianas cubiertas de rocío brotaban por debajo de hierbajos agostados como si el otoño les perteneciera en exclusiva. Aquéllas no eran más que las imágenes de la estación, pero tal vez el lugar y el momento las dotaban de un patetismo insoportable.



Tejuelas para pájaros

El comandante se aproximó a las puertas dobles como de costumbre, se detuvo y miró a su alrededor. La túnica escarlata bajo el suave manto, abatanado hasta darle una bella transparencia, brillaba a la luz del sol poniente que incidía sin malicia sobre él, y con un

encantador e informal gesto alzó el abanico para cubrirse la cara, de modo que a las mujeres que le observaban les pareció exactamente la actitud que debería tener una dama, aunque ninguna lo consiga nunca del todo. Sonrió como para disipar las preocupaciones de las damas de honor y llamó a Koshôshô. La terraza era estrecha, pero a él le preocupaba que pudiera haber otras en el interior de la cámara, y todavía no dijo con precisión lo que deseaba.

—Acércate más —le pidió— No me falles ahora. No he venido hasta estas colinas para que no me hagas caso. Además, la niebla es espesa. —Evitó mirar hacia el interior de la estancia y

volvió la cara hacia las montañas— Más cerca, más cerca —le instó, hasta que finalmente ella empujó una cortina portátil, colocándola parcialmente entre las persianas, se sentó detrás y se alisó las faldas.

Como hermana del gobernador, era pariente cercana del Refugio, [\[53\]](#) que la había criado desde la infancia y, por lo tanto, su indumentaria era muy oscura. Llevaba una túnica formal sobre otra vestimenta gris oscuro.

—Aparte del pesar constante por nuestra pérdida, la increíble frialdad de Su Alteza ha aumentado tanto mis cuitas que el corazón y el alma han abandonado mi cuerpo, como atestiguan todos cuantos

me conocen, hasta tal punto que ya no puedo soportarlo.

Manifestó su queja por extenso y lloró copiosamente al hablar de la última carta del Refugio.



Mujer con vestido formal kouchiki

Koshôshô lloró incluso más que él.

—Aquella noche, al no recibir vuestra respuesta, mi señora, sabedora de que agonizaba, se ensimismó y, cuando se hizo

de noche, su mente empezó a vagar. Parece ser que el espíritu aprovechó ese momento de debilidad para tomar posesión de ella. De ese modo casi perdió el conocimiento varias veces cuando su señoría [\[54\]](#) estuvo tan enfermo, y fue la resolución de consolar a Su Alteza, que se hallaba en una situación igualmente desesperada, lo que finalmente le hizo volver en sí. Tras esta pérdida tan reciente, Su Alteza apenas parece consciente de su entorno, y se pasa la mayor parte del día encerrada en sí misma. —Hablaba de un modo entrecortado, entre muchas lágrimas y suspiros.

—Eso es precisamente lo que quiero

decir. Está demasiado aislada y distante. Si puedo decir tal cosa, no sé a quién más puede recurrir ahora excepto a mí. Su Eminencia vive en la montaña, entre nubes que le separan del mundo, y no le resultará fácil mantenerse en contacto con él. Te ruego que le digas que el trato a que me somete deja mucho que desear. Todas las cosas salen tal como debe ser. Es posible que ella esté cansada de la vida, pero la vida no hace caso de nuestros deseos. Después de todo, ¿habría sufrido esta pérdida si lo hiciera?

Siguió hablando en este tono, pero ella no tenía nada que responder y se limitó a permanecer allí sentada, suspirando.

En aquel momento se oyó el fuerte bramido de un ciervo.

—¿Haré yo menos? [\[55\]](#) —inquirió, y siguió diciendo:

*Tras haberme abierto paso por llanuras
cubiertas de enmarañada hierba bambú
hasta llegar*

*a la lejana Ono, con gusto me uniría al
ciervo y lanzaría mi ruidosa queja. [\[56\]](#)*

*Con prendas de luto demasiado a
menudo húmedas de rocío, nosotros, en
las colinas otoñales,
sumamos nuestras voces a la del ciervo y
expresamos a gritos nuestra queja,*

respondió ella.

No era un poema muy bueno, pero dicho en aquel momento y en voz baja, no dejó de satisfacer a su interlocutor.

Logró que Koshôshô transmitiera sus saludos a Su Alteza.

—Reconoceré la amabilidad de vuestras numerosas visitas cuando la vida deje de ser un sueño tan cruel — respondió secamente.

Eso fue todo. Él se marchó, suspirando ante la extraordinaria obstinación de la dama.

A lo largo del trayecto contempló los cielos ilimitados, donde la luna de la decimotercera noche [\[57\]](#) tenía un brillo tan espléndido que incluso iluminaba el camino más allá de la Montaña Oscura.

[58] La residencia en Ichijô de Su Alteza se hallaba en el camino, y estaba más ruinoso de lo que él recordaba. A través de una brecha en la semiderruida valla que la rodeaba, cerca de la esquina sudoeste, atisbó hileras de postigos cerrados. No había señal de presencia humana. Sólo la luz de la luna daba vida al arroyo del jardín, y él recordó las numerosas ocasiones en que el difunto intendente se había sentado allí a tañer su instrumento musical.

*Aquella sombra amada se ha
desvanecido ahora de un lago cuyas
aguas se detienen,
para contemplar una casa desierta, sólo*

a una luna de final de otoño,

murmuró para sí.

Incluso después de haber llegado a casa, siguió contemplando la luna y su corazón vagó a los cielos. Las irritadas damas de honor musitaron:

—¡Qué espectáculo está dando!
¡Nunca se había comportado así!

Sencillamente, su esposa estaba encolerizada. «¡Parece haber perdido el juicio! —se decía—. Supongo que está pensando en esos dechados de Rokujô, que siempre han dado estas cosas por sentadas, y me considera indiscreta y descarada... ¡Pues no puedo evitarlo! Tampoco me importaría tanto si estuviera

acostumbrada a eso como lo están ellas; incluso las cosas podrían ser mucho más fáciles así. Todo el mundo, incluida mi familia, me consideró muy afortunada, como no podía ser menos cuando él era un modelo de marido cariñoso, pero ¡ahora parece como si todos estos años sólo pudieran terminar en una humillación!» Se sentía profundamente herida.

Se acercaba el amanecer mientras los dos permanecían silenciosos, suspirando por distintos motivos, hasta que finalizó la noche y el comandante se apresuró como siempre a escribir una carta a la dama; no podía esperar a que se disipara la bruma matinal. Su esposa estaba muy ofendida, pero no le arrebató la misiva como antes.

Escribió resueltamente, y entonces dejó el papel a un lado y tarareó su poema sin alzar la voz, pero aun así ella le oyó.

*Me pregunto cuándo será, cuándo
querrás que te despierte, pues esas
palabras tuyas*

*me piden que me abstenga hasta que
salgas del sueño de la larga noche.*

—¿Qué voy a hacer? [\[59\]](#)

La dama supuso que eso era lo que él había escrito. Él cerró la carta y siguió tarareando «Oh, ¿qué voy a hacer?», etcétera. Entonces llamó a un mensajero y la envió. Llena de curiosidad, ella pensó que le gustaría ver la respuesta de la

mujer. ¿Qué estaba ocurriendo?

El sol ya estaba bastante alto cuando llegó la réplica. Escrita en papel violeta oscuro, era breve y, como de costumbre, de puño y letra de Koshôshô. Lo que ésta tenía que informar era lo de siempre: nada. «Lo sentía tanto, señor, que me llevé vuestra carta... Mi señora había hecho unas prácticas de caligrafía en ella». La dama de honor había arrancado las partes anotadas y las adjuntaba.

«¡Ella ha leído en verdad mi carta!», se dijo el comandante, y experimentó un ridículo acceso de alegría. Tomando una palabra de aquí y otra de allá, por fin consiguió leer:

*En estas colinas de Ono, donde lloro día
y noche lamentándome tristemente,
¿van a ser mis incesantes lágrimas la
Cascada Silenciosa?*

Eso parecía ser cierto. Los antiguos poemas que ella había escrito con desaliento aquí y allá estaban trazados con una elegante caligrafía. Quienes ardían con esa clase de deseo siempre le habían parecido unos locos risibles, y ahora que él también lo estaba haciendo comprendía lo insoportable que podía ser. ¡Qué extraño! Seguía preguntándose por qué tenía que sufrir de aquel modo, pero no podía hacer nada al respecto.

Genji, que estaba en Rokujô, se enteró

de lo que sucedía. Siempre había considerado que la madurez del comandante, su carácter reflexivo y su intachable estilo de vida redundaban en su propio crédito como padre, redimiéndole de la desdichada reputación que le había valido su tendencia al galanteo en el pasado. Cuán triste era aquello para ambos, [\[60\]](#) se dijo, ¡y qué dificultades iban a tener! ¿Qué pensaría Su Excelencia de todo aquello, siendo como eran tan íntimos? Sin duda el joven comprendía la situación, pero el destino empuja a los hombres hasta el final. No, no le correspondía a él manifestar su opinión ni intervenir. A la distancia en que se encontraba, las noticias le impulsaban a

lamentar en especial el dolor que aquello causaría a las mujeres.

Mientras, en compañía de la señora Murasaki, reflexionaba sobre el pasado y el futuro, y observó que hechos como aquél le recordaban que debería preocuparse por lo que le sucedería a ella cuando él desapareciera, y al escuchar esto ella se ruborizó y le preguntó, entristecida, cuánto tiempo esperaba dejarla sola. «¡Ah, no hay nada tan lastimosamente limitado y constreñido como una mujer! —reflexionó—. ¿Qué recompensará su paso por el mundo si permanece encerrada en sí misma, ciega a las alegrías y las penas y a todos los placeres de la vida? ¿Qué iluminará la

monotonía de sus días huidizos? ¿Y no causará una amarga decepción a los padres que la criaron que resulte ser rematadamente torpe e insensible a cuanto la rodea? ¡Qué pérdida para sí misma si se encierra en sus pensamientos, como aquel Príncipe Silencioso que citan los monjes como el patrono de sus tribulaciones, [\[61\]](#) y, sabiendo distinguir lo bueno de lo malo, no dice nada en absoluto! ¿Cómo hallar el equilibrio justo?» Estas cuestiones le absorbían ahora al pensar en la situación de la primera princesa.

Genji sentía curiosidad por saber qué pensaba el comandante de todo aquello, y cierta vez, cuando aquel caballero se

encontraba en Rokujô, observó:

—El duelo por el Refugio debe de haber terminado. ¡Vamos, treinta años transcurren antes de que te des cuenta! [62] ¡Qué triste y cruel es la manera en que nos aferramos a lo que dura como el rocío de la noche! Ansio raparme la cabeza y abandonarlo todo, pero aún estoy aquí, gozando de mis comodidades. No, esto no es bueno, no lo es en absoluto.

—¡Qué cierto es lo que dices! —replicó el comandante—. Incluso a quien no tiene nada de lo que arrepentirse debe de resultarle difícil dar ese paso —siguió diciendo—. El gobernador de Yamato se ha hecho cargo de organizar los servicios fúnebres durante los cuarenta y nueve

días. ¡Qué lástima! Alguien con tan poco apoyo puede prosperar en la vida sólo para tener, después de todo, un triste final.

—Imagino que Su Eminencia Enclaustrada ha enviado sus condolencias. ¡Cómo debe de llorar la princesa, su hija! A juzgar por lo que he sabido últimamente, el Refugio era mucho más digna de consideración de lo que había creído. Es una gran pérdida para todos nosotros. Quienes más se merecen vivir siempre son los que se van. Ha sido un golpe tremendo para Su Eminencia. Le tenía a esta princesa un apego especial, después del afecto que siente por Su Alteza Enclaustrada. Estoy seguro de que posee grandes cualidades.

—Me pregunto cómo será. El Refugio era irreprochable en cuando a modales y temperamento... Cierto que nunca tuve una estrecha relación con ella, pero incluso las pequeñas cosas dicen mucho acerca del carácter de alguien. —Acerca de su hija no reveló nada.

Genji pensó que, si estaba tan interesado por ella, nada de lo que él le dijera surtiría efecto; no tenía sentido ofrecerle unos consejos que no deseaba, pues no le haría caso, de modo que no insistió.

Así pues, el comandante se encargó de los ritos fúnebres. Como es natural, la noticia se divulgó, y también llegó a oídos de Su Excelencia. Estaba escandalizado, y

por desgracia culpó de ello a la ligereza con que la princesa se comportaba. [63] Sus hijos también participaron debido al viejo vínculo, y él hizo una generosa aportación para la lectura de las escrituras y demás actos. Todo el mundo estaba deseoso de sobresalir, y el esplendor de los servicios fue el que correspondería a una gran dama.

Su Alteza quería pasar el resto de su vida donde se encontraba, pero cuando Su Eminencia se enteró de este deseo, manifestó que era del todo imposible.

—Sin duda no es decoroso que pases de una relación sentimental a otra, pero una mujer sin protector puede asumir con facilidad la guisa que ya sabes sólo para

extraviarse y provocar un escándalo que la deja atrapada entre este mundo y el siguiente, culpable a los ojos de todos. Ahora que he abandonado el mundo y que Su Alteza Enclaustrada también lo ha hecho, la gente dice que no tengo descendencia. Eso no debe afligir a quien ha renunciado al mundo, pero ciertamente no sería decoroso que ansiaras demasiado seguir nuestro ejemplo. La verdad es que produce una mala impresión rechazar el mundo tan sólo a causa de una amarga experiencia. Haz lo que quieras, pero no hasta haberlo pensado a fondo y con calma.

Le transmitió repetidas veces este mensaje a la princesa, pues los

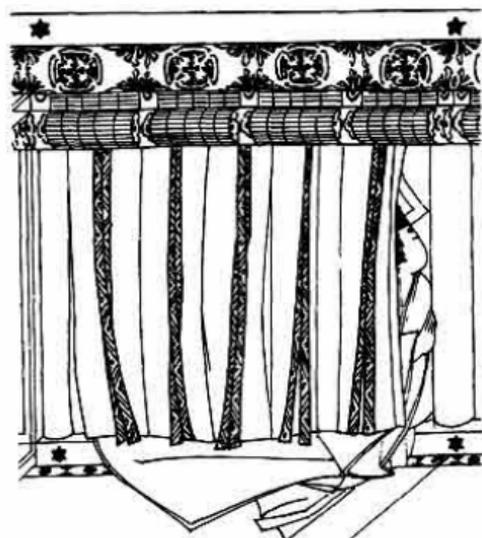
chismorreos acerca de ella debían de haber llegado ya a sus oídos. Le exasperaba descubrir lo que decían de ella, que había actuado por despecho y decepción, pero si bien por otro lado no le serviría a ella de nada que reconociera abiertamente su nuevo estado, tenía la sensación de que no le correspondía a él decir tal cosa, puesto que no deseaba avergonzarla, así que nunca abordaba la cuestión.

Entretanto, el comandante no veía motivo alguno para hacer otro intento vano de persuadirla. «Ella nunca me dará su consentimiento. Haré saber que tenía la aprobación del Refugio. ¿Qué otra cosa puedo hacer? Daré a entender un leve

desliz suyo y me aseguraré de que nadie pueda decir con precisión cuándo comenzó todo. Sería tremendamente incómodo volver a acosarla con súplicas amorosas». Con esta idea, eligió un día apropiado para el regreso de la dama a Ichijô, llamó al gobernador de Yamato para darle instrucciones sobre el procedimiento a seguir y ordenó que limpiaran y arreglaran la casa. Las mujeres se habían acostumbrado a vivir allí entre una espesa maleza que desafiaba sus esfuerzos por eliminarla, pero él se encargó de que el lugar quedara immaculado e intervino personalmente para que el gobernador de Yamato dispusiera de todas las cortinas de dintel

necesarias, así como biombos, cortinas portátiles y esteras confeccionadas en su propia casa.

El día señalado se presentó para ofrecer a la princesa un carruaje y una escolta. Cuando ella insistió en que no tenía intención de ir, sus damas pusieron todo su empeño en hacerle cambiar de idea.



Cortinas de dintel

—No puedo estar de acuerdo, Vuestra Alteza —le dijo el gobernador—. Hasta ahora os he servido tan bien como he sabido, compadecido de

vuestro dolor, pero ahora he de regresar a mi provincia, donde tengo asuntos pendientes. No hay nadie más a quien podamos confiar el cuidado de vuestra residencia, y sería del todo censurable que dejara las cosas tal como están. Sin embargo, ahora que el comandante se ha encargado de todo, me parece que, si bien ciertamente no estáis obligada a aceptar, no es ésta en modo alguno la primera vez que una dama como vos ha tenido que soportar unas circunstancias que le desagradaban, y no veo ninguna razón por la que habrían de criticaros expresamente. Vuestra actitud no podría ser más infantil. Al margen de lo que os dicte el orgullo, no es posible que una mujer se las arregle

por completo ella sola. Bien podríais aceptar la ayuda de un súbdito que os respetará y apreciará. Ésa es la manera adecuada para que gocéis de la clase de vida que deséais llevar. —Entonces se dirigió a Sakon y Koshôshô—: El problema es que ninguna de vosotras le recuerda estas cosas a vuestra señora.

[64]

Las damas de honor se reunieron en torno a su señora para persuadirla, y ella, impotente, dejó que la vistieran con unas prendas de colores más brillantes. Apartó distraídamente a un lado [65] el cabello que anhelaba cortarse, y resultó que medía seis pies de largo. A las damas de honor les pareció que debería sentirse orgullosa

de su cabellera, aunque había perdido un poco de pelo, pero para ella era como si estuviera del todo echada a perder; de ninguna manera podía presentarse así ante nadie, y sus cuitas le abrumaban tanto que volvió a acostarse.

—Es tarde, mi señora —dijeron las damas de honor—. ¡La noche avanza!

Las ráfagas de viento y lluvia aumentaban su aflicción.

*¡Ah, unirte al humo en que se convirtió
ella y que, rebasando las colinas
ascendió al cielo,
y no seguir jamás al viento cuando no
siento deseos de partir!,*

murmuró.

Estaba decidida, pero últimamente sus damas de honor habían mantenido bien ocultos tijeras y demás objetos cortantes, y de todos modos, se preguntó ella, ¿qué dotaba a su destino de tanta importancia que se sentía con derecho a actuar en secreto como una niña tonta o a escandalizar a quienes aún se preocupaban por ella con la noticia de lo que había hecho? Así pues, nunca llevaba a cabo lo que había planeado.

Sus damas de honor ya habían recogido peines, cajas de accesorios, cofres de ropa y todo lo demás, colocándolo en unas bolsas que les habían enviado, y ella difícilmente habría podido

quedarse sola. Con lágrimas en los ojos subió al carruaje, muy consciente del lugar vacío a su lado, y la bruma le nubló los ojos cuando recordó cómo su madre, ya enferma, le había arreglado el cabello al llegar y le había ayudado a apearse. Junto con la daga, [66] conservaba un estuche con las escrituras del que nunca se separaba.

*¡Oh, bello y querido estuche enturbiado
por las lágrimas...! pues todavía me
recuerdas
a quien añoro en demasía para olvidar
su pérdida,*

murmuró.

Era el estuche con taracea de madreperla preferido de su madre, pues aún no se había podido procurar un estuche negro [67] propio. Se lo había quedado como un recuerdo de su madre, pese a que ésta había querido donarlo para lectura de las escrituras. Se sentía como el patrón Urashima. [68]

Cuando llegó a su destino, comprobó que la atmósfera del lugar no era sombría. Nunca lo había visto tan lleno de gente. Hicieron entrar el carruaje y ella se dispuso a apearse, pero entonces vaciló, porque la casa, de la manera más inquietante, no le daba una sensación de hogar. A sus damas de honor esta actitud les parecía muy infantil, y no sabían qué

hacer.

El comandante había pedido que le preparasen el lado sur del ala oriental, donde se proponía vivir a partir de entonces, y estaba instalado allí a sus anchas. El asombrado personal de Sanjô musitaba: «¡Es increíble, de un modo tan repentino...! ¿Desde cuándo es así?». Aquel hombre que nunca se había permitido una actitud lánguida o provocativa resultaba tener ahora una faceta desconocida, pero ellos supusieron que, en cualquier caso, debía de haber sido así desde hacía mucho tiempo sin revelarlo; nadie imaginaba que Su Alteza seguía rechazándole. Su posición era detestable desde cualquier punto de vista.

La singular comida de bienvenida no fue exactamente propicia para un nuevo comienzo, [69] pero una vez finalizada, cuando todo el mundo se había acomodado para pasar la noche, él se presentó y le pidió a Koshôshô que le dejara entrar.

—Si en verdad el afecto que sentís por mi señora ha de perdurar a lo largo de los años, os ruego encarecidamente que dejéis pasar uno o dos días antes de abordarla. Venir a casa ha sido deprimente para ella, y está ahí tendida como si no se encontrara ya entre los vivos. Le molestan los esfuerzos que se hacen por alegrarla, y eso es algo que me dificulta mucho las cosas. Apenas puedo

hablar con ella.

—Es que no la comprendo. Parece fuera del alcance de todos, como una niña, y no es eso lo que yo esperaba. —El comandante se dedicó a quejarse diciendo que sus intenciones no desacreditarían a ninguno de los dos.

—Oh, no, mi señor, ahora mi mayor preocupación, hasta que pueda pensar serenamente, es el temor a perderla a ella también. ¡Por favor, mi querido señor, por favor, no hagáis nada fruto de la obstinación ni agresivo! —Mientras así hablaba se retorció las manos.

—¡Jamás había visto nada igual! ¿Y qué dices de mí, entonces, a quien ella al parecer desprecia como si fuese el más

vulgar y odioso de los hombres?

Era tan evidente que el tratamiento que le daba Su Alteza le parecía injusto, que Koshôshô también se apiadó de él.

—Decís que nunca habéis visto nada igual, mi señor... Tal vez eso se deba a que en realidad nunca habéis sabido tanto de la vida. Como quién tiene razón y quién está errado —añadió sonriente—. Me pregunto qué diría un tercero que nos escuchara.

Él no tenía ninguna intención de permitir que la menor resistencia, por concertada que estuviese, frustrara sus deseos, y echó a andar por delante de Koshôshô hacia el lugar donde suponía que se encontraba Su Alteza. Ésta,

asombrada y horrorizada por su insensible zafiedad, decidió que él podía quejarse cuanto quisiera de que su actitud era infantil; pidió que extendieran una estera en su cámara, cerró la puerta por dentro y se acostó. Pero ¿hasta cuándo la salvaría semejante proceder? Deploraba amargamente la alocada indiscreción de sus damas de honor. En cuanto al caballero, a pesar de su cólera e indignación, resolvió en su fuero interno que no iba a darse por vencido, y pasó el resto de la noche pensando en lo que haría. Se sentía como un faisán de montaña. [70] Por fin amaneció, y se dispuso a marcharse, puesto que pronto habría suficiente luz para que le

reconocieran.

—¡Por favor, por lo menos abre un poco la puerta! —le rogó, pero ella no le hizo caso.

*En esta noche invernal, cuando el dolor
embarga mi corazón,*

*¡ah, qué nuevas cadenas me impiden el
paso a través de tu puerta infranqueable!*

—Tu actitud me deja sin habla.

Se marchó de allí con lágrimas en los ojos, y fue a descansar a Rokujô.

—En casa de Su Excelencia dicen que has llevado a Su Alteza de regreso a Ichijô. ¿Qué te propones? —le preguntó con inocencia la dama del ala nordeste.

También estaba detrás de una cortina portátil, pero él la distinguía vagamente a través de la tela.

—Sí, imagino lo que están diciendo. Al principio el llorado Refugio se oponía en redondo a la idea, pero al aproximarse al final cambió de actitud, pues supongo que le preocupaba no poder encontrar a ningún otro, y me hizo saber que confiaba en que cuidaría de su hija una vez ella hubiera desaparecido. Así pues, en beneficio de mi vieja amiga decidí hacerlo. Me pregunto cómo se lo toma la gente; no es nada extraordinario, pero les encanta el chismorreo. —Sonrió y siguió diciendo—: Ella misma está decidida a apartarse por completo del mundo, y su

desesperación parece tan intensa que quiere hacerse monja. Pero ¿qué querría que hiciera yo? Sí, puede que haya desagradables habladurías, pero no tengo intención de decepcionar a su madre, ni siquiera aunque la princesa haya decidido ponerse de este modo al margen de toda sospecha, y ésta es la sencilla razón de que haga cuanto puedo por ella. Te ruego que se lo expliques así a Su Gracia la próxima vez que venga, si encuentras el momento de hacerlo. No he querido darle ningún motivo para que me acuse de locura a mi edad, pero es cierto que en esta clase de asuntos uno ignora con demasiada facilidad no sólo los reproches del prójimo, sino también las advertencias de

su propio corazón.

—¡Entonces es cierto lo que dicen! Creía que la gente se lo estaba inventando todo. Admito que estas cosas no tienen nada de excepcional, pero lamento imaginar cómo debe de reaccionar tu joven dama en Sanjô, que está acostumbrada a sentirse tan segura.

—Eres demasiado amable al referirte a ella como una joven dama. En realidad es una arpía redomada. Pero, en cualquier caso, ¿por qué habría de abandonarla? Si me permites la audacia, considera el caso de cuantas vivís aquí. La gente valora la paz por encima de todo. El mal genio y el carácter quejumbroso pueden hostigar a uno y llevarle a un retiro temporal, pero

no se les puede permitir que gobiernen la vida entera, y es evidente que cuando surge algún incidente habrá dificultades en una pareja. A ese respecto, el temperamento de la dama que vive en el ala sudeste [71] es peculiar por muchos motivos, y a mi modo de ver también tú eres admirable.

Ella sonrió ante este elogio.

—Si te propones citarme como un modelo, me temo que todo el mundo descubrirá muy pronto lo deficiente que soy. Lo curioso, ¿sabes?, es que Su Gracia dé tanta importancia a tu menor desliz como para ocultar sus propios extravíos, de modo que o bien te sermonea o bien te censura en su ausencia.

A mi modo de ver, es como alguien que se considera prudente pero que sigue sin ser consciente de lo que él mismo está haciendo.

—Tienes razón. Siempre me sermonea sobre esas cosas, pero me las arreglo para tener cuidado por mí mismo, incluso sin su sabio consejo. —Sí, pensó, desde luego acababa de hacer un comentario divertido.

Al día siguiente visitó a Genji, que no veía ningún motivo para decirle nada de lo que sabía, aunque ya estaba enterado de todo. Contempló satisfecho a su hijo y se dijo: «Con lo apuesto que es, últimamente parece haber adquirido un mayor empaque. ¿Quién podría culparle de que

se dé algún gusto de vez en cuando? Con esa brillante aura de juventud y belleza, los mismos dioses le perdonarían. ¡Es muy natural, habida cuenta de que no es un jovenzuelo, sino un hombre maduro en la mejor época de la vida! ¿Por qué no habría de agradar a una mujer? ¡Muy bien puede enorgullecerse de lo que ve en el espejo!».

El sol estaba alto cuando el comandante llegó a casa. En cuanto entró, sus hijos le rodearon, todos ellos encantadores. Su madre yacía en un lecho provisto de cortinas, y cuando él se le acercó, desvió la cara. Él comprendió que debía de estar enojada, pero cuando retiró las ropas de cama que la cubrían, su

semblante no reflejaba arrepentimiento.

—¿Dónde te crees que estás? —le preguntó ella—. Estoy muerta. He pensado que bien podría ser un demonio, puesto que siempre me llamas eso.

—Puede que seas un demonio e incluso algo peor en el fondo, pero ¡eres demasiado hermosa para desagradar a nadie!

Su displicencia irritó a la dama.

—¡No voy a estar siempre pegada a un hombre encantador como tú! ¡Me voy a alguna parte, adonde sea! ¡No quiero que tan sólo te acuerdes de mí de vez en cuando! ¡Todos estos años no han sido más que una pérdida de tiempo!

Se había sentado, y no podía ser más

cautivadora. Su enrojecido rostro tenía un brillo encantador.

—Ahora sí que me siento en casa... Debe de ser por esta rabieta infantil tuya. No, no temo nada de este demonio — bromeó— La verdad es que me gustaría enfrentarme a algo más espantoso.

—¿De qué estás hablando? ¡Anda, hazme caso y muérete! ¡Y yo haré lo mismo! No soporto verte y no quiero saber nada de ti. ¿Quién sabe lo que harías una vez yo hubiera desaparecido?

Él se echó a reír alegremente, cada vez más complacido.

—Tal vez no quieras mirarme mientras estoy aquí, pero ¿por qué no querrías saber nada de mí cuando estoy en

otra parte? En cualquier caso, parece que quieres hacerme comprender lo íntimos que somos. Y eso de morirnos de repente y que uno vaya detrás del otro al inframundo es algo que ya te prometí que haría.

Se negaba a tomarla en serio, y tal empeño puso en ganarse su voluntad que ella empezó a ceder, pese a que sabía perfectamente bien que él bromeaba, una actitud que enterneció al comandante. No obstante, seguía sintiéndose muy inquieto. No podía creer que ella pudiera ofrecerle resistencia indefinidamente, pero si al final conseguía hacerse monja, le haría quedar como un perfecto idiota. Se dijo que durante cierto tiempo no podría

permitirse pasar ni una noche fuera de casa, y cuando empezó a oscurecer se dio cuenta de que tampoco aquel día había recibido una respuesta de ella, lo cual le llenó de malhumor.

En cuanto a ella, tras haberse pasado un par de días sin probar bocado, tomó una comida ligera.

—Su Excelencia no aprobaba en absoluto verme siempre tan entusiasmado contigo —le dijo él—, pero soporté lo insoportable, aunque todo el mundo lo consideraba una estupidez por mi parte, e hice caso omiso de lo que unos y otros me decían. «¡Ni siquiera una mujer sería tan fiel!», comentaban riéndose. Ahora, cuando pienso en ello, me pregunto cómo

pude serlo y yo mismo me asombro de ese comportamiento. Puede que me detestes, pero a estas alturas tenemos una casa llena de hijos, y tú nunca los abandonarías; por ello espero que, en el fondo de tu corazón, no tengas la intención de abandonarme. Y, además, mírame, ¡la traicionera es la vida, no yo!

Mientras hablaba, de vez en cuando le asomaban lágrimas a los ojos. También ella, al pensar en el pasado, sentía a pesar de sí misma la fuerza peculiar y maravillosa del vínculo que los unía. Él se quitó las prendas informales y arrugadas, se puso otras perfumadas y partió, vestido con exquisita elegancia. A la luz de la lámpara ella le vio alejarse, y

cuando las amargas lágrimas empezaron a brotarle de los ojos, asió una manga de la camisa que él acaba de quitarse y musitó:

*Más que lamentarme por haber perdido
mi encanto para él,
bien podría vestir de nueva guisa, la de
una monja en Matsushima.*

—¡No puedo seguir así!

Él se detuvo.

—¡Qué cruel eres! —exclamó.

*¿Es eso lo que piensas? ¿Que puedes
llevar ante el mundo,
ahora que estás harta de mí, el hábito
húmedo de agua salada que visten en*

Era un poema apresurado, y muy trivial.

En Ichijô, Su Alteza seguía encerrada en su retiro.

—¿Creéis que podéis seguir de esta manera para siempre, mi señora? Todo el mundo sabrá que sois increíblemente infantil. Tenéis que salir y hablar con él como es debido.

Sus damas de honor hicieron todo lo posible por persuadirla, y la princesa supo que tenían toda la razón, pero para ella el comandante era el hombre odioso a quien debía su reputación en el futuro y el sufrimiento en el pasado, y también

aquella noche se negó a recibirle.

—¡Esto no es ninguna broma! — insistió él repetidas veces—. ¡Es ridículo!

Koshôshô se compadeció de él.

—Sé que mi señora mejorará con el tiempo, y si por entonces no la habéis olvidado, volveré a hablarle. Dice que su mayor deseo es vivir sin otras distracciones mientras siga de luto, y aún está furiosa porque, desgraciadamente, su situación es de dominio público.

—¡Pero mis intenciones no son las que imaginas! ¡No debe temer nada! — Exhaló un suspiro y añadió—: Dile que si sale para sentarse donde suele hacerlo le explicaré mis sentimientos, a través de persianas si lo desea, y no la molestaré

más. Estoy dispuesto a ser paciente durante años.

Ella le replicó:

—Tu implacable acoso es muy desagradable, sobre todo tras el golpe que acabo de sufrir. Tu actitud es del todo ofensiva, aparte de la congoja que me causa lo que la gente pueda estar pensando y diciendo de mí.

Con tales repetidas expresiones de su desagrado, ella siguió manteniéndole lo más alejado posible.

Él se dijo que aquello no podía continuar. Se sentía atrapado. Era evidente que la gente se enteraría de lo que pasaba, y además empezaba a sentirse incómodo ante las damas de honor de ella.

—Quiero mantener las apariencias durante cierto tiempo —le insistió a Koshôshô—. La estúpida posición en que me ha colocado es cruel, pero al mismo tiempo, si dejara de venir bruscamente, su propia reputación se vería afectada. Resulta penoso ver cómo da rienda suelta a sus sentimientos y se empeña en ser tan infantil.

Koshôshô se mostró de acuerdo. Por entonces tan sólo verlo le apenaba, y lamentaba profundamente lo que aquel hombre estaba padeciendo. Así pues, le dio acceso a la cámara por la puerta norte, la que utilizaban las damas de honor de Su Alteza. Esta se quedó horrorizada al descubrir que incluso sus

damas de honor eran tan mundanas como cualquiera y que, en lo sucesivo, cabía esperar incluso acciones peores, y ahora que no podía confiar en nadie se lamentó de su desdicha.

Él le habló durante mucho rato, unas veces con elocuencia, otras bromeando, recordándole lo que ella ya debería saber, pero la dama seguía siendo tan enconadamente hostil como antes.

—Que me consideres insoportable me llena de vergüenza hasta tal punto que lamento la locura de haber aspirado alguna vez a complacerte, pero ahora es demasiado tarde, y tu orgulloso nombre no saldrá indemne de esto. Es inútil. Dicen que a veces uno se ahoga en el desengaño;

pues bien, ¡resígnate tras haber saltado al abismo de mi afecto!

La dama se había cubierto la cabeza con una camisa, y no podía hacer más que llorar. El comandante se compadecía de ella desde el fondo de su corazón. «¡Esto es terrible! Pero, ¿por qué está tan profundamente dolida? Cuando las cosas han llegado tan lejos, cualquier otra mujer mostraría señales de ceder, por muy testaruda que fuese, pero no, una roca o un árbol se conmoverían con más facilidad que ella. Supongo que no tiene ningún vínculo kármico conmigo, y ése debe de ser el motivo de que le desagrade tanto». Aquello era demasiado. Pensó entristecido en la dama de Sanjô, y los

recuerdos de su amor inocente en el pasado y de cómo más recientemente había cedido a él con dulzura y confianza le atormentaron de tal modo que no insistió más en persuadirla y se pasó el resto de la noche suspirando.



Doncellas que llevan agua para lavarse

En tales circunstancias, habría sido demasiado necio proseguir con las idas y venidas tratando de ver a la dama, por lo

que aquel día el comandante se permitió quedarse donde estaba. A Su Alteza le horrorizaba que él hubiera ido tan lejos, y su resistencia no hacía más que endurecerse, una actitud que él consideraba al mismo tiempo ridícula, detestable y triste.

El gabinete donde ella se encontraba sólo contenía unos cofres fragantes y un armario, pulcramente colocados contra las paredes; ella había organizado el espacio de modo que fuese muy cómodo. Daba una impresión de penumbra, pero penetraba en él suficiente luz para revelar que el sol de la mañana se había alzado. Él retiró la prenda bajo la que ella se ocultaba, apartó a un lado su desordenado cabello y la

conoció brevemente. [\[73\]](#)

Ella tenía una noble gracia femenina, mientras que él mismo era un placer, y lo era incomparablemente más en aquella situación de intimidad fortuita que cuando estaba predispuesto a ser formal. La dama recordaba que el difunto intendente, cuyo orgullo compensaba su falta de prestancia digna de mención, en ocasiones había manifestado que no la consideraba bella, y se preguntaba avergonzada cómo podría él mirarla ahora que había perdido el escaso atractivo que en otro tiempo había tenido. De una manera u otra se esforzaba por aceptar su situación. Pero, ¡ay!, era consciente de que no podría librarse de la censura cuando la noticia se divulgara, e

incluso el momento era infortunado. [74]
No encontraba consuelo.

Las damas de honor llevaron agua para lavarse y el desayuno a la sala que ella utilizaba de ordinario. [75] El color de la estancia desentonaba desagradablemente con la ocasión, [76] por lo que habían instalado biombos a lo largo del lado este, [77] mientras que a lo largo de la misma cámara había cortinas teñidas de clavo [78] y otros objetos discretos y de buen gusto, como un armario escalonado de madera de aloe. Todo esto se debía al gobernador de Yamato. Éste había pedido a las damas de honor que vistieran prendas de colores suaves, como rosa amarilla y capas

escarlata sobrepuestas, violeta oscuro o gris azulado, con unas cuantas colas violeta grisáceo y verde otoñal. [79]

Trajeron la comida en sus pequeñas plataformas. En ciertos aspectos, las damas de honor de Su Alteza se habían vuelto descuidadas, pero cuando el gobernador se dio cuenta de lo que ocurría, puso orden en el reducido servicio que quedaba y se ocupó personalmente de todo. La noticia de un visitante tan inesperado y distinguido hizo que la servidumbre dispersa desde hacía largo tiempo volviera a la casa, y se pusieron manos a la obra sin dilación.

Ahora que su marido actuaba como amo y señor de Ichijô, la dama de Sanjô

llegó a la conclusión de que aquello debía de ser el final, pero se sentía como si hubiera experimentado personalmente el dicho de que el hombre fiel que flaquea se ha perdido para siempre, y ella no quería seguir siendo testigo de aquella conducta escandalosa. En consecuencia, fue a ver a su padre con el pretexto de un tabú direccional. La compañía de la consorte, [\[80\]](#) que por entonces se encontraba en casa, le procuró cierto consuelo de sus cuitas, y no se apresuró a regresar como solía hacerlo.

«¡Lo sabía! —se dijo el comandante, alarmado—. ¡Qué temperamento tiene! Lo mismo que Su Excelencia. Ninguno de ellos muestra el menor atisbo de medida

ni de calma. Habida cuenta de su vehemencia y la rapidez con que se enfadan, son perfectamente capaces de tener la ridícula idea de que soy detestable y de que no quieren volver a verme ni oír hablar de mí». Regresó enseguida a Sanjô y se encontró con que ella le había dejado a sus hijos varones y se había llevado a las niñas y el bebé con ella. Los niños se alegraron mucho al verle, aunque le disgustó ver que algunos también lloraban por su madre.

Él le hizo llegar repetidos mensajes, y despachó un mensajero para que la hiciese volver, pero no obtuvo respuesta. Pese al disgusto que le producía la conducta obstinada de la dama, debía

tener en cuenta la posición de Su Excelencia sobre el asunto y, por lo tanto, fue allí en persona, después de que hubiera oscurecido. Supuso que ella se encontraba en la casa principal [81] y se encaminó allí como de costumbre, pero sólo encontró a las damas de honor de ella. Los niños estaban con el aya.



Monje sentado en una esterilla redonda

—¡De modo que estás aquí, divirtiéndote como una chiquilla con sus amigos! —le reprochó con amargura—. [82]

Dispersas a todos estos niños y ahora estás aquí... ¿Qué te

propones con ello? Siempre he sabido que ciertas facetas tuyas me disgustan, pero por alguna razón, supongo que el destino, jamás he querido abandonarte, y ahora que tenemos tantos hijos de los que cuidar, unos niños tan encantadores, no me había pasado por la imaginación que pudiéramos separarnos. ¿Vas a tratarme así por una nimiedad?

—¿Por qué no? Estás harto de mi manera de ser, y desde luego ya no voy a cambiar. ¡Si quieres quedarte con estos arrapiezos, tanto mejor!

—¡Magnífica respuesta! Quisiera saber cuál de los dos va a salir más perjudicado.

No insistió en que ella fuese a su

encuentro, y aquella noche durmió solo. «¡De qué extraña manera me veo atrapado estos días entre una y la otra!», pensó mientras acostaba a los niños junto a él. Se preguntó qué pesares embargarían a la otra dama en Ichijô. ¿Quién podría gozar de semejante situación? Acongojado, se dijo que había aprendido la lección.

Cuando amaneció envió otra amenaza a la dama: «La gente pensará que te estás portando como una niña testaruda. Si estás decidida a que todo termine entre nosotros, muy bien, probémoslo. Supongo que tienes tus motivos para dejar a varios de los niños en casa, aunque los pobrecillos parecen echarte mucho de menos, pero yo no puedo abandonarlos y

me propongo hacer cuanto pueda por ellos».

Ella comprendió enseguida que su marido podría llevarse incluso a los niños que tenía consigo y confinarlos en alguna parte fuera de su alcance.

—Anda, vamos —le dijo a una de sus hijas—. Las cosas son demasiado difíciles, y no podré venir a verte continuamente. Tus hermanos aún están en casa, y quiero que estéis todos juntos. — La niña, todavía muy pequeña y tierna, le miraba con seriedad—. No debes escuchar a tu madre —le reprendió él—. Lamento decir que hay muchas cosas que no comprende.

Cuando Su Excelencia se enteró de lo

que estaba ocurriendo, suspiró al imaginar cómo se reiría la gente.

—¡Pensar que nunca le diste una oportunidad...! —le dijo a su hija—. Sé que, con el tiempo, él te habría pedido disculpas. Una mujer tan irascible es una necia. Pero, en fin, ahora que has dado ese paso, no puedes ceder y regresar a casa. Sin duda no tardarás en descubrir su auténtica manera de ser.

Envió al teniente chambelán [\[83\]](#) con un mensaje para Su Alteza.

Debemos de compartir un vínculo, pues siempre estás presente en mi corazón, mientras pienso en ti con afecto y oigo sobre ti cosas odiosas.

«Sin duda todavía no nos has olvidado», le había escrito.

El teniente llevó la carta de inmediato.

Le pusieron una esterilla redonda en la terraza meridional. Las damas de honor apenas sabían qué decirle, y Su Alteza se sentía incluso más penosamente incómoda. El joven, el más apuesto de todos los hermanos, miraba con calma a su alrededor, como si estuviera pensando en el pasado.

—Todo parece tan familiar... Pero tal vez preferiríais que no me sintiera cómodo en este lugar —observó brevemente.

Su Alteza no sabía qué responder.

—¡No puedo escribirle nada! —

exclamó.

Sus damas de honor se reunieron en torno a ella.

—Pero entonces, mi señora, nunca sabrá lo que sentís y, además, vuestra actitud parecerá infantil. ¡No podéis esperar que escribamos nosotras por vos!

Ella se echó a llorar. Pensó que si su madre viviera habría encubierto todos sus defectos, por muy poco que le hubiera gustado hacerlo. Con la sensación de que las lágrimas serían más veloces que el pincel, sólo acertó a escribir:

Ah, ¿ cómo es posible que sólo exista una como yo, sin la menor importancia, pero estés enojado conmigo y recibas

mis noticias con amor?

Escribió lo que se le ocurría y, sin terminar como era debido, envolvió la misiva y la envió.

Entretanto, el teniente estaba hablando con las damas de honor de ella.

—Vengo aquí de vez en cuando, ¿sabéis? —les dijo antes de partir—, y me siento fuera de lugar ante las persianas. Pero ahora tengo una buena razón para venir de visita, y lo haré con frecuencia. Tenéis que franquearme el paso al interior. Confío en que mis años de leal servicio sean recompensados.

El estado de ánimo cada vez más sombrío de Su Alteza sacaba de quicio al

comandante, y entretanto la hija de Su Excelencia lloraba con más amargura a cada día que pasaba. La dama de cámara [84] se había enterado de la noticia, y para ella significaba que una dama que siempre le había planteado objeciones debía ahora enfrentarse a alguien a quien no podía despreciar. De vez en cuando escribía una nota.

*Si yo fuese alguien, conocería por mi
cuenta la crueldad de la vida,
pero aún puedo humedecer mis mangas
para lamentar la aflicción ajena.*

Esto le pareció excesivo a la hija de Su Excelencia, pero, sumida en el tedio de

aquellos penosos días, pensó con indulgencia que la remitente tenía motivos para estar molesta con Su Alteza. Replicó con sencillez, tal como las palabras acudían a su mente:

También yo me compadecí de otros, por los pesares que acarrea la vida, pero nunca pensé en despertar la compasión de otra persona.

La dama de cámara se sintió conmovida.

Mucho tiempo atrás, cuando Su Excelencia mantenía separados a su hija y al hijo de Genji, el joven había volcado secretamente todo su afecto en la dama de

cámara, y, una vez reanudado el matrimonio, se había mantenido en contacto con ella, aunque sólo en contadas ocasiones y con decreciente entusiasmo. Sin embargo, ella le había dado muchos hijos. De la hija de Su Excelencia tenía el primero, tercero, quinto y sexto hijos y la segunda, cuarta y quinta hijas, mientras que de la dama de cámara tenía la primera, tercera y sexta hijas y el segundo y cuarto hijos, y todos ellos les llenaron de gozo al crecer, pero los de la dama de cámara destacaban por su belleza e inteligencia. A la tercera hija y al segundo hijo los criaban en el ala nordeste de Rokujô. El mismo Genji los vigilaba y los trataba con cariño. Pero las relaciones

entre estas personas son demasiado complicadas para explicarlas.

Minori

La Ley

Minori significa, ante todo, «la Ley» (Dharma), esto es, la verdad de la enseñanza budista de que todas las cosas pasan, y en este sentido se refiere a la muerte de Murasaki. Sin embargo, también puede significar «ritos» que proclaman y honran la Ley, en particular la ceremonia en la que Murasaki dedica solemnemente mil copias del Sutra del

Loto.

Debe su papel como título del capítulo a su presencia en un intercambio entre Murasaki y Hanachirusato después de la ceremonia.

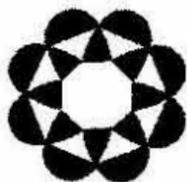
Murasaki:

Por última vez mis ritos servirán a la Ley, pero grande es mi fe en que serán para nosotras un vínculo que durará muchas vidas.

Hanachirusato:

Serán un vínculo por los siglos, aunque

*bien cierto es
que pocos volverán a ver jamás tal
piadosa magnificencia.*



Relación con los capítulos anteriores

«La Ley» comienza pocos meses después del final de «Niebla nocturna» y cubre desde la primavera al otoño del quincuagésimo primer año de Genji.

Personajes

Su Gracia, el emperador

retirado honorario, Genji,
de 51 años

La señora Murasaki, de 43
años

La dama de las Flores
que Caen (Hanachirusato)

La dama de Akashi, de 42
años (Akashi no Kimi)

El tercer príncipe, de 5 años
(Niou Miya)

**Su Majestad, la
emperatriz**, de 23 años (Akashi no
Chûgû)

El comandante, hijo de Genji, de
30 años (Yûgiri)

Su Excelencia (Tô no Chûjô)

**Su Eminencia, la
emperatriz de Reizei**, de 42
años (Akikonomu)

T ras su grave enfermedad, la salud de la señora Murasaki siguió siendo muy delicada, y desde entonces padecía un malestar vago y persistente. Su estado no presentaba una amenaza inminente, pero su prolongación en el tiempo no presagiaba nada bueno, y por entonces su fragilidad era tal que Genji estaba muy inquieto. La idea de sobreviviría, aunque fuese por poco tiempo le consternaba. Ella misma no pedía nada más de esta vida y no sentía deseos de seguir viviendo, pues no tenía vínculos afectivos [1] que la detuvieran; en el fondo sólo lamentaba lo que él sufriría cuando se rompiera el vínculo entre los dos. Encargó muchos servicios religiosos por

su bienestar en la otra vida, y a menudo planteaba la cuestión de aquello en lo que todavía deseaba convertirse, de modo que pudiera dedicar por entero el poco tiempo que le quedaba a la devoción, pero él se negaba. En realidad, Genji abrigaba el mismo deseo, y el anhelo de la dama lo había reforzado, hasta tal punto que de buen grado habría seguido ese camino con ella, si no fuese porque, una vez hubiera abandonado este mundo, no pensaba volver nunca la vista atrás, y si bien estaba seguro de que podía confiar en su promesa de compartir un trono de loto en la vida futura, comprendía que, mientras llevaran a cabo las prácticas religiosas en ésta, incluso en el mismo templo, vivirían

en laderas distintas de la montaña y jamás volverían a verse. El riesgo que ella corría y su sufrimiento eran demasiado penosos, y abandonarla cuando llegara el momento sería tan duro que entonces los sentimientos de Genji no harían más que contaminar su refugio entre las montañas y las aguas. Semejante renuencia por su parte significaba que quedaría muy rezagado con respecto a otros cuya aspiración era prácticamente un capricho personal. A ella le contrariaba su negativa porque, desde luego, se mostraría demasiado ruda y recalcitrante si actuaba por su cuenta, sin el permiso de Genji, pero también temía que pudiera deberlo a su propia carga de pecados.

Se apresuró a dedicar las mil copias del Sutra del Loto que ella misma había realizado a lo largo de los años. El acontecimiento tuvo lugar en Nijô, el palacio que consideraba su hogar. Ofreció a los siete monjes unas vestiduras apropiadas a sus rangos, todas de colores y acabado bellísimos. Los actos fueron espléndidos en todos sus detalles. Ella no le había hablado a Genji de la solemnidad que pensaba darles, por lo que él no le había dado ningún consejo en particular. La excelencia del juicio de la dama e incluso su conocimiento de los rituales budistas le impresionaron profundamente, y su único papel consistió en ocuparse de las cuestiones más comunes, como los

adoraos del altar y cosas por el estilo. El comandante se encargó de proporcionar los músicos y danzarines.

El emperador, el príncipe heredero, las emperatrices y las damas de Rokujô aportaron gran cantidad de lecturas de las escrituras y ofrendas en el altar, y la corte entera hizo similares aportaciones, hasta que el resultado fue una abundancia asombrosa. ¿Cuándo podía ella haberlo planeado todo? Era como si hubiera hecho un voto sagrado venerables siglos atrás.

[2] Asistió la dama de las flores que caen, así como Akashi. Murasaki se sentó en la cámara, con las puertas del lado sudeste abiertas, al oeste del edificio principal. Sólo unas mamparas corredizas separaban

a las damas del pasillo norte.

Era el décimo día del tercer mes. Entonces no se requería una fe profunda para verse libre de los pecados, pues las flores eran perfectas y el cielo tan suave y encantador que la tierra donde dicen que mora el Buda bien podría tener aquel aspecto. Las voces de la gran congregación resonaban de un modo impresionante en el himno de la leña cortada, [3] y le embargó la tristeza en el silencio que se hizo luego, porque últimamente cualquier cosa podía llenarla de desolación.

Le pidió al tercer príncipe [4] que llevara este mensaje a la dama de Akashi:

Tal como estoy ahora poco me importa mi vida, pero aun así me acongoja que la leña se reduzca y no tarde en desaparecer.

La réplica fue indirecta; tal vez la dama temiera lo que podría decir la gente si adoptaba el mismo tono patético:

Llena de afán como estás por cortar la leña, en esta vida acabas de empezar a ir en busca de la Ley y seguirás así un año tras otro.

Durante toda la noche el incesante sonido de los tambores acompañó gratamente a los servicios religiosos. A la

luz creciente del amanecer, flores de muchos colores asomaron entre las masas de niebla, intacto todavía su poder de seducción, mientras centenares de pájaros cantaban con tanta dulzura como si fuesen flautas. La belleza y el deleite se hallaban en su apogeo cuando la rápida música final de «El rey guerrero» resonó con intensidad, y los colores de las prendas que se habían quitado todos los presentes [5] convirtieron aquel momento en un espectáculo encantador. Cada príncipe o noble de alto rango con dotes musicales demostró plenamente su pericia. La dama se sintió muy emocionada al verlos a todos, de alto o bajo rango, tan satisfechos y alegres, pues en su fuero interno sabía

cuán breve era el tiempo que le quedaba.



La danza «El rey guerrero»

Ahora yacía postrada y sufriente, tal vez porque se había pasado levantada el día anterior. Durante años, cada vez que tenía lugar uno de aquellos acontecimientos se había preguntado si volvería a ver los rostros y las figuras de los reunidos, si volvería a gozar de sus habilidades con las flautas y los instrumentos de cuerda, y miraba con emoción incluso a algunos que ni siquiera merecían que reparase en ellos. Ninguna de las damas presentes en los conciertos de verano o invierno y en los juegos —no sin una sensación de rivalidad mutua, pese a que se llevaban tan bien— viviría para siempre, pero le impresionaba profundamente pensar que se iría antes

que ellas, sola, hacia lo desconocido, y esa idea le llenaba de intensa aflicción.

Cuando el acontecimiento hubo finalizado y todos se disponían a marcharse, lamentó lo que para ella era una despedida eterna. A la dama de las flores que caen le envió este mensaje:

*Por última vez mis ritos servirán a la
Ley, pero grande es mi fe
en que serán para nosotras un vínculo
que durará muchas vidas.*

La dama respondió:

*Serán un vínculo por los siglos, aunque
bien cierto es que pocos volverán*

a ver jamás tal piadosa magnificencia.

A instancias de Genji, no hubo pausa alguna tras la ceremonia de dedicación, a la que siguieron otros servicios religiosos, como las lecturas perpetuas de las escrituras y el Rito de la Confesión. [6] Pidió que practicaran continuamente el Gran Rito, como un acto cotidiano, en varios templos importantes, pues hacerlo de otra manera no le había reportado a la dama ningún bien visible hasta entonces.

Aquel verano ella se sintió cada vez más débil, pese a que el calor no era desmesurado. No sufría de una manera alarmante, sino que se iba debilitando cada vez más. No había nada angustioso

ni perentorio en su estado. Sus damas imaginaban un porvenir oscuro, y la cuidaban con profunda piedad y aflicción.

Como no mejoraba, Su Majestad ordenó que la trasladaran desde el palacio a Nijô. Pudo recibir a la emperatriz en el ala este, donde Su Majestad iba a alojarse. La ceremonia fue la habitual, pero ella sabía que no volvería a verla jamás, y eso hizo que el encuentro fuese muy conmovedor. Prestó atención a cada nombre que anunciaban los caballeros de la escolta de Su Majestad. [7] Muchos nobles de alto rango habían acudido para servir a la emperatriz.

Su excepcional encuentro era el primero en mucho tiempo, y tuvieron una

larga y profunda conversación. Entonces entró Genji.

—¡Me siento como un pájaro desterrado del nido! ¡No sirvo para nada! ¡Bien podría irme a la cama!

Tras esto, se retiró. El gran placer que experimentó al verla levantada era un frágil consuelo.

—Tienes que alojarte en otro lugar — le dijo a Su Majestad—, y te pido disculpas porque tendrás que venir a verme; comprende que no es posible que sea yo quien vaya a verte.

Ella se quedó un poco más. Entonces llegó la dama de Akashi, y las dos prosiguieron discretamente su conversación íntima. Muchas cosas

ocupaban la cabeza de la señora Murasaki, pero tuvo la prudencia de no mencionar su próximo abandono de este mundo. Se limitó a hacer unas pocas y serenas observaciones sobre el carácter fugaz de la vida, pero la convicción perceptible en su voz revelaba lo desolada que se sentía mejor que ninguna palabra.

Vio también a los pequeños príncipes y princesas.

—Me gustaría tanto saber cómo sería de mayor cada uno de vosotros... ¿Creéis que eso significa que todavía deseo seguir aquí más tiempo?

Tenía lágrimas en los ojos, y el rostro le brillaba con una belleza extraordinaria.

«Oh, ¿por qué está tan segura?», pensó Su Majestad, y sollozó.

Cuando la conversación tomó tal giro que sus observaciones no parecerían de mal agüero, mencionó a quienes le habían servido bien a lo largo de los años y que daban lástima porque no tenían ningún otro lugar adonde ir.

—Tenedlas en cuenta cuando me haya ido —les pidió.

Eso fue todo. Entonces regresó a sus habitaciones, pues la lectura de las escrituras [8] de Su Majestad comenzaría pronto.

El tercer príncipe era el más atractivo de los niños, y en un momento en que ella se sentía mejor le pidió que se sentara a

su lado.

—¿Me recordarías si desapareciera para siempre? —le preguntó cuando nadie más la oía.

—¡Te echaría mucho de menos, abuela! ¡Te quiero mucho más que a Sus Majestades! ¡Sería muy infeliz sin ti!

Se enjugó las lágrimas con un gesto tan tierno que ella lloró a pesar de que sonreía.

—Cuando crezcas tienes que vivir aquí, y gozar de la vista del ciruelo rojo y el cerezo que crecen delante de este ala, cuando estén floridos. También debes ofrecer sus flores al Buda, cuando lleguen esas ocasiones. [9]

Él le miró a la cara, asintió con aire

grave, se levantó y salió de la estancia cuando parecía a punto de echarse a llorar. Ella le había criado, junto con la princesa, y la certidumbre de que no volvería a verlos la apenaba profundamente.

Cuando por fin llegó el otoño y el tiempo refrescó un poco pareció reponerse un tanto, pero aun así estaba lejos de encontrarse bien. El viento otoñal no era tan intenso como para atravesarla hasta la médula, [\[10\]](#) pero de todos modos era una época en la que el rocío se acumulaba.

Su Majestad regresaría pronto a palacio, y ella quería pedirle que se quedara un poco más, pero pensó que eso

podría ser un atrevimiento por su parte y, además, la llegada constante de mensajeros enviados por el emperador creaba una situación incómoda, por lo que al final no pidió nada en absoluto. Puesto que no podía ir al ala este, Su Majestad fue a verla. Aquello era del todo embarazoso, pero habría sido muy triste que no se vieran, y pidió que le preparasen sus habitaciones especialmente para la ocasión.

La delgadez de la enferma era extrema, pero por otro lado el rasgo nuevo y extraordinario realzaba su elegancia y su nobleza, porque si en el pasado la desbordante riqueza y brillantez de su aspecto había evocado la

magnificencia de las flores mundanas, ahora su belleza era en verdad sublime, y su aire meditabundo, pues sabía que su tiempo casi había terminado, era más triste y más profundamente conmovedor que cualquier otra cosa en el mundo.

Al oscurecer había empezado a soplar un lúgubre viento, y ella estaba recostada en un apoyabrazos, contemplando el jardín, cuando entró Genji.

—¡Hoy has estado levantada sin ningún problema! —le dijo—. ¡Parece que la visita de Su Majestad te ha sentado muy bien!

Con una punzada de dolor, ella se dio cuenta de lo feliz que había hecho a Genji aquel pequeño respiro, y se entristeció al

imaginar lo desesperado que no tardaría en estar.

No por mucho tiempo verás, ¡ay!, lo que ahora ves: cualquier soplo de viento puede hacer que caiga de una fronda de hagi la última gota temblorosa de rocío.

[11]

Era cierto, su imagen encajaba demasiado bien: el rocío no podría permanecer sobre unas frondas tan agitadas. La idea era insoportable. Él respondió mientras contemplaba el jardín:

Cuando la vida entera es rocío y basta un leve toque para que caiga una gota y

la siguiente,
¡cómo ruego para que tú y yo podamos
irnos casi al mismo tiempo!

Se enjugó las lágrimas.

Su Majestad añadió:

En este mundo fugaz donde el viento
otoñal no deja perdurar una gota de
rocío,

¿por qué imaginarnos distintos a las
hierbas que se inclinan?

Formaban un cuadro perfecto mientras hablaban, muy digno de verse, pero el momento no duraría, como Genji sabía bien, aunque deseaba que pudiera

prolongarse mil años. Lamentaba que nada pudiera detener a alguien destinado a partir.

—Por favor, déjame. Me siento mal, muy mal. ¡Oh, perdonadme mi rudeza, por debilitada que esté! [\[12\]](#)

Acercó más la cortina portátil y se tendió; era evidente que corría más peligro que nunca hasta entonces.

—¿Qué ocurre?

Su Majestad le tomó la mano y la miró, sollozando. En verdad parecía una gota de rocío que no tardaría en desvanecerse. Innumerables mensajeros corrieron a ordenar más lecturas de las escrituras. En otras ocasiones había sufrido un repentino empeoramiento y, sin

embargo, se había recuperado, y Genji, que sospechaba del espíritu, se pasó la noche ordenando todas las medidas contra él, pero fue en vano. Ella murió cuando despuntaba el día.

Su Majestad consideró una gran bendición no haber regresado a palacio y haber estado presente hasta el final. Ni ella ni Su Gracia podían aceptar aquella separación como una de las que cabe esperar en la vida, pues era demasiado absurda y amarga; no era de extrañar que se sintieran perdidos, como en una pesadilla. Ambos estaban desolados, y todas las damas de honor también eran presa de la mayor aflicción.

El comandante se había acercado más,

y Su Gracia, que, por supuesto, había perdido del todo la compostura, le invitó a que se aproximara a la cortina.

—Creo que esto es el fin —le dijo—. En estos momentos terribles no puedo negarle lo que tanto deseó durante años. Ya no oigo a los dignos monjes y sanadores cantar las escrituras, pero no es posible que todos se hayan ido. Sé que es demasiado tarde para ella en esta vida, pero pídeles por favor que le corten el cabello, de modo que por lo menos pueda contar con la misericordia del Buda en el camino oscuro que se extiende ante ella. [\[13\]](#) ¿Hay aquí todavía algún monje que pueda hacerlo?

—Parece ser que un espíritu puede

actuar así, sobre todo en momentos como estos, si se propone hacer sufrir a alguien —replicó el comandante—. Tal vez se trate de eso. De todos modos, bien podríamos hacer lo que ella deseaba. Dicen que un día y una noche de abstinencia tendrán su recompensa. [\[14\]](#) Sin embargo, en caso de que haya fallecido, tan sólo cortarle el pelo no iluminaría su camino hacia el otro mundo, y únicamente serviría para que resultara más doloroso contemplarla, por lo que no estoy seguro de que sea recomendable.

Llamó a algunos de los monjes que habían acudido a preparar el confinamiento para el duelo y tomó también todas las demás disposiciones

necesarias.

Durante todos aquellos años no había pensado en ella de una manera indecorosa, pero se preguntó: «¿Cuándo volveré a verla como la vi entonces? Siempre fui consciente de que ni siquiera había oído su voz, y ahora que esa voz ha desaparecido nunca la oiré, pero éste es el momento, si alguna vez lo ha habido, de satisfacer mi anhelo de volver a verla, o por lo menos de ver su envoltura mortal». Este pensamiento le hizo llorar sin avergonzarse de hacerlo. Entretanto, las damas de honor sollozaban y se lamentaban.

—¡Hacedlo en silencio! —les gritó como reprendiéndolas, y al mismo tiempo

alzó la cortina.

La luz del alba no era suficiente para ver el interior de la cámara, y el padre del comandante había puesto la lámpara al lado de la difunta con el pabulo alzado. Genji contemplaba un rostro de dulzura y belleza perfectas, tan ensimismado que, cuando su hijo se asomó, ni siquiera hizo ademán de ocultarla a su vista.

—Aquí está —dijo—, tal como siempre ha sido, pero puedes ver que todo ha terminado.

Se llevó una manga al rostro, mientras el comandante, con los ojos velados por las lágrimas, parpadeaba con rapidez para poder verla durante más tiempo, aunque su abrumadora tristeza debía de hacerlo

muy difícil. La exquisita cabellera de la difunta yacía sencillamente a su lado, cada hebra en su lugar y reluciente bajo la más amable de las luces. Al resplandor de la lámpara, su cara era muy blanca. Tendida así, con toda la inocencia de su estado, parecía aún más impecable de lo que fuera en vida, cuando con tanto empeño había evitado que la vieran. Mientras contemplaba su perfección, el comandante anhelaba que su alma volviera al cuerpo que había abandonado, pero no había ninguna esperanza de que pudiera suceder tal cosa.

Las damas de honor que habían permanecido a su servicio durante tanto tiempo estaban demasiado anonadadas

para ser de utilidad, y Su Gracia se vio obligado a sobreponerse a su dolor y ocuparse de los últimos arreglos. Ninguno de los muchos pesares que había conocido en el pasado le había absorbido tanto; pensaba que nunca había podido existir antes uno igual y que jamás volvería a existir.

Aquel mismo día tuvo lugar el funeral, pues las severas costumbres de este mundo cruel impedían seguir contemplando sus despojos. [\[15\]](#) Los asistentes llenaban el ancho campo hasta muy lejos, y los últimos ritos tuvieron lugar con la mayor magnificencia, pero las frágiles volutas de humo que lastimosamente se alzaron desde la pira al

cielo causaron de todos modos una cruel desilusión. Incluso los espectadores más humildes e ignorantes entre los que contemplaban a Su Gracia lloraron al ver que tan gran señor se apoyaba en otros como si creyera pisar el vacío. Las damas de honor presentes se sentían perdidas en una pesadilla, y sus ayudantes estaban preocupadas, pues temían que sus movimientos espasmódicos las hicieran caer de los carruajes. Genji recordaba aquel amanecer, muchos años atrás, cuando había muerto la madre del comandante, y se percató de que entonces no había perdido el dominio de sí mismo, ya que recordaba con claridad haber contemplado una luna brillante, mientras

que aquella noche la oscuridad lo había engullido.

Ella había muerto el día decimocuarto, y ahora amanecía el decimoquinto. Un sol deslumbrante se alzaba sobre los campos cubiertos de rocío, y a Genji la vida le resultaba más odiosa que nunca. La había sobrevivido, pero ¿durante cuánto tiempo? Consideró la posibilidad de permitir que aquella tragedia le persuadiera por fin para llevar a cabo el deseo tan acariciado, pero entonces la gente hablaría mal de él por ser tan pusilánime, y eso le convenció de que debía aguantar un poco más, aun cuando el tremendo dolor fuese difícilmente soportable.

El comandante quiso acompañarle durante el período de duelo; estaba a su lado día y noche y nunca iba a su casa. La piedad que le inspiraba la evidente y natural desesperación de su padre le impulsaba a hacer todo lo posible por consolarle.

Un atardecer, cuando soplaba un viento de tormenta, el comandante pensó de nuevo en el pasado y recordó con nostalgia aquel breve atisbo que había tenido de ella. También pensó en los últimos momentos de la dama, vividos como en un sueño, y, para no revelar con demasiada claridad su aflicción, disimuló sus lágrimas dejando que se perdieran entre las cuentas del rosario que iba

pasando mientras invocaba a Amida.

*Al pensar con nostalgia en un crepúsculo
otoñal de muchos años atrás,
vi la llegada del final en un cruel sueño
al alba,*

un sueño que permanecía en el amargo recuerdo. Por supuesto, pidió a los dignos monjes que invocaran el Nombre, pero también que cantaran el Sutra del Loto, y ambas cosas le conmovieron profundamente.

Tanto dormido como despierto, las lágrimas de Genji nunca se secaban, y se pasaba los días y las noche rodeado de niebla. Al rememorar su vida, se dijo:

«Todo, empezando por mi cara reflejada en el espejo, me aseguraba que no me parecía a nadie, y sin embargo el Buda me estimulaba incluso desde mi infancia a comprender el pesar y la traición de la vida, y soporté esas cosas con valentía, hasta que ahora, finalmente, me embarga una aflicción que no había conocido ni volveré a conocer. No hay nada en este mundo que haya de seguir interesándome, ni nada que me impida dedicarme a la práctica religiosa, pero la desesperación que me aqueja podría dificultarme seguir el camino elegido». Sumido en esta inquietud, oró a Amida: «¡Te lo ruego, permíteme olvidar parte de mi dolor!».

Llegaron mensajes de condolencia de

muchos lugares, sobre todo de palacio, y no sólo por puro formalismo, pues eran como un diluvio interminable. Genji tomó la firme decisión de no leerlos ni escucharlos, temeroso de que le afectaran demasiado. Sin embargo, no quería parecer débil ni que se dijera de él que, incapaz de soportar su padecimiento, por fin había abandonado el mundo, de modo que añadió a su carga de aflicción la angustia de no hacer lo que tanto ansiaba.

Su Excelencia le envió muchos mensajes, rápido como siempre en el ofrecimiento de su solidaridad, pues lloraba con desconsuelo la pérdida de una dama como no había habido otra en el mundo. En la serenidad de un crepúsculo

otoñal, recordaba que la estación era la misma en la que había muerto la madre del comandante, y reparó con tristeza en que la mayoría de los que entonces la habían llorado también habían fallecido. No, en esta vida uno no sabe jamás quién va a irse y quién se quedará. Conmoverlo por los cambios que experimentaba el cielo, cedió al impulso de escribir una carta muy patética, y pidió a su hijo, el teniente chambelán, que se la llevara a Genji. En el margen había escrito:

Aquel otoño conserva para mí la presencia que tuvo en el pasado, y las mangas que entonces humedecí vuelven a estar mojadas de fresco rocío.

Genji le respondió:

*Los rocíos del ayer son uno solo para mí
con los que hoy se posan,
pues, ¡ay!, cada noche de otoño trae el
mismo amargo pesar.*

A fin de mantener las apariencias, añadió su expresión de agradecimiento por los numerosos y amables mensajes de simpatía, porque si hubiera manifestado libremente la aflicción que sentía, Su Excelencia, dado su carácter, se habría percatado del poco coraje que le quedaba.

Vestía de un tono más oscuro que aquél al que se había referido como «gris claro». [\[16\]](#) Por desgracia, a algunos que

han sido bendecidos con la buena suerte y el éxito despiertan envidia, y la arrogancia de los grandes puede causar mucho sufrimiento, pero la difunta había tenido la maravillosa capacidad de atraer incluso a quienes estaban distanciados de ella, y sus actos más nimios habían inspirado alabanzas generalizadas. Personas del todo corrientes, sin ningún motivo para lamentar su pérdida, lloraron aquellos días al oír el suspiro del viento o el canto de los grillos, y todos cuantos la habían conocido un poco estaban desconsolados. Las mujeres que habían estado durante largo tiempo a su servicio íntimo se lamentaban amargamente por haberla sobrevivido. Tomaron la

resolución de hacerse monjas y vivir en las montañas, lejos de los conflictos de este mundo.

También llegaron mensajes conmovedores de Su Eminencia la emperatriz de Reizei, [\[17\]](#) que le expresó su infinito pesar.

*¿No amaba, pues, la que nos ha dejado
los páramos agostados,
tanto que su corazón se distanciaba de
cuanto hace bello el otoño?,*

escribió. «Ahora por fin comprendo».

Incluso Genji, ajeno en su dolor a cuanto le rodeaba, era incapaz de dejar de lado la carta. Se decía que sólo ella

poseía el ingenio y el discernimiento necesarios para procurar algún consuelo. Siguió pensando en ella, sintiéndose un poco mejor, mientras las incontenibles lágrimas le obligaban a mantener la manga sobre los ojos. Tardó algún tiempo en poder escribirle.

*Tú que te has alzado a gran altura en el
cielo, contéplame aquí abajo,
preso en una fugaz vida odiosa en mis
años otoñales.*

Incluso después de envolver la misiva, se quedó un rato contemplándola con la mirada perdida.

Sus pensamientos eran inestables, e

incluso él sabía que estaba confuso acerca de muchas cosas. Por este motivo buscó distracción entre las mujeres, haciendo que unas pocas permanecieran ante el altar con él mientras se entregaba a la oración. Un millar de años con ella: eso era lo que había deseado, y la separación de la que nadie se libra había sido un golpe demoledor. Entonces se despertó en él una pura y perdurable aspiración a ocuparse tan sólo de la vida futura, de modo que nada le distrajera del rocío sobre el loto en el paraíso; pero, por desgracia, también temía lo que la gente podría pensar de él.

No dijo nada concreto sobre los ritos conmemorativos, así que el comandante se

responsabilizó de todo. Una y otra vez se preguntaba si él llegaría al final de la jornada, pero lo cierto era que pasaban los días y los meses y a él le parecía como si estuviera soñándolo todo.

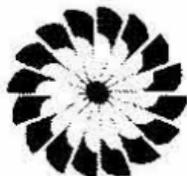
Al igual que los demás, Su Majestad nunca la olvidó, porque también ella la había amado.

MABOROSHI

El vidente

Maboroshi hace referencia a un vidente o hechicero que viaja entre este mundo y el más allá. La palabra da título al capítulo porque aparece en un poema de Genji:

*Oh, vidente que vagas por la vastedad de
los cielos, ve y encuéntrame
un alma a la que en vano busco cuando
por azar sueño.*



Relación con los capítulos anteriores

«El vidente» empieza el primer mes del año posterior al final de «La Ley» y llega hasta el duodécimo mes de ese año.

Personajes

Su Gracia, el emperador retirado honorario, Genji,
de 52 años

Su Alteza de la Guerra, el
hermano de Genji (Hotaru Hyôbukyô no
Miya)

Chûjô, una dama de honor al servicio
de Genji

Chûnagon, una dama de honor al
servicio de Genji

**Su Alteza, el tercer
príncipe**, de 6 años (Niou)

Su Alteza Enclaustrada, de
26 a 27 años (Onna San no Miya)

La dama de Akashi, de 43
años (Akashi no Kimi)

La dama de verano
(Hanachirusato)

a luz de la primavera le sumió
L todavía más en la oscuridad, y le
embargaba la sensación de que jamás
encontraría alivio de su pesadumbre.
Como de costumbre, a su residencia
llegaban visitas, [1] pero él aducía que
estaba enfermo para permanecer detrás de
las persianas. Cuando llegó Su Alteza de
la Guerra, envió un mensaje diciendo que
recibiría al visitante en privado.

*Esta casa es mi hogar, pero nadie hay en
ella que ame las flores:*

*¿qué puede haber traído una vez más a
la primavera, como lo hacía entonces?*

Las lágrimas acudieron a los ojos de

Su Alteza.

He venido por su aroma: sólo eso... ¿Ha sido, pues, en vano?

¿Y crees que nada más me ha traído que el adocenado gusto por las flores? [2]

Genji contempló su grácil figura bajo las flores de ciruelo rojo y dudó de que nadie más pudiera disfrutar de ellas debidamente. Apenas empezaban a abrirse, y eran muy bonitas. Aquel año no había música, y también muchas otras cosas eran diferentes.

Las damas de honor que habían estado tantos años al servicio de la difunta vestían de gris oscuro, y la lloraban

demasiado para resignarse. Su único consuelo era la constante presencia de Genji, puesto que nunca visitaba siquiera a las otras damas, y ahora estaban a su servicio. Algunas de ellas a veces habían atraído su mirada, aunque sin demasiado interés por su parte, pero ahora las trataba como a las demás, pues pasaba a solas las tristes noches. Cuando las que tenían turno de noche estaban cerca de él, las mantenía bien apartadas del lugar donde dormía.

A menudo, para pasar el rato, hablaba del pasado con ella. Al recordar ahora, desde las profundidades de su actual indiferencia, cómo las aventuras que él nunca consideraba duraderas, algunas divertidas y otras en verdad dolorosas, en

ocasiones habían exasperado a Murasaki, se preguntaba por qué había sido tan cruel, y sentía el corazón henchido de pesar y remordimiento por haberla disgustado. Gracias a su sagacidad, ella había conocido perfectamente su juego, pero aun así nunca se había vuelto contra él, aunque en cada ocasión a la dama le había preocupado lo que podría ser de ella. A veces las damas que sabían cómo habían sido las cosas y que aún tenían intimidad con él le hacían algún breve comentario al respecto.

Murasaki no había hecho la menor insinuación de sus sentimientos cuando Su Alteza Enclaustrada había llegado por primera vez a la mansión, aunque en

determinados momentos él había comprendido con tristeza lo dolida que estaba. La ocasión que recordaba con más nitidez era aquel amanecer en que nevaba y él aguardó, helado, hasta que el cielo era amenazador y ella le hizo pasar con dulzura y afecto, mientras escondía las mangas humedecidas por las lágrimas y disimulaba con tacto el estado en que se encontraba. Se pasó la noche preguntándose, incluso mientras soñaba, en qué vida futura volvería a verla. Se sentía como si estuviera reviviendo aquel momento cuando amaneció y oyó decir a una dama de honor camino de su habitación: «¡Vaya, mirad cuánta nieve!». La ausencia de su amada junto a él le

causó un dolor indecible.

*Cuando sólo anhelo desaparecer de este
mundo tan lamentable,
fundirme como pronto lo hará la nieve,
¡cuán extraño es permanecer de nuevo
contemplándola mientras cae!*

Pidió que le trajeran agua para lavarse y se entregó a la oración, como solía hacer para disipar tales pensamientos. Las damas de honor reavivaron los rescoldos y colocaron el brasero. Chûnagon y Chûjô [3] se quedaron a charlar con él.

—¡Anoche me sentí más solo que nunca! —les dijo—. A estas alturas debería saber cómo es la vida, pero lo

cierto es que sigue teniéndome cautivo.

Permaneció un momento con la mirada fija en el vacío, y entonces miró a las damas de honor e imaginó con tristeza cuánto más desamparadas se quedarían si también él las abandonaba. Su voz cuando oraba, entonando un Sutra en voz baja, podía hacer llorar a cualquiera, y las mujeres que estaban junto a él día y noches y cuyas mangas no podían resistir el flujo de sus lágrimas [4] sentían, como es natural, una aflicción ilimitada.

—Muy pocas cosas en esta vida me han satisfecho realmente, y pese a mi alta cuna, siempre pienso en lo mucho menos afortunado que mi destino ha sido con respecto al de otras personas. El Buda

debe de haber querido que el mundo se escabulla y nos traicione. Yo, que hace mucho tiempo me propuse ignorar esta verdad, he sufrido en el crepúsculo de mi vida un golpe tan atroz y definitivo que por fin he visto la extensión de mis defectos, pero si bien no queda ningún vínculo que me ate, sería una nueva aflicción dejaros atrás, cuando os conozco mucho mejor que antes. Los lazos como los nuestros son frágiles. ¡Oh, ya sé que no debería sentirlo así!

Se enjugó los ojos para ocultar las lágrimas, pero no lo consiguió, y se deslizaron con rapidez. Naturalmente, las damas de honor que le miraban eran todavía menos capaces de contener el

llanto. Cada una quería decirle lo mucho que confiaba en que jamás las abandonaría, pero no podían hablar y sólo emitían sollozos.

De esta manera, en el silencio del amanecer, tras haber pasado la noche en vela y suspirando, o en la quietud del crepúsculo tras un día vacío, a menudo pasaba el tiempo conversando con aquellas mujeres que tanto significaban para él. Con la llamada Chûjô había tenido tal intimidad desde que ella era casi una niña, que sin duda había gozado de ella en secreto, y probablemente ésa era la razón de que la hubiera mantenido con cautela a distancia, pero, tras la muerte de la señora Murasaki, recordó

cuánto le había agradado y le cobró afecto, aunque no de un modo sensual, sino tan sólo porque le recordaba a ella. El aspecto y el temperamento de Chûjô recordaban un pino joven, [5] y, dadas las circunstancias, la consideraba más inteligente de lo que le habría parecido de otro modo.

No veía a nadie con quien no tuviera ya una relación íntima. Nobles de alto rango a los que conocía bien, así como sus hermanos los príncipes, le visitaban con frecuencia, pero él no solía recibirlos, pues se decía a sí mismo: «Puedo esforzarme por mantener la compostura mientras estoy con otras personas, pero llevo meses en un estado

de confusión, y debo de ser un excéntrico en ciertos aspectos. Luego mi comportamiento sería la comidilla de todos, y no deseo tal cosa. Supongo que los comentarios de que estoy demasiado consternado para ver a nadie tendrán el mismo efecto, pero de todos modos sería mucho peor exhibir mis peculiaridades que dejar que las imaginen y chismorreen sobre ellas». Incluso con el comandante hablaba sólo a través de las persianas. Sin embargo, se contenía; no iba a apresurarse ni siquiera ahora, cuando la gente bien podría comentar que ya no era el hombre que había sido. Aún no podía dar la espalda a las penalidades de este mundo. Una visita breve y excepcional a una de

sus damas provocaría una lluvia de lágrimas demasiado copiosas para que él pudiera soportarlas, y dejaba pasar los días sin enviar ni una sola palabra a ninguna de ellas. [6]

Su Majestad regresó a palacio, dejando al tercer príncipe encargado de darle a Genji el consuelo que pudiera. El niño cuidaba con esmero del ciruelo rojo que se alzaba ante el edificio. [7]

—La abuela me pidió que lo hiciera —le dijo a Genji, y a éste le pareció conmovedor en extremo.

En el segundo mes, cuando la bruma velaba bellamente los árboles floridos y otros que aún no lo estaban, un ruiseñor apareció en aquel ciruelo rojo favorito y

cantó de un modo espléndido. Genji fue a verlo.

*Qué canto el del ruiseñor, como si nada
hubiese cambiado, allí entre las flores
del árbol*

*que ella plantó entonces, a pesar de que
ya no existe,*

musitó por el camino.

A medida que se acercaba la primavera, el jardín tenía cada vez más el aspecto de entonces, [8] pero esto no le procuraba placer a Genji, sino que le resultaba turbador, y eran tantas las cosas que le afectaban dolorosamente que sólo anhelaba unas montañas tan remotas como

otro mundo, donde ningún pájaro cantara jamás. [9] Las rosas amarillas que florecían en alegre profusión sólo llenaban sus ojos de incontenible rocío.

En todos los demás lugares caían las flores de cerezo simples, las dobles perdían su color, florecían los cerezos de montaña y las glicinas se llenaban de color, pero Murasaki había sabido con precisión qué árboles florecían tempranamente y cuáles lo hacían tarde, y los había plantado en virtud de sus diferentes colores, de modo que en el jardín todos presentaran su espléndida belleza a su debido tiempo.

—¡Hay flores en mi cerezo! — exclamó el pequeño príncipe muy

orgullosa—. ¡No las dejaré caer, jamás!
Tenemos que rodearlas con una cortina...
¡Así el viento no las arrancará!

La dulce expresión de su rostro hizo
sonreír a Genji.

—Ésa es una idea mucho mejor que
tratar de encontrar a alguien con unas
mangas lo bastante anchas para cubrir el
cielo [\[10\]](#) —replicó. El niño era
realmente su único placer.

—No me queda mucho más tiempo
para estar contigo —le dijo, y, como le
sucedía tan a menudo, las lágrimas
asomaron a sus ojos—. Tal vez luego siga
viviendo durante un tiempo, pero ya no
podré verte más.

Este comentario no le hizo ninguna

gracia a Su Alteza.

—La abuela decía cosas así. Hablar de esa manera trae mala suerte.

Bajó los ojos y jugueteó con sus mangas para disimular las lágrimas.

Genji se apoyó en la barandilla situada ante la habitación de la esquina [\[11\]](#) y contempló entristecido ya el jardín, ya la estancia a través de las persianas. Algunas de las damas de honor aún vestían de un gris que expresaba su pérdida, mientras que otras llevaban prendas de colores corrientes, aunque sus damascos no eran brillantes. El mismo Genji vestía un manto del todo ordinario en cuanto a color, pero sencillo y discreto. La habitación estaba amueblada

con la mayor simplicidad, y su atmósfera silenciosa y vacía producía tristeza.

Ahora que el tiempo ha llegado, ¿debo dejar que se arruine aquello que quien se fue

amaba profundamente, su seto, brillante con las flores primaverales?

Su propia decisión le llenaba de pesar.

Hizo una visita a Su Eminencia Enclaustrada para pasar el rato. Un aya le llevó al tercer príncipe, que correteó con el pequeño de la princesa como el niño que era; su temor por las flores no había sido muy profundo. La princesa estaba

cantando una escritura ante el altar. Sus aspiraciones espirituales no eran nada intensas, pero el resentimiento hacia el mundo nunca la turbaba, y se entregaba a la devoción sin que nada la distrajera. Genji le envidió su firme desapego y deploró su propia incapacidad de alcanzar la piedad de una mujer tan superficial.

La luz del sol poniente incidía bellamente en las flores colocadas sobre el estante del agua sagrada.

—Las flores ya apenas me emocionan, ahora que ella, que tanto amaba la primavera, ya no está aquí, pero resultan gratas cuando se ofrecen al Buda — observó Genji, y siguió diciendo—: De

todos modos, jamás he visto nada como las rosas amarillas ante sus aposentos, ¡unos macizos de flores tan grandes...! Es evidente que no aspiran a tener buenos modales, pero su riqueza y exuberancia son encantadoras. Sin embargo, es triste que no parezcan saber que esta primavera la dama que las plantó ya no está en el mundo, pues florecen con más esplendor que nunca.

—«Un valle muy alejado de la primavera» [\[12\]](#) —replicó ella sin referirse a nada en particular.

Genji se sintió molesto. ¡A ella se le podría haber ocurrido otra cosa! Nada de lo que Murasaki había dicho o hecho le hacía pensar de otro modo, incluso en

menudencias como aquélla. Intentó pensar de nuevo en cómo había sido desde la infancia: no, no podía pensar en nada, nada en absoluto. Rememoró innumerables momentos que confirmaban el ingenio de su amada, su sagacidad y su encanto, y las cosas que había dicho y hecho, hasta que su dificultad para contener las lágrimas fue abrumadora y se echó a llorar de improviso.

El crepúsculo era tan bello, a través de una bruma que velaba las distancias, que fue directamente al encuentro de la dama de Akashi. Ella no le esperaba, puesto que él llevaba mucho tiempo sin visitarla, por lo que su llegada constituyó una sorpresa, pero cuando ella le recibió

con una compostura y una gracia perfectas, él vio lo notable que aquella dama era todavía. No, pensó (la comparación fue espontánea), ella había sido diferente, había tenido otra gama de dones y habilidades, y el deseo que experimentaba le entristeció tanto que apenas sabía cómo buscar consuelo.

Permaneció allí tranquilamente para hablar del pasado.

—Hace mucho tiempo comprendí que no es una buena idea encariñarte demasiado con nadie —le dijo—, y en general he hecho lo posible por evitar el apego a cualquier cosa en este mundo; en realidad, la reflexión durante aquellos años en los que la gente supuso que estaba

destinado al olvido hizo que me percatara de que nada me impedía abandonar la clase de vida que llevaba para errar por las montañas y las llanuras más alejadas. Pero, al final, incluso ahora, cuando se aproxima mi momento, sigo atado por vínculos que sería apropiado evitar. ¡Qué exasperante resulta ser tan pusilánime!

No se quejó diciendo que su pesadumbre tenía una sola causa, pero ella comprendió lo que sentía, y simpatizó con él.

—Tengo la impresión de que incluso alguien que fácilmente imagina que no lamenta nada, en el fondo de su corazón se siente atado por muchos vínculos —le dijo—, y la verdad es que no veo cómo

precisamente tú podrías renunciar al mundo con tanta rapidez. Obedecer al impulso y dar un paso en esa dirección sólo hará que te sientas culpable de lo mal considerado que te tendrán los demás y al final resultará ser un error, de modo que tu lentitud en decidirte me parece que promete al final una paz más profunda. Los ejemplos del pasado indican que no es una buena idea actuar movido por el desencanto causado tan sólo por la decepción o el disgusto. Serás más feliz y en tu cabeza reinará más paz si sigues como estás hasta que Sus Altezas crezcan y alcancen una posición incuestionable.

[\[13\]](#)

Estaba muy hermosa mientras le

ofrecía sus sagaces consejos,

—Pero una cautela tan profunda sería incluso menos recomendable que un apresuramiento poco meditado —replicó él, y siguió hablando de cosas que albergaba en su mente desde hacía tiempo—. Aquella primavera, cuando falleció Su Eminencia Enclaustrada, deseé de veras que las flores fuesen amables. [\[14\]](#) Ella era tan admirable, ¿sabes?, como todo el mundo reconocía, y puesto que la conocía desde muchacho, sentí su pérdida más profundamente que la de cualquier otra. Es verdad que sólo la lloré por motivos generales. Si también ella significa para mí más de lo que puedo olvidar al cabo de tantos años, no es sólo porque añore lo

que fue para mí más adelante. Al fin y al cabo, la crié desde que era niña y envejecimos juntos, y ahora que me ha dejado, apenas puedo soportar la pesadumbre de recordarlo todo y de evocar interminablemente lo que cada uno fue para el otro. Todo cuanto me conmovía de ella o me impresionaba o me procuraba placer, vuelve como una abrumadora inundación de recuerdos.

Tras charlar con ella acerca de cosas antiguas y recientes hasta muy entrada la noche, le pareció que debería quedarse y partir por la mañana, pero de todos modos regresó al lado sudeste, lo cual debió de conmover y llenar de tristeza a la dama. Incluso a él le asombró la capacidad que

mostraba de comportarse así.

Volvió a sus oraciones, y sólo a medianoche se tendió para descansar un poco en la sala. A la mañana siguiente le envió una carta en la que decía:

Gritando como los gansos, regresé de nuevo a mi hogar en un mundo fugaz donde jamás encuentra ninguna criatura un último refugio más allá del tiempo.

[15]

La víspera le había causado dolor, pero ella también se apiadaba de él, pues nunca le había visto tan perdido. En consecuencia, dejó de lado sus propios sentimientos y las lágrimas acudieron a

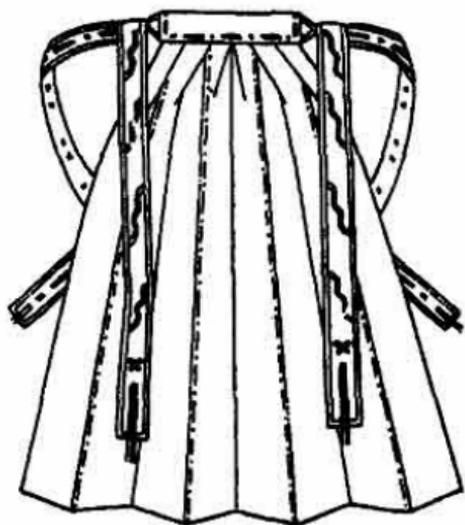
sus ojos.

*Los gansos frecuentaron las aguas
alrededor de los plantones de arroz
que hoy han desaparecido, y desde
aquellos tiempos lejanos*

*la flor que se reflejaba allí nunca vuelve
a mostrarse. [\[16\]](#)*

La indefectible excelencia de la caligrafía de ella hizo pensar a Genji en la manera en que al final las dos, pese a las objeciones de Murasaki, habían llegado a respetarse y a reconocer una confianza mutua, aunque eso no significaba que hubieran sido íntimas, puesto que ella siempre había tratado a la dama de Akashi

con una sutil formalidad que casi nadie más percibía. A veces, cuando se sentía demasiado solo, iba a visitarla con el único propósito de conversar. No quedaba nada de lo que en el pasado Genji había representado para ella.



Cola femenina

De la dama de verano recibió prendas de vestir para la nueva estación, con un poema adjunto:

*Ropas veraniegas
este día, y la nueva
estación traerá cambios;
sé que una oleada de viejos recuerdos*

barrera todos los demás pensamientos.

Él respondió:

*Hoy, al ponerme unas prendas que son
tan ligeras y vaporosas,
lamento esta vida tanto más, este tenue
caparazón de cigarra.*

—Deseo que todo el mundo espere con ilusión los actos de hoy —observó el día del Festival, [\[17\]](#) imaginando el santuario—. Tampoco estaría bien que vosotras os lo perdierais. Id, pues, a casa y ved lo que hay que ver.

Chûjô se había quedado dormida un momento en el ala este de la casa, y Genji

fue a verla. Ella se levantó, muy bonita y refinada, y la manera en que el cabello ligeramente desordenado le caía sobre el rostro brillante y ruborizado era encantadora. Vestía unos pantalones de color escarlata con tonos amarillos y una camisa verde hoja y dorado bajo negro y un gris muy oscuro, [18] todo ello desarreglado una capa tras otra, y se había quitado una cola y una chaqueta china que ahora trató de volver a ponerse. A su lado tenía una ramita de malva.

Genji recogió la rama.

—¿Cómo se llama esto? —le preguntó—. ¡Vaya, he olvidado su nombre! [19]

Así bien puede ser que las plantas

*acuáticas invadan una orilla que fue tan
estimada,*

*pero la hoja que hoy luzco... ¡hasta
habéis olvidado su nombre! [\[20\]](#)*

respondió ella, avergonzada.

Él comprendió lo que le decía y lo
lamentó.

*Ya he abandonado en casi todo el mundo
y sus tentaciones,*

*pero ¡bien pudiera ser que hoy recoja
picaramente la malva! [\[21\]](#)*

Parecía que por lo menos no había
rechazado a aquella dama.

Las largas lluvias del quinto mes

fueron reduciendo cada vez más sus actividades, y se entregaba a la ensoñación ociosa, pero unos días después del décimo le visitó el comandante, cuando por fin la luna brillaba con intensidad entre las nubes. Embelesado por el aroma de un naranjo que se alzaba nítido a la luz de la luna, Genji estaba esperando que el cuclillo entonaría su canción de mil años [\[22\]](#) cuando aparecieron unas nubes alarmantes, acompañadas de un violento aguacero y un viento aullador que apagó las llamas de los faroles. El cielo pareció volverse negro. Genji tarareó «El tamborileo de la lluvia en la ventana» y otros versos muy conocidos [\[23\]](#) con una

voz que a su visitante le habría agradado que resonara «en el seto de mi amada».

[24]

—Vivir aislado no es nada del otro mundo, salvo por lo solo que te sientes —observó Genji—. Si te propones vivir lejos, en las montañas, estoy seguro de que ciertamente puedes encontrar paz en aquellos parajes si te acostumbras a ello como yo lo estoy haciendo. ¡A ver, damas de honor! —dijo entonces—. Servid un refrigerio. Supongo que sería demasiado aparatoso hacer que vinieran los hombres.

[25]

El comandante podía ver perfectamente que, en el fondo, su padre sólo contemplaba el cielo [26] y se sentía

muy apenado. ¿Cómo era posible que sus oraciones le procurasen la paz si no pensaba en nada más?, se preguntó. Pero no podía culparle, pues ni siquiera él había podido olvidar jamás el atisbo que había tenido de la dama fallecida.

—Parece como si hubiera sido ayer, pero supongo que el luto terminará pronto —comentó—. ¿Puedo preguntarte qué has pensado hacer?

—Nada fuera de lo corriente... ¿De qué serviría? Ahí está el Mandala del Paraíso [\[27\]](#) que ella hizo, y esta vez voy a dedicarlo. También hay muchas escrituras, y ella le dijo a Su Reverencia cuál era su finalidad. [\[28\]](#) En cuanto a cualquier otra cosa que sea preciso

añadir, me propongo hacer lo que Su Reverencia me sugiera.

—Me alegra mucho que ella siempre se hubiese interesado tanto por estas cosas, pero tengo la impresión de que estaba destinada a pasar sólo brevemente por la vida, y es una gran lástima que no tuviera hijos.

—Pero otras que han vivido más en ese aspecto siguen estando en la misma situación. Me culpo de ello, y confío en que tú seas el único que incremente nuestro linaje.

Genji recelaba demasiado de su sensibilidad a flor de piel para hablar por extenso del pasado. En aquel preciso momento el cuclillo al que había estado

esperando lanzó un grito solitario y distante, y Genji musitó con profundo sentimiento: «¿Cómo lo sabías?». [\[29\]](#)

¿Has venido hasta aquí, oh, cuclillo de montaña, las alas mojadas por el aguacero,

por tantos recuerdos en esta noche de aquella que ya se ha ido?

Su mirada seguía más que nunca fija en el cielo.

Escúchame, oh, cuclillo, y llévale a ella este mensaje: te has ido para siempre, pero el naranjo de tu jardín ahora florece y es una gloria verlo,

replicó el comandante.

Las damas de honor añadieron muchos más poemas por su cuenta, pero he prescindido de ellos. El comandante se quedó para acompañar a su padre durante la noche, como lo había hecho otras veces, apesadumbrado por la soledad de las noches paternas, y hallarse tan a menudo en una estancia que siempre le había estado prohibida cuando ella vivía le traía muchos recuerdos.

Cuando más apretaba el calor del verano, Genji buscó un lugar algo más fresco y reparó en que los lotos del estanque habían florecido. «¡Cuántas hay!», [\[30\]](#) fue lo primero que pensó, y siguió absorto en una contemplación

melancólica hasta que por fin se puso el sol. Las cigarras cantaban agudamente, pero en verdad era triste hallarse solo, admirando las clavellinas del jardín, que brillaban a la luz del sol poniente. [\[31\]](#)

*Al unísono cantan sus voces como
haciéndome el reproche de que en un día
de verano
no ocupen mi ociosidad más que suspiros
y lágrimas.*

Innumerables luciérnagas revoloteaban ante él y, como solía hacer, musitó un verso que reflejaba su estado de ánimo: «Las luciérnagas vagan ante el pabellón nocturno». [\[32\]](#) Entonces siguió

diciendo:

Las luciérnagas reinan en la noche y es triste verlas cuando a cada hora uno arde con la llama abrasadora del amor perdido ya para siempre. [33]

En la séptima noche del séptimo mes [34] muy poco era lo que se asemejaba a los años anteriores, pues Genji prescindía de la música y se pasaban los días sumido en la mayor monotonía. Nadie contemplaba el encuentro de las estrellas. Aquella noche, muy tarde, se levantó y abrió las puertas dobles. El jardín cercano estaba cubierto de rocío. Miró desde la entrada y a lo largo de la galería

[35] y entonces salió.

*Muy por encima de las nubes, las
estrellas de Tanabata van a su reunión
en otro mundo,
mientras, abajo, el rocío acumulado
riega el jardín que ella abandonó.*

El sonido del viento era más lastimero a cada día que pasaba, pero los servicios fúnebres a comienzos del mes [36] le proporcionaron cierta distracción. Apenas podía creer que hubieran transcurrido tantos meses. El día del aniversario todos los moradores de la mansión, al margen de su rango, ayunaron, y Genji dedicó el Mandala del Paraíso.

Chûjô, que le trajo agua para lavarse antes de dedicarse a sus habituales oraciones nocturnas, había escrito en su abanico:

*Cuando no hay fin de las lágrimas que
por vos tanto he vertido,
¿quién proclamaría el día de hoy como
aquél en que termina el luto? [\[37\]](#)*

Él leyó estas palabras y escribió a su lado:

*Yo, que tanto la lloro, no tardaré en
llegar a mi propio final,
pero me quedan todavía muchas
lágrimas que verter.*

Llegó el quinto mes, y el décimo día contempló unos crisantemos envueltos en algodón. [\[38\]](#)

*Un rocío de crisantemo de las mañanas
que conocimos juntos
me humedece estas mangas otoñales que
debo llevar a solas.*

En el décimo mes, con sus frías lluvias, la melancolía de Genji fue en aumento, y, con su indecible angustia al anochecer, murmuró: «Sí, siempre caen». [\[39\]](#) Alzó la vista para contemplar los gansos silvestres que volaban muy alto, y envidió sus alas.

*Oh, vidente que vagas por la vastedad de
los cielos, ve y encuéntrame
un alma a la que en vano busco cuando
por azar sueño. [\[40\]](#)*

Los meses y los días siguieron deslizándose, y pronto no habría nada que le distrajera de su aflicción.

Cuando llegó el momento de que todo el mundo preparase alegremente el Festival Gosechi, [\[41\]](#) los hijos del comandante fueron a servir como pajes de la corte y visitaron a Su Gracia. Tenían más o menos la misma edad y eran muy atractivos. Sus tíos, el capitán secretario, el teniente chambelán y los demás, participaban todos en la organización del

festival, y acudieron también para ocuparse de ellos, muy apuestos con sus túnicas verdes estampadas. [\[42\]](#) Al verlos tan libres de cuidados, Genji debió de recordar su travesura de aquel día con la cinta contra el sol en la cabeza. [\[43\]](#)

Hoy los palaciegos se apresuran a ir allá, para unirse al Calor de la Bebida, mientras yo dejo que el día se deslice, ahora ajeno por completo al sol. [\[44\]](#)

Genji, que había sufrido pacientemente a lo largo del año, sabía que no iba a tardar en abandonar el mundo, aun cuando su aflicción seguía sin mitigarse. Finalmente pensó en todo lo

que debía hacer y ofreció un regalo a cada miembro del personal de su mansión, de acuerdo con su rango. No lo hizo de un modo tan ostentoso como para sugerir que no volverían a verle, pero su actitud revelaba que pronto daría el paso que había considerado tanto tiempo atrás, y el año finalizó para ellos con una soledad y una aflicción ilimitadas.

Había muchas cartas que no habría estado bien dejar atrás, pero después de todo salvó unas cuantas de cada remitente, tal vez sintiendo que «no puedo destruirlas», [\[45\]](#) y mientras las examinaba ante de deshacerse de ellas, encontró algunas escritas por su amada, un pulcro paquete entre las de su época de

Suma. Él mismo había hecho el paquete, pero parecía haber sido mucho tiempo atrás; sin embargo, la caligrafía era de una frescura absoluta. «Sí —reflexionó—, con estas cartas podría mantener su recuerdo vivo durante mil años, pero no estaría ahí para leerlas». Sólo podía hacer una cosa. Pidió a dos o tres damas de honor a las que conocía bien que las destruyeran en su presencia.

Uno siempre experimenta una punzada de dolor al reconocer la caligrafía de una persona desaparecida, incluso alguien de menos importancia que ella, y, como es natural, a Genji se le nubló la vista. Unas lágrimas cegadoras podrían haber fluido junto con los trazos a pincel en la página,

si no fuese porque le avergonzaba demasiado mostrar su debilidad a las mujeres. Apartó las cartas a un lado.

*Preso del vivo deseo de seguirla, ahora
que ha cruzado la Montaña de la
Muerte,*

*examiné los signos que ella dejó y aun
así me desvié del camino. [\[46\]](#)*

Las mujeres que le atendían no fueron capaces de abrirlas y leerlas, pero él tuvo atisbos aquí y allá, y fueron bastante sobrecogedores. Las palabras que describían la profundidad de su dolor por la separación (aunque en realidad él no había estado tan lejos) le causaron una

aflicción más honda que cualquier otra que hubiese experimentado, y las lágrimas fluyeron en un arroyo irreprimible. Él sabía, consternado, que cualquier sobresalto mayor revelaría una debilidad indecorosa y femenina, por lo que no las leyó minuciosamente, y tan sólo escribió en el margen de una:

*Ningún goce hallaré reuniendo la
maraña marina de su pincel:
dejaré que se alcen por encima de las
nubes como también ella se alzó, hecha
humo.*

Pidió que las quemaran todas.

Sabía que la Asamblea de los Nombres Sagrados [47] sería la última para él, y tal vez fue eso lo que hizo que el sonido de los báculos agitados por los monjes [48] fuese mucho más conmovedor que de ordinario. Genji se preguntó con

aprensión cómo recibirían los budas aquellas plegarias por su larga vida.



Monje con su báculo

Nevaba con intensidad, y una gruesa capa de nieve cubría ya el suelo. Llamó al oficiante cuando se retiraba, le ofreció más bebida y le dio un regalo excepcionalmente generoso. El monje visitaba Rokujô desde hacía mucho tiempo y también había servido en palacio, por lo que Genji le conocía bien. Se emocionó al ver que el cabello del religioso era ahora blanco. Como siempre, estaban presentes gran número de príncipes y nobles de alto rango. Las flores de cerezo empezaban a abrirse, y debería haber habido música, pero Genji tenía la sensación de que la música le haría llorar como una mujer, y sólo pidió que cantaran poemas en consonancia con

la ocasión.

Ah, sí, cuando le dio la taza al
oficiante, le dijo:

*Nosotros, que tal vez no vivamos hasta
que vuelva la primavera, aquí, en medio
de las nieves,
¡luzcamos ante los ojos de todos el color
del ciruelo que retoña!*

El oficiante replicó:

*Rezaré por que podáis contemplar estas
flores durante mil primaveras,
pues soy yo, no vos, quien está coronado
por las nieves de la edad.*

Muchos otros añadieron sus poemas, pero no voy a incorporarlos aquí.

Aquel día Genji apareció por fin en compañía. La luz de su rostro superaba incluso a la brillantez que había tenido en el pasado. Contemplantlo era tan maravilloso que, sin ninguna razón concreta, el anciano monje lloró sin poder reprimirse.

Se sentía desolado porque el año finalizaba cuando el joven príncipe entró corriendo en la estancia y gritó:

—¿Qué es lo que hace más ruido cuando quieres expulsar a los demonios?

[\[49\]](#)

A Genji le resultaba difícil enfrentarse a la idea de perder al encantador

muchacho.

Perdido en mis pesares, no supe que los días y los meses siguen transcurriendo todavía...

¿De veras ha terminado el año y también mi tiempo en el mundo?

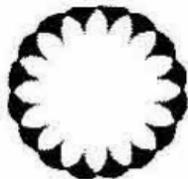
Decretó que el primer día del año todo se hiciera excepcionalmente bien. Dicen que preparó soberbios regalos para los príncipes y ministros, y recompensas igual de generosas, de acuerdo con su rango, para quienes estaban por debajo de ellos.

Kumogakure

Desvanecido en las nubes

Este capítulo está en blanco.

El título evoca la muerte de Genji.



La historia de Genji

Segunda parte

Introducción

La narración del último tercio de la obra, que comprende trece capítulos, se reanuda tras un lapso de unos ocho años. Varios personajes principales han desaparecido de la escena. Los capítulos 42 a 44 (desde «El Príncipe Perfumado» hasta «El río de bambú») son inconexos, pero a partir del capítulo 45 («La Doncella del Puente») el relato es continuo.

En el capítulo 42 volvemos a encontrar a Kaoru y Niou, el nieto de Genji, vástago de la hija (ahora

emperatriz) nacida mucho tiempo atrás en Akashi. Los dos jóvenes son grandes amigos y, desde el capítulo 45 en adelante, también rivales en el amor.

Tras una amarga experiencia de la vida cortesana, cierto príncipe, viudo, se ha retirado con sus dos hijas a Uji, localidad que se encuentra a pocas horas de camino al sur de la Ciudad. Allí, a orillas del río Uji, ha buscado refugio en la religión, y el rumor de su noble piedad llega a oídos de Kaoru, que también se siente vagamente fuera de lugar en el mundo. En el capítulo 45, Kaoru empieza a visitarle, y por fin conoce, de labios de una anciana que vive allí, el secreto de su propio nacimiento. También tiene un

atisbo de las hijas del príncipe y suspira por la mayor (Ôigimi). En realidad, las desea a ambas, pero de todos modos habla de ellas a su amigo Niou, y éste empieza a cortejar a la hermana menor (Naka no Kimi). Pronto consigue hacerle el amor.

Lo honorable sería que Niou se comprometiera con Naka no Kimi, pero lo cierto es que pocas veces puede viajar a Uji, y sus prolongadas ausencias acaban por convencer a las hermanas de que sólo ha estado jugando con la muchacha. Ôigimi está segura de que correrá idéntica suerte si acepta a Kaoru, y pierde todo deseo de seguir viviendo. Al final del capítulo 47 («Nudos de trébol») deja de

alimentarse hasta que muere, y Kaoru se queda desolado.

En el capítulo 48 («Brotos de helecho»), Niou traslada a Naka no Kimi a su residencia en la Ciudad, pero en el capítulo siguiente («La hiedra») una fuerte presión política y paterna le obliga a aceptar como esposa principal a una hija de Yûgiri, el hijo de Genji, que ahora es el cortesano más poderoso. Kaoru sigue en contacto con Naka no Kimi, y entonces repara en que la joven se parece a su hermana mucho más de lo que él había creído. Empieza a desearla después de todo, y sus atenciones despiertan los celos de Niou. A fin de desviarlos, Naka no Kimi le habla de una hermanastra suya:

una hija no reconocida del príncipe. Los lectores conocen a esta joven como Ukifune. Le dice que el parecido de Ukifune con Ôigimi es extraordinario, y lo cierto es que Kaoru se queda asombrado al verla. Decide que a partir de entonces cortejará a Ukifune.

Por desgracia, cuando Ukifune va a pasar unos días con Naka no Kimi, Niou también la descubre. Inmediatamente después de ese encuentro, Kaoru consuma su unión con Ukifune y la traslada en secreto a la casa, ahora vacía, de Uji, pero Niou se las ingenia para seguir sus pasos y le hace el amor (capítulo 51, «Una embarcación a la deriva»).

Ukifune se encuentra ahora atrapada

entre los dos hombres. Kaoru es tan gran señor que normalmente ella no podría tener la menor esperanza de casarse con él, ni siquiera como una esposa de rango inferior, y su madre está a favor de él sin reservas, pero Niou le atrae mucho más. Kaoru, que ha hecho levantar una casa para ella en la Ciudad, le anuncia la fecha en que irá a buscarla, y la tensión se incrementa cuando Niou planea llevársela en secreto de allí antes de que llegue su amigo y rival. Incapaz de elegir entre los dos, Ukifune toma la decisión de ahogarse en el río Uji.

Al comienzo del capítulo 52 («La efímera»), ella ha desaparecido. No encuentran su cuerpo, así que, a fin de

mantener las apariencias, la familia organiza un rápido y falso funeral. Kaoru y Niou la lloran. Sin embargo, Ukifune no se ha ahogado. Casi al inicio del capítulo 53 («Práctica de escritura»), dos monjes la encuentran, muda y llorosa, bajo un árbol. Informan del hallazgo a su superior, y la hermana de éste, que es monja, cuida de ella con ternura. La mujer descubre que el estado de conciencia de Ukifune no es normal y que además padece una amnesia absoluta. Puesto que el grupo de religiosos sólo se había detenido en Uji durante un peregrinaje, la hermana se la lleva a su casa, en un lugar llamado Ono, donde el estado de Ukifune permanece invariable durante dos meses, hasta que

por fin el monje la exorciza. Entonces ella recupera la memoria en parte, pero se guarda para sí lo que recuerda. Acto seguido convence al religioso para que la ordene monja.

Hacia el final del capítulo 53, un año después de la supuesta muerte de Ukifune, Kaoru se ha enterado de su existencia, y en el capítulo 54 («El puente flotante de los sueños») comprueba quién es y dónde se encuentra. Resuelto a verla de nuevo, le hace llegar una carta a través de su hermanastro, pero ella se niega a aceptar que es la destinataria de la misiva y a reconocer al muchacho. En las últimas líneas de la obra, el decepcionado Kaoru se pregunta si alguien más

(presumiblemente Niou) la ha mantenido oculta.

Este final inconcluso inquieta a algunos lectores, y se ha sugerido que la autora murió o que se vio obligada a dejar la obra sin terminar. Sin embargo, no puede descartarse que tal ambigüedad haya sido intencionada.

Royall Tyler

Niou Miya

El Príncipe

Perfumado

«El Príncipe Perfumado» se refiere al joven príncipe conocido como Niou. Este capítulo presenta a los dos caballeros que en lo sucesivo dominarán la narración: Niou y Kaoru, «el Capitán Fragante».



Relación con los capítulos anteriores

Una brecha de ocho años separa «El Príncipe

Perfumado» de «El vidente».

Colegimos (en «La hiedra») que

Genji murió tras pasar dos o tres años recluido en su templo de Saga. También han fallecido el emperador retirado Suzaku, Hotaru, Tô no Chûjô y Hige-kuro.

Personajes

El capitán consultor, de 14 a
20 años (Kaoru)

**Su Majestad la
emperatriz**, de 33 a 39 años
(Akashi no Chûgû)

**Su Majestad el
emperador**, de 35 a 41 años

El Tercer Príncipe, Su Alteza
de la Guerra, de 15 a 21 años (Niou)

El Primer Príncipe, el príncipe heredero, casado con la primera hija de Yûgiri

La Primera Princesa

El Segundo Príncipe, casado con la segunda hija de Yûgiri

Su Excelencia el ministro de la Derecha, comandante de la Guardia de la Izquierda de Palacio, de 40 a 46 años (Yûgiri)

La emperatriz madre, ex
consorte Shôkyôden

La Sexta Hija de Su
Excelencia, desde los 10 u 11 años
hasta mediada la adolescencia (Roku no
Kimi)

Su Alteza Enclaustrada,
desde mediada la treintena al inicio de la
cuarentena (Onna San no Miya)

Su Alteza de Ichijô (Ochiba
no Miya)

Su Eminencia Reizei, hijo de
Genji y Fujitsubo, de 43 a 49 años

Su Primera Princesa, hija de
la consorte Kokiden

Su emperatriz, de 52 a 58 años
(Akikonomu)

Su luz se había extinguido, y entre sus numerosos descendientes ninguno se podía comparar con lo que él había sido. Citar a Su Eminencia Reizei sería impertinente. El Tercer Príncipe de Su Majestad y el hijo de Su Alteza Enclaustrada, que había crecido con él, [\[1\]](#) tenían fama de ser apuestos, cada uno a su manera, y ciertamente destacaban, pero no parece que deslumbraran. Pese a que no tenían nada fuera de lo común, eran elegantes y distinguidos. El honor y la estima que debían a su relación con Genji les daba una fama en cierto modo superior a la que aquél tuvo en sus años mozos, y en definitiva eran sumamente atractivos. El Tercer Príncipe vivía en

Nijô, gracias al afecto especial que le había profesado la señora Murasaki. [2] Sus Majestades, que le amaban y valoraban, le instalaron en palacio una vez que el príncipe heredero [3] hubo sido nombrado sin percance, pero él seguía prefiriendo la comodidad de su vida en casa. Cuando alcanzó la mayoría de edad, se le empezó a llamar Su Alteza del Departamento de la Guerra.

La Primera Princesa vivía en Rokujô, en el ala este del lado sudeste. Había conservado el mobiliario tal como lo dejara Murasaki, a quien a todas horas recordaba con afecto. El Segundo Príncipe se alojaba en la casa principal cuando estaba ausente de palacio, donde

ocupada el Umetsubo. Se había casado con la segunda hija de Su Excelencia de la Derecha, [4] y estaba muy bien situado como próximo candidato a príncipe heredero. Tenía un aire de circunspección acorde con su importancia.

Las hijas de Su Excelencia eran numerosas. [5] La mayor había sido destinada al príncipe heredero, en cuyo servicio no tenía rival. La emperatriz madre afirmaba sin rodeos que, como todo el mundo suponía, las demás seguirían un camino similar cuando les llegase su turno, pero Su Alteza de la Guerra no deseaba en absoluto confirmar esta predicción y, según parece, dejó perfectamente claro que no vería con

buenos ojos a cualquiera que no hubiera elegido él mismo en persona.

«¿Por qué habría de dar la más mínima importancia a eso? Yo no tengo en cuenta tales cosas —se dijo Su Excelencia—. ¡Malditas sean esas convenciones!» [6] Sin embargo, hizo saber que no rechazaría un posible ofrecimiento, y entretanto siguió preparando a sus hijas con gran esmero. Por entonces su sexta hija era aquella a cuya mano aspiraba todo príncipe o noble de alto rango que se preciara.

Las damas que habían estado reunidas en torno a Su Gracia se habían dispersado, llorosas, hacia los hogares que tendrían a partir de entonces, y la

conocida como la Dama de las Flores que Caen se había trasladado al pabellón oriental de Nijô, que ahora le pertenecía. Su Alteza Enclaustrada residía en Sanjô. La mansión de Rokujô era un lugar solitario y casi desierto, pues la emperatriz Akashi residía en palacio. Su Excelencia de la Derecha observó: «Otros ejemplos del pasado me advierten que la casa que un hombre ha levantado sin escatimar esfuerzos queda abandonada tras su desaparición y se va desmoronando, como para demostrar que nada dura, y es ésta una lección muy triste sobre la transitoriedad de todas las cosas. Mientras yo viva, no dejaré que esta finca se venga abajo ni permitiré que se muden

esas dos personas que viven en la cercana avenida». [7] Hizo que Su Alteza de Ichijô se trasladase al lado nordeste, y entonces dividió sus noches de manera meticulosa, pasando las primeras quince del mes en la casa de Su Alteza y las otras quince en Sanjô. [8]

La residencia de Nijô, a la que Genji había dado tanto esplendor, y los aposentos primaverales de Rokujô, tan amplia y desmesuradamente alabados, parecían destinados a los descendientes de una sola dama: la de Akashi, que cuidaba de todos los jóvenes príncipes y princesas, y les hacía compañía. Su Excelencia no hacía nada por cambiar las vidas de aquellos a los que Su Gracia

había favorecido, alejándolos de lo que el mismo Genji había deseado que fuesen, y con fervor filial pensó que si la dama del ala oriental hubiese seguido viva, él la habría servido con entusiasmo. Siempre recordaba con pesar que ella había fallecido antes de que él hubiera encontrado el momento propicio para hacerle saber hasta qué punto pensaba en ella.

En el reino se lloraba a Su Gracia, y en cada ocasión lamentaban que el desánimo se hubiera generalizado, como si la llama que iluminó todas las cosas se hubiese extinguido. Como es natural, su servidumbre, sus damas y Sus Majestades y Altezas [\[9\]](#) estaban más profundamente

afectados, y también atesoraban en sus mentes la imagen de Murasaki, cuyo recuerdo era omnipresente para ellos. Es cierto, como dicen, que lo efímero de las flores primaverales es lo que realza su belleza.

Su Eminencia Reizei deparaba atenciones especiales al joven hijo de Su Alteza Enclaustrada, como Su Gracia le había pedido que hiciera, y la emperatriz, que lamentaba no haber tenido hijos propios, satisfacía de buen grado todas sus necesidades. La ceremonia de su mayoría de edad tuvo lugar en el palacio de Reizei, y al segundo mes de su decimocuarto año de vida se convirtió en consejero. Aquel otoño fue nombrado

capitán de la Guardia de la Derecha de Palacio. De tal modo Su Eminencia, impulsado por quién sabe qué inquietud, utilizó las promociones que tenía la facultad especial de conceder para hacer de él un hombre cuanto antes. Se ocupó personalmente de amueblarle una habitación en el ala cercana a su propia residencia; seleccionó para él sólo a las mejores jóvenes damas de honor y muchachas paje, así como a los mejores criados, y lo dispuso todo con una brillantez incluso superior a la que le hubiera procurado a una muchacha. Sus Majestades hicieron que las más bellas, nobles y agradables de sus mujeres se trasladaran a la residencia del joven

señor, e hicieran todo lo posible para que estuviera satisfecho, pues mucho deseaban que se sintiese feliz y cómodo allí. Su Eminencia no le tenía menos afecto que a su Primera Princesa, la querida hija única que la consorte del difunto canciller le había dado. [\[10\]](#) Tal vez fuera ése el motivo de que valorase más a su emperatriz cada año que pasaba, pero, aun así, una no puede dejar de preguntarse por qué.

Su Alteza Enclaustrada, la madre del joven caballero, llevaba ahora una vida tranquila, dedicada a la práctica religiosa: realizaba mensuales invocaciones del Nombre y, dos veces al año, los ritos de los Ocho Discursos, así como los demás

oficios sagrados que iba señalando el calendario. Por lo demás, tenía tan pocos quehaceres que admiraba las idas y venidas del joven, como si éste fuese un padre más que un hijo, una actitud que a él le afectaba mucho. Además, Su Majestad y Su Eminencia siempre le convocaban, y al príncipe heredero y los demás príncipes les encantaba incluirlo en sus diversiones, por lo que, lamentablemente, no disponía de tiempo para sí mismo y deseaba tener el don de la ubicuidad.

A menudo se inquietaba y preocupaba como un adolescente por los rumores que acertaba a oír, pero no tenía a nadie a quien pudiera interrogar al respecto. Nunca dejaba de pensar en el asunto,

aunque a su madre le habría horrorizado saber que albergaba la más mínima sospecha. «¿Cuándo sucedió aquello? — se preguntaba a menudo—. ¿Por qué he nacido con esta inquietud constante? ¡Ojalá hubiera sido iluminado como el príncipe Zengyô cuando se preguntó lo mismo!» [\[11\]](#)

*¿Qué puede significar todo ello, y a
quién he de interrogar? ¿Cuál es mi
secreto,*

*cuando yo mismo desconozco de dónde
vengo y adonde voy?*

Pero no había nadie que pudiera darle una respuesta.

A veces tenía la sensación de que algo fallaba en él, y esta idea también le sumía en angustiadas reflexiones. «¿Qué piadosa resolución pudo hacer que de repente Su Alteza renunciara a sus mejores galas en plena juventud? Sí, debió de escandalizarse. ¿Cómo es posible que nadie más lo supiera? Supongo que nadie me lo dirá porque siguen considerándolo un secreto. Que yo sepa, ella se entrega a sus rezos día y noche, pero no veo de qué manera la vaga y débil comprensión de las cosas que tiene una mujer le permitirá darle al rocío del loto el lustre de una joya. [\[12\]](#) Esos cinco, comoquiera que se llamen, [\[13\]](#) son preocupantes, y por lo menos quiero ayudarla en el camino hacia

la vida futura. Y ese caballero del que hablan, el que murió, ¿estuvo al final atormentado?» Este último interrogante le hizo anhelar la conversación con aquel hombre, en la otra vida si no en ésta, hasta que perdió interés por las ceremonias de su mayoría de edad, aunque no se negó a seguir con ellas. Desde luego, el mundo le tenía en alta estima y le agasajaba, y él vestía con deslumbrantes galas, pero conservaba la calma y en el fondo se mantenía distanciado de todo.

El profundo afecto que sentía por la madre del joven caballero hizo que Su Majestad se interesara mucho por él, [\[14\]](#) y la emperatriz le trataba casi como lo había hecho cuando crecía con sus hijos y

jugaban juntos. «Lo tuve tan tardíamente, pobre muchacho —había comentado Su Gracia—, y lamento que no llegaré a verle hecho un hombre.» Ella recordaba estas palabras, y mantenía su apego al joven. Su Excelencia de la Derecha le honraba más que a sus propios hijos.

Mucho tiempo atrás, el Señor Resplandeciente, como le llamaban, había gozado también de tan elevado favor, pero muchos le envidiaron y careció de apoyo por el lado materno. Tras haber considerado la situación con el talante reflexivo que le caracterizaba, decidió disminuir su luz sin par, a fin de que no deslumbrara a otros, superó sano y salvo la agitación que se extendió por doquier y

jamás descuidó rezar por su próxima vida, pues, sin que nunca diera la impresión de que lo hacía, lo cierto es que contemplaba las futuras consecuencias antes de tomar cualquier decisión. En cambio, el joven caballero había sido objeto de grandes favores prematuramente y poseía un orgullo extraordinario, afianzado por el destino, puesto que daba la impresión de que era un ser sagrado que estaba de breve paso en un mundo en el que parecía habitar sólo de modo provisional. A juzgar por sus facciones, difícilmente podría decirse qué era lo que le distinguía o le hacía digno de particular admiración. Sin embargo, poseía una espléndida elegancia y, en el fondo, no era un hombre

como la mayoría.

Emitía un aroma delicioso, una fragancia etérea, y maravillaba dondequiera que fuese, pues la brisa que se arremolinaba a su espalda realmente parecía perfumar el aire a una distancia de cien pasos. A nadie más de tan alta cuna se le habría ocurrido ser modesto tanto en su indumentaria como en su comportamiento. No, otro vestiría ex profeso para destacar, pero no aquel joven, que se quejaba de su incapacidad de ocultarse, incluso tras un biombo, sin revelar su presencia y que casi nunca perfumaba sus prendas de vestir. Sin embargo, su fragancia añadía un toque inefable a los aromas que impregnaban

sus cofres de ropa, hasta tal punto que incluso los ciruelos floridos del jardín mezclaban su perfume con el suyo cuando al pasar los rozaba con las mangas, y hacía que se desprendieran aromáticas gotas de lluvia primaveral que dejaban a muchos encantados, mientras que cuando arrancaba el eupatorio que florecía olvidado en los campos otoñales, la planta cedía su fragancia a la brisa deliciosa que siempre le seguía.

Esta fragancia personal tan fuera de lo corriente dio lugar a que Su Alteza de la Guerra estableciese con él una rivalidad especial. Impregnaba sus ropas con los mejores inciensos y se pasaba los días y las noches preparando otras mezclas. En

primavera contemplaba las flores de ciruelo del jardín, mientras que en otoño desdeñaba la tan alabada flor de valeriana, así como la *hagi*, que tanto gustaba a los ciervos, y prefería en cambio los crisantemos, que mantienen la vejez a raya, [15] el desvaído eupatorio y la humilde pimpinela, que preservaba con ostentación hasta que la escarcha hacía que languidciera penosamente. De esta manera proclamaba una elegante pasión por los perfumes. Todo ello producía la impresión de que era un tanto lánguido y muy exigente en sus gustos. Ciertamente, el Genji del lejano pasado no se habría permitido semejantes excentricidades.

El capitán consultor [16] iba con

frecuencia a casa de Su Alteza, donde los dos competían en el dominio de la flauta, pues, pese a su rivalidad, eran grandes amigos. Como es natural, la gente, siguiendo su tediosa costumbre, llamaba a uno el Príncipe Perfumado y al otro el Capitán Fragante. Cuando cualquier gran señor con una hija presentable aspiraba orgullosamente a ganarse la amistad de Su Alteza, éste respondía a cada insinuación de promesa y averiguaba cuanto podía acerca de las cualidades y el aspecto de la joven dama. Sin embargo, no encontraba a ninguna que tuviera un atractivo particular. «Ella sigue siendo la que deseo —se decía a sí mismo, refiriéndose a la Primera Princesa de Su

Eminencia Reizei—, ella sí que merecería la pena.» Su madre, que era una consorte, poseía gran dignidad y elegancia (también a ella se le concedía una peculiar distinción), y los informes más detallados que le habían llegado a Su Alteza, facilitados por mujeres a su servicio, debían de haber incrementado aún más el deseo que le inspiraba.

Entretanto, el capitán tenía la firme convicción de que este mundo es escoria, y sabía que jamás podría librarse de un perdurable afecto si, a pesar de esa creencia, entregaba su corazón. En consecuencia, renunció a todo deseo de comprometerse sentimentalmente, ya que hacer tal cosa podría suponer conflictivos

remordimientos. Es posible, desde luego, que quisiera dar la impresión de que era un sabio, porque, por aquel entonces, ninguna mujer ocupaba sus pensamientos. Ciertamente, una no le imagina prescindiendo de solicitar el permiso paterno.

A los diecinueve años lo nombraron consultor del tercer rango, al tiempo que conservaba su cargo de capitán. La intimidad que tenía con Sus Majestades le confería tal honor como súbdito que no tenía necesidad de someterse al juicio de nadie, pero en el fondo de su corazón sabía muy bien quién era, y ese conocimiento le afectaba lo suficiente para que no le atrajeran en absoluto las

aventuras imprudentes y jamás se permitiera perder la compostura. A su debido tiempo todo el mundo llegaba a comprender lo serio que era.

De vez en cuando tenía atisbos de la hija de Su Eminencia y oía rumores acerca de aquella joven por la que Su Alteza suspiraba desde hacía años, porque vivía en el palacio que él frecuentaba, y unas cosas y otras le impulsaban a creer que ella era en verdad excepcional. «¡Qué gentileza y sagacidad tan asombrosas poseía! —se dijo—. Sí, después de todo, poseer a una mujer así podría hacer que la vida mereciese la pena.» Sin embargo, a pesar de que en general le recibía de buen grado, Su

Eminencia siempre se mostraba inflexible y no le permitía acercarse a su hija, y el joven comprendía muy bien esa actitud. Habida cuenta del riesgo que conllevaba, no insistía en ver a la muchacha. Se percataba de que si alguna vez, contra sus propios deseos, le tomaba cariño, las consecuencias podrían ser desafortunadas para ambos. [\[17\]](#) Así pues, no hacía nada por cortejarla.

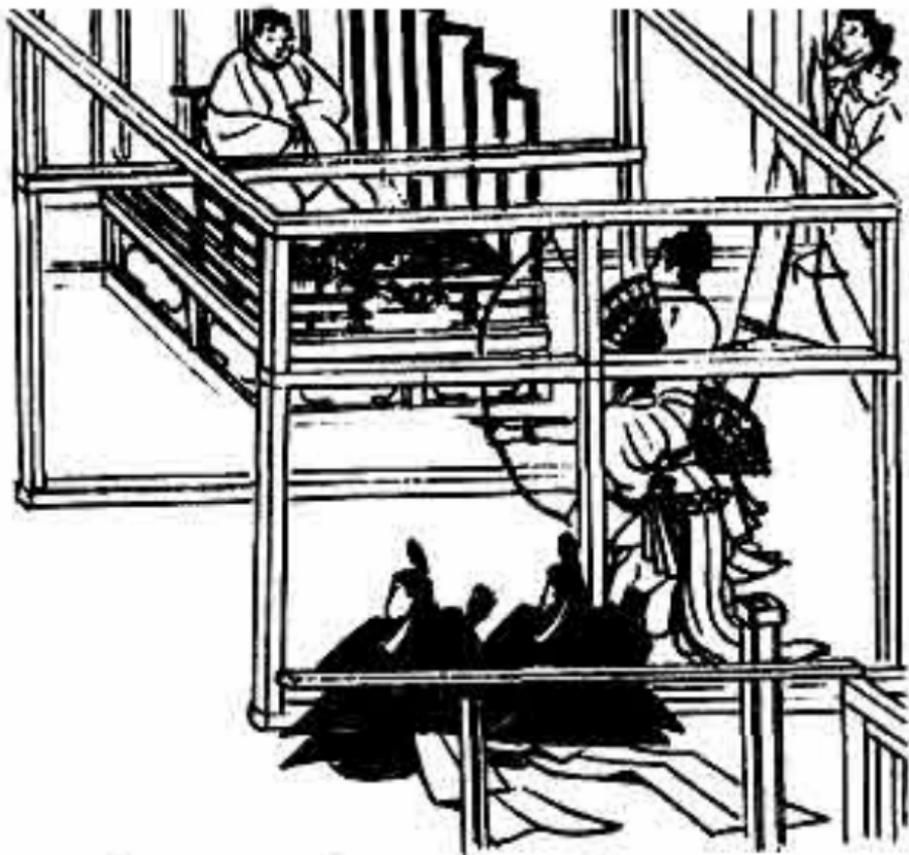
Ahora que parecía tener la seguridad de que era objeto de una admiración generalizada, ninguna palabra suya, por ligera que fuese, provocaba severo rechazo, sino sólo asentimiento, y, por lo tanto, las circunstancias normales le llevaron a visitar un considerable número

de casas. Sin embargo, siempre se libraba expertamente sin comprometerse en ninguna parte. Esa clase de relaciones tibias y evasivas pueden ser irritantes en grado sumo, pero numerosas mujeres atraídas por él se reunían alrededor de Su Alteza Enclaustrada en Sanjô. Allí, la actitud distante del capitán consultor era en verdad penosa, pero algunas cuyo rango las excusaba del servicio seguían esperando ilusionadas un encuentro casual con él y preferían la decepción a la pérdida absoluta de las esperanzas. Al fin y al cabo, él era tan amable, y su compañía resultaba tan placentera, que quienes tenían ese privilegio no podían dejar de perdonarle.

—Desde luego, me propongo estar junto a Su Alteza Enclaustrada durante tanto tiempo como ella viva —solía decir él—, de modo que no eche en falta mi compañía.

Su Excelencia de la Derecha no decía nada, pero al oírle hablar así sentía deseos de ofrecer una de sus hijas al joven. No es que el matrimonio le pareciera especialmente atractivo, [\[18\]](#) pero, aparte de aquellos dos jóvenes caballeros, no encontraba en el ámbito cortesano del momento nadie más que pudiera ser un digno pretendiente. Su Sexta Hija, como la llamaban (una que le había dado la dama de personal), era mucho más bonita que sus hijas de más

alta cuna, así como más dotada, y a él le parecía lamentable que el mundo la mirase con desprecio. En consecuencia, la tomó bajo su protección y la confió a Su Alteza de Ichijô, que estaba entristecida por la falta de hijos propios. «Cuando deje que esos dos la vean, no hay duda de que les satisfará —se dijo con convicción—; nadie que conozca a las mujeres dejaría de sentirse especialmente atraído por ella.» En lugar de mantenerla estrictamente protegida, le imbuyó el gusto por las habilidades elegantes y agradables, aportándole así muchos encantos para cautivar el corazón de un hombre joven.



El concurso de tiro al arco de Año Nuevo

El banquete que seguía al concurso de tiro con arco de Año Nuevo tendría lugar en Rokujô, y Su Excelencia lo preparó con especial esmero, pues deseaba que Su

Alteza también acudiera. El día señalado, todos los príncipes adultos estuvieron presentes. Los nacidos de la emperatriz eran apuestos y distinguidos, pero Su Alteza de la Guerra destacaba mucho por encima de ellos. El Cuarto Príncipe, conocido como Su Alteza de Hitachi, era hijo de una íntima, lo cual tal vez explicaba por qué parecía mucho menos atractivo que los otros.

Como siempre, la Izquierda obtuvo una victoria decisiva. El concurso finalizó antes de lo habitual, y el victorioso comandante, [\[19\]](#) Su Alteza de Hitachi y el Quinto Príncipe de Su Majestad la emperatriz se reunieron con él en su carruaje. El capitán consultor, que

pertenecía al bando perdedor en el concurso, se alejaba discretamente cuando Su Excelencia lo detuvo.

—¿No te unirás a nosotros para ver la partida de Sus Altezas? —le preguntó, y el capitán, cediendo a su insistencia, le siguió junto con personajes como los hijos de Su Excelencia, el intendente de la Guardia de la Puerta, el consejero supernumerario y el gran senescal de la Derecha, así como otros nobles de alto rango.

Todos acompañaron a Su Excelencia a Rokujô. [20] Durante el trayecto, que era muy largo, cayeron unos copos de nieve, y el crepúsculo tenía un gran encanto. Cuando llegaron se oía música,

precisamente a la hora en que el sonido de la flauta es más hermoso, y una sólo podía preguntarse en qué otro lugar, en qué paraíso budista, semejante momento podría proporcionar un placer más intenso.

Los capitanes y tenientes se sentaron de cara al Sur, como de costumbre, en el pasillo situado al sur de la casa principal, mientras que sus asistentes, los príncipes y los nobles de alto rango, [\[21\]](#) se sentaron frente a ellos, de cara al Norte. La taza de sake empezó a pasar de mano en mano y, cuando la fiesta se animó, las brisas creadas por las mangas de los bailarines que danzaban «Motomego» [\[22\]](#) traían vaharadas de aroma de los

ciruelos cercanos, cuyas flores se estaban abriendo exquisitamente en el jardín, a los que el propio perfume del capitán añadía un toque de delicia inefable.

—¡Ay!, está demasiado oscuro para ver —decían las intrigadas damas de honor que atisbaban la escena—, pero ¡cuán cierto es que nada iguala a ese aroma! [\[23\]](#)

Su Excelencia también estaba encantado.

—¡Vamos, capitán de la Derecha, también tú debes cantar! —exclamó al reparar en el rostro encendido del joven y en sus modales impecables—. ¡No representes tan bien el papel de invitado!

El capitán cantó «Allí mora el dios» y

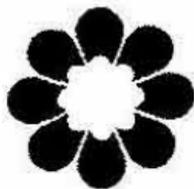
otras piezas, exactamente con el grado apropiado de animación.

KÔBAI

Flores de ciruelo rojo

Kôbai significa «[flores de] ciruelo rojo».

El título del capítulo procede de un intercambio poético entre el gran consejero inspector (Kôbai) y Niou.



Relación con los capítulos anteriores

«El Príncipe Perfumado» termina poco después de que Kaoru haya cumplido los 20 años, y «Flores de ciruelo rojo» comienza cuando tiene 24, por lo que hay una brecha de cuatro años entre ambos capítulos. Cronológicamente, los tres capítulos que le siguen cubren esos años intermedios.

Personajes

El consejero Minamoto, de
24 años (Kaoru)

**El gran consejero
inspector**, segundo hijo de Tô no
Chûjô, de 54 ó 55 años (Kôbai)

Su esposa, la hija de Hige-kuro, de
46 ó 47 años (Makibashira)

Su Alteza, la hija que Hotaru tuvo
de Makibashira

Un muchacho, el hijo de
Makibashira y Kôbai

La hija mayor de Kôbai,
consorte del príncipe heredero

La hija menor de Kôbai

Su Alteza de la Guerra, de
25 años (Niou)

Su Excelencia el ministro
de la Derecha, de 50 años
(Yûgiri)

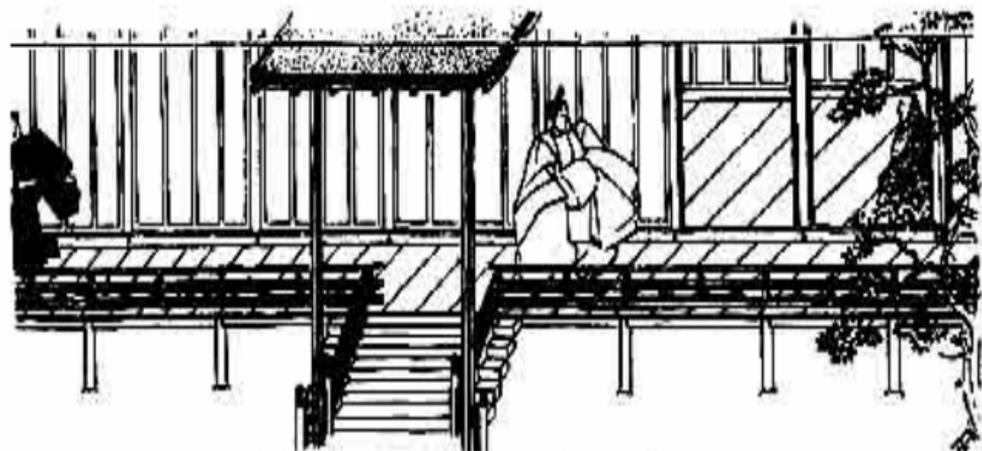
Vivía por aquel entonces un caballero conocido como el gran consejero inspector, segundo hijo del difunto canciller y, por lo tanto, hermano menor del intendente de la Guardia. [1] Las expectativas que había generado incluso de muchacho, junto con la viveza natural de su carácter, le habían facilitado un ascenso satisfactoriamente rápido en el transcurso de los años, hasta alcanzar una posición que le honraba y le hacía gozar de un elevado grado de favor en la corte. Su primera esposa había muerto, y estaba casado en segundas nupcias. Su esposa actual, la hija del sucesor de su padre como canciller, [2] era la dama que tanto había lamentado abandonar la «hermosa

columna», [3] es decir, aquella a quien Su Alteza del Ceremonial había casado con Su Alteza de la Guerra, ya difunto. [4] El gran consejero había empezado por hacerle visitas secretas tras la muerte del príncipe, y al parecer, pasado el tiempo, había llegado a reconocer abiertamente el vínculo que existía entre ellos. Sólo tenía dos hijos de su primera esposa, y le parecían muy pocos, por lo que rogó a los dioses y a los budas hasta que su actual esposa le dio un hijo. Había también una hija nacida del matrimonio de su esposa con el difunto príncipe. Él no rechazaba a ninguno y los quería a todos por igual, aunque la actitud de algunas de sus mujeres era menos digna de elogio, una

actitud que de vez en cuando producía cierto grado de fricción. Pero su esposa, que era vivaz y comunicativa, no se tomaba nada a mal, hacía caso omiso de cualquier cosa que llegara a sus oídos y pudiera interpretarse como despectiva hacia su hija, y se las ingeniaba para no pensar mal de nadie. El resultado era una familia bien ordenada y que gozaba de una gran consideración.

Cuando cada hija alcanzaba la edad apropiada, el gran consejero celebraba la ceremonia de la puesta de la cola. Agrandó la casa principal hasta darle una anchura de siete entrepaños y se instaló con su hija mayor en la parte delantera, que daba al Sur; su hija menor ocupó el

ala oeste y Su Alteza [5] tomó el ala este. Podría pensarse que Su Alteza resultaría perjudicada porque ya no tenía consigo a su padre, pero no era así en absoluto, pues había recibido extensas y valiosas fincas tanto de él como de su madre, y llevaba en casa una vida que se distinguía por su gran cortesía y elegancia. No carecía de nada.



El lado sur de una casa principal

La alta estima en que el gran

consejero tenía a sus hijas estaba en boca de todos, como suele suceder, y muchos caballeros se presentaban para cortejar a una tras otra, hasta que llegó a haber indicios de interés por parte de Su Majestad y del príncipe heredero. Sin embargo, el gran consejero reflexionó: «Su Majestad tiene una emperatriz [6] a la que ninguna otra dama, al margen de sus cualidades, podría igualarse, aunque al mismo tiempo sería lamentable que uno no tuviese hacia su propia hija suficiente consideración como para desear intentarlo. En cuanto al príncipe heredero, sería difícil rivalizar con el favor de que ya goza la hija de Su Excelencia de la Derecha. Pero, una vez dicho esto, sin

duda el asunto no queda zanjado. ¿Qué satisfacción podría darme abandonar la idea de enviar a una hija al servicio en la corte, cuando estoy convencido de que tiene merecimientos especiales?». Decidido por fin, ofreció su hija mayor al príncipe heredero. La muchacha, de diecisiete o dieciocho años, era bonita y deliciosa en todos los aspectos.

Su hija menor tenía, por su parte, una noble elegancia, y su porte, más sereno que el de su hermana, le daba tal encanto que él no soportaba imaginarla desperdiciada al casarse con un plebeyo. Se preguntaba si Su Alteza de la Guerra podría interesarse por ella.

Cada vez que Su Alteza se encontraba

con el hijo pequeño del gran consejero en la corte, [7] le llamaba para charlar amigablemente con él. El chico tenía carácter, y tanto sus ojos como su frente denotaban sagacidad.

—Dile al gran consejero que no me satisface conocer tan sólo al hermano menor —le dijo un día.

Al oír esto, el gran consejero sonrió y se sintió complacido. «Preferiría con mucho darle una hija meritoria a Su Alteza antes que enviarla al servicio de la corte, donde estará por debajo de otras en rango. Su Alteza es un caballero a quien uno podría complacer de buen grado en todo.» Entretanto, instaba a que avanzaran los preparativos para la presentación de

su hija mayor en la corte, y en el fondo de su corazón oraba: «Si el decreto del dios de Kasuga se cumple mientras vivo, ¡que eso sirva para reparar el amargo pesar que en vida sintió Su Excelencia a causa de la consorte de Su Eminencia!». [8]

Su hija entró al servicio del príncipe heredero y, a juzgar por lo que le decía la gente, coligió que gozaba en alto grado de su favor. En un gesto de abnegación, su esposa la atendió allí, pues creía que la muchacha necesitaría un firme apoyo hasta que se acostumbrara a su nueva vida. Ahora que ambas se habían ido, el gran consejero languidecía, y su hija menor, que siempre había estado muy unida a su hermana, se mostraba apática y sombría.

Su Alteza nunca había insistido en mantenerla distanciada de las demás, pues siempre dormían juntas y cada noche practicaban en común lo que estaban aprendiendo, y hasta en la más sencilla de sus diversiones las otras dos siempre se remitían a su parecer como si fuese una maestra. Su recato era algo fuera de lo corriente, y no solía permitir ni siquiera a su madre que la viera cara a cara, lo cual era sin duda un defecto por su parte. Sin embargo, ni su personalidad ni sus modales indicaban que careciera de seguridad en sí misma, y lo cierto es que era más atractiva que la mayoría.

Haber enviado a su hija a palacio, con todo lo que comportaba, hizo que el gran

consejero se sintiera culpable de estar absorto exclusivamente en sus propios hijos.

—Si se te ocurre algo razonable que pudiéramos hacer por ella, te ruego que me lo hagas saber —le dijo a su esposa—. Me propongo darle el mismo trato que a las otras.

Pero su esposa replicó:

—No veo señal alguna de que esté preparada para tomar una decisión tan mundana, y me temo que si insistimos, sólo lograremos hacer que se sienta desdichada. Cuidaré de ella durante tanto tiempo como viva. Lo que le suceda luego me preocupa en grado sumo, pero podría hacerse monja... Sea como fuere, ¡confío

en que se las arregle para llevar una clase de vida con la que no provoque burlas ni escándalo!

La mujer se echó a llorar y siguió exponiéndole a su marido lo admirable que era la joven dama.

El gran consejero tenía los mismos sentimientos paternales hacia todos sus hijos; sin embargo, descubrió que quería conocer el aspecto que tenía aquélla.

—Es cruel por tu parte que te ocultes así de mí —se quejaba, y siempre estaba ojo avizor, esperando la ocasión de tener un atisbo de ella, pero no lo conseguía—. Debería visitarte mientras tu madre está ausente, pero el rechazo de que me haces objeto lo dificulta mucho —le dijo, de pie

ante las persianas de la joven.

Ella le respondió con voz débil, lo bastante agradable, por su distinción, para darle una idea de su aspecto, y él se sintió entusiasmado por lo que podía imaginar acerca de ella. Orgullosamente convencido de que sus hijas eclipsaban a cualesquiera otras, cada vez se sentía más inclinado a sospechar que no podrían superarla a ella. Todo aquello, se decía, demostraba los quiebros que la vida puede ofrecer en este ancho mundo. Puedes estar convencido de que una muchacha es la mejor, pero sin duda siempre hay una que está por encima de ella.

—Hace mucho tiempo que no te oigo

tocar —siguió diciéndole—, y últimamente hemos estado muy atareados aquí. A la joven dama del oeste [9] le gusta el *biwa*, pero, ¡ay!, dudo de que alguna vez aprenda a tocarlo como es debido. Resulta penoso oír sus titubeantes esfuerzos. Sería una gran amabilidad por tu parte que le dieras lecciones. Yo mismo nunca he dominado ningún instrumento en particular, pero supongo que los conciertos a los que asistí en el pasado, cuando era joven, me enseñaron lo suficiente para apreciarlos todos. Ya no toco ni siquiera por placer, pero oírte tocar el *biwa* de vez en cuando me hace recordar los viejos tiempos. Su Excelencia de la Derecha es quien ahora

toca con el estilo de Su Gracia de Rokujô. El consejero Minamoto [\[10\]](#) y Su Alteza de la Guerra han sido lo bastante favorecidos por el destino como para igualar a sus antepasados en todos los aspectos, y en particular les gusta la música, pero tengo la impresión de que su manejo un tanto lánguido del plectro hace que estén por debajo de Su Excelencia, y tu manera de tocar me recuerda a la suya. Dicen que uno debe presionar ligeramente las cuerdas para tocar bien el *biwa*, pero el cambio en el sonido de una cuerda retenida en el traste al pulsarla con el plectro es característico del estilo femenino, y a decir verdad es muy placentero. Vamos, ¿no vas a tocar? ¡A

ver, traedle un *biwa* a mi dama!

Cuando él se presentaba, las mujeres apenas se tomaban la molestia de ponerse fuera de su vista, pero una muy joven, de noble cuna a juzgar por su aspecto, se sentó tan lejos como le pareció correcto para procurar que él no la viese.

—No sé qué pensar —masculló irritado—, cuando incluso tus damas de honor me tratan así.

Su joven hijo, que iba camino de palacio, pasó por allí. Vestía indumentaria de servicio, y a su padre, que le miraba con cariño, le pareció que su aspecto era incluso mejor que cuando llevaba el cabello cuidadosamente recogido en trenzas gemelas. [\[11\]](#) Le dio

al muchacho un mensaje para que lo llevara al Reikeiden. [\[12\]](#)

—Dile que lo dejo todo en sus manos, y que esta noche tampoco iré, pues no me encuentro bien —le dijo—. Oigamos un poco cómo tocas la flauta. —Sonrió—. Nunca puedes saber cuándo Su Majestad va a pedirte que te unas a un concierto, y cuando eso suceda lo lamentarás. Tu manera de tocar todavía es terriblemente infantil.

Le hizo tocar en el modo *sô*, y el muchacho lo hizo muy bien.

—¡Bueno, no tardarás en tocar a la perfección! ¡Vaya, supongo que has tocado como acompañante de Su Alteza! ¡Por favor, tocadme los dos el prelude

modal!

Su entusiasmo azoraba claramente a la muchacha, pero le obedeció durante un momento, tañendo las cuerdas con los dedos de una manera muy bella. [13] El consejero silbó ostentosamente la pieza mientras ellos la interpretaban.

Cerca de los aleros del lado este de la casa crecía un ciruelo rojo que emitía una deliciosa fragancia.

—Estas flores de ciruelo parecen tener un mensaje —le dijo el consejero a su hijo—. Me parece que Su Alteza de la Guerra está en el palacio. Haz un ramito y dáselo. Quien conoce lo sabrá. [14] Ah — siguió diciendo—, cuando el Resplandeciente Genji, como le llamaban,

era comandante y yo un muchacho, teníamos una estrecha relación, y luego siempre contó con mi afecto. Hoy la gente tiene en alta consideración a esos dos jóvenes caballeros, ciertamente merecedores de las alabanzas que reciben, pero no son nada comparados con él. No, jamás podrá haber otro como él, o al menos así me lo parece, aunque tal vez sólo sean imaginaciones mías. Y si alguien normal y corriente como yo no puede recordarle sin experimentar una punzada de dolor, imagino que aquellos con los que tenía auténtica intimidad y que le sobrevivieron deben de encontrar la vida en verdad muy larga.

Este giro melancólico de lo que estaba

diciendo hizo que le aflorasen lágrimas a los ojos, y tal vez se sentía realmente abrumado, pues le había pedido a su hijo que arrancara una rama y se apresurase.

—¿Qué otra cosa puedo hacer cuando Su Alteza es la única prenda que queda del señor a quien recuerdo con tanto cariño? Dicen que Ananda siguió adelante después de que el Buda hubiera desaparecido y que en su sabiduría brilló con una luz tal que el Buda parecía haber vuelto. Tal vez pueda tener el atrevimiento de dirigirme a Su Alteza, cuando él es la luz para alguien perdido en la oscuridad:

Cuando, invitador, el ciruelo de mi

*jardín perfuma cada brisa,
oh, ruiseñor, ¿no vendrás a lucirte entre
estas flores?*

Esto escribió, con juvenil caligrafía, en una hoja de papel escarlata discretamente envuelta en papel de doblar, que casualmente su hijo guardaba en un pliegue de su vestidura, y entonces despidió al muchacho. Éste echó a correr, infantilmente deseoso de conocer mejor a Su Alteza.



Papel de doblar

Su Alteza salía en aquel momento de la sala privada de la emperatriz, cercana a la del emperador, acompañado por un grupo de cortesanos.

—¿Por qué te marchaste ayer tan temprano? —le preguntó al muchacho en cuanto lo vio—. ¿Y cuándo has vuelto?

—Lamenté haberlo hecho, y me apresuré a volver en cuanto supe que vos estabais todavía aquí —respondió el muchacho, con aire juvenil pero de una manera estudiada.

—Debes venir de vez en cuando y

divertirte en algún lugar más cómodo, no en el palacio. [\[15\]](#) Allí hay muchos jóvenes. —Hizo un aparte con el chico, y los demás se retiraron. Una vez los hubieron dejado solos, Su Alteza siguió diciendo—: Tengo entendido que el príncipe heredero te ha dado permiso para ausentarte durante algún tiempo. Temí que nunca te dejara hacerlo, pero parece ser que alguien [\[16\]](#) puede haber ocupado tu lugar.

—Me tenía siempre consigo, Vuestra Alteza, y era muy duro. Ojalá hubiera estado con vos. —El muchacho no dijo más.

—Ella no querría saber nada de mí, ¿no es cierto? [\[17\]](#) —prosiguió Su Alteza

— No es que la culpe, en absoluto, pero aun así no estoy satisfecho. Procura discretamente averiguar si esa joven dama del ala este de la casa podría ser más amable. Después de todo, ella y yo somos de la misma vieja estirpe. [\[18\]](#)

Aquél era el momento oportuno para darle las flores a Su Alteza. Él sonrió.

—Bien, si este regalo siguiera a los reproches... [\[19\]](#) —observó, mirando las flores sin dejarlas. La forma del ramillete, la abundancia de las flores, su color y su aroma eran soberbios—. Dicen que el ciruelo rojo que realza un jardín es todo color pero no tiene el aroma del blanco. ¡Sin embargo, estas flores son magníficas en ambos aspectos! —Le gustaban mucho

las flores de ciruelo, y tuvo gratificantes elogios para las que le había dado el muchacho—. Creo que esta noche estás de servicio. En ese caso, quédate conmigo.

No despidió al muchacho, por lo que éste no fue a los aposentos del príncipe heredero. Por expreso deseo de Su Alteza, se tendió a su lado, envuelto en la maravillosa fragancia que casi ponía en evidencia al aroma de las flores, presa de un supremo e infantil regocijo.

—¿Por qué la dama a la que pertenecen estas flores no ha ido a ver al príncipe heredero?

—No lo sé. Tan sólo me han dicho que eran para alguien que las apreciaría.

Su Alteza coligió que el gran

consejero debía de haber estado pensando en su propia hija y, por lo tanto, no dio una respuesta clara, pues ya tenía su afecto puesto en otro lugar.

A la mañana siguiente, cuando el muchacho se disponía a marcharse, Su Alteza escribió de manera informal:

Si yo fuese un hombre al que se atrajera fácilmente con fragantes flores, ¿habría permitido que su llamada pasara de largo por mi lado con la brisa?

—Ahora escúchame bien —le dijo al muchacho—. Después de esto debes evitar que ese anciano y su gente me moleste, y has de seguir mis instrucciones

secretas.

Al oír estas palabras, el muchacho sintió aún más agrado y respeto por la dama que vivía en el ala este. Las otras dos le dejaban verlas más a menudo, como si fueran hermanas suyas, pero ella era la que realmente impresionaba al niño que llevaba en su interior y la que le parecía la más digna. A la hermana que estaba en la mansión del príncipe heredero las cosas le iban extremadamente bien, cosa que también a él le parecía muy satisfactoria, pero lamentaba la situación de la princesa y quería ayudarla especialmente. Las flores de ciruelo le habían proporcionado una feliz ocasión de hacerlo.

El muchacho mostró al gran consejero la respuesta al mensaje del día anterior.

—¡Qué pesadez la suya! —se quejó el gran consejero—. Es curioso que actúe de una manera correcta y formal cada vez que Su Excelencia de la Derecha y yo estamos presentes, sólo porque cree que desaprobamos que haya llevado la galantería demasiado lejos. Todo en él sugiere que es un mujeriego, y su tan cacareada seriedad sólo sirve para que corra el riesgo de parecer aburrido.

Al día siguiente, el gran consejero, que no dejaba de rezongar, envió de nuevo a su hijo al palacio, con otra nota:

Una vez tocadas por tus mangas, siempre

*con su propia y deliciosa fragancia,
estas flores perfumarán la brisa con la
fama más exquisita.*

«Confío en que me perdone las libertades que me tomo», añadió gravemente.

«Parece que está tratando de convencerme», reflexionó Su Alteza, cuyo interés se había despertado a pesar de todo.

*Si partiera hacia una casa que difunde el
aroma de las flores,
aquí y allá la gente podría observar mi
debilidad por los tonos tentadores.*

Al gran consejero le irritó que su respuesta siguiera sin conceder nada.

Su esposa, de nuevo en casa, estaba hablando de lo que había sucedido en la corte cuando observó:

—Nuestro hijo ha pasado allí una noche de servicio, y olía tan bien cuando se marchó que el príncipe heredero supo enseguida que había estado con Su Alteza de la Guerra, aunque la mayoría de la gente no dio ninguna importancia a esto. «¡No es de extrañar que ya no se interese por mí!», se lamentó. Fue muy divertido. ¿Le enviaste a Su Alteza una carta? No parecía que lo hubieras hecho.

—Pues sí, se la envié. A Su Alteza le gustan las flores de ciruelo, y no pude

abstenerme de arrancar una rama del ciruelo rojo que hay junto a los aleros, ya que ahora está tan hermoso. El perfume que él va dejando a su paso es una verdadera delicia. Ni siquiera una mujer que se preparase para una gran ocasión podría oler así. El consejero Minamoto no se perfuma en absoluto... Curiosamente, es así de una manera natural. Es algo extraordinario. No puedo evitar preguntarme qué afortunado *karma* de vidas anteriores puede haberle recompensado así. Las flores de ciruelo son flores, pero lo que cuenta es la raíz de la que crece el árbol. Estoy seguro de que por eso a Su Alteza le han gustado tanto las nuestras.

Incluso respecto a las flores, de lo único que podía hablar era de Su Alteza.

No es que a la princesa le pasara desapercibido lo que sucedía a su alrededor, puesto que era bastante mayor para comprender las cosas, pero había rechazado con firmeza la idea de entregarse a un hombre como lo hacían otras. Un caballero hace heroicos esfuerzos por las hijas que le ha dado su esposa, sin duda porque sabe dónde radica su ventaja, y hace cuanto puede por que su elegancia destaque, pero los rumores le indicaban a Su Alteza que ella, siempre tan discreta y retraída, era la que quería y la que deseaba hacer suya por todos los medios. Tenía constantemente a

su lado al hijo del gran consejero y enviaba notas secretas, pero la esposa del caballero lamentaba ver a su marido tan interesado por él y, si alguna vez revelaba que estaba decidido a conseguir a la hija menor, tan deseoso de aceptar.

—Qué lástima —observaba— que Su Alteza corteje, por muy despreocupada que sea su manera de hacerlo, a una muchacha que no tiene ninguna esperanza de conquistar. ¡Qué derroche!

Al no recibir respuesta, Su Alteza lo tomó como un desafío, y no pareció tener intención de darse por vencido. «¿Qué podría haber de malo en ello, teniendo en cuenta quién es? —reflexionaba a veces la esposa del gran consejero—. ¿Por qué

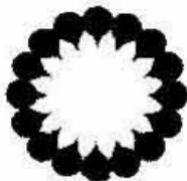
no? Sería un placer atenderle, y, ciertamente, tiene un brillante futuro.» De todos modos, era en verdad un galanteador irredimible, que visitaba en secreto numerosas casas y parecía muy interesado por las hijas de la Octava Princesa, ya que acudía a su mansión con mucha frecuencia. [20] Sus costumbres galantes y frívolas le inquietaban, hasta que finalmente renunció a la idea. Sin embargo, él era un gran señor, así que era ella la que de vez en cuando le enviaba discretamente una nota.

Takekawa

El río de bambú

«*Takekawa*» («El río de bambú») es una canción popular *saibara*. Quienes la cantan primero en este capítulo son el asesor Fujiwara (hijo menor de Tamakazura) y, al parecer, también Kaoru, y entonces los dos intercambian poemas que aluden a la canción. Más adelante vuelve a cantarla el teniente chambelán (el hijo de Yûgiri), un

pretendiente decepcionado de la hija
mayor de Tamakazura.



Relación con los capítulos anteriores

Cronológicamente, «El río de bambú» se solapa con «El Príncipe Perfumado», «La Doncella del Puente» y la primera parte de «Bajo el roble», pero la historia que cuenta tiene poco que ver con esos capítulos.

Personajes

El asesor Minamoto, luego capitán consultor y posteriormente consultor, de 14 a 23 años (Kaoru)

La dama de personal, esposa de Hige-kuro, de 47 a 56 años (Tamakazura)

El capitán de la Guardia de la Izquierda de Palacio, hijo de Tamakazura, de 27 ó 28 años cuando Kaoru tiene 15 (Sakon no Chûjô)

El senescal de la Derecha,
hijo de Tamakazura (Uchûben)

El asesor Fujiwara, hijo
menor de Tamakazura (Tô Jijû)

El Refugio, hija mayor de
Tamakazura, de 18 ó 19 años cuando
Kaoru tiene 15

**La hija menor de
Tamakazura,** que se convierte en
dama de personal, de 18 ó 19 años cuando
Kaoru tiene 15

Su Excelencia el ministro
de la Derecha, luego de la
Izquierda, de 40 a 49 años (Yûgiri)

Su Majestad el
emperador, de 35 a 44 años

Su Eminencia el
emperador retirado
Reizei, de 43 a 52 años

El teniente chambelán,
luego capitán de tercer rango y más tarde

consultor, hijo de Yûgiri, más o menos
entre los 19 y los 29 años

Su madre, esposa de Yûgiri, de 42
a 51 años (Kumoi no Kari)

El gran consejero, luego
ministro de la Derecha, de finales de la
cuarentena a comienzos de la cincuentena
(Kôbai)

Su esposa, hija de Higekuro y su
primera esposa (Makibashira)

Su hermano carnal, el
consejero Fujiwara

La consorte de Su
Eminencia Reizei, hija de Tô
no Chûjô, de 44 a 53 años (Kokiden no
Nyôgo)

Saishô, una dama de honor de
Tamakazura

Taifu, una dama de honor, hija menor
de Tamakazura

Una muchacha paje de la
hija menor de

Tamakazura

Nareki y Chûjô, damas de honor
de la hija mayor de Tamakazura

Éstos son chismorreos ofrecidos por ciertas ancianas de lengua afilada que en otro tiempo estuvieron al servicio del canciller [1] y se quedaron en la casa cuando él ya no estaba. No es nada parecido a los relatos sobre la señora Murasaki, pero las ancianas en cuestión sostenían que ciertas cosas que se contaban de los descendientes de Genji eran erróneas, y daban a entender que esto podría deberse a que unas mujeres más ancianas y más confusas que ellas habían difundido mentiras. Una no sabe a quiénes dar crédito.

El difunto canciller había tenido tres hijos y dos hijas de la dama de personal, a los que dotó de todas las ventajas y cuyo

futuro le preocupaba más a medida que pasaban los años, pero entonces, ¡ay!, falleció, y el servicio palaciego que él había previsto tan ansiosamente para sus hijas se esfumó como un sueño. Aunque la riqueza privada y las fincas de aquel gran y poderoso señor no menguaron tras su muerte, los sentimientos de los hombres varían con los tiempos, y en su residencia, profundamente cambiada, se hizo el silencio y la inmovilidad. La dama de personal tenía parientes cercanos en todas partes, pero las relaciones con los poderosos nunca son fáciles, y era posible que el talante arbitrario y la falta de verdadero afecto que tuvo Su Excelencia mientras vivió hubieran provocado su

desagrado, pues ella no tenía un contacto adecuado con ninguno de ellos. Su Gracia de Rokujô había seguido tratándola como antes, igual que a una hija, y la mencionó inmediatamente después de la emperatriz en el testamento que dejó para indicar sus deseos postumos. En consecuencia, Su Excelencia de la Derecha la visitaba, cada vez que la ocasión le estimulaba a hacerlo, con idéntica predisposición.

Los hijos de la dama tenían muchas preocupaciones y pesares debido a la pérdida de su padre, puesto que por entonces habían llegado a la edad adulta, pero a todos ellos las cosas parecían haberles ido bastante bien. Quedaba pendiente la cuestión de qué hacer con sus

hijas. El difunto canciller había hecho saber a Su Majestad lo mucho que confiaba en que la mayor entrara a su servicio, y Su Majestad, tras contar los años, a menudo observaba que ya debía de ser toda una mujer, pero por entonces la emperatriz gozaba de tal supremo favor que todas las demás palidecían en comparación, y por ello la dama de personal titubeaba, pues no quería que ninguna de sus hijas se redujera a llamar la atención de Su Majestad desde lejos, y le dolía imaginarla menos apreciada que las demás.

El emperador retirado Reizei pidió ávidamente la mano de la joven y, con un tono de voz cargado de reproche, dijo que

deseaba al menos ser compensado por la amarga decepción que ella le había causado mucho tiempo atrás. [2]

—Ahora que soy viejo y no sirvo para nada, puede que me tengas incluso en menos consideración que entonces —le dijo gravemente—, pero te ruego que me des a la muchacha como se la darías a un buen padre.

Ella no sabía qué hacer. «¿Qué sería lo mejor? —se preguntaba—. En vista de mi lamentable destino, me siento avergonzada y creo que fue un error enojarle, aunque no había sido tal mi intención... Tal vez por fin él podría tener mejor opinión de mí.» Sin embargo, era incapaz de decidirse.

Decían de ambas hijas que eran muy bellas, y tenían muchos pretendientes. El joven caballero que poseía el cargo de teniente chambelán, el hijo que Su Excelencia de la Derecha había tenido de su esposa en Sanjô [3] —un joven encantador y favorito entre todos sus hermanos— estaba especialmente entusiasmado. La dama de personal recibía de buen grado visitas de todos los hermanos, puesto que estaban emparentados por ambos lados. [4] Aquel caballero logró transmitir sus intenciones de un modo muy eficaz, cultivando la amistad de las damas de honor, y su constante insistencia le parecía a ella fastidiosa y conmovedora al mismo

tiempo. La madre del joven le enviaba notas con frecuencia, y también Su Excelencia le imploraba que «encontrara la manera de decantarse favorablemente por él, a pesar de su tierna edad». Ella era reacia a aceptar un partido tan corriente para su hija mayor, pero le parecía que Su Excelencia podría ser adecuado para la menor, cuando tuviera algo más de importancia en el mundo. Entretanto, él estaba tan prendado de la hija mayor que había decidido raptarla si la madre insistía en no darle su permiso. No creía la dama de personal que ese matrimonio pudiera ser un completo desastre, pero una cosa así antes de que la muchacha hubiera consentido daría pie a un

escándalo, así que advirtió a la mujer que le hablaba en nombre de él, con toda la energía de que era capaz, de que tuviera cuidado y evitase cualquier craso error. La mujer apenas sabía hacia qué lado dirigir la mirada.

El asesor Minamoto, que Su Eminencia Enclaustrada la hija de Suzaku dio tan tardíamente a Su Gracia de Rokujô, y a quien ahora Su Eminencia Reizei trataba como a un hijo, tenía entonces catorce o quince años. Lejos de ser el niño que cabría esperar a esa edad, se comportaba tan bien y era tan educado que todo el mundo le auguraba un brillante futuro, y la dama de personal lo quería como yerno. Vivía muy cerca de la

residencia de su madre en Sanjô, e iba a casa de la dama cada vez que los hijos de ésta lo llevaban para que se divirtiera con ellos. La presencia allí de tan jóvenes y nobles damas hacía que cada joven deseara mostrar lo que valía, y entre los que andaban pavoneándose se encontraba el tenaz teniente chambelán, que destacaba por su aspecto, mientras que en encantadora gentileza y distinción de modales nadie igualaba al asesor Minamoto. El mundo en general no podía dejar de favorecerle, tal vez debido a que le veían tan parecido a Su Gracia. Las jóvenes damas de honor estaban especialmente cautivadas. Su señora convenía en que no cabía duda de que era

un joven muy agradable, y le permitía conversar íntimamente con ella.

—Cuando rememoro las amabilidades de Su Gracia, tengo la sensación de que jamás dejaré de añorarle —decía—. ¿Quién queda ahora para recordármelo? Su Excelencia de la Derecha tiene una posición tan elevada que sólo puedo verle cuando lo permiten las circunstancias.

Para ella, el joven era como un hermano, y él mismo se consideraba con pleno derecho a visitarla en su casa. No mostraba la menor inclinación por las galanterías corrientes, y su notable seriedad decepcionaba tanto a las jóvenes de ambas casas [5] que se burlaban de su actitud.

En los primeros días del Año Nuevo, la dama de personal recibió la visita de su hermano, el gran consejero (el que cantó «Takasago», ya sabéis), [6] así como del consejero Fujiwara (hijo mayor del difunto canciller y hermano carnal de Makibashira) y de otras personas. También acudió Su Excelencia de la Derecha, con sus seis hijos. No dejaba nada que desear ni por su apariencia ni por todos los demás aspectos de su persona, y por tanto gozaba de una gran reputación. Sus hijos, todos ellos también apuestos, cada uno a su manera, gozaban de un rango y unos cargos superiores a los que les correspondería por su edad, y debían de parecer del todo libres de

cuidados. Sin embargo, el teniente chambelán, que siempre era tan claramente su preferido, parecía un tanto sombrío y cabizbajo.

Su Excelencia y la dama de personal conversaban siempre con una cortina portátil entre los dos.

—Pocas veces puedo visitarte sin una buena razón —empezó a decirle—. A medida que pasan los años, cada vez tengo menos deseos de ir a ninguna parte, con excepción de palacio, y por ello dejo pasar muchos momentos en los que me gustaría reunirme contigo para hablar de los viejos tiempos. Te ruego que solicites los servicios de mis hijos cuando los necesites. Siempre les digo que deben

mostrarte lo mucho que significas para ellos.

—La amabilidad con que sigues honrándome, cuando al cabo de tanto tiempo he dejado en verdad de importar, hace que cada vez me resulte más difícil olvidar al caballero que nos ha precedido —replicó ella, y aprovechó la oportunidad para hablarle discretamente sobre los reproches de Su Eminencia—. Me resulta difícil decidirme —siguió diciendo— porque en semejante compañía alguien sin un adecuado apoyo sólo puede estar peor que antes.

—Tengo entendido que Su Majestad también ha expresado interés, y me pregunto cuál de los dos es tu preferido.

Uno tiene la sensación de que los mejores años de Su Eminencia han quedado atrás, ahora que ha abdicado, pero parece haber perdido tan poco de su excepcional apostura que he llegado a pensar que ojalá tuviera una hija adecuadamente prometedora. La cuestión es saber si la consorte, [7] la madre de su Primera Princesa, realmente lo permite. Con anterioridad otros se han abstenido precisamente por ese motivo.

—Lo cierto es que Su Eminencia insinúa que la consorte tiene muy poco en que ocupar el tiempo, y que celebraría la oportunidad de tenerlos a ambos bajo su techo. Pero la verdad es que no sé bien qué pensar de todo ello.

Gran número de personas se reunieron en su residencia y luego fueron a Sanjô. Los que habían sido íntimos del emperador retirado Suzaku y quienes tuvieron más relación con Su Gracia de Rokujô aún no parecían deseosos de abandonar a Su Alteza Enclaustrada. Los hijos de la dama de personal, el capitán de la Guardia de la Izquierda de Palacio, el senescal de la Derecha y el asesor Fujiwara salieron con Su Excelencia, cuyo séquito era imponente.

El asesor Minamoto llegó aquella noche. Entre los numerosos jóvenes presentes, todos muy apuestos y cada uno impecable a su manera, aquel recién llegado pareció atraer todas las miradas,

y una muchacha sensible observó:

—¡Sí, es en verdad diferente!

—¡Me gustaría emparejarle con la mayor de nuestras jóvenes señoras! — añadió otra con picardía.

Él ciertamente tenía la perfecta gentileza de la juventud, y el aroma que emitía no era de este mundo. Era imposible imaginar que cualquiera con cierto discernimiento, ni siquiera la hija protegida de un gran señor, dejara de reconocer que sobresalía.

Cuando la dama de personal se encaminó a su capilla privada e invitó al joven diciéndole «Por aquí, por favor», él subió los escalones del este y se sentó junto a las persianas, al lado de la puerta.

[8] Los brotes del joven ciruelo cercano por fin prometían florecer, un ruiseñor cantaba su primera y trémula canción, y la formal figura del joven añadía a la escena tal toque idílico que las mujeres intentaron bromear con él, hasta que sus lacónicas respuestas hicieron que una de más edad, conocida como Saishô, dijera:

Si alguien os cogiera, incluso podríais oler mejor... ¿Por qué, entonces, no intentarlo?

¡Mostrad un poco vuestros colores, flores tempranas del ciruelo! [9]

«¡Es aguda!», pensó él, y bromeó a su vez:

*Quizá creas ver un árbol sin hojas ni
ramas, yermo para siempre,
pero ¡qué dulce perfume interior tiene el
ciruelo que florece pronto!*

—¡Tan sólo intenta rozar las mangas
conmigo!

—Eso es cierto: «Más que el color...»
[\[10\]](#) —murmuraron todas, acercándose
casi lo suficiente como para tirarle en
serio de las mangas.

La dama de personal se deslizó hacia
ellas desde donde se hallaba, más al
fondo de la sala.

—¡Ah, descaradas! —susurró—.
¿Tenéis que bromear incluso con tan
excelente y correcto joven? ¡Qué poca

vergüenza!

«¡Me llaman “correcto”! —se dijo él—. ¡Qué palabra más tediosa!»

El propio hijo de la dama, el asesor Fujiwara, también estaba allí, puesto que aún no tenía el privilegio de acceder a la cámara privada de los cortesanos y por ello no efectuaba la ronda de visitas de Año Nuevo. Ofreció a los reunidos dos bandejas de madera de áloe, una con fruta fresca y seca, y la otra con recipientes de sake.

«Con la edad, Su Excelencia se parece cada vez más a Su Gracia —reflexionó la dama de personal—, pero si bien este joven señor no se parece en nada a Su Gracia, la serenidad y el

encanto de sus facciones y su porte le recuerdan a una los de Su Gracia en su juventud. Así debía de haber sido.» Los recuerdos le humedecieron los ojos. Sus mujeres alabaron de una manera exagerada incluso la fragancia que permanecía en el aire después de que el caballero se hubo ido.

Al joven caballero le molestaba la etiqueta de «correcto» y, pasado el día vigésimo del mes, cuando los ciruelos estaban del todo floridos, fue a ver al asesor Fujiwara. No quería que siguieran considerándole falto de carácter, y estaba decidido a adiestrarse en el galanteo. Cuando entró por la puerta central, vio que allí había otro hombre, también con

manto de vestir. El hombre trató de ocultarse, pero él lo detuvo y descubrió que era el teniente chambelán, que siempre merodeaba alrededor de la casa. El teniente parecía haberse quedado inmobilizado por la música de un *biwa* y un *sô no koto* procedente del lado este del edificio principal. «¡Pobre tipo! —se dijo el asesor Minamoto—. Ceder a un deseo que otros condenan sólo puede ser un gran pecado.»

Cesó la música.

—Vamos, pues, muéstrame el camino —le dijo al teniente, tirando de él—. No conozco en absoluto la casa.

Se detuvieron bajo el ciruelo rojo, ante la pasarela del oeste, tarareando «La

rama de ciruelo», y la fragancia del asesor indicó su presencia incluso con una nitidez superior a la del aroma de las flores que permitía localizar los árboles. Se abrieron las puertas dobles y alguien del interior se les unió, tocando el *wagon* de una manera muy bella. «¡Extraordinario!», se dijo el asesor, puesto que normalmente ninguna mujer acompañaba con tal pericia una canción en el modo *ryo*. Cantaron de nuevo la pieza. La elegancia del músico que tocaba el *biwa* también era muy notable. ¡Ciertamente las damas eran expertas! Al asesor le gustaba el lugar, y se pasó la noche charlando de una manera algo más informal que de costumbre.

Alguien deslizó un *wagon* por debajo de las persianas. Entonces cada uno de los jóvenes cedió al otro el honor, hasta que la dama de personal, por medio de su hijo, le rogó al asesor Minamoto:

—Dicen que tienes la habilidad de Su Excelencia el difunto canciller. [\[11\]](#) Me encantaría oírte tocar. ¡Deja que esta noche el ruiseñor te estimule a hacerlo!

Él sabía que no podía refugiarse en tímidas protestas, y por ello tocó un poco, sin demasiado entusiasmo. Su tono era muy sonoro y maduro.

—La verdad es que pasé muy poco tiempo con mi padre —observó la dama de personal—, pero ahora que ha desaparecido lo echo mucho de menos y

su recuerdo me resulta muy conmovedor. Es extraordinaria la manera en que este joven me recuerda al difunto intendente, [12] y su pericia con el instrumento es la misma.

Tal vez la edad la inclinaba a las lágrimas, pues se puso a sollozar.

Entonces el teniente cantó «Sakikusa» [13] con una voz muy agradable. Como es natural, la ausencia en la reunión de personas mayores y prontas a criticar animó a los caballeros a provocarse mutuamente para tocar otras piezas, pero el asesor Fujiwara era un poco lento en tales menesteres, algo en lo que sin duda había salido a su padre, y prefería limitarse a beber. Finalmente, ante la

insistencia con que le decían «Anda, cántanos por lo menos una canción alegre», cantó «El río de bambú» [14] con ellos, y lo hizo muy bien pese a su juventud.

Por debajo de la persiana deslizaron una taza de sake.

—Dicen que cuando la bebida gana la batalla a un hombre, ya no es capaz de guardar un secreto y corteja la deshonra. ¿Es ésa vuestra intención, mi señora? —inquirió el asesor Minamoto al rechazar la taza. [15]

La dama de personal tomó un manto y un vestido largo y, todavía con el dulce aroma de su portadora, los colocó, una prenda encima de la otra, sobre los

hombros del joven.

—¿Para qué es esto? —protestó él, y puso las prendas sobre los hombros de su anfitriona.

Entonces se apresuró a marcharse, pese a los intentos de su anfitriona de retenerle, diciendo:

—Sólo he venido a tomar un pequeño refrigerio, ¡y mirad qué tarde se ha hecho!

[\[16\]](#)



Prenda de regalo

El teniente coligió que las frecuentes visitas del asesor a la casa debían de haberle valido la lealtad de cuantos vivían allí. Desanimado como

nunca y compadeciéndose de sí mismo, mu sitó amargamente:

*Aquí todas ellas parecen haber dado su corazón a las flores,
y vago solitario por la oscuridad de una noche primaveral. [\[17\]](#)*

Su queja incitó a alguien del interior a

responderle:

*Incluso tú serás bien recibido, en tu
sazón: un ciruelo en flor*

*ofrece mucho más que su aroma para
cautivar al corazón bien dispuesto.*

Al día siguiente, el asesor Minamoto escribió a su anfitriona, empleando muchos signos *kana*, como si quisiera que otras [\[18\]](#) también vieran el mensaje: «Ayer por la tarde me mostré bastante pendenciero... Me pregunto qué pensará todo el mundo de mí». A lo largo del margen añadió:

Ese retazo de canción que os di como si

*fuera propia en el río de bambú...,
¿habéis deducido de sus honduras el
verdadero fondo de mi corazón?*

El asesor Fujiwara llevó este mensaje a la casa principal, donde las damas lo leyeron.

—¡Qué hermosa caligrafía! — exclamó la dama de personal—. ¿Cómo es posible que un hombre tan joven tenga tal habilidad? No era más que un muchacho cuando perdió a Su Gracia, y su madre apenas hizo nada por él; sin embargo, ¡parece estar por encima de todos los demás!

Entonces aprovechó la oportunidad para reprochar a sus hijas lo mal que

escribían.

Su hijo replicó de una manera que en verdad revelaba su juventud:

—Tu «pequeño refrigerio» de anoche fue una descortés sorpresa.

Te apresuraste a irte antes de que la noche cubriera del todo el río de bambú:

¿cuáles fueron entonces esas profundidades que, afirmas, hay que ver en tu canción?

En realidad, esa visita fue la primera de muchas que hizo el joven caballero a su cama— rada el asesor, así como el comienzo de un cortejo. Todo el mundo le prefería, de modo que el teniente había

acertado de lleno. El asesor Fujiwara, a su manera juvenil, estaba encantado de pasar tanto tiempo, día y noche, con su pariente.

Llegó el tercer mes. Uno de los cerezos estaba en flor, los pétalos que se desprendían de sus ramas cubrían el cielo como nubes, [\[19\]](#) y el ocio habitual en la época de la floración dejaba a la dama de personal con poco que hacer. No podía haber nada malo en sentarse cerca de la terraza.

Sus hijas debían de tener dieciocho o diecinueve años. Ambas eran deliciosas, tanto por su aspecto como por su carácter. La mayor mostraba tal vitalidad, era tan elegante y espléndida que una tenía la

sensación de que casarla con un plebeyo sería desperdiciarla. Irradiaba un indudable encanto, con su oportuna elección de un vestido largo que tenía el tono de la flor del cerezo y forro de color de rosa amarilla, y su porte mostraba también dignidad e inteligencia. La hermana menor, con una prenda de color rosa ciruela claro y el bello cabello lustroso, tenía toda la gracia del ramaje de un sauce en primavera. Sin embargo, a pesar de la esbeltez de su figura y su aire de mayor sagacidad, muchos consideraban que la mayor era la que tenía un atractivo más exquisito.

La línea de la frente y la caída del cabello de ambas muchachas presentaban

una adorable estampa mientras estaban sentadas una frente a la otra, jugando al *go*, y el asesor Fujiwara se sentó junto a ellas para actuar como árbitro. En aquel preciso momento se asomaron sus hermanos mayores. [\[20\]](#)

—¡Hay que ver el cariño que le tenéis! —exclamaron— ¡Incluso aceptáis que arbitre vuestro juego!

Ambos hincaron una rodilla en el suelo, a la manera viril, y las mujeres que estaban de servicio se arreglaron lo mejor que pudieron.

—¡He tenido demasiado que hacer en palacio y me he quedado rezagado! —se quejó el capitán—. ¡Qué decepcionante!

—¿Cómo podéis olvidaros de un

pobre senescal, cuando sus deberes le dejan todavía menos tiempo libre para ocuparse de sus hermanas?

Las jóvenes damas dejaron de jugar y adoptaron un aire de timidez que realzaba su hermosura.

—¡Cuántas veces desearía que Su Excelencia no hubiera desaparecido y todavía estuviera aquí! —dijo el capitán mirándolos con lágrimas en los ojos.

A los veintisiete o veintiocho años era un hombre de figura admirable, y sólo anhelaba proporcionar a sus hermanas el futuro que su padre había deseado para ellas.

Las hermanas enviaron a alguien en busca de una rama de un cerezo

especialmente hermoso que crecía con otros en el jardín cercano.

—¡Jamás ha existido otro igual! — exclamaron jugando con el ramillete.

—Cuando erais pequeñas —dijo el capitán—, os peleasteis por estas flores. Cada una decía a gritos que eran suyas, y Su Excelencia se las dio a la mayor de las dos, ante lo cual vuestra madre decidió que el árbol pertenecía a la menor. Yo no armé tanto jaleo por ellas, pero también significaban mucho para mí. Pensar que ahora este cerezo es viejo me hace recordar los años que han transcurrido, y la tristeza por haber sobrevivido a tantas personas que ya no están entre nosotros me abruma de verdad.

Permaneció allí más tiempo del habitual, alternando las risas con las lágrimas. Ahora que estaba casado, ya no hacía visitas para pasar el tiempo, pero esta vez se había quedado por amor a las flores.

La dama de personal, que aún conservaba toda su belleza, parecía demasiado joven para tener unos hijos tan crecidos. Lo que tanto le valía el afecto del emperador retirado Reizei era, sobre todo, el recuerdo que atesoraba de la época en que la había deseado, e insistía en conseguir a la hija sólo para mantener viva esa fantasía. Los hijos de la dama consideraban que tenía posibilidades de salirse con la suya.

—No hay ningún motivo para impacientarse. La elección oportuna siempre parece ser la que obtiene la aprobación general. Desde luego, es un placer contemplarlo, pues no hay otro como él, pero uno tiene la impresión de que ya no es el que era. Las armonías de las flautas y las cuerdas, los placeres de las flores y los cantos de las aves sólo encantan los ojos y los oídos en su momento. ¿Qué te parece el príncipe heredero?

—No lo sé —replicó ella—. Ya sabes que una dama muy poderosa [\[21\]](#) siempre le ha considerado suyo. Me preocupa que se rieran de la pobrecilla si fuese allí. Si Su Excelencia viviera, al menos podría

haber tomado alguna disposición para el futuro inmediato, sea cual sea el destino final de la muchacha.

Estas razones entristecieron a todos.

Una vez se hubieron ido el capitán y los demás, las hermanas volvieron a su juego y apostaron el cerezo que cada una de ellas siempre había reclamado.

—La que saque dos de tres se queda con las flores —bromearon.

Estaba oscureciendo, y finalizaron el juego cerca de la terraza. Las mujeres enrollaron las persianas, y cada una de ellas aplaudió a su señora. En aquel momento, como solía suceder, el teniente se presentó en la sala del asesor Fujiwara. Al ver que los hermanos se

habían ido y no había nadie, entró sigilosamente para mirar por la puerta abierta.

El necio joven se sintió como si un feliz azar le procurase una visión de budas vivientes. La bruma crepuscular velaba un poco la escena, pero de todos modos su ardiente mirada distinguió a la muchacha que estaba junto al cerezo y que sólo podía ser ella. Constituía en verdad una adorable «señal de las flores que pronto se habrán ido», [\[22\]](#) y lamentó con más amargura que nunca que estuviera destinada a pertenecer pronto a otro. Las jóvenes damas de honor, colocadas informalmente aquí y allá, también tenían un aspecto muy bello a la luz crepuscular.

Ganó la Derecha. [23]

—¿Dónde está la música de victoria de Koma? [24] —exclamaron unas voces excitadas.

—Su Excelencia concedió a la Izquierda un árbol que se inclinaba al Oeste, lo cual significa que favoreció a la Derecha... [25] ¡Así es como empezó el problema! —comentó alegremente alguien de la Derecha.

El teniente no sabía de qué estaban hablando, pero parecía tratarse de algo divertido y sintió deseos de participar. Sin embargo, pensó que tomar a aquellas jóvenes desprevenidas, cuando habían prescindido de las formalidades, sería una falta de tacto por su parte, y prefirió

marcharse. Desde entonces estaba siempre ojo avizor por si se presentaba de nuevo una oportunidad similar.

Las hermanas se pasaban día y noche enzarzadas en su disputa por la propiedad del árbol en flor, pero una noche de tormenta se horrorizaron al ver que los pétalos volaban en todas direcciones. La que había perdido en el juego dijo:

*¡Ah, flores de cerezo! Cómo le tiembla a
una el corazón cuando sopla un
vendaval,*

*aunque cualquiera puede ver que a ellas
mismas les trae sin cuidado.*

Saishô añadió:

*Esta clase de flores se abren ante
nuestros ojos sólo para esparcirse.*

*No importa haber perdido: mi disgusto
no durará mucho.*

La hermana de la Derecha:

*Es inevitable que el viento las esparza,
pero qué tristeza
ver las flores marchitarse cuando aún
penden de la rama.*

Y su Taifu:

*Venid, pétalos caprichosos, que porque
así os place caéis junto al lago;
¡cuando seáis espuma en las olas, de*

todos modos venid a mí!

Una muchacha paje del lado vencedor bajó al jardín, recogió montones de pétalos caídos al pie del árbol y los llevó a su señora:

*Podéis esparciros con el viento por el
ancho cielo, oh, flores de cerezo,
que aun así os recogeré y seréis mías
para gozaros.*

A continuación habló Nareki, de la Izquierda:

*¿Son esas mangas tuyas lo bastante
anchas para extender sobre ellas todos
los pétalos*

*y retener su belleza sólo para ti y nadie
más?*

—¡Qué tacaña debes de ser!

Los días y los meses siguieron deslizándose, y, entretanto, a la dama de personal le preocupaba el futuro cada vez más. Cada día le llegaba un nuevo mensaje de Su Eminencia, cuya consorte le daba serias seguridades por este estilo: «¿Te propones, pues, mantenerte distanciada de mí? Su Eminencia supone que te estoy volviendo en su contra, y eso no le agrada en absoluto. No bromeo, te lo aseguro. Te ruego que, si puedes, te decidas pronto».

La dama de personal se dijo que aquél

debía de ser su destino. Dificilmente podía rechazar unas súplicas tan insistentes. Tenía un generoso ajuar preparado para su hija, así como ropas y cuanto era necesario para las mujeres a su servicio.

Cuando se enteró de la noticia, el teniente pensó que iba a morir, y sus amargos reproches irritaron a su madre. «La necia oscuridad en el corazón de una madre es lo que anima a abordar un asunto tan delicado —se apresuró a escribirle—. Te imploro que me comprendas, si te es posible, e incluso ahora me concedes el consuelo que te ruego.»

«¡Qué difícil es todo esto!», se dijo la dama de personal, suspirando, y

respondió: «No estoy segura de la dirección que debo seguir, pero, ¡ay!, la insistencia de Su Eminencia es muy preocupante. Te ruego que, si tus intenciones son realmente serias, tengas un poco de paciencia, pues creo que al final podría darte satisfacción, y de tal manera que no disguste a nadie». Presumiblemente quería decir que podría ofrecerle a su hija menor una vez la mayor se hubiese ido.

La dama pensó que sería demasiado presuntuoso casarlas a las dos al mismo tiempo, y, además, el rango del teniente era aún demasiado bajo. [\[26\]](#) Sin embargo, el joven no mostraba ninguna señal de que deseara depositar su afecto

en otra mujer. El atisbo de la dama le había impresionado tanto que sólo deseaba otra como ella, y ahora, al ver frustradas sus esperanzas, se sumió en la aflicción.

Cuando llegó a la cámara del asesor Fujiwara para manifestarle su vana queja, le encontró leyendo una carta de su colega Minamoto. El asesor hizo ademán de ocultarla. «¡Lo sabía!», se dijo el teniente, y le arrebató la misiva. El asesor no se esforzó gran cosa por retenerla, puesto que entonces el visitante sospecharía que el asunto revestía más gravedad de la que en realidad tenía.

La carta del asesor Minamoto no mostraba más que una insatisfacción

general por la manera en que habían ido las cosas.

Uno tras otro, ay, los meses y los días transcurren indiferentes y serenos, dejando una leve amargura que oscurece el final de la primavera.

«¡Qué tranquilas, qué circunspectas son ciertas personas! —El teniente estaba irritado—. Para lo único que me sirve mi ridícula agitación es para ser objeto de rechazo o desprecio.» Aquello era demasiado, pero no hizo ningún comentario y se dirigió a la habitación ocupada por Chûjô, la dama de honor a la que normalmente veía, diciéndose entre

suspiros que tampoco esta vez llegaría a ninguna parte. Le enfurecía ver que el asesor Minamoto iba a mostrar su respuesta a su madre, y una juvenil desesperación se apoderó de él.

Tal era la violencia de sus sentimientos que a su intercesora le resultó imposible bromear con él, y ni siquiera se aventuró a replicarle. Él recordó la noche en que había contemplado el juego de *go*.

—¡Ojalá pudiera por lo menos tener aquel sueño de nuevo! Ah, ¿para qué vivo? —añadió pomposamente—. ¿Qué tengo ahora por lo que merezca la pena vivir? Ya nunca más volveré a relacionarme contigo de esta manera.

¡Cuán cierto es que la amarga experiencia despierta tiernos recuerdos!

Chûjô se compadecía de él, pero no tenía nada que decirle. Parecía improbable que la hermana que podría aportarle consuelo llegara a satisfacerle. La dama de honor observó sin sorpresa que haber visto aquella noche, en circunstancias informales, a la muchacha le había hecho sentirse más loco por ella.

—Mi señora os despreciaría si llegara a descubrirlo, y os rechazaría incluso con mayor firmeza —replicó—. Me tenéis harta, francamente. Vuestra actitud es en extremo desafortunada.

—Sea así, entonces. Ya no temo nada; de todos modos mi vida está acabada.

Pero lamento de veras que ella perdiera en el juego. ¿No podría haberme invitado a intervenir? Le habría ido muy bien si tan sólo hubiera podido hacerle señales con los ojos.

Dime tan sólo: ¿por qué yo, que nada soy en esta vida, no he de tener orgullo para atesorar la voluntad de no ser vencido?

Chûjô sonrió.

¡Pedís demasiado! La victoria o la derrota dependen de la fuerza: ¿qué pudo haceros creer que el corazón cuenta por encima de todo?

Así le respondió, y a él incluso esto le pareció ofensivo.

Entonces apiádate y déjame hacer lo que deseo, pues, tal como soy, te compete a ti decidir si vivo o muero.

Pasaron la noche juntos, entre lágrimas y risas.

El día siguiente era el primero del cuarto mes, y los hermanos del teniente fueron a palacio, pero él no les acompañó y se quedó en casa con semblante sombrío. Esta actitud hizo llorar a su madre.

—Es preciso que Su Eminencia le conozca —observó Su Excelencia—.

Dudaba de que, si planteaba el asunto, la dama de personal se mostrara de acuerdo, y lamento no haberle dicho nada cuando la vi. Difícilmente podría haberse negado si le hubiera aclarado el asunto en persona.

Sin embargo, llegó una nueva queja del teniente:

*Pasé toda la primavera contemplando
las flores, pero a partir de hoy
puede que esté condenado a vagar por
un denso bosque de aflicciones. [27]*

Las damas de honor veteranas de la dama de personal le suplicaron de una manera u otra a favor del pobre pretendiente, y Chûjô en particular

insistió:

—Mucho me temo, mi señora, que habla en serio cuando dice eso de «si vivo o muero».

Su señora también lo sentía por él. Sabía ya hasta qué punto estaban informados Su Excelencia y su esposa, y lo mucho que se enojaría el teniente, así que estaba dispuesta a ofrecer algo a cambio, pero los intentos por parte del joven de frustrar el matrimonio de su hija mayor le parecían escandalosos. Mucho tiempo atrás, su marido había decidido que su hija no pertenecería a un plebeyo bajo ninguna circunstancia, por muy bien nacido que fuese, pero lo cierto era que el hecho de casarse con Su Eminencia

tampoco le aseguraba un brillante futuro. Tales pensamientos llenaban su mente cuando sus mujeres le trajeron aquella nota e insistieron en la penosa situación de quien la enviaba. Ella replicó:

Ahora por fin lo sé: tú que finges tal inocencia cuando miras el cielo, desde el principio habías rendido sin remedio tu corazón a ¡as flores.

—¡Pobre hombre! —exclamó Chûjô, apesadumbrada—. ¡Y ella se lo toma a broma! —Pero no se molestó en rehacer el poema. [\[28\]](#)

El día noveno, la hija mayor de su señora fue al encuentro de Su Eminencia.

Su Excelencia de la Derecha le proporcionó un carruaje y una gran escolta. A pesar de lo molesta que estaba su esposa, no quería que su correspondencia con la dama de personal se interrumpiera de nuevo por aquel asunto, cuando había sido tan escasa durante años y sólo recientemente se había reanudado, y en consecuencia aportó regalos [29] consistentes en finas prendas de vestir femeninas. «Has sido cruel al no hacérmelo saber —le escribió—, pues estoy muy preocupada por un hijo que parece haber perdido el juicio de una manera extraña, y nunca he recibido una sola palabra al respecto.» La indirecta era bastante suave, pero la dama

de personal experimentó una punzada de solidaridad hacia ella.

También Su Excelencia envió una carta: «Sé que debería haberte visitado, pero he tenido que retirarme durante un período de penitencia. Enviaré a mis hijos para que te atiendan. Te ruego que no dudes en pedirles lo que necesites». Envío al teniente Minamoto y al segundo de la Guardia. La dama de personal le agradeció vivamente su amabilidad.

El gran consejero proporcionó carruajes para las mujeres. Su esposa, Makibashira, la hija de Su Excelencia, ya fallecido, debería haber estado en buenas relaciones con ambas partes, [\[30\]](#) pero en realidad no era así. El consejero Fujiwara

[31] fue quien acudió y se ocupó de todo, con la ayuda del capitán y el senescal de la Derecha. Era en verdad demasiado penoso que Su Excelencia ya no estuviera vivo.

El teniente envió una nueva y desesperada súplica por medio de su representante habitual: «Hoy llega mi fin, pues he abandonado todo deseo de seguir viviendo, pero sigo estando triste. Una sola palabra tuya, diciéndome que te apiadas de mí, podría al cabo darme valor para resistir un poco más». Y seguía diciendo cosas por el estilo. Chûjô entregó la misiva. Encontró a las dos hermanas entregadas a una conversación muy triste. Se habían acostumbrado a estar

juntas día y noche, y, por ello, les disgustaba tanto ocupar distintas habitaciones, al este y el oeste, con una sola puerta entre ellas, que cada una iba a la estancia de la otra continuamente, y ahora sabían que su separación estaba próxima. La mayor, a quien su madre había vestido y adornado con sumo esmero, tenía un aspecto adorable. El pesar con que recordaba todo cuanto su padre había querido para ella podría explicar por qué había tomado la nota del teniente y la había leído. Era un misterio para ella cómo podía decir unas cosas tan extraordinarias cuando todavía contaba con la seguridad de tener a sus padres, y se preguntó si realmente decía en serio lo

de «llega mi fin». De inmediato, escribió al margen:

¿A qué clase de hombre me dirigiría entonces con esa palabrita, «piedad», que la gente siempre usa en este mundo mudable? [32]

«Si te refieres a pesar y decepción, algo sé de eso.»

—Esto es lo que has de darle —dijo la joven, y la mujer transmitió directamente sus palabras al teniente.

Él se quedó asombrado, sobre todo al tener en cuenta que le decía semejante cosa en un día tan especial, y lloró sin poder contenerse. Su réplica, llena de

reproches, mencionaba «no hablarán de nadie más», [33] y así sucesivamente.

En esta vida nuestra, la muerte puede presentarse en cualquier momento; por ello tal vez nunca oiga esa única palabra que te pido.

«De buen grado me apresuraría a ir a la tumba, si supiera que la dirías sobre mí.»

¡Qué espantosa respuesta le envió! ¡Ella debía de habérsela dado sin modificar una sola palabra! Lo lamentaba profundamente, y no dijo nada más.

Sólo las muy válidas fueron admitidas en el entorno de muchachas paje y damas

de honor adultas de la joven, y el acontecimiento tuvo lugar con la misma ceremonia que si hubiera tenido lugar en palacio. Primero fue a visitar a la consorte, y su madre habló con ésta. Había anochecido cuando se reunió con Su Eminencia. Tanto la emperatriz como la consorte de éste eran ahora mayores, por lo que la cautivadora belleza de la joven no podía dejar de estimularle, y enseguida se sintió favorablemente predispuesto hacia ella. Sus modales afables, tan parecidos a los de un plebeyo, [34] eran en verdad tan agradables como cualquiera podría desear. También había esperado que la dama de personal se quedara algún tiempo con él, pero se

llevó una desilusión al ver que ella se marchaba rápida y discretamente.

El asesor Minamoto contaba con un apoyo tan grande como el que había tenido el Resplandeciente Genji mucho tiempo atrás, y Su Eminencia deseaba tenerlo a su lado día y noche. El joven caballero estaba en buenas relaciones con todas las damas de Su Eminencia. También él recibió calurosamente a la recién llegada, aunque en su fuero interno no dejó de preguntarse cómo interpretaría Su Eminencia tales atenciones.

Un día, a la hora del crepúsculo, había salido a dar un paseo en compañía del asesor Fujiwara cuando se sentaron en unas piedras cubiertas de musgo al borde

del agua, mirando hacia un pino en el que se entrelazaba de la manera más hermosa una glicina de bellas flores, y que se alzaba cerca de la morada de la nueva inquilina. La conversación del asesor Minamoto traslucía una velada amargura.

*Si hubiera podido tenderos la mano,
flores de glicina,
¿os contemplaría desde lejos cuando
vuestros tonos superan a los del pino?,*
[35]

le dijo mientras contemplaba las flores.

Su amigo percibió un conmovedor patetismo en su figura, y dio a entender que aquel resultado era distinto al que él

había fomentado.

Vuestro murasaki es un tono que comparto, flores de glicina, y sin embargo nunca aceptasteis lo que habría deseado para vosotras. [36]

Puesto que era un joven muy formal, estaba en extremo apenado por su amigo. Para el asesor Minamoto, el golpe no era realmente tan fuerte, pero, desde luego, se sentía decepcionado.

Entretanto, el teniente estaba tan desesperado que tendía seriamente a emprender una acción drástica. Los pretendientes dirigieron entonces su atención a la hija menor. La dama de

personal dejó que la madre del teniente supiera que, en vista de la vehemencia con que se había expresado sobre el particular, su hijo muy bien podría ser objeto de una favorable consideración, pero el joven ya no iba de visita. Él y sus hermanos habían frecuentado el palacio de Su Eminencia, pero, tras la llegada de la joven, él ya no iba por allí, y en las raras ocasiones en que se asomaba a la cámara del círculo privado no tardaba en marcharse, presa de una evidente aflicción.

A Su Majestad le sorprendió que la hija mayor hubiera entrado al servicio de otra casa, pese a los expresos deseos de Su Excelencia ya fallecido, por lo que

convocó al capitán para pedirle una explicación.

—No le ha gustado —le dijo el capitán a la dama de personal—. Sabía que esto iba a ocurrir. Te dije que la gente tendría sus reservas, pero no, tú tenías otra idea, y tu decisión de llevarla adelante me impidió seguir cuestionándola. Ahora, al ver la reacción de Su Majestad, mucho me temo que vamos a sufrir las consecuencias. — Estaba furioso.

—Vamos, vamos —replicó su madre—. Puedo asegurarte que no decidí nada a toda prisa, pero Su Eminencia insistió de una manera tan patética, ¿sabes?, que pensé que podría ser arriesgado para ella

presentarse en palacio sin ayuda. Ése es el motivo de que me decidiera por las circunstancias ahora más tranquilas de Su Eminencia. Me temo que estoy en una posición muy difícil, porque ninguno de vosotros me advirtió con claridad de las consecuencias, y ahora incluso Su Excelencia de la Derecha anda diciendo que, a su modo de ver, he actuado erróneamente. Supongo que todo esto se debe al destino de tu hermana.

La dama habló serenamente, sin alterarse lo más mínimo.

—Nadie puede ver el destino que le reserva su *karma* pasado, sea cual fuere, y ahora que Su Majestad habla de esa manera, ¿cómo puedo decirle sin más que

su destino ha querido que pertenezca a otro? Sé que su emperatriz te causa aprensión, pero ¿qué me dices entonces de la de Su Eminencia? Que yo sepa, puede haber ofrecido ya su «ayuda» o como prefieras llamarlo, pero me cuesta imaginar que tales sentimientos vayan muy lejos. En fin, tendremos que esperar a ver qué ocurre. Otras jóvenes van a la corte, ¿no es cierto?, sin que hayan de ser necesariamente emperatrices. La dedicación al servicio de nuestro soberano es lo que hace que la vida merezca la pena. Eso es lo que siempre ha sido un verdadero placer. En cuanto a la consorte de Su Eminencia, si le ofende el más ligero desliz, todo el mundo dirá que

no debería haber asumido ese papel.

Como ambos hermanos eran de la misma opinión, la dama de personal se sentía muy incómoda, pero de todos modos Su Eminencia valoraba cada vez más a su hija.

La joven dio a luz en el séptimo mes. Por supuesto, no es sorprendente que, ante su indisposición, muchos caballeros le enviaran expresiones de simpatía. ¿Cómo podrían haber permanecido indiferentes ante la difícil situación de una dama tan adorable? Su Eminencia organizaba continuamente sesiones musicales, a las que asistía el asesor Mina—moto, por lo que éste la escuchaba tocar. En cuanto al *wagon*, Su Eminencia convocaba también

a la Chûjô que cierta vez acompañó al asesor mientras éste cantaba «La rama de ciruelo». Al asesor todo esto le resultaba sumamente penoso.

Llegó el Año Nuevo y, con él, la tradicional mascarada. Eran muchos los cortesanos que destacaban en esa celebración. Su Majestad eligió a los mejores y nombró al asesor Minamoto jefe de uno de los grupos de cantores de la Derecha. El teniente chambelán estaba entre los músicos. Todos partieron de palacio para presentarse ante Su Eminencia, bajo la brillante luna de la decimocuarta noche en un cielo sin nubes. Tanto la consorte como la hija mayor de Tamakazura, convertida en nuevo Refugio

al haberle dado un hijo al emperador retirado, disponían de sendos espacios delimitados por biombos, y acudieron todos los nobles de alto rango y los príncipes. No parecía haber nadie en el mundo más que los hijos del difunto canciller y los del ministro de la Derecha, que destacaban por su apostura y su refinamiento. Todos los presentes convinieron en que nadie de palacio despertaba tanto respeto reverencial como Su Eminencia, y el comportamiento de la gente fue muy comedido. Quien daba muestras de mayor agitación era el teniente, pues percibía que ella le estaba mirando. Las tediosas y feas flores de algodón blanco que todos llevaban en su

tocado lucían más en él que en los demás, y tanto su aspecto como su voz eran en verdad dignos de elogio. Cuando se acercaron al pie de la escalera para interpretar la danza «El río de bambú», el teniente casi se olvidó de los pasos, y sus ojos se llenaron de lágrimas al recordar el mismo momento del año anterior. Entonces fueron a presentarse ante la emperatriz, y Su Eminencia los siguió para contemplarlos. La luna fue alzándose a medida que la noche avanzaba, y brilló sin trabas, más luminosa que la luz diurna, mientras él se preguntaba con qué ojos le habría mirado ella. Se sentía embriagado, como si caminara por el aire, y le avergonzaba el hecho de que una y otra

vez sólo le llamaran a él para que aceptara la taza de sake.

Durante toda la noche deambularon de un lado a otro, y el exhausto asesor Minamoto se había tendido por fin cuando Su Eminencia le hizo llamar.

—¡Maldición! —gruñó mientras iba a su encuentro—. ¡Tan sólo deseaba descansar!

Su Eminencia quiso saber cómo había ido la mascarada en palacio.

—Los jefes de cantores de otros años son en general hombres que ya se han situado

—comentó. Parecía en verdad encantado.

Entonces se encaminó a los aposentos

del Refugio, tarareando «Diez mil primaveras». [37] El asesor le acompañó. Muchos familiares de las damas de honor habían ido a presenciar la mascarada, y el ambiente era más animado y más elegante que de costumbre.

El asesor se sentó un rato junto a una puerta que daba acceso a una pasarela, y habló con una dama de honor cuya voz reconocía.

—El brillo de la luna ha sido extraordinario durante toda la noche —observó—, pero dudo de que el resplandor de la cara del teniente chambelán bajo su luz se debiera precisamente al efecto de la luna. Su aspecto en palacio era diferente.

Algunas mujeres que le oyeron se apiadaron del pobre muchacho.

—Sin duda la oscuridad es vana, [\[38\]](#)
pero todas estamos de acuerdo en que la luz de la luna os realza bellamente —dijo una con coqueta timidez.

Otra, desde el interior de la estancia, añadió:

*¿Recordáis aquella noche, cuando
cantasteis sobre el río de bambú?*

*Aunque ningún pasaje en especial acude
a mi mente. [\[39\]](#)*

No era un poema ni mucho menos, pero, por las lágrimas que afloraron de nuevo a sus ojos, él supo cuán

profundamente le había afectado. Replicó:

*El río de bambú, que fluye sin cesar, me
dio esperanzas, muy pronto truncadas;
entonces aprendí la lección de lo
traidora que es la vida.*

Su aire melancólico encantaba a las mujeres. En realidad, no era hombre que se acongojara tanto como podía hacerlo cualquier otro, pero, en todo caso, había algo en su actitud que resultaba muy conmovedor.

—¡He hablado, ay, más de la cuenta!
—exclamó, y cuando se levantaba para marcharse, recibió una invitación de «Por aquí, por favor» y, un tanto azorado, así lo

hizo. [40]

—Cierta vez —observó Su Eminencia —, Su Gracia de Rokujô pidió a sus damas que, al día siguiente a la mascarada, por la mañana, le tocaran música. [41] Según dice Su Excelencia de la Derecha, lo hicieron muy bien. Uno no puede imaginar que nadie en nuestros días pudiera igualar lo que él hizo. Entonces había muchos buenos músicos, incluso entre las mujeres que le rodeaban, y hasta un concierto improvisado debía de ser una delicia.

Este ejemplo le animó a pedir que afinaran los instrumentos. El *sô no koto* correspondió al Refugio, y el *biwa*, al asesor, mientras que Su Eminencia tomaba

e l *wagon*. Tocaron «Este caballero» y otras piezas por el estilo. La nueva dama, conocida como el Refugio, tocaba aún de un modo un tanto inmaduro en ciertos aspectos, pero de todos modos él le había enseñado bien. Tenía un delicioso toque personal, y su habilidad se revelaba tanto en los acompañamientos como en las piezas instrumentales. Una se percataba enseguida de que no había ninguna necesidad de preocuparse por ella, pues era muy despierta. El asesor, por supuesto, sabía muy bien que era una belleza. Hubo muchos momentos similares, pero él había conseguido establecer una relación natural con ella: nunca sentía la tentación de portarse de un

modo indecoroso ni se aprovechaba de su intimidad para expresar ninguna queja. De vez en cuando, sin embargo, evidenciaba discretamente su decepción. No tengo la menor idea de lo que pensaría ella al respecto.

En el cuarto mes nació una princesa. El acontecimiento no tuvo una brillantez extraordinaria, pero Su Excelencia de la Derecha y todos los demás participaron en las celebraciones, por deferencia a los sentimientos de Su Eminencia. A la dama de personal le gustaba hacer carantoñas a la criatura y tenerla en brazos, [\[42\]](#) pero Su Eminencia le recordaba a menudo que quería ver a la niña, y ella satisfizo sus deseos al decimoquinto día de la recién

nacida. Era una criatura de excepcional belleza, y Su Eminencia, que le cobró un profundo afecto pese a que ya tenía a su Primera Princesa, pasaba todo el tiempo en casa de la madre. Las damas de honor de la consorte se quejaban entre ellas, molestas por la situación.



Celebración del decimoquinto día de un nacimiento

El Refugio y la consorte no se sentían inclinadas a tenerse inquina, pero ciertos desagradables incidentes que ocurrieron entre sus damas de honor confirmaron los

temores prudentemente expresados por el consejero, el hermano mayor del Refugio. La dama de personal se preguntaba en qué acabarían tales querellas: «¿Se sentirá avergonzada y ridiculizada? Su Eminencia la tiene en gran estima, pero será un desastre si las damas que ya le han servido durante tanto tiempo se vuelven contra ella». Entretanto, le informaron de que Su Majestad estaba profundamente enojado y que no se lo callaba, y esto le preocupó tanto que decidió enviar a su hija menor a la corte y cederle su título de dama de personal. No era nada fácil que un emperador aceptara su dimisión, pero ella manifestó que era un paso que desde hacía mucho tiempo había esperado en

vano dar, mencionó los deseos de Su Excelencia antes de morir y aportó tales precedentes, aunque ya antiguos por entonces, que obtuvo lo que deseaba. Una llega a la conclusión de que si anteriormente se había encontrado con repetidas negativas fue porque las requería el destino de sus hijas más jóvenes.

«¡Si por lo menos le sonriera la vida en palacio! —se dijo, al tiempo que pensaba con tristeza en el teniente y en las súplicas de su madre—. Le di a entender que procuraría favorecerle... ¿Qué pensará ella de mí?»

Tanteó a Su Excelencia sobre el particular por medio de su hijo el

senescal, e hizo lo posible por presentar el asunto del modo más favorable.

—Esto es, pues, lo que tengo entendido que ha dicho Su Majestad, y me afecta mucho que ciertas personas puedan acusarme de haber puesto las miras demasiado altas al casar a mi hija.

—Comprendo muy bien las expresiones de desagrado de Su Majestad —replicó Su Excelencia—. Sería desafortunado que ella no cumpliera con su obligación de servirle, y creo que deberías resolverte a hacer eso de inmediato.

Una vez más, ella buscó la buena voluntad de una emperatriz antes de enviar una hija a la corte. «¡Jamás se les

ocurriría rechazarla si Su Excelencia aún viviera!», se dijo. Su Majestad no se mostró especialmente satisfecho, pues había oído decir que la hija mayor tenía fama por su belleza, pero también la otra mostraba no pocos aspectos dignos de alabanza, y le servía con distinción.

La ex dama de personal estaba ahora decidida a abrazar la vida religiosa, pero lo pospuso cuando sus hijos le indicaron que por mucho que orase jamás se sentiría en paz mientras siguiera tan preocupada por sus hijas. Le instaron a que esperase a verlas mejor situadas, y que entonces se entregara de lleno a la religión. A menudo visitaba el palacio discretamente. Sin embargo, se abstenía de visitar a Su

Eminencia incluso cuando muy bien podría haberlo hecho, pues sus importunidades no habían cesado. Ella rememoraba cómo, con fingida inocencia, había permitido un matrimonio condenado por todo el mundo a fin de compensar la ocasión en que se atrevió a decepcionarle, y pensaba que si se airease ahora alguna de las necedades que había cometido, aunque fuese del modo más ligero, el resultado sería la absoluta deshonra. Y, sin embargo, no podía revelar nada de esto a su hija, quien, en consecuencia, suponía con resentimiento que, pese a cuanto ella había significado para su padre, su madre siempre había favorecido a su hermana, como había sucedido en su

rivalidad por el cerezo, y que sencillamente la rechazaba.

—¡No tienes más que ver cómo te ha abandonado, dejándote con un viejo como yo! —le decía Su Eminencia—. Desde luego, no me sorprende que piense tan poco en mí. —Cada vez se compadecía más de ella.

Pocos años después, ella le dio a Su Eminencia un hijo varón, algo que no había podido hacer nunca ninguna de sus numerosas mujeres, y el mundo se sorprendió ante esta prueba del notable destino de aquella dama. Su Eminencia se asombró todavía más, y depositó todo su afecto en el pequeño. «¡Qué acontecimiento habría sido de no haber

abdicado!», se dijo, y lamentó que ya nada en la vida tuviera el sabor de antaño. Su Primera Princesa siempre había sido su mayor tesoro, pero aquellos encantadores recién llegados le parecían casi milagrosos, y su consorte llegó a pensar que las cosas no podían seguir así. Empezaron a ocurrir desafortunados y malévolos incidentes, que inevitablemente volvieron tensas las relaciones entre ambas damas. Las mujeres a su servicio también entraron en conflicto y, puesto que, por regla general, los subalternos favorecen al patrono a quien llevan sirviendo mucho más tiempo, el personal de alto y bajo rango en el palacio de Su Eminencia se puso de parte de la dama

que imperaba allí desde hacía tantos años, y condenaba a la recién llegada por el más ligero deslíz.

—¡Te lo dijimos! —dijeron sus hermanos en un tono cada vez más acusador—. ¿Estábamos equivocados?

—¡Pero mucha gente lleva una vida sosegada y respetable, y jamás les ocurre una cosa así! —replicó su desventurada madre—. No, nunca debí enviarla a realizar ese servicio, a menos que, una vez allí, pudiera aspirar a la mayor de todas las fortunas. [\[43\]](#)

Quienes habían cortejado a su hermana mayor ascendieron satisfactoriamente en rango y cargos, y muchos habrían sido adecuados para la

joven. Uno de ellos, el asesor Minamoto, que en otro tiempo parecía tan inmaduro, era ahora capitán consultor, y la gente le alababa hasta que una se cansaba de oír mencionar «¡su suave perfume, ah, su fragancia!». Lo cierto es que había adquirido tan noble porte y tal categoría que decían de él que los más grandes príncipes y ministros le abordaban para ofrecerle a sus hijas, aunque él no les hacía caso. La ex dama de personal se sintió impulsada a observar: «Hace años parecía tan joven e insignificante..., pero ¡hay que ver ahora lo admirable que es!».

El ex teniente estaba ahora bien considerado como capitán del tercer rango. «¡Y también es apuesto! —decían

sus entrometidas sirvientas, y añadían en voz baja—: Mejor, en cualquier caso, que ese caballero tan problemático...» Ella se encontraba en una penosa situación. El capitán sentía aún el ardor de su primer amor, y si bien la amargura y el pesar le habían llevado a aceptar a la hija de Su Excelencia de la Izquierda, era muy poco el afecto que le tenía. En cambio, estaba siempre escribiendo o tarareando «La faja de Hitachi en el camino a lo lejos...», [44] hasta tal punto que una se preguntaba qué querría decir con eso.

Todas las cosas desagradables que debía soportar el Refugio significaban que cada vez pasaba más tiempo en casa, y su madre lamentaba un resultado tan

diferente del que había imaginado. En cambio, la hija menor se desenvolvía de manera admirable en palacio, donde todo el mundo la respetaba y Su Majestad, encantado con ella, la favorecía.

Tras el fallecimiento del ministro, Su Excelencia de la Derecha se hizo cargo de la Izquierda, [45] y el gran consejero Fujiwara [46] asumió la Derecha, junto con un nombramiento simultáneo de comandante de la Izquierda. Todos sus subalternos ascendieron a su vez. El Capitán Fragante se convirtió en consejero, y el capitán de tercer rango, en consultor. Por entonces nadie parecía importar más que los hijos de aquellos dos caballeros. [47]

El nuevo consejero visitó a la ex dama de personal para saludarla formalmente desde el jardín, ante su residencia. Ella lo recibió en persona. [\[48\]](#)

—Es encomiable que no evites un portal que ahora se encuentra tan tristemente abandonado a los hierbajos —le dijo—, y tu amabilidad me hace pensar en el caballero cuya pérdida todavía lloramos.

Su voz tenía distinción y encanto, y resultaba impresionante estar tan cerca de ella. «¡Jamás envejece! —se dijo el visitante—. Por eso Su Eminencia todavía está enojado por no haberla hecho suya. Podría crear incidentes por ella en cualquier momento.»

—Este éxito no significa personalmente gran cosa para mí —respondió él—, pero quería venir y presentarme ante ti. [\[49\]](#) Estoy seguro de que cuando has mencionado el hecho de que no evito tu portal sólo querías recordarme que no te visito con la debida frecuencia.

—Debería abstenerme de cargarte con mis problemas, porque soy una vieja y hoy no es el día indicado para eso, pero lo cierto es que tus visitas son infrecuentes, y hay cosas, ¿sabes?, que si no se dicen cara a cara... ¡Estoy tan disgustada! Siempre pensé que mi hija que sirve a Su Eminencia podría hablar con su consorte cuando la vida allí se le hiciera

intolerable, o que a la emperatriz de Su Eminencia no le importaría que le pidiera ayuda, mientras que lo cierto es que las dos se han vuelto contra ella. ¡Es demasiado duro! Ella tiene a sus pequeños príncipes, pero la vida allí es ahora tan difícil que la he invitado a venir a casa para que goce de un poco de tranquilidad, ¡y mira las habladurías que eso ha ocasionado! Tengo entendido que Su Eminencia también la desaprueba. Te ruego que le transmitas lo que siento, si encuentras el momento adecuado para hacerlo. Permití que ella fuese allí porque creí que podía contar con las seguridades que ambos me dieron, pero las cosas han salido tan mal que me detesto por haber

sido tan infantilmente crédula.

Al otro lado de la persiana, él comprendió que la dama estaba llorando.

—No deberías preocuparte tanto —le dijo él tratando de disuadirla—. Siempre se ha sabido que pasar a formar parte de semejante entorno entraña ciertos riesgos. Es posible que las damas de Su Eminencia parezcan dispuestas a vivir su vida y dejar que los demás vivan la suya, ahora que Su Eminencia está serenamente retirado y sus actos ya no llaman la atención, pero en el fondo cada una debe de sentir la misma necesidad de ser la preferida. Supongo que la consorte y la emperatriz toman fácilmente como afrentas a su dignidad cosas que no

molestarían a nadie más. ¿Acaso creíste en serio, al tomar tu decisión, que no surgirían nunca esta clase de fricciones? Debes hacer caso omiso de todo eso y dejarlo pasar. Me temo que no es algo que uno pueda plantearle a Su Eminencia.

—Había esperado con ansiedad nuestra próxima conversación a fin de confiarte mis penas, pero, ¡ay! —la dama sonrió—, me has dado pocas esperanzas.

Su juventud e inocencia afectaron a su interlocutor mucho más que su profunda preocupación maternal. «El Refugio también debe de ser así —reflexionó—, y supongo que lo que me atrae hacia su hija mayor que vive en Uji es esta maravillosa cualidad.» La dama de personal [\[50\]](#)

también había dejado por entonces el palacio y estaba en casa, y las dos hermanas tenían una estampa encantadora, instaladas allí, cada una en su lado de la casa principal. El sobrecogido consejero sabía que detrás de sus persianas estaban entregadas al ocio, y él se controlaba tan perfectamente que la madre de las muchachas deseó que fuese su yerno.

La residencia de Su Excelencia de la Derecha [\[51\]](#) se alzaba inmediatamente al este, y sus hijos y los demás asistentes al banquete de celebración se habían reunido allí. Había solicitado la asistencia de su Alteza de la Guerra [\[52\]](#) como invitado de honor, y recordaba que Su Alteza había asistido al banquete de los arqueros

ofrecido por el ministro de la Izquierda en Año Nuevo, al torneo de lucha [53] y así sucesivamente, pero esta vez no aceptó la invitación. Su Excelencia estaba deseoso en particular de ganarse el favor de Su Alteza con respecto a las hijas que tenía en tan alta estima, pero por alguna razón Su Alteza no le respondió. Entretanto, el consejero Minamoto se había convertido en un caballero tan elegante y bien dotado con todas las cualidades imaginables que ahora la esposa de Su Excelencia se fijó en él.

El alboroto en la mansión vecina, el ruido de los carruajes que iban y venían, y los gritos de los escoltas despertaron viejos recuerdos en la ex dama de

personal, y allí, en su residencia, se entregó a una triste ensoñación.

—Su Excelencia empezó a visitarla casi en cuanto falleció Su Alteza —comentó—, y deduzco que mucha gente la rechazó entonces al considerarla demasiado fácil, pero su afecto fue duradero y ahora, por el contrario, forman muy buena pareja. Una nunca sabe qué giro tomarán las cosas. ¿Cuál de ellas ha sido más afortunada, ella o mi hija mayor?

El capitán consultor, el hijo de Su Excelencia de la Izquierda, fue a visitarla la noche del día siguiente al del banquete. Pensar que el Refugio se encontraba allí le causaba una expectación especial.

—No significa nada para mí que Su

Majestad se haya dignado reconocer mis méritos —le dije—, pues cada día que pasa padezco más la aflicción de haber perdido lo que tanto deseaba.

Se enjugó unas lágrimas que parecían un tanto forzadas. A los veintisiete o veintiocho años, tenía todo el aire de un joven y refinado caballero, y una espléndida apostura.

—¡Mírale, cómo cree que el mundo es suyo! —exclamó la ex dama de personal, y rompió a llorar—. ¡El rango y el cargo no significan nada para él! ¡Si Su Excelencia siguiera vivo, también mis hijos podrían entregarse a estas frivolidades!

Le contrariaba que sólo el intendente

de la Guardia de la Derecha y el gran senescal de la Derecha estuvieran «cualificados» para el cargo de consultor. Parece ser que, por aquel entonces, el antes denominado asesor se había convertido en capitán secretario. El nombramiento era acorde con su edad, pero su madre lamentaba que se estuviera quedando rezagado. El capitán consultor siguió hablando persuasivamente.

HASHIHIME

La Doncella del Puente

Hashihime («la Doncella del Puente») es una figura enigmática del folclore japonés primitivo. Parece ser una celosa diosa de los puentes, y tiene una estrecha asociación poética con el puente sobre el río Uji, en Uji, al sur de Kioto.

Este capítulo, cuya acción transcurre en Uji, presenta a dos hermanas que viven allí. Se titula «Hashihime» porque Kaoru utiliza la palabra en un poema dirigido a la mayor, Ôigimi:

*¡Qué gotas mojan estas mangas, cuando
el remo del barquero, al rozar los bajíos,
sondea el misterioso corazón de la
Doncella del Puente!*



Relación con los capítulos anteriores

«La Doncella del Puente»

comienza con la descripción de los primeros años del Octavo Príncipe (Hachi no Miya).

Kaoru aparece cuando ya es capitán consultor. Al cabo de cierto tiempo, el relato se reanuda a finales del otoño, al parecer cuando Kaoru cuenta 22 años. El relato principal parece empezar donde acaba

«El Príncipe Perfumado», y termina antes de que «El río de bambú» llegue a su fin.

Personajes

El capitán consultor, de 20 a 22 años (Kaoru)

Su Alteza el Octavo Príncipe (Hachi no Miya)

Su esposa

Su hija mayor, de 22 a 24 años
(Ôigimi)

Su hija menor, de 20 a 22 años
(Naka no Kimi)

El Iniciado (Uji no Ajari)

Su Eminencia Reizei, de 49
a 51 años

El vigilante de Uji

Ben, una dama de honor de las hijas de
Hachi no Miya, de unos 60 años

El Tercer Príncipe, Su Alteza
de la Guerra, de 21 a 23 años (Niou)

Su Alteza Enclaustrada,
madre de Kaoru, entre 40 y 45 años (Onna
San no Miya)

Había por aquel entonces un príncipe entrado en años que ya no contaba para el mundo. De cuna distinguida en extremo, también por el lado materno, había parecido destinado a grandes empresas, pero el signo de los tiempos cambió y el descrédito le ocasionó una caída tan completa que, por una razón u otra cuantos apoyaban sus intereses renunciaron al mundo, dejándole totalmente solo tanto en público como en privado. Su esposa, hija de un ex ministro, languidecía a causa de esta situación, cuyas múltiples y muy dolorosas circunstancias poco se parecían a las que recordaba que sus padres habían deseado para él; pero el afecto sin par que los

esposos se profesaban la consolaba en su aflicción, pues su mutua entrega era tan profunda como podía llegar a serlo la de unos cónyuges.

A medida que transcurrían los años, su preocupación por la falta de hijos iba en aumento, y Su Alteza a menudo anhelaba con desesperación una bella criatura que aliviara la soledad y el tedio de sus vidas, hasta que, ¡oh, maravilla!, les nació una hermosa niña. Volcaron en ella su amor y sus cuidados, y, entretanto, pronto resultó evidente que la dama volvía a estar encinta. Esta vez les habría gustado que el bebé fuese varón, pero nació otra niña. El parto se desarrolló con normalidad, pero luego la mujer enfermó

gravemente y falleció. Su Alteza estaba desolado.

«A menudo la vida me ha tratado con rudeza —reflexionó—, pero amaba demasiado a mi mujer para abandonar este mundo, al que, después de todo, me unían su aspecto y su manera de ser. ¡Las cosas serán incluso peores ahora que estoy solo! ¡Qué espectáculo daré, constreñido como estoy, [1] al criar yo mismo a mis hijas!» Ansiaba llevar a cabo su deseo más profundo, [2] pero no había nadie más que pudiera cuidar de ellas. Sus penosas vacilaciones continuaron hasta que con el tiempo las dos niñas llegaron a ser unas muchachas adorables que, al fin y al cabo, eran su

indefectible consuelo.

Las mujeres que servían a la menor susurraban de ella «¡Mirad qué desgracia ha traído», y sólo le dedicaban una atención desganada. Sin embargo, su madre, en sus últimos momentos, cuando ya no era consciente de lo que la rodeaba, había estado lo bastante preocupada por la niña como para decirle una y otra vez a Su Alteza: «¡Por favor, sé bueno con ella, hazlo en mi memoria!», y, a pesar de la amargura por el fracaso del vínculo que tenían desde vidas pasadas, al pensar que su pérdida había sido dictada por el destino y que, hasta el final, su esposa había hablado con ternura de su nueva hija, se vio impulsado a tratarla con gran

afecto. La niña era hermosa en extremo, en un grado alarmante. La mayor, con su porte sereno, tenía una espléndida distinción en su aspecto y sus modales, pero la menor mostraba un encanto más noble, así que él amaba a ambas con locura. Sin embargo, eran muchas las cosas que no podía hacer por ellas, y la soledad que imperaba en su residencia iba aumentando de año en año. Esto era demasiado para el personal a su servicio, que se sentía despojado de esperanzas, y los sirvientes se fueron marchando uno tras otro. En medio de la confusión, Su Alteza nunca había podido encontrarle a su nueva hija una nodriza de confianza, y la que había elegido abandonó a su pupila

con la despreocupación característica de su clase, de modo que Su Alteza tenía que ocuparse de todo.

No obstante, la residencia de Su Alteza era espaciosa y agradable, y el estanque y las lometas del jardín, aunque tristemente descuidados ahora, se mantenían como siempre. Él pasaba los días contemplando la escena que ofrecían con la mirada perdida. No había nadie que se ocupara de su limpieza y mantenimiento, porque ya no quedaban sirvientes capacitados. Los hierbajos crecían por doquier, y los helechos, espesos y verdes, [\[3\]](#) a lo largo de los aleros parecían declararse en propietarios de la vivienda. Los colores y los aromas

de las hojas y las flores de cada estación le consolaban a menudo, porque también habían sido el deleite de su desaparecida esposa, pero su creciente soledad y la sensación de impotencia que le embargaba le empujaban a adornar la capilla y a pasar en ella día y noche, entregado a la oración. Que tales vínculos le impidieran todavía realizar sus deseos era una amarga decepción, y ese impedimento le afirmaba cada vez más en la idea de que ya nada le obligaba a portarse como el resto de la gente. No, el mundo no era asunto suyo. En el fondo de su corazón era un ermitaño y desde la muerte de su esposa jamás se permitía experimentar, ni siquiera fugazmente, los

sentimientos más comunes del ser humano.

—Pero ¿por qué sois así, Vuestra Alteza? —le decían—. Desde que murió nuestra señora parecéis doleros como nadie lo ha hecho jamás; pero ¿qué sentido tiene seguir así? Sin duda aún podríais vivir como otros hombres. [4] ¡Imaginad lo que ello supondría para este lugar tan lamentablemente abandonado!

Pero él hacía caso omiso de la tenacidad con que, a través de sus parientes, trataban de hacerle cambiar de idea.

Entre uno y otro período de oración, pasaba el tiempo con sus hijas y, puesto que ya habían crecido lo suficiente, les enseñaba música y juegos como el *go* y la

adivinación de ideogramas. A su modo de ver, la primogénita revelaba mayores inquietudes y más sagacidad, mientras que la menor, dotada de un encanto más ingenuo, poseía el atractivo de su deliciosa timidez. Las dos hermanas tenían personalidades bien diferentes.

Un agradable día primaveral, las aves acuáticas graznaban, ala con ala, en el estanque, una estampa que el príncipe casi nunca dejaba de contemplar, y mientras observaba sentía envidia de las aves, que nunca abandonaban a su pareja. Entretanto, daba a las niñas una lección de música. Eran tan pequeñas y dulces, y su manera de tocar tenía una belleza tan conmovedora, que las lágrimas empezaron

a agolparse en sus ojos.

*Ahora que el ave acuática, ha dejado
desolada a su pareja y se ha ido muy
lejos,*

*¿cómo pueden sus polluelos seguir en
este mundo cruel y mudable? [5]*

—¡Ah, qué tristeza! —exclamó
enjugándose los ojos.

Era un príncipe muy apuesto. Aunque descarnado por los años de piadosa devoción, su delgadez le daba un aspecto de mayor nobleza, y con el manto de vestir, que llevaba al desgaire y que estaba lleno de arrugas debido al ajetreo que exigía el cuidado de sus hijas, su

figura resultaba imponente.

La hija mayor deslizó pausadamente por el suelo la escribanía y, cuando la tuvo ante ella, trazó unas palabras sobre la piedra de moler la barrita de tinta, como si estuviera practicando.

Él le tendió una hoja de papel.

—Escribe aquí —le pidió—. Dicen que nunca se debe escribir sobre una piedra para la tinta.

Azorada, la muchacha escribió:

*Me pregunto tan sólo cómo pudo nacer
este polluelo, y pensar en ello
hace ver a la pequeña ave acuática lo
incierto de su destino.*

No era un poema muy bueno, pero, dadas las circunstancias, resultaba en extremo conmovedor. Su caligrafía era prometedora, aunque todavía no enlazara muy bien los trazos de los ideogramas.

—¡Ahora tú! Escribe algo —le dijo a la hija menor; a ésta, más infantil, le costó más tiempo concluir la tarea.

*Sin las alas que, llorando con ternura,
extiendes a fin de protegerme,
me habría quedado atrás para siempre
en el nido sin techado de paja.*

¿Cómo podría él no sentir conmisericordia por unas hijas tan adorables cuando sus ropas estaban

arrugadas y flácidas, y se pasaban los solitarios días sin nada que hacer porque no tenían a nadie que se ocupara de ellas? Con el texto del sutra en una mano, ya cantaba las escrituras, ya les cantaba el solfeo a las niñas. [6] La mayor tenía un *biwa*, y la menor, un *sô no koto*, y estaban tan acostumbradas a tocar juntas que la armonía era bastante buena. En efecto, tocaban de un modo muy agradable.

El príncipe no había llegado a adquirir muchos conocimientos, puesto que había perdido a su padre, el emperador, y a su madre, la consorte, a edad temprana, por lo que se había visto privado de verdadero apoyo. ¿Cómo podría haber estado preparado para la

vida en este mundo? A pesar de su alcurnia, la noble inocencia que evidenciaba era asombrosa, como la de una mujer. Aunque él había supuesto que durarían indefinidamente, los tesoros de las generaciones pasadas y la herencia de su abuelo el ministro se habían desvanecido sin dejar rastro, dejándole sin otra cosa que un mobiliario ostentoso. Nadie iba a visitarle, nadie le ofrecía ayuda. Como no tenía nada más que hacer, convocó a unos músicos de primera clase del Gabinete de Música, así como a otros expertos, y, gracias a ellos y a que en su juventud se había dedicado a diversiones de similar frivolidad, llegó a adquirir una gran pericia musical.

Su Alteza era hermano menor de Su Gracia Genji. En la época en que Su Eminencia Reizei era el príncipe heredero, la madre [7] de Su Eminencia Suzaku había intrigado para que la dignidad imperial recayera en él, pero la agitación que produjo al defender su causa cuando detentaba el poder hizo que, lamentablemente, el otro lado cortara de raíz las relaciones con él y, puesto que el mundo pertenecía por entero a los descendientes de Su Gracia, se había visto totalmente imposibilitado de presentarse en sociedad. Así pues, muchos años atrás se había convertido en una especie de santo varón y había abandonado cualquier otra esperanza.

Entretanto, su residencia sufrió un incendio. Este desastre, que remataba sus demás infortunios, fue un golpe aplastante, y, puesto que no tenía ningún otro lugar a donde ir, se trasladó a una hermosa casa de campo que poseía en Uji. Pese a sus deseos de renuncia, la perspectiva de partir de inmediato le inquietaba. La casa se alzaba cerca de la encañizada, y el fragor de las aguas del río frustraba su anhelo de paz, pero no tenía alternativa. Las flores, las hojas otoñales y las aguas del río que fluían con rapidez: todo esto le solazaba en la sombría ensoñación que, ahora más que nunca, era su único refugio. Incluso después de haberse instalado en aquel agreste lugar, echaba de menos

constantemente a la dama que había perdido.

*La que fue mi compañera y la casa donde
viví se han vuelto humo;
¿por qué será que sólo yo sobrevivo?*



La encañizada de Uji

Tanto seguía abrasándole el pasado,

que no le quedaba nada por lo que vivir.

Cada vez eran menos las personas que cruzaban una sierra tras otra para ir a visitarle. Sólo algunos rudos campesinos o rústicos montañeses atendían a sus necesidades. Para él, la niebla matinal sobre las colinas no se alzaba jamás, ni de día ni de noche. [8]

Por entonces vivía en Uji un Iniciado que tenía algo de santo varón y profundos conocimientos, y cuya reputación era considerable, pero que, sin embargo, permanecía retirado y no solía ir a prestar servicio en la corte. Su Alteza, que vivía cerca de él, en triste soledad, le había impresionado por sus buenas obras y su estudio de las escrituras, así que visitaba

a menudo la casa, donde se envolvía del profundo significado de cuanto Su Alteza había aprendido en el transcurso de los años, hasta que el príncipe se convenció más que nunca de que este mundo efímero es escoria.

—Mi corazón aspira al trono del loto, y de buen grado habitaría en el límpido lago del Paraíso, pero, a decir verdad, me preocupa demasiado el destino de mis hijas cuando las abandone, y eso es lo que me impide renunciar al mundo.

Este Iniciado estaba al servicio personal de Su Eminencia Reizei, a quien daba lecciones sobre las escrituras y la vida religiosa. Cierta vez, cuando estaba en la Ciudad y Su Eminencia examinaba,

como de costumbre, estimables textos y le interrogaba sobre ellos, observó como de pasada:

—Su Alteza el Octavo Príncipe tiene un gran conocimiento y ha adquirido una profunda comprensión de la Enseñanza Interior. [9] Supongo que su karma le destinaba a ello. Su entrega a la práctica religiosa es tan absoluta que parece un verdadero santo.

—¿Todavía no lleva el hábito? —inquirió Su Eminencia—. Los jóvenes le llaman el santo laico o algo por el estilo. Es bastante triste.

El capitán consultor también estaba presente, y tomó buena nota de lo que escuchaba. «Sé muy bien lo decepcionante

que es este mundo —se dijo a sí mismo—, pero mi devoción no es tan grande como para que los demás la perciban, y hasta ahora no he hecho más que perder el tiempo.» Le intrigaba la personalidad de un hombre que se había convertido en un santo sin dejar de ser laico.

—Parece ser que desde hace largo tiempo aspira a abandonar el mundo —siguió diciendo el Iniciado—, pero cierto asunto de poca monta le hizo vacilar en su decisión, y ahora lamenta la imposibilidad de renunciar a sus queridas hijas.

El Iniciado, aunque era monje, amaba la música.

—Sí, Vuestra Eminencia, cuando sus

hijas tocan juntas, imponiéndose al fragor del impetuoso río, uno no puede dejar de pensar en el Paraíso —observó, en un halago en verdad un tanto anticuado.

Su Eminencia sonrió.

—¡Espléndido! Cuesta creer que esas muchachas tengan unas aficiones tan mundanas cuando se han criado con un santo varón. Su renuencia a abandonarlas parece haberle puesto en una posición difícil... Me pregunto si estaría dispuesto a cedérmelas, en caso de que yo viva más que él.

Su Eminencia era el décimo hijo de su padre. Sin duda deseaba ocuparse de las jóvenes, pues recordaba que su Eminencia Suzaku había confiado Su Alteza

Enclaustrada a Su Gracia de Rokujô, y pensaba que aquellas muchachas podrían aliviar el tedio de su vida.

Por otra parte, al capitán le fascinaba la serena entrega de aquel príncipe a la devoción religiosa. Ardía en deseos de conocerle, y habló de ello con el Iniciado antes de que éste emprendiera el viaje de regreso.

—Te ruego que le sondees discretamente, a fin de que pueda ir a estudiar con él —le pidió—. Estoy totalmente decidido a hacerlo.

Su Eminencia envió un mensajero para comunicarle: «Habiéndome enterado por conducto indirecto de las tristes condiciones en que estáis viviendo...»,

etcétera, junto con el poema:

*Mi corazón desdeña, el mundo y ansia
estar con vos en las colinas...*

*¿Sois, pues, quien se oculta de mí más
allá de las óctuples nubes?*

El Iniciado dejó que el mensajero llegara primero a Su Alteza, que le recibió con sorpresa y placer. Casi nadie le visitaba al pie de las colinas, ni siquiera personas de mucha menos alcurnia, y agasajó al invitado con las exquisiteces que permitía el lugar. Entonces respondió:

No es que esté siempre, ¡ay!, absorto en

*la iluminación;
tan sólo deploro este mundo desde las
colinas de Uji. [10]*



Choza de hierba

Su Eminencia lamentó constatar que la

modestia acerca de sus logros como santo varón revelaba un persistente rencor hacia el mundo.

El Iniciado le habló de la aspiración religiosa del capitán, que, según todos los indicios, era profunda.

—Me ha dicho que siempre ha deseado comprender el significado de las escrituras —le explicó—, pero que, a su pesar, ha tenido que aceptar la vida en el mundo, y que día y noche le abruman las preocupaciones tanto en la esfera pública como en la privada. Éstas son sus palabras: «No se trata de que una persona como yo, cuya importancia es ínfima, sienta temor a encerrarse para estudiar las escrituras o a mostrar interés por

renunciar al mundo, pero, tal como están las cosas, soy incapaz de evitar la negligencia y la distracción, y la noticia de vuestro ejemplo absolutamente admirable me ha inspirado tanto que deseo aprender de vos». Esto es lo que ha dicho, Vuestra Alteza, y creed que lo ha hecho de todo corazón.

—La percepción del mundo como escoria, y de ahí las primeras sensaciones de aborrecimiento hacia él, suelen deberse a la desdicha personal, pues es en tales ocasiones cuando uno rechaza el mundo y concibe la aspiración a cosas más elevadas. Por ello resulta notable saber de un joven afortunado que, aunque presumiblemente no carece de nada que

pueda desear, esté tan absorto en sus pensamientos sobre la vida futura. Supongo que yo mismo estaba destinado a seguir ese camino, ya que era como si el mismo Buda me instara a evitar el mundo, y, a su debido tiempo, satisficiera mi deseo de paz y tranquilidad. Con todo, dudo de que me quede mucho tiempo por delante, y considerando lo poco rigurosa que es mi preparación y la escasa probabilidad de que algún día llegue a comprender del todo el pasado y el futuro, él será un amigo interesado por la Enseñanza ante el que me sentiré por completo deficiente.

Siguió hablando así durante cierto tiempo y, al cabo, tras haber intercambiado varias misivas, llegó el

joven.

Era un lugar más triste de lo que él había imaginado, y, habida cuenta de quién era Su Alteza, todo en la clase de vida que llevaba allí sugería la drástica sencillez de la choza de hierba levantada para que dure poco más de un día. Hay otros tranquilos villorrios de montaña que poseen un atractivo propio, pero allí, entre el fragor de la impetuosa corriente, parecía improbable que uno se olvidara de sus cuitas o que por la noche, rodeado por los tristes silbidos del viento, fuese posible dormir y tener un sueño consolador.

El capitán consideró que, sin duda, aquella clase de entorno favorecía los

pensamientos de renuncia de Su Alteza, que tendía a hacer de la devoción el centro de su vida, pero ¿de qué manera afectaría a sus hijas? No le costaba imaginar que sus gracias femeninas serían escasas. Tan sólo una mampara deslizante separaba la capilla de lo que él supuso que era su aposento. Un hombre dado al galanteo se habría aproximado a ellas ansioso por descubrir cómo eran, pues ciertamente había algo en ellas que provocaba la comezón de saber más; pero el capitán se lo pensó mejor, puesto que semejante atrevimiento frustraría el deseo de renunciar a todo cuanto le había llevado al encuentro de Su Alteza en aquellas colinas. Dadas las

circunstancias, podría estar fuera de lugar que se permitiera seductoras cortesías. En vez de hacer tal cosa, le asedió con preguntas referentes a su triste situación, y volvió a visitarle una y otra vez, porque, por muy laico que fuese, Su Alteza había adquirido una profunda comprensión gracias a su práctica religiosa en las colinas, e ilustraba de maravilla al capitán acerca de las escrituras, tal como él había confiado en que hiciera.

Hay en este mundo muchos santos varones y muchos monjes instruidos, pero al capitán le parecía que el altivo y poderoso prelado, con su encopetado título y su aire de impaciencia ante las nimiedades, era demasiado intimidante

para interrogarle acerca del significado profundo de las cosas, mientras que el más humilde discípulo de Buda, pese a su meritoria observación de los Preceptos, tenía un aspecto rudo, su lenguaje era áspero, la familiaridad de sus modales resultaba ofensiva y, en general, era lo bastante repelente para que, cuando solicitaba de uno de tales hombres que se sentara a conversar con él, al lado de su cama, en una noche serena, al final de una jornada dedicada por completo a asuntos oficiales, el resultado fuese, con toda seguridad, una desagradable decepción. Sin embargo, Su Alteza poseía una espléndida distinción, y al hablar, refiriéndose a la enseñanza del mismo

Buda, lo hacía de un modo tan afable que, pese a que sus conocimientos no eran profundos, ni mucho menos, poseía desde luego un don maravilloso para lograr que un oyente de alta cuna le comprendiera. Tras cada una de esas visitas íntimas, el capitán siempre deseaba quedarse con Su Alteza, y el fárrago de deberes que le impedían ir a verle con tanta frecuencia como quisiera sólo hacía que le echara en falta cada vez más.

La veneración que el capitán sentía por él hacía que Su Eminencia Reizei también le escribiera con frecuencia, y, por ello, a veces se presentaban visitantes en la solitaria residencia de un príncipe a quien casi nadie había mencionado

durante años. Cuando Su Eminencia deseaba ponerse en contacto con él, el mensaje iba siempre acompañado de espléndidos regalos, y nuestro joven caballero aprovechaba la ocasión para cultivar la buena voluntad de Su Alteza con atenciones tanto agradables como prácticas. Así transcurrieron tres años.

[\[11\]](#)

A finales de otoño, cuando había llegado el momento de la invocación del Nombre, que tenía lugar en cada estación, y cuando el estrépito del oleaje contra la encañizada era demasiado fuerte para que uno pudiera gozar de un instante de paz, Su Alteza se trasladó a la sala principal del templo del Iniciado para pasar siete

días entregado a la oración. Sus hijas estaban padeciendo más que nunca a causa de la monotonía y el tedio de sus vidas, cuando el joven capitán recordó que había transcurrido mucho tiempo desde la última visita a Su Alteza y se puso en camino de inmediato, disfrazado y de un modo tan discreto que casi iba solo, bajo una luna que aún pendía en el cielo antes del amanecer. Fue a caballo, puesto que el lugar se encontraba en la orilla del río más cercana y no había necesidad de tomar un bote para cruzarlo.

Cuanto más avanzaba, más espesa era la niebla que le rodeaba, y mientras se abría paso entre una vegetación lo bastante densa como para ocultarle el

camino, un rugiente viento le arrojó encima el rocío de las hojas, hasta que quedó empapado por completo y presa del frío, aunque no podía culpar a nadie salvo a sí mismo. Atrapado entre el suplicio y la excitación, pensó que nunca hasta entonces había corrido semejante aventura.

Más frágiles que el rocío que el viento de la montaña arrebató a las hojas, mis lágrimas, sin que sepa el motivo, fluyen cual interminable arroyo.

Impuso silencio a sus acompañantes, no fuesen a despertar y alarmar a algún campesino, y el chapoteo de los cascos de

sus caballos en los riachuelos que se deslizaban aquí y allá, rodeando las vallas de broza, le hacía redoblar la cautela. De todos modos, en algunas casas los durmientes se despertaron sobresaltados y percibieron en el viento un perfume que desconocían, [\[12\]](#) el aroma que él nunca podía ocultar.

Una triste música le saludó cuando se aproximaba, aunque no habría podido decir qué clase de instrumento la producía. «Dicen que Su Alteza a menudo toca así —pensó—, ¡y aún no he tenido ocasión de oírle tocar su famosa música ni una sola vez! ¡He llegado en buen momento!» Al entrar en la casa observó que se trataba de un *biwa* afinado en el

modo *ôshiki*. La familiar manera de tocar el instrumento parecía desconocida en aquel ambiente, y las notas que producía el retorno del plectro tenían una hermosa limpidez. El tono del *sô no koto*, que intervenía de vez en cuando, era elegante y conmovedor.

Deseoso de escuchar durante un rato, se mantuvo apartado, pero entonces apareció una especie de vigilante que le había oído claramente llegar, un hombre de bruscos modales.

—Su Alteza está ausente, mi señor; lleva a cabo un retiro —le informó—. Le comunicaré que estáis aquí.

—Oh, no, no hagas eso. Estaría mal que le molestara cuando tiene que

permanecer varios días retirado. Bastará con que transmitas a sus hijas cuán grande sería mi decepción si, después de haber llegado hasta aquí empapado como me ves, regresara sin tener nada que decir de este viaje.

En el rudo rostro del hombre apareció una sonrisa.

—Así lo haré, mi señor —replicó, e hizo ademán de marcharse.

—¡Espera un momento! —le detuvo el capitán—. Durante años he oído tales elogios de su pericia musical que tengo grandes deseos de escucharlas, y ésta es la ocasión perfecta para ello. ¿No hay algún rincón donde pueda esconderme un poco mientras las escucho? Sería una

lástima que mi imprevista llegada las obligara a detenerse.

Los modales y el aspecto del capitán sólo podían causar una profunda impresión a un hombre tan absolutamente vulgar.

—Tocan así día y noche, cuando nadie más puede oírlas, pero permanecen por completo en silencio cuando en la casa se encuentra alguien procedente de la Ciudad, aunque sea un subalterno. En general, Su Alteza mantiene oculta la presencia de mujeres en este lugar, y tenemos órdenes de no permitir que nadie lo sepa.

El capitán no pudo reprimir una sonrisa.

—Eso no es muy amable por su parte, ¿no crees? ¡Así que tiene secretos, cuando todo el mundo lo cita como un modelo! En fin, quiero que me prestes tu ayuda — insistió—. ¡Créeme, no me anima ninguna intención galante! Me intriga la clase de vida que ellas llevan aquí, y me cuesta imaginar que sean como otras jóvenes damas.

—Muy bien, mi señor. Se me podría considerar bastante estúpido si me negara.

El hombre condujo al capitán a una valla de bambú que delimitaba el jardín ante los aposentos de las muchachas. Entonces invitó a los acompañantes del capitán a sentarse en la galería del oeste, donde los atendió personalmente.

El capitán entreabrió la puerta disimulada en la valla y miró, a través de la niebla bellamente iluminada por la luna, hacia el lugar donde estaban sentadas las mujeres, más allá de las persianas enrolladas. En la terraza había una sola muchacha paje, delgada y que parecía tener mucho frío bajo el arrugado vestido. Una de las mujeres que estaban en el interior, parcialmente oculta detrás de una columna, tenía un *biwa* ante ella y jugueteaba con el plectro. En aquel momento, la luna, que había estado velada por las nubes, apareció en todo su fulgor.

—También puedes llamar a la luna con esto, aunque no sea un abanico [\[13\]](#)—estaba diciendo. Su rostro, cuando se

asomó al exterior, tenía un cutis maravillosamente lozano y era muy atractivo.

La que se recostaba a su lado estaba inclinada sobre su instrumento.

—Hay un plectro con el que se puede llamar al sol —replicó—, pero ¡qué ideas tan extrañas las tuyas! [\[14\]](#)

Su rostro sonriente traslucía una mayor gravedad y un entendimiento más profundo.

—Muy bien, estoy equivocada, ¡pero esto tiene algo que ver con la luna! [\[15\]](#)

—respondió su hermana; y este intercambio informal y en tono de broma le pareció al capitán más encantador que nada que él hubiera podido imaginar.

Cuando oía a las jóvenes damas de honor leer relatos antiguos con escenas como aquella, siempre suponía, decepcionado, que tales cosas no podían ocurrir en la realidad, pero, después de todo, ¡la vida real tenía recovecos en los que sucedían! Sentía ya que las dos jóvenes le estaban robando el corazón.

La bruma era demasiado espesa para que pudiera verlas bien. ¡Ojalá la luna saliera de nuevo! Pero alguien debía de haber anunciado desde el interior la llegada de un visitante, porque entonces bajaron las persianas y todas las mujeres desaparecieron en el interior. La manera despaciosa en que se retiraron sin ninguna señal de alarma ni tan sólo un frufú de

seda fascinó al capitán por su discreción, y la maravillosa nobleza de la elegancia de ambas muchachas le conmovió.

El capitán se apresuró a marcharse de allí y envió a un hombre a la Ciudad para que trajera un carruaje. Entonces se dirigió al vigilante.

—Aunque he llegado en un momento inoportuno, este viaje me ha procurado cierto alivio de mis preocupaciones. Te ruego que informes a Su Alteza de que he venido a visitarle. Me gustaría que supiera lo mucho que me he mojado por el camino.

El hombre fue a transmitirle el mensaje a Su Alteza.

Las dos jóvenes, a quienes la llegada

del capitán había sorprendido en grado sumo, estaban profundamente avergonzadas, temerosas de que él hubiera oído su charla. Lamentaban consternadas que, dado lo improbable de la hora, ni siquiera hubieran reparado en el perfume extrañamente delicioso que traía la brisa. La mujer encargada de transmitirles el mensaje parecía del todo inexperta, y él se dijo que había un momento para cada cosa. Tras llegar a esta conclusión, y a cubierto de la niebla, avanzó para hincar la rodilla ante aquellas mismas persianas. Las rústicas jóvenes no tenían idea de lo que debían responder, y ni siquiera se les ocurrió ofrecerle un cojín.

—Es incómodo permanecer aquí, ante las persianas —dijo él en tono serio— Ningún frívolo capricho me habría hecho venir hasta este lugar por esos insufribles senderos de montaña, y no esperaba ser recibido de esta guisa. De todos modos, confío en que mis repetidas visitas, empapado de rocío, me valdrán vuestra comprensión.

Las mujeres más jóvenes, incapaces de darle una respuesta y, al parecer, a punto de desmayarse de pura timidez, se sentían tan penosamente ineficaces que enviaron a alguien para que despertara a las mayores y más sagaces, que estaban durmiendo en un aposento interior, pero esto requería cierto tiempo, y las jóvenes

damas no deseaban dar la impresión de que estaban jugando con el capitán.

—¿Cómo vamos a dirigirnos a vos, como si comprendiéramos, cuando no sabemos nada de tales cosas? —replicó la mayor con una reticencia apenas audible, aunque en un tono muy elegante y distinguido.

—Sé que es propio de este mundo aparentar ignorancia de las aflicciones que uno ve con toda claridad, pero lamento que vosotras en particular insistáis en mantener vuestra reserva. Ya que gozáis de la compañía de un caballero dotado de un entendimiento tan poco común, me parece que deberíais tener una considerable perspicacia y, en

consecuencia, sería apropiado que juzgarais con imparcialidad lo profundos o superficiales que son unos sentimientos que no puedo disimular. ¿Debéis rechazarme suponiendo que no pienso en nada mejor que el galanteo? Si alguien deseara empujarme en esa dirección, os aseguro que soy demasiado testarudo para ceder. Sin duda conocéis mi reputación. ¡Qué feliz sería si pudiera haceros confidencias sobre mi tediosa vida y si, de buen grado, me invitarais a visitaros para que os distraiga de la melancolía de vuestra solitaria existencia!

Habló por extenso en estos términos, pero ella era demasiado reservada para responder, por lo que cedió su lugar a una

dama de honor entrada en años a la que habían despertado y que en aquel momento se presentó. [\[16\]](#)

La mujer se expresó con una libertad excesiva.

—¡Por los dioses, esto no es posible! —exclamó—. ¡Ved con qué precariedad se sienta mi señor! Su sitio está en el lado interior de las persianas. ¡Vosotras, jovenzuelas, no parecéis tener ni idea de quién es!

Esta severa reprensión por parte de una mujer mayor dolió a las dos muchachas.

—Cuando sucede algo tan peregrino como que el mundo obvie a Su Alteza, hasta el extremo de que quienes por

derecho deberían seguir relacionándose con él en verdad jamás lo hacen, vuestra fidelidad hacia él, mi señor, es un prodigio por el que incluso yo, que apenas tengo importancia, os estoy sumamente agradecida, y mis jóvenes señoras sin duda la aprecian. Sucede tan sólo que les resulta un poco difícil expresar sus sentimientos.

Lo que él colegía de aquella dama que le hablaba desde el otro lado de las persianas era una verdadera distinción, pese a su desconcertante y locuaz familiaridad, y su voz era armoniosa.

—Mucho agradezco tu presencia —replicó—, pues no habría sabido qué decir a continuación. Me satisface en

grado sumo tener la certeza de que las jóvenes damas me han comprendido.

Las mujeres que miraban por los bordes de las cortinas portátiles, a la luz cada vez más brillante del amanecer, repararon en que su veste de caza, de un tono ciertamente discreto, estaba por completo empapada y que, entretanto, una fragancia que no era de este mundo llenaba extrañamente la atmósfera que les rodeaba.

La mujer que estaba hablando empezó a sollozar.

—Podría refrenarme por temor a parecer demasiado atrevida —siguió diciendo—, pero durante muchos años he añadido a mis plegarias la esperanza de

poder algún día abordar con vos la triste historia de vuestro pasado y al menos contárosla en parte, y por ello esta ocasión, que parece ser el resultado de mis plegarias, me colma de alegría..., ¡si no fuese porque las inoportunas lágrimas me ciegan hasta ahogar mi voz!

Su temblor evidenciaba la emoción que realmente sentía.

El sabía por experiencia propia con qué extrema facilidad lloran las personas mayores, pero de todos modos se preguntó qué sería lo que la había afectado de un modo tan profundo.

—He visitado esta casa en numerosas ocasiones —replicó—, pero nunca he encontrado a nadie que se compadeciera

de mí como tú lo haces ahora, cuando he recorrido solitario el camino y he llegado aquí empapado de rocío. Si ésta es la que consideras una feliz ocasión, ¡te lo ruego, cuéntamelo todo!

—Puede que una oportunidad como ésta nunca vuelva a presentarse, mi señor, y es muy posible que yo misma desaparezca de este mundo de la noche a la mañana. Tan sólo deseo que sepáis que cierta vez existió una anciana como yo. La noticia de que Kojijû, que en otro tiempo estuvo en Sanjô, [\[17\]](#) había fallecido me llegó vagamente, y en mis años de declive, cuando la mayoría de las mujeres de su edad a las que yo conocía habían desaparecido, vine aquí desde una

provincia lejana, y llevo cinco o seis años de servicio en esta casa. Es probable que no hayáis conocido al hermano mayor del actual gran consejero Fujiwara, mi señor, aquel que, al morir, era intendente de la Guardia de la Puerta Derecha, pero tal vez hayáis oído hablar de él a la gente. Siempre tengo la sensación de que su muerte se ha producido hace sólo unos momentos. Parece como si mis mangas estuvieran todavía húmedas por la pena que sentí entonces, y creo que debo de estar soñando al contar los años y ver la edad que tenéis ahora. Yo soy Ben, y mi madre fue su aya. Le atendí íntimamente día y noche, y, pese a mi nimia importancia, él me confiaba a veces

vislumbres de cosas que no había dicho a nadie pero que no podía guardarse. Cuando estaba muy enfermo y próximo al fin, me llamó a su lado y me dijo ciertas cosas, una de las cuales, mi señor, debía decirlos a mi vez; sin embargo, tras haberos dicho esto, decidid vos la ocasión más adecuada para escucharme, si lo deseáis. Las jóvenes, alarmadas, parecen darse codazos unas a otras, como si creyeran que ya he ido demasiado lejos, y no puedo culparlas.

La dama dejó por fin de hablar.

El joven caballero estaba asombrado y tenía la sensación de haber soñado estas palabras, o de que las había escuchado a través de una médium, pero se referían a

cosas que siempre le habían conmovido e intrigado de tal modo que le despertaron una profunda curiosidad. Pero era cierto que los estaban observando y, además, sería una descortesía por su parte que tan prematuramente se pasara la noche absorto en una conversación acerca del pasado.

—No saco nada en limpio de lo que me dices —replicó—, pero resulta conmovedor oír hablar de los tiempos pasados. Sí, debes contarme el resto. De momento, sin embargo, no deseo que, cuando la bruma se levante, me vean vestido así, y sería embarazoso que lo hicieran tus señoras, aunque preferiría mucho más quedarme.

Cuando se levantaba, percibió el leve sonido de la campana del templo donde se hallaba Su Alteza. La niebla lo amortiguaba todo.

Las espesas nubes aferradas a las cumbres se interponían entre él y Su Alteza, y, al tiempo que lamentaba semejante obstáculo, comprendía más que nunca el estado de ánimo de sus hijas. ¿De qué pesar podrían librarse allí?, se preguntó. ¡No era de extrañar que fuesen tan retraídas!

*Rompe ya el alba, mas el camino de
regreso es invisible*

*y las boscosas colinas que crucé están
envueltas en una espesa bruma.*

«¡Qué tristeza la mía!», escribió, todavía reacio a partir. Él, que incluso en la Ciudad atraía las miradas de ojos ya ahitos de belleza, en aquellos parajes debía de parecer espléndido.

La hermana mayor, deseosa de soslayar cualquier indiscreción, replicó con la misma cautela de antes:

*Sí, es ésta la hora en que las nubes se
posan en las cumbres y las brumas
otoñales*

*cubren los senderos que llevan a lo alto,
para alejarlo de nuestro mundo.*

Sus ligeros suspiros eran conmovedores en extremo.

Nada en el entorno atraía en especial al joven, aunque no pocas cosas despertaban sus simpatías, pero el día avanzaba y tenía la incómoda sensación de ser visible.

—Lamento que no podamos seguir hablando —respondió—, porque es mucho más lo que quisiera saber, pero sin duda debo renunciar a cualquier queja hasta que nos conozcamos un poco mejor. Mientras insistas en tratarme como lo harías con cualquier otro, me tomaré a mal, por más que a mí mismo me sorprenda, que no llegues a comprenderme.

Se trasladó al extremo oeste de la fachada de la casa, donde el vigilante

había preparado su aposento, y allí se entregó a sombrías reflexiones.

—Hay un gran alboroto en la encañizada —observó uno de sus hombres—. Sin embargo, el espíritu no parece estar ahí dentro... Supongo que los peces no acuden.

Ellos parecían enterados de todo. Unas curiosas embarcaciones hechas con ramas cortadas navegaban de un lado a otro, cada hombre de a bordo entregado a su humilde tarea, y la manera en que se deslizaban a merced de las aguas recordaba al joven que la vida somete a todos los seres a unos peligros similares. «¿He de imaginar que los riesgos que ellos corren en este mundo no me afectan

y que vivo a salvo en un lujoso palacio?», se preguntaba una y otra vez.

Pidió que le trajeran una escribanía y envió a la muchacha una nota:

*¡Qué gotas mojan estas mangas, cuando
el remo del barquero, al rozar los bajíos,
sondea el misterioso corazón de la
Doncella del Puente! [\[18\]](#)*

«Sé que estás entregada a una triste ensoñación.» Le dio la nota al vigilante, que, aterido de frío, la llevó a su destinataria.

Aunque azorada por el aroma nada común que emitía el papel, ella pensó que lo más importante era dar una rápida

respuesta:

*Esas gotas día y noche, mientras el
barquero de Uji cruza la corriente,
empapan estas mangas siempre húmedas,
tanto que quizá pronto se pudran.*

«Casi me siento flotar.» [\[19\]](#)

La caligrafía de la misiva era muy bonita. «¡Qué absolutamente adorable es la doncella!», se dijo él, pero sus hombres gritaban «¡Ha llegado el carruaje de su señoría!» y le apremiaban. Así pues, el joven se limitó a llamar al vigilante para decirle que estaría de vuelta cuando Su Alteza hubiera regresado. Entonces se quitó las prendas mojadas, que regaló al

hombre, y se puso el manto de vestir que había pedido que le trajeran.

Seguía pensando en lo que le había dicho la anciana, y aún estaba grabada en su mente la imagen de unas figuras más encantadoras de lo que él jamás había esperado: no, comprendió apesadumbrado, el abandono de este mundo todavía era algo muy superior a sus fuerzas.

Envió una carta, no en el estilo de una nota de amor, sino escrita en grueso papel blanco. Eligió el pincel con cuidado e imprimió a sus trazos un encanto inconfundible. Escribió: «Me temo que una excesiva reticencia, temeroso de decir más de la cuenta, hizo que al final me

callara más de lo que deseaba. Confío en que a partir de ahora, como brevemente he sugerido, me concederás un lugar más cómodo ante tus persianas. He observado cuán largo va a ser el retiro de Su Alteza, y espero ilusionado suprimir entonces la decepción de que la bruma me haya impedido verle», y otras cosas de ese estilo. Todo era muy decoroso. Su mensajero fue el ayudante de la Guardia de la Izquierda de Palacio. «Busca a esa anciana y dale la carta», le encargó. Junto con la carta envió varias cajas grandes compartimentadas, pues recordaba el frío que parecía tener el vigilante cuando hacía las rondas.

Al día siguiente también envió una

carta al templo de Su Alteza, y esta vez la acompañó de seda, guata de algodón y otros artículos similares, de modo que Su Alteza pudiera ofrecerlos mientras él estaba allí, pues no dudaba de que los monjes que residían en la casa habían sufrido grandes incomodidades durante las recientes tormentas. Su Alteza iba a partir aquella mañana, una vez finalizado su retiro, y, por lo tanto, incluyó algodón, seda, estolas y un juego de vestiduras para cada uno de los monjes practicantes. [\[20\]](#)

El vigilante se puso enseguida la veste de caza, de exquisita belleza, y la suave túnica de preciosa seda blanca decorada con figuras, cuyo perfume era indescriptible, que el capitán le había

dado, pero lo que no pudo hacer fue cambiar de cuerpo. Incluso mientras alababan las prendas, todos observaron el grotesco contraste de la fragancia con su fealdad, y al final todo aquello fue bastante embarazoso. Incómodo con tales galas, el vigilante decidió librarlas del perfume que siempre causaba un revuelo tan desagradable, pero, ¡ay!, el aroma del capitán las impregnaba y, por mucho que las lavara, no podía eliminarlo.

Al capitán le encantó ver unos logros tan ingenuos en la réplica de la hermana mayor. En cuanto a Su Alteza, le hablaron de la carta del capitán y se la dieron a leer.

—¿Qué hay de extraño en ella? —

inquirió Su Alteza—. Sería una desconsideración que escribiera como un pretendiente. Sus sentimientos parecen del todo distintos a los de otros jóvenes, e imagino que el motivo de que le muestre estas atenciones es que ya le di a entender cierta vez lo que espero de él cuando yo desaparezca.

Expresó su agradecimiento por los regalos, tan numerosos que no habían cabido todos en su cueva de la montaña, [\[21\]](#) y esta reacción hizo que al capitán le entraran ganas de visitarle.

Por aquellos mismos días, el Tercer Príncipe [\[22\]](#) había dado a conocer una fantasía suya, la de que sería un placer especial para él relacionarse con una

persona que viviera apartada del mundo, así que el capitán decidió animar a su amigo a que cumpliera ese deseo. Caía una noche serena cuando fue a verle.

Estaban charlando de una cosa y otra cuando el capitán mencionó al príncipe que vivía en Uji y deleitó a Su Alteza al relatarle lo que había visto aquel amanecer. «¡Lo sabía!», se dijo el capitán, reparando en el interés de su amigo, y siguió hablando de una manera calculada para reforzar su efecto.

—Pero has dicho que ella te respondió con una nota —objetó Su Alteza—. ¿Por qué no me la dejas ver? ¡Yo, te la habría mostrado!

—¡Justamente! —replicó el capitán—.

Estoy seguro de que recibes toda clase de cartas como ésta, y jamás me enseñas ninguna. Nadie que lleve una vida tan protegida como la mía podría acceder por sí solo a esas jóvenes, tal como son, y deseo que las conozcas, aunque no puedo imaginar cómo te sería posible visitarlas. Por lo que respecta al galanteo, el mundo pertenece a quienes no arrastran el lastre de un alto rango. Desde luego, existen tesoros ocultos, y en abundancia. Es evidente que ha de haber otras mujeres con esa clase de atractivo, que habitan en secreto los sombríos recovecos de las aldeas de montaña y otros lugares de ese estilo. Durante años he despreciado a las dos de las que te he hablado, suponiendo

que vivir con un santo varón tan ajeno al mundo las habría convertido en un par de zafias, y he hecho caso omiso de cuanto oía decir de ellas. Pero si realmente responden a lo que vi de ellas a la débil luz de la luna, entonces no hay duda de que son excepcionales. Su aspecto, su porte... Uno ha de convenir en que mujeres así son dechados de feminidad.

Su Alteza acabó sintiéndose realmente celoso, y le embargó el profundo deseo de descubrir más cosas acerca de aquellas maravillas que tan profundamente habían afectado a un hombre impermeable a cualquier atractivo común.

—Entonces no las pierdas de vista — advirtió al capitán, lleno de frustración e

irritado por el pomposo rango que le imponía tales restricciones.

El capitán se sentía regocijado.

—Vamos, vamos. Esto es una tontería. Estoy resuelto a no interesarme jamás por nada de este mundo, y, por lo tanto, recelo de cualquier frivolidad. Sentiría una profunda decepción si, a mi pesar, abrigara tan tenaces deseos.

—¡Nobles palabras! —exclamó Su Alteza riendo—. ¡Tan sólo espero que seas capaz de llevar hasta el final tus elevados y piadosos propósitos!

En el fondo, el capitán estaba cada vez más absorto en lo que la anciana le había insinuado, y le importaba relativamente poco que cierta muchacha

fuese considerada deliciosa o que se dijera de ella que era un placer contemplarla.

Llegó el décimo mes, y al quinto o sexto día emprendió el camino de Uji.

—Esta vez debéis echar un vistazo a la encañizada, mi señor —le dijeron sus hombres.

—¿Cómo? —replicó—. ¿He de acercarme a la encañizada, cuando siento que mi vida es tan precaria como la de la efímera? [\[23\]](#)

Dejó de lado tales pensamientos y partió, como de costumbre, con la mayor discreción. Viajó en un ligero carruaje de cestería, abrigado por un manto de vestir y con unos pantalones fruncidos de

sencilla y rígida seda que le habían cosido para la ocasión.

Su Alteza se mostró encantado de recibirle y le agasajó generosamente con lo que el lugar ofrecía. Cuando oscureció, encendió la lámpara y requirió la presencia del Iniciado para que explicara el significado profundo de la escritura cuya lectura habían interrumpido. No cerraron los ojos en toda la noche, pues un fuerte viento soplaba sobre el río, y los chasquidos de las ramas arrancadas y el fragor de las aguas impedían el reposo. El ánimo se encogía en tan agreste y solitario lugar.

Cuando el capitán juzgó que el amanecer estaba cerca, no pudo evitar la

rememoración de aquel otro amanecer y se puso a hablar resueltamente del hechizo de la música.

—La última vez que vine aquí, aquel alba en que la bruma me desorientó, acerté a oír un pasaje musical tan maravilloso que desde entonces sólo anhelo escuchar más.

—Tras haber renunciado al color y la fragancia, he olvidado por completo la música que aprendí en el pasado —replicó Su Alteza, pero de todos modos pidió que le trajeran un *kin*—. No —dijo enseguida—, no me sale. Tal vez recupere la habilidad después de oírte tocar. —Pidió un *biwa* y se lo ofreció a su invitado.

El capitán tomó el instrumento y lo afinó.

—No puedo creer que sea éste el *biwa* cuyos breves sonos oí entonces — comentó—. Había supuesto que la magia se debía al tono del instrumento. —Se mostraba reacio a tocar.

—Eso es poco amable de tu parte. ¿Cómo es posible que una música tan placentera como la que mencionas haya llegado a tus oídos en este lugar? Eso es del todo imposible.

Su Alteza empezó a tañer el *kin*, con un efecto profundamente conmovedor; sin duda, el viento que soplaba entre los pinos de la montaña apoyaba su música.

[24] Aparentando una considerable

vacilación, tocó una sola pieza, muy bella.

—De vez en cuando me sorprendo al percibir los débiles sonidos de un *sô no koto*, indicios de que ellas han aprendido a tocar..., pero la verdad es que hace largo tiempo que dejé de escucharlas. Las dos parecen jugar con el instrumento a su placer, pero espero que su único acompañamiento sea el de las olas del río. Desde luego, no puedo imaginar que por sí solas sean diestras con el ritmo.

Pidió a la servidumbre que alguien fuese al lugar donde estaban sus hijas para pedirles que tocaran, pero ellas no se atrevían a hacerlo, pues el capitán las había oído por casualidad y sabían que, azoradas como estaban, tocarían mal.

Ambas expresaron su rechazo y respondieron con excusas a los repetidos intentos por parte de Su Alteza de hacerles cambiar de parecer. El capitán estaba muy decepcionado.

Entonces Su Alteza se sintió sumamente avergonzado del modo de vida de las muchachas, tan alejado del mundo y, a su modo de ver, tan desventurado.

—Al criarlas confié en que nadie sabría jamás que estaban aquí —le confesó a su visitante—, pero ahora que cada día puede ser el último de mi vida, me temo que la única atadura que me impide irme del mundo es pensar en cómo ellas, que tienen toda la vida por delante, podrán enfrentarse al abandono y la

indigencia.

El capitán se sentía afligido al ver el apuro en que se hallaba aquel santo varón.

—No estoy en condiciones de ofrecerles una ayuda solvente —replicó—, pero os estaría muy agradecido si no me tuvierais por un extraño. Os aseguro que mientras viva no me retractaré de la promesa que hoy os hago, por muy lacónicamente que pueda expresarla.

Su Alteza se sintió muy complacido ante estas palabras, y así se lo hizo saber.

Mientras Su Alteza se retiraba para elevar sus preces matutinas, el capitán requirió la presencia de aquella anciana. La conocían como la señora Ben, y estaba encargada de cuidar de las hijas. Su

manera de dirigirse a él conservaba la elegancia y la distinción de antaño, aunque tenía casi sesenta años. La mujer dio rienda suelta a las lágrimas mientras le contaba que el gran consejero supernumerario [\[25\]](#) se fue sumiendo cada vez más profundamente en la melancolía, hasta que enfermó de gravedad y murió. «Sí, lo que dice sobre el pasado conmovería a cualquiera —reflexionó el capitán—, y para mí, tras haberme preguntado durante años lo que sucedió y de qué modo empezó, y tras rogar al Buda que me lo aclarase, ¡resulta extraordinario constatar (por lo menos así lo parece) que mi plegaria ha sido atendida inesperadamente, y con un relato tan

turbador como un sueño!» No podía contener las lágrimas.

—¡De modo que todavía vive alguien que sabe lo que sucedió! —exclamó—. ¿Es posible que este increíble y vergonzoso conocimiento pueda haber llegado de la misma manera a ser dominio de alguien más? Jamás he oído nada parecido.

—No, mi señor, nadie, salvo Kojijû y yo, puede saberlo. Jamás he dicho ni una palabra a nadie. En cuanto a mí, carezco de importancia, pero estuve a su lado día y noche, y, una vez que empecé a comprender la verdad, como era inevitable, él recurrió a nosotras dos, y sólo a nosotras, para enviarle a ella una

carta de vez en cuando, cuando la angustia que le embargaba era insoportable. No puedo contároslo todo porque no me atrevería a tanto. Al final me confió unas palabras que han sido una penosa carga para una mujer como yo y que, además, me han causado tan profunda desazón que mi ferviente deseo de transmitirlos me llevó a albergar la esperanza de llegar a hacerlo en mis humildes oraciones. Ahora por fin estoy segura de que existe un Buda en este mundo. Tengo ciertas cosas que mostraros. Solía decirme a mí misma que no había esperanza y que lo mejor sería que las quemara, pues temía que después de todo se difundieran si yo, que en cualquier momento puedo desaparecer,

las dejaba atrás. Entonces vos empezasteis a visitar de vez en cuando a Su Alteza, y recobré el valor para orar por que llegara esta ocasión. Que por fin haya llegado debe de ser cosa del destino, determinado por las vidas anteriores.

Incapaz de contener las lágrimas, le contó las circunstancias de su nacimiento.

—En medio de la conmoción causada por la muerte del gran consejero supernumerario, mi madre cayó enferma y no tardó en morir, lo cual fue otro duro golpe. Mi duelo fue entonces doble, y sólo conocía la aflicción. Entonces cierta persona sin importancia que me había pretendido durante años me persuadió de que le acompañara a los confines del mar

occidental, [\[26\]](#) de modo que perdí del todo el contacto con la Ciudad. Él murió allí, y regresé al cabo de diez años con la sensación de que todo había cambiado en ella. Había frecuentado la residencia de Su Alteza desde la infancia, gracias a un familiar por el lado paterno, y por entonces había perdido ya el deseo de relacionarme con la gente. Sin duda debería haber apelado a su señoría, la consorte de Su Eminencia Enclaustrada Reizei, puesto que había sido íntima de la familia durante tanto tiempo, pero lo cierto es que no me atreví a hacerlo y, al final, nunca fui allí. Así pues, me he convertido en un árbol que se va marchitando en la espesura de las

montañas. [\[27\]](#) No sabría decir cuándo murió Kojijû. A estas alturas, sobreviven muy pocos de mis conocidos, jóvenes por entonces, y no puedo dejar de lamentarme de una vida en la que tantos seres queridos me han sido arrebatados. Con todo, aquí me tenéis.

Siguió hablando hasta que se hizo de día.

—Muy bien, entonces —dijo el capitán—. Estoy seguro de que lo que podrías contarme del pasado no tiene fin. Debemos hablar en otra ocasión, en algún lugar tranquilo donde nadie pueda oírnos. Tengo un vago recuerdo de la mujer a la que llamaban Kojijû; yo debía de tener entonces cinco o seis años. Según parece,

contrajo de repente una dolencia del pecho y murió. De no ser por nuestra conversación, habría pasado el resto de mi vida sumido en el pecado. [\[28\]](#)

Ella le dio una colección de papeles, reunidos en un prieto rollo y con olor a moho, dentro de una bolsa con la abertura atada.

—Os ruego, mi señor, que hagáis quemar estos papeles en vuestra presencia. El gran consejero supernumerario los reunió y me los dio, tras asegurarme que no podía seguir viviendo, y entonces pensé que la próxima vez que viera a Kojijû le pediría que los llevara allá donde encontraran su lugar apropiado, [\[29\]](#) pero ella y yo nunca

volvimos a vernos y, en definitiva, me quedé con la triste carga de este secreto.

El semblante del capitán se mantuvo impasible mientras ocultaba lo que acababa de recibir. Se preguntaba con tristeza si la anciana había hecho como tantas otras, cediendo sin más al impulso de contar unos chismes sensacionales. Pero eso le parecía improbable, dada la insistencia con que le había prometido una y otra vez que no se lo contaría a nadie más.

Comió a base de gachas y arroz al vapor. El día anterior los despachos habían estado cerrados, pero aquel día la reclusión en palacio habría terminado y, además, él tenía que ofrecer sus buenos

deseos por el restablecimiento de la Primera Princesa [30] de Su Eminencia, que estaba enferma, así que, por ambos motivos, estaría del todo ocupado. Aseguró a su anfitrión que volvería a visitarle antes de que las hojas otoñales hubieran desaparecido de las colinas. [31] Su Alteza, complacido, replicó:

—A decir verdad, tus frecuentes visitas traen un poco de luz a las sombras de estas montañas.

Lo primero que hizo el capitán cuando llegó a casa fue inspeccionar la bolsa. Era de brocado chino, y en ella estaban escritas las palabras «Para Su Alteza». El nudo del delgado y trenzado cordel llevaba el sello personal de su padre. Un

escalofrío recorrió su cuerpo al abrirla. La bolsa contenía hojas de papel de diversos colores, entre ellas cinco o seis réplicas de su madre. Cinco o seis hojas de papel Michinokuni con la caligrafía de su padre, cuyos caracteres parecían las huellas de algún ave extraña, reflejaban con claridad la gravedad de su estado; en ellas le decía que ya no le era posible enviarle ni el más breve mensaje, que la imaginaba por entonces con hábito de monja y otras cosas igualmente patéticas.

Incluso más que por ti, que ante mis propios ojos has renunciado al mundo, me aflijo por este alma mía, que pronto te dejará para siempre,

le había escrito, y al margen: «No tengo motivos para preocuparme por el brotecillo [\[32\]](#) del que recibo tan excelentes noticias, y, no obstante,

*si viviera, sabría que era mío y
observaría desde lejos*

*a qué altura le crecerían al pino mis
hojas secretas entre las rocas».*

Todo tenía un aspecto descuidado, y la carta, dirigida «A Kojijû», parecía interrumpida antes del final. Ahora el papel era refugio de lepismas y olía a vejez y moho, pero la escritura seguía allí, tan fresca como si el pincel acabara de trazarla, y las palabras resaltaban con

perfecta claridad. «Es cierto —se dijo el capitán—; si esto hubiera llegado a extraviarse...», y le sobrevino un temblor mientras se compadecía de ellos.

¿Podría suceder de nuevo algo similar? Lo que él sabía ahora le afectaba tanto que renunció a ir a palacio, como se había propuesto. Visitó a Su Alteza Enclaustrada, a la que encontró, juvenil e inocente, leyendo una escritura que ocultó avergonzada. ¿De qué serviría decirle que lo sabía? No, lo guardó para sí, a fin de reflexionar sobre ello día tras día.

SHIIGAMOTO

Bajo el roble

Shiigamoto («bajo el roble») sirve de título a este capítulo debido a su presencia en un poema de Kaoru donde lamenta la muerte de Hachi no Miya:

*El roble que busqué para que me diera
feliz refugio bajo su ancha copa ya no
existe, y donde él vivió reinan el vacío y
el silencio.*



Relación con los capítulos anteriores

Bajo el roble» sigue a «La Doncella del Puente» y parece superponerse cronológicamente con el final de «El río de bambú».

Personajes

El capitán consultor, luego consejero, de 23 a 24 años (Kaoru)

Su Alteza de la Guerra, de
24 a 25 años (Niou)

**Su Alteza el Octavo
Príncipe**, de unos 60 años (Hachi no
Miya)

Su hija mayor, de 25 a 26 años
(Ôigimi)

Su hija menor, de 23 a 24 años
(Naka no Kimi)

Ben, dama de honor de las hijas de
Hachi no Miya, de unos 60 años

El Iniciado (Uji no Ajari)

Un mensajero de Niou

El vigilante de Uji

Hacia el vigésimo día del segundo mes, Su Alteza del Departamento de la Guerra realizó un peregrinaje a Hatsuse. Ya había transcurrido mucho tiempo desde que prometió hacerlo, pero los años se habían ido sucediendo sin que se decidiera a cumplir lo prometido, y sin duda el motivo principal para emprenderlo entonces era el aliciente de hacer en Uji una pausa en el viaje. No daba precisamente una muestra de seriedad al sentirse tan atraído por un lugar que otros habían considerado «detestable». [\[1\]](#) Le acompañó un nutrido grupo de nobles de alto rango y, por supuesto, los caballeros del círculo privado, por lo que prácticamente nadie

se quedó atrás.

Al otro lado del río había una extensa y hermosa propiedad que Su Excelencia de la Derecha había heredado de Su Gracia de Rokujô, y Su Excelencia había dispuesto recibir allí al grupo. Incluso había tenido la intención de ir allí y saludar personalmente al príncipe durante el viaje de regreso de Su Alteza, pero, por desgracia, le aconsejaron que se mantuviera en estricta reclusión y no pudo realizar sus deseos. Su Alteza estaba un tanto decepcionado, pero entonces, aquel mismo día, el capitán consultor fue a su encuentro. Ésta era una perspectiva mucho más agradable, y también esperaba que le hablara de lo que sucedía en la otra orilla.

Tenía la sensación de que el rango de Su Excelencia era demasiado elevado y que por ello su compañía comportaba demasiadas exigencias. Los hijos de este caballero —el gran senescal de la Derecha, el consultor ayudante, el capitán supernumerario, el teniente secretario, el chambelán segundo de la Guardia— estaban allí para atenderle. Todos ellos tenían en alta estima a Su Alteza, puesto que era el favorito de Sus Majestades y, naturalmente, contaba con la lealtad tanto de Su Excelencia como de todos los demás habitantes de Rokujô.

La casa estaba amueblada con sobriedad. Sacaron tableros de *go*, chaquete y *tagi*, y se pasaron la jornada

entregados a los placeres de los juegos. Extenuado por la experiencia desacostumbrada del viaje, Su Alteza también tenía otras razones para desear vivamente quedarse donde estaba, y, así, al anochecer, después de un breve descanso, pidió que les trajeran instrumentos musicales.

Le parecía que en un lugar tan remoto el estrépito del agua contribuía a que los instrumentos tuvieran un sonido más bello; entretanto, allá, al otro lado del río, en la casa del príncipe ermitaño, la música transportada por la brisa le recordaba a Su Alteza los tiempos pasados.

«¡Qué delicioso tono obtiene el músico de esa flauta! —musitó para sí—.

¿Quién puede ser? Hace mucho oí tocar la flauta de esa manera a Su Gracia de Rokujô, que dotaba a la música de gran dulzura y encanto. Pero quienquiera que sea hace vibrar los cielos y da a la música un toque de grandeza... Parece el estilo de Su Excelencia el difunto canciller». [\[2\]](#) Y siguió diciéndose: «¡Ah, cuánto tiempo ha pasado, cuánto! Todos estos años, medio vivo y medio muerto, sin un solo momento de música como ésta... ¡No, carecería de sentido contarlos todos!». Mientras así monologaba, pensaba en lo vergonzoso que era para sus hijas, y anhelaba que no se vieran atrapadas para siempre en aquellas colinas. Exhaló un suspiro. «Acogería de buen grado una eventual

alianza con el capitán consultor, pero no veo tal cosa en perspectiva, y no puedo imaginarme por un solo momento aceptando a cualquiera de los jóvenes atolondrados que tanto abundan hoy día.» Así pues, las penalidades que asediaban su casa alargaban en exceso la noche primaveral, [3] mientras que a los viajeros, en su alojamiento al otro lado del río, la embriaguez les traía el alba con sorprendente celeridad, y Su Alteza de la Guerra lamentaba que ya fuese hora de partir.

Bajo un cielo completamente velado por las brumas primaverales, unos cerezos estaban perdiendo los pétalos, mientras que otros acababan de florecer, y

a lo largo del río era posible admirar una hermosa perspectiva de sauces agitados por el viento que se reflejaban en el agua.

[4] Su Alteza de la Guerra, que no acostumbraba a ver tales paisajes, estaba maravillado y le resultaba difícil abandonar aquel paraje.

El capitán no deseaba perderse aquella oportunidad de visitar la residencia del otro lado del río, pero no se decidía a hacerlo, temeroso de que le considerasen frívolo si abandonaba al grupo y, sin nadie que le acompañara, se alejaba remando. Entretanto llegó una carta desde aquel lugar.

Los vientos de las colinas barren la

*persistente niebla con compases
musicales,*

*y, sin embargo, siguen distanciándonos
las agitadas olas de la corriente.*

Así había escrito el caballero, en un
estilo corrido muy bello.

Su Alteza se mostró encantado al
comprender que la misiva procedía del
lugar en el que ya estaba pensando.

—¡Seré yo quien responda! —
exclamó.

*Es cierto que un gran trecho de olas se
extiende desde esta orilla a la vuestra,
¡pero lleva allá mis saludos, oh, viento, a
través del río!*

El capitán fue a entregar la misiva e invitó a varios caballeros apasionados de la música a que le acompañaran. Durante la travesía del río tocaron «La magia de la bebida», tras lo cual desembarcaron respetuosamente, complacidos al ver que los escalones que conducían al agua desde la galería junto al río eran de un estilo del todo apropiado. De nuevo el lugar era distinto de aquel que acababa de abandonar. Sus biombos de cestería, que eran tan sencillos como cualquiera que se pudiese encontrar en una aldea de montaña, prestaban su propio toque al encanto particular del mobiliario, aunque Su Alteza había apartado cuidadosamente los muebles a fin de crear espacio para la

recepción de los invitados. Con suma discreción había dispuesto unos venerables instrumentos, cada uno de ellos dotado de un magnífico tono, con los que tocaron «El hombre flor de cerezo» en el modo *ichikotsu*. Todo el mundo había esperado que en una ocasión como aquélla su anfitrión tocara el *kin*, pero se limitó a tañer de vez en cuando, de una manera por completo informal, las cuerdas de un *sô no koto*. El sonido impresionó profundamente a los caballeros más jóvenes, tal vez porque pocas veces oían algo similar. Siguió una agradable comida a base de productos del lugar, servida por unos ayudantes cuyo parecido con descendientes imperiales

era mucho más estrecho de lo que ellos jamás habrían imaginado, o por ancianos príncipes no reconocidos del cuarto rango que, ante la perspectiva de la llegada de los invitados, habían querido estar presentes, sin duda deseosos de proporcionar a Su Alteza la ayuda que tanto necesitaba. También los encargados de traer los recipientes de sake eran tan absolutamente presentables que los recién llegados vieron en la recepción por parte del príncipe una añeja y maravillosa elegancia. Entretanto, los invitados se esforzaban por imaginar la vida que llevarían allí las hijas de Su Alteza, y sin duda algunos de ellos estaban deseosos de probar suerte.



Recipiente de sake

Su Alteza de la Guerra, cuyo rango le permitía mucha menos libertad de la que gozaban los demás, lamentaba sentirse tan constreñido y no podía contenerse.

Ordenó que arrancaran una rama bellamente florida y encargó a un apuesto paje a su servicio que la entregara. La nota decía:

He venido a tu encuentro buscando las flores de cerezo en todo su esplendor, y yo mismo he recogido un ramillete

para ponérmelo en el pelo. [5]

«Por amor al prado...», [6] o algo por el estilo.

Las hijas de Su Alteza tenían gran dificultad para idear una respuesta.

—Es de sentir general que, en tales ocasiones, una no se toma su tiempo y tarda en replicar —les advirtieron sus damas de honor más experimentadas.

Su Alteza pidió a la hermana menor que escribiera:

*Las flores que recogiste para tu pelo te
han traído al seto del aldeano,
y pasarás sin detenerte apenas, oh tú que
viajas con la primavera.*

«¿Qué encanto tiene el prado?» Su caligrafía era muy bonita y lograda.

En efecto, la imparcial brisa del río traía el sonido de la música. Llegó el gran consejero Fujiwara [7] para transmitir a Su Alteza los saludos de Su Majestad. Su gran séquito se unió al grupo de Su Alteza, y fue una animada y discutidora multitud la que regresó desde aquel lugar a la Ciudad. Los señores más jóvenes, que anhelaban quedarse, volvían la vista atrás una y otra vez, mientras que Su Alteza permanecía allí, con la esperanza de que hubiera otra ocasión como aquélla. Era el momento de máximo esplendor de las flores, y la calina primaveral dotaba de encanto al paisaje por todas partes,

inspirándoles a componer un poema tras otro, tanto en chino como en japonés, si bien no me he molestado en preguntar por el contenido de tales composiciones.

Su Alteza se sentía insatisfecho porque, en medio de la confusión general, no había podido expresar lo que realmente pensaba, pero las cartas del joven seguían llegando, incluso en ausencia de alguien que las presentara. [8]

—Debéis responderle —dijo el padre de las jóvenes damas—, aunque tenéis que evitar cualquier asomo de cortejo, pues eso le incitaría más. Es un príncipe muy dado al galanteo y, ahora que conoce vuestra existencia, sin duda son pocas sus intenciones de dejar las cosas como están.

La hija menor era la que escribía cada vez, a instancias del padre; la mayor era demasiado prudente para dedicarse a tales chanzas.

El padre, siempre muy proclive a la melancolía, tenía cada vez más dificultad para soportar la vacua calma primaveral, y pasaba el tiempo sumido en ociosas meditaciones. Que sus hijas hubieran madurado hasta tener una belleza irresistible no hacía más que empeorar la situación, y se lamentaba día y noche diciéndose que su dolor y su pesar podrían haber sido más llevaderos si ellas hubiesen sido feas. Por entonces la mayor tenía veinticinco años, y la menor, veintitrés.

Aquel año Su Alteza tenía que ser muy cauto, y el desaliento le hizo entregarse más que nunca a sus devociones. Puesto que el mundo no significaba nada para él y tan sólo pensaba en prepararse para la gran partida, parecía tener la certeza de que deseaba emprender el sereno camino; [9] no obstante, esa única cuestión de sus hijas le causaba una creciente preocupación, y sus conocidos tenían la sensación de que, pese a su firme resolución, cuando llegara la hora de abandonarlas sería presa de la vacilación. ¡De qué buen grado habría hecho la vista gorda a cualquier cortejador, aunque no fuese ideal, que sinceramente quisiera hacerse cargo de una de ellas, si tan sólo

fuese lo bastante aceptable como para no causar un chismorreo desfavorable! Le habría aportado un gran consuelo dar su aprobación a cualquier refugio capaz de proporcionar a cada una de ellas un lugar en el mundo; pero, ¡ay!, no había nadie que las quisiera con tan serios propósitos. En las raras ocasiones en que eran objeto de la galantería de jóvenes, éstos sólo deseaban pasar el rato cuando iban de peregrinaje o regresaban, y Su Alteza, asustado por la posibilidad de que aquellos muchachos pudieran imaginar la monótona vida de sus hijas y las despreciaran por ello, nunca les permitía ni siquiera la respuesta más superficial. Su Alteza de la Guerra era quien estaba

absolutamente decidido a conseguirlas. Tal vez ése fuese su destino.

Aquel otoño el capitán consultor fue nombrado consejero, pero, a pesar del incremento de su prestigio y de su mayor responsabilidad, seguía teniendo muchas preocupaciones. Durante largos años había querido saber la verdad, y ahora reflexionaba sobre el caballero que había tenido una muerte tan trágica y, mediante fervorosas oraciones, anhelaba aligerar la carga de su pecado. También se compadecía de la anciana que le había revelado su origen y, de la manera más discreta posible, hacía por ella cuanto estaba en su mano.

Al caer en la cuenta de que llevaba

largo tiempo sin ir a Uji, se puso en camino. Era el mes séptimo. El otoño aún no había llegado a la Ciudad, pero cerca del monte Otowa las ráfagas de viento eran muy frías, y las boscosas colinas que se alzaban más allá tenían un color desvaído. Cuando llegó a su destino, el paisaje le llenó de asombro y placer, pero Su Alteza, a quien le encantaba todavía más saludarle, se puso a hablar largo y tendido de sus aflicciones.

—Confío en que, cuando me haya ido, encontrarás el modo de atender las necesidades que mis hijas puedan tener —aventuró—, y que, al igual que antes, contarán para ti entre las personas merecedoras de tu afecto.

—Tuvisteis la bondad de mencionar antes este asunto, y no tengo intención de romper la promesa que entonces os hice —replicó el consejero— Yo, que deseo reducir mis vínculos con el mundo, dispongo de poco tiempo para poder serles de utilidad, pero espero mostraros claramente que mis sentimientos no han cambiado, mientras tenga la capacidad de hacerlo.

Su Alteza se dio por satisfecho.

Aquella noche la luna brilló con intensidad, pero no tardaría en ocultarse detrás de las colinas. Su Alteza se puso a invocar el Nombre de un modo



Kashô

conmovedor, y entonces empezó a hablar del pasado:

—Me intriga, ¿sabes?, cómo es ahora el mundo. Cuando intervenía en los conciertos musicales de palacio, bajo una luna otoñal como ésta, los expertos reconocidos procuraban hacerlo lo mejor

posible, y el efecto de conjunto era en verdad grandioso, pero lo que más solía interesarle a uno era el sonido quejumbroso de un único instrumento a altas horas de la noche, cuando todo el mundo se había retirado a descansar, que surgía débilmente aquí y allá de los aposentos de una consorte o una íntima, damas altamente respetadas y tan resueltas a rivalizar entre ellas, incluso mientras se muestran una consideración superficial. Las mujeres son criaturas insignificantes, buenas tan sólo para los placeres pasajeros, pero despiertan fuertes sentimientos, y supongo que ése es el motivo de que su pecado sea tan profundo. Una hija es una hija, [\[10\]](#) y lo más

probable es que cause una gran preocupación aunque uno deba reconocer lo poco que vale.

Expresó su inquietud en términos generales, y su visitante, lleno de comprensión, convino en que al hombre le asistían todas las razones para sentirse así.

—En lo que a mí concierne, he abandonado la vida galante —replicó el consejero—, y sin duda ésta es la causa de que sepa tan poco de las muchachas, pero, pese a la intrascendencia de la música, es en verdad muy difícil renunciar al gusto por ella. Ello explica que incluso el piadoso Kashô se pusiera a bailar. [\[11\]](#)

Aún parecía recordar con nostalgia el

sonido del *koto* que cierta vez oyera tan brevemente, y en consecuencia Su Alteza fue personalmente en busca de sus hijas para pedirles que tocaran, confiando tal vez en lograr un mayor acercamiento entre ellas y el visitante. Se oyó un pasaje muy débil y breve tocado con el *sô no koto*. En semejante lugar, bajo un cielo que evocaba cada vez más pesar y desolación, aquella música improvisada satisfizo al consejero, pero las hermanas no se prestaron a tocar juntas.

—Muy bien, ahora que he conseguido esto, os dejo el resto a vosotras, que tenéis vuestras vidas por delante.

Su Alteza se recluyó en la sala del altar, diciendo:

*Cuando me haya ido, esta ermita de
hierbas se echará a perder,
pero sé que, como siempre, serás tan fiel
a tu palabra. [\[12\]](#)*

—Este encuentro nuestro podría ser el último, y el pesar me ha impedido contenerme. He dicho demasiadas tonterías. —Estaba llorando.

Su invitado replicó:

*¿En qué tiempo venidero romperé esa
solemne promesa, cuando os di mi
palabra
de que jamás renunciaré a ésta, la
ermita que alzasteis? [\[13\]](#)*

—Vendré a veros cuando haya terminado el torneo de lucha [14] y las demás diversiones.

Abandonado a sus propios recursos, el consejero llamó a la anciana que tanto le había sorprendido con su relato y la interrogó sobre numerosos aspectos que aún no le había explicado. La brillante luna descendía y dotaba a su figura de una espléndida elegancia, [15] mientras las hermanas permanecían en un rincón de la estancia. El consejero se dirigió a ellas con tanta discreción y sinceridad, en un tono que carecía del menor atisbo de vulgar galanteo, que ellas le respondieron sin reticencia. Él recordó en silencio lo ansioso que estaba Su Alteza de la Guerra

por conocerlas, y pensó que él seguía siendo realmente distinto a los demás hombres. «¡De qué buen grado Su Alteza me ha animado! —se dijo—, ¡y no siento el menor deseo de apresurarme! No es que eso sea del todo imposible, por lo que puedo ver. Será muy agradable hablar así con ellas e intercambiar alabanzas sobre la belleza de las flores y las hojas otoñales, y, desde luego, sería una lástima que acabaran en manos de otros.» Se sentía como si ya le pertenecieran.

Regresó a la Ciudad muy tarde. La figura de su anfitrión, que parecía tan tristemente convencido de que no iba a vivir mucho más, persistía en su mente, y se proponía regresar en cuanto terminara

la temporada llena de ocupaciones. También consideraba que había llegado el momento adecuado de ir allí: nada más apropiado que un viaje de otoño para contemplar los colores de las hojas. Enviaba cartas continuamente. La hermana que las respondía [16] no creía ni por un momento que él tuviera intenciones serias, así que no se esmeraba demasiado en las réplicas, pero mantenía el intercambio, por ligero que fuese.

A medida que avanzaba el otoño, los pensamientos de Su Alteza se volvieron aún más sombríos, hasta que decidió, como ya había hecho antes, entregarse a invocar el Nombre en paz, y con este propósito en mente dirigió a sus hijas las

inevitables palabras:

—De tal manera es esta vida que nadie se libra de la partida definitiva, pero uno puede hallar consuelo si lo prevé todo. Es trágico que deba abandonaros ahora, cuando no hay nadie más que cuide de vosotras, y, sin embargo, no sería una ayuda para mí que, por ese motivo, vagara perdido en la oscuridad de la noche eterna. No puedo decir lo que sucederá después de que me haya ido, en un mundo al que renuncié incluso mientras estaba con vosotras, pero os prevengo que no debéis hacer nada a impulsos de la irreflexión, nada que fuese la vergüenza no sólo mía, sino también de vuestra difunta madre. No es dejéis

persuadir por nadie para abandonar esta aldea de montaña, a menos que sea alguien digno de vosotras. Aceptad sencillamente que vuestro destino no es el de otras y tomad la decisión de permanecer aquí el resto de vuestras vidas. Mientras insistáis en esa resolución, descubriréis que los meses y los años pasan sin sentir. Lo que importa por encima de todo, en especial para una mujer, es evitar que la vean y no despertar nunca críticas tales que atraigan hacia ella la hostil atención de otros.

Sus hijas no podían imaginar ningún futuro para sí mismas, y sólo se preguntaban cómo sobrevivirían a la pérdida del padre. La mera imaginación

de esta triste perspectiva les turbaba lo indecible. Era evidente que él, en su corazón, las había abandonado, pero seguía teniéndolas allí día y noche, y no podían dejar de recriminarle su brusca separación, aunque no obedeciera a crueldad por parte del príncipe.

El día anterior a su partida, él vagó de un lado a otro, como de costumbre, y contempló su casa por última vez. La endeble construcción había sido su hogar durante largo tiempo, y, mientras invocaba el Nombre, el príncipe se preguntaba con lágrimas en los ojos cómo podrían permanecer allí encerradas cuando él se hubiera ido. Sumido en estas reflexiones, era la viva imagen de la distinción y la

elegancia. Entonces convocó a todas sus damas de honor.

—Prestad a vuestras señoras un fiel servicio —les pidió—. Es inexorable que, con el tiempo, quienes no han nacido para que el mundo repare en ellas entren en decadencia sin que nadie lo perciba, pero para unas jóvenes como ellas es una triste ofensa contra la nobleza de cuna caer en una innoble degradación. Las vidas de la mayoría de la gente son desdichadas y solitarias. Mantenerse leales a la dignidad y las costumbres de su casa las hará intachables a sus ojos y a los del prójimo. Tal vez les tiene una prosperidad respetable, pero jamás de los jamases debéis instarlas a una irreflexiva

imprudencia si resulta que las circunstancias no prometen tal prosperidad.

Al amanecer, cuando ya estaba a punto de partir, se reunió una vez más con sus hijas.

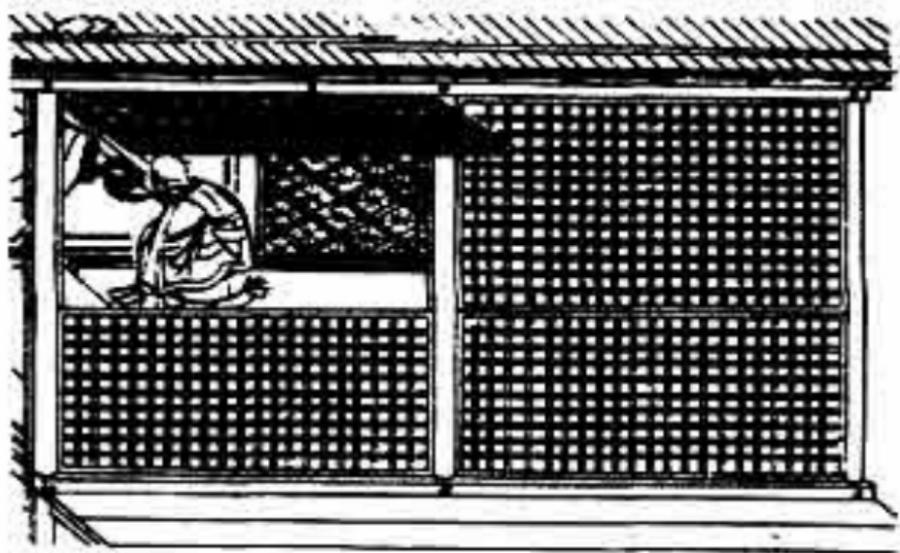
—No estéis abatidas durante mi ausencia —les encareció—. Estad alegres por lo menos en espíritu, y tocad música. Este mundo es siempre tan adverso... No os lo toméis demasiado en serio.

Mientras se alejaba, volvió la cabeza una y otra vez para mirarlas.

Las hermanas se quedaron más desconsoladas que nunca, y se pasaban el día y la noche hablando de su situación.

—¿Cómo sería posible la vida si una

de nosotras ya no estuviera aquí? —se preguntaban—. Desconocemos por completo lo que ahora nos aguarda, y si por cualquier motivo llegáramos a separarnos...



Postigo

Tanto si lloraban como si reían, cuando bromeaban y cuando estaban serias, cada una trataba con empeño de

consolar a la otra.

La noche del día en que el retiro del príncipe finalizaba y le esperaban en casa de un momento a otro, llegó un mensajero.

—Esta mañana empecé a sentirme mal, y me temo que no puedo ir —les dijo, repitiendo las palabras de Su Alteza—. Veréis, me están cuidando, en la suposición de que me he resfriado, pero ansio más que nunca estar de nuevo con vosotras.

Consternadas e inquietas por lo que pudiera ocurrirle a su padre, encargaron unas prendas gruesas y acolchadas y se las enviaron. Transcurrieron dos o tres días, y él seguía sin bajar de la montaña. Sus hijas enviaron al mensajero una y otra

vez para averiguar cómo estaba.

—No padezco nada grave —le dijo Su Alteza al mensajero—, pero no me encuentro bien. Prometo volver en cuanto me sienta un poco mejor.

El Iniciado le atendía con esmero.

—Tan sólo parecéis ligeramente indispuerto, pero creo que podríais estar emprendiendo el último viaje —le previno—. No hay ninguna razón para que lamentéis abandonar a vuestras hijas. Cada uno de nosotros tiene su propio destino, y no es necesario que os preocupéis por ellas. —Instaba al príncipe con creciente vehemencia a que renunciara a todos sus vínculos, y le advertía—: No debéis abandonar este

templo, Vuestra Excelencia.

Era cerca del vigésimo día del octavo mes, y el cielo estaba adoptando una tonalidad melancólica. La niebla persistía de la mañana a la noche, y las dos hermanas no cesaban de suspirar y lamentarse. Casi al amanecer salió la luna e inundó de luz la superficie del río, y ellas abrieron los postigos de aquel lado para contemplar la escena. El distante sonido de la campana del templo anunciaba la proximidad del alba. En aquel momento llegaron varios hombres para informarles, entre lágrimas, de que Su Alteza había muerto en plena noche.

Ellas nunca habían dejado de pensar en él ni de preguntarse cómo se

encontraba, pero la impresión causada por la noticia las dejó conmocionadas e incapaces, pues incluso sus lágrimas se habían desvanecido, de hacer otra cosa que no fuera yacer postradas en el suelo. Cuando se produce la mayor de todas las pérdidas, una suele estar presente y, por lo tanto, no duda de lo que ha ocurrido, pero el desconocimiento de los pormenores sólo aumentaba su aflicción, y no es de extrañar que fuesen presa del desconsuelo. Ellas, que apenas podían imaginar la vida sin su padre, lloraban con el desesperado anhelo de acompañarle a la otra vida, pero la hora de su padre había llegado y todos sus lamentos eran en vano.

El Iniciado se encargó de todo lo necesario, como siempre había prometido que haría.

—Nos gustaría ver su rostro y su cuerpo por última vez, ahora que se ha ido para siempre —dijeron sus hijas.

—¿De qué os serviría eso? —replicó el Iniciado—. Su Alteza ya os previno de que tal vez no volveríais a verle, y por su propio bien debéis tomar ahora la determinación de no seguir aferrándoos a él.

Eso fue todo. Cuando las hermanas supieron cómo había vivido su padre en la última etapa de su vida, condenaron amargamente el excesivo fervor ascético del Iniciado.

Durante muchos años, Su Alteza había querido hacer los votos de novicio, pero la renuencia a abandonar a sus hijas, teniendo en cuenta que no había nadie más que pudiera cuidar de ellas, había sido la causa de que permaneciera con ellas casi hasta el final, y fueron tal consuelo para él en sus tristes circunstancias que jamás había deseado realmente abandonarlas. Así pues, tanto él en su último viaje como ellas, que lloraban su pérdida, se quedaron desconsolados.

La noticia fue un duro golpe para el consejero, que tenía la sensación de que aún le quedaban muchas cosas por comentar con Su Alteza por última vez, y lloró con amargura ante aquel nuevo

recordatorio de lo que comporta la vida. «Dudo de que volvamos a vernos», le había dicho Su Alteza, pero tales observaciones por su parte eran demasiado habituales, puesto que nunca dejaba de tener presente que, en esta vida, cada día puede ser el último, y el consejero nunca había imaginado que aquello que predijera pudiese ocurrir ayer u hoy. [\[17\]](#) Abrumado de pesar, dirigió largas cartas de condolencia a las hijas de Su Alteza por medio del Iniciado, y, puesto que nadie más les escribió, incluso en su estado de desconsuelo comprendieron la hondura de su afecto a lo largo de los años. Cuando tiene lugar esta clase de partida, afecta a sus

allegados como una tragedia insólita, y él muy bien podía imaginar los sentimientos de las jóvenes, ya que carecían de cualquier otro consuelo. En consecuencia, previo cuanto requerían los necesarios ritos y envió ofrendas apropiadas al Iniciado. A través de las damas de más edad, costeó las lecturas de las escrituras en la residencia de Su Alteza.

Parecía como si el alba nunca fuese a llegar, pero aun así llegó el noveno mes. Las frías lluvias de la estación, ante las que tan fácil era el llanto, cayeron sobre prados y montañas, y de vez en cuando el sonido de las hojas al caer o el fragor del río parecían mezclarse con el torrente de su llanto, hasta tal punto que sus sirvientes

se preguntaban compungidos cómo vivirían sus señoras los años que les habían sido concedidos, y se esforzaban en vano por consolarlas. Los monjes también estaban allí, [\[18\]](#) para invocar el Nombre, además de quienes visitaban la casa para recluirse y rezar, absortos en los ritos del duelo, sus oraciones ante el altar de Su Alteza, en el aposento donde él mismo lo hiciera.

Asimismo, llegaron repetidos mensajes de Su Alteza de la Guerra. Las hermanas no se veían con ánimo de responder. El silencio de ellas —teniendo en cuenta que, por lo que él podía juzgar, respondían de manera muy distinta al consejero— le resultaba ofensivo, pues

parecían haberse olvidado de él. Se había propuesto visitarlas cuando las hojas otoñales estuvieran en su gloria, y haría que su grupo compusiera poemas chinos, pero aquél no era momento para tal excursión y, decepcionado, abandonó la idea.

El período de duelo llegó a su fin, y entonces les envió una carta muy larga, pues suponía que, como las lágrimas no podían fluir eternamente, incluso las de ellas ahora podrían secarse de vez en cuando. La misiva llegó una noche en que amenazaba lluvia:

*¿Qué vida podéis llevar cuando en otoño
el ciervo grita alrededor de la aldea*

*y al anochecer las gotas de rocío penden
de las frondas de hagi? [19]*

«Sería muy cruel por vuestra parte fingir que esta noche no compartís el estado de ánimo del cielo. Al fin y al cabo, ésta es la estación apropiada para contemplar los páramos que se agostan», [20] escribió, y otras cosas de ese estilo.

—Es cierto —dijo la hermana mayor—. Repetidas veces le hemos hecho caso omiso. Respondámosle.

Como de costumbre, solicitó a su hermana menor que escribiera una respuesta.

«¿Cómo podría haber imaginado que viviría lo suficiente para abrir de nuevo la

escribanía? —se preguntó la menor—. ¡Qué amargos momentos hemos pasado!» Sus ojos volvieron a nublarse, y tuvo la sensación de que no podía escribir nada. Apartó la escribanía a un lado.

—No puedo escribirle, todavía no —replicó—. Aquí estoy, empezando a moverme de nuevo... Sí, está claro que hay un final del duelo, pero ¡qué detestable es, y qué penoso! —Su bella figura, convulsa por el llanto, era una imagen conmovedora.

El mensajero había partido de la Ciudad al atardecer, y cuando llegó era noche cerrada.

—¿Cómo puedes volver? —hicieron que alguien le preguntara—. Debes pasar

aquí la noche.

Sin embargo, él insistió en que debía regresar de inmediato, y la mayor, que ciertamente aún no se sentía recuperada, seguía estando lo bastante apenada por su hermana como para escribir:

*La bruma de interminables lágrimas
envuelve esta aldea, y en la valla
el ciervo viene a lanzar su grito al
unísono con nuestro dolor.*

Lo había escrito en una hoja de papel gris, y en la oscuridad su caligrafía era insegura, pero nada requería que sus trazos fuesen claros y pulcros. Dejó que el pincel se moviera a su antojo, y entonces

envolvió la carta y la envió.

Al mensajero le alarmaba la perspectiva de pasar por Kohata bajo la lluvia, [\[21\]](#) pero Su Alteza no había elegido a un cobarde, y el hombre exhortó a su caballo para que avanzara con tal celeridad por los estrechos senderos, entre la densa vegetación de bambú enano, que llegó muy pronto. Se presentó ante su señor tan empapado que Su Alteza le dio una recompensa. La carta estaba escrita en una caligrafía que él no había visto hasta entonces y que indicaba una gran madurez y distinción. Incapaz de dejarla de lado, la contempló, preguntándose cuál de las dos hermanas la habría escrito, y tardó largo tiempo en

acostarse.

—Ha permanecido levantado, esperando durante horas, ¡y ved ahora durante cuánto tiempo ha mirado la carta! —rezongaron entre ellas las damas de honor—. ¡Sea lo que fuere, debe de significar mucho para él! — Probablemente se quejaban porque tenían sueño.

A la mañana siguiente él se levantó temprano, cuando la niebla aún era densa, para escribir su réplica.

*¿Oirán entonces esos oídos sin
verdadera simpatía el plañidero grito
del ciervo
por un compañero desvanecido en la*

«“Al unísono”, dices..., ¡pues yo también, e igual de fuerte!»

Ella pensó entonces: «Me veré en apuros si le muestro demasiado afecto. Siempre nos las hemos arreglado bastante bien cuando estábamos a salvo bajo la protección de nuestro padre, pero, ahora que le sobrevivimos a nuestro pesar, el más ligero paso en falso, por muy ajeno que fuese a nuestra intención, podría perjudicar con facilidad al espíritu de un padre cuya única intención era evitar precisamente eso». Un recelo y un temor profundos le impedían responder. No es que rechazara al príncipe o lo tuviese por

insípido, ya que cualquiera de sus palabras o el más ligero trazo de su pincel demostraban su ingenio y su elegancia, y, si bien ella no había leído muchas cartas suyas, le parecía que aquélla era muy satisfactoria. De todos modos, no sería decoroso que ninguna de las dos hermanas accediera a un intercambio tan elegantemente provocativo. La joven decidió que se limitaría a seguir siendo la aldeana que era.

Sin embargo, respondió al consejero, porque éste se dirigió a ella con tal seriedad que ella no podía replicarle de una manera hostil. Una vez finalizado el luto, él acudió en persona. Se acercó por el pasillo del este, donde las hermanas,

vestidas con prendas de tonos apagados, ocupaban una sección rebajada, [23] y requirió la presencia de la anciana. [24] Para quienes estaban sumidos en la oscuridad del dolor, la fragancia que llenaba el aire era insoportable, y ninguna de las dos pudo componer una respuesta.

—Semejante conversación merecería la pena sólo si tuvieras la bondad de dejar de tratarme como lo haces y accedieras a cumplir los deseos expresados por Su Alteza poco antes de morir —dijo el consejero—. No estoy acostumbrado a la afectación, y me es imposible hablar juiciosamente a través de persona interpuesta.

—Por desgracia —replicó la hermana

mayor—, puede dar la impresión de que seguimos viviendo como siempre, y, sin embargo, al movernos como lo hacemos por un sueño del que no hay despertar, no nos atrevemos a mirar la luz del día. No puedo acercarme a la terraza.

—Sólo puedo alabar la intensidad de vuestro ilimitado fervor, mientras que, con respecto al sol y la luna, convengo en que sería en verdad erróneo que os mostrarais alegremente bajo su luz, pero de todos modos no sé qué hacer. Ansio aliviar por un momento las penalidades que pesan sobre vosotras.

—Es una gran muestra de bondad por su parte, mi señora —le aseguraron sus damas a la joven—, que desee consolaros

en medio de vuestra indecible desdicha.

Ella misma, a pesar de todo, recobró lentamente la serenidad y, puesto que tenía la cabeza perfectamente clara, debió de comprender los sentimientos que habían traído al consejero desde tan lejos, a través de prados y páramos, aunque sólo fuese para honrar el pasado. Avanzó un poco más hacia él. El consejero le habló largo y tendido de la pérdida que todos habían sufrido y de las promesas que le había hecho a su padre, y nada en su presencia repelió a la joven, puesto que sus modales no indicaban en absoluto los perentorios impulsos de un hombre. No obstante, también era penoso permitir que alguien con quien no estaba familiarizada

la escuchase y pensase que en los últimos días no había tenido más remedio que apoyarse en él, y mantuvo su reserva. Sus débiles respuestas, cada una de las cuales apenas requería más de una palabra, evidenciaban su tristeza, y él se sintió muy apenado. La figura que atisbaba a través de las cortinas grises era del todo patética y, para imaginarla más claramente, rememoró lo que había visto vagamente al amanecer. Como si lo hiciera para sí mismo, dijo:

*Tan sólo necesito ver el color cambiado
de los carrizos para no tener duda
del triste color de mis mangas,
profundamente teñidas de gris matinal.*

Ella replicó:

Unas mangas tan cambiadas de tonalidad dan amplia acogida al rocío, y, sin embargo, yo misma me encuentro sin refugio en el mundo.

«Con los hilos enmarañados...» [26]

Pero se le quebró la voz y se retiró al interior de la vivienda, claramente embargada por la emoción.

Él no podía detenerla en semejante momento, y se sentía conmovido y apenado. La anciana avanzó con paso enérgico para ocupar el lugar de la

muchacha, y le contó una serie de patéticas anécdotas sobre los viejos tiempos y el pasado reciente. Había sido testigo de muchas cosas extraordinarias, y él no podía rechazarla por ser anciana y fea. Lejos de hacer tal cosa, trabó con ella una animada conversación.

—Su Gracia falleció cuando yo era joven —le dijo—, y fue entonces cuando comprendí que la vida es sufrimiento, de modo que, cuando me convertí en hombre, el rango de oficial apreciado por el mundo carecía de atractivo para mí. Ahora que también he presenciado la desaparición de Su Alteza, cuando bastaba para su satisfacción vivir aquí en paz, soy más sensible que nunca a la

verdad de que el mundo es escoria; pero mientras que sería descarado por mi parte decir de quienes tristemente le han sobrevivido que son ataduras capaces de detenerme, estoy resuelto a mantener mientras viva la promesa que le hice y permanecer en estrecho contacto. De todos modos, tu asombroso relato ha hecho que desee menos todavía dejar mi marca en el mundo.

Tenía lágrimas en los ojos, y ella lloraba demasiado para poder responderle. Tanto se parecía a él en su porte que la calidad de su presencia, que ella había olvidado mucho tiempo atrás, regresó con viveza a su mente y le privó del habla.

La anciana era hija del aya del intendente. Su padre, senescal de la Izquierda al morir, era hijo de un tío materno de la madre de su señora. Tras años de andanzas por lejanas provincias, al morir aquella dama ella había perdido el contacto con la casa del gran consejero, y Su Alteza la había tomado a su servicio. Aunque su propia persona carecía de una notable distinción y estaba acostumbrada a tal servicio, comprendía las cosas lo bastante bien como para que Su Alteza reconociera su mérito y le encargara el cuidado de sus hijas. Con respecto a aquel incidente de hacía mucho tiempo, había guardado el secreto y no había dicho una sola palabra, ni siquiera a las jóvenes

damas con las que había convivido día y noche durante años y a las que no ocultaba nada. Sin embargo, el consejero suponía que, puesto que las ancianas son siempre muy chismosas, por lo menos debía de haber contado la historia a sus tímidas señoras, aunque no lo hubiera puesto en conocimiento de todo el mundo, y sin duda esto era tan mortificante y embarazoso que él lo consideraba razón suficiente para asegurarse de que ninguna de las dos hermanas iba a parar a manos de nadie más.

Se dispuso a regresar, puesto que ya no parecía apropiado pasar la noche allí. ¿Por qué razón, cuando Su Alteza le había dicho que bien podría ser aquélla la

última vez que se vieran, él había creído despreocupadamente que no tenía por qué inquietarse y al final no había vuelto a verle? Había sido aquel mismo otoño, no muchos años atrás, y ahora Su Alteza había desaparecido sin que él supiese cuál era su paradero. ¡Ah, qué lamentable era todo ello! Su Alteza había vivido con suma sencillez, sin ninguna de las comodidades que la mayoría daban por sentadas, pero, aun así, su residencia siempre estaba limpia, barrida y mantenida en perfecto estado. Ahora quienes entraban y salían eran monjes, y si bien en la parte de la casa de Su Alteza, separada de la de sus hijas, los utensilios para la práctica religiosa seguían como

siempre en su lugar, los monjes habían informado a las jóvenes de que iban a llevarse a su templo todas las imágenes del altar. Esta noticia hizo que el consejero comprendiera lo que sentirían las hermanas cuando se quedarán solas en la casa y los monjes se hubieran ido, y la idea era en verdad dolorosa. «¡El sol se ha puesto hace largo rato!», le advirtieron sus hombres, y él se serenó y se puso en marcha. En aquel instante un ganso silvestre graznó mientras volaba.

*Gansos que voláis muy alto, donde las
constantes nieblas otoñales cubren el
cielo,
traédmelo de nuevo, que en este mundo*

Cuando se reunió con Su Alteza de la Guerra, de lo primero que le habló fue de las hermanas. Su Alteza supuso que ahora las cosas serían más fáciles, y les escribía con frecuencia. Ellas no se atrevían a dar la menor réplica a tal correspondencia. Él era célebre como galanteador, y pese a sus pensamientos en apariencia languidecientes acerca de ellas, sabían con sombría certeza que cualquier carta enviada desde su remoto refugio lleno de hierbajos le parecería torpe y anticuada.

—¡Ah, con qué crueldad transcurren los días y los meses! —se decían la una a la otra—. Jamás imaginé que su vida, por

frágil que naturalmente fuese, podría terminar ayer u hoy, y si bien cuanto siempre he oído decir me recordaba que nada dura, daba por sentado que poco tiempo separaría su defunción de la mía. Ahora, al contemplar el pasado, veo cuán equivocada era esa confianza, y, no obstante, proseguía distraída mi vida un día tras otro, sin temor ni aprensión; mientras que ahora una ráfaga de viento, la visión de visitantes desconocidos o el sonido de quienes se aclaran la garganta hacen que el corazón me lata con fuerza y, en verdad, me llenan de un terror inevitable. ¡Ah, es demasiado duro de soportar!

Las mangas de las dos hermanas jamás

estaban secas. Entretanto, el año llegaba a su fin.

En la estación de la nieve y el granizo, el sonido del viento, que sopla tan lúgubrementemente en todas partes, les hacía sentirse como si acabaran de retirarse del mundo en aquellas colinas.

—¡Llega el Año Nuevo! — exclamaban a veces con arrojo sus mujeres— Éste ha sido demasiado solitario y triste. ¡Estoy esperando que llegue la primavera para que lo renueve todo!

Las muchachas, sin embargo, no esperaban tal cosa. En la casa se habían producido algunas idas y venidas tan sólo porque, de vez en cuando, su padre se

había retirado a la montaña cercana, aparte de las ocasionales visitas del Iniciado para interesarse por la salud de Su Alteza, pero ahora ¿qué podría traer a alguien hasta allí? Esto las entristecía muchísimo, aunque no se les ocultaba que, de ahora en adelante, los visitantes serían por fuerza menos numerosos que nunca. Cuando un aldeano de la montaña en el que nunca habían reparado hasta entonces acudía a visitarlas, ahora que su padre había desaparecido, la ocasión era excepcional para ellas. A veces los habitantes de las colinas les llevaban frutos secos y leña, puesto que era invierno, y el Iniciado les enviaba carbón y otros artículos de primera necesidad.

«Lamentaría mucho abandonar así el servicio a Su Alteza, tras haberme acostumbrado a ello durante tantos años», les escribió. Ellas recordaban que su padre siempre había enviado prendas acolchadas al templo, para ayudar a quienes se habían retirado allí a protegerse del viento de la montaña, y, por lo tanto, ellas también lo hicieron ahora; y, con lágrimas en los ojos, salieron a ver a los sacerdotes y los acólitos que se las llevaban cuesta arriba, a través de la espesa nieve, hasta que se perdieron de vista.

—Aunque nuestro padre se hubiera tonsurado, mientras hubiera vivido mucha gente habría seguido viniendo aquí —se

decían la una a la otra—. Tal vez habríamos estado tristes y solas, pero, desde luego, habríamos seguido viéndole.

La mayor preguntó:

*Ahora que él se ha ido y nadie recorre ya
el escabroso camino de la ladera,
¿qué ven tus ojos en la nieve que cubre
los pinos?*

Y la menor respondió:

*Qué alegría la mía si al menos supiera
que la nieve en esos pinos de montaña
es en realidad el hombre cuya pérdida
nos ha dejado desoladas.*

—¡Envidio la manera en que cae la nieve nueva!

Llegó entonces el consejero, pues sabía que en cuanto comenzara el nuevo año no tendría tiempo para ir allá. Las hermanas comprendieron muy bien lo que significaba para él hacerles una visita informal en aquellos momentos, cuando los más humildes caballeros no se aventurarían a salir con tanta nieve, e hicieron que le preparasen un asiento con más cuidado de lo habitual. Las mujeres encontraron y limpiaron un brasero que no era de color gris de luto, y también ellas recordaron el placer con que Su Alteza había esperado aquellas visitas. La hermana mayor aún dudaba en recibirle,

pero cedió a la necesidad, pues no deseaba que él la considerase poco amable. No se despojó de sus reservas, pero le dio unas respuestas algo más amplias que antes, evidenciando al hacerlo una imponente elegancia. «No — se dijo él—. No podemos seguir así indefinidamente... ¡Pero hay que ver lo que me he propuesto ahora! ¡Con qué facilidad puede hacerme cambiar de idea una situación así!»

—Su Alteza de la Guerra está molesto conmigo en grado sumo —comentó—. En alguna ocasión he debido de mencionarle esas palabras tan conmovedoras que me dijo tu difunto padre, o tal vez su aguda penetración las ha conjeturado, pues se

queja constantemente de que, mientras confía en que te hable en su nombre, tu fría respuesta indica que lo hago con muy poca habilidad. A mi modo de ver, esto es del todo injusto, pero no estoy en condiciones de negarme a ser su «guía a la aldea», [\[28\]](#) y me pregunto por qué has de tratarle así. A menudo la gente habla de lo libertino que es, pero lo cierto es que posee un gran corazón. Dicen también que tiene en baja estima a toda mujer de la que barrunte que puede entregarse con demasiada facilidad. La mujer flexible, sosegada y sin pretensiones, que hace la vista gorda a tal o cual nimiedad y, si se siente un poco herida, se resigna, es la que le inspira realmente una dedicación

perdurable. Cuando la mutua lealtad que se profesa una pareja empieza a desmoronarse, el barro enturbia las claras aguas del río Tatsuta, [29] y todo cuanto ella ha compartido con él se pierde. Sucede con mucha frecuencia. Su Alteza es un hombre profundamente sensible, ¿sabes?, un hombre cuya entrega a una mujer que le pague con la misma moneda y que apenas parezca oponerse a sus deseos jamás podría vacilar a la ligera. Mi intimidad con él es suficiente para conocerle como otros no pueden hacerlo, y si crees que la idea es digna de ser llevada adelante, haré cuanto esté en mi mano para realizarla. ¡Mis raudas idas y venidas se sucederán hasta la extenuación!

La joven no veía cómo un discurso tan largo y grave podía referirse a ella, y consideró la posibilidad de responderle como lo haría una madre. Sin embargo, no encontraba las palabras apropiadas.

—¿Qué puedo decir? —replicó—. Tan sugerente solicitud por tu parte me deja sin saber qué responderte.

Su ligera risa era al mismo tiempo ingenua y deliciosa.

—No creas que mis palabras se dirigen únicamente a ti. Te agradecería que aceptaras con el espíritu de una hermana mayor la buena voluntad que me ha traído hasta aquí a través de la nieve. Creo que es otra la que ha despertado en especial el interés de Su Alteza. Parece

haber intimado mucho con ella, aunque, lamentablemente, alguien de fuera no puede juzgar estas cosas con facilidad. ¿Puedo preguntarte cuál de vosotras le ha respondido?

«¡Menos mal que yo no lo hice, ni siquiera en un momento de ligereza! —se dijo ella—. No es que eso importe demasiado, ¡pero me sentiría avergonzada si él hubiera dicho tales cosas.» Como no sabía qué decir, escribió:

*Sólo tu pincel ha marcado con huellas de
pisadas los empinados senderos de
montaña*

*sumidos en la nieve, mientras las cartas
van y vienen a través de las colinas, [30]*

y le deslizó la nota.

—Tu negativa tal vez sólo cause más dudas —dijo él, y replicó:

*Que sea yo entonces el primero, aunque
en misión especial, que cruce estas
colinas,
donde el hielo bajo los cascos del
caballo cruje a lo largo de helados
arroyos.*

«Entonces la mía no será somera recompensa por el reflejo en el agua.»

[\[31\]](#)

Este inesperado giro de la conversación disgustó a la joven, y no respondió. Aunque no parecía inaccesible

o muy reservada, no mostraba en absoluto la afectación que tanto agradaba a las jóvenes modernas, y los atisbos que él tenía de la muchacha le producían una impresión de una elegancia admirablemente serena. Le parecía que ella tenía en verdad cuanto él deseaba en una mujer. Recibía cada una de sus indirectas con una incomprensión tan bien fingida que él, azorado, cambió de tema y se puso a hablar del pasado.

Sus hombres se aclararon la garganta y le advirtieron:

—¡La nieve será más difícil de salvar cuando el sol se haya puesto, mi señor!

Así pues, él se dispuso a regresar.

—Lo que veo de tu casa a mi

alrededor es penoso —comentó—. ¡Cuán feliz sería si considerases la posibilidad de trasladarte a otro lugar que conozco, tan tranquilo como una aldea de montaña y también poco poblado! [\[32\]](#)

—¡Qué encantadora idea! — observaron algunas de las mujeres, sonriendo, mientras escuchaban a medias, pero esa posibilidad horrorizó a la hermana menor, que se encontraba cerca, y resolvió que jamás aceptaría mudarse.

A petición de las hermanas, ofrecieron frutas al visitante, y también a sus hombres les sirvieron sake y un refrigerio primorosamente



Barba poblada

preparado. Allí estaba el vigilante de la desagradable barba poblada, a quien el aroma de cierto caballero había hecho notorio. El consejero, a quien le parecía un personaje de lo más sospechoso, le llamó de todos modos.

—¿Cómo estás? —le preguntó—. Debes echar de menos a Su Alteza, ahora

que se ha ido.

El hombre se puso a hacer pucheros y vertió unas lágrimas poco convincentes.

—Mi señor, yo, que no tengo ningún otro lugar adonde ir, he pasado más de treinta años aquí, bajo la protección de Su Alteza, y ahora que me ha dejado y he de vagar por páramos y montañas sólo puedo preguntarme qué árbol volverá a darme cobijo. [\[33\]](#)

La impresión que daba era cada vez más penosa.

El consejero pidió que le abrieran las habitaciones que había ocupado Su Alteza en vida. Una espesa capa de polvo lo cubría todo; sólo el altar estaba adornado como antes, y el estrado bajo en el que Su

Alteza debía de haber orado había sido bien barrido. Al recordar lo que había prometido hacer cuando realizara su deseo, [\[34\]](#) murmuró:

*El roble que busqué para que me diera
feliz refugio bajo su ancha copa
ya no existe, y donde él vivió reinan el
vacío y el silencio. [\[35\]](#)*

Estaba apoyado en una columna, y las mujeres jóvenes que le miraban a hurtadillas se deshacían en elogios.

El sol ya se había puesto. Él no sabía que habían pedido a los sirvientes de sus fincas cercanas que trajeran forraje para las cabalgaduras, y por ello se llevó una

desagradable sorpresa cuando una multitud de aldeanos irrumpió en el lugar, pero disimuló su presencia allí haciendo ver que se había propuesto visitar a la anciana. Antes de marcharse, les ordenó que siguieran ocupándose de las necesidades de aquella casa.

Cuando llegó el Año Nuevo, el tiempo se volvió suave, y las asombradas hermanas observaron cómo se fundía el hielo en la orilla del río. Llegó un mensaje del templo, acompañado de brotes de helecho y también perejil recogido en parajes bajos. Decía: «Brotos procedentes de lugares libres de nieve». Las mujeres los sirvieron en las mesitas utilizadas durante los períodos de ayuno.

—¡Qué grato es en semejante lugar —
comentaron entre ellas —seguir el paso
de los meses y los días en las plantas y
los árboles!

Las dos hermanas no podían imaginar
lo que querían decir.

*Si yo hubiera visto los brotes de helecho
que él traía de las altas cuestas,
entonces también habría podido saber
que la primavera ha vuelto,*

dijo la mayor; y su hermana pequeña:

*¿Para placer de quién recogeré junto al
río, en las riberas nevadas,
los primeros brotes primaverales, ahora*

que nuestro padre se ha ido?

Así pasaban sus días y noches, intercambiando esta clase de nimiedades.

Llegaban constantes mensajes tanto del consejero como de Su Alteza de la Guerra. De cuanto decían era tan poco lo que merecía ser retenido que, como de costumbre, no parece haber sido transmitido.

En plena estación de los cerezos en flor, Su Alteza recordó aquel intercambio entre ellos, y todos los jóvenes caballeros que les acompañaron entonces expresaron su pesar:

—¡Qué lástima que jamás volveremos a ver la residencia de tan noble príncipe!

—decían, y Su Alteza sintió el intenso deseo de volver allá.

Aquellas flores de cerezo que vi cierta vez, al pasar ante tu casa, por fin esta primavera

serán mías para arrancarlas y lucirlas; no habrá niebla que me las oculte,

escribió, con total abandono.

A ellas semejante sentimiento les pareció inaceptable, pero entonces los días transcurrían con excesiva lentitud, y la carta era tan bonita que no deseaban obviarla por completo. La menor respondió:

*¿Dónde, pues, arrancarás para ti esas
flores, cuando la niebla
envuelve en gris cada flor de los árboles
que rodean mi casa?*

Su Alteza se sintió profundamente irritado al observar que ella seguía negándose a darle el menor estímulo.

Al consejero, el único con quien podía dar rienda suelta a sus quejas, la situación le parecía divertida, si bien no dejó de responder con toda la gravedad de un custodio incondicional, y cada vez que las atolondradas esperanzas de Su Alteza eran demasiado evidentes, musitaba:

—Vamos, vamos, eso jamás podrá

ser.

Y Su Alteza, tal vez sintiéndose aleccionado, protestaba:

—¡Es que todavía no he encontrado ninguna mujer que me convenga de veras!

A Su Excelencia le decepcionaba profundamente que Su Alteza no mostrara el menor interés por su Sexta Hija, [\[36\]](#) pero Su Alteza no estaba en disposición de ceder. Como observó en privado: «La propuesta no tiene ningún atractivo y, además, la manera pomposa en que se conduce Su Excelencia es muy irritante... Nunca podría permitirme la más leve indiscreción».

Aquel año se incendió la residencia en Sanjô de Su Alteza Enclaustrada, [\[37\]](#)

y ésta se trasladó a Rokujô. Dada la confusión creada por estas circunstancias, transcurrió largo tiempo sin que el consejero visitara Uji. Con la excepcional resolución que le caracterizaba, seguía serenamente persuadido de que la hermana mayor [38] era suya, pero no tenía intención de hacer nada brusco u ofensivo mientras ella no mostrara una disposición favorable hacia él, y quería asegurarse de que ella sabía que él no se había olvidado de lo que su padre le había pedido.

El excepcional calor de aquel verano era desquiciante, y cuando pensó que el aire al lado del río podría ser fresco, se puso en camino de inmediato. Cuando

llegó, la luz el sol era deslumbrante, pues había partido a primera hora de la mañana. Descansó en el pasillo occidental, que había sido el de Su Alteza, y llamó al vigilante. Las hermanas, que estaban ante el altar, en la cámara, fueron discretamente a sus propias habitaciones, porque no querían estar tan cerca de él, pero naturalmente, a pesar de su intento de pasar desapercibidas, él detectó sus movimientos cerca de donde se encontraba y no pudo quedarse allí sentado. Descubrió un pequeño orificio, junto al cerrojo, en un borde de la mampara deslizante que daba acceso al pasillo en el que se encontraba, hizo a un lado el biombo que estaba allí y miró por

la abertura. En el otro lado había una cortina portátil, lo cual le causó gran decepción, y estaba a punto de retirarse cuando una ráfaga de viento alzó las persianas.

—¡Vaya, cualquiera podría vernos! — exclamó una mujer—. ¡Trae aquí esa cortina!

Su error encantó al consejero, y miró de nuevo a través de la abertura. Al otro lado de las persianas habían colocado cortinas portátiles altas y bajas, y en aquellos momentos las hermanas entraban en la sala contigua por la mampara abierta situada frente a aquella detrás de la cual él observaba la escena.

La primera [\[39\]](#) apareció a la vista, y

miró por el borde de una cortina portátil a los hombres que iban de un lado a otro en el frío exterior. El efecto brillante, excepcional, de los pantalones recubiertos con pan de oro y la camisa gris oscuro sin duda indicaban cómo era ella. Los cordones en los hombros estaban atados de una manera informal, y llevaba un rosario oculto a medias. [\[40\]](#) Su estatura y esbeltez le daban un porte adorable, y él admiró su cabellera, lustrosa y perfectamente ordenada, que casi alcanzaba, creyó ver, el borde del vestido. Su perfil encantador, que revelaba frescura y complaciente inocencia, recordaba a la Primera Princesa, [\[41\]](#) a quien había atisbado al

pasar y a la que, suspirando, imaginaba muy similar.

Entonces apareció la segunda hermana.



Muchacha con camisa y pantalones

—¡No hay nada delante de esa mampara! —comentó, mirando hacia allí con recelo, y el consejero pensó que sus

modales parecían prometer una verdadera distinción. La acertada línea y el equilibrio de su cabeza revelaban un donaire incluso más noble que el de su hermana.

—Hay un biombo en el otro lado —replicó sin pensar la joven—. ¡Él no puede habernos visto tan pronto!

—Pero sería espantoso que lo hubiera hecho —dijo ella con expresión preocupada, y salió de la estancia.

Su orgullosa elegancia produjo un fuerte efecto en el consejero. Entre los colores de su indumentaria destacaba el gris del luto, y eran muy parecidos a los de su hermana, pero tenía un encanto más irresistible, y él se sintió conmovido.

Parecía haber perdido el cabello suficiente para dar una pulcra sobriedad al que tenía, y, aunque las puntas eran un poco finas, le caía con la perfección del hilo cardado y mostraba aquellos apreciados destellos azules como las plumas del martín pescador que a él tanto le gustaban. La mano que sostenía el texto del sutra, escrito en papel violeta, era menos regordeta que la de su hermana, pues parecía haber adelgazado mucho. La que antes estuvo en pie se había sentado ahora ante la abertura del extremo de la mampara deslizante y, por alguna razón, miró a su alrededor, directamente a él, sonriendo. Tenía un enorme atractivo.

Agemaki

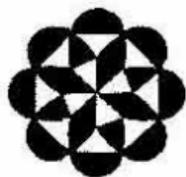
Nudos de trébol

Agemaki («nudos de trébol», usados para decorar regalos) es el título del capítulo debido a que esta palabra aparece en un poema de Kaoru:

*Que con estos nudos de trébol puedas
asegurar para siempre nuestro eterno
vínculo, que nuestros hilos puedan
siempre mezclarse en ese lugar único*

donde se encuentran.

Este poema se basa, a su vez, en una canción *saibara* también conocida como «Nudos de trébol».



Relación con los capítulos anteriores

«Nudos de trébol», que sigue a «Bajo el roble» sin solución de continuidad, se superpone a algunas partes de «La hiedra» y «Flores de ciruelo rojo».

Personajes

El consejero, de 24 años (Kaoru)

El Iniciado (Uji no Ajari)

**Su Alteza la hija mayor
de Hachi no Miya**, de 26 años
(Ôigimi)

La Princesa, la hija menor de
Hachi no Miya, de 24 años (Naka no
Kimi)

Ben, una dama de honor de las hijas de
Hachi no Miya, de unos 60 años

Su Alteza de la Guerra, de
25 años (Niou)

Su Majestad la

emperatriz, de 43 años (Akashi no
Chûgû)

**Su Excelencia el ministro
de la Derecha**, de 50 años
(Yûgiri)

El capitán consultor, antes
teniente chambelán, hijo de Yûgiri

Su hermano mayor, el
intendente de la Guardia de la Puerta

El comisionado de Su
Majestad la emperatriz

Su Majestad el
emperador, de 45 años

Aquel otoño el viento que soplab a lo largo del río, un sonido tan familiar durante años, las inquietaba y entristecía mientras se preparaban para celebrar el primer aniversario de la muerte de su padre. El consejero y el Iniciado se ocupaban de casi todo. Frágiles y apesadumbradas, las hermanas se entregaban a la refinada tarea de coser las vestiduras y los adornos para los textos religiosos, bajo la guía de sus damas de honor, sin cuya ayuda cabe imaginar el apuro en que se habrían encontrado. El día que señalaba para ellas el final del luto llegó el consejero y les expresó sus más profundos sentimientos de solidaridad. También se presentó el

Iniciado.

En aquel momento las hermanas estaban conversando mientras arreglaban los hilos para presentar el incienso. [1]

—Incluso de esta manera sigo el hilo de los días [2] —se decían mutuamente.

El consejero las comprendía, pues por el borde de la persiana alcanzó a ver una devanadera, visible a través de una brecha en una cortina portátil.

—Ah, si pudiera ensartar en ellas las relucientes cuentas de mis lágrimas [3] —observó, admirado al imaginar que la señora Ise sintió lo mismo que él.

La hermana mayor, que estaba al otro lado de la persiana, demasiado tímida para demostrar con su respuesta que

conocía el poema, replicó:

—No, no es nada. [4]

Eran las mismas palabras que Tsurayuki había usado al evocar el dolor de perder a un ser amado comparándolo con un valor tan delgado como el hilo, y recordarlo le hizo caer en la cuenta de lo bien que un antiguo poema puede hablar por una misma.

El consejero se dedicaba ya a componer la plegaria de dedicación, y para explicar su intención de ofrecer aquellas imágenes y textos sagrados escribió:

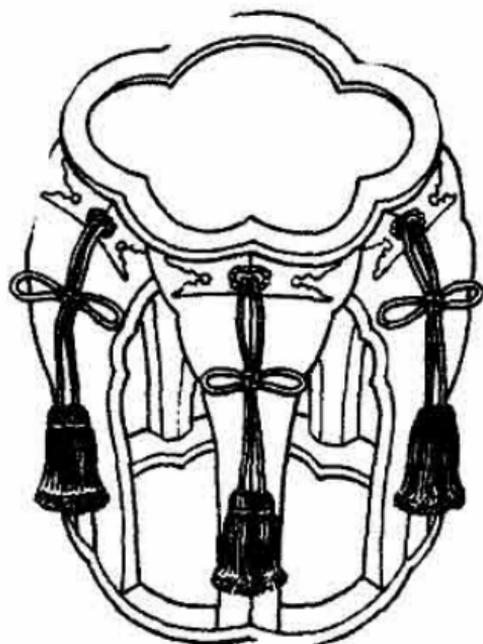
*Que con estos nudos de trébol puedas
asegurar para siempre nuestro eterno*

vínculo,

*que nuestros hilos puedan siempre
mezclarse en ese lugar único donde se
encuentran. [5]*

Se lo dio a la joven y, pese a su consternación ante la renovada solicitud del consejero, ella respondió:

*¿Qué delgado hilo de vida, demasiado
débil para sostener relucientes cuentas
de lágrimas,
podría soportar el peso constante de un
vínculo eterno?*



Nudos de trébol

El
descorazonado y
resentido visitante
replicó:

—Entonces, ¿con
qué, si no se
encuentran? [\[6\]](#)

Ahora que ella,
de una manera tan
adusta, había

rechazado ser el tema de su conversación,
él abandonó el intento de abordarla
directamente y, en cambio, le habló con
toda seriedad de Su Alteza de la Guerra:

—He observado sus diversas maneras
de proceder, y no puedo dudar de que,
teniendo en cuenta cómo es, quizás un

poco más inclinado de lo que uno desearía a ciertas actividades, se ha propuesto tener éxito con la correspondencia que, según tengo entendido, ha iniciado. ¿Por qué has de ser siempre tan distante cuando en realidad no parece haber nada que deba alarmarte? No veo por qué no habrías de comprender y aceptar el mundo tal como es, y me temo que tu tenaz insistencia en mantenerte apartada de él me resulta muy decepcionante. Te digo esto, créeme, de buena fe. Espero que me hagas saber lo que te propones, de una manera u otra. [7]

—El deseo de no decepcionarte es precisamente lo que me ha llevado a recibirte de este modo tan informal, a

riesgo de causar considerables chismorreos. El hecho de que no lo comprendas así indica también cierta superficialidad por tu parte. Es muy cierto que nadie con sentimientos que viva en un lugar como éste podría dejar de conocer todas las variedades de la melancolía, pero nunca hemos sido muy listas y, además, sobre el asunto que mencionas, mi padre nunca dijo una sola palabra al respecto cuando hablábamos de lo que haríamos si se presentaba tal o cual situación en el futuro. Por lo tanto, supongo que deseaba que siguiéramos como estamos y renunciáramos a cualquier idea de casarnos, y por este motivo, ay, no tengo ninguna respuesta que

darte en uno u otro sentido. De todos modos, lamento que mi hermana, que es un poco menor que yo, permanezca oculta entre estas colinas, y preferiría con mucho que no languidciera aquí para siempre. Eso me causa una gran preocupación, pero no tengo ni idea de lo que podría hacer por ella. —La joven exhaló un suspiro, y su evidente congoja conmovió en extremo al visitante.

A él le pareció perfectamente natural que la joven no estuviera en condiciones de decidir la cuestión, pese a ser tan adulta, y, como había hecho antes con frecuencia, llamó a la anciana y le dijo:

—Durante años, lo único que me ha hecho venir aquí ha sido el deseo de

prepararme para la vida futura, pero hacia el final, cuando Su Alteza parecía muy desalentado, me encareció a que tomara las disposiciones que considerase convenientes con respecto a sus hijas, y le prometí hacerlo así; no obstante, ellas mismas contravienen lo que Su Alteza decidió para ellas al mantenerse tan testarudamente intransigentes que incluso me pregunto si se habrán decantado por otras alianzas. Naturalmente, si fuese así tú lo sabrías. Como soy tan raro, nunca hasta ahora me habían interesado mucho las cosas de este mundo, y supongo que ha sido el *karma* lo que me ha acercado tanto a ellas. Al considerar que ahora también otros parecen hablar de ello, preferiría

llevar a cabo lo que Su Alteza deseaba y tener una respetable intimidad con su hija mayor. No es un buen emparejamiento, lo concedo, [8] pero tampoco estas cosas son inauditas. —Y siguió diciendo en tono sombrío—: Hablo también en nombre de Su Alteza de la Guerra, y la negativa de la mayor a aceptar mis seguridades me hace pensar que tal vez, en privado, tenga otros planes para su hermana. ¿Es así? ¡Te ruego que me lo digas!

Muchas damas de honor deplorables podrían haberle respondido con una mezcla de lisonja y consejos impertinentes, pero no ella, porque, aunque en el fondo no deseaba otra cosa, se limitó a decir:

—Siempre ha sido propio de ellas llevar la contraria en estas cuestiones, mi señor, y tal vez por eso nunca han mostrado la menor señal de la clase de inclinaciones que sería de esperar. Nosotras, que humildemente las servimos, carecemos desde hace años de cualquier árbol robusto que nos cobije. Aquellas deseosas de cuidar de sí mismas han ido a otros lugares, adonde han podido, e incluso las que tenían un estrecho vínculo con Su Alteza en su mayoría también han abandonado la casa, de modo que quienes se han quedado se quejan con más amargura que nunca y dicen que no soportan seguir aquí ni un día más. «Todo estaba muy bien cuando vivía Su Alteza

—comentan—. Entonces él tenía que respetar y defender tu integridad, y podía insistir en una actitud anticuada por temor a degradarte. Pero ahora no tienes a nadie, y quien te culpase de darle al mundo lo que le corresponde, en la medida de tus posibilidades, no entendería nada y no sería merecedor de respeto. ¿Quién querría pasar su vida de esa manera? Incluso los ascetas de montaña, que se alimentan de pinaza, se aplican tanto a cuidar de sí mismos que dividen la práctica de la enseñanza del Buda en diferentes caminos.» Ésta es la clase de desagradable comentario que les hacen una y otra vez a mis señoras, quienes, jóvenes como son, tienen todas las

razones para sentirse afligidas. La mayor no concede nada, pero parece estar deseando darle a su hermana un lugar apropiado en el mundo. Vuestra amabilidad al venir aquí, a este lugar tan apartado en las colinas, os ha convertido para ella en una figura familiar a lo largo de los años, y se siente tan cercana a vos que, puesto que ahora habláis seriamente con ella, creo que recibiría de buen grado cualquier muestra de interés por mi señora más joven. En cuanto a las notas y mensajes de Su Alteza de la Guerra, ella no puede creer que él piense realmente lo que dice.

—Obedecí la última y conmovedora orden de Su Alteza, y me propongo

permanecer en contacto mientras me quede aliento. Por eso me entregaría de buen grado a cualquiera de ellas, puesto que ambas son por igual merecedoras de ello, y me encanta que tu señora mayor me tenga tan bien considerado. Sin embargo, mi corazón seguirá llevándome en una dirección determinada, pese a mi deseo de renunciar al mundo, y sé que nada puedo hacer por cambiar eso. La atracción que siento no es corriente. Lo que me daría mayor satisfacción sería que dejara de poner persianas y otros obstáculos entre nosotros, como lo hace ahora, de manera que es mucho lo que queda sin decir, y que me recibiera cara a cara para poder decirle lo que desee

acerca de este mundo traicionero, y que ella, a su vez, me abriera su corazón, que hasta ahora se obstina en mantener cerrado. Lamento mucho carecer de hermanos o hermanas con quienes poder tener una relación tan estrecha, y, puesto que sólo puedo guardarme para mí todo aquello que surge en el transcurso de la vida y que me conmueve, me divierte o me duele, me siento lo bastante solo para esperar que ella me admita como confidente. Difícilmente podría confiar de ese modo a Su Majestad [\[9\]](#) cuanto pasa por mi cabeza. Su Alteza Enclaustrada en Sanjô es todavía tan juvenil que apenas puedo considerarla como mi madre, pero de todos modos ella es quien es, [\[10\]](#) y

tampoco estoy en condiciones de hablarle con plena libertad. En cuanto a las demás mujeres, soy tan distante, reservado y tímido con todas ellas que en verdad me siento solitario en extremo. Soy torpe sin remedio, hasta el punto de que el coqueteo más superficial me repele y desconcierta, pues en compañía de una mujer que me gusta de veras no acierto a decir nada, y siento admitir que, por lo que a mí respecta, el hecho de que tu señora mayor ni siquiera haya reparado en cómo me afecta y frustra no puede ser más desafortunado. En cuanto a Su Alteza de la Guerra, me pregunto si ella no podría dejar las cosas en mis manos, dando por sentado que él no se propone perjudicarla

en absoluto.

La anciana
anhelaba satisfacer a
ambos, pues pensaba
en lo admirable que
sería su manera de
llenar el vacío que
por entonces
imperaba en la casa,



Lámpara

pero le amedrentaban demasiado, y no
podía abordar adecuadamente a sus
señoras para tratar del asunto.

El consejero dejó que el día
transcurriera, ya que deseaba pasar allí la
noche y trabar una tranquila conversación
con la hermana mayor. Esto alteró a la
joven, pues la vaga irritación que percibía

en la actitud del visitante resultaba evidente, y le desagradaba cada vez más la idea de conversar con él en privado; no obstante, en general era un hombre tan amable que no fue capaz de rechazarle y finalmente le recibió.

Ella había pedido que corrieran la mampara entre la estancia del altar y el pasillo, y que alzaran las lámparas del altar, y por su parte reforzó con un biombo el obstáculo que suponían las persianas detrás de las que se sentaba. También encendieron una lámpara en el exterior, en el pasillo, y al ver esto él protestó diciendo que no se encontraba bien y no estaba en condiciones de que le vieran.

—¡Vaya, estoy totalmente a la vista!
—exclamó, y entonces se tendió de costado.

La joven pidió que le sirvieran discretamente un refrigerio, y también envió a sus hombres alimentos apropiados para acompañar la bebida. Los hombres estaban reunidos en una galería, mientras que las damas de honor se mantenían a distancia, de modo que los dos hablaron sin que nadie les molestara. Él no observó que ella se ablandara lo más mínimo hacia él, pero le parecía tan dulce y encantadora que le gustaba mucho, y no tardó en experimentar el ardor de la pasión.

Pensaba una y otra vez que, sin más que una persiana y un biombo entre ellos,

era una estupidez por su parte no satisfacer su intenso deseo, pero no reveló nada y siguió hablando de sucesos ocurridos en su entorno, ya conmovedores, ya divertidos, que le habían llamado la atención. Ella pidió a sus mujeres que se aproximaran, pero no deseaban entrometerse y no la obedecieron; por el contrario, se retiraron todavía más y se tendieron en el suelo. Ni una sola alzó los pabilos de las lámparas del altar. La joven volvió a llamarlas, un tanto inquieta porque no le respondían.

—No me siento muy bien, y voy a retirarme —le dijo—. Volveremos a hablar cuando falte poco para el amanecer.

Él notó, por los leves sonidos que produjo, que se disponía a marcharse.

—Una conversación como la que hemos tenido es un gran consuelo para mí, que he venido aquí por senderos de montaña y que incluso me encuentro peor que tú, así que vas a dejarme desconsolado.

Movió con cautela el biombo hacia un lado y entró. Ella, que se encontraba ya en el centro de la habitación contigua, se sintió horrorizada al ver que el visitante la hacía volver. Estaba furiosa y ofendida en extremo.

—¿Es esto lo que quieres decir cuando hablas de que «no se interponga nada entre nosotros»? ¡Qué vergonzosa

manera de comportarse! —le gritó, y su desdén no hacía más que aumentar su atractivo.

—¡No quieres comprender que para mí nada se interpone entre nosotros, y sólo quiero convencerte de ello! ¿Qué significa eso de llamar vergonzosa a mi conducta? De buen grado juraría ante el Buda que no es tal cosa. ¡Vamos, vamos, por favor, no debes temer nada de mí! ¡Jamás he tenido la menor intención de actuar contra tus deseos, y sigo siendo el extraño necio que siempre he sido, aunque estoy seguro de que nadie lo creería jamás!

A la luz de la lámpara, tan mortecina que daba un aire de misterio, él apartó a

un lado la cascada del cabello de la joven y le miró el rostro. Su belleza era tan deliciosa como cualquiera podría desear.

Pensó que en una casa tan atrozmente solitaria un hombre lujurioso no encontraría nada que se le interpusiera, ¡y sin duda no se detendría allí! ¡Era terrible! Era evidente que incluso sus pasadas vacilaciones podrían haber seguido con facilidad una dirección distinta, pero el espectáculo de la joven llorando por el agravio de que era objeto resultaba demasiado patético, y él no hizo nada en contra de su voluntad, sino que conservó la esperanza de que con el tiempo ella se le rendiría. Forzarla habría sido demasiado doloroso, y prefirió hacer

lo posible por tranquilizarla.

—Te he permitido que te acercaras tanto que incluso hemos cortejado el escándalo, porque jamás imaginé que pudieras comportarte así —le dijo ella en un tono acusador—, y ahora la grosería que te ha mostrado el desafortunado color de mis mangas me ha enseñado lo poco digna que soy yo misma. [\[11\]](#) Nada puede consolarme por eso.

Pensar en el gris de luto que vestía con toda inocencia, visto a la luz de la lámpara, le causaba una profunda congoja.

—Comprendo muy bien que te sientas así, y estoy demasiado avergonzado de mí mismo para saber qué decirte. Nada podría ser más natural que tu apelación al

color de tus mangas y, sin embargo, la buena voluntad que te ha permitido verme a menudo a lo largo de los años podría dispensarte de rechazarme y, por ello mismo, de tratarme como si nunca me hubieras visto hasta ahora. Me temo que interpretas del todo mal mis intenciones.

Le habló de las innumerables veces en que pensar en ella le había causado un anhelo insoportable, como aquella ocasión, al amanecer, en que, estando él bajo la luna, le llegó aquella música. Todo esto azoraba y repelía a la joven, que seguía diciéndose: «¡Pensar que actuaba con tanta seriedad e imparcialidad, mientras que en realidad era esto lo que sentía!».

Él colocó una cortina corta entre ellos y el altar, y durante un tiempo permaneció tendido junto a ella. La intensa fragancia del incienso, así como el nítido aroma del anís estrellado, le turbaban, pues el Buda significaba para él más que para la mayoría de la gente. «Sobre todo ahora que ella aún está de luto —se dijo, esforzándose por recuperar la compostura—, cualquier irreflexiva concesión a mi impaciencia sería una ofensa contra aquello a lo que yo aspiraba desde el principio. Sin duda, cuando haya terminado su período de luto ella suavizará su actitud hacia mí, al menos un poco. Una noche otoñal agita muchos sentimientos, incluso en un lugar menos

solitario que éste, y no es de extrañar que aquí los vendavales en las cumbres y los grillos que cantan en los setos sólo les hablen de desolación.» Las ocasionales respuestas de la joven a sus comentarios sobre lo huidizo del mundo le habían causado una admirable impresión. Las mujeres, a las que antes era tan difícil despertar, coligieron que la unión se había consumado, y todas se retiraron. La joven recordó lo que había dicho el príncipe, su padre, y reflexionó sobre cuán cierto es que cuanto más vive uno, tantas más tribulaciones imprevistas ha de soportar. Desesperada, tenía la sensación de que sus lágrimas fluirían para unirse al estrépito del pendenciero río. [\[12\]](#)

Por fin amaneció. Los hombres del consejero se levantaron y se aclararon la garganta para despertarle, y los relinchos de los caballos le recordaron gratamente lo que había oído decir acerca de las noches pasadas al lado del camino. Descorrió la mampara del lado donde se estaba haciendo de día, y los dos miraron juntos el conmovedor cielo. También ella se deslizó un poco hacia delante, mientras gradualmente la luz incidía en las gotas de rocío que cubrían los helechos que bordeaban los estrechos aleros. Sus figuras, uno al lado del otro, guardaban una dulce armonía.

—Cuánto me gustaría estar siempre así contigo, gozando con un solo corazón

de la luna o las flores e intercambiando observaciones sobre este mundo pasajero.

Tan amables eran sus palabras que ella poco a poco fue perdiendo su temor.

—Si pudiera hablar contigo no así, totalmente al descubierto, sino con algo interpuesto entre los dos, estoy segura de que en el fondo nada nos separaría — replicó.

La luz se intensificó, y oyeron el precipitado aleteo cuando las bandadas de aves emprendieron el vuelo. A lo lejos sonó una campana que señalaba el fin de la noche y la nueva mañana.

—Vete ya —le dijo ella, profundamente avergonzada—. No debes quedarte.

—No puedo volver directamente a casa entre el rocío de la mañana como si en verdad hubiera ocurrido algo. ¿Qué pensaría la gente? [\[13\]](#) Te ruego que me concedas la libertad que me darías de haber sido así, y seguir haciéndolo a partir de ahora, aunque no seamos el uno para el otro lo que el mundo supone. Ten la seguridad de que no te haré nada ofensivo. ¡Qué cruel eres al no apiadarte de mí por la intensidad de mi fervor!

No mostraba la menor intención de marcharse.

—Muy bien —replicó ella, previendo el desastre—. ¡En lo sucesivo será como deseas, pero ahora haz lo que pido, por favor! —Estaba desesperada.

—¡Esto es demasiado duro! —dijo él entre suspiros—. ¡No sé nada de despedidas al alba, y estoy casi seguro de que me extraviaré al volver!

En algún lugar un gallo cantó débilmente, y el consejero pensó en la Ciudad.

¡Ah, el despuntar del día, cuando los cantos de gallo se reúnen en el alba, todos ellos una multitud de pesares errantes en la aldea de montaña!

Ella replicó:

Creía que este lugar, alejado entre las colinas, carecía de gallos que cantaran,

*y, sin embargo, la vida, con toda su
aflicción, me ha encontrado incluso
aquí.*

Tras acompañarla a la mampara deslizante, [\[14\]](#) él salió por donde había entrado la noche anterior y se tendió en el suelo, pero no pudo dormir. Seguía anhelando la presencia de la joven, y se daba cuenta de que, si hubiese sentido por ella lo que sentía ahora, no podría haberse tomado el asunto con tanta calma durante varios meses. La perspectiva de regresar a la Ciudad parecía muy sombría.

La princesa mayor no fue a acostarse directamente porque le preocupaba lo que la gente pudiera pensar. «¡Qué suplicio el

de ir por la vida sin nadie en quien apoyarte! —reflexionó—. ¡Y qué desdichadas sorpresas puede darte la vida, cuando algunos seguirán asediándome sin cesar con consejos poco sólidos! En verdad no puedo poner objeciones al aspecto ni a los modales de este caballero, e incluso mi padre me sugirió a menudo que si se sentía tan inclinado... Pero no, seguiré como estoy. Es a mi hermana, mucho más bonita y más merecedora de ello que yo, a quien quisiera ver vivir como lo hacen las otras. Una vez haya hecho eso por ella, la cuidaré con todo mi corazón. Pero ¿quién, entonces, me buscará? Si este caballero fuese un hombre normal y corriente, al

cabo de estos años bien podría aceptarle, pero es tan abrumador, tan intimidante en su gloria, que sólo me siento irremediablemente tímida. No, seguiré pasando así el resto de mis días.»
Insomne y a menudo llorosa, aguardó la llegada del día, sintiéndose tan mal después de lo que había sucedido que fue a la habitación interior y se tendió al lado de su hermana.

La princesa menor yacía allí, preguntándose a qué obedecerían los susurros de las mujeres, y se alegró de la llegada de su hermana, pero cuando se abrigó con el cobertor la envolvió la penetrante fragancia del consejero y recordó el apuro que aquel perfume le

había causado al vigilante. Bien, entonces debía de ser cierto. Sintiéndose muy apenada, no dijo nada y fingió estar dormida.

El visitante llamó a la anciana que respondía al nombre de Ben, habló con ella resueltamente y, antes de marcharse, le dio una nota del todo apropiada [\[15\]](#) para su señora, que reflexionó: «Incluso después de haber tomado yo sus “nudos de trébol” tan a la ligera, mi hermana debió de suponer que había terminado con él, al margen de la “prudente distancia” que me hubiera propuesto mantener entre él y yo». Se sentía profundamente avergonzada y pasó el día indispuesta. Dijo a las mujeres que estaba enferma.

—¡Va a ser pronto, [\[16\]](#) mi señora! — le recordó una dama de honor—. ¡No hay nadie más que pueda ocuparse de todas las pequeñas cosas que es preciso hacer, y vuestra indisposición llega en muy mal momento!

La princesa menor terminó de envolver los paquetes. [\[17\]](#)

—No tengo idea de cómo se hacen los nudos de regalo —insistió, y así, al abrigo de la oscuridad, su hermana se levantó y las dos se pusieron a hacer los nudos.

Llegó una carta del consejero, pero en su respuesta ella le habló sólo de lo mal que se había encontrado durante todo el día. «¡A quién se le ocurre semejante cosa! —susurraron las mujeres—. ¡Qué

infantil es!»

El período de luto llegó a su término, y cuando se quitaron las tristes vestiduras reflexionaron sobre la rapidez con que habían pasado los meses y los días, a pesar de que en realidad nunca habían pensado en sobrevivir a su padre. Habían formado una patética estampa, postradas de desesperación por su inesperada y trágica desgracia. Tras haber vestido durante tanto tiempo del gris más oscuro, ahora, con un color más claro, estaban encantadoras, y la menor, que se hallaba en la flor de la vida, superaba a su hermana en atractivo. La mayor casi olvidó sus penas mientras observaba cómo las mujeres lavaban y peinaban el

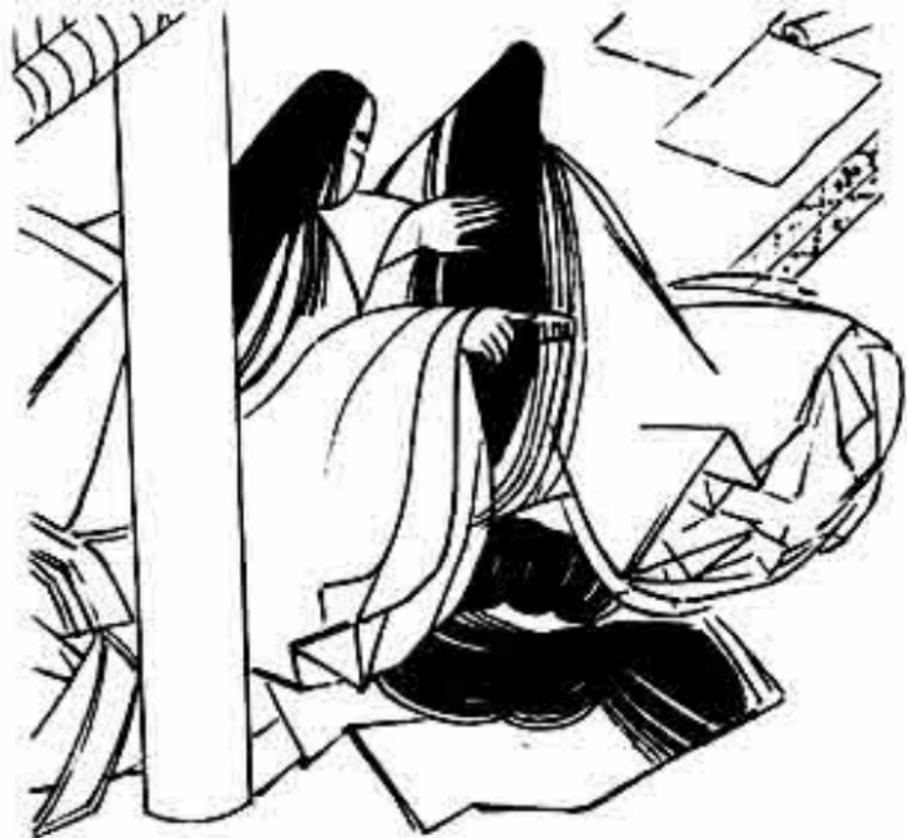
cabello de su hermana, pues le causaba tal placer que era una delicia imaginar lo preciosa que también le parecería a él. Ahora no había nadie más que pudiese cuidar de ella, así que lo hacía con la ternura de una madre.

El consejero, demasiado impaciente para aguardar el noveno mes, cuando ella ya no llevaría el luto que él se había sentido obligado a respetar, se presentó de nuevo. [\[18\]](#)

—Me gustaría hablar contigo como lo hice entonces —le recordó, pero ella se negó a recibirle con el pretexto de que, lamentablemente, no se encontraba bien.

«¡Eres muy cruel! —le respondió él en una nota—. ¿Qué deben de pensar tus

mujeres?» «Me siento demasiado abrumada para hablarte; me ha trastornado mucho enfrentarme al fin del duelo», replicó ella. Indignado, él llamó a la misma mujer de siempre y le expuso su queja.



Peinado del cabello de una dama

Las damas de honor, que sólo confiaban en él para que las aliviara de su atroz sufrimiento, pensaban que sería magnífico que consiguiera lo que deseaba y que entonces su señora se mudara a

algún lugar más respetable, y todas habían acordado dejarle entrar. La princesa mayor no estaba enterada de esto, pero de todos modos percibía el peligro y reflexionó: «Parece tener mucho que hablar con esa anciana, y ésta podría causar problemas si estuviera de acuerdo con él. Cuando algo sucede en un relato antiguo, tampoco ahí es la dama quien lo inicia. No, una siempre debe guardarse de las intenciones de otros. —Y siguió diciéndose—: Mientras esté tan enfadado conmigo debo hacer que se interese por mi hermana. Puede que se sienta decepcionado, pero no imagino que la trate a la ligera una vez que la haya hecho suya, y, además, cuando la conozca, por

poco que sea, estará muy complacido. Pero ¿quién aceptaría la idea sin vacilación, en caso de que la mencionara? Él no, sin duda... Diría que eso no es lo que había pensado y, en cualquier caso, se abstendría por temor a que le considerasen voluble».

Tenía la sensación de que sería un error no decirle a su hermana, con quien su propia experiencia le hacía simpatizar, ni una sola palabra de su plan, así que se lo contó todo:

—Nuestro padre decía que nunca debíamos actuar a la ligera ni provocar risas, aunque eso significara seguir tan solas como ahora durante toda la vida, y al considerar la manera tan pecaminosa en

que lo mantuvimos atado al mundo cuando vivía, trastornando su piadosa entrega a la religión, he resuelto respetar por completo sus deseos, y por ello no me siento sola en absoluto. Sin embargo, a las mujeres que nos sirven parece incomodarles esa extraña obstinación por mi parte, lo cual me coloca en una dolorosa posición. Ciertamente, la perspectiva de que vivas así indefinidamente me parece que es una pena mayor y más triste a medida que transcurren los meses. Ansio que por lo menos tengas una vida como la de otras mujeres, y de ese modo me aseguraré cierto consuelo y dignidad.

Su hermana se preguntó con enojo en

qué podía estar pensando.

—¿Das por supuesto que nuestro padre deseaba que sólo una de nosotras viviera de esta manera? ¡Dado lo incorregible que soy, estoy segura de que yo le preocupaba mucho más que tú! ¿Qué consuelo podría yo darte si no estuviera aquí, contigo, día y noche?

Estaba en verdad muy enfadada, y la mayor, que sólo podía estar de acuerdo con su postura, pensó en lo encantadora que era su hermana.

—¡Pero todas estas mujeres ven en mí una obstinación increíble! ¡Imagina cómo me molesta eso! —No dijo más.

El sol empezó a ponerse, pero el visitante no se marchaba. Su Alteza se

sentía desesperada. Llegó Ben con un mensaje del consejero y le habló con cierta extensión acerca de lo irritado que estaba. Ella se limitó a suspirar, preguntándose qué podría hacer. «Si aún tuviéramos por lo menos a uno de ellos [19] —se dijo—, al menos habría alguien capaz de ocuparse de todo esto y librarme de tan pesada tarea, y puesto que los caprichos del destino le dificultan tanto a una hacer lo que quiera, [20] el fracaso parecería entonces decoroso y no provocaría sonrisas. Todas y cada una de ellas se están haciendo mayores, y no hay ninguna que no se considere juiciosa. Dicen todo cuanto quieren acerca de lo que sería más conveniente para mí, pero

¿he de creerlas? ¡No, no lo merecen, y piensan en una sola cosa!» La manera en que las mujeres seguían insistiendo, como si fueran a obligarle por la fuerza a hacer lo que deseaban, le irritaba en extremo, y ella permanecía completamente impasible. A este respecto, su hermana, que era la depositaria sin reservas de su confianza, era incluso más ingenua que ella, hasta tal punto que apenas comprendía la cuestión en absoluto. «¡Qué situación tan desesperada!», se decía la mayor apartándose resueltamente de las mujeres.

—¿No os pondréis ropas de otros colores, mi señora? —insistían ellas, cada una, al parecer, empeñada en lo

mismo, y ella comprendió consternada que no había allí nada ni nadie que pudiera interponerse en el camino de un hombre. La casa era tan pequeña que no ofrecía ninguna esperanza; no había lugar alguno donde pudiera ocultarse una flor de *yamanashi*. [\[21\]](#)

El visitante no efectuó un claro acercamiento a ninguna de ellas, pues mucho tiempo atrás había decidido mantener una discreción tan perfecta como si aquel vínculo nunca hubiera tenido un comienzo concreto.

—Seré así de paciente durante tanto tiempo como ella tarde en darme su consentimiento.

Tal fue la resolución con que él se

expresó. Aquella anciana receptora de sus confidencias habló de ello con las demás, pero aunque susurraron abiertamente entre ellas, eran tontas y la edad las había vuelto testarudas, y es probable que por esta razón Su Alteza siguiera encontrándose en un apuro tan triste.

No sabía qué hacer, y cuando Ben fue a su encuentro le expuso la situación:

—Recuerdo que nuestro padre solía hablar del excepcional fervor de este caballero, y a estas alturas confío del todo en él. A decir verdad, tenemos una relación más informal de lo que es correcto para mí. Sin embargo, su temperamento también revela algo más, algo que no había pensado encontrar, y

parece estar muy enojado conmigo, cosa que me turba mucho. Si, dadas mis circunstancias, fuese juicioso en mi caso abrigar el deseo de vivir como lo hacen otras, no tendría motivo alguno para rechazarle. Sin embargo, hace mucho tiempo que abandoné esa idea, y todo esto es muy doloroso. Lo que lamento es que se desperdicien mi hermana y la belleza de su juventud. Es cierto que, para sus necesidades, una casa como ésta impone demasiadas restricciones, y si él aspira realmente a satisfacer los deseos de nuestro padre, quisiera que la aceptara como si fuese yo misma. Siento como si entonces debiera estar con los dos y nuestros corazones, el suyo y el mío,

fuesen uno solo en ella. Por favor, dile esto a él, y hazlo tan persuasivamente como te sea posible.

A pesar de su timidez, había expresado muy bien lo que quería decir, y Ben estaba profundamente conmovida.

—Eso, mi señora, ya lo había entendido así, y se lo he explicado a él con toda claridad, pero él dice que su afecto no puede variar de ese modo y que, puesto que Su Alteza de la Guerra está cada vez más disgustado con él, quiere hacer cuanto esté en su mano por satisfacerle. Ello sería excelente para los dos, mi señora. Vuestros padres no podrían haberos conseguido unas alianzas más ventajosas, aun si vivieran y se

propusieran hacer lo mejor para vosotras. Si me permitís decir tal cosa, cuando considero las arriesgadas circunstancias de vuestra vida actual, me pregunto con tristeza qué va a ser de vosotras, y aunque no pueda responder de los sentimientos de esos caballeros en el futuro, creo que ambos representan un magnífico golpe de buena suerte para las dos. Comprendo muy bien que no deseéis desobedecer la última voluntad de Su Alteza, pero sin duda él sólo deseaba haceros una advertencia, por si no aparece ningún hombre digno de vosotras y sentís la tentación de considerar a uno sin la suficiente distinción. A menudo decía que si este caballero se sentía tan inclinado a

ello, él se alegraría mucho de veros tan bien casada. Sea cual fuere su posición, la mujer que pierde a quien velaba por sus intereses puede encontrarse fácilmente atrapada en unas circunstancias a las que nunca debería haber dado su asentimiento, y creo que eso es lo que sucede a menudo. Es demasiado corriente, y nadie la culpará por ello. Pero en este caso, mi señora, cuando un caballero cuyo prestigio os honra tanto que podría haber nacido precisamente para ese fin os asegura un fervor profundo y excepcional, podéis insistir en rechazarle para llevar a cabo vuestra piadosa resolución; pero ¿subsistiréis en nada más que nubes y niebla? [\[22\]](#)

Su Alteza, a quien este largo discurso le parecía repelente y ofensivo, yacía boca abajo en el suelo. Al verla así, su hermana menor sintió un profundo pesar. Fueron a acostarse como de costumbre. La mayor estaba preocupada e inquieta por lo que debería hacer a continuación, pero la casa no ofrecía ningún lugar donde poder ocultarse. Por ello vistió a su hermana con una prenda de bello y suave tejido, y se tendió a corta distancia de ella, porque aún hacía bastante calor.

Ben transmitió al visitante lo que le había dicho Su Alteza. Él se preguntó por qué la joven se empeñaba en rechazar el mundo. Tal vez había aprendido de su piadoso padre que todas las cosas son

pasajeras. En el fondo, le parecía más que nunca que tenían mucho en común, y no sentía aversión ni albergaba ningún deseo de ser más juicioso que ella.

—Comprendo —replicó—. De momento no está dispuesta a recibirme, ni siquiera con algo interpuesto entre los dos. Así pues, debes encontrar la manera de que pueda entrar sigilosamente en el aposento donde duerme.

Ben se encargó de que las demás mujeres se retirasen pronto a descansar, y habló con las que estaban enteradas de lo que ocurría.

Apenas había finalizado la tarde cuando empezó a soplar un viento rugiente que hacía matraquear los endebles

postigos, y el consejero comprendió que era una oportunidad perfecta para entrar en la casa sin ser oído. Ben le franqueó discretamente la entrada. Le preocupaba que las hermanas estuvieran durmiendo juntas, pero siempre lo hacían así, y ella no habría hecho más que levantar sus sospechas si les hubiera pedido que, por una sola vez, durmieran separadas. Supuso que, en cualquier caso, él se las arreglaría para reconocer a la muchacha que le interesaba. Sin embargo, Su Alteza todavía estaba despierta. Al percibir un sonido repentino, se levantó en silencio y fue rápidamente a esconderse. ¿Qué se proponían las mujeres? La angustia le atenazó el corazón al pensar en su

hermana, que seguía sumida en un sueño apacible. ¡Cómo anhelaba que pudieran ocultarse juntas! Pero no podía retroceder. Temblorosa, vio que un caballero vestido con una prenda interior [23] pasaba ante la tenue luz de la lámpara, como si la habitación le perteneciera, y alzaba la tela de la cortina portátil. Sumida en una profunda pena, la joven se preguntó qué sentiría su hermana. Entretanto, permanecía acurrucada entre un biombo que estaba allí y la deteriorada pared. Le dolía mucho imaginar la absoluta repugnancia de su hermana, ya que la mera perspectiva parecía resultarle odiosa. «¡Todo esto se debe a la desgracia de habernos quedado solas en

el mundo, sin un auténtico protector!», siguió diciéndose. Parecía ver a su padre ante ella, tal como había estado la noche en que partió montaña arriba, y lo echó muchísimo de menos.

Al ver a una única durmiente, el consejero se sintió jubiloso, pues pensó que le había estado esperando, pero enseguida vio que no era la muchacha que estaba buscando. Aquélla parecía algo más bonita, dotada de una mayor dulzura. El horror y la consternación que evidenciaba le indicaron claramente que ella no sabía lo que él estaba haciendo allí, y sintió lástima por ella, aunque al mismo tiempo la crueldad de su hermana, que en aquellos momentos debía de estar

oculta en alguna parte, le enfurecía. Le desagradaba la idea de que la aterrada muchacha perteneciera a otro, pero lamentaba amargamente ver frustrado su auténtico deseo, y no deseaba parecerle caprichoso. «Bien, voy a dejar las cosas como están —se dijo—, y si entonces el destino quiere que ésta sea mía, ¿por qué razón su hermana, tan sólo por esa circunstancia, habría de dar su corazón a otro?» Tomada esta resolución, pasó la noche, como la ocasión anterior, entregado a una amable y divertida conversación.

Las ancianas, convencidas de que la posesión se había consumado, se decían unas a otras:

—¿Dónde puede estar nuestra señora más joven? ¡Esto es muy extraño!

—¡Ha de estar en alguna parte!

—Por otro lado, basta mirarle para que a una le desaparezcan las arrugas, y no puedo imaginar por qué Su Alteza no quiere relacionarse con un hombre de semejante apostura y amabilidad.

—Supongo que ese dios aterrador del que hablan debe de haber tomado posesión de ella [\[24\]](#) —aventuró una deslenguada anciana con los dientes separados.

—¡No digas eso, o traerás mala suerte! ¿Qué puede habersele metido en la cabeza? Lo único que sucede es que ha crecido alejada de la gente, eso es todo;

no sabe cómo actuar porque no tiene a nadie que le aconseje sobre lo que debe hacer en un caso como éste. Cuando vivan juntos ya le cobrará suficiente afecto.

—Bueno, ojalá ella le dejara salirse con la suya —dijo una última y soñolienta voz—, ¡y que ella sea lo que confiamos que sea!

Unos inquietantes ronquidos surgían aquí y allá.

No era una noche de otoño para que la acertara «aquella con quien la pasas», [25] pero de todos modos a él le pareció que el alba había llegado demasiado pronto, y pensó con toda naturalidad que lamentaba abandonar a la muchacha, pues las dos eran igualmente adorables.

—¡Ámame también! —le pidió—.
¡Por favor, no adoptes la actitud de la otra, que es muy cruel!

Le prometió que volverían a verse. A su pesar, le pareció como si lo acontecido hubiera sido un extraño sueño, pero cuando salió para acostarse se dijo, como había hecho en una ocasión anterior, que volvería a intentarlo con la que le rechazaba.

Ben entró en la estancia.

—¡Qué raro! ¿Dónde puede estar mi joven señora?

Y allí estaba, tendida, perpleja y avergonzada, preguntándose qué podría significar todo aquello. Estaba enojada con su hermana, pues recordaba lo que le

había dicho el día anterior.

Sólo la llegada de la luz del día hizo que el grillo se apartara de la pared. [26] Apenas soportaba imaginar lo que sentiría su hermana menor, y no intercambiaron una sola palabra. «Esto es terrible —se lamentó—. Ahora las dos hemos perdido nuestro misterio. ¡Después de esto no podremos bajar la guardia ni un solo momento!»

Ben fue a ver al visitante, que le expuso la extraordinaria obstinación de su señora. Las palabras del consejero la dejaron atónita y llena de conmiseración hacia el caballero, pues el comportamiento de su señora le parecía excesivo e indigno de la menor simpatía.

—Hasta ahora pensaba que su severidad aún podría tener algún remedio —comentó él con amargura—, e hice lo que pude por tranquilizarla, pero lo de anoche fue absolutamente humillante, y habría querido morirme. Lo único que me disuade de esa idea es lo reacio a abandonarlas que fue su propio padre, tanto era el cariño que les tenía. No volveré a acercarme a ninguna de ellas con intención de cortejarlas. No, no olvidaré el enojo y la amargura que me han causado. Tengo entendido que Su Alteza de la Guerra trata desvergonzadamente de relacionarse con la menor, y supongo que ella aspira a llegar tan alto como pueda. Lo comprendo

y, para mi bochorno, no puedo culparla, y prefiero no volver aquí y ponerme en evidencia. En cualquier caso, te ruego que no digas nada a nadie sobre lo necio que soy.

El consejero se marchó mucho más pronto que de costumbre.

—Eso es un desastre para las dos —
cuchichearon las mujeres.

¿Adonde conducía aquello?, se preguntó la mayor, temerosa de que él pudiera ahora volverse contra ellas, y condenó la irremediable y turbia intromisión de sus mujeres. Estaba pensando en estas cosas cuando llegó una carta, y se sorprendió al constatar que recibirla le satisfacía más que de

ordinario. Como si desdeñara reparar en los colores del otoño, él la había atado a una rama verde de la que una sola ramita lucía unas hojas de un rojo profundo.

*Diosa de las colinas, que teñiste
exactamente la misma rama con dos
tonos distintos,
de buen grado te preguntaría: ¿cuál
tiene el color más intenso? [\[27\]](#)*

A la joven le latió con fuerza el corazón al comprender que él apenas mencionaba su gran indignación, ocultándola [\[28\]](#) tan bien que parecía como si deseara zanjar el asunto. Las damas de honor de la joven insistían en

que debía responder, y a ella no se le escapaba que cometería un grave error si le dejaba la tarea a su hermana, pero de todos modos le resultó muy penoso componer la respuesta. [\[29\]](#)

Jamás habría adivinado lo que, tiñendo así las colinas, quiere decir la diosa, pero me parece que quizás el nuevo color sea el verdadero. [\[30\]](#)

Escribió la nota con rapidez, y a él le pareció lo bastante hermosa para dudar de que pudiera seguir enojado con ella para siempre.

«No es ésta la primera vez que reparo en que ella quiere que la haga mía en la

persona de su hermana —reflexionó—, y debe de haber planeado esto cuando la frustré al no aceptar. Supongo que si su esfuerzo fracasa, mi indiferencia le hará apiadarse de su hermana, me odiará por mi crueldad y será menos probable que nunca que yo consiga lo que siempre he deseado. Esa anciana que lleva los mensajes del uno al otro también debe de considerarme un tanto frívolo. La verdad es que preferiría no haberme enamorado de la muchacha, pues todo el mundo verá ahora con absoluta claridad que yo, que tanto ansiaba renunciar al mundo, al final no pude conseguirlo, y me pareceré al barquichuelo del que se ríe la gente, aquel que, como cualquier galán corriente, sigue

navegando de regreso a la misma mujer.»»

[31] Se pasó la noche sumido en estos pensamientos, y los bellos colores del alba aún teñían el cielo cuando se puso en marcha para visitar a Su Alteza de la Guerra.

No tuvo que ir lejos, puesto que, después de que se incendiara la residencia de su madre en Sanjô, fue un gran placer para el príncipe Niou trasladarse a Rokujô. Su Alteza, entregado por completo al ocio, ocupaba una casa exquisita cuyo jardín cercano no se parecía a ningún otro, donde las formas de las flores incluso familiares o el balanceo de árboles y plantas parecía único y donde la misma luna, nítida y brillante en

el arroyo, incitaba a pintarla. Aún estaba levantado, como el consejero había supuesto. De repente Su Alteza percibió un aroma inequívoco en la brisa, se apresuró a ponerse un manto de vestir y, perfectamente presentable, fue al encuentro del visitante. El consejero se arrodilló a mitad de los escalones, y Su Alteza ni siquiera le invitó a subir más; se limitó a apoyarse en la barandilla, y de ese modo conversaron. De improviso Su Alteza recordó aquel lugar junto al turbulento río, y entonces, para consternación del visitante, expresó amargas quejas. «¡Pero ni siquiera yo estoy llegando a ninguna parte!», se dijo el consejero. Sin embargo, tenía motivos

para desear el éxito de Su Alteza, y le expuso, más detenidamente que de costumbre, las disposiciones que sería preciso tomar.

Lamentablemente, se alzó una niebla que engulló la luz del amanecer e intensificó el frío; bajo una luna velada, la oscuridad persistió provocativamente bajo los árboles.

—Debemos ir allá cuanto antes —dijo Su Alteza, tal vez recordando el melancólico encanto de la aldea de montaña—. Quiero que me lleves contigo. —Y al ver que su amigo parecía reacio, añadió jovialmente:

Cuando la valeriana florece en tan

*ancho prado, ¿por qué has de vigilar
y extender una cuerda a su alrededor
para afirmar que es tuya?*

La réplica del visitante fue
provocadora:

*Esas flores de valeriana florecen entre el
rocío de los campos:
sólo son para los ojos de aquel cuyo
corazón les pertenece...*

«¡Y no para los de cualquiera,
créeme!»

—¡Bueno, ya es suficiente! —exclamó
Su Alteza, finalmente molesto.

Desde hacía largo tiempo, Su Alteza

se expresaba de ese modo, pero al consejero le había preocupado la posibilidad de que no le agradara el aspecto de la dama en cuestión. Ahora, sin embargo, le resultaba difícil imaginar que su amigo despreciara semejante belleza, y aunque siempre había preferido la cautela, a fin de precaverse por si, al conocerla de cerca, resultaba que su agudeza dejaba que desear, sabía que tampoco tenía necesidad de preocuparse por eso. Pensó que, por cruel que fuese frustrar los planes secretos de la hermana mayor, no podía mudar de afecto con tanta facilidad; no, cedería la menor a Su Alteza, y eso le ahorraría la censura de ambos. [\[32\]](#) Sin embargo, su amigo no estaba enterado de

ello, y al consejero le divertía verse acusado de querer a las dos hermanas para sí.

—Detestaría ver que la habitual ligereza de tu comportamiento causara aflicción a alguien —dijo en un tono paternal y amistoso.

—No debes preocuparte por eso —replicó Su Alteza gravemente— Jamás me había interesado tanto una mujer.

—No veo la menor señal de que ninguna de las dos tenga intención de satisfacerte. Me has impuesto una tarea muy difícil.

Le explicó con exactitud a Su Alteza lo que debía hacer cuando estuvieran allí.

El vigesimoctavo día, último del

equinoccio, era un día fasto, y el consejero, tras tomar unas discretas precauciones, acompañó a Su Alteza en una visita clandestina a Uji. Hizo lo posible por aparentar que no sucedía nada fuera de lo corriente, pues Su Alteza estaba empeñado en ir y sería una catástrofe que la expedición llegara a oídos de la emperatriz, ya que no había duda de que en ese caso Su Majestad la impediría. No buscaron ningún alojamiento imponente, [\[33\]](#) porque la travesía en una embarcación era demasiado arriesgada, y el consejero dejó a Su Alteza en la vivienda del encargado de una finca que poseía en la zona, donde podría pasar desapercibido, y él

prosiguió su camino. En cualquier caso, no era probable que nadie reparase en Su Alteza, pero presumiblemente el consejero deseaba evitar cualquier posibilidad de que fuese descubierto por algún vigilante que hiciera la ronda alrededor de la casa. Como siempre, le saludaban con gritos de «¡Aquí está su señoría!». Escaso fue el placer de las hermanas cuando se enteraron de su llegada, pero la mayor pensó que por lo menos le había dado a entender que ahora él debía aspirar a otra mujer, mientras que la menor se resignó a su presencia, porque sabía que difícilmente podía ser ella la dama en la que él pensaba. No obstante, la consecuencia de aquella espantosa

experiencia era que seguía enojada con su hermana, y ya no le tenía la consideración de antes. Cuando su hermana mayor tenía algo que decir al consejero, o iba a recibir una réplica de éste, insistía en que la portadora del mensaje fuese una de las mujeres, quienes se preguntaban entristecidas cómo acabaría todo aquello.

A cubierto de la oscuridad, el consejero acompañó a Su Alteza de la Guerra hasta la casa, y nada más desmontar llamó a Ben.

—Tengo algo que decirle a Su Alteza —le explicó—. Me siento avergonzado en extremo porque ella no parece querer relacionarse conmigo, pero es preciso que hable con ella. ¿Querrás llevarme, un

poco más tarde, a su presencia, como lo hiciste antes?

Sus palabras eran de una inocencia absoluta. «¿Qué más da que sea una o la otra?», se dijo Ben, y fue al encuentro de su señora.

«¡Es cosa hecha! —pensó Su Alteza tras escuchar a la anciana—. ¡Su afecto ha cambiado!» Complacida y tranquilizada, cerró con firmeza todas las mamparas deslizantes que daban al pasillo, excepto aquella por donde entraría el visitante, y entonces le recibió.

—¡Tengo algo que decirte, y preferiría no verme obligado a alzar tanto la voz que alguien pueda oírme! —le dijo él de entrada—. ¡Abre un poco la

mampara, por favor! Me encuentro demasiado incómodo.

—Estoy segura de que me oirás perfectamente bien —replicó ella dejándola cerrada.

«Ahora que sus sentimientos se inclinan en verdad hacia mi hermana, debe de pensar que por lo menos ha de saludarme —se dijo—. Además, no es como si nunca le hubiera visto hasta ahora, o como si me propusiese ser tan poco amable como para dejar que transcurra la noche mientras él aguarda mi respuesta.» Se había acercado tanto que él le asió la manga a través de una abertura entre los paneles y tiró de ella mientras le llenaba los oídos de amargos reproches.

«¡Oh, no! ¿Qué puede haberme inducido a escucharle?» Perpleja y apesadumbrada, de todos modos insistió cortésmente, empeñada en que él considerase a su hermana como si se tratase de ella misma y fuese a verla.

Entretanto, Su Alteza de la Guerra, obedeciendo las instrucciones que había recibido, se encaminó a la puerta por la que el consejero había entrado aquella otra noche y agitó su abanico. Ben se presentó y le franqueó la entrada, y él sonrió al pensar que la mujer había hecho eso en más de una ocasión. [\[34\]](#) La princesa mayor, todavía resuelta a lograr que el visitante mudara de propósito, no sabía nada de su llegada, y el consejero,

conmovido y divertido, vio que no tendría defensa si ella llegaba a culparle por no haberle puesto en antecedentes de la maquinación.

—Su Alteza de la Guerra ha insistido en venir conmigo y no he podido negarme —le confesó él—. Está aquí, y ha entrado sin hacer ruido. Supongo que ha persuadido a esa anciana entrometida para que le ayude. ¡Me ha hecho parecer torpe y estúpido!

Su Alteza permaneció un momento sin habla.

—Ni por un momento pensé que jamás pudieras hacer semejante cosa —le dijo al fin—, y ahora eres libre de despreciarme por un desliz que ha

revelado mi deplorable inocencia en toda su extensión.

—Por desgracia, ya es demasiado tarde. Pellízcame y aráñame si quieres, en caso de que no te basten mis repetidas disculpas. Parece ser que tenías unas aspiraciones más elevadas que las mías, pero el destino decretado por el *karma* jamás parece conformarse a los deseos de uno, y resultó que él había puesto sus miras en otra persona, por lo que puedes contar con mi comprensión, aunque soy yo el más sorprendido y el más amargamente decepcionado. Será mejor que te resignes a lo que debe ser. Nadie va a creer que nosotros dos somos inmaculados, por muy admirable que sea la protección que te

brinda esta mampara. ¿Crees acaso que el caballero que me pidió que le trajera aquí imagina que los dos estamos pasando la noche así, sin nada más que angustia en nuestros corazones?

Ella se esforzó por tranquilizarle, a pesar de su indescriptible indignación, porque él parecía dispuesto a derribar la mampara de un momento a otro.

—El destino que te complaces en mencionar es algo que nadie puede ver, y no tengo idea de qué podría ser. Sólo siento que las lágrimas derramadas por la ignorancia de lo que hay por delante [\[35\]](#) me envuelven como una niebla. Pensar en lo que puedes hacer a continuación me trastorna como una pesadilla, y si en

tiempos venideros la gente sigue hablando de todo esto, no dudo de que lo citarán como un ejemplo de lo ridículo que alguien puede llegar a ser. ¿Cómo crees que entenderá Su Alteza tus maquinaciones? Por favor, no añadas más sufrimientos a los que ya has echado sobre mí. Si sobrevivo a esto, cosa que no espero, tal vez pueda hablarte de nuevo tras haber recuperado la serenidad en lo posible. Noto que me cubre la oscuridad, y me siento muy débil. Es preciso que descanse. Déjame, pues.

Su aflicción era tan aguda que él se sintió al mismo tiempo avergonzado y encantado, al reconocer a su pesar lo justa que era la queja de la joven.

—¡Oh, amor mío, respetar tus deseos como nadie más habría sido capaz es precisamente lo que me ha hecho ser tan necio! —replicó—. No tengo nada que decirte, ya que me consideras tan insoportablemente odioso y ofensivo. Ahora sé con toda claridad que el mundo pronto dejará de verme. Muy bien —siguió diciendo—, me dirigiré a ti de este modo, desde cierta distancia. ¡Te ruego que no me abandones! —Le soltó la manga y ella se deslizó hacia la habitación interior, pero él se sintió profundamente conmovido al darse cuenta de que sólo se había alejado un poco, y que seguía allí—. Hasta que amanezca, me daré por satisfecho teniéndote tan

cerca —le aseguró—. ¡No haré nada, te lo prometo!

No podía conciliar el sueño, y oía con los ojos abiertos el fragor cada vez más intenso del río. A medianoche, las fuertes ráfagas de viento le hicieron sentirse como un faisán solitario. [\[36\]](#)

Amaneció y, como siempre, el sonido de las campanas del templo acompañó a la primera luz del día. Su Alteza parecía sumido en el sueño, pues no se le veía, y el enojado consejero se aclaró la garganta. Sí, era muy extraño.

*¿Yo, que le traje aquí, soy el que ahora
ha de extraviarse,
en la tenue luz del alba, por un camino*

que evitaría? [\[37\]](#)

«¿Se ha visto alguna vez semejante proceder?»

Ella respondió en voz baja:

*Piensa en aquella cuyo corazón
rebotante de cuitas esta en la oscuridad,
por el camino que has de recorrer sin
que nadie más que tú sea. el culpable.*

Él no podía soportarlo.

—¿Por qué me haces esto? —se quejó con amargura—. Te mantienes tan distante... ¡no hay derecho!

Entretanto, el día se acercaba lentamente, y oyeron que Su Alteza se

marchaba igual que había entrado la víspera. Sus movimientos suaves y sigilosos difundían el delicado perfume que él había quemado previamente para que el humo impregnara sus ropas. Las asombradas ancianas estaban confusas, pues no podían imaginar cómo lo había hecho, pero se tranquilizaron al pensar que su señoría nunca se habría propuesto hacer nada nocivo.

Ambos se dieron prisa en volver a la Ciudad mientras todavía estaba oscuro. El viaje de regreso les pareció en verdad muy largo, sobre todo a Su Alteza, que desde el comienzo había lamentado no poder ir allá siempre que lo deseara, y que parecía afligido por la idea de

perderse siquiera una noche. [38]

Llegaron a primera hora de la mañana, cuando la gente no se había levantado aún. Su Alteza pidió que llevaran el carruaje a la galería [39] antes de apearse. Los dos jóvenes caballeros se rieron al pensar en la extraña y sigilosa manera en que habían entrado, en un carruaje que parecía el de una mujer. [40]

—Veo que te empeñas en ofrecer asiduamente tus atenciones —observó el consejero.

No dijo nada de su propio percance, porque todavía lamentaba el ridículo papel que había desempeñado el guía. Su Alteza se apresuró a enviar su carta.

Las hermanas que vivían allá lejos, en

la aldea de montaña, estaban tan trastornadas que apenas podían creer lo que había sucedido. Ahora la menor detestaba a la mayor («¡Vamos! ¡Nunca me dio ni la más pequeña indicación de lo que estaba planeando!») y ni siquiera la miraba a los ojos. La mayor, que no podía convencerla de que no había sabido nada en absoluto, la comprendía perfectamente. Las mujeres a su servicio se preguntaban qué podría haber ocurrido. Seguían observando a su señora en busca de indicios, pero aquella a la que más miraban parecía aturdida, y todos los intentos de las mujeres eran inútiles.

La mayor abrió la carta de Su Alteza y se la mostró a su hermana, pero ésta se

negó en redondo a levantarse. Al desdichado mensajero le pareció que la respuesta se eternizaba.

¿Te amo, entonces, como podría hacerlo cualquier otro?

¡Mira cómo he venido en tu busca, por páramos de sasa [\[41\]](#) cubiertos de rocío!

Su hábil y elegante caligrafía tenía un marcado atractivo que en otro tiempo le había parecido muy agradable a la princesa, pero ahora le molestaba y le preocupaba, y prescindió de componer una respuesta. Prefirió hablar seriamente con su hermana, a quien dijo lo que debía escribir, y con tal severidad que no le dio

opción a negarse. Regaló al mensajero un vestido largo decorado con asteres y unos pantalones de triple capa, [42] y, puesto que el regalo parecía azorarlo, la princesa pidió que lo envolvieran para que lo transportara otro miembro del séquito. [43] El hombre no tenía nada que impresionara; no era más que uno de los pajes personales que solía enviar Su Alteza. Éste, que no quería revelar a nadie su secreto, se enojó al enterarse de la recompensa que había recibido el mensajero, y supuso que estaba relacionada con la entrometida anciana de la noche anterior.

Su Alteza deseaba que su guía le acompañara también aquella noche, pero

el consejero se negó.

—Su Eminencia Reizei me ha convocado para que le atienda —le dijo a modo de explicación, y se quedó atrás.

Su Alteza se ofendió. «¡Vuelve a las andadas! —se dijo—. ¡Trata a este mundo como si apenas importara!»

La princesa se dijo con resignación que era inevitable: no era aquello lo que habían querido, pero eso no les autorizaba a hacerle caso omiso. No tenían una casa que se prestara a la decoración, pero ella hizo lo que pudo para que estuviera presentable cuando él llegara. El camino era largo, y ella se sorprendió al descubrir que le agradaba que él se apresurase de aquel modo.

La princesa menor, la afectada, no estaba en condiciones de hacer nada más que permitir que la vistieran, y las mangas de su vestido, de un rosa intenso, estaban empapadas de lágrimas, hasta tal punto que incluso su hermana mayor, más juiciosa, empezó a gemir.

—Dudo de que vaya a estar contigo mucho más tiempo —le dijo—, y aunque tú eres mi mayor preocupación, estas mujeres insisten en asegurarme que tu nuevo estado te colmará de dicha, y espero que tengan razón, pues sin duda ellas han vivido lo suficiente para saber de qué hablan. Ni siquiera yo, que tengo tan poco tino, imaginé nunca que podría insistir en que te mantuvieras inmutable,

pero ciertamente no se me ocurrió que en cualquier momento podrías llevarte una sorpresa tan inquietante como la de ahora. Supongo que esto es lo que suelen llamar destino, y es muy duro, ¿sabes? Cuando te encuentres un poco mejor te haré comprender que yo no sabía nada de todo esto. ¡Por favor, te lo ruego, no me odies! ¡Si lo hicieras, tendrías un mal karma!

Mientras hablaba iba peinando el cabello de su hermana. Ésta, que guardaba silencio, pensaba de todos modos que su hermana, a juzgar por sus palabras, tan sólo deseaba ahorrarle aflicción y dolor. «¡Ay! —se decía—. ¡El ridículo y el desprecio a los que ahora me enfrento significan amargura para ella, y entretanto

cuida de mí!»

La misma consternación que mostraba la inocente y desprevenida muchacha llenó de placer a Su Alteza, y, por supuesto, su encanto femenino, algo mayor que el de su hermana, hizo que le gustara todavía más. Le afligía hasta el punto de causarle auténtico dolor que aquellos interminables senderos de montaña la pusieran casi fuera de su alcance, y con profundo sentimiento aseguró a la joven que siempre podría contar con su afecto, pero ella no reaccionó de ningún modo a estas manifestaciones. Una muchacha, por muy bien protegida que esté, probablemente sólo exhibirá una timidez o un temor moderados si ha vivido en un

entorno con un número de personas más o menos normal y ha tenido padres y hermanos que le han permitido saber cómo son los hombres. Pero aunque a la princesa menor jamás le habían prohibido la compañía de sus semejantes, siempre había vivido en lo recóndito de las colinas, y su aislamiento y reserva habituales habían hecho que aquella nueva y no solicitada presencia en su vida fuese en verdad intimidante. No se le ocultaba que su manera de ser y conducirse daría una irremediable impresión de rusticidad, y el valor le flaqueaba a cada intento de dar la respuesta más trivial. Sin embargo, de las dos ella era la que, por sus modales, evidenciaba la inteligencia y el

ingenio más vivos.

—La tercera noche hay que comer pastelillos de arroz —le recordaron las mujeres a Su Alteza, y ésta cayó en la cuenta de que era preciso elaborarlos.

Apenas sabía qué órdenes dar mientras las mujeres trabajaban, y el rubor por la vergüenza que le producía verse al frente de una servidumbre mucho más experta que ella tenía un gran encanto. Ser la mayor le aportaba más dignidad y aplomo que a la otra, pero sentía un enorme cariño hacia su hermana y era muy amable con ella.

Llegó una misiva del consejero: «Habría ido a verte anoche, pero me apesadumbraba la idea de que mi lealtad

no fuese recompensada. Sé que esta noche mi visita podría ser de ayuda, pero he salido de ese ignominioso servicio de guardia sintiéndome mal, y al final no he podido decidirme». La carta estaba escrita, con meticulosa formalidad, en papel Michinokuni, y llegó debidamente acompañada de paño para la ocasión, todavía sin coser, en rollos multicolores que llenaban varios cofres enviados a Ben con la indicación «Para las mujeres». Era tan sólo lo que él había encontrado en la mansión de Su Alteza Enclaustrada, y no parecía que hubiera podido hacer acopio de mucho género, pues, bajo dos bellos conjuntos de prendas que parecían ser para las hermanas, sólo había telas de

damasco y seda corriente. En una manga de una de las camisas, la joven vio un poema trivial:

*Quizá necesites prendas de dormir: no,
no puedo decir que las hemos
compartido,
pero quisiera pedirte que te pongas al
menos este último reproche mío.*

Para ella, esto aumentaba la vergüenza de ambos, cuyo misterio ahora se había desvanecido, y se esforzó por encontrar palabras con las que responderle; entretanto, uno de los mensajeros echó a correr. Ella detuvo a un humilde criado para darle su respuesta:

*Es posible que en el fondo estemos tan
unidos que nada nos separe,
pero no me pondría nada tuyo que
pudiera revelar esa unión.*

El resultado de su esfuerzo era muy mediocre y, dada su agitación y los pensamientos que la turbaban, no podría haber sido de otra manera, pero el receptor de la nota se alegró al observar que por fin se sentía conmovido porque ella expresaba sus sentimientos con tal sencillez.

Su Alteza había ido a palacio, y aquella noche se desesperó al no ver ninguna posibilidad de marcharse.

—Es inaudito que sigas soltero —le

reconvino la emperatriz, a quien no le agradaba que se marchara con tanta frecuencia a casa—, y supongo que todo el mundo habla de lo galanteador que eres. A una le resulta imposible aprobar tu actitud. No deberías insistir en hacer lo que te venga en gana. También Su Majestad está preocupado por ti.

Lleno de frustración, Su Alteza se retiró a sus aposentos de palacio, donde escribió y envió una carta.

Aún le embargaba la pesadumbre cuando llegó el consejero, a quien recibió con más placer que de ordinario, pues pensó que por fin se hallaba en compañía de un aliado.

—¿Qué voy a hacer? —se lamentó—.

Ya está oscureciendo y estoy a punto de volverme loco.

El consejero decidió sondear sus sentimientos.

—Han pasado varios días desde la última vez que estuviste en palacio, y me temo que la emperatriz estará todavía más enojada contigo si vuelves a marcharte. He estado en la sala de las damas de honor y he oído lo que decía. Me estremecí al imaginar el conflictivo servicio que te hice y que me valió la innmerecida censura de Sus Majestades.

—¡Preferiría no oír lo que ella tiene que decir sobre esta cuestión! —replicó Su Alteza—. Supongo que alguien se ha dedicado a difundir rumores. ¿Qué he

hecho para merecer estos reproches? ¡Ah, cómo me gustaría no tener que ser precavido con mis actitudes! —En verdad parecía aborrecer las restricciones que le imponía su alcurnia.

El consejero le compadeció.

—Sea como fuere estás en dificultades. Déjame, pues, que esta noche cargue con la culpa y arriesgue mi reputación. ¿Qué te parecería cruzar a caballo las colinas de Kohata? [44] Supongo que eso dará más que hablar, [45] pero no importa.

Para entonces ya había oscurecido del todo, y a Su Alteza no se le ocurría nada más que hacer. Partió a lomos de un caballo.

—Lamentablemente, no puedo acompañarte —le dijo el consejero—, pero haré aquí lo que pueda por ti.

Así pues, fue el único que permaneció de servicio en palacio, y fue a atender a la emperatriz.

—Tengo entendido que Su Alteza ha vuelto a salir —le dijo ella—. ¡Es incorregible! ¿Qué pensará la gente? Me pone en un aprieto cuando Su Majestad se entera de estas cosas, pues me riñe por no ser más estricta con él.

A pesar de que todos sus hijos ya eran adultos, la emperatriz conservaba un delicioso aspecto juvenil. Él se dijo que Su Alteza la Primera Princesa debía de parecerse mucho a ella, y ansió poder oír

alguna vez por lo menos su voz desde tan cerca. «Supongo que esta proximidad es lo que incita a un galanteador a pensar en cosas prohibidas —siguió reflexionando—, cuando ella está cercana y es tan familiar, pero también inaccesible. ¿Puede tener alguien en todo el mundo un corazón tan peculiar como el mío? Sin embargo, cuando una mujer lo ha impresionado, soy suyo para siempre.» Cada una de las damas de honor al servicio de Su Majestad destacaba por algo, ya fuese su aspecto o su ingenio, y algunas eran sumamente atractivas, pero él había resuelto no dejarse trastornar por nadie y su conducta con todas ellas era de una corrección impecable. Algunas le

tentaban adrede. La emperatriz imponía un tono de calma y dignidad tales que ellas se mostraban serenas en la superficie, pero todas las personas son diferentes, y ciertas mujeres no ocultaban sus inclinaciones sentimentales. Él, unas veces satisfecho y otras conmovido, lo consideraba una prueba de cómo es realmente este mundo fugaz.

En Uji la noche avanzaba y, pese a las solemnes promesas del consejero, Su Alteza aún no había llegado. Lo que sí llegó fue una misiva suya. «¡Lo sabía!», se dijo la princesa, y se sentía muy dolida cuando él apareció por fin, al filo de la medianoche, como si lo hubiese traído el furioso viento, la misma imagen de la

elegancia dulcemente perfumada. ¿Cómo no iba ella a sentirse agradecida? Sin duda incluso la novia comprendía que había llegado el momento de ceder un poco. Estaba encantadora, y, al verla vestida con tal perfección, a él le pareció que en verdad no tenía parangón. Que le alegrara la vista, cuando conocía a tantas grandes damas, y que tanto su belleza como todos los demás aspectos de su persona le gustaran mucho más en la intimidad..., todo esto hizo aflorar anchas y descaradas sonrisas en los rostros de las rústicas ancianas.

—¡Qué lástima habría sido que una dama tan cautivadora acabara unida a un hombre sin ningún interés! ¡Éste es

perfecto para la señora!

Tales eran los comentarios que se hacían entre ellas mientras chascaban la lengua con desaprobación por la extraña terquedad de la hermana mayor.

Su Alteza miraba sin indulgencia a aquellas mujeres viejas y ajadas, vestidas con las prendas de brillantes colores que habían confeccionado y que ahora llevaban sin asomo de elegancia. Pensó que pronto sus mejores años habrían quedado atrás: «Veo en el espejo que me estoy consumiendo. Sin duda, estas ancianas no piensan nunca en lo feas que son. El cabello les ralea por detrás, pero eso les tiene sin cuidado, pues se alzan los mechones delanteros y se embadurnan

con brillante maquillaje. No he llegado a ese extremo, pero tal vez sólo imagino que mis ojos y mi nariz todavía son pasables». Estos inquietos pensamientos cruzaban por su mente mientras estaba tumbada contemplando el jardín. La idea de que podía estar con un hombre de tan sobrecogedora magnificencia le aterraba cada vez más. «¡Dentro de uno o dos años mi deterioro será aún mayor! —se decía—. ¡Basta ver qué poca cosa soy ya!» Alzó una mano penosamente delgada y débil, y reflexionó de nuevo sobre las penalidades de la vida.

Su Alteza de la Guerra pensaba en lo difícil que le había resultado marcharse y, con una punzada de dolor, comprendió

que viajar hasta allí jamás sería sencillo para él. Informó a su princesa de lo que le había dicho la emperatriz.

—A veces querré venir y no podré hacerlo —le dijo—, pero no debes preocuparte. Si hubiese tenido la menor intención de abandonarte, esta noche no habría venido hasta aquí. He sacrificado la precaución porque me inquietaba que pudieras afligirte y dudaras de lo que siento por ti. Pero no siempre estaré en condiciones de hacer este viaje. He de tomar las medidas apropiadas para que vivas en un lugar más cercano.

Pero a pesar de estas serias seguridades, la predicción de que a veces no le sería posible quedarse con ella hizo

suponer a la joven que lo que había oído decir sobre él era cierto, y su difícil situación la llenó de tristeza.

Cuando el cielo empezó a iluminarse, él abrió las puertas dobles y la invitó a entrar para contemplar juntos el exterior. La niebla prestaba un peculiar patetismo a la escena, y el apasionado corazón de Su Alteza de la Guerra reaccionó con asombro y placer a aquel entorno desacostumbrado. Entre los jirones de niebla veía, allá abajo, las estelas blancas que trazaban en el río las embarcaciones cargadas de leña. Entonces, a la brillante luz que se extendía desde el borde de las montañas, vio lo hermosa que era ella. Podría haber sido la princesa más

preciada del país, aunque, dada su natural parcialidad, no dudaba de que su propia hermana también era muy atractiva, y el anhelo de contemplar aquella belleza a sus anchas le resultaba casi insoportable. Desde donde se hallaba veía el viejo puente de Uji, bajo el cual el río fluía con un fragor imponente, y a medida que se disipaba la niebla iban apareciendo las agrestes riberas. «¿Cómo puedes haber vivido durante tanto tiempo en semejante lugar?», murmuró con lágrimas en los ojos, y se sintió profundamente avergonzado.

Rebosante de gentileza y elegancia, le prometió su corazón no sólo en esta vida sino también en todas sus vidas futuras, y

a pesar de la brusquedad de lo que había sucedido, ella descubrió que en realidad le prefería al consejero de intimidante seriedad, al que conocía mucho mejor. Aquel caballero había mantenido una extraordinaria compostura, pues su afecto pertenecía a otra, y esta circunstancia había hecho que se sintiera más bien incómoda en su compañía, mientras que, tras imaginar a Su Alteza con un respeto reverencial, hasta tal punto que no se había atrevido a responder a una sola línea suya, ahora tenía la sensación de que lo echaría de menos si él se ausentaba durante demasiado tiempo, y no podía evitar condenar su propia inconstancia.

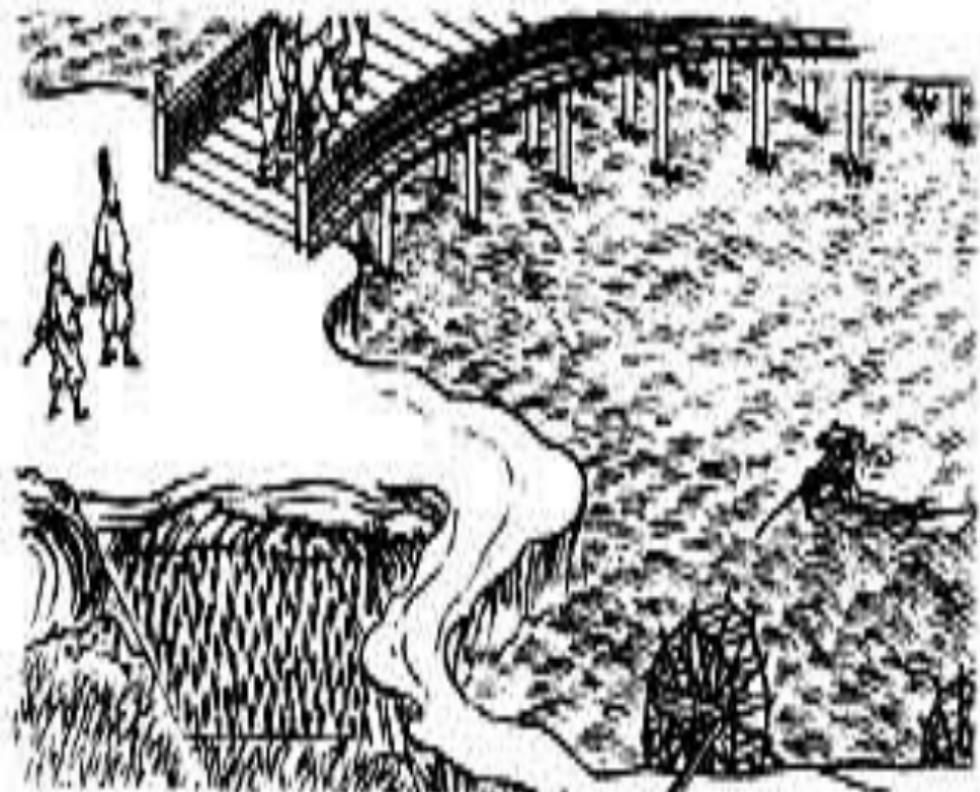
Los hombres de Su Alteza se

aclaraban las gargantas ruidosamente para despertarle, y él estaba muy inquieto, deseoso de regresar a la Ciudad antes de que le sorprendieran a plena luz del día. Una y otra vez tranquilizaba a la joven acerca de las noches que, contra su voluntad, se vería obligado a pasar lejos de ella.

*No desaparecerá el camino que me trae
a tu lado, oh, Doncella del Puente,
aunque en muchas y largas noches las
lágrimas humedezcan tus mangas. [46]*

Así le dijo cuando, incapaz todavía de marcharse, regresó a su lado.

*¿He de esperar sin fin, siempre confiada
en tu promesa de que el camino
persistirá,
mientras un puente del río Uji de
distancia nos separa? [\[47\]](#)*



El puente de Uji

Ella no dijo más, pero la pesadumbre que denotaba su actitud afectó al príncipe en lo más hondo.

Le vio alejarse a la luz del alba, un hombre gallardo que impresionaría a

cualquier mujer joven, y la fragancia que dejó despertó en ella muchos secretos anhelos... ¡Sí, ahora sabía reconocer sus sentimientos con precisión! La luz del amanecer bastaba para distinguir con nitidez las cosas, y las damas de honor también contemplaban al caballero.

—El consejero es muy amable —decían—, pero también hay en él algo inaccesible. Tal vez sea tan sólo el conocimiento de que Su Alteza está un grado por encima de él, pero lo cierto es que tiene algo muy especial.

Durante el viaje, él rememoró sin cesar el aire dulcemente compungido de la muchacha, hasta tal punto que el deseo de regresar le hizo correr el riesgo de

comprometer su dignidad, pero volvía en secreto para no dar que hablar, y si desandaba sus pasos no podría evitar que corriera la voz. Le escribía por lo menos una vez al día. A ella le parecía que su seriedad era irreprochable; sin embargo, pasaban los días sin que él acudiera. La joven, que había decidido evitar semejante sufrimiento, ahora se apiadaba de su hermana aún más que de sí misma, aunque fingía serenidad para que ella no se sumiera en la melancolía. Entretanto, reforzaba su resolución de jamás añadir aquello a la suma de sus propios pesares.

El consejero sabía bien cómo debían de anhelar la llegada de Su Alteza, y el hecho de que él era en parte culpable de

la situación le remordía la conciencia intensamente. Mientras instaba a Su Alteza a que actuara, constantemente trataba de interpretar lo que sentía a juzgar por las expresiones de su rostro. Parecía tan abatido que el consejero al menos estuvo seguro de sus buenas intenciones.

Era el décimo día del noveno mes, y la lóbreguez de páramos y montañas acudía con facilidad a su mente. Un día, al anochecer, con la amenaza de una fría lluvia y el cielo muy encapotado, Su Alteza se sintió presa de una creciente desesperación, pues al final no pudo decidir lo que debía hacer. [48] Entonces llegó el consejero, que había intuido el

estado de ánimo de Su Alteza. «¿Cómo debe de ser para ellas la vida en Furu, en esa aldea de montaña?», le dijo para estimularle. [49] Muy complacido, Su Alteza le invitó a acompañarle y, como en otra ocasión, partieron en un solo carruaje.

Cuanto más avanzaban, con tanta más facilidad imaginaban la melancolía que debía de imperar en el lugar al que se dirigían. No hablaron de nada más durante todo el viaje. Mojados por la fría lluvia que caía en el triste crepúsculo, al pasar por los sombríos campos difundían una fragancia inefablemente atractiva que debía de turbar los corazones de muchas aldeanas.

Las mujeres ya no susurraban como en días pasados, y, todas ellas sonrientes, prepararon una habitación para alojar al príncipe. Se habían puesto en contacto con hijas, sobrinas y otras mujeres de la familia que habían ido a servir a casas respetables de la Ciudad, y las habían hecho volver; y aquellas tontas muchachas, que despreciaban desde hacía tiempo la vivienda de las hermanas, ahora se maravillaron al ver a tan asombroso visitante. Su llegada satisfizo a Su Alteza Ôigimi, pero la exasperante presencia de su acompañante le turbaba y constreñía, si bien, al compararlos, reconocía la excepcional sagacidad y paciencia que tanto diferenciaban al consejero del

príncipe.

Recibieron a Su Alteza y lo agasajaron con la hospitalidad que permitía el lugar, mientras que su compañero, a quien dieron el cómodo trato de uno más de la casa, estaba sin embargo molesto porque lo habían relegado a una habitación alejada, propia de un invitado. [50] Finalmente, Ôigimi se mostró sensible a su desagrado y le habló a través de la mampara deslizante.

—No es ninguna broma [51] —se quejó él amargamente—. ¿Es esto lo mejor que te propones hacer?

Ella le entendió y simpatizó con él, pero la difícil situación de su hermana le deprimía profundamente, y sólo podía

llegar a la conclusión de que su nuevo estado era muy triste. «No —se dijo—. ¡No cederé a sus deseos! Estoy segura de que el hombre cuyo corazón promete felicidad muy pronto se mostrará cruel. No permitiré que tales diferencias se interpongan entre nosotros, hasta que cada uno sienta menos consideración hacia el otro.» Él le preguntó cómo se comportaba Su Alteza, y ella le dio ciertos indicios que le permitieron conjeturar la verdad. El consejero, apesadumbrado, le explicó hasta qué punto Su Alteza estaba interesado, y le aseguró que no le perdía de vista para evitar que se descarriase.

Tras conversar con más calidez que de ordinario, ella concluyó:

—Hablemos de nuevo cuando estas nuevas preocupaciones hayan pasado y esté más tranquila.

No se mostraba antipática ni distante, pero la mampara estaba bien cerrada. Él pensó que ella se horrorizaría si la tirase al suelo y que, además, debía de tener algo en mente; no podía imaginarla entregándose con ligereza a cualquier otro. Así pues, al final la paciencia se impuso a su agitación.

—Mira, me siento muy incómodo — insistió él—. Con un obstáculo así entre los dos no puedo decirte todo lo que ansio. ¡Déjame que te hable como lo hice cierta vez!

—Mi aspecto me aflige más que antes,

y no quiero que me encuentres fea. ¿Por qué será? —Él creyó oír una risita que le pareció atractiva en extremo.

—¿Qué será de mí cuando te permita que me des esperanzas? —le preguntó él sin dejar de suspirar.

Como de costumbre, el alba llegó para ellos como les llega a los faisanes de montaña.

—Envidio al consejero, que al parecer se siente tan a sus anchas, como si fuese el dueño y señor de este lugar —observó Su Alteza sin imaginar que su amigo aún podría estar pasando las noches a solas. La princesa menor se escandalizó.

Su Alteza había corrido un riesgo

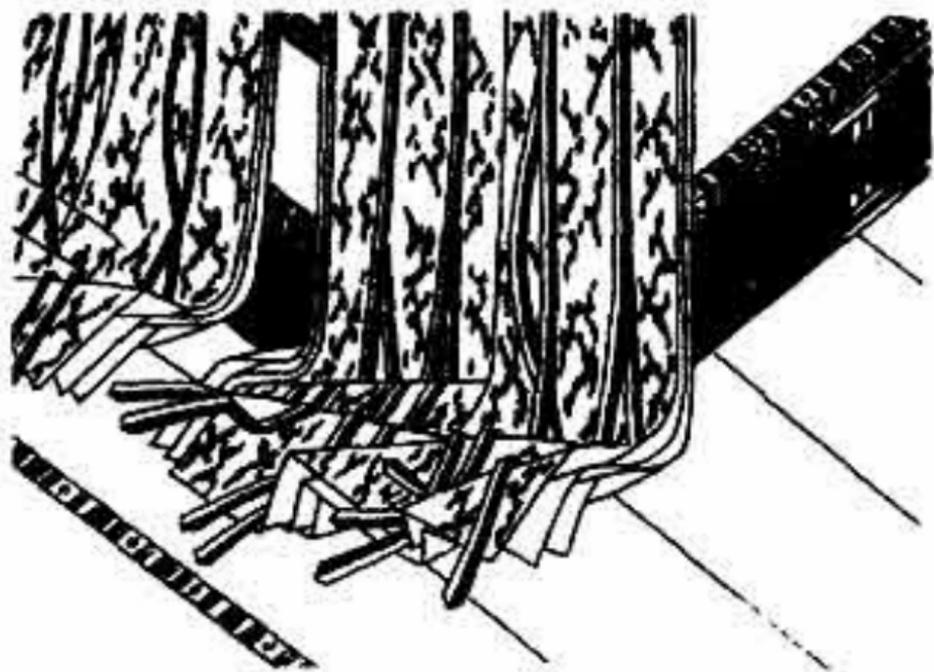
considerable al viajar hasta allí, y estaba lleno de pesar y decepción por tener que regresar tan pronto. Las hermanas, que no comprendían sus motivos, volvieron a preguntarse, consternadas, qué podían esperar y si la menor tan sólo se enfrentaba a la burla. La suya era en verdad una situación triste y angustiosa. No había ningún lugar en la Ciudad donde pudiera trasladarse y permanecer sin que la descubrieran. En cuanto a la residencia de Rokujô, Su Excelencia de la Derecha ocupaba una de sus alas, y estaba tan deseoso de darle a Su Alteza la sexta de sus hijas (una perspectiva que no le hacía ni pizca de gracia al destinatario) que sin duda tendría a la muchacha en baja

consideración. Tenía la costumbre de denunciar implacablemente a Su Alteza por disoluto, y expresaba tales quejas incluso ante Sus Majestades, por lo que Su Alteza tenía todos los motivos para ser cauto y no llevar allí a una mujer por lo demás completamente desconocida. Una aventura corriente habría sido más fácil de manejar, puesto que ella se habría convertido en una de sus damas de honor. Sin embargo, no era eso lo que pensaba de ella, ya que cuando llegara el nuevo reinado y las cosas fueran como Sus Majestades esperaban, él se proponía elevarla por encima de todas las demás; [\[52\]](#) pero, ¡ay!, de momento no podía hacer nada en absoluto, pese a lo mucho

que la apreciaba.

El consejero quería recibir a la princesa mayor en Sanjô con todo el ceremonial que correspondía a su alcurnia, una vez estuvieran finalizadas las obras en el palacio. ¡Cuán cierto es que muchas cosas le son más fáciles a un plebeyo! Le apenaba mucho Su Alteza, quien, a pesar de su desdichada pasión, sólo podía trasladarse a Uji en secreto, para gran disgusto de ambos. «Si la noticia de las visitas clandestinas de Su Alteza a Uji llegaran a oídos de Su Majestad —se decía—, podría haber un aluvión de reproches, pero eso no le haría ningún daño a ella, ¡y es en verdad una gran lástima que, tal como están las cosas,

Su Alteza ni siquiera pueda pasar toda la noche con ella! ¡Cómo me gustaría hacer algo que realmente mejorase la situación en que se encuentra!» Con esa intención, no ponía demasiado empeño en ocultar la verdad.



Cortinas de lecho

Pensó que si no se ocupaba personalmente de supervisar el nuevo cambio de ropas [53] en Uji, nadie lo haría; y así, tras explicarle discretamente a su madre que ahora ellas necesitaban ayuda, envió las cortinas de lecho y de dintel, y otras colgaduras que había encargado para cuando Sanjô estuviera terminado y su princesa se trasladara allí. También pidió a su nodriza y a otras mujeres que confeccionaran ropas para la servidumbre.

Al décimo mes empezó a insinuarle a Su Alteza que aquélla era una buena época para ver la encañizada, y le propuso que hicieran un viaje para contemplar las hojas otoñales. Su Alteza

prefería ir con suma discreción, acompañado por sus criados de más confianza y los caballeros de su entorno con los que tenía mayor intimidad, pero su posición era demasiado encumbrada para que pudiera realizar ese deseo, y el grupo creció e incluso se le unió el capitán consultor, hijo de Su Excelencia de la Derecha. [\[54\]](#) Pero sólo había otro noble de alto rango, el consejero. La mayor parte del grupo estaba formada por caballeros comunes.

El consejero le dio a la hermana mayor una completa información. «Ten en cuenta que, naturalmente, Su Alteza tendrá que hacer un alto en su viaje —le escribió—. Todos los que le acompañaron en la

primavera del pasado año para ver las flores se aprovecharán de la lluvia para tratar de atisbarte.» Cambiaron las persianas, barrieron los rincones aquí y allá, retiraron unas pocas hojas muertas alrededor de las rocas y liberaron de plantas acuáticas el arroyo del jardín. La hermana mayor también envió alimentos, así como el personal necesario para preparar los refrigerios. Ella, atrapada entre la gratitud y la exasperación, se resignó a lo inevitable y se preparó para lo que estaba por venir.

Desde la casa oían la música que tocaba el grupo de Su Alteza mientras navegaba por el río. También vieron a algunos de ellos, y las mujeres más

jóvenes fueron a aquel lado de la casa para mirar. Su Alteza estaba demasiado lejos para poder reconocerlo, pero las embarcaciones, provistas de un tejado de hojas de colores, parecían revestidas de brocado, y el sonido de los instrumentos que tocaban al unísono era casi demasiado alto. Incluso en una excursión tan discreta, aquel gran príncipe, honrado y apreciado por todo el mundo, les parecía a las hermanas lleno de gloria, y sus mujeres comentaban que bien valdría la pena aguardar su luz como si fuese el mismo astro Boyero. [\[55\]](#)

También Su Alteza contaba con varios doctores, puesto que tenía intención de pedir a los miembros del grupo que

compusieran versos en chino. Cuando oscurecía, dirigió su embarcación a la orilla [56] y, sin que la música se interrumpiera, inició la composición poética. Todos parecían muy animados mientras, con las cabezas adornadas con hojas claras y oscuras, tocaban «Inmortal de las profundidades». Sólo Su Alteza estaba alicaído [57] y consternado al imaginar que allí, al otro lado del río, ella debía de estar enfadada con él. A todos les presentaron [58] temas apropiados a la estación, y ellos tararearon sus versos.

El consejero determinó que Su Alteza iría al encuentro de la joven en cuanto la euforia del grupo hubiera remitido un poco. Le estaba diciendo lo que debía

hacer cuando el intendente de la Guardia de la Puerta, hermano mayor del capitán consultor, llegó con una escolta marcialmente formal para entregarle un mensaje de la emperatriz. Naturalmente, la noticia de la excursión de Su Alteza se había difundido, pese a su deseo de que no trascendiera, y era indudable que, a su debido tiempo, ese comportamiento por parte del príncipe se citaría como un precedente. Sin embargo, Su Majestad se había sorprendido al saber que había partido de improviso, sin un séquito adecuadamente amplio y digno. En consecuencia, el intendente había ido allá acompañado de numerosos nobles de alto rango, cuya presencia imposibilitaba

nuevos planes. Tanto el príncipe como el consejero se sentían demasiado mal para que la reunión siguiera interesándoles, pero los demás, que no tenían ni idea de lo que estaba en juego, bebieron, jaranearon y tocaron música hasta el alba.

Su Alteza había confiado en pasar el día donde estaba, pero Su Majestad envió otra delegación de su comisionado, [\[59\]](#) más nutrida, y otros caballeros de su confianza. El príncipe, irritado y profundamente decepcionado, seguía sin tener ningún deseo de marcharse. Envío una carta a la casa que se alzaba en la otra orilla del río. No había nada taimado en la misiva, pues había expresado con seriedad cuanto pensaba, pero ella sabía

que estaba rodeado por una multitud ruidosa, y no le respondió. «¡Es imposible que alguien tan insignificante como yo se relacione con un hombre de posición tan elevada como la suya!» Cada vez lo veía con mayor claridad: una cosa era resignarse a que él viviera en otro lugar, lejos de allí, durante días y meses interminables, pero que Su Alteza se comportara como lo hacía ante ella y luego actuara como si ella no significara nada para él..., eso era un golpe demasiado duro y cruel.

Por entonces Su Alteza estaba fuera de sí, lleno de inquietud y frustración. Las mismas truchas de la encañizada parecían ponerse de su parte, pues se ofrecían para

que las capturasen en gran número. Las servían sobre hojas de distintos colores y hacían las delicias incluso de los criados. Todos estaban muy satisfechos con la excursión, y sólo Su Alteza alzaba los ojos al cielo, desesperado, y contemplaba los hermosos árboles que rodeaban la vieja casa o los tonos profundos de las enredaderas alrededor de los arbustos de hoja perenne. El consejero pensó que el entorno de las muchachas tenía un aspecto imponente incluso desde lejos. ¡Y pensar en las seguridades que él les había dado! Era un desastre.

Los caballeros que habían acompañado a Su Alteza la primavera anterior recordaban la belleza de las

flores y hablaban de lo solitarias que debían de sentirse las desconsoladas hermanas. Sin duda, algunos de ellos ya estaban al corriente de sus visitas secretas. Otros, que no sabían nada, seguían hablando de las muchachas, puesto que, a pesar de su aislamiento en aquellas colinas, los rumores acerca de ellas se habían difundido.

—Tengo entendido que son bonitas — observó uno.

—Tocan muy bien el *sô no koto* — comentó otro—. Su padre, el difunto príncipe, les hacía practicar día y noche.

El capitán consultor dijo:

Un día tuve un atisbo de esos árboles

gloriosamente floridos,

*y ahora ha llegado el otoño y sus ramas
están solitarias.*

El consejero, que se sintió impulsado
a hablar por ellas, replicó:

*Sí, clara es la verdad que presenta el
cerezo: la gloria de flores y hojas
otoñales*

*no dura mucho tiempo en este mundo
fugaz.*

Y el intendente:

*¿Qué camino puede seguir el otoño para
irse a otra parte cuando en estas colinas*

los brillantes tonos de las hojas hacen tan penoso el intento de alejarse?

El comisionado de la emperatriz:

El hombre que conocí renunció a su aldea de montaña, ¡pero las leales enredaderas

trepan todavía entre las piedras a lo largo del viejo muro de su jardín!

Era un hombre muy anciano, y se echó a llorar. Debía de haber rememorado la época en que el difunto príncipe era joven.

Su Alteza:

*Ahora el otoño ha terminado, la soledad
crece e impera bajo los árboles.*

*¡Oh, no soples con aspereza, viento de
los pinos que visten las colinas!*

Estaba a punto de llorar, y quienes sabían algo de sus sentimientos le comprendieron a la perfección. Algunos pensaron que era una gran lástima que dejara pasar aquella oportunidad, pero el esplendor de su séquito le impedía hacer otra cosa.

Tararearon una y otra vez las mejores partes de sus poemas en chino, y también habían compuesto gran cantidad de poemas en japonés, pero ¿cuántos podían tener algún valor, bebidos como estaban?

Sería embarazoso dejar constancia de cualquiera de ellos.

En la otra orilla del río, las jóvenes escuchaban angustiadas, mientras los gritos de advertencia de la escolta se oían cada vez más lejos. Las damas de honor habían esperado con ilusión la llegada del príncipe, y también se sentían muy decepcionadas. No era de extrañar que Ôigimi se sumiera en profundas reflexiones: «¡Ah, su corazón es como la tradescantia de la que hablan! [\[60\]](#) Lo poco que oigo decir a la gente indica que los hombres mienten continuamente. Cuando estas despreciables mujeres se dedican a rememorar los viejos tiempos, comentan que un hombre, con sus

interminables palabras, puede hacerte creer que te ama cuando no es cierto, y siempre había supuesto que las personas de baja estofa eran las únicas que podían ser tan horribles, pero que a las de calidad superior les preocuparía demasiado lo que los demás pudieran oír o pensar de ellas, y se contendrían. Pero no, me equivocaba. A menudo mi padre había oído decir que este príncipe no era digno de confianza, y jamás le permitió que se acercara tanto a nosotras. ¡Es demasiado cruel que, tras esas cartas increíblemente apasionadas y el momento del todo imprevisto que le unió a ella, el sufrimiento de mi hermana y el mío no hayan hecho más que aumentar! ¡Cómo

reacciona el consejero a esta infame conducta? No hay ninguna necesidad de preocuparse por la opinión del personal de esta casa, pero, al margen de lo que piensen, lo cierto es que él nos ha puesto en ridículo y nos ha hecho objeto de burla». Estaba tan trastornada que su estado de ánimo decayó y se sintió muy enferma.

En cuanto a su hermana menor, la más afectada, cuando Su Alteza fue a verla la tranquilizó con tan profunda sinceridad que la muchacha se consoló un poco al pensar que él realmente jamás la rechazaría y que sus ausencias se debían tan sólo a obstáculos insuperables. Pero le molestaba que él permaneciera ausente

tanto tiempo, y el hecho de que hubiera pasado por allí sin visitarla era de una tremenda crueldad. Cada vez estaba más melancólica, y a su hermana le resultaba muy difícil soportar semejante estado. «No podría tratarla de ese modo si yo pudiera hacer por ella todo lo que debo y tuviéramos una casa como las de otras personas», se decía. En medio de tales reflexiones, se sumió en una creciente desesperación.

«Y esto es lo que me ocurrirá también a mí si sigo viviendo. El consejero promete esto y aquello, pero sé que sólo lo hace para ponerme a prueba. No puedo darle excusas indefinidamente, aunque no quiero relacionarme con él. Las mujeres

que me sirven nunca aprenderán; lo único en que piensan es en que también se realice esta unión, y estoy segura de que al final se saldrán con la suya, tanto si me gusta como si no. Esto y nada más que esto es lo que él quería dar a entender cuando nos dijo que estuviéramos siempre vigilantes; nos advertía precisamente contra esto. Estoy segura de que, dada nuestra mísera suerte, ambas sobreviviríamos a cualquiera que nos importara tanto. Me quedaría sola y la gente se reiría de mí, diciendo que había ido por el mismo camino, [\[61\]](#) ¡y qué cruel sufrimiento habría infligido incluso a mis padres! No, no, por lo menos yo no languideceré padeciendo de esa manera.

Moriré antes de hundirme demasiado en el pecado.» [\[62\]](#)

Presas de la angustia, se negó a probar bocado, y se pasaba día y noche reflexionando sobre lo que podría ocurrir cuando ella se hubiera ido. Su aflicción hacía que tan sólo mirar a su hermana le resultara penoso. «¡Qué privada de consuelo estará cuando me haya perdido a mí también! Es tan encantadora y merece tanto ser feliz... Nada me complace más que su presencia noche y día. He intentado darle una vida digna de ella, y en el fondo de mí ser eso era lo que siempre quise, pero sería en verdad muy amargo, para una mujer tan expuesta a las burlas, por muy alta que sea su alcurnia, que saliera

al mundo y se pusiera en evidencia al vivir como lo hacen otras. No —concluyó abatida—, nosotras carecemos de esperanza, ¡y las mujeres como nosotras jamás pueden hallar consuelo en esta vida!»

Su Alteza estuvo a punto de regresar de una de sus habituales visitas clandestinas sin llamar la atención, pero el intendente de la Puerta de la Guardia ya había informado a Su Majestad.

—La razón de que Su Alteza haya ido apresuradamente a esa aldea de montaña es que tiene allí una aventura secreta —le explicó—. Tengo entendido que la gente censura en privado su conducta imprudente.

La noticia también inquietó a la emperatriz cuando llegó a sus oídos, y el emperador mostró su nula disposición a permitir que el joven se tomara tales libertades.

—En cualquier caso, no está bien que se pase en casa todo el tiempo que desee —observó.

Dio unas órdenes estrictas, y Su Majestad exigió de inmediato a Su Alteza que se presentara ante ella en palacio. El joven caballero había resuelto que la Sexta Hija de Su Excelencia de la Derecha no era adecuada para él, pero todo el mundo consideraba que debía desposarla de inmediato.

Cuando se enteró de esto, el consejero

sólo pudo deplorarlo. «Lo que ocurre es que soy demasiado raro —se dijo—. Tal vez haya sido tan sólo el destino, pero sentía afecto por las hermanas cuyo futuro tanto preocupaba al difunto príncipe, y jamás habría podido olvidarlas. Tienen muchas cualidades, y sería una gran lástima que se desperdiciaran. Mi empeño por conseguirles una clase de vida apropiada me sorprendió incluso a mí. Al final hice lo que hice, y no pudo ser de otro modo cuando Su Alteza también me acosaba y dada la lamentable manera en que la princesa a la que deseo insistía en ceder a su hermana, pero ahora que considero terminada la relación, desearía que no fuese así. Nadie podría haberme

culpado de hacer más a las dos.» Sufría muchos absurdos tormentos, pero, ¡ay!, era demasiado tarde.

Su Alteza estaba todavía más afectado por todo aquello. Añoraba a su princesa de Uji y estaba preocupado por ella.

—Si sientes especial agrado por alguna joven —le decía a menudo la emperatriz —, dámela y la trataré con normal discreción. [\[63\]](#) Su Majestad tiene planes para ti, y me apena profundamente que la gente te llame imprudente.

Un día gris de duro invierno, hizo una visita a la Primera Princesa. [\[64\]](#) Ésta, en compañía de algunas mujeres, miraba ilustraciones. Hablaron con una cortina portátil entre los dos. La noble distinción

de la princesa, suavizada por su carácter dulce y complaciente, siempre le había parecido sin par, y deseaba que por lo menos hubiera otra como ella en todo el mundo. Deducía que la hija de Su Eminencia Reizei gozaba de la alta consideración de su padre y cultivaba un estilo de vida muy elegante, pero él nunca había podido expresarle su perdurable admiración. Pero, ah, la que vivía en aquella aldea de montaña... Ella no tenía nada que envidiar a nadie en dulzura y nobleza, y recordarla le llenó de un profundo anhelo. Para distraerse, echó un vistazo a las ilustraciones de Su Alteza, que estaban esparcidas aquí y allá. Se trataba de divertidas «pinturas de damas»,

[65] y algunas eran escenas de la vida de un amante. Había una casa encantadora en una aldea de montaña, así como muy variadas escenas que habían atraído a quienes las plasmaron, y muchas le llamaron la atención sobre todo porque le recordaban su propia experiencia. Pensó en pedirle algunas a Su Alteza y enviarlas a Uji. Eran ilustraciones de los *Cuentos de Ise*, [66] y una de ellas mostraba a un hombre que enseñaba a su hermana a tocar el *kin* y decía: «¡Ay, que deba irse con otro!». [67]

Por alguna razón, la escena pintada hizo que se acercara un poco más a ella y le susurrase:

—En el pasado la gente se veía cara a

cara cuando era apropiado que así lo hiciera, ¡pero tú siempre pones distancia entre nosotros!

Ella no podía saber en cuál de las ilustraciones pensaba él, por lo que éste la enrolló y la deslizó por debajo de la cortina, y lo poco de su cabellera que atisbo cuando ella se inclinó a mirar, derramándose en ondas, le pareció tal maravilla que deseó pensar en ella como lo habría hecho de una mujer con la que hubiera tenido un parentesco menos estrecho. Le dijo:

*No me atrevería a tenderme en un lugar
con tan tierna hierba,
pero, aun así, ¡qué triste es tener que*

sentirme de esta manera!

Las damas de honor de la joven, que sentían un respeto reverencial por Su Alteza, se habían ocultado detrás de cortinas y biombos. «¡Qué cosas decía! ¡Era escandaloso!», pensó ella, y guardó un silencio que él aceptó, pues le parecía que la dama del relato, «sus pensamientos del todo inocentes», [68] había percibido la intención de su hermano con demasiada rapidez. Entre todos los hermanos y hermanas, aquellos dos estaban especialmente unidos, porque la señora Murasaki les había tenido mucho cariño. La emperatriz los había mimado tanto que cualquier dama de honor suya con el más

leve defecto se sentía en verdad muy incómoda. La mayoría eran hijas de muy grandes señores. Su Alteza, cuyos sentimientos mudaban con facilidad, no dejaba de divertirse un poco con cada recién llegada, y aunque nunca llegaba a olvidarse de Uji, transcurrían los días sin que se trasladase allá.

A quienes le esperaban les parecía mucho tiempo, y suspiraban pensando en que sus temores se confirmaban, cuando llegó el consejero. Le había llevado allí la noticia de que la hermana mayor estaba enferma. Aunque su dolencia no era tan grave que le confundiera la mente, ella lo mencionó como pretexto para no recibirle.

—¡Pero he recorrido un largo camino,

y lleno de inquietud! —protestó él—. Debes llevarme a donde ella yace.

Así pues, le acompañaron hasta las persianas detrás de las cuales ella se había instalado con la mayor comodidad posible. La presencia del consejero le molestó, pero alzó cortésmente la cabeza y le respondió como debía.

Él le contó las circunstancias por las que Su Alteza, contra su voluntad, había pasado por allí sin visitarla.

—Te ruego que no te preocupes por eso —le pidió—. No debes apresurarte a condenarle.

—Ella no parece haberle dicho nada en uno u otro sentido —replicó la enferma—. Por lo que puedo ver, esto es

precisamente aquello contra lo que nos previno nuestro padre. ¡Lo siento tanto por ella!

Él dedujo que estaba llorando. Se sentía profundamente dolido por la situación de la joven, e incluso avergonzado de sí mismo.

—La vida nunca permanece invariable durante mucho tiempo. Puede que ahora estés enojada con él, dado lo poco que las dos sabéis de estas cosas, pero te ruego que hagas un esfuerzo y seas paciente. En cuanto a mí, no creo que tengas ningún motivo para inquietarte.

Él mismo se sorprendió al suplicar por la causa de otro.

Por la noche el estado de la joven

empeoró, y su hermana estaba muy preocupada por la presencia cerca de ella de alguien ajeno a la casa.

—Por favor, mi señor, si os parece bien, podéis alojaros en vuestra habitación de costumbre —le sugirieron las mujeres, pero él se quejó a la anciana Ben.

—La noticia de que tu señora se encontraba mal me turbó en grado sumo, y he venido aquí lo antes posible. ¡Y ahora me pedís que me vaya! ¡Esto es intolerable! ¿Quién cuidará de ella en una situación como ésta, si no lo hago yo?

Ordenó que llevaran a cabo ritos sanadores, lo cual consternó a la enferma porque no deseaba vivir, pero no podía

decirle claramente tal cosa, y, pese a todo, le conmovió que él deseara su restablecimiento.

—¿Te sientes ahora un poco mejor? —le preguntó a la mañana siguiente—. Desearía hablar contigo, aunque sólo fuese como lo hice ayer.

Ella le envió un mensaje: «Tal vez empeoro de un día a otro, pero hoy, en cualquier caso, me siento muy enferma. Ven, pues». [69] Él se sintió muy emocionado y se preguntó cuál podría ser el estado de la enferma, porque aquella actitud flexible, tan insólita, era alarmante. Así pues, fue a su encuentro y se puso a hablar de esto y aquello.

—Me siento demasiado mal para

responderte —le dijo ella—. Tal vez cuando esté un poco mejor...

Su voz tenía una patética debilidad, y él permaneció allí sentado, lleno de dolor y compasión. Sin embargo, no podía quedarse indefinidamente sin nada que hacer, así que, a pesar de su preocupación, regresó a la Ciudad.

—Vivir en semejante lugar sólo empeora su estado —le dijo a la anciana sirvienta—, y me propongo trasladarla a una vivienda más adecuada.

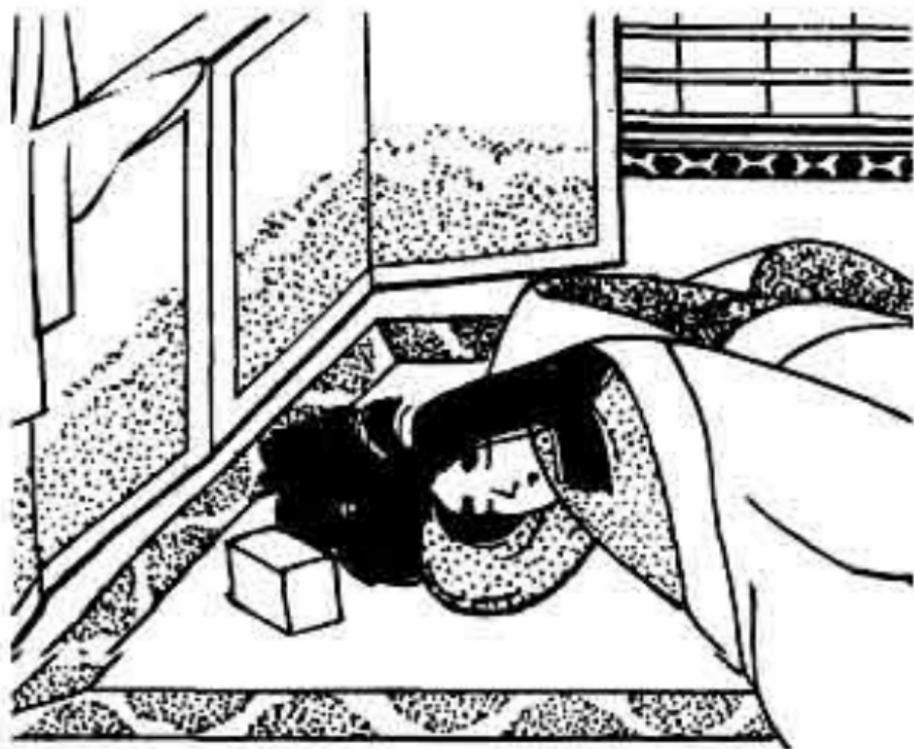
Dejó un recado para el Iniciado, pidiéndole que también elevara sus fervorosas plegarias.

Uno de los hombres del consejero se había congraciado con una joven de la

casa, y los dos estaban charlando cuando él dijo de pasada:

—Su Alteza de la Guerra no volverá a venir aquí en secreto, pues lo han confinado en palacio. Tengo entendido que se proponen casarlo con la hija de Su Excelencia de la Derecha. Puesto que eso es lo que su familia siempre había deseado, Su Excelencia no pondrá objeciones, y dicen que el casamiento tendrá lugar antes de que finalice el año. Su Alteza no está en absoluto complacido; dedica todo su tiempo a pasatiempos galantes en palacio y parece mostrar pocos signos de comportarse como a Sus Majestades les gustaría que lo hiciera. Por otro lado, mi señor sigue

distinguiéndose por una seriedad tan rigurosa que la gente apenas sabe qué pensar de él. Su insistencia en venir aquí les sorprende mucho, y dicen que la relación con la dama que le atrae debe de ser muy profunda.



La siesta

La mujer repitió estas palabras a las demás, y Su Alteza, que acertó a oírlas, se quedó desolada. «¡Esto es el fin! —pensó—. Supongo que le satisfacía bastante venir aquí a divertirse cuando aún no estaba comprometido con una gran dama, y que seguía mostrándose leal sólo por deferencia al consejero.» Sin embargo, carecía de fuerzas para pensar en lo detestable que era Su Alteza, pues le embargaba la creciente convicción de que ella misma había fracasado por completo, y su debilidad le hacía estar más segura que nunca de que no podía seguir viviendo.

Su hermana yacía como si estuviera dormida y fuese ajena a la conversación,

puesto que era doloroso imaginar los pensamientos de la pareja, aunque en realidad importaran poco. Había oído decir que a veces quienes están profundamente turbados se adormecen así, y su estampa dormida era enternecedora. Tenía la cabeza apoyada en un brazo, y la masa de cabello que la rodeaba era encantadora. Mientras Ôigimi la miraba, rememoraba una y otra vez las instrucciones que su padre les había dejado. «¡Sin duda él no puede haberse hundido en las simas que, según dicen, aguardan a los que están inmersos en el p e c a d o ! [\[70\]](#) ¡Llévame contigo, dondequiera que estés! ¡Nos has abandonado en la desesperación y ya ni

siquiera te presentas ante nosotras en sueños!»

El deprimente cielo crepuscular estaba cargado de lluvia, y el sonido del viento entre los árboles era indescriptible. Su figura tendida, mientras reflexionaba sobre lo que había ocurrido y lo que estaba por venir, poseía una ilimitada distinción. Vestía de blanco, [71] y la larga cabellera, aunque estaba sin peinar, le caía en cascada sobre los hombros, y ni una sola hebra parecía fuera de lugar. La leve palidez que tenía últimamente sólo realzaba su delicada gracilidad, y a una le habría gustado mostrar a alguien sensible la línea perfecta de su frente mientras su mirada se perdía en la oscuridad.

Una violenta ráfaga de viento despertó a su hermana. Sus prendas, de colores gris claro, violeta y amarillo dorado, formaban un conjunto brillante y vivo, y su rostro, tan bellamente sonrosado como si estuviera teñido, no mostraba ningún indicio de preocupación.

—Acabo de soñar con nuestro padre —comentó—. Le he visto *allí*, con una expresión de terrible pesar.

Su hermana mayor sintió una renovada oleada de tristeza.

—Desde que murió, siempre he anhelado soñar con él, pero nunca lo he hecho —confesó.

Ambas lloraron con amargura. Últimamente, pensaban en su padre día y

noche, e incluso coincidían en creer que podría aparecérselos en sueños. «¡Oh, irnos con él! Pero ¿cómo podríamos, cuando estamos tan sumidas en el pecado?» [72] Sabían que su aflicción perduraría en la próxima vida. ¡Cómo anhelaban el humo de ese incienso que, según se dice, tienen al otro lado del mar! [73]

Ya era por completo de noche cuando llegó un mensajero de Su Alteza, lo cual, dadas las circunstancias, era un ligero consuelo. La dama a la que se dirigía no leyó el mensaje de inmediato.

—Vamos, por favor, respóndele cortésmente y con esmero —le instó su hermana—. Mira, si resulta que

desaparezco, podría surgir alguien que te tratara mucho peor que él. Sé que tal cosa no sucederá mientras Su Alteza se acuerde de ti de vez en cuando, y creo que todavía te tiene muy presente, por muy detestable que te parezca.

—¡Lo terrible es la mera idea de que puedas abandonarme! —exclamó su hermana, y ocultó más el rostro en las mangas.

—Eso llegará a su debido tiempo. No quería vivir ni un momento más, pero después de todo aquí sigo. ¿Quién crees que, incluso ahora, hace que mi vida merezca la pena, [\[74\]](#) cuando sé que quizá no llegue a ver el día de mañana? [\[75\]](#)

Pidió que le trajeran la lámpara, y las

dos hermanas leyeron juntas la carta, que, como de costumbre, era larga.

*Quando mis ojos contemplan a diario el
mismo cielo,*

*¿por qué ahora, como las lluvias en
invierno, aumenta mi añoranza de ti?*

Así había escrito, y, sin duda, también «¡Estas mangas nunca han estado tan húmedas!», [\[76\]](#) o algo por el estilo, porque todo era bastante trivial, y Su Alteza le detestó más que nunca ante la poca sinceridad de sus palabras. Pero él seguía teniendo una apostura y un encanto tan irresistibles que no era de extrañar que de todos modos la hermana menor

siguiera sintiéndose atraída por él. Cuanto más tiempo permanecía ausente, tanto más le añoraba ella, y, dadas las promesas que le había hecho, la muchacha no podía creer que realmente su relación no tenía ningún futuro.

Cuando el mensajero dijo que se proponía regresar aquella misma noche, todo el mundo le apremió para que escribiera una réplica. Ella se limitó a decirle:

*En la espesura de estas montañas, en
una aldea azotada por el granizo,
el cielo ante mis ojos no es más que
negrura y nubes bajas del alba al
anochecer. [77]*

Esto sucedía el último día del décimo mes. Cuando Su Alteza se dio cuenta de que había transcurrido otro mes, cada noche le invadía la inquietud y deseaba ir a Uji, pero muchos obstáculos se alzaban ante él, [78] y además aquel año el festival de Gosechi se celebraba pronto [79] y él no podía evitar que transcurrieran más días cuando la corte estaba constantemente trastornada por los fantásticos preparativos. La espera de la joven se hizo interminable. En el curso de sus aventuras pasajeras, él no la olvidaba ni un solo momento.

Sobre el asunto que concernía a Su Excelencia de la Derecha, [80] Su Majestad le dijo:

—Una vez que hayas logrado un enlace sólido, pórtate bien y trae a cualquier otra por la que sientas afecto.

[81]

—Tened paciencia, os lo ruego. Todavía necesito pensarlo.

Tal fue su desalentadora respuesta, y para las hermanas, ignorantes de que él deseaba a toda costa ahorrarle a la menor aquel desastre, los días y los meses sólo aumentaban su melancolía.

«¡Es menos digno de confianza de lo que parece!», reflexionó el consejero, que lamentaba haberle dado el beneficio de la duda, y prácticamente dejó de visitarle. Una y otra vez enviaba a alguien a la aldea de montaña en busca de noticias.

Supo que aquel mes ella se encontraba un poco mejor, pero entonces, durante cinco o seis días, los asuntos públicos y particulares le mantuvieron tan ocupado que no envió a nadie allá, hasta que, sobresaltado, volvió a preguntarse cómo estaría ella, y entonces dejó de lado todas las demás tareas urgentes para ir a Uji en persona.

Él había ordenado que continuaran los ritos sanadores hasta que ella estuviera recuperada del todo, pero la enferma envió al Iniciado de regreso a su templo para hacerle saber que estaba mucho mejor, y que el personal que la atendía era escaso. La anciana se presentó como de costumbre y le informó de la situación.

—Mi señora no siente un dolor concreto en ningún lugar —le dijo—, y su enfermedad no es alarmante. Lo único que ocurre es que se niega a comer. Siempre ha tenido una fragilidad fuera de lo corriente, y ahora, desde el inicio de la relación con Su Alteza, su ánimo ha decaído todavía más, hasta tal punto que rechaza incluso tomar un poco de fruta. Estoy segura de que ése es el motivo de que se encuentre tan débil y parezca improbable que pueda vivir mucho más. He tenido la desgracia de vivir lo suficiente para presenciar todo esto, y ahora mi único deseo es desaparecer antes que ella.

No es de extrañar que sus últimas

palabras estuvieran entrecortadas por los sollozos.

—Ésta es una muy mala noticia. ¿Por qué no me lo dijiste antes? Ahora hay una enorme actividad tanto en casa de Su Excelencia como en palacio, ¡y me preocupaba tanto que pasaran los días sin poder enviarle ningún mensaje!

Como siempre, fue al encuentro de la enferma y le habló desde un lugar cercano a su almohada, pero ella no pudo responderle; era como si careciera por completo de voz.

—Me siento indignado porque nadie me ha dicho que estabas tan enferma —le dijo en tono de reproche— ¡Es como si se burlaran de mi preocupación por ti!

Como siempre, llamó al Iniciado, así como a otros bien conocidos por sus poderes sanadores. Sus criados se reunieron en gran número, puesto que los ritos y la lectura de los textos sagrados comenzarían al día siguiente, y con tantas personas de diversa categoría yendo apresuradamente de un lado a otro, la desolación que reinaba en la casa cedió el paso a un ambiente de confianza.

Tras la puesta del sol, trataron de llevarle a su aposento de costumbre, y le ofrecieron arroz con agua caliente [82] y otros alimentos, pero él insistió en que quería estar con ella, y puesto que el pasillo meridional estaba ocupado por los sacerdotes, fue a sentarse un poco más

cerca de ella, en el lado este, detrás de un biombo. Esto irritó a la hermana menor, pero todas las mujeres convinieron en que el visitante y la hermana mayor eran ahora demasiado íntimos para separarse. Él encargó una lectura perpetua del Sutra del Loto durante el servicio nocturno. Los cantores eran doce monjes de voces especialmente armoniosas, y el efecto resultaba impresionante.

La lámpara estaba encendida cerca de ellos, en el espacio que daba al sur, mientras que más allá, en el interior de la habitación, todo permanecía a oscuras. [83] Él alzó la cortina portátil y se deslizó un poco en el interior para mirarla, momento en que dos o tres ancianas se

acercaron a la enferma. Entretanto, su joven señora se movió con rapidez para ocultarse y yació sola, sin casi nadie a su lado.

—¿No me dejarás por lo menos escuchar tu voz? —le suplicó él tomándole la mano para animarla.

—Lo haría, pero me resulta difícil hablar —murmuró ella con un hilo de voz — Hacía mucho tiempo que no venías. Pensé que al final podría marcharme sin verte de nuevo, y lo sentía mucho.

—¡Y pensar que te hice esperar durante tanto tiempo! —exclamó él entre sollozos—. ¿Qué mal hiciste para que ocurriera esto? —le susurró al oído—. ¡Dicen que esto es lo que sucede cuando

haces desdichado a alguien!

Ella se cubrió el rostro, avergonzada y molesta, mas él siguió hablando. Mientras la contemplaba allí tendida, más frágil y débil que nunca, el consejero se preguntó qué sentiría si la viera sin vida, y un profundo pesar le atenazó el corazón.

—Qué difícil debe de haber sido para ti cuidarla durante todo este tiempo —le dijo a su hermana—. Por lo menos descansa bien esta noche; yo me ocuparé de ella.

A ella no le gustaba la idea, pero supuso que él debía de tener sus razones y se retiró un poco.

Ciertamente no era decoroso que estuviera con ella cara a cara, pero

cuando se le acercó más a mirarla, ella sintió, pese a la repugnancia y la vergüenza, que aquello que cada uno era para el otro había sido determinado por el destino, pues la paciencia del consejero, su espléndida lealtad, en comparación con el proceder de aquel otro caballero, le revelaba bien a las claras lo encomiable que era. No podía despedirle bruscamente, de ninguna manera; no iba a hacer que, después de su muerte, la recordara como obstinada o hiriente. Él hizo que las mujeres se pasaran la noche en vela, administrándole las medicinas y cuidando de ella, pero la enferma lo rechazaba todo. El consejero, allí sentado, se sentía confuso y presa de la

desesperación. Aquel golpe era demasiado cruel. ¿Qué podía hacer él para evitar que le abandonara?

Poco antes del alba llegaron nuevos monjes para seguir con el cántico perpetuo de los textos sagrados, y al oír el sagrado sonido, el Iniciado, que estaba de servicio nocturno y se había adormilado, se despertó y entonó un *darani*. Su voz, aunque áspera a causa de la edad, inspiraba confianza y respeto.

—¿Cómo ha pasado la noche? —inquirió, y a continuación se puso a hablar del difunto príncipe, mientras se sonaba la nariz una y otra vez—. Me pregunto en qué clase de lugar se encuentra ahora. Antes estaba seguro de que, después de

todo, era uno sereno, [84] pero hace poco soñé con él. Vestía de seglar, y me dijo: «Nunca me interesó este mundo, al que detestaba, lo mismo que a todas sus obras, pero unos pequeños afectos me han confundido, y durante cierto tiempo permaneceré apartado del lugar al que anhelo ir. Es triste pensar en ello. ¡Haz lo que debas para ayudarme a seguir adelante!». Habló con mucha claridad, y, como no supe qué hacer de inmediato, pedí a todos los monjes que pude reunir, cinco o seis, que empezaran a invocar el Nombre. Entonces tuve otra idea, y pedí a algunos que rindieran homenaje a la gente en todas partes como budas inminentes.

[85]

El consejero también lloró copiosamente. A Su Alteza, sumida ya en una profunda desesperación, le pareció que debía exhalar el último suspiro por el pecado de haber puesto obstáculos a su padre en la otra vida. Mientras yacía, escuchando, sólo quería encontrarlo antes de que su destino estuviese definitivamente fijado e ir allá con él.

El Iniciado terminó su breve relato y se marchó. Aquellos a los que había enviado a rendir homenaje a toda la gente como budas, tras haber ido a las aldeas vecinas e incluso a la Ciudad, fueron sorprendidos por un vendaval y se reunieron en el lugar donde el Iniciado los había congregado previamente, para

sentarse junto a la puerta central y seguir haciendo reverencias de la manera más piadosa. La manera en que finalizaban su plegaria [86] era muy conmovedora. El consejero, que compartía sinceramente su fe, estaba muy afectado. Oyó que la hermana menor, presa de una inquietud desesperante, se acercaba a la cortina que se alzaba al fondo de la habitación y se sentaba muy erguida.

—¿No te han parecido impresionantes los cánticos de los monjes? —le preguntó—. No es ésta la práctica religiosa más importante, pero puede dejarte sobrecogido.

Y entonces, como si no abandonara el tono coloquial, siguió diciendo:

*Chorlitos solitarios atrapados en la
orilla cubierta de temprana escarcha,
¡qué lastimeros suenan sus gritos poco
antes del amanecer!*

Por lo que ella podía ver, se parecía a aquel otro caballero al que consideraba tan cruel, y comparó en silencio a los dos, pero no estaba en condiciones de responder directamente, y le pidió a Ben que le transmitiera su réplica:

*¿Tan bien conocen esos chorlitos que
rozan con sus alas la escarcha al
amanecer*

*todo cuanto oprime el corazón de quien
está sujeto a los pesares?*

Él pensó que el mensajero era indigno, pero ciertamente no el mensaje. Y ella..., ¡qué calidez daba ella al más nimio intercambio! «¡Ah, qué sentimientos serán los míos si me la arrebatan!», se decía en su turbación.

Al pensar en la manera en que Su Alteza se le había aparecido al Iniciado en sueños, podía imaginar muy bien qué debía de parecerle al difunto príncipe, al contemplar desde lo alto, aquel patético espectáculo, y también encargó la lectura de textos sagrados en el templo donde Su Alteza se había alojado. Asimismo, envió emisarios para que solicitaran oraciones en otros templos, se excusó de todos los compromisos públicos y privados, y no

descuidó ningún rito de celebración ni purificación. [87] Sin embargo, nada de esto surtió efecto, porque la enfermedad no se debía a nada malo que ella hubiera hecho.

Habría sido distinto si Su Alteza hubiera rezado a los budas para recuperarse, pero lo cierto es que estaba decidida a morir. «No puedo mantenerlo alejado, ahora que está a mi lado y lo sabe todo de mí [88] —reflexionó—, pero de todos modos lo que parece ser un profundo afecto se desvanecería con la familiaridad, tanto en su caso como en el mío, y acabaría en sufrimiento y aflicción. En caso de que sobreviva, he de apelar a esta enfermedad para hacerme monja. Ésa

es la única manera de que cada uno pueda seguir siendo para el otro lo que es ahora.» Sin embargo, no podía expresar sinceramente tales complejidades, pese a que estaba resuelta a llevar a cabo su decisión.

—La sensación de que no voy a vivir es cada vez más fuerte —le dijo a su hermana—, y dicen que los Preceptos pueden ser realmente eficaces como ayuda para vivir más tiempo. Llama al Iniciado, por favor.

Todas las mujeres lloraron y se lamentaron.

—¡Eso es imposible, mi señora! Está aquí mi señor, el consejero, fuera de sí, lleno de inquietud por vos... ¡Pensad en el

golpe que eso sería para él!

Su desaprobación era tan rotunda que ni siquiera comunicaron los deseos de la enferma al caballero del que todas dependían. Ôigimi estaba profundamente decepcionada.

La noticia de que el caballero se había recluido en aquel lugar no tardó en extenderse, y algunos caballeros se tomaron la molestia de ir a visitarle. Al ver lo afectado que estaba, los miembros de su séquito de mayor confianza y los jefes de su personal doméstico encargaron oraciones por su cuenta, pues todos ellos compartían su dolor.

Sus pensamientos se dirigieron a la Ciudad, y cayó en la cuenta de que aquel

día se celebraba el banquete conocido como «La Calidez de la Bebida». Soplaban un fuerte viento que arremolinaba los copos de nieve. «Sería diferente si estuviera allí —reflexionó el consejero, cediendo a la soledad— Entonces, ¿no estaremos nunca juntos ella y yo? Es un duro destino para los dos, pero no me quejaré. Ella era tan entrañable y dulce conmigo... ¡Oh, debo lograr que se ponga bien durante algún tiempo y expresarle mis pensamientos!» Entretanto, cayó una noche sin un solo resquicio de luz.

En la espesura de estas montañas, donde las nubes cubren el cielo y ocultan el sol, ¡cómo en los larguísimos días la

oscuridad llena el corazón!

Las mujeres sólo cobraban fuerzas en su presencia. Él se sentaba cerca de la enferma como de costumbre, y el viento sacudía de tal manera las cortinas que su hermana se retiró más al interior de la cámara. Cuando las azoradas mujeres fueron a esconderse, él se acercó todavía más a la joven.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó entre lágrimas—. He rezado por ti de todas las maneras que conozco, pero no ha servido de nada, y ni siquiera me dejas oír tu voz. ¡Es tan doloroso! Jamás te perdonaré por abandonarme así.

Aunque parecía inconsciente de su

entorno, ella aún tenía el rostro bien oculto.

—Hay ciertas cosas que te diría si me sintiera un poco mejor, pero me temo que puedo irme de un momento a otro.

Su actitud reflejaba una profunda tristeza. Ahora las lágrimas le fluían con más rapidez, pues su bienintencionado esfuerzo por ocultar su dolor era en vano, y no podía contener los sollozos.

«¿En qué la ha convertido el destino para mí —se preguntaba él—, para que, a pesar de mi infinito amor, deba estar ahora próximo a perderla, después de tantas aflicciones? ¡Ella podría importarme menos si tan sólo mostrara el más leve defecto!» Pero sólo parecía más

entrañable y más preciosa, y también más encantadora. Sus delgados brazos, débiles como sombras, conservaban aún su esbelta y pálida gracilidad, y con las suaves y blancas ropas, sin el cobertor, yacía como una ingrávida muñeca. Su cabello, no excesivamente largo y extendido sobre la almohada, tenía un hermoso brillo. «¿Ah, qué va a ser de ella?», se preguntó angustiado, pues no parecía que la enferma fuese a durar mucho más. A pesar de que no se había arreglado durante su larga enfermedad, conservaba una dignidad inaccesible a quienes se dan excesivos aires, y mientras él la contemplaba tuvo la sensación de que su mismo espíritu podría abandonarle.

—Si me dejas, tampoco yo viviré mucho más —le dijo—, o, si el término de mi vida está más lejano, erraré por la espesura de las montañas. Tan sólo lamentaré la penosa situación de la que quedará atrás. —Mencionó a su hermana con la esperanza de que ella le respondiera.

La enferma retiró un poco la manga que le cubría el rostro.

—Mi vida ha terminado, y puesto que ya no tiene remedio, ahora que me has considerado cruel, sólo estaré en paz si no has hecho caso omiso de lo que me aventuré a pedirte: que cuando yo no esté consideres a mi hermana como si fuese yo misma. Ése es el único pensamiento

amargo que puede detenerme.

—En verdad he nacido bajo el signo de la aflicción —replicó él—, porque nunca he podido amar a nadie más que a ti, y ése es el motivo de que no te obedeciera. Ahora lo lamento, y por tu bien preferiría haberlo hecho. Pero te aseguro que no tienes necesidad de preocuparte.

Trató de consolarla, pero ella parecía sufrir tanto que él llamó a los iniciados que realizaban los ritos sanadores y les pidió que recurrieran a sus hechizos más poderosos. Él mismo rezó al Buda con todo su corazón.

Se preguntó si en tales ocasiones el Buda nos hace desesperar a propósito

para que rechazemos este mundo, pues ella languidecía ante sus ojos, y entonces, ¡oh, aflicción!, expiró. Él estuvo a punto de dar frenéticas patadas en el suelo, por su impotencia para detenerla, sin importarle que quienes le rodeaban le tomaran por loco. Todo había terminado; la hermana menor lo había visto y deseaba con desesperación seguirla. ¿Quién podía culparla? Estaba fuera de sí, y las mujeres a su servicio, siempre tan juiciosas, se la llevaron de aquel lugar fatídico. [\[89\]](#)

«¡No, no, no puede ser, debo de estar soñando!», se dijo él. Acercó la lámpara y alzó el pabilo para verla. La cara que ella había ocultado parecía sólo dormida, pues nada en ella había cambiado, y él,

angustiado, deseó poder verla como tan sólo un caparazón de cigarra. [90]

Durante las últimas atenciones que le dedicaron las mujeres, le arreglaron el cabello, que emitió la misma agradable fragancia que había tenido cuando vivía, y él rezó a los budas: «¡Permitidme como un favor especial que encuentre algún aspecto vulgar en ella, para que pueda llorarla menos! ¡Si sois vosotros quienes en verdad mostráis el camino al renunciamento, dejadme descubrir en ella al menos algún horror que me libere de esta aflicción!». Pero no podía hallar consuelo, y ahora que ella había dejado de existir, resolvió que por lo menos cuidaría de su cuerpo hasta que se

convirtiera en humo. Cuando encargó los ritos habituales, su tristeza era inmensa. Se tambaleaba como si caminara por el aire, y ella se mantuvo frágil hasta el último momento, pues de su cadáver se alzó muy poco humo. Él se marchó sobrecogido de pesar.

Muchas personas participaron en el confinamiento de luto, [\[91\]](#) lo cual debería haber aliviado un poco la soledad, pero la joven princesa estaba abatida y avergonzada por lo que la gente debía de pensar acerca de su penosa situación, y ella misma apenas parecía viva. Llegaron numerosos mensajes de Su Alteza. Ella recordaba que su hermana no había dejado de condenarle hasta el final,

y su vínculo con él parecía en verdad muy hiriente.

Asqueado con el mundo, el consejero pensó en la posibilidad de llevar a cabo lo que desde hacía tanto tiempo deseaba hacer, pero temía que Su Alteza Enclaustrada en Sanjô [\[92\]](#) lo desaprobara, y la conmiseración que le inspiraba la princesa menor también turbaba sus pensamientos, porque, al fin y al cabo, su tarea tras la desaparición de *ella* era, como ésta le había dicho, aceptar a su hermana como si fuese ella misma. «Yo sabía que, aunque, en efecto, ella se hubiera convertido en su hermana, no podría haber amado a ninguna otra, pero de todos modos nunca debería haberle

causado semejante aflicción, sino que tendría que haber cortejado a su hermana, aceptándola como consuelo de mi infinita pérdida.» No regresó a la Ciudad, donde los suyos comprendieron, por su silencio y por su retiro en la aldea, desconsolado, que en verdad había sentido un profundo afecto por la princesa desaparecida, y le llegaron muchos mensajes de palacio y de otros lugares.

Entretanto, los días se sucedían. Cada séptimo día se celebraba un servicio religioso muy solemne, y él honraba la memoria de Ôigimi con gran devoción, pero lo que podía hacer tenía un límite, y él, que seguía llevando los mismos colores de siempre, [\[93\]](#) suspiraba al ver

que las mujeres para quienes ella había sido tan importante vestían ahora de gris oscuro:

*En vano derramo interminables lágrimas
teñidas de rojo como la sangre por el
pesar,
pues no puedo vestir nada teñido con el
color del recuerdo.*

Pese a su congoja, vestía un atuendo de rosa sancionado que brillaba como hielo con sus lágrimas de aflicción, y era un dechado de elegancia y belleza. Las mujeres lo miraban a hurtadillas.

—Sí, lo ocurrido es una tragedia —comentaban—, ¡pero qué duro golpe es

que pronto dejemos de ver a este señor al que conocemos tan bien!

—¡Qué destino tan extraordinario el de los dos!

—¡Pensar que ambas lo rechazaron, cuando ha sido tan amable!

No podían contener las lágrimas.

Él fue a hablar con la princesa menor.

—Espero que ahora pueda hablar libremente contigo, en recuerdo de nuestra pérdida —le manifestó—. ¡Por favor, no permanezcas alejada de mí!

Pero ella conocía demasiado bien la profundidad de su infortunio y era incapaz de superar su timidez, de modo que aún no estaba dispuesta a recibirle ni a hablar con él. De vez en cuando le parecía al

consejero que, si bien de carácter más vital y un poco más infantil y orgullosa, no estaba a la altura de su hermana en calidez ni en el alcance de su encanto.

Había nevado durante todo el día, sin que él hiciera más que soñar despierto, hasta que por fin la luna del duodécimo mes, esa que siempre se considera tan sombría, brilló esplendorosa en el cielo sin nubes, y él enrolló las persianas para contemplarla. A lo lejos sonó débilmente la campana de un templo, como cuando uno yace con la almohada alzada y oye que se anuncia el final del día. [\[94\]](#)

*Oh, para no perdurar, seguiría a la luna
por el cielo,*

*porque, después de todo, este mundo no
puede ser mi hogar.*

Bajó los postigos para protegerse del fuerte viento, y allí, en la orilla del río, estaba la luna, brillando en el hielo que reflejaba las montañas. Pensó que ningún detalle que pudiera añadir a su casa de la Ciudad podría proporcionarle una imagen como aquélla. «¡Si ella pudiera volver a vivir, aunque sólo fuese por corto tiempo, hablaríamos de esta belleza!» Su corazón rebosaba de nostalgia.

*Tanto peno de amor que anhelo ir en
volandas, envuelto por el viento de la
muerte,*

*y hallarme cuanto antes en las Montañas
Nevadas.*

«¡Ah, si un demonio me enseñara la segunda mitad del poema para que pudiera seguir ese gran ejemplo y arrojarme desde las alturas!», dijo para sus adentros, un deseo que más bien contaminaba la pureza de su aspiración religiosa. [\[95\]](#)

Llamaba a las mujeres para charlar, y ellas no veían en él más que una gentileza admirable y unos sentimientos muy profundos, y sobre todo las jóvenes se sentían cautivadas. A las mayores les embargaba el remordimiento cada vez más.

—El horror de lo que le sucedió a Su Alteza y su aparente certidumbre de ser ridiculizada: tales son las causas de la grave dolencia de nuestra señora — comentaban—; pero no quería que su hermana conociera la verdad y abrigara en su corazón esa cólera hacia ella, y entretanto no probaba bocado, hasta que al final se consumió. Superficialmente nunca mostró el menor atisbo de sensatez, pero en su interior era muy aguda y reflexionaba sobre todo, por lo que el destino de su hermana le dolía mucho, pues para ella significaba que la orden que les había dado su difunto padre se había incumplido.

Siguieron contándose unas a otras lo

que la princesa mayor había dicho en tal o cual ocasión, y pronto todas lloraban amargamente.

El consejero se consideraba responsable de los desastres que habían padecido, y deseaba no haber hecho lo que ya no tenía remedio. Presa de semejante estado de ánimo, llegó a detestar el mundo de tal manera que se entregó a fervientes plegarias. Una noche de insomnio, estaba entregado a la oración cuando, mucho antes del alba, en medio de la nieve y el intenso frío, oyó los gritos de un numeroso grupo de hombres y los sonidos que producían sus caballos. Los respetables monjes se despertaron sobresaltados, preguntándose

quién podía haber llegado en plena noche a través de la nieve: era Su Alteza, que entró en la casa empapado, vestido con un mísero manto de caza. Su manera de llamar a la puerta dejó claro quién era, y el consejero se trasladó sigilosamente a una habitación interior. El retiro de duelo aún no había terminado, pero la ansiedad de Su Alteza por ir allí era tan intensa que se había pasado la noche en el camino, obstaculizado por la nieve.

Su llegada podría haber supuesto a la muchacha cierto alivio de su pesar, pero su estado de ánimo no era apropiado para recibirle; retrocedía ante el hombre que había causado a su hermana tan tremenda aflicción, y se sentía profundamente

enojada porque ahora era demasiado tarde para que él cambiara, puesto que su hermana ya no estaba allí para mejorar la opinión que tenía de él. Su actitud dio lugar a que las mujeres trataran perentoriamente de razonar con ella, hasta que al final ésta se sentó y escuchó, a través de las persianas, prolijas excusas que le presentaba por su larga ausencia. A juzgar por lo que podía atisbar de la muchacha, ésta se hallaba en un estado patético, parecía como si en cualquier momento pudiera expirar y reunirse con su hermana, y él se sintió alarmado de veras.

Corrió el riesgo de permanecer allí durante el día. A sus súplicas de que le recibiera cara a cara, ella se limitó a

replicar con cruel indiferencia:

—Si llego a encontrarme un poco mejor...

El consejero, que podía oírlos, llamó a una de las mujeres que le parecían de confianza para que le diera a la muchacha un mensaje secreto, el cual revelaba como un tanto entrometido a quien lo enviaba: «Está bien que condenes todo lo reprobable que te ha hecho en los últimos meses, pues su manera despreocupada de tratarte ofende tu dignidad, pero te ruego que, después de todo, consideres la posibilidad de recibirle como es debido. Nunca se había enfrentado a esta clase de sentimientos, y debe de sentirse muy desdichado». El efecto de este mensaje

fue el de confirmar a la joven princesa en sus reservas, y no le respondió.

—Eres cruel en extremo —protestó Su Alteza—. ¡Pareces haber olvidado por completo las garantías que te di!

Se pasó el día entero lamentándose de su destino.

Aquella noche, mientras el viento aullaba con más intensidad que nunca, yació allí, suspirando a causa del sufrimiento que él mismo se había causado, hasta que ella empezó a apiadarse de él y le recibió, como antes, al otro lado de las persianas. La manera en que él le juró fidelidad eterna por todos los dioses del país [96] hizo que se preguntara, consternada, dónde había

aprendido a tener tan fácil elocuencia, pero mientras le escuchaba observó que no podía rechazarle de plano, pues ahora la simpatía atenuaba el enojo que le causaban sus desaires cuando estaba ausente, y su apostura podía encantar a la persona más exigente. En voz baja le dijo:

*El camino que hemos recorrido sólo
evoca traición.*

*¿Qué puede traer, entonces, el futuro
para que merezcas mi confianza?*

Esta respuesta no le tranquilizó en absoluto.

Si crees que el camino que queda por

*delante terminará muy pronto,
¡no me rechaces al menos ahora, en el
presente!*

—¡De todos modos, tenemos tan poco tiempo para estar juntos! —siguió diciéndole— ¡Por favor, no seas demasiado severa conmigo!

Hizo cuanto pudo por convencerla, pero ella respondió que no se encontraba bien y se retiró, y él se pasó el resto de la espantosa noche mortificado al pensar en la opinión que las mujeres de la casa tendrían de él. No culpaba a la muchacha por estar enojada, pero le parecía demasiado cruel. Sus propias y amargas lágrimas le hicieron comprender que la

desdicha de la muchacha era aún mayor.

Se sintió conmovido y divertido al observar la desenvoltura con que el consejero, como si fuese el dueño de la casa, requería los servicios de las mujeres o pedía a varias de ellas que le sirvieran a la hora de comer. Entristecido al verle tan delgado y pálido, y aparentemente tan trastornado, Su Alteza le hizo saber cuánto lo lamentaba. En cuanto al consejero, anhelaba hablar de su pérdida con Su Alteza, aunque sabía que iba a serle de poca ayuda, pero también temía parecerle débil y necio, por lo que se abstuvo de hacer tales confidencias, de modo que apenas tenía nada que decir. A causa del llanto prolongado durante

muchos días, sus facciones habían cambiado, aunque no en un sentido negativo, pues ahora poseían una belleza y una gracia tan delicadas que Su Alteza, que deploraba su propia naturaleza caprichosa, comprendió que, si fuese mujer, sin duda le entregaría su corazón. Eso le pareció preocupante, y decidió que trasladaría a la muchacha a la Ciudad, al tiempo que, de alguna manera, rehuiría la censura y el enojo que, por otro lado, podía esperar.

Pese al rechazo de la joven princesa, por la mañana partió temprano, pues sabía que si Sus Majestades llegaban a enterarse de dónde había estado, lo lamentaría. Una vez más, puso en juego

toda su elocuencia, pero ella quería que saborease por sí mismo la amargura de su propia indiferencia, y se negó a ceder.

A medida que se aproxima el final del año, incluso en lugares más dichosos, alguna novedad se produce en el cielo, y cada día tempestuoso arrecia la nieve. Entretanto, el consejero seguía penando, como si todo fuera un sueño. Su Alteza envió gran cantidad de ofrendas para las lecturas de los textos sagrados. En la Ciudad, los suyos se preguntaban si el duelo del consejero se prolongaría durante el nuevo año, y deploraban tanto la manera en que había dado la espalda al mundo, que finalmente llegó el momento de regresar. Sus sentimientos mientras

hacía los preparativos son indescriptibles. Ninguno de los visitantes a los que su presencia había atraído a la casa volverían allí; eso lo sabían bien las apenadas mujeres, y temían más la soledad y el silencio que imperarían tras su marcha que el pesar, lleno de agitación, de la tragedia misma.

—Durante todos estos años ha sido agradable intercambiar algunas bromas con él cuando venía aquí —se decían—, pero ha sido tan bueno y amable durante esta última estancia, tan atento a los pequeños detalles y tan considerado en todos los aspectos... ¡Y pensar que no volveremos a verle! —Estaban muy compungidas.

Llegó un mensaje de Su Alteza: «Dificultades insuperables me han impedido ir a tu encuentro, y como no sé qué otra cosa hacer, estoy buscando la manera de llevarte a un lugar más cercano». La emperatriz se entristeció por él cuando se enteró de esto, e incluso llegó a pensar para sí que si los sentimientos del consejero eran tan firmes como parecía, sin duda todo el mundo debería convenir en que la dama era merecedora de una consideración especial, por lo que sugirió discretamente que la llevara al ala occidental de Nijô, donde podría visitarla cuando quisiera. ¡Debía de querer dar la sensación de que la muchacha entraría al servicio de la

Primera Princesa! Cuando Su Alteza lo comprendió, se sintió encantado por la perspectiva de tenerla tan cerca, y se lo hizo saber.

«Ya veo —reflexionó el consejero al enterarse—. Tenía intención de llevar a su hermana a Sanjô cuando el edificio estuviera terminado, ¡y desde luego debería habérmelas arreglado para trasladar allí a la que me dejó!» Volvió a experimentar el dolor de su pérdida, y las aparentes suspicacias de Su Alteza le parecieron totalmente infundadas. «¿Quién sino yo le proporcionará todo cuanto ella necesita?», dicen que quiso saber.

SAWARABI

Brotos de helecho

Los *sawarabi* («brotos de helecho») se recogían y comían al comienzo de la primavera. El título de este capítulo procede de un poema de Naka no Kimi en el que agradece al Iniciado un obsequio de *sawarabi*:

Ahora que él me ha dejado, ¿quién va a gozar conmigo de estos brotes de

*helecho, recogidos esta primavera en su
memoria?*



Relación con los capítulos anteriores

«Brotos de helecho» es la continuación de «Nudos de trébol». Tiene lugar en la primavera del vigesimoquinto año de Kaoru.

Personajes

El consejero, de 25 años (Kaoru)

La hija menor de Hachi

no Miya, de 25 años (Naka no Kimi)

Su Alteza de la Guerra, de
26 años (Niou no Miya)

El Iniciado (Uji no Ajari)

Ben, una dama de honor que luego se
hace monja (Ben no Ama)

Taifu, una dama de honor

**Su Excelencia el ministro
de la Derecha**, de 51 años

(Yûgiri)

La mera visión de la luz del sol primaveral, que brilla incluso en los yerros, [1] convencía a la muchacha de que debía de estar soñando, y entonces se preguntaba cómo había vivido durante todos aquellos meses y días. Las dos hermanas habían compartido idénticos sentimientos ante las flores y los cantos de las aves en las distintas estaciones, habían combinado sus respectivas mitades de un poema sobre cada una de ellas [2] y hablado de cada emoción y pesadumbre que les acarreaba su solitaria vida, y ambas habían obtenido consuelo de ello. Pero ahora, sin nadie que comprendiera las cosas que le habían conmovido o divertido, el estado de ánimo de la

hermana menor era sombrío, atormentado e incluso más desolado que cuando falleció su padre. Tal era la confusión de su mente, que apenas distinguía la oscuridad del amanecer; pero a cada uno de nosotros nos ha sido concedido un tiempo determinado en el mundo y, ¡ay!, la vida no la abandonaba.

Llegó una nota del Iniciado: «¿Qué tal le va a tu señora en el Año Nuevo? Constantemente llevo a cabo ritos por ella, y ahora que se encuentra sola, siempre la tengo presente en las oraciones que elevo con inquietud. —Había enviado un bonito cesto con brotes de helecho y equiseto—. [3] Éstos son de los primeros que los acólitos han recogido para el

altar», decía. Había escrito el poema, con una caligrafía muy mediocre, en ideogramas totalmente separados a propósito:

*Entonces para él recogía estos brotes
una primavera tras otra,*

*y, en recuerdo de aquellos días, para vos
son estos primeros brotes de helecho. [4]*

«Léele estas líneas, por favor.»

Era evidente que se había tomado un gran trabajo para escribir, y a ella le gustó mucho más que cualquiera de los poemas que le había enviado aquel caballero cuya superficial elocuencia sólo parecía demostrar lo poco que ella le importaba

en realidad. Lloró y encargó a sus damas que escribieran su respuesta:

Ahora que él me ha dejado, ¿quién va a gozar conmigo de estos brotes de helecho, recogidos esta primavera en su memoria?

Entonces les pidió que dieran una recompensa al mensajero.

Aunque era encantadora como en la flor de la juventud, sus preocupaciones la habían demacrado ligeramente, dando a sus facciones una gracia más noble que le hacía parecerse a la hermana que había perdido. Cuando estaban juntas, sus diferencias habían sido notables, pero

ahora el parecido era tan asombroso que, si una prescindía por un instante de la realidad, podía imaginar que era su hermana. Al verla, sus damas se lamentaban: «Su señoría el consejero lloró día y noche a nuestra señora, hasta que anheló poder contemplar por lo menos su caparazón vacío... ¡Cuán lamentable destino el de su hermana, a quien no ha hecho suya cuando no habría sido menos digna!». Los hombres del consejero seguían visitando Uji, y así cada uno de ellos tenía noticias del otro. Cuando supo que, a pesar del Año Nuevo, él estaba siempre sumido en sus pensamientos y que a menudo lloraba, ella se convenció de que su apego no había

sido un capricho pasajero, y sintió más afecto que nunca por él.

Su Alteza, cuyas ocupaciones apenas le dejaban un momento libre para ir a verla, resolvió entonces llevarla a la Ciudad.

Después de la gran recepción en la corte y otras distracciones similares, el consejero visitó a Su Alteza de la Guerra, puesto que no podía confiar sus cuitas a nadie más. La noche era serena, y Su Alteza tomó asiento cerca de la terraza, en actitud meditativa. Estaba disfrutando del aroma de las flores de ciruelo que tanto le gustaban, mientras tocaba el *sô no koto*, cuando el consejero arrancó una de las ramas inferiores del árbol y se le acercó

con ella. A Su Alteza, la deliciosa mezcla de fragancias le pareció perfecta.

*¿Tanto armonizan con la tonalidad de
tus sentimientos*

*que, aunque incoloras en la penumbra,
estas flores siguen perfumando el aire?,*

[5]

le dijo, y el consejero le devolvió la agudeza:

*¡Que esté prevenido, antes de tomar para
sí la rama florida*

*que a su admirador vale pullas y
acusaciones!*

Eran grandes amigos.

Se acomodaron para conversar, y Su Alteza se interesó enseguida por la aldea de montaña. Entonces el consejero habló de lo mucho que sentía su pérdida y le confesó que ella había sido dueña de su corazón desde el principio hasta aquel mismo día. Entre lágrimas y sonrisas, como suele decirse, se extendió en sus recuerdos, tristes o divertidos, a lo largo de los años, hasta que Su Alteza, siempre proclive al amor y al llanto, escurría las lágrimas de sus mangas, derramadas incluso por la desgracia ajena, y daba a su amigo todos los motivos para estar complacido. Entretanto, como si también él comprendiera, una neblina velaba el

cielo.

Aquella noche sopló un viento aullador que trajo consigo un frío todavía invernal, y la lámpara se apagaba una y otra vez. Los amigos no podían interrumpir su conversación pese a la lúgubre atmósfera, como cuando la oscuridad lo cubre todo, [6] y siguieron hablando hasta que se hizo muy tarde, sin llegar a agotar lo que tenían que decirse.

—¡Vamos, eso no puede ser todo! — exclamó Su Alteza, pues su amigo le había hablado de un tierno vínculo que no tenía igual en el mundo entero, y, con la certidumbre de que el relato no terminaba allí, insistió tenazmente en que prosiguiera. De todos modos, era un

hombre comprensivo, y, así, unas veces ofrecía palabras de consuelo y otras apelaba a los sentimientos más profundos, de modo que su encanto fue quebrando poco a poco la resistencia del consejero y éste le reveló los pesares que se acumulaban en su corazón, tras lo cual se sintió mucho mejor.

Por su parte, Su Alteza le contó el plan que había concebido para lograr un mayor acercamiento de la muchacha.

—¡Estupenda noticia! —replicó el consejero—. Por desgracia, no puedo dejar de pensar que soy el culpable de todo. Ella es ahora mi único vínculo con alguien a quien siempre añoraré, y creo que me corresponde a mí hacer por ella

todo lo que pueda. Espero que no te importe.

Mencionó de pasada el deseo expresado por la hermana mayor de que aceptara a la menor como si fuese ella misma, pero no dijo nada de aquella noche que fue, por así decirlo, de reclamos en el bosque de Iwase. [7] En el fondo, lamentaba cada vez más no haber hecho con aquella prenda de su amor perdido exactamente lo que ella le había dicho que debía hacer, pero ahora era demasiado tarde, y si continuaba albergando tales sentimientos no haría más que fomentar unos deseos inadmisibles. No, rechazó la idea como una necia y reprensible traición a las dos.

Sin embargo, había que tener en cuenta el traslado de la muchacha; y ¿quién más podría encargarse de ello? Ordenó que se iniciaran los preparativos.

Llevaron a Uji a bonitas jóvenes y muchachas paje, y las damas de honor se arreglaron alegremente mientras su señora, desesperada porque a su Fushimi le aguardaba la ruina, [8] pasaba todo el tiempo entristecida, por más que no pudiera adoptar una actitud desafiante y encerrarse allí para siempre. Él le hacía reproches una y otra vez:

—¿Cómo puedes pensar en quedarte aquí cuando, si fuese así, el precioso vínculo que compartimos debería romperse?

Y ella no podía estar por completo en desacuerdo. Triste y confusa, se preguntaba qué debía hacer.

El día acordado fue el primero del segundo mes, y cuanto más se acercaba, tanto más la promesa de los árboles que retoñaban instaba a la muchacha a quedarse para ver las flores. Por otro lado, le parecía que abandonar la contemplación de las neblinas que se alzaban sobre las colinas para viajar a un hogar que no era eterno no le acarrearía más que vergüenza y convertirse en objeto de crueles risas, hasta que dejó de pensar en ello y se pasaba día y noche absorta en sus preocupaciones. Cuando llegó el momento de quitarse el luto, la

purificación le pareció muy poco profunda. [9] Como no había conocido a su madre, nunca la había añorado, y para compensarlo esta vez había querido teñir sus ropas de una tonalidad muy oscura; [10] pero no, para su decepción y pesar interminables, ésa no era una razón suficiente.

El consejero le envió un carruaje, una escolta y al doctor, [11] así como a otros sirvientes. Le escribió:

*¡Ah, qué poco dura todo! Apenas te has
hecho una vestidura de niebla
cuando llega de nuevo la época de la
floración. [12]*

Y, en efecto, le había enviado toda clase de prendas de alegres colores y hermosa factura. Los regalos para quienes la acompañaban, aunque en ningún caso ostentosos, eran abundantes y habían sido cuidadosamente elegidos según la categoría de cada cual.

Sus damas le decían:

—La amabilidad de mi señor es extraordinaria, y nunca nos olvida... ¡Ni siquiera un hermano haría tanto!

Las mayores, ya perdido todo interés por lucirse, agradecían la ayuda más práctica del caballero, mientras las más jóvenes, que le veían tan a menudo, lamentaban que a partir de ahora sería un forastero.

—¡Ah, mi señora! —exclamaban—. ¡Le echaréis de menos!

La víspera de la partida, el consejero llegó a primera hora de la mañana. Como de costumbre, lo instalaron en la habitación para los invitados, y allí se entregó a amargas reflexiones. «A estas alturas ella y yo habríamos sido íntimos, después de todo —se dijo—, y yo habría sido el primero en llevar a cabo esta mudanza.» Recordó su aspecto, las cosas que le había dicho de sí misma. «Al fin y al cabo —pensó con dolor—, nunca me rechazó de plano ni hizo que me sintiera profundamente avergonzado; fui yo quien se mantuvo distanciado de ella de la manera más extraña.» Recordó la

mampara deslizante a través de la cual la había observado y fue a mirar una vez más, pero, ¡ay!, al otro lado las persianas estaban bajadas y no pudo ver nada.

También allí recordaban a la difunta con mucho pesar, y la joven princesa yacía con los ojos llorosos, sumida en la aflicción y sin dedicar un solo pensamiento al viaje que debía emprender al día siguiente. Entonces le llegó un mensaje del consejero: «No tengo nada en particular que decirte tras mi ausencia de meses, pero me consolaría contarte un poco lo que he estado pensando. Te ruego que no te mantengas tan adustamente distanciada de mí como antes. Esta casa me parece cada vez más un mundo

diferente».

«No quisiera que me considerases adusta —replicó ella—, pero no me encuentro nada bien, y me temo que en el estado de inquietud que me aqueja no estaría segura de lo que debo decirte.» Parecía afligida, pero sus damas insistieron en que él merecía un trato mejor, y le recibió ante la mampara deslizante entre las habitaciones.

El joven poseía tal encanto que ella apenas podía dar crédito a sus ojos, pues su elegancia era impresionante y parecía haber madurado. Sí, tenía un magnífico porte, ¡y qué apuesto era! Verle adornado de tales gracias hizo surgir vividamente en la mente de la muchacha la imagen que,

en cualquier caso, nunca la abandonaba, y se sintió conmovida en lo más hondo.

—Tal vez hoy debería abstenerme de hablar de ella [\[13\]](#) —le dijo, y entonces comentó—: No tardaré en trasladarme a una residencia cercana al lugar donde vas a vivir y, como dicen los buenos amigos, a medianoche o al amanecer, siempre que necesites algo, por favor, no dudes en decírmelo, pues mientras viva estaré siempre a tu servicio. Confío en que te parezca bien. En este mundo los sentimientos de las personas son muy variables, y no soy tan sólo yo quien debe decidir, pues sé que podrías poner objeciones.

—A decir verdad, preferiría no

marcharme jamás —replicó ella—, y ahora que sé que estarás cerca, me siento muy turbada y no puedo responder.

En ocasiones su voz era inaudible, y ahora que evidenciaba un profundo pesar se parecía tanto a su hermana que él lamentó la necesidad de permitir que acabara perteneciendo a otro. Sin embargo, era demasiado tarde para arrepentirse, y no dijo nada de aquella noche y adoptó tal actitud de franqueza que casi parecía que la hubiera olvidado.

Tan deliciosos eran el color y el aroma del ciruelo rojo que había en el jardín, que incluso las aves parecían incapaces de pasar por su lado sin trinar, y el momento emocionaba en especial a

quienes, mientras conversaban, se sentían turbados al pensar que aquella primavera no era en modo alguno la primavera de antaño. [\[14\]](#) Una vaharada del perfume de las flores se mezcló con la fragancia del visitante y evocó el pasado más vividamente que el aroma del azahar. ¡Aquel árbol significaba tanto para ella, por la manera en que aliviaba la monotonía o la consolaba en su aflicción! Su emoción era incontenible:

*Pronto se habrán ido cuantos las
amaban, dejando a las tormentas esta
aldea*

*donde el ciruelo en flor evoca el pasado
con su aroma. [\[15\]](#)*

Tan baja y entrecortada era su voz que él la oía a duras penas, y replicó con afecto:

¡Cierta vez mis mangas rozaron las flores de un ciruelo que, delicioso como entonces, debe trasladar sus raíces y ramas a un hogar que ya no es mío!

Discreta y decorosamente, se enjuagó las abundantes lágrimas y puso fin a la conversación.

—Espero que podamos encontrarnos de nuevo —le dijo antes de marcharse—. No es fácil hablar contigo.

Dio instrucciones para el viaje de la

muchacha y encargó a los hombres de sus fincas cercanas que aportaran cuanto el vigilante barbudo pudiera necesitar, puesto que se quedaría al cuidado de la casa. Nada, ni siquiera los aspectos más prácticos, escaparon a su atención.

La anciana Ben le había dicho a su señora:

—La gente podría tomarse a mal que os acompañara, porque he vivido más de lo que jamás había deseado y la vida es una carga para mí.

Se había convertido en monja. El consejero, hondamente conmovido al verla, insistió en que fuera con ellos. Como lo hiciera en tantas ocasiones, le pidió que le hablara del pasado.

—Todavía volveré de vez en cuando —le dijo—, y la casa estará muy vacía y solitaria. ¡Imagina el placer que sería encontrarte aquí! —Las lágrimas le impidieron decir más.

—Cuanto más deseo librarme de la vida, tanto más ésta se prolonga —respondió ella—. Reprocho a mi señora que me deje... ¿Qué querría que hiciera, una vez que se haya ido? Supongo que mi manera de condenar al mundo entero [16] significa que soy en verdad una gran pecadora.

Era bastante egoísta por su parte expresar sus quejas de ese modo, pero él la consoló amablemente.

La mujer era muy mayor, pero ahora

que se había cortado lo que recordaba su antigua belleza, su frente parecía más joven que antes, [\[17\]](#) y en esa medida había ganado refinamiento. Él se formuló a sí mismo un interrogante desesperado: «¿Por qué no le proporcioné a ella los medios para hacer lo mismo? Después de todo, así podría haber vivido más... ¡Y pensar que entonces podríamos haber hablado de corazón a corazón!». Esta absorbente fantasía le llevaba a envidiar incluso a la mujer que estaba ante él, y movió a un lado la cortina portátil para que pudieran hablar con más facilidad. Ella parecía desconsolada, ciertamente, pero su manera de expresarse y su buen sentido eran todavía muy dignos de

elogio, y era evidente que poseía una considerable distinción.

Si me hubiera ahogado en el torrente de lágrimas que tan presto la edad vierte, no habría seguido viviendo una vez desaparecida aquella a la que quería.

Y, tras decir esto, se echó a llorar.

—¡Eso sí que habría sido un gran pecado! —protestó él—. ¿Cómo habrías alcanzado entonces la otra orilla? Sería terrible que te hundieras en la sima por un acto tan atroz. No, nada importa salvo ver que todo es vanidad.

Arrójate a ese triste torrente de lágrimas

en el que deseas ahogarte

*y cada bajío o tramo somero te impedirá
sumirte en el olvido. [\[18\]](#)*

«Ah, ¿qué vida traerá jamás
consuelo?»

Se sentía como si su amor pudiera no tener fin. [\[19\]](#) Le faltaba valor para marcharse, y siguió allí, pesaroso, hasta después de que se pusiera el sol. Pero finalmente regresó a la Ciudad, pues le desagradaba la idea de que alguien pudiera observar y reprocharle su informal ausencia de una noche.

Ben informó a su señora de cuanto él le había dicho, y ella vio todavía más lejana cualquier posibilidad de consuelo.

Todas las demás se dedicaban alegremente a coser y a ponerse elegantes ropas sin dedicar un solo pensamiento a la incongruencia entre las hermosas vestiduras y sus cuerpos viejos y gastados, mientras que ella se sentía cada vez más aferrada a su condición de monja.

En la larga extensión de la Playa de la Manga, donde todas se atarean en hacerse ropa nueva, una sola mujer del mar vierte el agua salada de una vieja monja. [\[20\]](#)

Así dijo para expresar su queja, y su señora respondió:

¿No son estas mangas mías las de una mujer del mar, que gotean agua salada cuando las agito sobre las olas, mojadas por lágrimas de amarga inquietud? [\[21\]](#)

—No puedo imaginar que jamás llegue a sentirme como en casa en el lugar adonde voy —siguió diciéndole en un tono muy amable—, y en previsión de lo que pueda ocurrir, no quiero permitir que esta casa se convierta en una ruina. De ese modo, si las cosas salieran mal, tú y yo volveríamos a encontrarnos; pero la idea de que permanezcas aquí sola y desamparada me preocupa cada vez más. Quienes llevan la clase de vida que has elegido no tienen por qué recluirse. No,

debes actuar como lo haría cualquier otra persona e ir a visitarme con frecuencia.

Eligió entre el mobiliario que había pertenecido a su hermana las piezas que podrían serle útiles a la anciana.

—Cuando te veo así —le dijo—, mucho más alicaída que las demás, realmente me parece que las dos debemos de compartir un vínculo de vidas anteriores, ¡y te compadezco tanto!

La anciana tenía los ojos llenos de lágrimas, como una chiquilla que llorase por su madre.

Una vez completados los preparativos, trajeron los carruajes. La escolta estaba formada por muchos caballeros de los rangos cuarto y quinto.

Su Alteza ardía en deseos de ir personalmente, pero eso habría supuesto un incómodo grado de pompa y solemnidad. En consecuencia, dispuso una discreta llegada y la aguardó con ansiedad. También el consejero envió a muchos hombres para que se unieran al séquito y, aunque parece ser que fue Su Alteza quien tomó las principales decisiones, fue él quien, con admirable meticulosidad, se ocupó de todos los detalles más modestos.

La joven se sintió aturdida al oír, dentro y fuera de la casa, voces que advertían de que el sol se estaba poniendo, y la idea de que no sabía adonde iba le hizo sentirse patéticamente

vulnerable. Una dama de honor llamada Taifu, que viajaba con ella en el carruaje, dijo sonriente:

*Vivir, después de todo, nos ha traído hoy
a un feliz bajío.*

*¡Ah, si me hubiera ahogado,
desesperada, en el Uji! [\[22\]](#)*

Estas palabras no le gustaron nada a su señora, que pensó en lo diferente que era aquella dama de la monja Ben.

Otra añadió:

*No es que una olvide la tristeza de
añorar a la que perdimos,
¡y, sin embargo, hoy nos aguardan*

felices perspectivas!

Ambas ancianas habían tenido mucho afecto a la hermana mayor, pero ahora el resuelto esfuerzo que hacían para evitar recordarla le resultó muy doloroso a la menor, y no encontró nada más que decir.



Carruaje con escolta

Al comprobar por sí misma la larga distancia y lo empinados que eran los

senderos a través de las colinas, la joven princesa, que había censurado a Su Alteza de la Guerra por sus ausencias, comprendió un poco mejor por qué la había visitado con tan poca frecuencia. Ella contempló la niebla bellamente iluminada por la brillante luna de la séptima noche, y la fatiga del largo y desusado viaje la sumió en una agitada ensoñación.

*Veo que la errante luna también se alza
de las colinas, no halla consuelo
en el mundo y a las colinas retorna. [23]*

Llena de aprensión por lo que podría aguardarle cuando iniciara su nueva vida,

anhelaba poder borrar cuanto había sucedido, pues le parecía que sus cuitas durante aquellos años no eran nada comparadas con las que muy pronto la abrumarían.

Llegó a altas horas de la noche. Condujeron su carruaje entre los triples o cuádruples pabellones [24] de una deslumbrante residencia como nadie del grupo había visto jamás, y Su Alteza, que la había esperado con impaciencia, acudió en persona para ayudarla a apearse. Habían arreglado sus habitaciones a la perfección, y el cuidado que habían tenido incluso con las destinadas a las damas de honor evidenciaba que él se había ocupado

personalmente de todo. Las personas de su entorno, al ver que de improviso la traía a vivir con él, llegaron a la conclusión de que debía de tenerle mucho afecto, y los evidentes dones de la joven les llenaron de asombro.

El consejero, que se proponía trasladarse a su residencia de Sanjô pasado el vigésimo día del mes, iba ahora todos los días a inspeccionar el acondicionamiento de la mansión, y, como ésta se encontraba cerca de Nijô, se presentó allí cuando aún faltaba bastante para la medianoche, a fin de averiguar si el traslado se había efectuado sin incidentes. Los hombres que habían ido a escoltarla desde Uji volvieron entonces y

le informaron. La noticia de que Su Alteza la había recibido con toda clase de atenciones le satisfizo, como es natural, pero al mismo tiempo experimentó una necia y profunda decepción. «¡Ojalá hubiera una manera!», [\[25\]](#) murmuraba una y otra vez.

¡Ah, cabrilleantes aguas! ¡Igual que al otro lado del Lago de los Somormujos se distingue una vela reluciente, así ella y yo, aunque todavía separados, cierta vez yacimos juntos!, [\[26\]](#)

se dijo a sí mismo, para dar al traste con su felicidad.

A Su Excelencia de la Derecha, que se proponía presentar su Sexta Hija a Su Alteza aquel mismo mes, le indignó que, como para impedir el acontecimiento, Su Alteza recibiera en su casa a una mujer carente por completo de méritos, y que ahora le evitara. Al enterarse Su Alteza lo lamentó, y de vez en cuando enviaba una nota a la hija. Todo el mundo comentaba los preparativos de la ceremonia durante la cual se pondría la cola a la joven, y puesto que él no podía retrasarla más sin cortejar el ridículo, la celebró casi a finales de mes.

La idea de permitir que el consejero se uniera a una forastera le parecía una gran lástima. Semejante matrimonio

carecería de brillo, pero aun así pensó: «¡Bien, tal vez sea eso lo que yo deba hacer! Después de todo, él parece muy desanimado, ahora que ha perdido a un antiguo y secreto amor». Encargó a alguien que sondeara al joven caballero.

«Como he visto con mis propios ojos la fragilidad de la vida y he sufrido tanto por su causa, siento que mi propia existencia se ha arruinado, y, por ese motivo, bajo ninguna circunstancia podría considerar la posibilidad de dar ese paso»; tal fue, según dedujo, la desalentadora respuesta del consejero.

—¿Cómo? ¿Incluso él tuerce el gesto ante una franca propuesta mía? —exclamó amargamente, pero el joven, aunque era un

pariente cercano, poseía una dignidad tan imponente que no podía seguir esforzándose en persuadirle.

En la estación de las flores, el consejero contempló los cerezos de Nijô y sus pensamientos se centraron de inmediato en aquellos que había abandonado en Uji. «¿Se esparcen más briosamente?», [\[27\]](#) se preguntó, y fue a ver a Su Alteza. Éste pasaba ahora la mayor parte de su tiempo en casa, donde llevaba una vida hogareña tan satisfactoria que las perspectivas eran halagüeñas para un observador sin reparos, salvo que, como de costumbre, también eran extrañamente inquietantes. Sin embargo, lo cierto es que el consejero

se sintió emocionado y contento.

Hablaron de multitud de cosas hasta el anochecer, cuando un nutrido séquito se reunió y prepararon el carruaje de Su Alteza para llevarle a palacio. El consejero le despidió y se dirigió a los aposentos de la joven. No quedaba ni rastro de la aldea de montaña, pues, al otro lado de las persianas, la joven vivía con elegante lujo. Al reparar a través de ellas en la vaga silueta de una muchacha paje, le pidió que hiciera saber a su señora que él estaba allí. Entonces le ofrecieron un cojín, y alguien que debía de conocerle salió para darle la respuesta.

—Debería haber venido a visitarte con regularidad —empezó a decir—, pero

ningún asunto en particular me instaba a hacerlo, y temía abusar de nuestra relación. ¡Qué diferentes son ahora las cosas! La visión de tus ramas floridas a través de la neblina me evoca muchos pensamientos penosos.

Su aire meditabundo despertó las simpatías de la joven, quien pensó que, en efecto, si ella hubiera vivido, ahora se visitarían a discreción, y su vida estaría animada por el intercambio con ella, en primavera, de tributos a la belleza de las flores o a las canciones de las aves. Sentía ahora con más desgarradora intensidad el pesar de su pérdida que la desolación de ambas durante los años que habían vivido alejadas del mundo.

—Por favor, mi señora —le dijeron sus damas—, ¡no os mantengáis apartada de él como lo haríais de cualquier otro invitado! ¡Ahora, sobre todo, debéis hacerle saber lo mucho que apreciáis todo lo que ha hecho por vos!

Pero ella titubeaba, pues no podía decidirse a hablarle en persona. Entretanto, Su Alteza acudió a despedirse antes de partir. Su estampa, vestido con las ricas prendas de su rango, era impresionante.

—¿Por qué le obligas a estar ahí fuera? —preguntó Su Alteza cuando vio al consejero—, ¡Piensa en sus extraordinarios desvelos por ti! Sé que puedo tener motivos para lamentarlo, pero

aun así es un error que siempre te muestres tan distante con él. Hazle pasar y habla con él de tus recuerdos. —Entonces añadió en un tono distinto—: Pero no le des demasiada rienda suelta. Uno nunca sabe lo que puede ocurrir. ¡Ese hombre tiene tenebrosas profundidades!

Esta observación hizo que ella no supiera cómo reaccionar ante los dos hombres, pero ahora tenía todos los motivos para obedecer a aquel cuya gran amabilidad hacia ella agradecía plenamente, y habría aprovechado la oportunidad de mostrarle su gratitud, dado que, como él había dicho, ahora tenía que ser para ella lo que su hermana había sido. Con todo, ya que Su Alteza revelaba

en ocasiones esa clase de inquietud, era inevitable que ella encontrara su posición bastante difícil.

Yadorigi

La hiedra

Yadorigi, o *yadoriki*, se refiere en este capítulo a las enredaderas que se «alojan» (*yadori*) en otros árboles. El título del capítulo procede de un intercambio poético entre Kaoru y Ben, en el que ambos poemas juegan con los significados de las sílabas *yadoriki*: «enredadera trepadora» (tal vez hiedra, pero no necesariamente) y «me alojo [aquí]».

Kaoru dice:

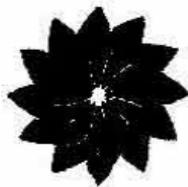
¿No me dijo el recuerdo que otrora me alojé bajo estos árboles cubiertos de hiedra?

¡Qué desolada ha sido esta noche que he pasado solo y lejos del hogar!;

y Ben replica:

Os alojasteis aquí bajo las agostadas ramas de este árbol cubierto de hiedra...

¡Qué tristeza pensar que conserváis ese recuerdo!



Relación con los capítulos anteriores

El comienzo de «La hiedra» tiene lugar al mismo tiempo que «Flores de ciruelo rojo», el final de «Bajo el roble» y el comienzo de «Nudos de trébol», cuando Kaoru tiene 24 años; prosigue durante el período cubierto por «Brotos de helecho» y «La casita del este», cuando Kaoru tiene 25 y 26 años.

Personajes

El consejero, luego comandante,
de 24 a 26 años (Kaoru)

La consorte Fujitsubo, hija
del difunto ministro de la Izquierda

**Su Majestad el
emperador**, de 45 a 47 años

La Segunda Princesa, hija de
la consorte Fujitsubo, de 14 a 16 años
(Onna Ni no Miya)

Su Alteza de la Guerra, de
25 a 27 años (Niou)

**Su Excelencia el ministro
de la Derecha**, de 50 a 52 años
(Yûgiri)

Su Sexta Hija, a comienzos de la
veintena (Roku no Kimi)

**Su Majestad la
emperatriz**, de 43 a 45 años
(Akashi no Chûgû)

La dama que ocupa el ala
de Nijô, hija menor de Hachi no
Miya, de 24 a 26 años (Naka no Kimi)

El comisionado de la
Ciudad Derecha

Su Alteza Enclaustrada,
madre de Kaoru, de mediados a finales de
la cuarentena (Onna San no Miya)

El capitán secretario,
hermano de Roku no Kimi

Su Alteza la Segunda

Princesa, madrastra de Roku no Kimi
(Ochiba no Miya)

Azechi, una dama de honor en Sanjô

Taifu, una dama de honor de Naka no
Kimi

Shôshô, una dama de honor de Naka
no Kimi

Ben, una monja que vive en Uji (Ben no
Ama)

El Iniciado (Uji no Ajari)

Una mujer joven, hija no reconocida de Hachi no Miya, de 19 a 21 años (Ukifune)

Chûjô, en la actualidad esposa del gobernador de Hitachi, madre de Ukifune

El gran consejero inspector, mediada la cincuentena (Kôbai)

Había por aquel entonces una consorte conocida como Fujitsubo, hija del fallecido ministro de la Izquierda.

[1] Su Majestad le tenía mucho afecto, porque había sido su primera mujer cuando todavía era príncipe heredero, pero en el transcurso de los años no había hecho nada más por ella, y si la emperatriz había sido afortunada y contaba con numerosos hijos, la satisfacción de la consorte en ese aspecto era escasa, pues había tenido una sola hija. Le dolía que su amargo destino fuese el de ser desplazada por otra, y criaba a su hija con gran esmero, a fin de tener el consuelo de ver que por lo menos ella triunfaba. La princesa, que era bella en

extremo, encantaba a Su Majestad. La gente no la tenía en tan gran estima como a la Primera Princesa, a la que consideraban sin igual, pero su valía personal era la misma y, ciertamente, sus medios de vida estaban asegurados, puesto que la gran riqueza de su padre apenas había menguado. En indumentaria y estilo, el personal a su servicio no carecía de nada, y en todas las ocasiones demostraba un gusto y una elegancia exquisitos.

En la primavera del decimocuarto año de Su Alteza, [\[2\]](#) la madre de ésta abandonó sus demás quehaceres para preparar la ceremonia de la colocación de la cola, que deseaba que fuese

excepcional en todos los aspectos. Sacó las reliquias de familia heredadas, diciéndose que eran precisamente para tales acontecimientos, y estaba atareada de ese modo cuando, aquel verano, empezó a padecer la acción de un espíritu funesto y no tardó en fallecer. Para el emperador fue una pérdida muy dolorosa. Ella había sido tan afectuosa y amable que también los nobles de alto rango sabían que la echarían mucho de menos. Incluso las mujeres de palacio [3] cuyo rango no fomentaba los sentimientos personales la recordaban con pesar.

Naturalmente, la joven princesa lamentó de una manera más patética que nadie la pérdida de su madre, y el

emperador, al conocer su estado, se apiadó de ella y, en cuanto hubieron transcurrido los cuarenta y nueve días, hizo que regresara discretamente a palacio. [4] Iba a visitarla todos los días. Su modesto atuendo de luto, de gris oscuro, aumentaba la nobleza de su atractivo. También su porte era el de una mujer adulta, y en todo caso tenía un donaire y una dignidad superiores incluso a los de su madre, algo que a Su Majestad le resultaba gratificante. Lo cierto, sin embargo, era que la familia de su madre no podía ofrecerle un solo tío capaz de cuidar adecuadamente de sus intereses, sino tan sólo dos hermanastros, una señoría del Tesoro y un director de

Mantenimiento. Ninguno de estos parientes tenía una gran reputación, y para ellas las consecuencias de tener que apoyarse en hombres de insuficiente distinción eran a menudo desafortunadas. Su Majestad era el único que podía decidir, y pensaba constantemente en ello.



Juego de go

Cierto día, cuando la escarcha había

mudado de la manera más bella el color de los crisantemos del jardín y una fría lluvia empezaba a caer del cielo encapotado, el emperador fue al aposento de la princesa, a la que habló de su madre, y disfrutó mucho de sus respuestas ingenuas pero en modo alguno infantiles. Pensó que alguien debería reconocer sus cualidades y honrarla debidamente por ellas. Recordó las deliberaciones de Su Eminencia Suzaku en la época en que dio su hija a Su Gracia de Rokujô. «Sí, durante cierto tiempo lo desaprobé, e hice saber a Su Majestad mi deseo de que él desistiera; pero, en cualquier caso, el consejero Minamoto es un excelente joven, y cuida tan bien de ella que

continúa recibiendo el mismo respeto que entonces, y en cambio sin él cualquier situación desagradable podría haberla desacreditado fácilmente.» Esta clase de reflexiones le convencieron de que podría resolver la cuestión mientras todavía reinara, y de que aquélla era la mejor manera de actuar, puesto que nadie, aparte del consejero, sería apropiado. «Es muy digno de unirse a una princesa —siguió pensando—, y si bien durante mucho tiempo su corazón ha pertenecido a otra, no hay ningún motivo para pensar que alguna vez pueda hacer algo lesivo para el buen nombre de la muchacha. No es posible que siga soltero, y será mejor que se lo insinúe antes de que suceda algo que

le impida tomar el asunto en consideración.»

El emperador jugó al *go* con la muchacha. Cuando el sol estaba a punto de ponerse, en medio de una lluvia agradablemente melancólica, observó cómo los últimos rayos solares coloreaban los crisantemos, y llamó a un ayudante.

—¿Quién está ahora en la cámara privada? —inquirió.

—Su Alteza de Asuntos Centrales, Su Alteza de Kanzuke y el consejero Minamoto se encuentran a la espera, Vuestra Majestad.

—Que venga a verme su señoría el consejero.

El consejero se presentó de inmediato. La recompensa que obtuvo Su Majestad por haberle elegido fue la deliciosa fragancia que anunciaba desde lejos lo poco que se parecía a los demás hombres.

—Esta noche la lluvia es muy relajante —le dijo el emperador—, pero la música estaría fuera de lugar, [5] y nada ayuda más a pasar el día cuando hay poco que hacer. [6]

Pidió que trajeran un tablero de *go* e invitó a jugar al consejero. Éste, convocado a menudo para un servicio tan íntimo, supuso que esta vez no sería distinta de las demás.

—Tengo algo de valor que apostar —declaró Su Majestad—, pero no podría

permitir que lo consiguieras con demasiada facilidad. Me pregunto qué otra cosa sería apropiada.

Al observar el aire afectado de Su Majestad, el consejero adoptó una actitud más circunspecta que antes.

Jugaron, y Su Majestad perdió dos de las tres partidas.

—¡Qué fastidio! —exclamó, y entonces siguió diciendo—: En cualquier caso, hoy puedes tener una flor. [7]

Sin decir palabra, el consejero bajó al jardín, arrancó una bella flor y entró de nuevo.

*Si esta flor hubiera florecido lozana en
un vulgar seto,*

*obedeciendo al impulso de mi corazón la
habría tomado para mi placer,*

dijo entonces, con un aire de grave
respeto.

*Este crisantemo viene, por desgracia, de
un jardín agostado por la escarcha,
¡y, sin embargo, el color que le queda
luce tan fresco y nuevo como siempre!,*

[8]

replicó Su Majestad.

Pese a las repetidas insinuaciones del mismo estilo por parte de Su Majestad, el consejero se mantuvo fiel a su naturaleza indecisa. «No, no es esto lo que quiero —

reflexionó—. En el transcurso de los años he dejado pasar más de una oportunidad de aceptar a una mujer cuyas vicisitudes me preocupaban hondamente, y ahora me siento como un santo varón que contempla la posibilidad de regresar al mundo. Sin embargo, es la mía una actitud en verdad extraña, cuando otros en mi lugar estarían muy complacidos.» No obstante, en el fondo sabía que las cosas podrían ser distintas si ella fuese la hija de Su Majestad, lo cual era muy impúdico por su parte.

Cuando llegó a oídos de Su Excelencia de la Derecha la noticia de esta inesperada evolución, se enojó, puesto que había pensado: «Bien, por lo

menos podré darle a mi Sexta Hija, y que se fastidie si no le gusta la idea; si insisto con suficiente vehemencia, al final tendrá que aceptar». Entonces volvió a pensar en Su Alteza de la Guerra, que de vez en cuando seguía enviando a la muchacha unas simpáticas e informales notas. «No importa que sólo se esté divirtiendo —se dijo—. ¿Por qué no habría de cobrarle afecto, si tal es el destino de ella? Estaría muy bien elegirle un marido que la hiciera feliz, pero, si se uniera a alguien de categoría demasiado inferior, acabaría por ser embarazoso, además de una gran decepción.»

—En estos tiempos cualquier muchacha es causa de preocupaciones, y

cuando el mismo emperador ha de buscar un yerno, ¡sin duda es una verdadera lástima que los mejores años de la hija de un plebeyo se desperdicien!

En este evidente tono de queja se dirigió varias veces, con agria insistencia, a la emperatriz, [9] que entonces ya estaba lo bastante agobiada para dar a Su Alteza una respuesta más larga de lo que era habitual en ella:

—Por desgracia, él lleva pensando en esto desde hace años, y has sido muy poco amable al eludirle. El éxito de un príncipe depende de los apoyos que tenga. [10] Su Majestad dice a menudo que no espera reinar mucho más tiempo, y si bien un plebeyo, cuando se establece con una

mujer, ya no puede compartir su corazón con otras, Su Excelencia, por muy serio que sea, sigue adelante sin celos por parte de nadie. [\[11\]](#) ¿No es así? Entonces, si lo que Su Majestad planea para ti llega a hacerse realidad, ¿por qué no habrías de tener tantas como quisieras?

Sus observaciones tenían perfecto sentido, y él no veía excusa alguna para insistir de un modo rotundo en rechazar la perspectiva. Lamentablemente, lo que le molestaba era la idea de verse atrapado en un ambiente tan formal que ya no pudiera hacer lo que le viniese en gana, pero, al mismo tiempo, sin duda podría lamentar que Su Excelencia se volviera contra él. Tales reflexiones fueron lo que

al final le llevó a ceder. Su tendencia a la diversidad de amoríos explicaba que aún no hubiera renunciado a la hija del gran consejero inspector, la de las flores de ciruelo rojo, y seguía enviando notas a las dos, atadas a ramitos de flores u hojas otoñales, pues seguía interesado por ambas.

Entretanto, llegó el Año Nuevo. Ahora que había terminado el duelo por la Segunda Princesa, tenía menos motivos que nunca para titubear. Cuando una persona tras otra sugirieron al consejero que Su Majestad parecía reacio a actuar sin que él le hubiera dicho nada, llegó a la conclusión de que resultaría extraño y descortés por su parte fingir no haberse

enterado, y varias veces hizo saber a Su Majestad que aspiraba al favor en cuestión. Dificilmente podría haberle azorado la respuesta que recibió. Supo que Su Majestad incluso había decidido la fecha, y recibió su aprobación en persona. Pero en el fondo sabía que jamás podría olvidar una pérdida que aún sentía profundamente, y no podía comprender por qué, cuando era tan evidente que estaban hechos el uno para el otro, se habían mantenido separados hasta el final. «¡Ah, cómo amaría a una mujer cuyo aspecto me la recordara un poco, aunque su rango fuese muy inferior! ¡Ojalá pudiera verla de nuevo, una sola vez más, por lo menos en el humo de incienso de

aquel antiguo relato!» [\[12\]](#) No tenía ninguna prisa por consumir aquella encumbrada alianza.

Su Excelencia de la Derecha se apresuró a informar a Su Alteza de que el acontecimiento tendría lugar el octavo mes, y, al enterarse de la noticia, la joven que habitaba en el ala de Su Alteza en Nijô se lamentó. «¡Ah, sabía que esto iba a ocurrir! ¿Cómo podría haber sido de otro modo? ¿Qué podemos esperar las desdichadas como yo, desde que esto dio comienzo, sino burla y humillación? Siempre he oído decir que es un granuja, y nunca he confiado en él, pero tampoco le he visto nada extremadamente reprehensible, ¡y me hizo unas promesas tan sinceras!

¿Cómo podré estar jamás tranquila, ahora que él ha cambiado de repente? Puede que esto no signifique la ruptura total, como ocurriría entre plebeyos, ¡pero esta clase de cosas desagradables sucederán a menudo! Estoy segura de que una mujer marcada, como yo, por la desgracia debería regresar de inmediato a sus colinas, pero si hiciera tal cosa, sé que los lugareños sólo se reirían de mí.» Llena de enojo y vergüenza, sabía que había sido una necesidad marcharse, desoyendo el consejo paterno, del hogar que siempre había sido suyo.

«Cuando mi hermana expresaba sus pensamientos lo hacía siempre de un modo tan ligero, tan vacilante... Pero en el

fondo de su corazón poseía una enorme fortaleza. Su señoría el consejero todavía parece llorarla, como si no fuese a olvidarla jamás, pero no dudo de que si ella viviera tendría unas preocupaciones similares a las mías. Decidió que evitaría a toda costa entregar aquello que él quería de ella, hasta el extremo de que preferiría abandonar el mundo, pues estaba convencida de que no podía ser de otro modo. ¡Y así lo habría hecho! Por fin comprendo lo clarividente que ella era — siguió diciéndose—. ¡Ahora que los dos han desaparecido, deben de estar observándome y pensando que soy necia sin remedio!» Tales eran sus reflexiones, pero, a pesar de su dolor y su vergüenza,

mantuvo bien oculto lo que pensaba, pues ¿iba a revelar lo que sentía cuando no podía hacer absolutamente nada al respecto? Y obvió la noticia, como si no se hubiera enterado de nada.

Su Alteza se mostraba ahora más atento y afectuoso que nunca hasta entonces, y le aseguró que no sólo sería suyo durante esta vida, sino también en todas las vidas futuras. Entretanto, sucedió que en el quinto mes la joven empezó a experimentar ciertos trastornos. No sufría grandes dolores, pero cada vez se alimentaba menos y se pasaba el tiempo acostada, algo que él, que nunca había conocido a ninguna mujer en su estado, atribuía al calor. No obstante,

observó algunos cambios sorprendentes.

—¿Sería posible? —le preguntaba a veces—. ¿Podrías estar encinta? Tengo entendido que, cuando eso sucede, una mujer se siente como tú.

A ella le avergonzaba en grado sumo que le hiciera tales preguntas, y restaba importancia a lo que le ocurría; y puesto que nadie hablaba con claridad a Su Alteza, lo cierto es que él no podía cerciorarse.

Llegó el octavo mes, y ella se enteró de la fecha en que tendría lugar el acontecimiento porque se lo dijeron. Su Alteza nunca había querido ocultárselo, pero el pesar y la tristeza le desarmaban cada vez que se proponía decírselo, por

lo que al final no llegó a hacerlo, incrementando así el agravio de la joven. No había nada secreto en ello, ya que todo el mundo lo sabía, ¡y él ni siquiera le había comunicado cuándo iba a ser! ¿Cómo no iba a estar enojada con él? No había sucedido gran cosa desde que ella llegó. Cuando iba a palacio no pernoctaba allí, y tampoco había pasado nunca una noche en cualquier otro lugar. Ahora, a fin de amortiguar su tristeza por lo que ella podría pensar de un cambio tan repentino, empezó a ir a palacio de vez en cuando para llevar a cabo un servicio nocturno, de modo que la joven se fuese acostumbrando a sus ausencias; pero ella también se lo tomó a mal.

Su señoría el consejero se sintió muy entristecido al enterarse de todo esto. «Su Alteza se divierte —pensó—, y aunque se sienta culpable, es inevitable que su afecto cambie de depositaria. Además, al casarse se une a una familia muy poderosa, y si le manifiestan sin lugar a dudas que desean que viva en su seno, entonces, ¡ay!, ella pasará muchas solitarias noches de espera, cosa que no ha tenido que hacer en los últimos meses. ¡Qué equivocado estaba! Ah, ¿por qué permití que la consiguiera? Yo la amaba y deseaba que fuese mía, y en mi pecho nunca ha anidado la confusión, aunque cierta vez tuve grandes ansias de renunciar al mundo, y de una manera u

otra ella es el único objeto de mis pensamientos. Y, sin embargo, me contuve porque desde el principio me pareció que no deseaba la consumación sin su consentimiento, y entretanto sólo aguardaba el futuro, juzgando sus estados de ánimo y confiando en que llegara a apiadarse de mí y ceder por fin. Pero no, ella era de otro parecer, y para compensarlo, puesto que en verdad no deseaba que me alejara de su lado, me aseguró que ella y su hermana eran una y la misma persona y me instó a seguir una dirección hacia la que me sentía inclinado. Este proceder me dejó perplejo y enojado, y me dispuse a frustrar su plan de una vez por todas.» Recordó cómo,

obedeciendo a un impulso de maquinación propio de una mujer, había llevado a Su Alteza a Uji, y lamentó amargamente haber hecho tal cosa, pues, en efecto, ¡había sido una acción infame! «En cualquier caso —reflexionó con rencor—, lo que oigo decir ahora debería afectar un poco a Su Alteza si recuerda todo eso; pero no, jamás me dirá una sola palabra al respecto. Un hombre de tan increíble frivolidad, de corazón tan voluble, puede que traicione no sólo a las mujeres... Ninguna locura de este mundo me sorprendería.» La manera en que abrigaba testarudamente una sola obsesión explicaba quizás el hecho de que estuviera tan enfurecido con Su Alteza.

En verdad había perdido a su amor, y se decía: «No es ningún placer que Su Majestad me ofrezca a su hija... ¡Ah, ojalá hubiera aceptado a esta mujer!». A cada día, a cada mes que pasaba, sus pesares se multiplicaban, y saber que las muchachas eran hermanas le imposibilitaba abandonarla, puesto que las dos habían sido casi como una sola y, además, cerca del final ella le había dicho que su hermana, que la sobreviviría, debía ser para él lo que era ella misma: «Ahora no desearía ninguna otra cosa —le había asegurado—, salvo que no hicieras lo que te pido, y eso sería un dolor y un pesar que tal vez me retendrían en el mundo», y ahora que eso había sucedido, ella debía

de estar contemplándole desde lo alto y detestándole cada vez más. Tales pensamientos cruzaron por su mente mientras, una noche tras otra, sin que nadie más que él tuviera la culpa, yacía despierto a cada soplo de la brisa, rememorando el pasado y reflexionando sobre el futuro, así como sobre los crueles padecimientos a que la vida quizá sometería también a otra mujer. [\[13\]](#)

Ciertamente, podía haber sentido afecto por alguna de las mujeres a las que había halagado de pasada y admitido en su intimidad, pero no, ninguna de ellas era realmente depositaria de sus sentimientos. Lo cierto era que gran número de mujeres no menos distinguidas que las hermanas,

mujeres a quienes la fortuna había dejado a merced de las penalidades, habían entrado a su servicio en Sanjô, pero él había resuelto que cuando le llegara el momento de dar la espalda al mundo, ella seguiría siendo el único vínculo apasionado que le detuviera. «¡Reacciona! —se decía—. ¡Esto no puede ser! ¡No me entiendo a mí mismo!» Así murmuraba mientras yacía insomne hasta el amanecer. Entre las hermosas flores multicolor que sembraban el valle envuelto en la neblina, su mirada se posaba sobre todo en las frágiles campanillas, que, como dicen, «florecen al alba» [14] para sugerir que nada dura; y debía de haberse compadecido de ellas,

porque, tras yacer incómodo hasta la llegada del nuevo día, con los postigos abiertos, contempló cómo sus pétalos se abrían bajo la luz que se iba intensificando.

Llamó a uno de sus hombres.

—Quiero visitar la residencia del norte [\[15\]](#) —le dijo— Que me traigan un carruaje sencillo.

—Ayer Su Alteza fue a palacio, mi señor. Anoche trajeron de regreso su carruaje.

—No importa. Visitaré a la dama que vive allí. Dicen que no se encuentra muy bien. Hoy he de ir a palacio, de modo que encárgate de que el carruaje esté dispuesto antes de que el sol esté alto.

Se vistió y, al salir, pasó entre las flores. No hacía nada que transmitiera languidez ni encanto, pero su donaire y su dignidad eran tan evidentes que el galán más pagado de sí mismo habría sido incapaz de imitarle. La estampa que ofrecía era deliciosa, y la campanilla que atrajo hacía sí rezumó mucho rocío.

*¿Apreciaré estos tonos, desaparecidos
antes que la misma mañana,
cuando vea que el rocío que brilla en la
hoja dura más que la frágil flor?*

«¡Qué pronto habrá dejado de existir!», murmuró, y la arrancó para llevársela. No dedicó una sola mirada a

las flores de valeriana.

Una encantadora neblina cubría el cielo mientras avanzaba la mañana. «¡Las mujeres deben de haberse permitido dormir hasta muy tarde! —se dijo—. No puedo ir por ahí aclarándome la garganta o llamando a postigos y puertas. ¡Ah, estoy aquí muy temprano, demasiado temprano!»

Llamó a uno de sus hombres y le pidió que mirase a través de la puerta central, que estaba abierta.

—Los postigos parecían abiertos, mi señor —le informó el enviado—. Acabo de ver a una de las damas de honor.

El consejero se apeó del carruaje y entró. Su figura, difuminada por la neblina

matinal, era tan atractiva que las mujeres creyeron que se trataba de Su Alteza que regresaba de una cita secreta, hasta que percibieron como siempre el delicioso aroma de sus ropas mojadas por el rocío.

—¡Qué espléndido es! —decían las mujeres frívolamente, entre ellas—. ¡Qué lástima que sea tan serio!

Impertérritas, con un agradable frufú de faldas y refinados gestos le ofrecieron un cojín.

—Es para mí un honor sentarme aquí —les dijo—, pero no puedo venir más a menudo, dado lo penoso que me resulta permanecer todavía tan distante, al otro lado de los postigos.

—Entonces, ¿qué preferiríais, mi

señor? —inquirieron las mujeres.

—Una habitación tranquila como la del norte: [\[16\]](#) ése es el lugar apropiado para un viejo amigo como yo. Pero depende de vosotras; no tengo intención de seguir quejándome. —Estaba apoyado en el dintel.

—Tal vez deberíais ir a verle, mi señora —siguieron diciéndole las damas a la joven.

Nunca le habían visto comportarse con masculina impetuosidad, y en los últimos tiempos se había mostrado tan sereno que ella sintió menos renuencia que antes a conversar con él, y lo hizo de bastante buen grado.

—¿Puedo preguntarte qué te ocurre?

—inquirió él.

Ella no le dio una respuesta clara, pero él se sintió conmovido por la actitud insólitamente contenida de la muchacha, y se extendió, como lo haría un hermano, sobre la manera de hacer las paces con un mundo que ella percibía como hostil.

Hasta entonces no había encontrado que su voz fuera demasiado parecida a la de su hermana, pero aquel día se sorprendió al observar que eran casi idénticas, y, si la decencia no lo hubiera proscrito, habría alzado las persianas para hablar con ella cara a cara, pues ansiaba ver su aspecto ahora que sufría trastornos de salud. Todo esto no hacía más que recordarle al visitante que

difícilmente puede existir en el mundo alguien que no padezca penas de amor.

—No trato de distinguirme ni de impresionar a los demás —le dijo—, pero había pensado que uno puede conducirse en la vida sin una gran carga de inquietud ni preocupación. Por desgracia, sin embargo, aunque no tengo la culpa, padezco al mismo tiempo la aflicción de la pérdida y el dolor del amargo remordimiento. A ese respecto, sin duda mi pecado es más grave que el del hombre que valora el rango y el cargo por encima de todo y que, de una manera perfectamente comprensible, se siente muy decepcionado.

Depositó sobre su abanico la flor que

había cogido y la contempló. El color rojo que estaba adoptando [\[17\]](#) le pareció incluso más bonito, y le dio la flor a la joven, deslizándola por debajo de la persiana.

Esta flor debería haberse conservado para mí como el plateado rocío que hace años me prometió una campanilla. [\[18\]](#)

El gesto era espontáneo, pero resultaba agradable que hubiera traído la flor sin derramar su rocío, y, puesto que con toda evidencia la flor se habría marchitado antes de que el rocío hubiera desaparecido, ella replicó:

Frágil, sí, la flor que se marchitó tan pronto y murió antes de que se desvaneciera el rocío, y, sin embargo, menos que el rocío que ahora queda atrás. [19]

—¿Qué otro refugio tiene? —inquirió ella en voz muy baja y entrecortada, como si fuese demasiado tímida para desear que la oyeran; y, para su pesar, él pensó de nuevo en lo parecidas que eran.

—Uno se siente un poco más triste y pensativo bajo el cielo otoñal —observó Kaoru—. El otro día fui a Uji en busca de distracción, y vi que la valla y el jardín [20] se encuentran en un estado lamentable... ¡Eran tantas las cosas que

producían una impresión desgarradora! La escena abrumaba a quienes acudieron a Rokujô tras la muerte de Su Gracia, o al templo de Saga, donde se retiró sus dos o tres últimos años. Todos ellos regresaron con lágrimas en los ojos provocadas por el estado de las plantas y los árboles. Nadie cercano a él, de alto o bajo rango, había adolecido jamás de sentimientos poco profundos, pero, aun así, cuantos se habían congregado en torno a él en los diversos aposentos de la finca parecían haberse dispersado para vivir de espaldas al mundo. Por supuesto, las damas de honor de categoría inferior no hallaban consuelo, y en general las pobrecillas se diseminaron por las montañas y los

bosques, sin saber apenas lo que estaban haciendo, hasta que al final se convirtieron en simples campesinas. [\[21\]](#)

Rokujô se convirtió en un yermo cubierto por las hierbas del olvido, [\[22\]](#) pero entonces el actual ministro de la Derecha se trasladó allí, el príncipe y la princesa [\[23\]](#) también empezaron a residir en aquel lugar, y la mansión volvió a tener el aspecto de antes. En aquel momento me pareció que no había palabras para expresar el dolor que uno sentía, pero ahora veo que los años aportan consuelo y ciertamente el dolor tiene un final. Aunque diga esto, tal vez entonces era yo demasiado joven para sentir su pérdida como lo habría hecho si hubiese sido

mayor. En verdad no creo que me recupere jamás de esta otra pérdida más reciente, y si bien ambas forman parte de las penas que cabe esperar de una vida en la que nada dura, me temo, ¡ay!, que para mí esta última entraña el mayor pecado.

[\[24\]](#)

Su actitud afligida, con lágrimas en los ojos, reflejaba una profunda emoción.

Al verle en semejante estado, ninguna mujer habría dejado de sentirse a su vez conmovida, ni siquiera una que tuviera mucho menos apego a su hermana del que tenía aquella dama, y así, naturalmente, la misma dama, ya muy triste y afligida y más predispuesta que nunca a experimentar una desgarradora nostalgia

por su hermana desaparecida, estaba demasiado emocionada para dar alguna respuesta. En lugar de hacer eso, perdió la compostura, y cada uno sintió en lo más hondo la emoción del otro.

—«Más feliz que este mundo atormentado», [\[25\]](#) dijo alguien cierta vez, pero durante todos esos años no pude hacer la comparación. Ahora, en cambio, sería feliz si volviera a disfrutar de esa paz, porque lo cierto es que me satisface tan poco estar aquí, que envidio a Ben. ¡Cómo anhelo, después de todo, oír la campana del templo cercano, pasado el día vigésimo de este mes! [\[26\]](#) Incluso se me ha ocurrido pedirte que me lleves allá en secreto.

—Por desgracia, nada puedes hacer para impedir que el lugar se convierta en una ruina. El camino de montaña es muy escabroso, incluso para un hombre que puede ir cuando le plazca, y yo mismo lo emprendo con mucha menos frecuencia de lo que me gustaría. He dado al Iniciado todas las instrucciones necesarias para que lleve a cabo el servicio fúnebre por Su Alteza, y te ruego que consideres la posibilidad de dedicar la casa a actividades religiosas. Lamentablemente, lo que encuentro allí cuando voy me trastorna muchísimo, y he pensado en destinarla a la expiación de mis pecados. Dime qué te parece. Por supuesto, no haré nada que tú misma no te propongas. Sólo

tienes que hacerme saber tus deseos. Tan sólo te pido que me tomes por confidente sin ninguna reserva.

Siguió hablándole así sobre asuntos muy serios. Al parecer, también se proponía, por su parte, dedicar textos sagrados e imágenes. Cuando ella le dijo que deseaba trasladarse allí discretamente y practicar un retiro, él replicó:

—No, no, eso es imposible. Has de mantener siempre una actitud de aceptación y ser paciente.

El sol llegó a lo alto, y las damas de honor se reunieron en torno a ella. Él se preparaba para marcharse, puesto que una estancia demasiado larga podría dar la impresión de que algo ocurría, y entonces

le dijo:

—No estoy acostumbrado a permanecer al otro lado de las persianas en ninguna parte, y cuando eso sucede me siento muy incómodo. No obstante, eso depende de ti. Volveré.

El consejero partió. Sabía que Su Alteza iba a preguntarse por qué se había presentado cuando él estaba ausente, y ésa era una preocupación lo bastante seria para que llamara al comisionado de la Ciudad Derecha, el jefe de la Casa de Su Alteza.

—He venido al saber que Su Alteza se retiró anoche de palacio —le dijo—. Lamento no haberle encontrado. Tal vez debería buscarle allí.

—Su Alteza abandonará palacio hoy, mi señor.

—Muy bien, entonces regresaré esta noche.

Seguía siendo cierto: cada vez que percibía la voz de la muchacha y los sonidos de su presencia, mayor era su pesadumbre al plantearse por qué había sido tan necio de no hacer lo que su hermana deseó, y la cuestión le sumía en una gran congoja, pues una y otra vez se preguntaba por qué debía sufrir de aquel modo sin que nadie, salvo él mismo, tuviera la culpa.

Había empezado a ayunar [\[27\]](#) cuando la hermana mayor falleció, y día y noche se entregaba con tal fervor a la oración,

que su madre, la princesa, que seguía siendo tan juvenil, ingenua e irreflexiva como siempre, llegó a estar muy preocupada y a temer por él.

—Me queda muy poco tiempo [\[28\]](#) — le dijo—. ¡Cuídate mientras todavía estoy contigo, te lo ruego! No puedo oponerme a tu deseo de abandonar el mundo, habida cuenta de lo que soy, pero me temo que si lo hicieras no tendría ninguna razón para seguir viviendo, y el dolor que eso me causaría sólo podría aumentar mis pecados.

Atribulado y abatido, él hacía lo posible por olvidar, y en presencia de su madre fingía una alegre despreocupación.

Su Excelencia de la Derecha

acondicionó el pabellón nordeste de Rokujô, [29] hizo que todo fuese perfecto, y se dispuso a aguardar con inquietud a Su Alteza hasta que la luna de la decimosexta noche se alzara en el cielo. Le preocupaba el rumbo que podrían tomar las cosas, puesto que Su Alteza no mostraba un gran entusiasmo. El hombre al que envió para que recabara información regresó con la noticia.

—Su Alteza se retiró de palacio esta noche, mi señor, y tengo entendido que ahora se encuentra en Nijô.

Era mortificante pensar que eso se debía sin duda a que allí se encontraba su amada, y sabía que iba a ser el hazmerreír si se pasaba allí toda la noche sin ni

siquiera un caballero. Así pues, envió a su hijo, el capitán secretario, [\[30\]](#) con un mensaje:

*Mientras mi casa da la bienvenida
incluso a la brillante luna cernida en el
cielo,*

¡la noche se va deslizando y no te veo!

[\[31\]](#)

«¡Pobrecilla! —se dijo Su Alteza al ponerse en camino hacia palacio— ¡No puedo permitir que sepa que ésta es la noche!», e hizo que le enviaran una nota; pero la respuesta de la muchacha, dijera lo que dijese, le hizo sentirse lo bastante culpable para regresar sigilosamente a

casa. Ella era adorable, y él no soportaba la idea de abandonarla. Le renovó con ternura todas sus promesas, mientras los dos contemplaban la luna. Resuelta como estaba, incluso tras varios días de desesperación, a no revelar nada, ella se mantuvo distante y fingió que no oía. [32] La suavidad de sus modales conmovió mucho a Su Alteza.

Sin embargo, cuando supo que el capitán había llegado, también le inquietaron los sentimientos de la joven que aguardaba en otro lugar. Cuando se disponía a marcharse, le dijo a la que estaba a su lado:

—Me marcho, pero sólo por poco tiempo. Te ruego que no contemples la

luna a solas. Tus pensamientos errarían penosamente.

Aún se sentía culpable cuando salió de la casa principal por un lugar oculto. Ella tenía la mente en blanco mientras le veía marcharse; sólo tenía la sensación de que su almohada se alejaría flotando, [\[33\]](#) y comprendía muy bien lo traidor que puede ser el corazón de otra persona.

«Desde nuestra infancia —reflexionó—, el único refugio que tuvimos mi hermana y yo fue un caballero al que parecía gustarle tan poco el mundo que vivimos un año tras otro en aquella aldea de montaña; pero aunque allí la vida era siempre gris y solitaria, nunca tuve los motivos que ahora tengo para detestar el

mundo. Entonces ocurrieron aquellas terribles pérdidas, una tras otra, y mientras las lloraba me pareció que no podría sobrevivir a ellas mucho tiempo, porque el golpe era demasiado duro y aquellos dos seres habían significado mucho para mí. Pero ahora que después de todo las he superado, dudo de que disfrute mucho más tiempo de este honorable estado, incluso aunque él se muestre tan atento conmigo cuando estamos juntos que he empezado a sentirme menos aprensiva. Este nuevo padecimiento no puede expresarse con palabras, y no sé si sabré soportarlo. Al menos podría haber esperado verle con más frecuencia que a los dos seres

queridos que se han ido para siempre, pero esta noche me ha abandonado con tal crueldad que nada, pasado o futuro, tiene ya sentido, y no veo dónde podría hallar consuelo a esta desolación. ¡Ah, es demasiado cruel! Pero tal vez si vivo lo suficiente...» Trataba en vano de encontrar consuelo, sufriendo insomne mientras la brillante luna ascendía en el cielo como en la Montaña de la Anciana Abandonada. [34] El viento, comparado con el rugido de los vendavales en las colinas de Uji, suspiraba muy suavemente entre los pinos, y la casa donde ella vivía era muy tranquila y agradable, pero aquella noche habría preferido el fragor de los grandes robles.

Ningún viento otoñal en mi hogar de las montañas, resguardado bajo los pinos, sopló tan implacable como lo hizo éste ni traspasó a nadie hasta el tuétano.

Tal vez había olvidado lo que sucedió allí.

—¡Entrad, mi señora! —le instaron las ancianas—. ¡No está bien que contempléis la luna! ¿Qué será de vos cuando no queráis ni un gajo de fruta? ¡Ah, qué terribles recuerdos! ¿Qué vamos a hacer?

—¡Sí, pero ved lo que está haciendo Su Alteza! —suspiraban otras—. Sin embargo, no es posible que la deje de lado sin más. Un primer amor nunca se

extingue.

Ella no deseaba oír su conversación, y sólo ansiaba que se callaran. «Estaré vigilante y a la espera», se decía, pues tal vez no quería que nadie hablara por ella, a fin de abrigar su enojo a solas.

—¡Y qué caballero tan bueno y amable es el consejero! —dijeron las mujeres que conocían a la joven de antes —. ¡Qué extraño puede ser el destino!

Su Alteza lo lamentaba muchísimo, pero era demasiado animoso para que no deseara causar una buena impresión, y su figura, envuelta en un exquisito perfume, era indescriptible. La casa donde le recibieron era en verdad hermosa. La muchacha no era menuda ni frágil, sino

que, a su modo de ver, estaba agradablemente desarrollada. Pero ¿qué carácter tendría? ¿Resultaría fastidiosa por su talante enérgico, orgullosa pero sin dulzura? ¡Eso sería un desastre! Sin embargo, después de todo, no debía de ser así, porque él no sentía la menor inclinación a rechazarla. Tal vez se debiera a que había llegado tan tarde, pero, incluso siendo otoño, tuvo la sensación de que la noche había finalizado demasiado pronto. [\[35\]](#)

Al regresar a casa no fue directamente al ala. Durmió un poco y, al levantarse, escribió una carta.

—Parece muy satisfecho —
comentaron entre ellas las mujeres que le

atendían.

—Lo lamento por mi señora que está en el ala. No puede evitar que la eclipsen, por muy admirable que sea la imparcialidad de Su Alteza.

Estaban afligidas, puesto que atendían íntimamente a la joven, y algunas incluso manifestaron su amargura. La situación era penosa para todas ellas.

Él había esperado leer la respuesta en sus propios aposentos, pero le dolía pensar que su ausencia esa noche debía de haber irritado a la joven más que en otras ocasiones similares, y se apresuró a reunirse con ella. Cuando entró en la estancia, su aspecto, tras un sueño reparador, era espléndido. A ella le

avergonzó que la encontrara tendida y se incorporó un poco, con el rostro hermosamente arrebolado, y aquella mañana él la encontró más encantadora que nunca. De repente los ojos se le llenaron de lágrimas, y la miró hasta que ella, llena de timidez, volvió la cabeza y se tendió de bruces, mostrando al hacerlo la excepcional belleza de su frente y su larga cabellera. Tal vez para romper el silencio cuando la embarazosa situación le impedía decirle algo más tierno, él abordó un tema serio.

—¿Cómo es que siempre pareces encontrarte mal? —le preguntó—. Me dijiste que se debía al calor, por lo que esperé ansiosamente la llegada de un

tiempo más fresco, pero lamento mucho comprobar que sigues sin estar mejor. Es curioso..., nada de lo que he hecho por ti parece haber surtido efecto. De todos modos, supongo que debería insistir en las plegarias. Lo que necesito es un sacerdote con auténticos poderes. Debería pedirle a Su Reverencia que viniera a atenderte por la noche.

A ella tampoco le gustaba su locuacidad sobre esa cuestión, pero no se le ocultaba que sería impropio de ella no responderle.

—Siempre he sido un poco diferente —le dijo—. No es la primera vez que me siento así, pero al cabo de un tiempo el malestar desaparece por sí solo.

—¡Qué despreocupada eres! —
replicó él, sonriente.

Le parecía que ninguna otra mujer podía haber sido jamás tan dulce y tan seductora, pero también estaba deseoso de volver al lugar donde había estado poco antes, puesto que también parecía tenerle mucho afecto a aquella otra mujer. Sin embargo, cuando se encontraba con ella pensaba que era incomparable, lo cual debía de explicar las innumerables promesas que le hacía, incluso para la próxima vida. No obstante, mientras escuchaba sus declaraciones ella se decía que sí, que era cierto, su hora llegaría pronto, [\[36\]](#) y que sin duda él le causaría tanto pesar, que sus votos para la próxima

vida seguramente serían los únicos que mantendría. Tal pensamiento le hizo ver que no había aprendido la lección, [\[37\]](#) puesto que incluso ahora se sentía inclinada a confiar en él, algo que debía de ser excesivo para ella, ya que, a pesar de sus esfuerzos, sin duda valerosos, aquel día finalmente dio rienda suelta al llanto. Durante largo tiempo había disimulado sus sentimientos para que él no los percibiera, pero sus preocupaciones eran ya demasiado intensas para que pudiera seguir ocultándolas, o por lo menos así lo parecía, puesto que, una vez que las lágrimas habían empezado a fluir, no podía detenerlas con facilidad, y, sumida

en la vergüenza y la aflicción, se apartó de él con brusquedad.

Él la tomó de los hombros y la obligó a mirarle de nuevo.

—Tenía la seguridad de que sentías afecto por mí y creías todo cuanto te decía, pero lo cierto es que te has mantenido distanciada, ¿verdad? ¿O acaso tus sentimientos han cambiado en una sola noche? —Le enjugó las lágrimas con su propia manga.

—Hablas de sentimientos que cambian en una sola noche, ¡pero sé muy bien de quién son tales sentimientos! —replicó ella con una leve sonrisa.

—¡Pero, querida mía, hablas como una chiquilla! Tengo la conciencia limpia,

créme, no te oculto nada. De lo contrario, podría defenderme tanto como quisiera, pero la verdad seguiría saltando a la vista. No comprendes nada del mundo, lo cual es al mismo tiempo uno de tus encantos y una gran dificultad. Muy bien, considéralo desde mi punto de vista. Uno nunca puede hacer lo que le place: [\[38\]](#) tal es mi propia situación. Si aquello que espero llega a ocurrir, entonces podré convencerte de que significas para mí más que cualquier otra. [\[39\]](#) Eso no es algo que pueda decir a la ligera. Mientras tenga aliento... [\[40\]](#)

Entretanto, el mensajero que había enviado a Su Excelencia prescindió por completo del decoro e irrumpió en el lado

sur del ala, a todas luces bebido. Llevaba sobre los hombros tan espléndida carga de regalos, [41] que las mujeres vieron por qué se encontraba allí y debieron de preguntarse con inquietud cuándo Su Alteza había escrito su carta. Éste, aunque no pretendía ocultar lo que el hombre le había traído, no tenía deseo alguno de mostrarlo y, muy enojado, deseaba que se comportara. Sin embargo, era demasiado tarde, y pidió a una dama de honor que le trajera la carta. Resuelto a no guardar secretos sobre el particular, abrió el mensaje y vio que la caligrafía parecía pertenecer a Su Alteza la madrastra de la dama. [42] Eso le hizo sentirse un poco mejor, y dejó de lado la misiva... ¡Una

acción arriesgada, tanto si alguien la había escrito por ella como si no! Decía: «Perdona, te lo ruego, mi presunción, pero me temo que después de todo no he podido estimularla, se encontraba demasiado mal».

Esta flor de valeriana sólo parece agostarse con el rocío de la mañana...

¿Qué puede haber hecho el rocío al posarse y abandonarla? [\[43\]](#)

Su caligrafía tenía encanto y distinción.

—¡Podría ahorrarme sus quejas! — exclamó—. ¡Lo único que realmente deseaba era que me dejaran vivir en paz

contigo, y ahora ha tenido que suceder esto!

De hecho, era cierto que cualquier mujer habría compartido el resentimiento de la joven si él hubiera sido un plebeyo, [44] que tiene apropiadamente una esposa y no dos, pero en su caso no era así. Era inevitable que sucediera aquello. El mundo sabía que su destino difería del de los otros príncipes, y nadie habría puesto objeciones al número de mujeres que tuviera. Era improbable que alguien se compadeciera de ella. En apariencia, la gente seguía hablando de su buena suerte por el esplendor de que él la había rodeado al aceptarla y por el hecho de que siguiera honrándola y amándola. La

tragedia de la joven parece haber radicado en que, de improviso, vio su posición comprometida, después de que él le hubiera permitido compartir en exceso su intimidad. Ella siempre se había preguntado, al leer un antiguo relato u oír lo que decían sobre otra, por qué ese aspecto de la vida causaba tanta aflicción. Pero ahora esas dificultades le afectaban personalmente, y sabía con toda claridad que no eran ninguna broma.

Su Alteza, muy apenado por ella, se mostraba más tierno y atento que de costumbre.

—No está bien que no pruebes bocado —le decía, insistiendo en que comiera.

Encargaba alimentos deliciosos, y

requirió los servicios de un experto para que le preparase las comidas de la manera más apetitosa, pero todos los esfuerzos eran en vano.

—¡Ah, qué gran lástima! —suspiraba él.

El sol se estaba poniendo, y cuando hubo oscurecido Su Alteza fue a la casa principal. Los fríos vientos y los espléndidos cielos de la estación le provocaban lánguidos pensamientos, amante como era de la novedad, mientras que para ella, con todas sus cuitas, las cosas eran demasiado dolorosas de soportar. El canto de una cigarra le hizo añorar la sombra de las colinas. [\[45\]](#)

*Esa canción no me habría afectado lo
más mínimo, pero en este crepúsculo
otoñal*

*¡qué amargos pensamientos evoca el
canto de una cigarra!*

Aquella noche él se puso en marcha antes de que se hiciera tarde. Las gentes del mar muy bien podrían haber pescado bajo la almohada de la muchacha [46] mientras los gritos de la escolta de Su Alteza se iban alejando, y, allí tendida, incluso se reprochó a sí misma esa debilidad. Recordaba los pesares que él le había causado desde el principio y deseaba que nunca hubieran sucedido. «¿Y cómo terminará esta condición que

me hace sentirme tan incómoda? Los miembros de mi familia tienden a vivir tan poco... ¡Tal vez yo no viva después de todo!» No lamentaba la perspectiva, pero le entristecía y además sería un gran pecado. Tales pensamientos se sucedieron en su mente mientras permanecía insomne durante toda la noche.

Al día siguiente la emperatriz se sintió indispuesta y la corte entera se reunió para atenderla, pero no se trataba de nada grave. A mediodía Su Excelencia se retiró de palacio e invitó al consejero a acompañarle. Viajaron los dos en el mismo carruaje. Pensaba en la ceremonia que tendría lugar por la noche, [\[47\]](#) para la que deseaba la mayor magnificencia

posible, aunque, como es natural, lo que podía hacer era limitado. [48] Se sentía un poco incómodo en presencia del consejero, pero éste, al fin y al cabo, era un pariente muy próximo, y, como no tenía a nadie más en quien pudiera confiar, sin duda le pareció que era muy apropiado para aportar un toque especial al acontecimiento. El consejero acudió con más rapidez de lo acostumbrado [49] y su ayuda fue inestimable, puesto que, a su juicio, el asunto no le concernía y no tenía nada que lamentar. En su fuero interno, Su Excelencia consideró esta actitud del todo irritante.

Su Alteza llegó cuando ya era de noche. Le habían preparado un asiento en

el extremo este del pasillo sur, en la casa principal. Habían dispuesto ocho mesitas altas, de una manera muy bella y formal, sobre las que se habían dispuesto los platos habituales, [50] y a su lado, sobre otras dos mesas aún más pequeñas, había elegantes platos de base en forma de flor que contenían pastelillos de arroz. Me resulta fatigoso dar cuenta de cosas tan corrientes. Al reparar en lo tarde que era, Su Excelencia pidió a las damas de honor que le dijeran a Su Alteza que era la hora, [51] pero éste estaba entregado al coqueteo y no acudió de inmediato. Los demás asistentes eran dos hermanos de la esposa de Su Excelencia, el intendente de la Guardia de la Puerta Izquierda y el

consultor Fujiwara.

Cuando por fin apareció Su Alteza, era un gozo contemplarlo. Su anfitrión, el capitán secretario, le ofreció una taza de sake y le presentó la comida. Otros le ofrecieron sus tazas de forma sucesiva, y él tomo dos o tres. La manera en que el consejero le instaba a beber le hizo sonreír. El consejero debía de recordar que Su Alteza, que no se encontraba a sus anchas en aquella casa, cierta vez observó que era un lugar tedioso, pero su seria expresión no revelaba nada por el estilo. Entonces se dirigió al ala este para agasajar al séquito de Su Alteza, entre cuyos miembros conocía a muchos caballeros del círculo privado. Cada uno

de los caballeros del sexto rango recibió un juego de ropa femenina y un vestido largo; a los diez del quinto les correspondió una chaqueta china de triple capa y una cola que reconocía su categoría, [\[52\]](#) y los cuatro del sexto recibieron pantalones y un vestido largo de damasco. Impaciente porque no le permitían hacer nada mejor, Su Excelencia se había asegurado de que todas estas prendas tuvieran unos colores y un acabado de excepcional hermosura. Los regalos para el personal de la casa y los caballerizos de Su Alteza eran tan espléndidos que bordeaban lo escandaloso. Sí, merece la pena conocer las brillantes escenas multitudinarias,

pero lamentablemente me ha sido imposible anotarlo todo.

Uno de los sirvientes del consejero había disfrutado poco de toda aquella opulencia (tal vez había permanecido en algún otro lugar, perdido en las sombras), y cuando, al regresar, pasaban por la puerta central de Sanjô, susurró:

—¿Por qué su señoría no actúa juiciosamente y se casa con una joven de la casa de Su Excelencia? ¡La vida solitaria que lleva es un aburrimiento!

El consejero acertó a oírle y se regocijó. Era probable que el hombre estuviera lleno de envidia porque era tarde y todos estaban cansados, y porque, después de la magnífica bienvenida de

que habían sido objeto, los hombres de Su Alteza aún debían de estar tendidos aquí y allá, agradablemente bebidos.

El consejero entró en su aposento y se tendió. «¡Qué embarazosas son estas cosas! —pensó—. Apareció el padre, con ese aire de grandeza, y todo el mundo alzó el pabulo de la lámpara y ofreció sake a Su Alteza, a pesar de que estamos todos emparentados. ¡Ciertamente le atendieron de maravilla! —Recordó con placer la figura de Su Alteza—. Sí, por cierto, si yo tuviera una hija por la que sintiera un gran afecto, preferiría dársela a él antes que enviarla al servicio de palacio. Ah, pero tengo entendido que todo padre con una hija de la que desearía que se uniese con

Su Alteza también habla de ofrecérsela al consejero Minamoto... ¡Vamos, tampoco mi reputación parece estar en entredicho! Pero soy muy poco práctico y demasiado anticuado. —A estos arrogantes pensamientos siguieron otros—. Su Majestad me está lanzando indirectas, pero ¿qué haré cuando se decida, si sigo tan reacio como ahora? Sería un gran honor, desde luego, pero ¿en qué acabaría todo? ¡Qué feliz sería si por casualidad ella resultara ser como la princesa que perdí!» No, lo cierto era que no se sentía inclinado a rechazarla.

Como le sucedía con tanta frecuencia, no pudo conciliar el sueño, y, a fin de aliviar el hastío de permanecer despierto,

fue al aposento de Azechi, [\[53\]](#) a la que prefería por encima de las demás, y pasó la noche allí. Nadie se habría extrañado aunque la mañana le hubiera sorprendido en aquel lugar, pero se levantó con tal apresuramiento y una expresión tan preocupada que ella se sintió ofendida.

*Quando ninguno de los dos tiene permiso
para vadear el Arroyo de la Barrera,
¡lamento que conozcan mi nombre
gracias a tus atenciones! [\[54\]](#)*

Él se sintió conmovido y replicó:

*A primera vista quizá parezca somero,
pero bajo la superficie*

*este Arroyo de la Barrera tiene un
caudal insondable. [55]*

La mención del «caudal» sólo debió de confirmar las dudas de la joven, y sin duda no le gustó nada la observación de que «a primera vista quizá parezca somero».

Él abrió las puertas dobles.

—¡Ah, es precioso! —exclamó—. ¡Ven a ver este cielo! No entiendo cómo puedes estar ahí acostada, de espaldas a él. No pretendo darme aires, pero cada vez me cuesta más conciliar el sueño, y cuando yazgo despierto una noche tras otra y me encuentro con un amanecer como éste, sin poder remediarlo me pongo

a pensar en la vida presente y en la futura.

De ese modo, antes de marcharse hizo que la joven se concentrara en otras cosas. Sin duda su apostura compensaba la falta de una cautivadora elocuencia, pues nadie criticaba jamás su carácter. Cualquier mujer a la que alguna vez hubiera hecho un comentario picaro aspiraba a conocerle mejor, lo cual podría explicar por qué muchas de las damas que servían a la princesa, su madre, se sentían agraviadas en diverso grado, según fuese su rango, puesto que él lo tenía muy en cuenta al tratar con ellas.

Su Alteza se sintió todavía más complacido cuando vio a su nueva dama a la luz del día. [\[56\]](#) Su estatura era

perfecta, y la longitud de su cabellera, así como la forma de su cabeza, le parecieron de una hermosura excepcional. Su piel tenía una tonalidad exquisita, su cara una dignidad imponente y su mirada era tan viva que él se sintió del todo satisfecho. La muchacha poseía todos los atributos de una gran belleza. Con veintiún o veintidós años, ya no era una chiquilla, y nada en ella reflejaba inmadurez, sino que parecía una flor plenamente desarrollada. El minucioso cuidado de su crianza se reflejaba en una discreción y unos modales exquisitos. Las preocupaciones de su padre por ella debieron de ser interminables. Sin embargo, consideraba que la otra dama, la que vivía en el ala de

su propia residencia, poseía el encanto de un carácter más dulce y complaciente. Sin duda, respondía con timidez cuando se dirigían a ella, pero no era excesivamente reservada y estaba dotada tanto de belleza como de inteligencia. Sus treinta jóvenes damas de honor y seis muchachas paje eran todas impecables, y, por lo que respectaba a su atuendo, el desagrado de Su Alteza por las formalidades corrientes había inducido al padre de la joven a estimular en ellas una elegancia que resultaba casi desconcertante. Al parecer, el favor de que gozaba Su Alteza, así como su calidad personal, habían llevado a Su Excelencia a interesarse más por esta hija que por la mayor, la que le había

dado su esposa de Sanjô, [57] que se había unido al príncipe heredero.

Su Alteza no podía ir fácilmente a Nijô. Su rango entrañaba tales restricciones que no podía salir a su antojo durante el día, por lo que no tardó en utilizar los aposentos del sudeste, [58] donde vivía como lo había hecho años atrás; y como después del anochecer no podía escabullirse de la casa para ir a Nijô, ya que su ausencia parecería extraña y reprobable, una y otra vez ella le aguardaba en vano, hasta que le pareció que, si bien no había esperado nada más, la realidad era en verdad cruel. «Qué cierto es —reflexionaba— que no es éste un mundo para que entre en él una mujer

ignorante de su propia insignificancia.» Tan amargos eran sus remordimientos que una y otra vez le resultaba imposible creer que realmente se hubiera trasladado allí, recorriendo aquellos senderos de montaña. Ardía en deseos de regresar, aunque ello no significaba que no quisiera saber nada más de él, pues sería un error por su parte tratarle con rudeza, sino que tan sólo quería encontrar un poco de paz y tranquilidad. Tales eran sus pensamientos, y como no sabía qué otra cosa hacer, superó su modestia para escribir al consejero: «El Iniciado me ha hablado de la ceremonia que tuvo lugar hace unos días, así que estoy bien informada. Te debo la gratitud más profunda, puesto que

sin tu constante amabilidad la pérdida de mis seres queridos me habría sumido en una gran aflicción. Confío en que me permitirás darte las gracias en persona, si tal cosa es posible».

Era una carta seria, escrita en papel Michinokuni, y no tenía la menor pretensión de impresionar, pero eso fue precisamente lo que encantó a su destinatario. La gratitud de la joven por la solemnidad de los acostumbrados ritos funerarios en memoria de su padre no era en modo alguno exagerada, pero se mostraba sensible a lo que él había hecho. Ella, que en general se abstenía incluso de responder a sus notas, no le había escrito de una manera explícita ni completa, pero

las palabras «en persona» le llenaban de asombro y júbilo, y sin duda le emocionaron profundamente. Llegó a la triste conclusión de que últimamente Su Alteza prescindía de ella en beneficio de los placeres de la novedad, y aunque la nota carecía por completo de encanto, se sintió tan apenado por ella que no podía dejar de lado la hoja de papel, y la leía una y otra vez.

Su respuesta decía: «Gracias por tu carta. El otro día fui allí con deliberada discreción, sintiéndome como si fuese un religioso. Pensé que era lo mejor que podía hacer. Tu mención de mi “constante amabilidad” me hace pensar que a estas alturas crees que mis sentimientos se han

enfriado, y debo protestar. No haré nada sin consultarte. Tu obediente servidor». La carta estaba escrita en papel blanco, y su seriedad y formalidad eran absolutas.

Fue a visitarla al anochecer del día siguiente. Como también estaba enamorado en secreto, se mostró más atento de lo necesario a su atuendo, dando a cada capa de sus suaves prendas un aroma adicional y exquisito; y, como si eso no fuera suficiente, su abanico estaba perfumado con clavo, de modo que, al abanicarse, a ella le llegaba una fragancia indescriptiblemente deliciosa.

Ella misma recordaba una y otra vez la extraña noche que habían pasado juntos, y como había visto cuánto más

amable era él que otros hombres, sin duda le hubiese gustado que las cosas fueran de otro modo. Ya no era una niña inocente, así que, al compararlo con el hombre que le causaba tales sufrimientos, la diferencia entre ambos debía de ser demasiado patente, pues le ahorró la separación que normalmente establecía entre ellos y, para que no la considerase poco amable, esta vez le admitió al otro lado de las persianas. [59] Le recibió sentada a cierta distancia, detrás de una cortina colocada contra las persianas de la cámara. [60]

—La verdad es que no me habías invitado a visitarte antes —le dijo—, pero este gesto desacostumbrado me ha

dado un gran placer, y habría venido de inmediato de no haber deducido que Su Alteza podría hallarse aquí, por lo que temí que mi presencia estuviera de más. Por eso he decidido venir hoy. Tal vez mi lealtad en el transcurso de los años ha encontrado su recompensa, pues veo que has reducido un poco la distancia entre nosotros y estoy en el lado interior de las persianas.

Todavía tímida en extremo, ella no sabía qué decirle.

—Saber lo que hiciste el otro día me causó un gran placer —replicó con mucha prudencia—, y pensé en lo mucho que lo lamentaría si, como de costumbre, me guardaba mis sentimientos y no intentaba

al menos decirte lo agradecida que te estoy.

Le hablaba desde una distancia considerable, y su voz sólo le llegaba vagamente, lo cual le excitó más.

—¡Estás demasiado lejos! —protestó él—. A decir verdad, hay algo que quisiera comentar contigo.

Ella se lo concedió, y al consejero el corazón le latió con fuerza al oír que se aproximaba un poco más, pero no dio muestra alguna de emoción y se dominó mejor que nunca. Insinuó que, a su modo de ver, la actitud de Su Alteza dejaba mucho que desear, y se aventuró a reprenderle por ello, así como a ofrecerle consuelo a ella. Durante algún tiempo

habló serenamente sobre tales cuestiones.

Ella no podía expresarle su resentimiento, y sólo le dio a entender que no culpaba a nadie salvo a sí misma, [\[61\]](#) orillando la cuestión con unas pocas palabras, le rogó que la llevara a su aldea de montaña, pues deseaba visitarla.

—No es ése un servicio que pueda prestarte yo solo —le respondió él—. Lo mejor que puedes hacer es plantear sinceramente el asunto a Su Alteza y hacer lo que él prefiera. De lo contrario, el menor malentendido podría llevarle a sospechar alguna insensatez, y eso sería un desastre. Si no fuera así, no dudaría un solo instante en acompañarte. Su Alteza sabe muy bien que puede confiar en mí

más que en cualquier otro.

Sin embargo, nunca había olvidado lo mucho que lamentaba aquello que ya pertenecía al pasado, y le insinuó que le gustaría no haber hecho lo que hizo, hasta que empezó a oscurecer y ella deseó con todas sus fuerzas que se marchara.

—Me temo que no me encuentro bien —le dijo—. Tenemos que conversar de nuevo cuando esté en condiciones.

Muy desilusionado, él comprendió que la joven estaba a punto de retirarse.

—Pero ¿cuándo te gustaría ir? —le preguntó para distraerla—. El camino está muy cubierto por la vegetación, y preferiría que lo despejaran un poco.

Ella se detuvo.

—Creo que el próximo mes... éste ya casi estará terminado. Lo mejor sería mantenerlo en secreto. ¿Por qué pedir permiso y convertirlo en un problema?

«¡Qué encantadora es su voz!», se dijo él, y el recuerdo de la otra hermana apareció con tal nitidez en su mente que no pudo seguir soportándolo. Desde donde se hallaba, sentado con la espalda apoyada en una columna, introdujo sigilosamente la mano por debajo de la persiana y le asió una manga.

«¡Oh, no! ¡Eso no! ¡Qué atroz!», pensó ella. ¿Qué podía haberle dicho? En silencio, se alejó más del consejero, y éste deslizó entonces medio cuerpo bajo la persiana, como si estuviera en su casa,

y se tendió junto a ella.

—¡No lo comprendes! —exclamó—. Me encanta saber que prefieres el secreto. ¡Sólo quiero preguntarte si te he oído bien! ¡Qué poco amigable eres! ¡Después de todo, no tienes ninguna necesidad de tratarme con tanta frialdad!

En el estado de ánimo en que ella se encontraba, no podía responderle. La conmoción era demasiado grande, y ahora el consejero le parecía detestable, pero se dominó lo bastante como para reconvenirle:

—¡Tu actitud es increíble! ¡Piensa cómo van a interpretar esto los demás! ¡Estoy consternada!

Al ver que casi lloraba, él la

compadeció y no pudo culparla del todo. Sin embargo, respondió:

—¿Por qué habría de importarle a nadie? Sí, aquí estamos juntos, ¡pero recuerda aquella otra vez! ¡Al fin y al cabo, tu hermana lo aprobó! ¡Soy yo el que podría sentirse ofendido por tu indignación! Puedes estar segura de que no me propongo nada precipitado ni indecente.

Se había expresado con mucha calma, pero ahora el amargo pesar que había experimentado durante meses le torturaba de tal modo que siguió hablando sin dar muestras de que fuera a soltarle la manga. Ella no podía hacer nada y estaba asustada, por no decir algo peor.

—Pero ¿qué te pasa ahora? —le preguntó él cuando ella se echó a llorar, mucho más avergonzada y llena de repulsión de lo que habría estado si apenas le conociera—. ¡Vamos, no seas chiquilla!

Su encanto y su patetismo eran indescritibles, pero tenía también una gravedad imponente, como no la había tenido, ni mucho menos, la hermana menor del pasado. Finalmente, atormentado porque, al haber permitido a propósito que acabara unida a otro, tenía que sufrir de aquel modo, él dio rienda suelta a las lágrimas.

Sin duda, las dos damas de honor que aguardaban cerca habrían defendido a su

señora de un intruso indeseable, pero la posición de aquel caballero le permitía mantener una conversación informal con ella, y habían supuesto que si lo hacía así, debía de ser por alguna razón. En consecuencia, fingieron no reparar en nada, a pesar de su consternación, y lamentablemente se retiraron en silencio. El mismo consejero debía de estar esforzándose por contener el ardiente arrepentimiento que sentía por su actuación pasada, pero, con el peculiar tacto que siempre le había caracterizado, se abstuvo ahora de satisfacer su deseo.

No era aquélla una escena en la que uno pudiera demorarse demasiado. A pesar de su decepción, él sabía que era

necesario no llamar la atención de nadie, de modo que se marchó, lamentando su proceder.

Tenía la sensación de que aún no era noche cerrada, pero en realidad faltaba poco para que amaneciese. Si temía que alguien pudiera verle, sin duda era por ella. «No es de extrañar que se encuentre mal, como he oído decir que le sucede a menudo —reflexionó—. Sí, lo que me ha retenido ha sido sobre todo la pena al observar esa cinta en la cadera [\[62\]](#) que tanto le azoraba. ¡Qué necio ha vuelto a ser mi comportamiento!» Sin embargo, ciertamente se habría abstenido de cualquier crueldad hacia ella. Además, si un momento de ardor le hubiera llevado a

forzarla, luego habría padecido tormentos; convenir encuentros clandestinos, imposibles, le habría puesto dolorosamente a prueba, ¡por no hablar de la amargura de enfrentarla a Su Alteza! Pero en aquel mismo momento [\[63\]](#) ninguna de estas prudentes reflexiones podría haberle librado de su desesperado anhelo. Era incapaz de imaginar la renuncia a poseerla, en verdad una actitud incorregible por su parte. La calidad de la presencia de ella, un poco más esbelta que antes y noblemente cautivadora, no parecía haber abandonado jamás al consejero, sino que le acompañaba incluso ahora, y no sabía nada más. «Desea mucho ir a Uji, y de buen grado yo

la llevaría, pero ¿accedería Su Alteza? Si no fuese así, hacerlo en secreto podría ser un desastre. ¿Cómo puedo satisfacer mi deseo sin provocar un escándalo?» Yacía insomne, sus pensamientos sumidos en el caos.



*Mensajero con una carta
doblada en sentido vertical*

Todavía estaba oscuro cuando la joven recibió su carta. Como antes, tenía el aspecto de una misiva formal, doblada en sentido vertical.

*Tan denso era el
rocío en el doloroso sendero que seguí*

*en vano,
que el cielo otoñal me recordaba
aquellos tristes cielos de antaño.*

«Tu severo recibimiento fue de una crueldad incomprensible. [64] ¿Qué más puedo decir?»

Sus damas observarían algo extraño si no le respondía, así que, sintiéndose muy desventurada, le escribió: «Gracias por tu nota. Me encuentro demasiado mal para responderte». Eso era todo, y a él le pareció de una brevedad decepcionante. Recordaba con vivo deseo su encantadora presencia.

A pesar de su aflicción y alarma extremas, ella no le había rechazado con

sombrío silencio, tal vez porque ahora conocía un poco mejor el mundo. Había mostrado, en cambio, gran discernimiento y dignidad al despedirle con unas palabras amables y consoladoras, por lo que recordar su actitud le producía al consejero un profundo remordimiento y le abrumaba hasta el punto de sentirse desesperado. Tenía la impresión de que ella había mejorado de una manera espléndida en todos los sentidos. «Si Su Alteza la abandonara, sólo tendría que confiar en mí —reflexionó— Nunca sería fácil ni manifiesto, pero ella sería mi único amor, si bien nadie más lo sabría, y la pondría por encima de todas las demás.» Que nunca pensara en otra cosa

era bastante reprensible. ¡Qué traicioneros son los hombres, con ese aire de estar sumidos en profundos pensamientos de prudencia y comprensión! ¿Qué había sido de su desolación por la mayor de las hermanas, a la que había perdido? No, después de todo, no sufría tanto. Tales reflexiones se sucedían en su mente. Cuando oyó decir a alguien que aquel día Su Alteza había ido a Nijô, olvidó su afirmación de que deseaba ser el leal apoyo de la joven, el corazón le latió con violencia y los celos le consumieron.

Hacía tanto tiempo que Su Alteza estaba fuera de casa que incluso él lo deploraba, y, finalmente, se había

presentado de improviso. «Oh, no —se dijo ella—, ¡no permitiré que vea lo insatisfecha que estoy con él!» Quería visitar su aldea de montaña, pero el único hombre en quien podía confiar para que le ayudara a hacerlo había resultado tener unas detestables intenciones, y ahora que ella lo sabía se daba cuenta de lo estrecho que era su mundo y lo desdichado del lugar que ocupaba en él, y decidió aceptar con paciencia la situación durante tanto tiempo como viviera. Así pues, le recibió con tanta amabilidad que él se sintió más satisfecho que nunca, y se deshizo en excusas por su prolongada ausencia. El vientre de Naka no Kimi se había hinchado un poco, y a él le invadió una

profunda simpatía al ver la reveladora cinta alrededor de la cadera que a ella tanto le azoraba, pues nunca hasta entonces se había encontrado tan cerca de una mujer embarazada. Desde luego, le encantaba aquella novedad. Tras haber tenido que acostumbrarse a ser cuidadoso con sus modales, ahora, en casa, se sentía completamente a sus anchas, y de diversas maneras le aseguró a la joven su profundo afecto. Mientras le escuchaba, ella se preguntó si todos los hombres eran tan buenos conversadores, y volvió a su mente el recuerdo de aquella presencia inoportuna. Durante largos años ella le había considerado muy bueno y amable, pero si aquello era lo que significaba su

amabilidad, no quería que él se la siguiera mostrando; y en cuanto a las promesas de lealtad inquebrantable que le hacía el otro hombre, «ya veremos, ya veremos», se decía en silencio cada vez que las oía, aunque no dejaba de ser cierto que creía un poco en ellas.

«¡Pero pensar en la crueldad con que se aprovechó de mí e irrumpió en mi aposento! —reflexionaba—. Me aseguró que él y mi hermana nunca tuvieron esa intimidad, lo cual es ciertamente notable, pero no debería haberme permitido bajar la guardia por ello.» Así pues, resolvió multiplicar sus precauciones. Al comprender el terrible peligro que podría suponer una ausencia prolongada de Su

Alteza, no dijo nada al respecto, y en cambio procuró más que nunca que, gracias a su actitud, él deseara permanecer a su lado. Este proceder encantó a Su Alteza, hasta que, como experto que era, reparó con sorpresa, bajo la fragancia del todo corriente que ella había dado a sus ropas, otra muy diferente, pues el aroma de Kaoru, el consejero, las había impregnado. Entonces trató de averiguar lo que había ocurrido, y a sus preguntas, no del todo inesperadas, la joven no supo qué responder. «¡Lo sabía! —se dijo él con el corazón palpitante—. ¡Era inevitable que sucediera esto! ¡Siempre supuse que él cedería a la tentación!» A decir verdad,

ella se había cambiado de prendas, pero, asombrosamente, el aroma de Kaoru había impregnado incluso su persona.

—Si despides su aroma con tal intensidad, es que debe de haberse tomado contigo las últimas libertades —le decía una y otra vez, de una manera tan aborrecible que la sumía en la amargura y la confusión más profundas—. ¡Ya podía decirte yo todo lo que significabas para mí, que tú decidías ser la primera en olvidarlo! [\[65\]](#) ¡Nadie de tu rango puede rebajarse a semejante traición! ¿Es posible que mi ausencia haya sido tan larga? ¡Me cuesta creer semejante cosa de ti!

Le dijo mucho más, aunque sería

demasiado doloroso repetirlo, y su irritación fue en aumento porque ella no respondía ni una sola palabra. Entonces añadió:

¡El aroma que pasa de una manga a otra estrechamente enlazadas también me ha impregnado el ánimo y me ha puesto furioso!

Ella no podía dar ninguna respuesta a sus indignantes palabras, pero lo último que él había dicho era otra cuestión.

Cuando con tal confianza creía que este vestido del medio siempre sería nuestro, ¿me abandonarías para siempre por una

pizca de perfume? [\[66\]](#)

Así le habló ella entre lágrimas, y él se sintió profundamente afectado, pero entonces pensó «¡Esto es exactamente lo que ha ocurrido!», [\[67\]](#) y sintió tal oleada de repulsión que también él, siempre el galán de tierno corazón, rompió a llorar. No importaba que ella hubiera cometido un grave error, jamás podría rechazarla, era demasiado dulce y encantadora, y, así, su enojo desapareció y, en vez de proseguir con sus recriminaciones, se puso a consolarla.

A la mañana siguiente, él se levantó tras haber pasado una agradable noche, se lavó y desayunó en la casa. Los aposentos

de Naka no Kimi no eran como aquellos a los que él estaba acostumbrado, llenos de brillantes colgaduras de brocado o damasco de Koma y Catay. Allí todo era sencillo y familiar, y también las damas al servicio de la joven, algunas con ropas arrugadas, le procuraban una sensación de paz. Ella vestía, de manera bastante informal, una prenda violeta y gris claro sobre un largo vestido rosa, y al compararla con la otra, siempre tan perfecta en todos los detalles y de una belleza tal que casi resultaba agobiante, no salía perjudicada. Era demasiado hermosa y adorable para que a él tuviera que azorarlo en lo más mínimo el afecto que sentía por ella. Tiempo atrás había

sido una muchacha regordeta, de bello rostro redondo, pero ahora había adelgazado un poco y su piel mucho más pálida le daba un aire de agradable nobleza. Incluso antes de que aquel aroma la traicionara, a él le había parecido que su atractivo era tan superior al de cualquier otra mujer que su preocupación era constante, puesto que, como buen conocedor del mundo que era, sabía que cualquier hombre, salvo un hermano, que la visitase y hablara con ella, y que por alguna razón se acostumbrara a oír su voz o atisbar su presencia, se prendería antes o después y llegaría a sentir lo mismo que sentía él. Haciendo ver que iba en pos de otra cosa, registró armarios, cofres,

rincones y recovecos en busca de cartas comprometedoras, pero no halló ninguna. No había más que decorosas y lacónicas notas sobre asuntos corrientes, mezcladas con otras cosas sin ningún cuidado en particular, y pensó que era muy raro. ¡Tenía que haber otras! Se sentía más suspicaz que nunca, y no era de extrañar. «Cualquier mujer con criterio se sentiría atraída por el consejero —reflexionó—. Y por qué habría él de rechazarla severamente? Harían una espléndida pareja. Supongo que deben de estar enamorados.» Al llegar a esta conclusión se sintió afligido, resentido y enojado, y tal era su estado de agitación que tampoco aquel día se puso en camino. Envió dos o

tres notas a Rokujô, y unas ancianas que servían allí susurraron: «¡Con qué rapidez un mensaje suyo se amontona sobre otro, como hojas caídas!».

Al consejero no le satisfizo saber que Su Alteza había permanecido tanto tiempo en la casa. «Pero no puedo hacer nada — se dijo—. Soy un idiota, ése es el problema. ¿Por qué he de tener semejantes sentimientos hacia una mujer a la que tan sólo deseaba ver felizmente establecida?» Tras haber entrado en razón, se alegró de que por lo menos Su Alteza no la hubiera abandonado, y al pensar en aquellas damas vestidas con prendas cómodamente arrugadas sintió el impulso de visitar a su madre.

—¿Tienes alguna prenda de vestir bastante buena que puedas darme? —le preguntó.

—Debe de haber algunas sencillas y blancas, para los servicios del próximo mes. [68] Dudo de que haya alguna teñida, pero podría pedir que lo hicieran sin tardanza.

—No, no, no es tan importante. Cualquier cosa que tengas ahora me servirá.

El consejero pidió que buscaran en el guardarropa de su madre y envió algunos conjuntos de prendas y vestidos largos (lo que hubiera a mano), junto con varios rollos de seda sencilla sin teñir y damasco de seda. Para la misma dama,

seleccionó entre sus propias cosas varias prendas de seda escarlata, abatanada hasta darle un hermoso brillo, y damasco de seda blanco, así como otras ropas en cantidades considerables; y como resultó que no había ningún pantalón, también añadió un cordón de pantalones, al que fijó una nota:

*No me pasaré la vida entera acusándote
de crueldad...,
pues sé que tal como este cordón está
entrelazado, lo estás tu en otro lugar.*

Envió las prendas a Taifu, una dama de honor experimentada que parecía ser muy íntima de su señora. «Te pido perdón

por la humildad de estas prendas. No son más que lo que estaba a mano. Te ruego que las utilices como mejor te parezca», decía su mensaje, pero, con discreción o sin ella, había envuelto por separado la parte que le correspondía a ella. Taifu no le mostró a su señora nada de aquello, pero ya estaba muy familiarizada con tales muestras de consideración por parte del consejero, y no quiso convertir el asunto en un tema de discusión por devolver los regalos. Los entregó a las mujeres de la casa, que de inmediato se pusieron manos a la obra para adecuar las diversas prendas. Las más jóvenes, que atendían más íntimamente a su señora, sin duda merecían las mejores. Las sirvientas de

rango inferior, que hasta entonces habían dado una lamentable impresión de dejadez, tenían ahora una buena estampa con su indumentaria blanca, tanto más agradable por ser tan discreta.

¿Qué otro habría mostrado tanta atención a sus necesidades? Su Alteza, que le tenía un afecto tan profundo, ciertamente se ocupaba de que no careciera de nada, pero a duras penas podía estar pendiente de todos los detalles. Como siempre lo habían mimado, no sabía qué era languidecer en la penuria. Para él la vida significaba estremecerse de delicioso placer ante el rocío sobre una flor, y cuando con toda naturalidad llegó al extremo de aportar a

la mujer que amaba lo indispensable para satisfacer las necesidades prácticas de la vida, según lo requiriese la hora o la estación, la reacción fue de asombro y algunas, como el aya de afilada lengua, profirieron exclamaciones como «¡Oh, no debería haberlo hecho!». Ella había tenido ocasión de sentirse profundamente avergonzada, aunque no lo había manifestado, al observar entre sus muchachas paje algunas cuyo atuendo desacreditaba a su señora, y de preguntarse qué derecho tenía en verdad a vivir en tan espléndida casa; y en los últimos tiempos, como no podía ser menos dado el lujo en que vivía aquella otra mujer en Rokujô, le abochornaba

pensar qué debían de pensar de ella quienes formaban el entorno de Su Alteza. Esto era algo que el consejero entendía perfectamente, y ella en modo alguno despreciaba una solicitud que tal vez no habría pasado de obsequiosa si él hubiera tenido una relación menos íntima con ella, pero la joven también temía que una generosidad demasiado evidente por su parte pudiera atraer una atención indeseable. Y ahora, una vez más, había enviado a Taifu unas ropas muy bonitas que había encargado, con un vestido externo especialmente tejido para la señora de Taifu, así como hilo para confeccionar damasco. También el consejero había gozado de privilegios, de

la misma manera que Su Alteza. Sentía un orgullo absurdo, desdeñaba el mundo y se jactaba de lo elevado de sus pensamientos, y, sin embargo, desde la primera vez que fue testigo de la vida que llevaba aquel príncipe ya difunto entre las colinas, comprendió dolorosamente la aflicción que podía causar semejante aislamiento y, lleno de compasión, había extendido esas reflexiones al mundo en general. Tal era, según dicen, la amarga lección que había aprendido en Uji.

Así pues, lo que el consejero todavía deseaba era ser siempre el amigo leal y cortés de Naka no Kimi, pero lo cierto era que ella absorbía de una manera muy dolorosa todos sus pensamientos, y, en

consecuencia, las cartas que le enviaba eran cada vez más largas y en ocasiones revelaban sentimientos que él deseaba ocultar. Entonces ella suspiraba por un infortunio del que parecía no poder evadirse. «Si él fuese un completo desconocido, me sería fácil rechazarle vilmente, tachándole de loco —reflexionó—, pero durante tanto tiempo he confiado en él como un benefactor fuera de lo corriente, que nada sería más extraño que nuestra relación se agriara a estas alturas. Además, le estoy agradecida por sus amabilidades y su consideración. Sin embargo, eso no significa que pueda tratarle como si realmente fuéramos íntimos. ¿Qué voy a hacer?» Era un

dilema en verdad penoso. Las mujeres más jóvenes que estaban a su servicio, aquellas con las que podría haber merecido la pena hablar, eran todas nuevas en la casa, y las conocidas eran las ancianas procedentes de las colinas. A falta de alguien con quien poder hablar con franqueza de sus sentimientos, una y otra vez pensaba en su hermana. Si ésta estuviera viva, ¿tendría él aquellas intenciones? Todo aquello era muy triste, e incluso le hacía sufrir más dolorosamente que la posibilidad de que Su Alteza pudiera traicionarla.

El consejero, incapaz de seguir soportando la situación, la visitó discretamente un atardecer. Ella ordenó

que le pusieran un cojín en la terraza y le hizo saber que en aquellos momentos se encontraba demasiado mal para conversar. Él se sintió tan herido que estuvo a punto de llorar, pero se obligó a disimular sus sentimientos en presencia de las mujeres.

—¡Pero cuando estás enferma, muy cerca de ti hay sacerdotes a los que no conoces en absoluto! ¿No me dejarás estar al otro lado de tus persianas como se lo permitirías a un médico? ¡Pasarnos mensajes de esta manera, mediante terceros, me parece del todo absurdo!

Su enojo era tan evidente que las mujeres que habían sido testigos de lo sucedido aquella otra noche convinieron

en que realmente ella estaba llevando las cosas demasiado lejos. Bajaron las persianas de la cámara y permitieron que él entrara en el lugar donde el sacerdote se encontraba de servicio nocturno. Esto era espantoso para ella, pero, dada la actitud de sus damas, no deseaba que se le notara demasiado, por lo que, haciendo de tripas corazón, avanzó un poco para recibirle.

La voz débil y entrecortada de Naka no Kimi hizo recordar al consejero la época en que su hermana empezó a encontrarse mal, algo tan triste y aterrador que se le nubló la mente y durante un rato no pudo seguir hablando. Profundamente ofendido por la distancia que ella

mantenía entre ambos, deslizó una mano bajo la persiana para apartar un poco la cortina portátil y, del mismo modo que en la ocasión anterior, como si estuviera en su casa, se inclinó hacia ella. Esto fue demasiado para la joven, y llamó a una mujer de nombre Shóshô.

—Me duele el pecho —le dijo—. Me gustaría que me lo presionaras.

—¡Pero eso no hará más que empeorar el dolor! —comentó él, suspirando, al oírla, y volvió a sentarse en posición erguida, pues en el fondo se sentía muy inquieto—. ¿Por qué siempre te encuentras tan mal? Me he informado al respecto, y sé que al principio se sienten molestias, pero luego desaparecen por

completo. Me parece que la actitud con que te lo tomas es muy infantil.

—A menudo siento este dolor en el pecho —replicó ella muy avergonzada—. A mi hermana le ocurría lo mismo. Dicen que es propio de quienes no están destinados a vivir mucho.

«No —se dijo él, embargado por la tristeza—, ¡nadie vive como el pino milenario!» [\[69\]](#) No le importaba que la mujer a la que ella había llamado pudiera oírle. Pasó por alto, en silencio, todo aquello que pudiera ser comprometedor, pero aun así logró decirle cuanto sentía por ella desde hacía mucho tiempo, con unas palabras que sólo ella, y nadie más que escuchara, podría entender. Su

manera de hablar era tan encantadora que Shóshô pensó: «¡Oh, sí, en verdad no hay otro caballero tan amable como él!».

A él todo le recordaba sin cesar el amor que había perdido.

—Lo único que realmente he querido desde mi infancia es abandonar el mundo para siempre —le dijo—, pero tal vez no sea ése mi destino, porque, aunque nunca fue mía, sentía tal pasión por ella que, por sí solo, eso parece haber frustrado mis esperanzas de llevar una vida devota. He buscado consuelo en otras mujeres, y si bien me pareció que algunas podían ofrecérmelo, lo cierto es que, cuando llegué a conocerlas, ninguna ha ocupado nunca un lugar en mi corazón. El fracaso

de todos mis intentos, pues ninguna me atraía realmente, me avergüenza, porque podrías considerarme caprichoso, pero aunque es cierto que merecería tu rechazo si de la manera más extraña albergara deseos culpables, no veo que se me pueda culpar por el deseo de compartir contigo mis pensamientos de vez en cuando, tal como lo estamos haciendo ahora, y hablar de todo como amigos. Mis sentimientos no son los de otros hombres, y nunca daré a nadie motivos para que me desaprobe. Te pido, por favor, que me otorgues tu confianza. —Había hablado en un tono de reproche y con lágrimas en los ojos.

—¿Acaso hablaría contigo, de una manera que los demás podrían poner en

tela de juicio, si no confiara en ti? En el transcurso de los años a menudo he tenido ocasión de discernir tus sentimientos, y por eso precisamente recurro a ti, aunque haciéndote adoptar un papel fuera de lo corriente, y continúo pidiéndote tanto.

—No recuerdo que nunca me hayas pedido nada. No des a todo esto más importancia de la que tiene. El deseo de visitar tu aldea de montaña constituye la primera petición de ayuda que me haces. ¿Cómo no iba a agradecer la confianza que depositas en mí?

Aún parecía muy molesto, pero no podía seguir diciendo lo que deseaba mientras a su alrededor hubiera oídos atentos.

Contempló entristecido el exterior. Había oscurecido, y los cantos de los insectos eran los únicos sonidos que llegaban a sus oídos. Las sombras envolvían el montículo del jardín. Permaneció allí, apoyado tranquilamente en una columna y despertando tan sólo consternación en la casa.

—Si el amor llegara a tener final [70] —murmuró, y poco después dijo—: Me rindo. La Aldea Silenciosa: [71] es ahí adonde anhelo ir, y no importa que tus colinas carezcan de un templo adecuado, porque haría una muñeca parecida a ella, y también la pintaría, para rezar ante sus imágenes. [72]

—Es un deseo muy conmovedor —

replicó ella—, pero también inquietante, pues, ¡ay!, me hace recordar una muñeca en un arroyo de purificación. [73] Y también me preocupa que el pintor pudiera querer tan sólo oro. [74]

—Tienes razón —replicó él—. No creo que ningún escultor ni pintor pudiera hacerle justicia. No ha pasado tanto tiempo desde que la obra de un escultor hizo que cayeran revoloteantes pétalos del cielo: [75] tal es la clase de genio que necesito.

Su manera de referirse a la imposibilidad de olvidarla y la aflicción que reflejaba su actitud compungida afectaron tanto a la joven que se le acercó un poco más para decirle:

—Ya que hablamos de una muñeca hecha a su imagen y semejanza, ahora recuerdo una cosa muy extraña, algo del todo increíble.

—¿A qué te refieres? —inquirió él, jubiloso por aquel giro íntimo, y deslizó la mano por debajo de la cortina portátil para tomar la suya.

Pese a su profunda irritación, ella resolvió a toda costa reprimir el ardor del consejero y hacer que se comportara, así que hizo caso omiso del gesto para que las mujeres que se encontraban cerca no sacaran falsas conclusiones.

—Este verano cierta mujer cuya existencia me era del todo desconocida vino a verme desde muy lejos, y aunque

habría sido un error por mi parte no mostrarme amigable con ella, tampoco vi motivos para recibirla con demasiada rapidez en mi intimidad. Ha permanecido aquí, y me conmoví al ver su extraordinario parecido con mi hermana. Dices una y otra vez que ella vive en mí, pero quienes nos conocían a las dos aseguran que nuestro aspecto es muy diferente, de modo que resulta difícil imaginar cómo mi visitante, para quien el parecido con ella es mucho menos plausible, puede tenerlo en un grado tan asombroso.

Él pensó que debía de estar soñando.

—Pero ese vínculo entre vosotras debía de ser la razón por la que deseaba

verte —dijo él—. ¿Por qué no me habías contado nunca nada de esto?

—No, no, desconozco exactamente cómo llegó a producirse el vínculo del que hablas. Mi padre siempre temió que las dos nos volviéramos indigentes y emprendiéramos un deambular sin objeto, y ahora que yo, la única superviviente, reflexiono sobre ello, me resulta muy dolorosa la posibilidad de abrumar su recuerdo con cualquier cosa que el chismorreo tal vez desearía difundir.

Él dedujo de estas palabras que Su Alteza debía de haber conocido a alguna mujer en secreto, así que dejó helechos del recuerdo para que los arrancaran. [\[76\]](#)

Lo que ella había dicho sobre el

estrecho parecido le llamó especialmente la atención, y sintió una profunda curiosidad.

—¿Es eso todo? Bien podrías contarme toda la historia.

Sin embargo, la historia era penosa y ella no tenía ánimos de hacerlo.

—Te diré dónde está, si deseas ir a verla —le dijo—, pero la verdad es que sé muy poco de ella. Y si te contara demasiado, podrías sentirte decepcionado.

—Daría con gusto cuanto poseo por hacerme al mar en busca del lugar donde mora su espíritu, si me pidieras que lo hiciese, pero en este caso dudo de que mis sentimientos sean tan intensos. Sin

embargo, sé que preferiría una muñeca a permanecer sin consuelo y, por lo tanto, bien podría aceptarla como mi buda [77] de la aldea de montaña. —Su tono era vehemente.

—Ah, no debería haberte hablado tanto, puesto que mi padre nunca la reconoció. Te lo he dicho porque me appena mucho oírte decir que quieres un escultor de genio... —Y siguió informándole—: Ha estado viviendo lejos, muy lejos, cosa que su madre consideraba una vergüenza, por lo que se tomó la molestia de traerla aquí. Lo cierto es que vinieron a visitarme... y no podía dejar de acogerlas. Lo que he visto de ella es muy poco para estar segura, pero me

pareció que era menos tosca de lo que podría haber sido. Si considero lo preocupada que está su madre por establecerla, tal vez convertirla en tu buda sería lo mejor para ella. Pero seguramente no harás tal cosa.

Él comprendió que, a pesar de su aire de inocencia, ella anhelaba decirle algo que desviara sus indeseables atenciones, y se sintió molesto. No obstante, también estaba conmovido. Pese a que ella había decidido rechazarle en sus requerimientos amorosos, sentía suficiente simpatía hacia él como para no desear humillarle abiertamente, y a él se le aceleró el corazón al pensarlo. Entretanto, la noche había avanzado bastante, y ella, en el

interior, se sentía consternada al pensar en la sensación que debía de producir aquella escena. Permitió que su conversación decayera y se retiró, cosa que él comprendió muy bien, pero que, de todos modos, le dejó enojado y apesadumbrado, hasta el punto de que no fue capaz de dominarse y las lágrimas se agolparon en sus ojos. Pensó que eso era impropio de él y, con gran esfuerzo, resistió el tumulto de sus sentimientos, pues cualquier precipitación por su parte no sólo sería brutal para ella, sino también nociva para él. Ahora llevaba a cabo sus actividades habituales exhalando más suspiros que de costumbre.

«¿Cómo voy a resolver esta obsesión

con ella? —se preguntaba—. No significa nada más que sufrimiento. ¿Cómo me las arreglaré para evitar las censuras generalizadas y, al mismo tiempo, tener lo que tanto deseo?» Se pasó el resto de la noche presa de la desesperación, porque sin duda su falta de verdadera experiencia en aquellas cuestiones hacía que los dos corriera riesgos. Tenía que ver con sus propios ojos si el parecido que ella había mencionado era real. Eso sería bastante fácil para él, dada la categoría de la joven, pero ¡qué fastidio si resultaba que no respondía a la imagen que él se había formado! Seguía sin sentirse impulsado a hacer nada al respecto.

A medida que transcurría el tiempo

sin visitar la casa de Uji, le parecía que el pasado se alejaba más y más de él, y ello le causaba una tristeza tan profunda que después del día vigésimo del noveno mes viajó hasta allí. Soplaban un viento más intenso que nunca, y sólo le saludó el desolado fragor del río. No había nadie en los alrededores. Lo que veía le traspasó el corazón, y se sintió abrumado por el pesar. Llamó a la monja Ben, que se acercó a la abertura de la mampara deslizante y puso ante ella una cortina portátil gris azulada.

—Perdonadme, mi señor, os lo ruego —le dijo—, pero vuestra presencia es muy imponente y yo no me atrevería... — No concluyó la frase.

—Imaginé cuán melancólica debe de ser aquí la vida, y supuse que podría venir a hablar contigo, ahora que no tengo a nadie más con quien compartir mis sentimientos. ¡Con qué rapidez transcurren los meses y los años!

Las lágrimas le anegaron los ojos, y la anciana se echó a llorar sin poder contenerse.

—Ésta es precisamente la época del año en que mi señora padeció tan inútil tormento a causa de su hermana, y ese recuerdo siempre doloroso hace que el viento otoñal sea especialmente cortante y cruel. Por desgracia, tengo entendido, aunque vagamente, que la perspectiva que a ella tanto le preocupaba ha llegado a ser

muy real, y eso es una noticia tristemente inquietante.

—Es muy posible que todo salga bien a su debido tiempo, pero estoy dolorosamente convencido de que mi propio error fue el causante de su angustia. Las actuales circunstancias de su hermana son... las que cabría esperar, pero no me parecen en absoluto preocupantes. Al final, como le sucedió a ella, todos debemos alzarnos en el cielo convertidos en humo, pero, independientemente de lo que cualquiera pueda decir, ¡irse y quedarse [78] son cosas muy dolorosas para el que permanece! —Lloró de nuevo.

Siguiendo su costumbre, pidió al

Iniciado que fuera a verle para hablar de las escrituras y las imágenes destinadas al servicio fúnebre de la hermana mayor.

—Cada vez que vengo aquí me percató de lo inútil que es lamentar lo que no tiene solución —le dijo—, y he pensado en dismantelar la casa principal para levantar un templo cerca de la tuya. Me propongo comenzar de inmediato.

Le bosquejó o describió el número de salas, galerías y aposentos de los monjes que tenía en mente, y el Iniciado se extendió sobre el mérito de tales obras sagradas.

—Podría parecer cruel derribar la casa que en el pasado tanto significó para Su Alteza, pero también él aspiraba a

avanzar por el camino del mérito, aunque quizá la consideración hacia quienes le sobrevivirían le impidió hacerlo. Ahora el terreno pertenece a la esposa de Su Alteza de la Guerra, lo cual es tanto como decir que se encuentra a disposición de Su Alteza. En consecuencia, no sería correcto transformarla en un templo tal como está. Uno no puede seguir sus propios deseos en esta cuestión. Además, el lugar se encuentra demasiado cerca del río y está demasiado expuesto. Por ello, propongo desmantelar la casa principal y reconstruirla en otro lugar.

—Vuestras intenciones son del todo loables en uno u otro sentido, mi señor. En cierta ocasión, alguien que lloraba una

gran pérdida envolvió los huesos y los llevó en una bolsa alrededor del cuello durante muchos años, tras lo cual arrojó la bolsa, gracias a la habilidad del Buda, y emprendió el camino de la vida santa.

[79] No dudo de que la visión de esta casa os aflige profundamente, y eso es algo a tener en cuenta. Al mismo tiempo, lo que proponéis incrementará vuestra felicidad en la vida futura. Me apresuro a ponerme a vuestro servicio. Pediré a un doctor del Almanaque que indique el día apropiado para empezar y entonces organizaré dos equipos de carpinteros, hombres expertos en tales tareas, para que trabajen de acuerdo con las enseñanzas del Buda.

Tras confirmar sus deseos, el consejero convocó a varios hombres de sus fincas y les pidió que se pusieran a las órdenes del Iniciado. Muy pronto oscureció, y se dispuso a pasar la noche.

«Puede que no vuelva a ver este lugar», pensó mientras deambulaba por allí para contemplarlo. Todas las imágenes sagradas habían sido trasladadas al templo, y no quedaba nada más que los objetos que la monja necesitaba para su práctica religiosa. Se quedó mirándolos, preguntándose cómo se las arreglaba para llevar una vida tan penosa.

—Por diversas razones, hay que reconstruir la casa —le dijo—. Debes

trasladarte a la galería durante las obras. Si has de enviar algo a la casa de Su Alteza en la Ciudad, llama a hombres de mis fincas y diles lo que han de hacer.

Le dio toda clase de instrucciones prácticas. En otro lugar no habría considerado adecuado admitir a una mujer tan anciana en su compañía, pero le pidió que se tendiera a su lado para pasar la noche y le hizo hablar de los viejos tiempos.

Nadie escuchaba en las inmediaciones, por lo que ella pudo hablar sin cortapisas acerca del gran consejero en funciones. [\[80\]](#)

—Cada vez que recuerdo cómo, de forma patente, anheló hasta el fin ver

cómo erais, puesto que acababais de nacer, me siento dichosa y triste al mismo tiempo, al pensar que mi recompensa por el servicio íntimo que le presté [\[81\]](#) mientras vivía es teneros ante mis ojos cuando mi propia e inverosímil vida casi ha finalizado. Mi vida desdichadamente larga me ha mostrado y enseñado muchas cosas que me llenan de repulsión y vergüenza. De vez en cuando recibo una carta de mi señora instándome a que la visite, porque, según dice, no está bien que permanezca siempre encerrada aquí como lo estoy; pero no soy adecuada para su compañía, y no hay nadie a quien desee ver salvo al mismo Buda Amida.

Ben siguió hablando por extenso

acerca de la señora que había perdido: de su aspecto a lo largo de los años, de lo que había dicho en tal o cual momento, de los poemas que escribía sobre la belleza de las flores o las hojas otoñales... Mientras oía su voz temblorosa, él añadía en silencio reflexiones sobre su ingenuidad, sobre su renuencia a hablar y, pese a todo, sobre lo maravilloso que había sido conocerla. La hermana que se había unido a Su Alteza, aunque algo más despierta y animada, parecía del todo dispuesta a avergonzar a cualquiera cuyas atenciones ella rechazara aceptar; pero, se dijo a sí mismo, parecía afectuosamente inclinada hacia él, y deseaba que su relación continuara de una manera u otra.

Así pues, las comparaba a los dos en sus pensamientos.

Entonces llegó el momento de mencionar a la doble de la que había oído hablar.

—No puedo decir si ahora se encuentra o no en la Ciudad —replicó la anciana—, pero creo que también he oído hablar de ella. Poco después de la muerte de su esposa, y antes de que se trasladara a estas colinas, Su Alteza tuvo una relación de pasada y muy secreta con una dama de honor de alto rango y muy agradable llamada Chûjô. Nadie sabía nada de esto. Cuando ella tuvo una hija que, como él bien sabía, era al parecer suya, se sintió asombrado, consternado e

indignado, y nunca volvió a mirarla. Sorprendentemente, lo sucedido fue una lección para él, y se convirtió más o menos en un santo varón, lo cual hizo que la posición de la mujer fuese tan incómoda que abandonó su servicio y se casó con el gobernador de Michinokuni. Un año regresó a la Ciudad e hizo saber al personal de Su Alteza que su hija estaba sana y salva, pero cuando él se enteró prohibió rotundamente los mensajes de su parte, lo cual fue una amarga decepción para ella. Tuvo que acompañar a su marido a Hitachi, [\[82\]](#) donde estaba destinado, y durante años no se supo nada de ella. Entonces, según tengo entendido, esta primavera fue a la Ciudad y visitó la

casa de Su Alteza. Su hija debe de tener ahora veinte años. En cierta ocasión, años atrás, me escribió diciéndome que su hija se estaba convirtiendo en una muchacha muy guapa, que anhelaba que tuviera una vida mejor y otras cosas por el estilo.

Tras interrogarla un rato más, llegó a la conclusión de que aquello debía de ser cierto, y empezó a sentir deseos de ver a aquella joven.

—¿Sabes? ¡De buen grado iría a tierras desconocidas a fin de encontrar a una mujer que tuviera algún parecido con ella! —exclamó—. Sin duda, Su Alteza la rechazó, pero de todos modos estaba muy estrechamente relacionada con él. Por favor, si alguna vez tiene ocasión de venir

aquí, háblale de lo que acabo de decirte.

—Su madre es parienta mía, puesto que es sobrina de la esposa de Su Alteza, pero las dos estuvimos separadas en aquella época [83] y nos veíamos muy poco. Más adelante, en la Ciudad, Taifu me contó que la hija dice que al menos desea visitar la tumba de Su Alteza, y ella le estimuló a hacerlo, pero aún no he tenido noticias tuyas. Así pues, mi señor, cuando venga le transmitiré vuestras observaciones.

Al rayar el día, antes de ponerse en marcha, él pidió que entregaran al Iniciado las telas de seda y algodón que había hecho traer la noche anterior. También entregó a la monja parte de las

telas. Encargó que distribuyeran otra clase de tela [84] entre los monjes y los sirvientes de la monja. Era aquél un lugar desolado para vivir, pero la constante generosidad del consejero permitía a la mujer proseguir en paz con su vida de oración, de una manera muy adecuada a su rango. Él hizo una pausa cuando se marchaba, detenido por la perspectiva de las abundantes hojas otoñales esparcidas, sin pisar, bajo las ramas desnudas, a causa de los implacables vientos. Sólo las enredaderas aferradas a los pintorescos árboles de montaña tenían color. Pidió que le hicieran un ramito de *kodani* [85] con la intención de dárselo a la dama en la mansión de Su Alteza.

*¿No me dijo el recuerdo que otrora me
alojé bajo estos árboles cubiertos de
hiedra?*

*¡Qué desolada ha sido esta noche que he
pasado solo y lejos del hogar!,*

murmuró para sí, y la monja replicó:

*Os alojasteis aquí bajo las agostadas
ramas de este árbol cubierto de hiedra...*

*¡Qué tristeza pensar que conserváis ese
recuerdo!*

El poema tenía su propia distinción, a pesar de ser totalmente anticuado, y contribuyó a consolarle.

Su Alteza estaba con ella cuando llegó

el ramito de hojas verdes. «¡Oh, no, otra vez no!», se dijo ella, inquieta, cuando el mensajero, inocentemente, mencionó que procedía de Sanjô; pero no podía ocultarlo.

—¡Una hiedra muy bonita! —observó Su Alteza en tono sarcástico, y pidió que se la dieran para examinarla mejor.

La carta decía: «¿Cómo has estado últimamente? Te contaré en persona mi viaje a tu aldea de montaña y cómo la niebla matinal en las colinas hizo que me extraviara más de una vez. He pedido al Iniciado que transforme la casa principal en un templo. Cuando tenga tu permiso, haré que la trasladen a otro lugar. Por favor, envía a la monja Ben tus

instrucciones al respecto», y otras cosas por el estilo.

—No se ha apartado un ápice de la formalidad —comentó Su Alteza—. ¡Debe de haberse enterado de que estoy aquí!

Y, hasta cierto punto, sin duda tenía razón. Muy aliviada, a ella le parecía terrible que Su Alteza siguiera insistiendo en hablarle así, y su aspecto colérico era lo bastante encantador para que él lo perdonara todo.

—Respóndele, pues. Te prometo que no miraré.

Se dio la vuelta. Y ella hizo lo que le pedía, puesto que habría parecido extraño que le halagara y se abstuviera.

«Envidia que hayas podido ir allá — le escribió—. Yo misma había decidido que eso que sugieres es lo mejor que puede hacerse. Más que buscar otro refugio entre las rocas, [86] sería preferible impedir que el existente se convierta en una ruina, y te estaré muy agradecida si amablemente te ocupas de cuanto debe hacerse.»

Su Alteza no veía nada malo en la amistad entre los dos, pero, dadas sus propias tendencias, debía de sospechar que había algo más de lo que parecía.

La carricera se alzaba hermosa en el cercano jardín ya invernal, y las panojas parecían llamar como manos, mientras que los tallos, todavía no desarrollados

por completo, presentaban ristras de perlas de rocío que oscilaban peligrosamente; una imagen corriente, desde luego, pero algo en la brisa vespertina afectaba al consejero de una manera especial.

Siento la tristeza de un tallo todavía sin panoja entre estas hierbas, que llama como unas mangas oscilantes ya humedecidas por el rocío, [87]

murmuró mientras permanecía allí sentado tocando el *biwa*, vestido sólo con un manto sobre las prendas de agradable suavidad. [88] Era una pieza en el modo *ôshiki*, tan conmovedora que ella, que

también tocaba el *biwa*, no pudo seguir enojada. Se irguió sobre el apoyabrazos para mirarle un momento por el lado de la cortina baja, lo que resultaba tan sugerente, que anhelaba ver más.

Ah, el tallo de carricera sabe ahora muy bien, por los suspiros del viento, que por fin ha llegado el otoño para asolar los prados felices. [89]

«Tales cosas me afligen a solas...»

[90]

Le desazonó notar que las lágrimas acudían a sus ojos, y se cubrió el rostro con el abanico. Él comprendió muy bien cómo se sentía y la encontró encantadora,

pero se dio cuenta de que ése era precisamente el motivo por el que aquel otro hombre tampoco podría renunciar a ella, y el recelo y el enojo se apoderaron de él.

El color de los crisantemos aún no había cambiado. Eran lentos en hacerlo pese a los cuidados que él les había prodigado, pero por fin uno de ellos se transformó, y ordenó que lo recogieran. «No sólo él entre todas las flores», [\[91\]](#) tarareó, y entonces siguió diciendo:

—Una noche, hace mucho tiempo, el hijo de un emperador gozaba de flores como ésta, cuando bajó un ángel y le enseñó unas melodías de *biwa*. [\[92\]](#) ¡Ah, qué triste mundo, ahora que todo es tan

superficial!

—Los corazones son superficiales, es cierto —replicó ella—, ¡pero sin duda no lo que nos ha llegado del pasado! —Anhelaba oír una música que no conociera.

—Pero tocar a solas no tiene nada de divertido. ¡Acompáñame!

Le había traído un *sô no koto*.

—Cierta vez me dieron lecciones, pero nunca aprendí a tocar como es debido —protestó ella con modestia, reacia a tocarlo.

—¿Ni siquiera me complacerás en esto? ¡Eres demasiado cruel! La dama con la que estos días paso tanto tiempo aún no se me ha entregado del todo, pero, aun así,

no oculta aquellas cosas que no domina por completo. Una mujer ha de ser dulce y flexible, o así tengo entendido que lo afirma ese consejero tuyo. Sin duda, no eres tan tímida con él. Los dos parecéis tan amigos como es posible serlo.

Ante esta rotunda reprimenda, ella tocó un poco. Una vez afinadas las flojas cuerdas al modo *banshiki*, su interpretación del preludio modal fue hermosa de veras. La voz de Su Alteza al cantar «El mar de Ise» poseía una noble elegancia, y las mujeres que se acercaron a escucharle detrás de las cortinas y los biombos sonreían embelesadas.

—Ojalá sus afectos no estuvieran divididos, pero es de esperar, y de todos

modos creo que mi señora es afortunada —comentó una de ellas.

—Pero lo siento muchísimo por ella... Habla como si quisiera irse a casa, a aquel lugar donde normalmente jamás habría conocido a Su Alteza.

Siguieron charlando hasta que las más jóvenes les pidieron que se callaran.

Él pasó allí tres o cuatro días, enseñándole piezas musicales, entre otras cosas, mientras se excusaba ante la otra mujer diciéndole que necesitaba un retiro. En casa de Su Excelencia estaban tan molestos que pronto Su Excelencia en persona se presentó allí, camino a casa desde palacio.

—¿Qué está haciendo aquí, todo

pompa y solemnidad? —rezongó Su Alteza, si bien fue a la casa principal para recibirle.

—¡Qué vergonzoso es que durante tanto tiempo no haya tenido motivos para ver de nuevo esta casa! —observó Su Excelencia, y pasó un rato hablando de sus recuerdos del lugar, hasta que no tardó en llevarse consigo a Su Alteza.

Al ver la gran multitud que formaba su séquito, en el que figuraban sus hijos y muchos otros nobles de alto rango, las damas de la joven vieron con deprimente claridad que su señora jamás podría confiar en ponerse a la altura de la hija de aquel hombre.

—¡Qué caballero tan apuesto es Su

Excelencia!

—Y mirad qué jóvenes y guapos son sus hijos, cada uno de ellos... ¡Son incomparables! ¡Sí, en verdad es espléndido!

No faltaban, empero, los suspiros de desdicha.

—No era necesario que viniera con tanto esplendor en busca de Su Alteza. Será mejor que mi señora tenga cuidado.

Ella misma recordaba su pasado y, más que nunca, se sentía tristemente convencida de que era demasiado insignificante para pertenecer a tan brillante sociedad. Le parecía que lo más acertado sería optar por un apacible retiro entre las colinas.

Poco a poco el año fue llegando a su final.

A finales del primer mes, ella empezó a experimentar un malestar desacostumbrado, y Su Alteza, que no estaba en absoluto familiarizado con tales cosas, se preocupó tanto por ella que encargó ritos sanadores en un templo tras otro, y los repitió numerosas veces. La joven se encontraba tan mal que la misma emperatriz se interesó por su salud. Llevaba tres años unida a Su Alteza, pero, aunque éste seguía siéndole leal, los cortesanos nunca le habían tenido mucho respeto. Ahora, sin embargo, la noticia alarmó a todo el mundo, y la enferma recibió mensajes desde lugares muy

distantes.

El consejero sentía tanta aprensión como Su Alteza, y suspiraba con inquietud por lo que podría ocurrir, pero mantenía las expresiones de su desasosiego dentro de los límites del decoro y no la visitaba con demasiada frecuencia. En cambio, encargó discretamente plegarias para su recuperación. Entretanto, la corte se atareaba preparándose para la ceremonia de puesta de la cola de la Segunda Princesa, que pronto tendría lugar. Su Majestad tenía tanto interés por los preparativos que era como si él mismo los dirigiera, con el resultado de que la falta de otros apoyos por parte de la muchacha llegó a parecer una bendición. Aparte de

las disposiciones que ya había tomado su madre, la consorte, el Taller de Artesanía y los gobernadores provinciales implicados le ofrecieron en gran abundancia cuanto necesitaba. Era hora de que también el consejero pensara en el asunto, pues inmediatamente después empezaría a visitarla, pero, dado su carácter, nunca pensaba en ello, ya que sólo le importaba la dama que vivía en Nijô.

Durante la Rectificación, [\[93\]](#) como al parecer se llamaba, el primer día del segundo mes nombraron al consejero gran consejero en funciones y, al mismo tiempo, comandante de la Derecha. La vacante se debía a la dimisión del

ministro de la Derecha como comandante de la Izquierda. [94] Durante sus visitas de agradecimiento también acudió a Nijô, adonde se dirigió raudo porque ella se encontraba muy mal y Su Alteza la acompañaba. La visita de Kaoru sorprendió a Su Alteza, dado lo inoportuno del momento, con tantos sacerdotes en la casa. Se aseó, se puso un hermoso manto sobre una vestimenta con cola y bajó los escalones para responder al saludo formal del visitante. Mientras intercambiaban saludos, los dos tenían una estampa impresionante. Entonces el comandante invitó a Su Alteza al banquete que daría aquella noche a sus guardias, pero Su Alteza titubeó, debido a la

preocupación que le retenía en casa.

El acontecimiento tuvo lugar en Rokujô, siguiendo el ejemplo establecido por Su Excelencia de la Derecha. Todos los asistentes (príncipes y nobles de alto rango) estaban allí, como en los banquetes más suntuosos, en tal número como para que la fiesta fuese en verdad muy animada. Su Alteza también acudió, aunque estaba tan inquieto que no tardó en volver apresuradamente a casa. «¡Hay que ver la frescura que tiene!», exclamó Su Excelencia. En principio, Naka no Kimi era tan digna como su propia hija, pero la adulación otorgada a ésta se le debió de subir a la cabeza y halagaba su vanidad.

Su Alteza estuvo encantado y muy

satisfecho cuando por fin, al amanecer, nació su hijo. Esto dio al comandante un motivo adicional de regocijo. Fue directamente a casa de Su Alteza para expresar, en pie, [\[95\]](#) su agradecimiento por la asistencia al acto de la víspera y sus felicitaciones. Ahora que Su Alteza tenía que permanecer en casa, la corte entera iba a visitarle allí. La celebración de la tercera noche tras el nacimiento se hizo, como de costumbre, en privado, en casa. Para la quinta noche el comandante aportó, de acuerdo con la tradición, cincuenta raciones de pastelillos de arroz, así como treinta comidas en dobles bandejas para la madre y sus damas de honor, y un vestido de cinco capas y ropa

de cama para el niño. Todo esto fue muy discreto y modesto, aunque, al parecer, tras reflexionar sobre ello, evitó a propósito dar la impresión de que se tomaba demasiadas confianzas. A Su Alteza le ofreció pastelillos de cinco colores [\[96\]](#) sobre unas plataformas altas que descansaban en una bandeja de madera fragante. Las damas de honor recibieron, por supuesto, sus bandejas dobles, así como treinta cajas compartimentadas llenas de exquisitas golosinas. El comandante no hizo nada para que resultaran especialmente atractivas a la vista. La celebración de la séptima noche desde el nacimiento correspondía a la emperatriz, y acudió

mucha gente. Entre los presentes estaba el comisionado de la Casa de la Emperatriz, además de innumerables caballeros del círculo privado y nobles de alto rango. «Debo hacer algo, ahora que Su Alteza por fin ha llegado a adulto», había dicho Su Majestad cuando se enteró de los preparativos, y regaló una daga al niño.

El noveno día corrió a cargo de Su Excelencia. No le gustaba mucho la ocasión, pero no deseaba ofender a Su Alteza, y todos sus distinguidos hijos estuvieron presentes. Todo se desarrolló tan bien que incluso Naka no Kimi, cuya tristeza y mala salud habían hecho que su futuro pareciera oscuro durante meses, pareció sentirse algo mejor en medio de

aquellas animadas y magníficas celebraciones. Ahora que ya era toda una mujer, el comandante temía que se mantuviera más distanciada de él que nunca y también, ¡ay!, que Su Alteza le cobrara un excesivo afecto. Por otro lado, desde el punto de vista de lo que inicialmente había deseado para ella, estaba encantado.

La puesta de la cola de la Segunda Princesa tuvo lugar pasado el día vigésimo del mismo mes. El comandante fue a verla al día siguiente, y el acontecimiento de aquella noche tuvo lugar en privado. Fue una triste decepción ver a una princesa, a quien Su Majestad favorecía tan claramente, casada con un

plebeyo. «¡Aunque no estuviera en contra del enlace, nunca debería haber tenido tanta prisa y llevarlo a cabo ahora!» Tal era la opinión nada halagadora de ciertos distinguidos cortesanos; pero Su Majestad actuaba con rapidez una vez tomada una decisión, y pareció haber decidido que no había ningún motivo por el que no debiera conceder al comandante un honor sin precedentes. Muchos hombres, en el pasado y en el presente, se han convertido en yernos de un emperador, pero quizá no haya ningún otro ejemplo de un emperador reinante que se apresure a aceptar a un plebeyo casi como si él mismo también lo fuese.

—¡Qué extraordinario destino el de

ese joven caballero! —se aventuró a observar Su Excelencia de la Derecha—. Incluso Su Gracia no consiguió a Su Alteza Enclaustrada, su madre, hasta muy tarde en la vida de Su Eminencia Suzaku, cuando éste estaba a punto de abandonar el mundo. Y en cuanto a mí, lo cierto es que te recogí sin permiso de nadie.

Su Segunda Princesa [\[97\]](#) tuvo que convenir en que así era, pero se sentía demasiado azorada para responder.

Para la tercera noche, Su Majestad dio instrucciones a su señoría del Tesoro y a todos los demás responsables de la princesa, así como a sus sirvientes, para que distribuyeran regalos entre la escolta, el séquito, los caballeros y los guardias

del comandante. Todo se hizo casi en privado.

A partir de entonces, Kaoru visitaba a su esposa más o menos en secreto. Sólo pensaba en aquella otra mujer a la que jamás podía olvidar. Tras pasarse el día en casa sumido en la melancolía, por la noche, de mala gana, se apresuraba a ir al encuentro de la princesa, y este estilo de vida llegó a ser una carga tal que consideró la posibilidad de llevarla a Sanjô. La idea agradó a su madre, que le dijo que abandonaría la casa principal. Él protestó, pues le parecía un gesto excesivo, e hizo levantar un anexo en la galería, entre la casa principal y la capilla, presumiblemente para que ella

podiera trasladarse al lado oeste de la casa. A raíz del incendio, el ala del este había sido reconstruida con exactitud, pero el comandante quiso que la refinaran y dotasen de detalles aún más hermosos que los de la construcción anterior.

Al enterarse de este plan, Su Majestad se preguntó si no era demasiado pronto para que su hija diera semejante paso. Por muy emperador que fuese, su preocupación por ella era como la de cualquier otro padre. Un mensajero entregó a Su Alteza Enclaustrada una carta en la que él no mencionaba otra cosa. Su Eminencia Suzaku le había rogado que protegiera a la madre de Kaoru y, pese a que ella había renunciado al mundo, él

seguía siéndole tan fiel como antes, y tendía a concederle cualquier deseo que ella le manifestara. El honor de suscitar tal afecto y preocupación en dos personajes tan encumbrados no le producía al comandante ningún placer en particular, y todavía exhalaba muchos suspiros. Entretanto, proseguían las obras en el templo de Uji.

El hijito de Su Alteza pronto tendría cincuenta días de edad, y el comandante se ocupó de que los pasteles de arroz fueran elaborados con esmero, inspeccionó personalmente las cestas de fruta y las cajas compartimentadas, y llamó a gran número de artesanos para que trabajaran las maderas de aloe y

sándalo, la plata y el oro. Cada uno se esforzaba por superar a los demás en originalidad.

Siguió visitando Nijô como antes, cuando Su Alteza estaba ausente, y le parecía que, a menos que lo estuviera imaginando, ella había adquirido una noble dignidad. Le recibía de buen grado, suponiendo que no volvería a tener aquella inoportuna actitud de antes; pero no, él no había cambiado en absoluto, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Este matrimonio, que nunca deseé, es una prueba de lo más triste e inesperada, y me siento más asqueado del mundo que nunca —se quejó sinceramente.

—Lamento muchísimo oír tal cosa — replicó ella—, pero ten cuidado; alguien podría oírte.

Sin embargo, le conmovía que la intensidad de sus sentimientos le impidiera consolarse pese a su buena fortuna y le imposibilitara el olvido. «¡Ojalá mi hermana estuviera viva! —se decía con amargo pesar—. Pero en ese caso ella lamentaría su suerte como lo hago yo, y ninguna de las dos tendría motivos para envidiar a la otra. ¡No, sin un reconocimiento apropiado es imposible ser alguien en este mundo!» Estaba más impresionada que nunca por la decisión de su hermana de no entregarse jamás a nadie.

A pesar de su reserva, pensó que no había ningún motivo para no permitir al comandante ver al niño cuando él se lo rogó. Se dijo a sí misma que si no lo hiciese, podría parecer fría. Una cosa era que estuviese enojada con él por aquel único y lamentable incidente, pero prefería no ofenderle. Así pues, sin responderle en uno u otro sentido, pidió que una nodriza trajera al niño. No hace falta decir que era una criatura preciosa, y mientras reía y emitía sonidos infantiles su gracia y hermosura cautivaban el corazón. Al verlo, el comandante deseó con envidia que fuese suyo. Al parecer, no había conseguido del todo renunciar a las cosas de este mundo. «¡Ah, si después de

todo ella hubiera podido llevar conmigo la vida que otros llevan y darme un hijo como éste!»), reflexionaba. ¡Qué propio de él, puesto que era tan incorregible, no preguntarse ni siquiera si la gran dama con la que acababa de casarse no podría hacer pronto lo mismo por él! Pero sería injusto seguir haciéndole objeto de mezquinas quejas, pues Su Majestad no le habría admitido en el seno de su familia si realmente hubiera sido un caso perdido, y una imagina sin dificultad que en cuestiones serias era del todo juicioso.

Conmovido porque ella le había mostrado a su hijo cuando aún era tan pequeño, habló más de lo habitual, hasta que la luz empezó a desvanecerse.

Entonces se despidió, con muchos suspiros, pues sabía que por la noche no podía permanecer allí tanto como le habría gustado.

—¡Qué deliciosa fragancia la suya!

—«Ahora que las he arrancado», [\[98\]](#) como dicen, estoy segura de que el ruiseñor vendrá enseguida.

Algunas jóvenes damas de honor son capaces de decir cosas muy subidas de tono.

Aquel verano la residencia de Sanjô se encontraría en una dirección tabú, o así lo indicaba el almanaque, por lo que Kaoru llevó allá a su esposa a comienzos del cuarto mes, antes de que comenzara el verano. El día anterior, Su Majestad fue al

Fujitsubo y dio una fiesta para celebrar la floración de la glicina. Su trono se encontraba en el pasillo del sur, ante unas persianas alzadas. Puesto que el acontecimiento era una función oficial de la corte, Su Alteza, que residía en el pabellón, no presidió los actos. El banquete para los nobles de alto rango y los caballeros del círculo privado corrió a cargo del Gabinete de Chambelanes. Asistieron Su Excelencia de la Derecha, el gran consejero inspector, [\[99\]](#) el consejero Fujiwara, el intendente de la Guardia Izquierda, [\[100\]](#) Su Alteza de la Guerra y Su Alteza de Hitachi. Los caballeros del círculo privado se sentaron bajo las flores de glicina, en el jardín

meridional. Los músicos de palacio, llamados a sus lugares al este del Kôrôden, tocaron en el modo *sô* mientras el sol se ponía. La música para Su Majestad sería de flauta y cuerda, con instrumentos proporcionados por Su Alteza, y Su Excelencia indicó a otros distinguidos invitados que colocasen los instrumentos ante él. Su Excelencia le presentó dos rollos de música para el *kin* escrita por Su Gracia de Rokujô, que éste había regalado a Su Alteza Enclaustrada; estaban fijados a una rama de pino blanco. Trajeron entonces un *sô no koto*, un *biwa* y un *wagon* que habían pertenecido a Su Eminencia Suzaku. La flauta era la legada en aquel sueño. [\[101\]](#) Cierta vez Su

Majestad había alabado como sin par el tono de aquella reliquia del pasado, por lo que el comandante la eligió para dar todavía más realce a la ocasión, pues ¿cuándo habría otra comparable? Su Majestad pidió a Su Excelencia que tomara el *wagon*, y a Su Alteza de la Guerra, el *biwa*. El mismo comandante tocó la flauta con excelente habilidad. Su Majestad llamó a varios caballeros de su círculo privado dispuestos a cantar el solfeo, y el resultado fue muy gratificante.

La princesa aportó los pasteles de cinco colores. Las altas plataformas de roja madera de sándalo descansaban en paños veteados de violeta de glicina y bordados con flores de glicina, extendidos

sobre cuatro fragantes bandejas de madera de aloe. Los recipientes eran de plata; las tazas de sake, de cristal; y las jarras, también de cristal, de color lapislázuli oscuro. El intendente de la Guardia sirvió a Su Majestad. Su Excelencia, desconcertado por el hecho de que Su Majestad le ofreciera la taza con demasiada frecuencia, se la cedió al comandante antes que a ninguno de los príncipes presentes. El comandante la rechazó con modestia, pero Su Majestad debía de haber tenido la misma idea, ya que al final la taza llegó a sus manos; y si la misma manera en que decía «¡A vuestra salud, señor!» parecía diferenciarle de los demás, incluso en una reunión de

formalidad tan convencional, tal vez se debiera a que en aquella ocasión todo el mundo estaba dispuesto a ver algo peculiar en él. Su aspecto era incomparable cuando, tras devolver la taza, bajó los escalones para rendir su tributo de agradecimiento. [\[102\]](#) Para un príncipe o un ministro era un gran privilegio recibir la taza, y que Su Majestad honrase así a su yerno evidenciaba la asombrosa consideración en que le tenía. Era casi penoso ver al comandante volviendo al humilde asiento que correspondía a su rango nominal.

El gran consejero inspector, que había aspirado a aquel honor, estaba molesto en extremo. Mucho tiempo atrás se había

enamorado de la consorte, la madre de la princesa, y se había mantenido en contacto con ella incluso después de que se trasladara a palacio. Al final hizo saber a la consorte que aceptaría de buen grado a su hija, pero su pesadumbre fue profunda cuando ella no transmitió ese deseo a Su Majestad.

—No hay duda de que el comandante ha sido bendecido por la buena fortuna —susurró amargamente—, pero no puedo imaginar por qué razón un emperador reinante habría de llegar al extremo de tomarlo como yerno. Estoy seguro de que semejante cosa no se había visto nunca. Es excesivo que un plebeyo se instale casi al lado de Su Majestad, en el mismo

centro de palacio y, por si fuera poco, que le den banquetes y le agasajen de diversas maneras.

Sin embargo, había querido estar allí presente; y allí estaba sentado, secretamente enfurecido.

Encendieron antorchas, y los reunidos ofrecieron poemas a Su Majestad. Todos los caballeros parecían bastante satisfechos de sí mismos cuando se acercaban al escritorio, [\[103\]](#) pero es fácil imaginar lo trasnochados y triviales que eran sus esfuerzos poéticos, y no me molesté en escucharlos ni en anotarlos todos. Creo que el primero que transcribo aquí es el del comandante, cuando bajó a recoger unas flores para que Su Majestad

se adornara la cabeza:

*Cuando fui en busca de flores de glicina
para el cabello de nuestro agosto
soberano,*

*¡ah, cuán por encima de mi cabeza se
hallaba la rama que me atrapó la
manga! [\[104\]](#)*

Qué pagado de sí mismo era, el
granuja.

Su Majestad replicó:

*Flores como éstas llenarán el mundo de
fragancia durante mil años,
y su tonalidad de hoy será siempre un
placer para nosotros.*

*Flores como éstas, recogidas para
adornar el cabello de nuestro soberano,
ofrecen a ¡os ojos maravillados la
belleza de las nubes violeta. [\[105\]](#)*

*Nada en su tonalidad recuerda al mundo
corriente,*

*¡pues a los cielos se alzan poderosas
estas olas de flores de glicina!*

Este último poema parece haber sido el del enojado gran consejero. Es posible que me haya equivocado al transcribir alguno de ellos. Desde luego, ninguno se caracteriza por su originalidad.

La calidad de la música fue mejorando a medida que avanzaba la

noche. La voz del comandante era encantadora cuando cantó «¡Ah, día maravilloso!». El gran consejero cantó con él, y lo hizo de una manera impresionante, pues su voz conservaba toda la belleza que tenía en el pasado. El séptimo hijo de Su Excelencia de la Derecha, todavía un chiquillo, los acompañó con el *shô*. Era tan entrañable que Su Majestad le regaló una vestimenta, y Su Excelencia bajó los escalones para interpretar la danza de agradecimiento. Casi amanecía cuando Su Majestad se marchó. Suyos eran los regalos para los nobles de alto rango y los príncipes, mientras que los destinados a los caballeros del círculo privado y los

músicos de palacio, en la importancia acorde a su rango, procedían de Su Alteza.

A la noche siguiente, el comandante se llevó a la princesa a palacio, y el viaje tuvo lugar con un esplendor excepcional. Su Majestad envió a todas sus damas de honor para que acompañaran a su hija hasta su nuevo hogar. El carruaje de anchos aleros iba acompañado por otros tres de alegres colores y sin aleros, seis recubiertos de oro, veinte de hoja de palma y dos de cestería, cada uno de ellos atendido por ocho pajes y sirvientes. Había también doce carruajes de exhibición que transportaban a damas de honor procedentes de Sanjô que iban a

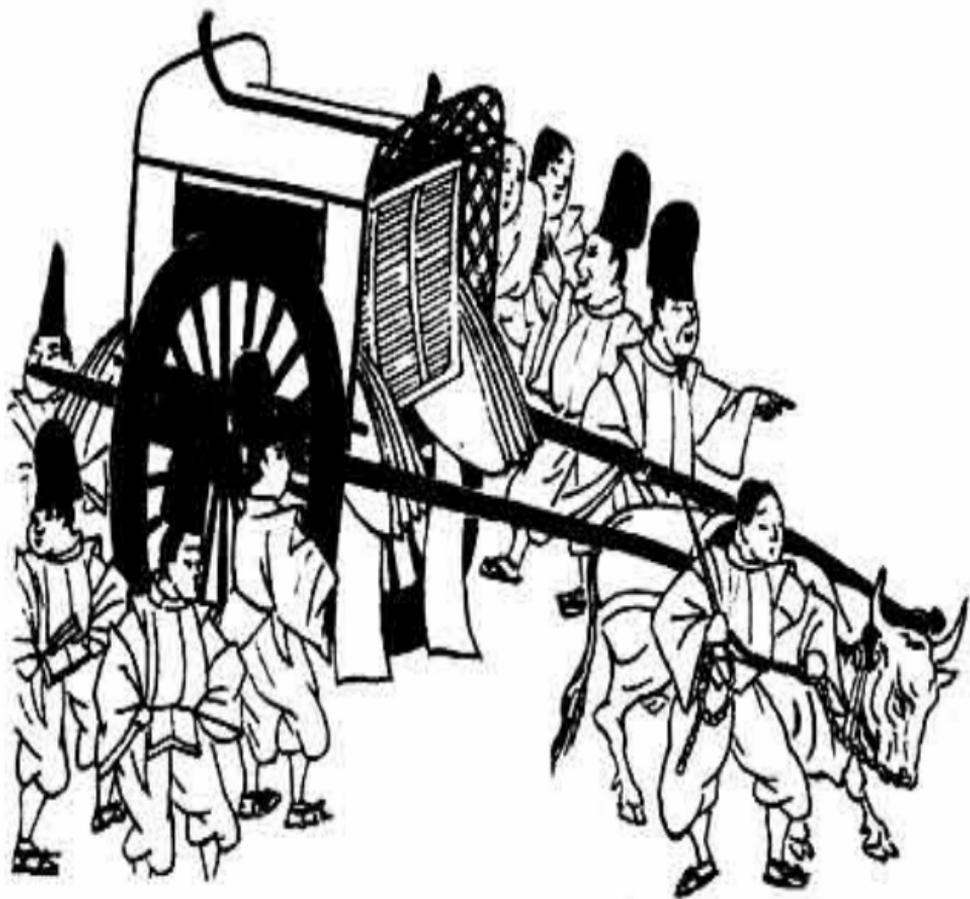
reunirse con el séquito de la princesa. La escolta de nobles de alto rango, caballeros del círculo privado, caballeros del sexto rango y otros tenía una magnificencia indescriptible.

Ahora que él podía contemplarla a sus anchas, la encontraba del todo satisfactoria. Era menuda, pero daba una impresión de serena confianza en sí misma y tenía un noble porte. Al no encontrarle defecto alguno, se congratuló de su extraordinaria buena suerte. «Y, no obstante —se decía—, ojalá pudiera olvidar a la que perdí, pero no puedo, pues nada me distrae de mi añoranza, y parece que jamás hallaré consuelo en esta vida. ¡Sólo la iluminación me permitirá

saber qué castigo causó este vínculo extrañamente doloroso para que pueda dejar de aferrarlo.» Absorto en tales pensamientos, dedicó toda su atención a las obras del templo.

Pasado el día vigésimo del mes, en cuanto quedó atrás el ajetreo que causaba el festival del Kamo, Kaoru partió hacia Uji, como había hecho tantas veces. Examinó el templo en construcción y dio órdenes sobre los trabajos que realizar. Iba a visitar a la anciana monja (pues sería cruel por su parte pasar de largo ante aquellas ramas agostadas) [\[106\]](#) cuando vio un carruaje de mujer muy modesto que estaba cruzando el puente, acompañado por un grupo de rudos

guerreros del este con aljabas a la espalda y una multitud de sirvientes. «¡Qué provinciano!», pensó, y se dispuso a entrar en la casa. Su propia escolta aún se encontraba ante el muro de la finca, y sus voces eran bastante ruidosas. Al ver que el carruaje avanzaba hacia ellos, el comandante ordenó a sus hombres que callaran y envió a uno de ellos para averiguar quiénes eran.



Carruaje de exhibición

—La hija de mi señor, el ex gobernador de Hitachi, vuelve de un peregrinaje al templo de Hatsuse —le

informó uno de los guerreros, de fuerte acento—. Se alojará aquí uno o dos días.

¡Asombroso! ¡Era la joven de la que había oído hablar! El comandante pidió a sus hombres que se retirasen y envió un mensaje al grupo: «¡Entrad el carruaje! Otra persona se aloja también aquí, pero sólo en el norte». [\[107\]](#) Sus hombres no tenían un aspecto imponente, puesto que todos vestían mantos de caza, pero los recién llegados se sentían fuera de lugar y mantenían una actitud discreta. Dejaron sus caballos a considerable distancia de la casa.

Entraron el carruaje y lo llevaron al extremo oeste de la galería. En la casa principal aún no habían bajado las

persianas, por lo que el interior quedaba a la vista de todos. El comandante observó al grupo a través de una abertura en la mampara deslizante que cerraba aquella parte del pasillo meridional, al que, por lo demás, protegían los postigos cerrados. Al notar el frufrú de sus prendas exteriores, se las quitó y se quedó tan sólo con el manto de vestir y los pantalones.

Ella no se apeó de inmediato, sino que envió un mensajero a la monja, sin duda para preguntarle quién era el otro visitante, al parecer alguien encumbrado. Sin embargo, en cuanto él supo quién viajaba en el carruaje, hizo saber que nadie, bajo ninguna circunstancia, debía revelar su identidad, y las damas le

comprendieron muy bien. Respondieron a los recién llegados: «Apeaos, por favor. Hay un invitado, pero está en otra parte de la casa».

La primera en bajar fue una joven que alzó la persiana del carruaje. Era mucho más refinada y presentable que la escolta de guardianes. Entonces apareció otra, un poco mayor:

—¡Rápido, mi señora!

—Tengo la extraña sensación de que me observan.

La voz, aunque baja, era ciertamente distinguida.

—¡Otra vez decís eso! Las persianas también estaban bajadas la última vez. ¿Desde qué otro lugar podría alguien

observaros?

La mujer parecía del todo tranquila. Su señora se apeó del carruaje con cautela, y el primer atisbo que el comandante tuvo de su cabeza y su esbelta y noble figura debió de evocarle vividos recuerdos. Fue una amarga decepción que se ocultara de inmediato tras el abanico, pues no pudo verle el rostro. Tuvo que apearse del carruaje, cosa que las dos primeras mujeres habían hecho con facilidad, pero ella no pudo imitarlas y tardó un buen rato en conseguirlo. Entonces entró en la casa. El comandante distinguió su indumentaria, formada por tres prendas: una escarlata, otra rosa y la tercera de un verde primaveral. Ante la

mampara habían desplegado un biombo de cuatro pies de altura, pero Kaoru podía ver perfectamente a la recién llegada, porque la abertura de la mampara era más alta. Preocupada al parecer por la dirección desde la que él miraba, se tendió de cara al otro lado.

—¡Qué tiempo habéis tenido, mi señora! ¡Hoy ha sido terrible cruzar el río Izumi [\[108\]](#) con el transbordador!

—Fue mucho más fácil en el segundo mes, cuando el río no estaba tan crecido. Pero, hablando de viajes, aquí no hay nada que cause pavor, como sucede en el Este.

Las dos mujeres permanecían sentadas y charlando sin ninguna señal de fatiga,

mientras su señora yacía en silencio. Su brazo extendido era demasiado lozano y bonito para pertenecer a alguna hija del gobernador de Hitachi. Poseía verdadera distinción.

Al comandante empezaba a dolerle la espalda por mantenerse en pie tan inmóvil, pero siguió así para que no reparasen en su presencia.

—¡Qué agradable aroma! —exclamó la joven—. Hay un incienso delicioso en el aire. Supongo que es algo que la monja está quemando.

—Sí, ciertamente es maravilloso —replicó con entusiasmo la mujer mayor—. ¡Hay que ver la clase y la elegancia que tiene la gente de la Ciudad! Su señoría

[109] está siempre muy orgullosa de lo que puede hacer, pero allá en el Este jamás consiguió una mezcla aromática como ésta. ¡Puede que la monja se haya retirado del mundo y vista como debe, de gris y gris azulado, pero lo cierto es que vive muy bien!

Por la dirección opuesta, a lo largo de la terraza, llegó una muchacha paje.

—Por favor, dad agua caliente a vuestra señora —les dijo, y depositó en el suelo varias bandejas.

Las damas llevaron fruta a su señora.

—Dispensadme, señora..., ¿no comeréis un poco?

Intentaron animarla, pero al ver que ella continuaba inmóvil, se comieron las

castañas y demás frutas.

Al principio el comandante retrocedió, pues nunca había oído nada parecido, pero la curiosidad le venció y se acercó con sigilo para echar otro vistazo. Aquí y allá, en los aposentos de la emperatriz y otros lugares, había visto a muchas mujeres bonitas y vivarachas que superaban a aquella en rango, y de ordinario no habían significado nada para él. ¡Qué extraño era, cuando él, a quien todo el mundo consideraba demasiado serio, no podía apartar los ojos de una muchacha sin nada notable como aquélla!

Llegó un mensaje de la monja, pero sus hombres, que estaban ojo avizor, respondieron que no se encontraba bien y

descansaba. A ella no se le pasaba por la cabeza que él pudiera estar espiando. Supuso que aguardaba la llegada de la noche para acercarse a la recién llegada, puesto que ya había dejado claro que deseaba conocerla. Como de costumbre, varios hombres de las fincas del comandante habían traído cajas compartimentadas y otros refrigerios, y habían entregado una parte a la monja. Ella distribuyó los alimentos entre sus hombres del este, se ocupó de diversos detalles y entonces se arregló y fue a visitar a su invitada. La vestimenta que habían alabado las damas de honor era en verdad muy nueva y pulcra, y ella aún conservaba rastros de su belleza de

antano.

—Os esperaba ayer —oyó Kaoru que ella le decía—. ¿Cómo es que habéis llegado hoy, cuando el sol ya está alto?

—Por alguna extraña razón, ayer mi señora estaba exhausta y nos detuvimos a orillas del río Izumi, y esta mañana ha pasado mucho tiempo antes de que se sintiera en condiciones de proseguir el camino —le explicó una dama de honor entrada en años.

Esta vez la joven dama se incorporó cuando la despertaron, y en el momento en que apartó tímidamente el rostro de la mirada de la monja, el comandante pudo verla bien. Sus hermosos ojos y la línea del cabello en la frente le recordaron de

un modo irresistible la cara que él, en realidad, sólo había percibido de soslayo, y lloró como antes lo había hecho tan a menudo. La voz de la muchacha al responder a la monja era muy parecida a la de su hermanastra de Nijô.

«¡Qué encantadora es! —se dijo el comandante—. ¡Y pensar que durante tanto tiempo ni siquiera he tenido noticias de su existencia! No podría ser indiferente a cualquier familiar, incluso uno de rango todavía más bajo, cuyo aspecto fuese tan similar, y ésta, aunque no reconocida, es con toda certeza hija de Su Alteza el difunto príncipe.» Le embargaba un afecto y una felicidad ilimitados, ahora que sus propios ojos le hacían estar seguro de

quién era. Quería ir hacia ella de inmediato, para saborear la alegría de decirle: «¡Pero hete aquí! ¡Estás viva!». No era de extrañar que aquel emperador se llevara una decepción cuando envió al mago a Hôrai y éste volvió tan sólo con una horquilla de cabello, [\[110\]](#) pero sabía que aquella muchacha, aunque no fuese la misma, prometía un auténtico consuelo. Ella y él debían de compartir un vínculo de destino desde el pasado. La monja se marchó pronto, tras una breve charla. Al parecer, había decidido prescindir de las confidencias, pues el perfume que impregnaba el aire le hacía comprender que las damas habían notado que él estaba mirando desde algún lugar cercano.

Cuando el sol estuvo bajo, el comandante salió sigilosamente, de nuevo vestido, llamó a la puerta de la monja y le pidió noticias de la visitante.

—Soy en verdad afortunado por haber venido aquí cuando lo hice —comentó—. Dime, ¿has hecho lo que te dije?

—Aguardé todo el año pasado para transmitir el mensaje que me disteis, mi señor, después de que me lo pidierais, y en el segundo mes de este año por fin las encontré a ella y a su madre cuando iban a Hatsuse. Su madre se quedó asombrada cuando le insinué vuestros deseos... Dijo que el parecido en cuestión era un honor excesivo para su hija... Así que preferí no mencionarlo, pues pensé que en aquellos

momentos teníais otras preocupaciones. Entonces, este mes, la joven dama ha efectuado el mismo peregrinaje, y hoy ha hecho un alto aquí en el camino de regreso. Supongo que interrumpe su viaje para alojarse aquí en recuerdo de su padre. Algo detuvo a su madre, y puesto que ahora la muchacha está sola, no sería correcto que le dijera nada.

—He pedido a todo el mundo que no revele a su séquito quién soy, pues en un viaje privado como éste no deseo ser reconocido, pero me pregunto... Los sirvientes jamás pueden guardar un secreto. ¿Qué debería hacer? Sin duda, el hecho de que esté sola facilita que pueda hablar con ella. Asegúrale que el fuerte

vínculo que hay entre nosotros es lo que nos ha reunido aquí.

—¡Ciertamente, habéis tardado poco tiempo en descubrir ese vínculo! —dijo ella con una sonrisa—. Muy bien, se lo diré.

La monja salió.

*¿Canta también esa deliciosa ave con la
adorable voz que otrora oí?*

*Intrigado, hoy he venido a verla entre
las hierbas. [\[111\]](#)*

Tarareó así con desenvoltura, como si lo hiciera para sí mismo. La monja lo oyó y fue a transmitírselo a la joven.

AZUMAYA

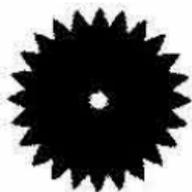
La casita del este

Azumaya («casita del este») se refiere a una modesta vivienda de campo con tejado de paja mencionada en la canción *saibara* de ese nombre. Como título del capítulo, procede de un poema de Kaoru:

*Tan espesa es la maleza que obstruye tu
puerta, oh, casita del este...*

¡Demasiado, demasiado tiempo he

esperado bajo la lluvia inclemente!



Relación con los capítulos anteriores

«La casita del este» se superpone aproximadamente al final de «La hiedra» y se extiende algo más allá del final de ese capítulo, cuando Kaoru tiene 26 años.

Personajes

El comandante, de 26 años
(Kaoru)

Ben, una monja de Uji (Ben no Ama)

**La esposa del gobernador
de Hitachi** (Chûjô no Kimi)

Una joven, su hija preferida,
hermanastra de Naka no Kimi, de unos 21
años (Ukifune)

El gobernador de Hitachi

La joven dama, su hija
preferida, de 15 ó 16 años

Un teniente de la Guardia
Izquierda de Palacio, de 22 ó
23 años (Sakon no Shôshô)

Su intermediario

La nodriza de Ukifune

La esposa de Su Alteza
de la Guerra, de 26 años (Naka no
Kimi)

Su dama de honor (Taifu)

Su Alteza de la Guerra, de
27 años (Niou)

Ukon, la hija de Taifu, dama de honor
de Naka no Kimi

Shôshô, dama de honor de Naka no
Kimi

Jijû, dama de honor de Ukifune

A pesar de que Kaoru deseaba explorar la espesura del monte Tsukuba, se abstuvo de hacerlo, porque, habida cuenta de quién era ella, sería por completo ridículo que insistiera en internarse a toda costa en los matorrales de sus estribaciones. [\[1\]](#) Ni siquiera le escribió. La anciana monja envió a la madre de la muchacha más de una insinuación de lo que él le había dicho, pero aquella dama no podía imaginar que él estuviera interesado en serio, y tan sólo le intrigaba que se tomara tantas molestias para relacionarse con su hija. La distinción del comandante, tan excepcional en los tiempos que corrían, le hacía soñar en el giro que habría dado su

vida si su hija hubiera sido más digna de él.

El gobernador [2] había tenido numerosos hijos de su esposa fallecida, una hija de la actual (por la que sentía especial afecto) y cinco o seis hijos más pequeños de diversas edades; el cuidado de todos ellos le absorbía tanto que su hijastra era casi una desconocida para él. La madre de la joven, que a menudo se sentía amargamente despechada por esta circunstancia, abrigaba el constante anhelo de verla casada con un hombre de posición encumbrada. Habría tenido menos motivos para tomárselo tan a pecho si el aspecto de su hija hubiera sido como el de las otras, en cuyo caso la gente

podría haber pensado que todas eran de la misma condición, pero lo cierto era que las demás no estaban a su altura, pues al desarrollarse había adquirido una extremada superioridad, y la mujer pensaba que sería muy lamentable que las midieran a todas por el mismo rasero.

La noticia de que había tantas jóvenes casaderas hizo que llegaran cartas de cortejo de numerosos vástagos de familias más o menos acreditadas, y el gobernador logró establecer de manera satisfactoria a dos o tres de las hijas habidas de su primera esposa. Ahora la segunda mujer estaba ojo avizor, a la espera de una oportunidad para su propia hija, de la que cuidaba con profunda ternura.

El gobernador no era ningún patán. Descendiente de la nobleza de alto rango, tenía unos parientes absolutamente respetables y grandes riquezas. Era también orgulloso, y llevaba una vida de ostentación y refinamiento, aunque, a pesar de sus gustos exigentes, en el fondo seguía siendo rudo y rústico. Sin duda debido a que desde su juventud había vivido en las agrestes tierras del este, su voz presentaba unos sonidos peculiares y hablaba con cierto acento, y por este motivo temía y evitaba la compañía de los poderosos. Procuraba actuar siempre de un modo que redundara en su propio beneficio. En cuanto a habilidades artísticas, no sabía tocar la flauta ni los

instrumentos de cuerda; pero tenía una gran pericia con el arco. Sus riquezas atraían a hermosas jóvenes para servir en su mansión, pese a que eran demasiado refinadas para aquel entorno, cuya modestia resultaba aún más patente debido a que ellas vestían a la última moda, competían unas con otras en la composición de poemas, se entretenían con relatos y vigiliass kôshin, [\[3\]](#) y, en general, se entregaban a gustos y diversiones llenos de deplorable vanidad.

«Sin duda es inteligente, y dicen que es una auténtica belleza», sostenían los pretendientes con optimista ardor. Uno de los que la cortejaban de manera más asidua era cierto teniente del cuerpo de la

Guardia Izquierda de Palacio, un joven sosegado, de veintidós o veintitrés años, que, si bien tenía fama de estudioso, no destacaba precisamente por su viveza y animación, lo cual podría explicar el hecho de que las mujeres a las que solía visitar ya no le recibieran.

A la madre de la muchacha le pareció el más apropiado entre todos los que cortejaban a su hija: «Tengo entendido que es de buena familia, parece muy formal y seguro de lo que quiere, y no carece de distinción. En conjunto, no creo que nadie de más categoría se interese por ella». Así pues, entregaba a su hija las notas del joven y hacía todo lo posible para que obtuviera respuestas

esperanzadoras. Había determinado que, por poco que la muchacha le importara al gobernador, ella, su madre, se desviviría por proporcionarle lo mejor, y estaba segura de que quien hubiese visto lo encantadora que en verdad era no podría desestimarla. Fijó la fecha en el octavo mes y empezó a preparar el ajuar de mobiliario y accesorios. Ordenó que dieran a todo aquello, incluso a las alhajas más pequeñas, un toque original, con un complicado diseño de laca pintada o de madreperla, y lo guardó para su hija y mostró al gobernador unos objetos menos valiosos, diciéndole que serían más que suficientes. El gobernador, incapaz de distinguir una cosa de otra, se

quedó con todo ello, aunque careciera de valor, pues le bastaba con que sirviera como ajuar, y amontonó un objeto tras otro hasta que sus propias hijas quedaron prácticamente sepultadas bajo tantas chucherías. Encargó a los maestros de *koto* y *biwa*. del Pabellón Musical de las Mujeres que les dieran lecciones, y cada vez que una de ellas dominaba una pieza, él poco menos que se postraba a los pies del maestro, tras lo cual, con muchas alharacas, lo inundaba de regalos. Cuando una muchacha aprendía una pieza animada y, a la agradable media luz, se sentaba a tocarla con su maestro, él lloraba sin rebozo y la llenaba de grotescas alabanzas. A su esposa, que tenía cierto

criterio, todo esto le resultaba muy penoso, y evitaba intervenir. «No tienes a mi hija en muy alta estima, ¿verdad?», se quejaba él.

Entretanto, el teniente ardía en deseos de que llegara el día señalado. Insistía en que siguieran adelante, hasta que ella, que tanto empeño había puesto en casar a su hija, empezó a reflexionar sobre lo difícil que era asegurarse de las intenciones del joven. Cuando el hombre que lo representaba visitó la casa, ella lo llamó aparte para conversar en privado y expresarle sus recelos.

—Insiste desde hace meses en llevar a cabo el enlace, pese a mis numerosos motivos de cautela —le dijo—, y, como

no es un hombre cualquiera, decidí aceptar. Me pareció que sería un error no hacerlo. Pero mi hija no tiene padre, y temo que si actuara por mi cuenta parecería atrevida y también un tanto irreflexiva. El gobernador tiene varias hijas jóvenes, pero confío en que él se ocupará de buscarles una posición, mientras que ésta me preocupa en extremo, dado lo voluble que puede ser la vida. Tengo la certeza de que mi inquietud no está justificada, pues supongo que el teniente es un hombre comprensivo, pero si sus sentimientos hacia ella cambiaran y se viera expuesta al ridículo, sería un golpe muy duro.

El intermediario fue a ver al teniente y

le explicó la situación. El joven se sintió consternado.

—¿No es hija del gobernador? ¡No tenía noticia de ello! Dudo de que esto me hiciera algún bien si alguien llegara a enterarse, y visitarla allí tampoco es una perspectiva satisfactoria. ¡Ya ves en qué apuro me has metido, por no haber verificado las cosas como es debido!

—¡Pero todo esto es nuevo para mí!
—replicó su azorado amigo—. Empecé a entregarle tus notas porque conozco a una de sus damas de honor, y cuando supe que esa hija era la favorita, naturalmente supuse que debía de ser hija del gobernador. Desde luego, nunca pregunté si una de ellas era hija de otro hombre. Lo

único que sé es que se trata de una muchacha de inteligencia y belleza excepcionales, y que su madre la adora y está empeñada en conseguirle un buen partido. Dijiste que necesitabas a alguien que te representara cerca de la familia, y te aseguré que yo estaba en condiciones de hacerlo. No veo ninguna razón para que me acuses de negligencia.

A estas acaloradas palabras, el teniente replicó sin tacto ni mesura:

—Que me una a esa clase de familia no es algo que todo el mundo esté dispuesto a aprobar, pero hoy día actuar así es algo muy extendido y nadie podría culparme. Los hay con atemorizados suegros, ansiosos de complacerles, que se

las arreglan muy bien para disimular su desliz. Que yo sepa, el gobernador puede tenerle a la muchacha tanto afecto como si fuese su propia hija, pero, sin duda, otros supondrán que trato de ganarme su favor. Cuando hombres como el consejero subalterno Minamoto y el gobernador de Sanuki entran y salen de la mansión dándose aires, ¿parecería un caso perdido si me sumara a ellos de modo que resultara evidente que él no me respeta!

El intermediario, que estaba demasiado deseoso de complacer y que en ciertos aspectos carecía de principios, lamentaba profundamente la reacción que con toda probabilidad tendrían ambas partes y que no le beneficiaría en nada.

—Las hijas del gobernador son demasiado jóvenes —le dijo a su amigo —, pero si de veras quieres a una de ellas, le transmitiré tu mensaje. La siguiente es la que llaman «nuestra joven señora», [4] y él le tiene un gran afecto.

—Hmmm... Sería distinto si hubiera ido en pos de ella desde el principio, pero ahora no parecería muy decoroso que pidiera la mano de otra. Sin embargo, lo que me impulsó en primer lugar fue la feliz perspectiva de su apoyo, puesto que es un hombre tan importante. No siento el menor interés por una cara bonita. Si el donaire y la distinción fuesen lo que busco en una mujer, no me costaría mucho satisfacer mis deseos. No obstante, mira

lo que les ocurre a quienes tienen gustos elegantes pero se quedan rezagados y en sus arcas no hay más que aire... No pueden hacer nada como es debido y dejan de existir para la gente. No, no me importa ser objeto de cierta crítica. Lo que quiero es vivir cómodamente. Házselo saber al gobernador, y ¿por qué he de preocuparme si él parece dispuesto a aceptar?

El hombre había empezado a llevar las cartas del teniente a la casa porque su hermana menor servía allí, en el ala occidental, [5] pero no conocía personalmente al gobernador. Fue allá de inmediato y anunció que tenía algo de lo que hablarle.

—Sé que a veces viene aquí, pero no me lo han presentado —dijo el gobernador— ¿Qué puede querer?

No parecía en absoluto complacido.

—Vengo en nombre de su señoría, el teniente del cuerpo de la Guardia Izquierda de Palacio —había dicho el enviado.

El gobernador le recibió. El hombre tomó asiento cerca de él, y pareció como si no supiera por dónde empezar.

—Durante varios meses su señoría ha estado en contacto con vuestra estimada esposa —le dijo al fin—, y ella le ha concedido su deseo. Han convenido en que el acontecimiento tendrá lugar este mismo mes. El ha considerado la fecha y

ansia que el enlace se celebre cuanto antes. Sin embargo, señor, recientemente ha sabido que, si bien la muchacha en cuestión es hija de vuestra esposa, vos no sois el padre, y teme que si un caballero como él la aceptara, la gente pudiera pensar que os adula. Un joven noble que se convierte en yerno de un gobernador provincial cuenta con ser plenamente honrado en la familia, y con tener un leal apoyo, como si fuera, por así decirlo, una preciada joya, y a menudo eso es realmente lo que ocurre. No obstante, como muchas personas le han advertido con insistencia, redundaría en detrimento de su reputación que aquí no se le recibiera como merece, de modo que se

frustraran sus esperanzas y que frecuentara la casa como el último entre otros visitantes. Así pues, se encuentra en un dilema. Lo que eligió desde el comienzo fue el gran renombre del que vos, señor, gozáis, el cual inspira la mayor confianza en las brillantes perspectivas que ofrecéis. Por ese motivo decidió emprender su cortejo. Ni por un momento imaginó que la joven dama tal vez no fuese hija vuestra, y, por lo tanto, os estaría muy agradecido si tuvierais la amabilidad de concederle lo que en principio deseaba, si bien comprende que algunas de vuestras hijas son todavía muy jóvenes. Por ello me ha pedido que viniera a plantearos el asunto para

conocer vuestra posición.

—Apenas estoy enterado de tal propuesta —replicó el gobernador—. Ella es para mí como una hija propia, pero tengo unas cuantas muchachas alocadas y, aunque me esfuerzo por atenderlas a todas lo mejor posible, su madre me acusa de tratarla a ella como si no fuese de la familia y no me permite intervenir en nada que tenga que ver con ella, por lo que, si bien me ha llegado el lejano rumor de la propuesta de ese caballero, no sabía que era yo quien atraía su interés en particular. A decir verdad, estoy encantado con lo que acabas de decirme. Hay una de mis hijas a la que quiero mucho y por la que daría gustoso

mi vida. Tiene pretendientes, pero en estos tiempos los hombres no son dignos de confianza, a juzgar por lo que llega a mis oídos, y me ha preocupado mucho la posibilidad de que cualquier decisión que tomase acabara en desastre. Día y noche me pregunto qué puedo hacer por asegurar el futuro de esta querida hija. En cuanto a su señoría el teniente, en mi juventud serví a su padre, el comandante, [\[6\]](#) y conocí al teniente como uno de los hombres al servicio de su padre. Es un excelente caballero, y también me hubiera gustado servirle, pero me parecía que los años pasados en un remoto puesto tras otro me hacían del todo inapropiado para presentarme ante él, y nunca volví a

hacerlo. Ofrecerle mi hija sería lo más fácil del mundo, puesto que eso es lo que él mismo desea, pero me siento inevitablemente receloso de lo que mi mujer pueda pensar, ya que desde hace varios meses tiene unas intenciones muy distintas.

No se calló nada de lo que tenía que decir, y el encantado visitante se dijo que la situación no podía ser más prometedora.

—Es indudable que no tenéis motivo alguno para preocuparos —le aseguró—. Todo lo que el teniente desea, señor, es vuestro permiso, e incluso aunque la joven dama no tenga todavía la edad suficiente, estará muy satisfecho con una

hija que significa tanto para vos. Como él mismo ha dicho, no es ésta una decisión que nadie pueda tomar excepto vos. Él es un caballero muy distinguido y se le tiene en la más alta consideración. Puede que sea joven, pero no se da aires y comprende muy bien cómo es el mundo. Además, posee gran número de fincas. Es cierto que ahora no rinden mucho, pero, al fin y al cabo, ser el vástago de tan noble linaje confiere un lustre que vale mucho más que la ilimitada riqueza de cualquier caballero normal y corriente. El año que viene se le otorgará el cuarto rango y, como dice Su Majestad, no hay duda de que será el próximo secretario. «¡Un joven y apuesto señor como tú, y aún sin

esposa! —le dice—. No pierdas más tiempo: ¡elige a una mujer que merezca la pena y consigue un apoyo adecuado! En cuanto a tu ascenso a noble de alto rango, pues bien, aquí me tienes..., ¡lograré que lo seas cualquier día de éstos!» Tengo entendido que eso es lo que le dice Su Majestad. El teniente es el único que le sirve siempre de una manera tan íntima. Es un hombre de gran calidad, ¿sabéis?, y de imponente dignidad. Ahora que os he informado de lo deseoso que está de emparentarse con vuestra familia, deberíais decidiros de inmediato por un yerno tan perfecto. Muchos otros son de ese parecer, y si no actuáis con rapidez, podríais perderlo. Os lo digo, señor, tan

sólo porque deseo lo mejor para vuestros intereses.

Siguió prodigando halagos, y el gobernador, con la credulidad de quien se ha pasado la vida en el campo, le escuchaba sonriente.

—Si en los últimos tiempos sus ingresos son escasos, no me importa en absoluto —replicó—. Yo se los procuraré, con el mayor respeto, mientras tenga vida y aliento. Prometo que no carecerá de nada. Aunque algo me ocurriese y no pudiera seguir sosteniéndole, nadie más podrá reclamar ni un ápice o título de las propiedades y fincas que deje. Es cierto que tengo otros muchos hijos, pero ella es la que siempre

me ha importado por encima de todos los demás. En cuanto a él, bastará que esté realmente dispuesto a cuidar de ella y diga que se propone lograr el nombramiento de ministro, para lo que debe contar con una gran fortuna: la tendrá, puede estar seguro de ello. Si Su Majestad está tan deseoso de beneficiarle, ciertamente no debe preocuparse de los medios para ello. A mi modo de ver, esto puede ser lo mejor para él y para mi hija.

Aunque muy complacido por esta favorable recepción, el intermediario no dijo ni una sola palabra a su hermana, y tampoco visitó a las damas interesadas, sino que, desbordante de júbilo, fue al encuentro del teniente para transmitirle las

palabras del gobernador. El teniente pensó que éste era bastante paleta, pero estaba satisfecho y escuchó sonriente lo que su amigo le decía. En particular, el ofrecimiento de hacer frente a los gastos para convertirse en ministro le pareció excesivo.

—¿Se lo has hecho saber a su esposa? —le preguntó—. Parece haberme cobrado afecto desde el principio, y algunas personas podrían considerarme un curioso bellaco si ahora cambiara de idea. No sé...

Al ver que titubeaba, el intermediario trató de aclarar sus dudas.

—Pero ¿por qué? Tengo entendido que se desvive por esa otra hija, la del

gobernador. Si te ha ofrecido la primera tan sólo, se debe a que es la mayor y le apena que siga sin casarse.

El teniente pensó que de improviso la situación era muy diferente de la que durante meses había llegado a sus oídos, haciéndole creer que la hija mayor era la preferida de su madre, y eso le dio que pensar; pero era un hombre juicioso y decidió que merecía la pena soportar las críticas durante algún tiempo a cambio de largos años de vida confortable y segura. Ni siquiera cambió la fecha, y al atardecer del día convenido para que pasara la primera noche con su futura esposa, fue a reunirse con ella.

La esposa del gobernador proseguía

en secreto con sus preparativos. Hizo que sus damas se vistieran con esmero y que todo estuviera dispuesto a la perfección. También ordenó que lavaran el cabello de su hija y la pusieran a punto. «¡Ah, qué lamentable es que haya de compartir su vida con un hombre como el teniente! — reflexionó mientras la contemplaba—. Si su padre la hubiera reconocido cuando era niña, ni siquiera ahora, a pesar de que él ha desaparecido, habría motivos para no obrar de una manera un tanto presuntuosa y aceptar el ofrecimiento del comandante. Yo la tengo en alta estima, pero para todos los demás es sólo otra hija del gobernador, y cualquiera que descubriese la verdad no haría más que despreciar a la

pobrecilla. ¿Qué otra cosa puedo hacer? No debo permitir que la flor de su belleza se marchite, sobre todo cuando hay un hombre perfectamente adecuado y respetable que está deseoso de casarse con ella.» En la decisión que había tomado intervinieron las extraordinarias dotes de persuasión del intermediario; en cualquier caso, bien podría decirse que lo propio de una mujer es que la engañen.

Mientras iba de un lado a otro ocupándose de los detalles, entró, muy agitado, el gobernador y la abrumó con sus interminables palabras.

—¿Quién te crees que eres para, a mis espaldas, tratar de quitarle de ese modo el pretendiente a mi hija? —le preguntó en

tono perentorio—. Ningún caballero se interesará por esa extravagante hija tuya. Puede que yo sea duro de mollera, pero veo con claridad que a quien desea ese hombre es a la mía. Lo has planeado todo muy bien, pero no, él no estaba interesado, y parece que ya se disponía a buscar esposa en otra familia, por lo que he pensado que podría hacerle cambiar de idea y le he hecho saber que puede aspirar a la muchacha que realmente quiere.

Dijo todo esto con una falta de tacto pasmosa, sin pensar lo más mínimo en los sentimientos de su mujer. Muda de asombro, ella permaneció un momento sumida en sus pensamientos. Entonces la crudeza de la situación hizo que las

lágrimas le arrasaran los ojos, y abandonó la estancia.

La dama se dirigió a los aposentos de su hija, y cuando vio de nuevo lo dulce y encantadora que era, se consoló al pensar que seguía valiendo tanto como la que más.

—¡Qué crueles pueden ser las personas! —exclamó entre lágrimas cuando estuvo a solas con el aya de su hija—. Por supuesto, deseo tratar del mismo modo a todos mis yernos, pero supongo que daría mi vida por el marido de mi propia hija. Supongo que él debe de mirarla con desprecio porque no tiene padre; debe de ser por eso por lo que prefiere a una muchacha que apenas es

más que una niña. No deseo ser testigo de nada de esto, pero el gobernador se lo toma como un gran honor y muestra tal entusiasmo que supongo que el teniente y él son tal para cual. No diré ni una sola palabra. Sólo desearía poder marcharme durante algún tiempo a otro lugar.

El aya estaba furiosa, si bien había llegado a la conclusión de que era mucho mejor que su joven señora se hubiera visto insultada de ese modo.



Mueble de dos estantes

—¡Oh, no, mi señora! —exclamó—
¡Creo que es una suerte para vuestra hija
que ese enlace se haya frustrado! De todas
maneras, un hombre de corazón tan seco
sería incapaz de apreciarla. Quisiera ver
a mi joven y querida señora unida a un
hombre bueno y amable, alguien que

realmente sea capaz de comprender las cosas. Sentí como si el breve atisbo que tuve del comandante hubiera añadido años a mi vida, y ahora ya veis, ¡en verdad se interesa por ella! ¿Por qué no lo aceptáis y permitís que el destino de la muchacha siga su curso?

—¡Qué cosas dices! Tengo entendido que durante años ha afirmado que jamás se casaría con una mujer normal y corriente. ¿Cómo ha de ser la mujer que le atraiga, habida cuenta de que Su Excelencia de la Derecha, el gran consejero inspector y Su Alteza del Ceremonial le hicieron serias propuestas y él las rechazó todas y se casó con la tan amada hija del emperador? Lo más

probable es que sólo desee de ella que sirva a la princesa, su madre, y que se limite a verla de vez en cuando; y eso podría ser muy encomiable, si no fuera porque es tan doloroso. Dicen de su hermana, la que vive en casa de Su Alteza de la Guerra, que goza de una suerte extraordinaria, pero, al ver con mis propios ojos lo desdichada que es, comprendí que el único marido realmente digno de confianza es el que no divide sus afectos, algo que, por cierto, mi propia experiencia me ha enseñado. El difunto príncipe fue un caballero de excelentes dotes, apuesto y muy amable, pero yo no significaba nada para él, y puedes imaginarte cómo me dolía esa situación.

El gobernador es un hombre difícil, desconsiderado y zafio, pero jamás ha dividido sus afectos, y eso siempre ha sido un gran consuelo para mí. A veces su brusquedad y su descortesía son muy difíciles de soportar, como sucede ahora, pero nunca me ha hecho sufrir a causa de los celos, e incluso cuando nos hemos peleado ha quedado bien claro en qué disentíamos. Dado lo insignificante que soy, jamás podría entenderme con un noble de alto rango o un príncipe, por elegante o distinguido que fuera. Pobrecilla, ¡me apena tanto cuando pienso en que tengo la culpa de todo esto! ¡Debo hacer algo para asegurarme de que nadie se reirá jamás de ella!

El gobernador se puso manos a la obra.

—Préstame algunas de tus mujeres — le pidió—. Sé que muchas son hermosas. Y las cortinas de cama, las nuevas que acaban de hacer... Todo esto ha ocurrido tan rápido... Me las quedaré. Serán útiles tal como están.

Fue al ala oeste y se puso a impartir órdenes. En la bonita y bien amueblada habitación que su esposa había diseñado con tanto esmero, se apresuró a colocar una extraña profusión de biombos, armarios y muebles de dos estantes, con unos resultados que a ella le parecieron deplorables. Sin embargo, se había propuesto no decir nada, y se limitó a

observar. La amada hija del gobernador se alojó en el lado norte. [7]

—¡Ahora sé cómo te sientes! —le dijo él—. Jamás pensé que le darías la espalda a mi hija. Al fin y al cabo, también es tuya. ¡De acuerdo, hay otras muchachas en este mundo que se las arreglan sin sus madres!

A mediodía, con la ayuda del aya, el gobernador vistió a su hija, y el resultado no estuvo nada mal. La muchacha, de quince o dieciséis años, era muy menuda y regordeta, y su hermosa cabellera, espesa y lustrosa, tenía la longitud del vestido. Su padre, que la consideraba un tesoro, deslizó la mano por ella, alisándosela.

—A decir verdad, no debería haber

llegado a este acuerdo con un caballero a quien tu madre pretendía unir a otra —le dijo—, pero su rango es excelente y sus cualidades personales son tan sobresalientes que muchos ansian tenerlo por yerno, y habría sido una gran lástima perderlo.

¡Qué necio era! Repetía exactamente aquello de lo que le había convencido el intermediario.

El entusiasmo sin reservas del gobernador hizo que el teniente se sintiera totalmente confiado. Hiciera lo que hiciese, estaría bien, y así se presentó para pasar la primera noche sin cambiar siquiera la fecha. La esposa del gobernador estaba horrorizada, lo mismo

que el aya de su hija predilecta. Como no deseaba presenciar de nuevo tan burda manera de actuar, dirigió una solicitud a la esposa de Su Alteza de la Guerra. Le escribió:

«A falta de alguna razón concreta para ponerme en contacto contigo, el temor a dar la impresión de que abusaba explica que hasta la fecha me haya abstenido de hacerlo. Ahora, sin embargo, mi hija se encuentra sometida a un tabú direccional y he de trasladarla a otro lugar durante algún tiempo. En consecuencia, te estaría en extremo agradecida si pudiera disponer de un lugar oculto donde pudiera pasar desapercibida durante una breve temporada. Por desgracia, yo sola no

puedo proporcionarle el refugio que necesita y, dados los obstáculos que se acumulan en este mundo, no tengo más remedio que dirigirme a ti.»

Había escrito la carta con lágrimas en los ojos, y ciertamente conmovió a la esposa de Su Alteza de la Guerra, pero ahora que era la única hermana que quedaba, no estaba segura de que debiera admitir su relación con una mujer a la que su difunto padre nunca había reconocido, aunque también le repugnaba la idea de hacer caso omiso de una persona que se encontraba en tan tristes dificultades. Por otro lado, enemistarse innecesariamente con su hermanastra tampoco honraría la memoria de su padre. No sabía qué

determinación tomar, y envió a Taifu un mensaje urgente.

«Si pide una cosa así, ha de haber una poderosa razón para ello —le respondió Taifu—. No deberíais disuadirla sin más ni hacer que se sienta violenta. No tiene nada de extraño que una hija de condición inferior se mezcle con quienes están por encima de ella. La postura que adoptó su difunto padre, el príncipe, fue en verdad cruel con ella.»

Entonces Taifu escribió a la muchacha: «Dispondréis de una discreta habitación en el lado oeste. No es muy cómoda, pero, si no os importa demasiado, podréis pasar algún tiempo allí». La joven esperaba ilusionada

conocer a su hermanastra, y le satisfacía el giro que habían tomado los acontecimientos.

El gobernador deseaba dispensar un magnífico trato a su flamante yerno, pero no podía decirse que la sutileza y el refinamiento adornaran su persona. Se limitó a introducir en su aposento unos rollos de áspera seda de Azuma. [8] Trajeron la comida con mucho estrépito y en gran abundancia, lo cual impresionó tanto a los sirvientes del teniente que éste también se congratuló de su admirable éxito. La esposa del gobernador sabía que permanecer al margen de las celebraciones revelaría una excesiva adustez, por lo que asistió en silencio. La

casa era espaciosa, pero buena parte de ella había sido acondicionada para el yerno y sus sirvientes; en el ala este vivía el consejero subalterno Minamoto y en las demás habitaciones se alojaban los hijos del gobernador, de modo que estaba completamente llena. El teniente ocupaba ahora la habitación que había pertenecido a la hija favorita de la esposa del gobernador, y a ésta le resultaba muy duro pensar que la pobre muchacha se veía obligada a conformarse con algún rincón a lo largo de una galería, por ejemplo. Fue esta circunstancia la que le hizo pensar en la casa de Su Alteza. Se dijo que allí nadie parecía tenerle ningún respeto; por eso se la llevó, con ciega esperanza, a un

lugar donde el padre de la joven no habría deseado encontrarla. Sólo el aya de su hija y dos o tres jóvenes damas a su servicio las acompañaron. Se alojaron en el extremo norte del pasillo situado al oeste, donde estarían apartadas de todos los demás.

La señora de la casa en la mansión de Su Alteza no había visto a su invitada desde hacía muchos años, pero no la consideraba una forastera y no mostraba reserva alguna en su presencia. Por el contrario, le dio una calurosa bienvenida. La desdichada visitante se sentía llena de envidia al verla jugar con su hijito. «¿No tengo entonces ninguna relación con la esposa del difunto príncipe? [9] —se

preguntó—. Él me despreciaba tan sólo porque me dedicaba a servir, una crueldad de la que no se abstienen todos los demás. ¡Es tan duro tener que suplicar así!» Nadie fue a su encuentro, puesto que ella había dicho que su hija se encontraba bajo un tabú. Se quedó dos o tres días, el tiempo suficiente para familiarizarse con la casa.

Cuando Su Alteza visitó aquella ala de la mansión, ella le observó con curiosidad a través de una ranura. Tenía la perfecta belleza de un ramillete de flores de cerezo, y sirvientes de los rangos cuarto y quinto, de aspecto y modales mucho más refinados que los del gobernador —a quien, pese a su enojo,

ella no había deseado ofender—, se arrodillaban ante él para hablarle de uno u otro asunto. Ella no reconocía a la mayoría de los caballeros del quinto rango. Su propio hijastro, ayudante en el Gabinete del Ceremonial, así como chambelán, se presentó con un mensaje de Su Majestad, pero no tenía suficiente categoría para acercarse a un príncipe. «¡Ah! —se dijo ella—. ¡Qué placer contemplar a semejante hombre y qué afortunada es ella al tenerlo cerca! Desde cierta distancia, una puede abrigar toda clase de sombríos pensamientos acerca de las cosas terribles que podría hacerle, por muy espléndido que sea, pero eso es una necesidad. ¡No hay más que verle! ¡Qué

extraordinario privilegio sería estar así con él una sola vez al año, como Tanabata!» Y allí estaba él, sosteniendo en brazos a su hijito y acariciándolo. Su esposa estaba sentada detrás de una cortina portátil baja, pero él la apartó para hablarle, y los dos formaban una hermosa pareja. También el Octavo Príncipe tuvo su categoría, pero ¡qué distinto había sido en su desolada soledad!

Su Alteza entró en el recinto rodeado de cortinas donde estaba el lecho, dejando que las jóvenes damas de honor y la nodriza cuidaran de su hijito. Mucha gente fue a visitarle, pero él dijo que no se encontraba bien y descansó hasta la puesta

del sol. Le sirvieron la cena allí. Ante tal elegancia y suntuosidad, ella vio que su propia mansión, que había considerado espléndida, era en verdad deplorablemente vulgar. «Pero mi propia hija no parecería fuera de lugar a su lado —se dijo—. Puede que esas niñas también sean mías, esas de las que su padre, con el orgullo de su riqueza, dice jactanciosamente que convertirá en grandes damas, pero al pensar hasta qué punto es mayor la brillantez de la mía, ¡sé que debo seguir esperando un destino mejor para ella!» Se pasó la noche entregada a fantasías sobre el futuro.

El sol estaba alto cuando Su Alteza se levantó.

—La emperatriz no se encuentra bien, como le sucede a menudo, y he de ir a verla —dijo mientras se vestía.

La esposa del gobernador miró a través de una ranura, deseosa de ver el aspecto que él tenía ahora. Con atuendo formal, su apostura y su nobleza deslumbraban. Estaba jugando con su hijo, al que le resultaba difícil abandonar. Tras comer gachas y arroz al vapor, partió directamente desde aquella ala de la mansión.

Era el momento de que los caballeros que al amanecer se habían reunido en su residencia, y que habían aguardado pacientemente en una sala desde entonces, se acercaran a él para darle sus informes.

Uno de ellos, un hombre con pretensiones de apostura pero cuyo rostro era del todo vulgar, llevaba manto de vestir y espada.

—Ése es el teniente, el yerno de Hitachi —se dijeron las mujeres unas a otras—. Primero iba a casarse con nuestra visitante, pero entonces prefirió las ventajas de casarse con la propia hija del gobernador, por lo que dicen que esa mocosa es lo que ha conseguido.

—Pero las damas de nuestra invitada no quieren hablar de ello. Lo sé por uno de los sirvientes del teniente.

No sabían que la madre de su invitada las estaba escuchando, y tales comentarios la horrorizaron. «¿Cómo he podido imaginar que ese hombre poseía alguna

cualidad? ¡Es absolutamente indigno!»
Ahora lo despreciaba más que nunca.

El pequeño salió gateando y se asomó bajo las persianas; al verlo, Su Alteza dio media vuelta y fue a su encuentro.

—Si la emperatriz parece encontrarse bien, me retiraré de inmediato —le dijo—. Si está tan indispuesta como siempre, me quedaré esta noche para atenderla. No sabes cómo lamento pasar una sola noche sin ti.

Jugó con él un poco más para tenerlo contento, y partió de nuevo, su figura tan espléndida que nadie se cansaría de contemplarla, su presencia tan grata que al irse dejaba un notable vacío.

Ella fue a visitar a la señora que le

había dado refugio, y alabó a Su Alteza hasta que sus modales campesinos hicieron sonreír a la dama.

—Aún eras una criatura cuando murió tu madre —le dijo—. Quienes cuidábamos de ti lo sentimos en lo más hondo, lo mismo que el príncipe, tu padre. Sin embargo, la fortuna te sonrió a pesar de todo, y te desarrollaste muy bien incluso en la espesura de aquellas colinas. Qué triste es que hayas perdido a tu hermana —concluyó con lágrimas en los ojos.

La dama también lloraba.

—Mi vida ha tenido sus momentos amargos —replicó—, y también otros de los que me parece que todavía puedo

esperar algún consuelo. En cuanto a aquellos que me trajeron al mundo, estoy resignada a su pérdida, puesto que tales cosas son inevitables. Después de todo, ni siquiera pude conocer a mi madre. Pero siempre añoraré mucho a mi hermana. Cada vez que veo hasta qué punto el comandante sigue siéndole leal, incluso ahora, pues a menudo se lamenta de que nada ni nadie, salvo ella, sigue ocupando su corazón, me siento profundamente apenada.

—Pero el comandante debe de estar orgulloso al gozar de tan alta estima por parte de Su Majestad. ¿No podría haber sido todo esto un obstáculo si tu hermana hubiera seguido viviendo?

—Ah, eso ciertamente habría sido cruel, si ambas nos hubiéramos sentido ridiculizadas por haber sufrido el mismo destino. Supongo que si él mantiene tan vivo su recuerdo es porque nunca llegó a hacerla suya, pero, aun así, resulta extraordinario que por alguna razón no pueda olvidarla. Incluso aceptó las enormes molestias de ocuparse de los servicios fúnebres en honor de mi padre.

Había hablado en un tono de cálido afecto.

—Lo cierto es que habló con la monja Ben impulsado por la esperanza de que mi indigna hija ocupara el lugar de tu hermana. Yo no podía aceptar semejante cosa, desde luego, pero de todos modos

es un gran honor que ese «único tallo» [10] signifique tanto para él, y admiro sin poder evitarlo la intensidad de su sentimiento. —Las lágrimas acudieron de nuevo a sus ojos mientras hablaba, al pensar en la hija cuyas perspectivas tanto le concernían.

Siguió hablando del desprecio que el teniente había mostrado hacia su hija, suponiendo que las damas de honor que la rodeaban ya estaban enteradas.

—Ella será un consuelo para mí mientras viva, pase lo que pase. Pero sería tan triste que, después de mi muerte, se viera reducida a la indigencia que, muy posiblemente, al final tendré que hacerla monja y enviarla a alguna parte, tal vez

muy lejos, en las montañas, donde pueda aprender a abandonar toda esperanza en el mundo.

—Su situación es muy apurada, pero ten presente que el desprecio de que ha sido objeto es el destino habitual de cualquiera que se encuentre en una situación como la suya. Lo que propones sería demasiado duro para ella. Ni siquiera yo, que por la solemne decisión de mi padre he vivido así y que ahora me hallo en unas circunstancias del todo distintas a lo que había imaginado, podría hacer de ninguna manera lo que sugieres. Además, sería una gran lástima que adoptara el gris hábito de monja.

La suma prudencia con que se

expresaba llenó de placer a su visitante.

La madre de la joven no podía ocultar su edad, pero era bastante hermosa y no carecía de distinción. Desde luego, tenía una notable corpulencia, pero en eso armonizaba muy bien con el gobernador de Hitachi.

—A mi modo de ver, el cruel rechazo por parte del difunto príncipe ha supuesto que esa gente de alcurnia la menosprecie, como si no fuese una de ellos, pero reunirme contigo y hablar como lo hacemos me consuela de las pasadas aflicciones. —Siguió hablándole de la clase de vida que habían llevado y de lo melancólica que había sido Ukishima. [\[11\]](#) —Ahora que te lo he contado todo

sobre el monte Tsukuba y la manera en que el mundo parece haberse vuelto odioso sólo para mí, [\[12\]](#) puesto que no tenía a nadie con quien hablar, me gustaría seguir abusando de tu amabilidad, pero esos incorregibles bribonzuelos que tengo en casa deben de estar llamándome y causando molestias. Estas preocupaciones no me permiten tener paz. Como sé muy bien cuán tristemente me he rebajado al asumir mi aspecto actual, dejaré que hagas lo que creas mejor para mi hija y no diré nada más al respecto.

Su vehemente solicitud hizo que la esposa de Su Alteza confiara en que su hermanastra fuese en verdad merecedora de todo aquello.

El aspecto y el temperamento de la joven le otorgaban un evidente atractivo. No se mostraba demasiado reticente, su falta de malicia y de terquedad eran muy agradables, y se las ingeniaba muy bien para ocultarse de las mujeres que la servían íntimamente. «¡Cómo se parece a mi hermana cuando habla! —se dijo la esposa de Su Alteza—. El comandante desea tanto una imagen de ella... ¡Ojalá yo pudiera lograr que la viera!»

En aquel momento se anunció la llegada del comandante. Las damas de honor instalaron una cortina portátil y se dispusieron a recibirle como de costumbre.

—¡Oh, quiero verle! —exclamó la

esposa del gobernador—. Quienes le han visto se deshacen en elogios, ¡pero sin duda no puede compararse con Su Alteza!

—¡Tal vez descubráis que sí es comparable! —respondieron las mujeres.

—Pero ¿cómo podría algún caballero eclipsar a Su Alteza?

A juzgar por los gritos bulliciosos de su escolta, el comandante debía de haberse apeado de su carruaje, pero no apareció de inmediato. A quienes le esperaban conteniendo la respiración, su figura al entrar no les produjo tanto asombro y placer como les evocó elegancia y noble gentileza. Una tenía la sensación de que su mano se apresuraba a colocar bien un mechón de cabello

díscolo, pues su presencia revelaba un impresionante refinamiento, y sus modales tenían la máxima distinción. Sin duda venía de palacio, dado lo nutrida que era su escolta.

—Ayer, como me había enterado de que la emperatriz no se encontraba bien, fui a visitarla, y lamenté comprobar que sólo la princesa estaba con ella —comentó—. He estado allí todo este tiempo en lugar de Su Alteza. Él llegó muy entrada esta mañana. Si puedo decirte tal cosa, ¡me pareció que te habías extralimitado al retenerle así!

—Has sido muy amable —se limitó a replicar ella.

Él parecía tener un estado de ánimo

bastante agitado, pues sabía que Su Alteza estaría en la corte. Como siempre, le habló con el mayor afecto. Fuera cual fuese el tema de conversación, él lo conducía, no de un modo brusco sino con suavidad, a tristes meditaciones sobre la imposibilidad de olvidar el pasado y lo mucho más aborrecible que ahora le parecía el mundo. ¿Era posible que el recuerdo de su hermana le absorbiera siempre tanto? Puesto que ya le había hablado del tema con gran sentimiento, ella sólo podía suponer que él deseaba hacerle saber que podía decirle incluso más. Sin embargo, la actitud revela el sentir, y, dado que ella no era un tronco ni una piedra, cuanto más le miraba, tanto

más reconocía la auténtica y patética intensidad de sus sentimientos.

Él le habló tanto de las decepciones que había sufrido, que ella suspiró con amargura. Tal vez fuese el deseo de librarle de su pasión lo que la impulsó a hablarle de la «muñeca» que él le había mencionado. «Está aquí, oculta», le dijo... Una sola palabra, nada más.

Ése era otro aspecto conmovedor, y él esperaba con ilusión el momento de conocerla, pero prefirió evitar un cambio demasiado repentino.

—Ah, sería en verdad una gran ayuda que mi buda [\[13\]](#) atendiera mis plegarias, pero entonces ese deseo que en ocasiones tengo de que las cosas pudieran ser

distintas [14] sólo enturbiaría las aguas de mi arroyo de montaña.

—Tú y tus pensamientos de una vida santa... ¡Eres tremendo! —le dijo ella finalmente, con una risita que a él le pareció deliciosa.

—Muy bien, entonces díselo, por favor. Me parece que esa evasiva tuya no es buena señal. —Las lágrimas acudieron de nuevo a sus ojos.

*Si es ciertamente la doble de la que
conocí, la tendré cerca:*

*será mi amuleto purificador a través de
los crueles bajíos del amor,*

dijo, convirtiendo sus lágrimas, como

solía hacerlo, en ligereza. [\[15\]](#)

*Nadie creería que el amuleto que
enviarías por los bajíos de un arroyo
purificador
fuese elpreciado doble que siempre
mantenías cerca de ti.*

«“Son tantas las manos que tiran”,
dice el poema... [\[16\]](#) Ah, cuánto lo
sentiría por ella.»

—No puedo decir que ella sea el
único bajío en el que embarrancaría mi
amor. Sí, soy como esa triste espuma del
agua. [\[17\]](#) Un muñeco purificador que
flota corriente abajo, ¡eso es lo que soy!

Entretanto oscurecía, y ella no

deseaba que sus visitantes se preguntaran qué estaba sucediendo.

—Te ruego que no te quedes demasiado tiempo, por lo menos esta noche —le pidió, y tan eficaces fueron sus dotes persuasivas que logró convencerle.

—De acuerdo —le concedió el comandante—, pero haz saber a tu visitante que no debe imaginar que sigo un capricho pasajero, puesto que llevo años deseando este encuentro. Y pídele, por favor, que tenga la mayor discreción. No estoy nada acostumbrado a estos lances, y es probable que mi manera de actuar sea más bien torpe.

Tras haber dejado bien claros sus deseos, se puso en marcha.

—¡Qué buen caballero es! —exclamó la esposa del gobernador.

La dama reflexionó entonces sobre lo que el aya de su hija había sido la primera en mencionar y que luego había repetido a menudo: «Le dije que no había que pensar en ello, pero ahora que le he visto, de buen grado le haría aguardar la luz de ese astro Boyero, aunque haya de cruzar el Río del Cielo para darle alcance. Es demasiado bella para emparejarla con un hombre normal y corriente. ¡Y pensar que yo, que me he pasado la vida en compañía de personas tan próximas a la barbarie, llegué a considerar que el teniente era un magnífico partido!». Lamentaba haber tenido semejante idea. La hermosa

columna en la que él se había apoyado, el cojín en el que se había sentado, el delicioso perfume que exhalaba a su paso..., todo le parecía único y maravilloso.

Ni siquiera quienes le veían con frecuencia dejaban de alabarlo.

—En las escrituras se leen cosas que tienen grandísimo mérito y, según el mismo Buda, exhalar semejante fragancia es ciertamente una de ellas. En el capítulo sobre el Rey de la Medicina [\[18\]](#) se menciona en concreto la madera de sándalo procedente de la Cabeza de Buey. [\[19\]](#)

—¡Qué nombre tan horrible! Pero cuando ese caballero está cerca,

comprendes cuánta razón tenía el Buda.

—Eso se debe a que desde su infancia se ha entregado a la oración.

Las mujeres siguieron hablando, y otra añadió:

—¡Me gustaría saber lo que ha sido en sus vidas anteriores!

La esposa del gobernador escuchaba todo esto y sonreía encantada. La esposa de Su Alteza le transmitió discretamente algo de lo que le había dicho el comandante.

—Una vez que le ha cobrado afecto a alguien, nunca flaquea, y su lealtad a esa persona llega a ser obsesiva; por ello, creo que deberías darle una oportunidad, aun cuando su situación actual ciertamente

parece requerir una gran cautela. En todo caso, estabas pensando en hacer que tu hija abandonara el mundo.

—Pensé que debería vivir allí donde no cantan las aves [\[20\]](#) sólo porque quiero ahorrarle dolor y desprecio. Sí, ahora que he visto con mis propios ojos cómo es él, creo que cualquiera desearía estar cerca de semejante caballero, aunque sólo fuese como una de sus sirvientas, y desde luego una mujer joven difícilmente podría dejar de interesarse por él. Pero para una tan indigna, eso sólo podría sembrar las semillas de un mayor pesar. Me parece que para cualquier mujer, de alta o baja cuna, con toda probabilidad esta relación supondría

sufrimiento en esta vida y en la próxima. Sin embargo, dejo el asunto por entero en tus manos. Sólo te pido que, al margen de lo que hagas, no la abandones.

Era una responsabilidad muy inquietante.

—Ah —suspiró la dama—, hasta ahora siempre he tenido fe en la veracidad de sus sentimientos, pero no es nada fácil prever el futuro. —No dijo más.

Al amanecer llegó, desde la residencia del gobernador, un carruaje con un mensaje de éste que transmitía enojo y amenaza. La mujer debía regresar.

—Perdóname, pero debo irme ahora —le dijo a su anfitriona— Espero que te encargues de todo. Te ruego que le

concedas refugio un poco más, y entretanto consideraré si debe vivir entre las rocas [\[21\]](#) o en otro lugar. No la rechaces, por favor, pese a lo indigna que pueda ser, y enséñale lo que necesite saber.

Esta primera separación era una dura prueba para la hija, pero de todos modos le complacía la perspectiva de pasar cierto tiempo en un entorno tan bonito y elegante.

El carruaje acababa de emprender el regreso bajo un cielo apenas iluminado cuando Su Alteza salió de palacio. Deseoso de ver nuevamente a su hijito, partió discretamente con una escolta mucho más modesta que de ordinario, y se

encontró de frente con la invitada que se marchaba. Ella hizo detener su carruaje, y Su Alteza acercó el suyo a la galería.

—¿Qué carruaje es ése, que sale apresuradamente cuando todavía está oscuro? —preguntó, intrigado. Gracias a su propia experiencia, reparó de inmediato en que de esa manera partía un hombre tras una visita secreta.

—Mi señora de Hitachi regresa a su casa —le informó uno de los hombres de la escolta de Hitachi.

¿Cómo, «mi señora»? Los jóvenes que formaban la escolta de Su Alteza se echaron a reír. La esposa del gobernador reconoció, entristecida, que eso había sido una exageración. Pero deseaba tener

la categoría de cualquier otra, por el bien de su hija, y ciertamente le horrorizaba imaginar a ésta reducida a un nivel tan bajo como el suyo.

Su Alteza entró en la mansión.

—¿Recibes visitas de alguien relacionado con Hitachi? —inquirió, todavía con suspicacia—. Algo parece suceder aquí, con ese carruaje y sus sirvientes, que se escabullen así en este hermoso amanecer.

Estas palabras ofendieron a su esposa.

—Era una amiga de Taifu —replicó—, de cuando Taifu era joven. No parecía tener nada interesante, pero hablaba como si estuviera pensando en algo determinado. Siempre estás insinuando

que tal o cual cosa provocará un desagradable chismorreo. Te ruego que no me acuses falsamente. [22]

Se apartó de él con un gesto encantador.

Su Alteza durmió, ajeno al alba, [23] hasta que la gente empezó a reunirse para atenderle, momento en que se dirigió al edificio principal. Allí encontró a los hijos de Su Excelencia de la Derecha jugando alegremente al go y a adivinar rimas. La enfermedad de la emperatriz no era grave, y se encontraba mejor.

Cuando regresó, unas horas más tarde, su esposa se estaba lavando la cabeza, mientras todas sus damas de honor descansaban. Así pues, se hallaba

prácticamente a solas. Le envió una muchacha paje, con la observación: «¡Buen momento has elegido para lavarte la cabeza! ¿He de languidecer aquí sin compañía?».

—Es cierto que mi señora suele ocuparse de su cabello cuando él está ausente —replicó Taifu—, pero por alguna razón no le apetecía hacerlo, y le advertí de que si no lo hacía hoy, no habría más días este mes, y el noveno y el décimo son inhábiles para ese menester.

[\[24\]](#) —La mujer estaba muy compungida.

El pequeño se hallaba en la cama, y todas las mujeres estaban con él. Su Alteza fue de un lado a otro sin objeto, hasta que, hacia el Oeste, [\[25\]](#) atisbo a

una muchacha paje a la que no conocía. Mientras la observaba, se dijo que debía de ser nueva. Entre las mamparas deslizantes había una estrecha abertura a través de la cual, a unos dos palmos de distancia, vio un biombo. En un extremo, contra las persianas, había una cortina con una de sus secciones alzada sobre el travesaño y, a través de ese espacio, se veían mangas extendidas, formadas por capas de brillante aster y flor de valeriana. Así pues, el único panel plegado del biombo permitía ver una escena sorprendente. Para ser una dama de honor recién llegada, parecía del todo respetable.

Su Alteza deslizó la mampara que

daba acceso al pasillo y se acercó más, pero ella no le oyó. Estaba recostada sobre un apoyabrazos, cerca de la terraza, contemplando el delicioso jardincillo que tenía ante sí, rodeado por la galería, con su profusión de flores de numerosos colores y sus altas rocas a lo largo del arroyo. Entonces él abrió la mampara un poco más y la miró desde el extremo del biombo, pero a ella no se le ocurrió pensar que pudiera tratarse de Su Alteza, y supuso que era alguien [\[26\]](#) que a menudo pasaba por allí. Cuando la muchacha se levantó, su estampa era tan adorable que la habitual proclividad de Niou le impidió dejar pasar el momento. Le asió la falda, cerró la mampara y se

sentó en el espacio entre dos biombos. Sorprendida, ella le miró desde detrás del abanico, con una encantadora expresión de timidez. Él le tomó la mano con que sostenía el abanico.

—¿Quién eres? ¡Ansio conocer tu nombre!

Ahora ella estaba asustada. Como prefería una absoluta cautela, él volvió el rostro para ocultarlo detrás de un biombo, y ella se preguntó si sería aquel comandante que, al parecer, había expresado tanto interés por ella. A juzgar por el perfume que exhalaba, podría serlo. Se sentía profundamente azorada.

Aquella inesperada presencia despertó las sospechas de su aya, que

abrió un biombo en el extremo de la habitación y entró.

—¿Qué es esto? —preguntó—. ¡Qué extraño es lo que ocurre aquí!

Sin embargo, habría hecho falta algo más que esa intromisión para disuadir a Su Alteza. Todo aquello no era más que un capricho, pero la facilidad de palabra que le caracterizaba le dotaba de tal elocuencia que el sol no tardó en ponerse mientras él seguía insistiendo:

—¡No permitiré que te vayas hasta que me digas quién eres!

Y, con toda naturalidad, se tendió al lado de la joven. ¡Era Su Alteza! El aya, muda de terror, lo comprendió por fin.

Encendieron faroles, y se oyeron

voces que anunciaban el regreso de su señoría. El sonido que producían los postigos al cerrarse se repetía por doquier, excepto en la habitación de la joven. En la que ésta ocupaba, un lugar destinado a otros menesteres, reinaba un considerable desorden, pues contenía un par de armarios altos con estantes y varios biombos enfundados. Cuando alguien se alojaba allí, dejaban abierto un tramo de la mampara deslizante para que sirviera de corredor, y por allí entró entonces Ukon, la hija de Taifu, que también servía en la casa, para cerrar aquellos postigos.

—¡Qué oscuro está! —exclamó—. ¡Vaya, aún no han encendido las

lámparas! Claro, tus mujeres se han dado tanta prisa en cerrar los postigos (sé que son difíciles de manejar) ¡que ahora no se ve nada!

Abrió uno de los postigos, y Su Alteza se sintió un poco azorado. Aquello era excesivo para el aya, una mujer impaciente y enérgica.

—¡Te ruego que me perdones! —replicó—. Algo escandaloso está ocurriendo aquí, y me fatiga tener que estar pendiente de todo. No puedo moverme.

—¿De qué se trata? —Ukon palpó a su alrededor hasta que tocó a un hombre sin manto de vestir pero deliciosamente perfumado, tendido al lado de una mujer,

y comprendió que Su Alteza había vuelto a sus malos hábitos. Dio por sentado que la mujer no tenía nada que ver con ello—. Oh, esto es en verdad desventurado. ¿Qué voy a decirle a mi señora? ¡Supongo que he de ir a verla enseguida y contárselo en privado!

Ukon salió de la estancia. La sorpresa y la consternación de aquellas mujeres no consiguieron que Su Alteza se inmutara. ¡Qué extraordinaria distinción tenía la joven! Pero ¿quién era? Estaba desconcertado. A juzgar por las palabras de Ukon, no podía ser una nueva dama de honor. Intentó en vano sacarla de su mutismo. Nada en su actitud mostraba repugnancia, sino que parecía a punto de

expirar, y él lo lamentaba tanto que amablemente hizo lo posible para que se sintiera mejor.

Ukon informó a su señora de lo que Su Alteza se proponía.

—¡Pobrecilla! —exclamó—. ¡Qué mal lo debe de estar pasando!

—¡Oh, no, ya vuelve a las andadas! La madre de la muchacha me recriminará que haya fracasado de un modo tan estrepitoso en el cuidado de su hija. Una y otra vez me dijo que sabía que, al dejarla aquí, no tenía ninguna necesidad de preocuparse.

Anonadada, se preguntó qué podría decirle a Su Alteza. A él no le pasaba desapercibida una sola de las mujeres que servían en la mansión, siempre que fuese

joven y atractiva... Por desgracia, tal era su naturaleza. ¿Cómo había dado con ella? Su consternación era demasiado grande, y no sabía qué decir.

—Su Alteza se divierte con los nobles de alto rango los días en que le visitan, y en general vuelve a casa muy tarde, por lo que, ya ves, todas las mujeres del servicio estaban descansando —le explicó la desdichada Ukon a Shôshô—. [27] Pero ¿qué se puede hacer? ¡Esa aya es audaz! Ha permanecido toda la noche con ella. ¡Pensé que fuese a sacarla de allí a rastras!

En aquel momento llegó un mensajero de palacio para anunciar que Su Majestad la emperatriz, que había empezado a

sentirse mal al oscurecer, se encontraba muy enferma.

—¡Podría haber elegido un momento mejor! —murmuró Ukon—. Debo decírselo a Su Alteza.

Se dispuso a salir, pero Shôshô la retuvo.

—Escucha, no le des una reprimenda demasiado severa —le pidió—. Imagino que ya es demasiado tarde, y sería una pérdida de tiempo.

—Oh, no, estoy segura de que ella sigue intacta.

«¡Qué horribles habladurías puede causar este capricho suyo! —se dijo su señora—. ¡Cualquiera con sentido común me despreciaría también por ello!»

Ukon fue a ver a Su Alteza y le transmitió el mensaje con una vehemencia superior a la de quien se lo había dado a ella.

—¿Quién lo ha traído? —preguntó él en un tono que indicaba su intención de no moverse—. Sólo tratas de alarmarme.

—Un servidor de la emperatriz, Vuestra Alteza. Ha dicho que se llamaba Taira no Shigetsune.

Su Alteza tendría que marcharse, tanto si le gustaba como si no, y puesto que le tenía sin cuidado que le vieran, Ukon fue en busca del mensajero y le pidió que fuese al lado oeste, de modo que Su Alteza pudiera seguir interrogándole. El sirviente [\[28\]](#) que había sido el primero

en transmitir el mensaje también se presentó.

—En estos momentos, el príncipe Nakatsukasa [\[29\]](#) está con la emperatriz —le informó—, y el comisionado acaba de irse. Cuando venía hacia aquí he visto su carruaje.

Su Alteza pensó que, en efecto, en ocasiones la emperatriz sufría aquellos ataques. De repente le azoró imaginar lo que los demás podrían pensar de él, y se marchó en medio de un aluvión de reproches y promesas de que volvería.

La visitante yacía sudorosa, sintiéndose como si acabara de despertar de una pesadilla aterradora. Su aya la abanicó.

—No podéis quedaros aquí —le dijo—. Es demasiado arriesgado y estáis demasiado recluida. Nada bueno puede ocurrir ahora que él ha ido a por ti de esa manera. ¡La perspectiva es atroz! Estoy segura de que es un gran señor, pero semejante conducta es inaceptable. Alguien que no tenga relación contigo podría pensar lo que quisiera, para bien o para mal, pero me he dado cuenta de que el chismorreo sería demoledor, y le he mirado furibunda, como el Sometedor de Demonios. [\[30\]](#) Él me tomó por una especie de espantosa sirvienta y me pellizcó la mano con fuerza... A decir verdad, fue muy divertido: ¡como si le hiciera proposiciones a una mujer de mi

categoría! Hoy ha habido en casa una gran discusión. Él la ha reprendido por no prestar atención a nadie más que a vos y olvidarse por completo de sus propios hijos, y por estar ausente cuando un nuevo pretendiente venía a la casa. Ha dicho que eso ha sido una vergüenza. Todo el personal lo ha oído, y lo han sentido por vos. Creo que la culpa de todo la tiene ese teniente. De no ser por ese matrimonio, aunque podrían tener sus diferencias y desacuerdos, se habrían llevado perfectamente bien, como hasta ahora. — Tenía lágrimas en los ojos.



Conducción de un caballo

La muchacha no estaba en condiciones de pensar en tales cosas. Yacía de bruces, profundamente avergonzada y llorando desconsolada, no sólo por la extraña experiencia que acababa de vivir, sino

también por lo que la esposa de Su Alteza podría pensar de ella. La preocupación del aya cedió paso a la alarma.

—¿Por qué estáis tan alterada? —le preguntó—. Una muchacha que no tiene madre, sí, en verdad está perdida. Ciertamente, carecer de padre no hace ningún bien en el ancho mundo, pero eso es mucho más fácil de soportar que ser objeto del odio de una madrastra rencorosa. Vuestra madre hará algo por vos. Os ruego que no estéis tan triste. Al fin y al cabo, el Kannon de Hatsuse está ahí, y sin duda se apiadará de vos. Habéis hecho el peregrinaje muchas veces, cuando en realidad no estáis acostumbrada a tales viajes, y ruego por

que tengáis la suerte de asombrar a cuantos os han menospreciado. ¿De veras creéis que al final todo el mundo va a reírse de vos? —Tenía una visión optimista de la vida.

Oyeron que Su Alteza se alejaba a toda prisa. Salió por la puerta lateral, presumiblemente porque estaba más cerca de palacio, y percibieron su voz. Tenía una soberbia nobleza, pero desearon taparse los oídos cuando pasó cerca de donde ellas estaban, tarareando un bonito poema antiguo. Le acompañaba una escolta de diez hombres, montados en caballos de distantes provincias.

La señora que ocupaba el ala de la mansión de Su Alteza en Nijô se

compadecía de su visitante y no le costaba nada imaginar lo molesta que debía de sentirse, pero le envió un mensaje como si no supiera nada de ello. «La emperatriz está enferma y Su Alteza ha ido a verla —decía—. Esta noche no regresará. No me encuentro del todo bien (tal vez me he indispuesto al lavarme la cabeza) y aún estoy levantada. Ven a verme. Debes de estar bastante aburrida.»

El aya se encargó de traerle la respuesta a su mensaje: «En estos momentos me encuentro muy mal. Tal vez más tarde, cuando me haya recuperado».

—¿Qué te ocurre? —inquirió ella de inmediato.

—No lo sé con exactitud. Me siento

muy enferma.

Ukon y Shóshô intercambiaron miradas.

—La pobre debe de sentirse totalmente abatida.

Era peor que si hubiera desconocido la situación de la joven. «El comandante habla como si tuviera algún interés en ella —se dijo—, pero ¡qué desvergonzada la considerará ahora! Ese hombre no tiene el menor dominio de sí mismo, y le gusta verter acusaciones falsas y ofensivas, pero parece ser muy indulgente con sus propios y un tanto extraños enredos. Por otro lado, aunque siempre se ha mostrado juicioso en sus manifestaciones, ahora parece enfrentarse a otra inmerecida

decepción. No he sabido nada de ella durante muchos años, pero es tan bonita y tiene tanto carácter que no puedo abandonarla ahora; es demasiado dulce y encantadora, y la vida es demasiado difícil y está llena de duras pruebas. Sé que mi posición también deja mucho que desear, pero, si bien podría haber tenido la misma clase de dificultad, admito que soy realmente afortunada porque no he caído nunca hasta el momento. Yo misma no tendría nada de que preocuparme si el comandante pudiera poner fin a sus fatigosas proposiciones.» El abundante cabello de la muchacha había tardado mucho tiempo en secarse, y se había fatigado al permanecer levantada. Con su

sencillo camisón blanco, [\[31\]](#) tenía un aspecto encantador.

Era cierto que su visitante no se encontraba bien, pero el aya insistió en que actuara.

—¡No puedes quedarte aquí! Debes ser juiciosa e ir a verla, o de lo contrario pensará que ha ocurrido algo. Déjame que les cuente la verdad a Ukon y las demás.

Entonces se aproximó a la mampara deslizante.

—Quisiera hablar con Ukon — solicitó, y poco después se presentó la dama de honor—. Ha ocurrido un incidente muy desagradable, y mi señora tiene fiebre. La pobrecilla se encuentra francamente mal y dice que agradecería

unas palabras de consuelo por parte de la princesa. Ella no ha hecho nada malo, pero, aun así, está muy apesadumbrada. Sería distinto si ya supiera un poco del mundo, pero no sabe nada, y creo que es muy digna de compasión.

Ayudó a su señora a levantarse y la acompañó.

Sostenida por su aya, la muchacha fue a sentarse ante la princesa, sin saber apenas dónde estaba y avergonzada de lo que todo el mundo debía de pensar de ella, pero al mismo tiempo mostrándose del todo inocente y dócil. De espaldas a la lámpara y cubriéndose el empapado cabello, tenía un aspecto tan impresionante como el de su hermanastra,

a quien las mujeres consideraban sin par. Ciertamente, era adorable. Ukon y Shóshô comprendieron que algo terrible iba a ocurrir si él decidía poseerla a toda costa. ¡Con qué facilidad Su Alteza admiraba a cualquier recién llegada cuya belleza no estaba, ni mucho menos, a la altura de la de aquella joven! Podían verla muy bien, dado que, en presencia de la princesa, ella no siempre podía tener la cara vuelta hacia el otro lado.

La princesa le habló en un tono muy afectuoso:

—Te ruego que no te consideres una forastera en esta casa —le dijo—. Recuerdo tanto a mi hermana desde que murió que preferiría no haberla

sobrevivido; pero es un gran consuelo verte, pues te pareces mucho a ella. No hay nadie más a quien yo le importe, ¿sabes?, y me haría muy feliz que tú y yo tuviéramos la misma afectuosa relación que tenía con ella.

La joven sentía una gran timidez, fuera del ambiente rural en el que siempre había estado inmersa. Tan sólo logró replicarle:

—Durante todos estos años me parecías muy lejana, y ahora que te veo me siento mucho mejor —le dijo con un tono de voz muy juvenil.

La princesa pidió que le trajeran ilustraciones y las miró mientras Ukon leía el texto. La timidez de la visitante no podía prolongarse indefinidamente,

aunque estuviera sentada ante ella, así que también miró las imágenes, con el rostro impecable y precioso a la luz de la lámpara. La dulce belleza de la frente y los ojos parecía exhalar fragancia, y la sencilla nobleza de sus modales recordaba de tal manera a la hermana que la princesa había perdido que ésta no podía concentrar la mirada en las ilustraciones. «¡Qué hermoso rostro! —se decía— ¿Cómo es posible que se parezca tanto a ella? Debe de haber salido a nuestro padre. Mi hermana se parecía a él y yo a nuestra madre, por lo que he oído decir a las viejas sirvientas. ¡Qué extraordinario es que otra muchacha se le parezca tanto!» Las lágrimas acudieron a

sus ojos mientras contemplaba a la visitante y recordaba el aspecto de los seres que había perdido. También la hermana perdida había sido muy dócil, pese a la majestuosidad de su actitud y sus ademanes; en verdad había sido discreta y complaciente en grado sumo. La joven que ahora estaba ante ella era tímida y parecía sentirse fuera de lugar, y tal vez por ello daba la impresión de que, comparada con la fallecida, carecía de su gentileza. Con un poco más de refinamiento no sería en absoluto indigna del comandante. Reflexionó sobre ello como una hermana mayor.

Casi había amanecido cuando se tendieron a dormir tras una larga charla.

La princesa le pidió a su hermanastra que se acostara a su lado y le habló un poco de la vida de su padre. A la joven le habría justado conocerle, y lamentaba no haberle visto nunca.

Las mujeres que estaban enteradas de lo que había ocurrido la noche anterior seguían susurrando, compasivas:

—Me pregunto qué ocurrió. Ella es preciosa. Esto no le traerá nada bueno, por mucho afecto que pueda tenerle la princesa. ¡Pobrecilla!

—¡No, no, eso no puede ser cierto! —intervino Ukon—. Su aya me ha contado toda la triste historia y, a juzgar por lo que ha dicho, no ocurrió absolutamente nada. Su Alteza se marchó tarareando y

silbando al estilo de «juntos y, sin embargo, no juntos». [\[32\]](#)

—Oh, vamos... Probablemente hizo eso a propósito. No sé qué pensar.

—Anoche, a la luz de la lámpara, ella estaba muy serena e impassible. Por su aspecto nadie habría dicho que hubiera pasado algo.

El aya pidió que le trajeran un carruaje y volvió a la residencia de Hitachi, donde informó del incidente a la madre de su pupila. La esposa del gobernador se quedó desconsolada. «Esto será un escándalo —se dijo, precipitándose en sacar sus propias conclusiones—. ¿Y qué puede estar pensando la princesa? En un caso como

éste, los celos no conocen rango.»

Se trasladó allí aquella misma noche. Por suerte, Su Alteza no estaba en casa.

—Ya sé que te traje a mi hija, increíblemente infantil, creyendo que aquí estaría a salvo, pero me temo que mi carácter es como el de una comadreja. [\[33\]](#) En casa me recriminan que sea así.

—No parece ser tan infantil como dices —replicó la princesa, sonriente—. Pero lo que me preocupa es que parezcas inquietarte tanto por ella.

La serena expresión de sus ojos hizo sentir a la mujer el aguijón de los remordimientos. Se preguntó en qué estaría pensando. No podía mencionar lo que realmente tenía que decir.

—Para mí es un gran honor que mi hija esté aquí contigo —replicó—. Siento como si una plegaria que elevé en el pasado hubiera sido atendida, cuando me dije que nadie volvería a menospreciarnos. Sin embargo, comprendo que debería haberme abstenido. Debería haberla enviado a las montañas, como me había propuesto al principio. —Lastimeras lágrimas acompañaban sus palabras.

—¿Por qué ha de preocuparte tanto el hecho de que esté aquí? Pase lo que pase, no tengo intención de rechazarla, y aunque a veces cierto caballero se porte mal, aquí todo el mundo lo sabe y permanece vigilante. Estoy segura de que ella no

sufrirá daño alguno. ¿Puedo preguntarte qué es lo que temes?

—No creo ni por un momento que debas retirarle tu buena voluntad, y en cuanto al hecho de que su padre prefiriese no reconocerla, jamás se me habría ocurrido mencionarlo. No, no recurro a ti por ello, sino más bien a causa de otro vínculo, el cual no dudo que respetarás.

[34] —Tras esta vehemente súplica, siguió diciendo—: Mañana y pasado mañana tiene que observar una estricta reclusión, y debería ir a algún lugar donde pueda hacerlo como es debido. Yo la traeré de regreso.

Se llevó consigo a su hija, lo cual supuso una triste decepción para la

princesa, pero ésta no intentó detenerla. La calamidad había trastornado de tal manera a la madre de la joven que se marchó sin ni siquiera despedirse como habría debido.

La esposa del gobernador disponía de una casita para las ocasiones en que tuviera necesidad de respetar un tabú direccional. Se encontraba en el distrito de Sanjô y era muy bonita, pero no estaba del todo terminada y le faltaba parte del mobiliario.

—¡Ah, qué mal lo estoy pasando contigo! —exclamó—. ¿De qué sirve vivir cuando absolutamente nada sale bien? Si sólo tuviera que cuidar de mí misma, me limitaría a desaparecer en

alguna parte y no sería nadie. En cuanto a esta relación con la princesa, la gente nos considerará ridículas si estamos demasiado cerca de ella, cuando su padre me enojaba tanto, y entonces sucederá algo espantoso de veras. ¡Oh, es terrible! Este lugar no es muy agradable, pero quédate aquí, por favor, y no permitas que nadie conozca tu paradero. Entretanto, te buscaré un alojamiento mejor.

Se dispuso a marcharse. Su hija rompió a llorar, en estampa conmovedora, mientras reflexionaba con desaliento sobre las cada vez más limitadas oportunidades de su vida. Por supuesto, la madre lamentaba todavía más que se echara a perder y anhelaba verla por fin

bien situada, pero tras aquel sombrío incidente le preocupaba que el mundo entero pudiera calificar a su hija de desvergonzada. A pesar de que era muy comprensiva, aún tendía a irritarse y actuar según su antojo. Hubiera podido mantenerla donde nadie la viera en la residencia de Hitachi, pero detestaba ocultarla así, y había preferido hacer las cosas de aquella manera. Sin embargo, durante muchos años nunca habían estado separadas, y ahora se sentían desconsoladas. Siempre habían estado juntas, día y noche.

—No olvides que en este estado la casa todavía no es segura —advirtió a la joven—. Recuérdalo. Pide que te traigan

todas las cosas y úsalas. He dado órdenes de que haya vigilancia nocturna, pero, aun así, estoy muy preocupada. El gobernador está enfurecido, y en casa la situación es muy desagradable.

Al marcharse tenía lágrimas en los ojos.

El gobernador consideraba al teniente una joya inapreciable, y, mientras se disponía a recibirle en consecuencia, estaba enojado con su esposa porque, de la manera más deplorable, no había querido sumarse al esfuerzo. Para ella, sin embargo, el teniente era la detestable causa de todos sus problemas. Denostaba a aquel hombre, dada la penosa situación en que se hallaba su propia joya

inapreciable, y en verdad prestaba muy poca ayuda en los preparativos. Él había parecido insignificante al lado de Su Alteza, y eso le había rebajado tanto en su estima que, pese a que en otro tiempo se había propuesto tratarle como a un tesoro, ahora había abandonado por completo tal idea.

«Me pregunto qué aspecto tendrá en mi casa —pensó—. Nunca le he visto con detenimiento.» Así pues, hacia el mediodía fue a observarle cuando él se encontraba tranquilamente con su nueva esposa. Estaba cerca de la terraza, contemplando el jardín, y vestía una prenda de color rojo ciruela sobre suave seda blanca asargada. Su apostura era

notable. ¿Cuáles eran sus defectos?

Su hija, que aún no había llegado a la edad adulta, yacía inocentemente a su lado. Formaban una pareja decepcionante, en comparación con el recuerdo que ella tenía de Sus Altezas uno al lado del otro. Él bromeaba con las mujeres que estaban cerca. En aquella actitud relajada no era el hombre al que ella había visto, insípido y proclive a causar vergüenza ajena, y estaba pensando que debía de tratarse de otro teniente cuando le oyó comentar:

—Su Alteza de la Guerra, por cierto, tiene una *hagi* de especial belleza. No sé de dónde habrá sacado las semillas. Las frondas son como éstas, pero poseen un encanto excepcional. Estuve allí el otro

día, pero no pude coger ninguna porque él se disponía a salir. Tarareaba «cuando uno se lamenta sólo al verlas desvanecerse». [35] ¡Ojalá pudierais haberle visto, muchachas! Luego compuso un poema propio.

«Vaya, vaya —susurró ella—, de modo que eso es lo que puede decir en su favor. Es indigno y, sí, ¡ofrece un patético espectáculo! ¿Cómo se atreve a ir por ahí lanzando poemas?» Con todo, no parecía ser del todo inculto, y ella pensó que podría ponerle a prueba. Le envió una nota con el poema:

*Reclamaste como tuya una plantita de
hagi de bellas frondas superiores;*

*dime, pues, qué clase de rocío ha
agostado las inferiores [36]*

Al leer esto, él sintió una punzada de culpa y replicó:

*Ah, de haber sabido que la plantita de
hagi procedía del páramo de Miyagi,
por nada del mundo habría preferido a
otra. [37]*

«Me gustaría mucho darte una explicación en persona.»

Ella se dijo que debía de estar al corriente de las hazañas de Su Alteza; y no podía pensar en otra cosa que en poner a su amada hija a la altura de su

hermanastra. De alguna manera, la figura del comandante seguía volviendo con afecto a su mente. Le había parecido tan espléndido como Su Alteza, de quien ya no quería saber nada. Le enfurecía pensar en la despreciable manera en que aquel hombre había abusado de su hija. El comandante, por su parte, se había abstenido de hacerle apresuradas propuestas, pese a lo mucho que ella le gustaba. ¡Qué discreción tan notable! Estaba impresionada, y ahora que pensaba en él sin cesar, reflexionó: «Entonces es evidente que una mujer joven le tendría aún en mayor aprecio. ¡Debería avergonzarme por haber deseado alguna vez que se uniera a ese horrendo

individuo!»). Nada le importaba salvo su hija, y tendía a sumirse en ensoñaciones en las que imaginaba que al final todo salía bien... Una perspectiva altamente improbable, pues, como se recordaba a sí misma: «Él es de alta cuna y de muy grande distinción personal, y la mujer a la que ha aceptado no es más común que él. ¿Qué podría hacer que se sintiese atraído por mi hija? A juzgar por mi experiencia, la valía o su ausencia, la distinción y la vulgaridad..., todo depende de la alcurnia con que uno nace, lo mismo que la belleza y el ingenio. ¡No hay más que ver a mis propios hijos! ¿Se parecen en algo a esta muchacha? Aquí todo el mundo considera espléndido al teniente, pero ahora que le

he visto después de conocer a Su Alteza, sé muy bien lo aburrido que es. Y en cuanto a ella..., ¿qué puede hacer sino sentir temor reverencial y vergüenza ante alguien que ahora está unido a la amada hija del emperador?». Sus pensamientos divagaban.

En la casa sin terminar había poco que hacer, las plantas del jardín eran deprimentes, las únicas personas que entraban y salían tenían rudos acentos del este, y no había una sola flor en cuya contemplación deleitarse. Los días y las noches se sucedían en aquel entorno desordenado y triste, y entretanto la joven pensaba demasiado en la princesa, a la que echaba de menos. También volvían a

ella las impresiones de aquella presencia tan inoportuna. ¿Qué le había estado diciendo? ¡Le había hablado durante tanto tiempo y con tal dulzura! Y el delicioso aroma que dejaba tras de sí... tenía la sensación de que aún podía notarlo. También volvió a su mente el temible recuerdo.

Su madre le escribió una carta muy conmovedora. Parecía estar muy inquieta y apenada por ella, pero la hija no podía creer que sus esfuerzos llegaran a servir de algo. Se echó a llorar. «¡Debes de sentirte tan aburrida y fuera de lugar! —le había escrito su madre—, pero te ruego que aguantes un poco más.» Ella le respondió: «¿Por qué habría de

aburrirme? Esto es muy bonito».

*Pura alegría sería para mí, y nada más,
si supiera tan sólo
que el lugar donde me encuentro ahora
no pertenece al mundo. [38]*

Al leer estos versos, tan propios de una joven, la madre rompió a llorar. ¡Qué duro era tener que enviarla lejos y hacerla tan desdichada! Le respondió:

*Busca, si lo deseas, un lugar muy alejado
de este penoso mundo,
pero aun así desearía verte objeto de
hombres y alabanzas.*

Este intercambio de sentimientos comunes las consoló a ambas.

El comandante yacía a menudo despierto por la noche, y cuando el otoño se aproximaba a su fin, era habitual que le invadieran tristes pensamientos acerca de aquella a la que nunca podría olvidar. En consecuencia, la noticia de que el templo estaba terminado le impulsó a trasladarse a Uji. Hacía tanto tiempo que no iba, que los colores de las hojas en las colinas le maravillaron. La casa principal, al principio desmantelada, había sido reconstruida con magnificencia. Recordó con qué frugalidad el difunto príncipe había vivido allí, y le añoró lo suficiente para desear que no hubiera cambiado

nada, lo cual le sumió en un estado de ánimo más reflexivo que de ordinario. Los muebles originales, de una sobriedad absoluta, así como los más refinados y femeninos, todos fuera de lo corriente, procedentes de la parte de la casa que ocupaban las hermanas, amueblaban ahora los aposentos de los monjes, junto con objetos más grandes y prácticos, como biombos de hoja de palma. El comandante había encargado nuevos y bonitos muebles, de un estilo apropiado para una casa de montaña, y ahora que estaban instalados el lugar tenía un aspecto bello y elegante.

El joven tomó asiento en una roca junto al arroyo del jardín y suspiró.

¿Por qué este claro arroyo, que fluye eternamente, ni siquiera retiene la incorpórea imagen de rostros amados y hace tanto desaparecidos?

Se enjugó las lágrimas y fue a hablar con la monja Ben. Al constatar su evidente aflicción, también ella pareció a punto de llorar. Él se sentó, apoyado en el dintel, y permanecieron allí largo rato hablando, con el borde de la persiana alzado entre ambos. Ben permaneció fuera de su vista detrás de una cortina portátil.

—Tengo entendido que una joven a la que conoces ha estado recientemente en casa de Su Alteza —le dijo él cuando la conversación le dio la oportunidad de

hacerlo—. Pero me apura demasiado visitarla allí. Te ruego que sigas transmitiéndole mis mensajes.

—El otro día recibí una carta de su madre —replicó Ben—. Parece ser que se ha trasladado a otro sitio debido a un tabú direccional. Últimamente la pobrecilla se ha ocultado en una curiosa casita. Su madre la traería aquí, donde cree que estaría del todo segura, si el lugar estuviera un poco más cerca, pero los empinados senderos de montaña le impiden decidirse. Eso es lo que me ha escrito.

—La gente siempre teme esos senderos de montaña, pero lo cierto es que jamás me canso de venir aquí. Me

siento abrumado al pensar en la clase de vínculo de vidas pasadas que puede explicarlo. —Como sucedía tan a menudo, tenía lágrimas en los ojos—. En fin, te agradeceré que te pongas en contacto con ella en su refugio. ¿No tienes intención de ir allá personalmente?

—Allí me sería fácil enviarle un mensaje vuestro, pero no tengo ningún deseo de ver la Ciudad. Ni siquiera voy nunca de visita a casa de Su Alteza.

—Pero ¿por qué? Eso sería muy comprensible si existiera la probabilidad de que el viaje provocara las habladurías de la gente, pero, sin duda, incluso los santos varones del monte Atago [\[39\]](#) abandonan la montaña de vez en cuando.

Lo santo es incumplir un gran voto para ayudar a un laico necesitado.

—Salvar a alguien sería excesivo para mí y, además, sin duda habría desagradables habladurías. —Estaba claramente atribulada.

—¡Pero ésta es la ocasión perfecta! —exclamó él, mostrándose más insistente que de ordinario—. Pasado mañana te enviaré un carruaje. Debes averiguar dónde se encuentra ella exactamente. Te prometo que mi conducta será intachable —concluyó sonriente.

«Esto no me gusta —se dijo ella—. ¿Qué se propone?» Sin embargo, no era aquél un hombre que actuara de un modo temerario o sin suficiente reflexión, y

sabía que también sería discreto en beneficio de ella.

—De acuerdo, lo haré. Parece ser que se encuentra no lejos de donde vivís. Primero debe recibir una carta vuestra. De lo contrario, si tiene la impresión de que he sido la iniciadora de todo esto, podría considerarme una entrometida anciana casamentera de Iga, [\[40\]](#) y no quisiera que pensara eso de mí.

—Escribir una carta es fácil. Lo malo son las habladurías de la gente. Podrían llegar a la conclusión de que ahora el comandante de la Derecha aspira a casarse con la hija del gobernador de Hitachi. Tengo entendido que a ese hombre le gusta hacerse valer.

Ben le demostró con una amarga sonrisa que le comprendía muy bien.

El comandante partió al anochecer. Pidió a su escolta que recogieran por el camino hojas otoñales y flores del bosque para dárselas a su esposa. Tenía esos bonitos detalles, pero la trataba con una reserva formal, y no parecía que hubiera mucha intimidad entre los dos. Sin embargo, le mostraba el mayor respeto, dado que Su Majestad había hablado del asunto a Su Alteza Enclaustrada, como podría haberlo hecho cualquier padre. Tener tantas y tan complejas preocupaciones privadas, además de cuanto debía hacer para satisfacer a la dama y al emperador, le dificultaba las

cosas en gran medida.

El día señalado, a primera hora, el comandante envió a uno de sus sirvientes de más confianza y a un boyero cuya elección se debía a que nadie le conocía.

—Reúne a varios hombres de mis fincas para formar la escolta —le pidió.

La monja se preparó y subió al carruaje, pese a su renuencia, porque él le había dicho que debía ir. Las colinas y los páramos le evocaron toda clase de viejos recuerdos, y llegó a su destino al final de una jornada que había pasado sumida en sus pensamientos. Entraron el carruaje en un recinto donde no había nadie, y ella anunció su llegada por medio del hombre que la había guiado hasta la casa. Una

persona joven a la que conocía de los peregrinajes a Hatsuse salió para ayudarla a apearse.

Tras monótonos días y noches en tan penoso lugar, la muchacha se mostró jubilosa por la llegada de alguien con quien podría hablar del pasado, y la invitó a entrar de inmediato. Después de todo, la monja había servido a su padre, y ella no tenía duda de que pronto serían íntimas.

—He apreciado el recuerdo de nuestro primer encuentro, y nunca he dejado de pensar en ti —empezó a decirle la monja—, pero, desde que he renunciado al mundo, ni siquiera visito a la princesa. Sin embargo, el comandante ha insistido tan enérgicamente que, aun

así, me he decidido a venir.

La joven y su aya, a quien él tanto había impresionado, estaban agradecidas por esa prueba de que él no las había olvidado, aunque les sorprendía la celeridad con que actuaba.

La noche casi había finalizado cuando unos discretos golpes en la puerta anunciaron la llegada de un mensajero de Uji. Ben supuso quién era, pero de todos modos ordenó que abrieran la puerta. Para sorpresa de todos, hicieron entrar un carruaje.

—Quisiera hablar con mi señora la monja.

El hombre tenía instrucciones de presentarse como administrador de una de

las fincas del comandante que se encontraban en las proximidades. Ben acudió a su encuentro. Caía una ligera lluvia, y un gélido viento introducía en la casa gotas acompañadas de una fragancia deliciosa e indescriptible. ¡Ah, de modo que era él! Su figura hacía latir con fuerza el corazón de cualquier muchacha, y todas tuvieron la impresión de que las había sorprendido sin que estuvieran preparadas para recibirle. De hecho, su llegada era tan inesperada que estaban trastornadas.

—¿Qué está ocurriendo? —se preguntaban unas a otras.

«He venido a contarte, sin que nadie nos moleste, los sentimientos que abrigo desde hace meses.» Tal fue el mensaje

que él le dio a la monja para que se lo transmitiera a ella.

¿Qué podía decirle? La joven no sabía qué hacer, y su aya se apiadó de ella.

—Ahora que está aquí, no podéis despedirle sin más —le dijo—. Informaré en secreto a vuestra madre. Está muy cerca de aquí.

—¡Eso es una tontería! —replicó Ben—. ¿Por qué has de hacer una cosa así? ¡Que dos jóvenes quieran hablar no significa que de repente cada uno vaya a serlo todo para el otro! Su señoría tiene una paciencia extraordinaria, es un hombre circunspecto, y jamás se tomaría ninguna libertad que no le hayan concedido.

Entretanto, la lluvia había arreciado y el cielo estaba muy oscuro. Los guardianes hacían la ronda, llamándose unos a otros con sus extraños acentos.

—Hay un tramo del muro, en el sudeste, que se ha derrumbado... Es un buen sitio para mirar.

—Si vamos a dejar que entre ese carruaje, hagámoslo y cerremos la puerta.

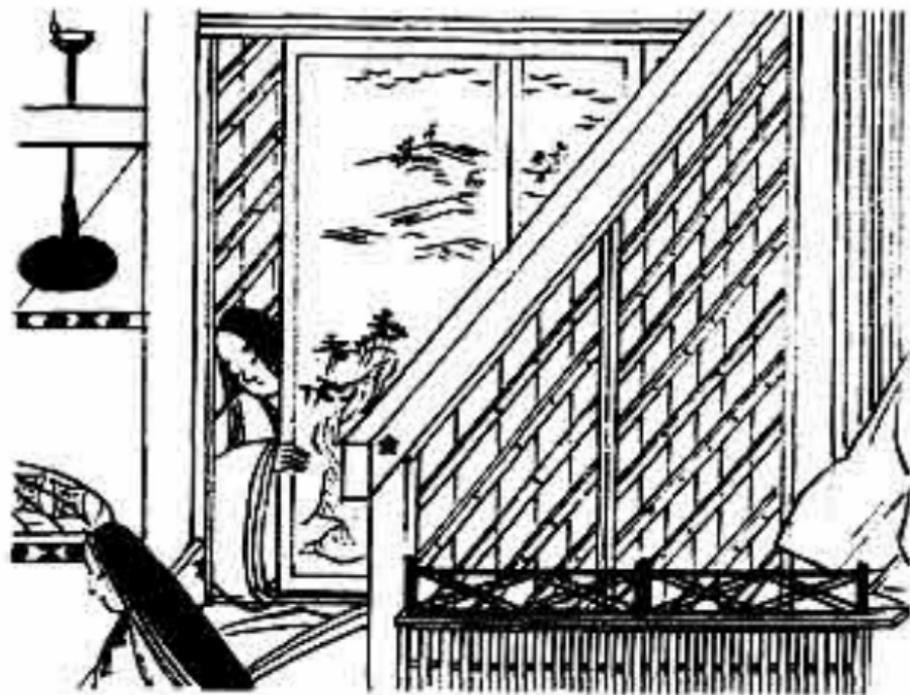
—¡Qué lentos son los hombres de la escolta del visitante!

Al comandante todo esto le parecía muy extraño y bastante alarmante. Se sentó en el borde de una rústica barandilla, tarareando «no hay una sola casa en el vado de Sano». [\[41\]](#)

*Tan espesa es la maleza que obstruye tu
puerta, oh, casita del este...*

*¡Demasiado, demasiado tiempo he
esperado bajo la lluvia inclemente! [\[42\]](#)*

La leve brisa que alzaba al sacudirse
las gotas de lluvia traía un aroma que
debía de haber asombrado a los aldeanos
del este.



Puerta deslizando

No podían disuadirle con excusas, por lo que le franquearon la entrada tras preparar un asiento en el pasillo meridional. Cuando su señora se mostró reacia a recibirle, la hicieron avanzar hacia él y entonces abrieron un poco la

puerta deslizante.

—Condenado sea el carpintero de Hida que hizo esta puerta. Nunca hasta ahora me había encontrado al otro lado de una puerta como ésta [43] —se quejó, y entró en la estancia.

No mencionó que iba en busca de una muñeca que fuese la imagen de otra mujer.

—Desde que me sorprendí al atisbarte a través de una ranura, te he deseado —se limitó a decirle—. Esto debe de ser cosa del destino. ¡Es extraordinario lo mucho que significas para mí!

Parece ser que esto fue lo que le dijo. Ella era tan dulce y grácil que se sentía profundamente conmovido, y la encontraba del todo digna de encomio.

Enseguida pareció como si hubiera amanecido, aunque no se oía el cacareo de los gallos, y de la cercana avenida llegaron voces que pregonaban unas mercancías que no significaban nada para él. Cargados con sus artículos en la cabeza, a la primera luz del día, aquellos seres le parecían demonios, pero la novedad de una noche pasada entre los hierbajos también era deliciosa.

Se oyeron los sonidos de los guardianes que abrían la puerta y se marchaban. Cuando oyó que los demás hombres entraban y se tendían, pidió que acercaran su carruaje a las puertas dobles. Entonces tomó en brazos a la muchacha y la subió al vehículo. Sus damas de honor

estaban horrorizadas. ¡Aquello era demasiado repentino!

—Pero, mi señor —protestaron—, ¡es el noveno mes! [44] ¡Esto no está bien! ¿Qué estáis haciendo?

La monja Ben no había previsto que él pudiera comportarse así, y se sentía muy ofendida, pero hizo lo que pudo por tranquilizar a las mujeres.

—Es evidente que su señoría tiene sus propios planes —les dijo—. No os preocupéis, por favor. Por más que estemos en el noveno mes, tengo entendido que mañana es el equinoccio. [45] —Era el decimotercer día del mes.

—Ahora no puedo ir contigo —le dijo ella—. La princesa podría enterarse de

que he estado en la Ciudad, y sería una extremada falta de tacto por mi parte que regresara sin decírselo.

—Preferiría que te disculparas más tarde —insistió el comandante, azorado al pensar que alguien pudiera informar tan pronto a la princesa—. Además, necesitaré tu ayuda cuando estemos allí. ¿Me hará también alguien más el favor de venir? —añadió.

La monja subió al carruaje con Jijû, que tenía una intimidad especial con su señora. El aya, la muchacha paje que había ido con Ben y las demás se quedaron atrás, llenas de asombro.

Ben supuso que no irían muy lejos, pero resultó que se dirigían a Uji. El

comandante había convenido un cambio de bueyes a mitad del camino. Al amanecer abandonaron la orilla del río Kamo y llegaron al Hôshôji. [46] Ahora que, a la luz del amanecer, Jijû distinguía mejor al comandante, el necesario decoro no impidió que le mirase sin recato, pasmada de admiración.

En cuanto a la joven, yacía de bruces, aturdida por la conmoción del inesperado viaje.

—Los trechos pedregosos son muy difíciles —comentó él, y la tomó en brazos.

El largo vestido de gasa de seda colgado para dividir el carruaje [47] brillaba a la luz del sol que acababa de

salir, y la monja se sentía terriblemente fuera de lugar. «¡Ah, a quien debería haber visto así con el comandante es a la hija mayor del difunto príncipe! — reflexionaba con tristeza—. ¡Qué extrañas sorpresas puede proporcionar la edad!» Fruncía el ceño y, pese a los esfuerzos por dominarse, lloraba. Su actitud le parecía espantosa a la insensible Jijû. «¡Esta mujer no debería estar presente en el feliz inicio de un matrimonio! —se decía—. ¿A qué viene ese lloriqueo en semejante ocasión?» Incapaz de ahondar en los motivos de la pesadumbre de Ben, daba por sentado que las personas mayores son demasiado proclives a las lágrimas.

Ahora la joven era suya, y el comandante la encontraba ciertamente hermosa, pero bajo aquellos cielos experimentaba una creciente sensación de pérdida, y cuanto más se internaban en las colinas, tanto más parecía espesarse la niebla a su alrededor. Sus anchas y largas mangas, mientras se recostaba en un apoyabrazos sumido en sus pensamientos, sobresalían del carruaje, una sobre otra, humedecidas por la bruma del río. El escarlata de su vestido desentonaba contra el azul de pétalo del manto: [48] se dio cuenta de ello en lo alto de una empinada cuesta, y se apresuró a recoger las mangas.

Ahora que ella es mía, para mantener vivo el recuerdo, ¡cómo se posa el rocío de la mañana

en gotas que caen raudas, sobre estas mangas tristemente humedecidas!,

musitó sin darse cuenta. Al oír esto, la monja humedeció todavía más sus mangas, y Jijû experimentó disgusto y consternación, pues le parecía que su feliz viaje había adquirido un carácter sombrío. El contenido gimoteo de Ben hizo aflorar las lágrimas a los ojos del comandante.

Preocupado por los sentimientos de la joven que estaba a su lado, observó:

—Me entristece pensar en la

frecuencia con que he recorrido este camino de montaña en el transcurso de los años. Levántate un poco y mira los colores de las colinas. ¡Qué callada estás!

Ella se irguió y, al verla contemplar el exterior con timidez, el rostro bellamente oculto detrás del abanico, al comandante le pareció notablemente similar a Ôigimi, salvo por su preocupante expresión de sumisión y pasividad. También su amor perdido había tenido algo de infantil, pero, por otro lado, ¡qué profunda capacidad de reflexión la suya! Su pesar, que aún no tenía ningún lugar adonde ir, parecía capaz de llenar los vastos y vacíos cielos. [\[49\]](#)

«¡Ah, tal vez su espíritu permanece

aquí y me contempla! —se dijo cuando llegaron—. ¿Y de quién es entonces la culpa, si yo mismo sigo deambulando así de un lado a otro?» Tras apearse, se aseguró de que ella estuviera cómoda antes de ir a otra parte. Era tan amable y le hablaba con tal gentileza, que ella, a pesar de los suspiros de inquietud por lo que su madre pudiera estar pensando, se armó de valor y también bajó del carruaje. La monja no quiso apearse en el mismo lugar, sino que pidió que llevaran el vehículo a su galería, algo que al comandante le pareció excesivo en un entorno que no requería tal meticulosidad. Como de costumbre, él hizo venir desde sus fincas a varios hombres que formaron

un bullicioso grupo. La monja sirvió la comida a la joven. Habían viajado a través de densos y sombríos bosques, pero allí el terreno estaba despejado y el ambiente era luminoso. Tras los días pasados en deprimente aislamiento, ella se sentía gozosa al ver cómo el emplazamiento en la orilla del río, así como los colores de las colinas, realzaban la hermosura de la casa y el terreno circundante, pero seguía preguntándose con nerviosismo qué se proponía hacer el comandante con ella.

Él envió cartas a la Ciudad. «Había dejado sin decorar los adornos del altar y, puesto que hoy es un día propicio, he decidido venir aquí. Sin embargo, ahora

no me encuentro bien, y también he recordado que debería observar un período de retiro. Me quedaré aquí hoy y mañana.» Esto es, más o menos, lo que escribió, tanto a su madre como a la princesa, su esposa.

Ella sintió timidez cuando él entró, todavía más apuesto con su atuendo informal, pero permaneció allí sentada sin experimentar la necesidad de ocultar el rostro. Creía que las capas de colores de sus prendas le sentaban bien, aunque eran un poco rústicas, y él no pensaba más que en la noble elegancia de Ôigimi, con aquellas prendas cómodamente suaves que vestía. Sin embargo, apreciaba la extensión de su hermosa cabellera y la

pulcritud con que estaba cortada. La princesa tenía un cabello muy bonito, pero el de la muchacha con la que ahora se encontraba era igualmente adorable. «¿Qué voy a hacer con ella? —se preguntó—. No quiero imaginar qué dirá la gente si la llevo a Sanjô, [\[50\]](#) pero, al mismo tiempo, no quiero tratarla como a una dama de honor más. No, debo mantenerla oculta durante algún tiempo.» Como sabía lo solitaria que iba a sentirse cuando él se ausentara, se pasó el día con ella, conversando. Se refirió al difunto príncipe y le contó toda clase de cosas divertidas, de la época en que Su Alteza vivía, pero ella seguía mostrándose tan tímida, tan avergonzada e incapaz de

responderle que él se sintió decepcionado. Recapacitó y llegó a la conclusión de que no importaba, de que incluso era mejor que no estuviera pulida del todo. Él sería su maestro. No sería la doble de Ôigimi si le gustara pavonearse como lo hacen los aldeanos, si se expresara con rudeza y hablara demasiado rápido.

Pidió que le trajeran el *kin* y el *sô no koto* que había en la casa. Ni por un momento, ¡ay!, supuso que ella sabría tocarlos, y en consecuencia los afinó él mismo. Se sorprendía tocándolos allí, algo que no había hecho en mucho tiempo..., desde la muerte de Su Alteza. La luna se alzó mientras él jugueteaba

nostálgicamente con las cuerdas. ¡La manera en que Su Alteza tocaba el *kin*, aunque nunca fue magistral, había tenido siempre tanta belleza y había sido tan conmovedora! Ahora lo recordaba, y le dijo a la muchacha:

—Habrías sido más sensible si te hubieras criado aquí con ellas. Incluso yo, que no tengo ningún parentesco con la familia, recuerdo a Su Alteza con gran afecto. ¿Por qué has tenido que pasar tantos años en un lugar como aquél?

Su perfil mientras yacía junto a él, profundamente azorada y jugueteando con el blanco abanico, era también de una perfecta blancura, y las gráciles líneas de su cabello le hacían recordar

dolorosamente a Ôigimi. «Sí —pensó—, debo inculcarle el gusto por esa clase de música.»

—¿Has tocado alguna vez un instrumento como éste, aunque sólo sea un poco? —le preguntó—. ¡Ah, querida mía! ¡Tienes que haber aprendido a tocar ese *koto*! [\[51\]](#)

—¿Cómo podría, cuando ni siquiera he aprendido jamás como es debido la manera de hablar de Yamato? [\[52\]](#) —replicó ella.

Él se dio cuenta de que no era poco despierta. Sabía que ahora le resultaría doloroso tener que dejarla allí y no poder ir a verla como quisiera. Sí, ciertamente debía de tener unos fuertes sentimientos

hacia ella.

Apartó el instrumento a un lado.

—En la terraza del rey de So, música de un *kin* nocturno [53] —cantó, y Jijû, que le escuchaba, y que sólo había conocido hombres sin más conocimientos que el tiro con arco, se quedó profundamente impresionada. En realidad, su admiración estaba un poco fuera de lugar, porque el color del abanico no significaba nada para ella, pues desconocía el relato. [54]

El comandante se preguntó, consternado, por qué había cantado precisamente aquellos versos.

La monja les trajo un refrigerio. Sobre la tapa de una caja había dispuesto, de la

manera más primorosa, hojas de colores, ramitos de hiedra y otros adornos similares, y la brillante luna reveló que en el papel sobre el que descansaban había unos robustos trazos a pincel. [\[55\]](#) Su premura por leerlos cuando los vio hizo que pareciera más hambriento que de ordinario.

*La hiedra ha mudado de color, pues es
otoño,*

*y, sin embargo, ¡cómo vive el pasado en
la brillantez de la luna!, [\[56\]](#)*

había escrito la monja con su caligrafía anticuada. Conmovido y un tanto avergonzado, él replicó:

El nombre de este lugar significa lo mismo de siempre, pero el amor que conocí

ha adoptado otro rostro a la luz lunar de nuestro aposento. [\[57\]](#)

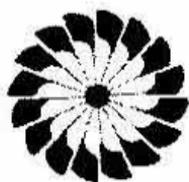
No había pretendido que eso fuese una respuesta, pero dicen que Jijû le llevó el poema a la monja.

Ukifune

Una embarcación a
la deriva

Ukifune («embarcación que se mueve empujada por la corriente», «embarcación a la deriva») es la imagen con la que Ukifune se compara a sí misma en su poema de réplica a Niou cuando cruzan juntos el río Uji en este capítulo:

*Puede que la perdurable tonalidad de la
isla de los Naranjos nunca cambie,
pero ahora no podemos saber adonde va
esta embarcación a la deriva.*



Relación con los capítulos anteriores

«Una embarcación a la deriva» empieza donde terminan «La casita del este» y «La hiedra», y cubre el comienzo del vigesimoséptimo año de Kaoru.

Personajes

El comandante, de 27 años
(Kaoru)

Su Alteza de la Guerra, de
28 años (Niou)

Su Alteza la esposa de Su
Alteza de la Guerra, de 27
años (Naka no Kimi)

Una joven, su
hermanastra, de unos 22 años
(Ukifune)

Una muchacha paje de
Naka no Kimi

Shóshô, dama de honor de Naka no
Kimi

El amanuense jefe y
ayudante del
comisionado de
Ceremonial, el señor Michisada,
al servicio de Niou

Nakanobu, suegro del amanuense
jefe y sirviente de Kaoru

Tokikata, vicegobernador de Izumo
y sirviente de Niou

Ukon, dama de honor de Ukifune

Jijû, dama de honor de Ukifune

La niñera, aya de Ukifune

La madre de Ukifune,
esposa del gobernador de Hitachi (Chûjô
no Kimi)

Ben, una monja de Uji (Ben no Ama)

El mensajero de Kaoru, un
miembro de su escolta

El mensajero de Niou

Su Excelencia el ministro
de la Derecha, de 53 años
(Yûgiri)

Un alguacil

Su Alteza no había olvidado aquel encuentro a la luz del crepúsculo, en el que estuvieron tan cerca. Ella no parecía ser una mujer de alcurnia, pero era ciertamente muy bella, y él, siempre un incorregible galanteador, se sentía irritado por la frustración de su deseo.

—¡Hay que ver el alboroto que armas por semejante nimiedad! ¡Nunca lo habría pensado de ti! —se quejaba desdeñosamente.

La consternada Naka no Kimi consideró la posibilidad de contárselo todo, pero lo pensó mejor. «Sin duda no le ha dado la recepción más elevada [1] —reflexionó—, pero le tiene suficiente apego para mantenerla oculta y a su

disposición, y si le hablara de ella a Su Alteza, no puedo imaginar que dejara las cosas tal como están. Es tremendo. Ha causado a las mujeres de aquí, a todas aquellas de las que se ha encaprichado, el agravio de perseguirlas incluso hasta su propia casa, y en cuanto a ella, es del todo seguro que hará algo terrible tarde o temprano, pues su interés por la muchacha no da muestras de remitir. Si se entera de sus antecedentes por otro conducto, el resultado podría ser un desastre para ambos, pero no hay manera de detenerle, y el hecho de que ella sea pariente no hará más que empeorar la situación. No, no permitiré que por mi culpa las cosas vayan mal.» En consecuencia, y a su

pesar, no le dijo nada al príncipe, y como el disimulo no estaba en su naturaleza, vivía su vida como podría hacerlo cualquier otra mujer que albergase sus celos en silencio.

Entretanto, el comandante mantenía un notable dominio de sí mismo. Siempre le dolía imaginar a la muchacha esperándole, pero su situación le daba escasa libertad de movimientos, y en ausencia de algún motivo plausible para emprender el viaje, le resultaba más difícil hacerlo que si los mismos dioses se lo hubieran prohibido. [2] De todos modos, se aseguró a sí mismo que cuidaría de ella como era debido. Sería su consuelo en aquella aldea de montaña; eso

era algo que ya había decidido, y tenía que idear misiones que le permitieran pasar allí varios días con ella. Sí, ahora que ella vivía donde nadie más podía hallarla, él sólo necesitaba convencerla de que aquella situación era la mejor; así nadie tendría nada que decir contra él. La discreción era lo que importaba. Sería aborrecible que la gente pensara que aquello había sucedido de repente, y se preguntara quién era ella y cuándo había empezado su relación. Eso iría en contra de lo que él tenía pensado. Además, no le gustaba imaginar cómo se sentiría la dama que vivía en casa de Su Alteza cuando lo descubriera. Tendría la impresión de que él había abandonado para siempre el lugar

donde la había conocido a ella. y de que había olvidado por completo el pasado. Tal vez se mostraba, como de costumbre, demasiado despreocupado. De todos modos, hizo planes para trasladar a la joven a la Ciudad y encargó en secreto que se llevaran a cabo los necesarios trabajos de construcción.



*Porteador que lleva un cesto con cenefa,
entre otros objetos*

Las damas de honor de Naka no Kimi se llevaron una considerable sorpresa al ver que él seguía atendiéndola tan fielmente como antes, aunque muchas y grandes tareas parecían reclamar ahora su tiempo. Ella había llegado a conocer el mundo bastante mejor, y cuanto más veía y

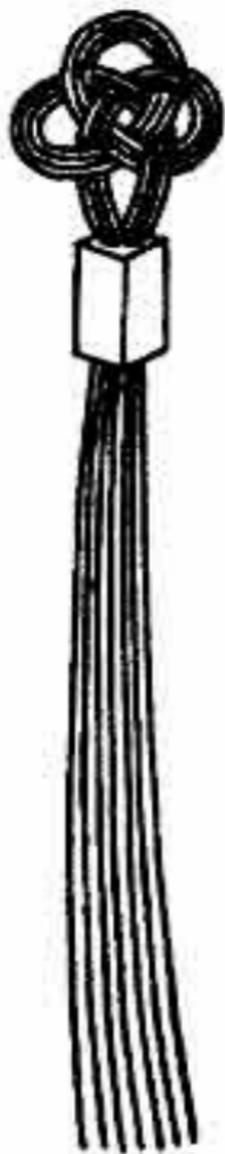
sabía del comandante, tanto más admiraba su inquebrantable lealtad al pasado, que ahora le parecía el auténtico modelo del perdurable homenaje a un recuerdo amado. Pero mientras la edad le concedía a él un creciente mérito personal y la estima pública, la indocilidad de su marido le hacía asombrarse a menudo de las extrañas intervenciones del destino. ¿Por qué no había terminado como su hermana había deseado, sino entregada a semejantes inquietudes y preocupaciones?

Sin embargo, no podía recibir con frecuencia al comandante. Los tiempos de Uji estaban ya lejanos, y quienes desconocían lo que Naka no Kimi significaba para él podrían considerarla

una auténtica plebeya por mantener así una vieja amistad; habida cuenta de quién era, sería mejor que evitara desacatar las exigencias de la convención. Por otro lado, una sensibilidad cada vez más dolorosa a las interminables sospechas de Su Alteza le hacía ser tan precavida que, sin poder evitarlo, se distanciaba de él. No obstante, él seguía mostrando hacia ella exactamente la misma consideración que antes. Entretanto, en contraste con su carácter disoluto, que tan desagradable le resultaba a Naka no Kimi, Su Alteza se mostraba entusiasmado con su hijo, que a medida que crecía era cada vez más encantador, hasta el punto de que dudaba de que pudiera tener otro como él, y su

cálido afecto por la madre, con la que se sentía tan a sus anchas, le permitía a ella sentirse un poco más segura que antes.

Fue a visitarla a comienzos del primer mes, y estaba jugando con su hijo, que por entonces tenía un año de edad, cuando, hacia el mediodía, una muchacha paje entró en los aposentos de la princesa con paso airoso y decidido, y le entregó una carta envuelta y escrita en papel delgado de color verde, un cesto con cenefa atado a un plantón de pino y una carta doblada al estilo formal.



Mazo de la liebre

—¿De dónde
procede todo esto?
—preguntó Su
Alteza.

—El mensajero
ha dicho que viene
de Uji y que es para
la señora Taifu, pero
no sabía qué hacer
con ello, así que yo
me he hecho cargo
—respondió la
muchacha, que
parecía muy agitada
—. He pensado que
debe de ser para mi
señora, como de

costumbre. ¡El cesto es de metal coloreado, [3] y el pino está tan bien hecho que casi parece real! — exclamó alegremente la sonriente muchacha.

—¡Ven aquí, yo también quiero verlo! —dijo Su Alteza riendo, e indicó con sus gestos que le acercara los objetos.

—Lleva las cartas a Taifu —ordenó Naka no Kimi, consternada.

Se había ruborizado, lo cual hizo pensar a Su Alteza que podría tratarse de mensajes bien disimulados del comandante. El hecho de que supuestamente procedieran de Uji hacía ciertamente plausible esa suposición. Él mismo tomó las cartas, aunque

comprendía que, si se trataba de tales mensajes, la situación sería en verdad comprometida.

—Entonces las abriré —afirmó—.

¿Te enfadarás conmigo si lo hago?

—¡Eso estaría muy mal! ¿Por qué habrías de leer unas cartas informales intercambiadas entre damas de honor?

La princesa se expresó así, con fingida serenidad.

—¡En ese caso las leeré! Siento curiosidad por saber cómo es una carta enviada por una mujer a otra.

Abrió una de las misivas, cuya caligrafía era muy juvenil.

«Ha finalizado el año y me he mantenido fuera de contacto durante

mucho tiempo —decía— Esta aldea de montaña es un lugar sombrío. Siempre hay niebla aferrada a las colinas.» Y a lo largo de uno de los márgenes la remitente había escrito: «Por favor, dale esto a nuestro principito, aunque me temo que es un regalo demasiado humilde». Nada en la misiva mostraba un carácter particular, y él no podía imaginar quién la enviaba, así que leyó con especial interés la carta doblada al estilo formal. La caligrafía también era femenina.

«¿Qué tal te va en el Año Nuevo? Deben de sucederte toda clase de cosas que te mantienen distraída. Aquí la casa es de veras muy bonita, pero no creo que sea muy idónea para mi señora. Ojalá

podiera visitar a Su Alteza de vez en cuando, en lugar de pasarse todo el tiempo alicaída. Le haría bien, pero pensar en ello parece acentuar su timidez y ponerla nerviosa. Ella envía un mazo de la liebre para el principito y dice que, por favor, se lo entregues cuando Su Alteza esté ausente.» Era una carta muy locuaz, y su autora insistía en sus sombrías circunstancias sin tener en cuenta que sus palabras no armonizaban con la estación.

[4] Él la leyó una y otra vez, intrigado.

—Bueno, dime, ¿quién ha escrito esto?

—Dicen que la hija de una de las mujeres que vivían en la aldea de montaña ha regresado allí por alguna razón —

respondió ella.

Sin embargo, Su Alteza reparó en que la dama en cuestión no parecía ser una simple mujer del servicio doméstico, y pensó de nuevo en aquel desafortunado incidente.

El encantador mazo de la liebre era con toda evidencia obra de alguien que disponía de mucho tiempo libre. Atado a una rama del plantón de pino ahorquillado y decorado con bayas, [5] había un poema:

*Aunque el hálito de la edad no ha tocado
aún este pequeño pino,
debes saber que encierra el sincero
deseo de que mi joven señor goce de*

El poema no era nada extraordinario, pero llamó la atención de Su Alteza al ver que debía de ser obra de la joven que tan a menudo ocupaba sus pensamientos.

—Respóndele. Debes hacerlo. No veo ningún motivo por el que deberías haberme ocultado esta carta. ¿A qué viene esa expresión de desdicha? En fin, voy a salir.

Cuando él se hubo ido, Naka no Kimi sostuvo una discreta conversación con Shóshô.

—Esto significa que hay dificultades a la vista, ¿sabes? ¿Cómo es posible que esa muchacha haya traído unas cartas que

a todas vosotras os han pasado desapercibidas?

—Si las hubiéramos visto, mi señora, no os las habríamos dado. Esa muchacha es una atolondrada y demasiado atrevida. No es muy prometedora... Las mejores son las sosegadas.

—Vamos, vamos, no debes enfadarte con ella. Es tan pequeña...

Le habían cedido a la muchacha, para que fuese su paje, el invierno del año anterior, y Su Alteza le tenía mucho afecto porque era muy dulce y bonita.

Su Alteza se dirigió a sus aposentos en el edificio principal «¡Qué extraño! — se dijo—. Tengo entendido que, en el transcurso de los años, el comandante ha

hecho varios viajes a Uji, y cierta vez alguien dijo que de vez en cuando incluso pernoctaba allí en secreto. En aquella ocasión pensé que había ido demasiado lejos al pasar las noches, tan sólo para honrar los antiguos recuerdos, en un lugar donde en cualquier caso no debería estar, ¡pero ahora veo que allí debe de haber alguien oculto!» Por fin todo parecía tener sentido.

Llamó a un amanuense jefe a quien empleaba por sus conocimientos de la cultura china y que, según recordaba, tenía una estrecha relación con la familia del comandante. El hombre se presentó, y el príncipe le pidió que sacara unas colecciones de poemas para adivinar

rimas y las dejara en un armario cercano.

—Por cierto —le dijo—, ¿sigue visitando Uji el comandante de la Derecha? He oído decir que el nuevo templo que ha hecho construir es magnífico. Me gustaría mucho verlo.

—Me han dicho que el templo es muy grande y hermoso, y que el salón para la Invocación Perpetua del Nombre es especialmente impresionante. Parece ser que el otoño pasado empezó a visitarlo con más frecuencia que antes. Algunos de sus sirvientes difunden el rumor de que tiene oculta allí una mujer, de la que debe de estar ciertamente prendado. Todos los hombres de sus fincas de los alrededores tienen órdenes de ponerse a disposición

de esa mujer, actuar como guardianes, etcétera, y él también le envía en secreto cuanto ella pueda necesitar de la Ciudad. El duodécimo mes pasado se preguntaban quién podría ser la afortunada mujer y hablaban de lo solitaria que debía de ser su vida allí. Eso es lo que me dijeron.

«¡Me alegro de haberlo preguntado!», se dijo Su Alteza.

—No habrás oído decir claramente quién es ella, ¿verdad? Allí siempre ha vivido una monja, y supongo que él la visita.

—No, Vuestra Alteza, la monja vive en la galería. La persona a la que se refieren ocupa la nueva casa principal, donde se ha instalado de manera muy

respetable con varias damas de honor muy distinguidas.

—Esto es fascinante. Pero ¿por qué la tiene allí y quién puede ser ella? Hay en verdad algo curioso en él; no es como los demás. Tengo entendido que Su Excelencia de la Derecha se queja de lo frívolo que es por dejarse atrapar por la religión hasta el punto de pasar alguna que otra noche en un templo de montaña, y, en efecto, yo mismo me he preguntado por qué ha de ser tan devoto en privado para seguir el camino del Buda. Su corazón sigue en esa aldea, según dicen, ¡pero entonces sólo se trataba de esto! ¡Vaya, vaya! ¡El hombre que pretende ser más valioso que ningún otro resulta ser el que

tiene un secreto totalmente insospechado!

No podía estar más regocijado. El amanuense jefe era yerno de uno de los sirvientes más íntimos del comandante, y era probable que oyera cosas que el comandante deseaba ocultar.

«¿Cómo podría comprobar por mí mismo si ella es o no aquella que encontré casualmente cierta vez? —se preguntó Su Alteza—. Debe de tener mucho más que ofrecer que cualquier muchacha atractiva, si la mantiene allí con tanto sigilo. ¿Y cuál es su parentesco con mi esposa?» Le molestaba en particular que su esposa y el comandante hubieran conspirado de una manera tan evidente para que él no la viera.

De momento, eso era todo lo que podía pensar. Una vez que hubo finalizado el concurso de tiro con arco y el banquete cortesano de Año Nuevo, y dispuso de más tiempo libre —puesto que el anuncio de la lista de nombramientos, [7] que era vital para los intereses de tantos, no le concernía—, se dedicó por entero a preparar un viaje en secreto a Uji. El amanuense jefe, que tenía ciertas esperanzas personales, estaba deseoso de hacer lo que fuera por satisfacer a Su Alteza, de día o de noche, y el príncipe requirió sus servicios para unos asuntos más íntimos de lo habitual.

—¿Estás dispuesto a llevar a cabo cualquier tarea que pueda imponerte, por

difícil que sea? —El amanuense jefe dijo que estaba a disposición de Su Alteza—. Me duele mucho decir esto —siguió diciendo el príncipe—, pero tengo motivos para creer que esa mujer que ahora vive en Uji es la que desapareció después de que yo mismo hubiera llegado a conocerla un poco, y que fue el comandante quien se la llevó. Pero no puedo estar seguro de ello, por lo que me gustaría verla para cerciorarme de si realmente es ella. ¿Cómo puedo tener la certeza de que no seré descubierto?

«¡Difícil asunto me propone!», se dijo el amanuense jefe.

—Para ir hasta allí hay que pasar por un trecho muy escabroso a través de las

colinas, mi señor —replicó, sin embargo —, pero el viaje no es demasiado largo. Podrías partir al caer la noche y estarías allí a la hora del Jabalí o de la Rata. [8] Entonces deberías ser capaz de regresar poco antes del alba. Sólo han de saberlo los hombres que os acompañen, y no hay ninguna razón para que tengan la menor idea de lo que estáis haciendo.

—Exactamente. He estado allí una o dos veces. Pero cualquiera que corra el riesgo de ser criticado por su conducta irreflexiva, como es mi caso, ha de sentirse por fuerza nervioso ante la interpretación que dará la gente a sus acciones.

En verdad sabía muy bien que no

debía hacerlo, pero ahora que ya había expresado sus intenciones, no podía abandonar la idea.

Eligió a varios sirvientes de su mayor confianza para que le acompañaran, entre ellos dos o tres hombres que lo habían hecho en el pasado, el amanuense jefe y, además, su joven hermanastro, un chambelán que había sido promovido al quinto rango. Una vez en camino, y tras asegurarse por medio del amanuense jefe de que no había ninguna posibilidad de que el comandante viajase allí aquel mismo día o el siguiente, rememoró los tiempos pasados. ¡Valiente cosa le hacía al hombre que siempre le había llevado allí impulsado por una profunda amistad!

Por supuesto, su marcha, incluso dentro de la Ciudad, probablemente sería observada, y sabía que no estaba en situación de emprender aquel viaje, pero, aun así, partió, a pesar del temor y la culpabilidad, disfrazado y a lomos de un caballo. [9] Cuanto más se internaban en las colinas, más fuerte le latía el corazón, mientras se preguntaba: «¿Llegaré alguna vez allí? ¿Cómo irá todo? ¡Y qué espantosa decepción si he de regresar sin haberme encontrado con ella!». Un carruaje le llevó a las proximidades del templo Hôshôji, pero a partir de allí prosiguió a caballo.

Avanzó con rapidez y llegó entrada la noche. El amanuense jefe se había

enterado de todo lo que necesitaba saber gracias al personal de la residencia del comandante que estaba familiarizado con la casa de Uji, de modo que logró evitar a los guardianes. Se deslizó a través de la valla de cañas que resguardaba el lado oeste, dañándola muy poco al hacerlo. No sabía qué dirección tomar a partir de allí, puesto que no había estado antes en aquel lugar, pero observó que había poca gente levantada, y en el lado sur de la casa principal vio el brillo de una lámpara y oyó un frufú de seda.

El amanuense jefe regresó al lado de Su Alteza.

—Todavía parecen estar levantados, señor —le informó—. Sólo tenéis que

entrar por aquí. [\[10\]](#) —Precedió a Su Alteza, franqueando la valla.

Su Alteza penetró en silencio y vio un postigo de rejilla con una abertura, pero la persiana de Iyo matraqueó de un modo alarmante cuando él se acercó. Desde luego, la casa era nueva y hermosa, pero no estaba perfectamente acabada, pues había brechas aquí y allá que no habían sido cubiertas; sin duda, suponían que nadie se acercaría jamás ni desearía echar un vistazo al interior. La tela de la cortina portátil estaba colocada sobre el travesaño, permitiendo ver a tres o cuatro mujeres sentadas que cosían a la brillante luz de la lámpara, y a una bonita muchacha paje que hilaba. El príncipe

reconoció la cara de la muchacha: sí, la había visto antes en casa, también a la luz de una lámpara. Cierto que la visión inicial podía ser engañosa, pero allí estaba aquella a la que llamaban Ukon. La muchacha a la que había ido a ver yacía con la cabeza sobre el brazo, contemplando la lámpara. Sus ojos y su frente, cubiertos en parte por su cabello, tenían una belleza cargada de maravillosa elegancia. Se parecía mucho a la dama que vivía en su ala de Nijô.

Ukon se disponía a coser un dobladillo.

—Pero si vais, mi señora —decía—, pasará algún tiempo antes de vuestro regreso. Está previsto que su señoría

venga definitivamente el día primero, una vez finalizado el asunto de la lista de nombramientos. Un mensajero nos lo dijo ayer. ¿Qué decía en su carta?

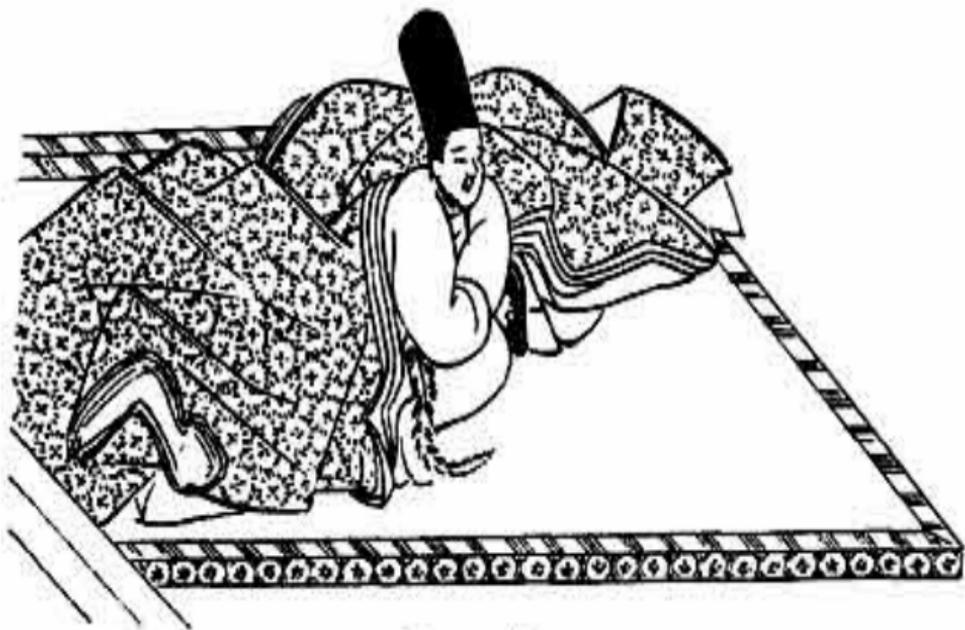
La muchacha, que parecía totalmente desanimada, no le respondió.

—¡Pensad en la mala impresión que daríais si pareciera que habíais ido a ocultaros! —siguió diciendo Ukon.

—Por lo menos deberíais escribirle, para hacerle saber que os habéis ido —añadió la mujer que estaba sentada al lado de Ukon—. ¿Cómo podríais permitir os desaparecer sin decir ni una sola palabra? Y debéis volver directamente una vez finalizado vuestro peregrinaje. Sé que aquí no sois feliz, pero disponéis de un

ambiente tan cómodo y silencioso como podéis desear, y creo que en casa de vuestra madre no tardaréis en sentirnos lejos de vuestro verdadero hogar.

—Sería mejor y mucho más fácil que aguardarais un poco más la llegada de su señoría —aventuró otra—. Una vez que él os haya llevado a la Ciudad, podréis ver a vuestra madre siempre que lo deseéis. Vuestra aya, con todos los respetos, muestra una terrible precipitación, y persuadió con demasiada rapidez a vuestra madre de que ésta era una buena idea. Siempre ha sido cierto, y lo sigue siendo, que al final prevalecen la paciencia y la precaución.



Ropas de cama

—Me pregunto por qué no pedís a la niñera [\[11\]](#) que no se mueva de aquí. ¡Los viejos pueden causar tantas dificultades!

Ukon parecía tenerla tomada con las personas como el aya. Su Alteza estuvo totalmente de acuerdo cuando rememoró aquella noche, y tuvo la sensación de que

debía de haberlo soñado todo.

Tras un poco más de charla de la misma penosa naturaleza, una de las mujeres observó:

—En cambio, Su Alteza de Nijô ha sido notablemente afortunada. Su Excelencia de la Derecha puede ser muy impresionante, pero a pesar de esas alharacas de grandeza, es a ella a quien le va muy bien desde el nacimiento del principito. No tiene a nadie que la acose con brillantes ideas. Al parecer, puede vivir en paz y pensar como es debido en cualquier cosa que haga.

—¡A ti también te irá muy bien si su señoría sigue siendo tan atento!

La muchacha se irguió un poco.

—¡No voy a escuchar esta clase de conversación! Podéis compararme, si queréis, con mujeres que me son completas desconocidas, pero os agradecería que no hablaseis así de Su Alteza. Sería vergonzoso que se enterase.

El príncipe se preguntó cuál sería el grado de parentesco entre las dos. Tenían un parecido muy grande. Sin embargo, la dama de Nijô era muy superior a aquella muchacha en distinción y noble elegancia. La que él estaba viendo a escondidas era ciertamente atractiva en todos los aspectos, pero eso era todo. En cualquier caso, ahora que la había reconocido como la que había ocupado continuamente sus pensamientos, no estaba dispuesto a

abandonar la empresa aunque observara en ella uno o dos rasgos discordantes y un toque de vulgaridad. Lo cierto es que, tras haberla contemplado a placer, siguió mirándola con fijeza, embargado por el frenético deseo de encontrar la manera de poseerla.

—¡Ah, qué sueño tengo! —dijo Ukon—. Por alguna razón, anoche dormí mal. Terminaré esta labor de costura mañana a primera hora. Incluso aunque tu madre venga tan rápido como pueda, su carruaje no llegará aquí hasta que el sol esté alto.

Recogió las prendas en las que había estado trabajando, las colgó en el travesaño de la cortina portátil y se tendió en un rincón, como si fuera a dormir. Su

señora fue a acostarse en un lugar más alejado del aposento. Ukon se levantó, fue un momento al pasillo norte, regresó y se tumbó a los pies de su señora.

Su Alteza comprendió que la soñolienta Ukon iba a sumirse de inmediato en la inconsciencia. Como no se le ocurría nada más, llamó suavemente a un postigo. Ukon le oyó.

—¿Quién es? —preguntó.

Cuando el visitante se aclaró la garganta y habló, la mujer supuso, por la dignidad de su voz, que el comandante debía de haber llegado. Se levantó y fue a su encuentro.

—Abre, por favor —le pidió él.

—¡Pero esto es extraño! ¡No os

esperábamos! ¡Y debe de ser muy tarde!

—Nakanobu ha dicho que tu señora va a emprender un peregrinaje, y la sorpresa me ha hecho venir aquí enseguida. He tenido un viaje atroz. ¡Vamos, abre!

Hablaba tan quedo e imitaba tan bien la voz del comandante que la mujer no sospechó la verdad y abrió el postigo.

—He tenido una experiencia aterradora por el camino... Por eso llevo este manto. Aparta la luz.

Ukon, muy nerviosa, retiró la lámpara.

—No permitas que nadie me vea, y no hagas levantarse a nadie sólo porque estoy aquí.

Había logrado hábilmente que su voz, que de todos modos se parecía un poco a

la del comandante, sonara igual. Entró en el aposento. Había dicho que algo aterrador le había sucedido, y Ukon, que le dirigía discretas miradas, lamentó que hubiera tenido tan desagradable experiencia y admiró la indumentaria que llevaba bajo el áspero manto. Era un traje muy suave y elegante, y su fragancia era tan deliciosa como siempre.

El príncipe fue directamente al encuentro de la muchacha, se desvistió y se tendió a su lado como si eso fuese lo más natural del mundo.

—Sin duda preferiríais vuestra habitación de costumbre, mi señor —le propuso Ukon, pero él no le respondió, por lo que ella le cubrió con las ropas de

cama y pidió a las mujeres que se apartaran un poco antes de volver a dormirse. En cualquier caso, no estaban acostumbradas a agasajar a su escolta.

—¡Qué notable es que haya venido así en plena noche! —murmuraron las mujeres—. ¡Ella no tiene ni idea de lo fuertes que son sus sentimientos!

—¡Chitón! ¡Guardad silencio! ¡Los susurros son especialmente molestos de noche! —Ukon les hizo callar antes de tumbarse también.

Horrorizada, la joven tendida al lado del príncipe se percató de que no era quien decía ser, pero él le puso una mano en la boca para evitar que gritara. Aquel ultraje era digno de alguien capaz de

hacer casi cualquier cosa, incluso en un lugar donde su comportamiento debería ser intachable. Si hubiese sabido desde el comienzo que era otro, ella podría haber ofrecido resistencia, pero ahora tenía la sensación de que estaba soñando. Entretanto, poco a poco, él le expresó lo dolorosa que había sido aquella ocasión y cómo había seguido pensando en ella desde entonces, pero la joven no tardó en comprender que se trataba de Su Alteza. Paralizada por la vergüenza, pensó en su esposa y lloró copiosamente, pues era por completo incapaz de hacer otra cosa. Su Alteza estaba más trastornado que jubiloso, y también lloró al pensar en lo imposible que podría serle estar de nuevo

con ella.

Amaneció, y la luz se fue intensificando. Los hombres del príncipe se acercaron aclarándose la garganta. Ukon los oyó y se dispuso a servir a su señora. Su Alteza, que no tenía el menor deseo de marcharse, sólo anhelaba pasar más tiempo con ella, y temía tanto no poder regresar nunca que decidió pasar el día donde estaba. «¡Allá ellos si van de un lado a otro de la Ciudad, buscándome por todas partes! —se dijo—. ¡Bien puedo gozar de la vida mientras dure!» La mera idea de volver en aquellos momentos le hacía sentirse como si realmente fuese a morir.

En consecuencia, llamó a Ukon.

—Tal vez pienses que me he vuelto loco, pero hoy no pienso marcharme. Di a mis hombres que se oculten en algún lugar de los alrededores. Tokikata irá a la Ciudad y dará alguna explicación plausible, como que estoy en un templo de montaña entregado a un retiro secreto.

Ukon, aterrada, trató de dominar el pánico que amenazaba con apoderarse de ella mientras contemplaba el error que había cometido la noche anterior. «Ya no hay nada que hacer y no tiene sentido tomárselo demasiado a pecho —se aseguró a sí misma—. Además, sólo conseguiría ofenderle. Si ella llegó a significar tanto para él durante aquel extraño encuentro, es evidente que el

inevitable destino de ambos entró en juego. Nadie en particular tuvo nada que ver con ello.»

—Parece ser que su madre vendrá a buscarla hoy, Vuestra Alteza —le dijo—. ¿Puedo preguntaros qué os proponéis hacer? Es demasiado tarde para informarle del destino que le ha sobrevenido a su hija. Este momento es inapropiado, por decir lo mínimo. Tal vez podría sugeriros que partáis hoy y regreséis cuando os venga bien, si todavía deseáis hacerlo.

«¡Bien dicho!», pensó él, y continuó en voz alta:

—Ultimamente he estado pensando tanto en ella que apenas sé lo que estoy

haciendo, y los chismorreos y las quejas de la gente ya no significan nada para mí. Estoy desesperado. ¿Emprendería un hombre como yo semejante viaje si tuviera alguna preocupación por sí mismo? Responde a su madre que, por ejemplo, hoy ha de permanecer recluida. Invéntate algo para evitarnos que alguien más descubra esto. Puedes ahorrarte cualquier otra sugerencia.

El hechizo del que era presa casi parecía haber hecho desaparecer toda preocupación por las críticas.

Ukon salió y habló con los hombres que habían confiado en despertar al príncipe.

—Éstos son los deseos de Su Alteza

—les dijo—, pero os ruego que le recordéis el mal cariz que tiene esto. Sin duda, su escolta puede disuadirle de una conducta totalmente escandalosa, aunque él mismo se empeñe en mantenerla. ¿Cómo es posible que le hayáis traído aquí, como si fuerais niños? ¿Y si un campesino le insultara?

El amanuense jefe permanecía en pie, pensando en lo desdichada que realmente era la situación.

—¿Y quién de vosotros es Tokikata? Bien, pues; he aquí lo que has de hacer.

La mujer le comunicó las órdenes de Su Alteza.

—¡Entonces partiré, temeroso de tu ira, tanto si él mismo lo desea como si no!

—replicó, riendo, Tokikata—. Hablando en serio, corrimos un gran riesgo al acompañarle cuando vimos lo interesado que estaba por ella. Pero basta... Oigo que los guardias se levantan. —Se alejó a toda prisa.

Ukon no tenía la menor idea de cómo impedir que todo el mundo averiguase lo que estaba pasando.

—Por ciertas razones, su señoría desea que no le vea absolutamente nadie —les dijo a las mujeres cuando se levantaron—. Lo que he deducido de su aspecto es que tuvo un grave percance cuando venía hacia aquí. Ha pedido que esta noche le traigan nuevas ropas de la Ciudad.

—¡Qué espantoso! —exclamaron las mayores— Dicen que las colinas de Kohata son aterradoras! Supongo que llegó disfrazado, como de costumbre, sin que nadie despejara el camino. ¡Oh, qué lamentable!

—¡Callaos! Sería una calamidad que los sirvientes se enterasen de esto.

Pensar en esa posibilidad le hacía temblar. ¿Y qué diría ella si ocurría lo más horroroso, si llegaba un mensajero de su señoría? «Oh, Kannon de Hatsuse —rezó desde el fondo de su corazón—, ¡concédeme tu protección a lo largo de este día!»

Aquel día la madre de la señora de Ukon iba a ir en busca de su hija para

emprender un peregrinaje a Ishiyama, [\[12\]](#) y también todas las damas de honor habían ayunado y realizado los ritos de purificación.

—Y, sin embargo, ella no va a poder ir —decían—. ¡Qué lástima!

El sol estaba alto, habían alzado las persianas y Ukon servía a la pareja. Pidió que bajaran las persianas de la cámara y fijaran en ellas un cartel que anunciase «En retiro». También ideó un relato sobre ciertos sueños amenazadores, por si la madre de su señora entraba en persona. En cuanto al agua para lavarse, se la presentó a Su Alteza como siempre lo hacía para el comandante, pero él se sorprendió cuando vio que su señora se

disponía a ayudarla.

—Lávate tú primero, querida —le dijo.

Ella, acostumbrada a la serena y caballerosa manera de ser del comandante, supuso que un hombre lo bastante ardiente como para estar convencido de que



moriría si lo separaban un instante de ella debía de estar, como decía la gente, «profundamente enamorado». Apenas podía creer lo que había sucedido. Ah, ¿qué pensaría la gente cuando se enterase?

Pensó primero en Su Alteza de Nijô; pero él, que no sabía nada de lo que estaba pensando, insistió:

—Qué cruel eres... Por favor, te suplico que me digas quién eres. No importa que tu categoría sea insignificante; ¡te amaré más por ello!

Ella no le respondió, pero sobre otras cuestiones le dio las respuestas más deliciosamente afectuosas, y él se quedó encantado.

El sol estaba alto cuando el grupo llegó a buscarla. Había dos carruajes, siete u ocho rudos hombres a caballo, como de costumbre, y un nutrido séquito, cuyos miembros parloteaban en su basto dialecto; para consternación de las

mujeres, entraron en el recinto de la finca.

—¡Ve y dile a su señoría que permanezca oculto! —le dijeron a Ukon.

Ella no sabía qué hacer. Pensó que podría decir que su señoría se encontraba allí, pero si alguien tan importante estaba ausente de la Ciudad, sin duda la noticia se difundiría y todo el mundo acabaría enterándose.

Sin decir nada a las demás mujeres, escribió a la madre de su señora: «Anoche le sobrevino su contaminación mensual, cosa que le decepcionó sobremanera, y durante la noche tuvo unos sueños tan espantosos que le he aconsejado una gran cautela durante todo el día. Así pues, se encuentra recluida.

Lamento en extremo decir que algo parece estar causándole trastornos». Después de escribir esto, dio de comer al grupo. También hizo saber a la monja que su señora estaría recluida y no saldría en todo el día.

Para la joven de la que tan prendado estaba Su Alteza, la mayor parte de los días transcurrían monótonamente, sin que hiciera más que contemplar con expresión ausente las brumosas colinas, pero no sucedió lo mismo aquel día, que pasó con rapidez, acelerado por un ardor que no podía soportar la puesta del sol. Era un día de primavera sereno y del todo apacible. Él no se cansaba de mirarla, [\[13\]](#) pues le parecía impecable y tenía un

delicado e irresistible atractivo, aunque era cierto que no podía compararse con la dama que ocupaba su ala en Nijô. La hija de Su Excelencia de la Derecha, tan deliciosa como era posible serlo a su edad, podía afirmar ciertamente su superioridad, pero, en aquellos momentos, para Su Alteza la joven que estaba ante él era incomparable y poseía a sus ojos unos encantos que jamás había conocido hasta entonces. En cuanto a ella, el comandante le había parecido tan apuesto que, sin duda, no podía haber otro como él, pero Su Alteza le parecía mucho más bello y fascinante.

Su Alteza pidió una escribanía y se puso a practicar caligrafía. Los

ideogramas que escribió apresuradamente eran tan bonitos y las ilustraciones que los acompañaban tan encantadoras, que sin duda se ganó el corazón de la muchacha.

—Debes mirar esto siempre que, por desgracia, sea incapaz de estar contigo —le dijo, y trazó un dibujo muy divertido de un hombre y una mujer tendidos uno al lado del otro—. Así es como desearía que estuviéramos siempre —añadió, y las lágrimas se deslizaron de sus ojos.

*Prometo que serás mi amor para
siempre, pero es muy triste
que la vida nos oculte si tendremos un
mañana.*

—Pero no —siguió diciendo—, es un error muy grande tener tales pensamientos. Rara vez puedo hacer lo que me place, y las intrigas que me rodean hacen que el deseo de morir se apodere de mí. ¿Cómo he logrado hallarte, después de que fueses tan cruel conmigo en aquella ocasión?

Ella tomó el pincel que él había mojado y escribió:

Jamás mi corazón me provocaría el llanto, si pudiera creer que la vida en este mundo nuestro es lo único que pronto puede cambiar.

Estaba claro que le estaba

reprochando sus futuras infidelidades. Él se sintió enternecido.

—¿Quién ha podido estimular tales sentimientos con sus veleidades? —le preguntó sonriente, y entonces hizo que ella se avergonzara al insistir en que le contara las circunstancias en las que el comandante la había llevado allí.

—Desearía que no me hicieras preguntas a las que no puedo responder —protestó ella como una niña.

«No importa, al final todo saldrá a relucir», se dijo él, pero no era muy correcto que quisiera enterarse a través de ella.

Llegó la noche, y Tokikata regresó de su misión en la Ciudad. Fue en busca de

Ukon.

—Había un mensajero de Su Majestad la emperatriz —le informó—, y Su Excelencia de la Derecha se quejó amargamente de la conducta de Su Alteza. Marcharse así, sin decir ni una sola palabra a nadie, es indecoroso en extremo y podría suponer una grave afrenta a su dignidad, y, además, las consecuencias podrían ser también desastrosas para él si el emperador se enterase. He insistido en que Su Alteza ha ido a visitar a un santo varón en las Colinas Orientales. ¡Pero ella es la única culpable! —añadió— ¡Las mujeres son las causantes de todo! ¡Mira en qué lío ha metido incluso a un simple sirviente, haciéndole mentir como

un bellaco!

—¡Buena idea ha sido esa de llamar a mi señora «santo varón»! Estoy segura de que por eso te será perdonada tu mentira. Pero, en serio, me pregunto a qué obedece esa extraña forma de comportarse que tiene Su Alteza. Sin duda, podríamos haber arreglado las cosas de un modo u otro, habida cuenta de quién es él, con sólo haber conocido su llegada de antemano.

Tales fueron las observaciones de Ukon sobre el particular. Fue a ver a Su Alteza y le informó de lo que acababa de oír. A él no le costó nada imaginar lo que estaba sucediendo.

—¡Qué fastidioso es no poder hacer

nunca nada! —se quejó a la joven que estaba a su lado—. ¡Cómo desearía ser durante algún tiempo uno de esos cortesanos libres como el viento! ¿Qué voy a hacer? ¡No puedo contentar siempre a todos aquellos a los que debería satisfacer! ¿Y cómo se lo tomará el comandante? Probablemente tendremos una buena relación de todos modos, [\[14\]](#) pero en realidad siempre hemos estado muy unidos, y difícilmente podré mirarle a los ojos si llega a descubrir lo que le he hecho. ¡Otra cosa que me preocupa es que le imagino capaz de olvidar que no te ha atendido como debía y culparte de esto! Debo llevarte a otro lugar para asegurarme de que nadie lo sepa jamás.

Se dispuso a partir, puesto que no podía pasar otro día con ella, pero, aun así, parecía haber perdido su espíritu entre las mangas de la joven. [\[15\]](#)

Sus hombres carraspearon para advertirle de que debía ponerse en camino antes de que amaneciera. Cruzaron juntos las puertas dobles, pero él no pudo ir más allá.

*Perderé mi camino como a nadie le
ocurrió jamás, pues me precede,
por el interminable sendero, el velo
cegador de mis lágrimas.*

Ella también estaba profundamente emocionada.

*Cuando estas mangas mías no sean lo bastante anchas para contener mis lágrimas,
¿cómo podré confiar, pobre de mí, en retenerte a mi lado?*

El príncipe montó su caballo mientras el viento silbaba en el gélido amanecer, sintiéndose como si el frío se hubiera apoderado de sus ropas y las de ella, [16] y tal era el dolor de la separación, que él podría haber vuelto si su escolta, reacia a entretenerse, no hubiera partido con gran apresuramiento, llevándose con ellos, aunque él apenas sabía lo que estaba haciendo. Los dos caballeros del quinto rango, el amanuense jefe y Tokikata

asieron la brida del caballo de Su Alteza, y ninguno montó su propio caballo hasta haber rebasado el empinado trecho a través de las colinas. El crepitar del hielo bajo los cascos de los caballos a lo largo del río evocaba soledad y desolación. El príncipe nunca había recorrido otro camino de montaña como aquél, ni siquiera en años anteriores, y reflexionaba sobre lo extraño que era tener semejante vínculo con aquella aldea.

Cuando llegó a Nijô, se retiró a descansar en su aposento, donde se sentía a sus anchas. La cruel manera en que la dama que vivía allí le había ocultado a la muchacha le encolerizaba demasiado como para poder hacer otra cosa. Sin

embargo, no podía dormir, y al cabo de un rato cedió a la soledad y el sufrimiento, y fue a verla. Allí estaba ella, desprevenida y muy bella, pero si bien él le concedía unas cualidades únicas, superiores a las de la muchacha que le había embelesado, veía también un parecido asombroso entre las dos, y, al entrar en el recinto rodeado de cortinas donde estaba el lecho, su aspecto era apesadumbrado y alicaído. Ella le siguió.

—No me encuentro bien —le dijo—. Me noto aprensivo, como si algo fuera a sucederme. Si así fuera, tu vida daría un cambio muy rápido, por mucho que te quiera. Él daría por fin satisfacción a su deseo. Sé que lo haría.

«Está diciendo las peores tonterías — pensó ella—, y además habla en serio.»

—Si él oyera las cosas terribles que dices, se preguntaría qué te he estado diciendo. Es demasiado penoso. La broma más informal puede ser difícil de soportar para alguien tan familiarizada con el infortunio como yo.

Desvió el rostro, y entonces Su Alteza empezó a hablarle en serio.

—¿Cómo te sentirías si realmente tuviera motivos para estar enojado contigo? ¿Es que no te he tratado bien? Algunas personas incluso se quejan, diciendo que pocos habrían hecho tanto por ti como yo he hecho, y, sin embargo, me consideras por debajo de él. Sin duda

interviene el destino, así lo entiendo, pero de todos modos es muy duro que me ocultes cosas como lo haces.

«¡Y qué notable destino me llevó a encontrarla por fin en Uji!», reflexionó, y el recuerdo hizo que acudieran lágrimas a sus ojos.

Su evidente emoción desconcertó a Naka no Kimi. ¿Qué habladurías podían haber llegado a sus oídos? Estaba consternada y no sabía qué replicar. «Primero me tomó obedeciendo a un capricho, y ahora parece tergiversar desfavorablemente todo lo que hago. Esto es lo que me ha valido su desprecio: el error que cometí al confiar demasiado en alguien a quien nada le obligaba a

ayudarme, y al empezar a sentirme agradecida por todo lo que él había hecho.» La tristeza que acompañaba a estas melancólicas reflexiones le daba un aspecto muy enternecedor. Él no deseaba todavía hacerle saber lo que había descubierto, así que había disimulado la causa de su irritación, por lo que ella creyó en serio que se refería al comandante y supuso que daba crédito a alguna tontería que alguien le había contado. Se sentía demasiado avergonzada para enfrentarse a él hasta antes de averiguar con seguridad si estaba o no en lo cierto.

El príncipe se sorprendió al recibir una nota de la emperatriz, y regresó a la

casa principal con el ceño tan fruncido como antes. La nota decía: «Ayer estuviste ausente, y ahora parece ser que no te encuentras bien. Por favor, ven a verme si has mejorado. Hace mucho tiempo que no nos vemos». Él no deseaba enojarla más, pero era cierto que no se encontraba bien, y aquel día no fue a palacio. Muchos nobles de alto rango le visitaron, pero él se pasó el día detrás de las persianas de su aposento.



Sombrero y manto de vestir

Al anochecer se presentó el comandante. Su Alteza le invitó a entrar y le recibió vestido de una manera muy informal.

—La emperatriz se ha preocupado mucho al saber que estabas enfermo —le dijo el comandante—. ¿Qué te ocurre?

Con el comandante delante de él, Su Alteza se sintió más agitado que nunca y no tuvo gran cosa que decir. «¡Vaya con el santo varón! —se dijo—. ¡Tú sí que eres

un excelente asceta de montaña, abandonando allí a una muchacha encantadora que te espera dócilmente durante días y meses interminables!» Jamás podría soportar la manera en que el comandante aprovechaba cualquier ocasión, grande o pequeña, de mostrarse como un pilar de virtud, y siempre trataba de bajarle los humos. Pero ¿qué podría haber dicho esta vez, tras el descubrimiento de semejante asunto? Sin embargo, no aventuró ninguna pulla al respecto, y se mostró enfermo de veras.

—¡Esto no puede ser! —le reconvino seriamente el comandante cuando se disponía a marcharse—. Una ligera indisposición puede volverse grave

cuando se prolonga durante días y días.
¡Cuídate, te lo ruego!

«Hace que uno se sienta tan pequeño... Me pregunto qué le he parecido a ella en comparación con él.» Así pensaba Su Alteza, porque ella ocupaba de tal modo su mente que todo se la recordaba.

La vida en Uji era muy aburrida ahora que se había cancelado el viaje a Ishiyama. El príncipe le escribió a la muchacha una carta en la que le daba las más serias garantías, pero el mero hecho de enviársela era una preocupación. Confió su entrega a un sirviente de Tokikata, un hombre que desconocía la situación.

Ukon explicó a las demás mujeres:

—Un caballero al que conocí hace tiempo vino con la escolta de su señoría, volvió a verme y me está cortejando de nuevo.

Sí, por entonces tenía una mentira a mano para cada ocasión.

Llegó el mes siguiente. [\[17\]](#) Su Alteza no podía emprender el viaje, pese a lo mucho que anhelaba hacerlo. «Dudo de que viva mucho más si esto sigue así», se decía lleno de pesadumbre.

El comandante iba allí discretamente, como de costumbre, una vez finalizada la época de mayor ajetreo en la corte. En el templo rendía culto al Buda, y tras distribuir obsequios entre los monjes que habían cantado las escrituras, al oscurecer

se encaminaba a la casa sin llamar la atención. No disimulaba su categoría con un humilde atuendo, así que, con su sombrero y su manto de vestir, tenía un aspecto imponente desde el momento en que entraba.

Ella no podía imaginarse con él (la mera idea la llenaba de terror y vergüenza) y, además, el recuerdo de aquel otro señor tan impetuoso hacía que pensar en recibirle fuese muy desagradable. «Noto que pierdo interés por cada una de las mujeres con las que he estado todo este tiempo», le había asegurado Su Alteza, y era cierto. Ella coligió que estaba enfermo desde aquella ocasión, por lo que ya no iba a ninguno de

los lugares que normalmente frecuentaba, y se rezaban plegarias por él. ¿Qué pensaría de ella si la oyera? La idea era atroz. En cambio, aquel visitante tenía una prodigiosa distinción y profundos sentimientos, y cuando le pidió disculpas por su larga ausencia, no lo hizo con un brillante discurso acerca de la añoranza y el arrepentimiento, sino con unas pocas palabras más elocuentes que cualquier ardiente soliloquio, pues tenía el don de despertar la más viva simpatía en los demás. Poseía, desde luego, una lánguida elegancia, pero también, y en un grado extraordinario, un carácter que inspiraba confianza en su perdurable lealtad. «¡Qué espantoso sería que alguien le hablara de

lo distintos que son ahora mis sentimientos! —se dijo ella—. ¡Qué impresión se llevaría! ¡Cuán equivocada estoy, y qué atolondramiento el mío, al preferir a quien insiste en asediarme con tan loco abandono!» La amargura de contemplar la posibilidad de que el comandante pudiera condenar su comportamiento y luego olvidarla le había dado un aire tan turbado y melancólico que él observó en ella una madurez y una comprensión mucho mayores desde su última visita. Con una punzada de dolor, él pensó que ella debía de notar la carga de sus muchos cuidados, viviendo allí con tan poco que hacer, y volcó en ella más atención que de ordinario.

—La casa que he mandado construir por fin está tomando forma —le dijo—. Fui a verla el otro día. El arroyo que cruza el jardín es mucho menos imponente que este río, y tendrás infinidad de flores que contemplar. Además, Sanjô, donde resido, no se encuentra lejos. Ya no estaremos tan separados como ahora, que siempre estoy preocupado por ti. Si todo va bien, te trasladaré allí esta primavera.

Esta información sobre su plan le recordó a la muchacha a la que el día anterior también él le había escrito, diciéndole que estaba buscando un lugar donde podrían reunirse confortablemente. «Supongo que no sabe nada de esta nueva casa —se dijo ella tristemente—. ¡Oh, no,

en modo alguno debo entregarme a él!» Sin embargo, recordarle tal como él se había mostrado entonces la obligó, a su pesar, a lamentar su cruel destino, y lloró.

—Era mucho más feliz antes, cuando dabas una impresión tan intensa de serenidad —le dijo él—. ¿Te ha llenado alguien los oídos con despreciables insinuaciones? Teniendo en cuenta quién soy, difícilmente vendría hasta aquí para verte si tuviera la más ligera intención de abandonarte, y, ciertamente, ¡no por ese camino!

Era el primer día del mes, y estaban tendidos cerca de la terraza, contemplando la luna en el crepúsculo. Él se entregaba en silencio a viejos y

conmovedores recuerdos, mientras ella suspiraba por las nuevas cuitas que le afligían. Ambos estaban absortos en sus problemas.

La bruma velaba las colinas, y en un arenal se habían posado unas garzas que le daban a la escena un toque perfecto, mientras el puente de Uji se extendía a lo lejos y por debajo de él pasaban embarcaciones cargadas de broza: una escena tan pintoresca que siempre le evocaba vividamente el pasado al comandante. La presencia de aquella joven a su lado habría tenido un efecto conmovedor incluso si ella no hubiera sido quien era, y su extraordinario parecido con la dama a la que él había

amado, así como el nuevo conocimiento que tenía ella de los asuntos íntimos y su creciente refinamiento, evidenciaban todavía más lo mucho que había aumentado el placer de su compañía desde la primera vez que él la había visto. De todos modos, las numerosas preocupaciones que una y otra vez atenazaban su corazón hicieron brotar lágrimas de sus ojos. Al ver que no había sido capaz de consolarla, él le dijo:

No, no se romperá la perdurable promesa que hizo el puente de Uji: nunca temas, pues puedes cruzar segura de que responderá a tu confianza.

«¡Espera y verás!»

Ella replicó:

*Cuando tan peligroso parece, por sus
muchas brechas, [18] cruzar el puente
de Uji,*

*¿pretendes que me crea que no fallará
jamás?*

Él sopesó la posibilidad de quedarse allí más tiempo, puesto que ahora le resultaba mucho más difícil dejarla, pero llegó a la conclusión de que sería contraproducente. Los rumores empezaban a correr con demasiada facilidad y, además, no tenía necesidad de exponerse, puesto que pronto las cosas serían mucho

más fáciles. Regresó a la Ciudad al amanecer. «¡Ciertamente se ha convertido en una mujer!», reflexionó al marcharse, con más afecto del que nunca había sentido hasta entonces.

El décimo día del segundo mes Su Majestad convocó un certamen de poesía china en palacio. Asistieron Su Alteza y el comandante. El primero cantó «La rama de ciruelo» de una manera encantadora, en el modo que convenía al momento. Sobresalía por encima de todos los demás, y sin duda era un error que estuviera prendado de una mujer tan poco digna de él.

Pronto se desencadenó una tormenta de nieve, con un fuerte viento, y la música

cesó de inmediato. Todos se cobijaron en los aposentos de Su Alteza en palacio, donde descansaron y tomaron un refrigerio. El comandante, que tenía un mensaje que enviar, se acercó un poco más a la terraza, donde a la débil luz de las estrellas pudo atisbar la nieve cada vez más espesa, y tarareó «Adorables mangas se extienden sobre su estrecha estera, esta noche de nuevo», [19] como si «la oscuridad lo cubre todo» [20] hubiera cobrado vida, pues poseía la gran habilidad de dotar del más extraordinario encanto a cualquier fragmento poético que deseara recitar.

¡De todos los poemas que podría haber elegido se había decantado por

aquél! Su Alteza yacía allí con el corazón palpitante, fingiendo estar dormido. «También él parece tener profundos sentimientos hacia ella —se quejó a sí mismo—. Creía ser el único a quien le importaban las mangas solitarias de esa muchacha, pero el pobre hombre siente lo mismo que yo. ¡Es demasiado duro! Cuando ha tenido un primer amor como él, ¿cómo es posible que me prefiera a mí?»

A la mañana siguiente, con el suelo cubierto por una espesa capa de nieve, Su Alteza, esplendoroso con la belleza de la juventud, acudió ante Su Majestad para presentarle su poema. El comandante tenía una edad cercana a la suya, pero sus dos o tres años más [\[21\]](#) parecían

proporcionarle tanta madurez y aplomo que podría haber sido expresamente utilizado como un modelo para los cortesanos. Todo el mundo convenía en que era perfecto como yerno imperial. En conocimientos y capacidad para ocuparse de los asuntos públicos no estaba, ciertamente, por debajo de nadie. Una vez leídos los poemas, todos se retiraron, tarareando el de Su Alteza, sobre el que estaban de acuerdo en que era el mejor, pero eso no significaba nada para Su Alteza, puesto que ni siquiera podía recordar lo que estaba pensando cuando lo compuso.

Lo que había colegido acerca de los sentimientos del comandante le imponía

una mayor vigilancia que hasta entonces, así que una vez más partió hacia Uji con infinita cautela. La nieve, que en la Ciudad parecía permanecer sólo para aguardar a un amigo, [22] tenía mucho más espesor en las colinas. Ahora era imposible seguir el sendero desierto, y sus compañeros casi lloraban de terror por los desastres que podrían sobrevenirles. El amanuense jefe, que era su guía, ejercía al mismo tiempo el cargo de ayudante del comisionado de Ceremonial (ambos puestos muy dignos); por ello resultaba divertido verle vestido para otro cometido, con los pantalones remangados.

En Uji estaban enterados de que Su

Alteza iba a visitarles, pero no se les ocurrió pensar que tendría que afrontar aquella nevada, y no estaban en absoluto preparados cuando, a altas horas de la noche, Ukon recibió un mensaje. Su señora estaba tan sorprendida y emocionada como la misma dama de honor. Ukon se había estado preguntando qué iba a ser de la joven y, ciertamente, también estaba inquieta, pero aquella noche debía prescindir de la cautela. De ninguna manera podía pedir a Su Alteza que se fuera por donde había venido, y, por lo tanto, tuvo una conversación con Jijû, otra joven con la que su señora se llevaba bien y que no carecía de buen juicio. «Éste es un asunto muy delicado —

le dijo—. Quiero que me ayudes a mantenerlo oculto.» Juntas le franquearon la entrada a la casa. Su perfume era especialmente penetrante, puesto que su ropa estaba húmeda a causa del viaje, y esa circunstancia podría haber causado problemas con facilidad, pero lograron hacerle pasar por el comandante, cuyo aspecto físico era muy similar al suyo.

Habría sido demasiado decepcionante tener que partir antes de que la noche hubiera terminado, pero le preocupaba que pudieran verle las mujeres de la casa. Por eso había pedido a Tokikata que se adelantara, con instrucciones de disponerlo todo a fin de que él pudiera llevar a la muchacha a una casa al otro

lado del río.

Tokikata regresó muy tarde aquella noche para informar de que todo estaba preparado. ¿Qué iba a hacer con ella? Este interrogante inquietaba incluso a Ukon, que acababa de despertarse y temblaba embargada por un frenesí de aprensión; temblaba como lo hace una muchacha paje después de haber jugado en la nieve. Su Alteza se había llevado a su señora antes de que ella pudiera decir ni una sola palabra de protesta. Ukon envió a Jijû con ellos y se quedó a cuidar de la casa.

Subieron a bordo de una pequeña embarcación como las que, vistas desde la casa, siempre parecían tan frágiles, y

mientras cruzaban el río a golpe de remo, la joven se sentía triste como si ambas orillas retrocedieran. Estaba entre sus brazos, aferrada a él, y Niou se sentía entusiasmado. La luna se deslizaba por el cielo del amanecer, [23] y las límpidas aguas del río se extendían a ambos lados de la embarcación.

—Ésa es la Isla de los Naranjos —les dijo el barquero, y se aproximó a la orilla.

Tenía la forma de una gran roca y estaba cubierta de asombrosos árboles de hoja perenne. [24]

—¡Míralos! —dijo Su Alteza—. Son bastante pequeños, ¡pero una verdura como la suya durará mil años! —Y

añadió:

*Pueden pasar muchos años, pero una cosa nunca cambiará: que mi corazón te pertenece,
pues eso te prometo ahora, junto a la Isla de los Naranjos.*

La muchacha estaba intrigada por el destino de su viaje:

Puede que la perdurable tonalidad de la Isla de los Naranjos nunca cambie, pero ahora no podemos saber adonde va esta embarcación a la deriva.

Tal era el momento, y tan adorable la

mujer, que también su poema le pareció a Su Alteza una delicia.

Llegaron a la orilla contraria y desembarcaron. Parecía demasiado cruel dejar que uno de los hombres del príncipe llevara a la muchacha, así que, ayudado por su escolta, caminó con ella en brazos, para consternación de quienes le observaban, pues no podían imaginar qué mujer había sido capaz de entusiasmarle hasta ese extremo. La casa, de factura modesta, había sido erigida por el tío de Tokikata, el gobernador de Inaba, en una de sus fincas. Aún no estaba terminada, y los biombos de paja trenzada (un material que Su Alteza no había visto hasta entonces) apenas ofrecían resistencia al

viento. Aún había montones de nieve a lo largo de la valla, y del plomizo cielo seguían cayendo copos de nieve.

El sol naciente brillaba en los carámbanos de los aleros, y a su luz la muchacha parecía incluso más adorable que antes. Él vestía con sencillez, dado el riesgo que comportaba el viaje, y ahora, tras quitarle a ella la prenda exterior, pudo deleitarse en la contemplación de su esbelta figura. A ella le avergonzaba no poco que la viera de aquel modo, apenas vestida (¡y pensar que se encontraba allí, ante un señor deslumbrante!), pero no podía esconderse en ninguna parte. Su vestimenta, formada por cinco capas suaves y cómodas, tenía unos dobladillos

y unas mangas exquisitos, y realzaban su belleza mejor que los colores superpuestos. Él no estaba acostumbrado a ver a una mujer vestida de un modo tan informal, ni siquiera a aquella con la que normalmente compartía su tiempo, e incluso eso le pareció una maravilla y una delicia.

Jijû también era una joven muy bonita. «¡Y pensar que hasta ella me ve así!», se lamentó su señora.

—¿Quién es? —le preguntó Su Alteza —. ¡No debes decirle quién soy!

Jijû estaba absolutamente impresionada. Entretanto, el encargado de la finca agasajaba a Tokikata como el miembro del grupo de rango superior,

instalándole al otro lado de la puerta deslizante que cerraba el aposento de Su Alteza. Con la voz temblorosa y llena de respeto, el encargado le hizo a Tokikata unas preguntas que el divertido sirviente no podía responder. Afirmó haber ido allí porque un maestro de yin—yang le había hecho una predicción aterradora, y no sólo se veía obligado a recluirse, sino también a hacerlo fuera de la Ciudad.

—No permitas que ningún desconocido se acerque a esta casa —le advirtió.

Por fin a solas con su amor, Su Alteza se pasó el día entregado a la intimidad sin que nada ni nadie les molestara. La idea de que ella debía de haber recibido al

comandante de una manera muy similar cuando la visitaba le provocó un violento acceso de celos, y habló del profundo respeto que el comandante le tenía a su esposa, la Segunda Princesa. Lamentablemente, no mencionó el retazo poético que acertó a oír en aquella ocasión. Entonces entró Tokikata, con agua para lavarse y alimentos.

—¡Será mejor que el honrado invitado no permita que le vean haciendo esto! — le advirtió Su Alteza en broma.

En cuanto a Jijû, que era una joven apasionada, todo aquello le parecía una formidable travesura, y se pasó el día encerrada con Tokikata.

Ahora la nieve blanqueaba el suelo, y

Su Alteza, al mirar hacia la vivienda de la muchacha, no veía más que las copas de los árboles a través de las brechas en la niebla. Las colinas brillaban bajo el sol poniente como si estuvieran recubiertas de espejos. Su Alteza empezó a contarle, con abundantes toques dramáticos, el peligroso viaje que había realizado la noche anterior.

Nieve en las colinas, hielo a lo largo de los ríos helados: por ti los hollé y, sin embargo, pese a ellos nunca perdí el camino para perderme en ti.

Y concluyó: «Aunque había un caballo en la aldea de Kohata». [\[25\]](#) Escribió con

unos trazos rápidos e informales, tras pedir una humilde escribanía que estaba a mano.

*Más rápido que la nieve, que desciende
para posarse al fin en la helada
corriente,*

*creo que me fundiré cuando aún esté
cayendo en medio del cielo,*

escribió ella, como para refutar las palabras de su amante. Él le reprochó que dijera «cuando aún esté cayendo en medio del cielo», [\[26\]](#) y ella se sintió avergonzada al reconocer que no había sido amable por su parte escribir tal cosa. Rompió la hoja de papel, y este gesto hizo

que él se sintiera más profundamente conmovido, y su elocuencia y la dulzura con que la trataba se alzaron a nuevas cimas de encanto cautivador.

Pasaron allí dos días tranquilos, durante los cuales los tiernos sentimientos del uno por el otro se hicieron más profundos, pues él había dispuesto que su «reclusión» durase ese tiempo. Ukon siguió dando excusas plausibles, y entretanto pidió que les enviaran ropa nueva. Aquel día peinaron el enmarañado cabello de su señora, y se puso una exquisita combinación de rosa ciruela sobre un violeta rojizo oscuro. Jijû prescindió del basto delantal que había llevado, y entonces Su Alteza lo tomó y le

pidió a su amada que se lo pusiera para traerle el agua de las abluciones. «Ah, si pudiera ponerla al servicio de mi hermana mayor, la trataría como a un tesoro! —se dijo—. Tiene numerosas mujeres de buena cuna, ¡pero dudo de que ninguna posea semejante belleza!». Se pasó el día con ella, entregados a los pasatiempos más anodinos.

Una y otra vez le aseguraba que tenía la intención de ocultarla en alguna parte, y trataba de conseguir de ella las promesas más solemnes en caso de que en el ínterin se presentara el comandante. Aquello era tan penoso que ella no podía responderle en absoluto, y sus lágrimas hacían que el príncipe tuviera la amarga convicción de

que, incluso en su presencia, en realidad él seguía siendo el dueño de su corazón. Durante todo el día derramó lágrimas y expresó reproches, y muy entrada la noche la llevó de regreso a casa. La llevó él mismo en brazos, como lo había hecho antes.

—Él nunca haría esto por ti, ¿sabes? —le dijo—, ese hombre que significa tanto para ti.

Ella tuvo que convenir en que probablemente no lo haría, y asintió con un gesto encantador. Ukon abrió las puertas dobles para que entrara, y los dos se separaron. El emprendió el viaje de regreso embargado por la dolorosa sensación del anhelo insaciable.

El príncipe volvió a Nijô, como solía hacer en aquellas circunstancias. Se encontraba muy mal, no comía nada y cada día estaba más pálido y delgado, hasta que en palacio y en otros lugares cundió la alarma por los cambios de su aspecto, tanto que, en medio de la creciente conmoción, él ni siquiera le envió a la muchacha una carta apropiada. Mientras tanto, en Uji, ella apenas podía leer en paz lo que él le enviaba, porque su entrometida aya, que había estado ausente para asistir al parto de una hija suya, había regresado.

A su madre le consolaba saber que, a pesar de que el alojamiento de su hija era bastante inadecuado, sin duda el

comandante lo remediaría, y ahora, regocijada al imaginar las ventajosas consecuencias cuando él hubiera llevado a cabo su plan de acercar a la joven, empezó a reunir a damas de honor y bellas muchachas paje y a enviárselas a su hija. Ésta siempre había esperado ilusionada la mudanza, pero cada vez que pensaba en aquel otro pretendiente tan insistente, su actitud acusadora y sus numerosos reproches aparecían vividamente ante ella, y sólo tenía que dormirse para que él apareciera en sus sueños. Todo esto le causaba una gran turbación.

Había llovido sin cesar durante varios días, y Su Alteza había llegado a la insoportable conclusión de que, en

aquellas adversas condiciones, le sería imposible cruzar las colinas. «¡Ah! —se decía, sin agradecer los cuidados que le habían prodigado sus regios progenitores—. ¡Pobre gusano de seda en el capullo de sus padres!» [\[27\]](#) Mientras pergeñaba para ella algunos de sus interminables pensamientos, escribió:

*Oh, tristeza de los días en que los
mismos cielos se oscurecen y no puedo
ver*

*las nubes que cubren el lugar donde
estás a través del incesante velo de la
lluvia.*

Las cosas que le escribía de una

manera más informal eran las que procuraban el mayor placer a su destinataria. Como no era muy dada a las cavilaciones, no podía distanciarse de sus ardientes sentimientos, y, sin embargo, el caballero que la había pretendido antes, sí, él era el más serio y noble, así como el primero que ella había conocido, y sin duda era eso lo que alimentaba su preocupación. «¿Qué ocurriría si él se enterase de esta desdichada situación y llegara a rechazarme? ¡Qué golpe sería también para mi madre, puesto que anhela tanto que él venga a buscarme! Y ese hombre tan ardiente... Me han dicho que es un galanteador impenitente, lo cual muy bien podría ser cierto; no obstante, podría

ocultarme en algún lugar de la Ciudad y seguir cuidando de mí sin olvidarme. Pero entonces hay que considerar los sentimientos de la princesa, puesto que nada en este mundo permanece oculto durante mucho tiempo... Al fin y al cabo, lo único que él necesitó fue aquella única y extraña noche y, con toda seguridad, me encontró, por lo que es evidente que su señoría también descubrirá lo que me ha ocurrido.» Tales eran sus pensamientos. Reflexionaba también sobre lo terrible que sería que su desliz volviera en su contra a su señoría cuando llegó un mensajero con una carta de aquél.

La idea de leer ambas cartas al mismo tiempo le repelía, pero se tendió a leer la

más larga. Jijû y Ukon intercambiaron miradas. «Sí, es a él a quien quiere», fue el mensaje que se transmitieron.

—Y es muy comprensible —añadió Jijû—. Yo misma había pensado que su señoría era tan apuesto como puede serlo un hombre, pero lo cierto es que Su Alteza es extraordinario. ¡El encanto que tiene cuando bromea! Yo no podría resistirme, si estuviera en el lugar de ella y él me mostrara tanto afecto. Entraría de inmediato al servicio de Su Majestad la emperatriz para poder estar siempre con él.

—Me preocupas, de veras. En fin, no veo quién podría ser mejor que su señoría. El aspecto exterior está muy bien,

¡pero hay que pensar en el carácter y el comportamiento! No, Su Alteza deja mucho que desear. Ah, ¿qué va a ser de nuestra señora?

Así hablaban las dos mujeres. Ukon se alegraba de que ya no estaba sola para urdir sus mentiras; era un alivio contar con una cómplice.

La carta de su señoría decía: «Te ruego que me perdones por mi silencio, pero he estado pensando en ti. Si me escribieras de vez en cuando, no pediría más. ¿Es posible que imagines que ya no me importas?», y otras cosas por el estilo. En un margen del papel había añadido:

¿Cómo le irá a ella, la de esa distante

*aldea donde se alzan las aguas,
cuando estos días las interminables
lluvias amortajan con oscuridad los
cielos?*

Y concluía: «Pienso en ti más que nunca». Era una carta doblada a la manera formal, escrita en papel blanco. Aunque la caligrafía tenía poco estilo y encanto, revelaba una marcada distinción.

La de Su Alteza, muy larga y con nudos muy prietos, le proporcionó un placer similar.

—Ésta es la que deberías responder primero, antes de que nadie te vea —le propuso Jijû.

—¡Oh, no, no podría de ninguna

manera, hoy no! —respondió avergonzada, y entonces escribió ella misma:

Sé que el nombre de esta aldea es ahora mi destino, y Uji para mí, en esta tierra de Yamashiro, sólo significa más dolor. [28]

Ella miraba una y otra vez la ilustración que Su Alteza le había dejado, y lloraba. La idea de irse a alguna parte y no volver a verle debía de ser muy dolorosa para ella, aunque a menudo se recordaba a sí misma todas las razones por las que su relación no podía durar.

*Una oscura nube cargada de lluvia que
envuelve en melancolía las severas
colinas:*

*eso es lo que deseo ser, y deslizarme
toda mi vida a la deriva.*

«¡Oh, unirme a las nubes!» [\[29\]](#) Tal fue su respuesta, y cuando Su Alteza la leyó, rompió a llorar sin poder contenerse. «¡De todos modos, realmente parece quererme!», se dijo. Lo único que podía ver ahora era una imagen de su amada sumida en la melancolía.

Su señoría, aquel fiel y leal caballero, leyó tranquilamente la réplica de la joven e imaginó con profunda simpatía lo alicaída que debía de sentirse. La añoraba

mucho.

Ninguna pausa en las lluvias me alivia de la solitaria reflexión sobre mi suerte, y las aguas suben y suben, hasta que inundan estas mangas mías, [30]

le había escrito la muchacha. Él miraba con fijeza la misiva y no podía soltarla.

Estaba hablando con su esposa, la Segunda Princesa.

—No me atrevía a hablarte de esto por temor a que pudieras sentirte ofendida —le dijo— pero desde hace años conozco a una mujer que vive en un lugar distante y sombrío, donde languidece, y me preocupa tanto que he pensado en

traerla para que viva cerca de aquí. Siempre he tenido una visión de las cosas distinta a la de la mayoría, y me había propuesto vivir de un modo diferente a como ellos lo hacen, [\[31\]](#) pero no puedo abandonarlo todo ahora que te tengo a ti; y es por ello, ¿sabes?, por lo que me siento solidario y, al mismo tiempo, culpable con respecto a una persona de la que hasta ahora no le había hablado a nadie.

—No entiendo por qué habría de contrariarme —replicó la Segunda Princesa.

—Pero alguien podría hablar con el emperador y hacer que lo interpretara mal. La gente puede expresarse de una manera muy cruel... Aunque no creo que

ella vaya a despertar tanto interés.

Él estaba dispuesto a trasladarla a la casa que había construido, pero aborrecía la idea de provocar insidiosos rumores y de que la gente dijera: «¡Ah, de modo que para esto es la nueva casa!». Así pues, se dirigió muy discretamente nada menos que a Nakanobu, el suegro del amanuense jefe, que era comisionado del Tesoro y le parecía de confianza, para las tareas de instalación de los paneles deslizantes y otras similares. En consecuencia, Su Alteza se enteró inmediatamente de todo.

—Ha elegido a íntimos de su escolta de guardias de palacio para las pinturas, [\[32\]](#) pero, aun así, ciertamente parece gustarle mucho el lugar —explicó el

amanuense jefe.

Su Alteza, casi fuera de sí, recordó a una vieja aya que había cuidado de él, una mujer que estaba a punto de trasladarse a una provincia distante donde su marido sería el nuevo gobernador.

—Me relaciono con una mujer en secreto y necesito ocultarla durante cierto tiempo —le dijo en tono suplicante.

El marido del aya se preguntó quién podría ser ella, pero de todos modos decidió que un deseo de Su Alteza equivalía a una orden.

—Como gustéis, señor —replicó, y su consentimiento alivió un tanto al príncipe.

El grupo del gobernador iba a partir a finales de mes, y él decidió trasladar allí

a su amada ese mismo día.

«Éste es mi plan. ¡No digas ni una sola palabra a nadie!», decían sus repetidos mensajes a Uji. Pero por entonces le resultaba del todo imposible trasladarse allí en persona y, además, le advirtieron de lo difíciles que podía llegar a poner las cosas aquella aya sabelotodo.

Entretanto, su señoría el comandante había decidido partir el décimo día del cuarto mes. «Si una corriente me llamara, oh, iría»: [\[33\]](#) no era ése el estado de ánimo de la joven en la que él pensaba, pues estaba horrorizada y próxima al pánico, incapaz de decidir lo que debía hacer, hasta que llegó a la conclusión de

que, después de todo, una estancia en casa de su madre le daría algún tiempo para pensar. Por desgracia, la esposa del teniente [34] no tardaría en dar a luz, y en la casa vibraban continuamente las letanías y los cánticos de las escrituras, hasta tal punto que un viaje a Ishiyama juntos parecía del todo imposible. Un día, su madre la visitó. El aya salió a recibirla.

—¡Su señoría nos proporciona a todas espléndidas ropas! —le informó—. Me habría gustado haberme encargado yo misma de nuestro vestuario, pero estoy segura de que mis pobres esfuerzos habrían estado muy por debajo de semejante magnificencia.

Siguió parloteando de esta guisa, pero su agitación sólo hizo que su señora se preguntara cómo se sentirían todos si el temible secreto saliese a la luz convirtiéndola en el hazmerreír del todo el mundo. «Ese hombre que insiste en que me quiere a toda costa —se decía—, daría conmigo aunque me desvaneciera en la espesura de las montañas, donde se alzan óctuples nubes, [35] y entonces los dos nos veríamos en serias dificultades. ¡Hoy mismo ha enviado un mensaje diciéndome que debo estar preparada para ir a ocultarme! ¿Qué voy a hacer?» No sabía cómo enfrentarse a semejante situación, y se acostó sintiéndose enferma.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó su

madre—. Estás terriblemente delgada y pálida.

—Últimamente no se ha encontrado muy bien —añadió su aya—. No tiene apetito y muy a menudo está indispuesta.

¿Cuál podía ser la causa? ¿Tal vez un espíritu? Todo el mundo se preguntaba qué le sucedía realmente.

—Canceló el viaje a Ishiyama, pero ahora me pregunto por qué creyó que debía hacerlo —observó su madre.

Aquello era demasiado atroz. La muchacha miraba fijamente al suelo.

El sol se puso y apareció una luna brillante. Ella recordó la luna que se cernía en el cielo aquel amanecer, y no pudo reprimir las lágrimas. «¡Oh, no

debo, no debo!», se dijo.

Su madre se puso a hablar del pasado y llamó a la monja Ben, que le describió cómo había sido la hija mayor del difunto príncipe, mencionó su sentido de la responsabilidad a toda prueba y le contó cómo se había consumido ante sus ojos.

—¡Si viviera, sería como la querida señora de Su Alteza! —dijo Ben—. Estarían en contacto, ¡y ellas, que en otro tiempo estuvieron tan tristes y solas, gozarían ahora de las bendiciones de la buena fortuna!

«¿Es entonces mi hija diferente a ellas? —reflexionó la madre—. ¡Sí, será igualmente digna, una vez que haya alcanzado el destino que merece!»

Entonces le dijo a Ben:

—En el fondo siempre he estado muy preocupada por mi hija, pero ahora que, según parece, va a trasladarse a la Ciudad me siento un poco mejor, aunque eso signifique que ya no podré venir aquí. Siempre es un placer reunirme contigo para hablar serenamente del pasado.

—El infortunio que parece aferrarse a mí siempre me ha disuadido de buscar vuestra compañía demasiado a menudo o durante largo tiempo, pero, aun así, este lugar estará muy solitario cuando ella se haya ido. Sin embargo, me alegraré mucho por ella, porque no me gusta nada verla obligada a vivir en semejante entorno. Espero no haber pecado de excesivo

atrevimiento al recordarle la evidente importancia que tiene que un señor de tal condición sin par la corteje como lo hace.

—Lo que traerá el futuro, una no puede saberlo, por supuesto, pero, en cuanto al presente, sé que ella debe a tu amable intervención el constante interés mostrado por él. También la dama de Su Alteza fue bondadosa en extremo al recibirla tan amablemente, y lo lamenté muchísimo cuando aquel desdichado incidente me recordó lo vulnerable que ella es.

La monja sonrió.

—Tengo entendido que la afición al galanteo de Su Alteza causa tales problemas que jóvenes muy distinguidas

prefieren no servir allí. Es un excelente caballero en todos los demás aspectos, pero, según la hija de Taifu, en ese particular las cosas pueden complicarse mucho, si la princesa se siente ofendida.

«¡Bien puedo imaginarlo! — reflexionó la joven que estaba allí tendida —. ¡Imagina, entonces, cómo me siento!»

—¡Qué lamentable! Ahora su señoría goza del privilegio de estar casado con la hija de Su Majestad, pero no están muy unidos, y me he tomado la libertad de decidir que, para bien o para mal, poco es lo que yo puedo hacer al respecto. No obstante, si ella tuviera esa clase de mala conducta, no querría saber nada más de ella, por atrocemente doloroso que pudiera

ser.

Esto fue un golpe demoledor para su hija. «Quiero morir —se dijo—. ¡Tarde o temprano el terrible secreto se difundirá!»

Fuera de la casa, las aguas del río fluían con amenazador estrépito.

—No todos los ríos suenan como éste. No es de extrañar que él se haya apiadado de la muchacha, ¡cuando ha de permanecer tanto tiempo en un lugar tan lúgubrementemente agreste! —observó la madre con satisfacción.

Una de las mujeres le habló de lo rápido y amedrentador que el río siempre había sido.

—El otro día el nieto del barquero falló al sumergir el remo y cayó al agua.

¡Este río ha engullido a tanta gente!

Todas las mujeres presentes estuvieron de acuerdo.

La muchacha reflexionó: «Si desapareciera, todos estarían trastornados durante un tiempo, pero si vivo y al final soy objeto de burlas, cuando suceda algo terrible, este sufrimiento será interminable». Por lo que ella podía ver, no había nada capaz de detenerla, y eso ciertamente pondría fin a sus cuitas, pero de todos modos era un pensamiento muy triste. Allí tendida, fingiendo que dormía mientras escuchaba a su madre, se hundía cada vez más en la desesperación.

Su madre le comentó al aya lo delgada y enferma que parecía la muchacha, y le

dio instrucciones sobre las plegarias y los ritos de purificación que debían llevarse a cabo. [36] Siguió exteriorizando su inquietud, sin saber cuánto anhelaba su hija ser purificada en una corriente de lustración. [37]

—Creo que necesitará más mujeres. Busca algunas de confianza, que hayan tenido una educación apropiada, y deja aquí a las nuevas muchachas. Su Alteza la esposa de su señoría probablemente se tomará a bien todo esto, pero podrían darse situaciones desagradables si sucediera algo entre ellas. Y recuerda siempre que debes ser discreta. —No dejaba nada al azar—. Pero me preocupa mi otra hija, que lo está pasando muy mal

en casa —dijo finalmente, y se dispuso a partir.

Sin embargo, la hija que acababa de escucharla estaba muy alicaída, porque creía que jamás vería de nuevo a su madre.

—¡Me siento tan enferma y soy tan desdichada lejos de ti! —le suplicó—. ¡Por favor, déjame acompañarte y estar algún tiempo contigo!

—Ojalá pudiera, pero allí hay una barahúnda. Las mujeres son incapaces de hacer nada por iniciativa propia, y la casa es en verdad demasiado pequeña. Me escabulliría para verte incluso si te marcharas a Takefu, [\[38\]](#) pero, pobrecilla mía, no soy lo bastante importante, ni

mucho menos, para poder hacer algo por ti ahora. —Las lágrimas se deslizaban por sus mejillas mientras hablaba.

Llegó una carta de su señoría: «¿Cómo estás? Tengo entendido que te has encontrado mal. Ojalá pudiera ir a verte personalmente, pero por una razón u otra me es imposible. ¡Últimamente me resulta mucho más difícil ser paciente!».

[\[39\]](#)

Por otro lado, al carecer de respuesta el día anterior, Su Alteza le escribió: «¿Por qué vacilas? ¡Estoy tan preocupado por ti al ver cómo sopla el viento! [\[40\]](#) Ahora sólo puedo pensar en ti». Su carta, toda ella escrita en este estilo, era, con mucho, la más larga de cuantas le había

enviado hasta entonces.



Entrega de una carta

Los dos mensajeros que se habían encontrado aquel día lluvioso en Uji llegaron de nuevo. Uno de ellos, miembro de la escolta de su

señoría, reconoció al otro como un hombre al que veía con frecuencia en casa del amanuense jefe.

—¿Qué te trae por aquí continuamente? —le preguntó.

—Tan sólo vengo a visitar a una persona.

—¿Tú visitas a alguien? ¿Por qué

entregas entonces esas primorosas cartas? Me da la impresión de que hay aquí algo más de lo que dices. ¿Qué estás ocultando?

—A decir verdad, la carta es de mi gobernador para una de las mujeres que viven aquí.

Su manera de contradecirse hizo concebir sospechas al hombre de su señoría, pero no estaba en condiciones de insistir, y cada uno siguió su camino. Sin embargo, el hombre de su señoría estaba sobre aviso, y dijo al paje que le acompañaba:

—No pierdas de vista a ese hombre, pero que no te vea. Cerciórate de si entra en casa del señor Tokikata, el

vicegobernador de Izumo.

A su debido tiempo, el paje le informó:

—Fue a casa de Su Alteza y entregó la carta al amanuense jefe.

El desprevenido sirviente no había imaginado que pudieran seguirle y, además, sabía muy poco del verdadero objetivo de su recado. En consecuencia, reveló desafortunadamente todo el asunto.

El mensajero del comandante entregó su carta cuando su señoría, ataviado con un manto de vestir, partía hacia Rokujô, donde Su Majestad la emperatriz se encontraba en aquellos momentos, por lo que no llevaba un gran séquito.

—He descubierto algo —le dijo el

mensajero a la mujer que llevó la carta a su señoría—. He necesitado cierto tiempo para asegurarme.

El comandante acertó a oír lo que decía y se dirigió a él.

—¿Qué has descubierto? —le preguntó.

El mensajero, reacio a que nadie más oyera lo que tenía que decir, mantuvo una actitud de deferente silencio. El comandante así lo entendió y prosiguió su camino.

La emperatriz estaba indispuesta, y por ello todos los príncipes, sus hijos, iban a visitarla. También acudían muchos nobles de alto rango, de modo que las idas y venidas eran constantes, pero en

realidad el estado de salud de Su Majestad no era preocupante. El amanuense jefe, un funcionario del Consejo de Estado, llegó tarde, y cuando fue a entregar su misiva, Su Alteza se encontraba en la sala de las damas de honor; éste le pidió que se aproximara a la puerta para recibir la carta. El comandante miró en aquella dirección precisamente cuando salía de la cámara de Su Majestad, y le vio tomar la carta. «¡Ciertamente ese mensaje parece significar mucho para él!», se dijo, y, divertido, se detuvo a observar.

Su Alteza abrió la carta, que era notablemente larga y estaba escrita en papel rosa ciruela. Absorto en la lectura,

tardó cierto tiempo en volverse hacia el lugar donde estaba el comandante, y antes de que pudiera hacerlo pasó por allí Su Excelencia de la Derecha, camino de la salida. El comandante, que estaba a punto de salir a través del panel deslizante, carraspeó para advertirle, y Su Alteza ocultó la carta en el mismo momento en que pasaba Su Excelencia. Su Alteza disimuló ciñéndose los cordones del manto.

Su Excelencia hincó una rodilla en el suelo.

—Disculpadme, Vuestra Alteza. Es muy alarmante que la indisposición de Su Majestad persista de esta manera. Solicitaré de inmediato que venga el abad

de la Montaña.

Dicho esto, se apresuró a marcharse.

La noche fue avanzando y todo el mundo se retiró. Su Excelencia y sus hijos, los nobles de alto rango, y los demás siguieron a Su Alteza, formando un solo grupo, hasta la residencia de Su Excelencia. [\[41\]](#) Entonces partió el comandante. «¡Qué extraño! —pensó—. Ese sirviente suyo parecía tener algo que decir.» Una vez su séquito se hubo ido para encender las antorchas, [\[42\]](#) llamó a aquel hombre.

—¿Qué tenías que decirme?

—Esta mañana, mi señor, en Uji, vi que un hombre al servicio del señor Tokikata, el vicegobernador de Izumo,

entregaba una carta a una mujer en las dobles puertas al oeste de la casa. Estaba escrita en delgado papel malva e iba atada a una rama de cerezo. Cuando le pregunté de qué se trataba, se contradijo de tal manera que comprendí que me estaba mintiendo y, a fin de averiguar el motivo, pedí a mi paje que lo siguiera. Fue a la residencia de Su Alteza del Departamento de la Guerra, donde entregó la réplica desde Uji al señor Michisada, el amanuense jefe.

—¿De qué manera recibió el hombre la carta?

—Eso no lo vi, mi señor. Sucedió al otro lado de la casa. Según mi paje, era una bella carta en papel rojo.

Atando cabos, la verdad era indudable. El hombre había rendido un excelente servicio al averiguar aquello, pero ahora había gente alrededor y el comandante no pudo seguir hablando del asunto.

Durante el camino de regreso a casa pensó en ello. «¡Es espantosa la manera en que ese príncipe se mete en todo! — reflexionó—. ¿Cómo ha podido llegar a enterarse de la existencia de esa muchacha? ¿Cómo se las ha arreglado para abordarla? ¡Qué idiota he sido al imaginar que no podría suceder nada de esto mientras ella estuviera en el campo! ¡Pero al menos él podría entenderse con una mujer que no fuese mía! ¿Cómo puede

hacerme esto, cuando siempre hemos estado tan unidos, y después de la ayuda extraordinaria que le presté, llevándole allí y presentándole en la casa?» Estaba furioso.

«¡El cuidado que he tenido durante todos estos años, cuando deseaba con desesperación a su mujer! Y además, esto no es un capricho repentino y vergonzoso, sino que tiene una antigua y excelente razón de ser, y si me reprimí fue sólo porque sabía lo doloroso que sería tener un recoveco tan oscuro y culpable en mi corazón. Pero fui un necio. Y ahí está él, que últimamente dice no sentirse bien pero que, en medio de ese gentío desacostumbrado, se las ingenia para

enviar una carta a Uji. ¿Cómo lo hace? Supongo que ya debe de estar visitándola allí. ¡Ciertamente, el amor le lleva lejos! Sí, dicen que ha habido días en que le buscaban por todas partes. Ése debe de ser el motivo de que no se encuentre bien... ¡Debe de estar muy nervioso por esto!» Al pensar en los viejos tiempos, recordó el lamentable estado en que se había encontrado Su Alteza cuando no le fue posible ir a Uji, y también empezó a comprender por qué la joven que vivía allí se había mostrado tan abatida la última vez que la había visto. Estas conclusiones eran dolorosas en extremo. «¡Ah, qué complicado puede ser el corazón! —se dijo—. Ella parece muy

dulce y dócil, pero es evidente que también tiene una faceta apasionada. Ella y el príncipe forman una pareja perfecta.» Sintió el impulso de retirarse y permitir que Su Alteza se quedara con ella; pero no, eso podría haber sido correcto si ella hubiera sido una mujer a la que se propusiera honrar verdaderamente. [43] Así, dejaría que siguiera siendo lo que era para él. «Si ahora rompo con ella, sólo la echaré de menos», se dijo. Tales eran sus indecorosas y agitadas reflexiones.

«Si me hartase de la situación y la abandonara, ciertamente Su Alteza la llevaría a alguna parte, pero no puedo imaginar que él piense demasiado en lo que podría ser de ella más adelante.

Dicen que, después de aventuras similares, ya ha enviado a dos o tres muchachas al servicio de su hermana, la Primera Princesa. Lamentaría muchísimo que a ella le sucediera tal cosa.»

No, aún no podía renunciar a ella. Le envió una carta para ver si podía averiguar algo más. Llamó al hombre que acababa de servirle tan bien, para hablarle en persona cuando no hubiese nadie más presente.

—¿Todavía reciben al señor Michisada en la casa de Nakanobu? [\[44\]](#)
—le preguntó.

—Así es, mi señor.

—Es posible que envíe muy a menudo a ese hombre con el que te encontraste en

Uji. La dama que reside allí lleva una vida muy discreta... Supongo que Michisada debe de cortejarla. —Su consternación era evidente—. Ve allá, entonces, pero asegúrate de que nadie te vea. No quiero parecer ridículo.

El hombre asintió respetuosamente. Pensó que el amanuense jefe siempre informaba sobre los asuntos de su señoría y que también había hecho indagaciones acerca de Uji, pero no se permitió decirlo. Entretanto, el comandante, que no deseaba revelar la verdad a un subordinado, se abstuvo de seguir interrogándole más.

Llegaban a Uji más mensajeros que nunca, y la joven que vivía allí se sentía

muy preocupada. El comandante sólo le había escrito lo siguiente:

Que estos días grandes olas bañaran los pinos de Sue, no lo habría supuesto, pues confiaba fielmente en que sólo suspirabas por mí. [45]

«Te ruego que no me hagas más ridículo de lo que ya soy.»

La conmoción producida por esta extraña nota hizo que a ella le latiera con fuerza el corazón. No podía demostrarle con su respuesta que sabía lo que quería decir y, además, parecería muy raro si por casualidad había habido un error. Así pues, dobló la carta de nuevo y, antes de

devolverla, añadió: «Me temo que es otra la destinataria de esta carta. Lamentablemente, no me encuentro bien para escribir más».

«¡Vaya, después de todo ha salido muy bien del paso! —pensó él, con una sonrisa, cuando lo leyó—. No sabía que tenía ese talento.» Parece ser que al final era incapaz de recriminarle nada.

La indirecta que él le había lanzado, aunque ciertamente aún no era explícita, hizo que la muchacha se sintiera mucho peor, y pensaba con desesperación que estaba destinada a algún final ignominioso, cuando entró Ukon.

—¿Por qué devolvéis la carta de su señoría? —le preguntó—. No debéis

hacer tal cosa, es una invitación a la desgracia.

—Parece haber sido un error. He pensado que podía ir dirigida a otra.

La perpleja Ukon abrió la misiva al salir del aposento. ¡Pícara Ukon!

—¡Ay, qué difícil promete ser esto para los dos! —le dijo a su señora, sin mencionar que había leído la misiva—. Su señoría parece haberse enterado de lo que ocurre.

La muchacha se puso roja como la grana y no dijo nada. Como no sospechaba que Ukon había leído la carta, supuso que había oído el comentario de alguien que se había entrevistado personalmente con su señoría. Ni siquiera

podía preguntar quién era, y le llenaba de vergüenza imaginar lo que aquellas mujeres podrían pensar de ella ahora. «¡Es demasiado duro! —se lamentaba, tendida en la penumbra—. ¡Yo no pedí jamás que esto sucediera!»

Ukon, que tenía a Jijû a su lado, empezó a hablarle.

—En Hitachi mi hermana tenía dos amantes... Algo que sólo les puede ocurrir a contadas mujeres, ¿sabéis? Los dos la querían por igual, y ella no podía decidirse por uno u otro, pero favorecía un poco al más reciente. Eso volvió celoso al primero, ¡y al final mató a su rival! El hombre nunca visitó de nuevo a mi hermana. El resultado final fue que el

gobierno provincial perdió a un excelente guerrero y que el asesino fue expulsado de la provincia, aunque también era un buen guerrero...; tras lo ocurrido, el gobierno no podía seguir empleándole. En cuanto a mi hermana, le instaron a abandonar la residencia, pues consideraban que había sido la culpable de todo, de modo que tuvo que permanecer en el este. La niñera todavía llora por ella, y me temo que eso no le hará ningún bien en la vida futura. Sé que éste no es el momento adecuado para contar una historia tan terrible, pero nadie, de alto o bajo rango, debería permitirse jamás permanecer enredada en esa clase de apuro. Puede que en este caso no corra peligro la vida de nadie,

pero también hay otros riesgos, como no podría ser menos dado el rango de esos grandes señores. Para las personas como ellos, a veces la vergüenza puede ser peor que la muerte. Es preciso que os decidáis por uno u otro. Si Su Alteza es el más serio de los dos y parece más sincero, ¡elegidle entonces, mi señora, y no sigáis sufriendo así! No tiene ningún sentido que os consumáis de esta manera. ¡Es lamentable de veras, cuando vuestra madre se preocupa tanto por vos y la niñera se desvive para preparar el momento en que su señoría venga a buscaros, que Su Alteza os diga que se propone hacerlo antes que él!

—¡Vamos, no la asustes así! —

protestó Jijû—. Lo que importa es vuestro destino, mi señora, sea cual fuere. Comprended que debéis elegir a aquel que preferáis, por poco que sea, al otro. No, teniendo en cuenta lo apasionado que es Su Alteza y el honor que os hace, no me impresionan los planes que está haciendo su señoría. Tomad a aquel que más os quiere, tal sería mi consejo, aun cuando eso signifique permanecer oculta algún tiempo.

Para Jijû, que admiraba tanto a Su Alteza, no podía haber ninguna duda.

—No importa. Sea como fuere, rezaré a Hatsuse e Ishiyama para que seáis feliz. Los hombres de las fincas de su señoría el comandante son un buen hatajo de

rufianes, y esta aldea está llena de cómplices suyos. De hecho, he oído decir que todos los hombres de sus fincas en Yamashiro y Yamato están relacionados con ese alguacil,... [46] el que se encarga de que su yerno, el comisionado de la Guardia de la Derecha, [47] lleve a cabo todo lo que su señoría quiere que se haga aquí. Es improbable que un gran señor ordene cualquier acción violenta contra otro, pero los encargados de la guardia son aldeanos que no piensan y cuya única preocupación es que nada vaya mal cuando están de servicio. Me aterró ver llegar a Su Alteza como lo hizo la otra noche. Le inquieta tanto la posibilidad de que le vean, que ni siquiera vino con

escolta. Si hubiera llamado la atención de un guardián, vestido de esa manera, el resultado podría haber sido un desastre.

Avergonzada, su señora coligió de todo esto que ambas daban por sentado que prefería a Su Alteza, cuando ella misma no sabía con seguridad si se inclinaba por uno u otro. Se sentía perdida en una pesadilla. Se preguntaba por qué Su Alteza la deseaba de un modo tan apremiante, cuando al mismo tiempo sabía muy bien que era precisamente su renuencia a abandonar al comandante, a quien se lo debía todo, lo que le dificultaba las cosas de una manera tan atroz. ¿Y si, en efecto, ocurría algo lamentable? Su inquietud no tenía visos de

remitir.

—¡Ojalá estuviera muerta! — exclamó, todavía de bruces—. ¡Mirad qué atroz es mi destino! ¡Sin duda ni siquiera los sirvientes llegan a sufrir esta clase de infortunio!

—¡No, no debéis estar tan alterada! ¡Creedme cuando os digo que no hay ninguna necesidad! Antes no parecíais hacer caso de las cosas que bien podrían haberos atribulado, pero ahora, desde que empezó esta situación con Su Alteza, ¡tal es vuestro estado que jamás había visto nada igual!

Las mujeres que sabían lo que estaba ocurriendo se hallaban en un estado de profunda inquietud.

Entretanto, el aya se entregaba afanosamente a las tareas del tinte de telas para confeccionar prendas de vestir. Llamó a una bonita muchacha paje que acababa de llegar a la casa.

—Quiero que las dos os divirtáis juntas —le dijo a su señora—. La razón por la que estáis tendida de esta manera es inquietante. Debe de haber algún espíritu al acecho que trata de echarlo todo a perder. —Exhaló un suspiro.

Pasaron los días sin que llegara una respuesta del comandante. Quien sí llegó fue aquel alguacil amenazador. Era un hombre rudo, brusco, de voz áspera, pero, aun así, tenía un aire imponente.

—Quiero hablar con una de las

mujeres —anunció.

Ukon fue a su encuentro.

—Su señoría me convocó y he estado allí esta mañana. Acabo de regresar. Mientras me comunicaba sus deseos sobre esto y aquello, me dijo que no ha enviado guardianes mientras la joven dama está aquí porque sabe que mis hombres vigilan por la noche y hasta el amanecer, pero que recientemente le han informado de que un hombre sin identificar visita a una de las mujeres que viven aquí, y me ha dicho que eso es imperdonable. Sostiene que quienes están de guardia tienen que saberlo todo, puesto que no ve cómo podrían haber dejado de percatarse. Cuando me interrogó, le dije que no me

había enterado, porque he estado enfermo y llevo meses sin hacer el servicio de guardia, así que no sabía nada. «He asignado a hombres de confianza para que realicen el servicio como es debido —le dije—, [48] y si hubiera sucedido algo semejante, no puedo imaginar que no me lo comunicaran.» Me respondió que sería mejor que tuviera cuidado, porque si se produce algún incidente, el peso de su cólera caerá sobre mí. Me estremezco al pensar en lo que eso puede significar.

A Ukon le asustó más que el ululato de un búho. Sin responder una sola palabra, fue al encuentro de su señora.

—¡Lo sabía! —exclamó—.

Escuchadme: ¡esto es exactamente lo que

os dije que debía de haber sucedido! Es evidente que su señoría lo ha descubierto. ¡Ni siquiera habéis tenido noticias suyas, y éste es el motivo!

—Me alegro mucho de conocer las nuevas órdenes de su señoría —observó el aya, que había acertado a oír una parte de lo que había dicho el alguacil—. Hay muchos bandidos por estos alrededores, y los guardianes no vigilan tanto como antes. Tan sólo están reemplazando a alguien... ¡Él sólo envía a sirvientes tan inútiles que ni siquiera son capaces de hacer bien las rondas nocturnas!

«Entonces, esto es el fin», se dijo la joven. Y en aquel momento, desdichadamente, llegó un mensaje de Su

Alteza, una misiva que bullía de impaciencia y estaba llena de protestas acerca del musgo devastado. [49] «¡Así pues, de una u otra manera algo terrible le sucederá a uno de ellos! Lo único decoroso para mí es morir. Otras mujeres se han ahogado antes, cuando no podían elegir entre sus pretendientes. [50] Si vivo, tendré motivos para lamentarlo, así que, ¿por qué no habría de tener el deseo de morir? Mi madre estará trastornada y me llorará durante un tiempo, pero tiene otros hijos en los que pensar y, naturalmente, vendrá a arrancar las hierbas del olvido. Será peor para ella si mi caída se produce mientras aún vivo y me pierdo para siempre tras haber sido

objeto de la mofa de todos.» Tales eran sus pensamientos. Su educación le había permitido muy poco orgullo auténtico y conocimiento de las peculiaridades del mundo, y, tal vez por ello, a pesar de su aire de juvenil inocencia, había podido concebir la idea de dar un paso tan brutal.

La muchacha rompió todos los papeles comprometedores y, en vez de hacerlos desaparecer a la vez, los fue quemando poco a poco con la llama de la lámpara, o pidió que los arrojaran al río hasta que todos desaparecieran. Las mujeres, que no sabían lo que se proponía, supusieron que estaba destruyendo una serie de ejercicios de práctica caligráfica, acumulados durante

meses, mientras se preparaba para trasladarse la Ciudad.

—¿Para qué hacéis esto? —le preguntó Jijû—. Comprendo que no queráis que nadie vea unas cartas de amor intercambiadas con un hombre, pero para cualquiera, sea cual fuere su rango, es un grato placer mirar de vez en cuando unas viejas cartas guardadas a buen recaudo en el fondo de una caja. ¡Qué terrible es romper sus cartas, cuando os ha escrito tantas cosas hermosas y en un papel tan bonito!

—Es que, teniendo en cuenta cómo me siento, dudo de que vaya a vivir mucho más. Si alguien encontrara estas cartas más adelante, también él se sentiría

violento. Me avergonzaría demasiado si alguien le dijera que me había empeñado en conservarlas.

Por otro lado, cuanto más contemplaba el terrible acto que planeaba cometer, tanto más se preguntaba si realmente tendría el valor de hacerlo, y reflexionaba sobre lo que incluso ella había oído decir, que era un pecado muy grave preceder a los padres en la muerte.

Pasó el vigésimo día del mes. El propietario de la casa a la que Su Alteza se proponía llevarla iría allí desde la Ciudad el vigesimoctavo día.

«Iré a buscarte esa noche —le escribió—. Asegúrate de que tus mujeres y tus sirvientes no sospechen nada. Te

prometo que, por mi parte, no traicionaré nuestro secreto. ¡No dudes jamás de mí!»

Pero ella se lamentó: «¡Ah, nunca podré hablarle de nuevo, aunque él tiene al destino y venga! ¡Tendré que pedirle que se vuelva sin haberle visto siquiera! ¡No, no puedo invitarle a entrar aquí ni para que descanse un poco!».

Le imaginaba en el camino de regreso, decepcionado y colérico, y, como le sucedía a menudo, le pareció verle ante ella, hasta que se sintió abrumada por la pesadumbre. Se cubrió el rostro con la carta y, tras un breve intento de dominarse, rompió a llorar amargamente.

—¡Oh, querida mía! —exclamó Ukon—. ¡La gente se dará cuenta de lo que

sucede si seguís así! Algunos ya deben de barruntarlo. ¡Por favor, decidios y dadle la respuesta que deseéis! Estoy aquí y, mientras pueda idear alguna alocada treta, ¡a buen seguro podré hacerle descender del cielo...; en todo caso, pesáis tan poco... para llevaros con él!

Su señora dejó de llorar un momento.

—¡Desearía que no sigieras hablando de esa manera! Sería bastante fácil si creyera que eso es lo que debo hacer, pero sé muy bien que no lo es, y entretanto él dificulta las cosas hasta hacerlas imposibles al escribir como si fuese yo quien sólo piensa en que debería venir a buscarme; así que apenas sé qué es lo próximo que puedo esperar de él, ¡y

yo misma estoy desesperada!

No respondió a la misiva de Su Alteza.

Al no observar ninguna señal de asentimiento por parte de ella, y constatar que ahora casi nunca respondía a sus cartas, Su Alteza creyó que los bien planteados argumentos del comandante habían hecho que la muchacha cambiara de parecer y efectuara una elección algo más segura. No la culpó por ello, pero de todos modos se sentía muy ofendido. «¡Y sé que me amaba! —se dijo—. ¡Es evidente que ha debido de ceder a las súplicas de sus damas mientras yo estaba ausente!» Le parecía que su pesadumbre llenaba todo el vasto y vacío cielo, [\[51\]](#)

hasta tal punto que olvidó de nuevo toda precaución, y partió hacia Uji.

En cuanto su enviado se aproximó a la valla de cañas, un coro de voces gritó como nunca lo había hecho hasta entonces.



Manta de silla de montar

—¿Quién anda ahí?

El hombre de Su Alteza se retiró y envió a alguien que conocía bien la casa. También le dieron el alto. Esta vez las

cosas eran diferentes.

—¡Traigo una carta urgente de la Ciudad! —replicó, pues no sabía qué otra cosa hacer, y dio el nombre de la sirvienta de Ukon.

Por fin le franquearon la entrada. La situación era más difícil que nunca.

—No puedo disculparme lo suficiente ante Su Alteza —dijo Ukon—, pero esta noche es imposible admitirle en casa.

Para Su Alteza, que no podía comprender que se volvieran contra él de esa manera, la respuesta era inaceptable.

—Entra, Tokikata, habla con Jijû y haz lo que sea necesario —le dijo a su sirvienta.

El hábil Tokikata logró abrirse paso

entre los guardianes y encontró a Jijû.

—Por alguna razón su señoría ha dado recientemente unas órdenes que los guardianes cumplen a rajatabla —le explicó ella—, y estamos desesperadas. Mi señora se encuentra sumida en una gran aflicción, y es muy doloroso verla tan trastornada por esta afrenta a Su Alteza. No, no hay esperanza para esta noche. Las cosas sólo podrían empeorar, y en gran medida, si ven a Su Alteza, por lo que te ruego que le digas que también nosotras estamos preparando las cosas para la noche que, según creo, le ha mencionado a mi señora.

También le informó de lo muy observadora que era el aya de su señora.

—Haber venido hasta aquí no es ninguna broma, ¿sabes? —replicó Tokikata—, y, habida cuenta del riesgo que está corriendo, parecería incompetente si le llevara una respuesta tan inútil. De acuerdo, ven conmigo. ¡Se lo explicaremos juntos!

—¡Pero no puedo hacer eso! —protestó Jijû, y la noche transcurrió mientras los dos discutían sobre el asunto.

Su Alteza estaba esperando a cierta distancia, todavía montado, cuando se vio rodeado por unos perros que le ladraban furiosamente, hasta que sus acompañantes (que en una aventura alocada como aquélla eran muy pocos) estuvieron fuera de sí, temerosos de lo que ocurriría si

unos rufianes atacaban al príncipe.

—Bien, ahora mismo vas a venir conmigo —dijo Tokikata con brusquedad, y se llevó a Jijû.

La joven era encantadora, con el largo cabello recogido bajo el brazo. Él trató de subirla a lomos de un caballo y, cuando ella se negó en redondo, le sostuvo alzadas las faldas y caminó al lado de ella, tras cederle sus buenos zapatos y ponerse los de un subordinado. Cuando llegaron al lado de Su Alteza y Tokikata empezó a informarle, resultó claro que la conversación sería imposible mientras el príncipe permaneciera montado. Así pues, Tokikata extendió una manta de silla de montar bajo el seto cubierto de hierbajos

de un campesino, de modo que Su Alteza pudiera descabalgár. Incluso el príncipe estaba muy afectado por la situación. «Dudo de que pueda contar con un futuro asegurado si me hago daño durante una salida como ésta», reflexionó, y este pensamiento hizo que se le saltasen las lágrimas. Al verlo, la sensible Jijû se entristeció mucho. No podía desoir a un hombre tan apuesto, aun cuando hubiera sido su peor enemigo en forma de demonio.

Su Alteza se enjugó las lágrimas.

—¿No puedo hablar un breve momento con ella? ¿Por qué ha de ser así ahora? ¡Debéis de ser vosotras las que le habéis provocado esta actitud!

Jijû le explicó con precisión lo que sucedía.

—Por favor, Vuestra Alteza, debéis asegurarnos por completo de que nadie conoce el día que habéis fijado. Estoy dispuesta a hacer todo cuanto pueda por vos, no importa lo que pueda costarme, cuando veo que os arriesgáis tan generosamente por ella.

También Su Alteza temía mucho la posibilidad de ser descubierto, y no pudo seguir mostrándose enojado con ella.

Ya era muy tarde, pero los perros guardianes seguían ladrando, y cuando los hombres de Su Alteza los ahuyentaron, llegaron sonidos de cuerdas de arco tañidas y rudas voces de hombre que

gritaban: «¡Cuidado con el fuego!». Todo era desconcertante en extremo, y el estado de ánimo de Su Alteza mientras se preparaba para regresar a la Ciudad era indescriptible.

*No sé dónde podría abandonar mi vida:
blancas nubes
envuelven cada montaña y las lágrimas
oscurecen mi camino. [52]*

—¡Vete ya, rápido! —le dijo a Jijû.

Tenía una espléndida apostura, y no es posible transmitir con palabras la delicia de su perfume, empapado como estaba por el rocío de la noche.

Ukon le contaba a su señora, que yacía

postrada y desesperada, cómo se había negado en redondo a admitir a Su Alteza, cuando entró Jijû y explicó lo que le había ocurrido. Su señora no respondió, pero habría preferido que no la vieran de aquella manera, cuando su almohada casi flotaba. A la mañana siguiente permaneció largo tiempo acostada, pues le avergonzaba que le notaran los ojos hinchados por el llanto. Entonces, a fin de mantener el mínimo decoro, se puso los cordones en los hombros y leyó las escrituras, rezando sólo para que el pecado de morir antes que su madre le fuese perdonado. Sacó la ilustración que él había realizado, y al contemplarla tuvo la sensación de que él estaba ante ella,

encantador como siempre, pintándola de nuevo. ¡Era tan cruel que no hubiera podido decirle ni una sola palabra la noche anterior! «¿Y cómo, entonces, se sentirá él, cuando tan a menudo me prometió que viviríamos largos y apacibles años juntos?» Le avergonzaba imaginar que alguien pudiera hablar mal de ella, ¡pero eso sería mejor que si él oyera a la gente burlarse de la despreciable temeridad que ella había cometido! Un poema acudió a su mente:

*Aunque en negra desesperación
abandono mi vida, un nombre
aborrecible,
como el que por desgracia tan bien*

conozco, me marcará cuando me haya ido.

También echaba de menos a su madre, e incluso a sus poco agraciados hermanos y hermanas, en los que no solía pensar. Entonces recordó a la princesa del palacio de Nijô, pues eran tantas las personas a las que anhelaba ver al menos una vez más... Todas sus damas de honor estaban atareadas, charlando mientras teñían telas, pero ella no les prestaba atención. Al anochecer de nuevo, yació insomne, planeando la manera de salir de la casa sin ser vista. Al rayar el día, miró en dirección al río y sintió la muerte más cercana incluso de lo que lo está para la

oveja renuente. [\[53\]](#)

Su Alteza le envió una carta duramente acusadora, pero incluso entonces el temor de que alguien pudiera estar observándola le impidió escribir la respuesta que deseaba. Se limitó a decir:

Si no dejara rastro, ni siquiera un caparazón vacío, en este mundo, ¿dónde, amor, buscarías mi tumba para acusarme de mis errores? [\[54\]](#)

Envió la nota al mensajero. También quería decirle a su señoría unas últimas palabras, pero no soportaba la idea de que, si lo hacía, pasado el tiempo aquellos dos íntimos amigos pudieran

comparar lo que ella le había enviado a cada uno. «No —se dijo—, dejaré que ambos se pregunten qué me ha ocurrido.»

De la Ciudad llegó una carta de su madre: «Anoche tuve un sueño en extremo inquietante acerca de ti, y he pedido que lean las escrituras por ti en varios templos. Supongo que se debe a que ya no consigo dormir, pero hoy me he amodorrado y he vuelto a soñar contigo, a la manera en que dicen que el sueño anuncia desgracia. [\[55\]](#) Por eso te escribo, ahora que estoy de nuevo despierta. Te ruego que tengas mucho cuidado. Me causa un gran temor alguien relacionado con ese distinguido señor que te visita a veces en tú solitaria casa, [\[56\]](#)

y es sobre todo preocupante soñar contigo de esta manera cuando ya tu salud deja bastante que desear. Quiero ir a verte, pero la esposa del teniente sigue causándonos una profunda inquietud porque está de tal modo enferma que indica la intervención de un espíritu, y me han prohibido que abandone la casa. Por tu parte, también debes pedir que lean las escrituras en un templo cercano a tu casa». Incluía una carta dirigida al templo, así como la donación apropiada. A su hija le entristeció profundamente leer lo que su madre le había escrito sin saber que, para ella, la vida había terminado.

Compuso su respuesta mientras alguien iba al templo. Tenía mucho que

decir, pero al final se limitó a esto:

*Quisiera que ruegues para que volvamos
a encontrarnos en la vida futura,
sin la confusión de cualquier sueño de
este presente y desventurado mundo.*

El viento le trajo el sonido de la campana del templo anunciando el comienzo de la lectura de las escrituras, y ella yació allí, escuchando atentamente.

*A tus moribundos tonos añade, oh,
campana del templo, mi voz alzada en
llanto:*

*llévasela a mi madre y dile que ya no
existo.*

Escribió esto en la lista de lecturas de las escrituras, [57] pero le dijeron que el mensajero no regresaría a la Ciudad aquella noche, por lo que dejó el papel doblado y atado en la rama de un árbol.

—Mi corazón está extrañamente acelerado, y la madre de nuestra señora ha mencionado unos sueños pavorosos — comentó el aya a las mujeres—. ¡Id a decir a los guardianes que estén ojo avizor esta noche!

«¡Oh, no!», se dijo la muchacha, que yacía cerca de allí.

—No entiendo por qué no coméis nada —siguió diciendo el aya—. ¿Unas gachas tal vez?

Siempre estaba atareada y era muy

solícita, pero de todos modos ya era muy anciana y fea.

«¿Qué hará cuando me haya ido? —se preguntó la muchacha, conmovida—. ¡Ojalá pudiera darle a entender que no puedo seguir en este mundo!». Pero por temor a alarmarla y causarle el llanto, no le dijo nada en absoluto.

Ukon se tendió a su lado.

—Dicen que el espíritu de una persona que tiene preocupaciones como vos puede errar muy lejos —le dijo—. Tal vez por eso vuestra madre ha tenido tales sueños. Os imploro que toméis una decisión y aceptéis las consecuencias, sean cuales fueren.

La dama de honor exhaló un suspiro.

Su señora se limitaba a yacer con el rostro oculto por las suaves mangas.

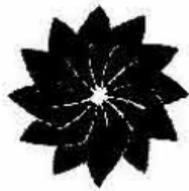
Kagerô

La efímera

La *kagerô* («efímera») es un insecto que nace en verano y muere pocas horas después de haber nacido. El título del capítulo procede del poema de Kaoru que lo cierra:

Ahí está, ahí, pero siempre fuera de mi alcance, hasta que miro una vez más y se ha ido, la efímera, y no volveré a

verla jamás.



Relación con los capítulos anteriores

Lo que se relata en «La efímera» es la continuación de «Una embarcación a la deriva», cuando Kaoru cuenta 27 años.

Personajes

El comandante, de 27 años
(Kaoru)

La madre de Ukifune,

esposa del gobernador de Hitachi (Chûjô
no Kimi)

Ukon, una dama de honor en Uji, hija
del aya de Ukifune

Su Alteza de la Guerra, de
28 años (Niou)

Tokikata, sirviente de Niou El aya
de Ukifune

Jijû, dama de honor de Ukifune, que
luego entra al servicio de la emperatriz

El comisionado del

Tesoro, Nakanobu, sirviente de Kaoru

Su Alteza, una de las esposas de Su
Alteza de la Guerra, de 27 años (Naka no
Kimi)

El Maestro de Disciplina,
antes el Iniciado (Uji no Ajari)

Ben, la monja de Uji (Ben no Ama)

El gobernador de Hitachi,
padraastro de Ukifune

Kozaishô, una dama de honor al
servicio de la Primera Princesa

**Su Majestad la
emperatriz**, de 46 años (Akashi no
Chûgû)

Su hija, la Primera Princesa (Onna
Ichi no Miya)

**Su Alteza la Segunda
Princesa**, esposa de Kaoru, de 17
años (Onna Ni no Miya)

Dainagon, una dama de honor al
servicio de la Primera Princesa

Miya no Kimi, hija de Su Alteza
del Ceremonial, ya difunto, al servicio de
la emperatriz

Ben, una dama de honor al servicio de
la emperatriz

Chûjô, una dama de honor al servicio
de la Primera Princesa

En Uji, las mujeres habían descubierto la desaparición de su señora y la buscaban frenéticamente, pero era en vano. No detallaré más la escena, puesto que parecía la mañana tras el secuestro de una doncella en un relato.

La madre de la joven se preocupó cuando el mensajero que había enviado el día anterior desde la Ciudad no regresaba, y envió a otro. «Los gallos todavía cacareaban cuando ella me envió», explicó el hombre. Ni el aya ni nadie más supieron qué respuesta darle; estaban demasiado trastornadas y confusas. Pero aunque algunas, llenas de aflicción, sólo podían ir de un lado a otro, quienes sabían cuál era el problema recordaron lo

abatida que había estado la muchacha y comprendieron que podía haberse ahogado arrojándose al río.

Lloraron al abrir la carta de su madre: «Estoy tan preocupada por ti que apenas puedo conciliar el sueño, y supongo que por eso anoche ni siquiera soñé contigo como es debido. Sólo he tenido pesadillas, que me han hecho sentirme tan rara y asustada que deseo que estés aquí el tiempo que quede, aunque sé que no tardarás en trasladarte a la Ciudad. Lamentablemente, es muy probable que hoy llueva».

Ukon derramó amargas lágrimas cuando abrió la nota que su señora había escrito la noche anterior. «¡Entonces ha

ocurrido! —pensó—. ¡Le dijo a su madre que no creía tener esperanzas! ¿Por qué no me contó nada? Nunca se mostró descontenta conmigo, ni una sola vez, desde que éramos niñas, y nunca le oculté nada, pero ha emprendido el último viaje sin hacerme la menor insinuación de lo que se proponía. ¡Es demasiado cruel!» Ukon dio patadas en el suelo y lloró como una chiquilla. Ciertamente, había visto a su señora abatida un día tras otro, pero nada en su actitud le había sugerido que pudiera concebir un acto tan horrible. ¿Qué le había ocurrido? Ukon deseaba saberlo con desesperación. Entretanto, el golpe había dejado al aya de su señora incapaz de hacer otra cosa que mascullar:

«¿Qué vamos a hacer? ¿Qué vamos a hacer?».

El carácter tan peculiar de aquella última respuesta también había dejado a Su Alteza seriamente alarmado. «¿Qué puede haber querido decir? ¿Ha ido a esconderse en alguna parte, aunque parece quererme, porque teme en exceso ser tan sólo una diversión para mí?» Cuando llegó su mensajero a la casa, encontró a todo el mundo lloroso y afligido, y ni siquiera pudo entregar su carta.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó a una doncella.

—Nuestra señora murió anoche, de repente —respondió ella—, y todas sus mujeres están fuera de sí. Ahora no

tenemos a nadie de quien cuidar, y de momento nadie de la servidumbre sabe qué hacer.

El hombre sabía poco acerca de los intereses de Su Alteza en la cuestión, y regresó a la Ciudad sin hacer más preguntas.

Cuando el mensajero le dio la noticia, Su Alteza tuvo la sensación de que debía de estar soñando. «¡Qué extraño! No tenía ni idea de que estuviera gravemente enferma, y aunque me decían una y otra vez que en los últimos tiempos no se encontraba bien, no había signo de ello en la respuesta que recibí ayer; de hecho, incluso fue más bonita que de ordinario.» Como no sabía qué pensar, ordenó a

Tokikata que fuese allí y descubriera qué estaba pasando exactamente.

—Pero, Vuestra Alteza, su señoría el comandante parece haber oído algo, porque creo que ha reprendido severamente a los guardianes por su negligencia, y ahora dan el alto a cualquiera que se presente allí, incluso a los subalternos. Si acudiera sin una excusa adecuada y su señoría se enterase, muy bien podría comprenderlo todo. Además, en una casa donde alguien ha muerto de improviso habrá gran revuelo y estará llena de gente.

—Sin duda, pero ¿realmente esperas que soporte la incertidumbre? Haz lo que debas para hablar con Jijû o con cualquier

otra que esté enterada, y descubre exactamente qué significa la noticia que me ha traído mi mensajero. A veces los sirvientes no dicen más que tonterías.

Tokikata le compadeció al verle tan afligido, y partió aquella noche. Como carecía de séquito, viajó con rapidez. De momento no llovía, pero se había vestido para un viaje difícil, de un modo muy humilde. Al llegar oyó muchas voces que se lamentaban porque el funeral iba a tener lugar aquella misma noche. Esto le horrorizó. Envió un mensaje a Ukon, pero no pudo hablar con ella.

—Me temo que estoy demasiado aturdida para poder verte —le replicó por persona interpuesta—. Pero lo lamento,

porque supongo que no volverás después de esta noche.

—Pero ¿cómo voy a presentarme ante Su Alteza sin saber lo que ha sucedido? ¿No puedo hablar al menos con otra persona?

Tal fue su insistencia que ella le permitió hablar con Jijû.

—¡Es demasiado espantoso! — exclamó la dama de honor—. Sin duda, ella misma nunca imaginó que desaparecería de una manera tan súbita, y no hay palabras para describir el horror de lo ocurrido. Es como una pesadilla. Dile a Su Alteza que todos estamos anonadados. Te hablaré de la desesperación de mi señora y de cuánto lo

sintió por Su Alteza aquella noche, pero espera a que me haya serenado un poco. Vuelve, por favor, cuando haya terminado el confinamiento normal del luto. — Mientras hablaba no podía contener las lágrimas.

Tampoco dentro de la casa oyó él más que voces llorosas, entre las que creyó reconocer la del aya.

—Oh, querida mía —se lamentaba—, ¿adonde has ido? ¡Oh, vuelve, vuelve! ¡Es demasiado duro no tener ni siquiera tu cuerpo! Nunca me cansaba de tenerte cerca, por la mañana o por la noche, ¡y siempre esperaba con tanta ilusión verte bien establecida! ¡Para eso he vivido durante tanto tiempo! ¡Pensar que ahora

me has abandonado, y que ni siquiera me has dicho adonde ibas! ¡Ningún dios ni demonio podría llevársete, querida mía! ¡Dicen que el mismo Taishaku envía de regreso a quienes son añorados en exceso! [1] Quienquiera que seas, que te has llevado a mi niña, ser humano o demonio, ¡devuélvemela! ¡Déjame ver al menos su cuerpo!

Siguió hablando así, y diciendo de tanto en tanto cosas sin sentido.

—Cuéntame más, por favor. ¿Puede habérsela llevado alguien? Estoy aquí en representación de Su Alteza, para descubrir qué ha ocurrido exactamente. Ahora no tiene remedio, sea cual fuere la verdad, y me culpará a mí, su mensajero,

si más tarde llega algo a sus oídos y le hace pensar que le he informado mal. Estoy seguro de que comprendes lo mucho que saberlo significa para él, puesto que me ha enviado aquí para que hable contigo, convencido de que me lo dirías. También hay antiguos ejemplos en el otro reino [2] de hombres perdidos por el amor de una mujer, pero dudo de que ningún otro hombre haya estado jamás tan enamorado como él.

Jijû pensó que, en efecto, era notable ver allí a su mensajero, y que algo tan fuera de lo corriente acabaría por difundirse, al margen de lo que una pudiera hacer para ocultarlo.

—¿Crees que todos estaríamos tan

trastornados si hubiera el menor motivo para creer que alguien se la ha llevado? Últimamente sufría mucho, y entonces quiso la suerte que su señoría también le hiciera una insinuación turbadora. Su madre y el aya, la mujer a la que has oído lamentarse de esa manera, la estaban preparando para que se uniese al caballero que la conoció primero, pero en el secreto de sus pensamientos ella tenía una inclinación más tierna hacia Su Alteza, y supongo que eso es lo que la ha hecho tan desdichada. Me temo que ha acabado voluntariamente con su vida, y estoy segura de que por eso su aya farfulla toda clase de cosas que apenas tienen sentido.

De esta tortuosa manera le transmitió algo de lo que había sucedido, pero Tokikata no lo acababa de entender.

—Bien, entonces regresaré a su debido tiempo. Es muy frustrante permanecer así, en pie. [3] Supongo que la próxima vez vendrá Su Alteza en persona.

—¡Oh, no, eso sería excesivo por su parte! Tal como están las cosas, que la gente supiera lo que ha significado para él sólo honraría la memoria de mi señora, pero, después de todo, era un secreto, y estoy segura de que él convendrá en que debería seguir siéndolo.

Le precavió así antes de marcharse porque la servidumbre se esforzaba por

no revelar que su señora había muerto de un modo tan extraño, y él, por supuesto, había deducido cuál era la verdadera situación.

Entonces llegó también la madre de su señora, bajo un aguacero. Como carecía de palabras para expresar sus sentimientos, murmuró confusamente:

—En verdad es muy triste ver morir a alguien, pero al menos es algo que sucede a menudo. Sin embargo, ¿qué puede haber ocurrido en su caso?

La idea de que su hija pudiera haberse ahogado arrojándose al río no se le había pasado por la cabeza, puesto que no sabía nada acerca de su angustia por lo que había ocurrido, y sólo podía suponer que

un demonio la había devorado o que alguna criatura con apariencia de zorro se la había llevado, pues recordaba cosas extrañas de ese estilo que aparecían en los relatos antiguos; [4] o tal vez un aya maligna, por ejemplo, alguien cercano a la gran dama que la asustaba tanto, [5] se había enterado de que su señoría planeaba llevar a su hija a la Ciudad y se había sentido lo bastante ofendido para conseguir el apoyo de alguien a fin de raptarla.

—¿Hay alguna mujer nueva? —preguntó, sospechando de una sirvienta.

—No —respondieron las mujeres—. Este lugar se encuentra tan aislado que nadie que no esté acostumbrado a él logra

jamás quedarse. Siempre regresan a su casa en la Ciudad, y aunque dicen que volverán, se llevan cuanto necesitan para no hacerlo.

Media docena de las doncellas que habían servido a su hija se habían marchado, y a decir verdad la servidumbre era muy reducida.

Al recordar aquellos últimos días, Jijû pensaba a menudo que su señora había llorado amargamente y había dicho que sólo quería morir. Debajo de su escribanía encontró un trozo de papel con las palabras «Marcadme cuando me haya ido», y esto le hizo mirar el río, cuyo estrépito era ahora sombrío y aborrecible.

—Es muy duro que todo el mundo

imagine esto y aquello acerca de lo ocurrido —comentó—, dudando de lo que nosotras decimos y preguntándose qué será lo que realmente le ha pasado.

—Era un secreto, naturalmente —comentó Ukon—, pero no lo inició ella y, teniendo en cuenta quién es Su Alteza, ahora que se ha ido no hay ninguna razón para que a su madre le avergüence saberlo. Creo que podríamos decirle tan sólo lo que sucedió y aliviar en parte su sufrimiento, incluidos esos pequeños temores que tanto le preocupan. Lo normal cuando alguien ha muerto es amortajar el cuerpo y proceder con los pasos siguientes, y si la extraña situación que tenemos ahora continúa un día tras otro,

no será posible ocultar la verdad. Sí, deberíamos decírselo a ella y al menos mantener las apariencias para los demás.

Las dos mujeres convinieron en hacerlo así y, en privado, se lo contaron todo a la madre de su señora, si bien las terribles palabras expiraban en sus labios al hablar. Mientras escuchaba, consternada, ella pensó: «¡Entonces mi hija se ha ahogado en la corriente de este río aterrador!». Y sintió deseos de arrojarle a las aguas tras ella.

—¡Pero debemos buscarla y por lo menos celebrar un funeral apropiado con su cuerpo presente!

—No —replicó Ukon—, sería inútil intentarlo. La corriente debe de haberla

llevado al mar. Además, eso daría pábulo a peores habladurías.

Esta idea angustiaba a la pobre dama, y pidió a las dos mujeres que ordenaran que le trajesen el carruaje, puesto que no sabía qué otra cosa hacer. Colocaron en el vehículo las esteras y edredones de su señora, [6] así como los accesorios que había usado a diario y la ropa de cama, que seguía en su habitación como si acabara de apartarla para levantarse. Entonces el carruaje se puso en marcha exactamente como si transportara a un difunto, acompañado por el reverendo monje que era hermanastro de su señora, su tío el Iniciado y los discípulos íntimos de éste, así como los demás monjes a los

que ella había conocido mucho tiempo atrás; en pocas palabras, todos aquellos que estarían presentes durante el período de confinamiento a causa del luto. Entretanto, el dolor de la madre y el aya de su señora alcanzaba el paroxismo.

Llegaron el comisionado, [7] el alguacil y otros personajes igualmente amenazantes.

—Deberíais informar a su señoría acerca del funeral, establecer una fecha para celebrarlo y hacerlo como es debido —dijeron, pero Ukon replicó que los deudos querían llevarlo a cabo aquella misma noche.

—Tenemos motivos para querer que se haga con el máximo secreto —les

explicó.

Dirigió el carruaje a un prado que se extendía al pie de la colina opuesta, hizo que todo el mundo se mantuviera a distancia y ordenó que llamaran a los monjes para proceder a la cremación. El humo se extinguió con una rapidez inquietante.

Los campesinos, que se toman estas cosas muy en serio y observan minuciosamente la prohibición de pronunciar palabras nefastas, estaban alarmados.

—¡Qué extraño! —se quejaban—. ¡No lo están haciendo bien! ¡Se apresuran en preparar el acto como si se tratara de un sirviente sin categoría!

—He oído decir que la gente de la Ciudad lo hace así adrede, cuando hay hermanos que sobreviven al difunto.

Tales eran los comentarios que intercambiaban. Jijû y Ukon se dijeron que incluso la charla de aquellas personas era preocupante. Si allá, en su ambiente cortesano, su señoría el comandante llegaba a enterarse de que la muchacha había desaparecido y que no se había hallado su cadáver, ciertamente albergaría serias dudas sobre lo sucedido. Durante algún tiempo podría preguntarse si ella estaba con Su Alteza, que al menos era un familiar suyo, pero al final descubriría la verdad. Y tal vez no sólo sospecharía de Su Alteza, sino que empezaría a pensar en

otros posibles raptos. Terribles sospechas muy bien podrían marcarla ahora que se había ido, a pesar de la buena fortuna de que había disfrutado en vida. Las dos mujeres se encargaron de sellar los labios de la servidumbre que había sido testigo de la conmoción de aquella mañana, y de asegurarse de que no lo comentaran fuera de la casa.

—A su debido tiempo informaremos de lo que realmente ha ocurrido a cada persona afectada —convinieron—, pero de momento sería demasiado atroz que la gente se enterase de cosas que les impedirían concentrarse en el duelo.

El sentimiento de culpa hacía que las dos desearan mantener el secreto.

Por aquel entonces Su Alteza Enclaustrada, la madre de su señoría el comandante, estaba enferma, y él había emprendido un peregrinaje a Ishiyama. Estar lejos no hacía más que aumentar su preocupación por Uji, pero en realidad nadie le había informado de lo sucedido, y la servidumbre de la casa se sentía avergonzada delante de otras personas, porque ni siquiera una desgracia tan grande parecía haberle conmovido hasta el punto de enviar a un mensajero. Por fin un hombre de una de sus fincas le llevó la noticia. Se quedó anonadado, y a primera hora de la mañana siguiente un mensajero suyo llegó a Uji.

«Ante la noticia de esta tragedia,

debería haber ido ahí en persona —decía el mensaje—, pero mi madre está enferma, y por eso he decidido permanecer en retiro durante varios días. ¿Por qué procedisteis anoche apresuradamente con la ceremonia, cuando podríais haberos puesto en contacto conmigo y posponerla durante algún tiempo? Ahora todo ha terminado, naturalmente, pero también me resulta muy doloroso que los aldeanos de vuestras colinas critiquen la manera en que habéis llevado a cabo los últimos ritos.»

Entregó este mensaje su sirviente íntimo, el comisionado del Tesoro, [8] cuya llegada renovó la pesadumbre. Sin embargo, no podían decirle de ninguna

manera lo que realmente había ocurrido, y evitaron darle una respuesta apropiada, para refugiarse después en un llanto desconsolado.

«¡Qué final tan patético! —se dijo el comandante tras escuchar el informe del mensajero—. ¡Y qué espantoso lugar es ése! Ahí debe de vivir un demonio. ¿Qué pudo apoderarse de mí para dejarla sola durante tanto tiempo en un sitio así? En cuanto a ese infortunado asunto de Su Alteza, sin duda mi displicente manera de abandonarla allí fue lo que desde el principio le dio a él la oportunidad de abusar de ella.» Sintió un agudo acceso de remordimiento por su extrañamente despreocupada actitud. Era demasiado

deplorable que tales cosas le absorbieran cuando su madre estaba enferma, y regresó a la Ciudad.

Cuando llegó no fue a ver a la princesa, sino que le envió un mensaje diciéndole que acababa de recibir una terrible noticia acerca de alguien próximo a él, aunque no de alto rango, y que de momento estaba demasiado afectado para presentarse. Fue entonces cuando se entregó al lamento por sus trágicos amores. «Si ahora añoro con desesperación su belleza, su dulce encanto y el placer de su presencia, ¿por qué no la amé sin reservas cuando vivía y cometí la necedad de dejar que el tiempo se deslizara sin hacer nada? —Una pena

profunda le atormentaba ahora que ya no podía mitigarla—. ¡Ah, de qué manera tan absoluta estoy destinado a experimentar en estos lances el más negro de los pesares! Siempre aspiré a ir en otra dirección y, para mi sorpresa, he terminado por vivir como lo hacen todos los hombres, ¡hasta el punto de que el mismo Buda debe de haberse hartado de mí! Debe de haber reprimido su compasión e ideado esta clase de dura prueba como el medio más conveniente para dirigir el corazón humano hacia objetivos superiores.» Tales eran sus pensamientos mientras se entregaba a la oración.

Entretanto, Su Alteza estaba aún más

profundamente afectado. Durante dos o tres días pareció haber perdido por completo el juicio, de tal manera que quienes le rodeaban temieron con la mayor inquietud que pudiera haberlo poseído algún espíritu, hasta que por fin sus lágrimas dejaron de fluir y recobró la calma, si bien seguía pensando en ella con desesperado anhelo. En beneficio de sus allegados, fingió hábilmente una seria dolencia con el fin de que la inexplicable hinchazón de sus ojos no resultara tan llamativa, pero la naturaleza de su trastorno era evidente, y algunos se preguntaron qué mujer podía haberle causado un grado de aflicción tan grande para que su misma vida pareciese estar en

peligro.

Por supuesto, el comandante fue informado de todo esto. «Entonces no me equivocaba —se dijo—. No se limitaban a intercambiar cartas. En cuanto la vio, con toda certeza quiso poseerla... Era la clase de mujer que a él le gustaba. Si ella hubiera seguido viviendo, yo no habría salido indemne. Es indudable que ha sucedido algo que me hace parecer un necio.» Le parecía que esta clase de reflexiones extinguían en cierta medida las llamas que ardían en su pecho.

Un día tras otro, la corte entera acudía para informarse sobre la salud de Su Alteza, así que el comandante decidió ir también, puesto que, cuando todo el

mundo estaba tan agitado, podría haber parecido extraño que se lo impidiese el duelo por una persona de tan escasa importancia. De todos modos, estaba de luto por un tío suyo, Su Alteza del Ceremonial, que había fallecido recientemente, aunque en el fondo de su corazón era como si lo estuviera por ella. Estaba un poco más delgado que antes, lo cual sólo realzaba la elegancia de su aspecto.

Era una noche serena. Todos los demás visitantes se habían ido. Su Alteza, a quien no le apetecía guardar cama, recibía personalmente a las personas con las que tenía más intimidad, y no podía negarse a ver a un hombre que estaba

acostumbrado a entrar a través de las persianas. La idea de verle no le entusiasmaba, pues estaba seguro de que le haría llorar de nuevo, pero de todos modos se tranquilizó lo suficiente para decir:

—En verdad no me ocurre nada grave, pero todo el mundo habla como si corriera un serio peligro, y lamento que Sus Majestades estén tan alarmados. Es cierto, sin embargo, que la vida es muy insegura, y me pregunto qué va a ser de mí.

Se enjugó unas lágrimas con las que sólo había tratado de desviar la atención del visitante, pero le azoró profundamente que, sin poder evitarlo, siguieran brotando

sin cesar. Se dijo que, de todos modos, el otro no podía saber el motivo y que lo más probable era que le considerase débil y poco viril.

«¡Naturalmente! —se dijo el comandante—. ¡Todo este sufrimiento es por ella! ¡Cuándo habrá empezado? ¡Debe de haber estado riéndose de mí durante meses!»

El dolor desapareció de su expresión de un modo tan visible que Su Alteza se asombró de la frialdad de su viejo amigo. «Cuando algo serio me aflige, algo incluso muy por debajo de esto, el simple grito de un ave que pasa por el cielo puede abrumarme. [9] Aquí estoy, claramente trastornado, y si él conoce el

motivo, como es seguro, ¡no es posible tal insensibilidad a los sentimientos humanos! ¡Qué indiferente puede ser un hombre cuando sabe que todas las cosas pasan!» Envidiaba y admiraba al mismo tiempo la serenidad del visitante, pero también le conmovía recordar el incondicional apoyo que había prestado a la casa de Uji. [\[10\]](#) «¡Después de todo, él es como un recuerdo de ella!», se dijo mientras miraba al comandante y los imaginaba juntos a los dos.

Tras pasar algún tiempo hablando de esto y aquello, el comandante llegó a la conclusión de que no podía seguir disimulando.

—En el pasado —empezó a decirle

—, nunca me sentía a gusto conmigo mismo si te ocultaba algo, por muy brevemente que fuera, pero ahora, dado el rango que he adquirido y las numerosas ocupaciones que te dejan tan poco tiempo libre, no puedo reunirme contigo por la noche, como solíamos hacer en ausencia de cualquier necesidad apremiante, y no es posible que estemos en contacto como me gustaría. Hace algún tiempo oí decir que una pariente de la joven que murió en esa aldea de montaña (aquella que solías visitar) vivía donde no habría esperado encontrarla, y pensé que podría verla de vez en cuando, de no ser porque, lamentablemente, en aquellos momentos habría corrido el riesgo de ser objeto de

críticas. Así pues, la instalé allí, en aquel lugar distante y solitario, y la visitaba con muy poca frecuencia. Entretanto, me enteré de que ella no estaba muy deseosa de confiar tan sólo en mí. Sin embargo, eso sólo habría importado si me hubiera propuesto tratarla con honor, lo que no era así, y tenía poca importancia porque mi principal deseo era tan sólo el de ocuparme de su bienestar. Y ahora resulta que esa joven, cuya dulzura y encanto eran muy atractivos, ha muerto en trágicas circunstancias. Es ciertamente triste tener que contemplar en su ejemplo la traición de la vida. Supongo que también tú puedes tener algo que decir al respecto.

Por fin se echó a llorar. No había

deseado que Su Alteza viera sus lágrimas, pero una vez empezaron a fluir no pudo hacer nada por detenerlas.

A Su Alteza le sorprendió ver al visitante tan apesadumbrado, y se sintió dolido e inquieto al mismo tiempo, pero mantuvo la calma.

—Lamento muchísimo lo que acabas de decirme —replicó—. Precisamente ayer me llegó un rumor sobre esa desgracia, y esperaba que pudieras aportarme alguna otra información, pero supuse que no querías que lo ocurrido se difundiera.

Le resultaba muy difícil mantener un aire de distanciamiento, y por ello no dijo más.

—Había pensado que podría ofrecerte el placer de conocerla... O tal vez ya la conocías, puesto que ella tenía motivos para visitar a la princesa. —Poco a poco se iba quitando la máscara—. Pero debo pedirte perdón por molestarte con una charla ociosa y tediosa cuando te encuentras tan mal.

Tras concluir así, se despidió de su amigo y partió.

«¡En verdad le ha afectado profundamente! —se dijo—. ¡Qué alto fue el destino de esa mujer, aun cuando su vida fue tan breve! Él es un príncipe, el favorito de Sus Majestades, tiene apostura y goza de ventajas por encima de cualquier otro en nuestro tiempo. Las

grandes damas a las que honra con su lealtad tienen la mayor distinción, y, sin embargo, fue ella quien le impulsó a la temeridad... ¡Por ella se abandonó a tales locuras que el mundo entero resonó con letanías, cánticos de las escrituras, purificaciones y plegarias a los dioses! Incluso yo, que tengo el privilegio de estar unido a la hija de Su Majestad, me sentí tan embelesado como él por esa muchacha, ¡y ahora que ha desaparecido también estoy desconsolado! ¡No, no quiero seguir incurriendo en esta necedad!» Su esfuerzo por ser razonable era vano, y yació musitando: «Todo hombre está sometido a la pasión, pues no es de madera ni de piedra». [\[11\]](#)

Se preguntó, con dolor y decepción, cómo se habría tomado Su Alteza [\[12\]](#) la noticia del apresurado funeral, y supuso que la extrema sencillez de la ceremonia se debía al bajo rango de la madre y a que la difunta tenía hermanos y hermanas que la habían sobrevivido, como había oído decir a alguien, y se sentía ofendido. Había muchas cosas que no acababa de comprender, y anhelaba preguntar él mismo qué había ocurrido exactamente, pero no encontraba la manera de hacerlo, dado que le era imposible participar en el largo confinamiento del duelo, y sería muy doloroso ir allá sólo para regresar sin haber podido hablar con nadie.

Empezó el nuevo mes, [\[13\]](#) y la noche

del día en que él recordaba que la muchacha tenía que haberse trasladado a la Ciudad fue muy triste. El naranjo del jardín evocaba con su aroma penosos recuerdos, y un cuclillo cantó dos veces al pasar volando. «Si la visitas en el lugar adonde ha ido», [\[14\]](#) murmuró angustiado, y puesto que Su Alteza iba por entonces a desplazarse a Nijô, le envió un poema con un ramillete de flores que había cogido:

*Supongo que también tú lloras
quedamente tu aflicción secreta,
mientras tu corazón va a donde ella
vigila los campos en el camino de la
muerte. [\[15\]](#)*

Su Alteza y su esposa estaban entonces juntos, pensativos, sumidos en un triste silencio, y el parecido de ella con el amor que había perdido agudizaba el dolor del príncipe. Al ver que la nota estaba llena de significado, escribió:

*¡Ten cuidado, oh, cuclillo, cuando
piensas en lanzar tu canto
donde el azahar expande su fragancia,
evocando queridos recuerdos!*

«¡Eso es una prueba muy dura!»

La dama que estaba a su lado sabía muy bien lo que ocurría, y reflexionó entristecida: «¡Ay, qué trágica ha sido la brevedad de su vida, [\[16\]](#) con todos sus

cuidados! Yo, que tengo tan pocos, las he sobrevivido a ambas, aunque ¿durante cuánto tiempo?». Su Alteza ya no soportaba ocultarle algo que había dejado de ser un secreto, y le ofreció un relato amañado de todo lo ocurrido. «¡Estaba furioso contigo porque me lo habías ocultado!», añadió, entre risas y lágrimas, porque las dos habían sido hermanas, y esta circunstancia dotaba a la intimidad con ella de un matiz muy especial. En aquella otra casa, donde el ambiente era tan ceremonioso, cuando estaba indispuesto tenía que soportar las interminables molestias que le causaban, con su excesiva solicitud, el padre de aquella dama y sus numerosos hermanos;

en cambio, sabía que allí siempre podía sentirse cómodo y a sus anchas.

Pero seguía preguntándose si no lo habría soñado todo, porque no veía cómo había podido suceder de un modo tan repentino. Por ello reunió a sus hombres de más confianza y los envió en busca de Ukon. La madre de su difunta señora había regresado a la Ciudad porque el estruendo del río le impulsaba con excesiva intensidad a seguir a su hija, y dudaba de que en Uji encontrara jamás alivio a su pesar. Cuando los hombres llegaron, la casa estaba casi desierta, aparte de unos pocos sacerdotes que cantaban el Nombre. Los guardianes que habían aparecido de una manera tan repentina y

ostentosa no les dieron el alto, y ellos pensaron amargamente en la crueldad de que aquellos mismos guardianes se hubieran negado a franquear la entrada a Su Alteza en aquel último viaje que hizo para ver a la muchacha. Sí, también ellos le habían condenado por ceder a una locura tan indecorosa, pero ahora el recuerdo de las noches en que había ido a verla y de la noble elegancia con que la llevó en brazos para subir a la embarcación ponía al borde de las lágrimas hasta al más rudo de ellos.

También Ukon, como es natural, recibió llorosa a Tokikata. Éste le explicó el motivo de su visita: había ido en su busca para llevarla ante Su Alteza.

—Me temo que a mis compañeras les parecería raro que me marchase ahora — replicó ella—; además, aunque lo hiciera, dudo de que en mi estado actual pudiera aclararle algo. Será mejor que, una vez finalizado el período de confinamiento, les dé una excusa para ir a la Ciudad, y prometo que lo haré, aunque, a decir verdad, no deseo vivir tanto. Por entonces me sentiré un poco más serena. Me gustaría visitarle entonces (no es necesario que repita su invitación) y contárselo todo. Estoy por completo de acuerdo en que parece un sueño.

Era evidente que aquel día sería imposible persuadirla. Tokikata lloraba.

—Nunca supe lo que ocurría entre los

dos —le dijo a Ukon—, y no es propio de las personas como yo pretender comprenderlo, pero mis ojos presenciaron la extraordinaria devoción de mi señor, y no vi ningún motivo para buscar tu amistad con demasiada rapidez, pues me parecía evidente que con el tiempo tendría el placer de servirte. Este terrible acontecimiento no ha hecho más que confirmar mis sentimientos hacia ti. —Y concluyó sus palabras diciendo—: Sería una pena volver con el carruaje vacío, cuando Su Alteza ha tenido la amabilidad de enviarlo para ti. Tal vez alguna otra persona podría estar de acuerdo en ir.

Entonces Ukon llamó a Jijû.

—Ve tú, por favor —le pidió.

—Pero ¿qué podría decirle yo? — protestó Jijû—. No, no debo ir mientras dure el confinamiento. ¿No teme Su Alteza la contaminación de la muerte?

—Debido a la alarma causada por su enfermedad, se están haciendo muchas penitencias por él, pero no me parece que tenga paciencia para esperar tanto. Creo que preferiría practicar un retiro por una mujer que significó tanto para él. De todos modos, no quedan muchos días. Que venga una de vosotras.

Su insistencia acabó por convencer a Jijû, pues recordaba a Su Alteza con mucho afecto, y se dijo a sí misma: «¿Cuándo tendré otra ocasión como ésta para verle?». Vestida de gris oscuro y

acicalada, era en verdad muy bonita. Como ya no tenía señora a la que servir, no se había teñido una cola del mismo tono, y pidió a una muchacha paje que le trajera una violeta y gris claro. Le entristecía mucho pensar que aquél era el camino que podría haber seguido discretamente su señora si hubiese vivido, puesto que hacia allí tendía su propia inclinación secreta.

Su Alteza sintió una punzada de amargura cuando le anunciaron la llegada de la joven, pero no dijo nada a su esposa, pues habría sido demasiado cruel. Fue a la casa principal e hizo que Jijû se apeara en la galería. Jijû respondió a sus apremiantes preguntas sobre los últimos

días de su señora, hablándole del estado de desesperación que la embargaba y de lo mucho que había llorado aquella noche.

—Por lo general tenía muy poco que decir, Vuestra Alteza —le explicó—. Nunca fue dada a expresarse con claridad, y era raro que le hablara a alguien de las cosas que le afectaban profundamente. Imagino que esa reticencia suya es el motivo de que tampoco dejara unas últimas palabras. Jamás se nos ocurrió pensar que se proponía hacer una cosa así.

Su detallado relato turbó todavía más a Su Alteza, que se preguntaba qué había podido impulsarla a ahogarse en aquel río en vez de acatar el destino dispuesto por

su karma. En vano y con desesperación deseaba haberla encontrado y detenido.

—¿Por qué no pensamos que podría hacer esto cuando la sorprendimos quemando sus cartas? —dijo Jijû entre lágrimas.

Se pasaron la noche hablando, y ella le contó lo que su señora había replicado a su madre, que quedó apuntado en la lista de escrituras.

Hasta entonces Su Alteza nunca había prestado una atención particular a Jijû, pero la intimidad de su pena compartida le impulsó a decirle:

—¡Ven a servir aquí! Al fin y al cabo, la princesa y tú os conocéis.

—Sería un honor para mí, Vuestra

Alteza, pero de momento creo que me entristecería demasiado. Tal vez cuando haya finalizado el luto.

—Entonces tienes que volver.

No quería separarse de ella. La joven partió al amanecer, y él le dio una caja de peines y varios arcones de ropa, regalos que en principio habían estado destinados a su señora. Había encargado gran cantidad de prendas para ella, pero se limitó a darle aquéllas a Jijû, pues no deseaba extralimitarse en su generosidad.

«¿Qué pensarán de mí, tras mi inocente visita, cuando vuelva con todo esto? —se preguntó ella—. ¡Es un inesperado motivo de bochorno!» Sin embargo, pese a su consternación, no

podía rechazar los regalos. Los examinó en privado con Ukon, puesto que no tenían mucho más que hacer, y derramaron gran cantidad de lágrimas al ver lo exquisitos y elegantes que eran. También la ropa de los arcones era de una belleza perfecta.

—Será mejor que ocultemos todo esto durante el período de luto —se dijeron, sin saber realmente qué hacer con ello.

Entonces llegó su señoría el comandante, pues no podía seguir reprimiendo el deseo de saber más. Durante el trayecto reflexionó sobre el pasado y se preguntó qué vínculo de vidas anteriores le había llevado a buscar la compañía del Octavo Príncipe. «Y desde entonces he cuidado de sus hijas, incluso

hasta el extraño final de esta última, cuya existencia nadie podía esperar, y he sufrido constantemente por ellas. Él era un santo varón, y nuestro vínculo se basó siempre en la esperanza de la vida futura, bajo la guía del Buda, pero a mí tan sólo me condujo al error y al pecado, aunque supongo que, después de todo, debe de haber sido el camino empleado por el Buda para conducirme a la verdad.»

Su señoría llamó a Ukon.

—No he oído ninguna versión satisfactoria de lo ocurrido —le hizo saber—, y lo que me han dicho me ha impresionado tanto que tenía intención de visitaros una vez que haya terminado vuestro período de confinamiento, ya que

será pronto, pero no he podido aguantar más y finalmente he venido. ¿En qué estado se encontraba vuestra señora cuando murió?

«La monja Ben sabe lo que ocurrió — reflexionó Ukon—, y puesto que, en cualquier caso, es probable que el comandante se entere a través de ella, todo intento de ocultarlo por mi parte fracasará cuando ella le cuente algo del todo diferente.» Se había armado de mentiras para disimular el penoso suceso, pero al constatar tan sincera preocupación se olvidó de los embustes que había pensado decir y, para evitar seguir debatiéndose, le contó la verdad.

La inesperada revelación le dejó

sorprendido, y no supo cómo reaccionar. «¡Esto es increíble! —se dijo—. Ella, que tenía tan poco que decir, incluso sobre cuestiones de las que otros hablan con facilidad, y que siempre era tan afable..., ¿cómo había podido decidirse a hacer una cosa tan terrible? ¿Qué trataban de ocultar aquellas mujeres?» Pensar en ello sólo aumentaba su consternación, y, sin embargo, el pesar de Su Alteza había sido del todo evidente. Y la escena allí, en la casa de Uji: si la serenidad de ellas hubiera sido fingida, era indudable que él se habría percatado, pero estaba claro que su llegada las había sumido a todas, al margen de su rango, en un mar de profundos lamentos.

—¿Desapareció alguien más con ella? Decidme lo que ocurrió con exactitud. Dudo de que quisiera abandonarme porque estuviese decepcionada conmigo. ¿Qué angustia indecible pudo hacerle cometer de repente semejante acto? Sencillamente, no puedo creerlo.

«Ha llegado el momento de la verdad», pensó Ukon, apenada e inquieta al mismo tiempo.

—Lo más probable es que ya lo sepáis todo, mi señor —replicó—. Mi señora había sido criada, para empezar, en desdichadas circunstancias, y desde que vino a vivir aquí, un lugar tan apartado, fue hundiéndose en la melancolía. Pero por infrecuentes que

fuesen vuestras visitas, ella siempre las esperaba con ilusión, y aunque nunca lo manifestara así, sé que, cuando podía desentenderse de sus pertinaces problemas, se entusiasmaba al pensar en el momento en que podría veros a menudo y cuando os viniera bien. Las que le servíamos nos alegramos al saber que esta esperanza suya iba a realizarse, y nos aplicamos a prepararlo todo para ese día, como lo hizo su madre muy gustosa cuando pareció que aquello que había deseado para su hija iba a hacerse realidad y se trasladaría a la Ciudad. Pero entonces llegó aquella desconcertante nota vuestra y la severa reprimenda a los guardianes acerca de cierto problema

causado por una de sus mujeres, que las rudas gentes del campo que viven aquí, incapaces de comprender nada, interpretaron de la peor manera posible. Después de eso no hubo ninguna noticia vuestra durante largo tiempo, y ella, que había conocido demasiado bien el infortunio, el cual la acompañaba desde su nacimiento, se convenció de que los esfuerzos de su madre por verla respetablemente establecida no cosecharían finalmente más que el ridículo. Sabía qué golpe tan cruel sería eso para su madre, y le causaba un constante sufrimiento. Si no fue ése el motivo, no puedo imaginar cómo llegó a concebir la idea de hacer lo que hizo.

Dicen que si un demonio se la hubiera llevado, ¡al menos habría dejado algo suyo atrás!

La mujer lloraba de tal manera que las sospechas del comandante se disiparon, y tampoco pudo contener las lágrimas.

—No soy libre de hacer lo que quiera —replicó él—, porque pueden controlar todos mis movimientos, y por esta razón, cuando más me preocupaba el bienestar de tu señora, al menos confiaba en tenerla cerca de mí y asegurar su futuro, con un estilo de vida que nadie podría reprochar; y si eso le hacía sentir que la trataba con frialdad, entonces sólo puedo suponer que otro era merecedor de su afecto. No me había propuesto hablar de ello ahora, ni lo

haría si alguien más pudiera oírme, pero la cuestión de Su Alteza es insoslayable. Me pregunto cuándo empezó. En esta clase de cosas, por desgracia, él tiene maestría para hacer perder el seso a una mujer joven, y, por lo tanto, me siento inclinado a creer que ella se quitó la vida porque no podía tenerlo continuamente a su lado. Debes contarme más sobre ello. No me ocultes nada, por favor.

«¡De modo que lo sabe!», se dijo ella con profunda consternación.

—Según parece, mi señor, os han contado algo cruel en extremo. Y, sin embargo, yo misma siempre estuve con ella, os lo aseguro. —Hizo una pausa y prosiguió—: Bien, supongo que estáis

enterado de lo que sucedió. Aquella vez en que mi señora halló discreto refugio con la princesa en Nijô, él entró en su habitación, lo que nos horrorizó, aunque le hablamos con tal severidad que se marchó. Ella, asustada, decidió entonces trasladarse a la curiosa casita que ya conocéis. Estaba resuelta a impedir que volviera a verla, pero él se las arregló para descubrir su paradero, y el segundo mes pasado le envió una carta. Luego llegaron muchas más, pero ella no las leía. Le dijimos que debería sentirse honrada y que era una rudeza por su parte no responderle, y creo que acabó por hacerlo una o dos veces. Eso es todo lo que sé.

¿Qué más podía esperar el comandante que le dijera? Sería cruel seguir interrogándola. Se sumió en sus pensamientos: «Aunque Su Alteza se la fuese a llevar, no por eso ella me tenía en menos consideración; era fácilmente influenciable y, al encontrarse ante un dilema que era incapaz de resolver, el mero hecho de tener el río tan cerca le hizo pensar en la posibilidad de librarse así del problema. Nunca jamás habría buscado el abismo, [\[17\]](#) fuera cual fuese el sufrimiento al que le sometiera la vida, si yo no la hubiera dejado aquí.» ¡Cómo detestaba aquel río y la extrema aflicción que representaba para él! Durante muchos años el afecto le había llevado allí, por

aquellos senderos de montaña, pero ahora aborrecía el lugar y ni siquiera quería oír el sonido de su nombre. Se estremeció al recordar la ocasión en que la princesa de Nijô había mencionado por primera vez a su hermanastra y él había hablado de una «muñeca» del amor que había perdido. Seguía pensando que él tenía la culpa de que la muchacha hubiera muerto. Había supuesto con desaprobación que su madre había organizado los últimos ritos de una manera muy impropia porque ella misma era de baja cuna, y ahora que estaba enterado de todo no podía evitar solidarizarse con ella. Le parecía que la hija de aquella mujer había sido del todo digna, dada la alcurnia de su padre, pero

que ella misma, que no podía conocer el secreto de su hija, debía de preguntarse qué podía haber ocurrido entre su hija y Su Alteza. Todo era muy doloroso. No había cadáver, eso ahora él lo sabía bien, y, por lo tanto, no existía el riesgo de contaminación a causa de la muerte. Sin embargo, a fin de seguir manteniendo las apariencias ante sus hombres, no entró en la casa, sino que pidió un banquillo de los que se usaban para apoyar las varas de los carruajes y se sentó ante las puertas dobles. Sin embargo, eso era impropio de un hombre de su posición, así que fue a sentarse sobre el musgo que cubría el suelo del espeso bosquecillo. Desde allí miró a su alrededor, y dudó de que jamás

volviera a sentir deseos de ver aquel lugar.

*Si ahora incluso yo abandono a la ruina
este viejo y odioso lugar,*

*¿quién mantendrá en su memoria la
tonalidad de estos árboles cubiertos de
hiedra?*

Ahora el Iniciado era Maestro de Disciplina. El comandante le llamó y le hizo saber los ritos que llevaría a cabo. También aumentó el número de monjes que invocaban el Nombre. Teniendo presente la gravedad del pecado, dio instrucciones sobre las escrituras y las imágenes que debían dedicar cada

séptimo día, a fin de aligerar la carga que imponía. Había oscurecido del todo cuando se marchó, y al hacerlo pensó que, desde luego, no habría regresado de noche si ella estuviera viva. Le envió un mensaje a la monja, pero ésta no se presentó. «Seguiré aquí tendida, ¡ay! —replicó—, pues ahora soy un horror incluso para mí misma, y estoy tan ofuscada que no comprendo nada.» Él no insistió en verla personalmente. Durante el camino de regreso a casa, lamentó amargamente no haber organizado antes el traslado de la muchacha a la Ciudad, cuando ella le tenía tanto afecto, y la agitación siguió abrumándole mientras oía el estrépito del río. «¡Ah! —pensó,

suspirando sin poder contenerse—, ¡ha tenido un final terrible y ni siquiera han encontrado su cuerpo! ¿Qué acuático abismo la ha engullido?»

Los temores, expresados con vehemencia, de que la contaminación de la muerte pudiera afectar a su hija embarazada en la Ciudad habían impedido a la afligida madre volver a casa, y tuvo que conformarse con un alojamiento temporal, donde también se sumió en la preocupación por el sino de aquella otra hija. Sin embargo, el parto fue bien después de todo. Ella no podía ir a su lado, porque persistía la amenaza de la contaminación, y estaba entregada a lamentar sus desdichadas circunstancias,

sin pensar para nada en sus demás hijos, cuando llegó discretamente un mensajero del comandante. Ella se sintió complacida y conmovida en lo más hondo.

«Habría deseado transmitirte de inmediato mis más profundas condolencias por la tragedia que nos ha afectado a ambos —le había escrito él—, pero estaba demasiado desolado para hacerlo y sólo parecía ver oscuridad ante mis ojos, aunque sabía que estabas sumida en una pena todavía más negra. Y ahora, ¡qué rápidamente han pasado los días! El carácter huidizo de la vida es más intolerable que nunca, pero, tras haber logrado sobrevivir hasta ahora, espero con ilusión tener noticias tuyas a tu

conveniencia, en memoria de ella.»

Era una larga carta, entregada por el comisionado del Tesoro, quien añadió ahora un mensaje oral del comandante:

—Mientras pacientemente he dejado que los meses pasaran y llegara el Año Nuevo, puede que hayas llegado a dudar de la sinceridad de mis intenciones. Sin embargo, quiero que sepas que después de esto jamás te olvidaré. Puedes estar segura de ello. Además, tienes varios hijos, y puedes contar con mi apoyo cuando lleguen a servir a Su Majestad.

—La verdad es que mi roce con la contaminación de la muerte ha sido muy ligero —replicó ella, dado que ciertamente no había una gran necesidad

de precaución, e invitó al comisionado a entrar en la casa. Entonces, con lágrimas en los ojos, escribió su respuesta.

«Desde que ocurrió la tragedia, he lamentado la crueldad de seguir con vida, pero, al fin y al cabo, he vivido para recibir vuestras amables palabras. Hasta ahora el espectáculo de la infelicidad de mi hija me hacía pensar que la culpa era mía, dado lo insignificante que soy, pero el deseo que expresasteis entonces de traerla a la Ciudad me inspiró una gran confianza en el futuro. Aquella aldea sólo significa sufrimiento y aflicción, ahora que todo se ha quedado en nada. Vuestros tan apreciados mensajes han aligerado la carga de mis años, y el pensamiento de

que puedo seguir confiando en vos, siempre que mi vida dure un poco más, hace que afloren a mis ojos tan copiosas lágrimas que no puedo seguir escribiendo.»

La clase de recompensa que se daba normalmente a un mensajero podría haber parecido fuera de lugar en aquellos momentos, pero ella no quería que se marchara con las manos vacías, así que metió en una bolsa una hermosa espada y un elegante cinturón de cuerno de rinoceronte moteado [\[18\]](#) que había pensado en regalarle a su hija, y pidió que se los entregaran cuando él estuviera subiendo al carruaje, con una nota en la que decía que su hija habría deseado que

le hiciese aquellos regalos.

—No debería haberlo hecho — observó el comandante cuando los examinó.

—Ha tenido la amabilidad de recibirme en persona, mi señor —le informó el comisionado—, y lloró mucho mientras hablaba. Dijo que vuestras palabras acerca de sus hijos la honraban sobremanera y que sólo su carencia de cualquier mérito podría disuadirle de aceptar vuestro ofrecimiento, pero que los enviará a todos, pese a sus escasas capacidades, para que os sirvan, y que no dirá nada sobre las razones que tenéis para admitirlos. Tal es el mensaje que me ha dado para vos.

«Esta clase de relaciones no le confieren a nadie ningún brillo —pensó el comandante—, pero ¿no es cierto que incluso emperadores han aceptado a las hijas de tales personas? ¿Y quién criticaría la concesión de semejante favor, cuando en cualquier caso el destino lo había querido así? En cuanto a los plebeyos, muchos han aceptado a mujeres de bajo rango o que ya han estado casadas. No importa que la gente diga que ha sido hija de ese gobernador... Que crean tal cosa no supuso una mancha en el inicio de mi cortejo. Lo que quiero es que su madre sepa que, pese a la pena de haber perdido a una hija, su vínculo conmigo seguirá honrándola.»

El gobernador de Hitachi, su marido, le hizo una breve visita, sin que se molestara en sentarse.

—¡De modo que estás aquí sola en semejante momento! —exclamó enojado.

Ella nunca le había dicho dónde estaba su hija ni le había informado de sus circunstancias, y él había supuesto que la muchacha se encontraba en una situación apurada, mientras que ella, por su parte, se había propuesto decírselo, jubilosa, cuando el comandante la hubiera llevado a la Ciudad. Pero ahora era inútil seguir guardando silencio, y se lo contó todo entre lágrimas. El temor reverencial del provinciano hacia la verdadera nobleza le hizo estremecerse cuando ella le mostró la

carta del comandante, y la leyó una y otra vez.

—¡Qué gran fortuna perdió ella al morir! —dijo por fin—. He sido uno de sus sirvientes, pero no de suficiente categoría para que me llamara a su presencia, pues es en verdad un señor muy grande y orgulloso. ¡Es magnífico que se haya referido así a nuestros hijos!

Ante el espectáculo de su complacencia, ella sólo pudo retorcerse, llorosa, en el suelo, desgarrada porque su hija no estaba viva para compartirlo. Entonces el gobernador también derramó unas lágrimas. Sin embargo, dudaba de que un hombre como el comandante se hubiera interesado de veras por ella si

hubiese vivido. «Probablemente se siente mal porque ha sido el culpable de su muerte —se dijo—, y tan sólo quiere que su madre se consuele un poco. Por eso no le importa demasiado enfrentarse a una cierta desaprobación.»

«Pero ¿qué le sucedió en realidad a la muchacha?», se preguntó el comandante cuando llegó el momento de celebrar los ritos de los cuarenta y nueve días. Sin embargo, los ritos no podían hacerle ningún daño, por lo que los encargó al templo del Maestro de Disciplina. Dispuso generosas ofrendas para los sesenta monjes. La esposa del gobernador, que también estaba presente, añadió las suyas. Por medio de Ukon, Su

Alteza envió un recipiente de plata lleno de oro. Puesto que él no podía efectuar su ofrenda con magnificencia, debido a que podría atraer la atención, Ukon la realizó por él como si fuera suya, y quienes no conocían la verdad se preguntaron unos a otros cómo había podido permitírsele. Su señoría envió a todos sus sirvientes de mayor confianza. Muchos que no habían conocido a la fallecida observaron lo extraordinario que era todo.

—¡Ved cómo él honra la memoria de alguien de quien nadie ha oído nunca hablar! —decían—. ¿Quién pudo haber sido ella?

También estuvo presente el gobernador de Hitachi, haciendo gala de

una zafia prepotencia que escandalizó y dejó consternados a todos los presentes. El hijo del teniente [\[19\]](#) había llegado al mundo, y el gobernador se proponía celebrar el nacimiento por todo lo alto, así que en su casa había abundancia de adornos de Koma y Catay; pero eso era todo lo que podían permitirse las personas como él, y en definitiva no dejaba de ser bastante pobre. Sabía que aquellos ritos debían ser discretos, pero cuando vio con sus propios ojos su absoluta grandeza, comprendió que, de haber vivido, la primera hija de su esposa habría estado destinada a unas alturas mucho más encumbradas que las suyas. La esposa de Su Alteza aportó los medios

para las lecturas de las escrituras y las comidas que se sirvieron a los siete oficiales. Por entonces incluso Su Majestad había oído hablar de aquel amor del comandante, y lamentaba que éste la hubiera mantenido oculta en deferencia a la Segunda Princesa, su esposa.

El dolor de la pérdida seguía vivo tanto en el corazón de Su Alteza como en el del comandante, y a Su Alteza le embargaba sobre todo la tristeza de haber perdido de repente una pasión tan arriesgada, aunque su inclinación al galanteo no había disminuido y pronto empezó a buscar consuelo en otras relaciones. En cuanto al comandante, prosiguió como antes su leal solicitud

hacia quienes reclamaban su atención, aunque ni por un momento olvidaba lo que aquella pérdida significaba para él.

Durante su ligero período de luto, [\[20\]](#) la emperatriz había permanecido en Rokujô, y entretanto el Segundo Príncipe se convirtió en señor del Departamento del Ceremonial. Dada su importante posición, ahora tenía muy poco tiempo para visitarla. Su otro hijo, Su Alteza de la Guerra, a menudo buscaba refugiarse de la soledad y la tristeza en la residencia de su hermana, la Primera Princesa, donde, a su pesar, aún no había logrado poseer a todas las bellezas al servicio de ésta. Una de ellas, llamada Kozaishô, con la que su señoría el comandante había

conseguido por fin entablar relaciones secretas, tenía un encanto especial y, en opinión del comandante, gozaba también de unas cualidades asombrosas. En sus manos cualquier instrumento de cuerda producía un magnífico sonido. Las cartas que escribía, las pocas cosas que decía, siempre ofrecían algo memorable. También hacía largo tiempo que Su Alteza estaba impresionado con ella y, como era propio de él, hizo lo posible por convencerla de que el comandante no era tan merecedor de su estima, pero ella no vio motivos para ceder como todas las demás, y su exasperante obstinación convenció a su más incondicional admirador de que era en verdad una mujer

excepcional.

Como sabía muy bien con qué hondura el comandante sentía su pérdida, ella le escribió en un acceso de emoción:

Más que cualquier otra, siempre he estado presta a la compasión, pero no importo nada, y el silencio ha de ser mi regla.

«Si hubiese sido yo, y no ella...» [\[21\]](#)

Su elección del papel había sido adecuada, y en el silencio de un crepúsculo tan melancólico, él se sintió conmovido por la precisión con que había evaluado su estado de ánimo.

*Aunque innumerables veces el infortunio
me ha enseñado que nada dura,
jamás quise que mis suspiros fuesen tan
sonoros que llegaran a tus oídos.*

Fue a mostrarle su agradecimiento diciéndole cuánto le habían reconfortado sus palabras en aquellos momentos. Era un hombre de intimidante circunspección que no solía visitar así a una dama de honor, y la habitación de la joven, de reducido tamaño y con la puerta muy estrecha, era indigna de tan gran señor. Kozaishô se mostró muy avergonzada por esta circunstancia, pero no se excedió en sus disculpas, y le habló de un modo muy agradable. «Es mucho más interesante que

ella —se dijo—. Me pregunto por qué se ha dedicado a servir. ¡De buen grado la tendría sólo para mí!» Sin embargo, su actitud no reveló nada de estos sentimientos secretos.

En la estación en que florece el loto, Su Majestad la emperatriz celebró un Rito de los Ocho Discursos. Cada día estaba dedicado a Su Gracia de Rokujô, a la señora Murasaki y a otras personas importantes desaparecidas, y las escrituras e imágenes que había preparado para la ocasión eran impresionantes. El día del quinto rollo prometía ser tan espectacular que mucha gente, aprovechando su relación con una u otra dama de honor, acudió a presenciar el

acto. [\[22\]](#)

Una vez finalizado el rito, tras la sesión matinal del quinto día, entró el personal de la casa (los paneles deslizantes situados entre la cámara y el pasillo norte habían sido retirados para la ocasión) para guardar los adornos de la capilla y cambiar el mobiliario de la sala. La Primera Princesa se retiró a la pasarela del oeste, y sus damas de honor a sus habitaciones, exhaustas tras escuchar tanta prédica. Muy pocas estaban con ella en la creciente oscuridad. Entretanto, el comandante se había puesto un manto de vestir y había ido al pabellón de pesca para hablar de algo urgente con los monjes, pero cuando llegó allí ya se

habían ido, y se quedó junto al estanque, disfrutando del aire fresco. Eran tan pocas las personas presentes, que Kozaishô y las demás mujeres sólo habían colocado unas cortinas portátiles para delimitar un espacio donde descansar. «¡Ah, ella debe de estar ahí!», pensó él al oír el frufú de sedas, y miró a través de una estrecha abertura entre los paneles deslizantes, en dirección al pasadizo. Una dama tan importante rara vez se sentaba en semejante lugar, y las mujeres le habían cedido tanto espacio que él pudo atisbar entre las cortinas, muy separadas entre sí. Tres mujeres y una muchacha paje estaban picando con gran animación un bloque de hielo colocado sobre una bandeja. [\[23\]](#) Su

atuendo era tan informal, puesto que no llevaban ni chaquetas chinas ni vestidos de ceremonia, que él no entendía cómo era posible que estuvieran con la princesa, y, sin embargo, allí estaba ella, vestida con gasa de seda blanca, [24] sosteniendo un pedazo de hielo y contemplando la escena con una encantadora sonrisa. Su espesa cabellera debía de resultar opresiva en un día tan caluroso, pues la había extendido un poco hacia adelante, hacia donde él se encontraba, y él tenía la sensación de que jamás había visto nada igual. Ciertamente había conocido a muchas mujeres hermosas, pero nunca a una como aquélla. Sus mujeres le parecieron insignificantes

en comparación con ella, hasta que recobró la calma y reparó en una que se abanicaba, vestida con una vaporosa camisa de seda de color crudo amarillento y una cola violeta y gris claro. «¡Ah, ésa sí que tiene buen gusto!», se dijo.

—¡Con esos esfuerzos vais a tener más calor! —observó ella—. ¿Por qué no lo dejáis tal como está?

Sus risueños ojos eran encantadores, y por la voz él reconoció a su amiga Kozaishô.

Finalmente lograron romper el hielo en fragmentos. Cada una tomó un trozo y se lo llevó a la frente o se lo aplicó en el pecho, y algunas lo hicieron con cierta picardía. Kozaishô envolvió un pedazo en

papel para dárselo a su señora, pero la princesa se limitó a tender sus bonitas manos para que Kozaishô se las secara.

—No, gracias, no quiero —le dijo—.
¡Una se moja tanto!

Hablaba en voz muy baja, pero el sonido de su voz le procuró al comandante un placer incomparable. «Cierta vez —se dijo—, cuando era una niña y yo también era joven e inocente, la vi y pensé en lo hermosa que era, pero nunca volví a oír mucho más que el frufú de sus mangas. ¿Qué dios o buda puede haberme hecho presenciar esta escena? ¡Ese poder, sea cual fuere, sólo debe de haberse propuesto volver a sumir mis sentimientos en el caos!»

Mientras permanecía allí mirando, agitado en lo más profundo de su ser, una dama de honor subalterna que vivía en el lado norte del ala, recordó que, al retirarse apresuradamente a su habitación, se había olvidado de cerrar un panel deslizante, y entonces se dirigió a toda prisa hacia donde él estaba, temerosa de que la reprendieran por haber expuesto a las mujeres a las miradas ajenas. A la joven se le aceleró el corazón cuando vio el manto de vestir, y se preguntó quién sería, pero estaba tan inquieta que siguió avanzando, olvidándose de que tampoco ella debería dejarse ver. Él se apresuró a retirarse y desapareció, pues no quería que le reconocieran en una situación tan

comprometedora.

«¡Oh, no! —se dijo la dama—. ¡Hasta la cortina portátil está apartada, y cualquiera ha podido vernos! Debe de haber sido uno de los hijos de Su Excelencia de la Derecha. Nadie sin ningún derecho a estar aquí podría haber llegado tan lejos. Si alguien se entera de esto, tratarán de averiguar quién se dejó el panel abierto. Su camisa y sus pantalones parecían de vaporosa seda... Es muy posible que nadie le haya oído.» No sabía qué hacer.

Entretanto, el culpable reflexionaba, compungido: «Hubo un tiempo en que aspiré a la vida santa, pero una vez que tropecé, ¡cuántas preocupaciones he

llegado a tener! Si hubiera abandonado el mundo entonces, hace mucho tiempo, ¡ahora viviría en la espesura de las montañas y no me atormentaría el corazón de esta manera! —Estaba muy trastornado—. ¿Por qué he querido siempre verla de nuevo? Eso sólo ha significado sufrimiento, y no puede hacerme ningún bien».

Cuando la princesa, su esposa, se levantó a la mañana siguiente, estaba en verdad muy hermosa; a los ojos de él, tal vez tanto como la princesa a la que había estado mirando a escondidas el día anterior. «Sin embargo —reflexionó—, no se parecen en nada, y es ella la que posee una elegancia de extraordinaria nobleza, a

menos que lo haya imaginado o que sólo haya sido una impresión debida al entorno en que la vi.»

—¡Qué calor hace! —le dijo a su esposa—. ¡Ponte alguna prenda más fina! Puede ser agradable ver que una mujer lleva algo nuevo para variar. —Entonces se dirigió a una dama de honor—: Ve a decirle a Daini que confeccione una camisa de gasa de seda.

Las damas de la princesa estaban encantadas al ver que la apreciaba así, pues ella se hallaba entonces en la cima de su belleza.

Él regreso hacia mediodía, tras haberse retirado a sus aposentos para rezar como de costumbre, y allí estaba la

camisa que había encargado, colgada del travesaño de una cortina portátil.

—¿Por qué no te la pones? —le preguntó—. Puedo comprender que no quieras llevar nada transparente cuando tantos ojos pueden verte, ¡pero ahora es sin duda el momento adecuado!

Él mismo le puso la camisa. La princesa vestía unos pantalones de color carmesí, como los que llevaba ella el día anterior, y su abundante cabello tenía una longitud espléndida, pero su efecto, ¡ay!, no era el mismo; tal vez las dos mujeres eran en verdad muy distintas. El comandante pidió un bloque de hielo que había encargado a las mujeres que partieran en pedazos, y se sintió

regocijado en secreto cuando le dio un trozo a la princesa. «Vamos —se dijo—, ¿nadie ha pintado jamás a su amor a fin de poder contemplar su retrato? ¡Sin duda esta dama es digna de aportarme tal consuelo!» Sin embargo, sólo pensaba en lo que le hubiese complacido reunirse con la otra el día anterior y recrear sus ojos a placer, y no pudo evitar exhalar un suspiro.

—¿Escribes alguna vez a Su Alteza la Primera Princesa? —le preguntó.

—Lo hice en algunas ocasiones cuando vivía en palacio, porque Su Majestad me lo pedía, pero hace mucho tiempo que no lo hago.

—Supongo que ella ya no te escribe

porque ahora estás casada con un plebeyo. Eso es cruel por su parte. Le diré a la emperatriz que me has dicho que estás dolida.

—Pero ¿por qué habría de estarlo? ¡No, por favor, no le digas eso!

—Sí, ¡y que la razón por la que nunca te envía unas líneas es que te desprecia porque estás muy por debajo de ella!

El comandante se pasó el día en casa, y a la mañana siguiente fue a hablar con la emperatriz. Su Alteza estaba allí también, como solía, muy elegante con un manto de vestir oscuro sobre una prenda de vaporosa seda teñida de color clavo. Era tan cautivador como lo había sido su hermana mayor, y su exquisita piel blanca,

junto con la nueva esbeltez de sus facciones, hacía que mirarle fuese un placer para los ojos. El parecido que tenía con ella volvió a provocar el anhelo del comandante, y el esfuerzo por dominar tales sentimientos escandalosos le resultó más penoso que nunca. Su Alteza había traído consigo gran número de ilustraciones, y pidió a las mujeres que llevaran algunas al aposento de la princesa antes de que él mismo fuese allí.

El comandante se acercó a la emperatriz, le dijo cómo le habían conmovido sus Ocho Discursos y habló un poco con ella acerca de los tiempos pasados, mientras miraba las ilustraciones que Su Alteza había dejado allí.

—Lamento mucho ver a la princesa que reside conmigo tan desanimada, ahora que está lejos de palacio —observó—. Jamás recibe noticias de Su Alteza, vuestra hija, y le entristece suponer que ya no desea estar en contacto con ella debido al carácter de su matrimonio. Seríais muy amable si de vez en cuando le dejarais examinar unas ilustraciones como éstas.

—No puedo imaginar por qué habría de sentirse así —replicó Su Majestad la emperatriz—, ya que parece del todo comprensible que su correspondencia se haya interrumpido una vez se separaron, aunque estuvieran en contacto cuando eran vecinas en palacio. Le pediré que escriba, si bien no veo por qué motivo no podría

hacerlo tu esposa.

—¿Escribir primero? No, no, ella nunca podría hacer eso. Pero me satisfaría mucho si el vínculo que me permite visitaros como lo hago [\[25\]](#) os animara a dispensarle cierta consideración, aunque no lo hayáis hecho especialmente hasta ahora. En cualquier caso, antes las dos mantenían un grato intercambio epistolar, y sería una gran lástima que Su Alteza, vuestra hija, prefiriese no volver a hacerlo.

En ningún momento se le ocurrió pensar a la emperatriz que los planes galantes del comandante le impulsaban a hablar de aquel modo.

Cuando finalizó la visita a la

emperatriz, el comandante pensó ir en busca de la dama de honor de cuya compañía había disfrutado la otra noche, y a tal fin se encaminó al oeste hacia aquella misma galería cuya visión tal vez podría aportarle otra clase de consuelo. Las mujeres que estaban detrás de las persianas se acercaron al verle venir, pues la dignidad de su paso era en verdad soberbia. Al reparar en los hijos de Su Excelencia de la Derecha, que estaban sentados, conversando, en la galería, se detuvo y tomó asiento ante las puertas dobles.

—Vengo aquí con mucha frecuencia —les dijo—, [\[26\]](#) pero casi nunca os encuentro, señoras, hasta tal punto que

tengo la sensación de que he envejecido desde la última vez que os vi, de modo que he decidido reformarme. Sin duda, esos jóvenes caballeros que están ahí creen que estoy fuera de lugar. —Dirigió una mirada a sus sobrinos.

—¡Si tal es vuestro deseo, mi señor, debéis de estar rejuveneciendo!

Su refinado ingenio le recordó la extraordinaria elegancia de la señora de aquellas damas. Charló ociosamente con ellas, aunque no tenía nada especial que hacer allí, durante mucho más tiempo del que se había propuesto.

Entretanto, la Primera Princesa estaba con la emperatriz.

—¡Pero el comandante se encuentra en

tu ala! —observó Su Majestad, inquisitiva.

—Estoy segura de que sólo deseaba intercambiar unas palabras con Kozaishô —terció Dainagon, que había acompañado a la princesa.

—En cualquier caso, cuando un hombre tan serio se interesa por una mujer, es mejor que ella no sea lenta... Él no tardará en conocerle el juego. Pero no hay necesidad de preocuparse por Kozaishô.

Aunque el comandante y ella fuesen hermanos, ella le tenía cierto temor reverencial, y confiaba en que cualquier dama de honor a la que él favoreciese se comportara debidamente.

—Le tiene un afecto especial, mi señora —explicó Dainagon—. Incluso es probable que haya ido a su habitación. A menudo se queda a conversar con ella hasta altas horas de la noche... Es evidente que significa más para él que la mayoría. Para ella Su Alteza es el único cuyas dulces palabras no son de fiar, y ni siquiera le responde. ¡Ciertamente es muy difícil complacerla! —Dainagon se echó a reír, y la emperatriz la secundó.

—La felicito por haberse dado cuenta de lo depravado que es —dijo la emperatriz—. Pero ¿qué podría hacer yo para detenerle? Me siento avergonzada por él, incluso delante de vosotras.

—He oído decir algo extraordinario

—siguió diciendo Dainagon—. Esa dama que perdió el comandante era en realidad la hermana menor de la esposa de Su Alteza de Nijô... supongo que una hermanastra. Parece ser que la esposa del ex gobernador de Hitachi es o bien su tía, o bien su madre, no lo sé con seguridad. ¡Y Su Alteza también la visitaba con el mayor secreto! Su señoría el comandante debió de enterarse, porque de repente tomó la espectacular medida de dotar de guardia la finca de la dama, cuando hacía los preparativos para traerla a la Ciudad, y la siguiente vez que Su Alteza fue discretamente allí, bien disfrazado, no pudo entrar. Aguardó largo tiempo de la manera más ignominiosa, tal como estaba,

a lomos de un caballo, pero tuvo que regresar a casa. Aunque tal vez la dama le prefería, porque desapareció de repente, y sus allegados, como su aya, han llorado con desconsuelo pues creen que debe de haberse ahogado en el río.

La emperatriz estaba escandalizada.

—¿Dónde has oído semejante cosa? ¡Qué terrible situación! Pero, sin duda, si eso es cierto, ¡a estas alturas todo el mundo estaría enterado de algo tan sensacional! El comandante nunca lo ha mencionado, aunque es cierto que ha hablado con profunda tristeza de que nada dura y de que nadie en la familia de ese príncipe de Uji tiene una larga vida.

—No, no, mi señora, estoy totalmente

de acuerdo en que los sirvientes no son de fiar, pero una muchacha paje que estaba allí de servicio ha entrado hace poco en la casa de Kozaishô, y lo ha contado todo como si no pudiera haber duda alguna al respecto. Dice que allí todo el mundo se desvivía por silenciar lo ocurrido, debido a la atroz manera en que la dama había muerto y el escándalo que habría si llegaba a conocerse. Es posible que ni siquiera se lo hayan dicho todo al comandante.

—Dile a esa muchacha que no debe hablar más de ello. Estas cosas bien podrían resultar catastróficas para Su Alteza. La gente podría perderle fácilmente el respeto.

Su Majestad estaba profundamente afectada.

Algún tiempo después, la Segunda Princesa recibió una carta de la Primera. Tan sólo al ver la encantadora caligrafía el comandante se sintió profundamente gratificado. «¡Ojalá hubiera visto esto hace mucho tiempo!», pensó. También llegaron muchas ilustraciones divertidas enviadas por la emperatriz. El comandante añadió algunas muy bonitas y las envió a Su Alteza la Primera Princesa. Él debió de verse reflejado en una preciosa de Tôgimi, el hijo del comandante de Serikawa, partiendo solitario en el crepúsculo otoñal por el amor de su propia Primera Princesa. [\[27\]](#)

¡Pobre caballero, si la suya hubiera sido tan amable como la del relato!

¡Cómo el viento otoñal, adornando con gotas de rocío ¡os juncos inclinados, trae al anochecer, por encima de todo, un estremecimiento al corazón que anhela!

Quería escribir esto en la misma ilustración, pero la vida es de tal manera que incluso una indirecta tan ligera podría tener graves consecuencias, y sabía que no estaba en condiciones de revelar nada. Tras semejante sucesión de penalidades, pensó: «¡Ah, si hubiera vivido la dama que perdí hace largo tiempo, jamás habría amado a ninguna otra! No podría haber

aceptado a la hija de Su Majestad aunque me la hubiera concedido, y en cualquier caso él no habría deseado hacerlo si hubiese sabido que yo tenía un amor tan grande. ¡Qué cruel fue, no obstante, aquella Doncella del Puente, y qué duramente puso a prueba mi corazón!». Sus angustiadas reflexiones le llevaron a pensar en la hermana con la que se había casado Su Alteza, y le embargaba tal mezcla de amargura y anhelo imposible de saciar que se condenó a sí mismo por alimentar estúpidamente aquellos remordimientos. E incluso después de todo esto, quedaba el recuerdo de la que había muerto de aquel modo terrible... En el fondo era una niña, le parecía a él, y

culpable de obstinada temeridad, pero, aun así, la idea de cómo debió de padecer a causa de sus temores y de cómo el cambio de su actitud debió de remorderle la conciencia confirmaba lo dulce que había sido y qué acertado había estado él al quererla, si no como una verdadera esposa, al menos sí como una compañera siempre encantadora. «No —se dijo—, no pensaré más en Su Alteza, ni le recriminaré a ella lo que hizo contra sí misma, porque la causa de todo fue mi propio e ingenuo fracaso.» Esta clase de reflexiones le absorbieron durante mucho tiempo.

Cuando incluso un hombre tan sereno y circunspecto como el comandante puede

ser presa de tales sufrimientos, es comprensible que Su Alteza permaneciera del todo inconsolable, pues no tenía a nadie cuya presencia le recordara a ella o a quien pudiera confiar la pena de su anhelo insatisfecho. La princesa, su esposa, podría haberle dirigido unas palabras de consuelo, pero no había llegado a conocer bien a su hermanastra, y después de haberse encontrado de improviso y por breve tiempo, el dolor por su desaparición no podía ser muy profundo. Además, él no quería pedirle que compartiera sus sentimientos por más que lo deseara, y, por lo tanto, envió un mensajero a Uji para que trajera a Jijû.

Allí las mujeres del servicio habían

emprendido caminos diferentes, dejando atrás al aya, a Ukon y a Jijû, que eran reacias a olvidar los favores de su señora. Jijû no había sido tan íntima de ella como las otras, pero tras el largo tiempo que habían pasado juntas, se consolaba en ocasiones con la esperanza de que en el temible estrépito del río aún sería posible percibir el murmullo del agua en unos bajíos más felices corriente abajo. [28]

Sin embargo, recientemente el temor y el aborrecimiento que le inspiraban ese sonido la habían impulsado a trasladarse a la Ciudad, donde vivía en una humilde casita. Su Alteza la encontró allí y la invitó a entrar a su servicio, pero, pese a su gratitud, a ella le pareció, dadas las

circunstancias, que las demás no verían con buenos ojos que lo hiciera, por lo que rechazó la oferta, aunque al mismo tiempo dio a entender que serviría de buen grado a la emperatriz.

—Ésa es una excelente idea —replicó Su Alteza—. Allí también puedes ser mía, y nadie lo sabrá.

Jijû, a quien la perspectiva le ofrecía la posibilidad de encontrar alivio a la inquietud y la soledad, encontró una manera apropiada de integrarse en el personal. [\[29\]](#) Nadie se quejó, puesto que era del todo presentable aunque careciera de rango. Su señoría el comandante iba con frecuencia de visita, pero ella siempre se sentía desdichada al verle.

Todo el mundo decía que la emperatriz había reunido sólo a las hijas de las casas más importantes, pero cuando por fin ella empezó a mirar a su alrededor, no vio a ninguna comparable a la señora que había perdido.

Una hija de Su Alteza del Ceremonial, que había fallecido aquella primavera, no inspiraba mucho afecto a su madrastra, la viuda del caballero, y además la pretendía el hermano de aquella dama, un caballero jefe nada prometedor. La dama, del todo indiferente a su difícil situación, decidió que él debía hacerla suya.

—¡Qué lástima permitir que se desperdicie de ese modo! —comentó la

emperatriz al enterarse—. ¡Su padre le tenía tanto afecto!

Esta situación descorazonaba a la joven dama, hasta que su hermano, un consejero, expresó su gratitud por el amable interés de la emperatriz. Así pues, recientemente la muchacha había entrado al servicio de Su Majestad. Su nobleza de cuna hacía de ella la perfecta compañera de Su Alteza la Primera Princesa, y disfrutaba de una consideración especial. Con todo, no dejaba de ser una dama de honor, y por eso la conocían como Miya no Kimi. [\[30\]](#) ¡Era muy conmovedor verla llevar sólo la cola! [\[31\]](#)

Su Alteza de la Guerra pensó: «¡A decir verdad, ella es merecedora de que

se la compare con mi pobre amada! ¡Después de todo, los príncipes, sus padres, eran hermanos!». Dada la clase de hombre que era, seguía teniendo un peculiar apetito por lo nuevo, incluso mientras lloraba lo pasado, y estaba deseando conocerla.

Al comandante le resultó difícil aceptar el destino de aquella mujer. «Hasta el mismo final Su Alteza, su padre, consideró la posibilidad de ofrecérsela al príncipe heredero —se dijo—. ¡Incluso mostró interés por mí! El espectáculo de semejante deshonor deja bien a las claras que quien se arroja a las aguas se libra de muchos sufrimientos con ese acto.» Simpatizaba con ella más que con

cualquier otra.

La residencia de la emperatriz en Rokujô era más grande y más bonita que la de palacio, y todas sus damas de honor, incluso las que no siempre la atendían personalmente, llegaron desde lejos para gozar de la comodidad que reinaba allí, hasta que cada ala, galería y pasarela estuvieron llenas de gente. Su Excelencia de la Derecha cuidaba de la finca con tanta magnificencia como lo había hecho su padre. En efecto, su familia era tan numerosa y próspera que el Rokujô presente superaba en brillantez al de entonces. Su Alteza, que durante meses podría haberse dedicado a innumerables aventuras amorosas si no hubiese habido

nada que le abrumara, estaba muy apagado y, a decir verdad, parecía haber madurado un poco. Sin embargo, ahora la presencia de Miya no Kimi estimuló de nuevo su verdadera naturaleza, y se puso a tramar la manera de conseguirla.

Su Majestad se proponía regresar a palacio ahora que había refrescado, pero las damas de honor más jóvenes pusieron objeciones.

—Sería una lástima no presenciar aquí la mejor parte del otoño y la belleza de las hojas —adujeron.

Todas ellas se habían reunido a su alrededor para gozar del estanque y contemplar la luna, y a menudo tocaban los instrumentos musicales de una manera

tan fresca y elegante que Su Alteza las escuchaba con gran placer. Él era como la primera flor de la estación, incluso para unos ojos que le veían día y noche. En cambio, a todas ellas la presencia del comandante les parecía un tanto intimidante, porque era muy reacio a participar en sus diversiones. En cierta ocasión, cuando los dos estaban con Su Majestad, Jijû los observó desde detrás de una cortina portátil, mientras reflexionaba: «Ojalá mi querida señora se hubiera decidido por uno de ellos, puesto que cualquiera de los dos prometía un espléndido futuro, ¡y ojalá siguiera viva! ¡Qué demencial, atroz y aborrecible es lo que prefirió hacer en cambio!». Pero Jijû

se guardó para sí su agudo dolor, y nunca decía a nadie ni una sola palabra que pudiera dar a entender que sabía algo acerca de Uji. Entretanto, Su Alteza le contaba detalladamente a Su Majestad cosas de palacio, y el comandante se despidió y se dispuso a salir. Jijû no quería que la viese, y se ocultó. Temía que él pudiera considerarla cruel por marcharse antes de que el luto hubiera terminado.

El comandante fue a un lugar donde varias mujeres charlaban en voz baja, junto a una entrada ubicada en la pasarela que conducía al este.

—Deberíais sentirnos cómodas conmigo —les dijo—. ¡Ni siquiera con

otra mujer podríais llevaros mejor! Además, tengo ciertas cosas valiosas que enseñaros. Me alegra decir que lo comprenderéis a su debido tiempo.

Las mujeres estaban preguntándose qué debían replicar cuando una mayor y más experimentada, llamada Ben, respondió:

—Mi señor, ¿no es la mujer que ya no desea vuestra intimidad la que realmente puede sentirse cómoda con vos? Así es como son en verdad las cosas. No aspiraba, por cierto, a hablaros de manera tan íntima, pero, desvergonzada como soy a estas alturas, me ha parecido que tenía al menos el deber de hacerlo.

—¡Lamento mucho que no consideres

necesario ser tímida conmigo! —
respondió él.



Mujer sin su chaqueta china

Ella se había despojado de su chaqueta china y la había dejado a un lado, al parecer para dedicarse a la práctica de escritura, y él dedujo también

que gozaba de las pocas flores otoñales que había recogido, las cuales había colocado en la tapa de su escribanía. Muchas de las mujeres se habían ocultado detrás de cortinas, mientras que otras se habían limitado a retirarse, de modo que no pudieran ser reconocidas desde la puerta abierta. Él, divertido, contempló sus cabezas desde atrás. Entonces atrajo una escribanía hacia sí, mojó el pincel en la tinta y escribió:

¡Ah, ñores de valeriana, heme aquí en un prado donde tantas florecen, y aún no brilla en mí una gota de rocío para perjudicar mi nombre! [32]

«¡Sin embargo, no me sonreís!»
Mostró el poema a la que estaba sentada de espaldas a él, junto al panel deslizante. Ella, sin el menor estremecimiento, escribió a su vez:

*Entre todas las ñores, es el suyo un
nombre comprometedor, pero estas
flores*

*jamás se pliegan a la fantasía de
cualquier rocío pasajero. [\[33\]](#)*

Esta pequeña muestra de su escritura tenía tan impecable distinción que él se preguntó quién podía ser. La mujer debía de ir a reunirse con la emperatriz cuando él le cortó el paso.

—Me temo que habláis como un
anciano —le dijo Ben.

*Descansad entre las ñores, poneos a
prueba de nuevo, y ved si las flores de
valeriana,
con toda su radiante belleza, tientan o
no a vuestro corazón.*

«Entonces también yo tomaré mi
decisión.»

Él le respondió:

*Si me quieres pasaré aquí una noche,
aunque este corazón mío
jamás se deja atraer por ninguna flor
corriente.*

—¿Por qué me insultáis así? ¡Sólo pretendía bromear, sin una intención concreta, acerca de vuestro «prado»!

Cualquier palabra suya hacía que las mujeres desearan escuchar más.

—Te ruego que me perdones —le dijo él—. Entonces me marcharé. ¡Estoy seguro de que en cualquier momento tendrás motivos para mostrarte tímida de nuevo! [\[34\]](#)

El comandante se puso en pie y se alejó. Algunas de las otras mujeres confiaron en que no las considerase a todas tan categóricas como Ben.

Él se apoyó en la barandilla del lado este, contempló la puesta de sol y observó el jardín con todas sus flores.

—El más conmovedor de todos es el cielo otoñal [35] —murmuró en voz muy baja, presa de una tristeza inexplicable.

Un familiar frufrú de sedas le indicó que su portadora pasaba a través del panel deslizante desde un extremo de la cámara al otro.

Entonces Su Alteza de la Guerra se acercó al comandante.

—¿Quién acaba de entrar? —le preguntó.

—Era Chûjô, que sirve a Su Alteza la Primera Princesa —respondió una dama de honor.

¡Menudo despropósito! ¡Pensar que, sin más, había identificado a Chûjô ante un hombre que de repente deseaba saber

quién era! Sintió lástima de Chûjô y lamentó que allí las mujeres estuvieran tan dispuestas a permitir que aquel hombre se saliera con la suya. ¡Al parecer, todas aceptaban su conducta atrevida y obstinada! «¡Tengo motivos, ay, para estar enojado con ambos, hermano y hermana, por igual! [\[36\]](#) ¡Ah, con qué agrado seduciría a alguna de estas mujeres, a alguna belleza a la que él persiga con su habitual pasión, y le haría padecer tanto como él a mí! ¡Sin duda habrá alguna valiosa que me preferiría a mí! Pero no, los corazones femeninos no parecen ir por ese camino. Su esposa de Nijô no le perdona su conducta, y se preocupa por lo que la gente pensará de su creciente y

desdichada preferencia por mí, pero me conmueve y gratifica que ella, al menos, todavía no me haya rechazado. ¿Hay aquí una sola mujer que tenga su buen gusto? No lo sé, puesto que nunca me he propuesto averiguarlo. ¡No me importaría en absoluto tener un devaneo, habida cuenta de lo mal que duermo últimamente!» Sin embargo, todavía no se sentía en condiciones de hacer tales cosas.

Curiosamente, lo que había sucedido en aquella pasarela del oeste le impulsó a visitar de nuevo el lugar. Las damas de honor se encontraban allí, charlando cómodamente con el pretexto de admirar la luna, puesto que su señora, la Primera

Princesa, estaba pasando la noche con su madre. El comandante oyó con placer unas notas improvisadas con un *sô no koto*.

—¿Qué pretendéis al atraer así a la gente con vuestra música? [37] —les preguntó, tras acercarse de improviso a ellas. Pero, a pesar de la sorpresa, las mujeres no bajaron las persianas, que estaban un poco alzadas.

Una de ellas se irguió.

—¿Hay aquí un hermano mayor que se parezca a mí? —inquirió. Debía de ser aquella a la que llamaban Chûjô.

—¡No, pero yo soy el tío materno! —bromeó él— Supongo que Su Alteza la Primera Princesa se encuentra, como de

costumbre, con Su Majestad. ¿Qué ha estado haciendo ella durante todo este tiempo en casa? —Era una pregunta que podría haberse abstenido de formular.

—Pues nada de particular, ni aquí ni en palacio. Ésta es, ni más ni menos, su manera de vivir, que yo sepa.

«¡Qué elegancia le permite su rango!», reflexionó él, emitiendo un suspiro involuntario. Lo lamentó de inmediato y, antes de que se percataran de que suspiraba y se preguntaran el motivo, trató de desviar la atención de las mujeres jugueteando con un *wagon* que sobresalía hacia él por debajo de las persianas. Estaba afinado al modo *richi*, que armonizaba notablemente con la estación,

y su manera de tocar era muy agradable. Entre sus oyentes, las aficionadas a la música se quedaron muy decepcionadas cuando él dejó la pieza sin terminar.

«¿Es mi propia madre inferior a ella? Su Alteza es hija de una emperatriz... Ésa es la única diferencia entre las dos. [\[38\]](#) Su Alteza es la favorita de Su Majestad, su padre, ¡pero mi madre también era la favorita de su padre! ¡Qué extraño es que una deba tener mayor distinción que la otra! ¡Akashi debe de ser un notable lugar!» Estas reflexiones le llevaron a considerar su propio destino. «He sido afortunado en extremo —se dijo—, ¡pero cuánto más lo habría sido si ella me hubiese sido concedida!» Sin embargo, a

ese respecto pedía demasiado.

El aposento de Miya no Kimi se encontraba en la misma ala del oeste donde tantas mujeres jóvenes parecían contemplar la luna. «¡Pobrecilla! —pensó el comandante al recordarla—. ¡Ella misma no es diferente de esas dos! ¡No hay más que ver que en cierta ocasión Su Alteza, su padre, me tomó en consideración!».

Esto era una excusa suficiente, y partió en busca de la joven. Dos o tres muchachas paje, vestidas con hermosas prendas, habían ido aquella noche a servir a su señora. Con evidente timidez, desaparecieron en cuanto le vieron, y él pensó que tal era la naturaleza de las muchachas.

Llegó a la esquina sudeste del ala y carraspeó. Una dama de honor algo mayor salió a recibirle.

—Si dijera que secretamente me atrae tu señora, eso sólo equivaldría a repetir torpemente las palabras utilizadas por todo el mundo. Sin poder evitarlo, quiero «una palabra distinta». [\[39\]](#)

La mujer no transmitió estas palabras a su señora, y reveló lo entrometida que era al replicar:

—Ahora que mi señora se encuentra en unas circunstancias tan imprevistas, mi señor, no puedo por menos que recordar lo que pensaba de vos Su Alteza del Ceremonial, su difunto padre. No dudo de que mi señora reconoce tales muestras de

cálidos sentimientos hacia ella como los que, según deduzco, en ocasiones os sentís inclinado a expresar.

«¡Qué frescura la suya al tratarme como si fuese un cualquiera!» Irritado, el comandante siguió diciendo:

—Aparte por entero del vínculo entre ella y yo que le dificultaría rechazarme del todo, [\[40\]](#) me satisfará mucho que, tal como están las cosas ahora, me llame cuando le convenga. Sin embargo, difícilmente podré acudir si sólo me habla a través de persona interpuesta.

La mujer, un tanto agitada, aceptó y fue a decirle a Miya no Kimi que haría mejor en recibirle.

—Cuando mi presente estado de

melancolía recuerda a «El mismo Pino de Takasago de antaño», [\[41\]](#) te aseguro que tu apelación a ese vínculo me inspira esperanza y confianza.

Ella le habló directamente, con una voz juvenil, deliciosamente suave. Semejante respuesta por parte de cualquier mujer normal y corriente en una casa como aquella le habría encantado, pero en el caso de la joven le molestaba un poco que, tratándose de una princesa, no impidiera que un hombre escuchara su propia voz. Lo que dedujo de su presencia le hizo sentir deseos de verla también, puesto que probablemente su aspecto era tan atractivo como su voz. Supuso con cierto interés que aquella mujer debía de

ser para Su Alteza de la Guerra una ocasión más de cometer una locura, pero esta idea también le hizo recordar lo infrecuente que es la constancia. «Aquí está ella, una joven dama primorosamente educada por un padre de la máxima distinción, pero supongo que hay otras muchas como ella. Lo extraordinario es que dos hermanas tan impecables hayan crecido entre aquellas colinas cuidadas por un auténtico santo varón. Y ella, que parecía tan frívola, tan imprudente... El breve tiempo que pasé con ella fue, después de todo, maravilloso.» Así era como sus pensamientos se dirigían finalmente a los recuerdos de una familia, siempre la misma. Mientras en el

crepúsculo reflexionaba sobre ese vínculo
extrañamente doloroso, las efímeras
revoloteaban ante él.

*Ahí está, ahí, pero siempre fuera de mi
alcance, hasta que miro una vez más
y se ha ido, la efímera, y no volveré a
verla jamás.*

«Podría no estar ahí en absoluto»,
[\[42\]](#) dicen que musitó para sus adentros.

Tenarai

Práctica de escritura

Tenarai («práctica de escritura») significa no sólo la práctica de la caligrafía mediante la copia de modelos, sino también la escritura de poemas, incluidos los de creación propia, por placer o como consuelo.

En la segunda parte del capítulo, Ukifune se consuela de ese modo.



Relación con los capítulos anteriores

«Práctica de escritura» cubre el mismo lapso de tiempo que «La efímera» y se extiende un poco más allá, cuando Kaoru cuenta 28 años.

Personajes

El comandante, de 27 a 28 años
(Kaoru)

**Su Reverencia el prelado
de Yokawa**, de más de 60 años
(Yokawa no Sôzu)

Su madre, una anciana monja, de
más de 80 años

Su hermana menor, monja, de
alrededor de 50 años

Su discípulo, un Iniciado

**El celador de la Quinta
de Uji**

Una mujer joven, de 22 a 23
años (Ukifune)

El capitán, yerno de la hermana del
prelado, cercano a la treintena

Shóshô, una monja

Komoki, una muchacha paje que
sirve a Ukifune

Saemon, una monja

Su Majestad la

emperatriz, de 46 a 47 años
(Akashi no Chûgû)

Kozaishô, una dama de honor al
servicio de la Primera Princesa

El gobernador de Kii, nieto
de la anciana monja, de 29 a 30 años

or aquel entonces vivía en Yokawa

P [\[1\]](#) un reverendo prelado, un hombre de profunda santidad que tenía una madre octogenaria y una hermana de cincuenta años. A causa de un antiguo voto, las dos mujeres hicieron un peregrinaje a Hatsuse, acompañadas de un Iniciado, el discípulo más íntimo y más respetado de Su Reverencia, que llevó a cabo las dedicaciones de sus imágenes y escrituras. Tras estas prácticas religiosas, emprendieron el camino de regreso. Estaban cruzando los Altos de Nara [\[2\]](#) cuando la madre de Su Reverencia, que se había hecho monja, empezó a encontrarse tan mal que al grupo se le planteó un dilema, pues no veían la posibilidad de

que la anciana pudiera proseguir el viaje. En consecuencia, se detuvieron en casa de un amigo, cerca de Uji, donde decidieron pasar el resto de la jornada, pero como el estado de la enferma no mejoraba, enviaron un mensaje a Yokawa. Su Reverencia, que sólo deseaba permanecer en la Montaña, no había tenido intención de abandonarla aquel año, pero la dramática noticia de que su madre estaba gravemente enferma y era posible que falleciera por el camino hizo que acudiera a su lado con la mayor rapidez.

El prelado y sus discípulos, dotados de los más grandes poderes sanadores, llevaban a cabo sus enérgicos ritos, aunque ciertamente la mujer ya había

vivido una vida plena, cuando su anfitrión oyó lo que estaban haciendo y se mostró consternado por dar alojamiento a una persona muy anciana y enferma en unos momentos en que él se estaba purificando para hacer un peregrinaje a la Montaña Sagrada. [3] Su Reverencia reconoció, entristecido, que el hombre tenía motivos para estar molesto, y dado que, en cualquier caso, apenas cabían en la pequeña vivienda, lenta y cautamente se dispuso a trasladar a su madre a otra parte. Por desgracia, el dios del medio obstruía su dirección a casa y era preciso evitarlo. Entonces recordó que la llamada Quinta de Uji, [4] en otro tiempo propiedad de Su Eminencia Suzaku, debía

de estar cerca. Puesto que él conocía al administrador de la finca, le envió un mensaje diciéndole que deseaba quedarse allí uno o dos días.

—El administrador y su grupo partieron ayer hacia Hatsuse —informó el mensajero, que había traído consigo a un anciano andrajoso, el celador.

—Venid si gustáis, por favor —dijo el celador—. La casa principal se está convirtiendo en una ruina. A menudo los peregrinos se detienen allí.

—¡Excelente! Es una quinta imperial, pero, si no hay nadie más, gozaremos de total tranquilidad.

Su Reverencia envió a su mensajero para que examinara el lugar. El viejo

celador, que estaba acostumbrado a los visitantes, efectuó rudimentarios preparativos para recibirles.

Su Reverencia entró el primero. El ambiente de la casa abandonada era aterrador, y el prelado y los monjes que le acompañaban se pusieron a cantar las escrituras. El Iniciado que había ido a Hatsuse y otro monje de rango similar tenían un colega de categoría inferior que les encendió una antorcha, lo que les permitió recorrer el terreno de detrás de la casa en busca de algo fuera de lo corriente. [5] Era como si se encontraran en un bosque. A la luz espectral, bajo los árboles, distinguieron una extensión blanca y se detuvieron, preguntándose qué

podría ser. El monje que llevaba la antorcha la alzó bien alto: algo había allí.

—Debe de ser un zorro que ha cambiado de forma. [6] ¡El muy granuja! ¡Haré que se muestre tal como es! —Dio unos pasos hacia delante.

—¡Ten cuidado! ¡Puede ser peligroso!

El otro formó el mudra para reducir a esa clase de criaturas, al tiempo que le dirigía miradas furibundas. A pesar de llevar la cabeza rapada, experimentaba la sensación de tener los pelos de punta. El que sostenía la antorcha se acercó con calma a la criatura para examinarla mejor. Tenía el cabello largo y brillante, y estaba apoyada en las grandes y nudosas raíces de un árbol, llorando amargamente.

—¡Extraordinario! ¡Su Reverencia tiene que ver esto!

El hombre fue en busca de su superior y le contó lo que habían encontrado.

—Siempre he oído decir que un zorro puede adoptar la forma humana, ¡pero jamás he visto uno que realmente lo haya hecho!

El prelado bajó los escalones de la casa y fue a ver a la criatura.

Su madre no tardaría en llegar, y los criados más capacitados estaban ocupados en la cocina y haciendo otras tareas. En el bosque reinaba el silencio mientras cuatro o cinco monjes vigilaban su hallazgo, fuera lo que fuese. No sucedía nada especial. Desconcertados,

continuaban vigilando. ¡Faltaba poco para el amanecer! ¡Tenían que averiguar si aquel ser era humano o no! Los monjes entonaron el mantra apropiado y formaron el mudra, pero, al parecer, para Su Reverencia la respuesta ya era evidente.

—Es humana —dijo—. No hay en ella nada fuera de lo corriente ni maligno. Preguntadle quién es. No veo razón para creer que esté muerta. Si la han abandonado aquí dándola por muerta, parece ser que se ha reanimado.

—Pero ¿por qué alguien abandonaría un cadáver en esta quinta? Tal vez sea humana, pero un zorro, un espíritu de los árboles o algo por el estilo deben de haberle trastornado el juicio y la han

traído aquí. Esto es grave. Estoy seguro de que el lugar está contaminado.

Llamaron a gritos al viejo celador, y los ecos que les respondieron fueron aterradores. Llegó el hombre, zarrapastroso y sujetándose el sombrero con una mano para evitar que se le deslizara sobre la cara.

—¿Vive alguna mujer joven en las inmediaciones?

Le mostraron de qué estaban hablando.

—Esto lo hacen los zorros —replicó el hombre—. Bajo este árbol pueden suceder cosas extrañas. Un otoño, hace dos años, secuestraron a un niño que apenas tenía un año de edad, el hijo de

alguien que servía en la casa, y lo trajeron aquí. No es nada sorprendente.

—¿Murió el chiquillo?

—No, sigue vivo. A los zorros les gusta asustar a la gente, pero nunca hacen demasiado daño.

No era la primera vez que él veía aquello, y la llegada de un grupo de personas en plena noche parecía preocuparle mucho más.

—Comprendo. Entonces es a eso a lo que nos enfrentamos. Pero mira de nuevo, por favor. —Su Reverencia hizo que el intrépido discípulo se adelantara.

—¿Eres un demonio? ¿Un dios? ¿Eres un zorro o un espíritu de los árboles? No puedes ocultarte, ¿sabes?, ¡eso es

imposible, rodeado como estás por personas con grandes poderes! ¡Dime quién eres, dímelo! —Le tiró de la ropa, pero ella se cubrió el rostro y lloró todavía más intensamente.

—¡Vaya descarado el tuyo, espíritu de los árboles, demonio o lo que seas! ¿Crees que puedes esconderte para que no vea tu verdadero rostro?

Quería mirarla a la cara, pero le aterraba que fuese uno de aquellos demonios de los que había oído hablar, sin ojos ni nariz, y por ello, a fin de demostrar su inquebrantable valentía, trató de quitarle la ropa. Ella se volvió y, tendiéndose de bruces, se abandonó a un llanto incontenible.

El discípulo estaba seguro de que nada tan extraño podía pertenecer al mundo cotidiano, fuera lo que fuese, y quería ver qué era en realidad, pero, por desgracia, el aspecto amenazante del cielo anunciaba un aguacero.

—Si la dejamos aquí, morirá —afirmó—. Es preciso que la llevemos al otro lado del muro. [\[7\]](#)

—Tiene la forma de un auténtico ser humano —objetó Su Reverencia—, y sería terrible abandonarla para que muera ante nuestros ojos. No, sería en verdad grave no salvar al pez que nada en el lago o al ciervo que brama en las colinas cuando ha sido capturado y está a punto de morir. La vida humana ya es de por sí

muy corta, y debemos respetar lo que queda de la suya, aun cuando no sea más que uno o dos días. Tal vez ha sido violada por algún dios o demonio, o la han expulsado de su casa, o ha sido objeto de un cruel engaño, y es posible que esté destinada a una muerte nada natural, pero la gracia del Buda es para las personas como ella, y a nosotros nos corresponde darle remedios, cuidar de ella y tratar de salvarla. Si aun así muere, al menos habremos hecho todo lo que estuvo en nuestras manos.

Desoyendo las protestas de algunos de los monjes, pidió a su discípulo predilecto que la llevara a la casa.

—¡Oh, no, Vuestra Reverencia, por

favor, no hagáis eso! ¡Vuestra madre está muy enferma, y traer al interior de la casa a semejante criatura sólo puede causar contaminación!

Otros replicaron:

—¡Tanto si cambia de forma como si no, sería un gran error cruzarnos de brazos y ver morir a un ser vivo bajo la lluvia!

Debido al alboroto que los criados arman por todo y a sus atroces comentarios, tendieron a la joven en un rincón apartado de la casa.

Hubo una gran conmoción cuando acercaron el carruaje que transportaba a la madre de Su Reverencia y la anciana se apeó, porque en aquellos momentos se

encontraba realmente muy mal.

—¿Qué tal sigue esa joven que hemos encontrado? —inquirió Su Reverencia cuando se hubo instalado una atmósfera de relativa calma.

—Sigue inmóvil y no ha hablado. Apenas respira. Parece como si un espíritu le hubiera robado el juicio.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó la monja, hermana menor de Su Reverencia.

El prelado le explicó las circunstancias.

—Nunca había visto nada igual en mis más de sesenta años —comentó.

Apenas había escuchado el relato cuando la monja replicó entre lágrimas:

—Tuve un sueño en el templo donde nos encontrábamos. ¿Cómo es ella? ¡He de verla!

—Está ahí, junto a la puerta corredera del lado este.

La monja se apresuró a ir allí y vio que habían dejado a la muchacha tendida y completamente sola. Era una joven muy bonita, vestida con una prenda de damasco blanco de varias capas y pantalones escarlata. El perfume de sus ropas era delicioso, y su aspecto indicaba una gran distinción. «¡Debe de ser la hija a la que tanto echo de menos, que ha vuelto a mí!» Llorosa, llamó a sus asistentas y les pidió que trasladaran a la joven a la cámara interior. Ellas lo

hicieron sin temor, puesto que no sabían nada de lo ocurrido.

La joven apenas parecía viva, pero de todos modos abrió un poco los ojos.

—¡Háblame! —le rogó la monja—. ¿Quién eres y cómo ha sucedido esto?

Sin embargo, no obtuvo respuesta. Al parecer, la joven estaba inconsciente. Le puso una medicina en los labios, pero todo indicaba que la enferma se iba apagando con rapidez.

—¡No hay derecho! —exclamó, mirando implorante al Iniciado—. ¡Se está muriendo! ¡Ruega por ella, por favor, ruega!

—¡Lo sabía! Su Reverencia no debería haber sido tan generoso con su

ayuda.

Sin embargo, el Iniciado rezó y cantó la escritura en honor de los dioses. [8]

Su Reverencia se asomó a la habitación.

—¿Cómo está? Averigüad exactamente qué le ha causado esto y expulsadlo.

Pero la joven estaba ciertamente muy débil y su respiración podía detenerse en cualquier momento.

—No es posible que viva —observó una mujer.

—Vamos a tener que encerrarnos a causa de una contaminación que podríamos perfectamente haber evitado.

—Pero ella parece ser toda una

señora. No podemos abandonarla, aunque vaya a morir. ¡Qué atroz problema!

—¡Chiss...! —los silenció la monja—. No debéis contarle esto a nadie. Podría crear dificultades.

El estado de la joven le inquietaba más que el de su propia madre, y estaba tan deseosa de lograr que sobreviviera que no se apartaba ni un momento de su lado. Aunque no sabía quién era, no soportaba que un ser de tan espléndida belleza muriese, y lo mismo les sucedía a las mujeres encargadas de atender a la enferma.

La joven abría los ojos de vez en cuando, y entonces lloraba sin cesar.

—¡Oh, cielos! —exclamó la monja—.

¡Creo que el Buda te ha traído aquí conmigo en lugar de la hija a la que todavía lloro, pero sólo estaré más desconsolada que antes si también te pierdo! Sin duda, algún vínculo de vidas anteriores nos ha unido. ¡Dime algo, por favor, te lo ruego!

Siguió suplicando, hasta que la joven le dijo entre dientes:

—Supongo que vivo de nuevo, pero no lo merezco. Soy demasiado despreciable. ¡No permitas que nadie me vea, por favor, y esta noche arrójame al río!

—Es una alegría oírte hablar, pero ¡qué terribles son tus palabras! ¿Por qué dices una cosa así? ¿Cómo has llegado a

este lugar?

Pero la joven no dijo nada más. La monja la examinó en busca de algo que pudiera estar mal, [9] pero no encontró nada, y ante semejante belleza se sintió abrumada por la lástima y la congoja. ¿Podría ser en verdad una aparición llegada tan sólo para trastornar a un corazón demasiado afectuoso?

El grupo de Su Reverencia permaneció dos días recluido, mientras cánticos incesantes solicitaban la asistencia divina para las dos afligidas mujeres. El extraño acontecimiento había causado la consternación general. Las gentes humildes del entorno que en el pasado habían servido a Su Reverencia,

al enterarse de que estaba allí, acudieron a presentarle sus respetos, y mientras conversaban uno de ellos observó:

—Hay una gran conmoción debido a que la hija del difunto Octavo Príncipe, aquel al que visitaba su señoría el comandante de la Derecha, ha muerto de repente, aunque no estaba enferma. He ayudado a preparar el funeral, y por eso no pude venir ayer.

«Tal vez un demonio se apoderó de su espíritu y lo trajo aquí —reflexionó Su Reverencia—. En ningún momento me ha parecido real... Hay algo en ella perturbadoramente incorpóreo.»

—El fuego que vimos anoche no parecía lo bastante fuerte para eso.

—Lo mantuvieron bajo adrede. No fue en absoluto un funeral solemne.

La persona que hablaba permanecía fuera del recinto, debido a la contaminación que había contraído, y no tardaron en despedirle.

—Su señoría el comandante se relacionaba con una de las hijas del difunto príncipe, pero ella murió hace años. ¿A qué hija puede haberse referido? Su señoría jamás dejaría a la princesa para unirse a otra. [\[10\]](#)

Entonces el grupo se dispuso a partir. La madre de Su Reverencia se había recuperado, la dirección a casa ya estaba abierta también para ella y la idea de permanecer en un lugar tan amenazante no

era nada atractiva. Sin embargo, algunos sentían recelos hacia la joven.

—Aún está muy débil y el viaje podría ser muy duro para ella —aducían—. Es muy preocupante.

Fueron en dos carruajes. La anciana monja viajaba en el primero, con dos monjas que la cuidaban, y tendieron a la joven en el segundo, [\[11\]](#) atendida por una sirvienta. Avanzaban lentamente por el camino, ya que se detenían a menudo para administrarle un remedio a la enferma. Las monjas vivían en Ono, a los pies del monte Hiei, y la distancia que debían recorrer era larga. Llegaron a su destino entrada la noche, lamentando no haber tomado disposiciones para pernoctar en

algún lugar del camino. Su Reverencia ayudó a su madre a descender del carruaje, y su hermana atendió a la joven mientras la bajaban. La fatiga del largo viaje sin duda había dado a la anciana monja motivos para lamentar los interminables sufrimientos de la edad, pero se recuperó muy pronto, y Su Reverencia volvió a la Montaña. No mencionó a la joven a nadie que no hubiera estado con él cuando la descubrieron, pues era impropio de un monje viajar en una compañía como la suya. También su hermana pidió a sus sirvientas que le prometieran guardar silencio, porque la idea de que alguien pudiera presentarse en busca de la joven

le turbaba mucho.

«¿Cómo es posible que una muchacha como ella se haya encontrado en semejante situación en un lugar habitado sólo por gentes del campo?», se preguntó. Tal vez su madrastra o alguien por el estilo la llevó de peregrinaje, y cuando enfermó, la dejó atrás por medio de algún engaño. Después de esa única petición de que la arrojara al río, no había dicho ni una palabra más, lo cual desconcertaba a la monja más joven y estimulaba su anhelo de devolver la salud a la pobrecilla. Pero, ¡ay!, la joven nunca se erguía, sino que permanecía tendida y tan extrañamente absorta en sí misma que parecía improbable que pudiera vivir, aunque

contemplar la idea de abandonarla era demasiado doloroso. La hermana de Su Reverencia habló del sueño que había tenido, y secretamente ella y el Iniciado al que en principio había recurrido para que rezara quemaron semillas de amapola.

[\[12\]](#)

Así transcurrieron los meses cuarto y quinto. Desesperada porque no lograba ninguna mejora, la monja escribió a Su Reverencia: «¡Baja de la Montaña! ¡Sálvala, por favor! Que aún siga con vida indica que no está destinada a morir, pero sea lo que fuere lo que ha tomado posesión de ella, parece negarse a dejarla. Mi querido y santísimo hermano, comprendo que desees evitar la Ciudad,

pero sin duda no te hará daño alguno venir aquí!».

Le imploró en estos términos, y él reflexionó sobre lo extraño que resultaba todo aquel asunto. «¿Y si la hubiera dejado allí abandonada cuando la descubrimos? Que la encontrara, en primer lugar, seguramente significa que algún vínculo ya me une a ella. Sí, debo hacer cuanto pueda por salvarla, y si fracaso, entenderé que el tiempo de vida que le había sido concedido llegó a su fin.» Entonces bajó de la Montaña.

Su hermana le dio las gracias efusivamente y le puso al corriente del estado de la joven durante los últimos meses.

—Es natural que si una persona permanece enferma durante tanto tiempo haya de soportar grandes sufrimientos — le dijo—, pero en cualquier caso su estado no es peor ahora que al principio. Su belleza no se ha marchitado, su aspecto no da ni un ápice de lástima y, aunque parece que se está muriendo, sigue viva, como puedes ver.

La monja lloraba mientras le explicaba la situación.

—Esta muchacha me asombró desde el momento en que la vi por primera vez —replicó él—. Veamos, pues. —Se asomó a la habitación donde yacía la muchacha—. ¡Sí, es notablemente hermosa! ¡Nacer con esta belleza debe de

ser su recompensa por sus buenas acciones en vidas pasadas! Me pregunto qué desliz puede haberla llevado a esta situación. ¿No has oído decir nada que pudiera explicarlo?

—No, nada en absoluto. Bueno, en realidad es un regalo de la Kannon de Hatsuse.

—¿De ninguna manera! El Buda concede tal guía de acuerdo con los vínculos kármicos; en ausencia de alguno de tales vínculos, no veo cómo es posible.

Después de expresar así la perplejidad que sentía, dio comienzo a los ritos.

Puesto que Su Reverencia rechazaba solicitudes incluso de palacio, su hermana

pensó que su reputación peligraría si llegaba a saberse que había abandonado su retiro en la espesura de la Montaña para rezar de todo corazón por una mujer que en realidad no significaba nada en absoluto para él, y como sus discípulos convinieron en que así era, ella les instó al silencio.

—No, no, hermanos míos —les dijo él—. No aceptaré vuestras objeciones. Como monje ya soy bastante incorregible, y sé que continuamente violo tal o cual precepto, pero jamás se me ha podido reprochar una relación indecorosa con una mujer, nunca me he extraviado en esa dirección. Si lo hiciera ahora, cuando tengo más de sesenta años, sin duda

habría sido determinado por mi destino.

—Pero, Vuestra Reverencia, si las gentes deslenguadas difunden maliciosos rumores, la enseñanza del Buda saldrá perjudicada —protestaron los discípulos, en absoluto complacidos.

Su Reverencia juró solemnemente que el rito que estaba a punto de realizar tendría éxito, costara lo que le costase, y se entregó a ello durante toda la noche. Al amanecer logró que el espíritu entrara en la médium, [\[13\]](#) y entonces él y el Iniciado, su discípulo, redoblaron sus esfuerzos para obligarle a decir qué clase de poder era y por qué atormentaba a su víctima de aquella manera.

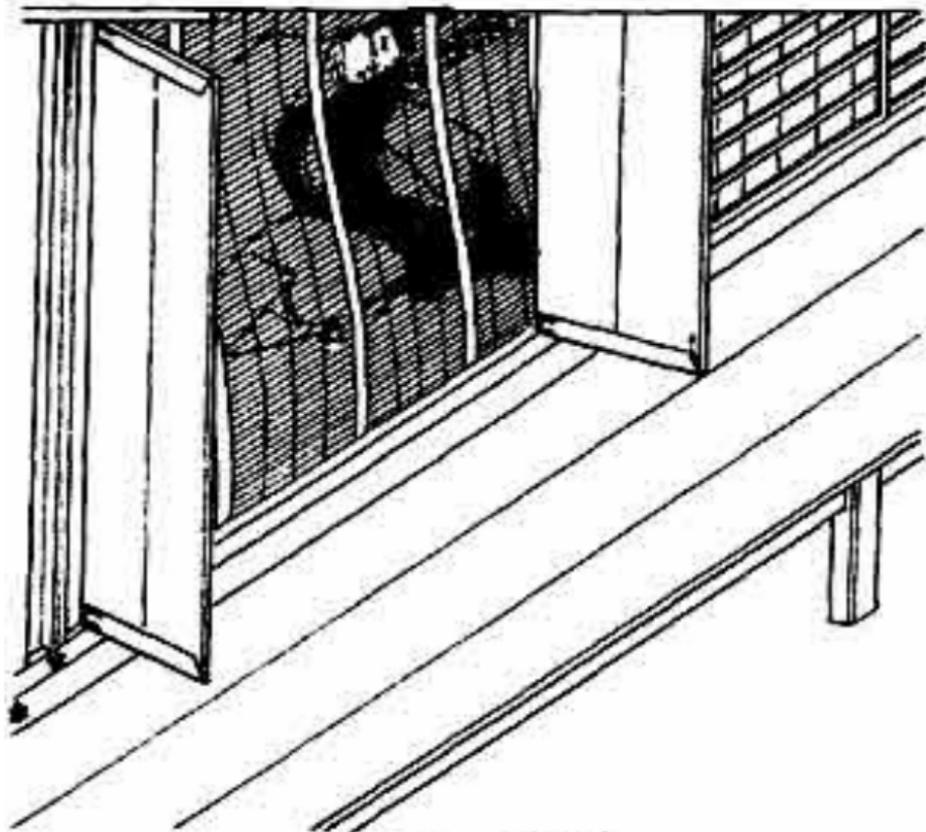
Tras haber pasado varios meses

negándose a manifestarse, el espíritu conquistado empezó a despotricar:

—No soy alguien a quien puedas forzar y someter. En otro tiempo fui monje practicante, [\[14\]](#) y cierto rencor hacia este mundo me hizo errar hasta que me establecí en una casa llena de mujeres bonitas. Maté a una de ellas, y luego ésta decidió volverse contra la vida, y día y noche decía que sólo quería morir. Eso me dio una oportunidad, y me apoderé de ella una oscura noche, cuando estaba a solas. Sin embargo, de alguna manera Kannon se las arregló para protegerla, y ahora he perdido a manos de este prelado. Me marcharé.

—¿Quién está hablando?

Pero tal vez la médium poseída ya se había debilitado, porque no hubo una respuesta útil.



Puertas dobles

Entonces la mente de la joven se

despejó, recuperó hasta cierto punto los sentidos y miró a su alrededor. No había allí una sola cara que conociera, y rodeada así de monjes decrepitos y ancianos, experimentó la soledad de quien ha llegado a una tierra desconocida. No podía recordar con claridad dónde había vivido ni quién era. «Me arrojé a las aguas, ¿verdad?, porque no podía soportarlo más. Pero ¿dónde estoy ahora? —Se esforzaba por recordar, y al final comprendió que había sido presa de una negra desesperación—. Todas estaban dormidas cuando abrí las puertas dobles y salí. Soplaban un fuerte viento y oía el estruendo del río. Allí fuera, sola, estaba asustada, demasiado asustada como para

pensar con claridad en lo que había ocurrido o lo que ocurriría a continuación, y cuando bajé a la terraza no sabía adonde iba; sólo sabía que entrar de nuevo no serviría de nada y que lo único que deseaba era desaparecer valerosamente de la vida. “¡Venid y devoradme, demonios o lo que esté ahí, no permitáis que me encuentren aquí, como a una necia acobardada!” Eso iba diciendo, sentada allí e inmóvil, cuando un hombre muy apuesto se me acercó y dijo: “¡Ven conmigo al lugar donde vivo!”, y me pareció que me tomaba en sus brazos. Supuse que era el caballero al que se dirigían como “Vuestra Alteza”, pero entonces mi mente debió de vagar, hasta

que él me depositó en un lugar que desconocía. Luego desapareció. Cuando todo terminó, me di cuenta de que no había hecho lo que me había propuesto hacer, así que lloré y lloré. No recuerdo nada más. Dicen que han pasado muchos, muchos días, y ahora aquí estoy, una pobre expósita, ¡atendida por personas a las que ni siquiera reconozco!» Profundamente avergonzada, lamentaba su vuelta a la vida. Aunque había permanecido inconsciente durante su larga enfermedad, había ingerido algún alimento de vez en cuando, pero ahora estaba tan alterada que lo rechazaba todo, incluso la más minúscula gota de medicina.

—¿Por qué has de ser todavía tan frágil? —le preguntaba la hermana de Su Reverencia con lágrimas en los ojos—. Antes siempre tenías fiebre, y me alegro mucho de que haya desaparecido y de que tu mente parezca haberse despejado.

Nunca se apartaba de su lado y la atendía con abnegación; y sus sirvientas cuidaban de ella con no menos interés, pues no deseaban que semejante belleza se perdiera.

En el fondo, la joven sólo seguía ansiando la muerte, pero la vida se empeñaba en permanecer con ella, pese a todo lo que había sufrido, y poco a poco fue alzando la cabeza y empezó de nuevo a tomar alimento, aunque su rostro seguía

afilándose cada vez más.

La hermana de Su Reverencia preveía, feliz, su total recuperación.

—¡Hazme monja, por favor! —le suplicó la joven—. ¡Sólo así podré seguir viviendo!

—¿Cómo podría hacer eso? ¡Sería una pena!

Sólo le cortaron un mechón de pelo y le administraron los Cinco Preceptos. Su joven pupila no se sentía satisfecha, pero, débil y confusa, no se encontraba en condiciones de imponer su voluntad.

—Bien, eso será suficiente. Ahora cuidad de ella —dijo Su Reverencia, y regresó a la montaña.

Para su hermana era como un sueño

entregarse al cuidado de una joven de semejante belleza y distinción, y era tan feliz que le hacía sentarse y ella misma la peinaba. Su cabello no estaba enmarañado en exceso, a pesar de que lo había descuidado, dejándolo atado a un lado, y una vez bien peinado reveló un lustre precioso. La presencia de la muchacha era deslumbrante en un lugar donde tantas cabezas canosas estaban a sólo un año de los cien. [\[15\]](#) Era como si el ángel más exquisito hubiera bajado de los cielos. [\[16\]](#) Esta idea turbaba sobremanera a la hermana de Su Reverencia.

—¿Por qué mantienes ese cruel mutismo conmigo, cuando te quiero tanto? ¿Quién eres? ¿Dónde vives y cómo

llegaste al lugar donde te encontramos?

—Debo de haber olvidado todo mientras me hallaba en aquel extraño estado, porque no recuerdo nada de mi vida anterior. El único vago recuerdo que tengo es el de estar sentada, una noche tras otra, con la mirada perdida en la oscuridad y sin ganas de vivir, hasta que alguien salió de debajo de un gran árbol que se alzaba ante mí y me pareció que se me llevaba. Por lo demás, ni siquiera puedo recordar quién soy. —Habló con dulce inocencia y, entre lágrimas, añadió —: No quiero que nadie sepa que sigo viva. Sería demasiado horrible que vinieran a buscarme.

La monja no la interrogó más, pues era

evidente que las preguntas resultaban demasiado dolorosas para la joven. Estaba tan maravillada como debió de haberlo estado el viejo cortador de bambú cuando encontró a Kaguya—hime, y, llena de aprensión, esperaba ver a través de qué grieta podría desaparecer para siempre.

La madre de Su Reverencia, que también era monja, había sido una dama importante. Su hija, que se había casado con un noble de alto rango, a la muerte de éste había seguido prodigando cuidados a su hija hasta verla muy bien situada, casada con un hombre por el que ella sentía un gran afecto. Pero entonces su hija murió. El golpe fue tan cruel que se

encerró en sí misma, se hizo monja y se instaló en aquella aldea de montaña, donde, solitaria y con poco que hacer, siguió anhelando la compañía de alguien que le recordara a aquella hija que con tanto pesar añoraba, y apenas podía creer en su buena suerte ahora que tan inesperado tesoro se había cruzado en su camino, una muchacha tal vez incluso más hermosa que su difunta hija. Estaba asombrada, desde luego, pero también contenta. Aunque de edad avanzada, la monja conservaba su belleza y un aire de gran distinción.

La corriente del río no era tan turbulenta allí como en Uji, y la casa tenía cierto encanto. Se alzaba en medio de un

delicioso bosquecillo, y el jardín cercano estaba muy bien diseñado y era palpable la exquisitez con que lo cuidaban. El otoño se acercaba, la tonalidad del cielo era conmovedora y las mujeres jóvenes cantaban sus rústicas canciones mientras recogían la cosecha en los arrozales cercanos. También era muy agradable el sonido de las tejuelas para espantar a los pájaros. A la joven del este, todo ello le recordaba el lugar donde había vivido. La vivienda se adentraba algo más en las colinas que aquella casa de las brumas vespertinas habitada en el pasado por la madre de Su Alteza la esposa de Su Excelencia de la Derecha, y se alzaba contra una empinada cuesta, de modo que

allí, bajo los pinos, las sombras eran profundas y el viento suspiraba lastimeramente. Reinaba el silencio mientras las monjas se entregaban a sus rezos. Tenían poco más que hacer.

En las noches iluminadas por la luna, la hermana de Su Reverencia tocaba a menudo el *kin*, acompañada al *biwa* por la monja conocida como Shóshô.

—¿Sabes tocar? —le preguntó a la muchacha—. ¡Tienes tan poco en qué ocuparte!

Siempre que aquellas ancianas se dedicaban a sus pasatiempos, ella recordaba su desafortunada educación y el hecho de que nunca había tenido tiempo para adquirir esa clase de conocimientos.

«¡Crecí sin adquirir ni una sola habilidad!», se dijo. Era muy amargo ser tan poco útil, y escribió de manera informal, como si practicara:

Oh, ¿quién tendió esa encañizada en el río de lágrimas, cuando para ahogarme a su veloz corriente me había arrojado, y así me retuvo en esta vida? [\[17\]](#)

Le contrariaba profundamente y, temerosa del futuro, recordaba el momento con odio.

Cada noche, cuando brillaba la luna, las ancianas componían elegantes poemas y hablaban de sus recuerdos. Como ella no podía participar, contemplaba

distraída el cielo.

*Ha querido mi suerte que vuelva a vivir
en este mundo de pesares,
aunque en la Ciudad iluminada por la
luna nadie lo sabrá jamás.*

Había muchas personas a las que echaba de menos cuando resolvió morir, pero ahora apenas las recordaba, aparte de imaginar la angustia de su madre y la amarga decepción de su aya, que siempre habían ansiado verla honorablemente establecida. «¿Dónde están ahora? —se preguntaba—. ¿Cómo podrían saber que sigo viva?» A veces también recordaba a Ukon, con la que había hablado sobre

muchas cosas, pues no tenía a nadie más con quien compartir sus sentimientos.

Una mujer joven no puede resignarse fácilmente a abandonar toda esperanza y encerrarse de ese modo en las colinas, y las únicas personas que estaban allí de servicio eran otras siete u ocho monjas, todas ellas muy ancianas. Sus hijas y nietas, unas de servicio en la Ciudad y otras no, iban a visitarlas de vez en cuando. Cualquiera de ellas podría servir a alguno de los caballeros a los que ella misma había conocido, y preveía la intensa vergüenza que experimentaría si por casualidad cualquiera de ellos se enteraba de que seguía viva, puesto que entonces la imaginaría reducida a las

circunstancias más degradantes. Por eso permanecía siempre recluida.

La monja que cuidaba de ella le había cedido dos de sus mujeres, Jijû y Komoki, [18] pero ninguna se parecía, ni por su físico ni por su ingenio, a las «aves de ciudad» [19] que ella había conocido. Se resignó a la idea de que eso debía de ser precisamente lo que el poema quería decir con las palabras «un lugar que no esté en el mundo». [20] Su insistencia en permanecer oculta convenció a la monja de que debía de tener una razón convincente, y no dijo a ningún miembro del personal de la casa nada sobre ella.

El ex yerno de la monja era por entonces capitán. Su hermano menor, que

era monje, se había convertido en discípulo de Su Reverencia y estaba retirado con él en la Montaña, donde sus hermanos iban a visitarle con frecuencia. Camino de Yokawa, el capitán pasó ante la casa de la monja, y los gritos de su escolta anunciaron la llegada de un caballero importante. La joven le buscó con la mirada, y al verle recordó vividamente la imagen de aquel señor que iba a verla en secreto cuando ella estaba en Uji. El lugar donde se encontraba ahora, con su silencio y aislamiento, no era menos deprimente, pero las monjas que residían allí desde hacía largo tiempo habían arreglado con sumo gusto el entorno de la vivienda. El seto estaba

lleno de encantadores claveles, así como flores de valeriana y campánulas recién florecidas, y ahora había entre ellas hombres jóvenes con mantos de caza multicolor. Entretanto, su señor, vestido de manera similar, permanecía sentado en el pasillo del sur, donde le habían recibido, con la mirada perdida y una expresión triste. Era un hombre de agradable aspecto, de veintisiete o veintiocho años, y tenía unos modales visiblemente cultivados.

La monja le habló desde detrás de una cortina colocada en el vano del panel deslizante.

—Los viejos tiempos parecen rezagarse más y más a medida que

transcurren los años —le dijo—, y me maravilla que no necesite olvidarte ni siquiera ahora, sino que aún pueda esperar ilusionada la luz de tu presencia en esta aldea de montaña.

—El constante recuerdo del pasado me conmueve como siempre, pero lamento no visitarte con frecuencia, ahora que te has apartado por completo del mundo. A menudo visito a mi hermano en la Montaña, pues envidio la vida retirada que lleva allí, pero tantas personas desean acompañarme que normalmente prefiero no molestarte trayéndolas aquí. Hoy, sin embargo, he logrado reducir su número.

—Me parece que cuando dices que envidias el retiro de tu hermano en la

Montaña sólo repites unos sentimientos que estos días están de moda, pero de todos modos hay muchas ocasiones en las que te estoy agradecida por no inclinarte tanto ante las tendencias del mundo como para olvidar todo cuanto quedó atrás.

La monja pidió que sirvieran arroz y otros alimentos a sus visitantes, y al capitán le hizo traer también exquisiteces tales como semillas de amapola. Él la conocía bien y no se sentía en absoluto inhibido, y cuando cayó un aguacero que hacía peligroso proseguir el camino, se quedó allí a charlar con sosiego. «Vaya —se dijo ella—, su carácter es incluso más admirable que el de mi hija, y es en verdad muy triste pensar que la relación

entre nosotros se haya perdido. No sé por qué mi hija no dejó una criatura que me permitiera recordarla.» Añoraba tanto a su hija que incluso las infrecuentes visitas del capitán le impulsaban a demostrar con su incesante locuacidad lo mucho que le conmovían y el placer que le causaban.

La joven, que por entonces se parecía tanto a la propia hija de la monja, tenía un aspecto encantador mientras contemplaba la escena, recordando los tiempos pasados. Vestida con una humilde camisa blanca y unos pantalones de color gris oscuro, que le habían dado sin duda porque allí todo el mundo usaba el color de la corteza de ciprés, le entristecía el contraste entre su estado actual y aquel

del que había disfrutado en otra época, aunque incluso con aquellas prendas rígidas y ásperas su belleza resplandecía.

—Mi señora —le dijo a la monja una de las ancianas que la atendía—, parece como si vuestra hija volviera a estar con nosotras de nuevo, ¡y qué magnífico sería que su señoría el capitán conviniera en ello! ¡Sería tan grato que volviera a frecuentarnos como entonces! ¡Los dos formarían una estupenda pareja!

«¡Oh, no, por favor! —pensó la joven — No me casaré nunca, ¡no lo haré mientras viva! Hacer tal cosa sólo me recordaría lo que ha quedado atrás. ¡No, jamás volveré a pasar por eso!»

La monja entró un momento en la casa,

y el capitán estaba contemplando con inquietud la lluvia cuando reconoció la voz de la monja conocida como Shóshô, y la llamó.

—Supongo que aquellas de vosotras a las que entonces conocí seguís todas aquí —le dijo—, pero me resulta tan difícil venir de visita que sin duda me consideraréis muy inconstante. —En el pasado, Shôshô había sido su sirvienta personal, y su presencia le recordaba los días en que su esposa y él estaban felizmente casados—. Antes, al pasar por el extremo de esa galería, un soplo de viento ha abierto un momento la persiana y he visto una cabellera muy larga. Me ha parecido que la mujer debe de ser bella.

Ha sido una sorpresa, ya que todas las que estáis aquí habéis renunciado al mundo, y me he preguntado quién podría ser.

Shóshô comprendió que debía de haber atisbado a la joven dama de su señora desde atrás, cuando ella se disponía a salir, y deseó ofrecerle una perspectiva mucho mejor, pues sabía que se quedaría impresionado. La monja se dijo que él parecía no haber olvidado aún a su esposa, que no era tan bonita ni mucho menos. Replicó:

—Mi señora, a quien nada podía consolar jamás después de su pérdida, para su gran sorpresa ha encontrado a una joven dama que le alegra los ojos día y noche. Parece mentira que hayáis podido

verla en un momento de descuido.

«¡Qué cosas tan extraordinarias suceden! —pensó el capitán con creciente interés—. ¿Quién puede ser?» La misma brevedad del agradable atisbo se había grabado vividamente en su memoria. Sin embargo, cuando trató de averiguar algo más, Shóshô no le dio una respuesta satisfactoria. «Lo sabréis a su debido tiempo»: eso era lo único que ella decía, y él difícilmente podía seguir interrogándola. Además, sus hombres anunciaban: «¡La lluvia ha cesado y el sol está a punto de ponerse!». Ante su insistencia, el capitán se dispuso a partir.

Recogió unas flores de valeriana que crecían cerca y tarareó para sus adentros:

«¿Cómo es que la valeriana florece tan bellamente?». [\[21\]](#)

—¡Fijaos en lo cauto que es, para que no chismorreemos! —se dijeron las ancianas entre sí con admiración—. ¡Qué excelente y apuesto caballero ha resultado ser! ¡Qué grato sería poder recibirle en la familia de nuevo!

—Dicen que suele visitar la casa del consejero Fujiwara, pero que en realidad no tiene intenciones serias y que pasa la mayor parte del tiempo en casa de su padre —observó su señora, y siguió diciéndole a su nueva hija—: Eres muy poco amable, querida, al mantenerte tan distanciada de nosotras. Espero que estés de acuerdo en que esto tenía que suceder y

seas atenta con él. Durante cinco o seis años no he dejado de llorar a mi hija ni un solo momento, pero ahora que te tengo a ti casi la he olvidado. No dudo de que aquellos a los que quieres están vivos, pero de momento han de suponer que ya no perteneces a este mundo. Las penas más profundas se disipan con el tiempo.

Las lágrimas acudieron a los ojos de la joven.

—No deseo ocultaros nada, pero volver a la vida de una manera tan extraña ha hecho que todo me parezca un sueño confuso. Así debe de sentirse una cuando renace en un mundo desconocido. Puede que todavía haya personas que me conozcan, pero no las recuerdo. La única

que ahora significa algo para mí eres tú.

¡Qué dulce e inocente era! La monja la miraba sonriente.

El capitán llegó a la Montaña, sorprendiendo a Su Reverencia, y los dos estuvieron un rato conversando. Tras decidir que se quedaría a pasar allí la noche, pidió a varios monjes dotados de buena voz que cantaran las escrituras, y se pasó el resto de la velada tocando música. Durante un largo paseo con su hermano, mencionó que había hecho un alto en Ono.

—Fue conmovedor de veras —le dijo—. Ya sé que ella ha abandonado el mundo, pero, aun así, pocas mujeres tienen su ingenio y un gusto como el suyo. —Y añadió—: Hace un momento la brisa

alzó una persiana y, a través de la abertura, atisé a una guapa muchacha de cabellera muy larga. Pude observar de soslayo espalda cuando salía (supongo que era consciente de que alguien podría verla), pero ciertamente tenía algo notable. Me parece que semejante lugar no es el más apropiado para una muchacha de buena familia. No ve más que a las monjas, un día tras otro. Es probable que eso ya no le importe, pero no deja de ser una gran lástima.

—Debe de ser la joven a la que tengo entendido que ella encontró esta primavera en extrañas circunstancias, cuando hizo un peregrinaje a Hatsuse —replicó su hermano, aunque no dijo más

porque él mismo no la había visto.

—¡Qué extraordinario! ¿Quién puede ser? Supongo que ella debe de haber decidido ocultarse allí porque no quiere saber nada más del mundo. Parece un antiguo relato de amor, ¿no es cierto?

Al día siguiente, en el camino de regreso, no pudo resistirse a visitar Ono de nuevo. Esta vez la monja estaba preparada para recibirle, y la calurosa bienvenida de Shóshô, que tanto recordaba los tiempos pasados, le encantó a pesar del color de sus mangas. La monja también le hizo compañía, y tendía más a las lágrimas que de ordinario. En el curso de su conversación, él se aventuró a preguntar:

—¿A quién tienes viviendo ahí de una manera tan discreta?

La monja se alarmó, pero era evidente que él había visto a la muchacha, y negarlo resultaría muy extraño.

—No podía olvidar a mi hija, ¿sabes? —replicó—, y eso me parecía un pecado muy grave, pero desde hace varios meses ella me consuela de su pérdida. Parece tener muchas cuitas, aunque ignoro en qué consisten, y se diría que le consterna en sumo grado pensar que cualquiera podría descubrir que está viva. Sin embargo, me resulta difícil imaginar que alguien la buscara en las honduras de este valle, y me intriga saber cómo la habéis descubierto.

—Confieso que un mero capricho me ha traído aquí, pero confío en que atiendas el ruego de un viajero en estas montañas. No creo que puedas permanecer insensible a mi súplica, si ella es realmente para ti lo que fue aquella otra. ¿Quién es y qué le ha llevado a rechazar el mundo? ¡Me gustaría tanto consolarla! —Estaba muy deseoso de saber más.

Antes de marcharse, escribió en una hoja de papel de doblar:

*No te inclines bajo la brisa que sopla en
Adashino, oh, flor de valeriana,
de mi jardín serás, aunque te encuentres
tan lejos. [22]*

Le pidió a Shóshô que se lo entregara.

—Respóndele —le instó la monja cuando la muchacha lo hubo leído—. Es un hombre excelente, no tienes por qué desconfiar de él.

—¡Pero es que escribo tan mal..!
¿Cómo podría hacerlo?

No dio su brazo a torcer, y la monja consideró la situación muy incómoda.

«Como te he dicho —respondió en una nota—, la muchacha le tiene menos apego al mundo que ninguna otra que haya conocido jamás.»

*Lo que haré no sé, yo que planté una flor
de valeriana*

aquí en la choza de hierbas donde he

renunciado al mundo.

Él comprendió que la joven se sintiera así aquella primera vez, y emprendió el viaje de regreso sin recriminarle su silencio.

No sabía si insistir en enviarle notas sería acertado o no, pero en cualquier caso no podía olvidar el atisbo que había tenido y, aunque no sabía nada de los pesares de la joven, tan absorto estaba pensando en ella que poco después del día décimo del octavo mes aprovechó una cacería con halcones pequeños [23] para visitar Ono de nuevo.

Como de costumbre, llamó a Shóshô.

—Tengo el corazón agitado desde la

primera vez que la vi —le explicó.

Pero la nueva hija de la monja seguía sin dar ninguna réplica propia, y la monja escribió al caballero: «Cuando la veo, pienso en el monte Matsuchi». [\[24\]](#)

Por fin la monja le recibió. Él le dijo:

—Respecto a la joven dama que, según creo, ahora se encuentra en unas circunstancias tan dolorosas, confío en que me cuentes más. El camino por el que se desliza mi vida es tan distinto al que desearía, que también a mí me gustaría retirarme en las colinas, si no me lo impidiesen aquellos cuya opinión estoy obligado a respetar. Me temo que mi carácter sombrío hace que sea una pareja inadecuada para una mujer sin ninguna

preocupación. [25] Preferiría confiar mis sentimientos a alguien que tenga sus propias pesadumbres.

A juzgar por su manera de hablar, tenía intenciones serias hacia la muchacha.

—En cuanto a tu deseo de relacionarte con alguien que tenga sus propias preocupaciones, creo que su conversación te satisfaría, pero la intensidad de su amargura contra esta vida hace que sea muy peculiar. Incluso a mí, con los pocos años que me quedan por delante, me resultó muy doloroso volver la espalda al mundo, y me cuesta creer que ella, cuya juventud le promete un hermoso futuro, persista en su actual resolución.

Hablaba como si realmente fuese la madre de la joven.

—Qué poco amable eres —le reprochó la monja cuando entró en la casa—. Te ruego que le respondas por lo menos una palabra. Nada sería más normal que el hecho de que quien vive en un lugar como éste respondiera con profunda emoción a la más leve muestra de interés por parte de alguien de fuera.

Sin embargo, todos los intentos de persuadirla fracasaron.

—No sé hablar con la gente, y teniendo en cuenta mi modo de ser, no tiene sentido que lo intente.

Permanecía tendida, haciendo caso omiso de la monja.

—Pero ¿qué dices? ¡Esto es demasiado duro! ¡Con eso de «prometida a un amante este otoño» [\[26\]](#) sólo querías darme largas!

Él estaba lo bastante enojado como para añadir:

*He venido de lejos, atraído por el canto
del grillo de pino y la prometida
bienvenida,
sólo para vagar de nuevo entre
carrizales cubiertos de rocío. [\[27\]](#)*

—¡Pobre hombre! ¡Sin duda al menos puedes responder a esto! —apremió la monja a la muchacha, pero ésta no soportaba la idea de participar en aquel

juego, y además, una vez que cediera, él iría en pos de ella una y otra vez, y eso no le hacía ninguna gracia.

Su rotunda negativa a responder decepcionó a todo el mundo. La monja debió de evocar los recuerdos de un pasado más animado al responder:

*Tú, cuyo manto de caza está humedecido
por los numerosos rocíos de los páramos
otoñales,*

*¡nunca intentes culpar a una casa
perdida en estos yermos cubiertos de
maleza!*

«Me temo que ella lo considera de mal gusto.»

Las demás monjas no podían imaginar cuán doloroso sería para la nueva hija de su señora que, contra sus deseos, se difundiera la noticia de que estaba viva, y recordaban al caballero con tanto cariño y placer que se desvivían por conmoverla.

—¡Pero que le respondas con amabilidad en una ocasión tan baladí no significa que él vaya a hacer algo que te disguste! —protestaron—. ¡Tal vez te moleste ese comportamiento mundano, pero al menos respóndele lo mínimo para no ser descortés!

Pero no, ella no confiaba en aquellas viejas monjas, con sus aires patéticamente juveniles y sus esfuerzos por componer malos poemas. Mientras permanecía allí

tendida, reflexionaba: «¡Qué cruel, después de todo, ha sido que sobreviviera, cuando había decidido poner fin a mi espantoso infortunio! ¿Qué aciagos extravíos me esperan? ¡Ojalá todos pudieran estar seguros de que he muerto y me olvidaran!». Entretanto, el indudable sufrimiento de la muchacha hacía suspirar al capitán. Éste tocó con suavidad la flauta y tarareó «el bramido del ciervo», [\[28\]](#) revelando así con claridad que era un hombre sensible.

—No sólo me acosan tristes recuerdos del pasado —dijo cuando se disponía a marcharse—, sino que además mi esperanza de un nuevo y tierno amor parece defraudada. ¡No, ya no puedo

creer en montañas a las que no afectan las
cuitas del mundo! [29]

—Pero ¿por qué no quieres seguir
gozando de esta hermosa noche? [30] —
protestó la monja, deslizándose hacia él.

—Conozco los sentimientos que
reinan en esa alejada aldea [31] —replicó
él con ligereza. No deseaba seguir
insistiendo con su galantería.

«Aquel ligero atisbo que tuve de ella
me llegó a lo más hondo, y durante mis
momentos de ocio la he recordado con
placer, ¡pero ella es demasiado fría y
reservada para un lugar como éste!», se
dijo para sus adentros mientras se
disponía a marcharse. Pero la monja sabía
que iba a añorar incluso la música de su

flauta, y le dijo:

*¿No significa nada para ti la gloriosa
luna que brilla desde lo más hondo de la
noche,*

*para que no desees quedarte aquí, en el
borde de las montañas?*

Era un poema un tanto mal formado, y
ella observó:

—Eso es lo que desea decirte la joven
dama.

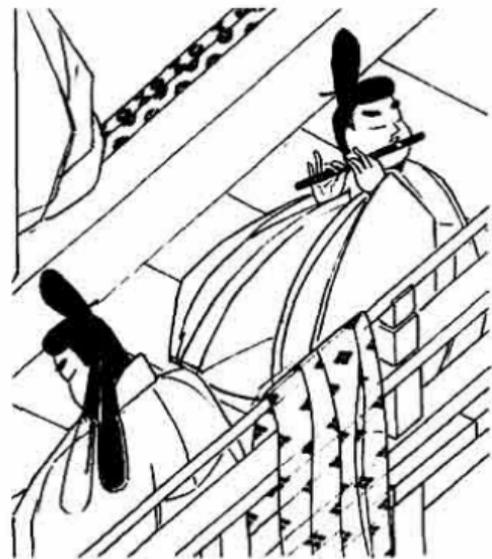
Él sintió que su interés se avivaba.

*Entonces seguiré contemplándola, hasta
que tras el borde de las montañas
desaparezca la brillante luna, y tal vez*

*tendré la suerte
de ver filtrarse los rayos a través del
techo de tu cámara.*

Entretanto, la anciana monja, la madre de Su Reverencia, había oído la música distante de la flauta del capitán, y salió de su aposento. Con la voz temblorosa y sus palabras interrumpidas por accesos de tos, ni siquiera mencionó el pasado, porque probablemente no reconoció al hombre que tocaba.

—Vamos —le dijo a su hija—, ¡tienes que tocar el *kin*! ¡Qué encantador es el sonido de una flauta a la luz de la luna! ¡Eh, muchachas, traedle el *kin*!



Hombre tocando la flauta

«¡Pero si es ella!
—El capitán conocía
su voz— ¿Qué está
haciendo escondida
en semejante lugar?
¡Ah, la traición de la
vida!» Conmoverido,
tocó de una manera
muy bella en el

modo *banshiki*.

—Ahora te toca a ti —alentó él a la
hija de la anciana.

—Debo decir que tocas mucho mejor
que antes —observó ella, pues también
sabía algo de música—, o tal vez sea que
lo único que oigo aquí es el viento que
baja de la montaña. Pero tocaré, tocaré,

aunque sé que mi instrumento está desafinado.

Su música fue para el capitán un placer peculiar, pues hoy día el *kin* es un instrumento anticuado y muy pocas personas lo tocan. El viento entre los pinos la dotaba de una belleza especial, y la voz que acompañaba a la flauta hacía que la luna pareciese brillar con más intensidad. La anciana escuchaba cada vez más encantada, sin asomo de sueño.

—Hace muchísimo tiempo tocaba muy bien el *wagon* —comentó ella—, pero supongo que los gustos han cambiado, porque Su Reverencia dice que mi manera de tocar le hace daño al oído. Y, además, añade, sólo debería invocar el Nombre,

puesto que todo lo demás es insensato. Hace que me sienta tan culpable que ya no toco nunca. Pero mi *wagon* tiene un tono precioso.

Era evidente que ansiaba tocar, y el capitán le respondió con una sonrisa:

—¡Desde luego, Su Reverencia se equivoca al disuadirte! Después de todo, en el lugar al que llaman Paraíso los bodhisattvas tocan instrumentos como éstos y los ángeles bailan, y dicen que también ésa es una actividad muy santa. ¿Qué pecado puede haber en dedicarte a lo mismo cuando no te entregas al rezo? ¡Me encantaría escucharte esta noche!

Sus cautivadoras palabras complacieron a la monja.

—¡Vamos, pues, mi dama de la cámara, [32] tráeme el *wagon*! — exclamó, y le entró un acceso de tos.

Sus azoradas sirvientas estaban demasiado apenadas para reprenderle por su lastimera queja de Su Reverencia. La anciana tomó el instrumento y se puso a tocar a su antojo, sin pensar en la música de flauta que el capitán acababa de ejecutar, en el modo *azuma* y con un estilo muy brioso. Los demás instrumentos se quedaron en silencio, y ella lo tomó como un tributo a la excelencia de su propia actuación. «*Takefu chichiri chichiri taritana*», [33] decía mientras tocaba sus fiorituras. Todo era terriblemente anticuado.

—¡Qué encantador! ¡Uno ya no oye nunca esa canción!

Sin embargo, no captó la alabanza del capitán, porque estaba sorda, y tuvo que preguntarle a alguien que se encontraba a su lado qué había dicho.

—Hoy los jóvenes no parecen apreciar estas cosas —se quejó—. Mira esa muchacha que vive con nosotros desde hace cierto tiempo... Ya sé que es muy bonita, pero se niega por completo a participar en estas diversiones. ¡No parece hacer absolutamente nada!

Para consternación de su hija, soltó una risa estridente y ufana. Su penosa actuación había agitado la fiesta, y el capitán emprendió el viaje de regreso. La

deliciosa música de su flauta, transportada por el viento de la montaña, las mantuvo a todas levantadas hasta el amanecer.

A primera hora de la mañana siguiente llegó una nota suya: «Os presento mis excusas por haberme marchado tan pronto. Muchas cosas se agolpaban en mi mente».

*¡Ay, cómo lloro por los días jamás
olvidados y por la música
de una noche de hiel en la que con tal
crueldad he sido ignorado!*

«¡Por favor, hacedle comprender un poco los sentimientos ajenos! ¿Por qué habría de seguir cortejando su afecto si en

verdad ella no puede soportarlo?»

La hija de la anciana monja, cada vez menos segura de lo que podría hacer, no era capaz de evitar las lágrimas mientras escribía:

*Las notas de tu flauta evocaron
vivamente el pasado irrecuperable,
y cuando te fuiste, las lágrimas
humedecieron mis mangas de nuevo.*

«Supongo que oíste hablar a mi madre, a su manera descuidada, de lo poco que esa muchacha mía parece comprender las penalidades de la vida.» A él la réplica le pareció pesada, sin nada digno de elogio, y no vaciló en dejarla de

lado inmediatamente.

Siguieron llegando cartas suyas, con tanta frecuencia como los vientos otoñales agitan los carrizos, algo que suponía para la muchacha un padecimiento interminable. Ahora recordaba todos aquellos momentos que le habían enseñado hasta qué extremo los hombres tienen un solo propósito.

—¡Por favor, os lo ruego, dejadme adoptar ese aspecto ante el que él deberá renunciar por completo a tales intenciones! —suplicaba, e inició el aprendizaje del cántico de las escrituras.

También rezaba con devoción al Buda. Su rechazo de las cosas de este mundo era tan absoluto que la monja

añoraba en ella todos los hermosos rasgos de la juventud, y llegó a la conclusión de que la melancolía era propia de su naturaleza. Sin embargo, le perdonaba estos defectos, pues su belleza era impresionante, y se complacía en mirarla día y noche. Cada una de sus infrecuentes sonrisas era una delicia.

Llegó el noveno mes, y la monja emprendió un peregrinaje a Hatsuse. Durante todos aquellos años en los que se había sentido tan tristemente sola, no había hecho más que pensar en la hija perdida, y ahora que tenía el consuelo de otra muy parecida a ella, quería agradecerle a Kannon una bendición tan grande.

—¡Ven conmigo! —le instó a su nueva hija—. Nadie tiene por qué saberlo jamás. Es cierto que una también puede rezarle aquí a Kannon, pero muchos ejemplos muestran las bendiciones que cabe esperar de hacerlo en un templo tan sagrado.

Pero, ¡ay!, la madre, el aya y otros allegados de la joven le habían dicho a menudo lo mismo, y ella había estado varias veces en Hatsuse. «¡Eso no me ha hecho nunca ningún bien! —se dijo—. ¡No pude deshacerme de mi vida como quería, y he padecido un terrible infortunio!» Además, temía emprender semejante viaje con alguien a quien no conocía.

—No me encuentro bien —replicó—, y no puedo decidirme a viajar así. Me temo que podría resultarme perjudicial.

La monja comprendió perfectamente su inquietud, y no insistió más.

Entre las hojas de papel en las que su nueva hija había realizado prácticas de escritura, la monja encontró un poema:

*¡Al permanecer así en una vida ahora
tan aborrecible, no, no iré
a donde fluye el río Furu, a ningún cedro
de doble tronco! [34]*

—Ese cedro de doble tronco debe de significar que hay alguien a quien sigues queriendo ver de nuevo —aventuró la

monja con naturalidad, y la sorprendida joven se ruborizó de una manera encantadora.

*De ese cedro gemelo junto al río Furu
nada puedo decir,
¡salvo que para mí eres ahora la misma
hija que perdí!*

No había nada notable en la respuesta rápidamente expresada de la monja.

La monja había dicho que quería viajar discretamente, pero todos los miembros de la casa deseaban acompañarla, y le inquietaba dejar a tan poco personal en la vivienda. En consecuencia, pidió a dos mujeres

juiciosas, las monjas Shôshô y Saemon, que se quedaran, acompañadas de una muchacha paje.

La joven contempló la partida del grupo y lamentó como antes su cruel destino. Se dijo que ya no tenía remedio, pero ¡qué duro era no tener a nadie en el mundo!

La llegada de una carta del capitán interrumpió el tedio de sus días.

—¡Léela, por favor! —le instó Shôshô, pero ella se negó a hacerlo.

Con tan poca gente en la casa, la falta de actividad le permitía sumirse en la triste contemplación del pasado y de lo que podía aguardarle.

—Es penoso verte tan melancólica —

le dijo Shóshô—. ¡Juguemos al *go*!

—Nunca he tenido mucha destreza en ese juego —replicó ella, pero decidió jugar de todos modos, y Shóshô pidió que les trajeran el tablero.

Shóshô le dejó jugar primero, suponiendo que ella era más experta, pero se vio superada por la joven, y la siguiente vez ella abrió la partida.

Estaba muy entusiasmada.

—¡Ojalá mi señora regrese pronto! —exclamó—. Estoy deseando mostrarle cómo juegas. Ella también lo hacía muy bien. A Su Reverencia siempre le ha encantado este juego, y creía ser bastante diestro (aunque no iba por ahí desafiando a la gente como si fuera el Santo Maestro

del Go). [35] Él le aseguró que no podría superarle, pero al final perdió, dos veces. Pero tú eres mejor que el Santo Maestro; estoy asombrada.

La joven lamentó su indiscreción, pues no le gustaba nada la perspectiva de jugar al go con una monja de cabeza rapada y con un entusiasmo indecoroso. Dijo que no se encontraba bien y se tendió.

—¡Deberías divertirte un poco de vez en cuando! —observó Shóshô—. Eres muy joven y bonita, y es una lástima que estés continuamente tan melancólica y pensativa. Tal vez la joya tenga un defecto después de todo.

Cuando se hizo de noche, el sonido

del viento le evocó muchos recuerdos penosos.

El final de un día de otoño nada nuevo le dice a este corazón mío, pero al contemplar la oscuridad descubro que el rocío ha empapado mis mangas.

Una deliciosa luna brillaba en el cielo cuando el capitán, cuya nota había llegado horas antes, se presentó en la casa. Ella, horrorizada, se ocultó en lo más recóndito de la vivienda.

—¡Esto es pasarse de la raya! — exclamó Shóshô—. Sobre todo en un momento como éste deberías

corresponder a sus amables atenciones. ¡Al menos deberías escuchar lo que tiene que decir! ¡Pareces creer que el mero hecho de escucharle te comprometerá con él para siempre!

Sin embargo, la joven estaba profundamente alarmada. Dijeron al capitán que había salido, pero el mensajero que había entregado la nota debió de informar a su señor de que la joven estaba allí sola, porque procedió a expresar una larga y amarga queja.

—¡Ni siquiera pido escuchar su respuesta! ¡Sólo quiero que decida por sí misma si es tan difícil atender a lo que he de decirle en persona! —Cuando todos los intentos de persuasión fracasaron,

añadió en un tono acusador—: ¡Qué asombrosa crueldad! ¡Viviendo en un lugar como éste, sin duda debería saber lo que es la compasión! ¡Esto es demasiado!

La dulce tristeza que la noche otoñal trae a una aldea de montaña:

eso es algo que debería sentir cualquiera que haya aprendido a sentir.

«¡Es evidente que su corazón debería compartir estas cosas conmigo!»

—¡Tu conducta no es normal, teniendo en cuenta que mi señora está ausente y que no tienes a nadie más que te distraiga! — insistió Shóshô.

*En mí, que paso los días sin conciencia
de sentirme desdichada,
¿en mí crees haber hallado a alguien que
sabe qué son los sentimientos!*

La joven no dijo estas palabras con la intención de que alguien las escuchara, pero, aun así, Shóshô se las transmitió al capitán, y éste se sintió conmovido.

—¡Convéncela de que venga un momento! —le dijo, injustificadamente irritado con las dos mujeres.

—Es en extremo indiferente, mi señor —le advirtió Shóshô, y al entrar de nuevo en la casa descubrió que la joven se había encerrado en la habitación de la anciana monja, donde normalmente nunca entraba.

No sabía qué hacer, e informó al capitán.

—Me compadezco de ella por las penalidades que deben de abrumarla mientras pasa sus vacíos días en un lugar como éste —replicó él—, y tengo la impresión de que en principio no carece de sentimientos. Una conducta como la suya no puede reducirse, ni mucho menos, a la de una persona simplemente desconocedora de la vida. Me pregunto si la suya le habrá dado una amarga lección. ¿Por qué es tan reacia al mundo? ¿Y hasta cuándo crees que permanecerá aquí?

Quería saberlo todo de ella, pero ¿qué podía decirle Shóshô?

—Veréis, mi señora debería haber cuidado siempre de ella, pero durante

unos años estuvieron distanciadas —le respondió—. Volvieron a encontrarse cuando mi señora hizo su peregrinaje a Hatsuse, y entonces logró convencerla de que viniera aquí.

Eso fue todo lo que se le ocurrió.

La joven yacía de bruces, totalmente despierta, cerca de la anciana monja, quien, a juzgar por lo que había oído decir, era una persona muy difícil. La anciana estaba dormida y emitía sonoros ronquidos, y otras dos monjas parecían competir con denodado esfuerzo en un coro de resuellos. La aterrada joven se preguntaba si aquélla era la noche en que la devorarían. Aunque no valoraba su vida en gran cosa, tímida como era, se

sentía tan desamparada como la que temía en exceso cruzar el puente de troncos y tuvo que dar la vuelta. [36] Había llevado a Komoki consigo, pero ésta, cuya coquetería empezaba a despertarse, había estado demasiado fascinada por el peculiar y apuesto visitante como para quedarse con ella. ¡Ojalá volviera! Pero Komoki difícilmente le sería de mucha ayuda.

El capitán se marchó, puesto que no sabía qué más decir, y las mujeres se tendieron juntas a dormir.

—¡Con qué testarudez se mantiene distante y encerrada en sí misma! —se quejaban entre ellas—. ¡Y pensar en cómo está desperdiciando su belleza!

Debía de ser medianoche cuando la anciana monja se irguió, presa de un ataque de tos. A la luz de la lámpara, su cabeza era de una blancura que resaltaba contra el negro de la prenda que la cubría parcialmente. Sorprendida al ver a la joven tendida cerca de ella, se llevó una mano a la frente, como se dice que lo hace la comadreja, la miró furibunda y, en tono imperioso, exigió que le dijera quién era y qué estaba haciendo allí.

«¡Ahora va a devorarme! —se dijo la muchacha—. Cuando aquel demonio se me llevó, estaba inconsciente... ¡Fue mucho más fácil! ¿Qué voy a hacer? —Se sentía atrapada—. Regresé a la vida con aquel aspecto espantoso, [\[37\]](#) me volví

humana, ¡y ahora esas cosas horribles que me sucedieron me están atormentando de nuevo! Desconcierto, terror... ¡Oh, sí, tengo sentimientos! ¡Y si hubiera muerto, ahora estaría rodeada por unos seres aún más aterradores!»

Yació allí insomne, y sus pensamientos abarcaron su vida entera como nunca lo habían hecho hasta entonces. «¡Qué cruel es que nunca viera al hombre del que decían que era mi padre! Durante años pasamos largas temporadas en el este, y cuando por fin encontré a una hermana que me daba alegría y esperanza, perdí bruscamente el contacto con ella, sólo para hallar la perspectiva de consuelo ofrecida por un

caballero que había decidido aceptarme como digna. ¡Qué necia fui entonces, pues ahora veo mi espantoso error, al permitirme el menor afecto hacia aquel príncipe! ¡Él es quien ha arruinado mi vida! ¿Por qué atendí de tan buen grado a las promesas que me hizo junto a los verdes árboles del islote?» Le aborrecía en lo más hondo, y era a aquel otro caballero, que nunca se mostraba apasionado pero era siempre muy paciente, al que ahora recordaba a veces con gran placer. «Me sentiría muy avergonzada ante él si llegara a enterarse de cómo es mi vida ahora... Pero, oh — pensó de súbito—, ¿volveré a verle en este mundo, aunque sólo sea desde lejos?

¡No, no, no debo sentir estas cosas! ¡No lo permitiré!» Se reconvenía a sí misma con dureza.

Cuando por fin cantaron los gallos, se alegró. «¡Pero cuánto más feliz me haría oír la voz de mi madre!», reflexionó mientras amanecía. Estaba en verdad muy alicaída. La muchacha con la que debería haber vuelto a su habitación no aparecía, y ella yacía allí, esperando. Entretanto, las ancianas que se habían pasado la noche roncando se levantaron y empezaron a preparar el frugal desayuno a base de gachas y otros alimentos nada apetitosos.

—¡Vamos, desayuna! —le dijo la que le trajo la comida, pero ella no apreciaba

en absoluto aquel servicio, y lo que estaba ante sus ojos ni siquiera tenía el aspecto de alimento.

—No me encuentro bien —se excusó para no comer, pero las mujeres siguieron apremiándola.

Llegó un grupo de monjes subalternos.

—Hoy Su Reverencia bajará de la Montaña —anunciaron.

—Pero ¿por qué tan de repente? —oyó la muchacha que preguntaba alguien.

—Un espíritu ha afligido a Su Alteza la Primera Princesa, y el abad de la Montaña ha llevado a cabo el Gran Rito por ella, pero dice que no puede tener efecto sin Su Reverencia —explicaron orgullosos—. Ayer Su Reverencia recibió

dos veces la invitación de ir, y al anochecer el teniente de cuarto rango, el hijo de Su Excelencia de la Derecha, se presentó para transmitirle una petición de Su Majestad. Eso le hizo decidirse.

La muchacha pensó: «¡Sé que será un gran atrevimiento por mi parte, pero confío en poder verle y pedirle que me haga monja! ¡Éste es el momento ideal, ahora que hay tan poca gente para inmiscuirse!». Se levantó y le dijo a la anciana monja:

—Te ruego que le digas a Su Reverencia que sigo encontrándome muy mal y que, si hoy viene aquí, estaría muy agradecida en recibir los Preceptos.

La anciana monja asintió sin

preguntarle nada.

Por fin regresó a su habitación. Sólo se aflojó un poco el cabello, puesto que la hermana de Su Reverencia siempre se lo peinaba. Detestaba que cualquier otra persona se lo tocara y, desde luego, no podía peinárselo ella misma. Entretanto, pensaba con tristeza en que su madre no volvería a ver aquella cabellera. Había supuesto que su larga enfermedad habría causado la caída de parte del pelo, pero no, era tan encantador como siempre, muy espeso, de más de un metro y medio de largo, y bellamente nivelado incluso en las puntas. Cada fino cabello parecía tener un brillo propio. «Deseándome que fuera lo que ahora soy», [\[38\]](#) murmuró.

Su Reverencia llegó hacia el atardecer. El pasillo sur había sido barrido y arreglado, y las cabezas rapadas que iban de un lado a otro amedrentaron a la muchacha más que nunca. Su Reverencia visitó a su madre para interesarse por su salud.

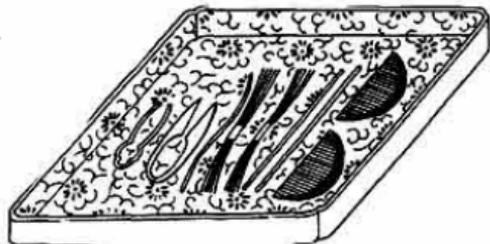
—Me han dicho que mi hermana ha ido a un peregrinaje. —Entonces preguntó —: ¿Sigue aquí esa joven?

—Sí, está con nosotras —respondió la monja—. Dice que siempre se siente mal y que desea recibir los Preceptos.

Su Reverencia fue a hablar personalmente con ella.

—¿Estás ahí? —

le preguntó, sentándose ante la cortina portátil. Ella se sobrepuso a su



Caja de peines

timidez para avanzar hacia él y hablarle. Él siguió diciendo—: Siempre me ha parecido que, desde el asombroso momento en que te vimos por primera vez, algún antiguo vínculo había determinado nuestro encuentro, y he rezado por ti con todo mi corazón. Sin embargo, un monje como yo no puede mantener una correspondencia profana sin razón suficiente, y por ese motivo has tenido tan pocas noticias mías. Quisiera saber cómo te ha ido entre estas monjas cuya

compañía es tan inadecuada para ti.

—Había resuelto abandonar esta vida y es una gran carga para mí seguir inexplicablemente viva —replicó ella—, pero, por grande que sea mi desesperanza, agradezco mucho vuestra amabilidad y, puesto que ya no creo que pueda vivir en el mundo, os pido por favor que me hagáis monja. No podría seguir el ejemplo de otras mujeres aunque me reintegrara a la vida laica.

—¡Pero tienes muchos años por delante! ¿Qué puede haberte conducido a semejante deseo? En tu caso, un paso así sólo podría ser un pecado. Una mujer puede sentirse valiente en su resolución al principio, cuando concibe una aspiración

como la tuya, pero es muy probable que con el tiempo llegue a lamentarlo.

—Desde que era niña me ha acompañado el infortunio, e incluso entonces mi madre me hablaba de la posibilidad de hacerme monja, por lo que, cuando llegué a comprender las cosas por mí misma, anhelaba vivir no como las demás, sino absorta en la oración para que me fuese concedida una mejor vida futura. Ahora, sin embargo, cuando noto que mi fin se aproxima, pues supongo que ésa es la razón, siento que me abandonan las fuerzas. Oh, por favor, os lo ruego... —Mientras hablaba, no había dejado de llorar.

Su Reverencia no acababa de

entenderlo. ¿Qué podía haber motivado, con lo hermosa que era, que detestara hasta tal punto la vida? Recordó que el espíritu que había tomado posesión de ella había hablado de eso. ¡Sí, no había duda de que la muchacha tenía buenas razones! ¡Hasta era increíble que hubiera sobrevivido! Ahora que aquel ser maligno había reparado en ella, corría un terrible peligro.

—En cualquier caso —le dijo—, los Tres Tesoros sólo pueden alabar tu resolución. No me corresponde a mí, que sólo soy un monje, oponerme a tus deseos. Nada me sería más fácil que administrarte los Preceptos, pero lo cierto es que he bajado de la Montaña apremiado por un

asunto de la mayor urgencia, y esta noche he de ir a palacio. Mañana iniciaré el Gran Rito. Durará siete días y, cuando finalice, regresaré aquí y haré lo que me pides.

Esto fue una amarga decepción para la muchacha, porque por entonces la hermana del prelado podría haber vuelto y, sin duda, manifestaría su más viva oposición.

—Mi estado es ahora tan deplorable como lo era la última vez [\[39\]](#) —replicó —, y me siento tan mal que, si empeoro mucho más, los Preceptos ya no me harán ningún bien. ¡Había creído que hoy sería una oportunidad perfecta!

Sus sollozos enternecieron el corazón

del buen monje.

—Se ha hecho muy tarde. En el pasado no me costaba ningún esfuerzo descender de la Montaña, pero a medida que me hago mayor me resulta cada vez más penoso, y supongo que será mejor que me tome un descanso antes de ir a palacio. Muy bien, puesto que tienes tanta prisa, lo haremos ahora.

Llena de alivio, ella tomó sus tijeras y deslizó hacia el prelado la tapa de su caja de peines.

—¡Venid, honorables monjes! —gritó el prelado— ¡Venid aquí!

Los dos monjes que habían encontrado a la muchacha estaban con él ahora, y los hizo entrar.

—Quiero que le cortéis el cabello —
les dijo.

El Iniciado, que estaba de acuerdo en que a nadie que se hallara en un estado al parecer tan grave como el de ella debería exigírsele permanecer en la vida laica, titubeó al blandir las tijeras, porque tenía la sensación de que el cabello que ella le ofrecía a través de la abertura en su cortina era demasiado hermoso para cortarlo.

Entretanto, Shóshô se encontraba en su habitación, en compañía de su hermano mayor, un Iniciado que también había acompañado a Su Reverencia, mientras que Saemon agasajaba a otro monje al que conocía. En un lugar como aquél,

cualquier visitante amistoso era bienvenido y se le daba por lo menos una modesta recepción, y en ello estaban ocupadas las dos cuando Komoki, la única que se había quedado con su señora, entró para informar a Shóshô de lo que estaba ocurriendo.

La consternada Shóshô corrió a verlo por sí misma y observó que la muchacha, a fin de cumplir con las formalidades, llevaba ahora la vestimenta externa y la estola de Su Reverencia, mientras éste decía: «Ahora inclínate hacia donde están tus padres». [\[40\]](#) ¡Ay!, ella no tenía ni idea de cuál podía ser esa dirección, y eso hizo que volviese a llorar.

—¡Pero esto es una calamidad!

¿Cómo es posible que hayas hecho semejante estupidez? ¿Qué dirá mi señora cuando regrese?

Sin embargo, Su Reverencia había ido demasiado lejos; las protestas de Shóshô le parecían fuera de lugar, y la silenció de una manera tan eficaz que ella se quedó donde estaba y no interrumpió la ceremonia.

—Girando y girando entre los Tres Reinos [\[41\]](#) —entonó Su Reverencia.

«¡Pero yo me aislé *entonces* de las obligaciones y los afectos!», se dijo ella. De todos modos sintió una punzada de tristeza. El Iniciado tenía verdaderas dificultades para cortarle el cabello.

—Dejémoslo para más tarde —dijo

Su Reverencia—. Que las monjas se encarguen de hacerlo. —Él mismo le cortó el pelo sobre la frente—. No debes lamentar tener ahora este aspecto —le recordó, y le hizo una serie de piadosas admoniciones. [\[42\]](#)

Todos los demás le habían recomendado que no se apresurase a dar semejante paso, pero ahora ella experimentaba alegría por haberlo hecho, y tenía la sensación de que, después de todo, había valido la pena vivir para alcanzar aquel momento.



Una mujer se hace monja

El grupo de Su Reverencia se marchó, y el silencio reinó en la casa. Las mujeres reprendieron a la joven, mientras el viento nocturno resonaba en el exterior.

—Esperábamos muy ilusionadas que a tu solitaria estancia aquí le siguiera pronto un brillante matrimonio, pero

ahora, ¿cómo pasarás la larga vida que tienes por delante, después de lo que has hecho? Incluso las personas decrepitas a causa de la edad padecen al ver que la vida tal como la han conocido ha terminado para ellas.

Sin embargo, la muchacha sólo sentía paz y felicidad, porque para ella, que no podía imaginar que fuese a vivir mucho más tiempo, su nuevo estado era maravilloso y le llenaba de alegría.

Pero a la mañana siguiente le avergonzó aquel aspecto que no merecía la aprobación de nadie más. Las puntas del cabello, cortado de una manera desmañada, le producían una sensación de aspereza, y ansiaba que llegara alguien y

se lo recortara debidamente sin regañarla. Tímida y reservada como siempre, se quedó en su penumbrosa habitación. Nunca había tenido facilidad para exponer sus sentimientos a otras personas, y puesto que, en cualquier caso, ahora que sus emociones se desbordaban no tenía a nadie íntimo con quien hablar, sólo podía sentarse ante su escribanía y anotarlas sin pausa, como si formasen parte de una práctica de escritura.

A este mundo que para mí, como para todos los demás, nada significaba hasta que me desprendí de él, ahora he vuelto a renunciar.

«Por fin ha terminado», escribió. Pero, con todo, sólo pudo releerlo con pesar.

De aquel mundo que conocí bien, un mundo que ya no sentía como mío, me alejé entonces con firmeza, y ahora he vuelto a hacerlo.

Estaba anotando esta clase de pensamientos cuando llegó una carta del capitán. Las mujeres le habían escrito para hacerle saber lo consternadas y disgustadas que estaban, y él, profundamente decepcionado, comprendió que la resolución de dar semejante paso explicaba su continua negativa a

responderle. ¡Pero qué lástima! La noche anterior había tratado de persuadir las de que le permitieran ver bien aquel hermoso cabello, y le habían respondido que sí, que lo harían cuando llegara el momento. Respondió con amargura: «No hay nada que pueda decirte».

*¡Cómo mi corazón, cuando el barco de la
doncella del mar navega lejos de esta
costa,
anhela compartir la misma travesía, no
vaya a ser que no me embarque!*

Fue una sorpresa que ella aceptase la carta y la leyera. Estaba conmovida por el paso que había dado y, aunque le aliviaba

sentir que los motivos de su desazón habían terminado, por razones que sólo ella conocía escribió en el margen de un trozo de papel:

*Sí, este corazón mío se aleja ahora de
esta costa y del triste mundo,
pero la doncella del mar no sabe adonde
va su embarcación.*

Lo consideró una simple práctica de escritura, como antes, pero Shóshô lo envolvió y se dispuso a enviárselo al capitán.

—Por lo menos podrías haber hecho una copia en limpio —protestó ella.

—Sin duda habría cometido algún

error al copiarlo.

Shóshô lo envió de todos modos. No hay palabras para describir lo triste y asombrado que estaba el capitán.

La hermana de Su Reverencia regresó del peregrinaje, y se mostró muy enojada.

—Concedo que una monja como yo debería aprobar de buen grado lo que has hecho, pero ¿cómo vas a pasar tantos años de vida como te quedan? Y yo, que nunca sé siquiera si veré el día de mañana, ¡le he rezado tanto a Kannon porque me preocupas y quiero verte establecida!

Se desplomó, llorando y con todo el aspecto de estar abrumada, y los acongojados pensamientos de la muchacha se centraron en su propia madre, pues

podía imaginar fácilmente su desesperación incluso en ausencia de un cadáver que velar. Estaba sentada y vuelta de espaldas, silenciosa como de costumbre, en verdad muy joven y bonita.

—¡Has sido muy insensata! — exclamó la monja, y con lágrimas en los ojos encargó que le confeccionaran un hábito.

Le hicieron una prenda externa y una estola del color gris acostumbrado.

—Es demasiado duro —decían las mujeres al vestirla—. ¡Y pensar que a esta aldea de montaña nos trajiste un rayo de luz de manera tan inesperada!

Consideraban que era un terrible desperdicio y culpaban con amargura a Su

Reverencia.

La Primera Princesa se recuperó, gracias a una intervención tan espectacular y eficaz como los discípulos de Su Reverencia habían asegurado que sería, y todos alababan con entusiasmo a su maestro como un poderoso sanador. Sin embargo, Su Reverencia no regresó directamente a la Montaña, sino que se quedó al lado de la paciente, pues el temor al espíritu había hecho que la emperatriz solicitara la prolongación del Gran Rito, y una noche en que llovía mansamente le pidió que permaneciera de servicio toda la noche. Las damas de honor se habían retirado, exhaustas tras el ajetreo de los últimos días, y eran muy

pocas las que se encontraban cerca por si las necesitaban. Su Majestad la emperatriz y su hija compartían la misma cama, rodeada de cortinas.

—Entre aquellos en quienes el emperador ha depositado desde hace largo tiempo su confianza —le dijo—, creo que ahora eres tú, por encima de todos, a quien tiene como guía seguro hacia la vida venidera.

—Me queda poco tiempo y, por lo que el Buda amablemente me ha contado, sé que tal vez no viviré más allá de este año o el próximo. Por ese motivo me he mantenido en estricto retiro, invocando al Buda sin interrupción. Sólo esta llamada que me habéis hecho, Vuestra Majestad,

podía hacerme bajar de la Montaña.

Siguió hablando de la testarudez del espíritu y de las cosas aterradoras que había dicho, y a este respecto siguió diciendo:

—Recientemente he sido testigo de las cosas más extrañas. Este tercer mes pasado mi anciana madre hizo un peregrinaje a Hatsuse, debido a un voto, y al regresar se alojó en el lugar llamado Quinta de Uji. Es una gran casa, deshabitada desde hace mucho tiempo, y yo temía que criaturas malignas pudieran haberla invadido y quizá perjudicar a quien estuviera gravemente enfermo, y ese temor resultó estar bien fundado.

Entonces le contó el descubrimiento

de la joven.

—¡Eso es en verdad extraordinario!
—exclamó Su Majestad.

Estaba tan asustada que despertó a las mujeres del servicio, que por entonces habían cedido al sueño. Sólo Kozaishô, aquella a la que el comandante había cortejado, había escuchado el relato de Su Reverencia; las demás no habían oído nada. Su Reverencia estaba inquieto por el hecho de que sus palabras hubiesen alarmado tanto a Su Majestad, y prefirió guardarse lo que aún no había dicho.

—Esta vez, al bajar, pensé en visitar a las monjas de Ono, y una vez allí la joven me rogó entre lágrimas que satisficiera su deseo de abandonar el mundo, de modo

que hice lo que me pedía. Mi hermana menor, que es monja y enviudó de un intendente de la Guardia de la Puerta, es feliz al tenerla en lugar de la hija que perdió, y la cuida muy bien. Creo que se ha enfadado conmigo por ceder a los deseos de la muchacha. La verdad es que es una joven de belleza excepcional y, desde luego, es una lástima verla vestida de monja. Me gustaría saber quién es.

Su Reverencia era desenvuelto al hablar y lo había hecho con cierta extensión.

—Pero ¿por qué el espíritu llevó a semejante lugar a una muchacha de alta cuna? —preguntó Kozaishô—. En fin, a estas alturas forzosamente habéis de saber

quién es.

—Pues no, no lo sé. Tal vez le haya dicho algo a mi hermana. Si realmente fuese de alta cuna, sin duda todo el mundo lo sabría. Incluso una muchacha campesina puede tener una belleza como la suya. No es como si ningún buda hubiera nacido jamás entre los dragones. [\[43\]](#) No es más que una joven corriente, con una carga notablemente ligera de pecado kármico.

Entonces la emperatriz recordó a la joven de la que se decía que había muerto hacía algún tiempo en aquella región. También Kozaishô había oído hablar a su hermana de una joven que había muerto en misteriosas circunstancias. «¡Debe de ser

ella!», se dijo, aunque no estaba segura.

—Sólo os he hablado de ella, Vuestra Majestad, por el asombro que me causa el hecho de que se haya ocultado para evitar que nadie sepa siquiera que está viva, como si se sintiera perseguida por un enemigo mortífero.

Su Reverencia parecía reacio a insistir en el asunto, así que Kozaishô no dijo más.

—¡Tiene que ser ella! —le dijo Su Majestad a Kozaishô—. Debo decírselo al comandante.

Sin embargo, dejó las cosas tal como estaban, porque no deseaba plantearle a un caballero tan serio un asunto del que ella no tenía un conocimiento cierto y que,

además, sin duda él y Su Reverencia deseaban ocultar.

Una vez recuperada la Primera Princesa, Su Reverencia volvió a la Montaña. Por el camino hizo un alto en Ono, donde su hermana le reprendió con severidad.

—¡No puedo entender por qué no me dijiste ni una sola palabra de esto, cuando su estado actual sólo invita a un peor pecado! —Pero su queja llegaba demasiado tarde.

—Ahora sólo tienes que entregarte a la oración —aseguró Su Reverencia a la joven—. La vida es incierta tanto para los jóvenes como para los viejos. Comprender que todo es huidizo es lo más

apropiado a tu estado actual.

Ella se sintió avergonzada.

—Que te hagan un nuevo hábito, por favor —le dijo, y le dio damasco, gasa de seda y seda sencilla—. [\[44\]](#) Cuidaré de ti mientras viva. No tienes necesidad de preocuparte. Nadie nacido en esta vida corriente y que aún abrigue pensamientos de gloria mundana puede evitar que el renunciamiento le resulte casi imposible, pero ¿por qué deberías tú, que te dedicas a la oración aquí en el bosque, sentir tanto amargura como vergüenza? Al fin y al cabo, esta vida es tan tenue como una hoja. —Y añadió—: «La luna vaga hasta el amanecer por encima del portal entre los pinos». [\[45\]](#) —Pues, aunque monje,

era también un hombre de impresionante elegancia.

«Éste es precisamente el consejo que deseaba», se dijo ella.

El viento sopló con un sonido lastimero durante todo el día, y la muchacha oyó murmurar a Su Reverencia:

—¡Ah, en un día así el asceta de montaña sólo puede llorar!

«Ahora también yo soy una asceta de montaña —pensó ella—. No es de extrañar que mis lágrimas fluyan sin cesar.» Se acercó a la terraza y, a lo lejos, en la entrada del valle, vio a varios hombres vestidos con mantos de caza multicolor. Parecían dirigirse a la Montaña, aunque aquél era un camino muy

poco transitado. Normalmente no se veía más que a algún monje procedente de Kurodani, [46] y aquel grupo con atuendo seglar resultaba bastante sorprendente.

Era el capitán que tanto se había enfadado con ella. Iba allí con otra vana queja, pero las hojas otoñales eran tan bonitas, mucho más rojas que en otras partes, que su belleza le había cautivado nada más entrar en el valle. ¡Qué extraordinario sería encontrarse allí con una muchacha especialmente atractiva!

—No estaba de servicio, por lo que decidí echar un vistazo a las flores otoñales, pues poco más requería mi atención —explicó al llegar—. ¡Estos árboles realmente invitan a pasar la noche

bajo sus extensas ramas! —Contempló el paisaje.

La hermana de Su Reverencia, siempre proclive a las lágrimas, dijo:

*Esta montaña, ¡ay!, barrida por los fríos
vientos del otoño,*

*no ofrece en sus laderas un amable
refugio contra la tormenta,*

y él replicó:

*Vuestra aldea de montaña, donde muy
bien sé que nadie me espera,
me ha pedido que no pasara de largo
cuando he visto estos hermosos árboles.*

Siguieron hablando acerca de la joven que ahora estaba fuera de su alcance.

—Déjame verla un instante tal como es ahora, por favor —le rogó a la monja Shóshô—. Por lo menos puedes hacer eso por mí, después de la promesa que me hiciste.

Shôshô entró en la casa, y al ver a la muchacha deseó mostrar aquella ligera y grácil figura vestida con unos colores agradablemente claros, un gris suave sobre hoja de oro, con su espléndida cabellera extendida sobre los hombros como un abanico de numerosas varillas. Sus exquisitas facciones brillaban como si estuvieran bien empolvadas. A Shôshô le habría gustado pintarla así, entregada a la

oración, con su rosario colgado del travesaño de la cortina cercana, sumida en la lectura de las escrituras. «Verla siempre me hace llorar —se dijo— ¿Cómo reaccionará el hombre que está prendado de ella?» El momento era claramente oportuno, pues pudo mostrarle al visitante un pequeño orificio bajo el pestillo de un panel deslizante y retirar la cortina portátil que podría haberle impedido ver el interior de la estancia. Él jamás habría imaginado lo que vio. ¡Qué belleza tan extraordinaria! Le abrumaba tanto el remordimiento y la pena, como si él hubiera sido el culpable, que no pudo reprimir las lágrimas, y retrocedió por temor a que el sonido de su llanto

incontrolado pudiera llegar a oídos de ella.

¿Era posible que quien había perdido a una muchacha así no tratara de encontrarla? Y sin duda todo el mundo sabría ya que la hija de tal o cual señor había desaparecido o renunciado al mundo en un acceso de celos. Era un completo misterio para él. «Una mujer como ella no podría disuadirme ni siquiera convertida en monja —reflexionó—. De hecho, es más atractiva con ese hábito, y yo sólo voy a encontrarla más irresistible.» Sí, tenía que hacerla suya.

En consecuencia, trató de acceder a ella planteando su postura con toda seriedad.

—Tal vez era reacia a permitir un cortejo normal y corriente, pero ahora que ha alcanzado ese estado, sin duda no hay motivo para que no pueda dirigirme a ella sin restricciones. Por favor, ten la bondad de recordárselo. Jamás puedo olvidar el pasado que me trajo a ti, y ella me dará un motivo más para seguir viniendo.

La hermana de Su Reverencia replicó:

—Pensar en lo que puede reservarle el futuro me llena de preocupación, y estaré muy contenta si tu interés y tus visitas prosiguen con ese espíritu de lealtad. Su situación será muy triste una vez que me haya ido.

Al ver sus abundantes lágrimas, el capitán supuso que las dos mujeres

estaban emparentadas, pero no podía imaginar quién podría ser la joven.

—En cuanto a mi atención a sus necesidades futuras, naturalmente no puedo saber cuánto me queda por vivir, pero una vez que haya tomado las medidas para su mantenimiento, puedes estar segura de que no cambiaré de idea. ¿Realmente no viene nadie aquí a verla? No es que esa clase de incertidumbre vaya a disuadirme, pero me pregunto si no me estaréis ocultando algo.

—Si llevase una vida que estimulara las relaciones normales, estoy segura de que, en efecto, vendrían a verla, pero, como ves, ha renunciado a esas cosas. Al menos éstas parecen ser sus intenciones.

Él envió un mensaje a la joven:

*Has vuelto la espalda al mundo entero,
eso lo sé muy bien,
pero que lo aborrezcas tanto hace que
me aborrezca a mí mismo.*

La mujer que se lo llevó le transmitió al mismo tiempo un largo y serio mensaje verbal del capitán: «Te ruego que me consideres tu hermano —había añadido—. Será un gran consuelo poder hablar contigo de las pequeñas cosas que surgen en la vida».

«Lamentablemente, el profundo significado de tu conversación estaría fuera de mi alcance», respondió ella, y ni

siquiera replicó al poema.

No quería saber nada de aquello, después de las cosas terribles que le habían ocurrido. Por lo que a ella respectaba, prefería quedarse tan abandonada y solitaria como un tocón de árbol. Ésa era la razón de que durante meses hubiera estado tan melancólica y encerrada en sí misma. Ahora que por fin había hecho lo que deseaba, se había animado un poco, intercambiaba comentarios jocosos con la hermana de Su Reverencia y también jugaba al *go*. Se entregaba con devoción a sus oraciones, y, además del Sutra del Loto, leía también muchas otras escrituras. De todos modos, en la estación de las grandes nevadas,

cuando nadie acudía a la casa, había muy poco que pudiera animarla.

Llegó el Año Nuevo, aunque aún no había ninguna señal de la primavera, y el mismo silencio de los arroyos helados inspiraba melancolía; hasta que, a pesar de todo lo que ella tenía en contra del hombre que dijera «no haber perdido nunca el camino para perderme en ti», [47] observó que seguía sin poder olvidar aquella época.

*Por mucho que contemple las montañas y
los campos nevados bajo un oscuro
cielo,
todas aquellas cosas del pasado lejano
hoy vuelven a entristecerme.*

Así escribió, como solía hacer entre una y otra plegaria, buscando consuelo en la práctica de escritura. Se preguntaba si alguien la recordaba, ahora que había llegado un Año Nuevo desde que ella había desaparecido del mundo.

Alguien les trajo nuevos brotes primaverales en un áspero cesto, y la monja pidió que se los llevaran a ella, con una nota:

Los brotes primaverales recogidos con alegría, en lugares de la montaña donde persiste la nieve, a su modo me dan esperanzas para todos los años que te esperan.

Ella replicó:

*Desde este mismo día, los brotes
primaverales de los prados de montaña
que yacen bajo
la nieve son para ti, y deseo que aún
puedas disfrutar de muchos, muchos
años.*

«¡Vaya, creo que lo dice en serio! —
pensó la monja, muy conmovida—. ¡Ojalá
su estado recompensara mis cuidados!»
Derramó sentidas lágrimas.

Las flores de ciruelo rojo que había
cerca de su aposento tenían el color y la
fragancia de siempre. Ella había amado
esa flor más que cualquier otra, por la

manera en que le decía que la primavera seguía siendo primavera, [48] y tal vez estaba todavía embriagada por su querido aroma, pues cuando, entrada la noche, hizo la ofrenda del agua sagrada, llamó a una monja subalterna, una que era algo más joven que las demás, para que le cogiera una rama, [49] cuyos pétalos se diseminaron como quejándose, expandiendo su delicioso perfume.

*No veo a aquel cuyas mangas hace
mucho tiempo rozaron las mías, pero el
aroma de las flores
vuelve a evocar su presencia cuando la
noche de primavera sucede al amanecer.*

El gobernador de Kii, nieto de la anciana monja, llegó para hacer una visita. Era un hombre orgulloso y apuesto, de treinta años.

—No nos veíamos desde hace dos años —le dijo a su abuela—. ¿Cómo has estado durante este tiempo?

Pero ella no parecía prestarle atención, por lo que el gobernador fue a visitar a su hija.

—La pobrecilla ya no parece entender nada —comentó—. He estado tan lejos, durante tanto tiempo, que no he podido visitarla en estos últimos años de su vida. Tras la muerte de mis padres, ella fue como una madre y un padre para mí. ¿Y la esposa del gobernador de Hitachi? ¿Se

pone alguna vez en contacto contigo? — Al parecer se refería a su hermana menor.

—Un año tras otro estamos cada vez más abandonados a nuestra soledad. No, hace mucho tiempo que no sabemos nada de Hitachi. Dudo de que mi madre viva hasta su regreso.

La joven se sorprendió al oír el título que correspondía a su madre.

—He pasado unos días en la Ciudad, pero los asuntos oficiales me han tenido demasiado ocupado, y me temo que no he cumplido con mis obligaciones hacia ti. Quería visitarte ayer, pero tuve que ir a Uji con su señoría el comandante de la Derecha. Se pasó el día entero en la casa donde vivió el Octavo Príncipe. Durante

un tiempo visitó allí a las hijas del difunto príncipe, pero hace algunos años una de ellas murió. Entonces instaló allí en secreto a una hermana menor de la fallecida, pero la primavera del año pasado también ella murió. Me ha enviado allí para que diera instrucciones al Maestro de Disciplina del templo cercano a fin de celebrar los ritos del aniversario. Necesito un conjunto de prendas femeninas. [\[50\]](#) ¿Podrías encargarte que me las confeccionen? Daré órdenes a los tejedores para que las tengan listas lo antes posible.

¿Cómo no iba a inquietar a la joven lo que acababa de oír? Permanecía sentada, avergonzada, de cara a la habitación

interior, para que nadie percibiera su agitación.

—Tengo entendido que el Octavo Príncipe tuvo dos hijas —replicó la monja—. ¿Cuál de ellas se casó con Su Alteza de la Guerra?

—Creo que la segunda que tuvo el favor de su señoría el comandante era la hija de una madre de rango inferior.

Aunque él no la honró abiertamente,

se quedó devastado cuando murió. Pero la primera fue la que realmente le rompió el corazón. Estuvo a punto de renunciar al



Confeción de una prenda de vestir

mundo.

¡Aquel hombre debía de ser uno de los íntimos de su señoría! Al comprenderlo así, la joven se sintió atemorizada.

—Qué extraño es que las dos hayan muerto allí, en Uji. Ayer, cuando le vi de nuevo, me invadió la tristeza. Fue al río y se quedó contemplando el agua, llorando desconsoladamente. A continuación regresó a la habitación de la casa que ella había ocupado y escribió un poema que fijó a una columna:

*Sobre estas aguas, donde ya no está la
imagen de mi amor,
las lágrimas que derramo al llorarla
forman una corriente incesante.*

»La verdad es que dijo muy poco, pero me pareció que estaba abatido. Sin duda las mujeres le adoran. Siempre, desde mi juventud, me ha causado una profunda impresión, hasta tal punto que preferiría confiarme a él antes que al más poderoso señor de la tierra.

La joven pensó que aquel hombre no tenía mucho criterio, ¡pero incluso él sabía discernir lo suficiente para hacerle justicia a su señoría!

—Dudo de que pudiera compararse con Su Gracia de Rokujô, a quien la gente llamaba el Resplandeciente —observó la monja—. Según creo, a sus descendientes les va muy bien en nuestro tiempo. ¿Y comparado con Su Excelencia de la

Derecha?

—Su Excelencia es el más apuesto y tiene un peculiar aire de nobleza y circunspección. Pero Su Alteza de la Guerra posee una hermosura sorprendente. Si fuese mujer, de buen grado estaría a su servicio íntimo.

El hombre hablaba como si disertara sobre el tema, y a ella todo aquello le parecía que era propio de otro mundo. Él concluyó su charla y se despidió.

A ella le conmovía que su señoría no la hubiese olvidado, y comprendía mejor cómo debía de sentirse su madre, pero todavía era reacia a permitirle ver su transformación. Le resultaba muy extraño observar a las mujeres que teñían las telas

encargadas por el gobernador, pero se guardó mucho de decir nada.

—¿Quieres ocuparte de esto, por favor? —le preguntó la monja cuando se pusieron a coser—. Haces muy bien los dobladillos.

Le tendió un vestido, pero a la joven le pareció excesivo intervenir personalmente en aquella tarea, y no tocó la prenda. Permaneció acostada y dijo que no se encontraba bien.

La monja dejó de lado su labor.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó con inquietud. Una mujer depositó una camisa escarlata sobre un vestido de color flor de cerezo—. ¡Esto es lo que deberías llevar! —comentó—. ¡Qué lástima que vistas de

gris!

*Oh, hábito gris de monja: ahora que sólo
te llevo a ti,*

*¡cómo rememoro mi vida de ayer al ver
los colores de estas mangas!*

La joven escribió estas palabras, entristecida al pensar que, tal como es el mundo, sin duda la monja sabría la verdad si ella muriese, y podría sentirse dolida por la manera en que su nueva hija le había ocultado su secreto.

—Me he olvidado por completo de mi pasado, pero ahora que estás haciendo estas prendas, algunos tristes recuerdos empiezan a acudir a mi mente —le dijo

con un aire de inocencia.

—¡Pero debes de recordar muchas cosas! —replicó la monja—. Eres cruel al no contarme nunca nada. Yo misma hace mucho que me olvidé de los colores que lleva la gente en el mundo, pero, triste de mí, deseo sin poder evitarlo que mi hija esté viva. ¿No hay alguien todavía para quien fueras lo que ella fue para mí? Incluso yo, cuya hija realmente murió, aún me pregunto adonde ha ido y anhelo ir allá y reunirme con ella. Tiene que haber personas que aún piensen en ti... Después de todo, sólo desapareciste.

—Sí, realmente hubo alguien, pero me temo que puede haber muerto en los últimos meses. —Las lágrimas acudieron

a sus ojos, y trató de sobreponerse—: Pero no puedo decirte nada de eso — prosiguió—, pues me duele demasiado tratar de recordarlo. Te prometo que no te estoy ocultando nada. —Reservada como siempre, no dijo más.

Ahora que el comandante se había ocupado del aniversario, reflexionó sobre lo frágil que había sido aquel vínculo. Él había hecho todo lo posible por los dos hijos de Hitachi que eran ahora mayores de edad; a uno lo había nombrado chambelán, y al otro, ayudante de su propia Guardia de Palacio. Además, había decidido incorporar al más apuesto de ellos, todavía un chiquillo, a su servicio personal.

Una noche de plácida lluvia, el comandante fue a visitar a Su Majestad la emperatriz, que en aquellos momentos estaba rodeada por algunas de sus mujeres. Durante la conversación, él observó:

—En el pasado me criticaron porque un año tras otro viajaba a una remota aldea de montaña, pero he seguido haciéndolo porque me gusta pensar que ciertas cosas están determinadas por el destino y que en ocasiones uno debe seguir los dictados de su corazón. Sin embargo, finalmente el lugar llegó a desagradarme, tal vez debido a su peculiar ambiente, y el viaje hasta allí me parecía muy largo. Durante cierto tiempo

dejé de ir por completo, pero recientemente he vuelto a hacerlo y he hallado renovada ocasión de reflexionar sobre la brevedad de la vida. Aquella casa me pareció la morada de un ermitaño, construida adrede para estimular la aspiración a la vida religiosa.

La emperatriz recordó lo que había oído decir a Su Reverencia, y se compadeció del comandante.

—Algún espíritu aterrador debe de vivir allí —comentó—. ¿Cómo llegaste a perderla?

«Debe de haber reparado en que esa pérdida que sufrí no fue la única», se dijo él.

—Sí, tal vez more allí un espíritu.

Siempre hay seres malignos al acecho en los lugares aislados como éste. Lo cierto es que ella murió de una manera extraña.

No le dijo más. A Su Majestad le dolió imaginar que él conjeturaba que ella ya sabía lo que había confiado en ocultar. Pensó en lo absurdo que Su Alteza había estado y en que, en la época del incidente, había estado enfermo, y después de todo se compadeció de él. Llegó a la conclusión de que el asunto era muy delicado y, por el bien de los dos, no insistió más.

La emperatriz se dirigió discretamente a Kozaishô:

—El comandante me ha hablado de esa joven con profundo sentimiento, y me

ha apenas tanto que a punto he estado de hablarle de ella, pero entonces lo he pensado mejor, pues es posible que en realidad no se trate de la misma persona. Eres tú quien ha escuchado el relato. La próxima vez que hables con él, cuéntale lo que dijo Su Reverencia, pero resérvate las partes difíciles.

—Pero, Vuestra Majestad, ¿cómo podría yo hablar con él de algo que vos misma vaciláis en comentarle?

—No, no, cada cosa en su lugar. Además, tengo mis propios motivos para ser discreta.

Kozaishô comprendió y admiró el tacto de Su Majestad.

La siguiente vez que se vieron,

Kozaishô se lo dijo al comandante. ¿Cómo no habría podido él quedarse mudo de asombro? «Aquella pregunta que me hizo Su Majestad debía de significar que se ha enterado de algo de lo que sucedió, pero ¿por qué no me lo dijo? — se preguntó con amargura—. Claro que yo no le dije nada cuando ocurrió; de hecho, supuse que parecería incluso más necio cuando la gente lo supiera, y no se lo conté a nadie. Pero sin duda el suceso se ha difundido de todos modos. Tal como es el mundo, los secretos que la gente quiere mantener siempre acaban por saberse.»

Aun así, no podía confesárselo todo a Kozaishô.

—La persona de la que me hablas se

parece mucho a aquella cuyo destino me ha intrigado —le dijo—. ¿Crees que todavía se encuentra allí?

—Su Reverencia la convirtió en monja el día en que bajó de la Montaña. Quienes cuidaban de ella no lo habrían permitido ni siquiera cuando estaba gravemente enferma, porque parecía una gran lástima. Conjeturo que fue ella misma quien le dijo a Su Reverencia que tal era su ardiente deseo.

El lugar era el mismo, y todos los detalles coincidían. «¡Qué extraño sería que aquella joven resultara ser en verdad ella! ¿Cómo puedo estar seguro? La gente me tomará por necio si empiezo a hacer averiguaciones por mi cuenta, y si Su

Alteza se enterase, ciertamente haría cuanto estuviera en su mano para impedirle seguir el camino que ha elegido. Tal vez Su Majestad no dijo nada, pese a su conocimiento de este extraordinario asunto, porque él le pidió que no lo hiciera. Si él está involucrado, tendré que considerarla muerta y bien muerta, por muy fuertes que puedan ser mis sentimientos. Si ella vuelve a estar entre los vivos, entonces, a su debido tiempo, sin duda ella y yo tendremos ocasión de hablar acerca de los Manantiales Amarillos. [\[51\]](#) No volveré a desear que sea mía.» Estas angustiadas reflexiones le llevaron a dudar de que la emperatriz se lo dijera alguna vez, así que

decidió buscar el momento adecuado para plantearle el asunto.

—Recientemente me he sorprendido al saber que alguien cuya pérdida me afligió mucho sigue viva, y en dolorosas circunstancias —le dijo—. Me resultó difícil dar crédito a la noticia, pero nunca había imaginado que ella actuara de una manera tan drástica para dejarme, y por ello pensé que lo que había oído decir podía ser posible, ya que, después de todo, una cosa así parecía muy propia de ella.

Le contó a Su Majestad un poco más, absteniéndose con admirable dignidad de referirse con enojo al papel que Su Alteza había desempeñado en lo sucedido.

—Sin duda, Su Alteza considerará que tengo una obsesión ridícula si sabe que la estoy buscando de nuevo, por lo que me propongo fingir que no sé nada.

—Su Reverencia me habló de una noche tan aterradora que retuve poco de lo que me dijo. Dudo de que Su Alteza esté informado de esto. Lo que deduzco de su actitud es sorprendente, y lamentaría mucho que llegara a saber una cosa así. Es muy penoso para mí que se le conozca por su deplorable frivolidad.

Le había hablado con toda franqueza, y él supo que ni siquiera durante una conversación íntima ella revelaría jamás nada de lo que le había dicho en confianza.

Él reflexionaba día y noche sobre la situación: «¿En qué aldea de montaña puede estar viviendo? ¿Cómo podría encontrarla discretamente? Supongo que lo mejor sería ir a ver a Su Reverencia y oír de sus labios lo que ocurrió realmente».

Visitaba con regularidad el edificio principal [\[52\]](#) en la Montaña, donde el octavo día de cada mes realizaba unos ritos solemnes en honor del Buda Yakushi, [\[53\]](#) por lo que decidió ir desde allí a Yokawa. Llevó consigo a su hermano menor. «No se lo diré a mi madre de inmediato; será mejor que compruebe primero cómo están las cosas.» Tomó esta decisión tal vez para

reforzar el carácter de ensueño de la posible reunión con la joven. Sin embargo, durante el camino pensó aprensivamente en lo doloroso que sería, incluso aunque la reconociera, encontrarla vestida de un modo patético entre mujeres de extraño aspecto, y con una inquietante historia que contar.

Yume no ukihashi

El puente flotante de los sueños

La expresión *yume no ukihashi* («el puente flotante de los sueños») no aparece en este capítulo, y su relevancia como título del capítulo es objeto de debate.



Relación con los capítulos anteriores

«El puente flotante de los sueños» prosigue el relato de «Práctica de escritura» sin solución de continuidad, durante el vigesimoctavo año de Kaoru.

Personajes

El comandante, de 28 años
(Kaoru)

Su Reverencia el prelado
de Yokawa, de más de 60
(Yokawa no Sôzu)

El hermanastro menor de
Ukifune (Kogimi)

Una joven, de 22 a 23 años
(Ukifune)

La hermana del prelado,
monja

El comandante fue a la Montaña y encargó que dedicaran imágenes y copias de las escrituras, de acuerdo con la costumbre. Al día siguiente continuó en Yokawa, donde Su Reverencia le recibió sorprendido e intimidado. Los dos hombres nunca habían tenido una estrecha amistad, aunque en el transcurso de los años el comandante le había encargado oraciones, pero ahora, tras ser testigo de la extraordinaria eficacia de los ritos con que había curado a la Primera Princesa, parecía sentir un nuevo respeto hacia él y una fe mayor que antes. Mientras Su Reverencia se apresuraba a recibirle, pensó que eso debía de explicar la visita de un señor tan

importante. El comandante habló largo y tendido, y el prelado le ofreció una frugal comida.

—Creo que tenéis una casa en Ono, ¿verdad? —le preguntó el comandante una vez que sus hombres se hubieron instalado cómodamente.

—En efecto, aunque no es gran cosa. Mi madre es monja, ya muy anciana, y pensé que ese lugar sería conveniente para ella mientras yo estuviera retirado en la Montaña, puesto que carezco de casa en la Ciudad. Así puedo visitarla en cualquier momento, de día o de noche.

—He oído decir que mucha gente vivió ahí hasta hace poco, pero que ahora la finca está casi desierta. —Se aproximó

a Su Reverencia y prosiguió en un tono muy bajo—: Me temo que difícilmente podréis aprobarlo y, en cualquier caso, no sin vacilación os lo menciono, pero tengo entendido que alguien de quien me siento responsable se oculta ahí. Me había propuesto planteároslo cuando estuviera seguro de que se trata de ella, pero me han dicho que le habéis administrado los Preceptos y que ahora es vuestra discípula. ¿Es eso cierto? El caso es que todavía es muy joven y tiene madre, y me acusan de haberle causado la muerte.

«Sabía que no era una muchacha corriente, y a juzgar por la manera en que este hombre habla de ella, significó mucho para él», se dijo Su Reverencia.

Pese a que era monje, lamentaba haberla vestido de una manera tan áspera y abrupta con el hábito de monja, y tuvo que esforzarse por dar con una respuesta. «Es evidente que tiene buena información — siguió pensando—, y sería inútil ocultarle nada si es ya tanto lo que sabe y ahora quiere saber más. El intento de ocultación sólo crearía más dificultades.»

Así pues, tras un momento de reflexión, Su Reverencia replicó:

—No sé a quién os referís. Tal vez sea la joven que tanto me ha desconcertado en los últimos meses. Las monjas hicieron un peregrinaje a Hatsuse y en el camino de regreso se alojaron en el lugar llamado Quinta de Uji. Mientras

estaban allí, recibí la noticia de que mi madre había enfermado de repente, y fui a verla. Nada más llegar hice aquel extraño descubrimiento. —Al llegar a este punto bajó la voz y prosiguió en un susurro—: Mi hermana abandonó a su madre moribunda para prodigar sus cuidados a esa muchacha. Parecía estar muerta, pero todavía respiraba, y recordé asombrado ese antiguo relato sobre alguien que vuelve a la vida después de que lo hayan puesto en el santuario del alma. [\[1\]](#) Convoqué a los discípulos con poderes sanadores e hice que realizaran los ritos alternativamente. En cuanto a mí, mi madre es ya tan anciana que no es necesario lamentar su muerte, pero recé al

Buda para ahorrarle ese sufrimiento cuando estaba lejos de casa y permitirle que se concentrara en la invocación del Nombre, y entretanto vi muy poco a la joven. Tras reflexionar, llegué a la conclusión de que un trasgo [2] o espíritu arbóreo debió de haberla engañado, llevándola a aquel lugar. Estuvo como muerta durante tres meses, incluso después de que se hubiera salvado y la hubiéramos llevado a la Ciudad. [3] Mi hermana, la viuda del intendente de la Guardia de la Puerta, que ahora es monja, perdió a su única hija hace mucho tiempo, y la ha llorado con desconsuelo desde entonces. Para ella, encontrar a una muchacha de la misma edad y, además, de

una belleza notable, fue sencillamente un maravilloso regalo de Kannon. Hizo cuanto era posible para mantenerla viva, y me rogó con los ojos tan arrasados en lágrimas que bajara de mi retiro, que finalmente accedí. Llevé a cabo un rito protector, después del cual la joven se reanimó y recuperó su carácter humano, pero me dijo entristecida que tenía la sensación de que el ser que se había apoderado de ella no la había abandonado, y que deseaba librarse de su influencia maligna y dedicarse a orar por la vida futura. Su deseo me pareció meritorio, puesto que yo mismo soy monje, y permití que tomara el hábito de monja. Por supuesto, no se me pasó por la

cabeza que vos pudierais ser de alguna manera responsable de ella. No he dicho nada durante los últimos meses porque mis viejas monjas insistían en que, si la gente se enteraba, iban a surgir complicaciones, pues las circunstancias son tan extraordinarias que sin duda lo ocurrido se difundiría.

Pese a que había llegado tan lejos en la verificación de un rumor lejano, al comandante le parecía estar soñando al darse cuenta de que la joven de cuya muerte estaba seguro en realidad vivía, y no pudo evitar que las lágrimas brotaran de sus ojos. Sin embargo, no deseaba revelar sus debilidades ante Su Reverencia, y se esforzó por mantener la

compostura.

Entretanto, Su Reverencia tenía la sensación de haber cometido un grave error al convertir a una joven tan importante para el comandante en alguien que era como si estuviese muerta en vida.

—Sin duda la poseyó un espíritu maligno, pero la causa debe de radicar en su sino, determinado por sus vidas anteriores. Supongo que nació en el seno de una familia noble. ¿Qué posible desliz por su parte pudo hacer que tal fuese su destino?

—Creo que es posible decir con seguridad que es más o menos de ascendencia imperial. No me propuse honrarla expresamente, pero, aunque me

encontré con ella por puro azar, jamás me pareció que fuese merecedora de llegar a aquel extremo. Después de su extraordinaria desaparición, consideré entre otras muchas cosas la posibilidad de que se hubiera ahogado, pero carecía de una información creíble para seguir por esa vía. Por lo que a mí respecta, me alegro de su estado actual, puesto que eso aligerará sus pecados, pero tengo entendido que su madre está muy afligida. Me gustaría decirle lo que he averiguado, pero me temo que al hacerlo daría al traste con vuestros desvelos por mantenerla oculta durante tanto tiempo y que eso sólo traería complicaciones. El afecto todavía vivo por su hija sin duda le

haría sentir deseos de ir a visitarla. — Entonces el comandante abordó el meollo del asunto—: Os pido perdón por solicitaros un favor tan por debajo de vuestra dignidad, pero os ruego que tengáis la bondad de llevarme a Ono. Después de lo que he oído, no puedo dejar de lado a la joven, y quisiera hablar con ella sobre todas estas cosas que hasta tal punto parecen un sueño.

Hablaba como si la quisiera mucho, y Su Reverencia se sintió desagradablemente atrapado. «Ella cree que ahora es monja y ha renunciado al mundo, pero si incluso un monje de cabeza rapada tiene deseos indignos, ¿qué decir de una mujer? ¡Ah, el estado actual

de la pobre muchacha sólo invita al pecado!»

—No puedo ir allá hasta dentro de varios días —replicó el prelado—. Me pondré en contacto con vos a comienzos del mes próximo.

El comandante no estaba en condiciones de insistir con demasiada impaciencia, fuera cual fuese su grado de frustración, de modo que se resignó y se dispuso a marcharse. Había llevado consigo al hermano menor de la joven (un muchacho más apuesto que sus otros hermanastros), y le llamó.

—Éste es un pariente cercano de la joven, y me propongo enviarle allí de inmediato —le explicó al prelado—. Os

ruego que le deis una nota para que la lleve consigo. No me mencionéis directamente, tan sólo hacedle saber que alguien la está buscando.

—Sería un pecado por mi parte intervenir de tal modo para que lleguéis hasta ella. Ya os lo he contado todo. Ahora os concierne a vos ir a verla y actuar de acuerdo con vuestro juicio. No veo nada malo en que así lo hagáis.

—Me avergüenza que creáis ver en mi petición una amenaza de pecado. Yo mismo apenas comprendo cómo puedo haber vivido tanto tiempo como laico. Mi más profundo deseo desde mi juventud ha sido abandonar el mundo, pero, por desgracia, Su Alteza Enclaustrada de

Sanjô sólo me tiene a mí, pese a mis escasos méritos, y se trata de un vínculo que nunca he podido dejar de lado. Mientras cuidaba de ella he seguido subiendo de rango, y a estas alturas carezco de libertad para hacer lo que me plazca. El asunto me absorbe como siempre, pero surgen nuevas preocupaciones que me disuaden de actuar, hasta tal punto que poco es lo que puedo hacer por eludir las, tanto en mi vida privada como en la oficial. Por lo demás, sin embargo, siempre obedezco al Buda en todo lo que prohíbe, en la medida en que comprendo tales cosas, y en el fondo se me podría considerar un santo varón. ¿Cómo podría correr el riesgo de

pecar por un asunto tan trivial? ¡No, eso no es posible! No debéis dudar de mí. Me daré por satisfecho si al menos puedo descubrir en qué circunstancias se encuentra y mitigar la aflicción de su madre.

Su Reverencia hacía gestos de asentimiento con la cabeza.

—Vuestras intenciones son muy dignas de encomio —le dijo.

El sol se estaba poniendo. Ono podía ser un buen lugar para pernoctar durante el viaje de regreso, pero el comandante no se sentía en condiciones de ir allá por sí solo, puesto que todavía estaba muy confuso, y se dispuso a regresar directamente a la Ciudad.

Entretanto, Su Reverencia miraba al muchacho.

—Podrías permitir que él haga saber a la joven lo que puede esperar — observó el comandante.

Así pues, Su Reverencia escribió una nota y se la dio al muchacho.

—Debes venir alguna vez a visitarme en la Montaña —le dijo—. Tal vez te darás cuenta de que en realidad no soy un desconocido.

El muchacho no le comprendió, pero tomó la nota y partió con el comandante. Éste hizo que su escolta se disgregara un poco al llegar a Ono.

—No quiero llamar la atención —les dijo a sus hombres.

El paisaje en Ono era de montañas cubiertas de verde y espesa vegetación, y por lo demás había poco que distrajera la vista. La joven buscaba el consuelo de los viejos recuerdos en las luciérnagas que revoloteaban a lo largo del arroyo que atravesaba el jardín, y estaba mirando, como de costumbre, hacia la entrada del valle cuando observó una nutrida escolta con brillantes antorchas que avanzaba ceremoniosamente.

La hermana de Su Reverencia salió a la terraza.

—¿Quién será? —dijo una de sus mujeres—. La escolta parece en verdad muy numerosa.

—Hoy, cuando Su Reverencia me

agradeció las algas secas que le envié, me dijo que el regalo llegaba en el momento más oportuno, puesto que estaba agasajando a su señoría el comandante — replicó la monja.

—¿Te refieres al comandante que se casó con Su Alteza la Segunda Princesa?

¡Qué remoto era el lugar, y qué desalentadoramente rústico! Sí, debía de ser él. Ella reconoció con claridad las voces de sirvientes que le habían acompañado a veces en sus viajes a Uji. El tiempo no había borrado aquellos recuerdos, pero ¿de qué le servían ahora? Sintió repugnancia y, buscando refugio en la invocación a Amida, se sumió en un silencio más profundo que de ordinario.

Las únicas personas que pasaban por allí eran las que se dirigían a Yokawa o regresaban de ese lugar.

El comandante quería enviarle directamente al muchacho, pero le acompañaban demasiadas personas para que fuese aconsejable tal cosa. Prefirió regresar a la Ciudad y, al día siguiente, lo envió de la manera más discreta, con dos sirvientes de su mayor confianza y el asistente al que solía despachar a Uji.

Llamó al muchacho en un momento en que nadie podía oír lo que le decía.

—¿Recuerdas el aspecto que tenía tu hermana, la que murió? Creía que ya no se encontraba en este mundo, pero ahora todo parece indicar que está viva. Así

pues, ve a verla. Quiero evitar que lo sepa cualquiera que no sea un pariente cercano. Pero no se lo digas todavía a tu madre. Es demasiado pronto. Ella armaría un alboroto, y quienes no han de enterarse, lo descubrirían. Actúo así tan sólo por lo mucho que me compadezco de ella. — Volvió a insistir para que el muchacho guardara silencio.

El chiquillo tenía muchos hermanos y hermanas, pero la excepcional belleza de aquélla siempre le había causado una profunda impresión, a su manera infantil, y la noticia de su muerte le había entristecido mucho. Las palabras del comandante le hicieron derramar lágrimas de alegría.

—¡Como deseáis! —dijo con bastante brusquedad, debido al intento de ocultar que lloraba.

Aquella mañana, a primera hora, llegó a Ono una nota de Su Reverencia. Había escrito: «¿Te visitó ayer por la noche un muchacho, un mensajero de su señoría el comandante? Dile, por favor, a la joven dama que estoy consternado, ahora que me he enterado de lo que ocurrió, y que en verdad siento remordimientos. Yo mismo tengo mucho que decirle, e iré a verla dentro de unos días».

¿Qué podía significar aquello? La estupefacta monja llevó la carta a la joven y le pidió que la leyera. La joven permaneció sentada en silencio, el rostro

rojo como la grana, pues el penoso pensamiento de que su secreto se había difundido y de que la monja se sentiría ofendida porque ella no le había dicho la verdad le impedía encontrar una respuesta.

—¡Debes decírmelo! —le apremió la monja, irritada—. ¡Has sido muy cruel al tratarme así!

Estaba frenética, pues ignoraba las circunstancias, cuando una voz anunció:

—Ha venido alguien desde la Montaña con una carta de Su Reverencia.

Esto fue una nueva sorpresa, pero ella supuso que esa carta debía de ser la auténtica y pidió que el mensajero se acercara. Avanzó un muchacho muy

apuesto y de buenos modales, vestido con una hermosa indumentaria. Le ofrecieron un cojín y él se arrodilló ante las persianas.

—Su Reverencia me ha dicho que no sería recibido de esta manera —dijo, y por ello la monja le habló en persona. Tomó la carta y leyó: «A la joven dama monja, desde la Montaña». Su Reverencia la había firmado con su nombre.

La joven no podía aducir que la carta no iba dirigida a ella. Se retiró a un rincón de la estancia, profundamente avergonzada, incapaz de sostener la mirada de nadie.

—Ciertamente siempre eres muy silenciosa, pero esto es demasiado —le

dijo la monja, y leyó la carta de Su Reverencia.

«Esta mañana ha venido aquí su señoría el comandante para preguntar por ti, y le he dicho todo lo que sé. Has dado la espalda a su profundo afecto con tu renuncia al mundo entre toscos aldeanos de montaña, y a juzgar por lo que ahora sé, y que me ha sobresaltado, esto podría ser contrario a nuestras intenciones y valerte la condena del Buda. Es un resultado inevitable. Deseo que sepas que no debes seguir comprometiendo tu vínculo con él y que has de disipar las nubes del pecado que causa el apego que te tiene, confiando entretanto en que un solo día de renuncia confiere un mérito

inconmensurable. Te seguiré hablando del asunto en persona. El muchacho que te trae este mensaje sin duda te dirá más.» Había dejado las cosas perfectamente claras, y, sin embargo, nadie salvo ella podría haber comprendido bien lo que había escrito.

—¿Quién es este muchacho? —quiso saber la monja—. ¿Es que tu crueldad no tiene fin? ¡Incluso ahora me lo ocultas todo!

La joven se volvió un poco y miró al exterior. Era el hermano al que tanto había echado de menos aquella noche en que pensó que era la última para ella. Había sido un pequeño y arrogante diablillo cuando todos vivían juntos, pero su madre

le tenía mucho cariño, y de vez en cuando incluso le había llevado a Uji. Cuando el muchacho creció, llegaron a tenerse afecto, y el recuerdo de su comportamiento infantil ahora le parecía a ella un sueño. Lo que deseaba sobre todo era preguntarle cómo estaba su madre, porque, aunque había tenido noticias de los demás, no le había llegado ni una sola palabra acerca de ella. Así pues, ver a su hermano le llenó de tristeza, y rompió a llorar.

Era un muchacho muy atractivo, y la monja creyó ver en él un ligero parecido con la joven.

—Es tu hermano, ¿verdad? Estoy segura de que tiene mucho que contarte.

Le diré que pase.

«¡Oh, no! —se dijo ella—. ¡Me avergonzaría demasiado que me viera de repente tan horriblemente cambiada, cuando ahora ni siquiera cree que estoy viva!». Dejó de llorar por un momento.

—No te había dicho nada porque me dolía imaginar tu reacción cuando supieras todo lo que te había ocultado. El lamentable espectáculo que indudablemente di debe de haberte ofendido, pero la verdad es que entonces no recordaba nada de mi pasado, supongo que porque no estaba en mi sano juicio y porque mi alma, si ésa es la palabra, ya no era como había sido. Pero entonces oí hablar contigo al caballero del que me

dijeron que era el gobernador de Kii acerca de personas que me resultaban conocidas, y me pareció que empezaba a recordar ciertas cosas. Luego continué pensando en ello, pero seguía sin poder entender nada con claridad. Sin embargo, había una señora que sólo deseaba mi felicidad, y yo me preguntaba una y otra vez si aún podría estar viva. En medio de mis penalidades, nunca dejaba de pensar en ella. Ahora la cara de este muchacho me da la sensación de que le conocí cuando era pequeño, pero el recuerdo es demasiado doloroso, y no quiero que nadie como él sepa que sigo viva. La dama que he mencionado es la única a la que quiero ver, si aún vive. No quiero que

ese caballero a quien se ha referido Su Reverencia sepa nada de mí. Por favor, dile que ha habido un error y sigue ocultándome.

—Tal cosa no es posible —respondió la monja, muy agitada—. Su Reverencia es muy abierto, incluso más de lo que conviene a un monje, y estoy segura de que no le ha ocultado nada a ese caballero. Pronto lo sabrá todo de ti, y tan gran señor no es alguien con quien se juegue.

—¿Quién ha oído jamás hablar de nadie con tan descarada testarudez como la suya? —se preguntaron las mujeres entre ellas.

Colocaron una cortina portátil en el

borde de la cámara e invitaron a entrar al muchacho. [4] Le habían dicho que su hermana se encontraba allí, pero, como era tan joven, su timidez era demasiado grande para dirigirse a ella por su propia iniciativa.

—Tengo otra carta que debo darle — dijo, con la vista en el suelo—. Su Reverencia estaba totalmente seguro de que se encuentra aquí, pero me temo que no puedo saberlo con seguridad.

—¡Oh, pobrecillo! —exclamó la monja—. Sí, creo que la dama a la que va dirigida la carta está aquí. Nosotras no sabemos bien de qué se trata, de modo que debes hablar tú mismo con ella. Eres muy joven, pero estoy segura de que su

señoría ha acertado al confiar en ti.

—¿Qué podría decirle, cuando ni siquiera admite que me conoce? Si no quiere saber nada de mí, entonces no tengo nada que decirle. Pero él me dijo que le diera esta carta en persona, por lo que debo hacerlo.

—Pues claro que debe hacerlo — insistió la monja a la joven—. No seas tan obstinada, por favor. Tu actitud da miedo, de veras.

Le hizo acercarse a la cortina portátil, y se sentó allí como si estuviera ausente..., un detalle que le dio al muchacho la sensación de que en verdad la reconocía. Depositó la carta al lado de la cortina.

—Quisiera solicitar una rápida

respuesta para poder ponerme en camino.

Tras la recepción cruelmente fría de que había sido objeto, estaba deseoso de partir.

La monja abrió la carta y se la dio a la joven. La caligrafía del remitente era la de siempre, y la fragancia que impregnaba el papel tenía una intensidad casi sobrecogedora. Las mujeres, siempre demasiado prontas a la alabanza, sin duda se sintieron llenas de placer al verla.

Él había escrito: «En atención a Su Reverencia, le perdono a tu corazón tus grandes e indeciblemente numerosos pecados; y el mío, que ahora anhela hablar al menos de aquellos días terribles, días que parecen un sueño, me deja a

pesar mío presa de una gran inquietud. ¿Qué pensará entonces la gente de mí?». Como si no hubiera conseguido expresar sus sentimientos con estas palabras, añadía un poema:

*Siguiendo el sendero que confié que me
llevaría a un maestro de la Ley,
perdí mi camino y erré por una montaña
que nunca había buscado. [5]*

«¿Has olvidado a este muchacho? Lo mantengo a mi lado en recuerdo de alguien que desapareció sin dejar rastro.»

La carta revelaba un profundo sentimiento, y era lo bastante precisa para que ella no pudiera pretender que iba

dirigida a otra, pero, aun así, la vergüenza de permitir que la viera con su aspecto penosamente cambiado la sumió en tal estado de confusión que cedió a una melancolía más profunda y no encontró nada que decir. Permaneció allí tendida, sollozando. Las mujeres no sabían qué hacer con ella, y su actitud les parecía de una rareza excesiva.

—¿Qué voy a responderle? —insistió la monja.

—Creo que no me encuentro bien, no estoy bien en absoluto. Responderé más tarde, cuando me sienta mejor. Intento recordar, pero es en vano, y no puedo distinguir qué es lo que soñé. Tal vez reconoceré esta carta cuando haya

recuperado un poco de calma. Por el momento, os ruego que se la devolváis. Sería terrible que estuviera dirigida a otra. —Deslizó la carta abierta hacia la monja.

—¡Tu actitud es insoportable! Si has de ser tan excesivamente descortés, ¡también nos involucrarás a todas las que cuidamos de ti!

La joven, que no deseaba oír reproches tan fuertes, yacía con el rostro oculto entre la ropa.

La monja habló con el muchacho.

—Es posible que le esté afectando un espíritu —le dijo—. Nunca parece estar del todo en su sano juicio y continuamente se encuentra mal, y desde que ha adoptado

esta desacostumbrada guisa me ha preocupado que pudiera haber serias complicaciones si alguien viniera a por ella. Y tenía razón, porque ahora, cuando su señoría ha dejado claro de una manera tan conmovedora lo mucho que significa para él, sólo puedo presentar le unas lamentables excusas. Últimamente ha estado muy enferma, y supongo que eso puede haberla confundido más, porque de momento parece incluso menos lúcida que de ordinario.

La monja ofreció al joven mensajero una agradable comida a base de exquisiteces provenientes de las montañas cercanas, pero, dada su corta edad, no conseguía sacudirse una cierta sensación

de incomodidad.

—¿Qué puedo decirle ahora, después de todas las molestias que se ha tomado? —preguntó—. ¡Ojalá me dijese ella una sola palabra!

—Claro —replicó la monja, y repitió a la joven lo que él le había dicho, pero fue en vano. La joven no decía nada.

—Supongo que sólo puedes decirle a su señoría que se encuentra en un estado de debilidad. No nos separa de la Ciudad una vasta extensión de nubes, y aunque soplen los vientos de la montaña, tengo grandes esperanzas de que vuelvas a venir por aquí.

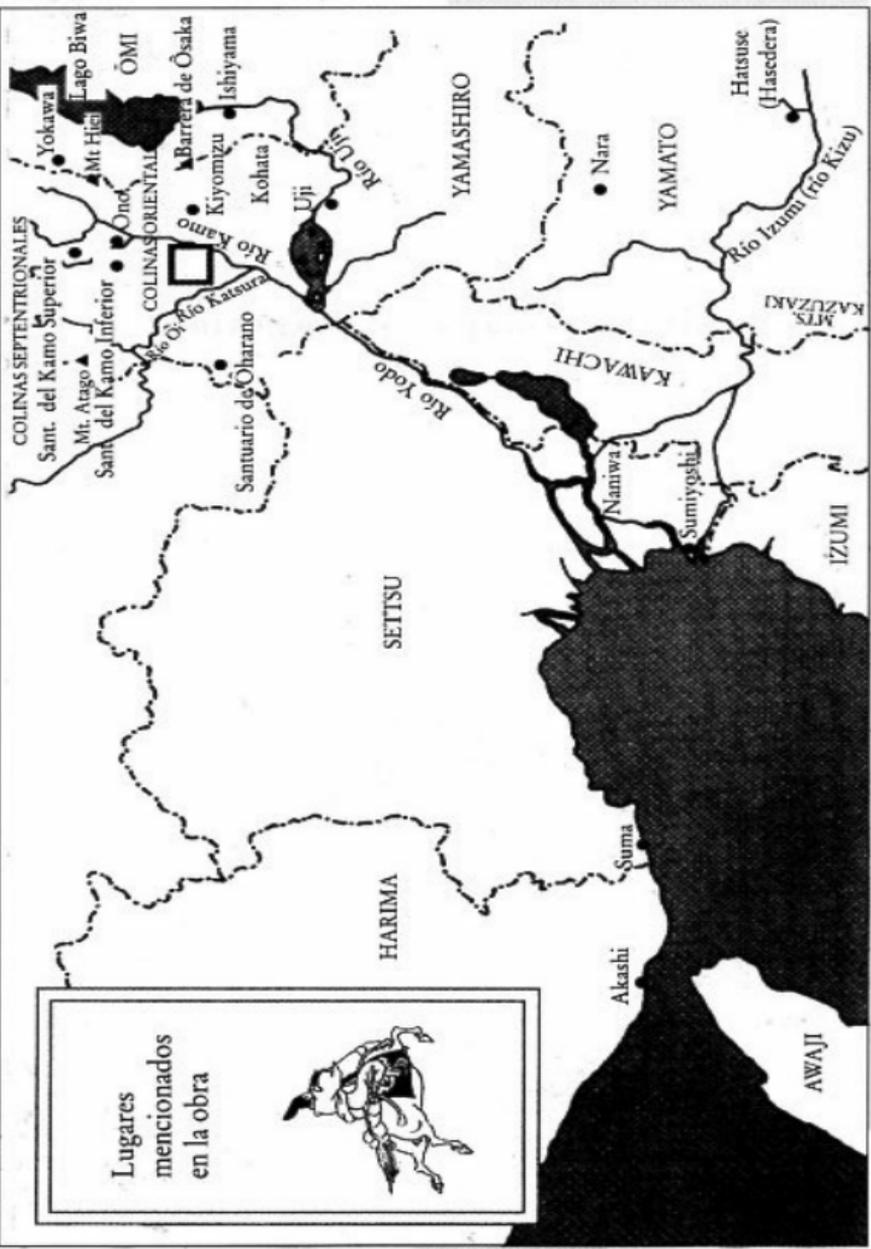
Quedarse hasta el anochecer habría sido un estúpido abuso, y el muchacho se

dispuso a partir. Amargamente decepcionado porque ni siquiera había visto a la joven, cuando en secreto había deseado tenerla de nuevo ante sus ojos, regresó apesadumbrado al encuentro del comandante.

Éste, que le había estado esperando con ansiedad, se sintió confuso por el inconcluyente resultado. Pensó que habría sido mejor abstenerse de buscarla y, entre otras cosas, consideró que tal vez alguien la ocultaba allí, del mismo modo que él había decidido en cierta ocasión, tras haberlo meditado a fondo, esconderla donde nadie la pudiera ver.

Esto parece ser lo que contiene el libro. [\[6\]](#)

Mapas y diagramas



Lugares
mencionados
en la obra

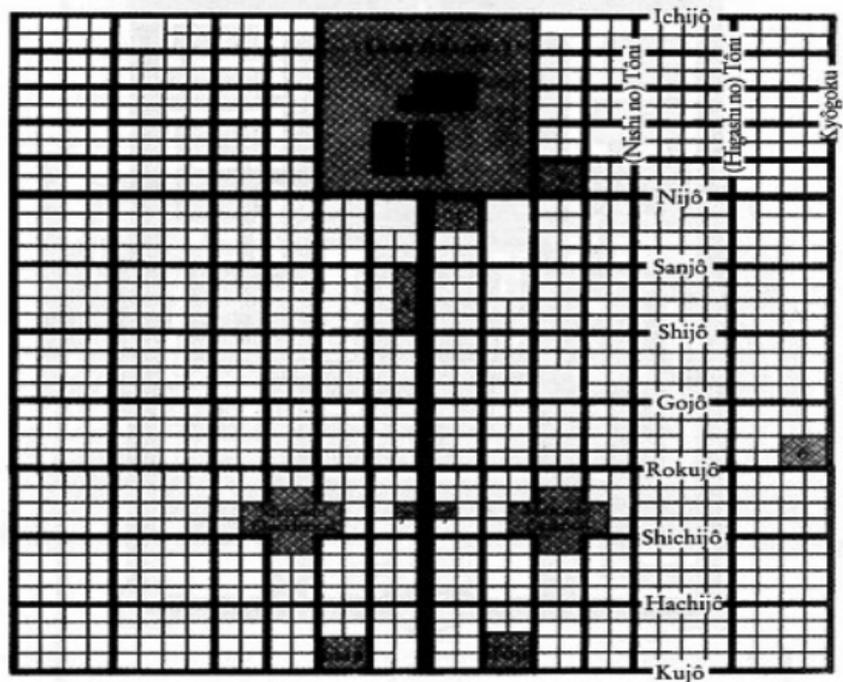


La Ciudad

1. Palacio interior
2. Los Ocho Departamentos y el Gran Salón de Estado
3. Academia
4. Palacio de Suzaku
5. Palacio de Reizei
6. Kawara no In
7. Kōrokan

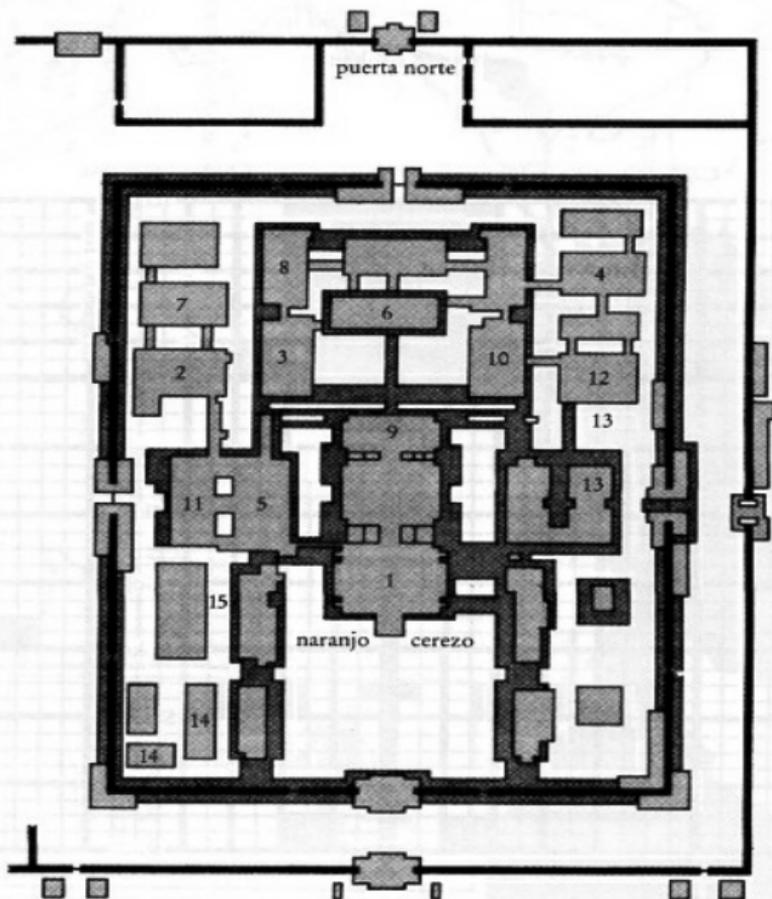
Ciudad Derecha

Ciudad Izquierda

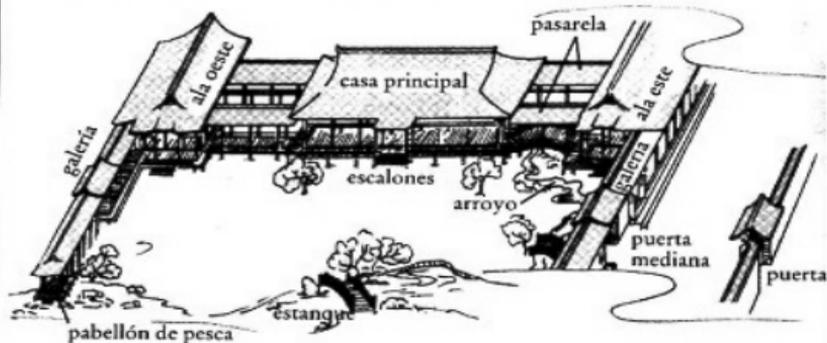


El palacio interior

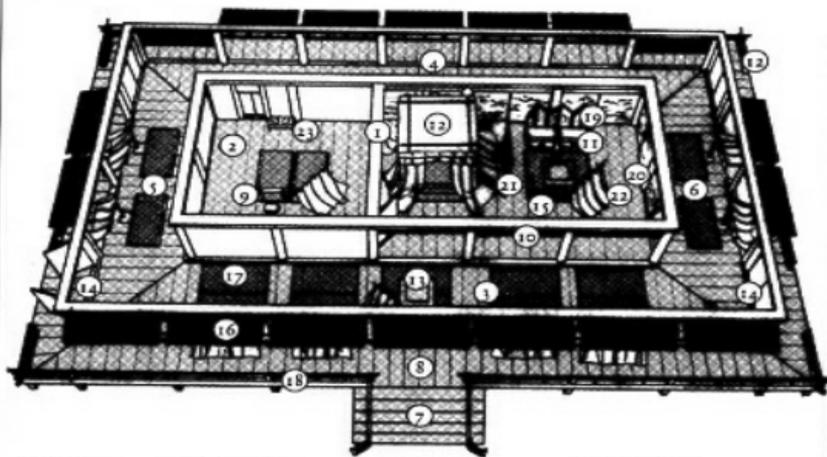
1. Shishinden
2. Fujitsubo
3. Kokiden
4. Kiritsubo
5. Seiryōden
6. Jōneiden
7. Umetsubo
8. Tōkaden
9. Shōkyoden
10. Reikeiden
11. Kōrōden
12. Nashitsubo
13. Unmeiden y Salón del Espejo Sagrado
14. Taller de artesanía
15. Gabinete de los chambelanes



Casa de un noble de alto rango



Interior de la casa principal



- | | | | |
|------------------|-----------------------|------------------------|----------------------------|
| 1. Cámara | 7. Escalones | 13. Cojín | 19. Biombo |
| 2. Retiro | 8. Terraza | 14. Puertas dobles | 20. Paneles deslizantes |
| 3. Pasillo sur | 9. Apoyabrazos | 15. Kin | 21. Armazón para prendas |
| 4. Pasillo norte | 10. Persianas | 16. Postigo de rejilla | 22. Cortina móvil |
| 5. Pasillo oeste | 11. Armario | 17. Estera | 23. Mueble de dos estantes |
| 6. Pasillo este | 12. Cama con cortinas | 18. Barandilla | |

Glosario

Glosario general

- **Academia** Daigaku —Institución para formar a los hijos de la aristocracia, sobre todo los que estaban por debajo del nivel más elevado, en los campos del conocimiento de la lengua y la cultura chinas, requeridos para seguir la carrera de funcionario. El cuerpo docente estaba formado por doctores y profesores subalternos, y dependía del Departamento de Ceremonial. Aceptaba muchachos entre los trece y los dieciséis años de edad cuyo padre poseyese el quinto rango como mínimo, así como

muchachos seleccionados procedentes de familias del octavo rango.

- **Ácoro**, Festival del Tango no Sechie —Festival celebrado el quinto día del quinto mes. El emperador iba al Butokuden y daba bolas herbales (*kusudama*) a los cortesanos reunidos, que estaban coronados con ácoro (*ayame*, cálamo, una planta medicinal fragante). También se celebraban carreras de caballos (*kurabeuma*, carreras entre parejas de caballos). El acontecimiento se abolió en 968, pero la costumbre de adornar el tejado de la casa o la propia persona con raíces de ácoro persistió durante mucho tiempo

después.

- **aguja de cabello** *kôgai* —Accesorio de peluquería de forma parecida a un palillo, de plata o algún otro metal precioso.
- «¡Ah, día maravilloso!» «Anatôto» —Canción *saibara* de enhorabuena, resumida por su primer verso y con escaso contenido narrativo.
- **ajeno** *yomogi* —*Artemisia vulgaris*, también conocida como artemisa pegajosa. Planta característica de un jardín infestado de hierbajos.
- **ala tai**—Estructura residencial unida por una o más pasarelas (*watadono*)

a la casa principal (*shinden*) de una mansión de la era Heian. Una vivienda normal, encarada al sur, tenía un ala al este y otra al oeste.

- **albergue** *bô, sôbô* —Edificios habitados por los monjes en la comunidad de un templo.
- **aldea de montaña** *yamazato* —Localidad en el campo que, debido a la topografía de Japón, o bien se encontraba en colinas o montañas, o bien al pie de éstas, junto a un río o el mar. Suma, Akashi, Ôi, Uji y Ono son ejemplos de esta clase de aldea.
- «**Alegría de la primavera**»
«Kishunraku» —Pieza *bugaku* de la

que no se ha conservado la música ni la danza.

- **«Allí mora el dios»** «Kami no masu»
—Canción folclórica que menciona «la Alta Llanura del Cielo» (Takamagahara) y, una y otra vez, «ocho doncellas divinas» (*yaotome*).
- **Almacenes Imperiales** Osamedono
—Departamento de la casa real responsable del tesoro personal del emperador.
- **áloe, madera de jin** —Variedad apreciada para la confección de incienso, así como para pequeños objetos de ebanistería.

- **altar de fuego** *dan* —Aquel que incluía un hogar de tierra para el fuego sagrado *goma*.
- **Amida** —El Buda de la luz infinita, que se halla al frente de un paraíso situado a una distancia inconmensurable hacia el Oeste. Según su gran promesa, quienes invocaran su nombre (con la fórmula «*Namu Amida Butsu*», conocida como el *Nenbutsu*) lograrían el renacimiento en ese paraíso, y, por lo tanto, esta invocación era la práctica budista más habitual en la época de la autora. En general se decía de viva voz, pero en los funerales se recitaba en silencio.

- ***anales del historiador, Los Shiji*** (en japonés, *Shiki*) —Historia oficial de la China desde los comienzos hasta el reinado del emperador Wu de la alta dinastía Han, completada por Sima Qian (en japonés, Shiba Sen) en 91 a.C. Cubre hasta la alta dinastía Han y es el modelo de todas las historias dinásticas posteriores. Texto básico en la Academia (junto con el *Hanshu*) y lectura esencial de los funcionarios de la era Heian, dejó rastros en el relato de Murasaki Shikibu.
- **anís estrellado *shikimi*** —*Illicium religiosum*, planta perenne de hoja ancha que solía colocarse como ofrenda en un altar budista japonés y,

por lo tanto, estaba muy asociada a la práctica religiosa budista.

- **antesala** *on yasumi dokoro* — Habitación encarada al sur, adjunta a la cámara del círculo privado de cortesanos.
- **antorcha** *taimatsu* — Haz de astillas de pino ricas en resina.
- **antorcha pequeña** *shisoku* — Astilla de madera de pino con un extremo embadurnado de aceite; el otro extremo, que asía el portador, estaba envuelto en papel.
- **aoi** — Especie de malva real. Es una planta pequeña (*Asarum*

caulescens), conocida más precisamente como *futaba aoi* (*aoi* de hojas gemelas), que en el santuario del Kamo era sagrada. Planta de bosque, presenta un par de hojas anchas y acorazonadas, dispuestas de manera simétrica, con las que la gente decoraba sus tocados y carruajes en el Festival del Kamo (como también lo hacían con el laurel [*katsura*]). *Aoi*, en la grafía de la era Heian (*afuhi*), permite también la lectura «día del encuentro [de los amantes]», y este doble sentido se explota con frecuencia en poesía.

- **apoyabrazos** *kyôsoke* —Mueble de uso corriente, para apoyarse en él cuando uno estaba sentado en el

suelo.

- **árbol de retama** *hahakigi* —En japonés moderno, *hôkigusa*. Planta anual que tiene más o menos un metro de altura y con cuyos tallos podían fabricarse escobas.
- **arco pequeño** *koyumi* —Variante de pequeño tamaño utilizado sólo en los certámenes de tiro, que se tensaba con una rodilla en el suelo.
- **armario** *mizushi* —Mueble con puertas, a menudo con estantes descubiertos en la parte superior.
- **armario de un metro** *sanshaku no mizushi* —Mueble de tres pies de

altura, con puertas.

- **armazón de incensario** *ko o fusego* —Estructura en forma de jaula colocada sobre un incensario. Las prendas de vestir se ponían encima para calentarlas y perfumarlas.
- **arroyo de purificación** *mitarashigawa, misogigawa* — Aquel que se encuentra próximo a un santuario, utilizado para los ritos de purificación.
- **arroz** *mi—yuzuke* —El moreno preparado en agua caliente, un alimento de invierno; o, en verano, *suihan*, puesto a enfriar en agua muy fría.

- **arroz al vapor** *kowaii* —El cocinado en un recipiente de vapor, en lugar de hervido en un puchero.
- **arroz en agua** *yuzuke* —El cocinado al vapor y servido en agua caliente; un alimento de invierno.

- **Asamblea de los Sagrados**

Nombres Butsumyô-e —

Acontecimiento religioso celebrado durante tres días en el palacio y en otras casas aristocráticas, que comenzaba el día decimonoveno del duodécimo mes. La ceremonia consistía en invocar los nombres de los Budas del pasado, el presente y el futuro, en una actitud de arrepentimiento y expiación.

- **asceta de montaña** *yamabushi* — Practicante del budismo de bajo rango, a menudo un sanador, que no requería una ordenación completa y cuya práctica a menudo le llevaba a las montañas sagradas.
- **asistencia nocturna, servicio de oración nocturna** *yai* —Servicio importante del capellán de un señor o una dama. El capellán permanecía de guardia durante toda la noche, en una habitación cercana al dormitorio de su patrón, de modo que éste disfrutara mientras dormía de la benéfica influencia de sus plegarias. En el caso del emperador, los sacerdotes realizaban esta función en

un pequeño cuarto (futama), separado de su almohada por un tabique.

- **Atago, monte** —Montaña sagrada (924 m) al noroeste de Kioto,
- **ayuno *sôjin*** —Abstinencia de alcohol y carne, y canto de las escrituras budistas.
- **Azuma** —«El Este»: aproximadamente la moderna región de Kanto, donde se encuentra Tokyo. Entonces se consideraba remota e inculta.
- **banco de varas *shiji*** —Variante de pequeño tamaño sobre el que se

apoyaban las varas de un carruaje cuando los bueyes no estaban uncidos.

- **bandeja** *oshiki* —La de forma cuadrada, sencilla, de madera.
- **bandeja doble** *tsuigasane* — Aquella que se combina con un sencillo soporte rectangular,
- **banquete de clausura** *goen* —El ofrecido por el emperador, normalmente el segundo o tercer mes, a quienes habían participado en la mascarada de Año Nuevo.
- **banquete de la corte** *naien* —El ofrecido personalmente por el emperador el día de la Rata que caía

en el día vigesimoprimerero,
vigesimosegundo o vigesimotercero
del primer mes. Los invitados
componían poesía en chino.

- **barandilla** *kôran* —Antepecho
ubicado a lo largo de la terraza
(*sunoko*) de una casa.
- **Barrera de Osaka, paso de la**
Ôsaka no Seki —Paso bajo al este de
Kioto, entre la Ciudad y el lago
Biwa. El camino hacia las
provincias orientales pasaba por allí,
y cruzar Ôsaka significaba realmente
abandonar la Ciudad. La Ô del
nombre se utilizaba a menudo para
hacer un juego de palabras con *au*
(pronunciado de la misma manera),

«encuentro».

- **bastidor de enrollar** *tatari* —
Conjunto de tres espigas insertadas en una base, sobre las que se hacía girar el hilo para formar una madeja.
- **bastón** *shaku* —Palo plano, de unos treinta centímetros de longitud, ligeramente ahusado y con los extremos redondeados, que un funcionario de la corte sostenía en posición vertical delante de sí cuando adoptaba una postura formal.
- **bayas de *yamatachibana*** *yabukô* —
Fruto carnoso de color rojo, con semillas, de una planta (en japonés moderno, *yabu—kôji*) que crece

silvestre en las colinas.

- **belleza crepuscular** *yûgao* —«Cara nocturna», la flor de una clase de calabaza.
- **beneficio** *kôburi* —Ingreso similar a la «sinecura», aunque procedente de una fuente algo distinta.
- **Biblioteca** *Funnotsukasa* — Departamento de la vivienda personal del emperador que se ocupaba de los libros, el papel, los pinceles y los instrumentos musicales.
- **biombo** *byôbu* —Conjunto de dos a ocho paneles decorados, unidos en

sus bordes verticales para formar al abrirlos una separación temporal y movable.

- **biombo de cestería** *ajiro byôbu* — El formado de tiras entretrejidas de ciprés (*hinoki*) o madera de cedro del Japón (*Cryptomeria japonica*).
- **biwa** — Instrumento musical de cuatro cuerdas, de la familia del laúd, procedente de China.
- **bolas herbales** *kusudama* — Véase **Ácoro, Festival del**.
- **brasero** *hioke* — Recipiente portátil, en general de madera, diseñado para mantener el carbón ardiendo bajo

cenizas aislantes.

- **buceadora** — Véase **gentes del mar**.
- **Buda de la Purificación Kanbutsu** — Imagen del Buda como bebé que figuraba en el Rito de la Purificación (Kanbutsu-e), celebrado el octavo día del cuarto mes para conmemorar el nacimiento del Buda. El rito consistía en purificar la estatua (vertiéndole encima agua o té dulce).
- **bugaku** — Conjunto de danzas del continente, acompañadas de música *gagaku* y un gran tambor. Las danzas estaban divididas en dos repertorios: Tôgaku («música de Tang [China]»), definida como la Izquierda, y

Komagaku («música de Koma [Corea]»), definida como la Derecha.

- **Butokuden** —Pabellón, situado en el gran recinto de palacio, desde donde el emperador contemplaba los concursos de tiro con arco, las carreras de caballos, etcétera.
- **caballero común** *naobito* —Hombre del cuarto o quinto rango.
- **caja compartimentada** *warigo* — Variante sencilla de madera con compartimientos para transportar comida.
- **caja de ciprés** *hiwarigo* — Variante

redonda, cuadrada o en forma de abanico, y de varios pisos, hecha de madera de ciprés finamente cortada.

- **«Calidez de la Bebida, La»** Toyo no Akari —Reunión que se celebraba en el undécimo mes, tras el Festival de los Primeros Frutos (Niinamesai) o el Festival de la Entronización (Daijôσαι). El emperador invitaba a los cortesanos a tomar sake «claro» y «oscuro». Era uno de los grandes eventos del calendario cortesano, y lo acompañaba la danza de Gosechi (véase entrada).
- **cama rodeada de cortinas** *michôdai* —Plataforma rodeada de cortinas, como una pequeña habitación dentro

del aposento, que hacía las veces de dormitorio.

- **cámara *moya*** —Espacio estructural central y residencial dentro de una casa, a veces dividido en una habitación más pequeña y otra más grande. El espacio para hacer la vida se extendía desde la cámara al pasillo (*hisashi*), que podía estar dividido en distintas habitaciones, y, más allá, hasta una terraza (*sunoko*) cubierta con aleros (*noki*). La habitación más pequeña de la cámara (*nurigome*, «retiro»), en caso de que la hubiera, podía servir como dormitorio o almacén.
- **cámara del círculo privado *tenjô no***

ma —Sala frecuentada por cortesanos de servicio para atender al emperador, en el palacio, o al emperador retirado, en su propio palacio. El emperador estaba en el Seiryôden, su residencia privada.

- **cambio de ropa para la nueva estación** *koromogae* —El prescrito para las ropas de verano (incluido un cambio de la decoración interior) el primer día del cuarto mes, y a las de invierno el primer día del décimo mes.
- **campánula** *asagao* —Literalmente, «cara de la mañana». Éste es ahora su nombre, pero muchos eruditos dudan de que la *asagao* de los

primeros capítulos, sobre todo el que trata directamente de la princesa Asagao, sea esa flor. Si no lo es, la principal posibilidad es que se trate de la *kikyô* (*Platycodon grandiflorum*), la «flor campana china», que es una especie de campánula. En el capítulo «La campánula», la belleza de la *asagao* se califica como *nioi*, palabra asociada al rojo, morado, violeta o amarillo, pero no al azul o blanco puros, los únicos colores de la campánula conocidos en la era Heian. (El rojo, el morado, etcétera, no aparecen hasta cuatro o cinco siglos después.) Así pues, en esta traducción «campánula» aparece en los capítulos que cubren la vida de

Genji. Sin embargo, la *asagao* de «La hiedra» parece ser, en efecto, el dondiego de día, puesto que en el pasaje se insiste en la misma fugacidad por la que se conoce a esa flor. Además, la *kikyô* se menciona por su nombre en «Práctica de escritura».

- **«canción del pesar interminable, La»** En chino, «Changhenge»; en japonés, «Chôgonka» —Poema narrativo de Bai Juyi (772—846), extremadamente popular en el Japón de la era Heian. Cuenta la historia del amor de Xuanzong, emperador de la dinastía Tang, por Yang Gueifei (en japonés, Yôkihi). Su pasión por ella le llevó a descuidar sus deberes

de estadista, permitiendo una peligrosa rebelión, por lo que su propio ejército le obligó a ejecutar a su amada.

- **«Canción del ruiseñor en primavera» «Shun'ôden»** —Pieza *bugaku* «china» de la que se dice que fue encargada por el emperador que fundó la dinastía Tang.
- **carmín *beni*** —Esencia para teñir extraída de las flores de alazor.
- **carricera *obana, susuki*** — *Miscanthus sinensis*, hierba de cuyo extremo surge una alta y cimbreante panoja que contiene las semillas.

- **carrizos achaparrados** *asaji* — Planta de escasa altura, herbácea, a veces descrita como un carrizo y en general presente en páramos y jardines descuidados, una forma enana de chigaya (*Imperata cylindrica*).
- **carruaje de cestería** *ajiro guruma* — Aquel cuyo armazón estaba hecho de tiras de ciprés (*hinoki*) y bambú entretejidas. Adecuado para uso personal de un cortesano, era informal para un noble de alto rango.
- **carruaje de exhibición** *idashiguruma* — Aquel bajo cuyas persianas las damas de honor dejaban que pendieran sus mangas en

una brillante exhibición de color.

- **carruaje de hoja de palma** *birôge* — Variante tirada por bueyes, cubierta de hojas de palma trenzadas y utilizada por personajes de alto rango.
- **carruaje de mano** *teguruma* — Especie de palanquín con dos ruedas que se utilizaba en el interior del palacio. Su uso requería permiso imperial y normalmente estaba restringido a los personajes de máxima categoría. Una nueva consorte siempre llegaba a palacio en uno de estos carruajes.
- **carta anudada** *musubi—bumi* —La

de amor, escrita en una hoja de papel delgado, y doblada hasta que quede muy prieta y anudada.

- **carta doblada en línea recta** *tate—bumi* —La doblada a lo largo, en línea recta, por lo que se trata visiblemente de una variante formal o de negocios, no de amor, que estaría anudada.
- **casa principal** *shinden* —Estructura central de una casa de estilo Heian, normalmente unida por pasarelas (*watadono*) laterales a unas alas (*tai*) más o menos simétricas.
- **Cascada Silenciosa** Otonashi no Taki —Cascada Otonashi, famosa en

poesía y situada cerca de Ono, al este de la Ciudad. El agua se desliza sin hacer ruido sobre una superficie rocosa.

- **«casita del este, La» «Azumaya»** — Canción *saibara* en la que un hombre llega a la puerta de la casa de una mujer, bajo un fuerte aguacero, y le pide que le deje entrar. La mujer le responde desde el interior que el cerrojo de la puerta no está echado, y le insta a pasar. Este tipo de casa de campo, con techumbre de paja, era característica del Japón oriental.
- **celebración del nacimiento**
ubuyashinai —Serie de reuniones de celebración que se llevaban a cabo

la tercera, quinta, séptima y novena noches tras un nacimiento. Los invitados le llevaban al niño alimentos y ropas.

- **cesto con cenefa** *higeko* —Cesto o caja de bambú entretejido, con los bordes sin recortar. Se usaba para colocar frutas o flores.
- **cesto para fruta** *komono* — Variante, forrada de papel delgado, que contenía cinco clases de fruta fresca y frutos secos (mandarinas [*kôji*], naranjas [*tachibana*], castañas, caquis y *nashi* o pera japonesa), junto con ramitas de pino decorativas.

- **chaquete** (antiguo juego de las tablas reales, el *backgammon* anglosajón) *sugoroku* —Juego de mesa parecido al juego occidental de este nombre. Era muy popular en los tiempos en que transcurre el relato.
- «**ciervo real, El**» «Ôjô» —Pieza *bugaku* festiva de la que hoy sólo sobrevive la música.
- **Cinco clásicos** —*El libro de los cambios (Yiching), El libro de las canciones (Shijing), El libro de los documentos (Shujing), Los anales de primavera y otoño (Chunqiu) y El libro de los ritos (Liji).*
- **Cinco Preceptos, Los** Itsutsu no

Imashime, Gokai —Prohibiciones budistas de matar, robar, fornicar, engañar y emborracharse. Estas sencillas reglas de conducta podía seguirlas un lego o un novicio (*nyûdô*), pero para los monjes y monjas plenamente ordenados había muchas más.

- **círculos florales** *kemonryô* — Adornos que contienen un motivo floral sobre un fondo liso y claro.
- **clavel silvestre** *tokonatsu* —Flor de la familia *Dianthus*, la misma que la clavellina (*nadeshiko*). Los dos términos se distinguen por su uso en el relato. Debido, en parte, a un juego de palabras establecido sobre

«el lugar donde duermen» los amantes (*toko*), *tokonatsu* se refiere a amantes, y *nadeshiko* a un niño.

- **clavellina** *nadeshiko* — Véase **clavel silvestre**, así como el glosario de «Indumentaria y colores».
- **Cocina Imperial** Mizushidokoro — Responsable de preparar las comidas del emperador.
- **cofre** *karabitsu* — Cofre alargado con patas, especialmente para guardar prendas de vestir. También había un «cofre estrecho» algo más largo (*hosobitsu*).
- **cofre de peluquería** *kakage no hako*

—Variante con accesorios para arreglar el cabello.

- **cofre estrecho** *hosobitsu* —Versión algo alargada y estrecha del cofre con patas (*hitsu*).
- **cofre fragante** *kô no ôn karabitsu* —El que dispone de trozos de madera de incienso en su interior, para perfumar el contenido, o bien está compuesto por madera de incienso.
- **cojín** *shitone* —Esterilla cuadrada y acolchada, aproximadamente de un metro y veinte centímetros de lado, hecha de tela rellena de algodón y festoneada de brocado. Se usaba

para sentarse o dormir.

- **Colinas Orientales** Higashi Yama —Las situadas en el lado este de la Ciudad.
- **Colinas Septentrionales** Kita Yama —Montañas que se alzan al norte de Kioto.
- **concubina** *meshiudo* —Dama de honor (*nyôbô*) a quien su señor toma como una especie de querida secundaria.
- **concurso de tiro con arco de Año Nuevo** *noriyumi* —El celebrado el día decimoctavo del primer mes en el que participaban los arqueros de

la Guardia de la Puerta y la Guardia de Palacio. (Uno o dos meses después, los cortesanos organizaban uno similar.) El jefe del lado vencedor daba un banquete (*noriyumi no kaeri aruji*). Parece ser que este acontecimiento había quedado obsoleto en la época de la autora.

- **Confesión, Rito de** (Hokke) Senbô —Ritual que combinaba el cántico del Sutra del Loto con la confesión de los pecados, a fin de eliminar todos los pecados cometidos por el beneficiario del rito.
- **corte** —Ninguna palabra del texto distingue el «palacio» (véase

palacio) de la «corte», que aparece en la traducción cuando se hace hincapié en las personas que están presentes en el mismo.

- **cortina portátil** *kichô* —Aquella que pendía de un soporte movable, apropiada para colocarla de manera que ocultase de la vista a una persona sentada detrás. Las había de distintas alturas.
- **cortinas de dintel** *kabeshiro* —Las que se colgaban de los dinteles de un edificio, a menudo detrás de las persianas (*misu, sudare*). Normalmente tenían una decoración sencilla, pero podían ser grises o negras para señalar luto, o de un

blanco puro en el caso de un nacimiento.

- **Crisantemo, Festival del Chôyô no Sechie** —Se celebraba el día noveno del mes noveno, aunque ya era obsoleto en tiempos de la autora. En un lugar decorado con crisantemos (asociados con la larga vida y la buena suerte), el emperador ofrecía a los cortesanos una bebida alcohólica confeccionada con crisantemo, y los reunidos componían poemas en chino.
- **cuarenta y nueve días** —Período que seguía a la muerte, durante el cual se celebraban ritos cada siete días, a fin de guiar al difunto, a

través de varios estados intermedios, hacia un renacimiento afortunado.

Véase también **ritos funerarios**.

- **cuarto del personal** *kurôdodokoro* —Lugar de reunión del personal doméstico de nivel más bajo.
- **cubierta** *hyôshi* —Empleada para proteger un rollo de papel, también podía servir de etiqueta. Era de papel o seda.
- **cuento del cortador de bambú**, *El Taketori monogatari* —Todos los estudiosos están de acuerdo en que se trata de la narración japonesa más antigua que se conserva, y que tal vez data del siglo VIII. Véase **Kaguya-**

hime.

- **cuerda sagrada** *shimenawa* — Variante elaborada a base de paja de arroz que se colocaba alrededor de un objeto o espacio sagrado.
- **daga** *mihakashi* — Aquella que se le daba a un niño de alta cuna al nacer.
- **Dainichi Nyorai** — El buda cósmico del panteón budista Shingon.
- **dama de honor** *nyôbô* — Mujer de buena familia que sirve a un señor o una dama de alto rango. Murasaki Shikibu era una dama de honor al servicio de una emperatriz. En algunos casos, la mujer podía ser de

un rango considerable; por ejemplo, en «La efímera» una princesa entra al servicio de la emperatriz.

- **Dama Tatsuta** *Tatsuta-hime* — Diosa del otoño y patrona del arte de teñir, cuya presencia transmite el «brocado» de las hojas otoñales.
- **Danzas orientales** *Azuma Asobi* — Serie basada en canciones populares de Azuma. Destacaban en el repertorio de la corte Heian.
- **darani** — Conjuro transliterado del sánscrito a través del chino, y, por lo tanto, ininteligible como lenguaje, utilizado para desviar la enfermedad o el desastre.

- **demonio** *oni* —Criatura sobrenatural imaginada de diversas maneras, pero típicamente una variante de la forma humana de un rojo aterrador o negro azulado.
- **Departamento (de Asuntos Centrales, Ceremonial, Asuntos Civiles, Tesoro, Guerra)** —Véase el glosario de «Cargos y títulos».
- **Depósito de la Corte** Kurazukasa — Sección del palacio encargada del cuidado de los diversos tesoros y los regalos efectuados a la corte.
- **desayuno** *ônkayu* —Gachas de arroz o arroz cocido (*katagayu*).

- **deslizamiento (afuera, hacia atrás, etcétera)** *izari* —Forma de avanzar con apoyo sobre las espinillas, sin levantarse: la manera en que se movía una dama en el interior de una habitación.
- **día de (la Rata, el Buey, etcétera)** —Véase **hora de (la Rata, el Buey, etcétera)**.
- **día peligroso** *kannichi* —Aquel en el que, según el almanaque yin—yang (*onmyôdô*), todas las empresas estaban destinadas a fracasar. Había uno al mes.
- **«Diez mil años»** «Manzairaku» —Elocuente pieza *bugaku* ejecutada en

ocasiones especialmente solemnes.

- **dintel** *nageshi* —En el armazón de un edificio, tablas estructurales colocadas horizontalmente sobre unos postes y entre ellos, al nivel del suelo y arriba. En la construcción con poste y dintel, es posible usar unos tabiques divisorios ligeros y movibles entre los espacios, en lugar de paredes.
- **dios del medio** *nakagami* —Deidad yin—yang (*onmyôdô*) que se movía en un ciclo regular de sesenta días. Tras pasar dieciséis días en los cielos, la deidad descendía a la tierra y rodeaba los puntos cardinales, pasando cinco o seis días

en cada una de sus ocho direcciones. Uno evitaba (*imu*) viajar en una dirección «bloqueada» de esa manera o «cerrada» (*futagaru*). En «El árbol de retama», la intención de Genji de pasar la noche en la casa de su suegro viola ese tabú, por lo que debe «evadir» (*tagau*) la dirección cerrada y refugiarse en otra parte, en alguna otra dirección desde su punto de partida, el palacio.

- **director de canto** *katô* — Véase **mascarada**.
- **doncella** *miuchiki no hito* — Mujer encargada de ayudar al emperador a cambiarse de ropa; o *shimotsukae*, una joven sirvienta.

- **«Donde empieza el camino»** «Michi no kuchi» —Canción *saibara*.
- **dondiego de día** *asagao* —Véase **campánula**.
- **«dragones gemelos, Los»**
«Rakuson», también conocida como «Sôryû» —Pieza *bugaku* «coreana» representada en las mismas ocasiones que la titulada «Golpear la pelota». Participaban uno o dos danzarines enmascarados.
- **duelo, clausura del *ôn-hate*** —Final de un período de duelo formal. La duración de tal período variaba según la relación entre el deudo y el difunto.

- **duelo, confinamiento por *ôn-imi*** — Reclusión ritual, generalmente de treinta días, para evitar extender la contaminación debida al contacto con la muerte.
- **duelo, retiro por *imi*** —Período de los primeros cuarenta y nueve días (véase **cuarenta y nueve días**) después de la muerte.
- **efímera *kagerô*** —Mosca de alas alargadas que incuba enjambres enteros, generalmente cerca del agua, en verano. Muere sólo unas pocas horas después de haberse apareado y puesto los huevos.

- **emolumento** *mifu* —Ingresos obtenidos por el rango cortesano y procedentes del trabajo de un número determinado de familias.
- «**En Kawaguchi**» «Kawaguchi no» —Canción *saibara* en la que una muchacha se jacta de haberse escapado a través de «la áspera valla de la Barrera de Kawaguchi», pese a la vigilancia de su padre, para yacer con su amante.
- **encañizada** *ajiro* —Barrera de tablillas, de madera o bambú, colocada de una orilla a otra de un río para capturar peces.
- **entrepaño** *ma* —Unidad de longitud

entre dos columnas estructurales. La mayor parte de las casas medían cinco de largo: tres la cámara (*moya*) y dos (uno a cada lado) el pasillo (*hisashi*).

- **equinoccio** *higan* —Período de siete días en el segundo mes (primavera) y el octavo (otoño), que rodean el día del equinoccio propiamente dicho. El primero y el último día del *higan* eran especialmente afortunados.
- **escolta** *saki* —Hombres que precedían a un gran señor y lanzaban gritos para advertir a la gente de que se apartara de su camino.
- **escritorio** *bundai* —Mesa baja para

escribir, utilizada en ocasiones formales, cuando se presentaban poemas al anfitrión. Se colocaba bajo los escalones que conducían al centro del lado sur de la residencia y cada participante, de forma alternativa, depositaba en él su composición.

- **escritura** —Sutra, texto sagrado budista.
- **escritura de juncos** *ashide* — Manera de pintar una escena acuática (con juncos, remolinos, rocas, etcétera) de modo que las líneas de la pintura formaran las letras *kana* de un poema.

- «**Ese caballo mío**» «Sono koma» —
Canción *saibara*.
- **espíritu** *mononoke* —Las enfermedades y los trastornos mentales se atribuían con facilidad a las acciones de un espíritu que atormentaba a la persona afectada. El exorcismo podía lograr que éste saliera para hablar y expresar su agravio, normalmente a través de un médium, en cuyo caso se le apaciguaba o rechazaba.
- **estante para agua sagrada** *akadana* —El destinado a ofrendas de agua sagrada y flores, colocado ante la terraza de una casa.

- **este, el Azuma** —Región oriental de la principal isla japonesa, vista desde la Ciudad. Se centraba en la actual región de Kanto.
- **«Este caballero» «Kono Tono wa»** —Elocuente canción *saibara*.
- **estera *tatami*** —La compuesta de paja de arroz trenzada.
- **estilo académico *azana*** —Nombre de dos caracteres, al estilo chino, conferido a un candidato a graduarse en la Academia.
- **estera acolchada *uwamushiro*** — Variante acolchada, de muy poco espesor, tendida para dormir en una

cama rodeada de cortinas
(*michôdai*).

- **estera redonda** *warafuda* —
Variedad redonda para sentarse,
hecha de paja de arroz.
- **estrella Pastor (Altair)** Hikoboshi
— Véase **Tanabata**.
- **estuche de escrituras** *kyôbako* —
Aquel que contenía los textos
sagrados budistas.
- **eupatorio** *fujibakama* — *Eupatorium
fortunei*, flor silvestre parecida a la
agrimonia. En otoño da unos racimos
de minúsculas flores malva claro.

- **evónimo** *mayumi no ki* —Árbol de hoja caduca que da unas florecillas de color verde azulado y adopta un bello color rojo en otoño.
- **examen del Departamento de Ceremonial** *Shikibu no Tsukasa no kokoromi* —Ejercicio de segundo nivel para los alumnos de la Academia. Permitía al alumno pasar de *gimonjô* (candidato provisional) a *monjôshô* (candidato regular). Véase **examen preparatorio**.
- **examen preparatorio** *ryôshi* —El de ingreso en la Academia, en la sección de letras (*kiden*). Cubría la historia china expuesta en el *Shiji* (véase *anales del historiador, Los*)

y el *Hanshu*. Aprobar tres de sus cinco partes convertía al alumno en «candidato provisional» (*gimonjô*), es decir, lo cualificaba para convertirse (tras un nuevo examen del Departamento de Ceremonial [*Shikibu no Tsukasa no kokoromi*]) en candidato regular (*monjôshô*) al primer grado completo de la Academia.

- **extensión** *hanachiide* —Ampliación del espacio habitable de una casa, aunque su naturaleza precisa no está clara. Al parecer, se efectuaba eliminando las divisiones (persianas, paneles deslizantes) que había entre la cámara y el pasillo, aunque a veces el término también puede

referirse a una extensión de la estructura existente.

- **faroles** *tôrô* —Los de madera, bambú o metal que pendían de los aleros de la casa y cuyo combustible para iluminar era aceite.
- **Festival, El** —Véase **Kamo, Festival del**.
- **flauta** *yokobue* —La travesera de siete orificios.
- **flauta de Koma** *komabue* —La de seis orificios, más corta y delgada (*yokobue*).
- **fogaril** *kagaribi* —Fuego de leña

contenido en una jaula de hierro, usado para iluminar el jardín de noche o por los pescadores con cormoranes para atraer a los peces, **fondo musical** *hyôshi awase* — Aquel contra el que se marcaba el ritmo.

- **Fudô** — Deidad budista cuyo nombre significa «El que no se mueve». Está sentado o de pie sobre una roca, rodeado de llamas. Normalmente de color negro azulado, sostiene una espada alzada en la mano derecha para golpear a los demonios del anhelo, y en la izquierda un lazo corredizo para atarlos. Era la deidad principal de los ritos ascéticos de montaña, así como la deidad central

del Gran Rito.

- **Fugen** —Bodhisattva que representaba la enseñanza y la práctica del Buda, y estaba estrechamente asociado al Sutra del Loto. Su montura canónica es un elefante blanco.
- **Fujitsubo** —Uno de los pabellones del recinto de palacio, que estaba reservado a una consorte o la emperatriz, al norte de la residencia del emperador (Seiryôden) y al oeste del Kokiden. En su jardín crecían glicinas (*fují*).
- **Fujiwara** —Apellido del clan no imperial preponderante en la época

de la autora. Dominaba desde siglos antes y siguió haciéndolo siglos después. La misma autora era una Fujiwara de rango inferior. En el relato, el ministro de la Izquierda (suegro de Genji) y, por lo tanto, Aoi y su hermano Tô no Chûjô pertenecen a ese clan, lo mismo que el ministro de la Derecha y su familia, así como muchos otros personajes.

- **Gabinete de Artesanos**

Takumizukasa —Dependiente del Departamento de Asuntos Centrales, responsable de encargarse de la fabricación del mobiliario de palacio y ocuparse de su mantenimiento.

- **Gabinete de Mantenimiento** Suri Shiki — Departamento responsable de la construcción y las reparaciones de palacio.
- **Gabinete de Medicina** Ten'yaku Ryô — Departamento de palacio encargado de la medicina, los productos medicinales y los hechizos sanadores.
- **Gabinete de Música** Utazukasa — Departamento de palacio responsable de la música y la danza.
- **Gabinete de Personal** Naishizukasa — Departamento de palacio, con personal femenino, responsable, ante el emperador, de una serie de

asuntos, sobre todo los que afectaban a las damas imperiales.

- **Gabinete de Pintura** Edokoro —El taller de pintura de palacio.
- **gagaku** —Repertorio de música conocido y representado en la corte Heian, que incluía no sólo la música de la *bugaku* (danza), sino también canciones *saibara* y *rôei*.
- **galerías rô** —Pasadizos cubiertos, de formas diversas, que daban acceso a las diferentes estructuras de una mansión y se extendían desde la casa principal (*shinden*) o las alas (*tai*) hasta las puertas y más allá, pues conectaban con edificios

complementarios y residencias subsidiarias. Podía haber habitaciones que se abrían a ellas.

- **genciana** *ryûtan* —*Gentiaea scabra* —, en japonés moderno, *rindo*.
- **Genji** —«Un miembro del clan (*ji*) Minamoto (*Gen*).» Un Genji o Minamoto de primera generación era un hombre que, como en el relato de Genji, había sido excluido de la familia imperial mediante la imposición de un apellido que lo convertía en plebeyo. Por extensión, tal como se usa en el relato, es una persona que no pertenece al clan Fujiwara (sobre todo un miembro de la familia imperial) y que aspira a

una posición normalmente considerada prerrogativa de los Fujiwara. El emperador confirió por primera vez el apellido Minamoto en 814, y desde entonces lo recibieron muchos hijos, hermanos y nietos imperiales excedentes.

- **gentes del mar, muchacha del mar**
ama —Personas que habitan en la costa y viven del mar, tanto hombres como mujeres: pescadores, buceadoras que recogen marisco y algas, o salineros. En poesía, un *ama* suele ser una muchacha especialmente joven y atractiva, y las escenas marinas asociadas a la palabra solían tener connotaciones eróticas. Puesto que *ama es*

homófona de la palabra que significa «monja», gran número de poemas explotan este doble significado.

- **Gokurakuji** —Templo destinado a la celebración de funerales para la alta nobleza Fujiwara.
- «**Golpear la pelota**» «Dagyûraku» o «Tagyûraku» —Danza *bugaku* «china» para cuatro danzarines, a menudo representada en concursos de tiro con arco, carreras de caballos, certámenes de lucha, etcétera. Evoca un juego que se practicaba a lomos de un caballo y era muy parecido al polo.
- **go** —Juego de mesa de gran

complejidad y sofisticación, que consistía en mover piedrecillas blancas y negras sobre un tablero.

- **Gosechi (Festival, danzarín)** — Aquel que acompañaba al Festival de la Entronización (Daijôσαι) en el año de la subida al trono del nuevo emperador, o al Festival de los Primeros Frutos (Niinamesai) en otros años. Se celebraba en los días centrales del Buey, el Tigre, el Conejo y el Dragón, en el undécimo mes. En el primer caso, los danzarines eran cinco; en el segundo, cuatro. De éstos, en el año Niinamesai, dos procedían de la alta nobleza y los otros dos (tres, en un año Daijôσαι) se elegían entre los

cortesianos y los gobernadores provinciales. El día del Buey, los danzarines y su escolta de damas de honor entraban en la cámara Gosechi del Jôneiden. En el último día, el del Dragón, había un gran banquete cortesano conocido como «La Calidez de la Bebida» (Toyo no Akari), y en esa ocasión las danzarinas Gosechi interpretaban la danza de las doncellas celestiales. El día del Conejo, el emperador contemplaba la danza de las muchachas paje (*warawa*).

- «**Gracia de nuestro soberano, La**» «Gaôn» —Pieza *bugaku* «china».
- «**Gran paz**» «Taiheiraku» —Pieza

bugaku «china», de espíritu marcial, para cuatro danzarinas.

- **Gran Rito Mizuhô** —Ritual protector para desviar el infortunio y promover la fuerza vital, y a menudo destinado a fomentar un parto feliz. Conocido más formalmente como Godan Mizuhô, el «Rito de los Cinco Altares», lo ejecutaban cinco oficiantes ante altares para venerar a la deidad Fudô y sus cuatro deidades direccionales protectoras. En los casos graves, podía realizarse en palacio.
- **Gran Sala de Estado Daigokuden** —Se usaba para la ceremonia de entronización y para otras funciones

importantes presididas por el emperador.

- **Granero Imperial** Kokusôin — Almacén de arroz y dinero obtenidos de las Provincias Interiores (Kinai).
- **grillo cascabel** *suzumushi* — Variedad que canta de una manera especialmente melodiosa.
- **grillo del pino** *matsumushi* — Variedad que tiene un canto melodioso, tal vez el mismo que el **grillo cascabel** (véase).
- **Guardia** — Véase el glosario de «Cargos y títulos».

- **Guardia de la Puerta** —Véase el glosario de «Cargos y títulos».
- **Guardia de Palacio** —Véase el glosario de «Cargos y títulos».
- **hagi** —Planta otoñal con frondas largas y gráciles y flores rosa oscuro, violeta o blanco.
- **Harima** —Provincia que corresponde a una parte de la moderna prefectura de Hyôgo, en el Mar Interior.
- **Hatsuse** —Nombre de lugar asociado al Hasedera, templo en las montañas aproximadamente al este de Nara. El Hasedera está dedicado

a la Kannon de Once Brazos (Jûichimen Kannon), y su sagrada imagen es objeto de especial reverencia. Era uno de los principales centros de peregrinaje.

- **hechizos** *majinai* —Magia sanadora llevada a cabo por maestros de hechizos del Gabinete de Medicina.
- **Heichû** —Héroe cómico estereotipado del folclore cortesano de la era Heian.
- **helechos (de la memoria)** *shinobu* —Véase **hierbas del recuerdo**.
- **hichiriki** —Pequeño pero sonoro caramillo de bambú. Los nobles de

alto rango no tocaban el «*hichikiri* mayor» mencionado en «El alazor», una versión más grande del instrumento habitual, y en la época de la autora había dejado de usarse.

- **hiedra** *yadorigi* —Palabra que ahora significa «muérdago», pero que en el relato significa claramente «hiedra» y tal vez otras clases de enredaderas.
- **Hiei, monte** —Montaña (848 m) que se alza al nordeste de la Ciudad y donde hay un gran conjunto de templos que constituyeron el centro de la secta budista Tendai.
- **hierba barbuda** *karukaya* —Tipo de hierba alta con largos apéndices

plumosos en el extremo, que guarda una relación lejana con el arroz.

- **hierbajos** *yomogi, mugura* —Plantas que en el relato son la señal de una residencia descuidada o de un campo abandonado. Véanse **humulus**, **ajenjo**.
- **hierbas del olvido** *wasuregusa* — Flor llamada *yabukanzô* en japonés moderno, una azucena anaranjada.
- **hierbas del recuerdo** *shinobu* — Clase de helecho que crece fácilmente en los tejados de corteza o de paja. La palabra es homófona de la que significa «entregarse afectuosamente a recordar el

pasado».

- **Higo** —Aproximadamente la actual prefectura de Kumamoto, al sudoeste de Kyushu.
- **Hitachi** —Provincia en la región de Azuma (hoy, la de Kanto), correspondiente a la parte septentrional de la prefectura de Ibaraki.
- **Hizen** —Provincia de Kyushu, hoy dividida entre las modernas prefecturas de Saga y Naga.
- «**hombre flor de cerezo, El**»
«Sakurabito» —Canción *saibara* en forma dialogada: «[El marido] Vira

tu barca, oh, hombre flor de cerezo, he de ver mis campos en la isla y volveré mañana, sí, ¡volveré mañana! [La esposa] Mañana, dices, pero el que tiene una mujer aquí en verdad no estará de regreso mañana, no, en verdad no estará de regreso mañana».

- **hora de (la Rata, el Buey, etcétera)**
—Las correspondientes al ciclo del día y la noche y los días del mes se nombraban de acuerdo con la sucesión de los doce signos zodiacales: Rata, Buey, Tigre, Conejo, Dragón, Serpiente, Caballo, Oveja, Mono, Pájaro, Perro y Jabalí. El ciclo diario comienza con la hora de la Rata (que se inicia

aproximadamente a medianoche) y termina con la hora del Jabalí (que empieza aproximadamente a las diez de la noche). Puesto que el número de signos zodiacales y el número de días del mes (veintiocho) no concordaban, las designaciones zodiacales de los días variaban de un mes a otro.

- **Hôrai** —Montaña fabulosa en medio del mar, habitada por seres inmortales. En «La canción del pesar interminable», de Bai Juyi, el pesaroso emperador envía allí a un mago en busca de su amada Yang Guifei.
- **Hoshôji** —Templo construido por

Fujiwara no Tadahira en 925, en el lugar donde se alza el actual Tôfukuji, al este del río Kamo y un poco al sur de la Ciudad. Se hallaba en el camino de Kyoto a Uji.

- «**Hosoroguseri**» —Sección de la música para una danza *bugaku* llamada «Chôhôraku». La secuencia de sílabas del nombre suena extraña en japonés.
- **humulus** *mugura* —*Humulus japonicus*, miembro de la familia del cáñamo y relacionado con el lúpulo (*Humulus lupulus*), planta con hojas bastante grandes de cinco o siete lóbulos. Aparece en el relato como un hierbajo común.

- **impedimentos kármicos** *gôshô* — Término budista que abarca todos los factores kármicos que impiden el avance hacia la iluminación. Los principales son la codicia, la cólera y la estupidez.
- **incensario** *hitori* — Recipiente de plata o bronce dorado en el que arde el incienso. Se colocaba en el interior de otro más grande de madera lacada (*hitorimo*), cubierto con una tapa de tela metálica.
- **«Inmortal de la profundidad»** «Kaisenraku» — Pieza *gagaku* en el modo *ôshiki*.
- **«Inmortal en la niebla»** «Senyûka»

—Pieza *gagaku*. Su título, tal como se usa en el relato, alude a la categoría de Genji como emperador retirado honorario, puesto que normalmente se imaginaba a un emperador retirado como un inmortal taoísta que habitaba un Sentó Goshō («Palacio de la Caverna del Inmortal»). Se suponía que los inmortales (*sennin*) se recreaban entre las brumas de los picos montañosos y no necesitaban alimentarse.

- **Ishiyama** —Templo en el extremo meridional del lago Biwa, meta popular de peregrinaje para los habitantes de la Ciudad. Existe la leyenda de que Murasaki Shikibu

concibió allí su obra. El templo está dedicado a Kannon.

- **Iyo** —Provincia en la isla de Shikoku, correspondiente a la actual prefectura de Ehime.
- **jardín cercano** *senzai* —Parte de un jardín cercana a la casa, en contraposición al parque, situado más lejos.
- «**Jardín de Flores y Saucos**» «Ryûkaen» —Pieza *bugaku* «china» de cuya ejecución no se tiene constancia de que sea posterior al año 960.
- **Jôneiden** —Pabellón residencial en

el recinto de palacio, apropiado para la emperatriz o una consorte.

También contenía una habitación utilizada por las danzarinas de Gosechi.

- **jubileo** —Cuadragésimo o quincuagésimo aniversario de un gran personaje, para el que se organizaba una celebración o una serie de ellas (*ga*).
- **juego de pelota** *kemari* —Aquel en el que los participantes formaban un círculo y daban puntapiés a una pelota (*mari*) para alzarla a considerable altura. Lo esencial del mismo consistía en mantener la pelota en el aire de modo que nunca

cayera al suelo.

- **juegos de adivinación de caracteres** *hen-tsugi* —Aquellos que consistían en adivinar unos caracteres parcialmente ocultos o componer nuevos caracteres añadiendo elementos a partes dadas.
- **kagura** —Música y danza ofrecidas en un santuario a una divinidad shintoísta. *Kaguya-hime* —Heroína de *El cuento del cortador de bambú* (véase *cuento del cortador de bambú, El*), un bebé radiante descubierto por un viejo cortador de bambú en el interior de una caña. Su nombre significa más o menos «Dama de Luz». Kaguya—hime

crece y llega a tener una belleza deslumbrante. La cortejan numerosos pretendientes, y finalmente, el mismo emperador. El cuento termina con el regreso a su verdadero hogar, la luna.

- **Kamo**, *Festival del Kamo* no Matsuri —El celebrado anualmente en los dos santuarios del Kamo (Kamo Superior y Kamo Inferior), a lo largo del río Kamo, en el norte de la Ciudad. Se celebraba el día central del Pájaro, en el cuarto mes. En ese día una enorme procesión partía del palacio para visitar ambos santuarios, y constituía un brillante espectáculo para todo el mundo. También se conocía como el Festival

Aoi, porque la gente se adornaba la cabeza, decoraba los carruajes, etcétera, con hojas de *aoi*, sagradas en el Kamo. Había además un Festival Especial del Kamo (Kamo no Rinji Matsuri) el último día del Pájaro, en el undécimo mes. Los músicos de palacio interpretaban algunas de las Danzas Orientales para la deidad, y el ensayo tenía lugar en palacio.

- **kana** —Letras del silabario fonético, en contraposición a los caracteres chinos.
- **Kannon** —Bodhisattva de la compasión, que destaca particularmente en la obra con

relación a Hatsuse e Ishiyama. En Japón es una deidad femenina.

- **Kasuga, santuario de** —En Nara, el santuario ancestral de los Fujiwara.
- **Katano, teniente** Katano no Shóshô —Héroe enamorado cuya historia no se ha conservado.
- «**Kazuraki**» —Canción *saibara*.
- **Kazuraki, montañas** —Cadena de montañas al sur de la actual Osaka, famosa por los magos que vivían en el lugar desde que En no Gyôja (fines del siglo VII), el semilegendario fundador de la tradición ascética de la montaña en

Japón, llegó de allí. En japonés moderno, el nombre se lee Katsuragi.

- **Kii** —Antigua provincia que corresponde aproximadamente a la prefectura de Wakayama, al sur de la actual Osaka.
- **kin** —*Koto* (véase *koto*) de siete cuerdas y sin traste, procedente de China. Fue popular durante la primera mitad del siglo IX y su dominio formó parte del bagaje de conocimientos normal de un aristócrata hasta mediados del siglo X (el del presente relato). A fines de ese siglo había sido prácticamente abandonado.

- **Kiritsubo** —Residencia con una paulonia (*kiri*) en el jardín, situada en la esquina más alejada al nordeste del recinto interior del palacio. Se asignaba a una esposa imperial de bajo rango. Para llegar a la residencia del emperador desde allí, era preciso pasar por zonas adyacentes a los aposentos de otras esposas imperiales. Shigeisha o Shigeisa era otro nombre, en este caso chino, de la misma residencia.
- **Kokíden** —Pabellón residencial en el recinto de palacio, normalmente ocupado por la emperatriz, la emperatriz madre o una consorte.
- **Koma** —Koguryo, antiguo reino

coreano.

- **Kôrôden** —Pabellón residencial en el recinto del palacio, al oeste del Seiryôden. Normalmente lo ocupaba una consorte u otra dama imperial.
- «**Kôryô**» —Pieza musical identificada tradicionalmente como la pieza china «secreteta» «Kôryôsan».
- **koto** —Término que en la obra puede referirse a cualquier instrumento de cuerda, incluido el *biwa*. (véase *biwa*). Es más habitual que se refiera a un instrumento, de una clase perteneciente a la familia de la cítara, que descansa en el suelo delante del ejecutante. Instrumentos

de ese tipo son el *kin*, el *sô no koto* y el *wagon* (véanse *kin*, *sô no koto* y *wagon*).

- **laurel** *katsura* —*Cercidiphyllum japonicum*, árbol de hojas acorazonadas parecido al laurel. En Asia oriental existía la creencia de que crecía en la luna. Sus hojas, con las de la malva real (*aoi*), se utilizaban para decorar en el Festival del Kamo.
- «**Le quiero tanto**» «Sôfuren» — Pieza *gagaku*. Los caracteres usados correctamente para escribir el título vienen a significar «El loto en el jardín del ministro», pero los japoneses preferían emplear otros

(homófonos) que sugieren este significado romántico.

- **lectura de las escrituras** *mi-dokyô*
—Acontecimiento que duraba cuatro días y se celebraba dos veces al año, en el segundo y el octavo mes o en el tercero y el noveno, tanto en el palacio como en las mansiones de los nobles de más alto rango. El sutra leído ceremonialmente era el Daihannyakyô (Gran Sutra sobre la Perfección de la Sabiduría).
- **madre exterior** *sotobara* —Aquella que no es la esposa formal del padre.
- «**magia de la bebida, La**»
«Kansuiraku» —Pieza *bugaku*

«coreana» que no parece haber sobrevivido más allá de mediados del siglo XIV.

- **mampara** o **panel deslizante** *shôji*, *sôji* —Equivalente de la moderna *fusuma*, una mampara ligera, normalmente un bastidor cubierto de papel con los bordes superior e inferior encajados en ranuras, que se usaba para dividir una habitación.
- **mantra** *shingon* —Serie de sílabas, unas veces con significado en el original sánscrito y otras no, que encapsulan en sonido la naturaleza de una deidad budista.
- «**Mar de Ise**» «*Ise no umi*» —

Canción *saibara*.

- **maskarada** *otoko tôka* —Costumbre que se practicaba con regularidad en palacio por
- **Año Nuevo**. El día decimocuarto del primer mes, seis directores de canto (*katô*, de la Derecha y la Izquierda), así como danzarines y músicos elegidos entre los cortesanos más íntimos del emperador (*tenjôbito*) y los de rangos inferiores (*jige*), se presentaban ante las residencias del emperador, la emperatriz, etcétera, para danzar y cantar canciones *saibara*. La práctica desapareció en 983. Las mujeres también ejecutaban mascaradas, aunque no lo hacen en el

relato.

- **mayordomo** *azukari, inmori* — Guardián residente de una casa o una finca, *mayoría de edad genbuku* — Ceremonia de la mayoría de edad de un muchacho, en la que se le recogía el cabello por primera vez, se ponía el traje y el tocado de un adulto, y adoptaba un nombre de adulto.
- **mazo de la liebre** *uzuchi* —Bloque rectangular de madera de melocotonero, aproximadamente de diez centímetros de longitud, con una borla de cinco hilos de colores que pendían de él, utilizado en el palacio y en las grandes casas para expulsar a los demonios el primer día de la

Liebre en el primer mes.

- **médico** *kusushi* —Especialista en medicinas y tratamientos, en contraposición a un sanador (practicante de ritos de curación).
- **mesa de servicio** *daiban* —La rectangular sobre la que se colocaban las bandejas de comida.
- **Minamoto** —Véase *Genji*.
- **Miroku** —El Buda futuro que descenderá a un mundo transfigurado dentro de millones de años. Se creía que el lugar de su descenso sería la Montaña Sagrada (Mitake).

- **modo** *azuma* — Forma musical asociada al oriente de Japón y al *wagon*. Su carácter es desconocido.
- **modo** *banshiki* — Forma musical especialmente apropiada para el invierno, *modo hyôjô* — Una de las seis formas *gagaku*. *modo ichikotsu* — Una de las formas *gagaku*.
- **modo** *ôshiki* — Forma musical de la que se dice que estaba cercana a la clave de *la*. *modo richi* — Escala que daba la sensación de «menor», utilizada normalmente en la época del relato para acompañar canciones, y preferida sobre todo en otoño.
- **modo** *ryo* — En «El río de bambú»,

posiblemente un error debido a la confusión con «modo *richi*».

- **modo** *so sôjô* —Uno de las seis formas *gagaku*, asociada a la primavera.
- **Montaña, La** —Véase *Hiei, monte*.
- **Montaña Palacio Ôuchi Yama** — Término literario para designar el palacio de un emperador reinante o retirado.
- **Montaña Sagrada Mitake** (hoy, Sanjô—ga—take, 1720 m) — Montaña de la cordillera de Ômine, al sur de Nara. El culto de Mitake se dirigía a Miroku, el Buda del Futuro.

- «**Motomego**» —Una de las piezas de las Danzas Orientales. Parece ser que la letra de su canción no era estable.
- **mudra in** —Postura establecida de las manos y los dedos que invoca la presencia de una deidad budista en un ritual.
- **mueble de dos estantes *nikai (dana)*** —Parecido a una estantería, con la parte posterior sin cubrir, formado por dos útiles estantes.
- **muñeco *hitogata*** —Simulacro de ser humano, tridimensional o recortado en papel, utilizado en los ritos de purificación. Las influencias

malignas se infundían ritualmente en el muñeco (uno o varios), que entonces se enviaba flotando río abajo o se echaba al mar.

- **murasaki** —Planta (*Lithospermum erythrorhizon*) cuyas raíces dan un tinte morado; también el tinte y su color. El color representa relación y pasión duraderas.
- **música de victoria** *rajô* —La de flauta, *shô* y *hichiriki* que se tocaba para señalar la victoria del lado ganador en una competición de la «Izquierda» y la «Derecha». Ésta tocaba la *rajô* «coreana» para celebrar la victoria, mientras que la «Izquierda» tocaba la «china».

- **músico de *biwa biwa hôshi*** —El itinerante que vestía hábito budista y cantaba acompañándose de su *biwa*.
- **Nacimiento Divino en el Kamo**
Kamo no Miare —Rito nocturno que representaba la aparición en la tierra de Wakeikazuchi, la deidad del santuario del Kamo Superior. Se celebraba el día mediano del Mono, en el cuarto mes, y le seguía, el día posterior, el Festival del Kamo.
- **Nakagawa** —Se cree que era el río Kyôgoku, al norte de Nijô.
- **Nara, Altos de *Narazaka*** —Franja de colinas bajas al norte de Nara, entre esta ciudad y el río Kizu.

- **naranja** *tachibana* —*Citrus tachibana*, clase de árbol cítrico ornamental especialmente apreciado por la fragancia de sus flores. Su aroma evocaba los amores del pasado.
- **Nashitubo** —También Shôyôsha. Pabellón situado en el recinto de palacio. En el jardín tenía un *nashi*, el peral japonés.
- **niño celestial** *amagatsu* —Muñeco que tenía para el niño una finalidad similar a la de un muñeco de purificación. Más o menos hasta su tercer año de edad, el niño transfería al muñeco cualesquiera influencias

perniciosas.

- **Niño Sanguijuela** *Hiru no Ko* — Primer vástago de Izanagi e Izanami, la pareja primordial en el mito de la creación. Era anormal, puesto que carecía de huesos, y cuando contaba tres años de edad lo abandonaron a la deriva en el mar.
- **nodriza** *menoto* — En principio, una mujer que amamantaba a un niño de alta cuna en lugar de su madre, ya que ésta normalmente no lo hacía. Sin embargo, tal vez no todas las *menoto* amamantaban, puesto que un niño podía tener más de una. La relación de un niño de alta cuna tanto con su nodriza como con los propios

hijos de ésta era íntima y perdurable.

- **nombramientos, lista de *jimoku*, *tsukasameshi*** — Los anunciados dos veces al año, en primavera y otoño. Contenía también las promociones. El ministro de la Izquierda presidía el acto.
- **Nombre (de Amida), El** — Invocación del Buda Amida. Véase *Amida, nudo de regalo kokoroba* — El de tipo decorativo, una flor de papel, un manojó de hojas o pinaza de papel, fijado a un regalo.
- **nudo de trébol *agemaki*** — El de tres lóbulos, usado en la decoración de un objeto para su presentación

formal. Había también una canción *saibara* conocida por ese nombre.

- **Ocho Departamentos *Hasshô*** — Los ocho principales del gobierno: Asuntos Centrales, Ceremonial, Asuntos Civiles, Asuntos Populares, Castigos, Tesoro, Guerra y Asuntos de Palacio. Estaban situados en un recinto comunicado con el Gran Salón de Estado (*Daigokuden*), el principal edificio ceremonial dentro del recinto de palacio.
- **Ocho Discursos, Rito de los *Mihakô*** — Realizado durante cuatro días, celebraba el Sutra del Loto. Cada día, un debate formal, en sesiones de mañana y tarde,

desarrollaba el contenido de dos de los ocho rollos en los que estaban escritos los sutras.

- **Oficina de Asuntos Domésticos** *mandokoro, saburai* —Aquella desde la cual se dirigían los asuntos domésticos, que en unos casos incluían fincas, y en otros, intereses de mayor envergadura.
- **Ôharano, santuario de** —La contrapartida en Kyoto del de Kasuga de Nara. Está consagrado a las mismas deidades. Levantado a fines del siglo VIII al oeste de la Ciudad, bajo el monte Oshio, permitía a los nobles Fujiwara honrar a sus deidades familiares sin

tener que desplazarse hasta Nara.

- **«Olas del mar azul» «Seigaiha»** — Pieza *bugaku* «china» para dos danzarines. Se decía que el movimiento de las mangas de los danzarines evocaba las olas del mar.
- **Óshôkun** — Wang Zhaojun, amada del emperador Yuan de Han, a quien engañaron para que la enviara como regalo a un cabecilla bárbaro.
- **Otagi** — Lugar de incineración, al lado de un templo, probablemente al noroeste de la Ciudad tal como era entonces, en la zona donde en la actualidad se encuentra la Universidad de Kyoto.

- **Pabellón Musical de las Mujeres** *Naikyôbô* —Lugar donde se adiestraba a las mujeres que tocaban instrumentos musicales y a las danzarinas del palacio.
- **pabellón de pesca** *tsuridono* —El levantado sobre pilotes en el estanque del jardín de una mansión Heian, y unido a una de las alas (*tai*) por una galería abierta. Se utilizaba para pasatiempos relajantes.
- **pabellón oriental** *higashi no in* —La casa que Genji levantó en la finca de Nijô, que había heredado de su madre, a fin de acomodar a varias de sus mujeres.

- **palacio** *uchi, dairi* —No era un solo e imponente edificio, sino un gran conjunto de edificios más pequeños (unos residenciales, otros administrativos y algunos ceremoniales) unidos por pasajes y galerías. A menudo el texto no distingue entre el palacio y su gran residente, el emperador. El *dairi* puede llamarse también «palacio interior», para distinguirlo del «gran palacio» (*daidairi*), un conjunto mucho más amplio que contenía edificios tan importantes como el Gran Salón de Estado (Daigokuden) y los Ocho Departamentos (Hasshōin).

- **Palacio nueve veces mayor**

Kokonoe —Uno de los nombres ornamentales del palacio del emperador.

- **palacio Suzaku** *Suzaku—in* —El correspondiente al emperador retirado, mencionado por primera vez con relación a un emperador que probablemente es el abuelo de Genji. Buena parte del relato la ocupa el emperador retirado Suzaku. Se alzaba en un terreno de gran extensión al sur del recinto del palacio imperial, no muy lejos de éste.
- **palanquín** *mikoshi* —Vehículo consistente en una pequeña cabina montada sobre unas varas paralelas

que asían los porteadores.

- **panel de tela** *zejô* o *zenjô* — Variante de tela que pendía, empleado para ocultar a alguien. En el lado interior, hacia la persona que se ocultaba, podía tener una escena pintada.
- **panel portátil** *kosôji* —Bajo y rígido, iba montado en un soporte, de modo que podía trasladarse de un lado a otro.
- **papel Michinokuni** *Michinokuni-gami* —El blanco confeccionado especialmente en el norte de Japón (Michinokuni, Michinoku) a partir de corteza de árbol, y utilizado con

fines prácticos.

- **papel para doblar** *tatôgami*, *futokorogami* —Destinado a todo tipo de aplicaciones, a menudo se llevaba, doblado, en el pliegue delantero de la túnica. Se podía usar, en caso de necesidad, como papel de carta.
- **parada para abreviar** *mizumumaya* —Literalmente, «abreviar a los caballos y alojarlos en un establo», pero en realidad significaba el ofrecimiento de sake y gachas de arroz calientes a los participantes en la mascarada de Año Nuevo. Era uno de los grandes acontecimientos del calendario cortesano, y se

acompañaba de la danza de Gosechi (véase *Gosechi*). *pasadizo medô* — Corredor que atravesaba el centro de ciertos edificios del palacio, *pasarela watadono* — Pasillo corto y alzado que conectaba la casa principal con una de las alas. Podía estar cerrada, con puertas, e incluso con habitaciones, o ser un puente abierto y con tejado.

- **pasillo** *hisashi* —Espacio de una casa que rodeaba la cámara (*moya*), entre ésta y la terraza (*sunoko*). Normalmente estaba dividido en secciones o habitaciones. Se encontraba más bajo que la cámara, por el grosor del dintel (*nageshi*). Excepcionalmente, podía haber un

segundo más allá del primero, y también estaba el grosor del dintel más bajo.

- **pastelillos de arroz** *tonjiki* —Bolas de arroz, en forma de huevo, que se daban a los sirvientes de categoría inferior como regalo después de un acontecimiento festivo.
- **pastelillos de cinco colores** *fuzuku* —Contenían los cinco colores budistas reconocidos (rojo, blanco, negro, amarillo y azul o verde), y se hacían con cinco clases distintas de granos machacados y mezclados con un jarabe dulce (*amazuru*) hasta formar una pasta.

- **patio de jardín** *tsubo senzai* — Espacio ajardinado entre la residencia del emperador (Seiryôden) y el Kôrôden, situado inmediatamente al oeste.
- **pecado** *tsumi* — Ofensa religiosamente definida. Los criterios que gobiernan la definición de *tsumi* varían según una compleja tradición religiosa y cuasi religiosa.
- **penitencia** *tsutsushimi* — Abstinencia ritual llevada a cabo para evitar que alguien reciba daño.
- **perejil** *seri* — *Oenanthe javanica* (filipéndula o perejil japonés), planta comestible que florece en

lugares bajos y húmedos.

- **persiana de Iyo** *Iyo su* —Clase de persiana tosca, apropiada para el campo, hecha de bambú entretejido (*shinotake*).
- **persianas** *sudare, misu* —Las delgadas, de bambú, que pendían del dintel superior entre la cámara y el pasillo, y entre éste y la terraza.
- **persianas externas** *hashi no sudare* —Las situadas entre el pasillo (*hisashi*) y la terraza (*sunoko*).
- **petición** *miakashi-bumi* —Plegaria escrita que era ofrecida formalmente por sacerdotes especialmente

indicados para ello.

- **pez dulce** *hio* —Alevines casi transparentes, de unos dos centímetros y medio de largo, del *ayu*, una exquisitez ofrecida por los ríos y lagos japoneses.
- **pimpinela** *waremokô* —Planta perenne de entre sesenta centímetros y un metro de altura, de flores compuestas y pinnadas. A finales del verano, del extremo de cada ramita brota una pequeña bola alargada compuesta de numerosas y minúsculas flores de color rojo oscuro.
- **pinturas de damas** *onna e* —

Coloreadas, de contenido generalmente romántico y narrativo.

- **pinturas de poemas** *utae* — Ilustraciones en las que, con tinta tenue, se escribía un poema sobre una pintura basada en el contenido de éste.
- **plebeyo** *tadabito* — Caballero que no pertenece a la familia imperial, *plegaria de dedicación ganmon* — Texto compuesto por el patrocinador de un rito, a fin de comunicar el propósito del rito a la deidad o deidades a las que se dirige, *postigo shitomido, hajitomi, kôshi* — Véase *postigo de celosía* o *rejilla*, *postigo alzado tatejitomi* — El de rejilla

reforzado con tablas, que se colocaba entre la casa y el jardín a modo de biombo.

- **postigo de celosía o rejilla** *kôshi*, también *shitomido*, *hajitomi*
—Completos o de medio panel, se componían de una rejilla cuadrada reforzada con una delgada lámina de madera o papel; al bajarlos servían como paredes, sobre todo en el exterior de los edificios, pero a veces también entre la cámara (*moya*) y el pasillo (*hisashi*). Pendían horizontalmente de la viga superior del dintel (*nageshi*) y, al alzarlos, se sujetaban con unos ganchos, o bien era posible retirarlos. En algunos casos se

plegaban hacia dentro, por ejemplo a lo largo del lado sur de la residencia del emperador (Seiryôden), y en otros hacia fuera, como ocurría normalmente cuando bordeaban la terraza (*sunoko*). Al principio, un solo panel con bisagras llenaba todo el espacio entre los postes; más adelante, el de medio panel (*hajitomi*) llenó la parte superior, mientras que en la inferior había uno de celosía separable (también *kôshi*).

- **postigo de medio panel *hajitomi*** — Véase *postigo de celosía o rejilla, práctica religiosa a altas horas de la noche goya* — Rezos efectuados con regularidad que duraban más o

menos desde la medianoche hasta el amanecer.

- **Preceptos** *Imu Koto, Kai* —Reglas budistas de conducta. Sobre todo los Cinco Preceptos que prohibían matar, robar, fornicar, engañar y emborracharse. Estas sencillas reglas de conducta podía seguirlas un lego o un novicio (*nyûdô*), pero para los monjes y monjas plenamente ordenados había muchas más.
- **preludio modal** *kaki—awase, chôshi* —Pieza corta que toca un músico con un instrumento de cuerda (*kaki-awase*) o una orquesta (*chôshi*) para verificar la afinación y establecer el modo musical.

- **presencia transformada** *henge* — Manifestación temporal, «transformada», de un ser divino.
- **primera lectura** *fumi—hajime* — Ceremonia en la que un príncipe, príncipe heredero o joven emperador daba una primera y formal lectura de los clásicos chinos, *punte arqueado soribashi* —El ubicado sobre un arroyo de jardín, *punte flotante ukibashi* —El de carácter provisional (tablas tendidas de través sobre barcas o balsas) para cruzar un río.
- **punte largo** *nagahashi* —El situado entre la residencia del emperador (Seiryôden) y el

Shishinden.

- **puerta del medio** *chûmon* —Una de las dos colocadas simétricamente en las galerías que se extendían hacia el sur desde las alas de una residencia. Permitían el acceso a la zona situada entre la casa principal y el estanque del jardín.
- **puerta del norte** *kita no jin* — También llamada *sakuheimon*, la situada en el lado norte del recinto del palacio interior. Era la que usaban normalmente las mujeres para entrar y salir del palacio.
- **puerta deslizante** *yarido* —La de madera que se abría por

deslizamiento, *puertas dobles tsumado* — Variante con goznes que se abrían hacia fuera, cercanas a las esquinas de la casa principal (*shaden*) y colocadas de modo que uno podía cruzarlas y avanzar por una pasarela (*watadono*) hasta el ala (*tai*) del otro lado.

- **puesta de la cola *mogi*** — Ceremonia de la mayoría de edad de una muchacha, en la que se ponía la cola (**mo**) por primera vez. A menudo se hacía como preparación de su matrimonio.
- **puesta de los pantalones *hakama gi*** — Ritual de paso en el que, por primera vez, se le ponían los

pantalones a un niño o niña, en general de tres o cinco años de edad.

- **Purificación *Misogi*** —Rito preparatorio para el Festival del Kamo. El Festival se celebraba el día mediano del Pájaro en el cuarto mes, mientras que la Purificación se realizaba el día anterior, del Caballo, o el día de la Oveja.
- **«rama de ciruelo, La» «*Umegae*»** —Canción *saibara*: «A la rama de ciruelo llega el ruiseñor, para cantar durante toda la primavera, toda la primavera, pero ahora está nevando. ¡Mira, qué hermoso! Está nevando».
- **reclusión *monoimi*** —Tiempo

durante el cual uno permanecía encerrado en casa a fin de evitar las influencias malignas. Periódicamente se imponían reclusiones de acuerdo con las enseñanzas de la adivinación yin—yang (*onmyôdô*).

- **Rectificación** *Naoshimono* — Complemento del anuncio regular de los nombramientos oficiales (*meshina*) realizado en la ceremonia de la lista de nombramientos (*jimoku*) dos veces al año.
- **refrigerios** *mizumumaya* — Véase *parada para abreviar*.
- **Reikeiden** — Pabellón dentro del recinto interior del palacio, ocupado

por una consorte o la emperatriz. Su prestigiosa situación, al este, era simétrica con la del Kokiden en el oeste.

- **retiro** *nurigome* —Espacio vallado, normalmente de dos entrepaños cuadrados y situado en un extremo de la cámara (*moya*). Se podía usar como almacén y dormitorio, y podía contener una cama rodeada de cortinas (*michôdai*). Había unas pequeñas puertas dobles (*tsumado*) entre ese espacio y la cámara, y tal vez también entre ésta y el pasillo norte.
- **«retorno de la primavera, Eb»** «*Kishunraku*» —Pieza *bugaku*

«china» para cuatro danzarines.

- **reverencia (de agradecimiento)**
butô —Gesto de agradecimiento formal, parecido a un paso de danza, ejecutado en ocasiones formales por quien recibe el favor del emperador o de un gran señor.
- **Rey Benevolente, Rito del *Ninnô***—
e —Solemne ritual budista realizado en el palacio para la protección del reino.
- **rey de codornices *kuina*** —Especie de polla de agua o rey de codornices, cuyo grito, en verano, parece el de alguien que llamara ligeramente a una puerta con los nudillos. En

poesía, la persona que lo escucha piensa en un joven que hace una visita secreta a su amada.

- **«rey guerrero, El» «Ryôô»** —Danza *bugaku* «china» para un solo danzarín que evoca a un poderoso guerrero,
- **rimas de adivinación** *in futagi* — Juego que consistía en adivinar las palabras rimadas de un poema chino que el concursante desconocía.
- **«Río Nuki» «Nukigawa»** —Canción *saibara* que consiste en la queja de un *amante* a quien los padres de su amada le impiden verla.

- **Rito de los Cinco Altares** *Godan Mizuhô* — Véase *Gran Rito*.
- **ritos de curación** *kaji* —Rituales realizados por los monjes budistas con fines sanadores. En ellos invocaban el poder de deidades específicas.
- **ritos funerarios** — Rituales orientados a guiar el alma hacia un feliz renacimiento o, en última instancia, hacia el renacimiento en el paraíso. Se celebraban cada siete días durante los primeros cuarenta y nueve días tras el fallecimiento y, en lo sucesivo, a intervalos cada vez más amplios. Durante el período inicial de cuarenta y nueve días, se

hacían nuevas pinturas de las principales divinidades budistas invocadas para cada servicio. El espíritu vagaba en un «estado transicional» (*chûu*) hasta que se encaminaba hacia su renacimiento futuro, según su *karma*, en uno de los seis reinos de transmigración: seres celestiales, humanos, demonios belicosos, bestias, fantasmas hambrientos y el infierno, *rodillo jiku* —Eje para enrollar un rollo de papel.

- **Ruanos Azules, Festival de los *Aouma*** (no *Sechie*) —Veintiún caballos, en principio excepcionales ejemplares de esa tonalidad, conducidos el séptimo día del primer

mes ante el emperador, el emperador retirado, las damas imperiales de alto rango y el príncipe heredero. Verlos se consideraba auspicioso. Los caballos fueron realmente ruanos azules hasta el reinado de Murakami (946-967), y, por lo tanto, lo eran en la época del relato, pero posteriormente fueron blancos. Ésta era la única ceremonia de Año Nuevo que se mantenía cuando un emperador estaba de luto. La costumbre procedía de China.

- **ruiseñor** *uguisu* —Variedad japonesa de pequeño tamaño, canta en primavera y es un destacado motivo poético.

- **rústico de montaña** *yamagatsu* — Término general para designar a un rudo habitante de una «aldea de montaña» (véase entrada), visto desde la Ciudad.
- **saibara** — Serie de canciones folclóricas del período de Nara (siglo VIII) que la aristocracia de la era Heian adoptó e incorporó al repertorio musical de la época (*gagaku*). *sakaki* — Arbusto de hoja perenne y ancha que era y todavía es sagrado en el shinto. *sakuhachi* — Flauta que se sopla por el extremo, relacionada con la *shakuhachi* de épocas posteriores. Su uso se había extinguido en tiempos de la autora.

- **sala de recepción** *idei* —Sala situada en el pasillo sur de la casa principal, que se usaba especialmente para recibir a los invitados.
- **sala de las damas de honor** *daibandokoro, saburai* —Situada en el noroeste de la residencia de un gran personaje, donde aguardaban las damas de honor.
- **sala de los sirvientes** *shimoya* — Edificio independiente, en la parte trasera de la casa, donde vivían varios sirvientes.
- **sala del desayuno** *asagarei* — Contigua a la sala de las damas de

honor, se ubicaba al norte de la residencia del emperador en el recinto de palacio.

- **Sala del Espejo Sagrado**

Naishidokoro —Ubicada en el Unmeiden donde se guardaba el espejo sagrado (*yata no kagami*, uno de los tres emblemas imperiales).

- **salutación matinal** *chôbai* —

Ceremonia en la que los cortesanos reunidos saludaban al emperador en la mañana del primer día de Año Nuevo.

- **sándalo rojo, madera de** *shitan* —

Apreciada variedad dura, roja y oscura del árbol del sándalo.

- **santo varón** *hijiri* — Término habitual para designar a un monje budista que vive apartado del mundo y cuya práctica conduce a la acumulación de poder espiritual.
- **santuario del alma** *tamadono* — Lugar del terreno de cremación donde se depositaba el cuerpo antes de incinerarlo.
- **sasa** — Término general que engloba a varias especies de plantas de poca altura relacionadas con el bambú.
- «**Sauce verde**» *Aoyagi* — Canción *saibara* que evoca a un ruiseñor (*uguisu*) que teje una guirnalda de flores primaverales con frondas de

sauce llorón.

- **seda abatanada** *uchimono* —La que se golpea en una tabla de abatanar (*kinuta*) a fin de extraerle el brillo.
- **sedôka** —Forma poética algo más amplia que el *tanka* mencionado en la Introducción. Tiene treinta y ocho sílabas que siguen la pauta 5-7-7-5-7-7.
- **Seiryôden** —Residencia privada del emperador en el recinto interior de palacio, *serpentina de tela de morera yû* —Realizada con corteza de morera, o de papel, cortada en zigzag, se usaba en los ritos yin—yang o shintoístas.

- **servicio nocturno** *soya* {*no tsutome*)
—Oficio budista que empezaba hacia las seis de la tarde y finalizaba alrededor de las diez de la noche.
- **Shaka** —Shakyamuni, el Buda histórico.
- **Shiji** —Véase *anales del historiador*; *Los*.
- **Shishinden** —Principal sala de ceremonias del recinto interno de palacio. *shô* —Instrumento de viento consistente en siete delgados cilindros de bambú que surgen de un fuelle central.
- **Shôkyôden** —Pabellón situado en el

centro del recinto de palacio, no lejos de la residencia del emperador, el Seiryôden.

- **sinecura** *tsukasa* —Ingresos de la corte procedentes de tasas que pagaban las personas nombradas para gozar de sinecuras. Estos ingresos se redistribuían entre los funcionarios de alto rango, mujeres incluidas.
- **sô no koto** —*Koto* (véase *koto*) de trece cuerdas.
- **solfeo** *soga o shôga* —Entonación de los nombres de las notas de una partitura musical, *somormujo nio*, *niodori* —Ave buceadora que tenía

la reputación de emparejarse de por vida. Dio su nombre a Nio no Umi (Lago de los Somormujos), el actual lago Biwa.

- **soporte alto** *takatsuki, dai* — Destinado a colocar comida o bebida, descansaba sobre un solo pie.
- **soporte para comida** *dai, kakeban* —La moderna *o—zen*, una especie de mesita individual sobre la que se coloca la comida.
- **Sutra del Loto** *Hoke—Kyô* —Texto principal del budismo Tendai y uno de los más importantes del budismo japonés. Abunda en parábolas que

casi llegaron a integrarse en el lenguaje coloquial.

- **tabú direccional** *futagari, kataimi, katatagae* —Véase *dios del medio*.
- **Taishaku** en sánscrito, *Indra* — Señor del cielo Tôri, en la cima del Shumisen (Monte Sumeru), la montaña central del cosmos budista.
- **Taller de Artesanía** *Tsukumodokoro* —Dependencia de palacio responsable de la fabricación de accesorios y mobiliario. Dependía del Gabinete de Chambelanes.
- **Taller de papel** *Kamuya* —Ubicado

en palacio, fabricaba papel para uso de la corte. *Tanabata* —Festival celebrado en la séptima noche del séptimo mes. Era el momento en que, según una leyenda de origen chino, los amantes celestiales (la estrella Pastor [Altair] y la estrella Tejedora [Vega], a uno y otro lado de la Vía Láctea) se reunían para pasar una única noche al año. El festival consistía principalmente en certámenes de poesía, caligrafía y costura.

- **tejas de corteza** *hiwada* —
Tablillas de ciprés (*hinoki*)
colocadas en numerosas capas para
cubrir un tejado.

- **tejuelas** *hyôshi* —Dos trozos de madera que se golpeaban, a modo de platillos, para marcar el ritmo musical.
- **tejuelas para pájaros** *hita* — Tablillas de madera o bambú pendientes de un cordel, a las que se hacía sonar para ahuyentar a los pájaros de los campos.
- **terraza** *sunoko* —El espacio abierto, con suelo de madera o bambú y cubierto por los aleros (*noki*), que bordeaba una casa.
- **tienda** *hirabari* —Espacio rodeado de cortinas, con lisos paneles de tela extendidos encima para formar una

tienda.

- **tiro con arco en pie** *kachiyumi* —El efectuado en pie, en contraposición al *umayumi*, que se realizaba a lomos de un caballo.
- **Tôkaden** —Pabellón residencial situado en el recinto de palacio, al norte del Kokiden. Normalmente lo ocupaba la emperatriz o una consorte.
- **Toribeno** —Lugar donde se realizaban las incineraciones de cadáveres, al este de la Ciudad.
- **torii** —Portal característico de un santuario shintoísta.

- **Torneo de Lucha Sumai no Sechi** —Se celebraba hacia finales del séptimo mes, cuando se reunían luchadores de todas las provincias para competir ante el emperador. Le seguía un banquete.
- **tradescantia tsukikusa** —En japonés moderno, *tsuyukusa* (*Commelina communis*), planta común de flores azul celeste, utilizada para desviar la enfermedad o el desastre.
- **tradición yin—yang onmyôdô** —Complejo cuerpo de geomántica, adivinación, significación de las fechas y otras tradiciones, aprendido de China y practicado por

profesionales conocidos como adivinos o maestros de yin—yang (*onmyôji*).

- **trenzas gemelas** *mizura* —Haces de cabello que lo dividían en dos mitades a ambos lados de la cabeza. Los muchachos las llevaban hasta alcanzar la mayoría de edad.
- **Tres Historias** —Las fundamentales de la China dinástica: *Los anales del historiador (Shiji)*, *La historia de la dinastía Han (Hanshu)* y *La historia de la última dinastía Han (Hou Hanshu)*.
- **Tres Reinos Sangai** —Término que en el discurso budista resume el

universo habitado por seres sensibles. Se definen canónicamente como los del deseo, la forma y la falta de forma.

- **Tres Tesoros Sanbô** —El Buda, el Darma (enseñanza) y el Sangha (comunidad de monjes y creyentes laicos).
- **trono *ishi*** —Mueble, parecido a un sillón, en el que el emperador u otro personaje de alto rango se sentaba durante una ceremonia.
- **Tsukuba, Monte *Tsukuba Yama*** —Montaña poéticamente famosa, situada en Hitachi, la provincia en la que estuvo destinado el padre de

Uki fune.

- **Uji** —Localidad a orillas del río Uji, al sur de la Ciudad. Aunque muchos nobles tenían allí sus casas de campo, Uji era objeto de una triste reputación literaria debido a un célebre poema (*Kokinshû* 983) de Kisen Hôshi, en que el poeta jugaba con el nombre del lugar y con *ushi*, «odioso».
- **Uji, Quinta de *Uji no In*** —Casa de campo que al parecer pertenecía al emperador Suzaku del relato. Existen pruebas de que el histórico emperador Suzaku visitó realmente un lugar así. Probablemente se encontraba cerca de la orilla norte

del río Uji, hacia la Ciudad.

- **Umetsubo** —Literalmente «pabellón del ciruelo», era relativamente largo y estrecho y estaba situado junto al centro del complejo del palacio interior. Un pasadizo (*medô*, nortesur) lo dividía en dos compartimientos; cada uno de ellos consistía en una cámara y pasillos en tres lados. Junto a él crecían ciruelos de flores rojas y blancas.
- **Unmeiden** —Edificio de palacio que albergaba la Sala del Espejo Sagrado (Naishi— dokoro).
- **Urashima, patrono** *Urashima no Ko* —Pescador que erró en su

embarcación hasta llegar a la isla de los Inmortales, donde se casó con una hermosa doncella. Tres años después, embargado de nostalgia, regresó a su aldea, provisto de una caja que le había dado su esposa con la advertencia de que jamás la abriera. Habían transcurrido trescientos años, y todo había cambiado. Desesperado, el hombre abrió la caja. El espíritu de su esposa se alzó al cielo en forma de vapor, y en aquel instante el pescador envejeció trescientos años. Este relato aparece por primera vez entre los fragmentos conservados de una obra de comienzos del siglo VIII (*Tango fudoki*).

- **valeriana** *ominaeshi* —Patrinia, planta de la familia de la valeriana que tiene unos racimos de flores pequeñas de color amarillo claro.
- **valla de juncos** *ashigaki* — Realizada a modo de biombo, hecha de carrizos trenzados, era característica de una vivienda al borde del agua.
- «**valla de juncos, La**» «*Ashigaki*» —Canción *saibara* acerca de un amante que se presenta para llevarse a su novia de la casa del padre de ella, y lo capturan.
- **valla de tablas** *kirikake* —Variante sencilla, hecha de tablas

superpuestas, colocadas en diagonal.

- **valla entretejida** *suigai* — Variante de tiras entretejidas, de madera o bambú, que se alzaba entre los edificios como una especie de pantalla.
- **viajes de primavera y otoño** *haruaki no gyôgô* — Visitas formales que el emperador realizaba cada primavera y otoño a su madre y a los emperadores retirados.
- **«Viento de otoño»** «*Shûfûraku*» — Pieza *bugaku* «china» que, en su forma actual, data del reinado del emperador Saga (reinó entre 809 y 823).

- **vivienda con tejado de tablas** *itaya*
—Sencilla y barata, disponía de tejado de tablas delgadas y superpuestas, sujetas por medio de ramas y piedras.
- **wagon** —El «*koto* japonés» (véase *koto*) de seis cuerdas, también conocido como *azumagoto* («*koto* del este»).
- **Yakushi** —El Buda de la medicina, cuyo culto floreció en la era Heian. El octavo día de cada mes era uno de sus días festivos.
- **Yamashiro** —Provincia donde estaba situada Uji.

- **Yamato** —Provincia al sur de Uji, aproximadamente alrededor de Nara.
- **Yokawa** —Uno de los tres sectores principales del gran complejo monástico situado en el monte Hiei.
- **zorro *kitsune*** —Criatura sobrenatural asociada a la imagen del zorro común. Tanto en Japón como en China se creía que el zorro mágico cambiaba de forma y que gustaba de adoptar sobre todo la de una joven hermosa.

Indumentaria y colores

E imposible traducir las palabras que designan las prendas de vestir, excepto en términos generales, que, como mucho, sólo transmiten vagas impresiones. Los colores y las combinaciones de colores («capas sobrepuestas») relacionados aquí son más evocadores pero no necesariamente más precisos. La gama de colores utilizada en la época del relato era demasiado amplia como para permitir una traducción útil y

precisa, y, en cualquier caso, las equivalencias actuales de sus nombres antiguos son inciertas. Además, muchos términos de colores se refieren más al tinte del que se obtienen (alazor, clavo, sapán, tradescantia, semillas de gardenia, etcétera) que a la tonalidad resultante, que en la práctica puede presentar una amplia variedad. Así pues, también estos términos no son más que aproximaciones distantes.

- **ácoro**, capas superpuestas de *ayame gasane* —Probablemente, verde sobre rosa ciruela. (Véase capas superpuestas.)
- amarillo *ki*, un término general; o

kuchinashi —Tinte de este color, obtenido de las semillas de la gardenia. Es el color de la rosa amarilla (*yamabuki*). (El color especificado en el texto como *yamabuki* se traduce por «amarillo dorado».) amarillo dorado (*yamabuki*) —Color de las rosas amarillas, añil *ai* —Planta del índigo, que produce un tinte azul.

- **añil silvestre** *yamaai* —Color verde que se obtiene de la planta del índigo silvestre, aster, capas superpuestas de *shion* (*Kasane*) — Tal vez violeta gris claro [*usuiro*] sobre azul o verde [*ao*], que daban la impresión de azul violáceo, como esa flor. (Véase capas superpuestas.)

- **atuendo civil completo** *sokutai* — Traje usado por los nobles en actos oficiales y cuando participaban en las ceremonias de la corte. El manto formal (*hō*), del color adecuado al rango del portador, se llevaba con una espada y un cinturón de pedrería (*sekitai*), que, del mismo modo, armonizaba con dicho rango. Se ponía sobre una túnica con cola (*shitagasane*), prenda que llegaba a la mitad de los muslos, con una cola (*kyo*) colocada a su vez sobre vestidos (*akome, onzo, kinu, uchiki*) y una camisa (*hitoe*), con dos pares de pantalones anchos y con las perneras abiertas (*hakama*). El atuendo se completaba con el gorro

- **formal** (*kanmuri*) y un bastón (*shaku*). Al menos en épocas posteriores, y en ocasiones no tan formales, entre ellas las ceremonias domésticas, la formalidad de este atuendo podía reducirse usando pantalones fruncidos (*sashinuki*) en lugar de los pantalones *hakama*, y se reducía aún más (*ikan*) al prescindir del cinturón y la espada y usar en su lugar una estrecha faja, así como llevando un abanico en lugar de bastón.
- **atuendo de luto** *fujigoromo* — Prendas de luto hechas, en sentido figurado (o tal vez lo fuesen realmente en los tiempos antiguos), con la corteza de la *fuji* (glicina).

- **atuendo de servicio** *tonoi sugata* — Indumentaria de los hombres de servicio regular en palacio, caracterizada sobre todo por el manto de vestir (*nôshi*).
- **atuendo de servicio nocturno** *tonoi sugata* — Vestido sencillo, tal vez una simple túnica blanca, que vestía una muchacha paje cuando servía por la noche.
- **azul** *koki hanada*.
- **azul cielo** *asahanada*.
- **azul claro** *hanada* — Similar al del dondiego de día, se obtenía del índigo.

- **azul ligero** *asagi*.
- **azul oscuro** *kon* —Color asociado en el relato al *ruri* (lapislázuli o vidrio).
- **azul pétalo** *hana (iro)* —Añil claro.
- **azul profundo** *komayara naru* — Tonalidad profunda (*komayara*) de azul celeste (*hanada*).
- **azul violáceo** *shion* —Color que recuerda al aster (*shion*).
- **bermejo claro** *akakuchiba*.
- **blancas, capas superpuestas** *shiragasane* —Blanco sobre blanco.

(Véase **capas superpuestas**.)

- **camisa** *hitoe* —Prenda sin forro usada por hombres y mujeres bajo las capas de prendas externas, más larga que éstas. Como todas las demás prendas relacionadas en este glosario, estaba abierta por delante, como una chaqueta, de modo que llamarla «camisa» es sólo una aproximación conveniente.
- **canela** *kurumi iro, kô-iro* — Variedad amarillenta procedente del clavo.
- **capas superpuestas** *kasane* — Normalmente, una combinación de dos prendas de distintos colores, o

de una prenda y su forro, de modo que un color pudiera verse a través del otro. Las capas superpuestas tenían nombres, pero sus colores cambiaban con el transcurso del tiempo, y a menudo son inciertos. El nombre suele referirse al efecto del conjunto. Por ejemplo, «flor de cerezo», blanco sobre escarlata, producía un rosa pálido como el color de la flor de cerezo. Muchas capas superpuestas eran estacionales, y también variaban según la edad y el rango del portador.

- **carmin** *beniuro* —Color escarlata producido por el tinte de alazor (*benibana*), la fuente del escarlata

(*kurenai*).

- **castaña caída** *ochiguri* —Se cree que era un marrón rojizo oscuro.
- **cedro blanco, capas de ôchi** — Posiblemente violeta forrado con una tonalidad más ligera del mismo color. Ôchi es el antiguo nombre del cedro blanco japonés (*sendan, Melia*
- *azederach, var. subtripinnata*), que alcanza unos ocho metros de altura y en primavera da unas flores de color lila claro y cinco pétalos.
- **chaqueta** *akome* —Prenda que llevaban exteriormente las muchachas paje.

- **chaqueta china** *karaginu* — Variante corta, más larga por delante que por detrás, que formaba la capa más externa del vestido formal de una mujer.
- **cinta protectora para la cabeza** *hikage* — De hilos trenzados y colgantes, blancos o de un verde azulado (originalmente, frondas de licopodio), se las ponían las danzarinas de Gosechi, así como otras mujeres, por ejemplo la sacerdotisa del Kamo, cuando realizaban ciertas funciones sagradas.
- **cinturón de pedrería** *sekitai*, *shakutai* — Era de cuero ancho y

negro y se llevaba con el manto formal (*hō*). Tenía una hilera de cuadrados o círculos de piedra, jade o asta, engastados de manera que se vieran en la espalda del portador. (Un pliegue del *hō* cubría la parte delantera.) La «pedrería» variaba según el rango del portador.

- **clavellina, capas superpuestas de *nadeshiko* (*kasane*)** —Según ciertos estudiosos, rosa oscuro sobre violeta claro; otros citan el rosa ciruelo (*kōbai*) sobre verde hoja (*ao*). (Véase **capas superpuestas.**)
- **clavo, tinte de *chōjizome*, *kōzome*** —Un canela cálido.

- **cobertor** *kinu* —Vestido que hace las veces de cobertor para abrigarse por la noche.
- **cola de sombrero** *ei* —Apéndice largo, estrecho y elástico del gorro de un cortesano, hecho de paño lacado. Normalmente era recto, pero se enrollaba como señal de luto.
- **cola de vestido** *kyo, mo* —La correspondiente al atuendo masculino (*kyo*) era una pieza de tela larga y rectangular que se extendía desde la túnica (*shitagasane*), y se usaba con el atuendo civil completo (*sokutai*). La del atuendo femenino (*mo*) era una pieza larga de tela transparente y decorada, plisada

como una faja, que se ataba por delante, en la cintura, sobre el vestido (*uchiki, uwagi*) y bajo la chaqueta china (*karaginu*). Una mujer la llevaba cuando estaba de servicio o en ocasiones formales para indicar una posición subordinada.

- **cordones de los hombros** *obi* o, de forma más adecuada, *kakeobi* —Elaborados con seda roja, se ponían sobre cada hombro y se ataban a la espalda. Los usaba la mujer en peregrinaje o cuando se dedicaba a la práctica religiosa.
- **corteza de ciprés** *hiwada iro* — Color correspondiente a la variante

japonesa de este árbol (*hinoki*), un marrón rojizo oscuro.

- **damasco** aya —Con más precisión, sarga adornada. El tejido de ésta era de origen chino.
- **delantal** *shibira, uwamo* —Usado por una dama de honor cuando servía a su señora.
- **deutzia, capas superpuestas de unohana** —Blanco sobre verde hierba (*moegi*). Esta flor nace durante el cuarto mes lunar, en largos racimos de florecillas blancas. (Véase **capas superpuestas.**)
- **diseño de granizo** *arare—ji* —El

realizado a base de cuadros oscuros y claros. También llamado *ishidatami* («piedras de pavimento»).

- **diseño de zarcillos de Catay** *karakusa* —Familia de creaciones textiles consistentes en zarcillos vegetales, parecidos a arabescos, y, a veces, flores, **dorado de hoja** *kanzô iro*.
- **escarlata** *kurenai* —Color del tinte del cártamo o alazor, efímero pigmento rojo hecho de flores de alazor (*Carthamus tinctorius*). El tinte posee componentes rojos y amarillos; aunque con cierta dificultad, el amarillo se puede

utilizar. Con el pigmento de las flores también se produce un colorete.

- **escarlata, capas superpuestas de *kaineri kasane*** —Escarlata (*kurenai*) sobre escarlata. (Véase **capas superpuestas.**)
- **escarlata oscuro, capas superpuestas de *koki hitokasane*** — Dos camisas de una variante muy oscura de este color, una sobre la otra. (Véase **capas superpuestas.**) **faja obi.**
- **flor de cerezo, capas superpuestas de *sakura gasane*** —Blanco sobre escarlata (*kurenai*) o, si la lleva un

joven, violeta (*futaai*). (Véase **capas superpuestas.**)

- **flor de ciruelo rojo, capas superpuestas de *kôbai kasane*** — Escarlata (*kurenai*) sobre violeta (*murasaki*) o sapán (*suo*). (Véase **capas superpuestas.**)
- **gasa de seda *usumono*** — Variedad muy fina, usada especialmente para prendas de verano, **glicina, capas superpuestas de *fuji gasane*** — Violeta sobre verde. (Véase **capas superpuestas.**)
- **gorro formal *kanmuri*** — De pequeño tamaño, llevaba varios aditamentos y combinaba con traje

civil completo y con traje cortesano más formal, **gris** (*nibiiro*) (gris claro, *usunibi*; gris oscuro, *tsurubami*).

- **gris azulado** *aonibi* — También se puede visualizar en la gama verde (verde grisáceo), puesto que, en la práctica, *ao* cubre ambas gamas.
- **gris azulado oscuro** *koki aonibi* — Véase **gris azulado**, **gris claro** *usunubi*, *usuki nibi*. **gris malva (papel)** *murasaki no nibameru (kami)*. **gris oscuro** *tsurubami*.
- **hojas tiernas de clavellina** *nadeshiko no wakaba no iro* — Variante de amarillo claro

(*usumoegi*).

- **indumentaria pura jôe** —Túnicas que vestían los sacerdotes durante un rito; negro azulado, amarillo, rojo, blanco, gris o marrón, según la deidad a la que se dirigía el rito.
- **manto de vestir nôshi** —Prenda externa que, por lo general vestía un cortesano en la corte o, vestido de gala, en casa. Tanto éste como el manto formal (*hôte*) eran unas prendas anchas y rectas, anudadas al cuello y con las partes delantera y trasera unidas en el borde por una franja circular de tela (*ran*), alisada. Sin embargo, el color de un manto de vestir no estaba determinado por el

rango de su portador. Podía constar de una sola capa de tela sin forrar y oscura en verano, y de color claro y con forro en invierno. Se llevaba generalmente con los pantalones plisados (*sashinuki*).

- **manto formal** *hō* —Prenda exterior usada por los hombres en ocasiones oficiales y cuando participaban en ceremonias de la corte. No constaba de capas superpuestas (*kasane*), sino que estaba hecho, o bien de una tela opaca con un dibujo del mismo color o uno parecido, o bien de una sola capa de tela transparente. En la época del relato, su color correspondía al rango del portador.

- *murasaki* —Planta (*Lithospermum erythrorhizon*) cuyas raíces producen un tinte violeta; también el tinte y su color. El color representa relación y pasión perdurables, **ocre**
- *kuchiba* —La palabra japonesa significa «hojas muertas».
- **pantalones** *hakama, nagabakama* — Los hombres llevaban dos pares caracterizados por anchas perneras (uno interior y otro exterior, *ue no hakama*) con el atuendo civil completo, y otros intermedios bajo los fruncidos (*sashinuki*) con el atuendo menos formal. Las mujeres llevaban unos largos (*nagabakama*) cuyas perneras se extendían bastante más allá de los pies.

- **pantalones plisados** *sashinuki* — Eran amplios y se recogían alrededor de los tobillos, y se llevaban con manto de vestir (*nôshi*) o veste de caza (*kariginu*).
- **ribera del mar** *kaifu* — Diseño textil que muestra olas, pinos en la playa, algas, conchas, etcétera, **rojo** *aka*.
- **rojo carmesí** *hiiro* — Color del tinte de *akane*.
- **rojo ciruelo** *imayô*.
- **rosa amarilla** *yamabuki* — Color, también relacionado como «amarillo dorado», obtenido del tinte de la semilla de gardenia.

- **rosa amarilla, capas superpuestas de *yamabuki kasane*** —Ocre (*kuchiba*) sobre amarillo (*kuchinashi*). (Véase **capas superpuestas.**)
- **rosa ciruelo *kôbai*** —El que tiende al violeta y recuerda a las flores de ciruelo.
- **rosa sancionado *yurushiiro*** —Un escarlata pálido (*kurenai*). La contrapartida, el «color prohibido» (*kinjiki*), no mencionado en el relato, era un tono rojo oscuro o violeta que sólo podían llevar el emperador y los nobles de alto rango.

- **sapán, capas superpuestas de *suô gasane*** —Prenda invernal de color sapán sobre sapán oscuro (un violeta rojizo apagado). (Véase **capas superpuestas.**)
- **sapán, madera de *suô*** —Un rojo procedente de la madera de este árbol, importado del sudeste asiático.
- **sarga *aya*** —Véase **damasco, sarga de seda ligera *ki***.
- **sauce *yanagi*** —Urdimbre blanca e hilos de la trama verde claro.
- **sauce, capas superpuestas de *yanagi kasane*** —Blanco sobre

verde. (Véase **capas superpuestas.**)

- **seda abatanada** *uchimono* —La golpeada sobre una plataforma de abatanar (*kinuta*) para lograr que brille.
- **seda ligera y vaporosa** *suzushi* —Delgada y cruda, se aplicaba a una prenda sin forro, **seda suavizada** *kaineri* —Hervida con lejía para suavizarla.
- **sombrero** *eboshi* —Era alto y se llevaba con atuendo de corte (*nôshi sugata*) y con vestido informal (*kariginu sugata*).
- **sombrero hondo** *tsubo sôzoku* —El

tocado de una dama respetable cuando salía de casa. Se enrollaba una túnica sin forro a la cabeza y el cabello, y encima se ponía un sombrero hondo, de ala ancha. También se alzaba un poco las faldas para caminar.

- **tradescantia** *tsuyukusa, tsukikusa* — Tinte azul efímero obtenido de las flores azul celeste de la tradescantia, planta silvestre corriente en Japón.
- **túnica con cola** *shitagasane* — Prenda masculina llevada con el atuendo civil completo (*sokutai*) sobre la túnica media y bajo el manto formal (*hō*). Llegaba a medio muslo y tenía una cola (*kyo*).

- **túnica de vestir** *kouchiki* — Realizada en tela lujosa, tenía la misma forma que una túnica normal (*uchiki*) pero algo más corta. Se la ponía la mujer en casa cuando era necesario cierto grado de formalidad. También *kazami*, prenda larga puesta sobre las restantes, utilizada sobre todo por las muchachas paje cuando llevaban una vestimenta formal.
- **uva, capas superpuestas de** *ebizome kasane* — Japón (*suô*) sobre azul celeste (*hanada*), características del invierno. (Véase **capas superpuestas.**)
- **uva, color de** *ebi, ebizome* — De

violeta uva a marrón rojizo.

- **valeriana, capas superpuestas de *ominaeshi (kasane)*** —La capa exterior tiene la urdimbre verde hoja (*ao*) y la trama amarilla (*ki*), y la capa interna es de color verde. Recuerda a una flor de la familia de la valeriana. (Véase **capas superpuestas.**) **verde *asamidori.*** **verde ceniza *aoji.*** **verde hierba *moegi.***
- **verde hoja *ao, ao—iro*** —Variante clara que tiende al amarillo. Este color también se conoce como *kikujin* (aunque la palabra no aparece en la narración) y era el preferido del emperador para vestir

de diario.

- **verde oscuro** *midori* —Gama de color que en realidad abarca desde el gris al verde azulado y el azul oscuro.
- **verde otoño, capas superpuestas de** *aokuchiba* —Tejido de urdimbre verde hoja (ao) e hilos de la trama amarillos sobre verde hoja. (Véase **capas superpuestas.**)
- **verde primavera, capas de** *wakanae kasane* —Verde hierba claro (*moegi*) sobre verde hierba claro. (Véase **capas superpuestas.**)
verde tierra *aoni*.

- **veste de caza** *kari no onzo*, *kariginu* —Prenda externa que inicialmente se usaba para cazar y que posteriormente fue adoptada por los nobles como prenda de uso cotidiano e informal. Disponía de unos cordones que pasaban a través de las mangas a fin de poder atarlos en las muñecas, y las mangas estaban algo separadas del cuerpo de la prenda, para facilitar los movimientos. Se llevaba con pantalones fruncidos (*sashinuki*) o pantalones de caza (*karibakama*) y sombrero (*eboshi*). Normalmente, un caballero la vestía cuando viajaba, y sus ayudantes se la ponían incluso con el vestido de la corte (*nôshi sugata*). También podía usarlo como

disfraz.

- **vestido** (1) *uchiki, onzo, kinu* — Cualquier atuendo llevado, a menudo en varias capas, entre la túnica de vestir (*uwagi*) y la camisa (*hitoe*). (2) *akome, onzo, kinu, uchiki* — Túnica masculina llevada sobre la camisa (*hitoe*) y bajo la túnica con cola (*shitagasane*) o el manto de vestir. (3) *akome* — Prenda que se ponían las muchachas entre la túnica formal y la camisa. Sin embargo, *akome* se traduce a veces por «chaqueta», porque las muchachas paje podían llevar su *akome* encima.
- **vestido formal** — Traje completo que usaban las mujeres en la corte, o

las damas de honor en una mansión aristocrática. La chaqueta china (*karaginu*) se llevaba sobre una cola (*mo*) atada a la cintura y un vestido (*uwagi*), que era el más elaborado de una serie de vestidos de idéntica forma (*uchiki, kinu, onzo*) llevados sobre una camisa (*hitoe*) y unos pantalones largos y anchos (*hakama*) atados a la cintura con una faja. Las capas de vestidos se acortaban a medida que llegaban al exterior, de modo que pudieran verse los bordes de las capas interiores.

- **vestido largo** *hosonaga* —Prenda exterior femenina, dividida por delante y con largas piezas de paño que se extendían por detrás a cada

lado.

- **vestidura cortesana** *nôshi sugata* —Traje usado habitualmente por un noble en el palacio o cuando vestía de gala en casa. El grado de formalidad podía variar: con gorro formal (*kanmuri*) era más formal que con sombrero (*eboshi*). El manto de vestir (*nôshi*) se anudaba sobre un vestido (*uchiki, akome, onzo, kinu*) y una camisa (*hitoe*), con pantalones fruncidos (*sashinuki*).
- **violeta** *futaai* —Color «doblemente teñido» (*futaai*) que se obtenía al teñir un paño con tinte de alazor (la fuente del escarlata, *kurenai*) y luego añil (*ai*). La tonalidad propiamente

dicha podía variar. Los jóvenes usaban los matices más brillantes e intensos, con poco azul, mientras que los hombres de más edad usaban unos tonos más apagados y pálidos, con poco rojo.

- **violeta *murasaki*** —Color de las raíces de la *murasaki*, una planta común en los campos, con flores blancas. En poesía, *murasaki* representa una relación íntima. El color figura de manera prominente en el relato como el del amor duradero.
- **violeta gris pálido *usuiro*.**
- **violeta rojizo oscuro *koki iro*.**

Cargos y títulos

Este glosario relaciona todos los títulos oficiales o usuales que aparecen en *La historia de Genji*, explica su significado y, en la mayor parte de los casos, indica el rango numerado correspondiente al cargo en cuestión. Cada cargo tenía un rango definido y numerado oficialmente. Los rangos descendían desde el primero al noveno. Todos estaban divididos en dos niveles, máximo (indicado sólo por el número) y subalterno; y por debajo del tercer rango cada uno de esos niveles estaba asimismo

subdividido en grados superior e inferior. Sin embargo, el emperador se hallaba al margen de este sistema numerado. El texto señala a veces la dignidad imperial como «sin rango», o dice algo con el mismo significado, y esto era literalmente cierto.

Al principio las traducciones de cargos y títulos no significarán gran cosa para el lector, pero al menos están en su lengua y, a la larga, será más fácil que les vea el sentido y las recuerde. Tienen importancia debido a que los mismos personajes de la narración son agudamente conscientes de sus rangos y cargos. Éstos y, de una manera más general, los grados de poder y prestigio definían la estructura de su mundo social.

Hay dos rasgos de la nomenclatura de nombramientos oficiales que sorprenden especialmente. El primero es que muchos órganos de gobierno estaban divididos en componentes de Izquierda y Derecha. Se trata de un sistema chino: en los actos oficiales, el emperador se sentaba de cara al Sur, con sus dos ministros situados simétricamente a su izquierda (Este) y derecha (Oeste). Puesto que, por principio, el Este tenía prioridad, lo normal era que el ministro de la Izquierda tuviera prioridad sobre su colega de la Derecha, y esta distinción se mantenía, también en principio, en los niveles inferiores. De hecho, esta simetría se extendía más allá de los asuntos del

gobierno. Todos los certámenes, desde la lucha (*sumai*) hasta la poesía, se dividían en lados «este» y «oeste», y lo mismo sucedía con los repertorios de la música y la danza cortesanas. Incluso la Ciudad estaba administrativamente dividida en Izquierda y Derecha.

El segundo rasgo sorprendente de esta nomenclatura estriba en que los títulos de muchos hombres mencionados en el relato, sobre todo los jóvenes de alta cuna, indican un nombramiento dual. Es decir, esos hombres tenían dos puestos en distintos órganos oficiales, uno de los cuales es «civil» y el otro «militar». Por ejemplo, Tô no Chûjô, el gran amigo de juventud de Genji, es durante cierto

tiempo secretario (*tô*) del Departamento de Chambelanes y capitán (*chûjô*) de la Guardia de Palacio. Este título dual se traduce como «capitán secretario». Otros ejemplos son capitán consultor, chambelán senescal, teniente senescal y gran consejero inspector.

Muchos títulos oficiales, incluso los que no indican un nombramiento oficial, pueden resultar excesivamente largos al traducirlos, si se desea retener todos sus elementos principales. Por ello se ha intentado que sean lo más concisos posible. Un ejemplo es la nomenclatura de la gama «consejero», que tiene tres niveles. El más elevado, *dainagon*, suele traducirse por «consejero principal», pero

aquí se ha optado por «gran consejero» porque es algo más breve. Por las mismas razones de economía, *chûnagon* se traduce simplemente por «consejero», en vez del más familiar y literal «consejero mediano». (*Shônagon*, consejero menor, aparece sólo dos veces como título masculino.)

Finalmente, no siempre se ha adoptado cada título, como sucede en el original. En éste hay referencias a un mismo personaje en páginas adyacentes con dos títulos del todo distintos que ostenta simultáneamente, y, en general, en tales casos se repite el título que ha aparecido primero, por razones de inteligibilidad. La «homogeneización» de

títulos o apelaciones honoríficas más habitual es la relativa a Fujitsubo, después de que deje de ser emperatriz, y, sobre todo, la del mismo Genji. Tras su regreso del exilio, a Genji se le llama con frecuencia «Su Gracia», una apelación elegida inicialmente para que correspondiera a su nombramiento, muy posterior, de emperador retirado honorario. Este uso retrospectivo del término reconoce el claro prestigio que el personaje acumula en cuanto regresa de Akashi, y sirve para que resulte de inmediato identificable en lo sucesivo.

- **abad (de la Montaña)** (*Yama no zasu*) —Superior de todo el complejo

de templos en el monte Hiei.

- **alguacil**, *udoneri* — Miembro de un grupo de unos cien hombres afiliados al Departamento de Asuntos Centrales, seleccionado entre las familias de hombres del cuarto y el quinto rangos. Asignado a la protección de los nobles más importantes, los alguaciles podían ser arrogantes y rudos.
- **amanuense jefe** *dainaiki* — Funcionario (sexto rango, grado superior) del Departamento de Asuntos Centrales, encargado de componer edictos imperiales, mantener las actas de la corte y otras tareas similares.

- **asesor** *jijû* —Oficial subalterno (quinto rango subalterno, grado inferior) dependiente del Departamento de Asuntos Centrales, que actuaba como ayudante del emperador. Su número era generalmente de ocho.
- **asistente de la Casa Imperial** *suke* —Funcionario de segundo nivel (quinto rango subalterno, grado inferior) a cargo de la casa de la emperatriz.
- **ayudante de Ceremonial** *Shikibu no jô* —Puesto del tercer nivel en el Departamento de Ceremonial (gama del sexto rango).

- **ayudante de Ceremonial Fujiwara** *Tô Shikibu no jô*.
- **ayudante de la Guardia** *Hyôe no zô* (séptimo rango).
- **ayudante de la Guardia de la Derecha de Palacio** *Ukon no zô* (sexto rango, grado inferior).
- **ayudante de la Guardia de la Puerta** *Yugei no jô* (sexto rango subalterno).
- **caballerizo jefe** *kami* —Alto funcionario (quinto rango subalterno, grado superior) al frente de los Establos Imperiales (Meryô, Uma no Tsukasa) de la Izquierda (Sama no

Kami) o la Derecha (Uma no Kami). El titular ostentaba el quinto grado subalterno, grado superior. En «El árbol de retama», también **caballerizo jefe de la Izquierda.**

- **caballero del círculo privado**
uebito, tenjôbito —El autorizado por el emperador a entrar en la cámara del círculo privado. El término se refería más concretamente a los caballeros de los rangos cuarto y quinto, junto con chambelanes (*Kurôdo*) del sexto rango, que de otro modo no habrían gozado del privilegio concedido automáticamente a los tres rangos superiores. El número de caballeros del círculo privado era variable,

pero en general estaba por debajo de cien y a veces era inferior a un tercio de esa cifra.

- **canciller** *okiotodo, Daijôdaijin* —El puesto civil más elevado posible (primer rango o primer rango subalterno), que no figuraba en la tabla de organización nominal del gobierno. En teoría sólo lo ocupaba un candidato capaz de servir como ejemplo de virtud, y el titular debía estar por encima de la administración propiamente dicha.
- **capellán** *inori no shi* —Monje que, con regularidad, llevaba a cabo rituales religiosos para un gran señor o una gran dama.

- **capitán chûjô** —Oficial de segundo nivel de la Izquierda o la Derecha de la Guardia de Palacio (cuarto rango subalterno, grado inferior).
- **capitán consultor saishô no chûjô** —Nombramiento dual como consultor y capitán de la Guardia de Palacio.
- **capitán de la Derecha Uchûjô** — Véase **capitán, capitán de la Guardia de la Izquierda de Palacio Sakon no Chûjô**.
- **capitán secretario tô no chûjô** — Nombramiento dual como secretario y capitán de la Guardia de Palacio.

- **capitán supernumerario** *gon chûjô*.
- **chambelán** *kurôdo* —Funcionario de quinto o sexto rango, responsable de Gabinete del Chambelanes (Kurôdodokoro) y bajo la supervisión de dos secretarios (Kurôdo no Tô) de un rango algo superior. Tenía acceso a la cámara del círculo privado y podía despachar directamente con el emperador; también se le permitía vestir prendas de colores y tejidos normalmente prohibidos a un hombre de su rango.
- **chambelán ayudante de la Guardia de la Derecha de Palacio** *Ukon no zô no kurôdo* —Nombramiento dual

como chambelán y oficial de cuarto nivel (sexto rango, grado superior) en la Guardia de la Derecha de Palacio.

- **chambelán ayudante de la Guardia de la Puerta Izquierda** *kurodô no Saemon no jô* —Nombramiento dual como chambelán y, o bien oficial de tercer nivel (Daijô), o bien de cuarto nivel (Shôjô) en la Guardia de la Puerta Izquierda.
- **chambelán segundo de la Guardia** *kurôdo Hyôe no suke* — Nombramiento dual como chambelán y segundo de la Guardia.
- **chambelán senescal** *kurôdo no ben*

—Nombramiento de carácter oficial como chambelán y senescal.

- **chambelán teniente** *kurôdo no shôshô* —Nombramiento dual como chambelán y teniente de la Guardia de Palacio.
- **comandante** *taishô* —El oficial al mando (tercer rango, grado inferior) de la Guardia de Palacio de la Derecha (Udaishô) o de la Izquierda (Sadaishô).
- **comandante** *taishô* —Oficial al mando (tercer rango, grado inferior) de la Guardia de Palacio de la Derecha (Udaishô) o de la Izquierda (Sadaishô).

- **comisionado** *taifu o daibu* —Título que tenía el jefe de ciertos órganos de gobierno o cuasi gobierno, tales como el Gabinete de Mantenimiento de la Casa Imperial de la emperatriz, y el funcionario de segundo nivel en otros, como el Departamento de la Guerra. El título comportaba el quinto rango, grado superior o inferior.
- **comisionado de Asuntos Civiles** *Minbu no taifu* —Funcionario de segunda categoría (quinto rango, grado inferior) en el Departamento de Asuntos Civiles.
- **comisionado de Ceremonial** *Shikibu no taifu* —Funcionario de segunda

categoría (quinto rango, grado inferior) en el Departamento de Ceremonial.

- **comisionado de la Casa Imperial**
daibu (Chûgû no daibu) — Administrador jefe de la casa imperial de la emperatriz.
- **comisionado de la Ciudad Derecha**
Ukyô no kami (daibu) — El principal funcionario (cuarto rango subalterno, grado inferior) encargado del registro de la población, recaudación de impuestos, apelaciones legales, seguridad, etcétera, en el sector de la derecha (oeste) de la Ciudad.
- **comisionado de la Ciudad Izquierda**

Sakyô no daibu —Funcionario con los mismos cometidos que el anterior pero en el sector izquierdo (este) de la Ciudad.

- **comisionado de la Guardia de la Derecha** *Ukon no Taifu* —Ayudante de la Guardia de la Derecha de Palacio, excepcionalmente ascendido al quinto rango, por lo que tiene el título de comisionado propio de este rango.
- **comisionado de la Guerra** *Hyôbu no taifu* —Funcionario de segunda categoría (quinto rango, grado inferior) en el Departamento de la Guerra.

- **consejero** *chûnagon* —Puesto de nivel medio (tercer rango subalterno) en el Consejo de Estado.
- **consejero subalterno** *shônagon* — Funcionario subalterno (quinto rango subalterno, grado superior) vinculado al Consejo de Estado.
- **consejo de Estado** *Daijôkan* — Estaba por encima de los ocho departamentos principales, como el órgano supremo de gobierno. Sus miembros eran los tres ministros (de la Izquierda, la Derecha y Palacio), los consejeros (consejero, gran consejero) y los consultores. El gabinete ejecutivo del Consejo de Estado empleaba a consultores

subalternos y senescales, entre otros funcionarios de menor categoría.

- **consorte** *nyôgo* —Esposa imperial cuyo padre era, por lo menos, ministro o príncipe. Normalmente, la emperatriz se elegía entre las consortes.
- **consorte de Ise** *Saikû no nyôgo* — Literalmente, «consorte sacerdotisa (de Ise)», apelación de Akikonomu como consorte, puesto que había sido la suma sacerdotisa de Ise.
- **consultor** *sangi, saishô* —Puesto subalterno (cuarto rango, grado inferior) en el Consejo de Estado, por debajo de consejero y ministro.

Su número era normalmente de ocho.

- **consultor de mantenimiento** *suri no saishô* —Nombramiento dual como director de mantenimiento y consultor.
- **consultor Fujiwara** *Tô saishô*.
- **consultor subalterno** *shônagon* — Funcionario subalterno (quinto rango subalterno, grado superior), incorporado al Consejo de Estado.
- **dama de cámara** *naishi no suke* —Una de cuatro funcionarías (cuarto rango subalterno, grado superior o inferior) dependientes de quien estaba al frente del Gabinete de

Personal.

- **dama de personal** *naishi no kami* — Funcionaría de tercer rango en el departamento de personal. En principio supervisaba al personal femenino, se ocupaba de las ceremonias palaciegas y la transmisión de peticiones y decretos. En la práctica era una esposa subalterna del emperador.
- **(Dazaifu) ayudante** (*Dazai no shôni*) — Subalterno (quinto rango, grado superior) del delegado de Dazaifu.
- **Dazaifu, delegado de** (*Dazai no daini*) — El que representaba a la

corte (cuarto grado subalterno, grado inferior) en Daizafu, en la isla de Kyushu. Su superior era el virrey, cuyo puesto constituía una sinecura; el titular, un príncipe, no abandonaba la Ciudad.

- **delegado de Bungo** *Bungo no suke*
—En principio, vicegobernador de Bungo (en la actualidad, prefectura de Ôita), un puesto en la gama del sexto rango. Sin embargo, no está clara la importancia que tiene este título cuando aparece en el relato («La guirnalda de zarcillos»).
- **Departamento de Asuntos Centrales** Nakatsukasa Shô —
Responsable de la administración

del palacio. Era el de mayor categoría entre los ocho más importantes en que se dividía el gobierno, y siempre estaba encabezado por un príncipe.

- **Departamento de Asuntos Civiles**
Minbu Shô —Uno de los ocho más importantes en que se dividía el gobierno, encargado de los registros de población, labor comunal obligatoria e impuestos.
- **Departamento de Ceremonial**
Shikibu Shô —Uno de los ocho más importantes en que se dividía el gobierno, encargado de las ceremonias, los nombramientos y las recompensas.

- **Departamento de la Guerra** *Hyôbu Shô* —Uno de los ocho más importantes en que se dirigía el gobierno, encargado de los asuntos y el equipamiento militares.
- **director de Contaduría** *Kazoe no kami* —Responsable (quinto rango subalterno, grado superior) de un departamento dentro del Gabinete de Asuntos Civiles, encargado de calcular y distribuir los ingresos de determinados impuestos.
- **director de Mantenimiento** *Suri no kami* —Jefe (cuarto rango subalterno, grado inferior) del Gabinete de Mantenimiento.

- **doctor** *hakase* —Docente de alto rango que enseñaba en la Academia lengua china (escrita), literatura, historia, leyes, etcétera. El nombramiento se efectuaba en la gama del quinto rango subalterno. También doctor en letras (Monjô Hakase).
- **doctor del Almanaque** *Koyomi no hakase* —Especialista en el calendario o almanaque del Gabinete de Yin—Yang.
- **edecán** *zô, jô* —Titular del tercer nivel designado en los departamentos y en ciertas unidades de la guardia (Guardia de la Puerta, Guardia), pero un oficial del cuarto nivel en la

Guardia de Palacio.

- **Eminencia (Su Eminencia Enclaustrada)** —Término honorífico, utilizado aquí con fines de traducción para designar a una ex emperatriz o un emperador retirado (In). Si el personaje ha hecho votos de monje o monja, también se le llama «enclaustrado», aunque este término se omite cuando es posible. La única vez que en todo el relato «Eminencia Enclaustrada» (Nyûdô Kisai no Miya) se refiere a una mujer es con relación a Fujitsubo. En todos los demás casos, «Su Eminencia» es un título masculino.
- **Eminencia Enclaustrada** —Véase

Eminencia.

- **Emperador retirado honorario**

Jundaijôtennô — Título

extraordinario concedido a Genji (en «Hojas tiernas de glicina») por su hijo secreto, el emperador Reizei.

- **emperatriz *chûgû, kisasi*** — Esposa del emperador que tenía el rango más alto. Sólo podía haber una.

Normalmente se elegía entre las consortes.

- **emperatriz madre *ôkisasi no miya, ôkisasi*** — Progenitora de un emperador. No era necesario que hubiera poseído el título de emperatriz en el reinado anterior.

- **encargada de los asuntos domésticos** *nyobettô* —Persona de alto rango que dirigía la mansión de una gran dama.
- **encargada del guardarropa** *mikushigedono* —Mujer al frente del gabinete de palacio que proveía de vestuario al emperador.
- **escribano jefe** *dainaiki* —Funcionario (sexto rango, grado superior) del Gabinete de Asuntos Centrales, encargado de componer los decretos imperiales, llevar las actas de la corte, etcétera.
- **Excelencia** —Véase **Su Excelencia**.

- **Gabinete de chambelanes**

Kurôdodokoro —Funcionaba como secretaría imperial, sirviendo al emperador y transportando mensajes y órdenes imperiales. Su personal consistía en dos secretarios de alto rango (Kurôdo no Tô), chambelanes (Kurôdo) de quinto y sexto rangos, y algunos más de menor importancia. El chambelán se movía en círculos que estaban por encima de su categoría oficial, servía directamente al emperador y tenía privilegios, como el derecho a llevar unos colores que normalmente no se le permitían a un hombre de su rango. El Gabinete de chambelanes también se ocupaba de los halcones imperiales y cuidaba de los

instrumentos musicales, los libros, la moneda y las prendas de vestir.

- **gobernador** *kami* —Funcionario nombrado por el emperador para gobernar una provincia. Su rango, que dependía de la categoría de su provincia (las provincias se clasificaban en grande, principal, mediana y menor), podía variar entre el quinto rango subalterno, grado superior, y el sexto rango subalterno, grado inferior. El término se aplicaba a veces no sólo a un gobernador propiamente dicho, sino también a un vicegobernador, en los casos en que éste se trasladaba realmente a la provincia. A los gobernadores en general también se

les llamaba Zuryô («Gran portador»).

- **Gracia** —Véase Su Gracia.
- **gran consejero Fujiwara *Tô dainagon***.
- **gran consejero inspector *azechi no dainagon*** —Nombramiento dual como inspector y gran consejero.
- **gran consejero supernumerario *gon dainagon***. gran senescal de la Izquierda *sadaiben* —Véase senescal.
- **Guardia Hyôefu** —Cuerpo (dividido en guardia Izquierda [*Sahyôefu*] y

Derecha [Uhyôefu]) encargado de mantener la seguridad general en el recinto de palacio y en toda la Ciudad. El oficial superior era el intendente (cuarto rango subalterno, grado inferior), seguido por el segundo (quinto rango subalterno, grado superior).

- **Guardia de la Puerta Emonfu,** Yugei —Cuerpo de guardia que protegía las puertas del recinto de palacio. Se dividían en dos: el de la Izquierda (Saemon) y el de la Derecha (Uemon). El oficial jefe en cada lado era el intendente (cuarto rango subalterno, grado inferior), seguido por el delegado (quinto rango subalterno, grado superior) y

el edecán (sexto rango subalterno, grado superior).

- **Guardia de la Puerta Izquierda** — Véase Guardia de la Puerta.
- **Guardia de Palacio Konoefu** — Doble cuerpo (Izquierda y Derecha, Sakon y Ukon) de guardia asignado a la protección del palacio propiamente dicho y estacionado en sus zonas más interiores. La Guardia de Palacio tenía precedencia sobre la Guardia y la Guardia de la Puerta. Sus dos comandantes (tercer rango, grado inferior) superaban en rango a los intendentes de esas unidades (cuarto rango, grado inferior). Un oficial de segundo nivel era un

capitán (Chûjô; cuarto rango, grado inferior), un oficial de tercer nivel era un teniente (Shôshô; quinto rango, grado inferior) y un oficial de cuarto rango era un edecán (Zô; sexto rango, grado superior).

- **iniciado** *azari, ajari* —Título conferido por el emperador a un distinguido monje con conocimientos médicos, un experto en curación y otros rituales para evitar las enfermedades y los desastres, e invocar la buena suerte.
- **inspector** *azechi* —Inspector de alto nivel nombrado para revisar la administración de las provincias. En la era Heian, el puesto sólo se

conservaba en las provincias más septentrionales, y era principalmente honorífico.

- **instructor** *kôji* —Sacerdote que oficiaba en ciertos grandes rituales budistas.
- **intendente de la Guardia (Derecha, Izquierda)** *Hyôe (Sahyôe, Uhyôe) no kami* —Oficial superior de la Guardia.
- **intendente de la Guardia de la Puerta (Derecha, Izquierda)** *Emon (Saemon, Uemori) no kami* — Oficial superior de la Guardia de la Puerta (cuarto rango subalterno, grado inferior).

- **íntima** *kô-i* —Esposa del emperador, de categoría inferior a la de consorte. Su padre era como mucho gran consejero. La palabra *kô-i* se refiere literalmente a la persona que viste al emperador.
- **jefe de la casa** (*saburai no*) *betô* — Administrador jefe de la casa de un miembro de la familia imperial, como un príncipe o un emperador retirado.
- **lector** *kô-ji* —Funcionario encargado de leer los poemas chinos compuestos en reuniones festivas.
- **Madre del Reino** *Kuni no Haha* — Expresión o título utilizado para

referirse a la emperatriz o la emperatriz madre.

- **maestro de conjuros** *jugonshi* — Especialista que llevaba a cabo conjuros (*majinai*) como magia sanadora, empleado por el Gabinete de Medicina (Ten'yaku Ryô).
- **maestro de disciplina** *risshi, rishi* — El más bajo en la escala de rangos eclesiásticos accesibles a los sacerdotes de élite, plenamente ordenados. En la época del relato es todavía un nombramiento distinguido, más que en épocas posteriores. «Disciplina» significa el cuerpo de disciplina monástica budista.

- **maestro yin—yang** —Experto en tradición yin—yang, relacionado con el Departamento de Yin—Yang (Onmyô Ryô), un órgano del Gabinete de Asuntos Centrales encargado de asuntos pertenecientes a la astrología, el tiempo, el calendario, el cómputo del tiempo y la adivinación.
- **Majestad (Su)** —Tratamiento dado al emperador y la emperatriz.
- **ministro *otodo*** —Cargo no imperial superior (segundo rango) en la tabla formal de organización del gobierno, cosa que no era el cargo de canciller. Sin embargo, el puesto de ministro de Palacio (Naidaijin, Uchi no

Otodo) también se añadió posteriormente. El ministro de la Izquierda (Sadaijin, Hidari no Otodo) solía estar por encima, aunque no siempre, del ministro de la Derecha (Udaijin, Migi no Otodo), y el ministro de Palacio tenía una categoría un tanto subalterna.

- **ministro de Palacio** *naidaijin, Uchi no otodo* —Normalmente el subalterno entre los tres ministros que constituían el nivel superior del Consejo de Estado.
- **myôbu** —Título que, en el servicio de palacio, recibían las damas de honor de rango medio (quinto o por encima) o las esposas de caballeros

de esos rangos. Puesto que varias damas de honor poseían el título al mismo tiempo, la gente distinguía a unas de otras adjuntando al título el nombre del cargo principal de su marido, padre o hermano.

- **noble de alto rango** *kandachime* — Noble del **tercer** rango (*sanmi*) por lo menos, que tiene como mínimo un puesto al nivel de consultor (*sangi*).
- **novicia**, o *nyúdô* — Hombre o mujer de noble cuna que había tomado votos preliminares como monje o monja. Un novicio no formaba parte de una comunidad monástica, sino que llevaba a cabo en su casa la práctica budista.

- **ômyôbu** —Myôbu (dama de honor de palacio) de cuna imperial.
- **paje, muchacha paje** *warawa* — Chico o chica de buena familia al servicio de una mansión noble. En el lado masculino también había *warawa* de edad madura, una especie de sirviente que llevaba largo tiempo en la casa, pero éstos apenas figuran en el relato. Véase también **paje del círculo privado**.
- **paje del círculo privado** *tenjô warawa* —Muchacho de buena familia, que aún no había alcanzado la mayoría de edad y que servía en la cámara del círculo privado a fin de aprender las costumbres y los

modales cortesanos.

- **prelado (Su Reverencia)** *sôzu* — Rango eclesiástico más elevado que se menciona en el relato. Existían dos rangos superiores, pero en la época del relato (cosa que no sucedió posteriormente) no solían estar ocupados.
- **princesa (Su Alteza)** *miya* — Hija del emperador a quien su padre le ha dado ese título, o la nieta reconocida de un emperador en la línea masculina. Suetsumuhana, cuyo padre era príncipe, es, por lo tanto, princesa. En cambio, Aoi, cuya madre era princesa, no lo es, y la narración la trata simplemente como

plebeya.

- **príncipe (Su Alteza) *miya*** —Hijo del emperador a quien su padre le ha dado ese título. (Así pues, Genji no lo es.) Históricamente, la mayoría de los príncipes se clasificaban en cuatro grados y recibían un estipendio imperial acorde con cada uno de ellos, pero algunos estaban «sin clasificar» (*muhon*). El relato no dice nada sobre la concesión de esta clase de categoría a un nieto imperial.
- **regente *sesshō*** —Noble de alto rango, no imperial, nombrado para actuar en nombre del emperador mientras éste no era mayor de edad.

(El título «Kanpaku», también traducido como «regente» y que poseían algunas personas que actuaban de manera similar en nombre de un emperador adulto, no aparece en el relato.)

- **ritualistas de la corte** *gishikikan* — Funcionarios de diversos rangos encargados de llevar a cabo los ceremoniales cortesanos. Cuando adoptaban su postura formal, mantenían rígidamente los codos a los costados, mientras sostenían erguido su bastón.
- **secretario** *kurôdo no tô* — Miembro de grado superior en el Departamento de Chambelanes. De

los dos secretarios, uno era al mismo tiempo senescal (quinto rango, grado superior) y el otro era normalmente un capitán (cuarto rango subalterno, grado inferior).

- **segundo caballerizo** *uma no suke* — Funcionario de segundo nivel (sexto rango, grado inferior) de los establos imperiales de la Izquierda o la Derecha.
- **segundo de la Guardia** *Hyôe no suke* — Funcionario de segundo nivel en la Guardia (quinto rango subalterno, grado superior).
- **segundo de la Guardia de la Puerta Izquierda** *Saemon no taifu* —

Segundo oficial (quinto rango subalterno, grado superior) al mando de la Guardia de la Puerta Izquierda. (El título «Taifu» reconoce el nombramiento de quinto rango.)

- **senescal *Ben*** —Miembro de un cuerpo de funcionarios bajo el Consejo de Estado. Estaban adscritos a los ocho principales departamentos del gobierno y se dividían en Izquierda y Derecha (cuatro departamentos cada una). Había tres grados: gran senescal (*daiben*, cuarto rango subalterno, grado superior), senescal (*chûben*, quinto rango, grado superior) y senescal menor (*shôben*, quinto rango, grado inferior).

- **senescal de la Derecha** *Uchûben*.
- **senescal secretario** *tô no ben* —
Nombramiento dual como secretario y senescal.
- **Su Excelencia** *ôitono, otodo* —Se refiere a un ministro o un canciller. El uso de «El ministro» en lugar de «Su Excelencia» supone una mayor distancia entre esa figura y la narradora (o el lado con el que ella y su público simpatizan). Un ejemplo es el ministro de la Derecha, diferenciado de Su Excelencia (de la Izquierda) en los capítulos que preceden al exilio de Genji.
- **Su Gracia** —Término honorífico,

creado con fines de traducción, que se aplica a Genji en «El peregrinaje a Sumiyoshi» y los capítulos posteriores, tras su regreso del exilio.

- **su señoría de Asuntos Civiles**
Minbukyô —Jefe (cuarto rango, grado inferior) del gabinete de Asuntos Civiles.
- **su señoría del Ceremonial**
Shikibukyô —Jefe (cuarto rango, grado inferior) de uno de los ocho grandes departamentos del gobierno que se ocupaba de todos los asuntos referentes a la Casa Imperial.
- **su señoría del Gabinete de Palacio**

Kunaikyô —Jefe (cuarto rango, grado inferior) de uno de los ocho principales departamentos que se ocupaba de todos los asuntos que afectaban a la casa del emperador.

- **Su señoría del Tesoro Ôkurakyô** — Jefe (cuarto rango, grado inferior) del Gabinete del Tesoro.
- **teniente secretario *tô no shôshô*** — Nombramiento dual como secretario y teniente (quinto rango, grado inferior) en la Guardia de Palacio.
- **virrey Dazai no Sochi** —Funcionario superior destinado a Dazaifu, el puesto de gobierno en Kyushu que, en particular, era responsable de las

relaciones exteriores que Japón tenía en aquel entonces. El puesto (tercer rango subalterno) lo ocupaba un príncipe. Dado que era una sinecura y el titular nunca iba a Kyushu, el verdadero representante del gobierno en aquel lugar era el delegado de Dazai fu.

Las fuentes poéticas

El mundo de *La historia de Genji* consideraba la poesía (*uta*, literalmente «canción») como la forma artística superior y, en principio, el modo más perfecto de comunicación humana. La población culta sabía de memoria muchos poemas, y de una manera natural surgían en su conversación, su escritura y sus propios poemas. Cuando estaban conmovidos o afligidos podían escribir antiguos poemas evocados por su

estado de ánimo, mezclados con otros nuevos de su propia creación. En consecuencia, el texto del relato contiene una considerable cantidad de alusiones poéticas, de las cuales una parte reducida pero importante consiste en alusiones a la poesía china, sobre todo la de Bai Juyi (772— 846). Cualquier persona culta en la época de la autora conocía de memoria e l *Kokinshû* (Colección de poemas antiguos y modernos, 905), y estaba totalmente familiarizado con el *Ise monogatari* (Cuentos de Ise, siglo X). Las obras de referencia que contienen las alusiones poéticas efectuadas por la autora son las siguientes:

- **Fukuro no sôshi.** Tratado sobre el arte poético debido a Fujiwara no Kiyosuke (1104- ¿1172?)
- **Genji monogatari kochûshakusho in'yô waka.** No es una colección original de poemas, sino una compilación contemporánea, cuyo título significa «Poemas citados en comentarios antiguos de **La historia de Genji**». Numerosas alusiones del relato se refieren a poemas conocidos sólo por comentarios de los siglos XII a XIV más o menos.
- **Gosenshû.** Colección encargada por el emperador y completada en 951.
- **Goshûishû.** Colección encargada

por el emperador y completada en 1086.

- **Hakushi monjû.** Obras completas del poeta chino Bai Juyi (772-846). Las alusiones a los temas de Bai Juyi abundan en el relato.
- **Ichijô no Sesshō goshû.** Colección personal de Fujiwara no Koremasa (924-972).
- **Ise monogatari.** Colección de relatos breves que giran alrededor de poemas, especialmente los de Ariwara no Narihira (825-880). Es del siglo X y tuvo una enorme influencia.

- **Ise shû.** Colección personal de una poeta conocida como Ise. Mediados del siglo X.
- **Izumi Shikibu shû.** Colección personal de una importante poeta contemporánea de la autora.
- **Kagerô nikki.** Diario poético de una mujer conocida como «La madre de Michitsuna». Finales del siglo X.
- **Kokin rokujô.** Gran compendio de poesía de mediados a finales del siglo X.
- **Kokinshû.** Primera colección encargada por el emperador, completada en 905. Una persona

culta tenía que sabérselo de memoria (aproximadamente un millar de poemas).

- **Komachi shû.** Colección personal de una importante poeta del siglo X.
- **Man 'yôshû.** Vasta e importantísima colección compilada en el siglo VIII. En tiempos de la autora era poco leída debido a que su lenguaje era demasiado arcaico y su escritura demasiado difícil de interpretar.
- **Motoyoshi Shinnô shû.** Colección personal del príncipe Motoyoshi (890-943).
- **Nakatsukasa shû.** Colección

personal de la poeta Nakatsukasa (siglo x).

- **Nihon shoki.** Historia de Japón patrocinada por la corte, escrita en chino y completada en 720.
- **Ôkagami.** Obra histórica en japonés. Aproximadamente de 1100.
- **Saneakira shû.** Colección personal de Minamoto no Saneakira (910-970).
- **Shigeyuki shû.** Colección personal de Minamoto no Shigeyuki (siglo x).
- **Shikashû.** Colección encargada por el emperador a mediados del siglo

XII.

- **Shinkokinshû.** Colección de especial importancia encargada por el emperador y completada en 1205.
- **Shinsenzaishû.** Colección encargada por el emperador y completada en 1359.
- **Shûishû.** Colección encargada por el emperador a finales del siglo x.
- **Tsurayuki shû.** Colección personal de Ki no Tsurayuki (868-945), el compilador del *Kokinshû*.
- **Utsuho monogatari.** Largo relato que se puede fechar en el siglo x.

- **Wakan rōei shū.** Influyente colección de poemas tanto en chino como en japonés, contemporánea del tiempo de la autora. Cerca de 1012.
- **Yakamochi shū.** Colección personal de Ôtomo no Yakamochi (716-785).
- **Yamato monogatari.** Colección de relatos de mediados del siglo x que giran alrededor de poemas.

Notas

Capítulo 1

1. La hermosa Yôkihi (en chino, Yang Guifei), enamoró de tal modo al emperador chino Xuanzong (685-762) que su abandono de los asuntos del Estado provocó una rebelión y el ejército le obligó a ejecutarla. Bai Juyi (772-846) contó la historia en un largo poema, *La canción del pesar interminable* (en chino, *Changhenge*; en japonés, *Chôgonka*, *Hakushi monjû* 0596), que fue muy popular en el Japón de la era Heian.

[\[Volver\]](#)

2. No tenía ningún pariente masculino

influyente por el lado materno y con frecuencia, cuando se celebraba algún acontecimiento, la dejaban de lado.

[\[Volver\]](#)

3. El nacimiento no tuvo lugar en palacio, sino en casa de la madre.

[\[Volver\]](#)

4. Su posición era demasiado alta para permitirle atender al emperador de un modo rutinario, como una sirvienta. Sólo se reunía con él cuando la convocaba y durante un tiempo limitado.

[\[Volver\]](#)

5. Porque el mismo emperador parece tratarla como a una sirvienta. [\[Volver\]](#)

6. El Kôrôden (*den* significa,

aproximadamente, «sala») estaba muy cerca de la residencia del emperador. Éste instala ahí a la dama no para sustituir al Kiritsubo, sino como un aposento cercano (*uetsubone*) en el que alojarse durante las frecuentes ocasiones en que solicitaba su compañía. [\[Volver\]](#)

7. La madre de Genji. Su título no oficial (Refugio, Miyasudokoro) parece haber designado a una mujer, en especial a una con rango de íntima o consorte, que había dado un hijo a un emperador o un heredero forzoso. [\[Volver\]](#)

8. La dama estaba demasiado enferma para permanecer en palacio, no fuese a contaminarlo con la muerte, y la etiqueta

imperial prohibía al emperador que se despidiera de ella. [\[Volver\]](#)

9. Después del año 905, los niños que aún no habían cumplido los siete años ya no estaban de duelo por la muerte de un progenitor, por lo que la época en que sucede lo relatado parece ser anterior. [\[Volver\]](#)

10. La muerte de los padres. [\[Volver\]](#)

11. Apropiado a una consorte. [\[Volver\]](#)

12. Estas damas de honor, cuyo rango era inferior al de las damas a que acabamos de referirnos, habrían conocido personalmente a la fallecida, ya que atendían cotidianamente al emperador.

[\[Volver\]](#)

13. Genji monogatari kochûshakusho in'yô waka I: «Cuando vivía su presencia me mortificaba, pero ¡cuánto la añoro ahora que se ha ido!». [\[Volver\]](#)

14. Durante los primeros cuarenta y nueve días tras un fallecimiento, se realizaba un rito cada siete días, a fin de guiar el espíritu del muerto hacia la paz. Probablemente, el emperador enviaba un representante a cada acto y lo financiaba con generosidad. [\[Volver\]](#)

15. La madre del primer hijo del emperador, el futuro príncipe heredero. Kokiden (un nombre de estilo chino que significa «Sala de la Gran Luz») es el

nombre de su residencia en el recinto del palacio. Muchas consortes y emperatrices históricas vivieron allí. [\[Volver\]](#)

16. Una mujer que había amamantado al emperador en lugar de su madre natural. Por lo general, las relaciones con las nodrizas eran íntimas y duraderas. [\[Volver\]](#)

17. Sopla el viento de un tifón (*nowaki*), y la estación es el comienzo del otoño según el calendario lunar. [\[Volver\]](#)

18. Una dama de honor de rango medio (*Myôbu*) con un pariente masculino en la Guardia de la Puerta (*Yugei*). [\[Volver\]](#)

19. *Yûzukuyo*, la «luna crepuscular»

que se cierne en el cielo al anochecer hasta el décimo día del mes lunar.

[\[Volver\]](#)

20. Irónica referencia a *Kokinshû* 647: «Su presencia en la oscuridad de la noche no vale más que un sueño claro y brillante». [\[Volver\]](#)

21. Por respeto hacia el emperador, que había enviado a Myôbu. El lado sur es la fachada. [\[Volver\]](#)

22. Una expresión convencional de modestia. Myôbu tiene un rango demasiado bajo para dar por sentado que posee unos *sentimientos* más delicados.

[\[Volver\]](#)

23. Habla con las palabras del

emperador, aunque utiliza honoríficos cuando el emperador se refiere a sí mismo. [\[Volver\]](#)

24. «Mientras los tristes vientos del cambio barren el palacio, hacen brotar lágrimas en mis ojos y mi corazón va hacia mi hijito». *Hagi*, una planta que florece en otoño, tiene unas frondas largas y gráciles que el viento agita y enmaraña con facilidad. Miyagino, al este de la actual Sendai, se asocia a menudo con la *hagi* en poesía, y aquí el *miya* de Miyagino también sugiere el palacio (*miya*). El poema figura en el *Kokinshû* 694. [\[Volver\]](#)

25. *Kokin rokujô* 3057, donde el

poeta se lamenta por sentirse más viejo incluso que el pino de Takasago, un ejemplo de longevidad mencionado a menudo en la poesía: «No, no dejaré saber a nadie que sigo viviendo: me avergüenza imaginar lo que el pino de Takasago debe de pensar de mí».

[\[Volver\]](#)

26. Momoshiki, un término poético para indicar el palacio, usado en especial por las mujeres. [\[Volver\]](#)

27. Gosenshû 1102 (también *Kokin rokujô* 1412), de Fujiwara no Kanesuke, antepasado de Murasaki Shikibu: «Aunque el corazón de un padre no esté sumido en la oscuridad, aun así puede

errar, perdido, por amor a un hijo». El sentimiento se hizo casi proverbial, y el relato alude al poema con tanta frecuencia que en lo sucesivo no lo mencionaremos.

[\[Volver\]](#)

28. «Culparte a ti de mis lágrimas, en vez de culpar a todo lo que ha sucedido». Estos poemas los transmite un intermediario, pues la dama sigue en la casa. «Tú que moras por encima de las nubes» (*kumo no uebito*) se refiere a Myôbu, la emisaria del emperador, cuya visita ha provocado nuevas lágrimas.

[\[Volver\]](#)

29. Probablemente se trataba de pinturas en biombos, con poemas

guardados en cartuchos como comentarios de cada escena. Ise fue una distinguida poetisa y dama de honor en la corte del emperador Uda (reinado: 887-897), y Ki no Tsurayuki (fallecido en 946) fue el poeta más influyente de la corte a comienzos del siglo X. [\[Volver\]](#)

30. El poema deja de lado la protección del niño por parte del emperador y se expresa a favor de la que aportará su madre. Incluso podría interpretarse en el sentido de sugerir que el emperador no puede proteger al pequeño. [\[Volver\]](#)

31. En La canción del pesar interminable el emperador envía a un

mago al otro mundo (la fabulosa isla de Hôrai; en chino, Penglai) en busca de su amada, y el mago regresa con una horquilla ornamental perteneciente a ella.
[\[Volver\]](#)

32. Estos símiles del lago Taieki (en chino, Taiye) y el palacio Miô (en chino, Weiyang) proceden de *La canción del pesar interminable*. [\[Volver\]](#)

33. En la *Canción*, el emperador promete a Yang Guifei que, si renacen como aves, compartirán un ala mientras vuelan y, si renacen en el suelo, compartirán sus ramas como árboles.
[\[Volver\]](#)

34. «Cuando incluso yo estoy

llorando, ¿cómo no lloraría también una madre desconsolada?». «Sobre las nubes» (kumo no ue) se refiere al palacio, y las hierbas asaji son las que la dama ha mencionado en un poema anterior. El poema del emperador también apunta al significado: «¿Cómo puedo seguir viviendo?». [\[Volver\]](#)

35. Otro detalle de La canción del pesar interminable. [\[Volver\]](#)

36. Aproximadamente entre las dos y las cuatro de la madrugada. [\[Volver\]](#)

37. En otro tiempo, el emperador había dormido hasta el alba en brazos de su amante. La expresión procede del *Ise shû* 55, de Ise, escrita para acompañar a

un biombo que ilustraba *La canción del pesar interminable*. El poema se basa en dos versos del original de Bai Juyi.

[\[Volver\]](#)

38. La catástrofe causada por Xuanzong al encapricharse de Yang Guifei. [\[Volver\]](#)

39. La gente creía que las potencias sobrenaturales sentían una codicia desmedida por las personas hermosas y se las llevaban. El relato alude con frecuencia a este temor. [\[Volver\]](#)

40. Carecía de un pariente masculino influyente por el lado materno que le apoyara. [\[Volver\]](#)

41. Ahora su propio hijo había sido

formalmente nombrado príncipe heredero.

[\[Volver\]](#)

42. Estudios chinos, principalmente de filosofía política, leyes, historia, poesía y usos de la corte. [\[Volver\]](#)

43. El antiguo reino coreano de Koguryo. [\[Volver\]](#)

44. Al abdicar, Uda redactó una serie de consejos para su sucesor, Daigo (reinado: 897-930), uno de los cuales aconsejaba no admitir a ningún forastero en palacio. A juzgar por este pasaje, el emperador del relato es Daigo, El Kôrokan era el edificio donde se recibía a los embajadores extranjeros y otros visitantes, y estaba situado cerca del

cruce de la avenida Suzaku con Shichijô («Séptima avenida»). [\[Volver\]](#)

45. Un hijo imperial no era príncipe hasta que su padre lo designaba como tal. El nombramiento era de uno entre cuatro rangos, y el designado recibía el correspondiente estipendio. Un hijo no designado pero que continuara en el seno de la familia imperial era un «sin rango» (*muhon*). [\[Volver\]](#)

46. Los miembros de la familia imperial no tenían apellido, pero, desde comienzos del siglo IX, a algunos hijos imperiales excedentes se les había hecho plebeyos (*tadabito*) con el apellido Minamoto. «Genji» significa simplemente

«un Minamoto». [\[Volver\]](#)

47. Puesto que el reinado del emperador actual es el tercero, la dama debió de haber sido nombrada por el abuelo del soberano. La palabra *sendai* («emperador anterior») se refiere a un emperador que no abdicó, sino que murió en el ejercicio de su cargo, como fue el caso de Kôkô (reinado: 884-887), que precedió a Uda (el predecesor de Daigo).

[\[Volver\]](#)

48. La mantendría él mismo sin contar con la familia de su madre.

[\[Volver\]](#)

49. Los hombres principales en la familia de su madre. [\[Volver\]](#)

50. El emperador se sienta en una silla que está en la sala contigua al pasillo (hisashi), la habitación que ocupa de día (hiru no omashi), en el lado oriental de su residencia, el Seiryôden; Genji y el ministro de la Izquierda están a la distancia de la anchura de una viga por debajo de él, en el segundo pasillo (magobisashi): un espacio abierto, con suelo de madera, que no se encuentra en las viviendas ordinarias. [[Volver](#)]

51. *Mizura*, haces de cabello que lo dividían a partes iguales a cada lado de la cabeza. Los muchachos llevaban *mizura* hasta que llegaban a la mayoría de edad. [[Volver](#)]

52. Por lo general, un chambelán cortaba el cabello al emperador. [\[Volver\]](#)

53. La tía de Genji y hermana del emperador. Genji está a punto de casarse con una prima hermana. [\[Volver\]](#)

54. Una vez llegado a la mayoría de edad, normalmente Genji recibiría el apoyo material de la familia de su esposa. La esposa de un hombre tan joven se denominaba «compañera en la cama» (soibushi). [\[Volver\]](#)

55. Los hijos imperiales, que estaban sentados por orden de rango. Genji se sentaba al lado de su futuro suegro, pues el ministro de la Izquierda ocupaba el puesto más elevado entre los nobles no

imperiales. [\[Volver\]](#)

56. La mujer (una Naishi no Jô, funcionaría de tercer grado en el gabinete de personal) probablemente transmitió el mensaje del emperador por medio de un chambelán. El ministro va a recibir los regalos tradicionalmente concedidos al «padrino». [\[Volver\]](#)

57. El tamaño de este *uchiki*, hecho para la presentación, habría sido reducido para su uso normal. [\[Volver\]](#)

58. Este poema, como la réplica del ministro, juegan con el verbo *musubu*, «atar» el cabello y «hacer» un juramento (de fidelidad conyugal). El cordón usado era de color violeta (*murasaki*), que era el

color de las relaciones íntimas. [\[Volver\]](#)

59. *Nagahashi*, un puente de tablas entre el Seiryôden y el Shishinden. [\[Volver\]](#)

60. *Mihashi*, los escalones que conducían desde el Seiryôden hasta el jardín situado en el lado este del edificio. [\[Volver\]](#)

61. Regalos para los sirvientes de rango inferior. [\[Volver\]](#)

62. El rito nupcial de Genji y la hija del ministro, que los lectores conocen como Aoi. [\[Volver\]](#)

63. En lo sucesivo el gran amigo de Genji, al que los lectores conocen como Tô no Chûjô. [\[Volver\]](#)

64. En la residencia de su suegro.

[\[Volver\]](#)

65. Fujitsubo participaba en las sesiones de música (asobi), pero permanecía alejada de las miradas.

[\[Volver\]](#)

Capítulo 2

1. Katano no Shôshô, un héroe entregado a los amoríos cuya historia no se ha conservado. [\[Volver\]](#)

2. Ise monogatari I (Relatos de Ise, siglo X), un episodio en el que el joven protagonista se siente arrebatado por la visión de dos bellas hermanas: «La vestimenta teñida por el juvenil murasaki de los prados de Kasuga, mi corazón también se encuentra en una maraña irremediable». [\[Volver\]](#)

3. Monoimi, una época de

confinamiento bajo techo para evitar las influencias malignas. [\[Volver\]](#)

4. Tô no Chûjô, el secretario (Tô) de la sección de chambelanes y capitán (Chûjô) de la guardia de palacio. [\[Volver\]](#)

5. El suegro de Tô no Chûjô. [\[Volver\]](#)

6. Esa clase de cartas no iban firmadas. [\[Volver\]](#)

7. Sus damas de honor. [\[Volver\]](#)

8. *Shina takaku*, «nacido en una alta posición social». La idea de *shina* incluye tanto el rango formal como la distinción social general de la familia. [\[Volver\]](#)

9. Como antes, las damas de honor

que la rodean: sus talentosas damas de honor se dedican a desarrollar la capacidad que la joven pueda tener.

[\[Volver\]](#)

10. *Naka no shina*, incluye en especial a las hijas de los caballeros del círculo privado o de los gobernadores provinciales, es decir, caballeros de cuarto o quinto rango. [\[Volver\]](#)

11. *Shimo no kizami to iû kiwa*, presumiblemente hijas de hombres de los rangos más bajos de la burocracia oficial. Los jóvenes de alcurnia, como los que están hablando, no prestaban la menor atención a tales mujeres. [\[Volver\]](#)

12. *Naobito*, caballeros del cuarto o

quinto rango. [\[Volver\]](#)

13. Hisangi, un hombre del cuarto rango, que o bien ha sido asesor (sangi) o está cualificado para este cargo. El cargo de asesor (de los que había ocho) conllevaba una gran distinción, por debajo sólo de los de consejero y ministro. [\[Volver\]](#)

14. Las túnicas blancas y sin almidonar probablemente son dos, y el manto de verano (nôshi) debe de ser tan delgado que es casi transparente. Al parecer, no lleva el complemento normal de esa prenda, los pantalones plisados (sashinuki). [\[Volver\]](#)

15. Genji y Tô no Chûjô (el capitán

secretario). [\[Volver\]](#)

16. Imagen tomada de un poema de Bai Juyi sobre el matrimonio (Hakushi monjû 3564) [\[Volver\]](#)

17. Aoi, la esposa de Genji. [\[Volver\]](#)

18. Motivos de la pintura al estilo chino. Hôrai (en chino, Penglai) es una isla fabulosa habitada por seres inmortales. [\[Volver\]](#)

19. «Te reconoceré como mi esposa». [\[Volver\]](#)

20. En Japón se doblan los dedos para contar. Este poema y su réplica se basan en varios juegos de palabras. [\[Volver\]](#)

21. Kamo no rinji matsuri, celebrado

el último día del Ave, en el undécimo mes. Los músicos de palacio tocaban en honor de la deidad, y el ensayo se realizaba en palacio. [\[Volver\]](#)

22. Tatsuta Hime, la «dama Tatsuta», se asociaba con la belleza de las coloreadas hojas otoñales y, en consecuencia, era la diosa patrona de los tintoreros. Tanabata, la estrella Tejedora, que conoce al astro Boyero, su amante celestial, una vez al año, en la noche del Festival Tanabata (el séptimo día del séptimo mes), era patrona de las costureras, entre otras cosas. [\[Volver\]](#)

23. Probablemente su padre. [\[Volver\]](#)

24. La luna se refleja en el estanque del jardín. [\[Volver\]](#)

25. Los crisantemos marchitados por la escarcha eran muy apreciados. [\[Volver\]](#)

26. Una canción popular saibara: «Debes detenerte en el manantial de Asukai, pues tendrás sombra, el agua es fresca, el pasto es de lo mejor...». El cantor sugiere que confía en pasar la noche allí. [\[Volver\]](#)

27. Las persianas cuelgan entre su habitación y la terraza. El wagon («koto japonés») tiene seis cuerdas, y el estilo richi era bastante «menor» en cuanto a sentimiento. [\[Volver\]](#)

28. «Vaya, parece que esta noche

estás completamente sola». [\[Volver\]](#)

29. La mención del viento se refiere con coqueto recato a su propia manera de tocar. [\[Volver\]](#)

30. Ambos símiles evocan a una joven presta a desvanecerse, en cuanto él la toca, en los brazos de un pretendiente. La «flor» es la poética hagi, cuyas frondas largas y caídas adquieren un rosa intenso, violeta o blanco en otoño, mientras que la «brillante hoja» es tamazasa, una especie de «bambú enano». La referencia a la hagi procede de Kokinshû 223. [\[Volver\]](#)

31. Al parecer, es siete años mayor que Genji. Aunque ha empezado hablando a Tô no Chûjô, ha debido de dirigirse a

Genji, de categoría superior, en cuanto éste se ha despertado. [\[Volver\]](#)

32. Los estudiosos discrepan sobre si la persona «necia» (shiremono) es Tô no Chûjô o la mujer. [\[Volver\]](#)

33. «Puesto que soy una zafia rústica, sé que no merezco tu favor, mas por lo menos recuerda en ocasiones a nuestro querido hijo». La «pequeña clavellina» (Yamato nadeshiko) es la futura Tamakazura. Kokinshû 695: «¡Ah, cuánto la añoro y cómo anhelo verla, la clavellina de Yamato que florece en el seto rústico!». [\[Volver\]](#)

34. «Tú eres la única que realmente me importa». El tokonatsu (clavel

silvestre) y el nadeshiko (clavellina) son la misma flor, pero las palabras tienen resonancias diferentes. Nadeshiko se refiere al niño, y tokonatsu a la madre. Esto se debe en parte a una pieza sobre el toko (el «lugar donde duermen» los amantes) en Koshinshû 167, de Ôshikôchi no Mitsune, al que alude Tô no Chûjô una o dos líneas más adelante: «No permitiré que una sola mota de polvo ensucie este lecho / clavel silvestre, en flor desde que tú y yo yacimos juntos por vez primera».

[\[Volver\]](#)

35. Las mangas del clavel silvestre (de la dama) están humedecidas por las lágrimas; «rozar un lecho vacío» se refiere a «no permitiré que una sola mota

de polvo...» en Kokinshû 167, el poema en que se inspira Tô no Chûjô. Las tormentas otoñales son probablemente la indiferencia de Tô no Chûjô y las amenazas de su esposa. [\[Volver\]](#)

36. Sugiere que en su desaparición podría haber estado involucrado otro hombre. [\[Volver\]](#)

37. Una diosa de la buena fortuna seductoramente voluptuosa, casi con toda seguridad de origen indio. Su imagen era habitual en los templos budistas, donde se contaban anécdotas de monjes que se enamoraban de ella. [\[Volver\]](#)

38. Daigaku, en este caso una escuela para la formación de funcionarios de

rango inferior. Los alumnos estudiaban poesía china, filosofía e historia. [\[Volver\]](#)

39. Un sermón sobre el matrimonio procedente de un poema de Bai Juyi (Hakushi monjû 0075). También las tazas de sake figuran en el poema, que recalca la sabiduría de tomar una esposa de familia humilde. [\[Volver\]](#)

40. Las mujeres escribían principalmente con el sistema fonético kana, y los hombres en un chino más o menos logrado. Esta evitación del kana (las cartas de la mujer estaban escritas por entero en ideogramas chinos) produce un efecto extrañamente formal, masculino. [\[Volver\]](#)

41. «Espinazo partido» (koshi ore) es un término de crítica poética. [\[Volver\]](#)

42. Genji y Tô no Chûjô tienen un rango tan elevado que no necesitan ninguna habilidad para progresar. [\[Volver\]](#)

43. Ajo. [\[Volver\]](#)

44. Tanto la ocurrencia del hombre como la réplica de la mujer juegan con la palabra hiru («ajo») y hiruma («el día»). Según la tradición poética, una mujer podía saber si su amante iba a ir a verla observando la conducta de una araña. [\[Volver\]](#)

45. Un gesto de censura o irritación. [\[Volver\]](#)

46. Los poemas para esta ocasión están llenos de juegos con el término ayame («ácoro») y otras palabras asociadas con el acontecimiento, y por ello en este momento quien habla es el caballero jefe. [\[Volver\]](#)

47. Las damas humedecían con el rocío de un crisantemo un trocito de brocado con un diseño de crisantemos, y se restregaban con él las mejillas para alisar las arrugas causadas por la edad (dado que el rocío de un crisantemo concedía la eterna juventud), y componían poemas en los que lamentaban las penalidades de envejecer. [\[Volver\]](#)

48. Fujitsubo. [\[Volver\]](#)

49. El Dios del Medio (Nakagami), una de las deidades de la tradición yin-yang, se movía en un ciclo de sesenta días. Tras haber pasado los primeros dieciséis días en los cielos, la deidad descendía a la tierra y recorría los puntos cardinales, pasando cinco o seis días en cada una de las ocho direcciones. Se evitaba (imu) la dirección «bloqueada» por esa deidad (futagaru). El destino al que Genji se propone llegar viola este tabú, y ahora debe «evadir» (tagau) la dirección «bloqueada» refugiándose en otra dirección desde su punto de partida (el palacio). [[Volver](#)]

50. La residencia de Genji, en la

«Segunda Avenida». [\[Volver\]](#)

51. Un arroyo, hoy desaparecido, al nordeste de la ciudad. [\[Volver\]](#)

52. Sólo a un gran señor se le permitía que su carruaje tirado por un buey cruzara el portal. [\[Volver\]](#)

53. Debía de discurrir de norte a sur entre el edificio principal y su ala oriental, y por ello junto al lugar donde Genji se alojaba. [\[Volver\]](#)

54. Watadono, entre el edificio principal y el ala oriental. [\[Volver\]](#)

55. Referencia a una canción popular en la que un anfitrión deja a sus invitados la jarra de sake y «va de un lado a otro» en busca de algas comestibles recogidas

en la orilla del mar. [[Volver](#)]

56. Utsesumi, la esposa del Delegado de Iyo. [[Volver](#)]

57. Esos dondiegos de día (asagao) han aportado el nombre tradicional de la dama (Asagao), que aparece por primera vez en persona en el capítulo titulado «Aoi». Es la prima hermana de Genji, puesto que su padre es el hermano menor del emperador. [[Volver](#)]

58. Kudamono, principalmente fruta fresca o frutos secos. [[Volver](#)]

59. «Es mal anfitrión quien no tiene una mujer preparada para sus invitados». Genji alude a una canción saibara: «En mi casa todas las cortinas están colgadas;

ven, mi señor, ven: mi hija será tuya...». Entonces la canción menciona a un erizo de mar (kase), cuyo caparazón se consideraba parecido a los genitales femeninos. [\[Volver\]](#)

60. Los otros hijos del Delegado de Iyo. [\[Volver\]](#)

61. Una de sus damas. [\[Volver\]](#)

62. Están en la sala junto al pasillo, en diagonal con respecto a la cámara de Genji. En el suelo había una viga desde cuya parte inferior se extendía el pasillo. [\[Volver\]](#)

63. Dormían bajo túnicas a modo de ropa de cama. [\[Volver\]](#)

64. Finge que el nombre de la mujer

se refiere a él. Chûjô significa «capitán» (es posible que la mujer sea la hija o la esposa de un capitán), y Genji es un chûjô de la guardia de palacio. [\[Volver\]](#)

65. No está claro a qué habitación se refiere la autora, pero lo más probable es que se trate de una zona separada de la misma cámara, tal vez un «retiro» totalmente rodeado de paredes (nurigome). [\[Volver\]](#)

66. «No debéis imaginar que las libertades que os habéis tomado constituyen precedente alguno para el futuro. Lo que habéis hecho no ha establecido una relación entre nosotros». [\[Volver\]](#)

67. Como sucedería si él hubiera acudido a una cita secreta. [\[Volver\]](#)

68. El poema de Genji juega con la palabra tori («gallo») y tori aenu («antes de que tome [lo que busco]»); el de ella, de modo similar, juega con tori kasanete («una y otra vez [el lamento del gallo...]»). [\[Volver\]](#)

69. Que el muchacho llevara sus mensajes. [\[Volver\]](#)

70. Yume significa «sueño», pero en este contexto también un encuentro de amantes. [\[Volver\]](#)

71. Shûishû 735, de Minamoto no Shitagô: «¿Qué consuelo recibo de mi ansia de ti, cuando por la noche no puedo

dormir y así nunca sueño?». [\[Volver\]](#)

72. Sonohara (en la provincia de Shinano) se asocia con un arbusto llamado hahakigi «árbol de retama», similar a la retama de escobas. Kokin rokujó 3019 (ligeramente modificado como Shinkokinshû 997), de Sakanoue no Korenori, describe el hahakigi como visible desde cierta distancia y, sin embargo, invisible cuando uno se aproxima a él. [\[Volver\]](#)

73. Fuseya, asociado con el nombre «Sonohara», puede ser un topónimo o un término para designar una morada humilde. [\[Volver\]](#)

Capítulo 3

1. Kokin rokujô 371, de Ôyake no Iratsume: «La oscuridad envuelve el sendero: oh, amor, aguarda el regreso de la luna y te contemplaré mientras te alejas». [[Volver](#)]

2. El extremo este de la casa principal. Había tsumado (unas puertas gemelas, con goznes, que se abrían hacia fuera) en cada esquina. Esta conduce hacia el corredor elevado que da acceso al ala este. [[Volver](#)]

3. La hermana del gobernador de Kii,

que los lectores conocen como Nokiba no Ogi («junco en los aleros»). [\[Volver\]](#)

4. Da la vuelta a la terraza hasta el lugar por donde ha entrado el muchacho, pero el resto ha sido objeto de largas discusiones y se resiste a una reconstrucción convincente. Algunos sostienen que las persianas pendían por fuera de los postigos, que se abrían hacia dentro, de modo que Genji se desliza entre ellas y una hoja de los postigos (cerrados de nuevo tras la entrada del muchacho), pero también esto deja aspectos sin resolver. Uno se pregunta también por qué era plausible que el muchacho distrajera la atención de las mujeres al pedir que le dejaran entrar por

un postigo cerrado, cuando podía haberlo hecho por las puertas. [\[Volver\]](#)

5. Genji debe de mirar a través del pasillo, aunque en la oscuridad (salvo por la lámpara de aceite) parece hallarse demasiado lejos para abarcar todo lo que ve. [\[Volver\]](#)

6. Él le ve las manos cuando ella mueve una ficha de go, pero, por lo demás, la muchacha las mantiene ocultas dentro de las anchas mangas. [\[Volver\]](#)

7. Había una canción acerca de los innumerables baños de las fuentes de aguas termales de Iyo, la provincia de su padre. [\[Volver\]](#)

8. La puerta entre la terraza y la

pasarela en el ala este. Al otro lado de la terraza en la que Genji se encuentra están las puertas dobles que dan acceso al pasillo de la casa principal. [\[Volver\]](#)

9. Shûishû 727, un poema amoroso de invierno (aunque ahora es verano), que habla del insomnio y las lágrimas heladas. [\[Volver\]](#)

10. Ichijô no Sesshō go—shû 132 (Fujiwara no Koremasa): «De noche yazgo despierto y me paso el día soñando, pues estos ojos míos no gozan de primavera». El poema juega con el término konome, que significa tanto «mis ojos» como «brotes en los árboles». [\[Volver\]](#)

11. Ante la entrada al lecho de las dos mujeres, rodeado de cortinas (michôdai). [\[Volver\]](#)

12. En el suelo del pasillo que conducía al ala norte (kitabisashi), el espesor de la viga del dintel por debajo del nivel de la cámara. [\[Volver\]](#)

13. El ligero kouchiki bajo el que Utsusemi había yacido. [\[Volver\]](#)

14. No en un suelo más bajo, sino en la parte de la casa reservada a la servidumbre. [\[Volver\]](#)

15. Tatôgami, papel que se lleva doblado en el pliegue delantero de la vestidura. Las notas de amor solían escribirse en papel fino y de color

(usuyô). [\[Volver\]](#)

16. La larva de la cigarra surge de la tierra, muda y entonces sube al árbol como adulta, dejando atrás su caparazón larval. [\[Volver\]](#)

17. Temerosa de que su vestidura ligera pudiera oler a sudor, piensa en Gosensbû 718, de Fujiwara no Koremasa, «escrito cuando [el poeta] envió a buscar una vestimenta que había dejado en casa de una dama». Le preocupaba que ella pudiera haber «encontrado un poco salada la prenda olvidada por el pescador de Ise». [\[Volver\]](#)

Capítulo 4

- 1.** «Quinta Avenida», entre el palacio y Rokujô («Sexta Avenida»). [[Volver](#)]
- 2.** El uso de este nombre personal sugiere una relación íntima y subordinada con Genji. [[Volver](#)]
- 3.** La casa es una itaya, una modesta vivienda que tiene tablas en el tejado en vez de techumbre de corteza de ciprés o tejas. Más o menos hasta la altura del pecho tiene higaki, paredes recubiertas de tablillas de ciprés (hinoki) entrecruzadas, que se extienden hacia arriba mediante

unos postigos con medios paneles (hajitomi) que es posible alzar y dejar abiertos en posición horizontal. Cada panel cubre todo el espacio (ken) entre dos columnas estructurales. Probablemente los «cuatro o cinco» paneles cubren toda la anchura de la casa. La blancura de las persianas (sudare) denota que son nuevas. [\[Volver\]](#)

4. Presumiblemente, por la ventanilla lateral del carruaje (monomi) o por el borde de la persiana que cubría la puerta trasera del carruaje. [\[Volver\]](#)

5. La puerta estaba unida a un travesaño horizontal y se abría verticalmente. Se mantenía abierta

mediante una vara. [\[Volver\]](#)

6. Kokinshû 987: «En todo este mundo, ¿qué hogar es nuestro para siempre? El mío será el alojamiento al que llegue esta noche». [\[Volver\]](#)

7. Kokin rokujô 3874: «¿Qué necesidad tengo de un palacio? Prefiero yacer contigo donde la maleza es densa». [\[Volver\]](#)

8. okinshû 1007 (una sedôka): «Una palabra te diría, oh, tú, que vienes de lejos y contemplas esa flor blanca que crece allá: ¿cómo se llama?». [\[Volver\]](#)

9. Yûgao (en un sentido más literal, «rostro nocturno»). El servidor de Genji observa que este nombre hace que la flor

parezca una «persona» (hito), refiriéndose a alguien que «es alguien», es decir, socialmente distinguido. En este contexto, yûgao se refiere o bien al mismo Genji o a la mujer que da nombre a este capítulo, por lo que «belleza» alude a ambos.

[\[Volver\]](#)

10. Genji cruza la entrada en su carruaje, como había hecho en casa del gobernador de Kii, porque las personas que viven ahí son inferiores a él en rango.

[\[Volver\]](#)

11. Ha prometido respetar las normas de conducta budistas (los Preceptos) y espera ir al paraíso del Buda Amida. Había nueve posibles grados de

nacimiento en ese paraíso. El más bajo de ellos requería una espera más o menos larga antes de que el alma pudiera presenciar plenamente la gloria de Amida.

[\[Volver\]](#)

12. Probablemente su madre, que murió cuando él contaba tres años, y su abuela, fallecida cuando tenía seis.

[\[Volver\]](#)

13. Kokinshû 901 (también Ise monogatari 154, sección 84), de Ariwara no Narihira: «¡Ojalá en este mundo no hubiera despedida definitiva para un hijo que le desea a su madre un millar de años de vida!». [\[Volver\]](#)

14. «Sin duda eres Genji, ¿verdad?».

[\[Volver\]](#)

15. La manera en que esta dama, el Refugio de Rokujô, aparece en el relato, como si el lector ya la conociera, es lo bastante intrigante como para haber inspirado numerosas reflexiones sobre cómo pudieron haberse compuesto estos capítulos iniciales. [\[Volver\]](#)

16. Probablemente, la galería que conducía a la puerta central, por donde Genji había entrado en su carruaje. [\[Volver\]](#)

17. La prenda color de aster (shion) presumiblemente tenía el azul violáceo del simple color shion, cercano al de la campánula. [\[Volver\]](#)

18. Kami no sagariba, mechones cortados por encima de las orejas para enmarcar la cara. [[Volver](#)]

19. El prefacio japonés al Kokinshû critica la «zafiedad» de la poesía de Ôtomo no Kuronushi: «Es, por así decirlo, como un leñador que se detiene con su carga de leña bajo un árbol en flor». [[Volver](#)]

20. La pasarela entre los edificios parece consistir sólo en unas tablas, y la palabra del original, haiwataru, «cruzar lentamente» sugiere que la mujer lo cruza con inquietud. [[Volver](#)]

21. El dios de las montañas Kazuraki, a quien un mago ordenó que

construyera un puente de piedra entre una cadena de montañas y otra, se negó a trabajar con la luz del día, y por ello nunca terminaba. [\[Volver\]](#)

22. Tô no Chûjô. [\[Volver\]](#)

23. Hablan a su señora como iguales, pero a veces los niños se dirigen a ella en lenguaje honorífico.. [\[Volver\]](#)

24. Vestido de manera que ocultara su rango y, en este caso, al parecer también la cara. [\[Volver\]](#)

25. En el mito del monte Miwa, por ejemplo, un amante invisible visita cada noche a una joven. Finalmente ella ata un hilo a las ropas de él, lo sigue y descubre que es la serpiente que encarna a la

deidad de la montaña. [\[Volver\]](#)

26. La noche del año de la gran luna llena. En el calendario lunar, esta fecha corresponde al otoño. [\[Volver\]](#)

27. Es probable que el que habla se dedique a comprar arroz en el campo para venderlo en la ciudad. [\[Volver\]](#)

28. Probablemente está refinando arroz. [\[Volver\]](#)

29. Estos sonidos, al contrario que los ruidos anteriores, son poéticamente evocadores. Shirotae no («níveo») es un noble epíteto de koromo («túnica»). El sonido de una túnica golpeada en una plataforma de abatanar (kinuta) para limpiarla y devolverle el brillo denota el

otoño y el declive del año, y tal vez una mujer bajo la luna llamando a su amor perdido. El motivo es originalmente chino. Los graznidos de los gansos migratorios también evocaban el otoño y la despedida. [\[Volver\]](#)

30. Está «tocando el suelo con la frente», es decir, se postra repetidamente cuan largo es. El peregrinaje a Mitake (hoy Sanjô—ga—take, 1.720 metros de altura, en la cordillera de Ômine) requería una purificación estricta y atraía tanto a nobles como a plebeyos. La montaña era entonces especialmente sagrada para Miroku, el Buda futuro. [\[Volver\]](#)

31. Namô tôrai dôshi, la invocación a

Miroku, que descenderá a un mundo transfigurado dentro de millones de años. El peregrino rezaba para nacer en su era y escuchar sus enseñanzas. [\[Volver\]](#)

32. Alusiones excesivamente evidentes a La canción del pesar interminable, donde, en la Sala de la Larga Vida, los amantes juran que en el más allá serán como árboles con las ramas compartidas, o aves que comparten un ala. [\[Volver\]](#)

33. Recuerda a Kawara no In («Ribera del río»), construida por Minamoto no Tôru (822—895) y más adelante propiedad imperial. Kawara no In era el escenario de un famoso relato de

fantasmas, y su situación concuerda con la descripción de la obra. [\[Volver\]](#)

34. El «borde de las montañas» (donde la luna se pone) es Genji; la luna es la mujer, que no sabe cuáles son las intenciones de Genji con respecto a ella. [\[Volver\]](#)

35. Alrededor de la terraza: un arreglo improvisado, puesto que las varas de un carruaje normalmente descansaban en un «banco de varas» (shiji). [\[Volver\]](#)

36. El rango del mayordomo es demasiado bajo para hablar directamente a Genji. Sus palabras anteriores también deben de ser indirectas. [\[Volver\]](#)

37. En Man'yôshû 4482, de

Umanofuhito Kunihito, el poeta asegura a su dama que la amará aun cuando el río Okinaga deje de fluir. Este nombre, cuyo significado podría ser «largo aliento», se vincula en el poema al somorgujo (nio), ave que retiene la respiración para alimentarse bajo el agua. [\[Volver\]](#)

38. Genji juega a que ella le asusta porque es un zorro. [\[Volver\]](#)

39. Wakan rōei shū 722 (también Shinkokinshū 1703), una réplica a las proposiciones de un caballero: «Hogar propio no tengo, pues yo, hija de una buceadora, vivo junto a las espumosas olas que rompen en la orilla del mar». [\[Volver\]](#)

40. La réplica de Genji asocia «soy hija de una buceadora» con un juego de palabras sobre warekara: «culpa mía», pero también con el nombre de una criatura que se creía que moraba en las algas. [\[Volver\]](#)

41. Los que hay entre el pasillo y la terraza. [\[Volver\]](#)

42. Un joven descrito anteriormente como «un solo paje cuyo rostro no podían conocer los habitantes de la casa». [\[Volver\]](#)

43. Para repeler a un espíritu siniestro. [\[Volver\]](#)

44. Un grito de advertencia que servía para todo. [\[Volver\]](#)

45. A la hora del Jabalí (alrededor de las nueve de la noche), los cortesanos, que se presentaban para entrar de servicio en la cámara privada, anunciaban sus nombres al oficial responsable. Entonces los guardias que se presentaban para hacer la guardia anunciaban de igual modo sus nombres. [\[Volver\]](#)

46. Para que el hombre que venía con la luz no los viera a él y a la dama. [\[Volver\]](#)

47. Como exorcista. [\[Volver\]](#)

48. Según una leyenda, una noche, a altas horas, el canciller Tadahira pasaba ante el sitial del emperador en el Shishinden cuando un demonio aferró el

extremo de la vaina de su espada y le amenazó. Tadahira desenvainó y gritó: «¿Cómo te atreves a meterte con un emisario de Su Majestad?». El demonio huyó. [\[Volver\]](#)

49. Todavía parece creer que de alguna manera está viva. [\[Volver\]](#)

50. Genji, Ukon y la dama parecen encontrarse en el pasillo, con un biombo entre ellos y la cámara. [\[Volver\]](#)

51. El monte Hiei [\[Volver\]](#)

52. Las perneras de los pantalones fruncidos solían atarse a los tobillos con un cordón, pero, para tener libertad de movimiento, Koremitsu se los ata justo por debajo de las rodillas. [\[Volver\]](#)

53. Ha aceptado el inconveniente de entrar en contacto con la muerte y el bochorno de que le vean caminar, cuando un hombre de su posición debería ir a caballo. [[Volver](#)]

54. Los cuñados de Genji. [[Volver](#)]

55. Genji se encuentra en la cámara, donde las persianas todavía están bajadas. Si Genji le hubiera permitido sentarse, Tô no Chûjô habría sufrido la misma contaminación (por el contacto con la muerte) que Genji, y la habría transmitido a su familia, al palacio y así sucesivamente. [[Volver](#)]

56. Esta muerte (ficticia) significa que tanto Genji como los habitantes de la

casa están manchados. Genji debe quedarse en casa, en una especie de cuarentena, durante un mes, hasta mediados del noveno mes, una época especialmente cargada de ritos shintoístas. Además, el enviado imperial a un importante rito en Ise (el Kanname-sai) partió el día 11 del mes, y para esa ocasión se prohibió la entrada en el palacio a los sacerdotes budistas y personas en duelo. [\[Volver\]](#)

57. Kurôdo no Ben, un hermano menor de Tô no Chûjô. Puede que Genji sospeche de Tô no Chûjô, que no le cree, y quiera asegurarse de que transmiten su mensaje adecuadamente. [\[Volver\]](#)

58. Para un funeral, de acuerdo con el almanaque. [\[Volver\]](#)

59. Una dama de honor, probablemente la hermana de Koremitsu. [\[Volver\]](#)

60. Una luna dos días después de la llena. [\[Volver\]](#)

61. Los corredores que le preceden con antorchas. [\[Volver\]](#)

62. Genji cabalga hacia el sur a lo largo del río Kamo, en dirección al extremo meridional de las Colinas Orientales. A lo lejos, a su izquierda (al este), ve el campo de cremación de Toribeno, donde Yûgao será incinerada. [\[Volver\]](#)

63. La nenbutsu, la fórmula para invocar el nombre de Amida, solía pronunciarse en voz alta, pero no en un funeral. El Buda Amida acoge a las almas en su paraíso. [\[Volver\]](#)

64. Apartada del cadáver, que ha sido amortajado para el funeral. [\[Volver\]](#)

65. «Rocío» significa lágrimas. [\[Volver\]](#)

66. Probablemente Koremitsu aún puede ver el Kiyomizudera, que se alza al este. El templo está dedicado a forma de Kannon, el bodhisattva de la compasión y rescatador de peligros. [\[Volver\]](#)

67. Los Budas (hotoke) invocados por Genji podrían ser uno o muchos. Es

posible que también él piense en Kannon de Kiyomizu. [\[Volver\]](#)

68. Normalmente habría vestido de gris claro, pero su intimidad con Yûgao exigía un tono más oscuro. [\[Volver\]](#)

69. Los ritos para guiar al alma hacia un renacimiento afortunado se celebraban cada siete días durante los primeros cuarenta y nueve después de la muerte, y luego a intervalos más amplios. Nuevas pinturas de las divinidades budistas involucradas se confeccionaban para cada servicio durante el período inicial de cuarenta y nueve días. [\[Volver\]](#)

70. Sanmi no Chûjô. Había ostentado el tercer rango cortesano (sanmi) y la

graduación de capitán en la guardia de palacio. Esta combinación era insólita, porque normalmente un capitán sólo ostentaba el cuarto rango. De todos modos, puesto que un hombre del tercer rango era una personalidad de alcurnia, en teoría Yûgao había nacido en el seno de la clase superior sobre la que hablaban los jóvenes aquella noche lluviosa.

[\[Volver\]](#)

71. Teniente de la guardia de palacio. Aparece brevemente con este cargo en «El pabellón de la paulonia».

[\[Volver\]](#)

72. Tô no Chûjô explica en «El árbol de retama» que su esposa (Shi no Kimi),

la cuarta hija del ministro de la Derecha, que todavía vive en la residencia de su padre, envió a la muchacha esas amenazas. [\[Volver\]](#)

73. Probablemente un «gran obstáculo» (ôfutagari) debido a los movimientos de una deidad conocida como Taishôgun Maô Tennô. [\[Volver\]](#)

74. De un poema de Bai Juyi sobre el pesar de una esposa que golpea la plataforma de abatanar sintiendo nostalgia del marido ausente (Hakushi monjû 1287). [\[Volver\]](#)

75. Shûishû 894, un reproche a un amante cruel: «No tú, que afirmas estar sufriendo tanto, sino yo soy la que ahora

no tiene nada por lo que vivir». [\[Volver\]](#)

76. Al parecer, le sorprendería descubrir que él no era el primer amante de su mujer. [\[Volver\]](#)

77. El «pequeño nudo alrededor del junco» es la única noche que los amantes han pasado juntos, y también puede aludir al nudo del cordón de los pantalones de la muchacha, visto a la luz de la lámpara. De este poema procede el tradicional nombre de Nokiba no Ogi («junco cabe los aleros»). [\[Volver\]](#)

78. «Me alegré de recibir tu mensaje después de un silencio tan largo, pero mi tristeza no puede aliviarse, sobre todo ahora que estoy casada y ya no soy dueña

de mí misma». [\[Volver\]](#)

79. Tras la muerte de Yûgao.
[\[Volver\]](#)

80. Hokkedô, dedicado a ritos centrados en el fundamental Sutra del Loto. [\[Volver\]](#)

81. Ganmon, un documento formal en chino, normalmente compuesto por un especialista. [\[Volver\]](#)

82. Era habitual ofrecer ropas y otras pertenencias del difunto al templo, pero como al morir ella no tenía nada más que lo que llevaba puesto, Genji había encargado un nuevo juego de prendas como ofrenda. [\[Volver\]](#)

83. Durante los primeros cuarenta y

nueve días el espíritu deambulaba en un «estado de transición» (chûu), y luego renacía según su karma. «Qué camino» significa cuál de los seis reinos de transmigración: los reinos de los seres celestiales, humanos, demonios, guerreros, bestias, fantasmas famélicos o el infierno. [[Volver](#)]

84. Descrita anteriormente como la esposa de un vicegobernador honorario. [[Volver](#)]

85. Con serpentinas de tela (nusa) de diversos colores para ofrecerlas a los dioses del camino (sae no kami), que protegen a los viajeros. [[Volver](#)]

86. Utsusemi. [[Volver](#)]

Capítulo 5

1. Los «hechizos» (majinai) consisten en magia sanadora realiza por especialistas del Departamento de Medicina; los «ritos de curación» (kaji) son ritos budistas efectuados por monjes.

[\[Volver\]](#)

2. Aproximadamente, comienzos de mayo en el calendario solar. [\[Volver\]](#)

3. Tiras de papel en las que están inscritas las sílabas en sánscrito de las deidades apropiadas. [\[Volver\]](#)

4. Un eclesiástico de alto rango y

también noble, alguien a quien Genji no desearía ver inapropiadamente vestido. El texto evita nombrarlo. [\[Volver\]](#)

5. Parece que ponen agua sagrada (aka) en un sencillo estante de ofrendas (akadana), que por lo general estaba junto a la terraza de la casa. Las «flores» son probablemente el habitual anís estrellado (shikimi). [\[Volver\]](#)

6. Probablemente el monte Asama, también en el centro de Honshu. [\[Volver\]](#)

7. Es un novicio (Nyûdô), alguien que ha hecho votos preliminares, viste túnica budista y lleva una vida de devoción religiosa en su casa. [\[Volver\]](#)

8. Había renunciado a un puesto de

cuarto rango inferior para tomar uno clasificado como quinto superior.

[\[Volver\]](#)

9. Para el renacimiento en el paraíso del Buda Amida. [\[Volver\]](#)

10. El quinto rango, grado inferior. En el capítulo «Suma», aparece como Yoshikiyo. [\[Volver\]](#)

11. La observación de Genji juega, como lo hacen muchos poemas, con las sílabas mirume, que se refieren tanto a las algas como a un encuentro de amantes. El destino de la muchacha será sombrío si acaba ahogada entre las algas, y ella debe de sentirse triste si eso es lo que piensa.

[\[Volver\]](#)

12. Jibutsu, una imagen de Buda que es el centro de la devoción privada de una persona. [\[Volver\]](#)

13. Kyôsoke, un mueble corriente utilizado como pupitre de lectura. [\[Volver\]](#)

14. Probablemente el cabello está cortado no muy por debajo de los hombros (ama-sogi), como era costumbre en una monja que permanecía en casa. [\[Volver\]](#)

15. Yamabuki, cuya capa superior es ocre (usu kuchiba) y el forro amarillo. [\[Volver\]](#)

16. Una jaula improvisada, puesto que es en realidad un fusego, una especie

de armazón que se colocaba sobre un incensario y que se cubría con una túnica para perfumarla. [\[Volver\]](#)

17. El pecado budista de capturar y mantener prisionero a un ser vivo. [\[Volver\]](#)

18. «¿Cómo puedes morir antes de saber lo que será de tu nieta?» La imagen de la «plantita» (wakakusa) recuerda Ise monogatari 90, sección 49. [\[Volver\]](#)

19. A través de Koremitsu. [\[Volver\]](#)

20. Descripción estereotipada de una humilde morada, y de ahí la trillada expresión de modestia. [\[Volver\]](#)

21. El fogaril (kagaribi) es un fuego de leña dentro de una jaula de hierro, y se

utilizaba para iluminar los jardines por la noche; el farol (tôrô), que contiene una lámpara de aceite, era de madera, bambú o metal, y se colgaba de los aleros. [\[Volver\]](#)

22. La parte «delantera» de la casa, normalmente utilizada para alojamiento de los invitados. [\[Volver\]](#)

23. Su amor por Fujitsubo. [\[Volver\]](#)

24. Probablemente, una dama de honor al servicio de la muchacha y su madre. [\[Volver\]](#)

25. El hermano mayorde Fujitsubo. [\[Volver\]](#)

26. Fujitsubo. [\[Volver\]](#)

27. Soya, un servicio regular que

duraba más o menos de las seis de la tarde a las diez de la noche. [\[Volver\]](#)

28. Parecen hallarse en el ala oeste de la casa, mientras que Genji (en el pasillo) se encuentra en el lado sur. Da la impresión de que sólo están separados por biombos. [\[Volver\]](#)

29. «No compares las lágrimas de alguien que hace una breve visita a estas montañas con las vertidas por alguien que ha pasado la vida entera entre ellas». Hace caso omiso de las connotaciones románticas del rocío (las lágrimas de los amantes que sufren) en el poema de Genji. [\[Volver\]](#)

30. «El sueño de las pasiones que

impiden la percepción de la verdad». Genji está haciendo un cumplido a su anfitrión. [\[Volver\]](#)

31. El rito protector se centraba, como muchos otros, en el cántico de un darani, una expresión místicamente poderosa en la pronunciación japonesa de una transliteración china del sánscrito. [\[Volver\]](#)

32. La flor udumbara florece una vez cada tres mil años, cuando un gobernante perfecto aparece para unir al mundo entero en la verdad de Buda. [\[Volver\]](#)

33. La modesta puerta de «pino» contrasta la constancia del árbol de hoja perenne con la belleza pasajera de la flor.

[\[Volver\]](#)

34. Toko, un objeto budista esotérico y símbolo de suprema clarividencia. Otras variantes tienen tres, cinco o más puntas o púas. [\[Volver\]](#)

35. El Buda alcanzó la iluminación bajo un árbol bo, cuyas semillas eran preciadas como cuentas de rosario. El príncipe Shôtoku (574—622) estableció el budismo en Japón tras su introducción oficial desde Kudara (un antiguo reino de Corea). Los frascos de medicina (asociados con Yakushi, el Buda de la Curación) están hechos de ruri, en teoría lapislázuli (una piedra azul) pero en la práctica, por lo menos en Japón, más a

menudo de cristal. [\[Volver\]](#)

36. «Ahora que he visto a la niña, no deseo separarme de ella a causa de las objeciones de los que la guardan».

[\[Volver\]](#)

37. De una oportuna canción saibara titulada «Kazuraki». [\[Volver\]](#)

38. Tô no Chujô, conocido por su dominio de la flauta travesera (fue), presumiblemente se encargó de viajar con unos acompañantes adecuados. El hichiriki es un pequeño instrumento de lengüeta hecho de bambú; el shô es un agrupamiento de finos tubos de bambú que surgen de un recipiente de aire en el que sopla el músico. [\[Volver\]](#)

39. Instrumento de siete cuerdas de la familia del koto. Muy respetado en China, también era apreciado en Japón a comienzos del siglo X, y el gusto de Genji por él aparece de manera destacada en capítulos como «Suma» y «Akashi». Sin embargo, no parece que se tocara mucho en la época de la autora. [[Volver](#)]

40. Los «últimos tiempos» de la enseñanza budista y mutsukashiki hi no moto, «miserio y pequeño Japón». [[Volver](#)]

41. El poema que cita Aoi no ha sido identificado. Tal vez Genji responde con desaprobación porque el poema tenía que ver con amantes ilícitos, no con una

pareja casada. [\[Volver\]](#)

42. «¿Por qué la niña se parece tanto a Fujitsubo? Probablemente porque Su Alteza de la Guerra y Fujitsubo son hijos de la misma emperatriz». La niña es sobrina de Fujitsubo. [\[Volver\]](#)

43. Una juguetona nota de cortejo para la niña. Esta clase de carta (musubi bumi) se escribía en una hoja de papel que luego se doblaba hasta convertirla en una tira muy estrecha con la que se hacía un nudo. [\[Volver\]](#)

44. Sbûishû 29, del príncipe Motoyoshi: «Me levanté antes del alba para ver mis flores de ciruelo, preocupado por lo que podrían haber

hecho los vientos de la noche». Genji teme que «los vientos de la noche» puedan dispersar los pétalos de las flores, es decir, que se lleven a la niña a algún lugar fuera de su alcance. [\[Volver\]](#)

45. Parece haber varias monjas ancianas, presumiblemente ex damas de honor, alrededor de la abuela de la niña. [\[Volver\]](#)

46. Las letras del silabario fonético con el que comenzaban las lecciones de escritura. [\[Volver\]](#)

47. La niña todavía escribe las letras kana separadas en vez de unir las. [\[Volver\]](#)

48. La niña debe de conocer el

poema al que Genji alude, puesto que todo niño que aprendiera a escribir tenía que copiarlo. Ambos juegan con el nombre de lugar Asaka-yama («monte Asaka») y asashi («superficial»). El poema original (Man'yoshu 3829, también citado en el prefacio japonés del Kokinshû) fue dicho en tiempos antiguos por una bella dama de la corte a un malhumorado señor norteño: «Monte Asaka, superficial es el manantial en el que ahora se refleja tu rostro, pero no mi corazón lleno de deseo». Su declaración elevó el estado de ánimo del visitante. [\[Volver\]](#)

49. «No puedo creer que hables en serio, y no puedo darte a mi nieta». Kokin rokujô 987: «Que haya empezado, ay, a

sacar agua de un manantial de montaña tan superficial que sólo me moja las mangas».

[\[Volver\]](#)

50. La intermediaria habitual entre Genji y Fujitsubo. El prefijo Ô indica que era de sangre imperial. Myôbu era el título que tenían las mujeres de rango medio al servicio de palacio. [\[Volver\]](#)

51. La expresión original contiene el verbo miru («ver»), que da a entender intimidad sexual. El pasaje es extremadamente comedido a causa de la elevada posición de Fujitsubo. El «último y tan desafortunado incidente» mencionado inmediatamente después no vuelve a aparecer en el relato. [\[Volver\]](#)

52. El original habla de Kurabu no Yama, un topónimo que por su sonido parece significar «Montaña oscura» y que se utiliza en poesía por esa razón.

[\[Volver\]](#)

53. Al causarle una enfermedad que desviaba la atención de los síntomas del embarazo. En la obra histórica, aproximadamente contemporánea, Eiga monogatari (Relato de las fortunas florecientes), una dama de honor puede observar los periodos de su señora, contar los días e informar al hombre concernido. Normalmente, el emperador habría tenido una clara idea de en qué momento Fujitsubo quedó embarazada y

cuándo debía esperar el nacimiento del niño. [\[Volver\]](#)

54. Son calles. Las direcciones en la ciudad se establecían a partir del cruce más cercano. [\[Volver\]](#)

55. Parece ser que han recibido a Genji no en la casa principal, sino en una de las alas, pero el significado preciso del pasaje es dudoso. [\[Volver\]](#)

56. El sendero del renacimiento en el paraíso. [\[Volver\]](#)

57. Está hablando a sus damas de honor, incluida aquella por medio de la cual habla con Genji. [\[Volver\]](#)

58. Si le hubiera recibido en persona, podría haberle visto a través de las

cortinas. [[Volver](#)]

59. La resistencia de la monja impide el avance de Genji. En Kokinshû 732, el amante protesta diciendo que su «barquita» regresará siempre al mismo amor. [[Volver](#)]

60. Murasaki, más adelante el nombre de la muchacha, se refiere a Fujitsubo. Murasaki, una planta corriente en los prados, se asociaba al amor a causa del tinte violeta que se extraía de sus raíces. La fuji (glicina) del nombre «Fujitsubo» la vincula al mismo color. Kokinshû 867: «Debido a un solo tallo de murasaki, amo a todas las plantas y hierbas de la llanura de Musashi».

[\[Volver\]](#)

61. Una residencia levantada por el emperador Saga (reinó entre 809 y 823) y ocupada por emperadores retirados.

[\[Volver\]](#)

62. Imi, probablemente treinta días, aunque podrían ser veinte (empezando, en este caso, el día veinte del noveno mes), durante el cual el deudo permanecía en casa. El gris del luto se llevaba durante mucho más tiempo. [\[Volver\]](#)

63. «Tal vez no deseas que yo la vea [la ola], pero no pienso facilitarte las cosas al abandonar mi empeño». El motivo principal de este poema y del siguiente, con todo su juego de palabras,

es el de una ola imperiosa que avanza hacia su objeto de deseo en la orilla.

[\[Volver\]](#)

64. De Gosenshû 731, de Koremasa: «Estoy impaciente en secreto, mas ¿por qué, durante años y más años, no llega nunca ese día en que por fin me reuniré con ella?». [\[Volver\]](#)

65. Genji parece estar sentado en el pasillo, con una persiana entre él y las mujeres que se encuentran en la cámara. La única luz, una lámpara de aceite, está en el lado de las mujeres. [\[Volver\]](#)

66. Parece llevársela a su aposento, aunque el texto no lo dice. [\[Volver\]](#)

67. El poema de Genji trenza

expresiones de una canción saibara conocida como «La entrada de mi amor» («Imo ga yado»). [[Volver](#)]

68. En nombre de su señora. [[Volver](#)]

69. La «endebles puerta» cerrada (kusa no tozashi) procede de Gosenshû 899 y 900, un intercambio análogo entre Fujiwara no Kanesuke y una mujer cuyo nombre no se menciona. [[Volver](#)]

70. La carta (kinuginu no fumi) que un amante envía a su amada tras regresar a casa desde la de ella a primera hora de la mañana. [[Volver](#)]

71. Se lo dice a las damas de honor. Luego se dirige directamente a su hija. [[Volver](#)]

72. Carecen del aspecto almidonado de las nuevas, que presumiblemente las personas que cuidan de la niña no pueden permitirse. [[Volver](#)]

73. Su esposa no quiere ver a la hija de la amante de Su Alteza. [[Volver](#)]

74. Está indignada porque Genji, tras haber dormido una sola vez (aunque castamente) con la niña, no vuelve a hacerlo las dos noches siguientes como para sellar su relación a la manera de un matrimonio. Genji reconoce esta obligación, pero la niña es tan joven que, a pesar de sus intenciones en el futuro, de momento no parece tomárselo muy en serio. [[Volver](#)]

75. Probablemente está

confeccionando nuevas ropas para que la chiquilla vista en casa de su padre.

[\[Volver\]](#)

76. Azuma (goto), es decir, el wagon, el «koto japonés» de seis cuerdas.

[\[Volver\]](#)

77. Canción folclórica en la que una campesina rechaza a su amante: «Aquí, en Hitachi, tengo mi campo para pasar la azada... ¿A quién has venido a buscar en esta noche lluviosa, por el páramo y la montaña?». Genji está pensando en Aoi.

[\[Volver\]](#)

78. El momento en que su pupila inicia una nueva vida con Genji. [\[Volver\]](#)

79. Ônkayu, arroz hervido. [\[Volver\]](#)

80. De luto por su abuela. En este caso, el período de luto era de tres meses. [\[Volver\]](#)

81. A través de las persianas. [\[Volver\]](#)

82. El cuarto rango vestía de negro, y el quinto de rojo. [\[Volver\]](#)

83. Como modelos caligráficos. [\[Volver\]](#)

84. Kokin rokujô 3507, que Genji había escrito completo: «Nunca he estado allí, pero habla de la llanura de Musashi y me quejaré; pero, ah, no tiene remedio, la culpa es de la murasaki». El poema alude a Kokinshu 867 y a muchos otros acerca

de la murasaki en la gran llanura de Musashi. La murasaki se refiere a la mujer a quien el poeta desea; en el caso de Genji, Fujitsubo, cuyo nombre, puesto que fuji significa «glicina», también recuerda el color del tinte murasaki. [\[Volver\]](#)

85. El comienzo del poema también puede interpretarse de otra manera: «Es demasiado joven para dormir con ella». Comenta el poema mencionado y alude a otro, que aparece antes en este capítulo: «Con qué satisfacción recogería y pronto haría mía esa plantita silvestre brotada de la misma raíz compartida por la murasaki». La planta inaccesible es Fujitsubo. [\[Volver\]](#)

86. Sus trazos son anchos (fukuyokani), de una manera que, según los comentarios antiguos, era característica de la caligrafía infantil. [\[Volver\]](#)

87. Sus compañeras de juego son warawabe (pajes de su edad o mayores) y chigo (niñas más pequeñas que aún no realizan ningún servicio). [\[Volver\]](#)

88. Se le llama por primera vez kimi («joven señora»), en vez de wakagimi («pequeña señorita»), mientras que a Genji se le llama otokogimi («joven caballero»). Esta combinación de kimi y otokogimi los reconoce a los dos como pareja. [\[Volver\]](#)

Capítulo 6

1. En particular Aoi y Rokujô.

[\[Volver\]](#)

2. Utsusemi («caparazón de cigarra») y Nokiba no Ogi («junco»). «Junco» (ogi) y «brisa» (kaze) estaban unidos convencionalmente; la brisa que agita los juncos podría anunciar la visita de un amante. [\[Volver\]](#)

3. La anciana dama, ahora monja, a quien Genji visitó al comienzo de «La belleza crepuscular». [\[Volver\]](#)

4. Taifu no Myôbu, «la myôbu que es

hija de un taifu» («comisionado»).

[\[Volver\]](#)

5. Un príncipe que había conservado el título de gobernador de la provincia de Hitachi. Como en el caso de Kazusa y Shimôsa, el gobernador titular de Hitachi era un príncipe, pero el cargo era una sinecura y, en realidad, sólo el vicegobernador iba a la provincia.

[\[Volver\]](#)

6. Bai Juyi celebró en unos de sus poemas (.Hakushi monjû 2565) a sus «tres amigos», el kin, la bebida y la poesía. La amistad con la bebida no sería adecuada para una dama. [\[Volver\]](#)

7. Una noche de primavera

poéticamente perfecta, con la luna velada por la bruma. [\[Volver\]](#)

8. Al parecer, el padre de Taifu vive en casa de Suetsumuhana, lo cual sugiere que podría ser su hermano mayor. [\[Volver\]](#)

9. La noche siguiente a la de la luna llena. [\[Volver\]](#)

10. Genji viste por debajo de su categoría para pasar desapercibido. [\[Volver\]](#)

11. La palabra irusa, del topónimo Irusa Yama, puede leerse también con el significado «momento de la puesta», y también juega con «entrar» (en una casa). [\[Volver\]](#)

12. La hija que había tenido con Yûgao. [[Volver](#)]

13. Komabue, una flauta más corta y delgada que la yokobue que tocan los dos jóvenes. [[Volver](#)]

14. Una de las damas de honor. [[Volver](#)]

15. Ômiya, la esposa del ministro de la Izquierda, madre de Aoi y Tô no Chujô. Es también tía de Genji (la hermana de su padre). [[Volver](#)]

16. Una expresión de una canción de amor saibara. [[Volver](#)]

17. Los postigos entre el pasillo y la terraza. [[Volver](#)]

18. Futama, un espacio más pequeño y separado del pasillo. [[Volver](#)]

19. Una paráfrasis de tamadasuki kurushi, una expresión muy ornamental de Kokinshû 1037: «¿No me dirás tan sólo que no me amas? ¿Por qué el amor ha de ser tan vacilante?». [[Volver](#)]

20. Se tocaba para cerrar un debate doctrinal durante el Rito de los Ocho Discursos (Mi—hakô). [[Volver](#)]

21. Requerida después de que un hombre hubiera pasado la noche con una mujer, aunque en este caso el envío de una simple carta conllevaría entender la relación, erróneamente, como una aventura. El rango de la dama era tan

elevado que Genji debería haberla visitado otras dos noches, a fin de confirmar el matrimonio. [\[Volver\]](#)

22. Genji. [\[Volver\]](#)

23. El papel se ha vuelto del color de las cenizas (lejía) usadas como cáustico. La firmeza de los caracteres es un rasgo poco femenino, y el equilibrio uniforme carece de personalidad. [\[Volver\]](#)

24. Ese enorme tambor normalmente permanecía en el exterior y lo tocaban los sirvientes. [\[Volver\]](#)

25. Murasaki, la sobrina de Fujitsubo. [\[Volver\]](#)

26. Volviendo la lámpara hacia ella. [\[Volver\]](#)

27. El verdecedón (un vidriado de color verdegris claro) se llamaba el «color reservado» (hisoku), de acuerdo con la costumbre china, y lo usaba la nobleza más alta. [[Volver](#)]

28. Una esquina del pasillo. [[Volver](#)]

29. En la época de la autora, y tal vez antes, las mujeres ya no se recogían el cabello con una peineta. El Pabellón Musical Femenino (Naikyôbô) era donde se adiestraban las mujeres músico y las bailarinas de palacio, mientras que la Sala del Espejo Sagrado (Naishidokoro), en el Unmeiden, era donde se guardaba el espejo sagrado (uno de los tres emblemas reales). En ambos lugares vivían ancianas

damas de honor cuyas costumbres pertenecían en gran medida al pasado.

[\[Volver\]](#)

30. Fuera del lecho rodeado de cortinas. [\[Volver\]](#)

31. Que monta un elefante blanco. [\[Volver\]](#)

32. O «abultada». Ambos términos son homófonos. [\[Volver\]](#)

33. Usu («ligero») kurenai, un sereno y claro rosa rojizo de la gama kurenai, cuyo extremo más oscuro estaba «prohibido» (kinjiki) para todos excepto para el emperador y la familia imperial. El kurenai procede del tinte de alazor (suetsumuhana). [\[Volver\]](#)

34. A comienzos del período Heian, a los nobles les gustaba la piel de marta cibelina de Siberia, pero en la época del relato ya había pasado de moda. [[Volver](#)]

35. «El hombre que ha empezado a verte»: «tu hombre» o «tu marido». [[Volver](#)]

36. Más literalmente, «la nieve derramada parecía la famosa Sue». Gosenshû 683, de Tosa: «¿Son mis mangas la famosa montaña cubierta de pinos de Sue, de modo que las olas se abaten sobre ellas desde el cielo todos los días?». [[Volver](#)]

37. Genji basa su poema en uno de Bai Juyi (Hakushi monjû 0076) sobre los

sufrimientos de los campesinos. y entonces tararea un verso del original, en el que «el más joven» es un muchacho en vez de la mujer que está ante él. La nariz cruza por su mente porque en los versos posteriores Bai Juyi habla de cómo a los campesinos les escuece la nariz a causa del frío. [[Volver](#)]

38. Puesto que aparecería otro hombre para cuidar de ella. [[Volver](#)]

39. Un papel blanco confeccionado especialmente en el norte de Japón (Michinokuni o Michinoku), a base de corteza de árbol... y una curiosa elección para escribir una carta de amor. [[Volver](#)]

40. «Vestidura de la lejana Catay»

(karakoromo) es una «palabra almohada» cuyo significado no guarda relación con el resto del poema. Debería tener una asociación convencional con la sílaba siguiente, pero el esfuerzo de la dama por conseguirlo ha sido vano. El resto del poema es trivial en extremo. [[Volver](#)]

41. Estas palabras irónicas contienen una cita de Man'yôshû 2325 y también se refieren al poema de Suetsu-muhana. [[Volver](#)]

42. Las partes exterior e interior de un manto de vestir tenían que ser diferentes. [[Volver](#)]

43. Suetsumuhana («alazor») significa, literalmente, «flor que se recoge

por la punta», una referencia a la manera en que se cosechan las flores; y hana («flor») es un homófono de «nariz».

[\[Volver\]](#)

44. Genji monogatari kochûshakusho in yô waka 448: «Había creído que el alazor es una flor de tono intenso, ¡pero se ha desteñido tanto que es muy sombrío!». La profundidad del tono puede referirse al linaje imperial de la dama, de quien uno podría esperar algo mejor, y el color del tinte confeccionado con el alazor se desvanece pronto. [\[Volver\]](#)

45. «Aunque ella te importe poco, asegúrate de no manchar la reputación de una mujer de tan alta cuna al

abandonarla». Una prenda sumergida una sola vez en el tinte de alazor (hitobana goromo) es, en consecuencia, muy pálida, como el tenue afecto de Genji. El poema juega con hana, «flor» y «nariz». [\[Volver\]](#)

46. Que una mujer le envíe prendas formales al hombre que la mantiene. [\[Volver\]](#)

47. Este fragmento de canción (al parecer tomado de dos canciones distintas) podría leerse de la siguiente manera: Tada ume no hana («el rosáceo rojizo de la ciruela») es un error del copista, que debió haber escrito tadarame no hana, que no sólo podría significar «la flor [roja] tadarame», sino también «la

nariz roja de la doncella [sagrada] que protege la forja». Esta «nariz roja» podría sugerir entonces el hoto («hogar», pero también «sexo») 1 de la doncella. Una «doncella del monte Mikasa» servía en el santuario de Kasuga, y puesto que la principal deidad de ese santuario procedía originalmente de la provincia de Hitachi, también esta expresión puede aludir a la hija del príncipe de Hitachi. De hecho, puesto que la deidad de Kasuga puede haber estado asociada en el siglo XI, como más tarde, con el trabajo de forja, ambas expresiones pueden aludir a la nariz roja (es decir, el sexo) de la doncella de la forja: Suetsumuhana.

[\[Volver\]](#)

48. Presumiblemente, otras damas de honor de la casa. [\[Volver\]](#)

49. «Cuando transcurren tantas noches sin que nos veamos, ¿me estás pidiendo que me mantenga alejado todavía más noches?» [\[Volver\]](#)

50. Otoko tôka. El día decimocuarto, un cantor jefe, bailarines y músicos elegidos entre los caballeros del círculo privado y los rangos cortesanos más bajos (jige) rodeaban el palacio, bailando y cantando canciones saibara. Las mujeres lo hacían todos los años (onna dôka), pero que lo hicieran los hombres era excepcional. La práctica se extinguió en 983. [\[Volver\]](#)

51. El Festival de los Ruanos Azules (Aouma no Sechie), en su origen una celebración china. Veintiún caballos, la visión de los cuales daba buena suerte, desfilaban ante el emperador y la corte. Hasta el reinado de Murakami (entre 946 y 967), que corresponde en el relato al sucesor del emperador actual, los caballos eran realmente ruanos azules, pero posteriormente fueron blancos.

[\[Volver\]](#)

52. El uguisu (ruiseñor japonés), cuyo retorno desde las montañas en primavera aguardaban los poetas como Sosei, en Shûishû 5: «Tras el amanecer del nuevo año, lo que uno espera oír es la

voz del ruiseñor». [\[Volver\]](#)

53. Kokinshû 28: «Aunque todas las cosas se renuevan en medio de los alegres cantos primaverales de las aves, sólo yo envejezco». La dama expresa una queja trivial que Genji pasa por alto. [\[Volver\]](#)

54. Kokinshû 970, donde el poeta expresa sorpresa y placer ante una visita inesperada. [\[Volver\]](#)

55. Murasaki no kimi: el primer uso de murasaki como un cuasinombre para la niña y no como una alusión a Fujitsubo. [\[Volver\]](#)

56. Blanco sobre rojo kurenai, que produce un efecto rosa pálido. [\[Volver\]](#)

57. En principio, los dientes de una

mujer joven sólo se ennegrecían (con una mezcla de sustancias conocida como hagurome) cuando se casaba. [\[Volver\]](#)

58. Le habían depilado las cejas naturales y dibujado otras más arriba. [\[Volver\]](#)

59. Beni, el color para maquillaje del tinte de alazor. [\[Volver\]](#)

60. Un espejo de bronce sobre un soporte. [\[Volver\]](#)

61. Heichû, el cómico amante del folclore de la era Heian, llevaba consigo una botella de agua cuando iba a cortejar, de modo que pudiera fingir que lloraba cuando lo necesitaba, hasta que su esposa descubrió la botella y echó tinta dentro. A

la mañana siguiente, cuando Heichû volvió a casa, vio en el espejo un monstruo de cara negra. [\[Volver\]](#)

Capítulo 7

1. La «estrofa» (ei) de la danza es un poema en chino atribuido a Ono no Takamura (802—852); la música se detenía mientras el bailarín principal la cantaba. A menudo se comparaba la voz de Buda con la de la kalavinka, el ave que canta en el paraíso. [[Volver](#)]

2. El bailarín ha señalado el momento culminante de la «estrofa» agitando las anchas mangas de modo que le envolvieran los brazos. [[Volver](#)]

3. Bailarines de linajes hereditarios

especializados en la danza bugaku.

[\[Volver\]](#)

4. «Las olas del mar azul» procedía de la China Tang. El poema alude a un relato sobre un momento mágico en la actuación de un bailarín chino. [\[Volver\]](#)

5. La antigua Corea y China. Había una barcaza primorosamente decorada para la música «coreana» y otra para la «china». [\[Volver\]](#)

6. Kaishiro. Los bailarines, tras haberse vestido sus trajes, aparecían dentro del círculo. [\[Volver\]](#)

7. La música china era «música de la Izquierda», y la coreana de la «Derecha». Los funcionarios de tan algo rango no

solían responsabilizarse de la música.
[\[Volver\]](#)

8. Shôkyôden, consorte del padre de Genji, no se menciona en ningún otro lugar. [\[Volver\]](#)

9. El nuevo rango de Tô no Chujô es alto para un capitán de la guardia de palacio, y el de Genji es muy excepcional.
[\[Volver\]](#)

10. De su promoción. [\[Volver\]](#)

11. El hermano mayor de Fujitsubo y padre de Murasaki. [\[Volver\]](#)

12. También el último día del año. El duelo por un abuelo materno duraba tres meses, y el de uno paterno. La abuela de Murasaki había muerto hacia el día veinte

del noveno mes. [\[Volver\]](#)

13. Chôhai, cuando los cortesanos reunidos saludaban al emperador la mañana del primer día del año. Genji visita a Murasaki un día después de que haya dejado de llevar luto. [\[Volver\]](#)

14. Porque es un año mayor de lo que era el día anterior. [\[Volver\]](#)

15. En el rito de expulsión de demonios (tsuina no gi) que se realizaba la última noche del año. [\[Volver\]](#)

16. «Hoy tenemos que practicar la kotoimi»: evitación del lenguaje aciago, incluido el sonido del llanto. [\[Volver\]](#)

17. Sekitai, usado con el manto formal (hō): un cinturón de cuero negro

con una doble hilera de cuadrados o círculos de piedra, jade o asta, colocados de manera que se vean en la espalda del portador. (Un pliegue del hô cubría la parte delantera.) El color del material variaba según el rango. El nuevo rango de Genji requería jade blanco. [\[Volver\]](#)

18. Naien, banquete ofrecido por el emperador el día de la Rata, el veintiuno, veintidós o veintitrés del primer mes. Los invitados componían poemas en chino. [\[Volver\]](#)

19. El nacimiento del hijo de Fujitsubo. [\[Volver\]](#)

20. O tal vez «que podría morir [en el parto]». [\[Volver\]](#)

21. Para asegurar un parto sin contratiempos. [[Volver](#)]

22. Súplicas dirigidas a Fujitsubo por medio de ella. [[Volver](#)]

23. «Junto a él» se refiere al lado del recién nacido. Ômyôbu alude a Gosenshû 1102, de Fujiwara no Kanesuke, que habla sobre la oscuridad que anida en el corazón de un padre afligido a causa de su hijo. [[Volver](#)]

24. Shinkokinshû 1494, de Keishi Joô: «Veo el parecido, pero no me consuelo ni un ápice; ¿qué voy a hacer con esta pequeña clavellina?». [[Volver](#)]

25. El «clavel silvestre» (tokonatsu) y la «clavellina» (nadeshiko) son la

misma flor, pero las dos palabras conllevan asociaciones diferentes. «Mucho había deseado que la flor se abriera» procede del Gosenshû 199, que Genji cita también en su propio poema. Éste se refiere a plantar nadeshiko para que consuelen de la ausencia de alguien muy amado, en este caso, el pequeño.

[\[Volver\]](#)

26. Kokinshû 167, poema romántico sobre el nadeshiko, de Ôshikôchi no Mitsune: «No dejaré ni una mota de polvo [traducido aquí como «una o dos palabras»] posada en estas clavellinas sobre las que mi amor ha yacido».

[\[Volver\]](#)

27. El «clavel silvestre» o la «clavellina» de su intercambio con Fujitsubo. [[Volver](#)]

28. Shûishû 967 (también Man'yôshû 1398), de Sakanoue no Iratsume: «¿Es él un alga en la orilla, cubierta cuando la marea está alta? ¡Le veo tan poco y lo echo tanto de menos!». El gesto de Murasaki es de azoramiento. [[Volver](#)]

29. Gracias a los dobles significados de Kokinshû 683, las palabras de Genji prolongan la escena a orillas del mar del poema que ha citado Murasaki: «Pudiera ser que me hartara del alga [mirume, también “encuentro” de amantes por la que, según dicen, los buceadores se

sumergen por la mañana y al atardecer en Ise». [\[Volver\]](#)

30. La mano izquierda pulsa y suelta la cuerda punteada por la derecha, de modo que el tono se ondula. [\[Volver\]](#)

31. Aoi. [\[Volver\]](#)

32. Unebe y nyokurôdo, dos clases de sirvientas jóvenes integradas en el personal del emperador. La unebe (o uneme) le atendía durante las comidas, mientras que la nyokurôdo se ocupaba de su vestuario. [\[Volver\]](#)

33. De modo que ella pudiera seguir ocultándole el rostro, como lo requerían las buenas maneras. [\[Volver\]](#)

34. Kokinshû 892: «Vieja es la

hierba bajo los árboles en Ôaraki; ningún corcel pade allí, nadie acude a segarla». Genji reconoce el poema como una declaración de que desea un hombre con avidez. [[Volver](#)]

35. Saneakira shû 28, de Fujiwara no Saneakira: «Oigo el canto del cuclillo, pues el bosque de Ôaraki debe de ser su alojamiento veraniego». [[Volver](#)]

36. «Hay otras cosas, ¿sabes?» (omoinagara zo ya) contiene sílabas que forman el nombre del Nagara (puente), mencionado con frecuencia en poemas que lamentan la vejez. La respuesta de la mujer, hashibashira («columna de puente»), aquí traducida para darle

significado narrativo como «lamentando la traición del tiempo», procede de uno de tales poemas, probablemente Shûishû 864. [\[Volver\]](#)

37. En su canción saibara una muchacha, cortejada por un cultivador de melones, se pregunta si debe aceptarla. Genji entiende que está diciendo: «¿Debo abandonar a ese hombre que me rechaza [Genji] y conformarme con otro?». [\[Volver\]](#)

38. En «Al oír a una muchacha cantar de noche», Bai Juyi (Hakushi monjû 0498) describía un viaje a Ezhou Gakushû), durante el que había oído a una mujer en una embarcación cercana que

cantaba una canción desgarradora, canción que se transformó en lastimero llanto. [\[Volver\]](#)

39. En la canción saibara «Azumaya» («La cabaña del este»), un hombre llega a la puerta de una mujer bajo un aguacero y le pide que le deje entrar. La mujer responde desde el interior que la puerta no está cerrada y le invita a que entre. Una azumaya era un tipo de casa con tejado de paja característica del este de Japón. [\[Volver\]](#)

40. Literalmente, «Estoy seguro de que la conducta de la araña estaba perfectamente clara». En el notorio Kokinshû 1110, de la princesa Sotori, «la

conducta de la araña» significa con toda claridad la visita de un amante. [\[Volver\]](#)

41. Este intercambio de poemas está lleno de juegos de palabras. La observación de Tô no Chûjô después de su poema alude a Kokin rokujô 3261, que evoca una túnica roja que, cuando se lleva en el exterior, muestra a todo el mundo que el portador está absorto en asuntos amorosos. [\[Volver\]](#)

42. «Si no querías que nadie conociera tu relación con esta señora, deberías haberlo pensado dos veces antes de irrumpir así en este lugar». [\[Volver\]](#)

43. «No sirve de nada que me queje (aunque me gustaría hacerlo), ahora que

los dos os habéis ido y no regresaréis jamás». La imagen de las olas que rompen en una playa sugiere deseo erótico.

[\[Volver\]](#)

44. El río de mis lágrimas. [\[Volver\]](#)

45. Hatasode, una franja adicional de tela que alargaba la manga. [\[Volver\]](#)

46. «Para que no me culpes si esa mujer no quiere saber nada más de ti, ni siquiera he tocado esta faja azul tuya». El poema juega con «rasgar» la faja (la relación) y lo toma en préstamo dos veces (por ejemplo, hanada no obi, «faja azul») de la canción saibara que Tô no Chûjô también cita en su réplica. [\[Volver\]](#)

47. «¡Cunden los rumores!» procede

de Kokin rokujô 2108 («Aunque cundan los rumores como algas que recogen las gentes del mar, ¡mientras nosotros nos amemos, dejemos que el mundo diga lo que quiera!», y «se juraron silencio» (una paráfrasis por el significado narrativo) proceden de Kokinshû 1108. [[Volver](#)]

48. La brevedad y la forma velada de este anuncio tienen que ver con la solemnidad del acontecimiento. [[Volver](#)]

49. En la «morada en las nubes» (kumoi), una noble expresión para nombrar el palacio. [[Volver](#)]

Capítulo 8

1. Sakon no sakura, un cerezo junto a los escalones en la fachada (el sur) del Shishinden. Esta clase de fiesta, como celebrada bajo las hojas otoñales, estaba muy en boga alrededor de un siglo antes de la época de la autora. [\[Volver\]](#)

2. Tsubone, espacios creados por medio de cortinas y biombos que se situaban alrededor de los lugares que ocupaban los personajes. [\[Volver\]](#)

3. Los caballeros avanzaban en orden de rango y cada uno sacaba un carácter de

rima (como en una lotería) de entre los que estaban depositados sobre una mesa. Entonces, antes de retirarse, cada uno anunciaba el nombre de su clan, su cargo y su carácter de rima. El poema desarrollaba esta rima. [\[Volver\]](#)

4. «Canción del ruiseñor en primavera» (Shun'ôden), una pieza bugaku china. [\[Volver\]](#)

5. Más concretamente, la puerta de acceso al lugar donde podría haber encontrado a Ômyôbu para persuadirla de que le llevara a ver a su señora. [\[Volver\]](#)

6. El Kokiden se alza frente al Fujitsubo, en el lado este. [\[Volver\]](#)

7. La crítica de Genji, apropiada a sí

mismo, se dirige probablemente a la negligencia del servicio de la consorte Kokiden. Genji tiene una mala opinión de las costumbres del servicio. [\[Volver\]](#)

8. Shinkokinshû 55, de Ôe no Chisato: «Nada es comparable con la luna brumosa de una noche primaveral, ni brillante ni nublada». Oborozukiyo («noche con una luna brumosa») es el nombre con el que se conoce a la muchacha desde este momento. [\[Volver\]](#)

9. «Si desapareciese [muriera], ¿dejarías de buscarme sólo porque no te he dicho mi nombre?» [\[Volver\]](#)

10. «[Te he pedido que me digas quién eres sólo porque] si vengo a

buscarte, la gente podría verlo y condenarnos». [\[Volver\]](#)

11. La consorte Kokiden está a punto de regresar; algunas damas de honor la preceden, mientras que otras salen de sus aposentos para recibirla. [\[Volver\]](#)

12. Las habitaciones de Genji en palacio. [\[Volver\]](#)

13. El hermano menor de Genji, un príncipe que es virrey de Kyushu (Dazai no Sochi). [\[Volver\]](#)

14. Goen, una «fiesta complementaria» celebrada para un pequeño círculo del más alto rango. La ausencia de los rangos inferiores hace que sea menos formal y más elegante que la

fiesta anterior. [\[Volver\]](#)

15. Oborozukiyo. Genji la llama ariake («luna al amanecer») por asociación con «luna brumosa», y también porque éste es el periodo del mes lunar (el vigésimo y los días posteriores) de la luna ariake, a la que más abajo vuelve a referirse en un poema. [\[Volver\]](#)

16. Yoshikiyo, hijo del gobernador de Harima y el hombre que, en «La joven Murasaki», le habló a Genji acerca del anciano y su hija en Akashi. [\[Volver\]](#)

17. Kita no jin (llamada también Sakuheimon), la puerta norte en el recinto de palacio. [\[Volver\]](#)

18. Hermanos de la consorte

Kokiden, no mencionados en ningún otro lugar. [\[Volver\]](#)

19. Como yerno. [\[Volver\]](#)

20. «Triple» porque el abanico, con sus ocho varillas de ciprés, se pliega en tres partes. Es blanco por una cara y escarlata por la otra. [\[Volver\]](#)

21. De una canción saibara, la cantante es una joven enamorada (totalmente distinta a Aoi). [\[Volver\]](#)

22. Kokinshû 68, de Ise: «Oh, cerezo en una aldea de montaña sin nadie que te admire salvo yo, aguarda a florecer hasta que las flores de todos los demás lugares hayan caído». [\[Volver\]](#)

23. Dos hijas imperiales de la

consorte Kokiden, y por ello nietas del ministro. [\[Volver\]](#)

24. Son medio hermanas de Genji, así como nietas del ministro. [\[Volver\]](#)

25. Su manto de vestir (nôshi) está formado por capas superpuestas con flores de cerezo (sakura) estampadas, y es el apropiado para un hombre joven en primavera. Debajo lleva un shita-gasane teñido de ebi, que normalmente se ponía bajo el manto formal (hô) para asistir a acontecimientos solemnes en la corte. Un manto de vestir es relativamente informal, y su color no refleja el rango. Genji está haciendo alarde de su encumbrada posición. [\[Volver\]](#)

26. Intencionadamente, cita mal una canción saibara («Un hombre de Koma me robó mi faja, oh, amargo pesar el mío...»), sustituyendo «faja» por «abanico».

[\[Volver\]](#)

27. Oborozukiyo, la hija de un enemigo político, ha sido prometida al príncipe heredero. Además, a Genji ya le desagrada la vulgar ostentación de su familia, y es posible que le decepcione la facilidad con ella se le entrega. [\[Volver\]](#)

Capítulo 9

1. Suzaku, el hijo de la consorte Kokiden, ha sucedido al padre de Genji como emperador. Este cambio ha hecho subir al poder a la facción representada por la consorte Kokiden y su padre, el ministro de la Derecha. Además, parece ser que, como un último gesto, el padre de Genji le ha nombrado comandante de la Derecha, de modo que ahora debe viajar con una escolta de ocho guardianes. [\[Volver\]](#)

2. La crueldad de Fujitsubo. Kokinshû 1041: «Como en represalia por

no amar a quien me ama, aquélla a quien amo no me ama». [\[Volver\]](#)

3. Asagao. [\[Volver\]](#)

4. Con náuseas matinales por el embarazo. [\[Volver\]](#)

5. Abstinecias rituales que otras personas realizan por la dama para asegurarle un parto sin contratiempos. [\[Volver\]](#)

6. El Festival del Kamo, que se celebraba el día del Pájaro (tori) del cuarto mes, era uno de los principales acontecimientos anuales de la capital. [\[Volver\]](#)

7. En sentido estricto, la segunda Purificación, celebrada el día del Caballo

(uma) o la Oveja (hitsuji), que precede al día del festival propiamente dicho. [\[Volver\]](#)

8. De acuerdo con el Engi shiki, la primera Purificación requería un solo asesor como enviado imperial, mientras que la segunda requería un gran consejero, un consejero y dos consultores. [\[Volver\]](#)

9. Vestían indumentaria civil, con un manto formal de un color que indicaba su rango, en contraste con las túnicas provistas de cola y dos pares de pantalones de pernera abierta (el interior de seda roja y el exterior de brocado). [\[Volver\]](#)

10. Genji [\[Volver\]](#)

11. Más literalmente, «y tal vez porque aquello no era siquiera Sasanokuma, él pasó de largo sin hacer ninguna señal de reconocimiento...». Kokinshû 1080, atribuido a la diosa en Ise: «En Sasanokuma, junto al río Hinokuma, detente, deja que tu caballo abrevé, ¡que yo pueda mirarte!». [[Volver](#)]

12. Tsubo sôzoku, al atuendo para el exterior de una mujer respetable. Se envolvía la cabeza con una tela, y encima se ponía un sombrero de ala ancha. También se subía un poco las faldas para caminar. [[Volver](#)]

13. Las mujeres de posición demasiado modesta para llevar tsubo

sôzoku se envolvían el cabello en su prenda de vestir exterior cuando salían a la calle. [\[Volver\]](#)

14. Asagao. [\[Volver\]](#)

15. Ese día la suma sacerdotisa acudía al santuario del Kamo. [\[Volver\]](#)

16. Después de su nombramiento, la suma sacerdotisa se mudaba a un aposento especial de palacio, donde se sometía a la purificación hasta el séptimo mes del año siguiente, cuando por fin se trasladaba a Ise. Sin embargo en este caso parece que su traslado allí ha sido pospuesto. Entretanto, su casa ha sido purificada, y han colocado ramas del árbol sagrado sakaki, de las que penden serpentinas de

tela o papel, en los cuatro rincones y la puerta a fin de señalar el lugar como ritualmente puro. [\[Volver\]](#)

17. Donde vive Murasaki. [\[Volver\]](#)

18. Genji se dirige juguetonamente a las compañeras de juego de Murasaki como si fuesen adultas. [\[Volver\]](#)

19. Un día de buen agüero, según el almanaque. [\[Volver\]](#)

20. Genji dice que las damas con el cabello largo tienen, sin embargo, unos mechones laterales más cortos gami, el pelo que cae desde las sienes sobre las mejillas), pero el hitai gami de Murasaki parece tan largo como el resto de su cabello. Su lamento de que «no estarás

muy guapa» no va en serio. [\[Volver\]](#)

21. Al parecer, era costumbre desear que el cabello de una niña creciera hasta tener una longitud de «mil brazas». El poema de Genji compara el cabello de la niña con las algas marinas como una alabanza, y juega con el sustantivo miru (una clase de alga) y el verbo miru («ver», es decir, «poseer» [a una esposa]). [\[Volver\]](#)

22. El campo de equitación ([sakon no] baba) se encontraba cerca de la intersección de Ichijô y Nishi no Tôin; el pabellón (otodo) que había allí era donde se sentaban los capitanes y tenientes durante los yabusame, los cercámenes de

equitación que tenían lugar los días tercero y quinto del quinto mes. Para asistir al festival, la suma sacerdotisa bajaría desde su residencia temporal en el norte de la ciudad y seguiría hacia el este a lo largo de Ichijô hasta el santuario del Kamo. [\[Volver\]](#)

23. Presumiblemente un hiôgi, hecho de delgadas tiras de madera de ciprés (hinoki). La mujer habría escrito en un trozo de una de esas tiras. [\[Volver\]](#)

24. Siguiendo el talante del poema, «no me atrevería» se basa en un vocabulario especial para un festival sagrado. [\[Volver\]](#)

25. Kokinshû 509: «¿Soy el flotador

de la caña de pescar de quien pesca en la bahía de Ise, incapaz de decidirme?»

[\[Volver\]](#)

26. Literalmente, «los violentos rápidos del arroyo de la purificación» (misogigawa, el arroyo que fluye ante el santuario del Kamo). [\[Volver\]](#)

27. «Espíritus» (mononoke) son los espíritus de los muertos u otros seres sobrenaturales y, en general, conflictivos. «Fantasmas vivientes» (ikisudama) son los espíritus malevolentes de personas vivas. [\[Volver\]](#)

28. El poema de Rokujô desarrolla un juego de palabras entre koiji («arrozal [inundado] lleno de barro» y «sendero del

amor»), y su observación final significa: «Es cierto que te importo poco». Kokin rokujô 987: «Cuán amargamente lamento tomar agua del arroyo de montaña, tan superficial que sólo me mojo las mangas».

[\[Volver\]](#)

29. De un poema acertijo (Genji monogatari kochûsbakusbo in'yo waka 76) basado en las múltiples acepciones del verbo omou: «Al poner demasiado empeño en olvidar, sólo recuerdo; ¿por qué, cuando uno trata de olvidar, no olvida?». [\[Volver\]](#)

30. Las sacerdotisas de Ise se nombraban por adivinación al comienzo de un nuevo reinado. Primero se

purificaban en la orilla del río Kamo (primera Purificación), y luego entraban en el Shosai-in («Salón de la Primera Abstinencia»), en el recinto del palacio. En el otoño del año siguiente se sometían a la segunda Purificación y entonces ingresaban en el Santuario del Páramo; iban a Ise el noveno mes del año siguiente, tras una nueva purificación en el río Katsura. [\[Volver\]](#)

31. Nonomiya, un santuario temporal construido a tal fin en el páramo de Saga (Sagano), al oeste de la capital. [\[Volver\]](#)

32. Si enfermaba claramente, su presencia contaminaría el espacio sagrado habitado por su hija. [\[Volver\]](#)

33. Un antiguo hechizo en forma de poema, que debe ser repetido por quien ha visto un fantasma, encarece al hablante a que ate los dobladillos superpuestos en la parte delantera de su vestidura. [[Volver](#)]

34. Sus damas de honor la colocan en la posición acuclillada que entonces era normal para dar a luz. El agua medicinal caliente se utilizaba en los partos. [[Volver](#)]

35. Dirigidos por los sanadores (clérigos budistas) hacia las médiums que aguardaban, a través de las cuales los sanadores interrogaban a los espíritus y los hacían desaparecer. [[Volver](#)]

36. La placenta. [[Volver](#)]

37. Las fiestas (ubuyashinai) se celebraban las noches tercera, quinta, séptima y novena después de un nacimiento. Los invitados regalaban comida y ropa al niño. [\[Volver\]](#)

38. Las semillas de amapola se arrojaban al fuego sagrado goma durante el rito para sofocar a un espíritu. [\[Volver\]](#)

39. Se dirige a Aoi por medio de una dama de honor. [\[Volver\]](#)

40. Los nombramientos se anunciaban en primavera y otoño, y el ministro de la Izquierda, el funcionario veterano no imperial de la corte, presidía el acontecimiento. [\[Volver\]](#)

41. La almohada era el lugar de

reposo del alma. Si la retiraban, en caso de que el cuerpo volviera a la vida, tal vez el alma no podría encontrarlo.

[\[Volver\]](#)

42. Cuando la familia regresaba a casa, un servidor llevaba las cenizas en una urna. [\[Volver\]](#)

43. Presumiblemente su abuela o Yûgao. [\[Volver\]](#)

44. Alusión intencionada al fuego que ha consumido el cuerpo de Aoi. [\[Volver\]](#)

45. La esposa de luto por su marido vestía de un gris más oscuro que el marido de luto por su esposa, y mientras que ella mantenía el luto durante un año, el del esposo, en cambio, duraba tres

meses. [\[Volver\]](#)

46. Una frase china en alabanza del Bodhisattva Fugen, estrechamente asociado al Sutra del Loto. Se refiere a la percepción iluminada de la naturaleza de la existencia. [\[Volver\]](#)

47. Gosenshû 1187, de Kanetada no Haha no Menoto: «De no ser por el hijo concebido entre tú y yo, ¿cómo arrancarías ahora las hierbas del recuerdo?» Estas «hierbas» son shinobu, una planta cuyo nombre es homófono con el verbo que significa «recordar afectuosamente». [\[Volver\]](#)

48. Los servicios celebrados cada siete días durante los primeros cuarenta y

nueve días tras el fallecimiento. [[Volver](#)]

49. Edificio que, cuando era necesario, se convertía en el Shosai-in, donde la sacerdotisa pasaba un período de purificación. [[Volver](#)]

50. El continente se refiere al hábito de un monje; el «nuevo lazo» es su hijo recién nacido. [[Volver](#)]

51. Kokinshû 839, de Mibu no Tadamine, lamenta la crueldad especial de perder a un ser amado en otoño, que era una temporada de triste separación incluso para los vivos. [[Volver](#)]

52. El mensajero no dice de quién procede la carta tal vez porque la actual situación ritualmente pura de la remitente

le impide comunicarse abiertamente con una persona que está de luto. [\[Volver\]](#)

53. Un mensaje de una persona de luto (y en consecuencia contaminada por la muerte) tal vez no sería admisible en los aposentos de la sacerdotisa. [\[Volver\]](#)

54. Su marido. [\[Volver\]](#)

55. Tô no Chûjô, que al parecer ha sido ascendido al tercer rango. El de capitán era un cargo del cuarto rango, pero un hombre de excepcional alta cuna podía ser promovido a un rango superior. Probablemente ya no es secretario. [\[Volver\]](#)

56. Oba otodo, sobrenombre de la anciana que aparece en «Bajo las hojas

otoñales». Se lo puso el padre de Genji, según un pasaje de «La campánula».

[\[Volver\]](#)

57. La shigure, lluvia de fines de otoño y comienzos de invierno. [\[Volver\]](#)

58. El primer día del décimo mes (el primero del invierno), los cortesanos se ponían prendas nuevas. Aunque todavía está de luto, Tô no Chûjô viste de un color más claro. [\[Volver\]](#)

59. De un poema del poeta chino del siglo IX Liu Mengde, incluido en la antología Wenxuan (en japonés Monzen). El poema de Tô no Chûjô, más abajo, se basa en la misma referencia. [\[Volver\]](#)

60. El escarlata (kurenai) podía

llevarse fácilmente bajo el gris de un luto relativamente ligero. [\[Volver\]](#)

61. La madre de Aoi y Tô no Chûjô era hermana del padre de Genji. [\[Volver\]](#)

62. La «pequeña clavellina» (nadeshiko) representa al hijo de Genji; «el otoño que se ha ido», a su esposa fallecida. [\[Volver\]](#)

63. Genji monogatari kochûshakusho in'yo waka 514: «Las frías lluvias del décimo mes siempre caerán, pero mis mangas nunca han estado tan húmedas como ahora». [\[Volver\]](#)

64. «Difícilmente habría podido escribirte». [\[Volver\]](#)

65. Al parecer, una cita de un poema

hoy perdido. [[Volver](#)]

66. Viste un akome (prenda usada a menudo por las niñas pequeñas) bajo un kazami (vestido formal). El gris más oscuro indica un profundo duelo. [[Volver](#)]

67. Un verso (como «Blancas son las flores cubiertas por la escarcha», abajo) de la Canción del pesar interminable, de Bai Juyi. [[Volver](#)]

68. Aquí, como en otros lugares, tokonatsu («clavel silvestre») juega con toko (lecho). El rocío son las lágrimas de Genji. [[Volver](#)]

69. De las vidas anteriores. [[Volver](#)]

70. Durante los primeros cuarenta y nueve días de duelo, el deudo se

alimentaba muy parcamente y evitaba sobre todo la carne y las especias. [\[Volver\]](#)

71. Las cortinas y el mobiliario se cambiaban para el invierno, que daba comienzo el primer día del décimo mes lunar. [\[Volver\]](#)

72. Se dirige a ella de una manera muy cortés, a pesar de su tono íntimo. [\[Volver\]](#)

73. Este juego (hen-tsugi) consistía en adivinar caracteres parcialmente ocultos o trazar otros nuevos añadiendo elementos a los trazos dados. [\[Volver\]](#)

74. A fin de que pueda responder al poema que él le ha dejado junto a la

almohada. Tras la primera noche juntos de una pareja, era costumbre que el hombre dejara a la mujer un poema, al que ella respondía. Como está «anudada», la nota de Genji se refiere claramente al amor.

[\[Volver\]](#)

75. Pastelillos glutinosos de arroz, en forma de jabato (inoko mochii), que se comen para tener buena suerte a la hora del Jabalí (entre las nueve y las once de la noche) el primer día del Jabalí en el décimo mes lunar. El arroz se mezclaba con ingredientes como semillas de sésamo, castañas o caquis, de modo que los pastelillos tenían siete sabores y colores distintos. [\[Volver\]](#)

76. A los recién casados se les servía pastelillos de arroz blanco en su tercera noche juntos, aquélla en que su matrimonio estaba sellado. Sin embargo, el día del Jabalí (sólo la segunda noche en este caso) era funesto para comienzo de algo tan importante como el matrimonio.

[\[Volver\]](#)

77. El día de la Rata seguía al del Jabalí, pero los «pastelillos de ratita» (nenoko [no mochii]) no existían; el término de Koremitsu es una invención.

[\[Volver\]](#)

78. Ben debe de estar detrás de una cortina. El incensario, una caja, sirve para disimular el contenido. [\[Volver\]](#)

79. La muchacha confunde el significado de Koremitsu. Ada («erróneo», «impropio») puede significar, más específicamente, algo desvergonzado.

[\[Volver\]](#)

80. Ada es una palabra demasiado funesta para usarla en los días en que se celebra un desposorio. [\[Volver\]](#)

81. Los «pastelillos de la tercera noche» se servían en platos de plata, con palillos de plata y apoyapalillos de plata en forma de grulla, etcétera. [\[Volver\]](#)

82. Hasta casarse con Murasaki de una manera relativamente formal.

[\[Volver\]](#)

83. Oborozukiyo y Kokiden (Ima

Kasaki, «la nueva emperatriz», hermana mayor de Oborozukiyo e implacable enemiga de Genji). [\[Volver\]](#)

Capítulo 10

1. Eran temporales, pues el santuario se reconstruía, según las necesidades, en un nuevo lugar. [\[Volver\]](#)

2. La entrada a un santuario shintoísta, que normalmente está hecho de madera pulimentada; el que aparece aquí resalta el carácter temporal del santuario. [\[Volver\]](#)

3. Probablemente como una advertencia de la aproximación de Genji. [\[Volver\]](#)

4. Tal vez donde se preparaban las

ofrendas de alimentos [\[Volver\]](#)

5. Donde vive Rokujô. Su hija ocupa la casa principal. [\[Volver\]](#)

6. Aún los separa una persiana, pero Genji ve su silueta a través de ella. [\[Volver\]](#)

7. En la casa, en vez de en el santuario propiamente dicho. [\[Volver\]](#)

8. El del sakaki, de hoja perenne y, a la vez, el del corazón constante de Genji. [\[Volver\]](#)

9. «¿Por qué has venido y por qué me das esta rama de sakaki cuando no deseo corresponderte?» De Kokinshû 982, atribuido a la deidad de Miwa, para la que el cedro (sugi) es sagrado: «Mi

humilde morada se encuentra al pie de la montaña Miwa: ven, si me amas, a la puerta donde se alzan los cedros».

[\[Volver\]](#)

10. «Doncella del santuario» (otomego) parece referirse a la misma Rokujô, aunque sería más apropiado para su hija. Es una engo («palabra asociada») de sakaki. El poema se basa en Shôishû 1210, de Kakínomoto Hitomaro, y en Shôishû 577. [\[Volver\]](#)

11. Al oeste de Kyoto. [\[Volver\]](#)

12. Un grupo de cuatro nobles, encabezados por un consejero o asesor, que acompañaban a la sacerdotisa de Ise en nombre del emperador. [\[Volver\]](#)

13. Una cinta cortada en zigzag, hecha de corteza de morera y utilizada en los ritos shintoístas. [[Volver](#)]

14. Kakemakumo, una fórmula de respeto empleada en las plegarias del Shinto. [[Volver](#)]

15. Kokinshû 701 protesta de que incluso el temible dios del trueno se abstiene de cortar las relaciones entre dos amantes. [[Volver](#)]

16. La despedida de la sacerdotisa ante el emperador y su partida formal. [[Volver](#)]

17. Aproximadamente, entre las tres y las cinco de la tarde. [[Volver](#)]

18. La última vez que fue a palacio

en un palanquín lo hizo como futura emperatriz. [\[Volver\]](#)

19. Esta edad no coincide con la cronología de los restantes personajes de la obra. Si con lo que sabemos de ella ahora tiene treinta años, Genji sólo tiene catorce. [\[Volver\]](#)

20. Cuando una sacerdotisa partía, el emperador le ponía la «peineta de la despedida» en el cabello, diciéndole: «No vuelvas a dirigir el rostro hacia la ciudad». Permanecerá en Ise hasta que el emperador abdique. [\[Volver\]](#)

21. Idashiguruma, carruajes bajo cuyas ventanas se permitía a las damas de honor dejar que las mangas les colgaran

en una brillante exhibición de color.
[\[Volver\]](#)

22. Estas damas acompañarán a la sacerdotisa a Ise, y algunas de ellas tienen amantes que no volverán a verlas durante largo tiempo. Los Ocho Departamentos (Hasshō), un conjunto de edificios que albergaban las oficinas de los ocho principales departamentos del gobierno, estaban contiguos al Gran Salón de Estado, el principal edificio ceremonial en el recinto de palacio. [\[Volver\]](#)

23. «Pronto llorarás de pesar por haberme abandonado». En la ruta de Ise había que cruzar el río Suzuka. [\[Volver\]](#)

24. La Barrera de Osaka, un puerto

de baja altura con una barrera de peaje en la cima, en las afueras de la ciudad, por la principal carretera hacia el este. Su nombre sugiere au saka, «colina del encuentro». [\[Volver\]](#)

25. Ahora tiene cinco años. [\[Volver\]](#)

26. El de abandonar el mundo. [\[Volver\]](#)

27. La «pinza más baja» son los miembros de la familia del padre de Genji, que se están dispersando. [\[Volver\]](#)

28. Jimoku, la lista de nombramientos (generalmente a puestos regionales) y ascensos que se anunciaba el primer mes del año. En otro tiempo, los candidatos acudían en tropel para que

Genji los favoreciera. [\[Volver\]](#)

29. Oborozukiyo ha ascendido a Naishi no Kami. En principio, la titular supervisaba al personal femenino de palacio, las ceremonias palaciegas y la transmisión de peticiones y decretos. En la práctica venía a ser una consorte de rango inferior. [\[Volver\]](#)

30. Pabellón situado al norte del Kokiden y, por lo tanto, más alejado del emperador y menos ventajoso. [\[Volver\]](#)

31. Durante la primera mitad de la noche, los guardias de la Izquierda de palacio estaban de servicio, y en la segunda mitad, los de la Derecha. Este guardián, enviado a modo de broma para

que se presentara a su superior al parecer, ocupado de la misma manera que Genji) también habría anunciado su nombre. Genji, que está al frente de los guardianes de la Derecha de palacio, le conoce y por un momento teme que sea a él ante quien el guardián se presenta. [\[Volver\]](#)

32. Aproximadamente las tres de la madrugada. [\[Volver\]](#)

33. Su poema, como la réplica de Genji, juega con aku («amanece») y «estar cansado de». [\[Volver\]](#)

34. Las identidades de esta consorte y de su hermano no están claras. Sin embargo, es posible que se trate de la madre del emperador que se casa con la

hija de Genji, y él podría ser Higeкуро.

[\[Volver\]](#)

35. Nurigome, una habitación completamente cerrada, contigua a la cámara, con puertas dobles provistas de goznes. Podía servir como dormitorio o como almacén. [\[Volver\]](#)

36. Probablemente no la ha visto durante el día desde que llegó a la mayoría de edad. [\[Volver\]](#)

37. A menudo las frutas se servían en la tapa de una caja de escritura. [\[Volver\]](#)

38. La dama Qi (en japonés Seki), a quien amó el fundador de la dinastía Han, el emperador Gaozu. Tras la muerte de Gaozu, la celosa emperatriz hizo matar a

la dama Qi y a su hijo. [\[Volver\]](#)

39. Mediante el envío de servidores y miembros de su personal para que ayudaran a Fujitsubo. [\[Volver\]](#)

40. En palacio la tratan con desdén, y teme que haya en marcha conjuras para destronar a su hijo. Un antiguo comentario cita el relato de la dinastía Han en el que una emperatriz envenenó al príncipe heredero mientras el emperador estaba de caza. [\[Volver\]](#)

41. Con el cabello corto y el austero hábito de una monja. [\[Volver\]](#)

42. Presumiblemente, una dama de honor entrada en años. [\[Volver\]](#)

43. Yoi no sô: sacerdotes que

llevaban a cabo ritos nocturnos por la salud del emperador. [\[Volver\]](#)

44. Parece como si se hubiera ennegrecido los dientes, siguiendo la costumbre de las muchachas. [\[Volver\]](#)

45. Un templo al norte de la Ciudad. En su origen fue una villa imperial, y gozaba del favor de los devotos habitantes de la Ciudad. [\[Volver\]](#)

46. Rishi, el primer paso del escalafón de rangos detentados por los sacerdotes budistas de la clase más elevada. El título significa «maestro del Vinaya», el cuerpo de disciplina monástica. [\[Volver\]](#)

47. Los debates formales eran

corrientes en la vida monástica. [[Volver](#)]

48. Un pasaje en chino del Kanmuryoju-kyo (el Sutra de la Contemplación de la Vida Eterna) que se refiere al voto de Amida para salvar a quienes invocan su nombre. [[Volver](#)]

49. Un papel blanco y grueso de fibra de mayumi (evónimo). Probablemente a Genji este papel rústico le parecía más en consonancia con el entorno que el papel torinoko, más delgado y utilizado corrientemente para esa clase de cartas. [[Volver](#)]

50. «Yo, que sólo te tengo a ti, con tus variables estados de ánimo y tus amores, no puedo sentirme segura».

[\[Volver\]](#)

51. Asagao. De manera figurada, el viento transporta mensajes, y Urin'in estaba cerca del Kamo. [\[Volver\]](#)

52. La dama de honor a través de la cual Genji se comunica con Asagao. [\[Volver\]](#)

53. Genji parece referirse a una escena entre él y Asagao de la que el lector no sabe nada. «El atavío» se refiere a los yûdasuki, unos cordones de fibra de corteza de morera con las que los religiosos del santuario se ataban las amplias mangas para llevar a cabo los ritos. [\[Volver\]](#)

54. Ise monogatari 65, que expresa el

deseo de «ovillar», como si fuese hilo, el pasado en el presente. [\[Volver\]](#)

55. Sô, caracteres chinos cursivos utilizados con fines fonéticos en el estilo de caligrafía man'yogana. [\[Volver\]](#)

56. «Campánula» {asagao) se refiere a las flores que él le envió en cierta ocasión y, en el contexto, sugiere que él entonces la vio claramente, es decir, eran amantes. [\[Volver\]](#)

57. Las escrituras doctrinales canónicas preferidas por la escuela budista Tendai. [\[Volver\]](#)

58. La imagen principal del Urin'in. [\[Volver\]](#)

59. Por su padre. [\[Volver\]](#)

60. El frío rocío y la lluvia (lágrimas) enrojecen las hojas de otoño, por lo que las hojas que brillan de un modo especial evocan el amor intenso y desdichado. Genji piensa en Fujitsubo. [\[Volver\]](#)

61. Kokinshû 297, de Ki no Tsurayaki: «Las hojas de otoño que caen en las montañas, sin nadie que las vea, son como brocado en la oscuridad de la noche». [\[Volver\]](#)

62. Es decir, se pusieron a hablar de sus aventuras amorosas. [\[Volver\]](#)

63. En esa noche del noveno mes lunar, la luna sale hacia las diez de la noche. [\[Volver\]](#)

64. Una consorte imperial, sobrina de Kokiden y Oborozukiyo, y nieta del ministro de la Derecha. [\[Volver\]](#)

65. Este pasaje Shiji insinúa que Genji, protector del príncipe heredero, está tramando una rebelión pero fracasará. Cierta súbdito leal tramó asesinar al primer emperador de Qin a favor del príncipe heredero de Yen, pero el cielo reveló su plan mostrando un arco iris blanco que cruzaba el sol. (El sol representa al emperador y el arcoiris blanco armas o guerreros.) Entonces el príncipe de Yen temió que el complot fracasara, y así fue. [\[Volver\]](#)

66. Las «nueve capas de niebla» son

las de la mala voluntad que se interponen entre la que habla y el emperador (la luna). [\[Volver\]](#)

67. En un poema, por lo demás desconocido, que se cita en un comentario antiguo (Genji monogatari kochûs—hakusho in'yô waka 464), el hablante compara las brumas que ocultan un lejano cerezo con el corazón cruel de quien mantiene la distancia entre el amante y su amada. [\[Volver\]](#)

68. Gosenshû 1260: «Sólo sigo sufriendo, yo que apenas cuento para nada, y sin embargo me han añorado durante tanto tiempo...». [\[Volver\]](#)

69. Mi-hako, un rito que duraba

cuatro días y celebraba el Sutra del Loto. Cada día había un debate formal, en sesiones de mañana y tarde, en el que se desarrollaba el contenido de dos de los ocho rollos de Sutras. [\[Volver\]](#)

70. Un rollo esencial, que se comentaba durante la sesión matinal del tercer día. [\[Volver\]](#)

71. Ofender a la consorte Kokiden y al ministro de la Derecha. [\[Volver\]](#)

72. El instructor (Kôji) era fundamental en el debate de cada día. El capítulo «Devadatta» del sutra describió cómo el Buda servía a su maestro arrancando fruta, extrayendo agua y recogiendo leña, hasta que recibía la

enseñanza del Sutra del Loto. [\[Volver\]](#)

73. Probablemente los congregados avanzaban en procesión alrededor del estanque del jardín (asimilándolo al lago del paraíso), cargados con haces de leña, cubos de agua y ofrendas atadas a ramas de oro o plata artificial. [\[Volver\]](#)

74. Hasta un poco más abajo de los hombros. [\[Volver\]](#)

75. Kurobô, una mezcla de seis clases de incienso utilizada para aromatizar la ropa, sobre todo en invierno. [\[Volver\]](#)

76. Tanto Genji como Fujitsubo (abajo) aluden mediante un discreto juego de palabras a su hijo, el príncipe

heredero. [\[Volver\]](#)

77. Miyazukasa: miembros del personal de la emperatriz (chûgû shiki) que tenían un vínculo privado con Fujitsubo o su familia. [\[Volver\]](#)

78. El día siete del primer mes, veintiún caballos, cuya contemplación decían que prevenía contra el infortunio, eran conducidos ante el emperador y, más tarde, ante el emperador retirado, las damas imperiales de más alto rango y el príncipe heredero. La costumbre procedía de China. Fueron ruanos azules hasta el reinado de Murakami (946—967), que se corresponde con el presente del relato, pero a partir de entonces fueron blancos.

Esta era la única costumbre de Año Nuevo practicada cuando un emperador estaba de luto, y probablemente sea esta la explicación de que los caballos también vayan a la residencia de Fujitsubo, a pesar de que ahora es monja.

[\[Volver\]](#)

79. La del ministro de la Derecha, frente a Nijô (Segunda avenida). [\[Volver\]](#)

80. El gris azulado (aonibi) era normal para una monja; otras posibilidades eran el gris (usunibi) o el amarillo (kuchinashi), que llevan aquí las damas de honor que han hecho votos junto con su señora. [\[Volver\]](#)

81. «Ciertamente, ella muestra el

mismo fino gusto de aquella monja imperial de antaño». Gosenshû 1093, de Sose: «Hoy veo con mis propios ojos la célebre isla de los Pinos y, ciertamente, veo que mora aquí un ama de gusto más refinado». En este poema la palabra ama significa tanto «habitante de la costa» como «monja». La isla de los Pinos (Matsu no Urashima) se encontraba en la bahía de Shiogama, al norte de Honshu. Sosei escribió este poema en certeza de pino de la isla artificial que había en el estanque del jardín de una emperatriz que acababa de hacerse monja. [[Volver](#)]

82. «Penas como algas marinas» son nagame, «pena» y también un tipo de alga. [[Volver](#)]

83. La «ola» es su visitante, Genji.

[\[Volver\]](#)

84. Prerrogativa referente a los beneficios conferidos a personas del alto rango de Fujitsubo, por medio de sinecuras provinciales otorgadas a sus sirvientes. [\[Volver\]](#)

85. Normalmente, una emperatriz recibía como gabelas la producción y el trabajo de mil quinientas familias.

[\[Volver\]](#)

86. Tô no Chûjô. [\[Volver\]](#)

87. En palacio y en las grandes casas, las lecturas solemnes de la Daihannya—kyô eran acontecimientos regulares en primavera y otoño, pero

Genji parece haber añadido otros actos similares por su cuenta. [\[Volver\]](#)

88. «Doctores» son los estudiosos de la academia para jóvenes de la aristocracia. «Adivinación de rimas» (in futagi) era un juego consistente en adivinar las palabras para la rima de un poema chino que el concursante desconocía. [\[Volver\]](#)

89. Procedimiento habitual en toda clase de concursos (poesía, pintura, incienso, etcétera). [\[Volver\]](#)

90. Esta frase recuerda los dos poemas de Bai Juyi (Hakushi monjû 0850, 1055) y evoca la vena de la poesía china. La escalinata conducía al jardín desde el

edificio principal de la residencia del ministro de la Izquierda [\[Volver\]](#)

91. Canción popular saibara en la que un amante dirige una petición apasionada a su amada. [\[Volver\]](#)

92. Gesto de especial deferencia. Genji le ha dado al chiquillo una túnica que lleva bajo el manto de vestir. [\[Volver\]](#)

93. El poema de Tô no Chûjô cita la canción que su hijo ha cantado e incluso alude a las rosas, de las que que «entonces empezaban a florecer». [\[Volver\]](#)

94. No se conserva esa advertencia en las obras del literato Ki no Tsurayuki,

de comienzos del siglo X. [\[Volver\]](#)

95. En el Shiji, el duque de Zhou declara: «El hijo del rey Wen [en japonés, Bun] soy, hermano menor del rey Wu [en japonés, Bu] y tío del rey Cheng [en japonés, Sei]. En este reino no voy a ser despreciado». Todos estos personajes son sabios gobernantes de la antigüedad china. Parece ser que el rey Wen corresponde al emperador Kiritsubo, el rey Bu a su hijo Suzaku y el duque de Zhou a Genji. De ser así, el rey Cheng se corresponde con el príncipe heredero, que es realmente el propio hijo de Genji. [\[Volver\]](#)

96. La emperatriz madre estaba en el

edificio principal y Oborozukiyo en la cámara de una de las alas. El ministro entra directamente, cruzando la habitación contigua al pasillo, y se dirige a las persianas que pendían entre ésta y la cámara. [\[Volver\]](#)

97. El capitán es uno de los hijos del ministro; el vicechambelán (Miya no Suke) es el oficial de segundo rango al frente del personal privado de la emperatriz madre. [\[Volver\]](#)

98. Como yerno. [\[Volver\]](#)

99. Al acosar a Asagao, Genji violó una prohibición religiosa, por lo que tal vez puso en peligro el reino, pues la sacerdotisa del Kamo protegía a la ciudad

y el enfado de la deidad podía causar desastres. [\[Volver\]](#)

Capítulo 11

1. Tenía el nombre del pabellón de palacio donde vivía, apropiado para una consorte. [\[Volver\]](#)

2. Los participantes en el festival lucían hojas de malva real (aoi) y laurel (katsura) en sus tocados. Ambos tipos de hoja tienen forma de corazón. [\[Volver\]](#)

3. Kataraiishi («cantó...») se aplica con mayor frecuencia a personas y significa «hablar juntos»; comúnmente se refiere a lo que los amantes se dicen en privado. [\[Volver\]](#)

4. «Debo de haberme equivocado de casa». Un primitivo comentario cita este poema (Genji monogatari kochûshakusho in'yo waka 639): «Tan espesas son las hojas, en el jardín donde han caído todos los pétalos del cerezo, que uno confunde el seto plantado mucho tiempo atrás». [\[Volver\]](#)

5. Tal vez tenga otro amante desde la última visita de Genji. [\[Volver\]](#)

6. Esta hija de un funcionario destinado a Tsukuchi (Kyushu) aparece brevemente en el siguiente capítulo. Había sido danzarina del Festival de Gosechi. [\[Volver\]](#)

7. Kokin rokujô 2804: «Mientras

hablábamos del pasado, un cuclillo (¿cómo lo supo?) cantó con la voz que tanto tiempo atrás». [\[Volver\]](#)

8. Este poema está basado en el Kokinshû 139 («el perfume de la flores de azahar que aguarda al quinto mes recuerda las mangas de alguien del lejano pasado») y Man'yôshû 1477 (también Kokin rokujô 4417): «el cuclillo en la aldea donde caen las flores de azahar canta y canta durante innumerables días». [\[Volver\]](#)

9. En el lado oeste de la casa principal. La dama que se encuentra ahí parece haber sido el objetivo primordial de la visita de Genji. [\[Volver\]](#)

Capítulo 12

1. Koshinshû 405, de Ki no Tomonori: «Así como la faja va en dos direcciones para dar la vuelta y reunirse de nuevo, así anhelo que el tiempo nos reúna una vez más». [\[Volver\]](#)

2. Con las persianas interiores totalmente bajadas (shita sudare, paños de seda que pendían por la parte interior de las persianas del carruaje propiamente dichas). [\[Volver\]](#)

3. China. [\[Volver\]](#)

4. Tô no Chûjô. [\[Volver\]](#)

5. Cuando Aoi vivía, Genji no tenía que marcharse antes del alba. [\[Volver\]](#)

6. Gosensbû 719, de Ki no Tsurayuki: «Le preguntaría con agrado: ¿cómo es el dolor de una separación indeseada al alba?». [\[Volver\]](#)

7. De Kokinshû 952: «¿Dónde podría vivir, entre las rocas, que no oyera nada más del mundo y sus aflicciones?». [\[Volver\]](#)

8. La ley de Heian permitía que un hombre se llevase a su esposa al exilio, pero Genji parece querer decir que nadie había hecho jamás tal cosa. [\[Volver\]](#)

9. El Príncipe Hotaru, hermano menor de Genji y, más adelante, Su Alteza de la

Guerra. [\[Volver\]](#)

10. La luna reflejada en sus lágrimas: una imagen de Kokinshû 756, de Ise.

[\[Volver\]](#)

11. Sus mangas son «demasiado estrechas» (indignas) porque cree que su valor personal y social son insuficientes para tener el afecto de Genji. [\[Volver\]](#)

12. Gosenshû 1333, de Minamoto no Wataru: «Lágrimas de ignorancia, ¡ay!, de lo que aguarda caen aquí, ante mis ojos».

[\[Volver\]](#)

13. Aunque con toda evidencia se encuentra al lado del mar, la autora se refiere a Suma como un yamazato, un pueblo de montaña». Las colinas se alzan

muy cerca de la costa. [\[Volver\]](#)

14. De Bai Juyi. Al partir hacia el exilio, Bai Juyi también se llevó un kin. [\[Volver\]](#)

15. Oborozukiyo. [\[Volver\]](#)

16. «Bajío» (se) sugiere también «cambio de fortuna» y «encuentro de amantes». [\[Volver\]](#)

17. Como reconocimiento de su deshonra, en vez de viajar en carruaje. [\[Volver\]](#)

18. La «empalizada» (mizugaki) es la valla sagrada que rodea el santuario. Las sílabas sono kami («entonces») significan también «(recuerdo) aquella divinidad (con amargura)». [\[Volver\]](#)

19. El santuario del Kamo inferior se encuentra en el bosquecillo de Tadasu, un nombre homófono con el verbo que significa «establecer la verdad». [\[Volver\]](#)

20. Al hallarse bajo prohibición imperial, no puede entrar en palacio. [\[Volver\]](#)

21. Los hombres usaban letrinas exteriores y las mujeres, orinales. [\[Volver\]](#)

22. Habría cabalgado hasta Fushimi y allí tomado un barco que navegaría por el río Yodo hasta Naniwa (hoy Osaka), lo cual suponía un día de viaje. Probablemente «subió a bordo de su embarcación» en Naniwa para navegar

treinta millas al oeste, hasta Suma.
[\[Volver\]](#)

23. Aproximadamente las cuatro de la tarde. [\[Volver\]](#)

24. No se sabe con seguridad qué era o había sido ese edificio. [\[Volver\]](#)

25. Alusión a un poeta chino (Qu Yuan, 340—278 a. de C.), que también fue al exilio. [\[Volver\]](#)

26. Ise monogatari 8 (sección 7): «¡Cómo ansia mi corazón cruzar la distancia que he recorrido: con qué envidia contemplo el retorno de las olas!». [\[Volver\]](#)

27. De un poema de Bai Juyi (Hakushi monjû 0695). [\[Volver\]](#)

28. De Kokínshû 962, de Ariwara no Yukihiro, el poema que proporciona la autoridad poética del exilio de Genji en Suma: «Si por ventura alguien preguntara por mí, decid que, en la orilla de Suma, gotas saladas de la maraña marina caen mientras peno». Las «gotas saladas de la maraña marina» son las lágrimas de Yukihiro y el agua salada que gotea de los recolectores de algas a lo largo de la costa de Suma. Suma era conocida por sus salineros, y las algas se utilizaban en el proceso de obtención de la sal. [\[Volver\]](#)

29. Triste, presumiblemente, porque en la capital Yoshikiyo nunca había tenido que hablar con alguien de nivel tan bajo

como el supervisor de una finca. Es uno de los hombres de Genji, hijo del gobernador de la vecina provincia de Haríma, donde se encontraba Akashi.

[\[Volver\]](#)

30. Settsu, donde estaba Suma.

[\[Volver\]](#)

31. Ama («monja») también se refiere a alguien que vive del mar, y Matsushima, como Suma, es poéticamente famosa por sus salineros. Así pues, este juego de palabras asimila la condición de Fujitsubo a la de Genji como «hombre de la costa de Suma». [\[Volver\]](#)

32. La crecida de mis lágrimas.
Kokin rokujô 2345: «Porque te has ido,

mis lágrimas caen sin cesar, y el río pronto desbordará sus riberas». [\[Volver\]](#)

33. «Debería haber aprendido mi lección, incluso ahora deseo verte... ¿Querías también tú lo mismo?» Los juegos de palabras marinos del poema incluyen incluso el nombre oculto de Suma. El juego principal se centra en mirume, un tipo de alga, pero que significa además «encuentro de amantes». Genji también compara a Oborozukiyo con una salinera. [\[Volver\]](#)

34. Teme que la posición del príncipe heredero pueda estar comprometida por la ausencia de Genji. [\[Volver\]](#)

35. El refugio de Rokujô. [\[Volver\]](#)

36. La noche (budista) del sometimiento a las pasiones. [\[Volver\]](#)

37. El pecado de no entregarse a la devoción budista. En Ise, como en el Santuario del Páramo, el contacto con el budismo era tabú. [\[Volver\]](#)

38. Cuando tenga lugar un cambio de reinado y la sacerdotisa de Ise regrese a la ciudad. [\[Volver\]](#)

39. Ukime («recoger pesares», es decir, «sufrir penalidades») también significa «cosechar algas». [\[Volver\]](#)

40. El poema juega con kai, «concha» y «recompensa». [\[Volver\]](#)

41. Variación parcial de una canción popular: «Los de Ise son curiosos, y ¿por qué? En pequeñas barcas avanzan remando sobre las olas, remando sobre las olas». [[Volver](#)]

42. «Desconcertado» debido a la extrañeza de leer tales cartas en un lugar como Suma. [[Volver](#)]

43. Los «helechos» son shinobu, una planta parecida al helecho cuyo nombre es también el verbo que significa «recordar cariñosamente». El shinobu crece fácilmente en la paja de un tejado abandonado. Nagame («mirada»), también significa «lluvia larga» (de la estación de lluvias). [[Volver](#)]

44. Shuishû 685, de Ô tomo no Momoyo: «¿Qué me importa el futuro una vez he muerto de amor? Anhele verte mientras aún vivo». [[Volver](#)]

45. Referencia un tanto confusa a Kokinshû 184 («lastimero viento otoñal»), Shoku Kokinshû 868, de Ariwara no Yukihiro («viento que sopla en el puerto de montaña») y Shin Kokinshû 1599, de Mibu no Tadami (las olas a lo largo de la orilla en que se unen al suspiro del viento). [[Volver](#)]

46. Una almohada de madera o cerámica a la que Genji ha dado la vuelta para que le mantenga la cabeza más alta de lo normal. [[Volver](#)]

47. Kokin rokujô 3241: «Con todas las lágrimas que caen sobre el lecho de quien duerme solo, incluso almohada de piedra se alejaría flotando». [[Volver](#)]

48. Un pintor llamado Tsunenori vivió en la época del emperador Murakami (reinó entre 946 y 967), y tal vez también un Chied. Las pinturas de Genji (sólo a tinta) servirían a esos artistas como shitagaki (bocetos) para cuadros a color acabados. [[Volver](#)]

49. Parece llevar una túnica de sarga blanca (aya) y pantalones fruncidos de color shion. [[Volver](#)]

50. Palabras que probablemente iniciaban una plegaria budista o el cántico

de un texto sagrado. [\[Volver\]](#)

51. Parece tratarse de Koremitsu.

[\[Volver\]](#)

52. El vicegobernador de Iyo.

[\[Volver\]](#)

53. La decimoquinta del octavo mes lunar, la gran noche de luna llena del año.

[\[Volver\]](#)

54. Verso de un poema en chino de Bai Juyi (Hakushi monjû 0724), escrito también la decimoquinta noche del octavo mes. [\[Volver\]](#)

55. La ciudad imperial se asociaba poéticamente con la luna. [\[Volver\]](#)

56. Verso de un poema en chino de Sugawara no Michizane, escrito en el

exilio. Michizane había recibido una túnica como regalo del emperador Daigo.
[\[Volver\]](#)

57. Probablemente es la túnica de su padre, aunque también podría ser la de su hermano. [\[Volver\]](#)

58. «Estoy enojado con el emperador, pero también le echo de menos: de aquí las lágrimas amargas, por un lado y las lágrimas de amor, por otro».
[\[Volver\]](#)

59. El título anterior de Genji.
[\[Volver\]](#)

60. Kokinshû 508: «¡Oh, no me lo reproches, pues estos días son como el cable de remolque de una nave, ya floja,

ya tensa!»). [\[Volver\]](#)

61. Kokinshû 961, de Ono no Takamura: «¡Jamás pensé en caer tan bajo, desterrado a las regiones primitivas que debería tirar de un sedal de pescador y sacar peces del mar!»). [\[Volver\]](#)

62. Cuando Sugawara no Michizane se detuvo en Akashi, camino del exilio en Kyushu, consoló al dueño del establo de aquel lugar con una estrofa china. [\[Volver\]](#)

63. El Shiji menciona a un oficial malévolo que ponía a prueba la lealtad de sus hombres viendo si convenían con él públicamente en que un ciervo era un caballo. [\[Volver\]](#)

64. El poema se basa en un juego de palabras entre shiba («broza») y shibashiba («a menudo»). [\[Volver\]](#)

65. A un emperador de la dinastía Han le persuadieron mediante una treta de que regalara la concubina a la que amaba a un dirigente de los hunos. [\[Volver\]](#)

66. De Wakan rôei shû 703, un poema chino sobre el mismo tema de Ôe no Asatsuna. Según una glosa antigua, «un sueño tras la helada» significa el sueño que tiene la dama sobre su hogar, y del que se despierta tras una noche de helada. [\[Volver\]](#)

67. Probablemente porque desde allí era posible ver más allá de los aleros. De

Wakan rōei shū 536, un poema chino de Miyoshi no Kiyoyuki. [\[Volver\]](#)

68. Verso de una estrofa china escrita por Sugawara no Michizane al partir hacia el exilio (la que habla es la luna): «Me limito a viajar hacia el oeste: esto no es ningún destierro». El sentimiento en el poema de Genji también tiene ecos de Michizane. [\[Volver\]](#)

69. A unos kilómetros de distancia, al otro lado de la frontera entre las provincias de Settsu y Harima. [\[Volver\]](#)

70. Un «novicio» (Nyūdō) es alguien que ha hecho votos preliminares y lleva una vía de devoción budista en casa. No ha sido plenamente ordenado y no está

sometido a la disciplina monástica colectiva. [\[Volver\]](#)

71. No «su esposa» porque ahora es monje. [\[Volver\]](#)

72. En la costa cercana a Naniwa; el actual santuario pertenece a la ciudad de Osaka. [\[Volver\]](#)

73. De Suzaku. [\[Volver\]](#)

74. En «Bajo las flores de cerezo», cuando el príncipe heredero «dio [a Genji] su propio tocado de flores». El lenguaje del poema de Genji alude a Wakan rōei shū 25: «Los moradores del palacio de Su Majestad deben de estar ociosos, pues durante todo el día han llevado flores de cerezo en el cabello».

[\[Volver\]](#)

75. Tô no Chûjô. [\[Volver\]](#)

76. Su padre, el ex ministro de la Izquierda, ha perdido el poder, pero él es también yerno del ministro de la Derecha.

[\[Volver\]](#)

77. Esta descripción procede de la poesía de Bai Juyi (Hakushi monjû 0975).

[\[Volver\]](#)

78. Yurushi-iro no ki-gachi: un color en la gama del rosa claro. [\[Volver\]](#)

79. El go y el sugoroku (una especie de chaquete) son juegos de tablero. Parece ser que al tagi se jugaba haciendo rebotar piedras, algo parecido al juego de las pulgas. [\[Volver\]](#)

80. Saezuru, término aplicado a la canción de la curruca primaveral, alude también a un lenguaje extraño e incomprensible. [\[Volver\]](#)

81. Las túnicas son una recompensa por el marisco. Esta frase juega con la palabra que significa «concha» (kai) y la acción de zambullirse para recogerlas (kazuku). [\[Volver\]](#)

82. Canción saibara: «Tienes que hacer un alto en el manantial de Asukai, pues gozarás de sombra, el agua es fresca, el pasto es el mejor...». [\[Volver\]](#)

83. Verso de un poema de Bai Juyi (Hakushi monjû 1107), escrito cuando un amigo fue a visitarle durante su exilio.

[\[Volver\]](#)

84. El motivo de los gansos que parten (el amigo que se marcha) procede de un poema en chino de Sugawara no Michizane. [\[Volver\]](#)

85. El ganso silvestre es Tô no Chûjô, que compara a Genji con el «hogar eterno» de los gansos. [\[Volver\]](#)

86. Puesto que pertenece a alguien que ha caído en desgracia. [\[Volver\]](#)

87. El regalo de un caballo negro que hace Genji alude a un relato contado en el Han shu, y el relincho del caballo (cada vez que el viento sopla desde la dirección de la capital), a un poema de la antología china Wenxuan. El regalo acostumbrado a

un visitante que se marcha se llamaba una no kanamuke, un regalo para «volver el hocico del caballo hacia casa». [\[Volver\]](#)

88. Por ser demasiado para que un hombre en el exilio lo reciba o lo regale. [\[Volver\]](#)

89. «Tú que tienes el privilegio de frecuentar el palacio...» Las «nubes» aluden al palacio (kumoi, la «morada en las nubes»). [\[Volver\]](#)

90. Esta clase de purificación (harae) consistía en transferir las influencias perturbadoras a un muñeco que se dejaba flotar río abajo o mar adentro. [\[Volver\]](#)

91. Este poema juega con hitokata («muñeco») y hitokata naku

(completamente). [\[Volver\]](#)

92. Algunos comentaristas antiguos observan que el Rey Dragón, cuya hija es célebre en la mitología, desea un bello yerno. [\[Volver\]](#)

Capítulo 13

1. Ninnô—e, un solemne rito budista realizado en el palacio para la protección del reino. [\[Volver\]](#)

2. Tiras de papel o paño (mitectura) de cinco colores (verde, amarillo, rojo, blanco y negro). [\[Volver\]](#)

3. El culto a Sumiyoshi era muy frecuente en toda esa costa. Patrono de los marineros y de la poesía Sumiyoshi tenía un fuerte vínculo con la casa imperial. [\[Volver\]](#)

4. Una denominación noble de Japón.

[\[Volver\]](#)

5. De Sumiyoshi. [\[Volver\]](#)

6. Se decía del emperador Daigo (que se corresponde con el padre de Genji) que había penado en el por sus malas acciones, entre ellas el exilio de Sugawara no Michizane en 901. El monje Nichizô le vio allí, «acuclillado sobre carbones ardientes», en una famosa visión de la que Nichizô dejó constancia en 941.

[\[Volver\]](#)

7. Yoshikiyo. [\[Volver\]](#)

8. El origen de este sentimiento chino no está claro. [\[Volver\]](#)

9. Gosenshû 1224, de Ki no Tsurayuki: «A quien siempre está mojado

por las olas, una barca de pesca ofrece un grato refugio». [\[Volver\]](#)

10. Shinkokinshû 1515, de Ôshikôchi no Mitsune: «La luna que en Awaji parecía, ay, tan lejana, esta noche —debe de ser el entorno— parece muy cerca». El «entorno» es la ciudad imperial, que se ha asociado con la luna. [\[Volver\]](#)

11. El poema de Genji alude al de Mitsune (nota anterior) y repite tres veces las sílabas awa de Awaji. [\[Volver\]](#)

12. Biwa hôshi, un músico itinerante con hábito budista que cantaba acompañado de su biwa. [\[Volver\]](#)

13. La llamada de la kuina (una especie de polla de agua o rey de

codornices) suena como los golpes de llamando suavemente a una puerta, y quien lo oye puede pensar que se trata de un joven que visita en secreto a su amor. Con respecto a esta frase, los comentaristas antiguos citan un poema por lo demás desconocido (Genji monogatari kochûshakusho in'yô waka 120). [\[Volver\]](#)

14. Un sô no koto, el que el Novicio acaba de tocar. [\[Volver\]](#)

15. El emperador Daigo, cuyo reinado (879—930) se encuadra en la era Engi (901—923). Así pues, el Novicio habría aprendido de uno de los hijos de Daigo. [\[Volver\]](#)

16. Con «a menos que mis pobres

oídos hayan percibido en realidad...» el Novicio parece aludir a un poema citado en un comentario antiguo (no incluido en Genji monogatari kochûshakusho in'yô waka): «Aquel cuyos oídos, puesto que vive en las montañas, están acostumbrados a oír el viento entre los pinos, ni siquiera reconoce [la música de] un koto». El Novicio está diciendo modestamente de sí mismo que es un aldeano sin remedio. Genji, con una modestia igualmente ceremoniosa, interpreta que su interlocutor ha dicho que el sonido de un koto no significa nada para él porque está acostumbrado a la música superior de la naturaleza. [\[Volver\]](#)

17. Reinó entre 809 y 823. [\[Volver\]](#)

18. El exiliado Bai Juyi describió en un poema (Hakushi monjû 0603) que una noche había oído a una mujer tocar el biwa en un barco amarrado a la orilla de un río. Había sido cortesana en la capital, y luego se había casado con un mercader de provincias. [\[Volver\]](#)

19. Recordaban al continente. El biwa era originario de Persia. [\[Volver\]](#)

20. De Mar de Ise («Ise no umi»), una canción saibara. [\[Volver\]](#)

21. En el paraíso. [\[Volver\]](#)

22. El poema juega con akashi, el nombre del lugar, y «pasarse la noche despierto». [\[Volver\]](#)

23. Este poema juega con akashi y

también con palabras relacionadas con las ropas. La «alfombra de hierba» es un cliché del viaje, mientras que «sueño» sugiere una unión sexual. [[Volver](#)]

24. Kokinshû 503: «Mi corazón anhelante al fin me ha vencido, aunque he jurado no mostrar jamás mi amor». [[Volver](#)]

25. Decretos compuestos por un secretario bajo la dirección del emperador, y de ahí respuestas escritas por otra persona. [[Volver](#)]

26. De un poema citado en un comentario primitivo, atribuido al emperador Ichijô: «Estoy muy angustiado, pues no se me ocurren las palabras para

decirle a quien jamás he visto que la amo». [\[Volver\]](#)

27. El seki («paso», «barrera») mencionado en el poema de Yukihiro sobre el viento, aquí poéticamente asociado a Suma y su región. No se sabe nada de él. [\[Volver\]](#)

28. Kokinshû. 1025: «Cuando no voy a verla, tan sólo para averiguar si es cierto, la echo tanto en falta que no es ninguna broma». [\[Volver\]](#)

29. El anterior ministro de la Derecha, abuelo del emperador. [\[Volver\]](#)

30. Karma que, en principio, determinaría a su pareja para casarse. [\[Volver\]](#)

31. La luna de la decimosegunda o decimotercera noche, dos o tres noches antes de la llena. [\[Volver\]](#)

32. Gosenshû 103, de Minamoto no Saneakira: «En una noche tan encantadora, cuán alegremente compartiría la luna y las flores con quien conoce su belleza como yo». [\[Volver\]](#)

33. Genji monogatari kochûshakusho in'yô waka 126: «¡Vayamos, entonces, oh, amantes de la belleza, a ver la luna en las profundidades de las aguas de Tamatsushima!». [\[Volver\]](#)

34. Un «caballo color de luna» (tsukige no koma) era un ruano gris rosado. [\[Volver\]](#)

35. Esta puerta parcialmente abierta, que ya ha dejado entrar la luz de la luna y que dentro de un momento dejará entrar a Genji, fue alabada como sublime por Fujiwara no Teika (1162-1241), el gran poeta y erudito cuya revisión del texto de la obra fue fundamental para la mayor parte de las ediciones posteriores.

[\[Volver\]](#)

36. Artificioso porque una serie de insólitas influencias los había puesto en contacto. De otro modo jamás se habrían conocido. [\[Volver\]](#)

37. Genji monogatari kochûshakusho in'yô waka 475: «Si mi promesa de no olvidarte jamás no se cumpliera, que me

vea sometido al juicio del dios del monte Mikasa». [\[Volver\]](#)

38. «Que nunca me serías infiel». Kokinshû 1093: «Si alguna vez me muestro veleidoso y te abandono, que las cubran la colina cubierta de pinos de Sue». [\[Volver\]](#)

39. Escribió poemas en las pinturas, dejando espacio para que Murasaki añadiera sus propios poemas. [\[Volver\]](#)

40. Para desplazar al príncipe heredero. [\[Volver\]](#)

41. Con náuseas matinales por el embarazo. [\[Volver\]](#)

42. El poema juega con hitokoto («una palabra» y «un koto» [el kin de

Genji] y ne («música» y «sonido llanto»),
[\[Volver\]](#)

43. No está claro qué es «la cuerda [o cuerdas] central» del instrumento, pero metafóricamente une a los amantes y confirma su separación al mismo tiempo.
[\[Volver\]](#)

44. «De buen grado me ahogaría en el mar» o «de buen grado te seguiría a la ciudad». Los habitantes de la costa vivían en tomaya, casas con tejado de juncos.
[\[Volver\]](#)

45. Cada uno debió de recibir una veste de caza y unos pantalones fruncidos.
[\[Volver\]](#)

46. La «túnica que esté entre

nosotros» (naka no koromo) es un paralelo de la «cuerda central» (naka no o) de un intercambio anterior. [\[Volver\]](#)

47. La «orilla» es tanto Akashi como «esta orilla» (es decir, «este mundo»), en contraposición a «la otra orilla», el paraíso. [\[Volver\]](#)

48. La oscuridad que cubre el corazón de un padre preocupado por su hija. La frontera es la que separa la provincia de Harima de la de Settsu. [\[Volver\]](#)

49. «Confío en que ella pueda esperar una carta tuya». [\[Volver\]](#)

50. Con ocasión de la tormenta. [\[Volver\]](#)

51. Shûishû 870, de Ukon: «No me preocupo por mí, a quien ha olvidado, sino que peno por la vida de aquel que me hizo esos votos». [[Volver](#)]

52. Del octavo mes. Genji vio esa luna en Suma dos años atrás. [[Volver](#)]

53. Genji se compara con el primer y defectuoso vastago de Izanagi e Izanami, la pareja primordial en el mito japonés de la creación. El Niño Sanguijuela carecía de huesos, de modo que fue arrojado al mar. Nihon shoki 66, de Ôe no Asatsuna: «¿No se compadecen de él sus padres? El Niño Sanguijuela ha llegado a los tres años y aún no puede tenerse en pie». [[Volver](#)]

54. El Niño Sanguijuela era defectuoso porque, después de que Izanagi e Izanami dieran vueltas en direcciones opuestas alrededor de un poste sagrado, Izanami (la hembra) habló primero para invitar a Izanagi a realizar el sexual. Cuando volvieron a dar vueltas e Izanagi (el varón) habló primero, los hijos resultantes nacieron sanos. [\[Volver\]](#)

55. Con los hombres de Akashi que le habían escoltado hasta la ciudad y que ahora regresaban. [\[Volver\]](#)

Capítulo 14

1. Los puestos proporcionados por los códigos legales eran los de ministro de la Izquierda y de la Derecha Así pues, los puestos de ministro de Palacio (Naidaijin, Uchi no Otodo), y canciller (Daijôdaijin, Ôkiotodo) eran en cierto sentido no oficiales, aunque se reconocían por la costumbre y normalmente se ocupaban. Ahora se espera que Genji actúe como regente del joven emperador.

[\[Volver\]](#)

2. China. [\[Volver\]](#)

3. El Shiji aporta el ejemplo de cuatro hombres ancianos y prudentes que volvieron de su retiro para servir a la emperatriz Lu de la dinastía Han, que se esforzaba por asegurar la sucesión de su hijo al trono. [\[Volver\]](#)

4. El futuro Kôbai. [\[Volver\]](#)

5. Como nodriza de su hija. [\[Volver\]](#)

6. Sabe que su hija será una futura emperatriz, y ansia que la nodriza empiece a atenderla en un día de buenos augurios, digno del futuro que espera a la criatura. [\[Volver\]](#)

7. Una muchacha de alto rango recibía al nacer una daga (mihakashi). [\[Volver\]](#)

8. La tradición budista define un «kalpa menor» (un eón) como el tiempo que tarda en desgastarse una roca rozada una vez cada tres años por el ala de un ángel. [[Volver](#)]

9. Gosenshû 64: «¡Ah, tener unas mangas lo bastante anchas para cubrir el cielo entero, con las que pudiera proteger del viento las flores de la primavera!». El poema juega también con matsu, «pino» y «esperar». [[Volver](#)]

10. «Desearía que tuvieras un hijo». [[Volver](#)]

11. «Desearía estar muerta». [[Volver](#)]

12. Con juegos de palabras que aquí

son explícitos, el poema de Genji lamenta el nacimiento de su hija en un lugar remoto. «Pino marino» (umimatsu) es en realidad un tipo de alga llamada con más frecuencia miru. [\[Volver\]](#)

13. Genji. A partir de ahora se le designará así en esta traducción. [\[Volver\]](#)

14. La «grulla» es la niña; el «islote», la madre. [\[Volver\]](#)

15. Kokin rokujô 1888: «La embarcación de remos, que abandona la orilla de Kumano y se adentra en el mar. me abandona y se aleja cada vez más». [\[Volver\]](#)

16. Este tipo de carta tenía una primera envoltura formal (raishi) y una

cubierta externa (uwazutsumi), en la que figuraba el nombre de la persona a la que iba dirigida. [\[Volver\]](#)

17. Durante su visita de despedida en «Suma». [\[Volver\]](#)

18. A casarse. [\[Volver\]](#)

19. Suzaku, que recientemente había cedido el trono a Reizei. [\[Volver\]](#)

20. Contiguo y situado al sur del Kiritsubo. [\[Volver\]](#)

21. Puesto que es monja, Fujitsubo no puede ascender al título y rango de emperatriz madre. Anteriormente había recibido los ingresos de los productos agrícolas y el trabajo de mil quinientas familias; esa cifra ha ascendido ahora a

dos mil. [\[Volver\]](#)

22. La ex consorte Kokiden, madre del actual emperador retirado. [\[Volver\]](#)

23. Tô no Chûjô. [\[Volver\]](#)

24. No sólo su embarazo habría hecho el viaje demasiado penoso para ella, sino que en ese estado estaba contaminada y por lo tanto no podía aproximarse al santuario. [\[Volver\]](#)

25. El color del quinto rango, superior al verde del sexto rango. [\[Volver\]](#)

26. El ministro de la Ribera (Kawara no Otodo), Minamoto no Tôru (822—895), fue el primer hijo imperial que recibió el apellido Minamoto (o Genji).

[\[Volver\]](#)

27. Una explicación de kumoi («el reino de las nubes», «el cielo») que a menudo alude a la elevada esfera a que pertenecen el emperador y la corte.

[\[Volver\]](#)

28. De Settsu, donde se encontraba el santuario de Sumiyoshí (y Suma).

[\[Volver\]](#)

29. Del pabellón donde estaba contemplando la danza. [\[Volver\]](#)

30. «Aquellos días bajo el cuidado del dios» (kamiyo, literalmente «la era de los dioses») se refiere a Suma y Akashi y reconoce la protección divina que Genji tuvo allí. [\[Volver\]](#)

31. Un canal, bien conocido en poesía, del que se decía que había sido abierto en el reinado del emperador Tenmu (673—686). [[Volver](#)]

32. De Gosenshû 960, del príncipe Motoyoshi: «Como soy tan desdichado, nada me queda ahora salvo tratar de encontrarla aquí, en Naniwa, aunque eso significa darlo todo». El poema juega con las sílabas mi—o—tsu—ku—shi («darlo todo»), que también forman las palabras de «señalizador de canal» (un palo clavado en el fondo de un estuario para señalar el canal). En poesía, miotsukushi se asociaba al canal Horie. [[Volver](#)]

33. El juego principal del poema con miotsukushi se pierde en la traducción. Los «señalizadores de canal» del canal Horie han recordado a Genji «darlo todo». [\[Volver\]](#)

34. Se repite el juego con miotsukushi, y hay otro con las sílabas del nombre Naniwa. [\[Volver\]](#)

35. La isla de Tamino, que en el pasado estuvo cerca de la desembocadura del río Yodo, desapareció hace mucho tiempo. [\[Volver\]](#)

36. «Lloro de añoranza por ti, como lo hacía en Akashi». Las sílabas mino del nombre Tamino, forman la palabra que designa un «impermeable de paja»; de ahí

«la isla de Tamino no me protege en absoluto del rocío de mis lágrimas».

[\[Volver\]](#)

37. En el santuario de Sumiyoshi.

[\[Volver\]](#)

38. La «isla» es Awaji, frente a Akashi. La frase se refiere a un complejo de poemas que hablan de la partida de Akashi. [\[Volver\]](#)

39. El Refugio de Rokujô había pasado en Ise unos seis años. La subida al trono del nuevo emperador había puesto fin al periodo de su hija como sacerdotisa de Ise. [\[Volver\]](#)

40. El santuario de Ise, donde el tabú le había impedido todo contacto con la

enseñanza o la práctica budistas. [\[Volver\]](#)

41. Ella parece yacer en una cama rodeada de cortinas, en cuya entrada está la cortina a través de la que Geni: mira.

[\[Volver\]](#)

42. El emperador Reizei. [\[Volver\]](#)

43. El distrito meridional de la Ciudad (ella vive cerca del cruce de Rokujô [este—oeste] y Kyôgoku [norte—sur]) estaba escasamente habitado, y Kyôgoku se encontraba cerca de los numerosos templos construidos a lo largo de las Colinas Orientales. [\[Volver\]](#)

44. A fin de presentarla en palacio como su hija adoptiva. [\[Volver\]](#)

45. El ex ministro de la Izquierda ha

adoptado a su propia nieta para prestarle el beneficio de su eminencia suprema como canciller. [\[Volver\]](#)

46. Reizei tiene once años, y ella doce. [\[Volver\]](#)

Capítulo 15

1. Cuando Genji estaba exiliado en Suma. [\[Volver\]](#)

2. Las que (al contrario que Hanachirusato o Suetsumuhana) tenían una fuente segura de apoyo material. [\[Volver\]](#)

3. Esta descripción tiene su origen en un pasaje de un poema de Bai Juyi (Hakushi monjû 0004). [\[Volver\]](#)

4. Expresándolos por medio de las imágenes y los sonidos de la naturaleza. [\[Volver\]](#)

5. Relatos antiguos preferidos por

generaciones anteriores. Los dos primeros se han perdido, y el tercero se conoce hoy como El cuento del cortador de bambú (Taketori monogatari). [\[Volver\]](#)

6. Dai, los temas asignados sobre los que se escribían muchos poemas. [\[Volver\]](#)

7. Le parecía impropio de una dama mostrar interés por el budismo, que en la época de su padre se consideraba un tema demasiado serio para una mujer. [\[Volver\]](#)

8. Genji, nombrado comandante de la Derecha entre «Bajo las flores de cerezo» y «Aoi». [\[Volver\]](#)

9. Kokinshû 948: «¿Puede la vida ser tan odiosa, o acaso se ha vuelto así sólo para mí?». [\[Volver\]](#)

10. En Kokinshû 951 el hablante, abrumado por las preocupaciones, resuelve «recorrer los empinados senderos de montaña de Yoshino».

[\[Volver\]](#)

11. Las cinco profanaciones (gojoku) que, según el Sutra del Loto, caracterizan al mundo en el que nace un buda. [\[Volver\]](#)

12. Una alusión china. Dos fuentes a disposición de la autora describen una vivienda pobre con «tres senderos» a través de su jardín: una es el poema del poeta Tao Yuanming, de la dinastía Tang; la otra es una nota en Mogyû, un manual japonés de literatura china. [\[Volver\]](#)

13. Suetsumuhana está horrorizada no

sólo por tener una visita, sino por ver a su tía (cuyo bajo rango no le permite esa libertad) entrar directamente por el lado sur de la casa. [[Volver](#)]

14. Demasiado sucia. [[Volver](#)]

15. Este poema equipara el regalo de Suetsumuhana (la trenza de cabello) con el vínculo entre ella y Jijû, y por tanto con la misma Jijû. «Hebras en brillantes bucles» es la traducción aproximada de tamakazura, una palabra que en general significa «enredadera» pero que aquí se divide en el prefijo poéticamente noble tama («joya», «como una joya», «brillante») y kazura, homófono (o tal vez sólo un significado relacionado) de la

palabra que significa «peluca». [\[Volver\]](#)

16. El aya de Suetsumuhana, madre de Jijû. Mama es la palabra del original. [\[Volver\]](#)

17. Hakusan («Montaña Blanca», 2.702 m), un pico cercano a Honshu bañado por el mar del Japón, en la antigua provincia de Etchû, hoy prefectura de Toyama. [\[Volver\]](#)

18. Recordaba vividamente el pasado, como lo hacen las flores de tachibana, la naranja silvestre. [\[Volver\]](#)

19. Koremitsu ha captado el parecido entre su situación y la evocada en «La casita del este» («Azumaya»), una romántica canción popular saibara; la

frase alude dos veces a «La casita del este». Este lenguaje también recuerda el Kokinshû 1091 sobre el mismo tema: «Buen hombre, dile a tu señor que debe llevar un paraguas: el rocío bajo los árboles en Miyagino es más húmedo que la lluvia». [[Volver](#)]

20. Kokinshû 982: «Mi humilde morada está por debajo de la montaña Miwa: si me amas, ven al portal junto al que se alzan los cedros». El hablante es la deidad Miwa, para quien el cedro (sugi) es sagrado. [[Volver](#)]

21. En este punto, la frase alude a Gosenshû 10107, de Ôshikôchi no Mitsune: «Por supuesto, quien plantó el

pino ha envejecido y, sin embargo, ¡qué alto, entretanto, se ha hecho el árbol!»). El pino (matsu), que ha alcanzado gran altura señala el reconocimiento por parte de Genji de la paciencia con que Suetsumuhana ha aguardado (matsu) su regreso. [\[Volver\]](#)

22. El poema juega con matsu, «pino» y «esperar». También alude a Kokinshû 982. [\[Volver\]](#)

23. Kokinshû 961, de Ono no Takamura: «¡Jamás pensé que caería tan bajo, desterrado lejos de la civilización, para tener que tirar de un sedal de pescador y sacar peces del mar!»). [\[Volver\]](#)

24. Kokinshû 200: «Aquí, en mi viejo hogar, agobiado como está por las hierbas de la rememoración, un grillo de pino que canta me llena de pesar». Las «hierbas de la rememoración» son shinobu, un tipo de helecho que crece en los tejados de paja, un hombre que sugiere «recordar[te] afectuosamente». [[Volver](#)]

25. El que acababa de levantar cerca de su residencia de Nijô. [[Volver](#)]

26. Este párrafo está escrito como si la autora hablara directamente con alguien de rango superior. [[Volver](#)]

Capítulo 16

1. Es vicegobernador (Suke), porque el gobernador de Hitachi era un príncipe que ostentaba el cargo como una sinecura. [\[Volver\]](#)

2. Kokinshû 1098: «¡Ah, cómo ansio enviarle noticias con el viento que sopla sobre las colinas y montañas, las imponentes montañas de Kai». La mención del monte Tsukuba, que está en Hitachi y no en Kai, hace referencia a que Utsusemi vive en Hitachi. La desconfianza del viento significa desconfianza de cualquier posible mensajero. [\[Volver\]](#)

3. La Barrera de Ôsaka, entre la Ciudad y el lago Biwa, era un paso bajo cruzado por la carretera que conducía a las provincias orientales. Ishiyamadera era un templo budista cerca del extremo meridional del lago Biwa y uno de los destinos favoritos de los peregrinos de la ciudad. [\[Volver\]](#)

4. A lo largo de la orilla meridional del lago Biwa, dentro de la actual ciudad de Ôtsu. [\[Volver\]](#)

5. La puerta de entrada, por así decirlo, de la Ciudad, en el extremo oriental de la carretera sobre el paso de Ôsaka. [\[Volver\]](#)

6. El último día del otoño. [\[Volver\]](#)

7. El «manantial» de la Barrera de Ôsaka (seki no Shimizu) era conocido en poesía. Gosenshû 1089, de Semimaru (un personaje legendario asociado a la barrera) es la fuente de «yendo y viniendo»: «Mira, ¡oh, mira! Yendo y viniendo siguen sus caminos, mientras amigos y extraños se encuentran en la Barrera de Ôsaka». «Ôsaka» se escribe con unos ideogramas que significan «cuesta del encuentro». [[Volver](#)]

8. Por no haber acompañado a Genji a Ishiyama. [[Volver](#)]

9. Este tejido de dobles sentidos empieza con un juego de palabras con ô (o au, «encontrarse», «reunirse») y Ômiji,

«el camino de Ômi». La mención de Ômi (provincia) evoca Ômi no umi (el lago Biwa), y el lago, que es de agua dulce, carece de kai («marisco», pero también «beneficio deseado»). [[Volver](#)]

10. El «vigilante» es el «vigilante de la barrera» (sekimori), un personaje habitual en la poesía amorosa, donde representa a cualquiera que mantenga separados a los amantes. Aquí se refiere al mismo tiempo al marido de Utsusemi y a la Barrera de Ôsaka, donde Genji pasó ante el carruaje de Utsusemi. [[Volver](#)]

11. El poema vuelve a jugar con ô (o au «encontrarse»), y con nageki («penas»), que sugiere la idea de varios

«árboles» (ki). [\[Volver\]](#)

Capítulo 17

1. Los «cien pasos» son una medida proverbial de la excelencia de un perfume. [\[Volver\]](#)

2. El peine de la despedida que Suzaku entregó a Akikonomu cuando ella partió hacia Ise («La rama verde»). [\[Volver\]](#)

3. Porque Suzaku, bajo la influencia de su madre, había obligado a Genji a exiliarse. [\[Volver\]](#)

4. Suzaku le dio a Akikonomu el peine junto con la orden ritual: «Nunca

más vuelvas el rostro hacia la Ciudad»
[\[Volver\]](#)

5. Akikonomu. [\[Volver\]](#)

6. Para la incorporación formal de Akikonomu a palacio. [\[Volver\]](#)

7. No vuelve a aparecer en ninguna otra parte. Es el director de mantenimiento de palacio y también asesor del Consejo de Estado. [\[Volver\]](#)

8. Ambos relatos se refieren a amantes separados trágicamente y, en consecuencia, de mal agüero para cualquier pareja unida y feliz. [\[Volver\]](#)

9. Suma y Akashi. La expresión uraura («aquellas costas») procede de Shûishû 477, que nombra a ambas.

[\[Volver\]](#)

10. «Patio del ciruelo», la residencia de Akikonomu en el palacio. A su lado crecían unos ciruelos de flores rojas y blancas. [\[Volver\]](#)

11. El cuento del cortador de bambú (Taketori monogatari) es una obra breve, al estilo de los cuentos de hadas, cuya fecha de composición es desconocida. Toshikage es el héroe del primer capítulo de la larga fábula del siglo X conocida como El árbol hueco (Utsubo monogatari).

[\[Volver\]](#)

12. Kaguya—hime (la «Princesa Resplandeciente», la heroína) es un bebé minúsculo cuando un anciano cortador de

bambú la encuentra en la juntura de una caña. Ha nacido en la tierra del palacio de la luna, y al final del cuento regresa a los cielos tras haber rechazado a numerosos pretendientes, incluido el emperador. El pasaje del original comienza con una línea llena de los habituales juegos de palabras entre yo («era» y «juntura de caña de bambú») y fushi («pasaje» y, de nuevo, «juntura de caña de bambú»). [[Volver](#)]

13. No se casó con el emperador, con lo que habría derramado su luz sobre todo el país. [[Volver](#)]

14. Un incidente del relato. Cinco pretendientes cortejan a Kaguya, pero ella

les asigna tareas tan imposibles que todos fracasan de una manera cómica. A Abe le pide la piel de la «rata de fuego», que el fuego no puede quemar. Abe se gasta una fortuna para adquirir la piel de una supuesta rata de fuego, que se convierte en humo en cuanto la pone a prueba. [[Volver](#)]

15. La tarea de Kuramochi consistía en traer de Hôrai, una montaña paradisíaca a gran distancia mar adentro, una rama de los árboles cubiertos de joyas que crecen allí. Encargó a varios artesanos que le hicieran una, y ellos se presentaron para pedirle sus honorarios cuando se la estaba ofreciendo a Kaguya.

[[Volver](#)]

16. Kose no Ômi, pintor activo en las dos primeras décadas del siglo X, era hijo del famoso Kose no Kanaoka. Ki no Tsurayuki (fallecido en 946) fue el poeta más influyente en la corte de comienzos del siglo X. [\[Volver\]](#)

17. Los montajes del grupo Izquierdo están en la gama del rojo y los del Derecho en la del verde o azul. La misma pauta aparece en el concurso de poesía de 960 (véase la introducción al capítulo), así como en los colores de las dos divisiones (izquierda para piezas «chinas», derecha para «coreanas») del repertorio de la danza bugaku. [\[Volver\]](#)

18. En el curso de sus andanzas, que

le llevaron a un país tan lejano como Persia, Toshikage adquirió el dominio definitivo del koto. [\[Volver\]](#)

19. Ambos artistas corresponden aproximadamente al presente de esta escena. El pintor Tsunenori vivió entre 946 y 967, y el gran calígrafo Ono no Michikaze entre 894 y 966. [\[Volver\]](#)

20. Los Cuentos de Ise (Ise monogatari) es un clásico del siglo X, cuya influencia es visible en el mismo Genji. El Jôsanmi se ha perdido. [\[Volver\]](#)

21. «¿Deben quienes abogan por lo moderno, y que nada saben de la excelencia de los Cuentos de Ise [Ise se encuentra al lado del mar], consignar

ahora la obra al olvido?» Narihira (véase más abajo) es el personaje principal de la obra. [\[Volver\]](#)

22. «Jôsanmi es muy superior por su tema a los Cuentos de Ise». Parece que el emperador eleva Jôsanmi a un nivel muy importante («por encima de las nubes»), y así las aventuras de Narihira resultan despreciables en comparación. [\[Volver\]](#)

23. Al parecer, la heroína de Jôsanmi. [\[Volver\]](#)

24. Sobre Narihira. El poema de Fujitsubo juega con palabras que se asocian al amor y el mar, y su defensa del exiliado Narihira sugiere una defensa del recientemente exiliado Genji. [\[Volver\]](#)

25. Las de Akikonomu. [\[Volver\]](#)

26. Kamie, pinturas realizadas en rollos de papel en lugar de biombos o tabiques deslizantes. «Confeccionar» se refiere tanto al montaje como a la pintura de la obra. [\[Volver\]](#)

27. Kose no Kinmochi, coetáneo de Tsunenori. [\[Volver\]](#)

28. Sakon no Chûjô. No vuelve a aparecer. [\[Volver\]](#)

29. La «cuerda sagrada» (shimenawa) alude, en primer lugar, a los deberes sacerdotales de Akikonomu en el santuario de Ise, que la apartaron de él, y, en segundo lugar, al recinto sagrado del palacio imperial, donde ella vuelve a ser

inaccesible. [\[Volver\]](#)

30. «En los días en que serví a los dioses en Ise». [\[Volver\]](#)

31. Su madre, la consorte Kokiden de los primeros capítulos, era hija del ministro de la Derecha y hermana mayor de la madre de la actual consorte Kokiden. [\[Volver\]](#)

32. Oborozukiyo, una de las hermanas menores de la consorte Kokiden. [\[Volver\]](#)

33. El edificio situado inmediatamente al oeste del Seiryôden, al otro lado de una estrecha franja de jardín. [\[Volver\]](#)

34. Las mujeres situadas delante

vestían con tonos rojos, las de detrás con tonos de la gama del verde. La «izquierda» (rojo, Akikonomu) es superior en categoría a la «derecha» (verde, Kokiden). [\[Volver\]](#)

35. El hermano menor de Genji, tradicionalmente conocido como príncipe Hotaru por su papel en el capítulo «Las luciérnagas». [\[Volver\]](#)

36. La asagarei contigua a la sala de estar de las damas de honor, al norte. Entre las dos estancias había paneles deslizantes. [\[Volver\]](#)

37. El príncipe Hotaru. [\[Volver\]](#)

38. En ese periodo del mes lunar la luna se alza poco antes del alba. [\[Volver\]](#)

39. Probablemente con sus bastones de mando (shaku) o con los abanicos plegados. [[Volver](#)]

40. Ya había recibido una por actuar como juez. [[Volver](#)]

Capítulo 18

1. Donde vive Hanachirusato. El hecho de que se encuentre cerca de las dependencias que albergan la administración doméstica y de los sirvientes sugiere que está al cargo del pabellón de Genji situado al este. [\[Volver\]](#)

2. Un comentario antiguo conjetura que esta persona es Kaneakira (914—987), hijo del emperador Daigo. [\[Volver\]](#)

3. Un trecho del río Katsura, en el noroeste de Kyoto, cerca de Arashiyama.

[\[Volver\]](#)

4. Presumiblemente, la propiedad legal de la finca pasó a los descendientes del príncipe Nakatsukasa, incluida la monja de Akashi, pero como hace tanto tiempo que el lugar ha permanecido abandonado, al guardián le parece que es él quien tiene derecho a disponer de la finca. [\[Volver\]](#)

5. Un templo que todavía existe en el distrito de Saga, al oeste de Kyoto. Originalmente fue una finca perteneciente al emperador Saga, y en 876 fue convertida en templo y continuó bajo el patrocinio imperial. [\[Volver\]](#)

6. El Novicio habla de ella con

mucha más cortesía que cuando se refiere a su mujer o a su hija. [\[Volver\]](#)

7. Los tres reinos inferiores de la transmigración: las bestias, los fantasmas hambrientos y el infierno. [\[Volver\]](#)

8. Aproximadamente, las ocho de la mañana. [\[Volver\]](#)

9. Kokinshû 409: «Mi corazón está con el barco que se aleja, tenue en medio de las brumas frente a Akashi, y desaparece detrás de la isla». [\[Volver\]](#)

10. La «lejana costa» es la del paraíso y, tal vez, Akashi, donde ella había llevado una vida de devoción religiosa. El poema juega con ama, «monja» y «mujer [u hombre] del mar». [\[Volver\]](#)

11. Aparte de ser sencillamente una embarcación, «madera flotante» (ukiki) alude también a una leyenda china acerca de un hombre que, montado en un madero, navegó hasta el nacimiento de un río en las fabulosas montañas Kunlun. [\[Volver\]](#)

12. El río es ancho y poco profundo en ese punto, y la casa, como la de Akashi, está rodeada de pinos. [\[Volver\]](#)

13. Cuando su bisabuelo vivía allí. [\[Volver\]](#)

14. No sólo el viento (como en Akashi), sino también la música de su hija. Su «aspecto cambiado» es el de una monja. [\[Volver\]](#)

15. Katsura estaba a orillas del río

Ôi. Parece ser que Genji está construyendo allí una casa de campo, aunque ésta es la primera alusión a ello en el relato. [\[Volver\]](#)

16. Sagano, donde también se encuentra el Santuario del Páramo («La rama verde»). El templo de Genji se encuentra presumiblemente en el borde del marjal, al pie de las colinas que lo limitan. [\[Volver\]](#)

17. Un relato chino cuenta que un leñador que vivía en la montaña se encontró con dos inmortales que jugaban al go. El mango de su hacha se pudrió mientras contemplaba la partida, y al volver a casa descubrió que habían

transcurrido siete generaciones. [[Volver](#)]

18. Abandonar Akashi. [[Volver](#)]

19. Genji se ha quitado el manto de vestir. Debajo lleva la uchiki, la prenda interior. [[Volver](#)]

20. Es decir, libre del mal karma adquirido por ofensas cometidas en vidas anteriores. [[Volver](#)]

21. Una figura literaria corriente para referirse a un niño. El pino siempre verde promete un vigor perdurable. [[Volver](#)]

22. «Que mi propia posición nada distinguida podría comprometer su futuro». [[Volver](#)]

23. Porque el arroyo estaba ahí en tiempos del príncipe y le conocía bien,

pero Genji y la monja no le hacen caso.

[\[Volver\]](#)

24. Porque podría decirse de ella que su madre era una campesina de bajo rango. [\[Volver\]](#)

25. Al mismo tiempo que a Genji, cuando éste fue al exilio en Suma. [\[Volver\]](#)

26. «Parece ser que me consideras tan inaccesible en Ôi como siempre lo fui en Akashi, y hace un momento estaba pensando en que no queda nadie que se interese por mí». 1: «Las montañas, un pliegue sobre otro», procede de Gosenshû 1173: «Cuanto más vive uno donde las montañas, un pliegue sobre otro, están

coronadas por blancas nubes, tanto más de buen grado uno se queda ahí» («Ôi es tan remoto como Akashi, y aquí estamos tan cómodos que no es de extrañar que no escribieras») 2: «Ido detrás de la isla» es de Kokinshû 409: «Cómo este corazón mío pena por el barco, al que difumina la bruma matinal y desaparece detrás de la isla». 3: «Hace mucho tiempo incluso el pino» es de Kokinshû 909: «¿A quién he de llamar amigo cuando hace mucho tiempo ni siquiera el pino de Takasago me conocía?». [\[Volver\]](#)

27. Los colores de las hojas otoñales. [\[Volver\]](#)

28. En la tradición de Asia oriental,

un árbol katsura (parecido al laurel) crece en la luna, y la palabra juega con el nombre del lugar (Katsura) donde se encuentra Genji. El poema también da a entender que el árbol katsura es Genji.

[\[Volver\]](#)

29. Del poema de referencia que Genji utiliza en su mensaje al emperador, Kokinshû 968, de Ise, escrito también en Katsura: «Puesto que esta aldea [Katsura, véase nota anterior] crece en los cielos, aquí toda mi confianza radica en su luz [es decir, en el favor imperial]». [\[Volver\]](#)

30. Genji recuerda el panorama de Awaji al otro lado de un mar iluminado por la luna y entonces sigue recordando el

mismo poema en el que pensó entonces (Shinkokinshû 1515, de Ôshikôchi no Mitsune): «La luna que en Awaji parecía tan tristemente lejana, esta noche —debe de ser el entorno— parece hallarse muy cerca». Lloro de alegría por el contraste entre aquel entonces, cuando estaba en el exilio, y ahora, cuando el emperador está «muy cerca» y le tiene en alta consideración. [\[Volver\]](#)

31. Genji está pensando en su poema en «Akashi»: «¡Ah, qué espléndida vista...!». [\[Volver\]](#)

32. Esta vez la luna es Genji. [\[Volver\]](#)

33. Esta luna es el difunto emperador

del Kiritsubo. [\[Volver\]](#)

34. Una canción saibara apropiada para la partida de un caballero a lomos de un caballo. «Este caballo mío quiere su pienso, sí, quiere su pienso. Le traeré su hierba, sí, iré a buscarle el agua, le traeré su hierba». [\[Volver\]](#)

35. Entre Ôi y Katsura había unos cuatro kilómetros de distancia. [\[Volver\]](#)

36. Está en su tercer año. También podría significar que su hija necesita un apoyo especial para «mantenerse en pie». [\[Volver\]](#)

37. Genji quiere organizar la «puesta de pantalones» (hakama gi), un rito de paso en el que al niño se le poní— in por

primera vez los pantalones (hakama). Atar los pantalones era el acto central de la ceremonia, y quien lo hacía actuaba como una especie de padrino formal. [\[Volver\]](#)

Capítulo 19

1. De Gosenshû 705, la queja de una mujer cuyo destino fue lo que teme la dama de Akashi. Cuando su amante que ya apenas la visitaba, le dijo que vivía demasiado lejos, ella se mudó a un lugar más cercano: «Aunque me mudé y aguardé, él seguía sin venir... ¡Ah, cuántas amarguras hay que padecer!». También Shûishû 985: «Si, tras haberme agraviado, él me vuelve a agraviar, ¿de qué me servirán las lágrimas para expresar mi dolor?». [[Volver](#)]

2. Akikonomu, un año menor que

Murasaki. [\[Volver\]](#)

3. No llegaba a ministro, por lo que su hija nunca fue nombrada consorte.

[\[Volver\]](#)

4. Ninguna de las demás mujeres con las que podría haber tenido hijos, y con las que su relación conlleva un menor reconocimiento social. [\[Volver\]](#)

5. A un adivino, de acuerdo con el almanaque. [\[Volver\]](#)

6. «Su brillante futuro también es nuestro». El plantón de pino es la pequeña. El pino de Takekuma, que crecía cerca del puesto de avanzada del gobierno en la lejana provincia septentrional de Mutsu, era (según Goshûishû 1041, de

Tachibana no Suemichi) un solo pino con troncos gemelos (aioi no matsu), un feliz emblema de la dicha conyugal. Genji se refiere a sí mismo y la dama de Akashi como una pareja. [\[Volver\]](#)

7. Al nacer una niña recibía una daga (mihakashi) como talismán protector. Otro artefacto protector era el niño celestial (amagatsu), un muñeco que tenía la misma finalidad que el muñeco de purificación descrito cerca del final de «Suma». Se suponía que el niño transfería al muñeco cualquier influencia maligna que pudiera perjudicarlo. El niño conservaba a su «niño celestial» hasta su tercer año de edad, más o menos. [\[Volver\]](#)

8. Por los ascensos y nombramientos que debían a su influencia. [[Volver](#)]

9. Hanachirusato, la dama de las flores que caen. [[Volver](#)]

10. De una canción saibara: «[El marido] Detén el barco, oh, hombre de la flor de cerezo, he de ver mis campos en la isla y volveré mañana, sí, volveré mañana. [La esposa] Mañana, dices, pero quien tiene una mujer allí no estará de vuelta mañana, no, no estará de vuelta mañana» [[Volver](#)]

11. Genji monogatari kochûshakusho in'yô waka 148: «¿Es este mundo nuestro un puente que se tambalea al cruzarlo en sueños, para que cruzarlo invoque tales

pesadumbres?». «Sueños» sugiere relaciones eróticas, y yo no naka («este mundo nuestro») alude a asuntos amorosos. El uki de ukikihashi («puente que se tambalea») significa «flotante» y «triste». [\[Volver\]](#)

12. El ex suegro de Genji, antes ministro de la Izquierda. [\[Volver\]](#)

13. Genji es ahora ministro de Palacio y regente (Sesshō), y había confiado los deberes de regente a su difunto suegro. [\[Volver\]](#)

14. Los desastres naturales son una advertencia de un grave desorden en el gobierno: el reinado del emperador actual (el de Reizei) es ilegítimo, puesto que en

realidad es el hijo de Genji. [\[Volver\]](#)

15. El emperador Kiritsubo, su supuesto padre. [\[Volver\]](#)

16. Es un «año de dificultades» (yakudoshi), especialmente peligroso para una mujer, según una creencia que todavía se mantiene. [\[Volver\]](#)

17. Medidas para promover una vida larga, como el ayuno, la purificación y la plegaria. [\[Volver\]](#)

18. De su paternidad. [\[Volver\]](#)

19. Le está hablando a una dama de honor que transmitirá sus palabras a Genji. [\[Volver\]](#)

20. Tsukasa, kôburi y mifu. Tsukasa significa ingresos de la corte procedentes

de las tasas pagadas por personas nombradas para sinecuras; estos ingresos se redistribuían entre los funcionarios de alto rango, incluidas las mujeres. El kôburi tenía una fuente similar. Mifu era un ingreso que acompañaba al rango cortesano y procedía del trabajo de una serie determinada de familias. [\[Volver\]](#)

21. Yamabushi, monje budista de rango inferior, a menudo sanador, que puede no tener la ordenación completa y cuya actividad se centraba en las montañas sagradas. [\[Volver\]](#)

22. Doce años atrás, en «Bajo las flores de cerezo». [\[Volver\]](#)

23. De Kokinshû 832, de Kamutsuke

no Mineo, donde lamenta la muerte de Fujiwara no Mototsune: «¡Oh. cerezos del marjal de Fukakusa, si sois amables, sólo por este año, ¡os ruego que tengáis flores grises!»). [\[Volver\]](#)

24. El gris es el color principal del duelo. El sol poniente detrás de las montañas recuerda a Genji el paraíso de Amida. [\[Volver\]](#)

25. Había llevado a cabo ritos y prácticas por cuya realización el emperador hizo votos. [\[Volver\]](#)

26. Un importante deber del capellán era el de permanecer durante toda la noche en una habitación cercana al aposento donde dormía su patrono, de

modo que éste pudiera disfrutar mientras dormía de la benéfica influencia de sus plegarias. En el palacio, los sacerdotes realizaban esta función en un pequeño espacio (futama) separado del lecho del emperador por un tabique. [\[Volver\]](#)

27. Porque entonces el emperador seguiría honrando como padre a quien no lo era, trastornando así el orden correcto de la esfera humana y propiciando las consiguientes perturbaciones en las esferas del cielo y la tierra. [\[Volver\]](#)

28. El prelado podría guardar rencor porque nunca había sido ascendido lo suficiente. Había dos rangos por encima del de prelado, aunque en el siglo X el

ascenso a ellos era todavía infrecuente.

[\[Volver\]](#)

29. En el budismo esotérico (mikkyô), la mayor parte de las enseñanzas las transmite el maestro sólo a un discípulo adecuadamente preparado, y los textos esotéricos advierten que no se deben entregar a los no iniciados.

[\[Volver\]](#)

30. El emperador Kiritsubo y Fujitsubo. [\[Volver\]](#)

31. Las deidades que protegen a los budas iluminados. [\[Volver\]](#)

32. «Porque la responsabilidad de decíroslo recae sólo en mí». Ômyôbu, antes dama de honor de Fujitsubo. es la

persona por medio de la cual Genji accedió a Fujitsubo. Como mujer, jamás hablaría, y no puede ser considerada responsable en la misma medida. [\[Volver\]](#)

33. Tal vez se trate de una referencia al exilio de Sugawara no Michizane, que tuvo lugar en la era Engi (901-922), durante el reinado del sabio emperador Daigo. [\[Volver\]](#)

34. Las muertes del canciller y de Su Alteza del Ceremonial. [\[Volver\]](#)

35. Porque a una mujer no le corresponde hablar de cuestiones históricas y de gobierno. [\[Volver\]](#)

36. Un hijo imperial que, como el Genji del relato, ha sido convertido en

súbdito y excluido de la línea sucesoria.

[\[Volver\]](#)

37. Un comentario antiguo (Kakaishô, siglo XIV) cita a los emperadores Kônin (709-781; reinó entre 770 y 781), Kanmu (737-806; reinó entre 781 y 806), Kôkô (830-887; reinó entre 884 y 887) y Uda (867-931; reinó entre 887 y 897).

[\[Volver\]](#)

38. Era habitual rechazar el nombramiento a un cargo muy alto (canciller o regente) una o dos veces antes de aceptarlo. A Genji le ascienden entonces del segundo rango (apropiado para su puesto de ministro de Palacio) al primer rango, grado inferior, el rango

habitual de un canciller. El permiso para entrar en el recinto de palacio en un carruaje tirado por bueyes se concedía a un príncipe, regente, ministro de rango muy elevado o miembro muy superior de la jerarquía budista. [\[Volver\]](#)

39. Esta frase también se ha interpretado en el sentido de que la misma Ômyôbu ha sido nombrada encargada del vestuario. En cualquier caso, resulta curioso encontrarla de servicio en palacio cuando en el pasado se hizo monja, al mismo tiempo que Fujitsubo. [\[Volver\]](#)

40. Puede que se refiera a su ambición de ver a su hija (que ahora tiene cuatro años) convertida en emperatriz y

de que tenga un heredero imperial.

[\[Volver\]](#)

41. La poesía japonesa, especialmente Shûishû 511. [\[Volver\]](#)

42. Su madre. Kokinshû 546: «Todos los momentos son iguales, pues te amo en todos ellos, y sin embargo, en una noche de otoño, ¡oh, cuán extrañamente más!».

[\[Volver\]](#)

43. Goshûishû 82: «¡Cuánto me alegraría tener flores de cerezo que olieran como flores de ciruelo abiertas en las frondas de los sauces primaverales!».

[\[Volver\]](#)

44. Su reciente ascenso le ha limitado una vez más la libertad de

movimientos. [\[Volver\]](#)

45. Kagaribi, fuegos de leña encendidos dentro de jaulas de hierro, que los pescadores con cormoranes alzaban en el río para atraer a los peces. [\[Volver\]](#)

46. De Kokin rokujô 1726. [\[Volver\]](#)

Capítulo 20

1. El padre de Asagao, Su Alteza del Ceremonial, ha muerto en el capítulo anterior. [\[Volver\]](#)

2. Se cree que Momozono era un lugar situado al norte de Ichijô («Primera avenida») y al oeste de la avenida Ômiya. La Quinta Princesa es su tía (la hermana menor de su padre). [\[Volver\]](#)

3. La madre de Aoi (Ômiya). Asagao, Genji y Aoi son primos, pero Asagao es princesa porque es la hija reconocida de un príncipe, mientras que Aoi, hija de una

princesa, es una plebeya porque su padre lo era. [\[Volver\]](#)

4. La muerte del emperador Kiritsubo o el exilio de Genji. [\[Volver\]](#)

5. La madre de Aoi, Ômiya. [\[Volver\]](#)

6. Yûgiri. [\[Volver\]](#)

7. La de que Genji no se hubiera casado con su hija, Asagao. [\[Volver\]](#)

8. Asagao acaba de decir literalmente que es «difícil de decidir» (sadamegataku haberu ni) si darle o no a Genji libertad que él cree que le debe; ahora Genji usa la misma palabra, pero en una expresión convencional (sadamegataki yo), cuyos tono e implicación son completamente diferentes. [\[Volver\]](#)

9. Kokinshû 501 (o Ise monogatari 119, sección 65): «A fin de no amar más, busqué en el río Mitarashi una purificación que los dioses al final no aceptaron». [\[Volver\]](#)

10. Genji monogatari kochûshakusho in'yô waka 157: «Ahora, cuando paso por delante de tu puerta, sal a ver en lo que se ha convertido el hombre al que amas». [\[Volver\]](#)

11. Todas son hijas de un príncipe. [\[Volver\]](#)

12. Debido a que la corte estaba de luto por Fujitsubo. [\[Volver\]](#)

13. «He pensado que estarías un poco cansada de verme constantemente».

Genji alude a la tradición poética de la salinera perdidamente enamorada, cuya «túnica de quemadora de sal» (shioyaki—goromo) es también, por un juego de palabras, su anhelo erótico. [[Volver](#)]

14. Las palabras del guarda recuerdan un verso de un poema de Bai Juyi (Hakushi monjû 2392.) [[Volver](#)]

15. «Este alojamiento provisional» es la morada temporal del espíritu, el cuerpo físico en esta vida, pero no está claro a qué se refiere «treinta años o más». Tal vez la expresión del original fuese proverbial por la rapidez con que una muerte se pierde en el pasado («Su Alteza murió este verano, y ya su puerta

está atascada por herrumbre»). [\[Volver\]](#)

16. Shûishû 1350, atribuido al príncipe Shôtoku: «¡Ay del viajero, un pobre huérfano, que yace ahí hambriento, en la montaña Kataoka!». [\[Volver\]](#)

17. «Aunque soy vieja, tú también lo eres [y por lo tanto los dos estamos en el mismo barco]». Genji monogatari kochûshakusho in'yô waka 160: «Siempre me quejé de mi triste suerte, y sin embargo ahora debo gemir por la tuya». [\[Volver\]](#)

18. Ambos poemas juegan con «Honorable Abuela», aludiendo a Shûishû 545, que contiene las palabras oya no oya («madre de madre»). Cuando cierta dama

se encontraba en Ômi, al este de la capital, su nieto pasó por allí, de regreso desde las provincias orientales. Como ni siquiera se detuvo a verla, diciendo que tenía demasiada prisa, ella le envió un mensaje: «Me habrías visitado si me hubieras considerado la madre de tu madre; tal vez no seas realmente el hijo de mi hija». [\[Volver\]](#)

19. «En realidad» (nakanaka) porque convencionalmente se supone que la estación de las noches hermosas es la primavera o el otoño. [\[Volver\]](#)

20. Casarla con Genji. Ella no deseaba sufrir el destino de Rokujô, y el ideal de una princesa era permanecer

soltera. [\[Volver\]](#)

21. Nakatsukasa shû 249: «Si amo, la culpa es mía, lo sé, y por ello sufro y no sé qué hacer». [\[Volver\]](#)

22. Kokinshû 1108 juega con las sílabas de este nombre (el de un río de la provincia de Ômi) para sellar los labios de un amante después de una noche de amor furtivo. [\[Volver\]](#)

23. Lejos del contacto con la enseñanza y la práctica budistas. La sacerdotisa del Kamo, al igual que la de Ise, no podía tener el menor contacto con el mundo budista. [\[Volver\]](#)

24. En Kokinshû 1025, el poeta descubre que una separación de su amada,

concebida como un experimento para ver lo que ella siente, «no es ninguna broma».

[\[Volver\]](#)

25. Akome—, una especie de túnica que llevaban los hombres adultos entre la camisa (hitoe) y la túnica con cola shitagasane), pero que los niños se ponían encima de las restantes prendas. [\[Volver\]](#)

26. Incluso una niña pequeña tenía que ocultar el rostro detrás de su abanico.

[\[Volver\]](#)

27. «Tienes mucho de ella, aunque no hayas crecido con tu padre [su hermano]». En «La joven Murasaki», Genji asoció primero con Fujitsubo la planta para el tinte y el color (violeta) conocidos como

murasaki, debido a su uso en poesía; luego la asociación pasó a la niña, que se convirtió en Murasaki. [[Volver](#)]

28. Oborozukiyo. Lo que sucedió es el escándalo causado por ella y Genji. [[Volver](#)]

29. El lenguaje que utiliza Genji al hablar de esta manera tan displicente sobre la dama de Akashi carece por completo de expresiones corteses. [[Volver](#)]

30. El agua es Murasaki; la luna, Genji. [[Volver](#)]

31. El hermoso pato mandarín, que adornaba muchos jardines como el de Genji, se empareja de por vida, y por ello

es el emblema de la fidelidad conyugal en el Asia oriental. [\[Volver\]](#)

32. En el paraíso de Amida. El alma renacía allí entronizada en una flor de loto que se alzaba del lago ante Amida y su palacio, y renacer juntos en el mismo trono de loto se convirtió en un lugar común para los amantes. [\[Volver\]](#)

33. El Río de los Tres Vados (mitsu no se, normalmente sanzū no kawa), que rodea el más allá. Quienes cruzaban el río lo hacían por uno de tres vados —superficial, mediano o profundo—, según la gravedad de sus pecados. [\[Volver\]](#)

Capítulo 21

1. El cambio a las prendas de verano, el primer día del cuarto mes. [[Volver](#)]

2. «¿Podrías haber imaginado que cuando llegara de nuevo el Día de Purificación no participarías en él como sacerdotisa del Kamo, y que tu única purificación sería la asociada a prescindir del luto?» La muerte de su padre había obligado a Asagao a dimitir como sacerdotisa y llevar luto, y el cambio de las ropas de luto a las de colores ordinarios conllevaba su propio ritual de purificación. La traducción «gris de luto»

corresponde a fujigoromo («ropas de glicina»); se supone que antiguamente el luto requería llevar ásperas ropas tejidas con fibra de corteza de glicina. La fuji («glicina») de fujigoromo se relaciona con las flores de glicina a las que va atada la nota. [\[Volver\]](#)

3. Lamentó que te convirtieras en la sacerdotisa del Kamo, lo cual le impedía tener a Genji por yerno. [\[Volver\]](#)

4. Ômiya (la Tercera Princesa), madre de Aoi, abuela de Yûgiri y hermana de la Quinta Princesa. [\[Volver\]](#)

5. Tô no Chûjô y sus medio hermanos. [\[Volver\]](#)

6. Rango otorgado convencionalmente

al hijo de un príncipe o a un Genji (Minamoto) de primera generación cuando llega a la mayoría de edad. Yûgiri es un Genji de segunda generación, pero el poder y el prestigio excepcionales de su padre también le hacen acreedor del cuarto rango (grado inferior). [\[Volver\]](#)

7. Asagi, un azul brillante pero claro usado por el sexto rango. Parece ser que Yûgiri ha servido como paje de la corte. [\[Volver\]](#)

8. Un joven que asistiese a la Academia no se encontraba en la escala de la promoción oficial. [\[Volver\]](#)

9. «Aprendizaje» (zae) significa el estudio de los clásicos chinos (literatura,

filosofía, leyes). El Yamato—damas— hii («ingenio japonés») se convirtió siglos después en el más exaltado «espíritu japonés». Ésta es la primera vez que aparece en la literatura japonesa antigua que se ha conservado. [\[Volver\]](#)

10. Saemon no Kami, presumiblemente un medio hermano de Tô no Chûjô. En general, el titular ostentaba el cuarto rango inferior. [\[Volver\]](#)

11. Estos primos de Yûgiri habrían sido nombrados para el quinto rango al llegar a la mayoría de edad. [\[Volver\]](#)

12. El lenguaje del hablante, cuya diferencia con el de los cortesanos es sorprendente, incluye palabras y

locuciones que debían de ser características de la Academia. [\[Volver\]](#)

13. Tsuridono, un pabellón levantado sobre pilotes en el lago del jardín de una morada de Heian, unido al resto de la casa por una pasarela descubierta. Se utilizaba como lugar de recreo. [\[Volver\]](#)

14. La forma poética asignada a los profesionales consiste en cuatro pareados rimados de cinco caracteres cada uno; la forma de los aficionados consiste en cuatro versos de cinco o siete caracteres. [\[Volver\]](#)

15. El tema asignado (dai) se redactaba normalmente como un verso de cinco caracteres. [\[Volver\]](#)

16. El titular de ese cargo, que requería formación en literatura china, ostentaba el quinto rango, grado superior.

[\[Volver\]](#)

17. Dos reverenciados ejemplos chinos de entrega al estudio. Un joven que no puede permitirse comprar aceite para su lámpara lee de noche en verano a la luz de las luciérnagas capturadas en una bolsa de gasa, y el otro lee en invierno a la luz reflejada por la nieve. [\[Volver\]](#)

18. Nyûgaku, un acontecimiento formal en el que el nuevo estudiante presentaba regalos a su profesor. [\[Volver\]](#)

19. Su abuela. [\[Volver\]](#)

20. Cuando recibió su tratamiento

académico. [\[Volver\]](#)

21. Literalmente, «otra Genji», pero como Fujitsubo y Akikonomu son de ascendencia imperial, «Genji» se refiere aquí, como más adelante, en «Brotos primaverales I» a cualquier persona que no sea Fujiwara. [\[Volver\]](#)

22. El padre de Murasaki y hermano mayor de Fujitsubo. [\[Volver\]](#)

23. Tô no Chûjô. [\[Volver\]](#)

24. Kumoi no Kari. [\[Volver\]](#)

25. En habitaciones separadas. [\[Volver\]](#)

26. Para celebrar los recientes ascensos. [\[Volver\]](#)

27. Debido a la postura que requiere el instrumento. [\[Volver\]](#)

28. Del origen de su linaje musical, el emperador Daigo. [\[Volver\]](#)

29. Tô no Chûjô planea casar a Kumoi no Kari con el hijo de Suzaku (ahora de nueve años), pese a la amenaza planteada por la hija de la dama de Akashi (la «madre afortunada»). [\[Volver\]](#)

30. Como conmovidas por la música. [\[Volver\]](#)

31. Del prefacio de un poema en la Wenxuan, una antología china que todos los cortesanos conocían: «Las hojas aguardan la brisa para caer y, sin embargo, ¡cuán ligera la brisa!». [\[Volver\]](#)

32. Una anécdota que sigue al pasaje recién citado de la Wenxuan cuenta que un caballero lloró al oír a otro tocando el kin, aunque la profundidad emocional de este instrumento no era tan grande. Presumiblemente las lágrimas, como las hojas otoñales, se limitan a caer por sí mismas cuando llega el momento.

[\[Volver\]](#)

33. Un estudioso puede tocar instrumentos musicales, puesto que Confucio atribuía un gran valor a la música. [\[Volver\]](#)

34. Verso de una canción saibara. [\[Volver\]](#)

35. La «fruta» (kudamono) puede

incluir también frutos secos y dulces preparados; el «arroz hervido» (yuzuke) consiste en arroz moreno preparado al vapor en agua caliente. [\[Volver\]](#)

36. Mantenía entre ellos una cortina, al menos parcialmente corrida. [\[Volver\]](#)

37. El padrastro de Kumoi no Kari. [\[Volver\]](#)

38. El que daba acceso a la habitación de Kumoi no Kari. Él probablemente se encuentra en una subdivisión de la cámara, y ella en otra. [\[Volver\]](#)

39. Kumoi no kari, una expresión de Genji monogatari kochûshakusho in'yô waka 165: «¿Está el ganso que vuela por

el cielo cubierto de niebla triste como yo lo estoy? ¿Por qué mi melancolía nunca se disipa?». Éste es el origen del nombre por el que se conoce convencionalmente a la hablante. [\[Volver\]](#)

40. Este sentimiento tiene ecos de Kokin rokujô 423, sobre el viento otoñal. [\[Volver\]](#)

41. La entrada ceremonial en palacio de la emperatriz con su nuevo rango. [\[Volver\]](#)

42. Trasladar a Kumoi no Kari tras presentar peticiones a su esposa y su madre. [\[Volver\]](#)

43. Las lágrimas de la sangre derramada (así lo quería la convención)

por quien sufre una pena especialmente intensa. [\[Volver\]](#)

44. «¿Cómo nos hemos sentido tan atraídos el uno por el otro?» Nakagoromo («la túnica entre nosotros») es una metáfora literaria para la relación amorosa. [\[Volver\]](#)

45. El Festival de Gosechi acompaña al rito Daijôσαι en el año de la ascensión al trono del nuevo emperador, o al rito Niinamesai, como en esta ocasión. Tenía lugar en los días centrales del Buey (ushi), el Tigre (tora), el Conejo (u) y el Dragón (tatsu) del onceavo mes. En el primer caso actuaban cinco danzarinas, y en el segundo, cuatro; de éstas, en un año

Niinamesai dos procedían de la alta nobleza y dos (tres en un año Daijôsai) de los cortesanos o gobernadores provinciales. El día del Buey, las danzarinas y su escolta de damas de honor entraban en la cámara Gosechi del Jôneiden. El último día (el del Dragón) tenía lugar el gran banquete de la corte conocido como Toyo no Akari, y en esta ocasión las danzarinas de Gosechi interpretaban la danza de las doncellas celestiales. [\[Volver\]](#)

46. La entrada en el Jôneiden el día del Buey. [\[Volver\]](#)

47. Akikonomu. [\[Volver\]](#)

48. No quería que su hija se

exhibiera de esa manera. [\[Volver\]](#)

49. Sotobara, una mujer que no es su esposa formal. [\[Volver\]](#)

50. En el ala occidental, donde vivía Murasaki. [\[Volver\]](#)

51. Shûishû 579 menciona una Toyooka-hime sagrada cuya identidad sigue siendo incierta. Yûgiri parece querer decir que, como danzarina de Gosechi, la muchacha está ahora al servicio de los dioses. La palabra traducida como «reclamarte» es shime, que no sólo significa «acordonar» (reclamar la posesión de) una parcela de terreno, sino que también alude a la cuerda sagrada (shimenawa) que delimita un espacio

sagrado. [\[Volver\]](#)

52. «Siempre te he querido». «En el interior de la valla sagrada» (mizugaki no) procede de Shûishû 1210, de Hitomaro: «Oh, doncella que lanzas tus mangas al interior de la valla sagrada en la colina de Furu, desde que empecé a amarte ha transcurrido una infinidad de tiempo». La «doncella» del poema sirve a la deidad Isonokami, cuyo santuario se encuentra en la «colina de Furu». [\[Volver\]](#)

53. La hija de un simple caballero de la corte. [\[Volver\]](#)

54. El día en que actuaban las danzarinas con ocasión del banquete de Toyo no Akari. [\[Volver\]](#)

55. «Juiciosa debió crecer» traduce más o menos kamisabinu «crecer [en edad y dignidad] hasta ser como un dios». La expresión alude al carácter sagrado de la danzarina de Gosechi. [\[Volver\]](#)

56. El vocabulario del original señala de diversas maneras la danza de Gosechi que la dama que escribe interpretó cierta vez. La «cinta contra el sol» (hikage) es una prenda para la cabeza que llevaba la danzarina de Gosechi. [\[Volver\]](#)

57. Aozuri no kami, papel que puede tener un dibujo estampado mediante un método a base de cera. Las túnicas que llevan las danzarinas de Gosechi también

se describían como aozuri. [\[Volver\]](#)

58. La hija de Yoshikiyo y la de Koremitsu. Karasaki es un promontorio situado en el lado sur del lago Biwa, mientras que Naniwa corresponde aproximadamente al lugar que ocupa Osaka. Los ritos de purificación asociados al Festival de Gosechi se realizaban en ambos lugares. [\[Volver\]](#)

59. Presumiblemente, como consorte. [\[Volver\]](#)

60. El color alude al de la «cinta contra el sol» (hikage). [\[Volver\]](#)

61. «Brillante día» es hikage, homófono de «cinta contra el sol». Las «mangas de plumas» (ama no hasode) son,

imaginariamente, las de la danzarina de Gosechi, cuya danza es la de un ser celestial. [\[Volver\]](#)

62. Hanachirusato. [\[Volver\]](#)

63. Las expresión original, hamayû, procede de Shûishû 668, atribuido a Hitomaro. Hamayû es una planta perenne (del género *Crinum*) que crece en las dunas costeras. Sus hojas se superponen, una capa sobre otra, y de ahí su uso en este contexto para sugerir «muchos velos» (cortinas, persianas, etcétera.) El poema dice, aproximadamente: «Hamayû, múltiples en la costa de Kumano, múltiples mis pensamientos sobre ti, y sin embargo no nos encontramos». [\[Volver\]](#)

64. Porque era monja. [[Volver](#)]

65. Porque cediendo al desánimo atrae las malévolas atenciones de los espíritus errantes. [[Volver](#)]

66. Fujiwara no Yoshifusa (804-872), el primer funcionario que ostentó los cargos de regente (sesshō, regente de un emperador menor de edad) y de canciller (Daijōdaijin). [[Volver](#)]

67. Sechie no hibi, los días del año en los que el emperador agasajaba a sus cortesanos. Durante el primer mes comprendían los días primero, séptimo (el día de los Ruanos Azules), decimocuarto y decimosexto (la mascarada). [[Volver](#)]

68. El palacio del emperador

retirado Suzaku. En principio es el medio hermano mayor de Reizei, pero la diferencia de edad hace que sea más bien como un padre. [\[Volver\]](#)

69. Fujitsubo. El luto por ella impediría la visita. [\[Volver\]](#)

70. Este examen permitía al estudiante pasar del grado de gimonjô («candidato provisional»), el que ahora tiene Yûgiri, al de monjôshô («candidato regular»). [\[Volver\]](#)

71. Había dos, cada una de ellas cuidadosamente decoradas con una alta proa en forma de animal fabuloso. [\[Volver\]](#)

72. Una modesta sugerencia, como

respuesta a la alabanza, expresada en el poema anterior, de que el reinado del hablante es menos brillante que el de su predecesor. [\[Volver\]](#)

73. Cantaban sôga, lo cual significaba que cantaban sucesiones de sílabas sin formar palabras (como taririra), y cada sílaba era el nombre de la correspondiente nota. A juzgar por lo que sigue, sin embargo, parece que canten canciones. [\[Volver\]](#)

74. El emperador Kiritsubo y Fujitsubo. [\[Volver\]](#)

75. Oborozukiyo. [\[Volver\]](#)

76. Unas seis hectáreas y media. Parece que la madre de Akikonomu, el

Refugio de Rokujô, legó su propiedad a Genji cuando le confió el cuidado de su hija. [\[Volver\]](#)

77. Él es su padre. [\[Volver\]](#)

78. Toshimi, un banquete de celebración tras un solemne servicio budista para orar por la larga vida y la felicidad del caballero en cuyo honor se llevaba a cabo. [\[Volver\]](#)

79. Roku, regalos para compensar a los sacerdotes por sus esfuerzos. Murasaki se ocupa de todo lo relacionado con el servicio budista que precede al banquete. [\[Volver\]](#)

80. El Festival del Ácoro del quinto mes incluía eventos relacionados con la

equitación. [\[Volver\]](#)

81. Hahaso (probablemente el roble nara), un árbol alabado en poesía por el rojo intenso que toman sus hojas a finales del otoño. [\[Volver\]](#)

82. El equinoccio de otoño se celebraba durante siete días, centrados en el décimo día del octavo mes lunar. [\[Volver\]](#)

83. Hanachirusato y Yûgiri. [\[Volver\]](#)

84. Aparentemente artificial. [\[Volver\]](#)

85. El décimo mes lunar es el primero del invierno, la estación de la dama. [\[Volver\]](#)

Capítulo 22

1. Debido a que las lágrimas a bordo atraían el infortunio. [[Volver](#)]

2. Ise monogatari 8 (sección 7): «Cada vez añoro más los lugares que dejé. ¡Cuánto os envidio, olas que retornáis!». [[Volver](#)]

3. Kokinshû 961, de Ono no Takamura: «¡Jamás pensé que caería tan bajo, desterrado a lo más remoto, como para arrojar un sedal de pescador y sacar peces del mar!». [[Volver](#)]

4. Kane no Misaki, en la costa

septentrional de Kyushu. «No olvidaré» procede de Man'yôshû 1234, un poema de agradecimiento a una deidad marina tras haber rodeado sin percance este peligroso cabo: «Aunque he dejado atrás el poderoso Kane no Misaki, no olvidaré a la augusta deidad de Shiga». [[Volver](#)]

5. La mujer que Genji había visto al lado de Yûgao la noche de la muerte de ésta. [[Volver](#)]

6. Los servicios fúnebres que se realizaban a intervalos regulares tras la muerte de una persona. [[Volver](#)]

7. Tal vez los escrúpulos del marido (en cuestiones de impuestos, por ejemplo) enojaban a los poderes locales y hacían

que no obtuviera ningún beneficio personal de su periodo de servicio. Sus enemigos fácilmente podrían imposibilitar el viaje a su esposa. [\[Volver\]](#)

8. Ayuno y purificación, así como plegarias para una reencarnación más feliz, que se llevaban a cabo durante los primeros quince días de los meses primero, quinto y noveno. [\[Volver\]](#)

9. Un artículo difícil de encontrar en la Ciudad, aunque tal vez se encontrara algo más fácilmente en Kyushu, donde atracaban los barcos que realizaban el comercio con China. [\[Volver\]](#)

10. Yobai, una costumbre en modo alguno limitada a las aventuras amorosas

de los caballeros como Genji. Parece que también era habitual en el campo.

[\[Volver\]](#)

11. Una alusión en broma a Kokinshû 546: «Todas las ocasiones son iguales, pues te amo en todas ellas, y sin embargo, en otoño, ¡oh, cuán extrañamente más!».

[\[Volver\]](#)

12. El mes en el que están es el tercero, el último de la primavera. Tal vez se consideraba que casarse en el último mes de una estación traía mala suerte.

[\[Volver\]](#)

13. El poema no continúa; algo como «que aceptaré el castigo de los dioses» falta entre sus dos mitades. Su gran virtud,

para el hablante, parece ser que consigue un juego de palabras (con kakete), según la práctica poética aceptada. Ese espejo divino está entronizado en el Kagami Jinja («Santuario del Espejo») en Matsura, hoy Karatsu, en la costa norte de Kyushu.

[\[Volver\]](#)

14. En lugar de uta (la palabra japonesa más ligera), utiliza waka, una palabra dura al estilo chino, que aquí recuerda a una tentativa como de libro de texto. [\[Volver\]](#)

15. Ambas hermanas acompañan a su madre y Tamakazura al puerto de Matsura, pero sólo Hyôbu, la más joven, zarpa con el grupo. Su «nombre» parece derivar de

un título que ostentó su hermano mayor, que (como queda claro en un pasaje posterior) era entonces un funcionario subalterno del Departamento de la Guerra conocido como Hyôtôda («el funcionario del Departamento de la Guerra que es un hijo mayor Fujiwara»). [\[Volver\]](#)

16. La situación de Ukishima es incierta, pero su trasfondo es apropiado al contexto, puesto que uki significa tanto «flotar» como «triste». El poema de Tamakazura, abajo, incorpora el mismo juego de palabras. [\[Volver\]](#)

17. Hibiki no Nada: la costa de Harima, donde se encontraba Akashi. Parece ser que se consideraba

especialmente peligrosa. Se están aproximando al lugar que ocupa la actual Osaka. [\[Volver\]](#)

18. Presumiblemente, quien habla es el aya. [\[Volver\]](#)

19. Parece ser una canción popular. Karatomari («puerto de Corea» o «puerto de China») debía de hallarse en la costa de Harima (prefectura de Hyôgo). Kawajiri se encuentra en la desembocadura del río Yodo, que muere en la bahía de Osaka. [\[Volver\]](#)

20. Verso de un poema de Bai Juyi (Hakushi monjû 0144). El hablante, cautivo de los tibetanos, pudo escapar, pero al final los chinos lo confundieron

con un tibetano y lo enviaron a una colonia penitenciaria. [\[Volver\]](#)

21. «Novena avenida», una de las grandes avenidas numeradas de la ciudad, que se extendía de este a oeste, en el distante sector sur o «inferior». [\[Volver\]](#)

22. El santuario de Yawata es Iwashimizu Hachiman, en Otoko Yama, al sudoeste de la ciudad. El hablante cree que en los tres lugares se venera a la misma deidad. (El lenguaje no distingue entre una deidad y la estructura en la que es venerada.) Sin embargo, mientras que el santuario de Hakozaki, en la costa septentrional de Kyushu, está dedicado a Hachiman, el de Matsura no lo está.

[\[Volver\]](#)

23. Un goshi (administrador de templo de segundo nivel) de Iwashimizu Gokurakuji, el templo budista asociado al santuario de Iwashimizu Hachiman.

[\[Volver\]](#)

24. Hatsuse es el topónimo asociado al Hasedera, un templo en las montañas aproximadamente al este de Nara. Hasedera está dedicado a la Kannon de las Once Cabezas (Jûchimen Kannon). En Japón, como sucede en el mundo católico, era posible venerar a ciertas imágenes particularmente sagradas como si tuvieran poderes especiales, y la Kannon del Hasedera convertía al templo en un

importante centro de peregrinaje. [\[Volver\]](#)

25. Los setenta y dos kilómetros que separan Kyoto del Hasedera podían recorrerse en dos días a pie, o en tres en carruaje tirado por bueyes. Puesto que una dama noble no solía cubrir a pie según qué distancias, este peregrinaje debió de poner a prueba la resistencia de Tamakazura. Sin embargo, caminar evidenciaba una mayor piedad que ir en carruaje. [\[Volver\]](#)

26. La Kannon del Hasedera. [\[Volver\]](#)

27. Al pie del monte Miwa, a unos cuatro kilómetros del Hasedera, era un lugar habitual de descanso para los

peregrinos. Ella llega hacia media mañana. [\[Volver\]](#)

28. El lugar es probablemente un templo que proporciona también alojamiento. [\[Volver\]](#)

29. Zejô, una larga cortina apropiada para dividir una estancia. [\[Volver\]](#)

30. Esperando encontrarse con Tamakazura. [\[Volver\]](#)

31. Ukon, el aya y, presumiblemente, Sanjô. [\[Volver\]](#)

32. Suponiendo que la imagen de Kannon en el Hasedera mirase al sur, como lo hace ahora, ambos grupos están a su derecha, pero Tamakazura mucho más apartada. [\[Volver\]](#)

33. Oshi, sacerdote entre cuyas tareas figuraba la de atender a los peregrinos en un lugar sagrado. Los dos grupos parecen tener diferentes oshi. [[Volver](#)]

34. La provincia de Yamato, donde se encuentra el Hasedera. [[Volver](#)]

35. El título de Tô no Chûjô cuando fue concebida Tamakazura. [[Volver](#)]

36. El templo más importante de Kyushu, a menudo emparejado por la fe popular con el Hasedera. Ambos están dedicados a Kannon. [[Volver](#)]

37. Miakashi-bumi, una plegaria escrita que ofrecían de modo formal sacerdotes adecuadamente habilitados. [[Volver](#)]

38. Tamakazura, una Fujiwara por parte de padre. Ruri-gími («señorita Ruri») o bien es un nombre infantil de Tamakazura o bien un seudónimo que se ha inventado Ukon. [[Volver](#)]

39. Murasaki. [[Volver](#)]

40. Al contrario que un buda, cuya iluminación, según el Ryôgon-kyô, se revela de ese modo. [[Volver](#)]

41. Kokinshû 1009 (no es un tanka sino un sedôka, ligeramente más largo): «Junto al río Hatsuse, el río Furu a lo largo de los años, se alzan los cedros gemelos, y podemos encontrarnos de nuevo, allí donde se alzan los cedros gemelos». «Furu» parece ser otro nombre

para el río Hatsuse. [\[Volver\]](#)

42. Literalmente, «vuelven a ser potros» (komagaeru). [\[Volver\]](#)

43. Ukon da a entender, por omisión, que al menos Tamakazura no estaba demasiado lejos de la Ciudad. [\[Volver\]](#)

44. Suetsumuhana. [\[Volver\]](#)

45. Este poema tiene continuidad gramatical con el texto en prosa anterior. Afirma el vínculo perdurable entre Genji y Tamakazura. Hacer esto es muy difícil, y tal vez Genji lo plantea como una especie de prueba. La cala de Mishima (Mishimae), situada a orillas del río Yodo entre Kyoto y Naniwa, se asociaba en poesía a la densa población de juncos mikuri,

cuyas numerosas suji («líneas») introducen o adornan la idea de suji como «conexión» entre dos personas. [\[Volver\]](#)

46. Hanachirusato. [\[Volver\]](#)

47. Akashi. [\[Volver\]](#)

48. Yûgiri. Ésta es la primera referencia a su ascenso. [\[Volver\]](#)

49. Nihon shoki 66, de Ôe no Asatsuna: «¿No se apiadan de él sus padres? El Niño Sanguijuela ha llegado a su tercer año y aún no puede tenerse en pie». [\[Volver\]](#)

50. En el original, tamakazura («guirnalda de zarcillos») funciona principalmente como un adorno del suji («tallo») que aparecía, con sus

implicaciones de «conexión», en el intercambio de poemas entre Genji y Tamakazura. [\[Volver\]](#)

51. Porque le habla como a una hermana. [\[Volver\]](#)

52. Que le había parecido tan impresionante cuando estaba en Tsukushi (Kyushu). [\[Volver\]](#)

53. «Lo dejó en tus manos». [\[Volver\]](#)

54. Hanachirusato. [\[Volver\]](#)

55. Tamakazura. La naturaleza de estas prendas permanece sin especificar, excepto para el primer «vestido formal» (kouchiki) y los dos «vestidos largos» (hosonaga). Los comentaristas sugieren

uchiki o kouchiki para todos. [\[Volver\]](#)

56. Lo de «chino» probablemente alude al gusto y a los anticuados modales de Suetsumuhana. [\[Volver\]](#)

57. Utsusemi. [\[Volver\]](#)

58. El primer día del Año Nuevo. [\[Volver\]](#)

59. El pabellón situado al este de su residencia de Nijô, de reciente construcción. [\[Volver\]](#)

60. Más como una amante que una esposa. [\[Volver\]](#)

61. La prenda es utsuo («vacía») porque carece de camisa acompañante, como debería. [\[Volver\]](#)

62. El poema de Suetsumuhana, un sucesión implacable de triviales juegos de palabras, se parece al poema que acompañaba a la túnica que le regaló a Genji en «El alazor». La expresión «te devolvería» tiene en el original dos sentidos: el de «devolver» (al donante) y el de «volver del revés», un método aceptado de estimular la visita en sueños del amante. [[Volver](#)]

63. Literalmente, «las sílabas ma-to-i son obligatorias». Matoi, una expresión poéticamente noble, significa «sentado en un círculo». [[Volver](#)]

64. La «pausa» (yasumedokoro) es la tercera unidad silábica de la forma

poética clásica de cinco unidades.

[\[Volver\]](#)

65. Utamakura, topónimos admisibles en poesía. [\[Volver\]](#)

66. El padre de la dama. [\[Volver\]](#)

Capítulo 23

1. Pasteles grandes y redondos hechos de arroz glutinoso (mochi) que se ofrecían a los dioses en ocasiones festivas. Puesto que en este caso el singular y el plural no se diferencian, es posible que haya un solo pastel. [[Volver](#)]

2. Parecen cantar los versos de felicitación de Kokinshû 356, que se citan parcialmente en el texto: «He celebrado que vivas las miríadas de años del pino, pues deseo construir mi hogar bajo tu sombra milenaria». La «Celebración de la longitud de los días» (ha-gatame) se

realizaba durante los tres primeros días del Año Nuevo, y en esa ocasión se comía una serie de alimentos que incluían jabalí o faisán, venado o agachadiza y trucha (ayu). [\[Volver\]](#)

3. Parece que mantener una mano en el pliegue delantero de la túnica (futokorode) era tan informal como el gesto de un hombre que mete las manos en los bolsillos. [\[Volver\]](#)

4. Kokinshû 1086, que se cantaba durante la ha-gatame: «En Ômi se alza la montaña del Espejo, e incluso ahora veo en ella los mil años de mi señor». Kagami—yama, la «montaña del Espejo», es una colina situada en la provincia de Ômi,

cerca del lago Biwa. [\[Volver\]](#)

5. Chûjô ha sido mencionada brevemente en «Aoi» como una de las damas de honor al servicio de Genji, y ahora sirve a Murasaki. Su observación, en apariencia irreprochable, parece señalar en secreto su decepción porque Genji no se ocupa de ella y la consternación que siente al ver su aspecto envejecido en el espejo. El motivo del espejo también se relaciona con los «pasteles espejo». [\[Volver\]](#)

6. Tal vez relacionadas con la esperanza de que Murasaki pudiera concebir un hijo. [\[Volver\]](#)

7. Una extraña coincidencia del

primer día del año y el primer día de la Rata en el primer mes. En este primer día de la Rata, la gente arrancaba plantones de pino, un gesto que fomentaba la longevidad, y cogía los primeros brotes primaverales. [\[Volver\]](#)

8. El de Akashi. [\[Volver\]](#)

9. El ruiseñor y la rama son artificiales; la rama debía de estar atada a los cestos y cajas. En poesía, el ruiseñor (uguisu) normalmente se posa en las ramas del ciruelo florido, de modo que su presencia en el pino constituye una declaración: es la niña, que ha abandonado a su madre natural por un nuevo hogar. [\[Volver\]](#)

10. «Por favor, déjame que oiga directamente a mi hija». El poema juega con matsu («pino» y «esperar»), furu («pasar» [hablando de tiempo] y «viejo»), hatsune («primera canción [del año] y primer [día de la] Rata») y hika-rete, que alude a la costumbre de Año Nuevo de arrancar plantones de pino. «La aldea donde ninguno canta» es de Genji monogatari kochûhakushô in'yô waka 177: «Hoy, al menos, oh, déjame escuchar tu primera canción, pues ¿de qué sirve la aldea donde no canta ningún ruiseñor?».

[\[Volver\]](#)

11. Parecía como si estuviera a punto de llorar. Las palabras y acciones de mal

agüero eran tabú en los primeros días del Año Nuevo. [[Volver](#)]

12. Obedientemente, se valió del vocabulario y los juegos de palabras utilizados por su corresponsal. [[Volver](#)]

13. Hanachirusato. [[Volver](#)]

14. Ambos tipos de incienso son mezclas de varias sustancias, sobre todo maderas fragantes. [[Volver](#)]

15. Caracteres chinos escritos en cursiva para representar sonidos fonéticos. [[Volver](#)]

16. Kokin rokujô 4385: «Puesto que mi casa está junto a la colina donde florecen los ciruelos, a menudo oiré el canto del ruiseñor». El ruiseñor entre las

flores de ciruelo es un motivo frecuente de la poesía relacionada con la primavera. [\[Volver\]](#)

17. Rinji kyaku, príncipes y nobles que acudían de visita, por lo general el segundo día del Año Nuevo. Era preciso agasajarlos formalmente. [\[Volver\]](#)

18. Cortejar a Tamakazura. [\[Volver\]](#)

19. Sencilla canción saibara que comienza así: «¡Este señor nuestro bien merecedor es de sus riquezas!». La palabra sakigusa (abajo, una planta no identificada) aparece hacia la mitad de la canción y en lo sucesivo reaparece como una especie de estribillo. [\[Volver\]](#)

20. La mayor parte de las almas que

iban al paraíso de Amida no nacían en flores de loto abiertas, sino en capullos de loto cerrados, y tenían que esperar un tiempo más o menos largo hasta que sus flores se abrían. Entretanto, sólo podían oír vagamente la música ante el trono de Amida. [\[Volver\]](#)

21. Kokinshû 955, de Mononobe no Yoshina: «Si uno anhelara un retiro de montaña que no se vea afectado por las penalidades del mundo, el ser amado es un vínculo que sigue reteniéndole». [\[Volver\]](#)

22. Bajo la prenda que le regaló Genji normalmente habría llevado tres túnicas compatibles (uchiki) en vez de esa

monstruosidad almidonada. [\[Volver\]](#)

23. Su hermano, monje del Daigoji, un gran templo situado al sudeste de la Ciudad. [\[Volver\]](#)

24. El perteneciente al edificio principal de Nijô. [\[Volver\]](#)

25. Hana («flor») también significa «nariz». Genji se compara con el ruiseñor que visita el ciruelo en flor en primavera. [\[Volver\]](#)

26. Un estante para la ofrenda de agua sagrada (akadana), como un pequeño santuario sobre pilotes, que se alzaba al lado de la terraza, con una tina de agua, también sobre una plataforma, a su lado. [\[Volver\]](#)

27. Bajo la prenda principal que Genji le ha regalado, del mismo gris azulado que la cortina, lleva también las túnicas de diversos colores que acompañaban a la prenda. [\[Volver\]](#)

28. «Debería haberte imaginado y no venir en persona». Gosenshû 1093, de Sosei: «Hoy veo con mis propios ojos la célebre isla de los Pinos, y en verdad observo que vive aquí un ama muy perspicaz». Ama significa tanto «habitante de la costa» como «monja». Genji alude al mismo poema en «La rama verde», la primera vez que visita a Fujitsubo después de que se haga monja. [\[Volver\]](#)

29. Cuando su hijastro volcó sus

atenciones en ella, tras la muerte de su marido, obligándola a refugiarse en la religión. [\[Volver\]](#)

30. Saneakira shû 50, de la hija del príncipe Atsuyoshi: «No sé cuánta vida me queda y, no obstante, mi corazón aún cree que nunca te olvidaré». [\[Volver\]](#)

31. Tamakazura. [\[Volver\]](#)

32. La consorte Kokiden (némesis de Genji) de los primeros capítulos. [\[Volver\]](#)

33. Mizumumaya, literalmente «agua y establo para los caballos», pero en realidad sake y gachas de arroz calientes. Otros lugares a lo largo de la ruta se denominaban iimumaya, donde daban de comer a los hombres. [\[Volver\]](#)

34. Kôkoji, gorros de altura especial que llevaban los danzarines (en general dos hombres del sexto rango con máscaras de paño). [\[Volver\]](#)

35. Kotobuki, bendiciones pronunciadas con estridencia para pedir buenas cosechas, abundancia, etcétera, para el nuevo año [\[Volver\]](#)

36. Regalos tradicionales que los actores de la mascarada recibían especialmente en el palacio. La magnificencia de Genji tiene un carácter imperial. [\[Volver\]](#)

37. El capitán es Yûgiri, y el teniente senescal, el hijo de Tô no Chûjô, más adelante conocido como Kôbai. [\[Volver\]](#)

38. Bansuraku, estribillo de una canción que siempre cantaban los participantes en la mascarada. [[Volver](#)]

39. Goen, banquete que el emperador daba a los participantes en la mascarada, normalmente en el segundo o tercer mes. [[Volver](#)]

Capítulo 24

1. Los montículos son artificiales y la isla era un elemento característico de los estanques de jardín. [\[Volver\]](#)

2. El poema de Akikonomu a Murasaki, cerca del final de «Las doncellas». [\[Volver\]](#)

3. Ryûtô gekishu, una barcaza con una «cabeza de dragón» y otra con una «cabeza de geki». Los dragones se asociaban al agua. El geki (similar al ruc o el fénix de otras culturas) era un ave fabulosa capaz de sobrevivir a grandes

tormentas en el mar y de volar muy alto.

[\[Volver\]](#)

4. Las parejas de aves acuáticas y los patos mandarines son motivos textiles chinos. El pasaje también contiene ecos de la poesía de Bai Juyi. [\[Volver\]](#)

5. Las damas de honor que van a bordo de la barcaza recitan estos cuatro poemas. El cabo Yamabuki (Yamabuki no Misaki) es un nombre poético asociado a un topónimo de la provincia de Ômi. Yamabuki significa «rosa amarilla».

[\[Volver\]](#)

6. También Ide, una localidad entre Kyoto y Nara, era conocida por sus yamabuki. [\[Volver\]](#)

7. Hôrai, la montaña—isla de los inmortales, descansaba sobre el caparazón de una gran tortuga. [\[Volver\]](#)

8. Los danzarines bugaku actúan en una especie de carpa (hirabari) situada entre la casa y el lago. [\[Volver\]](#)

9. La escalinata que conducía al jardín desde el lado sur de la casa principal. [\[Volver\]](#)

10. Uno de los seis estilos gagaku, asociados con la primavera. Los músicos profesionales empiezan por tocar un netori (una pieza breve, para afinar) con sus instrumentos de viento (en el orden shô, hichiriki, flauta), y los caballeros sentados en de los escalones superiores

(los profesionales están en los inferiores)
interpretan la pieza con sus instrumentos
de cuerda. [\[Volver\]](#)

11. Kaerigoe, el paso de un modo
«mayor» a uno «menor», o viceversa.
[\[Volver\]](#)

12. Murasaki no tenía una hija
propia. [\[Volver\]](#)

13. Gracias a una alusión a Kokinshû
867, murasaki (el color de las flores de
glicina) sugiere que Tamakazura es
pariente por consanguinidad (el hablante
es el hermano de Genji). El poema
también juega con fuchi/fuji, «glicina» y
«abismo». [\[Volver\]](#)

14. Hacia el mediodía. [\[Volver\]](#)

15. Cortesanos a los que se ha encargado la distribución de incienso a los sacerdotes participantes. [\[Volver\]](#)

16. El «grillo del pino» (matsumushi), un insecto de otoño, es Akikonomu. El poema de Murasaki equivale a una declaración de victoria en las guerras de primavera y otoño. [\[Volver\]](#)

17. Una pieza de bugaku llamada correctamente «Karyôbinga» (en sánscrito, «Kalavinka»), por el nombre del ave que canta en el paraíso. [\[Volver\]](#)

18. Reciben regalos de ropa, que se pasan unos a otros a lo largo de la hilera. [\[Volver\]](#)

19. Koshisashi («inserto en el cinto»), un rollo de seda que el receptor se metía bajo la faja antes de retirarse.

[\[Volver\]](#)

20. Por no haber podido estar presentes. Kokinshû 498: «En la rama más alta de mi ciruelo un ruiseñor canta, y también yo podría dar rienda suelta a mi llanto, tan triste es mi amor». [\[Volver\]](#)

21. El poema de Akikonomu juega con el ko («¡ven!») de kochô («mariposa»). [\[Volver\]](#)

22. De Murasaki. [\[Volver\]](#)

23. No de una manera romántica. [\[Volver\]](#)

24. El primer día del cuarto mes, el

primer día del verano. [\[Volver\]](#)

25. Higekuro no Taishô, «comandante Barbanegra». Hermano de la consorte Shôkyôden y de un tío del príncipe heredero, está casado con una medio hermana de Murasaki mayor que ésta. [\[Volver\]](#)

26. La caída de Confucio parece haber sido proverbial, pero no se le conoce ningún locus classicus. [\[Volver\]](#)

27. La pregunta de Genji juega con nusubu («estar anudado», como lo estaban las cartas de amor) y musubôru («estar abatido»). [\[Volver\]](#)

28. Es de Kashiwagi, en realidad su medio hermano. [\[Volver\]](#)

29. Un hosonaga de color rosa ciruela forrado de verde hoja (el «rosa» sobrepuesto). [[Volver](#)]

30. Un kouchiki con prenda sobrepuesta decorada con deutzias (unohana), forrada de blanco con verde hoja (moegi). La deutzia florece en el cuarto mes lunar, en largos racimos de pequeñas flores blancas. [[Volver](#)]

31. Al parecer, una muchacha paje. [[Volver](#)]

32. Meshiudo, término que designa a una dama de honor a quien su amo toma como una especie de querida de importancia secundaria. [[Volver](#)]

33. Una tendencia a los celos.

[\[Volver\]](#)

34. El «dicho» parece ser «Honra al padre que te crió por encima del que te engendró» (umi no oya yori sodate no oya). [\[Volver\]](#)

35. El poema juega con yo, «paso del tiempo» o «periodo de años» y «juntura [de bambú]», y en este contexto también sugiere «relación amorosa». [\[Volver\]](#)

36. Genji alza las persianas entre la terraza y el pasillo, y ella sale de la cámara al pasillo. [\[Volver\]](#)

37. De una descripción de un paisaje primaveral en un poema de Bai Juyi (Hakushi monjû 1280). [\[Volver\]](#)

38. A Yûgao, la madre de

Tamakazura. [[Volver](#)]

39. Yûgiri. [[Volver](#)]

40. Puesto que es verano, probablemente lleva por encima de la cintura sólo una capa de vaporosa seda oscura y casi transparente. [[Volver](#)]

41. La túnica externa, al quitársela; probablemente ha tenido la precaución de llevar una sin almidonar, más cómoda. [[Volver](#)]

42. Hermanastra de Tamakazura (la hija de su aya). [[Volver](#)]

43. Genji monogatari kochûshakusho in'yô waka 186: «Tales son las punzadas del amor que de buen grado mostraría mis colores, como el pino de Ota, y le pediría

claramente un encuentro». [\[Volver\]](#)

Capítulo 25

1. Es la última parte del cuarto mes lunar, cuando no hay luna; la luna está, pues, en cuarto creciente. [\[Volver\]](#)

2. Literalmente, «la distancia entre dos columnas» (hitoma), unos diez pies (poco más de tres metros). [\[Volver\]](#)

3. El elemento central de este poema es un juego de palabras con omohi (pensamientos de amor o nostalgia) y la sílaba final hi de la misma palabra, que significa «fuego». Debido a este doble significado, las luciérnagas figuran en

muchos poemas amorosos de verano.

[\[Volver\]](#)

4. Shigeyuki shû 264 (también Goshûishû 216), de Minamoto no Shigeyuki: «La luciérnaga que arde silenciosamente con fuegos internos merece más lástima que aquella que grita». [\[Volver\]](#)

5. Kokinshû 153, de Ki no Tomonori: «Mientras languidezco tristemente entre las lluvias del quinto mes, en lo profundo de la noche canta un cuclillo; ¿adonde puede ir?». [\[Volver\]](#)

6. El día del Festival del Ácoro. [\[Volver\]](#)

7. Blanco porque iba atada a una raíz

blanca de ácoro. [\[Volver\]](#)

8. «¿Tienes que rechazarme?» En el Festival del Ácoro se arrancaban ácoros (ayame), buscando los que eran especialmente largos. Los sentimientos y juegos de palabras del poema (ne, [«raíz» y «sollozo»] y nakare [«sollozar» y «fluir»]) siguen la convención. [\[Volver\]](#)

9. Hanachirusato. [\[Volver\]](#)

10. Yûgiri. [\[Volver\]](#)

11. Presumiblemente, el concurso de tiro al arco a caballo (yabusame) celebrado en el terreno de equitación de palacio el día quinto del quinto mes por los guardias de la Izquierda de Palacio y el sexto por los de la Derecha. [\[Volver\]](#)

12. Susogo, tela teñida de manera que sea clara en la parte superior y oscura en la inferior. [[Volver](#)]

13. Hacia las dos de la tarde. [[Volver](#)]

14. Literalmente, parece un ôkimi: un niño imperial que no ha sido nombrado príncipe o princesa y al que ni siquiera han dado apellido. Ésta es la única mención que se hace de él. [[Volver](#)]

15. Higeкуро. [[Volver](#)]

16. El «ácoro» (ayame) es ella. «Escogido» traduce el verbo hiku, que juega con «arrancar» (una raíz de ácoro) y «conducir» (un caballo). El poema alude a Kokinshû 892, claramente erótico:

«Vieja es la hierba bajo los árboles en Ôaraki; ningún corcel pade allí, nadie acude a segarla». [\[Volver\]](#)

17. El corcel (Genji) quiere ser como el somorgujo (niodori), que forma pareja de por vida; jamás abandonará al ácoro (Hanachirusato). La «brusquedad» del intercambio (abajo) se relaciona con sus sentimientos abiertamente conyugales, no atemperados ni por la vaguedad ni por un tono de taimado cortejo. [\[Volver\]](#)

18. Presumiblemente, mujeres expertas en recoger relatos, copiarlos o hacer pinturas para ilustrarlos. [\[Volver\]](#)

19. Un clásico ya en tiempos de la autora, sólo sobrevive en una versión

reescrita que data aproximadamente del siglo XIII. [\[Volver\]](#)

20. Nihongi, una historia oficial de Japón escrita en chino y completada en el año 720. Comienza con un relato de la kamiyo, la era divina que precedió a la de los humanos. [\[Volver\]](#)

21. China. El original de toda esta frase es confuso y dudoso, y varía mucho en los diferentes manuscritos. [\[Volver\]](#)

22. Hôben, un recurso adoptado por un ser iluminado para conducir a quien no está preparado a aceptar una guía más directa hacia la iluminación. La expresión puede abarcar lo que en términos convencionales sería una mentira. La

cuestión se trata a fondo en el Sutra del Loto. [\[Volver\]](#)

23. Una paradoja del budismo Mahâyana japonés es que «las pasiones son iluminación», las pasiones derivadas del deseo y los sentidos, que, para la opinión general, son precisamente lo más alejado de la iluminación. [\[Volver\]](#)

24. Es la primera aparición de «Murasaki no Ue», que en lo sucesivo se traducirá así cada vez que aparezca. [\[Volver\]](#)

25. Hoy perdido. [\[Volver\]](#)

26. Su broma parece consistir en que, al contrario que los niños (presumiblemente niño y niña) de la

imagen, él fue un niño torpe y lento para quien las obsesiones románticas no significaban nada. [\[Volver\]](#)

27. Sobre todo por parte de sus ayas y damas de honor. [\[Volver\]](#)

28. La casa principal del lado sudeste de Rokujô, ocupado por Murasaki, está dividido entre la zona que ella comparte con Genji y la parte ocupada por la hija de Genji. [\[Volver\]](#)

29. En la habitación que da al pasillo, pero sin acercarse a la cámara. [\[Volver\]](#)

30. Daibandokoro, en el lado norte de la casa, también utilizada por las mujeres de Murasaki. Genji se asegura de

que Yûgiri no pueda llegar a Murasaki por medio de alguna de las damas de honor. [\[Volver\]](#)

31. Kumoi no Kari. [\[Volver\]](#)

32. Una expresión particularmente apropiada para un oficial de la Guardia de Palacio. [\[Volver\]](#)

33. El color del sexto rango, con el que había comenzado su carrera. Ahora ostenta el cuarto rango. [\[Volver\]](#)

34. Suponen que no corteja a Kumoi no Kari más activamente porque cree que no está del todo a su altura. (Su correspondencia con ella es secreta.) [\[Volver\]](#)

35. El hijo de Tó no Chüjô,

Kashiwagi. [\[Volver\]](#)

36. Parecen ser diez hijos y cuatro hijas. [\[Volver\]](#)

37. Determinada sobre todo por la categoría de sus madres. [\[Volver\]](#)

38. La relación de Kumoi no Kari con Yügiri. [\[Volver\]](#)

39. La hija de Yügao. [\[Volver\]](#)

40. Durante la conversación de la «noche lluviosa», en «El árbol de retama». [\[Volver\]](#)

Capítulo 26

1. El ayu, pez de agua dulce, es una especie de trucha, todavía hoy considerada una exquisitez de la gastronomía de Kyoto, y procede del río Katsura. El coto, un pez teleósteo de río (ishibushi; en japonés moderno, kajika), procede del Kamo. [\[Volver\]](#)

2. Himizu (agua enfriada con hielo preservado durante el verano en una heladera [himuro]) para preparar suihan (arroz hervido enfriado con agua helada). [\[Volver\]](#)

3. Kashiwagi, el hermano mayor del que habla. [\[Volver\]](#)

4. «Por noble que pueda ser, no es de extrañar que una hija suya, nacida de una madre de baja categoría, sea un tanto inferior». [\[Volver\]](#)

5. Yûgiri. [\[Volver\]](#)

6. «Tú mismo podrías quedártela. Antes que dejar tu nombre se vea manchado por la negativa de Tô no Chûjô a permitir que te cases con Kumoi no Kari, ¿por qué no te casas con la hermana de ésta?» [\[Volver\]](#)

7. Todos visten de color violeta (futaai), y ese color se funde fácilmente con el crepúsculo. Yûgiri («ese solemne

capitán», más abajo) parece estar con dos hijos menores de Tô no Chûjô. [\[Volver\]](#)

8. Las clavellinas aluden a Tamakazura. [\[Volver\]](#)

9. Kashiwagi. [\[Volver\]](#)

10. Tô no Chûjô es el hijo de una princesa, que es también la abuela materna de Yûgiri. Sin embargo, la ascendencia imperial de Yûgiri por el lado paterno lo elevaría por encima de Tô no Chûjô. [\[Volver\]](#)

11. «Sería bien recibido si se presentara por su propia voluntad para insistir en su petición». Tamakazura alude a (antes que citar) una canción saibara: «En mi casa cuelgan todas las cortinas;

venid, mi señor, venid: mi hija será vuestra...». Le induce a hacer tal cosa el uso de la palabra ôkimi («alguien de linaje imperial»), que es el «mi señor» de la canción arcaica. [\[Volver\]](#)

12. La canción prosigue: «¿Qué serviré para el festín? ¿Oreja y erizo de mar?». [\[Volver\]](#)

13. Sugagaki, aparentemente el nombre de una técnica determinada. [\[Volver\]](#)

14. El wagon también recibía el nombre de azumagoto («koto del Este»). El Este (en general, la llanura de Kanto) era una región agreste habitada por gentes toscas. [\[Volver\]](#)

15. Genji cantó por última vez esta canción saibara en «Bajo las flores de cerezo», cuando Aoi se negó a recibirle. Es la queja de un amante a quien los padres de la muchacha le impiden verla. En esta ocasión, Genji se consuela por no ser capaz de hacer el amor con Tamakazura. Sonríe porque él es el padre que no permitirá al amante (él mismo) que lo haga. [\[Volver\]](#)

16. «Tono trémulo» es una mera suposición del significado de sugagaki, más arriba. [\[Volver\]](#)

17. Sôfuren, una pieza gagaku china. La anécdota en cuestión no se ha conservado [\[Volver\]](#)

18. Con frecuencia los sonidos del viento y de las cuerdas se unen en poesía, como en Shûishû 451, de Saigû no Nyôgo: «El sonido de los pinos bajo el viento de la montaña se mezcla con la música del kin y, para este concierto, ¿qué cuerda estaba afinada con qué otra?». [[Volver](#)]

19. «Oyes la música a la perfección, pero finges no oír mis súplicas». El «viento cortante» [mi ni shimu kaze), una expresión poética que se asocia fácilmente con la música, evoca los pesares del otoño y el anhelo solitario. [[Volver](#)]

20. Está claro que es una cita, pero se desconoce su origen. [[Volver](#)]

21. Casarla, pero insistiendo en que resida en el palacio de Genji. [[Volver](#)]

22. «No importa lo bien que la proteja su marido (sekimori, “el portero”)). Kokinshû 632 (también Ise monogatari 6, sección 5), de Ariwara no Narihira: «¡Ojalá el guardián de la barrera apostado en el camino que sigo en secreto se quede dormido una noche tras otra!». El guardián ha sido colocado ahí por el padre de la joven a la que Narihira ha estado visitando. [[Volver](#)]

23. Fudô («El que no se mueve»), una deidad muy enérgica, se sienta o permanece en pie sobre una roca, rodeada de llamas, y sofoca a los demonios del

deseo. Al cantar su darani («hechizo», «invocación») se atrae su presencia y su poder, como sucede al formar los mudras (gestos de las manos) relacionados con sus ritos. [\[Volver\]](#)

24. Kashiwagi. [\[Volver\]](#)

25. Las persianas están bajadas, pero ella se aprieta tanto contra ellas que las abomba hacia fuera. Su postura está lejos de ser propia de una dama. [\[Volver\]](#)

26. Sugoroku, un juego de tablero popular en Japón desde la antigüedad. [\[Volver\]](#)

27. Se frota las manos al orar para que su adversaria saque un número bajo en su tirada de dados. [\[Volver\]](#)

28. La escolta de un gran señor lanzaba gritos de advertencia para despejar el camino incluso dentro de la casa. [\[Volver\]](#)

29. Referencia jocosa a un poema (Genji monogatari kochûshakusho in'yô waka 745 o 754) sobre las penas que acechan en el corazón de las piedras, unas penas que «no pueden salir». [\[Volver\]](#)

30. Un templo situado en la provincia de Ômi (hoy prefectura de Shiga), motivo por el que se conoce a la muchacha como Ômi no Kimi, «la hija de Ômi». El sacerdote habría sido llamado al nacer ella para rogar por un parto sin complicaciones. [\[Volver\]](#)

31. Sacar agua del pozo y recoger leña eran actividades esenciales sancionadas en las escrituras como el trabajo básico a realizar al servicio de un buda. [\[Volver\]](#)

32. En El libro de la almohada, Sei Shônagon condena por vulgar la frase que emplea (mairi-haberanzuru). [\[Volver\]](#)

33. Utogatari, «hablar de poemas»: probablemente el relato de un intercambio de poemas de amor, con los poemas cantados a la manera acostumbrada. [\[Volver\]](#)

34. La carta es un denso mosaico de tediosas alusiones, sin relación entre sí, de poemas manidos, y por lo tanto una

caricatura de una carta razonable.

[\[Volver\]](#)

35. Kokinshû 506 lamenta que, aunque el hablante está muy cerca de su amada, no puede verla. La «valla de carrizos» (ashigaki) del poema está «tupidamente entretejida» (machikakereba) como deben estarlo los amantes, pero los mantiene separados.

[\[Volver\]](#)

36. Gosenshû 682, de Kohachijô no Miyasudokoro: «Aunque estoy lo bastante cerca de ti para pisar tu sombra, ¿quién ha levantado la barrera de Nakoso [“no vengas aquí”]». Nakoso, un lugar del norte de Japón, era utilizado en poesía por

este juego de palabras con su nombre.

[\[Volver\]](#)

37. Kokin rokujô 3507: «Aunque no he estado allí, lo que se dice de la llanura de Musashi suscita mi queja, pero, ah, no tiene remedio, la culpa es de la murasaki». «Hablar de la llanura de Musashi» significa afirmar, a través de la mención que hace el poema de la murasaki, una relación de parentesco con la destinataria de la misiva. [\[Volver\]](#)

38. La carta finaliza con las palabras ana kashiko, ana kashiko, y el segundo ana kashiko (una frase de conclusión, a la manera de «tu humilde servidor») se indica sencillamente con una serie de

puntos que muestran repetición de la frase anterior. Un solo ana kashiko habría bastado. [\[Volver\]](#)

39. Gosenshû 608: «¡De qué extraña manera te cobro más afecto cuanto más te desagrado! ¿Qué podría hacer para no seguir así?». [\[Volver\]](#)

40. «Ojalá perdonaras mi mala caligrafía». Genji monogatari kochûshakusho in'yô waka 199 ruega al destinatario que mire (mi) con indulgencia la mala caligrafía de quien escribe, basándose en un juego de palabras con el nombre del río Minase. [\[Volver\]](#)

41. «Ansio verte». Los lugares no tienen nada que ver entre sí, pues Hitachi

se encuentra en el este de Japón e Ikaga Saki (la «Punta de la Pregunta»; la palabra ikaga significa «¿cómo?») está en el Mar Interior; Tago se encuentra al pie del monte Fuji. [\[Volver\]](#)

42. «Ansio verte»: una alusión a Kokinshû 699 sobre el «gran río» de Yoshino. [\[Volver\]](#)

43. «Al menos» (sasuga ni) porque, por muy poco femenina que sea la carta, por lo menos el tratamiento que le da en esta frase es aceptable. [\[Volver\]](#)

44. Una mensajera muy poco apropiada, aunque por su aspecto y sus modales armonice mejor con el entorno que la hija de Ômi. [\[Volver\]](#)

45. Ya que la hija de Ômi es hermana de la consorte. [\[Volver\]](#)

46. También estos lugares carecen por completo de relación entre sí. [\[Volver\]](#)

47. El incienso se endulzaba con miel, pero un perfume excesivamente dulce se consideraba vulgar. [\[Volver\]](#)

Capítulo 27

1. Kokinshû 171: «¡Cómo agita y levanta en torno suyo las ropas de mi verdadero amante, ah, tan fresco y fuerte, el primer viento del otoño!». [[Volver](#)]

2. Del séptimo mes lunar, la primera del otoño. [[Volver](#)]

3. En poesía, el viento que hace susurrar los juncos (ogi) puede anunciar la llegada de un amante. [[Volver](#)]

4. Mayumi no ki, un árbol de hoja caduca que da unas florecillas verde azuladas y cuyas hojas adoptan una bella

tonalidad roja en otoño. [\[Volver\]](#)

5. Kokinshû 500: «Ahora que es verano, una espiral contra los mosquitos arde en mi hogar y, ah, ¿durante cuánto tiempo arderé debajo de un modo similar?». En el poema de Genji, «humo» se relaciona con «deseo» mediante un juego de palabras con kohi («deseo»), puesto que la sílaba hi significa «fuego». Es habitual el motivo del humo que se alza del corazón ardiente del amante para desvanecerse (o no) en la vastedad del cielo. [\[Volver\]](#)

6. «¡Mira! ¡Me he comportado después de todo!» [\[Volver\]](#)

7. El de Yûgiri. [\[Volver\]](#)

8. Kashiwagi, que ahora tiene el mismo cargo que ostentaba su padre en «El árbol de retama». [\[Volver\]](#)

9. Transmitido oralmente por el mensajero. [\[Volver\]](#)

10. Su voz era dulce y pura. [\[Volver\]](#)

Capítulo 28

1. El marido de Rokujô, el príncipe heredero, que murió hace mucho tiempo.

[\[Volver\]](#)

2. Gosenshû 64: «¡Ah, que tuviera unas mangas lo bastante anchas para cubrir el cielo! Entonces ningún viento se llevaría las flores que florecen en primavera». [\[Volver\]](#)

3. Kokinshû 694 evoca al amor que languidece con la imagen de las frondas de hagi que aguardan el viento. Las frondas de hagi están motoara («desnudas

hacia la base de los tallos», y de ahí «languidecientes») porque el otoño (la estación de la separación) está avanzando.

[\[Volver\]](#)

4. Kosôji, un panel rígido y bajo (hecho de madera o del mismo material que los paneles deslizantes [shôji]) y montado sobre un pie, de modo que pudiese moverse a conveniencia. [\[Volver\]](#)

5. La multitud de sirvientes, visitantes, peticionarios, etcétera, cuando su marido vivía. [\[Volver\]](#)

6. Hanachirusato. [\[Volver\]](#)

7. Penetraba en su carruaje. [\[Volver\]](#)

8. Normalmente un amante se marchaba al despuntar el día (akebono no

wakare, una frase hecha), pero Genji y Murasaki nunca fueron unos amantes normales y vivieron juntos desde el comienzo. [\[Volver\]](#)

9. Varias indisposiciones se atribuían al hecho de que un «viento» le hubiese penetrado en el cuerpo. Genji se excusa por no haber ido a visitar personalmente a Akikonomu. [\[Volver\]](#)

10. El significado de este pasaje es discutible. Es enigmático, puesto que la flor de aster carece de olor. [\[Volver\]](#)

11. Damas de honor de Akikonomu. [\[Volver\]](#)

12. Ese «manto» (kouchiki) era una prenda semiformal. Un antiguo

comentarista explica que el manto debía de colgar de un perchero cercano, y que ella lo tomó y se lo puso maquinalmente.

[\[Volver\]](#)

13. El viento que agita los juncos es la visita breve y rutinaria de Genji.

[\[Volver\]](#)

14. La envoltura anaranjada, delgada como el papel, del fruto de la *Physalis alkekengi*, la planta farol chino o cereza de vejiga japonesa. [\[Volver\]](#)

15. «Sólo con que cedieras a mis deseos secretos...» [\[Volver\]](#)

16. Tsubo senzai, espacio ajardinado entre la residencia del emperador (Seiryôden) y el Kôrôden, situado

inmediatamente al oeste. [\[Volver\]](#)

17. Ha pedido el papel y el tintero de la mujer, pero lo que ésta le da pertenece a su media hermana. [\[Volver\]](#)

18. No tiene que sentirse demasiado intimidado, habida cuenta de quién es la dama de Akashi. [\[Volver\]](#)

19. Karukaya, un tipo de hierba alta que tiene un parentesco lejano con el arroz. Kokin rokujô 3785: «Ser tan serio no me sirve de nada; ¡ah, me revolcaría contigo como andropogon agitado por el viento, en frenético abandono!». [\[Volver\]](#)

20. Se muestra irónico. Las mujeres no han reconocido el significado sexual del andropogon. [\[Volver\]](#)

21. Las damas de honor de la abuela de Yûgiri habrían tomado los hábitos con ella. [\[Volver\]](#)

Capítulo 29

1. Su intento secreto de conseguir a Tamakazura. Otonashi no Taki («La cascada de Otonashi») es un nombre propio, pero oto nashi también significa «sin sonido», y este doble significado es explotado en poesía. Ciertos comentaristas antiguos citan otros dos poemas, por lo demás desconocidos, a los que puede aludir este pasaje (Genji monogatari kochûshakusho in'yô waka 205, 1481). [\[Volver\]](#)

2. Murasaki. [\[Volver\]](#)

3. Ôharano, al oeste de la ciudad, es un terreno en cuesta (no) al pie del monte Oshio, donde se encuentra el santuario de Ôharano, homólogo del santuario Kasuga de Nara, santuario tutelar del clan Fujiwara. Los antiguos comentaristas sugieren que la inspiración de este relato fue la visita que el emperador Daigo hizo a Ôharano el quinto día del duodécimo mes de 928. [[Volver](#)]

4. Entre las cinco y las siete de la mañana. [[Volver](#)]

5. Suzaku era la avenida principal de la ciudad, y la recorría de norte a sur. Gojô («Quinta avenida») iba de este a oeste. [[Volver](#)]

6. Surigoromo, prendas en las que se imprimían estampados restregándoles los jugos de diversas plantas usadas para teñir. [[Volver](#)]

7. Ukibashi, una especie de puente provisional (tablas tendidas sobre botes o balsas) sobre el río Katsura. [[Volver](#)]

8. Por eso se le conoce como Hige-kuro, que significa «Barbanegra». Es posible que tuviera realmente barba, aunque también podría ser que el vello facial le oscureciera las mejillas. [[Volver](#)]

9. Puesto que el emperador estaba ya rodeado de mujeres (Akikonomu, la consorte Kokiden) que la superaban en

rango. [\[Volver\]](#)

10. Estaría fuera de lugar que una mujer repitiera lo que el emperador dijo en una ocasión formal. [\[Volver\]](#)

11. «Un lugar donde otrora se alzaron los faisanes» (tatsu kiji no furuki ato) alude a una anterior visita a Ôharano de algún canciller, con ocasión de un viaje imperial. [\[Volver\]](#)

12. El poema de Genji, como los dos que le siguen, juega con miyuki, «viaje imperial» y «nieve». [\[Volver\]](#)

13. «¿Cómo podría haber visto bien al emperador?» [\[Volver\]](#)

14. Su apellido. Una mujer muy joven estaba tan totalmente integrada en su

familia que carecía por completo de identidad social. Como hija de Tô no Chûjô, Tamakazura es realmente una Fujiwara, no la Minamoto (Genji que parece ser. [\[Volver\]](#)

15. El santuario de Kasuga es el lugar de culto ancestral de los Fujiwara, y la deidad puede molestarse si Tamakazura se presenta en el mundo como una Minamoto. «Honrar abiertamente a su deidad ancestral» se refiere al peregrinaje o a los ritos efectuados por ella misma. [\[Volver\]](#)

16. Ser adoptada por alguien con un apellido diferente. [\[Volver\]](#)

17. Para que actuara como el

koshiyui, el padrino que ataba el cordón de la cola de la muchacha. Al parecer Genji se propone decirle a Tô no Chûjô quién es la muchacha después de ese acto.

[\[Volver\]](#)

18. Tamakazura. El duelo por una abuela duraba normalmente cinco meses.

[\[Volver\]](#)

19. El «servicio de palacio» se refiere en particular a las relaciones íntimas con el emperador, con todo lo que tales relaciones puede significar para la mujer y su familia. En comparación, las tareas que nominalmente conlleva el cargo son muy poco importantes. [\[Volver\]](#)

20. La prenda está hecha de kara no

ki, una sarga de seda ligera o estampada.

[\[Volver\]](#)

21. El padre de Tô no Chûjô y ex suegro de Genji; son medio hermanos de Tô no Chûjô, probablemente el «intendente de la Guardia de la Puerta Izquierda» y el «consejero supernumerario de rango medio» mencionados en «Las doncellas».

[\[Volver\]](#)

22. Esta descripción un tanto jocosa, inspirada en el lenguaje poético, se basa en la expresión amagoromo, «túnica de ama». Ama («monja») también se refiere a alguien que vive del mar, y de ahí que se asocie con la ropa empapada de agua

salada (de lágrimas). Así pues, el uso de amagoromo ofrece la imagen incongruente de una monja que llora por un pasado al que, como monja, supuestamente ha renunciado. [\[Volver\]](#)

23. El día de la ceremonia de iniciación de Tamakazura, cuando se le colocara la cola. [\[Volver\]](#)

24. «Tanto si eres hija de Genji como de mi hijo...» Este cariñoso poema de abuela es un tejido de juegos de palabras asociados con cajas, tapas y objetos similares. [\[Volver\]](#)

25. Cosas que se usaban en la ceremonia. Los vestidos mencionados se llevan con la cola (mo) y la chaqueta

china (karaginu). [\[Volver\]](#)

26. Utsusemi y Suetsumuhana, en Nijô. [\[Volver\]](#)

27. Los colores de Suetsumuhana sugieren duelo o una ocasión igual de triste. «Castaña caída» (ochiguri) puede ser un marrón rojizo intenso. El estampado de «granizo» (arare-ji) consistía en hileras de pequeños cuadrados de colores alternos («con cuadros violeta»). [\[Volver\]](#)

28. Un tejido de juegos de palabras triviales asociados a karakoromo («túnica de la lejana Catay»), el motivo favorito de Suetsumuhana. El tono de queja es inapropiado para una ocasión feliz.

[\[Volver\]](#)

29. Admitido a la sala donde tendría lugar la ceremonia, aproximadamente a las diez de la noche. [\[Volver\]](#)

30. Tamakazura se cubre el rostro con el abanico, como requiere el decoro, y no hay ninguna perspectiva de que lo baje. [\[Volver\]](#)

31. Una red de juegos de palabras sobre imágenes marinas. Uno de ellos es sobre mo («cola» o «alga») y kazaku («zambullirse» o «ponerse»), de modo que el otro significado de «hasta que por fin llegó el momento en que tuvo que ponerse la cola» (oki tamamo o kazuku made) es «hasta que por fin llegó el

momento en que tuvo zambullirse en busca de algas». [\[Volver\]](#)

32. Kashiwagi y Kôbai. [\[Volver\]](#)

33. Kashiwagi. [\[Volver\]](#)

34. Como lo hizo la diosa del Sol (Amaterasu) cuando se enfrentó, enfurecida, a su hermano Susano. [\[Volver\]](#)

35. En otro episodio de su querrela con Susano, Amaterasu se encerró en la Cueva de la Roca Celestial (Ama no Iwato), sumiendo así al mundo en la oscuridad. [\[Volver\]](#)

36. Para sosegar sus desdichadas emociones. [\[Volver\]](#)

37. Nagauta (o chôka), un poema de longitud indeterminada, con el mismo

metro que los poemas habituales en el relato. Una petición de la clase mencionada por Tô no Chûjô normalmente estaría escrito en China e incluiría un poema chino. Él le recomienda un «largo poema» como sustituto, puesto que las mujeres no escribían en chino. [[Volver](#)]

Capítulo 30

1. Genji y Tô no Chûjô insisten a Tamakazura en que tras la ceremonia de colocación de la cola, ya no es una «joven dama». [\[Volver\]](#)

2. Yûgiri y Tamakazura están de duelo por Ômiya, que ha muerto entre capítulos. El gris de Yûgiri es un pocc más oscuro debido a que tenía una relación más íntima con ella. El hecho de que la cola (ei, un apéndice largo, estrecho y flexible hecho de tela lacada) de su gorro esté enrollado en vez de desplegado es también una señal at luto.

Ésta es la primera referencia que se hace a él como «el capitán consultor» (Saishô no Chûjô). [\[Volver\]](#)

3. Yûgiri se sienta al otro lado de las persianas. [\[Volver\]](#)

4. Para la purificación que pone fin al luto, probablemente en el río Kamo. El mes es el octavo. [\[Volver\]](#)

5. Porque todo el mundo sabría que era hija de T6 no Chûjô y no de Genji. [\[Volver\]](#)

6. Porque las flores de fujibakama son de color murasaki claro (violeta), y el murasaki es el color de la relación. [\[Volver\]](#)

7. «Ten piedad de mí, tú que sientes

la misma aflicción [la pérdida de Ômiya] que yo...» [\[Volver\]](#)

8. «Debe de estar haciéndome proposiciones». Tamakazura asocia «aunque sólo sea por amabilidad» (kagoto bakari ni) con la expresión que aparece en un poema—adivinanza de súplica amorosa (Shinkokinshû 1052): «Hebilla de faja de Hitachi en el extremo del camino del lejano Este, aunque sólo sea por amabilidad, ¡por favor, déjame estar contigo!». El poema juega con kagoto, que también alude al cierre metálico de un cinturón o faja. [\[Volver\]](#)

9. «No existe tal vínculo entre tú y yo. Si lo hubiera, el murasaki claro de estas

flores podría prometerte por lo menos amabilidad, pero no lo hace». [\[Volver\]](#)

10. De Gosenshû 960, del príncipe Motoyoshi: «Soy tan desdichado, que nada me queda ya salvo tratar de encontrarla en Naniwa, aunque ello signifique darlo todo». [\[Volver\]](#)

11. En «Las luciérnagas» actuó como intermediario entre Kashiwagi (el capitán secretario) y Tamakazura. [\[Volver\]](#)

12. Aquí el original dice «la dama de personal», lo cual sugiere que ya debía de haber sido nombrada, pero la cuestión no está clara. [\[Volver\]](#)

13. La verdadera función de una dama de personal como casi esposa no

era oficial y, en consecuencia, su rango estaba muy por debajo del de una consorte. [\[Volver\]](#)

14. Su padre antes de casarse, su marido y luego su hijo. [\[Volver\]](#)

15. El noveno mes (como el primero y el décimo) era de mal agüero para el matrimonio, que es a lo que equivale el «servicio de palacio». [\[Volver\]](#)

16. Kokin rokujô 2233 propone represar la cascada de Yoshino como un símil de lo imposible. [\[Volver\]](#)

17. La parte «trasera» de la casa. [\[Volver\]](#)

18. «Nosotros, que nunca nos conocimos como hermano y hermana,

perdimos el contacto debido a un cortejo realizado sólo por medio de cartas». Las «colinas del Hombre y la Doncella» (Imoseyama) están una frente a la otra a ambos lados del río Yoshino, y con frecuencia representan a los amantes, pero aquí se refieren claramente a hermano y hermana. El «puente de Odae», cuyo nombre (odae) sugiere «ruptura», está al norte de Japón, muy lejos de Yoshino; presumiblemente, esta disyunción recalca la enorme distancia entre las dos clases de relación. Un último juego de palabras en el poema es el de fumi-madoikeru («perder el camino»), puesto que el término fumi también significa «carta».

[\[Volver\]](#)

19. «Eres tú quien estaba confundido. Yo, que sabía desde el principio que éramos hermanos, me sentía molesta al recibir tus cartas de cortejo». [[Volver](#)]

20. Higeкуро. [[Volver](#)]

21. La consorte Shôkyôden del emperador Suzaku, mencionada en «El peregrinaje a Sumiyoshi». [[Volver](#)]

22. Una de las damas de honor veteranas de Tamakazura. [[Volver](#)]

23. El Mes Largo (nagatsuki) es el noveno. [[Volver](#)]

24. «Aunque goces del favor del emperador, ¡no olvides a este desdichado!» Sasa, una planta de poca altura parecida al bambú, es muy

abundante en las montañas japonesas.

[\[Volver\]](#)

25. Sahyôe no Kami, un pretendiente no mencionado hasta ahora. [\[Volver\]](#)

Capítulo 31

1. El comandante (Higekuro), que acaba de casarse con Tamakazura.

[\[Volver\]](#)

2. Para confirmar el matrimonio.

[\[Volver\]](#)

3. Presumiblemente, Tô no Chûjô y Genji. [\[Volver\]](#)

4. Sin que ambos padres cuidaran de sus intereses. [\[Volver\]](#)

5. Entre estos párrafos, Tamakazura ha aceptado el puesto de dama de personal. En la Sala del Espejo Sagrado

prestaban servicio miembros del Departamento de Personal. [\[Volver\]](#)

6. Hotaru. [\[Volver\]](#)

7. «Nunca llegué a hacer el amor contigo, pero de todos modos no tenía intención de que cualquier otro te llevara a través del río de la Muerte». El primer hombre de una mujer la llevaba a través del río (Watari no Kawa, «Río de los Vados» o Sanzu no Kawa, «río de los Tres Vados») entre este mundo y la tierra de los muertos. [\[Volver\]](#)

8. Ninguna de estas mujeres ha aparecido antes. [\[Volver\]](#)

9. Gosenshû 481: «Cuando perdido en el amor yazgo despierto en una noche

de invierno, el hielo [lágrimas congeladas] ni siquiera se funde en mis mangas». [\[Volver\]](#)

10. Una referencia al suplicio de dormir solo en una noche de invierno. [\[Volver\]](#)

11. Una lectura literal (requerida por la nieve en el poema) de una expresión normalmente figurativa que significa «estar fuera de sí». [\[Volver\]](#)

12. Lo más probable es que se trate de un mensaje transmitido oralmente. [\[Volver\]](#)

13. Porque la escena recuerda el período que sigue a un fallecimiento. [\[Volver\]](#)

14. Se refiere a convertirse en monja.

[\[Volver\]](#)

15. «Tu, cuyo vínculo con tu señor es leve, te quedas, mientras que nuestra señora...» El «arroyo» es al mismo tiempo Moku y el riachuelo del jardín. El poema juega con sumi, «fluir nítido» y «vivir», y otras palabras asociadas con el agua.

[\[Volver\]](#)

16. Shûishû 351, del exiliado Sugawara no Michizane: «Sigo adelante sin cesar, mirando atrás una y otra vez hasta que las ramas por encima de la casa donde vive mi amor se pierden de vista».

[\[Volver\]](#)

17. Sin duda proporcionada por

Tamakazura, es decir, por Genji. Probablemente sea un hô (un manto formal), y sería de color negro, el color del tercer rango que ostenta Higeкуро.

[\[Volver\]](#)

18. Murasaki. [\[Volver\]](#)

19. Yûgiri. [\[Volver\]](#)

20. Un pabellón relativamente largo y estrecho (este—oeste) cerca del centro del complejo interior del palacio, al norte del Shinshinden. Un pasadizo (medô, norte-sur) lo dividía en dos aposentos, cada uno de los cuales consistía en una cámara y espacios en tres lados que daban al pasillo. [\[Volver\]](#)

21. La hija del airado suegro de

Higekuro. [\[Volver\]](#)

22. «Traviesas» (midarígawasbi) debido a su intensa rivalidad, a consecuencia de su rango relativamente bajo, por el favor imperial. [\[Volver\]](#)

23. Los tres últimos caballeros mencionados no figuran en ningún otro lugar del relato. [\[Volver\]](#)

24. Se derramaban por debajo de las persianas a través de las que contemplaban la mascarada. [\[Volver\]](#)

25. La hermana de Higekuro, que había sido consorte del emperador Suzaku (hermano de Genji). [\[Volver\]](#)

26. El regalo tradicional en esa ocasión. [\[Volver\]](#)

27. Tomoi—dokoro, el alojamiento que le ha sido asignado para usarlo cuando está de servicio en palacio. Como comandante de la Derecha, Higeкуро habría tenido sus aposentos cerca del Portal Inmei, en el lado oeste del complejo interior del palacio. [\[Volver\]](#)

28. El árbol es una imagen poco halagüeña de Higeкуро. [\[Volver\]](#)

29. Recientemente el emperador ha promovido a Tamakazura al tercer rango. [\[Volver\]](#)

30. «¿Por qué te he cobrado tanto afecto...?» El murasaki (violeta) claro se asocia con el tercer rango, y el color en general se asocia con los afectos del

corazón. Puesto que el tinte es difícil de manejar, el poema juega con hai aigataki («no toma la ceniza» [el cáustico, la lejía]) y aigataki («difícil de encontrar»). [\[Volver\]](#)

31. «¿No podríamos haber intimado más?» [\[Volver\]](#)

32. «A partir de ahora sabré que es a ti a quien he de agradecerle mi promoción, y te serviré tan bien como pueda». [\[Volver\]](#)

33. «Que comprendas ahora no me sirve de nada, puesto que seguirás sin entregarte a mí». [\[Volver\]](#)

34. Taira no Sadafun (conocido también como Heichû, fallecido en 923)

visitaba a una mujer que le fue robada por el principal cortesano de la época, Fujiwara no Tokihira (871-909). [\[Volver\]](#)

35. Man'yôshû 1428, de Akahito: «Yo, que he venido a recoger violetas en los campos primaverales, amo tanto estos prados que me tiendo aquí a pasar la noche». [\[Volver\]](#)

36. «Por lo menos mantente en contacto conmigo, aunque no soy nada comparada con tus otras y más grandes damas». [\[Volver\]](#)

37. Tamakazura debería haber vuelto a Rokujô antes de trasladarse a casa de Higekuro. [\[Volver\]](#)

38. «Por la dirección que estaba

tomando su matrimonio». De Kokinshû 708: «El humo de la salinera de Suma, con este fuerte viento, ha tomado una dirección que ella nunca había imaginado». [\[Volver\]](#)

39. A Oborozukiyo, en «La rama verde». [\[Volver\]](#)

40. Pasaje de una canción folclórica (fûzoku uta) conocida como «Los patos mandarines» («Oshidori»). [\[Volver\]](#)

41. Kokin rokujô 3333: «En pie la añoro, y sentado también, pues la que vi me dejó, arrastrando sus rojas faldas». [\[Volver\]](#)

42. Kokin rokujô 3 508: «De amor y añoranza nunca hablaré, pero el color que

llevaré permanece siempre callado». El color es el tinte amarillo de las semillas de gardenia (kuchinashi, que también significa «sin boca»), el mismo color de las flores de yamabuki, la rosa amarilla. Genji está tratando de apartar a Tamakazura de su mente. [\[Volver\]](#)

43. Ide, un topónimo establecido en poesía, se asociaba con las flores yamabuki. Kokin rokujô 4488: «Dicen que de noche, en los campos, llama el cuclillo [«pájaro cara»], y mi cara delata que no te olvidaré». [\[Volver\]](#)

44. Los tres alimentos mencionados se utilizaban normalmente como regalos. [\[Volver\]](#)

45. El poema también contiene el significado: «No tiene sentido [kai, un homófono de la palabra poética que significa «huevo»], pues, que haya cuidado de ti aquí». [[Volver](#)]

46. Kashiwagi. [[Volver](#)]

47. Yûgiri. [[Volver](#)]

48. Kumoi no Kari. Kokinshû 732: «El botecillo que navega por la ensenada de Horu retrocede más y más y siempre parece ir hacia la misma persona». [[Volver](#)]

Capítulo 32

1. Para que su hija lo llevara a palacio. El proceso consistía en mezclar madera de incienso en polvo y un aglutinante como la miel o la savia, dulce y hervida, de la enredadera amachazuru, formando bolas de incienso. [\[Volver\]](#)

2. Higonki, brocado rojo con hilo de oro. [\[Volver\]](#)

3. La madera de incienso se golpeaba hasta reducirla a polvo con un mortero y una mano de hierro. [\[Volver\]](#)

4. Las dos recetas (para los tipos de

incienso kurobô y jijû) enseñadas por el emperador Ninmyô durante el periodo Sôwa (también Shôwa o Jôwa) (834—848). En principio sólo se transmitían a las mujeres. [\[Volver\]](#)

5. El príncipe Motoyasu, séptimo hijo del emperador Ninmyô. [\[Volver\]](#)

6. Shûishû 1063, de Nyokaku Hôshi: «La primavera ha quedado atrás y han desaparecido las flores del ciruelo; esto es todo lo que queda de ellas». [\[Volver\]](#)

7. Jin, madera de incienso procedente del centro especialmente fragante del árbol; se llamaba jin («sumergible») porque se hundía en el agua. [\[Volver\]](#)

8. El azul debía de contener incienso

kurobô (confeccionado con madera de aloe, almizcle, sándalo, clavo y otros ingredientes, y estaba especialmente asociado al invierno), y el blanco, baika (clavo, sándalo, flores de ciruelo, y se asociaba a la primavera). [\[Volver\]](#)

9. «La fragancia floral de este incienso no me sirve de nada, pues ha pasado mi tiempo, pero confío en que le sea útil a la joven dama». [\[Volver\]](#)

10. Ser el padrino que «ata» (koshiyui) la cola. [\[Volver\]](#)

11. El aire húmedo (ha estado lloviendo) realza la fragancia del incienso. [\[Volver\]](#)

12. Kokinshû 38, de Ki no Tomonori,

que el príncipe cita a medias en su réplica: «Si no es así, ¿a quién más se las mostraría, estas flores de ciruelo con su aroma?, pues sólo quien las conoce lo sabe». [\[Volver\]](#)

13. A pesar de las expresiones de humildad del poema de Asagao. [\[Volver\]](#)

14. La gama del jijû, asociada con el otoño, contenía, entre otros ingredientes, fina madera de aloe y clavo. [\[Volver\]](#)

15. Un incienso de verano que recuerda el aroma de la flor de loto. [\[Volver\]](#)

16. El histórico emperador Uda (vivió entre 867 y 931). [\[Volver\]](#)

17. Minamoto no Kintada,

distinguido cortesano y poeta (889—948).

[\[Volver\]](#)

18. Canción saibara—, «A la rama de ciruelo llega el ruiseñor para cantar durante toda la primavera, toda la primavera, pero aún está nevando. ¡Mira, qué hermoso, está nevando!». [\[Volver\]](#)

19. Kokinshû 44, de Sôsei: «¿Durante cuánto tiempo errará mi corazón por los prados? Tal vez mil años, siempre que las flores no caigan».

[\[Volver\]](#)

20. Porque confundirá la luz de la luna con el amanecer. [\[Volver\]](#)

21. Aproximadamente las ocho de la tarde. [\[Volver\]](#)

22. Aproximadamente la una de la madrugada. [\[Volver\]](#)

23. La hija de Akashi llegó vestida como la niña que era. [\[Volver\]](#)

24. Ninguna emperatriz había representado hasta entonces ese papel en la colocación de la cola, y Genji confía en que a partir de ahora la emperatriz seguirá concediendo ese honor a padres tan distinguidos como él. [\[Volver\]](#)

25. Sôshi, volúmenes encuadernados, diferentes de los rollos (makimono). [\[Volver\]](#)

26. Onnade, llamado así porque en principio eran las mujeres quienes escribían en kana. [\[Volver\]](#)

27. La de Fujitsubo. [[Volver](#)]

28. Oborozukiyo. [[Volver](#)]

29. Un medio hermano de Tô no Chûjô. [[Volver](#)]

30. Ashide, que consistía en pintar una escena acuática (con juncos, remolinos, rocas, etcétera) de tal manera que las líneas de la pintura formaran las letras kana de un poema. [[Volver](#)]

31. Utae, en la que un poema inspirado por una pintura se escribía sobre ésta en tinta más tenue. [[Volver](#)]

32. La «caligrafía corrida» (sô) consiste en caracteres chinos escritos en cursiva utilizados por su valor fonético, mientras que la «sencilla» (tada) es kana

ordinario, es decir, signos puramente fonéticos escritos sin valor ideográfico. La diferencia entre «sencilla» y «estilo femenino» (onnade) no está clara.

[\[Volver\]](#)

33. Tsugigami: papeles de diferentes colores rasgados en líneas irregulares y pegados para formar un rollo. [\[Volver\]](#)

34. Reinó entre 809 y 823. [\[Volver\]](#)

35. Emperador Daigo (reinó entre 897 y 930). El Kokin wakashû Kokinshû consta de veinte rollos. [\[Volver\]](#)

36. Kokinshû 713: «Aunque a estas alturas creo que mientes, ¿en quién más puedo creer?». [\[Volver\]](#)

Capítulo 33

1. Para el ingreso de la hija de Genji en palacio. [[Volver](#)]

2. Kumoi no Kari. [[Volver](#)]

3. «Oigo decir que el padre está ahora dispuesto a permitir el matrimonio». Kokinshû 632 (también Ise monogatari 6, sección 5), de Ariwara no Narihira: «¡Ojalá el guardián de la barrera estacionado en el sendero que sigo en secreto se duerma una noche tras otra!». El guardián ha sido colocado ahí por el padre de la joven a la que Narihira

ha estado visitando. [\[Volver\]](#)

4. La precoz intimidad sexual, años atrás, entre Yûgiri y Kumoi no Kari. [\[Volver\]](#)

5. Un templo funerario para los nobles de la familia Fujiwara. [\[Volver\]](#)

6. Tô no Chûjô insinúa la posibilidad de concederle a Yûgiri la mano de su hija, Kumoi no Kari. Su poema alude a unos versos de Bai Juyi (Wakan rôei shû 52, Hakushi monjû 0631). [\[Volver\]](#)

7. Kashiwagi es oficial de la Guardia, y la clase de escolta en cuestión habría sido proporcionada por la Guardia a una persona de muy alto rango; de ahí la ligera broma de Yûgiri. [\[Volver\]](#)

8. Su violación de Kumoi no Kari, que no fue filial hacia Ômiya, la abuela de los dos. [\[Volver\]](#)

9. Yûgiri lleva un futaaï, es decir, un manto teñido con índigo (azul) y alazor (escarlata). Tal vez Genji le da uno azul, más apropiado para un joven con un futuro brillante. [\[Volver\]](#)

10. La de Confucio. [\[Volver\]](#)

11. Gosenshû 100, donde habla una mujer que acaba de recibir por parte de su amante protestas de amor imperecedero: «Iluminadas por el sol primaveral, las hojas tiernas de glicina ceden, y si me amas, confiaré en ti». Tô no Chûjô está ofreciendo a Yûgiri a su hija. [\[Volver\]](#)

12. «Entonces culparé a mi hija después de todo, aunque deplore que hayas tardado tanto tiempo en declarar que debía haberme acercado a ti más de lo que deseaba». [[Volver](#)]

13. Canción saibara acerca de un amante que llega a la casa del padre de su novia para llevarse a ésta y es capturado. El cantor, Kôbai, alude aparentemente (de una manera bastante maliciosa) a la antigua intimidad sexual entre Yûgiri y Kumoi no Kari. [[Volver](#)]

14. Toshi henikeru kono ie en vez de la frase original de la canción, todorokeru kono ie («esta célebre casa»), la casa del padre de la novia. [[Volver](#)]

15. Por haber bebido demasiado.

[\[Volver\]](#)

16. Yûgiri reacciona con severidad a la broma de Kashiwagi. «Una noche de viajero bajo las flores» (hana no kage no tabine) insinúa un encuentro pasajero con una mujer de placer, y Kashiwagi finge en broma que está avergonzado. Eso no le hace ninguna gracia a Yûgiri. [\[Volver\]](#)

17. Gosenshû 1036, de Mibu no Tadamine: «¡Nadie ha muerto todavía por la dolencia del amor, pero yo podría haber pasado por ella a la canción y el relato!». Kokin rokujô 1986, de Ise, es muy similar. [\[Volver\]](#)

18. Otra canción saibara con la voz

de una muchacha que se jacta de haber escapado a través de «la tosca valla de la barrera de Kawaguchi», pese a la vigilancia de su padre, para acostarse con su amante. [\[Volver\]](#)

19. El poema de Kumoi no Kari continúa con el motivo de la barrera de Kawaguchi con un juego de palabras sobre la «tosca valla» (aragaki) que dejó escapar la verdad. [\[Volver\]](#)

20. «No me culpes: tu padre es quien lo difundió». La barrera de Kawaguchi (en la actual prefectura de Mie) y la barrera de Kukida parecen ser una y la misma, pero la barrera de Kawaguchi no suele aparecer en poesía, y la de Kukida

no aparece en ningún otro lugar. [\[Volver\]](#)

21. En esa etapa, debería haber dejado a Kumoi no Kari mucho antes del alba, para regresar a la noche siguiente. En cambio, se comporta como si ya llevaran años casados. [\[Volver\]](#)

22. Presumiblemente de color hanada (azul de gama media). [\[Volver\]](#)

23. Un hanada más oscuro que el de su padre, debido a que es más joven. [\[Volver\]](#)

24. Chôjizome, en general un marrón claro, pero aquí, al parecer, algo más oscuro. [\[Volver\]](#)

25. Una estatua del Buda niño para el Rito de Purificación de Buda (Kanbutsu-

e), que tenía lugar el octavo día del cuarto mes, para celebrar el nacimiento de Buda. El rito consistía en la purificación de la estatua vertiéndole agua encima. [\[Volver\]](#)

26. La madre de Kumoi no Kari. La esposa de Tô no Chûjô lamenta que a su propia hija no le haya ido tan bien como consorte. [\[Volver\]](#)

27. Para el ingreso en palacio de la hija de Akashi. [\[Volver\]](#)

28. Miare, un rito nocturno que recreaba la aparición en la tierra de Wakeikazuchi, la deidad del santuario del Kamo Superior. Tenía lugar el día saru («Mono») del cuarto mes, y al día siguiente se celebraba el Festival del

Kamo o Festival Aoi. [\[Volver\]](#)

29. Se refiere a Aoi. [\[Volver\]](#)

30. Yûgiri. [\[Volver\]](#)

31. La hija de Koremitsu, antigua confidente de Genji. Entre los órganos de gobierno que enviaban un representante formal al Festival del Kamo figuraba el Departamento de Personal. [\[Volver\]](#)

32. «Hace tanto tiempo que no estamos juntos que incluso me he olvidado de cómo se llama esta hoja». La hoja es la aoi, la malva real. [\[Volver\]](#)

33. También el laurel (katsura) se llevaba en el Festival del Kamo, y la expresión «arrancar laurel» significaba pasar los exámenes oficiales, como había

hecho Yûgiri. [[Volver](#)]

34. Genji reflexiona sobre que, de una manera estricta, Murasaki no está del todo cualificada como su esposa (kita no kata); no es más que el equivalente más próximo a una esposa. Ella llevará a su hija adoptada al palacio y permanecerá allí brevemente con ella, pero entonces tendrá que regresar a Rokujô. Genji la sustituirá por la dama de Akashi, la madre biológica de la muchacha. [[Volver](#)]

35. Gosenshû 1118 sugiere que las lágrimas, tanto de alegría como de pesar, son iguales. [[Volver](#)]

36. Rivalidad en cuestiones de imponente elegancia y éxito en las

relaciones amorosas, no dirigida a la muchacha sino a su corte, por así decirlo.

[\[Volver\]](#)

37. Dedicarse a la vida religiosa.

[\[Volver\]](#)

38. A canciller. [\[Volver\]](#)

39. Un crisantemo que, afectado por la escarcha, se ha vuelto oscuro. [\[Volver\]](#)

40. Un consejero vestía de color violeta. En cuanto a las hojas, el poema especifica asamidori, el color tanto de las hojas de crisantemo como del sexto rango. No obstante, mientras que el color del rango era azul claro, las hojas de crisantemo son verdes; asamidori los abarca a ambos. [\[Volver\]](#)

41. Yûgiri y Kumoi no Kari habían vivido en la residencia del padre de ella, Tô no Chûjô. Ahora que tanto Yûgiri como Tô no Chûjô han sido ascendidos, este arreglo (perfectamente normal para una joven pareja) ya no es adecuado. Sanjô es la antigua residencia de la abuela de Yûgiri. [\[Volver\]](#)

42. Debe abstenerse de insistir en ello por temor a derramar más lágrimas. Llorar en presencia de una pareja recién casada era de mal agüero. [\[Volver\]](#)

43. El viejo pino es presumiblemente Ômiya, y el árbol que ha crecido de su semilla, Tô no Chûjô. [\[Volver\]](#)

44. Hacia las diez de la mañana.

[\[Volver\]](#)

45. Aproximadamente, pasadas las dos de la tarde. [\[Volver\]](#)

46. Funa, un pececillo de la familia de la carpa. [\[Volver\]](#)

47. El de Akikonomu, con su jardín de plantas otoñales. [\[Volver\]](#)

48. Los que conducen al jardín, en el lado sur del edificio principal. [\[Volver\]](#)

49. «Gaôon», una pieza bugaku asociada a la «música Tang» (tôgaku). [\[Volver\]](#)

50. El color más oscuro de las flores alude también a las túnicas más oscuras que ahora viste Tô no Chûjô en su nueva y encumbrada categoría. [\[Volver\]](#)

51. Kokinshû 279, de Taira no Sadafun: «Más allá del otoño tienen su propio tiempo, los crisantemos que adquieren color incluso mientras se marchitan». Las «nubes violáceas» alaban el feliz carácter de este reinado imperial, y el resto del poema felicita a Genji en particular por su extraordinario ascenso.

[\[Volver\]](#)

52. Uda no Hôshi, el nombre de un wagon favorito del emperador Uda.

[\[Volver\]](#)

53. La «aldea» de Suzaku (sato) es la residencia (el palacio Suzaku) a la que se mudó después de abdicar. Parece quejarse de que nada tan maravilloso como esto

tuvo lugar durante su reinado. [\[Volver\]](#)

Capítulo 34

1. Su madre, la consorte Kokiden de los capítulos anteriores. [\[Volver\]](#)

2. No aparece en ningún otro lugar del relato. Había vivido en el mismo pabellón que la Fujitsubo de Genji. [\[Volver\]](#)

3. Sendai, que precedió al emperador Kiritsubo, el padre de Genji. [\[Volver\]](#)

4. Identificado tradicionalmente con Ninnaji, construido en 888 por el emperador Uda en las colinas situadas al oeste de la ciudad, tal como era entonces.

[\[Volver\]](#)

5. La consorte Shôkyôden, hermana de Hige-kuro. [\[Volver\]](#)

6. Por parte de Hige-kuro y de Genji. [\[Volver\]](#)

7. El amor que nubla el juicio de un padre podría tentar a Suzaku a hacer algún gesto inapropiado, como mostrarle explícitamente su agradecimiento a Genji.

[\[Volver\]](#)

8. El relato no menciona este nombramiento. [\[Volver\]](#)

9. «Consejero supernumerario» (Gon Chûnagon) en el original, un cargo que aparecerá esporádicamente de aquí en adelante. El número de Chûnagon era fijo,

pero un joven de alta cuna como Yûgiri podía recibir el cargo aunque no hubiera ninguna vacante regular. [\[Volver\]](#)

10. Asagao. [\[Volver\]](#)

11. Las mujeres de Genji. [\[Volver\]](#)

12. Todas las mujeres de Genji son súbditas (tadabito) comparadas con Onna San no Miya. [\[Volver\]](#)

13. Su padre por encima de todo. [\[Volver\]](#)

14. Debido a la acción emprendida por una de sus damas de honor, que actúa en nombre del pretendiente. [\[Volver\]](#)

15. Es medio hermano de Suzaku y Genji. [\[Volver\]](#)

16. No se menciona en ningún otro lugar del relato. Su deseo de administrar la casa de la muchacha (iezukasa) equivale al deseo de casarse con ella.

[\[Volver\]](#)

17. Kashiwagi. Es la primera referencia que se hace a él por este título.

[\[Volver\]](#)

18. Oborozukiyo. [\[Volver\]](#)

19. Tamakazura, casada con Higekuro. [\[Volver\]](#)

20. Su media hermana, nacida de una íntima. [\[Volver\]](#)

21. «Pabellón del Roble», una residencia independiente situada en el ángulo nordeste del histórico palacio

Suzaku. [\[Volver\]](#)

22. De quienes el lector no sabe nada. [\[Volver\]](#)

23. La caja de peines que Suzaku le había dado cuando ella se unió al emperador Reizei («El concurso de pintura»). [\[Volver\]](#)

24. El poema se dirige a Suzaku, no a su hija, puesto que existe la seguridad de que Suzaku lo verá. [\[Volver\]](#)

25. En poesía, un peine tiene asociaciones mágicas, y sus numerosas púas connotan muchos años (longevidad). El lenguaje del poema, como el de la réplica de Suzaku, es claramente oportuno. [\[Volver\]](#)

26. Un cuenco es el único recipiente permitido a quien ha hecho votos sagrados. [[Volver](#)]

27. La manera en que la autora la nombra aquí en el original (Murasaki no Ue) hace que contraste marcadamente con Onna San no Miya. Ella es el «verdadero amor» (murasaki) de Genji, mientras que la relación de éste con Onna San no Miya es superficial, y, después de todo, su calidad personal la dota de categoría frente al rango abrumadoramente elevado de Onna San no Miya. A partir de aquí, su auténtica talla no hará más que aumentar, y el texto se referirá a ella como Murasaki no Ue cada vez con más frecuencia.

[\[Volver\]](#)

28. Omuro no está en absoluto «muy lejos» para los habitantes de la Kyoto de hoy, ni tampoco muy adentrado en las colinas, pero en aquel entonces parecía mucho más remoto y, en cualquier caso, el mundo religioso en el que Suzaku está a punto de entrar se percibía realmente como muy lejano. [\[Volver\]](#)

29. Su padre. [\[Volver\]](#)

30. El matrimonio de Tamakazura con Higeкуро. [\[Volver\]](#)

31. Tamakazura organiza este acontecimiento el día (el primer día de la Rata en el primer mes) en que los cortesanos iban a los campos a recoger

brotos verdes de las primeras plantas que germinan en primavera, cuyo número tradicional es de siete. [\[Volver\]](#)

32. Un mueble «chino» muy solemne para el invitado agasajado, casi imperial. Las «cuarenta esteras», etcétera, son por los cuarenta años de Genji. [\[Volver\]](#)

33. Y usurutsuki, tazas con tapa sobre unos pies altos. [\[Volver\]](#)

34. Parece ser que considera indecoroso por su parte haber tenido en tan poco tiempo dos hijos de Hige-kuro, sobre todo si se tiene en cuenta la antigua relación entre ella y Genji. [\[Volver\]](#)

35. El primer día del año de la Rata, la gente iba a los campos no sólo a

recoger verduras, sino también a arrancar pimpollos de pino, símbolos de larga vida, y la poesía asociada al día alude a ambas actividades. Aquí los «pimpollos de pino» son sus hijos, a los que ha «traído hoy» (hiki-tsurete) a la manera en que la gente arranca (hiki) los pinos. La gran roca es Genji. [\[Volver\]](#)

36. «Tus pequeños me hacen sentir joven de nuevo». El poema de Genji juega una vez más (aunque de una manera diferente) con hiki y también tsumu («recoger» [verduras] y «acumular» [años]). [\[Volver\]](#)

37. Es el padre de Murasaki, pero también el ex suegro de Hige-kuro.

[\[Volver\]](#)

38. Tamakazura es la madrastra y Murasaki la tía de los hijos que Higeкуро tuvo de su esposa anterior, la hija de Su Alteza del Ceremonial. [\[Volver\]](#)

39. Kashiwagi. [\[Volver\]](#)

40. «Piezas secretas» (hikyoku) asociadas con los diversos modos y piezas chinos, cuyas notas estaban siempre escritas. [\[Volver\]](#)

41. Los cantores (que cantaban solfeo, soga) eran cortesanos, y en este caso cantaban situados en lo alto de la escalinata que conducía desde el lado sur del edificio al jardín. El «cambio de modo» de ryo a ritsu, suponía, al parecer,

un marcado cambio del fondo musical.

[\[Volver\]](#)

42. Canción saibara acerca de ruiseñores que tejen un kasa con frondas de sauce llorón. [\[Volver\]](#)

43. Las recompensas y regalos para los invitados estaban limitados por ciertas normas en el caso de un acto «público» (del gobierno o imperial), pero en uno privado podían ser más generosos. [\[Volver\]](#)

44. Una alusión a lo que Genji pensó de Murasaki cuando la descubrió («La joven Murasaki»), como alguien afín a su gran amor de entonces, Fujitsubo. [\[Volver\]](#)

45. Kokinshû 41, de Ôshikôchi no Mitsune: «Una noche de primavera, la oscuridad lo cubre todo; las flores de ciruelo siguen invisibles, pero su aroma no puede ocultarse». [[Volver](#)]

46. Debido a que gran parte del jardín está cubierta de arena blanca. [[Volver](#)]

47. Verso de un poema de Bai Juyi (Hakushi monjû 0911). [[Volver](#)]

48. Para que armonicen con la nieve y las flores blancas de ciruelo a las que la carta está atada. [[Volver](#)]

49. Gosenshû 479, de Fujiwara no Kagemoto: «Estos copos de nieve que se funden en el cielo son el corazón de

alguien atormentado por el amor». El poema de Genji es una excusa por no acudir y una afirmación de que lo haría si pudiera. [\[Volver\]](#)

50. Donde las damas de honor de Onna San no Miya tienen sus aposentos. [\[Volver\]](#)

51. La nieve «solitaria» que anhela que caigan más copos procede de Yakamochi shû 284, de Ôtomo no Yakamochi. [\[Volver\]](#)

52. De Kokinshû 32: «Ahora que las he arrancado, hasta mis mangas están perfumadas; ¡ah, flores de ciruelo... tal vez su presencia ha traído aquí al ruiseñor para cantar!». Para Genji (desde un punto

de vista poético), el primer canto del ruiseñor revela lo indebidamente absorto que está en Onna San no Miya. [\[Volver\]](#)

53. Es posible que Genji esté explicando su atracción por Onna San no Miya: a pesar de la belleza de Murasaki, como la de la flor del cerezo, carece del perfume de Onna San no Miya (el rango). [\[Volver\]](#)

54. Presumiblemente escrito por una de las ayas o damas de honor de Onna San no Miya, que reprocha a Genji no haber acudido. [\[Volver\]](#)

55. Porque Murasaki y Onna San no Miya son primas hermanas. [\[Volver\]](#)

56. El ex gobernador de Izumi,

puesto que el bosque de Shinoda se encontraba en la provincia de Izumi. Kokin rokujô 1049 habla del amante cuyo corazón está dividido de mil maneras, como las mil hojas «del bosque de Shinoda en Izumi». [\[Volver\]](#)

57. Suetsumuhana, que vive en el pabellón oriental de su residencia de Nijô. [\[Volver\]](#)

58. Donde estaba Onna San no Miya. [\[Volver\]](#)

59. Donde Genji se había encontrado de nuevo con Oborozukiyo la noche de la fiesta de la glicina en «Bajo las flores de cerezo». [\[Volver\]](#)

60. Heichû, héroe cómico de la era

Heian, iba a cortejar provisto de una botellita de agua para fingir conmovedoras lágrimas cuando fuese necesario. [\[Volver\]](#)

61. El poema juega con Ôsaka («cuesta del encuentro»), un control o «barrera» (seki) en el camino desde Kyoto a las provincias orientales. [\[Volver\]](#)

62. Este poema reconoce la «Osaka» en Genji. «Claro manantial» (shimizu) es una palabra asociada con Osaka en poesía, y «el camino hacia el encuentro» (ô michi) es idéntico en escritura fonética a Ômi ji, «el camino a (la provincia de) Ômi»; Ômi se encuentra en el otro lado de

la Barrera de Ôsaka desde Kyoto.

[\[Volver\]](#)

63. El ministro de la Derecha (padre de Oborozukiyo) en «Bajo las flores de cerezo», veinte años atrás. [\[Volver\]](#)

64. Genji ata este poema a las flores y se lo da a Chûnagon para que lo lleve a su señora. Juega con korizuma ni («no he aprendido [mi lección]»), que contiene las sílabas «Suma», y con fujinami («olas de glicina»), compuesto en el que fuji se escribe con los mismos signos fonéticos que fuchi («abismo»). [\[Volver\]](#)

65. Su poema explota los mismos juegos de palabras del de Genji. «Olas impenitentes» (korizuma no nami)

contiene el significado «las olas de Suma», y nami («olas») es una palabra también asociada convencionalmente con fuji («glicina»). [\[Volver\]](#)

66. Una alusión deliberadamente romántica a un episodio (número 5) de he monogatari. El «guardián» (seki— mori) es el padre o marido severo que mantiene separados a los amantes. Ahora Oborozukiyo vive sola. [\[Volver\]](#)

67. La hija de Akashi, que ahora vive en el Kiritsubo como la consorte del príncipe heredero. [\[Volver\]](#)

68. «No he cambiado en absoluto y nunca cambiaré. Son tus sentimientos los que han cambiado». El «ave acuática»

(mizutori) es el pato mandarín macho, que tiene una franja de color verde oscuro en las alas. [\[Volver\]](#)

69. Más literalmente, Murasaki dice de un modo figurado que ella y Onna San no Miya llevan el mismo tocado (kazashi), en referencia a Gosenshû 809, de Ise: «Si vienes a Yoshino, que para mí es el hogar, llevaré el mismo tocado que tú». [\[Volver\]](#)

70. Chisu, las envolturas de paño de los rollos con los sutras. [\[Volver\]](#)

71. En japonés el Konkomyô Saisbô-kyô, que promueve la paz y la estabilidad del reino; el Kongô hannya haramitta-kyô, que enseña la iluminación alcanzada mediante la práctica de la

enseñanza de Buda, y la Issai nyorai kongô jumyô darani-kyô, que promete a quienes la lean larga vida y liberación eterna de los tres reinos malignos de la transmigración. Estos sutras sirven para rezar por la paz en el reino y por la felicidad de Genji en esta vida y la futura. [\[Volver\]](#)

72. Los días de ayuno asociados con los ritos religiosos en el templo. [\[Volver\]](#)

73. Taifu, los caballeros cortesanos que dirigían las mansiones de los nobles de mayor rango. [\[Volver\]](#)

74. Un antiguo comentario sugiere que la percha tenía una «montaña», también de aloe, de la que surgían las

«ramas» plateadas, y que las aves doradas sostenían con los picos el tocado de flores. El «pie en forma de flor» consiste en las kesoku, unas patas que finalizan en forma de flor. [\[Volver\]](#)

75. El padre de Murasaki. [\[Volver\]](#)

76. Hacia las dos de la tarde. [\[Volver\]](#)

77. Una pieza musical «coreana» utilizada como prelude de «Los dragones gemelos». [\[Volver\]](#)

78. Iriaya, una especie de bis que normalmente ejecutaban los mismos danzarines al finalizar una pieza programada. [\[Volver\]](#)

79. Entre ellos figuraban los famosos

Tôdaiji, Kôfukuji y Hôryûji. [\[Volver\]](#)

80. El de Tamakazura en el primer mes y el de Murasaki en el décimo.

[\[Volver\]](#)

81. El padre de la emperatriz (Akikonomu). [\[Volver\]](#)

82. El de Hanachirusato. [\[Volver\]](#)

83. Kokusôin, el almacén del arroz y el dinero recaudado en las Provincias Interiores (Kinai). [\[Volver\]](#)

84. No figura en ningún otro lugar del relato. [\[Volver\]](#)

85. Hyoêfu (la Guardia), Emonfu (la Guardia de la Puerta) y Konoefu (la Guardia de Palacio), cada una de las cuales estaba dividida en unidades

separadas de Izquierda y Derecha.

[\[Volver\]](#)

86. En particular, Akikonomu, la hija del Refugio de Rokujô (que pasó muchos años en Ise), es ahora emperatriz, mientras que Yûgiri es un mero súbdito.

[\[Volver\]](#)

87. Presenciar la muerte de Aoi después de dar a luz. [\[Volver\]](#)

88. Temen que esté sometida a una influencia nociva del tipo de la que Genji evitó en «El árbol de retama», yendo a pasar la noche a casa de Utsusemi.

[\[Volver\]](#)

89. La descripción es difícil de imaginar. Concediendo que la vivienda

carece de edificio principal (shinden) y consiste en dos «alas» (tai), es difícil saber qué puede ser el «ala media» (naka no tai). Tampoco podemos estar seguros de lo que significa «rodeada de varias galerías». [\[Volver\]](#)

90. Los altares de tierra son para la quema ritual de goma ante imágenes de las cinco deidades del Gran Rito. [\[Volver\]](#)

91. La consorte está sentada detrás de una cortina, y la monja se ha sentado directamente delante de ella. La monja no puede ver a la consorte, pero ésta podría verla a ella, que no es presentable a causa de su edad. [\[Volver\]](#)

92. «¿Quién podría culpar a una

anciana por llorar de alegría, ahora que por fin tiene motivos para alegrarse de haber vivido tanto?» [\[Volver\]](#)

93. «Choza de cañas» (tomaya) es una convención poética para indicar cualquier vivienda en la orilla; aquí se refiere a la casa donde nació la consorte. [\[Volver\]](#)

94. La madre que acababa de dar a luz y las mujeres que le habían ayudado en el parto vestían de blanco durante los nueve primeros días de vida del niño, y todas las cortinas y demás elementos de la habitación también eran blancos. [\[Volver\]](#)

95. A un recién nacido imperial se le bañaba mañana y noche durante los

primeros siete días después del nacimiento. [\[Volver\]](#)

96. Una traducción que explica el título de la mujer, Senji («decreto [de nombramiento de príncipe heredero]») El papel principal que desempeña en el baño ritualizado es normal. [\[Volver\]](#)

97. Mukaeyu, la «ayudante» en el baño. El hecho de que normalmente desempeñara ese papel una de las damas de honor veteranas de la madre subraya tanto la prudente modestia de la dama de Akashi como su posición todavía ambigua. [\[Volver\]](#)

98. Su esposa o su hija escribirían en kana, el silabario puramente fonético,

mientras que ahora él sólo lee los caracteres chinos de las escrituras budistas. [\[Volver\]](#)

99. La montaña central del cosmos budista. [\[Volver\]](#)

100. Las escrituras señalan que el paraíso del Buda Amida se encuentra al oeste, más allá de cien mil mundos intermedios, cada uno con su propio Buda, En el más elevado de nueve niveles diferentes de nacimiento en el paraíso, el alma descansa de inmediato sobre una flor de loto abierta y es testigo directo de la presencia de Amida y las glorias de su reino. En los niveles inferiores el alma nace en un capullo de loto que está más o

menos cerrado y debe esperar un tiempo variable a que el capullo se abra. [\[Volver\]](#)

101. Henge, la manifestación temporal, limitada, «transformada» de un ser divino. [\[Volver\]](#)

102. «Haz cosas que fomenten mi nacimiento en el paraíso: cantar el nombre de Amida, copiar textos sagrados, encargarse de ritos y plegarias, etcétera». [\[Volver\]](#)

103. Cuando su nieta se convierta en emperatriz y el hijo de ésta sea nombrado príncipe heredero. [\[Volver\]](#)

104. La principal imagen sagrada en su capilla. [\[Volver\]](#)

105. Los miembros de su personal doméstico, todos los cuales tomaron los votos budistas con su señor. El que habla es uno de ellos. [\[Volver\]](#)

106. La hija de Akashi, que, como madre de un niño imperial, recibe aquí por primera vez el título de Miyasudokoro. [\[Volver\]](#)

107. La carta del Novicio de Akashi, que acompaña a los textos de las oraciones, contiene muchos caracteres chinos. [\[Volver\]](#)

108. Encarecen actos de agradecimiento, en especial peregrinajes, para el cumplimiento de las plegarias del Novicio. [\[Volver\]](#)

109. Onna San no Miya. [[Volver](#)]

110. Normalmente una niña habría estado más protegida, pero, después de todo, Murasaki es la abuela adoptiva del niño. [[Volver](#)]

111. Inori no kanju, anotaciones de las escrituras leídas, las ocasiones en que se leyeron y el número de veces, a fin de rogar para que se cumplieran las esperanzas del Novicio; y madashiki gan, plegarias que han sido atendidas y cuyo agradecimiento por medio de un peregrinaje está pendiente. [[Volver](#)]

112. Una humilde expresión figurativa que se refiere a la casa de su padre. [[Volver](#)]

113. Kokinshû 535: «Ojalá ella comprendiera la hondura de mi amor, profundo como un refugio en la montaña donde uno ni siquiera oye el canto de las aves». [[Volver](#)]

114. Bonji, la escritura india que conocían los sacerdotes budistas educados y que usaban con fines rituales. [[Volver](#)]

115. Una o varias plegarias escritas por él mismo. [[Volver](#)]

116. Relatos de «madrastras malignas». [[Volver](#)]

117. No se ha identificado la fuente de este verso. [[Volver](#)]

118. Probablemente, varias docenas.

Según el Eiga monogatari, la emperatriz Akiko (Shôshi) efectuó su ingreso en palacio acompañada por cuarenta damas de honor. [\[Volver\]](#)

119. El de tomar los votos budistas.

[\[Volver\]](#)

120. El arco pequeño (koyumi), utilizado sólo en certámenes, requería que el arquero hincara una rodilla en el suelo.

[\[Volver\]](#)

121. La hija de Akashi, cuando está en casa, ocupa el ala este del edificio principal, mientras que Onna San no Miya ocupa el ala oeste. [\[Volver\]](#)

122. Cuanto más elevado era el rango de un joven caballero, tanto menos

probable era que pudiera participar en ese juego «un tanto rudo» sin que su dignidad corriese algún riesgo. [\[Volver\]](#)

123. Una nueva «ronda» comenzaba cada vez que la pelota golpeaba el suelo. [\[Volver\]](#)

124. Genji monogatari kochûshakusho in'yô waka 244: «Si el viento que sopla es amable, que mantenga su distancia del cerezo esta primavera, que las flores no caigan». [\[Volver\]](#)

125. Más literalmente, «las bolsas de paños [multicolores] ofrecidas a los dioses en primavera». Estos dioses podrían ser Saohime, la diosa de la primavera, o los dioses del borde del

camino (saenokami), a menudo asociados a la abundancia. [\[Volver\]](#)

126. Hay una cortina portátil contra la persiana; y Onna San no Miya debería estar, al menos, sentada detrás de ella. Sin embargo, para ver mejor el juego, ha estado en pie, de una manera impropia de una dama. Al llevar túnica (uchiki), viste de una manera más informal que sus damas de honor, que probablemente llevan túnicas externas (uwagi). [\[Volver\]](#)

127. Ma, el espacio entre dos columnas. El «primer» saliente corresponde a los escalones donde están sentados los dos jóvenes. [\[Volver\]](#)

128. Las tortas de camelia

(tsubaimochii) se servían normalmente después de un juego de pelota. Cada torta de arroz glutinoso y clavo en polvo, endulzadas con jarabe de la enredadera amachazuru, se envolvía en dos hojas de camelia. El fruto conocido como nashi es redondo y crujiente como la manzana, pero su color y su sabor se parecen más a los de la pera. [\[Volver\]](#)

129. El «ave brillante» (hakodori) es Genji, el «árbol en la ladera de la montaña [insulso, ordinario]» es Murasaki y las «flores de cerezo» son, como antes, Onna San no Miya. [\[Volver\]](#)

130. El pasaje de la carta mostrado aquí utiliza un lenguaje afectadamente

«literario», y «ensoñaciones melancólicas» alude inequívocamente a Kokinshû 476 (también a Ise monogatari 174, sección 99), de Ariwara no Narihira. Tras haber tenido un vago atisbo de una mujer a través de las persianas de su carruaje, Narihira le escribe: «Por amor a la que no vi pero no pude dejar de ver, bien puedo dedicar mis días a ensoñaciones melancólicas». [[Volver](#)]

Capítulo 35

1. Noriyumi, celebrado regularmente el día decimoctavo del primer mes; los cortesanos celebraban un concurso similar uno o dos meses después. [\[Volver\]](#)

2. Por Fujitsubo, la madre del emperador reinante. [\[Volver\]](#)

3. Higeкуро y Yûgiri están emparentados a través de Tô no Chûjô, suegro de Higeкуро y tío de Yûgiri. [\[Volver\]](#)

4. Kachiyumi, tiro con el arco largo, que se hacía de pie; el tiro con arco largo

a lomos de caballo se llamaba umayumi.

[\[Volver\]](#)

5. Se dividieron en dos líneas, Izquierda (los hombres con números impares) y Derecha (los pares). Entonces dispararon las flechas por parejas, cada una de las cuales constaba de un hombre de la Izquierda y otro de la Derecha. Puesto que el hombre de la Izquierda siempre avanzaba para disparar primero, el equipo izquierdo se consideraba «delante» (mae) y el derecho «detrás» (shirie). [\[Volver\]](#)

6. El Shiji menciona a un guerrero capaz de esa hazaña. Un simple miembro de la guardia tenía un rango demasiado

bajo para merecer tales premios, y su triunfo (el del profesional sobre el caballero aficionado) sería fastidioso.

[\[Volver\]](#)

7. Su hermana menor. [\[Volver\]](#)

8. Su consorte, la hija de Genji.

[\[Volver\]](#)

9. El maullido del gato (en la pronunciación de la era Heian, algo así como nyon nyon) parece sonarle a Kashiwagi como «¡Vamos a la cama, vamos!». [\[Volver\]](#)

10. La esposa de Hige-kuro, Tamakazura, se siente más vinculada a Yûgiri que a sus medio hermanos, los hijos de Tô no Chûjô. [\[Volver\]](#)

11. La medio hermana de Yûgiri, cuya encumbrada posición le prohíbe la más leve informalidad. [\[Volver\]](#)

12. Makibashira. «Hermosa columna» procede del poema que dio su título al capítulo «La hermosa columna». [\[Volver\]](#)

13. Hotaru. [\[Volver\]](#)

14. Esta frase cubre el paso de cuatro años. [\[Volver\]](#)

15. Traducción literal de kôburi o kaku. [\[Volver\]](#)

16. Higeкуро se convirtió en regente, además de ministro de la Derecha. [\[Volver\]](#)

17. La hermana de Higeкуро fue ascendida postumamente, una práctica habitual. [\[Volver\]](#)

18. La hija de Genji. Probablemente ya no ocupa el Kiritsubo. [\[Volver\]](#)

19. Literalmente, «otra Genji», esto es, «otra Minamoto». Sin embargo, Fujitsubo era de linaje imperial, como lo es Akikonomu. Así pues, la expresión debe de referirse a cualquiera no perteneciente a la familia Fujiwara. [\[Volver\]](#)

20. Akikonomu. [\[Volver\]](#)

21. No le ha dado un hijo al emperador. [\[Volver\]](#)

22. Onna San no Miya, la hermana

menor del emperador. [\[Volver\]](#)

23. La caja de oraciones escritas para Sumiyoshi, enviada por el Novicio de Akashi a su hijo en «Brotos primaverales I». [\[Volver\]](#)

24. Música y danza ofrecidas en un santuario a una divinidad shintoísta. [\[Volver\]](#)

25. De Suma a Akashi. [\[Volver\]](#)

26. La ausencia de los ministros de la Izquierda y la Derecha era normal en tales ocasiones. [\[Volver\]](#)

27. Los hombres que ejecutaban las danzas Azuma Asobi en Sumiyoshi. [\[Volver\]](#)

28. A mediados del décimo mes lunar ya comienza el invierno, en plena estación de las hojas rojas, (a) Las enredaderas a lo largo de la valla sagrada de Sumiyoshi recuerdan a Kokinshū 262, de Ki no Tsurayaki: «Las enredaderas de arruruz en la valla sagrada del dios, tan rápidas y potentes, no han podido resistir al otoño y han mudado de color»; (b) Las «hojas enrojecidas bajo los pinos» contrastan con la altiva constancia con que el pino mantiene el color de sus hojas y sugieren un poema de amor, Shūishū 844: «Confío en el altivo verde del pino, que nada sabe de las hojas que debajo cambian de color»; (c) «Anunciaban no sólo con sonido» alude a Kokinshū 251,

de Ki no Yoshimochi: «En la montaña donde las hojas nunca cambian de color tal vez está soplando un viento que anuncia el otoño». [\[Volver\]](#)

29. Azuma Asobi, una serie de danzas basadas en canciones folclóricas de Azuma («el Este»), la región que hoy se llama Kanto y cuyo centro es Tokio. [\[Volver\]](#)

30. Yamaai, una planta de añil silvestre de la que se obtiene un tinte verde. [\[Volver\]](#)

31. Motomego, una de las danzas del Este, se ejecutaba con la túnica externa desprendida de un hombro. Cuando termina, los nobles se unen a los

danzarines para concluir la secuencia de danzas. [\[Volver\]](#)

32. Tó no Chüjó. [\[Volver\]](#)

33. El de Akashi. El ha regresado a su propio carruaje. [\[Volver\]](#)

34. Tocado en forma de guirnalda confeccionado con fibras de corteza de morera, que se ponía el oficiante durante el ritual en un santuario. [\[Volver\]](#)

35. Fukuro no sôshi 140, un poema atribuido a Sugawara no Fumitoki: «El dios parece haber aceptado nuestras ofrendas: el monte Hira también lleva una guirnalda sagrada». El monte Hira se alza en la orilla occidental del lago Biwa, al norte del monte Hiei. [\[Volver\]](#)

36. Una de las damas de honor de Murasaki. [\[Volver\]](#)

37. Matsu no chitose, una de las frases hechas de felicitación que abundan en tales poemas. [\[Volver\]](#)

38. Estas comidas las habrían traído hombres del cuarto rango o de rangos inferiores, según la categoría de los receptores. [\[Volver\]](#)

39. Suzaku. [\[Volver\]](#)

40. Cada primavera y cada otoño, el emperador visitaba formalmente a su madre y al emperador retirado. [\[Volver\]](#)

41. La hija de Koremitsu. Esta niña no ha sido mencionada con anterioridad. Aparece más adelante como la sexta hija

de Yûgiri (Roku no Kimi). [\[Volver\]](#)

42. Higekuro y Tamakazura. [\[Volver\]](#)

43. Presumiblemente, van a aprender la manera de comportarse como pajes de la corte. [\[Volver\]](#)

44. Suzaku, su primer maestro, confía en que Genji haya continuado con las lecciones, pero tiene bastantes dudas. [\[Volver\]](#)

45. El repertorio del kin parece haber estado dividido en piezas principales, medias y menores (taikyoku, chûkyoku, shôkyoku), aunque ya no está claro en qué consistían. [\[Volver\]](#)

46. Un hijo (el príncipe heredero) y una hija, la primera princesa. [\[Volver\]](#)

47. Como está embarazada, sería concebible que hubiera contaminado los ritos en honor de los kami (dioses) que tenían lugar en palacio el undécimo mes.

[\[Volver\]](#)

48. Donde vive Onna San no Miya.

[\[Volver\]](#)

49. Genji está en el centro de la habitación larga y estrecha que da al pasillo. A cada uno de sus lados hay dos cortinas portátiles, una detrás de la otra, y detrás de cada cortina movable se encuentra una de las participantes en el concierto. [\[Volver\]](#)

50. Yûgiri. [\[Volver\]](#)

51. Los cojines son para depositar

los instrumentos sobre ellos. [\[Volver\]](#)

52. El significado de esta frase no está claro. [\[Volver\]](#)

53. Kokinshû 13, de Ki no Tomonori: «El aroma de las flores se alza con la brisa e invita a venir al ruiseñor». [\[Volver\]](#)

54. Yûgiri está en la terraza. [\[Volver\]](#)

55. Uno de los modos de gagaku. La «cuerda tónica» (hachi no o) es la afinada a la kyû, o nota básica del modo; en este modo es la segunda cuerda del instrumento. [\[Volver\]](#)

56. El original alaba el toque de la mano izquierda (tsumaoto) y de la derecha

(kakikaeshitaru ne). [\[Volver\]](#)

57. Marca el ritmo con el abanico y canta los nombres de las notas (solfeo).

[\[Volver\]](#)

58. La glicina florece desde fines de primavera hasta comienzos del verano, una época en que no brota ninguna otra flor sancionada. [\[Volver\]](#)

59. En el séptimo mes del embarazo.

[\[Volver\]](#)

60. Al llevar cola, por pequeña que sea, reconoce su posición humilde y adopta la postura de una doncella al servicio de una gran dama. [\[Volver\]](#)

61. Modestamente, evita utilizar un cojín tan lujoso como asiento normal.

[\[Volver\]](#)

62. El original incluye una frase de Kokinshû 139: «El perfume del azahar que aguarda al quinto mes recuerda las mangas de una persona de lejano pasado».

[\[Volver\]](#)

63. Fushimachi no tsuki, la luna de la décimonona noche, que se alza muy tarde.

[\[Volver\]](#)

64. Un comentario canónico del Libro de las canciones chino observa: «Una mujer experimenta el espíritu yang de la primavera y suspira por un hombre; un hombre experimenta el espíritu yin del otoño y suspira por una mujer». [\[Volver\]](#)

65. El richi, un modo musical

japonés, se asociaba en general al otoño. El modo ryo, procedente de China, se asociaba a la primavera. El ryo predomina en el repertorio saibara.

[\[Volver\]](#)

66. Kashiwagi y Hotaru. [\[Volver\]](#)

67. Estos poderes, concedidos a la poesía (uta, «canción») en el prefacio japonés al Kokinshû, ya se atribuían generalmente en China a la poesía y a la música. [\[Volver\]](#)

68. En El relato del árbol hueco, Toshikage viaja a Persia para aprender los secretos del kin. [\[Volver\]](#)

69. Como Toshikage en El relato del árbol hueco. «Catay» (morokoshi) se

refiere aquí no sólo a China, sino también a Asia Central e incluso al Oriente Próximo. [\[Volver\]](#)

70. Un cambio de ryo a richiy una transición corriente en gagaku. [\[Volver\]](#)

71. El original describe las virtudes de la manera de tocar de Onna San no Miya con más detalles técnicos, pero el significado de los términos utilizados apenas es comprensible. [\[Volver\]](#)

72. Probablemente el hijo de Yûgiri es más joven que el de Higeкуро, y por eso obtiene un regalo menos valioso. [\[Volver\]](#)

73. Presumiblemente, Murasaki. [\[Volver\]](#)

74. Una flauta de seis orificios algo más corta y delgada que la yokobue japonesa. [\[Volver\]](#)

75. Ômiya, la abuela paterna de Kumoi no Kari. [\[Volver\]](#)

76. Cuando Fujitsubo murió tenía treinta y siete años, una edad que se consideraba especialmente peligrosa para una mujer. [\[Volver\]](#)

77. El tío abuelo de Murasaki. [\[Volver\]](#)

78. La última cláusula de esta frase es insatisfactoria en el original y es posible que haya sido falsificada. [\[Volver\]](#)

79. Hacerse monja. [\[Volver\]](#)

80. «Oscuros recovecos» (kuma) se refiere a la tendencia a los celos de Murasaki. [\[Volver\]](#)

81. Wakamiya, presumiblemente la niña que ha estado bajo los cuidados de Murasaki. [\[Volver\]](#)

82. Ahora ostenta este cargo en paralelo con el de intendente de la Guardia de la Puerta Derecha. [\[Volver\]](#)

83. Kokinshû 878: «Mi corazón está desolado en Sarashina cuando veo brillar la luna sobre el monte Obasute». [\[Volver\]](#)

84. Jijû significa «consejero» (presumiblemente, el marido de la mujer lo era), y Kojijû significa «pequeña Jijû». [\[Volver\]](#)

85. Kashiwagi ha sido ascendido. Como consejero, ahora detenta el tercer rango, grado inferior, y debe de vestir un manto formal violeta claro. [\[Volver\]](#)

86. Su indumentaria y su carruaje están muy por debajo de lo normal para su rango. [\[Volver\]](#)

87. No aparece en ningún otro lugar del relato. [\[Volver\]](#)

88. Ha acercado a Kashiwagi más de lo que éste le había pedido. Es posible que le inquiete más la posibilidad de que le vean que la protección de su señora. Puesto que la cama rodeada de cortinas es bastante espaciosa, probablemente hay una cortina portátil entre él y Onna San no

Miya. [\[Volver\]](#)

89. El ángulo sudoeste de la casa principal, junto a las puertas dobles que daban a la galería. [\[Volver\]](#)

90. Su esposa, la princesa Ochiba. [\[Volver\]](#)

91. «Ojalá no hubiera tomado a Onna San no Miya, sabiendo que Genji jamás me permitiría hacer tal cosa». El poema juega con aoi (la malva real y «día de encuentro»), así como con tsumi («arrancar» y «pecado»). [\[Volver\]](#)

92. «Si ambas son hijas de Suzaku, de modo que ambas deberían ser igualmente deseables, ¿por qué elegí la inferior?» La primera palabra del poema,

morokazura («verde entrelazado»), se refiere a la combinación de hojas de aoi y kazura en el tocado para el Festival. Por este poema a la esposa de Kashiwagi, la segunda princesa, los lectores la conocen como Ochiba («hoja caída»). [\[Volver\]](#)

93. Para decir las plegarias por la difunta. [\[Volver\]](#)

94. De la deidad budista Fudô, cuyo poder espiritual era fundamental en los ritos sanadores, se creía que había prometido añadir medio año a la vida natural del devoto. [\[Volver\]](#)

95. Se parecen a Fudô, a quien representaban rodeado de humo y llamas. [\[Volver\]](#)

96. Cuando el espíritu viviente de Rokujô poseyó a Aoi. [[Volver](#)]

97. El pecado de desatender la fe budista, puesto que en Ise todo lo relativo al budismo estaba prohibido. [[Volver](#)]

98. Encerró a la niña (la médium) en otra habitación. No hay distinción entre el espíritu y la médium poseída. [[Volver](#)]

99. Desde el santuario del Kamo, después del Festival. [[Volver](#)]

100. Kokinshû yo: «Si cuando uno les dice “¡Quedáos!” permanecieran sin caer nunca, ¿por qué iba a preferir uno las flores de cerezo?». [[Volver](#)]

101. Ise monogatari 145 (sección 82): «Las flores de cerezo son tan

preciosas porque caen; ¿qué es lo que dura mucho en este triste mundo?». [\[Volver\]](#)

[\[Volver\]](#)

102. Le permite recibir (promete formalmente respetar) sólo los Cinco Preceptos administrados a los laicos: abstenerse de matar, robar, mantener una conducta licenciosa, difamar y tomar alcohol. [\[Volver\]](#)

103. «Prometámonos el uno al otro que renaceremos en el mismo trono de loto en el paraíso». [\[Volver\]](#)

104. Kokin rokujô 317: «El camino es sombrío en el crepúsculo: aguarda a la luna, amor, para irte, ¡y te tendré mucho más tiempo!». Onna San no Miya utiliza la

alusión en su respuesta. [[Volver](#)]

105. Kokin rokujô 1980: «¡Cuán vastas deben de ser las montañas del amor para que cuantos se internan en ellas aún pierdan su camino!». [[Volver](#)]

106. Tamakazura. [[Volver](#)]

107. Oborozukiyo. [[Volver](#)]

108. Convertirse en monja. [[Volver](#)]

109. El familiar juego con ama, presente también en el poema de Genji, resalta aquí. El significado del poema no está especialmente claro, salvo por la apelación de Oborozukiyo a un pasado distante que ambos comparten. [[Volver](#)]

110. Shikimi (*Illicum religiosum*), una planta de hoja ancha y perenne que

normalmente figura en los altares budistas de Japón. Está muy asociada a la práctica budista, [\[Volver\]](#)

111. Asagao. [\[Volver\]](#)

112. Ômiya, la abuela de Yûgiri, había muerto ese mes. [\[Volver\]](#)

113. Porque quien ha renunciado al mundo no debería estar tan preocupado por ello. [\[Volver\]](#)

114. El emperador Kiritsubo, el padre de Genji y Suzaku, había muerto el undécimo mes. [\[Volver\]](#)

115. Las persianas que hay entre el aposento del pasillo y la terraza. Kashiwagi está en el pasillo y Genji, en la cámara. [\[Volver\]](#)

116. «Senyûka», una pieza gagaku de la que se decía que no tenía una danza asociada. Por su título alude a la categoría de Genji como emperador retirado honorario, pero a un emperador retirado se le imaginaba como un inmortal taoísta y habitaba un Sentô Goshô («Palacio de la Cueva del Inmortal»). De los inmortales (sennin) se suponía que se solazaban entre las brumas de los picos montañosos y no necesitaban ningún otro alimento.

[\[Volver\]](#)

117. A renacer en el paraíso de Amida. [\[Volver\]](#)

118. Nombre sánscrito (transliterado en el original como «Makabirusana») de

la deidad suprema del panteón budista esotérico (Shingon), cuyo nombre aparece en Japón más a menudo en su forma traducida de «Dainichi» («Gran Sol»). Ninnaji, el templo histórico asociado tradicionalmente al de Suzaku en el relato, está dedicado a esa deidad. En el original esta frase está incompleta. [\[Volver\]](#)

Capítulo 36

1. El pecado de morir antes que los padres. [\[Volver\]](#)

2. Llevar a cabo los votos religiosos. [\[Volver\]](#)

3. Kokin rokujô 2096: «¡Cuán poco este mundo responde a mis deseos, cuando nadie en él es un pino milenario!». [\[Volver\]](#)

4. Kokin rokujô 3984: «La mosca de verano al final sufre un percance porque arde con una sola llama». La «mosca de verano» (natsumushi) es la luciérnaga,

cuya luz, en poesía, es la llama del amor.

[\[Volver\]](#)

5. Kokin rokujô 3241: «Con las lágrimas que caen sobre la cama de quien duerme solo, incluso una almohada de piedra podría alejarse flotando». [\[Volver\]](#)

6. Un hechizo transliterado del sánscrito a través del chino e ininteligible como lenguaje. [\[Volver\]](#)

7. Onna San no Miya no es emperatriz ni consorte. [\[Volver\]](#)

8. El corte del cordón umbilical, el baño ritual, la primera toma del pecho, etcétera. [\[Volver\]](#)

9. Tsuigasane, una bandeja (oshiki) combinada con una sencilla base

rectangular. [\[Volver\]](#)

10. Takatsuki, una base alta para comida o bebida que descansa en un solo pie. [\[Volver\]](#)

11. El pecado de morir a consecuencia del parto. [\[Volver\]](#)

12. La bajaron desde la plataforma elevada del lecho. [\[Volver\]](#)

13. Nueve años atrás, en «Hojas tiernas de glicina». [\[Volver\]](#)

14. Para hablar a través de un médium. Genji parece suponer que es Rokujô, aunque ella nunca ha hablado anteriormente de ese modo. [\[Volver\]](#)

15. Murasaki. [\[Volver\]](#)

16. Un hermano menor, posiblemente Kôbai. [\[Volver\]](#)

17. Era propio de un caballero llevar el sombrero (eboshi) incluso dentro de casa. [\[Volver\]](#)

18. Su esposa, la segunda princesa. La ubicación de su residencia («Primera avenida») no se ha mencionado antes. [\[Volver\]](#)

19. Kumoi no Kari, la hermana de Kashiwagi. [\[Volver\]](#)

20. Tamakazura. [\[Volver\]](#)

21. Shûishû 665: «Estoy enfermo por la ausencia de mi amada, pero ninguna medicina, salvo la aoi, me curará». [\[Volver\]](#)

22. Porque la necesidad le había llevado a casarse con alguien que estaba por debajo de ella, sólo para convertirse en viuda. [[Volver](#)]

23. Onna San no Miya, que ahora es monja. [[Volver](#)]

24. Arroz glutinoso, que se da al bebé con palillos. Como ahora Onna San no Miya se ha hecho monja, sus damas de honor no saben si organizar la ceremonia. [[Volver](#)]

25. Le han cortado el cabello sobre la frente y los extremos le molestan, pero por detrás sigue siendo mucho más largo que el «corte de monja» normal (ama sozi). [[Volver](#)]

26. La hija de Genji. [\[Volver\]](#)

27. El decimoquinto día de Kaoru es en principio una ocasión feliz, en la que las lágrimas son tabú (katoimi). [\[Volver\]](#)

28. Parte de un verso de un poema de Bai Juyi (Hakushi monjû 2821), compuesto cuando el poeta tuvo su primer hijo, a la edad de cincuenta y ocho años. El verso completo menciona no sólo penas, sino también alegrías. [\[Volver\]](#)

29. Otra frase del poema de Bai Juyi. [\[Volver\]](#)

30. El «pino» es Kaoru. El poema de Genji es una variante de Kokinshû 907. [\[Volver\]](#)

31. En el segundo mes (ahora es el

tercero) había una actividad fuera de lo corriente, con acontecimientos como el festival del santuario de Kasuga, el del santuario de Ôharanô y otros. [\[Volver\]](#)

32. Si Yûgiri hubiera visitado a Ochiba y su madre durante el segundo mes, habría tenido que permanecer en pie y abstenerse de entrar en la casa, debido a que el servicio a los dioses prohibía todo contacto con la contaminación de la muerte. [\[Volver\]](#)

33. Kokinshû 832, de Kamutsuke no Mineo, que lamenta la muerte de Fujiwara no Mototsune: «¡Oh, cerezos en el páramo de Fukakusa, si sois amables, os lo ruego, floreced de gris sólo este año!». La

alusión puede ser desafortunada debido a las prendas grises que ahora lleva Onna San no Miya. [\[Volver\]](#)

34. Kokinshû 97: «La gloria de las flores retorna cada primavera, y sin embargo en esta vida no las veré más». [\[Volver\]](#)

35. Un cumplido a Ochiba en su infortunio: como el cerezo que siempre florece en su estación, ella conserva su belleza a pesar de haber perdido a su marido (la «gran rama»). [\[Volver\]](#)

36. «Lloro porque no sé cuál será el destino de mi hija». [\[Volver\]](#)

37. Ni siquiera un hijo de sentimientos realmente filiales, que

llorase a su padre, llevaría la barba tan descuidada. Se trata de un pensamiento chino. [\[Volver\]](#)

38. «Mojado con las lágrimas derramadas por mi hijo, esta primavera visto el gris de duelo que, en realidad, él debería llevar por mí». Ko («árbol» o «árboles»), en la expresión ko no shita no shizuku («gotas que caen de los árboles como lluvia», es homófono de «niño», y la «vestidura de niebla» (kasumi no koromo, una imagen asociada a la primavera), se refiere aquí, como en los poemas que siguen, al gris del luto. «Al revés» (sakasama) se refiere a la inversión del orden natural, según el cual un padre muere antes que su hijo. [\[Volver\]](#)

39. Kokinshû 853, de Miharu no Arisuke: «La cortadera que otrora plantaste es ahora una selva llena de insectos que cantan». [\[Volver\]](#)

40. Una clase humilde de persianas, apropiadas para una casa que está de luto. [\[Volver\]](#)

41. «Quiero conocerte mejor [a Ochiba], y Kashiwagi me dio permiso para hacerlo». Ochiba es una presencia silenciosa (e invisible) en esta escena. [\[Volver\]](#)

42. Una de las damas de honor. [\[Volver\]](#)

43. Un comentario antiguo atribuye este verso (originalmente en chino) a Ki

no Arimasa, en un lamento hoy perdido por la muerte de Fujiwara no Yasutada.

[\[Volver\]](#)

44. La muerte de Yasutada, en 937.

[\[Volver\]](#)

Capítulo 37

1. Kashiwagi, que ha sido ascendido en su lecho de muerte. Éste es su título oficial, pero la gente seguía recordándole como el intendente de la Guardia de la Puerta, y en lo sucesivo se le seguirá llamando «el intendente». [\[Volver\]](#)

2. Para más servicios fúnebres. Probablemente se trata de polvo de oro. [\[Volver\]](#)

3. La princesa Ochiba, viuda de Kashiwagi. [\[Volver\]](#)

4. Literalmente, «busca el mismo

tokoro que yo». En el sentido de «lugar», tokoro se refiere al paraíso, pero las mismas sílabas también significan «raíz de taro». [\[Volver\]](#)

5. Raishi, una base alta de forma similar a la takatsuki («base con pie») pero con un reborde hondo, laqueado de negro por fuera y rojo por dentro, que solía utilizarse para servir fruta. En este caso contienen los regalos de Suzaku. [\[Volver\]](#)

6. Las flores de color azul celeste de la tsuyukusa (del género Commelina), una planta corriente, producían un tinte azul. A los niños muy pequeños se les rapaba la cabeza. [\[Volver\]](#)

7. La hija mayor de la emperatriz Akashi. [\[Volver\]](#)

8. Kokinshû 97: «La gloria de las flores retorna cada primavera, y sin embargo en esta vida no las veré más». [\[Volver\]](#)

9. Este poema (al parecer Genji lo dice para sus adentros) juega con palabras asociadas al bambú. La más importante es fushi («aquel tránsito de amargura»); fushi también significa una «junta» de bambú. [\[Volver\]](#)

10. Kokinshû 853, de Miharu no Arisuke: «La cortadera que otrora plantaste es ahora una selva llena de insectos de cantan». [\[Volver\]](#)

11. Literalmente, «desde que se rompió la cuerda del koto». Kagerô nikki 93 (también Goshûishû 894), de Michitsuna no Haha: «El que ha partido no vuelve nunca, y el momento en que se rompió la cuerda del koto ha vuelto una vez más». [[Volver](#)]

12. Genji monogatari kochûshakusho in'yô waka 275: «Si en este mundo hubiera un final de la nostalgia, uno viviría año tras año libre de cuidados». [[Volver](#)]

13. «Es la manera de tocar de tu hija la que en verdad reproduciría la pulsación de Kashiwagi». Como en «Akashi», la imagen evoca la lealtad de un amante

hacia el otro. [\[Volver\]](#)

14. La esposa de Yûgiri, Kumoi no Kari. [\[Volver\]](#)

15. Palabras iniciales de una canción saibara. [\[Volver\]](#)

16. Para purificar el aposento y expulsar a los espíritus malignos que podrían haber atormentado al bebé. [\[Volver\]](#)

17. Lo correcto era que una flauta pasara de padre a hijo. Puesto que las mujeres no tocaban la flauta, recibirla de una mujer podría considerarse como una ruptura de la línea de transmisión apropiada. [\[Volver\]](#)

18. Yûgiri ha ido primero al ala

oriental, donde sería más probable que estuviera Genji. El pequeño es Niou. [\[Volver\]](#)

19. Al referirse a sí mismo emplea el mismo lenguaje honorífico que oye a los demás cuando se dirigen a él. [\[Volver\]](#)

20. Presumiblemente Murasaki. Por alguna razón, Murasaki debe de haber puesto fin a las visitas de Niou a su madre, y ahora Yûgiri titubea antes de tomar al pequeño y llevárselo de todos modos. [\[Volver\]](#)

21. Kaoru. [\[Volver\]](#)

22. La terraza del ángulo sudeste de la casa principal. [\[Volver\]](#)

23. Vivió entre 868 y 949 y reinó

entre 877 y 884. [\[Volver\]](#)

24. En el relato tal vez el padre de Asagao, y en la historia posiblemente el príncipe Sadayasu, un hermano menor del emperador Yôzei. [\[Volver\]](#)

Capítulo 38

1. Jibutsu, las imágenes que ella siempre tendrá consigo y que serán objeto de sus plegarias cotidianas. [\[Volver\]](#)

2. Hata, colgaduras que rodean el altar y decoran las columnas de la sala. [\[Volver\]](#)

3. La cama con cortinas de Onna San no Miya sirve provisionalmente como capilla. [\[Volver\]](#)

4. Una pintura ya del Buda predicando el Sutra del Loto en el pico del Buitre, ya de escenas que ilustran

pasajes esenciales del texto. [\[Volver\]](#)

5. El buda Amida está flanqueado por los bodhisatvas Kannon y Seishi. [\[Volver\]](#)

6. «Pétalo de loto» (kayô) es un incienso de verano. La miel, que liga la sustancia, ha sido reducida para evitar que el incienso sea demasiado dulce. [\[Volver\]](#)

7. El cielo, el reino humano, el reino de los ashuras (demonios belicosos) y los reinos de las bestias, los fantasmas hambrientos y el infierno. [\[Volver\]](#)

8. El Shômuryôju-kyô (Sutra Menor de la Vida Eterna), un texto breve considerado el más sagrado de los tres Sutras dedicados a Amida. [\[Volver\]](#)

9. Kôji, el sacerdote oficiante, cuya función es la de exponer el Sutra. [\[Volver\]](#)

10. Durante un rito en honor del Sutra del Loto se distribuía incienso a los sacerdotes participantes, y en este caso probablemente quienes lo hacían eran los cortesanos. [\[Volver\]](#)

11. Cada uno de los cuales tenía una función particular en el rito. Sólo en una gran ceremonia participaban los siete. [\[Volver\]](#)

12. La galería conecta la casa principal con el ala oeste. La valla (naka no hei) parece alzarse entre la casa y el ala y ocultar a cada edificio desde el otro.

[\[Volver\]](#)

13. Sobre todo matsumushi («grillo del pino») y suzumushi («grillo cascabel»), cuyo canto en otoño es muy bonito. [\[Volver\]](#)

14. Akikonomu. [\[Volver\]](#)

15. Puesto que el pino es un emblema de longevidad. [\[Volver\]](#)

16. «Quizá quieras marcharte, pero para mí sigues siendo tan encantadora y deseable como siempre». [\[Volver\]](#)

17. Un hermano menor de Kashiwagi. [\[Volver\]](#)

18. Desconocido por lo demás. [\[Volver\]](#)

19. «La luna viene a visitarme, pero tú no lo haces». [\[Volver\]](#)

20. Gosenshû 103, de Minamoto no Saneakira: «¡Ay de la luna de esta noche y las flores...! ¡Ah, si pudiera mostrárselas a alguien que las apreciara...!».

[\[Volver\]](#)

21. «Tu gloria no ha menguado, pero no así la mía, y por eso no he ido a verte».

[\[Volver\]](#)

22. Los dos últimos son probablemente hermanos menores de Kashiwagi. [\[Volver\]](#)

23. En cualquier caso, la narradora no podía recordar decorosamente los escritos en chino. [\[Volver\]](#)

24. Aunque nominalmente es

emperador honorario retirado, Genji nunca ha reinado y, sin embargo, tampoco puede decirse de él que sea un subdito. Su posición es ambigua. Si visitara a Reizei en calidad de emperador retirado, podría pensarse que resulta inoportuno, mientras que si lo hiciera como súbito podría dar una impresión de atrevimiento. [[Volver](#)]

25. Ya sea porque han muerto (Kashiwagi) o porque se han entregado a la vida religiosa (Asagao, Oborozukiyo, Onna San no Miya). [[Volver](#)]

26. En las lenguas occidentales es preciso elegir entre singular o plural. El plural reconoce la posesión que involucra a Onna San no Miya en «El roble».

[\[Volver\]](#)

27. Los religiosos que predicán la palabra del Buda. [\[Volver\]](#)

28. Gracias a sus poderes sobrenaturales, Mokuren supo que su madre padecía en el reino de los fantasmas hambrientos o del infierno (las versiones difieren), pero pudo salvarla gracias a la enseñanza budista. [\[Volver\]](#)

Capítulo 39

1. En las colinas al nordeste de Kyoto, probablemente la zona general donde se encuentra hoy la villa imperial de Shugakuin. [\[Volver\]](#)

2. Rishi (Risshi), el más bajo de los rangos de la escala eclesiástica accesibles a religiosos de élite, plenamente ordenados. «Disciplina» se refiere al cuerpo de la disciplina monástica budista. [\[Volver\]](#)

3. Los hermanos de Kashiwagi. [\[Volver\]](#)

4. Kôbai. [\[Volver\]](#)

5. Jôe, túnicas que vestían los monjes durante el rito. Podían ser de colores negro azulado, amarillo, rojo, blanco, gris o marrón, según la deidad a la que se dirigiera el rito. [\[Volver\]](#)

6. Tal vez un poema escrito en una sola línea, en vez de hacerlo de una manera más libre y ornamental. [\[Volver\]](#)

7. Probablemente, el jardín otoñal de Akikonomu en Rokujô. [\[Volver\]](#)

8. Dan, un altar que incluía un hogar de tierra para el fuego sagrado goma. [\[Volver\]](#)

9. Yûgiri parece estar sentado en el pasillo oeste. [\[Volver\]](#)

10. Dama de honor que ya ha aparecido en «El roble». Un pasaje posterior sugiere que es sobrina de la madre de la princesa Ochiba y prima de la misma Ochiba. [\[Volver\]](#)

11. Kokinshû 204: «Cantó una cigarra, y pensé que el sol se había puesto, pero era que acababa de cubrirme la sombra de una montaña». Gracias a un juego de palabras, higurashi, el nombre de esta especie de cigarra, sugiere la imagen de la puesta de sol. [\[Volver\]](#)

12. Kokinshû 685 evoca un estado de ánimo similar: «¡Ah, las añoro tanto, y cómo deseo verlas, las clavellinas que florecen en esa rústica valla!» [\[Volver\]](#)

13. Al parecer el hombre ha sido ascendido de ayudante (Zô, sexto rango) a comisionado (Taifu, quinto). [\[Volver\]](#)

14. «¿Debo ser yo, que he perdido a mi marido, quien ahora vea también mi reputación arruinada por los rumores de una nueva relación sentimental?» Las «mangas húmedas» o las «prendas húmedas» de la respuesta de Yûgiri tienen que ver con la revelación de un amorío y hacerlo objeto de chismorreos. [\[Volver\]](#)

15. El original poco claro puede sugerir que Yûgiri sólo ha captado la esencia del poema de la dama y ha compuesto uno similar basándose de lo que ha acertado a oír. [\[Volver\]](#)

16. «Aunque no deseo exponerte al escándalo por tu relación conmigo, ya eres objeto de chismorreos debido a tu desafortunado matrimonio con Kashiwagi, y no puedes hacer nada al respecto. Así pues, ¿de veras cambiaría mucho las cosas que cedieras a mis deseos?»

[\[Volver\]](#)

17. «Tampoco por esto te librarás de las malas lenguas». [\[Volver\]](#)

18. Kô no karabitsu, un arcón que o bien contiene madera de incienso, para perfumar su contenido, o bien está hecho de madera de incienso. [\[Volver\]](#)

19. Kokinshû 992, de Michinoku: «Tal vez mi alma penetró entre las mangas

que aún deseo, pues siento como si me hubiera abandonado». [[Volver](#)]

20. Kokinshû 977, de Ôshikôchi no Mitsune: «Debe de haberme abandonado, pues desde que empecé a amarte mi corazón ha estado en otra parte». Kokinshû 488: «Mi amor debe de haber llenado los cielos ilimitados, pues, aunque huiría de él, lo encuentro por doquier». [[Volver](#)]

21. Dainichi Nyorai, el buda cósmico del panteón budista esotérico (Shingon). [[Volver](#)]

22. Gôshô, término budista que engloba todos los factores kármicos que impiden el progreso hacia la iluminación.

Los principales son la avaricia, la cólera y la estupidez. [\[Volver\]](#)

23. «¿Desde cuándo está casado con vuestra hija?» [\[Volver\]](#)

24. Ômiya, la abuela de Yûgiri. [\[Volver\]](#)

25. Estos «vapores» (ke) son influencias maléficas que, debido al frío, el calor, etcétera, pueden ascender de la tierra a los pies y de ahí, en los casos graves, a la parte superior del cuerpo. [\[Volver\]](#)

26. Su matrimonio con Kashiwagi. [\[Volver\]](#)

27. Tal vez porque deseaba evitar que la vieran. Han alzado un tabique entre

los pasillos del norte y el oeste, y ella no puede ir dando la vuelta a la terraza.

[\[Volver\]](#)

28. Las personas a las que el karma ha reunido en otra vida no se reconocen mutuamente. [\[Volver\]](#)

29. «Es inútil que frustres mis intenciones, como deberías saber, porque ya todo el mundo sabe lo que ha ocurrido». [\[Volver\]](#)

30. Lo mismo que el tratamiento que había recibido la princesa la noche anterior. [\[Volver\]](#)

31. El hecho de que no acudiera en persona. Si realmente quisiera desposarla, debería haber ido tres noches seguidas.

[\[Volver\]](#)

32. El «prado» (nobe) es su casa de campo, y la «flor de valeriana» (ominaeshi), su hija. Ôminaesbi contiene la palabra omina (más comúnmente onna), «mujer», y shioruru («llora»), que significa «se marchita». El poema se basa en Kokin rokujô 1201, de Ki no Tsurayuki: «Valeriana encuentro tras un día de caza en los páramos otoñales; ¿dejarás que me quede sólo esta noche?».

[\[Volver\]](#)

33. La carta se enrolla y luego se retuercen los extremos para cerrarla.

[\[Volver\]](#)

34. Su hogar. [\[Volver\]](#)

35. El halcón hembra es más corpulento y agresivo que el macho. [\[Volver\]](#)

36. La alusión no se ha identificado. [\[Volver\]](#)

37. El color azul claro del sexto rango, del que Yûgiri se avergonzaba tanto en «Las doncellas». [\[Volver\]](#)

38. Ochiba no Miya. [\[Volver\]](#)

39. Al parecer, Taifu es la responsable. En «Las doncellas» no se la menciona. [\[Volver\]](#)

40. Del espacio rodeado de cortinas donde duerme. [\[Volver\]](#)

41. Es posible que estén acostados

juntos. [\[Volver\]](#)

42. Kannichi, un día definido por el almanaque ying—yang (onmyôdo) como uno en el que todas las empresas estaban destinadas a fracasar. Había uno de tales días al mes. [\[Volver\]](#)

43. «He visitado a tu hija, pero no me he acostado con ella». [\[Volver\]](#)

44. Como hacía un monje cuando habían fracasado sus ritos sanadores. El altar, u hogar, está hecho de barro. [\[Volver\]](#)

45. Su poema había hecho saber a Yûgiri que no se opondría al matrimonio con su hija. [\[Volver\]](#)

46. Aferrarse al cadáver. [\[Volver\]](#)

47. Para llevar a cabo los ritos fúnebres e invocar el nombre de Amida. [\[Volver\]](#)

48. El puesto de gobernador de Yamato conllevaba sólo el quinto rango, grado subalterno. Los orígenes del Refugio eran muy modestos. [\[Volver\]](#)

49. Presumiblemente, la colocación del cadáver en el ataúd. [\[Volver\]](#)

50. De acuerdo con el almanaque. [\[Volver\]](#)

51. Tejuelas de madera, movidas mediante cordones y tendidas sobre los arrozales para ahuyentar a pájaros, ciervos y otros animales. [\[Volver\]](#)

52. La cascada de Otowa, a menudo

mencionada en poesía. [\[Volver\]](#)

53. Es sobrina del Refugio y prima de la princesa. [\[Volver\]](#)

54. Kashiwagi. [\[Volver\]](#)

55. Kokinshû 582: «Ha llegado el otoño y en la montaña resuena el bramido del ciervo: ¿haré yo menos en las noches que paso a solas?». [\[Volver\]](#)

56. El poema juega con shika («ciervo» y «así» [como el ciervo]). Las «llanuras cubiertas de hierba bambú» son shinohara, extensiones de sasa, un tipo de bambú bajo que cubre el suelo. [\[Volver\]](#)

57. Dos noches antes de la luna llena. [\[Volver\]](#)

58. Una fioritura literaria. La «Montaña Oscura» es Ogura no Yama, nombre cuyo término ogura puede interpretarse como «oscuro». Sin embargo, el monte Ogura está muy lejos, en el lado (el oeste) del norte de Kyoto, desde el lugar donde Yûgiri se encuentra ahora, y no podría haber pasado por allí. Aquí aparece sólo para posibilitar el juego de palabras. [[Volver](#)]

59. En el original, «que te derramas desde lo alto». Genji monogatari kochûshakusho in'yô waka 1481: «¿Qué voy a hacer, y cómo, oh silenciosa cascada que te derramas desde lo alto de las colinas de Ono?» La «silenciosa

cascada» (otonashi no taki) es presumiblemente Ochiba, que nunca responde, pero es también la cascada Otonashi, famosa en poesía y situada cerca de Ono. El agua se desliza sin hacer ruido sobre una superficie rocosa lisa.

[\[Volver\]](#)

60. Probablemente Ochiba y Kumoi no Kari, aunque también podrían ser Ochiba y Yûgiri. [\[Volver\]](#)

61. Según un Sutra conocido en Japón como Taishi Bohaku-kyô, el príncipe Bohaku, del reino de Harana (en la India), temía tanto los peligros kármicos del habla que durante los primeros trece años de su vida

permaneció mudo. Su padre, el rey, ordenó entonces que lo enterrasen vivo. Estaban a punto de ejecutar la orden cuando el príncipe habló por fin y ascendió al trono. Presumiblemente, las «tribulaciones» de los monjes son las ocasiones en las que se requiere de ellos que observen un voto de silencio.

[\[Volver\]](#)

62. Expresión proverbial. Algunos manuscritos dicen «tres años», para que esta frase sea una referencia a la muerte de Kashiwagi. [\[Volver\]](#)

63. Yûgiri afirma directa y públicamente que ya se ha casado con Ochiba. [\[Volver\]](#)

64. Les acusa de entregar a su señora cartas censurables. [\[Volver\]](#)

65. Para poder cambiarse de ropa. [\[Volver\]](#)

66. Una muchacha de alta cuna recibía una daga (mihakashi) al nacer, y durante toda su vida era una posesión personal muy apreciada. [\[Volver\]](#)

67. Adecuado para el luto. [\[Volver\]](#)

68. El patrón Urashima, que era pescador, navegó a la deriva hasta la isla de los inmortales y se casó con una hermosa doncella del lugar. Al cabo de tres años le embargó la nostalgia del hogar y regresó a su aldea, provisto de una caja que su esposa le había dado con

la advertencia de que nunca la abriera. El hombre descubrió que habían transcurrido trescientos años y que todo había cambiado. Cuando, a impulsos de la desesperación, abrió la caja, el espectro de su esposa salió de ella y subió al cielo, y al instante él envejeció trescientos años. La fuente más antigua de este relato figura entre los fragmentos supervivientes del Tango fudoki, de comienzos del siglo VIII.

[\[Volver\]](#)

69. El duelo de Ochiba restringía la comida, que resultaba decepcionante para el comienzo de un matrimonio. [\[Volver\]](#)

70. Según la tradición literaria, el macho y la hembra del faisán de montaña

(o faisán cobrizo, yamadori) se posaban en valles distintos para pasar la noche.

[\[Volver\]](#)

71. Murasaki. [\[Volver\]](#)

72. «¿Crees que es correcto darme a conocer como un hombre cuya esposa se cansó de él y se hizo monja?» [\[Volver\]](#)

73. Literalmente, «le echó un vistazo», pero la expresión no deja lugar a la ambigüedad. La frase siguiente corresponde a la que sigue al primer coito de Genji, entre líneas, en «Akashi».

[\[Volver\]](#)

74. Porque todavía está de luto.

[\[Volver\]](#)

75. Es presumible que se trate de la

cámara propiamente dicha. [\[Volver\]](#)

76. Las cortinas y demás elementos tenían el color gris del duelo. [\[Volver\]](#)

77. En el pasillo, probablemente para ocultar la parafernalia del duelo. [\[Volver\]](#)

78. El clavo produce un tinte de color beige. [\[Volver\]](#)

79. Capas de tela superpuestas con urdimbre verde hoja e hilos de la trama amarillos sobre tela verde hoja. [\[Volver\]](#)

80. La hermana mayor de Kumoi no Kari y la consorte Kokiden del emperador retirado Reizei. [\[Volver\]](#)

81. En la habitación que acostumbraban a reservarle cuando se encontraba en casa de su padre. [\[Volver\]](#)

82. Presumiblemente, envía a alguien para que entregue este mensaje a Kumoino Kari. [[Volver](#)]

83. Uno de sus hijos. [[Volver](#)]

84. La hija de Koremitsu, confidente de Genji en el pasado, con quien Yûgiri se encuentra por primera vez en «Las doncellas». [[Volver](#)]

Capítulo 40

1. Hijos. [\[Volver\]](#)

2. Literalmente «eras de Isonokami atrás». Isonokami (al sur de Nara) es el lugar donde se encuentra el venerable santuario de la deidad Furu, y por lo tanto el nombre supone un juego de palabras con furu, que significa «viejo». [\[Volver\]](#)

3. El capítulo «Devadatta» del Sutra del Loto narra que el Buda sirvió a su maestro arrancando fruta, sacando agua y recogiendo leña hasta que le enseñó el Sutra. Los congregados cantaban el himno

«Tengo el Sutra del Loto, gracias a haber realizado humildemente las tareas de cortar leña, arrancar fruta y sacar agua, y de este modo lo he obtenido». [\[Volver\]](#)

4. El futuro Niou, nieto de Genji y Akashi. [\[Volver\]](#)

5. Para recompensar con ellas a los danzarines. [\[Volver\]](#)

6. (Hokke) Senbô, un rito que combinaba el canto del Sutra del Loto con la confesión de los pecados, a fin de borrar los pecados del beneficiario. [\[Volver\]](#)

7. Los nobles que habían acompañado a la emperatriz pronunciaban sus nombres (nadaimen). [\[Volver\]](#)

8. Tal vez la lectura formal de la Daihannya-kyô, que la emperatriz patrocinaba en momentos determinados del año. [[Volver](#)]

9. Particularmente en el aniversario de su muerte. [[Volver](#)]

10. Izumi Shikibu shû 132 (también Shikashû 109): «¿Qué clase de viento es el que sopla en otoño, que me atravesará con tristeza hasta la médula?». [[Volver](#)]

11. «No estaré en pie mucho más tiempo; pronto me iré como el rocío». El poema juega con dos verbos pronunciados oku: «estar en pie» o «levantarse», y «posarse», hablando del rocío. [[Volver](#)]

12. Se dirige a la emperatriz.

[\[Volver\]](#)

13. «Camino oscuro», una expresión del Sutra del Loto, aparece en Izumi Shikibu shu 150 (Shûishû 1342), de Izumi Shikibu: «Desde la oscuridad he de seguir ahora un camino oscuro. Ilumíname desde lejos, ¡oh, luna en el borde de las montañas!».

[\[Volver\]](#)

14. Según el Kanmuryôju—kyô, un Sutra esencial de Amida, pasar un solo día y una noche observando los Preceptos propios de la condición de uno (los propios de un laico si uno es laico, etcétera) puede conducir al nacimiento en el paraíso.

[\[Volver\]](#)

15. Kokinshû 831, de Shôen (un

lamento por la muerte de Fujiwara no Mototsune): «En cuanto a la cigarra, uno halla consuelo en contemplar su caparazón desechado, pero ¡oh, ese humo podría alzarse por lo menos del monte Fukakusa!». [\[Volver\]](#)

16. En un poema que figura en «Aoi». El tono más oscuro que lleva ahora significa un duelo más profundo. [\[Volver\]](#)

17. Akíkonomu. [\[Volver\]](#)

Capítulo 41

1. Se trata de las visitas formales de Año Nuevo. Genji está en Rokujô.

[\[Volver\]](#)

2. «Primavera» en el poema de Genji indica a Hotaru, y «aroma» (la esencia) en el de Hotaru se refiere a Genji. Hotaru toma el poema de Genji como un rechazo.

[\[Volver\]](#)

3. Ambas han aparecido antes (suponiendo que sean las mismas mujeres) como preferidas de Genji, y probablemente son las que «a veces

habían atraído su mirada, aunque sin demasiado interés por su parte». [\[Volver\]](#)

4. Literalmente, «la presa de sus mangas no podía contener [las lágrimas]»; probablemente de Shûishû 976, de Ki no Tsurayaki: «Oh, río de lágrimas, tus aguas fluyen con tal rapidez desde su fuente que la presa de mis mangas no puede contenerlas». [\[Volver\]](#)

5. Esto puede significar que le recordaba a Murasaki. El significado de la expresión original (unai matsu) puede ser un pino joven, en desarrollo, pero un comentarista antiguo menciona un verso chino para sugerir que un unai matsu crece en el montículo de una tumba,

presumiblemente la de Murasaki en este caso. [\[Volver\]](#)

6. Akashi o Hanachirusato. [\[Volver\]](#)

7. En la residencia de Murasaki en Nijô. [\[Volver\]](#)

8. Ahora la escena parece tener lugar en Rokujô. [\[Volver\]](#)

9. Kokinshû 535: «Ojalá comprendiera ella la hondura de mi amor, profundo como un refugio de montaña donde no cantan las aves». [\[Volver\]](#)

10. Gosenshû 64: «¡Oh, si tuviera unas mangas lo bastante anchas para cubrir el cielo y pudiera librar del viento a las flores que se abren en primavera!». [\[Volver\]](#)

11. Probablemente la esquina sudoeste del ala este del lado sudeste de Rokujô, donde vivía con Murasaki; sin embargo, algunos comentaristas opinan que la escena tiene lugar en Nijô. [\[Volver\]](#)

12. Kokinshû 967, de Kiyowara no Fukayabu: «En un valle sin luz, muy alejado de la primavera, no hay dolor por las flores que se abren sólo para caer». Onna San no Miya parece querer decir «valle sin luz» para aludir con modestia a sí misma. Sin embargo, no ha tenido en cuenta el resto del poema, y Genji está molesto, pues da a entender que la muerte de Murasaki la deja indiferente. [\[Volver\]](#)

13. Sobre todo hasta que el actual príncipe heredero, su nieto, llegue a ser emperador. [[Volver](#)]

14. Y florecieran con un gris de luto. De Kokinshû 832, de Kamitsuke no Mineo. [[Volver](#)]

15. Los juegos de palabras de este poema evocan tanto el duelo de Genji por Murasaki como el regreso de los gansos silvestres al norte en primavera. Nakunaku («gritando») se refiere al lloro y a los graznidos de los gansos; kari («fugaz», nada dura) también significa «ganso silvestre», y el toko de toko no yo («refugio más allá del tiempo», el hogar distante y etéreo de los gansos) también

significa «lugar para dormir», «lecho matrimonial». [\[Volver\]](#)

16. «Ahora que Murasaki [el “agua”], que tanto te atraía [a los “gansos”] se ha ido, tú [la “flor”] ya nunca te molestas en visitarme [“reflejada aquí”]». [\[Volver\]](#)

17. El festival del Kamo, a mediados del cuarto mes. [\[Volver\]](#)

18. Todos los colores se asocian al duelo. [\[Volver\]](#)

19. Aoi (en la ortografía de la época Heian afuhi, «día del encuentro»). Ha pasado tanto tiempo desde la última vez que Genji hizo el amor que afirma haber olvidado cómo es. [\[Volver\]](#)

20. «Sé que ha pasado mucho tiempo desde la última vez que hicimos el amor, pero de todos modos...» [\[Volver\]](#)

21. «Cometería de buen grado un pecado [tsumi] para recoger [tsumi] esta hoja [hacer el amor contigo]». [\[Volver\]](#)

22. Gosenshû 186: «En el naranjo, sin cambiar de tonalidad, el cuclillo canta su canción de mil años». El cuclillo (hototogisu), como las flores del naranjo (tachibana), se asociaban a los afectuosos recuerdos del pasado. [\[Volver\]](#)

23. De Bai Juyi (Hakushi monjû 0131). [\[Volver\]](#)

24. «Le habría gustado que Murasaki la oyera.» Comentaristas antiguos

atribuyen la cita a un poema por lo demás desconocido (Genji monogatari kochûshakusho in'yô waka 300): «Es triste escucharte sólo a ti, oh, cuclillo; quisiera que tu canción resonara en el seto de mi amada». [\[Volver\]](#)

25. Los sirvientes personales de Genji. [\[Volver\]](#)

26. Que Genji sólo pensaba en Murasaki. Kokinshû 743, de Sakai no Hitozane: «Los cielos no son un recuerdo de la que amé y, sin embargo, cada vez que la añoro miro a lo alto». [\[Volver\]](#)

27. Una pintura de Amida en medio de su paraíso. [\[Volver\]](#)

28. Murasaki había hecho copiar

escrituras en beneficio postumo de determinadas personas. «Su Reverencia» era, presumiblemente, el consejero espiritual de Murasaki. [[Volver](#)]

29. Kokin rokujô 2804: «Hablo del pasado, y dime, cuclillo, ¿cómo sabías que iba a cantar con la voz que oí tanto tiempo atrás?». [[Volver](#)]

30. «¡Hay tantas gotas de rocío [lágrimas] en sus hojas!» Kokin rokujô 2479 (también Ise shû 176), de Ise: «Son muchas las lágrimas de quien soporta una creciente carga de pesar». [[Volver](#)]

31. Kokinshû 244, de Sosei: «¿Admiraré en solitario a las clavellinas bajo las rayos del sol, mientras los grillos

cantan?». [\[Volver\]](#)

32. De un pasaje de «La canción del pesar interminable» de Bai Juyi, en la que el emperador recuerda a su amor perdido: «Las luciérnagas vagan ante el pabellón nocturno, y lloro». [\[Volver\]](#)

33. La idea de que «las luciérnagas reinan en la noche» procede de Wakan rōei shū 187, del poeta Xu Hun de la dinastía Tang (en japonés Kyōkon, 791—854). [\[Volver\]](#)

34. El Festival Tanabata, cuando se decía que los amantes celestiales a cada lado de la Vía Láctea se reunían en su única noche al año. [\[Volver\]](#)

35. Probablemente la galería que se

extendía desde el ala este hasta la casa principal. [\[Volver\]](#)

36. El octavo. [\[Volver\]](#)

37. Parece ser que el día señala el fin del luto formal. [\[Volver\]](#)

38. Para absorber el rocío de las flores. El rocío del crisantemo era un elixir, y si uno se restregaba con algodón empapado en rocío mantenía la vejez a raya. El día noveno del noveno mes era Chôyô no Sechie, el Festival del Crisantemo. [\[Volver\]](#)

39. Un antiguo comentario atribuye esta expresión al poema, por lo demás desconocido (Genji monogatari kochûshaku in'yô waka 304). «Las frías

lluvias del décimo mes, sí, siempre caen, pero nunca hasta hoy habían empapado tanto mis mangas». [\[Volver\]](#)

40. Genji alude a «La canción del pesar interminable», en la que el emperador le pide a un vidente que busque en el otro mundo el alma de su amada Yang Gueifei. [\[Volver\]](#)

41. En el undécimo mes. [\[Volver\]](#)

42. Estampadas con dibujos de flores, mariposas y motivos similares en el azul o verde hoja claro del yamaai (añil silvestre) y característico del Festival Gosechi. [\[Volver\]](#)

43. Con la bailarina Gosechi que la llevaba. El momento aludido no se cuenta

en el relato. [\[Volver\]](#)

44. El «Calor de la Bebida» es Toyo no Akari, un banquete cortesano que tenía lugar tras el Festival de los Primeros Frutos (Niinamesai) o el Festival del Entronamiento (Daijôσαι), y que estaba acompañado por la danza Gosechi; el nombre significa literalmente «caras rojizas» (a causa de la bebida). «Sol» alude a la hikage (literalmente, tanto «sombra del sol» como «luz del sol») que llevaban las danzarinas, y de aquí que «ajeno por entero al sol» dé a entender «ajeno a los placeres del devaneo».

[\[Volver\]](#)

45. Gosenshû 1143, del príncipe

Motoyoshi, compuesto cuando pidió la devolución de algunas cartas: «No puedo destruirlas, pero saldrán a la luz si no lo hago. ¡Con qué amargura lloro, pues, al devolvértelas!». [\[Volver\]](#)

46. La «Montaña de la Muerte» (shide no yama) se alza ante los recién llegados a la tierra de los muertos, que han de cruzarla camino del palacio del Rey del otro mundo. «Signos» (ato) se refiere tanto a las huellas de pisadas como a la escritura en una carta. [\[Volver\]](#)

47. El Butsumyó—e empezaba el día 19 del duodécimo mes, en palacio y en otras grandes casas, y duraba tres días. La ceremonia invocaba los nombres de los

budas del pasado, el presente y el futuro, con una actitud de arrepentimiento y expiación. [\[Volver\]](#)

48. Los monjes que cantan marcan el ritmo con los shakujô, unos báculos de cuya parte superior penden unas tintineantes anillas metálicas. [\[Volver\]](#)

49. Para el rito de expulsión de los demonios (tsuina no gi) que se celebraba la última noche del año. [\[Volver\]](#)

Capítulo 42

1. Niou y Kaoru, ambos criados en Rokujô. [[Volver](#)]

2. Ella le había legado la casa. [[Volver](#)]

3. El primer hijo de la emperatriz. [[Volver](#)]

4. Yûgiri. [[Volver](#)]

5. Seis: tres de Kumoi no Kari y tres de la hija de Koremitsu, «la dama de personal». [[Volver](#)]

6. En principio, las hijas de un caballero se casaban por orden de edad.

[\[Volver\]](#)

7. Cuando Genji construyó la mansión de Rokujô, eran pocos los demás nobles que vivían en las proximidades, y Yûgiri teme que aquellos a los que su padre atrajo se muden a otro lugar. [\[Volver\]](#)

8. Yûgiri traslada a Ochiba al lugar donde vivió Hanachirusato, pero su residencia principal sigue siendo Sanjô, donde vive con Kumoi no Kari. [\[Volver\]](#)

9. Akikonomu (la emperatriz de Reizei), Akashi no Chûgû, Onna San no Miya y, tal vez, también los hijos de Akashi no Chûgû. [\[Volver\]](#)

10. Una hija de Tô no Chûjô, también conocida como la consorte Kokiden.

[\[Volver\]](#)

11. Esta alusión budista no está clara. Tal vez la autora combinó más de una fuente, o quizá el texto sea incorrecto.

[\[Volver\]](#)

12. «Convertir los sentimientos mundanos en iluminación.» Al parecer, una alusión sintética a una serie de escritos budistas. [\[Volver\]](#)

13. Esta expresión evasiva (itsutsu no nanigashi) sugiere que, por respeto a Onna San no Miya, Kaoru no puede nombrar los «cinco obstáculos» (goshô) que impiden a una mujer alcanzar la iluminación.

[\[Volver\]](#)

14. El emperador reinante y Onna

San no Miya son hijos de Suzaku.

[\[Volver\]](#)

15. A la hagi, que florece en otoño, se le atribuía una gracia femenina, y por ello la consideraban retóricamente la «esposa» del ciervo, que también busca a su pareja en otoño. El crisantemo, que florece tan tarde y dura tanto, se asociaba a la longevidad. [\[Volver\]](#)

16. Kaoru. [\[Volver\]](#)

17. Reizei cree que Kaoru es su hermanastro. [\[Volver\]](#)

18. Al margen de otros factores, Kaoru es (o así se supone) un pariente demasiado cercano para que sea un atractivo pretendiente a la mano de una de

las hijas de Yûgiri. Un matrimonio así no aportaría ninguna ventaja a ninguna de las partes. [\[Volver\]](#)

19. Yûgiri en su capacidad militar. [\[Volver\]](#)

20. Kaoru y todos los demás parecen viajar en sus propios carruajes. [\[Volver\]](#)

21. El propósito aparente del banquete era honrar a los arqueros ganadores, a quienes en esa ocasión se les concedían los asientos de honor (de cara al Sur), y a unos asistentes que eran nobles de muy alto rango. [\[Volver\]](#)

22. Una pieza del grupo conocido como Danzas Orientales (Azuma Asobi). Se dice que la canción tenía una nueva

letra cada vez que la cantaban. El significado del título no está claro.

[\[Volver\]](#)

23. Sobre el tema de las flores de cerezo en la oscuridad, las mujeres aluden a Kokinshû 41, de Ôshikôchi no Mitsune.

[\[Volver\]](#)

Capítulo 43

1. Kashiwagi. [\[Volver\]](#)

2. Higeкуро, que parece haber ascendido a canciller entre «El vidente» y «El Príncipe Perfumado». El comienzo de «El río de bambú» deja claro que ya no está vivo. [\[Volver\]](#)

3. En «La hermosa columna». Se la conoce como Makibashira. [\[Volver\]](#)

4. El abuelo de Makibashira (padre de Murasaki) la casó con el príncipe Hotaru (Su Alteza de la Guerra difunto), el hermanastro menor de Genji que cierta

vez cortejó a Tamakazura. Su Alteza del Ceremonial fue anteriormente Su Alteza de la Guerra. [\[Volver\]](#)

5. La hija de Makibashira y Hotaru. [\[Volver\]](#)

6. Ésta es la primera vez que en el texto se llama «emperatriz» (chûgû) a la hija de Genji. [\[Volver\]](#)

7. Presumiblemente, el muchacho es un paje del círculo privado de la corte. [\[Volver\]](#)

8. Está soñando con que su hija mayor se convierta en emperatriz. El dios de Kasuga, deidad patrona de los Fujiwara, decretó (al menos así lo cree él) que sólo una Fujiwara podría ser

emperatriz, pero las tres últimas emperatrices (Fujitsubo, Akikonomu y Akashi no Chûgû) han pertenecido a otras familias. Una de las hijas del fallecido Tô no Chûjô («Su Excelencia»), y, por ello, una de las hermanas del gran consejero, fue consorte de Reizei y podría haber llegado a ser emperatriz, pero Genji se mostró más hábil que Tô no Chûjô y el honor recayó en Akikonomu. [\[Volver\]](#)

9. Su hija más joven. [\[Volver\]](#)

10. Kaoru, aunque hasta ahora no había sido mencionado como consejero. En «El río de bambú» es asesor. [\[Volver\]](#)

11. Cuando vestía el atuendo civil completo (sokutai), un paje de la corte

llevaba el cabello recogido en trenzas gemelas (mizura), pero con atuendo de servicio (tonoi sugata) lo llevaba suelto.

[\[Volver\]](#)

12. Para que se lo llevara a Makibashira, que vivía en el Reikeiden, donde la hija mayor del consejero es ahora consorte del príncipe heredero.

[\[Volver\]](#)

13. En lugar de hacerlo con el plectro. [\[Volver\]](#)

14. Kokinshû 38, de Ki no Tomonori: «¿A quién le mostraré orgulloso estas flores de ciruelo, si no es a ti, pues quien conoce su tonalidad y su aroma lo sabrá?». [\[Volver\]](#)

15. La residencia de Niou en Nijô.

[\[Volver\]](#)

16. La hermana mayor de Kôbai.

[\[Volver\]](#)

17. Se refiere a la hija mayor, ahora consorte del príncipe heredero. [\[Volver\]](#)

18. Imperial. [\[Volver\]](#)

19. La implicación de estas palabras no está clara. Si hubiera recibido las flores tras haber hecho alguna clase de reproche a quien se las envía, ¿serían mejor o peor recibidas? [\[Volver\]](#)

20. Este relato se cuenta en «La Doncella del Puente» y los capítulos posteriores. [\[Volver\]](#)

Capítulo 44

1. Higekuro. [\[Volver\]](#)

2. Cuando Tamakazura se casó con Higekuro en vez de servir a Reizei como dama de personal. [\[Volver\]](#)

3. Kumoi no Kari. [\[Volver\]](#)

4. Los hijos que tuvo Yûgiri con Kumoi no Kari se relacionan con Tamakazura a través de su madre (hermanastra de Tamakazura) y del propio Yûgiri (primo de Tamakazura). [\[Volver\]](#)

5. La de Tamakazura y la de Onna San no Miya. [\[Volver\]](#)

6. Kôbai, el gran consejero inspector que destaca en «Flores de ciruelo rojo». [\[Volver\]](#)

7. La consorte Kokiden de Reizei, hija de Tô no Chûjô y, por lo tanto, hermanastra de Tamakazura. [\[Volver\]](#)

8. Las puertas dobles están abiertas y las persianas cuelgan a la entrada. Kaoru parece haber evitado subir por los escalones del sur la fachada de la casa. La capilla de Tamakazura, dentro de la vivienda, se encuentra probablemente en el lado oeste. [\[Volver\]](#)

9. Kokinshû 37, de Sosei: «Flores de ciruelo que me parecieron tan bellas desde lejos... ¡sólo al cogerlas supe lo

maravillosas que eran por su aroma y su tonalidad!». [\[Volver\]](#)

10. «¡Ponme a prueba y ya verás!»
Kokinshû 33: «Más que el color, es el aroma lo que me emociona: ¿de quién son las mangas que te han rozado al pasar, ciruelo junto a mi puerta?». [\[Volver\]](#)

11. Tô no Chûjô. Es padre de Tamakazura y también abuelo de Kaoru, aunque aparentemente nadie lo sabe, y el parecido entre su manera de tocar el wagon y la de Kaoru es un símbolo de su vínculo de sangre. Por otro lado, el teniente es nieto de Tô no Chûjô. [\[Volver\]](#)

12. Kashiwagi. En el original figura como «gran consejero», el cargo que se le

concedió en su lecho de muerte. [\[Volver\]](#)

13. Un pasaje de enhorabuena de la canción saibara «Este caballero». En los tiempos antiguos se creía que la planta sakikusa, que ya no es identificable con certeza, estaba relacionada con la felicidad. [\[Volver\]](#)

14. La letra de la canción saibara «El río de bambú» viene a decir: «Deja que me vaya, que me vaya de la mano de una bella doncella, al lecho de flores, oh, a ese lecho de flores junto al río de bambú». La canción es apropiada porque de ella se desprende un elogio a las damas de la casa. [\[Volver\]](#)

15. El texto dice que el asesor

Fujiwara (el hijo de Tamakazura) ha cantado «El río de bambú», pero Kaoru parece haberla cantado también. [\[Volver\]](#)

16. Kaoru finge que toma parte en la mascarada de Año Nuevo y que ha ido a la casa tan sólo a tomar un pequeño refrigerio (mizumumaya), como hacían en sus rondas los participantes de las mascaradas. [\[Volver\]](#)

17. Las «flores» son Kaoru. «La oscuridad de una noche primaveral» (haru no yo no yami) también alude al aroma personal de Kaoru, debido a Kokinshû 41 de Ôshikôchi no Mitsune: «La oscuridad de una noche primaveral es inútil, pues, aunque las flores de ciruelo permanezcan

invisibles, ¿quién podría ocultar su perfume?». [\[Volver\]](#)

18. En especial Tamakazura y su hija mayor. [\[Volver\]](#)

19. Una desmañada alusión a Kokinshû 349, de Ariwara no Narihira: «Oh, cerezos, cubridme con nubes de pétalos desprendidos, que nadie pueda saber cómo la edad viene a por mí». [\[Volver\]](#)

20. El capitán de la Guardia de la Izquierda de Palacio y el senescal de la Derecha. [\[Volver\]](#)

21. La hija de Yûgiri. [\[Volver\]](#)

22. Kokinshû 66: «Llevaré prendas intensamente teñidas en tonos cereza,

como señal de las flores que pronto se habrán ido». [[Volver](#)]

23. La hermana menor. [[Volver](#)]

24. Las mujeres bromean. La música rajô de Koma (coreana) se tocaba para señalar la victoria de la «Derecha» en un certamen. [[Volver](#)]

25. La hermana menor, por el mero hecho de tener menos años, se aloja en el lado derecho (Oeste) de la casa, desde el punto de vista de alguien que mire al sur. [[Volver](#)]

26. Hacer tal cosa sería un desaire hacia Reizei, puesto que entonces la familia tendría que dividir sus esfuerzos entre dos matrimonios en vez de dedicar

toda su atención a uno solo, y ya que el hijo de Yûgiri es demasiado joven para que sea merecedor de que lo pongan abiertamente a la par con Reizei como yerno. [\[Volver\]](#)

27. El poema juega con shigeki («muchos» o «muchos árboles») y nageki («penas» o «árboles rechazados»). [\[Volver\]](#)

28. En vez de atenuar la réplica de Tamakazura, se la dio al teniente exactamente como estaba escrita. [\[Volver\]](#)

29. Kazukemono, regalos que se distribuían con ocasión de una boda. [\[Volver\]](#)

30. Tamakazura y Kôbai (el gran

consejero) son hermanastros, mientras que Tamakazura es madrastra de Makibashira.

[\[Volver\]](#)

31. El hijo mayor de Hige-kuro y su primera esposa, y, por lo tanto, hermano de Makibashira. [\[Volver\]](#)

32. En su nota, el teniente le pedía que «sintiera aware por mí», y este término, aware, corresponde a la «piedad» que los enamorados desesperados ruegan a sus despiadadas damas en diversas literaturas. Sin embargo, aware (como en mono no aware) es también la «conmiseración por las cosas», una expresión asociada a los pensamientos de evanescencia. [\[Volver\]](#)

33. «No culparán a nadie más que a ti.» Kokinshû 603, de Kiyowara no Fukayabu: «No hablarán de nadie más si muero de amor, por mucho que desees afirmar que todas las cosas de este mundo son pasajeras». [\[Volver\]](#)

34. Una vez retirado, ya no es un prisionero de la ceremonia y el protocolo, y por lo tanto puede comportarse como un cabeza de familia normal y corriente. [\[Volver\]](#)

35. La glicina es la hermana mayor; el pino, Reizei. [\[Volver\]](#)

36. «Tú y yo, ambos Fujiwara, también somos hermano y hermana...» Murasaki, violeta, es el color del amor

romántico o fraternal, así como el color del clan Fujiwara (Fuji significa «glicina»). [\[Volver\]](#)

37. Bansuraku, el estribillo de una canción que siempre se cantaba durante la mascarada. [\[Volver\]](#)

38. Otra alusión a Kokinshû 41: «La oscuridad de una noche de primavera es vana, pues aunque las flores de cerezo sean invisibles, ¿qué es lo que podría ocultar su perfume?». [\[Volver\]](#)

39. La hablante se refiere al canto de «El río de bambú» en la mascarada del año anterior, cuando también Kaoru empezaba a cortejar a la hija mayor de Tamakazura. «Pasaje» (fushi) expresa un

juego de palabras convencional entre «pasaje [de música]» o «momento [de tiempo]» y «juntura [de bambú]».

[\[Volver\]](#)

40. Ha recibido una invitación para reunirse con Reizei. [\[Volver\]](#)

41. El episodio se menciona brevemente en «El primer canto del ruiseñor». [\[Volver\]](#)

42. El niño había nacido en la casa de Tamakazura. [\[Volver\]](#)

43. Dar a luz a un heredero imperial. [\[Volver\]](#)

44. «¡Ojalá pudiera pasar un momento con ella!» Estas palabras figuran al comienzo de Kokin rokujô 3360: «La

faja de Hitachi en el camino a lo lejos... ¡Ojalá pudiera verla el tiempo suficiente para expresarle mi queja!». [\[Volver\]](#)

45. Yûgiri. Este nombramiento es problemático porque, en los capítulos siguientes, en la mayor parte de los manuscritos (y, por lo tanto, en esta traducción) sigue figurando como ministro de la Derecha. [\[Volver\]](#)

46. Kôbai. [\[Volver\]](#)

47. Yûgiri y Tô no Chûjô. [\[Volver\]](#)

48. Le habló ella misma, a través de unas persianas. [\[Volver\]](#)

49. Como consejero posee ahora el tercer rango, grado inferior, en lugar del cuarto rango que tenía antes. Esta

promoción crítica lo convierte en un noble de alto rango. [\[Volver\]](#)

50. La hija menor de Tamakazura. [\[Volver\]](#)

51. Kôbai, aunque sólo durante el resto de este capítulo. [\[Volver\]](#)

52. Niou. [\[Volver\]](#)

53. Un banquete (noríyumi no kaeri aruji) celebrado el decimoctavo día del primer mes, y un torneo de lucha (sumai no sechi) que también conllevaba un banquete y se celebraba el séptimo mes. La asistencia de Niou a estos acontecimientos no se menciona en ningún otro lugar. [\[Volver\]](#)

Capítulo 45

1. Como príncipe que es, no puede hacer decentemente muchas cosas naturales para un hombre de menos alcurnia. [[Volver](#)]

2. Abandonar el mundo. [[Volver](#)]

3. Shinobu, un helecho que crece con facilidad en los tejados de paja descuidados. Como verbo, shinobu también significa «rememorar los tiempos pasados». En este caso se juega con ambos significados. [[Volver](#)]

4. Casarse. [[Volver](#)]

5. Este poema juega con las sílabas mizutori no kari no ko («los hijos del ganso, el ave acuática») y kari no kono yo («este mundo efímero»). [\[Volver\]](#)

6. Sôga. Aquí canta las notas de la partitura que las niñas han de tocar. [\[Volver\]](#)

7. La consorte Kokiden de los capítulos anteriores. [\[Volver\]](#)

8. Las expresiones «una sierra tras otra», más arriba, y «la niebla matinal sobre las colinas» proceden de Kokin rokujô 2841 y Kokinshû 935, respectivamente. La niebla es, en efecto, muy habitual en Uji. [\[Volver\]](#)

9. El budismo en contraposición a la

«Enseñanza Exterior», el confucianismo.
[\[Volver\]](#)

10. El principal juego de palabras en este poema vuelve a aparecer en los capítulos posteriores: yo o uji («encontrar al mundo aborrecible») conduce a ujiyama («las colinas de Uji»). Su fuente canónica es el célebre, aunque prácticamente intraducible, Kokinshû 983, de Kisen Hôshi: «Mi choza se encuentra al sudeste de la Ciudad: vivo con los ciervos en las colinas de Uji, donde dicen que rechazo el mundo». [\[Volver\]](#)

11. No tres años de doce meses cada uno, sino, tal vez, según esta manera de contar, tan sólo unos dieciocho meses,

empezando por un año y terminando en el segundo año de calendario una vez transcurrido el año inicial. [[Volver](#)]

12. «Un perfume que desconocían» (nushi shiranu ka) procede de Kokinshû 241, de Sosei. [[Volver](#)]

13. Quien habla es Naka no Kimi, la hermana menor, o así lo creen ahora los eruditos. Lecturas más antiguas del relato la identifican con Ôigimi, la hermana mayor. Un verso de un poema chino (Wakan rôei shû 587) sugiere la idea de que es posible llamar a la luna con un abanico para que salga de detrás de las nubes. [[Volver](#)]

14. Se dice que una variante de la

danza bugaku «Ryôô» («El rey guerrero») incluía un pasaje en el que el danzarín alzaba su bastón hacia el sol. Tanto el bastón en «Ryôô» como el plectro del biwa se denominan con el término bachi, aunque en cada caso la palabra se escribe con un ideograma diferente. [\[Volver\]](#)

15. Debido a que el plectro del biwa puede deslizarse, cuando no se usa, entre la cara del instrumento y la fukuju, la pieza de madera en la que están fijadas las cuerdas. En la cara del biwa, debajo del fukuju, hay un orificio de resonancia llamado ingetsu («luna oculta»). [\[Volver\]](#)

16. Unos párrafos más adelante, esta mujer entrada en años se refiere a sí

misma como Ben. El nombre sugiere una relación (tal vez hermano o marido) con un hombre que habría sido senescal.

[\[Volver\]](#)

17. La residencia de la madre de Kaoru, Onna San no Miya. Kojijû es la dama de honor a través de la cual Kashiwagi accedió a ella. [\[Volver\]](#)

18. Kaoru compara a Ôigimi con la misteriosa Doncella del Puente de Uji (Uji no Hashihime), mencionada canónicamente en Kokinshû 689: «Con las mangas solitarias extendidas sobre su estrecha estera, ¿de nuevo me aguarda esta noche la Doncella del Puente?». [\[Volver\]](#)

[\[Volver\]](#)

19. Genji monogatari kochûshakusho in'yô waka 321: «Tan mojada estoy a causa de las gotas desprendidas del remo del barquero que casi me siento flotar». Las mangas del barquero son las de Ôigimi. [[Volver](#)]

20. Los monjes practicantes y los monjes estudiosos pertenecían a categorías diferentes y desempeñaban distintas funciones en la comunidad de un templo. En su retiro, Hachi no Miya habría sido más bien un monje practicante. [[Volver](#)]

21. Una expresión figurada. [[Volver](#)]

22. Niou. [[Volver](#)]

23. Kaoru juega con hio, el pez para

cuya captura han construido la encañizada, y hiomushi, una clase de efímera que sólo vive un día. Puesto que los hio se capturan cuando se «aproximan» a la encañizada, Kaoru da a entender que acercarse a la encañizada podría significar también el fin de su vida. Los hio son los alevines casi transparentes, de unos dos centímetros y medio de longitud, del ayu (una especie de trucha, *plecoglossus altivelis*), una exquisitez de los ríos y lagos japoneses.

[\[Volver\]](#)

24. Shûishû 451 (también Wakan rôei shû 469), de Saigû no Nyôgo, estableció el vínculo poético entre la música del kin y el sonido del viento entre los pinos: «El

sonido de los pinos agitados por el viento de la montaña se mezcla con la música del kin, y en tal concierto, ¿cuál de los dos afina sus cuerdas con la música del otro?». [\[Volver\]](#)

25. Kashiwagi, a quien habían ascendido poco antes de su muerte. Se ha conservado el título tanto aquí como más adelante, en vez de sustituirlo por el más familiar de «intendente», debido a que es evidente que el último ascenso de Kashiwagi significa mucho para Ben. [\[Volver\]](#)

26. Kyushu. [\[Volver\]](#)

27. De Kokinshû 875, de Kengei: «Mi forma es la de un árbol marchito,

oculto en las montañas, pero mi corazón florecerá si lo deseas». [\[Volver\]](#)

28. El pecado de no honrar a su verdadero padre. [\[Volver\]](#)

29. A manos de Onna San no Miya. [\[Volver\]](#)

30. La hija de Reizei y de su consorte Kokiden. [\[Volver\]](#)

31. En otras palabras, pronto. El día es más o menos el sexto del décimo mes lunar, y las hojas no permanecerán mucho más tiempo en las ramas. [\[Volver\]](#)

32. Kaoru, a quien aquí se refiere como un futaba («pimpollo»). [\[Volver\]](#)

Capítulo 46

1. Kokinshû 983, de Kisen Hôshi («Mi choza se encuentra al sudeste de la ciudad: vivo con los ciervos en las colinas de Uji, donde dicen que rechazo el mundo»), juega tan eficazmente con el lugar llamado Uji y con ushi («irritante», «aborrecible») que el nombre «Uji» se asoció desde entonces a sentimientos como los de ushi o, en este caso, urameshi («detestable»). [[Volver](#)]

2. Tô no Chûjô. Hachi no Miya percibe la herencia musical de Tô no Chûjô y Kashiwagi en la manera de tocar

de Kaoru, aun cuando desconoce que Kaoru es hijo de Kashiwagi. [\[Volver\]](#)

3. Mientras que a una noche primavera] la convención exige calificarla de corta. [\[Volver\]](#)

4. Una imagen de Kokin rokujô 4155, atribuida en Nihon shoki al emperador Kenzô. [\[Volver\]](#)

5. «He venido en busca de tu amistad como miembro del linaje imperial.» Gosenshû 809, de Ise: «Si vienes a Yoshino, donde he formado mi hogar, hazlo con un ramillete de las mismas flores en el pelo». [\[Volver\]](#)

6. Variación de Man'yôshû 1428 (también Kokin rokujô 3916), de Yamabe

no Akahito: «Yo, que fui a recoger violetas en un prado primaveral, por amor al prado pasé allí aquella noche». Niou da a entender que quiere quedarse. [[Volver](#)]

7. Kôbai, el hermano menor de Kashiwagi. [[Volver](#)]

8. Sin la ayuda de Kaoru. [[Volver](#)]

9. Hacia el paraíso de Amida. [[Volver](#)]

10. Constreñida por todos los rigores que la hacen tan diferente de un hijo, entre ellos la sujeción a su marido cuando lo tenga. [[Volver](#)]

11. Kashô, un destacado discípulo del Buda, se ponía a bailar sin poder evitarlo cuando tocaban las divinidades

de la música. [\[Volver\]](#)

12. El poema juega con hitokoto, «un pasaje de la música de koto» y «tu sola palabra» (la promesa de cuidar de mis hijas), y con kare, «descuido» (venidero) y «morir» (en alusión a la hierba). [\[Volver\]](#)

13. El poema juega con musuberu, «hacer» (una promesa) y «liar» (la hierba, para hacer una sencilla choza). [\[Volver\]](#)

14. El torneo de lucha (sumai no sechi) se celebraba hacia finales del séptimo mes. Se reunían luchadores de todas las provincias para competir en presencia del emperador, y luego se celebraba un banquete. [\[Volver\]](#)

15. Al parecer, quienes están en la habitación pueden verlo a través de las persianas, iluminado por la luna. [[Volver](#)]

16. Naka no Kimi, la menor. [[Volver](#)]

17. Kokinshû 861, de Ariwara no Narihira, del que se dice que es el poema que Narihira escribió justo antes de morir: «Éste es un camino, he oído decir, que todos hemos de recorrer, pero nunca pensamos si ayer u hoy». [[Volver](#)]

18. Así como en el templo. [[Volver](#)]

19. «Cuando también yo derramo lágrimas.» [[Volver](#)]

20. Shinsenzaishû 526, del príncipe Tomohira: «Más triste para mí que las agostadas frondas inferiores de la hagi, en

la cima de la colina habitada por los ciervos, es el agostamiento de los páramos». [\[Volver\]](#)

21. Se decía de Kohata que era una zona agreste y desierta, y probablemente guarida de bandidos. [\[Volver\]](#)

22. Gosenshû 372, de Ki no Tomonori: «Bien podría alzar mi voz para gritar en la niebla otoñal, aunque no sea un ciervo que ha perdido a su pareja». [\[Volver\]](#)

23. Cuando uno estaba de luto por un pariente próximo, en principio ocupaba una habitación a la que se habían quitado las tablas del suelo, convirtiéndola en una tsuchidono («casa de tierra»). [\[Volver\]](#)

24. Para que transmitiera sus mensajes a las hermanas. [[Volver](#)]

25. Los «carrizos» son asaji (chigaya), una planta parecida al carrizo habitual en campos y marjales, mencionada con frecuencia en poesía por sus cambios de color en otoño. [[Volver](#)]

26. Kokinshû 841, de Mibu no Tadamine, al lamentar la muerte de su padre: «Con los hilos enmarañados de mi ropa de luto enhebro mis lágrimas por la vida del que he perdido». [[Volver](#)]

27. El poema juega con kari, «ganso» e «impermanente». [[Volver](#)]

28. Kokinshû 727, de Ono no Komachi: «No soy un guía a la aldea

donde moran las gentes del mar, para que él siempre esté diciendo lo descontento que está conmigo». El poema está basado en un juego de palabras con uramin, «estar enfadado (con alguien)» y «desear ver la orilla». [[Volver](#)]

29. Kokinshû 389, de Takamura no Kusaharu: «Sin duda la orilla bajo la montaña sagrada empieza a desmoronarse, pues el río Tatsuta fluye turbio». [[Volver](#)]

30. El poema juega con fumikayou, «andar de un lado a otro» y «cartas que van y vienen». [[Volver](#)]

31. Man'yôshû 3289 (también en el prefacio japonés del Kokinshû), dicho en tiempos antiguos por una joven dama de

palacio a un señor visitante cuyo malhumor se disipó al instante: «¡Monte Asaka! Al reflejarte, el estanque rocoso es somero, pero no este corazón mío lleno de deseo». [\[Volver\]](#)

32. La casa de Sanjô, donde vive con su madre. [\[Volver\]](#)

33. Kokinshû 292, de Henjô: «El árbol al que en mi aflicción recurrí en busca de cobijo no me lo ofreció, pues sus hojas cambiaron de color con el otoño». [\[Volver\]](#)

34. Presumiblemente había prometido a Hachi no Miya que si realizaba su deseo de dedicarse a la vida religiosa, se trasladaría a Uji y viviría

con él como su discípulo. [[Volver](#)]

35. Utsuho monogatari 212, que incluye las palabras shii ga moto («bajo el roble») y toko («eterno» en el poema del Utsuho, pero «suelo» [de una habitación] en el de Kaoru), habla también de una «montaña donde un devoto laico lleva a cabo sus prácticas religiosas» (ubasoku ga okonau yama). [[Volver](#)]

36. La hija de Yûgiri, Roku no Kimi, cuya madre es la hija de Koremitsu. [[Volver](#)]

37. Onna San no Miya. [[Volver](#)]

38. Como sucede tan a menudo en otros lugares, el texto no especifica si se trata de la mayor o la menor, y tampoco

indica singular o plural. [\[Volver\]](#)

39. La hermana menor, Naka no Kimi. [\[Volver\]](#)

40. Obi, más apropiadamente kakeobi: unos cordones de seda roja que pasaban por encima de cada hombro y se ataban a la espalda. Los llevaba una mujer cuando iba de peregrinaje o se entregaba a la oración. [\[Volver\]](#)

41. La hermana mayor de Niou, hija del emperador actual y Akashi no Chûgû. [\[Volver\]](#)

Capítulo 47

1. Hilos ornamentales de cinco colores que adornaban un paquete de incienso, así como la plataforma donde éste se depositaba. [\[Volver\]](#)

2. Kokinshû 806: «Aunque la vida sea una carga para mí, todavía estoy aquí, e incluso de esta manera sigo el hilo de los días». El poema juega con henuru, «pasar (el tiempo)» y «cardar (hilo)». [\[Volver\]](#)

3. Ise shû 483: «Ah, si al trenzar los hilos pudiera ensartar en esas voces

llorosas las relucientes cuentas de mis lágrimas...». Poema compuesto cuando la poetisa Ise (fallecida alrededor de 939) hacía hilo para usarlo en los ritos funerarios de una emperatriz. [\[Volver\]](#)

4. Variación del Kokinshû 415 (también Tsurayuki shû 764): «No, no es nada que uno pudiera trenzar como hilos, y, sin embargo, delgado es mi valor mientras el camino me aleja». Ki no Tsurayuki vivió entre 868 y 945. [\[Volver\]](#)

5. Los «nudos de trébol» son agemaki, nudos de tres lóbulos utilizados para decorar un objeto a fin de efectuar su presentación formal. En este caso, sin duda, tienen que ver con los paquetes de

inciense que las hermanas han estado preparando. Sin embargo, *agemaki* es también un estilo de peinado (el cabello con raya al medio y recogido en dos masas redondas, una a cada lado) característico de niños y niñas en los tiempos antiguos, y en este sentido la palabra aparece en una canción *saibara* («Nudos de trébol») a la que es evidente que *Kaoru* también alude. La canción es muy insinuante: «Ah, *agemaki*, tralá, tralá, de prudente anchura, tralá, tralá, es la brecha entre nosotros cuando yacemos, ¡y mira cómo nos revolcamos juntos, tralá, tralá, cómo nos hemos juntado!». [\[Volver\]](#)

6. *Kokinshû* 483: «Entonces trenzamos tu hebra y la mía, y ¿con qué, si

no se encuentran, voy a acordonar mi vida?»». [\[Volver\]](#)

7. Gramaticalmente, estas palabras parecen dirigidas sólo a Ôigimi, pero Niou mantenía correspondencia con Naka no Kimi. Así pues, Kaoru debe de querer que Ôigimi le acepte y que Naka no Kimi acepte a Niou. [\[Volver\]](#)

8. Porque las hermanas son princesas (nietas de un emperador por línea paterna), mientras que Kaoru (ya sea como hijo de Genji o como hijo de Kashiwagi) es hijo de un plebeyo. [\[Volver\]](#)

9. De quien se supone que es hermanastra de Kaoru. [\[Volver\]](#)

10. No sólo su madre, sino también monja. [[Volver](#)]

11. Aunque azorada porque el visitante ha visto su indumentaria gris de luto, es posible que le avergüence todavía más el hecho de que le haya visto el rostro, una humillación tal vez demasiado grande para mencionarla directamente. [[Volver](#)]

12. Una alusión a Wakan rōei shū 701 (en chino), de Ôe no Asatsuna. [[Volver](#)]

13. Un amante normal y corriente se iría directamente a casa, pero como todos los observadores (las damas de honor de ella, los sirvientes de él) asumen que la ha

desposado, podrían pensar que algo iba mal si lo hiciera. [\[Volver\]](#)

14. Entre la habitación donde se encuentran y la parte de la casa donde viven las hermanas. [\[Volver\]](#)

15. En lugar de un poema de «la mañana siguiente» (kinuginu) rebosante de amor y del pesar de la partida. [\[Volver\]](#)

16. El aniversario de la muerte de Hachi no Miya. [\[Volver\]](#)

17. Presumiblemente de incienso. [\[Volver\]](#)

18. Kaoru llega al octavo mes porque el almanaque indicaba como nefastos para la consumación de un matrimonio los meses quinto y noveno. [\[Volver\]](#)

19. De sus padres. [\[Volver\]](#)

20. Gosenshû 938, de Ise: «No puedo decir ni sí ni no, pues, ¡ay!, en este mundo nadie puede hacer lo que quiera». [\[Volver\]](#)

21. Kokin rokujô 4268: «Aunque rechaces el mundo, ¿dónde te ocultarás, flor de yamanashi?». Esta planta («nashi de montaña») es parienta silvestre de la fruta cultivada, y yama nashi significa «no hay montaña (para que te ocultes detrás de ella)». [\[Volver\]](#)

22. Como los sabios inmortales, de los que se decía que habitaban en cumbres altas y remotas. [\[Volver\]](#)

23. Kaoru se ha quitado el manto de

vestir y los amplios pantalones, quedándose con una vestidura que podríamos considerar el equivalente de un pijama. [\[Volver\]](#)

24. Creencia popular según la cual una mujer que había rebasado la edad normal para el matrimonio podía ser poseída por un «dios» (kami) o una fuerza que le hacía comportarse de una manera extraña. [\[Volver\]](#)

25. Kokinshû 636, de Ôshikôchi no Mitsune: «Para mí ninguna noche de otoño es larga, pues eso siempre depende de aquella con quien la pasas». [\[Volver\]](#)

26. Ôigimi, del lugar donde se ha ocultado, entre el biombo y la pared.

[\[Volver\]](#)

27. La rama representa a las dos hermanas; la ramita y las hojas rojas es el apego que Kaoru le tiene a Ôigimi; y la «diosa de las colinas» (yamabime) es Ôigimi. «¿A cuál de las dos amo más? Juzga por ti misma: eres tú.» [\[Volver\]](#)

28. Tsutsumi («oculto») también sugiere que Kaoru ha enviado una tsutsumi-bumi, o «carta envuelta», en lugar de una musubi-bumi, o carta de amor anudada. [\[Volver\]](#)

29. Una réplica de cualquiera de las dos podría sugerir que Kaoru ha consumado el matrimonio con ella, pero este riesgo es claramente más grande en el

caso de Naka no Kimi. [\[Volver\]](#)

30. «Ahora prefieres a Naka no Kimi.» [\[Volver\]](#)

31. Kokinshû 732: «Como el barquichuelo que navega fuera del canal Horie pero da la vuelta, vuelvo cada vez a amar a la misma mujer». [\[Volver\]](#)

32. Niou y Ôigimi. [\[Volver\]](#)

33. La casa de Yûgiri, al otro lado del río. [\[Volver\]](#)

34. Para Kaoru. [\[Volver\]](#)

35. Gosenshû 1333, de Minamoto no Wataru, cuando abandona su provincia para regresar a la Ciudad: «Lo más triste de las lágrimas derramadas por la ignorancia de lo que hay por delante es

que siguen cayendo sin cesar ante mis ojos». [\[Volver\]](#)

36. Se decía que el macho y la hembra de una pareja de faisanes pasaban la noche en distintas laderas de una montaña. [\[Volver\]](#)

37. Shûishû 736, de Minamoto no Shitagô, «el volver en la oscuridad tras haber estado con una dama»: «Perdido entre las sombras del amanecer, mi corazón que te ama no quisiera dejarte». [\[Volver\]](#)

38. Kokin rokujô 2749: «Ahora que mi nueva esposa y yo hemos compartido la almohada, ¿perderé siquiera una noche con ella cuando la amo tanto?». [\[Volver\]](#)

39. Colindante con la puerta central de la residencia de Niou. [[Volver](#)]

40. Porque habían bajado las persianas del carruaje. [[Volver](#)]

41. Término general que engloba a varias especies de plantas de baja altura relacionadas con el bambú. La sasa abunda en Japón. [[Volver](#)]

42. La recompensa al mensajero es especialmente suntuosa, para estar a la altura del carácter feliz de la ocasión: un matrimonio. [[Volver](#)]

43. Normalmente le habrían puesto la prenda sobre los hombros, y él la habría exhibido con orgullo. [[Volver](#)]

44. Man'yôshû 2429 o Shûishû 1243

(una variante posterior): «¡Por el amor que me inspiras he cruzado a pie las colinas de Kohata en Yamashina, pese a que tengo caballo!». [\[Volver\]](#)

45. Niou no debería cabalgar. Su dignidad requiere que viaje en carruaje. [\[Volver\]](#)

46. Kokinshû 689: «¿De nuevo extenderá esta noche la Doncella del Puente de Uji sus solitarias mangas sobre la estrecha estera y aguardará mi llegada?». [\[Volver\]](#)

47. El puente sobre el río Uji, construido por primera vez en 646, era famoso por su longitud (unos ciento sesenta metros aproximadamente).

[\[Volver\]](#)

48. Kokinshû 509: «¿Soy el corcho en el sedal del pescador, en el mar de Ise, y así no soy capaz de decidirme?».

[\[Volver\]](#)

49. Shinsenzaishû 599: «Cómo debe de ser para ellas la vida en Furu, en esa aldea de montaña, con las primeras y frías lluvias; sin duda la que vive allí tiene las mangas mojadas». La mención de Furu, un lugar en las colinas a bastante distancia al sur de Uji, juega con furu («caer», referido a la lluvia). [\[Volver\]](#)

50. Como marido de Naka no Kimi, probablemente han permitido la entrada de Niou en la cámara, mientras que Kaoru

languidece en el pasillo. [\[Volver\]](#)

51. Kokinshû 1025: «Yo mismo me pongo a prueba para ver si puedo soportarlo, y su ausencia me hace añorarla tanto que no es ninguna broma». [\[Volver\]](#)

52. El emperador se propone nombrar a Niou su heredero cuando el actual (su hijo mayor) acceda al trono. [\[Volver\]](#)

53. El cambio a la indumentaria y las colgaduras de invierno, el primer día del décimo mes. [\[Volver\]](#)

54. En «El río de bambú», este hijo de Yûgiri era un teniente chambelán que cortejaba a la hija mayor de Tamakazura.

[\[Volver\]](#)

55. Que una vez al año, en Tanabata (la séptima noche del séptimo mes), cruza el Río del Cielo (la Vía Láctea) para pasar una noche con la Tejedora. [\[Volver\]](#)

56. La orilla contraria a aquella en la que se levanta la casa de las hermanas. [\[Volver\]](#)

57. Literalmente, «sólo Su Alteza se sentía como el lago de Ômi» (el lago Biwa, en la provincia de Ômi). El nombre Ômi juega con au mi, «uno que encuentra (a su amor)». Niou se siente así porque, a pesar de la buena suerte que sugiere el nombre, el agua del lago es dulce y por lo tanto carece de mirume (una clase de alga

marina); y miru me significa «encuentro de amantes». [\[Volver\]](#)

58. Quienes los presentan son los doctores. [\[Volver\]](#)

59. El funcionario de alto rango de la Casa de la Emperatriz. [\[Volver\]](#)

60. La tradescantia (tsukikusa; en japonés moderno, tsuyukusa) produce un tinte azul que se decolora rápidamente. [\[Volver\]](#)

61. Abandonada por mi marido, como mi hermana. [\[Volver\]](#)

62. «Pecado» (tsumi) en referencia a que esta clase de sufrimiento, por innecesario que sea, produce un mal karma. [\[Volver\]](#)

63. «Déjame que la tenga como una de mis damas de honor; entonces podrás verla cuando quieras sin causar problemas.» [\[Volver\]](#)

64. Su hermana mayor. [\[Volver\]](#)

65. Onna e, dibujos coloreados de contenido en general romántico y narrativo. [\[Volver\]](#)

66. Ise monogatari, una colección de relatos cortos del siglo x, a modo de explicaciones de poemas y centrados en el tema de las variedades del amor. Es casi imposible exagerar la importancia de esta obra en la tradición literaria. [\[Volver\]](#)

67. La sección 49 del Ise monogatari se refiere a un joven que está tan

encariñado con su hermana que le entrega este poema: «No me abandonará el pesar porque esa hierba, tan fresca y tierna, y sobre la que tan dulce es descansar, deba, ¡ay!, irse con otro». La «hierba» es la hermana, y el poema juega con *ne*: «raíz», «tenderse», «dormir (con)» y también «sonido» de un instrumento, y de ahí probablemente el *kin* que aparece en la ilustración pero que no está presente en el texto. [[Volver](#)]

68. De la réplica de la hermana en Ise monogatari 49, que viene a significar: «¡Qué extrañas palabras, tan raras como la hierba tierna en primavera! ¡Y yo con mis pensamientos del todo inocentes!». El intercambio se ha interpretado de diversas

maneras, y la réplica de la hermana puede considerarse tanto inocente como indicadora de complicidad erótica. Niou se inclina por la segunda posibilidad.

[\[Volver\]](#)

69. Esta vez la misma Ôigimi invita a Kaoru a acercarse a ella y hablar desde el mismo lugar donde estuvo sentado el día anterior. [\[Volver\]](#)

70. Un padre que, a la hora de su muerte, estuviera demasiado preocupado por el destino de un hijo corría el riesgo de que ese apego lo arrastrara al infierno budista. [\[Volver\]](#)

71. Porque estaba enferma. [\[Volver\]](#)

72. Porque son mujeres. [\[Volver\]](#)

73. «Incienso para el regreso del alma» (hangonkô). En un largo poema (Hakushi monjû 0160), Bai Juyi describió cómo el emperador Wu, de la alta dinastía Han, solicitó el regreso del alma de la dama Li por medio de un incienso especial que un mago elaboró para él. [\[Volver\]](#)

74. Ise shû 424: «Mientras saco agua del sinuoso manantial de montaña, me doy cuenta de quién, incluso ahora, hace que mi vida merezca la pena». [\[Volver\]](#)

75. Kokinshû 838, de Ki no Tsurayuki: «Sé que tal vez no vea el día de mañana, y lloro por él, que no ha sobrevivido al de hoy». [\[Volver\]](#)

76. Genji monogatari kochûshakusho in'yô waka 514: «Las lluvias de invierno siempre caen en el mes en que los dioses se han ido [kaminazuki, el décimo mes], ¡pero estas mangas nunca han estado tan húmedas!». [\[Volver\]](#)

77. Gosenshû 468: «En la espesura de estas montañas, en una aldea azotada por el granizo, es tal la soledad que sin duda nadie vendrá nunca más». [\[Volver\]](#)

78. Shûishû 853, atribuido a Hitomaro: «Es ésta una época en la que, como una embarcación que se abre paso hacia el puerto entre los cañaverales y se enfrenta a muchos obstáculos, no puedo reunirme con mi amor». [\[Volver\]](#)

79. En la mayor parte de los años, el décimo mes tenía tres días del Buey, y el festival de Gosechi empezaba el segundo de ellos, hacia mediados de mes, pero algunos años había sólo dos, en cuyo caso el festival comenzaba el primero, hacia comienzos de mes. [\[Volver\]](#)

80. El matrimonio de Niou con Roku no Kimi. [\[Volver\]](#)

81. Como dama de honor. [\[Volver\]](#)

82. Mi-yuzuke, arroz moreno en agua caliente, un alimento invernal; en verano tomaban suihan, arroz con agua fría. [\[Volver\]](#)

83. El visitante parece encontrarse en el interior de la cámara, con la enferma,

en la mitad sur, mientras que ella yace en la mitad norte, detrás de una cortina. La lámpara está tan alejada de ella como es posible. [\[Volver\]](#)

84. El Paraíso, pese a la preocupación de Hachi no Miya por sus hijas en el momento de su muerte. [\[Volver\]](#)

85. Literalmente, «Envié a algunos a [hacer el] “Nunca desdeñes”». En el capítulo sobre el bodhisattva «Nunca desdeñes» («Jôfukyô Bosatsu bon»), el Sutra del Loto presenta a un fiel del Buda postrado en homenaje ante todos los monjes, monjas y seculares como budas futuros. El Iniciado envió sacerdotes en

todas las direcciones para que hicieran eso. [\[Volver\]](#)

86. El final del pasaje del Sutra del Loto, cantado como plegaria en beneficio de todos los seres sensibles (ekô). El pasaje concluye así: «... porque todos ellos serán budas». [\[Volver\]](#)

87. «Celebración» (matsuri), rito para invocar a una deidad no budista, honrarla e influir en ella; «purificación» (harae), rito para eliminar influencias malignas infundiéndolas en muñecos u otros objetos. Ambos eran característicos de la práctica yin—yang (onmyôdô). [\[Volver\]](#)

88. Kaoru le ha visto la cara, le ha

tocado la frente, etcétera. Tiene un conocimiento físico de ella y por ello, después de todo, está muy cerca de ser su marido. [\[Volver\]](#)

89. Debido a la contaminación de la muerte. [\[Volver\]](#)

90. Kokinshû 831, del sacerdote Shôen, un poema en el que lamenta la cremación de Fujiwara no Mototsune, en Fukakusa, en 891: «Era cierto consuelo ver el caparazón de cigarra que había dejado atrás, ¡pero ahora, oh, monte Fukakusa, por lo menos echa humo [con el que recordarle]!». [\[Volver\]](#)

91. Ôn-imi, un encierro ritual de treinta días a fin de evitar que se

extendiera la contaminación debida al contacto con la muerte. «Muchas personas» participaron por la presencia de Kaoru. [\[Volver\]](#)

92. Su madre, Onna San no Miya. También él piensa en hacer los votos religiosos. [\[Volver\]](#)

93. No le correspondía vestir de luto porque no tenía ninguna relación formal con Ôigimi. [\[Volver\]](#)

94. La mención de las persianas enrolladas y varias partes de la frase siguiente proceden de un poema de Bai Juyi (Hakushi monjû 0978). [\[Volver\]](#)

95. Las Montañas Nevadas (yuki no yama, sessen) son las del Himalaya. En

cierta ocasión, Sessen Dôji («Juventud de las Montañas Nevadas», el Buda en una vida anterior) aprendió de un demonio la primera mitad de un poema de alabanza de la iluminación. Después el demonio le pidió su carne y su sangre a cambio de la segunda mitad. Sessen Dôji aceptó, recibió los versos y los grabó en la pared de su cueva. Entonces se arrojó desde un precipicio, con lo cual el demonio se transformó en el dios Indra y lo salvó. El relato se cuenta en el Nehan—gyô y en otros textos. [\[Volver\]](#)

96. Genji monogatari kochûshakusho in'yô waka 927: «He jurado tantas veces ser fiel que debes de conocer el nombre de cada dios del país». [\[Volver\]](#)

Capítulo 48

1. Kokinshû 870, de Furu no Imamichi: «Puesto que la luz del sol brilla incluso en los yermos, en Isonokami, esta antigua aldea, florecen las flores».

[\[Volver\]](#)

2. Una escribe la mitad de un poema (cinco—siete—cinco sílabas) y la otra añade el resto (siete—siete). [\[Volver\]](#)

3. Sawarabi y tsukuzukushi (en japonés moderno, tsukushi), brotes tempranos de *Pteridium aquilinum* y *Equisetum arvense*. [\[Volver\]](#)

4. El poema juega con tsumi, «recoger» y «aumentar el número» (hablando de los años). [[Volver](#)]

5. «Tu expresión no revela nada, pero pareces amarla todavía.» [[Volver](#)]

6. De Kokinshû, de Ôshikôchi no Mitsune: «En una noche de primavera la oscuridad lo cubre todo; las flores de los ciruelos son invisibles, pero su aroma no puede ocultarse». [[Volver](#)]

7. La noche que pasó con Naka no Kimi. Genji monogatari kochûshakusho in'yô waka 367: «Si me amas, ven a estar conmigo, para que podamos hablar cara a cara, como las aves se lanzan sus reclamos en el bosque de Iwase».

[\[Volver\]](#)

8. Kokinshû 981: «Ven, aquí pasaré mi vida, pues aquí, en Sugawara, no tendré una aldea Fushimi que se venga abajo». La localidad mencionada se encuentra cerca de la actual ciudad de Nara. [\[Volver\]](#)

9. El duelo prescrito por un hermano o una hermana duraba tres meses, y cuando ese periodo finalizaba, el deudo realizaba abluciones purificadoras en la orilla de un arroyo. «Poco profunda» (asaki) se asocia convencionalmente a «purificación» (misogi), tal vez debido a la poca profundidad del arroyo sagrado de un santuario. [\[Volver\]](#)

10. Había querido llevar luto por su hermana como lo habría hecho por su madre. [\[Volver\]](#)

11. Un experto en conocimiento yin—yang, cuyos servicios se requerían al final de un período de luto, así como en cualquier ocasión tan importante como la partida de Naka no Kimi. [\[Volver\]](#)

12. La «vestidura de niebla» (kasumi no koromo) es al mismo tiempo la indumentaria de luto de Naka no Kimi y las neblinas que se alzan entre las colinas al comienzo de la primavera. [\[Volver\]](#)

13. De Ôigimi, un tema demasiado triste para que sea apropiado en la feliz ocasión de un traslado a la Ciudad.

[\[Volver\]](#)

14. Kokinshû 747, de Ariwara no Narihira: «¿No es ésta la luna, no es ésta la primavera de antaño, mientras sólo yo permanezco tal como era entonces?».

[\[Volver\]](#)

15. El poema juega con arashi («viento de tormenta») y araji («no estará allí»). [\[Volver\]](#)

16. Shûishû 953, de Ki no Tsurayuki: «Tantas son las penas que me afligen estando solo, que he llegado a condenar al mundo entero». [\[Volver\]](#)

17. Se había cortado el pelo hasta los hombros, la longitud propia de una monja (ama sozi). [\[Volver\]](#)

18. Los tramos someros o los rápidos (seze) de un río son una metáfora de las vicisitudes de la vida. [\[Volver\]](#)

19. Kokinshû 611, de Ôshikôchi no Mitsune: «Mi amor no conoce destino ni tiene fin; para mí el único límite es nuestro próximo encuentro». [\[Volver\]](#)

20. El poema juega con ama («monja» y «mujer del mar»), así como con una serie de palabras relacionadas con el mar. En ese contexto, el topónimo Sode no Ura («Playa de la Manga», al norte de Japón) añade un brillo poético a las sode («mangas», la ropa nueva) que las mujeres cosen para el día siguiente. [\[Volver\]](#)

21. «¿No es mi pena tan amarga como la tuya, ya que mañana debo partir hacia un nuevo hogar, en un viaje que jamás había hecho antes?» [\[Volver\]](#)

22. «Bajío» es una metáfora de las vicisitudes de la vida. [\[Volver\]](#)

23. Espera sufrir una decepción y regresar a Uji. [\[Volver\]](#)

24. Palabras utilizadas en la canción saibara «Este caballero» para describir una residencia imponente. [\[Volver\]](#)

25. Genji monogatari kochûshakusho in'yô waka 1933: «¡Ojalá hubiera una manera de convertir el presente en pasado, pues de ese modo el mundo sería como lo conocí entonces!». [\[Volver\]](#)

26. El poema empieza con shinateru ya, un epíteto convencional (makura kotoba) referido a Nio no Umi («Lago de los Somormujos», el lago Biwa), pero, como el significado de la expresión es desconocido, «¡Ah, cabrilleantes aguas!» no es tanto una conjetura como una sustitución del significado. El poema también juega con maho, «hermosa vela» y «realmente» («estuve con ella pero no realmente»). [[Volver](#)]

27. Shûishû 62, de Egyô Hôshi: «¿Sería posible que las flores de cerezo abandonadas junto a una casa vacía se esparciesen más briosamente con el viento?». [[Volver](#)]

Capítulo 49

1. «Por aquel entonces» (sono koro) pertenece a un vago pasado. (La misma expresión, apropiada para comenzar un nuevo relato, inicia también «Flores de ciruelo rojo», «La Doncella del Puente» y «Práctica de escritura».) Ese ministro es con toda probabilidad el mencionado brevemente en «El viaje imperial» y «Brotos primaverales I». En «La rama de ciruelo» se dice de su Tercera Hija que ha sido asignada al príncipe heredero antes que la futura Akashi no Chûgû, y el capítulo especifica que «ahora la

conocían como Reikeiden». Más adelante debió de trasladarse al Fujitsubo. [\[Volver\]](#)

2. La primavera del vigesimocuarto año de Kaoru. [\[Volver\]](#)

3. Nyôkan, mujeres de bajo rango que se ocupan de los baños, la cocina, etcétera. [\[Volver\]](#)

4. Al Fujitsubo, donde había vivido su madre. Durante los cuarenta y nueve días la muchacha había estado en [\[Volver\]](#)

5. Porque la Segunda Princesa está de luto. [\[Volver\]](#)

6. Sobre el valor del juego de go para pasar un día de ociosidad, el emperador alude a un verso de Bai Juyi (Hakushi

monjû 0920). [\[Volver\]](#)

7. El concepto y el contenido de la frase se basan en un pareado chino, Wakan rôei shû 783, de Ki no Tadana: «He oído decir que tenéis hermosas flores en vuestro jardín. Os pido permiso, señor, para arrancar una rama de esas flores primaverales». Se trata de crisantemos otoñales. [\[Volver\]](#)

8. El «jardín agostado» se refiere a la madre de la joven, y el color todavía fresco, a ella misma. [\[Volver\]](#)

9. Su hermanastra. [\[Volver\]](#)

10. En otras palabras, el destino de un príncipe depende del apoyo de un suegro con riqueza y poder político, un

plebeyo. [\[Volver\]](#)

11. Yûgiri, que es plebeyo, reparte su tiempo equitativamente entre Kumoi no Kari y Ochiba no Miya. [\[Volver\]](#)

12. El poema de Bai Juyi «La dama Li» (Hakushi monjû 0160) cuenta que el emperador Wu de Han, tras haber perdido a su amada dama Li, vio su rostro en el humo de incienso quemado por un mago. [\[Volver\]](#)

13. Naka no Kimi. [\[Volver\]](#)

14. De un poema, por lo demás desconocido, citado en un antiguo comentario: «Tal vez la campanilla sea la flor de la fugacidad, pues florece al amanecer y luego muere». [\[Volver\]](#)

15. La residencia de Niou en Nijô, al norte de la de Kaoru. [\[Volver\]](#)

16. La sala de las damas de honor. [\[Volver\]](#)

17. Al marchitarse. [\[Volver\]](#)

18. «Para mí deberías ser como tu hermana, que deseaba que fueras mía.» [\[Volver\]](#)

19. «Mi destino es todavía más frágil que el de mi hermana.» [\[Volver\]](#)

20. Kokinshû 248, de Henjô: «Es una humilde aldea, y quienes viven en mi hogar son viejos: la valla y el jardín se han convertido en un páramo otoñal.» [\[Volver\]](#)

21. Esto significa probablemente que se casaron con funcionarios provinciales. [\[Volver\]](#)

22. El significado literal de wasuregusa (en japonés moderno, yabukanzô), una azucena anaranjada. [\[Volver\]](#)

23. La Primera Princesa y el Segundo Príncipe de la emperatriz, según «El Príncipe Perfumado». [\[Volver\]](#)

24. El del apego a las cosas de este mundo. [\[Volver\]](#)

25. Kokinshû 944: «Una aldea de montaña es en verdad un hogar solitario, y, sin embargo, es un lugar más feliz que este mundo atormentado». [\[Volver\]](#)

26. La campana que evoca el tercer aniversario de la muerte de su padre, en el octavo mes. [\[Volver\]](#)

27. Abstención de carne y pescado. [\[Volver\]](#)

28. Kokinshû 934: «Ya que me queda muy poco tiempo, ¿por qué me afligen tanto las abundantes penas de una monja?». El poema juega con *karumo*, la clase de alga que recogen las *ama*, que se asimila a una maraña de preocupaciones. [\[Volver\]](#)

29. Donde había vivido Hanachirusato. Ahora lo ocupa Ochiba no Miya y su hija adoptada, Roku no Kimi. [\[Volver\]](#)

30. Presumiblemente, el teniente secretario mencionado en «Bajo el roble», hermano de Roku no Kimi. [\[Volver\]](#)

31. Motoyoshi Shinnô shû 150: «Mientras mi casa da la bienvenida incluso a la luna cernida en el cielo, ¡tú pasas de largo más allá de las nubes!». [\[Volver\]](#)

32. Al parecer, la noticia de la llegada del mensajero de Yûgiri. [\[Volver\]](#)

33. Debido al copioso llanto. Kokin rokujô 3241, de Hitomaro: «Sobre las lágrimas que vierto cuando yazgo a solas, hasta una almohada de piedra podría alejarse flotando». [\[Volver\]](#)

34. Según una leyenda, un hombre abandonó a su anciana e inválida madre en Obasute—yama, una montaña de Shinano (prefectura de Nagano), para que muriese allí. Kokinshû 878: «Mi corazón no se consuela en Sarashina, mientras contempla la luna que brilla en la Montaña de la Anciana Abandonada».

[\[Volver\]](#)

35. Se consideraba que las noches de otoño eran largas. [\[Volver\]](#)

36. Kokinshû 965, de Taira no Sadafumi: «Yo, cuya hora llegará pronto, sólo deseo que, en ese breve intervalo, pueda tener algunos pesares». [\[Volver\]](#)

37. Kokinshû 631: «No he aprendido

mi lección, pues pronto mi nombre volverá a estar en boca de la gente, pero, de todos modos, él y yo nos llevamos bien». [[Volver](#)]

38. Gosenshû 938, de Ise: «No puedo decir ni que sí ni que no, pues, ¡ay!, en este mundo uno nunca puede hacer lo que le place». [[Volver](#)]

39. «Si llego a ser príncipe heredero y luego emperador, serás mi emperatriz.» [[Volver](#)]

40. Al parecer, es un fragmento de un poema, que podría sugerir «si vivo lo suficiente, haré esto por ti», o bien «debes procurar vivir lo suficiente para que yo haga eso por ti». [[Volver](#)]

41. Al mensajero que trae la respuesta a la carta de Niou le han ofrecido copiosa bebida y le han regalado prendas de vestir, debido al carácter feliz de la ocasión. El original juega con kazuki («zambullirse» y «recibir sobre los hombros») para decir, más literalmente: «Estaba enterrado bajo las maravillosas y relucientes algas para cuya recogida las gentes del mar se zambullen». [[Volver](#)]

42. Ochiba. [[Volver](#)]

43. Gracias a un juego con oki («levantarse» por la mañana; «abandonar»; y «posarse», hablando del rocío), el poema parece preguntar no sólo lo que el rocío (Niou) le ha hecho a la flor

de valeriana (Roku no Kimi) durante la noche, sino qué le hizo al abandonarla para que esté tan molesta. [\[Volver\]](#)

44. O bien «una persona corriente». No está claro si en este pasaje se pretende que el sentido sea concretamente «no imperial». [\[Volver\]](#)

45. Kokinshû 204: «Cantó una cigarra, y pensé que el sol se había puesto, pero tan sólo era que me encontraba bajo las sombras de las colinas». [\[Volver\]](#)

46. Genji monogatari kochûshakusho in'yô waka 381: «Mientras lloro debido a las penas del amor, las gentes del mar están pescando bajo mi almohada».

[\[Volver\]](#)

47. Por la segunda noche del matrimonio de Niou con Roku no Kimi.

[\[Volver\]](#)

48. Porque como súbdito que era le estaba prohibido emular ciertos aspectos del esplendor imperial. [\[Volver\]](#)

49. Aunque él y Yûgiri salieron juntos de palacio, al parecer regresó un momento a casa antes de ir a Rokujô.

[\[Volver\]](#)

50. Los platos habrían sido de plata.

[\[Volver\]](#)

51. De dejar a Roku no Kimi, con la que había estado hasta entonces, e ir a disfrutar del banquete que le habían

preparado. [\[Volver\]](#)

52. Probablemente por medio del color o el dibujo. [\[Volver\]](#)

53. Seguramente una de las damas de honor de su madre. [\[Volver\]](#)

54. El «Arroyo de la Barrera» (Sekigawa) alude al arroyo del paso de Osaka, entre Kioto y el lago Biwa. Osaka significa literalmente «cuesta del encuentro», y en poesía se asocia a los motivos del encuentro (de amantes) y de la separación. [\[Volver\]](#)

55. Yamato monogatari 161 (episodio 106): «Bien puede parecerse somero, pero sé que en el fondo el Arroyo de la Barrera nunca se secará». [\[Volver\]](#)

56. La mañana después de su tercera noche juntos. [[Volver](#)]

57. Kumoi no Kari. [[Volver](#)]

58. Roku no Kimi se encuentra en el nordeste. [[Volver](#)]

59. Las persianas entre la terraza y el pasillo. [[Volver](#)]

60. Las cortinas entre el pasillo y la cámara. Kaoru se encuentra en el pasillo. [[Volver](#)]

61. Genji monogatari kochûshakusho in'yô waka 940: «¿Es duro el mundo, o él es cruel? No, no culpo a nadie salvo a mí misma». El poema incluye un largo y convencional juego con warekara, que significa «por mi propia voluntad», y es el

nombre de una criatura de la que se decía que habitaba en «las algas recogidas por las gentes del mar». [\[Volver\]](#)

62. Koshi, una ancha cinta que las mujeres embarazadas se ponían alrededor del bajo vientre. [\[Volver\]](#)

63. Gosenshû 563: «¿Cómo pueden ser las ocasiones en que no nos encontramos, cuando te añoro tanto porque en este mismo momento no te veo?». [\[Volver\]](#)

64. Genji monogatari kochûshakusho in'yô waka 382: «Yo, que sé lo poco que valgo, no me quejaré; y, sin embargo, ¿de dónde sale esta incomprensible crueldad?». [\[Volver\]](#)

65. Kokin rokujô 2122: «Yo, no él, seré la primera en olvidar. ¿Por qué debería confiar en él cuando ha sido tan frío conmigo?». [[Volver](#)]

66. «Cuando confié en que tú y yo siempre seríamos tan íntimos como lo hemos sido...» «Vestido del medio» (naka no koromo), una expresión poética, alude al vínculo entre los amantes. El poema también repite palabras (kabakari nite) que acaba de emplear Niou unas líneas más arriba, «si despides su aroma con tal intensidad», a las que añade un doble sentido mediante ka («tanto», «tal» y «aroma»). [[Volver](#)]

67. Porque ella es tan irresistible.

[\[Volver\]](#)

68. El noveno, cuando tenían lugar varios ritos budistas importantes. Las ropas que menciona Onna San no Miya son probablemente para realizar ofrendas.

[\[Volver\]](#)

69. Kokin rokujô 2096: «¡Lástima que en esta vida no podamos tener lo que deseamos, cuando ninguno de nosotros es un pino milenario!». [\[Volver\]](#)

70. Kokin rokujô 2571, de Sakanoue no Korenori: «Si el amor llegara a tener final en este mundo, con los años mis cuitas se desvanecerían». [\[Volver\]](#)

71. Otonashi no sato, mencionado en Kokin rokujô 1296: «¡Ah, lamentar mi

desdicha en el amor! ¿Dónde está la Aldea Silenciosa, para llorar allí sin contenerme?». [\[Volver\]](#)

72. El deseo de Kaoru puede recordar al del emperador Wu, que encargó una pintura de su amada señora Li. [\[Volver\]](#)

73. Mitarashigawa, un arroyo cercano a un santuario utilizado para la purificación. El deseo que manifiesta Kaoru de hacer una hitokata («muñeca») parecida a Ôigimi le recuerda a Naka no Kimi la hitokata usada en un rito de purificación (misogi): las influencias malignas que debían ser purgadas se infundían ritualmente en hitokata que

luego se enviaban flotando corriente abajo. [\[Volver\]](#)

74. De la triste historia de Wang Zhaojun, a la que un emperador chino envió como concubina a un rey tártaro. Cuando los hunos amenazaban la capital Han, el emperador decidió enviar a su rey a una mujer del harén que le apaciguara, y utilizó para la selección retratos de las mujeres a las que había hecho pintar con esa finalidad. Todas las mujeres excepto Wang Zhaojun sobornaron a los pintores para que mejorasen su aspecto, de modo que el emperador no quisiera entregarlas. En consecuencia, el retrato de Zhaojun mostraba que era la menos favorecida de todas y, por eso, aquella de la que era más

fácil desprenderse, aunque en realidad era la más bella de las mujeres. El emperador descubrió la verdad cuando Zhaojun se había ido, y condenó a muerte a los venales pintores. [\[Volver\]](#)

75. No se ha descubierto el origen de este relato. Probablemente concernía a un Buda cuya imagen parecía tan viva que, como homenaje, pétalos de loto caían sobre ella desde el cielo. [\[Volver\]](#)

76. «Tuvo un hijo con aquella mujer.» Kokin rokujô 3133 (o Gosenshû 1187), de Kanetada no Ason no Haha no Menoto: «De no ser por el hijo que ella dejó atrás, ¿dónde arrancaríamos los helechos del recuerdo?». [\[Volver\]](#)

77. Honzon, la imagen (esculpida o pintada) que representa la deidad a la que se dirige un rito budista. [[Volver](#)]

78. Kokin rokujô 593 (también Shinkokinshû 757), de Henjô: «El rocío sobre el extremo de la hoja, la gota en el tallo, muestran cómo en este mundo unos se van y otros permanecen». [[Volver](#)]

79. La fuente precisa de este relato es desconocida. Uno relacionado, procedente de un comentario sobre el Dainichi-kyô, identifica a la difunta como una amada esposa, mientras que un antiguo comentario del Genji cita un relato budista acerca de un niño que fue asesinado por una madrastra celosa.

[\[Volver\]](#)

80. Kashiwagi. [\[Volver\]](#)

81. Es hija de la nodriza de Kashiwagi y, por lo tanto, se crió con él.

[\[Volver\]](#)

82. Adonde presumiblemente lo habían enviado como vicegobernador, dado que el puesto de gobernador de Hitachi era una sinecura que corría a cargo de un príncipe. [\[Volver\]](#)

83. Probablemente Ben se encontraba en Kyushu cuando Hachi no Miya tuvo su aventura con Chûjô y nació Ukifune.

[\[Volver\]](#)

84. Nuno, tela hecha de cáñamo, kudzú u otras fibras. [\[Volver\]](#)

85. Una enredadera sin identificar, al parecer una de las distintas especies que proporcionan el color que todavía queda en los árboles. [\[Volver\]](#)

86. Kokinshû 952: «¿Dónde podría vivir, entre qué rocas, donde no oiga nada más del mundo y sus problemas?». [\[Volver\]](#)

87. «Pareces triste debido a algo que no me dices.» En poesía, las panojas que contienen las semillas de susuki («carricera») se asimilan con frecuencia a manos que se agitan en un gesto de llamada, y «hacerse panoja» (ho ni izu) es una imagen corriente que significa «decir lo que se ha callado». Kokinshû 243, de

Ariwara no Muneyana: «¿Son ésas las mangas de las hierbas en los campos otoñales? Pues las panojas de la carricera parecen mangas que llaman». El poema de Muneyana sugiere la imagen de alguien que, habiendo declarado su amor, llama a la persona amada. [\[Volver\]](#)

88. No lleva pantalones fruncidos, lo cual hace que su atuendo sea muy informal. [\[Volver\]](#)

89. «De ti, a quien ya no importo, ahora sé cuáles son tus sentimientos.» El poema se basa en un juego con aki, «otoño» y «no querer más [de algo o alguien]». [\[Volver\]](#)

90. Shûishû 953, de Ki no Tsurayuki:

«Tan grandes son las penas que me afligen a solas, que he llegado a condenar a todo el mundo». [[Volver](#)]

91. De un pareado chino de Yuan Zhen (778-831), Wakan rōei shū 267: «No es que ame sólo al crisantemo entre todas las flores, sino que no hay más flores después de que él ha florecido». [[Volver](#)]

92. Se decía que esto le sucedió a Minamoto no Takaakira (914-982), uno de los hijos del emperador Daigo. El ángel le explicó primero a Takaakira el verdadero significado del pareado de Yuan Zhen. [[Volver](#)]

93. Naoshimono, un complemento del

anuncio regular de nombramientos oficiales (meshina) realizado dos veces al año, en la ceremonia de la lista de nombramientos (jimoku). [\[Volver\]](#)

94. Cuando Yûgiri, que había servido al mismo tiempo como comandante de la Izquierda, renunció a ese cargo, fue ocupado por el entonces comandante de la Derecha; de ahí la vacante que ocupa Kaoru. [\[Volver\]](#)

95. A fin de evitar la contaminación del nacimiento. [\[Volver\]](#)

96. Fuzuku, pastelillos de cinco colores, hechos con cinco clases distintas de grano molido hasta formar una pasta con jarabe amazuru (bebida alcohólica

dulce). [[Volver](#)]

97. Ochiba. [[Volver](#)]

98. Kokinshû 32: «Ahora que las he arrancado, hasta mis mangas están perfumadas. ¡Ah, las flores de ciruelo: tal vez su presencia ha traído al ruiseñor para cantar aquí!». [[Volver](#)]

99. Kôbai. [[Volver](#)]

100. Dos hijos de Hige-kuro. [[Volver](#)]

101. En «La flauta», Kashiwagi se le aparece a Yûgiri en un sueño y le da a entender que desea que la flauta pase a su hijo. [[Volver](#)]

102. Al recibir la taza del emperador, el cortesano vertía el sake en

otra taza y devolvía la del emperador antes de beber la suya. Entonces bajaba los escalones hasta el jardín para danzar su tributo de agradecimiento (butô), tras lo cual volvía a su asiento. [\[Volver\]](#)

103. Bundai, una mesa de escribir baja, colocada al pie de la escalera en ocasiones formales como la descrita, en las que se ofrecían poemas al anfitrión. Cada participante, por turno, depositaba en ella su composición poética. [\[Volver\]](#)

104. «¡Qué gran premio [la princesa] he ganado gracias a mi entusiasmo por complacer a Su Majestad!» [\[Volver\]](#)

105. Este poema, probablemente de Yûgiri, parece basado en Shûishû 1068,

de Fujiwara no Kuniaki: «Las flores de glicina dentro de palacio podrían confundirse fácilmente con las nubes violeta». Estas nubes son las que se ven cuando un alma es recibida en el paraíso de Amida. [\[Volver\]](#)

106. Alusión a un intercambio de poemas entre Kaoru y Ben en un lugar anterior del capítulo. [\[Volver\]](#)

107. El pasillo norte de la casa principal, reconstruido después de que el anterior fuese trasladado al templo. «Por favor, alojad a vuestra señora en el lado sur», que era el lugar apropiado para un invitado. [\[Volver\]](#)

108. El actual río Kizu, entre Uji y la

llanura de Yamato. Había que cruzarlo en el camino entre Kioto o Uji y Hatsuse. [\[Volver\]](#)

109. La madre de Ukifune. [\[Volver\]](#)

110. En «La canción del pesar interminable», el emperador envía un mago taoísta a Hôrai para que encuentre a su amada Yang Guifei. El mago la encuentra, pero sólo trae de ella una horquilla ornamental para el cabello y uno o dos objetos más. [\[Volver\]](#)

111. El poema de Kaoru juega con kaodori, un ave (tori) cuyo nombre original probablemente se deba a su canto (ka-o). En la época Heian, sin embargo, se entendía que el nombre significaba

«ave rostro [kao]», es decir, «deliciosa ave». Kaodori aparece primero en Man'yôshû 1902 y, con el juego de palabras aquí patente, en Kokin rokujô 4488. [\[Volver\]](#)

Capítulo 50

1. El concepto literario de este comienzo se basa en el de Shiakokinshû 1013, un poema amoroso de Minamoto no Shigeyuki: «Monte Tsukuba, estribaciones y laderas cubiertas de espesa vegetación: nada de eso me impedirá adentrarme en ti». («Te quiero tanto que ningún obstáculo podrá impedirme estar contigo».) El monte Tsukuba se encuentra en Hitachi, la provincia de la que el padrastro de Ukifune es (vice)gobernador.

[\[Volver\]](#)

2. El padrastro de Ukifune. [\[Volver\]](#)

3. Una creencia popular derivada de la religión china requería no dormirse en una noche kôshin, que tenía lugar en un ciclo de sesenta días. Durante la vigilia se entretenían con poesía, música y juegos. Según esta creencia, el cuerpo estaba habitado por tres «gusanos» que en la noche kôshin salían de quien se durmiera para informar de sus infracciones al Emperador del Cielo, que entonces reclamaba la vida del infractor. [[Volver](#)]

4. La hija de la madre de Ukifune y el gobernador de Hitachi. En la familia la llaman himegimi, que significa, más o menos, «hija mayor». [[Volver](#)]

5. Donde vive Ukifune. [[Volver](#)]

6. El grado de comandante (taishô) de la Guardia de Palacio era un puesto de tercer rango. El padre del teniente pertenecía a la alta nobleza. [\[Volver\]](#)

7. Presumiblemente, el lado norte de la cámara del ala oeste, una habitación que, al parecer, había sido dividida en dos secciones, norte y sur. [\[Volver\]](#)

8. Paño de seda de Azuma (producido en Hitachi, la provincia del gobernador), toscamente tejido, pasado al teniente por debajo de las persianas y destinado a sus sirvientes. [\[Volver\]](#)

9. Es sobrina de la esposa de Hachino Miya. [\[Volver\]](#)

10. Kokinshû 867: «A causa de un

único tallo de murasaki, amo todas las hierbas de la llanura de Musashi».

[\[Volver\]](#)

11. Ukishima («isla flotante») es un utamakura (un lugar reconocido poéticamente) en la lejana provincia septentrional de Mutsu, donde el marido de la madre de Ukifune estuvo destinado como gobernador. Su nombre sugiere el juego de palabras corriente con uki (o ushi, «odioso»). Kokin rokujô 1796 (también Shinkokinshû 1379) juega de ese modo con el nombre, de una manera especialmente rebuscada. [\[Volver\]](#)

12. Kokinshû 948: «¿Puede el mundo haber sido siempre un lugar tan odioso, o

se ha vuelto así sólo para mí?». [[Volver](#)]

13. Como Kaoru llamaba a su deseada «muñeca» de Ôigimi en «La hiedra». [[Volver](#)]

14. «Que te tuviera a ti en lugar de a Uki fune.» [[Volver](#)]

15. «Doble» (katashiro) sugiere una muñeca, y «amuleto purificador» es nademono. Aunque en este poema nademono también sugiere un objeto que se «acaricia» (nade) por placer, significa principalmente un muñeco de papel utilizado para la purificación. Uno se acariciaba con el nademono para infundirle las impurezas de su propia persona; entonces lo arrojaba a un arroyo

para que la corriente se lo llevara. «Bajíos» es seze, una palabra «emparentada» (engo) con nademono porque significa los «rápidos y bajíos» de un arroyo, aunque en sentido figurado equivale a «vicisitudes». [\[Volver\]](#)

16. Kokinshû 706, enviado por una mujer a Ariwara no Narihira tras haberse enterado de que él visitaba a muchas mujeres: «Son tantas las manos que tiran de la gran vara de purificación, que yo, que te amo, ya no puedo confiar en ti». La «gran vara de purificación» (ônusa) es un objeto del ritual shintoísta que se desliza por el cuerpo más o menos como se hace con el nademono. [\[Volver\]](#)

17. Kokinshû 792, de Ki no Tomonori: «Aunque soy como espuma del agua que de algún modo permanece, mientras la corriente me lleve, ella puede confiar en mí». [[Volver](#)]

18. El capítulo vigesimotercero del Sutra del Loto. [[Volver](#)]

19. Una montaña de la India (en japonés, Gozu—san). [[Volver](#)]

20. En la espesura de las montañas, como monja. Kokinshû 535: «Ojalá ella comprendiera la intensidad de mi amor, profundo como un refugio en la espesura de la montaña, adonde no llega el canto de las aves en el aire». [[Volver](#)]

21. Kokinshû 952: «¿Dónde debería

vivir, entre qué rocas, para no oír hablar jamás de las desgracias del mundo?». [\[Volver\]](#)

22. Shûishû 662, donde una mujer responde a un amante que la ha acusado de ver a otro: «Tú, que me aseguraste que siempre me amarías, no me acuses falsamente; tan sólo olvídate». [\[Volver\]](#)

23. Ise shû 55: «Tras persianas enjoyadas dormí, ajeno al alba, pero no pensé que jamás te vería, ni siquiera en mis sueños». [\[Volver\]](#)

24. Una mujer sólo podía lavarse la cabeza en un día fasto señalado como tal en el almanaque, y los meses noveno y décimo eran de abstinencia. El décimo

mes, el kaminashi, se entiende que es el mes «sin dioses», pues eso es lo que significan los ideogramas de la palabra, pero kami, escrito con un ideograma diferente, también significa «cabello», y de ahí la prohibición a la que se hace referencia. [\[Volver\]](#)

25. El espacio del pasillo en el lado oeste del ala. Ukifune ocupa el extremo norte de ese lugar. [\[Volver\]](#)

26. Presumiblemente, una de las mujeres de Naka no Kimi. [\[Volver\]](#)

27. Otra de las damas de honor de Naka no Kimi. [\[Volver\]](#)

28. De Niou. [\[Volver\]](#)

29. Probablemente, un hermano

menor de Niou. [\[Volver\]](#)

30. Gôma, una de las ocho etapas de la vida del Buda Shakyamuni, cuando se sentó bajo el árbol Bodhi y sometió a las fuerzas demoníacas que le habrían impedido alcanzar la iluminación.

[\[Volver\]](#)

31. No puede llevar más capas o colores porque todavía tiene el cabello húmedo. [\[Volver\]](#)

32. El Genji monogatari kochûshakusho in'yô waka 394 contiene la misma expresión (aitemo awanu, «juntos y, sin embargo, no juntos»), pero el poema no parece encajar aquí, pues sugiere que los amantes estuvieron de

hecho «juntos» (hicieron el amor), aunque fuese brevemente. [[Volver](#)]

33. Un modo de ser suspicaz, inquieto. [[Volver](#)]

34. Es sobrina de la madre de Naka no Kimi. [[Volver](#)]

35. Shûishû 183, de Ise, escrito para figurar en un biombo pintado: «¡Ah, un rocío que bien podría romper las frondas de la hagi otoñal, cuando uno se lamenta sólo al verlas desvanecerse!». [[Volver](#)]

36. La «plantita de hagi» (kohagi) es Ukifune, y el rocío es el teniente. [[Volver](#)]

37. «De haber sabido que ella era hija de un príncipe...» El páramo de Miyagi (Miyagino), un topónimo asociado

a la hagi en poesía, contiene las sílabas miya, «príncipe». [\[Volver\]](#)

38. Shûishû 506: «¡Cómo anhelo algún lugar que no pertenezca al mundo para ocultar los muchos años que son una carga para mí!». [\[Volver\]](#)

39. Una montaña (de 924 m de altura) situada al noroeste de Kioto. No está claro si en el original la palabra que traducimos por «santos varones» es singular o plural. [\[Volver\]](#)

40. Iga es una provincia del Japón central, pero no está claro el significado de Iga tóme. Mootori Norinaga, estudioso del siglo XVIII, lo interpretó como anciana casamentera. [\[Volver\]](#)

41. Man'yôshû 267, de Naganoimiki Okimaro: «¡Ay, que ahora esté lloviendo, cuando en el cabo Miwa no hay una sola casa en el vado de Sano!». [[Volver](#)]

42. El poema de Kaoru incorpora palabras y frases de la canción silbara «La casita del este». [[Volver](#)]

43. Se creía que los mejores carpinteros eran los de la provincia de Hida, en las montañas del Japón central. Normalmente no había una puerta deslizante (yarido) entre la cámara y el pasillo. [[Volver](#)]

44. Un mes adverso para contraer matrimonio. [[Volver](#)]

45. En otras palabras, el primer día

del invierno. En ese caso (podría ser así en el calendario lunar), el momento sería menos adverso. [\[Volver\]](#)

46. Un templo levantado por Fujiwara no Tadahira en 925, en el lugar donde se encuentra el actual Tôfukuji, al este del río Kamo y un poco al sur de la Ciudad. [\[Volver\]](#)

47. En un compartimento delantero, para Kaoru y Ukifune, y uno trasero, para Ben y Jijû. [\[Volver\]](#)

48. Los dos colores juntos sugieren futaaï (un violeta o gris azulado), que a Kaoru le recuerda el duelo. [\[Volver\]](#)

49. Kokinshû 488: «Mi amor parece llenar los vastos y vacíos cielos; aunque

trate de disiparlo, no tiene ningún otro lugar adonde ir». [\[Volver\]](#)

50. Como esposa. [\[Volver\]](#)

51. El wagon, también conocido como azuma-goto («koto del este»). «Ah, querida mía» (aware waga tsuma) parece ser un sobrenombre del instrumento, procedente de las últimas palabras de la canción saibara «La casita del este». [\[Volver\]](#)

52. Un juego de palabras: «¿Cómo podría saber tocar el koto del este, cuando jamás he aprendido la kotoba de Yamato [“la manera de hablar de Yamato”]». Esa manera de hablar es el lenguaje cortesano, un japonés correcto, por así decirlo, y no

un dialecto, como lo sería el lenguaje del este. [\[Volver\]](#)

53. De un pareado en chino, Wakan rôei shû 380, de Minamoto no Shitagô: «En la cámara de la dama Ban, la blancura de un abanico otoñal; en la terraza del rey de So, música de un kin nocturno». [\[Volver\]](#)

54. El pareado evoca la triste historia de la dama Han (en chino, Ban), a quien abandonó el rey de So (en chino, Chu) como un abanico de verano en otoño. Para enfriar las llamas del dolor y los celos, se había abanicado con un gran abanico blanco, y también el abanico de Ukifune es blanco. No es un buen augurio,

y de ahí la consternación de Kaoru en la frase siguiente. [\[Volver\]](#)

55. Gruesos trazos, presumiblemente característicos de una anciana como Ben. [\[Volver\]](#)

56. El «cambio de color» alude a que los sentimientos de Kaoru han pasado de Ôigimi a Ukifune, y la luna, al mismo Kaoru. Hay un juego de palabras con sumeru («brillar intensamente» y «vivir»). [\[Volver\]](#)

57. «El nombre de este lugar» es Uji, que, según un juego de palabras convencional, también significa «odioso» para quien está empeñado en la renunciación. En otras palabras: «El

mundo profano sigue siendo tan odioso para mí como siempre lo ha sido...».

[\[Volver\]](#)

Capítulo 51

1. Kaoru no ha reconocido a Ukifune como esposa. [\[Volver\]](#)

2. Ise monogatari 131 (sección 71): «Si me quieres, entonces ven a mí... No es un viaje que los dioses te prohíban». [\[Volver\]](#)

3. Probablemente, verde cobre con cardenillo. [\[Volver\]](#)

4. No observa la kotoimi, la evitación de expresiones como «poco idóneo» («no creo que sea muy idónea para mi señora»), «nerviosa», «terrible», etcétera.

[\[Volver\]](#)

5. Las bayas rojas de la yamatachibana (en japonés moderno, yabukôji), que crece silvestre en las colinas. [\[Volver\]](#)

6. El poema de Ukifune juega con mataburi («horquilla») y madafuri[nu] («todavía no viejo»), así como con matsu («pino» y «esperar [un brillante futuro]»). [\[Volver\]](#)

7. A mediados o hacia finales del primer mes. [\[Volver\]](#)

8. La hora del Jabalí era aproximadamente entre las nueve y las once de la noche; la de la Rata, entre las once de la noche y la una de la

madrugada. [\[Volver\]](#)

9. Probablemente viste un manto de caza, una clase de prenda muy por debajo del atuendo apropiado para él. [\[Volver\]](#)

10. A través de la brecha en la valla de cañas. [\[Volver\]](#)

11. Mama, un término familiar (presumiblemente usado en primer lugar por Ukifune cuando era niña) que designa a la mujer a quien la última hablante se refiere como otodo, una apelación cortés apropiada para que la use una dama de honor que habla con otra. [\[Volver\]](#)

12. El templo situado en el extremo meridional del lago Biwa, donde, según la leyenda, Murasaki Shikibu concibió La

historia de Genji. Al igual que Hatsuse (en la actualidad, Hasedera), está dedicado a Kannon. [[Volver](#)]

13. Kokinshû 684, de Ki no Tomonori: «Como flores de cerezo en las colinas, vistas a través de las deslizantes brumas primaverales, jamás me cansaré de mirarte». [[Volver](#)]

14. Dado que (por lo que Niou sabe) son parientes cercanos. [[Volver](#)]

15. Kokinshû 992, de Michinoku: «Tal vez mi espíritu está entre las mangas que todavía deseo, pues siento como si me hubiera abandonado». [[Volver](#)]

16. Como si las cálidas ropas que habían extendido cada uno sobre el otro

mientras yacían juntos estuvieran frías, ahora que se han separado. La expresión *ono ga kinuginu* («sus ropas y las de ella») aparece en *Kokinshû* 657, aunque es difícil traducirla de la misma manera: «Cuando la luz del amanecer empieza a cubrir lentamente el cielo, ¡hay tal tristeza en la separación de nuestras ropas!».

[\[Volver\]](#)

17. El segundo. [\[Volver\]](#)

18. Los prolongados períodos en que Kaoru está ausente de Uji. [\[Volver\]](#)

19. *Kokinshû* 689: «Adorables mangas se extienden sobre su estrecha estera; ¿esta noche de nuevo me aguarda la doncella del puente de Uji?». [\[Volver\]](#)

20. Kokinshû 41, de Ôshikôchi no Mitsune: «En una noche de primavera, la oscuridad lo cubre todo, las flores de ciruelo permanecen invisibles, pero no es posible ocultar su aroma». La referencia es al aroma personal de Kaoru. [\[Volver\]](#)

21. «Dos o tres años más» es desconcertante. Por lo que se desprende de «Brotos primaverales II» y «El roble», Niou es aproximadamente medio año mayor que Kaoru. [\[Volver\]](#)

22. Permanecer tan sólo para saludar a la siguiente nevada. El concepto procede de dos poemas: I. Yakamochi shû 284, de Ôtomo no Yakamochi: «Sobre las ramas del ciruelo la nieve blanca,

indistinguible de las flores, permanece como si aguardara a un amigo». 2. Kokin rokujô 4131 (también Tsurayuki shû 60), de Ki no Tsurayuki: «En las colinas de Yoshino, donde no saben nada de los ciruelos en flor, deben de estar contemplando la nieve que sólo aguarda a un amigo». [[Volver](#)]

23. La luna brilla en el cielo del amanecer alrededor del vigésimo día del mes lunar; por tanto, la expedición de Niou a Uji parece haber tenido lugar unos diez días después del certamen de poesía china. [[Volver](#)]

24. Tachibana («naranjos»), de anchas hojas perennes. La isla ya no

existe. [\[Volver\]](#)

25. Shûishû 1243, de Hitomaro: «Aunque había un caballo en la aldea de Kohata, en Yamashina, he venido a pie por amor a ti». [\[Volver\]](#)

26. Su frase sugiere el temor de que él la abandonará. [\[Volver\]](#)

27. Shûishû 895, de Hitomaro: «Encerrado en un capullo como uno de los gusanos de seda de mis padres, ¡oh, cómo te añoro, amor, cuando no podemos reunimos!». [\[Volver\]](#)

28. Uji, «el nombre de esta aldea», juega con ushi, «odioso». Kokinshû 983, de Kisen Hôshi, hizo famoso el doble significado: «Mi choza se encuentra al

sudeste de la Ciudad. Vivo con los ciervos en las colinas de Uji, donde dicen que rechazo el mundo». [\[Volver\]](#)

29. Probablemente una frase de un poema, aunque no se ha identificado ninguna fuente convincente. Algunos estudiosos creen que el poema de Ukifune significa que ella desea no tener que decidirse jamás entre Kaoru y Niou, mientras que otros opinan que desea alzarse en el cielo como una nube de humo desde su propia pira funeraria. [\[Volver\]](#)

30. El poema de Ukifune se basa en Kokinshû 617, de Fujiwara no Toshiyuki, por la imagen de las lágrimas solitarias

que crecen hasta formar un río que humedece las mangas de la hablante (namidagawa); y en Kokinshû 705, de Ariwara no Narihira, por esa lluvia de lágrimas que derrama la hablante al reconocer su desdichada suerte (mi o shiru ame). Ambos poemas aparecen también en Ise monogatari, sección 107.

[\[Volver\]](#)

31. «Siempre me ha interesado la religión, y no tenía intención de casarme.»

[\[Volver\]](#)

32. Las pinturas que decorarán los paneles deslizantes. Los hombres destinados oficialmente a la protección de nobles de alto rango como Kaoru solían

tener habilidades artísticas. [[Volver](#)]

33. Kokinshû 938, de Ono no Komachi: «Soy una triste planta acuática que, arrancada de la raíz, va a la deriva; si una corriente me llamara, oh, iría». [[Volver](#)]

34. Su hermanastra, hija de Hitachi. [[Volver](#)]

35. Genji monogatari kochûshakusho in'yô waka 983: «Aunque te ocultaras en las montañas donde se alzan óctuples nubes, una vez me que hubiera decidido, ¿no iría en tu busca?». [[Volver](#)]

36. Las «plegarias» son budistas y los «ritos de purificación» corresponden a lo que ahora se llama Shinto. [[Volver](#)]

37. Cuánto anhelaba su hija librarse de su indeseada pasión por Niou. Kokinshû 501: «Me purifiqué en una corriente de lustración, para que no pudiera amar más; pero parece que los dioses no aceptaron mi plegaria».

[\[Volver\]](#)

38. Una alusión a la canción saibara «Donde empieza el camino» («Michi no kuchi»). Takefu era la capital de la provincia de Echizen, en la costa del mar de Japón. Murasaki Shikibu había vivido allí dos años con su padre.' Un pasaje de la canción podría traducirse así: «Ve y dile a mi madre que estoy aquí, en Takefu...». [\[Volver\]](#)

39. Ahora que estarás pronto aquí.

[\[Volver\]](#)

40. Ise monogatari 193 (sección 112), y también Kokinshû 708: «El viento es muy fuerte, el humo del fuego de la salinera de Suma se desplaza en una dirección sorprendente». («La muchacha está enamorada de alguien inesperado.».)

[\[Volver\]](#)

41. Los aposentos situados al nordeste de Rokujô, antes ocupados por Hanachirusato. [\[Volver\]](#)

42. Para alumbrar su camino de regreso a la residencia de Sanjô. [\[Volver\]](#)

43. Como futura esposa. [\[Volver\]](#)

44. Como marido de la hija de

Nakanobu. [[Volver](#)]

45. Kokinshû 1093: «Si alguna vez te abandono y amo a otra, ¡las olas bañarán la colina de Sue cubierta de pinos!». La imagen de olas que bañan Sue no Matsuyama (una colina cercana a la costa en la actual prefectura de Miyagi) aparece en muchos poemas de tono acusador como el de Kaoru. [[Volver](#)]

46. Udoneri, miembro de un grupo de unos cien hombres afiliados al Departamento de Asuntos Centrales y seleccionados entre las familias de hombres de los rangos cuarto y quinto. Se les asignaba la protección de los nobles de mayor alcurnia, y podían ser arrogantes

y poco amables. [\[Volver\]](#)

47. Ukon no Taifu, un ayudante de la Guardia de la Derecha (Ukon no Zô, un puesto del sexto rango), promovido excepcionalmente al quinto rango. El mismo Kaoru es comandante de la Guardia de la Derecha. [\[Volver\]](#)

48. La forma verbal indica que el alguacil habla a Kaoru a través de un intermediario. [\[Volver\]](#)

49. Kokin rokujô 3962: «Yo, que, como un pino, suspiro por que nuestro próximo encuentro sea pronto, veo que ahora el musgo alrededor de mi pie está devastado por el anhelo». El poema juega con matsu, «pino» y «esperar». [\[Volver\]](#)

50. Una conocida leyenda sobre este tema se encuentra en Man'yôshû 1813 y ss., Yamato monogatari 147 y en otros lugares. [\[Volver\]](#)

51. Kokinshû 488: «Mi amor parece llenar todo el vasto y vacío cielo; aunque trato de disiparlo, no tiene ningún otro lugar adonde ir». [\[Volver\]](#)

52. Shûishû 1217: «Sé que no puede haber ninguna montaña que no esté cubierta de blancas nubes errantes». El poema juega con shira [zu] («no saber») y shirakumo («nubes blancas»), y con naku («hay/no hay» y «llorar»). [\[Volver\]](#)

53. Una oveja que camina lentamente hacia el matadero. La metáfora procede

del Nehan-gyó. [[Volver](#)]

54. Gosenshû 640, de Chûjô no Kôï: «Moriría después de hoy, pero entonces, incluso en sueños, ¿dónde, amor, buscarías mi tumba?». [[Volver](#)]

55. Según un tratado sobre la interpretación de los sueños citado en un antiguo comentario, soñar que alguien está enfermo anuncia que esa persona va a morir. [[Volver](#)]

56. Teme los celos de la esposa de Kaoru. [[Volver](#)]

57. Un documento enviado al templo donde se relacionan los títulos de los sutras leídos y el número de rollos. [[Volver](#)]

Capítulo 52

1. Una escritura cuenta que Taishaku (Indra) devolvió a un hombre (una encarnación anterior del Buda) a la vida como respuesta a las plegarias de la madre del hombre. El relato era conocido en Japón gracias a la colección de relatos budistas Sanbôe. [\[Volver\]](#)

2. China. [\[Volver\]](#)

3. Para evitar la contaminación de la muerte. [\[Volver\]](#)

4. Ise monogatari 6 cuenta un relato especialmente famoso acerca de un

demonio que se comió a una desventurada joven «de un solo bocado». Historias de zorros mágicos que adoptan la forma de una hermosa joven para descarriar a los hombres son corrientes en el folclore de la época, aunque no han sobrevivido ejemplos de un zorro que raptara a una joven. [\[Volver\]](#)

5. La esposa de Kaoru, la Segunda Princesa. [\[Volver\]](#)

6. Normalmente habrían tendido el cadáver en ellas para su cremación. [\[Volver\]](#)

7. El comisionado de la Guardia de la Derecha, yerno del alguacil que apareció en el capítulo anterior. [\[Volver\]](#)

8. El Nakanobu mencionado en el capítulo anterior. [\[Volver\]](#)

9. Un motivo corriente en poesía. El ave sería probablemente un cuclillo (hototogisu) en primavera o un ganso silvestre (kari) en otoño. [\[Volver\]](#)

10. La segunda mitad de la frase («también le conmovía...») en el original es tan sólo makibashira aware nari, más literalmente: «la columna de fina madera era conmovedora». [\[Volver\]](#)

11. Procedente de un poema de Bai Juyi (Hakushi monjû 0160). [\[Volver\]](#)

12. Como no hay distinción de género, podría tratarse de la princesa Naka no Kimi. [\[Volver\]](#)

13. El cuarto. [\[Volver\]](#)

14. Kokinshû 855: «Si la visitas en el lugar adonde ha ido, oh, cuclillo, dile que nunca alzo mi voz para lamentarme». [\[Volver\]](#)

15. Como sugiere el poema de la nota anterior, en poesía se sostenía que el cuclillo volaba entre el mundo de los vivos y la tierra de los muertos, lanzando su grito grave, shinobine, palabra usada también para ahogar los sollozos de una aflicción secreta. En consecuencia, podía asimilarse a shide no taosa («amo de los arrozales en el reino de los muertos»), una enigmática figura que aparece con frecuencia en el folclore japonés. Kaoru

supone que, como el cuclillo que acaba de oír, Niou lanza su shinobine y que su corazón, como el cuclillo, se dirige a Ukifune entre los muertos. [[Volver](#)]

16. De Ôigimi y Ukifune. [[Volver](#)]

17. Kokinshû 1061: «Si todos nos ahogáramos cuando la vida nos somete a pruebas demasiado duras, el abismo no tardaría en estaría lleno». [[Volver](#)]

18. Un «cinturón de pedrería» adornado con cuerno de rinoceronte, que solían llevar los caballeros del cuarto y el quinto rango. [[Volver](#)]

19. El de su yerno. [[Volver](#)]

20. La emperatriz está de luto por el padre de Murasaki, su madre adoptiva,

que estuvo al frente del Departamento del Ceremonial. El duelo por un tío (el período duraba tres meses) se definía como «ligero», en contraposición al de los padres. [\[Volver\]](#)

21. «Si yo hubiera muerto, en lugar de Ukifune... [no lo sentirías tanto].» La frase de Kozaishô (kaetaraba) podría proceder de la segunda mitad de Gosenshû 1364, de Teiji no In (emperador Uda). [\[Volver\]](#)

22. La exposición del quinto rollo del Sutra del Loto proporcionaba la ocasión para que los reunidos pasearan alrededor del estanque del jardín (asimilándolo al lago del Paraíso),

portando haces de leña, cubos de agua y ofrendas fijadas a ramas artificiales de plata u oro. La escena se evoca brevemente en «La rama verde». [\[Volver\]](#)

23. El hielo cortado en invierno se conservaba durante el verano en habitaciones o cuevas aisladas (himuro). [\[Volver\]](#)

24. Por lo menos de cintura para arriba. El material es casi transparente. [\[Volver\]](#)

25. A Kaoru se le supone hermanastro menor de la emperatriz. [\[Volver\]](#)

26. A las damas de honor de la Primera Princesa que se encuentran detrás

de las persianas. [\[Volver\]](#)

27. El relato no se ha conservado.

[\[Volver\]](#)

28. Se (los rápidos, bajíos o lugares someros de una corriente de agua) se utilizaba a menudo, figurativamente, para indicar «momento», «ocasión», «paso del tiempo», etcétera. [\[Volver\]](#)

29. Niou no podía colocarla allí sin más. Ella debía dirigirse a alguien ya perteneciente al personal de la emperatriz, alguien que tuviera alguna relación con ella y que la presentara. [\[Volver\]](#)

30. Como, al fin y al cabo, es una dama de honor, tienen que darle un meshina, un «nombre de servicio», como

a todas las demás. Miya no Kimi viene a significar «la muchacha de Su Alteza».

[\[Volver\]](#)

31. Una dama de honor de servicio debía llevar por norma la cola y una chaqueta china, pero Miya no Kimi, que no es realmente como las demás damas de honor, sólo lleva la cola. [\[Volver\]](#)

32. Kokinshû 229, de Ono no Yoshiki: «Si permaneciera en un prado lleno de flores de valeriana, perjudicaría mi nombre de la manera más injusta».

[\[Volver\]](#)

33. La ominaeshi es una flor del género *Patrinia*, perteneciente a la familia de la valeriana. En japonés, ominaeshi se

escribe con unos ideogramas que significan, entre otras cosas, «descocada» y «cortesana». (N. del T.) [\[Volver\]](#)

34. «Sin duda tu amante vendrá pronto aquí.» [\[Volver\]](#)

35. De un poema de Bai Juyi (Hakushi monjû 0790). [\[Volver\]](#)

36. Niou por diversas razones y la Primera Princesa por su enamoramiento no correspondido. [\[Volver\]](#)

37. Kaoru alude, como hace Chûjô a continuación, a un pasaje del relato chino de la dinastía Tang You xian ku (La caverna de las hadas retozonas). La música de koto atrae al héroe hacia un hada doncella de la que dicen que se

parece a su tío materno y a su hermano mayor, ambos famosos por su apostura.

[\[Volver\]](#)

38. La madre de Kaoru, Onna San no Miya, es hija del emperador Suzaku y de una consorte, no de su emperatriz.

[\[Volver\]](#)

39. Kokin rokujô 2640: «¡Cuánto deseo encontrar una palabra distinta a omou que pueda usar sólo para expresarte mi amor!». Omou, que significa «concentrarse afectuosamente en alguien al pensar en él», es un verbo muy corriente que, en un contexto apropiado, puede corresponder a «amor». [\[Volver\]](#)

40. Miya no Kimi y Kaoru son

supuestos primos. [[Volver](#)]

41. Kokinshû 909, de Fujiwara no Okikaze: «¿A quién llamaré amigo en todo el mundo? El mismo Pino de Takasago de antaño, ay, no me hizo compañía». Al lamentar la soledad de la vejez, el poeta se evoca retóricamente a sí mismo como más viejo que el Pino de Takasago, famoso por su edad inmemorial. [[Volver](#)]

42. Gosenshû 1264: «Eso a lo que llaman este mundo sólo dura el poco tiempo que vive una efímera, tan brevemente que podría no estar ahí en absoluto». [[Volver](#)]

Capítulo 53

1. Uno de los tres sectores principales del gran complejo monástico del monte Hiei. [\[Volver\]](#)

2. Una serie de colinas bajas al norte de Nara, entre esta ciudad y el río Kizu. [\[Volver\]](#)

3. La contaminación de la muerte le manchará si la monja muere en su casa, y no podrá realizar su peregrinaje a Mitake, una montaña sagrada al sur de Nara. [\[Volver\]](#)

4. Existen pruebas de que el Suzaku

histórico visitó realmente un lugar llamado así en Uji. El emplazamiento exacto es objeto de conjetura, pero probablemente estaba cerca de la orilla norte del río Uji, el lado que daba a la Ciudad. [\[Volver\]](#)

5. Criaturas o espíritus capaces de crear dificultades. [\[Volver\]](#)

6. Tanto en China como en Japón se creía que los zorros cambiaban de forma. Adoptaban especialmente la forma de una mujer joven y hermosa. [\[Volver\]](#)

7. Han de llevarla al otro lado del muro que rodea el terreno de la quinta, para que su muerte no contamine la casa y a todos los que se encuentran en ella.

[\[Volver\]](#)

8. El Sutra del Corazón, que se recitaba antes de un ritual de curación (kitô) para repeler las influencias malignas y atraer las buenas. [\[Volver\]](#)

9. Busca kizu, en parte «heridas» físicas, pero tal vez, e incluso en mayor medida, defectos que podrían mostrar que la muchacha no es realmente humana. [\[Volver\]](#)

10. No se puede identificar al hablante. [\[Volver\]](#)

11. El ocupado también por la hermana del prelado. [\[Volver\]](#)

12. Llevan a cabo el ritual del fuego purificador (goma), durante el cual se

arrojaban semillas de amapola al fuego sagrado. [\[Volver\]](#)

13. Probablemente una mujer a la que empleaba con ese fin. [\[Volver\]](#)

14. No un monje erudito (gakusô), sino uno cuya principal ocupación era la práctica religiosa. [\[Volver\]](#)

15. Ise monogatari 63 (sección 30): «Parezco estar enamorada de mechones canosos que están a un año de los cien, pues su imagen persiste en mi mente». [\[Volver\]](#)

16. Como lo hiciera Kaguya—hime, la heroína de El cuento del cortador de bambú. Esta alusión se hace explícita más abajo. [\[Volver\]](#)

17. Ôkagami 14 (la sección «Tokihira-den»), de Sugawara no Michizane: «Soy ahora el involuntario juguete de las aguas: ¡conviértete en encañizada, te lo ruego, y párame!». [\[Volver\]](#)

18. Una de ellas (Jijû) es una dama de honor, y la otra, una muchacha paje.

[\[Volver\]](#)

19. «Gente de la ciudad.» Miyakodori, una clase de gaviota, aparece en Ise monogatari 13 (sección 9, Kokinshû 411), de Ariwara no Narihira: «¿Sois fieles a vuestro nombre? Entonces, aves de ciudad, os planteo esta pregunta: aquella a la que quiero... ¿vive o muere?». [\[Volver\]](#)

20. Shüishû 506: «¡Cómo anhelo algún lugar que no esté en el mundo donde ocultar los muchos años que me abruma!».

[\[Volver\]](#)

21. Shûishû 1098, del sacerdote Sôjô Henjô, escrito cuando vio a una joven que visitaba el jardín de su templo: «¿Cómo es que la valeriana florece aquí tan bellamente, cuando en este mundo la gente tiene lenguas tan malévolas?».

[\[Volver\]](#)

22. «No cedas a las lisonjas de nadie más, porque quiero que seas mía.» El nombre Adashino (en realidad, un terreno de cremación situado al noroeste de la Ciudad) sugiere ada, frivolidad erótica.

[\[Volver\]](#)

23. Kotakagari, practicada en otoño para capturar aves pequeñas, como codornices. Tsurayuki shû 15 (Kokin rokujô 1201), de Ki no Tsurayuki, asocia la kotakagari con la búsqueda por parte del cazador de una «flor de valeriana» que le dé alojamiento durante la noche. [\[Volver\]](#)

24. «Creo que puede estar enamorada de otro.» Komachi shû 98 (Shinkokinshû 336), de Ono no Komachi: «¿A quién esperas, oh, flor de valeriana, en el monte Matsuchi?, pues pareces prometida a un amante este otoño». [\[Volver\]](#)

25. Su esposa actual, la hija del consejero Fujiwara. [\[Volver\]](#)

26. Otra frase del poema «Monte Matsuchi» citado antes. [\[Volver\]](#)

27. La palabra matsumushi («grillo de pino») permite un familiar juego con matsu («pino» y «esperar»). Además, un relato chino conocido en Japón se refiere a un hombre atraído a la espesura del bosque por la llamada de un grillo de pino, para extraviarse y no salir jamás. El «rocío» se refiere a las lágrimas. [\[Volver\]](#)

28. Kokinshû 214, de Mibu no Tadamine: «En una aldea de montaña el otoño es la época más solitaria, cuando a uno le despierta el bramido del ciervo». [\[Volver\]](#)

29. Kokinshû 955, de Mononobe no

Yoshina: «Cuando trato de huir a unas montañas a las que no afectan las cuitas del mundo, ¡aquella a la que amo todavía me retiene!». [\[Volver\]](#)

30. Gosenshû 103, de Minamoto no Saneakira: «En esta hermosa noche de luna y flores, ¡cuánto me gustaría mostrársela a alguien capaz de apreciarla!». [\[Volver\]](#)

31. «He averiguado que Ukifune no me quiere.» Sus palabras probablemente aluden a Kokinshû rokujô 174. [\[Volver\]](#)

32. Tonomori, un título cortesano que no aparece en ningún otro lugar del relato y que, desde luego, no guarda ninguna relación con las actuales circunstancias de

la monja. [\[Volver\]](#)

33. Presumiblemente, solfeo de sílabas. [\[Volver\]](#)

34. Tal vez «¡Jamás querré otro amante!». Una variación de Kokinshû 1009 (una sedôka): «Al lado del río Hatsuse, al lado del río Furu, un año tras otro se alza un cedro de doble tronco, y ¡oh, estar juntos de nuevo, cedro de doble tronco!». «Río Furu» parece ser un nombre alternativo para el río de Hatsuse. Los cedros de doble tronco y hoja perenne en templos y santuarios evocan todavía la imagen de una pareja enamorada. El poema de Ukifune juega con se («trecho somero en un arroyo»), «transcurso de la

vida») y furu («perdurar» y el nombre del río). [\[Volver\]](#)

35. Kisei Daitoku, apelativo por el que el gran maestro Kanren (cuyo nombre era Tachibana no Yoshitoshi) era conocido a comienzos del siglo X. [\[Volver\]](#)

36. Este relato no ha sido identificado. Sin embargo, el motivo de un demonio que engulle a una muchacha desamparada es bien conocido. [\[Volver\]](#)

37. El del espíritu que la había poseído. Imijiki sama («aspecto espantoso») es similar a imijiki mi («forma espantosa») e imijiki mi no kebai («apariencia espantosa»), dos expresiones

con las que el espíritu de Rokujô se describe a sí mismo en «Brotos primaverales II». [[Volver](#)]

38. Gosenshû 1240, de Sôjô Henjô, cuando se hizo sacerdote: «Desde luego, mi madre nunca me acarició el negro cabello deseándome que fuera lo que ahora soy». [[Volver](#)]

39. Cuando recibió los Cinco Preceptos administrados a los laicos. [[Volver](#)]

40. Este momento del rito de la ordenación precede inmediatamente a la ordenación propiamente dicha. [[Volver](#)]

41. De una estrofa (en chino) que forma parte del rito: «Girando y girando

entre los Tres Reinos, [los seres sensibles] nunca pueden aislarse de las obligaciones y los afectos, pero al renunciar a las obligaciones y abrazar la inacción, en verdad compensan toda obligación». [\[Volver\]](#)

42. No van a raparle la cabeza. Le cortarán la cabellera a la altura de los hombros, y no tendrá los atractivos mechones laterales de una mujer joven. [\[Volver\]](#)

43. En el cosmos budista, los dragones habitan las profundidades de las aguas y son los seres de categoría inferior, pero en un célebre pasaje del Sutra del Loto un joven dragón hembra se

convierte en buda. [\[Volver\]](#)

44. Regalos que le ha dado la emperatriz. [\[Volver\]](#)

45. Dos versos de un poema de Bai Juyi (Hakushi monjû 0161). [\[Volver\]](#)

46. Un lugar en el camino de descenso desde el monte Hiei en la dirección de Ono. [\[Volver\]](#)

47. El poema de Niou para ella en «Una embarcación a la deriva», en la casa al otro lado del río. [\[Volver\]](#)

48. Kokinshû 747, de Ariwara no Narihira: «¿No es ésta la luna, no es ésta la primavera de antaño, mientras sólo yo sigo siendo tal como era entonces?». [\[Volver\]](#)

49. Shûishû 1005, de Tomohira Shinnô: «Por el anhelo de tu aroma, que todavía me embriaga, esta mañana he cogido una rama de ciruelo florido».

[\[Volver\]](#)

50. Como ofrenda en la ceremonia.

[\[Volver\]](#)

51. La tierra de los muertos. [\[Volver\]](#)

52. Chûdô (Konpon chûdô), el edificio central del templo situado en el monte Hiei. Se encuentra a cierta distancia al sur de Yokawa. [\[Volver\]](#)

53. El Buda de la Medicina, cuyo culto floreció en la era Heian. El octavo día del mes era uno de los festivales dedicados a él. [\[Volver\]](#)

Capítulo 54

1. Tamadono, donde se colocaba el cadáver antes de la cremación. El relato al que se refiere el hablante es desconocido. [\[Volver\]](#)

2. Tengu, un embaucador que cambia de forma, mencionado a menudo en el folclore japonés. [\[Volver\]](#)

3. Una curiosa manera de referirse a Ono, incluso vista desde la distancia de Uji. [\[Volver\]](#)

4. Tras haber estado en la terraza, ante las persianas situadas entre la terraza

y el pasillo, ahora le hacen pasar para que tome asiento en el pasillo, ante las persianas que hay entre el pasillo y la cámara. La cortina portátil está en el interior de la cámara, al lado de esas mismas persianas. [\[Volver\]](#)

5. La montaña del amor. [\[Volver\]](#)

6. O bien la nota final de un copista, certificando que la copia es correcta, o bien una fórmula habitual de conclusión de un relato. El cuento del árbol hueco, obra algo anterior a La historia de Genji y que tiene aproximadamente dos tercios de su longitud, finaliza con las mismas palabras. [\[Volver\]](#)